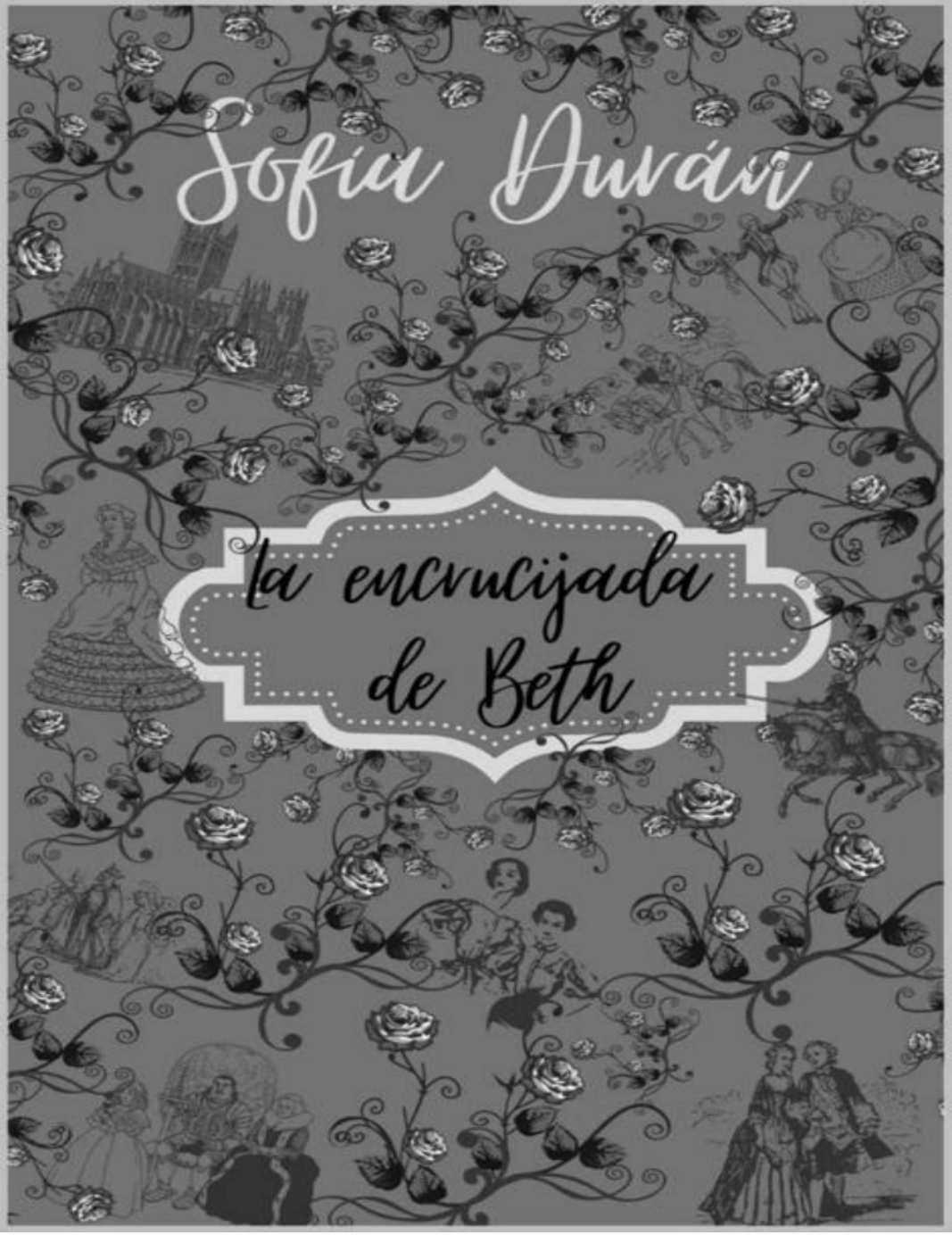
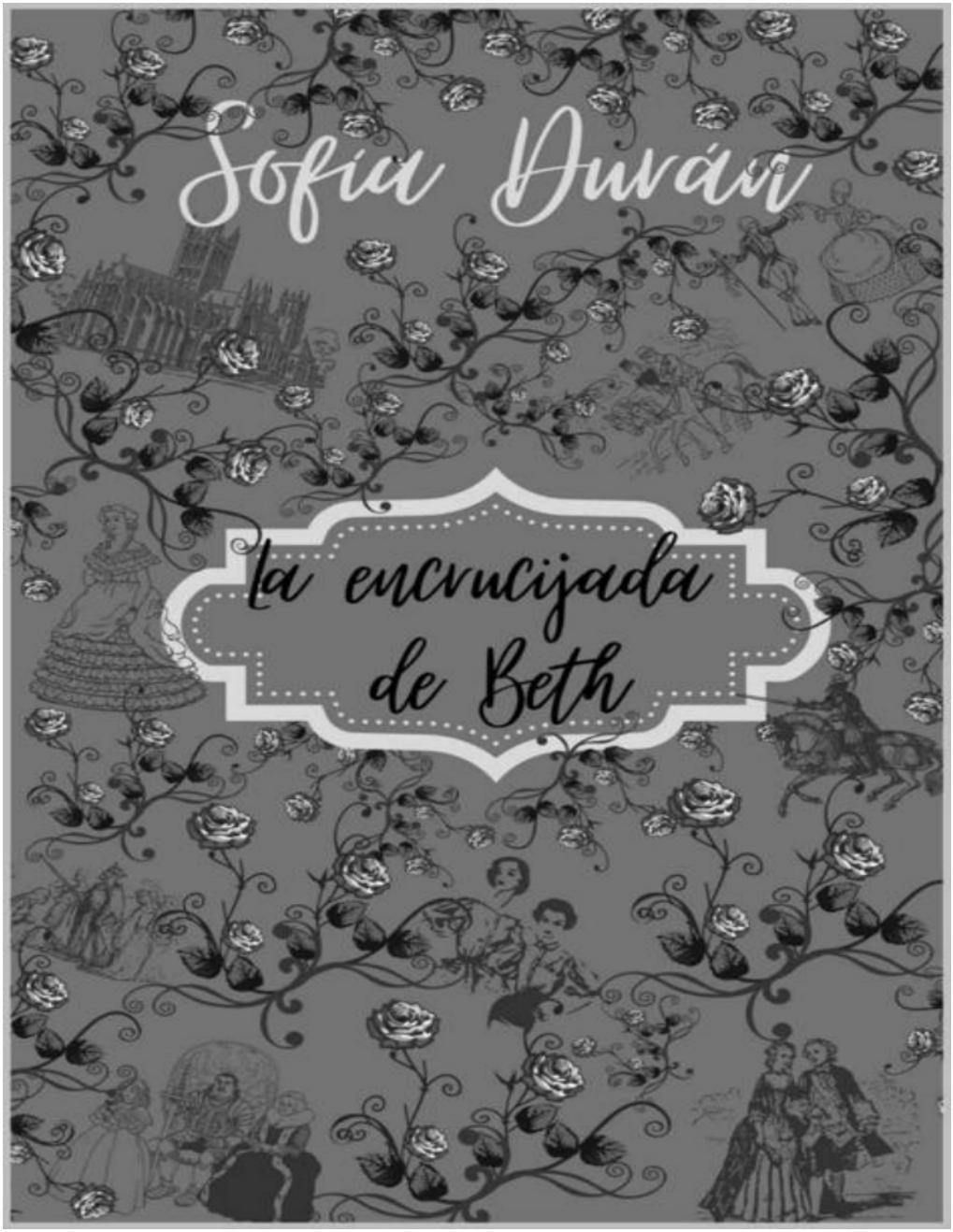
Sofía Durán

la encrucijada de Beth



Sofía Durán

La encrucijada de Beth



La encrucijada de BEth

Los hijos de Bermont IV

Sofía Durán

Copyright © 2021 Sofía Durán

Derechos de autor © 2021 Sofía Durán
©La encrucijada de Beth

Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán.
Copyrigth 2021 ©Sofía Durán
Código de registro: 2105267930249
Fecha de registro: 26/05/2021
ISBN: 9798510827576
Sello: Independently published

Primera edición.

El perdón se da cuando se cree que se merece;
si has de perdonar, que sea con el corazón,
sin arrepentimientos, ni rencores.

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epilogue

Capítulo 1

Los pasos femeninos recorrían aquel alargado pasillo con una rapidez que rosaba con una carrera. El vestido de aquella dama era levantado con demasiada desfachatez para encontrarse en un palacio y, si se tomaba en cuenta la hora, podría ser sumamente comprometedor.

La joven abrió una gran puerta y cerró tras de sí, se sorprendió a si misma caminando de puntillas cuando en realidad, tenía que despertar a la persona en el interior de la recámara.

—Princesa… —dijo en una voz susurrante—. Princesa…

La joven intentó abrir sus ojos pesadamente, sintiéndose agotada, pero era tanta la insistencia, que no le quedó más remedio que abrir los ojos y enfocar a la hermosa duquesa que parecía nerviosa.

—¿Ana? ¿Qué ocurre?

—Mi lady, el príncipe ha llegado.

La mujer volvió a recostar su rostro en la almohada y giró su cuerpo para darle la espalda a su una de sus damas de compañía.

—Como sabrás, Ana, mi esposo tiene otras predilecciones sobre con quién pasar sus noches.

—Mi lady, ha pedido estrictamente que vaya —dijo presurosa, mirando hacia los lados—. Dijo, que, si usted se negaba, él vendría.

—Está bien —la princesa se levantó lentamente, colocándose la bata y sus zapatillas de noche—. ¿Dónde me tengo que encontrar con su alteza, Ana? Supongo que será algo importante si quiere hablar conmigo a estas horas.

—El príncipe está en su recámara, mi lady.

—¿Quiere que vaya a…? —ella suspiró—. Está bien, Ana, puedes ir a dormir ahora y no te preocupes, estaré bien.

—Mi lady, si no es molestia, preferiría esperarla aquí.

—Gracias, Ana —sonrió la mujer y tocó el hombro a la duquesa al pasar junto a ella.

La princesa caminaba con pasos seguros por el pasillo, mantenía su cara en alto, tenía una estructura garbosa que daba a entender que nadie podría amedrentarla por mucho que se intentara. Tomó una larga y profunda respiración cuando tocó un par de veces a la puerta.

—Adelante.

La joven mujer pasó a la recámara de su marido y cerró la puerta tras de sí, pero no hizo nada más, se quedó a sólo unos centímetros de la salida, esperando que el encuentro fuera rápido y puntual.

—Me han dicho que me buscaba, su alteza.

El hombre volvió la mirada, tenía unos ojos azules increíblemente

profundos, sus cabellos eran como el trigo maduro y era alto y fuerte, con una barba de apenas dos días y una nariz recta. Era un alemán en toda la palabra.

—Sí, me alegra que Ana fuera tan eficiente, hicieron bien en ponerla a tu cargo.

—Por no decir que me obligaron a aceptarla, su alteza.

—No veo que te cause conflicto ahora.

—Hemos llegado a hacernos amigas —asintió.

—Bien —el hombre la miró después de haberse distraído con algunos papeles—. Te has puesto más hermosa.

—Gracias, su alteza.

El hombre suspiró.

—Vamos, mujer, soy tu marido, no sólo tu príncipe.

La mujer se quedó callada por un largo momento y asintió.

—Ambas cosas son ciertas, alteza.

—Me han dicho que Albert se ha enfermado hace poco.

—Sólo fue un buen susto, alteza, está bien ahora.

—Te ves cansada —observó—. ¿Comes lo suficiente? ¿Duermes bien?

—Estaba dormida hasta que me llamó, alteza —dijo la joven—. He de admitir que, con un bebé, no se puede dormir mucho, pero estoy bien, todas las madres sufren lo mismo.

—Ese es otro tema que quería tocar, mi madre piensa que eres demasiado apegada a Albert, cree conveniente que lo cambies a una habitación más cercana a la de ella —el príncipe observó cómo su esposa perdía color—. Será un rey, necesita otro tipo de educación.

—Es sólo un bebé —susurró.

—Aun así, el que comience a ser mimado no ayudará a un próximo gobernante —se paró cerca de ella—. Me han dicho que rechazas cualquier ayuda y has negado el permiso de que trajeran a la nodriza.

—Su alteza, si en algo lo he ofendido, pido disculpas, pero soy su madre y creo que puedo decidir lo que es mejor para él.

—Eso crees… —se volvió hacia el escritorio que había en la habitación del príncipe—. Comienzo a darle la razón a mi madre. Quizá estás demasiado enajenada con el niño, puede ser buena idea que mi madre lo tenga por un tiempo.

La mujer sintió que sus piernas temblaron y su corazón se paralizó. ¿Quitarle a su hijo? Albert era lo único valioso que tenía, era la razón de que siguiera con vida y lo único por lo que no se marchaba de ese lugar.

—Por favor, su alteza —se adelantó dos pasos—. Se lo suplico, no me aparte de mi hijo, yo…

—Tranquila, mujer, tranquila. —trató de tocarla, pero ella saltó

hacia atrás y bajó la mirada. El príncipe suspiró—. Sólo era una idea, quisiera que la consideraras.

—No lo aceptaré, su alteza —dijo en una voz que denotaba el temor que había sentido—. Dé el agradecimiento de mi parte a su excelencia, la reina, pero he de declinar.

—Bien, si ese es tu deseo, se lo haré saber.

La joven no habló, lo miraba tranquilamente desde su posición, pese a que sintiera que estaba por desmayarse, su orgullo y vanidad no le permitieron mover siquiera un músculo de su cara.

—¿Es todo, su alteza? —dijo después de un tiempo indeterminado en el que el príncipe la observaba.

—Sí, lamento haberte despertado.

—Me alegro que haya tenido un buen viaje y le deseo una noche agradable —la mujer se inclinó ante el príncipe y se apuró a salir.

—No recuerdo haber dicho que podías marcharte.

Ella sintió un escalofrío y cerró los ojos.

—Habré malentendido, su alteza, pensé que había dicho que era todo lo que tenía que decirme.

—Así es, pero nada evita que duerma con mi mujer.

—Con todo respeto, su alteza, su hijo me necesita —lo miró con determinación—. Con su permiso.

El hombre dejó que su mujer se marchara y se recostó en la cama. Entendía perfectamente la posición de su esposa, la notaba tan cambiada que incluso parecía otra persona. Cuando la conoció era una mujer vivaz, sonriente y enamorada… sí, se había casado enamorada de él, pero de eso parecía haber pasado una eternidad.

Incluso se había perdido del nacimiento de su propio hijo, ¡Ni siquiera sabía que su esposa había quedado embarazada! Simplemente le avisaron cuando él estaba haciendo un recorrido por Canadá. Le hubiese gustado no haber actuado tan mal con ella, al menos esperaba que no haberla hecho sufrir en demasía, ¿Algún día lo perdonaría...?

Lo dudaba.

Sabía que la única razón por la que Beth Aigrefeuille se quedaba a su lado, era por el hijo que habían concebido, su heredero, el próximo rey Wurtemberg; ella sabía que, si decidía marcharse, sería con la condición de que jamás volvería a ver a su hijo y ella no permitiría algo así.

Para ese momento, él no quería que se marchara, había sido un idiota, un niño infantil al cual le habían quitado lo primero que quería y le impusieron otra cosa. Beth… ella no había tenido nada que ver, pero fue la más perjudicada en todo, quisiera decir que podía recuperarla, pero la conocía, para ese momento, quizá lo hubiese expulsado lejos de su corazón.

Beth llegó a su habitación y cerró la puerta con fuerza,

recargándose en ella y dejándose caer hasta el suelo. No había visto a su esposo en demasiados meses, no había cambiado nada, seguía siendo tan apuesto como el día en el que lo conoció y se enamoró de él a primera vista… Ojalá en ese entonces se hubiera dado cuenta de las señales, quizá ahora estaría en otro lugar, siendo feliz.

—¿Princesa?

—Oh, Ana —Beth extendió sus manos y tomó las de la duquesa—. Lamento haberte mantenido en vela, me encuentro bien y el príncipe ha terminado de dar sus encomiendas a mí.

—Mi lady… Beth —cambió el tono a uno más familiar—. ¿Cómo te encuentras tú en lo personal?

—Tan sólo sé que tengo un hijo, uno al que educaré para ser un buen gobernante y lo más diferente a su padre que me sea posible.

La duquesa sonrió de lado y suspiró.

—¿Aún lo amas?

Beth la miró molesta, pero cerró los ojos, Ana era como un pequeño cordero desvalido, nadie podría gritarle o enojarse con ella.

—No pensarás que esa respuesta puede ser positiva, Ana —la princesa pasó de largo hasta la cuna de su bebé—. Él decidió por los dos las condiciones de nuestro matrimonio…

—Al menos está casada con alguien que no es del todo desagradable —suspiró la duquesa.

—¿Quieres decir que el duque finge bien su papel? —elevó la ceja —. Me parece agradable y hasta buen mozo.

—Quizá en el exterior, mi lady, pero cuando uno ve su interior, se dará cuenta que está todo podrido.

—Lamento oírlo.

—Al igual que usted, yo tengo hijos, son la luz de mi vida y en ello me concentro —la duquesa le quitó la bata y sonrió—. Además, usted es amada por el pueblo alemán, estoy casi segura de que la aman más a usted que a todos los demás.

—No digas tales cosas, Ana —sonrió Beth—. Se pueden enfurecer, ya nos hemos dado cuenta de lo que puede llegar a hacer la reina por tener algo de atención.

La duquesa tapó su boca con una mano y negó.

—Es usted temible, princesa.

—¿Las interrumpo?

Ambas chicas soltaron un grito y se volvieron hacía la puerta con una cara sorprendida, sobre todo por lo que habían dicho, prácticamente hablando mal de su reina.

—Su Alteza —se inclinó Anna y miró largamente a su amiga antes de abandonar la habitación.

—¿De qué hablaban? —el hombre se cruzó de brazos.

—D-De los centros de caridad —ella se dio la vuelta rápidamente,

buscando que hacer para no develar la mentira—. Mañana mismo iré a cerciorarme de…

—Sí, me he enterado que te has hecho sumamente popular en el pueblo —se acercó un paso más.

—No sabría decirlo —Beth lo miró seriamente, frenando los pasos de su esposo—. Ellos aclaman a todo el que sale de este castillo, no suelo notar diferencias.

—Siempre has sido tan alzada, incluso cuando nos conocimos pensé que eras perfecta para ser reina, parecía que llevabas la corona desde hacía mucho tiempo.

Beth lo miraba fijamente, pero al notar que terminó de hablar y no llegaba al punto de su presencia en su alcoba, se vio en la necesidad de preguntar.

—Y bien, alteza, ¿A qué debo su presencia?

—¿Necesito una razón para estar en tú habitación?

—Sí, alteza, normalmente la tiene —dijo determinada—. Pero no creo que necesite procrear otro heredero y tampoco creo que merezco ser insultada, como en el pasado.

—Jamás te insulté, Beth.

—Quizá con palabras no, pero ciertamente lo hacía con su presencia aquí después de… —ella bajó la mirada y se volvió hacia la ventana—. Por favor, alteza, váyase de aquí.

—Sé que actué mal en el pasado, pero quiero remediarlo.

—¿Cómo espera que pase eso?

—¿Podrías darme una oportunidad?

Beth volvió su mirada a los ojos del príncipe, sintiéndose extrañada e indignada. El llanto del bebé en la cuna hizo que los sentidos de la madre se tornaran hacia el bultito que se entretenía en intentar liberarse de las mantas puestas por su madre.

—Ven, mi amor —dijo la madre dulcemente al pequeño bebé que berreaba y refunfuñaba—. ¿Extrañaste a mamá?

—Beth…

—Por favor, alteza, creo que entenderá que necesito atender al bebé —miró nerviosa como el niño se pegaba a su pecho, ansioso por recibir su alimento.

—Soy su padre, al menos me gustaría conocerlo —ella casi grita ante esas palabras—. Esperaré a que termines.

Beth enrojeció de pies a cabeza y negó.

—Salga, por favor.

—No lo haré, Beth.

—¿Quién se cree que es para venir a imponerse aquí?

—Bueno, soy un príncipe, el dueño del castillo y tu esposo, ¿Te es suficiente o necesitas más?

—Por favor, no me haga sentir más humillada de lo que ya me

siento —bajó la cabeza—. Se lo pido de favor, salga.

Moría de ganas por ver a su hijo, pero su esposa se empeñaba en cubrirlo con la mantita sobre su hombro y se movía constantemente para que ni siquiera pudiera verle la nariz.

—Bien —se puso en pie—. Pero volveré, dormiré aquí.

Ella lo miró con el ceño fruncido, más bien, compungido, pareciese que le acabaran de dar un buen golpe en el estómago.

—Su alteza, creo recordar que nunca le agradó mi habitación.

—Es verdad, la odio, pero dudo que aceptes ir a la mía.

—¿Para qué iría a la suya, alteza? —lo miró—. Tengo todo lo que necesito aquí.

El príncipe sonrió y tomó la puerta.

—Te lo he dicho, Beth, volveré.

La joven meció a su hijo entre sus brazos y se agachó para darle un beso, permitiéndole al padre ver toda esa escena hasta que salió de la habitación y suspiró pesadamente.

—¿Qué pasa hermanito? —sonrió Alan—. ¿Problemas con la princesa?

—¿Esperabas algo diferente?

—No, la verdad es que no. Dejaste a esa pobre chica a merced de todos nosotros, aunque he de admitir que la desgraciada salió con la cabeza en alto —negó—, parece que la conocen y se enamoran de ella… Ojalá hubiese pasado eso contigo, ¿Cierto Raimond?

—Cállate, Alan —se frotó los ojos—. Era un idiota, lo sé.

—Bueno, un idiota enamorado, a lo que sé —se encogió de hombros—. Por cierto, ¿Dónde dejaste a Marilla?

—Serías de gran ayuda si te marcharas.

—¿En serio? —el menor se sentó en una silla imperial a las afueras de la recámara de la princesa consorte del reino—. Creo que te conviene hablar conmigo, justo ahora, yo conozco más a la princesa de lo que tú lo haces. Estuviste ausente durante tanto...

—¡Lo sé! —se quejó—. Lo sé…

—Bueno hermanito, pareces algo tenso, iré a ver cómo me divierto mientras tú… tú puedes seguir viéndole la cara a Beth —sonrió Alan—. Por cierto, la chica está que se cae de buena, ¿sabes? En una ocasión la vi por *accidente* mientras se bañaba, ¡Dios santo! Qué perfecta creación.

—Bastardo —apretó los puños fuertemente y se acercó a su hermano menor.

—Tranquilo, tranquilo —levantó las manos en rendición—. Era broma, ¿Cómo demonios piensas que alguien me dejaría entrar en su habitación? No digo que no intentara entrar para consolarla… pero es tan mojigata que jamás lo consintió.

—Creo que nos odia a todos por igual —se cruzó de brazos

Raimond.

—No es que alguno de nosotros se haya comportado mejor con ella durante todo este tiempo —elevó las cejas—. Aunque de Beth a Marilla, prefiero mil veces a la princesa, sólo un ciego opinaría lo contrario… ¡Oh! Espera, pero si ese eres tú.

—¿Podrían guardar silencio, altezas? —Beth asomó su rostro por la abertura de la puerta—. Intento que un bebé se duerma y si ustedes gritan, jamás lo lograré.

—¡Mi querida Beatriz!

—No me llamo Beatriz, tan sólo Beth.

—¿No te parece que suena incompleto?

—Adiós, Alan —ella cerró la puerta, dejando a los hermanos nuevamente en soledad.

—¿Te tutea?

—Llevamos algún tiempo conociéndonos, gran bobo —rodó los ojos—. Me tiene confianza.

—Sé que eres un conquistador, Alan, pero aléjate de mi esposa.

—No creo que a ella le moleste recibir atenciones de vez en cuando, su marido solía negárselo, pero hay demasiada gente rondando en el palacio únicamente para darle un vistazo a la princesa, algo hace esa mujer que parece irresistible para quién la conoce, mujer, hombre, niño, animal… bestia. ¿Genial? No, no en realidad, pone de muy mal humor a madre.

—¡Largo de aquí, Alan!

—Como quieras.

Raimond vio partir a su hermano y miró la puerta de su esposa, dándose cuenta que ella había corrido el seguro, ya se lo esperaba, por lo cual metió la llave y la abrió por su cuenta. Su esposa soltó un gritito contenido y cubrió su cuerpo con las mantas ante la intromisión, parecía enojada y avergonzada al mismo tiempo.

—Su alteza… creí decir que no quería que se quedara aquí.

—Creí advertir que volvería.

Beth mordió sus labios con fiereza para no soltar una maldición y se puso en pie junto a la cama, colocando rápidamente la bata sobre su camisón.

—Espero que disfrute la cama, alteza —dijo tranquila—. Dormiré en el sillón.

—No harás algo como eso —caminó rápidamente hasta que logró interceptarla en el camino, tomando su cintura y acercándola a su pecho—. Y bien, señora, ¿En serio prefiere ir a un duro sillón antes de compartir una cama conmigo?

Beth tomó aire con mucha tranquilidad y levantó la cabeza, sus profundidades azules parecían vacías cuando lo veía a él.

—Sí, alteza, lo prefiero.

—Está bien, entonces, tomaré el sillón y tú puedes ir a la cama —se inclinó para besarla, pero ella apartó la cara con rapidez, provocando la sonrisa de su marido—. Dios sabe que necesitas descansar al cuidar tú sola del bebé.

Beth apartó los brazos que la mantenían presa y lo miró retadora antes de ir a la cuna de su bebé y tomarlo en sus brazos, seguramente alejándolo de su padre.

—Espera —ella sintió un escalofrío—. Enséñamelo.

—Está dormido.

—No he dicho que lo despertaras —se acercó lentamente—. Sino que me lo enseñes.

Ella se quedó inmóvil, permitiendo que fuera él quién descubriera la carita del niño bajo las mantas y sonriera complacido con lo que vieron sus ojos.

—Es perfecto —miró a su esposa, quién volteaba la cara hacía otro lugar—. Beth, gracias por traerlo al mundo.

Ella mordió fuertemente sus labios y sus ojos se cristalizaron, parecía a punto de desmaterializarse, pero, aun así, logró hablar con total claridad y sin un deje de llanto:

—¿Puedo ir a la cama ahora?

—Sí.

El príncipe vio cómo su esposa dejaba el niño en medio de la cama y después, se metía a su lado, rodeándolo dulcemente en un abrazo y susurrando palabras que él apenas alcanzaba a deducir. Su esposa parecía tan pequeña, tan hermosa y tan dulce, que una sensación inmunda lo invadió al recordar lo mucho que la había hecho a un lado. Jamás se terminaría de perdonar haberla dañado.

Había sido sólo un muchacho caprichoso, empeñado a hacer lo que quería y sin temor a herir a nadie en el camino. Debía aceptar que, cuándo se casó con su esposa, jamás pensó en ella como algo más que la persona con la que compartiría su vida, nada esencial o especial, sólo una persona más con la cual convivir.

Pero ella siempre fue tan… impresionante. Beth no sólo era hermosa, sino hechizante, como una maga o una ninfa preciosa, no había nadie que la conociera que no pensara que era encantadora, de modales excelentes, era fácil quedarse prendado de ella desde la primera vez que se la veía, no importaba la edad, raza o sexo.

En un tiempo, eso lo disgustó sobre manera, le huía y hasta la expulsaba de su lado, no veía el potencial que tenía al tenerla como esposa, el que todos la quisieran provocaba que lo amaran a él y, ahora que la había perdido, no podía más que reprocharse el hecho de que jamás la podría volver a recuperar, de eso estaba seguro. Lo intentaría, lo haría con todas sus fuerzas, pero ella parecía determinada a odiarlo hasta el día de su muerte, y no la culpaba.

Capítulo 2

Beth tenía ganas de gritar como una desquiciada y llorar hasta llenar la tierra entera, pero algo dentro de ella no se lo permitió, jamás dejaría que ellos vieran el daño que le hacían. Aún recordaba nítidamente cuando la reina la amenazó con su hijo, la razón por la que obedecía y no replicaba.

Llevaba varios meses de casada cuando de pronto había recibido la noticia de que su marido iría de viaje y ella había quedado embarazada. Para ese momento, Beth tenía el conocimiento de que Raimond se había casado con ella sólo para salvaguardar la sangre de su familia, pero, a la que en verdad amaba, era a Marilla, una joven que él había conocido por casualidad en una beneficencia hacía años.

Se habían hecho amigos rápidamente, pero todos rumoreaban que había mucho más ahí que una simple amistad. Sin embargo, la mujer sin sangre noble y sin siquiera renombre o dinero suficiente, no era candidata a ser la siguiente reina de Wurtemberg y ahí era donde entraba la perfecta Beth, una jovencita francesa hija de importantes personalidades y, además, tranquila, dulce e inocente.

Había sido la elegida para ocultar de la mejor forma el amorío entre Marilla y el príncipe Raimond, pese a que la primera estuviese casada. Beth había creído en una mentira y ahí estaban las consecuencias de no haber escuchado a nadie e ignorar las señales.

La joven despertó por cuarta vez en esa madrugada en la que su esposo volvió después de tanto tiempo. Se había perdido del nacimiento de su hijo y heredero, se dedicó a alejar a Beth de él y de todo lo referente a su vida; ella se había ganado el amor de todo su pueblo, pero no de la familia real.

La joven tocó su cabello mojado antes de percatarse que su bebé no estaba más con ella en la cama. Sintió que la muerte le había llegado, buscó desesperada entre las sabanas y prendió la lámpara junto a su cama.

Pensó por un momento que su suegra habría cumplido su amenaza y alejó a su hijo de ella. Desde que descubrió la verdad, había querido irse de ahí, pero la advertencia de la reina fue clara: si ella se iba, sería sin su hijo. Era el heredero del reino y, si acaso ella se revelaba contra ello, su marido tenía todas las potestades de quitárselo para siempre, ese bebé no sólo le pertenecía a su padre, sino al reino entero.

—¿Beth? —Raimond abrió los ojos al escuchar el primer lamento de su esposa y asomó la cara por encima del respaldo del sillón—. ¿Qué ocurre?

—Mi hijo, ¡¿Dónde está?! —dijo histérica, dejando salir lágrimas silenciosas.

—Aquí —el príncipe se sentó adecuadamente y enseñó al niño durmiente en su pecho—. Estaba llorando y pensé que…

La madre no lo dejó terminar, se había puesto en pie con una rapidez impresionante y tomó al niño de los brazos de su padre; lo abrazaba con claros temblores en sus extremidades.

—¿Estás bien, mi amor? —le habló al niño—. Oh, lo siento.

—No le haría nada, Beth —frunció el ceño—, es mío también.

Ella lo miró molesta, se notaba que quería decir algo, Raimond incluso consideró que deseaba golpearlo; en cambio, su mujer mordió fuertemente su labio y fue directa a su cama, se acostó y apagó la luz.

—¿Qué demonios te ocurre? —se recostó de nuevo en el sillón, pasando sus manos por debajo de su cabeza—. Sé que será difícil que seamos una familia, pero el pueblo espera que…

—Me sé comportar frente al pueblo, su alteza, no tiene que preocuparse por ello.

—¿No? —se sentó de nuevo—. No serás sólo la princesa dorada de gran corazón, sino que serás mi esposa, tendrás que estar a mi lado todo el tiempo.

—Lo entiendo perfectamente —dijo tranquila—. Haré lo que sea con tal de mantenerme junto a mi hijo, llevo haciéndolo durante todo este tiempo, no veo por qué ha de cambiar algo.

Raimond frunció el ceño.

—¿Por qué no lo estarías? Eres su madre.

Ella no contestó y Raimond pensó que se habría dormido.

Esperó un poco más antes de levantarse del incómodo sillón y fue a pararse junto a la cama, donde su esposa se abrazaba al pequeño cuerpo de su hijito, ambos completamente dormidos.

El corazón le dio un vuelco poco conocido al ver aquella imagen, su esposa parecía ser una armadura fortificada para que nadie tocara al pequeño bebé que descansaba tranquilo con un dedo de su madre atrapado entre su manita rechoncha.

Se acercó un poco y vio de cerca a su bebé. Albert era una copia exacta de sí mismo; no había heredado el cabello rubio rojizo de su madre, ni tampoco el color azul de sus ojos. Raimond recordaba haber preguntado por el cabello y ojos de su esposa en algún momento, ella había dicho que había heredado lo rojizo de una de sus tías, aunque ella lo tenía un poco más rubio y, los ojos, eran los de su padre. En más de una ocasión ella había reído de sí misma al decir que no era hija de sus padres, debido a que no se parecía mucho a ellos ni físicamente, ni tampoco en personalidad.

Se sentó en el borde de la cama y acarició el cabello de su esposa por largo rato, verla tan relajada provocaba que él mismo se sintiera

en paz, no podía creer que se hubiera perdido de ellos. Así que terminó por decidir que ansiaba dormir en ese lecho, junto a su familia, se recostó junto a la que era su mujer, abrazándose a su cuerpo y dejando una mano sobre la piernita gruesa de su hijo, cayendo instantáneamente dormido.

Beth despertó gracias al sonido leve y casi dulce que se hacía en las mañanas gracias al suave tintinear de los cubiertos y las tazas de té siendo colocadas en la mesita de su habitación. Su doncella ya se había acostumbrado a que Beth solía tomarlo justo después de levantarse, se había convertido en una costumbre para ambas, pero, lo que la doncella jamás se esperó, fue encontrar a su señora junto con el príncipe, en la cama.

Era un secreto a voces que el príncipe no amaba a su princesa; todos sabían que la unión se había consumado y nadie diría que el príncipe Albert no era la viva imagen de su padre, pero no era común que su excelencia el príncipe Raimond se quedara en la habitación de su esposa hasta el amanecer.

—¡Dios mío! —Beth se había sentado correctamente en la cama, tomando la sabana como protección extra contra su marido, que desde hacía horas que la miraba dormir sobre su pecho, donde él la había colocado.

—Buenos días a ti también —sonrió, poniéndose en pie—. Le di permiso a la nana de Albert que se lo llevara y dejé pasar a tu insistente doncella con tu té de las mañanas.

—¿Por qué ha dormido en la cama? —dijo molesta—. Me dijo que dormiría en el sillón.

—Al final, me resultó sumamente incómodo y decidí unirme a mi familia en la cama.

—Yo no soy su familia —susurró la joven.

—Si lo eres —dijo Raimond con autoridad, viéndola directo a los ojos—. Eres la madre del futuro rey y mi mujer.

Ella respiraba con dificultad, presa de una ira tan inmensurable que sentía que vomitaría bilis en ese mismo momento. ¿Cómo se atrevía a decirle tales cosas? ¿Su familia? ¡Por favor! ¿Desde cuándo pensaba ese hombre que ellos eran su familia? Ni siquiera estuvo presente cuando Albert había nacido y ahora quería aparentar que siempre los quiso. Era una completa tontería.

—No sé qué es lo que pretende, alteza —Beth se puso en pie y colocó aprisa su bata—. Pero le sugiero que desista ahora. ¿Puede mandar traer a mi hijo? Necesita comer.

—Como digas, Beth, pero si piensas que saldré de esta habitación, estás equivocada, me ha comenzado a agradar estar aquí, con ustedes.

—Seguro que la habitación que le dio a lady Marilla le fue de más agrado, no está muy lejos de aquí, ¿lo recuerda, alteza? —dijo enojada

—. Porque yo sí.

Raimond cerró los ojos, recordando aquello; le era imposible olvidar algo cuando su esposa lo miraba de aquella forma tan despectiva y llena de dolor. Aún recordaba el haber salido de la recámara en la que se encontraba en ese momento, y acudir a la de Marilla, que, como mencionó su esposa, sólo quedaba a dos puertas de la de ella. Tenía el nítido recuerdo de la desilusión en los ojos de su mujer al momento de encontrarlo en aquella situación tan comprometedora.

Jamás debió permitir que quedaran en habitaciones tan cercanas, había sido una desfachatez, ¿Qué decía? No debió traicionarla nunca.

—Beth, lamento todo lo que te he hecho sufrir, en serio. Era un idiota, no sabía lo que hacía, tampoco sabía lo que perdía —se acercó, pero ella dio unos pasos hacia atrás, negando con la cabeza.

—Márchese… por favor —se quebró su voz—, márchese.

Raimond bajó los brazos y la miró atentamente, la figura de su esposa era envuelta por el sol naciente que entraba por la ventana, acariciando su piel blanca y pecosa.

—Te esperaré para ir al comedor.

—No iré al comedor —dijo, enfocando un punto en la distancia de la ventana. Raimond incluso pensaba que deseaba aventarse de ella —, no desayuno con su familia.

—¿Por qué no?

—¿Por qué lo haría? —dijo segura, cruzándose de brazos en un movimiento solemne—. Qué tenga un buen día, su alteza.

Raimond iba a replicar, pero al verla tan ensimismada, retrocedió, casi parecía que Beth se había sumergido en un manto negro inexistente, su voz era lenta y profunda, y sus palabras eran peor que escuchar un pésame.

Decidió dejarla tranquila y salió de la habitación sin dejar de echar miradas inquisidoras hacía ella. Pero Beth jamás volvió la vista, tampoco se movió, seguía impávida frente al gran ventanal.

—¡Hermanito! —sonrió Alan, abrazándolo por los hombros—. ¡Todo el castillo dice que dormiste con tu esposa! Me parece un cambio considerable, seguro estaba sorprendida.

—¿Por qué no desayuna en el comedor? —ignoró Raimond.

—Bueno, seguro que es porque cuando la dejaste, nadie le hablaba, era ignorada, aunque llevara al heredero del reino dentro. La verdad es que era una extraña entre un comité de bienvenida nefasto, madre se encargó de hacer las cosas una competencia.

—¡Dios! ¿No podía comportarse como una adulta?

—¿Así como lo hiciste tú? —elevó ambas cejas hacía él—. A veces pienso que yo debería ser el mayor, pero luego recuerdo cuantos hijos bastardos tengo y lo bien que me lo paso; entonces prefiero olvidarme

del tema de ser rey.

—Haré que baje a desayunar.

—Seguro será interesante —sonrió Alan—. Ahora que lo pienso, un rey siempre tiene bastardos, ¿no? Pero supongo que tus bastardos sólo pueden venir de una persona, ¿o me equivoco?

—Piérdete, Alan —gruñó el mayor, regresando a la habitación.

Raimond se sintió extrañado al darse cuenta que, aunque acababa de salir de ahí, no había rastro alguno de su esposa o su hijo. Por un momento pensó que Beth habría ido a la recámara del niño, pero entonces, la escuchó, su voz sonaba diferente, alegre, casi como la de antes; reía e incluso cantaba.

No pudo resistirse y abrió lentamente la puerta del baño, encontrándose con la imagen hogareña de su esposa desnuda en la bañera, con su pequeño hijo en los brazos, siendo bañado por ella.

—¡Su alteza! —se exaltó una doncella, arruinado la escena.

Beth dirigió una mirada horrorizada hacía el intruso y acercó aún más al niño a su pecho, estaba segura que ese hombre deseaba hacer que su cerebro se derritiera de la ira.

—Danielle, mi bata —apuró Beth—. Por favor, muévete.

—Retírate, Danielle.

—¡No! —la princesa miró hacia su doncella—. Danielle, mi bata, por favor.

La joven, un tanto conflictuada, caminó hacía la silla y tomó una toalla para su señora, pero esta fue arrebatada por el príncipe.

—Gracias, Danielle, puedes retirarte.

La doncella no hizo más que salir, disculpándose con su señora al momento de cerrar la puerta.

—Vamos, dame al niño.

Beth volvió la cabeza hacía un lado, enojada, pero permitió que él mojara sus manos y tomara el cuerpo del bebé, rozando accidentalmente el pecho de la madre, quien dio un brinco, alarmada por la cercanía y la osadía del padre que sonreía complacido.

—Listo, puede irse ahora —dijo enojada, cubriéndose con las manos lo mejor que podía.

—Bien —el príncipe salió, haciendo pensar a Beth que se había librado de él, pero entonces, volvió a entrar, ya sin el niño. Agarró la bata que fuera de ella y la extendió—. Ven aquí.

—No, déjela ahí y me la pondré yo misma.

—¿Cómo lo harás si la tengo en mis manos?

—¿Por qué hace esto? —negó un par de veces—. ¿Es qué no le es suficiente lo que he sufrido ya? ¿Le hace feliz verme llorar o entristecida? No le daré la satisfacción de nuevo.

—Jamás me ha gustado verte llorar, Beth, nunca.

Ella lo miró con odio y se levantó del agua, mostrando el cuerpo

que él jamás había visto sin camisón, incluso cuando había intimado con ella, fue con ropa y más bien siendo un acto protocolario de cualquier matrimonio, nada tenía que ver con un sentimiento guiado por el deseo o el amor.

Recordaba con bastante claridad a los consejeros del reino recomendándole acudir a la habitación de su esposa para cumplir con sus deberes como marido y sus deberes para con el reino. Incluso la primera noche que estuvieron juntos había sido lo suficientemente incómoda como para no ser disfrutada, puesto que sabían que, del otro lado de la puerta, habría gente esperando a que la princesa diera sus signos de pureza en aquellas sábanas blancas.

—¿Me dará mi bata ahora? —dijo seriamente.

El príncipe tenía ante él la garbosa figura de una diosa, con pechos generosos y erectos, curvas definidas, piel blanca resplandeciente por el agua, largas piernas y hermoso rostro. Era una mujer exquisita y la creación más perfecta de cualquier hombre con un poco de libido en la cabeza.

Quiso alargar la mano para tocarla, pero ella interrumpió.

—¿Me dará mi bata o no?

—Eh… sí, toma.

—Gracias —ella la arrebató de las manos del príncipe y se la colocó, lo empujó un poco para salir de la bañera y lo dejó ahí de pie, totalmente ensimismado con una imagen que había desaparecido en cuestión de segundos.

—Dios santo… creo que será más difícil de lo que pensé —dijo para sí mismo, mojando su rostro con el agua de la bañera.

Tomó una profunda respiración, intentando controlarse y salió del baño, encontrándose nuevamente con su esposa cambiándose.

—Es usted especialista en entrar en momentos inadecuados —dijo la joven, tomando su cintura para ayudar a que apretaran correctamente su corseé.

—Lo considero al revés —pasó saliva con trabajo.

Beth estaba disfrutando de verlo tan embobado con algo que no podría tener, porque ella se lo negaría cuantas veces fuera necesarias. No le importaba el magnetismo que sentía cada vez que él se acercaba a ella, como si se tratara de algo inevitable, era una maldición que su corazón opinara tan diferente a su cabeza, a pesar de todo, sabía que lo había echado de menos…

¡Pero no! ¡Jamás volvería a caer en sus redes! Era lo que él quería, lo que ansiaba, que volviera a caer y la tratara como… como un tonto tapete al que se podía pisar.

Estaba en un error si pensaba que esa Beth seguía existiendo.

—En todo caso, ¿A qué ha regresado?

—Claro —Raimond se aclaró la garganta—. Te estoy esperando

para desayunar.

Ella levantó una ceja y sonrió burlesca.

—Le he dicho que no desayuno con su familia, alteza.

—Ahora que estoy aquí, el lugar de mi mujer es a mi lado.

—Entonces, tiene otras opciones para elegir a la mujer que se sentará a su lado, ¿O me equivoco?

Raimond cerró los ojos y suspiró.

—No, Beth, no hay más opciones, solo tú.

«Sólo tú» esas palabras retumbaron en el cerebro de Beth hasta que la hicieron sentirse enferma, cerró los ojos con fuerza y respiró varias veces para no revivir aquella horrorosa sensación que la asaltaba cada vez que recordaba algo sobre aquellos días.

—Márchese.

—Beth, por favor, hablemos.

—¿Hablemos? —sonrió cínica—. ¿Cuántas veces le supliqué eso? ¿Cuántas? Sólo pedía una mirada, algo que me dijera que era suficiente, que no lo intentara más, que… Márchese.

El príncipe la miró impactado, era la frase más larga que ella le hubiese dirigido, y era tan llena de dolor que incluso lo resintió.

—Beth…

—¡Si me tiene algo de respeto, se irá ahora mismo! —sus ojos parecían escocerle por las lágrimas retenidas, estaba furiosa.

El hombre dio media vuelta y tomó la manija de la puerta.

—No te tengo *algo* de respeto, eres a la persona que más respeto.

—¡Fuera! —ella aventó algo contra el suelo—. ¡Fuera de aquí!

Raimond cerró la puerta, escuchándola llorar amargamente en el interior, no parecía tener fin, era como escuchar el lamento de una viuda que amaba a su esposo o una madre que perdió a su hijo; se sintió terrible, Beth no merecía llorar así, jamás pensó… era un idiota y cada vez lo pensaba con más fuerza.

Beth se había casado con él siendo apenas una niña, no se podría definir de otra manera, era tan joven y tan llena de ilusiones, que su corazón no le había permitido ver el horror en el que se estaría metiendo y él lo permitió, lo permitió porque sus padres lo ordenaron, porque lo pidieron como requerimiento para un rey, para el próximo rey.

Había lastimado a alguien que no merecía ser lastimado.

Capítulo 3

Raimond entró al comedor después de haber dejado a su esposa en las manos amistosas de la duquesa Ana. Sentía un peso enorme sobre sus hombros, el llanto de su esposa se grabaría en su memoria por siempre, porque era la primera vez que la veía llorar así.

Se preguntó cuántas veces habría ocasionado una situación similar sin darse cuenta. Beth siempre era tan… garbosa, jamás notaba que había llorado o se sentía mal, ella era de las que plantaba en sus labios una sonrisa y esta jamás se desvanecía, era dulce y tierna, nadie pensaría jamás que guardaba tal dolor en su corazón.

—¡Oh! ¡Mi querido hijo! —la reina Alexandra se puso en pie y saludó a su hijo mayor—. ¿Cómo ha ido tu viaje? Me han llegado muy buenos comentarios de tus negociaciones.

—Bien, madre —miró el rey, quién lo ignoraba y tomaba su café con algo de brandy—. Padre.

—Es bueno verte de regreso, Raimond.

—¿Has visto ya a Albert? —sonrió la reina sin dejar que padre e hijo se dirigieran otra palabra—. ¿A poco no es igualito a ti? Es tan perfecto, gracias a todo lo bueno que han ganado los genes de la familia. Lo cual era de esperarse, por supuesto, los Hohenzollern siempre son dominantes.

—Sí, lo he visto, es totalmente perfecto —tomó asiento y miró a su madre—. También he visto a mi esposa. Aun me pregunto, madre, ¿Por qué no me han avisado que estaba embarazada? Me hubiese gustado estar presente al momento en el que naciera mi propio hijo.

—Oh, querido, no era relevante, no valía la pena distraerte si había posibilidades de que perdiera al niño, además, también estaba la posibilidad de que fuera una niña, no me pareció correcto que regresaras por pequeñeces.

—¿Un hijo te parece una pequeñez? —le dijo enojado.

—No discutiremos por una chiquilla —la reina elevó una ceja de forma amenazadora—. ¿O sí, hijo?

Raimond soltó el aire lentamente y tomó un poco de su jugo antes de volver a hablar.

—¿Por qué no viene a desayunar con nosotros? —miró a la reina con molestia—. Es la madre del futuro rey, merece estar en tú mesa.

—Si ella no fuera tan aniñada en la mesa, sería recibida en ella, querido —dijo la madre.

—Sí, claro madre —sonrió Alan—, cualquiera soportaría tener a la amante de su esposo sentada junto a ella con una sonrisa, ¡Ni siquiera tú lo haces!

La reina miró con resentimiento a su hijo y volvió la mirada hacía el rey, esperando que al menos le diera vergüenza el ponerla en ridículo frente a sus hijos, pero no fue así y ella suspiró resignada.

—¿Las sentabas juntas? —se sorprendió Raimond—. ¿Por qué hacer algo como eso?

—Cuando se es reina, querido, una tiene que soportar muchas cosas —dijo—. Si una pequeña amante la pone en ese estado, no podrá soportar el peso de la corona al estar a tu lado.

—Deja a la niña en paz, Alexa —el rey al fin pareció atender la conversación—. Raimond, si quieres que tu mujer baje, entonces hazla bajar y punto. La verdad es que es una vista bastante hermosa, se nos ha sido negada por demasiado tiempo, mañana la quiero ver desayunando en esta mesa.

Raimond se reprochó a si mismo su estupidez, eran más que obvias las razones por las que su mujer no quería desayunar en esa mesa y, ahora que lo pensaba, le parecía una mejor idea que Beth desayunara en la tranquilidad de su recámara; sin embargo, y gracias a él, ahora tendría que bajar a desayunar por mandato del rey. Seguro eso ocasionaría que ella lo odiara aún más.

Después del desayuno, su día se llenó de trabajo y ocupaciones. Pasó la mañana hablando con parlamentarios, su padre y otras muchas cuestiones del estado, solía pasarse gran parte de su día firmando papeles y leyendo problemas, pero, en ese instante, su esposa ocupaba gran parte de sus pensamientos, le era imposible concentrarse en algo, así que decidió salir a buscarla.

—¿Dónde se encuentra la princesa? —preguntó a una de las damas que de casualidad pasaban frente a su despacho.

—Su alteza, la princesa está en su invernadero.

—¿Invernadero?

—Sí, su alteza, a la princesa le encantan las plantas y ha hecho un invernadero.

—¿Aquí, en Hohenzollern?

—Sí, excelencia.

—Bien, ¿Dónde queda ese… invernadero?

—Oh, lo guiaré excelencia, sin ningún problema.

El hombre siguió a la dama, quién permaneció en silencio durante todo el camino hasta que apuntó hacía uno de los jardines del castillo, donde se alzaba una estructura de cristal. Desde mucho antes de entrar, había logrado ver a su esposa caminando de un lado a otro entre esas plantas y flores que resplandecían ante los cuidados caprichosos de su mujer.

—¿Beth?

La joven se volvió con impacto hacía el intruso y dejó de lado la maceta y la tierra que estaba utilizando. Limpió su frente con el

guante de jardinería, embarrándose de tierra al momento de apartar unos rizos rebeldes que enmarcaban su rostro pecoso.

—Su alteza —se inclinó.

—Lamento lo de esta mañana.

—No recuerdo ningún incidente en la mañana —dijo orgullosa, tomando sus cosas de jardinería y prosiguiendo en su hacer.

—Quiero que sepas, que jamás quise lastimarte.

—¿A qué ha venido, su alteza? —ignoró—. Estoy realmente ocupada ahora con esto, es el único momento de día que tengo libre.

—Lo sé, vi el itinerario —se acercó a una silla y tomó asiento, mirándola trabajar—. Padre me ha pedido tu asistencia en el comedor a partir de ahora.

Beth dejó de trasplantar una flor y lo miró.

—¿A qué se debe?

—Eres la madre de su nieto, una princesa y futura reina, tienes que sentarte con el resto de nosotros.

—No estoy interesada en unirme a nuevas discusiones —dijo, volviendo a su tarea—. He tenido suficientes enfrentamientos con su madre por el resto de mis días.

—Jamás pensé que mi madre fuera a hacerte algo tan… cruel.

—Ella no hizo nada cruel, quizá sólo malvado —lo miró—. Usted si fue cruel, mire que jugar con el corazón de una estúpida niña… sí, eso merece más lo de *cruel*.

—No jugué contigo, Beth.

—Por supuesto —cortó unas ramitas muertas con más ímpetu del necesario—. Decirle a alguien que lo amas cuando es mentira no es jugar con sus sentimientos.

—Beth, cuando nos conocimos, sentí una gran admiración por ti, en verdad me gustaste.

—Con lo referente a lo que ha pedido su padre, aceptaré —dijo la joven—, no quisiera que se enojara lo suficiente como para arrebatarme a lo único que amo y me hace feliz.

—Jamás te apartaría de Albert.

—Pero su madre sí —le dijo—. ¿Por qué otra razón cree que sigo aquí? ¿Piensas que esperaba su retorno como una esposa enamorada?

—Ciertamente, eso no.

—Sólo quiero a mi hijo, lo criaré como a una persona, no como una máquina —lo miró de arriba abajo—. No haré nada para que me lo pueda quitar, haré lo que pueda para hacerlo lo más diferente a usted y a toda esta familia.

Raimond tomó aire sonoramente y se cruzó de brazos.

—Entiendo.

—Me alegro.

—Así que no puedes hacer nada para molestarme —se cruzó de

brazos—, tampoco puedes negarte a ser mi esposa.

—No me lo pediría.

—¿Por qué no?

—Sería demasiado bajo hacerlo —lo miró furiosa—. Ojalá respetara mis deseos.

—Eso es lo que estoy haciendo —sonrió y se acercó—. Puede que me odies con todo el corazón, pero me deseas, lo veo en sus ojos, esos no mienten, por más que se intente.

—Aléjese…

—¿Por qué suenas tan poco convencida?

—Gritaré.

—Grita, eres mi esposa, no tiene nada de malo que esté contigo.

—No quiero estar con usted.

—¿En serio? —ella estaba pegada a uno de los troncos altos de sus árboles frutales—. ¿Qué pasaría sí…?

El príncipe se inclinó, no tocaba el cuerpo de su esposa, pero sentía la excitación dentro de ella, sus ojos anhelantes y los labios entreabiertos en una clara invitación.

—Hágase a un lado —trató de sonar más firme.

—Sí deposito un beso aquí —susurró muy cerca de su cuello—, ¿Gemirías? O quizá prefieras aquí, cerca de tu oído… o, probablemente aquí, en tus labios…

El príncipe sólo rozaba las zonas, ni siquiera la había tocado, pero sentía la piel de su esposa erizarse ante él. Entonces, ella abrió los ojos, sin notar en qué momento los había cerrado y lo empujó con fuerza, poniendo una distancia sana entre ellos.

—No vuelva a insinuarse así.

El hombre sonrió.

—Parecías más que complacida —se cruzó de brazos—. Pero lo dejaremos para después, es hora de comer, te vengo a avisar porque sé que te saltas comidas con normalidad.

—No iré.

—Beth, he venido hasta aquí por ti y, además, no me estarías desobedeciendo a mí, sino al rey.

Ella pareció pensárselo, pero al final aceptó, denegando la invitación de su marido de escoltarla y entrando al comedor con seguridad, como si siempre desayunara ahí.

—Ah, mi querida Beth —sonrió el rey—. Siempre es bueno ver una cara hermosa en las comidas.

—Su excelencia —se inclinó—. Agradezco su invitación, aunque debo admitir que me sentía muy cómoda comiendo en mi alcoba, me daba tiempo de atender a su nieto.

—¡Tonterías, muchacha, tonterías! —sonrió el rey—. Uno debe distraerse de los hijos o termina haciéndolos unos tontos, ¿cierto,

Alexandra?

—Por supuesto, querido.

Beth se sentó junto a su marido, como era debido, ya que en el comedor no sólo estaba la familia real, sino otros muchos invitados del castillo, quienes parecían tan sorprendidos como la reina de que la princesa consorte bajara de sus cámaras para deleitarlos con su presencia que siempre terminaba siendo céntrica en las conversaciones y demás eventualidades.

—Díganos, princesa, ¿Cómo va su fundación? —preguntó un caballero con verdadero interés.

—Oh, muy bien, señor —se limpió delicadamente los labios—. Espero ir a visitar el hospital hoy mismo.

—Supongo que el príncipe la acompañará en esta ocasión.

—El príncipe seguro tiene muchas ocupaciones, ya que acaba de volver —Beth excusó rápidamente—. Pero le aseguro que…

—Por supuesto que iré —dijo Raimond—. Me gustaría ver en qué caridades nos ha metido la princesa en estos días.

Hubo sonrisas condescendientes ante la pequeña broma, pero Beth miró con hostilidad a su esposo, disimulada con una sonrisa, se acercó hasta él y le tomó el brazo con fuerza para llamar su atención.

—No es necesario que vaya —susurró la joven.

—Dije que iré, Beth, no me importa lo que me digas de ahora en adelante —le sonrió—. Tendrás que aguantar mi presencia.

—Seguro que está ocupado.

—Haré un tiempo.

—No quisiera alterar su itinerario —insistió.

—Lo he adecuado al tuyo, al pueblo le gustará vernos juntos después de tanto tiempo.

La joven extendió su mano hacía la copa que había en su disposición y frunció la nariz al percatarse de que se trataba de vino, lo había hecho inconscientemente, pero su esposo lo había notado.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—¿No quieres vino?

—No he dicho nada.

—¿Por qué no quieres?

La joven suspiró y se sonrojó un poco.

—No es bueno para… —su voz se apagó por completo.

—¿Para…?

—La lactancia —finalizó—. El doctor Haznel dice que lo evite.

—Entiendo. Te pediré otra cosa.

—No —pidió a lo bajo—, no se meta en mis asuntos.

Pero Raimond ya había llamado a un mozo y había pedido agua para su esposa.

—¿Pasa algo con el vino alemán, querida? —dijo la reina en cuanto notó que retiraban la copa de su nuera y le colocaban agua.

—No, excelencia.

—Bueno, se comprende, al final de cuentas, la chica es francesa —dijo Alan—, no he probado mejor vino que el de allá.

Beth sonrió hacía su cuñado con agradecimiento y esperó a que la conversación prosiguiera.

—Está sobrevalorado, a mi parecer —dijo la reina—. Me parece descortés que rechaces el vino del lugar de donde tu hijo será rey.

—No hago tal cosa, excelencia, sólo lo evito por el momento.

—¿Evitar? —la mujer soltó una risita molesta y metió un pedazo de ternera jugosa a su boca—. ¿Por qué se tendría que evitar?

—Por el bebé —dijo Raimond, interviniendo por su esposa—. Es preferible que tome algo suave en estos momentos, madre, apoyo completamente sus deseos.

—Claro —la mujer apretó la quijada—. Ese doctor suyo le ha llenado de ideas la cabeza, en mis tiempos un buen jerez y hasta una copita de brandi era lo adecuado para los embarazos.

—Oh, he escuchado algo de eso —dijo la duquesa Ana, sentada junto a un hombre apuesto y muy serio—. Dicen que es bueno para los mareos, yo lo llegué a tomar con un poco de leche.

—¡Por todos los dioses! —se quejó el duque, esposo de Ana—. ¿Desde cuándo en una mesa se ha de hablar de cosas de mujeres?

—Muy bien, duque —dijo Beth con fastidio—. ¿De qué tema preferiría que habláramos? Uno en el que se sienta más cómodo, le aseguro que las mujeres podremos seguirle el ritmo en la conversación que desee abrir a discusión.

El duque pareció impresionado, era bien sabido que esa chiquilla era hija de Giorgiana Charpentier, pero, según decían los rumores, la jovencita no era nada parecida a sus padres; era callada, tímida y bastante sumisa. Sin embargo, ahí estaba, el famoso hablar de Giorgiana Charpentier.

El rey aclaró su garganta y miró a Beth.

—Quizá sea mejor que se retirara, princesa, se denota cansada.

Beth sonrió, era justo lo que quería.

—Sí, la verdad es que tiene usted razón —se levantó—. Con su permiso, ha sido una comida encantadora.

Raimond se levantó detrás de ella, pero su padre lo miró con determinación, haciéndolo sentarse de nuevo, el príncipe parecía abatido, esa comida había demostrado la rivalidad existente entre la princesa y la reina, lo cual no era nada bueno, mucho menos si se tomaba en cuenta que no sólo estaba la familia real en esa mesa, sino otras muchas bocas sueltas que se encargarían de regar el chisme.

—Bueno duque, hablemos de política, ¿Cómo ve la situación en

España y Portugal?

Beth subió a sus cámaras y se encerró en su habitación, al fin se había librado de la familia, podría estar en paz hasta el momento en el que fuera a salir hacía el hospital. Tomó a su bebé y sonrió.

—Sólo nos tenemos el uno al otro, mi pequeño bebé.

Beth fue a sentarse en una mecedora cerca de una de las ventanas y comenzó a arrullar a su hijo, adormeciéndose a ella misma al momento de cantarle y acariciarle; el olor y el cuerpecito de su bebé siempre habían sido una fuente de tranquilidad para Beth, un alivio y hasta una fuente de felicidad.

Estaba pasando sus dedos por la naricita de Albert, cuando de pronto la puerta se abrió de par en par, asustándola un poco.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —cerró la puerta su marido.

—¿De qué hablas? —dijo desinteresada—. Pensé que tu padre no te dejaría venir tan pronoto.

—Ya ves que sí.

—Tengo carácter, pese a que me vea obligada a mantenerlo a raya, puedo ser justo como mi madre.

—Si te quieres parecer a uno de tus padres, deberías guiarte más por el perfil de tu padre.

Ella lo miró furiosa.

—¿Eso porqué, su alteza? —elevó una ceja—. ¿Por qué mi madre es una irreverente que no siguió las normas que dictaba la sociedad y los estúpidos hombres?

—Por eso —apuntó—, porque eres una princesa y no puedes estar brincando normas, como apabullar a un duque en la mesa del rey, ¿Sabes lo perjudicial que puede ser para ti? ¿Para tu propio hijo?

—¿Con esa simple frase se ha apabullado? —se burló—. Qué tristeza, pensé que se necesitaba más para destruir a un alemán. Bueno, al final, son más blandengues de lo que pensé.

—Basta, Beth.

—¿Por qué? No he hecho nada malo.

—Ni siquiera te estás dando cuenta que haces llorar a tu hijo.

Beth bajó la mirada con impresión y arrulló nuevamente al bebé que, efectivamente, lloraba estresado al sentir a su madre llena de odio y con los nervios de punta. Definitivamente tenía que controlarse, no podía seguir peleando todo el día y todos los días, su hijo merecía sentirse en un ambiente de paz y de amor. Además, no era la forma de conseguir lo que quería.

—¿Irá conmigo al hospital?

—Sí.

—Bien.

—¿No te negarás más?

—¿Serviría de algo?

—No.

—Entonces, no tiene ningún caso.

—Coincido —se sentó en la cama de su esposa y la miró balancearse en aquella mecedora—. Te ves hermosa el día de hoy.

Ella levantó la mirada.

—No sé qué quiere lograr lanzándome cumplidos, pero deténgase, me es molesto.

—Es una lástima, porque siento que no puedo parar.

—¿Qué ha pasado con Marilla? —preguntó—. Escuché que ha tenido otro hijo hace poco.

—Beth…

—¿Será que su reino tiene otro heredero además del pequeño que tengo en mis brazos?

—No digas tonterías, Beth, nuestro hijo es el heredero de este reino —dijo enojado—. Y si vuelves a mencionar el tema…

—¿Qué sucederá? —lo miró enojada, pero con una faz tranquila —. ¿Me echarás? ¿Me quitarás a mi hijo?

—No —apretó las manos—. Pero terminaremos por odiarnos.

—Creo que ese fue el problema principal de este matrimonio.

—Qué recuerde, estabas muy enamorada de mí.

Ella se levantó de un brinco de la mecedora, casi por instinto.

—¡Cómo se atreve!

—¿Miento?

—Le es fácil jactarse de ello, pero era una niña en ese entonces.

—¿Y ahora no lo eres más? —elevó una ceja.

—No —entrecerró los ojos—. Maduré a marchas forzadas.

—Beth, sé que no puedes comprenderlo y no es una excusa, pero me sentí atrapado por las estipulaciones de mis padres —negó—, simplemente no quería darles la razón.

—Me hiciste sentir… tan pequeña —negó con tristeza—. Yo… tiene razón, lo amaba, lo amaba tanto que incluso me parecía una broma que me hubiese elegido a mí como su esposa. Jamás me creí una mujer hermosa, siquiera alguien que llamara la atención, mucho menos si me encontraba cerca de mi prima… pero me eligió a mí y yo fui tan estúpida que le creí todas las mentiras que me dijo.

—Tú me llamaste la atención, incluso junto a tu prima, tú resplandecías Beth.

—No quiero que hable más —le pidió y recostó a su bebé en la cuna—. Me gustaría decir que jamás pensé en usted cuando me dejó aquí a la deriva, pero lo hice, todos los días pensaba en lo mucho que me gustaría que me llegara una carta diciendo que murió, ni siquiera me molestaría que hubiera muerto en los brazos ella, pero me hubiese gustado sentirme libre de usted.

—Beth…

—Incluso lo intenté —le dijo tranquila—. En muchas ocasiones lo intenté, el no seguir atada a este lugar y ser libre, sólo un par de veces, quizá tres, pero entonces, me enteré de él; Albert venía en camino. Debo admitir que un inicio pensé que era un castigo que me obligaba a estar con vida, pero ahora, es mi única bendición, por eso le advierto: déjeme tranquila, jamás recuperará nada de lo que ya ha perdido, si quiere a su hijo, ahí está, pero conmigo no se meta, déjeme tranquila.

—Comprendo lo que dices —se levantó de la cama y se acercó a ella—. Pero quiero que entiendas algo: no pararé, por mucho que te desquicie, los quiero a ambos, así que haré todo lo que esté en mis manos para conseguir que al menos me odies un poco menos.

—No veo como pueda lograrlo.

—Sólo obsérvame, ni siquiera pido que lo finjas, estoy consciente de todos los desplantes que piensas hacerme, pero algo que tú debes saber de mí, es que jamás me rindo.

—¿Y si ve que no tiene fin su batalla?

—Regresaré hasta conquistarte.

—Es imposible.

—No me importa, me agradan los imposibles.

—Hará que lo odie aún más.

—Del amor al odio hay un sólo paso, pero creo que del odio al amor también.

—Jamás le tendré confianza, no tiene oportunidad alguna. Piensa que tiene oportunidad porque tengo atracción sexual por usted, quizá tenga razón, no he tocado a otro hombre y soy una mujer como cualquier otra, eso sólo eso, pasaría con cualquiera.

—¿Por qué no lo ha hecho, entonces?

—Porque, a diferencia de usted, soy una mujer honorable e intachable, no mancharé el nombre de mi hijo jamás. Seré la reina que todo pueblo desearía tener.

—¿Y yo seré el rey despreciado por todos?

Ella simplemente sonrió y él lo comprendió, ese era su plan, su mujer era increíblemente lista, no sólo hacía que todos la amaran, sino que provocaba que todos lo odiasen a él. Era una buena movida, demasiado buena en realidad.

—Bien, mi amor, juguemos entonces.

Capítulo 4

Raimond iba sentado junto a su esposa, admirándola y sorprendiéndose ante su cambio de actitud al momento en el que estuvo fuera de palacio y en dirección al hospital con el que colaboraba. Beth resplandecía bajo el sol que le daba directamente al ir en una carroza destechada, ella saludaba, lanzaba besos y aceptaba ramilletes de las muchas personas que ansiaban recibir al menos una mirada de su parte. Era impresionante la multitud de gente que se había juntado para ver pasar la carroza de su princesa.

La gente gritaba su nombre, lloraban, aplaudían y le tiraban flores; parecían totalmente enamorados de ella y, si no se equivocaba, su esposa también los amaba a ellos.

—¿Cómo has hecho esto? —le dijo sorprendido—. Ni siquiera eres de la familia real.

—Se le llama humanidad —sonrió Beth, recibiendo ramos de flores de las personas aglomeradas a los alrededores—. Ellos nos ven como si existiéramos en otro mundo, pero no es verdad, coexistimos con ellos y eso los hace sentir bien.

—¿Les haces creer que eres parte de ellos?

—Soy una de ellos.

Raimond asintió y tendió su mano para ayudar a su esposa al momento de bajar de la carroza, pero ella encontró la forma de rechazar aquello y se acercó a la gente que rápidamente se aglomeró a su alrededor.

—Princesa, por favor, manténgase en la línea de protección —pidió un guardia.

—¿La princesa ha sufrido algún percance? —preguntó Raimond, viendo el despreocupado proceder de su esposa.

—En más de una ocasión, su alteza —asintió—. Nada grave, pero la han jalado para abrazarla y la gente se aglomera a su alrededor, la perdemos de vista en ocasiones.

—Entiendo, ¿se lo han hecho saber?

—Sí, mi señor, pero la princesa dice que no le pasará nada estando entre su gente.

Raimond negó un par de veces, pero siguió detrás de su esposa. Con ella en escena, nadie notaba su presencia, nadie reparaba en que el príncipe heredero estaba ahí mismo, siendo ignorado por el pueblo al que dirigiría.

Beth era despampanante, con sus sonrisas encantadoras, sus ojos soñadores, sus cabellos brillantes y su figura siendo abrazada por aquellos niños que se aferraban a sus faldas sin remedio alguno,

porque ella lo permitía de esa forma. Ella parecía ser la princesa predilecta del pueblo y eso no parecía ser un asunto trabajoso para ella, simplemente, así era Beth.

Aún recordaba la primera vez que la vio en aquella fiesta de los Kügler, junto a su prima desastrosa, hija de los Hamilton, ambas parecían entusiasmadas con él, pero Beth le había llamado la atención casi al instante; Kayla era hermosa, pero más habladora y con una lengua que envenenaría a cualquiera; en cambio su esposa era más tímida y tranquila, en su momento pensó en esas cualidades para una esposa que servirían como un espejismo para su relación con Marilla, pero cuando quedó embarazada y nació su primer hijo y él se lo perdió todo… reaccionó, quizá aún no la amaba, pero sí que quería intentar formar una familia normal con ella.

—Beth —se acercó a su esposa y la tomó delicadamente de la cintura para atraerla a él—. Venga estás demasiado expuesta.

—¿Qué puede pasar? —dijo sonriente, levantando a un niño—. ¿Qué sucede pequeño? ¿No habías visto al príncipe de cerca?

El niño negó varias veces con la cabeza, Raimond sonrió hacía él y le estiró una mano.

—Un placer, jovencito.

—Su alteza —le estrechó la mano con timidez, escondido en el cuello de Beth—. Tiene usted una princesa muy bonita.

—Gracias —sonrió el hombre y miró a su esposa, quién también parecía feliz.

Toda la rigidez y la amargura de Beth se esfumaban en esos pequeños instantes en los que sentía que lograba hacer una diferencia, poner un granito de arena en contra de las injusticias y amar a quienes más lo necesitaban. Ni siquiera su tormentosa vida podía arruinarle ese momento.

—¡Princesa! —llamaba un hombre bajito, con un sombrero gracioso y zapatos enormes—. Princesa, queríamos saber si nos permitiría fotografiarla junto al príncipe.

—Por mí no hay problema, pero será cuestión del príncipe si decide salir —sonrió la joven.

—No será problema —sonrió Raimond—. ¿Dónde nos colocamos?

—Oh, ahí estará bien, también que se agregue el personal médico —el hombre se escondió tras la cámara y soltó en fuerte sonido de la fotografía—. Perfecto, gracias.

Raimond acompañó a su esposa todavía por otra hora más, dándose cuenta de lo poco que conocía a su propio pueblo y de lo instructivo que era salir y echar un vistazo con sus propios ojos sobre las carencias y necesidades.

—Princesa… —preguntó una niña sentada en las piernas de su esposa—. ¿Usted puede darle besos al príncipe?

—Pero qué dices, pequeña —Beth se puso nerviosa, tratando de concentrarse en seguirles leyendo y no salir mal en las fotografías.

—Sí, mamá y papá se besan, es necesario para hacer bebés, ¿no?

Beth miró a su marido, quien sonreía complacido junto a ella.

—No precisamente —dijo seria y volvió al libro.

—¿Es que un príncipe no puede besar? —dijo confundida—. Porque usted si besa, me ha besado la mejilla ahora.

—Sí —la besó de nuevo—. Pero tú eres encantadora.

—¿El príncipe no es encantador?

—Eh… —Beth parecía en medio de un conflicto interno—. Claro que lo es, sólo que no es correcto que nosotros nos demos besos en público, menos delante de tantos niños, ¿Por qué preguntas? ¿A caso quisieras que el príncipe te diera un beso?

La niña se avergonzó.

—¡Sí! ¡A Miriam le gusta el príncipe! —la acusó otro niño.

—¡No es verdad! —lloriqueó—. No lo es.

Beth miró a su marido con suplicas y Raimond extendió los brazos para agarrar a la niña y pararla frente a él, ella se tapaba la cara, escondiendo sus lágrimas y frotando su cara. Un príncipe jamás debía hacer algo parecido, no debían tocar o dejarse tocar, ni siquiera era bien visto estar entre tanta gente del pueblo, ellos debían ser diferentes, atraer respeto y hasta sumisión.

Pero Beth había conseguido todo aquello sin la faceta dura que las monarquías planteaban a sus descendientes, ella era pura, de corazón enorme y maneras humanas. Parecía funcionar.

—¿Cómo esperas que el príncipe te dé un beso en la mejilla, si no destapas tu cara? —dijo la princesa.

La niña destapó su cara y miró impresionada al príncipe.

—¿En verdad?

—Sí —Raimond tocó su cabecita y se inclinó para besar su mejilla —. Es un halago que yo sea dueño de los afectos de tan hermosa niña.

—¡A mí me gusta que esté con la princesa! ¡De verdad!

—A mí también —sonrió el príncipe, mirando a su esposa quién también sonreía.

La niña parecía encantada con la idea de haber sido besada por un príncipe y el hombre tampoco se disgustó cuando al fin comenzaron a prestarle atención después de ser ignorado y colocado en segundo puesto al estar su esposa presente.

La pareja estaba atendiendo una de sus últimas apariciones en público del día, una comida entre algunos importantes comerciantes, Beth estaba tranquila junto a su marido, sabía perfectamente como disimular y aparentar, lo había aprendido casi sin esfuerzo al ser hija de dos importantes personalidades, ella siempre había sido centro del ojo público.

—¡Sus altezas! —se escuchó la voz de la pesadilla personal de Beth—. No pensé encontrarlos a ambos por aquí.

Sintió como sus entrañas ardieron y tuvo que hacerse de todo su autocontrol para no hacer una escena en medio de esas importantes personas. Así que sonrió y se volvió lentamente hacía Marilla Hofergon, en un inicio ella había aparentado ser su amiga, incluso la había ayudado a entender un poco al príncipe y al pueblo del mismo; se sentía tan tonta en esos momentos, cuando se daba cuenta que todo había sido más que hipocresía y una forma en la que ambos se burlaban de ella.

—Es bueno verte de nuevo, Marilla —dijo Beth—. Seguro que tú y el príncipe tienen mucho que platicar, con su permi…

Raimond pasó una mano por la cintura de su esposa y la hizo permanecer en su lugar, parada junto a él, tan cerca, que ella incluso puso una mano en su marido, pidiendo distancia para que no llegasen a tocarse.

—¿Dónde está el teniente Hofergon?

—Oh, viene retrasado —sonrió—. Ya lo conocen, se entretiene con cualquier cosa.

Beth volvió la cara hacía otro lado, molesta, no, furiosa. ¡Claro que sabía que el teniente podía entretenerse en cualquier cosa! Eso había ocasionado que los desfiguros de su mujer no tuvieran repercusiones y ella fuera cada vez menos cuidadosa en su hacer.

—Ya veo —dijo el príncipe—. Tengo algunos tratos que hacer con él, además de su consejo.

—Nos ha avisado su excelencia, el rey, nos ha invitado a quedarnos una temporada en la corte —sonrió—. Por poco y olvido como es el imponente castillo entre los árboles.

—¿Invitada? —Beth no pudo evitar sentirse desconcertada y hasta un poco histérica.

—Sí, princesa, tendremos nuestra mutua compañía para quitar la soledad, ¿no le parece fantástico?

Beth entrecerró los ojos y forzó una sonrisa.

—Ahora que tengo a mi hijo, no me hace falta menguar la soledad, Albert es todo lo que necesito —tomó sus faldas y se desprendió del abrazo de su marido—. Con su permiso.

—Propio, princesa, siempre propio —sonrió Marilla.

Raimond ladeó la cabeza en advertencia y tomó el brazo de la mujer, llevándola a un lugar donde la gente no metiera su nariz. Para ese momento, la sociedad alemana sabía que su príncipe le había sido infiel a su amada princesa y eso no agradaba nada, lo que no sabían era que Marilla Hofergon fuera la dueña de los afectos del príncipe.

—Creí que habíamos hablado de esto, Marilla.

—¿En serio? —sonrió la mujer—. Bueno, no me ha quedado claro

del todo.

—Marilla…

—Sé que me amas —dijo ansiosa—. Lo sé, lo noto. Ella nunca te hará feliz, tiene todo lo que necesita ahora, todos la aman. Incluso tiene un hijo.

—Mi hijo —remarcó—. Marilla, estuvo mal lo que hicimos.

—No lo parecía, sientes que ha cambiado porque nació el niño, pero crecerá y no necesitará más atenciones que las de otras mujeres —le tocó la cara—. Dijiste que era culpa de tu madre que no nos hubiéramos podido casar, ¿por qué no dejas que ella se marche? La reina aceptará.

—Tú estás casada y yo lo estoy también —dijo Raimond, apartando sus manos de él—. Fue un error, los dos tenemos hijos y…

—Y nos amamos, ¡Nos amamos desde que nos conocimos! Antes de que yo me casara, antes de que tú lo hicieras —dijo enojada—. Conspiraron en nuestra contra, la monarquía impidió nuestro cariño.

—Las cosas están hechas —suspiró—. No podemos seguir siendo tan egoístas.

—¿Por qué no? Es amor —se acercó y acarició la mejilla de Raimond con cariño—. ¿Vas a negar que me amas?

Raimond cerró los ojos y la apartó gentilmente.

—No. No negaré que estuve enamorado de ti, pero ahora, quiero lo mejor para ellos, para mi familia, deseo recuperar lo que perdí por mi estupidez.

—¿Por qué te fuerzas? ¿Por qué intentas algo que no sientes?

—Ella merece al menos que lo intente, por mucho tiempo, la que lo intentó fue ella, es mi turno.

—No se ve que sea lo que quiere —se cruzó de brazos—. ¿Cuánto más tendrás que arrastrarte para que entiendas que te odia?

—Ni siquiera la conozco —suspiró—. No me di el tiempo de conocerla, ni de que me conociera a mí.

—Porque nunca te gustó.

—Al inicio del matrimonio —la ignoró—, ella lloraba tanto, era como tener una hija, no una mujer; se comportaba berrinchuda y era demasiado obstinada con cosas mínimas. Tenía celos, celos de ti, porque se enteró y no parecía saber cómo actuar ante ello… era una niña, se había enamorado de mí y yo la destruí, fui cruel con ella…

—¡Por favor Raimond! —se quejó la mujer—. Uno no elige a quién amar.

—Pero elige como comportarse —la miró—. No me siento arrepentido por haberte amado, pero sí, me arrepiento de haberla hecho sufrir.

—Te arruinarás la vida.

—Yo ya se la he arruinado a ella.

Beth caminaba entre la gente que constantemente la detenía para albar su vestido, hacerle conversación o tomarle una fotografía. La gente hacía todo por llamarle la atención y ella parecía encantada de al menos tener el cariño del pueblo.

Hacía bastante tiempo que había decidido ir en contra de la corona de esa forma tan sutil, todos los del castillo ansiaban que el pueblo los venerara, pero se dedicó a demostrar que, aunque ellos fueran la sangre de la realeza alemana, el pueblo la querría más a ella, mucho más. Y lo había logrado.

Podía estar segura de que se gritaba más su nombre que el de la reina, la gente la buscaba más que a al rey y la amaban más que a su príncipe. Debería sentirse contenta, poderosa, el que el pueblo estuviera de su parte siempre era algo positivo, algo que todo rey debía buscar, pero ella era infeliz y había encontrado en la gente el amor que le faltaba en su casa.

—Princesa, me alegra encontrarla por aquí.

—¡Oh! ¡Lord Lambsdorff! —sonrió de oreja a oreja—. ¡Al fin alguien a quién ansiaba ver!

—Eso hará que media sociedad decaiga, princesa, que yo sepa, todos ansían verla.

—Oh, lord Lambsdorff, sabe usted que es mi predilecto. Dígame, ¿qué noticias hay para mí?

—Bueno, señora, creo que le gustará la idea de un pequeño viaje, tengo interés en que vea con sus propios ojos lo que el dinero puede hacer para un bien común.

—Por supuesto, confío en usted y en donde ha dirigido el dinero —sonrió—. ¿A dónde ha de llevarme ahora, lord Lambsdorff?

—No es muy lejos de aquí, no debe preocuparse.

—El alejarme de palacio jamás me ha preocupado —dijo segura, caminando entre la gente.

—Seguro que no —suspiró—. He visto entrar a Marilla, ¿Cómo se encuentra?

—Mejor que nunca —asintió—. Debo reconocer que no la había visto en demasiado tiempo, su cara es una bofetada a mi orgullo, pero no me ha incordiado lo suficiente como para enfermarme.

—Me alegro, mi lady.

—Beth —el príncipe llegó al encuentro de su mujer, lanzando una larga y enfurruñada mirada hacía el hombre que la acompañaba—. Lambsdorff, veo que viene sin pareja el día de hoy.

—Hace muchos ayeres que me encuentro sin compañía, su alteza, la princesa me mantiene ocupado la mayoría del tiempo.

—¿Con que es así? —miró a su esposa, quién parecía impasible a su lado—. No sé si alegrarme o darme el pésame por ello.

—Alegrarse, señor, puesto que la princesa no ha hecho más que

ayudar a su pueblo y, con mi ayuda, todo ha sido mucho más fácil.

Raimond miró con odio a su viejo rival y decidió marcharse de ese lugar en ese preciso instante.

—Beth, tenemos que irnos.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—Sí, cariño, recuerda que nos esperan en palacio.

—Oh, no has de preocuparte, Beth, sabes que voy y vengo de ese palacio con regularidad —dijo Ronald—. Además, tú y yo tenemos muchas cosas que discutir, pero no te molestaré más, ahora que ha vuelto tú esposo, seguro que ansían pasar tiempo juntos, ¿Cierto?

—No tenemos tanto tiempo como para algo así —dijo Beth con una sonrisa, pero aceptando que su marido le colocara una mano alrededor de la cintura.

—¡Tonterías! —dijo una de las damas que había ido a ver el hospital—. Esperamos que pronto haya otro bebé en camino, siempre es bueno tener una lista larga de vástagos para asegurar la monarquía.

—Lo pensaremos detenidamente señora Marietta —sonrió Beth con dificultad.

—¡No es de pensar! —aquejó la mujer—. Es un deber que se debe cumplir, princesa, sabrá que su primer mandato como nuestra princesa, es engendrar hijos al nuestro príncipe, ¿Cierto querido?

—Tiene usted toda la razón, señora Marietta —sonrió Raimond—. La princesa y yo hemos discutido mucho sobre otro hijo, pero no será tema de conversación ahora, ¿cierto? No cuando se ha logrado algo tan maravilloso como la creación de un hospital.

—Sí, tiene usted razón, haría bien princesa en escoltar a su alteza por los alrededores.

Beth miró a su marido con una sonrisa que parecía practicada y asintió con ganas, como si ansiara hacer aquel recorrido del brazo de su marido.

—Me parece una gran idea.

Capítulo 5

Los príncipes entraron al castillo Hohenzollern en medio de un ambiente tenso, Beth recordaba la primera vez que había visitado el enorme castillo en el que viviría, era lo más cercano a un cuento de hadas, con esas torres con terminaciones en picos y grandes bulevares que parecían hacer del castillo una pequeña ciudad hecha para los nobles, para los más altos rangos de sangre azul.

Beth fue directa a su recámara, esperando que su marido desistiera en su insistente persecución, pero cuando estaba por cerrar la puerta, su esposo lo impidió y entró.

—Así que… te llevas bien con Lambsdorff.

—Sí, es el más hábil político y humanista que he conocido.

—Por supuesto, te iba a conquistar por esa parte.

—¿Conquistar? —ella se cruzó de brazos—. Está usted equivocado, no todos los hombres ven a las mujeres como una *conquista*, hay quienes se dan cuenta de nuestro potencial.

—Lo que él ve, es el potencial que tienes con el pueblo.

—En todo caso, es algo que incluso es provechoso para usted, ¿no lo cree? Siendo yo su esposa.

—Creo que el pueblo preferiría que tu llevaras la corona regente, no la de consorte.

—¿Es eso un problema para usted, alteza? —lo miró con un deje de lástima—. ¿Le molesta no ser el centro de atención de su pueblo?

—No, me agrada que se den cuenta que he escogido una buena princesa, la cual se sentará a mi lado en el trono algún día.

—Se supone que las princesas deben tener algún impacto en sus maridos para poder ayudar a su pueblo, pero sí de impactos hablamos, sabemos bien a quién le hará caso antes que a mí.

—¡Por favor, Beth! —se exasperó—. Basta con el tema.

—¿Basta? —respiró con dificultad—. Sí, claro, es muy fácil llegar y decir basta.

—¿En serio quieres volver a pelear?

—Yo no estoy peleando con nadie.

El príncipe suspiró.

—Bien, lamento que Marilla se presentara, no tenía idea que era invitada a tu propia caridad.

—No me importa si queda o no con su amante —le dijo orgullosa —. Sólo le pido que no me dirija la palabra, es lo menos que puede hacer, mostrar algo de respeto.

Raimond iba a contestar, pero un toque insistente en la puerta hizo que la pareja se desenfocara, seguro que Beth le quebraba otro

florero si acaso se despistaba, así que prefirió dar la indicación de que abrieran la puerta.

—Princesa —sonrió la duquesa Ana—. La buscan en el salón.

—¿Quién? —preguntó el príncipe.

—Sus damas de caridad, su alteza —respondió la mujer con tranquilidad.

—Hazles saber que iré en seguida —dijo Beth.

—No, diles que esperen, estamos teniendo una conversación —contrapuso Raimond.

—Como diga, su alteza.

Beth miró incriminatoriamente a su amiga y se cruzó de brazos cuando cerró la puerta.

—No tiene derecho a interrumpir mi día, el tiempo de todas estas personas es tan importante como el de nosotros, no podemos simplemente hacerlos esperar.

—Podrán aguardar cinco minutos a que baje su princesa.

—No entiendo, ¿qué espera obtener de una conversación? Cuando entre nosotros se ha dicho todo.

—Bien, Beth, se ha dicho todo, pero si no es mucha molestia, al menos podrías hacer un esfuerzo por no parecer amargada.

—¿Disculpe? Mi actuación es perfecta estando a su lado.

—Sí, pero pareciera que prefirieras quemarte en una hoguera a permitir que te toque —le dijo—. El pueblo debe creer que nuestra unión es fuerte y el lazo, inquebrantable. ¿Qué me dices del beso que pedía la niña?

—¿Quería que aceptara algo así? —dijo sorprendida—. No soy de tendencias exhibicionistas.

—No, no eso, pero se denotaba que era desagradable para ti siquiera pensarlo.

—Supongo que no puedo mentir en todo.

Se envolvieron en una poderosa batalla de miradas.

—No me agrada que estés con Lambsdorff.

—No me agrada que Marilla Hofergon venga una temporada al castillo —se cruzó de brazos—. Al final, nada se puede hacer. Con su permiso, su alteza.

Raimond casi patea algo cuando ella salió de la habitación, ¡Quería volverlo loco! Sí, seguramente eso era lo que quería, había descubierto que Lambsdorff era uno de sus más entrañables adversarios y por esa razón se había hecho tan afecta a él. Su mujer era condenadamente lista, eso lo sabía, en cuanto la había conocido se dio cuenta que era sumamente inteligente, en su momento pensó que eso interferiría en sus amoríos, pero cuando se enamoró… una mujer enamorada perdía el suelo con facilidad y una despechada atacaba con frialdad.

Debía tener cuidado con Beth, nada de lo que esa mujer hacía era por nada. En apariencia parecía sumisa y tranquila ante todo lo que la rodeaba, pero había sido mucho más avispada que los demás y eso se demostraba cuando todos lloraban al verla y ansiaban tenerla en una fotografía para que saliera al día siguiente en los periódicos.

No por nada era hija de un expresidente, sobrina de un primer ministro e hija de Giorgiana Charpentier. A primera vista no se notaba, pero Beth tenía una combinación peligrosa de sus padres, una que, además, llegaba como un golpe silencioso al no ser ella tan extrovertida como sus progenitores.

Raimond bajó hacia su despacho, encontrándose rápidamente con su madre por el camino.

—Oh, hijo —dijo furiosa—. De nuevo tú esposa ha traído a todas esas mujeres al castillo.

—¿Qué tiene de malo? Dijo que eran su comité de… ¿caridad?

—¿Sabes qué clase de personas son? —negó la mujer—. Esposas de panaderos, maestras, gente que vende en el mercado, ¡Dios santo! Sí tu abuelo viera esto, seguro se volvía a morir.

—Por favor madre, algo ha hecho bien para que el pueblo la acoja con tanta gracia.

—Parece que los ha embrujado, eso parece —negó—. He escuchado que es común en Francia esas prácticas extrañas, no me cabe duda, con todos esos gitanos que se la pasan vagando por ahí.

—¿La acusas de hacer brujería?

—No —dijo segura—. Le acuso de contratar a alguien que lo haga por ella.

—Madre —rodó los ojos y caminó por el pasillo.

—¡No me ignores, Raimond! —lo siguió—. Sabes bien que no es normal, a los alemanes nos gustan los alemanes, pero, ¿una francesa? No, no debería tener ese poder, ¿no recuerdas a Napoleón?

—Claro que sí, gracias a él existe este reino, ¿lo olvidas?

—Eso no quita que fuera un francés que quiso conquistar el mundo, son soberbios y ególatras.

—Tranquila madre, no creo que Beth esté tramando conquistar al mundo —sonrió.

—No —le tomó el brazo y lo obligó a volverse hacía ella—. Pero ojalá tú la conquistaras.

—¿Disculpa?

—Por favor hijo, sé bien lo que sucede en este castillo, el que tu mujer esté despechada hace peligrosa su presencia aquí, ella podría convertirse en una espía despiadada, nos hundirá.

—Así que tu solución es que la conquiste para tenerla bajo control —negó el príncipe—. No creo que me deje acercarme.

—Debiste serle fiel en primer lugar —dijo su madre—. Pensaba

que serías diferente a tu padre.

—No empecemos con esto de nuevo —caminó—. Recuerda que la que no permitió que me casara con la mujer que…

—¡No lo digas! —le gritó—. Ella puede oírnos, lo sé.

—Madre, Beth no es ninguna bruja, tampoco es omnipresente —suspiró cansado—. No creo que haga nada que perjudique a Albert.

—Como sea, el que la complazcas en la cama hará que por fin deje de maniobrar contra nosotros —dijo la reina—. Ni siquiera te enteras, pero el pueblo parece quererla coronar a ella.

—Me he dado cuenta hoy —asintió—. Se los ha ganado.

—Entonces, no seas tonto, querido hijo y gánatela a ella.

—Eso intento.

Raimond entró a su despacho y rodó los ojos al darse cuenta que su madre entraba detrás de él.

—Has visto también su constante comunicación y predilección para con Lambsdorff.

—Debo aceptar que eso me ha tomado por sorpresa, aunque debo aplaudirle, ha jugado bien sus cartas al acercarse a mi esposa que de momento me odia.

—No creo que te odie.

—Madre, no hay que ser ingenuos —se sentó detrás de su escritorio—. Incluso las cosas han empeorado, mi padre ha invitado al teniente Hofergon a la corte.

—¡Oh! —enrojeció de furia—. Ese viejo tonto jamás ha sabido de estrategias.

—Sí, harías bien que en esta ocasión te inclinaras más por Beth que por Marilla.

—Siempre me he inclinado por ella, querido, sino no hubiera hecho que te casaras con ella —elevó una ceja—. La cosa es, que tu mujer me saca canas verdes y a veces me es preciso molestarla.

—Para ya esa jugarreta y déjala tranquila.

Los interrumpió el sonido de los toques en la puerta.

—Su alteza —se inclinó un mayordomo al abrir la puerta—. Lord Lambsdorff está aquí y ha pedido audiencia con usted. ¿Debo pedirle que se marche?

—No —Raimond se recostó en su asiento—. Seguro tiene algo muy importante que decir.

La reina miró nerviosa hacía su hijo y suspiró, levantándose.

—Trata de no pelearte con él, recuerda, eres un príncipe.

—Lo sé, madre. No necesito que me lo recuerdes.

—Oh, pero si es mi querida tía —entró de pronto aquel caballero alto, de cabellos rubios y ojos azules, como todos en la familia. Plantó un beso en cada mejilla de la reina y sonrió complacido—. Primo, siempre es un placer volverte a ver. Sobre todo, si has tardado tanto

en volver.

—Espera a que mi madre salga antes de desplegar tu artillería, Ronald —en silencio le hizo la petición a su madre.

—Pero claro —se inclinó ante el pasar de la reina y miró al príncipe—. Supongo que tendrás varias cosas que decirme.

—Pensé que el qué veía a hablar eras tú.

—Bueno, en realidad, vengo a congraciarme un poco —se sentó en la silla del otro lado del escritorio—. Después de todo, nunca había sentido tanta satisfacción al verte derrotado.

—¿Hablas por tu acercamiento a mi mujer?

—¿De qué más?

—Si tus intensiones son malas para con ella, me aseguraré de apartarla de ti.

—No seas tonto, primito —rodó los ojos—. Tengo las mejores intenciones con ella, tuve que consolarla tantas veces en tus constantes ausencias, que le he tomado verdadero cariño.

El príncipe se recostó en el asiento y entrecerró los ojos hacia el hombre frente a él.

—Nunca has sido de los que consuela sin tocar.

—¿Te molestaría? —sonrió—. Bueno, tu siempre parecías tan entretenido con Marilla que pensé que ella también necesitaba una dosis de cariño.

—No juegues conmigo, Ronald, no quiero discutir.

—¿No sería interesante que tu precioso hijo fuera en verdad mío? —Ronald sonrió cuando vio la incomodidad en el príncipe heredero—. No hay mucha diferencia entre tú y yo, ¿Cierto? Ambos tenemos el mismo color de ojos y el cabello, el niño es idéntico a ti, o… ¿podría ser que es idéntico a mí?

—¿Qué quieres?

—Sólo meterte la duda, seguro que es horrible pensar que te ponen el cuerno —sonrió—. Tendrás que sobrellevar esa terrible sensación de no saber si es mentira lo que he dicho, sentirás un poco lo que ella sintió en esos días de suplicio.

—Así que por ahí va la cosa —dijo tranquilo—. ¿Quieres que pague por lo que hice?

—Es lo menos que mereces.

—Eso quiere decir, que en verdad la quieres —se burló Raimond —. ¿Quiere decir que aún anhelas todo lo que yo poseo?

Ronald apretó la quijada y se volvió hacia una ventana.

—No mereces a alguien como ella.

—Quizá tienes razón —asintió—. Pero es mi esposa.

—Bueno, me conformo con saber que te odia tanto como yo.

—Sí, me imagino que no habrás hecho más que incentivar ese sentimiento en ella.

—No había nadie para contradecirlo.

Raimond asintió.

—Bien, justo ahora no tengo tiempo para desperdiciarlo contigo —se puso en pie y levantó la mano hacía la salida—. Nos veremos en la cena, supongo.

—Supones bien.

Raimond se dejó caer en su sillón y suspiró. ¿Sería cierto? Su hijo… no, no podía ser cierto, no quería creer que podía serlo, era lo malo de cuando una mujer tenía una aventura. Frotó sus ojos y dejó la mano sobre sus labios, ¿su esposa se habría metido con su propio primo? ¿Albert sería hijo de aquel que siempre quiso usurpar el trono? Sería una jugada prodigiosa.

—Raimond —entró su padre, revisando algunos papeles—, te necesito y a tu mujer también.

—¿Beth? —frunció el ceño—. ¿Para qué quieres a Beth?

—Que traiga a tu hijo con ella —especificó—, han llegado nuestros invitados de Grecia.

—Iré a buscarla.

El rey asintió sin prestar atención y se sentó en el primer lugar disponible. Raimond caminó seguro por la que era su casa, encontrándose con su esposa charlando con el primo que acababa de despedir de su despacho.

—Beth —la joven despegó su vista de Ronald Lambsdorff y miró a su esposo.

—Su alteza —se inclinó, a lo que su primo sonrió, no era normal que una esposa tratara de esa forma a su esposo, Beth lo hacía adrede y Raimond lo permitía, pero le molestaba sobre manera la actitud de Ronald—. ¿Ocurre algo?

—Sí, necesito que vayas por Albert… —miró a su primo, quién sonreía satisfecho— y lo lleves a la sala del trono, mi padre quiere presentarlos a unos invitados.

—Muy bien, iré por él.

—Por cierto, Beth —interrumpió Ronald—. Quisiera verlo también, yo creo que se parece mucho a mí, ¿Tú qué dices?

—Todos ustedes se parecen —dijo ella con tranquilidad—. Albert tiene ojos azules y es rubio, bien podría parecerse a cualquiera de su familia.

La mujer subió las escaleras, dejando a los primos en soledad.

—Vaya, ella tiene razón —sonrió Ronald—. Bien podría ser hijo de Alan y nadie lo sabría.

—Deja de decir estupideces —riñó Raimond.

—¿De qué hablaban? —sonrió Alan, llegando en ese momento—. Parece tenso todo por aquí.

—Me alegro de verte por aquí Al, me parece toda una calamidad.

—Bueno, no siempre puedo estar emborrachado y con una mujer, a veces necesito estar con dos —sonrió encantador—. ¿A quién esperamos?

—A mí —sonrió Beth, bajando con cuidado las escaleras con su bebé en brazos.

Raimond fue hasta ella y la ayudó a terminar de bajar, cosa que ella agradeció, pero rápidamente se alejó de él, colocándose entre Alan y Ronald, quienes se entretuvieron en ver al bebé en los brazos de su madre. Alan incluso jugaba un poco con las mejillas regordetas de su sobrino.

—Bien, Beth, vamos —el hombre separó a su esposa y la guío por los pasillos.

—Puedo caminar sin que se me toque, su alteza.

—Preferiría mantenerte así —acentuó el agarre en su cintura.

—Hará que me caiga.

—Precisamente, estoy previendo eso, por esa razón te llevaré de esta forma.

La joven rodó los ojos y se fijó en el rostro compungido del pequeño bebé que llevaba en brazos.

—Oh, ¿qué sucede Albert? —se frenó la madre—. Dios, creo que tendré que faltar.

—No puedes hacerlo.

—Tiene hambre —lo miró—. Quizá nosotros podemos saltarnos comidas, pero un bebé no podrá fingir buen humor.

El hombre suspiró y metió a su esposa por la primera puerta que encontró y cerró tras de sí.

—Bien, dale de comer.

—¿Ahora? —dijo nerviosa—, ¿Aquí?

—Sí, ahora veo lo positivo de que rechazaras a la nodriza —abrió la puerta y llamó a un mozo que pasaba por el lugar, custodiando los pasillos—. Mande decir al rey que la princesa y yo llegaremos en unos momentos.

—Sí, excelencia.

—No lo haré frente a usted.

—Tranquiliza tu pudor —se sentó en un alargado sillón de la pequeña y cómoda estancia—. No es que me interese sobremanera verte dándole de comer.

Ella se sonrojó notoriamente y lo miró tomar un libro que seguro alguien había olvidado ahí. Beth suspiró y se sentó en una silla, mirando a su bebé con una sonrisa y descubriendo lentamente su pecho, vigilando que su esposo no estuviera espiándola. Agradecía a su madre por haberle mandado esos vestidos, eran perfectos para cuando una mujer se encargaba de su hijo: hermoso, pero práctico.

Raimond se escudaba con el libro, pero enfocaba a su esposa cada

vez que ella se distraía con la pequeña figura de Albert. Era una imagen espectacular, ver a su esposa e hijo conectados de una forma que él jamás entendería; la mirada de Beth parecía iluminarse, sus mejillas se sonrojaban y sus labios se curvaban sin remedio alguno mientras la boquita de ese niño la rodeaba. Le sorprendió darse cuenta de cuantos momentos especiales se habría perdido.

—¡Dijo que no me vería!

—Lo siento, Beth —sonrió—. No he podido evitarlo.

—Es usted un mentiroso —negó—. Debí saber que mentiría.

—Sólo es ver a mi esposa e hijo, no es nada reprochable.

Ella negó y tocó la cabecita de Albert, ya no le importara que la viera, ni siquiera valía la pena discutir con él, así que lo ignoraría lo mejor que pudiera. La parte interesante fue cuando el niño la soltó y ella tuvo que hacer un trabajo monumental al subir su vestido y sostener al niño, pero lo había logrado y en ese momento, sólo le sacaba el aire.

—¿Estás lista? —se puso en pie.

—Sí… —ella se miró a sí misma, nerviosa—. ¿C-Como me veo? ¿P-Parece que he estado… amamantando a un bebé?

Raimond sonrió y se acercó a su mujer.

—Sí, lo parece —ella lo miró asustada—. Te ves hermosa.

—Pero… —ella frunció el ceño—. No me mienta, no puedo ir frente a un montón de gente importante con una apariencia imperfecta.

—No miento, jamás pensé que te podrías ver más hermosa, pero ahora que te veía con él…

—Si piensa que me veo bien, entonces, no perdamos el tiempo.

—No diría que lo estamos perdiendo —le colocó una mano en la cintura para que no se marchara—. He hablado hoy con Ronald.

—¿Y eso qué?

—Me ha insinuado algo —ella permaneció callada—. Algo sobre nuestro hijo.

—¿Qué pasa con Albert? —bajó la mirada hacía el bebé.

—Dijo que podría ser suyo.

Ella levantó la mirada rápidamente, parecía impresionada y hasta un poco molesta.

—La única forma en la que eso pudiera ser posible, es que fuera él mi esposo —dijo seria—. Nunca me han gustado los engaños, menos las infidelidades.

—¿Ni siquiera lo harías por venganza?

—Si vuelve a insinuar siquiera que mi hijo es menos que un príncipe, le juro por lo que más quiero, que es él mismo, que lo asesinaré de la forma más cruel que se me ocurra —ella sonaba amenazadora y demasiado fría—. He sufrido lo suficiente durante todo

este tiempo aquí, nada hará que mi hijo no sea el que se siente en el trono que le corresponde cuando usted muera.

—Qué parece ser pronto, puesto que estás por matarme —sonrió.

—Sólo eso me faltaba —negó incrédula—. Que terminara siendo yo a la que adjudicarían un hijo ilegitimo, ¿Es parte de su plan? ¿Hacer que mi hijo no llegue al trono? No lo permitiré, antes muerta que dejar que alguien ocupe su lugar… o el mío.

—Lo siento —la tomó de nuevo para que no se marchara y juntó su frente a la de ella—. No quería incordiarte de esta manera… sé que no lo harías, lo sé. Albert es demasiado parecido a mí, pero deseaba escucharlo de tus labios.

—Ha de ser muy satisfactorio darse cuenta que no lo he engañado cuando usted… —la cara de Beth se había desfigurado completamente —. Suélteme. Ojalá no fuera su hijo y así podría llevármelo lejos de aquí, de todos ustedes.

—Beth —la agarró del brazo, pero no supo que decirle—. Nada, lo siento, vamos.

Cuándo la pareja llegó a la sala donde se les esperaba, los ojos de los invitados volaron rápidamente hacía la figura sonriente y hermosa de la mujer del pueblo alemán. Beth conocía de antes a algunos de los invitados, ella era una persona importante mucho antes de ser la esposa de un príncipe, por lo cual se desenvolvió con total normalidad; habló con los hombres, sonrió a las mujeres y jugó con los niños, jamás soltó a su pequeño hijo y actuó ejemplarmente, como una esposa enamorada.

Incluso, cuando llegó Marilla junto a su marido a saludar, la princesa, quién estaba siendo centro de las miradas metiches de todos los presentes, sonrió a la amante de su marido y saludó educadamente a su pareja, abrazando con fuerza a su hijo para soportarlo todo, incluso sentía que el toque persistente de su marido era lo mismo que sufrir una quemadura grave junto a la plancha de ropa.

—Mi queridísima Beth —saludó la princesa de Grecia con una sonrisa—. Me he enterado de tu hijo no hace mucho, espero que te haya llegado nuestro obsequio.

—Oh, gracias Joan, me ha llegado y ha sido de lo más hermoso.

—Pero déjame verlo —se acercó la hermosa mujer—, sí, parece la viva imagen de tu marido, querida, no ha dejado nada de tus genes.

Beth miró a su propio hijo y suspiró, era verdad, por mucho que le doliera, Albert era igual a su padre, pero, a sus ojos, el niño era completamente diferente.

—Sí, creo que mi esposo ha sido el ganador en este caso.

—Oh, no debes preocuparte, vendrán más y no en todos puede ganar —le guiñó un ojo la princesa.

Beth sonrió con gracia y pensó que no habría otra oportunidad

para que ella ganara en cuanto a los *genes* de sus hijos, pero mordió su lengua con fuerza y siguió hablando con una y otra persona, hasta encontrarse con una cara conocida y amigable.

—Oh, mi querida Beth —la abrazó Ana, su dama de compañía y una duquesa—. Me preocupa tu estado ahora que está esa mujer aquí, no sé por qué ha sido requerida cuando… saben lo que ha pasado.

—No deja de ser la esposa de un importante militar —se inclinó de hombros la mujer—. Tendré que verle la cara en muchas ocasiones además de esta.

—¿Te sientes bien con eso?

—Tan bien como cuando tienes una piedra en el zapato —sonrió Beth—. Pero siempre he podido sacarme las pierdas con facilidad.

—El príncipe parece ensimismado contigo —dijo Ana—, no ha dejado de hablar de ti en toda la velada. Incluso se dice que lo has prendado, como al resto del pueblo.

—Eso quiere que se crea —susurró, pero al notar que Ana volvió una mirada interrogante, sonrió y negó—. Seguro echó en falta a su hijo durante el viaje.

—Sí, los hombres son agradecidos cuando das a luz, sobre todo cuando das a luz un varón.

Beth sintió de pronto como la mirada de alguien le atravesaba la espalda y, al momento de darse la vuelta para percatarse de quién se trataba, los ojos azul cielo de su marido perforaron los suyos con la intensidad de mil soles, logró sonrojarla por unos segundos imperceptibles, así que decidió tomarse un respiro y salió del salón por un momento.

—¿Princesa? —se acercó una doncella con la preocupación marcada en su rostro— ¿Tiene algún problema?

—No, Dalia, ¿podrías llevarte a Albert a recostar? Seguro está cansado de tanta faramalla.

—Sí —la mujer se acercó y tomó con cuidado al bebé—. Que pase una buena noche, mi señora, y también usted su alteza.

En cuanto la joven pronunció aquellas últimas palabras, Beth se volvió con rapidez, encontrándose con su marido a sus espaldas.

—¡Dios! —se tocó el pecho—. ¿Qué hace aquí? Me ha sacado un susto de muerte.

—Te he visto salir con Albert y he pensado que algo andaba mal.

—No, lo he mandado a descansar —dijo nerviosa.

—Me parece una buena idea, ha sido un día ajetreado para él.

Beth notaba como su esposo se acercaba cada vez más a ella, poniéndola nerviosa y haciéndola retroceder poco a poco hasta chocar contra una pared.

—¿Qué hace? Aléjese.

—No hago nada, eres tú la que ha caminado hasta aquí, sólo te he

seguido —la miraba intensamente, haciéndola sentir escalofríos.

—B-Bueno, si no hay nada más que decir, entonces…

—Sí, no hay nada más que decir, pero creo que hay algo más que hacer —le colocó las manos delicadamente alrededor del rostro.

—No comprendo —elevó la mirada justo a tiempo para darse cuenta que él se agachaba para besarla—. ¿Qué hace…?

Raimond había tomado sus labios de una forma abrazadora, pegándola completamente a la pared y juntado sus cuerpos. Beth sintió que su corazón se desbocaba cuando la lengua de su marido hizo entrada entre sus labios al momento de abrir la boca para replicar, esa acción permitió que él la acercara un poco más.

Ella intentaba empujarlo a pesar de que todo su cuerpo se negaba a separarse, le pegaba en el pecho, intentando que fuese él quién reaccionara, pero eso sólo hacía que Raimond se entusiasmara más, llegando al punto en el que intentó subirle la falda.

—No… —apartó sus labios de los de él, forzándolo a besar su cuello—. No… por favor, no…

—Por favor, Beth —gimió en sus labios—. Por favor…

—No —cerró los ojos con fuerza—. ¡No! ¡No!

Raimond se apartó de ella casi de un salto y la miró abrazarse a sí misma, auto consolándose.

—¿Cómo…? —Beth negó—. No lo vuelva a hacer.

—Lo siento.

—¿Pensabas abusar de mí aquí mismo?

—No estaba abusando de ti, jamás lo haría.

Ella levantó la mirada con enojo.

—Te dije que no.

—Y me detuve.

—No parecías querer hacerlo.

—Es verdad. No quería —se acercó a su oído—: ansío llevarte a la cama y besar cada parte de tu cuerpo, cada centímetro, hasta hacerte gemir y gritar mi nombre. Quiero adentrarme en ti y hacerte mi mujer una y otra vez, durante días, durante años y que entiendas que… que quiero estar contigo, únicamente contigo, para toda mi vida, para toda la tuya.

—Detente.

—Quiero tocarte, quitarte ese maldito vestido y hacerte el amor justo ahora —se alejó—. Pero no lo haré si no es lo que quieres.

Ella se arregló rápidamente y lo miró incriminatoria.

—No es lo que quiero —le dijo con odio—. Jamás será lo que quiero, ¿entendió?

—Ojalá te creyera, pero hace unos momentos comprendí algo importante —ella elevó una ceja sarcástica—. Mi amor, tú cuerpo aún anhela estar conmigo y tu corazón flanquea a momentos.

—Si será usted engreído —negó.

Raimond tomó su mano cuando ella planeaba irse y se la llevó hasta sus labios, deteniéndose en la caricia por un prolongado momento, en el cual ella simplemente lo observó con altanería, tranquilidad y pomposidad.

—Beth, serás mi esposa por toda la vida, según lo que planeas, ¿te parece tan abominable aceptar tus sentimientos?

Ella apartó la mano con fuerza y lo miró con odio, acercándose lentamente a él y sonriendo de una forma que jamás pensó que ella podría configurar en su bello rostro.

—Bien, planteemos algo —le dijo susurrante—. Digamos que yo he sido infiel con aquel que usted odia, ¿Podría siquiera pensar en estar conmigo? No le sería… extraño, pensar que mi cuerpo estuvo pegado al de otro hombre, que susurré otro nombre, que gemí entre otros brazos, ¿Lo perdonaría? ¿Me aceptaría?

Raimond la miró con intensidad y apretó fuertemente su quijada.

—Quieres… ¿vengarte?

—¿Vengarme? —negó—. Sería ponernos a mano en la situación, al menos debería concederme eso ¿no cree?

—No permitiría que nadie tocase a mi mujer —dijo molesto.

—¿Por qué cuando se trata de la mujer sí cabe lugar a las exigencias de la fidelidad, pero, cuando se trata de un hombre no?

—Porque una mujer puede concebir a los hijos de otro hombre — se acercó y la tomó de la cintura, apretándola a él con fuerza y, sin quererlo, en un aura sedante—, porque la mujer representa la honorabilidad, la pureza y rectitud de un hombre, es su imagen, si ella le traicionase, el hombre quedaría hecho una nada.

—¿Y la mujer no queda hecha una nada también? —trató de apartarse—. Mira que el no poder complacer a su propio marido… el que busque los brazos de alguien más, tampoco es algo que se le perdone. Además, no debería poner tanta carga en nuestros hombros, sea todo lo honorable y bueno que quiera por sus medios, no por los míos o los de cualquier otra.

—No lo hagas, Beth, lo mataré, si lo amas lo haré incluso con más gusto —le dijo furioso.

—¿Puedo matar yo a la señora Marilla entonces? —elevó una ceja, controlando por completo la conversación—. Guiándome por sus comandos varoniles, es lo debido, cuando alguien te quita algo preciado, se le mata.

Raimond sonrió de lado y dejó salir aire por la nariz, en una pequeña risa que no tenía nada que ver con la diversión.

—¿Quiere decir que te soy preciado?

Los ojos de Beth brillaron con rabia al notar su error de discurso.

—No, ¿por qué cree que no lo he hecho? —le apartó las manos

con fuerza—. Volveré a la velada, su alteza, con su permiso.

Raimond sonrió complacido y esperó a que su mujer saliera del salón para dejarse caer en una de las sillas. Ella todavía lo amaba, trataba de ocultarlo, quizá desearía no sentirlo, pero lo hacía, era imposible que alguien eliminara un cariño en tan sólo unos meses.

—¡Beth! ¿En serio harás esto cada vez?

—No entiendo por qué lo sigue intentando cada noche —le dijo desde el otro lado.

Raimond sonrió y se recostó en la puerta, sacando la llave de la habitación y abriéndola, como cada noche desde que había regresado. Su esposa estaba en la cama, con su camisón puesto y una cara refunfuña hacía él. Le parecía cada vez más encantadora, sobre todo, por la forma en la que hacía parecer que lo ignoraba detrás de ese libro, pero, al mismo tiempo, lo observaba desvestirse.

—Hola —le besó el hombro descubierto, ella siquiera se volvió—. ¿Cómo fue tu día?

—Bien. ¿Puede retirarse?

—No lo creo —se recostó en la almohada y miró hacía el techo—. ¿Qué lees?

—"Como deshacerse de un marido fastidioso de una forma dolorosa" —ella lo decía seriamente, pero no era un título creíble.

El hombre dejó salir una carcajada y la miró. Hermosa, Beth era hermosa, sobre todo cuando era tan fría con él, se acercó a ella y se recostó en su abdomen, leyendo el título del libro, no pudo más que sonreír al darse cuenta de lo instruida que era su esposa, no creía que nadie en ese lugar supiera lo que Beth sabía.

—Así que, ahora te interesa la filosofía.

—Siempre me ha gustado.

—¿Siempre lees en alemán?

—Todos los libros de aquí están en alemán, uno aprende.

Él se levantó con ayuda de sus codos, y colocó un brazo del otro lado del cuerpo de su esposa para después bajar la cabeza y colocar un beso en su abdomen, tocó sus muslos, subiendo un poco la seda de su vestido y acarició la suavidad de su cuerpo.

—Su alteza, no estoy en condiciones de cumplir con usted —dijo segura, fría y tranquila—. Lamento decepcionarlo.

—No quiero que cumplas conmigo.

—Entonces no comprendo su presencia aquí, ni tampoco su mano debajo de mi camisón.

—Te quiero complacer a ti.

—¿Piensa que esto me complace?

—Quizá hasta te relaje.

—No me meteré a la cama con usted.

—Bien —sonrió, plantando besos sobre ella.

Beth cerró los ojos, aferrando con fuerza su libro para no bajarlo

y terminar besando a ese maldito. Para ese momento, ella ansiaba sentirse amada y el que Raimond la besara y acariciara constantemente, le ponía las cosas cada vez más difíciles, pero no cedería ante él, se apartó y salió de la cama en un brinco.

—Por favor, su alteza.

—No puedes negarlo Beth, lo sé, me deseas.

—No sea egocéntrico —dijo enojada—. Desearía a cualquier hombre para este momento.

—Qué mal hablada —se puso en pie también—. Jamás pensé escucharte decir tales cosas tan faltas de pudor.

—Aléjese de mí.

—¿Por qué? —la aprisionó contra la pared—. En realidad, sabes que no necesito tu consentimiento para hacerte el amor.

—¡Lo odiaría! ¡Lo odiaría toda la vida!

—¿Eso quiere decir que no me odias ahora?

—Sí, lo odio —le dijo con la nariz fruncida.

—Bien, digamos que entiendo el hecho de que no quieras que esté dentro de ti —se acercó a su cuello y lo rozó con sus labios—, pero puedo hacerte disfrutar incluso sin esa parte.

Ella cerró los ojos y ladeó la cabeza para darle acceso.

—No…

—¿No?

La respiración de Beth se había acelerado, parecía temblar contra la pared y anhelar lo mismo que él, pero sabía que no se lo permitiría, jamás lo dejaría y él no la forzaba en ello. Cuando su hijo comenzó a llorar, pareció ser una campana liberadora para su mujer, quién salió inmediatamente a su busca.

Raimond se fue a la cama, esperando a que su mujer volviera, seguramente tardaría para que él se quedara dormido, lo cual no sucedería, pensaba esperarla. Pero se hacía tarde y ella no volvía, llegando al punto en el que se preocupó por ella y fue a buscarla. Cuando estaba por entrar a la habitación del bebé, comenzó a escuchar voces que parecían alzarse cada vez un poco más.

—¡Deberías estar agradecida con todo lo que tienes! —decía Marilla con molestia—. ¿Qué más necesitas para ser feliz?

—No deseo discutir contigo Marilla, déjame tranquila —dijo Beth —. Y sal de la habitación de mi hijo ahora mismo.

—¡No! —explotó—. No hasta que me digas qué necesitas para dejarlo libre.

—Él está libre Marilla, tan libre como lo estaba cuando nos casamos —enunció la joven—. No recuerdo que le fuera un inconveniente tener esposa entonces y no creo que le importe ahora.

—Tiene la idea de reformar su familia —negó—. ¿Por qué no le dices que no tiene oportunidad?

—No tengo por qué decir nada, mucho menos a ti.

—¿Lo amas? —Marilla parecía furiosa—. ¿Todavía lo amas?

—Me casé enamorada, Marilla —dijo Beth—. Te hiciste pasar por mi amiga y después te acostaste con mi marido, todos fingieron por mucho tiempo que eran alucinaciones mías, que estaba enferma de celos, estaba enferma, pero considero que estaba justificada.

—Él y yo nos amábamos desde antes, éramos amantes de mucho antes de que tú existieras en su panorama… o en el de la reina.

—Los felicito —Beth meció a su bebé—. Son tal para cual.

—Pienso lo mismo.

Beth la miró por un largo momento, tomó la mantita de su bebé y se la colocó encima para cubrirlo junto con ella, pensaba marcharse de ahí, pero Marilla la frenó de nuevo.

—Suéltame, sí haces que tire a mi hijo, te mataré.

—Si lo hicieras, Raimond te mataría después.

—Lo prefiero —dijo furiosa—, preferiría estar muerta a seguir soportando estas estupideces.

—Entonces, ¿Por qué no lo haces?

—Porque jamás te dejaré sentarte en ese trono, yo soy la que será reina, mi hijo será rey y tú siempre serás la amante, despreciada por todo cuanto me conoce y obligada a hacerme reverencia cada vez que hago presencia en un lugar —Beth se irguió garbosa—. ¿Y bien, señora Hofergon? Estoy esperando su inclinación.

—No pensarás.

—¿Te niegas?

Marilla la miró determinada, pero lentamente y para satisfacción de Beth, se inclinó ante ella.

—Princesa —dijo con la cabeza gacha.

—Señora Hofergon —sonrió y pasó de largo, encontrándose entonces con su marido—. Su alteza, supongo que habrá quedado aquí con su amante, pero le pido, si no es mucha molestia, qué para la próxima, encuentre otro lugar, el castillo es enorme y no hay necesidad de echarme en cara algo que ya sé que sucede.

—Beth —la detuvo—. He venido aquí por ti.

—Ha de ser una magnifica coincidencia —miró a Marilla, quién salía en ese momento—. Los dejo.

—Iré contigo en un momento.

—Estará usted perdiendo la cabeza —dijo ella, desapareciendo entre la oscuridad.

Raimond miró a su antigua amante con molestia.

—¿Por qué has venido?

—Me la he encontrado de casualidad.

—¿En serio? ¿A dónde ibas?

—Vengo de regreso de tus habitaciones, pero me he encontrado

con la sorpresa de que no estabas ahí.

—Marilla —cerró los ojos—, por favor, deja de hacer tonterías.

—No hago algo diferente a lo que siempre hicimos.

—Basta, Marilla —dijo enojado—. Sé que no lo entiendes, pero quiero que mi familia se vuelva a unir, quiero que mi hijo crezca sabiéndose amado por sus padres y que vea amor entre ellos.

—¿Cómo podrías crear algo así? Si me amas a mí.

—No quiero volver a verte por esta zona, quiero que te quedes lejos de las habitaciones de la familia real de ahora en adelante.

—¿Me lo ordenas?

—Sí, no incordies más a la madre de mi hijo.

Raimond siguió el camino que había tomado su esposa.

—¡Piensas que actuando así ella volverá! —le gritó—. ¡Pero jamás lo aceptará! ¡Jamás se acostará contigo! ¡Raimond!

—Señora —dijo el otro príncipe del castillo—, le recomiendo que deje de hacer tanto escándalo, nos dejará sordos a todos.

—Alan —dijo molesta.

—Uy, eso parece ser un tono bastante iracundo —sonrió, cruzándose de brazos—. ¿Se debe a mi hermanito?

—Quiere formar una familia feliz —chasqueó la lengua—. Todos saben que la estirada de su mujer jamás lo permitirá.

—No lo sé, mi hermano tiene métodos muy convincentes para meter a una mujer a su cama.

—No la ama.

—¿Segura? —sonrió malvado—. No lo había visto tan interesado en una mujer desde… bueno, desde que tú llegaste a su vida, pero te has vuelto aburrida y demandante, alejarías a cualquier hombre con estas actitudes.

—¿Crees que es por eso? —lo miró inocente.

—No lo sé, ahora que Beth no le hace caso, parece estar a sus pies —se inclinó de hombros—. Creo que le gustan los imposibles.

Ella asintió.

—Puede que tengas razón —suspiró—. Contra eso no sé qué puedo hacer.

—Ni yo, creo que estás perdida.

Marilla sonrió y lo miró.

—No, creo que no —se abalanzó contra él y lo besó.

—¿Qué demonios? —la separó Alan.

—A ti siempre te ha gustado romper las reglas.

—¿Qué regla se supone que rompo ahora?

—Un matrimonio… quizá dos.

—¿Dos? —Alan negó—. Estás loca.

—Vamos —comenzó a abrirle la camisa—. Sé que siempre te he gustado, no creo que tengas inconveniente en meterte en mi cama.

—Pese a lo que pienses —se libró de ella—, no me gusta ser comparado en la cama con mi hermano, por lo que nah, no quiero meterme contigo. Fue un buen intento, desesperado, pero bueno.

Marilla miró enfurecida al hombre y se cruzó de brazos. Tenía un plan y Alan Hohenzollern no era el único que podría cumplirlo.

—Beth —Raimond entró a la habitación de su esposa.

—Estoy dormida, no me despiertes.

—Claro, ¿respondes en automático?

—Sólo para darte negativas.

Raimond sonrió y miró hacía la cunita en la habitación, donde descansaba el bebé de ambos, fue hasta él y tocó la mejilla rosada del niño, quién tomó su dedo instantáneamente.

—Buenas noches, hijo.

—Déjalo, lo vas a despertar —le dijo la joven sin levantar la cabeza u abrir los ojos.

—Tú mamá es algo gruñona, pero es porque está cansada —lo besó y lo cubrió con las mantas antes de ir a la cama con su esposa.

—Aléjese de mí —ella abrió los ojos al sentir el movimiento de la cama—. Sé que no lo puedo correr, pero por lo menos no quiero que me toque, es lo menos que me debe.

—No —se estiró y la abrazó con fuerza a su pecho—. No dejaré que te escapes de mí.

—Aunque me tenga abrazada, acorralada o encerrada, jamás me tendrá; aunque estuviera dentro de mí, no me tendría —dijo segura.

—Eres sumamente rencorosa y cabeza dura —la dejó voltearse entre sus brazos, dándole una buena visión de su espalda—, pero no harás que deje de intentarlo.

—Eventualmente se cansará y me dejará tranquila.

—Mmm… lo dudo —la abrazó—. Me siento fascinado por ti.

—¿En serio? ¿Por qué? —le dijo incomoda al sentir que la mano de Raimond bajaba hasta su entrepierna y masajeaba la zona con sutileza—. ¿¡Qué cree que hace!?

—¿No te gusta? —sonrió al notar que ella se pegaba instintivamente a él—. No grites, si lo haces, despertarás a Albert.

—Entonces deje de tocarme —se removió.

—No —le besó el cuello—, necesito esto, necesito verte disfrutar entre mis manos.

—¡Aléjese! —cerró los ojos y apretó los labios para no dejar salir ningún gemido de su boca—. Basta…

—No sé por qué, pero no me parece verdad lo que pides.

Beth se removió y sintió que moriría al sentirlo actuar tan desvergonzadamente con ella, jamás había sido de esa forma cuando habían hecho el amor, él siempre era muy puntual en su hacer, aunque jamás la lastimó, nunca fue algo que disfrutara, no como lo

hacía en ese momento; Beth lanzó un gemido y por poco dio un grito cuando repentinamente sintió que la mano de Raimond no se detendría en la superficie.

Para Raimond siempre había sido placentero, incluso aunque no jugara con ella, recordaba con gran anhelo lo enloquecedor que era estar dentro de la que era su mujer.

—¡Raimond! —dijo en un grito contenido.

Ella había querido exigirle de esa forma que se detuviera, que se alejara de ella, porque la estaba debilitando, pero había salido más como una plegaría que, además, lo emocionó, puesto que hacía demasiado tiempo que ella no mencionaba su nombre.

—¿Beth? —buscó sus labios mientras ella estaba presa del placer que le brindaban sus caricias.

Ella no se encontraba ahí, por un momento pensó que algo dentro de ella explotaría y cuando lo hizo, no fue más que una sensación sumamente placentera que la envolvió y la sacó de la realidad por demasiado tiempo, la hacía anhelar más, pero abrió los ojos y encontró la faz complacida de su marido, notando que incluso ella misma había sostenido esa mano en su lugar.

—Lo hizo a pesar de que le dije que no… —ella estaba enrojecida de las mejillas y parecía ofuscada al haber cedido ante la pasión por primera vez en su vida.

—¿Me dirás que no te ha gustado? —sonrió.

—Yo… no debió hacer eso —dijo avergonzada, poniéndose en pie para cambiar sus ropas.

—Imagina lo podrías sentir si acaso me dejaras hacerte el amor.

—¡No! —lo miró furiosa—. No, no se atreva.

—Bien, no puedo forzarte a hacerlo… aunque ahora tampoco parecías estar sufriendo.

—¡Basta! —ella se volvió hacia otro lado—. Fue un error.

—Deseo, fue deseo —se dejó caer en la almohada—. Incluso buscabas más, pero está bien, aprenderás a desearme poco a poco.

—Jamás.

—Es una palabra muy fuerte, puedes romperla.

—¡Fuera de mi cama!

—Para este momento, ya no importa que pongas restricciones, de alguna forma, he vuelto a estar contigo, disfruté viéndote retorcer y gemir, incluso has dicho mi nombre.

—Es usted un ser detestable.

—Puede ser, pero lo disfrutaste, es una ganancia para mí.

—¡Lo odio!

—No te lo creo.

Ella lo miró molesta y se recostó en el sillón de la habitación después de colocarse otro camisón. Raimond esperó a que ella

durmiera para ir por ella y meterla en la cama, sobre su pecho, como debía estar después de haberla hecho disfrutar entre sus brazos.

Sonrió. Beth era increíblemente sensible, apenas la había tocado y su cuerpo había reaccionado, no quería ni imaginar cómo sería hacerle el amor en toda la extensión de la palabra. Al menos sabía que, sexualmente, ella lo anhelaba, pero en todo lo demás, lo odiaba. ¿Qué debía hacer para recuperarla?

Capítulo 7

Beth caminaba presurosa hasta llegar a la habitación de su querida amiga Ana, la duquesa de Mansfled, le acababan de informar que no podría salir de su alcoba debido a un malestar, pero ella no se conformaría con eso, así que entró a la recámara sin tocar, recibiendo la inclinación de las doncellas presentes y el médico que revisaba a su amiga, dejándola un poco impactada porque ella tenía las piernas abiertas, como si fuera a dar a luz.

—Princesa —se inclinó el erudito—. La duquesa estará bien, sólo ha sido un desgarre.

Beth miró a su amiga.

—Gracias doctor —despidió Ana con un sonrojo marcado.

Las doncellas y el médico abandonaron la habitación, dejando a las dos amigas solas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Creo que Bernard… se entusiasmó demasiado anoche —sonrió Ana—. Tranquila, no es nada.

—¿Te ha lastimado al punto de llamar a un médico? —se escandalizó Beth—. Pero es un animal o qué piensa.

—¡Princesa! —se avergonzó la joven.

—Es la verdad —se cruzó de brazos—. ¿Quieres algo? ¿Necesitas que te pida algo?

—No princesa, estaré bien después de tomar un desayuno.

—Está bien —ella le tomó la mano y sonrió—. Deberías poder decirle que pare, que se detenga para que no te lastime de esta forma.

—Oh, princesa, son hombres —le apretó la mano—. No puedo esperar que paren su deseo, nosotras estamos para satisfacerlos, para cumplir precisamente esa parte de sus vidas.

Beth no pensaba lo mismo, pero sabía que Ana estaba educada bajo las estrictas normas de la aristocracia, donde la mujer no tenía valía alguna y dar hijos era su única función.

—¿No pueden parar? —Beth frunció el ceño—. ¿Quiere decir que, si yo le pido al príncipe que pare, no debe hacerlo? ¿No es su deber protegernos? ¿Tratar de hacernos felices?

—Mi lady —se avergonzó—. Es nuestro deber cumplir, tienen el derecho de cada parte de nuestro cuerpo, incluso de los hijos que les brindamos, ¡de todo!

Beth pestañó un par de veces y suspiró. ¿Era verdad? Si su marido le pedía que cumpliera, aunque ella no quisiera, ¿Tendría que hacerlo? No le sonaba bien, eso no pasaría y, de hecho, no había pasado y su esposo lo había respetado… hasta el momento.

—Princesa —llamó una doncella—. La esperan en el comedor para comenzar a desayunar.

—Sí —suspiró—, lo sé, iré en un momento.

—Su alteza, me temo que el príncipe pide que antes vaya a su despacho y el señor Markel la busca para un asesoramiento en el próximo evento, la espera en el salón verde —apresuró la doncella, parecían demasiadas cosas que hacer para antes de un desayuno.

—¿El príncipe quiere verme?

Beth tomó aire, desde aquella noche en la que él la tocó de esa forma, la joven madre había impuesto aún más distancias, porque se dio cuenta que era extremadamente fácil para él derribar todas sus defensas y eso la aterraba, pensaba que, para ese entonces, ella habría eliminado todo sentimiento o emoción ligado a él.

Claramente se había equivocado.

La joven entró en el despacho después de unos minutos de caminar por el castillo, odiaba lo enorme del lugar, pareciese que caminaba horas para ir de una habitación a otra. Tocó un par de veces y entró al despacho, donde su esposo la esperaba.

—Beth, que bueno que llegas —se puso en pie y se acercó a ella —. Tenemos la organización de la cena para los asesores de gobierno y los invitados de Grecia.

—Sí, lo sé.

—Bueno, además de eso, mi padre ha organizado una cacería, espero que nos acompañes.

—No soy especialmente buena montando a caballo.

—Irás conmigo, entonces.

—Le sería un estorbo, no le permitiría tirar.

—No te lo estoy preguntando, Beth —dijo distraído.

Ella frunció el ceño.

—¿Así es como debe ser? —se adelantó molesta—. ¿El hombre ha de ordenar y la mujer obedecer? ¿Esa es la razón por la que mi querida Ana está en cama esta mañana? ¿Me irá a hacer lo mismo si me sigo negando a cumplir en la cama?

—¿Disculpa? —la miró extrañado—. ¿De qué hablas?

—No soy un títere, su alteza, soy una mujer, sin contar que tengo una madre demasiado independiente como para aceptar que un hombre me diga qué hacer.

—Creo que no te he ordenado nada que no puedas o quieras hacer y, si lo he hecho, estoy seguro de que me has ignorado —dijo tranquilo—. ¿Estás bien? Pareces un tanto pálida.

—No piense que le permitiré estar en mi cama sólo para satisfacer su deseo —le dijo furiosa.

—He estado en tu cama desde que llegué, cariño —vagó por el despacho—. Y que recuerde, no he abusado de ti de ninguna manera,

ni siquiera he querido *satisfacer* mi deseo en ti.

Beth lo sabía, pero lo quería dejar muy en claro.

—Yo…

—¿Qué te ocurre esta mañana? —sonrió y se acercó, plantándole un beso en la mejilla que ella no se esperaba—. Te vi despertar de mejor humor a pesar de tenerme ahí.

—Sí, hablando de ello —lo enfrentó—. ¿Cuánto tiempo más piensa permanecer ahí?

—¿En la habitación de mi mujer? —se inclinó de hombros—. Indefinidamente.

Ella apretó la quijada.

—¿Cómo se encuentra Marilla? —el príncipe levantó la mirada.

—No lo sé, querida, que recuerde, no hemos coincidido —le dijo —. Como entenderás, no tengo idea de cómo esté, ni tampoco sé dónde queda su habitación, si es tu siguiente pregunta.

Ella miró molesta hacía otro lado.

—¿Para qué es necesaria su presencia en el castillo? —dijo ella—. ¿Es por el teniente? ¿Se acerca una guerra?

—Se viven tiempos difíciles, puede que inicie en cualquier momento, pero por ahora, no, no hay peligro, sólo tenemos que ser precavidos.

—Bien, ¿nos podemos ir ahora? Tengo hambre y Albert…

—Sí, sí —suspiró—. Sólo quería pasar unos momentos con mi esposa, durante todo el día te la pasas perdida entre la gente, caridades y demás personas que no conozco, ni me interesa conocer.

—No parecía ser importante antes.

Instantáneamente, recordó un episodio en el que ella lo perseguía, de hecho, lo había perseguido hacia ese mismo despacho y le había pedido que saliera con ella a dar un paseo, sólo eso pedía, un poco de su tiempo. Pero él se había negado terminantemente y había dicho algo como: *“Beth, encuentra algo que hacer, además de molestarme, claro está”*.

Jamás lo había olvidado y desde ese momento, ella misma había llenado su itinerario para no tener ni un momento libre en el día, ni un espacio para que su cerebro se permitiera divagar y darse cuenta de que era engañada en su propia casa.

—¿Beth? —se acercó a ella—. ¿Beth, te encuentras bien?

—No me toque —se apartó de él rápidamente.

—¿Qué ocurre?

—Nada —dijo enojada—. Me adelantaré.

—No, espera —la tomó del brazo—. Sé que recordaste algo, por favor… cariño, lo siento.

—No me llame así —dijo enojada—. Hago esto por mi hijo, que no se le olvide nunca.

Raimond la dejó marchar, sin embargo, no podía evitar sentirse cada vez más atraído por la mujer que era su esposa. Ella era tan… no lo sabía. Quizá era sólo su afán por querer arreglar su familia que lo hacía sentirse atraído por ella, pero, justo en ese momento, cuando la veía en esa postura tan fiera… le daban ganas de arrancarle ese vestido y hacerle el amor, pero ella no lo deseaba y no podía obligarla a ello. Se preguntó qué habría recordado para que volviera a su postura tan fría y taciturna.

La siguió por el pasillo, pasando una mano por su cintura al momento de entrar al comedor, dándose cuenta que, en esos momentos en los que estaban en público, su mujer disimulaba perfectamente el odio marcado que le tenía. Le permitía besarle la mejilla, tomarla de la mano o la cintura e incluso le sonreía. No era tonto y su mujer tampoco lo era, entre mejor fuera su imagen ante el público, más querrían que el hijo de ambos fuera su rey, más aseguraban su monarquía.

Raimond se aprovecharía de ello cuanto pudiera.

—Querida, me ha dicho mi dama de compañía que piensas ir hoy al pueblo —dijo la reina, dirigiéndose directamente a su nuera.

—Sí, su majestad, tengo una sesión con los niños del orfelinato.

—¿Una sesión?

—Les leo a los más pequeños y enseño cosas a los grandes.

—¿Enseñar? —sonrió Alan—. Así que eres de las que piensa que la clase trabajadora puede desarrollarse más de lo que ya están.

—Estamos en una nueva era, señor, pensaría que todos estamos en sintonía con ello —dijo Beth.

—No me parece sensato que los aliente tanto —dijo Marilla—. Miren que bien les salió a los monarcas de su país.

—Francia es uno de los primeros países con una república —dijo Beth—. El pueblo pedía lo justo, si sus mandatarios no los satisfacen, se crea la revolución, pero, si lo hacen, estarán contentos de tenerlos al mando, como en Inglaterra.

—¿Piensa que es mejor abolir la monarquía? —preguntó el teniente Hofergon.

—Siendo quién soy, no se debería cuestionar eso —ella entrecerró los ojos hacía el marido de Marilla—. No. Pienso que, si somos buenos monarcas, entonces, no existirá abolición y para ser buenos monarcas, se necesita conocer al pueblo.

—Estoy totalmente de acuerdo con la princesa —sonrío Ronald Lambsdorff—, démosle al pueblo lo que necesita y estarán tranquilos con quienes los rigen.

Beth sonrió hacia su amigo y siguió comiendo su desayuno.

—Creo que la visión de Beth es conveniente para nuestra monarquía —dijo el rey—. Al ser una extranjera que ha vivido entre

Francia e Inglaterra, conoce los dos tipos de gobiernos, será una excelente mediadora. Hiciste una excelente elección, Raimond.

—Se le debería agradecer a la reina —dijo Marilla a lo bajo, pero Beth lo escuchó al estar tan cerca y también lo escuchó Raimond.

—Estoy de acuerdo contigo, padre —asintió el hombre, tomando la mano de su mujer—. Beth tiene ideas que a muchos de nosotros no se nos ocurrirían —la miró—. Iré contigo al orfelinato.

—¡Raimond! —se exaltó su madre—. La realeza, siempre debe estar separada de la gente, deben de saber que somos distintos, la falta de conocimiento les causa intriga y respeto.

—Creo, madre, que eso funcionaba en otros tiempos —dijo Alan —. Sí me lo permite Beth, quisiera acompañarlos también.

—Así que seremos tres personas directas de la familia real —dijo Ronald—. Parece que será todo un espectáculo el día de hoy.

—No estoy de acuerdo —dijo la madre—. Por favor Norbert, di algo, esto es una locura.

—Me parece una buena idea que el pueblo conozca a sus príncipes —asintió el padre para finalizar la conversación—. ¿A qué hora tenías programado ir, querida?

—A las cinco, su excelencia.

—Bien, la cacería será a las diez, la cena es hasta las ocho —dijo complacido—. Tienen tiempo suficiente, espero que hagan una buena labor representando a su familia.

Marilla parecía sorprendida por la forma en la que el rey parecía igual de encantado que todos los demás, era incluso molesto lo fácil que esa mocosa podía ganarse a cuanto se le pusiera enfrente, incluso a alguien tan tozudo y malvado como el rey Norbert, quién no hacía caso ni a su mujer.

—En ese caso, quisiera agregarme a la ida —sonrió Marilla—. Me encuentro sumamente aburrida y me haría bien dar un paseo.

Beth apretó la quijada e hizo tanta presión en su tenedor que casi lo dobla, pero compuso una sonrisa y asintió hacia la mujer que se encargaba de hacerle dura la vida.

—Por supuesto, entre más personas ayudemos, mejor.

El desayuno terminó y la realeza se enfocó en sus propias ocupaciones. Raimond se despidió de su esposa con un beso en la mejilla y la dejó marcharse hacía la habitación del bebé, que seguro estaría ansioso por ver a su madre. Él, sin embargo, esperó pacientemente a que Marilla se quedara sola.

—Necesito hablar contigo —le dijo susurrante.

—Me lo imaginé.

Caminaron lentamente hasta el despacho y Raimond cerró la puerta con molestia.

—No recuerdo que fueras muy devota a los niños.

—Ni tú tampoco.

—Marilla, quiero estar con Beth, intento tener una familia.

—No funcionará —se acercó—. Yo siempre estaré presente, en todo momento, incluso cuando no me veas, me imaginarás.

El príncipe la miró largo y tendido, era una mujer bella, pero ahora que le prestaba atención, tenía las facciones algo oscas, era manipuladora y demandante.

En algún momento de su vida, ella fue lo más hermoso y maravilloso que pudo conocer, pero ahora, cada vez que la veía, recordaba con más fuerza las imágenes recientes con su esposa, sobre todo, las de ella en compañía de su hijo… una familia.

Él siempre quiso una familia, creció siendo el heredero al trono, sus padres fueron personalidades alejadas que él conocía como rey y reina más que como madre y padre. Desde que era un chiquillo se dijo que cuando tuviera su propia familia, todo sería diferente, sería cercano a sus hijos y amaría a su esposa.

Jamás pensó que su madre no le permitiría casarse de quién se había enamorado y, de alguna forma, lo había obligado a hacer infeliz a una chiquilla que ahora era su delirio.

—Quiero que la dejes en paz —dijo tranquilo—. Lo último que quiero es verla llorar.

—¿Ahora resulta que te interesa? —sonrió—. Ha llorado desde que se casaron y jamás te has puesto de esta forma, vamos Raimond, no te digas mentiras.

—No me las digo, sé lo que quiero y lo voy a conseguir.

—Así que estás obsesionado por acostarte con ella —negó—. Los hombres son tan predecibles.

—No quiero sólo acostarme con ella, quiero una vida entera a su lado —le dijo con seguridad—. Deja de meterte en ello.

—¡Tonterías! —se rio—. No te hagas utopías de vida, eso son sueños de adolescente, imaginaciones de tu corazón.

—Sea lo que sea, no te concierne.

—¿Seguro?

—¿Su Alteza?

Raimond volvió la vista hacía la puerta de su despacho.

—¿Beth? —no habló lo suficientemente alto para ser escuchado.

—Lo siento por interrumpir —ella intentó abrir la puerta del despacho, pero esta estaba cerrada con seguro—. ¿Alteza?

—¿Ahora que harás? —sonrió Marilla.

—Fuera de aquí —dijo en voz baja.

—Que yo sepa, sólo hay una puerta —caminó hacia la entrada, pero Raimond la tomó con fuerza del brazo, haciendo que se detuviera, incluso que lo mirara impresionada.

—Claro que no —apuntó a sus espaldas—. Sal de aquí ahora.

—¡Suéltame! —alzó la voz y se dirigió hasta la puerta y salió.

—¿Su Alteza? —ella volvió a tocar—. ¿Se encuentra ahí?

—Pasa, cariño —le abrió la puerta.

Beth miró a sus alrededores, frunció el ceño al darse cuenta que estaba solo, ella no tenía idea de que existiera otra puerta, pero le parecía extraña la tardanza.

—¿Por qué no abrías?

—Estaba ocupado.

—¿Está seguro? —siguió inspeccionado.

El despacho era un lugar enorme y una persona se podía esconder con bastante facilidad si era lo que se quería. Beth lo sabía muy bien, en muchas ocasiones ella lo había hecho para ver de cerca a su marido mientras trabajaba.

—¿Por qué? ¿Estás celosa?

—¿Qué? No —retomó la compostura, dándose cuenta que, sin pensarlo, había actuado como antes, como cuando lo quería y se volvía loca de celos por cualquier cosa.

—Te lo he dicho —la tomó de la cintura y pegó su frente a la de ella, sonriendo al tenerla cerca—. Eres únicamente tú.

—Sí, como diga —se deshizo de sus brazos—. Venía a preguntar si desea un menú alemán o griego para la recepción de…

—Lo que tú quieras.

—Pero… —ella frunció el ceño—. ¿En serio?

—Sí.

—Te comportas extraño —ella apuntó algo en su lista.

—¿Te parece? —se volvió a acercar a ella—. ¿Podría besarte?

—No —dijo sin mirarlo, enfocada en sus notas.

Raimond no hizo ningún caso y tomó los labios de su desprevenida esposa, quien dejó caer sus papeles y levantó las manos para no tocarlo, parecía sorprendida, sobre todo cuando él se agachó y la tomó de las piernas para sentarla en su escritorio y besarla con aún más intensidad.

Beth sentía una sensación extraña en su interior, muy parecido a aquella noche en la que él la había tocado de esa forma tan… diferente, aquella vez en la que ella había gritado su nombre en un momento de descontrol.

—Basta… —susurró—. Su alteza, basta.

—No lo puedo resistir —se despegó de sus labios y le besó el cuello—. No me puedes negar, ¿cierto, Beth? Eres mi esposa y esto es lo que me corresponde recibir de ti. Puedo besarte, acariciarte y…

—Por favor… —cerró los ojos mientras él besaba el inicio de sus senos, desprendiendo una sensación inigualable en ella—. No… me lo prometiste, dijiste que… que no me forzarías…

Raimond se despegó de ella y la miró; tenía los ojos fuertemente

apretados, temblaba un poco y se aferraba con fuerza de los hombros masculinos, parecía asustada, jamás quiso asustarla.

—Perdóname, cariño —la abrazó—. No lo haré, no te forzaré.

—Yo… tengo que irme —se removió entre sus brazos—. Lo siento por interrumpir.

—Beth —la detuvo antes de que ella abandonara la habitación por completo—. Me dio gusto que vinieras aquí por decisión propia.

—Lo he hecho porque era algo de urgencia.

—De todas formas —ella asintió—. Te veré en un rato.

—Sí.

En cuanto ella salió de la habitación, Raimond dejó salir un grito contenido y cerró los ojos, no sabía cuánto aguantaría en esa situación, jamás pensó desear tanto a una mujer que ya había sido suya. Pero Beth… ella era tan… ni siquiera sabía decir qué era, lo provocaba de una forma sutil de la que ni ella se percataba, el verla todas las noches durmiendo a su lado, con esos camisones que revelaban su figura con total claridad, esos labios y esos ojos que lo ponían de rodillas.

Era un suplicio, un verdadero suplicio.

Incluso había noches en las que él se dedicaba a observarla, aprovechando el momento para delinear con ternura y extrema delicadeza el cuerpo que se tendía a su lado, tranquilo y sin movimiento. Era en esos momentos en los que sentía que su corazón le haría hacer tonterías, como lo sería despertarla y hacerle el amor.

Pero sabía que no debía, puesto que ella simplemente reaccionaría mal, quería que de alguna forma ella no se arrepintiera de lo que sucediese, pero mientras más tiempo pasaba, más creía que la necesitaba, ¿llegaría un momento donde ya no podría refrenar sus ganas por estar con ella?

Suspiró.

Al menos se había dejado de quejar sobre tenerlo en la habitación, también le permitía tomar a Albert y mantenerlo con él durante un largo periodo de tiempo, momentos en los que ella tomaba un descanso, era una ventaja doble, puesto que le daba una excusa para verla cuando ella regresaba por el pequeño bebé.

Capítulo 8

El príncipe caminaba de un lado a otro, esperando a que su esposa hiciera aparición. Habían quedado de que se irían antes de las cinco, pero Beth estaba desaparecida y era momento de marcharse, casi estaba seguro que lo hacía adrede, ella sabía perfectamente que él tenía un tema especial con los horarios y los tiempos.

—Lo siento, estaba ocupada —dijo la joven, entrando por una de las puertas que daban al jardín.

—¿Dónde estabas? —se acercó—. Todos te estamos esperando.

—Bien se pudieron haber adelantado —dijo tranquila, dejando que una doncella le colocara su sobrero y estiró los brazos hacía el bebé que traía otra de las doncellas.

—¿Piensas llevar a Albert?

—Sí. Lo prometí la última vez que fui.

—Pero… —Raimond frunció el ceño—. Se podría enfermar, tú no sabes en qué condiciones…

—Si tanto temor tiene, podría ser más caritativo con las donaciones para las instalaciones.

—Beth… —la riñó con la mirada, pero ella lo ignoró.

—Preciosa —sonrió Ronald—. Así que piensas cumplir tu promesa de la vez anterior.

—Siempre las cumplo —sonrió la joven y caminó hacia él.

Alan dejó salir una pequeña risilla y se acercó a su hermano, golpeándolo amistosamente en el hombro y caminando con un brazo alrededor de sus hombros.

—Parece que tu esposa es de armas tomar.

—¿Por qué has decidido venir?

—Incordiar a madre, claro está —miró sobre su hombro—. La pregunta sería: ¿por qué viene Marilla?

—Incordiar a mi esposa, claro está.

—¿Pelea de amantes?

—No digas tonterías.

—No lo son —sonrió—. Por cierto, que no vi a Beth en la cacería, pensé que le dirías que te acompañara.

—Ya la conoces, tiene el itinerario más pesado que el del mismo rey —la excusó, porque sí se lo había pedido y ella lo ignoró.

—Sí, le fue necesario después de lo que le dijiste aquella vez.

—¿De qué hablas?

—¿Es que acaso bloqueaste todo recuerdo en el que la hiciste sentir peor que una chinche?

Raimond cerró los ojos y miró a su hermano.

—¿Qué le dije?

—Bueno, recuerdo vagamente haber escuchado un: *"busca algo que hacer, pero déjame tranquilo de una vez."* —sonrío—. Aunque quizá estoy diciéndolo un poco peor de lo que en realidad fue.

—¿Le dije algo así? —se reprochó.

—Sí, aunque debo admitir que ella era muy insistente —se inclinó de hombros—. Como cualquier mujer que está enamorada y siente que está perdiéndolo todo.

—Eres bastante capaz de hacer sentir mal a cualquier persona, ¿lo sabías? —entrecerró los ojos hacia su menor.

—Sólo a los que se lo merecen —asintió—. Por favor, me enamoré de ella desde que llegó, si no la querías, bien podrías haberla cedido, no quiero ni imaginar lo que sería tenerla de esposa.

—Ella te gusta para meterla a la cama.

—¿Y a ti no?

Raimond lo miró severamente y fue a su carruaje, donde iría con su esposa e hijo. Cuando subió, su esposa se encontraba entretenida enseñándole a su hijo a aplaudir, el niño parecía no captar el concepto aún, pero era una escena agradable y familiar.

—¿Qué hiciste en la mañana? —preguntó en el camino—. Pensé que había dicho que teníamos la cacería con mi padre.

—No, usted tenía la cacería, yo tenía que supervisar la donación de ropa y cobijas para la comunidad pobre de…

—Sí, lo entiendo —masajeó sus ojos—. Mi hermano me recordó algo que yo te dije hace algún tiempo.

—¿De qué cosa habla?

—Algo sobre que me dejaras tranquilo y encontraras qué hacer.

La mirada de Beth se endureció.

—Como ve, lo hice y me encuentro muy satisfecha con mi labor.

—Sí y yo también —se acercó a ella—. No sé por qué habré dicho eso, pero no es verdad.

—Ahora —remarcó—. Ahora no es verdad, pero en ese tiempo, sí que lo era. Las cosas han cambiado y la que no quiere ser molestada en esta ocasión soy yo.

—Sé que fui cruel —se lamentó—. Pero quiero enmendarlo.

—Sólo necesito que sea un buen padre —miró a su hijo—. De ahí en más, no hay nada que me interese.

—Beth, sé que podemos ser felices…

—No.

—¿Ni siquiera piensas intentarlo?

—Yo lo intenté hace tiempo, pero me cansé —le dijo—. No puede pedirme que vuelva a intentarlo sólo porque se ha cansado de Marilla, su alteza. Seguro habrá otra mujer que le llame la atención.

—Sí, tú.

—Bueno, al igual que con su antigua amante, se cansará y encontrará una nueva depositaria de sus afectos —ella miró por la ventana, tratando de distraerse del interior de la carroza.

Raimond se recostó en el asiento y asintió.

—En verdad te hice daño, ¿cierto?

—¿No piensa que es bonito salir a esta hora a la calle? —ignoró —. Es muy pintoresco.

—Beth…

—Creo que nevará más pronto de lo usual, el año pasado…

—¡Beth! —la tomó de los brazos, acercándola a él—. Sólo… dime qué hacer.

—¿Puede sostener a Albert? —dijo tranquila—. No soy buena bajando de las carrozas con él.

El príncipe cerró los ojos y tomó a su hijo en brazos, permitiendo que ella bajara primero, siendo presa rápidamente de las miradas, los gritos y el amor del pueblo; cuando ella se volvió para agarrar al bebé de los brazos de su padre, el furor simplemente incrementó, al punto que el mismo príncipe tenía que proteger a su esposa para que no hubiera percances.

—¡Princesa! —gritaban ya dentro del orfelinato—. ¡Príncipe! ¡Una fotografía!

Los padres lo permitieron y pasaron al salón lleno de niños que esperaban impacientes la visita de la mujer de la cual se había enamorado Alemania. La princesa Beth se agachó para que todos pudieran ver al pequeño dormilón en sus brazos y contestó tranquila a las preguntas inocentes de los niños.

—Su alteza —se inclinó la directora del orfelinato ante Raimond —. Es un gusto que viniera a visitarnos, igual que usted, príncipe Alan.

—Teníamos curiosidad por la labor de mi querida cuñada —sonrió Alan—. ¿Habrá alguien que pueda darme un paseo por las instalaciones?

—Por supuesto, su alteza —apuntó a una jovencita—. Magnolia lo acompañará.

Alan desapareció del lugar, dejando al resto de su grupo atrás. Raimond se acercó a su esposa cuando se dio cuenta que lo llamaba con la mirada y le tendía al bebé.

—¿El príncipe es un buen papá? —preguntó una niña.

—Sí, es bueno —Beth contestó con una sonrisa.

—Pero… el príncipe ha pasado mucho tiempo fuera de Alemania, mamá dice que seguro no alcanzó a ver como nacía el bebé Albert.

—Oh, cariño —Beth le tocó la mejilla al niño—. El príncipe tiene muchas obligaciones. Estoy segura que estaba sumamente ocupado en ese momento como para perderse algo tan importante como el

nacimiento de su propio hijo, ¿no lo crees?

Raimond notó la intensión en la voz de su mujer y entrecerró los ojos hacía ella, Beth era de la clase pasivo-agresiva, a veces no se daban cuenta cuando ella estaba atacando, como en ese momento, en el que recriminaba su ausencia el día que Albert había nacido.

Era uno de los pesos más grandes en su conciencia, si acaso hubiese muerto la madre o el niño, jamás se lo hubiera perdonado.

—Ella parece estar adecuada a toda esta atención —se acercó Marilla—. Mírala, hasta se podría creer que nació siendo amada, como hija de tu familia.

—Debo admitir que tiene un don con la gente… un magnetismo.

—Sí, es alucinante como todos parecen morirse por ella —lo miró de lado—. ¿En serio no dudas ni un poco de ella? Es claro que cualquier hombre se pondría contento de que ella les diera una sonrisa, incluso veo bastante entusiasmado a Ronald.

Los dos enfocaron al hombre que se había parado justo detrás de donde Beth leía, hacía muecas a los niños conforme les leían el cuento, lo cual los hacía reír, sobre todo cuando su esposa volvía la cara con el ceño fruncido, intentando atrapar al hombre que parecía burlarse de ella.

—No, confío en ella.

—Por favor, Raimond, una mujer despechada es capaz de hacer muchas cosas, tú no sabes que se le esté pasando por la cabeza.

—¿Lo dices por ti?

—Lo digo por ella, claramente les quiere dar una lección. Se nota, tan sólo mira este lugar. Estás tú presente, incluso está Alan y nadie les pone atención, ustedes son los verdaderos príncipes y ella sólo es la consorte, ¿Quién tendría que tener mayor relevancia? —Marilla miró a su amante, notando que este parecía pensar las cosas—. No dudaría que este pequeñín no fuera tuyo, estuviste lejos de palacio por mucho tiempo, bien ellos pudieron…

—No te atrevas a decirlo, Marilla —advirtió Raimond.

—Si no fuera tu hijo, entonces podrías echarla y todo estaría terminado, ella dejaría de ser un estorbo.

Raimond volvió la vista hacía su esposa, quién parecía enfocada en los niños, sonriente y cómoda. No parecía capaz de hacerle daño a nadie, pero, en el fondo, aquella chiquilla con hoyuelos traviesos tenía un carácter duro, frío y dominante. Controlaba sus emociones mejor que cualquier persona que conociera y sabía exactamente hasta donde ceder y lo hacía por una razón, con un objetivo: su hijo.

Debía aceptar que era una madre ejemplar y entendía perfectamente que se hubiera enfocado completa y llanamente en ello, era su única meta e ilusión, había dictaminado que sería rey y que ella estaría a su lado para verlo y, si eso requería permanecer junto al

hombre que odiaba, lo haría gustosa, eso era lo que le repetía una y otra vez.

—Oh, mira nada más, Raimond, no sabes cargar a un bebé —dijo Marilla, alargando los brazos y tomando al bebé mientras su padre estaba distraído.

La princesa inmediatamente se puso en pie, interrumpiendo la sesión, dejando al aire una pregunta y evadiendo la mano que había elevado Ronald Lambsdorff para detenerla.

Llegó hasta la mujer que sostenía a su hijo y se lo quitó sin mediar una palabra con ella, simplemente se lo arrebató y se marchó con el niño en brazos hacía Dios sabía dónde.

—Dios santo, qué maleducada —se quejó Marilla.

Pero todos en la habitación habían entendido el actuar de la futura reina, no era que la relación del príncipe y esa mujer fuera un secreto, por lo cual, esa mujer era de lo más repudiada, mientras la princesa Beth era cada vez más amada.

Raimond cerró los ojos al percatarse de la hostilidad de la sala y salió tras su esposa.

La encontró gracias a una de las mujeres que trabajaban en el lugar, quién simplemente apuntó una de las salas comunes y los dejó en soledad. La encontró dando vueltas sobre un espacio pequeño, parecía hablar consigo misma y besaba a su bebé.

—Beth…

—¡¿Cómo se atrevió?! —le gritó, parecía no haber logrado controlarse—. ¡A mi hijo! ¡Le dio a mi hijo…! ¡Estuvo en sus brazos! ¡Yo…!

—Clámate, Beth, fue un malentendido.

—¡¿Un malentendido?! —ella parecía alterada—. ¡No puedo creer que…! ¿Me odias en verdad? ¿Por qué otra razón harías que esa mujer tocara a mí hijo?

—No te odio, Beth —intentó tomarla de los hombros, pero ella se apartó—. Lo tomó de mis brazos, estaba distraído, me descuidé.

—¿Se descuidó? —parecía histérica, pero lo miró con sorpresa después de unos segundos—. Era lo que querías, ahora lo entiendo, ¿Piensas que haciéndome quedar mal delante de todo el mundo te hará mejor a ti? El cariño de estas personas es lo único que tengo y me hace feliz, ¿Tienes que ser tan envidioso que incluso quieres arruinarme eso?

—Muy bien, cariño, claramente no te estás escuchando —sonrió —. Jamás he querido hacer algo como eso, me agrada que el pueblo te quiera y, en realidad, el que tú y yo estemos bien me hace quedar mejor con el público, así que no sé por qué quisiera que eso cambiara.

—Tú… eres, eres un… —ella parecía quererle decir todos los impropios en todos los idiomas que se sabía, pero no lo conseguía, ella

no era dada a maldecir, jamás la había escuchado—. Ella jamás me sustituirá como su madre, este bebé es mío, por más que quisiera que fuera ella la que estuviera en mi lugar, es mío y soy yo. Jamás me iré, será su condena el haberme elegido.

—No quiero que te vayas, tampoco quiero remplazarte.

—¡Es usted un…! —ella apretó tanto su quijada que Raimond temió por sus dientes, su cara enrojeció y sus ojos parecían saltar de sus orbitas—. ¡Idiota! ¡Mal nacido! ¡Hipócrita! ¡Infiel! ¡Mentiroso!

—Bien, está bien —la abrazó al notar que ella aumentaba el tono de voz y parecía incluso hasta marearse—. Ya está bien.

—¡Déjeme! —le gritó—. ¡No me toque!

—¡Beth! —la tomó de los hombros—. ¡He dicho que ya basta!

Ella equilibró a su hijo en un brazo y golpeó fuertemente la mejilla de su marido con su mano libre, sintiendo un alivio que jamás pensó, así que lo volvió a golpear, después, perdió las fuerzas en las piernas y cayó de rodillas, donde lloró aferrada a su hijo. Raimond se agachó junto a ella y la acogió en su pecho con cariño y más comprensivo que nunca, ni siquiera se había enojado por las fuertes bofetadas que ella le había propinado.

—Lo siento —le besó la cabeza—. Perdóname, Beth.

—Lo odio… —gimió—. Ojalá estuviera muerta.

—No digas tonterías, Beth —la abrazó con más fuerza.

—Estoy cansada… —susurró—. Estoy harta de pelear.

—No necesitas pelear más, cariño, estoy aquí y no me pienso ir, tampoco pienso hacerte daño, no quiero hacerte daño.

—No lo quiero aquí.

—Ven, regresemos a casa —la ayudó a ponerse en pie.

—Puedo sola —le quitó las manos—. Puedo sola.

Al momento de salir, Beth había recuperado su compostura, era notorio que estaba entristecida; a pesar de que había lavado su cara, estaba enrojecida y su sonrisa era lastimera, pero, creíble si no la conocías de mucho tiempo.

La joven no habló con nadie el resto del camino, se sentía estúpida por haberse derrumbado de esa forma, hacía mucho que no le sucedía algo así, quizá desde que nació su bebé que no lloraba de esa manera tan desesperada y llena de amargura. De hecho, no había vuelto a pensar en quitarse la vida desde que vio la perfecta carita de ese bebé, lo único que la mantenía aferrada a ese mundo.

—Beth, ¿Quieres que te lleve a la habitación?

—Su alteza, ¿sería tan amable de dejarme tranquila esta noche? Necesito paz —dijo con una voz exhausta.

—Puedo dormir en un sofá o incluso en el suelo, pero permite que esté contigo —dijo preocupado.

—No necesito a nadie, sé afrontar esto.

—Quiero que me veas ahí y te des cuenta de que sólo quiero estar contigo, que no hay nadie más —le decía con súplica.

—¿Sería tan amable de no ir a mi recámara esta noche?

El príncipe suspiró.

—Está bien, Beth.

Miró a su esposa subir las escaleras lentamente, parecía no tener fuerzas de nada y si no se equivocaba, incluso se había tambaleado. Estaba preocupado por ella, jamás la había visto salirse de control como esa tarde, de alguna forma había conseguido actuar normal el resto de la visita, pero en cuanto puso un pie en casa, sus energías parecían haberse drenado al completo.

—En serio que no la puedes dejar en paz —llegó Alan—, mira que darle a Albert a tu amante… en serio, ¿qué tienes en la cabeza?

—¿Crees que fue algo que planeé?

—No lo sé —lo miró—. Pero lo que sí sé, es que estás idiota, ¿Sabes cuantos bastardos darían su vida por tener a tu esposa? Ya no digamos en la cama, sino media hora a su lado.

—Piérdete Alan.

—Sólo decía.

El menor se fue con una sonrisa, dejando a su hermano en medio de un buen dolor de cabeza, no podía creer que Marilla hubiera hecho tal cosa y tampoco podía creer que él hubiese sido tan estúpido.

De lo que estaba seguro era de lo mucho que le había dolido ver a su esposa sufriendo de esa forma, parecía que le había enterrado una daga en el corazón y esta le hubiese menguado todas las fuerzas y, seguramente, los pocos avances que hubiese tenido con ella.

Capítulo 9

Beth despertó empapada en sudor, su recámara seguía en la más profunda oscuridad y la calma de la madrugada la asustó, ella siempre había sido asustadiza, no sólo de que algún malhechor la atacara a ella o a su hijo, sino de excentricidades como lo eran los fantasmas, eran miedos que no se atrevía a contar a nadie por ser infantiles, eso le hizo recordar las muchas veces en las que su marido había dicho lo niña que era en el pasado y, tenía razón.

Se había comportado como toda una chiquilla cuando llegó; caprichosa, entusiasmada con el amor, el palacio y con ser una princesa casada con el hombre de su vida. ¡Qué tontería! Siempre vivió de una forma tan feliz, tan sana, tan llena de todo lo que necesitaba, que jamás imaginó que algo terrible le pudiese ocurrir, no a ella, no a la hija de Giorgiana y Asher Aigrefeuille, una niña consentida y amada.

Volvió rápidamente la cabeza hacía un lado cuando de pronto escuchó un suspiro que terminó siendo un leve ronquido. Raimond no solía roncar, sólo lo hacía cuando estaba sumamente incómodo y en ese preciso instante, seguro era su caso. Ella prácticamente había apilado una montaña de almohadas a su alrededor para que no se pudiera mover o siquiera infiltrar a su lado, él no la había dejado ni un día, a pesar de que se lo había pedido después de que Marilla tomara a su hijo.

En aquella madrugada se dio cuenta que él estaba dormido a su lado, sin remedio alguno, puesto que dormía como un tronco, incluso si lo tiraba de la cama, no se despertaría.

El tenerlo ahí con ella le daba la protección que necesitaba contra la oscuridad, pero le quitaba la paz con la que había trabajado durante todo el tiempo en el que se fue. ¿Por qué se empeñaba tanto con ella? Se había aguantado todos y cada uno de sus desplantes, malos tratos y menosprecios, incluso de sus burlas constantes.

Apartó algunas de las almohadas y se acercó a su cuerpo, admirándolo dormir, en otro tiempo, ella jamás tuvo la oportunidad de verlo dormir, en contadas ocasiones había tenido ese privilegio, por lo que era toda una nueva experiencia que la envolvía y por la que se quería dejar llevar de momento.

Alargó la mano y acarició un mechón de cabello rubio que caía despreocupado sobre su frente, delineó con sus suaves dedos la mejilla rasposa, los labios entreabiertos, la recta nariz y las largas pestañas. Siempre le pareció muy guapo, aunque recordaba que su prima le dijo algo como: “parece una lagartija desteñida”.

Soltó una suave risita por la nariz.

Echaba de menos a Kayla, siempre habían sido mejores amigas y, cuando ambas se enamoraron del mismo hombre, algo se había roto de repente, era como si no se conocieran, al final, cuando el príncipe la había elegido a ella, su prima sonrió, la abrazó y se fue. Ese había sido el primer golpe que la vida había planeado para ella, Kayla y Beth siembre habían estado juntas, siempre, no sabían cómo era estar la una sin la otra; cuando Beth descubrió toda la verdad, en la única persona en la que pensó confiar el secreto, había sido Kayla, pero ella se había marchado y Beth no creía que la volviera a ver.

—¿Beth? —se escuchó la voz somnolienta de su marido—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, bien —se recostó rápidamente—. No quise despertarlo.

—Puedes hacerlo siempre que quieras —sonrió, acercándose a ella y rozándole una mejilla—. ¿Tienes miedo?

—Soy una adulta, su alteza, no le tengo miedo a tonterías.

—Así que sigues con tu temor a la oscuridad.

—No le temo.

—¿Tuviste una pesadilla?

—He dicho que no soy una niña, mi lord, buenas noches.

—Si gustas, puedo abrazarte.

—No.

—Vamos Beth, abrazarte no es lo mismo que hacerte el amor.

—Creí decir que no.

—Bien, no me importa —apartó todas las almohadas y la atrapó cuando ella intentó huir—. Listo, serás mía por esta noche.

—Pensé que no me haría el amor.

—No necesito eso para hacerte mía —le besó el cuello, las mejillas y la nariz—. ¿Puedes soportar dormir conmigo?

—No.

—Lástima —la abrazó con fuerza y apretó hasta que ella dejó salir una risa y un quejido.

—¡Es un bruto!

—Sí, descansa cariño.

—No me diga así, su alteza.

—Ajá, como quieras cariño.

Beth rodó los ojos y permaneció inmóvil en su posición, sabía que él había caído dormido casi al instante, pero ella no podía hacerlo, no cuándo durante tanto tiempo soñó eso mismo y jamás se presentó, sentía una revoltura traicionera dentro de ella que la hizo apartarse suavemente de sus brazos e ir a tomar a la pequeña creación de ambos, lo único por lo que agradecía haberse casado con ese hombre, su hijo.

—Hola mi amor —sonrió Beth—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué no has

llorado esta noche? ¿Has dejado de necesitar a mami?

Beth suspiró al pensar que eso era algo que iba a pasar, su hijo crecería y poco a poco, dejaría de necesitarla, cuando ese momento llegara, ¿Qué sería de ella? ¿Seguiría ahí atrapada entre las paredes de oro de un castillo? No planeaba dejar a Albert por ningún motivo, pero, cuando él la abandonara a ella, entonces…

Ella volvió la cabeza cuando de pronto se escuchó un golpe en la ventana. Beth casi grita, de por sí tenía miedo, no podía imaginarse algo peor que ver a alguien parado a las afueras de su ventana. Quizá sólo fuera el replicar del viento o el sonido de los árboles, así que regresó la vista a su hijo y decidió seguir metida en sus pensamientos, pero, nuevamente, el golpe en su ventana volvió a sonar, haciendo que el bebé se removiera en sus brazos.

—Dios santo —ella se acercó temerosa hasta la ventana y con un ojo cerrado y el otro abierto, echó un vistazo al exterior.

Había comenzado a nevar y no era muy visible nada en el exterior, pero de lo que sí se percató fue el ver a un hombre corriendo muy cerca de ella, justo frente a su cara, lo cual le sacó un grito que terminó por despertar a los dos hombres en su habitación.

—¿Beth? —se levantó Raimond—. ¿Qué demonios?

—Hay alguien ahí afuera —dijo asustada, pegada a la pared contraría a la ventana.

—¿Alguien?

—Ha pasado justo por la ventana, te digo.

—Dios, no tengo idea por qué te cambiaste de habitación a una en la planta baja, a donde sea que te cambies, iré tras de ti, Beth.

—Pero…

—Quédate aquí.

—¿Qué? —se acercó a él—. No me dejes aquí sola, ¿Estás loco?

—Cariño, el intruso está afuera, no aquí dentro.

—No lo sabes.

—Amor, ambos estamos aquí.

Ella se mordió la lengua, no diría a ese hombre que ella creía firmemente que podía tratarse de un espíritu, así que se tuvo que dar por bien servida al abrazar a su hijo y sentarse en la cama, atemorizada de pies a cabeza mientras veía como su esposo se vestía.

—R-Raimond —el príncipe se sorprendió al escuchar su nombre de los labios de su esposa.

—¿Qué ocurre?

—Tú… —bajó la cabeza y miró hacia otro lado—. Ten cuidado.

Raimond sonrió y se acercó a ella.

—Ahora que siento que te has preocupado por mí, sólo pienso en volver —le besó la nariz—. Estate tranquila, volveré en seguida.

Ella se molestó consigo misma por haber expresado su

preocupación.

—Sólo lo digo porque nos dejarías desprotegidos si te vas.

—Claro. Aunque yo muera, la línea directa sigue siendo Albert, estarías bien.

—Lo dudo —susurró la madre, acercando a su bebé.

Bien se sabía que, por buscar el poder, los mismos tíos del heredero podrían desear matarlo, por esa razón, Beth era muy cuidadosa con quienes se rodeaba, normalmente estaba cerca de Albert todo el tiempo, al ser el único heredero al trono, sería fácil desaparecerlo.

Raimond salió de su habitación con presura, topándose con su hermano y otros hombres que habían escuchado o visto lo mismo que su mujer, parecía ser que era verdad que había un intruso.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Raimond.

—Me sorprende que lo escucharas, hermanito, tienes el sueño más pesado que el de una roca —sonrió Alan con una bata sobre puesta y el cabello desordenado.

—Beth se ha despertado.

—Eso tiene más sentido —asintió Alan—. Vale, creo que se han metido al castillo.

—Es una locura —negó Raimond—, nadie entra aquí, tenemos seguridad en cada entrada.

—Al parecer, algo más está sucediendo, mi marido ha salido a investigar —llegó de pronto Marilla, sólo con camisón y una sonrisa placentera al encontrarse con tantos caballeros.

Raimond se volvió rápidamente e hizo una inspección de las personas presentes.

—¿Dónde están los de Grecia? —preguntó.

—Los llevamos a una zona protegida, mi lord —dijo un guardia.

—Bien, pongan a todas las mujeres en un lugar seguro —Raimond miró a su alrededor—, al rey y la reina también.

—Raimond —le tocó el hombro su hermano—. ¿No crees que estás sobre reaccionando?

—No —se apresuró a decir el hombre—. Lleva a la mujer con la que estabas a un lugar seguro, quiero que te reúnas conmigo en la sala de armas en quince minutos.

—¿Qué demonios piensas que está pasando, Raimond? —le gritó Alan al momento en el que él desaparecía por el pasillo hacia la habitación de su esposa.

El hombre abrió la puerta de la habitación de forma precipitada, interrumpiendo el rezo que se elevaba en voz alta de la voz de su esposa, provocándole un grito y paralizándola por unos segundos, pera después, sin pensarlo, salir corriendo hacia él y abrazarlo.

—Ven conmigo, Beth, toma a Albert y vámonos.

—¿Qué sucede? —dijo asustada, haciendo lo que le decían.

—Vamos, no hay tiempo —le colocó una bata y después una cobija que alcanzaba a cubrir al bebé en los brazos de su esposa—. Dame la mano y no te sueltes, ¿Entendido? Sí algo más ocurre, te vas a una habitación y te encierras ahí, ¿Comprendes?

—¿Qué sucede, Raimond?

—El castillo está bajo un ataque.

—¿Qué dices? —se detuvo por la impresión.

—No te detengas —le tomó la mano y la siguió guiando por los pasillos—. Había escuchado las amenazas desde hace algunos días, intentamos controlar la situación, pero parece que han decidido atacar de todas formas.

—¿Por qué?

—Lunáticos, extremistas —dijo—. Sigue caminado.

—¿A dónde me llevas?

—Eres una figura que se ha hecho demasiado pública, te reconocerían en todas partes, si te vieran, seguro que lo usarían en mi contra —le dijo rápidamente.

Entró a una habitación y cerró la puerta tras de ellos, era una de las más alejadas y frías de todo el castillo, un lugar poco concurrido y espacioso.

—Bien, escúchame, aquí traerán a todas las mujeres, tendrás que dirigirlas, ¿entiendes?

—Tú madre…

—Ella no sabe controlar este tipo de situaciones.

—¿Te parece que yo sí?

—Sí —le tomó la cara—. Sé que sí.

—Raimond… —negó—. No creo que…

—Vamos, pasen, todas pasen —dijo la voz potente de Marilla, dirigiendo a todo un grupo de jóvenes en bata y muy asustadas—. Raimond, estamos todas.

—Bien —el príncipe miró a su esposa y elevó una ceja.

—Lo haré perfectamente —dijo muy segura de sí misma.

—Lo sé —asintió—. Bien, todas, hagan caso a lo que la princesa diga, ella conoce mejor que nadie el castillo, que no cunda el pánico, escuchen indicaciones y no abran esa puerta.

Raimond caminó hacia la salida aún con la mano de su esposa atrapada en la de él, le tomó la cara y la besó enfrente de todas aquellas damas, incluyendo a su madre, quién parecía en verdad perturbada.

—Cuídate —le susurró él.

—Y tú —contestó ella sin aliento y sin saber qué más decir.

En cuanto el príncipe salió, Beth cerró la puerta y se volvió hacía las asustadas mujeres, todas parecían inquietas, caminaban de un lado

a otro, estaban despeinadas, nerviosas y a punto de la histeria.

—Bien, todas, calma por el amor de Dios, no estamos muriendo ni esperando a ello —dijo tan segura que ni ella misma lo creía—. Necesito que las que estén más controladas den un paso al frente.

La primera en hacerlo, por supuesto, había sido Marilla, quién desde que llegó había querido marcar su mando, pero Beth no dejaba de tener más autoridad.

—Bien, Lady Marilla, ayude por favor a la reina, no queremos que le dé un infarto en esta situación —dijo sonriente, a sabiendas que esas dos se detestaban sólo un poco menos de lo que ella odiaba a Marilla—. Señorita Letty, por favor, controle a las que están llorando, no queremos que nos escuchen, las doncellas y damas de compañía, vigilen que todas estén alejadas de las ventanas.

Las mujeres comenzaron a actuar y la duquesa Ana fue la única en acercarse a Beth, no atendiendo ninguna de las indicaciones.

—¿Estás bien, Beth? —le acarició la mejilla—. Sé lo mucho que te asustan estas cosas.

—Estoy bien, Ana, ¿Tú marido?

—Con los demás hombres —rodó los ojos—, pareciera que son felices cuando este tipo de cosas pasan, ¿no lo crees?

—No lo sé, vi a Rai… al príncipe, bastante preocupado.

—Bueno, tú pareces llevar todo el asunto ejemplarmente —sonrió Ana—, has puesto orden en un santiamén, además, mira nada más a la reina, seguro le da un ataque de nervios.

Ambas rieron un poco, pero entonces, voces masculinas, sonaron a las afueras de la habitación, el silencio se hizo en la sala y Beth podía sentir que cada poro de su cuerpo se había erizado.

—¡Ey! —gritaron desde afuera—. ¡¿La han encontrado ya?!

—No está por ninguna parte.

—¿A qué esperan? ¡encuéntrenla ya!

—Parece que la princesa quiere jugar a las escondidas.

Beth sintió que su alma salía de su cuerpo.

—¡Déjense de estupideces y encuéntrenla! No tenemos mucho tiempo antes de que nos maten o capturen a todos.

—¿Y si hay más?

—Sólo ella, a las demás las pueden matar o lo que quieran.

Beth sabía que ese “lo que quieran” no sería bueno para nadie y, sabía que, si la buscaban a ella, era porque querían al bebé que la acompañaba, eso no lo permitiría.

—Ana, cuídalo, por favor —le susurró, entregándole al niño.

—¿Qué? —negó—, ¿Qué demonios piensas hacer?

Se escuchó como abrirán a la fuerza una de las puertas cercanas.

—Entrarán y nos matarán a todas… o peor. Lo que quieren es a Albert, seguro es un acto contra la corona, me buscan a mí.

—Si sales de aquí, entrarán y nos verán de todas formas.

—Es una habitación enorme, escóndanse donde puedan, no es que seamos treinta, somos cuanto mucho, dieciséis mujeres.

—¿Estás loca? —seguía susurrando—. No te dejaré.

Otra puerta había caído, se escuchaban peleas, disparos y gritos, seguro que los guardias habían derribado a más de uno, pero parecía ser, que no dejaban de llegar esos malhechores.

—Todos tenemos que hacer nuestra parte —le tocó la cara a su amiga—. Los monarcas siempre defienden a su pueblo, ustedes lo son y mi hijo, es mucho más importante que yo.

—¡Beth! —gritó a base de susurros—. ¡Beth, no!

La princesa había ido hasta la puerta y todas las mujeres habían corrido despavoridas a esconderse en algún lugar seguro. Beth entró en medio del desastre, era una completa locura, decidió dejar la puerta abierta para que se pensara que no había nadie ahí y corrió, corrió lo más rápido que pudo, pasando enfrente de hombres desconocidos, de guardias e incluso de algunos nobles. Para su sorpresa, había sido uno de los guardias el que la capturó de la muñeca y la jaló así sí.

—¡La tengo! ¡Es ella! ¡Lo es!

—¡Suélteme!

—¿Dónde está tu hijo, princesa? —sonrió otro *guardia*—. Con ustedes se acaba la tiranía.

—¡Avisen a los demás! —gritó otro impostor—. ¡La tenemos!

—¡No! —gritó ella—. ¡Auxilio! ¡Ayuda!

Bien, estaba en problemas, no había pensado mucho en la segunda parte de su plan, pero al menos, Albert estaba a salvo, esperaba que Ana fuera lo suficientemente inteligente como para correr y ponerlo a salvo, era en la única que confiaba, era todo lo que le quedaba: creer que había puesto a salvo a su hijo.

Capítulo 10

Beth trastabillaba constantemente al tener que caminar al paso de esos hombres, quienes se tomaban la molestia de jalonearla e incluso de hacerla caer un par de veces por el camino, sus rodillas para ese momento eran un desastre, al igual que sus codos, su camisón estaba embarrado de sangre y en más de una ocasión, esos hombres se divertían bajándole los tirantes y besando sus brazos, cuello y hombros, en ocasiones, el inicio de sus senos.

Sorprendentemente, Beth no tenía miedo, ni siquiera prestaba demasiada atención a esos hombres, ni a lo que hacían con ella, estaba enfocada en la forma de escapar y no salir tan herida en el intento. Tenía las manos amarradas y estaba amordazada, por lo cual se veía impedida en demasiadas formas. Sería genial que se encontrara con Alan, Ronald o incluso con su marido, pero parecía ser remota esa oportunidad, así que se las arreglaría como pudiera.

—Dinos princesa, ¿No te cansas de comidas y bailes lujosos? ¿De que el pueblo te compre estos hermosos camisones de seda? ¿Y que tú única labor es abrir las piernas para dar placer o un hijo? ¡Qué gran vida! —negó el hombre—. Pero eso se acabó.

—¡Qué nos diga dónde está su hijo!

—Eso no lo dirá —dijo otro, más listo y con ojos de hielo—. Hará todo con tal de alejarnos de él, ¿cierto, princesa? Eso es lo que hace una madre, preferiría ser violada a ver como matan a su hijo.

—Podemos hacer eso —asintió otro.

—¡No ahora, estúpido! —le gritó el más listo—. Primero, salgamos de aquí.

Beth sabía que lo único que no debía permitir, era que salieran del castillo.

—¡Vamos, avanza! —la empujaron al suelo, nuevamente.

—¡Dios, eres una idiota!

Beth cerró los ojos fuertemente mientras estuvo en el suelo, dándose cuenta que había caído justo junto a un cuerpo que manchó de sangre sus manos, pero que le proporcionó su liberación.

Sin pensarlo demasiado, los hombres la levantaron con rapidez, pero con ese mismo impulso, Beth había tomado el arma de aquel caído, la sostenía con ambas manos al tenerlas amordazadas y disparó, acertando en el estómago al más cercano y corriendo sin mirar atrás, sintiendo como le disparaban y en una ocasión, acertaron, haciéndola gritar, pero no parar.

Se recostó en una pared cuando se sintió lo suficientemente lejos y se quitó la mordaza, arrancándose cabellos pelirrojos y, después, con

los dientes, se quitó lo de las manos.

—Dios mío —se tomó con fuerza el brazo herido y cerró los ojos —. Bien Beth, tienes que seguir.

Se arrancó un pedazo de su camisón y amarró la tela alrededor de su brazo, era una fortuna haber crecido en la casa Hamilton, al menos sabía qué hacer en cuestiones de peligro. Su tío Thomas entrenaba a todos sus hijos para afrontar cualquier eventualidad y, al estar ella siempre con Kayla, lo había adquirido también.

Se puso en pie con esfuerzo y siguió corriendo por los pasillos que cada vez lucían más desérticos, había un silencio siniestro que helaba la sangre, pero no la de Beth, quién parecía llena de energía y más adiestrada en el asunto que cualquier otra persona. Caminó con presura, asomándose por cada esquina y pasillo antes de seguir.

—¡Ahí está! ¡La encontré! —gritó un hombre que rápidamente fue hacía ella, pero Beth disparó de inmediato y lo hizo caer.

Lastimosamente, alguien estaba con él, no habría gritado de esa forma si no fuera así, y fue ese hombre quién la derribó, dándole justo en el muslo. Beth maldijo su suerte y cayó, arrastrándose hasta ponerse fuera de blanco. Su tío se lo había repetido una y otra vez, lo que más se tenía que cuidar en situaciones de peligro, eran la cabeza y las piernas, sin ellos, no podrías sobrevivir.

Cerró los ojos con fuerza y mordió sus labios, intentando aguantar el dolor y no gritar para llamar más la atención. ¿Moriría ahí? ¿Se la llevarían? ¿La violarían hasta que muriera? Prefería morir desangrada, lo prefería un millón de veces. ¿Qué habría pasado con su hijo? Si ella moría, ¿lo cuidaría su padre? No, ¿Qué decía? Nadie cuidaría de él, porque ella misma lo haría.

Haciendo un esfuerzo monumental, se puso en pie, quejándose un poco por su pierna y revisó las balas en el arma… había un tiro. No le servía para nada en lo absoluto, sólo serviría para dispararse a sí misma, pero no estaba en sus planes de momento.

Miró hacía el pasillo, se le hacía extraño que aquel hombre no hubiese ido tras ella, pero, para su buena fortuna, parecía haber desertado. Suspiró aliviada, «Eso es bueno, increíblemente bueno» se dijo. Lo único que tenía que hacer, era seguir. Colocó su brazo herido sobre la pared y arrastró su pierna herida.

—¡Beth! —gritaron de pronto—. ¡Beth! ¡Contesta!

La joven se paralizó, ¿Se estaría volviendo loca?

—¡Su Alteza, no la encontramos por ninguna parte!

—Es posible que alguien se la llevara como rehén —Beth reconoció la voz de Alan.

—¡Sigan buscándola! —gritó su marido.

—Dios… —dijo sin fuerzas—. ¡Raimond! ¡Rai…!

—¿Beth? —el hombre miró por doquier—. ¡Beth!

—¡Raimond! ¡Aquí! —gritó con más fuerza—. ¡Necesito ayuda!

El príncipe corrió presuroso y, detrás de él, muchos otros caballeros lo siguieron, encontrándose con la increíble imagen de una mujer recargada en una pared, con dos extremidades sangrantes y un arma en la mano, parecía a media consciencia, pero sonrió cuando su esposo la tomó de la cara y la besó.

—Mi amor, ¿estás loca? —le dijo histérico, abrazándola—. ¿Qué pensabas? Dios mío, ¿En qué demonios pensabas?

—Raimond… el bebé… Albert…

—Él está bien —la tomó de la cara—. Está a salvo.

—Está… ¿Él? Yo… —entonces, se desmayó.

—Maldición —la atrapó su esposo—. ¡Un médico!

Beth despertó en medio del dolor más puro que hubiese sentido, nada le había dolido tanto como el parto de su hijo, pero en ese momento, aquello no le parecía tan terrible como lo que sucedía en ese momento.

—Princesa, necesito que esté tranquila —le dijo un hombre que ella no lograba enfocar.

—¿Dónde estoy? —dijo mareada—. ¡Ah! ¡Por todos los cielos!

—Tranquila —alguien le tomaba la mano—. Están intentando sacarte la bala de la pierna.

—¿Quién eres? —le dijo mareada—. ¿Dónde está Albert?

—A salvo —dijo otra voz—. Vamos, Beth, recuéstate.

—No. Quiero ver a mi hijo, no dejaré hasta que… —ella volvió a desmayarse.

—Tiene una voluntad de hierro —dijo el médico, logrando en ese momento sacar la bala—. No había visto a ninguna mujer sobrellevar tan bien una herida de bala.

Raimond caminaba de un lado a otro en la habitación, parecía histérico, totalmente fuera de sí, ni siquiera era capaz de mantenerse junto a su esposa en calma. Era Ana quién le sostenía la mano y Alan quién ayudaba a sostenerla.

—¿Por qué hizo algo tan estúpido? —seguía diciendo el príncipe —. ¿Por qué la dejaron hacer algo tan estúpido?

—Cálmate, Raimond, de nada sirves en ese estado —dijo Alan.

—Lo sé, maldita sea, lo sé.

—Actuaste bastante normal en situaciones peores, ahora pareces un desquiciado —se burló Alan—. Pareciera que en serio la quieres.

—No digas estupideces, claro que la quiero.

—Señores, la princesa estará bien, por favor, déjenme hacer mi trabajo y salgan todos de aquí —pidió el doctor.

Todos salieron dejando únicamente al médico en el interior. En cuanto salieron, un tumulto de gente, entre nobles y del servicio, se aglomeraron para saber noticias de la princesa.

—El médico nos ha sacado —dijo Alan al notar que su hermano se iba a sentar y aceptaba que le entregaran a su hijo, quién rápidamente se aferró a uno de sus dedos y se quedó dormido—, por ahora dejémoslos en paz.

—¿Cómo pude dejar que le pasara algo así?

—Vamos, Raimond, es valiente, deberías estar orgulloso de tener una mujer como ella a tu lado todas las noches, yo lo estaría.

—No es el punto —lo miró—. Tuvo que arriesgarse, no le quedó opción, si algo le pasara… si ella hubiese muerto…

—¿Qué? —se introdujo Marilla—. Sí eso hubiese pasado, ¿qué?

—Creo que no te conviene saber esa respuesta, querida —dijo Alan con diversión.

—No me lo perdonaría jamás.

—Relajase, su alteza, no ha muerto, sólo está malherida.

Raimond asintió un par de veces y suspiró, dejando caer su cabeza con pesadez en el asiento. El pequeño Albert, alterado al sentir los nervios de su padre, comenzó a llorar sin parar y el padre tampoco hacía nada por tranquilizarlo, quizá ni siquiera era capaz de escucharlo.

—¿Es ese mi bebé? —se escuchó una voz en el interior de la recámara—. ¿Es Albert quién llora?

Raimond abrió los ojos e inmediatamente se puso en pie y entró a la habitación, donde el médico terminaba de limpiar la sangre en la pierna de su esposa; ya la había cosido y parecía que ella estaba consciente y sin mucho dolor.

—Oh, Albert —Beth estiró el brazo sano hacía su pequeño que rápidamente le fue entregado.

—Su alteza —se inclinó el médico ante la nueva presencia y Raimond se acercó a él para escuchar las indicaciones—. La princesa no parece tener síntomas de infección, de todas formas, será necesario que la siga revisando durante la noche.

—Se lo agradezco.

El hombre se inclinó ante los príncipes y salió de ahí.

—¿Me puedes explicar qué fue lo que estabas pensando al arriesgarte así?

Beth levantó la vista y sonrió hacía su hijo.

—¿No es obvio? Protegía a su futuro rey, su alteza —le dijo con obviedad—. No me querían a mí, yo era un método para encontrarlo.

—¿Y arriesgarte fue la única idea que se te ocurrió?

—No pensé que fuera a molestarse tanto por perder a una esposa —le dijo seriamente.

—Por favor, Beth, no me vengas con tonterías.

—No lo son, he salvado a nuestro... —bajó la cabeza—. Al futuro rey, debería ser recompensada.

—No a costa de tu vida, Beth, no le caería en gracia a nadie que la princesa amada de Wurtemberg muriera a manos de unos bárbaros —suspiró enervado—. ¿Te hicieron algo?

—Nada, tan sólo unos rasguños.

—¿Estás segura?

—Si se refiere a si me tocaron, entonces sí, lo hicieron, pero nada que pueda herir su orgullo, mi señor, puede quedarse tranquilo de que no daré a luz a un bastardo.

—¡Por el amor de Dios! —se molestó más—. ¿Qué te hicieron?

Ella se inclinó de hombros y sonrió hacia el bebé nuevamente.

—Lo volvería a hacer si eso significa salvar a mi hijo.

—Bien —dijo molesto—. Haz lo que quieras.

—¿Se marcha, su alteza?

—Sí —Raimond dio un fuerte portazo y Beth lo escuchó vociferar a las afueras de la habitación.

—No le hagas caso a papá —sonrió la joven—. Es un gran bobo, piensa que necesito de él en cada momento, pero mira, dos balas en el cuerpo y estoy más que perfecta. ¿A qué piensas que tu mamá es genial? Bueno, sí que lo soy.

—Oh, alteza, que bueno verla despierta y a salvo.

—Jamás debiste dudarlo, Ana —sonrió la joven.

—No lo dudé, pero el príncipe parecía a punto de desmayarse.

—Eso es porque no me conoce, querida Ana —suspiró—. ¿Qué sabes sobre el ataque?

—Creo que son revolucionarios, quieren que la corona caiga.

—Me lo supuse —asintió—. ¿Cómo entraron a palacio?

—Infiltrados, mi señora, parece que hay traición desde dentro.

—Vaya. Eso parece más complicado aún.

—Lo es, mi señora.

Beth suspiró y asintió, acariciando la cabecita de su hijo.

—¿Todas están a salvo?

—Sí, todas, la reina tuvo un colapso nervioso, pero está bien.

Beth asintió y se quejó un poco de su brazo y la pierna, lo cual ocasionó que Ana quitara al bebé y lo colocara en la cunita.

—Debería descansar, Princesa.

—¿Nos quedaremos aquí?

—No lo creo, supongo que la familia real se moverá a otro palacio mientras este es… restaurado.

—Tiene sentido, no me imagino a estas personas caminando entre un pequeño desastre —sonrió, acomodándose en la cama—. Si conocieran a mi familia, seguro pensarían que estamos dementes.

—Pensé que eran de la más alta estirpe de gente, según dicen, tus parientes son de las más altas cunas de Londres, París e Irlanda.

—Tengo tías de aquí también, Ana —sonrió—. Y de Rusia, pero

¿a quién le importa?

—A la reina —jugó la duquesa—, eligió bien a su nuera.

—Sí, eligió bien a quién arruinarle la vida.

La duquesa sonrió y asintió.

—Creo que es lo que hacen los padres, buscan lo mejor para ellos y arruinan la vida a sus hijos de camino, no creo que lo hagan malintencionados, pero… así terminamos.

—¿Cómo sigues de… esa noche?

—Bien, sé que hacer en esos casos.

Beth dio un largo bostezo y se recostó en la almohada.

—No deberías acostumbrarte a algo así —le dijo somnolienta y le tomó la mano—. Sé que te sonará tonto, pero, ¿podrías quedarte aquí conmigo?

—No se preocupe, princesa, me quedaré.

Beth se quedó dormida rápidamente y la duquesa Ana veló sus sueños durante todo el tiempo en el que el príncipe no estuvo.

—Duquesa, creo que su marido la busca.

—Por supuesto —se inclinó—. Gracias, su alteza.

Raimond se acercó a la cama y miró por largo tiempo a su esposa; tenía una venda que cubría su brazo derecho y otra que rodeaba su pierna izquierda, había algunos moretones en sus brazos y sus rodillas se habían descarapelado de las caídas, estaba seguro de que alguien la había rasguñado y tenía el labio partido. Suspiró. Siempre pensó en su mujer como una pequeña e indefensa persona que lloraría en cualquier circunstancia, jamás se imaginó que sería aquella valiente guerrera que saldría al ataque y mataría a dos o tres personas con tal de salir bien librada.

—Señor —tocaron a la puerta—. Su carruaje y el de la princesa está esperando por ustedes.

—Gracias, Ian —le dijo al mozo—, manda a alguien para que lleve al príncipe.

—En seguida, su alteza.

Raimond se acercó a su mujer y tocó suavemente su hombro, intentando despertarla, pero ella se removió entre las sabanas, haciéndolo partícipe de su casi desnudez. Había visto a su mujer desnuda una vez en su vida, cuando la vio bañándose aquella mañana, de ahí en más, siempre había tenido camisón y bata, aquella pizca que era capaz de ver de su piel le era lo suficientemente enloquecedor como para querer besarla.

Y lo hizo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella en cuanto logró entender lo que sucedía.

—Lo siento —se alejó un poco—. Nos tenemos que ir.

—¿Y esa es la razón por la cual me ha besado? —ella en verdad

parecía molesta.

—No.

—Haga el favor de pasarme algo de ropa —se miró—. Y para que lo sepa, soy perfectamente capaz de cambiarme sola.

—No pretendía algo diferente —sonrió cuando le pasó un vestido holgado y unas zapatillas de noche.

—Claro, lo que pretendía era atacarme.

—Algo así —asintió.

—No se haga el gracioso —miró hacia la cuna—. ¿Albert sigue dormido?

—Vendrán por él en un momento.

—Lo llevaré yo.

—No lo creo, puesto que yo te llevaré a ti.

—¿Qué le hace pensar que eso va a suceder?

—¿Qué te hace pensar que puedes caminar hasta el carruaje?

Ella se quedó callada.

—Podría llevarme Alan o Ronald.

—Nadie te llevará si yo estoy aquí.

—No sea patético, no es la primera vez que algo me pasa, Ronald y Alan siempre han sido muy atentos cuando no he podido caminar.

—¿Cuándo no has podido caminar? —la miró ceñudo.

—Bueno, aquella vez en la que caí de un caballo, Ronald me encontró. También cuando iba a dar a luz a Albert, fue Alan quién se dio cuenta y me llevó a la habitación. O, esa otra ocasión en la que…

—Entiendo, no sabía que eras tan distraída.

—No, ¿Cómo iba a saberlo? —le dijo con una mirada fría y seria.

—Qué casualidad que siempre estuvieran cerca Alan o Ronald.

—Sí, bueno. Al menos había alguien, ¿no cree? —sonrió, sentándose al borde de la cama—. ¿Qué sería de mí si dependiera de usted? Seguro estaría muerta.

Raimond asintió un par de veces y se frotó la cara, frustrado.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué nos tenemos que mover?

—Han incendiado algunas partes del castillo, es peligroso, no sabemos si han quedado infiltrados.

—Claro… ¡Ay! —se quejó al momento en el que quiso ponerse en pie—. ¡Dios!

—¿Quieres que le hable a Ronaldo o Alan? —dijo sarcástico, acercándose a ella.

—Sería una buena idea.

—Al carajo.

La tomó de la cintura y la pegó a su pecho, levantándola un poco para que su pierna no tuviera peso alguno, pero, de todas formas, ella se quejó, tratando de menguar el dolor con su mano.

—¡Dios! —lo miró enojada—. ¡Me duele! ¡Es usted un bárbaro!

—¿Qué pretendías que hiciera? ¿Cómo querías que reaccionara?

—¿Ante qué cosa, señor? —le dijo refunfuña, poniendo su mano como separación.

—Eres mi mujer, mi esposa, ¿escuchaste? —los ojos del príncipe recorrieron con detenimiento el rostro enojado de su esposa—. Que no se te olvide, te he dado las libertades que quieres, te he dejado hacer todos los desplantes que se te ocurren, porque sé que te he lastimado, pero sigo siendo tu esposo y sigues teniendo obligaciones para conmigo.

—¿En serio? —sus ojos estallaron en furia—. ¡Bien! Sé en qué parte de la vida de casados es lo que quiere que cumpla, no le interesa una esposa, le interesa una nueva amante, ¡Hágalo! Satisfaga sus ansias, disfrute lo que quiera. ¿Pretende hablarme de una familia? ¿Quiere intentarlo conmigo? No me haga reír.

—Cómo has dicho en el pasado, no piensas irte jamás, ¿o sí? —le dijo enojado—. Pretendes ser la reina y mi esposa para toda tu vida, si ese es el caso, te advierto, quiero más hijos, muchos más.

—¡Puede tener hijos con quién usted quiera!

—Los quiero legítimos, y tú eres mi princesa ¿cierto?

Los ojos de Beth se cristalizaron, aquellas lágrimas se entremezclaban entre la rabia y el dolor.

—¿Por qué es tan cruel? —se limpió la cara con la mano que podía mover—. ¿Por qué…?

—¿Crees que no he notado en todos estos días la forma en la que hablas con ellos? —le dijo—. ¿Crees que nadie piensa que te has metido con mi hermano o con mi primo?

—¡Cómo se atreve!

—Todo el día estás con uno o con el otro —le hizo ver—. De hecho, en más de una ocasión he escuchado aquel chisme estúpido de que ese bebé no es mío.

—¡Le dije que si volvía a insinuar algo así…!

—He soportado también, querida, el que todo el mundo se enamore de ti, el que todos los hombres quieran levantar tus faldas y hacerte justo lo que yo no puedo.

—¡Lo tenías todo! —le gritó—. ¡Tenías todo de mí! ¡Ni siquiera podías mirarme…! Jamás me miraste, ni siquiera cuando intimabas conmigo; me hacías sentir que te repugnaba, que me odiabas y te odiabas al tener que hacerlo…

—Para que sepas, siempre me gustó intimar contigo, además, las cosas han cambiado, me equivoqué, pero quiero repararlo, quiero a mi mujer a mi lado.

—¿Quieres que te aplauda? —le dijo sarcástica.

—No, Beth, pero esto se acabó.

Ella lo miró entre sus dudas, no querría decir que…

—¿De qué habla?

—Volveremos a ser una pareja normal, en cuanto tus heridas sanen, intimaremos, tendremos más hijos y dormiremos siempre en la misma cama.

—No puede obligarme… —ella calló, en realidad, sí que podía—. No lo haría…

—Sí, lo haré —la recostó en la cama y se recostó sobre ella, entre sus piernas tratando de no lastimarla—. Haré que vuelvas a mí, haré que recuerdes que sí te miraba, que siempre disfruté estando contigo. Te tendré a mi lado en cada oportunidad que tenga.

—¡Me lástima! ¡Quítese de encima!

—No —se acercó más—. No, se acabó, harás lo que diga.

—¡Jamás! ¿Está loco?

—Sí —se agachó y besó su cuello—. De celos, me volveré loco si sigues dando esas sonrisas hacía ellos, si les tocas el brazo o si bailas a su lado. Sé que lo haces adrede.

Sí que lo hacía, pero jamás pensó que le darían celos. Beth cerró los ojos con fuerza y apartó la cara de los labios del hombre, pero no parecía ser problema, puesto que no estaba buscando sus labios y, en cambio, se entretenía con el resto de su cuerpo.

—Lo odio, si me obliga, lo odiaré, siempre lo haré —ella mordió su labio para no dejar salir ningún sonido—. ¡Lo odiaré, en serio!

—No lo parece —mordió ligeramente el inicio de su pecho.

—¡Basta! —cerró los ojos y fingió llorar—. Basta, por favor.

Raimond se levantó y la miró con una sonrisa.

—Te hiciste especialista en fingir llorar —le dijo, tomándole la barbilla y besándola, a lo que ella respondió con una mordida que lo hizo sonreír—. ¡Agh! Lo creas o no, me agradó.

—¡Quítate!

—¿Mis señores? —se escuchó la voz de una doncella—. Me han mandado…

—¡Pase! ¡Pase! —gritó Beth, intentando de esa forma que su marido se quitase de encima.

Por lo contrario, sólo la avergonzó más el darse cuenta que él sonreía y se volvía a sumergir entre el cuello largo y fino, dónde se enredaban mechones de cabello rubio rojizo.

—Por Dios, Raimond, quítate, nos verá.

—Es lo que querías.

—Quiero que te muevas.

—Oh —la doncella bajó la mirada—. Mis señores, yo…

—Puedes tomar al bebé, Hilda, y te puedes ir —dijo Raimond, poniéndose de pie al considerar que había avergonzado lo suficiente a su esposa, quién se tapaba el rostro con una mano—. Avise que bajaremos en unos minutos… tan vez una hora.

Beth se destapó la cara y lo miró asesina, la doncella sonrió y asintió, saliendo silenciosa de la habitación y cerrando la puerta. La joven escuchó como la doncella comenzaba a pasar el chisme y se reía con otra de las mujeres del servicio.

—Debería darle vergüenza, siendo usted quién es.

—Bah, en más de una ocasión, esas mujeres han entrado a la habitación de Alan cuando está en pleno apogeo, no creo que esto haya sido nada nuevo para Hilda.

—Si usted vuelve a propasarse conmigo como ahora…

—¿Qué? —se acercó de nuevo—. ¿Qué harás, cariño? ¿Gritarás? Me encantaría que gritaras. ¿Me golpearás? Que forma tan excitante de hacer el amor.

—Lo mataré.

—Bueno, veremos quién se va primero al infierno, en ese caso.

Capítulo 11

Beth despertó aquella mañana sabiéndose acompañada.

Su esposo había cumplido su amenaza, desde que habían llegado a ese castillo, no había día o noche en la que él se separara de ella, parecía no entender o tomar en cuenta el malestar que le causaba el tenerlo a su lado constantemente. La joven tomó a su bebé y fue a sentarse para darle su primera comida del día, mirando alrededor con detenimiento, recordando lo mucho que odiaba ese castillo en medio del bullicio de la ciudad.

—Buenos días —saludó, viéndola balancearse en aquella mecedora—. ¿Cómo te sientes de la pierna? Pensé que aún te dolía.

Ella se miró a si misma sin pensarlo y negó.

—No me duele el día de hoy.

—Me gustaría que descansaras más, de esa forma tu recuperación sería más rápida.

—Lo lamento, pero no me veo todo el día en una cama.

—Es sólo mientras te recuperas.

—Aun así, no lo soportaría.

—Bien —el hombre se acercó y se agachó, tocando la cabecita de su hijo con cariño y agachándose para besarle la mejilla. Miró a su esposa con diversión al notar que la ponía nerviosa y besó su clavícula antes de separarse—. Iré a cambiarme.

Beth lo observó salir y sonrió, pero rápidamente meneó la cabeza y se reprochó haberse sentido feliz de tenerlo ahí, ¿era tonta o qué? Tenía que conservar su postura, pese a que el príncipe había cumplido algunas de sus amenazas, jamás había intentado intimar con ella; dormía con ella, sí, pero de ahí en más, ni siquiera la tocaba desvergonzadamente, como aquella otra ocasión.

—Hoy hay una junta con el consejo de exteriores, la presencia de ambos es esencial —le dijo, terminando de hacerse el moño.

—¿Habrá encuentros diplomáticos? —ella había terminado de alimentar al bebé y le sacaba el aire—. ¿Te irás de viaje?

—Sí, en poco tiempo tendremos que salir, espero que para entonces te encuentres mejor.

—¿Disculpa? —ella se puso en pie y lo siguió—. ¿Ambos?

—¿Pensaste que te librarías de mi presencia? —negó—. Irás conmigo en esta ocasión, eres alguien a quién los países quieren conocer, “la princesa adorada de Wurtemberg” te dicen, así que, sería buena idea llevarte conmigo en el siguiente viaje.

—No me parece buena idea.

—Lo supuse, pero mi padre está de acuerdo con ello.

—¡Pero…!

—Oh, y en unos días partimos para el palacio de invierno —le dijo—, deberías comenzar a hacer tus baúles lo antes posible.

—Su alteza —le dijo abrumada—. No sabía que había hecho tantos planes que me incluían y sin mi consentimiento.

—Te lo dije, Beth, a partir de ahora, seremos una pareja en todos los sentidos —la joven lo miró con el ceño fruncido y se alejó—. Sí, también me refiero a lo que estás pensando… no sabes cuánto tiempo llevo soñando con volverte a hacer el amor.

—Yo…

—Sabes que no me lo puedes negar y sabes que debo tener más hijos, sé que eres consciente de ello.

Él había caminado hasta acorralarla contra una pared, ella parecía en verdad furiosa y no apartaba la mirada de la de su marido, estaba determinada a no dejarlo actuar y tenía el escudo de su hijo.

—¿Princesa? —se escuchó la voz de Ana—. ¿Mi lady?

—¡Sí! ¡Adelante Ana!

Raimond tomó una profunda respiración y no apartó la mirada de su nerviosa esposa, aunque la duquesa Ana había entrado; Beth intentaba de alguna forma librarse de esa situación, pero Raimond no parecía dispuesto a ceder ni un poco.

—Duquesa, ¿me haría el favor de llevar al príncipe con su niñera? —pidió Raimond.

—Lo haré yo —dijo Beth, pero los ojos de su marido le advirtieron que no se moviera.

Ana acudió rápidamente y tomó al bebé en los brazos de la princesa, le sonrió a su amiga y salió del lugar.

—¿Qué piensas hacer? —le dijo enojada.

—Esto —el príncipe tomó sus labios y la pegó a la pared, sintiendo su esbelto cuerpo.

—Raimond… no…

—Sshh —él la tomó de la cintura con un brazo y, con la mano libre, elevó la pierna que sabía que no estaba lastimada y levantó el camisón que cubría su cuerpo, pegándola a él.

—No puedes abusar de mí —le dijo enojada, cuando lo sintió besarle el cuello—. ¡Sabe que eso no ayudaría a que yo lo quiera!

—Sé que te opondrás ahora, pero también sé que lo deseas —le tomó el rostro—. Eres una mujer, como lo dijiste hace tiempo y sé que no incumplirías tus promesas ante el altar, tienes el deber muy por encima del querer, pero si es tu esposo quién te toma… quién te hace el amor, entonces… entonces no estás incumpliendo nada.

—No quiero estar contigo, Raimond, no lo quiero.

Beth decía aquello, pero no había impedido ninguno de los movimientos que él había hecho en su cuerpo, no se quejó incluso en

el momento en que subió su camisón y lo sintió cerca de sí. La verdad era, que lo deseaba, porque él tenía razón, no dejaba de ser una mujer, pero jamás se metería con otro hombre, porque no permitiría que su nombre y el de su hijo se mancharan, no les brindaría armas.

Raimond se agachó y la hizo que envolviera sus esbeltas piernas alrededor de su cadera para poder conducirla hasta la cama, ella se seguía quejando, pero, al mismo tiempo, permitía todas las acciones, incluso lo besaba de regreso, sabía qué era lo que esa mujer quería y, aunque se quejara por ello, no se detendría.

El príncipe besó los labios de su esposa, los hombros, sus ojos, mejillas y el inicio de sus pechos, mirándola disimuladamente cuando lentamente acarició la tela que los cubría y apartó los tirantes para descubrirlos, ella levantó la cabeza para lograr mirarlo mientras su marido besaba aquella parte de su cuerpo y lentamente bajaba el camisón y ropa íntima, dejándola desnuda ante él.

Beth se arqueó cuando su marido acarició al completo su cuerpo, regresando a sus labios para torturarlos mientras sus manos grandes y fuertes masajeaban zonas sensibles de ella, haciéndola gemir y gritar en los labios de su marido. Él la abrazó y rodó con ella, dejándola sobre él, quién estaba completamente vestido, Beth pestañó un par de veces y comenzó a quitar el moño de su traje de gala, y prácticamente rompió los botones de la camisa para al fin lograr tocar el pecho fuerte y lleno de vello dorado.

Raimond se levantó y tomó sus labios, apretándola contra él, sintiendo su cuerpo desnudo por primera vez contra su torso, su mujer era hermosa, simplemente perfecta, tenía pechos grandes que lo enloquecían y caderas generosas y piernas fuertes.

No era una belleza que fuera categorizada como perfecta, en Alemania, la mujer tenía que tener más carne en sus huesos, Beth era demasiado delgada para el gusto de la mayoría de los hombres, pero era tan encantadora que terminaba siendo una tentación para cualquiera.

Raimond terminó de sacarse la ropa por sí mismo, puesto que su esposa estaba concentrada en besar su pecho y devorar sus labios, eso a él lo fascinaba, trataba de no dejar de abrazarla mientras se desnudaba y, cuando al fin lo logró, apretó su cintura contra él, recostándola en la cama y mirándola en todo momento mientras se unía a ella.

Ella gimió fuertemente y sonrió hacía él, incitándolo a que se moviera, levantó su cabeza para alcanzar los labios de su marido y lo obligó a abrazarla durante todo momento mientras le hacía el amor, él aprovechaba la cercanía para hablarle dulcemente y decirle cuanto se le ocurriese. Ella llegó primero al éxtasis de la pasión, deleitándolo con sus expresiones y obligándolo a seguirla.

—Te amo, Beth —le besó los labios sonrientes—. Te amo.

Ella se abrazó a él y escondió su cara en el hombro fuerte de su esposo, se sentía tan culpable, tan tonta por haberse dejado dominar, por haber cedido; no podía más que querer llorar. Era una tonta, había sido una completa estúpida.

—¿Amor? —trató de separarse de ella, pero Beth lo impidió—. Mi amor, permite… ¿Qué sucede?

—Nada —se volvió hacia otro lado para que no la viera llorar.

—¿Te lastimé? Cariño, lo siento, debiste detenerme…

—No, estoy bien.

—¿Por qué lloras? —le tomó la barbilla y lo hizo mirarlo.

—¡No soy una niña! ¡No estoy llorando, no lo hago!

—Por favor, mi vida —la abrazó—. El que llores no te hace una niña, perdóname, sé que piensas eso porque te he lastimado en el pasado, pero no puedes ser una piedra, puedes sentir.

—Soy una tonta —lo abrazó—. No debía… me lo prometí.

—No hicimos nada malo, esto es normal, estamos casados.

—¿Pensaste en ella? —le dijo susurrante—. ¿Pensaste en ella cuando me hacías el amor?

—¿Qué? —se separó—. Por supuesto que no, ¿Qué dices?

Ella volvió la cara hacía otro lado y dejó salir nuevas lágrimas.

—Tenemos que salir, seguro que el desayuno ya ha pasado.

—Nos quedaremos aquí —la llevó sobre su pecho y le acarició la espalda—. Me lo dirás todo, mi amor, quiero que me digas todo.

—¿De qué hablas?

—Quiero oír todo lo que guarda tu corazón y quiero que me digas qué quieres que haga por ti.

—Ahora deseo salir de aquí, quiero pensar.

—Bien —Raimond se levantó y la tomó en brazos.

—¿Qué haces? —lo abrazó.

—Tenemos que darnos una ducha antes de bajar.

—Pero… —él la besó.

—Vamos.

Raimond pidió la tina y se metió a ella junto con su esposa, recostándola sobre su pecho y comenzándola a lavar , ella parecía relajada, pero al mismo tiempo, distante, era como tener una muñeca sin vida entre sus brazos. ¿La habría destruido?

—Te amo —le susurró cuando besó su oído. Ella volvió la cabeza un poco y lo miró por largo rato sin expresión alguna, después, se acomodó nuevamente sobre su pecho, parecía cansada, verdaderamente cansada—. Deberías dormir, aún estás herida, puedo justificarte con ello.

—No… tengo cosas que hacer.

—¿Qué tanto tienes que hacer?

Beth levantó una ceja al sentir cómo él la volvía hacía su cuerpo y la abrazaba con fuerza, haciéndola participe de su excitación.

—Su alteza, ¿podría darme tregua?

Raimond resintió que volviera a llamarlo de esa forma y, por tal motivo, la abrazó.

—Por favor, no vuelvas a decirme así.

—Déjame tener las barreras que necesite —le dijo recostada en su hombro—. Entiende que esto que acaba de pasar, es un golpe a mi orgullo, a todo lo que soy o pensé que era.

—¿Te arrepientes?

—Yo… no lo sé.

Raimond no podía reclamárselo.

—Bien, te daré tiempo, si es lo que necesitas.

—Sí, lo necesito —ella salió de la tina y se colocó una bata—. Iré… nos vemos luego.

—Beth —la detuvo antes de que saliera—. Te amo, por favor… sólo recuérdalo.

Ella apretó con fuerza su bata y salió de ahí sin decir nada más, en realidad, parecía algo perdida, como si no entendiera si estaba en un sueño o había sido realidad. Raimond se recostó en la tina de porcelana y suspiró cansado, nunca había disfrutado tanto hacer el amor como cuando estuvo con Beth, su esposa simplemente era perfecta, no podía creer lo que acababa de suceder y, en ese momento, sentía que lo estaba volviendo a perder todo.

Raimond salió de la recámara de su mujer, encontrándose con su hermano, quién lo miró sonriente y le dio un abrazo.

—¡Al fin! —le dijo alegre—. Fue bastante obvio que la pareja real estaba tratando de tener otro pequeño vástago ¿a que sí?

—Por favor, Alan.

—Me alegra, aunque vi a Beth algo… no sé, parecía perturbada ¿acaso la violaste?

—De verdad Alan, no digas estupideces.

—Bueno, eso me deja más tranquilo.

Raimond se enfocó en sus deberes, sabía que había un momento clave en el día que tendría que compartir con su esposa, pero le gustaría verla antes de que se reunieran con el ministro de exteriores.

Salió de su despacho para buscarla, pero parecía ser, que Beth era especialista en no encontrarse con él.

—Quizá esté en su jardín, mi señor.

—Ya la he buscado en el jardín.

—Tiene un jardín en uno de los apartados internos del castillo.

—Por Dios, ¿Dónde lo encuentro?

—Creo que, en el tercer piso, mi señor.

El príncipe fue hasta ahí, preguntando a los empleados y

dejándose guiar por ellos. Antes de que lograra entrar al lugar, se escucharon unos cuantos gritos que lo dejaron paralizado.

—¡Lo has hecho para molestar! —gritaba Marilla—. ¡Sabes que no te ama! ¡Lo sabes! Hiciste que te tomara en el momento en el que sería más obvio para todos, si serás zorra.

—Por favor, márchate ahora, Marilla.

—¿Sabes qué es lo peor? Seguramente pensó en mí a cada momento —sonrió—. ¿Entiendes? Cuando estaba dentro de ti, tuvo que haber pensado en cuando estábamos juntos, es la única forma en la que debió llegar al…

—Marilla, llamaré a los guardias.

—Sigue conmigo, no importa lo que hagas o cómo lo seduzcas, siempre regresa a mí.

—Bien, entonces me iré yo.

—¡No te atrevas a irte! —la tomó con fuerza del brazo.

—Beth —Raimond apartó la mano de su antigua amante y miró a su perturbada esposa, parecía a punto de llorar, pero se mantenía impasible ante él—. ¿Estás bien?

Ella negó un par de veces.

—Quiero marcharme —se intentó deshacer de los brazos de su marido—. Déjeme marchar.

—No —el príncipe miró a Marilla—. Creo que su esposo la busca, señora.

—Claro —se inclinó—, con su permiso.

Beth miró hacia otro lado cuando las primeras lágrimas salieron de sus ojos.

—Sabes que eso no es cierto, ¿verdad? —le tomó la cara—. ¿Lo sabes? Beth, ¿Entiendes que era una mentira para molestarte?

Ella no dijo anda.

—Beth, sólo pensaba en ti, ¿Cómo podría pensar en alguien más que en ti? —la abrazó—. Gemí tu nombre la mayoría del tiempo, te hablaba, te amé a ti, sólo a ti mi amor.

—Por favor… déjeme marchar.

Raimond negó desesperado y la besó sin saber qué más hacer, sus labios estaban salados debido a las lágrimas que resbalaban por las mejillas de su esposa, pensó que lo despreciaría, pero estaba tan fuera de sí, que correspondió, pero no se movió en otro sentido. Él la abrazó, besó su cuello, sus hombros y la recostó en el pasto de aquel jardín interno.

—¿Qué hago? ¿Qué debo hacer? Lo que pidas, lo que sea que quieras, lo haré.

Ella tenía los ojos cerrados y respiraba lentamente.

—¿Me llevaría a la habitación?

—Sí —Raimond se puso en pie y le tomó la mano.

—No quiero que se quede conmigo, deseo estar sola.

—Pero…

—Iré a la reunión con el ministro de exteriores, lo prometo.

Raimond la llevó a la habitación y la dejó estar. No sabía cuánto le duraría esa nueva fase, pero seguro que cuando Beth decidiera lo que quería hacer, sus fuerzas serían renovadas.

Sabía que aquella caída de ánimo se debía a que habían hecho el amor, algo que prometió no hacer. Pero, ahora que había amado a esa mujer, le parecía imposible no seguirlo haciendo el resto de su vida.

Capítulo 12

Beth había decidido irse primero al palacio de invierno, deseaba sobre todas las cosas estar sola, así que, argumentando que se encargaría de arreglar para las festividades, se marchó pese a las réplicas de su esposo; era de su conocimiento que Raimond no podría marcharse antes de tiempo, por mucho que le hubiese gustado.

De eso hacía más de dos semanas y Beth se encontraba mucho más calmada y, aunque no sabía del todo que iba a ser de ella y su vida con Raimond, al menos podía decir que había vuelto a dormir con tranquilidad y su alma estaba un poco descansada.

Una sorpresa agradable fue cuando de pronto y de la nada, había llegado una carta, avisando de la pronta llegada de su prima Kayla, quién sorpresivamente se dirigía a ella con la misma frescura y buena vibra de siempre. Sus ansias por verla se podían sentir a kilómetros de distancia, la había extrañado tanto, deseaba verla y platicar con ella, tomar su opinión, ella siempre sabía qué hacer, a veces eran soluciones raras y algo extremas, pero siempre servían.

Así que esperó con paciencia y, en un día de nieve y ventisca, llegó Kayla, con una sonrisa inquebrantable y un vestido con más capas de las necesarias, su prima siempre había sido una persona friolenta, pero siendo sinceros, ella solía sobrepasarse en todo.

—¡Kayla! —gritó la joven, bajando corriendo las escaleras hasta fundir a su prima en un fuerte y tierno abrazo—, te eché de menos.

—Sí, sí —ella la apartó con una sonrisa y se comenzó a sacar pieles y demás cobertores del cuerpo—. ¿Cómo has estado? ¿Dónde está el pequeño ratón?

—Está dormido ahora —negó Beth y la volvió a abrazar—. ¡No sabes cuanta falta me has hecho!

Kayla sonrió entonces y la abrazó de regreso, el cariño que ambas se tenían se impregnó en aquel fuerte enlace y debilitó el corazón dolorido de Beth, quien, sin poderlo evitar, comenzó a llorar.

—Oh, cariño, ¿Qué sucede?

—¡Todo es un desastre! —dijo la joven.

—¿De qué hablas? —frunció el ceño—, pensé que estarías feliz de la vida porque ahora eres una princesa e incluso tienes un hijo.

—Kayla —negó entre lágrimas, sin vergüenza a mostrarse ante la que consideraba como una hermana—, nada es como pensé.

—Ven, dímelo todo ahora mismo —la tomó del brazo y la guio por el pasillo, como si en realidad lo conociera, lo cual no era así.

Beth le platicó con lujo de detalle a su prima y mejor amiga, notó como lentamente ella cambiaba a una expresión sombría y poco

agradable, conocía bien esa mirada, estaba más molesta que nunca antes, era entendible, si acaso fuera al revés, Beth estaría igual.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Pensé que me odiabas.

—Eres una tonta, en serio lo eres.

—Lo sé —bajó la cabeza—, no hace falta que me lo digas.

—¡No por eso! —dijo enojada—. ¡Por pensar que te odio! ¿No entiendes que siempre que tengas problemas tendrás a tu familia?

—No quiero que nadie se entere de esto Kayla —negó—, no me iré, no puedo irme.

—¿Qué? ¿Por qué demonios…?

—Tengo un hijo que no me pertenece —le dijo angustiada—, si acaso me marcho, sería sin él y eso jamás pasará.

Kayla se puso en pie y caminó de un lado a otro, sintiéndose atrapada entre esas enormes paredes.

—Bien, ¿qué harás? —se dejó caer en el sillón—, simplemente no puedo estar contenta, mucho menos tranquila, ni siquiera me parece que vuelvas a tener amores con tu marido.

—Eso fue una tontería, jamás debí…

—O quizás…

—No, está fuera de discusión, no sabes el daño que me ha hecho volver a él —negó—, me niego.

—Por favor, Beth, te ha hecho daño porque sabes que aún lo quieres —negó molesta—. Sé que así es… el problema ya no es ese, como tu esposo, tiene el derecho a exigírtelo, pero…

—Pero ¿qué?

—Bueno querida, lo justo sería que por lo menos lo volvieras un poco loco con ello, seamos sinceras, ¿te gusta el sexo con él? —Beth bajó la cabeza, apenada, pero asintió—. Vale, entonces, aprovéchate de él mientras se sienta culpable por ello, arrincónalo, que haga lo que quieras, domínalo al completo.

—No entiendo.

—Juega todo a tu favor, Beth, no estás perdiendo nada al entregarte a él, digamos que estás ganándolo todo. Dices que odias a la reina ¿Cierto?

—Casi igual que a su hijo.

—Vale, si dominas a Raymond, dominas a la monarquía ¿entiendes? Es el próximo rey —Beth parecía entender—. Pero tienes que tener algo muy en claro, esto es un juego de inteligencia, no creas que él no está pensando en una estrategia también.

—¿Crees?

—El pueblo de Wurtemberg te adora, ¿tú qué crees?

—Piensas que hace todo esto porque quiere ganarse mi favor y el del pueblo a su vez.

—No lo dudaría, así que entiende, aquí el que pierde es quién se enamore ¿Vale? Así que por todo lo bueno, tú no tienes que perder.

—No lo haré.

—No, de eso me encargaré yo —dijo segura—, nadie nunca volverá a hacerte llorar, Beth, nos toca mover nuestra pieza.

—Odio que hables así, me da terror.

—Soy hija de Thomas Hamilton —elevó una ceja—. Hagámosle saber por qué mi apellido es tan temido, ¿no crees?

Las primas disfrutaron otras dos semanas de libertad antes de que la familia real comenzara a llegar al castillo, lo cual ocasionaba que las dos chicas se redujeran en espacio para no toparse con nadie. En esos momentos, estaban disfrutándose de nuevo, se habían echado de menos y lo último que querían era distanciarse.

—¿Cuándo crees que llegue nuestra presa?

—¿Presa?

—Sí, ¿Qué apodo quieres ponerle?

—¿Por qué necesita un apodo?

—No lo sé, en casa siempre les ponemos apodos, es divertido.

—Mmm… digámosle pavorreal.

—Bien, aunque sería triste que cazáramos pavorreales, pero sí que se parece a uno —sonrió la joven.

—En realidad, también me vino en la cabeza porque aquí hay muchos, les gustan esas aves y hay por todos los castillos.

—¿En verdad? No he visto ni uno.

—Es invierno, no estarán sueltos.

—Claro —asintió—. Vale, entonces, cuando el pavorreal llegue, será el momento del juego.

—¿Y cuál será la primera movida, capitán?

—Debes ser encantadora, como lo eres, pero ya sin esa sombra de amargura que te acompaña siempre.

—No tengo ninguna sombra.

—Por favor, Beth —rodó los ojos—. Tienes que ser fuerte, hermosa, determinada y alegre, quiero que el mundo entero piense que no hay princesa más feliz que la de Wurtemberg.

—¿Cómo voy a aparentar algo así?

—No lo sé, piensa en mí levantando mi falda cuando algo malo se te presente.

—¿Cómo imaginaría eso?

—Oh —ella se levantó la falda y le enseñó su ropa interior—. Listo, no lo imagines, sólo recuerda.

Beth dejó salir una carcajada y asintió.

—Eres la persona más excéntrica que conozco.

—Gracias, trabajo a diario con eso de zafarme tornillos.

Esa misma tarde, cuando el sol apenas se escondía, Raymond

entró a palacio en compañía de su hermano menor, Alan. Ambos parecían presos de una plática que se vio interrumpida momentáneamente al momento de ver a Beth y Kayla caminando por los pasillos del palacio.

—Actúa feliz —le susurró Kayla y Beth sonrió.

—¡Ah, pero qué agradable sorpresa, lady Hamilton! —extendió los brazos Alan—. ¿Quién te invocó?

—Pero qué gracioso Alan —frunció el ceño la mujer—. Seguro que el que me conjuró has sido tú.

—Seguro que eres un mal presagio —sonrió, saludándola y después saludando a la princesa—. ¿Te ha malaconsejado en estas semanas de ausencia, querida Beth?

—Sólo lo suficiente —asintió la joven, acercándose a su marido y plantándole un beso en la mejilla, lo cual lo había tomado por sorpresa—. Su alteza, es bueno verlo de nuevo.

—Wow… eso no me lo esperé —sinceró Alan.

—Oh, pero qué príncipe más entrometido —negó Kayla, tomando del brazo a Alan—. Vamos, salgamos al jardín.

—Si te das cuenta que está nevado, ¿Verdad?

—No seas bebé y sígueme.

—¿Me darás un beso?

—Antes te dispararía en el ojo.

Ambos desaparecieron rápidamente y Beth se sintió incomoda de nuevo, Kayla le daba la energía y seguridad que necesitaba para enfrentar el plan, pero si la dejaba sola, volvía a sentirse indefensa y pequeña junto al hombre que había jurado protegerla.

—¿Cómo has estado, Beth? —le tocó la mejilla con ternura—. ¿Te has sentido mejor?

—Sí —ella sonrió segura—. Mucho mejor.

—Eso quiere decir que estas mejor lejos de mí.

—No diría eso del todo, pero me ha servido la soledad —asintió y se dio vuelta para ir hacia las escaleras.

Sabía que él la seguiría.

—¿Cuándo llegó Kayla?

—Hace unas semanas.

—Tú… ¿Le has contado de nosotros? ¿de lo que sucedió?

—Por supuesto que no —mintió con seguridad—. Sería una deshonra para mí, además, seguro que se lo diría a mis padres y no te conviene tener a Giorgiana Charpentier en esta corte.

—¿Charpentier? Pensé que ustedes eran…

—Mi madre jamás dejará de ser Charpentier —lo miró determinada y sonrió tranquilizadora—. Ella es… especial.

—Tú también lo eres.

—No he dicho lo contrario —asintió y siguió con su camino.

Beth entró a la recámara del bebé y lo tomó en brazos, sabiendo que estaría esperando por ella y su alimento. La joven sabía muy bien los horarios del niño, ya ni siquiera ocupaba de su llanto, su propio cuerpo se lo pedía a gritos, sufría de dolor si acaso no lo alimentaba.

—Siento que llevo sin verlo una eternidad —Raymond tocó la cabeza del niño en cuanto la madre lo sacó de su cuna—. ¿Cómo ha estado él? ¿Le ha sentado bien el clima?

—Se ha acostumbrado con rapidez —sonrió—. Se parece mucho a mí, sabe cómo adaptarse a situaciones difíciles.

Raimond la miró, pero ella estaba enfocada en desabrochar su vestido y satisfacer las necesidades del menor, ahora sin pena alguna de hacerlo frente a su marido… de todas formas, ya no valía la pena esconderse, él había quitado toda su ropa en la última ocasión en la que estuvieron juntos, ¡incluso se habían bañado desnudos!

—Tú… pareces algo distinta.

—¿De qué habla?

—Bueno, no lo sé, siento que eres otra.

—¿Le parece? Bueno, me siento bien.

—Pareces bien… —asintió conflictuado.

La verdad, es que Beth parecía renovada y rejuvenecida. Casi parecía haber tomado un elixir que la hacía ver más hermosa y más fuerte, siempre se mostró garbosa y solía tener la cabeza levantada, como si todos le fueran inferiores, pero había algo más, algo que lo hacía sentirse… indefenso a su lado. Algo en ella era abrazador y parecía querer consumirlo, quizá la palabra sería destruirlo.

—¿Su alteza? —de pronto se dio cuenta que ella había terminado de alimentar al niño, le había sacado el aire y lo había recostado. Todo sin él haberse dado cuenta—. ¿Piensa quedarse aquí?

—No —se puso en pie—. Supongo que me he distraído.

—Estará ocupado, no quisiera quitarle más tiempo, de todas formas, tengo que…

—En realidad, estoy libre ahora, son vacaciones.

—¿Vacaciones?

—Hasta la realeza necesita unos días, se acercan las festividades y, me gustaría pasar un tiempo a solas con mi esposa.

Beth sintió que su corazón latía con fuerza en su pecho, pero trató de controlarse y sentirse segura, se había mentalizado… más bien, Kayla la había mentalizado, tenía que ser fuerte, debía dejar relucir todo el carácter que había heredado de su padre y madre.

—¿Qué desea hacer en ese tiempo a solas, su alteza?

—Todo lo que me hizo falta en estas semanas —se acercó sedantemente, pasando sus manos lentamente por la cintura de Beth y acercándola dulcemente a su cuerpo—. Me hiciste falta en casa…

La joven sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, pero trató

de serenarse, tenía que ganar, ella se había propuesto ganar, tendría que aprender a controlar todos esos sentimientos que se desbordaban como una cascada poderosa.

—Su alteza —ella se sonrojó—. No deberíamos…

Raimond tomó los labios de su esposa y parecía buscar un tesoro dentro de ella, puesto que era tan profundo y exigente, que ella creería que se desmayaría, incluso le faltaba el aire.

—No creo que pueda resistirlo hasta en la noche… —le susurró, dando besos a lo largo del cuello y hombros de su esposa.

—Su alteza, por favor —dijo alegre, intentando apartarlo.

—Beth… ¿Me odias? —lo miró—. Cuando te fuiste hace unas semanas, parecías tan… no lo sé, fuera de ti, pensé que jamás volvería a recupérate, que te había quebrado en mil partes y no podrías reconstruirte jamás.

¿Pensaba en serio que era tan débil? Quizá sí lo era, en realidad sintió que algo dentro de ella se había quebrado, pero gracias a Dios, Kayla regresó a su vida y se encargó de traerla del mundo de los muertos, le había dado esperanzas y ahora sabía bien lo que tenía que hacer para estar en esa sociedad y en la corte sin ser torturada.

—Soy una mujer fuerte —elevó una ceja—. Además, no le veo la desventaja a intimar con mi esposo, usted lo ha dicho, siendo usted el único hombre con el que puedo hacerlo, sería una tontería desperdiciarlo, ¿verdad?

—Eso no sonó tan bien como lo esperaba… ¿Piensas utilizarme?

—¿Te molesta? —sonrió de lado—. Creí que sería una ventaja para ti, es lo que querías, ¿cierto? Tenerme en la cama.

—No, en definitiva, eso no era lo que quería.

—Exige demasiadas cosas de un tirón, su alteza.

Raimond cerró los ojos y tomó aire, quizá ella tenía razón, no podía pedirle todo de una sola vez, por el momento, se daría por bien servido al comprender que ella le permitiría acercarse, al menos íntimamente. Un escalofrío lo recorrió al recordar esa noche entre sus brazos, había sido tan perfecto que no le molestaría tomarla en ese mismo memento, en la alfombra, sin remordimientos.

—Beth —la llamó Kayla, abriendo la puerta—. Tenemos la reunión con las demás.

—Oh, es vedad —la joven sonrió hacia su marido y se soltó de su agarre—. Nos veremos en la noche, entonces.

Raimond asintió.

—Te estaré esperando.

Kayla sonrió y le tomó la mano a su prima mientras se alejaban de la habitación en medio de risitas y jugueteos.

—¿Qué sucedió?

—El hombre parece obsesionado con meterse en mi cama.

—¡Perfecto! —asintió—. ¿Le has tentado un poco?

—Sí, sólo un poco.

—Bien, parece que todo va tal como lo planeamos —asintió—, pero debemos conservarlo interesado, no puedes dejar que se fastidie de tener sexo contigo.

—¿Cómo se supone que haga eso?

—Mmm… tendremos que aprender algunas cosas.

—¿Estás loca? —la miró—. ¿cómo?

—Bueno… las doncellas siempre son listas en estos temas.

—¿Quieres que pregunte sobre complacer a mi marido?

—¡Claro que no! —sonrió—. Preguntaré yo.

—¿Tú? Claro que no, no estás casada.

—Ah, por favor Beth, no te escandalices ahora, que aburrida.

La princesa se dejó llevar por su alocada prima, siendo vigiladas por la atenta mirada de la reina.

—Algo traman esas dos —dijo a una de sus damas de confianza.

—¿Desea que lo investigue, su majestad?

—No harías mal, Ana, debes informarme todo lo que haga.

—Sí, mi señora.

La duquesa no podía hacer otra cosa más que seguir las ordenes de la reina, pese a que en realidad había desarrollado un verdadero cariño hacia la princesa, no podía correr el riesgo de perder el favor de la reina y alejar a su familia de la corte, simplemente su marido no se lo perdonaría y, ella sabía bien su castigo, no dejaría volver a sus hijos en vacaciones, la duquesa Ana tenía pocas felicidades y ver a sus hijos era una de ellas.

—Lady Ana —llamó la voz del príncipe—. ¿Ha visto usted a la princesa? ¿Podría decirle que la espero en el despacho para una junta con los embajadores de España a las tres?

—Por supuesto, mi señor.

La mujer salió en busca de la princesa, pero no sabía lo complicada que sería su situación ahora que lady Kayla estaba en la escena, puesto que, con esa mujer ahí, Beth se volvía impredecible, eran una combinación peligrosa.

Para cuando las encontró, habían pasado dos horas y el príncipe podía estar bastante disgustado para entonces.

—¡Mi lady! ¡Princesa! —dijo presurosa, alcanzando al grupo de mujeres que seguía a la hermosa mujer y su prima.

—¿Qué pasa Ana? —le tomó las manos.

—Oh, princesa, el príncipe ha pedido su presencia desde hace más de dos horas, me ha sido imposible pasarle el mensaje entes.

—Lo siento, Ana —sonrió—, estábamos ocupadas por aquí, pero no te preocupes, alcanzaré a mi lord en un momento.

La duquesa Ana miró a las mujeres que sonreían hacia ella,

dándose cuenta que no conocía ninguno de sus rostros.

—Lo siento, mi lady, ¿no ha ocupado de mi ayuda para esta reunión? —dijo un poco herida.

—Oh, no te preocupes por ello, querida Ana, me ha ayudado mi prima en estas últimas semanas —dijo la princesa, tomando sus faldas y caminando de regreso al castillo—. Las veré después, mis señoras, las dejo en las sabias manos de Kayla.

Las mujeres asintieron conformes y se volvieron a la hermosa mujer que representaría a su señora. Kayla sonrió hacia todas en general y les pidió que la siguieran, dejando a Ana con la misma duda que en un inicio, ¿qué estaría haciendo ahora la princesa?

Capítulo 13

La puerta del despacho del príncipe fue abierta sin aviso alguno, provocando que la mirada azulada del hombre sentado detrás del escritorio se desviara de sus oyentes y se fijaran en la figura refinada de su esposa.

—Su alteza —se pusieron en pie los dos duques que hablaban con el príncipe, así mismo lo hizo el teniente Hofergon.

—Caballeros —los despidió Raimond—. Nos veremos en la reunión con mi padre.

Los hombres se inclinaron ante ellos y salieron rápidamente de ahí, dejando a la pareja en soledad.

—Me ha dicho Ana que me mandaste llamar.

—Sí, en realidad, quería hablarte del viaje que haremos —le dijo sin más, tomando asiento de nuevo.

—No sabía nada de un viaje.

—Te lo dije antes de venir aquí —la miró—. ¿no lo recuerdas?

—Ah… sí, ya lo recuerdo, ¿Aún le parece buena idea que yo vaya? —Beth sabía que eso era contra el plan que había formado con Kayla, pero no lo había podido evitar.

—Sí, es necesario —firmó unos papeles y la miró—. ¿Quieres darle una checada a esto y decirme qué opinas?

Beth estiró la mano y comenzó a leer, pero rápidamente desprendió la vista del documento y miró a su esposo.

—¿Qué es lo que reclaman? —elevó una ceja.

—Tendré que reunirme con los jefes de los gremios, no entiendo qué es lo que está sucediendo últimamente.

—Quiero estar presente.

—Muy bien —concedió sin más.

—¿En verdad? —le tendió el papel.

—Sí, en verdad, me serviría que estuvieras ahí.

—¿Por qué? ¿Quieres que mi presencia les nuble el juicio? —dijo enojada—. Puedo hacer más que simplemente hechizarlos.

—Lo sé —frunció el ceño—. No he dicho lo contrario.

—Lo sé, pero… pensé que habías aceptado por ello.

—Pese a lo que pienses, te tengo en más alta estima.

Ella se sentó en una de las sillas y lo miró con dudas.

—¿Por qué está aquí el teniente?

—Sólo ha venido él, si es lo que te preocupa.

—Eso no es lo que me preocupa —le dijo ofendida—, sino que algo más grave esté sucediendo. ¿Capturaron a los incitadores del ataque al castillo?

—No, al menos no a los cabecillas —Beth asintió y se sintió nerviosa, aún recordaba el miedo que sintió aquella noche en la que había tenido que arriesgar su vida para salvar la de su hijo—. Tranquila. No pienso volverte a dejar sola, bajo ninguna circunstancia, eres demasiado arriesgada con tu persona.

—Haría lo mismo si significara salvar a Albert.

—¿Qué tal si llevaras a otro hijo en el interior? —Beth sintió asfixia y tosió a razón de ello—. ¿Tan abominable te parece?

—No lo había contemplado.

—Bueno, querida, a menos que te estés pasando de lista para no concebir, puede ser una probabilidad… si es que me permites acercarme de nuevo a tu persona.

Beth bajó la cabeza y tomó aire.

—Habría que ver.

Raimond sonrió de lado y se puso en pie, inclinándose frente a ella y tomando sus manos para plantarles un beso.

—¿Qué has hecho durante el día, amor mío? Apenas y te he visto y escuchado —elevó una ceja.

—El castillo es considerablemente grande, mi señor, es improbable que escuche a alguien a menos que venga a verle.

—Es verdad, aun así, no me has contestado.

—Hablaba con algunas personas.

—Pero qué respuesta tan ambigua.

—No creo que le interese —sonrió, pero sintió que su piel se erizaba al sentir como él acariciaba dulcemente su tobillo—. Mi señor, definitivamente no es una conducta adecuada.

—¿Eso crees? —subió la mano por la pierna y acarició la rodilla.

—Definitivamente no —dijo con voz entrecortada.

—Pero no parece desagradarle del todo.

—Tiene razón, no del todo —se puso en pie—, pero por ahora pasa a segundo plano, es hora de la comida y me complacería no perdérmela.

El príncipe se puso en pie y asintió conforme, alargando un brazo para que su esposa lo tomara y, de esa forma, caminar hasta el comedor, donde el resto de la familia real los estaría esperando.

—Oh, permita que me cambie, no es adecuado que use el mismo vestido que usé en la mañana —intentó zafarse de él.

—Dudo que alguien lo note.

—Su madre lo notará —sonrió disimulada—, lo alcanzaré en unos momentos, su alteza.

—¿Cuándo comenzarás a llamarme por mi nombre?

—Me temo que no lo sé.

—Beth… —suspiró—, ¿qué tengo que hacer para que me creas?

—No sé cómo contestar a ello, su alteza.

Raimond sentía que la cabeza le estallaría de un momento a otro, así que decidió no hacer más preguntas a su esposa y simplemente la escoltó hacia sus habitaciones, tomando como ventaja aquello para saber cuáles eran sus cámaras, porque pensaba seguir durmiendo con ella pese a que eso le molestara.

—¿Piensa quedarse a observar?

—No veo que haya ayuda para ti, supongo que alguien debe abrochar esos botones.

Beth se sonrojó y sacó el vestido que pensaba usar para la comida, colocándolo sobre la cama, pero sin hacer movimientos para colocárselo, puesto que necesitaría de él.

—Llamaré a lady Ana.

—Acércate Beth —pidió su marido y ella obedeció.

Debía recordarse que esto era un juego, Kayla le había dicho que Raimond también lo estaba jugando y si así era, entonces deseaba ganarle, tenía que hacerlo comer de su mano, le daría un poco de su propio veneno, al menos merecía esa satisfacción.

Raimond desabrochó lentamente los botones, dejando caer el pesado vestido y dejando a la vista la espalda alta de su esposa, donde había ciertas marcas que anteriormente no había visto, parecían ser cicatrices, pero debieron ser profundas en su momento como para que hubiera huellas de ello.

—¿Qué te pasó aquí?

Beth levantó la mano para tocar lo que Raimond tocaba y suspiró al recordar.

—Nada importante.

—Parecen rasguños.

—Sí… caí en unos arbustos y quedé así.

Raimond sabía que eso era mentira, parecía más bien un daño que ella misma se había ocasionado, no tenía idea de cómo alguien podría infringirse ese daño siendo consciente de ello.

El príncipe bajó la cabeza y besó la zona, sintiendo cómo la piel de la mujer se erizaba lentamente hasta llegar al lugar donde él descansaba sus labios, ella suspiró con fuerza y cerró los ojos.

—Su alteza… debemos irnos.

Raimond no hizo caso a la súplica y siguió esparciendo besos a lo largo de la espalda alta de su esposa, la única parte de su piel que no estaba cubierta por el corsee y demás indumentaria que se ponía debajo de los vestidos pesados de invierno.

—Puede esperar.

Beth ladeó la cabeza para que él besara con mayor libertad su cuello y suspiró ansiosa al sentir sus manos recorriendo su abdomen hasta posarlas sobre su vientre, acercándola a él. La joven no pudo más que volverse a él y mirarlo a la cara con detenimiento, debía

convencerse de dejarse llevar por él, era el plan que había hecho en conjunto con su prima y quizá funcionara. Sobre todo, porque notaba que su cuerpo no podía evadir la atracción que sentía por su marido.

Pero no podía ceder, instintivamente intentaba alejarse y Raimond parecía darse cuenta, por lo cual se había quedado quieto y le permitía mirarlo a la cara cuanto tiempo quisiese, mientras él le rozaba la mejilla con cariño y esperanzas a que reaccionara.

La joven tardó unos momentos, pero al final, ella fue quién se echó a sus brazos y comenzó a besarlo con cariño y pasión que tomó por sorpresa a su marido, quién sonrió contento y la abrazó con fuerza, llevándola lentamente a la cama mientras le quitaba el resto de las ropas; Beth se reía, jugueteaba y besaba a su marido, haciendo que el corazón de este se volviera loco.

—Raimond… —le tomó la cara y lo miró directo a los ojos, permaneciendo así por un tiempo indeterminado.

Su marido sonrió ante el escrutinio y ladeó su cabeza para besar la palma de Beth, quién simplemente sonrió y lo incitó a bajar la cabeza para que continuara besándola y apretando su cuerpo contra el de ella, sentirlo de esa forma tan pura le era reconfortante y demasiado excitante para ser verdad… pensaba que era desafortunado que le atrajera de esa forma.

Raimond besó el cuerpo de su esposa con vehemencia, esperando sus reacciones y apreciando los sonidos de satisfacción que ella lanzaba sin vergüenza alguna; Beth se retorcía, gritaba e incluso pedía por más de aquello que le daba placer, deleitando al hombre que se lo brindaba, haciéndolo darse cuenta de que su esposa era de las pocas mujeres que no trataba de contener su placer y lo expresaba de la forma que lo creía más pertinente.

—¿Estás bien? —le dijo de pronto, cuando estuvieron unidos y la vio arquearse hacia él y moverse insinuante.

—Continua… —suplicó, abrazándolo.

Jamás pensó que Beth pudiera ser tan pasional, pero Raimond obedeció, intentando complacerla en todas las medidas que le fuera posible, quería desquiciarla, quería verla retorcerse de placer, que gritara hasta quedar afónica… y lo había cumplido.

Ella contuvo la respiración por unos segundos antes de dejar salir el último de sus quejidos de placer y una sonrisa satisfecha se mostrará en su rostro un tanto sudoroso. Raimond le acarició la mejilla, sintiéndose agotado y orgulloso de haberla hecho salirse de control, la besó una última vez antes de llevársela consigo para fundirse en un abrazo.

—Creo que la reina no se mostrará complacida por esta actitud —dijo Beth, acariciando el suave vello rubio en el pecho de su marido—. Seguro que me da una cara de disgusto.

—Nada de eso —la apretó contra su cuerpo—, ha sido culpa de los dos, ambos decidimos hacer esto que bajar a comer.

—Se supondría que es trabajo de la mujer el manejar el deseo desmedido de su marido… pero creo que, en esta situación, la que estuvo fuera de control fui yo.

—En realidad, me alegro por ello —le besó la coronilla—. Y qué dices, ¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí, pero moriría de vergüenza su tuviera que bajar justo ahora… después de, bueno, esto.

—¿Quieres comer en la habitación?

Ella levantó la cabeza del pecho de su marido y frunció el ceño.

—¿Podemos hacerlo?

—Haremos lo que tú quieras.

—Entonces… me parece una idea maravillosa —asintió y se recostó de nuevo en él, sonriendo, quizá Kayla tuviera razón.

Por el momento le alegraba no tener que ver a la reina, quien seguro se imaginaría lo que había sucedido y la razón por la que su puntual y siempre presente hijo se había abstenido de tomar la comida en conjunto con el resto de su familia y diferentes mandatarios de suma importancia para el estado.

Capítulo 14

La reina caminaba de un lado a otro en su salón personal. Habían pasado dos semanas desde que habían llegado al palacio de invierno y su hijo parecía totalmente enajenado con la mujer que era su esposa, no comprendía ni un poco lo que había sucedido, pero Raimond no hacía otra cosa más que intentar complacerle, incluso cuando iba en contra de lo que ella le decía.

—Mi señora —entró Ana—. ¿Me mandó llamar?

—Sí, por todos los santos, duquesa, ¿me puede decir qué está pasando con esos dos?

—La verdad, mi reina, no sabría decirle, la princesa me ha alejado de su lado desde que su prima Kayla llegó.

La reina negó con rotundidad y siguió paseándose airadamente por la habitación en la que estaba.

—Esa niña está jugando con nosotras —la miró—. ¡Quiere poner a mi hijo en mi contra!

Ana le daba la razón a la mujer, la princesa Beth parecía en verdad entusiasmada en hacer que el príncipe se mostrara en un desacuerdo constante con lo que decía su madre, lo cual enervaba a la reina y le daban dolores de cabeza. Era obvio, sentía que lentamente sería deslindada por completo del poder, en cuento Raimond subiera al trono, ella tendría que hacerse a la idea de que, la que mandaría sería Beth, no ella, ni siquiera se le prestarían los oídos del príncipe para hacerle la más mísera sugerencia.

—Mi señora… ¿no será que está mal pensando la situación?

—¡Qué va! —negó la reina—. Lo veo en sus ojos, noto la burla en ellos, esta es la forma en la que está regresándome los golpes anteriores. Debo admitir que ha sido un movimiento inteligente, ha usado mi argumento en mi contra.

—No entiendo.

—Le sugerí a Raimond que conquistara a su mujer para tenerla controlada y con el pueblo de Wurtemberg a nuestro favor… jamás pensé que ella me voltearía la jugada.

—¿Qué espera que haga, mi señora?

La reina miró a la duquesa, aquella mujer que parecía delicada y dulce había trabajado para ella desde que aquella chiquilla llegó a la corte, haciéndose su amiga y dándole la forma de controlarla.

—No sé cómo hará, duquesa, pero quiero que la princesa le vuelva a tener la confianza que le tenía.

—Creo, mi señora, que mientras esté lady Hamilton, eso no será del todo posible, pero me acercaré a ellas como ha indicado.

—Sería lo mejor —la reina se sentó en un sofá y miró a la mujer y sonrió—. Quiero que esa chiquilla se arrepienta de haberme retado.

—Su alteza —se inclinó y salió de ahí.

Sí esa niña planeaba jugar en contra de ella, entonces debía mover muy bien sus fichas, porque estaba a punto de saber lo que era jugar y perder contra ella.

Beth se levantó tarde de la cama aquel día, el príncipe y su marido se había mantenido a su lado, abrazándola por la cintura y pegando sus labios a la parte expuesta que dejaba su camisón. Kayla la había felicitado bastante por sus progresos con aquel hombre, puesto que en tan sólo dos semanas parecía tenerlo comiendo de su mano. La joven princesa se volvió un poco hacia él y lo miró con seriedad, no tenía idea de cuando se había hecho tan calculadora, pero le parecía imposible amar de nuevo a ese hombre, sin embargo, le placía estar en la cama con él y el sexo no era nada malo.

La joven se puso en pie y fue a recoger a su hijo, regresó a la habitación y se sentó nuevamente en la cama, acomodando al pequeño Albert para darle su primer alimento del día. Raimond despertó ante el dulce sonido del bebé y el suave tarareo de la voz de su esposa, quién parecía embelesada con su hijo.

—Buenos días, mi amor —se sentó junto a ella y besó su hombro —. ¿Estaba llorando?

—No, pero es hora de que coma —le sonrió—. ¿Durmió bien, su alteza?

—No creo que esa pregunta sea válida en estos momentos, desde que estoy contigo que duermo de maravilla.

Beth sonrió y volvió la cara hacia el bebé que tranquilamente se dejaba abrazar a su madre, Raimond miró aquello por un tiempo indeterminado en el que agradeció por su familia, porque su esposa le permitiera acercarse y por la moderada paz que habían tenido, pero algo le decía que con Beth no podía dar por seguro que fuera a ser una actitud permanente, la notaba un tanto dudosa a momentos, se alejaba de él, aunque intentaba reprenderse por ello.

—Creo que debemos bajar a desayunar en esta ocasión, la reina estará por asesinarme gracias a que he dedicado mi tiempo a distraerlo de sus labores y ordinario actuar —le dijo mientras hacía repetir al bebé y lo acostaba en la cuna de la habitación.

—No le veo inconveniente —se puso en pie y la tomó de la cintura, atrayéndola a él—. Creo que merecemos esto, además, se supone que son vacaciones por una razón.

—Raimond… no ahora —sonrió la joven.

—Podría hacerlo todo el día —le besó los labios.

—Quizá —ella lo impidió, colocando las manos sobre su pecho—. Pero justo ahora no es el momento.

Raimond sonrió, besó una vez más los labios de su esposa y fue directo al baño. En cuanto él desapareció, la sonrisa de Beth también se fue, se acercó a la ventana y miró el exterior invernal, la nieve seguía cubriendo el paisaje y el frío del viento congelaba hasta los pensamientos más cálidos.

Para ese momento, no sabía lo que hacía, trataba lo mejor que podía seguir el plan de Kayla, pero mientras más lo hacía, más pensaba que se estaba metiendo en una trampa.

—¡Beth! ¿Podrías ayudarme?

La joven volvió la mirada hacia el baño y tomó una profunda y enorme respiración, intentando disfrazar las dudas de su corazón; fue al llamado de su esposo y lo ayudó a lavarse, al menos eso era lo que pensaba que quería, pero cuando este la metió a la tina sin su consentimiento, se dio cuenta que era otra artimaña de parte del príncipe para hacerse con su cuerpo.

—Su alteza, en verdad que parece tener una fijación por esto.

—¿Tú crees? —sonrió, abrazándola.

Ambos cayeron bajo el embrujo que parecían tener sus cuerpos e habían hecho el amor sin más predicamentos, era temprano aún, así que no se preocuparon por llegar tarde al desayuno, de hecho, había mucho tiempo antes de ello.

—Creo que deberíamos salir ya —Beth se puso en pie—, no quisiera llegar tarde el día de hoy.

—¿Por qué has querido bajar a desayunar hoy? —Raimond se ponía en pie, enredando una toalla en la parte baja de su cuerpo—. Pensé que preferías evitar a toda costa a mi familia.

—Resulta ser, que no toda su familia es de mi desagrado.

El príncipe se quedó callado por unos momentos y asintió.

—Quiere decir que vendrá Rudolf —dijo molesto.

—Sí, me ha mandado una misiva avisando de su llegada —sonrió sin entender que en realidad lo molestaba—. Creo que me trae buenas noticias para variar.

—¿Qué clase de noticias?

—Por favor, su alteza, no sea impaciente, cuando llegue el momento, será el primero en saberlo.

—Aparentemente el segundo, puesto que Rudolf ya lo sabe.

—Bueno, sí —sonrió, colocándose algo de ropa—, me refiero al primero de mi familia que lo sabrá.

Ella había dicho eso sin pensar, pero ocasionó que Raimond dejara salir una sonrisa placentera y la mirara esperanzado.

—Así que Rudolf no es parte de tu familia.

Beth levantó la cara.

—¿De qué habla?

—Has dicho que seré el primero de tu familia que lo sabrá.

—Sí —dijo sin comprender.

—Nada —rodó los ojos el príncipe—, entonces, ¿es una encomienda secreta?

—Algo así —le sonrió—, estoy entusiasmada por ello.

—Bien, entonces, no lo hagamos esperar.

Ambos se terminaron de cambiar, uno ayudando al otro sin pedirlo en voz alta, durante esos últimos días habían aprendido que era necesario pedirse ayuda, pero ninguno se atrevía a expresarlo en voz alta y simplemente atendían las necesidades del otro en silencio.

—¿Quieres que coloque este o este? —preguntó su marido, con dos collares diferentes en las manos.

—El de zafiros está bien.

Raimond jamás dejó de notar que a Beth tenía la predilección por aquella joya y, también que le era preferible que estuviera en versiones humildes, pequeñas que no llamaran tanto la atención, ella en realidad era sobria en cuanto alhajas se refería.

En cuanto colocó aquel collar, el hombre depositó un beso en su hombro y siguió con su propio atuendo, haciendo entender a Beth de la familiaridad que se había vuelto hacer todo aquello, lo rutinario y agradable que lograba encontrar la cercanía de Raimond.

—Recuerda que es necesario que asistas a la junta con las damas de las donaciones —Raimond asintió a sus palabras.

—Y tú debes venir conmigo para el discurso de media tarde con los embajadores de Suiza —ella asintió.

Beth tomó al bebé en sus brazos y lo entregó a la niñera, quién sonrió a la pareja y se marchó del lugar con el niño en brazos. Los príncipes bajaron tomados del brazo, mostrándose elegantes y alegres para cuanto se topaban, les abrieron las puertas del comedor, donde varios miembros de la familia real esperaban al desayuno.

—¡Pero miren qué milagro! —se burló Alan—. La pareja real se ha dignado a salir de la madriguera de conejos, no me sorprendería que en un mes se anunciara la llegada de otro miembro de la familia.

—Alan, por favor —pidió Raimond y Beth sonrió.

—Es bueno verlos —dijo la reina—, para este momento temía que nos estuvieran evitando.

—No haríamos tales cosas, su alteza —contestó Beth, tomando asiento en la silla que un mayordomo había separado para ella.

La reina miró con molestia a su nuera, pero decidió pasar su pelea verbal para cuando Raimond y Alan no intervinieran a favor de ella, como siempre lo hacían.

—Supongo que asistirán a la velada de esta noche —dijo la reina —, es imprescindible su presencia.

—Entonces, asistiremos —dijo Beth, a sabiendas que el que contestara ella, molestaría a la reina.

—¿Raimond? —pidió la madre—. ¿Algo que decir?

—Si lo he recordado, madre —dijo el hombre—, hablé con Beth sobre ello desde anoche.

—¡Me parece sorprendente que tengan tiempo de hablar por las noches! —volvió a burlarse Alan.

Beth rodó los ojos y preguntó por su prima, a lo cual no hubo una respuesta concreta, tal parecía que Kayla había decidido desaparecer y nadie sabía a donde o por qué razón. Beth tampoco se esforzaría por saberlo, conocía lo suficiente a su prima como para saber que no la encontraría si no lo quería.

—Parece que tu señor Rudolf no ha llegado —dijo Raimond al oído de su esposa.

—Pero ya veo quién si ha llegado —dijo ella con molestia.

El príncipe levantó la vista justo a tiempo para ver como Marilla entraba al comedor del brazo de su esposo, el teniente Hofergon.

—Mis disculpas, mi reina —dijo el teniente—, me temo que el rey nos ha entretenido más de la cuenta.

—Me alegro que atendiera mi pedido y trajera a su esposa al castillo, era en verdad una falta de respeto que pasara las navidades sola porque nosotros requerimos de su atención.

—Ha sido un placer ser invitada, su excelencia.

Beth miró de una a otra, sabiendo que era un plan de la reina y le estaría funcionando de maravilla, porque ella misma sentía que de un momento a otro, la cabeza le explotaría, sobre todo al ver la forma en la que Marilla Hofergon miraba a Raimond.

Pensó que los celos serían cosas del pasado, teniendo en cuenta lo que vivió, debería estar acostumbrada, pero se demostró que no era así cuando de pronto ella se puso en pie, con una sonrisa y elegancia que engañaba a cualquiera.

—Lo lamento, he de ausentarme, olvidé que tenía algo importante que hacer.

—Oh, querida —sonrió la reina—. Pero si no has comido nada.

—Lo haré después.

Beth se apuró a salir de la habitación, sabiendo que, dentro de poco, su marido le daría alcance, eso seguro molestaría a la reina.

—Beth —su prima frunció el ceño—. ¿Qué no es la hora ceremoniosa en la que sus majestades toman el desayuno?

—Sí, pero adivina quién ha llegado.

—Oh… así que esa es la forma en la que la reina contrataca —asintió Kayla, tomando el brazo de su prima—. Aunque debo de decir que no es la única, ha deshecho tu cita con las damas de la caridad, parece que no es lo suficientemente importante.

—¿Lo ha hecho en mi nombre?

—¿Tú qué esperabas?, leí la carta: “tengo asuntos más

apremiantes de momento", ¿Puedes creerlo?

—Agh, debí suponerlo.

—¡Beth!

—Aquí viene el principito —susurró Kayla y cuando vio a Raimond, sonrió enormemente—. ¡Pero miren a quién tenemos aquí!

—Hola Kayla —dijo con desagrado.

—No tienes que fingir cortesía, sé que me detestas tanto como yo lo hago —sonrió—. No debiste quitarme a mi Beth, pero está bien, los dejo para que platiquen.

La muchacha tomó sus faldas y caminó airosa hacia otro lugar, seguramente haría alguna avería de camino, ya después se enterarían. Beth se volvió en seguida hacia otra parte, intentando alejarse de su marido quién rápidamente la detuvo.

—Creo que estoy hablando contigo, Beth.

—Yo no quiero hablar con usted.

—No sabía que ella había sido requerida.

—Ahora sabe las variadas formas en las que su madre gusta en molestarme —lo miró—. ¿Cree acaso que esto fue una casualidad?

—No, pero no tiene nada que ver con nosotros.

—¿Está usted en broma? Tiene todo que ver con nosotros, si más no recuerdo, eran más *ustedes* que un *nosotros*.

Beth tomó sus faldas y volvió a caminar lejos de él, pero Raimond se colocó frente a ella.

—Por favor, mi amor, estábamos bien hasta ahora.

—Se dará cuenta que no puedo seguir pretendiendo que las cosas no me molestan cuando es obvio que es así.

—Lo sé, entiendo que estés disgustada, pero mi actitud hacia ti no será distinta, estamos casados.

Ella lo miró con seriedad.

—Antes también lo estábamos y eso no fue un impedimento —sus ojos lo recorrieron con intensidad—. ¿Me permite? Tengo cosas que hacer.

Ella se fue del lugar sin más inconvenientes por parte de su marido. Raimond cerró los ojos por una milésima de segundo antes de volver sobre sus pasos e ir directo hacia su madre, quien igualmente se había excusado después de la salida de Beth.

Entró sin tocar en las cámaras que su madre usaba cuando se encontraba en ese castillo, sabía que no estaría haciendo nada importante, nada además de arruinarle la vida, de nuevo.

—Oh, hijo, no pensé que…

—¿Qué pretendes ahora?

—No te entiendo.

—Ni yo tampoco —le dijo enojado—, primero, me obligas a casarme con ella, dejando de lado a la mujer de la que me había

enamorado, ahora que intento arreglar las cosas con mi esposa, places en complicármelo todo.

—Si es algo que ella te ha dicho…

—No hace falta que ella me diga nada —dijo enojado—. ¿Qué hace Marilla Hofergon en el castillo?

—Es una invitada, su marido está aquí.

—Creí dejar en claro que no quería que ella se presentara.

—Sería una descortesía.

—Deja a Beth en paz, madre, o en serio tendremos problemas.

—Los tenemos ahora, si no te das cuenta, esa niña está manejando tu cabeza, ¿Qué? ¿sólo hace falta que alguien te complazca correctamente en la cama para que no tengas noción de lo que es tu propia conciencia y método de acción?

—¿Me faltas al respeto? —le dijo enojado.

—Siempre seré tu madre, y recalcaré las fallas que noto en ti.

—Nunca has hecho algo diferente —le dijo con molestia.

La reina miró con respiración acelerada a su hijo.

—Regresa a la cordura, Raimond, esa muchacha está buscando dominarte por medio de un instinto barbárico que se desata en ti.

—¿Me crees tan falto de intelecto?

—Hasta el momento sí —se puso en pie y casi gritó—. Pareces un títere a su merced y toda la corte lo sabe.

—¡Al infierno con toda la corte! Estoy harto de tratar de complacer a todo mundo menos a mí.

—Que recuerde, te complaciste en demasía cuando estabas en tu aventura con Marilla Hofergon, incluso parecías olvidar que tenías una esposa recién adquirida.

Raimond apretó fuertemente la quijada.

—¿Y culpa de quién es?

—Se me haría una grosería nombrar al culpable de todo este embrollo, cariño, no es lenguaje para una reina —la madre apuntó una zona en específico de su cuerpo.

—Me voy de aquí.

—Un momento Raimond —el hombre se detuvo—, cancelé la cita que tu esposa había hecho por algo más importante.

—No me puedo imaginar qué es.

—Sí, ya lo creo, pero consigue la manera en la que tu perfecta esposa acuda también.

—Si es por orden tuya, seguro me costará más.

—Bueno, es trabajo de un hombre educar a una mujer cuando ésta es una salvaje.

—No te refieras a ella de esa forma, recuerda que esa *salvaje* ha ganado el amor de todo tu pueblo, a diferencia de nosotros.

Los ojos de la reina brillaron con ira.

—Bien, ahora entiendo que te ha puesto en mi contra al completo, te darás cuenta, Raymond, que pese a lo que pienses, esa muchacha no es débil, ni tonta.

—Jamás lo creí.

—Y te dolerá cuando te des cuenta que te está utilizando.

Raimond hizo sus manos puños y salió del lugar, dejando a su madre con una sonrisa placentera, por lo menos le había sembrado la duda, era lo mínimo que necesitaba, su pobre hijo era como una pelota que deseaba ser arrebatada por las dos contendientes, tanto ella como esa chiquilla sabían que tener de su lado al rey era primordial y, hasta el momento, Beth iba ganando, pero la reina se ocuparía de que eso cambiara.

Capítulo 15

Raymond se volvería loco, estaba seguro de ello, entre las quejas de su madre, la indiferencia de su esposa, la llegada de Marilla y la insistencia de Rudolf por molestarlo. Simplemente no encontraba un lugar en todo ese palacio para estar tranquilo, ni siquiera en medio de su trabajo podía relajarse, puesto que había revueltas e inestabilidad.

Al menos por las noches, cuando estaba en la tranquilidad de la recámara que compartía con su esposa, podía sentir un poco de paz. Ahí no había forma de que nadie los interrumpiera, Beth también parecía más relajada cuando estaba entre esas paredes, en compañía de él y de su hijo, únicamente ellos.

—¿Beth? —se despertó de pronto al sentirla moverse en la cama —. ¿Qué ocurre?

—Nada… tuve un mal sueño —se removió entre sus brazos.

—Te he notado algo tensa estos días, ¿Quieres decirme la razón?

—No.

—Vamos, Beth, si puedo ayudar en algo, lo haré.

—Está haciendo lo suficiente, me apoya en todas mis decisiones y gracias a eso, el proyecto con Rudolf parece ir de maravilla.

Raimond se removió incomodo en la cama.

—¿No te parece que pasas demasiado tiempo con él?

—El necesario, trabajamos en algo, ¿no lo acabo de decir?

—Me refiero, a que Rudolf no sabe estar con una mujer sin pretender tener algo más con ella.

—Lo crea o no, ha sido un caballero conmigo —dijo con molestia —. Y para que lo sepa, no lo veo de esa forma.

—No tiene que ser algo mutuo —suspiró—, es riesgoso Beth, por favor, ten cuidado.

—¿Qué crees que podría hacerme? —negó incrédula—. Soy la princesa del reino, no creo que salga impune de un agravio.

—No quiero arriesgarme.

—Así que propones simplemente que me deje de ver con él.

—No quiero prohibirte nada, simplemente creo que deberías ser más cuidadosa con él, no confíes ciegamente.

—Yo no confío en ninguno hombre, no debe preocuparse.

El príncipe suspiró y miró a su mujer.

—Pensé que estábamos mejorando —dijo—. Cuando llegué incluso parecías contenta de verme.

—Estoy cansada, es de madrugada, no me encuentro en pleno humor —trató de excusarse.

—Sólo quiero protegerte.

—No es necesario que lo haga.

La pareja quedó en silencio, ambos por su parte, sin mirarse, sin siquiera tocarse. Raimond sabía que el tema de su primo siempre acabaría en una discusión con ella, no entendía por qué lo protegía de esa manera, pero era mejor ahorrarse el enojo y simplemente dejarlo pasar, no era como si Beth le fuera a hacer caso con ello, la había dejado lo suficientemente descuidada como para que confiara más en Rudolf que en él.

El príncipe, dándose por vencido con la situación, soltó un suspiro y envolvió sus brazos en el cuerpo de su esposa, ella parecía querer soltarse en un inicio, pero, así como él, también se dio por vencida y se acomodó.

—Siento que algo anda mal —dijo la joven, levantando la cabeza de la almohada para ver a la puerta.

—¿Mal? ¿Cómo qué?

—No sé, de la misma forma en la que desperté aquella noche del ataque, tengo un mal presentimiento.

—Trata de descansar, Beth, estás demasiado estresada.

—No —ella se enderezó al notar que debajo de la puerta, había sin dudas alguien a punto de tocar.

Beth abrió la puerta mucho antes de que la doncella llegase a tocarla, parecía estresada y con los ojos vidriosos

—Oh, princesa.

—¿Qué ocurre?

—Es el pequeño Albert, él...

Beth no esperó a que la mujer terminada, simplemente salió corriendo a la habitación de su hijo, siendo perseguida por Raimond, quién había alcanzado a oír parte de la conversación.

Para cuando llegó, su esposa ya tenía a su hijo tomado en brazos, escuchando atentamente lo que las demás niñeras y doncellas le decían, parecía que el médico ya estaba en camino y Beth estaba por desmayarse.

—¿Qué ocurre bebé? ¿Qué pasa? —lo mecía desesperada.

Raimond fue con ella y los abrazó a ambos, tratando de tranquilizar, sobre todo a su esposa. El bebé en sus brazos parecía arder en fiebre, lloraba sin control y se removía.

—Tranquila, mi amor.

—Está hirviendo, Raimond —dijo asustada—. ¿Qué pasa con el médico? ¿Por qué no llega?

—No debe tardar en llegar, Beth.

El doctor llegó justo en ese momento, la joven princesa miraba al hombre como si se tratara de una divinidad, esperanzada de que de un segundo al otro curara al niño entre sus brazos.

—Creo que es un resfriado, no da para más, sus altezas —dijo el

hombre, apartando su estetoscopio—. Debemos vigilarlo esta noche.

—Pero ¿cómo se ha resfriado? —miró incriminatoria hacia las mujeres que debían cuidarlo.

—Su alteza —se inclinaron—, le aseguramos que tenemos el más meticuloso cuidado con el príncipe.

—Pero entonces… —se adelantó amenazadora hacia las doncellas, pero Raimond envolvió un brazo en su cintura.

—¿Cuáles son los cuidados que debemos tener?

—Oh, su alteza, me quedaré a vigilar al infante, no debe preocuparse por ello.

—Me quedaré aquí con ustedes —dijo Beth, soltándose del agarre de su marido—, no debí separarme de él.

—No te puedes recriminar eso, Beth, eres una princesa, tienes obligaciones —le tocó la mejilla.

—Incluso podía haberse enfermado estando bajo su cuidado, su alteza —dijo el médico—, pero estará bien, se lo aseguro.

La mujer cerró los ojos y se fue a sentar con frustración en una de las mecedoras de la habitación, parecía totalmente fuera de sí y a punto de tirarse a las lágrimas, se acogía a sí misma mientras mordía sus labios sin parar, sacando sangre de la zona.

—Estaremos aquí cualquier cosa —informó Raimond al médico—. La princesa no estará tranquila hasta saber que el príncipe se está recuperando.

—Lo comprendo, su alteza, haré mi mejor trabajo.

El médico se llevó el cuerpecito del bebé, siendo acompañado por sus niñeras y la atenta mirada de Beth, quien parecía no tener fuerzas para levantarse.

—Beth —Raimond se acuclilló frente a su esposa y le besó las palmas de las manos—, está en excelentes manos.

—Eso mismo pensé cuando lo dejé al cuidado de sus nanas.

—No lo podemos proteger de todo, mi amor, aunque queramos intentarlo, Albert tendrá que pasar por situaciones malas.

—Soy su madre, no lo permitiré.

—Pero pasará —le apretó las manos—, ten fe, estará bien.

Ella asintió lentamente y miró hacia donde el hombre hablaba al bebé y colocaba telas mojadas sobre su frente, tratando de bajarle la fiebre. Beth cerró los ojos y recurrió al rezo, hacia tanto que no rezaba que incluso pensó que lo habría olvidado, pero ahí estaba, su fe católica resurgía por el miedo de perder a su hijo.

Sabía bien el riesgo de que un infante se enfermara, las posibilidades de supervivencia eran mínimas, la duquesa Ana le había dicho que los niños saludables normalmente lo eran porque estaban siendo alimentados por la madre, pero ella alimentaba a Albert y ahora estaba enfermo, ¿por qué estaba enfermo?

Si acaso moría, su mundo se caería a pedazos, era lo único que la hacía feliz, que la mantenía de pie y frente a todos esos problemas. Miró a Raimond a su lado, parecía igual de preocupado que ella, pero seguro por un sentimiento diferente; el perder a Albert significaba que se quedaba sin heredero, la sucesión se rompería y ella no estaba embarazada, eso se veía afortunado para la reina y para Marilla.

Sin su hijo, ella salía sobrando, no sería más que un estorbo en la vida de Raimond y era remplazable; pero eso a ella no le importaba, si su hijo moría, entonces ella se iría, sería libre de ellos, pero prefería un millón de veces que viviera y seguir atrapada ahí, a tener que sufrir la desilusión y la desesperación de perderlo.

No supo en qué momento se quedó dormida, pero cuando despertó, se encontraba recostada en el regazo de Raimond mientras él le acariciaba el cabello, dando suaves toques a su espalda, relajándola y haciéndola dormir.

—¿Cómo sigue? ¿Qué ha pasado?

—Está mejor, parece que la fiebre se le ha bajado.

—Gracias a Dios —se tocó el pecho—. ¿Puedo ir con él?

—Será mejor que dejes al doctor y las nanas ahí, se mueven bastante y seguro que les estorbarías.

La joven asintió y se sentó correctamente en el sofá, notando en ese momento que su esposo le sostenía la mano.

—¿Qué hora es?

—Supongo que temprano por la mañana.

—¿No tiene obligaciones que cumplir?

—Por ahora, la vida de mi hijo es lo más importante en mi itinerario —la miró—, supongo que liberarás el tuyo.

Ella simplemente asintió, miró hacia el frente y siguió observando al hombre que estaba cuidando de su bebé, notando que era otra persona a la que vio en la noche.

—¿Qué sucedió con el otro médico?

—Tenía que descansar, no te preocupes, ambos son médicos reales, tenemos plena confianza en ellos.

—No los conozco.

—Me alegra saber eso, quiere decir que no te has enfermado.

—No es eso, en realidad jamás los había visto, ellos no fueron quienes me atendieron en el embarazo, ni tampoco cuando Albert era un recién nacido.

—En ese momento estaban en el otro castillo, en el de invierno tenemos un personal diferente.

La joven simplemente asintió y se puso en pie, acercándose al bebé que ya no lloraba y parecía dormitar después de una noche terrible de enfermedad.

—Princesa, no debe preocuparse, el príncipe está mejor.

Ella asintió y le rozando con ternura la mejilla a su durmiente hijo, notando que la fiebre había cedido al fin.

—Se le agradezco, en verdad.

—¿Qué es esto? —dijo de pronto la voz de la reina, demasiado fuerte para el débil sueño del bebé.

Raimond se puso en pie en seguida tras la mirada que su esposa le lanzó, tomó a su madre y la llevó hasta el pasillo, alejándola de la habitación cuanto antes.

—Madre, ¿podrías no llegar gritando a una recámara de bebé?

—No entiendo la actitud que tú y esa niña tienen, ¿qué no saben que es importante su presencia?

—Albert estuvo enfermo por la noche, hemos estado aquí desde la madrugada —informó.

—Así que el niño ahora está enfermo —negó—, y no tienes otro heredero a la vista, ¿entiendes el problema?

—Entiendo que eres fría y calculadora con el tema, es una persona, no simplemente un heredero.

—Cuando eres príncipe, Raimond, no hay cabida para sentimentalismos, debes ser práctico e imperturbable en esto, ve las cosas como son, con las repercusiones que se tienen.

—Mi hijo es más que un príncipe —dijo exasperado—, pese a tu forma de ver las cosas y que todos seamos peones a tu ver, no soy igual, jamás haré que Albert pase un mal momento, no dejaré que piense que no es querido o un ser humano.

—¡Eres débil, Raimond! —negó la mujer—. Te has hecho débil, esa muchacha te ha secado el cerebro.

—Ella no tiene nada que ver, esto es algo que yo creo y pienso.

—Me parece que incluso eras más príncipe cuando estabas con esa mujer… esa tal Marilla.

—¡Basta, madre! —elevó la voz—. ¿Por qué no nos dejas?

—Hago lo correcto, eres el próximo rey, me preocupo por el pueblo que se supone que manejarás.

—Deja de preocuparte, no tienes que llevar esa carga.

La mujer enrojeció en ira y se fue de ahí hecha una furia. Raimond sabía que no era sabio poner a su madre en su contra, pero lo había sacado de quicio su comentario, ella siempre había sido así, les exigía demasiado incluso cuando eran niños, jamás recuerda tener un poco de cariño de su parte, una felicitación o compasión.

No quería lo mismo para su hijo, no quería pensar en su hijo como un bien al cual manejar y jugar al antojo. No permitiría que su madre siguiera jugando ajedrez con sus vidas, con las de todos.

—Raimond —sonrió Marilla, estaba perfectamente peinada y hermosa—. Se escucha por todo el castillo, ¿qué es eso de que el príncipe está enfermo?

—Nada de lo qué preocuparse, está bien ahora.

—Pero claro, seguro que Beth estará nerviosa.

—Está asustada —dijo seriamente.

—Claro, seguro que ha de ser terrible saber que estás en una situación en la que vuelves a estar inestable en tu posición.

—Ella no está inestable en nada —la miró—, no hables como si mu hijo hubiera muerto ya, Marilla.

—No estoy diciendo eso, lo que digo es…

—Entiendo lo que dices, pero no quiero que lo pienses jamás, esto no tiene nada que ver con la posición de mi esposa, ella seguirá siendo mi esposa pese a que algo pasara con Albert… que espero que jamás pase.

—Claro, eso puedes pensar tú, pero el pueblo es el que manda ¿no? ¿Qué dirían ellos si la princesa no da más hijos al reino?

Raimond la miró por un prolongado momento y después entró en la habitación, cerrándole la puerta en la cara a la mujer que ya sonreía complacida al ver que lo había molestado.

Beth levantó la mirada cuando lo vio acercarse a la cuna, donde el bebé por fin dormía tranquilo, Raimond sonrió hacia ella, se posicionó por detrás y pasó sus brazos a su alrededor, fundiéndola en un abrazo cariñoso mientras le daba un beso dulce en la mejilla.

—Supongo que tienen mucho de lo qué opinar —lo miró de reojo, susurrando para no despertar al bebé—. ¿Qué te han dicho?

—No vale la pena mencionarlo.

—Hablaron de la falta de herederos si acaso Albert llegase a faltar, ¿Cierto? —negó—, son personas tan terribles, ¿cómo pueden pensar en eso cuando un niño está enfermo?

—No piensan, Beth, están encerrados en su mundo en dónde lo más importante es el linaje y la dinastía.

—¿Tú qué piensas?

—Pienso que tengo un hijo enfermo, una esposa preocupada y mucho trabajo qué hacer —le besó la mejilla—, nada más.

—Crees que… —ella bajó la mirada— ¿deberíamos buscar tener otro hijo?

Raimond la miró sorprendido, jamás pensó que ella haría una proposición como aquella, pero debía recordar que Beth tenía el sentido del deber muy por encima del placer, si ella creía que era necesario otro hijo para la corona y asegurar la posición de Albert, entonces no lo dudaría.

—No lo sé, supongo que sería algo bueno, pero dudo que sea algo que realmente quieras, Beth.

—Quizá no, pero puede que sea lo correcto, no quiero que todos tus parientes se vayan contra Albert para eliminarlo de la lista de candidatos al trono.

—No seas tan mal pensada.

—¿Tú no lo crees? —lo miró—, la avaricia es grande, claro que Albert es un obstáculo.

—Entonces yo también lo soy y tú también.

—Pero nosotros somos más capaces de defendernos —miró a su hijo—, no permitiré esto de nuevo, a partir de ahora, Albert dormirá en mi recámara.

—Mi amor…

—Sé que puede ser cansado para usted, pero nadie le ha pedido que se quede ahí con nosotros.

—Beth, por favor —se frotó los ojos—, no tergiverses mis palabras. Si quieres a Albert en la recámara, entonces así será.

Ella asintió, últimamente no le costaba nada convencerlo de hacer lo que quería, debería sentirse contenta, sin embargo, se sentía extraña, su prima había tenido razón, pero eso no la estaba haciendo sentir ganadora del todo.

Capítulo 16

Kayla caminaba junto a su prima por los largos pasillos del castillo de invierno, a las afueras, la nieve seguía cayendo, era como si el clima planeara jamás dejarlos salir de ese palacio y supusiera que todos querían vivir ahí por siempre.

—Me alegra que Albert esté mejor.

—Sí, aunque… propuse algo a Raimond que ahora no sé afrontar —Beth miró a su prima con vergüenza.

—¿Y qué es eso?

—Bueno, escuché a la reina decirle de la inseguridad que da el que sólo haya un heredero al trono.

—Ajá, ¿Y?

—Bueno, pensé que quizá sería una buena idea proponerle tener otro hijo —rodó los ojos—, sé que es una tontería, pero…

—Es una grandiosa idea, eso asegura más tu puesto.

—Pero no quiero asegurarme a mí, quiero que Albert lo esté.

—Entre más segura estés tú, más lo estará tu hijo.

—El caso no es ese, lo que sucede que es que para tener hijos hace falta que… bueno que la pareja….

—Tenga sexo, intimidad, hacer el amor ¿Quieres más?

—Ojalá no fueras tan explícita.

—No entiendo el miedo, según yo, el sexo ha sido algo a lo que ambos han recurrido en variadas ocasiones ¿Qué no?

—Bueno, sí —dijo avergonzada—, pero… yo había estado evitando en la medida de lo posible… concebir.

—¿Cómo evitas eso? —ella parecía emocionada—. Esa es una información que debería saber toda mujer.

—En realidad, no te lo diré, sobre todo porque pareces demasiado entusiasmada por ello… se considera pecado que lo hagas, uno debe agradecer los hijos que Dios manda.

—¡Por favor, Beth! —negó—. ¿Por qué no le preguntas a Dios por qué te ha tocado casarte con un bastardo que te engañó?

—En realidad, fue mi decisión.

—Claro, libre albedrío —rodó los ojos—, demos gracias que yo no creo en tantas tonterías.

—Te arrepentirás un día.

—Pero claro, seguro que cuando me muera estaré preocupada.

Beth rodó los ojos y siguió caminado con tranquilidad.

—Entonces…

—¿Entonces qué? —Kayla se inclinó de hombros—. Las cosas son claras, tú eres la princesa, la futura reina y una reina tiene que dar

herederos, varios, si es posible. Si tú en verdad no lo quieres dejar por no dejar a Albert, entonces no tienes escapatoria.

—Pero más hijos significan más ataduras, menos posibilidades de que me pueda ir.

—A menos que Albert muera, que espero que no suceda, tú sigues estando encadenada.

Ella bajó la cabeza.

—¿Entonces piensas que debo cumplir con las obligaciones de una princesa? ¿Debo dar más hijos?

—No sé qué es lo que debes hacer o no, estamos metidas hasta el cuello en esta situación, pero eres tú la que toma las decisiones, yo sólo te ayudo a que todo sea más llevadero en lo que sea que elijas.

Beth asintió, era verdad, Kayla le había recomendado el sexo con su esposo y el juego debido a que ella no pensaba irse de su lado, entonces, lo mejor que podía hacer para ayudarla, era hacer que su marido estuviera prendado de ella, hasta ahora había resultado bien.

—Supongo que esta noche no desaparecerás e irás al baile.

—Todos los días tienen bailes —rodó los ojos—, tengo cosas más importantes que hacer que pisar a los hombres que intentan sacarme a la pista.

—No seas dramática.

—En serio, jamás he tenido gracia para ello, parece que padre se encargó que todos los dotes femeninos se volvieran nulos.

—Claro, pero Aine sabe bailar.

—¿La ves disfrutarlo?

—La verdad es que no.

—Ahí está tu respuesta.

—¡Kayla! —sonrío Alan—. Al fin te encuentro primor.

—Demonios, debí irme cuando empecé a oler azufre.

—Te faltó rapidez —la tomó de la mano y la colocó en su antebrazo—. Tengo tanto que platicarte.

—No quiero saber nada de tu vida, me interesa poco más que el crecer del pasto.

—Como te decía, el otro día, esa mujer parecía hermosa, pero en realidad me engañó con…

Beth vio a su cuñado y prima desaparecer, ellos en verdad se llevaban muy bien… o quizá terriblemente mal, en realidad no lo sabía, Alan parecía entusiasmado con la idea de Kay, pero ella siempre tenía esa cara de sufrimiento a su lado.

La princesa siguió caminando, encontrándose con Rudolf, quien traía aquella marcada sonrisa y las manos estiradas al verla a ella.

—¡Princesa! —la saludó con un beso en cada mejilla—. Me alegra en verdad encontrarla.

—¿Qué sucede, Rudolf?

—Bueno, no quisiera decir que hay problemas, pero creo que los hay, ¿ha hablado con el príncipe de lo que acordamos?

—No, no he tenido tiempo, pero hablaré con él en cuanto tenga oportunidad —dijo la joven.

—Mi señora, debería hacerlo ahora mismo, escuché que está en su despacho y, a lo que veo, no tiene mayor visita que los Hofergon.

Beth paró en seco y lo miró.

—¿Hofergon? ¿Ambos?

—Sí, princesa.

Ella asintió gravemente y tomó sus elegantes faldas con presura.

—Bien, gracias por avisarme, ¿me acompañaría? Creo que será mejor si los dos hablamos con él.

—No creo que le agrade mi presencia, mucho menos si voy con usted, princesa, lo sabe.

—El proyecto es de ambos, Rudolf, así que no veo inconveniente a que nos reciba juntos.

El hombre no se mostraba tan convencido, pero siguió a la decidida mujer que lo apuraba con la mirada. Durante todo el camino se pusieron de acuerdo en lo que dirían, se rieron, juguetearon y, cuando estuvieron frente a las puertas del despacho del príncipe, retomaron sus posturas de seriedad y esperaron ser anunciados.

Cuando entraron al despacho, Raimond estaba prado junto a la ventana, parecía enfadado, pero quizá sólo lo notaría Beth, quien era su esposa y Marilla, quien fuera su amante.

—¿A qué debo su intromisión? —se volvió lentamente.

—Queríamos hablar de un tema importante contigo —se inclinó Beth para después acercarse al lugar donde Marilla y el teniente Hofergon seguían sentados. Ella los miró con seriedad—. ¿Nos disculpan? Es un tema que sólo debe ser escuchado por el príncipe.

El teniente se puso en pie en seguida, pero Marilla Hofergon se tomó su tiempo, sonriendo hacia la mujer que parecía a punto de estallar en cualquier momento.

—Será un placer saber de qué se trata todo su misterio, princesa, seguro que usted únicamente puede traer buenas sorpresas.

Beth volvió la cara con lentitud hacia la ventana, ignorando el comentario y fue el turno de Rudolf de intentar mediar la situación, lanzando una serie de excusas y tonterías para remediar la mala conducta de la princesa, cosa que a ella no le importó y tampoco al príncipe, quien la miraba con seriedad.

—Bien —dijo Raimond cuando se quedaron los tres en el despacho—. Por favor, tomen asiento.

Beth lo hizo primero y después los caballeros la siguieron.

—Queremos hacerlo participe del proyecto.

—Así que al fin sabré de su proyecto secreto.

—Sí —ella se acercó entusiasmada—, el apoyo a las artes.

—¿Disculpa?

—Queremos abrir un día al año el castillo para una exposición de todas las artes, sería dar la bienvenida a varios gremios, desde los artesanos hasta los músicos, todo con entradas y los fondos irían directamente a repartirse a los artistas de nuestro pueblo, lo necesitan y los necesitamos.

—¿Abrir el castillo? —el príncipe elevó una ceja—. Me parece una propuesta temeraria.

—Vamos, muchos de ellos sueñan con lo que hay en el interior de aquella estructura, muchos pagarán simplemente por estar entre esas paredes por una vez en su vida.

—No lo sé, Beth.

—Sería seccionado por áreas, será una forma de entretener a las masas, mostrar apoyo hacia el pueblo y sería una festividad para el final del invierno, inicios de primavera —dijo Rudolf.

—Además, mostrará a nuestros invitados lo mucho que conviene invertir en relaciones comerciales.

Raimond se recostó en su asiento y pareció pensarlo seriamente, no era una mala propuesta, el problema era abrir el castillo de Wurtemberg, eso sería lo complicado y está por demás decir que su madre se pondría en contra. Para ella, el pueblo y la realeza debe permanecer alejada, como si se tratara de una divinidad que no pueden ver, pero es omnipresente.

—Lo consideraré.

Beth sonrió de oreja a oreja y se puso de pie, acercándose a su marido y abrazándolo feliz, al menos habían conseguido que él lo pensara, la princesa creyó que recibiría una negativa inmediata.

Rudolf sonrió hacia la joven que había conseguido el objetivo, habló bastante bien y sin dudar frente al hombre que la había lastimado de tantas formas que le era imposible contarlas.

Sin embargo, el verla abrazada a él le encrespaba el cuerpo, no podía creer que su primo siguiera siendo el único hombre que podía tocar a tan extraordinaria mujer.

—Bueno, los dejo —Rudolf se puso en pie.

—Oh, lo acompaño.

—En realidad —Raimond la detuvo—, quisiera discutir algunos puntos contigo, Rudolf ¿Nos permites?

—Por supuesto —se inclinó y salió.

—¿Puntos? —se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—En realidad, me agradaría que te quedaras por unos momentos.

—Oh, pero… aún tengo tantas cosas que hacer.

—Por favor, Beth —la sentó en su regazo—, últimamente no has permitido que esté cerca de ti.

—¿Le parece? —ella rodó los ojos—. No lo considero así, ya que comparte mi cama diariamente y estamos juntos la mayor parte del día y las noches.

—Sí, pero ambos estamos en medio de discusiones políticas, beneficencias y tratos con otros países.

—¿Qué es lo que desea, su alteza?

Raimond no contestó, simplemente levantó la mirada para enfocarla a ella y acarició la mejilla de su esposa, provocando que lentamente bajara la cabeza hasta juntar sus labios en un beso pasional, dulce y profundo.

Beth sintió un conocido cosquilleo en su vientre, provocándole una sonrisa estúpida que se encargó en borrar al mismo tiempo que cortó aquel beso, pero su marido no estaba dispuesto a soltarla, siguió regando cortos y pequeños besos en su cuello, hombros y clavícula.

—Mi amor, ¿Será que un día no tengas que apartarte de mí por temor u enojo?

Ella agachó la mirada y sonrió más para ella que para él, pero elevó las manos y acarició las mejillas de su esposo.

—Aún no lo sé, su alteza, pero creo que vamos avanzando.

—¿Te parece? —él se levantó con ella y la sentó en su escritorio —. Creo recordar que hiciste una proposición interesante no hace mucho tiempo.

—Oh… —ella se sonrojó—, creo que no lo recuerdo.

—¿En serio? —sonrió, adelantándose hacia su cuello, aunque ella se inclinaba hacia atrás—. Creo que puedo recordártelo… ¿algo sobre tener más hijos?

—Yo… ¿Dije algo así?

—Sí, y creo que estoy más que de acuerdo.

—Su alteza… —sonrió ella, tratando de alejarse—. ¿Cree en serio que sea el mejor momento para esto?

—Sí, creo en verdad que lo es —sonrió, desabrochando los botones del vestido de su esposa.

—Raimond, si alguien te viene a buscar y nos ve así…

—Tocarán —dijo sonriente, dándole un beso y levantando el vestido de su mujer—. ¿Puedo, mi amor?

Ella simplemente asintió y trató de desabrochar sus pantalones, desesperada por saciar las ansias que sentía en su interior, Raimond sonrió y la besó con ternura, alejándola de esa tarea y simplemente estrechándola con cariño.

Ambos hicieron el amor con ternura, no quitaron sus ropas, pero ella pudo deslizar las manos por debajo de su camisa y él logró desabrochar el vestido y el corsee, la besaba por las partes en las que su piel estaba expuesta.

Beth sentía que el placer era alcanzable cuando estaba en los

brazos de su marido, temía que ello significara que lo seguía amando, aunque quizá sólo fuera una expresión de su cuerpo, quizá respondería igual a cualquier otro hombre. Pero sabía muy en su interior, que ella lo seguía queriendo, era una tortura que tendría que soportar el resto de sus días, porque lo amaba, se casó enamorada y, cuando veía a su pequeño hijo, lo veía a él, a su padre.

Ella cerró los ojos cuando sintió que él la llevaba dulcemente hasta el deleite, lo abrazó con fuerza, enterrando un poco sus uñas en la piel de su espalda, Raimond buscó los labios de su esposa y los besó, al igual que todo su rostro.

—¿Beth? —ella estaba sonrojada, seguía en medio de su deleite, pero cuando regresó y lo miró frente a ella, su sonrisa se difuminó hasta convertirse en una de seriedad, lo miraba como si no lo conociera—. Mi amor… ¿Qué sucede?

Ella pestañeó como si tratara de volver a la realidad, sacó las manos de la camisa de su esposo y las elevó hasta envolverlas en su cuello y jalarlo en un abrazo que no le permitiera verla.

—Estoy bien —le dijo suavemente—. Estoy bien.

—No lo parece —la apretó contra sí—, en serio mi amor, dime lo que te preocupa, ¿qué es lo que te hace mirarme así cada vez que estamos juntos de esta forma?

—No puedo olvidarlo —negó aún pegada a su hombro, apretando cada vez más su agarre—, simplemente no puedo dejar de imaginarme que… nada, es una tontería.

—Mi amor —se separó de ella y le tomó la cara—. Eres tú, sólo tú, no sabes cuánto disfruto estar contigo de esta forma, te amo mi amor, en serio te amo.

—Raimond, no es importante, se ha hecho un intento para que conciba y eso es todo —ella acomodó su ropa íntima y bajó su vestido, acomodando la falda y volviéndose para que él le acomodara el corsee y los botones.

—Claro que es importante, quiero que estemos juntos sin que haya un impedimento entre nosotros, sé que fui un idiota, pero intento hacer lo mejor que puedo para que confíes en mí.

—Lo sé, sé que lo estás intentando, pero… simplemente no puedo creerlo con tanta facilidad.

—Lo comprendo, pero, al menos cuando estamos juntos de esta forma, ¿Podrías pensar que eres la única persona en la que pienso y a la que amo? Porque es la verdad.

Ella bajó la cabeza y asintió.

—Tengo que irme.

—Por favor, Beth —la abrazó—, no hagas esto de nuevo.

—Ambos estamos ocupados, debemos continuar con nuestro día —le colocó las manos en el pecho para apartarlo.

—Está bien —suspiró—. Te veré en la recámara para entrar juntos a la velada de esta noche.

Ella sonrió hacia él y se imaginó lo increíble que hubiera sido si desde el inicio él se hubiese enamorado de ella y que Marilla no hubiese existido entre ellos. Entendió después de mucho tiempo que ese matrimonio había sido arreglado por la reina, sin darle oportunidad a Raimond de oponerse, ahora ella estaba ahí, en medio de ese dilema, en el cual amaba a ese hombre, pero al mismo tiempo, quería matarlo con sus propias manos.

Ahora parecía que él quería estar con ella, arrodillado ante ella y haciendo lo que fuese que ella quisiese, le agradaba tener ese poder, pero seguía sintiéndose mal por sí misma, quería que eso acabara pronto, que se decidiera, o lo perdonaba y lo seguía amando; o lo odiaba y se alejaba, posiblemente aventándolo a los brazos de otra mujer o de nuevo a Marilla.

No sabía si estaba lista para afrontar aquello de nuevo.

Capítulo 17

Beth estaba en su habitación, alimentando al pequeño bebé en sus brazos, estaba completamente preparada para bajar al baile de esa noche, Raimond había llegado hace más de media hora y estaba terminando su atuendo para bajar junto con ella.

—¿Estás lista? —la tomó de la cintura y le besó la mejilla.

—Sí —sonrió hacia él—. Mira que hermoso es.

Raimond asintió enternecido por la forma en la que Beth demostraba sin resentimiento alguno el amor hacia su hijo.

—Lo es, mi amor, aún no puedo creer que sea nuestro.

—Es verdad —le besó la cabecita y lo arrulló, llevándolo hasta la cunita—. Dormirás tranquilo, ¿verdad, mi cielo?

Raimond esperó tranquilamente hasta que ella cubrió correctamente al bebé y fue hasta él, vigilando nerviosa a la niñera que ya estaba tomando asiento junto a la cuna del bebé.

—Señora —le llamó la atención una doncella—, su corona.

—Oh —Beth se inclinó un poco y aceptó la alhaja que la condecoraba como princesa—. Gracias Janine.

La doncella se inclinó respetuosamente ante ella y el príncipe, eran una pareja formidable, no podía creer no se llevarán bien con anterioridad, todos sabían de la traición que ese hombre hacía contra su mujer; ahora parecían haber resuelto las cosas y eso no podía ponerlos más felices, estaban agradecidos de que hubiera un heredero con la sangre de esa mujer y esperaban que no existiera otra Marilla en la vida de la princesa Beth.

—Estás preciosa, mi amor.

—Gracias —sonrió hacia él, le tomó el brazo.

Ambos entraron al salón después de que los hubiesen anunciado, la pareja parecía llena de alegría y no se separaban el uno del otro por mucho tiempo, pese a que Beth fuera invitada a bailar innumerables veces, el príncipe mantenía sus ojos en ella, dando una advertencia a los varones de la sala.

—Parece que ahora si cuidas a tu esposa, hermanito, me pregunto si has descubierto los placeres de los que Beth es capaz.

—No seas insolente —lo miró enojado Raimond—, recuerda que ella es mi esposa.

—Sí, sí —rodó los ojos—, lo que nos sorprende a todos es que tú lo recuerdes. Por cierto, ¿has visto a Marilla? Ella tampoco se ve nada mal esta noche, aunque a comparación de Beth, no es nadie.

—Deja de molestar, Alan, en serio.

—Vale, sólo digo —sonrió—. Uh, por cierto, hablando de

competidores, escuché que el primo Rudolf tampoco le quita la vista de encima a la querida princesita adorada.

—Trabajan juntos, al parecer.

—Claro, él seguro que quiere trabajarla.

—Alan…

—Sólo digo, que no deberías ser tan confiado con él, ya sabes, las mujeres siempre terminan rendidas ante Rudolf, menos una, creo recordar —sonrió—, ¿esa es la razón por la que te enamoraste tan perdidamente de Marilla? ¿Por qué por una vez una mujer no te dejó por tu primo?

—Estás estirando mucho la cuerda, Alan —dijo enojado—. ¿Qué demonios ganas al hacerme enojar?

—Soy el hermano menor, ese es mi trabajo… oh, miren quién va por ahí, lady Kayla se ve más preciosa que nunca —elevó ambas cejas hacia él de forma coqueta—, hasta luego, hermano.

Raimond restregó sus ojos con sus dedos, tratando que el dolor de cabeza se le pasara, en verdad que Alan llevaba bastante bien el papel de hermano menor molesto. Miró hacia Marilla, su hermano tenía razón, él había caído rendido ante ella cuando se dio cuenta que ella no prefería a Rudolf sobre él, por mucho que el otro se le insinuara e intentara apartarla de su lado, ella lo había querido.

Por una vez en su vida se sintió bien, querido y apreciado; entonces llegó Beth, alguien que lo amó y que su mirada se iluminaba tan sólo verlo, cómo le gustaría volver a ver ese resplandor en sus ojos, esa sonrisa dulce y traviesa cuando la besó por primera vez.

—Su alteza.

—Beth —se sorprendió al tenerla enfrente—, mi amor, no me di cuenta que te acercabas a mí.

—Sí, parecías distraído.

—Te buscaba, estoy realmente harto de que todos los hombres quieran sacarte a bailar.

Ella se inclinó de hombros.

—He hecho tratos, beneficencias o charlas con la mayoría de ellos, es normal que me quieran sacar a bailar.

—¿Y qué dices? ¿Puede tu esposo sacarte a bailar?

—No veo porque no.

Raimond tomó su mano y la besó antes de encaminarla entre las miradas sorprendidas y los vestidos pomposos, todos en aquel salón los observaban con detenimiento, eran la comidilla de la gente y una fuente de entretenimiento adicional al baile, la bebida y la música.

—Parece que siempre eres el centro de atención, mi amor.

Ella miró a su alrededor.

—Tranquilo, mantente junto a mí y siempre lo serás —dijo juguetona y vanidosa, cosa que él aceptó.

La música que tocaron era sedante, romántica e insinuante, ese baile se hacía con movimientos galantes, como si se estuviera seduciendo continuamente a la otra persona, quizá haciéndole una invitación indecorosa, lo cual era bellísimo porque apenas y se rozaban los cuerpos, eran un conjunto de movimientos de manos, vueltas y acercamientos que hacía de ese baile perfecto para la pareja.

El salón había quedado en completo silencio y observaban con fascinación como la pareja se desenvolvía con naturalidad, como si hubiesen sido compañeros de baile por años, por siglos, pareciese que estuvieran hechos el uno para el otro. Así que, cuando la música acabó, el salón entero se encendió en aplausos interminables.

Raimond no podía dejar de admirar a su esposa, quién no paraba de sonreír y respirar erráticamente por los movimientos que hicieron a lo largo del baile. La acercó lentamente, se inclinó ante ella y le besó la mano con galantería, colocándola después entre su brazo para sacarla de la pista de baile.

—¡Eso fue espectacular! —sonrió Kayla—. Apenas y tenía idea de que pudieran bailar así… bueno, no desde esa vez.

Beth se sonrojó y bajó la cabeza.

—Supongo que su altea no recuerda —dijo la joven.

—Ese fue el primer baile que ustedes compartieron —dijo Kayla, informativa—, en aquella fiesta en la que lo conocimos, ¿recuerdas Raimond?

—Jamás lo olvidaría —en ese momento recordó nítidamente aquella sonrisa, las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes y ese mismo baile; había sido tan hechizante que incluso recordaba la sensación de su piel erizándose—, lo recuerdo muy bien, fue ahí cuando decidí que quería casarme con ella.

Beth se puso rígida a su lado y fingió una sonrisa; porque él ya sabía identificar cuando las fingía y salió presurosa en medio de excusas que no alcanzó a comprender.

—¡Beth! —Kayla fue detrás de ella, dejando solo a Raimond.

—Eres muy bueno en hacer que tu esposa huya de tu lado.

—¿Qué es lo que quieres, Rudolf?

—No acabaría de hablar si te lo dijera.

—Bien, Rudolf, sé que está feliz de saber que mi esposa tiene que verte la cara todos los días, pero te advierto que la dejes en paz.

—No estoy haciendo nada para que necesites advertirme.

—Tú no eres de las personas en las que los maridos pueden confiar —le dijo enojado.

—Bueno, dejaste a entender que tú tampoco lo eres, ¿O acaso olvidas tus errores Raimond?

—Aléjate de ella.

—Creo que será imposible, sobre todo porque gracias a ti, ella

recurre a mí cada vez que tiene una desventura.

Raimond dio un paso amenazador hacia su primo, pero al notar que las miradas estaban sobre ellos, evitó hacer un escándalo y simplemente dio media vuelta y se marchó de ahí.

La fiesta prosiguió sin mayores inconvenientes, todos se encontraban felices, charlando y bailando, comiendo y bebiendo, cuando de pronto, el rey tomó la palabra, llamando la atención.

—Mis queridos amigos, aprovechando las fiestas y que tenemos invitados de varios países con los que disfrutamos del comercio, vengo a exponer una idea magnifica que tanto mi hijo como yo hemos aprobado —Raimond estaba parado a su lado—. La princesa Beth en conjunto con Rudolf, han decidido hacer un evento de artes en el palacio en el equinoccio de primavera, así que, los esperamos con los brazos abiertos.

Beth abrió los ojos con impresión y miró a su marido agradecida, sabía que se estaba aprobando debido a su intervención. Estaba tan feliz que apenas podía contenerse, pero debía seguir con la actitud de una princesa y reverenciar un poco en agradecimiento por los aplausos, sin mencionar que debía seguir escuchando los demás anuncios del rey.

Deseaba con todas sus fuerzas que Raimond bajara de ese estrado para poder abrazarlo y besarlo en agradecimiento, pero alguien llegó mucho antes que ella, tomándola de un brazo y jalándola hasta el exterior del salón.

—Así que has convencido nuevamente a mi hijo —negó la reina —. ¿Sabes cómo se llamarían los métodos que usas para convencerlo de hacer lo que quieres?

—No le permito que me hable así.

—¿No me permites? —se rio—. No eres más que una sucia francesita que convence a los hombres en la cama, eres igual a todas las de tu país, resbalosas y…

—¡Basta! —le gritó—. ¿Cómo se atreve a hablar de todo un país de esa forma? ¿No se da cuenta que es una reina y los conflictos que pudiera causar?

—Por favor, aquí sólo estamos tú y yo, nadie te creería sobre mí —chasqueó la lengua—, ahora incluso cuestiono mi decisión, debí dejar que Raimond siguiera con su relación con Marilla, al menos ella es de estas tierras.

—¿En serio lo cree? —Beth sonrió de lado—. Veamos qué tanta verdad tiene lo que ha dicho, se dará cuenta que puedo dominar a su hijo incluso fuera de la cama.

—¿De qué demonios estás…?

—¡Raimond! —la cara de la joven se había deformado a una mueca lastimera y regresó al salón donde los caballeros se habían ido

a fumar y beber algo—. ¡Raimond!

La reina parecía en verdad confundida, pero la siguió, ella se metió en aquel lugar, los hombres no parecían poner atención a las nuevas féminas, todos estaban fumando, tomando o apostando. Beth había identificado a su marido casi al instante, así que no dudó ni un segundo y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, se aferró a él, presionando su cabeza en su hombro.

—Mi amor, ¿Qué pasa? —las personas con las que Raimond había estado hablando se dispersaron, dejándolos en soledad—. ¿Qué tienes? ¿Por qué estás llorando?

—Tu madre me ha dicho cosas terribles —lloriqueó—, fue tan mala, me ha dicho que soy una meretriz y que incluso preferiría que me siguieras engañando con Marilla.

—¿Qué? —Raimond levantó la vista hacia su madre.

—Hijo, por favor…

—¿Lo va a negar? —Beth se volvió un poco, sin despegarse de la protección de su marido—. Lo ha dicho… ella me odia Raimond, me detesta, le complace verme destrozada.

El príncipe miró a su madre con el ceño fruncido y una mirada interrogante, él jamás había visto a su esposa de esa manera, mucho menos haciendo esa clase de dramas, debió ofenderla en verdad para que Beth se viera motivada a hacer algo como aquello.

—Vamos Beth, te llevaré a la habitación —la abrazó—. Madre, espero hablar contigo después.

—Raimond, no debes de creer en lo que te está diciendo.

—Hablaré contigo después —indicó con dureza, llevando a su esposa a la salida.

La reina vio como varios de los varones presentes se adelantaban hacia la pareja y le tendían pañuelos a la llorosa mentirosa.

—Tienes las de perder Alexandra, deberías rendirte.

—Jamás en mi vida he hecho algo como eso —dijo la reina—. Una mocosa no va a ser la primera en vencerme.

—Si no te has dado cuenta, Raimond está en sus manos —sonrió —, como el resto de los hombres de Wurtemberg, no hay nada que puedas hacer para que tu hijo vuelva a esconderse entre tus faldas, ahora ama a otra mujer.

—Así como amaba a su amante esa.

—Creo que el cariño que siente por su actual mujer podría ser más fuerte que el de la amante Hofergon —el rey se cruzó de brazos —, seguro que al teniente no le agradará saber que su mujer ya no es necesaria en la cama de nuestro hijo.

—Por todos los cielos, los hombres son tan… ¿En verdad al teniente no le importaba compartir mujer?

—No lo creo, hay hombres que saben hacer estrategias con sus

mujeres, como el esposo de tu querida Ana.

—¿Qué quieres decir? —lo miró impresionada y sin voz—. No me dirás que ella…

—Cómo te dije, hay hombres estrategas, el que su mujer esté en la cama del rey no le es molestia.

—Me repugnas.

—Sí, y tú a mí, por eso estamos en esta situación, tú jamás pudiste hacerme cambiar de opinión ni siquiera para la comida.

La reina levantó la nariz orgullosamente y salió del lugar. Debía entender que la duquesa Ana no era de fiar, como había dicho su marido, no era más que otra pieza en el ajedrez del rey.

Capítulo 18

Beth estaba complacida con su actuación y también lo estaba por la reacción que Raimond había tenido, le dio la victoria contra su madre en esa ocasión, claro que él apenas y lo sabía, de hecho, seguiría pensando que estaba mortalmente herida por los comentarios que la reina le dirigió, cosa más alejada de la realidad.

—Tranquila, mi amor, no debes escucharla.

—Pero es lo que piensa —se cubrió la cara—, incluso ha dicho que Marilla era mejor, que por lo menos ella era de Wurtemberg.

—¿Por qué te ha ido a decir esas tonterías?

—Porque estaba enojada de que hubiese conseguido el permiso para el festival de arte en el castillo Hohenzollern.

Beth fue a sentarse en la cama que compartían y le lanzó una mirada lastimera, tierna y de fragilidad que seguro lo sobrecogería.

—¿Sólo por eso?

—Bueno, dijo que soy una resbalosa, como las de todo Francia, que seduzco y convenzo a los hombres de hacer mi voluntad metiéndolos en mi cama.

—¿Hombres?

Ella sonrió y bajó la cabeza.

—En mi caso, hablaba sólo de ti, por supuesto.

—No me crea inconveniente ser convencido por medio de seducciones en tu cama —la abrazó—. ¿Qué me dices? ¿Quieres algo más? ¿Algún otro deseo que necesites convencerme de cumplir?

—Estoy bien ahora —sonrió.

—¿Segura?

—Bueno, no tengo nada de qué convencerte por el momento, pero nada me quita el deseo de hacer el amor.

—Eso me agrada —él la tumbó suavemente en la cama y se acomodó entre sus piernas—. Y dime, mi amor, ¿Estás complacida con tu deseo concedido?

—Sí —le acarició las mejillas—, más que complacida.

—Bueno, creo que, como esposo consentidor, merezco una recompensa, ¿no lo crees?

—¿Qué quieres que haga por ti?

—Mmm… ¿Qué crees que podría ser una buena recompensa?

Ella elevó la cara y susurró cerca del oído de su marido: —Quítame el vestido —cuando volvió a recostarse en la almohada, pudo notar como los ojos de su marido ardían.

Al ver que él no reaccionaba, se levantó sobre sus codos, quitándolo de encima y comenzó a desnudarse por sí misma, quizá la

reina tuviera razón, sus actitudes de esa noche podrían derivar a los de una meretriz, pero seguro se sorprendería al descubrir que eran acciones que las mujeres de Wurtemberg hacían, puesto que eran ellas las que habían informado a Kayla sobre artes amatorias.

Dejó caer el vestido sobre el piso y continuó quitando indumentaria de su cuerpo, quedando poco a poco completamente desnuda delante de él. Raimond había disfrutado de aquello con una sonrisa, le era de lo más tentador acercar las manos al cuerpo desnudo de su esposa, pero ella no se acercaba lo suficiente como para que lo hiciera.

—¿A qué juegas Beth?

—Si es un juego, entonces quiero ganar.

—Te aseguro que lo has hecho —asintió, alargando las manos y aceptando que ella se sentara sobre él, besándola con pasión y quitando las prendas que le estorbaban.

Beth seguía a horcajadas sobre su esposo, sintiendo como lentamente quedaba desnudo junto a ella, de un momento a otro, él la tomó por la cintura y la recostó sobre la cama, pero ella se negó y volvió a acomodarse sobre él, sonriendo ante su sorpresa y continuando en esa posición.

La joven se sentía orgullosa, nunca lo había escuchado tan fuera de sí, tan lleno de pasión y de sensaciones que no podía controlar, era divertido, más divertido de lo que imaginó, incluso para ella era bastante placentero.

Se agachó y lo besó una última vez antes de perder todas sus fuerzas y quedar derrumbada sobre su cuerpo, sintiendo su respiración agitada, su corazón galopante y sus brazos fuertes acogiéndola contra él, acariciándola mientras lentamente la acomodaba en su hombro y sobre la almohada.

Beth se quedó pensando por largos momentos, había disfrutado bastante el regresarle a la reina la jugada, Raimond había cedido fácilmente y ahora podía decir que recompensó su buena conducta. Quizá la reina tenía razón, ella estaba aprendiendo a dominar a su esposo por medio de las artes amatorias.

El príncipe la besó alegremente y la abrazó, quedándose dormido en cuestión de minutos. La joven se apartó de su abrazo, colocó una bata y fue a buscar a su hijo, trayéndolo consigo a la habitación que compartía con su marido.

—Beth —le susurraron—. ¡Beth!

—¿Kay?

—¿Cómo ha salido?

—Creo que lo hice bastante bien —sonrió la joven.

—Vi a la reina allá abajo, estoy seguro que su papada jamás se había visto tan grande, casi parecía un sapo enojado.

Beth sonrió y miró a su prima.

—Creo que Raimond está cayendo.

—¿Te sientes feliz por ello?

—Me siento poderosa.

—Pero también feliz, porque lo amas.

—No lo amo.

—No seas mentirosa, te dije que no te enamoraras de él y es lo primero que hiciste.

—Quizá lo puedo querer, pero eso no me va a dominar, no esta vez —sonrió—. Nos vemos mañana primita.

—Sí, seguro que estás exhausta.

Beth volvió una cara de fastidio y se introdujo a su habitación, dejando al bebé en su cuna y metiéndose de nuevo junto a su esposo.

—¿A dónde fuiste? —la abrazó.

—Fui por Albert, no quiero que se vuelva a quedar lejos de nosotros —se acomodó en la cama.

—¿Sigues sospechando que alguien lo enfermó? —dijo sin más, acurrucándose contra ella.

—No quiero más accidentes.

—Está bien, se hará como tú quieras.

—Últimamente todo es como yo quiero.

Raimond sonrió y la apretó contra sí.

—Sí, supongo que sí.

Beth sonrió, no le molestaba para nada tener a su marido intentando complacerla en todo lo que ella quería, había encontrado bastante ventajoso el juego que su prima había marcado para ella, sobre todo porque parecía funcionar.

En un salón alejado de todas las habitaciones residenciales, dos personas se paseaban frente al fuego, aún enfundados en sus elegantes trajes de la velada a la que habían asistido.

—Parece que no funciona tu plan, querida Marilla.

—No me vengas con estupideces y ponte a pensar —dijo enojada, moviéndose por el lugar—. Parece que ella lo tiene idiotizado, hace todo lo que quiere.

—Creo recordar que en algún momento era así contigo.

—Si tan sólo esa mocosa no se hubiese embarazado, él seguiría a mi lado y me costaría menos que nada sacarla de camino.

—Pero tienen un hijo y él los adora —dijo la otra persona con una sonrisa—. Creo que debemos deshacernos del mocoso.

—Ella nunca se separa de él, creo que sospecha que será el blanco de cualquiera si se quieren deshacer de ella.

—Creo que la princesa lo hará más por cuidar a su hijo que por resguardar su posición como princesa.

—No le des alas de ángel, esa mocosa me lo dijo en la cara, dijo que jamás me dejará ser otra cosa además de la amante repudiada por todos y opacada por ella por siempre.

—Bueno, debemos admitir que lo ha conseguido —Marilla regresó una mirada furiosa—. Está bien, ¿Qué me dices de tu otro plan? ¿Lo pondrás en marcha?

—Tengo en marcha todos los planes —dijo Marilla—, la cosa es, que Raimond no me hace caso, ni siquiera me voltea a ver.

—Esa es tu única tarea y la haces mal, no me sorprende que se le hiciera fácil olvidarte —dijo—. No sé cómo lo harás, Marilla, pero tienes que metértele por los ojos, es más, ni siquiera necesitas que él te haga caso, simplemente provoca una situación tan comprometedora que la princesa no pueda soportarlo.

—¿Qué hay si se lo aguanta? Querrá salvaguardar el lugar de su hijo en el trono, no se irá, esa perra no se irá.

—Bueno, si el hijo desaparece, entonces, ella no tendrá más ataduras aquí.

—Debemos actuar rápido entonces —dijo Marilla—, porque si esos dos siguen teniendo sexo, seguro que vuelve a concebir.

—Si es que no lo ha hecho ya.

—¡Maldición!

—Creo que deberías ponerte de acuerdo con la reina —aconsejó —. Hasta ahora te mandó llamar para molestar a la princesa, pero jamás hablaste con ella, quizá un dialogo les haga darse cuenta que están del mismo lado y la única enemiga, es Beth Aigrefeuille.

—La reina me detesta, siempre me ha detestado.

—Creo, querida, que no te detestará más de lo que detesta a la actual princesa, esa maldita reina te ayudará y el príncipe volverá a ser tuyo como lo quieres.

—Yo… hablaré con ella.

Beth despertó gracias a los besos que esparcían por su cuerpo, ella se removió y notó que la bata que se había colocado para ir a recoger a Albert estaba abierta y su marido se divertía en colocar sus suaves labios sobre la piel blanca y expuesta.

—Es temprano —sonrió ella, pasando sus dedos por el cabello rubio de su marido y obteniendo su azulada mirada.

—Buenos días, mi amor —se elevó hasta besarla—. Me parece sorprendente lo mucho que tardaste en despertar.

—Supongo que estaba complacida —se removió debajo de él con una sonrisa—. ¿Qué hacías?

—He llevado a Albert con su nana, así tendremos tiempo para estar solos —la besó de nuevo, recostándose suavemente sobre ella.

—¿Quieres repetir lo de ayer?

—Por muy placentero que fuera tenerte sobre mí, esta vez quiero esta posición, la de siempre, en la que puedo ver tu rostro en todo momento mientras te hago el amor.

—Raimond… —se avergonzó.

—Te amo, Beth —le besó la mejilla—, no sabes cuánto y no sé cómo te has logrado meter en mi cabeza y corazón, pero me tienes completamente dominado, a tus pies.

—No digas tonterías.

—No lo son —la besó profundamente, con sentimiento y devoción que ella sintió y adormeció sus sentidos.

Beth sentía que era fácil acoplarse a su deseo, puesto que ella parecía seguirle, quizá hubiese reprimido por demasiado tiempo esa parte de ella y ahora sólo salía a la luz, pero de una forma completamente descontrolada que la hacía gritar, retorcerse y extasiarse, parecía que no habría fin en medio del placer que sentían el uno por el otro.

Raimond sentía las manos de su esposa, encajándose en su espalda, como cada vez que le era imposible dominar su propio placer, gritaba su nombre con fuerza o, a veces, simplemente gritaba, incapaz de articular cualquier otra cosa.

—¿Sus altezas? —tocaron a la puerta.

—No te detengas —suspiró Beth—, no ahora.

—Sshh, no hagas ruido, es temprano —la besó—, podemos fingir estar dormidos.

—No creo que me sea posible —se retorció.

—Mi amor —le tapó la boca—, por favor, nos descubrirán.

Ella cerró los ojos y trató de hacer lo que le pedía, mordió su labio lo más que pudo y lo miró a los ojos cuando sintió que se detuvo y miraba hacia la puerta.

—¿Mi señor? ¿Princesa Beth?

—Raimond… —susurró la joven, suplicándole.

El príncipe bajó la cabeza y la besó, continuando con sus movimientos pese a la insistencia de la puerta que, gracias a todo lo bueno, Raimond había bloqueado antes de comenzar a amar a su esposa, estaba casi seguro de que sabían lo que pasaba en el interior y no tenía idea si en esos momentos Beth supiera quien estaba en la puerta; la notaba bastante perdida en el placer, ni siquiera él estaba totalmente seguro, pero seguro la molestaría cuando dejara de gritar.

Beth dio un sonido de liberación y se arqueó gustosa hacia él, sonriendo y aceptando ser besada mientras la seguían en el placer. La joven cerró los ojos y trató de controlar su respiración agitada.

—Ha sido más excitante haciéndolo con alguien en la puerta —dijo juguetona, acariciándole el cabello mientras él permanecía recostado en su pecho—. ¿Crees que le digan a tu madre?

Raimond se levantó y la miró burlesco.

—Me sorprende que puedas hablar.

—¿Soy ruidosa?

—Mi amor, eso te queda corto —le besó los labios y se separó de ella, sentándose en la cama—. Seguro que, si nos han venido a buscar temprano, es porque algo ha pasado.

—¿Quién era? —Beth se sentó y cubrió sus pechos.

—No tengo ni idea, pero si lo descubres, me dirás en seguida para ir a matarle.

—¿Crees que debo acompañarte?

—No, ¿quieres descansar un momento más?

—Sí —le acarició la mejilla—, me encuentro exhausta.

—Bien, mi amor, mandaré a alguien para que te atienda.

—Si me pidieras un baño, serías un ángel.

—Está bien, señora, lo que digas.

Ella se recostó en la almohada y se cubrió con las sábanas, adormecida después de aquel encuentro amoroso, ella debía descansar, no estaba acostumbrada a tales desenfrenos. Sin embargo, no pudo hacerlo mientras oía a su marido bañándose, después lo observó con detenimiento mientras se cambiaba y le sonrió cuando se acercó a la cama.

—¿Te complació lo que viste?

—No está mal.

—¿Te he dicho que me fascinas?

—Nunca en la vida.

—Pues lo haces —le acarició la mejilla—. ¿Quieres que te traigan a Albert?

—Seguro que tiene hambre —asintió.

—Te amo —la besó con detenimiento—, descansa, espero que me alcances en el desayuno.

Ella sonrió complacida y cerró los ojos para seguir durmiendo en lo que su bebé despertaba y le era traído a la cama. Pasó todavía otra media hora antes de que escuchara el abrir de la puerta y el quejar del bebé que venía acompañando las pisadas de la doncella.

—Mi señora —susurró la mujer—. El príncipe clama por usted.

—Oh, Delaila, gracias —Beth se sentó, colocó una bata sobre sus hombros y acomodó al bebé para darle de comer—. ¿El príncipe Raimond está desayunando ya?

—No, mi señora, sigue estando a tiempo.

—Bien, coloca una tina para mí y saca un vestido adecuado.

La doncella desapareció hacia el cuarto de baño, dejando a Beth sola con al bebé, le alegraba que su hijo fuera tan tranquilo; simplemente era cuestión de darle de comer, sacarle el aire y el niño se volvía a quedar dormido, incluso se quedaba dormido antes de que

acabara todo el proceso.

La madre le estaba colocando las ropitas nuevamente, cuando de pronto la puerta se volvió a abrir, pero ella no hizo por volverse, pensó que sería alguna de sus doncellas.

—¿Te atreves a llamarme a mí una cualquiera cuando tú parecías una perra en celo hace unos momentos?

—No sé de qué hablas Marilla, pero sal de mi habitación.

—Crees que lo tienes controlado, ¿no? Qué ahora en verdad te ama a ti… estás equivocada.

—No me interesa saberlo.

—¿Entonces estás con él por el simple placer sexual?

—No es de tu incumbencia.

Marilla parecía fuera de sí, no le había sido placentero escucharlos esa mañana y no podía creer que Raimond le dijera que la amaba, ¿cómo podía decirle que la amaba? Era una mentira, él la amaba a ella, siempre la amó y ninguna mocosa le quitaría todo lo que ese príncipe podía brindarle.

—Te haré la persona más infeliz si sigues metiéndote en mi camino —amenazó—. ¿Pensaste en suicidarte en el pasado? No será nada comparado con lo que sentirás ahora.

—Aléjate de mí, Marilla, no quise suicidarme y mucho menos lo haré ahora —abrazó al niño en sus brazos—, si no sales de aquí ahora, gritaré para que te saquen.

—Soy una invitada de la reina.

—Soy la esposa del próximo rey, madre de su heredero.

—Eso dices tú.

—Si él no duda de mí, no veo por qué hacerte caso a ti.

—Te estás metiendo con gente peligrosa, Beth, no sólo hablo de mí, sino de más arriba.

—Si te refieres a la reina, soy consciente de ello.

Marilla entrecerró los ojos y negó.

—Se nota que eres una mocosa.

—Quizá, pero esta mocosa ha llegado a ser mucho más que tú en muy poco tiempo, incluso logré quitarte a Raimond, eso ha de doler.

—No cantes victoria.

—Mientras la tenga, la cantaré.

En ese momento, llegó Raimond, quien había sido traído por la doncella de Beth que, asustada por la disputa, había salido corriendo a su encuentro para evitar desgracias.

—¿Qué haces aquí, Marilla?

—Nada, quería ver cómo había amanecido la princesa.

—No quiero que vuelvas a venir aquí —advirtió, abrazando a su esposa e hijo—, no quiero escuchar que los incomodas de esta manera nuevamente.

Beth sonrió con suficiencia hacia una iracunda Marilla, quien parecía enrojecer un poco más mientras la veía burlarse de ella entre los brazos de Raimond.

—Disculpe, su alteza, no quería ocasionar problemas.

—No es lo que parece.

—Me retiro entonces.

Marilla dio una inclinación hacia la pareja y salió de ahí hecha una furia total. Beth se separó de los brazos de su marido y dejó salir un suspiro cansado, incluso dejado salir algunas lágrimas.

—No te avergüences, lamento que viniera.

—Ella me dijo… —negó—. ¡Dios! Es terrible tener que soportar a tu amante debido a que tu madre me obliga, lo hace a posta, lo sé.

Él también lo pensaba, sabía que era una forma en la que su madre se estaría vengando de la popularidad de su esposa.

—Trataré de solucionarlo.

—¿Cómo? —se limpió una lágrima que logró escaparse de sus ojos—. No puedes ir contra tu madre en esto, el teniente es necesario, sé que ha habido más ataques hacia los nobles.

Raimond suspiró.

—¿Quién te lo dijo?

—Me ha informado Rudolf.

—Lo solucionaré, de una forma u otra te quitaré esto de encima.

—¿De verdad? —lo miró ilusionada.

—Te lo prometo —le limpió las mejillas—. No llores, mi amor.

Beth sonrió hacia él y esperó tranquila a que él tuviera que salir de nuevo para atender los deberes que seguro dejó a la mitad.

—Te has vuelto buena en esto, primita.

—Práctica —se limpió las lágrimas, sin pizca de sentimiento.

—Pero qué maquiavélica y calculadora eres.

—Sólo lo necesario —sonrió Beth—. Tampoco es como si lo hubiese planeado, ella apareció y mi doncella actuó por su cuenta.

—Eso se debe a que todos te aman, Beth, no lo harían por cualquiera, mira que ir a interrumpir a un príncipe…

—Sí, supongo que de algo me ha servido ser buena persona.

—¿Qué harás ahora?

—Al parecer… todo lo que yo quiera —sonrió.

Capítulo 19

Beth caminaba en el enorme patio interior del castillo Hohenzollern, los altos toldos blancos con hermosos cortinales del mismo color, volaban con el viento aún fresco de la salida del invierno, las gotas del rocío y la pasada nieve habían dejado secos los caminos y abrían paso a la famosa tardeada de la familia, dónde varios e importantes personalidades de Wurtemberg se citarían y quedarían por unos días en el hermoso y enorme castillo.

La princesa había mandado traer flores hermosas que decoraba cada esquina, mesa y florero del lugar; había luces que se encenderían cuando la luz solar los abandonara, la pista de baile estaba siendo acomodada a unos pasos de las mesas y la orquesta estaba acomodándose y dando los primeros toques a los instrumentos, buscando afinarse.

Los camareros parecían ocupados, corriendo de un lado a otro, acomodando la vajilla en las alargadas mesas que darían testimonio de la fiesta que se daría en honor del rey en su cumpleaños. Beth había sido la organizadora de la festividad y quiso hacer que todo fuese sumamente perfecto.

—¿Tiene los fuegos artificiales?

—Sí, mi señora.

—¡Allá! Suban más esas luces —ordenó—, qué esas flores rodeen la pista, quiero la otra vajilla, la que tiene blanco con negro.

Los empleados hacían caso a lo que su princesa les ordenaba, todos querían complacerla más que a nadie en ese castillo, amaban a su princesa y harían todo porque fuese feliz.

—Beth —se acercó Kayla con una carta en manos—. ¡Beth! ¡Tú madre vendrá! ¡Tu madre estará aquí!

—¿Qué? —la joven se acercó y tomó la nota que su prima había abierto sin darle importancia que estuviese dirigido hacia ella—. ¡Madre vendrá!

—Pero ¿qué harás?

—¿De qué hablas?

—Bueno, ya sabes, ¿Le dirás la verdad?

—¡Por supuesto que no! —negó la joven—. Ella tiene que creer que todo es perfecto.

—¿Por qué mentirle a tu propia madre?

—Porque no la conoces, ella no me entenderá.

—Claro que lo hará.

—No, Kayla, mi madre piensa diferente, muy diferente a mí —suspiró—. Parece que padre vendrá también.

—Eso es genial, el tío Asher es genial.

—Sí —sonrió—, no recordaba lo mucho que los extrañaba.

—Bueno, tienes que estar perfecta para esta noche, porque es tu noche —elevó las cejas con una sonrisa.

—En realidad, es la noche del rey.

—Bah, ese viejo, a nadie le importa, todos vienen aquí para verte a ti y nadie más que a ti.

—Quizá.

—Supongo que tienes seleccionado el vestido perfecto.

—Mi madre es la mejor diseñadora y se esfuerza aún más cuando se trata de su propia hija.

—¡Ya me imagino el espectáculo que darás! —dijo alegre—. ¡Con esos enormes pechos que tienes, seguro se desmaya tu marido!

—¿Crees que tengo el pecho enorme? —dijo asustada, mirándose a sí misma.

—Es un decir, cariño, estás alimentando a un bebé, no se puede esperar menos de ello.

Beth rodó los ojos y miró su alrededor, parecía ser que todo estaba resultando ser perfecto.

—Creo que sería buena idea que nos comenzáramos a arreglar.

—No tan rápido, el príncipe encantador viene hacia acá.

La mujer miró a Raimond, quien caminaba con decisión hacia ellas, la tomó de la cintura y le plantó un beso.

—¿Cómo va todo?

—Bien, creo que he terminado.

—Es espectacular, Beth.

—¿Qué crees principito? —sonrió Kayla—. Se avecinan todos tus problemas.

—No te entiendo —Raimond miró seriamente a su prima—. Habla claro Kayla.

—Bueno, mis tíos vienen a por tu cabeza.

—¿Tus padres? —Raimond miró a su mujer—. No sabía que venían, ¿te han mandado avisar?

—Me llegó carta justo ahora —se la enseñó—, por supuesto que estaban invitados, pero no me contestó, demos gracias a Dios que conozco a mi madre lo suficiente como para saber que vendría sin avisar, a ella le gusta esa clase de impacto.

—Bueno parejita, será mejor que yo me vaya a cambiar, los veo en la fiesta… esto se va a descontrolar.

—¡No hagas locuras Kayla! —pidió Beth.

—Sí, sí, lo que digas.

Beth rodó los ojos y esperó lo peor, seguro que Kayla no se quedaba tranquila en una velada, sería cuestión de esperar.

—¿Vamos? —pidió su marido.

—Claro, ¿has estado con Albert?

—Sí, lo acabo de dejar —la miró—. ¿Piensas bajarlo?

—Quizá un rato —asintió—, a tu padre le gustará verle.

Raimond no dijo nada más y caminó detrás de ella mientras seguía dando órdenes a quien se encontrara. En un momento determinado, ella caminó lejos de él, hablando con un hombre que le apuntaba una estructura, Raimond la esperó en su lugar y se perdió en sus pensamientos; seguro que la madre de Beth vendría con la espada desenvainada, no creía que su esposa le hubiese contado algo de lo sucedido, pero quizá la madre lo descubriera sola, sobre todo porque Marilla se había puesto más insistente con él.

—Hola, su alteza, ¿por qué tan perdido?

—Me alegra que esté aquí —la miró, entendiendo que ella sonreía sin entender sus palabras—. No quiero que hagas tonterías esta noche, ¿entendido?

—¿Por eso te alegra que esté aquí?

—Sí, para poder decírtelo.

—¿Por qué no puedo hacer tonterías esta noche? —se cruzó de brazos—. ¿Qué se supone que va a pasar? Es sólo la fiesta de tu padre, no es nada nuevo.

—Sólo aléjate de Beth, de mí y de cualquier persona que tenga que ver con nosotros.

—Vaya, vaya. Así que Giorgiana y Asher vendrán —Raimond apretó la mandíbula—. Seguro será interesante ver la reacción de esos dos cuando se enteren que hiciste la vida miserable de su hija por tomarme como amante.

—No te atrevas.

—¿Por tenerte de regreso? Haría cualquier cosa, cariño.

—Estás enloqueciendo.

—Puede ser, pero no es justo lo que has hecho conmigo.

—¿En qué parte jugué contigo? Hablé claro todo el tiempo.

—Sí, pero no me parece que puedes deshacerte de mí cuando ya no te soy conveniente.

—Harías lo mismo si acaso encontraras algo mejor.

—¿Crees que estaba contigo por conveniencia?

—Ambos estábamos sacando algo de esa relación.

—Sí, parece que yo perdí.

Raimond cerró los ojos y miró hacia su esposa, quien seguía pidiendo que subieran más un conjunto de flores.

—No, tú estás casada, tienes una buena posición y…

—Y no tengo a un príncipe en mi cama.

—¡Basta!

—Es lo que yo digo —dijo Marilla—. ¡Basta!

Beth entonces se acercó a ambos y se abrazó al cuerpo de su

marido, sonriendo hacia Marilla y, después, mirando a su esposo para comenzar a hablar.

—Creo que necesitan que degustemos la comida, ¿me acompañarías? —pidió dulcemente.

—Por supuesto —le pasó una mano por la cintura—. Recuerda lo que te he dicho, Marilla.

La mujer los miraba seriamente, se inclinó ante la feliz apariencia de Beth y se dispuso a seguir con su camino. La princesa quitó su sonrisa en cuanto ella desapareció y miró a Raimond con molestia y reproche.

—Mis padres vendrán hoy, si no quiere que se haga un escándalo, mantenga las conversaciones con su amante al límite.

—Eh, Beth —la tomó de la cintura, pegándola a él—, estaba advirtiéndola, quería que nos dejara en paz.

—Claro.

—Falta poco para que se vayan —le tocó la mejilla—, lo he hablado con mi padre y está de acuerdo, se irán.

Beth miró hacia otro lado y asintió, tratando de no molestarse demasiado por ello, debía encontrar la forma en la que sus padres no se dieran cuenta de la situación, sobre todo su madre, quien seguro estaría vigilando todo con ojos de halcón.

—Será mejor que nos vayamos a la habitación, no tardarán en comenzar a llegar los invitados.

—Beth —la tomó de la mano—. Estaremos bien, tus padres se irán tranquilos de aquí.

—Al menos eso espero, no quiero tener a mi madre sobre de mí.

—Te lo prometo, mi amor, ellos se darán cuanta que te amo.

La princesa asintió levemente y lo miró, pasando su mano por entre su brazo y se dejó escoltar por él hacia sus habitaciones, revisando los últimos detalles mientras se marchaba.

Pasada media hora, Beth estaba sentada frente a su tocador, siendo peinada por una de sus doncellas mientras otra vestía al pequeño Albert para la ocasión, Raimond había ido a su propia habitación para arreglarse, pero para ese momento, él ya estaba listo y esperándola, sentado en un sofá mientras bebía una copa de vino.

—Princesa, luce usted preciosa como siempre —dijo la doncella, acomodando la tiara de diamantes sobre la caballera rubia rojiza de la joven mujer.

La princesa agradeció con una dulce sonrisa y se puso en pie, acomodando la falda del vestido y las mangas sobre sus hombros. Dio una vuelta sobre sí misma, enredándose un poco con el largo de la cauda del vestido color champaña que traía puesto, realzando sus ojos y su cabello que había sido bellamente trenzado y enredado en un elaborado peinado que ella no sabía cómo desharía.

—Luces preciosa, mi amor —dijo Raimond, quién tenía a Albert en brazos, entreteniéndolo mientras su madre estaba lista.

—Gracias —sonrió, estirando los brazos a su bebé—. ¿Vamos?

—Sí —él se lo entregó—, vamos.

La pareja bajó siendo el centro de atención de las personalidades invitadas, quienes rondaban por el palacio, algunos viéndolo por primera vez y otros simplemente vagando antes de salir al patio principal del catillo, donde se celebraría el cumpleaños del rey.

Los príncipes eran continuamente detenidos, ya fuera para alabar a la princesa, saludarlos, hablar de asuntos importantes o ver al bebé real, al heredero del reino de Wurtemberg. Beth parecía tranquila junto a su marido y fascinada al tener a su hijo en brazos, pero cuando vio a sus padres a lo lejos, la joven no pudo evitar dar el niño a su padre y casi correr hacia ellos.

—¡Mamá! —sonrió—. ¡Papá!

—Oh, cariño —Giorgiana la abrazó con fuerza—. ¡Me haces tanta falta en casa!

—¿Cómo ha ido princesa? —sonrió su padre.

—Me alegra que estén aquí —miró a su alrededor—. ¿Les gusta? Lo he preparado todo yo misma.

—Me siento orgullosa de tu sentido de la decoración, es bellísimo —asintió Giorgiana.

—¿Dónde está tu marido?

—Oh —ella rebuscó entre la gente—, prácticamente lo he abandonado, incluso creo que aventé a Albert a sus brazos.

—Ah, sí —Giorgiana se cruzó de brazos—, el bebé de mi hija que no sabía que tenía hasta hace poco.

—Madre…

—Debería darte vergüenza, Beth, hubiera venido al parto.

—Lo sé, pero tú no puedes descuidar las tiendas y papá nunca tiene tiempo libre.

—No pongas excusas huecas —sentenció Giorgiana—. Bien, al menos me gustaría verlo.

—¡Claro! —la joven dio vuelta para ir tras su esposo, descubriendo que este se había acercado por propia voluntad y le tendió al niño en cuanto la tuvo cerca.

—Es un gusto verlos de nuevo —Raimond tendió la mano a Asher y besó la de Giorgiana, quién se resistió un poco, pero, ante la mirada de su esposo, aceptó ese saludo.

—Es un gusto, claro, aunque en usted debió caber la razón y mandar avisarnos del hijo de nuestra hija —dijo la diseñadora.

—Lo lamento —se inclinó—, no tengo justificación por ello.

—Él no sabía que no les mandé avisar —encubrió Beth—, estaba feliz de que su hijo naciera, no se pudo preocupar por nada más.

—Bueno, en eso tiene razón Beth, cariño, cuando un niño nace, el hombre no sabe qué demonios sentir o pensar —le tocó el hombro a Raimond—. Vamos muchacho, necesito una copa.

El príncipe sonrió hacia su suegro y acarició la mejilla de Beth antes de marcharse de ahí, dejando a su mujer y a su madre a solas.

—Se ve enamorado —dijo Giorgiana, tomado al bebé de su hija y meciéndolo tranquilamente—, en la boda estaba más que vacilante, sentía una amarga sensación dentro de mí, pero parece que me he equivocado.

—¿Sentiste que algo saldría mal en mi boda?

—¿Algo? ¡Todo! —negó Giorgiana—. Jamás entenderé por qué tomaste tantas prisas para casarte, pero no podía oponerme a tu decisión, eres una adulta y ahora hasta tienes un hijo.

Beth pensó que, si su madre le hubiese expuesto sus temores, ella quizá no se hubiese casado… aunque quizá lo hubiera hecho de todas formas, pero probablemente habría sido más atenta y con más armas para afrontar lo que vendría después.

—Madre… ¿estás enojada conmigo?

—Claro que no, cariño —la miró con dulzura—, todos hacemos lo que mejor creemos con nuestras vidas, yo misma me equivoqué bastante en mi juventud, pero las experiencias que viví nadie me las quitará jamás, aprendí bastante en esos errores.

—¿No te arrepientes de nada?

—No, creo que no, aunque si hubiese perdido a tu padre para siempre… quizá de eso sí me arrepentiría toda la vida.

—Fue suerte que pudieras encontrarte con él y que ambos estuvieran disponibles después de tantos años.

—Creo que más que suerte, era el destino, ambos estábamos marcados para estar juntos y, eventualmente, nos encontramos.

—Eso es demasiado romántico para ti, madre.

—Mi historia de amor es la más romántica, Beth, no me avergüenzo por ello —sonrió—. Además, tu padre es un hombre extraordinario, lo buscaría hasta el fin del mundo.

Beth bajó la cabeza.

—¿Papá es tan perfecto?

—No diría que es perfecto —ladeó la cabeza, buscando los ojos de su hija—, pero es mi complemento perfecto.

—¿Dices que está hecho para ti?

—Sí, de alguna forma así es.

Beth se quedó pensativa, haciendo que su madre frunciera el ceño y se acercara más a ella.

—¿Tienes problemas con el principito?

—¡No! —se sorprendió—. No, nada de eso, es que… comprendo muy poco del amor.

—Oh, cariño, el amor no debe ser comprendido.

—Pero…

—Sólo disfrútalo, si en verdad estás tan confundida respecto a ello, quizá sea porque lo estás experimentando, en realidad, cuando te cásate te veía más… ilusionada, hecha a una idea que habías soñado, pero ahora en verdad pareces enamorada de él.

—¡No es eso!

—Es algo bueno, mi amor, no te exaltes.

—Claro, lo sé, es sólo que… aun me cuesta trabajo aceptarlo.

—Tenías que ser hija mía —rodó los ojos—. Y este bebé sin dudas es hijo de su padre, ¿verdad, corazón? Sí, eres igual a él.

Beth sonrió hacia su madre y miró al bebé que parecía más que interesado en los pendientes que colgaban de los oídos de su abuela.

—Princesa, ¿me permitiría unos momentos? —Rudolf le tocó la espalda con sutileza—. Señora Giorgiana Charpentier, es todo un honor tenerla en Wurtemberg.

—Oh, gracias, el placer es mío —sonrió—. ¿Quién eres?

—Soy primo del príncipe, Rudolf Lambsdorff, trabajo con su hija en varios proyectos, uno relacionado con el arte, espero que pueda participar en ello si es de su gusto.

—Claro, hablaré con Beth sobre ello.

Rudolf se llevó a la princesa lejos de la algarabía del lugar, tuvo que esperar pacientemente a que ella dejara de ser detenida para que alguien la saludara, le preguntara algo o la alabara, pero al final, habían logrado alejarse lo suficiente y estaban en soledad.

—¿Qué sucede Rudolf? —sonrió la joven con impaciencia—. ¿Qué es tan importante?

—Parece que tengo todos los puestos llenos para la semana del arte —dijo alegre—. Los artistas han aceptado y están más que encantados con la idea.

—¡Eso es increíble! —lo abrazó con alegría—. Ahora sólo hay que planificar la distribución, estoy pensando que al último cerremos con una velada y demos premios a los gremios.

—Me parece una buena idea.

—Sí, porque todas las artesanías estarán a la venta, pensé que podemos hacer una subasta con lo que falta de venderse.

—Beth…

—¡Y los músicos ganen el premio a la mejor composición!

—Me parece, pero…

—Creo que podría hablar con Raimond sobre los premios, supongo que estará de acuerdo, a él le encanta el arte.

—¡Beth! —ella frunció el ceño cuando él la tomó por los hombros con gentileza—. Escúchame palomilla, no dejas de hablar.

—Lo siento, me emocioné.

—Sí, puedo notarlo —la movió un poco con las manos—, vale, esto es algo para estar contentos.

—¡Lo es en verdad! —saltó de emoción—. Entonces, creo que debemos mandar invitaciones, ¡uh! Creo que deberíamos ir al pueblo y ver a los mejores, sólo calificarán los mejores y…

Beth de pronto elevó las cejas y abrió los ojos con impresión al sentir los labios de Rudolf sobre los de ella, se sentía extraño y reaccionó considerablemente rápido cuando lo alejó de ella. Estaba por demás decir que nunca le habían robado un beso, al menos no alguien que no fuera su propio marido.

—¿Qué estás haciendo?

—Perdóname, Beth, no lo pensé, soy un idiota…

—¡Maldita sea Rudolf! —gritó de pronto la voz de Raimond—. Te mataré, esta vez te mataré.

—¡Raimond! —gritó la joven, poniéndose en el camino de su marido—. Ha sido un malentendido.

—¿¡Un malentendido!? —gritó y apuntó al hombre—. ¡Besaste a mi mujer! ¡Maldición! ¿Tienes que querer todo lo que tengo?

—No sé por qué lo hice, Raimond, te juro que no lo hice adrede.

—¡No mientas! —se acercó, pero Beth colocó una mano en su pecho y se lo impidió, mostrándose determinada ante él—. Beth, quítate de en medio.

—No —ella miró hacia Rudolf y ordenó—: fuera de aquí.

El hombre se adelantó unos pasos, retando a Raimond, lo cual sólo hizo que Beth se sintiera aplastada justo en medio de esos dos grandes cuerpos, la chica rodó los ojos y los empujó a la vez. No era que los moviera demasiado, pero al menos servía de distracción.

—Bien, basta ya, Rudolf, piérdete en la fiesta —lo apuntó—. Y Raimond, vamos, hablemos.

—Espero que entiendas lo que sucederá —amenazó Raimond.

—¿Me retarás? —sonrió el primo.

—¡No! —ella miró de uno a otro—. Nadie hará ninguna estupidez, Rudolf, te dije que te largaras de aquí.

El hombre miró con una sonrisa a su primo enfurecido y se fue, dejando a la pareja en medio de aquel salón.

—¡Qué hacías aquí!

—Quería discutir algo conmigo —dijo tranquila.

—¡¿Discutir algo?! —gritó furioso—. ¡Quería acostarse contigo! ¡Maldición! ¡Eso era lo que buscaba!

—Y si así fuera, ¿qué? —le dijo enojada—. ¿Creerías que aceptaría? ¿Piensas eso de mí?

—No se necesita consentimiento para algunos hombres.

—Dudo que quisiera violarme, su alteza.

—Buscaba tu aprobación —la miró enojado—. Lo mataré.

—No, no lo harás.

—¿De qué demonios hablas? ¿Planeas que lo deje pasar? —la miró lleno de ira—. ¡Eres mi mujer!

—Y se supone que tú eres mi marido, ¿o no?

—¿Qué se supone que quieres que responda? Claro que lo soy.

—Entonces, yo también debo matar a Marilla, ¿cierto? Porque ella se acostó contigo y has manchado mi honor.

—¡No vengas otra vez con eso!

—Te invito a que seas racional entonces.

—¿Racional? —se acercó a ella—. ¿Cómo quieres que lo sea cuando lo vi? Provocó que lo viera.

—Nada más pasó, está confundido.

—¡Confundido! ¡Claro, seguro que es eso! ¿Tú crees que no sentí ganas de matarme cuando lo vi tomando tus labios? —pasó sus dedos suavemente por los labios de Beth, abriéndolos un poco y enfureciendo de nuevo—. ¡Maldita sea! ¡Son míos!

—¿Estás enojado, Raimond? —preguntó tranquila.

—¿Hace falta que me lo preguntes?

—¿Te sientes herido? ¿Traicionado? ¿Estúpido?

La miró seriamente por unos segundos.

—¿A dónde se supone que quieres llegar?

—Así me siento yo, pero multiplicado por un millón; tú me has visto besando a otro hombre, pero yo sé muy bien que eso no era lo más lejos que tú llegabas.

—¿Intentas salvarle la vida? —dijo furioso—. ¿Eso es lo que quieres? ¿Le amas?

—No digas tonterías.

Beth estaba increíblemente tranquila, era como si nada pudiera perturbarla, incluso se tomaba bastante bien que su marido estuviera gritando y caminando como una bestia enjaulada.

—¿Entonces qué, Beth? —le tomó los brazos y la levantó un poco —. ¿Qué esperas que haga?

—Que te tragues el coraje, la frustración y el odio y sigas tu vida como si nada pasara —elevó una ceja—. Eso es lo que yo hago.

—¡Maldición! —cerró los ojos frustrado—. ¡No puedo hacerlo! Te amo, no puedo dejarlo pasar.

—Si puedes —lo apuntó—. Claro que se puede.

Capítulo 20

La pareja se miró por un largo momento, Raimond parecía no poder controlarse, mantenía las manos hechas puño y la mandíbula apretada fuertemente, seguro que su interior estaría siendo una revolución de emociones, pero trataba controlarse.

—¿Te estás vengando de mí?

—No lo planee, si es lo que piensas.

La respiración del hombre estaba descontrolada.

—Pides que no lo mate.

—Es mi compañero de trabajo, sería terrible tener que encontrar a otro, además, es tu primo y le tengo aprecio.

—Está enamorado de ti.

—Está confundido, hemos pasado demasiado tiempo juntos.

—¿Y quieres que me quede tranquilo con esa explicación?

—No veo por qué no, es confianza, ¿cierto? ¿Acaso no me la tienes? —elevó ambas cejas, mirándolo caminar a su alrededor.

—Los hombres son diferentes a las mujeres… atacaríamos si es necesario —dijo amenazador—. Él podría reaccionar peor.

—Sé cuidarme sola.

—¡No quiero que tengas que cuidarte!

—¿Entonces qué, Raimond? ¿Te pelearás con cada hombre que guste de mí? No digas tonterías, mientras la mujer no quiera traicionar, no tienes ningún problema —el hombre apretó los dientes y se volvió hacia otro lado. Beth se sorprendió al comprender—. Piensas que lo haría… estás furioso porque sientes que, si Rudolf se me insinuara, me acostaría con él…

—Tú no me amas, eso lo sé bien —dijo frustrado—. Pero no puedo siquiera pensar en… simplemente no lo permitiré.

—¿Matarás a tu propio primo?

—Mataría al mismo Alan si lo intentara.

—Al notar que eres completamente irracional, te digo y te repito, jamás haré nada para ensuciar mi nombre o el de mi hijo, así que, puede sentirse tranquilo de pensar que lo traicionaría.

Raimond se acercó y la acarició tiernamente en el hombro, bajando la mano hasta su cintura y acercándola dulcemente hasta él; inclinó su cabeza para rozar la mejilla suave con su nariz y besó la misma zona después. El olor que de ella irradiaba era una combinación perfecta entre su aroma personal y el del bebé, sintió un retorcijón agradable al sentir la mano de ella subir hasta su mejilla y rozarle con su pulgar los labios, como si lo preparara para besar.

—Beth… ¿qué demonios me has hecho?

—Nada, su alteza.

—¿Lo haces a posta? ¿Sabes lo que haces en mí?

Claro que lo sabía, pero no se lo diría, así que sonrió.

—Sólo sé que soy su esposa.

—Lo eres, eres mi esposa —la abrazó con fuerza y enterró sus labios en los de ella, desabrochándole el vestido.

—Raimond… —dijo apurada—. En verdad has perdido el juicio.

—Sí, te doy la razón.

—No podemos hacerlo aquí, no ahora.

—Sí, lo haremos.

—Raimond, es la fiesta de tu padre, de la cual estoy a cargo.

—Nadie te extrañará por unos momentos, están entretenidos en la comida y bebidas.

—No me quites el vestido, no me desabroches.

—¿Segura?

—Sí —rodó los ojos—, será increíblemente difícil acomodarlo.

Raimond adoraba la forma en la que ella le daba órdenes en cuanto a hacer el amor se trataba, quizá Beth no se percatara, pero solía ser bastante controladora en el acto amatorio y él solía hacerle caso en lo que le pedía.

Así que cumplió, la llevó hasta el tapete más cercano y no desabrochó el ajustado vestido, simplemente levantó las faldas y le hizo el amor de esa forma, descontrolada, pasional y presurosa; ambos parecían ser víctimas de sus propios deseos, les agradaba intimar, quizá más de lo que era socialmente aceptado, pero en esos momentos en los que la razón se iba, a ninguno le parecía desafortunado el deseo del otro.

—Te amo —la besó y le tomó la cara, haciendo que lo mirara a los ojos—. No quiero que vuelvas a quedarte sola con Rudolf.

—Me parece imposible —dijo con voz sedosa, aún presa del goce —. Trabajamos juntos, ¿lo olvidas?

—Pide a Ana o a Kayla que te acompañen.

—Lo pensaré —Beth sintió un escalofrío reconfortante y se levantó para acomodar sus faldas y su cabello—. He quedado hecha un desastre, seguro que alguien lo suficientemente avispado sabrá lo que ha ocurrido.

—Espero que sí —ella lo miró impresionada—. Eres mi esposa, puedo hacerte el amor cuando sea.

—Claro, en un salón, en la velada en honor a tu padre es la mejor de las decisiones —negó—, ¿dónde está Albert?

—Lo dejé con tu madre, casi me arranca el brazo cuando lo vio conmigo —sonrió—. Parece contenta.

—Sí, le gustan los bebés más de lo que pensé.

—Quizá le gusta Albert porque viene de ti.

—Quizá —asintió—. Bien, ¿cómo me veo?

—Presentable.

—Antes de que pasara esto, me veía perfecta.

—Llamaré a alguien para que te ayude.

—Harías bien.

El príncipe se acercó, dio un beso a su esposa y se marchó, a los cinco minutos entró una doncella, sonrojada y presurosa, no dio palabra y simplemente arregló las ropas y el peinado de su señora, incluso había llevado ropa íntima extra a petición del príncipe.

Beth salió a la fiesta nuevamente en un estado de perfección. Sonrió, bailó y fue felicitada, incluso el rey había halagado la preparación y organización de la velada, nombrándola como la mejor de todos los tiempos.

La joven había visto a su esposo perdido por el salón, parecía contento y relajado, su prima Kayla estaba junto con el príncipe Alan, como era su costumbre y sus padres estaban felices en entretener al pequeño Albert, quién estaba tranquilo y sonriente. Pero algo le sonó bastante mal cuando vio a Marilla y la reina hablando como si fueran grandes amigas, si algo no le convenía era que esas dos hicieran una alianza.

—Beth —la princesa se volvía con un salto—. ¿Estás bien?

—Rudolf, no creo que sea el mejor momento para hablar —dijo, caminando por en medio de las mesas donde la gente se sentaba a comer de cuando en cuando.

—Sé que me propasé, pero quiero que todo siga igual entre nosotros, jamás quise besarte… bueno, lo quise, pero no incomodarte.

—Está bien, no pasa nada.

—¿Se ha enojado mi primo?

—Cómo era de esperarse.

—¿Cómo has conseguido que desista de matarme?

—Tengo mis métodos —dijo la joven sin pensar, no creyó que Rudolf sacara otro sentido a la oración, pero pareció que sí, puesto que se puso muy serio y la tomó del brazo.

—¿Has pedido mi salvación a cambio de entregarte a él?

Ella apartó el brazo y lo miró con el ceño fruncido.

—No he pedido nada a cambio de nada —lo miró—. Es verdad que argumenté que no deseaba tu muerte, pero no soy una mujerzuela, no necesito acostarme con nadie para conseguir lo que quiero, mucho menos con mi marido.

—Pero lo has hecho —reiteró—. Lo notó en la felicidad de Raimond, él nunca está tan feliz.

Ella lo miró con desagrado.

—Princesa —interrumpió un mozo—. Los encargados de la pirotecnia están impacientes, han olvidado la hora y necesitan…

—Sí, sí, iré con usted —lo tranquilizó. Pero antes miró a Rudolf con seriedad—. No quiero que volvamos a tocar un tema como este nunca más, ¿entendido?

—Sí… princesa.

La joven caminó detrás del mozo que no se detuvo en decirle los inconvenientes que había para antes de los fuegos artificiales, era bien sabido que la única persona que no disfrutaría de una velada, sería precisamente la persona encargada de organizarla. Sin embargo, Beth tenía un temple con el tema y solucionó el problema en un santiamén, regresando a la comodidad de estar entre sus padres y junto a su marido, quien parecía más tranquilo y llevadero.

—Pero si no sabía que se encontraba aquí, Lady Giorgiana —sonrió la reina Alexandra—. Es un placer volverla a ver.

—Lo mismo digo, excelencia —sonrió Giorgiana—, es una velada de lo más agradable.

—Se lo debemos, por supuesto, a su hija, quien ha organizado todo —dijo la reina elocuentemente—. Por cierto, ¿les he presentado ya a la señora Hofergon?

Beth se paró más erecta que antes y miró a su marido, notando que él también estaba disgustado, cerró los ojos y pasó suavemente su mano por la cintura de su esposa.

—No tenía el gusto —dijo Giorgiana un tanto extrañada—. ¿Debo entender que es su dama predilecta, excelencia?

—Así es, la he escogido hace poco, pero me ha agradado tanto, que no puedo separarme de su lado.

—Entiendo perfectamente —dijo la madre de Beth—, al no tener usted hijas, le será complicado saber lo que es de una buena compañía femenina, amorosa y desinteresada.

—Giorgiana —su marido susurró en su oído.

—Sin embargo, considero que al estar mi hija en su corte no debería serle tan ajeno el conocer de una excelente compañía.

La reina cerró instintivamente un ojo, mostrando la molestia ante las palabras astutas de esa mujer.

—Por supuesto, pero la princesa tiene tantas obligaciones, que me vi en la necesidad de tener una amiga que no fuera mi hija, como usted entenderá, hay temas de los que una no puede hablar con las hijas —sonrió la reina.

—Pero claro, con una hija que no se ha casado se tienen ciertas limitaciones, pero al estar Beth en igualdad de condiciones, no tendría que haber secretos entre ustedes —Giorgiana miró a su hija— ¿verdad cariño?

—Mamá, por supuesto, pero entiendo que la reina necesite de otras compañías, como dijo, yo tengo deberes con el pueblo, con mi marido y con mi hijo, ellos ocupan la mayor parte de mi tiempo.

La reina paralizó su sonrisa, al igual que Marilla junto a ella, se despidieron con un conjunto de palabrerías y se dispersaron entre la gente. Beth escuchó el suspiro furioso que lanzó Raimond antes de ir tras ellas y su padre desapareció en cuanto Giorgiana se volvió enojada hacía él.

—Así que… ¿La reina? —arrulló al bebé en sus brazos.

—Sí… bueno, no a todas les toca una suegra como la de la tía Katherine, ¿verdad?

—Es verdad —la miró de lado—. Dime cariño, ¿Ella te hace la vida difícil?

—Sería decir poco en su honor, ella se esfuerza mucho más para que la palabra no sea únicamente: difícil.

—Esa mujer —dijo enojada—, siempre me dio mala espina. Mira que venir a pavonear a esa mujer… ¡Agh! Se le notaba que está enamorada de tu marido, ¿lo has notado también?

—Lo he notado, madre —dijo lastimera.

—Es en verdad inconcebible, lo ha hecho a posta y sin importarle que sea yo tu madre, ¿pretende meterla a la cama de tu marido? Pero qué falta de decencia —Beth agachó la mirada, mostrándose cabizbaja en el asunto—. No debes preocuparte querida, se nota que a Raimond le ha agradado menos que nada aquella intromisión, seguro que está amonestando a su madre justo ahora.

—Sí, seguro que estará furioso —la joven se removió—. Madre… ¿Por qué los hombres traicionan?

—Porque son brutos, digamos que en cuanto su deseo empieza a dominar, no hay raciocino alguno, se dejan llevar por su…

—¡Mamá!

—Cariño, no debes preocuparte por eso, tu marido se ve encantado contigo, no temas; además, le has dado un hijo fuerte y seguro quiere más de donde vino este.

—¡Por Dios, mamá!

—¿Qué? El mismo Dios lo mandó decir.

Beth negó con la cabeza y dejó salir una carcajada, la lengua de su madre seguía siendo tan larga como de costumbre.

—Te eche de menos, mamá.

—Y yo a ti cariño, pero por ahora, tendré que buscar a tu padre, no vaya a ser que esa reina se le quiera meter por los ojos, ¿Te dije ya que le coqueteó? Es una horrible mujer.

Beth miró sorprendida a su madre, jamás imaginó que fuese celosa, pero ahí estaba ella, mostrándose como una mujer normal, protegiendo la fidelidad de su marido… aunque seguramente, si su padre se atrevía a tal trasgresión de sus votos matrimoniales, su madre lo mataría con su propia pistola en mano.

Aunque, como era de esperarse, Giorgiana no había ido detrás de

su marido, sino de una presa más importante de momento y lo encontró con moderada rapidez. Sonrió y se acercó a la reina.

—Su excelencia —dijo en un tono que no demostraba respeto— ¿me concedería unas palabras?

—Por supuesto, lady Giorgiana.

Ambas caminaron elegantemente por aquel patio abarrotado de gente, pareciendo las mejores amigas, pero haciendo evidente para quienes la conocían de la gran hostilidad entre ellas.

—¿De qué quería hablar, lady Giorgiana? Dudo que mi compañía le sea especialmente grata, la ha evitado en lo posible desde que la conozco.

—Sólo tengo algunas dudas sobre el comportamiento de mi hija —se colocó frente a ella—, especialmente en esa mirada que puso cuando usted hizo alarde de aquella mujer de tan poca gracia y obvia falta de título nobiliario.

—La señora Hofergon es esposa de uno de los altos tenientes del ejercito de Wurtemberg.

—Pero claro, a la altura de ser la dama de compañía de una reina —ironizó—. No quiero pensar mal, pero me disgustaría sobre manera saber que hay algo en esa mujer y su cercanía con usted que incomode a mi hija.

—Le aseguro que no sé nada de ello.

—Es lo que espero —dijo amenazadora—, porque, *excelencia*, usted podrá ser una reina de un pequeño país no más grande que un ducado, rico y próspero, tal vez, pero falto de conexiones y, para su mala suerte, yo tengo conexiones por doquier.

—No la entiendo, lady Giorgiana.

—Digo que, mi marca es apreciada en demasiadas partes de este mundo como para que quiera enemistarse conmigo, mi esposo es importante políticamente y respetado en países importantes, digo que sólo un tonto se pondría en nuestra contra.

—¿Nos amenaza?

—No he amenazado a alguien en años, excelencia, pero soy una madre sobreprotectora y como se la he confiado, espero que se la esté tratando de la mejor manera —sonrió—, con su permiso.

Raimond sonrió cuando sintió que su esposa se posaba a su lado, cargando a su hijo y posicionándose como el centro de atención casi de inmediato. Era imposible no verla, no admirar sus gráciles movimientos y su forma perfecta de hablar con sabiduría e interés.

—Están a punto de comenzar los fuegos artificiales —le susurró a su esposo.

—Será un espectáculo inolvidable seguramente.

—¿Quieres ir con tu padre? —el hombre elevó la vista y vio al rey en aquel trono elevado, disfrutando ser el centro de atención.

—No sé si quiera mi presencia, siendo que está en medio de atención y alabanzas.

—Seguro que su hijo no hará estragos en su felicidad.

—¿Quieres que vaya con él?

—Su alteza debe hacer lo que guste.

—Me gusta mi familia, me gusta estar con ella.

—Raimond —dijo de pronto la reina—, pido de tu tiempo para intercambiar unas palabras.

—Madre, ¿podría ser en otro momento?

—No, es imperativo que me escuches.

El príncipe suspiró, besó la mejilla de su esposa y fue con su madre. A Beth no le causaba incomodidad estar sin su esposo, solía desenvolverse con facilidad ante las personalidades y ella podía encantarlos con su plática sincera y autentica.

Las personas comenzaban a acomodarse para el espectáculo, las ansias y los susurros se fueron acallantando conforme la hora se avecinaba, todos esperaban ansiosos a que las primeras luces iluminaran el cielo oscuro.

Beth había pedido que todo se apagaran momentáneamente para cuando los fuegos artificiales comenzaran, sólo había dos largas hileras de faroles iluminados que daban camino hasta los hombres que encenderían el fuego para dar comienzo al espectáculo.

El silencio se hizo presente, haciendo inevitable escuchar el silbido que dio inicio a la pasarela de luces de colores que sacaron las sonrisas y el aplauso del público en general. El asombro del primer momento pasó al deleite del silencio y la admiración del cielo siendo iluminado.

Pero entonces, un retumbo diferente se entremezcló entre el silbido de los cohetes, Beth miró extrañada en dirección al sonido, notando que un tumulto de gente se inclinaba y, después, gritos, descontrol, la gente corría y nadie entendía el motivo, puesto que los fuegos artificiales seguían eclipsando el resto de los sonidos, pero entonces, alguien gritó algo coherente.

—¡Le dispararon al rey! ¡El rey ha muerto!

Beth miró horrorizada hacia donde tendría que estar la figura garbosa del padre de Raimond, pero ahí no había nadie y era precisamente donde la gente se arremolinaba y la demás, corría.

Se hizo el descontrol, la gente se aventaba, gritaba e intentaba huir de alguien a quien no sabían identificar. Beth tomó con fuerza a su hijo y buscó a sus padres, a Kayla y a cualquiera que conociera, no entendía lo que había ocurrido, pero tenía en mente huir de los guardias; ya la vez pasada los habían engañado, no quería ser prisionera de nuevo, mucho menos con Albert en brazos.

—¡Raimond! —gritó.

No quería pensar que él también pudiera estar herido, seguro que, si habían ido a matar al rey, su marido sería el segundo en la lista y, el tercero, era el bebé en sus brazos. Tenía que pensar, quizá si se perdiera entre la gente, no lograrían capturarla, veía a demasiados guardias, corriendo de un lado a otro, estaba asustada, tenía en mente a demasiadas personas y su corazón le impedía pensar correctamente.

Entonces, la tomaron desprevenida, haciéndola gritar y patalear en su defensa, tomando a bebé que lloraba desconsolado en sus brazos, no se dejaría llevar, no matarían a su hijo.

—Beth, soy yo.

—¿Raimond?

—Ven conmigo, no hay tiempo.

—Tu padre….

—No hables ahora —dijo apurado—, tengo que llevarte a un lugar seguro.

—Mis padres, mi prima.

—Ellos están bien.

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estabas?

—Lejos de ti, al parecer, me alegra que seas inteligente y te mantuvieras cerca de la gente.

—Raimond, tengo miedo, si encuentran a Albert.

—Tranquila, estarán bien, camina.

Él la llevaba presuroso por los pasillos del castillo, pasillos que ella jamás había visto, parecían una zona a la que jamás había tenido acceso, quizá fuera un ala protegida del castillo. Raimond la condujo hasta unas grandes puertas que estaban siendo vigiladas por guardias armados y, al parecer, confiables, estaban vestidos diferentes.

—¿Qué…?

—Es la guardia real, te protegerán.

—Raimond…

—Entra aquí —le abrieron las puertas—, no salgas por nada del mundo, nada de ideas, nada de arriesgarse, si algo sale mal, hay gente que sabrá que hacer.

—¿Tú que harás?

—Volveré allá.

—¿Qué? Tú también eres blanco, te quieren matar.

—Quizá.

—No, nada de quizá, es la realidad.

—Beth, entra ahí, cerciórate de que tu familia está bien y quédate a salvo por favor.

—Raimond…

—Por favor, mi amor —la tomó de los hombros—. Por favor.

Beth notó entonces lo destrozado que estaba, no sólo tenía problemas políticos, sino que acaban de matar a su propio padre y él

ni siquiera podía ocuparse de ello, puesto que había otras prioridades.

—Sí, lo siento, esperaré aquí.

—Gracias —le besó la mejilla y se marchó.

En cuanto entró en la habitación, su madre, prima y padre se acercaron a ella y la abrazaron con cariño.

—Oh, ¡Beth! ¿Dónde te metiste?

—Lo siento.

—Pero ¿qué ha sido todo esto? —frunció el ceño su padre.

—Es… parece ser que hay gente desconforme, son atentados.

—¿Estás bien? —la abrazó Kayla—. Te busqué, pero sólo logré encontrar a tus padres.

—Con eso me doy por bien servida.

—Me dijeron que Alan está herido —dijo seriamente—, al parecer a él también le han disparado.

—Quiere decir que van contra la familia real.

—Si estás en peligro aquí, debes volver a casa con nosotros —exigió Giorgiana.

—Cariño, es más complicado de lo que piensas, no sólo estás llevándote a tu hija, sino a una princesa de otro país.

—¡Me importa poco!

—Padre tiene razón —dijo Beth—, Francia no aceptará ponerse en riesgo, es complicado dar asilo político.

—No permitiré que mi hija muera por disputas de otros.

—Ahora ésta también es mi lucha, Albert es hijo de Wurtemberg y su trono está aquí, así que yo también.

—Te has convertido en una mujer sabia, Beth —sonrío su padre —, pero no me gusta nada como pinta esto.

—No la incentives Asher, ¿qué haces? —dijo molesta Giorgiana—. No, irás de regreso con nosotros.

—Madre, por favor.

—Nada de por favor, no esperaré sentada a que me llegue la noticia de que mi hija ha muerto, no lo permitiré.

—Eso no va a pasar —tranquilizó Beth.

Ella estaba tratando de tranquilizar a sus padres, pero era la segunda vez que atacaban a palacio y eso sólo quería decir que seguían inconformes, pese a que sabía que Raimond y su padre se habían puesto a trabajar en las peticiones del pueblo, parecía ser que no era suficiente.

Capítulo 21

Beth caminaba de un lado a otro, habían pasado horas desde que los movieron a las habitaciones ordinarias de la realeza, sin embargo, la vigilancia había aumentado y Raimond no hacía acto de presencia y, para colmo, a ella no la dejaban salir.

—Bueno, hija, siéntate un momento, me estás poniendo nerviosa —pidió su madre.

—La que está de nervios es ella, tía Gigi, ¿No la ves?

—Es que me parece una inhumanidad que nos dejen aquí atrapadas, incluso padre ha podido salir.

—Ya intenté huir —dijo Kayla—. Tú lo intentaste también al igual que tía Giorgiana, no hay más que hacer.

—Es que algo malo está pasando, eso quiere decir esta prolongada espera, quieren matarme de nervios.

—Beth, si sigues así te será imposible alimentar a tu propio hijo —Giorgiana tenía a su nieto en brazos, sonriendo y meciéndolo.

—No veo cómo puedo relajarme, ni siquiera dejan que las doncellas traigan té por miedo a abrir las puertas.

La joven siguió dando vueltas, se sentó, pretendió leer, se puso en pie de nuevo y luego se sentó. Era terrible, una espera terrible. Entonces, la puerta cedió, dando paso a un cansado Raimond y al padre de Beth.

—¡Raimond! —la joven dejó salir en un suspiro, abrazándolo.

—Lamento la larga espera —dijo con su esposa en brazos—. Pueden volver a sus habitaciones, hemos dejado preparados los carruajes para que puedan partir cuanto antes.

—¿Disculpe? —se puso en pie Giorgiana.

—Es lo mejor, querida —se introdujo Asher—, por ahora, debemos irnos.

—No dejaré a mi hija aquí, al menos espero quedarme.

—Giorgiana, hablaré contigo en la habitación.

Beth notó la sorpresa en la mirada de su madre y fue la razón por la que asintió sin protestar más.

—Señorita Hamilton, haría bien en empacar sus cosas para que no retrase a sus tíos.

—¿Me tengo que ir también?

—Por ahora, cualquier noble de otro país no puede ser recibido aquí como es debido, temo que puedan sufrir un desperfecto y no estamos preparados para afrontar un disgusto político.

—Pero ella es mi prima —dijo Kayla.

—Bien, será una charla para las dos —dijo Asher, tomándose la

libertad de tratar a Kayla como su hija, era de esperarse, ya que esa muchacha y Beth habían crecido prácticamente juntas.

—Papá —Beth se separó de su marido y se acercó—. ¿A qué hora partirán?

—En cuanto tu madre recupere fuerzas.

—Por favor… no se vayan sin despedirse de mí.

—Jamás, vendremos a ti.

Beth hizo una mueca lastimera al saber que ni siquiera vería a sus padres por un prolongado tiempo, se abrazó al hombre fuerte que amó antes que a ningún otro y lloró en su hombro, como cuando niña, su padre la abrazó y con sus dedos dio pequeños toques en su espalda, como si tocara una melodía de piano.

—Te amo papá.

—Y yo a ti, Beth.

Asher cerró la puerta de la pareja y fue entonces cuando Beth volvió la vista hacia su marido, quien se recostaba en la cama completamente derrotado.

—Lamento lo de tu padre… me he enterado de que Alan está estable y mejorando.

—Mi hermano está bien, la bala apenas e hizo estragos en él.

—¿Cómo te sientes con lo otro?

—Parece ser que el hombre que ha venido a matarlo hoy, no tiene nada que ver con los que entraron con anterioridad en el castillo —suspiró—, es un tanto reconfortante, pero prefiero que no haya nobles de otros países aquí.

—Entiendo…

—Lamento que hayas visto tan poco a tus padres —le tocó la mejilla con ternura.

—No es momento de hablar de mí —negó—. ¿Han capturado al hombre, entonces? ¿Qué ha confesado?

—Venía a asesinar al rey, pero no tenía órdenes de matar a nadie más —miró hacia el techo—, no lo comprendo.

—No quiero sonar fría en un momento tan triste, pero quizá piensen que contigo en el trono, las cosas mejorarán.

—No creo que piensen en mí en el trono —sonrió—, seguro que piensan en ti en el trono.

—Eso es tonto, incluso lo puedo considerar un insulto.

—Jamás me atrevería a decirlo como un insulto, pero supongo que el pueblo tiene en mente que la princesa dorada podrá ser buena consejera del nuevo rey —asintió—, no creas que no lo pensé, seguro ha sido motivado por esos sentimientos.

—¿Puedes reprocharlo?

—Supongo que no lo haría si acaso el hombre asesinado no fuera mi padre —cerró los ojos y una lágrima traicionera salió disparada

hasta esconderse detrás de su oreja.

—Lo siento tanto, Raimond —lo abrazó—, en serio lo lamento.

—Está bien —se levantó y comenzó a desvestirse—, creo que lo que necesito es dormir.

—Sí, ¿por qué no tomas un baño? Seguro eso te va a relajar un poco —apunto la puerta—. Prepararé la cama para ti.

—Gracias.

Beth esperó a que el hombre desapareciera por la puerta del baño antes escribir a todas prisas una nota y abrir la que conectaba al pasillo, los custodios seguían en sus posiciones, sabía bien que no se moverían y sabía también que no la dejarían salir a ella.

—Mis señores, espero no importunarlos con tareas tan tontas, pero quisiera que una doncella viniera, ¿lo tengo permitido?

—No, su alteza.

—Es de suma importancia, verá, sólo entre mujeres nos entendemos en estos temas.

Los hombres se miraron por un prolongado momento y finalmente asintieron con la cabeza. Beth sonrió y esperó impaciente a que su doncella llegara a sus habitaciones.

—Su alteza, he traído lo necesario para…

—Olvida eso, querida —pidió Beth—, has de hacerme un favor.

—¿Mi señora?

—Necesito que lleves esto a la habitación de Kayla Hamilton.

—Pero su alteza, tenemos prohibido ir a las habitaciones de la nobleza, ni siquiera sé por qué…

—Rosana, no hay tiempo que perder, lleva esta nota a mi prima cuanto antes —la miró—, que nadie te vea, deslízala por su puerta.

—Pero… ¿y si no escucha?

—Escuchará, tiene los sentidos más sensibles que conozco.

—Como ordene, mi señora.

La doncella salió justo a tiempo para no ser vista por Raimond, pero este, al notar había dejado atrás al momento de salir presurosa, miró a su esposa con una ceja arqueada.

—Me parece que hay algo mal si es que estás en tus ciclos ahora.

—No —se avergonzó—, ha sido una falsa alarma.

—¿Quién trajo estas cosas?

—Nadie —se apuró a decir—, las he sacado yo misma al pensar que… por favor, no me inquietes con este tema.

—No es lo que intento, simplemente pensé… —suspiró—, no importa ahora mismo, ¿Podrías traer a Albert a la cama? Desearía que durmiera con nosotros esta noche.

—Por supuesto.

Ella corrió hacia la cuna de su bebé y lo acogió dulcemente, llevándolo consigo a la cama y acomodándolo junto a ella, no le

gustaba dejarlo en medio, pensaba que Raimond se olvidaría de él y lo aplastaría, así que solía dormir de su lado, dejándola atrapada entre su marido y su hijo.

—¿Estás seguro que no quieres hablar? —lo miró sobre su hombro, dejando que se acurrucara contra ella, esta vez no protestó.

—No, no quiero hablar de nada —los abrazó con fuerza—. Simplemente deseo dormir.

Beth se acomodó nuevamente entre sus brazos y se permitió dormir junto a él, siendo inconsciente de lo que sucedía a sólo unas habitaciones de las de ellos, específicamente, la de Alan, quien estaba mejor que nunca, nadie diría que estaba malherido por la forma en la que hablaba y sonreía y también bebía.

—Oh, Alan, me alegra que estés bien, mi cielo.

—¿En serio madre? —el hombre dejó de lado la copa en la que bebía el elixir tinto del vino—. ¿Qué haces aquí?

—Eres mi hijo y estás malherido.

—Claro, si tanto te preocuparas por mí, me hubieras llevado lejos, como lo hiciste con Raimond.

—¿De qué estás hablando, Alan? —el tono amoroso de su madre se había esfumado.

—No soy estúpido y no tengo tantos problemas como mi hermano como para no notar que ha sido idea tuya.

—Cuida tus palabras Alan, no sabes lo que dices.

—Lo sé bien —le dijo con una ceja levantada—, te has deshecho de un obstáculo bastante grande en tu camino, supongo que no esperabas que yo arriesgara la vida por alguien que no es mi padre.

—¡Cómo te atreves!

—Por favor, madre —chasqueó la lengua—, es de estúpidos, además, tengo buenos contactos como para enterarme de ello.

—No hables sin saber Alan, es riesgoso tener una lengua tan larga en una corte.

—¿Te molestaría que se supiera? —dijo enojado, cuidado su hombro—. Claro, porque la respetable reina sería despreciada.

—Te dije que ya basta, Alan.

—Pero te falta un obstáculo más, —sonrió—. Ahora Raimond es el rey, pero tú no lo controlas, así como no controlabas a mi padre.

La mirada de seriedad de la reina demostraba la verdad en las palabras de su hijo.

—Seguro que se te ha infectado la herida, estás delirando, creo que te has impactado demasiado, llamaré al médico en seguida.

—He estado en lugares y visto cosas peores que una muerte.

—Estamos hablando de la muerte de tu padre.

—¿En serio?

—Alan, mi cielo…

—No me matarías a mí también, ¿verdad, madre? Al menos pienso que no serías capaz de asesinar a alguien que ha venido de ti —se acomodó en la cama—. Te ha salido todo muy bien, has utilizado el ataque pasado a Hohenzollern para encubrir tu plan.

—Estás tomado.

—Quizá, pero no por ello estoy mintiendo.

Capítulo 22

Beth se despertó gracias al movimiento que Raimond hacía en la cama, era bastante obvio que pretendía salir, pero ella estaba casi segura de que acababan de cerrar los ojos, se sentía tan cansada como cuando se recostó en la almohada.

Pensó que sería una buena idea no perturbarlo, así que fingió seguir durmiendo, su marido se puso en pie, rodeó la cama y tomó al bebé de entre sus brazos; se sintió extrañada, era una actitud que su marido jamás había tomado, pero lo dejó estar y simplemente lo observó mientras él se alejaba hacia la ventana.

Raimond simplemente lo mecía y le hablaba quedamente, Beth se moría de curiosidad, pero decidió que era uno de esos únicos momentos en los que le permitiría esa paz con el bebé, ella normalmente era controladora con el tema, ni siquiera a su marido lo dejaba tranquilo cuando se trataba de Albert.

El bebé, al haber sido despertado, no tardó en llorar, clamando a su madre que finalmente tuvo que ir tras él.

—Lo lamento, mi amor, no pretendía despertarte.

—Está bien —tomó al niño en brazos y sonrió, sentándose en la mecedora de la habitación y descubriendo su hombro—. ¿Qué sucedió? ¿Por qué has despertado?

Raimond tomó una silla entre sus manos y la acercó a la mecedora, donde su esposa se balanceaba y alimentaba a su bebé.

—Supongo que lo que ha sucedido hoy no es algo que pueda evitar, ni siquiera cuando estoy dormido.

—Es entendible, ha muerto tu padre.

—Sí, justo eso me ha hecho recordar lo mucho que quería ser diferente de él —la miró—, resulta que soy idéntico.

—No lo eres.

—Sí, lo soy, todo el inicio de nuestro matrimonio es el indicio de ello —negó y se puso en pie, mostrándose frustrado—. Dije que cuando tuviera un hijo jamás le faltaría mi cariño, ni el de su madre, se suponía que haría todo para que fuera feliz, quería que fuera más que un príncipe, sino un ser humano.

—Albert aún es pequeño.

—Lo sé, pero arruiné las cosas contigo y ahora… —negó—, ahora tú no puedes verme con los mismos ojos, lo arruiné. Te hice daño, se lo hice a él y me lo hice a mí.

Beth bajó la mirada hacia su bebé, sintiendo que el corazón le palpitaba con fuerza, se había quedado sin palabras.

—Aún puedes remediarlo —le dijo—. Él no lo recuerda, está aquí

y puedes hacer que él sea feliz, que tenga una vida diferente a la que has tenido tú.

—Beth, sé que puedo ser un buen padre —se volvió a sentar en la mecedora, esperanzado y tomándole la mano—. Pero… quisiera que él también viera bien a sus padres.

—Tienes cosas más importantes en las qué pensar ahora —lo miró —. Ahora eres rey, tendrás responsabilidades aún más grandes.

—No quiero que nada sea más grande que mi familia.

—Tú eres el único que puede hacer de eso una realidad.

Raimond se agachó y besó el dorso de la mano de su esposa con tal devoción que le provocó un escalofrío a la joven.

—¿Cómo pude estar tan ciego?

—También me lo pregunto.

El príncipe levantó la mirada y dejó salir una carcajada al ver la disimulada sonrisa de su esposa. Se levantó de la silla y la besó con todo el cariño que pudo depositar en aquella caricia.

—Te amo Beth, no sabes cuánto.

Ella bajó la mirada hacia el bebé y lo separó de ella, volviendo a colocar el camisón en su lugar y paseándose con él mientras le daba ligeros golpecitos en la espalda. Raimond sintió una agradable sensación mientras la veía actuar tan natural con el bebé, era como si Beth hubiese nacido para ser madre.

—Será mejor que nos recostemos al menos un rato —pidió la joven dejando al niño en la cuna—. Mañana será un día pesado.

—Por no decir que será espantoso.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Nada —la miró—. Vamos dormir.

Beth se recostó y permitió que él volviera a abrazarla, parecía realmente perturbado y estaba segura que no podría dormir, pero ella no quería hablar de nada, así que se durmió.

Raimond abrazó con más fuerza el cuerpo de su esposa y presionó besos en sus hombros y cuello, no pretendía despertarla y no lo hizo, parecía realmente cansada, pero él no podía seguirla, no cuando tantos pensamientos se aglomeraban en su cabeza. Como el hecho de que su hermano estuviera herido, su padre muerto y su madre se hubiera comportado tan extraña momentos antes de la muerte de su padre.

No quería pensar lo que hubiese ocurrido si acaso algo le pasaba a Beth y al niño, hubiese querido jamás separarse de ellos, estaba cansado de sentir terror cada vez que algo por el estilo sucedía, quisiera estar a su lado cuando las cosas se pusieran así de graves.

Amaba a su esposa cómo nunca pensó amar a una mujer y eso que pensó por mucho tiempo que Marilla era todo aquello que él había soñado tener en una esposa, pero ciertamente, su mujer había

superado cualquier expectativa y la había multiplicado, Beth era perfecta y lo peor, era que ella lo sabía y era la razón por la que nunca lo terminaría de perdonar.

Beth despertó unas horas más tarde, había unos ligeros golpes en la puerta y, después, alguien entró a hurtadillas a la habitación. Al ver a Kayla, dándole indicaciones con la mano para que saliera de ahí, la princesa se levantó, apartó el brazo que su esposo mantenía sobre ella y salió al pasillo con su prima.

—¿Qué ha sido esa nota que me mandaste?

—Algo sucede por aquí, sé que la reina esconde algo —miró a sus lados, verificando que no hubiese nadie—, necesito tu ayuda.

—Estás hablando con la Hamilton equivocada, yo no soy como mis hermanos, no tengo dones para esto.

—Sigues teniendo todas las conexiones, por favor Kay…

—Agh, no me hagas esa mirada de cachorro apachurrado.

—¿Lo harás?

—Claro que lo haré, siempre ando cumpliendo todo lo que quieres —rodó los ojos—. La verdad es, que yo también noté que hay algo raro y comencé por mi cuenta.

—¿En verdad?

—Sí, pero, como te dije, yo no tengo en la sangre esa parte de mi padre, estoy seguro que ni siquiera soy su hija.

—No digas tonterías, Kayla, eso querría decir que tu madre le fue infiel —negó—, es una ofensa grande.

—Estoy bromeando, sé que soy su hija, saqué su mal humor.

—Kay.

—Sí, sí, pediré ayuda a alguno de mis hermanos, si no tienen trabajo, quizá quieran ayudar.

—Gracias, ¿mis padres?

—Abajo, seguro que estamos por irnos.

Beth asintió y bajó las escaleras junto con su prima, era temprano al día siguiente, por lo cual nadie estaría despierto, habían tenido una noche espantosa y en definitiva todo el mundo necesitaba dormir. La joven se despidió de sus padres con una tristeza profunda, se había sentido tan feliz de verlos, que le resultaba toda una tortura tener que dejarlos ir, incluso lloró un poco mientras veía la carroza partir.

—Lamento que se tuvieran que marchar tan pronto —la abrazaron por detrás—. ¿No te parece inadecuado estar aquí en bata?

—No creo que nadie se levante después de todo —tocó los brazos que la rodeaban para que la dejara libre y se dio la vuelta para mirarlo —. ¿Qué haces despierto? No has dormido nada.

—Lo sé —se inclinó de hombros—, no creo hacerlo.

—¿Quieres que… te acompañe a ver a tu padre?

—Lo han estado adecentando —negó—, tenemos que arreglarnos

para el funeral.

—Claro —le tocó la mejilla—. Iré a ver como se encuentra Alan.

—Estoy seguro que estará despierto y…

—¡Raimond! —ambos se volvieron hacia la potente voz que Beth no alcanzó a reconocer—. ¡Mi muchacho!

—Tío Bruno —Raimond fue hacia él y le dio un fuerte abrazo, dejando a la perpleja mujer detrás de él—. Me alegra verte por aquí de nuevo, llevabas demasiado tiempo ausentaste.

—Me enteré de lo que pasó —negó—, ¿cómo te encuentras?

—Prefiero no hablar de ello —extendió un brazo hacia su esposa para que se acercara—. Ella es mi esposa, Beth.

—Pero claro, es un placer, conozco bien a tus padres —sonrió con facilidad—, el pueblo no deja de hablar sobre ti.

—Es un placer conocerlo, aunque me encuentre en estas circunstancias —se cerró con fuerza la larga bata que traía como protección del frío.

—No debes preocuparte por ello querida —sonrió y cambió el tema rápidamente—. Vi a tus padres de salida.

—Sí… han tenido que marcharse debido a la situación.

—No te preocupes, linda, esto es pasajero —sonrió con afabilidad —. Pero me enteré que ambos tenían un hijo, será un placer conocerlo también.

—Claro, justo ahora estará durmiendo, pero me sería un placer que Albert conociera a su…

—Él es mi tío Beth, el esposo de la hermana de… de mi padre.

—Oh, no sabía que tu padre tuviera una hermana.

—Bueno, a él le gustaba mantenernos en secreto —sonrió galantemente el hombre—. Los dejo, iré a ver a Alan y a tu madre.

Bruno era un hombre alto, de cabellos rubios y ojos azules, una sonrisa bondadosa y maneras gráciles que provocaba que confiaras en él al instante.

—Gracias tío.

El hombre pasó presuroso hacia la recámara de Alan, para ser alguien que Beth jamás había visto y no venía con frecuencia, parecía preocupado y bastante enterado de lo que sucedía en el castillo.

—Al parecer te cae en gracia —le dijo la joven.

—Sí, es un buen hombre, le tengo aprecio.

—Se nota… ¿es el padre de Rudolf?

—Sí —negó—, no puedo creer que una persona como él tenga un padre como el tío Bruno. Pero bueno, uno no escoge donde nacer.

—De ser así, hubieras escogido nacer del tío Bruno, supongo.

—No me negaría.

—¿A pesar de que entonces no serías rey?

—Me interesaría poco, el peso de ese título me lleva consumiendo

el alma prácticamente desde que nací.

—No sabía que te disgustara ser rey.

—Me he entrenado para ello toda mi vida y lo he odiado a cada segundo —aceptó—, pero son cosas que se tienen que hacer.

Beth se dejó llevar por la mano que él había colocado en su cintura y lentamente la dirigía hacia sus habitaciones, pasando antes por las cámaras de Alan, quién parecía malhumorado al tener al tío Bruno ahí, hablándole preocupado con respecto a su salud.

—Alan no parece tenerle tanto aprecio.

—A mi hermano le agrada meterse con quien sea, incluso con el tío Bruno, no le cae en gracia y no tengo idea de por qué.

—¿Siempre fue así?

—No, hubo un tiempo en el que en verdad lo quería.

—De la nada cambió.

—Por decirlo de algún modo.

—Entonces… ¿Por qué no te llevas bien con el primo Rudolf?

—No hablemos de él, estoy queriéndolo matar justo ahora.

—Lo sé, pero te digo que el hombre estaba confundido.

—Claro, esa es una razón válida para besar a las esposas de otras personas, a la mía en específico.

—Por favor, Raimond, ya habíamos hablado sobre esto.

El príncipe apretó la quijada y volvió la mirada hacia otro lado, tratando de enfocarse en cualquier cosa menos en la ira que comenzaba a crecer dentro de él. Para Beth había sido muy fácil dar el tema por zanjado, tenía la carta perfecta para hacerlo callar, pero él no podía quedarse tranquilo y, con la presencia del tío Bruno en el castillo, aseguraba por ende la de su hijo.

Capítulo 23

El funeral del rey había sido una de las situaciones que a Beth le gustaría jamás repetir, pero, pese a lo horrible de la situación, ella había podido descubrir algo interesante, además del supuesto acercamiento de Marilla con la reina, había otra persona que era increíblemente cercano a ella y ese era el tío Bruno.

Beth entendía muy bien que dentro de poco tiempo ella sería coronada como reina junto con Raimond, lo cual parecía sacar canas vedes a la madre del rey, quien no dejaba de molestarla día y noche desde que el hombre que era su esposo falleció y el único que parecía frenarla en sus actitudes, era precisamente el tío Bruno.

—Beth, pensé que entendías que ahora que eres la reina consorte, tus obligaciones han cambiado y ya no puedes hacer lo que quieres.

—¿Hacer lo que quiero? —ella se levantó de su escritorio y miró a la madre de su marido con desprecio—. Que recuerde, su alteza, jamás he hecho algo así.

—Mi querida Beth —dijo con molestia—. Me parece que de ahora en adelante estarás bajo mi protección para que aprendas lo que es ser la consorte del rey.

—No hace falta, mi señora, creo que me he desempeñado a la altura hasta el momento, el príncipe… —ella negó—, el rey no ha puesto queja alguna a mi comportamiento.

—Es porque él también está aprendiendo.

—Entonces debería enfocarse más en él, quien dirige al país y no en mí, que me encargo de nuestra imagen ante el pueblo.

La reina apretó la mandíbula.

—¿Dónde está la duquesa Ana?

—Volverá pronto, ¿la necesitaba para algo?

—Por el momento, me gustaría que no se separara de tu lado, al menos ella sabe lo que es ser una mujer de esta corte.

La reina dio media vuelta para salir, dándole tiempo a Beth de murmurar a lo bajo mientras leía y pasaba papeles de un lado a otro.

—Sí, claro, “mujer de esta corte” —negó y arremedó—, lo que significa es ser aplastada por un hombre, yo no quiero ser así.

—Parece que la linda reinita tiene un problemita.

—Alan —sonrió la joven—, te ves mejor.

—Lo estoy —se sentó frente al escritorio de Beth—. ¿Qué tal?

—¿De qué hablas?

—¿Qué tal te va con la nueva vida?

—No he sentido ninguna diferencia —dejó unos papeles a un lado y sonrió—. Pero tengo una investigación pendiente.

—¿Investigación? ¿De qué hablas?

—Seguro que te será interesante —lo miró de reojo—. ¿Por qué te cae mal tu tío Bruno?

—Así que no eres nada tonta, has notado algo extraño.

—Pero claro, es más que obvio.

—Para todos menos para mi hermano, parece ser.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Crees en realidad que lo ignore?

—Sí, en realidad, Raimond siempre ha estado demasiado ocupado o lejos de casa como para darse cuenta de nada.

—Bueno, quizá encuentre una forma en la que tu madre me deje tranquila de una vez por todas.

—Lo dudo preciosa, pero puedes intentarlo.

La joven sonrío y trató de ignorar a su cuñado, quien seguía quitándole el tiempo y tratando de distraerla con lo que le era posible, incluso le lanzaba bolitas de papel que se encargaba de arrancar de un libro, lo cual la estaba volviendo loca.

—Su majestad —tocaron a su puerta justo en el momento en el que Beth quitaba otra bolita de papel de su cabello y se la lanzaba de regreso a Alan.

—¿Sí?

—La busca el señor Rudolf.

—Déjelo pasar —asintió la joven.

—No creo que a mi hermano le agrade eso.

—Su hermano no está aquí, ¿Verdad?

—Pero le voy a decir.

—Déjate de tonterías, ¿no tienes algo mejor que hacer?

—Sí, fastidiar a Raimond, pero él ya me ha echado de su despacho hace... ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—¡Largo de aquí Alan!

El muchacho se puso en pie al momento que la puerta se abría, dando paso a Rudolf, quien parecía avergonzado por el último encuentro que había tenido lugar entre ellos.

—Beth… tengo que disculparme contigo.

—Sí, me parece lo más acertado.

—No sé qué me sucedió, supongo que… entendí mal.

—¿Se supone que fui la culpable de que se malinterpretaran las cosas? No hice nada para incentivar un avance como el que hiciste.

—Sé que no… simplemente me dejé llevar por la emoción del momento y, ahora, con la muerte del tío, ni siquiera se hará realidad.

—Veremos qué sucede, la situación es complicada, sigue habiendo ataques a los nobles del país.

—Están hartos de que los gobiernen de una forma tan...

—Eso cambiará con la llegada de Raimond.

—No, cambiará con tu llegada, la gente se regocija de saber que estarás sentada en el trono a su lado, que serás su consejera, si por ellos fuera, la que llevaría la corona serías tú.

—Eso dicen, pero jamás les ha gustado que una mujer esté al poder —negó Beth—, creo que los incomoda.

—Toda la ventaja que tiene Raimond en este momento es tenerte a ti como esposa ¡Y ni siquiera te merece! Por Dios, Beth, deberías estar muy lejos de aquí ahora.

—Sabes que estoy aquí porque tengo un hijo al cual proteger.

—Lo sé, sé qué haces todo esto por Albert, ¿pero lo crees justo?

—Haré lo que sea necesario por ello.

Rudolf la miró con molestia, colorándose sus orejas.

—¿¡Pretendes aguantar todas sus infidelidades!? ¿El que te viera la cara durante meses no te fue suficiente?

—¡Basta! —dijo molesta—. ¿Por qué me vienes a echar en cara esto? No es asunto tuyo y jamás te permití inmiscuirte en ello.

—Quizá no, pero te has hecho querida para mí y me parece abominable que tengas que seguir viviendo en tales condiciones.

—Él se está remediando, quiere remediarse.

—¿Qué dices? —negó—. Sabes bien que él siempre ha amado a Marilla, te lo expliqué mil veces.

—¡Sé lo que me has dicho!

—¿Entonces por qué no entiendes?

—No hablaré de esto contigo.

Rudolf la miró sorprendido.

—No lo puedo creer… —la tomó de los hombros—. ¿Aún lo amas? Pese a todo, ¿Aún puedes amarlo?

—Te pido que me sueltes o llamaré a los guardias.

—No Beth, no llamarás a nadie, el que se va soy yo.

Beth se sintió derrotada en cuanto él dijo aquellas palabras, ¿era notorio que aún lo amaba? Se sentía tan estúpida como Rudolf le había dejado entrever, quizá se dejó envolver un poco en la actitud de Raimond durante estos últimos meses, él en verdad parecía convencido en querer estar con ellos.

De pronto le llegó un fuerte dolor de cabeza que la llevó a sentarse en su silla y cerrar los ojos.

—Princesa…

—Oh, Ana, por favor, algo para la cabeza.

—Sí, princesa.

—No sé qué haría sin ti Ana —sonrió cuando ella le dio un poco de tónico para la cabeza y agua para el trago amargo —Me había tenido distanciada desde la llegada de Lady Hamilton —le reprochó.

—Es verdad, mi prima puede ser absorbente, pero lo consideré como unas merecidas vacaciones para ti.

—La reina me ha dicho que la coronación del príncipe Raimond será en dos semanas.

—Sí, parece toda una locura que se deba festejar después de la muerte de una persona.

—El pueblo no se puede quedar sin dirigente, mi lady.

—Supongo que no —la joven dejó escapar un suspiro y miró a su amiga—. Dime, Ana, ¿has notado que la reina y el tío Bruno son bastante… unidos?

—No especialmente, mi lady, debo admitir que han estado juntos, pero creo que es debido a la adversidad.

—Dime Ana, ¿no te parece que el príncipe Alan y el príncipe Raimond se parecen increíblemente al tío?

—Mi señora —sonrió—, no sabría decirle, la reina también es rubia y muy hermosa.

—Sí… pero me parece extraño que el rey siendo de cabello tan oscuro no hubiese ganado la contienda en ninguna ocasión… además los ojos…

—Princesa, si me permite aconsejar, las insinuaciones que está haciendo podrían considerarse…

—Sé lo que podrían considerarse, pero tú eres de confianza y únicamente estamos tú y yo aquí.

—Pero claro, mi señora, aun así, le aconsejo no seguir con ello, sólo perjudicaría al príncipe y a usted misma.

—¿Eso qué quiere decir?

—Princesa Beth —entró un chambelán—. El príncipe Raimond pide su presencia en el despacho real.

—Gracias —sonrió la joven y miró a Ana con advertencia—: no hemos terminado.

La duquesa simplemente se inclinó y, en cuanto la princesa desapareció, fue rápidamente en busca de la reina, quien se encontraba con el señor Bruno.

—Mi señora —se inclinó—. Tengo que hablar de urgencia con usted, ¿me concedería unos momentos?

—Duquesa, ¿podría aguardar unos momentos?

—Podría, su alteza, pero preferiría que no fuera de ese modo.

—Atiéndela, Alexandra —el tío Bruno le tocó la mano con cariño y sonrió al dejarla libre—, yo iré a ver cómo está Alan.

La reina simplemente asintió y miró con dudas a la duquesa.

—¿Y bien?

—La princesa Beth, creo que tiene sospechas.

—¿De qué hablas?

—Sobre… sobre su relación con el señor Bruno.

—¿Por qué dices eso? —la reina se puso repentinamente pálida.

—Ella me preguntó sobre ello y también me dijo si no

consideraba extraño que los príncipes se parecieran tanto sr. Bruno.

—Esa mocosa… ¿ha hablado con Alan?

—Sí, el príncipe Alan estuvo con ella.

—¿Dónde está ella ahora?

—El príncipe Raimond la mandó llamar.

—¡Dios santo! Sí acaso esa mocosa dice algo de más.

—¿Qué debemos hacer?

—Nada, yo me encargaré de la curiosidad de la princesa —dijo la mujer—, le pondré otras cosas en la cabeza.

—¿Su majestad?

—Ve con ella, que no haga estupideces.

La duquesa partió, dejando la reina en soledad para planificar adecuadamente sus siguientes pasos. Se estaba cansando de la presencia de esa mujer, estaba por demás decir que un divorcio no era una opción, pero había otras formas de deshacer un matrimonio, como por ejemplo… la muerte.

Capítulo 24

Últimamente Beth era cuidadosa con su proceder en el castillo, desde que el rey había muerto, un ambiente de ansiedad y miedo se había instalado en las personas que habitaban entre aquellas murallas, temiendo que el destino del pasado rey fuera el futuro de alguien más, razón por la cual la joven había decidido no dejar en manos de nadie a Albert y lo traía consigo fuese a dónde fuese.

—Oh, princesa Beth, seguro que está nerviosa por mañana.

La joven cerró los ojos y suspiró antes de volverse hacia Marilla.

—No tengo nervios, me encuentro de maravilla, señora Hofergon —la miró de arriba abajo—. ¿Qué hace por esta ala del castillo? Creí entender que el príncipe le había prohibido venir a las recámaras reales.

—Puede ser, pero la reina ha pedido mi presencia con constancia, ¿olvida que ahora soy su dama más allegada?

—Me parece conveniente en verdad, que dos personas tan malintencionadas logren juntarse y llevarse bien.

—No deberías hablar tan descuidadamente, querida Beth, recuerda que jamás dejará de ser la madre de tu marido.

—Es mi maldición, es verdad.

—No tendría que serlo si te fueras.

—¿Aún obsesionada con algo que no puedes tener, Marilla?

—¿Qué no puedo? —sonrió—. Por favor, princesita, sólo porque ahora lo tienes cautivado entre tus piernas, no quiere decir que ha dejado de amarme.

Beth sintió asco ante aquellas palabras y acomodó a su hijo en sus brazos, odiando tenerlo en presencia de aquella mujer.

—Bien, con su permiso, señora Hofergon.

—¿Te has rendido?

—Me he cansado de un lenguaje tan vulgar, tengo mucha educación como para rebajarme a escuchar semejantes barbaries.

Marilla enfureció ante aquellas palabras, no tenía idea como esa chiquilla temerosa y estúpida que había conocido, se había logrado convertir en una mujer altiva y orgullosa.

—¿Lo recuerdas Beth? —le dijo malvada—. ¿Aquellas noches que pasabas en vela, esperando porque llegara a tus habitaciones? Aquellos rezos que alzabas al cielo para que al menos te mirara, te hablara o te hiciera el amor sin pensar en mí ¿has olvidado lo que era estar en segundo lugar siempre?

El corazón de Beth latía con rapidez y sus ojos escocían ante las lágrimas, porque no lo había olvidado, porque lo que decía era cierto,

porque la avergonzaba aceptar que lo hizo, que rezó y que se cansó incluso de creer que Dios existía.

—Ahora te está tocando vivirlo a ti, ¿cierto? —contraatacó.

Marilla enfureció, alzó la mano para estamparla en la mejilla de aquella mujer, pero fue detenida en el acto con la firmeza del pulso de Raimond, quien apretó la muñeca hasta que le causó verdadero dolor que la hizo gritar un poco.

—Creo que te había dicho que no tenías acceso a esta zona.

—Viene con su madre, su alteza —se excusó Marilla.

El príncipe volvió la mirada hacia su mujer, quien estaba en un estado catatónico, como no la había visto en mucho tiempo.

—Retírate, te dije que tenías prohibido dirigirle la palabra a mi esposa —dictaminó.

—Fueron palabras por cordialidad, su alteza, me retiro.

Marilla se alejó con aquella sonrisa triunfal, dejando entrever que no había existido tal cordialidad entre ella y la princesa.

—Mi amor, ¿Estás bien? ¿Qué te ha dicho?

—Estoy bien —negó con la cabeza—. No ha dicho nada diferente a lo que dice siempre, busca decir algo para lastimar.

—¿Lo logró?

—Sí, pero puedo con ello.

—¿Es algo sobre mí? —él parecía fuera de sí al notar que Beth no contestaba y miraba hacia otro lado—. Te amo Beth, a nadie más, no me importa nadie más.

La joven sonrió, lo tenía totalmente controlado, quizá lo que Marilla dijo era verdad, lo tenía dominado en medio de sus piernas, pero si eso significaba que él se comportara de esa manera en la que sufría cada vez que ella dudaba… sí, le parecía que estaba ganando.

—¿Qué querías decirme?

—Te venía a enseñar este proyecto, quería saber si gustarías tomarlo bajo tu control.

Ella lo leyó con rapidez y lo miró de regreso.

—¿Me delegas algo tan importante?

—Sí, necesito ayuda en el puesto y creo que quien debe ocupar mi primer respaldo has de ser tú.

—¿Qué hay de Alan?

—Lo he intentado durante estas semanas, pero me hace explotar y normalmente entro en cólera.

—Aprenderá, ahora tiene un papel más importante.

—Siempre lo ha tenido, pero se dedica a evitarlo —sonrió y fue a sentarse en unas escaleras cercanas.

Beth sonrió ante aquella imagen, el próximo rey estaba sentado en el tapete de las escaleras, parecía cansado y desalineado, fuera de su personalidad al estar ahí tirado sin ningún cuidado.

—Parece que has tenido días pesados, llegas tarde a dormir.

—Es agotador y demandante.

—Entonces, debido a que el resto de tus días será de esta forma, a partir de mañana, creo que sería conveniente que hoy te tomaras el resto de la tarde —sugirió.

—No creo que me sea posible —sonrió con el ceño fruncido.

—¿Por qué no damos un paseo? ¿Solo nosotros?

Él la miró esperanzado.

—¿En verdad?

—Sí, ¿por qué no? —acomodó al bebé en sus brazos—. Creo que a Albert le haría bien.

—Si es tu deseo, entonces, pediré una carroza ahora mismo.

—Que sea destechada, me gustaría que los rayos del sol tocaran un poco a Albert, le hará bien.

—Bien —se acercó y la besó—. Te veo en media hora en la puerta principal.

Beth fue a ponerle algo más cómodo al bebé para salir, notando entonces que Ana se metía en la recámara y comenzaba a ayudarla sin pedir explicaciones.

—Mi señora, escuché que el príncipe ha pedido una carroza para ustedes —dijo la mujer.

—Sí, le he hecho una petición y ha aceptado.

—La tiene a usted muy consentida, me da gusto en verdad.

—¿Consentida? —la miró—. Sí, parece que ahora soy eso, pasé de ser la pisoteada princesa a ser la consentida princesa, es un cambio radical a mi ver, pero muy bien aceptado.

—Princesa, debería dejar la amargura y disfrutar que su marido al fin ha tomado la razón.

—Sí, muchos me dicen lo mismo, pero soy cabeza dura y no tiendo a perdonar con facilidad… pese a que me convendría hacerlo.

La duquesa Ana sonrió y siguió arreglando al bebé mientras la princesa se cambiaba a ropas cómodas, adecuadas para cuando se hace una festividad en el jardín.

—Princesa, ¿necesita que la ayude a algo más?

—No, querida Ana, no —sonrió—, he sido descuidada, ni siquiera he preguntado si has visto a tus hijos en estas festividades.

—He tenido la gracia de verlos —asintió—, aunque se me ha hecho un tiempo demasiado corto, amaría tenerlos conmigo siempre.

—Considero al duque demasiado estricto, mira que mandarlos a tan corta edad al internado… me parece terrible.

—Es la costumbre, princesa.

—No mandaré a Albert a tal sufrimiento, he escuchado que es terrible —negó—, me opondré con pie firme.

—No debe preocuparse por eso, princesa, el príncipe Albert es

aún muy joven para tener que pensar en ello.

Beth pensaba que nunca era demasiado pronto para dejar algo en claro, pero le daría tregua a su marido de momento y se dispuso a pasar una tarde agradable con él, seguro que eso dolería en el alma a Marilla y a la reina, quienes tanto se esforzaban en quererla hacer caer de la gracia de su marido. Lo cual parecía imposible.

La joven bajó con el bebé, notando que Raimond ya la esperaba y rápidamente apartó al pequeño de los brazos de su madre y lo acomodó contra su pecho, dándole un beso en la cabeza y después besando a su esposa en los labios.

—¿Vamos?

—Sí —sonrió la joven, tomándose de su brazo para salir.

Marilla miraba todo desde una de las ventanas del castillo, junto a ella estaba la reina, quien parecía tan furiosa como lo estaba ella.

—Parece que lo ha embrujado —dijo la reina.

—Y no lo dudaría ni un segundo —frunció el ceño Marilla—. Es extraño cómo lo controla, ahora que subirán al trono…

La reina asintió sin decir palabra, sonriendo para sus adentros y mirando cómo la feliz pareja subía al carruaje junto con el príncipe.

—Habrá que esperar —dijo la reina—, en la vida pueden pasar muchos imprevistos.

Beth en serio estaba disfrutando del paseo con su marido, el verlo relajado y enfocado en hacer sonreír a su bebé le causaba una sensación placentera que lo hacía quererlo.

—¿Qué? —sonrió hacia ella.

—Nada —bajó la mirada por un segundo—, pareces contento a su lado, últimamente te vas temprano de la recámara.

—Al parecer, un rey no duerme nunca, menos uno que entra en medio de disturbios.

—Se arreglará —le tocó la mejilla—, por el momento, distrae tu mente un poco y mira lo que tienes alrededor.

Raimond hizo caso, abrazó al bebé y miró la frondosidad de los árboles, el aire limpio y despejado del brumoso bosque, el sonido de los caballos que tiraban de la carroza y la voz de su esposa que hablaba dulcemente al niño en sus brazos.

—Oh, ven aquí, mi bebé hermoso —sonrió ella, quitando a su hijo de los brazos de su padre.

—Beth… —le levantó la barbilla para que lo mirara—. ¿Eres feliz? Después de todo lo que ha pasado, ¿quieres quedarte?

—¿Me estás dando opción?

Raimond cerró los ojos, recostándose en la carroza y asintiendo.

—No quiero retenerte si no es tu deseo… no mereces permanecer en un lugar donde te hacen infeliz.

—Pero si me voy, sería sin mi hijo.

—Encontraremos una manera, puedes vivir en uno de los palacios, sólo tú y Albert, seguirías en Wurtemberg, pero no conmigo —la miró abatido—. Dime entonces, tu respuesta.

—Por qué pregunta algo así.

—He hecho todo lo que está en mi poder para hacerte feliz, para hacerte sentir amada, para que me tengas confianza, pero, si no te es suficiente, entonces… jamás vamos a progresar, nos estancaremos en este mismo punto por siempre.

—¿Es que acaso planea volverse a casar?

Raimond bajó la mirada y sonrió.

—Me considero hombre de una sola esposa, si te vas, seguirás siendo mi mujer, simplemente te estoy liberando de mí.

—No creo que se lo permitan.

—Tengo un heredero, no hay necesidad de más.

—Claro que los pedirán, es asegurar el linaje.

—En todo caso, la respuesta sería no.

Ella bajó la cabeza, sabía por qué Raimond le estaba haciendo esas preguntas, incluso era listo al facilitarle todo para que se marchara, era la forma perfecta de forzarla a decir lo que sentía, pero no se sentía lista y no quería decirlo, sería perder, no quería perder. De esa forma, si decidía quedarse, sería sólo porque ella lo quería, nada más la estaría reteniendo más que un cariño hacia él.

Su corazón palpitaba con fuerza y lo miraba fijamente; era una tirada al azar, pedirían constantemente la presencia de Albert o de ella en la corte, no era como si pudiera desaparecer, al ser la reina y esposa, debía estar junto a él, pero Raimond parecía quererle decir que sería libre, ¿libre? ¿Libre de qué cosa?

—Raimond…

—¡Agáchate! —gritó, poniendo su cuerpo como protección de ella y de su hijo.

Los hombres que les hacían guardia salieron disparados a la dirección de donde había salido el proyectil, buscando al individuo que había buscado lastimar a la reina, porque había sido dirigido hacia ella, sólo por la rápida reacción del rey se había salvado.

—¿Raimond? —dijo ella fuera de sí—. ¡Raimond! ¡Por Dios!

Ella se tuvo que agachar en el espacio que había entre los asientos, tratando de ayudarlo y fracasando magistralmente.

—Estoy bien, Beth —dijo, viendo su hombro herido—. Tranquila, estoy bien.

—Estás herido, sangras… estás sangrando.

—Mi amor, lo sé, es una herida —la carroza ya se dirigía de regreso al castillo—. Qué mal momento para que alguien quiera asesinarte, ¿no te parece?

—No bromees, no ahora —Beth tenía al bebé sostenido en un

brazo y con su mano libre presionaba la herida, se había tenido que sentar a horcajadas sobre él para equilibrar mejor su cuerpo.

—Estás preocupada —dijo, elevando su mano sana—. ¿Por qué?

—No seas tonto, no digas estupideces —lloró—, estoy asustada, te han disparado, querían matarme, ¿por qué a mí? Yo no importo.

—Quizá sepan que, si mueres, querré morir contigo —sonrió.

—Deja de decir estupideces, no digas tonterías cuando estás muriendo —negó con aprehensión.

—Beth, ¿en qué mundo piensas que me estoy muriendo? —se sentía cansado, pero su esposa resultaba ser una buena distracción para no desmayarse.

—No lo sé, no lo sé —dijo ansiosa.

—Cuando te dispararon a ti no parecías tan preocupada como ahora —sonrío—, creía que tenías más resistencia frente a esto.

—Y la tengo, no sé qué me pasa, estoy hablando como una enloquecida, será que estoy conmocionada.

La carroza llegó al castillo, donde sorpresivamente ya estaban esperando por el rey, Beth había visto que uno de los caballos de la guardia se había dirigido al castillo, pero se sorprendía de la eficiencia, debían recompensarlos, incluso traían consigo al agresor.

—¡Qué ha pasado! —gritó la reina—. ¡Dios Santo! ¡Raimond!

Beth entregó al bebé a la duquesa Ana y fue tras su esposo, quien para ese momento ya estaba a media consciencia, pero la seguía llamando como si siguieran en la carroza.

La joven había hecho que mantuvieran a todos fuera de esas habitaciones, dejándola a ella como la única persona de la familia que estuvo presente durante todo el proceso de sanación. Permanecía impasible, pegada a un ventanal de la habitación, viendo a los médicos trabajar con una entereza de la que los médicos no podían dar creidito, sobre todo por el susto por el que debía estar pasando.

—El príncipe estará bien, su alteza —indicó uno de los doctores —. Seguro despertará en unas horas, es mejor que descanse.

—Gracias —les tomó la mano—, no saben cómo lo agradezco.

—Es para nosotros un honor, mi señora.

Ella asintió agradecida y fue a sentarse junto a su esposo, quien permanecía tranquilo y respiraba con normalidad, era un buen indicio de que estaría bien, al menos eso esperaba.

—Raimond… mi amor —susurró—, no me iré a ningún lado.

Beth no se atrevería a decírselo cuando estuviera despierto, pero al menos había sentido la libertad de susurrarle en ese momento de inconsciencia, las palabras que jamás salían de sus labios dirigidas hacia él, tanto las amorosas, como las que le decían que se quedaba.

—¡Mi hijo! —se adentró la reina—. ¡Ha sido tu culpa!

—¿Mi culpa? —negó Beth—. Nos dispararon, no pude decir que

he sido yo quien lo pensó.

—Está herido gracias a ti —negó—. Él es mucho más importante que tú, jamás debió arriesgarse por ti.

—Eso deberá decírselo a él, jamás se lo pedí.

—¡Sal de aquí! No quiero verte aquí.

—Él es mi esposo —se indignó al ver que Marilla venía en compañía con la reina—. No puede echarme de aquí.

—¡He dicho que salgas! —gritó la reina—. ¡No tienes derecho! ¡Vino de mí! Si digo que no te quiero aquí, no estarás aquí.

—Vamos princesa —le tomaron los hombros—, deje que se le pase el susto, actúa sin pensar.

Beth miró a la duquesa Ana y asintió, sabía que, si la reina madre lo ordenaba, ella tenía que obedecer, pero no quería dejarlo, deseaba permanecer a su lado, aunque, quizá sería mejor idea que saliera, nada bueno podía salir estando ella y la reina juntas.

Raimond comenzó a despertar al poco tiempo, resintió el dolor de su hombro, pero era una dolencia que le era conocida de otras muchas veces en las que había obtenido el mismo resultado. Su vista estaba un poco nublada, pero alcanzaba a identificar a una mujer que estaba parada junto a una silla, donde había otra persona.

—¿Beth? —dijo enronquecido, llamando la atención de las dos mujeres qué rápidamente se volcaron a él.

—Hijo, mi vida, ¿cómo te sientes?

—Madre… —la miró y después a Marilla, quien sonreía—. Beth, ¿Dónde está ella?

—Se ha querido ir —dijo la reina.

—¿Qué? —intentó sentarse, sintiendo un profundo dolor, recordando que él le había dado esa prerrogativa—. ¿Se marchó?

—Sí, parece ser que no quiso quedarse a tu lado —dijo Marilla.

—¿A dónde se marchó?

—Seguro estará en sus cámaras —anunció la reina despectiva.

—En… —sonrió y se tranquilizó—. Está en su habitación.

—Raimond, ¿acaso estás delirando? —frunció el ceño Marilla.

—No, mándenla llamar ahora mismo.

—Hijo, acabo de mencionar que no quiere estar aquí.

—Y yo estoy diciendo que venga, ahora.

—Pero qué testarudo eres —dijo Marilla.

La reina apretó la quijada y miró hacia una de las doncellas, quien salió corriendo de la habitación. Pasaron sólo unos minutos hasta que Beth entró casi corriendo, mirándolo con una sonrisa y unas lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

—Mi amor —le estiró la mano—. ¿Por qué te has marchado cuando te ves tan ansiosa por estar aquí?

—Tu madre creyó que sería mejor que me marchara —le tomó la

mano y lo besó en los labios frente a las dos mujeres que la habían echado—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor, ahora que te veo —sonrió—. ¿Albert?

—Está recostado.

—Madre, señora Hofergon, ¿podrían dejarnos solos?

—Pero querido… —inició su madre.

—Insisto, quiero estar con mi esposa.

La reina madre se levantó, mostrándose ofendida y salió en conjunto con su dama de compañía. Beth sonrió hacia su esposo en todo momento, ni siquiera se había dignado a mirar a las dos mujeres que de seguro la estarían asesinando con la mirada.

—Bésame de nuevo, mi amor —sonrió el príncipe—, que no sea sólo por venganza hacia mi madre y la mujer que la acompaña.

—¿Cómo has sabido que ha sido por venganza? —sonrió—. En verdad estaba lo suficientemente preocupada como para desear besarte… no te agradecí por salvarme la vida y la de Albert.

—No debes agradecer, ustedes son mi familia, mi mundo —le tocó la mejilla—, lo haría las veces que fueran necesarias.

—¿Tienes idea de porqué buscaban matarme?

—No —frunció el ceño—, entendería que me quisieran matar a mí, pero la verdad es que tuve que moverme sobre ti para salvarte. No tiene sentido, el pueblo te adora.

—No todo el pueblo la adora, Raimond.

—Alan —miró a su hermano—, te ves mejorado.

—Por favor, fue sólo un rasguño —sonrió, mirando hacia su brazo inmovilizado en el cabestrillo—. Pero veo que te dio envidia y quisiste hacerte uno igual.

—Atacaban a Beth, ¿Quién puede odiarla?

—Por favor, tu propia madre la odia —sonrió el menor.

—¿Crees que madre podría mandarla a matar? Alan no digas estupideces —Beth se había sentado junto a su esposo, tomándole la mano mientras miraba a su cuñado con interés.

—La creo capaz de todo, esa mujer tiene más secretos que…

—¡Alan! —gritó de pronto el tío Bruno—. No es forma de hablar de tu propia madre.

—¿Ah sí? —se volvió hacia él—. ¿Tú quién eres para defenderla? ¿Quién eres para meterte conmigo?

—Basta, Alan, eres un hombre, no un niño.

—No estoy siendo nada menos que un hombre.

Raimond miró extrañado aquella escena, era verdad que Alan nunca había sido muy afecto al tío Bruno, pero de eso, a una confrontación como aquella… no recordaba que hubiese pasado antes, por no decir que nunca.

—Deberías ponerte a tus labores —recordó Bruno—. Ahora con tu

hermano indispuesto, cae en ti la responsabilidad.

—Me largo de aquí.

—¡Alan!

—Está bien, tío —pidió Raimond—. Podré levantarme dentro de poco, no es necesario que le presionen, la muerte de padre le ha afectado más que a nadie.

—¿Cómo te sientes? —le dijo con preocupación y cariño—. ¿Qué fue lo que sucedió?

—Le disparaban a Beth en esta ocasión —apretó la mano que ella mantenía entre la de él—. No entiendo el porqué.

—Tenía entendido que el pueblo amaba a tu mujer.

—Y así es —le dijo—, por eso Alan sugirió a madre, sé que lo hace por molestar, está enojado con todo el mundo justo ahora.

—Por supuesto, tu madre sería incapaz de semejante atrocidad.

—Creo que los dejaré un momento a solas —Beth se puso en pie y miró a su marido—. Vendré en un momento, ¿está bien?

—No te preocupes —asintió el hombre.

—Tío, ¿Sería tan amable de cuidarle mientras no estoy?

—Sería para mí un placer, princesa.

—Gracias —la joven observó la forma en la que aquel hombre se sentaba en una silla junto a la cama y miraba con preocupación al muchacho que estaba tendido.

Salió prácticamente corriendo de la habitación para alcanzar a Alan, debía ser la persona con la que nunca se imaginó hablar del tema, pero parecía ser el único que en realidad lo sabía.

Capítulo 25

Beth encontró a Alan coqueteando con una doncella, quien parecía más que encantada de tener la atención del príncipe y se sonrojaba con constancia, parecía corresponder a las jugarretas del apuesto hombre que tenía enfrente.

—Alan, ¿unos momentos?

—Beth —se enderezó en su lugar y la miró sorprendido—. Pensé que te quedaría a cuidar de mi hermano.

—Tu tío se encarga de ello ahora —la doncella desapareció en ese momento, sintiéndose avergonzada ante la próxima reina.

—Sí, ya me imagino que sí —el muchacho comenzó a caminar.

—Alan, no te agrada tu tío, ¿verdad?

—¡Pero qué perceptiva eres! ¡Bravo!

—¿Cuál es la razón? —le tomó del brazo y lo volvió hacia ella, mostrando la cara enfurecida del muchacho—. Sé que no eres conflictivo, quizá enfadoso, pero jamás buscas problemas.

—No me conoces, entonces.

—Lo hago —se puso frente a él cuando volvió a caminar lejos de ella—. Lo que pasa es que amabas a tu padre y te duele saber que en realidad no era tu padre.

Alan la miró con extrañeza y furia.

—¿Qué dijiste?

—No soy tonta —le dijo—. Entendí lo que me dijiste el otro día en mi estudio, él rey no era tu padre, ¿Verdad?

—Beth, en este castillo, no te conviene deambular e inculpar de esa forma a nadie, menos a mi madre.

—Tú la has inculpado antes.

—Yo soy un colérico hombre que dice tonterías todo el tiempo, nadie me toma en cuenta, pero tú estás creándote historias de un momento de enojo que tuve.

—Pero…

—Te recomiendo que no digas tonterías, a ti nadie te las va a perdonar —elevó una ceja y se marchó.

Alan tenía razón, él podría decir lo que quisiera, incluso contra la reina, pero no dejaba de ser el príncipe del lugar y la reina jamás dejaría de ser su madre. Pero ahora lo tenía más que claro, el tío Bruno era el verdadero padre de los muchachos, eso los hacía todo, menos los herederos del reino.

Quizá esa era la razón por la que Alan no quería hablar del tema, no quería que su hermano perdiera el derecho al título, además de que no habría forma de comprobarlo, ninguna además de la forma notoria

en la que el tío Rudolf miraba a los dos hijos de la reina.

Entendía por qué la reina la mandaría matar, sería otro obstáculo menos en su camino, sin el rey y después sin ella, la reina tendría acceso a Raimond, quien seguiría teniendo a su heredero, incluso le daría a Marilla para compensar la falta que Beth le ocasionaría.

El tío Bruno entró a las cámaras especiales de la reina. Ella se encontraba mal, con una palidez persistente y una doncella lanzando aire sin cesar a su rostro, tratando de mantenerla en sí.

—Fuera —ordenó la reina a la doncella.

Esta obedeció en seguida y salió de la habitación.

—¿¡Estás acaso loca Alexandra!? —gritó—. ¡Pudiste matar a Raimond en ese intento estúpido!

—¡No era mi intensión que eso sucediera!

—Pero pasó —se acercó—. Casi matas a tu propio hijo.

—¡Lo sé! No hace falta que me lo recuerdes.

—Tus celos hacia esa muchacha son una tontería —le dijo—. Si no te das cuenta, tu hijo la ama, la ama con locura y haría cualquier cosa por salvarla.

—¡Ella no puede subir al trono con él!

—Lo hará, Alexandra, mañana lo hará.

—¡Sobre mi cadáver!

—Irás a morir hoy, Alexandra, porque no permitiré que arriesgues nuevamente la vida o la felicidad de Raimond.

—¿Me amenazas?

—Sí —dijo seguro—. Es mi hijo también y mientras así sea, le protegeré de ti.

—No necesita protección de mí.

—Al parecer sí, estás tan cegada por los celos que no alcanzas a ver lo que le provocas —la apuntó—. ¡Esa muchacha es una niña a comparación! Compórtate como la reina madre, no como una estúpida concubina que no sabe aceptar que perdió.

—Esa mujer tiene a todo Wurtemberg a sus pies, ¿no te das cuenta? —le dijo exasperada.

—¡Deberías agradecerlo! —le gritó—. ¡Es la esposa del rey!

—¡No! Deben amarlo a él, no a ella.

—¿Te escuchas, Alexandra? ¿Escuchas tu locura?

—Haré lo que crea necesario por mi hijo.

El hombre tomó aire y lo liberó detenidamente.

—Bien, haré lo mismo.

—¿Te pondrás en mi contra?

—Si es necesario, sí.

—Bien, protege a la mocosa también, veremos quién gana.

—Ya ni siquiera lo haces por Raimond, ¿verdad? —la miró con

desilusión—. Lo haces por ti, por la competición que te has impuesto en contra de esa muchacha.

—No es de tu incumbencia —Bruno asintió y tocó sus sienes.

—Alan está fuera de sí, cada vez más —le informó.

—Alan ama a su hermano —dijo la reina—, no hará nada para perjudicarlo. Así que deja de temer de él.

Beth se encontraba en la habitación de Raimond, ella en realidad odiaba esa habitación, porque era una a la que Marilla también había entrado, pero con su esposo convaleciente, era la opción momentánea, tendría que estar ahí si deseaba estar junto a él.

—He dejado a Albert al cuidado de Cloe —dijo ella con una sonrisa—. Creo que dormirá tranquilo, ha comido bastante bien.

—¿Quieres que nos cambiemos de habitación, mi amor? —le estiró la mano y ella la tomó, sentándose en el lecho junto a él—. Sé que te incomoda estar aquí.

—No es de mi agrado, pero creo que deberías descansar, mañana tendrás que levantarte para la coronación y necesitas reponer fuerzas.

—Me cambiaré si me lo pides.

—Está bien —negó—. Simplemente… pensé en algo.

—¿Qué cosa? —ella se puso en pie y quitó el camisón que cubría su cuerpo—. ¿Es una invitación?

—Sí —se sonrojó—. Lo es.

—¿Quieres que te haga el amor aquí?

—Sí —dijo en una pequeña voz—, aunque creo que yo te lo haré a ti, no puedes moverte.

—¿Es una orden? —elevó una rubia ceja.

Ella sonrió.

—Sí.

La joven se sentó sobre el regazo de su marido y se inclinó para besarlo con posesividad, parecía que deseaba arrancarle los labios en aquella caricia demandante. Raimond la abrazaba con su brazo sano e intentaba levantarse para llegar mejor a sus labios, pero ella se lo impedía constantemente.

—Te amo Beth… —le apartó el cabello de la cara—. Te amo.

Ella ignoró aquellas palabras y siguió, regando besos por el cuerpo de su marido, haciéndolo gruñir y quejarse mucho antes de siquiera haberse unido a él, pero cuando lo hizo, fue el turno de ella de mostrarse satisfecha y deseosa, en aquella posición dominante Beth hacía su mejor intento por desquiciarlo, pero parecía funcionar mejor para sí misma, se encontraba tan presa en su deseo que no se fijaba si él lo estaba disfrutando también, incluso lo escuchó quejarse en alguna ocasión por haberle lastimado el hombro.

—Lo siento —se acercó y lo besó en medio del deseo, sin

detenerse—. Lo siento, te estoy lastimando.

—Está bien —la abrazó a sí—, puedes continuar.

Ella lo hizo, tratando de recordar que su marido estaba herido y que, por lo menos, no debía tocarle el hombro, pero no sabía si lo hacía inconscientemente o racionalmente, pero en más de una ocasión lo hizo, escuchándolo gemir de dolor y tensarse bajo ella, pero lo aguantaba, resistía que ella lo lastimara y le permitía seguir en medio de su placer. Ella gritó cuando sintió que su cuerpo convulsionaba y el de él también, quizá lo habría lastimado, pero nadie le quitaría la satisfacción que había alcanzado.

Beth se apartó con cuidado de él y se cubrió con las sábanas antes de volverse para mirarlo. Raimond simplemente le tocaba la espalda, acariciándola hasta el momento en el que decidiera recostarse en él.

—¡Pero si te he vuelto a hacer sangrar! —se dio cuenta e inmediatamente se puso en pie.

—Era de esperarse —se miró y quejó un poco—, pero prefiero sangrar a no haberte tenido sobre mí.

—Debiste detenerme.

—No lo quise así.

—Raimond —negó—, fui una bruta al lastimarte así.

—Al menos sé que te has desquitado un poco —se quejó cuando ella quitó la venda y comenzó a limpiarlo—. ¿Te encuentras bien?

—Más que bien —sonrió apenada—, temo que no puedes decir lo mismo.

—Claro que puedo, fue lo más excitante que haya hecho en mi vida, verte sumergida en tu deseo ha sido magnifico.

—Sshh, silencio —pidió mientras terminaba su tarea y le volvía a colocar la venda y le daba el medicamento que había dejado el médico —. Vamos, tienes que descansar.

—Ven, recuéstate a mi lado.

Ella se subió a la cama y se recostó junto a él, acariciando el pecho descubierto y bajando hasta su ombligo, donde lo sintió tensarse nuevamente.

—La única razón por la cual aceptaré esa corona mañana —dijo —, es porque te veré senada a mi lado, recibiendo tu propia corona y siendo mi esposa.

—Raimond… —bajó la mirada.

—¿Piensas marcharte? ¿Es eso?

—No me iré —le dijo segura—, no puedo irme.

—Pesé que había quedado claro que no había impedimentos.

—Sí, hay uno nuevo.

—¿Y cuál es?

—Que… —ella cerró los ojos—. Raimond, estoy embarazada.

El hombre hizo ademan de levantarse, pero ella lo impidió de

nuevo, colocándole una firme mano en el pecho para recostarlo.

—¿Desde hace cuánto lo sabes?

—Hace tiempo —escondió la cara—, no quería decírtelo.

—Creo que era algo que eventualmente iba a descubrir.

—Soy delgada, puedo esconderlo por unos meses más.

—¿Por qué quieres esconderlo? —le tocó la mejilla—, me llena de regocijo la noticia, quiero gritarlo, no esconderlo.

—No —le tomó la mano—. Estamos siendo amenazados y quiero que el bebé que está dentro de mí no esté escuchando o siendo parte de conspiraciones antes de que nazca.

—Mi amor, un embarazo no es poca cosa, tienes que estar tranquila, descansar y si nadie lo sabe, no te lo permitirán.

—Por favor Raimond, que quede entre nosotros.

—¿Por esa razón no quieres marcharte? ¿Por qué tendremos otro hijo? —sonrió.

—Quiero que se sepa que es tuyo, si me voy, muchos podrán especular que te he sido infiel, cuando no es así.

—Eres demasiado orgullosa, con que yo lo sepa…

—Supongo que no es sólo eso.

—¿Entonces?

—No quiero… —su voz se apagó—. No permitiré que vuelvas a lo de antes.

—¿De qué hablas?

—Yo soy tu esposa, yo soy la que llevará la corona, así que, a mi ver, debes respetarme.

—Lo hago.

—Me refiero a que lo hagas, aunque no esté aquí y en cambio haya… otras mujeres.

Raimond suspiró.

—¿Aún no confías en mí? Ya ha pasado mucho tiempo desde que todo pasó, te he sido fiel, te he amado y respetado en todo lo que me es posible y conozco.

—Yo… —ella cerró los ojos con fuerza y gritó desesperada—. ¡Bien! ¡No quiero marcharme! No daré una explicación, pero no me iré ¿entendido? Es todo lo que diré y no me sacarás nada más.

Raimond elevó su brazo y la recostó sobre su costado saludable y besó su coronilla.

—Está bien, no volveré a preguntarlo, tranquilízate, recuerda que tienes un niño en el vientre.

—Lo sé —lo abrazó—, debes dejar de alterarme.

—Lo lamento, no lo haré más.

Ella sonrió contra su pecho y se apresuró a dormir.

A la mañana siguiente, temprano por la mañana, la recámara de su marido tuvo una invasión de un sequito de personas preparadas

para separarlos de la cama y de los brazos del otro. La reina y Marilla parecían especialmente molestas al haber entrado y encontrar a la pareja en tal estado de intimidad, ambos desnudos, con las extremidades enredadas y las aparentes ganas de no separarse.

—Princesa, por favor —pidió la reina madre—. En su habitación la esperan para prepararla.

—¿Pueden salir todos por un momento? —dijo Raimond, completamente exasperado de tener a tanta gente en sus habitaciones, impidiéndoles salir de la cama debido a que ambos estaban desnudos.

—Hijo, no vengas con pudores, en este momento no hay tiempo para ello, necesitamos darnos prisa para que todo esté preparado.

—Estoy de acuerdo madre, te aseguro que entre más rápido salgan de aquí, más rápido podrán tenernos en su poder, mientras tanto, no permitiré que mi esposa se levante de esta cama estando desnuda y frente a tantos hombres ¿Está claro?

La reina apretó la mandíbula y pidió con prisas que los mozos, ayuda de cámara y demás personal salieran de ahí para dejar que la pareja se levantara y colocara sus batas.

—Te lo agradezco —se avergonzó Beth—, no pensé en el día siguiente, debí prever que esto pasaría.

—Me agrada más el hecho de que no lo pensaras, puesto que te habrías limitado y la noche anterior no habría sido tan asombrosa como lo ha sido.

Ella sonrió con perversidad y se aventó encima de él, haciéndolo caer sobre la cama, presionando su torso contra el de él, admirándolo sonreír y sintiendo cómo la tomaba por la cintura con un único brazo.

—Parece que he logrado complacerlo sobre manera, majestad, pero dudo que esto complazca a mi lady la madre del rey.

—Eso no me importa —levantó su cabeza y tomó los labios de su esposa con cariño, pasión y demasiada ternura.

Los toques insistentes en la puerta hicieron que el beso se cortara presurosamente y ambos volvieran la vista, esperando que no hubiera intromisiones nuevamente.

—Creo que es mejor que me levante.

—Me gustaría que te quedaras justo así —la apretó—, con tus pechos presionándose contra mí y tus labios reclamando los míos.

—Tengo que irme —susurró cerca de él—, pero, quizá, si te portas correctamente, pueda recompensarte en la noche.

—¿En verdad? ¿Guardas más secretos para tu marido?

Ella estaba sentada en el borde de la cama, colocando su bata.

—Muchos más, majestad, le aseguro que lo sorprenderán.

—Me pregunto de donde habrás conseguido esos conocimientos.

—Es mejor no preguntar —sonrió.

—Quizá tengas razón —se levantó—, pero espero que seas

generosa, hoy es un día de celebración, merezco un buen premio.

—¿Seguro? No has hecho nada para merecer ese trono, has nacido destinado a ello.

—Lo considero un logro porque planeaba declinarlo.

—¿Qué dices? —ella lo miró sorprendida.

—Sí, pensaba abdicar, hacía mucho que lo pensaba, pero cuando nació Albert… todas las responsabilidades cobraron sentido y sólo me queda prepararle un buen lugar para que reine.

—¿Te has quedado por Albert? —dijo impresionada.

—Por ustedes tres —le tocó el vientre—, no puedo creer que ahora sean tres las personas que ocuparán todos mis pensamientos.

Ella sonrió.

—No planeaba multiplicarlos tampoco —se inclinó de hombros—, simplemente llegó, pero debo admitir que estoy agradecida por ello.

—Te veré en un rato —la besó.

—Ponte atractivo —elevó las cejas—, cuando camines hacia tu pomposo trono, recuerda mirarme.

—Siempre te estoy mirando, será lo único que me motive a llegar a ese pomposo trono —sonrió.

—¡Raimond! —gritó la voz de su madre desde el exterior.

—Adiós —su esposa salió volando de ahí, abriéndole la puerta a la reina y saliendo con altivez hacia el pasillo repleto de gente.

Cuando su madre entró, él seguía teniendo esa cara bobalicona que siempre tenía cuando Beth estaba cerca, incluso él mismo sabía que la tenía, de alguna forma lograba sentir cuando estaba actuando como un idiota, totalmente enamorado de su mujer.

—En verdad, Raimond, quita esa cara.

—Madre, ¿no es un día espléndido?

—¿De qué demonios hablas? Está nublado allá afuera Raimond.

—Seguro se quitará —dijo tranquilo, dejándose quitar la bata por los ayudas de cámara.

—De verdad que esa mujer hace daño a tu razón, ¡Mírate! Parece que caminas por las nubes.

—Quizá, madre, pero no le veo lo malo a tener una mujer que me enamore todos los días.

—No digas tonterías, Raimond, por favor.

—¿Tonterías?

—¡Hola hermanito! ¿Cómo va tu día de coronación? —lo miró extrañado—. ¿Por qué tienes una sonrisa tan estúpida? ¿Acaso disfrutaste una noche fabulosa en los brazos de tu mujer?

—Eres un imbécil Alan, pero me alegra que estés aquí —sonrió, pasándole un brazo por los hombros—. Necesito pedirte un favor.

—No me vengas con estupideces, no te ayudaré.

—Vamos, haz caso.

—Por favor, Raimond, déjate de tonterías y ve a bañarte.

Los dos hermanos entraron a la habitación del baño en medio de susurros y siendo perseguidos por el resto de personas que ayudarían al caballero en todo lo que se refería prepararse para tan importante acontecimiento.

Beth, por su parte, había pasado por la cuna del bebé, lo llevó consigo hasta sus habitaciones y se ocupó de él primero, corriendo a las damas que la esperaban ansiosas con opciones de vestido, tiaras y demás indumentaria específica para la que sería la reina.

—Su majestad —entró la duquesa Ana—, ¡Oh! Santo cielo, ahora veo que ni siquiera ha comenzado a arreglarse.

—Sé que voy atrasada Ana, pero mi hijo va primero.

—Pero su majestad, estamos a horas de que la coronación tome lugar —dijo preocupada—, la reina querrá matarnos.

—Oh, la reina siempre quiere matarme, Ana, ya me pasa sin cuidado esa amenaza, pero sí, tienes razón, es momento de prepararme para la coronación.

Una de las doncellas se encargó del bebé mientras que el resto se esforzó en que la próxima reina luciera elegante, hermosa y perfecta. Beth en realidad se sentía prisionera del vestido, torturada por el peinado y encadenada a esa pintura, pero al verse en el espejo, podía decir que habían hecho un buen trabajo, se veía perfecta.

El color del vestido era en distintos tonos de plateado con una larga banda azul atravesando su pecho hasta su cadera, elegante, con una caída perfecta y una larga cauda; brocados, incluso tenía piedras que lo hacían brillar y un hermoso y elegante escote que mostraba su pálida piel. La habían maquillado poco, resaltando sus ojos azules y su cabello rubio rojizo estaba en un moño alto y favorecedor.

—Luces preciosa, mi amor.

—Raimond —se tocó el vientre apretado—, necesito que…

—Salgan, por favor —pidió el futuro rey, acercándose lentamente a su esposa mientras se quedaban solos—. ¿Ves, mi amor? Esta es la razón por la que tienes que decir del embarazo.

—Sólo desabróchalo un poco, no quiero presionar al bebé.

—Bien, date la vuelta —él desabrochó el vestido y aflojó un poco el corsee hasta que ella suspiro de alivio.

—Bien, está mejor, gracias —se tocó el vientre—. ¿Descánsate, tesoro? Seguro que si lo hiciste.

Raimond la volvió hacia él y la miró detenidamente, admirándola mientras la volvía un poco hacia un lado y hacia otro.

—Te ves en verdad, preciosa.

—Tú luces elegante.

—Veo que te ha puesto tiara, collar, brazalete y pendientes, pero, no levas ningún anillo.

—Claro que sí —dijo la joven, sacándose el guante que le llegaba hasta el codo—. ¿Ves?

—Lo veo —le tomó la mano y se lo llevó a los labios—, por eso mandé hacer algo que le haga compañía.

—¿Qué acompañe qué?

—A tu argolla de matrimonio.

Ella elevó una ceja y lo miró dudosa cuando sacó una cajita.

—Oh, tú… ¿en verdad?

—Sí —le tomó la mano y le colocó la argolla—. ¿Te gusta?

—Bueno, es, es… es enorme y, y bueno es… —sonrió—. Me gusta bastante, pero no entiendo por qué me la has dado.

—Creo que era necesario —la besó—. Me hace sentir que eres mía, eres mi esposa y no puedo más que agradecerlo.

—Eres posesivo.

—Sólo sé que te amo.

Raimond la atrajo hacia sí y la besó tiernamente, dando inicio a que fuera un beso más profundo y pasional, pero que se vio irrumpido con prontitud.

—¡Sus majestades! —tocaron a la puerta—. Es hora de que salgan, ¡Mis señores!

Beth sonrió y se apartó de su marido.

—Es hora.

Era una ceremonia larga, ensayada y elegante. Todo el mundo sabía lo que tenía que hacer, en dónde tenía que estar y qué tenía que decir, sin embargo, como reina consorte, ella en realidad no tenía que hacer nada más que sentarse en aquel trono, viendo como coronaban a su marido y él recitaba las palabras. Era su simple tarea el ser hermosa y el cargar al pequeño Albert como si fueran un trofeo del hombre que estaba siendo dignificado; le agradaba poco aquella costumbre, pero nada se podía hacer, tenía que aceptarlo.

Salieron juntos de aquella iglesia mientras las personas los alababan y el pueblo de Wurtemberg se regocijaba ante ellos, parecían alegres de que la princesa se hubiese vuelto la reina, esperaban un futuro mejor para todo el pueblo.

Pero no todos estaban felices, había demasiados en esa corte que deseaban que una u otra parte de esa pareja cayera o dejara de existir y lo peor es que comenzaban a planificar la forma de hacerlo.

Capítulo 26

Beth había subido a sus habitaciones antes que cualquiera en la fiesta, consideraba que era momento de que Albert comiera y era suficiente cortesía de su parte el haber estado presente durante todo el día en aquel festejo, incluso pensaba que muchos de los que seguían ahí abajo deberían haberse ido a recostar desde hacía buen rato, estaba por demás decir que se habían entusiasmado con la llegada del nuevo rey.

—Su majestad, el príncipe Albert.

—Oh, muchas gracias Gabriela —sonrió la reina y tomó al niño.

—¿Necesita otra cosa, su majestad?

—Haz favor de traer un poco de agua para beber, Gabriela y manda llamar a Claude —dijo la mujer—. Oh, y mi jofaina.

—Sí, mi señora.

No podía creer que ahora fuese la reina, apenas y lo creía, era extraña la forma en la que ahora todos se dirigían a ella, la manera de respeto y reverencia, jamás se sintió más incómoda, tardaría bastante en acostumbrarse, pero eventualmente lo haría.

Claude se encargó de quitarle el peinado, colocarle el camisón y dejarla tranquila y lista en la cama, esperando a que terminara de darle de comer al bebé para poder llevárselo a las habitaciones contiguas, donde la reina podía escucharlo, pero estaría cuidado por nanas y doctores.

La puerta se abrió, dando paso a que Claude se inclinara ominosamente ante el nuevo rey.

—Su majestad.

—Claude, ¿Qué haces aquí todavía?

—Espera a que Albert termine de comer —Beth sonrió hacia el niño en sus brazos—. Parece ser que tenía hambre.

—Estuvo esperando a su madre por un buen rato —le tocó la cabecita a su hijo y se sentó junto a su esposa, a quien saludó con un beso furtivo en los labios.

Claude bajó la mirada y sonrió, eran una pareja formidable y hermosa, el bebé que tenían era precioso, fuerte y bastante hiperactivo para la edad que tenía, pero era un ángel, no solía dar problemas más que si necesitaba un cambio de pañal o a su madre.

—Claude, creo que ha terminado —Beth lo separó con cuidado de sí, permitiendo que su marido subiera el camisón mientras ella tendía al pequeño a su doncella—, procura sacarle el aire y que esté cobijado, no quiero que pase frío.

—Sí, su majestad —fue hacia ella y de pronto recordó—. Mi

señora, casi lo olvido, le ha llegado esta carta.

—Oh, gracias Claude.

La doncella arrulló al príncipe y se lo llevó hacia la puerta que comunicaba las habitaciones, dando un último visitado a los reyes, quienes se besaban sin preocupaciones a pesar de que ella no había terminado de cerrar la puerta.

—Mi amor, te eché de menos todo el día.

—¿Creo que echaste de menos estar en la cama conmigo?

—Eso lo anhelaba —la besó, bajando los tirantes del camisón y besando la zona con la que su hijo se alimentaba—. A veces me dan celos de Albert, quien te tiene puntualmente a su lado para recibir sus comidas o mimarlo.

Ella levantó la mirada y lo jaló para que la besara, rodando sobre él para quedar encima, dominándolo cuidadosamente debido al hombro herido, pero riendo segundos después, besándose cariñosamente mientras rodaban en la cama, jugueteando y dándose placer de formas que no podían haber imaginado.

—Paz, mi amor, paz —pidió Raimond cuando sintió que ella mordía con fuerza su hombro sano.

—Lo has hecho tu primero —señaló un costado de su cuerpo, muy cerca de su seno—. Me dolió también.

—Ven —la abrazó—, estoy agotado.

—Me parece justo —expiró cansada—, no podría soportarlo ni una vez más y tú sigues siendo un herido.

—Sabes, me haces el hombre más feliz —le besó la coronilla y se quedó ahí por varios minutos—. Vamos a descansar.

La acomodó sobre la cama y se acurrucó junto a ella, envolviéndola en un abrazo protector que terminaba con su mano posicionada en el vientre ligeramente hinchado. Beth se acomodó en su pecho y acarició lánguidamente el fuerte pecho de su marido, sintiéndose extraña al darse cuenta que no fingía, en ningún momento lo hacía mientras estaba con él… tendría que decirle a su prima Kayla que había perdido la contienda, ¿Qué le habrá dicho en aquella carta? ¿Sería que ya descubrió algo interesante?

Beth despertó con el movimiento de las sabanas, enfocando rápidamente al hombre sentado al borde de la cama, planeando vestirse con la dificultad al estar a oscuras, además de herido.

—¿Qué sucede? —miró hacia la ventana—. Es de madrugada.

—Al parecer, a los problemas eso no les importa —sonrió el hombre y se acercó para besarla—. Vuelve a dormir, mi amor.

—Pero…

—Te traeré a Albert —le acarició la mejilla—, te veré en unas horas, ¿vale?

Ella se recostó en la cama y lo observó mientras se seguía

arreglando para salir, le fue excitante mirar aquel cuerpo desnudo comenzar a vestirse, los músculos contraerse con las diferentes acciones que cometía para ponerse ropa y la forma en la que parecía tensarse de cuando en cuando al notar que ella no le apartaba la vista.

—Ha sido bastante difícil no volver a la cama y hacerte el amor cuando me mirabas con esa intensidad, Beth —sonrió, tocándole la mejilla y besándola apasionado—. Pero tengo que marcharme en serio, procura descansar y cuida de mis hijos.

—Siempre lo hago.

—Lo sé —la besó de nuevo y salió en dirección a la recámara de Albert y volvió con el niño en brazos, recostándolo junto a la madre que rápidamente lo acomodó junto a su pecho y al niño no le faltaron ganas de comer, aunque fuera a deshoras. Raimond los observó por un buen rato y luego suspiró—. Como me gustaría quedarme con ustedes, te amo Beth.

Ella estaba adormilada nuevamente, acariciando la cabeza de su hijo mientras se alimentaba de ella, recostado en la cama.

—Ten un buen día, cariño —Raimond se frenó en la entrada y se volvió hacia ella, notando que había caído dormida y quizá no supiera lo que había dicho, pero él lo guardaría por siempre en su cabeza y en su corazón.

Beth estaba dormida tranquilamente, desnuda sin siquiera tapar bien su cuerpo, no se extrañó cuando de pronto sintió que unos brazos se abrazaban a ella de nuevo, simplemente se dedicó a sonreír, no podía creer que Raimond no hubiese aguantado ni cuatro horas sin volver a esa cama. Se acercó más a él y suspiró tranquila entre sus brazos, acomodando al niño que dormitaba cerca de ella.

Le agradaba que Raimond estuviera cerca, sobre todo cuando estaban con su hijo en la cama, puesto que él siempre era cariñoso y cuidadoso con Albert. Por lo que se sorprendió notoriamente cuando él bajó su mano y la tocó insinuantemente al estar ella desnuda.

Se extrañó, Raimond jamás pensaría en hacer el amor cuando Albert estaba en la misma cama, ¡no lo haría incluso aunque estuviera en la cuna de la habitación! Además, la acariciaba con la mano del brazo que supuestamente tenía lastimado.

Beth tomó al niño en sus brazos y se levantó de la cama, despertándolo y haciéndolo llorar. Ella seguía desnuda y notó que, gracias a Dios, el hombre que había estado acostado a su lado no lo estaba, aun así, sintió ganas de vomitar y gritar de disgusto, pero si lo hacía y alguien entraba, sería demasiado comprometedor.

—¡Por Dios! —la joven cubrió su cuerpo con la bata que fuese la de su marido y lo miró con repulsión—. ¿Qué demonios Rudolf?

—Lo lamento —negó.

—¿Cómo pudiste entrar aquí? Sé que Raimond tiene seguridad en

los pasillos.

—Nadie sospecha de la familia.

—¡Largo! ¿Por qué…? —dijo afligida y asqueada.

—No quiero hacerte daño, Beth, jamás lo haría, en serio te aprecio —se levantó y trató de acercarse.

—¿Crees que esto no es hacerme daño? ¡Estabas en mi cama mientras mi hijo estaba conmigo! ¿Qué pretendías?

—Lo siento.

—No lo sientas, largo de aquí.

—Te pido que no le digas a Raimond, ha sido una equivocación.

—¿Te parece poco lo que has hecho?

—No, sé que me he sobrepasado, pero, cuando te vi en la cama... tan tranquila y desnuda, por un momento… fui un idiota.

—Quiero que salgas de aquí, ahora.

—No te conviene decirle a Raimond. Sé que sabes tanto como yo sobre las andanzas de nuestros padres. Sí, también lo noté, cualquiera lo notaría —ella lo miraba sorprendida—, pero seguro que a nadie le gustará oír que el rey en realidad es un bastardo, uno que no merece estar en el trono.

—Te han consumido los celos, no sabes de lo que hablas.

—Sí que lo sé, incluso Alan lo sabe, pero callará para proteger a su hermano —sonrió de lado—. No te conviene abrir la boca, tu posición caería en seguida junto con él.

—No me amenaces, tú no sabes qué es lo que deseo.

—Lo que tú deseas es lo que deseaste desde un principio, y eso es que Raimond te amara y creo que lo conseguiste —sonrío de lado y la miró—. ¿Cómo lo conseguiste? ¿Arrastrándote cual prostituta en su cama? Seguro que a él le encanta.

—Seguro que es algo que no vas a descubrir —apuntó a la salida —. Lárgate de mí recámara.

El hombre tomó el resto de sus cosas y fue hacia la habitación del bebé, por donde saldría para no perjudicar más a la iracunda madre. No tenía idea de qué era lo que le pasaba por la cabeza a ese idiota, pero no quería volver a experimentar una sensación igual.

Jaló terminantemente al cordón que llamaría a algún empleado y esperó pacientemente a ser atendida. La doncella no comprendía porqué la reina pedía estar lista a marchas forzadas, pero la atendió lo más rápido que pudo y tomó al bebé en brazos cuando ella se lo tendió, parecía en verdad furiosa y fuera de sí, ¿Habría peleado otra vez con su majestad el rey?

Beth bajó las escaleras, presa de cólera, nadie se burlaría de ella, nadie la amenazaría y nadie se aprovecharía de ella, no más, eso sí que no podía volver a pasar en su vida. La joven trataba de sonreír hacia las personas que la saludaban con sumo respeto, pero en ese

momento, nada le importaba.

—Su majestad —dijo el chambelán—. ¿Desea ser anunciada?

—Sí, rápido por favor.

El hombre se introdujo en el despacho del rey, dónde Raimond estaba siendo rodeado por un grupo de hombres que aprecian atender a sus palabras mientras se fijaban en un mapa que su esposo señalaba.

—¡Su majestad, la reina consorte!

Raimond levantó la mirada y sonrió hacia su mujer.

—Qué bueno que llega, mi señora —dijo sin notar el estado de su esposa—. ¿Qué te parece el hogar para los huérfanos que planificamos hacer? Creo que quedará bastante bien aquí.

—Me parece una idea espectacular, su excelencia, pero me gustaría hablar con usted de un tema de suma importancia —miró a los hombres que la observaban—, en privado.

—Por supuesto, su majestad —se inclinaron los presentes—. El rey ha comunicado sus deseos.

Raimond asintió con vehemencia hacia los hombres y miró con una ceja arqueada a su mujer.

—Vaya forma de irrumpir una reunión, mi amor.

—Raimond, tengo que hablar contigo de una situación que me es poco placentera.

—Qué formalidad, ven, sentémonos, ¿Por qué estás tan molesta?

—Es Rudolf —las manos del príncipe se apretaron con fuerza y miró hacia otra parte, tratando de no descontrolarse—. Trata de escuchar antes de ponerte como un demente.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Él… por Dios, Raimond, no quiero que te exaltes.

—Dime ya mujer, me estás poniendo de nervios.

—Entró a nuestras cámaras.

—¿Qué? —el ceño de su marido parecía poderse contraer en formas que ella no pensó posibles—. No me digas…

—Estaba dormida igual a como me dejaste en la madrugada.

—¿Se atrevió a entrar en mi recámara mientras estaba mi mujer desnuda en mi cama con mi hijo? —se había puesto en pie.

Beth se mareó con tanto *mí* en aquel discurso, pero parecía tener sentido cuando él lo decía.

—Raimond —Beth se puso en pie.

—¿Te miró? ¿Sólo te miró? —ella bajó la cabeza—. ¡Te tocó! ¿Qué te ha hecho? Beth, ¿Llegó a… él llegó a…?

—¡No! —gritó—. Claro que no, pensé… creí que eras tú por un momento, pero él se comportó diferente.

—¿Diferente? ¿Te refieres a mientras estaba dentro de ti? —parecía irracional, fuera de sí.

—Raimond, te estoy diciendo que no llegó a más, me refiero a

que se metió en la cama… me abrazó, pero se comportó raro con Albert, él parecía tener intensión de… pero me di cuenta, me alejé —explicó—, no lo logró, ni siquiera cerca.

—Lo mataré —dijo con la mandíbula apretada—. Esta vez lo haré, ¡Y no hay nada de lo que me digas para detenerme!

—¡Raimond! —se interpuso en la puerta.

—¡Deja de defenderlo!

—No lo hago —lo tomó la cara—. Sabe algo importante de ti, es demasiado importante como para dejarlo pasar, por eso vine a decirte esto, por eso no lo callé.

—¡Jamás debes callar algo así! —le dijo furioso—. ¿Qué pasará la siguiente vez? ¿Tendré que permitir que te viole mientras tienes un hijo mío en el vientre y alimentas al otro?

—¡No!

—¡Entonces, ¿Qué, Beth? ¿Qué?!

—¡Él sabe que no eres hijo de tu padre!

Raimond pestañó un par de veces, precia confundido.

—¿Qué?

—Lo sabe, sabe que eres hijo de su padre, por eso no quiero que hagas un movimiento estúpido, sé que estará usando eso contra ti en el pueblo, mira —le tendió la carta de Kayla—. Léela.

Su marido se enfocó por unos minutos en leer el reporte que Kayla Hamilton le hacía y no lo podía creer.

—¿Qué demonios es esto?

—Pedí a mis primas ayuda.

—¿Me mandaste investigar?

—No a ti, a tu madre, quería saber…

—¿Querías obtener una forma de marcharte? Si yo no soy el legítimo heredero, tu puedes irte.

—¡Claro que no! ¡Sigo siendo tu esposa!

—¿Qué demonios es esto? —se dejó caer en un sofá—, no entiendo, jamás… ¿Quién sabe de esto?

—Creo que Alan sabe algo.

—¿Alan? —la miró—. ¿Mi hermano?

—Sí.

—¿Él también…? —Beth asintió al verlo tan confundido.

—La carta dice que puede ser que el rey fuera estéril.

—Por Dios —Raimond se masajeó la frente—. Todos estos años de infierno… y no soy el heredero al trono.

—¡No! —ella se agachó—. Raimond, el rey, tu padre, te dejó el mando, eres su heredero, él lo puso en todas partes, confiaba en ti.

—No sabía que no era su hijo, su sangre.

—Si lo sabía o no, ya no importa —le tocó la mejilla—, eres el rey y nada de lo que haya pasado entre tus padres es asunto tuyo.

—No soy hijo del rey, Beth, yo… soy medio hermano del hombre que pretendía violarte —negó asqueado, parecía querer fusionarse con ese sofá.

—Raimond…

—Por favor, déjame solo.

—Por favor, Raimond, no me alejes.

—No te estoy alejando, mi amor —le acarició la mejilla—, simplemente necesito estar solo… quiero que tomes a Albert y vayas con la duquesa Ana, no salgas de esa casa hasta que yo mismo vaya por ti ¿de acuerdo?

—Pero…

—Por favor, mi amor, por favor.

Beth se puso en pie, se veía tan afligido y abatido que le parecía una crueldad dejarlo solo, no sabía lo que estaba pensando, ni tampoco lo que planeaba hacer, pero lo temía.

Capítulo 27

Raimond no había podido continuar con sus tareas, había mandado buscar a Rudolf, pero el muy cobarde había desaparecido en cuestión de segundos del castillo. Beth no había sido tonta y no se dejó engañar por su primo y él, conociéndola, sabía que lo delataría, por eso huyó.

Beth tenía razón, seguramente él era el incitador de las masas para levantarse en contra de la corona. Y ahora entendía el enojo de Alan hacia el tío Bruno, y también entendía el asesinato de su padre, pero el nadie más; no habían buscado a Beth o a su hijo, ni siquiera a él o a Alan, el último había resultado herido por proteger a su padre, pero si no lo hubiera hecho, estaría ileso.

Eso quería decir que el único que al que se deseaba eliminar era al rey, su padre, y a la única persona que le estorbaría, sería a su madre o a Bruno, el caso era, que lo habían asesinado y, justo después, el tiroteo hacia Beth, ahora que lo pensaba, Alan lo había mencionado, pero él no la creía capaz, no quería creerlo.

—Cariño —entró la reina madre—. He notado que enviaste a tu esposa lejos, ¿debo entender que hay algún inconveniente?

—Veo que te alegra —dijo molesto.

—Debo admitir que esa muchachita no es de mí agrado, pero debes entender que no puedes divorciarte de ella y, bueno, se ha llevado a tu hijo, debes traerlo de regreso.

—Si no me puedo divorciar, entonces, la única opción es que la mate ¿no lo crees, madre?

La mujer lo miró con seriedad por un momento, nerviosa al notar que él no apartaba la fiera mirada de ella, no se movía ni tampoco parecía respirar, la juzgaba, eso era lo que hacía.

—No deberías hablar así, ella sigue siendo tu esposa.

—Madre, tú no tienes ningún respeto por esa palabra, ¿o sí? —se puso en pie—. Mira que toda la vida me lo echaste en cara, sobre las infidelidades de mi padre y cuando yo cometí la misma estupidez, no dejaste de restregármelo en la cara.

—Es verdad, no me parecen las infidelidades.

—Claro, eso sólo lo puede decir alguien que ha sido intachable toda su vida, alguien a quien la falta de virtud jamás la ha tentado.

—¿Qué son todas estas palabrerías?

—No me divorciaré de mi esposa, madre, resulta que estamos bastante bien, no la he enviado lejos por otra razón más que salvarla de mi medio hermano.

—¿Medio hermano? —ella levantó la nariz con ímpetu—. ¿Un

bastardo de tu padre?

Raimond golpeó el escritorio donde trabajaba.

—Mi padre era estéril.

—¿Qué?

—No te hagas la sorprendida, es sorprendente el parecido que tengo con él, no puedo creer que no me diera cuenta —negó furioso—. Ojos azules, cabello rubio, alto y corpulento.

—Mi familia tiene muchos así.

—Sí, pero qué raro que ninguno de nosotros heredáramos algo de padre, ¿Cierto? No nos parecemos ni un poco, en nada.

—¿Qué tratas de decirme, Raimond?

—Soy un bastardo, ¿Cierto? —negó—. Soy hijo del tío Bruno.

—Raimond…

—¡Por Dios, si fui ciego! —gritó—. La preocupación que siempre tenía, la forma en la que padre lo despreciaba… y ahora ha vuelto, ¿planeas formar una familia feliz?

—Ella te ha dicho esto, te ha llenado la cabeza de estupideces —negó—. Hijo, mi amor, tú eres mi único tesoro, lo que más amo en este mundo, he hecho todo por ti, para ti.

—No metas a Beth en esto.

—¡Es su culpa! ¡Ella es la que te ha hecho tan irracional y fuera de ti! No eres el hijo que crie.

—¡Por el amor de Dios, madre! ¿no te das cuenta de lo que me acabo de enterar? ¿Qué pensabas? ¿Qué iba a estar feliz?

—Te digo que eso no es verdad, ¿en quién confías?

Raimond apretó la quijada.

—No sé en quién demonios confiar ahora —negó—. ¿Sabías que mi querido medio hermano quiso abusar de mi mujer?

—Vaya que le gusta formarse ideas a su favor.

—¿A su favor? —negó—. ¿Una violación es algo favorable?

—Sí, porque tú crees todo lo que te dice, eres débil ante ella y Beth se la pasa inventando tonterías para que sigas ahí.

—¡Basta! —gritó—. No quiero verte.

—No te atrevas a correrme, Raimond, podrás ser el rey, pero sigo siendo tu madre.

—Entonces, madre, con todo respeto —le dijo enojado—, sal de aquí, también como hijo merezco un respeto.

La reina se mostró ofendida, pero tomó sus faldas y salió de ahí. Raimond se sumió en su asiento y miró enojado cuando la puerta de su despacho volvió a sonar.

—¡Adelante! —dijo con potencia, más fuerte de lo necesario.

El tío Bruno hacía intromisión en el lugar, anteriormente, aquella visita le hubiese causado felicidad, pero no en ese momento, no cuando parecía haber descubierto que su vida entera había sido un

total engaño de principio a fin.

—No estoy recibiendo visitas extraoficiales.

—Vamos muchacho, nosotros siempre hemos podido hablar.

—¿Te ha ido a llorar mi madre?

Bruno apretó la quijada y lo miró con dureza.

—No la he visto.

—Pero claro —negó enojado—. Seguro que tampoco tuviste nada que ver con el asesinato de mi padre.

—No levantes falsos Raimond, es malo en un rey.

—Quizá —lo miró—, pero al menos mi padre biológico me lo ha de perdonar, ya el que no lo era lo hacía.

—Tú… ¿Cómo te enteraste?

—Al menos tú lo aceptas —se puso en pie casi de un brinco—. Mi madre lo sigue negando.

Bruno se dio cuenta que su propio hijo lo embaucó correctamente, le había sacado la verdad.

—Deja que te explique.

—¿Explicarme qué cosa? —negó—. Ahora entiendo por qué Rudolf siempre ha competido conmigo, deseando lo que tengo, en realidad, estoy en su misma posición, incluso por debajo, él al menos es hijo de la hermana del rey, no merezco nada de lo que poseo, no soy más que un usurpador.

—Eres hijo de la reina, reconocido por el rey como su heredero legitimo —Bruno negó—. Nadie ha de negar tu parentesco con él, porque él jamás se quejó de ello.

—Ah, sí ¿Por qué razón?

—Porque al no tener hijos, el que llegaras le fue una bendición, pudo heredar y hacer creer que era hombre, que eran sus genes.

—¡No te atrevas a insultar a mi padre de nuevo!

—Bien, lo lamento, hablé de más —levantó las manos—, él te quería como a un hijo, Raimond y tú a él como un padre.

—Déjame solo —pidió de nuevo.

—Raimond…

—He dicho, que salgas.

Bruno dejó salir el aire con lentitud, su hijo parecía en verdad abatido por el asunto, entendía lo que sentía, pero no quería a ninguno de sus hijos más que a otro, no contrapuntearía a Rudolf y a Raimond jamás, por eso era esencial que se siguiera negando aquella insinuación, pero al menos quería estar más cerca de Raimond, lo quiso desde el momento en el que nació y lo querría siempre.

—Creo que mi hermano dio una indicación, tío Bruno.

El hombre se volvió hacia su otro hijo y suspiró, parecía que estaría condenado toda su vida a que sus hijos lo despreciaran. Los miró por largos segundos antes de salir de la habitación. El menor

lanzó una mirada a su hermano y elevó las cejas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Era un daño que te podía ahorrar, además, conociéndote, podías ser capaz de rechazar el trono.

Raimond lo miró.

—En teoría, no lo merezco.

—Es tuyo Raimond, te formaste toda la vida para ello.

—De alguna forma, siempre supe que no era mi destino.

—Lo es —Alan colocó ambas manos sobre el escritorio—. Ahora eres el rey y, pese a lo que estés sintiendo, tienes que hacerte a la idea y seguir con tus obligaciones. De mi parte no saldrá nada, de la de madre tampoco, a Beth no le conviene y parece que el tío en verdad nos quiere, así que todo resuelto.

—Rudolf lo sabe.

—Demonios, ¿quién te lo dijo?

—Beth —suspiró—, parece que le dio una visita en la mañana y la amenazó con eso para que no lo dijera.

—Esa chica es lista, de todas formas, te lo dijo.

—Digamos que soltó una bomba en mi cabeza —se frotó las sienes—. Tengo dolor de cabeza.

—Es malo saberlo, porque tienes un montón de reuniones.

—Lo sé —suspiró—. ¿Sabes a dónde pudo haber ido ese idiota?

—¿Rudolf? —sonrió—. Seguro a refugiarse con la tía.

—¿Crees que ella lo sepa?

—Claro que lo sabe, ¿quién crees que le ha metido todas esas ideas a Rudolf? —negó—, seguro que quiere que suba al trono, sería una buena venganza contra madre y el tío.

—Es una verdadera desgracia que todo esto sea verdad —dijo molesto, poniéndose de pie—. Al menos ya sabemos quién motiva a todos esos bastardos que entraron al palacio.

—¿Crees que ellos mataron a padre? —el menor miró al rey.

—No lo sé… aunque, ahora pienso en nuestra madre también.

—Estás más desprotegido ahora que él no está —dijo Alan—, quizá no fuera su idea en realidad.

—Creo que no lo pensó —Raimond se cruzó de brazos—. No le veo otra razón para que sólo planearan matar a padre cuando estábamos nosotros en la fiesta, al igual que Albert.

—Quizá porque piensen que no somos importantes, en cuanto se sepa la verdad, nosotros no seríamos nadie.

—Puede ser.

—¿Qué hay de matar a Beth? —Alan elevó una ceja y continuó—: pudo ser Marilla, esa mujer está loca.

—Sí, supongo —negó Raimond—, quiero que se vaya, pero madre está necia con ella.

—Molesta a Beth, así que supongo que se queda.

—Lo sé —gruñó enojado—. ¡Maldición!

—¿Pensabas que ser rey sería fácil?

—Ni siquiera cuando era príncipe era fácil —miró a su hermano con cariño—. Gracias por estar para mí.

—Siempre —asintió—. Iré a recoger a Beth, no creo que te sirva de nada tenerla lejos, menos en casa de la duquesa Ana.

—¿Por qué?

—Ella la espía para madre.

Raimond rodó los ojos.

—¿Beth lo sabe?

—Seguro que no o ya se hubiese alejado de ella.

—Bien, te encargo que los traigas y también que investigues si Rudolf se ha ido con su madre.

—Está bien.

A pesar de que Beth se encontraba cómoda estando con la duquesa Ana, la inquietaba sobre manera el proceder de Raimond, el hombre podía ser totalmente impredecible cuando se trataba de situaciones que involucraran el trono que había heredado, a lo que recordaba, él ni siquiera lo quería y había aceptado sólo para poderlo heredar a su hijo, el hijo de ambos.

—¿En qué piensas Beth?

—Oh, lo siento Ana, me he distraído de nuevo —miró sus cartas —, seguro que estás a punto de ganar.

—De hecho, sí.

Beth dejó sus cartas sobre la mesa y miró al bebé que dormía en una cuna provisional que Ana tenía en aquel salón.

—Quisiera volver ya —dijo pesarosa.

—No es prisionera en esta casa, su majestad.

—Oh, no me malinterpretes, querida Ana, lo que pasa es que estoy preocupada por el rey.

—¿Le pasa algo a tu esposo?

—Últimamente se encuentra algo estresado.

—Entiendo lo que dices —la mujer sorbió un poco de su té—. Mi esposo también ha estado estresado.

—¿El duque? —la miró.

—Sí, parece que está algo tenso, ya sabes, han atacado varias veces al palacio o a los miembros de la familia real, cree… que puede haber una rebelión.

—Tienes razón —se levantó Beth—. Y creo que tengo la idea perfecta para solucionarlo.

En ese momento anunciaron al príncipe Alan, provocando que las dos chicas se pusieran en pie y lo miraran expectantes.

—Su majestad, el rey pide que regrese al castillo.

—No seas tan ceremonioso Alan —sonrió Beth—. Gracias por venir por mí.

—Vamos, princesa.

Beth y Alan mantuvieron el silencio por un largo momento mientras viajaban de regreso al castillo.

—¿Cómo está?

—Supongo que ya te lo has de imaginar.

Ella suspiró y miró al bebé en sus brazos.

—¿Tan mal?

—Sí, creo que está confundido, conoces a mi hermano, sentirá que es su deber dejar de reinar porque no se lo merece.

—Tranquilo Alan, ya tengo una solución en la cabeza.

—Oh, qué bueno, sabía que eras la mujer indicada para él.

—Me preocupa —negó la joven—, en realidad el pueblo está preocupado al igual que los nobles, debemos hacer que la confianza en el nuevo rey incremente.

—Lo pienso igual —elevó una ceja—. Pero ¿Qué piensas hacer?

—Primero me gustaría hablarlo con él, porque todo se basa en qué tan dispuesto esté de hacer lo que le diga.

—Bueno, si se trata de algo que tú dices, entonces seguro que lo hará, querida Beatriz, mi hermano se muere por ti.

—Alan, mi nombre no es Beatriz, es Beth, sólo Beth.

—Lo sé, pero me parece corto, es como si tus padres no se hubiesen esforzado lo suficiente al ponértelo.

—Por favor, no te metas con mis padres.

Alan dejó salir una pequeña risa y jugó con el bebé en los brazos de su madre, tan sólo esperaba que esa chica lograra animar a su hermano, era lo único que quedaba.

Capítulo 28

Beth llegó al castillo siendo inmediatamente atrapada por doncellas que rápidamente la cambiaron y le indicaron que el rey la esperaba junto con algunos parlamentarios y consejeros en el salón dorado. Ese salón era un intermedio entre una velada de tamaño magistral y una reunión privada. Lo apropiado para poder hablar con un grupo adecuado y selecto de personas que no se desviaría de los temas a entablar en la reunión.

—¡Su majestad, la reina consorte!

La joven se mostró rápidamente abrumada por en número de miradas que se colocó sobre ella, era verdad que le agradaba estar con las personas, pero jamás había sido especialmente afecta a ser el centro de atención, lo cual era complicado siendo ella primero la princesa dorada de Wurtemberg y después su reina.

—Oh, su majestad, siempre luce tan hermosa —alabó la esposa del ministro de exteriores.

—Gracias, Lady Jill, es siempre un honor poder compartir con usted el té, debería visitarme pronto.

—¡Oh! Será un placer.

Beth sonrió y charló con cuantas personas se impusieron en su camino, pero tenía en la mira al hombre que traía puesto su traje de gala azul marino, aquel uniforme con la banda e insignias correspondientes de un rey. Por supuesto era la persona más ajetreada y concurrida del lugar, quizá rivalizando sólo con ella.

Se acercó a él, tocándole suavemente la espalda, llamándole la atención y provocando que se volviera, si no se equivocaba, sus ojos brillaron al momento de enfocarla y sonrió dulcemente.

—Es bueno verte de regreso —la integró—. Supongo que no necesitas presentaciones.

—No —dijo con una sonrisa, agachando la cabeza como saludo hacia los hombres con sus respectivas mujeres—. Es un gusto volverlos a ver, ministros.

—El gusto es nuestro, su majestad, es bueno saber que ya no se encuentra indispuesta.

—Ah, sí —miró a su marido con una ceja levantada—, me siento bastante mejor.

Raimond sonrió y pasó su mano por la cintura de Beth, acariciando la zona y sonriendo hacia los demás mientras la mantenía cerca y en calma. Beth se sintió repentinamente reconfortada y segura, no sabía desde cuando había empezado a sentir eso estando cerca de Raimond, pero esa era la verdad y no terminaba de entender si era

bueno o malo.

—Me alegra que llegaras —Raimond le susurró de pronto—. Es aburrido cuando no estás por aquí.

—¿Eso piensa su majestad? Parecía de lo más entretenido.

—Ocupado, más no entretenido.

—Sus ministros se sentirán ofendidos, mi lord.

—Creo que ellos también se sienten más felices ahora que estás presente, la verdad es que armonizas todo, mi amor.

—Sshh, pueden oírnos.

—Lo dudo.

—Díganos, su majestad, ¿Qué ha dicho el prisionero que asesinó a su padre?

Beth volvió rápidamente la mirada a su esposo, era un tema que a él no le gustaba tocar, porque era algo que no había podido resolver.

—No suelta palabra —dijo enojado—, pero lo hará.

—Supongo que no ha de estar viviendo agradablemente.

—Lo mantenemos con vida —dijo Raimond con sequedad.

Beth no quería ni imaginar el tipo de tortura que estarían aplicando a ese hombre, la traición no era aceptada en ningún reino, pero el asesinato de un rey, lo era menos. Raimond apenas parecía resentir su hombro, pero había momentos como aquel, en el que tensaba tanto su cuerpo, que no podía evitar llevarse una mano hacia su herida y tratar de adormecer el dolor.

—Raimond, por favor, relájate —susurró.

—Lo sé, lo sé —suspiró—, es un tema que no es de mi agrado.

—¿Quieres que nos retiremos por un momento?

—No, mi amor, me encuentro bien —le rozó la mejilla.

—Su majestad, ¿Tiene un momento? —pidieron a Raimond.

En el momento en el que ambos volvieron la cara para enfocar a Rudolf, este sonrió con amargura y comenzó a gritar a todos en general, parecía que estaba algo tomado y fuera de sí.

—¡Supongo que todos estarán enterados para este momento!

—Rudolf, por favor contrólate —se adelantó Beth.

—¡Su majestad, la reina! —se inclinó—. Es un gusto verla por aquí y no en la habitación. ¿Lo recuerda majestad?

—Está siendo impertinente, señor —dijo Beth con molestia.

—Quizá, pero creo que ahora más de alguno aquí pensará que puedo serlo, ¡el que deberá recibir de todos los honores soy yo!

Raimond se adelantó, pero Beth colocó una suave mano sobre su pecho y lo miró con súplica en la mirada.

—Será mejor que se retire, señor Rudolf, parece que se ha pasado de copas y está avergonzando a la familia —pidió Beth.

—Podrías ser mi esposa, Beth, seríamos perfectos ¿no te das cuenta? —elevó las manos—. A ti te aman por tu gran corazón y yo

son el legítimo heredero al trono, soy hijo de la hermana del rey, al menos tengo sangre real corriendo por mis venas.

—¡Rudolf! —llegó su padre—. ¿¡Qué demonios dices!?

—Padre, ¡Admítelo! Admite delante de estas personas que quieren reverenciar al hombre equivocado.

El padre vio a su propio hijo con tristeza.

—Rudolf, tu madre ha metido cosas sin sentido a tu cabeza, Raimond es hijo del difunto rey, no hay vuelta de hoja.

—¡Guardias! —gritó de pronto Raimond, sonriendo al fin—. Encierren a mi primo en una de las habitaciones, lo había estado esperando con ansias para tener una conversación con él.

—¡Pero claro! —gritó—. Seguro que estás molesto, ¿te ha ido a contar la princesita?

—¡Basta! —pidió Bruno.

Los guardias llegaron y escoltaron a Rudolf hacia la salida del lugar, no hubo necesidad de que lo tocaran, puesto que su padre se fue junto con él, pero Raimond no parecía satisfecho con ello, ya se le había escapado en una ocasión.

—Continúen la fiesta, no hay necesidad de interrumpirse —el hombre sonrió y comenzó a caminar hacia la salida, siendo perseguido por su esposa, quién trataba de detenerlo—. No Beth, iré ahora mismo.

—¿Qué harás, Raimond? —lo siguió por los desolados pasillos.

—Lo que debió recibir en la mañana, ¿cómo se atreve a entrar a nuestras cámaras y acostarse contigo?

—Eso suena peor de lo que fue —negó y le coloco una mano en el hombro para frenarlo—. Es verdad que merece un castigo, pero Raimond, si te enfrentas a él, si quieres hacer alguna de las acciones para proteger tu honor o el mío, entonces se irán contra ti.

—Lo sé.

—Rudolf es un noble de importancia, sabes perfectamente que muchos lo están apoyando, quisieran que él subiera al trono.

—Seguro que él se ha encargado de hacer que duden de mi origen, en realidad, tiene tanta razón, que yo no dudaría de ser otra mi posición.

—Raimond, tienes que ser más listo en este asunto, eres el heredero, tu padre lo ha decretado así, pero hay incertidumbre en el reino, antes de hacer cualquier cosa, debes inclinar la balanza a tu favor, para que lo que sea que hagas, tu gente esté contigo.

—¿Qué propones? —dijo enojado—. ¿Qué lo deje ir?

—Sí —suspiró—, creo que es lo mejor, puedes dejarlo ir, pero expulsarlo del castillo, no permitirle estar en la corte de Wurtemberg.

—Le estaría dando oportunidad a que haga más planificaciones en nuestra contra, Beth.

—Quizá, pero no tienes nada para probarlo, si acaso lo encierras, el mundo entero te lo cuestionaría, incluso si dijeras lo sucedido conmigo, la gente pensaría que he sido abusada y que tu hijo… el que daré a luz, puede ser de él, ¿Es lo que quieres?

—¡Maldición!

—Sé que no es algo agradable, pero entre más cerca estás de la corona, más se conflictúa la vida personal, porque perteneces primero al pueblo antes que a nadie más.

—Bien, le diré al tío que se lo lleve, creo que prefiero que ninguno de los dos esté cerca de mí ahora.

—Bien —sonrió la joven—, gracias por escucharme.

—Al contrario, pareces ser la voz de la razón —rodó los ojos y suspiró—, me pregunto qué haría sin ti a mi lado.

Raimond le tomó la mano y la besó con cariño antes de seguir caminando hacia las habitaciones donde habían puesto a Rudolf, los reyes estaban siendo guiados por un mayordomo que parecía tener los ojos casi cerrados y la nariz en el cielo por su altivez.

—Sus majestades —se inclinaron dos hombres que inmediatamente abrieron las puertas para ellos.

Beth tomó aire y miró al hombre que parecía haber enfurecido de camino ahí, se notaba que el alcohol o lo que fuese que había ingerido lo estaba volviendo agresivo, porque Rudolf no lo era, al menos, jamás lo había sido en el tiempo en el que lo conoció.

—Beth —su mirada se enterneció—. Oh, Beth, has venido.

—¿Qué le sucede? —preguntó Raimond al padre del muchacho.

—No lo sé, de repente se ha puesto de esta manera.

—Beth —se arrastró hasta su vestido y lo jaló con fuerza, haciendo que ella se desequilibrara y callera de rodillas, alertando a los hombres presentes—. Beth, mi dulce y querida Beth.

—Rudolf… —intentó levantarse—, déjame parar.

Raimond iba a darle una buena patada para quitarlo de encima, pero Beth nuevamente lo impidió y lo miró tranquila, parecía haber pensado en algo.

—¿Qué ha sucedido Rudolf? ¿Qué has tomado? Jamás te había visto de esta forma, menos siendo agresivo.

—Beth, la dulce Beth, ¿Estás preocupada? Sí que lo estás, tú te preocupas por todos, eres tan buena, ¡El pueblo te ama!

—Rudolf, ¿Qué tomaste?

—No lo sé —se tocó la cabeza—. Me lo ha dado Marilla, no sé ni cómo he llegado aquí.

—¿Marilla? —preguntó Raimond.

En cuanto Rudolf identificó su voz, el hombre volvió a ponerse agresivo y mostró intensiones de quererse lanzar contra el rey, pero la guardia estaba ahí y simplemente fue inútil. Raimond se había

agachado y puesto en pie a su mujer, colocándola detrás de él.

—Parece que conmigo hablará.

—No estires la cuerda, Beth —dijo molesto.

—Raimond, sé que puedo hacerlo.

—No —la abrazó contra sí y miró al resto de personas presentes —. Es suficiente. Tío, si no quieres que haya peores consecuencias te lo llevarás de aquí ahora mismo, pondré a vigilarlo.

—Raimond… —el corazón del hombre parecía haberse quitado un enorme peso de encima—. Gracias, mi señor, gracias.

—Bien —lo miró con poco afecto y dio media vuelta con todo y su esposa a cuestas.

—Raimond, no me estás escuchando.

—No —la tomó por los hombros y la miró—. Te escuché en todo lo que me fue posible, pero en definitiva no te arriesgaré a ti y a nuestro hijo dentro de ti por ello.

—Ha sido Marilla, ¿lo escuchaste? Ella le dio algo.

—Está bien, lo escuché, también pondré vigilancia con ella, pero hasta ahí llegará tu intromisión.

—Me parece poco sensato.

—Tú me pareces poco sensata ahora —la abrazó—. No Beth, por donde lo veas, la respuesta será no.

Ella entendía perfectamente su punto, pero ahora pensaba que Marilla tenía todo que ver con esta locura, Rudolf estaba envalentonado por su madre para buscar el trono, pero dudaba que Marilla quisiera que Raimond perdiera su título, ella lo ansiaba como rey, no como un plebeyo, dado el caso, quería saber qué otro interés tenía en Rudolf como para drogarlo de esa manera.

Su marido dejó que ella pasara primero a la habitación y, en cuanto cerró la puerta, comenzó a vociferar, parecía en verdad furioso, pero ella apenas y entendía algo de lo que decía.

—Raimond ¿quieres calmarte?

—¡No! —siguió caminando—. Durante todo el día he tenido que resistir las ganas de asesinar a alguien, a Rudolf específicamente, ahora lo tengo bajo mi poder, pero de todas formas no puedo hacerle daño porque el hombre está alcoholizado y drogado.

—Lo sé —lo abrazó.

—Me volveré loco, Beth —la apretó contra sí—. Lo haré.

—Esto es por la toma de poder —lo separó de sí y le tomó la cara, mirándolo con cariño—. Pasará, siempre hay inestabilidad.

—Para mí es más complicado, ni siquiera me puedo sentir seguro con ser el rey.

—Lo eres Raimond, para eso no hay vuelta atrás.

El dejó salir un suspiró y la acercó a él, abrazándola tan profundamente que un escalofrío recorrió la espalda de la joven.

—¿Te he dicho que te amo? —besó su hombro—. Cada día más.

—Necesitas descansar.

—Sí… —la miró—, me encantaría hacerte el amor, pero justo ahora, estoy tan abrumado que no creo poder.

—Raimond, por Dios… —se sonrojó.

—¿Quieres que te acompañe por Albert?

—No —lo besó tiernamente—, ¿por qué no te cambias? Volveré con él en un momento.

—Bien.

Beth esperaba que su marido estuviera lo suficientemente cansado como para quedarse dormido profunda y rápidamente, lo necesitaba prácticamente noqueado si quería salir de esa cama.

—Hola Cloe —sonrió Beth, inclinándose para tomar al bebé en la cuna—. ¿Cómo se ha portado?

—Perfecto su majestad, ¿necesita algo más?

—No, puedes ir a descansar, me quedaré con el niño.

La doncella se inclinó y salió de la habitación de Albert, la joven miró a su bebé y suspiró, en verdad que cada día se parecía más a su padre, tenía los mismos ojos azules y es cabello rubio como paja.

—Eres idéntico a papá, ¿lo sabías Albert? —le tocó la mejilla suave—. Espero que al menos saques algo de mí.

—¿Beth?

—Oh —ella se volvió con rapidez—. Raimond… ¿No crees que es preciso? Mira cuanto ha crecido, incluso me es cansado cargarlo.

—Vega, dámelo —él equilibró al niño en un brazo y colocó un beso en la sien de su esposa—. Es tarde, hay que dormir.

El que Raimond tuviera agarrado al bebé le permitía a ella cambiarse a su camisón con tranquilidad, viendo furtivamente como el padre entretenía al pequeño que permanecía sentado en la cama, intentando llevarse la mano de su padre a la boca. Era una imagen enternecedora y relajante, fue a sentarse con ellos mientras terminaba de trenzar su cabello y miró a su marido con una ceja levantada y una sonrisa pícara.

—¿Cómo haremos para dormirlo ahora? Está más despierto que nunca —miró los grandes ojos del bebé que metía su puño a la boca.

—Quizá si le cantas esa canción de cuna que…

—¿Qué? —dijo nerviosa—. ¿Me has escuchado?

—Duermo contigo, mi amor, me sería imposible no oír cuando le cantas —elevó una ceja—. ¿Te avergüenzas? ¿Por qué?

—Canto bastante feo.

Raimond dejó salir una risa y le tocó la mejilla, en realidad, Beth no era la persona más entonada, pero parecía hacer que el bebé se durmiera y si para ese niño era reconfortante y lo hacía dormir, entonces, para él era el canto de los ángeles.

—A él parece gustarle.

—Aún no ha escuchado nada mejor.

El bebé dejó salir una risita encantadora que sacó la sonrisa de ambos padres.

—Raimond, aprovechando el momento…

—¿Ahora qué se te ha ocurrido? —sonrió.

—¿Cómo sabes que es una idea?

—El hoyuelo en tu mejilla, te sale cuando te emocionas.

—Bueno, pensé en una forma de que la gente te acepté con más rapidez —se colocó frente a él, justo detrás del bebé que se seguía entreteniendo con la mano de su marido—. ¿Por qué no los visitamos?

—No te entiendo.

—Sí, caminar entre ellos, comprar cosas en sus puestos y…

—Me parece peligroso.

—Admito que no será la situación en la que estemos más protegidos, pero podemos llevar guardias.

—De mucho nos ha servido —se miró el hombro.

—Lo sé —le tocó la pierna—, pero creo que será bueno.

—Beth…

—Sé que te amarán, Raimond, si te comienzan a ver como persona y no sólo como rey, lograrás hacer que te amen.

El hombre cerró los ojos por unos momentos.

—Está bien.

—¡Sí!

—Pero Albert se queda.

—No… —dijo entristecida—, sabes que no me gusta estar mucho tiempo lejos de él.

—Se quedará con mi madre y con Alan.

Ella no parecía confiada con ello, pero asintió.

—Que tu madre se quede y que Alan vaya.

—¿Por qué razón?

—Alan es avispado, seguro es de ayuda.

Raimond asintió, recostó al bebé sobre su pecho descubierto y comenzó a darle leves golpecitos que terminaron por dormirlos a ambos, Beth se enterneció de nuevo, le gustaría poder pintar aquella escena del padre y el hijo juntos, pero sabía que no era el momento.

—Raimond… —le susurró y pinchó—. ¿Raimond?

—¿Mmm…? —él parecía más que dormido.

—Te quitaré al bebé.

—Mm-hmm…

Ella tomó a Albert lo acomodó en su cuna y se volvió hacia Raimond, en verdad parecía agotado, lo cual era perfecto. Beth tomó sus zapatillas de noche y su bata y salió corriendo hacia la habitación donde se tenía contenido al hombre que su marido odiaba.

Los guardias se pusieron firmes al verla en la entrada, no la miraban ni dijeron nada, pero eran dos testigos con los que no contaba, no podía entrar sola ahí sin levantar sospechas, pero entonces, la salvación llegó a manos de su prima.

—¿Kayla? —la miró sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Descubrí bastante, te quedarás de piedra.

—Seguro que ya sé más de la mitad —Beth la tomó de la mano y la alejó a un pasillo cercano—. ¿Cómo hiciste para entrar?

—La gente me conoce, soy encantadora.

—Kay, tenemos a Rudolf en esta habitación, ha dicho que Marilla lo ha drogado.

—¿Y eso para qué?

—No lo sé, ha llegado al salón diciendo que Raimond no merecía la corona, pero no tengo idea en qué le beneficiaría a Marilla que Raimond no fuera rey, ella es ambiciosa.

—Tal vez sabe que ya no lo va a conseguir y simplemente lo quiere hacer sufrir.

—Dudo que Marilla piense que Raimond deje de amarla —negó Beth—. ¿Crees en serio que quiera quitarlo del trono?

—Si a mí me dejaran, lo haría.

—Puede ser… no lo había pensado.

—Vamos, supongo que, si estás saliendo de noche y a escondidas, es porque tu marido te lo ha prohibido.

—Bueno, hago lo que puedo con las ordenes.

—Me alegra que al menos sacaras eso de tu madre.

—No me insultes.

—No lo hago.

—Sshh.

—Tú Sshh.

Ambas se miraron con una sonrisa y se posaron ante los guardias, quienes simplemente las miraron y no hicieron nada por detenerlas.

—Beth…

—Rudolf, quisiera hablar contigo.

—Me alegra verte, Beth.

—Rudolf, hace un rato dijiste que Marilla te había dado algo para que perdieras los sentidos —dijo la joven—. ¿Por qué lo hizo?

—No lo sé, tengo borroso el recuerdo.

—¿Cómo sabes entonces que era ella? —dijo Kayla.

—La recuerdo ofreciéndome ese té.

—¿Has hablado con ella de destituir a Raimond?

—No, ella no quiere eso, quiere apartarte del camino, supongo.

—¿Cómo haría algo así?

—Y yo que sé —se tocó la cabeza—. Lo único que sé es que concuerdo con ella, no tienes por qué estar con Raimond, lo sabes.

—Rudolf, lamento que malentendieras mi cariño, pero…

—Lo sé, no estás enamorada de mí.

—No, lo siento.

—Está bien, al final de cuentas, Raimond tenía que ganarme con alguna mujer —sonrió.

—¿De qué hablas? —se acercó Kayla—, pensé que Marilla tampoco había caído en tus redes jamás.

—¡Por favor! —sonrió el hombre—. Esa mujer jamás dejó de visitar mi cama cuando Raimond salía de viaje.

—¿Él lo sabe? —se sorprendió la Hamilton.

—Yo no se lo dije y no creo que ella lo hiciera.

—¿Por qué ser tan cruel con él? —negó Beth.

—¿Por qué fue cruel contigo? —se la regresó.

Beth bajó la mirada y asintió.

—Mira Beth, la cosa está así, sé que él no es hijo del rey y yo soy hijo de la hermana del rey, tengo más derechos, pero entiendo ¿sabes? Aunque me moleste, el rey lo reconoció como su hijo —¿Por qué sigues luchando entonces? —preguntó Kayla.

—Porque hay gente que me apoya —sonrió—. Pero sé que, si tuviera a Beth a mi lado, la balanza se inclinaría a mi favor.

—Por favor, no soy una posesión que se puede pasar.

—Eso lo sé, creo que lo sabía mucho antes de que Raimond se diera cuenta, noté tu potencial antes que él.

—El punto es… que te has seguido acostando con ella —Kayla elevó una ceja—. ¿Verdad?

—Pues… supongo.

—Entonces, el hijo que nacerá de ella…

—¿Hijo? —Beth la miró.

—Sí, está embarazada —asintió—. Me ha dicho con mucha altivez que es de Raimond.

Beth palideció de momento.

—Dudo que lo sea —dijo entonces Alan, entrando a la habitación con una sonrisa y junto a él, Raimond.

—No lo dudes, no es hijo mío.

—Raimond… —susurró Beth.

—Hablaré contigo después.

—Primito, siempre enamorándote de la persona incorrecta, bueno, eso pensaba hasta que te enamoraste de Beth —dijo Rudolf.

—Sí, mira que meterse contigo para poder crear un niño que fuera parecido a mí —negó—, hubiera sido un buen engaño, seguramente Beth jamás me hubiese creído.

—Eso me hubiese beneficiado más de la cuenta —asintió con tristeza—, pero no quiero ganar una mujer de esa manera.

—¿Qué es lo que quiere Marilla, Rudolf? —dijo Raimond.

—¿Qué es lo que busca una mujer despechada? —elevó la cejas y miró directamente hacia Beth.

—Desea destruir al hombre… —Beth pensó por unos momentos y levantó los ojos con terror— y hacer sufrir a la mujer.

—Creo que todos podemos saber cuál es la forma de destruir a Beth —los miró— y por lo que veo, ninguno trae consigo el corazón de la mujer a la que todos aprecian.

Las lágrimas de Beth llegaron al mismo tiempo que su desesperación y ganas de desmayarse.

—No…

Capítulo 29

La joven prácticamente salió corriendo de la recámara acompañada por Kayla y Alan, pero Raimond se quedó atrás por unos segundos, mirando a su primo.

—Ella no pudo haber hecho todo sola.

—Yo sólo la apoyé con lo del niño, Raimond —sonrió—. Ella quería una forma de separarlos y yo quería conseguirlo también, adoro a Beth, me enamoré de ella antes que tú, pero de ahí en más, no, definitivamente no me he metido.

—Espero que me digas la verdad.

—No sería tan idiota cómo para destruir el alma de Beth, si acaso a ese niño le pasa algo, ella no dudará en querer morirse con él.

Raimond lo sabía muy bien, conocía a Beth lo suficiente como para saber que su mundo giraba en torno a su hijo, si algo le llegase a pasar, ella moriría, si no en ese momento, lo haría después.

—¡Guardias! —gritó, dando paso a los hombres armados—. Lleven a mi prima a las celdas inferiores.

—Pensé que no me encarcelarías.

—El castillo no es seguro ahora, te liberaré cuando todo esté más tranquilo —asintió—, pero si algo le ha pasado a mi hijo, me importa poco lo que pueda decir el pueblo de mí, te mataré.

Raimond escuchó entonces el grito atroz de Beth.

—¡Beth! —se giró hacia ella al notar que corría hacia él.

—¡No está! ¡Mi hijo no está! —dijo histérica y entre lágrimas.

—Cálmate, Beth —la trató de retener, pero ella se soltó y corrió hacia la habitación de Rudolf.

—Haré lo que quieras —le dijo desesperada perdiendo la fuerza en sus piernas y cayendo al suelo—, lo que sea, lo que ordenes, te lo daré, sólo… regrésamelo, por favor.

—Beth —Rudolf se inclinó y le tomó los hombros con cariño desmedido—. Yo no lo tengo.

—¡Sé que lo tienen! —gritó entre lágrimas que no dejaban de fluir —. ¿Me quieres a mí? ¿Es eso? ¡Tómame! No importa, pero…

—Beth —negó Rudolf, mirando hacia la cara horrorizada de su primo, por primera vez de acuerdo en algo—, no necesito que hagas esto, no te lo daré, porque yo no lo tengo.

—Mi amor… —se inclinó con ella y le rozó suavemente un brazo, ella negó desconcertada y se le echó encima y comenzó a llorar desesperada—. Lo encontraremos, te lo juro.

—Está herida… la nana con la que lo dejaste está herida —lo miró, parecía pensar mil cosas a la vez—. Ella tiene que saber, ella

debe saber quién se lo llevó ¿Verdad?

—Alan y Kayla siguen allá, quizá han logrado reanimarla.

—Sí… puede ser, tengo que ir.

Beth salió de ahí como alma que lleva el viento, parecía fuera de sí, pero al mismo tiempo, se mantenía cuerda en medio del desastre.

—Rudolf, esto es ir demasiado lejos.

—La que lo propuso fue ella no yo.

—Está desesperada.

—Lo sé —negó—. Ella… me odiaría si acaso la tomara a la fuerza y no podría, sé que no me ama.

—Rudolf, si sabes algo del paradero de mi hijo… te aseguro que lo compensaré.

—En verdad que no estoy al tanto de esto, Raimond, puedo ganarte el trono sin hacer que tu mujer enloquezca o tu hijo desaparezca —se inclinó de hombros—, debo de admitir que quería separarte de Beth, pero ayudar a hacer a un hijo es diferente a matar uno, no lo haría.

—Nunca quise el maldito trono, te lo hubiera entregado de haberlo sabido antes.

Rudolf asintió.

—Si la que lo tiene es Marilla, entonces deben ir a su propiedad en el centro, su esposo nunca va ahí con ella, sabe que es el lugar donde se acuesta con sus amantes.

—¿Así que él lo sabe?

—¿Cómo crees que ascendió con tanta rapidez?

—¿Por qué me ayudarías?

—Porque amo a la mujer que es tu esposa, idiota.

Los guardias tomaron por los brazos a Rudolf y lo guiaron hasta los calabozos del castillo, debía admitir que no era una jugada de lo más impecable, pero quería tener un rival menos en el qué pensar.

Raimond ordenó que se buscara a Marilla en aquella casa, en el castillo y en cualquier parte del lugar, la quería capturada esa misma noche o no sabía de lo que sería capaz, estaba seguro su cabeza explotaría de un momento a otro.

Beth estaba desolada, simplemente no había podido controlarse, lloraba en silencio mientras ponía atención a los esfuerzos que se hacían para traer de vuelta a su hijo. Esperando ansiosa a que la mujer que había sido noqueada despertara para que dijera lo que sabía.

—Vamos, Beth, tienes que tomarte esto —pidió Kayla, pero la joven se seguía negando—. Calmará tus nervios, por favor.

—No puedo beber eso.

—Es té de manzanilla, te ayudará.

—¡No puedo beber eso!

—¿Quieres ayudarme? —pidió Kayla, viendo a Raimond

incriminatoria mientras trataba de ordenar a los guardias y distribuirlos por el castillo.

—No puede beberlo.

—¿Qué demonios?

—Kayla —Beth le tomó la mano con firmeza—. No puedo ingerirlo porque estoy embarazada, el té de manzanilla cae mal a las embarazadas, ¿de acuerdo?

Su prima pestañeó un par de veces y asintió anonadada, comenzó a beberse el té ella misma, era mejor que ella se tranquilizara.

—¡Sus majestades! —entró corriendo una doncella—. ¡Cloe ha despertado!

Beth se puso de pie como un resorte y salió de ahí junto con Kayla y Raimond pisándole los talones, mientras que Alan se quedó para seguir dirigiendo la búsqueda. Las tres personalidades entraron estruendosamente a la recámara donde la doncella intentaba incorporarse, sosteniendo su cabeza mientras una faz de dolor atravesaba su rostro.

—¡Mis señores! —ella intentó ponerse en pie—. ¡Lo lamento!

—Dinos qué pasó, Cloe —pidió Beth—. ¿Qué te hizo Marilla?

—¿La señora Hofergon? —negó—. Ella no ha sido, el bebé se lo ha llevado la duquesa Ana, mi señora, la duquesa.

Beth sintió que de pronto se desmayaría, dio un paso hacia atrás como si de pronto fuera a caer de la impresión, pero Raimond la sostuvo y miró hacia la doncella que parecía no saber qué hacer.

—¿La duquesa Ana estaba sola, Cloe?

—No, mi señor, ella venía con su marido —lloró—, me dijeron que ustedes les habían pedido que cuidaran del príncipe Albert, me golpearon cuando pedí un momento para preguntar yo misma.

—Ella no pudo ser —negó Beth—, Ana no, ella no.

—Beth —Kayla trató de tranquilizarla.

—¡No! Tuvo que ser por culpa de su marido, ella no haría algo así, es mi amiga, lo sé.

—Ella te espiaba para la reina —dijo Kayla—, desde siempre.

—Eso…

—Beth, cálmate, ahora no es el momento —pidió Raimond.

—Raimond, ¿crees que lo maten? —le dijo fuera de sí—. ¿Crees que lo hagan? ¿Están pensando eso?

—No lo creo, quieren hacerme abdicar, no lo conseguirán si mi hijo está muerto, planean usarlo.

—¿Cómo lo harán, Raimond? —lloró—. ¿Cómo sin ser descubiertos?

—¡Maldición!

—Raimond —la voz fuerte de Alan llegó desde el pasillo—. La encontraron, la tenemos.

—Parece no ser la culpable —dijo Kayla—. Esta mujer dice que la duquesa Ana y el duque es quién se llevó al bebé.

—Vaya mierda es todo esto —negó el menor—. Parece que hemos estado persiguiendo peones, pero no encontramos a los importantes, tenemos que encontrarlos.

—¿Quién puede estar detrás de todos ellos? —pensó Raimond, tocándose su barbilla por un momento antes de chasquear los dedos y mirar a su hermano en el mutuo entendimiento.

—¿Qué? ¿Qué? —pidió Beth.

—La tía —dijeron a la vez.

—¿La tía? —frunció el ceño Kayla—. En serio que se me da mal el trabajo de mi padre, soy un fracaso como Hamilton.

—La madre de Rudolf siempre ha sido consiente de la verdad, piensa que su hijo es quien debe estar en el trono —dijo Beth—, entonces, ¿Crees que haya hecho todo esto?

—Más que seguro.

—Hablando de brujas, ¿dónde está la bruja de su madre? —preguntó Kayla.

Los muchachos se miraron entre sí y caminaron hacia las habitaciones de la reina madre mientras seguían dando órdenes de búsqueda, ponían a Marilla en custodia y reforzaban la guardia del castillo por cualquier situación imprevista.

—¿Madre?

—¿Qué sucede? —la reina parecía tranquila, sin conocimiento de que algo estuviera ocurriendo.

—¿Estás bien? —frunció el ceño Alan.

—Claro que lo estoy, ¿por qué están todos aquí? ¿Saben la hora que es? —los miró de uno a uno—. ¿Qué has hecho con Rudolf hijo? No me digas que has actuado imprudentemente, pensé que al menos Beth haría algo útil.

—No se trata de Rudolf —dijo Raimond—. Se trata de Albert, creemos que la tía se lo ha llevado, ayudados por la duquesa Ana.

La reina abrió los ojos en impresión y cayó inmediatamente desmayada, siendo atendida por una de sus doncellas.

—Así que ella sólo ocasiona más problemas —dijo Kayla—, sigamos con lo nuestro, no debimos venir hasta acá sólo para verla, mira que es una caminata demasiado larga.

—Kayla, por favor —pidió Beth y miró a su marido—. Quiero hablar con Marilla yo misma.

—Beth…

—Quiero hacerlo, tú debes buscar a Ana y a tu tía, por favor, me encargaré de esto, que alguien se encargue del marido.

—¿Debo recordarte tu estado?

—No, ¿debo recordarte que tengo otro hijo?

—No.

Se miraron por largos momentos en los que había una buena batalla, pero al final, Raimond cedió y concedió que ella hablara con Marilla, de todas formas, no tenían tiempo y Beth se impondría de cualquier forma.

—Que te acompañe Kayla.

—Pero claro —la Hamilton se tomó del brazo de su prima—. No lo permitiría de otra manera.

—Bien —miró al resto de las personas—. Busquen a mi tía y a los Lambsdorff, los quiero junto a su hijo lo antes posible y también a los duques, no pueden estar lejos.

Los hombres salieron rápidamente y Alan iba detrás de ellos, Raimond volvió la mirada hacia su esposa y suspiró, tomándole la cara con cariño y besando su frente.

—Por favor, no hagas cosas que te pongan en riesgo.

—Lo intentaré —asintió.

—Oigan enamorados, no hay tiempo que perder.

Raimond salió de ahí y Beth tomó la mano de su prima para caminar hacia donde tenían a Marilla, no era que la tuvieran en una prisión ni nada parecido, pero el ser recluido no le caía en gracia a nadie, mucho menos a alguien como Marilla.

—Señora Hofergon.

—Beth —dijo con fastidio—, debí saber que fuiste tú la que me trajo aquí, mira que eres mala perdedora, ¿no te agradó la noticia que te ha dado tu prima?

—¿De qué hablas?

—Ahora también te haces la loca —sonrió, tocando su vientre que apenas comenzaba a hincharse por el embarazo.

Beth comprendió en ese momento que Marilla no tenía idea de la verdadera razón por la cual estaba siendo retenida en el castillo, si ella pensaba que había llegado hasta ahí por su supuesto embarazo, entonces ella no tenía nada que ver con el secuestro de Albert.

—¿Es de Raimond? —siguió el juego.

—Lo verás cuando nazca, rubio y ojos azules, igual que él.

Kayla cerró los ojos.

—Por favor —negó la Hamilton—. Puede salir igual a ti, en todo caso, eres de cabello negro y ojos marrones, ¿Qué harás entonces?

—Como sea —negó fastidiada—. Es de Raimond.

—Claro —Beth ya no estaba pensando en esa conversación—. Bien, Marilla, dime, Cuándo te acostabas con Rudolf, ¿él hablaba sobre hacerse con el trono?

—Te he dicho que es de Raimond.

—Claro, lo sé —asintió—, pero cuando te acostabas con Rudolf, ¿qué decía él?

Marilla rodó los ojos y se cruzó de brazos.

—Él jamás hablaba de ello cuando estaba con él —dijo.

—Tú no quieres que Raimond salga de su trono ¿Verdad?

—A mí en qué me beneficiaría —le dijo obvia—. ME conviene más ahora que es rey, mi esposo tiene una mejor posición… Ah, así que estás investigando de la muerte del pasado rey.

—Sí —mintió—. Es sobre eso.

—¿A ti que te importa? Ahora eres la reina que siempre quisiste ser, el que muriera te convino.

—Puede ser, pero no es algo que ayude a la estabilidad —elevó una ceja—. Lo ha mandado tu marido, ¿no es verdad? Raimond le tiene en más alta estima de lo que lo tenía el rey.

—Mi marido no ha hecho nada contra esta familia.

—¿En serio? Has dicho que le convenía.

—Sí, trabajé para que escalara en su posición, me metí con cuanto me lo pidió —sonrió—. ¿Contenta?

—No, ¿Por qué matar al rey? ¿A quién le ayudaba?

—¡A Raimond! ¡Es obvio!

—¿Entonces se lo has pedido tú?

—¡Lo ordenó la reina! —gritó al sentirse presionada, para rápidamente taparse la boca con una mano—. No es lo que quise decir, yo…

—Gracias Marilla, has sido de ayuda.

—No, no quise decir eso.

—Tu marido ha sabido emplear sus cartas, pero es convenenciero, hará lo que sea por quien sea que le dé una mejor posición, ¿no es así? Seguro que te pidió que te metieras con alguien más, alguien a quien no pudiste controlar.

—No sé de qué hablas.

—¿Por qué le dieron el té a Rudolf, Marilla? ¿por qué si ya habías estado con él? ¿Qué necesitabas que olvidara de esa noche?

—Beth, ¿qué haces? —frunció el ceño Kayla.

—Que recuerde, en esa fiesta no estabas por ningún lado, pero tu marido sí lo estaba y ¿sabes quién llegó después de la intromisión de Rudolf? —Marilla había perdido el color—. Sí, el tío Bruno, estabas con él ¿Verdad? Tú hijo no es de Rudolf, es de su padre y esa noche en la que entró borracho y drogado, descubrió lo que hacían.

—¡He dicho que me dejes tranquila! —gritó, llorosa.

—Tu marido te pidió que te metieras con el tío ¿cierto? Pero, en qué te convenía que te metieras con el tío, seguro que podrías tener la ventaja de que tu hijo saliera con las estipulaciones que necesitabas, rubio y de ojos azules, eso me mataría a mí y dejaría a Raimond a tu merced como lo querías, pero de qué le serviría al teniente Hofergon.

—He dicho que no sé de qué hablas.

—Le serviría porque es el tío quien está dirigiendo toda la revuelta, ¿Cierto? Es él quien ha estado detrás de todo esto.

—Nada mal para ser una mocosa —dijo una voz aciaga desde la puerta—. Me parece impresionante.

Beth y Kayla sintieron que su piel se erizaba al instante, recorriéndolas hasta la punta de los pies. Marilla precia asustada de aquel hombre con el que ciertamente sí se había logrado meter y del que ahora estaba embarazada, pero le había causado tanto terror durante todas esas noches juntos, que lo que quería era marcharse de ahí y jamás volverle a ver.

—¿Por qué drogar a tu propio hijo?

—Rudolf es un idiota —sonrió—, no sabe utilizar lo que le cae del cielo, sabía perfectamente que yo era el padre de Raimond y Alan y nunca lo quiso usar, quería que su asenso hacia el trono llegara gracias a la clemencia del pueblo, vaya estupidez.

—Su esposa…

—Mi esposa es una víbora, pero jamás haría algo en contra de su hermano, lo amaba, justo ahora estará llorando su muerte.

—Usted no puede ser rey —negó Kayla—, en todo caso sería Rudolf el que gobernara y a usted no parece quererlo.

—Quizá, pero el que tiene todos los contactos soy yo, por el que todos se mueven es por mí, él me lo agradecerá.

—Raimond y Alan también son sus hijos ¿Por qué beneficiar a uno más que a otro? —preguntó Kayla.

—Es lo que toca, Rudolf tiene sangre real y los otros dos no.

—Es porque Alan lo desprecia y ahora que Raimond sabe la verdad, tampoco lo quiere —dijo Beth—, por eso lo ha hecho, por eso ahora quiere derribarlo.

—Siempre pensé que Raimond sería más racional, parecía quererme aún más que a su padre, pero su muerte le causó un amor que en realidad no sentía por él, patético.

—Lo que quiere es gobernar —negó Kayla—. Es un lunático.

—Me acerqué a la corona todo lo que pude —dijo el hombre con una sonrisa—, primero la hermana del rey, pero eso no funcionó, con la esposa del rey tuve dos hijos y me los gané, pero fue por un tiempo, ahora estoy cerca, uno de mis hijos estará en el trono y yo estaré junto a él siempre, beneficiándome de las riquezas que pueda tener.

—Querrá decir, sobre él —dijo Beth—. Es la ejemplificación de un mal padre, ¿lo sabía?

—Quizá —sonrió—, así son las cosas, querida Beth, como veras, tengo todo de mi lado, incluso daré a mi hijo la mujer que ama.

Beth abrió los ojos con impresión y negó.

—Yo no seré su esposa.

—Si quieres a tu hijo de vuelta, tendrás que aceptarlo.

—¿Dónde está? —dijo presa del pánico.

—A salvo… por ahora —sonrió—. Sólo tú puedes salvarlo, tus acciones definirán el curso de su vida.

—Es mentira Beth —negó Kayla—, si lo que quiere es que Rudolf gobierne, tiene que deshacerse de toda la línea real, eso incluye a tu hijo.

—Bien, has comenzado a hartarme —le disparó a Kayla, sacando un grito de Marilla y de Beth, quién se inclinó ante su prima que no dejaba de sangrar—. Tienes problemas querida Beth, morirá desangrada si no tomas las decisiones correctas.

—¿Qué quiere que haga? —dijo llorosa.

—Dime donde está Rudolf, tenemos que liberar al rey.

Beth miró a los guardias que parecían pasar por alto todo aquello, supuso que habían sido comprados o directamente eran parte del plan del tío Bruno. Como fuere, no harían nada y parecía ser que tampoco ayudarían a Kayla cuanto se marcharan.

—¿Quiénes son?

—Amigos míos, pero como sabrás, no todos son amigos míos, tendrás que ayudarme a sacar a Rudolf de ahí.

—Haré lo que digas, sólo deja que ayuden a mi prima.

—No sé cómo haría eso sin que se supiera que alguien le disparó —sonrió—, no tienes muchas prerrogativas de todas formas, aún te puedo disparar a ti.

Beth se puso en pie cuando la apuntaron y caminó frente al hombre que parecía feliz, aunque desde que ella lo conocía, ese hombre siempre había estado feliz.

—Su majestad —llegaron unos guardias—. El rey ha mandado decir que debemos trasladarlas hacia la propiedad del centro.

Beth intentó decir algo, pero sintió de pronto la pistola tocando su espalda ligeramente.

—Yo escoltaré a la reina —sonrió el tío Bruno—. Ustedes vayan por la reina madre y por el resto de personas.

—El rey especificó que lleváramos en persona a la princesa.

—Beth, querida —sonrió Bruno—. ¿Es que acaso no confías en mí para ser tu escolta?

Beth lloró sólo un poco más.

—Estaré bien con él, ayuden a los demás, a todos —los miró intensamente, intentando que leyeran el horror, pero ellos sabían que estaba horrorizada, su hijo había sido secuestrado.

—Como ordene, su majestad.

Los hombres pasaron de largo, Beth esperaba que por lo menos alguno de ellos notara a Kayla o que Marilla diera el aviso. Sintió como la empujaban con la punta de aquella arma y siguió caminando hacía los calabozos de aquel antiguo castillo.

—¿Su majestad? —pregunto un guardia.

—Quiero ver a Rudolf Lambsdorff.

—Tiene las visitas prohibidas, mi señora, el rey lo ordenó.

—Sí, gracias por recordarlo, pero quisiera verlo de todas formas —asintió—. Será trasladado.

El hombre parecía confundido, pero al ver a la mujer tan segura y acompañada por el padre del muchacho que, en el pasado los ayudó a sacarlo del salón donde había entrado alcoholizado, les permitió la entrada e incluso los dirigió hasta la celda.

—¿Padre? —lo miró con el ceño fruncido.

—Hijo mío, es hora de sacarte de ahí.

—¿Por qué? —miró a Beth—. ¿Han encontrado a Albert?

Ella negó con la cabeza y dejó caer nuevas lágrimas.

—Vamos, hablaremos de esto después.

Los tres salieron de ahí en un silencio que apenas era cortado por el rose de los pies contra el suelo.

—¿Qué está pasando?

—Está pasando, hijo, que te estoy llevando a la libertad, con una esposa y un trono esperando por ti.

Rudolf se detuvo.

—¿Qué?

—¿No era lo que querías?

—Padre… —negó—. ¿Qué has hecho?

—Lo necesario para hacerte feliz.

—¿A mí? O a ti.

Bruno tomó el brazo de su hijo y el de Beth y los metió a una habitación, apuntando a Beth con el arma y mirando desesperado a Rudolf, quien parecía demasiado contrariado.

—No arruinarás esto, Rudolf, estamos cerca —tomó a Beth por el brazo y la aventó hacia él—. Vamos, no me importa, tómala ahora, Raimond estará distraído buscando a su hijo en casa de los duques que seguro estarán en sus manos, pero ahora tenemos dos cosas que él ama: a ella y al niño.

—¿Dónde tienes al niño?

—Por ahora no te es conveniente saberlo, tan sólo debes saber que Raimond cederá —sonrió—. Vamos, date prisa, lamento que no pueda darte más tiempo para que lo disfrutes, pero será lo necesario.

—Padre…

—Rudolf —lo apuntó—. O haces lo que te digo, o la mato, por lo que veo ya no te gusta lo suficiente, podemos encontrar una mejor.

Bruno jaló el martillo, pero Rudolf se puso frente a Beth, quién había dado un grito de antelación ante un posible disparo.

—Lo haré, la quiero, en serio la quiero y el pueblo también, será bueno para mi imagen como rey.

—Eso es verdad —asintió y bajó el arma.

—¿Esperarás aquí? —le dijo ansioso.

—Lo siento hijo, pero no quiero que esa arpía haga algo que te nuble la cabeza.

Rudolf asintió y se volvió hacia la joven que lo miró aterrorizada, soltando lagrimas sin control y negando con la cabeza.

—Por favor, no… —dijo desesperada cuando él la tomó por los brazos y la tumbó en la cama—. ¡No! ¡Rudolf! ¡No me lo harías! ¡No me dañarías! ¡No a mí!

El hombre se tumbó sobre ella y le inmovilizó los brazos para poder bajar y besarle el cuello, la mejilla y cerca del oído.

—Pelea Beth, pelea con más fuerza —le susurró. Ella frunció el ceño y lo miró espantada, sin comprender, así que él tuvo que seguir besándola y arrancándole prendas—. Beth, pelea, que no pueda controlarte, que piense que no puedo controlarte.

Entonces entendió, no quería abusar de ella, quería hacer un plan contra su padre, al menos eso esperaba. Beth gritó, pataleó y rasguñó todo lo que pudo a Rudolf, estaba segura de que mucho de lo que hacía él se lo permitía con más facilidad, haciendo que el padre se molestara y se acercara, inmovilizándole las manos para que Rudolf pudiera actuar, momento en el cual tomó el arma y apuntó a su padre.

—Bien padre, aquí acabó todo —dijo tranquilo—, déjala libre.

—Así que logró consumirte el cerebro —negó—, una mujer puede ser la perdición de una mente brillante.

—¡Suéltala, padre!

—Digamos que es un no —la arrastró por la cama y la pegó a su cuerpo pese a que ella pataleaba y se removía—. Es mi defensa.

—Has perdido, padre, suéltala.

—El que perdió fuiste tú.

—Raimond viene de regreso, estoy seguro, supongo que ya tendrá a su hijo consigo.

—Lo dudo —sonrió—. Jamás lo sabrá.

—Yo se lo dije antes de que partiera, sabe que Marilla y el teniente Hofergon estaban contigo.

—¡Maldito! ¡Hago todo esto por ti!

—No sé por quién lo hagas, pero definitivamente no es por mí, padre —negó el muchacho—, deja ir a Beth.

En ese momento, un estruendo se escuchó en el exterior, una inminente pelea que se derivó a disparos y demás gritos, pero al final, la habitación se abrió trayendo consigo a Raimond y Alan, quienes miraban sorprendidos la escena.

—Mis tres hijos reunidos, por primera vez del mismo lado.

Beth rodó los ojos y soltó más lágrimas, inclinándose un poco hasta su pierna derecha, odiaba tener que hacer algo así, pero si era

necesario, lo haría, así que sacó la fina daga que tenía en el lugar y la encajó con todas sus fuerzas en el abdomen del hombre.

En cuanto el tío Bruno la soltó, ella corrió hacia los hombres con armas en resiste y se abalanzó al cuerpo de su marido, quien la abrazó con fuerza y la miró sorprendido y con una sonrisa.

—Tendré más cuidado contigo por las noches, mi amor.

—¿Albert? —Raimond sonrió y asintió con tranquilidad, lo cual hizo que el cuerpo de Beth se relajara—. ¡Dios Santo! ¡Kayla!

—Está siendo atendida, Marilla dio aviso —Beth asintió un par de veces, simplemente abrazándose y temblando contra él, al fin sintiéndose a salvo. Raimond miró entonces a su primo—. Gracias Rudolf, por defenderla.

—No permitiría que le hicieran daño —el hombre miraba hacia donde su padre se encontraba herido y estaba siendo atendido.

—Veré que lo atiendan —dijo Raimond—. No sé qué más decir para hacerte sentir mejor.

El hombre movió la cabeza de lado a lado y miró a su rey.

—Es lo que buscamos —se inclinó de hombros—, perdimos.

—Hay gente en el pueblo que te sigue apoyando —dijo Alan con molestia—. Seguro que los seguirás incitando.

—No, acabé —sonrió bufón—. En realidad, no me gusta todo el trabajo que representa estar al mando.

—¿Por qué lo buscabas entonces? —inquirió Beth.

—No lo sé, mis padres me metieron a la cabeza que era el legítimo heredero, luego odiaba a Raimond y me agradaba hacerlo rabiar y al último, me enamoré de su esposa —la miró—. Fue en ese momento en el que en verdad lo envidié. Podría quitarle el trono, la riqueza y todo lo que lo enaltecía, pero jamás lograría apartar a su mujer de su lado y eso era lo que en verdad quería.

Raimond presionó la cintura de su esposa para acercarla a él en un acto dominante y protector, pero Beth se soltó y abrazó al hombre que le había salvado la vida en muchas formas.

—Has sido una persona increíble conmigo, quisiera tenerte a mi lado el resto de mis días, pero no soy una mujer para ti —le susurró con cariño—, mereces más que una mujer que le pertenece a alguien más, que soñó, lloró y sigue amando a alguien más.

Ella se separó y miró el semblante decaído del hombre.

—¿Jamás podrías llegar a amarme?

—No Rudolf —lo miró, era tan parecido a su esposo que parecería un crimen cambiarlo a uno por el otro, siempre recordaría y echaría de menos a Raimond—. No podemos estar juntos.

—Entiendo —bajó la mirada y después regresó con una sonrisa, mirando directamente a Raimond—. Espero que en esta ocasión no seas tan idiota y sepas lo que tienes, ella vale más de lo que tu

merecerás en tres vidas.

—Lo sé —se acercó a su esposa y la abrazó—, intentaré hacerla feliz como si lo tuviera que hacer por tres vidas.

Rudolf asintió.

—¿Tengo cargos?

—No.

—Ey —Alan miró a su hermano—. El tipo puede volver.

—Entonces, estaremos esperándolo —dijo Raimond, a sabiendas que su primo se iría y jamás volvería.

—Adiós hermano —sonrió Rudolf tendiéndole la mano.

—Adiós —se la estrechó.

Capítulo 30

Beth corrió hacia la madre de Raimond, quien sostenía al bebé contra su pecho y prácticamente se lo arrebató para tenerlo en sus brazos, llorando desconsolada y mirando a su marido quién la abrazaba contento al tenerlos a ambos entre sus brazos.

—Lo siento tanto hijo…

—Está bien, mamá —asintió Raimond—, supongo que no te será un consuelo que sepas que no murió.

—Debe morir —dijo la madre con seguridad—, atentó contra tu heredero, contra ti y contra… contra tu reina.

Beth levantó la mirada, la madre de Raimond en verdad parecía arrepentida por los sucesos, pero ella no era de las que perdonaban fácilmente, sabía bien que algo tuvo que ver en algunas de las cosas horribles que les pasaron, como el que quisieran matarla y en su lugar fuera Raimond quien salió malherido.

—Lo sé, será juzgado por sus crímenes.

—¿Rudolf?

—Se irá en la mañana.

—¿¡Lo has dejado en libertad!? ¿Estás loco?

—Rudolf me ha salvado —dijo Beth—. No atentó en ningún momento contra Raimond, actuó limpio para obtener el trono.

—Claro y el ataque a Hohenzollern ¿quién lo ocasionó?

—El tío Bruno, al parecer —dijo Raimond. La madre bajó la cabeza—. Ese día estaba aquí, ¿Verdad madre? Él estaba en tus cámaras esa noche, porque Rudolf no lo estaba, ni siquiera estaba en Wurtemberg.

—Mi querido hijo, yo siempre pensé que él te amaba, a ambos.

—Ay mamá por favor —rodó los ojos Alan—. El haber metido a ese canalla aquí hizo que muriera padre, secuestraran a Albert, hirieran a Raimond, casi violaran a Beth y ¿para qué?

—De ese modo lograste nacer —le dijo obvia.

—¡Agh! —negó el muchacho—. Iré a ver cómo está Kayla.

—Iré contigo —asintió Beth, mirando a su marido—. Haré que me revisen también a mí.

—¿Estás herida?

Ella negó de lado a lado.

—No quiero pensar que por tantas emociones… —bajó la cabeza entristecida—. ¿Tú crees que…?

Su marido pasó suavemente la mano por el vientre de su esposa y juntó su frente con la de ella.

—Lo logrará, es fuerte, como su madre.

La reina miró aquella escena con el ceño fruncido y después, la iluminación llegó y sonrió.

—¿Tendrán otro niño? —dijo alegre—. Será bueno para consolidar su linaje.

Beth miró por un segundo a su suegra y después se marchó de ahí junto con Alan, quién ya intentaba sacarle información del bebé.

—Madre, nosotros no pensamos en nuestros hijos como aseguradores de linaje, sino como niños.

—Pero claro, pero la verdad es esa.

Raimond negó.

—Eres peligrosa y piensas mal la mayoría del tiempo, nos pones en peligro —dijo.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Hiciste que Marilla volviera en conjunto con su esposo para molestar a Beth, lo cual facilitó su encuentro con el tío Bruno quién planeó todo esto —comenzó—. Asesinaste a mi padre, intentaste lastimar a Beth…

—¡Lo hice por ti!

—Tienes la misma justificación que el tío Bruno, pero ¿crees que es algo que aprecio o apreció Rudolf?

—No entiendes todos los sacrificios que he hecho por ti.

—Sí, los entiendo y te los agradezco… pero creo que sería bueno que te alejaras de palacio por un tiempo.

—¿Qué?

—Incluso la duquesa Ana ha caído en la traición, ya que fue gracias a ellos por lo que Albert salió de la habitación en primer lugar —negó—. ¿Para qué querías espiar a Beth?

—La necesitaba mantener controlada —le dijo—, ¿no te das cuenta que ansía el poder?

—Madre —negó con el ceño fruncido—. Los únicos que deseaban el poder eran tú y tío Bruno.

—¡No! Sólo quiero que estemos juntos, tu y yo.

—Quieres que haga lo que tú dices.

—¡Antes lo hacías!

—Fue mi primer error.

—Su excelencia —tanto la madre como el hijo se volvieron hacia la voz—, tiene visitas, mi señor, de un tal Thomas Hamilton.

Raimond cerró los ojos por unos momentos y asintió.

—Llévenlo con su hija en seguida.

—¿Quién es ese hombre?

—Alguien que seguro está enojado y viene siguiendo a su hija para que no cometa una locura que ya cometió y ahora está herida.

—¿Es el padre de Kayla?

—Sí —se frotó los ojos—. Que noche tan más larga. Madre, he

preparado todo para que te mudes a la residencia en…

—¡No! ¡Raimond, no me separes de ti!

—Partirás a primera hora en la mañana.

Raimond salió de la habitación de su madre sintiéndose abatido, sabía que era lo mejor, la reina madre siempre tendría una contienda contra su esposa y estaría lanzando artimañas por lo que le quedara de vida, había tenido suficiente de ello, había sido suficiente de que ella quisiera dictaminar lo que sería de su vida, estaba cansado y deseaba poder tener paz, tan sólo un poco de paz.

—Lord Hamilton.

—Quisiera dar mis respetos al rey si tan sólo mi hija no hubiese salido herida en este país.

—Papá, estoy bien —dijo la joven completamente despierta en la cama y con una venda en un muslo.

—No hablo sólo de la hija que viene de mi sangre, Beth es como una hija para mí también.

—Lo sé, mi lord, lamento los inconvenientes que ha tenido al venir hasta acá.

—¿Inconvenientes para él? —dijo otra hermosa mujer que Raimond no había visto hasta ese momento, podía jurar que no estaba ahí hacía dos segundos—. La que lo sufrió todo fui yo.

—Aine, nadie te pidió hablar —rezongó Kayla.

—Si no le hubiera dicho a papá, estarías en más problemas.

—Si no le hubieras dicho, jamás lo habría sabido.

—¡Es papá! ¡Claro que lo sabría!

—¡Qué no!

—Niñas —pidió Thomas—. Basta.

—Tío —se acercó Beth—, gracias por tu preocupación, pero me encuentro bien, al igual que mi hijo.

—Diré a tu madre sobre esto —la joven palideció rápidamente y sintió que se desmayaría, Dios santo, no podía pensar en algo peor que el que su madre lo supiera—. Por lo demás, le agradezco que mi hija haya sido atendida diligentemente.

—Ha sido un honor.

—Si me lo permite, me la llevaré hoy mismo de aquí.

—Papá, por favor, no quiero moverme, me dolerá.

Thomas regresó una fiera mirada a su hija, la cual calló en seguida y bajó la mirada, por un segundo se le había olvidado que quería matarla por desobedecerlo.

—Como usted diga, lord Hamilton.

Beth se despidió de sus parientes en la puerta del castillo, a sabiendas que Kayla tendría la regañada de su vida y probablemente no volviera a ver la luz del día por algunos meses. Sonrió, la echaría de menos, incluso había echado de menos a su tío.

—Vamos, necesitas descansar —dijo Raimond, abrazándola.

—No creo que pueda volver a dormir jamás.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Parece que sigo embarazada —suspiró tocando su vientre—, aun así, no es seguro que no lo pierda, sigo alterada.

—Trataremos de que el resto de tu embarazo sea tranquilo.

—Eso espero, aunque ahora que sé que madre se enterará de todo, no veo cómo algo podrá ser tranquilo.

—Lo resolveremos.

Beth acomodó a Albert sobre sus brazos y caminó a su habitación, mirando a los lados con temor, no tenía idea de cuando se le fuera a pasar esa sensación.

—¿Qué ha pasado con la duquesa Ana?

—Lo que han hecho es alta traición contra la corona —cerró los ojos por un prolongado momento y suspiró—, la condena no es agradable para nadie.

—¿Albert estaba con ellos?

Raimond negó.

—No, sabían que la doncella lo diría en cuento despertara, así que se lo entregaron al teniente, quien estaba preparado para luchar, pero en cuanto se vio en desventaja, fingió haberlo rescatado —dejó salir una risotada—. ¿Puedes creer la incongruencia?

—¿Y qué pasará con Marilla?

—Marilla está embarazada, así que habrá que esperar a que dé a luz antes de dictaminar cualquier cosa.

—¿Y sus hijos y los de Ana? —dijo preocupada—. Sé que Ana actuó así porque su esposo lo ordenó, le daba terribles golpizas Raimond, en serio, ella no tiene la culpa.

—Quizá no, pero no puedo hacer nada, Alan no lo permitirá de otra forma. Con respecto a los hijos de ambos, ellos ya están en internados desde antes de que todo esto ocurriese, con las fortunas de sus padres se les brindará lo que necesiten para que crezcan bien.

—Es increíble lo que las personas pueden hacer por tener algo de poder —negó Beth.

—Lo ven como algo increíble que les gustaría tener, no saben lo que hay detrás de todos los oropeles y las joyas —negó—, enmascaramos lo horrible de la monarquía con sonrisas falsas, con bailes y caridades, pero si uno se fija bien, se darán cuenta que, dentro de los castillos llenos de lujos, no hay mucha felicidad.

—Yo deseé eso —aceptó—, siempre quise ser… “una princesa”, pero jamás esperé nada de esto.

—Fui el primero en darte la bienvenida a la horrible realidad que hay dentro de esta corte —negó y le tomó la cara—. ¿Podrás perdonarme algún día? Tú has sido lo único bueno que me ha pasado

desde que recuerdo, incluso has seguido aumentando esa felicidad con los hijos que me has dado.

Ella lo miró por un largo y detenido momento, en el que el balbuceó del bebé era lo único que se escuchaba y de lo que eran conscientes ambos padres. Entonces, comenzó a llorar, Beth no podía controlar las lágrimas que salían disparadas de sus ojos y le recorrían hasta la barbilla.

—¿Por qué lloras, mi amor? —le tomó la cara.

—¿Es que no lo sabes? —apretó los labios.

Él sonrió y limpió dulcemente las lágrimas que salían disparadas de los orbes azules de su esposa.

—Sí —la besó con todo el cariño que fue capaz—. Prometo que no desperdiciaré esta oportunidad.

Beth dejó salir más lágrimas cuando los cerró para ser besada por su esposo, no podía negarle que seguía amándolo, pero no podía decírselo a él, tal vez jamás pudiera hacerlo, o tal vez necesitara tiempo, pero el que no pudiera decirlo no quería decir que no lo sintiera, quizá fuera la mujer más patética de la tierra, pero amaba al hombre con el que se casó y parecía ser que él la amaba a ella.

No sabía hasta qué punto estaba bien o estaba mal perdonar los errores que el amor hacía cometer, pero mientras lo averiguaba, estaría con el hombre que amaba y había elegido para ser el padre de sus hijos, esperando estar tomando la decisión correcta.

Epilogue

Beth sonreía en medio de aquel algarabío formado en el interior del castillo Hohenzollern, todo salía tal y como lo había planeado junto a su buen y querido amigo Rudolf, quien, aunque no estuviese presente, era casi como si lo estuviera.

Sonrió al ver los diferentes toldos alzándose orondos a la sombra de las murallas de aquel encerrado castillo que, en esa ocasión, abría las puertas para todos los especialistas en las diferentes artes y ya no sólo de eso, sino de cualquier gremio que quisiese exponer su trabajo en ese evento lleno de alegría, subastas, comida y bebida.

Los hombres y mujeres de Wurtemberg estaban felices por sus nuevos reyes, quienes parecían comprensivos al dolor, al sufrimiento y al hambre que podían llegar a tener. Nadie sabía qué había pasado en el interior de aquel solariego castillo, pero parecía haber tenido lugar algo de importancia, puesto que desde hacía un tiempo las cosas habían cambiado, los nobles que residían en aquel lugar iban al pueblo, hablaban con la gente y saludaban e incluso la reina Beth podía llegar a abrazar a las personas que tenía cerca.

El rey Raimond parecía alabar a su reina y a los dos hijos que esta le había brindado; el príncipe Alan se había convertido en un hombre respetable que, junto con su hermano, se encargaba de la ciudad de gobernaban. Nadie sabía mucho de lo que había sucedido con lady la madre del rey, pero conocían la residencia donde la parecía tranquila y en una paz que hacía mucho no le veían, se decía que los príncipes la visitaban seguido.

Seguro que nunca nadie sabría del dolor que se había experimentado ahí dentro, que la reina Beth no siempre tenía aquella sonrisa resplandeciente y que el rey Raimond no siempre fue feliz en ese matrimonio.

Nadie sabría que tuvieron intentos de asesinato, un asesinato, la posible pérdida de un hijo y el dolor de no saber qué era el amor y si residía aun en la persona que amaban, si algún día serían correspondidos o se verían sometidos a la neblina del rechazo para la eternidad.

Amar era difícil, era duro, era una batalla continua por la que se debía luchar día con día, en el que se debía de madurar, en el que se debía comprender, en el que en ocasiones se debía rendir y en otras, seguir luchando, se debía engrandecer y admirar a la otra persona simplemente por amarla.

Quizá nadie sabría nada de esto, puesto que, lo que todos veían y

seguirían viendo a partir de ese momento, serían las caras felices de quien ganó la batalla y logró dominar la difícil batalla de conocer lo que era amar a otra persona; con todos sus errores y aciertos, con todos sus defectos y virtudes, después de mil equivocaciones y sus correspondientes rectificaciones.

Esa era la encrucijada de la vida y se tenía que descifrar cada día en el que se logre abrir los ojos y hasta que no se puedan abrir más.

Sofía Durán

El alma de Terry Hamilton

El alma de Terry Hamilton

Los hijos de Bermont V

Sofía Durán

Copyright © 2021 Sofía Durán

Derechos de autor © 2021 Sofía Durán
© El alma de Terry Hamilton

Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán.
Copyrigth 2021 ©Sofía Durán
Código de registro: 2105307966719
Fecha de registro: 30/05/2021
ISBN: 9798527000368
Sello: Independently published

Primera edición.

Que cuando una puerta se cierre,
no estemos tan cegados por el dolor
que no podamos ver otra puerta abrirse

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epilogue

Capítulo 1

Japón era una tierra diferente, habían tardado en llegar lo que parecía ser una década, pero, al final, parecía valer la pena. El chico que pisaba aquellos lugares por primera vez se sentía fascinado desde ese momento, todo le gustaba, la forma en la que vestían, el olor de la comida, aquellos extraños templos, la arquitectura de las casas y la forma en la que las personas vestían con esas largas y extrañas ¿batas? Ni siquiera lo sabía.

Terry Hamilton era un hombre alto, corpulento y de mirada imponente, muchos dirían que se parecía más a su madre, había heredado de ella los ojos verdes y aunque su cabello no era tan claro como el de Annabella, era más claro que el de su hermano Publio o el de su padre, pero, sin dudas, era la personificación del lado cínico y malvado de su padre, al igual que su rostro atractivo y refinado.

—¡Eh, Hamilton! ¿Qué no recuerdas que vienes conmigo?

—Gordon —sonrió el chico—. Demonios, la verdad es que este lugar es increíble, no logro ir a tu paso de anciano.

—Borra esa sonrisa de loco, en realidad me aterra que sonrías así, se denota todo ese cinismo que llevas en el interior.

Terry marcó más aquella extraña sonrisa que lo caracterizaba tanto: sonreía de lado, sus comisuras tendían a elevarse en su mejilla derecha, formando un hoyuelo en ella y sus perfectos dientes se dejaban a la vista sólo en una pequeña medida.

Aquella mueca dejaba en claro desde la primera impresión de lo problemático y perverso que podía ser aquel hombre.

Era la perdición de toda mujer y la molestia para todo hombre.

—¿Olvidas quién demonios es mi padre?

—No, claro que lo sé, pero tu padre es un buen hombre al final del día y tú eres…

Terry se volvió hacía él y lo miró con aquellos ojos llenos de un brillo amenazador, justo como los del Hamilton mayor, ningún otro hijo había heredado aquella mirada.

—¿Soy qué, Gordon?

—Bueno, tú.

—Querrás decir, la decepción de mi padre —se dio media vuelta y siguió caminando por las calles de Japón—. Por eso me ha enviado aquí, vaya lío.

—No creo que tu padre se encuentre decepcionado de ti, Terry, quizá sólo… no haces lo que él espera de ti.

—Y no lo haré jamás —aseguró—. Estoy aquí porque quiero,

ansiaba conocer estas tierras y él me lo ha facilitado todo.

—Ni qué decir del tremendo rodeo que hemos hecho, hemos pasado prácticamente por cada país que se te ocurrió.

—No ha sido nada al azar —tomó el hombro de aquel hombre de su padre y sonrió—. ¿Acaso no notaste un patrón en particular?

—¿El que marcaba mujeres y buenas fiestas?

—¡Eso es! —le tocó el pecho con fuerza—. Ya decía yo que al final sí que eras un *Águila* de mi padre.

—No sé por qué lo dudas, si he sido entrenado por tu padre en persona —dijo resentido.

—Y ahora eres mi niñera —sonrió—. Vaya cargo.

—Quizá lo que quiere tu padre es que se te quite toda esa arrogancia que llevas encima —dijo con molestia el hombre—. Ojalá fueras más como…

Terry lo miró rápidamente.

—¿Cómo quién? —se acercó intimidante—. ¿Cómo Publio?

—No quise decir eso.

—Claro que no —siguió caminando—. Resulta ser que no soy Publio, ¡Y me agrada no serlo! Ese tipo se la pasa besando las suelas de mi padre, por todo lo sagrado, con lo buena que es la vida y él se deja eclipsar por lo que dice Thomas Hamilton.

—No es cualquier opinión.

—Sobrevalorada —lo apuntó con determinación—. Me hartan todos ustedes, admirándolo como si se tratara de un dios. Es sólo un hombre, uno que se equivoca bastante más de lo que creen.

Gordon miró al muchacho del que estaba encargado y suspiró.

—Sabemos bien que no es perfecto, Terry, pero lo importante es lo que hace bien.

—Vale —lo ignoró—. No te haré cambiar de opinión, pero ¿Te digo algo? Tú tampoco me harás cambiar a mí.

—Ya, me doy cuenta.

—Cómo sea, ¿Dónde nos quedaremos?

—Ven, te guiaré.

Terry siguió al hombre que era por lo menos quince años mayor que él, tendía a comportarse como su padre, lo cual lograba molestarlo, se había ido de Inglaterra para no estar cerca de ese hombre y, resultaba ser que lo mandaba con un chaperón que se lo recordaba a cada momento.

—¿Qué demonios es este lugar? —dijo Terry cuando llegó a aquella construcción de madera.

—Aquí es donde nos quedaremos.

—Parece una pocilga.

—Puede que se lo parezca, señor Hamilton, pero este Minka lleva aquí décadas —dijo una voz calmada detrás de ellos.

Los dos chicos se volvieron con rapidez y Gordon hizo una reverencia respetuosa ante lo que parecía ser un monje budista. Terry no hizo lo mismo, miró extrañado a aquel calvo y luchó por no reír.

—Lamento las palabras del joven Hamilton.

—No te preocupes —el calvo tocó con delicadeza el hombre que le mostraba respeto y miró determinado al más joven—. Eres el hijo del dragón negro.

—¿Dragón negro? —sonrió el chico—. Seguro que ese sobrenombre le agrada como ninguno.

—No es un sobrenombre, se ha ganado ese honor.

—Como sea, ¿Cuál es mi recámara?

—Veo el problema del que me habló su padre —dijo el hombre con paciencia—. Tiene mucho que aprender, joven Hamilton.

—Prefiero que me digan Terry, lo de *Hamilton* se lo puede guardar para siempre.

—Entiendo, creo que mejor te diré… inoshishi.

—¿Disculpe? —frunció el ceño cuando de pronto Gordon soltó una risa burlesca.

—Sí, una inoshishi te queda perfectamente —asintió—, acompáñame, joven inoshishi, te mostraré todo el minka.

—¿Qué demonios es eso de inoshishi? —le preguntó a Gordon, quien no paraba de reír.

Terry siguió al calvo hacía la pequeña choza que llamaban *minka*, en la entrada lo obligaron a quitarse los zapatos y dejó todas sus pertenencias al cuidado de lo que parecían doncellas, eran mujeres hermosas y pintadas de forma extraña, sonrió hacía ellas, pero estas lo ignoraron y siguieron haciendo sus tareas.

El muchacho se arrepintió de llamar ese lugar una pocilga, en realidad, era increíblemente grande y esos jardines… no había visto cosa igual en ninguna parte, era tan extraño y armonioso, fuera de lo común, simplemente único.

—Cómo se dará cuenta, joven inoshishi, las cosas no siempre son lo que parecen, en ocasiones, lo que parece horrible, guarda algo precioso en su interior.

—Vale, entiendo, tenemos una frase parecida en casa también.

—No pareces haberla aprendido.

Terry miró mal al calvo y lo siguió por el lugar. En aquel complejo había varias casas de madera, todas iguales y hermosas, se veían varias familias y muchos hombres que parecían entrenar o simplemente estaban sentados, con piernas cruzadas y ojos cerrados.

—¿Qué hacen? —los apuntó el muchacho.

—Aquí no se apunta a los demás, joven inoshishi —explicó el calvo —. Si gustas indicar un lugar, puedes hacerlo con la palma, no siendo tan brutal con un dedo.

—Es la misma cosa.

—Haz lo que te dicen, Terry, es otra cultura, respétala —lo miró Gordon—. Para que sepas que también en Inglaterra es mal visto.

El muchacho rodó los ojos y siguió escuchando al hombre que hablaba armónicamente, sorprendiéndolo con el fluido inglés que manejaba, dudaba que muchos por ahí lo hablaran, puesto que Gordon había tenido que interceder por ellos en todo momento con el idioma natal del lugar.

—Te quedarás aquí hasta que lo crea conveniente.

—¿Cómo que hasta que usted lo crea? —elevó una ceja el chico.

—Bueno, su padre me ha encomendado una tarea.

—Y ahora puede tirarla por la borda, vine aquí a divertirme, no a aprender lo que sea que mi padre quiera que aprenda.

—Quiere que aprenda de la vida, ¿Eso le disgusta?

—Si es sobre su forma de ver la vida, pues sí.

—La vida es una misma, todos la llevamos por igual.

—Pero no todos la vivimos igual —dijo el muchacho—. Será mejor que me vaya de aquí. Ya encontraré otro lugar.

El hombre miró rápidamente hacía algunos de los hombres que pasaban por el lugar, quienes rápidamente lo rodearon y se posaron intimidantes ante el joven.

—¿Qué significa esto? ¿Un secuestro? —se burló.

—Jamás raptamos personas, joven inoshishi, pero su padre fue muy puntual para lo que deseaba que fuera su estancia.

—Mi padre se puede ir muy a la…

—Terry —lo interrumpió Gordon—. Te recogeré cuando consideren que estás listo.

—¿Qué? —lo miró impresionado—. ¿Piensas dejarme con estos locos? No lo permitiré.

—Te recomiendo no pelear, joven inoshishi, estos hombres están entrenados, te quebrarían un hueso antes de que te les acercaras los suficiente para atacarlos.

—No necesito acercarme.

Gordon tomó aire, Terry era extremadamente hábil en varias artes, era hijo de Thomas Hamilton, pero, en definitiva, lo destrozarían si intentaba el mínimo movimiento.

—No tienes armas —le recordó Gordon—. Has dejado todo en la entrada del minka.

Terry pareció darse cuenta de ello y cerró los ojos, pensando en lo idiota que había sido al hacerlo.

—Bien, Oso negro —dijo el calvo—. Espero verte más pronto de lo que pronosticamos.

—Eso espero también —Gordon correspondió a la reverencia que le hacía el monje y salió pacíficamente del lugar.

—Están de broma si piensan que me quedaré aquí sin hacer nada —dijo Terry amenazadoramente.

—Puede intentar irse, joven inoshishi —el monje elevó una mano y apuntó la salida—. El que lo logre… estará por verse.

Terry observó a aquel hombre, su mirada estaba impresa de ira y las ganas de asesinar a alguien, bien podría hacerlo. El monje, sin embargo, regresaba una mirada tranquila, de una pasmosa calma que lograba enloquecer más al joven.

Hizo el primer intento por escapar, moviéndose ágilmente, pero no lo suficiente para burlar a los hombres que lo rodeaban, ni siquiera hizo falta que más de uno se moviera, el Hamilton terminó en el suelo sin remedio alguno, quejándose de su hombro.

Se volvió a levantar y lo intentó de nuevo, pero volvió a caer y lo hizo una, dos, tres y hasta diez veces, pero en todas las situaciones, con todos sus movimientos y de todas las formas creativas en las que intentaba escapar, irremediablemente terminaba en el suelo, cada vez más golpeado, más cansado y aquellos hombres parecían cada vez más divertidos por ello.

Terry terminó en el suelo, quejándose de un golpe en el estómago y suspiró cansado, recostándose boca arriba para ver como el día acababa y él seguía atrapado en el lugar.

—Bienvenido, joven inoshishi —sonrió—. Mi nombre es Akihiro, se bienvenido a tu hogar.

—Es una maldita prisión.

—Puede verlo de esa forma en este momento —asintió—, sin embargo, puede seguir intentando salir, pero sabe lo que tendrá que afrontar para hacerlo.

Terry cerró los ojos y se tomó las costillas para lograr sentarse, quizá tuviera algún hueso roto, pero se puso en pie y lo miró furioso.

—Jamás dejaré de intentarlo.

—Espero que llegue el día en el que no quiera ni pensarlo —dijo Akihiro—. Cuando su deseo sea quedarse, será la hora de que se marche de aquí.

—Váyanse todos al carajo —se dejó caer sobre el césped y miró el cielo—. Me largaré.

—Por ahora, espero que encuentre confortante su habitación.

—¿Disculpe?

—Bueno, al ser un recién llegado, no esperará tener todas las comodidades, eso tiene que ganarse, no lo ha hecho en este momento, pero espero que las estrellas le den la paz mental que parece hacerle falta en estos momentos.

—No dormiré en el césped.

—¡Por supuesto que no! —dijo Akihiro—. Haría una marca en el pasto. Su lugar es por allá.

—¿En la tierra?

—No, en las rocas de allá —apuntó—. Espero que le sea agradable y que tenga un sueño reparador, se dará cuenta que el arroyo a su lado tiene un efecto relajante.

—Espero que sea lo suficientemente profundo como para ahogarme en él.

—Si se pone boca abajo, hasta un charco podría hacer el trabajo.

El monje caminó con tranquilidad hacía el interior de una de las casas hermosas, cálidas y llenas de vida. Terry miró a los hombres que seguían custodiándolo, pensando que, en algún momento tendrían que descansar y sería su oportunidad de escapar.

Capítulo 2

Terry despertó por tercer día consecutivo en esa maldita piedra, había entendido que ese maldito minka era una fortaleza de la que jamás se le permitiría salir, sin contar que los hombres en ella eran aún más peligrosos que las malditas alimañas que le pasaban por encima en las noches.

Las personas de ese lugar lo alimentaban a base de arroz apelmazado, verdura y demás cosas que parecían no tener sabor. Se negaba a participar en cualquier tontería a la que fuera llamado, sin mencionar que tardó más de cinco horas en entender que lo llamaban, puesto que ahí todos hablaban japonés. Aprendió que le hablaban por la común palabra *inoshishi* en las oraciones sin sentido.

Nuevamente, como en cada mañana, le dolía el cuerpo, tenía hambre, estaba enojado y no planeaba moverse de esa roca, quizá su padre quisiera enseñarle algo, pero estaba seguro que en ese lugar le tenían el suficiente miedo como para no dejarlo morir de hambre, si se negaba lo suficiente al arroz y el resto de la comida extraña, quizá le trajeran algo comestible.

Prontamente se dio cuenta que no. La comida que él despreciaba, era rápidamente entregada a los animales y los niños se apuraban a comer una ración extra si es que las madres no llegaban a tiempo para detenerlos. Se bañaba a jicarazos de agua helada que le entumecían hasta las ideas, después volvía a su roca y se quedaba dormido, intentando pensar en cómo salir de ahí.

—¿Piensas seguir haciendo berrinche, inoshishi? —preguntó Akihiro, llegando sin ser oído por él.

—Sí, monje calvo, no pienso ceder ante ustedes.

—No sería ante nosotros, será ante tu cuerpo, ante tu misma hambre, eres tonto al desperdiciar algo tan fundamental como la comida, pero, te lo agradezco, lo hemos utilizado bastante bien.

El monje se sentó a su lado en esa posición que parecía ser común entre los de ese lugar e hizo sonidos raros con la garganta.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —el monje lo ignoró—. Me molesta, ve hacerlo a otra parte.

—Si te molesta, puedes irte.

—Has sido tú el que llegaste.

—Es a ti al que le molesta, así que eres tú el que se marcha.

Terry lanzó un impropio y se puso en pie de aquella piedra grande y plana que era su cama y fue a caminar por el jardín lleno de niños que correteaban con espadas largas de bambú.

—¡Inoshishi! —los niños le gritaban de vez en cuando—. ¡Ohayō inoshishi!

Terry solía mover la cabeza hacía ellos y seguir con su camino, generalmente hacia un viejo árbol con buena sombra, donde dormía el resto del día. Estaba por demás decir que jamás le regresaron sus cosas y, para ese momento, ya le habían hecho usar la indumentaria clásica japonesa, de la cual no se quejaba, puesto que era bastante cómoda para un día tirado sobre el césped.

Pero ese día no quería recostarse, estaba molesto porque el monje calvo llegó a incordiarlo, así que siguió caminando hasta llegar a otro minka, uno grande que conectaba a otra salida.

Su curiosidad lo llevó a atravesarlo, notando a los hombres que entrenaban sobre aquel piso de madera, todos parecían enfocados en lo que hacían y apenas le tomaban en cuenta.

Había hombres con grandes y alargados arcos, cada vez que acomodan una flecha parecía una danza grácil que terminaba con una puntería que acabaría en una muerte segura. Otros se enfocaban con alargadas espadas de madera o bambú, algunos se entretenían con armas cortas, otros afilaban, pero nadie prestaba atención al otro, cada instrumento parecía un arte en el cual el usuario prestaba su máxima capacidad mental.

Salió por una de las puertas corredizas, dando a otro jardín, pero completamente diferente al principal, ese más bien parecía un campo de entrenamiento. Los hombres practicaban artes marciales que Terry jamás había visto, pero, lo que más llamó su atención, fue un hombre totalmente cubierto, incluso traía un extraño casco que no dejaba ver su rostro y peleaba con otro hombre igualmente equipado, ellos usaban espadas reales.

El verlos fue una experiencia tan particular y embelesaste, que Terry no se percató de las horas que pasó de pie, simplemente viendo como contendiente tras contendiente, no lograba derrotar a aquel hombre con armadura roja.

—¡Nē inoshishi! —le gritó el hombre de rojo y apuntó el campo de entrenamiento con la palma cubierta por armadura.

Terry frunció el ceño, pero caminó seguro hasta la arena y miró a aquel hombre de armadura. Terry era más grande que él, había entendido rápidamente que los japoneses eran de talla pequeña, demasiado pequeña para él, pero no por eso eran menos fuertes o ágiles, de hecho, estaba más que seguro que perdería contra ese hombre de armadura roja.

—¿Quieres que pelee? —preguntó Terry a sabiendas que no se daría a entender.

El hombre, como toda respuesta, le lanzó una espada de madera, en realidad, no era una espada, se les llamaba Katana, una Katana

samurái. Terry la tomó con agilidad y la balanceó en su mano, llamando la atención de algunos hombres que entrenaban por el lugar, quienes rápidamente se detuvieron y fueron a mirar.

—Claro, sin presiones —se dijo el chico para sí.

El samurái elevó la catana y se posicionó, Terry siempre había sido especialmente bueno con las Katana, su padre le había enseñado a usarla y había superado con bastante facilidad las habilidades de su padre y la de su hermano Publio, él era bueno con las cosas afiladas y una espada, era una cosa afilada.

Terry fue el primero en atacar, siendo rápidamente golpeado por la Katana de madera del samurái, el chico tomó aire y lo volvió a intentar y siguió recibiendo los mismos golpes. Algunos los lograba evadir, en ocasiones sentía que golpeaba la armadura, pero nunca hizo un movimiento contundente que derrotara al samurái.

Terry se agachó sobre sus rodillas y trató de recuperar el aire perdido, permitiéndole al hombre de la armadura quitarse el casco y mirarlo con lástima.

—Eres desesperado, atacas sin pensar y quizá eres demasiado idiota para aceptarlo —le dijeron en un perfecto inglés.

El joven Hamilton levantó la mirada, topándose con una melena larga y negra, ojos jalados y de un color café oscuro, piel blanca como una nube y mejillas sonrojadas por el ejercicio. Era una mujer, había perdido contra una mujer.

—Akane —sonrió el monje, al cual la chica reverenció con rapidez —. Veo que has conocido a nuestro inoshishi.

—Sí —sonrió la mujer—. Le queda bien el apodo.

—¿Verdad? Nunca me equivoco.

—¿Qué significa eso? —se molestó Terry.

—Si no te ha interesado investigarlo, quiere decir que no te importa demasiado ser nombrado así —le dijo el monje.

—No me importa.

—Entonces, ¿Para qué lo preguntas?

Terry estaba frustrado, se sentía atrapado en una cultura, en un minka y en un idioma. Tenía que remediarlo cuanto antes y no sólo eso, quería vencer a esa mujer, no permitiría que alguien lo humillara de esa manera en un elemento que él creía dominar.

—Bien, haré lo que digan —se puso en pie y miró al hombre—. Haré lo que quieras monje calvo.

—Pero ¡qué…! —Akihiro levantó una palma y sonrió.

—¿Todo lo que yo diga?

—Sí —se adelantó el muchacho—, todo, pero me enseñaran.

—¿Qué quieres aprender? —se cruzó de brazos el monje.

—Todo —abrió los brazos—, todo lo que estos guerreros estudian y aprenden a lo largo de su vida.

—Son años de entrenamiento —elevó una ceja Akihiro.

—No es como que me estén dejando ir.

—¿Estás dispuesto a quedarte?

—Sí, quiero aprender —Terry estaba seguro que, si aprendía todo lo que estos hombres, incluso podría derrotar a su padre.

—Para ser un samurái, hace falta más que sólo quererlo —dijo la mujer llamada Akane—. Y tú no tienes lo necesario, niño.

Terry levantó una ceja, la mujer no parecía muchos años mayor que él, así que se burló de ella con una sonora carcajada y la miró con suficiencia.

—No eres quién para dictaminarlo, el monje calvo lo hará.

—Es un maestro —se acercó Akane—. No le puedes llamar con tal falta de respeto.

—Al monje calvo no parece molestarle —dijo igualmente amenazante, acercándose a ella también.

—Bien, ustedes dos —Akihiro les colocó una mano en la frente a cada uno y los empujó hacia atrás—. Me da gusto que se conocieran tan pronto, puesto que serán maestra y alumno.

—¿Qué? —dijeron a la vez.

—Es un buen comienzo —asintió el Akihiro—. La simultanea forma de hablar revela una conexión espiritual elevada.

—Maestro —se acercó Akane—, espero que sea una broma.

—No, esto también es una lección para ti, *zorro blanco*, la paciencia y la aceptación de otras culturas es esencial para ser uno de nosotros.

—Pero maestro…

—Tienes una aberración hacía ellos, aprende a lidiar con inoshishi te hará bien.

—¿Por qué tendría una aberración hacía los extranjeros? —preguntó Terry.

—Porque vienen a otro país queriendo imponerse como algo mejor, nosotros éramos buenos mucho antes de que todos ustedes vinieran a invadirnos —dijo furiosa la mujer.

—Vale —levantó las manos en rendición—. No quise alterarte.

—¡No estoy alterada!

—Claro, se nota que no lo estás —dijo sarcástico.

—Creo que serán de mutua ayuda —dijo Akihiro, hizo una mano puño y con la otra la rodeó, inclinándose ante ambos antes de partir.

La mujer bufó con fuerza y caminó de un lado a otro con la pesada indumentaria del samurái.

—Pensé que esto del samurái se había acabado.

—Sí, se ha terminado, una de las mejores tradiciones de este país y la han dejado de lado —negó la mujer—. Los occidentales acaban con todo lo remarcable de las culturas.

—Bien, chica, pero al menos ustedes lo siguen haciendo.

—No tenemos importancia alguna —lo miró—. Es un arte que practicamos, ya no somos considerados guerreros, no contra las armas de fuego.

—¿Aquí no usan?

—No en este minka —suspiró—. Como sea, el maestro te ha puesto a mi cargo, así que harás lo que te diga.

—Mmm… ¿seguir ordenes de una mujer?

La chica lo miró furiosa, le tomó el brazo y pasó el cuerpo entero de Terry sobre su hombro en cuestión de segundos, dejándolo tendido en el suelo con muchísimo dolor.

—Mira inoshishi, no sé qué mierda pienses que haces aquí o qué piensas que soy yo, pero si quieres aprender, tendrás que someterte a mí, ¿entendido?

—¡Maldición! —se quejó de su espalda—. Mierda, quítate de encima, loca desquiciada.

La mujer sonrió y se levantó, ondeando su largo y sedoso cabello negro que le llegaba a la mitad de la espalda.

—Mañana te despertarás temprano, cuatro de la mañana estaría bien para comenzar.

—¿Cuatro de la mañana? —gritó mientras se ponía en pie con dificultad—. ¿Qué demonios piensas hacer en la madrugada?

—Si tienes interés, entonces acudirás.

—¿A dónde?

—El templo —apuntó una de las casas grandes y lujosas de los jardines principales.

—No creo en tus dioses, ni tampoco en tu buda, no creo en nada.

—Me importa poco en lo que creas —le dijo frustrada—, te mostraré lo que es la paz mental, aunque creo que no tienes mente.

—Graciosa.

—Adiós inoshishi.

Terry esperó a que la mujer se fuera para comenzar a tantear su propia espalda, seguro que un día le rompían algo.

Capítulo 3

—¡No! Hazlo de nuevo —gritó Akane, golpeando la parte de atrás de la rodilla de Terry, haciéndolo caer.

—¡Maldición!

—Creí haberte advertido que no me gustan las maldiciones.

—¡Me importa una…! —ella lo golpeó de nuevo.

Se encontraban en uno de las arenas de entrenamiento, muchos de los japoneses iban ahí sólo para divertirse con las constantes palizas que Akane solía ponerle al extranjero, muchos habían apostado a que el muchacho se rendiría a la primera semana, pero Terry llevaba más de ocho meses entrenado a marchas forzadas con el experimentado samurái que era Akane.

—Otra vez —dijo la mujer—. Hazlo con la postura que te indiqué y si te vuelves a reír, te patearé el trasero.

—¿Sabes querida? —lo miró burlesco—, te hace falta un buen hombre en la cama, desde hace tiempo que no veo que nadie entre en tu habitación.

Akane tomó su larga Katana de madera y golpeó ambas piernas del chico, haciéndolo caer con fuerza sobre la arena, después, colocó un pie sobre su garganta y lo miró amenazadora.

—Deja de meterte en lo que no te importa inoshishi, o en serio tendrás problemas.

—¡Deja de llamarme así! —se quejó, tomando el pie de la mujer y doblándolo de una forma que la hizo caer al suelo, esa ocasión siendo aplastada por la rodilla de Terry—. No soy ningún jabalí.

—Si lo eres —dijo enojada—. Eres torpe, eres bruto y eres agresivo como tú sólo, no tienes autocontrol y atacas sin pensar.

—Te tengo en el suelo —le hizo ver.

Akane hizo un movimiento ágil y sin que Terry se pudiera dar cuenta o librarse de ello, la mujer lo tenía apresado entre sus piernas, ahorcándolo con cada segundo.

—¿Cuándo aprenderás? —suspiró cansada y lo soltó—. Largo de aquí, ¡He dicho que fuera! Tu entrenamiento acabó.

Terry tomó sus cosas y se fue molesto del lugar, dejando a la mujer en medio de un mar de sentimientos traicioneros que la hacían repudiar al chico extranjero.

—Veo que no has progresado nada, Akane —dijo el maestro Akihiro con su forma pausada y relajante de hablar.

—¡Es imposible, maestro! ¡Ese chico es tan… tan…!

—De hecho, he visto un gran progreso en Terry, a la que veo

atascada en el mismo fango en el que comenzó es a ti.

Akane volvió la mirada con impresión.

—¿Qué él ha avanzado? —negó—. Sigue siendo un inoshishi sin remedio, es tan bruto y atolondrado.

—Quizá, su padre era igual.

—¿Su padre?

—El dragón negro, es padre de ese muchacho.

Akane abrió los ojos con impresión y negó.

—No —negó con la cabeza—. No, no puede ser.

—Lo es —sonrió—. Se parecen más de lo que él quisiera, su padre hizo bien al mandarlo aquí.

—El dragón negro es una leyenda aquí, se destacó en todas las artes, incluso en las espirituales.

—Pero comenzó como Terry —asintió con una sonrisa y suspiró—. Las personas como ellos están acostumbradas a depender de su fuerza, de su virilidad, de su cabeza.

—Ese chico no tiene cabeza.

—Oh, es muy inteligente, ha logrado enseñarles a todos esos bribones inglés.

—¿A los niños? —frunció el ceño la mujer—. ¿Cómo lo hizo?

—Bueno, quería saber qué significaba inoshishi —el monje se inclinó de hombros, parecía orgulloso del extranjero.

—¿Lo consiguió sólo porque quería saber algo?

—Los Hamilton tienen ese tipo de vivacidad, de sed se aprender y de tenacidad —asintió—. Es cuestión de que le tomen interés.

—¿Habla ya japonés?

—Va por buen camino —asintió—, incluso ha ido conmigo.

—¿Con usted, maestro? Pensé que lo odiaba por mantenerlo aquí encerrado —admiró la chica.

—Me detesta, eso lo sé, me sigue llamando monje calvo.

—¿No le molesta?

—Su padre me decía mono sabio —negó con una sonrisa.

—¿Para qué le pide ayuda a usted?

—Paz mental —la miró de tal forma que sentía que la inculpaba de algo—. ¿Tú la tienes, Akane?

La chica miró hacía el extranjero que estaba afilando flechas en conjunto con otros samuráis, quienes se reían con él y parecían aceptarlo como parte de ese lugar. Ella no lograba aceptarlo como parte de ese lugar, ¿por qué todos podían y ella no? ¿Era la limitante de la que hablaba el maestro?

—Dice… ¿qué él no aprende porque yo no lo quiero enseñar?

—Sí, en realidad, Terry va muy bien con sus otras clases.

—¿Otras?

—Bueno, si me escuchaste, sabrás que es un hombre que no se sabe

estar quieto, tú sueles echarlo de tu campo en una o dos horas de entrenamiento, así que se tomó la libertad de aprender con otros.

—Parece que he quedado como la antagonista.

—Tienes todo el poder de hacer cambiar eso.

Akane tomó aire y fue en busca del extranjero, no importaba a quién le preguntara, todos le decían que había estado ahí hace apenas unos segundos, pero se había marchado, lo que le hacía pensar a Akane que tal vez no estaba estudiando para ser un samurái, sino un ninja, lo cual tampoco estaba nada mal, había algunos en ese minka que lo eran y, a lo que decía el maestro Akihiro, quizá ya hubiese entrenado con ellos.

—¡Inoshishi! —gritó la chica, llamando la atención de algunos niños, quienes rápidamente se acercaron a ella y la abrazaron.

—*¡Akane!* —sonrieron y hablaron en su idioma natal—. *El extranjero está con los ninjas ahora.*

—*¿Qué demonios hace ahí?*

Los niños se inclinaron de hombros.

—*Los ninjas lo admiran, dicen que es un prodigio.*

Claro que lo piensan, dijo molesta, caminando hacia el minka de los ninjas, donde ella casi nunca entraba, pero tampoco era vetada del lugar. Jamás había querido aprender, todos sus ancestros habían sido samuráis y no traicionaría su herencia por unas cuantas artes marciales extras.

Ella iba a gritar para que el extranjero saliera, pero, se detuvo al ver como los ninjas estaban formados en un círculo, rodeando a dos personas que parecían luchar, al estar el lugar en completo silencio, provocaba que los golpes, los gruñidos y caídas fueran perceptibles al apenas entrar.

El extranjero se batía con el maestro del lugar, ella lo conocía, era un hombre amable pero peligroso y siempre bien equipado, el extranjero parecía hacerlo bastante bien, no muchos lograban llegar al nivel para enfrentar al maestro y eso que ese chico sólo llevaba ocho meses en el lugar.

Terry lo había hecho bien, pero al final, había terminado con la espalda sobre el suelo, pero, al menos, había roto el tiempo máximo que un discípulo había durado contra el maestro del minka. El hombre de cabello negro, amarrado en una coleta, le tendió la mano y lo ayudó a levantarse, sonriendo y felicitándolo.

—Inoshishi —le habló Akane—. Ven conmigo.

Terry se alejó de las felicitaciones del resto de los hombres y se acercó a una de sus maestras, se podría decir que era a la que menos respeto le tenía, pero, de todas formas, se inclinó ante ella, para después cruzarse de brazos y verla de aquella forma tan segura y garbosa que la sacaba de quicio.

—¿Qué pasa?

—Creo… que podemos seguir entrenando.

—¿Y eso por qué? Pensé que dijiste que habíamos terminado.

—Cambié de opinión.

Terry levantó la ceja y se echó a reír.

—Lo lamento, *sensei*, pero gracias a que me echabas a la hora de tu campo, me tomé la libertad de armar mi día.

—¿Quiere decir que no aprecias el esfuerzo que hago por intentar enseñarte?

—Quiero decir, que no puedo ahora, quedaría mal con los demás que se han ofrecido a brindarme de su tiempo.

—¿Desde cuándo te importa?

El chico se inclinó de hombros y caminó hacia la salida, despidiéndose de sus maestros del minka ninja e inclinándose respetuoso ante ellos. Akane lo siguió por entre las casas, donde era tan saludado como ella misma, no podía creer lo tranquilo que se veía el extranjero, incluso parecía cómodo.

—¿Piensas seguirme todo el camino?

—Quiero saber a dónde te diriges.

—Iré a mi clase de Kyūdō.

—¿Hiro te ha aceptado en su clase? —dijo sorprendida.

—Tuve que aceptar que me lanzara flechas alrededor de casi todo mi cuerpo, pero sí, al final aceptó que tenía valor.

Akane suspiró y se acercó al chico, posándose frente a él.

—Bien, creo que me he pasado contigo.

—¿Eso crees? —elevó una ceja—. Tengo más moretones hechos por ti que por todos los de este lugar.

—¿Por qué seguías atendiendo si sabías que era mi culpa que no aprendieras?

—Porque, si dejaba de ir, el monje calvo me prohibiría ir a todos los demás lugares, no valía la pena perderlo todo por una chica loca que quiere destruir a los extranjeros.

—¿Lo sabías?

—Me pareció más que obvio —asintió, evitándola para seguir caminando—. Sobre todo, porque eres la única que me sigue diciendo *extranjero* o *inoshishi*.

—Lo siento, no es contra ti en especial.

—¿Por qué el odio hacía todos los extranjeros? —la enfrentó.

—No es de tu incumbencia.

—¿En serio? —sonrió—. Lo parece, los golpes en mi cuerpo lo muestran con bastante claridad.

—Bien, prometo que cambiaré, pero si preguntas algo de nuevo, te golpearé hasta que acabes atendido por las mujeres de este lugar.

—Pensé que eras mujer también.

—No como ellas —dijo con desagrado—. Soy una guerrera.

—Una azotadora, mejor dicho.

Akane sonrió y asintió, dejando que el chico se fuera a seguir con su día. Quizá ese extranjero fuera insoportable, pero no parecía una mala persona, de hecho, estaba bastante cambiado, incluso se había dejado de quejar de dormir en la piedra, parecía empezar a tomarle cariño pese a las burlas.

Quizá había sido demasiado dura con él.

Capítulo 4

Terry despertó a las cuatro de la mañana, estiró su cuerpo que había estado recostado sobre la roca y respiró con fuerza, se había acostumbrado a los climas de Japón, a los fuertes calores y los insinuantes fríos. El monje calvo le había ofrecido una habitación en una de las casas desde hacía tiempo, pero a Terry le había comenzado a gustar la intemperie, el sonido de los animales y las estrellas.

Tomó una respiración profunda y caminó hacía el templo, donde muchos de los otros monjes y maestros estaban inclinados ante una figura sagrada, con las manos juntas y los ojos cerrados; otros, estaban sentados con las piernas cruzadas y hacían meditación. El olor a incienso le gustaba, lograba calmarlo y la relajación mental ya se había hecho una costumbre agradable.

—Buenos días, Terry.

—Monje calvo —se inclinó y adoptó la posición.

—Escuché que Akane ha mejorado como maestra.

—Pensé que era un momento de silencio.

—A veces es bueno hablar para calmar la mente.

—Hable afuera, monje calvo, no me levanto a las cuatro de la mañana para hablar con usted —Terry continuó con los ojos cerrados y prosiguió meditando.

Akihiro sonrió y asintió, haciendo lo mismo que el muchacho, permitiéndose vanagloriarse con el buen trabajo que habían hecho con él, estaba orgulloso y sabía que su padre también lo estaría.

Cuando salieron del templo, Akihiro siguió a Terry por los jardines, charlando sobre varias cosas poco importantes.

—Escuché que habrá un festival esta noche —dijo el monje, mirando de reojo al hombre—. ¿Irás?

—¿Ir? —sonrió—. Pensé que no me dejaban salir por miedo a que me escapara.

—Creo que con los conocimientos que tienes hasta ahora, eres más que capaz de irte si quisieras, pero no lo has hecho.

—Me gusta este lugar, sigo aprendiendo, no me considero un experto en nada de lo que hago.

—¿Quieres ser un experto en todo?

—Sí, es mi objetivo.

El monje asintió.

—Ahora, casi lo eres, pero creo que también te has enfocado en otra parte importante de tu vida.

—No he dejado de lado la espiritualidad y la mente en paz, todo

eso que para ustedes es tan importante.

—¿Quiere decir que no lo es?

—Me han enseñado que sí y lo agradezco.

—No me refería a ello.

—¿Entonces?

—No lo sé, noté un acercamiento nada normal con Akane.

—Esa mujer enseña a base de golpes y malos tratos.

—Claro —asintió—. Pero te gusta.

—No —dijo seguro—. Es sólo una más que me enseña y vive aquí en el minka.

—¿Estás seguro?

—Más que seguro.

El monje asintió y se despidió del muchacho, dejándolo ir a donde todas las mujeres se encargaban de servir el desayuno que él ya no desaprovechaba. Akane llegó al poco rato y se sentó a su lado con una sonrisa.

—¿Qué piensas de que entrenemos con espadas verdaderas el día de hoy? —le dijo entusiasmada.

—¿Por qué estás feliz? —dijo con extrañeza—. No va con tu personalidad de bruja.

Akane lo golpeó con fuerza en el brazo.

—Resulta, que hoy es el festival.

—¿Y eso qué?

—Que podré ir y quizá… no sé, encuentre a alguien.

—No creo que un hombre quiera salir con otro hombre, al menos, no uno que le gusten las mujeres.

—Eres un idiota —lo golpeó de nuevo.

Terry no podía negar que su relación había cambiado un poco en los últimos meses, eran más… amigos, Akane ya no era tan dura al momento de entrenar, seguía golpeándolo como nadie, pero al menos, ya no lo despedía después de una hora de tenerlo en el suelo.

Había mejorado considerablemente su técnica y Akane decía que lo hacía bastante bien para no ser japonés, lo cual parecía ser un halago que no era normal en ella. Además, solían tomar las comidas juntos y en ocasiones, ella se sentaba junto a él en su roca.

—Me dijo el maestro Akihiro que te dejarán salir para el festival.

—Sí, aunque no entiendo para qué debería de ir.

—Es muy hermoso, va mucha gente y es interesante.

—¿Interesante?

—Bueno, podrías encontrar alguna mujer, seguro que alguien como tú no está acostumbrado a estar sin una en su vida.

—¿Crees que soy un mujeriego?

—¿Me equivoco?

—Noup, en realidad me has leído bastante bien —ella dejó salir

una risilla—. Aunque tú tampoco pareces ser alguien acostumbrada al celibato.

Ella abrió la boca ofendida, pero al final, asintió.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Pensé que los japoneses eran bastante duros con el tema, ¿tú familia no reprueba tu forma de vivir?

Ella lo miró con seriedad por un segundo y luego enfocó su plato.

—¿Te parece que tengo una familia que se aqueje de ello?

Terry cerró la boca y se sintió un idiota.

—Lo siento, jamás pensé…

—El maestro Akihiro me rescató —le dijo tranquila—. Mi padre era un samurái y mi madre una campesina. Murieron.

—No quiero parecer más idiota de lo que ya parezco —le dijo, mirándola seriamente—, pero, ¿Cómo murieron?

Ella rodó los ojos y suspiró.

—Unos extranjeros los mataron, violaron a mi madre ante mis ojos y mataron a mi padre de igual forma.

—Yo…

—Estaba escondida, claro está, seguro si me hubieran visto, tendría el mismo destino que ellos.

—Lo… Lo siento mucho.

—Sí, bueno, no fue lo más difícil que me tocó vivir —se inclinó de hombros—, una mujer sin hogar no la lleva fácil en las calles, haces lo que tienes que hacer para sobrevivir y eso no incluye nada de moral, no te importa en esos momentos.

Terry no necesitaba preguntar, sabía a lo que Akane se debió hacer para poder sobrevivir, no la juzgaba y mucho menos la rebajaba ante sus ojos.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿Cómo te encontró el monje calvo?

—En las calles, cuando lo intenté robar —sonrió—. Me trajo aquí y me crio como a un hombre, supongo. Me hizo fuerte.

El hombre se quedó callado, no sabía que más decirle.

—Eres impresionante.

—¿Qué?

—Me parece que eres increíble, eso es todo.

Akane pestañó un par de veces.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, no cualquier persona puede superar ese tipo de trauma, entiendo por qué te costó trabajo enseñarme y el odio hacía los extranjeros, no sé si lo hubiese logrado de haberme tocado a mí.

Ella inclinó la cabeza y sonrió, metiendo algo de arroz a su boca.

—No muchos opinan como tú —suspiró—. Soy juzgada por la sociedad, a nadie se le olvida lo que fui en el pasado, incluso los de aquí me ven como si fuera una deshonra.

—¿Qué dices? Todos te admiran.

—Porque saben que les puedo patear el trasero en cualquier momento —sonrió—, pero no, no me respetan.

—Eso es cruel, no decidiste lo que te pasó, hiciste lo necesario para sobrevivir, no muchos lo hubiesen logrado.

—Gracias —susurró—. Eres diferente a lo que pensé.

—Sí, bueno, no fue que sólo lo pensaras, me lo dijiste.

Akane dejó salir una carcajada y asintió.

—Sí, eras un engreído estúpido, ¿me podías culpar?

—No, pero jamás fui estúpido.

Acabaron de desayunar y se separaron el resto del día, Terry se dio cuenta que Akane tenía razón, ella no solía hablar con nadie además de él, ahora entendía por qué razón parecía querer acercarse todo el tiempo a él, incluso aunque lo odiaba.

—¡Akane! —se acercó el chico a la mujer que prácticamente maltrataba a un novato.

—¿Qué quieres? —le dijo enojada.

—Iré contigo al festival.

—¿Qué? —al escuchar aquello, Akane se desbalanceó y cayó.

Terry dejó salir una sonora carcajada y aceptó gustoso el golpe que ella le dio con la espada de madera.

—Ya, vale, vale, deja de pegarme —le quitó el arma—. Dije que iré contigo al festival.

—¿Quién dijo que quería que fueras conmigo?

—Nadie, me lo adjudiqué, pero de ir solo me perdería, ¿aceptas?

—No, por supuesto que no —se sonrojó la mujer.

—¿Por qué no? No tienes con quién ir y yo tampoco.

—Seguro que tú puedes ir con todos esos chicos con los que te hablas en el minka.

—Sí, pero ellos tienen amigas con las que compartirlo, yo sólo necesito una guía.

—Bueno… sí es lo que quieres…

—Genial, nos vemos en la entrada a las ocho.

—Está bien.

Terry no comprendió por qué razón ella parecía tan nerviosa, era sólo un festival, nada de importancia… lo era ¿cierto?

El día prosiguió sin más contratiempos, al menos no en los combates y entrenamientos, pero no había momento en el que no se tocara el tema del festival, todos parecían más que entusiasmados con el asunto y eso sólo lo hacía dudar un poco más de la invitación que le había hecho a Akane.

—*Ey, ¿por qué tanto revuelo con eso del festival?* —preguntó el chico en un buen japonés. Había practicado por más de medio año y las personas se sorprendían al notar la habilidad del muchacho para

dominar el idioma.

—*Amigo, es la festividad más importante aquí, las mujeres van a este evento para conseguir marido.*

—*¿Marido?* —se sorprendió—. *¿Eso qué quiere decir?*

—*Quiere decir, que ahora que has invitado a Akane al festival, quizá piense que quieres casarte con ella* —explicó uno.

—*¿Qué?*

—*No me casaría con Akane por su pasado, seguro mi familia me destituiría, pero la chica se cae de buena, aunque, creo que es algo mayor que tú, dime, extranjero ¿Te gustan las mayores?*

—*O quizá esté pensando en un revolcón* —sonrió otro—. *Akane accede a ello, pero te puedes enfrentar a la furia del maestro Akihiro.*

—*No pensé en algo como eso.*

Terry se preocupó por lo que había hecho, ¿en serio Akane pensaría que estaba interesado sentimentalmente en ella? Cerró los ojos. Si así era, tendrían problemas, era verdad que se le hacía una chica guapa, hermosa incluso, pero jamás la pensó como una pareja, ella se encargaba de hacerle los más terribles moretones, incluso le había roto más de algún dedo.

Cuando el día terminó y todos fueron a tomar una ducha de agua fría en los estanques de agua clara y limpia del lugar, Terry pensó en hablar con Akane del malentendido, quizá ella entendiera que, al no ser de ahí, él no sabía sobre esa costumbre de que en ese festival se buscaba a la pareja con la que se deseaba casar.

Se dijo a si mismo que haría eso en cuanto la viera.

Caminó hacía la salida del complejo, jamás había logrado pasar más allá del minka, puesto que solían aporrearlo entre varios para que no se escapara, pero, en esa ocasión, los fornidos guardias lo miraron con diversión y le dejaron el paso libre.

—Gracias chicos, gracias, que amables son —dijo con sorna, a sabiendas que ellos no lo entenderían.

—Deberías decírselos en japonés si te crees tan valiente.

Terry volvió la mirada hacia Akane, encontrándose de pronto con… con una mujer. Por lo general, esa chica siempre se veía igual, vestida con telas oscuras, grandes y de entrenamiento, nada parecida a las del resto de las chicas del complejo. Akane era más bien como otro chico, con su cabello siempre hecho una coleta larga y sin una gota de maquillaje sobre ella.

En cambio, esa noche ella estaba peinada hermosamente, tenía puesto un elegante kimono y parecía acicalada en agua de rosas, ¡Incluso estaba un poco maquillada! Era hermosa, Terry jamás lo había notado hasta ese momento.

—¿Qué tanto me miras? —dijo apenada—. ¡Te dije que era mujer! Gran idiota.

—A veces es difícil darse cuenta.

Ella lo golpeó y caminó lentamente hacía la salida, Terry olvidó por completo el pensamiento de decirle que no quería salir con ella, ahora que la veía así, le era imposible dejar de pensar en que era hermosa y en lo idiotas que eran todos esos hombres que la querían dejar ir sólo por un pasado difícil.

Akane lo tenía todo, era una guerrera y una mujer, fuerte, determinada y valiente, ¿cómo jamás la había visto? O… quizá, si lo había hecho y simplemente lo había desechado porque esa mujer lo despreciaba más que a nadie.

—¿Piensas quedarte ahí mirando o nos iremos?

Terry meneó la cabeza y la siguió, pero no encontraba palabras que fueran lo suficientemente inteligentes para dirigírselas.

—¿Ves eso? Son los fuegos artificiales, se prenden en la noche para ahuyentar a los malos espíritus.

—Es extraño —sonrió—. Pero supongo que ha de ser cierto.

—Queremos creer que sí.

Los dos chicos pasaban por los puestos ambulantes; había juegos, comida y baratijas. Los comerciantes gritaban para llamar la atención de los visitantes, los niños pasaban corriendo de un lado a otro y la gente iba elegantemente vestida con telas largas y llenas de diseños hermosos.

—Es todo tan… diferente.

—Nunca he salido de aquí —lo miró—. Pero supongo que ha de ser algo que nunca habías visto.

—En la vida.

—¿Te agrada?

—Sí, es único.

—Tú… ¿Has pensado en qué harás? —ella bajó la cabeza—. Ya sabes, después de que te den el visto bueno.

—La verdad, no lo sé —suspiró—. Supongo que seguir viajando.

—¿Nunca piensas quedarte en un lugar?

—Supongo… tengo que formar una familia en algún momento… quizá.

—¿Quieres casarte? —Terry la miró, parecía entusiasmada.

Eso lo hizo sentir un poco extraño y rascó su cuello con nerviosismo y suspiró.

—Supongo, sí.

—No te imagino con una esposa —se burló—. Eres demasiado… no sé, malo.

—¿Disculpa? —la miró—. No soy yo el que tira al suelo todo el tiempo a las personas.

—Ellos pelean contra mí, es su culpa ser más débiles que yo.

El ambiente se aligeró y siguieron caminando, Terry jamás había

pasado tanto rato con una mujer que no fuera su hermana o su prima, le sorprendió darse cuenta lo fácil que era estar con Akane y también lo mucho que le agradaba.

Después de que comieron y se divirtieron en los juegos, los cuales desfalcaron por completo. Fueron a tomar asiento en una banca, muchas personas hacían lo mismo, puesto que estaba a punto de comenzar el espectáculo de fuegos artificiales.

Estaban platicando y riendo, cuando de pronto, llegó una mujer mayor, con un cesto grande lleno de hilos rojos que ofrecía a las parejas que se encontraba por su caminar.

—*¿Chicos? ¿Quieren un hilo rojo?*

Akane peló los ojos y se sonrojó, lo cual divirtió a Terry y lo hizo decir que sí sólo para molestarla un poco más.

—*Oh, cariño, les deseo toda la felicidad del mundo* —dijo la anciana, anudando un extremo del hilo tejido en la muñeca de Terry y el otro extremo en la de Akane, formando en cada uno una pulsera unida por un fino lacito.

—¿Qué quiere decir esto? —dijo divertido el hombre.

—No debiste haberlo comprado.

—¿Qué tiene de malo?

—Es una tonta leyenda —negó la joven—. Pero es de amantes.

—¿De amantes?

—Sí —se sonrojó—. Esto quiere decir que nos podemos separar, enredar y fracturar, pero siempre volveremos a la misma persona, a la persona indicada, el final de tu hijo rojo siempre es el mismo.

Terry miró su muñeca y la de Akane.

—Es… tu alma gemela, supongo.

—Sí, algo así —ella se volvió hacia otro lado.

—¿Te molesta? En realidad, no lo sabía.

—No. No me molesta.

Terry le tomó la barbilla y la volvió hacía él.

—Si no te molesta, entonces, quiere decir que te agrada.

—También me puede dar igual —dijo la joven a la defensiva.

—Pero no te da igual.

Ella mordió su labio y sonrió al momento de tomarlo por sorpresa en un beso que no estaba nada bien visto al estar en frente de tantas personas, pero, en ese momento, a ninguno de los dos le importó, nada más importaba además de la caricia que compartían.

Y el momento fue perfecto, puesto que los fuegos artificiales comenzaron a iluminar el oscurecido cielo, lanzando destellos hermosos de colores, pero ni Akane ni Terry lo notaron, simplemente supieron que eran el uno para el otro, al menos en ese momento que, para ellos, era eterno.

Capítulo 5

Terry despertó aquella mañana con una sonrisa en los labios, el cuerpo de Akane dormitaba a su lado, tranquilo y desnudo, siendo totalmente del hombre a su lado. Desde hacía más de cuatro meses que su relación se había transformado en eso y, para ese momento, Terry estaba completamente enamorado de ella.

Akane era la mujer que siempre había soñado, era fuerte, lo retaba, atrevida y segura de sí misma, no pensaba en alguien mejor con la quién se pudiera casar, de eso estaba más que seguro.

Pero estaba preocupado, si se casaba con ella, en algún momento tendría que llevársela de ahí, debía volver a Inglaterra, él tenía un título, tierras y personas de las que cuidar en su tierra natal, Akane era una mujer japonesa, acostumbrada a otras cosas, no sabía que tanto trabajo le costaría adecuarse a la alzada sociedad inglesa.

La pasaría duro, eso seguro, pero Akane había pasado por cosas peores y ellos se amaban, en serio lo hacían.

—Hola —despertó la joven con una sonrisa, cubriendo su cuerpo desnudo—. ¿Por qué te has levantado tan temprano?

—No lo sé —le acarició la espalda—, he pensado algunas cosas.

—¿Tú piensas? —se levantó y fue a traer un poco de té.

Desde que ellos habían iniciado una relación, Terry había abandonado el gusto de dormir en su piedra para hacerlo en una cálida casa y un agradable futón.

En realidad, había sido una fortuna que lo hiciera, puesto que Japón se congelaba cuando el invierno llegaba y su piedra no representaría algo confortante cuando estaba cubierta de nieve.

—Akane —le agradeció el té y la miró—. ¿Qué piensas de esto?

—¿Qué cosa? ¿El té?

—No, de nosotros.

—Bueno, creo que estamos bien, ¿o no?

—Sí, demasiado bien, ¿no crees?

—¿Te parece algo malo?

—No —dejó el té—, por lo contrario, es algo que me agrada, quizá demasiado.

Ella elevó una ceja.

—No te entiendo.

—Digo, que funcionamos bien, somos buenos como pareja.

—Ajá.

—No puedo creer que no entiendas hacía donde voy.

—Quieres proponerme matrimonio —sonrió—. Lo entiendo.

Terry rodó los ojos y asintió.

—¿Qué dices?

—Terry —ladeó la cabeza y se puso en pie, nerviosa.

—¿Qué ocurre? —la siguió—. ¿Por qué no contestas?

—No… yo —meneó la cabeza—. Nosotros…

—¡Ey! Ahí dentro —gritó alguien—. ¡El maestro llama al extranjero, lo quiere en el templo ahora!

—Parece algo urgente —dijo Akane—. Deberías ir.

—Me parece más importante esto.

—No lo creo —lo miró—. Te esperaré aquí, el maestro no habla así a nadie a menos que haya algo importante qué decir.

—Akane…

—Vamos, Terry, no desapareceré.

Terry suspiró y se cambió de prisa, en realidad, también lo intrigaba lo que fuese que el monje calvo quisiera decirle. No creía que estuviera enojado por su relación con Akane, ella le había asegurado que el monje calvo no se metía en su vida y se sabía bien que la chica había tenido una larga lista de amantes.

Tenía que ser por otra cosa.

Terry llegó al templo que se encontraba en soledad. El frío era tan atroz que las personas tendían a quedarse en las casas, junto al fuego y resguardando el calor corporal. No había entrenamientos más que los mentales y Terry lo agradecía, puesto que no esperaba caer de espaldas en la nieve una y otra vez, con Akane eso era garantía, puesto que jamás se atrevía a dañarla y ella lo sabía, para ese momento, Terry era mucho mejor de lo que la joven se pudo imaginar y eso la llenaba de orgullo.

—¿Monje calvo? —llamó Terry, encogiéndose sobre sí mismo.

El monje se encontraba sentado en la nieve, en pose de meditación y una completa calma. Eso era algo que Terry jamás pudo dominar, ni tampoco lo pretendía hacer.

—Acércate Terry.

—No pondré mi trasero en la nieve, si es lo que quiere.

El monje calvo rio y abrió los ojos.

—Supongo que es algo a lo que jamás lograré obligarte.

—Me obligó a muchas cosas.

—No recuerdo eso.

El hombre se cruzó de brazos y miró al monje con paciencia.

—¿Y bien?

—Quería felicitarte, Terrius Hamilton, has pasado tu entrenamiento con honores.

—¿Quiere decir que yo no soy un jabalí? —sonrió el chico.

El monje dejó salir una risotada y negó.

—No, por supuesto que no, eres un tigre blanco, como debe ser.

—¿Tigre? —frunció el ceño—. ¿Eso qué significa?

—Es dignidad, es fuerza, es gloria.

—No está mal —sonrió.

—También significa vanidad —Terry lanzó una carcajada y asintió —. Tú padre estará orgulloso de ti.

—Lo dudo —suspiró—. Mi padre jamás ha estado orgulloso de mí, ni de nada de lo que hago.

—¿Esperabas otra cosa? Cuando llegaste aquí no eras más que un mocoso caprichoso que no aceptaba que le llevaran la contraria.

—Sigo siendo así.

—Sí, pero ahora eres más listo, más humano y unido al mundo.

—Se lo agradezco… supongo.

—Ahora, puedes irte.

—¿Irme?

—Sí, era lo que querías, según recuerdo —sonrió—. Irte.

—Claro —meneó la cabeza—, es verdad.

—Supongo que has encontrado algo por lo cual quieras quedarte… quizá sea mejor decir, alguien.

Terry levantó la cabeza.

—Sí, hay alguien.

—Terry, ten cuidado en los asuntos del corazón, sobre todo en las heridas del mismo.

—No tiene por qué haber heridas.

—Espero que así sea —Terry asintió con lentitud, las palabras del monje calvo lo hacían dudar de todo, con el tiempo había entendido que ese era el hombre más sabio que jamás conocería y, si decía las cosas, normalmente era por una razón—. Hablando de otras cosas, tu padre ha mandado esto para ti.

—¿Qué? —frunció el ceño y tomó la carta entre sus manos—. ¿Ha llegado esta mañana?

—Sí, pero, entenderás que es una distancia considerable de Inglaterra a Japón, seguro ha pasado bastante tiempo desde que la mandó, espero que no se trata de un asunto urgente.

Terry sintió nervios al momento de abrirla, quizá su padre sólo quisiera hablar con él, pero lo dudaba, Thomas Hamilton no solía escribir a nadie por miedo a que las cartas fueran interceptadas. Los ojos del muchacho pasaron de línea a línea, encontrando extraño leer en su propio idioma y, por desgracia, no era algo positivo.

—Tengo que irme.

—¿Qué? —el monje se puso en pie—. ¿Ha sucedido algo?

—Sí —dijo alterado—. Es mi madre.

—Tú madre —el hombre mostró una preocupación pura—. ¿Dice algo más?

—No, tengo que volver, tengo que irme ahora.

—Entiendo, tienes que ver las salidas de los barcos.

—Lo sé, lo sé —el chico parecía contrariado—. ¿Podría ayudarme con ello? Necesito hablar con Akiko, necesito hacerlo ahora mismo.

—Está bien muchacho.

Terry prácticamente corrió de regreso a la casa donde Akiko vivía en soledad y entró sin tocar, aventando los zapatos para no manchar los pisos de madera.

—¡Akiko!

—¿Terry? —la joven salió de alguna parte—. ¿Qué ocurrió? ¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos.

—¿Irnos?

—Sí, a Inglaterra, algo sucede, tengo que volver.

—Pero… ¿De qué hablas? No entiendo nada.

—Akiko, te amo, me quiero casar contigo —la tomó de los hombros —, en serio quiero pasar toda mi vida a tu lado, nos podemos casar allá, mi familia te recibirá bien, te lo prometo.

Le tomó la mano y comenzó a guiarla por la casa, pero Akiko se soltó y lo miró con tristeza.

—No puedo irme de aquí.

—¿Qué dices? ¿Por qué no? —le tomó el rostro—. No tengas miedo, no pasará nada. Te enseñaré a vivir allá como tú me enseñaste a vivir aquí, aprenderás, si yo pude aprender a usar palillos, creo que podrás con Inglaterra.

—No, Terry, no puedo ir contigo.

—Akiko…

—No puedo —le dijo con ojos llorosos.

—Pero… ¿No me amas?

—Yo… no es eso —negó.

—¿Entonces? —se acercó, mirándola como si no la conociera.

—Mi vida está aquí, soy de aquí y odio a todos los de allá.

—Akiko, mi familia no es como todas, ellos estarán encantados de conocerte, de verte y aprender de ti, ¡Están locos! No hay nadie mejor que ellos para integrarte.

—No soy suficiente, no te merezco.

—No digas estupideces, Akiko, por favor, vámonos.

—Terry… no lo haré.

El chico asintió fuertemente y la besó.

—Está bien, lo dejaré todo —asintió—. Regresaré aquí, viviéremos aquí si es lo que quieres, no te haré sentir incomoda en otro lugar, fue egoísta de mi parte.

—No Terry, tu vida está allá, tu título, tus tierras, tu familia…

—Tú serás mi familia, iniciaremos de nuevo aquí, no necesito nada ni a nadie, sólo a ti.

—Jamás te pediría algo así, sé cuánto amas a tu familia, sé cuánto amas Inglaterra.

—Te amo más a ti.

—Crees amarme, pero no es así, sientes pasión, te gusta acostarte conmigo y fui una amiga, la única con la que pudiste convivir.

—No, no, eres diferente, eres la mujer de mis sueños.

—Estás ilusionado, eso es todo.

—¡No! —le tomó la cara—. Sé lo que siento, lo sé bien, no debes dudar de cuanto te amo. Sé que te asusta Inglaterra, sé que es un viaje largo y todo será diferente, pero te acostumbrarás y serán unos días, quiero saber si mi madre está bien, nos casaremos allá y regresaremos aquí.

—No.

—¡¿Qué demonios quieres de mí?!

—No quiero nada de ti —dijo llorosa—. Terry, la que ha sido verdaderamente egoísta soy yo.

—¿Qué? ¿Por qué razón?

—Porque te hice enamorarte de mí.

—Eso no es ser egoísta, porque me amabas también.

—Sí, es egoísta —lloró—, porque yo no puedo corresponderte, no debería haberlo hecho.

—¿De qué hablas?

—Estoy casada.

Capítulo 6

—Eso… no es verdad —dijo Terry—. No puede ser verdad, me lo hubieran dicho los demás.

—Nadie lo sabe —dijo—. Mi esposo es de un pueblo vecino y hace más de un año que se fue a luchar.

—Pero… todos dijeron que tú…

—Sí, tuve muchos amantes a pesar de ello.

—Eso… no es verdad, no estás casada.

—Sí lo estoy.

—Pero… ¿Por qué? —lo miró herido—. ¿Por qué lo hiciste?

—Pensé que estábamos en las mismas condiciones —dijo la joven —. Creí que entendías que era algo pasajero, algo que se acabaría cuando tu pudieras marcharte.

—El monje calvo… él lo sabía.

—Supongo que se enteró.

—¿Me engañaste? —negó—. Tú sabías que te amaba, te lo dije.

—Lo sé —le dijo apacible.

—Pero… no, tú no puedes ser tan cruel.

—Eres un extranjero —dijo sin más—. Fue mi venganza para con toda tu maldita raza.

—¿Se te hizo divertido? —negó—. ¿Jugar con alguien así?

—La pasamos bien, Terry, debes admitirlo.

El hombre pestañó un par de veces y negó.

—Estás mintiendo.

La chica caminó hacía un armario y tomó una pequeña cajita, de donde sacó fotos, un acta y un anillo de oro.

—Es verdad.

Terry miró todo aquello con horror, miró a la mujer que amaba y negó, jamás pensó experimentar un dolor tan fuerte que no fuera físico, jamás amó a nadie y ahora, estaba seguro de que jamás amaría de nuevo. Salió de la casa furioso y fue a sentarse en la nieve, tratando de meditar, dejando que la nieve comenzara a quemar su piel y minimizara el otro dolor que sentía.

Akiko lo veía desde una ventana, lloraba amargamente en un silencio absoluto, odiaba lo que le estaba haciendo y odiaba lo que se hacía a sí misma. Amaba a ese hombre, pero no podía retenerlo.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—Él pertenece a Inglaterra y yo pertenezco aquí, maestro —dijo con tristeza, viendo la espalda que se había posicionado fuera de la ventana por la cual admiraba el dolor de otra persona.

—No todo tiene que ser tan radical.

—Me odiaría de todas formas, cuando sepa que su padre me encomendó a mí en persona entrenarlo, me odiará, pensará que lo hice todo pensando en darle una lección.

—¿Tenías que decirle que estabas casada?

—Era verdad —sonrió—. Que mi esposo muriera no quiere decir que no lo estuviera.

—Lo has destruido, temo que hayas hecho que todo su progreso se convirtiera en lo contrario.

—Es más fuerte de lo que imaginamos —sonrió—. Además, maestro, soy mucho mayor que él, por lo menos unos diez años, no soy educada y ciertamente no me mudaré. Encontrará a alguien.

—¿Estás dispuesta a perderlo? —la miró—. Tú también lo amas.

—Sí, estoy dispuesta.

—Entonces, no lo quieres tanto como él a ti.

—Es un niño —lo apuntó con la cabeza—. Piensa que se ha enamorado, pero no es así.

—Akiko, espero que sepas lo que haces.

—Maestro, usted sabe que mi único gran amor se ha ido de esta tierra y jamás volverá —respiró tranquila—. A Terry lo quise, pero no lo amaré como se merece.

—¿Por qué lo dejaste creerlo?

—Porque es vanidoso —sonrió—, demasiado sobrado y orgulloso. Tenía que aprender una lección del corazón, con lo guapo y encantador que es, seguramente jamás lo hubiera aprendido.

—Te tomaste la jurisdicción de ello, el karma puede devolvértelo con la fuerza de mil olas.

—Esta vida no puede hacerme más daño, maestro, ni siquiera la muerte me asusta y hasta lo deseo.

—Espero que ese muchacho no comience a desear lo mismo.

—Nadie muere por amor, maestro, menos alguien como él.

—No, quizá no, pero sí que puede destruir el alma.

El monje fue hacía el hombre que permanecía sentado en medio de la nieve y le tocó ligeramente el hombro, haciéndolo abrir los ojos y enfocándolo, parecía sumamente triste y al mismo tiempo, lleno de rabia y frustración.

—¿Por qué no me lo dijo?

—¿En qué habría ayudado, muchacho? El que yo me metiera sólo te hubiese hecho confrontarla y el resultado sería el mismo.

Terry se dejó caer en la nieve y miró al cielo grisáceo lleno de nubes que pasaban por el sol que no calentaba mucho en esa época del año. Sentía que su alma estaba cayendo a un precipicio y no había quién lo salvara de ello.

—No sé qué hacer ahora.

—Vuelve a casa, es el único lugar en el que siempre te vas a reencontrar y te ayudará a hallar nuevamente tu camino.

—Volver a casa es retroceder.

—No, es tomar fuerzas, revitalizarte y volver a salir.

El muchacho dejó salir el aire, viendo como el calor de su cuerpo salía en forma de un pequeño vaho, como si hubiese fumado un puro, cerró los ojos por un largo momento, en el que Terry escuchó su corazón y vació su mente para poner atención a todo cuanto lo rodeaba, sintiéndose uno con la tierra, formando parte de ella, siendo un fruto de esta y con un camino que seguir.

Se sentó de un brinco y miró al monje.

—Listo, se acabó el tiempo.

—¿Qué?

—No lloraré por una mujer, es una mujer, hay cientos —dijo el muchacho—. Hora de continuar, ¿Cuándo zarpa el siguiente barco?

—En dos semanas —dijo el monje, sorprendido.

—Bien, por ahora, tendré que hacer algunas cosas, monje calvo, pero me ayudaría bastante si me dijera donde puedo dormir ahora, no creo que esa roca me acepte en este tiempo de invierno.

—Por supuesto que no, tigre blanco, dormirás en mi casa.

—Genial —levantó una mano en despedida—. Nos vemos en la comida, ¿Hará Mai algo bueno de cenar?

—Lo de siempre muchacho, lo de siempre.

—Agh, ojalá pudiera hacerme pollo agridulce, me conformaría incluso con pato asado, pero bueno, no puedo contradecir a Mai, esa mujer no sabe pelear, pero da unos buenos manotazos.

Akihiro miró al muchacho y se puso en pie rápidamente.

—¡Ve a tomar un baño! ¡Te resfriarás!

—Claro, tengo algunas cosas que hacer, pero lo haré después.

Akiko salió corriendo de su casa y miró extrañada hacia su maestro, quién fruncía el ceño, aún en dirección por donde Terrius Hamilton había desaparecido.

—¿Qué sucedió?

—Parece que se lo ha tomado bastante bien —dijo el moje.

—¿Así como si nada lo ha superado?

—Quizá sólo está actuando, creo que le ha dolido lo suficiente, pero es orgulloso como sus padres, posiblemente se oculte tras esa fachada hasta que deje de sentirla.

Akiko asintió.

—Entre más rápido lo supere, mejor.

—Pronto se irá de aquí y esto no será más que un sueño lejano —dijo el moje—. Inglaterra está al otro lado del mundo, seguramente tendrá otras cosas en las que pensar al llegar.

Terry era muy bueno en remplazar una emoción por otra, siempre

lo había hecho y en esa ocasión no había sido diferente. El dolor por la furia y lo prefería así, jamás sería hombre que se la pasara lamentando algo tan estúpido como el amor, por una mujer; él siempre había tenido a todas las mujeres que había querido, esta se había negado a estar a su lado, no tenía que ser el fin del mundo.

—¡Gordon! —gritó desde afuera de unos pequeños apartamentos donde sabía que el hombre de su padre se quedaba.

—¿Qué demonios…? Ah, eres tú —dijo con desprecio—. Hace demasiado tiempo que no te veo, dime, ¿Aún eres un idiota?

—Creo que lo soy —sonrió.

—Ya lo veo, sigues sonriendo de esa forma tan desagradable tuya —suspiró—. No hay más por hacer.

—Me han dejado irme, pasé las pruebas, nos vamos en dos semanas a Inglaterra.

—Vaya, vaya, pensé que me quedaría aquí por lo menos una eternidad —el hombre saltó de un balcón a otro hasta caer junto a Terry—. Me alegra que fuera antes de lo previsto.

—Eres un idiota Gordon.

—Bah, como digas —caminó a su lado—. Supe que estás con una chica, me dijeron que se ha ganado tu corazoncito de tigre.

—Tonterías, no hay mujer, nos vamos solos los dos.

—¿Qué? —le tomó el hombro y lo detuvo—. ¿Pero qué dices?

—¿Hace falta que te lo escriba, Gordon? Nos vamos, hay muchas cosas por hacer antes de ello.

—¿Cosas?

—¿Has ido a los espectáculos de las Geishas?

—Si sabes que no son prostitutas, ¿Verdad?

—Lo tengo en mente —sonrió.

—No, grábatelo con tinta en la cabeza —lo siguió preocupado.

Terry pasó sus últimos días en Japón disfrutando de todo aquello que no había visto, desde parques, hasta edificios, fue un turista en todos los sentidos y evitó todo lo que pudo la casa que lo recibió y le enseñó tanto. Quería llevarse tanto de esa cultura como le fuera posible, había encargado lo suficiente para que su jardín se le pareciera bastante a la casa del monje calvo.

Nadie podía culparlo por sus acciones atrabancadas, ni tampoco hicieron nada por detenerlo, pero el último día, cuando se despedían de él con una cena, los chicos hicieron bromas toda la noche, rieron y le dieron regalos de despedida, todos basados en armas letales, pero Terry las agradeció.

No había visto a Akiko desde aquel día en el que le reveló la verdad y así era mejor, estaba seguro que, si se la encontraba y ella siquiera respiraba cerca de él, la asesinaría.

Fue un martes cuando el barco llegó y eran las cinco de la mañana

cuando Terry y Gordon lo abordaron. Cuando zarparon, Terry creyó ver o quizá imaginar, que la hermosa silueta de Akiko había ido a despedirlo y dejó que esa imagen se grabara en su memoria y se tallara en su corazón, por siempre.

Capítulo 7

Terry llevaba más de tres meses en casa, Londres se sentía conocida, tranquila y hasta reconfortante, le había gustado regresar a pesar de que Japón lo enamoró en más de un sentido. En ese momento, caminaba por las calles sin prestar mucha atención a los que lo rodeaban, solía pasar más tiempo en la casa del centro de Londres que en el marquesado de su padre, lo prefería así desde que había cumplido los quince años.

Pero ahora, con los chantajes de su madre, se quedaba en la casa grande de los Hamilton, la principal y más ceremoniosa de todas. La razón por la que no la contradecía era simple, resultaba ser que el estado de salud de su madre era delicado desde hace algún tiempo y era mejor no darle ningún tipo de disgustos y eso era lo que todos en la casa intentaban hacer.

—Terry —lo llamó su hermana Aine—. Me alegro que te dignes a aparecer, ¿qué no te había pedido ayuda?

—Ah, sí, es verdad, ¿Qué querías?

La mayor rodó los ojos y se acercó amenazadora, tomándole una oreja y haciéndolo chistar con una sonrisa.

—¿Quién te crees que eres? ¿Recuerdas que soy tu hermana mayor o no lo recuerdas? —le dijo con enojo—. Porque puedo recordártelo sin problemas.

—¡Ay! ¡Aine, no! ¡Déjalo ahora! —gritó la más chica y con la que mejor se llevaba Terry, su hermana, Kayla.

—Kay, por qué no vas a hacer tus deberes —ordenó la mayor, aún con la oreja de su hermano entre los dedos—. Terry y yo tenemos cosas que hacer.

—¿Cómo qué? —se adelantó de nuevo Kayla.

—Él sabe que me tiene que enseñar lo que aprendió allá en Japón, papá le dijo que me lo enseñara.

—Eres patética, no lo haré —se quejó Terry—. En serio eres mala en esto, ¿por qué no sigues con tus armas normales?

—Porque quiero saber las tuyas.

—No —se la quitó de encima, pero la chica fue tras él.

Los hermanos comenzaron a corretearse por la casa, Aine logró alcanzar a Terry, a quién tiró al sillón y se le echó encima, Kayla hizo lo mismo, llenando la habitación de risas y quejas por parte de los tres chicos.

—¡Quítate Kayla!

—¡No! ¡Quítate tú Aine!

—¡Quítense las dos! —pujó Terry.

—Muchachos —la voz de su padre resonó en el salón como un látigo de muerte, los tres se pusieron de pie, ya sin pelear.

—Papá —se inclinaron las niñas, respetuosas.

—Terry —Thomas miró a su hijo, quién se dedicaba a entretenerse en cualquier cosa para no verlo a él.

—Padre.

—¿Quieres venir conmigo?

—No en realidad.

—Terry —lo advirtió.

El chico dejó salir el aire y empujó a sus hermanas al sillón al momento de pasar junto a ellas y caminar detrás de su padre, tratando que de esa forma no comenzara a hablar antes de tiempo.

—Hijo, entiendes que te mandé a Japón por una razón.

—¿Para hacerme más parecido al molde al que quieres que encaje? —rodó los ojos.

Thomas se volvió con rapidez y frunció el ceño.

—No quiero que encajes en ningún molde.

—Por favor —se cruzó de brazos—. Sé que no te agrado.

—Hijo, eres idéntico a mí, eso era lo que me temía.

—¿A ti? —el joven frunció el ceño—. Yo no me parezco en nada a ti, ni siquiera físicamente.

—Es verdad que sacaste los ojos de tu madre y el cabello, pero en lo demás, eres totalmente igual a mí.

—Y dicen que yo soy egocéntrico.

—Lo eres porque yo lo soy —sonrió el padre complacido.

—Es un defecto.

—Lo sé —sonrió y le guiñó un ojo—. Pero un poco de amor propio no le hace daño a nadie. Ven conmigo.

Su padre lo tomó de los hombros y lo guio hasta donde Publio entrenaba en soledad, como siempre. Su hermano mayor solía preferir estar consigo mismo y eso era aterrorizante para todos los demás, incluso para sus hermanos.

—Publio —le llamó la atención al mayor, quién dejó de lanzar cuchillas a un blanco.

—Padre, ¿Qué sucede? —miró a su hermano menor y frunció el ceño—. ¿Qué hace Terry aquí?

—Quiero probarlo.

—¿Probarme? —Terry lo miró molesto—. ¿Eso qué quiere decir? Lo que sea, me largo.

Thomas miró a su hijo mayor, indicándole lo que debía hacer y Publio acató sin chistar y embistió a su hermano. Terry no se sorprendió por aquella acción, había aprendido a estar atento a su entorno y los movimientos de Publio habían sido bruscos.

Se volvió con rapidez y esperó a que llegara el mayor, agachándose para hacerlo tropezar, pero Publio logró ver la acción y logró brincarlo y caer con gracia al otro lado.

—Me sorprenden tus reflejos, antes no los tenías —dijo Thomas.

—¿Por eso haces que mi hermano me ataque? —negó Terry—. Eres el mismo de siempre.

—Al ser mi hijo, Terry, tienes que saber defenderte.

—Sé hacerlo, ahora déjame tranquilo.

Terry se marchó del lugar, dejando al padre y a su hermano mayor en el lugar. Ellos dos eran la viva imagen del otro, su padre se sentía cómodo estando con Publio, su hijo mayor era más tranquilo y apacible, obediente en muchos sentidos, solía estar en otro mundo y prefería leer a hablar, en ese sentido se parecía mucho a su madre.

—Lo has enfurecido de nuevo —le echó en cara su hijo.

—Parece que soy especialista en ello —suspiró Thomas—. Siempre logro equivocarme con él.

—Siempre dices que son iguales ustedes dos ¿no? —Publio se sentó en el césped y miró hacia el cielo—. Deberías saber qué te molestaría que hiciera tu padre.

—Supongo… aunque por más que cambio la forma de acercarme a él, termino siempre en el mismo sitio.

—Déjalo tranquilo, a Terry le gusta vivir la vida a su manera, lo desquicia que lo quieras controlar y es lo único que has hecho desde que nació —sonrió Publio.

Thomas suspiró fuertemente y vio cómo su hijo menor terminaba de entrar a la casa y se perdía en el interior, seguramente iría con su madre o quizá saldría a perderse hasta el anochecer, le gustaba hacer eso para evitarlo el resto del día.

—¡Terry! —saludó su primo Jason en cuanto lo vio por la calle—. ¡Eh, Terry!

—Jason, no tengo tiempo para ti ahora.

—Ah, sí, claro. Olvidaba lo ocupado que debes estar —ironizó con una sonrisa—. ¿A quién le toca recibir tus favores el día de hoy?

—Déjame tranquilo.

—Así que tu padre te ha vuelto a hacer enojar.

—Es su maldita costumbre.

—Ven —le tomó los hombros—, iremos a divertirnos.

—No quiero divertirme.

—¡Sacrilegio! —lo apuntó y lo volvió a abrazar—. No seas idiota y no digas tonterías, venga, vamos por Lucca.

—¿Lucca está aquí?

—Sí, está quedándose con los tíos Wellington.

—Agh, no, sabes que Briseida no me deja tranquilo en cuanto me ve —negó el chico.

—No seas canalla, está enamorada de ti, está chiquita.

—Me da igual.

—Anda, vamos, seguro que Lucca se muere de aburrimiento y nos odiaría toda la vida si no pasamos por él.

Los chicos discutieron todo el camino, desde que rentaron la carroza hasta que bajaron en la mansión Wellington, donde fueron recibidos por Briseida, quién rápidamente se le colgó a Terry.

—¡Has vuelto! —le besó la mejilla a su primo y lo apretó contra ella—. ¿Te quedarás toda la vida?

—No lo creo, Bri, lo siento.

—No —Terry hizo una mueca, pero la abrazó—. Sólo has venido a recoger a Lucca, ¿verdad?

—Eh…

—Bájate pequeño monstruo —indicó Jason—. O este demonio podría quererte matar.

—Terry no haría algo así —lo abrazó—. Jamás haría algo así.

—¡Lucca! —gritó Terry—. ¡Lucca! ¡Sal de una buena vez!

El hijo rubio de Giorgiana y Asher salió con una sonrisa coqueta y una actitud risueña.

—Hola Terry, ¿te encuentras feliz con Bri? Seguro que deseas quedarte aquí en lugar de ir con nosotros.

El Hamilton lo miró amenazadoramente y bajó a la niña, quién rápidamente se aferró a su chaqueta y parecía decidida a no soltarlo.

—Bien, chimuela, vas adentro —ordenó Lucca.

—¡No! —se abrazó a Terry.

—Oh, por todos los dioses, quítenmela de encima —susurró a sus primos para que Briseida no escuchara.

—¡Briseida! —le gritó de pronto Andrei—. ¡Ven aquí ahora!

—Andrei —la niña se separó del chico y se paró muy erecta.

—¿Qué haces? ¿No te estaba dando una lección la señora Collin?

—Eh… ¡Ya voy! —la niña corrió escaleras arriba y pasó por debajo de las piernas de su hermano, quién gruñó enojado y miró a sus primos.

—Traten de no hacer desastres.

—¿Lo dice el más calmado de todos los primos? —sonrió Jason.

—Sólo… no vayan a burdeles de baja clase, por favor, no quisiera tener enfermos de…

—¡Sí, sí! —gritó Lucca—. Adiós.

Ellos tres eran de la edad, inseparables desde el momento en el que se conocieron y un equipo perfecto para el desastre garantizado.

—¿A dónde iremos? —preguntó Jason.

—¿Estás de broma? —lo miró Terry—. Si el que ha armado todo el desorden has sido tú.

—Sí, pero no sé a dónde ir.

—¿Qué tal aquí? —Lucca arrancó un afiche—. Parece una fiesta abierta, es del pueblo en general.

—Lo que quiere decir que habrá muchas señoritas que se impresionarán fácilmente sólo con decirles que somos nobles.

—Agh, eres un idiota James.

—¿Qué? ¿Apoco no les ha funcionado?

El resto de los primos callaron y se echaron a reír, a todos les había funcionado en alguna ocasión.

Llegaron al baile, había damiselas de todo tiempo, pero tenían que tener cuidado, puesto que igualmente podía haber caballeros de la más alta alcurnia, hasta la más baja. Era normal que en esos bailes se desataran peleas y era mejor evitar las notas del periódico.

—Bien, ya saben qué hacer —dijo Jason—, nos vemos aquí a las tres, si uno falta, mejor ni buscarlo.

—Vale, adiós —Lucca también desapareció, dejando solo a Terry, quién no se sentía entusiasmado y planeaba irse en cuanto lo perdieran de vista esos dos.

Fue a la barra, pidió algo de tomar y lo empinó de un sólo golpe. Con eso listo, planeó marcharse, pero de pronto sintió que una mirada se posaba en él con tal intensidad, que parecía querer atravesarlo de alguna forma, quizá planeaban atacarlo, era común que atacaran a los Hamilton, sobre todo en fiestas como aquellas.

Se volvió con rapidez, metiendo una mano en su chaleco, donde siempre guardaba las cuchillas afiladas que sabía lanzar con precisión de asesino. Pero no vio a nadie sospechoso, nadie lo estaba viendo y, sin embargo, sabía lo que había sentido.

Sería mejor irse.

Tomó otro vaso, empinó el contenido y se dispuso a marcharse, evitando todo aquel desastre, mujeres resbaladizas y hombres buscapleitos, estaba a punto de salir, cuando sintió nuevamente la intensa mirada que lo hizo volverse con rapidez.

Quizá sería mejor usar la pistola en lugar de las cuchillas, seguro que era el arma de la elección de su atacante, pero debía alejarlo de la gente, no quería que hubiese heridos innecesarios; así que caminó fuera del lugar y se internó por las calles más solitarias de Londres.

Lo seguían, sentía el nerviosismo y la excitación pertinentes de cuando se es asechado, pero Terry sabía cómo reaccionar a la perfección, su padre los había entrenado para ello desde que eran unos niños, cosa que su madre desaprobaba, pero vaya que había sido funcional a lo largo de su vida.

El asechador cometió el error garrafal de tropezar con algo, indicando el lugar exacto al que Terry debía apuntar y disparar, no lo dudó y simplemente lo hizo, sacando un grito agudo… demasiado agudo para ser de un hombre.

—¡Dios! ¡Dios! —gritaba una mujer—. ¡Me ha disparado! ¡Está loco! ¡Por Dios!

—Bien, bien —Terry había llegado hasta ella—. Cálmate, ¿Vale? Te ayudaré.

—¡Me has disparado!

—Me estabas asechando —le dijo obvio.

—¿Eso haces con cada persona que tiene que ir detrás de ti por algún motivo? Sólo estaba caminando.

Terry la miró con ojos entrecerrados y negó.

—Eso es mentira.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, no sabes mentir, tus ojos lo revelan, al igual que tu cuerpo entero, tu voz tiene toda la falsedad del mundo, este es un callejón desolado y te vi en la fiesta antes de salir.

—¡Rayos!

—Bien, deja que te ayude —Terry pasó los brazos por debajo del cuerpo de la joven y la levantó al vilo—. Te llevaré a mi casa.

—¿Disculpe?

—No se haga la santa, por una razón me estaba siguiendo por una callejuela vacía —elevó una ceja—. No creo que sus intenciones fueran persignarme.

—Pero qué vanidoso es, no quiero tener nada que ver con usted.

—Entonces, ¿Por qué me seguía?

—Necesito su ayuda.

—¿Qué? —frunció el ceño, caminando por las calles solitarias de un Londres de madrugada.

—Por favor, señor Hamilton, tiene que ayudarme.

Terry negó un par de veces.

—Se equivoca de Hamilton, señorita, yo no soy un águila.

—Lo sé, usted es Terrius Hamilton, el anti-águila.

—¿Qué demonios es eso?

—Quiere decir, que no apoya a la organización de su padre y es el único que podrá ayudarme.

Capítulo 8

—¡Ay! ¡Pero si es usted un bruto!

—Y usted no es muy lista, por eso mismo estamos en esta situación —dijo Terry, caminando de un lado a otro en su habitación.

Había llevado a la chica a la casa del centro de Londres y mandó llamar a su hermano Publio de inmediato, seguramente no tardaría en llegar y esperaba que lo hiciera solo, si venía alguna de sus hermanas, sería insoportable, además de que pedirían una explicación, la cual no tenía.

—Muy bien, ¿qué pasa aquí? —entró de pronto Publio Hamilton con instrumentos en mano.

—Le disparé —dijo Terry tranquilamente.

—Vale, ¿Dónde?

—¿Usted no le preguntará por qué? —se sorprendió la mujer.

—Creo que es mucho más importante saber dónde he de trabajar antes de que se desangre señorita.

—Bien, trabaje, trabaje —dijo asustada—. Es el muslo, ahí.

—¿Se ha desmayado? —preguntó Publio.

—Ojalá lo hiciera, habla más que Micaela —el mayor lo miró con incredulidad y Terry se corrigió—: tú me entiendes.

—¡Terrius Hamilton! —se escuchó una voz en el pasillo.

—Dime que tuviste la sensata decisión de venir solo.

—Eh… en realidad, Aine recibió la nota y Kayla la abrió.

—Demonios.

—¡Oh, Terry! —lo regañó Aine al entrar—. ¿Por qué eres tan atrabancado? Le disparaste sin más, ¿verdad?

—Eh…

—Sí, eso hizo —lo acusó la chica en la cama, quién no se inmutaba ante el hombre que escarbaba en su piel.

Las hermanas se sorprendieron ante ello y miraron impresionadas a su hermano menor.

—No tengo idea —aceptó Terry—, casi no se ha quejado.

—Soy buena con el dolor —dijo la chica con tranquilidad.

—Impresionante —Publio parecía extasiado—. Es verdaderamente impresionante, ¿siempre ha sido así?

—Pues sí, nunca me quejo de nada, aunque si me duele… ¡Ay! —se tomó la pierna cuando Publio insertó la aguja en su piel.

—Fascinante, en verdad lo es, esto es para que gritaras.

—Oh, seguro que Publio se casa con ella antes de que termine de coserla —dijo Aine—. Aunque tal vez la diseque para saber por qué no

siente dolor como el resto de los humanos.

—¿Qué él qué? —se asustó la joven.

—No es verdad —dijo Terry—. No es verdad, ¿Cierto, Publio?

—Lo estás dudando —dijo la joven.

—Él siempre ha sido el más raro de la familia —Terry se inclinó de hombros.

—No me casaré con usted, señorita, pero sí que me gustaría hacerle algunas preguntas, si no le molesta.

—No me molesta, usted me está salvando la vida.

Los hermanos rodaron los ojos y decidieron salir de ahí.

—¿Estás loco Terry? ¿Sabes lo que nos hará papá si se entera?

—Sí que lo sé, por eso no quería que ustedes lo supieran.

—¿Qué demonios quería esa mujer? ¿Por qué te seguía?

—No tengo idea, ¿no se dan cuenta que le disparé?

—Si no fuera porque nos lo dijiste, no —admitió Kayla recordando que la joven en cuestión apenas y se quejaba de ello.

—Cómo sea, tienes que resolverlo, los Hamilton no pueden ser acusados de dispararle a inocentes, lo sabes —lo apuntó Aine.

—Claro que lo sé —le golpeó la mano para alejarla de él—. Pensé que quería atacarme, no iba a preguntarle a un asesino si quería que me moviera a la derecha o a la izquierda.

—Resuélvelo.

—Lo haré, de hecho, creo que será fácil, parece que quiere algo de mí —negó—. Un favor.

—¿Y viene a ti? —frunció el ceño Aine.

—Pensé lo mismo, pero dijo mi nombre y todo.

—Agh, dame fuerza —Kayla se frotó los ojos—. ¿La sedujiste?

—¿Qué? ¡Ni siquiera la había visto!

—Seguramente se está muriendo por ti —negó Aine—. Siempre es lo mismo contigo, eres un casanova.

—¿Tengo la culpa? Ni siquiera lo intenté en esta ocasión.

—Claro, como digas —ignoraron y lo empezaron a empujar hacía la puerta—. ¡Ahora! ¡Ya ha salido Publio!

—Es una mujer única, en definitiva, tengo que decirle a padre que conocí a alguien que casi no siente dolor —dijo sorprendido.

—¡No! —gritaron sus tres hermanos a la vez.

—¿Qué? ¿Por qué…? Ah, es verdad.

Terry entró a la habitación, donde la joven chica parecía interesada en esculcar cada cajón, sabana o lo que se le pusiera en frente, mantenía su pierna estirada sobre la cama y el resto de ella daba brincos para alcanzar los lugares.

—¿Qué demonios haces?

—Oh —regresó a la cama—. Lo siento.

—Sí, yo también —suspiró—. Bien, ¿Qué quieres?

—No eres nada sutil, ¿verdad?

—Me gusta ir al grano.

—Vale —ella miró hacia la puerta y negó—. Tus hermanos están escuchando, ¿no es así?

—Sí, seguramente así es.

—Entonces, no te lo puedo decir.

—¡Ellos son Hamilton! —le gritó—. Lo descubrirán si eso es lo que quieren.

—No lo diré, no puedo decirte quién soy.

—Vamos —suspiró con desesperación y se frotó el rostro con una mano—. Bien, veamos, no tienes más de veinte años, por tus ropas se nota no eres de familia noble, pero tampoco eres pobre, sueles trabajar con las manos y al casi no sentir dolor, te lastimas continuamente sin darte cuenta, me parece que tienes dos… quizá tres hermanos y estás aquí porque necesitas ayuda, seguramente sufren de alguna clase de abuso, pero se lo has pedido al peor de todos los Hamilton.

Ella abrió la boca con impresión, pero ladeó la cabeza y dudó.

—¿Cómo…? —negó—. No necesito a los Hamilton, sé que no me pueden ayudar, pero usted sí.

—¿Cómo es que los Hamilton no te pueden ayudar, pero Terry sí? —cuestionó Kayla, entrando a la habitación.

Ella bajó la cabeza.

—Los Hamilton no se meten con los problemas de esta familia en específico —susurró la joven.

—¿Qué familia? —frunció el ceño Terry—. ¿De qué hablan?

—¿Eres de los Lokard? —se sorprendió Aine.

—Grace Lokard —asintió.

—Es una familia contraria a los Hamilton —dijo Publio con seriedad—. Somos contrarios incluso en la cámara de lores.

—¿Eres noble?

—¿Eres tonto? —le dijo la joven con fastidio y suspiró—. La cosa es, que los Hamilton no se meten con los Lokard y yo necesito ayuda ahora.

—Podemos ayudar —dijo Aine—. Desobedeceremos a padre.

—Yo sé quiénes son ustedes —miró a Aine y a Publio—. Sé que están con su padre y no me atrevería a intervenir en ello. Y sé que este pedazo de chorlito no ayuda en su cofradía, así que no se tomará a mal nada de lo que haga.

—No lo vería así —Terry se cruzó de brazos—. Sigo siendo un Hamilton, aunque no sea de las águilas.

—Eres un Hamilton que reniega constantemente de su apellido — ladeó la cabeza y frunció el ceño—. Eres ideal para mí.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Aine.

—Creo que sería mejor que fuera algo entre él y yo —pidió la joven —, en serio lo agradezco, pero creo que puedo convencerlo.

—Lo dudo —suspiró Kayla—, pero suerte con ello.

—Regresaremos a casa —dijo Publio—, si madre no nos ve, le dirá a padre que hemos salido y bueno…

—Lo sé, si sólo falto yo, pensarán lo obvio.

Los hermanos se despidieron, dejando en soledad a su hermano y a la *convaleciente* chica.

—¿Y bien?

—Necesito que me entrenes.

—¿Qué sucede con las mujeres hoy en día? —explotó—. ¿Por qué todas quieren aprender a matar?

—No quiero matar, quiero defenderme.

Terry la miró detenidamente y negó con prontitud.

—Tienes una composición demasiado delicada.

—¿Quieres decir débil? —se ofendió.

—Por decir poco —le dijo—. Eres corta, por no decir que eres enana, tienes unos brazos delgaduchos, demasiados senos, demasiado trasero, poca cintura, lo cual te da menos fuerza y tienes unas caderas enormes.

—¡Ey!

—Prácticamente, estás hecha para traer hijos al mundo, no para pelear con bandoleros.

—¡Acércate más para que haga que tú no tengas hijos jamás!

—Digo la verdad.

—¡Y no soy enana! Tengo una estatura promedio.

—Lo que digas —se inclinó de hombros—. La respuesta sigue siendo no, por siempre no.

—Así que no —ella tomó aire mostrando lo furiosa que estaba al ensanchar su nariz, parecía un toro apunto de corretearlo—. Bien, perfecto, entonces divulgaré a todo el mundo que tú, Terrius Hamilton, me disparó a mí, una joven desprotegida, sin motivo.

—¿Estás loca? ¿No acabas de decir que nuestras familias son contrarias? —ella elevó las cejas con suficiencia, pero Terry entrecerró los ojos y desconfió de ella—. No lo harás.

—¿Qué?

—Quieres “defenderte” porque sufres de algún abuso, seguramente en tu familia, no les dirás que nos buscaste.

—Mi familia no tienen nada que ver.

—Entonces planeas escaparte con algún idiota y tampoco te conviene que sepan que estuviste vagando por las calles tu sola, en la noche, siguiendo a un desconocido. Sospecharían.

—Idiota.

—Así que, estás atada de manos y yo soy libre —sonrió con

suficiencia—. Te llevaré a tu casa.

—Ahora si estás loco —le golpeó las manos que intentaron acercarse a ella—. ¿Cómo explicaré una bala en la pierna?

—Será mejor que te inventes algo.

—Bien —dijo molesta, poniéndose de pie—. Me iré.

Ella intentó caminar, pero al parecer, no era inmune a todo el dolor y cayó al suelo sin remedio alguno.

—Harás que vuelva a sangrar tu herida.

—Lo olvidé —se quejó, parecía a punto de llorar, Terry lo atribuyó al dolor.

Pero Grace pensaba más bien en la negativa que había recibido, pensó que podría hablar con él y de alguna forma convencerlo, había escuchado las historias de Terrius Hamilton desde que llegó de Japón, decían que se había convertido en un hombre bueno y respetable; pero ese hombre no tenía nada de respetable, apenas y la había escuchado y su respuesta había sido un no rotundo.

Tenía que aprender a fuerzas a defenderse, no tenía otra salida y el único que podía enseñarle era Terry, era el único que sabía las artes que necesitaba aprender. Ni Publio, ni Aine las conocían, los había investigado lo suficiente, además, Terry tenía el plus de ser desconocido, viajó por demasiado tiempo y era bien sabido que era el hijo menos favorito de Thomas Hamilton, el que despreciaba el linaje de su familia.

Terry llevó a la chica a una enorme mansión y la dejó cerca de una de las entradas posteriores que ella le indicó. Esperaba jamás tenerla que volver a ver en su vida.

Capítulo 9

Estaba en una velada, se celebraba el cumpleaños de una importante mujer de alta sociedad, Terry había olvidado su nombre, al igual que el de cualquier mujer con la que hubiese hablado en esos últimos meses de libertinaje.

Se la había pasado bien, después de aquel incidente con la chica rara de la calle, jamás la volvió a ver y tampoco sus hermanos la mencionaron, era un tema olvidado por todos hasta que de pronto la vio de nuevo, con vestido de gala y una mirada determinada que caminaba directa hacía él.

—¡Ni siquiera intente huir! —le dijo con determinación.

—¿Qué haces? —se alejó—. Pensé que dijiste que tu padre te mataría por lo de la pierna.

—Eso quisieras, ¿verdad, bastardo? —le dijo furiosa—. No morí, pero sí que me fue mal.

—Lamento que no murieras.

Ella hizo un movimiento amenazador que hizo sonreír a Terry. De verdad que ella no tenía una composición amenazante, pero sus ojos sí que podrían matar a alguien.

—Venga conmigo —le tomó la chaqueta y lo jaloneó por el salón hasta estar moderadamente solos—. ¿Me escuchará ahora?

—No, creí ser claro con mi respuesta la vez pasada.

—Vamos, haré lo que sea, lo que usted quiera.

—No.

—¿Quiere dinero?

—¿Le parece que me falte dinero?

—¿Joyas? ¿Caballos? ¿Una mujer?

—No, no y ¿Qué mujer?

—La que quiera, puedo traer…

—No lo creo.

—¿Qué mujer quiere?

—¿Por qué no usted? —ella frunció el ceño y se molestó.

—Es una broma, ¿verdad?

—Claro que lo es —se acercó a ella y le susurró—. Usted no es mi tipo, es demasiado mandona, enana y tiene un cuerpo raro.

—¡Si será…! —lo iba a golpear cuando de pronto alguien la llamó con una voz queda y quebradiza.

—Grace —una joven de composición aún más débil que la de la joven le tomó ambos brazos y la volvió hacía ella—. Grace, es papá, tenemos que irnos, está enojado y creo…

—Sí, sí —tranquilizó—. Ve con él, distráelo por unos segundos, prometo que no se molestará de nuevo.

—Grace… —dijo impaciente.

—Iré en seguida, te lo prometo.

La joven se fue corriendo y Grace Lokard miró suplicante una vez más a Terry Hamilton.

—Por favor, señor, lo que sea, lo que usted quiera, lo haré —aseguró—. Lo haré, en serio, no me quejaré, ni lo golpearé.

—Bien —sonrió—. Serás mi sirvienta, o es asistente… ¿secretaria?

—¿Disculpe?

—Mejor esclava.

—Ha perdido usted el juicio.

—Supongo que no hay trato —sonrió con suficiencia y caminó lejos de ella.

—¡No! —le tomó el brazo y cerró los ojos—. Yo… lo haré, le serviré como… como una esclava. ¡Pero su familia no debe saberlo!

—Vivo en la casa del centro de Londres —dijo seguro.

—¡Y nadie debe verme!

—Seré cuidadoso.

—¡No se lo dirá a nadie!

—Eso me pesará en el alma.

—Y no abusará de mí.

—Ni en tus mejores sueños, guapa —sonrío—. Tienes que irte, papi te espera enojado.

Ella lo miró con desagrado, tomó sus faldas y se fue de inmediato de ahí. Terry sonrió y se echó a reír, en definitiva, era divertido.

A la mañana siguiente, a las ocho en punto de la mañana, el mayordomo abría la puerta para una mujer que tenía tapada la cara, parecía enfurruñada y de composición delicada. Aquella extraña criatura entregó con prontitud sus guantes y abrigo, para después caminar sin dudas hacia el interior.

—¿Dónde está su señor? —preguntó la dama.

—En el jardín, señorita, ¿debo anunciarla?

—Lo dudo, seguro me espera ansioso.

—No es por ser grosero, señorita, pero mi lord nunca está ansioso de ver a nadie —se inclinó y marchó del lugar.

Aquellas palabras dejaron a Grace un tanto desubicada, pero ignoró y siguió su camino hacía el jardín, donde rápidamente encontró al hombre que buscaba, sentado sobre una fuente, con las piernas cruzadas, los ojos cerrados y las manos en una posición extraña. La chica sonrió con una idea y se acercó sigilosa.

—¡Buenos días, mi lord! —le gritó con todas sus fuerzas, pensando que el hombre caería al agua.

Sin embargo, Terry abrió los ojos lentamente y suspiró al verla ahí

parada, parecía decepcionado de ella, así que volvió a cerrar los ojos y siguió meditando.

—¿Pensaste que con ese intento tan predecible lograrías tirarme al agua de la fuente? —se burló—. ¿Qué demonios traes encima?

—Bueno, si eso no funcionaba, siempre podía hacer esto —se acercó a él y lo aventó sin previo aviso, haciéndolo caer al agua.

Terry gritó de impresión y salió empapado de la fuente cristalina, mirando enervado a la joven que se partía de la risa.

—¿Qué demonios intentas?

—Lo que tan presuntuosamente predijiste, te tiro al agua.

—¿Esta es la forma en la que quieres que yo te enseñe algo? —la chica quitó su sonrisa y mostró preocupación.

—Lo lamento, en serio lo siento —se inclinó ante él—, perdóneme, mi lord. ¿Qué he de hacer ahora?

—Te lo dije, ¿no? Ahora eres mi esclava.

—Lo sé, por eso estoy aquí.

—Bien, entonces, tírate a la fuente.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste —dijo, saliendo del lugar y quitándose las prendas mojadas con indignación—. A la fuente.

—Pero… yo no tengo otra ropa —le dijo frustrada—. Usted subirá y se cambiará en seguida.

—Debiste pensarlo antes de hacerme enojar —se inclinó de hombros—. La fuente.

Ella apretó fuertemente su quijada, deshaciéndose de sus accesorios, las botas y algunas prendas que pensaba que podía salvar de ser empapadas. Lo miró enojada cuando subió al lugar y cerró los ojos antes de dar un brinco al interior y salir empapada; fue el turno de Terry de reír de ella.

—Bien, ahora puedes seguirme —le dijo casi desnudo, sólo con un pantalón puesto y el resto de sus ropas mojadas en el brazo.

Grace no podía hacer lo mismo, así que tomó sus ropas y fue tiritando detrás del hombre que saludaba alegremente a su servidumbre, quienes no paraban de ver a la mujer con asombro y algo de sospechas. La joven subió más aprisa detrás del muchacho y entró corriendo a una habitación, escondiéndose de las miradas.

—¿Qué haces entrando a mi recámara así?

—Le dije que no podían verme.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué despida a toda la servidumbre?

—No —ella entendió que era irracional, había empapado su sombrero con velo al meterse en la fuente, ahora varios empleados sabrían de quién se trataba—. Pero, entonces ¿Qué haré ahora para que no me descubran?

—Mmm… podríamos quemarte la cara —se inclinó de hombros—.

Le haríamos un favor al mundo, de todas formas.

Ella entrecerró los ojos hacía él y negó. Era una mala idea, una pésima, pésima idea. Sí acaso su padre se enteraba que estaba en casa de los Hamilton, la mataría, en serio lo haría, caminó de un lado a otro, intentando pensar en qué hacer.

—Eh, primor —le dijo con burla—. Estás mojando todo mi piso, deja de dar vueltas y quítate la ropa.

Ella se detuvo en seco.

—Dijiste que no abusarías de mí.

—No seas simplona —le tendió ropas—. Es para que te cambies.

—Oh —ella agarró las ropas y frunció el ceño—. ¿Qué demonios es esto?

—Tu ropa de trabajo, es obvio.

—Te faltará un tornillo —le dijo enojada—. Esto está hecho para una cortesana, no para alguien como yo…

—¿Una esclava merece algo mejor?

—¡Yo no soy…! —ella apretó su quijada y gritó frustrada—. ¡Bien! Pero necesito algo para cubrir mi rostro.

—¿Una bolsa? ¿Dónde morirás de asfixia?

—Me refería a un sombrero —le dijo obvia—. Con un velo negro que cubra mi rostro, así podré ir a donde usted quiera y nadie sabrá quién soy, lo traía conmigo, pero se ha mojado cuando entré a la fuente por sus graciosas indicaciones.

—No tengo idea de qué hablas, pero si dices que podrás hacer tu trabajo, entonces, por mí está bien.

Él iba a salir de la habitación, pero Grace tomó firmemente su brazo y lo hizo detenerse y mirarla.

—Cumplirá su promesa, ¿verdad? Me enseñará.

—Sé que parezco un bribón, pero suelo cumplir con mis promesas —la miró de arriba hacia abajo y sonrió—: enana.

—¡No soy enana! —le gritó cuando cerró la puerta—. ¡Mi estatura es promedio! ¡POMEDIO!

Terry dejó salir una carcajada y bajó a desayunar, indicando a los sirvientes que dispusieran de un nuevo lugar para la señorita que estaría visitando la casa de manera indefinida. Aquello sorprendió bastante a la servidumbre, pero no dijeron palabra e hicieron lo que les habían encomendado.

Terry sonrió con gracia cuando se dio cuenta que sus dos revoltosos primos llegaban a su casa para desayunar; tenían la misma ropa del día anterior, lo cual indicaba que no habían llegado a dormir a sus casas y tendrían una resaca terrible.

—Terry —se quejó Jason—. Dame uno de tus engrudos mágicos para el dolor de cabeza.

—No —dijo el Hamilton—. Te mereces lo que sientes.

—¡Dámelo! —le gritó, lo cual le provocó un dolor peor—. Por favor, primo, por favor.

—Vale, ¡Señora Higgins! —gritó Terry, a sabiendas de que ellos se quejarían—. Dos resucita muertos para mis primos.

—Sí, señor.

Terry se divirtió un momento mientras veía a sus primos sufrir mientras le contaban todo lo sucedido con lo que parecían ser unas gemelas que al final confundieron y los golpearon en la cabeza. Pero entonces, desde lejos, se comenzó a escuchar como otra persona se quejaba y estaba seguro de saber la razón.

—¡Está loco si piensa que…! —la voz de la joven se apagó por completo al ver que Terry no estaba solo.

—Chicos, les presento a mi Ninfa —Terry se alegró de que Grace hubiese encontrado lo necesario para cubrir su cara de las miradas de sus primos, pero su rostro era lo único que en realidad estaba siendo cubierto, puesto que el resto de su cuerpo estaba muy a la vista—. Ninfa, ellos son Lucca y Jason.

Los dos chicos se sentaron correctamente en sus sillas y miraron impresionados a la creación que estaba parada en el umbral del comedor de su primo.

—Por Dios —sonrió Lucca—. Sí que parece una Ninfa.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —pidió Jason—. ¿Sabías que mi nombre también es de la mitología griega?

—Su nombre es Ninfa, desde ahora —sonrió—. Una Ninfa dedicada al dios Terry.

—¿Qué? —sus primos lo miraron.

—Sí, ella se encantó conmigo y no quiere alejarse de mi lado, se ofreció a cumplir todos mis mandatos con tal de estar cerca de mí.

Grace mordió su lengua con intensidad para no gritarle a ese idiota hasta de lo que iba morir. De por sí ya le traía ganas, le había puesto un vestido perfecto para una prostituta cara, con un escote de muerte y tan apretado que seguro le sacaba los pulmones.

—¿Es verdad, Ninfa? —preguntó Lucca.

—Sí —dijo con molestia—. Es verdad.

—Ven Ninfa, es hora de desayunar —dijo Terry—. Espero que te guste lo que he pedido para ti.

—Seguro así será, mi lord —se sentó a su lado, donde le indicaba la palma extendida de Terry y miró hacía el plato.

—Lo siento, mi lord, pero no puedo comer esto.

—¿Por qué no? —sonrió el hombre.

—Tiene tanta grasa que podría morirme de un mordisco.

—¿En verdad? —Terry lo sabía, lo había ordenado así, ni siquiera él podría comer algo como eso—. Pero, entonces ¿qué comerás, Ninfa? ¿Plantas del jardín?

Ella entrecerró los ojos y sonrió, picando la primera salchicha y la comió con bastante asco ante la atenta mirada de sus espectadores, que más que verla comer, la veían a ella, al menos esos dos nuevos idiotas lo hacían.

—Mis señores, pareciera que no han comido en años —dijo molesta la joven—. Diría que tan sólo anoche se alimentaron más que bien, parece que el hambre del hombre es insaciable, ¿verdad?

Terry dejó salir una carcajada y los primos parecieron molestos por la forma de hablar de la Ninfa.

—No eres nuestro tipo, Ninfa —se quejó Jason.

—¿Ves, Ninfa? No eres del tipo de nadie, porque eres enana como tú sola y es imposible verte guapa cuando eres enana.

—¡Tengo una estatura promedio!

—La verdad, es que a mi ver no es nada baja —frunció el ceño Lucca—. Me parece una chica normal.

Jason le dio un fuerte golpe en la cabeza y rodó los ojos.

—Lo hace adrede, Lucca, para molestarla.

—Oh, bueno, al menos debería molestarla con algo que sea cierto —dijo el francés—. ¿Quizá esa horrible verruga en su cara?

—¿Verruga? —se asustó la joven, tocándose la cara y haciendo reír a los tres muchachos, puesto que ninguno le veía la cara.

—O esos dientes —la apuntó Jason.

—Bien, basta ya —pidió Terry con una sonrisa—. No molesten a mi Ninfa, sólo yo puedo hacer algo como eso.

—¿Por qué tiene un velo en la cara? —frunció el ceño Lucca—. ¿Acaso eres viuda?

—No soy viuda, pero tengo una marca en mi cara y prefiero no mostrarla —mintió—. Me da vergüenza.

—Bah, todos tenemos cosas que no nos agradan, además, te has levantado un poco el velo para comer y puedo decir que tienes unos labios preciosos —dijo Jason—. Con esos labios nadie vería otra cosa, son muy tentativos, Ninfa.

—Claro, una boca hermosa con un lenguaje de marinero.

La chica miró a Terry con desagrado, pero él apenas y lo notaba por aquel velo espeso que apenas y dejaba en claro algunas de las formas femeninas de su rostro.

Por unos momentos, la comida pasó en silencio, los hombres en el lugar parecían muy lejos de aquella mesa, algunos tenían la suficiente resaca como para no querer hablar en días y otros, como Terry, parecían permanecer en una calma extraña que inquietaba a la pobre joven que estaba bajo sus servicios desde ese día en adelante.

—Bien —dijo de pronto el dueño de la casa—. Hora de irnos.

—¿Irnos? —preguntó la joven, dejando el café que había estado tomando y poniéndose en pie.

—Tengo varias cosas que hacer el día de hoy, y dado a que eres mi Ninfa, lo menos que puedes hacer es acompañarme.

—¡Espera, Terry! —le gritó Lucca—. ¿Piensas dejarnos aquí?

—¿Y qué quieren que haga? ¿Qué los cargue?

—No, al menos deberías dejar a la Ninfa para que nos cuide.

—Ni loco, seguro abusan de ella en cuanto me vaya.

—¡Disculpa! —se levantó Jason—. Jamás he abusado de una mujer, nunca en la vida.

—Es verdad, pero desde que tu esposa… —Terry rápidamente calló, notando la mirada apesadumbrada de su primo y la incriminatoria de Lucca—. Lo siento, pueden dormir en las habitaciones de huéspedes hasta que se les pase.

—Gracias —dijo un Jason sin fuerza.

Grace frunció el ceño hacía el deprimido hombre, pero Terry la había tomado de la mano y sacado en seguida del lugar. Parecía que incluso el cínico Hamilton podía arrepentirse de sus palabras.

—¿Qué sucedió?

—Abrí la boca de más.

—¿Por qué? Qué pasó con la esposa de Jason.

Terry la miró por largos segundos, en los cuales no habían dejado de caminar y negó.

—No es de tu incumbencia, Ninfa.

—¿Es que algo le pasó? ¿Acaso lo dejó?

—No —la miró con molestia—. Si no te importa, quisiera que mi Ninfa se mantuviera callada el resto del camino, si es que no quieres que te mate ahora.

Ella obedeció… por unos minutos.

—¿Acaso no lo quería? ¿Fue un matrimonio a la fuerza? ¿Tiene hijos? ¿Planea volverse a casar?

Terry dejó salir un suspiro cansado y la tomó de los hombros.

—Deberías callarte y estar más atenta a el hermoso vestido que llevas puesto, el cual, por cierto, ha llamado la atención espectacularmente —sonrió con suficiencia.

—Nadie sabe quién soy —se inclinó de hombros—. No es que me agrade pasearme de esta forma, pero al venir con usted, nadie se atreverá a hacerme daño.

—No se confíe tanto, los hombres hacemos muchas estupideces.

—¿Dice que dejaría que alguien me atacara? —elevó una ceja.

—Digo… que podría no verlo —sonrío de lado.

Grace observó detenidamente aquella sonrisa torcida y hermosa, era un azuelo bastante eficaz para las mujeres, se podía notar a distancia, pero para ella sólo era en símbolo que coronaba la demencia y el cinismo interior de aquel hermoso ejemplar masculino.

—Por eso necesito que me enseñe a defenderme —se quejó—. Así

no dependería de nadie.

—Luego.

—¿A qué hora?

—Cuando tenga un momento libre.

—¿Qué será…?

—Cuando yo lo ordene —ella iba a abrir la boca, pero él la tapó con su mano—. Si me sigues molestando, daré por terminada esta locura y te irás, estás a punto de volverme loco, Ninfa.

La chica permaneció callada, persiguiendo al gran hombre que, para su sorpresa, parecía llevarse bastante bien con la gente de los mercados, pero más específicamente, iba a los lugares de jardinería y hacía pedidos extraordinarios en el lugar, incluso habían ido al muelle, donde hizo un pedido que vendría desde tierras muy lejanas, ella ni siquiera había escuchado el nombre en su vida.

No era nadie para juzgarlo, pero conforme más conocía a ese hombre, más se daba cuenta de lo extraño que era.

Capítulo 10

En cuanto volvieron a la casa del Hamilton, la pobre chica se derrumbó sobre el suelo y se quejó amargamente sobre sus piernas y brazos, habían caminado por horas y cargaron plantas desde la plaza hasta la lujosa casa del hijo de nobles.

—¿Estás lista para entrenar? —dijo el chico como si nada.

—¿Es una broma? —ella gimió al tocar sus brazos—. Me has hecho cargar un árbol durante todo el camino de regreso, sin mencionar todo lo que caminamos.

—Mmm… veo que tienes poca resistencia, eso es un problema.

—¿Lo hiciste a propósito? —dijo sorprendida.

—Bueno, no, pero me ha servido para saberlo —sonrió.

Ella se puso en pie de un brinco y lo miró decidida.

—¿Qué tengo que hacer?

—¿Crees tener energías? —se cruzó de brazos.

—Lo haré, por eso he venido aquí y haré lo que me digas.

Terry se sentó en una de las mesas del jardín y se divirtió al ver a la Ninfa correr de un lado a otro, permanecer estática y cargar cosas sumamente pesadas para ella. Pensaba que con ese tipo de entrenamiento la haría desistir, pero la chica tenía una tenacidad única que lograba impresionarlo.

—¿Qué demonios hace la Ninfa? —se sentaron a su lado sus dos primos, ya más recuperados y con un puro en las manos.

—Le estoy enseñando a bailar, parece que ha perdido esa facultad a lo largo de los años.

Los dos primos rieron y negaron un par de veces al ver a la Ninfa, totalmente estática con dos libros en las manos, sobre una de las fuentes, donde parecía tambalear.

—Creo que caerá dentro de un minuto —dijo Lucca.

—Más bien treinta segundos.

—Yo diría que ahora —dijo Terry, con brazos cruzados y acertando, la Ninfa había caído al agua en ese momento.

Terry se puso en pie y se acercó a la joven que salía del agua en ese momento, con los cabellos empapados y los libros hechos basura.

—Lo siento —dijo cansada—. Los repondré.

—No creo que puedas, eran primera edición y padre los consiguió en China —ella lo miró asustada—. No pasa nada, hace años que no lee nada que haya en esta casa, vamos, sal de ahí.

—Soy un fracaso, ¿cierto? —ella parecía entristecida, se había sentado en el borde de la fuente y limpiaba su cara del agua que

resbalaba del sombrero mojado sobre su cabeza.

—No ha estado mal para ser la primera vez que te mueves lejos de tu cama de princesa —ella lo miró mal—. En serio, no ha estado mal, esto no es tan simple.

—No tengo tanto tiempo.

—¿A qué le tienes miedo?

Ella lo miró por largo tiempo para después negar.

—Nada, son cosas mías —se puso en pie—. ¿Qué sigue?

—¿Piensas continuar? —se sorprendió—. Se hace tarde, ¿tu padre no se preguntará donde estuviste todo el día?

—No —dijo segura—. Sale durante todo el día y se supone que yo estoy en la escuela y después en clases particulares.

—¿No te acusarán?

—No, me he hecho amiga de personas importantes de los dos lugares, ambas piensan que es más importante que haga esto a que estudie la forma correcta de decir “te amo” en francés.

—Lo siento, pero no puedo dejarte partir noche de aquí.

—¿Por qué?

—Porque —la bajó de la fuente y la puso en el suelo—. Eres una mujer y, además, voy a salir.

—¿Salir? ¿A dónde?

—A un lugar que a ti no te importa.

Ella rodó los ojos y de pronto comenzó a tiritar de frio.

—Bien, date un baño y dile a alguna doncella que te de un vestido de Aine… aunque con lo pequeñita que eres, quizá te quede mejor el de Keyla, cuando era bebé.

—¡Agh! —gruñó—. ¡Eres insoportable!

La joven saludó con la mano a los dos chicos que intentaban ver el rostro del interior de aquel sobrero con velo, pero se quedaron con las ganas y fruncieron el ceño cuando ella se perdió de vista.

—No deberías de ser tan egoísta, seguro que tu si le has visto la cara a la Ninfa —se quejó Lucca.

—Obviamente, es mi Ninfa.

—¿Por qué estaba entrenando? —levó una ceja Jason—. Era más que obvio que eso era lo que hacía.

—No lo sé, es algo que quiere hacer.

—Bueno, si eso es lo que quiere —se inclinó de hombros Lucca—. Es una buena vista para tu casa aburrida.

—Ni siquiera le ves la cara —sonrió Terry.

—La chica tiene un cuerpo hermoso, está lleno de bendiciones hechas por los dioses —sonrió Jason.

—Cómo digan —rodó los ojos.

—¿Es que acaso no lo notas? —se burló Lucca—. ¿Has dejado de encontrar atractiva a toda mujer? ¿Qué fue lo que pasó en Japón?

—Nada —Terry se puso serio—. ¿Cuándo piensan ir a sus casas? Comienzo a pensar que están demasiado cómodos aquí.

—Pedí permiso para quedarme aquí —sonrió Lucca—. Y Jason tiene la libertad que quiere.

—Agh, como quieran, sólo no me molesten.

—¡Ey! —le gritó la Ninfa desde una ventana del segundo piso de la mansión—. ¡Ya estoy lista! ¡Vámonos!

—A veces pienso que el sirviente eres tu —se burló Jason.

—Esa maldita Ninfa, me las va a pagar.

Terry caminaba apurado por las calles, tenía prisa, por lo cual era sumamente necesario que la Ninfa se fuera y lo dejara tranquilo para poder buscar a la mujer con la que pasaría la noche.

—¿Por qué estás tan serio?

—Nada, quiero dejarte en casa e irme tranquilo.

—¿A dónde?

—Dime, Ninfa, ¿acaso eres mi esposa?

—No.

—¿Te estoy pretendiendo?

—No lo creo.

—¿Eres mi amante?

—En tus sueños.

—Entonces, no tienes por qué saber en qué maldito lugar estaré.

—Eres un maleducado, no te he dicho nada para ofenderte.

—Sólo para desquiciarme, anda, entra a tu casa.

—Espero que esa arpía te pase alguna enfermedad —le sacó la lengua cuando terminó de brincarse la reja.

—Tendrías un problema después, por tus preguntas, parece que ansías dormir en mi cama.

—¡Eres un…! —ella intentó darle alcance con las manos, pero Terry se alejó lo suficiente para que ella sólo manoteara el aire.

—Largo de aquí.

—¡Esta es mi casa, vete tú!

—¡Grace! —gritó una voz desde el interior de la mansión.

La joven pareció aterrarse al segundo, su respiración se había acelerado y sus ojos se llenaron de lágrimas en seguida.

—¿Qué sucede?

Terry se acercó, pero ella había salido corriendo del lugar sin decir nada más, se metió por la puerta trasera y desapareció. Terry se quedó un poco más, pensando que se escucharían más gritos, sin embargo, la casa cayó en un completo silencio y el chico dio por sentado que el padre no la habría descubierto.

Se fue de ahí y llegó a casa de una de sus amantes recurrentes. Se llamaba Linda, era una mujer delgada, con pechos enormes y caderas por igual; no era muy agraciada de la cara, pero tenía una belleza

particular que la hacía una de las más caras y prestigiosas cortesanas de todo Londres.

—Oh, pero miren a quién ha traído el viento —le abrió la puerta en una fina y delgada bata color crema que realzaba su piel—. Terrius Hamilton ha vuelto a mis brazos.

—Hola, Linda.

—Me complace más de lo que piensas el verte aquí.

—Seguro que sí —se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero.

Linda vivía en una casa bonita, acomodada en una de las mejores zonas, pagada obviamente por alguno de sus admiradores, Terry se reía de aquel pobre idiota que pagaba algo tan caro para que todos los demás se revolcaran con la mujer.

—Te noto distraído —ronroneó cerca de él, besándole el cuello.

—No, estoy bien —la tomó de la cintura y se sentó con ella en sus piernas—. ¿Conoces a los Lokard?

—¿Los enemigos de tu familia? —la mujer sonrió y encendió un cigarro con toques de seducción—. Muy poco, sé que el hombre tiene hijas, ¿estás interesada en alguna?

—No. No me interesan mujeres como ellas.

—¿Entonces sólo quieres a las prostitutas? —sonrió con gracia—. Vamos, Terry, eso es mentira.

—Las mujeres son demasiado complicadas, son mentirosas y tienden a sacar las garras cuando bajas la guardia —miró a la mujer en su regazo—. Al menos contigo sé que esperar.

—Eso es verdad —lo besó y mordió sus labios—. ¿Quién te ha herido el corazón, Terrius Hamilton?

El hombre no respondió y se dedicó a sentir placer con aquella experimentada mujer, dándose cuenta que, como en cada ocasión, la visión de la japonesa volvía a sus pensamientos y, en ocasiones, a sus palabras; Linda sabía con exactitud quién era el amor que le había roto el alma al muchacho, pero no lo diría, no lo incomodaría al decirle algo así, pero cuando hacían el amor, aquel apuesto hombre no podía evitar decir el nombre de quién en verdad amaba, a quién deseaba y extrañaba.

Terry se despertó después de unas horas, se colocó la ropa y salió de la casa de su amante, no le gustaba dormir con ellas, le era enfadoso despertar y tener que charlar. Le gustaba saber que esas mujeres no se molestarían porque él no demostrara afecto o al menos algo de consideración, era refrescante saber algo así.

Las calles de Londres estaban en completa soledad, parecía que nadie había organizado una velada en ese día, incluso las nubes habían descendido hasta las calles, creando un ambiente tétrico y con tendencia a que algo escabroso pasara.

Iba pensando en ello, cuando de pronto vio algo que lo impresionó

lo suficiente como para seguirlo. Con pasos quedos y bien disimulados, persiguió la figura que parecía tropezar con regularidad hasta entrar estruendosamente a una pequeña choza al final de una callejuela con apariencia peligrosa.

Terry siguió a la figura hasta la choza y entró de igual forma, pensando que era una cantina o quizá algún club que no conocía, sin embargo, se topó con el cuerpo desmayado de una joven, una que conocía bastante bien. Se impresionó y la tomó en brazos.

—¿Ninfa?

Capítulo 11

Grace despertó en medio de una tos que parecía no terminar, se tomó el estómago con fuerza y apretó los ojos al sentir el dolor punzante en varias partes de su cuerpo.

—Oh, mi querida niña —se quejó una mujer que limpiaba el labio roto desde hacía rato—. Te has desmayado tan sólo entrar, si este caballero no te hubiera visto, seguro seguirías ahí, te hubieras muerto de frío.

—¿Q-Qué hombre? —se aquejó.

—Creo que no eres tan resistente al dolor como pensábamos, Ninfa —dijo Terry, quien estaba recostado en una pared cercana con los brazos cruzados.

—No… —suspiró—. No, ¿Qué hace aquí? Dijo… dijo que iría con una mujer, que tenía una cita.

—La tuve, pero creo que fuiste afortunada de que te encontrara.

—¡No! —ella parecía querer llorar—. No, no y no.

—Cálmate, niña, no hizo nada más que ayudarte.

—No —dijo furiosa—. No quiero más su ayuda, ¡Largo! ¡Fuera!

—Ninfa, no seas ruidosa, deja de gritar, la mayor parte de Londres está dormido a estas horas.

Ella parecía en verdad enojada, ¿por qué se enojaba? Deberá estar agradecida de que la ayudó, para la otra, la dejaba tirada en la entrada de una casa, quizá un buen resfriado le recordaría ser agradecida con las personas.

—¡Ay! —se aquejó cuando la mujer le subió el vestido, descubriendo el abdomen.

—Dios santo contigo, niña —la mujer se marchó, seguramente por algunos ungüentos y quizá un tónico.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Terry.

—Curandera.

—¿Por qué no vas a un médico?

—Soy hija de un Lokard, si mi padre se entera… no, mejor así.

—¿Qué te pasó?

—Soy una estúpida, me metí con gente a la que no puedo y no debo enfrentar nunca —se quejó—. Dios mío, ahora sí que se han pasado, esto de verdad duele.

—¿Dices qué no es la primera vez?

—¿Te parece mi primera experiencia con esto? —le dijo segura—. ¡Ay! ¡Por todo lo bueno!

—Ven, deja que te ayude.

—¡Quita las manos de ahí! —le gritó.

Terry en ese momento se dio cuenta que, al intentar sostenerla, había colocado por accidente una mano muy cerca de su pecho.

—Lo siento, en serio no era mi intensión.

—Sí, claro, eres un aprovechado.

—Por favor, casi no tienes pechos, no me di cuenta lo que era hasta que lo dijiste.

—¡Ja! Creo recordar que me dijiste que tenía demasiados pechos y demasiado trasero como para entrenar, ¿recuerdas?

—Ahora que lo noto, eres bastante plana, quizá sea porque vengo de ver a una mujer que en verdad tiene… ¡Agh! ¡Ey!

—Acércate, cobarde, no puedo perseguirte —le dijo con una escoba en la mano, con la cual que le había pegado—. ¡AY!

—¿Estás bien? —se acercó al notar que ella apretaba los ojos y se tomaba las costillas.

—¡Ajá! —lo embaucó y logró darle otros buenos palazos.

—¡Vale, ya! —se la quitó y la alejó de ella.

—Ustedes dos parecen ser muy cercanos —entró de pronto la mujer con una sonrisa.

—¡No lo somos! —gritaron a la vez.

—Sí, se nota —asintió la curandera y comenzó a quitar el vestido del cuerpo de la chica sin importar que estuviera ahí un hombre.

Terry inmediatamente se volvió hacia otro sitio y se sintió nervioso, sabía que las curanderas no eran iguales que un médico, muchas veces eran llamadas brujas, pero al menos debía de tener una noción de lo que se debe o no hacer en esas situaciones.

—Si miras… ¡Auch! —se distrajo—. Si miras, te mataré.

—No hay nada que quiera ver, Ninfa.

Terry permaneció de espaldas, escuchando los quejidos de la Ninfa, parecía en serio estar golpeada a juzgar por lo mucho que se quejó, no quería ni imaginar cómo fue que se ganó tal castigo, pero ahora entendía su insistencia en defenderse.

Aunque, conociéndola, seguramente ella sola se metió en ese problema, no justificaba el golpear a una mujer, pero la Ninfa podía ser muy insoportable si quería.

—Listo —la curandera tocó el hombro del muchacho, quién al fin pudo volverse hacia la Ninfa—. Será mejor que la ayude a ir a su casa cuanto antes.

—Gracias —asintió Terry, horrorizado por los muchos vendajes que tenía la Ninfa por todo el cuerpo.

—Parezco una momia —se molestó—. No puedo ni moverme.

—Deja te ayudo.

—Si tocas algo que…

—¿Qué quieres que toque, Ninfa? Apenas y se te ve algo de piel.

—Lo sé, ayúdame a colocarme el vestido.

Terry lo hizo, en verdad que era imposible ver algo de la piel de aquella mujer, había sido lo suficientemente golpeada como para que ocupara vendas hasta en el pecho y la cara.

—¿Estás bien? ¿Lo he dejado apretado? —preguntó Terry sobre el corsé que acababa de ajustar con sumo cuidado.

—No, está bien, hace que me duela menos —se bajó de la camilla y pujó con dolor, tomándose el abdomen.

—¿Quieres que te cargue?

—Si llegué aquí caminado, podré irme de la misma forma —la joven miró hacia la ventana de la casa—. Dios, está amaneciendo, tengo que volver ahora.

—Venga, deja te ayudo.

Terry se pasó el brazo de la Ninfa por los hombros y tomó la cintura llena de vendas, intentando no apretar nada para no lastimarla, lo cual parecía ser algo imposible.

—Moriré, creo que hoy si moriré —se quejaba la Ninfa.

—No lo creo, las Ninfas son inmortales.

—Agh… juro por mi vida que lo mataré la siguiente vez —pujó—. Esto no se le hace a una dama, ¿cómo me voy a casar así?

—¿De qué hablas?

—Se supone que una mujer debe ser perfecta, toda su piel… aunque ahora que lo recuerdo, gracias a ti, se acabaron mis ideales de buena esposa —negó—. La bala dejó cicatriz.

—Lo siento, pero eras tú la que me seguías.

—Aquí déjame —la chica quitó el brazo del cuerpo de Terry y miró a su casa con horror—. ¿Sabes cuantas escaleras tiene esa casa?

Terry sonrió de lado, pensando en que la Ninfa estaba loca y parecía no ser consciente de las cosas importantes de la vida. Como el hecho de que alguien la había molido a golpes hasta dejarla media inconsciente por las calles desoladas de Londres.

—¿Tu padre no te regañará?

—No —se quejó mientras subía la reja—. Sale todas las mañanas y… y tendrá un viaje de negocios ¡Ugh! ¡Ay! ¡Auch!

—¿Estás bien?

—Sí, sí —apartó las manos del hombre—. Adiós, nos vemos luego para el entrenamiento.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Por supuesto que es broma, gran tonto, ¿crees que puedo mover un dedo? —se apuntó a sí misma.

—¡Debí quedarme con mi amante! —le gritó con una sonrisa.

—¡Hubiera sido lo mejor para todos! —le contestó sin mirarlo.

Caminaba lentamente hacía su casa, pero parecía toda una reina al hacerlo, pese a que seguramente le dolía. Terry pensó que esa mujer

era algo impresionante, parecía toda una lunática la mayoría del tiempo, pero lo hacía reír y eso no era fácil en los últimos días.

Sólo esperaba que estuviera bien pronto y volviera a ser su esclava personal en casa, estaba más dispuesto que nunca a enseñarle a defenderse, no quería volver a verla de esa forma.

Capítulo 12

La Ninfa faltó por dos meses completos, Terry había tenido la tentación de ir a su casa a ver cómo estaba, pero sabía que era una estupidez tan sólo pensarlo; sus familias se odiaban y quizá lo matarían si lo veían acercarse un poco a la propiedad.

Pero se había mantenido ocupado, su jardín japonés comenzaba a tomar forma, sus escandalosos primos no dejaban de acosarlo para que salieran a diversas festividades y su familia era más demandante de lo que jamás imaginó.

Por tal razón, cuando la Ninfa volvió a aparecer una mañana, él no se lo esperaba, la miró sorprendido por unos segundos en los que no la dejó pasar, puesto que él mismo le había abierto la puerta.

—Hola, no soy un fantasma, ¿puedo pasar? —Terry la dejó entrar —. Sé que me he ausentado por un tiempo, pero quisiera recuperar las horas perdidas, ¿en serio necesitas que sea tu esclava?

—No.

—Genial, entonces, podemos empezar con el entrenamiento.

—Quiero saber quién te golpeó aquella vez.

Ella lo había mirado con una determinación escrita en cada pedazo de su iris azul grisáceo.

—¿Me vas a enseñar o no?

—Está bien —el muchacho se rascó la cabeza—. Pero será más duro de lo que piensas.

—No me importa, haré lo que digas.

Terry ayudó a la Ninfa en los entrenamientos básicos, aquellos que le enseñaron a él cuando era apenas un niño, debía admitir que era buena, no tardaba tanto en aprender como lo esperó en un inicio, pero, de todas formas, no parecía ser lo suficientemente rápido como ella lo esperaría.

Llevaban más de cuatro meses entrenando sin parar, si por la Ninfa fuera, entrenaría todo el día y toda la noche, pero Terry la mandaba a volar en cuestión de segundos, le dedicaba la mayor parte de su día, pero definitivamente no las noches.

—¡Basta! ¡Puedo hacer algo más! —le dijo enojada—. No me mantengas siempre en lo mismo una y otra vez.

—Es lo que tienes que hacer para aprender.

—Voy demasiado lento.

—Esto no se aprende de la noche a la mañana, nadie puede ser tan perfecto —le dijo enojado.

—Quiero enfrentarme a ti —le dijo segura.

—¿Después de un poco de entrenamiento y quieres enfrentarte al maestro? —le dijo vanidoso.

—Sí —se acercó—. Vamos, quiero hacerlo.

Terry gruño enojado y tomó dos espadas de madera, le aventó una a la Ninfa y se puso en guardia, esperando por ella.

—¿A qué esperas?

—Sshh, puedo hacerlo —dijo segura.

Ella fue tras él después de un leve titubeo y comenzó a golpear enérgicamente, pero para Terry, eso no eran más que golpes de un niño desesperado, de hecho, eso parecía, la Ninfa en realidad sólo quería descargarse y lo hacía de esa forma.

Terry lo permitió, la dejó liberar todo el enojo y la rabia que guardaba dentro, sus lágrimas salían silenciosas y resbalaban hasta su cuello de forma que se perdían en el escote ligero de su vestido. Ella gritaba, gruñía y se enojaba, al final, dejó de pelear, dejando caer la espada y recostando su cuerpo en el de su maestro, quién la abrazó y, sin ningún esfuerzo, la levantó y la llevó a sentarse.

—¿Te sientes mejor?

Ella negó con lentitud.

—Me sentiré mejor cuando pueda al menos pegarte una vez.

—Para que puedas aprender sobre armas, necesitas paz mental —le tocó la frente con un dedo—, sino, te será imposible.

—¿Paz mental? —ella frunció el ceño y se limpió las lágrimas con una mano—. ¿Para pelear necesitas paz?

—Si no quieres morir, sí.

—No tiene ningún sentido.

—El guerrero debe estar pacifico, concentrado y atento; mientras más cosas tengas en la cabeza, mientras más pienses, eres más indefenso. Tienes que concentrarte en el momento, en lo que haces ahí en el campo y nada más.

Ella asintió.

—Gracias, Terry —lo miró y en sus ojos vio sinceridad—. En serio, has sido de gran ayuda y ahora siento que no tengo cómo pagarte, ya ni siquiera parezco tu esclava.

—Ah, mañana te pondré a hacer una que otra cosa.

Ella sonrió y asintió.

—Aunque podría darte algo… aunque no creo que te guste.

—Si quieres besarme, mejor guárdatelo Ninfa, recuerda que no eres mi tipo —bromeó, pensando que ella jamás ofrecería algo así.

La joven se petrificó en su lugar y se avergonzó notoriamente, haciendo que Terry se diera cuenta que esa había sido la intensión de la chica y él acababa de humillarla. Abrió la boca para hablar, pero ella inesperadamente se había puesto en pie y corrió fuera de su alcance, Terry se sorprendió por su rapidez, quizá si podría ser una

buena guerrera, al menos un buen ninja.

Se golpeó la frente con fuerza y se recostó en la silla en la que se había sentado.

—Vaya, la Ninfa se fue corriendo más rápido que un rayo —se burló Lucca, quién salía en ese momento al jardín—, casi me deja ver su cara, apenas se iba colocando el sobrero.

—Deberías dejar de acosarla de una buena vez.

—¿Por qué? —se inclinó de hombros—. Me da curiosidad, creo que debajo de ese velo, hay una chica que se cae de buena.

—Sólo déjala.

Grace entró a su casa y cerró la puerta con seguro, sentía que su corazón se saldría de su lugar, ¿qué había pensado? ¿Qué podía besarlo y todo se resolvería? ¡Tonta! ¡Tonta! Se golpeó la frente, sintiéndose una desvergonzada y una idiota.

—¿Por qué te pegas en la cabeza de nuevo? —se oyó la voz melódica de su hermana, tan tranquila como siempre.

—¡Nada! —se paró correctamente—. Hice una estupidez, como siempre, ya no es nuevo en mí.

—No, como tampoco es nuevo que te vayas de casa sin permiso.

Grace la miró y acomodó unas cosas en sus cajones.

—Sabes por qué lo hago, Blanca, tengo que lograrlo.

—No Grace, no tienes que lograrlo, lo que tienes que hacer es buscar un marido conveniente para que te vayas de una vez de aquí —le gritó su hermana—. ¿no entiendes nada?

—¡No las dejaré! —se molestó—. No lo haré.

—Eres tonta, tienes que irte antes de que…

—Dije que no.

—Mira, Grace, te lo agradezco, todas lo hacemos —asintió—. Pero no te llevará a ningún lado, nosotras ya no tenemos una vida allá afuera, deberías hacer lo mismo que Marina y Rosario.

—Ellas nos abandonaron, al igual que lo hizo mamá.

—Hicieron bien, todas hicieron bien.

—¡No!

—Eres joven, Grace y caprichosa y piensas que tienes un deber para con nosotras, pero no, no lo tienes, quiero que te marches a donde sea que te marchas y no vuelvas.

—No tengo a donde ir, este es mi hogar, donde estés tu Blanca y Adriana y Martina.

—Grace, tienes que irte cuanto antes.

La joven lloró y se colocó en posición fetal en el suelo, dejándose llevar por sus emociones, la mayor la miró con tristeza y suspiró. Ella era tan niña, tan joven, la amaba, todas sus hermanas lo hacían, pero si querían salvarla, tenían que sacarla de ahí de alguna forma.

—¡Blanca! —tocaron fuertemente a la puerta—. ¡Blanca! ¿Qué

demonios pasa ahí dentro?

—N-Nada —balbuceó la chica.

—¿Ya ha regresado esa loca de tu hermana?

—No lo sé, padre —mintió la mayor—. No la he visto.

—En cuanto la veas, le dices que vaya conmigo de inmediato —dijo enojado—. Esa muchacha me va a escuchar.

—Tranquila —dijo Grace—. Se le olvidará después de la botella que seguro se irá a tomar.

—Te arriesgas demasiado, Grace, lo sabes.

La más joven de todas las hijas se quitó los zapatos y se aventó a la cama como estaba, aún no podía olvidar el episodio vivido en casa del Hamilton. Se sonrojó de pies a cabeza y se tapó con una almohada la cara, gritando en su interior.

—¡Soy una estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida!

—¡No digas maldiciones, Grace!

—¡Es que lo soy! —le dijo destruida—. Se burlará de mí para el resto de mis días.

La joven se dejó caer dramáticamente en la cama y giró de lado a lado, intentando eliminar el recuerdo que volvía a su cabeza cada cinco segundos.

Capítulo 13

Terry se extrañó en la primera semana que la Ninfa no llegó a su casa, en la segunda, se preocupó y, en la tercera, simplemente lo olvidó. Quizá, si ya no había vuelto, era porque su problema se había resuelto, seguramente era eso, se había convencido de ello y para el mes, el tema se había olvidado… casi.

—¿Dónde se habrá metido la Ninfa? —se quejó Jason—. ¡La echo tanto de menos! ¡Es tan divertida y alegre!

—No lo sé, pero seguro él tiene algo que ver —acusó Lucca a Terry, parecía molesto, pero sabían que bromeaba.

—No le he hecho nada, si es lo que insinúan.

—Agh, arruinaste por completo la diversión de esta casa —Jason apoyó la barbilla en la mesa.

—Podrías dejar de ser tan dramático? —se fastidió Terry—. Si ya no volvió, ya no volvió.

—Pero si iba tan bien en su entrenamiento —se quejó Lucca con un puchero—. Se veía grandiosa cuando corría o brincaba.

—Eres un depravado, amigo —sonrió Terry.

—Hablando de otras cosas —Jason se enderezó—. Oí que hay un nuevo club, todo el mundo va ahí, debemos ir hoy.

—Estás loco —negó Terry—. Me quedo.

—¿Por qué? ¿Qué tienes que hacer que te es tan interesante?

—Oh… quizá la Ninfa ha comenzado a venir de noche en lugar de día —dijo malicioso Lucca.

—No seas estúpido —le dijo Terry—. Simplemente no quiero ir.

—Mmm… ¿Le estábamos preguntando Lucca? —Jason frunció el ceño hacía su primo.

—No, para nada —sonrió el otro.

Terry rodó los ojos y siguió con su comida, prefería no discutir con esos dos, los acompañaría, como siempre, y después se iría, como siempre. Prefería ir a visitar a Linda, en todo caso.

Pero algo más impórtate que su amante ocupaba su mente en ese momento, y es que sus primos no dejaban de mencionarla y eso provocaba que él no pudiera dar por zanjado el asunto. Suspiró. Tendría que ir a investigar lo que sucedía.

Salió solo de su casa, debía decir que le costó trabajo, sus dos inseparables primos lo perseguían a todos lados, pero, en esa ocasión, los tenía que dejar, eran demasiado ruidosos, sin mencionar el hecho de que no estaban entrenados como él.

Llegó a la hermosa mansión donde en tantas ocasiones había

dejado a la Ninfa, no había nadie en los jardines y tampoco se veía que alguien caminara por los pasillos. Tendría que recurrir al allanamiento de morada.

Hizo lo mismo que la Ninfa, se trepó la reja y cayó sin dificultades al suelo lleno de césped, miró a los lados y corrió hasta la pared y miró por el ventanal, escondiéndose al ver pasar un mayordomo. El chico suspiró y entró por la puertita por donde la Ninfa se infiltraba y se topó con un montón de mujeres que parecían asustadas y él entendía la razón.

—Sshh, por favor —pidió—. Vengo a buscar a la Ninfa…

¡Maldición! Jamás se había aprendido su nombre porque siempre le decía el apodo, ahora estaba en verdaderos problemas, más aún si se consideraba el hecho de que era un Hamilton.

—¿La Ninfa? —dijo una mujer de voz serena, parecía una dama completamente respetable en aquel vestido oscuro que resaltaba los cabellos rubios oro—. ¿Eres tú quién llamaba a mi hermana de esa forma tan ridícula?

—Eh, sí, supongo.

—Oh, es el príncipe de Grace —sonrió otra chica.

Ahora que Terry lo notaba, todas eran bastante parecidas a la Ninfa, aunque creía que la Ninfa era más bonita, aunque quizá sólo fuera porque la Ninfa era sumamente alegre y contagiaba a quién la conociera de su vivacidad.

—¿Dónde está ella?

Las chicas entristecieron a la vez.

—Mi hermana…

—¡ Él la masacró! —gimoteó una de las chicas—. Creemos que la ha matado.

—¿A la Ninfa? —un peso se asentó en el estómago de Terry—. ¿Quién? ¿Quién le hizo eso?

—Nuestro padre —dijo la primera, de voz profunda y melódica.

—¿Su… qué? —dudó.

—En realidad —dijo otra—. No es nuestro padre.

—Muy bien chicas, tendrán que explicarme todo —se sentó en el suelo y las miró—. Aunque si fueran al punto sería genial, porque si alguien me ve aquí, me matarán.

—Vale —dijo una—. Nuestro padre, que en realidad es nuestro padrastro, es un abusador que siempre nos ha golpeado y de nosotras tres ha abusado toda la vida, temíamos que pronto se fuera tras de Grace, pero ella siempre se ponía impertinente y terminaba sólo golpeándola, en esta última ocasión, él casi abusa de ella, pero de alguna forma se defendió mejor y eso sólo le trajo más problemas, la golpeó hasta que casi la mató, la llevó prácticamente inconsciente a sabrá Dios donde y jamás volvió, creemos… creemos que murió.

Terry no podía acabar de procesar aquella información, había sido dicho tan rápidamente que su cerebro apenas carburaba, pero entendía lo básico: un padre abusador, la Ninfa queriéndose defender y ahora, posiblemente muerta.

—Lo has dicho muy rápido Martina —se quejó otra—. Creo que no te ha entendido.

—Lo entendí —dijo un tanto ensimismado.

—Grace siempre nos defendía —dijo Blanca—. Cada vez que él… intentaba, ella se ponía a gritarle, lo enfurecía y él la golpeaba, pero al menos no abusaba de nosotras.

—¿Por qué la dejaron hacer tal cosa? —dijo enojado—. Es menor que ustedes.

—Ella… no sé de donde sacaba el valor.

—¿Por qué no se van de aquí?

—Nos busca, lo hemos intentado, la única forma de salir de aquí es casándote y nosotras… —bajaron la mirada—. Nosotras somos demasiado grandes y no tenemos virtud alguna.

—Son hermosas, seguro que podrían encontrar…

—Sólo puede ser con alguien que a padre le convenga —dijo Adriana—. Si no es así, nos cazará hasta matarnos a ambos, tiene los medios, una hermana ya lo intentó.

—Así que todo esto del buen padre es sólo una fachada.

—Le gusta darse golpes de pecho con ello —dijo Blanca con asco—. “El pobre hombre al cual su mujer abandonó, dejándolo con hijas que ni siquiera son de él.”

—Ustedes… —Terry no se atrevía a hacer esa pregunta—. Ustedes no han tenido…

—Claro que sí —bajó la cabeza Bianca—. Es otra de las razones por las cuales no podemos irnos.

—¿Las chantajea con sus hijos?

—Sí —dijeron a la vez las chicas.

—Yo… lo siento tanto —miró a su alrededor—. ¿Dónde están todos ellos?

—En escuelas, vienen los fines de semana o en vacaciones.

—¿Han pensado en pedir ayuda a los Hamilton?

—Claro que intentamos —dijo Martina—. Pero el hombre siniestro no puede meterse con alguien tan posicionado como lo es este hombre. Se metería en problemas, él sabe quién es su familia, lo tiene de manos atadas, lo sabemos.

—¿Saben lo que sucede aquí? ¿Los Hamilton?

—Por supuesto que no, si dijéramos algo, nos mataría o a nuestros hijos —dijo Adriana.

Terry cerró los ojos, era una completa injusticia, ese hombre merecía morir, ahora entendía la sed de venganza que tenía la Ninfa,

se arrepentía de no haberla escuchado, de haber caído en la fachada que ella ponía para que nada pareciera tan serio.

—Señor —se adelantó Blanca, la mayor—. Si encuentra a nuestra hermana… si de suerte está viva, por favor, llévesela de aquí o cásese con ella, se ve que usted es de dinero, aceptará, él aceptará.

—No creo que lo acepte conmigo —negó Terry.

—¿Qué? —frunció el ceño Martina—. ¿Por qué?

—Yo soy un Hamilton.

Las tres hermanas jalaron aire y se mostraron preocupadas, parecían saber que habían cometido una equivocación al decirle.

—Por favor, señor Hamilton —suplicó Adriana—. Por favor, él la sigue buscando, lo cual quiere decir que hay posibilidad de que aún esté viva… ayúdela.

—No sé cómo hacerlo, quizá la pueda sacar de aquí.

—Ella no se irá —dijo Blanca, cerrando los ojos con pesar—. Si está viva, está planeando algo contra él, jamás nos dejaría.

—Si la encuentro, la trataré de ayudar, lo prometo.

—Gracias, señor —sonrió Martina—. Nos haría un gran favor.

—Intentaré ayudarlas a ustedes también.

—Eso no es posible —negó—. Este hombre tiene más seguridad que el mismo rey, es intocable, se lo aseguro.

—Soy hijo de Thomas Hamilton.

—Por lo cual, le pido que se aleje —dijo Blanca—. Ellos ya se odian, no quisiera que hubiera represarías en contra de su familia.

—Estamos acostumbrados a ello.

Las mujeres mostraron preocupación, esperaban que ese muchacho supiera lo que hacía, si fallaba, las cosas empeorarían para ellas, sería un infierno, peor del que ya vivían… pero si acaso lo lograban, la libertad sonaba bastante bien, demasiado bien.

—Tiene que irse —pidió Adriana—. No tarda en llegar.

Terry hizo caso, jurando en ayudar de alguna forma, si no era con su padre, lo haría él mismo. No podía ser tanta la seguridad si él pudo entrar y salir como si nada sucediese, pero se recordó que el hombre no estaba y tenía la seguridad de que esas mujeres no se irían porque tenía a sus hijos y, en el caso de la Ninfa, tenía a sus hermanas.

Ese bastardo había armado un plan perfecto.

El joven Hamilton volvió desmoralizado de aquella visita, aún se sorprendía de lo terrible que podía ser ese mundo, de los horrores que existían y de lo poco que se sabía. Tenía que encontrar a la Ninfa, pero, ¿dónde buscar?

—¡Ey! —se le colgaron al hombro—. ¿Listo para salir?

—No.

—Vamos, vamos, ya tenemos la carroza dispuesta —lo jaló Lucca, llevándoselo a fuerzas.

Terry estaba sentado en ese lugar con una mirada de pocos amigos, ni siquiera las mujeres se atrevían a intentar seducirlo. Sus primos tenían a una cortesana cautivada desde hacía más de una hora, mientras él esperaba el momento para poder largarse de ahí.

Terry colocó sus brazos en la mesa y apoyó su frente en el lugar.

—¡Ey! ¡Chica! —gritó una de las mujeres—. ¡Venga, trae algo de champaña para estos caballeros!

No entendía por qué la Ninfa no le había pedido ayuda desde el principio, si le hubiera dicho la situación, él se hubiese encargado en persona del asunto, quizá ya estuviera resuelto y ella no habría sufrido de ningún abuso.

—Eh, pero si es guapa la mesera —oyó que dijo uno de sus primos con coquetería.

—Ah, es sólo una mesera, ignórala —dijo la joven en las piernas de Lucca, buscando que no la desatendiera a ella.

—¿Cómo te llamas guapa?

—¿Tiene una mujer en las piernas y está buscando a otra? Pero qué descortés, los hombres son unos lascivos asquerosos.

Terry levantó la cabeza como rayo, había reconocido esa voz, pero cuando buscó a la mujer, esta había desaparecido.

—Pero qué enojona mujer —susurró Jason a su primo.

—¿Dónde está? —preguntó Terry.

—¿Quién? —se extrañó Lucca.

—¡La Ninfa!

—¿La Ninfa? ¿Qué Ninfa? —Jasón seguía sin entender—. ¡Ah! No me digas que era la Ninfa, pero si es guapa, no puede ser…

—¡Eh! ¡Terry!

El chico se había puesto en pie y comenzó a empujar gente, buscando el cabello rubio de la Ninfa, era un cabello bastante reconocible, sobre todo en ese horrible lugar. Tenía que buscar un destello dorado, sólo eso necesitaba.

—¡Aleje sus sucias manos de mi trasero si no quiere que le corte dedo por dedo, mal nacido! —aunque eso también le servía.

—¡Ninfa! —la tomó de los hombros y la volvió hacia él.

El ceño fruncido de la Ninfa fue como ver el paisaje más hermoso en esa tierra; no lo pudo evitar y la abrazó.

—¡Ey! —lo empujó—. ¿Qué demonios?

—Ninfa, por Dios, pensé que estarías muerta.

—¿Por qué estaría muerta? —frunció el ceño, recogiendo algunas copas vacías.

—Fui a tu casa.

—¿Qué fuiste a dónde? —se sorprendió.

—Estaba preocupado por ti y hablé con tus hermanas.

—¿Qué hablaste con quién?

—¿Dejarías de hacer preguntas redundantes?

—No lo sé, ¿dejaste de hacer estupideces?

Terry sonrió, había extrañado a la Ninfa.

—Tus hermanas te creen muerta.

—Sí, por ahora lo estoy —asintió—. Mejor así, lo tengo que tomar por sorpresa, será mucho mejor.

—Tu padre te sigue buscando.

—Como es obvio cuando se pierde una hija —siguió fingiendo.

—Sé lo que hace… sé lo que te intentó hacer.

Ella lo miró directamente, haciendo notar a Terry que tenía una mejilla morada y un ojo con una herida.

—Esto tiene que ser reciente —le tocó la cara.

—¡Ay! —le apartó la mano—. ¡Claro que es reciente! ¿No te has fijado que soy sumamente impertinente?

—Sí, ¿Qué demonios haces trabajando aquí?

—¿Crees que la comida cae del cielo?

—Vale, nos iremos a casa.

—Wow, guapo —se soltó de su agarre—. ¿Qué dices?

—No puedes trabajar aquí, ¿no te das cuenta?

—Al parecer no, porque es lo que hago.

—¿Dónde duermes?

—La señora me presta un cuartito que hay por la cocina.

Terry cerró los ojos y suspiró.

—¿Sabes, Ninfa? Para ser alguien que estuvo a punto de ser violada, no desarrollaste el miedo a ello.

—¿Qué quieres decir?

—¡Duermes en una maldita cantina!

—¡Lo sé! ¡Lo llevo haciendo días!

—Irás conmigo.

—¡No!

—Lo harás —le tomó la muñeca—. Nos vamos ahora.

—¡Estoy trabajando!

—Pues renuncia.

—Terry —se soltó—. En serio agradezco tu caballerosidad, pero tú no puedes ayudarme, nadie puede, así que lo resolveré por mí misma. Si acaso mi padre sabe que estoy viva, irá por mí y se llevará entre las patas a quién sea que me protegió.

—¿Te preocupas por mí? —se burló.

—Idiota, tienes más familia —se cruzó de brazos—. Esos dos calaveras de allá y el resto de los Hamilton.

—Tus hermanas me dijeron que algunas de ellas se libraron de ese destino porque se casaron.

—Ellas se casaron con quien padre les dijo —se cruzó de brazos—, nos abandonaron.

—Sé que no te irás de aquí, Blanca me lo advirtió, así que te propongo casarte conmigo.

—Ahora sí que te pegaste en la cabeza —le dio un zape—. Eres un Hamilton, mi padre los odia porque les tiene miedo, piensa que le arruinarán toda esa red de conspiraciones que tiene, ¿cómo piensas que se ha hecho tan rico?

—Por eso mismo aceptará que nos casemos.

—¿Eh?

—Tienes todo a tu favor, ¿no ves? Él pensará que tendrá ojos dentro de la casa Hamilton.

Ella pareció entender el punto.

—Pero, cuando no lo haga, mis hermanas estarán en problemas.

—Quizá en un inicio, pero es lo mejor que puedo ofrecerte —suspiró—. Además de ayudarte a matarlo.

—No —ella lo miró determinada—. La que lo matará soy yo.

—Ninfa… deberías dejármelo a mí.

—No te ensuciarás las manos por algo que no te concierne —suspiró—. Bastante haces por mí al sacarme de aquí antes de que él me encuentre y al proponerme casarte conmigo, siendo que me encuentras tan odiosa y detestable.

—¿Qué?

Ella lo miró con una sonrisa.

—Me lo has dicho desde que me conociste.

—Bromeaba.

—No lo hacías —suspiró—. El día que me fui…

—En serio bromeaba con eso —recordó el beso que ella había planeado darle.

—Lamento lo que sugerí, lo siento tanto, en serio.

—Eso ya no importa, ¿qué me dices a la proposición?

Grace sonrió de oreja a oreja, agradecida con él y asintió.

Capítulo 14

Terry regresó con la Ninfa a su casa, ella parecía cohibida y algo asustada, nada típico en ella, aunque, con lo que había vivido, le sorprendería que no fuera así, al menos con eso se daba cuenta que tenía un poco de sentido común.

—Te daré una habitación.

La Ninfa asintió un par de veces y lo siguió, mirando la casa por primera vez, había ido ahí en variadas ocasiones, pero nunca le había prestado atención, por alguna razón, ahora le parecía importante fijarse en cada detalle.

—¿Esta de aquí es tu madre? —apuntó un retrato.

—Sí.

—Es increíblemente hermosa.

—Lo es.

—Me enteré que hace poco sufrió de una fuerte pulmonía, ¿cómo se encuentra?

—Bien, mi padre es médico, así que tampoco nos preocupamos demasiado por ello, asegura que se encuentra bien.

—Me alegro —asintió.

—Bien, te puedes quedar aquí, te mandaré a una doncella para que te de algo de ropa, quizá la de Aine te quede bien.

—¿No se molestará? No es la primera vez que uso sus ropas.

—No lo creo, estamos acostumbrados a hacer cosas como esta.

—¿Proteger al desvalido de un fin horroroso?

—Por decirlo de alguna forma —sonrió y cerró la puerta.

Grace miró a su alrededor, era una habitación bonita, con grandes y aparatosas cortinas, una alfombra hermosa y una cama espaciosa. No tenía idea lo que era dormir sin temor a ser atacada por las noches, para ella, cuando el sol caía, todo era incertidumbre y horror, si no lo sentía por ella misma, lo sentía por alguna de sus hermanas, a las cuales las escuchaba llorar o gritar.

El enorme lugar ocasionaba que se sintiera aplastada de alguna forma, nunca había dormido sola, siempre había tenido los brazos protectores de Blanca alrededor de ella y eso le servía para dormir, al menos un poco.

Cuando tocaron a la puerta, ella soltó un grito que pareció asustar también a la persona que estaba afuera.

—Lo siento, mi lady, el señor Terry me ha mandado.

—Oh —ella abrió la puerta—. Lamento haberte asustado.

—No debe preocuparse, a veces los niños Hamilton hacen cosas

como estas, los pobres indefensos siempre están temerosos de todo.

—¿Están acostumbrados a esto?

—Sí, bastante —sonrió la doncella—. Los que trabajamos aquí somos conscientes de que esto puede pasar cualquier día.

—Y… ¿Les agrada?

—Claro, trabajar para los Hamilton es un verdadero honor, señorita, son personas buenas que recogen hasta un mendigo para que no tenga frío en las noches.

Grace asintió, sí, seguro que muchos estarían felices de formar parte de esa familia, aunque fueran sólo de la servidumbre. Pero los Hamilton eran especialmente cuidadosos con ello, las vacantes para entrar en sus casas eran nulas, se sabía que los empleados eran seleccionados por el mismo hombre siniestro en persona.

—Lista —le tocó los hombros—. Está usted perfecta, le traerán un poco de chocolate y algunas galletas en unos momentos.

—Gracias —sonrió la joven.

La doncella abrió la puerta y se inclinó rápidamente al notar que Terry estaba ahí, esperando a que se fuera.

—¿Estás bien?

—Sí, ella es muy amable.

—Todos aquí lo son.

—Menos tú, claro está —sonrió, yendo hacía la cama y saltando al último momento hasta ella—. ¡Esta cama es fantástica!

Terry se sentó en el borde de la misma y la miró con intensidad. Ella se sentó lentamente y lo miró con una ceja arqueada.

—¿Qué?

—¿Quieres hablar?

—Noup —se recostó de nuevo—. Pero gracias por preguntar, ¿los Hamilton también son terapeutas o qué?

—No estamos especializados, pero tratamos con mucha gente a lo largo de nuestras vidas.

—Ha de ser genial tener un padre como el tuyo.

Terry frunció el ceño y asintió.

—Supongo, él es alguien importante.

—Sé que no te llevas bien con él, pero no entiendo el por qué.

—Mi padre dice que es porque somos demasiado parecidos —se inclinó de hombros—. Yo digo que es porque le causo problemas.

—¿Le quieres?

Terry la miró con el ceño fruncido.

—Por supuesto que le quiero —sonrió—. ¿Por qué no lo haría?

—Bueno, dicen que tu reniegas de él, que lo odias.

—No lo odio —se recostó en las almohadas también.

—¿Sabes? —dijo con tranquilidad a pesar de tenerlo junto a ella—. Nunca he dormido sola en mi vida.

Él elevó una ceja burlona.

—No me refiero a eso —le dio un golpe en el brazo—. Mi hermana Blanca siempre me hacía dormir por las noches, me cantaba todo el tiempo para que yo no escuchara… lo que pasaba.

Terry cerró los ojos.

—¿Tienes miedo ahora?

—No —suspiró—. No soy alguien que tema a algo. Creo que cuando vives entre horrores, no muchas cosas te dan miedo.

—¿Puedes dormir con normalidad en las noches?

—¿Te preocupa casarte con una mujer que grita al salir de una pesadilla o que no duerme nada? —sonrió burlesca.

—Me preocupa la razón de que te suceda.

Ella se acomodó en las almohadas y tomó aire.

—A veces me pasa —aceptó—. Pero no tenemos que dormir juntos, no te obligaré a ello, sería cruel ya que no me amas y yo tampoco lo hago.

—Acabas de decir que no sabes dormir sola.

—Bien me puedes comprar un perro y eso me ayudaría.

Terry dejó salir una carcajada y asintió.

—Tendrás un perro si es lo que quieres, pero también me tendrás a mí, Ninfa —se levantó en su codo y la miró—. Nos casaremos, no será algo fingido.

La Ninfa entrecerró los ojos y sonrió de oreja a oreja, burlándose de él, Terry lo sabía por la forma en la que le brillaban sus enormes orbes de color azul grisáceo.

—¡Lo sabía! —lo apuntó—. ¡Quieres acostarte conmigo! ¡Me deseas! Eres un mentiroso, me decías las cosas más horribles.

Terry rodó los ojos y se levantó, en definitiva, esa mujer era la más extraña que había conocido en su vida, intentaba hablar con ella seriamente y sacaba cualquier cosa para terminar quitándole importancia al asunto.

Sabía que era una forma en la que ella se defendía a sí misma, había encontrado la manera de hacer parecer que lo que le sucedía no era horrible, pero la realidad era otra, lo que sucedía en esa casa era detestable y lo que vivió esa chica era algo por lo que debería estar traumada. El que no durmiera era el mejor de los casos.

—Si necesitas algo, puedes llamar a esta campanilla.

—Gracias —ella se sentó con las piernas cruzadas y lo miró, parecía querer decirle algo.

—¿Qué?

—Yo… quería saber si tus primos volverán.

—Seguramente lo harán —ella pareció incomoda con ello—. Jamás te harían daño, no te preocupes.

—La gente borracha… no me agrada —dijo en un susurro—. Será

posible que… no sé, si se puede…

—¿Qué cosa, Ninfa?

—¿A alguna de las doncellas le molestaría dormir conmigo?

—¿Quieres que le pida a la chica que te atendió que lo haga?

Ella asintió varias veces y juntó sus manos como si rezara.

—Por favor.

Capítulo 15

—¡Haz enloquecido, Terry, de eso estoy segura!

—Ni siquiera estás escuchándome, Aine.

—Tu petición no tiene ni pies, ni cabeza —negó—. Estás loco, verdaderamente loco.

—Al menos déjalo hablar, Aine —pidió Kayla—. ¿Por qué pides algo así? Digo, sé que es hermosa y todo, pero ¿casarte?

—Es una mujer buena, noble y de familia.

—¡Una que nos odia! —le recordó Aine.

—Ella nos necesita —repitió Terry—. ¿No escuchaste todo lo que te he contado?

—Lo escuché, pero si padre no se ha metido, es por algo, seguro que ni siquiera sabe que la tienes aquí.

—Por favor, Aine, ¿crees que padre no sabe que la Ninfa lleva aquí casi un mes? —le dijo con fastidio—. Si lo ha permitido, es porque está de acuerdo en alguna parte.

—Terry, padre haría cualquier cosa con tal de verte apacible —le dijo la mayor—. Y lo has estado.

Terry se quedó callado, no diría que la palabra apacible clasificaría sus días junto a la Ninfa, no había connotaciones sexuales en lo dicho, sino que ella entrenaba tan duro y todos los días, que le parecería extraordinario que alguien dijera que estaba en paz.

—Creo, que Terry debería hacer lo que quiere —dijo Publio.

—¿Qué? —lo miró Aine.

—Digo que está bien —se inclinó de hombros y se bajó del escritorio donde estaba sentado—. Habla con padre y dile lo que piensas, quizá esté de acuerdo.

—¿De acuerdo en poner en riesgo a toda su familia? —se quejó Aine con molestia.

—Padre siempre nos ha puesto en riesgo —dijo Kayla—. Aine, lo que él hace siempre es riesgoso y siempre atenta contra nosotros.

Aine mordió su lengua y se sentó enojada en uno de los sillones, con los brazos y las piernas cruzadas.

—No estoy de acuerdo.

—Ah, eso ya lo noté —la ignoró Terry y miró a sus otros dos hermanos—. ¿Entonces?

—¿En serio ella vivió todo eso? —preguntó Kayla con espanto.

—Sí —suspiró—, lo hizo.

—Pero si ella parece tan alegre.

—Creo que lo es —asintió—. Pero eso no quiere decir que no tiene

un pasado en el que sufrió.

—Yo te apoyo —se inclinó de hombros Kayla—. Sé que mi opinión no cuenta tanto, puesto que yo no soy parte de las águilas ni nada, pero como hermana, estoy contigo.

—Gracias Kay.

—Yo también estoy contigo —dijo Publio—. No tenía ni idea de lo que ocurría dentro de la casa Lokard, nadie debería vivir en un lugar así. Me casaría con ella si no se lo hubieras dicho tu antes.

—¡Tu sólo la quieres investigar como un ratón de laboratorio! —le echó en cara Aine.

—Eso sería fascinante —asintió el chico, mirando a su hermano menor—. ¿Me dejarías hacerle otras cuantas preguntas?

—Ella siente dolor, Publio, lamento decepcionarte.

—Mmm… ¿eso quiere decir que se acostumbró a ello?

—Vale, hazle las preguntas que quieras.

—Genial.

Los tres hermanos miraron a Aine, quién se mantenía en su postura, pero, al tenerlos a todos en contra, suspiró en rendición.

—No estoy de acuerdo en que te cases, pero tampoco creo que sea justo que ella vuelva a esa casa —rodó los ojos—. Ayudaré en lo que me sea posible.

Terry sonrió y asintió. Con sus hermanos de su lado, hablar con su padre no sería tan complicado, quizá lo más peligroso viniera cuando tuviera que pedir la mano de la Ninfa, enfrentar a ese hombre, saber lo que hacía y tener que verlo a la cara sin matarlo. Sería una tortura incluso el tener que sobornarlo de alguna manera.

—¿Cuándo le dirás a papá? —preguntó Kayla.

—Hoy mismo, durante la cena.

—Oh, será una cena interesante —dijo la menor—. ¿Dónde está Grace? Quisiera verla.

—No lo sé, en los jardines, tal vez.

La menor salió corriendo hacia el lugar indicado, dejando a los tres mayores en soledad.

—Se han hecho cercanas —dijo Aine.

—Sí, se agradan, incluso duermen juntas —rodó los ojos Terry.

—¿Qué harás cuando se casen? —preguntó Publio, subiendo un pie al escritorio—. Es obvio que no la quieres, incluso me decías que no la encontrabas atractiva.

Aine le dio un zape a su hermano menor.

—¡Ay! —se sobó—. Es guapa, pero yo… no lo sé, es una amiga genial y la aprecio, no quiero que sufra más.

—Tú sigues amando a otra —dijo Aine—. A la japonesa esa.

—Ah, sí, ¿Akane? Sí, se llamaba Akane —dijo Publio.

La sola mención de su nombre provocó un revolcón en el corazón

de Terry, sintiendo de alguna forma que la engañaba. Pero eso era estúpido, Akane estaba casada y muy lejos de ahí, él tenía que hacer su vida y, con la Ninfa, podría hacerlo. Se llevaban bien, eran amigos, entrenaban juntos y se divertían. La Ninfa era guapa y de alguna forma la estaba salvando de un final atroz, sí, la Ninfa era una buena opción para esposa, sería una compañera de vida muy… peculiar, por decirlo de alguna forma.

—Akane es mi pasado —dijo Terry—. No tiene nada que ver aquí, ni con la Ninfa.

—Deberías por lo menos aprenderte su nombre —se quejó Aine.

—No tengo idea de cuál sea, me lo han dicho varias veces, pero siempre termino llamándola Ninfa.

—¡Agh! —se quejó su hermana y salió del lugar.

—Te veo en la cena —se despidió su hermano y se fue de ahí.

Terry llegó a casa de sus padres con la normalidad de alguien acostumbrado a ese tipo de lujo, no era que Grace hubiese sufrido en su vida por ese hecho, su padre adoptivo era un hombre muy rico y también era noble, pero su fortuna había decaído y sólo gracias a los malos tratos y algunos negocios con gente… no tan buena, habían logrado sacar la prosperidad con la que ahora vivían.

—Terry, ¿seguro que no importará que esté yo presente?

—Lo prefiero, puede que padre se controle más.

—¿Y si no? —lo miró asustada.

—Bueno, veremos qué hacer.

Grace sentía que la sangre se iba a sus pies, moriría, ese día seguro que moría. Tenía muchísimo miedo de ese hombre, lo había visto en ocasiones, en alguna velada, de lejos, no necesitaba estar más cerca para saber que era peligroso, pese a que ya no era un jovenzuelo y más bien ya era un hombre adulto, seguía teniendo esa aura destructiva.

—Terry, mejor te espero en la casa.

—No, no —le tomó el brazo cuando notó que ella daría marcha atrás—. Tienes que verte segura con esto, al menos finge que estás enamorada de mí.

—Soy una mala mentirosa —frunció el ceño.

—Ve el lado positivo a todo esto —la miró divertido—. No tienes qué mentir.

—Eso quisieras —lo golpeó.

—Harías bien en no golpearme frente a mi familia.

—Sí, claro, tienes razón —dijo nerviosa.

—Relájate, son personas normales.

Grace asintió y esperó a que su prometido abriera las puertas que escondían el enorme comedor, la familia Hamilton estaba tranquilamente sentada, charlando amenamente hasta que ellos

entraron, enfocándolos con toda aquella gama de miradas intensas.

Thomas y Publio se pusieron inmediatamente de pie al notar la nueva presencia femenina y Grace sintió inmediatamente la mirada azulada de Thomas Hamilton sobre ella, parecía querer leerle el alma y seguro que lo estaba haciendo en ese momento.

—No es para nada incomodo —susurró la joven, con la boca apretada en una sonrisa forzada.

—Cállate y actúa natural.

—Hijo —lo llamó Annabella, extendiendo los brazos—. Oh, qué bueno es verte, querido.

—Madre, no hace tanto que nos vimos.

—Para una madre lo es —refunfuñó.

—Claro.

Terry besó la mejilla de su madre y elevó un brazo para que la Ninfa se acercara a él, la joven lo hizo, tomándole la mano con delicadeza y saludando a la marquesa, quien no dejaba de sonreír.

—Eres muy hermosa, cariño —dijo la madre con voz tierna—. Ven, siéntate junto a Kayla.

—Es un placer conocerla, lady Hamilton —se inclinó la joven ante ella y, después, miró al imponente hombre en la cabecera—. Mi lord, es un honor.

Thomas cerró los ojos y lentamente inclinó la cabeza, esperando a que su hijo y la invitada se sentaran en sus lugares. Terry había decidido ignorar las miradas que su padre le dirigía, sabía que quería hablar con él, para ese momento, el menor podía predecir lo que le diría, seguramente saldrían peleados de ello.

—Terrius —la voz del padre hizo que todas las pláticas se interrumpieran de pronto.

—Padre —lo miró sin miedo—. ¿Qué ocurre?

—Creo que es bastante obvio que soy el único que se está perdiendo de algo en esta cena.

Grace miró preocupada hacía Terry, después, sólo podía mirar a Thomas Hamilton, parecía disgustado, de verdad enojado. Kayla le tomó la mano por debajo de la mesa y se la apretó como una forma de infundirle valor, algo malo venía.

—¿De qué cosa hablas, padre?

—La señorita en nuestra mesa, aunque encantadora —aseguró con gentileza—. Es una Lokard.

—Mi lord… —la Ninfa intentó hablar, pero Terry la detuvo con la mirada.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Sabes perfectamente que nuestras familias tienen conflicto, no es como que te prohíba verla, pero definitivamente no me parece correcto que esté aquí, cuando su padre la busca hasta por debajo de

las piedras —elevó una ceja—. Pensará que ha sido causa nuestra.

—No podría serlo —negó la joven en cuestión—. Mi lord, no ha sido culpa de Terry, él sólo ha intentado ayudarme.

Thomas se mostró sorprendido de que aquella mujer se atreviera a hablarle directamente, pero le agradó su seguridad.

—Sé que su padre es un hombre difícil, pero no me gustaría meterme en un conflicto familiar.

—Ella y sus hermanas nos necesitan —se puso en pie Terry—. ¿Por qué te niegas? Sabes lo que ocurre.

—Terry —pidió su madre, haciendo una seña para que se sentara nuevamente, pero él no lo hizo.

—Terrius —su padre lo miró severamente—. Al despacho.

—Thomas, querido —Annabella le tomó la mano con delicadeza—. ¿No podrían esperar los gritos hasta que la cena se acabe? Esta niña pesará que somos unos maleducados.

Grace negó un par de veces y bajó la mirada.

—Entiendo el problema que estoy generando.

—Ninfa, no tienes que disculparte —le dijo Terry—. Sí estás aquí, es porque yo lo quiero.

—¿Ninfa? —frunció el ceño Annabella.

—Eh… le digo Ninfa —dijo Terry como toda explicación.

—Ni siquiera nos la has presentado como debe ser, con su nombre y demás —pidió su madre.

—Es porque Terrius no sabe su nombre verdadero —dijo Thomas con tranquilidad.

Grace miró impresionada a Terry, pensando que desmentiría rápidamente aquello, pero la mirada furiosa que le dirigió a su padre lo delató, ¡En realidad no sabía su nombre! Por todo lo bueno, eso cada vez iba peor.

—¿Cariño? —Annabella miró a su hijo—. Su nombre.

Terry se quedó callado, intentando recordarlo; pero entonces, su padre suspiró y se puso en pie.

—Se llama Grace Lokard —los miró—. Ambos vienen conmigo al despacho, creo que me comienzo a imaginar hacía donde va esto.

Los hermanos Hamilton miraron a Terry con labios apretados y una mirada lastimera que no llegó a afectar al hermano, pero sí a la chica que iba junto a él, presa del miedo. ¡Jamás pensó que Terry no se supiera su verdadero nombre! Lo mataría… bueno, si es que su padre no los mataba primero.

—Siéntense —indicó el hombre cuando estuvo sentado en la pequeña salita del lugar—. ¿En qué demonios están pensando?

—Me quiero casar con ella, padre.

Thomas juntó sus manos y las llevó a su boca, muy cerca de su nariz, parecía estar pensando.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —reiteró Terry con fastidio en su tono—. Porque me quiero casar con ella, eso es todo.

—Es obvio que no lo haces porque te guste, ni siquiera te sabes su nombre —Thomas miró a la joven que había abierto la boca ofendida por las palabras—. No intento insultar, señorita, sólo puntualizo las cosas.

—Eso no debe importarte —se puso en pie—. Me quiero casar con ella y las razones que tenga, están sobrando.

—Él quiere protegerme —suspiró Grace, llamando la atención de Thomas—. Le han dicho que la única forma de salvarme es casándose conmigo y es lo que quiere hacer.

—¡Ninfa! —la miró molesto.

—Sé que no es algo que usted quiere, pero lo encontré como una buena opción, aunque suene egoísta, porque le puedo estar quitando la posibilidad de encontrar el amor.

Thomas se recostó en el sofá, mirando directamente a la mujer.

—Puede encontrarlo durante el matrimonio, pero no en usted —elevó una ceja—. ¿Estás dispuesta a tolerar eso?

—Sí —bajó la mirada, sintiéndose una mentirosa—. Yo… no puedo hacer que él pierda toda su vida sólo por mí.

—Esa es decisión mía —Terry se molestó al ser sacado de la conversación—. Y no estoy planeando el adulterio.

—Sé por qué lo haces Terry, es lo que les he enseñado a hacer toda la vida —suspiró—. Pero esto es algo grande, es una boda. No me meteré en ello, es tú decisión, pero te pido que lo pienses.

—Está decidido.

—Bien —aceptó con rapidez—. ¿Qué le dirás a Lokard? No estará nada contento de saber de esta boda.

—Le daré dinero y espero que vea la ventaja de tener a una potencial espía dentro de nuestra casa.

Thomas parecía pensar lo mismo, pero, a comparación de su hijo, él si dudaba de aquella muchacha, quizá no supiera del todo lo que sucedía en el interior de la mansión Lokard, pero lo que sí tenía conocimiento, era de que esa jovencita haría cualquier cosa por salvar a sus hermanas.

—No sé si les funcionará, pero ten por entendido, Terry, que vas sólo en esto, no quiero ni que tu madre o alguno de tus hermanos se involucre con esa familia.

—Lo sé —asintió el hombre—. Sólo quería que lo supieras.

El padre asintió con gratitud y suspiró.

—Bueno, hijo —se puso en pie—. Suerte con ello.

—Gracias.

La joven se puso en pie al mismo tiempo, mirando avergonzada al

hombre que no le quitaba la vista de encima, la hacía sentirse nerviosa y casi desnuda, por lo cual tendía a acercarse bastante al cuerpo grande de Terry.

—Señorita —Thomas le tendió la mano para que Grace la colocara encima y despedirse de esa forma.

Pero Terry tomó la mano que ella estiraba y la bajó de inmediato, miraba mal a su padre, como si acabara de hacerle una ofensa, lo cual Grace no entendió.

—Sabía qué harías algo como eso.

—Terry… —suspiró Thomas.

—No, nos vamos.

—Pero ¿qué…? —ella fue jalada por su prometido hacia el exterior del pasillo y también de la mansión—. ¡Terry!

—Espera.

—¡Terry! ¡Detente! —arrancó su muñeca de la mano de Terry y lo miró sorprendida—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué te has enojado tanto?

—Es un truco —negó—. Si le dabas la mano, mi padre te haría una serie de preguntas rápidas y te estaría tomando el pulso en todo momento, es una forma de detectar mentiras.

—Pero hemos dicho la verdad

—Eso no importa, Ninfa, lo que importa es que no confía en ti y tampoco confía en mí.

—Entiendo que no confíe en mí Terry, es más que normal.

—Pero yo soy su hijo.

—Qué hasta donde sabe, puede estarse enamorando de su enemigo —le dijo obvia.

—¡Ni siquiera me sé tú estúpido nombre! ¿Cómo podría pensar que me podría enamorar de ti? —dijo furioso.

La joven guardó silencio y lo miró ofendida y enojada.

—Sí, ¿cómo alguien te va a creer que siquiera me aprecias para querer protegerme? —negó—. Ahora entiendo a tu padre, ha de pensar que sólo lo haces para fastidiar a tu familia.

—¿Qué? —la miró sorprendido.

—No te ayudaré a ello —se cerró el abrigo—. Consigue a otra enemiga de tu familia, yo puedo cuidarme sola.

—Pero ¿qué dices? —le tomó la muñeca—. Ninfa.

—Me llamo Grace, por cierto —le dijo enojada, yéndose de ahí a pesar de que era de noche, el camino largo y probablemente no sabría cómo regresar.

—¿Qué haces? —le gritó—. ¡Te perderás, vuelve aquí! ¡No puedes irte caminando!

—¡Déjame tranquila! —ella se cruzó de brazos y corrió hacía la salida sin mirar atrás ni una sola vez.

Terry chistó a lo bajo, no pensó que la Ninfa se enojaría tanto por

eso, pero lo que decía tenía sentido, seguro su padre había pensado justo lo que ella dijo.

—Parece que la has enfurecido —dijo su hermano, quién estaba sentado en la rama de un árbol.

—¡Maldición, Publio! —lo miró—. Qué maldita mala costumbre tienes.

—Madre dice lo mismo —se aventó del árbol y cayó como gato junto a él—. ¿Qué harás?

—Un caballo —dijo en voz muy baja, haciendo imposible que alguno de los sirvientes que custodiaban en la noche la mansión, lo escucharan—. ¡Un caballo!

Fue un mozo asustadizo el que trajo el caballo del muchacho y este salió volando detrás de aquella hermosa mujer que pensaba caminar de regreso hasta Londres.

Publio se cruzó de brazos, esperando a que su hermana Aine le diera alcance, puesto que la sintió salir de la mansión.

—¿Qué sucedió?

—Parece que la Ninfa se enojó con él —sonrió—. Y fue detrás de ella como un perrito faldero.

Aine frunció el ceño y miró a su hermano.

—¿Crees que en serio la quiera?

Publio se inclinó de hombros y sonrió.

—No lo sé, pero al menos le importa lo suficiente como para ir detrás de ella.

—Eso espero —la voz de su padre los hizo volverse con rapidez.

—Padre —se acercó Aine—. ¿Por qué no lo impediste? Sabes lo que quiere hacer.

—Sí —suspiró—. La verdad es que me parece bien, sé que Terry lo hace por ayudar a esa chica y es la primera vez que lo veo interesado por alguien además de sí mismo.

—¿Arriesgas a toda la familia por eso? —se sorprendió la joven.

—¿Aceptas con la consciencia tranquila lo que sucede ahí? —su padre la miró—. Es un horror, aun si no me he querido meter demasiado, parece que Terry lo sabe bien.

Aine apretó los labios y miró a su hermano, buscando algo de ayuda con el punto que defendía.

—Estoy de acuerdo con padre —se inclinó de hombros—. Creo que Terry puede ayudar a esa pobre chica que sufre todos los días, haríamos bien en dejarlo actuar.

—¡Agh! Son imposibles los dos.

La joven entró en la mansión, dejándolos en soledad.

—Publio, sabes lo que tienes que hacer ahora.

—Sí —el chico chifló con fuerza, haciendo que un hermoso semental viniera hasta él—. Te diré lo que sucede.

El padre vio a su segundo hijo partir y suspiró.

—¿Qué es lo que está sucediendo, Thomas? —se acercó Annabella, enfundada en un abrigo grueso.

—Parece que nuestro hijo menor tiene corazón —sonrió.

—Siempre lo ha tenido.

—Lo sé, cariño, pero ahora en serio parece haber caído en sus redes, y me alegra.

—Sólo espero que esto no ocasione problemas —sufrió la madre—. Me ha dicho Aine de quién es hija.

—Esto seguro traerá problemas, pero creo que es una perfecta excusa para derrocar a ese monstruo —la miró—, de todas formas, preferiría que te fueras junto con las niñas a Rusia.

—¿Me alejas? —se sorprendió.

—Sólo hasta que esto pase, en cuanto ese hombre sepa que Terry busca casarse con su hija, se levantarán algunos infiernos.

—Entonces, ven con nosotras y Publio también.

—¿Quieres dejar solo a tu hijo?

Annabella pareció debatirse fuertemente, pero terminó negando.

—No quiero que se case con ella.

—¿Alguna vez has intentado hacer que Terry no haga algo que quiere o viceversa? —elevó una ceja y negó—. Ese muchacho es igual a mí, eso sólo puede resultar peor.

—Lo sé, lo sé —negó—. ¿Por qué tuvo que conocerla?

—Designio divino, supongo, creo que es justo que esa familia tenga paz después de tanto horror.

—¿De qué hablas?

—Estaré seguro en cuanto Publio vuelva y, creo que cuando te lo cuente, incluso me cuestionarás por no haber actuado antes —miró hacia el cielo—. Apoyaré a Terrius, creo que es lo que necesita para madurar un poco.

—Lo has mandado a Japón por la misma razón.

—Y me hiciste traerlo de regreso a base de mentiras —elevó una ceja—. Tienes que dejarlo crecer, Annabella.

—Intento dejarlo crecer, pero al paso que tú marcas, lo matarás.

—Es un muchacho inteligente, confía en él.

—Es un muchacho al final de cuentas —le dijo obvia.

Thomas sonrió y abrazó a su esposa, pidiendo un caballo para seguir a sus dos hijos, quizá su esposa tenía razón, aún eran muchachos y sería mejor tenerlos en la mira.

Capítulo 16

—¿Creíste que no te encontraría?

Grace soportó con valor una nueva bofetada.

La pobre chica había caído en las manos de su padrastro tan sólo alejarse un poco de la casa de los Hamilton, la estaban esperando, quizá la habían estado siguiendo por semanas, pero no podían actuar debido a que siempre estaba junto a Terry, apenas se separó de él…

—Tenía la esperanza —escupió sangre, recibiendo otro fuerte golpe que le volvió a reventar el labio.

—¡Fuiste corriendo al lugar más predecible! —le tomó la cara con fuerza que la lastimara—. ¿Acaso el hombre siniestro aceptó ayudarte? ¿Le dijiste lo que sufres? ¿Lo que sufren tus queridas hermanas bajo mi cuidado?

—No dije nada —lo miró con odio—. No fui a pedir ayuda.

—¡Mientes! —la golpeó de nuevo—. ¡Quieres que ese bastardo me mate! ¡Que me aniquile! ¡A mí! El hombre que les tendió la mano cuando la puta de su madre las abandonó.

—No quiero que te maten —le dijo—. Te mataré yo misma.

Ella aceptó los fuertes golpes que el hombre le profirió, trató de no emitir ningún sonido, no quería darle esa satisfacción, sin embargo, no creía soportar mucho más, quizá caería inconsciente en cualquier momento.

—Dime, querida hija, ¿Qué pensabas que pasaría después de que le dijeras a los Hamilton lo que sucede en nuestra familia? —se burló—. El hombre siniestro no se ha atrevido a hacer nada en lo absoluto durante años, si lo quisiera, ya lo habría hecho.

—Lo sé, por eso mismo he dicho que no les pedí ayuda.

—Eres una maldita idiota —dejó salir una carcajada—. El mismo hombre siniestro nos teme, ¿sabes por qué? Porque tenemos una red enorme, así como él tiene su pequeño nidito, nosotros tenemos una telaraña, si acaso se mete con nosotros, nos iremos todos contra él, ¿comprendes?

—No quería… —el hombre la golpeó, buscando que no lo interrumpiera cuando hablaba.

Grace sintió que perdía la consciencia, al menos por unos segundos, puesto que el hombre la empapó con agua helada y eso la hizo volver en sí con prontitud. En esa ocasión, la chica había gritado e incluso lloró.

—Eso me agrada más —sonrió—. Al fin empiezas a comportarte como una mujer normal… ahora que lo pienso, te has convertido en

una bastante hermosa.

Ella lo miró con miedo.

—No…

—Creo que va siendo hora que te incluya al sequito de tus hermanas, ¿no lo crees?

—No, no… —ella intentó levantarse del suelo—. Puedo ayudar.

—¿De qué demonios hablas?

—Uno… uno de los Hamilton… se ha enamorado de mí.

—No digas mentiras, maldita mentirosa. Además, ¿Eso de qué me ayudaría a mí?

—Información… toda la que quieras.

El hombre pareció pensarlo unos segundos.

—¿Información? ¿Serías una espía? —el hombre la tomó del cabello y la levantó—. Tú jamás me ayudarías a mí, ¡Mientes!

Grace cayó al suelo fuertemente y recibió una patada en su costado que la hizo gritar. Le gustaría pensar que Terry la estaba buscando, pero, ¿la encontraría? Ellos eran Hamilton, lo eran, tenían que poder encontrarla…

Perdió la consciencia y en su interior se amargó al darse cuenta de que nunca sabría lo que ocurrió con ella misma esa noche.

—¿Ninfa? —escuchó a la distancia—. ¿Grace, me escuchas?

Ella intentó abrir los ojos y pujó de dolor, volviéndolos a cerrar, de hecho, aunque hizo el intento por ver algo, no lo logró.

—No te muevas —la recostaron con dulzura, era una voz femenina —. Dios santo, de no haber llegado, te habría matado.

—Publio, ¿no deberías volver a dormirla? —aconsejó otra voz.

—No, necesito que me diga dónde más le duele.

—Pero si apenas puede hablar.

—No sé si tenga daños internos y Terry no me deja desvestirla.

—¿Q-Qué sucede? —dijo ella, con los ojos cerrados—. No veo nada, ¿Estoy ciega?

—No, no estás ciega —dijo Publio—. Es la hinchazón lo que no te deja abrir los ojos.

Ella levanto una mano y se tocó la cara, ¿La habría deformado de los golpes? Ese hombre… ¡Ese hombre! ¿Dónde estaba? Escuchaba a los Hamilton, a todos ellos, no entendía, ella estaba en casa de su padre hace sólo un momento.

—¿Dónde estoy?

—En casa, Ninfa, estás en casa, trata de no moverte.

—Pero… —ella pujó de dolor.

—Bien, Grace —dijo Publio—. Necesito que me digas rápidamente dónde duele y después te dormiré, no dolerá más.

—Aquí… me arde aquí… —se tocó el costado.

—Terry, tengo que quitarle la ropa —le dijo a su hermano.

—¡Con un carajo! —se quejó—. Vale, hazlo, demonios, hazlo.

Grace sintió que le colocaban algo en los labios y ella instintivamente lo bebió y trató de escupirlo, pero seguro fue Publio quien se lo impidió. Por alguna razón, a pesar de que sabía que lo que bebió fue opio, no parecía estar dormida, quizá algo atarantada. Escuchaba a la perfección lo que los hermanos decían y peleaban.

—¿Lo logró? —decía alguien.

—No lo sé —dijo Terry—. No quiero ni saberlo.

—Pero… ¿Qué le dirás?

—¿Cómo que qué le diré? —dijo enfadado—. ¡Nada! Ella no tiene por qué saberlo, ni siquiera yo lo sé.

—¿Pueden callarse? Intento trabajar aquí.

Grace hubiera querido hablar, gritar y hasta llorar, pero se sentía paralizada y resultaba ser bastante irritante, ¿de qué hablaban? ¿A qué se referían? No entendía nada, estaba asustada y confundida.

—Eh, Terry, algo anda mal, trata de calmarla.

—¿Cómo que la calme? Está dormida.

—No sé, haz algo.

—¿Está escuchando?

—No lo sé, háblale.

Grace quería gritar, quería decir que sí estaba escuchando y que quería una explicación, pero entonces escuchó la voz de Terry susurrar tranquilizadoramente en su oído.

—Eh, Ninfa, todo está bien, tienes que calmarte o Publio hará algo equivocado por aquí… te prometo que todo saldrá bien, no tienes por qué tener miedo.

¡Pero si lo tenía! ¡Moría de miedo!

—¡Dale algo más fuerte Publio! Se está moviendo —dijo una de las chicas—. Está consciente, quizá esté doliéndole.

—Vale, vale, dejen todos de gritar.

Ella en realidad no sentía nada, pero de repente, tampoco supo más de sí, no escuchó nada más y pareció caer dormida.

Grace despertó sintiendo una sed que jamás imaginó, necesitaba tomarse un estanque entero para zacearse. Trató de incorporarse, pero todo su cuerpo se quejó y no pudo evitar gritar en frustración.

—Eh, Ninfa —escuchó a Terry y sintió como le acariciaba la cabeza dulcemente—. Has despertado al fin, ¿Cómo te sientes?

—No te veo… Terry, no te veo.

—Tranquila —le tomó los hombros y la recostó—. Es sólo por lo golpeado de tus ojos.

—¿No estoy ciega?

—Te dije que no hace media hora.

—¿Ya lo había preguntado?

—Unas cuantas veces —dijo el chico con burla—. Pero creo que en

las otras ocasiones estabas casi inconsciente.

—¿Qué sucedió? —hubo un largo silencio que le hizo pensar a Grace que tal vez Terry se hubiese ido—. ¿Terry?

—¿Qué recuerdas?

—Creo… recuerdo estar siendo golpeada por mi padre, en su casa, supongo que me desmayé en algún punto.

—Sí, Publio y yo llegamos justo a tiempo.

—¿Cómo hicieron para entrar? ¿Cómo lograron sacarme?

—Pedí tu mano ahí mismo.

—¿Qué? —ella lo buscó con la mano—. ¿Qué dices? Padre jamás lo aceptará.

—Lo aceptó.

—Pero… no entiendo, no tiene sentido.

—Fue una petición normal, mi padre habló con el tuyo, estipularon todo y cedió, claro que nosotros no te vimos durante todo ese proceso, pero tus hermanas me ayudaron a sacarte y te trajimos aquí en seguida.

—¿Él sabe que estoy aquí?

—Probablemente piense que eres increíble como para poderte mover en ese estado —dijo Terry—. Creo que tus hermanas le han dicho que te llevaron con la curandera de siempre y ahí te dejaron.

—¿Mis hermanas hicieron eso?

—Ellas fueron las que nos dejaron entrar en primer lugar.

—Pero… ¿cómo es que mi padre aceptó?

—Por qué motivo no habría de hacerlo cuando el mismo Thomas Hamilton pide un enlace entre las familias, mi padre incluso mintió diciendo que había presentado aquella unión en la cámara de lores para menguar las diferencias entre las casas.

—Padre… no se quedará de brazos cruzados, sabrá que ha sido por obra mía que todo esto sucedió —ella lloró—. Castigará a mis hermanas, no me sorprendería que mañana tuviera que velar a alguna de ellas, es terrible, soy una persona terrible.

—Concéntrate en ti misma por una vez.

—¿Cómo me puedes pedir algo así? —le dijo—. Ahora mismo, ninguno de ustedes está pensando en sí mismos.

—Nosotros no estamos golpeados a muerte.

—¿Cómo me encontraste?

—Publio, las águilas, era algo obvio… —Terry se inclinó de hombros, aunque ella no lo veía—. Tengo bastante a mi disposición. Pero cuando no te encontré por el camino, imaginé donde estarías.

—Te agradezco que lo hicieras, creo que me habría matado.

—Lo creo también.

—¿Ahora entiendes por qué debo matarlo?

—Sshh, descansa un poco, ¿vale?

—¡Oh! Ahora que recuerdo, me estoy muriendo de sed —le dijo con presura—. ¿Me das algo de agua?

—Sí, me sorprendería que no tuvieras sed, con todo lo que te ha dado Publio, podrías acabar con las fuentes de aquí.

—Así me siento.

Ella sintió como la firme mano de Terry se resbalaba con cuidado por su espalda, haciéndola sentar lentamente y le colocó el vaso de vidrio en los labios, haciéndola chistar al sentir dolor.

—¿Me quebró algún diente?

Terry dejó salir una carcajada.

—De hecho, sólo te han quedado dos.

Ella frunció el ceño.

—Si pudiera ver, ahora mismo tendrías un puñetazo en el brazo.

—Lo sé, descansa Ninfa —la recostó en la cama nuevamente.

—¡Terry! —le gritó, pensando que la había dejado.

—¿Qué sucede? —la voz sonó bastante cercana.

—Podrías… sólo, no te vayas, ¿de acuerdo?

—No me he ido en todo este tiempo, Ninfa, ¿Por qué te dejaría ahora? —le dijo con voz burlesca.

—¿Tiempo? ¿Cuánto tiempo?

—Algunos días.

—¡Días!

—¿Qué no acabo de decirte que descanses?

—Sí… ¿Días? ¿En serio?

—¿Te vas a dormir o no?

—Mis hermanas… ¿no han velado a ninguna?

—Todas están bien.

Ella parecía estar cayendo en el sueño nuevamente.

—Terry —le susurró—. Terry…

—¿Qué pasa?

—Cuídalas, por favor, diles que estaré con ellas pronto y…

La chica no terminó su frase, pero supuso que terminaría con algo violento como: “asesinaré a ese bastardo” o algo por el estilo. Terry sonrió y acarició el cabello de la Ninfa, era la única parte de ella que no le daba miedo tocar; ese hombre la había maltratado tanto, que incluso parecía otra persona.

La miró por largo rato, limpiándole las heridas de la cara y pasando un paño mojado por la sangre seca de los labios y la nariz. ¿Cómo alguien en ese estado podía pensar en otra persona? En definitiva, la Ninfa era alguien fuera de lo normal.

Capítulo 17

Grace despertó esa mañana sintiéndose bien por primera vez en demasiado tiempo. Ya era capaz de ver, no le dolía el moverse e incluso pensó que podría levantarse por sí sola, se avergonzaba en decir que tuvo que recurrir en varias ocasiones a ser llevada al baño por una doncella o por alguna de las hermanas de Terry, quienes parecían estar siempre rondándola.

—¡Oh! ¡Has logrado levantarte! —sonrió Kayla, dejando la bandeja con comida en una mesita—. Te ves mejorada.

—Gracias —dijo con una sonrisa—. ¿Crees que, si me veo en el espejo ahora, me reconozca?

—Sí, en definitiva, estás volviendo a la normalidad.

Grace asintió con alivio, no había querido verse en el espejo por miedo de haber quedado deformada de por vida. Miró a su alrededor y se percató de la ausencia de Terry, quien ya parecía un mueble más en la habitación.

—Ha tenido que salir —explicó Kayla—. Junto con Publio y Aine, ellos… tienen trabajo.

—Pensé que Terry no se involucraba con cosas del trabajo de su padre —la miró Grace, sentándose en la mesa para desayunar.

—No lo hacía, pero desde que tu… bueno, digamos que eres alguien especial, lograste lo imposible.

—¿Qué Terry trabajara con su padre?

—No —sonrió—. Es algo más sorprendente que eso.

Grace se inclinó de hombros al entender que Kayla no le diría, tampoco era como que le importara en esos momentos, sus tripas gruñían por la falta de alimentos y esos huevos con tocino no ayudaban nada disimularlo.

A los pocos minutos, Terry entró a la habitación, sorprendiéndose de encontrar a la Ninfa con los ojos abiertos e incluso riendo con su hermana menor.

—Oh, Terry, has llegado, ¿Cómo ha ido todo?

—Perfectamente —asintió, sentándose en la cama de la Ninfa e inspeccionándola con la mirada.

—¿Qué? —se sonrojó la joven.

—Nada. Parece que hoy estas mejor que otros días.

—Sí, estoy lista para ponerme de pie y dar un paseo.

—Estás demente.

—¿Qué?

—No puedes salir a dar un paseo, aún no estás lo suficientemente

recuperada —se puso en pie—. Además, si alguien te viera, pensarían que eres maltratada por tu esposo, lo cual no es el caso.

—¿Esposo? —ella elevó una ceja.

—Será mejor que yo me vaya —Kayla tomó su vestido y se fue del lugar más rápido que una centella.

—¿Qué es eso de esposo?

—Nos casamos por poderes casi desde el día que llegaste a esta casa, tu padre estuvo de acuerdo entonces y firmó en tu nombre, pero ahora no parece tan contento con eso.

—¡Es una locura! —negó—. ¿Qué no las bodas por poderes se efectúan cuando una de las partes no está presente? Como cuando son de otros países.

—Tú prácticamente estabas en el inframundo, querida, así que cuenta como ausencia.

—No es gracioso, Terry —ella parecía asustada.

—De todas formas, planeabas casarte conmigo, ¿o me equivoco?

—Sí, pero después de cenar con tu familia me di cuenta que es una completa locura —negó la joven—. Ellos jamás estarán de acuerdo con esto y los entiendo.

Terry entrecerró los ojos y dejó salir el aire con desespero.

—Mi hermano fue mi padrino y mi padre uno de los testigos.

—¿En verdad? —lo miró sorprendida.

—En verdad, en cuanto vieron la situación, ninguno de los dos dudó y mis hermanas han estado diligentemente cuidándote —elevó una ceja—. Incluso mi madre ha venido un par de veces.

—Entonces… estoy casada.

—Sí, algo así.

—¿Algo así? —elevó una ceja.

—Bueno, no es que seamos un matrimonio normal hasta ahora, ¿verdad? —le acarició la cara—. Al menos la hinchazón ha bajado y no estás tan morada.

—¡Pero aún me duele! —le apartó la mano—. Ay, eres un bárbaro, debes ser más gentil con las mujeres.

—¿Tú eres mujer?

—¿Quieres venir a descubrirlo? —ella lo dijo sin pensar, por lo cual se sonrojó al segundo siguiente.

Terry dejó salir una carcajada y se acercó a ella.

—Sí, ¿por qué no?

—Era un decir —le aventó la cara con una mano.

—Lo sé, la mitad de tu conversación diaria es dicha sin pensar.

—¡Ey! —se quejó, pero Terry se había puesto en pie y caminaba por el lugar—. ¿Dónde estoy?

—En nuestra habitación.

—La servidumbre sospechará de todo esto.

—Ellos saben lo que sucede.

—¿Qué?

—Son gente de confianza, además, no es como que puedas disimularlo de alguna manera, las doncellas tienen que subir y entrar a la recámara si se requiere —Terry acomodó su atuendo frente a un espejo y se dispuso a marcharse.

—Terry… —ella susurró, como si temiera ser escuchada.

—¿Qué pasa?

—El día que me trajiste aquí… cuando me encontraste… —ella lo miró—. Dime la verdad, ¿Qué fue lo que viste?

—Te lo dije, yo no te vi, fueron tus hermanas las que te entregaron a nosotros, no sé cómo estabas antes de ello.

—No mientas, sé que sabes algo más —ella bajó la cabeza—. Yo… estaba inconsciente, no sé qué sucedió, pero…

—Tampoco lo sé —le acarició la mejilla—, pero harías bien en no pensar tanto en ello.

—Pero si él…

—No importa, si no lo recuerdas, mejor que quede de esa forma.

—¿Me aceptarías como tu esposa a pesar de que mi padre pudo haber abusado de mí?

—No digas tonterías, ese hombre no es tu padre —dijo molesto.

—Terry… no evadas la pregunta, por favor.

—Ninfa, creo que esa pregunta ya tiene respuesta —elevó una ceja y sonrió, dándole escalofríos a la joven mientras le enseñaba su anillo de casado—. Ya somos un matrimonio, ¿lo recuerdas?

—Sí —ella bajó la mirada—. Sí, lo sé, y no sabe cuánto le agradezco el haberlo hecho.

—No seas tan formal, Ninfa, no puedo creerte esas buenas actitudes cuando te la pasas golpeándome o insultándome todo el día.

Terry salió del lugar, dejando a la joven un tanto ensimismada con lo que acababa de oír, prácticamente, ellos estaban casados, debía aceptar que los Hamilton se movían con bastante habilidad, incluso en cuestiones legales como una boda por poderes.

Se acomodó en las almohadas y miró hacía el techo, ¿Cómo debía comportarse de ese momento en adelante? ¿Cómo sería Terry como esposo? Y, al pensar en ello, el recuerdo de su padre se vino a la cabeza, instintivamente se llevó una mano hacía el vientre, temiendo que, si ese hombre logró su cometido, podría estar esperando un hijo, como les pasó a sus hermanas.

Lloró de miedo y de frustración, si eso sucedía, ella no quería tenerlo, no quería un hijo de ese hombre y engendrado de esa manera, ¿Podían culparla? No, nadie podría, ni siquiera Terry se negaría, de eso estaba segura.

Pero no se podría esperar a saber si eso sucedería o no, la

incertidumbre la estaba matando y ella no era de quedarse de brazos cruzados. Llamó a la campanilla en su buró y esperó pacientemente a que una doncella apareciera.

—¿Señora? —se inclinó la joven.

—Necesito que me hagas un favor, lleva esta nota a casa de los Lokard y espera contestación, mi hermana Blanca tiene que venir contigo si es que se cumplió mi petición.

—¿A-A la casa Lokard?

—Sí, sé que da miedo, pero usualmente a esta hora no está el señor, así que debes estar bien.

—Señora, no sé si sea buena idea, el señor Terry se puede molestar conmigo si lo hago.

Grace bajó la mirada y asintió, no podía pedirle tal cosa a esa pobre mujer, su casa era peligrosa aun sin estar ese depravado. Tendría que hacerlo ella misma.

—Bien, gracias, no te preocupes.

—Lo siento, mi lady.

—Preferiría que me dijeras Grace—asintió la joven—. Por favor, no me digas Ninfa como los demás.

La doncella soltó una pequeña risita que cubrió con una mano y negó rápidamente.

—No señora, jamás nos atreveríamos a tal cosa.

Grace esperó a que la mujer se fuera para ponerse de pie, ya no le dolía nada el cuerpo, debía admirar su rápida recuperación, tenía algunos moretones, pero de ahí en más, todo estaba bien. Se colocó un sencillo vestido y un sombrero con velo en el rostro, al mirarse en el espejo, se dio cuenta de que Terry le había mentido, su cara ya no estaba nada hinchada, había regresado a la normalidad, tenía moretones, pero eran mínimos.

Sabía que tendría que salir con cuidado, las hermanas de Terry no eran cualquier cosa, seguían siendo hijas de ese hombre y parecían tener las mismas habilidades que los hermanos ¿A esos chicos los entrenaban desde pequeños o qué diablos? Se asomó por el pasillo y salió corriendo hasta alcanzar una salida posterior y caminó por el centro de Londres con la máxima tranquilidad que pudo.

Cuando llegó a su casa, a su antigua casa, sintió un peso en el corazón, uno que casi la hace devolver el estómago ahí mismo en la calle, definitivamente ella no podría entrar ahí, no podía.

—Ey, niño, ven aquí, corre.

—¿Qué quiere?

—¿Le llevarías un mensaje a lady Blanca?

—¿A la casa Lokard? —el niño negó—. No, está loca. Dicen que el amo está furioso porque su hija pequeña se casó con un Hamilton, dicen que esas familias se odian.

—¿En verdad? ¿Qué más se dice?

—Dicen que la chica se escapó con el más joven de los Hamilton.

—¿En serio? —Grace rodó los ojos, claro que dirían eso.

—Sí, por eso el señor Lokard tiene más cuidadas a sus hijas ahora —negó—. Esa muchacha de seguro le partió el corazón al señor Lokard al actuar así.

—Sí, seguramente —dijo con enojo—. Te daré más dinero.

—¡Vale! —sonrió el chiquillo, arrebatando la carta y corriendo hacía la casa.

El chiquillo tardó un buen rato hasta que regresó con una nueva nota, la cual entregó y estiró la mano rápidamente para recibir su recompensa. Grace le pagó y se fue de ahí en seguida, le ponía los pelos de punta estar incluso a metros de la propiedad.

La carta de su hermana era simple y sin muchas vueltas, le decía que fuera a la pastelería cercana del señor Potts y se quedara ahí hasta que ella llegara y así lo hizo. La esperó lo que parecieron años, pero al final, Blanca llegó, pasándola de largo al no reconocerla con el velo sobre el rostro.

—¡Dios santo! —se aquejó la joven—. Pareces venida del panteón, Grace.

—Blanca, ¿cómo están todas? —le tomó las manos—. ¿Les hizo algo? ¿Las dañó?

—Tranquilízate, estamos bien, de hecho, mejor que nunca —Blanca parecía algo asustada por ello—. Él… parece feliz.

—¿Feliz? —el corazón de la joven dio un vuelco—. ¿Por qué estaría feliz? Oh, Blanca, dime la verdad, ¿Acaso logró…?

—No lo sé —la interrumpió—. Lo siento Grace, pero no lo sé, cuando yo entré, tú estabas tirada en el suelo, inconsciente.

—Pero traía ropa o no la traía.

—Cariño, no necesariamente tienes que quitarte la ropa.

—Al menos la de abajo sí.

—No seas grosera, por favor, Grace —la menor se mordió la lengua y miró para otro lado. Blanca suspiró—. Sé lo asustada que estás, pero tu marido sabe todo esto y de todas formas te aceptó.

—¡Lo hace porque los enseñaron a ser así! —dijo molesta, llamando la atención de la gente en la repostería.

—Grace, quizá tu traigas un velo, pero la gente si sabe quién soy yo —le dijo con una sonrisa, caminando hacía la salida.

Las hermanas caminaron en silencio por un largo rato.

—Si está contento, quiere decir que lo logró y se burla de Terry porque su mujer está usada y quizá embarazada.

—¡No digas eso! —se persignó—. Rezo todos los días para que eso no suceda.

—¡Al demonio con los rezos! —le dijo enojada—. De nada nos han

servido en todos estos años.

—No digas esas cosas, Grace.

—Lo siento —bajó la cabeza—. Es sólo que… no quiero que sea verdad, no podría soportarlo.

—Claro que puedes, sea verdad o no, esto no te hace menos tú y menos mujer tampoco —le tocó un hombro—. Eres más fuerte que todas nosotras, esto no te va a derrumbar.

—Yo…

—Tengo que irme, no pudo abusar de las salidas.

—Lo sé —la abrazó—. Gracias por venir.

Blanca sonrió y se marchó, mirando hacia todas partes como si tuviera miedo de ser vista por alguien conocido. Grace hizo lo mismo y regresó a la casa de Terry, sintiéndose extraña de entrar por la parte trasera y aún más al ver que todos la esperaban al momento de entrar.

—Eh… ¿Hola?

—¡Dónde estabas! —la abrazó Kayla—. ¡Pensé que algo horrible te habría pasado de nuevo!

—Estoy bien, Kay, no te asustes.

—¡Claro que lo hago! La última vez que te fuiste, regresaste casi muerta —negó la menor con auténtica preocupación.

—Ven Kay —la tomó de los hombros Aine—. Creo que Terry y ella tienen de qué hablar.

Grace sonrió hacía la menor y miró a Terry con algo de terror que disimuló con una sonrisilla extraña.

—Vamos a que te recuestes —ella eliminó la sonrisa y lo siguió. En cuanto entraron a la habitación, Terry cerró la puerta con fuerza y la miró—. ¿Acaso estás loca? ¿Cómo se te ocurre ir ahí de nuevo?

—¿Cómo sabes a donde he ido? —se cruzó de brazos y elevó la barbilla, orgullosa—. Sólo fui por algo de pan.

—Y el que estuviera ahí tu hermana Blanca ha sido coincidencia.

—¿Me están espiando? —se sorprendió.

—Cuidando, Ninfa, y eres una malagradecida —la apuntó.

—No quería aparentar eso —lo siguió por la habitación—. Tenía algunas dudas, Terry, sé que me entiendes. Lo sé.

—No, no te entiendo, no puedes volver a esa casa, lo prohíbo.

Ella bajó la cabeza y negó.

—Sabes que ahí están mis hermanas, ¿verdad?

—Lo sé, si quieres verlas, entonces que vengan.

—Eso no es posible.

—Con un demonio, Ninfa —la miró furioso—. No pienso volver a rescatar un cadáver de esa casa.

—¡Tenía que preguntar! —le gritó—. Pero resulta que ni siquiera Blanca sabe lo que pasó y ahora tendré que vivir todos los días con la misma preocupación de si me violaron y si espero un maldito niño de

ese mismo bastardo.

Terry cerró la boca y los ojos al mismo tiempo.

—Creo imposible que estés embarazada.

—¿Dices que lo otro pudo ocurrir? —dejó salir unas lágrimas silenciosas.

—Eso no lo sé, pero Publio resolvió lo otro.

—¿C-Cómo que lo resolvió?

—Él sabe cosas, te dio algo para evitar un embarazo.

—¿Estás seguro? —dijo esperanzada—. ¿De verdad? ¿Lo crees? ¿Crees en él?

—Sí —Terry tomó las manos que estrujaban su camisa y las apartó con delicadeza—. Sé que no estarás embarazada.

—Oh —se dejó caer al suelo sobre sus rodillas y sentándose en sus piernas después—. Gracias al cielo, gracias.

Terry se agachó junto a ella y le acarició los largos cabellos color oro, le besó la frente y la levantó para llevarla a la cama. Ella aceptó todo aquello y se quedó dormida en una tranquilidad que no sentía desde que había llegado de su casa aquella noche terrorífica.

Él no podía dejar de mirarla con tristeza, no sabía lo mucho que habría sufrido en silencio con el tema, sabía que le preocupaba, pero no al punto de volver a arriesgarse e ir a casa de ese hombre… debía tener en mente que Grace era descuidada y le había perdido el miedo a casi cualquier situación.

La miró sobre la cama, quien la viera no pensaría jamás que ese tipo de mujer, que parecía tan hermosa, tan frágil y tan tranquila, podría esconder un pasado tan tortuoso y un presente tan escalofriante. Pero ahora estaba con él, estaba a salvo, él se encargaría de tenerla a salvo todo lo que le fuera posible.

Capítulo 18

Grace cayó al suelo con fuerza, chistando al momento de tener que levantarse y quitarse el polvo de aquella ropa de entrenamiento. Era extraña, grande y parecía una bata, pero su marido solía usarlas y debía aceptar que eran bastante cómodas, él había dicho que en Japón usaban eso como parte de su vida diaria y eso la impresionó, puesto que, de hecho, Terry seguía al pie de la letra muchas de las costumbres que había aprendido allá.

—Tienes que tener una mejor postura si quieres dejar de terminar en el suelo —aconsejó Terry.

—Y tú tienes que aprender que a una esposa se la debe dejar ganar de vez en cuando si no quieres morir mientras duermes.

Terry se burló de ella y alzó la catana nuevamente, provocando que ella hiciera lo mismo y volvieran a pelear con destreza que Grace había desarrollado gracias a las clases intensivas de su marido.

—¡Ustedes dos! —les gritó Aine—. ¡Agh! No lo puedo creer, el mismo día de su boda y haciendo esto.

—Lo siento Aine —Terry bajó su espada y la guardó ágilmente en su funda—. Ella insistió.

Grace abrió la boca, totalmente ofendida y lo apuntó.

—No le crees, ¿verdad?

—Con ustedes dos, no sé qué creer —dijo enojada—. Grace, a cambiarte, ahora. Y tú Terry, papá y el resto de los caballeros te esperan en el despacho grande.

—Agh, ¿no me podrías mandar a cambiar también?

—¡Ahora! —gritó la mayor y los dos jóvenes atendieron.

Terry dio media vuelta para atender las estipulaciones de su hermana, cuando de pronto sintió que la Ninfa hacía un esfuerzo para darle un palazo con la catana de madera, lo cual lo sorprendió y lo hizo volverse con rapidez, tomando con la mano la espada e hizo un movimiento que provocó que su usuaria cayera al suelo. La joven chistó y miró al hombre que se acercaba a ella de forma peligrosa.

—¿Qué pensabas hacer después de eso?

—Darte otro para que cayeras desmayado.

—¿En serio? —sonrío—. ¿Y la boda?

—Mmm… creo que no pensé bien las cosas.

—Nunca lo haces —le besó la punta de la nariz y la ayudó a ponerse de pie—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sólo me duele un poco la espalda —se tocó la zona.

—Te la pasas demasiado tiempo en el suelo —asintió—. Deberías

parar de hacerlo.

—Muy gracioso.

—¡Ya! —les gritó Aine—. Ahora, adentro.

Los jóvenes se separaron y fueron a dónde les habían indicado, Grace sintiéndose ansiosa por ello, puesto que nadie de su familia estaría presente en esa boda, únicamente era para la familia Bermont, la familia de su futuro esposo.

Sabía que su padre no acudiría a algo como su boda, mucho menos si la boda se realizaba dentro de la casa Hamilton, donde fácilmente podía ser asesinado por *accidente*, así que convenientemente tuvo que salir de la ciudad, junto con sus hermanas, quienes le avisaron que irían a visitar a sus hijos.

Le alegraba que al menos ellas estuvieran felices, sabían que, aunque fue a casusa de una violación, amaban a sus hijos, ella no sabía si podría ser capaz de algo así.

—Estás prácticamente recuperada Grace, te ves bonita —dijo Kayla, quién parecía triste, ellas se habían vuelto bastante cercanas en ese tiempo y podrían considerarse buenas amigas.

Para Grace eso era algo completamente nuevo, puesto que ella jamás había tenido una amiga y eso le gustaba sobre manera, era diferente a una hermana, pero igual de bueno.

—Gracias Kay, pero ¿por qué estás tan triste?

—No lo sé —se limpió una lágrima—, supongo que porque ahora estarás más tiempo con Terry que conmigo.

—¡Tonterías! Seguiremos igual que siempre.

—No es verdad —susurró—. Ya no podré dormir contigo, porque él podría llegar, o no sé si compartirán habitación.

Grace se sonrojó y encontró aquello como lógico. Su marido podía acudir a ella y no había cabida para que Kayla, su hermanita, se encontrara ahí. Así que le tomó las manos con cariño y sonrió, haciendo que lo mirara a la cara.

—No estaremos juntos todos los días —le aseguró—. Tu hermano no me ama, así que no estará ansioso por estar conmigo. Nosotras podremos seguir como siempre, siendo amigas.

La jovencita sonrío de oreja a oreja y asintió.

—¿Me podré quedar en su casa?

—Claro que sí.

—¿Crees que Terry lo permita?

—No creo que tenga inconveniente, argumentaré que de esa forma quizá lo deje tranquilo la mayor parte de su día y seguro aplaudirá —se rio la joven.

—Oh, Grace, mereces ser amada, ¿Te conformas con él?

—Sí, no es que tenga muchas opciones, dadas mis condiciones.

—Pero…

—Kayla, estaré bien, conozco a tu hermano y es buena persona —sonrió—, quizá hasta podría llegar a amarme.

—Eso no pasará.

Grace se sorprendió por la seguridad con la que lo decía.

—Bueno, sé que puedo ser algo pesada, pero también tengo…

—No lo digo porque tú tengas algo de malo —dijo Kayla con molestia—. Sino porque él está enamorado de otra.

—¡Kayla! —regañó Aine—. ¿Qué haces aquí? Ve a cambiarte ahora. Y Grace, espero que estés lista en menos de una hora.

Grace sintió que de pronto todo dentro de ella se derrumbaba, por algún tiempo pensó que quizá Terry podría enamorarse de ella, pero ahora, simplemente era imposible. Le parecía increíble que él pudiera sacrificarse de esa forma por ella, sólo porque la veía en problemas. Se lo debía agradecer, pero, no se sentía agradecida.

Las doncellas entraron y la arreglaron rápidamente, ella no había visto ni su vestido, ni tampoco estuvo al pendiente de ningún detalle de su boda; sabía que su suegra se había llevado todo ese trabajo y sería una ceremonia pequeña, sólo para la familia y amigos cercanos.

En ese tiempo había descubierto que su suegra, la señora Hamilton, era una dama dulce y alegre; Kayla, una amiga increíble y agradable; Aine… bueno, Aine era una mujer estricta e intransigente. Fue la última quien llegó en ese momento para decirle que saliera.

Grace se miró en el espejo y se dijo a si misma que era bastante hermosa, Terry sería un tonto si al menos no la deseaba o le gustaba. Su cabello rubio había sido recogido en un elegante moño y tenía una pequeña corona decorándolo, la habían pintado delicadamente y su cuerpo parecía haberse recuperado al cien por ciento.

La joven suspiró y bajó las escaleras de la mansión de Sutherland, saludando a las personas que le sonreían y posándose en completa soledad en aquel pasillo que recorrería sola, se tenía que recordar a cada paso que mostrara seguridad y tranquilidad ante todos sus nuevos parientes, pero sólo hasta estar junto a su futuro esposo, se sintió relajada y pudo sonreír al darse cuenta que él lo hacía desde que la vio entrar, parecía feliz.

—Nada mal, ¿verdad? —dijo la joven cuando estuvo cerca de su esposo—. Un poco de pintura y un buen vestido hacen milagros.

—Creo que sí, hasta parece que eres mujer —le susurró.

—Podrías llevarte una terrible sorpresa en la noche de bodas —contestó con diversión.

—Lo creo totalmente posible.

—Sería cruel dejarme en la primera noche.

—¿Qué esperas que haga, cariño? Me gustan las mujeres.

—¡Ustedes dos! —el sacerdote cerró la biblia con molestia—. ¿Se quieren casar o no?

—Sí, señor —dijeron a la vez, con una sonrisa.

—Entonces, deberían callarse.

Los dos jóvenes aguantaron una risa y asintieron, escuchando a medias el resto de la misa en la que unían sus vidas. El sacerdote los golpeó con la biblia en más de una ocasión, pero al final, había logrado casarlos, había sido una ceremonia bastante particular que había sacado la risa de todos en la familia.

Pasada la ceremonia religiosa, la pareja atendió las festividades posteriores, bailaron juntos, se rieron de sí mismos y se separaron para charlar con el resto de los familiares de Bermont. En ese momento, Grace reía junto a las primas de Terry, quienes no dejaban de recordarle momentos vergonzosos durante la boda y también sobre la vida de Terry cuando era un niño.

Fue una fiesta pequeña, pero armoniosa, llena de dicha y risas que duraron hasta pasada la media noche, momento en el que Terry la separó del grupo donde platicaba y la llevó a la habitación que compartirían esa noche como marido y mujer en casa de los marqueses de Sutherland, los padres de los Hamilton.

—No nos quedaremos aquí por siempre, ¿Verdad? —sonrió la joven, subiendo las escaleras con algo de recelo.

—No, por supuesto que no, mi padre ha dejado la casa del centro de Londres a mi disposición.

—Kayla se ha entristecido con nuestra unión —dijo la joven a su marido—. Ella quiere irse con nosotros a la casa de Londres.

—¿Qué? —la miró sorprendido—. ¿Por qué querría ir a la casa de unos recién casados?

—Bueno, se ha acostumbrado a mí, a dormir conmigo… creo que se siente algo sola desde que se peleó con su prima.

—Sí, supongo que así es —suspiró—. Pero no me parece.

—¿Por qué razón?

—Porque —él se acercó y la acorraló contra una pared cercana, haciendo que la respiración de la joven se acelerara—, cuando dos personas se casan, normalmente duermen juntos, hacen el amor y difícilmente dejan de hacerlo en las noches, sobre todo en la primera semana, quizá el primer mes o año… ¿no crees que sería incómodo sacar a mi hermanita de tu cama para meterme yo en su lugar?

—No seas vulgar —lo empujó un poco—. Eso es bajo.

—Pero es cierto… —trató de tomar sus labios, pero ella movió la cabeza un poco—. ¿Qué ocurre?

—Yo… pensaba que no querías besarme.

—Ah, ¿sí? —sonrió, ladeando la cabeza—. Esa otra vez, cuando lo intentaste, sólo bromeaba ¿entiendes? Si quiero besarte, pero no sólo eso, lo quiero todo.

Ella se sonrojó y gritó un poco cuando él la tomó en brazos.

—Pero ¿qué haces?

—Te llevo a la habitación —le besó la mejilla y se giró de espaldas para poder abrir la puerta.

—Terry, nos vamos a caer —dijo risueña, abrazándose a su cuello mientras él los dirigía.

—Listo —la recostó en la cama y la miró sonriente—. Ahora, preciosa, dime ¿Cómo quisieras que…?

—Me gustaría que no me dijeras preciosa —le dijo, acariciándole la mejilla—. Tampoco Ninfa… de hecho, me sorprendió que dijeras mi nombre en el altar.

—El sacerdote me lo susurró —sonrió y ella lo hizo también—. Pero sé cómo te llamas, Grace… pero me gusta que seas mi Ninfa.

—¿Tuya? —ella elevó una ceja.

—Sí —se inclinó y le besó el cuello—. Mía.

—Terry, no podría ser tuya, aunque me marcaras con fuego.

—No necesito fuego —sonrió.

Ella ladeó la cabeza y se levantó, girando la situación con algo de complicaciones, puesto que su vestido era grande y estorboso.

—¿Entonces qué tengo que hacer yo para marcarte?

Él la miró de arriba abajo y sonrió de lado, tomando su cintura entre sus manos y acariciándola, viéndola desde su posición en desventaja, la Ninfa era hermosa, definitivamente hermosa.

—Justo lo que haces, preciosa —se levantó y la abrazó—. Quitemos el estorboso vestido, ¿quieres?

Ella asintió, acercando su cuerpo al de él para que comenzara a desabrochar los largos botones que llegaban hasta su cintura, Grace sacó los brazos y quedó en corsé, mirándolo fijamente mientras él se deleitaba con las curvas formadas de su cuerpo.

Las manos de Terry vagaron por la tela del corsé hasta deslizarlas insinuantemente por los pechos apretados de la joven, quién soltó un pequeño suspiro y cerró los ojos, repitió la misma acción cuando en lugar de las manos del muchacho, sintió sus labios.

Él la tomó con fuerza de la cintura y la colocó sobre el colchón, sacando el resto de la tela del vestido y dejándolo tirado junto a la cama. Besó sus piernas mientras se deshacía de las medias y el abdomen cuando al fin logró quitar el corsé, dejándola completamente desnuda frente a él.

Entonces, la miró. Grace sentía que llevaba horas admirándola, era algo que la avergonzaba, sobre todo porque él siempre decía que ella no le gustaba, que era fea, chaparra o que parecía hombre.

—¿Piensas insultarme pronto o debo esperar más? —dijo ella de pronto, cortando el embelesamiento de Terry.

—¿Qué dices?

—Sí… dirás que soy enana, o que tengo senos pequeños o grandes

o que…

—Eres perfecta —la interrumpió—. Jamás pensé nada de eso, sólo me funcionaba para no atacarte cuando te tenía enfrente, retándome cómo nadie lo hace.

—¿En verdad? —ella lo miró ilusionada—. ¿No crees todas esas cosas que me decías?

—Por supuesto que no, Ninfa, es una tontería —negó—. Cualquier hombre me desmentiría en un santiamén.

—Pensé…

—Jamás pensé que te lograría hacer dudar de ti misma —sonrió de lado—. Eso me hace sentir reconfortado.

—Deberías sentirte avergonzado.

—Para nada.

Él se inclinó y besó el cuerpo de la mujer que tenía a su disposición, Grace no contuvo en ningún momento sus despliegues de placer, parecía no sentirse avergonzada con demostrar lo que sentía y eso a Terry le encantaba.

Se besaron y se acariciaron por mucho tiempo, cada beso abría camino en la vergüenza de la joven, cada caricia extendía su confianza hacía él y cada gemido aumentaba el placer de ambos. Ella sonrió de pronto cuando estuvieron unidos, buscando con la mirada el rostro placido de su marido, pero él no la miraba, tenía los ojos cerrados en medio del deleite de sentirla plenamente suya, de que no sufriera y de darse cuenta que era virgen; no por una estúpida costumbre y honor, sino porque eso significaba que no habían abusado de ella, para poder decirle que no debía sentir ese terror nunca más y que a su lado, jamás lo volvería a sentir.

Terry se dejó inundar por el placer, sus sentidos se nublaros y se dedicó a sentir y hacerla sentir, quería que ella adorara lo que hacían en ese momento, porque pensaba repetirlo hasta el cansancio. Ella gritaba, se retorcía y lo apretaba contra sí, presa de la misma pasión que él sentía, la escuchaba decir su nombre y suplicar por algo que no conocía, le fascinaba su voz.

Grace sentía que estaba por explotar, se destruiría en ese momento, caería a un abismo, pero no tenía miedo alguno; por el contrario, ansiaba llegar, ansiaba sentir, pero entonces, lo escuchó hablar, haciéndola prestar atención, pero por más que lo intentó, no comprendió lo que le decía, parecía en otro idioma.

Ella sabía que Terry había viajado mucho y era normal que hablara en otras lenguas, pero para ella era imposible entenderlas. Lo dejó así, de todas formas, no tenía voz para hacer preguntas, sólo para hacer sonidos y llamarlo a él.

Entonces, lo sintió, sintió lo que era la muerte en medio de una felicidad infinita, en medio de una satisfacción y liberación que jamás

había sentido en su vida, en medio de los brazos de ese hombre que la abrazaba con fuerza y le besaba las mejillas y los labios.

Grace dejó salir un suspiro placentero cuando sintió que poco a poco regresaba a la realidad de la habitación, de la cama y de ese hombre. Lo sintió alejarse de su cuerpo, pero rápidamente la atrajo hacía él y la abrazó con fuerza, parecía cansado y casi dormido, pero eso no lo limitó a hablar una última vez.

—Te amo, Akane.

El corazón de Grace se paralizó, sintió un gran hueco en el estómago al comprender que aquello no era una palabra, sino una persona, él había llamado a una persona mientras estaba con ella… la llamó todo el tiempo, ¿acaso pensaba en ella mientras…? No quiso ni pensarlo, cerró los ojos y se obligó a creer que no era verdad, porque dolía, dolía más de lo que pudo imaginar.

No sólo eso, sino que la amaba, amaba a esa persona, era la persona de la que Kayla le había advertido, la amaba y por eso la llamó mientras le hacía el amor a ella.

Lloró en silencio, sintiendo como él se abrazaba a su cuerpo y la apretaba dulcemente, era espantoso, se odiaba por haberle hecho algo así a un hombre como él, había sido egoísta, debió irse cuando Kayla se lo dijo, debió dejarlo libre para que siguiera su vida con la mujer que amaba y no con una mujer con la vida hecha una pesadilla y que de seguro le seguiría causando aún más problemas.

Era terrible, era terrible tener que aceptarlo, él la había salvado con buena cara y sin remordimientos, había decidido casarse con ella para que su padre abusivo la dejara tranquila, incluso estaba arriesgando al resto de su familia, a los Hamilton.

Tenía que estar agradecida, debía estarlo, porque de no ser por él, estaría en las garras de su padre, llorando en una situación similar pero debido a un dolor físico, no del corazón.

¿Sería mejor o peor?

Capítulo 19

Terry despertó sintiéndose alegre, no podía creer la noche que pasó junto a esa mujer, junto a la Ninfa. Ella había sido perfecta, la amante más perfecta que pudo imaginar, además era hermosa, lista e incluso le gustaba practicar artes marciales, como a él.

Abrió los ojos, sabiendo que serían las cinco de la mañana, la hora en la que solía ir a meditar, el amanecer lograba aclararle las ideas y relajar su mente, pero no quería despertar a la Ninfa, quizá podría pasar por alto esa mañana la meditación… si la despertaba, sería sólo para hacerle el amor de nuevo, no para separarse de ella.

Estiró el brazo para intentar tocarla, pero se sorprendió al darse cuenta que ella no estaba en la cama. Terry levantó la cabeza y miró a su alrededor, esperando que estuviera en el baño, pero la luz estaba apagada, el hombre se levantó y fue en su busca.

Pasó más de media hora buscando entre las paredes del palacio de sus padres, cuando de pronto pensó en algo, su mujer y él compartían gustos y le había enseñado las tácticas esenciales para ser una guerrera, quizá estuviera meditando, como él mismo estaba acostumbrado a hacer.

—Grace —la llamó cuando la vio sentada en el jardín, con las piernas cruzadas y las manos en la posición que él le había enseñado —. Grace, ¿qué demonios haces aquí?

—Medito.

—Lo puedo ver, pero deberías volver a la cama, podrías haberte saltado esto, al menos por hoy.

Ella abandonó la postura y lo miró.

—¿Quién es Akane?

El corazón de Terry dio un brinco y se sintió atrapado por los ojos azul grisáceo de la que era su esposa.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quién te ha dicho ese nombre? —frunció el ceño—. ¿Han sido mis hermanos?

—Me lo has dicho tú —le dijo tranquila—. Cuando nosotros… bueno, decías su nombre y luego, dijiste que la ambas, cuando me abrazaste, después de que... antes de que te durmieras.

Terry se sintió terrible, ella hablaba tranquilamente, pero su miraba delataba lo herida que se sentía.

—Grace —se acuclilló frente a ella y le tocó la mejilla con ternura —. Perdóname, no era mi intensión lastimarte.

—No me has lastimado —bajó la cabeza para ocultar la mentira—. Entiendo que no me quieras, sé que lo has hecho para salvarme y te lo

agradezco mucho.

—Por favor —cerró los ojos—. No digas eso, te lo ruego, cometí un error, no quise decir su nombre, sabía que eras tú, quería decírtelo a ti ¿comprendes?

—Está bien, ¿de acuerdo? —ella se puso en pie—. No pasa nada.

Ella regresó a la habitación, siendo seguida por él. Grace levantó las sabanas de la cama, dándose cuenta de la mancha en ellas.

—Tu padre no te tocó —le dijo Terry—. Esto lo prueba.

—Eso… eso es un alivio —ella sonrió—. Gracias por decírmelo.

—Grace —la joven ya se metía en la cama y lo miró con una ceja arqueada—. ¿Has llorado? ¿Te he hecho llorar?

—No —desvió la mirada—. Volveré a dormir, sé que te gusta meditar a esta hora, no me molestará, puedes ir.

Terry odió lo transparente que podía ser esa mujer, por más que sus labios dijeran una cosa, sus ojos revelaban otra, ¿Cómo haría para que ella entendiera que había sido un error? ¿Qué no había pensado en Akane ni una sola vez mientras le hacía el amor? No sabía por qué demonios había salido ese nombre de sus labios, pero había lastimando a alguien importante por ello.

Se metió a la cama junto a ella y se acercó hasta acariciar su brazo con dulzura y colocarle un beso en el hombro.

—Lo siento, Grace, lo siento —la abrazó—. Juro que sólo pensaba en ti, en nadie más que en ti.

—Está bien, no te preocupes.

Ella decía eso, pero sus palabras sólo hacían que se sintiera mucho más culpable por lo ocurrido, al menos agradecía que ella no lo apartara, debía ser algo… tenía que ser algo.

Grace despertó gracias a los besos que alguien esparcía por su rostro, el día ya entraba por los ventanales de la habitación, pero seguiría siendo muy temprano, eso era obvio.

—¿Terry?

—Hola —le besó la nariz y, después, los labios—. Te amo.

—Eso… —ella negó—. No tienes por qué decírmelo, en serio comprendo mi situación, no espero nada más, no tengo ningún derecho a pedirte algo así.

Ella intentó salir de la cama, pero Terry se lo impidió, regresándola a su posición y colocándose sobre ella.

—Por favor, Ninfa, no me hagas esto —le acarició la mejilla—. Te estoy diciendo la verdad, me enamoré de ti.

—Pero… no tiene sentido alguno —negó—. Has llamado a otra mujer mientras me hacías el… mientras estabas conmigo.

—Te hacía el amor, esa es la palabra, úsala, es tuya, es nuestra.

—Terry, estoy bien, soy una mujer fuerte, puedo soportar que dijeras el nombre de otra… en la primera noche —lo miró con

advertencia—. La próxima vez que se te salga, te cortaré la lengua, al menos espero que puedas contenerte.

—No es necesario, te llamaba a ti, la frase… cuando dije que amaba a alguien, me refería a ti.

Ella tomó aire con fuerza y se movió debajo de él para que la dejara salir, Terry la complació y la miró atentamente.

—Acompáñame.

—¿Qué? ¿A dónde?

—¿Vendrás o no?

El hombre se puso en pie y se colocó algo de ropa para acompañar a su esposa, no sabía que podría tener la Ninfa en la cabeza, pero seguro que era malo. Lo condujo hasta el jardín principal, caminó hacia las espadas que siempre dejaban clavadas ahí y se la aventó.

—¿Qué haces? —la miró ceñudo.

—¡Te enseño una lección! —le gritó, atacándolo—. ¡Eres un idiota por llamarme como otra de tus mujeres!

—¡Grace! —él la esquivó—. ¡Dios, mujer, estás loca!

—¡No lo puedo creer! —le dio otra estocada poco certera—. ¡Parecías realmente feliz en mis brazos! ¡Pero pensabas en otra!

—¡Ya te he dicho que no, carajo!

—¡Dijiste su nombre!

—¡Fue un error! ¡Me equivoqué! —Terry detuvo con su espada otro de los ataques de su mujer—. Tienes razón, era realmente feliz en tus brazos, incluso soy feliz ahora que quieres matarme.

—¡Cerdo! —lo persiguió.

—¡Grace, para ya!

—¡No! —ella lloraba mientras atacaba con fuerza, no tenían mucho sentido sus ataques, tampoco ponía técnica, sólo quería desquitarse, quería sacar toda la vergüenza y el orgullo herido—. ¡Ay! ¡Auch!

—¡Grace! —se acercó a ella, cuando se dio cuenta que por error se había lastimado a ella misma con el filo de la espada—. Déjame ver, quita la mano.

—¡Maldito, aléjate!

—Ya basta, Grace —le tomó la muñeca y la acercó a sus ojos, revisándola—. Bien, ¿ves lo que pasa cuando atacas con pura rabia? Te lastimas sola.

—La idea era lastimarte a ti.

—Necesitarás puntadas.

—Te odio.

—Lo sé —cerró los ojos—. Ven, iremos con Publio.

—Que te trague la tierra y te escupa con tu amante adorada.

—Muy bien, señora —la cargó a la fuerza—, tienes la libertad de insultarme el resto del camino.

—Claro que lo tengo, tengo todo el derecho —dijo furiosa—. ¿Qué

te parece si de ahora en adelante te llamo Héctor? ¿O mejor Jack? ¿Sabes quién es realmente guapo? ¡Tu hermano Publio!

Terry sonrió, la Ninfa era divertida incluso cuando estaba enojada, pero el haber sonreído le costó una fuerte cachetada, era lo menos que se merecía.

—Pero ¿qué está pasando? —abrió la puerta un adormilado Publio, quien miraba la escena como si fuera un sueño.

—La Ninfa se cortó la mano —apuntó a la mujer de brazos cruzados que mantenía cargada—. Creo que necesita algunos puntos, ¿puedes ayudarme?

Publio asintió y abrió la puerta para ellos.

—¿Cómo se lo ha hecho?

—Intentando matarme, claro está.

—Tendrás que dormir con armadura —le dijo ella—. Te encajaré un cuchillo en cuanto te descuides.

—Lo tomaré en cuenta.

—No necesitará puntadas, no es tan grave —interrumpió Publio—. La limpiaré y vendaré.

—Gracias —suspiró la chica—. Pero puedo hacerlo yo misma.

—Prefería que no —Publio se puso en pie—. Me pone de nervios que las personas eviten al médico y hagan lo que se les ocurre.

Grace miró a su marido.

—Él es así con estos temas, será mejor que no lo cuestiones.

—En ese caso, te lo agradezco Publio.

El mayor asintió y salió del lugar, dejando a la pareja en soledad por unos segundos. Grace se dedicó a ignorar a Terry mientras él trataba con todas sus fuerzas de no reírse de ella.

—Si escucho un sonido de tu boca, te mataré —le advirtió.

—No me estoy riendo.

—Eso es lo que quieres —elevó la barbilla—. No me lastimé por descuidada, es sólo que estaba enojada.

—Lo sé, no merezco lo contrario, pero no sé qué más hacer para intentar arreglar las cosas.

Ella lo miró.

—La verdad es que estoy haciendo esto más grande de lo que es —sonrió y apretó su mano herida para menguar el dolor—. Sabía desde el inicio que no nos casamos enamorados, yo incluso dudaba que te gustara. Siendo totalmente sincera, me ha divertido el hecho de que en serio te arrepientas, jamás pensé que fueras de los que te disculpabas y lograbas sentirte culpable por algo.

Terry se avergonzó y volvió la cara hacía la ventana, en realidad, a él no le importaría, si acaso ella fuera otra persona.

—No mientas, Ninfa, estás enojada.

—Quizá sería más adecuado usar *herida*, aunque es justificado, no

creo que a ninguna mujer le guste que la llamen equivocadamente, mucho menos cuando estás invadiendo su cuerpo.

—Grace, no sé qué sucedió, es verdad que Akane fue… —cerró la boca, no sabía si era adecuado contarle.

—Dímelo, quiero saberlo.

—Ella… yo la amaba, incluso me iba a casar con ella —sonrió de lado, en esa ocasión, sin un deje de cinismo en ello, era más bien como si reviviera un recuerdo—. Pero me engañó, ella fue una muy buena mentirosa, me dejó babeando por ella como un perro.

—Lo siento.

—Sí, yo también —asintió—. Para ese entonces volví a Londres y volví a mi vida de libertino, despreocupado e idiota. Entonces, te conocí a ti.

—¿A mí?

—Sí, eras un verdadero dolor de cabeza, en serio te odiaba porque hacías que no pudiera dejar de pensar en ti, pero me ayudabas a olvidarla a ella.

—Claramente no es así —le dijo segura—. Creo que más bien te la recuerdo, ¿no es vedad?

—Se parecen en algunas cosas, pero no, tú eres diferente.

Publio regresó, vendó la mano y prácticamente los corrió de su habitación. Los dos jóvenes vagaron por un buen rato por el castillo, charlando sobre sus vidas y personas que llegaron a marcarlas por algún motivo, fuera malo o bueno.

Terry se dio cuenta que, en la vida de Grace, no había muchas marcas buenas, pero, por alguna razón, ella parecía ser la persona más feliz en esa tierra, fuerte y positiva, no cuadraba del todo con el estilo de vida de pesadilla que llevó, pero era remarcable que así fuera. Lo hacía sentir bastante estúpido por sentirse enojado o triste por cosas que le sucedieron a él, a comparación con las de ella, eran cosa de chiste, sin embargo, cuando Terry contaba algo, Grace parecía interesada y comprensiva.

Se sentía afortunado de tenerla a su lado, ella había sido una bocanada de aire fresco después de un momento difícil en su vida. Ahora era su esposa y lo único que quería era hacerla feliz, jamás pensó que desarrollaría un sentimiento así por otra persona que no fuera él mismo, pero así era, quería hacer feliz a Grace.

—Ven, vamos a la cama —la apretó contra una pared.

—Terry… es un pasillo, tu familia puede estar por aquí…

—No lo creo, esta zona está reservada para los recién casados, aquí vivían mi madre y padre en su tiempo, ahora nos toca a nosotros, disfrutarlo, al menos por un tiempo.

El chico se inclinó y besó el cuello de su esposa, delineándolo con su lengua y sonriendo al escucharla suspirar.

—¿Sigues molesta conmigo?

Ella lo miró y negó un par de veces.

—No. No podría después de todo —se inclinó de hombros—. Como dije, debería estar agradecida.

—Pero no quiero que pienses en esto como una deuda —la besó—. Quiero que sientas que es un matrimonio.

—Entonces —le tomó fuertemente de la camisa y lo acercó a ella—. Quiero que remedies lo que has hecho.

Terry sonrió.

—¿Cómo he de hacerlo?

—Llámame a mí, es obvio.

Terry sonrió y la tomó en brazos, llevándosela a la habitación y, en medio de risas y juegos, volvieron a hacer el amor. Grace sonreía cada vez que su marido la llamaba, lo hacía con más frecuencia de la que esperaría, pero le gustaba que en serio lo intentara, incluso la llamaba cariñosamente y era cuidadoso y complaciente, quizá demasiado complaciente.

Ella gritaba, se retorcía y se arqueaba hacía él, sintiéndose complacida y deseosa de sus besos, sus caricias y sus brazos. Terry era un hombre bueno, más de lo que se podía pensar.

Grace se encontraba recostada boca arriba mientras Terry dormitaba con la cabeza sobre su abdomen y sus brazos a su alrededor, parecía feliz y satisfecho, al igual que ella. Le acariciaba el cabello tranquilamente, mientras pensaba en sus hermanas y en lo que podrían estar sufriendo mientras ella vivía esa paz y alegría.

—¿Qué sucede? —Terry le besó el abdomen desnudo y se levantó hasta llegar a sus labios—. ¿Algo te preocupa?

—Estoy bien —le acarició las mejillas y sonrió—. Esta vez, llamaste a la persona correcta.

—A la única persona que quería llamar —le besó los labios—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Quieres volver a hacerlo?

—No, me refiero a cómo te encuentras después de ello, al ser virgen, puede que tengas molestias.

—Creo que mi cuerpo se había preparado desde mucho antes, por si todo esto pasaba de otra forma —suspiró—. No sabes el gusto que me dio saber que fuiste el primero… quita esa cara, no lo digo para vanagloriarte.

—Lo sé —la abrazó, llevándosela a su pecho y recostándola ahí—. Sé lo que quieres decir.

—Terry, quiero seguir entrenando, quiero poder llegar al punto en el que pueda matarlo.

El hombre abrazó con fuerza el cuerpo de su esposa, ahora que era suya, lo último que quería era que resultara herida de alguna forma,

pero sabía que la Ninfa no desistiría y él quería hacerla feliz.

—Está bien, pero ¿qué pasará si quedas embarazada?

La joven se levantó del pecho donde descansaba y se llevó una mano hacía el vientre desnudo, mirando a Terry con impresión.

—¿Tú crees?

—No lo sé, lo digo porque es algo que puede pasar.

—Oh… lo sé —se recostó de nuevo—. Sé que puede pasar y tampoco es que lo quiera evitar, me gustan los niños, aunque no lo creas, soy buena con ellos, es sólo que siempre que pensé en un bebé, imaginé la terrible situación en el que lo tendría para ese hombre.

—No es el caso —la apretó contra sí.

—Lo sé —la joven le acarició el pecho y se estiró para besarle el cuello—. ¿Por qué no lo intentamos otra vez?

Terry dejó salir una risotada y asintió.

—Las que quieras, cariño, estoy a tus órdenes.

—Oh —lo golpeó—. No te burles de mí, sé que no estás cansado.

—Claro que no, pero me preocupo por ti.

—No debes —se estiró hasta besarlo—. Creo que me he hecho adicta a esto.

—Por mí mejor.

Los jóvenes pasaron su primer día como marido y mujer entre las sábanas de sus habitaciones, sabían que estaba terriblemente mal visto, pero, de todas formas, nadie los molestó, incluso llevaban las comidas a la habitación.

Terry estaba agradecido con la mujer que tenía a su lado, pero el que la hubiese llamado por otro nombre… por ese nombre, lo inquietaba, ¿Por qué después de todo ese tiempo, la había recordado?

Hacía demasiado que no pensaba en ella, sólo la recordaba cuando sus hermanos lo hacían y era imposible olvidar, pero, cuando estaba con la Ninfa, nunca, jamás la recordaba, ¿Por qué se tuvo que equivocar precisamente en ese momento? ¿Cuándo disfrutaba haciéndole el amor? Sabía que, aunque Grace dijera que todo estaba bien y se comportara normalmente, sería una marca que siempre recordaría. Jamás le perdonaría que la llamara como otra mujer mientras estaba con ella, ¿Qué mujer lo haría?

Capítulo 20

Terry despertó lentamente, miró por la ventana y suspiró, eran las cinco de la mañana. Cerró los ojos y acarició el brazo que lo rodeaba, su esposa estaba abrazada a su espalda, pegando su insinuante cuerpo desnudo a él, ¿sería acaso un truco para que despertara queriéndole hacer el amor?

Llevaban varios meses de casados y, en todo ese tiempo, aquella pasión del primer día no había abandonado sus cuerpos. Sus primos decían que serían recién casados de por vida y se burlaban de la Ninfa cuando se enrojecía de pies a cabeza cuando sacaban el tema; sólo bastaba con que ella los amenazara con algún arma para que ellos la dejaran tranquila.

—No… —la escuchó susurrar—. No, por favor, no…

Terry giró su cabeza lentamente y enfocó el rostro fruncido de su mujer, sus preciosas facciones deformadas en el horror de una pesadilla, su mujer tenía muchas, demasiadas durante la noche. Había descubierto que incluso era capaz de levantarse de la cama para huir de un enemigo invisible.

—Sshh… —se volvió entre sus brazos y le tomó la cara con cariño —. Mi amor, estás a salvo.

—No… por favor…

—Grace, estás conmigo, nada puede pasarte.

—Terry… —ella abrió los ojos lentamente y lo miró asustada, con lágrimas silenciosas sobre sus ojos—. Oh, Terry, lo siento tanto, siempre te hago lo mismo.

—No importa, estaba despierto —la abrazó—. ¿Qué soñabas?

—Yo… sólo era una pesadilla, una tontería —ella jamás le contaba ninguna de sus pesadillas, pero él siempre se lo preguntaba, esperaba que llegara el día en el que confiara en él como para decir los horrores que sus sueños le recordaban—. ¿Saldrás a meditar?

—Sí, ¿me acompañas?

Ella sonrió.

—Sabes que sí.

Se colocaron la clásica ropa japonesa de entrenamiento y salieron al jardín, donde normalmente se sentaban cerca de una fuente y esperaban el salir del sol y en cantico de las aves.

Para Terry, todo aquello era sumamente importante, se concentraba y no permitía que nada lo distrajera, pero, desde que su esposa llegó, él prefería pasar ese momento mirándola, ella se concentraba y hacía el ejercicio correctamente, para él, las cosas

resultaban más difíciles.

—Creo que pediré a Kayla que duerma contigo por unas noches.

—¿Qué? —ella soltó mucho antes su flecha, haciendo que esta se clavara a unos metros del blanco—. ¿Por qué? Es porque te despierto en las noches, ¿verdad? No te dejo dormir nada.

—No es eso —Terry tiró con precisión y acertó—. Resulta ser que mi padre me necesita, iré con ellos a un pequeño viaje.

—Oh, entonces está bien, de todas formas, seguro que Kayla lo echa de menos —sonrió la joven—. Y yo también.

—Bien —le tomó la cintura y la acercó a él—. ¿Me echarás de menos, Ninfa?

—No lo creo —sonrió divertida, aceptando que él la envolviera en un abrazo y la besara—. ¡Está bien! ¡Si lo haré!

—Lo sabía —sonrió tirándola al piso y comenzando a hacerle cosquillas que la hacían gritar y querer huir.

—Oigan, ustedes dos —llegó Kayla bastante molesta—. ¿Se puede saber qué hacen?

Los dos chicos la miraron y sonrieron.

—Lo siento Kay —se sentó la Ninfa.

—¿Por qué te disculpas? Es nuestra casa y podemos hacer esto si lo queremos.

—No seas descuidado, Terry, hay mucha gente que entra y sale a esta propiedad.

—Sí —se puso en pie el muchacho y le tendió la mano a su mujer —. Tendré que salir, así que, se quedarán solas aquí, ¿Quieren que le diga a Lucca o Jason que vengan a cuidarlas?

—Me ofenderías, Terry —se cruzó de brazos la Ninfa.

—Lamento que sea así —la miró—. Pero creo que Jason vendría bien, no quiero a dos mujeres solas en casa.

—¿Qué crees que podemos hacer? —le dijo Kayla, enojada.

—No sé, ¿Quemarla?

—Que gracioso —gruñó su hermana.

—Como sea, nos vemos en un rato —Terry besó los labios de su esposa y revolvió el cabello de su hermana al pasar junto a ella.

—¿Así que volveremos a ser sólo tú y yo? —sonrío Kay.

—Sip, al fin sin hombres estorbosos a la mira.

Terry partió temprano al día siguiente, dejando a las dos jóvenes bajo el cuidado de no sólo uno de sus primos, sino los dos, tanto Lucca como Jason estaban ahí, planeando una enorme fiesta en cuanto el dueño de la casa se marchó.

A Grace no le molestaba, es más, ni siquiera se interesaba, lo que quería saber, era sobre la llegada de sus hermanas, ahora que convenientemente Terry se había marchado, podría ir a buscarlas.

—Eh, eh —la detuvo Jason—. ¿A dónde crees que vas, Ninfa?

—Eh, bueno, tengo que ir a comprar unas cosas.

—¿En serio? ¿Por qué no mandas a alguien? —elevó una ceja Lucca —. Que yo sepa, eres de familia rica y tu esposo también lo es, ¿por qué ir tú?

—Yo…

—Terry no quiere que vayas ahí —dijo Kayla—. Nos advirtió.

—Pero —bajó la cabeza—, es mi familia, no puedo abandonarla.

—Lo sabemos, Ninfa, pero si él sabe que te dejamos ir, nos matará —aseguró Lucca—. Lo siento, ¿Por qué no ayudas a organizar esto?

—Terry también se molestará de que hagan esto —dijo la joven, sopesando su destino y tomando la lista de las manos de Jason.

—Sí, pero mucho menos que si supiera que te dejamos ir a esa casa de nuevo —aseguró Jason.

—¿Por qué no invitas a tus hermanas? —solucionó Kayla.

—No creo que las dejen.

—Entonces… ¿Por qué no hacerla en otra casa? —sonrió Lucca—. Que no sea en una casa Hamilton.

La joven sonrió.

—¡Eso podría funcionar!

Grace se involucró activamente en la fiesta que se daría en casa de los Seymour, gracias a la intervención de Jason, sus padres habían aceptado que diera una velada mientras ellos se ausentaban, aquello había permitido que Grace conociera a Héctor, pero Micaela, la hermana de los Seymour, no estaba presente y nadie parecía tener ganas de hablar sobre ello.

Grace no le tomó importancia y se encargó de todo lo que pudo, con la diligente compañía de su cuñada Kayla, las cosas habían salido perfectamente, las personas recibirían sus invitaciones en dos días y la fiesta se llevaría a cabo en una semana.

—¿Crees que Terry alcance a llegar? —preguntó Kayla, sentada en la cama junto a Grace.

—No, me ha llegado un telegrama hace rato, me manda decir que probablemente dure más de lo previsto fuera.

—Es normal, cuando papá sale en persona de Londres, indica problemas, suelen tardarse bastante.

—¿Tú madre? —frunció el ceño—. ¿Se ha quedado sola?

—No, Aine está con ella —sonrió—. Imagina lo enojada que está por quedar fuera de la misión, aunque supongo que padre prefiere llevar a hombres.

—¿Dices que Aine no está a la altura?

—Claro que lo está, pero a papá no le gusta arriesgar su vida, ella es su favorita de favoritas.

—Kay, no creo que tu padre le tenga más cariño a uno de ustedes.

—Pero lo hace —dijo seria—. Siempre lo he sentido.

—Te aseguro que no es así, él te ama igual que al resto de tus hermanos —le tocó la mejilla—. ¿Por qué alguien no te querría?

—A padre… le gusta que las cosas sean como él las dice o como él las piensa.

—Sabemos que Terry no respeta mucho eso y, sin embargo, ahí está, queriéndolo como a los demás.

—Sí, pero Terry es igual a él, a padre le encanta la personalidad de mi hermano, pero yo… no, yo soy diferente, ni siquiera me gusta involucrarme en lo que hace, jamás fui buena en sus clases y soy más del estilo de una mujer… casi normal, quizá no tanto como a él le gustaría que fuera, pero sí que soy más femenina.

—No te entiendo, Aine también lo es.

—Claro, pero a ella le encanta lo que papá hace —Kayla tomó las sabanas y se metió en ellas, dándole la espalda a su cuñada.

—¿Hay algo que quieras contar? Sabes que soy buena escuchando problemas.

—Lo que no entiendo es cómo puedes estar feliz todo el tiempo —la miró—. Sé que mi hermano te llamó como otra mujer.

La sonrisa de Grace se paralizó y miró hacia otro lado.

—Es… complicado —le dijo—. Entiendo que no esté enamorado de mí, no podía pedirle algo como aquello. Definitivamente no fue algo que me agradara y aún ahora lo resiento, pero tu hermano es bueno conmigo todo el tiempo, no podría odiarlo sólo… sólo porque ama a alguien más.

—¿En serio? —se sentó y se recostó en la cabecera—. Eso debe ser duro, sobre todo porque tú lo amas.

—¿Qué? —dijo nerviosa—. ¡Pero qué dices!

—Tu tono ladino lo confirma —le hizo ver—. Por favor, se nota a leguas que lo amas y, siendo sincera, creo que él también te quiere. Nunca lo había visto tan feliz como cuando está contigo y tampoco lo había visto tan preocupado como cuando me contó que te cambió el nombre por el de otra mujer.

—No lo sé —bajó la cabeza—. Por el momento tenemos otras cosas en las que pensar.

Kayla asintió y sonrió hacia la muchacha que se había convertido en su amiga. Su hermano tenía suerte de que una mujer como la Ninfa se hubiera enamorado de él, Kayla consideraba que Grace era una joya inigualable, con cabellos de oro y ojos como nubes después de una tormenta, hermosa, muy hermosa.

—¿Qué sucede Kay? —la trajo a la realidad—. Te has quedado viéndome, ¿es que tengo algo en los dientes?

—No —se sonrojó—. No tienes nada, nada de nada.

—Vale, entonces, a dormir, pronto tendremos un baile y tenemos demasiadas cosas que hacer.

La mañana de la fiesta, Kayla se despertó temprano al sentir como Grace salía de la cama e iba a abrir la puerta, normalmente la Ninfa dormía mal durante las noches, lo sabía desde mucho antes de que se casara con su hermano, puesto que dormía con ella durante ese tiempo; tenía pesadillas y gritaba, a veces se ponía de pie y deambulaba sin rumbo por la casa.

—¿Qué pasa? —le preguntó al verla sin moverse por un buen rato —. ¿Te ha llegado carta de mi hermano?

—Sí —levantó la vista y sonrió—. Dice que están todos bien, espera regresar pronto.

—Se ve que eso te hace feliz —rodó los ojos.

—La verdad es que sí —dijo con ilusión.

—Vaya, hoy tienes algo diferente, no sé, parece como si te salieran chispas de los ojos.

—Puede que sea porque tengo muy buenas noticias para tu hermano, Kayla —la joven se llevó una mano hasta su vientre.

—¿Qué? —la joven se puso en pie de un brinco—. Pero… ¿Tan pronto? ¿Cómo estás tan segura?

—No lo consideraría pronto, de hecho, creo que he tardado más de lo necesario en embarazarme —dijo Grace—. Aún no es seguro, por lo que quisiera que no se lo dijeras a nadie.

—Por supuesto…

—¿Te sientes bien? De pronto has perdido el color.

—Nada, es temprano, me siento algo cansada.

—Vuelve a dormir, no tienes que despertar aún, es demasiado temprano, Terry me ha pasado el hábito de meditar a esta hora.

—Claro… pero con eso del bebé.

—¿Qué tiene? —Grace se quitó la ropa y comenzó a ponerse el traje japonés.

—Bueno… ¿Segura que estará feliz con ello?

—¿Por qué lo dices? —la Ninfa la miró asustada.

—No lo sé… quizá no estaba en sus planes.

—¿Te lo ha dicho?

—No, pero…

—Eso es cruel, Kayla —frunció el ceño—. No me deberías poner así de nerviosa por nada, de por si tengo miedo de decírselo y tú metiéndome cosas en la cabeza.

La joven Hamilton meneó la cabeza y la miró con disculpas.

—Tienes razón, no sé qué me pasó.

—Oh, Kay, eres como una niña, no debes preocuparte, tu hermano seguirá consintiéndote y amándote como siempre —sonrío—. No debes estar celosa por el bebé.

—Si no es por Terry.

—¿Entonces?

—Bueno, tú también estarás ocupada y ya no tendrás tiempo para estar conmigo —bajó la mirada.

—Quizá esté un poco ocupada, es verdad, pero podrás ayudarme con el bebé. Seguro tu hermano es un inútil con ello.

Kayla sonrió.

—¿Crees que lo pueda remplazar cuando el bebé llore? Seguro él berrea igual que el bebé cuando lo despierte a las tres de la mañana porque tiene hambre.

—Tienes razón —Grace dejó salir una risa armoniosa y asintió—. Considérate mi nuevo marido para la ocasión.

La joven sonrió y acompañó el resto del día a la esposa de su hermano; estaba feliz de haber encontrado una amiga en ella, desde que perdió a Beth, ella se sentía un tanto desorientada.

Capítulo 21

La fiesta en casa de los Seymour había resultado ser un gran éxito, todos se divirtieron y Grace tuvo la oportunidad de estar con sus hermanas sin la estricta vigilancia de su marido o de su padre. Había tenido toda la oportunidad de hablar con ellas, pero eso no la dejó nada tranquila.

—Los Hamilton están peleando con padre, por eso se han ido —le había dicho Blanca.

—Pero parece ser que fue padre quién movió el primer peón.

—Dios santo, ¿Es que jamás piensa dejarnos en paz? —se frustró Grace, mirando a sus hermanas detenidamente—. ¿Cómo les ha ido con él? Ya saben… con su genio.

—De hecho, han sido meses buenos para nosotras —dijo Martina—. Parece obsesionado contigo, no ha mandado llamar a ninguna de nosotras.

—Incluso nos mantiene lejos de la casa el máximo tiempo posible, como ahora —asintió Adriana.

—¿Quiere atacarme a mí?

—Sí —le tomó las manos Blanca—. Tienes que tener mucho cuidado con ello, está tan furioso que podría aprovechar cualquier oportunidad para herirte.

—Entiendo.

—No creo que tengas de qué preocuparte —dijo Martina—. El guapo ese parece prendado de ti.

—¿Terry? —inquirió la joven.

—Obviamente, tu marido —dijo Adriana.

—No sé si esté enamorado de mí, pero sé que se preocupa.

—Claro que lo hace, no por cualquiera se arriesga la vida y menos la de toda tu familia —asintió Blanca—. Me preocupan.

—Ellos estarán bien —aseguró Martina—. Son los Hamilton.

—Pero no los hace indestructibles —Adriana miró a su hermana menor y sonrió—. Pero seguro están bien.

—¿Por qué piensas que no te ama? —preguntó Blanca.

—Bueno… en la primera noche, cuando… cuando estábamos, ambos, ya saben —se avergonzó—. Él… bueno, él…

—¿Te golpeó?

—¿Te forzó?

—¿Te insultó?

—Eh… creo que podría considerarse un insulto —asintió—. Pero sé que no puedo enojarme por ello, es tonto, él… ha hecho tantas cosas

por mí…

—¡¿Qué demonios hizo?! —se desesperó Martina.

—Dijo el nombre de otra mujer.

Las hermanas hicieron una mueca, parecía entre tristeza e intranquilidad por ella.

—No sabemos qué es malo o bueno en una relación —dijo Blanca —. Pero hemos tenido amantes y nunca es bueno que no te nombren correctamente.

—¡Yo le partiría la cara!

—Pero no puedo exigirle algo que sabía desde un inicio que no tenía —les dijo y las hermanas asintieron.

—¿Lo ha vuelto a hacer?

—Jamás, él jura que no sabe por qué lo dijo, pero… es obvio.

—No lo sé, Grace, quizá tendrías que dejarlo pasar —dijo Blanca—. Es verdad que él te ha salvado la vida y creo que es bueno contigo en general.

—Lo es, en verdad lo es, es tierno y dulce, siempre al pendiente de mí y mi bienestar.

—¿Entonces? —se cruzó de brazos Adriana—. ¿De qué tanto te quejas? Ah… ya veo… estás enamorada de él.

Grace bajó la cabeza.

—Sería imposible que alguien no se enamorara de él —se defendió la menor.

—Yo no estoy enamorada de él —dijo Martina—. Ni tampoco ninguna de nosotras.

—Bien, cómo sea, no me molesten.

—Tranquila, Grace, las cosas se te acomodarán —le dijo Blanca—. Mereces ser feliz, la vida te está compensando todas aquellas veces en las que sufriste por nosotras.

—Ustedes han sufrido más que nadie.

—Está bien, sé feliz en tu vida —sonrió Martina—. Además, creo que, gracias a ti, los Hamilton nos ayudarán al fin.

—Eso espero también.

Grace y Kayla regresaron a casa entradas las tres de la mañana, Lucca había regresado con ellas, puesto que nunca lograron encontrar a Jason y mejor ni hacer el intento. Las mujeres se metieron a la habitación y se durmieron en cuestión de segundos.

Lastimosamente, Grace tuvo pesadillas, todas relacionadas con su padre y el futuro hijo que sentía que venía en camino. Despertó de un brinco, miró a su alrededor, topándose con el rostro dormido de Kayla, quién se desparramaba en la mayor parte de la cama.

Miró por la ventana y suspiró, se le había hecho más tarde de lo normal, estaba preocupada, no sólo por el bebé, sino por enterarse de que Terry y los Hamilton estaban teniendo problemas con su padre,

problemas que él había iniciado. Debió prever eso, no se quedaría tan tranquilo después de su boda.

La joven se cambió y colocó el atuendo de siempre, tocó un poco su vientre y sonrió, iría al doctor ese mismo día para comprobar sus sospechas. Bajó temprano y evitó la meditación, prefería desayunar algo y después ir al médico.

—Buenos días, Lady Hamilton, es raro verla por aquí tan temprano —dijo una de las doncellas, colocando su desayuno frente a ella—. Me alegra que decidiera desayunar antes de ir a esas actividades tan barbáricas que le gusta practicar.

—Oh, Betsy, no seas tan quisquillosa, es divertido —sonrió—. Verás que después te enseño, no estaría mal que las mujeres aprendiéramos a defendernos.

—Ay, señora, no tiene arreglo, sólo espero el día en el que se embarace, ya verá si no deja de hacerlo por atender al niño.

Grace sonrió y se llevó un poco de té a los labios, no le diría a Betsy de su posible embarazo, seguro el chisme se regaría y ella aún no estaba del todo segura.

—Bueno, no debes preocuparte, el día de hoy por verme en esas *actividades barbáricas* —sonrió—. Tengo que salir.

—Señora, sabe que el joven Hamilton prohibió su salida a solas.

—Sí, sí —le restó importancia—. Pero él no está, su hermana está dormida y su primo inconsciente.

—Que la acompañe una de las doncellas.

—Bien, una de las doncellas será.

La mujer asintió complacida y salió del comedor, mandándole inmediatamente a quién le serviría de escolta por las calles. Se alegró al darse cuenta que era Mia, al menos sabía que tendría discreción a su lado, si acaso fuera Flora, las cosas serían diferentes.

—Señora, no iremos a la casa Lokard, ¿Verdad?

—Relájate Mia, no iremos a la casa de mi padre, iremos al hospital —le dijo tranquila, caminando por las calles.

—¿Hospital? ¿Es que algo le sucede?

—Sí, aunque quisiera estar segura de ello —la joven abrió la puerta del hospital y saludó al médico que en ese momento atendía a alguien en una camilla.

—Oh, señorita Lokard, ¿qué hace por aquí?

—Soy Hamilton ahora, doctor, quisiera una revisión —el hombre borró la sonrisa y pasó su mirada por el cuerpo de la joven, pensando que se refería a un abuso de su padre—. En esta ocasión, señor, no tiene nada que ver con lo que se imagina.

—Eso me alegra —asintió—. ¿Ha dicho que se casó con un Hamilton? No quiero ser grosero, pero estoy impresionado.

—Lo sé, también yo —la joven se recostó en la camilla de la oficina

del doctor y lo miró—. Tengo sospechas de estar embarazada, quisiera confirmarlo antes de abrir mi bocota.

El doctor se llenó de una ilusión que ella no esperó, sabía que ese médico en particular le tenía un gran aprecio por ella y por todas sus hermanas, aunque lo veía particularmente feliz cuando era Blanca la que iba a las consultas.

—Esperemos tenerle buenas noticias al señor Hamilton —dijo el hombre, sacando sus instrumentos—. ¿Con cuál de los dos jóvenes se ha casado?

—El más chico.

—Ah, Terrius —asintió—. He escuchado mucho de él.

—Sí, le gusta dar de qué hablar.

—Espero que la trate bien.

—Bueno, mejor de lo que estaba acostumbrada.

—Eso no es ningún alivio para mí —la miró preocupado mientras seguía con la inspección—. ¿Le ha hecho algo?

—No, en realidad, es muy bueno conmigo.

—En ese caso, me alegro de decirle que puede darle buenas noticias —sonrió—. Está embarazada.

—¿En verdad? No me está mintiendo ¿verdad?

—De esto vivo, mi credibilidad caería a los suelos si engañara de esta forma a las mujeres que vienen a mí.

Grace sonrió y se puso en pie, hablándole a la doncella para que le ayudara a acomodarse el corsé y el vestido.

—Se le agradezco mucho, doctor.

—Le recomiendo no estar agitada, comer bien, dormir bien y relajarse. La espero aquí en un mes para seguirle la pista al embarazo.

—Sí, doctor.

La joven parecía incontenible dentro de su felicidad, sabía que esa muchacha en particular era revoltosa, le preocupaba que pudiese tener un aborto involuntario por ello. Tendría que confiar en los Hamilton, tenían médicos en esa familia y, con suerte, ayudarían a asentar a esa alocada muchacha.

—Vamos Mia, tenemos que regresar a casa.

—Sí, señora, pero usted va casi corriendo —dijo agitada.

—Tengo mucha energía acumulada, Mia, estoy feliz.

Grace llegó hecha una sonrisa, no lo podía evitar y, cuando vio a su cuñada bajando las escaleras, sólo pudo abrazarla y darle las noticias, sabía que era mejor que el padre se enterara antes que el resto de la familia, pero Terry no estaba ahí y ella no podía soportarlo más tiempo.

—Así que… si lo estás.

—¿No es increíble? —se tocó el vientre—. Estoy formando algo completamente nuevo dentro de mí, creo que soy afortunada.

—Sí, lo eres.

—¿Te encuentras bien?

—Más que bien —intentó sonreír—. ¿Quieres ir a practicar?

—Oh, sí, necesito dar algunos golpes antes de poderme sentir pacifica —asintió, tomando la ropa japonesa que le ofrecía una de las doncellas y caminando hacía el jardín, se cambiaría en el establo.

Kayla miraba con una sonrisa a su cuñada, parecía loca de alegría y no lograba contenerse, ni siquiera había hecho un movimiento adecuado, pero quizá era lo que necesitaba, sacar las energías. En ese momento, la chica practicaba con una larga espada, una que le había visto a Terry y a su hermano Publio en algún tiempo.

—Espero que llegue pronto —dijo Grace—. No creo poder aguantar mucho más rato el secreto.

—Buenas tardes —la voz desconocida logró desconcentrarla y casi rebanarle el cuello a la intrusa si no fuera porque ella misma desenfundó y logró detener la espada con la suya.

—Dios santo, lo siento —Grace bajó su Katana—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —sonrió la hermosa mujer, quién estaba enfundada en un vestido de gala—. Me agradan tus ropas.

—Oh, santo cielo, me matarán si saben que recibí a alguien de esta forma —se avergonzó Grace—. ¿Cómo has entrado aquí?

—Thomas Hamilton me ha mandado aquí.

—¿Mi padre? —se acercó Kayla, mirándola detenidamente—. ¿Por qué mi padre metería a alguien a la casa de Terry?

—¿Esta es casa de Terry? —se sorprendió la mujer.

—Sí y ella es su esposa —presentó Kayla.

—Un placer —sonrió la mujer—, normalmente también uso vestido, pero dadas las circunstancias, preferiría que pensaras que no soy la esposa del conde, al menos no ahora.

—En realidad, preferiría estar usando algo como eso en lugar de este horrible corsé.

—Estoy más que de acuerdo —sonrió la Ninfa—. Mi nombre es Grace Hamilton, me puedes llamar Grace.

—Es un placer, señora —se inclinó—. Yo soy…

—¡Grace! —la joven desvió la mirada de la mujer y sonrió al ver a su marido con los brazos abiertos, caminando hacia ella.

—Oh, al fin —la hermosa mujer de cabellos dorados dejó a la hermana y a la visita con las palabras en la boca y corrió hacia su marido, a quien se le aventó en brazos y besó—. ¡Te tengo noticias! Hoy fui al médico y me ha dicho que…

—En realidad, hermano, hay dos noticias —interrumpió Kayla, echando una mirada hacía la mujer junto a ella.

Terry apretó la cintura de su esposa con ambas manos y colocó una

cara de seriedad en cuanto logró ver a la hermosa mujer de rasgos orientales y una cabellera larga hecha un elegante moño.

—Grace, iré contigo en un momento —miró a su esposa—. ¿Por qué no van ustedes dos a sacar las cosas de Kayla que no deben estar en la habitación?

—Pero… —la Ninfa bajó la mirada—. Esto es importante.

—Lo sé —la besó dulcemente—. Tengo que arreglar esto.

Grace regresó la mirada hacía la mujer que esperaba pacientemente a una distancia prudencial de la pareja, no parecía incomoda, pero Grace se avergonzó por su desplante de cariño frente a alguien de quién ni siquiera sabía el nombre.

—Pero qué maleducada soy —se acercó a ella—. No me has dicho tu nombre porque he salido corriendo, mis disculpas, suelo ser más educada que lo que he sido hoy.

Terry se acercó a ella y le colocó una mano en la cintura.

—No debe preocuparse señora, esta es su casa —asintió.

—No me llames señora, creo que no es lógico cuando soy sólo una chiquilla atolondrada —sonrió—. Grace está bien, ¿Cómo te llamo yo?

Terry miró intensamente a Akane, pidiéndole con ello que mintiera. La mujer no comprendió el por qué, pero acató.

—Eri, mi nombre es Eri.

—Oh, pero que bonito —sonrió—. Bueno, supongo que ustedes tienen de qué hablar, aunque espero que después me lo cuenten todo. Terry, iré a la habitación.

—Bien, Kayla, ve con ella.

Las dos mujeres se marcharon en medio de una charla, Terry esperó a que estuvieran los suficientemente lejos para hablar con esa mujer, pensó que jamás la volvería a ver.

—¿Qué haces aquí?

—Tu padre me ha mandado, tienes que protegerme, según parece —se cruzó de brazos—. ¿Por qué he mentido en mi nombre?

—No quiero que te acerques a mi esposa, no quiero que le digas tu nombre o de dónde eres.

—¿Por qué?

—Ella sabe que yo estuve a punto de casarme con una mujer de Japón… una a la que amaba.

—Eso fue hace mucho, no tiene importancia.

—Quizá no, pero cometí una estupidez hace tiempo y no quiero que ella se sienta incómoda con esto —suspiró—. Hablaré con mi padre para que no te quedes aquí, seguro Publio se puede hacer cargo de ti sin problemas.

—No puedo estar en la casa grande —dijo Akane.

—Alguna de las otras águilas puede ocuparse.

—Todas están en misiones, no hay nadie además de ti —ella lo

miró de arriba hacia abajo—. Eres el único que no está metido en la organización y, por tanto, no tienes nada más que hacer.

—¿Sabes? No es lo único que hacemos los Hamilton, estar en la organización de mi padre es algo extra.

—Como sea —ella rodó los ojos—. Tú mujer es linda y agradable. Sin mencionar que sabe agarrar una espada.

—Akane, en serio, no quiero que arruines esto.

—Por lo que dices, el que lo arruinó fuiste tú —le hizo ver.

—Sólo aléjate de ella.

La mujer se cruzó de brazos al momento de verlo marchar del lugar, seguía siendo tan guapo y decidido como antes, pero ahora parecía enamorado de otra mujer, eso estaba bien, incluso creía que la chica en realidad valía la pena. Terry siempre tuvo buen gusto.

—¿Grace?

—Oh, Terry, al fin —salió detrás del biombo, con ropa normal de la alta alcurnia de Londres.

El chico la abrazó y la besó pasionalmente.

—Dios, no sabes cuánto te eché de menos.

—No, Terry, espera —le colocó las manos en el pecho.

—¿Qué sucede?

—Te dije que tenía algo impórtate que decir.

—¿No puede esperar a que…?

—No —ella sonrió y se sonrojó—. Tiene que ser ahora, porque no todos los días podré decirte que serás padre en unos meses.

Terry no dijo nada por un buen rato, pero después, frunció el ceño y sonrió confundido.

—¿Lo dices en serio? —se acercó a ella.

—Sí, sí, muy en serio, hoy en la mañana he ido al doctor y me ha confirmado el estado —sonrió de lado a lado—. Estoy esperando un hijo, nuestro primer hijo.

Terry la abrazó y besó con devoción, no podía creer que tanta dicha viniera en conjunto con la llegada de Akane, no quería ni pensar en lo que diría Grace si lo supiera, tenía que sacarla de su casa cuanto antes.

Capítulo 22

Terry entró a Sutherland, la propiedad donde vivía el resto de su familia, estaba furioso, era como si su padre le quisiera hacer la vida una pesadilla, aunque, a lo que Akane le había dicho, su padre no sabía y no tenía que saber que ellos tuvieron una relación.

El chico sabía bien lo que era ser parte de las águilas, tenían reglas y su padre no solía ser muy blando con ellas. Si acaso él revelaba la verdad, no sabía el castigo que pudiera desatar en contra de Akane, lo que definitivamente no podía aceptar, era que esa mujer viviera en su casa, junto con su familia.

—Padre.

—Ah, Terrius, es extraño tenerte en casa —lo miró rápidamente antes de volver a sus papeles—. Supongo que tienes una razón.

—Sí —se acercó hasta sentarse en una de las sillas frente al escritorio y mirarlo mal—. ¿Por qué hay una mujer en mi casa?

—¿Akane? —elevó una ceja—. Pensé que sería bueno que estuviera entre caras conocidas. Además, eres el único de mis hijos que no está involucrado con la cofradía, tenerla aquí imposibilitaría los movimientos de Publio y Aine.

—Te mando de regreso a Kayla y que ella se quede vigilándola.

—Sabes que Kay no le gusta tener nada que ver con las águilas.

—Padre, no puedo tenerla en casa.

—¿Por qué no? Le servirá de compañía a tu esposa, Akane es agradable y callada, no hará nada para perjudicarte —lo miró—. Además, te tiene confianza, se conocen desde Japón, ella pidió estar contigo en este tiempo que estará bajo nuestra protección.

—¿Y tú aceptaste sin más? —dijo furioso.

—Sí, hijo, así como acepté sin más que te casaras con esa chica Lokard —elevó una ceja.

—¿Me cobras los favores o algo así?

—Algo así —asintió—. Debido a que no puedes hacerme un favor sin más, tendré que recurrir a cobrártelo.

—Eres increíble —se recostó en la silla—. ¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—No lo sé, hasta que se resuelva su caso, ¿Por qué estás tan renuente en todo esto? La chica te ayudó mucho en Japón.

—Sí, pero… ahora no tengo tiempo para ser protección de testigos, tengo que estar al pendiente de mi esposa.

—No creo que esa chica sea de las que necesitan protección —dijo el padre, firmando algo—. Es fuerte. También Akane lo es.

—Por unos meses, Grace no lo será.

—¿Eso…? —Thomas sonrió—. ¿Está embarazada?

—Sí.

—Vaya, hijo, felicidades —Terry vio verdadera dicha en el rostro de su padre, esa sonrisa que sólo veía cuando estaba con ellos, con su familia.

—Gracias.

—Tendrás que decirle a tu madre ahora, si es que no quieres que te odie por el resto de su vida.

—Pensaba decírselos juntos, pero… —se rascó la cabeza—. Supongo que me alteré.

—Nada fuera de lo normal, la llamaré.

Su padre se puso en pie, tardó unos minutos y su madre entró corriendo al despacho, abrazándose de su hijo y besándole las mejillas como si tuviera nueve años.

—Ah, madre —la apartó—. Vale, está bien.

—¡Mi primer nieto! —sonrió Annabella—. Dios, pero qué emoción siento.

—Sí, se nota —se limpió Terry.

—Iré por mis cosas —dijo la madre.

—¿Qué? —la miró el muchacho quién rápidamente se volvió hacía su padre.

—Tu madre quiere acompañarte y a tu esposa.

—¿Y la dejarás? —Terry negó—. Mamá, estaremos bien.

—Oh, tonterías, esa niña no tiene una madre que le diga lo que va a suceder, así que la sustituiré.

—Harás que se sienta incomoda.

—Tonterías —le palmeó el hombro—. Haré mis maletas y estaré en tu casa en un santiamén.

—Padre… —suplicó el chico, pero Thomas no parecía interesado en disuadir a su esposa.

—La prefiero bajo tu protección, Terrius.

—Sacas provecho de absolutamente todo —se quejó Terry, viendo como su madre corría escaleras arriba.

—No puedes decir que eres diferente, Terrius, creo que recordar que de esa forma conseguiste a tu actual esposa.

Terry lo miró irritado, pero le dio la razón, debía aceptar que ellos eran bastante parecidos, solía ser la razón principal para que se la pasaran peleando en todo momento.

Charló con su padre sobre los pormenores de su viaje, entrando en una conversación cuidadosa que tomó lugar a base de susurros y miradas inquisitivas a su alrededor, como si esperaran ser vigilados.

—¡Terry! ¡Hijo, hora de irnos!

Su padre sonrió hacía él y le indicó la salida a sabiendas que su hijo

estaría furioso con todo el mundo a partir de ese momento.

Terry intentó que su madre desistiera de la idea de quedarse en su casa hasta que el bebé naciera, era simplemente demasiado y no sabía lo que Grace podría pensar de ello, era difícil tratar con su madre pese a su carácter bondadoso y dócil, incluso podía dar por hecho que no había logrado convencerla.

—¡Oh! Terry, al fin llegas —Kayla bajó las escaleras—. Eh, ¿madre? ¿Qué haces aquí?

—Kayla, ¿qué pasó?

—Oh, sí, Grace se desmayó.

—¿Qué ella qué?

—Sí, estaba entrenando con esa chica, cuando de pronto cayó desmayada, el médico dice que… ¡Ey! ¡Te estoy hablando!

—Será mejor que lo dejes —sonrió la madre—. Cuando un hombre está enamorado no hay poder humano que lo detenga.

—Claro… ¿Qué?

—Tu hermano, es obvio que está enamorado.

—¿Eso crees? ¿En verdad?

—Sí, pero subamos para comprobarlo.

Las dos mujeres subieron las escaleras y entraron a la habitación de la pareja; Terry ya estaba sentado en la cama junto a su esposa, quién sólo sonreía y negaba con la cabeza con tranquilidad, quitándole la importancia al asunto.

—¿Querida, estás bien?

—Señora Hamilton —la joven se intentó sentar correctamente en la cama—. No sabía que la esperábamos.

Grace miró mal a su marido y le dio un fuerte golpe en el hombro, presa del pánico por no tener nada preparado.

—¡Ey! —se quejó el muchacho—. Ha decidido venir para cuidar de ti, quiere enseñarte lo esencial para ser madre.

—Oh —la joven se sonrojó—. En verdad lo agradezco señora.

—No hay porqué, querida, es todo un placer estar presente cuando mi primer nieto venga al mundo.

—Espero estar a la altura.

—Lo estarás —sonrió Annabella—. Hijo ¿por qué no nos dejas solas para que ella pueda platicarme lo que sucedió?

—Mamá, creo que puedo estar presente para esto.

—¡Tonterías! ¡Sal de aquí ahora!

El muchacho besó la frente de su esposa y dejó a su madre y hermana acompañándola; tenía que ver a Akane en ese mismo instante, estaba furioso.

—¿Qué pensabas? —le gritó en cuanto la vio.

—Terry, te juro que no sabía que ella… —la joven se quedó callada al ser amenazada por una cuchilla. Ella miró con tranquilidad el arma

y elevó la ceja—. ¿Qué piensas hacer?

—Te mataría, pero mi padre se podría furioso —él quitó el arma de su garganta y maldijo.

—Terry, en serio no sabía que ella estaba esperando.

—¡Terry! —su esposa salió corriendo de la casa hacía el jardín, donde estaban parados Akane y su marido—. ¡Dios, Terry! ¿Qué haces? Ella no hizo nada, no lo sabía, no la lastimes.

—¿En qué cabeza cabe? —seguía mirando a Akane—. Ella jamás llegaría a tu nivel, jamás…

—¿Disculpa? —su mujer parecía ofendida—. ¿Crees que no soy lo suficientemente buena como para superarla?

—No empieces Ninfa, por favor.

—¿Ninfa? —se sorprendió Akane.

—Así me dice él —rodó los ojos la joven—. Terry, me considero bastante buena en lo que hago.

—Por favor, mujer, no empieces.

—El punto aquí es que Eri no tiene nada que ver.

—Sé que no, eres tú la loca que se puso a luchar con una experta en el arte —dijo enojado—. ¿Qué haces de pie? Ve a descansar.

—Pero… —miró a la mujer—. No quisiera que le dijeras nada.

—Está bien, hablaré con ella de otras cosas.

Grace lo miró con dudas.

—Si te hace algo, me lo dices —apuntó a Akane—. Sé cómo calmarlo o castigarlo.

—Gracias, no te preocupes —sonrió la japonesa.

Grace dio media vuelta y regresó a la casa, donde era esperada por una desesperada Kayla y una preocupada Annabella, quienes la llevaron en seguida a la habitación.

—Tu esposa es una mujer increíble.

—Lo sé, por esa razón no quisiera perderla.

—Ya dime, ¿qué le hiciste?

Él la miró mal.

—Aléjate de ella, no le digas tu nombre, ni de dónde eres.

—Creo que se puede descubrir fácilmente de donde soy.

—Ella no sabe nada del mundo, no sabría identificar de dónde eres sólo por tus rasgos.

—Que halagador.

—Haz lo que te digo, esta es mi casa y al menos respetarás las ordenes que te dé —suspiró—. Si tienes problemas, habla con Kayla o con alguno de mis hermanos.

—Pensé que no podía salir de aquí.

—No eres prisionera y sabes defenderte, haz lo que quieras.

—Terry… —lo detuvo—. ¿Me odias?

El muchacho no se volvió, simplemente tomó un largo respiro y se

marchó sin más. Terry subió las escaleras y entró a la habitación de su esposa, quien miraba por la ventana, donde pretendía vigilarlo.

—¿Qué haces? —la asustó.

—Terry… pensé que estarías asesinándola.

—No la mataría por algo que sé que tienes todo que ver.

—Ella no quería, yo la reté.

—Te creo —se acercó y la tomó entre sus brazos—. Así que, has decidido quedar embarazada.

—¿Decidido? Lo dices cómo si tuviera alguna opción.

Terry dejó salir una ligera risa y asintió.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, tu madre ha sido diligente en decirme lo que sentiré y cómo remediarlo —ella sonrió—, es en verdad muy tierna.

—Sí, mi madre es una mujer de ese estilo.

—No cuadra mucho con el perfil de tu padre.

—Es verdad —Terry la soltó y fue a recostarse en la cama.

—¿Qué sucede? ¿Quién es esa mujer que ha llegado? —se sentó junto a él.

—Parece que tiene problemas y padre me la ha adjudicado a mí.

—¿Por qué?

—Para que mis hermanos puedan moverse con libertad —mintió en alguna parte—. ¿Te molesta?

Ella negó con la cabeza.

—En realidad, me cae bastante bien.

—Procura no hablar demasiado con ella, ¿Vale? Concéntrate en cuidar de ti y del bebé.

—No soy tonta y no creo que algo malo me pase por entablar una conversación con alguien.

—Te lo digo en serio, Grace, no quiero que estés con ella.

Ella frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Me ocultas algo?

—No —la miró rápidamente y estiró una mano con cariño—. ¿Sabes? Eres aún más hermosa con la nariz fruncida, Ninfa.

—¡Oh! ¡Si serás, te he dicho que no me digas así! —le golpeó el hombro—. Si el bebé me dice Ninfa, te mataré.

—Seguro que le parecerá mejor decirte mamá.

Ella sonrió y asintió.

—Eso espero también.

Terry dejó que su esposa se recostara en él por largo rato, dejándola completamente dormida, momento en el que se dio la oportunidad de salir de la habitación y buscar a su madre en sus cámaras, necesitaba hablar con ella.

—¿Madre? —abrió la puerta.

—Me preguntaba cuanto tardarías en venir aquí —Annabella dejó

su libro y miró a su hijo con una sonrisa—. ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Le has dicho la verdad?

—¿Qué verdad?

Annabella rodó los ojos y sonrió con paciencia, a veces su hijo se parecía tanto a su esposo que le daba miedo, Terry estaba hecho a la imagen y semejanza de Thomas, quien era duro y difícil de controlar, al menos hasta que llegaba la mujer indicada a sus vidas y, parecía ser que su hijo la había encontrado ya.

—La verdad de que la mujer que tu padre ha traído a esta casa es en realidad la mujer de la que habías estado enamorado en el pasado y por la cual regresaste a Londres —sonrió—. Kay me contó.

—Regresé a Londres por tu culpa, madre.

—¿En serio? —elevó una ceja.

—Sí, creo recordar una carta en la que se decía que estabas muy enferma —se cruzó de brazos.

—Claro… pero sigue siendo verdad que huiste del dolor que te provocaba quedarte en un lugar donde estuviera Akane.

—No *huyo* de las cosas.

—Estás huyendo justo ahora de decirle la verdad a tu esposa.

—Está embarazada, no quiero darle un trago amargo.

—Nuca va a ser un trago placentero, cariño.

—Me aconsejas que le diga, pero entonces ¿Qué? Ella seguro querrá que salga de esta casa al momento.

—Explícale.

Terry se acercó y se sentó junto a ella.

—Puedo hacerlo y de seguro ella no le tomaría importancia si… si tan sólo…

—Si tan sólo, ¿qué?

—Yo… cometí una estupidez.

Su madre entrecerró los ojos.

—¿Qué tan grande?

—Le dije su nombre en lugar de el de ella —Annabella jaló aire y le dio un fuerte golpe en la cabeza con su abanico—. ¡Agh! ¡Mamá!

—Eso es de lo más bajo que hay Terrius Hamilton.

—¡Lo sé! ¡No fue a propósito!

—Ahora entiendo el miedo que tienes —dijo enojada—, de todas formas, dile la verdad, lo sabrá en algún momento.

—Pero…

—Dile —lo apuntó con el abanico—. Ahora.

Terry cerró los ojos apesadumbrado, no era la única opción que Grace quisiera que Akane saliera de esa casa, sino que también estaba aquella en la que decidía ser ella quien se fuera, eso no lo permitiría, menos teniendo un hijo suyo en el vientre de esa mujer, además, la

amaba, se había enamorado de aquella Ninfa del bosque y no pretendía dejarla ir por un destello del pasado.

Capítulo 23

Terry se distrajo en las siguientes semanas con sus obligaciones y diversas conversaciones con las águilas de su padre, parecía ser que, mientras Publio estuviera de misión, el cargo pasaba directamente a él, lo cual era un verdadero fastidio, puesto que en realidad no tenía idea de cómo manejar a las águilas, jamás se interesó en averiguarlo y ellos no le tenían la confianza que habían desarrollado para con su hermano mayor.

¡Ni siquiera él se la tenía!

Debía admitir que, si se refería a liderazgo, era mejor dejárselo a Publio, ni siquiera su hermana Aine era la indicada para aquel puesto, se necesitaba cierto control y calma que tanto él como su hermana carecían, ellos habían nacido con el carácter de su padre, explosivo y exaltado por los acontecimientos del momento, aunque pudieran dominarlo hasta determinado punto, ambos sabían que si llegaban a su límite, no podrían controlarse, ni tomar decisiones, sabias, como lo haría Publio bajo cualquier circunstancia.

—Terry, si te fijas en el señalamiento de este lugar, se han suscitado un incremento de muertes a mano armada sin razón aparente, casi todos a los propietarios de casas a los alrededores de este terreno —le explica una de las águilas menores.

—Entiendo, ¿creen que ahí se encuentre la mercancía robada?

—Tú padre ha dicho que tiene sus sospechas, pero me temo que está custodiado por hombres de los Lokard.

—Vale, ¿saben qué tipo de mercancía es?

—En su mayoría hablamos de alcohol, tabaco y opio, pero no sabemos si haya novedades, también sabemos que tiene oro y demás joyería robada.

—¿Por medio de qué se va a transportar?

—Creemos que la mitad de la mercancía la pasarán por medio de barcos y la otra por tierra.

Terry estaba analizando la situación, cuando de pronto la puerta de su despacho se abrió, dando paso a una alegre Grace, quién venía de la mano con Akane, ya ni siquiera recordaba su nombre falso, lo cual resultaba ser un problema, sobre todo porque su esposa parecía decidida a tomarla bajo su ala o algo parecido.

—¿Qué sucede? —elevó una ceja hacia ella.

—Le he dicho a Eri que la llevaría a ver el ballet, ha venido uno ruso fantástico y pienso que…

—No, Ninfa, sería mejor que ambas se quedaran aquí.

—Pero Eri me ha dicho que no es tan riesgoso estando ella en Londres, estaremos bien.

—Grace…

—Por favor, Terry, por favor, no puedo quedarme aquí encerrada para toda la vida, quiero ir a ver el ballet, me encanta, en serio…

—Ella tiene que quedarse en casa —le dijo sin más, ya sin mirarla —, y si tanto es tu deseo de ir, yo te llevaré después.

—Es ballet y dudo que lo aprecies —elevó una ceja y alzó la cara vanidosamente—, además, es tu responsabilidad cuidar de Eri.

—Grace, en serio no hay problema —dijo Akane, tocándole el hombro—, entiendo mi posición en la casa, estoy en desventaja.

—¿Desventaja? —frunció el ceño la joven.

Terry despidió con la mirada al hombre de su padre y este salió de prisa, inclinándose ante ambas mujeres antes de desaparecer.

—¿Qué hacía Joshua aquí? —Akane elevó la ceja.

—Es lo mismo, los terrenos se siguen quitando a marchas forzadas, si no se los venden, los matan —explicó Terry.

Grace frunció el ceño y se acercó lentamente hasta estar junto a Terry, quién parecía querer cubrir el mapa con su cuerpo para que ella no llegase a verlo, pero Grace era testaruda y sólo hizo falta que se pasara por debajo de sus brazos para quedar justo frente al mapa.

—Esto… esto es cosa de mi padre, ¿Verdad?

—¿Tú padre? —Akane miró fijamente a la mujer—. ¿Eres hija de los Lokard?

—Sí —dijo con lamento—. Algo así.

—No tiene nada que ver contigo ahora —dijo Terry, girándola hacia él—. Eres una Hamilton ahora.

—Una que les está ocasionando estos problemas —dijo entristecida la muchacha.

—Grace, mi padre se mete en problemas, estés tú o no aquí.

La joven asintió un par de veces y lo miró a los ojos.

—Entonces, ¿Ballet? —pestañeó coqueta.

—Creí decir que hoy no, mi amor.

—Pero…

—No.

Terry había intentado hacer desde el principio lo que su madre le había aconsejado, pero le era imposible mirar a la cara a Grace y decirle lo que estaba sucediendo justo debajo de su techo; su madre tenía razón, a nadie le gustaría vivir en medio de una mentira.

Así que, nuevamente planeó intentarlo, debía decirle a Grace lo que sucedía y que fuera ella la que decidiera lo que quería hacer, él haría lo que ella quisiera, entendía perfectamente la situación; lastimosamente, cuando fue a buscarla, ella no se encontraba en la habitación, ni en los jardines, ni siquiera estaba en la casa.

—Maldita sea contigo Ninfa —se quejó.

—¿Señor? ¿Busca a lady Grace?

—Sí —dijo enojado—. Supongo que le habrá parecido gracioso dejarme una nota de a dónde debo acudir, ¿cierto?

El mayordomo le entregó una carta con la caligrafía de su mujer, no era la primera vez que hacía algo parecido y ciertamente no sería la última vez que se lo hiciera. Grace era voluntariosa y pretendía hacer que todo mundo cumpliera sus designios a como diera lugar.

—Bien, manda a sacar mi traje de gala, Sanders.

—Mi señor, lady Grace ya lo ha dejado todo dispuesto en la habitación, incluso ha indicado la colonia que quiere que le coloquemos —dijo el hombre.

—Así que lo tiene todo planeado.

—Oh —el hombre rebuscó en su bolsillo y le tendió algo a Terry—, ha dicho que le fascinará el regalo y que se lo agradece.

—¿Incluso se ha comprado algo?

—Sí, mi señor.

—¿Puedo saber el motivo por el cual se empecinó tanto en esto?

Terry abrió la caja y consideró que era una joya bonita y de buen gusto, seguro que su esposa se tenía en muy alta estima, sonrió, era una mujer diferente a todas a las que había conocido.

—La señora mencionó que quizá a mi lord se le olvidaría su cumpleaños, así que se adelantó e hizo todo.

Terry sintió un peso sobre su estómago y cerró los ojos con pesadez al darse cuenta de lo que el mayordomo acababa de decir.

—¿Su cumpleaños?

—Sí mi lord, es hoy.

—Y ella ha organizado todo por su cuenta —dijo pesaroso.

—Sí, incluso se ha puesto de acuerdo con su señora madre y se hará una cena en su honor esta noche.

Terry asintió y caminó de un lado a otro, sintiéndose culpable por ser tan distraído con algo que era tan importante, incluso la había sentido aún más alegre que de costumbre, se la pasaba caminando de un lado para otro con un cuaderno y pluma, anotando cosas. Y cuando iban a la cama, ella se removía y lo abrazaba con fuerza, dando pequeños besos sobre el pecho en el cual se escondía.

—Muy bien, soy un desastre —dijo frustrado—. Necesito un regalo y… no tengo idea, ¿una máquina para regresar el tiempo?

—Mi lord, si me permite decírselo, lady Grace no parecía enojada —dijo tratando de que el hombre pareciera menos nervioso.

—¿En serio lo piensas? —dijo sarcástico—. ¿Crees que a una mujer no le va a importar que su esposo olvide su cumpleaños?

—Lady Grace es diferente.

—Tienes razón, lady Grace se encargará de torturarme con ello día

y noche hasta que muera de enfermedad o bajo su mano.

Terry hizo lo indicado por su esposa y colocó el traje de gala y la alcanzó en el ballet al cual había querido asistir y seguramente se habría llevado a Akane con ella. No lo había pensado, pero ya que se daba cuenta, Grace en realidad no tenía amigos, no era como que alguien quisiese involucrarse con los Lokard; aunque sabía que Grace siempre había tenido cosas más importantes que tratar de hacer buenas amigas para tomar el té.

Grace estaba a la espera de poder pasar al palco del teatro, había decidido ir en compañía de Eri, quien parecía ser de lo más agradable y la seguía sin rechistar, pese a que Terry se hubiese negado.

—No entiendo por qué te has organizado tú misma el cumpleaños —dijo Akane—. ¿Qué nos e supondría que tu marido debería hacer ese tipo de cosas?

—Bueno, quizá un marido normal lo haría, pero Terry no es normal —sonrío—. Tiene muchas cosas en la cabeza, prioridades.

—Tú deberías ser esa prioridad, Grace.

—Quizá —sonrió—. Pero en realidad él no me ama.

—Creo que estás ciega, ese hombre se muere por ti.

Ella negó con delicadeza, rebuscando a alguien entre la multitud de aquel teatro donde ya se aglomeraba la gente importante.

—Me enteré de algo terrible.

—¿De qué hablas?

—Bueno, Terry puede parecer contento a mi lado, pero sé que ama a alguien más —dijo tranquila, buscando entre la gente.

—¿Y lo dices como si nada?

—Bueno, no me puedo quejar, él ha sido tan bueno conmigo, tan dulce y amistoso, que sólo puedo agradecerle.

—No deberías conformarte con eso.

Ella la miró con una sonrisa y le tocó el hombro con delicadeza.

—Te lo juro que no es lo peor que me puedo imaginar, esto es mucho, mucho mejor de lo que alguna vez pensé que me tocaría recibir en esta vida.

—Pero…

—En serio Eri, no debes preocuparte, soy feliz.

La mujer no tenía dudas de que Grace Hamilton era feliz, cada poro de su cuerpo parecía expirar felicidad y era algo que la ponía nerviosa, no había conocido a alguien como ella.

—Dime, Grace, ¿Quién es esa mujer de la que dices que tu marido está enamorado?

—Bueno, no la conozco, pero sé que se llama Akane.

La japonesa se atragantó con su propia saliva y se vio en la necesidad de golpearse el pecho, llamando la atención de la gente que, de por sí, ya las miraba con mala cara. Grace no le parecía tomar

importancia y simplemente le dio leves golpecitos en la espalda para que ella se serenara.

—Lamento que sus amistades no se acerquen a usted por estar yo cerca —dijo Akane—. Seguro que le es incómodo tener a una extranjera bajo su ala.

—Yo no tengo amigos —sonrió Grace, saludando a lo lejos a unas jóvenes que parecían hermosas, pero sumamente tristes—. Ven, te presentaré a mis hermanas.

Las hermanas llegaron y abrazaron a la joven que parecía fuera de sí al verlas. Si Akane pensaba que Grace no podía ser más feliz, ahora se daba cuenta que era un error, la joven tenía la sonrisa más cálida, hermosa y vivaz que jamás le hubiese visto.

—Te hemos traído algo —le tendieron sus obsequios y ella los recibió en medio de brincos y risas.

—Gracias, no debieron molestarse, sé que papá no les permite gastar el dinero en regalos o tonterías del estilo.

—Bueno, no lo consideramos una tontería —dijo una de ellas y miró entonces a Akane—. Oh, es un placer, lamento que mi hermana no sea más educada y no nos haya presentado.

—Su hermana es lo único agradable de este lugar, señorita —dijo la mujer con una sonrisa—, igualmente, es un placer.

Akane se inclinó como le habían enseñado a hacerlo y trató de no interferir en la plática, pese a que Grace trataba de integrarla constantemente y las hermanas no parecían disgustadas con ello, pero simplemente eran demasiado serias, eran totalmente diferentes a la bomba explosiva que representaba a Grace.

—Mis queridas hijas —llegó un hombre robusto, de mirada intensa y sonrisa engañosa que les puso los pelos de punta—. Sería buena idea que pasáramos a nuestros palcos, pero miren nada más, si es la más pequeña de mis hijas, ¿dónde estará tu marido, querida?

—Él…

—Estoy justo aquí, señor Lokard —Terry se colocó junto a Grace y le pasó una mano en la cintura—. Supongo que no esperaba verme por aquí.

Akane miró con el ceño fruncido la escena, parecía no comprender del todo la relación hostil entre los familiares de Grace, además de que era obvio que a Terry no le agradaba para nada su suegro y, ciertamente, parecía algo mutuo.

Ella tenía el conocimiento de que los Lokard eran personas peligrosas, las águilas estaban luchando contra ellos en ese preciso momento, una situación en la que ella misma se había visto envuelta, pero a lo que entendía, algo había mal entre padre e hija.

—Qué va, esperaba que al menos no olvidaras el cumpleaños de mi pequeña —sonrió y le tendió algo a Grace—. Toma mi amor, espero

que lo disfrutes.

Grace trataba de disimular su furia y el terror que guardaba para ese individuo, pero no le salía del todo bien, tomó la cajita que su padre le tendía y la guardó con amargura en una de las bolsas que alguna de sus hermanas le había dado.

Terry la miró de lado, dándose cuenta que ella tenía ganas de llorar o quizás de saltarle al cuello a su padre, así que decidió que era el final de aquel reencuentro.

—Bien, será mejor que entremos antes de que inicie la función.

—Por supuesto Terrius, ¿Cómo se encuentra tu familia? —el señor Lokard sonrió de lado, sabiendo lo que hacía y decía.

—Perfectamente, Lord Lokard.

El hombre se inclinó con una sonrisa y se fue con el resto de sus hijas, quienes le lanzaron una sonrisa lastimera a la menor y siguieron al hombre sin rechistar.

—¡Agh! —gritó la chica viendo la soledad de la zona de recepción del teatro—. ¡Lo hace adrede! Me lo arruina todo, Eri dará crédito a lo feliz que estaba antes de que él llegará.

—Los esperaré en el palco —dijo Akane, inclinándose ante ambos y saliendo rápidamente de ahí.

Terry esperó a que Akane se alejara lo suficiente antes de volverse hacia su esposa, quién seguía tan enojada como en un inicio, cuando su padre estaba presente.

—En serio lamento que tu padre venga a arruinarte el cumpleaños, supongo que querrás estrangularlo.

Grace quitó la sonrisa y se volvió hacia él.

—¿Te lo dijeron ya?

—Lo lamento tanto, mi amor, entiendo que estés enojada.

—No lo estoy —se inclinó de hombros—, aunque no lo creas, este es el mejor cumpleaños que he tenido hasta ahora.

En realidad, Terry sí lo creía y le daba pesar por ello.

—Lo compensaré.

—Ya lo has hecho, he pagado todo con tu dinero —sonrió.

—Eso no es suficiente.

Grace sonrió y se dejó guiar por Terry hasta el palco que ella misma había pedido, al momento en el que ambos se sentaron en sus lugares, Grace pudo notar la tensión que se desarrollaba cada vez que su esposo y Eri estaban juntos en alguna habitación.

Tendría que preguntar por ello más tarde.

—Escuché que mi madre ha organizado algo para ti —susurró Terry al oído de su esposa—. ¿Debo avergonzarme porque todos lo supieran excepto yo?

—Bueno, no —lo miró—, a ellos se los he informado.

—No me deja más tranquilo.

—Terry, no debes presionarte por esto —dijo ella, con la vista fija en el escenario—. He invitado a tu prima Sophia y a Micaela, espero que no te disguste.

—Invitaste a casa de mis padres a mis primas —asintió con una sonrisa—, eres buena organizándote eventos.

—Soy buena en todo lo que hago, cariño —sonrió hacia él—, para este momento deberías ser consciente de ello.

Terry plantó un beso en la palma de su mano, logrando causar un retorcijón agradable en Grace, quién se sonrojó y le dio una palmada en la pierna como castigo.

—¿Qué he hecho? —sonrió el hombre.

—No debes meterte con una mujer embarazada —lo retó—. Mis hormonas están como locas en estos momentos.

Terry dejó salir una carcajada que provocó que muchos chistaran ante la pedida del silencio. El hombre se disculpó y se volvió a su esposa con una clara fascinación en la mirada.

—Me parece bien.

—Ni lo digas, siento que podría violarte justo ahora.

—Hay un cuarto detrás de estas cortinas, si gustas…

—Eso no es una recámara —lo miró desaprobatoria—. Es un salón de espera.

—Particular, salón de espera, por lo cual es nuestro.

—No —lo miró—, está Eri ¿lo olvidas?

Terry volvió la cabeza para ver a la japonesa de piel pálida y perfecta, ojos negros y larga cabellera del mismo color. Era tan hermosa como la recordaba y causaba en él más problemas del que debería, no tendría que estar ahí, simplemente deseaba que se marchara cuanto antes.

—No, no lo olvidaría jamás —dijo el hombre, apretando su mandíbula con fuerza.

Grace lo observó de reojo y suspiró.

—¿Qué me ocultas?

—¿De qué hablas?

—Sé que algo anda mal, ¿Por qué te cae tan mal Eri?

—No es eso.

—Cada vez que ella está cerca, tú estás de malas, no creo que sea una coincidencia.

—No lo es, la verdad es que no me gusta que me impongan nada.

—Es por su protección, podrías ser un poco benevolente, como lo fuiste conmigo —lo miró a los ojos.

—Contigo fue diferente —le sonrió—, me había enamorado de ti cuando decidí ser *benevolente.*

Grace dejó salir una pequeña risita y se enfocó nuevamente en la ópera; Terry no podía hacer lo mismo, la tensión que sentía era

particularmente asfixiante a causa de la presencia de Akane en el lugar, de alguna forma, sabía que ella los estaba mirando fijamente, ¿qué se proponía esa mujer?

Capítulo 24

La velada en casa de sus padres había sido placentera, más de lo que él esperaba, no sólo habían estado sus primos, sino varios invitados más que su madre había dispuesto como necesarios para el cumpleaños de la joven.

Sophia y Micaela se mostraron especialmente enfadosas al momento de saber que Akane estaba en el lugar y recomendaron zanjar el tema cuanto antes con Grace. Ambas sabían muy bien lo que las mentiras y cosas ocultas podían hacer a una relación, pero Terry no encontraba el momento oportuno para hacer una confesión como aquella a su mujer, mucho menos en su cumpleaños.

El hombre se había distraído momentáneamente en su despacho, donde estaba únicamente su hermano mayor, Publio, con quien hablaba intensamente sobre uno de los problemas más grandes de la congregación de su padre.

—¿Quién demonios es esta persona? —dijo Terry a su hermano.

—No tengo idea, pero parece que sabe exactamente cómo reaccionaremos —negó Publio, viendo un mapa en el escritorio de su hermano menor—. Anticipa todos nuestros movimientos.

Terry caminó de un lado a otro y miró a su hermano con el ceño fruncido, pero con una mirada llena de deducción.

—¿No me informaste qué encontraste algo importante en una de tus misiones?

—Sí, pero he de hablarte de eso luego.

Terry parecía encontrar poco placer en las palabras de su hermano, odiaba que alguien les pisara los talones de esa manera.

—¿Crees que tenga algo que ver con mi casamiento con Grace?

—Puedo decir con seguridad que no —dijo Publio—, pero ciertamente aumentó desde que te casaste con ella.

—¿Aumentó?

—Digo, simplemente parece que se han ensañado con la situación de Londres, en otras ocasiones esa *persona* parecía ayudar no sólo a los de aquí, sino a los de otros países —Publio suspiró—. Italia había sido uno de los puntos más fuertes antes de esto.

—Crees que mi querido suegro tenga algo que ver con la demanda excesiva de atención.

—No tengo duda alguna.

Grace había estado escuchando toda aquella conversación a través de la puerta del despacho, si su marido la atrapaba en una bajeza como aquella, seguro se metería en problemas, pero no había muchas

opciones de momento.

—No creo que sea debido que una mujer de su alcurnia espíe a su marido de forma tan indecorosa y obvia, señorita.

Grace se apartó rápidamente de la puerta y miró sonrojada a Eri, quién giraba en su mano una daga pequeña con una habilidad que Grace envidió en seguida.

—No lo hacía.

—Pensé que, si eras su esposa, tenías el derecho de inmiscuirte en sus cosas —sonrió—, aunque estuviera una puerta cerrada.

—Hay cosas que no quiere decirme.

—¿Por qué?

Grace sonrió.

—Porque tienen que ver conmigo.

—¿De qué hablas? —frunció el ceño, pero entonces, la mujer se puso rígida y sonrió—. Están a punto de atraparnos, señora, ¿Qué haremos al respecto?

Grace peló los ojos y salió corriendo, seguida de Akane, quién reía al ver como ambas batallaban con aquellos estorbosos vestidos y se despedían cada una en dirección a sus habitaciones.

La joven esposa cerró la puerta y sonrió, le encantaba la adrenalina de hacer algo impropio de su clase, negó con la cabeza y comenzó a quitarse las joyas, dejándolas ordenadamente en su alhajero, se cepilló el cabello y colocó un camisón, para después ir a sentarse en la cama y abrir los regalos de sus hermanas.

Unos broches por parte de Blanca, una hermosa pluma por parte de Adriana y un libro de parte de Martina. Y ahí, justo al final de todo, la cajita que su padre le había entregado, intacta, alejada de los demás regalos en la cama.

Pensó tirarlo directamente a la basura, pero su curiosidad rebasó cualquier orgullo y abrió aquel regalo, sacándole un grito desde el fondo de su alma. Terry, al escuchar esto, subió las escaleras corriendo, entrando rápidamente a la habitación que compartía con su mujer y observándola llorosa, hecha un ovillo en una esquina de la habitación.

—Grace, ¿Qué sucede?

—Las mató, Terry, él las mató.

—¿De quién hablas? —intentó levantarla, pero era como si el peso de su esposa se hubiese multiplicado.

—Mis hermanas… mi madre.

—Cariño, vimos a tus hermanas en el teatro, están bien.

—No ellas —lloró más—, el resto de mis hermanas, ya no están.

—¿Cómo lo sabes? —Grace salió del escondite que representaban sus rodillas y jaló un collar de oro con un dije que tenía una letra manuscrita entallada, era su inicial—. ¿Qué significa?

—Todas las hermanas tenemos uno —dijo—, era la forma en la que padre nos diferenciaba cuando éramos niñas, habíamos muchas muy parecidas y crecíamos al mismo tiempo, pero éramos distintas.

—Sigo sin entender, mi amor, lo siento.

—Ahí —ella apuntó algo tirado al otro lado de la habitación.

Terry se puso en pie y notó que, de camino, había otros dijes tirados por la recámara, seguramente habrán caído de la caja mientras volaba por los aires, todos parecían manchados de algo.

—¿Qué demonios?

—Es sangre… —negó—, me ha dado los collares ensangrentados de mis propias hermanas.

—Pensé que tus hermanas estaban casadas.

—Con gente de padre, personas que trabajan o son beneficio para él, nadie se negaría, no cuando padre llena sus arcas.

—Cálmate Grace, no sabes si esto es verdad, puede que lo haya hecho a posta, sabiendo que te podrías así —se acercó a ella—, perderás al bebé si no te controlas.

Grace levantó la mirada y asintió, tratando de relajarse.

—Dudo que pueda dormir esta noche —negó.

—Tranquila, nos desvelaremos juntos.

La pareja se recostó en la cama, Grace siendo acogida por los brazos de su marido, quien intentaba calmarla de todas las formas en las que se le ocurrían, lentamente, ella se fue relajando, hasta quedar completamente dormida entre sus brazos. Se mantuvo un buen rato en la misma posición, pero fue la misma Grace quién se apartó de él, aparentemente incómoda.

Terry la miró a su lado y sonrió, su mujer era hermosa, pero tenía tantas heridas que le era difícil pensar que fuera una persona tan feliz en la normalidad de su vida. Se puso en pie con cuidado y fue hasta su escritorio, de donde sacó un regalo que jamás había llegado a darle, pensaba hacerlo cuando volvieran del teatro, pero todo se complicó cuando Publio llegó y, después, su esposa no se encontraba en condicionas para nada más que relajarse.

Estaba observando el paquete, cuando de pronto ella comenzó a lloriquear en sueños, remolineándose en la cama hasta que de pronto gritó y se sentó de un salto en la cama, buscándolo desesperada.

—Terry, ¡Terry!

—Eh, eh —se acercó a la cama y la abrazó—. Aquí estoy.

—Oh fue tan horrible —le dijo en su hombro—, nunca lo superaré, jamás lo haré, te has casado con una mujer traumatizada.

—Cálmate Grace, por favor.

Entonces se oyeron dos golpes en la habitación, lo cual hizo saltar a la mujer que, de por sí, ya estaba alterada.

—¿Quién?

—Por favor, mi lord, abra la puerta.

—¿Eri? —frunció el ceño Grace, poniéndose de pie y abriendo la puerta en seguida—. ¿Qué sucede? ¿Te he despertado?

—No —sonrió la mujer con una bandeja en la mano—. ¿Me permite pasar?

Grace se apartó de su camino y abrió la puerta, Akane entró y dejó la bandeja con una tetera y una taza de té en la mesa de la habitación, todo bajo la atenta mirada de la pareja.

—¿Qué es esto? —se acercó la joven esposa.

—Bueno, cuando se tienen pesadillas por las noches, este té es el indicado —le dijo mientras servía el humeante liquido—, verá que dormirá como un bebé.

—Entonces si te he despertado —la acusó.

—Estaba despierta, se lo aseguro —sonrió, pasándole la taza.

—Lo beberé yo primero —se apuró Terry, tomando la taza de las manos de su mujer.

—Oh, Terry, no puedes ser tan descortés con alguien que pretende ser tan amable conmigo —acusó Grace.

—Nuestra familia tiene que tener muchas precauciones, cariño, lo sabes bien —el hombre bebió y degustó, tratando de encontrar algo adicional al té, pero no lo encontró.

—¿Satisfecho, mi lord? —dijo Akane, parecía herida.

—Sí —le regresó la taza a su mujer—, puedes beberlo.

Grace rodó los ojos y sonrió hacia Akane, sin dejar de hablar mientras daba pequeños sorbos, parecía más activa que nunca, se suponía que el té le daría sueño y parecía resultar lo contrario.

—Verá que descansará bien, señora —dijo Akane, poniéndose de pie—, ¿Por qué no se recuesta y trata de relajarse?

—Gracias, mi querida Eri, has sido de lo más atenta, incluso te has levantado de la cama para hacerme esto.

—Estoy agradeciendo su hospitalidad, señora.

—Eres amable al decir eso, puesto que estás despierta a deshoras por mis gritos —sonrió—, espero que en verdad estés a gusto.

—Lo estoy —Akane miró a Terry—. Ambos han sido gentiles de dejarme quedar pese a que están en espera.

—No hay problema —Terry se puso en pie—. Sería mejor que fuera a descansar, señorita.

—Sí —Akane se puso en pie—. Buenas noches.

—Eri —Grace se puso en pie—, quisiera que mañana me hicieras compañía, ¿aceptarías?

—Será un placer para mí, señora.

Grace sonrió hasta que la joven salió de la habitación, notando que Terry estaba enojado con ella repentinamente.

—¿Qué sucede?

—Pensé que te había dicho que no quería que estuvieras con ella —dijo al límite de la paciencia.

—Es nuestra invitada Terry —sonrió—. No puedo hacer algo como eso, necesita compañía.

—No la tuya.

—Vamos, no seas malvado —ella estaba volviendo a la cama, cuando de pronto vio el paquete que Terry traía antes de que ella despertara de la pesadilla—. ¿Qué es esto?

—Tu regalo —dijo con molestia.

—Pero si ya me había comprado un regalo, me encantó lo que envolví para mí —sonrió angelical.

—Bueno, esto viene de mi parte.

Ella miró la caja alargada con una sonrisa encantadora y se apuró a abrirla, descubriendo una hermosa daga, ella la sacó de su funda y sonrió al ver el grabado especial en el que citaba: “Que siempre me encuentres lo suficientemente cerca para que nunca necesites usarla”. Los ojos de Grace brillaron con intensidad, pese a que esa chispa se había asentado en sus ojos desde que supo que estaba embarazada.

—Oh, Terry —se aventó a sus brazos—. ¡Me encanta!

—Me alegra, Ninfa —le acarició el cabello—. ¿Estás mejor?

—Sí —sonrió con perversidad—, pero creo que el té de Eri no funciona, porque estoy más despierta que nunca.

—¿En serio? ¿Qué te gustaría hacer? —se recostó en la cama, colocando su cabeza en la cabecera mientras ella gateaba hacia él y se sentaba en su regazo.

—Nada en especial, aunque creo que sigue siendo mi cumpleaños ¿verdad?

—Es verdad.

—Así que aún debes cumplir mis deseos, ¿o no?

—Siempre cumplo tus deseos —le colocó las manos en la cintura y se levantó para abrazarla cerca de él.

—No lo diría así.

—¿Qué hace falta que te cumpla, mi amor?

—Mmm… quiero una sesión de preguntas con respuestas.

Él sonrió de lado, aquella sonrisa aterrorizante que a todos les ponía los pelos en punta, pero no a ella, no cuando sabía bien que no le haría nada para dañarla.

—No lo creo, mi amor, pero buen intento —la colocó sobre la cama y le besó la nariz fruncida ante el enojo.

—¿Por qué no? ¿Qué me escondes?

—¿Esconder? —negó—. No nada de eso, pero es mejor que no sepas todo, lo que involucra a mi familia no siempre es agradable.

—Espero que recuerdes la vida que yo solía tener —sonrió mientras dejaba que él la levantara y le sacara el camisón—. Estar con un padre

cómo el mío no era poca cosa.

—Claro, por eso quiero que tu vida sea lo más tranquila en este mundo —comenzó a regar besos por su cuerpo y se detuvo en su vientre, depositando un beso prolongado y luego la miró—. Aún más ahora que estás de encargo.

—Terry —le tomó la cara y lo hizo ir hasta enfrentar sus ojos llenos de preocupación—. Si algo está sucediendo con mi padre, quiero ayudar, quiero formar parte del contrataque.

—No lo creo.

—Eso quiere decir que algo está sucediendo, ¿verdad? —dijo asustada y negando.

—Grace, lo siento, pero estás embarazada, en ese estado no puedes siquiera seguir entrenando.

—Pero no es justo.

—Es lo que hay —le acarició el vientre—. ¿Quieres perderlo?

—¡No he dicho eso!

—Entonces debes pensar en él y en ti antes que en nadie más —la miró con una ceja arqueada—. Debe ser lo más importante, en lo único que pienses de ahora en más.

—Pero... —él la besó para acallantar cualquier réplica—. Eso no es justo, no hagas eso.

—De todas formas, no hay nada que me digas que me haga cambiar de opinión, ¿leíste acaso la frase de esa daga?

—Sí, pero es una locura que lo pidas, cuando bien sabes que vine a ti precisamente para aprender a matar a alguien.

—Ahora soy tu esposo y no debes preocuparte por matar a nadie con tus propias manos.

—Pero…

—¿Quieres hacer el amor o no?

Ella entrecerró los ojos.

—Sí, pero también quiero hablar de esto.

—No Grace, la respuesta es no, no puedes arriesgarte así, por favor, cúmpleme ese deseo tú a mí.

Ella cerró la boca, no quería dar su aceptación a ello porque no podría cumplirlo, lo había prometido, mataría a su padre, quizá no en ese mismo instante, porque Terry tenía razón, estaba embarazada y no se arriesgaría a perderlo, pero de eso a que dejara de entrenar o que desistiera de matarlo… no, eso no lo prometería jamás.

Ella dio por terminada la conversación de momento, quería explicarle todo lo que había sufrido para que él comprendiera por qué debía ser ella quien lo matara, era su venganza, la necesitaba, quizá más de lo que se imaginaba.

Le explicaría todo en esa noche, planeaba hacerlo porque no deseaba tener un problema con él, pero antes, ansiaba hacer el amor,

ansiaba pensar que Terry la amaría pese a su sed de venganza, a las irremediables ganas de ver a ese hombre morir.

¿Pensaría mal de ella? ¿La dejaría de respetar como lo hacía?

Terry siempre decía que las armas y las artes marciales se debían usar como último recurso para todo, que no eran para ser utilizadas belicosamente, ¿Se decepcionaría de ella?

Cuando terminaron de hacer el amor y Terry se encontraba relajado y feliz, acogiéndola entre sus brazos, encontró el momento de hablar y habló por largo y tenido; hablaron durante horas en las que ambos corazones se abrieron e irremediablemente estuvieron en desacuerdo y terminaron molestos.

En definitiva, jamás podrían ponerse de acuerdo, ninguno cambiaría de opinión y ella tenía que salvar a sus hermanas, al menos las que le quedaban, quería incluso saber lo que les pasó a las demás, aunque las hubieran abandonado.

Quizá Terry la odiaría toda la vida, incluso podría divorciarse de ella, pero lo prometió desde hacía mucho tiempo y haría lo que sea, lo que fuere con tal de salvarles la vida.

Capítulo 25

Akane pensaba que la esposa de Terry era una mujer encantadora, le había llegado a tener verdadero aprecio conforme a los días que pasaban juntas, incluso era divertido ver la forma en la que la joven embarazada desobedecía constantemente a su marido para salir de casa e ir con ella o reunirse con sus hermanas.

Era más que obvio que Terry la había olvidado por completo, lo que era más, parecía que ahora en serio la detestaba y entendía bien las razones, prácticamente le había roto el corazón para que se fuera de su lado y, ahora que volvía, parecía crearle problemas con su esposa, lo cual no terminaba de entender, sabía que Grace pensaba que aún la amaba, pero en realidad no sabía el por qué.

—Grace, ¿No es peligroso que vengamos por aquí? —inquirió Akane—. Parece desolado.

—Sí, pero tengo que hacer algo.

—¿Algo? —elevó una ceja— ¿Qué es ese algo?

—Bueno, he pedido que investiguen algo para mí.

—¿Por qué no decirle a tu marido? Seguro que con las conexiones que tienen descubrirían lo que sea en un santiamén.

—No, eso no —ella miró a su amiga—. Por favor, ha de ser un secreto entre nosotras, los Hamilton no se pueden enterar de esto.

—Me parece de lo más irracional.

—Te lo pido como amiga —le tomó las manos y la miró preocupada—. Es algo que tengo que hacer para proteger a mi familia, si ellos se enteraran… quizá me matarían.

—¿Qué has hecho Grace?

—Tú harías lo mismo, por lo que sé, estás siendo protegida por ellos por una razón, estás arriesgándote por alguien, ¿no es así?

—Grace, me has dicho que es por tu padre que los Hamilton tienen tantos problemas ¿o no?

Ella suspiró.

—Sí, es mi culpa en gran medida, quiere venganza sobre mí y ahora sé que está maltratando a mis hermanas de nuevo.

—Lo lamento, pero las águilas…

—Están actuando con demasiada precaución, muy lentamente, además, sé que puedo ayudarlas por mi parte.

—Dios, Grace, ¿Qué estás haciendo?

—Sshh —pidió la joven al notar que alguien se avecinaba.

Akane miró con terror a ese hombre grande y rudo que repentinamente se acercó a Grace, parecían conocerse de mucho

tiempo y eso a ella la aterraba, como un ser tan dulce e inocente como esa muchacha podría estar relacionada con ese bribón.

No era la primera vez que veía a Grace en una situación similar, aunque fuera la primera vez que su amiga la inmiscuyera directamente, quizá por no tener otra opción al haber llegado la hora de la cita mientras se encontraba con ella.

Grace no le permitió acercarse, hizo señas para que la esperara a una distancia adecuada, pero Akane, siendo quien era, logró acercarse sin ser escuchada y escuchó parte de la conversación.

Se sorprendió al darse cuenta que esa chiquilla estaba planeando ir en contra de su familia, de la nueva familia que había adquirido, era en verdad peligroso, en definitiva, los Hamilton no podían relacionarse con cualquier persona y Terry había cometido un error descomunal al casarse con alguien que era hija de su enemigo.

Grace regresó con Akane y enredó su brazo con el de ella, sonriendo tranquila después de ver a alguien tan… tan extraño y horroroso, la mirada de ese hombre lograba asustar incluso a una guerrera experimentada como Akane, ese hombre parecía capaz de hacer cualquier cosa con tal de alcanzar su objetivo.

—Grace, es insensato lo que haces, estás embarazada no puedes reunirte con gente que parece salida de las más bajas calles.

—Lo conozco bien, no te preocupes.

—¿Cómo puedes conocerlo? —negó—. Parece un delincuente.

—Sí… puede que lo sea, aunque no es nada nuevo para mí —dijo seriamente, para después sonreír cual ángel—. ¿Y bien? ¿Qué quieres hacer ahora?

Akane se sorprendió por el repentino cambio de actitud y pensó que esa chica podía tener una personalidad escabrosa, una en la que ocultaba su verdadero ser detrás de esa sonrisa y alegría constante.

Las jóvenes volvieron a casa del menor del Hamilton con sonrisas puestas en sus labios, habían pasado un día agradable pese al encuentro con aquel hombre extraño. Akane no sabía qué hacer, sabía que, si le decía a Terry sobre ello, jamás le creía, parecía en verdad enamorado de esa mujer y se notaba a leguas.

—Ninfa, ¿Dónde demonios te has metido todo el día? —sonrió el hombre cuando la vio entrar.

—Oh, la pasamos genial junto con Eri —Grace lo besó con cariño, aun estando ella presente, lo cual le parecía una barbaridad.

—¿Se ha divertido, señorita Eri? —dijo con forzada sonrisa.

—Mucho, mi lord, sigo estando en deuda con la señora por su hospitalidad y no sé qué hacer para con usted.

—¡Nada! Oh, Eri cuando entenderás que justo ahora, eres mi única amiga y eso me crea felicidad, puesto que a mis hermanas apenas puedo verlas.

—De todas formas, preferiría que no te agitaras tanto —Terry le tocó la mejilla a su esposa—. Bien, las veré en la comida, vendrá Publio y Aine a comer, ¿te lo encargo, amor?

—Lo tendré listo —asintió la joven de cabellos de oro y tomó la mano de Akane para llevarla a los jardines.

La japonesa estaba nerviosa, no sabía qué hacer o decir cuando ella le agradeció no haber dicho nada sobre el encuentro con aquel hombre, ella simplemente asintió y la miró de reojo.

—Veo que tú y tu marido se llevan de maravilla.

—Es bueno conmigo.

—Incluso te llama tan cariñosamente —le sonrió—, creo que la otra mujer ha quedado en el olvido, ¿no crees?

—Es diferente acostumbrarse a amar, él habla así porque es su naturaleza, es parecido a su madre en cuanto a ello, son cariñosos.

—Creo que no lo diría si no lo sintiera.

—¿Crees? —sonrió y negó—. Jamás podré pensarlo así.

—¿Por qué estás tan segura con ello? —negó Akane—. Parece esforzarse para que seas feliz.

—Y me hace feliz.

—¿Entonces…?

—Jamás podré creerle que me ama porque cuando estábamos en la cama la primera noche, él dijo ese nombre, el de ella.

Akane la miró sorprendida.

—¿Cómo…? ¿Él…?

—No lo ha vuelto a hacer, como era de esperarse, aprende rápido —sonrió—. Pero jamás pensaré que me ama en verdad.

—Lo lamento tanto, Grace, no pensé que algo así fuera lo que estabas enfrentando.

—No pasa nada, lo entendí desde el principio —se inclinó de hombros—, al menos ayuda a no sentirme culpable.

—¿Culpable por qué?

Grace la observó por largo rato con una mirada intensa que no parecía de ella, era otra persona, una seria y calculadora que aterrorizaría a cualquiera.

—Como sea, ¿piensas que debemos servir pudín en la comida?

—Grace, creo que él te ama y tú también lo amas a él, ¿Cierto?

—Al menos sé que yo lo amo a él —asintió.

—¿Por qué no se lo dices?

—Por Dios, Eri, después de tantos meses de matrimonio y de compartir una cama, no creerás que no le he revelado que lo amo.

Akane la miró con extrañeza, acaso le estaba mintiendo para tenerlo en su poder, ¿se daría cuenta Terry de lo que hacía? Seguro que no, los hombres eran idiotas cuando se enamoraban.

La mujer de la casa se perdió de la vista de Akane después de

aquella conversación, estaba esperando la hora de la comida, quizá en ese momento pudiera hablar con alguno de los hermanos de Terry, los dos mayores eran parte activa de las águilas y quizá la escucharan un poco más que el hombre que estaba enamorado de Grace.

Pasó por las habitaciones de la pareja, no hubiese querido escucharlo, pero había sido imposible no notar que en el interior se compartía algo más que un simple beso. Akane cerró los ojos y siguió caminando, no había podido evitar recordar cuando era ella la que estaba en los brazos de aquel hombre, siempre fuerte, vigoroso y varonil. Terry era un increíble amante, el sólo recuerdo le puso la piel de punta y sin pensarlo sonrió.

—¿Qué hacías?

La joven dio un pequeño suspiro y miró a la hermana menor de Terry, quién parecía vivir en la casa de los esposos, sabía bien que incluso su madre había intentado llevársela cuando ella se marchó, pero Kayla se negó y se plantó ahí como parte de la nueva familia.

—Iba hacia el comedor.

—Pero claro, te has quedado demasiado tiempo parada fuera de la habitación de mi hermano.

—No pensaba entrar, si es lo que piensas.

—Más te vale, créeme que no estoy más feliz que él de que estés aquí —se cruzó de brazos—. Quiero a Grace, no merece sufrir una decepción contigo rondándote.

—No intento meterme entre ellos, Kayla.

—De eso me encargo yo.

—¿Por qué estás contra mí? Yo no he hecho nada para que Grace me odie, incluso puedo decir que me aprecia.

—Sí, porque Grace es buena, quiere a todo el mundo.

Akane dudaba que la pequeña hermana de Terry se esperara la doble personalidad de Grace, pero tampoco recaía en ella contárselo, no le veía beneficio alguno en decirle a Kayla algo así, ella no era de las águilas y tampoco sería imparcial en el asunto, amaba demasiado a Terry y a Grace.

—Yo también la aprecio a ella.

—¿Por qué no te vas? —le dijo—. Sabes lo que afectas estando aquí, si acaso ella se llegase a enterar.

—No es mi culpa lo que ha dicho Terry —le dijo tranquila—. Y como sabrás, necesito la protección de tu familia.

—¿Y por qué razón?

—Creo que, si tus hermanos y padre no te lo han revelado, tampoco me corresponde a mí decírtelo.

Los ojos de Kayla Hamilton mostraron aquel característico destello que la definía como la hija del *hombre siniestro*, en sus ojos se mostraba la toma de un reto, la furia contenida y la meticulosidad de

un asesino experimentado.

—Cuidado con lo que dices, recuerda que sigo siendo su hija.

—Lo sé bien, pero no pienso violar las normas.

—Claro, normas —negó Kayla—, piensa lo que quieras, pero si yo le lloro cinco segundos a mi padre, él hará lo que yo quiera.

—Seguro no llegando al extremo de lo irracional.

—Quién sabe —sonrió—. Otra de las cosas que yo hago muy bien es mentir, a veces ni siquiera papá logra descubrirme.

—No soy el enemigo, Kayla.

En ese momento se abrieron las puertas de la habitación de la pareja Hamilton, apagando las risillas cómplices y las sonrisas bobaliconas para enfocarlas a ellas, quienes estaban a sólo unos metros, demasiado cerca de la recámara.

—¿Qué sucede? —se adelantó Grace con nerviosismo, mirando directamente a Akane.

—¡Nada! —sonrió Kayla y se tomó del brazo de su cuñada—. Grace, había pensado que quizá sería buena idea que nos fuéramos de vacaciones a Bath, me han dicho que es hermoso en esta temporada…

Las dos chicas se alejaron con dirección al comedor, dejando a Terry y a Akane en una soledad esperada por ambos.

—¿Qué hacías con Kayla? —dijo molesto.

—No todo lo que hago tiene que estar mal, Terry, sé que te lastimé, pero lo hice porque te quería.

—¡Cállate! —la miró furioso—. No vuelvas a decir tonterías.

—Terry, en serio, te sigo apreciando aún ahora —se acercó cuando lo vio comenzar a caminar—. Están en peligro.

—¿En serio? —dijo sarcástico.

—Terry —lo tomó del brazo y lo detuvo—. No confíes tan rápido en las personas, pensé que habías aprendido esa lección.

Los ojos verdosos de aquel hombre centellaron y sin pensarlo la tomó del cuello y la acercó a una pared, amenazándola, pero no aplicando fuerza alguna para lastimarla.

—¿Qué demonios dices? ¿Insinúas algo?

Ella lo miraba tranquilamente.

—No quiero herirte, sólo estoy advirtiéndote.

—¿De qué? —Akane cerró los ojos y esperó a que él la soltara, lo cual llegó pasados unos segundos en los que Terry se percató de lo que hacía y se alejó, parecía desconocerse a sí mismo—. Aléjate de mí y de mi familia.

La joven acomodó su larga cabellera negra detrás de su oreja y suspiró, sabía que con Terry le sería imposible hablar, pero quizá con alguno de sus hermanos sí, al menos alguno que no fuera Kayla.

Capítulo 26

Grace veía a Akane nerviosa, quizá no hubiese sido la mejor idea que estuviera tan cerca al momento de que ese hombre fuera a verla, quizá habría escuchado algo que la alarmaría y quisiera actuar. Pero sonrió, lo hizo lo mejor que pudo, tendrían visitas y era de suma importancia que no se mostrara nerviosa o acorralada.

—Hola, Grace —saludó Aine con una sonrisa—. ¿Mi hermano?

—Publio llegó antes —informó—, están en el despacho.

—Pero claro —rodó los ojos—. ¿Me permites?

—Por supuesto —le extendió la mano, invitándola a caminar hacia donde quería.

Grace vio como Akane miraba ansiosa hacia Aine, quién no notó tal cosa y siguió caminando hacia el despacho de su marido, dejado solas a las tres mujeres que no tenían nada que ver con la cofradía.

—Y bien, ¿Quieren algo de beber? —sonrió Grace—. ¿Gustan algo de vino?

—Gracias, yo sí —pidió Kayla.

La mujer ordeno a un mozo con la mirada y este rápidamente atendió al llamado de su señora.

—Eri, ya no nos hemos enfrentado tú y yo últimamente.

—No lo encuentro prudente, Grace, estás en cinta.

—Oh, pero aún puedo moverme con facilidad.

—Quizá, pero si saliera herida, su esposo no me lo perdonaría.

—Eso es verdad —dijo Kayla—, porque él la ama.

Akane miró intransigente hacia la menor, francamente la estaba desesperando, pero no podía explotar estando acogida por su familia, seguro que ella chiquilla tenía razón y si la hacía rabiar, habría consecuencias significativas.

—Eri, nunca me has dicho qué fue lo que sucedió para que terminaras aquí —dijo Grace, sorbiendo un poco de té—. ¿Por qué te deben de cuidar los Hamilton?

—Lo lamento, Grace, pero no puedo hablar de ello.

—Por supuesto, lo entiendo —rodó los ojos—. Seguro que nadie confía demasiado en la hija de un Lokard.

—Tú ya eres de confianza, mi amor —sonrió Terry, entrando en la habitación e inclinándose hacia su esposa quién estaba sentada en un sofá mientras los esperaban—. ¿Pasamos al comedor?

—Estamos esperándolos —sonrió con encanto la rubia.

Los hermanos siguieron a los anfitriones, pero Akane logró capturar a uno antes de que terminara de salir de aquel saloncito en el que se

habían dedicado a esperar a los integrantes de la cofradía.

—¿Sí, señorita Akane? —preguntó Publio al sentir su agarre.

—Lamento interrumpirlo, mi lord, pero es imprescindible que hable con usted lo antes posible.

—Estoy escuchándola ahora.

—No, ahora no, alguien podría oírnos.

—Le aseguro que quién sea que escuche en esta casa es de nuestra confianza para hacerlo —elevó una ceja—, las personas que habitan en nuestras casas son seleccionadas cuidadosamente.

—No en esto, creo que han confiado en la persona equivocada.

—¿Qué quiere decir?

—Por favor, permita que le diga esta noche, puede ir a mi habitación y le informaré lo que sé.

Publio Hamilton sin dudas era un hombre terrorífico, era más alto que su hermano menor, parecía más grave, más curtido y severo de lo que Terry sería capaz, siendo ella una experimentada guerrera, creía francamente difícil vencerlo y eso que no lo había visto mover ni un dedo sobre un arma.

—Bien —dijo después de un tiempo que Akane creyó eterno—. La escucharé entonces.

—En mi recámara, cuando todos se vayan.

—Nos veremos ahí.

Grace miró intensamente hacia Akane cuando esta entró junto a Publio, habían tardado lo suficiente como para que fuera notorio que estaban hablando entre ellos. La joven rubia se acercó a su esposo y habló con él, dejando que Kayla y Aine -quienes estaban cerca- lograran escucharla.

—¿Es que Publio trae algo con Eri? —sonrió Grace.

—No lo sé —le tomó la nariz y le besó la frente—. No seas entrometida, mi amor.

—Publio no quiere a nadie en particular —se burló Kayla—. Él es más de la clase de hombre que no piensa en nada más que en libros de medicina y misiones secretas.

—¡Hola! ¡Hola! —saludó de pronto Jason con una sonrisa placentera—. ¿Nos extrañaban?

—No en realidad —se quejó Terry.

—Qué mala suerte —se sentó Lucca—. ¿De qué hablábamos?

—De que Publio y la señorita Eri se gustan —dijo Aine sin tapujos pese a que sus hermanos y cuñada habían estado susurrando.

Akane los miró sorprendida y se volvió hacia Publio, quien ignoraba con magistral esmero las risas de todos los presentes.

—¡Qué dices! —negó Jason—. Pero si Publio vive con esa Ayla.

—Sí, es guapa, no tanto como Grace, pero pasable —sonrió Jason, congraciándose con la dama que rodó los ojos.

—No hagas caso Publio, Ayla es hermosa —dijo Kayla.

—Al final de cuentas, no es asunto de nosotros —dijo Terry, apoyando a su hermano que, al parecer, le importaba poco ser ayudado o no.

—¿Nada qué decir, Publio? —sonrió Lucca.

El hombre levantó la mirada, se había mantenido con la vista perdida durante un largo momento, parecía pensar en algo y se había abstraído en ello sin ninguna dificultad. Akane pensaba que tenía un temple en verdad envidiable, incluso logró sentirse atraída por aquella personalidad dominante y extraña.

—¿De qué hablaban? —preguntó el hombre.

—¡Agh! —se molestó Jason—. Siempre es aburrido molestarlo, nunca pone atención.

—O finge no poner atención —dijo Lucca.

—Es más listo que ustedes —sonrió Aine.

A partir de ese momento, la conversación fue más agradable, se divertían y reían mientras la pareja organizadora daba gala al romanticismo al cual los demás ya estaban acostumbrados, se podría decir que la joven pareja Hamilton era dichosa y lo eran aún más al saber que tenían a un niño en camino.

Grace y Terry subieron a sus habitaciones después de despedir a todos sus invitados, ambos parecían tranquilos y relajados después de una amena conversación entre los hermanos y los primos con los que, para ese momento, Grace se sentía tan cómoda.

—¿Qué sucede, Ninfa? —sonrió Terry, abriéndole la puerta.

—He notada rara a Eri —lo miró—. ¿Tú no?

—Nunca le pongo suficiente atención.

—Bueno, seguro que ahora lo notaste, incluso la han asociado con Publio —elevó ambas cejas.

—Lo sé, pero es una tontería, Publio jamás haría caso a alguien como Akane —se inclinó de hombros.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Bueno —le tomó la cintura—, porque a Publio le gustan las listas y esa mujer es una guerrera, pero no creo que sea erudita.

—¿Eso le quita puntos frente a tu hermano?

—Miles, por no decir que la deja en el rincón de las despreciadas por Publio, que son muchas.

Grace rodó los ojos y rodeó con sus brazos el cuello de su esposo, mirándolo coqueta y con una sonrisa arrebatadora.

—Los Hamilton tienen estándares muy altos.

—Sí —la besó—. Tú los superaste.

Terry la tomó en brazos y la llevó a la cama, soltando pequeñas risas mientras lentamente se desnudaban el uno al otro, besándose y jugueteando mientras caían desnudos sobre el colchón. Para ese

momento, Terry podía decir con total seguridad que estaba loca y perdidamente enamorado de su esposa, la amaba como jamás pensó volver a amar a una mujer, muy diferente a lo que había ocurrido con Akane cuando pensó que la amaba.

Con Grace todo era fácil, seguro y estaba completamente tranquilo al saber que ella no haría algo como lo que hizo Akane, sabía que ella lo amaba, lo notaba en la forma en la que sonreía cuando estaban juntos, por como lo tocaba, hablaba y besaba. Incluso cuando pensó que no podía quererla más, ella le daba un hijo.

Terry la recorrió con sus labios, la hizo retorcerse bajo sus manos y gritar cuando estuvieron unidos como uno solo, el cariño expresado de la forma más excitante, recorriendo cada una de sus terminaciones nerviosas y acabando en un nudo de sensaciones ahí donde se unían sus cuerpos de forma amorosa y amable.

La joven sentía que de pronto su cuerpo entraría en una convulsión que ya le era conocida después de tantos meses juntos, era la venida de una felicidad excitante y una paz y tranquilidad que sólo podría sentir en los brazos de su esposo.

En aquella ocasión, no quería separarse de él, planeaba dormir sobre él toda la noche, pero debido a su vientre hinchado, no le era fácil la tarea y siempre terminaba ella recostada en la cama y él acurrucado dulcemente tras su cuerpo, reconfortándola y dándole leves toques en el vientre.

Ella sonrió, Terry podría ser impredecible cuando hacían el amor, en más de una ocasión la había despertado en medio de gemidos debido a que él comenzaba mucho antes de que fuera consciente de lo que hacía, podían hacerlo casi en cualquier lugar y de cualquier forma que se le ocurriera a uno u al otro, lo cual era alucinante para ambos.

—¿Terry?

—¿Mmm? —su voz estaba cargada de sueño.

—¿Cuándo se va a ir Eri de aquí?

—¿En serio quieres hablar de eso ahora? —suspiró cansado.

—Sí, por eso te lo estoy preguntando.

—Espero que se resuelva su asunto pronto.

—Mm-hmm —ella se recostó en su almohada y miró hacia la puerta bruscamente—. ¿Has escuchado eso?

—¿Ahora qué pasa, mi amor? —parecía fastidiado de tener que seguir despierto después del cansancio.

—Escuché algo.

Terry siguió con los ojos cerrados otro buen rato hasta que él también escuchó algo; levantó la cabeza de la almohada y frunció el ceño, tratando de agudizar sus sentidos.

—¿Lo oíste? —dijo alterada—. Ahí está de nuevo.

—Sí, lo oí —él comenzó a pararse, poniéndose un pantalón y

abriendo la puerta con sigilo.

Grace se puso el camisón y la bata a todas prisas y tomó la daga entre sus manos, apretándola fuertemente mientras se acercaba a Terry por la espalda sin que él se diera cuenta.

En ese momento, Publio entró a la habitación por una ventana en un total sigilo, notando a su hermano mirando hacia el pasillo y a su cuñada con esa daga en resiste acercándose hacia él. El hombre dio un brinco silencioso y caminó seguro hasta tomar la muñeca de Grace y el hombro de su hermano.

—¡Publio! —susurró Terry, mirándolo a él y luego a Grace con la daga—. ¿Qué demonios?

—Estamos bajo ataque —miró a su cuñada—. No sé por cuantos frentes hasta el momento.

—¿Frentes? —preguntó el menor.

—Sí, parece que unos son de parte del padre de Grace, pero hay otros que los atacan a la vez que nos quieren atacar a nosotros.

—¿Cómo han sabido qué día atacarían unos y otros? ¿Cómo es que hay dos bandos al mismo tiempo? —se quejó Terry.

—No lo sé.

—Bueno, alguien tuvo que haberles advertido —dijo Grace—. Mi padre debe sacar información de alguien y la única que es nueva aquí es Eri, ¿por qué la tenemos aquí?

—¿Eri? —Publio frunció el ceño—. ¿La acusas de espía?

—Ella está bajo la protección de padre, no creo que…

—Es la única que parece siempre estar preguntando cosas —dijo Grace—, llegó de la nada y, en cuanto lo hizo, todo empeoró, mi padre atacaba más seguido y más certeramente.

—Es verdad —Terry miró a su hermano.

—No es verdad, ¡Ha sido ella! —apareció de pronto Akane—. Es Grace quién ha dicho todo sobre ustedes.

—¿De qué hablas? —rugió Terry.

—No hay tiempo —pidió Publio—. Tenemos que salir de aquí, tengo que ir por Kayla, Terry, ocúpate de ellas.

—¿Qué has querido decir? —gruñó de nuevo Terry.

—¡Terry! —le gritó su hermano—. Ahora no, sácalas de aquí.

—He hablado con Publio —dijo Akane hacía Grace—, sabía que me acusarías en cuanto tuvieras oportunidad, yo no soy la espía.

—¡¿Disculpa?!

—Ahora no —pidió Terry, escuchando que entraban a la casa a marchas forzadas—. Salgamos de aquí.

El hombre miró hacia la ventana por donde había llegado Publio, notando que la cuerda que había utilizado seguía ahí, colgando libremente hasta el suelo.

—Eres una maldita mentirosa, lo has engañado —apuntó Akane.

—No tengo idea de lo que hablas.

—¡Basta! —pidió Terry—. Lo resolveremos después, Grace, ven aquí ahora.

—¿Cómo puedes querer salvarla? —se acercó Akane—. ¿No te das cuenta que te engañó?

—Parece que es parte de mi personalidad ser idiota con las mujeres de las que me enamoro —le dijo brutalmente—. La bajaré y te esperaré para largarnos.

—¿Dejarás que entren a la casa? —Grace lo miró dudosa.

—Son demasiados, Publio dictaminó retirada.

—¿En qué momento dictaminó eso? —frunció el ceño la esposa.

—Código de águilas —dijo sin más, tomándola de la cintura y bajando por la cuerda, seguramente dañándose al hacerlo. Terry miró hacia arriba, esperando a la mujer—. ¡Vamos, Akane!

Grace se volvió con rapidez hacia él, asombrada ante lo dicho.

—¿Akane? —parpadeó—. ¿Has dicho Akane?

—Grace… —se intentó acercar, pero ella elevó las manos.

—Todo este tiempo… ¿ha sido ella? —dijo con dolor.

—Escúchame, por favor.

—Sí —se adelantó la japonesa—. Yo soy Akane.

Grace volvió la mirada hacia él.

—Me mentiste todo este tiempo, ambos lo hicieron —negó—. ¿Era acaso un plan? ¿Querías enamorarme para destruir a mi padre?

—No, Grace, por favor, ¿Cómo puedes pensar eso? Fuiste tú quien me buscó a mí, ¿Recuerdas? —él parecía desesperado.

Ella negó y comenzó a llorar. Dentro de la casa se escuchaba el estruendo, vidrios rompiéndose e incluso habían comenzado un fuego atroz que reduciría todo a cenizas, no sólo el interior, sino los sentimientos que se había iniciado en ella, parecía que el matrimonio Hamilton se destruiría en conjunto con lo que hubiese ahí dentro.

—¿Qué hacen ahí, idiotas? —gritó Publio sobre un caballo, con su hermana menor agarrada y con otro caballo a su disposición—. Suban, ya después arreglan sus estupideces.

Terry miró a su esposa y supuso que todo había terminado.

Capítulo 27

La casa de Publio Hamilton no era la más convencional, quien entrase al lugar podría saber que el dueño era excéntrico, de gustos peculiares y aparentemente ausente la mayoría del tiempo. Era normal ver aquella mansión con las luces apagadas y las ventanas y puertas cerradas, estaba por demás decir que parecía deshabitada.

Sin embargo, pese a lo que se pensara, era normal que Publio estuviera en casa, metido en un cuarto por debajo de los niveles habitables, donde tenía un laboratorio y un salón lleno de ejemplares valiosos de medicina. Era en el segundo salón donde todos se encontraban reunidos, había llegado Aine hacía más de media hora y el silencio no se conseguía quebrantar aún.

—¿Qué demonios pasó? —dijo entonces la mayor de todos.

—Yo estaba dormida cuando escuché que se quebraban ventanas —dijo Kayla, parecía asustada y el té que tenía en sus manos no parecía reconfortarla.

—Parece una emboscada doble —dijo Publio—. De parte de los Lokard y de alguien más.

—Seguro es gente del *talón de Aquiles* —dijo Terry—, sin querer se interfirieron en sus ataques.

—¿Talón de Aquiles? —frunció el ceño Ayla, la mujer que vivía en la casa de Publio, una hermosa rubia que ayudaba en todo lo que le era posible al dueño de la casa.

—Así le ha puesto Terry —dijo Aine.

—¿Quién nos traicionó? —dijo entonces Terry.

Los presentes miraron hacia las dos jóvenes que eran externas en todo aquello, eran nuevas en las vidas de los Hamilton. Grace y Akane estaban sentadas lejos la una de la otra, ambas enojadas y ambas a la defensiva.

—Yo ya he dicho a Publio lo que he visto —dijo Akane—. Es todo lo que sé.

Publio asintió.

—Akane me informó sobre las visitas que varios hombres le hacían a Grace —dijo el mayor—. Hombres extraños con los que se encontraba por todas partes, Akane dice que pasaba información sobre nosotros, movimientos y estrategias, así como nombres.

—Han muerto muchísimos de nuestro bando por ello —se puso en pie Aine, confrontando a Grace.

—No he hecho tal cosa.

—¡Te escuché! —acusó la mujer.

—¡Tú no sabes nada! A lo que yo veo, has venido a destruir todo lo que tengo, ¿por qué regresaste en primer lugar? —negó—. ¿Lo quieres de vuelta? ¡Es tuyo!

—No estamos hablando de Terry en este momento —dijo Publio—. Ambas son nuevas entre nosotros y…

—No he sido yo —Grace se puso en pie y miró a su marido, quien parecía alejado e imperturbable—. Terry, por Dios.

—Ella ha dicho que haría cualquier cosa por salvar a su familia —dijo Akane—. No le importa nada, incluso me dijo que las águilas actuaban lentamente y ella necesitaba rapidez. Quiere salvar a sus hermanas, ese es su delirio, incluso iba a matarte Terry, Publio lo ha visto también, ella tenía una daga y caminaba hacia ti.

—¡Estaba asustada!

—La escuché hace poco, ella les daba indicaciones de movimiento sobre Publio o sobre Aine, incluso les decía cando Terry estaría o no en casa —acusó—. Ella les dijo que atacaran hoy.

—De ser cierto, ¿Por qué me arriesgaría? Yo también estaba ahí.

—No te iban a lastimar a ti —dijo Akane.

—No estás diciendo nada que no pudieran descubrir solos —dijo la joven—, no hay algo que me incrimine.

—Claro que lo hay —dijo Akane—. Ella les dijo que distraería a Terry mientras ellos entraban a la casa para buscar lo que necesitaban, esas cartas que buscan al *talón de Aquiles*, dijo que Terry no se daría cuenta mientras ella estuviera en su cama.

—Grace —se tapó la boca Kayla.

—Debo admitir… —dijo Aine—. Que estoy con Akane, a ella la conocemos de más tiempo, estaba con padre desde antes, cuidó de ti Terry y…

—Sí, vaya que lo cuidó bien —se quejó Grace.

—Grace no puede habernos hecho esto —Kayla la miró suplicante —. ¿Verdad Grace?

—No he hecho nada.

—La única que tendría acceso a cosas esenciales de las águilas sería Grace —dijo Publio—. Estoy seguro que Terry no se lo diría a nadie que no fuera su esposa.

Grace se puso en pie y negó con la cabeza.

—Si han decidido acusarme desde ahora, no entiendo por qué me siguen preguntando.

—Para que te defiendas —dijo Aine.

—No parece tener sentido, no creen en nada de lo que digo —dijo enojada—. Es más fácil creer que he sido yo porque soy la hija de ese hombre y porque quiero salvar a mis hermanas.

Los Hamilton quedaron en silencio, no lo querían decir en voz alta, pero era la resolución a la que habían llegado.

—¿Han avisado a padre? —preguntó Kayla en una pequeña voz.

—Sí —dijo Terry, hablando por primera vez—. Están a salvo.

—Gracias a Dios.

—Y tú —apuntó a Grace—, te largas.

La joven negó con lágrimas en los ojos.

—Terry, ¿Qué dices? —se adelantó hacia él, pero Terry se alejó rápidamente—. ¿Por qué le crees a ella?

—No le creo a ella, parece que todo te indica a ti, incluso mis hermanos están convencidos.

—Terry… yo no he hecho nada malo, has sido tú quien metió a la mujer que amas bajo mi propio techo, ¿Con qué descaro?

—¿Es eso? —la miró—. Lo descubriste mucho antes, ¿verdad? ¿Querías vengarte de mí? ¿De mi familia? Desde un inicio intenté ayudarte, todos arriesgamos la vida por ti ¿y así correspondes?

Grace bajó la mirada y negó varias veces.

—Sólo quería salvar a mis hermanas… —dijo en una pequeña voz —, es verdad que le dije algunas cosas, pero todo era mentira, lo juro, trataba de ponerlo de mi lado. No he sido yo, Terry, en serio te amo, ¿Cómo lo haría? Jamás haría algo para dañarte.

Ella lloraba desesperada mientras tocaba su vientre prominente, protegiéndolo de las mortales miradas que ya la juzgaban desde el minuto en el que comenzaron a atar cabos en sus cabezas.

—Ya lo has confesado y ya antes me han engañado con ello —negó —. Lárgate de aquí, seguro tu padre estará feliz, te recibirá bien, ahora tiene todo lo que quería, toda la información que ansiaba.

—Estoy embarazada de tu hijo.

—¿Quién puede creerle a una mentirosa? Nos engañaste a todos.

—Me puedes acusar de muchas cosas Terry, pero no de esto.

—Indicaré a alguien que te saque de aquí —dijo sin mirarla—, no quiero volver a verte.

—¿Ni siquiera cuando nazca tu hijo?

—En todo caso de que fuera mío, me lo quedaré.

—No te atreverías a separarme de él.

—Ponme a prueba, Grace, verás de lo que soy capaz.

Akane miró salir a Grace en medio de lágrimas y desesperación, internándose en la oscuridad, en la amenazadora madrugada de Londres y en la desventura de saberse desolada con un hijo a su costa.

—Bien, todos los demás, pueden dormir aquí —dijo Publio—. Esperemos que no sepan que esta casa es mía.

—Nadie sabe eso —dijo Aine—, prácticamente esta casa está desolada siempre.

—Pero ahora que Grace se ha ido de aquí, lo sabrán —dijo Akane con presura.

—Eso es verdad —suspiró Terry—. Tenemos que separarnos,

¿nuestros padres están bien?

—Sí —dijo Aine y miró a Terry, tratando de hablar con tiento— ¿Estás seguro de lo que has hecho? Esa mujer lleva a tu hijo.

—Supuestamente.

—¿Dudas que sea tuyo? —dijo sorprendida Kayla.

—Sé que la quieres Kay, pero ella nos engañó a todos.

—Bien, no hay tiempo que perder —dijo Publio—. Aine, tú tienes que seguir protegiendo a Akane, tenemos conocimiento que el talón de Aquiles sabe sobre ella y Terry. Pensará que es un punto al cual atacar para doblegarlo a él.

—¿Por qué? —preguntó Kayla.

—Porque piensa que la ama y ahora que ha corrido a su esposa, eso será mucho más evidente.

—Me encargaré de ella —dijo la mujer—. Nos iremos a una posada por ahora.

—Bien, Kay vas con nuestros padres, Terry y yo veremos los daños y pérdidas en la propiedad.

Los hermanos se separaron de inmediato, cada uno en su tarea. Akane se repudiaba a si misma por lo que había hecho, era cruel para Grace, pero necesario, no tenía nada en su contra, pero en ese preciso momento, no tenía más opciones que ir contra ella, esperaba que estuviera bien pese a todo lo que estaba por ocasionarle.

Capítulo 28

Aine le dio entrada a una casa lejos del centro de la ciudad, era bonita, pequeña y poco decorada, pero parecía ser habitada por la chica en cuestión y Akane no estaba para poner replicas a ello.

—Quédate aquí, Akane, tengo cosas que hacer, estarás segura.

—Gracias, Aine.

—No hay problema —sonrió—. Trata de no encender luces, no llames demasiado la atención.

—Bien.

En cuanto Aine dejó el lugar, Akane se colocó nuevamente su abrigo y esperó pacientemente a que pasara un tiempo prudencial en lo que la hermana de Terry se retiraba, no sabía bien donde estaba, pero seguro que alguien los había segundo hasta ahí.

Cerró la puerta con cuidado y apenas estaba bajando los primeros escalones, cuando de pronto la tomaron desprevenida y la jalaron hacia una oscura callejuela justo junto a la casa de Aine.

—¿Qué pasó? —dijo el hombre.

—La han corrido —asintió con miedo—. La echaron, seguro que no sabe a dónde ir ahora, estará a su merced, se lo aseguro.

—Esa mocosa tiene más vidas que un gato —dijo el señor Lokard —. No me será fácil encontrarla ¡maldición! Te dije que encontraras una forma de mantenerla junto a ti.

—Si hacía eso, me descubrirían.

—¿No sospechan?

—No, están seguros de que ha sido ella —dijo sin aire—. ¿Encontraron lo que querían de la casa?

—Había lo suficiente, debo admitir que no demasiado, son buenos escondiendo cosas estos Hamilton.

—Al parecer no son tan listos como piensa, han caído en su trampa como moscas.

—Eso es porque yo soy más listo que ellos.

—Querrá decir que la *sombra* lo ha ayudado lo suficiente.

El hombre la miró fieramente.

—Tienes una larga boca para alguien que está en tantos problemas —elevó una ceja—. No has terminado tu trabajo, es más, no tengo nada, no tengo a Grace, tampoco a los Hamilton.

—Hago todo lo que me dice que haga.

—No es suficiente.

—Por favor… al menos déjeme verlo.

—No lo creo, princesa, me imagino que ha de ser desesperante,

¿Verdad? El terror ha de ser constante.

—Por favor…

—Será mejor que te muevas si no quieres que algo le pase.

Akane lloró y asintió.

—¿Qué debo hacer ahora?

Grace entró en aquella habitación envejecida y poco amueblada que había rentado, estaba asustada, tenía frío y los nervios la acosaban mientras esperaba a que llegaran y le preguntaran sobre lo que había sucedido, seguro que nadie estaría muy contento con ella.

Cerró los ojos y esperó.

Esperaba por sobre todas las cosas que sus hermanas estuvieran bien pese a todo, había hecho lo pertinente para ayudarlas y si no había sido suficiente, se lanzaría de un puente.

—Supongo que tendrás miedo —le dijeron de pronto, provocando que ella se pusiera rígida por unos segundos—. Aunque no veo por qué, si ya sabes que todo es parte del juego.

—Terry —lloró Grace y se lanzó a sus brazos—. Dios santo, creí que moriría de tristeza cuando dijeron todo eso sobre mí.

—Tranquila, lamento haber sido tan brusco contigo.

Ella negó de lado a lado.

—Entiendo, era necesario —lo miró intensamente—. ¿Crees que lo haya creído?

—Sí, seguro que justo ahora Aine está escuchando una buena conversación —aseguró, abrazándola con cariño.

—Esto es tan terrible —se tocó el vientre hinchado—. ¿Con qué la estarán amenazando para que actué así?

—Creo que con lo mismo que tú proteges ahora —colocó una mano sobre la que Grace mantenía en su vientre.

—¿Un hijo?

—Sí —se sentó en el delgado colchón y la miró—. No dormirás aquí ni en broma.

—Terry… —ella se acercó y se sentó junto a él con incomodidad—. Acaso… ¿crees que sea tuyo?

Terry la miró por largos momentos en una total seriedad, para después echarse a reír con ganas, aceptando que su esposa lo golpeara fuertemente con lo primero que se encontró.

—Bien, bien, ya basta —apartó de ella aquel palo—. Por supuesto que no puede ser mío, Grace.

—¿Por qué no?

—Bueno, porque lo he preguntado al monje calvo.

—¿El hombre que te entrenó en Japón?

—Sí, ha tardado la respuesta, pero no, el niño no es mío —le tocó la mejilla—. Aun así, es horrible que esté siendo amenazada con ello, es lo peor que le pueden hacer a una madre.

—¿Cuánto tiene el niño?

—Parece que fue un niño que tuvo hace tiempo, lo dejó al cuidado de una familia y ella daba dinero a la casa… parece que tiene unos cinco o seis años.

—¡Dios santo! Estará consciente de lo que le sucede —negó—. ¿Todo por conocerte?

—Por estar ligada de alguna forma a mí y a las águilas, aunque no forma parte de ellas, conoce bien a padre y a mí más —ella se mostró molesta y volvió la cara hacia otra parte. Terry se sentó sobre la cama y le tomó la barbilla, volviéndole la cara hacia él—. Te amo a ti, ¿puedes recordarlo?

Grace bajó la cabeza. Aún recordaba la impresión que sintió cuando de pronto él le había contado todo en su cumpleaños, cuando le dijo sobre Akane y lo que la hacía estar dentro de su casa, la forma en la que planeaban descubrirla y la propuesta de Terry para alejarla de todos los problemas que se avecinarían.

Como era de esperarse, Grace se había negado y, por lo contrario, propuso ayudar a descubrirla como la espía. Desde entonces ella hacía esos teatros de encontrarse con hombres que en realidad eran parte de las águilas y Akane lentamente fue cayendo en cuenta, pasando la información a los hombres de Lokard y al mismo tiempo al *talón de Aquiles*.

Era la razón por la cual se habían encontrado esa noche, una doble espía. Seguro que Akane buscaba librarse de esos hombres al haber contactado al *talón*, pero ahora parecía en más aprietos que antes, simplemente estaba ahorcándose a sí misma.

—¿Crees que fuera buena idea desaparecerme?

—Sí, tu padre está ansioso por tenerte en sus manos —negó—. No puedo arriesgarme a perderlos, estás a poco de dar a luz.

—Lo sé —se tocó el vientre—, pero…

—Publio cuidará bien de ti, lo prometo, iré a verte cada que pueda hacerlo, pero cumple esto mi amor, necesito saber que estás a salvo para lograr rescatar a tus hermanas de sus garras y terminar todo esto de una buena vez.

—¿Terminar? —negó—. Aún no saben quién es el *talón de Aquiles*, mientras no lo sepan, siempre estaremos en peligro.

—Lo sabemos, pero Publio escuchó algo interesante, parece ser que hay un escondite donde tu padre y otros maleantes esconden cosas o personas importantes.

—No entiendo.

—Creemos que tienen encerrado a alguien que sabe quién es el *talón de Aquiles*.

—¿Sabes? Me gusta más como lo llama Akane, la *Sombra* —sonrió —, sin ofender, pero suena más respetable, es la sombra de la

cofradía, no la toman en cuenta, pero sabe perfectamente lo que van a hacer y cómo actuar en su contra.

—Aun no entiendo cómo es que lo hace.

—¿Infiltrados?

—Tal vez.

Ella lo miró con tristeza.

—¿Me iré mañana?

—Sí, Publio vendrá por ti en unas horas.

—Te echaré de menos.

—Tú no sabes lo que será para mí —la abrazó—, me mata pensar que tal vez no estaré presente cuando nazca mi propio hijo.

—Esperemos que estés presente el resto de su vida.

—Eso busco también.

—Mientras tanto, ¿Qué harás?

—Tenderle una trampa a Akane, tratar de ponerla a salvo al tiempo que derrumbamos a tu padre y, con suerte, atrapamos a la *sombra* de la cofradía.

—Parece una tirada en alto.

—Estoy siendo positivo.

—Te deseo suerte.

—Gracias —sonrió—. Tratemos de dormir por unos momentos, tantos como nos sean posibles.

Ella asintió y se acomodó entre los brazos de Terry, echándolo de menos desde ese momento, pero confiando en que salvaría a sus hermanas, terminaría con el horror de su padre y, con mucha suerte, descifraría lo que ocurría con la misteriosa *sombra.*

Por el momento, Publio quedaría fuera de la jugada, él se encargaría de defender a Grace y de ayudarla a dar a luz si se presentaba el momento, no era algo que a Terry le agradara, pero Akane sospecharía menos con ese acomodo.

A las pocas horas de haber dormido, Publio llegó a recoger a la esposa de su hermano, él no entendía del todo ese tipo de apego, pero esperó pacientemente a que su hermano y su pareja se despidieran con el cariño pertinente, antes de llevársela de su lado en conjunto con su hijo no nato, al que seguro no vería nacer.

Terry, vio partir a su mujer con el único hombre al que le confiaría su vida. Suspiró. No tenía una casa a la cual volver, se había reducido todo a cenizas, apenas y se podría saber que en algún momento fue una casa de nobles. El olor a quemado era atosigante, el humo seguía saliendo de los rincones y la gente se metía para robar lo que era rescatable del lugar.

Se encontró rápidamente con su hermana Aine, sentada en las escaleras ennegrecidas por el fuego y el humo. Estaba vestida de negro, con una capa que cubría sus cabellos y oscurecía su pálido

semblante que la hacía parecerse a su madre.

—¿Encontraste algo? —se acercó Terry.

—Hermano mío tu princesa japonesa se encontró con el malvado rey —sonrió—. La estaba amenazando, va tras tu mujer y por ti.

—Eso ya lo sabíamos.

—Sí y nos están siguiendo, supongo que a Publio también —miró a sus alrededores—. ¿Cómo le harás con la otra princesa?

—Publio estará en camino al lugar seguro, no dudo de su habilidad para deshacerse de un maleante.

—Ni yo tampoco, ¿Cómo haremos para que caigan en nuestra trampa? —inquirió la joven.

—Dándoles algo de lo que desean.

—¿Pondrás a tu esposa en peligro?

—Claro que no, ellos quieren algo de aquí, lo han venido a buscar, ¿no es así?

—Sí, Akane mencionó unas cartas, ¿de qué iban las cartas?

—Información sobre la *Sombra* —Terry la miró—. Es como si hubieran perdido la forma de comunicarse, ahora lo entiendo, piensan que nosotros lo habremos descubierto o lo descubriéremos.

—Y si ellos no saben dónde buscar y poner a salvo a su "comandante", entonces buscan protegerlo de otra manera.

—Quitándonos a nosotros la forma de encontrarlo también.

—¿Qué habrá en el escondite que Publio ha encontrado?

—Supongo que hay una forma de encontrar a la *Sombra* y una persona ahí lo debe saber…

—Tenemos que encontrar la ubicación —urgió la mayor—, pero, el cabecilla tiene que ser el padre de Grace y nosotros no podemos entrar a esa casa.

—Pero sabemos quién está dentro —dijo Terry.

—Esas chicas no harán nada por ayudar, las tiene atemorizadas.

—Pero quieren ser libres.

—Terry, si tu atas a un elefante desde pequeño a una estaca, aprenderá que no puede contra ella y aún en su inmensidad, no hará por moverse, puesto que aprendió que no puede escapar de la estaca.

—Sé que no es lo más sencillo, Aine, pero la hermana más valiente de las Lokard está incapacitada por mi culpa, tenemos que confiar en las demás chicas.

—Si es lo que piensas… —se inclinó de hombros.

—Es lo que espero —suspiró—. ¿Cómo están nuestros padres?

—Bien, papá tranquiliza a mamá.

Terry asintió severamente y miró a su alrededor.

—¿Por qué habrán perdido comunicación con *la Sombra*?

—Quizá quiere deslindarse de esto.

—No lo ha querido durante años, ¿por qué ahora?

—No lo sé, tendremos esas respuestas cundo sepamos cómo encontrarlo, por ahora, deberíamos regresar a la casa, seguro que Akane está ansiosa por verte.

Terry volvió la vista hacia ella.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir, qué tienes que actuar, Terry —dijo Aine—. Sí estás enojado con tu mujer, entonces, por lógica, buscarás a otra.

—No tiene que ser así.

—Pero en ti si es así.

—¿Quieres que engañe a Grace?

—No, quiero que finjas engañar a Grace —Terry la miró con cara de pocos amigos, pero sabía que Aine no cambiaría de opinión.

—Estás enloqueciendo.

—Quizá, pero es la mejor solución —lo miró de arriba hacia abajo —. ¿Estás seguro de que no desconfiarán de que Grace desapareció de la faz de la tierra?

—Puede que sospechen, pero para ese momento, ella estará a salvo bajo el cuidado de Publio.

—Debo admitir que tenía mis dudas sobre ella, pero ha demostrado ser de fiar… cuando te casaste debo confesar que me la pasé vigilándola los primeros meses, esperando a que se equivocara.

—¿Qué tú qué?

—No puedes culparme, padre estaba de acuerdo.

—Por supuesto que lo estaba.

—Bueno —ella le tocó un hombro—. A trabajar hermanito, si pensabas que esto era complicado, estás a punto de darte cuenta que todo se tornará para peor, ahora que Publio no está, será una patada en el trasero.

—Supongo… pero ha sido él quien pidió que así fuera.

—Seguro que algo tiene en mente, habrá que confiar en él.

Capítulo 29

Grace iba en camino junto con Publio Hamilton, la joven siempre lo había juzgado como una persona asombrosamente tenebrosa, pero ya que lo tenía enfrente, parecía más bien alguien reservado, ensimismado y que gustaba de la soledad y el silencio. No le había dirigido ni una palabra en todo el camino, Grace ni siquiera sabía hacia donde iban y no se atrevía a interrumpirlo en lo que fuese que estuviese leyendo.

—Me resulta molesto que me miren con esa intensidad mientras trato de concentrarme —el hombre cerró el libro—. ¿Tienes alguna pregunta? O simplemente te gusta incordiar.

—Lo lamento —se sorprendió—. En realidad, tengo miles de preguntas, pero no creo que quieras responder a ninguna.

El hombre suspiró, parecía buscar algo de paciencia y la miró.

—Dime, trataré de responder.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Dartford, estarás segura ahí.

—¿Vendrá Kayla pronto?

—En uno u dos días, estamos intentado que se deshaga de sus vigías, no sabemos si matarlos o no.

—¿Cómo harán para entrar a mi casa?

—Eso es cosa de Terry, no me preocuparé por ello.

Grace se sorprendía por la frialdad de ese hombre, pero entendía, de nada le serviría estresarse por algo en lo que ni siquiera podía intervenir o ayudar.

—¿Vendrá Ayla?

Publio suspiró y la miró con aburrimiento.

—Grace, no hagas preguntas tontas por favor, ¿Para qué vendría ella aquí?

—Bueno, ¿en dónde la piensas dejar?

—En casa, donde debe quedarse.

—¿Ella es tu…?

—No es de tu incumbencia.

—Es verdad, pero es de mi curiosidad.

—Lo lamento demasiado.

Grace entendió que Publio no hablaría sobre cosas privadas, le parecía un don excepcional, la gente normalmente no podía dejar de hablar de sí mismos, parecería como si les agradara demasiado su voz o pensaran que su vida era lo suficientemente interesante como para ser contada una y otra vez. Estaba segura que la vida de Publio debía

ser en verdad interesante y él no hacía alarde de ello.

¿Tendría algo que ver?

¿Acaso las personas con cosas interesantes qué decir sobre ellas mismas, habían perdido el interés de contarlas? ¿Dejaban a las personas a la deriva de escuchar a fanfarrones y tontos?

—Creí decirte que me molesta que me miren.

—Sí, lo lamento Publio, pero en verdad me pareces interesante.

—A mí también me pareces interesante —la miró—. ¿Te acostumbraste al dolor y por esa razón casi no lo sientes?

Ella bajó la cabeza con una sonrisa y asintió.

—Puede ser, ¿piensas hacerme un experimento?

—Ya veremos qué tanto dolor puedes experimentar a la hora del parto, eso será en verdad interesante.

—Eso es cruel.

—Quizá, pero así aprendemos los médicos —Publio miró hacia el exterior de la carroza y asintió—. Ya hemos llegado.

Él bajó primero y ayudó a su cuñada a hacer lo mismo, el lugar donde se quedarían no tenía nada que ver con la lujosa propiedad de Terry o la enorme mansión de los Sutherland, en su lugar, era una casita pequeña, envejecida y en medio de un gran prado en un elevado relieve.

—Me parece bonita.

—Qué bueno, porque vivirás en ella el resto de tu embarazo.

—Tampoco falta tanto —sonrió la joven.

—Sí, hablando de ello, te tengo que revisar.

Grace sintió que se desmayaría, ¿acaso el hermano de Terry pensaba hacer lo mismo que sus médicos? Ella… quizá no sería tan buena idea estar en un lugar tan desolado.

—Publio, en realidad me siento un tanto…

—Sé que no es lo que quieres, créeme, Terry tampoco es el más contento, yo tampoco estoy que echo brincos, pero es lo que hay.

—Claro —se sonrojó—. Vamos a la casa.

La joven miró el interior, era cálido, reconfortante y hogareño. Sabía que debería cocinar el resto de días que le quedaban ahí, sabía que Kayla no sabía cocinar y Publio quizá cocinara, pero era mejor no probarlo en cuanto a ello.

—Bien, hay dos habitaciones, yo me quedaré en la de abajo y tú puedes ir a la de arriba.

—Gracias.

—Cuando estés lista, me llamas y te revisaré.

Publio no le estaba dejando opción, por lo cual decidió no llevarle la contraria a tan tenebroso hombre y simplemente fue a la recámara, se colocó algo más cómodo para su revisión y llamó a su cuñado con vergüenza.

—Bien Grace, ¿incomodidades?

—No —dijo en una pequeña voz, cerrando los ojos mientras él revisaba su embarazo, tratando de menguar la vergüenza.

Publio parecía concentrado, no hablaba mientras revisaba su cuerpo, escuchaba su corazón y tanteaba su vientre, él en realidad parecía verdaderamente profesional, pero para Grace sólo era el hermano de su marido revisándola, trató de pensar en otra cosa, incluso cantó en su cerebro para desviarlo del presente.

—Parece que todo va bien —se alejó el hombre—. Aun así, si tuvieras alguna incomodidad, me llamas.

—Gracias, Publio —ella seguía azorada a pesar de la forma profesional en la que él la estaba tratando.

El hombre sonrió enternecido mientras se limpiaba las manos y miraba a la mujer que rápidamente se había tapado con una bata.

—No debes avergonzarte, soy médico.

—Lo sé, pero no dejas de ser mi cuñado.

—Mejor no lo pienses demasiado.

Publio la dejó en soledad, dándole tiempo para acariciar con cariño su barriguita, donde se escondía su pequeño bebé y sonrió, esperaba que se pareciera a ella, no quería pensar lo que sería lidiar con un carácter como el de Terry, sonrió, aunque eso le doliera a él.

—Bien bebé, es hora de que te relajes un poco, han sido días pesados para alguien que no ha nacido.

La joven fue a recostarse, pensando en lo mucho que extrañaba a su esposo y en la falta que le haría durante sus últimos días de embarazo. Apoyaba su decisión de alejarla, aunque en un principio se rehusó, la verdad era que estaba por dar a luz y sería lo mejor alejarla de los problemas.

—No lo extrañes demasiado, vendrá a vernos, te lo prometo —miró por la pequeña ventana de la casa—, sólo espero que esa malvada bruja no se le insinué, porque entonces, sí que morirá papá.

Grace sonrió al recordar lo furiosa que había estado con él cuando le había confesado en medio de la oscuridad sobre la verdadera identidad de Eri; habían hecho el amor y estaban tranquilos y relajados en los brazos del otro, charlando de otras cosas, cuando de pronto él había soltado la bomba.

Decir que lo golpeó era poca cosa, prácticamente utilizó todo lo que estuviera a su alcance para lanzárselo, tratando de alejarlo de ella, estaba siendo un tanto irracional por esos momentos, pero creía que era justificable al final de cuentas.

Después de un buen rato en el que aceptó sus gritos, sus injurias y sus golpes, Grace estuvo dispuesta a escuchar, momento en el que Terry relató los últimos eventos, unos en los que su padre tenía que ver, en los que moría gente, en los que había sospechas de traición y

en los que se sospechaba de ella como posible espía.

Para ese momento, el tema de Akane había pasado a segundo plano y Grace luchó por defenderse, pero, al parecer, Terry confiaba en ella y la había descartado de sospechas en seguida, pero sus hermanos no, ni tampoco su padre.

Armaron un plan en ese momento para hacer caer a Akane, quien era la segunda en la lista y se pusieron en marcha.

Terry se había arriesgado con ella, si acaso fuera la espía, seguro estarían todos muertos, pero confió en ella, se jugó la vida de su familia y de él mismo por ella, así que no pudo seguir amonestándolo por lo de Akane, aquello demostraba lo que realmente sentía, la quería a ella y confiaba en ella.

No había dudado ni un segundo, la defendió y parecía ser que le parecía más factible que Akane lo engañara, a que lo engañara Grace. Incluso le contó lo sucedido en Japón, cosa que le costó trabajo de digerir, pero entendió, era pasado y él demostraba a cada momento, qué deseaba que ella fuera su presente.

Terry entró en la casa de emergencia de Aine, donde Akane se encontraba sentada en un pequeño sofá, esperando por él, parecía ansiosa y nerviosa, miraba hacia todos lados con constancia y temblaba un poco debido a la oscuridad en la que se mantenía, ni siquiera había una chimenea encendida.

—Akane, ¿te encuentras bien?

—¡Terry! —ella se levantó de un brinco y lo abrazó.

El corazón de Terry sintió una punzada de molestia, no podía creer que debiera aceptar aquel cariño, cuando lo único que quisiera era estar junto a su esposa, cuidando de ella, esperando por la llegada de su primer hijo.

—¿Qué sucede? —la apartó de sí.

—Esperaba por ti, ¿cómo ha ido? ¿Se quemó todo?

—Sí, no ha quedado nada.

—Lo lamento muchísimo.

—Será lo mejor, así borraré toda señal de que ella vivió ahí.

Akane bajó la cabeza, ocultando su remordimiento.

—¿No sabes nada de ella?

—¿Por qué habría de importarme? —se apartó—. Me engañó.

—Terry… creo que estás siendo duro, ¿recuerdas que está embarazada? —se sentó junto a él en el sofá.

—No lo olvido, pero hasta donde sé, ese niño podría ser de cualquier persona —se inclinó de hombros—, solía salir bastante.

—Yo estuve ahí la mayor parte del tiempo y te aseguro que ese bebé es tuyo —intentó la mujer.

—¿Por qué buscas defenderla?

—No a ella —dijo—. Al bebé, él no merece sufrir.

—Quizá, pero yo nunca estaré seguro de si es mío y no tengo planeado criar bastardos de otros.

—Eres duro —frunció el ceño.

—Me he hecho duro con el tiempo —aceptó.

—¿Tampoco a mí me perdonas?

Terry se sentó correctamente en su asiento y la miró.

—Descubrí la verdad —le dijo—. Estuviste casada, pero tu marido murió hace demasiado tiempo, mucho antes de que yo llegase a Japón y que estuvieras conmigo.

—Sí —ella bajó la cabeza.

—¿Por qué mentir?

—¿Por qué? —lo miró—. ¿No lo sabes?

—No tengo ni la menor idea, te darás cuenta que a las mujeres les es fácil engañarme, sobre todo cuando siento algo por ellas.

—Creo que entenderás que lo hice porque te amaba… aún lo hago —sonrió dulcemente—. Tú no podías quedarte en Japón, eres parte de esto, tienes una familia a la que amas y creo que incluso amas demasiado Londres… no podía apartarte de ello.

—No me querías lo suficiente como para seguirme.

—No, es verdad, siempre seré egoísta.

Terry asintió un par de veces.

—No sé si agradecerte o detestarte.

—¿Por qué?

—Gracias a ti, regresé y me casé —rodó los ojos—. Ahora estoy metido en este problema, si acaso tú no me hubieras dicho la verdad… aún seguiría a su lado.

—Sí… lamento que fueras engañado de nuevo.

—Es una normalidad para este momento.

—¿Qué harán? El padre de ella y los otros jamás se rendirán.

—Lo sé, pero ahora que Grace se ha ido de mi lado, espero que el padre me deje tranquilo, ella no tiene nada que ver conmigo ahora.

—¿Te creerá?

—Supongo que lo hará, porque estarás a mi lado.

—¿Qué dices? —una sonrisa traviesa salió de sus labios.

—Dijiste que aún me amas, ¿o no?

—Sí, pero… tú no me quieres a mí.

Terry la miró por largo rato, detenidamente, recordando a cada momento a la mujer que en verdad amaba.

—Debo admitir que cuando regresaste fue… difícil no caer ante ti —le dijo—. Estaba casado, pero ahora no lo estoy.

—Sigues casado.

—No a mi parecer.

—Dices que… ¿Quieres acostarte conmigo?

—No —se rascó la cabeza—, al menos quiero retomar el cariño que te tenía, sé que puedo encontrarlo de nuevo.

Ella sonrió de lado a lado y asintió.

—Verás que lo recordarás Terry, sé que sí.

Terry cerró los ojos con fuerza cuando ella lo abrazó de nuevo, no sabía si ella le había creído en verdad o también estaba fingiendo, con Akane cabía la posibilidad de cualquier cosa, así como él quería sacar algo de ella, era lo mismo para el otro lado.

—Terry —llegó Aine, sorprendiéndose ante la escena y retrocediendo un poco—. Eh, tengo que hablar contigo.

—Voy —se separó de Akane con tiento y sonrió antes de ir con su hermana, a sabiendas que ella intentaría escuchar.

Los hermanos salieron de la pequeña casita y se alejaron lo justo para que ella pudiera seguir escuchándolos.

—No finjas tan bien —susurró y le dio un zape en la cabeza.

—¡Agh! —la miró con desagrado—. Demonios Aine, no entiendo lo que quieres.

—Como sea —rodó los ojos—. Creo que tenemos información importante sobre la ubicación de la *Sombra*, nos llegó esta carta de los exploradores, parece que hay un escondite.

Terry fingió leer aquella nota y miró después a su hermana.

—¿Quién está ahí?

—Creo que incluso los Lokard intentarían ir, pero no creo que sepan la ubicación.

—Así que a los Lokard les hace falta ayuda para poder contra nosotros —negó—, era de su ponerse.

—Como sea, partiremos en cuanto los exploradores traigan una información más específica.

—Bien, mantenme informado.

El menor fijó sus ojos en los de su hermana, haciendo una pregunta silenciosa que ella respondió con un simple asentimiento de cabeza. Su hermana había logrado identificar a Akane cercana a una ventana y ahora sabían que pasaría la información recibida a los Lokard, quienes eran los que la tenían cautiva y a su hijo también.

Era más que seguro que los seguidores de *la sombra* también se enterarían eventualmente y acudirían al lugar de encuentro, aprecia ser que los seguidores eran idiotas sin su líder, por lo cual era su prioridad encontrar cuanto antes a la desaparecida persona.

Capítulo 30

Grace despertó en medio de un susto, era normal que tuviera pesadillas sobre su padre, sobre sus hermanas muertas y cosas terribles sobre los Hamilton, sobre todo su esposo, incluso soñaba que perdía al bebé o lo tenía muerto en sus brazos, era terrible.

—¿Mi amor? —ella gritó fuertemente y salió de la cama de un brinco—. ¡Grace! ¡Soy yo! ¡Ninfa, soy yo!

—¿Terry? —se tocó el pecho y fue a abrazarlo—. ¡Casi me sacas un infarto, gran tonto!

—Me doy cuenta —la abrazó de vuelta—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿Qué estás haciendo aquí?

—Publio me dijo que en cualquier momento puede nacer el bebé, así que… no sé, quería estar cerca, al menos los días que pueda.

—¿Qué le dijiste a Akane? ¿Cómo es que estás aquí?

—Hasta donde ella sabe, estoy investigando más sobre el próximo asalto que haremos.

—¿Cómo están todos? Publio no me dice nada, estoy tan preocupada, ha pasado demasiado tiempo y…

Terry se sentó, colocando la cabeza en la cabecera y atrayéndola para que hiciera lo mismo sobre su pecho, besándola con cariño antes de abrazarla con ternura, permitiendo la posición acariciar la prominente pancita con libertad.

—Él no te lo dice por una muy buena razón —la abrazó con un poco más de fuerza—. Tienes que estar tranquila, Grace.

—Este bebé estará bien, pero su madre no lo estará si sigo en esta incertidumbre diariamente —volvió la cara hacia él—. Tus hermanos, mis hermanas, tus padres ¿Cómo están todos?

—Mantenemos en vigilancia a tus hermanas, han sido de gran ayuda, son valientes.

—Lo sé.

—Pero hemos sufrido ataques, bajas, Akane es lista para fingir que no es por ella, al final quedan como coincidencias, pero necesitamos seguir.

—¿Qué saben de la *Sombra*?

—No mucho, sabemos del escondite, pero no tenemos idea de dónde esté a ciencia cierta, tratamos de que los exploradores den con ello, pero llegamos al mismo punto sin encontrar siquiera una edificación, es frustrante.

Grace se quedó pensando por largos momentos.

—¿Qué pasaría si no está sobre la superficie?

Terry frunció el ceño.

—¿Hablas de que esté bajo tierra?

—Podría ser, si siempre llegan al mismo punto y no hay nada, quizá todo esté bajo tierra.

—¡Es magnífico! ¿Cómo no se nos ocurrió antes?

—¿Ves? Debes hablar más con tu esposa.

Él la abrazó y besó con esmero y cariño, ansioso por poderle hacer el amor, pero sabía que no era el momento, ella estaba a punto de dar a luz y él estaría por irse en unos momentos, le era imposible quedarse, sobre todo en esa noche.

—No sabes cuánto me haces falta.

Ella lo miró con ojos fruncidos.

—¿Qué tal Akane y su atención hacia ti?

—Grace…

—Está bien —elevó las manos—. No preguntaré más sobre ello.

Terry la acomodó entre sus brazos y tocó el vientre prominente de su esposa, detestaba no estar con ella, no poder ayudarla en lo que se le ocurriese, protegerla contra sus miedos nocturnos y tener la seguridad de estar presente en el nacimiento del niño; en ese momento maldecía no haber querido estudiar medicina, al menos así estaría con ella.

—¿No podrías hacer que naciera hoy? —bromeó.

—Claro, puedo darle tantas ordenes como a ti —rodó los ojos con una pequeña sonrisa—. Seguro escucha, pero de que me haga caso… bueno, tú nunca me haces caso.

—Pero ¡qué dices! —la abrazó más—. Soy tu más fiel esclavo.

Ella asintió contenta y suspiró.

—Espero que todo esté bien, que todo salga como quieres.

—Sí, también lo espero —miró hacia la ventana—. Está entrando la noche, tengo que irme.

—Oh —ella apretó los brazos que la rodeaban—. No, por favor.

—No me hagas esto, Grace, lo último que quisiera es dejarte.

—Lo sé —lo soltó—. Lo siento.

—No lo sientas —la besó, quería pensar que esa caricia podría ser eterna, pero los toques en la habitación demostraban que Publio había dictaminado que el encuentro no podía alargarse mucho más, el hombre miró hacia la puerta y gritó a su hermano—. ¡Ya oí!

—¡Muévete y lárgate de aquí! —le dijo—. Da gracias que dejé que vinieras el día de hoy.

Terry rodó los ojos y asintió.

—En realidad, tiene razón —dijo Grace.

—Lo sé —se puso en pie y comenzó a vestirse—. Tendré una deuda eterna con él.

—¿Por cuidarme?

—Sí y por dejarme venir hoy, bien podría no avisarme de nada.

—Es un buen hombre, aunque lo entiendo menos que a nadie.

—Normal en él —Terry acababa de vestirse y se acercó lentamente a ella, presionando una mano sobre su vientre prominente y sonriendo —. Cuídate, volveré pronto.

Terry salió de la habitación, notando que su esposa volvía a quedarse dormida inmediatamente. Según Publio, ella dormía casi todo el día y eso era bueno, entre más relajada estuviera, mejor sería a la hora del parto que prometía ser dentro de poco.

—Estará bien, Terry.

—Lo sé —miró a su hermano mayor—. Gracias por todo.

—No me decepciones allá.

—Haré todo lo que esté en mis manos para no hacerlo.

El mayor asintió y bajó las escaleras junto con Terry, hablando a base de susurros sobre los próximos movimientos.

—¿Le has dicho? —preguntó Publio.

—No —lo miró—, creo que lo mejor es que se mantenga en la ignorancia, si supiera que hoy tenemos el plan de atacar a su padre, moriría de nervios.

—Cuida de todos por allá, no seas atrabancado, piensa fríamente, analiza tu entorno y…

—Lo sé, lo sé —rodó los ojos—. No soy un niño.

—Bien —Publio en realidad parecía nervioso, no era común que él se quedara atrás, siendo el líder actual de la cofradía, los hombres tendían a confiar en él más que en nadie—. Bien, yo tendré todo controlado por aquí.

—Padre estará yendo de camino a Cambridge, resolverá los asuntos políticos, tratará de poner de nuestro lado a cuanto noble se le presente —informó.

—¿Se llevó consigo a madre?

—Sí, ellos estarán alejados de todo.

—Bien, suerte.

—Te digo lo mismo —sonrió—. No sé qué pasará cuando ella se ponga en labor.

Publio asintió y sonrió con ganas, incluso se le escapó una risita.

—Lo tendré en cuenta.

Terry salió, mirando una última vez hacia la ventana de su esposa, se colocó la capa sobre su cabeza y fue por su caballo, marchándose en seguida del lugar.

Cabalgó por más de una hora hasta llegar al punto de encuentro con el resto de las águilas, era el día en el que planeaban emboscar al padre de Grace y sacar de una buena vez a las hermanas de ahí, ya demasiado se habían arriesgado por su causa, seguro no en todas las ocasiones habrían estado tan bien como les aseguraban estar.

—Terry, al fin llegas —se adelantó Aine—. Todos están en posición, sólo esperamos la señal.

—Vale —Terry se escondió entre el anochecer y esperó pacientemente, buscando la señal de uno de sus infiltrados.

—¿Cómo está Grace?

—A punto de dar a luz —asintió Terry—. ¿Dónde está Kay?

—La mandamos de regreso con Beth.

—Bien —asintió—. Será lo mejor.

—Sshh, ahí está —apuntó Aine.

Al instante, los hombres comenzaron a avanzar sigilosos, como si no se tratara más que de sombras que comenzaban a escurrirse y entremezclarse con la oscuridad y el silencio de Londres. Terry volvió la vista una última vez hacia su hermana mayor, quién simplemente le asintió y se separó de él.

En ese momento entendió a su padre, todo lo que hacía y por qué lo hacía, quizá él estuviera siendo impulsado por deseos más egoístas de proteger a alguien, pero su padre simplemente pensaba en ayudar a los demás y, al ver el sufrimiento de las hermanas Lokard, nadie podría ser indiferente.

Terry escaló por las cuerdas que caían a lo largo de la propiedad, dispuestas así por los Scheck, permitiéndoles escabullirse a la propiedad en un mutismo que sería el preludio de un ataque sorpresa. El menor de los hombres Hamilton había logrado entrar por una de las ventanas de las habitaciones de las hermanas Lokard, Blanca, quien la esperaba nerviosa.

—Terry —susurró—. Se ha llevado a Martina con él.

—Tranquila, era algo que teníamos previsto.

Ella asintió y miró hacia la ventana, donde un hombre fuerte la esperaba con uno de sus brazos abiertos, en una indicación silenciosa de que fuera hacia él. Blanca miró primero a Terry y sólo cuando este asintió, decidió ir con él.

—Terry, los hombres de papá están abajo, al mínimo sonido atacarán, están planeando algo, tienen planos y mapas por doquier.

—¿Es una reunión?

—Sí, creo que es sobre la *Sombra* esa de la que tanto hablan.

—Bien, gracias Blanca, ahora ponte a salvo.

—¿Adriana?

—Ella estará siendo rescatada también.

—Gracias —lloró la mujer—. No sabe cuánto se lo agradezco.

—Sus hijos se encuentran en casa del doctor Larett.

La joven mujer volvió la mirada hacia el hombre, quién ya no le ponía especial atención.

—¿Por qué ahí?

—Él mismo propuso ser su guardián hasta que todo pasara —la

miró—, creo que le tiene especial aprecio, Grace ya me lo había dicho antes.

—¿Mis hermanas no estarán ahí?

—Creemos que es mejor separarlas, si acaso uno de los refugios cae, no se las llevarían a todas de nuevo.

—Gracias, no sabes cómo te lo agradezco y a toda su familia.

—Blanca, tienes que irte.

La mujer asintió y fue hacia el hombre que ya parecía impacientarse, las *águilas* eran buenas personas, pero no eran de los que toleraban la dilatación o el desperdicio del tiempo.

Terry salió de aquella alcoba, asomando su cara hacia la planta inferior, donde pudo ver a hombres de Lokard caminando y vigilando, era bueno que se hubieran deshecho de los centinelas de afuera, pero nada evitaba que estos no salieran a comprobar si algo estaba mal.

—Terry —susurró alguien a sus espaldas—. Las Lokard están fuera de la casa.

—Bien, me ha dicho Blanca que tienen una reunión, tenemos que ver lo que están diciendo.

—Es riesgoso, me parece un éxito llevarnos a las Lokard, seguro lo enfurecerá, es una victoria, marchémonos —llegó Aine.

—No —Terry la miró ansioso—. ¿Qué tal si es algo sobre la *sombra*? No podemos ir un paso atrás de ellos.

—Terry, se prudente, tenemos lo que queríamos de aquí.

—Salgan todos, iré a revisar.

—¡No! —Aine trató de alcanzarlo, pero su hermano menor ya se escabullía por los pasillos—. ¡Maldición!

Maldijo a lo bajo que fuera Terry y no Publio quien estuviera ahí. Su hermano más chico era dado a dejarse llevar por la emoción, la excitación del momento y la ceguera de un éxito, como lo era lograr sacar a las Lokard. La pasión de Terry los haría caer.

—Saquen a las chicas de aquí —ordenó Aine a los hombres a su espalda—. Iré con Terry, pero quiero que se queden atentos a cualquier eventualidad, si llegase a surgir el caso, es a matar.

—Sí, mi señora.

Aine caminó por donde su hermano se había escabullido, maldiciendo en su cabeza una y mil veces la situación. Se escondió a tiempo para que un hombre no la viera, y miró con sorpresa la presencia de su hermano introduciéndose con sigilo a una de las habitaciones concurridas del lugar.

Quizá él pudiera entremezclarse y no hacerse notar entre la gente, pero ella era una mujer y destacaría su sola presencia. Maldijo y se escondió, tendría que esperar.

Terry había entrado exitosamente al lugar, no era difícil puesto que los hombres no se clasificaban como de la más alta categoría, estaban

vestidos adustamente, olían mal, gritaban y fumaban. Eran hombres rudos y seguro sin una gota de educación.

—¡Callaos todos, malditos bastardos! —dijeron de pronto, pero Terry no lograba encontrar a lord Lokard—. Nos han dejado indicaciones, lo saben bien.

—¡Estamos hartos de seguir indicaciones que nos sean de la *Sombra negra*! ¡Nos llevan a la muerte!

—¡Sí! —gritaron en conjunto los hombres.

—¡Tenemos intención de encontrarla! —gritó el hombre que daba las órdenes frente al resto—. ¡Sabemos que tienen la pista escondida debajo de esa maldita tierra!

—Sí, pero los Hamilton están detrás de ella también.

—Por esa misma razón debemos de entrar primero.

—¡Imposible! No volveré a pelear con ellos.

—¡Malditos cobardes! —gritó el hombre—. ¿Quieren o no encontrar a la *Sombra negra*?

Los hombres asentían con la cabeza y al mismo tiempo negaban con la boca, parecían poco convencidos de su comandante.

—¡Los que tienen a esos prisioneros son seguidores de la *Sombra negra*! ¡Nos asesinarán!

—¡Es verdad! —gritaron unos y otros por allá.

Aine intentaba ver lo que sucedía en aquella habitación, pero sólo era capaz de escuchar los murmullos de negación de los hombres, se comenzaba a sentir desesperada, cuando de pronto sintió que alguien le cubría la boca y la volvía hacia algún lugar.

—Sshh, sin gritos Aine —pidió una de las águilas más experimentadas, Benjamín Blumont, uno de los hombres de mayor confianza de su padre desde antes de que alguno de ellos naciera.

—Señor Blumont.

—¿Dónde demonios está Terry?

—Dentro, está ahí dentro —dijo preocupada.

—Salgamos de aquí en este instante.

—¿Qué? No voy a dejarlo.

—Lo harás, porque vienen los seguidores de la *sombra negra,* no dejaré que te maten.

—Pero Terry…

—Sí, he mandado a alguien por él también.

—¿Qué son muchos los que vienen?

—Sí, bastantes, como para desatar una masacre, de eso seguro — Benjamín coloco un dedo sobre su boca, pidiendo el silencio de la joven antes de que hiciera otra pregunta.

En ese momento, se escuchó la voz de otra mujer, una con el acento japonés marcado, Aine la reconoció en seguida, y miró de regreso al hombre de su padre, quien siguió pidiendo el silencio.

—¡Les digo que están aquí! —le dijo a un hombre.

—Maldita mujer, aquí no hay nadie, estamos vigilando.

—No, son idiotas, son más que idiotas —decía Akane—. Nos matarán a todos, eso es lo que harán.

—¿Habla de nosotros? —susurró Aine hacia Benjamín.

—Creo que no somos los únicos infiltrados del lugar, Aine —le tomó la muñeca—. Vámonos de aquí.

—¿Dice que los seguidores de la *sombra negra* están aquí?

—Creo que estarán por atacar si es que la información de los Lokard los compromete lo suficiente.

Y cómo si fuera más una predicción que unas simples palabras, el sonido del primer disparo se escuchó. Benjamín tomó a Aine y la dirigió hacia una salida, en medio del descontrol y las balas, prácticamente se vieron en la necesidad de aventarse por uno de los ventanales, hiriéndose, pero saliendo vivos.

—Terry… —Aine miró hacia la casa que estallaba en la locura y la muerte—. ¡Benjamín, suéltame!

—No, Aine, lo siento —la tomó con facilidad y se la colocó en el hombro, llevándosela ahí a las carreras.

—¡Te mataré! ¡Maldita sea que lo haré si mi hermano muere ahí!

—Tenemos que despejar el área, matarán a alguien por error —Benjamín Blumont miró al resto de sus compañeros, quienes parecían sorprendidos de que trajera a la hija de Thomas Hamilton en su espalda—. ¡Salven a las personas de las casas cercanas, son su prioridad ahora! ¡Muévanse!

—¡Soy parte de ustedes! ¡No una damisela a la que se deba rescatar! ¡Ponme en mis pies o te mataré por la espalda, Blumont!

—Señorita Aine —la colocó en el suelo—. Es parte de nosotros y por eso mismo debe saber que hay ocasiones en las que se debe confiar en la persona que dejamos atrás por una u otra razón, no sea irracional, no deje que sus emociones la dominen.

—Él es mi hermano —lágrimas silenciosas salían de sus ojos, no emitía sonidos de llanto, ni cambiaba su semblante, pero la frustración estaba presente.

—Así es, por eso mismo confié en él.

Aine parecía en medio de una encrucijada, pero al final asintió y acató las ordenes de Benjamín Blumont y ayudó a las personas inocentes a ponerse a salvo, pero no podía dejar de mirar hacia la casa donde su hermano estaría enfrentando una batalla.

Capítulo 31

Terry maldijo a Aine por siempre tener la razón en cosas como estas, debió hacerle caso cuando le advirtió de salir, ahora estaba en medio de una batalla entre los Lokard y los seguidores de la *sombra negra*. Eran hombres que no temían morir y tampoco temían matar, era una enorme desventaja para él, que temía morir y no quería matar a nadie a menos que fuera necesario.

Escuchó de pronto cómo el grito de una mujer surgía de entre el escándalo y la barbarie, pensó por un momento que sería Aine, puesto que era la única mujer que él sabía que quedaba en la propiedad, sin embargo, el habla nativa de Akane lo desorientó.

Qué él supiera, la había dejado en la casa de Aine, oculta y a salvo, pero ahora ahí estaba, peleando frente a hombres que claramente la superaban en número y fuerza. Terry corrió hacia ella, empujando, golpeando e incluso matando a cuanto se le interpusiera.

—¿Qué haces aquí?

—Terry… —lo miró con pena—. ¿Qué sigues haciendo aquí?

—¿Qué sigo haciendo aquí? Investigar, lo que te dije que haría.

—No, me mentiste sobre eso, sabía que irías con Grace, ¿qué haces aquí? ¡Maldición! ¿Por qué viniste aquí?

—¿Sabías que mentía?

—Terry, por todo lo bueno, me acostaba contigo, claro que sabía cuándo me mentías.

—¿Por qué te afliges? ¿Qué has hecho?

—Yo… —ella bajó la cabeza y miró hacia otro lado, donde la batalla se desataba—. Lo siento…

—¿Qué es lo que sientes? —dijo alterado.

—Le dije a el señor Lokard sobre Grace… él ya sabe dónde está.

El alma de Terry se fue hasta sus pies y sintió un potente dolor en la cabeza, así que esa era la razón por la que Lokard no estaba, porque mientras él perdía el tiempo ahí, iba detrás de su mujer, de su esposa embarazada.

—¡Maldita sea!

Grace había tomado una cena rápida en conjunto con su cuñado, a quien le faltaban todas las palabras existentes en el mundo, pero era atento y cuidoso con ella. Había dispuesto que durmiera temprano y que tomara un poco de té antes, incluso le llevó agua caliente para sus pies. Era un hombre más dulce de lo que pensó.

Serían las dos de la mañana cuando Grace se despertó con dolor en

su vientre, no era algo sumamente agudo, pero sí que sabía lo que se avecinaba. Pujó un poco y se puso de pie, abriendo la puerta de la recámara para llamar Publio, quien en seguida subió las escaleras, cómo si hubiese esperando por ello.

—¿Qué sientes, Grace?

—¿En serio seguiré siendo parte de tus experimentos, Publio? —dijo con enojo—. Siento dolor ¡Ay! ¡Cada vez un poco más!

—No es experimento, estoy tratando de saber…

—Sin tecnicismos, Publio, por el amor de Dios, estoy teniendo un bebé —ella parecía enojarse cada vez más.

—Está bien, vamos, recuéstate en medio de la cama —pidió.

Grace inesperadamente se avergonzó y cerró los ojos para concentrarse en lo que hacía, mataría a Terry por hacerla tener su bebé bajo el cuidado de su hermano. Pero cuando las horas pasaron y siguieron pasando sin que ella diera avistamientos de tener a su hijo, la vergüenza pasó y ella se aferraba al único ser que la ayudaba en esos momentos de intenso dolor.

—Publio… no podré.

—Claro que lo harás, conozco mujeres mucho más débiles que tú que han dado a luz a sus hijos sin ningún problema.

—¡Yo no soy débil!

—Entonces deja de quejarte.

Grace dio un grito de dolor que la hizo sentarse, tratado de que el pequeño saliera de ella, pero sin resultado alguno.

—Aún te falta un poco, lo siento Grace.

—Este niño no quiere nacer… ¿por qué?

—Tranquila, llegará cuando tenga que llegar.

—¡Eso dices tú! —le dijo furiosa—. ¡La que sufre aquí soy yo!

Publio había estado con otras mujeres en medio de ese doloroso proceso, por esa razón no le causaba gracia alguna o siquiera incomodidad que la mujer dirigiera hacia él toda su furia. Estaba por demás decir que muchas mujeres se sentían avergonzadas al principio, como su cuñada, pero al final, incluso lo habían abrazado cuando al fin el bebé estaba fuera.

Pero entonces, el hombre se distrajo de su tarea y miró hacia la ventana con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios…?

—Publio… —dijo ella en medio de su sufrimiento—. Publio, ¿Escuchas eso?

—Sshh, por favor, intenta contenerte.

—¿Qué intente…?

—Grace, por favor —Publio caminó hacia las luces y las apagó en seguida, mirando a través de la ventana—. ¡Maldición!

—Publio… —dijo agitada—. Publio, son caballos, ¿es Terry?

—Vamos, tenemos que moverte.

—¿Moverme? —elle sudaba y negó con la cabeza.

—No me será posible, no puedo, ¿por qué?

—Ven conmigo, te ayudaré —ella pasó un brazo por el cuello de su cuñado y lloró de esfuerzo cuando este hizo por levantarla, sentía una presión en su vientre y el estar de pie sólo la aprisionaba más en el dolor—. No grites, Grace, trata de contenerte.

Ella lloró en silencio y caminó como pudo hacia donde Publio la llevaba, no entendía del todo, pero sabía que estaba en problemas, para que Publio quisiera moverla en un momento tan delicado, quería decir que algo terrible estaba por pasar.

Publio la bajó por unas escaleras hasta una recámara debajo de la casa, parecía bien equipada para un momento así, así que ella pensó que quizá el hermano de su esposo hubiera previsto una situación así, lo cual la sorprendía, pero lo agradecía.

—Publio… —dio un grito contenido.

—Toma, muerde esto, tendrás que resistir, trata de no gritar.

—Imposible —dejó salir un suspiro.

Publio miró hacia arriba, donde la normalidad de la casa aún no parecía tener intruso alguno, pero estaba seguro que no tardarían en entrar. Revisó a la mujer que contenía lo mejor posible el dolor y supo que estaba lista.

—Bien, intentemos que sea lo más rápido posible —dijo el hombre, colocándose en posición para recibir a su sobrino—. Puja.

La joven lloró y mordió con fuerza el pedazo de tela que Publio le había metido en la boca, era imposible no gritar, pero si quería salvarse, debía tratar de hacerlo. Era demasiado para una persona, era demasiado para una mujer que estaba intentando dar a luz.

—Vamos, Grace, lo haces bien.

En ese momento, entraron a la casa.

Terry cabalgaba a una velocidad vertiginosa, maldecía todo lo que tuviera que ver con Akane, la hubiese matado si acaso Aine no hubiese interferido. Esperaba que Publio y su esposa estuvieran bien, estaba seguro que ese bastardo no iría solo y no había forma de que Publio pudiera con todo.

Llegó a la casa que, como tenía previsto, estaba bajo ataque, pero lo que no se imaginó es que hubiese una defensa de la misma, en realidad que no conocía lo meticuloso que podía ser su hermano. Pero pese a la preparación de Publio, eran pocos a comparación de los atacantes, quizá no se imaginó una emboscada en esa magnitud.

—¡Terry! —le gritó un *águila* desde el techo de la pequeña casa, el hombre luchaba contra un adversario—. ¡Terry! ¡Abajo!

—¿Abajo? —frunció el ceño.

—Abajo.

El hombre pasó a la casa, donde los hombres de Lokard buscaban entre las cosas de Publio, parecía que no sólo estaban tras su mujer, sino que querían algo que seguramente su hermano poseía. Rebuscaban en los cajones, disparaban a las *águilas* que intentaban detenerlos y blasfemaban.

Al final, no tenía tiempo para ellos, disparó a cuanto se le puso en frente y notó entonces a lo que se refería el *águila* que le había indicado su camino, había una escotilla de madera levantada, desde dónde se escuchaban gritos.

Gritos de su esposa.

Terry bajó en seguida, topándose con la imagen de su hermano tratando de ser contenido por dos hombres y al señor Lokard muy cerca de la cara de su esposa, tendida en la cama y con sangre en su vestido y gran parte de la cama en la que se encontraba.

Analizó en cuestión de segundos la situación, parecía que Publio estaba armado sólo con una mortífera daga, la cual mantenía a raya a los dos hombres que intentaban asesinarlo; seguro que los había logrado desarmar desde hacía rato a juzgar por las pistolas que estaban en el camino de Terry.

No lo pensó más y simplemente disparó contra los hombres que amenazaban de muerte a su hermano y miró a Lord Lokard, quien sonreía complacido al saberse victorioso.

—¡Terry! —lloró Grace.

—¡Aléjate muchacho o ella muere! —la apuntó con un arma.

Terry suspiró al ver al bebé que su esposa protegía entre sus brazos, parecía adolorida, sin poderse mover en demasía y lo miraba desesperada, no podía ser de otra forma cuando tenía un arma en la cabeza y un niño indefenso en los brazos.

Terry levantó las manos.

—¡Bien! No haré nada, ¿Qué pretendes?

—Salir de aquí con vida, eso pretendo.

—Está bien, lárgate, no haré nada.

—Claro —dijo sarcástico—. Con ustedes dos me es suficiente para morir de una forma tortuosa en cuanto les de la espalda... no, ella saldrá conmigo y si pretendes hacer un movimiento que encuentre inadecuado, se muere.

—No puede moverse —dijo Publio con tranquilidad, después de comprobar la muerte de los dos hombres tirados en el suelo.

—Ya verán que sí.

Terry dio un paso cuando vio que el hombre provocaba que Grace se pusiera en pie con dificultad, ella no pudo evitar llorar cuando logró estabilizarse en sus pies, tomó aire por un segundo e indicó con la mirada hacia el bebé lloroso que había dejado sobre la cama y el

cual parecía no tener relevancia para Lokard.

—Vamos —dijo el hombre—, quítense del camino.

—¿Cómo harás? Arriba están peleando también, si te ven amenazándola, te matarán —dijo Publio, apartándose con las manos en alto al ser apuntados y caminando insinuante hacia la cama.

—Las águilas no se atreverán a matar a la mujer de Terry y, con suerte, algunos de mis hombres seguirán con vida.

Terry comprendió que su hermano pensaba proteger al bebé, así que él tenía toda la libertad de ir tras su esposa.

Era su trabajo mantener a Lokard enfocado en él, tenía que hacer pasar a Publio desapercibido para que no le disparara y él pudiera tomar al bebé, por lo cual Terry seguía con su mano sobre el gatillo de su arma, tenía que seguir infundiendo temor a Lokard.

El hombre parecía nervioso, provocaba que Grace subieras las escaleras mientras no apartaba la mirada de los dos hombres que parecían impasibles en sus lugares, uno con un arma y el otro con la daga, demasiado calmado para alguien que acababa de luchar.

Grace se quejaba mientras subía las escaleras con las manos sujetas fuertemente por la mano fuerte del hombre que fingió ser su padre por tantos años, pero aquel agarre no era el peor de sus males, le dolía todo lo demás, acababa de tener un bebé y jamás había escuchado que se les recomendara tomar una larga caminata después de ello, mucho menos en la forma retorcida en la que ella lo hacía.

—¡Vamos, camina! —dijo nervioso, mirando un instante hacia arriba, pero sin dejar de apuntar a Terry, quien los seguía.

—¡Es lo que intento! —le gritó de regreso.

Grace cerró los ojos al llegar a la superficie, la imagen ante ella era terrible; el desastre, la sangre y los cuerpos daban la apariencia de estar en un campo de guerra. Era atemorizante y repulsivo el tener que pisar con pie desnudo aquel liquido rojizo que salía de los cuerpos sin vida de los caídos.

No había nadie ahí, seguro que los refuerzos que siguieron a Terry habrían llegado, lo más probable sería que los seguidores de Lokard hubiesen perdido o se dieran a la fuga.

—¡Muévete te digo! —gritó el señor Lokard, haciéndola caminar hacia la que pensaba que sería su salida.

Pero entonces esta se vio sitiada por hombres de la cofradía en cuestión de segundos, todos altamente armados y apuntándole al hombre sin predicamentos. Seguro que más de uno podría disparar y hacer caer al hombre, pero la mujer siendo amenazada los mantenía a raya, al igual que el hombre que pedía con una palma que detuvieran sus movimientos, sobre todo al ver lo nervioso y violento que se comportaba el hombre al verse rodeado.

Terry no paraba de observar a su esposa, quien parecía quererle

hacer entender algo a base de señas, no la entendía ni un poco; quizá fuera por la ansiedad que sentía al verla lastimada, atrapada y amenazada; definitivamente no tenía el temple para esas situaciones en las que alguien que amaba estaba en peligro.

Entonces, de la nada, Grace cayó, parecía que sus piernas habían dejado de funcionar. Quiso adelantarse, pero Lokard gritó, amenazándolo y al mismo tiempo intentando que ella se levantara.

—¡La mataré si no me dejan ir!

—Nadie te lo está impidiendo, cobarde —dijo Aine.

El hombre parecía desesperado por hacer que Grace se parara, pero la joven se había logrado soltar de una mano, la cual tenía sobre el suelo, parecía experimentar dolor y asco al tener que tocar la sangre, no se movió por mucho rato pese a que el hombre parecía cada vez más nervioso y la jalaba con desdén, provocando un nuevo avance en Terry, quien estaba harto de la situación.

Pero entonces, Grace se levantó de un impuso, tenía las manos machadas de sangre y se llenó más de ella, puesto que había tomado un cuchillo que había encontrado en el suelo y lo encajó directamente en el cuello del hombre que blasfemó y la soltó, tratando de parar su herida que sangraba sin medida, ya que Grace había sacado el cuchillo y lo volvió a clavar sobre el cuerpo sin que nadie hiciera algo por detenerla.

Grace parecía haber sucumbido a la ceguera temporal de un asesino, puesto que no paraba de encajar ese cuchillo como si no se tratara de una persona, gritaba y lloraba a la vez, mientras era observada por los impactados espectadores.

—¡Terry! —le gritó Aine al notar que Grace estaba fuera de sí.

—¡Ey! —Terry la le tomó la muñeca y la alejó del hombre que se quejaba y poco a poco perdía la vida—. Ya basta, está bien.

Grace soltó el cuchillo como si este le hubiese quemado y lloró desesperada, alejándose del cuerpo sin vida, parecía asustada de sí misma y vomitó, era lo más normal en una situación así.

—Ya está bien —Terry la abrazó con cariño—. Ya pasó, lo has hecho, está muerto.

Terry levantó la vista hacia su hermana, quien parecía sorprendida por lo sucedido.

—Tendernos muchos problemas.

—Lo sé.

—No es cualquier persona, es un noble.

—Ya lo sé, veremos qué hacer.

Aine asintió y miró a Publio, quien subía las escaleras con un pequeño bebé que lloraba sin cesar.

—Limpien el lugar, entierren los cuerpos y llevémonos a Lokard a Londres, tenemos que pensar —ordenó mientras entregaba al niño a

Terry y volvía a su papel de líder—. Manden llamar a padre.

—Publio —le dijo Terry—, tengo información.

—Bien, primero lo primero —miró a su alrededor—. ¿Por qué nadie se mueve?

Al instante, las águilas se pusieron a hacer lo que Publio les había dicho, dejando que la familia de Terry tuviera un instante de paz.

—Vayan a Sutherland, ahí los veremos —dijo Publio—. Grace y ese bebé necesitan descansar. Aine, quiero que me informes de…

La conversación se perdió al alejarse los hermanos.

—Tus hermanos en verdad son sorprendentes —dijo Grace, regresando la mirada al bebé en brazos de Terry.

—Tú también lo eres —sonrió—. Estás llena de sangre.

Ella se miró a sí misma.

—Tenías razón —bajó la cabeza—. Jamás estaré hecha para matar, creo que este recuerdo me perseguirá por siempre.

—Eras tú o él —le tocó la mejilla—. Al menos puedes decir que no fue algo que planificaste.

—Pero no me arrepiento —dijo determinada.

—Eso lo sé —pasó un brazo por su cintura y la ayudó a ponerse en pie, sin soltar al bebé—. Vamos a casa.

—A casa de tus padres querrás decir —lo miró—. La nuestra fue quemada a lo que recuerdo.

—Sí…

—¿Mis hermanas? —lo miró nerviosa.

—Las sacamos antes de que algo pasara.

—¡Hoy atacaron! —recriminó—. No me lo dijiste.

—Lo siento, de todas formas, nada salió como lo planeé.

—¿Akane?

—Al menos a ella la podré llevar frente a mi padre.

—¿Qué pasará con lo que hice? —dijo nerviosa—. El matarlo…

—No te preocupes, lo resolveremos.

Seguro que lo harían, pero su padre los mataría, seguro que no le agradaría para nada saber que perdieron al hombre que podía dar información sobre la sombra e ir a la cárcel sin necesidad de ensuciarle las manos a la cofradía.

Capítulo 32

—¡En verdad, Publio! —gritó Thomas Hamilton—. ¡En qué demonios estabas pensando!

Los tres hijos mayores se encontraban en el despacho de su padre, pero el único que recibía los regaños era el mayor de los hombres, Publio se mantenía calmo y sin trastabillar enfrente del jefe de la cofradía del que él ahora era líder.

—Lo siento padre.

—¿De qué hablas Publio? —explotó Terry—. Salvó a Grace, a mi hijo y posiblemente a todos en alguna medida, lo hizo bien.

—Cállate Terry —exigió su padre—. Tú no tienes idea de nuestras reglas, de nuestras normas, Publio las rompió, al igual que Aine, ambos las incumplieron.

—Padre… que fuera Terry quien estaba en medio de todo hizo más complicado tomar decisiones —Aine intentó excusarse.

El padre suspiró cansado y los miró.

—Créanme que sé qué significa distraerse por querer salvar a alguien que realmente les es importante —les dijo—, por eso mismo estoy furioso, eso acarrea muerte, su muerte.

—¡Pero nadie salió herido! —dijo Terry.

—¿Nadie? —la sonrisa de Thomas era la del hombre siniestro, no la de su padre—. ¿Contabilizaste a tus hombres o sólo a tus hermanos, Terry?

El muchacho bajó la mirada y miró a Publio, quien escucha en total mutismo a su padre, era como si diera por hecho que había actuado mal pese a que él había salvado incontables vidas, no lo entendía ni un poco, ¿por qué alguien como Publio lamía las suelas de su padre?

—Es verdad que cayeron, pero lo hicieron por la misión que querías, tenemos información de la *Sombra*.

—No Terry, tus hermanos saben muy bien cómo llevar misiones sin que haya heridos —le dijo con ojos brillantes en furia—. Según el informe de Benjamín, tú te metiste sin autorización al cuartel de los hombres, aquí no caben las acciones impulsadas por excitación.

—¡No fue por eso! —le gritó—. ¡No hice nada mal! Lo descubrí, sé dónde tenemos que atacar ahora.

—¡No me levantes la voz a mí, Terrius! —el muchacho cerró la boca y bajó la mirada—. Teníamos infiltrados escuchado esa misma charla, hasta mejor de lo que tú lo has hecho.

El muchacho ya no tenía argumentos contra su padre y era mejor no enfurecerlo más, quizá debería quedarse callado como sus

hermanos, aunque recordaba que Aine al menos cuestionó un poco. Al final tenía razón, su padre siempre llevaba la razón y él no, lo que pasaba es que jamás había querido dar su brazo a torcer porque le encantaba llevarle la contraria, lo hacía sentirse poderoso el alzar la voz contra su padre, porque nadie lo hacía… era un estúpido.

—Lo siento —bajó la cabeza el menor—. Padre, lo siento, los puse a todos en peligro por mi estupidez.

Thomas parecía un poco impactado por las palabras de su hijo, pero logró recomponerse rápidamente y suspiró, mirándolo con un brillo en los ojos muy diferente al que tenía anteriormente.

—Está bien —le colocó una mano sobre el hombro—. Es la primera vez que haces algo como esto, entiendo la emoción, pero recuerda que hay vidas en juego, no hacemos esto por diversión.

—Lo sé, no debí desobedecer.

—Me alegra que lo entiendas, con eso me es suficiente —asintió conforme—. ¿Cómo está Grace y el bebé?

—Ambos están bien.

El hombre miró a su hijo menor y asintió tranquilo.

—Salgan, que se quede Publio.

—Padre, no ha sido su culpa, fue mía —repitió Terry.

—Él tiene que asumir las consecuencias, es el líder mientras no estoy, así que el fracaso es suyo.

—Pero…

—Vamos Terry —pidió la hermana, tomándolo del brazo y sacándolo del despacho.

—¿Por qué lo dejas? Sabes que Publio no ha hecho nada.

—Porque, hermanito, padre tiene razón, Publio es el líder y los fracasos de todos recaen en él, lo último que queremos es que se vea en aprietos, pero a ti te ha importado poco.

—Yo lo único que quería era que…

—Sé qué hacías esto por ayudar —asintió la mayor—. Pero no fue la forma correcta.

—Parece que todo lo que hago lo hago mal.

—No lo diría así —sonrió—. Hiciste un hermoso bebé.

Terry dejó salir una sonrisa y asintió, mirando hacia el despacho antes de ir con su esposa, quien estaría acompañada de su madre. Mientras tanto, en el interior de la habitación, los dos hombres se miraban tranquilos el uno al otro, sin decir palabra.

—¿Qué te pareció?

—Es atrabancado y torpe.

—¿Y?

—Creo que lo hará bien —asintió—. Tenía calculada una situación mucho peor.

—Siempre te vas a lo pesimista, Publio.

—En estos casos lo prefiero, siento con más gusto el éxito.

—¿Consideras esto un éxito?

—Una extracción eficiente de las hermanas Lokard, la captura de Akane, la muerte "accidental" de uno de nuestros adversarios más arraigados y el descubrimiento del lugar que tiene la información sobre la *sombra oscura* —puntualizó—. Nada mal.

—¿Crees que se pueda hacer cargo en tu ausencia?

—Lo hará bien —Publio miró a su padre y suspiró—. Tienes que irte, nos han notificado que Kayla estará en problemas en Alemania, sería bueno que te llevaras a Aine, es ella quien ha ayudado a Kay en lo referente a los problemas de Beth.

—¿Está herida?

—No hasta ahora —dijo el hombre—. Pero parece que *la sombra oscura* ha llegado al reino de Wurtemberg, es necesario que destruyamos esa amenaza cuanto antes, ayudó a que mataran al rey y creo que también ayudó a una infiltración a palacio.

—¿Cómo dejamos que creciera tanto?

—Ni siquiera nos dimos cuenta que era obra de una misma persona hasta que fue demasiado tarde.

—Bien, iré a Alemania por tu hermana y tú ve a ese escondite subterráneo.

Terry abrió la puerta de la habitación de su esposa y sonrió al verla enfocada en seguir las indicaciones que le daba su madre para alimentar correctamente al bebé en sus brazos.

—¿Ves? Está satisfecho —dijo Annabella con una sonrisa—. Ahora a sacarle el aire.

—Terry… —suspiró Grace—. ¿Qué ha pasado?

—Terrius Hamilton, hasta acá escuché como contestabas a tu padre —se levantó Annabella—. ¿Cómo te atreves?

—Ya me ha puesto en mi lugar, madre.

—Seguro estará furioso —negó—. Iré con él.

Al pasar a su lado, la madre tomó con cariño la mejilla de su hijo menor y sonrió, felicitándolo de esa forma y, después, salió.

—Hola —sonrió Terry, sentándose junto a su esposa y abrazándola —. ¿Cómo está él?

—Bien —sonrió—. Parece haberse calmado y tu madre me ha ayudado a darle de comer, así que espero que esté satisfecho.

—¿Te sigue doliendo?

—Digamos que sentarme será una tarea difícil por un tiempo —asintió la joven—. Ya, Terry, por favor, ¿Qué ocurrió?

—Bueno cariño, tus hermanas están sanas y salvas, Akane será juzgada por las leyes de la cofradía, lo cual, te aseguro, es peor que ser juzgada por las leyes del país.

—¿Su hijo?

Terry apretó sus labios y negó.

—Creíamos que estaba en el escondite subterráneo, pero parece ser que Lokard no era dueño del lugar y no sabe manejar bien a los niños —negó—. No sabemos dónde está.

—¡Qué terrible! —se cubrió los labios con lágrimas en los ojos.

—Con respecto a Lokard, padre hizo que se dijera que fue asesinado por los mercenarios que había en tu casa.

—Me siento culpable de haberlos metido en problemas.

—Mi padre sabe resolver conflictos, es lo que hace.

Ella lo miró de lado y sonrió.

—En verdad que lo admiras demasiado.

—Jamás se lo digas.

Grace dejó salir una tierna carcajada y miró a su bebé.

—Pero en qué momentos tan turbulentos tuviste que nacer, mi amor —le dio un beso—. Serás tan inquieto como tu apellido manda.

—¿Cómo lo llamaremos?

—Mmm… ¿Qué dirías de Marlon?

—Agh, lo detesto, que pésimo gusto, Ninfa.

—¿Qué? ¡Es bonito!

—Claro que no, es terrible.

—¡Agh! ¡Dame ese palo de ahí! ¡Te enseñaré a respetarme! ¿Recuerdas que fui yo quien lo dio a luz?

—Lo recuerdo, pero no por ello dejaré que lo tortures con ese nombre tan espantoso.

—Claro, genio, ¿Cómo quieres llamarlo entonces?

—Me agrada Darek.

—¿Darek? —sonrió—. ¿Qué significa?

—*Hombre de gran fortaleza.*

Ella sonrió y asintió.

—Creo que le queda.

—Sí y viene una madre de gran fortaleza también —la besó—. Grace, me es imposible no amarte.

Ella simplemente sonrió y lo besó de nuevo.

Epilogue

Grace salía de casa de sus hermanas con el pequeño bebé en su carriola, jamás había sentido placer en ir a esa casa, pero ahora que su padre había desaparecido y sus hermanas vivían en ella, le parecía de lo más agradable, sobre todo al verlas tan contentas y rehaciendo su vida al completo.

Pero la que más parecía ir hacia el camino correcto, era su querida hermana Blanca, quien tenía una relación bastante notoria con aquel doctor que la había acogido en el día que los Hamilton la liberaron por fin de su prisión de oro.

Entró a su casa, encontrándose rápidamente con Terry, quien parecía estarla esperando, quizá la hubiese visto caminar hacia la entrada. El hombre sonrió con encanto, tomó al bebé en sus brazos y besó a su esposa con cariño.

—Me alegra que estés en casa, ¿cómo están tus hermanas?

—Bien, mejor que nunca, ¿Por qué te ves tan divertido?

—Me acabo de enterar de algo gracioso.

—¿Qué es?

—Bueno, Publio tiene noticias espectaculares para nosotros.

—¿En verdad? ¿Logró entrar a ese lugar subterráneo?

—Oh, lo hizo —asintió entre burlas—, y no te imaginas el tesoro que sacó de ahí.

—Oh, Terry, deja de bromear.

—Ninfa, eso está en mi naturaleza cínica —sonrió—. Por el momento me gustaría que alguien cuidara del bebé.

—¿Por qué razón?

—Ninguna razón —la acercó a él y la besó con cariño—. Creo que le toca a su padre recibir las atenciones de su Ninfa.

—Terry —rodó los ojos y lo golpeó.

—¿Qué? Hace demasiado que no luchas conmigo, me sentiré ofendido si sigues así.

Ella sonrió de oreja a oreja y asintió.

—Estoy lista para darte una patada en el orgullo.

—Eso estará por verse.

Terry siguió a su esposa hacia el lugar donde les gustaba practicar con espadas, quizá nunca lo diría en voz alta, pero agradecía tanto a su padre que incluso lo molestaba, porque era gracias a él que había encontrado a la verdadera dueña de su corazón después de que otra

mujer le rompiera el alma en mil pedazos.

El que lo obligara a aprender las artes japonesas creó la atracción por el cual Grace lo había buscado y con la cual la había atado eternamente a sí. Incluso agradecía que fuera su hijo y que, por sus enseñanzas y las de su madre, lo hicieran una persona que se interesaba por el bien de los demás, por ayudar, por rescatar; aunque, si lo pensaba bien, podría decir que Grace lo había rescatado a él y no al contrario.

Sofía Durán

El corazón de Publio Hamilton

El corazón de Publio Hamilton

Los hijos de Bermont VI

Sofía Durán

Copyright © 2021 Sofía Durán

Derechos de autor © 2021 Sofía Durán
© El corazón de Publio Hamilton

Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán.
Copyrigth 2021 ©Sofía Durán
Código de registro: 2106128079459
Fecha de registro: 12/06/2021
ISBN: 9798527004588
Sello: Independently published

Primera edición.

El amor de un padre,
no tiene que venir precisamente
de uno biológico, sino del corazón

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Epilogue

Capítulo 1

Publio Hamilton era sin dudas un hombre que destacaba por no querer llamar la atención, su tendencia a desaparecer y las pocas ganas que tenía en participar en las interacciones sociales lo hacían parecer un hombre extraño, ensimismado y, para muchos, terrorífico.

Los transeúntes solían observarlo mientras caminaba por las calles con su muy acostumbrado paso acelerado, un semblante grave que impedía que alguien se acercara y ojos vibrantes; siempre preso en algún pensamiento que era mejor no interrumpir, puesto que, a pesar de que el hombre podía y era capaz brindar toda su atención a la interrupción, muchos preferían evitar la férrea mirada de aquel caballero parecía devorar el alma de las personas y deducir mucho antes el significado de sus palabras y partes ocultas del discurso.

—Hijo… —sonrió Annabella al verlo entrar a Sutherland.

—Madre, necesito encontrar a mi padre, ¿dónde está?

—Creo que en su despacho… —Annabella lo miró de arriba hacia abajo y se escandalizó—. ¡Estás sangrando cariño, deja que…!

—Gracias madre, tomaré cuidado de ello después.

—Pero Publio —lo siguió—, estás herido.

—Estoy bien madre —la miró intensamente—, pero sería mejor que me dejaras hablar con mi padre a solas.

Annabella lo miró con desaprobación, pero asintió.

—Mandaré a que te lleven instrumentos de curación.

Publio asintió gravemente y siguió su camino hacia el despacho, metido en sus pensamientos y recapacitando las situaciones que había presenciado en aquella pequeña disputa en la que se había visto envuelto, en realidad, no pensó que terminaría de esa forma, pero las cosas se habían suscitado así.

—Padre —entró sin tocar al despacho de Thomas Hamilton.

—Hijo —Thomas se puso en pie y lo miró—. Estás herido.

—He encontrado uno de los cuarteles, lastimosamente, no iba preparado correctamente para una captura.

—¿Heridos de gravedad?

—Lesionados, pero ya han sido tratados.

—Dices que encontraste uno de los cuarteles… ¿Cuál?

—Cerca de Edgware, es otro subterráneo, he logrado contabilizar a trece personas allá abajo, viven como ratones y no me sorprendería que incuso se reproduzcan ahí—Publio se sentó y miró su brazo herido —, tiene que haber una razón.

—Te arriesgaste demasiado, ¿Te han reconocido?

—Lo dudo, parece que toman como rutina disparar a cualquiera que pase a quince metros de ahí, lo cual, de hecho, fue por lo que nos guiamos hasta el lugar, demasiados heridos en una misma zona.

Thomas asintió y caminó por el lugar, volviéndose a su hijo.

—¿Ha salido la bala?

—Sí.

—¿La extrajiste?

—Fue limpia.

Thomas lanzó un largo suspiro y miró a su hijo, estaba orgulloso de lo que era Publio, sin dudas podía confiar ciegamente en él, nadie creería que un hombre que estaba especializado para guiar a un grupo de gente altamente peligrosa, fuera, a su vez, un erudito que placía en quedarse en casa a leer cuanto se le pusiera en frente.

Publio había logrado hacer de un sabio y un militar, la mima persona, sin que uno tuviera conflicto con el otro.

Thomas se volvió hacia la puerta cuando alguien la tocó y, después, dio paso a una joven doncella con una bandeja preparada para la herida de su hijo. La mujer la dejó y salió sin decir palabra. Publio se puso en pie y fue a tomar los instrumentos con la maestría de quien lo estudió y comenzó a limpiar y coser su propia herida.

—Mañana iré de nuevo al lugar, vengo a pedir permiso de llevar conmigo un grupo de cinco.

—¿Cinco? —Thomas elevó una ceja—. Me parecen pocos.

—Los sabré seleccionar sabiamente.

—Tu hermano no podrá ser parte de la selección, ni tampoco Aine, la tengo ocupada.

—No los tenía contemplados.

—Publio, soy consciente de tu capacidad como capitán, pero creo que liderar a un grupo tan pequeño en contra de esos bandidos no es sabio, justo ahora estás herido por ellos.

—Necesario —dijo sin más—. Si de alguna forma escapaba de esta bala, levantaría las sospechas.

—¿Te has dejado balacear para no levantar sospechas? —sonrió Kayla, entrando a la habitación—. En verdad que ustedes están dementes, me sorprenden.

Publio levantó la vista y miró a su hermana menor.

—Pensé que estabas con Micaela.

—Terminó mi tiempo, el que esté casada me es aburrido —se acercó y besó la mejilla de su padre y se acercó a su hermano para terminar de coserle el brazo.

Publio no se quejó y la dejó hacer, sobre todo porque sabía que Kayla no lo dejaría tranquilo hasta conseguir su objetivo. Era bastante notorio que, aunque su hermana menor no placiera de participar en las *águilas* como el resto de sus hermanos, era voluntariosa e

inteligente, su padre la adoraba y la sobreprotegía. Kayla era la que más se parecía a su madre, de eso no había duda alguna y eso ocasionaba que su padre se comportara de esa forma.

—No me parece pertinente que sean sólo cinco personas y tú.

—Sé lo que hago, padre.

—Mamá ha organizado una reunión.

La joven sonrió al darse cuenta de la mirada pesarosa de su hermano, sabía que odiaba aquellas reuniones y haría hasta lo imposible para zafarse de la situación.

—Gracias por avisarme Kay, creo que es hora de irme.

—¿Estás loco? —su hermana se levantó—. Has perdido mucha sangre, por lo que puedo ver.

—Te quedarás a reposar Publio, prefiero tenerte vigilado las primeras veinticuatro horas —indicó Thomas.

—No, tengo que establecer un plan.

—Por ahora, no autorizo una empresa hacia ese lugar.

—¡Se moverán, padre! Los perderemos.

—No lo harán —dijo seguro—, de todas formas, mandaré a alguien a que esté vigilando, te avisarán cualquier situación.

Publio parecía en verdad molesto, pero no le quedó de otra más que aceptar las palabras de su padre; se quedó sentado en el lugar hasta que su hermana terminó de vendarle el brazo y, entonces, se marchó hacia sus habitaciones.

—Sabes que no te hará caso, ¿verdad? —Kayla miró a su padre.

—Lo sé —tomó asiento—, menos aún con el conocimiento de que tu madre ha organizado otra velada.

—No entiendo por qué lo hace, sabe que él las odia.

—Está preocupada, piensa que hace bien.

—Publio es diferente a cualquier hombre que haya conocido —lo miró—, no por eso todos deben opinar sobre lo que es mejor o peor para él, deben dejarlo decidir lo que él desee.

—De todas formas, él no permite opinión alguna y tampoco es como que le importe demasiado si alguien se la llega a expresar, lo sabes bien, puede parecer que está poniendo atención, pero en realidad te está ignorando.

La joven asintió, en eso tenía razón su padre, Publio era… el hombre más amable, noble y bueno que conocía; pero, al mismo tiempo, era seguro, grave, de carácter fuerte y terminante. Sus subordinados solían adorarle, lo seguirían a donde dijese, los trataba como sus iguales y los respetaba, era benevolente, pero duro, su don de mando y valentía lo habían hecho ganarse un respeto por quien era y no por ser hijo de Thomas Hamilton.

Kayla adoraba a Publio, lo admiraba y lo valoraba, no creía que ninguna mujer pudiera estar a la altura de un hombre como él, por

mucho que su madre se esforzara por ello.

—Ey, Publio —lo llamo uno de sus hombres, quien de alguna forma se había infiltrado al castillo de sus padres.

—Borge, pensé que te había dicho que te marcharas.

—Lo siento capitán, pero nadie pensaría en dejarlo con una herida en el brazo —dijo el hombre—, sobre todo porque la ha recibido por causa mía.

—Deberías estar practicando para que esto no se vuelva a suscitar —dijo sin más.

—Lo lamento capitán —bajó la cabeza—, no debí ser tan descuidado, pero practicaré.

—Bien, diles a los demás que… —Publio pareció pensárselo—, que tendremos que posponer la misión.

—¿El jefe no ha dado su permiso?

—Se negó… por el momento haremos caso, necesito meditar algunas cosas antes de actuar.

—¡Oh! ¡Borge! —sonrió Annabella—. ¿Te quedarás a cenar?

—No, mi señora —se inclinó—. Muchas gracias.

Publio vio cómo su hombre desaparecía por el pasillo y miró a su madre con reproche.

—Creí decirte que no necesitaba más reuniones, madre.

—Querido hijo, si no las hiciera, tú apenas tendrías vida social.

—Mi tiempo es limitado, madre, no puedo desperdiciarlo entre las frivolidades de un baile que encontraré aburrido con prontitud.

—Hijo, por más que le des vueltas al asunto, una vida de soledad no la pudo resistir ni siquiera tu padre.

—Mi padre y yo somos diferentes, no somos dos gotas de agua.

—Eso lo sé —le tocó con cariño la mejilla y lo miró con ilusión—, tú te pareces bastante a mí en algunas cosas.

Publio se sorprendió al escuchar esto, nunca nadie le decía que se parecía a su madre, ni siquiera él sentía que se parecía a ella; eran sus hermanos los que habían heredado algún rasgo, pero él era totalmente su padre. Annabella comprendió la duda de su hijo, entendía perfectamente que se sintiera totalmente diferente a ella, pero, Publio había heredado más de su carácter que del de su padre.

—Iré a descansar.

—¿Quieres algo de comer?

—Gracias madre, lo que sea vendrá bien.

El hombre subió a sus habitaciones, hacía mucho que no pasaba una noche en la casa de sus padres, debía admitir que le era acogedor y reconfortante, tenía recuerdos felices de su vida en ese lugar. Se recostó en su antigua cama y miró hacia el techo, resintiendo un poco la herida de su brazo y pensando en las posibles formas de acción para llegar hacia los escondites subterráneos.

—¡Publio! —entraron de pronto a su habitación—. ¡Me ha dicho tu madre que te han herido!

—No es nada de qué preocuparse —dijo sin volver la mirada.

—Déjame comprobarlo por mí misma —se sentó cerca, en el borde de la cama y trató de buscar la herida de Publio.

—Es descuidado que hagas cosas como estas —el hombre se sentó rápidamente—, te lo he dicho ya muchas veces, Ayla.

—Sólo estoy preocupada por ti, Publio.

—No debes —dijo seriamente—. Bien, dime qué te han informado, supongo que han ido a mi casa de Londres.

—Sí —suspiró—. Han dejado esto, pero me han dicho que no lo abriera, así que te lo entrego tal y como…

Publio tomó la nota sin esperar a que Ayla terminara de hablar y leyó, poniéndose de pie y comenzando a cambiar sus ropas con una rapidez que sorprendió a la joven junto a él.

—Publio, ¿Qué crees que haces? —entró de pronto Annabella.

—Madre, tengo que salir, deja informado a padre.

—Ha dicho que necesitabas descanso.

—No ahora, madre.

—Publio Hamilton —lo detuvo cuando se dio cuenta que estaba por salir de su habitación—. Tú padre me ha dicho que no salieras de esta casa mientras tuvieras un brazo herido.

—Madre, si te dignas a encerrarme en esta habitación, ten por seguro que saltaré por la ventana.

La mujer se frustró y le permitió marchar sin más, creyéndolo totalmente capaz de cumplir esa amenaza. Miró con enojo a la otra mujer que estaba en la habitación.

—¿Qué ha sucedido?

—Le ha llegado una nota.

—Bien, Ayla, harías bien en ir e informarle a mi esposo del paradero de su hijo, espero que ponga algún remedio y Publio no salga herido nuevamente.

—¿En serio cree que lo hieran de nuevo? —dijo preocupada.

—No me agrada el hecho de que vaya con sus facultades limitadas, pero seguro que su padre puede hacer algo.

Ayla salió corriendo de la recámara, dejando en soledad a Annabella, quien sabía bien que aquella muchacha estaba enamorada de su hijo casi desde el momento que la trajo a casa para que trabajara a su lado. Por mucho tiempo pensó que después de unos años junto a ella, Publio correspondería sus sentimientos, pero esto jamás pasó, al menos no todavía.

El hijo mayor de los Hamilton salió de la propiedad de sus padres, encontrándose en la parte de en frente de la casa con un sequito de hombres que parecían hablar a base de susurros; la mansión de

Sutherland era el cuartel de las águilas, solían reunirse ahí sin preocupación alguna de que alguien los viera, al ser una casa alejada y solitaria, ellos no tenían temor de hablar o reunirse.

—Publio —lo llamó uno de sus hombres al verlo caminar hacia ellos—, que bueno que llegas, ¿Qué piensas hacer?

—Tenemos que ir allá, si están atacándolos es porque hay algo de valor ahí, tenemos que intentar recuperarlo.

—¿Te han dado el permiso?

—No, pero por el momento, es una guerra que no quiero librar.

Los hombres lo miraron un tanto indecisos, pero en cuanto Publio Hamilton chifló, llamando a un hermoso y enrome corcel, nadie replicó y simplemente lo siguieron, como lo hacían siempre y lo seguirían haciendo, porque, así como él no los dejaba jamás, ellos le responderían de la misma manera.

Los hombres confiaban en Publio al nivel de lo que confiaban en Thomas Hamilton, el menor de los mismos se ganó sus respetos conforme crecía y aprendía del mayor, diferenciándose poco a poco hasta hacerse un hombre respetable, orgulloso y honorable.

Capítulo 2

Publio sabía que, cuando llegasen al lugar, no quedaría mucho de la batalla, pero al menos quería lograr perseguir a los bribones que le habían ganado en su ataque hacia la fortaleza subterránea, con suerte y hubiesen resistido lo suficiente como para que ellos llegaran a escena y los capturaran.

Cuando llegaron, los claros destellos de una lucha y la perdida de la misma estaban a todas luces por el lugar, Publio maldijo a lo bajo y se condenó a si mismo por optar volver a Sutherland para informar a su padre, debió permanecer ahí, quizá en ese momento los ganadores serían ellos.

—¿Señor? —se acercó una de las *águilas* a su cargo—. ¿Qué desea que hagamos?

—Busquen sobrevivientes, revisen todo el lugar y recorran los alrededores, cualquier indicio de extrañeza en la persona es cuestionable y quiero a esa persona frente a mí.

—Sí, mi señor —el hombre se retiró.

—Publio —se acercó George Garrett, una de las *águilas* de más tiempo y que trabajó directamente con su padre, al cual Publio le debía respeto por el simple hecho de la experiencia que tenía el hombre—. Creo que tengo algo que te interesará.

—¿Te ha mandado a ti? —se mostró impresionado, no era común que su padre enviara a una de las águilas más experimentadas.

—Era algo importante —asintió y elevó una mano para tomar el hombro del muchacho—. De hecho, debes darte prisa, está herida.

Publio dejó lo que estaba haciendo y siguió al hombre, escuchando atentamente la forma en la que habían logrado rescatar a aquella víctima del ataque por mera casualidad y suerte. El hijo de Thomas pensó que al menos tendrían una fuente de información confiable, pero, al entrar a la tienda provisional de George Garrett, se mostró más que decepcionado.

—¿Una niña?

—Parece que es importante, la tenían protegida y muy custodiada, muchos hombres y mujeres murieron por protegerla.

Publio deformó su rostro en un ceño fruncido y desconcertado, pero se acercó a la cama donde una pequeña sudaba y deliraba a causa de una herida y probablemente en susto que se había llevado.

—¿Qué le pasó?

—Parece que era maltratada, tiene varios golpes y marcas a lo largo de su cuerpo —explicó George, pero justo ahora lucha con esa bala,

sigue adentro.

El Hamilton suspiró, no eran condiciones para tener una intervención quirúrgica, pero si no actuaba rápido, esa niña moriría ahí, así que se hizo con sus cosas y limpió lo mejor que pudo el lugar, a la niña y a sí mismo.

Pidió que lo ayudaran y rápidamente se encargó de buscar y sacar la bala que estaba enterrada en uno de los brazos de la niña, era de esperarse que se quejara, llorara y se moviera, pero al final, fue controlable y Publio logró sacar la bala, cosió y vendó.

—Tengo que lavarla correctamente y quizá volver a coserla, se ha movido a todo momento, llévala a mi casa.

—Sí, Publio.

—¿Dijo algo antes de que se desmayara?

—No.

—Vale, seguiré aquí por un momento más, harías bien en informarle a mi padre lo que sucedió.

—¿Cuánto tardarás en volver? —dijo preocupado el hombre—. Como entenderás, es una niña, estará asustada al despertar.

—Dile a Ayla que se quede con ella, que la cuide hasta que regrese —indicó con tranquilidad, limpiando sus manos.

George salió del lugar con la niña en brazos, seguía increíblemente febril y llevarla era igual que cargar a un muerto, pero esto no era nada nuevo para ninguno de los de allí y no se sintieron conflictuados ni afligidos por ello.

—Mi señor, no hay señales de vida, pero encontramos esto.

El hombre pasó a Publio una libreta con escritos… lo que parecían ser escritos, porque a los ojos del joven, no eran más que garabatos inentendibles.

—Bien, sigan buscando, cualquier cambio, estaré en Londres.

—Si resurge una pelea, ¿Cómo hemos de actuar?

—Alejándose de la situación, probablemente no tenga nada que ver con lo que era de nuestro interés —miró a la libreta una vez más y después a su hombre—. ¿Qué hay allá abajo?

—Parecía ser residencial, bastante tosco, sucio y humilde, pero lo que hay ahí son camas, comida y deshechos. Probablemente eran prisioneros en su totalidad, algunos vigilantes, pero nada más.

—La niña era prisionera —entendió Publio—. ¿Por qué tenerlos prisioneros? Seguramente deseaban sacarles algo, la niña muestra señales de tortura.

—El resto de los cuerpos también.

—Entonces, el ataque era para liberarlos o para recapturarlos, alguien en serio necesitaba saber algo que los prisioneros sabían — Publio frunció el ceño—. Y nosotros tenemos a la niña.

—¿Cree que le dirá algo?

—No lo sé —suspiró—. Pero habrá que intentarlo.

Publio dejó órdenes a sus hombres, él mismo intentó buscar supervivientes y preguntó a los alrededores sobre las personas que vivían bajo el suelo, pero nadie parecía saber o, más bien, nadie quería hablar sobre ello. Estaba un tanto fastidiado por no haber predicho ese movimiento por parte de otra organización.

—Mi señor —le hablaron justo cuando estaba montando su caballo —. El señor George ha mandado nota, parece ser que la niña despertó y está insostenible.

—Vale, voy para allá.

Debía admitir con vergüenza que se había olvidado de la niña que había mandado llevar a su casa, esperaba que su padre hubiese llegado y tomado manos en el asunto, seguramente así sería.

Cabalgó por un buen rato, disfrutaba en demasía esa actividad, sobre todo porque solía realizarla en soledad, lo cual le permitía pensar, y Publio más que otra cosa, necesitaba dar rienda suelta a sus múltiples y variadas reflexiones.

—Publio —su amiga corrió hacia él con una cara de frustración, impidiéndole el paso a su casa—. Tu padre dice que está mal, que…

—Sí, mejor no me entretengas aquí y déjame ir con ella.

Ayla le siguió informando con prisas todo lo que había sucedido en su ausencia, tal parecía que la niña no hablaba, tan sólo berreaba, se alejaba, gritaba y hasta golpeaba. Publio entró a la habitación, dándose cuenta que su padre estaba parado en una esquina, quizá un poco harto de los gritos que la niña no dejaba de dar.

—Padre…

—No creas que no tendremos una conversación de esto —dijo Thomas—, pero por favor, haz que esa niña se detenga. No puedo creer que haya alguien que grite más que Kayla.

El muchacho asintió y se acercó a la cama, donde la niña se removía y se quejaba al estar siendo agarrada por dos de los hombres de su padre, quienes intentaban ayudarla y ella no se los permitía.

—Suéltenla.

—Pero señor…

—Hagan caso a mi hijo —ordenó Thomas.

Las *águilas* soltaron a la niña, la cual se mostró sorprendida, pero a la defensiva, alejándose en la cama y sufriendo en el proceso.

—Si no quieres que te atendamos para que puedas volver a usar el brazo, entonces sal de aquí de una vez —Publio ordenó fuertemente, sorprendiendo incluso a su padre—. No pienses que me agrada tener una niña gritando a todo pulmón en mi casa.

Thomas estuvo a punto de reprender a su hijo, de hecho, era bastante fuera de lo común que Publio actuara de esa forma con alguien que requiriera servicios médicos, en general, su hijo era una

persona atenta, paciente, bondadosa y tranquila cuando se trataba de ejercer su profesión.

Pero aquella forma de actuar pareció surtir efecto, porque la niña dejó de gritar y lo miró con ojos entrecerrados, evaluándolo.

—¿Te puedes acercar para que vea la herida?

La niña tardó unos segundos, pero al final se arrastró por la cama y dejó caer sus piernitas para quedar bien sentada en el borde, exponiendo su brazo herido y sangrante. Publio se acercó y tomó el brazo, dándose cuenta que ella debía sentir muchísimo dolor, sin embargo, en ese momento, tan sólo lo veía.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, pidiendo con señas que le trajeran lo pertinente para atenderla—. ¿No me dirás?

—Brina —dijo rápida y toscamente, enojada.

—Bien, Brina, tengo que dormirte ahora, te dolerá muchísimo si intento volver a coserte contigo despierta —ella hizo intento de alejarse, pero Publio la tenía del brazo y le fue imposible—. Vamos, confía en mí, despertarás y seguirás aquí.

—¿Y tú?

—Sí, yo también seguiré aquí.

Ella pareció pensarlo por unos momentos, Publio al notarlo, hizo un movimiento con la mano que le sacó un quejido y lo miró, simplemente cerró los ojos lentamente, indicando que podía proseguir y tomó el líquido que le ofrecieron.

Cuando la niña al fin estuvo dormida, Publio y su padre se pusieron a trabajar, abrieron de nuevo a la niña, limpiaron lo mejor que pudieron, vendaron correctamente y ordenaron a Ayla que le diera un baño de esponja al resto de su cuerpo, estaba tan sucia que no se distinguían ni sus cejas.

—Si no hubiese llegado a tiempo, quizá la niña tampoco estaría aquí, padre —intentaba excusarse con el mayor.

—Fue arriesgado, estás tan herido como ella.

—Lo mío fue un roce de bala, estoy bien y me puedo mover.

—Te sobre exiges —le dijo, tomando el brazo afectado de su hijo, dándose cuenta que estaba volviendo a sangrar—. Venga ya, te revisaré la herida.

—No es necesario.

—No pienso repetirlo, Publio.

El hombre se dejó revisar, sintiéndose extraño y nostálgico, hacía años que no se permitía ser revisado por su padre, normalmente él podía atender sus propias heridas y lo prefería de esa forma, puesto que, al ser curado por su padre, se volvía a sentir un niño que estaba bajo su tutela y jurisdicción.

—Parece que has tenido un buen avance con la niña, jamás creí que funcionaría algo como hablarle tan duramente.

—No parecía entender razones.

—No, pero es comprensible, parece que ha sido maltratada toda su vida, ¿has visto sus heridas?

—Sí, lo cual nos complicará la tarea de saber algo sobre su encierro, simplemente no confiará en nosotros.

—A ti te ha dicho su nombre, creo recordar.

Publio asintió gravemente, entrecerró los ojos y fijó su vista en un punto, era una manía que tenía cuando pensaba.

—Todos allá abajo eran prisioneros, debían serlo porque la información que poseían es valiosa —miró a su padre, quien terminaba de poner una venda nueva—, creo que es la razón de las torturas y supongo que no sacaron nada, puesto que seguían maltratándola hasta ahora.

—No se darán por bien servidos al saber que la tienes, en cuanto se den cuenta, vendrán por ella.

—Si es que se enteran —elevó una ceja—, dejaron olvidada a la niña ahí, ¿Lo olvidas? Seguro que piensan que murió.

—A lo que me dijo George, la tenían escondida, no era su plan que la encontraran.

Publio asintió un par de veces y se quedó en silencio, cavilando por lo que parecieron horas, su padre tampoco hizo por interrumpirlo, tenía sus propias cosas qué pensar.

—Mis señores —uno de los mayordomos entró a donde ellos se encontraban—. La niña ha vuelto a despertar.

—¿Tan pronto? —frunció el ceño Thomas y miró a su hijo—. Pensé que la habías dado algo para que durmiera.

—Y lo hice —Publio se puso en pie y fue hacia la habitación, donde la niña ya volvía a gritar y moverse por la cama.

—No tiene señales de infección, quizá sólo está algo resfriada, por eso la elevada temperatura —dijo Ayla.

Publio ya había deducido aquello, al momento de extraer la bala y limpiar la herida, no notó señales de daño infeccioso.

La niña miraba a todos con ojos rabiosos, extraños para alguien tan pequeño, parecía que, si alguien se acercaba, los mordería, pero al verlo parado en el umbral de la puerta, tranquilo y sin hacer movimientos, la niña pareció calmarse y fue corriendo hacia él.

Publio frunció el ceño al darse cuenta de que se aferraba a sus piernas como si se tratara de su salvación y lloraba y gritaba cuando alguien intentaba apartarla de él.

—Déjenla, está bien —dijo Publio y se agachó para tomarla del estómago, logrando separarla—. ¿Qué pasa Brina?

—Yo… dijiste que no te irías —se limpió las lágrimas.

Publio miró a su padre y este, a su vez, se inclinó de hombros.

—Lo siento, tenía que curar mi propia herida.

La niña peló los ojitos y miró hacia el brazo con la manga arremangada y con un vendaje como el suyo.

—¡Yo también tengo una! —le mostró el brazo que él mismo había vendado.

—Sí, él que te la puso fui yo —le tocó la mejilla y se puso en pie—. Creo que es momento en el que todos descansen, no creo que podamos hacer mucho más ahora.

—¿Qué hago con la niña? —dijo George Garrett.

Brina, por toda respuesta, se aferró a la pierna de Publio y metió un dedo a su boca, intentando hacer énfasis de que no se iría de ahí.

—Creo que ella lo ha decidido ya —dijo Thomas—, vayan a descansar, mañana nos juntaremos nuevamente para ver qué hacer.

—Padre —Publio se interpuso en el camino—. ¿En serio crees que es buena idea?

—Sí, ella lo piensa así —apuntó a la niña en su pierna—, creo que es lista, eres un médico y una buena persona, estará bien.

Los hombres sonrieron con burlas hacia el hijo del Hamilton y salieron de la habitación en medio de juegos y aventones, dejando en la recámara a Ayla, Publio y Brina, quién seguía aferrada a él.

—Brina, ¿por qué no vas con Ayla para que te de un baño y te cambie a algo más cómodo?

Cómodo, decía cómodo, pero en realidad, lo que la niña traía puesto eran ropas viejas, sucias y hechas jirones.

—¡No! —se abrazó a él.

—Oh, cariño, volverás con Publio —se agachó Ayla, usando un tono dulcificado de su voz—, esta es su casa, no puede ir a otra parte.

La niña miró al hombre, quien simplemente la observaba atento y tal vez un tanto curioso.

—Ve con ella —indicó.

Ayla tomó la mano de la pequeña y la sacó de la habitación, dejando a Publio metido en sus pensamientos, pero rápidamente decidió ir a sus cámaras y recostarse en la cama, comenzaba a dolerle la cabeza hasta dejar un insinuante malestar en sus ojos, quería cambiarse, comer algo y dormir, todo al mismo tiempo, pero no se movía de la cama, no tenía ánimos para nada.

—¡No! —gritó la niña caprichosamente—. ¡No! ¡No! ¡No!

La niña corrió por toda la casa en paños menores hasta encontrarlo, Publio seguía recostado sin hacer amago de ir por la niña o cometer una acción para con ella.

—Publio, le he dicho que no te molestara.

—No te preocupes, déjala que entre —se movió perezosamente y miró los ojitos que se asomaban por un lado de la cama—. ¿Qué sucede? ¿Por qué sigues gritando?

—¡No quiero baño!

—Tienes que hacerlo, tienes una capa de tierra por todo tu cuerpo —le tocó los endurecidos cabellos por el lodo.

—Ella me lavó con esponja.

—Claro, pero sigo sin verte las pestañas.

—¿Quieres ver mis pestañas? —lo miró de lado.

—No estaría nada mal.

—Entonces… —ella pareció pensar—, tomaré baño, pero si vienes conmigo, sólo tú.

—Es un baño de niñas, yo no soy una niña.

—Pero… —ella dio señales de volver a llorar.

—Vamos, Brina, entre más rápido te bañes, más rápido volverás a estar con él —dijo Ayla.

—Pero vas a estar esperándome, ¿Verdad?

Publio miró seriamente a la niña y asintió, lo cual logró que Ayla se la llevara y él quedara nuevamente en soledad, debía encontrar una forma de sacarle información, por el momento parecía tenerle predilección, pero temía que, si comenzaba a interrogarla, ella retrocedería y no quisiera estar con él más.

—Publio —dijo alguien desde su ventana, a esas alturas de su vida, tener visitas sorpresa en su casa ya no le era nuevo ni impactante—. Descubrimos más cuerpos.

El chico se sentó sobre la cama y miró al hombre que ya había echado un brinco y estaba sentado en una silla, parecía cansado.

—¿Qué encontraron?

—Creo que la única superviviente es la niña, los demás fueron torturados y asesinados.

—¿Por qué asesinarlos?

—Parece que no tenían la respuesta que buscaban.

—¿Eso quiere decir…?

—Qué la niña es huérfana y nosotros no tenemos nada.

—No puede ser, si los tenían ahí es por una razón.

—Sí, una que no sabemos y quizá no sabremos nunca a menos que esa niña diga algo relevante.

Publio dejó salir el aire.

—Vale, vayan a descansar, ha sido una noche larga.

—¿Qué harás con la niña?

—No lo sé, la llevaré con una familia, supongo.

El hombre asintió y salió por donde había entrado, dejándolo de nuevo en soledad y dándole la libertad de molestarse por lo ocurrido. Ahora incluso tenía a una niña a la cual encontrarle familia, lo cual sería difícil si se tomaba en cuenta su pasado y que desconfiaría de todos y de todo.

Capítulo 3

Ayla había terminado de bañar a la niña y, justo en ese momento, se dedicaba a cepillar su largo y lustroso cabello. Ahora que estaba limpia y más tranquila, era fácil apreciar lo hermosa que era; tenía unos ojos azules, grandes, como dos canicas; su cabello era largo, quebrado y de un rubio tan claro, que parecía blanco; su piel era pálida como las mujeres de altas cunas, limpia, sin ni una peca; tenía facciones hidalgas y refinadas, podría ser una princesa nórdica.

—Dime Brina, ¿de dónde eres? —la niña no respondió—. ¿Te gusta Londres?

Los ojos azules de la niña se levantaron hasta estar posados en el punto en el espejo donde estaba Ayla y siguió sin hablar, tenía una mirada tan profunda y potente que la mayor no podía creer que tuviera tan sólo cuatro años.

—¿Eres novia de retter?

—No soy su novia —se sonrojó la joven, pero al notar la palabra extraña, regresó la vista a la pequeña—. ¿Hablas alemán?

La niña volvió a su mutismo, jamás habló de nuevo, por mucho que Ayla se esforzó en ello. Cuando estuvo lista, Brina dio un salto del banquito y miró expectante a la mujer.

—¿Quieres ir con Publio? —la niña asintió—. Pero puede ser que esté dormido ahora.

La mirada que la niña le dirigió le dio a entender que eso le importaba poco o nada, así que Ayla simplemente la tomó de la mano y la llevó hasta la habitación de Publio, quien, como predijo, tenía la luz apagada y seguramente estaría durmiendo.

—¿Ves? Está oscuro.

La niña se soltó y simplemente terminó de abrir la puerta, entrando sigilosamente, acercándose a la cama del hombre que dormía con una daga debajo de la almohada, lo cual alteró a Ayla, si acaso la niña asustaba de más a Publio, él podría reaccionar de una mala forma y probablemente querer atravesarla.

—Espera, Brina…

Pero era tarde, puesto que la pequeña se había aferrado a las sábanas de la cama e intentaba por todos los medios subir una piernita a la elevada estructura, era una tarea imposible para ella.

—¡Qué demonios…! —se levantó con una pistola en la mano.

Ayla casi se desmaya, no sabía desde cuando había cambiado la daga por una pistola, pero eso hacía la muerte de Brina mucho más rápida; la niña, sin notarlo, seguía intentando escalar a la cama,

llamando la atención de Publio, quién rápidamente desvió la vista hacia la hermosa mujer que lo miraba sin saber qué decir.

—Quiere dormir aquí, parece ser.

—No puedo subir —se quejó la niña, tratando de no mover su brazo lastimado.

—Ayla, dale una habitación.

—No quiero —dijo la niña, jalando las sábanas.

—Ella parece encaprichada con la idea —se inclinó de hombros la hermosa dama que era Ayla.

Publio miró el esfuerzo de la niña, suspiró cansado, tomó el camisón de la niña por la parte de atrás y la ayudó a subir a la cama con facilidad. Brina se escurrió por la acolchada superficie y se metió debajo de las mantas, acercándose al cuerpo grande de Publio y acurrucándose a su lado.

Ayla tapó sus labios para que Publio no notara la sonrisa y lo miró expectante ante su cara de terror.

—Bueno, los dejo.

—Ayla —le habló desesperado—. ¿Qué se supone que haga?

—Creo que debes dormir.

—Pero… —miró a la niña—. ¿Con ella?

—Será un cambio descomunal para alguien acostumbrado a dormir solo, ¿Verdad? —sonrió—. Trata de no aplastarla.

—¿Puedo hacer algo como eso? —dijo nervioso, Ayla jamás lo había visto nervioso.

—Bueno, seguro que ella te muerde antes de que lo logres —entonces se puso seria—, pero ella insistió en que quería dormir con su retter.

Publio la miró intrigado y después a la niña.

—¿Hablas otro idioma? —le preguntó a la pequeña acurrucada junto a él, pero ella ya estaba dormida. Publio suspiró y miró a su amiga—. Hablaremos de eso en la mañana, me dirás lo que pasó.

—No hay mucho que decir, ella simplemente dijo la palabra con comodidad de quién habla la lengua.

Publio dejó que Ayla cerrara la puerta y miró detenidamente a la niña que se aferraba de su camisa de dormir, pegando su carita la parte de su pecho que no estaba cubierto por la tela; le pereció extraña la cercanía y la forma dulce en la que movía su mejilla contra él mientras dormía, encontrando su comodidad.

¿En realidad podría aplastarla? Era pequeña en verdad y comparado con él, no sería más que una pulga; además, Ayla tenía razón, no estaba acostumbrado a dormir con nadie. Sería mejor levantarse, pero tan sólo intentarlo, la niña se quejó y comenzó a lloriquear hasta que se volvió a quedar inmóvil junto a ella.

Suspiró. Lo intentaría, trataría de dormir con una niña pequeña a su

lado, ¿Qué tan difícil podía resultar?

Suspiró fuertemente y miró hacia el techo de la habitación, tratando de pensar, pero el sueño comenzó a ganarle y sin darse cuenta, cayó completamente dormido.

Publio estaba a media consciencia cuando sintió como alguien lo movía dulcemente, parecía querer despertarlo, pero para él, esa fuerza apenas representaba la sensación de una ventisca de verano. Lo que en realidad lo había despertado había sido la pequeña e incesante voz en su oído.

—Hola… ¿hola? —le susurraban—. Oye…tengo sed… ¿me darías agua, por favor?

—¿Qué sucede? —dijo adormilado, apartando la mano de sí.

—Sed.

—¿Sed? —la miró con ojos abotargados por el sueño—. Ahí hay una jarra, puedes servirte.

Publio le dio la espalda y quiso volver a dormir, pero sintió como un pequeño dedo volvía a presionarse insistente en su espalda.

—No sé dónde está —le susurró de nuevo, como si hiciera falta, puesto que ya lo había despertado.

Publio alargó la mano y encendió la lámpara en su mesa de noche; la sintió moverse entre las sábanas y él dio por terminado el asunto y volvió a caer dormido; eso hasta que de pronto escuchó como se rompía algo y un gritito de niña lo desperezó por completo.

—¿Qué sucedió? —se sentó de golpe y vio a la niña llorando en una esquina, en silencio, temerosa—. ¿Te cortaste?

—Perdón, la he tirado, no fue mi intensión, se me cayó…

—Está bien —se puso en pie—. ¿Te hiciste daño?

Ella negó de lado a lado, Publio se reprendió a sí mismo, era una niña de cuatro años, había sido torpe de su parte encomendarle cargar una jarra de agua y servirse por sí misma.

—Entonces, quédate ahí mientras limpio esto, no quiero que te vayas a cortar.

—¿Estás molesto?

—No, no estoy molesto, ya no llores.

—Pero lo rompí.

—Fue mi culpa, debí servirte el agua, lo lamento.

La niña se sorprendió al escuchar esto y ladeó la cabeza.

—¿Tú te disculpas?

—Sí, no fue muy inteligente ponerte a hacer esto sola.

Publio tomaba las piezas más grandes de vidrio y trató de limpiar el resto lo mejor que pudo, pero al final, sería mejor que Brina no se acercara, seguro había quedado restos de cristal y sería mejor que alguien los limpiara adecuadamente, pero era de madrugada en ese momento, así que simplemente fue hacia la niña y la cargó para

llevarla de regreso a la cama.

—¿Aún tienes sed?

La niña asintió con la cabeza y se recostó en su hombro, metiendo su dedo a la boca. Publio la acomodó en sus brazos y salió de la habitación en medio de la oscuridad, notando como ella se aferraba con más fuerza y enterraba la cabeza en su hombro.

Entró a la cocina de la casa de sus padres, sirvió un vaso de agua y la sentó en sus piernas para que comenzara a tomarla, ella parecía contenta y jamás dejó que la camisa de Publio se fuera de entre su mano fieramente apretada.

—Gracias —lo abrazó y se quedó recostada en su hombro.

—Me ha dicho Ayla que dijiste una palabra que no conocía —le dijo insinuante mientras la cargaba de regreso—. Quiere que se la expliques luego, le agradaría saber tanto como tú.

—Pero ella es grande —dijo sonriente, tocando la barba y los labios de Publio con curiosidad—, ella sabe más.

—Al parecer no, ¿qué palabra le has dicho?

—¡Fácil! Le dije retter, es fácil.

—¿Hablas alemán? —le dijo despreocupado—. Eso es increíble.

—¡Hablo más! ¡Muchos más!

—¿En serio? ¿Cómo aprendiste?

La niña se puso seria repentinamente y se recostó de nuevo en el hombro de Publio y lo abrazó, engarrotando sus piernas alrededor del cuerpo fuerte que la sostenía.

—¿Me quedaré aquí? Quiero quedarme aquí.

—Necesitas una familia de verdad.

—No quiero, me quiero quedar contigo.

—Yo no soy una familia, te habrás dado cuenta que no sé cuidar de niños —a Publio no le importó el cambio de tema, por lo menos le había sacado algo de información.

—Brina se sabe cuidar sola.

Publio suspiró y la metió de regreso a la cama, notando como ella lo esperaba ansiosa, seguro que, si él no se recostaba a su lado, esa niña lo buscaría hasta la última de las habitaciones, así que se dio por vencido y se acostó junto a ella, permitiéndole recostarse prácticamente sobre él y caer dormida en cuestión de segundos.

Suspiró, acogiendo a la niña en un abrazo y acariciando su espalda de arriba hacia abajo, como se hacía con los recién nacidos para mantenerlos en calma y en calor.

Así que ella hablaba más de un idioma, eso era interesante, ella apenas tendría cuatro años, pero sabía que había niños sorprendentes, podía ser que Brina lo fuera y, de ser así, estaría en sus manos develarlo, quizá por eso la protegían, quizá la clave de todo era ella.

El mayor inconveniente que tenía era que era una pequeña que

había sido traumatizada la mayor parte de su vida, sus cicatrices eran incontables, tenía miedo y lo demostró esa noche cuando rompió algo por error, esa no era la reacción de un niño normal, lo sabía bien, lo había tratado tanto cómo médico, como con los hijos de sus primos.

La niña entonces dio un suspiro profundo y se aferró con más esmero a él, acomodándose y metiendo un dedo a su boca mientras dejaba inmóvil su brazo herido.

Por ahora lo que tenía que hacer era tratar de que le tuviera confianza y que conociera la felicidad, al menos de la forma en la que él pudiera brindarla hasta que tuviera que irse de su lado.

Capítulo 4

Publio ya se lo esperaba, entendía perfectamente la preocupación de sus padres cuando les mandó avisar que pensaba quedarse con la niña por un tiempo indeterminado, sabía que no tenía el conocimiento para cuidar de ella, ciertamente no era una persona paternal y claramente le costaría trabajo; pero consideraba que durante los últimos cuatro meses lo había hecho bastante bien, al menos no había salido herida de ninguna forma; la alimentaba, la bañaba y la dormía, Brina parecía contenta con ello.

De hecho, a pesar de que sus padres no dejaban de exponer su punto en contra de que se la quedara, él no le veía otra solución, la niña no quería estar con nadie más y, para ese momento, a él no le parecía tan abominable esa idea.

—Quiero adoptarla —Publio se inclinó de hombros.

—Pero has perdido el juicio —negó Annabella—. No te la debes quedar sólo porque quieres sacarle información.

—No, en realidad me agrada la mocosa.

—Hijo, enaltezco tu bondad, pero una niña no es un juego, mucho menos cuando tú ni siquiera estás casado —dijo Thomas.

—Lo sé, pero pretendo no casarme y ella me parece única.

—¿Cómo que no te piensas casar? —frunció el ceño Annabella.

—Tengo cosas más importantes en la qué pensar —le dijo—. Mi carrera, la cofradía… la mocosa.

—Sí, suenas bastante paternal —dijo su madre sarcásticamente.

—Me estoy adaptando a ella y creo que ella se ha adaptado a mí más rápido de lo que nadie lo ha hecho.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Thomas.

—Con Ayla, hemos descubierto hasta ahora que habla por lo menos tres idiomas.

—Es impresionante hijo, pero…

—Ya lo sé, te parece que no es adecuado —dijo Publio—, pero viéndolo de forma racional, la niña quiere estar conmigo, ha sufrido toda su vida, tiene un secreto por el cual la matarían y que nosotros deseamos conocer, además de que soy el único que puede defenderla. Me parece que no estoy tan descarriado.

—Muy bien, Publio —dijo su madre—. Crees que es fácil ser padre, pero ahora te lo advierto, es una niña dulce, pero seguramente traumatizada, debes comenzar a hacerla sociabilizar, comportarse, aprender y todo eso no se hace sin ayuda de una madre.

Thomas se removió incómodo en su asiento y miró a su hijo.

—Ella está aprovechándose de todo esto para que haga lo que quiere, ¿Verdad? —le preguntó Publio a su padre.

—Asiste a la velada de esta noche —concedió Thomas—. Hablaré contigo y te daré mi opinión del asunto ahí.

—¿Tú estás con ella?

—Creí decir que te lo diría esta noche.

Publio rodó los ojos y suspiró.

—¿Dónde piensan que dejaré a la mocosa?

—Puedes llevarte a Ayla a la casa y las dejas arriba, en tus cámaras —dijo Annabella—. Te esperamos a las ocho.

—Padre... —suplicó el mayor.

—Vamos Publio, una velada tampoco te matará.

—No estaría tan seguro de ello —se quejó.

El muchacho aceptó al final, despidiendo a sus padres y teniendo la libertad de salir al jardín de su casa y perderse en uno de sus libros, eran uno de los pocos días en los que tenía tiempo libre, por lo cual procuraba aprovecharlos.

—¡Retter! —gritaron de pronto—. ¡Retter!

Publio levantó la cabeza y vio a la niña correr con brazos abiertos hasta él y prácticamente echársele encima, sacándole el aire y haciéndolo quejarse de dolor, pero la abrazó.

—¿Qué sucede?

—Vi a esos señores, ¿Te vas a deshacer de Brina?

—Tranquilízate.

—Yo no me quiero ir.

—No lo harás, así que no hay de qué preocuparse.

La niña sonrió de oreja a oreja y lo abrazó de nuevo.

—Ayla me ha dicho que me puede llevar al parque esta tarde, ¿puedo ir al parque? ¿Puedo?

—Si te portas bien en la comida, podrás ir un rato.

—¡Sí! —la niña brincó hasta el césped y lo miró curiosa—. ¿Qué hacías? ¿Qué es eso?

—Leyendo —le enseñó—. ¿Te gusta leer?

La niña asintió segura y se acercó para ver el contenido del libro.

—No entiendo —dijo la pequeña, mirando al hombre junto a ella. Publio sabía que no entendería, era un libro de medicina que, además, estaba en francés—. ¿Por qué dicen todo eso del corazón? ¿Por qué lo dibujan tan feo?

Publio la miró extrañado.

—¿Qué dicen del corazón? —elevó una ceja, fingiendo buscar en el libro mientras ella apuntaba con su pequeño dedo.

—Ahí, porqué dice que bombea sangre, el corazón sólo da amor.

El hombre dejó de lado el romanticismo del que la niña hablaba y se dio cuenta que ya eran cuatro lenguas las que dominaba, a todas

luces, el cerebro de Brina era impresionante.

—Bueno, tu corazón hace muchas cosas —dijo Publio, intentando no mostrar su impacto para que ella no volviera a ensimismarse, como lo había hecho anteriormente.

—¿Cómo qué? —se sentó en el césped junto a él—. ¿Más importante que el amor?

—Oh, Brina, pero si te he buscado por todas partes —llegó Ayla, sonriendo hacia Publio y saludándolo con un beso en la mejilla—. No te había visto en dos días.

—He estado ocupado —dijo, mirando a la pequeña; meneó la cabeza y miró a su amiga—. Le he prometido que, si se porta bien, la llevarás al parque a divertirse.

—¿Es así? —la joven se sentó junto a ellos y aceptó el abrazo de Brina, quien parecía haberse encariñado con ella.

—Retter lo ha dicho, Retter lo ha prometido.

La niña rápidamente se aburrió de ellos y fue a correr alrededor de la casa, dejando a los adultos discutiendo un tema importante.

—Ha logrado leer en francés —informó Publio—. Es un vocabulario avanzado y lo ha entendido.

—Conmigo habla en inglés y de vez en cuando se le sale el alemán, a veces dice cosas en idiomas que no conozco.

—Esto es raro, me parece extraño que una niña sea capaz de hablar tantos idiomas con fluidez, sobre todo, si nos damos cuenta que estuvo capturada y no parece haber recibido una gran educación.

—¿Tú qué crees?

—Me parece que ella no era torturada para que dijera un secreto… quizá querían que ella lo guardara.

—¿Por eso hacerla aprender tantas lenguas?

—Quizá.

Publio se puso en pie y le tocó el hombro a Ayla con agradecimiento al darse cuenta que, gracias a ella, la niña se había sentido feliz y tranquila en tan poco tiempo.

—Te debo una por lo que has hecho.

—Publio —ella negó con la cabeza—. A ti te debo la vida que tengo ahora, si tú no me hubieras rescatado yo…

—Pensé que había dejado claro que no quería agradecimientos, ni tampoco que se mencionara el tema nuevamente.

Ayla bajó la cabeza y sonrió. Publio era un hombre asombroso, humilde a pesar de su magnificencia, jamás se le oiría hablando de sí mismo de forma vanidosa, lo que era más, parecía que le incomodaban bastante los halagos, incluso lograba molestarse.

—Lo lamento.

—Tampoco es para que lo lamentes —se pasó una mano por sus cabellos, un tanto exasperado—. Vale, arréglense, iremos a casa de

mis padres esta noche, haz una maleta para Brina y una para ti.

—¿Iré con ustedes?

—Sí, necesito que estés con ella.

—Ah… —ella asintió—. Sí, está bien. Pero creo que a Bri le hacen falta algunas cosas, tiene lo necesario, pero me gustaría que ella tuviera más de tres vestidos.

—No sabía que le hacían falta cosas, compra lo que le sea necesario —indicó, buscando dinero en su bolsillo, pero Ayla lo detuvo con una insinuante mano.

—¿Por qué no nos acompañas?

—¿De compras? —frunció el ceño—. ¿Por qué haría algo así?

—A ella le hará mucha ilusión.

—No soy bueno en esas cosas, además, no tengo demasiado tiempo y…

—Deja de poner excusas y acompáñanos.

—¿A dónde vamos? —Brina apareció de un brinco.

—Publio nos llevará de compras.

La niña se quedó quieta y miró seriamente a los adultos.

—Pero yo no tengo dinero.

—No te preocupes por eso —Ayla le extendió la mano—. Ven, vamos a peinarte.

—¡No quiero!

—Haz lo que Ayla dice, o no iremos por nada.

La niña se tomó de la mano de Ayla y caminó pesarosa con ella, cada vez que la peinaban le dolía la cabeza, no estaba acostumbrada a tener el pelo agarrado y Ayla lo amarraba fuerte.

Inmediatamente después de una comida exitosa en el comedor, Brina exigió recibir su recompensa y fueron todos a comprar las cosas para la pequeña, Publio parecía relajado a pesar de recibir la atención de las miradas de todo cuanto pasaba, la imagen de una niña pequeña aferrada a su mano no era muy compatible con la idea que se había formado y arraigado sobre él en las personas de Londres.

La pregunta era audible a su paso: ¿quién era a esa niña? Y también estaba la que cuestionaba su relación con la señorita Ayla Arnolds, quien desde hacía ya mucho tiempo vivía en la misma casa que el heredero de los Hamilton.

—¿Por qué todos nos miran? —dijo intimidada la pequeña—. ¿Quieren llevarse a Brina?

—No, todo está bien —tranquilizó el hombre.

—Retter no dejaría que se llevarán a Brina, ¿verdad?

—No, no lo permitiría jamás.

La niña sonrió con encanto y se dejó guiar por las diferentes tiendas, donde Ayla ordenaba vestidos, zapatos, cintas, sombreros y ropa interior para la pequeña, quien compartía el aburrimiento con

Publio, ambos se habían quedado a las afueras de la tienda; Publio leyendo mientras Brina arrancaba pétalos de una flor.

—Es aburrido —se quejó—. ¿Puedo leer?

—No lo creo —le dijo el hombre—. Habla de más corazones sangrantes y has dejado en claro que te disgustan.

—Puedo aguantar la sangre.

Publio la miró.

—¿Te agrada?

—No me agrada, pero —se inclinó de hombros—, no me da miedo. Mami y papi tenían sangre cuando murieron.

Cualquiera sentiría que el corazón se le estrujaba al escuchar algo como aquello, pero Publio estaba acostumbrado a ver los horrores de la vida y, aunque le parecía terrible que alguien que se había vuelto tan cercano a él, sufriera de esa forma, había cosas más importantes qué saber.

—¿Te separaron de ellos?

—Sí.

—¿Por qué? —la niña lo miró a los ojos y cambió el tema rápidamente, mirando las flores que se entretenía en despedazar.

—Lord Hamilton, es raro verlo por aquí.

Publio levantó la mirada y tomó la mano de Brina para que esta no corriera, ella solía asustarse con la gente nueva y parecía que esa mujer la asustaba más de la cuenta, incluso tuvo que cargarla.

—Lady Pormand, es un gusto verla.

—No sea mentiroso, mi lord —sonrió—, sé que eso no es verdad, pero no pude evitar acercarme, tenía algo de curiosidad de ver a la pequeña de la que todos hablan.

—Es algo tímida —Publio refugió a la niña en su hombro—. Se asusta con facilidad con los desconocidos.

—Lo veo, nenita, ¿por qué no me enseñas esos ojitos? —la niña enterró aún más la cabeza en el hombro grande de Publio Hamilton y se abrazó con fuerza de él—. Ya veo… supongo que en verdad es tímida. Hablando de otras cosas, su madre me ha dicho que piensa asistir a la velada de esta noche.

—No es como que tenga muchas opciones —aceptó.

—Será un gusto volverlo a ver ahí —la mujer se acercó y apretó dulcemente el costado de Brina—. Espero verte también nenita.

La niña se removió incomoda y engarrotó las piernas alrededor de Publio, haciéndolo sentir un poco asfixiado, pero no le dijo nada. La mujer sonrió y se marchó de ahí para hablar con un grupo de mujeres, quienes la esperaban ansiosas, seguro que había sido la única en animarse a hablar con él.

—No me agrada, a Brina no le gusta.

—¿Por qué?

—Mala.

—¿Mala? Pero si apenas la conoces.

—Mala, no quiero que esté con mi Retter.

—Tranquila —Publio la acomodó en sus brazos—, a Retter tampoco le agrada demasiado.

La niña sonrió y comenzó a platicar con él alocadamente, Publio apenas lograba entender la mitad de sus palabras, ella tenía la voz adulzada y gangosa como la de cualquier niña pequeña, pese a tener una mente brillante, seguía tenido cuatro años.

—Creo que tengo todo lo necesario —sonrió Ayla, quién parecía más que contenta del desempeño de su papel—. ¿Se la pasaron bien?

—No —dijo la niña—, quiero ir a casa.

Publio la dejó de nuevo en el suelo y le dio la mano.

—Parece que la presencia de lady Pormand la ha disgustado.

—¿Y a quién no? —sonrío Ayla, tomando la otra mano de la niña mientras los empleados hacían un desfile de cajas y bolsas que llevarían la ropa de Brina.

—¿Todo eso es para mí? —se sorprendió la niña.

—Sí —Ayla le tocó la mejilla—. Deberías dar las gracias.

Brina volvió la cara hacia el hombre que le tomaba la mano, a los ojos de la pequeña, Publio era perfecto y atemorizante, le tenía confianza y sabía que no la dejaría, incluso le había comprado vestidos; la niña sonrió y jaló de él para que le pusiera atención.

—Gracias ritter —le dijo—. Tienes mucho dinero ¿verdad?

Ayla estalló en una carcajada y Publio juntó las cejas en una mueca que parecía ser de diversión.

—El suficiente como para comprarte vestidos —asintió—. Vamos a casa o llegaremos tarde.

La gente los miraba con bastante extrañeza y nada de recato, tal parecía que las malas leguas se habían regado con rapidez y ahora muchos decían que ellos ya eran una familia; que el afamado Publio Hamilton había cedido ante la cara hermosa de una muchacha de los bajos mundos y una niña que parecía haber salido de la nada.

El hombre no era dado a poner atención de habladurías, pero cuando escuchaba aquellos chismes, que eran más bien vociferados hacia su persona, lo incitaban a actuar apresuradamente, más nunca irracionalmente. En cuanto vio el registro civil, tomó la mano de Brina y se introdujo a él.

—¿Qué haces? —Ayla parecía sorprendida al momento de seguirlos —. ¿Estás loco Publio?

—No, sé bien lo que hago.

—Retter, me tirarás, Retter.

Publio entonces la cargó y caminó con paso seguro hasta uno de los escritorios, donde un hombrecillo gordo y de gafas redondas se puso

en pie y sonrió nervioso.

—Señor Hamilton.

—Buen día, quisiera registrar a esta niña como mi hija natural.

—¡Publio! —Ayla lo miró sorprendida al igual que la niña.

—Sí, mi señor, su padre ha dejado dispuesto los papeles para cuando usted decidiera a venir por ellos —asintió el caballero—. Como observará lo tengo todo en regla y listo para su firma.

Publio disimuló una sonrisa y negó un par de veces antes de tomar asiento, ahora entendía por qué ese hombre lo había mirado casi desde el momento en el que entró.

—Gracias.

—Mi lord ha dejado todo en orden, dijo que los padres de la niña han fallecido y trajo las actas de nacimiento y fallecimiento.

—Seguro me las ha robado —dijo Publio más para sí, que para el rechoncho hombre.

Ya desde hacía tiempo que se estaba pensando hacer justo aquello, pero fue hasta ese momento que lo decidió, aunque jamás lo había comentado con su padre, no hasta esa mañana.

Seguro que alguna de las *águilas* le habrá informado de su exhaustiva tarea de encontrar a los padres de la chiquilla, así como la documentación necesaria para hacerse con su custodia.

Estaba más que seguro que su madre pondría el grito en el cielo, pero las cosas estaban hechas y él estaba firmando los papeles necesarios para hacer de Brina su hija, en realidad, él jamás pensó con detenimiento el tener una familia, le parecía un estorbo para su tipo de vida, pero Brina había llegado de la nada y ahora que era suya, no podía más que sentirse complacido y, de alguna extraña manera se había desarrollado en él el deseo de convertirla en la niña más feliz de todo Londres.

Capítulo 5

—No puedo decir que no sea noble lo que has hecho… —dijo Ayla—, tu padre te conoce bien, incluso se adelantó en las cuestiones legales, pero ¿no te parece una locura? Digo, es una hija y tú no sabes nada de niños, ni siquiera estás casado.

—Las influencias de los Hamilton al fin sirven para algo más que para no ir a prisión —dijo Publio con la mano de Brina.

—Lo tenías planeado desde hace tiempo, ¿por qué no me lo habías dicho? —lo miró.

—Porque aún no lo tenía del todo decidido.

—¿Qué es hija natural? —preguntó entonces Brina y Ayla le sonrió antes de mirar a Publio.

—Significa que él te ha adoptado, Bri, ahora eres su hija.

La niña frunció el ceño y miró hacia el garboso hombre.

—Pero… no entiendo —arrugó su frente—. ¿Papá no era papá?

—Sí, lo era —dijo Publio, poniéndose en cuclillas junto a ella y tomándola de la cintura con ambas manos—. Tus padres siempre serán los que te dieron la vida, pero ahora, yo me haré cargo de ti.

—Mmm… ¿me comprarás más vestidos?

—Sí, todo lo que tú quieras.

—¿Todo?

—Sí.

—¿Hasta un conejo? —Publio arrugó la nariz y negó.

—No me gustan esos animales.

—Lo siento linda, pero tu papá es alérgico.

Tanto el hombre como la niña se sorprendieron ante las palabras que Ayla había dicho con tanta naturalidad; era verdad, Publio se había convertido en el padre de Brina.

—¿Papá? —la niña miró hacia Publio—. ¿Papá?

—Sí… creo que eso soy —dijo un poco conmocionado, se puso en pie y tomó la mano de la niña.

—¿Puedo decirte papá? ¿No más Retter?

—Puedes decirme como prefieras.

—Papá —sonrió feliz—. ¡Papá!

Publio sintió que algo dentro de él se removía, aunque no sabía identificar el sentimiento, la niña lo comenzó a llamar de esa forma, supuso que en algún momento se acostumbraría, aunque no en ese, puesto que Ayla seguía burlándose de él cada vez que Brina se lo decía, ya que él no podía evitar una mueca de desconcierto, y es que la pequeña lo expresaba como si se tratara de un encantamiento.

Brina y Ayla desaparecieron casi en seguida de que llegaron a la casa, dejando a Publio en soledad en su despacho, desde hacía mucho que no tenía un momento de paz; normalmente la niña lo buscaba y se la pasaba pegada a él irremediablemente, ella gritaba y se emocionaba cada vez que lo veía, incluso había ocasiones en las que la veía esperándolo pegada a la ventana de la calle, con la nariz y la boca pegadas al vidrio irremisiblemente sucio.

Sonrió y miró los papeles en los que Brina se convertía en una Hamilton, una más de su familia.

—Pareces feliz hermanito.

—Terry, ¿qué haces aquí?

—Vengo a darte mis condolencias porque tendrás que ir a la velada de esta noche.

—¿Debo entender que no asistirás?

—Pero qué inteligente eres, al menos yo tengo una excusa —Publio asintió y se reclinó en su asiento—. Me enteré de la niña.

—Sí —el mayor deslizó los papeles por el escritorio para acercarlos a su hermano—. La he adoptado.

El menor elevó una ceja y echó una mirada a los documentos.

—Siempre supe que te gustaba hacer las cosas al revés —sonrió—. Supongo que he de felicitarte por tu hija.

—Aún no me adapto a ello.

—Todos dicen que la niña se ve feliz contigo.

—Supongo que lo es, aunque no puedo sentirme orgulloso por ello, ella vivía en una prisión subterránea antes de llegar aquí.

—Tienes razón —se burló Terry—. ¿Dónde está la cachorrita?

—Ayla la tiene.

—Mmm… así que Ayla, ¿Estás pensando en ella como futura mamá de nuestra cachorrita?

Publio miró mal a su hermano.

—Un compromiso a la vez —exigió.

Terry dejó salir una carcajada y asintió mientras se servía una copa y le entregaba una a Publio.

—Bueno, brindemos por la nueva Hamilton —elevó el vino y Publio hizo lo mismo, bebiendo un poco del contenido antes de ser irrumpidos por la presencia de Brina.

La niña venía sin zapatos, a medio vestir y con un cepillo en la mano que dejaba a entrever que no permitió ser peinada.

—Papá, quiero que tú me cepilles el cabello, Ayla jala.

Terry escupió el contenido de su copa y comenzó a reír con ganas, mirando con diversión a su hermano y después con ternura a su pequeña sobrina, quién parecía indignada.

—Oh, querida niña, pides demasiado a esa roca —dijo el menor.

—¿Roca? —frunció el ceño—. ¿Quién eres? Te pareces a papá.

—Soy hermano de tu papá —dijo con diversión.

—Oh… papá me peinará el cabello, ¿verdad papá?

—Acércate, entonces —aceptó Publio, haciendo su silla para atrás y dejando que la niña lo escalara hasta sentarse en su regazo.

Terry no pudo evitar dejar caer su mandíbula cuando vio a su tozudo hermano mayor pasar el peine por los largos y bellos cabellos rubios blanquecinos de la niña, quien movía sus piernas alegremente por haber sido complacida, mientras cantaba en otro idioma, todo con la palabra papá en ello. Cuando estuvo satisfecha del resultado de su padre, la niña dio un brinco y corrió de regreso a donde seguro la esperaba Ayla.

—Oye, ¿la has escuchado? Cantó todo en italiano.

—Lo sé —suspiró—. No tengo idea de cuantos idiomas sabe.

—¿Qué? ¿Sabe más de dos?

—Sí —se reclinó en su asiento—. Pero apenas le preguntas algo relacionado con ello y cambia el tema o enmudece por completo.

—¿Crees que ella lo sepa? ¿Qué sepa quién es y dónde se esconde la *Sombra negra* de la cofradía de las *águilas reales*?

—Quizá.

—¿Por eso la has adoptado? —negó el menor—. Eres increíblemente calculador y cínico.

—La he adoptado porque le tengo aprecio y ella merece tener una vida feliz después del horror.

—Me sorprende que sentimientos tan nobles te guíen hermano.

—Me conoces poco si lo dudas.

—Bueno —se puso en pie—, llevaba ausente demasiado tiempo, cuando me fui apenas y me hablabas.

—Eras un idiota.

—Eso también es cierto —sonrió—. Suerte esta noche.

—Sería más creíble si dejaras de reírte.

—¡Imposible! —dijo saliendo del despacho.

Publio se cambió de prisa en un elegante traje y esperó a que Ayla lograra colocarle el vestido azul con oropeles a la niña, quien parecía menos que complacida de tener que poner otro vestido cuando era obvio que era de noche y se iría a dormir.

Llegaron a la mansión de los Sutherland entrada la noche, la enorme construcción tenía las luces encendidas y las puertas abiertas, dando la bienvenida a los invitados de aquella velada. En el umbral se encontraban sus padres, sonriendo y saludando, su hermosa madre parecía una reina y su padre era afable sólo porque ella se lo pedía.

—Oh… papá, me gusta aquí —admiró la niña con la boca abierta, ya antes había estado en Sutherland, pero parecía haberlo olvidado o simplemente no había prestado atención.

—Por eso no te alejarás de mí, ni de Ayla —indicó Publio.

—Está bien —se aferró a la mano que la conducía al bajar de la carroza y comenzó a subir las escaleras de la fachada de la casa con dificultad debido a sus pequeñas piernas.

Publio la tomó en brazos y subió rápidamente, posándose delante de su madre y padre, quienes le sonreían abiertamente.

—Oh, cariño, has venido —saludó la madre y tocó la mejilla de la niña con dulzura—. Veo que hoy decidiste usar vestido, Brina.

—¡Sí! Papá me lo compró, es azul como mis ojos, ¿ves? —la niña jaló su parpado para hacer más notorio su iris.

—No hagas eso Brina —Publio tomó la manita y la alejó.

—¿Papá? —Annabella miró a su hijo mayor.

—La adopté esta tarde —asintió el varón.

—Pero…

—Debo agradecer a padre por su intromisión, de no ser por él, seguiría preso en procesos legales.

Annabella volvió la mirada hacia su marido, quién decidió ignorar la mirada de reproche y saludó a la niña con una sonrisa.

—Bienvenidos entonces —dijo Thomas.

Ayla tomó a la niña de los brazos de Publio y se dispuso a subir las escaleras, Brina parecía algo confundida, miraba de un lado a otro al comprender que había más personas en el lugar y eso la asustaba.

—Papá, ¿A dónde vas?

—Tengo que estar con los demás adultos, pero en cuanto me sea aburrido, iré contigo, pero sólo si obedeces a Ayla.

—Yo quiero ir contigo —se removió en los brazos de la joven.

—No, se buena y quédate con Ayla, tienes que dormir.

—Pero quiero estar con papá.

—Es la última vez que lo digo, Brina

La niña hizo amago de llorar, Publio suspiró, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla susurrándole algo que pareció tranquilizarla y permitió que la llevaran escaleras arriba.

Publio no sabía cómo haría Ayla para hacerla dormir, se había acostumbrado a estar con él por las noches, lo abrazaba con fuerza y era la única forma en la que se dormía, ya habían intentado dormirla en su habitación y eso no había funcionado.

—Estará bien, hijo —sonrió Annabella—, cualquier cosa, Ayla bajará a avisarte.

El hombre asintió y siguió a su madre hacia el salón, donde la fiesta se desarrollaba, inmediatamente se sintió fastidiado, las miradas de todas las personas recayeron en él casi al instante y se enojó aún más al comprobar que había una diferencia marcada entre el género predominante en aquella reunión, se notaba que su madre tenía todo que ver en las invitaciones selectas a mujeres solteras.

—Publio, mi tonto primo Publio —sonrió Adrien, tomándole de un

hombro—. Tu madre organiza las mejores fiestas, siempre están las mejores mujeres.

—Sírvete a placer —dijo con desgana.

—Pero ¿de qué hablas? —sonrió—. Estas mujeres son apenas niñas para mí, ¿Qué no ves que soy un hombre mayor?

—Por favor, Adrien —rodó los ojos y empinó un poco de su vino—. ¿Dónde está Archivald?

—Parece que se fueron de viaje él y tío Robert.

—¿A conocer a la susodicha? —lo miró seriamente.

—Bueno, a algunos le tienen preparada a la prospecta indicada y a ti, te pasean a la variedad por la cara.

—Halagador, seguro que, si te escucha cualquiera de mis primas, te da una bofetada o te cortan la oreja.

Adrien soltó una estridente carcajada y asintió.

—Eso lo sé, por eso lo puedo decir ahora, no hay moros en la costa —le palmeó la espalda—. Pero me he enterado de algo interesante en verdad.

—Sí, he adoptado a una niña.

—Pero qué diantres contigo, ¿Estás loco? Te has saltado todo lo divertido y te fuiste directo al hoyo de la paternidad.

—¿Lo consideras un hoyo?

—Sin salida alguna.

Publio negó con diversión y dejó que su primo fuera llevado por un grupo de doncellas demasiado entusiasmadas, lo cual a él le fascinaba, no entendía cómo era posible que fuera hijo de Adam Wellington, ellos parecían ser tan compatibles como el agua y el aceite, si no fuera porque Adrien tenía toda la cara de su padre, la duda de su procedencia podría existir.

—¿Te diviertes hermano? —sonrió Aine—. Mamá se entusiasmó mucho cuando supo que vendrías.

—Me doy cuenta, incluso ha invitado a la señorita Margot, ¿Sabe ella lo que tardé en quitármela de encima?

—Creo que, a estas alturas, a ella no le importa si te casas con Ayla —sonrió—. Mucho menos ahora que has adoptado, ¿Qué con eso Publio? No te creí capaz de tanto.

—Soy impredecible.

—Eso lo sé bien —la chica empinó un poco de su vino y volvió al tema de la supuesta pareja de su hermano—: aunque creo que madre pondría algunos peros a Ayla si supiera su procedencia.

—No seas apática Aine, sabes lo que ha vivido.

—Lo que digo, es que a ella le gustas a todas luces, pero, ¿Qué hay de ti? Nadie podría haber sabido que la niña te agradaba a la medida de quererla como hija, ¿es lo mismo con las mujeres?

Publio miró a la que era su hermana mayor y sonrió con paciencia,

Aine tenía la legua de su padre, pero él tenía práctica evadiendo los temas que no le placían, incluso con alguien tan manipulador como Aine.

—Publio, cariño, quiero presentarte a alguien —su madre le tomó de la mano y lo jaló con ella hacia un grupo de mujeres.

El rápido análisis que pudo hacer era que todas aquellas muchachas buscaban casarse convenientemente, eran hermosas, acaudaladas y educadas para ser una perfecta esposa, *su* perfecta esposa, lo cual no podía estar más alejado de la realidad, Publio no podía responder a la pregunta de su hermana, no sabía qué tipo de mujer le gustaba, pero sabía las que le disgustaban.

Su madre prácticamente lo había dejado a la deriva junto con todas esas mujeres a las cuales había tenido que invitar a bailar, sonreír e incluso charlar, a esas alturas de la noche, estaba cansado.

Estaba intentando escabullirse de una forma cortés, cuando de pronto chocó con una joven a la cual casi lleva al suelo y sólo gracias a sus reflejos logró rescatarla del desastre que hubiese sido tirarla con aquel complejo vestido que llevaba encima.

La joven mantenía los ojos pelados en su impresión y sonreía extrañada por lo rápido de los acontecimientos, incluso seguía en los brazos de aquel hombre que la miraba tan fijamente.

—¡Pero qué demonios ha pasado! —sonrió cuando recuperó el habla—. Gracias por no dejarme caer al suelo, señor…

Publio hubiera querido mentir, pero al final, ella lo descubriría… frunció el ceño, ¿descubriría? ¿Eso quería decir que no lo conocía?

—Hamilton.

—Ah, entonces no es señor, es lord —rodó los ojos y aceptó ser puesta correctamente en sus pies—, mis más sinceras disculpas.

—No me gustan las formalidades tampoco.

—Bien, soy Gwyneth —estiró una firme mano que Publio tomó.

—Un placer.

Cuando él apartó la mano, se dio cuenta que ella lo había llenado de algún producto de consistencia viscosa que lo hizo frotarse los dedos y olérselos, intentando averiguar lo que era y si no era dañino.

—Disculpe —Publio buscó llamarle la atención—. ¿Me podría decir qué demonios era lo que tenía en las manos?

—Oh —se miró a sí misma—. No se preocupe, no es dañino, resulta que, al hacer una combinación de maíz de trigo, sal, agua y… supongo que no le interesa, sólo jugueteaba con ingredientes.

—¿Le gusta hacer experimentos?

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Sí, supongo que sí, me gusta —dijo sarcástica.

Él la miró extrañado, ¿la había molestado tan deprisa? Ni siquiera lo había intentado en esa ocasión, lo cual era sorprendente.

—Oh, cariño, veo que has conocido a la señorita Grandiner.

—Sí, casi la llevo al suelo —asintió Publio.

—Siempre tan torpe en temas sociales —la madre sonrió con disculpas hacia la señorita—. Mi hijo es un hombre inteligente, de ciencia, pero no le agradan mucho las veladas, le gusta más ser médico que persona, creo yo.

La mujer miró con impresión al caballero.

—No tiene pinta de ser médico.

—No sabía que teníamos una *pinta*.

—Bueno, de todas formas, no la tiene.

—¿En verdad? ¿Qué respaldo razonable le da a su reflexión?

La chica entrecerró los ojos hacia él y, al notar la inminente pelea entre las fuertes personalidades, Annabella decidió intervenir para que no se ocasionaran problemas—: ¿Por qué no invitas a bailar a la señorita Grandiner, cariño?

—¡No! —pidió la joven con vergüenza—. La verdad, lady Hamilton, soy muy torpe para la danza, parece que su hijo no es el único inadaptado en cuestiones sociales.

—Entonces creo que me quedaré a su lado toda la noche —sonrió Publio, mirando hacia su madre—, así alejaremos a las posibles mujeres que tengan su carnet vacío.

Annabella se mostró molesta, pero al final, fue requerida por una de sus primas, teniendo que marcharse, al menos había dejado a su hijo en compañía de una dama, lo cual era extraño hasta para ella.

—¿Soy acaso su escudo humano? —se molestó la joven.

—Algo así.

—Bien, al menos ha de contarme algo —se inclinó de hombros—, algo entretenido, porque me aburro rápido.

—¿Qué hace en una velada si es obvio que las encuentra tan superficiales y molestas?

—Al igual que usted, alguien me ha obligado a venir.

—Entiendo.

La joven lo miró de lado y sonrió.

—Parece que su mente se encuentra en mil cosas a la vez.

—Normalmente es así —aceptó Publio sin mirarla.

—¿En verdad es médico?

—Mi madre no suele mentir.

—¿Tiene consultorio?

—Tengo uno privado en casa —asintió—. ¿Por qué pregunta?

—Quizá tenga que darle una visita prontamente —él la miró con interés—. Resulta que alguien ha experimentado un cierto escozor extraño en… partes donde no se deberían sentir malestares.

Publio elevó una ceja.

—¿Le había pasado antes a… esta persona?

—No sugiera que soy yo hablando en tercera persona —le dijo molesta—, si yo tuviera un problema en mis partes íntimas lo diría con mucha más libertad, pero al no ser yo, me someto a la prudencia.

—Claro está —sonrió, en verdad lo hizo, cosa extraña si no se trataba de Brina—. Sería mejor si la llevara o lo llevara a que lo revise, quizá fuera buena idea que se presentara también la persona con la que se ha acostado para que pueda dar un mejor diagnóstico.

—Muy bien, se lo haré saber, señor, se lo agradezco —dijo sonrojada y enojada. Parecía querer decir algo, pero no se atrevió hasta pasados unos minutos—. No crea que normalmente me la paso hablando de temas sexuales, en realidad sólo estoy preocupada.

—No lo he preguntado y tampoco es que sea de mi interés.

—Por supuesto —dijo aún más sonrojada.

Publio miró a la mujer que se mantenía incomoda junto a él, tenía los brazos cruzados y su mirada oscura estaba fija en algún punto de la fiesta, como si pidiera en silencio ser salvada. Trató de saber a quién llamaba, pero había demasiada gente y él tampoco tenía demasiado interés en investigarlo.

—Si quiere irse, no tiene por qué retenerse a mi lado.

—¿No ha dicho que soy su escudo?

—Funcionó el tiempo necesario para que mi madre me dejara tranquilo, así que puede dar su cargo por terminado.

Ella movió su peso de un lado a otro y asintió.

—También es mi escudo humano.

—Ya veo, ¿De quién?

—Mi hermano, lord Grandiner, piensa que sería conveniente que ya estuviera conociendo a la persona con la que me casaré —lo miró—, por ahora, lo haré creer que es usted, al menos que tiene interés en mí por esta noche.

—No le servirá por demasiado tiempo.

—El suficiente, al menos en esta fiesta no seré lanzada como carnada para hombres estúpidos.

—¿No me considera un hombre estúpido?

—Al menos tiene una profesión.

Publio asintió y se sintió cómodo junto a la señorita Grandiner, en realidad, sí que servía para espantar a las cazadoras de partidos. Lady Grandiner era una mujer hermosa, de cabellos cafés y ojos del mismo color, pálida como nadie a quien hubiese conocido, tenía grandes y tupidas cejas y larguísimas pestañas.

En realidad, no era una belleza de las que gustaban a los londinenses, pero lady Grandiner era hermosa a su forma simple y particular, al menos a la vista de Publio.

De pronto, una conmoción en el salón irrumpió el baile y la música al mismo tiempo. Publio miró con desconcierto a la entrada, donde

todos los demás miraban consternados y enternecidos a juzgar por los sonidos afectuosos.

—Papi… —se escuchó una pequeña voz llorosa—. Papi…

—Parece que es una niña —dijo lady Grandiner, impresionándose al notar que el caballero que la acompañaba la había dejado con las palabras en la boca y se dirigía rápidamente hacia el tumulto de gente.

Ella no lo pudo evitar y lo siguió con curiosidad, llegando al centro justo cuando Publio Hamilton tomaba a la llorosa pequeñuela en brazos y la dejaba llorar sobre su hombro mientras él trataba de tranquilizarla, acariciándole el cabello y la espalda. Gwyneth ladeó la cabeza sin comprender y caminó detrás de él cuando fue a salir del salón de fiestas junto con su madre, padre y hermana.

—¿Qué pasó Brina? —preguntó el señor Hamilton en un tono de voz que lady Grandiner pensó que no podía existir en un hombre como él—. ¿Por qué lloras?

—Pensé que papá se había ido sin mí.

—Oh, ternura —dijo Annabella Hamilton—. Papá sólo está en una velada, irá contigo en unos momentos.

—Quizá es pronto para que Publio la deje sola por las noches —dijo Aine, con una copa de vino y mostrándose tranquila.

Publio abrazó a la niña, recostándola de momento sobre él para seguir hablando a base de susurros con su padre, quién hacía lo mismo. Gwyneth no se había marchado, pero le hubiese gustado haberlo hecho cuando notó la mirada azulada de la niña sobre ella, era extraño que los ojos de alguien tan pequeño lograran intimidar de esa forma.

—¿Quién es ella?

La familia Hamilton volvió la vista, atrapándola en el acto de espionaje, aunque debía admitir que era patética, puesto que ni siquiera se había escondido.

—Señorita Grandiner, ¿me acompañaría al salón? —sonrió Aine, actuando antes que nadie.

—Sí —bajó la cabeza—, lo siento, yo… no tengo idea porqué he venido detrás de ustedes.

Publio la miró con una ceja levantada y una mirada burlesca.

—Supongo que he sido grosero al no darle ni una despedida —dijo —. Lo lamento, pero he de retirarme ahora.

—Claro, lo comprendo bien —tomó sus faldas sin esperar a Aine—, con su permiso.

Los padres de los chicos sonrieron hacia la pequeña que se aferraba a su hijo y comprendieron que era el final de la velada para él, al menos lo habían retenido en ella un tiempo considerable.

Aine sonrió de lado hacia su hermano una vez que sus padres

desaparecieron y elevó ambas cejas a son de burla.

—Así que lograste conquistar a la indómita señorita Grandiner.

—No tengo idea de qué hablas —se quejó Publio, subiendo las escaleras con la niña a cuestas.

—Oh, vamos —Aine subió detrás de él—. Sabes de lo que hablo.

—No, no lo sé, y si no te das cuenta Aine, ahora no tengo tiempo de hablar de tonterías.

—Está bien, esperaré a que se duerma y hablaré contigo de ella, noto el interés en tu carita de palo.

Publio rodó los ojos y terminó de subir la escalera, dónde se encontró con una asustada Ayla, seguramente acababa de notar que Brina ya no estaba en su cama.

—Yo… me distraje por dos segundos y ella salió.

—No te preocupes Ayla —dijo Publio—. Ve a descansar.

Ayla miró extrañada a Publio y su hermana, los había escuchado hablar de una tal señorita Grandiner; no lo quería creer, pero parecía que a Publio le había llamado la atención alguien, así que no lo pudo evitar y fue detrás de ellos y se colocó junto a la puerta.

La niña pareció relajarse en cuento supo que Publio no se iría más, había tomado prisionero uno de los dedos de su padre para saber que estaría junto a ella y sonreía mientras dormía. No era la primera vez que ella despertaba hecha un llanto y sólo el verlo junto a ella la hacía entrar en razón y la tranquilizaba, era normal que no tuviera mucha paz en las noches.

—Parece encariñada contigo.

—Es de esperarse, fui la persona que la rescató.

Aine asintió.

—Eres bueno con ella.

—¿Qué sigues haciendo aquí, querida hermana?

—Bueno, pensé que querías que te hablara de Gwyneth.

—Jamás lo pedí.

—Bueno, aguafiestas, parece que le has llamado la atención, ella incluso te ha seguido, es impresionante.

—¿Por qué?

—Bueno, al igual que tú, a ella no le parecían importar las relaciones personales, se la pasa sumida en libros y el laboratorio.

—¿Laboratorio?

—¿Es que no sabes nada? Ella es científica, una de las pocas mujeres que estudiaron la carrera, estuvo en París hasta ahora.

—Ahora entiendo lo de las manos —negó y miró a la pequeña aferrada a él—. En realidad, justo ahora no tengo tiempo para pensar en esas cosas, acabo de adquirir una responsabilidad y pienso concentrarme en ella... merece que lo intente con todas mis fuerzas.

—No puedo decir que no es así, te acabas de meter en un lío.

—Estaremos bien, no entiendo por qué nadie tiene confianza en que lo haré bien, llevo cuidándola cuatro meses.

—Ayla siempre ha estado a tu lado Publio —elevó una ceja su hermana—. Sabes bien que eso sólo hace que mamá quiera casarte con aún más intensidad.

—Sus intenciones fueron obvias esta noche.

—Será peor, te lo aseguro.

—Tonterías, no hace por casarte a ti, ¿qué te hace pensar que podrá obligarme a mí?

—Bueno, yo no tengo una hija que no sé cuidar.

—Estaremos bien.

Aine sonrió y lo dejó tranquilo, si Publio tomaba una decisión, nadie podría hacer que cambiara de opinión. Le alegraba que al menos su hermano sintiera la necesidad de proteger a alguien, que pensara en tener una hija le abría las puertas a una familia, jamás pensó en Publio como una persona que buscara la tranquilidad de un hogar familiar, pero parecía que así era y se alegraba por él.

Capítulo 6

Publio subió a su recámara pasadas las doce de la noche, había mandado a Brina a dormir en compañía de Ayla hacía más de cuatro horas, lo aliviaba pensar que Brina comenzaba a aceptar la presencia de Ayla en la casa tras unas cuantas semanas.

Se había mostrado sumamente celosa desde el día en el que la hizo oficialmente su hija, seguía repitiendo una y otra vez que Ayla deseaba robarlo de ella, era inexplicable el raciocinio que esa niña tenía, pero tanto Ayla como él se la pasaban haciéndole entender que eso no sucedería y que se quedaría por siempre junto a Publio.

Definitivamente era una niña extraordinaria que lo llenaba de sonrisas que no sabía que tenía. Normalmente era un hombre serio, nada lograba hacerlo reír, pero Brina era la excepción a la regla y cuidarla no parecía ser tan difícil como todos gozaron en recalcarle.

Publio quitó sus ropas y colocó un pantalón de dormir, se encontraba agotado después de todo un día de trabajo. Pero no pudo evitar que, en cuanto terminara de apagar las luces, la puerta de su recámara se abriera lentamente y diera paso a un pequeño ser que, con bastante trabajo, trepaba a la cama.

—Brina, ¿de nuevo? —encendió la luz.

—Papi, ¿puedo dormir aquí?

Los ojos azules de la niña eran como dos canicas enormes con la súplica impresa en ellas. Para Brina era casi imposible dormir de sola, mucho menos de noche.

—Si siempre duermes aquí, Brina, jamás te acostumbrarás a dormir en tu recámara.

—¿Puedo? —suplicó.

Publio suspiró y la ayudó a meterse debajo de las cobijas y aferrarse a él como si de su oso de peluche se tratase, el cual, por cierto, también traía consigo. El hombre abrazó el pequeño cuerpo de Brina y se sintió extraño, no sabía desde cuando él también había comenzado a pensar en esa niña como suya, pero le agradaba, Brina le agradaba.

—Papi…

—¿Qué pasa? —dijo un tanto cansado.

—¿Me quieres? ¿En verdad me quedaré?

—Sí, te quedarás.

—Pero no me quieres…

—Brina, es noche, a dormir.

—¿Me quieres o no?

—Sí, Brina, te quiero, ahora a dormir.

La niña sonrió y se acostó muy cerca de su padre, sintiéndose protegida y querida por primera vez en su vida, se sentía afortunada y muy feliz, no podía creer que ese hombre la fuera a tener para siempre a su lado, había decidido tenerla para siempre a su lado.

Publio amaneció sintiendo los brazos de Brina alrededor de él, la cabellera rubia de la pequeña se esparcía libremente por la almohada y sus manitas se aferraban a la ropa de dormir de su padre; Publio sonrió y la dejó suavemente sobre la cama para no despertarla. Para cuando terminaba de arreglarse, la puerta de la recámara se abrió y dio paso a Ayla, quién estaba acostumbrada a entrar sin tocar.

—Así que vino a caer aquí de nuevo —susurró.

—Sí, digamos que no lo puede evitar de momento —sonrió, acomodando su corbata—. Creo que piensa que despertará en otro lugar de un momento a otro.

—Ha sufrido demasiado, me da tristeza, es tan pequeña.

—Ahora estará conmigo —le dijo tranquilo—. Por cierto, necesito que te quedes con ella.

—¿Qué? Pero ella llora cada vez que no te ve.

—En definitiva, no puede ir a donde voy ahora —le dijo tranquilamente.

—Pero Publio…

—Adiós, Ayla.

—¡Publio! —lo siguió—. No me puedes dejar aquí sola con ella, ¿entiendes? Ella ni siquiera me quiere.

—Ayla, se supone que estas a mi lado para que me ayudes en lo que fuese que necesitara —la miró terminantemente—. Esto es lo que necesito ahora.

—No ha sido mi culpa que adoptaras una niña, Publio, quiero ser parte de la cofradía no de tu casa.

—Por ahora, eso significará ser parte de la cofradía.

—Pero… ¡Publio!

El hombre se esfumó de la casa sin decir nada más. Tenía cosas que hacer en conjunto con algunas de las águilas y no era un lugar para ir con una niña pequeña, sólo esperaba que Brina y Ayla se lograran llevar bien.

Publio llegó a uno de los lugares especiales para juntarse con las águilas de su padre, lo estaban esperando, incluso su hermano menor, Terry, estaba ahí, divirtiéndose con otra de las águilas; pero, en cuanto lo vieron, todos callaron y pusieron atención.

Al hacerse su padre mayor, Publio había adquirido todas las responsabilidades de la cofradía, había desarrollado el temple, la inteligencia e incluso la profesión del hombre siniestro, pero era diferente a él, se empeñaba en ser diferente a su padre. Lo último que quisiera es ser una copia y lo mismo sentían cada uno de los hijos de

tan importante hombre.

—Publio —su hermano fue el primero en acercarse—. Ya me han dicho de donde viene Brina, y no me parece que...

—Me la quedaré.

—Pero señor —se puso en pie un águila—, no creo que sea lo correcto, la buscarán.

—Por ahora no es así, en todo caso, el problema es mío.

—Publio —su hermano le tocó el hombro y lo movió hacia un lado —. ¿Estás acaso loco? ¿Sabes lo que esa niña representa?

—No tiene familia, la están utilizando.

—Pero la buscarán, era hija de uno de los cabecillas.

—Sé de quién era hija, pero no tomarán venganza de ella también, ya les han quitado la vida a sus padres.

—Será riesgoso quedársela, mi lord —argumentó otro—. Terminarán dándose cuenta que usted la tiene.

—No creo que puedan tener tanto interés en una niña de cuatro años —le quitó importancia—, en realidad es insignificante.

—Los vándalos son buenos guardando rencores —dijo Terry—, no se toman a la ligera las venganzas.

—Tonterías.

—Piénsalo, Publio —dijo Héctor Copenharme—. ¿Por qué la siguen buscando a pesar de que es una niña?

—Quizá tenga algo que a ellos les interesa —dijo John, el esposo de su prima Sophia.

—¿Qué podría tener una niña de cuatro años? —cuestionó otra águila de menor rango.

Publio lo pensó. Cuando Brina llegó a su vida, era recelosa, seguía siéndolo, pero jamás se puso a inspeccionarla, tampoco era que le contestara preguntas y mucho menos le enseñaría algo que poseyera y creyera que era importante. Sin embargo, hasta ahora sabía que hablaba muchos idiomas y que era probable que ella fuera la pieza final para el rompecabezas que tenían enfrente.

Era una información que aún no quería compartir con nadie, la resguardaría celosamente por el momento, al igual que el diario inentendible que habían sacado de aquel lugar subterráneo.

Tendría que poner mucha más atención a Brina.

—¡Brina! —gritó Ayla—. ¡He dicho que bajes de ahí!

—¡No! No tengo por qué obedecerte.

—Vamos, Brina, si Publio te ve ahí arriba, me matará.

—Papá no vendrá pronto —le dijo la niña, subiendo más y más alto en aquel árbol.

—Lo sabrá si te caes de ahí.

—¡No caeré! —dijo segura.

—¡Brina, por favor! —suplicó la chica.

La niña simplemente la ignoró y siguió trepando hasta un punto alto donde ya casi no escuchara los gritos de su cuidadora.

—Maldita sea —se quejó Ayla, subiendo al mismo lugar que la niña —. No puedo creer que alguien tan pequeño pueda subir tan rápido. La detesto. Pero Publio, Publio quería adoptar una niña, ¡Claro! ¿Por qué no mejor tenerla naturalmente? Al menos por unos meses no sabría caminar.

—Te caerás Ayla, tu eres torpe —dijo la niña con una sonrisa.

—Baja Brina, por favor —en realidad, Ayla tenía miedo a las alturas y se había quedado aferrada a una de las ramas bajas.

—¿Tienes miedo?

—Baja ahora, Brina —dijo la joven con ojos cerrados.

—Sí que tienes miedo —negó la niña—. Pero si eres una adulta, no deberías tenerle miedo a nada.

—¡Baja, niña tonta! ¡Baja ahora!

—No soy tonta, yo puedo subir a un árbol.

Ayla abrió los ojos y la vio con fastidio, pero eso sólo le duró unos segundos, puesto que, al verse en las alturas, sintió un fuerte mareo y no pudo evitar perder el equilibro y caer al suelo sin miramientos.

—¡Ayla! —gritó entonces Publio, corriendo hacia ella—. ¿Qué demonios haces? ¿Estás bien?

—¡Brina está en el árbol!

Publio volvió la mirada hacia el lugar y frunció el ceño, dándose cuenta que la niña se escondía de su mirada.

—¡Brina, baja de ahí ahora! —la niña no protestó y bajó hábilmente hasta posarse junto a su padre, quién revisaba cuidadosamente a Ayla—. Te has roto el brazo, tendré que…

—No, no, no —negó Ayla—, nada de acomodar huesos, déjalo.

—Está bien —dijo Publio, aún con el brazo en la mano—, lo dejaré así, tendré que poner algo de hielo y…

—¡Ah! ¡Ay! —gritó Ayla cuando Publio acomodó en su lugar el hueso roto—. ¡Me engañaste! ¡Mentiroso! ¡Duele!

—Bien, creo que está arreglado —sonrió Publio—, ven, te llevaré a tu habitación.

—Papi, yo no quería que ella se cayera, en verdad que…

—Hablaré contigo después, Brina.

La niña compungió su carita y se le llenaron de lágrimas, pero Publio no hizo caso, tomó a Ayla en brazos y la llevó a la casa; Brina, presa de un temor indescriptible, simplemente corrió a la dirección opuesta, cosa que Publio no notó.

—No hace falta que te levantes mañana, necesitas descansar la herida —indicó Publio—. Si te duele, tomate unas cuantas cucharadas de esto, puedes hablarle a Mercedes si algo se te ofrece.

—Sí, gracias Publio —se sonrojó la joven y miró a su alrededor—.

¿Dónde está Brina?

El hombre miró a sus lados, dándose cuenta que la niña no estaba ahí y eso hizo que su corazón latiera con fuerza.

—¿No venía detrás de nosotros?

—Tiene cuatro y pensó que la regañarías, ¿tú qué crees?

—¿Y por qué no me dijiste?

—Tú eres su padre, ¿Qué no?

—Y tú la cuidabas, ¿Qué no?

Publio no dijo nada más y salió corriendo de la habitación, gritando el nombre de su hija.

—Mi señor, ¿la niña Brina no está?

—¡Búsquenla por todas partes!

Publio puso de cabeza aquella casa, pero Brina simplemente no aparecía, tenía gente buscándola por las calles y sentía que estaba a punto de la demencia cuando pasó otra hora sin avistamientos.

—Publio la hemos buscado por doquier —se acercó su hermano con cara de preocupación—. Aine está buscando en las tiendas.

—¿Seguro qué salió de la casa? —inquirió Grace.

—No tengo idea —dijo lleno de preocupación—. No sé dónde más buscarla.

En ese momento, saliendo de la universidad de Londres, venía una joven y hermosa mujer que llevaba de la mano a la pequeña niña que tenía a los Hamilton vueltos locos.

—¡Brina! —gritó Publio, corriendo hacia la niña que rápidamente se escondió detrás del vestido de la dama.

—Eh… ¿a quién buscaba? —sonrió la mujer con complicidad ante la pequeña.

—La niña que está entre sus faldas, es mi hija.

—¿Su hija? —frunció el ceño la mujer—. Es usted joven.

—Por favor, señorita, lamento el altercado —miró detrás de ella y observó a la niña escondida—. Brina, por favor sal de ahí, llevo horas buscándote.

La mujer le tocó el hombro con sutileza, haciendo que el hombre volviera a erguirse en su altura.

—Señor, creo que la niña está asustada por cierto altercado que ocurrió con una joven llamada… Ayla.

—Brina, no debes correr de casa sólo porque te has comportado mal, sal de las faldas de esta mujer y ven aquí.

Brina hizo todo lo contrario y se aferró con aún más fuerza al vestido de la dama y abrazó sus piernas, haciéndola que tambaleara un poco, llevándola la necesidad de sostenerse de Publio; él la sostuvo por los brazos, pero seguía mirando a su hija.

—¡Ups! —sonrió la mujer, apartándose de él y abrazando el cuerpo escondido de la niña—, creo que eso fue un no.

—Brina, he dicho que salgas ahora.

Los ojos azules de la niña se asomaron con timidez y llanto, viendo al hombre que parecía realmente enojado, pero era su preocupación escondida entre la faz de la molestia.

—Papi… ¡Perdóname papá! ¡No me dejes! ¡Quiero quedarme contigo! —salió detrás de la joven y abrió los brazos al correr hacia Publio, quién rápidamente la tomó y la abrazó con fuerza.

—No vuelvas a hacer algo así —apretó la cabeza de la niña contra su hombro—, no sabes lo asustado que estaba.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —lloriqueó.

La joven delante de ellos sonrió y dejó salir el aire.

—Me la encontré escondida en el laboratorio, no es un lugar para niños, señor, podría caerle una sustancia peligrosa —indicó la mujer.

—No era mi plan que entrara ahí —Publio estaba a la defensiva, pero debía agradecerle que la sacara de ahí—. En todo caso, gracias por cuidarla, no sé qué hubiera hecho si no la encontraba.

—Parece que piensa que la va a abandonar, ¿qué clase de padre amenaza a su pequeña hija con eso?

—Yo jamás la he amenazado con eso.

Brina levantó la cabeza del hombro de Publio y limpió su cara llena de lágrimas.

—Él no es mi verdadero papá —le dijo—, papá me rescató y ahora soy su bebé, ¿verdad papá?

Publio se mostró incomodo, él no era de los que iba contando su vida personal a nadie, mucho menos a una extraña y mucho menos a esa mujer que parecía llena de suficiencia al momento de mirarlo.

—Nos vamos Brina —miró a la mujer—. Le agradezco nuevamente y me disculpo por lo ocurrido.

—No hay ningún problema —sonrió y se cruzó de brazos, viendo cómo se marchaban, entones susurró para sí misma—: tal parece que no se acuerda de mí, mi lord. Habrá que remediarlo.

Los hermanos Hamilton se alegraron de ver a Brina entre los brazos de su padre adoptivo y la llenaron de dulces y regalos.

—No la recompensen —indicó Publio—. Se ha escapado y eso no es algo por lo que deba recibir regalos.

—Agh, ya la regañaras —dijo Grace, fascinada con la nena—. Yo soy la tía consentidora, puedo maleducarla.

Brina sonrió y estiró los brazos hacía Grace, quién rápidamente se la llevó a comprar un cucurucho.

—Parecías en verdad asustado —sonrió Aine.

Publio no respondió.

—Creo que alguien ha logrado conquistar el corazón del temido y frío Publio Hamilton —se burló Terry.

—¿Qué no tienes una esposa y un bebé qué atender?

—Sí, pero Grace está con tu hija justo ahora y el bebé con sus hermanas, así que tengo tiempo para molestarte.

Publio rodó los ojos y caminó en dirección a donde su cuñada y Brina se llenaban de helado.

—Es una niña lista, creo que ha sabido perfectamente que tú vas con constancia a ese laboratorio —dijo Aine.

—Sí, es lista, lo cual da como resultado más problemas.

—¿Quién era la mujer con la que salió de la mano? —preguntó Terry—. Era bastante guapa.

—Tienes mujer —Aine le dio un zape.

—Pero también tengo ojos —se acarició la parte afectada.

—No tengo ni la menor idea —dijo desinteresado—, pero al menos ha sacado a Brina de ahí.

—Ahora que lo pienso, esa niña necesita una madre, ¿no lo crees tú Aine? —lo cucó Terry.

—Sí, es verdad Terry, creo que deberías encontrarle una madre —le siguió la broma la mayor.

—Son insoportables —dijo enojado—, gracias por ayudar.

—Hasta luego —dijeron al tiempo, muertos de risa.

—Brina —habló con autoridad—, vamos a casa.

La niña quitó la sonrisa y entregó el chocolate que comía a Grace, corrió un poco y se colocó junto a la figura de Publio sin decir una palabra y con la cabeza gacha. El hombre comenzó a caminar, vigilando que la niña lo siguiera y no corriera para otra parte, se complació cuando ella levantó la mano y la colocó entre la de él para seguirlo por el camino.

—No quiero que vuelvas a hacer algo así, ¿entendiste?

—Sí.

—Pudiste haberte perdido, te pudieron hacer algo.

—Perdóname papá.

Publio la miró y suspiró, notando que se veía realmente cansada, tenía la carita llena de lágrimas y parecía en verdad arrepentida de lo que había hecho. Dejó salir un suspiro y se agachó para tomarla en brazos y recostarla en su hombro, Brina parecía sorprendida, pero sonrió y se abrazó al hombre que la llevaba tranquilamente en medio de las habladurías de Londres.

Capítulo 7

La gente de Londres estaba impresionada por la noticia de que el abstraído y casi ermitaño Publio Hamilton tuviera una pequeña hija aparecida de la nada, hacía más de tres meses de aquella noticia oficial, pero el impacto seguía estando presente.

Nadie diría que la niña no era preciosa y, quién la conociera diría sin duda alguna que era extraordinaria y sumamente inteligente para alguien de su edad.

Aunque no era común verla pasear en conjunto con su padre, lo cual ansiaba todo Londres; la señorita Ayla parecía ser designada a entretenerla y ambas damas parecían llevarse de maravilla, lo cual creaba otra especulación.

Desde hacía mucho que se sabía que la señorita Ayla, una joven sin cuna, dinero o siquiera familia, vivía en la mansión del mayor de los hombres Hamilton, muchos decían que era su amante designada, otros, que simplemente era una empleada, pero al verla con Brina, algunos decían que era su esposa.

Ayla no podría estar más contenta con esa suposición, desde el momento en el que Publio Hamilton la había salvado de su cruel vida, no había podido hacer otra cosa más que amarlo y adorarlo. Estaba por demás decir que era unos años más joven que él y le fue fácil caer en sus redes, pero aquel hombre apenas notaba su presencia, eran amigos y jamás había sobrepasado esa línea.

Ayla tenía la esperanza de que, cuando él notara que se llevaba tan bien con la niña, Publio al fin sentiría algo más que el cariño que se le tiene a una chica a la que rescató, que la vería más que como a una amiga, deseaba que al fin la viera como mujer. Era una hermosa mujer al final de cuentas.

—Ayla, ¿tú y papá son novios?

—¿Qué? —dijo nerviosa—. Claro que no.

—Pero si pasan todo el tiempo juntos —dijo la niña, tomada de su mano mientras caminaban por el parque—. Papá te compra ropa y cosas, como a mí. También estás en la casa y él te cuenta cosas.

—Somos amigos, Brina, hemos sido amigos por mucho, mucho tiempo —sonrió.

—Mmm… pero papá no les compra cosas a otras personas, sólo a mí y a ti.

—Sí, pero… pero es porque piensa que debe cuidarnos.

—¿Por qué debe cuidarte a ti? ¿Eres su hija también?

—No, no soy su hija.

—Yo tampoco lo soy.

—Pero él te ha adoptado, Brina, hasta tienes el apellido de los Hamilton, el apellido de tu padre.

—¿Tú no lo tienes?

—No, yo soy Arnolds, Ayla Arnolds.

—Oh… entonces sí eres la novia de papá.

—¡No! —dejó salir una risita y miró a la niña—. ¿Te gustaría que fuera novia de tu papá?

—Mmm… me caes bien, eres buena y me tratas bien —la miró—, pero creo que a papá no le gustas tanto.

La joven no pudo evitar sentirse herida, pero de todas formas rio ante la sinceridad de la niña.

—¿Tú crees?

—Bueno, es que es obvio que a Ayla le gusta papi, pero no creo que papi guste de Ayla —los ojos azules de Brina se distrajeron y sonrieron —. ¡Quiero un helado!

La niña se soltó de la mano de Ayla y corrió hasta donde le indicaba su capricho. La joven recapacitó las palabras de la pequeña, y se dio cuenta que era verdad, Publio cuidaba de ella, pero no la trataba como una hija, era más una amiga con la cual vivía y, al parecer, compartía una hija adoptiva, porque era Ayla quién cuidaba a Brina la mayor parte del día.

¿Qué debía hacer? Nunca hizo nada para hacer que Publio se fijara en ella de forma diferente, pensó que eventualmente y por la costumbre, Publio se fijaría en ella, quizá hasta la llamaría en alguna noche… Ayla tenía un pasado y cualquiera se aprovecharía de ello, pero no Publio, jamás él. De hecho, estaba casi segura de que a él no le interesaba ninguna mujer, ni tampoco ningún hombre… a él lo que le gustaba eran los libros, el hospital y los laboratorios.

Ahora que lo pensaba, ¿Sería acaso virgen? Sus mejillas se tiñeron de rojo al pensarlo, no había llegado el día en el que conociera un hombre que no hubiese tenido un largo historial de vida sexual, pero Publio nunca salía, tampoco desfilaba con mujeres y nunca se escucharon rumores.

—¡Ayla! —le gritó Brina—. ¡Paga al señor heladero!

La joven se enfocó en el presente y caminó hacia la damita que ya disfrutaba de su cucurucho mientras se manchaba el vestido.

—Brina, ten cuidado, tu padre se molestará si te ve llena de helado —le limpió la cara.

—Papá no se molesta conmigo, se enoja con todos, pero no conmigo —dijo sonriente.

La niña tenía razón, Publio era el hombre más paciente, pero sólo con Brina, estaba por demás decir que lo tenía en sus manos, la niña descubrió la fórmula para dominar a uno de los Hamilton.

Regresaron a la casa a media tarde, esperando pasar el día entre los libros que a Brina le gustaba escuchar o leer, pero se encontraron con la sorpresa de que Publio estaba en casa y, aún más sorprendente, las estaba esperando.

—¡Papi! —saltó a sus brazos.

—Brina —la tomó en brazos—, de nuevo estás llena de helado.

—Ayla me lo ha tirado encima —mintió.

La joven abrió la boca con impresión, estaba por intentar tratar de desmentir aquellas palabras, pero se relajó al darse cuenta de la sonrisa que Publio le dirigía a la consentida niña, a quién le acomodaba el cabello rubio detrás de la oreja mientras escuchaba pacientemente el parloteo que Brina le dirigía.

Era fácil enamorarse de Publio, increíblemente fácil.

—¿Ayla? —la joven lo miró.

—¿Sí?

—He dicho que saldremos.

—¿Qué? ¿A dónde? —frunció el ceño, viendo como Brina era puesta en el suelo e inmediatamente corría despavorida del lugar.

—Parece que Londres quiere conocer a Brina, la he alejado durante demasiado tiempo de la sociedad, la llevaré a una comida —rodó los ojos y tomó camino hacia por el pasillo.

—¿Qué? —sonrió extrañada.

—Al parecer han invitado a Brina al cumpleaños de la hija de los Grandiner, qué conveniente, ¿no te parece?

—¿Y piensas acudir? —negó cuando lo vio asentir sin más—. ¿Irás solo? ¿Sin esposa, mujer, novia o alguien que te acompañe?

—¿Qué tiene de malo? —se inclinó de hombros—, Brina necesita amigas y creo que es momento de que la conozcan, seguro se encantarán con ella.

Ayla pensaba que ese hombre no estaba pensando las cosas, era obvio que no sería capaz de soportar estar en un lugar que estuviese repleto de mujeres que buscarían su atención.

—De eso no tengo dudas, pero ¿tú qué harás? —le tocó el hombro cuando quiso marcharse—, si sabes que a esos lugares acuden mujeres, únicamente mujeres.

—Es un cumpleaños Ayla, no la guerra —sonrió—, no debes preocuparte tanto.

—No estoy preocupada.

—¿Y por qué tu tono es tan condenadamente alto?

Ella se avergonzó, tocó su garganta y negó.

—Quizá estoy enfermando.

—¿Quieres que te revise? —se acercó a ella.

—¡No! —gritó la joven, corriendo escaleras arriba hacia su habitación, sintiendo la muerte en vida.

Publio no entendió la actitud, pero no entendía mucho de mujeres tampoco, así que cuando su mayordomo le dijo que tenía gente esperando en su despacho médico, él simplemente fue a hacer su trabajo sin más distracciones.

Ayla se encerró en su recámara y caminó de un lado a otro, en verdad que esas mujeres eran increíbles y Publio era un grandísimo idiota por no darse cuenta. ¿Invitarlo a un cumpleaños? Por favor, era obvio que sólo querían disfrutar de verlo, ¡Seguro que sería el único hombre en el lugar!

—¿Ayla? —tocaron a su puerta—. Ayla, quiero jugar.

—Ahora no, Brina —contestó sin abrir.

—¿Estás triste?

—No, estoy bien.

—¿Papá te ha regañado porque me manchaste el vestido? —Ayla fue y le abrió la puerta.

—La que se ha manchado el vestido has sido tú misma.

—Ya lo sé —sonrió y se sentó en la cama de la joven—. ¿Entonces por qué estás tan molesta?

—Tú papá es un tonto.

—¿Papá es tonto? —frunció el ceño.

—¡No, no! —se arrepintió en seguida.

—Pero si todos dicen que papá es muy listo.

—Sí, tienen razón, lo es, él es el hombre más listo.

—¿Por qué le has llamado tonto?

—Porque… agh, son cosas de grandes Brina.

—Vale, papá dice que son cosas de grandes cuando no quiere decirme la verdad —la niña se distrajo—, ¿Dónde está él ahora?

—Creo que ha tenido un llamado médico.

—¿Está en el consultorio?

—Sí.

—¡Iré con él!

—No, Brina, sabes que no le gusta que entres ahí.

—¡Adiós!

Ayla suspiró, por el momento no quería lidiar con eso, dejaría que Brina recibiera su respectivo regaño por meterse en el consultorio de Publio.

La niña se había hecho una experta en bajar las escaleras con su trasero pegado a los escalones, en cuanto puso un pie en la planta baja, Brina salió corriendo hacia el consultorio y abrió la puerta en silencio, sintiéndose satisfecha cuando vio la espalda de su padre, inclinado mientras revisaba con detenimiento a alguien.

—¿Siente dolor, señora Milt?

—Sí, doctor, sobre todo en estas yagas.

—Papá, ¿por qué esa señora se ha quitado la ropa?

—¡Brina! —Publio regresó la mirada y vio a la pequeña con el ceño fruncido y la cabeza ladeada—. Te he dicho que no puedes entrar aquí.

—Pero quiero estar contigo.

—No ahora, sal de aquí.

—Pero…

—Ahora, afuera Brina —indicó.

La mujer no parecía apenada, más bien sonreía hacia la pequeña niña que toda la sociedad quería ver. Brina cerró la puerta, pero Publio podía ver la sombra de su hija por la parte inferior de la puerta, por donde se asomaba, seguro que no podía ver nada, pero se quedaría ahí hasta que la dejase pasar.

—Es una niña en verdad preciosa, doctor Hamilton.

—Se lo agradezco, lamento la intromisión.

—Oh, no se preocupe, los niños son así de irremediables.

Publio pensaba no hablar más del tema, pero era obvio que la señora Milt quería poder decir con lujo de detalles todo lo ocurrido en aquella visita hacia el joven y apuesto médico con una hija pequeña de madre desconocida.

—Así que… ¿Cuántos años tiene?

—¿Siente algún ardor en esta zona?

—No —contestó rápidamente—. Se ve pequeñita, pero le pronostico… ¿cuatro o cinco años?

Publio dejó sus instrumentos y se cruzó de brazos frente a la dama que no pudo más que observar lo apuesto que era el caballero, definitivamente lo haría su doctor de ese momento en adelante.

—¿Está interesada en su salud, señora Milt?

—Claro que lo estoy.

—Entonces debería contestar a mis preguntas y no hacérmelas.

La mujer sonrió de lado.

—Veo que es protector con ella.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo vida sexual?

—Bueno, doctor —dijo avergonzada—. ¿Por qué pregunta eso? ¡Dios santo!

—Necesito saber si su pareja ha sido el señor Milt u otra persona — se alejó de la mujer.

—¿Insinúa que soy infiel?

—En realidad, no me concierne, lo pregunto porque lo que usted tiene, es herpes. La forma más común de contagio es mediante el acto sexual, le recomiendo que dé aviso a su pareja para que tenga las precauciones necesarias.

—¿Es contagioso?

—Sí, bastante —dijo quitándose los guantes y tirándolos.

La mujer dejó de interesarse en la niña y al fin se dio cuenta de la

importancia de la enfermedad, complaciendo enormemente a Publio, a quién le molestaba que las personas fueran tan descuidadas en cuanto a salud se refería.

El hombre abrió la puerta para la preocupada mujer y se encontró con Brina, acurrucada en la misma posición en la que se imaginó que estaría: tratando de ver por debajo de la puerta.

Se había quedado dormida.

—Oh, santo cielo, si es un ángel.

—Hasta luego señora Milt, espero que se recupere pronto y vuelva en una semana para ver su progreso.

—Sí… —la mujer observó cómo Publio cargaba a la niña y la ponía entre sus brazos—. Sí, claro doctor.

La mujer salió de la casa siendo escoltada por el mayordomo, momento en el que Ayla también llegó.

—Lamento haberla dejado bajar.

—Está bien, sé que no es una niña fácil.

—Yo… también lamento el arranque que tuve hace un rato —bajó la cabeza—, no sé qué estaba pensando.

—Sé que te preocupas por Brina, pero estaremos bien, sé manejar las presiones sociales, aunque no lo creas.

—Lo sé, no te gusta, pero lo haces bastante bien.

—Costumbre, mi madre no me permitía otra cosa siendo más joven, seguro le molestó al inicio cuando comencé a faltar pese a que ella me suplicaba asistir.

El hombre acomodó a Brina en sus brazos y pasó de largo a Ayla para llevarla a sus cámaras, Se vio en la necesidad de detenerse cuando de pronto sintió la mano de su amiga posada en su antebrazo, buscando detenerlo.

—Publio… ¿irás a cenar con tus padres esta noche?

—Eh, no lo sé, quizá.

—¿Por qué no te quedas?

El hombre elevó una ceja y sonrió extrañado.

—Sabes que aquí no hay cocineros para la hora de la cena —le dijo con obviedad—. Brina tiene que comer algo.

Ayla parecía extrañamente nerviosa, no era una actitud normal en ella, estaban acostumbrados a estar el uno con el otro, la chica llevaba viviendo con él más de lo que recordaba.

—Sí, me refiero a que yo cocinaré.

—¿Sabes cocinar?

—Sí —bajó la cabeza—, Brina me podrá ayudar cuando despierte, quizá le guste.

Publio pensó las cosas y asintió. Ella en verdad parecía entusiasmada con la idea, cuando Ayla ponía esa cara de inocencia le era difícil negarle algo.

—Bueno, ¿por qué no?
Ayla sonrió y lo vio marchar. Definitivamente lo haría notarla.

Capítulo 8

Publio llegó a casa de los Grandiner con la pequeña Brina de la mano, la niña parecía realmente entusiasmada, pero no quería soltar la mano de su padre por ninguna razón, había estado de la misma forma desde que comenzaron a colocarle el vestido nuevo que Publio le había encargado a su tía Giorgiana.

—Papi, ¿Por qué me han invitado? —la niña tocaba incesantemente el peinado que Ayla le había hecho, seguramente buscando deshacerlo.

—Porque eres mi hija y sería maleducado ignorarte —Publio le quitó la mano del moño en su cabeza y lo ajustó de nuevo.

—¿Y si no me quieren?

—Claro que te van a querer, eres asombrosa Brina.

—¿Y si no me siento contenta? ¿Nos iremos?

—Por supuesto, sólo hará falta que me digas y nos iremos —le dijo seguro, subiendo las escaleras.

Cuando al fin fue su turno de quedar en frente de sus anfitrionas, Brina se cohibió lo suficiente como para hacer que Publio tuviera que tomarla en brazos, sin siquiera dejar que le vieran la cara.

—Oh, lord Hamilton, es bueno que aceptara nuestra invitación —la mujer arregló sus ropas y sonrió esplendorosa al ver al apuesto caballero—. ¿Y quién es esta pequeña que está por aquí?

La niña levantó la cabeza del hombro de su padre y sacó el dedo de entre sus labios.

—Brina.

—Vamos Brina, baja y saluda a lady Grandiner —pidió Publio.

La niña negó fuertemente y se abrazó a su padre.

—No se preocupe mi lord, entiendo que se encuentre un poco asustada, pero estoy segura que Tara la integrará bien con los demás —lady Grandiner adelantó a su hija y la cumpleañera.

—Hola Brina, ¿Quieres venir conmigo?

Los ojos azules de Brina miraron primero a su padre y, después, luchó un poco para ser puesta en el suelo y tomó la mano de Tara, quién rápidamente la introdujo a la casa y posteriormente al jardín.

—Creo que se llevarán bien —dijo la madre con coquetería.

Al final de cuentas, era una mujer joven.

—Sí, me alegro, Brina necesita amigas.

—De eso seguro, mi Tara será perfecta —la mujer se colgó de su brazo y lo guío al jardín atestado de mujeres.

Las damas, al notar la presencia masculina, pasaron

inmediatamente su atención hacia él, sonriendo y remolineándose a su alrededor con tal de tener otra cosa que hacer además de cuidar niños y beber té.

Publio intentaba poner atención a todas aquellas damiselas que, en su mayoría estaban cansadas o eran demasiado jóvenes para siquiera pesar en él como prospecto. Era gracioso, había evitado toda su vida las reuniones para no tener que aguantar a las mujeres fastidiosas rondándole y, ahora que tenía a Brina, resultaba ser que tenía que estar ahí, rodeado de ellas.

—Mi lord, ¿Cómo ha estado? Es raro verlo en sociedad.

—Ahora me parece que es más una obligación.

—Claro, por su pequeña —dijo una de las mujeres—, es hermosa, pero… ¿Qué me dice de la madre?

—Oh, lady Ruselt, seguro que encuentra algo mejor qué preguntarle a mi lord, seguro que si le saca un tema más interesante al menos la volteará a ver.

—¡Gwyneth! —se quejó lady Grandiner—. Querida, pensé que estarías con los niños.

—Lo estaba, pero Román ha llorado y necesita a su madre —aseguró la joven que había capturado la atención de Publio.

Las mujeres pusieron una cara de pocos amigos y rodaron los ojos al notar que ella se acercaba lo suficiente al caballero que era su entretenimiento del momento.

—Pensamos que sería una reunión de madres, lady Grandiner, no creímos que el conde la tuviera de visita —dijeron molestas.

—No soy visita, soy su hermana —sonrió poco complacida y miró a Publio—. Así que al fin sabe el nombre de la mujer que salvó a su hija en el laboratorio y que, además, ya conocía. No puedo creer que se le olvidara mi rostro y cara en cuestión de algunos meses.

Las mujeres chistaron al escuchar que la chica había estado nuevamente en ese lugar destinado a ser de hombres y negaron repetidamente al comprender que tendría ventaja al conocer de antes al futuro marqués de Sutherland.

—Es verdad, lamento haber sido descortés, lady Grandiner, me encontraba preocupado y olvidé por completo nuestra conversación en casa de mis padres —recordó de pronto.

—Me di cuenta —asintió y miró al resto de las damas con desprecio —, ¿no piensan seguir hostigando a mi lord?

—Siempre tan grosera, lady Grandiner.

—¿Qué podría dar si es lo único que recibo? —se inclinó de hombros y sonrió, provocando que las mujeres se alejaran del lugar, dejándolos solos. Gwyneth miró al hombre con suficiencia—: ahora me debe dos favores.

—No lo he pedido, en ninguna de las ocasiones.

—Pero ha salido beneficiado, ¿Verdad?

—Es verdad, se lo agradezco.

La mujer asintió.

—Me parece increíble que haya traído a su pequeña hija a una fiesta donde sabía que estaría invadido de mujeres.

—Brina necesita amigas.

—Eso no lo niego —sonrió—, parece que es un buen padre a pesar de todo.

—¿A pesar de todo?

—Bueno, sé quién es usted, señor, y nunca se lo asoció con ningún ser humano además de la chica que vive en su casa —lo miró—, dígame, ¿Es su amante?

—Me abstendré de contestar preguntas que encuentre estúpidas, lady Grandiner, lo lamento.

—Usted comprenderá que no soy mujer que en se interese en algo como una de sus amantes, ¿verdad? —entrecerró los ojos.

—Considerando que la última vez que la vi, venía del laboratorio y con lo que me ha contado mi hermana, puedo decir que no.

—Es usted un médico y científico reconocido —lo miró con una chispa en sus ojos—, pero tiene errores en varias teorías y algunas partes de aplicación médica y yo puedo ayudarle.

—¿Errores?

—Simplezas en realidad, pero que, si no se arreglan, matarían a alguien… ahora que lo pienso, no son simplezas.

—¿Dice que toda una comunidad médica ha dejado pasar un error tan grave?

—La comunidad médica no me deja formar parte del concejo, es por eso que no se han corregido los errores.

Publio miró con detenimiento la determinada mirada de lady Grandiner; era una chica de cabellos oscuros, largos y lacios; ojos cafés profundos y chispeantes; tenía los labios más gruesos, contorneados y rojos que hubiese visto y unas cejas tupidas y llamativas que sólo aumentaban su belleza. Para muchos, lady Grandiner no tenía ningún atractivo, pero, en realidad, era increíblemente hermosa.

—¿Ha venido aquí a insultarme?

—Claro que no, no me atrevería a tanto —negó un poco y lo miró —, quiero trabajar con usted.

—¿De qué habla?

—Es médico, tiene un laboratorio, es un Hamilton… tiene todo de su lado ¿Comprende? Yo estoy en desventaja.

—Así que piensa utilizarme.

—Pienso ayudarle si me ayuda.

—¡Papi! —Brina corría con los brazos abiertos y los ojos llorosos,

Publio se agachó al instante y la cargó.

—¿Qué sucede?

—Ese niño me ha jalado el pelo —lloró—. ¡Quiero irme a casa!

—¿Qué niño? —frunció el ceño lady Grandiner.

—¡Ese! —la niña la miró—. Oh, eres tú.

—Brina, no se habla así a tus mayores.

—No soy tan mayor —le quitó importancia la chica—. Ven Brina, pondremos a ese niño en su lugar.

—¡Pero me volverá a jalar el pelo!

—Claro que no, con tu papá aquí, él jamás se atrevería, ven, vamos a enfrentarlo.

La niña frotó sus ojos y metió el dedo a su boca, ocultándose en el hombro de su padre para no tener que hacer nada de lo que lady Grandiner le decía.

—Creo que la llevaré a casa.

—¡No! —exigió la joven—. Tiene que aprender a defenderse, sufrirá toda la vida del acoso de los hombres.

—¿Disculpe?

—Bájela y deje que lo resuelva.

—Ella no quiere.

—Es una niña, se le debe enseñar a hacer las cosas —lady Grandiner le tomó la mano y la hizo mirarla—. Ven linda, te prometo que te pedirá una disculpa.

La niña levantó la cara y miró a su padre.

—Anda, ve con lady Grandiner.

Publio puso a Brina sobre el suelo y dejó que lady Grandiner la llevara hasta el niño que rápidamente quitó la sonrisa y comenzó a llorar y se disculpó. Después de eso, lady Grandiner regresó sola y lo miró con suficiencia.

—Se quedará un rato más a jugar.

Publio dejó salir el aire.

—Supongo que espera que le agradezca.

—Nah, en realidad le hace falta una madre —le quitó importancia la joven—. ¿Qué dice?

—¿Quiere ser su madre? —se extrañó y horrorizó a la vez.

—¡No! —rodó los ojos—. A trabajar conmigo.

—No tengo tiempo para esto.

—Vamos, sé que su hermano Terry se está enfocando en la cofradía de su padre —Publio la miró con recelo—. Tiene más tiempo libre, todos saben que a usted le gusta ser médico y científico más que un águila redentora del mundo.

—¿Cómo sabe de mí y mis hermanos?

—Todo el mundo lo sabe.

—De todas formas, no me parece adecuado que una mujer como

usted vaya a una casa en donde se encuentra un hombre soltero.

—Y una niña —apuntó— y una mujer sospechosa.

—Sabe a lo que me refiero, usted tiene un título que proteger, su hermano me mataría y yo no quiero problemas.

—Claro, pero mi hermano nunca está aquí porque odia a su esposa y no aprecia a sus hijas —Publio la miró con extrañeza—. Nunca dije que fuera un buen hermano.

El hombre pensó en la suerte que algunas mujeres de alta alcurnia les tocaba llevar, sabía de varios casos en los que las casaban con hombres demasiado adultos por el interés económico que representaban la unión de las familias, aquellas mujeres estaban destinadas a la infelicidad y la infidelidad por el resto de la vida de sus envejecidos maridos.

¿Acaso la señorita Grandiner tendría el mismo futuro…? Negó. No era de su incumbencia y las razones que le había dado eran suficientes para hacerla desistir en su arriesgada propuesta.

—Le agradezco su interesante observación, revisaré el error en mi informe médico, pero es un no a la propuesta.

—Al menos —lo tomó del brazo—, vea mis notas y si me dice que no valen la pena, jamás volveré a hablar con usted, lo prometo.

Publio se vio tentado a decirle nuevamente que no, pero aquellos ojos cafés suplicaban por una oportunidad, era de su conocimiento que las mujeres científicas tenían la vida difícil al enfrentarse a hombres retrogradas y narcisista que argumentaban sobre una diferencia entre la inteligencia del hombre y la mujer; no quería ser como ellos y tampoco se creía capaz de negarle algo a esa mirada suplicante, al parecer, tenía una debilidad por las mujeres que le pedían algo con aquel tipo de ojos.

—Bien.

La chica sonrió y corrió a la mansión Grandiner mientras él se distraía en ver dónde se había metido Brina, no creía soportar mucho más tiempo en ese lugar, esperaba que se aburriera pronto para irse. Lastimosamente para él, lady Grandiner llegó antes que Brina, con un enorme paquete de hojas rayadas y tachadas por ella misma.

—Esto es mi vida, se lo estoy confiando plenamente —advirtió.

—Bien —Publio abrió las primeras páginas y se impresionó por la exactitud del cuerpo humano dibujado—. ¿Estudió medicina?

—Estudiada, jamás aplicada —suspiró—, no mucha gente deja que una mujer opere o atienda a un paciente, al menos no uno de gravedad, pero me doy por bien servida si entiende lo que pongo ahí.

—Papi…—Publio volvió la mirada—, tengo sueño.

—Al fin —suspiró Publio—. Bien, lady Grandiner, me retiro, si tengo algo importante que decir, se lo haré saber.

—Iré a recoger los papeles en unos días, ¿Qué tan rápido lee?

Publio sonrió sarcásticamente sin mostrar los dientes.

—Buscaré el tiempo.

Publio tomó en brazos a Brina y le permitió recostarse sobre él.

—¡Espero que no sea más que una excusa! —le gritó—. ¡Tengo práctica con todos esos ancianos del concejo!

Lady Grandiner se cruzó de brazos y bufó, tenía que servir, el Hamilton era el miembro del concejo más joven, si lograba que le pusiera atención, quizá el resto de esos estúpidos y engreídos narcisistas también lo hicieran.

Era su única opción, tenía que servir de algo.

Capítulo 9

Ayla era una mujer hermosa, con largos cabellos rubios y ojos castaños, era una preciosidad que Publio había logrado sacar de las calles y su infructuoso destino en manos de hombres depravados.

La joven se mostraba entusiasmada de tener algo importante que informar al hombre al que le debía esa vida, hacía días desde que Publio no la dejaba entrar en el despacho, había estado sumamente ocupado, pero ahora tenía la excusa perfecta.

—Publio, ha llegado mensaje de las águilas —el hombre despegó su mirada de los papeles que había estado revisando—, parece que han encontrado una señal del cóndor rojo.

—Son buenas noticias —se puso en pie y tomó la nota con prontitud—, llevamos sin saber de él más de dos meses.

—Sí, supuse que te agradaría.

—Muy bien —le sonrió—, te agradezco que estuvieras tan al pendiente, Ayla, sé que puedo contar contigo.

La chica asintió y se puso nerviosa inmediatamente.

—Pensé que hoy podrían quedarse a lo de la cena, ¿recuerdas? —le dijo apenada—. La vez pasada no pudiste cancelar a tu padre porque necesitabas hablar con él del cóndor rojo, pero creo que ahora sería un buen momento.

—Es verdad, planeabas hacer que Brina cocinara contigo, ¿cierto? —le dijo distraído.

—Pensé que también podrías ayudarnos.

—¿Yo? —sonrió de lado—. Creo que me confundes con Aine, yo no sé cocinar.

—Pero podría enseñarte —se acercó a él y miró sobre su hombro para ver lo mismo que él—. ¿Qué es eso?

—Ah, parece ser que una investigación.

—Oh… ¿Tuya?

—No, pero creo que es impresionante.

Ayla elevó las cejas.

—No sueles dar cumplidos.

—Los merece —aceptó—, aunque creo que encuentro algunas fallas también, errores comunes de quien no aplica la medicina.

—Seguro que no le agradará al científico al que tengas que decírselo —Ayla notó el detalle del escrito y se impresionó.

—Seguro que no —sonrió el hombre—, pero de todas formas fue bastante impresionante.

—Ha sido con lo que te has estado desvelando, pareciera que te lo

pide todos los días de regreso.

—No hizo falta, me interesó desde la primera página —Publio se recostó en el asiento y asintió—. De hecho, creo que sería buena idea agregar un asiento para la cena.

—¿Planeas invitarlo?

—Sí, sería un buen momento para devolverle esto, llamaré a mis hermanos —la miró—. ¿Qué te parece?

Ella se sonrojó visiblemente y asintió.

—Creo que ocuparé más ayuda que la de Brina.

—Tienes razón, ¿por qué no le dices a la señora Lucy que se quede? Brina y tú podrían hacer el postre.

—Estoy de acuerdo —dijo contenta.

Había sentido esa conversación como si fueran un matrimonio, él siempre era así con ella, le pedía opinión para cosas de la casa o de Brina, incluso la había dejado decorar la habitación de la niña y pedirle sus vestidos.

—Papi… —se abrió la puerta del despacho—. A Brina le duele mucho la garganta.

—Ven Brina —le extendió un brazo y sacó de una gaveta una tablilla de madera para inspeccionarla.

Brina se sentó en el regazo de su padre y se recostó rápidamente en su pecho, sintiéndose agotada. Ayla se acercó y le tocó la frente.

—¿Acaso tiene fiebre?

—No —rechazó rápidamente Publio—, tan sólo tiene inflamadas las anginas, ¿Qué anduviste haciendo Brina?

—Mmm… —la niña se acomodó en su padre y se abrazó a él con cariño, seguramente no queriendo contestarle.

—Vale, vamos a recostarte, necesitas medicina —Publio miró a Ayla—. Creo que no habrá postre hecho por Brina.

—No queremos contagiar a todos tus invitados —sonrió.

—¿Postre? —la niña abrió los ojos.

—Pero qué conveniente que te sientas mejor ahora —Ayla le hizo cosquillas y la niña lo aceptó gustosa—. Te prepararé un caldo que hará que la garganta no duela más.

—Ayla ¿te quedarás conmigo hasta que me duerma?

—Sí, en cuanto el caldo esté listo, estaré contigo.

Publio subió a Brina a su recámara y la acomodó entre las cobijas, dándole un beso en la frente y pasándole el oso que ella necesitaba para dormir.

—Papi.

—¿Mmm?

—¿Tú quieres a Ayla?

—Sí, la quiero —dijo distraído, buscándole un pijama.

—¿Mucho?

—Eh, claro —Publio se acercó a Brina y comenzó a cambiarla de ropa, colocándole el camisón amarillo.

—¿Más que a Brina?

Publio frunció el ceño y la recostó de nuevo.

—Claro que no, no puedo querer a nadie más que a ti.

—A mi futura mamá la vas a querer más que a mí, ¿Verdad, papi? Eso es lo que me ha dicho Tara Grandiner.

Publio se recordó jamás volverla a dejar jugar con esa niña, aunque debía comprender que la vida de Brina no sería fácil al ser adoptada, incluso aunque fuera adoptada por alguien como él.

—¿Me haces espacio? —Brina dio un brinco y aceptó ser abrazada —. Entiende algo, no importa cuántas personas vengan o vayan de mi vida, yo no querré a nadie como te quiero a ti Brina, eres irremplazable para mi corazón, te quedarás en él por siempre.

—¡Ay papi! —lo abrazó—. ¡Tú también estas en el mío por siempre jamás!

—Gracias. Ahora, descansa un rato.

—¿Vendrán los tíos?

—Sí.

—¿Y bebé de Terry?

—Es tú tío Terry, pero sí.

—¿Podré verlo? Tía Grace me deja cargarlo.

—Creo que hoy debes descansar, no queremos que contagies a nadie de lo que tienes.

—Pero si tú me has abrazado.

—Yo soy más fuerte que ellos —le guiñó un ojo y la arropó—. Espera a que Ayla te traiga el caldo, volveré en un rato a revisarte.

—Sí —sonrió y abrazó su osito.

Publio le dio una última mirada y cerró la puerta, justo en el momento en el que Ayla venía con una bandeja con el plato de sopa.

—Hola, ¿Cómo está?

—No dejaré que se vuelva a reunir con esa niña de los Grandiner, cancela las próximas citas que tenga con ella.

—¿Por qué? Pensaba que se llevaban bien.

—Le dice estupideces —dijo sin más, bajando las escaleras y desapareciendo.

La hora en la que los hermanos Hamilton y el invitado especial habían sido invitados era a las ocho de la noche, por tal motivo, Ayla se encargó de que todo estuviera listo con una hora de antelación, incluso ella ya estaba arreglada y seguía coordinando los últimos detalles de la cena cuando comenzaron a llegar los invitados que ella conocía tan bien, Ayla era parte de esa casa desde hacía tiempo.

—Hola —saludó Grace—, huele delicioso.

—Hola, lady Hamilton, muchas gracias.

—No creo que sea buena idea que nos llames lady Hamilton —dijo Kayla—, todas tenemos el mismo apellido ¿recuerdas?

—¿Has de ser siempre tan malvada? —le dio un zape Terry—. Hola Ayla, ¿mi hermano?

—Arriba con Brina, tratando de hacerla entender que no puede bajar, está emocionada porque Kayla ha regresado y piensa que ha venido el bebé.

—¿Por qué no puede bajar? —preguntó Aine, quién se había vuelto especialmente afecta a la niña.

—Se ha resfriado, nada de gravedad hasta ahora, pero Publio quiere que esté en cama.

—Pobre niña —negó Kay—, sé lo horrible que es tener un padre médico, son los peores, no te dejan ni mover.

—Iré a verla —sonrió Aine—, quizá se calme.

El resto de los Hamilton tomaron lugar en el comedor, comenzando pláticas amenas mientras Ayla seguía dando indicaciones a los mozos y en la cocina. Era normal que ella comiera junto a la familia y todos estaban acostumbrados a ello, al final de cuentas, Ayla ayudaba a Publio con las águilas y, la mitad de los comensales era parte de ello.

—¿Por qué hay otro lugar en la mesa Ayla? —preguntó Grace, esposa de Terry.

—Oh, creo que Publio ha invitado a un colega —respondió—, me parece que ha estado fascinado por la investigación que le ha confiado, incluso no ha dormido por leerlo.

—Vaya, que mi hermano admire a alguien además de a sí mismo es alguien digno de conocer —dijo Terry.

—Concuerdo —Kayla dejó su copa de vino y miró hacia todas partes—. ¿Tardará en llegar?

—Espero que no —dijo Ayla.

—Bien, hola hermanos —saludó Publio, entrando al comedor con una sonrisa que no mostraba los dientes—. Cuñada, siempre tan hermosa, ¿Cómo está el bebé?

—Gracias Publio, muy bien, pero dinos de una vez, ¿Quién es el invitado sorpresa?

—Bueno…

—Mi señor —interrumpió el mayordomo, dejando pasar a una sonriente dama—. Lady Grandiner ha llegado.

La hermosa mujer sonrió con entusiasmo al ver a todos los Hamilton reunidos en un mismo lugar.

—Vaya, que escenario tan impresionante —sinceró—, repleto de gente interesante.

Los hermanos quedaron estupefactos al ver a la mujer.

—¿Es ella a quién admiras? —dejó salir Kayla.

—¿Me admiras? —lady Grandiner sonrió complacida.

—Nunca he dicho tal cosa —dijo Publio con el ceño fruncido y la invitó a pasar.

Ayla estaba tan impresionada que ni siquiera había logrado moverse de su lugar, ¿una mujer? ¿Era una mujer de la que él hablaba de esa forma tan… tan extraña?

—Ayla —la llamó Publio—. ¿No te piensas sentar?

La joven volvió la vista hacia la mesa, desde donde la observaban, seguramente todos los Hamilton supieran justo lo que estaba sintiendo en ese momento, todos excepto el único que importaba, aquel que estaba charlando tranquilo con aquella mujer desconocida que parecía más que segura a su alrededor.

—Qué es lo que usted hace, Lady Grandiner —preguntó Kayla con interés—. ¿Tiene que ver con alguno de los estudios de mi hermano? Francamente nunca lo he visto interesado en alguien que no comparta alguno de sus gustos.

—En realidad, también estudié medicina y química, pero, como he informado a su hermano, la medicina no ha sido mi fuerte en este último tiempo.

—Debo decir que sus apuntes son notables, pero le he encontrado errores —la miró—, normal si se toma en cuenta que jamás ha practicado en un cuerpo.

—¿Errores?

—Hablaremos de ello más tarde —le dijo—, por ahora, eres mi invitada, así que disfruta tu cena.

Para Ayla había sido bastante notorio la forma en la que la familia Hamilton aceptaba a la intrusa de la casa, no podía negarlo, pero a ella misma le había caído en gracia, lady Gwyneth era una dama amistosa, risueña e integradora. No la ignoró en ningún momento pese a no ser parte de la familia, ni siquiera de la nobleza.

—En verdad Gwyneth —se reía Kayla—. No puedo creer que hicieras algo así.

—Bueno, no es que me enorgullezca —sonrió malévola—. Al menos, no del todo.

—Mira que subirte el vestido para atraer a los hombres y dejar pasar a un grupo de mujeres al laboratorio —negó Grace—, jamás se me hubiese ocurrido.

Aine simplemente reía y bebía de su copa de vino, el resto de los hombres negaban con sonrisas y Ayla no podía más que estar seria, sentada en su lugar.

—Papi…

La mirada de Publio se alejó de sus invitados y se enfocó en la pequeña presencia en camisón amarillo, con los pies descalzos y arrastrando su oso de peluche, se tallaba los ojos con pesadez y tenía las mejillas rojas y ojos llorosos.

El hombre se puso inmediatamente de pie y al mismo tiempo lo hicieron Ayla y Gwyneth, siguiéndole los pasos.

—¿Qué pasa? —Publio la tomó de los brazos con delicadeza, inspeccionándola—. ¿Qué tienes Brina?

—Tengo mucha comezón —lloriqueó.

—¿Dónde cariño, en qué parte? —se inclinó Ayla.

La niña seguía llorosa, provocando que el resto de los Hamilton se pusieran de pie y rodearan la escena, intentando no mostrarse preocupados. Publio y Ayla seguían discutiendo en voz alta sobra las posibilidades de fiebre y demás síntomas, pero entonces, Gwyneth se adelantó y apartó a Publio y Ayla con delicadeza para quedar frente a la niña.

—Dime Brina, ¿comiste algo nuevo hoy?

—¿Una reacción alérgica? —se interesó Publio al comprender en seguida el sentido de la pregunta.

Gwyneth asintió

—¿Qué fue lo último que te dieron Brina?

—Panqué… de nuez —dijo, rascándose la cara.

—Debe ser alérgica a la nuez —dijo presurosa Gwyneth, tomando a la niña en brazos—. Tranquila nena, trata de respirar.

Publio tomó a la niña de los brazos de la mujer y caminó con ella hacía la salida del comedor.

—¡Gwyneth, ven conmigo!

Ambos fueron presurosos hacia el consultorio que Publio tenía en la casa y se apuraron en tratar a la niña de la mejor forma posible, era bueno tener a dos doctores en casa, sobre todo si se tomaba en cuenta que uno de ellos era el padre del enfermo.

Publio pensaba que, si la señorita Gwyneth no hubiese estado ahí, quizá no habría captado las señales claras de una reacción alérgica, tendría que volver a agradecerle a esa dama su intervención.

Pasó toda una hora antes de que la niña se volviera a dormir, ya en su cama y arropada por su padre, quién la vigilaba de cerca; fue sólo hasta entonces que ambos pudieron respirar.

—Te debo la vida de mi hija.

—No pasa nada… entiendo que te bloquearas.

—No me lo puedo permitir si tengo a Brina en mi vida.

—Tranquilo, no actuaste mal de todas formas.

Publio suspiró y asintió; Gwyneth se sintió incomoda al darse cuenta que el padre se recostaba junto a su hija y le daba un beso dulce en la cabeza, era una imagen tierna, pero ella desentonaba en todas partes, debía irse.

—Bien, creo que hablaremos de mis apuntes en otro momento —dijo incómoda—, nos vemos luego.

—Espere, lady Grandiner —se puso en pie.

—Vaya, ahora me vuelve a llamar por mi apellido, pensé que había comenzado a tutearme porque se siente cómodo conmigo —sonrió tranquila—, pero supongo que ha sido el susto.

—Lamento haberla llamado despreocupadamente, incluso creo que le he gritado, estaba un tanto alterado —aceptó y se separó de la cama y abrió la puerta para ella—. Puedo hablar con usted unos minutos, le diré a Ayla que se quede con Brina.

—No tienes que… en realidad entiendo que te quedes con ella —dijo la joven.

—Está dormida, no hay problema.

Publio la guío por el pasillo, encontrándose con Ayla en el camino, la joven mujer se mostró sorprendida al ver a la pareja, la impresión casi hace que tirara el vaso de agua y los medicamentos que le habían recetado a la niña.

—Ayla, ¿Podrías quedarte con Brina en lo que regreso?

—Sí… ¿a dónde vas?

—Tengo algunas cosas que hablar con lady Grandiner.

—Claro, pero, ¿Qué hago si despierta?

—La llevas inmediatamente conmigo.

—Está bien —Ayla miró directamente a Gwyneth, quién le sonreía tranquila, en verdad que era difícil odiarla.

—Gracias Ayla —Publio le tocó el hombro.

La joven no pudo evitar sonrojarse y sentir que su corazón latía con fuerza en su corazón, pero algo dentro de ella se rompió cuando los vio marcharse juntos, en medio de una plática que mantenía a Publio más qué interesado.

—¿Ayla? —Brina abrió la puerta—. ¿Puedes dormir conmigo?

—Claro cariño —la abrazó—, pensé que estabas dormida ya.

—Sentí cuando papá se fue —la niña frotó sus ojos—. ¿Vienes?

Ayla abrazó a la niña y la llevó de regreso a la cama, donde se metió con ella y la abrazó hasta que ambas cayeron dormidas.

Publio abrió la puerta para lady Gwyneth y sonrió al darse cuenta de lo entusiasmada que se encontraba al hablar de sus experimentos, incluso se los explicaba detalladamente, como si él no entendiera de lo que hablaba en sus apuntes.

—Bien, lady Grandiner, dígame lo que quiere de mi al darme su importante y visionario proyecto.

—No parece tan grandioso si dice delante de la gente que tiene errores —dijo la joven, cruzándose de brazos—. Dígame, ¿dónde los encontró?

—Bien —el chico extendió los papeles con escrituras de la joven sobre su escritorio y apuntó con su dedo hacia varios señalamientos que él mismo había hecho—. ¿Ves? Sí dieras esa dosis a un cuerpo humano, seguro lo matarías.

—Ah, vale, en realidad, estudié anatomía, pero… bueno, siendo sincera, no soy buena con los pacientes y ellos en verdad no me quieren a mí, digamos que no soy la persona más correcta al tratarlos.

—¿Los tratas como si fueran un experimento?

—¿No te sucede también? —dijo impresionada.

—No, son personas… aunque en un inicio me pasó.

—Vale, sé que sueno descorazonada, pero soy una mujer de ciencia, estudié en Francia y creo que podemos funcionar.

—¿Dé qué hablas?

—Bueno, es obvio, tú eres un gran médico y yo soy una remarcable química —sonrió—, yo hago los medicamentos y tú ves qué funcionen, tiene que haber mucho más de lo que ahora conocemos, ¿no te parece?

—No tengo idea cómo trabaje su cabeza, lady Grandiner, pero no puedes experimentar con medicinas en las personas.

—Lo sé, pero me has dado indicaciones sin tener que experimentar, digamos que eres la parte física y yo el cerebro.

—Yo también estudié química en la universidad ¿recuerdas? —le dijo obvio y bastante divertido—. Puedo hacer esto sin tu ayuda.

—Sí, pero tú pierdes el tiempo con los pacientes —apuntó— y yo estaría todo el tiempo en el laboratorio que tienes en el sótano.

—¿Cómo sabes eso?

—Investigué, soy excelente investigando cosas.

—Eres demasiado arrogante, a mi parecer.

—Sólo porqué sé lo que he logrado… lo que puedo lograr —le tomó el brazo cuando caminó lejos de ella—. No puedo hacerlo sin tu ayuda, soy mujer, a mí nadie me hace caso, ni siquiera para darme fondos y eso que lo intenté de formas que a los hombres les agradan.

Él la miró de arriba abajo y elevó una ceja.

—¡Ey! Soy una científica respetable, te aseguro que no tengo que acostarme con nadie como método de persuasión.

—Lo ha dicho usted y se ha entendido eso, debería pensar más en lo que sale de su boca.

Ella analizó sus palabras y negó rápidamente con la cabeza.

—Vale, sonó mal, pero me refería a hacerme la sufrida y mosca muerta, lo cual tampoco funcionó, por cierto.

—Es usted orgullosa, quizá no le creyeron la actuación.

—Escupí en sus zapatos en cuanto terminé de hacer mi primer intento de chantaje estúpido —aceptó.

—Y ahí está la razón de su falta de fondos.

Ella lo siguió por la habitación.

—¿Me ayudarás o no? Haríamos una sociedad.

—Si digo que no, ¿escupirá en mis zapatos?

—Me estoy planteando patearte la espinilla, pero me sé

comportar… —rodó los ojos sin creérselo ni ella misma—, a veces.

—Lo pensaré.

Ella lo miró sorprendida por unos segundos, para después lanzársele a los brazos, gritando emocionada.

—Eso es suficiente para mí.

—Señorita… —dijo incómodo.

—Claro, lo siento —se apartó—. ¿No le gustan los abrazos?

—El contacto entre nosotros en realidad es excesivo, ni siquiera he aceptado y casi no la conozco.

—Lo sé, lo sé, pero para mí es una batalla a medio ganar.

—En verdad es positiva.

—Diría perseverante —apuntó—, en un mundo de hombres hay que saber dónde trabar la quijada.

Publio no pudo evitar dejar salir una carcajada y asintió.

Ver la ilusión en el rostro de lady Grandiner le daba una satisfacción extraña, sus ojos cafés se iluminaban con intensidad y su sonrisa parecía hacerse más grande y más franca.

Era una mujer preciosa, en verdad lo era, sobre todo cuando se volcó enteramente en explicarle el proyecto, tomando las hojas que ella misma había escrito y apuntando cosas antes de ponerse a parlotear alegre sobre sus planes a seguir.

Era extraño encontrarse a una mujer inteligente y que fuera a su vez tan hermosa, segura y decidida como lo era la señorita Grandiner, parecía confiada en que lograría el objetivo de sus apuntes y la creía con la tenacidad necesaria para lograrlo.

Se dio cuenta que en el fondo de sí mismo, esperaba que ella cumpliera aquello, no podía imaginarse la felicidad que ella experimentaría, si se tomaba como base la reciente actitud al conseguir que Publio le diera una oportunidad, no quería imaginar qué haría si acaso lograba que sus experimentos fueran un éxito.

Capítulo 10

Publio había despedido a lady Grandiner y al resto de sus invitados después de las once, había dado vueltas a Brina durante toda la velada, pero parecía ser que ella estaba bien y Ayla la estaba cuidando; tomó aire y subió a la habitación de su hija encontrándose con ambas completamente dormidas.

La imagen era enternecedora, era más que obvio que Brina se había encariñado con Ayla debido a la falta que parecía hacerle una madre… no lo había pensado, pero era de suma importancia que la niña tuviera una guía femenina, sobre todo si se tomaba en cuenta que él llegaba a ausentarse por mucho tiempo y ella apenas tenía cuatro años, eso significaba que él debía encontrar esposa…

Publio meneó la cabeza y se acercó lentamente al cuerpo de Ayla para tomarla en brazos, llevándola a sus habitaciones para que tuviera un merecido descanso después de un día agotador. No podía más que agradecer su presencia, sin ella, esa casa no funcionaría, tampoco sabría distribuir su tiempo correctamente entre las águilas y la medicina, Ayla había sido perfecta para él…

Muchos decían que era una mujer envidiable, hermosa e inteligente, no podía estar más de acuerdo con ellos, ahora incuso le debía la educación de Brina.

—¿Publio…? —la voz de Ayla parecía más ronca de lo normal, seguro era por su presuroso despertar—. ¿Qué sucedió con lady Grandiner? ¿Lograste hablar con ella de algo interesante?

—Sí, se han marchado hace rato —contestó tranquilo—, me parece una persona extraña, ¿a ti no?

—Sí —se sentó en la cama—, parece que está entusiasmada con su ciencia más que por nada en la vida.

—Es una mujer sumergida en sus propias pasiones —asintió el hombre—, se toma en serio su papel.

—¿De qué quería hablarte?

—Quiere que la apoye en su investigación.

—¿Lo harás?

—No lo sé, es riesgoso… ¿Tú que piensas?

—¿Yo? —ella se sonrojó—. No lo sé, ¿Te será beneficioso?

—Quizá, en realidad, sus notas son asombrosas, es arrogante, pero en verdad es brillante.

—Parece… que la admiras.

—Le doy valor a su seguridad —aceptó—, pero tiene una personalidad un tanto difícil, no le gusta que la corrijan.

—Y a ti tampoco te gusta.

—Tienes razón, la mataré un día de estos —se puso en pie y le revolvió la cabeza—. Gracias por quedarte con Bri.

—Puedo dormir con ella, si gustas.

—No, de todas formas, querrá ir conmigo, mejor me la llevo de una vez a mi recámara.

Ayla se recostó en la almohada y sonrió. Puede que Publio admirara a aquella mujer, pero confiaba en ella, sólo a ella le pedía opiniones y la trataba como una más de su familia pese a no formar parte de ella, la trataba como algo más que una amiga… seguro que era así, quizá él no se hubiese dado cuenta aún, pero era obvio.

A la mañana siguiente, cuando todos estaban en sus propias ocupaciones, la puerta de la entrada sonó con una testarudez que Publio reconoció en seguida y, por tal motivo, fue él mismo quien abrió la puerta, dejando pasar al hermoso torbellino.

—Micaela, siempre eres un dolor de cabeza, hasta cuando tocas un timbre —dijo pesaroso.

—Me alegra verte también —ella lo ignoraba, se mantenía ocupada en revisar algo en su tablilla y marcarlo con el lápiz.

—¿Qué haces?

—Tu entrega, es obvio, al fin logramos terminarla.

—¿Entrega? ¿De qué hablas?

Su prima dio un chiflido nada femenino y varios hombres comenzaron a descargar enormes y pesadas cajas de madera, apilándolas en la entrada de la casa.

—Micaela, normalmente trato de no meterme en tus cosas y mucho menos hablar contigo de lo que haces, pero ¿Qué demonios es todo esto?

—Ya te lo dije, tu pedido —rodó los ojos—. En realidad, a Matteo le parecieron fascinantes esos apuntes que nos diste, fuiste bastante meticuloso en lo que pedías, incluso dibujos ¿Quién pensaría que puedes dibujar?

—¿Dibujos?

—¿Qué ocurre? —Ayla frunció el ceño.

—Es lo que quisiera saber —se quejó Publio.

—Oh, Ayla, ¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido?

—Eh, bien, supongo —la rubia frunció el ceño y sonrió con sorna al ver la cara pesarosa de Publio—. Micaela… ¿qué haces?

—Ustedes dos son un par de olvidadizos, ¡Sí pidieron esto hace más de dos meses! —negó con la cabeza y de pronto se enfocó en la pequeña Brina—. Eres preciosa, pequeña, tienes los ojos más bonitos que haya visto en la vida, ¿lo sabías?

—Eh… —la niña se tomó del pantalón de su padre y se escondió.

—Soy tú tía Micaela, prima de papi —explicó.

—Micaela —Publio la tomó del brazo y la acercó a él—, sé que me arrepentiré de esto, pero, ¿unas palabras?

—En realidad no, no tengo tiempo, ¿podrías firmar aquí para que pueda irme? —dijo presurosa.

—No firmaré nada sin saber de qué se trata.

—Estoy a tres palabras de desesperarme —advirtió Micaela.

—¿Puedes imaginarte cómo me encuentro yo?

—¡Agh! ¡Me sacarás canas verdes!

—¡Al fin ha llegado todo! —la voz provenía de la calle, provocando que el resto se volviera con el ceño fruncido para ver a lady Grandiner entrar presurosa, trepando por las cajas de madera.

—¿De qué hablas? —intentó salir Publio, pero había tantas cajas en la entrada, que simplemente tuvo que asomarse para lograr verla—. ¿Sabes qué es todo esto?

—¡Claro! —lady Grandiner miró a Micaela—. Aunque tardó más de lo que pensé, aunque viéndolo claro, llegó justo a tiempo.

Micaela paralizó una sonrisa y apuntó hacía la intrusa, volviendo la cara hacia su primo con una faz extrañada.

—¿Quién es ella?

—Una pesadilla —Publio tomó a Brina, quién empezaba a escalar las cajas como lo hacía lady Grandiner para poder entrar a la casa—. Señorita Grandiner, ¿hablamos?

—En realidad…

—Venga conmigo ahora —dio a Brina a Ayla y tomó del brazo a la joven que simplemente lo siguió hasta su despacho—. ¿Qué demonios es todo esto?

—¡Sorpresa! —dijo nerviosa, pero al ver que él no sonreía, bajo los brazos y suspiró—. Vale, en realidad pensé que ayer lograría convencerlo de asociarse conmigo; si sirve de algo, el servicio de mensajería de los Rinaldi es un asco, no avisaron que llegaban.

—Tiene el pedido hecho desde hace dos meses.

—Si bueno… digamos que usted en realidad quería tener esa maquinaria cuanto antes, se mostró bastante insistente en esa carta.

—¿Falsificaste mi firma?

—En realidad… falsifiqué la de su secretaria.

—Yo no tengo secretaria.

—Sé que es un poco difícil entender todo esto del trabajo de la mujer, pero eso es precisamente el trabajo que desempeña Ayla, aunque ama de llaves tampoco le queda mal… quizá también le quede el de niñera, pero…

—Así que fingiste ser Ayla e hiciste un pedido de esa magnitud por mí, sin mí conocimiento y a mi dirección.

—En realidad fue un alivio que quisiera asistir al cumpleaños de mi sobrina o esto habría sido vergonzoso.

—¿Lo planificó todo?

—Puedo ser bastante meticulosa cuando quiero —dijo con una sonrisa de arrepentimiento.

—Yo diría voluntariosa.

—Bueno, pensé que entendería ya que todas las Bermont son iguales, conozco bien a su prima Sophia, estoy con ella en las Suffragettes y su prima Micaela lleva la empresa Rinaldi… no pensé que le parecería tan abominable el trabajar conmigo.

—Apenas me lo planteó ayer.

—¡Y tuvo toda una noche para pensar! —dijo alegre, abriendo los brazos como si acabara de darle una gran noticia, pero nuevamente quitó la sonrisa—. Vale, creo que está un poco descolocado, ¿necesita unos minutos?

—¿Me los concederá? —dijo sarcástico.

—En realidad… —sonrió pícaramente—, necesitamos su firma allá afuera para que pueda abrir mis paquetes.

—Supongo que pagaré por todo ello.

—¡Lo regresaré! ¡Lo prometo!

—Ah, ¿sí? —se acercó intimidante—. ¿Cómo?

La joven se alejó, pero al ver que él no se detenía, colocó una mano en el fuerte pecho, mirándolo sin miedo y con decisión.

—Hasta ahí llegaste galán —le dijo tranquila—. No tendremos una relación sexual, seremos socios y no vuelvas a intimidarme con tu musculatura, eres muy apuesto, pero no llegaré a tu cama.

—No lo estaba proponiendo, ¿Quién dijo que me estaba insinuando? Me acerqué para ahorcarla —hizo amago de hacerlo, pero ella se escapó de sus garras con una sonrisa.

—Bien, bien, digo, entiendo, es un poco presuroso, pero le aseguro que este material no podía llegar a mi casa, mi hermano lo confiscaría o la chismosa de mi cuñada se lo diría y luego me desterraría, es un mal menor para usted.

—Diría que es una buena inversión la que ha aceptado por mí —le dijo sarcástico.

—Sí… pero le digo que le pagaré, mi ciencia le pagará.

—Si es que funciona.

—Funcionará —dijo segura y se acercó—. Crea en mí, sé que lo hago, sé que al menos valoras lo que te he enseñado hasta ahora.

Publio suspiró y abrió la puerta para dejar pasar a su prima, quién seguramente estaría detrás de la puerta.

—Dame esos papeles —dijo en cuanto cayó en la alfombra.

—¡Un aviso no hubiera estado mal! —dijo enojada, tendiendo los papeles antes de ponerse en pie.

—No debiste estar escuchando en primer lugar.

Publio firmó los papeles y despidió a su prima.

—¡Papá! —llegó Brina—. ¿Todo eso es para mí? ¿Son regalos?

—No, no lo son.

—¡Claro que lo son! —sonrió Gwyneth—. ¿Quieres ser científica como papá?

—¡Sí!

—¡Genial! —sonrió la chica, tomando la mano de la niña—. ¿Por qué no le ayudas a Gwyneth a desempacar todo en el laboratorio? Será divertido, lo prometo.

—No puedo pronunciar ese nombre… en verdad es feo.

—¿Verdad? Me he quejado toda la vida por ello.

Las voces de las chicas desaparecieron, dando entrada a Ayla, quién suspiró y sonrió impresionada.

—Ella es decidida.

—Es un dolor de cabeza —se masajeó las sienes.

—Pero has aceptado… crees en ella.

—Tengo fe en su ciencia, pero no sé si logre aguantarla a ella.

Ayla sonrió y lo dejó tranquilo, bajando al laboratorio donde Gwyneth y Brina se divertían abriendo cajas y jugando con el aserrín que había dentro para que nada se rompiera.

—Hola, ¿necesitan ayuda?

—¡Ayla! —sonrió la niña—. La señorita Grandiner ha dicho que soy tan lista como papá.

—Sí, lo eres —le acarició una mejilla—. ¿Dónde hemos de colocar todo este… material?

—Oh —sonrió Gwyneth, poniéndose de pie y limpiando sus manos —. Supongo que Publio te ha mandado para que me vigiles.

—No, he venido por voluntad propia.

—Vaya, en ese caso, creo que sería grandioso que alguien que conoce el lugar me ayude —asintió.

—Será un placer.

—No debes ser tan formal conmigo, ¿te parece que seamos amigas? —le estiró la mano.

Ayla no podía ver a esa mujer como una amiga, aunque debía admitir que era de su agrado, sabía muy en el fondo que no la llegaría a apreciar de esa forma, puesto que la sentía una amenaza en contra del amor que sentía por Publio.

Aun así, tomó su mano y sonrió, no podía dejársela estirada.

—Me parece bien ser amigas —asintió Ayla.

—Vale, por ahora saquemos todo… ¡No, no, no! —corrió hacia Brina y le quitó el artefacto de vidrio de las manos—. Nena, si tiras esto, te cortarás y tu padre se encargaría de cortarme la garganta a mí si algo te pasara.

—¿Te mataría?

—Es un decir —tranquilizó Ayla, aunque en realidad, lo creía.

Las chicas se entretuvieron buen rato en el laboratorio, acomodando cosas y, cuando hubiesen acabado, se dejaron impresionar por Gwyneth, quién hacía mezclas que cambiaban de colores o explotaban, lo cual las divertía.

—¡Ayla! —se escuchó la voz de Publio, bajando las escaleras hasta el sótano—. ¿Qué hacen todas aquí?

—¡Gwyneth hace estallar cosas! —dijo feliz la niña.

—Ya veo, así que la señorita Grandiner en realidad está desperdiciando su tiempo aquí y no pagándome con ello.

La joven rodó los ojos y entendió el punto de Publio, ella misma le había insultado con lo mismo, al menos debía cumplir su palabra.

—Me pondré a trabajar ahora mismo.

—¿Está loca? Pasan de las cinco, es hora de comer.

—Pero…

—Sería mejor tomar un receso antes de continuar, Gwyneth —sugirió Ayla—. Pondré un lugar extra.

—Yo no la he invitado a comer —dijo Publio.

—No es como que le quiera ver la cara al comer —dijo la joven con molestia—, me quitaría el apetito. Ayla, querida, muchas gracias por tu educada invitación, pero iré a casa y volveré para trabajar.

La joven tomó sus faldas con molestia y subió las escaleras al trote. Ayla volvió la mirada hacia Publio, notando que este sonreía juguetonamente hacia la mujer desaparecida, para después volcar su atención a la niña que pedía ser cargada y llevándosela al comedor en medio de una charla inentendible debido a la excitación de Brina.

Ayla pestañó un par de veces y tocó su corazón acelerado, acaso… ¿La había molestado adrede? No era una actitud normal en Publio, tampoco lo sería el portarse tan maleducado; la joven tomó sus faldas y subió detrás de ellos.

—Y la señorita Gwyneth me dejó poner esa cosa que hizo que todo explotara y se pusiera azul ¡Azul papi!

—Me impresionas, quizá si seas una científica cuando crezcas.

—Ya lo soy ahora —dijo orgullosa—. La señorita Gwyneth me lo ha dicho y yo le creo.

—Bien, pequeña científica —sonrió Ayla, tomándola de los brazos de Publio—, hora de lavarse las manos.

El hombre vio como las dos mujeres salían en medio de sonrisas y complicidad, causándole tranquilidad y desasosiego con el tema, en realidad que eran unidas.

—¡Pero si lo he dejado aquí! —se escuchó la voz irritada de lady Grandiner en el recibidor, haciéndolo sonreír de nuevo.

—¿Por qué hay tanto escándalo? Pensé que se había marchado ya, lady Grandiner.

—He olvidado algo —le dijo sin mirarlo—. Parece que han perdido

algo importante para mí.

—¿En serio? —sonrió, recostándose en la pared cercana sin perder de vista aquella faz enfurruñada—. ¿Qué era?

La joven se sonrojó visiblemente y negó.

—Puedo encontrarlo sola, mi lord, no se preocupe.

—Nunca estoy preocupado —dijo tranquilo—. Pero entre más rápido encuentre sus cosas, más rápido se irá.

—Pero qué grosero es —se apartó el pelo oscuro con un resoplido enojado—, le he dicho que puedo sola.

—Lo lamento, señorita —dijo de pronto el mayordomo—, pero no encuentro su libro por ninguna parte.

Las mejillas de la joven se colorearon y miró incriminatoriamente al mayordomo.

—¡Ya no lo necesito! ¡Me retiro!

—¿Un libro? —se burló Publio—. ¿Acaso es un libro de ciencias? ¿Química, quizá? Puede que conozca el título.

—Dije que ya no lo necesitaba.

—Qué raro, parecía interesada hace un momento —Publio sacó el pequeño libro de su bolsillo interno, lo había encontrado hacía más de una hora en la mesa del recibidor—. Me parece un título extraño.

—¡Démelo! —trató de alcanzarlo.

—Así que… ¿Una historia romántica?

Ella se sonrojó más.

—No es mío.

—Bueno, me impresionaría que no lo fuera, puesto que tiene su nombre justo aquí —le señaló la primera página.

—Me lo regalaron.

—Curioso, tomando en cuenta que es su letra —sonrió y se acercó lentamente hasta el oído de la joven—: pero lo que me parece más curioso es que no es un libro "romántico" sino uno erótico, eso está muy mal para ser una doncella.

Aprovechando la cercanía, Gwyneth arrebató el libro de las manos del hombre y se mostró más avergonzada que nunca en su vida, su cara incluso le hormigueaba y se sentía acalorada, no quería pensar que él lo hubiese hojeado, sería su fin, ¿cómo sería posible que una científica se rebajara a leer ese tipo de... ¡Tonterías!

—¿Por qué la piel de Gwyneth es roja? —se divirtió Brina—. ¿Está aguantando la respiración?

—Creo que le gustaría más bien estar pálida, cual muerta—sonrió Publio—. Un muerto no siente vergüenza, ¿cierto?

—Esto… yo —bajó la cabeza—. ¡Me retiro!

Ayla se acercó a Publio y frunció el ceño al darse cuenta de que la señorita Gwyneth no había dejado de correr hasta que dobló en una esquina y desapareció de sus ojos.

—Pero, ¿qué le has hecho?

—Le tenía que regresar un poco la malicia que me ha hecho —le dijo sin más, cerrando la puerta—, creo que no veremos a la señorita Grandiner regresar este día.

—Pero si parecía tan entusiasmada con su trabajo, incluso dejó sus cuadernos allá abajo.

—No vendrá —dijo convencido y, sin más, dejó salir una carcajada estruendosa y extrañamente maldosa.

La sorpresa no sólo marcó la faz de Ayla, sino a todo cuanto viera o escuchara al heredero de Sutherland riendo de aquella forma, simplemente era algo que nunca sucedía.

Capítulo 11

Para sorpresa de Publio, la joven Grandiner regresó, su piel había recuperado su tonalidad pálida y no se dignaba a mirarlo a la cara, aunque fuese él mismo quién le abrió la puerta al darse cuenta que había regresado.

—Pensé que no la vería en días.

—Dije que pagaría con trabajo y es lo que haré —dijo—. Mi vergüenza pasa a segundo plano cuando se trata del trabajo.

—Creo que más bien no pudo aguantar las ganas de jugar con todos esos artefactos.

—Tiene usted toda la razón —lo ignoró, bajando las escaleras con el conocimiento de que la seguía—. ¡Quién se ha atrevido a mover mis cosas!

—He sido yo —dijo él sin resentimientos.

—Oh… ¿Qué le ha parecido con lo que comenzaré?

—Un inicio —se inclinó de hombros—. Buena suerte.

—¿A dónde va?

—Tengo pacientes —le dijo sin más—. A menos que quiera que me quede aquí, en un lugar solitario y desprovisto de vida para cumplir alguna de sus fantasías.

—¡Lárguese ya!

El hombre sonrió y subió las escaleras a todas prisas, dejando a la joven nuevamente avergonzada.

—¡Concéntrate Gwyneth! —se palmeó la cara—. Es sólo un hombre enfadoso, te has enfrentado a muchos, es uno más.

Publio pasó el resto del día entre su trabajo y visitas inesperadas de las águilas, quienes no dejaban de pedir información y consejo al mayor de los Hamilton; era costumbre de las *águilas* burlarse de Publio al hacerse pasar por pacientes, enfureciéndolo sobremanera.

—Publio —entró Ayla a la habitación—. Te ves cansado.

—Sí —se tocó las sienes—, he estado ocupado.

Ayla pensó que ese hombre se veía bastante guapo usando la bata de médico, simplemente no debía ser permitido que alguien con la masa corporal de Publio usara un elemento de vestimenta tan noble como lo era aquella formalidad que lo identificaba como médico.

—Te ayudaré —la joven se acercó y comenzó a masajear despacio las sienes del hombre, relajándolo en seguida, admirándolo mientras tenía los ojos cerrados—. ¿Mejor?

—Bastante mejor —suspiró aliviado, acomodándose en su asiento —. ¿Dónde está Brina? ¿Ha cenado ya?

—Ya cenó, aunque dudo que quiera irse a dormir pronto.

—¿Por qué? —los impresionantes ojos azules del hombre se abrieron rápidamente, fijándose en ella.

—Digamos que la señorita Gwyneth la tiene deslumbrada en demasía, no se separa de ella.

—¿Está en el laboratorio? —Publio se puso en pie—. Es peligroso para un niño estar ahí, sobre todo porque lady Grandiner está trabajando ahora y no le pondrá atención, puede lastimarse.

—He estado ahí con ella —se sorprendió de la reacción.

—Pero no lo estás ahora —le dijo, caminando a la salida, parecía enfurecido—. ¡Brina! ¡Brina ven aquí!

La niña salió rápidamente de una de los salones de juegos, donde Publio la había atestado juguetes para entretenerla y que no fuera al consultorio, otro lugar de donde prefería mantenerla alejada.

—¿Qué pasa papi? —ella peinaba los rizos de una muñeca.

—Pensé… ¿no estabas en el laboratorio?

La niña negó con la nariz fruncida en molestia.

—La señorita Gwyneth me corrió, pero me escondí para verla trabajar, dejó de ser divertido cuando se quedó dormida.

—¿Por qué estás despierta? —miró el reloj que colgaba de una pared—. Ya pasan de las once, tu hora de dormir es a las nueve.

—Pero Ayla dijo que podía quedarme hasta que tú me llevaras a la cama —se quejó, Brina ya estaba en camisón y con el cabello trenzado para que durmiera cómodamente.

Publio recriminó aquello a su amiga por medio de una mirada que helaría la sangre de cualquiera, cuando se trataba de Brina, ese hombre no daba rango de equivocación.

—No me hacía caso de todas formas —se justificó Ayla.

Publio suspiró y miró a la pequeña, quien parecía no tomar importancia de la molestia de su padre y esperaba pacientemente a que se cumplieran sus deseos, que eran que su padre la arropara.

—Muy bien, Bri, hora de ir a la cama —le tomó la mano y la llevó a su habitación, la arropó y le dio un beso en la frente, dejándola tranquila y al cuidado de Ayla.

Publio pensaba regresar a su despacho, aún tenía algunas cosas que hacer antes de siquiera pensar en ir a dormir.

—Mi señor —acudió a él un mayordomo—, lamento molestarlo, pero la señorita Grandiner no ha salido del laboratorio y temo que es tarde para que una dama camine sola por las calles de Londres.

Publio suspiró, su mayordomo tenía razón, por poco olvidaba que su hija le había advertido que esa mujer se había quedado dormida allá abajo.

—Me encargaré de ello, Fermín, no debes preocuparte.

—Mi lord —se inclinó y se marchó.

Publio bajó hasta el laboratorio, topándose con la imagen de una mujer completamente dormida tirada en el suelo, su cabello oscuro estaba enredado en un tubo de práctica que seguro ella mantenía en su mano, seguro que era una posición incómoda que sólo sería tolerable si la persona se encontraba completamente exhausta.

El hombre apagó el mechero que seguía encendido y recogió un poco antes de tocarle suavemente el hombro, provocando que ella se asustase y lo golpeara fuertemente en la mejilla.

—¡Oh! ¡Lo siento tanto! —se levantó apenada al notar lo que había hecho—. Lo siento ¿se encuentra bien?

—Maldición —se tocó la quijada y movió un poco la boca para menguar el dolor—. Tienes un puño fuerte.

—Lo lamento —ella misma se masajeaba la mano—. ¡Me has asustado y simplemente reaccioné!

—Agh, necesitaremos hielo —se puso en pie y fue por unas toallitas y se volvió al notar que le seguía de cerca—. ¿Te duele?

Ella miró hacia su mano que procuraba no mover y sonrió.

—Estoy bien.

—Déjeme verla —le tomó con delicadeza la muñeca, revisando atentamente—. ¿Puede mover los dedos?

—No están rotos, sólo me duele espantoso.

—Vamos por hielo a la cocina.

Ella asintió, mirándolo de reojo cuando él se tomaba la barbilla y se sobaba; sería increíblemente divertido si acaso no lo hubiese golpeado a él, le debía demasiado como para que además se diera el lujo de colocarle un golpe en el rostro… un perfecto rostro.

—En serio lo lamento.

—Está bien, debo aprender a no despertarla de forma tan… en realidad, la estaba despertando de una buena manera —la miró—, ¿Por qué la reacción tan agresiva?

—Bueno… digamos que me asusto con facilidad.

—¿Por qué?

—Mucho tiempo fuera de casa, viviendo sola en París… a una le pasan cosas desagradables, aprendes a defenderte.

—¿Qué tan desagradables?

—No he sido violada, si es lo que se pregunta.

Publio se quedó callado y la guío hasta la cocina, donde pidió hielo a una de las doncellas quien dejó de lado su tarea de lavar y salió corriendo hacia las cámaras frías de la casa.

—Le agradezco el cuidado —Gwyneth sonrió cuando Publio le puso el trapo con hielo sobre sus dedos enrojecidos e hinchados.

—Es lo menos que puedo hacer por hacerla trabajar así.

Ella lo miró con impresión.

—Usted no me obligó.

—Lo sé, pero mis empleados así lo creen, ¿me pregunto por qué?

—Puede que lo haya sugerido dramáticamente en algún momento del día —asintió tranquila—. De nuevo lo lamento.

—Seguro que sí.

Gwyneth sonrió y miró por unos minutos la forma en la que Publio cuidaba de su mano, colocándole lenta y delicadamente el trapo con hielos en la mano; ella entendió el proceso, miró su rostro por largo rato, sintiéndose en medio de un hechizo, ese hombre era demasiado apuesto para ser verdad… suspiró y decidió tomar los hielos de la mano de Publio y elevarlos hasta colocarlos sobre la mejilla que ella misma le había herido, apretando suavemente para que la parte mojada y fresca tocara el golpe, tal y como él lo había hecho con su mano. Publio chistó y sonrió al sentir el cuidado, provocando que el corazón de la joven diera un vuelco, sobre todo cuando los ojos de Publio Hamilton la enfocaron directamente, no se había dado cuenta de lo cerca que estaban.

Por un largo momento, Gwyneth fue incapaz de apartar la mirada de la de él, las profundidades azules de Publio eran tan irreverentes, misteriosas e incontrolables como el mismo mar. Sentía escalofríos recorrer su cuerpo y la debilitaban a tal punto que se asustó.

—Yo… —ella bajó la cabeza—. Quizá sea hora de irme.

—¿Quizá? Están a punto de dar las doce, ¿A dónde le ha dicho a su familia que ha ido para que se quede tranquila de no verla llegar?

—Con una amiga —tragó saliva, buscando en qué entretenerse—. No se preocupe, no haré que esté en problemas.

—Lo dudo, la gente sabe dónde vivo y usted no es muy discreta cuando llega, ni tampoco cuando se marcha.

—Puede darme la llave y entraría por la puerta trasera.

—No le daría las llaves de mi casa, aunque fuera usted mi mujer, es demasiado peligrosa —sinceró.

—¿Disculpe? No me considero peligrosa y tampoco creo que lograra mantenerme encerrada en ningún lado.

—¿Quién dijo que la quiero dentro? La quiero fuera —ella iba a responder, pero Publio prosiguió—. Es hora de irse, la llevaré.

—En realidad… —Gwyneth se avergonzó y se sintió acorralada al darse cuenta que estaban por atraparla de un momento a otro—, a mi familia no le importa donde esté.

—Tengo entendido que su única familia es su hermano, ¿no se estaba quedando en su casa?

—Me corrieron —se inclinó de hombros—, según mi cuñada, soy una vergüenza para los Grandiner y mi hermano está de acuerdo con ella… al menos en esto lo está porque normalmente no es así y…

—¿Dónde vive entonces? —la interrumpió.

—¿Conoce usted la posada de la señora Gina?

—Es una posada de mala muerte.

—¡Ahí mismo! —sonrió alegre—. Recogeré mis cosas.

—Espere, no piensa en serio que esa es una opción para usted —la siguió por las escaleras que los regresaban hacia el lado habitado de la casa—. Le pueden hacer daño.

—He estado en posadas antes, no es tan malo.

—Seguro que no sabe dónde se está metiendo ahora, esa posada no es como las que seguro visitó en otras partes.

—Tranquilo, milord, que su caballerosidad no se vea inmiscuida en mis asuntos —rodó los ojos—, sé lidiar con mis propios problemas. Ahora, me haría un gran favor si acaso me dejara de paso, porque tampoco soy idiota, si camino sola hasta allá, seguro me violan o matan.

—No sé si estará más segura estando dentro.

Ambos salieron en medio de una discusión que se elevaba gracias al ventoso anochecer de Londres. Ayla los miraba atentamente desde la ventana de la habitación de Brina y suspiró derrotada, dejándose caer en la mecedora del lugar.

—Ayla en serio quiere a papá —dijo de pronto la niña.

—Oh, pensé que estabas dormida.

La niña se sentó en la cama y sonrió.

—¿Por qué no se lo dices? Eres buena.

—Tú papá tiene otro rango, no se casará con alguien como yo.

—¿Cómo sabes? ¿Tiene que ser una princesa?

—Casi —la hizo recostarse.

—Pero si no le dices que lo quieres, él no se dará cuenta.

—Sería lo mejor.

—Pero me gustas, quiero que seas mamá.

Ayla sonrió con ternura y le tocó la mejilla.

—Estaré contigo siempre que me quieras a tu lado.

La niña cerró los ojos y tomó la mano de la mujer sentada a su lado, le gustaba Ayla, quizá sería buena idea mencionarle a su padre cuanto la quería, quizá la complaciera en ello como lo hacía con todo lo demás.

Capítulo 12

Conforme pasaban los días, la presencia de lady Gwyneth se había hecho normal, a nadie le molestaba y le había sido fácil ganarse el cariño de todos los integrantes de esa casa, sobre todo el de Brina, incluso se llevaba bastante bien con Ayla, con quien reía y charlaba amenamente todos los días.

—¡Gwyneth! —gritó Brina de repente—. ¡Gwyneth! ¡Gwyneth!

La joven científica dejó sus cosas de lado y subió las escaleras de dos en dos para alcanzar a la niña que corría hacia ella con los brazos abiertos, el vestido roto y el llanto en sus ojos.

—¿Qué pasa Bri? ¿Pero qué te has hecho? —la niña no contestó y simplemente la abrazó—. ¿Te has hecho daño? ¿Dónde está Ayla?

—Había un hombre allá afuera, en el jardín —dijo asustada.

—¿Un hombre? —frunció el ceño—. ¿Por qué estabas sola?

—Me miraba, él me miraba, me va a llevar con él, me va a regresar abajo y me enseñará cosas, no quiero ver cosas.

—Cariño, no entiendo nada —la abrazó para calmarla—. ¿Qué te enseñaba? ¿Qué es abajo?

—Son malos, quieren a Brina, quieren que Brina aprenda cosas para decirlas a personas malas —negó en medio de las lágrimas.

—Bien, tranquila —Gwyneth se puso en pie y la cargó, llevándola directamente al consultorio de su padre.

Entró sin tocar a la puerta, molestando al hombre que se encontraba ocupado con un paciente, pero al ver a su hija en tal estado, Publio se mostró complicado, miró al paciente y después a Gwyneth, pidiendo unos momentos.

La mujer asintió y salió presurosa de ahí, sentándose en una de las sillas que había en la sala de espera del consultorio y acunó la cabecita de la niña sobre su pecho mientras intentaba hacerla reír, lo cual parecía funcionar de vez en cuando.

—¿Cómo te has roto el vestido?

—Corrí y me caí, me atoré en algo y lo rompí, ¿Crees que papá se enoje conmigo?

—No, no lo creo.

Brina abrazó a la señorita Gwyneth y cerró los ojos. La joven pensó que la consulta de ese hombre estaba durando más de lo usual, pero quizá fuera que se le habían puesto los nervios de punta después de lo que le había dicho la pequeña.

No supo cuánto tiempo pasó, Brina se había quedado dormida en su pecho, pero ella seguía estando tan nerviosa como en un inicio.

Trataba de encontrarle algún sentido a las palabras de Brina, pero comprendió que ella sabía poco o nada sobre la adopción y procedencia de la niña, únicamente se había enterado de que Publio la había acogido como hija gracias a los chismes de Londres, los cuales se quedaban cortos en lo demás.

Le preguntaría a Publio en cuanto abriera esa puerta.

—Lady Grandiner —la movieron un poco en su asiento al notar que ella se había quedado dormida también—. ¿Mi lady?

La mujer se desperezó y miró hacia su pecho, donde la niña seguía tranquilamente acogida en un abrazo pegado a su corazón, Gwyneth aceptaba que le era fácil quedarse dormida si no estaba en el laboratorio, últimamente dormía poco y si encontraba un momento de paz, ella simplemente caía sin remedio alguno.

—Lord Hamilton —se puso en pie con todo y niña—. Lo siento, ella… estaba muy alterada, aunque ahora que la ve dormida, no creo que de crédito a lo que le digo.

—La vi entrar con ella —le dijo tranquilo, enfocado en la niña durmiente—. ¿Dijo algo antes de dormirse?

—Sí, creo que dijo más de lo que usted quisiera que supiera, pero no se preocupe, soy discreta, no me gustan los chismes.

—¿Qué le ha dicho?

—Creo que sería mejor si la lleváramos a descansar a sus habitaciones —miró a la pequeña—. Ha de estar agotada.

Publio hizo amago de quitar a la niña de los brazos de Gwyneth, pero Brina se quejó y se aferró con más fuerza a la mujer.

—Creo que irá conmigo.

—Es pesada para usted.

—Estaré bien, es sólo una niña, he cargado costales más pesados para llevarlos al laboratorio.

Publio asintió y la guio hacia las escaleras, donde se colocó detrás de ella y mantenía un brazo elevado en sus espaldas por si ella falseaba en algún momento; era difícil para Gwyneth ver por dónde iba, pero no se amedrentó en ningún momento.

Él se encargó de abrir la puerta de la habitación de la niña para lady Grandiner y ella trató de dejar a Brina en su cama, pero nuevamente se quejó y siguió abrazada al cuello de la mujer.

—Creo que… —lady Grandiner parecía complicada, inclinada sobre la cama al ser atrapada y mirando a Publio un poco aterrorizada, lo cual le causó gracia al hombre.

—¿Por qué no se recuesta con ella un rato? Usted parece sumamente cansada también.

—Pero he dejado todo a la mitad allá abajo.

—Lo arreglaré por usted.

—Pero…

—Necesita descansar, mi lady, creo que Brina también lo sabe, tiene una cara espantosa, enfermará de seguir así.

—Oh, se lo agradezco en verdad —dijo sarcástica.

—Lo digo en serio, el no dormir afecta en la salud, no digamos en los procesos mentales.

—Lo que quiere es que me quede con su hija para que esté tranquila, mientras usted vuelve a trabajar.

—¿De qué habla? Me quedaré aquí.

Ella se sonrojó notoriamente y miró hacia la niña.

—¿Se supone que he de sentir reconforte de saber que un hombre estará viéndome dormir? ¿no le parece demasiado bochornoso?

—Estaré viendo a mi hija, se lo aseguro.

Gwyneth en realidad ya no tenía mucho con qué discutir, tenía sueño, estaba fatigada y le dolía la cabeza, quizá no fuera mala idea hacerle caso a ese hombre y tomar una ligera siesta. Se acomodó lentamente en la cama y cerró los ojos, cayendo dormida en lo que fueron menos de cinco minutos.

Publio sonrió hacia ellas y salió para recoger lo que fuera que Gwyneth hubiese dejado en el laboratorio, conociéndola, seguramente dejó mechas encendidas y experimentos tóxicos a la mitad. Bajó las escaleras, encontrándose de pronto con Ayla, quien parecía nerviosa y él sabía el motivo.

—Relájate, está con lady Grandiner, están dormidas.

—Pero… —frunció el ceño—. ¿Qué pasó?

—No lo sé, parece que algo hizo que Brina llorara y entrara en un estado catatónico, se quedó dormida en los brazos de lady Grandiner, aunque creo que le ha logrado decir algo más, le preguntaré en cuanto despierte.

Ayla asintió lentamente.

—Seguro te preguntarás donde estaba —Publio la miró seriamente y se cruzó de brazos, esperando que hablara—. Tú padre ha mandado una nota, quiere verte.

—Bien —descruzó los brazos y caminó hacia el laboratorio.

—¿Estás enojado conmigo?

—Me gustaría que cuando dejes sola a Brina, me lo dijeras para estar al pendiente, ella se asusta con facilidad.

—Lo sé, no pensé que en tan poco tiempo ella fuera a asustarse.

—No es tu culpa tampoco —suspiró—. Al menos ha corrido hacia el interior de la casa y no al exterior.

Ambos bajaron las escaleras hasta el laboratorio, dándose cuenta del desastre que lady Grandiner tenía, Publio estaba seguro que ella sabría perfectamente el lugar donde tenía todo y si llegaban a movérselo se pondría furiosa, así que lo que hizo fue no dejar nada dañino, encendido o explosivo fuera de lugar.

—Ella… es una persona impresionante, ¿Verdad? —Ayla lo miró de reojo, tomando unas notas en sus manos.

—Ha avanzado mucho desde la última vez que vi sus progresos.

—A Brina parece gustarle.

—Me extraña un poco, puesto que lady Grandiner no es de las que pone demasiada atención a nadie mientras está experimentando.

—Sí… supongo que Brina la admira, o quizá le recuerde a alguien —sugirió.

—Puede ser, pero ella no me ha dicho nada.

—Es bastante reservada con algunos temas.

Publio la miró.

—¿Has descubierto algo?

La mujer negó.

—Lo intento, en serio lo hago Publio, pero ella apenas me da dos palabras y corre despavorida, es como si se diera cuenta de que lo hago a posta para saber algo.

—Quizá así sea, Brina es muy inteligente.

Ella asintió y ayudó a Publio a limpiar el lugar lo mejor que podía, intentaba no mirarlo tan constantemente, pero le era imposible, lo quería tanto, que incluso le dolía que él no se percatara.

La joven se acercó lentamente hasta Publio y se quedó parada tan cerca de él que, cuando este se volvió, tuvo que enderezarse más de la cuenta y la miró con una ceja levantada, mostrando la extrañeza que sentía al tenerla tan cerca.

—¿Se te ofrece algo?

—Yo... no —se sonrojó—, estaba pensando que quizá sería bueno que despertáramos a Brina… ya sabes, para que coma algo.

—Despertará sola, si es que la misma Gwyneth no lo hace antes.

Publio terminó de recoger, charló un momento con Ayla y subió pasadas unas horas a la alcoba de su hija; ambas personas en el interior seguían profundamente dormidas, abrazadas y tranquilas, tal parecía que no iban a despertar hasta el día siguiente.

Pasó un rato hasta que Gwyneth abrió los ojos con pesadez, miró a la niña entre sus brazos y después se enfocó en Publio, quien estaba leyendo tranquilamente en una silla un tanto alejada de la cama.

Tal parecía que no había notado que ella despertó, lo que le dio tiempo de admirarlo; él tenía unas fuertes y largas manos, podía ver con nitidez lo tendones fuertes que se movían desde su muñeca hasta su codo cuando pasaba de página; era un hombre alto, más alto que la mayoría, con espalda ancha y cuerpo gallardo; sus facciones eran masculinas y atractivas, de fuerte quijada y ojos azules bajo unas tupidas cejas y largas pestañas.

—¿Hasta cuándo piensas decir algo? —dijo de pronto el hombre, levantando la vista y dejando el libro.

La joven se sorprendió y avergonzó, pero trató de disimularlo.

—Lo siento, suelo quedarme así después de que despierto —comenzó a levantarse, lo cual hizo que Brina abriera los ojos.

—Gracias por cuidarme, Gwyny —le tomó la mano.

—No te preocupes, linda —le tocó la mejilla con cariño—, sabes que si puedo ayudar lo haré, aunque quizá no sea tan reconfortante como tu papá o Ayla,

La niña negó un par de veces y la abrazó de nuevo por varios minutos hasta que notó que Publio estaba en la habitación. La niña se puso en pie y prácticamente escaló hasta quedar sentada en el regazo de su padre y abrazada a su pecho.

—Papi, no me gusta que gente se asome a la casa —susurró.

—Lo solucionaré, por ahora, ¿por qué no vas con Ayla y le pides que te dé algo de comer?

—Vale —sonrió la niña, levantándose rápidamente y corriendo escaleras abajo, aun así, lograron escuchar su grito—: ¡Ayla! ¡Papá ha dicho que puedo comer pastel de chocolate!

Publio negó con una sonrisa y se volvió hacia Gwyneth.

—Sé lo que quieres de mí —dijo la chica—, pero no puedo decir que le haya entendido del todo bien.

—Sólo dime lo que te dijo.

—Bueno, algo de que la estaban observando y que venían por ella para enseñarle cosas malas… no quiero pensar mal, pero, esas palabras no me suenan a algo escolar.

—¿Dijo algo más?

—Sí, dijo que la llevarían abajo para enseñarle a decir cosas a los malos, algo así.

—¿Ella te lo dijo así sin más?

—Bueno estaba asustada, pensó que alguien se la llevaría.

El hombre se impresionó al darse cuenta que Gwyneth había logrado recaudar más información en unos minutos con Brina que él y Ayla juntos en meses, lo cual resultaba ser frustrante.

—No te preocupes por ella.

—¿Qué no? Esa niña estaba al borde del colapso nervioso.

—Está conmigo ahora, no dejaré que nada le pase.

—Bueno… supongo —la chica jaló aire de pronto al mirar el reloj en la pared—. ¿Ya es tan tarde?

—Es lo que parece.

—¡Dios santo! ¡Pero si llegaré tarde!

—¿A dónde piensa ir siendo ya de noche?

—Bueno, soy una mujer de intereses varios, mi lord.

—¿Con eso a qué se refiere?

—Oh, tranquilícese, ¿Vale? —ella comenzó a tomar sus cosas con presura—. ¿Ha limpiado el laboratorio?

—Sí.

—Dejó mis apuntes en su lugar, ¿verdad?

—En el mismo desastre en el que estaban.

—Bien, no toque la mezcla que he dejado reposando, ah, y aleje a Brina de mis tubos de ensayo, parece que tiene una fijación por romperlos —se colocó el sombrero y salió de ahí con una sonrisa.

Publio no quería ni preguntar a lo que esa mujer se refería con eso de "intereses variados" porque cada vez que alguna de sus primas mencionaba esas palabras, quería decir problemas.

—Papá ¿Gwyneth se ha ido?

—Sí, tenía que regresar a casa —la niña entristeció—. ¿Querías que se quedara contigo?

—Bueno —movió un piecito—. Pensé que le había gustado dormir conmigo hace un rato.

—Seguro que así era.

—Para la próxima ¿la puedes invitar a dormir? —le dijo sonriente —. Incluso podemos dormir contigo para que no estemos en una cama tan pequeña como la mía.

Publio sonrió ante lo mal expresada que estaba esa oración, pero asintió hacia su hija y le tocó la mejilla antes de irse al despacho.

—Se lo preguntaré la próxima vez que la vea.

—¿Crees que quiera? —dijo ilusionada.

—Bueno, no creo que alguien pueda negarte algo a ti.

—Pero es que Gwyny es diferente, ella sí me regaña cuando hago algo mal, el otro día le tiré uno de esos vasos y me regañó.

—Hace bien, no debes romper cosas, menos cuando estás en ese lugar con lady Grandiner.

—Lo sé, ya no lo haré… ¿crees que por eso no quiso quedarse?

Publio sonrió y negó

—En serio te agrada lady Grandiner ¿verdad?

—¡Sí! —la niña corrió a su alrededor—. ¡Ella es tan bonita y lista! Dice que yo seré más lisa que ella, ¿tú qué crees?

—Seguro que así será.

Publio miraba la alegría de su hija y no podía evitar sentirse contagiado por ella, apenas y podía creer que hubiese estado llorando hace unas horas por el miedo que le ocasionó ese hombre…

Ese era otro asunto que tenía que resolver.

Capítulo 13

Se había hecho una costumbre que lady Grandiner fuera a la casa del heredero de los Hamilton, por lo cual, los chismes de Londres los habían hecho pareja desde el primer mes, aunque la verdad distara bastante, puesto que, Publio y Gwyneth apenas y se veían, ocasionalmente comían juntos y, de repente, se les oía pelear en el laboratorio, pero de ahí en más, ellos tenían vidas separadas, cada uno enfocado en su trabajo.

Sin embargo, aunque ellos lo negasen, cada noche a la hora en la que la señorita Grandiner tuviera que marcharse, Publio Hamilton la acompañaba hasta la horrible posada de la cual ella no quería salirse. Quizá fuera por orgullo, quizá fuera porque no podía costearse nada mejor, pero se negaba a aceptar que le ayudaran.

Lo que era aún más extraño de comprender para los ojos de Londres era la relación entre las dos mujeres que transitaban la casa del Hamilton como si fuera la suya; Ayla y Gwyneth habían desarrollado una buena amistad y era normal ver a la una o a la otra paseando a la pequeña Brina Hamilton, incluso cuando el hombre de la casa se ausentaba por semanas.

—Fermín —Publio miraba unas notas que Gwyneth había dejado sobre su escritorio esa tarde—. ¿Dónde está lady Grandiner?

—Se ha retirado, mi señor, hizo mención de un malestar agudo en su cabeza —el hombre pulía un reloj de mesa.

Publio notó la hora y se quejó.

—¿Y la dejaste marcharse, Fermín?

—Ella insistió, mi lord, ya sabe cómo es.

—Maldición, ¡Ayla! —gritó de pronto, haciendo que la joven asomara su cabeza desde alguna habitación—. Cuida de Brina, vuelvo en seguida.

—¿Irás a llevar a Gwyneth?

—Se ha ido por sí misma.

—¿A esta hora? —salió sorprendida, con Brina tomada fieramente de su vestido.

—La señorita Gwyny es tonta —dijo la niña.

—Y terca —negó el hombre—. Quédense aquí las dos.

Publio caminó por las calles de Londres, no eran horas para que una mujer anduviera sola, ni siquiera era seguro para los hombres, aunque a él eso no le preocupaba en demasía, sabía que, en cuanto la gente se daba cuenta de quién era, se quitaban de su camino.

Entró a la posada y abrió la boca con impresión cuando vio a la

señorita Grandiner siendo el centro de atención de la fiesta, bailando arriba de una mesa, siendo aplaudida por caballeros, ella parecía bastante tomada para ese momento.

—¡Gwyneth! —le gritó, pero ella siguió cantando y danzando en la superficie de la mesa, seguida por otras tantas muchachas.

—¡Salud, caballeros, salud! —gritó la joven y empinó su vaso.

—¡Gwyneth! ¡Baja de ahí ahora!

—Ah, mi querido socio —la chica se tomó de su hombro y dio un salto hasta el suelo—. ¿Has visto las notas? ¡Triunfo! ¡Un triunfo!

—Gwyneth, estás ebria.

—Qué observador —le dijo con una sonrisa y ojos pelados—. Cuando se consigue un logro, lo que se hace es festejar ¡Y estamos festejando! ¿No caballeros?

El resto de los hombres la vitoreó y canturreó la canción que Gwyneth había estado entonando.

—No es un lugar para que festejes.

—Planeaba festejarlo contigo, pero estabas ocupado con Ayla en tu despacho, hablaban de cosas serias de la cofradía, así que decidí no intervenir, me dijo Ayla que eso es muy secreto, así que tranquilo, no diré nada.

—Lo estás diciendo ahora.

—¡Ups! —sonrió y subió su vaso—. ¡A beber!

—No —le quitó el vaso y lo puso en la mesa—. Te vienes conmigo ahora mismo.

—¡Ey! ¿Te está molestando Gwyny? —dijo uno de los hombres de la cantina—. Sabes que, si alguien te molesta, nosotros te defenderemos preciosa.

—Oh, Oswald, estoy bien, este es mi socio: Publio Hamilton —el salón cayó en un pesado silencio y todos los ojos se enfocaron en el escalofriante hombre que miraba severamente a la emborrachada mujer—. ¿Qué sucedió? Agh, Publio, has arruinado la fiesta.

—Nos vamos —la tomó de la muñeca.

—¿Qué? ¡Pero si me divertía tanto con mis amigos!

—Sí, pero les has arruinado la fiesta, así que nos vamos.

—Sólo he mencionado tu nombre… ah, ya, ahora entiendo, todos te temen y los has dejado sin habla.

Publio la jaló y no le permitió seguir hablando, fue hacia la barra y pagó lo que debía la mujer y se dispuso a salir de ahí.

—Mi habitación no es por aquí.

—Lo sé.

—Estamos saliendo del lugar.

—Lo sé.

—¿Por qué lo hacemos?

—Iremos a mi casa.

—Creo que el que tiene nublada la cabeza es usted, mi lord, porque si no recuerda, soy una joven casadera.

—Que se encuentra hospedada en un hostal de mala muerte, rodeada de hombres y completamente borracha.

—Tiene usted un punto, pero no hablaba por lo que me fuera a suceder a mí, sino a usted y su reputación.

—Preocúpese por no vomitar, es su única ocupación en este momento, ¿de acuerdo?

Ella asintió tranquila y siguió caminando.

—No vomitaré, tengo un aguante increíble al alcohol, pregúntale a Oswald, lo he dejado tendido en la barra en más de una ocasión —dijo orgullosa.

—Callada.

—Mmm… no creo que eso sea posible —dijo sincera y pareció pensar un poco en algo—. Creo que soy una mujer sumamente inteligente, creo que incluso soy más inteligente que usted.

—No me pareces sumamente inteligente justo ahora.

—Bueno, estoy algo tomada, ¿es que usted nunca se divierte?

—No al límite en el que bailo sobre una mesa.

—Claro —entornó los ojos y fingió una voz varonil—. ¡El señor Hamilton tiene que aparentar control en todo momento!

—No diría que estoy aparentando.

—Volviendo al tema en el que soy más inteligente…

—Eso quisieras.

—Bueno, sí —sinceró—, al menos sé que le doy batalla.

—En más de una forma.

Ambos entraron a la casa de Publio y él la condujo a una habitación, de hecho, Gwyneth apenas y se había resistido durante todo el camino, el único verdadero problema era que no se callaba.

—¿Quiere que le diga los elementos de la tabla periódica? El día pasado dejé en ridículo a otro científico puesto que olvidó dos y…

—Cállate Gwyneth, me estás desquiciando.

—Lo sé, suelo ser enfadosa con el tema, pero es que me gusta tanto… ¿has visto las notas? ¿Viste lo que descubrí?

—No.

—Oh, pero que tonto, si lo dejé en tu escritorio.

—Basta ya, le diré a Ayla que te traiga un camisón para que puedas dormir aquí esta noche.

—Mmm… no, no me gusta esta habitación.

—No me importa, es mejor de lo que soñarías en esa posada en la que te quedabas.

—Sí, pero ahora que estoy aquí, al menos merezco algo mejor —dijo obvia, cruzándose de brazos.

—¿Según quién?

—Según yo —se inclinó de hombros—. Sé que tengo apariencia de vagabunda, pero sigo siendo una noble.

—Te quedarás aquí.

—Vale, tampoco soy remilgosa —le guiñó un ojo.

Esa mujer era insoportable estando sobria, ahora que estaba ebria, apenas y la toleraba.

—Bien, te traeré algo para que se te baje la embriaguez.

—No me consideraría embriagada.

—Por favor, incluso arrastras un poco la voz.

El hombre hizo por salir de la habitación en ese momento, cuando de pronto ella habló con claridad, como cuando no estaba con dos botellas de vino encima.

—Gracias por lo de hoy —ella parecía de pronto estar centrada y muy seria—. Sé que has ido ahí porque te preocupaste, nadie se había preocupado por mí en años.

—Eres mi socia —rodó los ojos y sonrió.

—¿Seguro? —ella se puso en pie y se acercó insinuante—. ¿Nada más que tu socia?

—Creí que habías dejado en claro que no habría nada sexual entre nosotros —le dijo tranquilo a pesar de tenerla tan cerca.

—Mentí —ella se elevó en sus puntas y tomó los labios desprevenidos de Publio.

El hombre había pensado en alejarla, pero algo que jamás había experimentado antes se instaló en su estómago y recorrió fieramente el resto de su cuerpo, era igual a recibir un rayo: electrizante, poderoso e imparable.

La rodeó con sus brazos y la atrajo con fuerza a su cuerpo, sintiéndose repentinamente adicto a la sensación, la besó de tal forma que parecía que estuviera desnudándola en ese momento, pero en realidad, no había hecho un movimiento que rozara con lo descarado, eso hasta que la recostó en la cama con un movimiento que había sido tomado sin una gota de razón y trató de desabrochar su vestido de forma descontrolada.

Publio logró desabrochar un poco la parte superior y se encontró en la necesidad de besar el cuello, los hombros y el inicio de los senos de aquella desesperante mujer, estuvo a punto de perder por completo la razón, hasta que de pronto, ella gimió, regresándolo a la realidad en la cual se desconocía.

Él siempre había podido dominar todas sus emociones como si se tratara de la cosa más simple, jamás nada le había interesado en demasía, se aburría con prontitud y su única pasión siempre fueron los libros, la medicina y viajar.

Se retiró con desmedido esfuerzo y miró a la mujer que había logrado sacarlo de sí, no sintió temor, sino una profunda curiosidad,

puesto que ella lo miraba desconcertada, en espera de que continuara.

—No… —cerró los ojos al verse tentado a proseguir, sobre todo porque ella parecía complacida con ello—. Llamaré a Ayla.

Ella se levantó en sus codos y lo miró de lado.

—¿Hice algo que te molestara?

—No —frotó su cara y miró a otro lado—. No es correcto, estás en mal estado y sería un abuso de mi parte.

—Quiero estar contigo.

—No —la miró severamente—. Toma un baño, te hará sentir mejor… más lucida.

—Estoy lucida —se puso en pie y le tomó la cara para que él la contemplara. Sus ojos cafés se habían limpiado de las locuras del alcohol, parecía más serena que nunca—. Sé lo que hago, siempre sé lo que hago, esto… puedo hacerlo, quiero hacerlo, hazlo.

Él apartó las manos que ella reposaba en sus mejillas, las juntó delante de sí y se las besó con ternura.

—Lo siento, pero no lo haré.

Los ojos cafés de Gwyneth se llenaron de lágrimas y bajó la mirada, sintiéndose avergonzada por sus acciones y se fue a la cama, dándole la espalda. Publio volvió a sentir ganas de ir tras ella, desnudarla y hacerla suya en todas las formas que le fueran posibles, pero cerró los ojos, se concentró y salió.

No haría algo como eso, no cuando ella estaba en ese estado, sabía que podía desearlo en verdad, pero quizá no actuaría tan descuidada si la sobriedad estuviera en su sistema. De hecho, ella jamás había demostrado interés alguno en él, hasta ese momento.

—¿Qué ha sucedido? —llegó de pronto Ayla, en camisón y con la cara asustada.

—Nada, lady Grandiner está tomada, ¿la ayudarías?

La joven asintió, pero no se movió, lo miraba intensamente, como si en ese instante lo estuviera juzgando, ¿lo conocería lo suficiente como para saber lo que hizo? ¿Lo que estuvo por hacer?

—¿La besaste? —frunció el ceño la joven.

Al parecer sí lo conocía.

—Sí.

—¿Acaso…? —se espantó la joven.

—No, jamás lo haría en el estado en el que está.

—Y, ¿de no estarlo?

Publio cerró los ojos lentamente.

—Ve a ayudarla, Ayla, por favor.

La joven rubia sintió un peso en su corazón, pero no podía dejar que él pensara que sólo ella podía despertarle ese sentimiento, sabía perfectamente que Publio jamás había intentado nada para con ella porque era su protegida, pero era una mujer, una tan hermosa como lo

era Gwyneth, así que lo besó.

Publio no correspondió aquello, en su lugar había colocado una mirada de sorpresa e incluso dio un paso hacia atrás.

—Yo… ¡Lo siento! —Ayla corrió y desapareció en la habitación en donde estaba Gwyneth.

Publio había quedado pasmado por la acción atrevida de Ayla, sinceramente, no se lo habría esperado nunca, al menos no con esa desfachatez, era bastante consciente de que ella experimentaba alguna clase de atracción hacia él, pero jamás creyó que arremetería de esa forma sin pensar.

Suspiró, las mujeres eran demasiado complicadas.

—Papi tiene novias.

—¡Brina! —se volvió hacia las escaleras—. ¿Qué haces despierta? Deberías estar en la cama.

—Me despertó la señorita Gwyneth, ¿está bien?

—Sí, está bien —dijo con molestia—. A la cama.

—Papi, ¿escogerás a Ayla como novia?

Publio subió las escaleras y tomó a la niña en brazos.

—Pero, ¿qué dices? —negó con una sonrisa.

—¿No te gusta Ayla?

—No son temas para alguien tan pequeño.

—Pero Ayla me gusta.

—Ella es una amiga, al igual que la señorita Grandiner.

—A ti te gusta la señorita Gwyneth, ¿verdad? A mí también me cae bien, es mi amiga, Gwyny es amiga mía, no tuya.

Publio suspiró con fuerza, entendía algo, tanto Brina como él necesitaban un respiro, estar solos sin otras intervenciones.

—Mañana iremos de paseo.

—¿Vendrá Ayla y la señorita Gwyneth?

—No, nadie, sólo tú y yo.

La niña sonrió de oreja a oreja.

—Tú prefieres a Brina, ¿verdad papá?

—Mil veces —le besó la mejilla—. Mil veces.

La niña se abrazó a su padre y supo que no le importaba a quién eligiese, puesto que el cariño que le tenía a ella no parecía equipararse con el de ninguna de las otras dos.

Capítulo 14

La mansión de los Sutherland era imperiosa, grande y pomposa, llena de artilugios valiosos conseguidos por el padre de los Hamilton en sus múltiples e interminables viajes de juventud.

Para Publio, regresar ahí era recordar su vida entera hasta el momento en el que se independizó.

—¡Oh, mi querido Publio! —su madre lo recibió con los brazos abiertos—. Qué bueno que vuelvas.

—Madre —le besó la mejilla—. ¿Dónde está padre?

Annabella ya se inclinaba ante la pequeña sonriente que rápidamente se había abrazado a sus piernas. La única nieta de su madre era su adoración momentánea, a pesar de que Brina no estaba ligada por la sangre, los Hamilton la traban de esa forma, como Publio esperaba.

—En su despacho —dijo distraída, dándole una flor a Brina.

—¿Podrías cuidarla por un momento?

—Claro —le tomó la mano a la niña y le preguntó directamente—: ¿Quieres ver las gardenias de la abuela?

—¡Sí!

Publio las vio desaparecer por los jardines y se dirigió rápidamente hacia el despacho de su padre, por donde salió Aine, impresionándolo debido a que casi chocaban.

—Hola hermano —lo besó en la mejilla—. Adiós hermano.

—¿Misión?

—Te mantendré informado —le guiñó un ojo.

—Terry es mejor en asuntos de asesinatos.

—Eso quisieras, sabiondo —la chica se marchó hecha una sonrisa y cubrió su cabello debajo de una túnica negra.

Su hermana definitivamente era idéntica a su padre, era intrépida, indomable y libre, sobre todo lo último.

—Publio —la voz de su padre sonaba feliz para variar.

—¿Hay buenas noticias?

—Aine siempre tiene resultados satisfactorios —asintió complacido —, pero me alegro de verte.

—¿Dónde está Kay?

—¿Dónde imaginas? Con Beth, como era de esperarse.

—Entiendo —Publio se sentó frente al escritorio de su padre y le tendió unos papeles—. Dime qué opinas.

Thomas miró a su hijo por largos minutos y tomó los papeles, revisándolos con rapidez y, al parecer, con interés conforme avanzaba

en su lectura.

—Es un trabajo impresionante, hijo —lo miró—. Muy bien realizado y una hipótesis posible, ¿Cuánto tiempo te llevó realizarlo? Debiste tener horas de estudio.

—No es mío.

El padre dejó las hojas y colocó sus manos juntas sobre sus labios, era una pose que lograría intimidar a cualquiera, puesto que dejaba en énfasis los ojos profundos de Thomas Hamilton.

—¿Y quién es el responsable?

—En realidad, es de una mujer —se puso de pie y miró hacia la ventana, donde su madre e hija caminaban.

—¿Una mujer? —sonrió Thomas sin que su hijo se diera cuenta—, seguro que es alguien digno de ser conocido.

—Es en verdad… una mujer de lo más loca, en realidad no tiene un tornillo, es demasiado confiada, incluso soberbia y cuando habla de química, ella siente que es la reina, se cree la gran cosa, en verdad me desquicia.

—Ya lo veo —sonrió, tapándose el gesto con una mano.

—¿Qué opinas del trabajo? Sé que es bueno, pero… quería saber si tienes objeciones a algo.

—¿Para el trabajo o para la mujer?

Publio lo miró y frunció el ceño.

—¿Por qué sería para la mujer?

—Porque tus ojos parecen tener una chispa especial cuando hablas de ella —sonrió de lado—, en realidad, a tu madre le encantará saber que te has enamorado.

—No estoy enamorado, eso es absurdo.

—Absurdo es no admitirlo, créemelo.

—Padre, la chica me vuelve loco, creo que hará que me enferme de un momento a otro.

—Siempre pensé que ni siquiera te agradaba la gente, cuando quisiste ser médico, tratabas a los pacientes más como experimentos que como personas.

—Ya no soy tan… osco y frío.

—Agradezco eso, pero no cambia el hecho de que esa mujer te interesa de verdad.

—Creo que jamás había pensado en ello… nunca pensé en ella como una mujer hasta que me besó.

—¿Ella te besó?

—Estaba algo ebria, quizá ni siquiera lo recuerde.

—Así que a ella si le gustas.

—No tengo idea lo que pase por la cabeza de esa mujer.

—Si en realidad vale la pena, deberías insistir.

Publio se dejó caer en la silla y lo miró extrañado.

—Jamás pensé que te interesaría temas como estos.

—Eres mi hijo, me interesa tu felicidad —miró los papeles.

Publio pensó en lo que su padre le insinuaba, pero rápidamente lo descartó y volvió a sus temas de interés, mirando a su padre intensamente, esperando a que dedujera lo que en realidad había ido a buscar hasta esa casa y más precisamente a su despacho.

Thomas Hamilton suspiró y sacó el diario que su hijo le había dado después de su descubrimiento y se lo tendió.

—No me es posible entender nada —aceptó—, está escrito extraño y está por demás decir que la letra es ilegible para mí.

—Creo que Brina lo sabrá, pero ella es tan reticente a hablar de ello que temo que se aleje si la obligo.

Su padre asintió y caminó por la habitación.

—Quizá si ella se sintiera en confianza con alguien.

—Me tiene confianza a mí —dijo ofendido.

—Quizá, pero sabe que tú eres uno de los rescatadores esa tarde, puede que no quiera contarte algo sobre lo ocurrido ahí —Thomas lo miró—. ¿Qué tal se lleva con Ayla?

—Creo que bien, pero a ella le cuenta menos que a mí —Publio pensó—. Aunque a ella le suele hablar en otros idiomas, aunque creo que lo hace más para desesperarla que para hacerla saber algo.

—Así que en realidad ella no tiene a nadie en especial con quien hablar —negó Thomas, acariciando su barba—. Pensé que Ayla sería lo suficientemente cercana como para sacarle algo a la niña.

—Brina es más dura de lo que puedes imaginar.

—Eso lo sé, ha tenido una vida difícil.

—Ella se ha acercado últimamente a lady Grandiner —aceptó Publio—, la he escuchado platicar con ella de cosas que le gustan o disgustan, quizá le tenga confianza porque ella en realidad no le toma importancia a nada de lo que dice. Brina dice que son amigas.

—Ayla quiere sacarle información —dijo Thomas—, y ella lo nota, pero lady Grandiner no tiene nada que ver con las *águilas*.

—¿Y por qué quiere ocultarnos algo?

—Quizá para que no pienses mal de ella.

Publio pensó en las palabras de su padre y le dio algo de razón, era difícil entender a Brina, pero podría ser una opción bastante viable que no confiara en ellos por temor a ser rechazada; Brina no le tenía confianza a Ayla porque en cuanto llegó a esa casa, la mujer se había posado ante ella como una figura que jamás se iría, alguien a quien tenía que complacer de alguna forma para que la quisiera ahí.

Sin embargo, Gwyneth había llegado incluso después que ella, no era parte de su casa, ni de su vida, era más como una invitada, Brina se sentía identificada con ella por esa razón, sabía que, si lady Grandiner no se portaba lo suficientemente bien, entonces tendría que

irse y, de alguna forma, Brina pensaba que le pasaría lo mismo.

—Supongo que tienes razón —se inclinó de hombros—. Pero, aunque Brina le tuviera más confianza a lady Grandiner, ella no habla conmigo sobre lo que la niña le dice, se lo guarda o simplemente lo pasa a segundo plano, no le toma importancia alguna.

—¿Has hablado con ella sobre Brina?

—No, no quiero que sepa nada sobre nosotros, está más informada de lo que me gustaría.

—Es normal que se sepa de la cofradía y de los Hamilton hijo, tendrás que evaluar si la señorita Grandiner es de confianza.

—No me parece alguien que sea especialmente afecta a chismear o andar con los contrarios, pero yo no confío en nadie en especial.

—Obsérvala, si dices que Brina le tiene predilección, nos es conveniente tenerla de nuestro lado —el padre elevó una ceja—. Creo que sería un buen momento para que volvieras a tu casa.

Publio suspiró, prácticamente había escapado de toda esa locura femenina que se había convertido en su casa, llevaba más de un mes fuera, solo con Brina como compañía y le fue agradable hasta el momento en el que su madre decidió embaucarlo para que regresara y atendiera la fiesta que organizaba y por lo cual le medía el traje.

—Supongo que tienes razón, es momento de volver.

—Además —Thomas lo miró con una sonrisa—. A lo que sé la muchacha no es nada fea y creo que es bastante inteligente, considerando por cómo hablas de ella y con lo que me explicaste de sus experimentos.

—No soy hombre que guste desperdiciar su tiempo entre mujeres, en mi casa hay dos de momento, más de lo que jamás imaginé —negó pesaroso.

Thomas dejó salir una carcajada y le tomó los hombros.

—No hables así, hijo, se podría malentender.

—Me interesa poco —dijo sincero—. Es más, lo preferiría, que se malentendiera todo y me dejaran tranquilo.

—Así que una de las dos ha logrado quitarte la paz que tanto te agrada —entendió el padre—. ¿Por eso huyes?

—Me alejo —corrigió.

—Vuelve a casa hijo, es hora de volver.

Publio sopesó la información y asintió, lo vería de la forma práctica, en la que era necesario volver a acercar a Brina a la señorita Grandiner, así mismo, tendría que hablar con ella y tratar de convencerla de que le informara lo que Brina le dijera. Se puso en pie para salir del despacho, pero fue interceptado por su madre.

—¿A dónde crees que vas, señorcito?

—A casa.

—No, no, no —negó—, te quedarás a cenar.

—Madre, tengo que llegar a casa, Brina está cansada y querrá ver a Ayla cuanto antes.

—Eso puede esperar.

—Annabella —advirtió Thomas.

—No te atrevas a meterte conmigo, Thomas Hamilton —Publio vio como su padre elevaba las manos y no decía nada más. A veces le sorprendía la forma en la que su madre podía dominar a su padre con tan sólo mirarlo—. Vendrás en la noche, te espero puntual a las ocho en punto u olvídate que tienes madre.

Publio iba a abrir la boca, pero su padre interrumpió.

—Será mejor que no digas lo que estás pensando.

El muchacho miró con desagrado a su padre y asintió. La mujer sonrió con ganas y se entretuvo en decirle a su hijo lo favorable que era para la pequeña Brina el pasar tiempo con su familia, el ver como se actuaba normalmente en cenas y demás cosas que hicieron que a Publio le doliera terriblemente la cabeza.

—Bien, entonces vamos.

En ese instante él volvió a poner atención a su madre.

—¿Ir? ¿A dónde?

—Oh, Publio, detesto que no me prestes atención —lo regañó, pero era imposible sentirse intimidado con una persona como lo era su madre—. He comprado un traje para ti, quisiera que te lo probaras.

—Madre… por favor.

—Sólo quisiera saber si tengo que devolverlo, como ya casi no te veo, me es difícil saber tus tallas.

Era bastante obvio que lo estaba chantajeando, pero Annabella tenía el mismo efecto con sus hijos y su marido, nadie la negaría nada de lo que ella pidiera.

Publio había sido atrapado por su madre aquella tarde y ahora no había forma en la que pudiera zafarse de ella y su insistente intromisión en su vida personal.

—Vamos cariño, no debes enojarte tanto, sabes que es por tu bien y por el de Brina —dijo Annabella, arreglándole la pajarita.

—Madre, por el momento, tanto Brina como yo estamos perfectamente estando solos —dijo el hombre, mirándose en el espejo, el estar tan excesivamente elegante lo hacía sentir incómodo.

—A Brina sí que le gustaría una mamá —dijo la chiquilla, metiendo un pedazo de pastel a su boca.

La niña estaba recostada en la alfombra de la habitación, pasando hojas del libro que su abuela le había dado. Annabella sonrió hacia la niña y después volcó toda su atención en el hombre enfurecido que estaba frente al espejo.

—Eso dices ahora, pero esa niña comenzará a crecer y necesitará una madre y tú, una compañera para tu vida —indicó la mujer,

sacándole el saco para colgarlo—. Creo que te queda bien.

—Jamás pensé que fueras de las que usaba artimañas para lograr sus objetivos madre, me tienes sorprendido.

—Con ustedes como hijos y con tu padre como marido, una tiene que aprender ciertas cosas si se quiere dar a respetar.

Publio había sido atrapado por su madre aquella tarde y ahora no había forma en la que pudiera zafarse de ella y su insistente intromisión en su vida personal.

—Vamos cariño, no debes enojarte tanto, sabes que es por tu bien y por el de Brina —dijo Annabella, arreglándole la pajarita.

—Madre, por el momento, tanto Brina como yo estamos perfectamente estando solos —dijo el hombre, mirándose en el espejo, el estar tan excesivamente elegante lo hacía sentir incómodo.

—A Brina sí que le gustaría una mamá —dijo la chiquilla, metiendo un pedazo de pastel a su boca.

La niña estaba recostada en la alfombra de la habitación, pasando hojas del libro que su abuela le había dado. Annabella sonrió hacia la niña y después volcó toda su atención en el hombre enfurecido que estaba frente al espejo.

—Eso dices ahora, pero esa niña comenzará a crecer y necesitará una madre y tú, una compañera para tu vida —indicó la mujer, sacándole el saco para colgarlo—. Creo que te queda bien.

—Jamás pensé que fueras de las que usaba artimañas para lograr sus objetivos madre, me tienes sorprendido.

—Con ustedes como hijos y con tu padre como marido, una tiene que aprender ciertas cosas si se quiere dar a respetar.

Publio había sido atrapado por su madre aquella tarde y ahora no había forma en la que pudiera zafarse de ella y su insistente intromisión en su vida personal.

—Vamos cariño, no debes enojarte tanto, sabes que es por tu bien y por el de Brina —dijo Annabella, arreglándole la pajarita.

—Madre, por el momento, tanto Brina como yo estamos perfectamente estando solos —dijo el hombre, mirándose en el espejo, el estar tan excesivamente elegante lo hacía sentir incómodo.

—A Brina sí que le gustaría una mamá —dijo la chiquilla, metiendo un pedazo de pastel a su boca.

La niña estaba recostada en la alfombra de la habitación, pasando hojas del libro que su abuela le había dado. Annabella sonrió hacia la niña y después volcó toda su atención en el hombre enfurecido que estaba frente al espejo.

—Eso dices ahora, pero esa niña comenzará a crecer y necesitará una madre y tú, una compañera para tu vida —indicó la mujer, sacándole el saco para colgarlo—. Creo que te queda bien.

—Jamás pensé que fueras de las que usaba artimañas para lograr

sus objetivos madre, me tienes sorprendido.

—Con ustedes como hijos y con tu padre como marido, una tiene que aprender ciertas cosas si se quiere dar a respetar.

—¿Ya me puedo marchar?

—Sí —la mujer terminó de colocar el traje—. Te espero antes de la hora para que te cambies, ¿entendido?

—Entendido —rodó los ojos y se agachó para cargar a Brina.

—¡Ey! ¡Papi, mi libro! —lloriqueó.

Publio se lo pasó y se apuró a salir de esa casa antes de que a su madre se le ocurriera otra cosa, así que tomó a su niña, pidió un caballo y montó con ella en dirección a su casa… a su casa repleta de mujeres problemáticas.

Las dos chicas habían disfrutado bastante de aquel mes sin la presencia de Publio, puesto que a ambas les causaba un conflicto diferente; Ayla y Gwyneth no se habían contado entre sí lo sucedido aquella noche en la que ambas besaron a Publio Hamilton.

La primera lo hacía por vergüenza y la segunda por orgullo, puesto que Gwyneth no quería aceptar lo que había hecho aquella noche, le parecía vergonzoso y pensaba que Ayla no lo sabía.

—Me alegra que estemos solas en la casa —dijo Gwyneth—, es pacífico y se trabaja mucho mejor.

—¿Te parece? —sonrió Ayla, sentada en un sofá que habían colocado en el laboratorio.

—Sí, Publio es más bien un estorbo, una distracción —asintió severa—, aunque echo un poco de menos a Brina.

Ayla bajó la cabeza y asintió apesadumbrada, ella los echaba de menos a ambos, incluso un poco más a Publio.

—En realidad, la soledad no me sienta bien del todo —dijo Ayla.

—Estoy yo contigo.

—Sí, pero tú te vas dadas las cinco y la casa se queda en un silencio que me hiela los huesos.

—Te invitaría a ir a casa conmigo, pero, como sabrás, no tengo algo llamado hogar y dudo que te guste donde duermo ahora.

—Al menos te has salido de esa horrible posada.

—Salirse y ser echada no es lo mismo —se quejó—, desde que Publio se presentó ahí, no me volvieron a rentar habitación.

Ayla se rio de la expresión enfadada de Gwyneth.

—Lamento que te arruinara eso.

—Ah, no importa, ya estoy bien acomodada de nuevo —dijo mientras movía un alargado pomito de vidrio—. ¿Por qué no te han llevado con ellos? Pensé que Brina y Publio no podían vivir sin ti.

La joven rubia se sonrojó notoriamente.

—¿Por qué pensaste eso? —dijo con una sonrisa.

Gwyneth levantó la vista y frunció el ceño, como si no entendiera esa pregunta tan obvia.

—Bueno, Brina te adora y Publio confía en ti más que en nadie —puntualizó—, jamás pensé que te dejarían.

—Quizá Publio quería pasar tiempo de calidad con su hija, sin nadie más irrumpiendo en sus asuntos.

—O quizá te dejó aquí para que cuidaras que no hiciera una fiesta en la casa —sonrió Gwyneth—, eres mi guardiana.

La joven bajó la cabeza y sonrió pesarosa, sabía que no era la razón, aunque le gustaría creerlo. Pero estaba más que segura que Publio la había dejado atrás debido al atrevimiento que tuvo con él, aún recordaba con vergüenza la faz de impresión que había colocado después de que ella lo besara, como si se tratara de algo espantoso.

—Quizá.

—Bueno, creo que es momento de que me vaya, en realidad tengo algunas cosas que hacer.

—Bien, te acompañaré a la salida.

Publio caminaba hacia su casa como quien no quiere llegar nunca, si por él fuera, no habría regresado todavía, pero era tiempo de que Brina estuviera en la estabilidad de una casa y no en medio de campos de batalla, como lo tuvo que estar en esas vacaciones.

—Papá es fuerte, acababa con los malos de patadas.

—Bri, sin comentarios ¿Recuerdas?

—Y después… ¡Pium! ¡Pium! —ella figuraba un arma con sus dedos y giraba sobre sí misma—. ¡Y vueltas! ¡Y brincos!

—Jamás te volveré a dejar al cuidado de los Scheck.

—Tres príncipes —señaló con los dedos, bailoteando mientras caminaba en dirección a la casa—. ¡Todos míos!

—Deja de dar vueltas, Brina, te caerás.

Publio apenas iba a abrir la puerta, cuando de pronto se abrió por sí misma, trayendo hacia afuera la amena platica de dos jóvenes que pensaban salir en ese momento.

—¡Publio! ¡Brina! —sonrió Ayla—. ¡Han vuelto!

La rubia se tiró a saludar a la niña y después abrazó al padre de la misma con efusividad. Gwyneth se mostró más avergonzada y retraída, haciéndose poco a poco para atrás hasta quedar escondida en la oscuridad de la casa.

—¡Ayla! ¡Papá es genial! —dijo alegre la pequeña rubia.

—Sí, lo es —dijo con cariño la mujer, mirando directamente hacia Publio, haciéndolo sentir incómodo.

—Gwyny, ¿es que te marchas? —la atrapó la pequeña.

La mujer tuvo que detener sus pasos que se dirigían presurosos hacia el jardín, por donde pensaba brincar la barda y largarse de ahí.

—Eh, sí. Me da gusto que volvieras Bri. Adiós.

—¡Espera! ¡Te he traído un regalo! —le gritó y estiró una mano hacia su padre—. ¡Papi, el regalo de Gwyny!

El hombre buscó entre las cosas y sacó una cajita.

—Oh —se acercó la joven y se inclinó ante la niña, quién le tendía la cajita—, gracias, cariño, no debiste.

—Le he dicho a papi que te gusta la ciencia, así que te traje algo de ciencia —sonrió complacida la pequeña.

Gwyneth abrió la cajita y se encontró con un hermoso broche con forma del signo del átomo, la joven suspiró tranquila y miró hacia el padre de la niña con una sonrisa placentera.

—Lo agradezco, es precioso —la abrazó con fuerza, se levantó y estiró el broche hacia Publio—. Pero no puedo aceptarlo.

—Ha sido cosa de Brina —aseguró, cerrando la mano que ella mantenía estirada con el broche—, se sentirá mal si lo devuelve.

—Es demasiado para ser un regalo.

—Espero que lo use lo suficiente como para desquitarlo.

Ella sonrió complacida y asintió, agachándose nuevamente hacia Brina, que miraba sin entender, ¿Por qué alguien negaría un regalo?

—¿Me ayudarías a ponérmelo Brina?

—Sí —la niña lo sacó del estuche y tardó en colocarlo, pero al final lo hizo, logró poner el broche en el lado derecho del vestido de la señorita Grandiner.

—Bien, lamento tener que irme, pero se hace tarde —la joven sonrió y bajó las escaleras, pasando de largo la mirada de Publio.

—Pensé que estarías quedándote en casa —frunció el ceño y miró al interior—, dejé especificaciones de que…

—Y yo se lo agradezco —lo interrumpió—, pero no es debido que lo haga. Como sea, hasta luego.

Publio la miró marcharse y volvió la mirada hacia Ayla.

—¿Dónde se queda ahora?

—Te aseguro que no es mejor que la anterior —dijo.

El hombre suspiró y negó con la cabeza.

—¡Ven Ayla! —Brina le tomó la mano—. ¡Te he traído tantas cosas! ¡Una roca del estanque de los patos, una flor del jardín de los Barend y una mariquita con cinco puntitos!

Publio sonrió hacia Brina y levantó la mirada hacia la dama que caminaba rápidamente por la calle, aún podía ver la estética figura de Gwyneth Grandiner tratando de huir de su casa. Sonrió. En definitiva, ella recordaba lo que había hecho aquella noche.

Capítulo 15

Publio llegó a casa de sus padres esperanto detener una cena normal con ellos, eso era lo que su madre le había propuesto, pero lo que ahí se acontecía no tenía nada que ver con la cena familiar que se había esperado, se maldijo por ser tan ingenuo cuando de su madre se trataba.

—Madre —la miró con reproche.

—Oh, querido, has llegado justo a tiempo —le quitó la gabardina de los hombros y tomó la manita de Brina, quién venía cambiada en un vestido elegante y peinada hermosamente—. Ven pequeña.

Publio sintió que un potente dolor de cabeza estaba por asaltarlo, su madre se especializaba en hacerlo rabiar, la amaba, pero en realidad todo lo que hacía por él era más una tortura que un beneficio.

El hombre subió a su habitación, se cambió al traje que su madre quería que usara y caminó pesaroso hacia el comedor, donde sabía que pasaría un gran e inolvidable momento de aburrimiento, con charlas tontas y personas que no le interesaban.

—¡Gwyny! —gritó la niña, corriendo hacia la joven.

—Hola Bri, ¿ya viste?

—¡Oh! Pero si estás usando el broche… aunque debo decir que te ves más arreglada que de costumbre.

La joven sonrió y se echó a reír.

—He de agradecer que lo notaras, Bri.

Publio no pudo evitar sonreír un poco, Brina tenía razón, Gwyneth solía utilizar vestidos oscuros, esto debido a que era fácil ensuciarse y era mejor que no se notara; usualmente sus cabellos estaban desordenados, amarrados extrañamente en una coleta que no hacía un buen trabajo en mantenerlo en su lugar; estaba sucia de la cara o las manos, tenía ojeras y nunca se pintaba.

Sin embargo, esa noche parecía toda una doncella, hermosa, con la piel pálida perfectamente limpia, sus mejillas tenían un suave rubor y labios ligeramente teñidos en rojo, no había señal de ojeras y el cabello estaba bien peinado en risos que caían por su rostro; su vestido era alegre, ceñido y la hacía ver más alta y garbosa.

—Es un placer conocerle al fin, mi lord —se adelantó un hombre—, debo decir que he escuchado maravillas de usted de los labios de mi esposa.

Publio conocía bien a la señora Grandiner, la cuñada de su socia, pero hasta el momento, era la primera vez que veía al hermano de

Gwyneth, le era parecido en el rostro, pero el hombre tenía los ojos más profundos y parecían enmascarar una malicia que Publio no alcanzaba a medir.

—Lo agradezco, aunque temo decir que no he estado en su presencia lo suficiente como para merecer el cumplido.

—¡Qué va! Mi hermana está fascinada con usted.

Publio volvió la vista hacia la joven que rápidamente bajó la cabeza para ocultar su rostro, no sabía si había sido vergüenza u otra cosa, pero él quería pensar más bien que era otra cosa.

—Es alguien impresionante su hermana —aceptó Publio—, me ha dejado impresionado desde el primer momento.

Gwyneth levantó la vista y sonrió con agradecimiento ante las palabras. Ella pensaba para ese momento que él la despreciaba, le alegraba por lo menos saber que no era así.

—¿Por qué no tomamos asiento? —pidió Thomas después de charlar con algunos de sus invitados, Publio pudo notar que estaban algunos de sus tíos, pero no había señales de sus tías, era extraño.

—¿Dónde están las tías?

—Oh, han tenido que quedarse en casa de Katherine —negó Annabella—, parece que se ha resfriado y necesita atención.

—Pero tío Adam está aquí.

—El pobre necesita un respiro, ¿no crees?

Publio sonrió y asintió, estaba seguro de que sus tías no estaban en casa atendiendo una enfermedad, seguramente habrían salido a hacer algún desastre a las calles de Londres.

—Supongo que sí —negó—. Madre, ¿qué hacen los Grandiner aquí? No pensé que fueran de tu grupo preferente de gente.

—¡Tonterías! No tengo preferencias en nada.

Publio sabía que mentía.

—Vale, ¿Dónde está Brina?

—Allá, con lady Grandiner —sonrió—. Parece llevarse muy bien con ella, ¿no lo crees?

—Madre…

—Lo sé, lo sé, no estoy diciendo nada —sonrió—. Ven, siéntate.

Su madre lo guío hasta una silla colocada junto a la de Gwyneth, quien parecía incómoda, pero entretenida con Brina.

—Brina, cariño, tu lugar es junto a la abuela.

La niña saltó de las piernas de Brina y corrió junto a sus abuelos, los cuales se encargaron de consentirla antes de lograr que se sentara lejos de donde estaría su padre.

—Usted nota el plan macabro, ¿verdad?

—Por supuesto —suspiró Publio.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No tiene de qué preocuparse, mi hermano intenta casarme con

quien se le ponga en frente, tengo una dote extraordinaria, pero por más que lo intenta, soy rechazada.

Publio no podía creer eso, Gwyneth quizá fuera exasperante, pero era una mujer preciosa y, si además venía con una buena dote, seguro que los hombres harían filas para ser sus prospectos. Ella pareció adivinar sus pensamientos y sonrió.

—Créame cuando le digo que no es suficiente.

—¿Es que acaso no busca casarse?

—Bueno, no tengo contemplado que un hombre intervenga en mi carrera científica, siendo honesta, no creo que nadie tolere lo que hago con mi vida, prefiero estar sola —miró hacia su hermano, quien sonreía alegre al platicar con otros de los invitados—. Pero como es costumbre, lo que se espera de mi es que me case.

—Lamento que se vea tan limitada en expectativas.

—Lo lamento también, sólo logré estudiar gracias a mi padre, pero en cuanto él murió… bueno, las cosas se complicaron.

Publio miró al hombre que era el hermano de Gwyneth, ahora se acentuaba más la parte oculta de su personalidad, aquella que la joven junto a él había remarcado en un pasado.

—Lamento oírlo.

Ella sonrió.

—Bueno, no es para tanto, ahora sólo ha de rechazarme con sutileza y todo volverá a ser como antes.

—¿Es que acaso sólo han venido por esto?

—Mi hermano fue quien pidió ser invitado —negó la joven—, puede ser bastante voluntarioso cuando cree que va a deshacerse de la carga que le represento.

—Lo que no entiendo es cómo ha logrado convencerla de venir.

La joven suspiró.

—Tiene sus métodos de persuasión.

Publio iba a preguntar por dichos métodos, pero la verdad es que se distrajo cuando de pronto vio una manita escalar por el vestido de Gwyneth, quien no parecía extrañada por ello y simplemente la escondió bajo la servilleta de tela que tenía en el regazo.

—No me digas que… —Publio se asomó bajo la mesa—. ¡Brina!

—Hola papi —susurró—. Sshh, estoy jugando con Gwyny.

—Brina, ve a sentarte con la abuela.

—No, casi gano.

Publio levantó la vista y vio la sonrisa de la señorita Grandiner.

—¿Qué va a ganar?

—Le dije que le traje una sorpresa, es suya si la encuentra.

—¿Por esa razón deja que mi hija la manosee y se esconda bajo una mesa? —parecía molesto.

—No diría que me manosea, está buscando —sonrió.

—¡Lo encontré! —gritó la niña, quien había intentado levantarse y golpeó fuertemente la cabeza en la mesa, incluso había tirado algunas copas en el mantel—. ¡Ay!

Era obvio que comenzaría a llorar y fue Gwyneth quien tuvo que sacarla y acunarla contra su pecho.

—Oh, cariño, perdona, no me di cuenta del peligro que corrías.

—¡Papi! —elevó los brazos y Publio rápidamente la alcanzó, en cuanto estuvo sentada con él, dejó de llorar e intentó abrir el regalo.

Era obvio que esa niña tenía muchos métodos para hacer que su padre la siguiera consintiendo, aún sin él darse cuenta de ello.

—Lo lamento —Publio miró a los invitados, la mayoría sonreía ante la escena y no mostraron mayor problema y siguieron charlando.

Gwyneth se adelantó y sobó con fuerza el posible chichón que se haría en la cabeza de la niña que parecía haber olvidado que se golpeó con fuerza.

—¡Mira! ¡Es una muñequita! —dijo Brina cuando logró sacarla.

—Es preciosa —ignoró Publio, mirando lo que hacía la señorita Grandiner—. ¿Está inflamada?

—No, estará bien —sonrió—. Tiene la cabeza dura.

—¡No tengo la cabeza dura! —se quejó la niña.

—Sshh, Brina, juega con la muñeca, pero no grites.

—Mira papá, ¿ves cómo puede mover sus bracitos?

—Sí, hija, lo veo.

El hermano de lady Grandiner pareció aprovechar la oportunidad y rápidamente se inmiscuyó en la conversación que había pasado a ser sólo de Gwyneth y de Publio.

—Señor Hamilton, me han dicho que ha acogido a mi alocada hermana en su laboratorio.

—Sí, creo que lady Grandiner ha hecho una excelente labor en sus descubrimientos.

—Me alegra saber que alguien aprecia esas extrañezas en su persona —elevó una copa—. Lo cual me lleva a pensar en la relación de la que todo Londres habla.

La mesa había caído en un mortal silencio y la sociedad ahí reunida se había volcado a la conversación que parecía ser importante y que, seguramente, sería el chisme del día siguiente, había más de veinte personas en el lugar, suficientes para pasar la noticia que se diera en ese momento.

—Hermano —se apenó Gwyneth—, son sólo más de las habladurías de Londres.

—Sin embargo, me veo en la necesidad de remarcar lo mal que queda tu reputación al visitar la casa de soltero de uno de los lores más importantes de Inglaterra.

—Por favor, Joshua —suplicó su hermana nuevamente.

—Es verdad, lord Hamilton —sonrió la esposa del hombre—. Los he visto charlando con entusiasmo por los parques de la universidad y a la vista de todos.

—Es porque a veces nos topamos al salir del laboratorio de la universidad —excusó Gwyneth.

Publio simplemente observaba la escena y esperaba a que la misma terminara de desarrollarse. Sintió como Brina brincaba hacia los brazos de Gwyneth sin que ella apenas hiciera amago de darse cuenta, simplemente la acogió y siguió tratando de justificarse.

Entonces Publio miró a su padre, quién parecía más enfocado en las reacciones de Brina que en las de toda la mesa; el mismo miró a su hija, quien parecía feliz y entusiasmada en jugar con las manos de la mujer, parecía tranquila y confiada, su padre era un genio, bueno, al menos si estaba pensando lo mismo que él.

—Entonces, lord Hamilton, ¿Qué intensiones tiene con mi hermana? —sonrió el caballero—. ¿Piensa casarse con ella o tan sólo deshonrarla delante del ojo público?

Publio pensó que ella no necesitaba ayuda para deshonrarse, vivía en una pensión horrorosa, sola y se emborrachaba con caballeros que no podría decir que merecieran en título, pero aun así sonrió y dejó la copa en la que se había estado escudando para analizar la información que tenía enfrente.

Era obvio que el hermano quería casarla con él, parecía ser que su esposa lo apoyaba y Gwyneth no quería.

Se había desatado una sarta de palabrerías provenientes de todos lados, el hermano intentando encubrir sus palabras por el honor de su hermana, su mujer peleando con quien se le opusiera, sus padres presos del nerviosismo, algunos apoyando a los Grandiner, otros a los Hamilton y entonces, fue su turno de sonreír y llamar la atención.

—Me podría casar con ella mañana mismo.

Se escuchó un colectivo suspiro de sorpresa y las miradas se posaron en él, sorprendidas, sobre todo notó que su madre estaría por desmayarse, incluso su padre no parecía del todo convencido.

—¿Qué tú qué? —lo miró Gwyneth.

—Me parece bien —sonrió el hermano.

—¡No! —rugió la misma Gwyneth.

—Tomemos un momento para hablar con ellos —exigió Thomas—. Ahora mismo. Publio, ven a mi despacho ahora.

—Los demás pueden pasar al salón, están esperándolos con algo de café y té —dijo Annabella con una sonrisa fingida.

—Señor Grandiner, indicaré que lo lleven a un lugar donde pueda hablar con su hermana —Thomas llamó a un sirviente y este rápidamente encaminó a la pareja y hermana a otro lugar.

Publio hizo lo mismo con sus padres y dejaron a una desconcertada

Brina al cuidado de una de las nanas de la casa Hamilton, no era extraño que los empleados estuvieran acostumbrados a cuidar toda clase de personas, los Hamilton eran dados a llevar heridos, vagabundos y hasta moribundos a la casa.

Una niña como Brina no representaba gran problema, al menos que quisiera estar con su padre, entonces la pequeña podría llegar a ser incontenible. Por esa razón Publio había encontrado la solución perfecta, Brina adoraba a Gwyneth, casarse con ella era la mejor idea que había tenido en años.

Capítulo 16

Seguro que los gritos de la madre de los Hamilton se podrían oír hasta la sala donde los chismosos invitados estarían pegados a las paredes con tal de escuchar lo que sucedía en los lugares donde se habían llevado a la recién prometida pareja.

—¡Nunca sé que tienes en la cabeza Publio Hamilton! —gritaba Annabella—. ¡Pero esta no es la forma de hacer las cosas!

—Cariño —intentó tranquilizar Thomas—. Creo que ha entendido que no era la forma de declararse a una mujer.

—¡Oh! Pero si ese hombre lo tenía todo planeado, te ha arrinconado, ha trabajado con tu honor y has cedido.

—No creo que Publio cediera ante algo tan tonto —Thomas lo miró —. No me digas que lo haces por lo que estoy pensando.

—Padre, Brina parece sentirse bien a su lado.

—¿Brina? —negó la madre, con la cara roja de ira—. ¿Haces esto por el bien de tu hija?

Publio no lo diría del todo así, pero debía aceptar que sonaba mejor como lo decía su madre.

—Madre…

—Eres tonto Publio si crees que encontrándole una madre a Brina estarás feliz tú —le dijo obvia—, debo recordarte que el que tendrá que hablar con ella, dormir con ella y vivir el resto de su vida con ella, eres tú, no Brina.

—Eso lo sé.

—Parece que no —dijo Thomas—. Un matrimonio no debe tomarse tan a la ligera. Ojalá te dirigieran sentimientos tan nobles como los que sugiere tu madre, pero lo dudo mucho.

—Ella me agrada.

—No me dijiste lo mismo hace unas horas.

—No quería aceptarlo.

—Eres mentiroso —negó Thomas—, y lo haces bien, pero soy tu padre y no puedes engañarme.

—Como sea, ella parece llevarse bien con Brina, hablamos de cosas interesantes, es inteligente y es bonita, ¿qué más puedo esperar de una mujer?

—¡Amor! —le gritó Annabella—. No todo es la cabeza y la belleza, para que una relación resulte, debe haber amor.

—¿Me dirás que cuando ustedes se unieron en matrimonio fue por amor? —Publio elevó una ceja—. Sé que no, he hablado con la abuela y parece que…

—Nuestra historia es diferente —calló Thomas—. El punto es, que no queremos infelicidad para ti.

—Por favor, padre, esto es lo mejor que me podría pasar —dijo el muchacho—. En realidad, me aburre la idea de cortejar, buscar o siquiera intentar. El hermano de Gwyneth quiere casarla y yo debo hacerlo, la conozco y ella me conoce, dijiste que puede que incluso le gustara ¿no? Incluso me ha besado.

—Eso no quiere decir nada —dijo Thomas.

—Al menos lo fundamental está, le gusto y con eso basta.

—¿Y tú? —exigió la madre—. ¿Te darás por bien servido con que ella guste de ti? Eso puede cambiar, ¿y si le gustara alguien más?

—Me divorcio de ella y listo.

—¡Santo cielo! —Annabella hizo por desmayarse y Thomas miró incriminatoriamente a su hijo.

—Vale, bromeaba.

—Una broma acertada —dijo Thomas—, puede que ella se enamore de ti, pero qué tal que a ti te guste alguien más.

—A mí no me gusta nadie en exceso —se inclinó de hombros— ¿Puedo retirarme?

Thomas dejó salir el aire que tenía contenido y asintió, él no cambiaría de opinión, conocía a su hijo, lo había visto crecer y cuando Publio decidía algo, no había marcha atrás. Dejó que su hijo se marchara, porque de continuar en la misma habitación que su esposa, seguro la hacía tener un paro cardiaco.

—Thomas, es una locura —negó su mujer—. Publio jamás se ha enamorado, creo que no sabe ni qué es eso, pero la puede hacer infeliz o se hará infeliz.

—Esperemos que sepa lo que hace —dijo Thomas—. No suele decepcionarme nunca.

—Sé que lo hace por sacarle la verdad a Brina, ¿no se da cuenta que de esa forma está utilizando a dos personas?

—Claro que no se da cuenta —dijo el hombre—, es un muchacho acostumbrado a la practicidad, ha quitado todo el sentimentalismo de su persona; pienso que descubrió que los sentimientos lo hacen débil y los eliminó.

—Pero eso no es posible.

—Claro que no —sonrió— y cuando los sentimientos son reprimidos durante mucho tiempo y de pronto los empiezas a experimentar, corres el peligro de volverte loco en ellos.

—¿Qué quiere decir eso? —frunció el ceño la mujer.

—Qué si esa chiquilla hace bien las cosas, Publio besará el suelo por el que pisa —se rio, su hijo mayor era bastante parecido a él en cuanto a sentimientos se refería— y creo que lo logrará, a como habló de ella hace un rato, creo deducir que comienza a gustarle.

—¿Tú crees?

—Lo que me inquieta es que ella no parecía entusiasmada con la idea —miró a Annabella—. Creo que la obligarán y, en este momento, a nuestro hijo no le importará.

Publio estaba en búsqueda de su hija cuando de pronto escuchó unos fuertes gritos que provenían de uno de los salones de la casa. No era dado a espiar conversaciones que no le fueran expresamente encomendadas a escuchar, pero era francamente imposible ignorar.

—¡No puedes obligarme!

—Oh, sí que puedo hermanita, al fin has hecho algo bien —decía la voz de lord Grandiner—. Has comprometido el honor de un hombre importante, uno que no se atreverá a faltarte.

—Yo no me quiero casar con él.

—No seas tonta —dijo la señora Grandiner—. Es la mejor opción que tienes, además de que al fin alguien ha dicho que sí.

—Pero no lo hace por las razones correctas —dijo la joven.

—¡Al diablo con sus razones! —le gritó el hermano—. Si arruinas esto, sabes qué más estarás arruinando.

—No puedes amenazarme toda la vida con ello —escupió con fuerza y valentía que le costó un buen golpe, seguramente en la mejilla. Ella chilló con fuerza y pareció comenzar a llorar.

—Será mejor que des por hecho esto, iré a planificar la fecha con lord Hamilton, espero que no hagas estupideces si no quieres tener verdaderas consecuencias —ella sólo lloraba—. Estoy harto de tus tonterías, cumplí con lo que padre me dijo, pero no tengo que mantenerte toda la vida, menos todas tus excentricidades.

Publio se escondió entre las sombras al momento de darse cuenta que la puerta estaba por abrirse, dando salida a los esposos Grandiner y dejando a una joven arrodillada en el suelo, aún con la mano en la mejilla, seguramente tratando de aliviar el escozor.

Iba a dar un paso hacia delante, pero una mano se posó firmemente sobre su hombro y lo detuvo.

—No creo que quiera que entres ahí en este momento —dijo Terry, quien parecía recién haber llegado.

—¿Por qué lo dices?

—Es orgullosa, trato con una mujer igual todos los días y te aseguro, que no estará feliz de saber que la has visto siendo débil delante de otra persona, delante de un hombre.

—Es una tontería.

—Bueno, hermano, tengo más experiencia que tú con las mujeres, ¿qué dices? ¿Me harás caso?

—Jamás ha salido nada bueno cuando te hago caso.

Publio miró hacia el lugar donde estaba Gwyneth, poniéndose de pie y mirándose en un espejo, parecía querer arreglar su atuendo para

aparentar que nada había sucedido. Incluso miraba hacia los lados, esperando que nadie hubiese visto o escuchado aquello, revisó una vez más su mejilla y sonrió hacia el espejo.

Era una imagen terrible que Publio no alcanzó a comprender, ella intentaba darse confianza a sí misma, se daba ánimos frente al espejo, ¿eso era una actitud normal?

—Te lo dije —lo guío hacia el salón—. Así que… ¿boda?

—Sí —suspiró—. Supongo que es boda.

Publio se había entretenido con Terry, dándole los pormenores del diario que ni siquiera su padre había logrado descifrar, así mismo, le informó sobre lo ocurrido con Brina y Gwyneth y el hombre que la había asustado; ambos hermanos pensaban igual y estaban de acuerdo en que lady Grandiner sería una solución… posible.

—Ahí viene —le advirtió Terry—. ¿Qué piensas decirle galán? ¿He de recordarte lo malo que eres cortejando damas?

—Ni se te ocurra mencionarlo.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —dijo Gwyneth en un tono de voz que Publio no reconoció, parecía ser moderado y elegante, incluso se había dirigido a él sin tutearlo.

—Claro.

La pareja se alejó un poco del grupo social que tenía un buen escandalo con lo referente al próximo matrimonio. Gwyneth se paró juntó a una ventana y miró hacia el enorme jardín de Sutherland.

—¿Por qué lo ha hecho?

—¿De qué habla?

—Seguramente hablo de su selección de traje —dijo enojada—. ¿Por qué ha dicho que se quería casar conmigo?

—Es la verdad.

—No, no lo es —lo apuntó—. ¿Por qué lo hace?

—Su hermano puntualizó varias de las razones por las cuales debía proponerme, pese a lo que piense, soy un caballero.

Ella frunció el ceño.

—Usted será un caballero, pero seguro que tiene otro beneficio escondido entre la *nobleza de sus actos*.

Él sonrió de lado y asintió, mirando hacia el jardín también.

—Siempre se puede negar, señorita.

—Sabe bien que no —le dijo gruñona—. ¿No le advertí que era el deseo de mi hermano el quitarse mi peso de encima?

—Tampoco es que pueda obligarla ¿O sí? —ella mordió el interior de su mejilla y frunció la nariz, negando un par de veces antes de volveré hacia otro lado. Publio la miró de lado, encontrando la excusa para sacar el tema—: ¿Qué le ha pasado en la mejilla?

Ella se llevó la mano hacia el lugar afectado y sonrió con sarcasmo y un poco de lágrimas.

—¿Me creerá si le digo que me caí o resbalé?

—No.

—Entonces creo que sabe bien la respuesta.

—Quizá a eso sí, lo que no entiendo es por qué lo permitiría.

—Usted tiene sus secretos y yo tengo los míos.

—Al menos mis secretos no me dejan alguna parte del cuerpo moreteada sólo por negarme a hacer algo que no quiero.

—Está en una cofradía —dijo desenfadada, recargándose en una pared—, una mejilla enrojecida sería el menor de sus problemas.

—Es verdad —la miró—. Entonces, ¿Se casará?

—Supongo que es lo suficientemente listo como para que no tenga que responder a eso —dijo enojada.

—Bien, creo que a Brina le agradará.

—No esté tan seguro —lo miró—. Brina me ve como una amiga, no como una madre. Tendrá un problema cuando se dé cuenta que se casará conmigo y no con Ayla.

—Ella simplemente quiere la aprobación de Ayla porque piensa que es parte de mi casa y de mi vida, se dará cuenta que no es necesario y la amará a usted igual que a ella.

—Lo dudo, pero si quiere creer eso, no es mi problema —descruzó sus brazos y rodó los ojos—. Debemos volver, mi hermano ha regresado con su padre, lo cual quiere decir que han fijado fecha.

—Vamos.

—¿Qué tan pronto la ha pedido?

—Lo más pronto posible.

—Le urge en serio, ¿eh? —sonrió con mofa—. Sabía que en el fondo estaba enamorado de mí.

Publio dejó salir una carcajada sarcástica mientras caminaban.

—Claro, me conquistó sobre todo el saber que a mi próxima mujer le entusiasman las lecturas eróticas —ella se sonrojó—, dígame, señora mía, ¿Qué puedo esperar de usted en la cama?

—¡Desgraciado! —ella lo golpeó en el hombro—. ¡No vuelva a insinuarse de esa manera conmigo!

—Está bien, está bien —sonrió—, sólo bromeaba.

—Las bromas no van con usted, mi lord.

—Lo sé —aceptó—. ¿En realidad está tan molesta?

—¿Usted qué pensaba? ¿Qué iba a brincar de la emoción?

—No, pero al menos no creí que estuviera enojada por ello —sonrió —, no creí que fuera la clase de persona que piensa en el amor.

—Si no estoy pensando en ello, pero, a lo que veo, a usted ni siquiera le agrado y, sinceramente, me da algo de miedo los motivos ocultos que sé que tiene.

Publio dejó salir una sonrisa y se acercó intimidante a la cara de la mujer, quien atinó a sonrojarse, más no se movió. Los chismosos del

lugar mantenían la mirada fija en la pareja que estaría por casarse en muy poco tiempo.

—Creo recordar que hace poco y gracias a un beso, demostré que en realidad puede agradarme mucho —susurró.

La joven sintió que la sangre se le subía al cerebro y su cara comenzaba a quemarle de la vergüenza.

—Con respecto a esa vez, yo estaba demasiado tomada.

—Me di cuenta.

—Le agradezco que no se haya sobrepasado conmigo.

—No lo haría.

—Lo sé.

—Cariño —habló de pronto Annabella—. ¿Por qué no vienen los dos? Me parece bastante maleducado que estén tan alejados, acaban de anunciar su compromiso.

Publio sonrió hacia su madre y tendió el brazo a su prometida, quien seguía fastidiada con él, pero decidió aceptar la invitación gracias a la intensa mirada que su hermano le dirigió. Publio entrecerró los ojos y comenzó a darse cuenta que quizá debía investigar un poco de la forma en la que ese hombre había obligado a alguien tan indomable como Gwyneth a cumplir su voluntad.

En el resto de la velada, la pareja recibió felicitaciones y preguntas sobre la próxima boda, ambos habían decretado por separado que no querían una celebración vistosa, simplemente familiares y ninguno de los dos tenía muchos amigos, así que sería algo pequeño.

Gwyneth miraba a su hermano con recelo, notando la sonrisa placida que traía consigo, esperaba que el deshacerse de ella lo hiciera finalmente feliz, al menos le agradaba la idea de no seguir bajo su jurisdicción, miró a Publio, aunque no sabía que tan bien la pasaría con el hombre con el que se estaría casando.

Ciertamente no tenía la mente tan retrograda y decadente como su hermano, pero eso no quería decir que no tuviera en mente lo que una mujer… su mujer, debía ser en su casa. Si creía que ella sería buena en la cocina, decoración, vestimenta, bordado o cualquiera de esas tonterías, se había equivocado de mujer, ella era una científica, una a la cual le encantaba serlo y nada la detendría, ni siquiera una boda, ni siquiera un hombre.

Capítulo 17

Publio llegó a su casa después de una semana de haber sido capturado por su madre en Sutherland, parecía quererlo hacer cambiar de opinión o, al menos, hacerlo entender la gravedad de lo que había hecho aquella noche en la que se anunció su compromiso.

Pero había sido una pérdida de tiempo y su madre se había dado por vencida con el tema a los días y comenzó a organizar la boda en conjunto con la esposa del señor Grandiner.

En todos esos días no había visto a Gwyneth, aunque sabía que ella seguía yendo a trabajar al laboratorio, él no había hecho por visitarla y ella no parecía enojada por ello. Sin embargo, había otro tema importante que atender, como lo era el decirle a Ayla y a Brina de su muy próxima boda.

—Papi, ¿por qué estás tan callado? —decía la niña, jugando con la muñeca que Gwyneth le había regalado.

—Nada —le sonrió—. ¿Te gusta la muñeca?

—Sí, Gwyny me la regaló.

—Me acuerdo —asintió—. ¿Y te cae bien… Gwyny?

—Sí —la niña seguía distraída con su muñeca—. Ella es mi amiga, la quiero y ella me quiere a mí.

—Claro —suspiró el hombre—. ¿Qué opinarías si de pronto Gwyny pudiera quedarse en casa todos los días? ¿Te gustaría?

—Pero Gwyny tiene su propia casa —lo miró extrañada.

—Claro, pero ¿Qué te parecería tenerla en la de nosotros?

—Oh… bueno, si ella quiere, no tengo problemas en compartir mi habitación, es grande y a ella le gusta dormir conmigo.

—Sí, sobre eso…

—Mi señor —interrumpió el hombre que los había llevado hasta la casa—. ¿Desea que baje el equipaje?

—Gracias Rainold, sería de gran ayuda.

Publio bajó primero y ayudó a la niña a ponerse sobre sus pies, ella rápidamente corrió hacia la casa, la cual esperaba por ella con las puertas abiertas y con Ayla parada en el umbral de la misma.

—¡Hola Ayla! ¡Mira lo que me ha regalado Gwyny!

—Vaya, es muy hermosa —sonrió—. ¿Por qué no vas a enseñársela a la señora Sonia?

La niña asintió y corrió al interior en medio de un grito que llamaba a la señora Sonia, quien era una de las cocinaras de la casa y tenía un especial afecto por Brina. Ayla regresó la mirada hacia el hombre que se acercaba lentamente hacia ella y se detuvo para

mirarla, debido a que no le permitía pasar a su propia casa.

—¿Es cierto? —le dijo con un hilo de voz.

—¿De qué hablas?

—¿Te casarás con ella? ¿Es eso verdad?

Publio suspiró.

—Sí, nos hemos comprometido.

—Pero… ¿Por qué? —dijo lastimera—. Ustedes... ustedes no se gustan, eso lo sé.

—Ayla, no quiero ponerme a discutir contigo sobre esto.

—Pero no es justo —lloriqueó.

—¿Qué, no es justo? —la miró con el ceño fruncido.

Ella bajó la mirada y trató de contener las lágrimas, al notar que no lo lograría, decidió salir corriendo y encerrarse el resto de la tarde en su habitación, no podía hacer que su corazón se sosegara, sobre todo si se tomaba en cuenta que la mujer con la que Publio… el hombre al que ella amaba, estaba trabajando en esa casa, a sólo un piso de donde estaban ellos.

Publio miró aquel escape y suspiró cansado, no tenía tiempo para ponerse a pensar en todas las repercusiones que su compromiso podía acarrear, así que se concentró en su trabajo; parecía ser que Ayla había puesto en orden las citas médicas y tendría ocupado el resto del día entre sus pacientes cotidianos y los nuevos.

Para cuando logró salir del consultorio, se había hecho de noche y le no le fue una sorpresa encontrarse con su prometida, aunque sí lo sorprendió la forma bastante obvia en la que ella buscaba escaparse de la casa sin ser vista.

—Parece que has planificado en mal momento tu escape.

Ella se detuvo en seco y cerró los ojos pesarosa.

—Mi mala suerte no tiene precedentes.

—¿Me estabas evitando?

—Al menos lo intenté —asintió—. ¿Se lo ha dicho a Ayla?

—Supongo que lo escuchó.

—Ahora entiendo por qué ha estado tan rara conmigo —negó— ¿qué hay de Brina?

—No he tenido la oportunidad.

—Claro, una semana de ocio en casa de sus padres no le brindó el momento adecuado.

—Pese a lo que diga, no es algo sencillo.

—Lo sé —suspiró—. Como sea, con su permiso.

—No pensarás irte sola —le tomó el brazo para detenerla—, ¿Sigues viviendo en ese lugar?

—No sé dónde más quiere que viva.

—Pensé que su hermano pensaba guardar mejor las apariencias.

—Él se ha ido en cuanto logró consolidar mi matrimonio, no tenía

más interés de estar aquí.

—La llevaré —dijo sin más, caminando hacía la puerta y tomando su gabardina negra para protegerse del frío.

—Creo que puedo irme sola, al menos quiero tener algo de libertad antes de convertirme en su esposa —dijo malhumorada.

Publio frunció el ceño y la miró mientras tomaba sus cosas del perchero de la entrada, parecía en verdad molesta con él.

—¿Por qué le quitaría libertad casarse conmigo?

—Bueno, los hombres quieren que su mujer se encuentre en casa, cuidado de sus hijos, sus intereses y de ellos… yo no soy nada de eso, espero que lo entienda.

—Lo sé bien, creo que llevo tiempo conociéndola como para saber de qué es capaz y de qué no —ella elevó una ceja—. Además, creo recordar que usted sigue teniendo una deuda muy grande con todo lo que compró para el laboratorio.

—Pensé que quedaríamos a mano al momento de hacerme su esposa —bromeó—. ¿No lo considerará un regalo de bodas?

—Ni loco, usted tiene que pagar con trabajo, si mas no recuerdo — Gwyneth sonrió, eso quería decir que se lo seguiría permitiendo.

A ella la habían enseñado con lujo de detalles los requerimientos para una esposa ejemplar y lo que hacía en esa casa no entraba en ninguno de ellos; sólo gracias a su padre fue que pudo estudiar una carrera, pero si todo hubiese dependido de su madre y hermano, ella sería como todas aquellas señoritas de sociedad que apenas saben leer su propio nombre.

Por eso había pensado en que jamás se casaría, en que no tendría hijos y se enfocaría plenamente en su carrera, porque una mujer siempre tenía que elegir: o eras madre y esposa, o eras exitosa y solitaria; de hecho, la normalidad de las mujeres no tenía la opción de elegir, lo cual era una atrocidad.

—¿En qué piensas?

—En que seguimos aquí y se está haciendo tarde.

—Bien, hablaré a Brina, ella necesita dar una vuelta en el parque para calmar las energías que tiene dentro.

La joven asintió un par de veces y disimuló su vergüenza. Sería la primera vez que ellos saldrían juntos a la calle, dentro de poco, tanto Brina como Publio se convertirían en su familia… ella ni siquiera recordaba qué era sentirse parte de una.

—Gwyneth, ¿has visto lo bonitas que son las flores?

La joven no se había dado cuenta en qué momento había regresado Publio con la niña, pero se apresuró a ponerle atención, Brina era demandante en cuanto a ello, si no se le ponía el suficiente cuidado, entonces ella gritaba hasta obtenerla.

—Oh, Bri, en verdad son hermosas —sonrió la joven, tomando las

rosas que la niña le tendía.

—Papá dice que no debo arrancarlas porque les duele —tocó los pétalos que cayeron—, pero sé que tú las vas a cuidar bien, ¿Verdad?

—Uy, sí, lo haré.

Publio llegó hasta ellas con el abrigo de Brina en las manos y se lo colocó para salir de la casa con ellas.

—Papi, ¿puedo tener un perrito? —preguntó la niña, elevando la mano para tomar la de Publio.

—No, Brina, no habrá perros.

—Pero Tara tiene un perrito y me ha gustado, quiero uno.

—Creí decir que no, Brina.

—Es usted un amargado —dijo Gwyneth—, los niños necesitan mascotas, les ayuda en el desarrollo.

—No empiece usted también, tengo una hija, no quiero dos.

Ayla miraba aquella escena con resentimiento y dolor, el verlos actuar como si fueran una familia era un golpe para ella. Sabía que Publio no le debía nada, jamás había hecho una inclinación romántica hacia ella, pero eso no quería decir que no debía dolerle. Cerró la puerta de su recámara y apagó las luces, no quería ver a nadie en un buen tiempo.

La pareja de comprometidos y la niña caminaban por el parque en medio de risas y jugueteos, Publio no se involucraba en demasía, pero les permitía a ellas jugar alrededor de él. Las personas a su alrededor sonreían y los miraban indiscretamente, cubriendo sus sonrisas con abanicos o cambios de tema furtivos en cuanto se daban cuenta que ellos los veían.

—Papá ¿puedo comprar un cucurucho?

—No, no vas a cenar si lo comes.

—¡Prometo que sí!

—Ya dije que no, Brina.

—Adelántate, ve pidiéndolo —dijo Gwyneth bajo la atenta mirada de Publio—. Toma, no lo pagues hasta que lleguemos.

La niña tomó el dinero y se fue corriendo antes de que Publio pudiera decirle algo. El hombre lanzó una mirada incriminatoria hacia su prometida y frunció el ceño cuando ella le sonrió.

—¿Qué haces?

—De alguna forma he de ganarme su cariño.

—Creo que eso ya lo tienes.

—Bueno, que reafirme que yo la quiero, seguro que me verá como la mala del cuento cuando vea que Ayla está tan deprimida.

—Ambas lo entenderán —dijo el hombre.

—Claro, una niña de cuatro años y una mujer que lleva una vida pensando que en algún momento será algo más para ti.

—Y bueno, Gwyneth, al final de cuentas, ese problema es mío ¿no

lo crees? —la joven peló los ojos y se sonrojó visiblemente—. ¿Qué sucede? ¿Por qué el sonrojo repentino?

—¿Qué? —chilló, tocando su cara—. No estoy sonrojada.

—Lo estás, aunque no he dicho nada que… —sonrió con perversidad y la miró—. ¿Te avergüenza que diga tu nombre?

—¡No! Simplemente no estoy acostumbrada.

—Lo cual quiere decir que sí te avergüenza.

—¡Agh! Es un hombre insufrible —la mujer chasqueó la lengua y caminó donde la niña ya comenzaba a comer el helado.

Publio dejó salir el aire de sus pulmones y cerró los ojos por un segundo antes de notar que un hombre veía fijamente a su hija y a la mujer que estaba junto a ella, normalmente no le hubiese parecido extraño, todas las personas querían verlos en lo que fuese que estuvieran haciendo, pero la pinta de ese hombre era extraña.

Miró a los alrededores y se dio cuenta que no era el único, había más como él, lo cual lo hizo reaccionar con presura y se acercó a ambas, tomando a Brina en brazos y acercando a Gwyneth hasta lograr abrazarla, manteniéndola muy cerca de él.

—P-Pero, ¿Qué hace? —exigió molesta, tratando de apartarse.

—¡Chst! —pidió—. Callada.

Ella pareció comprender lo que sucedía y miró sigilosa a su alrededor, abrazándose más a Publio para ver a sus espaldas y poder susurrar a su oído, seguramente todos pensaran que eran unos desvergonzados, pero su vida podía correr peligro en ese momento.

—Hay dos más escondidos por esos árboles —le dijo segura, ya sin asomo de vergüenza—. ¿Qué tenemos que hacer?

—No te despegues de mí, ¿Entendido? Toma, carga a Brina.

—¿Gwyny estamos en peligro? —preguntó Brina.

—Tranquila —escondió la cabeza de la niña en su hombro—. Papá y yo te protegeremos, todo estará bien.

Brina se aferró con fuerza al menudo cuerpo de la mujer, mientras Gwyneth miraba ansiosa hacia su prometido, quien parecía evaluar la situación.

—No creo que quieran actuar delante de tantas personas —dijo la joven, quien sentía un nudo en la garganta.

—Si su objetivo es armar revuelo, lo harán —Publio susurró de regreso—. Tenemos que comenzar a movernos, lastimarán a más civiles si nos quedamos.

—¿No nos hará un blanco más fácil de alcanzar?

—Estás conmigo, si haces lo que te digo, todo saldrá bien.

—Tengo miedo —se acurrucó la niña contra Gwyneth—. No quiero ir con ellos, no quiero.

—No irás a ningún lado —dijo Publio—. Calladas las dos.

La pareja comenzó a avanzar por el parque con la mayor

normalidad que les fue posible, Gwyneth sentía la presencia de esos hombres caminando a sus espaldas, la piel se le erizaba y un incesante malestar se acentuaba en su estómago sin remedio alguno.

—¡Oh! ¡Publio! —sonrió Sophia, quien iba del brazo de su marido —. ¡Qué bueno verlos!

Publio suspiró, al menos tenía a alguien con quien apoyarse, aceptó los besos que su prima les regaló y sonrió hacia ella antes de lanzarle una mirada intensa al duque, quién pareció entender la indirecta que le lanzaban.

—¿Cuántos son?

—Al menos cinco.

—¿Dónde?

—Casi a todo nuestro alrededor.

John asintió y acercó a su esposa con delicadeza.

—Vamos, los acompañaremos.

—¿Qué sucede? —Sophia miró nerviosa a su alrededor.

—Vamos, mi amor, actúa natural —pidió su marido.

Sophia rodó los ojos y se acercó a Gwyneth, quién aún cargaba con la niña y parecía un tanto alterada.

—No te preocupes —le dijo conciliadora—. Ellos saben qué hacer, con el tiempo te acostumbras a estas cosas.

—¿A ser amenazada de muerte?

—Por decirlo de alguna manera —sonrió—. ¿Cómo vas con los preparativos de la boda?

—Estoy siendo tan excluida como lo he pedido —asintió la joven, quien intentaba estar tranquila.

—Sé que tu piel es pálida, pero creo que estás más blanca que lo usual ¿estás por desmayarte? —dijo Sophia, haciendo que Publio volviera la cara hacia su prometida.

—Creo que sí —sonrió Gwyneth—. Me es fácil asustarme con estas cosas, no es la primera vez que me siento… perseguida.

—Pensé que estarías acostumbrada a ser rodeada por hombres, me enteré que vives en una posada —argumentó Sophia.

—Sí, es verdad —ella parecía no poder hablar, así que Sophia la dejó tranquila y charló alegremente con Publio y John, quienes seguían vigilando y de pronto, se relajaron.

Los dos hombres se miraron intensamente y fruncieron el ceño.

—¿Se han ido? —preguntó Sophia.

—Imagino que habrán venido a una misión de reconocimiento —dijo John—, volverán.

—Es verdad —Publio miró a Gwyneth, quien se sentaba despacio en una de las bancas del parque en conjunto con Brina.

—No es seguro que tu prometida duerma en esa posada.

—Lo sé.

—Estaré bien, ellos no saben dónde vivo —los hombres se miraron entre sí, logrando asustarla—. ¿Creen que lo sepan?

—Es posible que estuvieran vigilándolos desde hace tiempo —dijo John—, no es lo más indicado que se quede sola.

—Pero no tengo donde quedarme, en casa de mi hermano no soy recibida y no puedo quedarme en casa de mi prometido.

—Eso es verdad —se adelantó Sophia—, se quedará conmigo.

John aceptó la proposición de su esposa con un asentimiento.

—Me parece bien, la mantendré a salvo, Publio.

—Bien, te lo agradecería John.

Gwyneth miraba de uno a otro con horror y negó rotundamente cuando ellos parecían haber tomado las riendas de su vida y planeaban dirigirla hacia donde ellos creían pertinente.

—Esperen, no puedo mudarme como si nada.

—Es lo mejor —dijo Sophia—, no queremos que mueras a tan poco tiempo de que se casen.

Gwyneth volvió a empalidecer y asintió sin más remilgos.

—¿Qué es prometida? —frunció el ceño Brina.

Publio cerró los ojos, había olvidado por completo que su hija no sabía del compromiso, buscó paciencia de dónde no la había y miró a su hija con una sonrisa.

—Hablaré contigo de eso luego, Brina. Por ahora, creo que es mejor que vayan directos a su casa; me llevaré a Brina, pero si tiene contacto con alguien más duque, dígales que necesito que vayan a verme cuanto antes.

Sophia se colgó del brazo de Gwyneth, ayudándola a mantenerse estable en su lugar y sonriendo hacia su primo.

—Verás como la educo bien.

—No hagas nada alocado —dijo Publio y miró a su prometida, quien seguía igual de pálida que antes—. Ahí estarás bien.

Ella asintió nada convencida y lo miró, buscando tranquilizarse. Las dos mujeres comenzaron a caminar, dándole tiempo a Publio de cruzar unas palabras con John.

—Han comenzado.

—Avisaré a los demás —dijo el duque.

—Que manden misiva a mi padre.

John siguió a las mujeres y Publio suspiró, tomando en brazos a Brina y caminando hacia su propia casa, debía tener más vigilada a esa niña y también a Gwyneth.

Capítulo 18

Después de aquel día, la casa de Publio Hamilton se había convertido en un desastre, Gwyneth se alejaba de él todo lo que le era posible, Brina estaba increíblemente celosa porque se casaría con ella y Ayla apenas y salía de su habitación. Eran demasiadas mujeres y él era un hombre que apenas y las comprendía.

—Lo siento tanto por ti hermano —sonrió Terry, sentando en el despacho junto a él—. Eres despreciado en tu propia casa.

—Me volverán loco un día de estos.

—Bien, lo de Brina es comprensible hasta cierto punto, lo irá entendiendo poco a poco —dijo—. Lo de Ayla, bueno, ella está decepcionada y triste, seguro que al final se da cuenta que nunca hubo algo romántico entre ustedes y Gwyneth… bueno, en realidad no entiendo por qué se alejó ella.

—En realidad no lo sé, tampoco es como si en algún momento hubiésemos sido especialmente unidos —bebió un poco de su copa de vino y frunció el ceño—, aunque creo que ella se alejó por completo cuando pasó lo del parque.

—¿Se asustó?

—Creí que se desmayaría.

—¿Le has preguntado por ello?

—¿Debería?

—Diablos hermano, para ser un médico, no eres muy inteligente con lo que se refiere a los sentimientos humanos.

—No estoy familiarizado, pero puedo intentar.

—Creo que deberías preguntarle ahora —se puso en pie—. Si me disculpas, padre me ha mandado llamar.

—¿Para qué?

—Creo que sabemos dónde están los bandidos que están vigilándote a ti y al resto de las personas con las que vives.

Publio enarcó una ceja.

—¿Por qué no me han mandado llamar a mí?

—Porque llevarías a tu vigía contigo —sonrió—, te toca estar calmadito en casa, Publio, no sé, aprovecha para leer otro de tus libritos o quizá acostarte con una mujer.

—Claro, en mi casa, dónde está Brina, Gwyneth y Ayla.

—Eres demasiado escrupuloso —se burló y salió de ahí.

Publio se pensó por un momento si hacerle caso a su hermano o no, pero al final, decidió que tal vez tenía razón, se casarían dentro de poco y Gwyneth no tendría otra opción más que pasar el resto de su

vida a su lado.

Publio bajó las escaleras hacia el laboratorio, sabiendo que su prometida estaba escondida ahí la mayor parte del día, bueno, más que escondida, ella estaba trabajando y eso se podía notar en cuanto uno entraba al laboratorio.

Gwyneth tenía dos frascos siendo comparados por ella misma, anotaba, sostenía algo con la boca y, a la vez, intentaba dar órdenes al pobre muchacho que había sido contratado por ambos para ayudarla a maniobrar.

—Valentino, por favor, pásame el tubo de ensayo número seis, anota los cambios ocurridos en el dos y aleja todo de la estatura de Brina —indicó en cuanto sacó el termómetro de su boca—, le ha dado la tenencia de romper todo lo que necesito o escribo.

Valentino había notado la presencia de Publio, por lo cual no sabía cómo reaccionar, mucho menos cuando este le indicó que saliera del lugar mientras la que era su jefa le seguía dando órdenes.

—No sabía que Brina estaba estorbando tanto en la investigación —dijo Publio, marcando la salida de Valentino.

Gwyneth se volvió en seguida, mostrándose sorprendida por su presencia e intentó acomodar un poco su cabello desastroso y limpió sus manos en sus ropas.

—No te oí bajar.

—Lo noté —Publio tomó las anotaciones que Gwyneth le había pedido a Valentino y la miró de reojo—. ¿Qué es eso de que Brina rompe todas tus cosas?

Ella sonrió y tomó las notas que él le tendía.

—Supongo que es la forma en la que quiere decirme que no soy bienvenida en la familia —dijo sin más.

—Debiste decírmelo, hablaré con ella.

—Por favor, no lo hagas, complicaría más las cosas.

—Creo que, si hace algo mal, es mi trabajo corregirla.

—¿Mal? —negó—. Está celosa, piensa que el único ser al que seguramente ha querido se irá de sus manos.

—Eso es una tontería.

—Tiene cuatro años —le dijo obvia y se volvió hacia sus experimentos—. Además, ha de pensar que la he traicionado.

—¿Cómo pudiste traicionarla? —se acercó hasta ella.

—Bueno, creo que cuando ella veía a Ayla, asumía que, de un momento a otro, ustedes terminarían casados —Gwyneth apuntó algo y metió el termómetro en un vaso de precipitado—, pero jamás imaginó que yo me casaría con usted, por lo cual, pensó que podríamos ser amigas, confiaba en mí.

—¿Qué le confiaba? —se adelantó interesado, pero ella siguió con sus cosas, moviéndose hacia un mechero y observando el cambio en el

matraz Erlenmeyer.

—Bueno, cosas de niña, sustos que le daban en las noches —lo miró —, y lo mucho que lo quiere.

—No entiendo, si la consideraba amiga, porqué está molesta.

—Porque confió en mí y ahora piensa que le robaré a su papá.

—No pensé que quisiera tanto a Ayla.

—Por favor, no sea iluso, no la quiere a ella, lo quiere a usted —negó—, ¿es tonto? ¿No se da cuenta que ella pensaba que Ayla era primero que ella y por eso decía que la aceptaba como mamá? Ella en realidad no quiere a nadie de mamá, quiere que sean sólo ustedes.

—¿Así que a eso debo que esté huyendo de mí? ¿Quiere darle espacio a Brina para que piense que todo seguirá igual?

Gwyneth rodó los ojos y sonrió.

—Al parecer puede entender algunas cosas —se burló—. No es tan tonto como lo venía pensando.

—Creo que la que se pasa de ilusa es usted, quiere hacerle creer que todo seguirá siendo igual, pero eso no es verdad, nos casaremos y eso lo cambiará todo.

Gwyneth bajó la cabeza.

—No veo qué cambiará.

—¿En serio? —Publio se adelantó hacia ella, insinuante y coqueto —. ¿Nada cambiará?

Ella lo miró con una ceja levantada y un ligero rubor en las mejillas, quería aparentar que estaba tranquila, pero era fácil saber que no era así.

—Bueno, me refiero a que seguiremos el curso ahora marcado.

—No veo como le explicarás cuando durmamos juntos —le tocó la cintura y lentamente la volvió hacia él—, cuando tengamos que cerrar la puerta para hacer el amor, cuando tengamos un hijo…

—Yo… no pensé en todo eso, supongo.

—Es lo básico de una relación —sonrió de lado—. No me dirás que no lo sabías, porque no te creeré.

—Claro que lo sé —respiró con profundidad—, aunque no pensé que quisiera tantas cosas conmigo, como eso de los hijos…

—¿Tantas cosas? Es lo más elemental de un matrimonio.

El corazón de Gwyneth estaba situado en su garganta en ese momento, aunque anatómicamente sabía perfectamente dónde estaba, sentía que se había movido de lugar, pero seguía con el aplomo que trató de mantener desde un inicio.

—Bueno, tiene razón —se deshizo de su agarre y trató de seguir trabajando—, supongo que tendremos que hablar con Brina.

—Tranquila, es una niña lista, seguro tarda, pero lo entenderá.

—No lo dudo, en definitiva, no había conocido a una niña tan remarcable como lo es Brina, en verdad es brillante —Gwyneth se

volvió hacia él mientras revolvía algo—. ¿Qué hay de Ayla?

—¿Qué pasa con ella?

—No la he visto en semanas, parece en verdad deprimida.

—Supongo que he de hablar también con ella.

—Parece que tiene cosas que hacer, sin embargo, me sigue molestando a mí.

—Es verdad, digamos que voy por partes —le dijo—, quisiera saber por qué de tu palidez cuando sucedió lo del parque, también me encantaría que me dijeras cómo fue que tu hermano te convenció a hacer algo que no quieres.

Ella cambió la sonrisa sabionda por una de estricta seriedad.

—Creo que primero debería resolver los problemas que tiene ahora antes de meterse en los míos.

—Quiere decir que son problemas.

—No intente meterse en mi cabeza, señor —le advirtió—. Seguramente no le gustará lo que encuentre dentro.

Se miraron por un largo rato, ambos tratando de evaluarse y ganar el juego de miradas, pero se distrajeron cuando de pronto la misma ciencia se atrevió a intervenir, dejando salir espuma blanca de uno de los contenidos que Gwyneth tenía en el mechero.

—¡Mierda! —espiró ella, apagando el aparato y limpiando la mesa con presura—. Maldición, necesitaba de esto.

Publio sonrió y se acercó para hacer a un lado los papeles que ella tenía esparcidos por ahí, entonces ella se volvió con presura y ambos quedaron tan juntos que lograban sentir las respiraciones del otro, ella lucía un tanto incomoda, pero Publio estaba más calmo que nunca, así que sonrió.

—Nunca la había escuchado maldecir.

—Cuando estoy aquí, es más que normal —le dijo segura, mirándolo a los ojos—. ¿Podría hacerse a un lado?

—¿Por qué? ¿Te sientes incomoda?

—Creo que eso es evidente.

—¿Por qué? —le pasó las manos por la cintura y la acercó.

—Porque está invadiendo mi espacio personal.

—Es eso o… piensa que la besaré.

—No lo haría.

—¿Por qué no?

—Estamos comprometidos, pero no es bien visto.

—Ya lo hemos hecho antes incluso de comprometernos.

—Pero…

Entonces la besó, no sabía por qué lo había hecho, pero disfrutaba el sentirla temblar contra su cuerpo, Gwyneth era una chica tan dura que le era fascinante sacarla de su zona de perfección. Ella sacó un pequeño quejido de entre sus labios, pero pareció entusiasmarse con el

beso, el cual profundizó ella misma y lo abrazó con aún más fuerza para acercarlo más, si es que era posible.

Publio recorrió la espalda de la joven hasta dejar las manos en sus caderas y después, subiendo de nuevo, ella parecía complacida con ello, incluso ladeó la cabeza para ser besada en el cuello largo y pálido y él la consintió.

—Creo que debemos parar por ahora —Publio cortó el beso—, si continuamos, terminaremos en la alfombra de este laboratorio.

Ella se retiró con una pequeña risita y negó.

—¿Pensó usted que sería una mujer recatada? —elevó una ceja—. ¿Qué no se la pasaba burlándose de mi libro?

—Bueno, antes se avergonzaba por ello.

—¿Quién dijo que era vergüenza? Quizá era otra cosa que usted no quería notar en ese momento.

Publio elevó una ceja y dejó salir una carcajada.

—Así que es una mujer pasional.

—Puede ser —se inclinó de hombros y siguió haciendo sus cosas—. Vaya a arreglar sus problemas, mi lord.

Publio asintió ante ello y subió las escaleras para buscar a Ayla, pero apareció primero Brina, quien se paró frente a él con una cara de disgusto que pasaba a ser demasiado tierna para que alguien se sintiera intimidado o amonestado.

—¿Qué hacías allá abajo?

—Visitaba a la señorita Gwyneth.

—Tú nunca lo hacías, ella no te agrada.

—Bueno, Brina, nos vamos a casar.

—¡No! —gritó enojada—. No te cases con ella.

—¿Por qué no?

—Porque… porque ella es mala.

—¿Mala?

—¡Sí! ¡Es mala, yo no la quiero!

—Antes te caía muy bien.

—Ya no —se cruzó de brazos.

Publio se agachó hasta ella y sonrió.

—¿Quieres hablar de ello?

—No —se volteó hacia otro lado.

Publio la tomó en brazos y la sentó en el suelo junto a él.

—Sabes Brina, pienso que Gwyneth será buena contigo como mamá, ella te quiere y sé que tú la quieres a ella.

—Y tú también la quieres ¿a que sí? —dijo molesta.

—Bueno, claro que la querré, pero no por eso te querré menos a ti —le tocó la mejilla—, el amor no tiene que ser tan celoso, no debe ser individualista, se puede expandir y dar a muchas personas.

—Pero… a ella la querrás más.

—Claro que no, a ella la querré como mi esposa, a ti te quiero como mi hija y ningún cariño se mezcla con el otro ¿te das cuenta?

Ella bajó la cabeza y soltó unas lágrimas silenciosas.

—Yo no quiero compartir, eres mío.

—Vale, ven aquí —la abrazó—, no hay por qué llorar, ahora tendrás a dos personas que te querrán, descubrirás que le tendrás más confianza Gwyneth para algunas cosas, ella te ayudará… también tendrás a Ayla.

—Ella está triste también.

—Sí… aunque creo, señorita, que deberías ir a disculparte con alguien en esta casa y no es Ayla.

Brina lo miró con ojos cristalizados.

—¿Ella te lo dijo?

—¿Qué le rompiste un montón de cosas? —elevó una ceja—. No, pero me he enterado.

—Ella no se enojaba con nada —dijo enfadada—, no importaba lo que hiciera ella no se enojó.

—Ve a pedir una disculpa —Brina alzó la cabeza, mostrándose indignada y sin ganas de acatar la orden—. Vamos, ve.

La niña se puso en pie y bajó las escaleras, esperaba que le fuera a hacer caso y no le rompiera más cosas a Gwyneth. Publio se puso en pie y fue a su despacho, donde se encontró con Ayla, arreglada perfectamente y con un semblante serio pero saludable.

—Te he dejado las citas sobre tu escritorio y ordené algunas de las notas de las *águilas* por urgencia.

—Gracias —Publio se sentó y leyó los primeros papeles que tenía que atender en ese momento.

—Lo lamento —el hombre levantó la mirada—. Sé que… no debí comportarme así, tú jamás… lo entiendo, entiendo que tengas que casarte con alguien como Gwyneth y prometo no interponerme entre ustedes jamás.

—Te lo agradezco Ayla, eres importante para mí y para Brina.

—¿Tendré que irme? Puedo seguir haciendo esto, ordenando tus cosas y cuidando de Brina —Publio se recostó en su asiento, mirando seriamente a Ayla, quien parecía nerviosa y al borde de las lágrimas de la desesperación—. Jamás trataré mal a Gwyneth, de hecho, la aprecio bastante.

—Jamás pensaría en correrte de esta casa Ayla, sigues estando bajo mi protección pese a que me case o no.

La faz compungida de la joven se relajó, incluso parecía que le habían quitado un gran peso de encima y sonrió.

—Gracias, oh, gracias en serio.

—Bien, me parece bien que continúes siendo mi secretaria, así como la nana de Brina, pero de ahora en adelante, te pagaré por ello.

La joven levantó la mirada con impresión.

—¿De verdad?

—Debes pensar en hacer tu vida, no te estoy corriendo, pero en algún momento te enamorarás y querrás irte, no te hará falta nada mientras estés aquí, pero deberías ahorrar para un futuro.

Ayla pensaba que jamás podría volverse a enamorar de nadie, pero agradecía el gesto de Publio, lo cual la hacía amarlo de nuevo, pero intentaría cumplir su palabra, no ocasionaría problemas.

Capítulo 19

Faltaba un día para la boda entre el hijo mayor del afamado Thomas Hamilton y la extraña lady Grandiner, para ese momento, la gente de Londres se había acostumbrado a que la señorita Grandiner faltara a todas las normas de decoro y se pasara los días enteros entre las paredes de la casa de soltero del doctor Hamilton, quien, extrañamente, se había hecho un erudito popular, puesto que todos querían ver si la mujer Grandiner paseaba por la casa como si esta ya fuera suya.

Sin embargo y pese a los esfuerzos, nunca nadie había podido ver a lady Grandiner por los pasillos. Veían a la hija del hombre, a la hermosa secretaria del mismo, pero jamás a la futura esposa, era como si entrara a esa casa sólo para desaparecer y eso que se necesitaba esperar en un pasillo común con la enorme propiedad para pasar al consultorio de aquel doctor.

—Buenos días, lady Grandiner —saludó Ayla con respetos—, pensé que necesitaría recibir alguna clase de comida después de cinco horas seguidas sin parar de trabajar.

—Oh, Ayla, odio la forma tan recatada en la que has comenzado a hablarme desde que te enteraste del compromiso, solíamos ser amigas antes de que el tonto hombre hiciera su proposición.

Ayla sonrió y dejó la bandeja en una de las mesas alejadas del laboratorio, despejada de gases apestosos y líquidos extraños.

—Bueno, serás la señora de la casa, mereces un respeto.

—¡Y mis enaguas! —le dijo—. Déjate de tonterías.

Ambas mujeres se sentaron para que Gwyneth tomara el desayuno mientras Ayla le hacía compañía.

—¿Qué ha sucedido allá arriba?

—Oh, la gente sigue igual de frustrada de no poder ver ninguna acción falta de escrúpulos y decencia —sonrió—. Estoy segura de que Publio ya está cansado de revisar cuerpos sanos.

—Supongo que sí.

—Mañana ya es la boda, ¿no deberías estar descansando esas ojeras? —le dijo a broma.

La joven se llevó las manos hasta las bolsas debajo de sus ojos y sonrió con ganas.

—Bueno, él me conoció con ellas, dudo que espere un milagro. ¿Cómo sigue Brina?

—Supongo que igual de dolida, no deja de ir a la cama de Publio en las noches, ya no le era tan necesario, pero desde que supo que se

casaría, ha vuelto a hacerlo.

—A mí ya no me rompe cosas, pero me trata con una fría indiferencia que mataría a cualquiera.

—Creo que es un progreso.

—Sí, lo creo también, al menos ya no tengo que hacer copias de todo lo que escribo —se inclinó de hombros.

—Deberías seguir haciéndolo, por si las dudas.

Gwyneth se limpió los labios y miró a Ayla con curiosidad.

—Dime Ayla, ¿a ti te llegó a decir algo sobre… ya sabes?

—¿Sobre lo que le sucedió cuando fue prisionera? —negó—. Jamás, cuando mucho descubrí que sabe hablar muchos idiomas.

—A mí sí me llegó a decir varias cosas.

—¿En verdad?

—Sí… a veces, cuando se asustaba por algo, ella hablaba de un mapa, pregonaba cosas como un encantamiento inentendible.

—¿Un mapa?

—Sí, decía lugares, pero lo investigué y no existen.

Ayla frunció el ceño.

—Es extraño, mucho de esa niña lo es.

—¡Ayla! —gritó la susodicha desde arriba de las escaleras, ella nunca bajaba, no desde que se disculpó—. ¡Ayla quiero ir al jardín!

—¡Voy cariño! —le gritó de regreso, pero antes de marcharse, miró a Gwyneth—. ¿Te molesta que le diga esto a Publio?

—No, por mí está bien.

La joven rubia asintió y salió de ahí para tomar la mano de la niña y tratar de sacarle información nuevamente, pero Brina se había vuelto astuta en cuanto a no soltar palabra y fingía muy bien su papel de chiquilla distraída.

Cuando la dejó tranquila y segura jugando en una de sus habitaciones de juguetes, Ayla fue corriendo al encuentro de Publio, quien se mostró extrañado por la imperiosa intromisión.

—Ella habla de un mapa —dijo Ayla—. De alguna forma, cuando se asusta, a veces dice cosas de un mapa, pero esos lugares no existen, los dice como si se tratara de una poesía.

—¿Un mapa? —se puso en pie y se acercó—. ¿Ella está bien? ¿Por qué está asustada?

—Ella está bien.

—Así que un mapa… ¿Qué fue exactamente lo que dijo?

Ayla bajó la cabeza al darse cuenta que no podría sostener su mentira, puesto que la única que podría saber esa respuesta, era Gwyneth y ella no se lo había dicho.

—Yo no fui quien la escuchó, sino Gwyneth.

—Creí que Ayla ya no hablaba con ella.

—Parece que fue antes de que se comprometieran, ella me dijo que

Brina le tenía confianza y a veces le decía cosas de su pasado.

—¡Eso es perfecto! —se entusiasmó.

—Creo que no deberías estar feliz, ahora ellas no se hablan.

—Lo harán, eventualmente Brina entenderá y volverá a Gwyneth —dijo alegre—. Esto era lo que esperaba.

Ayla elevó una ceja y se posó frente a él.

—¿Qué dijiste?

—¿De qué? —la miró dudoso.

—¿Te casarás con Gwyneth sólo porque podrás descifrar el pasado y el secreto de Brina? —Publio no quiso responder a ello, así que simplemente volvió a su asiento y se concentró en otras cosas que no fueran la inquisidora mirada de Ayla—. Creí… ¿en serio harás algo así? ¿Qué no sabes lo que un matrimonio significa?

—Claro que lo sé —la miró—. No hablemos de esto.

—Publio —posó ambas manos en su escritorio—. Ni siquiera te gusta ¿verdad?

—Ayla, no es tema ahora.

—¡Por Dios! —negó—. Yo qué pensé que en serio te habías enamorado de ella sin yo darme cuenta, ¡Debí saberlo!

—Y bueno, Ayla, el saber eso en qué te ayuda.

—Tú… no puedes ser tan cruel y maquiavélico.

—Yo hago las cosas siempre pensando, creo que esto es algo bueno para mí, para Brina y creo que hasta para Gwyneth.

—Claro, ¡Engañemos a todos! Eso parece ser sensacional —bajó la cabeza y negó—. Si no la amas… ¿en qué estás pensando cuando se trate de amores? ¿Qué pasará si te enamoras de otra? ¿Traicionarás a Gwyneth sin resentimientos?

—No he profundizado en el asunto y no es algo que esté pasando hacer Ayla, además, no entiendo tu preocupación.

—Ella es una buena persona, no merece ser ridiculizada porque tienes la estúpida idea de que gracias a ella podrás descifrar algo que te es conveniente de momento. ¿Qué pasará cuando lo descubras? ¿Ella simplemente se irá? ¿Pasará a segundo plano en tu vida?

—Muy bien Ayla, tu tiempo de preguntas terminó —la tomó del brazo y la sacó de su despacho—. ¿Por qué no traes al próximo paciente y me dejas tranquilo?

—No creo que sea buena idea hacerte tratar con seres humanos —dijo enojada—, no los entiendes.

—Soy un ser humano, ¿lo olvidas?

Ella lo miró seriamente.

—A veces sí.

Ayla siguió el resto del día sin hablar con Publio, se encargaba de los deberes que se le habían encomendado, pero no podía dejar de pensar en la conversación que habían tenido; él en realidad no quería

casarse con Gwyneth, ni siquiera le gustaba, lo hacía por Brina… ni siquiera por Brina, lo hacía por él y por el misterio que quería resolver, era tan egoísta que no podía dar crédito de ello.

—¡Ey! ¡Cuidado! —sonrió Gwyneth, levantando un líquido que traía en uno de esos artefactos de vidrio—. ¿Te encuentras bien Ayla? Pareces un poco distraída.

—No, lo siento, ¿Qué haces acá arriba?

—Bueno, quiero que Publio vea esto y me diga lo que piensa —frunció el ceño—. ¿Por qué me ves así?

Ayla abrazó a la muchacha de forma desprevenida, lo cual la hizo soltar otro gritito y equilibrar aquel pomo para no tirar su contenido sobre ella.

—Eres tan buena.

—Eh… ¿en serio estás bien?

—Sí —sonrió—. Tiene paciente, no creo que puedas pasar.

—Vale, cuando se desocupe ¿le puedes decir que baje?

—Claro.

Ayla no le podía decir a Gwyneth su descubrimiento, porque se podría entender que lo haría porque ella estaba enamorada de Publio. Además, aunque se lo dijera, nada cambiaría, la boda era al día siguiente y sus destinos estarían ligados por siempre. Tan sólo esperaba que Publio no fuera a hacer sumamente infeliz a esa chica que, pese a todo, le caía tan bien.

Publio bajó las escaleras bastante tarde, había recibido el mensaje de Gwyneth, pero no tuvo tiempo hasta ese momento. Miró su reloj de bolsillo, dándose cuenta que pasaban de las diez, seguramente ella seguiría allá abajo y eso no debería de pasar a sólo un día de su boda.

La encontró dormida sobre la mesa que ella usaba para escribir sus apuntes, parecía realmente exhausta, incluso su cara estaba llena de tinta, aunque supuso que eso era obra de Brina.

—Gwyneth… es hora de irte a casa.

—¿Qué? —ella abrió los ojos y levantó la cabeza de la mesa, trayéndose un pedazo de papel en la mejilla—. ¿Qué hora es?

—Pasan de las diez.

—¡¿Qué?! —ella se puso en pie tan deprisa que hubiera caído al suelo si no fuera por los brazos de Publio.

—¿Qué sucede sabionda? ¿No sabes ponerte de pie?

—¡Me matarán! —le gritó—. El único día en el que no puedo hacer lo que quiero es hoy.

—¿De qué hablas?

—Tengo que ir a casa de mi hermano —dijo mientras tomaba sus cosas con presura—, si llego a esta hora, ten por seguro que un moretón en la mejilla será el mejor de mis males.

—¿Qué? —le tomó el brazo—. ¿Te golpea?

—¿Tú no harías lo mismo? —sonrió sarcástica y se soltó.

—No, jamás te golpearía y ciertamente no permitiré que te golpeen —le dijo enojado.

—Oh, no te comportes protector conmigo —negó—. Sé cuidarme sola, créeme.

—No lo creo, ya que te vi por más de dos semanas con esa mejilla en mal estado.

—Bueno, contra él me es más difícil, es mi familia y me tiene un poco acorralada, pero a partir de mañana, ¡Libertad! Bueno tanta como me brindes y si no me la brindas, entenderás que la buscaré a toda costa.

Ella comenzó a subir las escaleras mientras trataba de peinarse, sin saber que tenía la cara entera llena de tinta.

—Te llevaré.

—¡Oh! —se miró en uno de los espejos del recibidor—. Pero qué ha pasado aquí.

—Creo que derramaste la tinta —ella limpió un poco la mejilla—, o alguien la tiró sobre ti.

—Bueno, ha sido una buena jugada.

Ella seguía limpiándose mientras la carroza de Publio Hamilton avanzaba en medio de la noche. Cuando llegaron a la casa de los Grandiner, la joven se mostró asustadiza y respiró profundamente antes de bajar el escalón y caminar hacia la casa.

—Espera —le tomó la mano—. Creo que puedo ayudar si te traigo en persona, ¿no crees?

—Eh, no, creo que eso sería peor.

—De todas formas, sabrán que estabas en mi casa.

—Pero al menos puedo disimular.

—¿De qué te serviría?

—Buenas noches a los dos —se abrió la gran puerta, dejando a la vista a la señora Grandiner—. Gwyneth, será mejor que entres.

—Hola cuñada —dijo con molestia.

—Señora Grandiner —se inclinó Publio y besó el dorso de su mano —, espero no haber causado problemas para mi prometida.

—Oh, señor —se avergonzó la dama al sentir los labios de aquel hombre—, por supuesto que no.

—Me alegro —miró a su prometida y sonrió, adelantando su mano para recibir la de ella. Publio hizo ademan de cometer la misma acción que con la Grandiner mayor, pero en lugar de presionar el beso en el dorso de la mano, la volvió al último momento y lo colocó sus labios sobre la palma de Gwyneth, lo cual hizo que un escalofrío la recorriera de pies a cabeza, incluso dejó salir un suspiro—. Hasta mañana, mi lady, estoy más que impaciente por nuestra boda.

Ella sonrió y se metió a la casa de su hermano, donde seguramente

sería amonestada, la última vez que recibiría esa clase de tratos, se prometió Publio.

Cuando entró a su propia casa, le fue imposible notar que cierta damita se había quedado dormida en uno de los sillones del recibidor, seguramente esperando a su retorno. Sonrió y la tomó en brazos, de verdad que Brina podía ser bastante celosa, sobre todo si se tomaba en cuenta las manchas de tinta en sus manos y camisón.

—Papi, ¿puedo dormir contigo?

—¿Donde más sino?

Ella se abrazó con fuerza a él y sonrió, durmiendo pacíficamente sobre su hombro y, posteriormente, junto a él en su cama.

Capítulo 20

Era el día de la boda, entraban las tres de la tarde cuando -después de muchas dificultades-habían logrado ponerle el vestido a Brina y subirla a la carroza que los dirigiría a casa de los Grandiner, donde se celebraría la boda.

Publio iba en la carroza en compañía de sus hermanos, aquello parecía más una reunión de las *águilas* que un cortejo de boda.

—Creo que los lugares de los que habla Brina son indicios de dónde se esconde la *Sombra negra* —dijo Terry—, ¿le has preguntado ya a Gwyneth?

—Claro que no, nos casamos el día de hoy.

—No es como si te estés casando por otra cosa —dijo Kayla con molestia tras saber las verdaderas razones de la boda.

—Tranquiliza tu moral, Kayla —pidió Aine—. Publio lo hace por una buena causa, ¿sabes cuantas personas han muerto gracias a esa persona?

—Claro el "fin justifica los medios", ¿no?

—No empieces Kayla, sabes que cuando eres parte de nuestra familia, tienes que hacer cosas que quizá no parezcan tan agradables —dijo Terry—, todos hemos pasado por ello.

—Aun así, no lo apruebo —dijo la joven, cruzándose de brazos.

Llegaron a casa de los Grandiner, los hermanos bajaron de la carroza y Publio rápidamente sintió cómo Brina se aferraba a sus piernas, soltándose de la mano de su abuela. Publio acogió su cabeza contra él y aceptó su mano para guiarla al interior, para ese momento, ella ya se mostraba cohibida y un tanto intimidada.

—Papi, quiero irme.

—Aguanta un poco —le acarició los hermosos risos rubios—. Nos iremos dentro de poco.

—¡Brina! —le gritó de pronto Tara y la niña inmediatamente sonrió y se fue a jugar con ella.

—Pensé que no la volverías a dejar juntar con ella —se burló Ayla en medio de un susurro.

—Es el mejor de mis males de momento.

Los primos de Bermont se acercaron en medio de griteríos y burlas hacia el mayor de los hombres Hamilton, puesto que nadie espera que él en particular quisiera casarse.

—Raro, raro en verdad —dijo Ashlyn.

—Creo que pensé que se casaría primero Archie —sonrió Sophi.

—Él está prometido ya —rodó los ojos Malcom—, el siempre

perfecto Archivald Pemberton.

—No tengo nada que objetar a ello —sonrió el aludido.

Publio no podía evitar pensar que tenía una familia increíble, no era una persona de amigos, pero, no hacían falta cuando tenías tal cantidad de parientes; se rio, se enojó y volvió a reír con ellos.

—Creo que es hora cariño —interrumpió de pronto Annabella.

—¡Tía! —se abalanzó sobre ella Ashlyn—, oh tía, detén este desastre ¡Será la perdición!

—Oh, Ash, déjate de bromas y vete a sentar.

Con mucho esfuerzo, los Bermont fueron sentados en sus respectivos lugares y él se posó frente al sacerdote y con su hija parada junto a él, parecía algo perdida y se removía en su lugar.

—Tranquila Brina.

—Pero es qué ya me cansé.

—Aguanta un poco más.

Entonces, la música comenzó a sonar y la novia dio paso junto a su hermano, que más que escoltarla, parecía custodiarla para que no se escapara, conociendo a Gwyneth, seguramente lo intentó.

—Wow —suspiró la niña—. Es princesa.

Publio debía darle la razón a su hija, no podía creer que fuera la misma persona que se escondía como un vampiro en el oscuro laboratorio del sótano. Gwyneth lucía impresionante, aunque quizá conservara la tez de un vampiro, todo lo demás parecía demasiado vivo y demasiado bello.

—Te has quedado como un tonto durante todo mi camino.

—Bueno, me has sorprendido.

—Qué halagador —negó—, ni pienses que estaré así de ahora en adelante, a las doce se acaba el hechizo.

Publio dejó salir una carcajada contenida y miró hacia el hombre que comenzaba a hablar sin parar, era lo más tedioso que se lo hubiese ocurrido al hombre, jamás se consideró un hombre creyente a pesar de que su madre era una ferviente servidora de Dios.

Estaba por demás decir que jamás había ido a misa y le pareció que había tomado la decisión correcta al no hacerlo, nunca pensó que se tardaría tanto en casarse con una mujer y, para su gracia, parecía que Gwyneth estaba por las mismas, al ser una mujer de ciencia, no podría esperar menos de ella.

Para su sorpresa, alguien que se mostraba demasiado interesada era Brina, quién parecía bastante acostumbrada a seguir las normativas de la iglesia.

La boda fue agradable a pesar del episodio eclesiástico necesario, de ahí en más, el que estuvieran sus primos le aligeró la carga de estar casado y el bailar con la pequeña Brina le había causado alegría y bastantes risas.

No podía quejarse tampoco de su esposa, quién se integraba con facilidad a los Bermont, lucía preciosa por donde caminara y se adecuaba bien a él, incluso en el baile, donde le tocó comprobar que era verdad que tenía dos pies izquierdos, no era su fuerte, pero no dejaron de reírse por ello.

En ese momento, la pareja estaba sonriendo y bebiendo con los peligrosos Lucca y Jasón, ambos parecían entusiasmados en querer que las copas hicieran estragos en la pareja de recién casados, pero Publio no era de los que se pudiera obligar a beber y Gwyneth había demostrado tener un muy buen aguante al alcohol.

—Vamos primito, sólo lo suficiente para que no tengas cara de amargado —pidió Lucca—, te juro que podrás hacerle el amor a tu esposa en cuanto llegues a casa.

—Claro, estoy seguro que mis funciones viriles no se atenuarían con el alcohol —negó Publio, bebiendo sólo un poco de su copa—, pero me gustaría recordarlo para el día siguiente sin dolor de cabeza.

Los dos hombres estallaron en risas y se miraron en complicidad.

—¿Cuántas veces hemos estado con una mujer y no podemos recordarlo al día siguiente?

—Oh eso es tan vil —se quejó la dama que se había mantenido callada hasta ese momento—, no deberías utilizar a una mujer de esa forma, es bajo incluso para ustedes.

—¿Quién dice que no son ellas las que se aprovechan de nosotros? —pestañeó Jasón.

—Claro, seguramente el enamorarse de ustedes es aprovecharse, a lo que sé, a ninguno de ustedes les gusta meterse con… mujeres de baja cuna, usan la inocencia de quienes se deslumbran por ustedes.

—No les tengo poco afecto —aceptó Lucca—, pero son difíciles de encontrar, sin mencionar los problemas que puedan tener si es que no son cuidadosas, ¿cierto Publio?

Gwyneth se volvió rápidamente hacia su marido, quien mostraba un semblante serio y, si no se equivocaba, incriminatorio.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó extrañada.

—¿Les parece correcto decir tantas estupideces delante de una mujer que aún es impoluta?

—¡Pero si la he visto beber en una cantina! —se burló Jasón.

—No es el punto.

—¿A qué se refieren con “problemas”? —reiteró la joven.

Publio dejó salir el aire de sus pulmones muy despacio.

—Esas mujeres pueden tener enfermedades contagiosas debido a una vida sexual poco cuidadosa —le dijo—. Aunque no tienen que tener la culpa, se pueden contagiar por culpa de un sólo hombre.

Ella pestañeó y frunció el ceño.

—¿Qué pasa si el hombre regresa a casa y contagia a su mujer?

Publio asintió sereno.

—Ese es el problema —la miró—, es peligroso ser libertino sin cuidado de donde o con quien lo estás siendo.

—¿Qué le puede pasar a la esposa que es inocente de la situación? —se volvió hacia él.

—No te preocupes primita —Lucca le tocó el hombro—. No tienes de qué preocuparte con Publio, creemos sinceramente que él ni siquiera sabe de lo que habla fuera del tecnicismo de los libros.

—Sí, él conoce la anatomía de la mujer sólo porque la ha estudiado —se burló Jasón.

Gwyneth miró hacia su esposo, pero este sólo parecía divertido con las palabras burlescas de sus primos, no parecía enojado, tampoco se defendía de ellos, simplemente parecía ignorarlos y divertirse, lo cual ella no entendía, puesto que cualquier hombre que fuera insultado en temas como esos, seguro entraría en cólera y no sería un encuentro agradable.

¿Qué haría? Si acaso los primos tenían razón, entonces los dos estaban en blanco con respecto a lo que se tenía que hacer esa noche. Pese a que vivió en soledad durante mucho tiempo, jamás tuvo un encuentro cercano a lo que se refería tener intimidad con un hombre, al menos no una consensuada… eso hasta esa noche en la que estaba tan borracha que apenas y se acordaba que se le tiró encima al hombre con el que ahora estaba casada.

Era verdad, tenía sus libros *eróticos*, como los había llamado él, pero en ellos sólo ponían la parte dulce del acto amoroso, los besos, abrazos, quizá un toque insinuante y una escapada deshonrosa para estar recostados y abrazados en medio de un jardín, pero nada más, nada que explicara lo que en verdad sucedía.

Con respecto a su aprendizaje de medicina, sus conocimientos eran limitados en cuanto a la reproducción, los maestros tenían especial cuidado en dejar esa parte de lado cuando se les enseñaba a mujeres jóvenes como lo era ella, no se les indicaban señalamientos de lo que se necesitaba para formar una vida, sino que simplemente hablaban de ella y la forma en la que eventualmente nacería. Lo cual le daba una idea, pero al mismo tiempo, la dejaba perdida.

—Ey —Publio deslizó suavemente una mano hasta posarla en la cintura de su esposa—. No hagas caso de mis primos, son idiotas.

—Estoy bien —negó, tratando de ocultar sus dudas—. Iré a buscar a alguna de tus primas, creo que esta conversación ya no es para que una dama la escuche.

—Creo que desde el inicio no lo fue, lo lamento, debí detenerlos.

—Está bien, ellos sólo estaban jugando conmigo.

Publio pestañeó en aceptación y se volvió de regreso con sus familiares, dejándole la oportunidad a Gwyneth de correr hasta

encontrar a Ayla, a ella era la que necesitaba y requería en ese momento, sabía que no era lo más conveniente, pero al final de cuentas, era su única amiga.

—¡Ayla! —la joven rubia se volvió hacia la novia con el ceño fruncido—. Oh, al fin te encuentro.

—¿Qué sucede? —la miró extrañada.

—Quiero… necesito de tu ayuda.

—Claro, ¿Qué pasa?

—Bueno, en realidad —se sonrojó—, quisiera hacerte algunas preguntas, si no te molesta.

Ayla entendió rápidamente hacia donde se dirigía el tema y se vio tentada a huir, pero al ver la cara preocupada y suplicante de esa mujer, no pudo más que suspirar y asentir.

—Vale, vamos a un lugar más… privado.

Gwyneth se alejó junto con ella y Publio se vio tentado a seguirlas, pero se vio impedido.

—Publio —su padre le colocó una fuerte mano sobre el hombro—. ¿Unas palabras?

—Padre, eh, en realidad quería…

—Creo que ellas debes charlar un rato —le palmeó la espalda y sonrió—, ven conmigo.

Publio miró una última vez hacia donde habían desaparecido las dos mujeres y siguió a su padre, quien lo dirigió hasta el despacho.

—Terry me ha contado lo del mapa.

—Sí, parece que Gwyneth sabe más de lo que me ha contado.

—Ella no sabe nada sobre nosotros ¿o sí?

—Tiene una idea, pero creo que no piensa que Brina tiene algo que ver con todo esto.

—Sí, eso era de esperarse —se sentó y miró a su hijo—. ¿Piensas decirle? ¿Involucrarla?

—No creo que se muestre contenta con saberse utilizada, al igual que la niña —negó—, creo que prefiero preguntarselo de forma casual, como lo haría cualquier padre preocupado.

—Me parece bien.

Publio frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Bueno, ya hemos estado en situaciones en las que entramos en conflicto debido a espías, sería mejor tener al margen lo máximo posible a personas nuevas, al menos hasta que comprobemos todo su pasado —le dijo sin más.

—Lo cual quiere decir que ya la estas investigando.

—Te pasaré el informe en cuento lo hayan recaudado todo.

Publio se mostró un tanto incómodo por ello, le parecía extraño tener que investigar a su propia esposa de esa forma, pero aceptó,

porque era lo mejor para ellos, para todos cuanto los rodearan, al final de cuentas, eran Hamilton y estaban llenos de enemigos.

—Ve con tu mujer, Publio, creo que se hace tarde.

—Gracias por cuidar de Brina esta noche.

—Será un placer, tu madre está más que entusiasmada por ello.

—De todas formas, dejaré a Ayla con ustedes, Brina está más tranquila si tiene a alguien que conoce alrededor.

—Me parece bien.

Capítulo 21

Publio salió del despacho de su padre y fue en seguida a buscar a su esposa, ella se encontraba riendo y charlando con sus primas, así que se acercó lentamente y posó una mano por su cintura para llamarle la atención.

Ella pareció tensarse, pero volvió la cara con una sonrisa.

—¡No debes estar tan asustada! —sonrió Sophia con ternura y cogió la oreja de su primo—. Estoy segura que será un caballero.

—Soy un caballero —se apartó de Sophia y miró a su esposa—. ¿Por qué deberías estar asustada?

—Ninguna razón —se apuró a decir—, ellas están jugando.

—Bien, vamos, tenemos que ir a casa.

Publio se despidió de sus familiares y se detuvo ante el hermano de su esposa, quien le tendió una mano amistosa y sonrió de lado.

—Espero que no haya inconvenientes —miró a su hermana, advirtiéndole o quizá amenazándola.

—No creo que los haya —él la abrazó—, será mejor que nos marchemos, no queremos que se haga tan tarde.

—Claro —el hombre se apartó—, de todas formas, mi mujer acudirá mañana temprano para comprobar que todo esté bien.

—No será necesario.

—Será un placer, mi lord, es una tradición de la familia Grandiner saber si las mujeres de su estirpe cumplen con los estándares marcados desde su nacimiento.

Gwyneth bajó la cabeza y asintió.

—Serás bienvenida, cuñada, a comprobar lo que gustes.

—Perfecto.

—Eso es horrible —Micaela susurró a su marido.

—Bueno, al menos no se irá a sentar ahí toda la noche —dijo Sophia, a punto de escupir en esas personas.

Publio tomó a su esposa y caminó lejos de la pareja, pensando en lo terrible que debió ser crecer bajo el yugo de alguien así. Ayla los esperaba junto a la puerta, con la pequeña Brina en camisón y llorosa como si se hubiese caído de la cama, tal parecía que había estado dormida junto con Tara, la hija de los Grandiner.

—Brina —se agachó Publio y ella corrió a él.

—Papi, no me dejes.

—Sólo será esta noche —le tocó la mejilla—, Gwyneth y yo tenemos cosas de las qué charlar y es mejor que estés con Ayla.

—Pero prometo no meterme, prometo estar callada en mi

habitación —se frotó los ojos.

—La abuela en serio quiere tenerte esta noche con ella, se encuentra bastante triste —le dijo Publio.

—¿La abuela está triste? —levantó la vista hacia la mujer mayor.

—Sí, querida, pensé que podrías alegrarme la noche.

—¿Tu tampoco querías que papi se casara? —dijo esperanzada.

Los presentes dejaron salir una pequeña risa.

—Regresaré por ti temprano por la mañana —le besó la mejilla y la entregó a Ayla—. Cuídala, por favor.

—Estaremos bien.

Gwyneth sonrió hacia Brina, pero esta la miró recelosa y le volvió la cara con aplomo, volviendo a sacar risas de los invitados y dejándolos marchar al fin.

El viaje en carroza fue relajante, ambos se enfocaron en hablar del trabajo que Gwyneth realizaba, en eso jamás había problemas y se entendían a la perfección, pero, en cuanto al fin llegaron a casa, Gwyneth pareció cambiar su actitud segura por una sumamente nerviosa, era como si fuera la primera vez que entraba a casa de Publio, pero eso no era verdad y ambos lo sabían bien.

—¿No piensas bajar?

Ella meneó la cabeza y asintió, tomando la mano que le ofrecía su esposo para bajar de la carroza. Ambos entraron en la casa que estaría vacía, parecía tremendamente enorme cuando no se encontraban ningún sirviente, paciente, Brina o Ayla por el lugar.

—¿Quieres tomar algo?

—No —susurró—, estoy bien.

—Vamos —le tomó la mano y la guío por las escaleras.

Gwyneth nunca había entrado a las habitaciones del hombre, de hecho, apenas y recordaba dos veces en las que había subido las escaleras y había sido a causa de Brina. Sintió que su respiración se entrecortaba cuando él se detuvo frente a unas puertas dobles y le soltaba la mano para abrirlas.

Ella se quedó estática en el umbral de la puerta, mirando la oscuridad interior con recelo y nerviosismo, quería salir corriendo hacia la dirección contraria, pero seguro que Publio la alcanzaría y la traería de regreso, le daba vergüenza pensar en esa escena, así que tomó valor de donde no lo había y entró, esperando a que él encendiera las luces de la habitación.

—¿Quieres que llame a alguien para que te ayude a cambiarte de ropa? —concedió.

—No —susurró—, no, creo que estaré bien si usted me lo quita.

Publio asintió y se acercó a ella, notando como la respiración de la joven volvía a acelerarse.

—Dime, ¿quieres preguntarme algo?

Ella lo miró.

—¿En verdad?

—Sí —le acarició la mejilla—. Lo que quieras.

—Créame que soy una aprendiz excelente, si me enseña a… hacer correctamente esto, no lo volveré a preguntar.

—Entonces, ¿en qué quieres que te instruya?

—Bueno —ella bajó la cabeza—. Conozco la anatomía del hombre y la mujer, como sabrá, soy médica, pero… ciertamente, no tengo idea de cómo funciona el proceso.

—Entiendo.

—Sin embargo, hay un tema que me inquieta más que cualquier otro —Publio se quedó impasible en su lugar, esperando a que continuara—. Lo de la sangre… bueno, no sé cómo funcione esto o si se debe coordinar, pero estoy más que segura que justo ahora no podré… *manchar* las sábanas como esperan mis parientes, ¿Qué haremos entonces?

Publio trató de no reír con ello, disimuló lo mejor que pudo su sonrisa y se volvió a acercar a ella.

—Esta sangre no tiene nada que ver con el de tus ciclos mensuales —le dijo tranquilo.

—¿No? ¿Por qué he de sangrar entonces? —negó—. Escuché un rumor cuando vivía en París, sobre una señorita que se casó y no machó las sábanas, esa misma noche fue regresada a su casa, repudiada y divorciada por falta de decoro, ¿Cómo es eso?

—Bueno, de hecho, esa mancha de virtud no siempre ocurre, se puede perder por muchas cosas, como montar a caballo o por un fuerte golpe.

—¿Un fuerte golpe? Me he golpeado muchas veces.

Publio en serio pensaba que esa conversación no le tendría ningún sentido por más que se lo explicara, ella no lo entendería hasta que dejara de ser doncella y se hiciera mujer.

—No creo que te hayas golpeado fuertemente en esa zona en específico, es poco probable.

—Mmm… ¿He de sangrar siempre que tenga amores con usted?

—No, es cosa de una sola vez.

—¿Y si no sangro?

—Sabré enmendar la situación.

—¿Me regresará con mi hermano? —dijo asustada.

—Por supuesto que no.

Ella asintió un poco más tranquila al saber que, aunque no saliera sangre de su cuerpo esa noche, él no pesaba regresarla con su hermano, aunque la venida de su cuñada al día siguiente la ponía nerviosa… pero él dijo que sabría solucionarlo.

—¿Tienes más preguntas?

—Creo que terminé.

—¿En serio? Apenas estamos comenzando —sonrió.

Publio quizá no fuera un hombre que se guiara por deseos carnales, sabía dominarse bastante bien para colocarlos en un nivel muy bajo de prioridades, pero eso no quería decir que no recordara lo bien que se sintió besar a esa mujer aquella noche en la que ella se había pasado de copas.

Publio tomó por la cintura a su esposa y la miró por un tiempo indefinido, logrando turbarla lo suficiente como para que se sonrojara y bajara la cabeza.

—Deje de hacer eso.

—¿Qué cosa?

—Eso, tratar de intimidarme, no funcionará.

—Creo que funciona, disfrutaré de eso el tiempo que dure, sé que en cuanto *aprenda* sobre el tema, esto desaparecerá para siempre.

—¿Prefiere tener a una asustadiza puritana en la cama? —dijo con aplomo y orgullo.

—No, creo que me gustará mucho en lo que tú te conviertas.

Ella deslizó sus manos sobre los brazos de Publio hasta posarlos en sus hombros, en sus ojos había el brillo que él había identificado como curiosidad nata y las ganas que siempre tenía por aprender. Era obvio que no quería ser sumisa en el asunto, puesto que acercó su cuerpo al de él hasta hacer que sus pechos se tocaran y presionó un beso en los labios de su esposo.

Publio abrió un poco la boca y atrapó la comisura de aquella atrevida mujer, estaba más que seguro que eso lo había leído en su libro erótico, así que sonrió y la abrazó con fuerza, le compraría cientos de esos libros si la hacían así de intrépida en temas íntimos.

—El vestido —susurró la joven contra los labios de su marido, besándolo inmediatamente después—. Quítame el vestido.

Publio sonrió, pero no acató, definitivamente sería una guerra y planeaba ganar, así que siguió besando las partes visibles de su cuerpo, pero no hacía nada por quitar ni una sola de sus prendas.

—Publio…

—¿Qué sucede? —la besó una vez más y le sonrió—. ¿Quieres que me detenga?

—¡No! —ella se molestó al darse cuenta que lo hacía a posta—. No debería burlarse de una mujer que está experimentando esto por primera vez.

—Lo lamento —le tocó la mejilla—, me agrada saber que, por una vez, no sabes lo que pasará a continuación.

—¿Quiere aprovecharse de mí en ese sentido? —negó—. Es tonto y demasiado triste que haga eso, puesto que la inteligencia de una mujer no debería apabullar la virilidad de un hombre.

—Oh, creo que hace todo lo contrario —la besó de nuevo y, en esa ocasión, si le comenzó a desabrochar el vestido.

Gwyneth se abrazaba con fuerza al cuerpo fuerte de su marido, sentía que las sensaciones la harían caer al piso, de hecho, parecía ser que sus piernas estaban perdiendo el control y de un momento a otro no serían capaces de mantenerla.

Publio caminó con ella, dirigiéndola lentamente hacia la cama y tirando prendas en el camino a ella, Gwyneth casi estaba completamente desnuda, pero él estaba totalmente vestido, quizá un poco desalineado, pero ella no era capaz de ver piel.

—Me parece injusto que yo esté sólo con una camisola cuando usted está completamente vestido —lo detuvo en sus intentos de besarle la clavícula—. ¿Quiere… quiere qué le ayude?

El hombre sonrió insinuante y en su mirada se podía leer la perversidad y la excitación que le habían causado esas palabras.

—Deberías.

Ella asintió y elevó las manos hasta la frac que cayó de sus hombros junto con el chaleco, después, fue hacia los botones de su camisa, concentrándose en eso y no en la fiera mirada que Publio tenía sobre ella, trataba de no temblar, pero eso era prácticamente imposible cuando él tenía las claras intenciones de hacerla sufrir mientras estaba en su tarea.

Publio pasaba sus manos por los hombros, la clavícula y entre el valle de los pechos de su mujer, incluso más abajo, hasta su obligo, delineándolo despacio; ella aún tenía el camisón de seda, pero eso no evitaba que su piel reaccionara a él, expectante por lo que su toque pudiera hacerle.

Gwyneth reprimió un gemido entre sus labios y cerró los ojos al sentir que él pasaba sus manos hacia sus caderas y poco más abajo, apretándola contra él.

—Eso… no es justo.

—¿Qué cosa? —él se quitó la camisa y la tiró al suelo.

Los ojos de Gwyneth ardían en deseo, estiró los brazos para que él la tomara y ambos se dejaron caer en la cama, aceptó con regocijo el peso del cuerpo de su marido, era una sensación electrizante tenerlo tan cerca, sin inhibición, piel con piel, ambos besando, ambos suspirando y disfrutando con el otro.

Gwyneth sonrió y se permitió pasear sus manos por el cuerpo de su marido, memorizando cada borde trabajado, la suavidad, el vello en su pecho y la forma en la que la apretaba contra él, en la que la rodeaba con suavidad con sus manos, fundiéndola en un abrazo que la sacaba de sus cabales y la concentraba sólo en él.

De un momento a otro, ella se percató de que no había ropas que los estuvieran separando, podía sentir todo lo que era Publio y él

podía decir lo mismo de ella; le habían dicho que el acto amoroso era placentero, pero jamás hubiera podido imaginarse que lo fuera tanto, las manos de Publio eran expertas en sacar latidos de su corazón, sus labios eran conocedores de las zonas de deleite y todo él parecía sacarla de sí y hacerla una esclava de lo que podía hacerla sentir.

Publio miraba a su esposa mientras se retorcía debajo de él, pidiéndole con el cuerpo algo que ciertamente desconocía, pero ya anhelaba, hacía tiempo que las palabras habían dejado de hacerse oír y ella sólo era capaz de gemir, gritar y decir su nombre.

La había preparado en todo lo que era posible para el momento de su unión, así que, la besó para hacerla que se concentrara en esa parte en especial y no en la forma en la que pensaba invadir su cuerpo, trató de deslizarse en ella lentamente y con tiento, y ella no se quejó, dándole a entender que las cosas estaban bien, al menos hasta ese momento.

Publio levantó la mirada y sonrió al notarla con los ojos especialmente abiertos, lo miraba fijamente y abría la boca cada vez un poco más, sin poder decir ni una palabra, parecía extasiada pero confundida. Publio se acercó a sus labios y la besó, ella lo abrazó con fuerza, elevando sus piernas y envolviendo su cadera, aceptando los movimientos sedantes y rítmicos que prosiguieron a llevarla a la cumbre del deseo y la plenitud.

Publio la miró arquearse en medio de su deleite y la besó dulcemente mientras se apartaba de ella y se recostaba a su lado, satisfecho y cansado, era una mujer extraordinaria.

Ella se mantuvo en silencio por unos cuantos momentos y, después y de la nada, comenzó a reírse, girando su cuerpo para que quedara con medio torso sobre él.

—¿Cómo es que no se ha burlado de mí con las preguntas de antes? —le dijo juguetona—. Fueron especialmente tontas.

Publio sonrió y le acarició la mejilla.

—Estabas nerviosa, no haría tal cosa, comprendo lo que sentiste.

—Fuiste bueno conmigo —sonrió esplendorosa—. Pero tengo una pregunta más qué hacerte.

—Dime.

—De no haber sangrado como lo he hecho —miró la sábana—. ¿Qué hubieras hecho?

—Bueno —acomodó sus brazos por detrás de su cabeza—. Hubiera cortado mi mano y dejado la *mancha de tu pudor*.

—¿En verdad?

—Sí —la miró—, un caballero sabe qué hacer en estas situaciones, no todo el mundo logra esperar a la noche de bodas.

—Entiendo muy bien el por qué —se recostó en su pecho—, aunque sé que no todas lo pasan tan bien.

—Me alegro. Lo último que hubiese querido, era lastimarte.

—En definitiva, no lo has hecho —lo miró sonriente.

Publio parecía tranquilo, mirando hacia el techo con las manos detrás de su cabeza, parecía estar pensando en algo, ella misma sentía que tenía mil cosas revolviéndose en su cabeza. Le hubiera gustado permanecer recostada en él, pero sabía que era un acercamiento que lo estaría incomodando, ya en una ocasión él había expuesto que entre ellos era excesivo ese tipo de contacto.

Pero ahora estaban casados y acababan de hacer el amor, ¿algo habría cambiado en su situación? En realidad, no tenía idea y no era como si necesitara descubrirlo en ese momento en el que se sentía tan tranquila y satisfecha.

Gwyneth dejó salir un suspiro y se apartó, recostándose en su propia almohada, sonriendo plácida y dejando salir una leve risita al recordar la plática con los primos de su marido; cómo le gustaría decirles que estaban muy equivocados, Publio sabía muy bien cómo complacer a una mujer, le había faltado muy poco para hacerla perder la cabeza por completo y lo peor de todo era que sabía que se había limitado por ser ella virgen, ¿qué pasaría ahora que ya no lo era?

Capítulo 22

Gwyneth no tenía idea de qué hora fuera, pero despertó gracias a los insistentes toques que alguien hacía a la puerta, se sentó en la cama, cubriendo su cuerpo con la sábana que estaba en su cintura y miró a su alrededor, dándose cuenta que estaba sola en la cama, casi pareciera que no había ocurrido nada la noche pasada.

Se puso en pie rápidamente y tomó una bata que estaba doblada en una silla cercana a su lado de la cama, no pudo evitar notar que todas las ropas que anteriormente habían sido tiradas en el suelo, estaban recogidas y pulcramente dobladas sobre un cajonero, frunció el ceño y abrió la puerta mientras terminaba de cerrar su bata.

—Al fin abres —se introdujo su cuñada—, debería darte vergüenza, tu marido se ha despertado con el alba, fue por la niña a casa de sus padres y justo ahora está trabajando.

—¿Publio está trabajando ya? —ella intentó arreglar su cabello.

—Sí —la señora Grandiner se encargaba de quitar las sábanas con sangre y guardarlas—. Deberías ir a cambiarte.

Ella miró a su alrededor sin saber qué hacer, sus ropas no estaban ahí, de hecho, no recordaba haber mandado llevar nada a esa casa, no podía creer lo estúpido de su actuar, pero entonces, una doncella pasó a la habitación, se sonrojó al darse cuenta de lo que hacía la señora Grandiner y se inclinó ante Gwyneth.

—Mi nombre es Leonor, señora —se inclinó sonriente—, el señor me ha ordenado ser su doncella personal.

—Oh —ella se avergonzó, no recordaba la última vez que ella tuvo una doncella personal—. Bueno… quizá me ayudes a mandar traer mi ropa, olvidé ese pequeño detalle.

—¿Pequeño detalle? —se volvió lady Grandiner—. Debiste preverlo, ni siquiera te has involucrado en la boda, lo único que tenías que hacer era adquirir un ajuar adecuado y no lo has hecho.

—En realidad, mi señora —interrumpió la doncella—, el señor Publio ordenó su ajuar hace tiempo, todo está en una de las habitaciones de por aquí.

Gwyneth se mostró impresionada y vio cómo su cuñada reaccionaba de la misma manera, al tiempo que prácticamente corría en busca del supuesto ajuar. La doncella parecía un poco extrañada, pero las siguió y después guío hasta la recámara del ajuar.

Ambas mujeres quedaron asombradas ante el esplendor que aquel lugar, seguramente cualquier mujer hubiese gritado de emoción al ver tales telas formando vestidos, zapatos, camisones, joyas y demás

indumentaria femenina, pero en lo único que Gwyneth podía pensar, era en cómo había sabido Publio su talla.

—En verdad que tienes un marido de lo más espléndido.

—¿Quiere que la ayude a cambiar, mi señora? —dijo complacida la doncella, orgullosa de su señor.

—Gracias Leonor, si me haces el favor —dijo sin palabras y miró a su cuñada—. Bueno supongo que tienes todo lo que necesitas, ahora, ¿necesitas que te muestre la salida?

—Pero qué grosera —negó—, sólo Dios sabe lo que le espera a tu marido estando a tu lado.

La mujer salió dando pestes y Gwyneth al fin se sintió aliviada, ya jamás la tendría que volver a ver, ahora ella estaba casada y su primer deber era con la familia de su marido, con la que formaran.

—Bien, Leonor, ayúdame —dijo contenta, dejando que la doncella escogiera las ropas que quisiera para ella.

Gwyneth creía que todo lo que había en esa habitación era demasiado elegante para las tareas del laboratorio, así que decidió que lo primero que haría, sería ir por sus comunes ropas de trabajo a la posada y después regresaría a agradecer a Publio por ello.

La joven dejó que le colocaran en sombrero sobre su peinado cabello y estuvo a punto de salir, pero fue detenida por un jalón firme en su vestido. Al volver la vista, se topó de frente con Brina, quien la miraba altiva y con clara desaprobación.

—¿A dónde vas?

—Saldré por un momento Brina.

—Quiero ir contigo.

La joven se sorprendió.

—¿En serio?

—Sí, supongo que no has desayunado y desayunarás fuera, quiero desayunar fuera.

—Pensé que querrías estar con tu papi.

—Estaba con él.

—Bien, si eso quieres —Gwyneth se agachó para colocarle el pequeño sombrero que le entregaba una doncella y asintió—. Lista, por favor, avisen a mi lord que tuvimos que salir.

—Como ordene, mi señora —asintió la joven doncella, sonriendo ante la imagen de la niña tomando la mano de su madrastra con dignidad.

Ambas salieron tranquilamente por la puerta y prometían no volver hasta bien entrada la mañana, puesto que incluso habían pedido llevarse la carroza.

Publio salió de su consultorio a eso de las diez, dándose cuenta que había una tranquilidad que no era nada normal considerando que tenía una niña de cuatro años y una esposa como Gwyneth.

—¿Dónde está Brina? —preguntó a Ayla, quien pasaba por ahí con la cara sumida en los papeles que tenía en sus manos.

—¿No estaba contigo?

—Oh, señor, lo he esperado hasta ahora —se acercó la doncella de Gwyneth—. La señora me ha dejado dicho que le informara sobre su paradero.

—¿El cuál es?

—Ella salió con la niña Brina, dijeron algo de desayunar, pero creo que la señora tenía planeado ir por sus vestidos.

—¿No le mostraron la habitación para ella?

—Sí, mi señor, pero ella insistió.

Publio suspiró enojado y miró a Ayla.

—No pueden salir solas, iré por ellas.

—Sí —ella caminó junto a Publio—. ¿Qué tal tu noche? Me pregunto si ella habrá notado el plan macabro.

—Te aseguro que no tenía en mi cabeza tal plan en ese momento.

—¿Por qué no pueden salir solas?

—Porque desde hace tiempo que nos tienen vigilados y si ven a Gwyneth y a Brina solas, será un buen momento para atacarlas.

—¿Llevarse a Brina?

—Seguramente —Publio colocó su saco y salió de la casa—. Dile a quien llegue que atenderé hasta en la tarde.

—Claro, aunque nadie te hubiera culpado si te tomabas el día, ya sabes, primer día de casado.

—No estoy para esas tonterías y creo que Gwyneth tampoco.

—A ella de todas formas no se lo has permitido.

—No pensé que te importara tanto.

—Me da algo de tristeza, ni siquiera sabe lo que es tener a alguien interesado en su bien despertar —elevó una ceja—, muchos de mis amantes esperaban a que despertara antes de irse.

—No me des dolores de cabeza, Ayla, por favor.

Gwyneth había mandado de regreso la carroza de su marido con sus ropas sacadas de la pensión y en ese momento se encontraba en una mesa del jardín en uno de los restaurantes más famosos del momento en Londres, tenía que dar gracias a que se encontró a Micaela y Matteo a las afueras del mismo, dándoles un recibimiento especial al ser los dueños del establecimiento.

—¡Yo quiero este! —dijo la niña, la habían sentado en una silla especial para que alcanzara la mesa y ahora se mostraba alegre, moviendo sus piernitas mientras leía.

Muchos de los comensales pensaban que la niña estaría jugando y en realidad no podría leer el menú, sobre todo porque había muchas cosas en italiano y otras en francés. Pero la realidad era, que Brina era capaz de hacerlo y si estaba pidiendo algo, lo decía en serio.

—Bien, ¿Qué quieres tomar?

—Mmm… ¿Qué tomarás tú?

—Jugo, pero creo que niñas como tú deben tomar leche.

—No me gusta la leche.

—Te ayudará a crecer como tu papi —elevó una ceja.

—¡Está bien! ¡Leche chocolatada!

—Bien —Gwyneth dejó el menú y miró al mesero que parecía más que sorprendido por la hazaña de la pequeña, pero se fue sin decir palabra, lo cual se agradeció.

Brina mantuvo el silencio durante un largo momento, para después soltar la bomba sin ninguna clase de inhibición.

—¿Por qué estabas dormida en la habitación de papá? —dijo la niña, provocando que Gwyneth escupiera un poco del agua que había intentado ingerir—. Puaj, eso es asqueroso.

—Lo siento —se limpió con la servilleta de tela—. ¿Tú… cómo lo has sabido?

—Yo sé bien donde está la recámara de papá, pero él siempre está solo y si no está en casa, nadie puede entrar ahí.

—Bueno, tu papá y yo tendremos que compartir recámara, lo que pasa es que la mía no está lista.

—Te presto la mía —dijo segura—. Así no incomodas a papá.

Gwyneth sonrió y miró a la niña.

—No me vas a perdonar que me haya casado con él, ¿verdad?

La niña frunció el ceño y negó.

—Tú eras mí amiga.

—Y lo sigo siendo ¿Por qué no me dejas intentarlo? Verás que te agrada que sea tu… bueno, lo que quieras que sea.

—No quiero —se cruzó de brazos—. ¿Qué le has dicho a papá?

—¿Decir de qué?

—Secretos, mis secretos.

—No le contaría a nadie los secretos que me has confiado.

—¿De verdad? ¿Aunque te guste papá?

—Tú y yo somos una cosa, él y yo otra.

—Papá dice eso —asistió—. Ayla le contaba secretos de Brina a papá, no me gusta que digan secretos.

—Bueno, nosotras fuimos amigas antes de que tu papá me pidiera en matrimonio, entonces, tienes preferencia en lealtad.

Brina sonrió complacida.

—¿Seguirás siendo mi amiga? ¿Aún sobre papá?

—Claro, nosotras nos quisimos primero.

—¿Me quieres?

—¡Por supuesto que te quiero, Brina! —acercó la silla de la niña y la abrazó—. ¡Te quiero muchísimo!

—¿Más que a papá?

—Más que a papá.

—¿Más que a la libreta de anotaciones?

—Más, aún más.

—Qué bueno, porque la rompí —sonrió avergonzada.

—La parte positiva es que me enseñaste a hacer copias.

Ambas sonrieron y comenzaron a comer, ahora si parecían madre e hija y las personas a sus alrededores se regocijaban de haber salido a desayunar esa mañana, jamás pensarían que una mujer recién casada saldría de casa al día siguiente de su boda, pero entendían que era importante la conexión que pudiera tener con la niña del hombre con el que se casó y, parecía ser que era buena, bastante buena.

Publio llegó al restaurante pasada media hora, ambas estaban terminando de comer y lo miraron impresionadas, no pensaron que serían perseguidas por él, mucho menos hasta un restaurante. El hombre miraba la escena como si no la comprendiera, ambas mujeres parecían sacadas de una revista para madres, sentadas en aquel jardín con flores, bajo una sombrilla y manteles blancos.

—¡Papi! —gritó la pequeña, poniéndose de pie en la silla y alzando los brazos para ser cargada—. ¡Gwyneth me ha dicho que me he portado bien! Me traerá de nuevo la siguiente semana.

—Me alegro —le besó la mejilla y dejó que se recostara en su hombro—. ¿Por qué no me has avisado?

—Pero si dejé encargado que te avisaran.

Ella se puso en pie, mostrando su hermosa figura enfundada en uno de los vestidos finos que le había comprado y se acercó hasta él, plantándole un beso en la mejilla como saludo.

—¿Has pagado ya?

—Sí —sonrió—. Todo listo.

—Bien, volvamos a casa —le pasó una mano por la cintura y la encaminó a la salida mientras Brina seguía parloteando.

—Y luego papá, entramos a ese lugar que olía feo y había mucha gente que miraba raro, pero Gwyny los conocía y me regalaron un pez, pero lo dejé en la carroza junto con Larry, me dijo que lo pondría en una pecera al llegar a casa.

—¿Notaste algo extraño? —Publio preguntó a su esposa mientras llevaba a la niña de la mano.

—Extraño en qué sentido.

—Sabes de lo que hablo, lo que pasó en el parque aquella vez no fue casualidad, no pueden salir de esa forma, menos solas.

—La posada es cerca, jamás pensé en exponer a Brina.

—Pero lo hiciste, es riesgoso, pensé que tenías el suficiente miedo y cerebro como para no arriesgarte con ella.

Ella lo miró con reproche.

—No tenía miedo y sí que tengo cerebro.

—No lo parece. Y que recuerde, ese día estabas pálida y apunto de desfallecer, es sorprendente, ya que tu piel de por sí es más blanca que la de un muerto. Estoy más que seguro no serías capaz de proteger a Brina si algo ocurriese.

—Bien, no volveré a salir con Brina a ningún lado, si es lo que quiere —dijo, molesta.

—¿Por qué no puedo salir con Gwyny? —entristeció la niña.

—No he dicho eso —les dijo a ambas—. Dije que no pueden salir solas, tendrán compañía de ahora en adelante.

—¿Por qué? —lo miró enojada Gwyneth—. Siempre he podido andar por Londres sin perderme o dañarme.

Él la tomó del brazo y la hizo parar, enfrentándolo.

—Ahora eres mi esposa y espero que al menos tengas una idea de lo que eso significa, mi apellido no es cualquiera —la miró con dureza—. Si uno de nuestros contrarios supiera quién eres, te usarían en mi contra.

—No creo que les sirva de nada capturarme —le dijo enojada y mirándolo de arriba hacia abajo—, de todas formas, no harías nada de lo que te pidieran para traerme de regreso.

—Déjate de tonterías, Gwyneth.

—Papá, ¿por qué le hablas feo a Gwyny?

El hombre se mostró un tanto desajustado, pero sonrió.

—Lo siento, me asusté cuando supe que estaban solas.

—Pero ella se portó bien, me llevó a desayunar y me regalaron un pez —dijo la niña.

—Sí, me alegro de que se lleven bien de nuevo.

Publio miró a su esposa, quien parecía enojada, no sabía cómo, pero había logrado hacer que Brina la quisiera de nuevo y eso era bueno, demasiado bueno para él y para todos en realidad. Cerró los ojos, era verdad que nunca sabía cómo tratar con las mujeres en el diario vivir, era un hombre solitario, duro y muy frío, pero ahora estaba casado, tendría que aprender a medirse.

Le tomó la mano con delicadeza y la acomodó en su antebrazo para escoltarla, ella no la apartó, pero ni siquiera lo miró durante todo el camino de regreso.

—Bien, tengo algo que hacer —dijo cuando estuvieron frente a la casa de Publio—. No me esperen para comer.

—Brina pásate y dile a Ayla que has llegado, tienes que seguir con las lecciones.

—¡No! —se entristeció—. No quiero, ¡Gwyny, ayúdame!

—Creo que es buena idea lo que dice tú papá ¿no habías dicho que querías ser una científica? Para eso se necesita estudiar.

—¿Podré ir al laboratorio contigo?

—Bueno, habrá que ver que tanto aprendes.

La niña sonrió y comenzó a gritarle a Ayla, la joven esposa se enderezó y miró con seriedad a Publio.

—¿Cómo has recuperado su amistad?

—Hablando con ella —le dijo obvia, volviéndose hacia otro lado para colocarse los guantes en las manos.

—Gwyneth, lo lamento, no quise ser tan duro.

—Estoy perfectamente bien —le dijo con dureza—, si me disculpa, mi lord, en serio tengo algo que hacer, ¿o es que tampoco se me permite ir a la universidad?

—No te he prohibido hacer nada.

—Con su permiso —se tomó las faldas e hizo ademán de bajar los escalones de la fachada, pero Publio se lo impidió, acercándola a él, poniéndola de nervios—. ¿Qué sucede?

—Es nuestro primer día de casados.

—Eso lo sé.

—Bueno, deberías quedarte.

—¿Para qué? ¿Planea seguir gritándome?

—Bueno, creo que prefiero cuando tú gritas —sonrió perverso, con un brillo en los ojos—, en realidad, me sorprende que puedas hablar después de lo de anoche.

Ella enrojeció y lo miró enervada.

—¿Cómo se atreve a decirme tales cosas?

—¿Qué tiene? Nadie más lo está escuchando y los dos estuvimos en esa cama ayer, no le veo lo malo o el motivo de esconderlo.

—Parece que no pasó una noche tan deleitante como la mía, señor, puesto que ni siquiera avisó de su salida.

—Tuve una urgencia médica y de ahí vinieron más —se inclinó de hombros—. Pensé en dejarte descansar.

—Qué cordial —Publio sonrío y la acercó hasta plantarle un beso que ella rompió al estar en la calle, donde todos pudieron verlos—. No haga eso, qué maleducado.

—Eres mi esposa y te estoy despidiendo.

—Bueno, entonces suélteme para que pueda irme.

—Mmm… lo estoy pensando.

—Déjese de bromas —Publio le plantó otro beso presuroso y la dejó marchar, seguro que ella seguía enojada, pero podía hacer nada para remediarlo de momento.

De pronto un hombre se posó detrás de él, silencioso y en espera.

—¿Mi lord?

—Síganla a todas partes —dijo—. Si ven cualquier situación extraña, me informas, quiero saber las personas con las que está y también de lo que hablan.

—Sí, mi señor.

Ayla miró la escena mientras negaba con la cabeza, era un hombre

frío, más frío de lo que pudo haber imaginado, incluso la había retenido el tiempo suficiente para que llegara el hombre destinado a seguir y escuchar a la mujer de Publio Hamilton.

Era terrible, pero era algo que los Hamilton tenían que hacer con todos los de su alrededor, sus vidas estaban en constante peligro y no podían confiar ni en su propia sombra.

Capítulo 23

Publio seguía en su despacho, era consciente de lo tarde que se había hecho, ya no era nada nuevo, habían sido días pesados tanto en el consultorio como en la cofradía, ni siquiera recordaba la última vez que había visto a su esposa despierta, ya que ella también estaba ocupada la gran parte del día y, cuando regresaba a la habitación, estaba completamente dormida.

—Publio, ha llegado esta nota urgente y creo… —Ayla levantó la vista y frunció el ceño—. ¿Te encuentras bien?

—En realidad, me duele bastante la cabeza.

—Eso se debe a tu poco descanso y tu tendencia a saltarte comidas —negó la rubia, corriendo hacia una gaveta para sacar el tónico que necesitaba Publio.

—Gracias —le sonrió cuando le tendió el vaso y comenzó a ingerirlo—. ¿Cómo han ido las cosas? ¿Cómo está Brina y Gwyneth?

—Deberías estar más con ellas y preguntarles tú mismo en lugar de esperar informes de las personas que las siguen.

—No he tenido tiempo —suspiró cansado y la miró—. He de suponer que no las has perdido de vista.

—Claro que no —se acercó y comenzó a masajearle las sienes, como lo hacía siempre—. Ellas están bien, Gwyneth trabaja tanto como tú, pero ella duerme lo suficiente y Brina parece querer seguirla a todos lados.

—Me alegra que se vuelvan a llevar bien.

—Sí, creo que han hecho una clase de hermandad, hablan en susurros y Brina corre a ella cada vez que se asusta o quiere llorar.

—¿Sabes las razones?

—No, cuando pregunto, ellas dicen algo como “secreto de amistad” lo que quiera que signifique.

—Significa que Gwyneth ha abierto el cofre de los secretos de Brina, tal y como imaginé que haría.

—Supongo que estarás contento.

—Bastante, analicé lo suficiente como para saber que era una tirada segura el casarme con ella —Publio entonces apartó las manos de Ayla de sí y miró hacia la puerta, quedándose en silencio por un largo momento para después ordenar a su amiga—: ve a revisar.

La joven salió presurosa hacia el pasillo, pero no vio a nadie ahí, frunció el ceño y negó hacia Publio, haciéndole saber que todo estaba bien ahí afuera. El hombre se puso en pie, tomó sus cosas y decidió que daría por terminado el día, se despidió de su amiga y subió las

escaleras hacia su habitación.

Se detuvo un momento en el cuarto de Brina, comprobando que siguiera ahí, la niña descansaba tranquila, recostada en su cama con el camisón rosado casi en el cuello, se lo acomodó, la arropó de nuevo y le dio un beso en la mejilla, acomodando en sus brazos la muñeca que Gwyneth le había dado y ella jamás soltaba.

Entró a su habitación que estaba en una total oscuridad, la estufa seguía encendida, dando un leve resplandor rojizo por medio de las rejillas que proporcionaban calor a la habitación, todo parecía tranquilo y en su estado normal.

Se quitó las ropas en silencio y se metió a la cama con el pantalón de dormir, esperó unos segundos y entonces, habló.

—¿Cuánto tiempo piensas fingir, Gwyneth? —ella no contestó—. No importa cuanto lo intentes, sé que bajaste al despacho hace unos momentos, aún tienes el corazón acelerado.

Ella apretó los ojos con fuerza y trató de controlarse, sintió como Publio se acercaba lentamente a ella, lo cual no pudo soportar y se movió para alejarse.

—Tengo calor, por favor, manténgase de su lado de la cama.

—Entonces deberíamos apagar la estufa, ¿cierto?

—Me dará frío —se negó—, estoy en mi temperatura adecuada si no me abraza.

—¿En verdad?

—Sí, ¿algún problema?

Publio suspiró.

—No malinterpretes las cosas, Gwyneth, no pasó nada.

—No sé qué esté pensando, me interesa poco lo que pase entre Ayla y usted —mintió—. Pero no me gusta que diga con tanta indiferencia que analizó lo suficiente que el casarse conmigo era una tirada segura ¿una tirada segura para qué?

—Bueno, es segura porque sé que eres una persona tan ocupada como yo y comprenderías la situación si hay noches en las que tardo en subir o no subo para nada, a eso me refería.

Gwyneth pareció entender aquello, aunque fue una mentira sacada de la manga de su marido, ella no tendría por qué saberlo. Lo que en realidad le molestaba era esa cercanía entre Ayla y él, no era que ya sintiera amor por él, ni siquiera lo sentía como alguien cercano, pero le molestaba que la respetara tan poco.

—Creo que deberíamos tener habitaciones separadas.

—No pienso amueblar otra recámara.

—Pero… se lo estoy pidiendo —miró sobre su hombro.

Publio tenía una posición relajada, con las manos bajo su cabeza y la mirada perdida en el techo de la habitación.

—Y yo me estoy negando —ella se volvió, dándole la espalda de

nuevo y pareció resplandecer en molestia—. Gwyneth, te he dicho que no estaba pasando nada con Ayla.

—Los vi, ella estaba inclinada de una forma…

—¿Una forma que qué? —sonrió, levantándose sobre su codo y tratando de mirarla—. ¿Qué pensaste que hacíamos?

—He dicho que no me importa —dijo con orgullo—. Pero si quieres tener una amante, por lo menos te pido algo de respeto y un poco de pudor, estoy en esta casa también.

—No tengo amantes.

—Y si te vas a acostar con ellas, quiero que antes te revises, porque yo no quiero ser una esposa que se contagia por tener un marido que no sabe mantener sus impulsos a raya.

—Eso no me describe para nada.

En eso tenía razón, Publio podía mantener a raya cualquier sentimiento, cualquier emoción y deseo. Incluso no la había tocado desde la noche de bodas, pero parecía que Ayla podía recibir esas atenciones tan sólo con estar presente, ¡Sabía que debió casarse con ella! Se lo dijo mil veces.

Gwyneth se enterró más en su almohada y suspiró, tratando de apartar los pensamientos de su cabeza orgullosa, ¿Por qué le era preferible ella? Entendía que Ayla era hermosa, pero ella no se consideraba tan mal, aunque en realidad siempre estaba ocupada, no tomaba mucho cuidado de su arreglo personal y tampoco era como si se interesara mucho en él… ¡Pero él tampoco se interesaba en ella!

Cerró los ojos y dio el tema por terminando, pero entonces, sintió la mano de su esposo recorrer lo largo de su costado, pasando a su vientre y bajando hasta tomar posesión de ella, haciéndola saltar.

—¡Qué hace!

—Sshh, no grites —susurró en su oído, para después besarlo y morderlo mientras se pegaba a ella—, despertarás a Brina y si queremos hacer esto, ella tiene que seguir dormida.

—Jamás dije que quería que hiciéramos nada.

Él insinuó su mano y ella gimió sin poder evitarlo.

—¿Desde hace cuánto que no te hago el amor?

—Quítate —la respiración de Gwyneth era acelerada y su cuerpo reaccionaba a aquel toque sobre su feminidad—. No te atrevas.

—¿No me atreva a qué? ¿A tomar a mi mujer?

Publio volvió a hacer un movimiento con su mano y ella reaccionó retorciéndose y acercándose instintivamente a él.

—¿Ahora soy tu mujer? —dijo con voz entrecortada.

—Creía que había pasado esa tortura eclesiástica para casarme contigo, debió ser un error —él se posicionó sobre ella y comenzó a besarla con una pasión que ella siguió al instante.

Rodaron sobre la cama hasta dejarla a ella sobre el cuerpo varonil

que se le insinuaba, Gwyneth se agachó hasta poder besarlo e hizo los movimientos pertinentes para unirlos, mordiendo sus labios cuando de pronto dejó salir un gemido de excitación ante la intromisión diferente a la que recordaba en la primera noche.

Publio no podía sentir un mayor deleite que en ese momento, no podía negar que hacer el amor con su mujer había sido y era lo más perfecto que hubiese experimentado, ella era apasionada, entregada y demandante, lo hacía descontrolarse al punto en el que en ocasiones creía lastimarla por la forma en la que gritaba o enterraba sus uñas en sus hombros o brazos.

Incluso pensaba que en ese momento era aún mejor, cuando la tenía encima, provocándose su propio placer y volviéndolo loco al verla actuar con tanta soltura en un tema que claramente le era nuevo, la besó, la acarició y la abrazó tanto como ella se dejó, entonces, después de largos momentos entre sus brazos, ella cayó exhausta sobre el pecho fuerte del que se había sostenido, satisfecha y esperando a que él pudiera alcanzarla en su propia liberación.

Publio le acarició la espalda por un buen rato en lo que ella se tranquilizaba y recuperaba la cordura lentamente, Gwyneth levantó la cara y se inclinó para besarlo dulcemente, sintiendo como él le daba una larga caricia que terminaba con sus dos fuertes manos en su cadera y después la rodeaba con los brazos en su cintura, manteniéndola unida a él.

Después de un tiempo de caricias tiernas después de hacer el amor, Publio permitió que ella se acomodara de nuevo en la cama, dejando salir un suspiro satisfecho y cubriéndose con las sábanas.

—No ha estado nada mal para alguien que no quería hacerlo —le dijo su marido en una clara burla.

—Estaba frustrada, simple reacción corporal.

—Mm hmm, claramente eso fue lo que sucedió —se estiró y la tomó en sus brazos, acomodándola en su pecho y acariciando su espalda con lentitud—. Mientras seas mi esposa, no habrá cabida para otras mujeres, Gwyneth, lo digo en serio.

—Puedes hacer lo que te venga en gana.

—Ayla está acostumbrada a estar a mi alrededor, está haciéndose a la idea de que he tomado mujer, te juro que te respeta —la apretó contra su cuerpo—. Lamento haber estado tan ocupado, aunque lo digas en defensa de tu orgullo, una mujer no tendría que tener frustración en la cama.

—Bueno, en algo tenías razón —él la miró—. Entiendo la situación, ambos somos personas ocupadas.

—Eso es verdad, pero me gustaría que, cuando tengas tiempo, te sientas sola o quieras… divertirte conmigo, vayas a buscarme.

—¿Hablas de que te distraiga de toda tarea para que puedas

hacerme el amor y estar saciada y tranquila?

—Bueno, seriamos dos los que estaríamos de mejor humor.

Ella dejó escapar una risita y se acomodó en el pecho de Publio, tentada a quedarse dormida, pero entonces, la puerta de la recámara se abrió, dando paso a una pequeña con el cabello revuelto y en su camisón rosado, parecía más dormida que despierta.

—Publio —susurró nerviosa—, mi camisón.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo el hombre, buscándolo.

—Gwyny, quiero dormir contigo —se masajeaba los ojitos con ambos puños—, soñé tan horrible.

—Voy cariño —ella se estaba vistiendo por debajo de las mantas y cuando estuvo lista, que Publio no sabía ni como, salió de la cama para abrazar a la niña—. ¿Otra vez ese hombre feo te gritó?

—Sí —la carita de Brina se compungió—. Quiero abrazo.

—Oh, mi cielo ven —Gwyneth cargó a la niña y sonrió—, mira quien está aquí esta noche.

—¿Papi? —ella sonrió y elevó las manos para ser acogida por Publio, quien logró amarrar sus pantalones de dormir a tiempo para cargarla y ponerla en medio de la cama.

—¿Qué sucedió? —la niña lo miró y después a Gwyneth—. Es secreto de amigas.

—Ya veo, así que secreto de amigas —elevó una ceja hacia su mujer —. ¿No soy parte del club?

—¡No! —la niña brincó el cuerpo de Gwyneth y se acostó en la esquina de la cama, dejando a la mujer en medio.

—Bri, sería mejor que tú estuvieras en medio para que papá pueda abrazarte —aconsejó la mujer con nerviosismo.

Para ese momento no se creía del todo capaz el soportar tener el cuerpo de su marido tan cerca sin pretender hacer algo con él, se estaba volviendo una verdadera desvergonzada con el tema, si alguien pudiera leerle los pensamientos, sabría que la química había pasado a un segundo plano en su vida; en cuanto veía a su marido, lo único que quería era llevárselo a la cama y hacer el amor.

Por eso mismo había estado tan molesta con la cercanía que vio en el despacho con Ayla, simplemente era el deseo acumulado dentro de su cuerpo y de su cabeza pervertida. Negó, debía controlarse.

Miró hacia Publio, él tenía una sonrisa maquiavélica que le provocó un brinco a su corazón, ¿acaso sabría lo que pensaba?

—Que nos abrace a las dos —dijo la niña ya acomodada en la almohada y tomada de la mano de Gwyneth—, así tu tampoco tendrás pesadillas hoy.

La joven volvió una cara sorpresiva hacia su marido, quién elevaba una ceja y se mostraba confundido.

—¿Por qué tienes pesadillas?

—Sshh —posó un dedo sobre sus labios y le susurró—. Lo hago para que ella sepa que no pasa nada.

—Papi, abrázanos.

Gwyneth se acomodó en la cama y abrazó el cuerpo de Brina y Publio, a su vez, las abrazó a las dos, sintiendo la incomodidad de su mujer al momento de ser abrazada, sabía que él normalmente no era cariñoso con ella, seguro que tenerlo tan cerca a la hora de dormir le causaba incomodidad, pero era lo normal en una pareja, sobre todo después de hacer el amor, aunque la presencia de la niña no era algo que tuviera previsto.

En definitiva, comenzaría a acostumbrar a Gwyneth a ser abrazada, incluso le era divertido, podía oía retener el aire cuando se acercaba lo suficiente como para que pensara que se le estaba insinuando, en definitiva, no le haría el amor estando Brina, pero le era fácil excitarla.

—Publio, por favor, basta —le susurró con urgencia.

—¿De qué hablas? —se acercó a su oído, delineándolo con la lengua y sonriendo ante el escalofrío que le causó.

—Por favor, está Brina… —la sintió tensarse.

—Sólo te estoy abrazando, ¿en qué estás pensando tú?

Gwyneth miró a la niña durmiente entre sus brazos, ¿tendría razón Publio? ¿Serían sólo imaginaciones suyas? En verdad estaba perdiendo la cabeza con todo el tema de hacer el amor.

—Lo siento yo… no sé, pensé…

—¿Qué pensaste? —la mano de Publio se apretó en el vientre de su esposa y sonrió cuando ella expiró y se pegó a él.

—¡Lo estás haciendo adrede! ¡Basta ya!

Publio dejó salir una risa contenida y le besó la mejilla, dejándola tranquila para que pudiera dormir. Él, por el contrario, no pudo dormir, se sentía un tanto extrañado de tener a su esposa e hija en un abrazo que ellas parecían fortalecer, puesto que Brina le había agarrado la mano y Gwyneth se volvió hacia él y lo abrazaba.

Miró la cara relajada de su esposa y sonrió, en definitiva, era una fiera contenida en una hermosa cubierta, su fachada era una completa mentira, era un lobo disfrazada de oveja, si no se tenía cuidado, te mordía y eso era lo que había sucedido cuando se sintió ofendida con sus suposiciones sobre Ayla.

Suspiró y miró hacia la puerta, dándose cuenta por la sombra bajo ella, que alguien estaba a punto de entrar para separarlo de la tranquilidad de su cama y de las dos personas con las que dormía. Por un momento se notó frustrado por ese hecho, cuando en el pasado jamás le había sido una molestia.

—¿Publio? —se escuchó la voz de Ayla antes de abrir la puerta quedamente, iluminando a medias la habitación—. Publio, es urgente,

tienes que venir.

La joven no pudo evitar darse cuenta de la situación en la que estaba aquel hombre, era prácticamente imposible que saliera de ahí sin despertar a una o ambas mujeres en la cama. Cerró la puerta y bajó para atender a los hombres que estaban abajo, a la espera de que el mayor de los hombres Hamilton.

Publio, por su parte, terminó despertando a Gwyneth, aunque ella no representó gran problema, como lo había pensado, sino que simplemente abrió los ojos, notó que se tenía que ir y lo soltó, girando hacia la pequeña que rápidamente se abrazó a ella y siguió durmiendo como si él jamás hubiese llegado a la cama.

Se vistió aprisa y se acercó a la cama para darle un beso a Brina y cuando iba a hacer lo mismo con su esposa, notó que tenía los ojos abiertos, esperando una explicación, pero sin pedirla con su voz.

—Volveré pronto —le besó los labios—. Vuelve a dormir.

—Ten cuidado —entonces ella abrazó más a Brina y se durmió.

Publio bajó las escaleras, encontrándose con varios de los espías que tanto él como su padre tenían siguiendo a Gwyneth, el que le hablaran de urgencia lo hacía entrar en dudas.

—¿Qué sucedió?

—Tu padre nos mandó, Publio, él te lo ha escrito todo aquí —le entregaron una carta—, pero vengo a dar mi reporte.

—Dime, ¿Qué era de tanta urgencia como para que vinieras a estas horas cuando estaba durmiendo?

—Resulta que su mujer, mi lord, se ha estado encontrando con un caballero que sospechamos que es parte de los otros —dijo el informante—, dudo que ella lo sepa, pero eso quiere decir que están buscando acercarse a su círculo más cercano.

Publio ya sabía todo aquello, no era nada nuevo que intentaran llegar a él por medio de Gwyneth, hasta pensaba que se habían tardado en poner a alguien para que se acercara a ella.

—¿Qué más? —los miró—. Dudo que sea todo.

—Sutherland estuvo bajo ataque esta noche.

La sangre de Publio se fue a sus pies en cuestión de segundos.

—¿Mi madre? —dijo ansioso.

—Está bien —apuró a decir Ayla—, pero parece ser que tu padre está lastimado de gravedad.

—¿Qué? —frunció el ceño, él era incapaz de imaginar a su padre herido o enfermo, pese a que posiblemente lo hubiera estado en más ocasiones de las que recordaba, era algo impensable—. ¿Cómo está?

—Por eso hemos venido, necesitamos que vengas con nosotros.

—¿Tan mal?

—Sí, sus hermanos están arreglando la situación allá, pero necesitan un doctor.

—¿Qué demonios estamos esperando? Hubieran comenzado por ahí —dijo apurado y ansioso.

Estaba tomando su abrigo cuando de pronto vio a su esposa bajar junto con su hija, ambas cambiadas con ropas simples pero perfectas para salir de prisa, Gwyneth incluso tenía un maletín en las manos.

—Pero, ¿qué…? —negó Ayla.

—Iremos contigo —dijo Gwyneth con seguridad, colocando un abrigo sobre los hombros de Brina, quien estaba media dormida pero bastante firme y tomada de su mano.

—No —Publio se adelantó—, se quedarán aquí.

—Estás loco, cada vez que alguno de tus familiares resulta enfermo, te vuelves torpe y no tomas buenas decisiones, soy médica también, sabré que hacer.

—Gwyneth, me estás quitando el tiempo, se quedarán aquí.

—Lo estás perdiendo al discutir conmigo —miró a los hombres—, suban a esos caballos y vámonos ahora.

Ella salió de la casa con Publio pisándole los talones, estaba enojado y seguía tratando de hacerla volver sobre sus pies, pero la mujer era testaruda y tomó las riendas del primer caballo que se le cruzó enfrente, subió a Brina y después subió ella detrás.

—Baja de ahí Gwyneth o tendremos problemas.

—Creo que esos ya los tenemos —le dijo, mirándolo garbosa desde la altura del caballo—. Sabes querido, no es halagador que recurras a tus hombres para seguirme a todas partes, ahora, nos vemos en casa de tus padres.

La mujer espoleó el caballo y se fue a trote.

—Maldita sea, síganla —exigió al resto de sus camaradas—, que no les pase nada o los mataré a ustedes.

El resto de los caballos partió y él tuvo que esperar hasta que el mozo le trajera el suyo, sentía la desesperación recorrer sus venas y lo hacía dar pequeños brincos sobre sus pies.

—Gwyneth puede ser testaruda.

—Debo recordar que tiene una tendencia a espiar las conversaciones, es buena ocultando su presencia por el tiempo suficiente para que no me dé cuenta.

El mozo trajo el caballo y Publio montó, dándose cuenta que Ayla quedaría sola en la casa, se maldijo, seguro que a su esposa no le gustaría esto, estiró la mano y la mujer la tomó con una sonrisa, montando detrás de él y aferrándose para no caer.

Al final de cuentas, terminaba siendo culpa de su esposa que todo eso estuviera pasando, si se hubiese quedado en casa como le dijo, Ayla también se hubiese podido quedar, al igual que los hombres que las custodiaban.

Capítulo 24

Cuando Publio llegó a casa de sus padres, se notaba el desastre que se había desatado hace quizá una hora, su corazón latió de prisa y prácticamente se bajó del caballo sin siquiera haberse detenido del todo, las águilas caminaban de un lado a otro, tratado de enmendar desperfectos, haciendo grupos de búsqueda, curando heridos de menor gravedad y otros interrogando a los prisioneros, por el momento nada de ello le importaba y tampoco nadie parecía detenerlo para preguntarle sobre su hacer.

—Publio —su hermana Kayla lloraba, estas lágrimas salían sin control, sin embargo, su semblante no se compungía—. Papá está en su recámara, por favor…

—Tranquilízate Kay.

—Publio —llegó Terry, estaba sucio y posiblemente herido, pero en ese momento él también lo estaba pasando a segundo plano—. Tiene la bala en el costado izquierdo, tu mujer está allá arriba.

—Sí, lo sé.

—Nos ha dicho a todos que saliéramos —dijo Aine—, mamá está inconsciente en otra de las habitaciones.

—Déjenla descansar, será mejor para ella si permanece desmayada —la miró—. ¿Se desmayó de la impresión?

—Sí —Publio asintió y subió las escaleras de dos en dos—. Yo tengo a Brina, no te preocupes por ella.

—Al menos sabía que Gwyneth no descuidaría del todo esa parte en específico —dijo enojado, abriendo la puerta de la recamara, entrando justo cuando su esposa extraía la bala con éxito—. Lleven a Ayla con Brina, que trate de dormirla.

—Lo ha logrado —se extasió Aine al ver que la mujer dejaba la bala a un lado—, al fin alguien que sirve.

—Gasas —pidió la joven hacia las doncellas que ella habrá convertido en enfermeras—, está sangrando demasiado necesito contener la herida.

Fue Publio quien se acercó a su esposa y la miró con una mezcla de emociones que no estaba dispuesto a descubrir en ese momento.

—Presiona bien ahí, tengo que traer algo de mi maletín —indicó su esposa con presura.

—Necesito agua tibia y fría, alguien que esté intentando bajarle la fiebre y otras limpien el cuerpo para que podamos ver —pidió Publio, apartando las gasas para ver la gravedad de la herida.

Las doncellas hacían lo que pedían casi al instante, Publio miró

sobre su hombro, viendo como su mujer abría ese maletín que parecía de especias, con frasquitos llenos de diferentes brebajes, hiervas y líquidos que no sabía identificar; ella colocaba una y otra cosa sobre un recipiente aparte y las molía.

—¿Qué demonios haces?

—Tu enfócate en lo tuyo y déjame a mí hacer lo mío.

—¿Está inconsciente por la herida o le han dado algo?

—Creo que él mismo se lo auto recetó —dijo la joven.

—Seguro que lo hizo.

—Bien, hazme espacio —pidió, moviendo a Publio delicadamente y levantando la venda que ocultaba la herida—. Bien, límpienlo lo mejor que se pueda, rápido.

Las doncellas hicieron lo mejor que pudieron, limpiaron lo más cercano que se atrevieron a la herida, pero al último momento, Gwyneth les quitó los trapos de las manos y lo hizo ella misma, siendo meticulosa con el asunto para después colocar la pasta verde sobre la herida de Thomas Hamilton.

—¿Qué haces?

—Estudié fitoterapia por años —le dijo concentrada—, te dije que jamás me habían dejado hacer nada de importancia, no que no hubiese querido o estuviese lista para hacerlo.

El hombre miró con impresión a su mujer y sonrió cuando ella hablaba consigo misma para recordarse cosas importantes, se había desenvuelto de una forma impresionante, ni siquiera él lo hubiese hecho tan bien, se sintió aliviado cuando la cara de dolor de su padre se relajó notablemente y ella comenzó a darle importancia a la fiebre en lugar de la herida.

—Espero que no se le haga infección —dijo la joven—, aunque he hecho la extracción considerablemente rápido, no tengo idea cuanto duró con ella antes de que acudieran a ti.

Ella terminaba de vendar el abdomen de su padre con su ayuda, Gwyneth tenía la frente sudada y el cabello se le pegaba al cuello y a la cara sin remedio alguno, tenía sangre en las manos y el vestido que traía estaba completamente arruinado, pero para Publio jamás se había visto tan hermosa como en ese momento.

Dos toques a la puerta dieron entrada a la esposa y madre de los Hamilton, quien venía tan pálida y asustada como el resto de la familia, quien también entró en ese momento.

—Gracias, querida —le tomó las manos a Gwyneth—. No sabes cómo te agradezco que hicieras esto por él.

Ella sonrió con dulzura.

—Bueno, son parte de mi familia ahora.

—Sí —Annabella le tocó la mejilla—, somos familia ahora.

Publio vio cómo su madre besaba la frente de su padre y se sentaba

en una silla a su lado, el hombre miró a sus hermanos, quienes parecían aliviados, pero, al mismo tiempo, demasiado alertas a lo que su alrededor se refería.

—Vamos afuera —pidió el mayor y miró a su esposa—. ¿Puedes quedarte aquí por un momento?

—¿Por qué? —se cruzó de brazos—. ¿No quieres que escuche?

—Precisamente —sonrió, le dio un beso en la mejilla y salió con sus hermanos al pasillo—. ¿Qué demonios ha pasado?

—No lo sabemos, simplemente fue una emboscada, creo que fue para hacer notorio el avance que tiene esa *Sombra negra* sobre nosotros, incluso en la casa de padre —negó Terry.

—Me estoy desquiciando —dijo Kayla—, yo no puedo vivir con tanto estrés, soy una persona delicada.

—Por el momento, todos tendremos que regresar aquí —dijo Aine con autoridad—, sin padre al frente, la casa entera es indefensa y esta casa prácticamente tiene todos los secretos de las *águilas*.

—Opino lo mismo —asintió Publio—, además, Gwyneth tiene que seguir a cargo de él, no tengo idea de lo que le ha puesto encima.

—¿Te ha dejado sorprendido hermanito? —sonrío Aine.

—Más de lo que imaginas —aceptó—. ¿Hay noticias de los culpables? ¿Quién es el prisionero?

—Parece que en realidad no forma parte de la organización, lo han dejado atrás como castigo, aun así, está bajo el cuidado de los Scheck —dijo Terry—, y sabes lo sádicos que pueden ser esos tres.

—Agh, por favor, nadie debería quedar al cuidado de esos tres —se quejó Kayla—, cuando era niña me quitaban todos mis dulces.

Los mayores rodaron los ojos y se miraron entre sí.

—Nos turnaremos —dijo Aine—, no te preocupes.

—Bien, ¿Terry? ¿Cuándo llegas?

—Mañana mismo traigo a Grace y al bebé conmigo.

—Bien, me quedaré desde esta noche, gracias a la insistencia de mi esposa, mi familia ya está aquí.

—Debemos aceptar que parece captar las cosas con rapidez —sonrió Aine—. Me agrada, necesitas una mujer con visión y carácter.

Publio rodó los ojos y dejó que sus hermanos se fueran a encargar de lo demás, él entraría a ver como seguía su padre.

—Oh, cariño, se ha despertado —dijo Annabella—, se durmió de nuevo, pero estaba consciente.

—Me alegro —miró a su esposa y se acercó mientras ella seguía preparando más cosas herbales—. Mis hermanos y yo pensamos que sería buena idea que vengamos a la casa por un tiempo.

Ella asintió sin volverse.

—De todas formas, pensaba quedarme —le dijo—, tu padre necesita atención y yo soy la que le prepara esto.

—Gracias.

Ella asintió y siguió haciendo cosas, mirando sobre su hombro para ver al convaleciente.

—¿Por qué no te fijas cómo va la herida? Quiero pensar que no se le hará infección, pero no estoy segura.

—Si la tuviera, ¿tienes algo que lo ayude?

—Por supuesto —le dijo sin mirarlo.

Publio se acercó a su padre, tocando ligeramente el hombro de su madre y sonriéndole para que le dejara espacio junto a la cama.

—Ella es una bendición —le dijo—, me alegra que esté aquí.

—Créeme, está más que feliz de ser quien dirige todo.

—¿Cómo están tus hermanos?

—Parece que ninguno tiene heridas, nos quedaremos en la casa, Terry se irá esta noche, pero volverá mañana.

—Gracias, sé que es algo que no tenían planeado, es una lástima porque te acabas de casar.

—No debe preocuparse por ello, señora —sonrió Gwyneth, trayendo consigo un poco de agua y el cuenco con las hierbas—. Seremos recién casados aquí o en la casa del centro.

Publio ayudó a su esposa a cortar el vendaje de su padre y observó con detenimiento la herida, definitivamente estaba infectada, suspiró con cansancio y miró a Gwyneth, quien simplemente asintió y comenzó a limpiar la herida. Annabella parecía interesada en ver la tarea y preguntaba con constancia tanto a su hijo como a su esposa.

—Creo que podré hacerlo la siguiente vez —insistió la madre con una sonrisa—, además, has dejado esa mezcla preparada, ¿por qué no van a descansar un poco?

—Es mejor que alguno de nosotros se quede aquí, sería mejor que tu fueras a descansar —indicó Publio—, Gwyneth y yo haremos turnos para dormir.

—Oh, querido no podría descansar, aunque lo quisiera.

—Señora, por favor —sugirió amablemente la chica—, me haría un gran favor si se lleva a Brina con usted, suele despertar en la noche y al no estar ninguno de nosotros, se asustará.

Annabella pareció pensárselo, pero la discusión se vio por concluida cuando llegó Kayla por ella y se la llevó sin permitirle decir ni una palabra.

—Esa Kayla tiene carácter —dijo Gwyneth, cambiando un paño de la frente de su suegro.

—Lo heredamos de él —apuntó a su padre.

—No te preocupes —ella le tocó el hombro—, se repondrá, es un hombre fuerte.

—Lo sé, aunque me causa conflicto verlo de esta manera.

—Me imagino —asintió—, me pasó cuando padre murió, yo lo

cuidé ¿sabías? Aunque no había acabado de estudiar, hice lo mejor que pude… aunque no funcionó.

—Lo lamento.

—Las personas se mueren —dijo sin más—, no hay porqué entristecerse por ello, es un final que a todos nos espera.

—Suena bastante despiadado que lo digas así.

—Soy alguien práctico, me duele, pero no lloraré más por ello.

—¿Te hiciste médica por alguna razón?

Ella lo miró y sonrió de lado.

—Todos tienen razones para seguir un camino, no veo porqué yo sería diferente.

—Estás dando evasivas.

—Y tú haces demasiadas preguntas.

—¿No te parece normal si estamos casados?

—Tomando en cuenta que no voy a recibir nada a cambio —elevó una ceja—. No lo creo.

Publio asintió un par de veces y se acercó a ella, tomándola de la cintura y presionando un beso en sus labios.

—Gracias por todo esto —la abrazó—, no sé qué hubiera pasado sin tus rápidas reacciones.

—Besarnos en frente de tu padre, jamás pensé que eso pasaría.

—Está inconsciente —sonrió de lado—, además, gracias a todo esto, me vi apartado un momento especial junto a ustedes.

—No creo que lo tuviera planeado —Publio la soltó—, tú madre parece en verdad asustada, pero creo que a la vez está acostumbrada.

—Digamos que se hizo a la idea.

—Debe tener un temple increíble y unos nervios de acero.

—Los tiene.

—Y bien, ¿Quién hace guardia primero y quien duerme?

—Creo que tú deberías dormir —le acarició la mejilla—. ¿Te llevo a una habitación?

—No, sólo necesito una manta y dormiré en aquel sofá.

Publio fue a buscar la cobija y se la tendió, viendo como ella hacía un pequeño campamento en la sala de sus padres y quitaba los zapatos y el vestido ensangrentado.

—¿Crees que tu madre me asesine por quitarme el vestido?

—Ella no te mataría por nada del mundo —la miró de reojo—, al menos no hasta que dejes a mi padre sano y salvo.

Gwyneth detuvo sus movimientos y miró nerviosa a su suegro, creyendo en las palabras de su esposo.

—¿Qué debo hacer entonces? Esta ropa está sucia y… —él la tomó de la cintura y la besó profundamente.

No entendía la razón, pero no podía dejar de besarla, quería mantenerse unido a ella de esa forma en todo lo que le fuera posible.

—Estoy bromeando, claro que te puedes quitar esto —la comenzó a ayudar—, te daré uno de los camisones de mi madre.

—¡No me atrevería a tanto!

—No podrás dormir con un vestido y no permitiré que estés en paños menores sabiendo que mis hermanos o alguna de mis *águilas* pueda entrar aquí.

Ella asintió y aceptó la prenda cuando él se la tendió, Publio disfrutó y la admiró detenidamente mientras ella se cambiaba frente a él, pero escondiéndose de la mirada de su padre, lo cual era una tontería porque dudaba que despertara y, si lo hacía, sería delirando.

—¿Por qué parece que tú eres el jefe de las águilas ahora si se supone que tu hermana Aine es más grande que tú?

—Bueno, ella es más un alma libre, no le gusta atenerse a lo que un líder debe ser —Gwyneth frunció el ceño—. Un líder debe actuar como corresponde, pensando en los demás y en lo mejor para todos, a Aine le gusta hacer lo que se le va en gana, por eso estoy a cargo.

—Oh, prácticamente te dejó el trabajo que apesta.

—Siendo sincero, me agrada y me hace estar estable, al menos puedo ejercer mi carrera desde mi casa.

—Creo que queda con tu personalidad el ser el que está a cargo —le dijo, metiéndose en la cobija y acomodándose en el sillón—. Te encanta gritarle a todo el mundo lo que debe hacer.

—Normalmente se me obedece —dijo, cambiando el paño de su padre—, pero cierta mujer no lo hizo.

—Tu padre estaría muerto si te hubiera hecho caso.

—Puede ser —aceptó—, por cierto, creo que me mentiste, eres bastante buena tratando con las personas, manejas a tu antojo a todos, incluso a mi madre y a Brina.

—Quizá di por sentado que no podía.

—Te hizo falta práctica, todos vemos a los pacientes como experimentos en un principio.

—¿Te pasó?

—Sí, mi padre pensaba que sería un terrible doctor.

—Gracias por decírmelo, quizá ejerza en tu consultorio también —bromeó con él.

—Me parece una buena idea.

La joven sonrió y, en cuanto tocó la almohada, se durmió, dejando a su muy sorprendido esposo con la única compañía de su padre inconsciente, no pudo evitar querer descubrir qué era lo que le había colocado en la herida, aunque pudo distinguir algunas hiervas por el olor que de ellas se desprendía, no tenía idea de las cantidades o los efectos que pudiesen tener.

Se acercó lentamente a donde su esposa dormitaba y apartó un mechón de cabello de su cara, su palio rostro, se veía cansada, tenía

ojeras y parecía dormir en una posición extraña, pero Publio sentía que algo dentro de él corría desesperado hacia ella y ansiaba porque despertara para poder besarla y agradecerle todo lo que había hecho esa noche una vez más.

Se sorprendió al darse cuenta que un recuerdo que nada tenía que ver con los sucesos actuales se infiltró en su mente sin permiso alguno, uno en el que Gwyneth estaba debajo de él, con los labios entreabiertos y la mirada iluminada, arqueando su espalda para lograr tocarlo y sonriendo cuando sentía placer.

Cerró los ojos, ¿qué demonios estaba pasando con él? Miró a su durmiente mujer y suspiró ¿Qué demonios le estaba haciendo?

Capítulo 25

Publio estaba leyendo un libro, sentado junto a la cama de su padre a quien cuidaba, su esposa se había quedado dormida desde hacía una hora y parecía tan exhausta que no se atrevió a despertarla bajo ninguna circunstancia que no rozara con la urgencia, habían sido horas largas y trabajosas para ambos.

Era una mujer fantástica en verdad, había pensado fríamente, rápido y eficaz, quizá ella fuera demasiado arrogante normalmente, pero no cuando se trataba de la medicina, sin embargo, pensaba que ella podía ser todo lo arrogante que quisiera con ello también, había salvado a su padre y eso lo agradecería siempre.

—¡Agh! —se movió su padre—. Demonios…

—¿Cómo te sientes? —se puso en pie, dejando su libro de lado.

—Pésimo —admitió ingiriendo el vaso de agua que su hijo le ofrecía, al igual que los brebajes que Gwyneth había hecho.

—¿Qué es esto? —dijo sorprendido, mirando el vaso—. Sabe mejor de lo que se ve.

—No tengo ni idea, pero mi esposa piensa que te hará bien.

—¿Tu esposa?

—Está dormida, pero ha sido ella quien te salvó.

—Así que te ganó.

—Llegó antes —dijo en broma.

—Así que estudió fitoterapia, interesante, ¿Dónde lo hizo?

—Pensé que tú lo sabías todo de ella.

—Bueno sí, pero no estaría mal preguntárselo.

—Ella no quiere contarme nada porque dice que no obtendrá nada a cambio de mi parte.

—¿Y tiene razón? —se tocó el costado con dolor.

—Supongo… —suspiró—, no lo sé, no soy una persona que va contando sus cosas, nunca lo hago.

—Ella debería ser diferente —miró a la mujer durmiente—. Quizá te casaste con ella con una idea, pero eso no quita que sea tu esposa ahora.

—¿Dices que debo de contarle?

—Bueno, intenta con cosas simples —se quejó—. Agh, demonios, ¿Dónde está tu madre? ¿Está bien?

—No quería irse de aquí, pero ella más bien estorbaba y era mejor que fuera a descansar.

—Estoy de acuerdo —asintió—. Pero estoy bien, ¿Por qué no llevas a tu esposa a una cama para que descanse adecuadamente?

—No querrá irse.

—Lo hará si le digo que lo haga —dijo Thomas—. Levántala y llama a tu madre cuando salgas.

Publio asintió, fue hacia su esposa y le tocó la mejilla con cariño, provocando que despertara y manoteara, buscando golpearlo como aquella vez en el laboratorio, pero en esa ocasión, él ya se lo esperaba y logró atrapar sus manos antes de ser golpeado.

—Ven, vamos a descansar.

—Pero tu padre…

—Él está despierto y lúcido —apuntó con la mirada, recogiendo la cobija y colocándosela sobre los hombros.

—Oh, señor Hamilton —se acercó, dejando que la manta cayera de sus hombros sin darse cuenta—. ¿Cómo se encuentra?

—Bastante mejor, creo que te debo la vida —le sonrió—, aunque te estoy agradecido, creo que mi hijo preferiría que su padre no viera en camisón a su mujer.

—¡Oh! —ella buscó a su marido y aceptó de nuevo la manta, avergonzándose lo suficiente como para sólo balbucear y salir corriendo del lugar.

—¿No podías haber sido más sutil?

—Sabía que así saldría volando de aquí —sonrió—, ve con ella, hazle saber que no he visto nada y que no se avergüence.

—Dudo que me crea —negó.

Publio salió de la alcoba de su padre, encontrándose con Gwyneth hecha un ovillo en una pared, parecía querer ser tragada por esa cobija, donde incluso escondía su cabeza.

—Dice que lamenta lo que dijo.

—Estoy tan avergonzada —su voz soba más profunda debido a que hablaba entre sus rodillas y con una cobija alrededor—. Me quiero morir.

—Mi padre es doctor, te aseguro que no es nada nuevo para él y lo ha dicho para sacarte de la habitación.

—¡Pero seguro que ningún doctor quiere ver el cuerpo de su nuera! —se quejó—. Ni tampoco creo que a ningún esposo le agrade.

—En eso te doy la razón, ¿estabas coqueteando con mi padre?

Ella levantó la cabeza de forma amenazadora.

—¡No vuelvas a repetirlo! —miró a los lados—. Si tu madre te escuchara te juro que…

—Sería el menor de tus problemas, Kayla y Aine son celosas.

—¡Basta! —se puso en pie, permitiéndole entonces tomarla de la cintura y besarla—. Estoy jugando contigo, vamos, tienes que dormir en un lugar normal, seguro estás torcida.

—Publio —su madre salió de una recámara cercana.

—Te busca —le dijo sin más—, iremos a descansar por unos

momentos, si algo más sucede, haznos llamar.

Gwyneth fue guiada por su esposo hasta una habitación que supuso que sería la de él cuando vivía en aquella mansión; Gwyneth no se dio tiempo de mirar nada, simplemente quitó sus zapatos, dejó caer la cobija que la protegía y se dejó caer en la cama sin meterse a las sábanas o estar recostada correctamente. Publio la siguió, se quitó la ropa, la acomodó adecuadamente en la cama y se metió a su lado, cayendo dormido de inmediato.

No sabía cuánto habían dormido, pero Publio sentía que sólo lo habían dejado descansar por quince minutos. Abrió con mucho trabajo uno de sus ojos, puesto que el otro se negaba a despegarse y miró como pudo al intruso, que básicamente era Ayla.

—Les traje algo —apuntó la mesa—, ya pasó la hora de la comida, quizá deberías despertar a Gwyneth y comer algo.

—¿Dónde está Brina?

—Ella está con tu padre, parece que cree que es buena idea hablarle durante horas sobre el poni que le has comprado.

—Que no lo moleste demasiado —se sentó en la cama, frotando sus ojos—, necesita descansar.

—Terry ha llegado después de las dos, ustedes se acababan de dormir, así que no los molestaron.

—Bien, ¿mis hermanas?

—Con tu padre.

Publio asintió y tocó el hombro de su esposa, esperaba que en esa ocasión no le tirara un golpe, pero ya se iba acostumbrado a que ella despertaba así, no sabía si era por un método de defensa o en realidad quería que la dejaran de molestar.

—Déjame —era lo segundo en esa ocasión.

—Tienes que comer algo —la sentó en la cama pese a que ella no quería y dejaba caer su cuerpo como si estuviera inconsciente.

—Déjame morir de hambre, tengo sueño.

—Mi padre se decepcionaría de mí si dejara que su salvadora muriera de inanición —negó—, vamos párate.

Ayla sonrió y se acercó a ella.

—Gwyneth, ¿quieres que te prepare un baño?

—Serías un ángel si lo hicieras —se miró las manos—. ¿Tengo sangre en la cara?

—Tienes sangre hasta en el cabello —sonrío la rubia.

—Ahora entiendo el olor —negó—, gracias Ayla, aceptaré.

—Te avisaré cuando esté listo.

La mujer salió y dejó a la pareja comiendo como desaforados en un silencio sepulcral, parecía que no tenían fuerzas ni para hablar.

—Me duele la cabeza —ella puso su frente sobre la mesa—. Dame algo para la cabeza.

—Es por la noche en vela.

—Tu padre es increíblemente fuerte —rodo su cabeza hasta hacer que fuera su mejilla la que estuviera sobre la mesa—. Se recompuso considerablemente rápido.

Publio no dijo nada y siguió comiendo, mirando divertido como su esposa lloriqueaba y rodaba la cabeza sobre la mesa, quejándose del dolor en sus sienes y la pesadez de sus ojos, en definitiva, no estaba hecha para horas en vela en un hospital.

—El agua está lista Gwyneth.

—Gracias, ahora no sé cómo me moveré hasta allá.

—¿Quieres que te ayude? —se adelantó Ayla, pero Publio levantó la mano.

—Déjala, se está haciendo la dramática —le dijo—, ¿está cambiada Brina?

—La iré a bañar en unos momentos.

—Haz eso, quiero verla antes de ir con mi padre.

—Sí, en seguida la traigo —Ayla salió presurosa de la habitación, dejando a la pareja nuevamente en soledad.

—¡Oye! —le gritó Gwyneth—. ¿Por qué impides que me ayude? ¿Qué tiene que me queje un poco? Quiero ser consentida por una vez.

—No dejaré que te lleve —le dijo con seriedad—. Te llevaré yo.

—¿Tú? —se enderezó—. ¿Piensas bañarte conmigo?

—Bueno, ahora que lo propones, creo que ambos necesitamos un largo y relajante baño —sonrió con perversidad.

Gwyneth se sonrojó notablemente y apartó su mirada de él.

—¿En serio tienes energías para eso? —gimoteó.

—No haremos el amor, simplemente te ayudaré a bañar.

—Ajá, no me suena a verdad —estiró los brazos—, anda, cumple con lo que has dicho, en serio me siento sucia.

—Y lo estás.

Él fue hasta ella y la tomó en brazos, Publio caminó hasta el baño, donde la tina estaba dispuesta y la dejó en ella con delicadeza, Gwyneth pareció recibir de buen agrado el calor del agua y se acomodó en la porcelana para seguir durmiendo.

Su esposo se unió a ella después de unos momentos, haciéndola a un lado para colocarse detrás de ella y después, derribarla sobre él, permitiéndole descansar en su pecho, probablemente dormir. Publio se encargó de lavarla para quitar el rastro de sangre y relajarla.

—No es necesario que vayas con padre, puedes dormir un poco más —le dijo mientras le enjuagaba el cabello.

—¿No será increíblemente maleducado?

—Claro que no, entenderá, estás exhausta.

Ella volvió la cabeza y lo miró.

—Tú también.

—Sí, pero estoy acostumbrado a esto y tú no.

—Puedo acostumbrarme.

—¿Por qué querrías eso? —elevó una ceja—. No seas competitiva y acepta que necesitas el sueño.

Ella se acomodó en su pecho y se removió, en busca de una posición adecuada sobre él.

—Es la única forma en la que me entero de lo que sucede —le dijo —, si no me pongo lista, tú jamás me informarías de nada de lo que pasa, aunque ahora soy parte de tu familia.

Publio sonrió, así que a eso se debía que fuera una espía andando, entendía el punto que le quería dar, pero era mejor para todos que ella no supiera sus movimientos, al menos no por el momento. Ni siquiera había tenido tiempo de abrir la carta que le había dado su padre, quizá ni siquiera Thomas la hubiese leído y, si lo hizo, parece ser que no hay nada preocupante con Gwyneth.

—Te informaré de todo a mi regreso, te lo prometo.

—Me dirás lo que quieres que sepa.

—Quizá.

Su esposa dejó salir el aire con cansancio y paró de discutir, entendiendo que no la llevaría a ninguna parte y simplemente se relajó. En realidad, resultaba excitante la forma en la que el cuerpo de su marido y el de ella parecían conjugar perfectamente dentro del agua, Publio era un hombre grande, quizá demasiado para algunas personas y, en comparación de ella, era gigante; pero se sentía protegida en medio de esos fuertes brazos y presionada con ese pecho que parecía estar hecho de acero.

Gwyneth sonrió cuando sintió los labios de su esposo recorrer el hueco que unía su cuello con los hombros y se removió ansiosa cuando sintió que su mano vagaba libremente por su cuerpo desnudo.

—No ahora, Publio, tienes que ir con tu padre y pueden escucharnos —le dijo sonriente, apreciando las caricias—. Incluso podría entrar Brina.

—Lo sé —le besó la mejilla—, pero no lo pospondré por siempre, espero que para mañana te logres sentir más recuperada.

—Eso depende de cuánto me dejes dormir ahora.

—Vamos —se levantó, colocó una toalla alrededor de su cadera y le tendió la mano—. Te traerán un camisón nuevo.

—Oh, por favor Publio, manda traer algo de mis cosas de casa, me avergüenza que esté usando ropas que no me pertenecen.

—Seguro que Ayla ya se ha encargado de ello.

Ella se envolvió en la toalla y exprimió su largo cabello café sobre la tina y justo en ese momento, la recién mencionada entraba en la recámara de baño, estando su esposo medio desnudo en el lugar. Gwyneth frunció el ceño y miró inquisidora hacia Ayla, pero esta

ignoró por completo el cuerpo de Publio, quien salía del baño para cambiarse, e iba directamente hacia ella.

—Te he traído esto para que no tengas frío, esta recámara suele congelarse a media noche —le dijo con conocimiento—. Además, he pedido que coloquen calentadores de cama.

—Gracias Ayla —ella miró el caminar despreocupado de su esposo por la habitación y decidió que entretendría a esa mujer todo lo posible hasta que ese hombre saliera de ahí.

¿Qué clase de persona se mostraba tan tranquilo cuando estaba medio desnudo? Claro, quizá no le importaba porque Ayla ya lo habría visto de esa forma en otras ocasiones, quizá mucho peor, quién sabe y ellas dos hubieran estado en la misma situación con el mismo hombre, en la misma cama. Eso la hizo enfurecer, pero le era difícil cuando Ayla se mostraba tan solicita y amigable con ella.

—¿Segura que quieres cambiarte aquí?

—Sí, me dará frío si salgo allá.

Ayla asintió y ayudó a colocarle el camisón y ropa íntima que traía en las manos, añadió unas buenas medias por debajo de este, y la sentó en una elegante silla que había en el baño para comenzarle a cepillar el cabello.

—Oye papá, ¿Dónde está Gwyny? El abuelo dice que ella es espectacular, entonces la tengo que imitar para ser espectacular —se escuchó la voz de Brina en la otra recámara.

—Ella también ya está lista para dormir —Ayla le tocó los hombros, dando por terminada su tarea.

Gwyneth le agradeció con una sonrisa y la dejó recogiendo las cosas del baño mientras ella salir y abrazar a Brina, quien la esperaba impaciente en la cama de la pareja.

—¡El abuelo me ha platicado! —dijo en cuanto la soltó—. Quiero que me enseñes, quiero ser como tú.

—No brinques sobre la cama Brina —indicó Publio, quien seguía colocando sus botas sentando en la misma cama.

—Bueno, te enseñaré después, es hora de dormir —Gwyneth abrió las mantas y acomodó a Brina entre ellas, arropándola y volviéndose a su marido, quien terminaba de colocarse la camisa.

—Seguro no tardaré —le dijo, tomándole la cintura—, procura dormir y no te dejes engatusar por ella.

—Será difícil —miró sobre su hombro, observando como la niña cubría su carita avergonzada, pero dejaba salir una risita de complicidad al verlos de esa forma.

Publio negó con la cabeza y besó los labios de su esposa antes de salir de la habitación.

—¡Papá te da besos!

—Sshh, callada, Brina —le sonrió—, es hora de dormir.

—A papá le gustas porque te da besos.

—Tú papá está casado conmigo, sólo se despedía de mí.

—Con besos.

—Bueno, eso hacen las personas casadas.

—Mmm… es verdad, la abuela le da besos al abuelo, pero no en la boca, en la mejilla.

—A dormir pequeña pilla, no pienses más en eso.

—¡Ayla! —le gritó la pequeña al verla salir del cuarto del baño—. Papá le da besos a Gwyneth, ¡en la boca!

La rubia sonrió con encanto y abrió demás sus ojos a modo de juego, acercándose a la niña para hacerle cosquillas.

—¿Y tú que andabas espiando? —le dijo—. Eso no está bien.

—Ellos lo hicieron frente de mí, ni mido de no ver.

—Claro —sonrió Ayla—. Con su permiso, señora.

Gwyneth asintió levemente hacia ella con una sonrisa y miró de nuevo a la niña que parecía pensativa.

—Papá nunca le dio besos a Ayla —recordó.

—Quizá nunca los viste.

—Bueno sí —aceptó, hundiéndose en la almohada y sonriendo en una súplica—. ¿Me contarás un cuento Gwyny?

—Claro, lo haré.

Gwyneth se puso en pie para buscar algo qué leerle a la niña, comenzó a rebuscar en los cajones, encontrándose con un único ejemplar que, aunque no parecía ser un cuento, serviría para leer, de todas formas, Brina se quedaría dormida al instante.

Regresó a la cama y en cuanto lo abrió, una carta salió disparada hacia el colchón, llamándole la atención.

—¿Gwyny? ¿Por qué esta carta tiene tu nombre y el de papá? —se la tendió Brina, rescatándola de la cama.

Gwyneth miró el sobre y lo apretó contra su mano.

—Porque papá quiere saber cosas que posiblemente no le he querido contar —sonrió hacia la niña—. ¿Por qué no vamos a tu recámara cariño? Te leeré el cuento ahí.

La niña se inclinó de hombros y saltó de la cama, colocando sus pantuflas y saliendo de la habitación para ir a la que le habían dado a ella. Gwyneth hizo lo mismo, pero antes de salir, acomodó la carta sobre la cama, en un mensaje bastante obvio.

—¿Te has enojado con papa? —le preguntó la pequeña, metiéndose en su cama—. Pero si se acaban de besar.

—No estoy enojada cariño, creí que era mejor dormir aquí.

—Pero tú siempre duermes con papá, te gusta dormir ahí.

—Siempre he preferido dormir contigo.

La niña asintió confiada.

—Todos quieren estar con Brina siempre.

Gwyneth sabía que Publio tenía el poder para hacer algo como eso, pero no quería creer que lo hubiera hecho, era una invasión a su privacidad, ¿qué pensaba que era? ¿Una espía? ¡Por Dios! No podía creer el grado de escepticismo en el que vivía esa familia.

Aunque considerando que justo acababa de salvar al padre de la misma por una cierta invasión… suspiró, en definitiva, se había metido con algo más grande de lo que pensó, cuando lo conoció y se enteró de quienes eran, entendió que eran personas peligrosas, de cuidado, pero jamás creyó en todas esas historias sobre asesinatos, hombres llamados *águilas* e influencia en varias partes del mundo.

Capítulo 26

Publio se alegraba de ver a su padre en un mejor estado, no se podría decir que estaba recuperado, pero al menos, ya no estaba inconsciente, podía hablar y hasta dar órdenes. Era bien de madrugada cuando Publio entró nuevamente a su recámara, esperando encontrar a su esposa e hija en el lugar, pero se sorprendió al darse cuenta que la habitación estaba vacía.

Se acercó a la cama y vio la carta que no había podido leer sobre ella, colocada de tal forma que no se pudiera pasar desapercibida. Dejó salir un sonido cansado desde su garganta y caminó hacia la recamara de su hija, donde seguramente Gwyneth se refugiaba.

—Oh, Publio, ¿vas por…?

—Sí —interrumpió a Ayla—. ¿Está molesta?

—Yo la vi bastante normal, llevan dormidas horas.

—Bien, gracias.

—Publio… ¿Está todo bien?

—Parece que en realidad no soy un hombre que esté hecho para matrimonios.

—Los vi bastante bien antes de que te fueras.

—Sí, en ese tiempo ella se ha molestado conmigo.

—No pensé que te importaría tanto.

—Y no me importa, pero es mejor que Gwyneth esté contenta a molesta —le dijo, dando la vuelta para entrar a la recámara de Brina.

Ayla sonrió y negó un par de veces, Publio no cambiaría nunca.

—Sabes que eso es mentira —dijo Kayla—. A Publio le importa, de ser de otra forma, ni siquiera intentaría hablarlo.

—Kayla, ¿qué quieres de mí?

—Nada en particular —ella estaba con los brazos cruzados sobre una pared cercana—. ¿Sigues enamorada de él?

La rubia bajó la cabeza al no soportar la fiera mirada de la menor de los Hamilton.

—Es algo que no se deshace en un par de días.

—Al menos sé que la respetas, pero creo entender que se ha puesto celosa en ocasiones.

—¿Celosa? —la miró—. ¿De mí?

—Pese a todo, Ayla, él confía demasiado en ti, se siente seguro alrededor tuyo y a ella a penas y la toma en cuenta.

En el interior de la rubia, esas palabras le fueron reconfortantes, sabía que no debía sentirse así, puesto que ese hombre pertenecía ya a otra mujer, pero ella había estado con muchos que igualmente tenían

esposas y de todas formas no se negaban el placer de estar con ella, de eso hacía mucho, antes de que Publio la rescatara, pero tenía el recuerdo nítido de que eso podía pasar, quizá con él también fuera a suceder, al fin de cuentas, se había casado con Gwyneth para saber una verdad detrás de su hija, no porque la amara o le gustara.

Publio entró a la recámara que le habían asignado a su hija, en seguida pudo notar los cuerpos abrazados de su esposa y Brina en medio de la cama, parecían felices y reconfortadas la una con la otra y eso le daba alegría, pero sabía que todo eso acabaría cuando despertara a Gwyneth de su sueño.

Se acercó a la cama, pero mucho antes de que la tocara, ella habló, su voz tenía los toques del sueño, pero su mente estaba tan avispada como siempre.

—Al fin llegas —abrió los ojos.

—Tenemos que hablar.

—¿Seguro? —ella dejó a la niña sobre la cama y lo miró con enojo en medio de la oscuridad menguada por la luz de una lámpara—. Creo que en realidad tú ya te has adelantado a todas las charlas que podríamos tener tú y yo.

—No he leído la carta —le dijo.

—Claro, el que haya pedido información me hace más contenta.

La joven salió de la recámara y él la siguió en dirección a la que ellos compartían, lastimosamente topándose con Grace, quien traía consigo a su bebé.

—Oh, Gwyneth, es bueno verte, ¿te sientes más recuperada?

—Gracias Grace, estoy mucho mejor.

—Me alegro, aunque deberías irte acostumbrado, cuando tienes un hijo, las noches en vela se tornan parte de tu rutina diaria.

—Me temo que estamos lejos de tener un hijo, Grace, pero en cuanto tenga la más mínima duda, te aseguro que te pediré consejos.

La mujer de Terry sonrió con dulzura y asintió, siguiendo con su paseo, que era lo único que parecía tranquilizar al inquieto bebé. Gwyneth sonrió hacia la mujer hasta que esta desapareció, entonces recuperó su mal humor y entró a la habitación, Publio la cerró en cuanto él terminó de pasar.

Gwyneth caminó hasta la cama y cogió la carta, tendiéndosela a Publio con determinación.

—Ábrela, no tengo nada que esconder.

—No lo hice con una mala intención, Gwyneth —apartó la carta de su cara—, sabes que es necesario que nosotros sepamos sobre la vida de quienes nos rodean.

—Y preguntar no es una opción, ¿verdad?

—No contigo, lo intenté, pero tú das evasivas todo el tiempo.

—Tú tampoco contestas a mis preguntas.

—Porque tus preguntas te ponen en riesgo a ti y a Brina.

—Tú silencio hace lo mismo —ambos se miraron enojados y se cruzaron de brazos—. ¿Cuál es el contenido de la carta? ¿Qué necesitas saber?

—Todo, desde dónde naciste, con qué personas te frecuentas, lo que estudiaste, tus familiares.

—¿Y lo descubriste todo?

—Te dije que no la he leído, pero supongo que sí, está todo.

Ella lo miró entre asqueada y sorprendida.

—Es una invasión terrible a la intimidad de las personas.

—Sí.

—Bien, si tanto te interesa —ella abrió la carta y leyó para sí lo que había escrito, sorprendiéndose—. Vaya…

—¿Qué?

—Incluso hay cosas de las que ni me acuerdo —elevó las cejas y lo miró—. De verdad que son eficientes.

—Usualmente lo somos.

—¿Por qué estás tan interesado en que me lleve bien con Brina? —lo miró inquisidora—. ¿Quién es ella y por qué la adoptaste?

—Somos reconocidos en todas partes, Gwyneth, a pesar de que tenemos muchas ventajas y amigos, tenemos muchos enemigos, parece que Brina estuvo en medio de algo que ella no debería haber presenciado y la única que parece sacarle información, eres tú.

—Así que… por eso te has casado conmigo —Publio la miró seriamente, sin poder decir nada—. Eso es un sí.

—No quisiera que sonara tan impersonal, pero ha tenido que ver.

—No, ese es el motivo —negó con la cabeza—, me sorprende el grado de sacrificio que tienes como para casarte de por vida con una mujer que ni siquiera te gusta.

—No diría eso.

—¿No? Entonces, ¿qué dirías? —se acercó y lo miró aún más molesta que antes—. ¿Planeas divorciarte? ¿Es eso?

—No está en mis planes divorciarme.

Ella se dejó caer sobre la cama y siguió leyendo la carta.

—Me ponen mucho mejor de lo que pensé.

—¿Me dirás el contenido? —ella lo miró furiosa—. De todas formas, me lo harán saber.

—Bien —ella le tendió la carta y se volvió a la cama, metiéndose en ella y aparentando dormir—, no quiero ni una palabra sobre ello cuando termines ¿entendido?

Publio dejó salir aire por sus pulmones y se sentó a su lado, dejando la carta de lado y se cómodo en la cabecera, levantándola de la cama y acomodándola en su pecho.

—No la leeré, prefiero que me lo cuentes.

—¿Por qué le preferirías?

—Porque quisiera que me dijeras las verdaderas razones que estaban en tu cabeza cuando tomabas las decisiones.

Ella se removió, tratando de escapar, pero él la sostuvo con la suficiente fuerza como para hacerla entender que estaba atrapada. Pasaron un buen rato en silencio hasta que Publio comenzó a hacer las preguntas: —¿Qué pasó con tus padres?

—Mi padre murió, se enfermó de cólera —negó la joven—, él era dado a querer ayudar a la gente pobre de todo el mundo y terminó enfermo por ello. No fue tratado a tiempo y llegó a mí casi a morir.

Publio cerró los ojos, no podía imaginar ver morir a un ser querido con un cuadro de cólera, aunque afortunadamente ya sabían cómo evitarlo y prevenirlo, incluso había métodos para tratarlo, si no era diagnosticado y tratado a tiempo… podía ser una muerte larga y dolorosa. La abrazó y besó su cabeza.

—¿Por eso quisiste ser doctora?

—Él tenía el sueño de que lo fuera —sonrió—, quería que ayudara a las personas con algo más que caridad y comprensión.

—¿Y tu madre? —sintió como ella se tensó y rápidamente se apartó de los brazos de su esposo, recostándose en la almohada—. Algo me dice que ella no está muerta, pero jamás la he visto.

—Ni la verás —dijo la joven—, está internada en un hospital.

—Ella… ¿tiene una enfermedad mental?

—¿Por qué otra razón se encierra a las personas?

—Lo lamento, ¿es por eso que lees todas esas teorías psiquiátricas? ¿Crees que puede haber algo en la medicina que la ayude a estabilizar su mente? —dijo sorprendido.

—Tiene que haberlo —dijo ella—, ella no puede ser así de mala sólo por serlo… tiene que haber una explicación para que…

Se quedó callada.

—¿Qué te hacía?

—Eso no es importante.

—¿Con ella te amenazó tu hermano? —la miró—. ¿Sería capaz de causar dolor a su propia madre?

—Tú no viste las condiciones en las que la tenía cuando yo no estuve, ella estaba tan mal… ahora le paga un hospital en el que al menos la cuidan moderadamente bien, tiene cita con psiquiatras.

—Entonces, el hombre con el que te han visto en el laboratorio…

—¿Cómo sabes de…? —rodó los ojos—. Debí saberlo, él es uno de los encargados, me ayuda con las investigaciones.

—¿Así que te ayuda…?

—Sí, aunque dudo que sirva de algo, no puedo perder las esperanzas y… agh, no lo entenderías.

—Lo entiendo.

—Los hospitales para enfermos mentales son horribles, por esa razón visito a mi madre a menudo, no quiero que le hagan daño.

—Aunque dices que ella te lo causaba a ti.

—Ella sigue siendo mi madre.

—¿Dónde estudiaste?

—En París y en Grecia estudié fitoterapia, aunque viajé mucho.

Publio abrazó con más fuerzas a su esposa y sintió ganas de protegerla de cualquier cosa.

—¿Por qué te pusiste tan mal aquella vez en el parque?

—No olvidas nada, ¿verdad?

—Normalmente no lo hago.

—Bueno, si debes saberlo, tengo un poco de miedo cuando siento que las personas me siguen, viví sola por mucho tiempo y es normal que la gente asalte o quiera abusar de una mujer —se inclinó de hombros—, como te habrás dado cuenta, no fui violada, pero me pasaron otras muchas cosas.

—Entiendo.

—Ahora, creo que es mi turno de recibir respuestas.

—Gwyneth…

—Es lo justo, te he platicado mi vida, debes hablarme de la tuya.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber sobre Brina, quien es, qué es lo que quieres de ella y quien viene tras ella.

Publio la miró por un largo rato, pensando si debía contarle o no, la mirada de su esposa era una completa amenaza, así que decidió ceder y contarle un poco de lo que quería saber.

—La rescaté de un escondite subterráneo, como te dije, ella estuvo en un lugar donde no le correspondía, creemos que es la clave para encontrar a una persona que nos hace la vida imposible, "*la Sombra negra"* de las águilas, es como si esa persona nos llevara ventaja todo el tiempo.

—¿Así que una niña de cuatro años sabrá mágicamente resolver el enigma que ni ustedes han descubierto?

—Esa niña de cuatro años, habla más idiomas de los que un adulto promedio podría y estoy más que seguro que la hicieron aprenderlos por una razón —miró hacia el techo—. Ayla mencionó un mapa, dijo que ella te habló de ello.

—Sí, pero no tiene sentido, son lugares que no existen.

—Y le tiene miedo a que un hombre venga por ella —siguió—, tiene que haber algo, Brina aprendió algo que esos imbéciles no quieren que descubran y esa niña lo sabe, por eso no nos lo dice.

—¿Crees que entiende que no debe decirlo?

—Creo que tiene miedo de decirlo, fue maltratada por una razón.

—Es horrible, nadie debería sufrir tanto.

—Por eso no puedes salir sola con ella, ni tampoco debes despegarte de ella, te tiene confianza, pero necesitamos más.

—Haré lo que pueda —lo miró—, aunque no por ti, sino por ella.

Publio asintió y la abrazó con más fuerza.

—¿Me repudias por casarme contigo por razones tan poco honorables? —le besó la cabeza.

—Al menos sé que lo haces por una buena causa —se inclinó de hombros—, quieres proteger a los tuyos y a esa niña… no eres tan malo, quizá un poco cabrón, pero al menos no engañaste mi corazón, yo no me casé engañada.

Gwyneth se quedó dormida después de otra hora de larga conversación, en la cual hablaron sobre el contenido de la carta y, para su sorpresa, Publio también contó bastante de sí mismo.

La miró, ella había tomado sus distancias con él, no era que fuera una mujer que impusiera su abrazo o buscara cariño, había notado que en realidad a ella no le agradaban demasiado esos gestos y temía que ahora, ni siquiera quisiera aceptarlos.

Entendía que no era halagador saberse utilizada para llegar a un fin, pero debía aceptar que ella rápidamente se había ganado un lugar en su vida y en su casa muy aparte del que le otorgó mucho antes de casarse con ella. Ahora Gwyneth era parte de sus preocupaciones, de sus deseos y sus ganas de proteger, era parte de su familia, era su esposa y lo último que quería era que se alejara de él.

No había querido lastimarla, pero parecía ser que lo había hecho.

Capítulo 27

Los Hamilton estaban viviendo en una extraña calma desde que la familia entera se hospedó en la casa de los marqueses de Sutherland. Para fascinación de Brina, aquel lugar estaba lleno de pasadizos y misterios que venían como regalo para la imaginación ilimitada de una niña de cuatro años, causándoles más de un dolor de cabeza a sus padres, puesto que solían perderla durante horas hasta que al fin aparecía por un lado de la casa o por el otro.

A lo largo de los días en los que toda la familia Hamilton estuvo presente en casa por primera vez desde que eran unos niños, se comenzó a notar la potencia de las personalidades y los muchos problemas que se podían tener si estaban los cuatro hijos presentes, solían solucionarlo con habilidad, pero eso no ocasionaba que las dos mujeres de los hermanos no se encontraran con los nervios de punta.

Gwyneth pensó que sería doloroso no estar cerca de su laboratorio al que ya estaba tan acostumbrada, pero descubrió que el que el padre de su marido tenía en su propiedad cubría y hasta rebasaba sus necesidades, haciéndolo su lugar predilecto para estar y pasar el día.

En tanto a la relación de Gwyneth y Publio, se podría decir que eran cordiales el uno con el otro, parecía que se entendían bien, adoraban a la niña que estaba bajo su cuidado y tenían amores como cualquier pareja de casados. Sin embargo y como Annabella gustaba destacar a su hijo, se notaba que ella cada vez se alejaba más y más de él, formando un muro que, en un determinado momento, Publio no podría traspasar y serían dos personas que apenas se conocían viviendo juntas, sin hablar, sin amor, ni siquiera cariño.

Él lo había notado también, pese a que Gwyneth fuera una persona fría y un poco distante, nunca lo fue en demasía, al menos no a la medida que sobrepasaba los límites. En realidad, la veía algo enferma y conforme pasaba los meses, hasta deprimida.

Esa noche, mientras dormían después de haber hecho el amor, Publio sintió como ella se deshacía de sus brazos e iba corriendo al baño, él levantó la cabeza de la almohada, temía que algo estuviera mal, pero cuando ella cerró con prestillo la puerta y llamó a Ayla, supo de lo que se trataba y decidió no intervenir en ello.

La joven rubia entró a la recámara, teniendo que pasar por la habitación en penumbras con cuidado de no despertar al hombre que seguramente estaría ahí recostado.

Pasó más o menos media hora cuando su esposa volvió a la cama y se hizo un ovillo, Publio se acercó lentamente a ella y le besó la

mejilla, envolviéndola y acunándola.

—¿Te duele?

—Sí —susurró.

—Te traeré algo de la cocina —encendió la luz y se dio cuenta que ella limpiaba lágrimas silenciosas—. ¿Tanto te duele?

—No, me siento incómoda.

—¿Por qué? No es la primera vez que pasamos por esto.

—Lo sé, pero siempre me es incómodo.

—Traeré un calentador de cama, ¿quieres un té?

Ella asintió y se abrazó a una almohada, envolviendo sus rodillas con los brazos y cerrando los ojos con fuerza, liberando más lágrimas. A lo largo de esos meses de casados, Publio comprendió que su mujer era especialmente sensible cuando entraba en sus ciclos femeninos: lloraba, se enojaba y le dolía bastante. Ninguna de sus hermanas se ponía de tal forma, pero comprendía que cada mujer era diferente y, parecía ser que Gwyneth lo era incluso en eso.

Bajó a la cocina y se encontró con Ayla, quién parecía haber pensado lo mismo que él y estaba calentando el agua y metía las piedras calientes en el recipiente de latón con mango largo.

—Ella suele pasarlo muy mal en estos días.

—Jamás había conocido a una mujer tan inestable con ello —sinceró Publio—, en realidad, no me cuadra demasiado con su personalidad, ella suele ser una persona estable y racional.

—No sabes lo que se siente —dijo la joven.

—Es verdad, no puedo siquiera juzgarlo, aunque no me la quiero imaginar si llegase a quedar en cinta.

Él lo dijo sin pensar, más como un comentario al aire que como una posibilidad, dado que él era el esposo de esa mujer y los hijos que pudiera tener, serian engendrados con su ayuda.

—Creo que es gran parte del problema de su inestabilidad.

—¿A qué te refieres?

—Bueno —sonrió con dulzura—. No ha de sentirse tranquila cuando se da cuenta que no puede concebir.

—No creo que le preocupen esas cosas —dijo Publio—, ella tiene ideas muy diferentes en la cabeza, dudo que su prioridad sea tener un hijo, menos en estos momentos y, por lo que veo, menos uno que provenga de mí.

—¿Dudas que te quiera? —lo miró.

—No lo sé, Gwyneth es callada con temas pasionales, fría y demasiado apegada a la ciencia, dudo que haga introspección en temas que se basen en el sentimentalismo.

Aunque Publio recordaba bastante bien que su mujer podía ser increíblemente apasionada cuando hacían el amor, ella prácticamente era incontrolable y para él no había mujer más hermosa que Gwyneth

cuando se mostraba tan transparente en esos momentos, cuando ambos estaban unidos de la forma más íntima.

No se escondía, dejaba que sus emociones y sus sentimientos afloraran de cada poro de su piel, haciéndolo participe de sus sonrisas, sus besos, las suplicas y la sedosidad con la que decía su nombre en los momentos en los que le brindaba placer.

—Ustedes dos se parecen bastante —dijo la joven, colocando el agua en una tetera fina y poniendo el té—. Ambos no saben expresar lo que sienten, se basan en temas prácticos y reales, lo que sea que puedan ver, tocar o aprender.

—Somos científicos y médicos.

—Sí, señor —lo miró con suficiencia—, pero los sentimientos existen, aunque no los toques o los veas, se sienten y no los hace menos reales.

La mujer tomó las cosas para llevarlas a la recámara de la pareja, pero Publio la detuvo.

—Yo los llevo, ve a descansar —pidió—, cuida que Brina no vaya hoy a la recámara, Gwyneth necesita estar tranquila.

—Muy bien.

Publio subió con las cosas y escuchó el llanto contenido de su esposa mucho antes de que pudiera entrar a la habitación, notó que en cuanto él abrió la puerta, ella se controló, seguramente no lo había escuchado venir o se habría detenido desde mucho antes.

—¿Te sigues sintiendo mal?

—No —dijo con voz quebrada.

—Por todo lo bueno, Gwyneth, ¿qué ocurre?

—Nada —dijo después de tomar aire y enterrarse en la almohada, dándole la espalda.

—Sé que eso significa que algo sucede.

—Publio, no te preocupes, ve a dormir y todo estará bien por la mañana, lo prometo, puedo con esto.

—¿Qué es *esto*?

Ella se sentó en la cama y estiró la mano para recibir el té, estaba más que claro que ella no hablaría del tema con él, mucho menos en esos momentos. Publio suspiró y le dio lo que pedía, metió el calentador debajo del lecho y fue a recostarse en su lado de la cama, mirándola mientras se tomaba el té y apretaba su vientre.

—Ven, vamos a dormir —la abrazó, sintiendo la incomodidad que ella experimentaba—. No debes sentirte tan incómoda con esto, Gwyneth, soy tu esposo y soy doctor al igual que tú.

—Eso lo sé bien —dijo tranquila.

—Entonces, ¿Qué sucede?

—¡Me vas a regresar con mi hermano!

—¿Qué?

—Sí —ella se sentó sobre la cama y encendió la luz—, todos me lo han dicho, me regresarás con él, es cuestión de tiempo.

—Bien, necesito que me guíes de aquí, ¿por qué haría algo como eso? —elevó una ceja.

—Es obvio, hacemos todo lo indicado para tener hijos y yo no tengo hijos, ¿no lo ves? —dijo enojada—, hasta tengo un calendario, sé bien cuando voy a entrar en ciclos, se supondría que los demás días tengo que poder embarazarme ¿no?

Publio bajó la cabeza y sonrió.

—No en todos.

—¿Cómo qué no?

—No pensé que quisieras tener hijos ahora.

—No es que los quiera, es que los necesito.

—¿Qué?

—Si un noble no engendra varones, puede divorciarse y si te divorcias de mí, mi hermano me matará.

—No me voy a divorciar.

—¿En verdad?

—Sí, no necesitas hijos para seguir siendo mi esposa —giró los ojos —, en verdad que eres calculadora, ¿pensaste en bebés sólo por miedo a que me divorciara de ti?

—¿Tú no tendrías miedo de alguien que puede golpearte hasta la muerte, Publio? —elevó una ceja—. Además, en cuanto me casé, supe que eso podía pasar, me hice a la idea de tener hijos.

—Aunque no los quieras.

—Nadie dijo que no los quería, pero como te darás cuenta —apuntó su vientre—, parece que han tomado la decisión por mí y creen que es mejor que no sea madre… quizá es verdad y sea mejor que no engendre hijos, posiblemente sea una pésima madre.

—No lo creo, Brina te adora.

—Sí, pero yo no estuve en todas sus etapas en las que lloraba, se hacía del baño y comía de mí —hizo una mueca—, por favor, se escucha en realidad espantoso que alguien… se aferre de esa forma a mí, además, duele, sé que duele mucho.

—Bueno, entonces no te preocupes por ello, tranquilízate y siéntete libre de no tener hijos.

Ella lo miró sorprendida.

—¿No quieres hijos? —frunció el ceño—. ¿Te molestaría tener hijos que vengan de mí?

—En verdad que te pones insoportable en estos días —suspiró y se recostó—, nunca dije eso, sólo quiero que sepas que no hay prisa, no me divorciaré de ti y esos niños pueden venir cuando quieran.

—Quiero que sea pronto entonces, porque tampoco quiero ser mayor y andar cuidando bebés.

—No te entiendo ni un poco mujer.

—Embarázame pronto y todo esto acabará.

—Te pondrás aún más loca estando en cinta.

—Puede ser, pero por lo menos tendré un bebé.

—No pensé que guardaras sentimientos maternales en esa cabeza fría y llena de ciencia.

—Los niños son material desconocido para mí —se inclinó de hombros—. Tengo que descubrirlo, por difícil que sea de aprender.

—Bien, si quieres un hijo, te daré un hijo.

—¿Así como si nada? —le dijo sarcástica—. ¡Listo! ¡Puf! Tenemos un bebé en camino.

—Como si nada no, tendremos que intentarlo muchas, muchas veces, durante días y días para que logres concebir… no me parece una mala inversión de tiempo.

—Oh, como estás disfrutando hacerme sufrir con esto.

—La verdad es que sí.

Publio podía estarse burlando de ella, pero algo dentro de él se relajó al saber que su esposa ansiaba tener un hijo de él, aunque ella se escudara con esas razones tan frías y extrañas, la conocía lo suficiente para saber que en realidad lo anhelaba, las lágrimas derramadas hacía un rato no tenían nada que ver con el temor a su hermano y a sus golpes, estaba triste, así como lo estuvo cuando salió de la cama y notó que estaba sangrando.

Ahora comprendía porqué ella se deprimía cada vez que entraba en ciclo, no era porque fuera así siempre, era porque se lo provocaba la desesperación y la tristeza. En realidad, él lo había evitado por ella, pensó que Gwyneth no estaba lista para tener un hijo, quizá que no lo querría o estaría enojada con él para engendrar uno. Pero lo quería, quería un hijo suyo. Sonrió, sonrió sin saber por qué demonios lo hacía, ni por qué se sentía tan feliz con la idea de tener a su esposa abrazada como en ese momento.

De hecho, se descubrió pensando en la sensación de su vientre plano hinchándose bajo sus manos poco a poco hasta formar por completo una nueva vida que llegaría a sus vidas para llenarla, para hacerlos padres y un hermano para Brina.

Capítulo 28

Gwyneth regresaba de la calle en medio de una charla con Ayla y Brina, todas estaban entusiasmadas por la venidera fiesta de invierno de los Chester, habían sido invitados hacía semanas y les costó bastante trabajo lograr que Publio quisiera asistir, pero después de mucho, mucho insistir, lloriquear, plantar la ley del hielo, molestarlo y de gritar, lo habían conseguido, había aceptado y justo en ese momento venían de escoger las ropas que llevarían a los invernales parajes de aquella alejada mansión donde pasarían las navidades, las primeras navidades de Brina.

Ayla y Gwyneth habían sido especialmente entusiastas con el tema al notar que Brina jamás había celebrado las navidades, lo consideraron sumamente triste, por lo cual se propusieron hacer que la casa vomitara luces, árboles, adornos y regalos.

—¡Amo la Navidad! ¡La amo! —brincaba la niña—. ¡Me gusta la nieve y los olores y los regalos y los adornos…!

—Ven acá, Brina, te resfriarás si te quitas el abrigo antes de tiempo —sonreía Gwyneth.

Entraron a la casa, encontrándose con una fila de pacientes que entretendrían a Publio por un buen rato, pero Brina ignoró todo eso y fue corriendo al despacho de su padre, entrando a todas prisas y abrazándose a las piernas del médico que por poco cae sobre un niño que estaba revisando.

—Brina —la regañó un poco.

—¡Papá! —le dijo alegre sin notar el regaño—. Compré todo para el viaje, tengo medias, tengo guantes, tengo bufandas.

—Brina —Gwyneth sonrió en la entrada y estiró una mano—, papá está ocupado, luego le contarás.

—Pero…

—Anda —pidió—, Ayla va a preparar chocolate.

—¡Sí! —la niña salió corriendo.

—Gwyneth, quiero que revises esto.

La joven se adelantó y miró la pierna del niño que estaba sentado en la camilla que Publio tenía en el lugar.

—Mmm… creo que está cortada está infectada —lo miró—. ¿Con qué te lo has hecho?

—Me caí cuando iba a trabajar, fue en un pozo.

—Vaya —elevó las cejas—, eres valiente por no estar llorando.

El niño se sonrojó ante la hermosa dama y bajó la cabeza.

—Bueno… mamá dice que no debo llorar frente a mujeres bonitas

porque se reirían de mí.

—No me reiría de ti, entendería porqué lloras —dijo Gwyneth.

—¿Tienes algo para ello? Preferiría ahorrarle los medicamentos —pidió Publio.

—Déjame ver —asintió, caminando hacia la mesa que su marido había condicionado para que ella tuviera sus instrumentos de fitoterapia—. Si aguantas lo que dolerá cuando te limpie y ponga esto, te daré un beso, ¿Te parece?

El niño miró al doctor Hamilton sin saber que la mujer presente era su esposa, Publio pudo notar el brillo en los ojos del chiquillo y se le dibujó una sonrisa tan grande como el de las caricaturas del periódico, asintió varias veces y se aferró a las sábanas de la cama.

Gwyneth hizo su trabajo con la maestría con la que siempre se desenvolvía, aceptando la ayuda de su marido y concentrándose al cien por ciento en el niño que chistaba y dejaba salir lagrimas silenciosas, pero resistía.

—¡Has sido un niño maravilloso! —sonrió cuando Publio ya sólo lo vendaba—. Toma tu premio.

Ella le besó la mejilla con ternura y le revolvió el cabello, su marido lo bajó de la mesa y lo dejó salir con la sonrisa más deslumbrante que hubiese visto en ese día. Publio cerró la puerta y se volvió hacia su esposa, quien recogía sus cosas y lo miró con una ceja arqueada cuando él la rodeó con los brazos y la besó.

—Creí que yo también merecía una recompensa.

—Tú no tienes ninguna herida, Publio Hamilton —se rio.

—Me comienza a doler el brazo, ¿me besarías ahora?

Ella sonrió y le dio un beso rápido, mirándolo mientras se dirigía de regreso a la silla tras su escritorio.

—No lo creo —se alejó de él y se sentó en la silla frente al escritorio—. ¿Cómo te ha ido?

—Como verás, estaré ocupado —Publio tomó algunos de los papeles que había esparcidos por el lugar y la miró—. ¿Brina ha estado así de gritona todo el día? Últimamente parece incontenible.

—Lo está —sonrió—, no esperaría menos de una niña.

—¿Ha vuelto a decir algo?

—No… ella está demasiado distraída hasta para las pesadillas.

—Entiendo —suspiró y la miró—. ¿Qué te ha dicho el doctor?

—Aún no podemos saberlo, faltará más tiempo.

—¿Quiere decir que debemos seguirlo intentando?

—Mm-hmm, técnicamente eso es lo que quiso decir el doctor, aún no tengo señales de tener conmigo a tu hijo.

—Te lo dije, es pronto como para qué se sepa si estás embarazada o no.

—Quería comprobarlo —se inclinó de hombros y bajó la cabeza—,

debo admitir que me sigue dando tristeza cada vez que…

—Lo sé, ya vendrán.

—¿No te molesta?

—Claro que no, ¿por qué lo haría? No es tu culpa.

—Quizá lo sea —se puso en pie—, ¿qué tal si lo es?

—Lo resolveremos, además, puedo ser yo.

Ella se puso en pie y comenzó a recoger sus cosas, pero entonces cerró los ojos y colocó las manos en jarras, sintiéndose un poco derrotada, a ella jamás se le derrotaba en nada, no sabía que quería tanto un hijo hasta que este se negó a aparecer.

—Ey —se puso en pie y la abrazó por la espalda—. Gwyneth, tendremos un hijo, no seas desesperada, tienes que tener paciencia, como al descubrir algo en el laboratorio, hace falta tiempo.

—Hemos esperado por mucho tiempo.

—No tanto —sonrió—, lo que pasa es que ahora estás compitiendo contra tu cuerpo, y lo siento, pero no creo que puedas ganar en esta ocasión, tendrás que dejarte llevar.

—Odio dejarme llevar.

—Lo sé —la volvió y la besó—, pero entre más te fuerces, entre más te estreses por ello, más difícil te será, tienes que estar relajada.

—¡Agh! —dijo enojada—. Vamos a la habitación.

—Estarás de broma, ¿viste las personas que esperan por mí? —sonrió—, iremos a casa de los Chester y tendremos todo el tiempo del mundo para que me esclavices.

—Eso es una mentira, yo jamás te he obligado a…

—Lo sé —sonrió besándola pasionalmente—, pero no deberías hacer esas proposiciones cuando tengo un día entero de trabajo, ahora tendré en mente tu cuerpo, tus besos y la forma en la que dices mi nombre cuando estamos en la cama, todo mientras intento diagnosticar a un anciano.

Ella dejó salir una alegre risotada y le tocó la mejilla.

—Estaré en el laboratorio entonces, te dejo con tus pensamientos, espero que te funcionen cuando regreses a la habitación esta noche.

—¡Mujer, por favor! —se quejó cuando ella salió de ahí, dejando pasar al siguiente paciente de Publio.

El hombre se mantuvo ocupado, con la organización constante de Ayla, al menos tenía cinco minutos para descansar entre los pacientes, incluso ella había incluido un tiempo para que Brina llegara, le escupiera diez temas a la vez y se marchara sonriente.

—Ayla —habló lo suficientemente fuerte como para que la mujer lo escuchara y entrara al despacho—. Hasta aquí llegué hoy, no quiero recibir a nadie más.

—Está bien, Publio.

—¿Dónde están?

—Abajo, en el laboratorio, escuché que Gwyneth gritó de alegría, así que quizá tenga algo importante que decirte.

—Seguro ha encontrado un pequeñísimo avance, pero para ella lo representa todo —se masajeó los ojos.

—De nuevo dolor de cabeza.

—He estado algo estresado.

—Lo escuché de Terry, recibieron otro ataque.

—Sí, aunque me da gusto que padre haya tomado la decisión de irse a Rusia por un tiempo, será lo mejor.

—Supongo que no es lo único que te tiene estresado —se acercó para masajear sus sienes, pero él lo impidió rápidamente—, ah, así que por ahí va la cosa.

—¿De qué hablas?

—Bueno, de la razón por la que no me has dejado masajear tu cabeza como lo he hecho desde el día que te conocí.

—No me apetece.

—Sabes que te ayuda, lo evitas por otra razón —sonrió.

—Gwyneth… es más posesiva de lo que imaginé.

—La entiendo —rodó los ojos—, ella es así con todas sus cosas.

—Yo no soy una posesión.

—Creo que ella podría considerarlo de esa manera.

—Halagador.

—Para ser ella, lo es.

Publio miró a su amiga y sonrió.

—Eres bastante comprensiva y buena con ella, parece que ha ganado tu aprecio.

—Es fácil quererla cuando es tan transparente —asintió, recogiendo cosas del lugar—. Uno puede saber fácilmente lo que siente o piensa.

—Yo jamás sé ninguna de las dos cosas.

—Pero lo deduces en tiempo record, ahora está entusiasmada con el tema de los bebés, ¿cierto?

—Diría que la palabra es obsesionada.

—Creo que es una forma en la que siente que te retendrá.

—¿De qué hablas?

—Sí, de sentirte seguro, de que eres de su propiedad, tendrá algo que será tuyo, así que es como marcarte.

—Ella… no es así, no piensa así, creo que quiere un hijo porque es algo que el mundo le ha negado y ella está acostumbrada a hacer todo lo que le niegan.

—No creo que sea lo mismo con un bebé —se sentó en las sillas frente al escritorio—, un bebé significará menos tiempo en el laboratorio, menos tiempo para ella y eso que es egoísta.

—Crees que lo hace porque… ¿por qué me quiere?

—Quizá.

Publio se puso en pie y caminó hacia la salida y en dirección al laboratorio de su esposa. Ayla sonrió y negó un par de veces antes de seguir poniendo en su lugar los diferentes utensilios.

—Me sorprende, señorita.

—¡Por Dios! —se quejó la mujer—. ¿Por qué se hace presente? ¿Algo sucedió?

—No —el *águila* tomó asiento en la silla de Publio y giró sobre ella con diversión—, pero me gusta hablar con usted.

—Sabe que no deben verlo, es parte de su trabajo.

—Mientras él esté con ellas, no hace falta que yo les esté echando ojo, es mi tiempo para distraerme.

—No soy su distracción.

—Por qué lo ayuda a entender a su mujer si se nota que lo ama con locura, ¿no sería más fácil tratar de arruinar la relación?

—No soy la clase de mujer que va destruyendo la felicidad de otros por un deseo egoísta —le dijo enojada—, además, aunque arruinara esa relación, aun así, Publio no vendría a mí.

—Así que cree que están enamorados.

—No lo creo, lo sé —dijo—, pero son idiotas los dos. Puede que tengan toda la inteligencia del mundo en otros aspectos, pero en cuanto a lo sentimental, ambos están en pañales.

—Y dígame, señorita, ¿piensa ser su cupido por siempre?

—No, sé que eventualmente tendré que irme.

—Cuando se atreva a ver a alguien después de la garbosa figura de Publio Hamilton, quizá se dé cuenta de que hay ojos que la miran con fervor y pasión.

—Ya me han mirado de esa forma antes, y no trae felicidad alguna —dijo con molestia.

—No todos somos Publio Hamilton, pero muchos tenemos su afamada nobleza, podemos ver con el corazón también y yo la veo a usted, señorita Ayla.

La joven se sonrojó y se giró para salir de ahí, dejando a aquel hombre con una sonrisa bobalicona en los labios.

Publio bajó al laboratorio, notando que Gwyneth estaba distraída, la abrazó por la espalda y contorneó su cuerpo, presionando besos a lo largo de su cuello y bajando la mano hasta subir un poco la tela de su vestido.

—Publio —se rio—, pensé que te desocuparías hasta más tarde.

—Creí que sería más ético no atender, puesto que mis pensamientos no estaban plenamente en sus quejares, sino en mi mujer y sus insinuaciones.

—¿Quieres ir a la recámara desde este momento?

—¿Dónde está Brina?

—Creo que la están enseñando a hacer tarta de manzana.

—Entonces tenemos tiempo suficiente hasta que quiera meternos una cucharada en la boca.

—Sí —ella envolvió sus brazos alrededor del cuello de su marido—, aun así, hay que darnos prisa.

—¿A qué esperamos?

La pareja subió en medio de risas y jugueteos hasta que se alcanzaron en la habitación, comenzando a desvestirse rápidamente y besándose con locura impresa en cada roce. Publio subía el vestido de su esposa y ella brincó y enredó las piernas alrededor de él, sonriendo y besando hasta que fue recostada en la cama, donde él terminó de desvestirla y rápidamente se unió a ella.

Se besaron, acariciaron y rodaron en la cama, en búsqueda del placer y el resalte máximo de las sensaciones, Publio comenzó a entender entonces que ella era la única persona que sabía cómo desconectarlo de cualquier obligación, de cualquier pensamiento y lo obligaba a estar centrado en ella, complaciéndola, reverenciándola, ella lo tenía a sus pies y por alguna razón, a él no le molestaba.

—Gwyneth ven aquí —le pidió cuando ella se había puesto en pie para tomar algo de agua.

—¿Qué sucede? —se acercó gateando hasta besarlo y abrazarse a él con ternura—. ¿Me echas en falta sobre tu cuerpo?

Él no quería admitir aquello, pero era justo la razón por la cual la había llamado, ¡Maldición! Se sentía totalmente perdido.

—Me ha dicho Ayla que hubo un grito de victoria en el laboratorio hace un rato.

—Creí descubrir algo, pero parece ser que me equivoqué.

—¿Tú? ¿Puedes equivocarte?

—Increíble, lo sé, pero sí.

Publio dejó salir una pequeña risa y la miró sobre su pecho.

—Mírame —pidió—. ¿Acaso alguna vez has estado enamorada?

—¡Qué pregunta! —se sonrojó—, ¿Cómo puedes decir algo así con esa cara y mientras ambos estamos desnudos en una cama?

—No has contestado.

—La respuesta sería no, mi lord, gracias por ser tan poco delicado —negó, cubriéndose con las sábanas—. ¿Y tú?

—Bueno, creo que no sé identificar a ciencia cierta el amor —dijo elocuentemente—, pero creo que sí.

Ella elevó la cabeza y lo miró nerviosa.

—¿Cómo lo sentías? —preguntó—. ¿Cómo era ella?

—Sé bien que me parecía extraña la sensación, debo admitir que incluso me asustaba un poco en un inicio, cuando ella llega a cualquier lugar, todo comenzaba a tornarse diferente para mí, pero es peor cuando no está, porque la extraño y es casi como un dolor físico, a veces la echo de menos incluso cuando está cerca.

—¿Hablas de Ayla? —ella se alejó—. Como… ¡Pero si acabas de tener amores conmigo! Si tu corazón te está mandando hacia otro lugar no debes de simplemente remplazar aquello en otros brazos, es de lo más denigrante para…

—Estoy hablando de ti, Gwyneth, por todo lo bueno.

—¿De mí? —lo miró—. ¿Hablas de mí?

—Sí, estoy enamorado de ti —ella parecía confundida, sin palabras —. No tienes que decir que sientes lo mismo si no es así.

—Es que… no es eso, sólo no me esperaba una confesión.

—Entonces me quieres.

Ella lo miró, no parecía ofendido por su falta de contestación, incluso creía que no esperaba recibir una, ella en realidad no tenía las palabras, no sabía cómo expresarlas, ni siquiera sabía que Publio pudiera pensarlas, pero ahí estaba, diciéndole que incluso sentía un dolor físico cuando no estaba con ella.

Sonrió complacida y lo miró con ojos iluminados.

Y ya que no encontró las palabras adecuadas para lo que sentía en ese momento, se acercó a él y apartó las sábanas de su cuerpo y del de ella, subió a horcajadas y presionó un beso cálido en sus labios, después recorrió su cuello, sus hombros, su pecho, volvió a su rostro y besó sus mejillas y sus ojos, incitándolo a volver a empezar, a volver a jugar y hacer el amor.

Y él cumplió sus deseos tanto como ella quiso, la amó y la adoró, y mientras lo hacía, ella le dio su respuesta, lo amaba, pero no sabía ponerlo en palabras, no hacía falta, su cuerpo se lo gritaba, sus besos, la forma en la que lo acariciaba y buscaba como loca darle placer, ella intentaba expresar lo que sus palabras no podían.

Gwyneth suspiró una última vez, moviéndose sobre él para sentir plenamente su liberación y se agachó para besarlo dulcemente, detenidamente, sin querer apartarse, disfrutándolo.

—Creo, mi lord —le tomó la cara y lo besó sonriente—, que en esta ocasión sí concebiremos a su heredero.

Publio sonrió ampliamente y se levantó para besarla y acomodarla en su pecho, acariciando su cuerpo y esperando que las palabras de su esposa fueran proféticas. Nada le gustaría más que un hijo proveniente de aquella mujer.

Capítulo 29

—Y corrí lo más rápido que pude papá, te lo juro, Tara se cayó en la nieve y me reí y ella lloró y me aventó —explicó Brina.

—Te dije que no salieras a la nieve, te resfriarás —dijo Publio, quitándole el vestido en la seguridad de la habitación que les habían dado los Chester.

—Oh, Brina, si acabas de aliviarte hace apenas una semana del resfriado que te dio —dijo Gwyneth, poniendo agua caliente.

—Pero si no me caí por mi culpa, ella me tiró.

—No importa —Publio la cargó en paños menores—, la cosa es que no vuelvas a enfermarte o estarás en cama el veinticinco.

—¡No! Ese día es Navidad, a mí me gustaría pasar la Navidad en el salón, con los demás y abrir mis regalos.

—No pasará si sigues desobedeciéndonos —regañó Gwyneth.

La niña se cruzó de brazos y miró hacia otro lado.

—Puaj, quiero mejor que me bañe Ayla.

—Sin opiniones Brina, estás castigada —dijo Publio, notando que aquello sorpresivamente había lastimado a su esposa.

—Ella no puede regañarme, Gwyny no es mi mamá.

—¡Brina!

—Está bien yo… —la mujer se puso en pie—. Saldré un momento, ¿Vale? Llamaré a Ayla.

Publio esperó a que Gwyneth saliera para mirar enojado a su hija, quien parecía un poco arrepentida pero no daba su brazo a torcer.

—Eso ha estado mal, Brina, ¿Por qué le dijiste eso?

—Porque sí.

—¿Porque sí? ¿Se te hace una respuesta?

—Sí.

—No lo es, te disculparás con ella.

—¡No!

—Brina, no te estoy preguntando, le pedirás una disculpa en cuanto vuelva, la has hecho sentir mal, ella sólo busca cuidarte.

—Por ahora, sólo ahora lo hace, después ya no.

—¿De qué hablas?

—Escuché cuando ella hablaba con Ayla, la escuché.

—¿Qué escuchaste?

—¡Nada! ¡Tampoco quiero hablar contigo!

—Lástima, ¿Qué escuchaste?

—Ayla estaba contenta porque Gwyny le dijo que tendría un bebé —negó enojada—, un bebé de papá. Ayla nunca tendría bebés con

papá, ella sólo me querría a mí y sólo a mí.

—Brina… —cerró los ojos.

—¡No! —gritó—. Yo no soy hija de Gwyny, ni tampoco tuya y el bebé lo será y yo estaré sola, ya no me van a querer y me llevarán con los hombres de nuevo, no quiero ir allá, quiero a Ayla y a ti y a Gwyny, pero sin bebé, no quiero al bebé.

—Oh, Brina —la abrazó pese a que ella estaba en la tina—, eso no pasará, puedes estar tranquila.

—¿No van a tener un bebé? —dijo ilusionada.

—Me refiero a que no te dejaremos de querer.

—¡Si lo harán! ¡No tengan bebés!

—¿No quieres ser una hermana mayor? El bebé te necesitará cuando crezca, Gwyneth no podrá con todo.

—No, no quiero ser hermana mayor, quiero ser sólo yo.

—Brina —le acarició el cabello—, siempre vas a ser nuestra hija, también de Gwyneth, ella es tu mamá, aunque no le digas así.

La niña comenzó a llorar y se abrazó a su padre, comprendía que estuviera celosa, que tuviera miedo, en definitiva, no la dejarían de querer y había sido una forma muy particular de enterarse de que su mujer estaba esperando, ahora entendía la sensibilidad con la que se llevaba manejando y ese sueño que no se le quitaba.

Ayla entró entonces a la recámara y ayudó a la niña a bañarse, la joven rubia echó una mirada hacia la puerta, indicando a Publio hacia donde tenía que ir, ella ya tenía lo suficientemente entretenida a Brina como para que dejara de notar la presencia de su padre.

Al salir de la habitación se encontró con Gwyneth recargada en la pared, parecía pensativa y se balanceaba constantemente mientras tocaba suavemente su vientre.

—Ella no lo dice en serio.

—Lo sé.

—Por cierto, me ha dicho algo interesante.

—¿Algo sobre la *Sombra negra* que tanto los obsesiona?

—No, creo que es algo que a ti te obsesionaba.

Gwyneth se sonrojó de pronto y sonrió.

—Oh… así que por eso reacciona de esta forma.

—Creo que está celosa porque su madre va a tener un bebé —sonrió Publio, acercándose—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Bueno, quería que fuera más seguro, pero parece que Brina me ha ganado la contienda —lo abrazó—, estoy embarazada.

—¿Segura?

—Lo creo… ¿Quieres revisarme?

—¿Me lo vas a permitir?

—Eres médico, ¿O no? —sonrió—, además, ¿qué puedes ver que no hayas visto ya con anterioridad?

—Estoy de acuerdo.

Ambos sonrieron y se adentraron en sus recámaras, ella comprendió que en realidad era mucho más vergonzosa cuando tenía a su esposo en una forma médica que como amante, nunca volvería a sugerirle que la revisara, pero al final, había sido satisfactorio, parecía que él estaba convencido y ella no podía estar más feliz.

La besó alegre y la abrazó hasta que hubo la necesidad de separarse, tenía quizá poco más de un mes de embarazo, lo cual quería decir que no había sido concebido la noche en la que Publio le dijo que la amaba, pero ella se negaba a aceptarlo y quería creer que el niño sólo tenía dos semanas en su interior.

—Creo que debo hablar con Brina —dijo la joven, caminando junto a él mientras la veían jugar con los demás niños.

—No sé qué tan mal te vaya a contestar y te he notado bastante sensible últimamente.

—Puedo con ello, sé que es por el bebé que estoy así.

—Si quieres hacerlo, no te diré que no.

—No podrías detenerme de todas formas.

Publio asintió.

—Esperemos que salga bien —le besó la mejilla—. Iré al pueblo cercano con el señor Chester, parece que quiere cerrar un negocio conmigo… ¿Estarás bien?

—Me ayudará para charlar con Brina sin interrupciones.

—Bien, no te esfuerces demasiado.

—Tranquilo —lo besó—, puedo cuidar de una niña sin morir.

—Creo, Gwyneth, que ahora estás cuidado de dos —la besó con cariño y juntó sus frentes por unos segundos.

Su marido sonrió y se marchó, la joven levantó los ojos hacia el cielo y tomó aire, era el momento de buscar a Brina y la encontró más rápido de lo que esperaba y en medio de una pelea feroz que ella estaba ganando con creces.

Gwyneth caminó hasta la niña y la tomó de la mano sorpresivamente, jalándola con ella pese a que estuviera enojada y deseara volver a estar sobre ese niño al cual golpeaba.

—No puedes pelear con los demás niños, Brina —la regañó—, no vas a tener amigos si sigues así.

—¡Déjame! ¡Suéltame!

—Basta Brina —le apretó la muñeca para que se estuviera quieta en su lugar—. Deja de patalear, ¿por qué te has peleado?

—¡Él empezó!

—Últimamente así es, ¿qué te ha dicho?

—Dijo que volveré a la calle, que estaré sola de nuevo.

—Oh, Brina —se agachó con cuidado y tomó a la niña por la cintura—. El bebé no hará diferencia, seguiré amándote como ahora.

—No lo harás.

—Te digo que sí, no puedes querer a un hijo más que a otro.

—Yo no soy tu hija.

—No, pero así lo siento, igual que tu papá.

—Pero él… no quiero, yo no quiero.

—Cariño, vas a ver que te va a gustar, lo vas a cuidar y lo vas a querer, te lo aseguro.

—¿Y qué pasa si no lo quiero? ¿Lo vamos a regalar?

—No lo creo —se rio la joven—, pero estoy segura que lo vas a querer con el tiempo.

—¡Qué no! —la niña salió corriendo sin remedio alguno hacia el bosque nevado.

—¡Brina! ¡Brina no! —la mujer corrió tras ella, tratando de no resbalar y no perder de vista a la niña—. ¡Brina, regresa!

Entonces, sus instintos la acosaron, ella sabía identificar rápidamente cuando alguien la seguía, era a lo único que le tenía miedo en el mundo, a ser perseguida. Volvió la cabeza sólo para comprobarlo, había un hombre corriendo a unos metros tras de ella.

No… no tras de ella, corrían tras de Brina, ellos querían a Brina.

—¡Brina! ¡Mi amor, vuelve! —comenzó a llorar, no sólo por el terror que tenía, sino porque algo fuera a pasarle a esa niña. Entonces un grito le heló la sangre, era el grito de Brina—. ¡Brina!

—¡Mamá! —le gritó cuando la vio—. ¡Mamá!

—Brina —ella la acogió en sus brazos, pero sabía bien que estaba atrapada, miró a su alrededor, tratando de buscar salida, pero eran tres hombres contra una mujer y una niña asustada—. Quédate junto a mí Brina.

—Denos a la niña, señora y todo saldrá bien.

—¡Aléjense de nosotras! —la niña se escondió en las faldas de la mujer, aferrándose con todas sus fuerzas a ella.

—No queremos hacerle daño, será mejor que no haga problemas —el hombre se acercaba a ellas de forma pacífica—. No debe arriesgarse por una niña que no es de su sangre.

—¡Aléjese! —Gwyneth apretó el cuerpo de Brina contra ella.

—Tiene con usted algo que pertenece a su esposo y a sí misma, en ello es en lo que debe concentrarse ahora, señora.

La mujer observó a los otros dos hombres aparecer, ellos parecían menos tranquilos, salieron con el arma en resiste, apuntándola a ella directamente. Si alguien recibiría una bala, sería ella, instintivamente se llevó una mano al vientre y tomó aire.

—Les daré lo que quieran, pero déjenos ir… si mi marido se entera, los matará a todos.

—Su marido no está ahora, lo sabe bien.

Gwyneth sentía que ya no podía hablar, su respiración era

acelerada y su corazón iba tan rápido que seguro se detendría del susto, no sabía qué hacer, quería gritar y llorar al mismo tiempo, pero tenía a una niña pequeña.

—¡Ayuda! —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Al demonio! —gritó uno rápidamente se escuchó un disparo que se tornó en varios.

La confusión invadió el lugar y las dos se tiraron al suelo, Brina lloraba y se tapaba la cabeza, gritaba y miraba a su alrededor, asustada, petrificada y sin poder hacer nada.

—Brina… —Gwyneth la miró recostada y temblando por la fría nieve que se colaba por su vestido—. Brina escucha lo que vas a hacer, pon atención.

—No puedo, no puedo.

—¡Brina! —la niña la miró asustada—. Son hombres de papi, algunos son hombres de papi. Arrástrate por la nieve y búscalos, tienen una marca en el hombro, está a la vista, búscalos.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—No puedo ir contigo ahora —le acarició la mejilla—, ve, a ti no te van a disparar, vienen por ti.

—Pero mamá… no quiero dejarte aquí —le tomó una mano y la jaló—. Vamos, ven conmigo mamá.

—Haz lo que te digo —ella miró a su alrededor y notó que los perseguidores estaban tras unos árboles, los tres del mismo lado—. ¡A la izquierda! ¡Arrástrate a la izquierda!

La niña comenzó a hacerlo, se arrastró con miedo, llanto y llena de gritos, pero lo hizo, algunas de las balas intentaban darle, seguramente en las piernas, pero la niña era pequeña y lo estaba logrando, Gwyneth vio que de pronto uno de los hombres la tomaba del vestido y simplemente la elevaba y la ponía a salvo.

Unas lágrimas resbalaron de sus ojos y asintió, al menos estaba a salvo, levantó un poco la cabeza y miró su costado, donde tenía presionada una mano que, al ser levantada, exponía la sangre. Cerró los ojos y se recostó en el suelo, aguantando el dolor, intentando calmarse, pero desistiendo poco a poco.

Pensó en que jamás le dijo a su marido que lo amaba, quizá debió haberlo dicho con palabras, también se le vino a la mente Brina, ella la había llamado mamá por primera vez y una sensación agradable la recorrió, entonces lloró, porque nunca sería capaz de ver a su hijo, ahora entendía cuando lo había anhelado, cuanto lo esperó…

Al menos no sufriría, no podía sufrir ¿cierto? Intentó pensar eso, era pequeño, seguro que no lo resentiría.

¿Qué diría Publio? ¿Se molestaría? ¿Se pondría triste? Quizá no, el amor que sentía por ella era reciente, quizá Ayla lo consolara, Ayla… ella era buena, la querría, cuidaría bien de Brina.

Levantó la vista y sonrió, lo último que vio, fue el cielo nublado a través de las ramas desnudas de los árboles, rodeada de nieve blanca y un aroma fresco, era algo precioso.

Capítulo 30

Nadie se atrevería a molestarlo, no cuando una tristeza tan profunda lo invadía, Publio prácticamente no había hablado con nadie durante días, se limitaba a trabajar, trataba a los pacientes con especial seriedad, sabía que muchos iban ahí para verlo en medio de su sufrimiento, pero a él poco le importaba, sólo hacía su trabajo y los corría cuando se daba cuenta que no tenían nada.

La casa se mantenía en un sepulcral silencio, Ayla se paseaba por los pasillos intentando que Publio comiera algo y Brina no llorara desesperadamente por las esquinas.

—Publio —se introdujo Annabella al despacho—. Debes comer algo, por favor, cariño.

—Déjame tranquilo, madre, por favor.

—No puedes seguir así.

—Madre —dijo con autoridad.

Annabella suspiró y salió, encontrándose con el resto de la familia Hamilton y con Ayla, ella simplemente negó y siguió con su camino hacia la recamara de Brina.

—Él… parece perdido —dijo Aine—, jamás lo había visto así.

—Ni yo —Kayla descompuso su semblante—, parece que en verdad le duele.

—Se culpa —dijo Terry—, se culpa de todo.

—Bien, es mi turno —dijo Thomas, tocando el hombro de su hijo menor y abriendo el despacho de Publio.

—Madre, dije que no quería nada.

—No soy tu madre —dijo Thomas—, tampoco vengo a suplicarte nada, eres un hombre Publio y sabes lo que haces.

—Al parecer no lo sé —dijo molesto—, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

—No las tienes, despedí todas tus citas.

—¿Por qué carajos se meten en mis cosas?

—Porque parece que tú no sabes cómo solucionarlas solo, así que aquí está tu familia para ayudarte.

—No los necesito.

—Si no fuera por tu madre, Brina ya estuviera muriendo de hambre y tú estarías por las mismas.

Publio se mantuvo callado y se dejó caer en la silla, frotando sus ojos con pesadez y resintiendo que su padre lo estuviera amonestando en esos momentos en los que su cerebro quería estallar.

—Sal de aquí, por favor.

—Publio, no está todo perdido, tu mujer aún está viva.

—Está muerta en vida.

—Estaba deprimida, era normal en ese momento, creo que estaba impactada, pero de eso hace tiempo —le hizo ver.

—Intento estar con ella todo el tiempo, pero, en cuanto la tomo en mis brazos ella… —Publio cubrió su cara y dejó sus codos sobre el escritorio, dejando salir un lamento.

—Por Dios, hijo —le tomó los hombros—, el llorar no te hace una persona débil, estás afrontando un dolor inimaginable.

—Gwyneth no necesita que llore con ella —dijo frustrado.

—Se necesitan el uno al otro, Publio, sea de la forma que sea.

—¿La has visto hoy?

—Ha comido bien —informó el padre—. Ella de hecho está mucho mejor, la noto con ánimos y bastante tranquila.

—Nos han dicho que es probable que no pueda tener hijos —dijo entristecido—, ella estaba destrozada, lo ansiaba tanto…

—Aún tienen posibilidades, nada es seguro —le palmeó la espalda —. Ve con ella, Publio.

El menor asintió, tomó una fuerte respiración y abrió la puerta, encontrándose con las miradas preocupadas de sus hermanos, a quienes saludó con un movimiento de cabeza y subió las escaleras. Tocó un par de veces la puerta hasta que su esposa lo invitó a entrar con una voz suave.

Publio entró en la habitación después de tomar todas las fuerzas que logró obtener y miró la esbelta figura de su esposa, sentada en medio de la cama, con un libro en sus piernas y una leve sonrisa que era dirigida a él cada vez que estaba con ella.

—Hola —le estiró la mano—, mi amor, ven a ver lo que acabo de leer, es una frase preciosa.

—¿Qué lees ahora?

—Oh, es una lectura que me ha traído Aine, jamás fui afecta a las novelas, pero esta es en verdad preciosa —se hizo a un lado para que él tomara asiento—. Mira, dice… ¿Te encuentras bien?

—Perdóname Gwyneth —dijo pesaroso—, jamás quise… no fui capaz de protegerte y ahora…

—Publio —le tomó la mejilla y levantó su cara—, no seas tonto, te amo, estoy viva y Brina también.

—Nuestro hijo…

—Seguro que no sintió nada, sé que no lo hizo —dijo tranquila, sonriendo un poco—, pensarás que estoy un poco loca, pero he soñado con él, lo cargaba Publio y me sonreía, sé que está bien.

—Cómo lo lamento.

—Mi amor, aunque seas tú, no puedes estar en todas partes, indirectamente nos salvaste al tenernos bajo vigilancia —suspiró—,

hubiera sido peor.

—Gwyneth, hay la posibilidad…

—Sé lo que dijo ese hombre —frunció el ceño—, pero no me parecía uno de los mejores médicos, ¿tú que dices?

—¿Qué digo?

—Sí, seguro que tú y yo superamos con creces su criterio, yo digo que tendremos hijos, estoy segura de ello y ya sabes que yo nunca me equivoco y siempre obtengo todo lo que quiero —dijo determinada, con ambas cejas arqueadas hacia arriba con una abrumadora supremacía—, así que deja de flagelarte y concéntrate en curarme la herida para que podamos regresar a nuestras vidas.

Publio la miró con una sonrisa.

—¿Puedo abrazarte?

Ella bajó la cabeza.

—Sí… pero Publio —lo detuvo—, ¿podemos llorar juntos esta vez? No tienes que ser fuerte siempre, yo lloro cuando me abrazas porque me siento segura, ¿no sientes lo mismo en mis brazos?

—Yo… quiero estar bien para ti.

—Pero eso sería una mentira, no quiero mentiras.

Publio asintió despacio y abrazó el cuerpo de su esposa, sintiendo de pronto como ella comenzaba a llorar sobre su pecho y, sin remedio alguno, él hacía lo mismo silenciosamente. Para cuando dejaron de llorar, se habían quedado dormidos, pero, cuando despertaron, ambos parecían sentirse mucho mejor, renovados y con más fuerzas de seguir adelante.

—Mi amor —dijo ella, con dolor en su costado—, trae a Brina.

—Ella… no está del todo bien.

—Lo sé, por eso te pido que la traigas conmigo —se recostó en la pila de almohadas que la mantenían un poco más derecha.

Publio salió de la habitación, dejando a Gwyneth en soledad por unos momentos, la joven volvió la cara hacia la ventana y sonrió al ver el invierno, tan hermoso como siempre. Dieron dos toques a su puerta y la abrieron sin contestación, dando paso a una tímida pequeña que venía con el dedo en la boca y los ojos cristalizados.

—Oh, Brina, al fin vienes —le sonrió y estiró los brazos.

La niña pareció deshacerse en llanto y corrió hacia ella, intentando subir a la cama, cosa que en la que Publio ayudó, advirtiéndole que no la fuera a lastimar.

—Mamá, perdóname, por mi culpa estás herida y ya no hay bebé —lloró—, no quería que muriera, te lo juro.

—No fue tu culpa, cariño, jamás lo fue.

Publio se impresionó entonces de que ella le estuviera llamando mamá, pero Gwyneth parecía acostumbrada a ello.

—¡Perdón mamá! ¡Perdón!

—No quiero que vuelvas a correr de mi lado de esa manera.

—Nunca, jamás lo haré.

—Bien —le tocó la mejilla—. Ahora quiero que nos digas todo sobre esos hombres.

La cara de la niña cambió y se tornó muy seria, Publio miró impresionado a la mujer, pero regresó la vista a Brina, esperando ansioso la respuesta que pudiera darles.

—A Brina no le gusta hablar de ello.

—Sé que no le gusta, pero tienes que intentarlo —le dijo su madre —. Ahora has visto que pueden venir tras de ti.

—¿Y volverían a lastimar a mami?

—Sí, o a papi o a ti misma.

—Pero…

—Hija —Publio se sentó a su lado y le tocó un mechó de cabello—. No importa lo que sea o lo que te hayan dicho, ahora que estamos contigo, nada te va a pasar, te protegeremos siempre.

La niña bajó la cabeza y asintió levemente.

—Papá, ¿tienes el diario?

—¿Diario? —frunció el ceño Gwyneth.

—Sí, lo tengo.

—Lo necesito.

—Está bien, te lo traeré.

La niña miró a su madre con algo de miedo, pero algo en la mirada de Gwyneth parecía reconfortarla y, cuando llegó Publio con aquel diario y se lo tendió, la pequeña no dejó de mirarla mientras lo habría en la página indicada.

—¿Qué es todo esto Brina? —preguntó Gwyneth, realmente interesada en el asunto.

—Cosas que me hacían aprender —dijo sin más—, pero ya no importa nada más que esto.

La niña levantó un escrito con dibujos que se notaba que ella misma había hecho, pero eran entendibles sólo para ella.

—¿Qué quiere decir Brina? —preguntó Publio.

—Es un juego —dijo sin más—. Yo hice toda la canción, todas las palabras son de idiomas diferentes, cómo lo quería papá.

Para ese momento, tanto Gwyneth como Publio habían entendido que ella le decía papá a su captor, a lo que había investigado de la niña, sus padres sí que habían sido cabecillas de grupos contrarios, pero habían muerto y seguramente fue el momento en el que la secuestraron y la llevaron a ese horrible lugar.

—¿Por qué aprendiste tantos idiomas? —inquirió Gwyneth.

—Porque nadie sospecha de los niños —dijo obvia—, así que papá me enseñó el código secreto.

—¿Qué dice ese código? —se acercó Publio.

La niña bajó la mirada.

—Me pegarán si lo digo.

—No —Gwyneth le tomó la mano—. Nadie te hará daño.

—Pero si te han hecho daño a ti y al bebé por eso mismo.

—Pero tú estás ilesa —dijo Publio—. Nosotros te protegeremos.

Brina asintió poco convencida, pero al final tomó entre sus manos la libreta que su padre le tendía y leyó sus propias líneas.

—Se nell'ombra nera vuoi trovare, loin des châteaux ils la trouveront, escondido entre los prados de un convento abandonado, кто видит без силы, wer dirigiert ohne es zu wollen, if you want to find it, nyckeln måste du kunna dechiffrera, η απάντηση είναι για εκείνους που ξέρουν πώς να ακούσουν.

Gwyneth miró a su marido con impresión, no tenía idea de en cuantos idiomas había hablado la niña, pero Publio había escrito las frases que su hija decía, traduciendo debajo mientras ella leía por encima de su hombro. Ambos miraron con el ceño fruncido aquellas palabras que al traducirse decían: "*Si a la Sombra negra deseas hallar, lejos de los castillos la van a encontrar, escondida entre los prados de un convento abandonado, quien ve sin poder, quien dirige sin querer; si quieres encontrar, la clave has de poder descifrar, la respuesta está para el que sabe escuchar.*"

—Pero, ¿qué…? —negó Gwyneth.

—Gracias Brina, lo has hecho muy bien —Publio besó la frente de la niña con cariño—. No tengas miedo.

Para ese momento, la niña parecía estar entrando en crisis, los padres supusieron que la habían torturado lo suficiente como para que la simple mención de aquellas frases le ocasionaran dolor y terror, incluso las lágrimas resbalaban silenciosamente por sus mejillas. Publio se acercó y la atrajo hacia él, abrazándola y besando con cariño su coronilla. Gwyneth sonrió y le tocó la mejilla a la niña.

—Lo has hecho muy bien, cariño.

Brina se quedó dormida en una hora o poco más, Ayla llegó ante el llamado de Gwyneth y se llevó a la pequeña a dormir a su propia recámara, sobre todo porque la mujer en aquella cama estaba herida y no podía soportar que por error Brina le diera una patada.

—¿Tienes idea? —Gwyneth le preguntó a su esposo quien parecía ensimismado mientras miraba fijamente lo que había escrito.

—Tengo que ir con mi padre, necesitamos hablar de esto.

—¿Te tienes que ir ahora?

—No, lo haré mañana, por ahora creo que debemos dormir.

—¿Te quedarás conmigo esta noche?

—Temo lastimarte.

—Estoy mejor, quiero que te quedes.

—Gwyneth, ¿qué pasa si…?

—Te digo que todo está bien —alzó una mano—, ¿por favor?

Publio dejó salir un suspiro y se recostó junto a ella, mirando hacia el techo al no poder aplacar sus pensamientos que rondaban una y otra vez en la nota.

—¿Crees que volverán a atacar?

—Sí —Publio no lo dudaba ni por un segundo—. Tengo que ponerlas a salvo, tanto a ti como a Brina.

—Creo saber que eso no les funciona demasiado a los Hamilton —negó—. Grace sufrió peor al estar alejada de Terry.

—Era necesario, de no haber estado alejada, ella hubiese tenido un embarazo espantoso, quizá el final no fue lo mejor, pero, en definitiva, apoyo la decisión de mi hermano.

—¿Crees que alejar a la mujer siempre será la mejor decisión? —negó—. Estar contigo es lo mejor que puedes hacernos.

—No Gwyneth, ya una vez pensé que te perdía, no pienso volver a sentir lo mismo.

—No me vas a perder, soy una mujer fuerte que, además, no está embarazada, Grace tenía eso de por medio, la hacía un blanco mucho más grande y fácil —sonrió—. No me iré. Soy tan inteligente que incluso creo que he resuelto parte del enigma que sigue dándote vueltas en la cabeza.

—¿En serio? —sonrió burlesco—. ¿De qué va?

—Sé la clave final.

Publio se levantó de la cama y sonrió abiertamente, mirando intensamente a su mujer, si acaso ella ya sabía la clave, la amaría más que nunca, no porque él no la supiera, porque ya la había logrado descifrar, pero si ella lo hacía, únicamente quería decir que había elegido bastante bien a la mujer con la que se casaría.

Gwyneth había caído dormida hacía más de una hora, Publio la miraba dormitar desde el escritorio que había en su habitación, tuvo la intención de seguir revisando aquellas palabras dadas por Brina, tratando de encontrar coherencia en ellas además de lo que habían descubierto, la clave para saber dónde estaba la *Sombra negra*.

El hombre dejó salir un suspiro y apagó la lámpara del escritorio, yendo directo a la cama, al final, sería mejor discutir el tema con sus hermanos y padre, entre todos podrían encontrar la respuesta que tanto buscaban. Tomó la hoja en la que había hecho la traducción y la tiró al fuego de la chimenea, para ese momento ya se lo sabía de memoria y no quería que nadie más pudiera leerlo.

Fue directo hacia el ventanal de la habitación, notando el mal clima que se avecinaba, las lluvias en Londres eran comunes, pero denotaba que sería una buena tormenta. Fue a la cama y se metió con cuidado junto a su esposa, quién estaba recostada boca arriba para no lastimar su herida, pero eso no evitó que ella buscara su mano y la colocara

sobre su corazón, entrelazada con la suya.

Publio la miró por interminables momentos, sintiendo como lentamente el sueño lo hacía cerrar los ojos hasta que quedó casi dormido, aunque lo suficiente consciente como para darse cuenta que alguien había entrado a la habitación y se acercaba insinuantemente hasta Gwyneth.

No se alteró, sabía bien de quien se trataba y le pareció de lo más enternecedor que Brina llevara con ella su propio banquito y subiera a él para alcanzar a colocar un dedo cerca de la nariz de la mujer dormida en la cama.

—¿Brina? —la chiquilla dio un salto y apartó la mano, abriendo los ojitos con temor—. ¿Qué haces?

—Yo… —la niña bajó la mirada y se inclinó de hombros—. Quería saber si Gwyny estaba respirando.

—Claro que lo está, Brina, no te preocupes.

—Pero oí cuando tía Aine dijo que por poco dejaba de respirar.

—No se refería a eso, cariño, ella… —Publio dejó salir una sonrisa y apartó las mantas de la cama—. Ven aquí.

—Creí que no podía dormir aquí porque podía lastimar a mami.

—Dormirás de mi lado —la acomodó lo más lejos posible de Gwyneth y la abrazó, tratando de que se durmiera.

—Papi… ¿Me quieres a pesar de que hice que ya no tenga hermano? Fue mi culpa papi.

—No, no fue tu culpa y te quiero igual que siempre.

La niña sonrió.

—¡Yo también te quiero papi!

—Sshh, despertarás a mamá, ve a dormir.

La niña se acurrucó entre sus brazos y se durmió en seguida y Publio la siguió, volviendo a tomar la mano de su esposa, sintiéndose tranquilo por primera vez desde que había ocurrido el incidente.

Capítulo 31

Publio estaba ansioso, habían tenido que esperar demasiado para lograr reunirse con el resto de los Hamilton, al parecer, se tuvieron que llevar a cabo varias misiones antes de que todos pudieran poner atención a lo que Publio tenía que decir, la buena noticia había sido que Gwyneth había logrado recuperarse para ese momento.

—Gwyneth, ¿qué haces levantada? —la recorrió con la mirada y sonrió—. Te ves bastante bien esta mañana.

—Me siento bien, ya te lo he dicho —ella seguía protegiendo su herida, aunque ya no le dolía, no quería arriesgarse.

Gwyneth sonrió cuando lo vio levantarse de su escritorio y la tomó por la cintura, tomando con delicadeza su labio inferior, haciéndola sentir que era capaz de volar sin necesidad de alas; Publio la hacía infinitamente feliz, era bueno y cuidadoso, además de que la amaba y se lo demostraba todos los días.

—Iremos a casa de mis padres para cenar —informó—, espero que logres que Brina deje atrás esa muñeca.

—No lo creo, se aferra a ella como si se tratara de su vida.

Desde aquel día en el que casi vuelven a atraparla, Brina se mostraba ensimismada y no soltaba aquella muñeca de trapo, volvía a meter su dedo en la boca y lloraba por las noches, sin querer contar sus pesadillas a nadie, prácticamente los padres la esperaban pacientemente todas las noches para que durmiera con ellos.

—No sé qué hacer para que se sienta mejor —dijo Publio—. Ella no puede seguir de esta forma.

—Dale tiempo, seguro que se sentirá mejor cuando vea de nuevo a tu madre, ella la ama.

—Sería imposible que alguien no amara a mi madre —sonrió Publio y asintió—. Quizá sería bueno que pasáramos unos días en Sutherland, ¿no crees?

—Creo que estaría bien —asintió—. Por cierto, no he visto a Ayla en estos días, ¿está bien?

—Sí, está bien, la envié a hacer algunas cosas.

—Oh, me gustaría que regrese pronto, sé de alguien que se ha mostrado interesado en ella.

—¿Qué?

—¿Te molesta? —lo miró sorprendida.

—No es eso, es sólo que no tenía idea.

—Tú no tienes idea de nada relacionado con el amor, cariño.

—Al menos sé lo necesario, ¿no lo crees? —jugueteó con sus cejas y

la besó—. Ve a arreglar tus cosas.

—Bien.

Los Hamilton salieron a las cuatro de la tarde con dirección a Sutherland, Brina se mostraba más que emocionada y, como habían previsto los padres, traía consigo la muñeca de trapo que no soltaba ni siquiera para que fuera lavada.

—Brina, cariño, ¿por qué no dejas que bañen a Lady May? —preguntó Gwyneth al ver el desmejorado aspecto de la muñeca.

—A Lady May no le gusta separarse de mí.

—¿Y eso por qué?

—Le da miedo perderse.

—Así que es eso —Gwyneth miró a su marido—. ¿Compartes ese sentimiento con Lady May?

—A veces —dijo la niña, sacando su dedo para hablar y después volverlo a meter a su boca, mirando por la ventana.

—¿Por qué sientes que te puedes perder, Brina? —inquirió Publio, frunciendo el ceño.

—Porque quieren a Brina.

—¿Quién te quiere?

—Ellos, las *Sombras*.

Los padres se miraron con preocupación.

—¿Los has visto?

—Sí, rondan la casa, nos vigilan —asintió—. ¡Mira papá! ¡Quiero ese juguete!

—Brina —Publio la tomó por los hombros y sonrió, tratando de enfocarla—. ¿Las *Sombras* quieren la libreta? ¿O sólo a ti?

—Creo que quieren a Brina, porque sin Brina la libreta no sirve.

Publio dejó que su hija se entretuviera con lo que fuera que viera a través de la ventana y miró a su esposa.

—¿Has visto a alguien a los alrededores de la casa?

—Al ser una casa en el centro, se ven a muchas personas, pero nada que me llegue a alterar —ella se inclinó de hombros.

—Brina los ve, pero ella tiene miedo todo el tiempo, se puede confundir con facilidad.

—Sí, pero mejor no arriesgarnos, estar en la propiedad de tus padres nos ayudará, al menos en algún sentido.

—Eso espero también —asintió Publio.

Llegaron a casa de los padres de los Hamilton justo cuando el sol daba sus últimos toques a las paredes de la majestuosa mansión de Sutherland. Brina había salido de un brinco de la carroza mientras Publio ayudaba a Gwyneth a bajar con cuidado de la misma.

—¡Oh! ¡Mi linda Brina! —salió a su encuentro Annabella.

—¡Abuelita! —sonrió alegre—. ¡Nos quedaremos aquí abuelita! ¿Podrás contarme historias del abuelo?

—Por supuesto —la mujer miró a su hijo y nuera con el ceño fruncido—. ¿Algo sucedió?

—Te contaré luego, madre —Publio besó la mejilla de su madre y entró a la propiedad, tomando en brazos a la niña que se lo pedía a gritos y fue al encuentro de su padre.

Gwyneth miró a su suegra y caminó hacia ella.

—Mi querida, Gwyneth —sonrió Annabella—. ¿Cómo sigues de la herida? Y de todo lo demás.

—Bien señora, debo decir que estoy bien —tocó su costado, justo donde la bala se incrustó en su cuerpo y sonrió, comenzando a caminar junto con su suegra al interior de la propiedad—. De hecho, perfectamente, pero por alguna razón…

Ella agachó la mirada, sintiéndose avergonzada al recordar que la mujer con la que estaba hablando, era la madre de su marido, por lo cual los temas que quería tratar y preguntar no deberían ser expuestos ante ella. Pero Annabella simplemente sonrió y le tocó una mano, aparentemente entiendo la situación.

—Le costará trabajo, cariño, pero te prometo que volverá a ti antes de lo que piensas.

Gwyneth se avergonzó de pies a cabeza y negó.

—Lamento haber sido tan descuidada con el tema.

—Me alegra que me tengas la confianza.

—Creo que tiene miedo —dijo nerviosa—. El médico nos ha dicho que es posible que yo… que no vuelva a tener hijos.

—Supongo que ha de ser aterrador esa perspectiva —la miró con dulzura—, sobre todo cuando lo ansías tanto.

—Lo esperé por mucho tiempo y cuando al fin lo tenía conmigo —la joven entristeció notoriamente—, lo perdí y parece que perdí toda oportunidad para tener otro.

—No digas esas cosas, estoy segura que podrán tenerlos.

—Intento mantenerme positiva con la idea, más por Publio que por mí —dijo sincera—, él parecía tan abatido cuando se enteró de todo lo sucedido… decidí que no podíamos ser dos los que estuviéramos en decadencia.

—¿Decidiste ser la fuerte?

—Creo que él lo decidió también y ahora, nos mentimos con respecto al tema —negó—, ninguno quiere admitir que sentimos terror y un infinito dolor.

—Deberías ser honesta con él, quizá al decirlo, no estén tan felices como ahora, pero al menos no estarás viviendo en medio de una mentira.

Gwyneth asintió levemente y la miró agradecida.

—Gracias por escucharme, como sabrá, nunca tuve una madre que fuera lo que se podía decir… amorosa, mucho menos comprensiva

conmigo.

—Sé bien lo que era tu madre —dijo Annabella con molestia—. La conocí bastante bien, antes de lo ocurrido.

—¿Lo sabe?

—Claro que lo sé, cariño —sonrió—. Soy esposa de Thomas Hamilton y, aunque nadie lo crea, suelo ser más lista que él en algunas cosas.

—Yo lo creo.

—¿Cómo sigue ella?

El tema hizo que Gwyneth decayera notoriamente.

—Para estos momentos, ella me odia un poco más —sonrió con tristeza—. Nunca fue que me quisiera demasiado, pero al final soy la única que la visita.

—¿Ha ido Publio contigo?

—Por supuesto que no —dijo alterada—, por favor, no le diga.

—No creo que haga falta, mi cielo, él de seguro lo sabe.

—Pero permite que haga lo que quiera con el tema —pidió—. Si él supera que me afecta de esta forma, jamás me permitiría ir de nuevo a verla.

—Quizá te sentirías menos mal si él te acompañara de vez en cuando, no tienes porqué afrontar todo esto sola.

—Creo que él tiene suficientes problemas ahora.

—Mi cielo, para Publio siempre serás lo más importante, te ama.

—Quizá, pero no quiero preocuparlo con un tema que lastimosamente es estacionario, mi madre no podrá recuperarse de un día para otro, por más que investigue sobre el tema, siempre quedará en una investigación.

—Una admirable, según mi hijo y esposo.

—Sí, pero nada comprobable.

—Aunque me han dicho que eres especialmente buena para hacer ungüentos, tónicos y demás medicamentos.

—La química siempre me ha gustado.

—Creo que Publio hará uso de tu inteligencia, mencionó a su padre un proyecto que tiene contigo, ¿una botica o algo así?

—Sí —se sonrojó—. Él piensa que sería buena idea.

—Lo creo también —asintió.

Las mujeres se habían logrado llevar especialmente bien, incluso Annabella le tenía una preferencia sobre su cuñada Grace, debido a que la personalidad de la esposa de Terry era más intrépida, inquieta y con una personalidad más explosiva; Gwyneth era una mujer de ciencia, valiente, pero enfocada en la tranquilidad de un laboratorio, un hospital o la casa.

Mientras las mujeres disfrutaban de una taza de té y el cuidar a una alegre Brina que incluso había soltado la muñeca de trapo; Publio y su

padre estaban en el despacho, junto con el resto de los hermanos a excepción de Kayla.

—¿Qué demonios con eso? —dijo Aine—. ¿Cómo alguien pudo obligar a una niña a aprender todo eso?

—No son personas que sientan empatía con nada, ni con nadie —dijo Publio—. La cosa es, que Brina nos acaba de dar la clave para encontrar a la *Sombra negra*, clave que todos los demás quieren y ahora ella misma dice que la persiguen.

—¿Crees que sea verdad? —preguntó Terry.

—Quizá está asustada, o quizá sea verdad —dijo Publio—. No me quiero arriesgar de ninguna manera.

—¿Qué piensas hacer?

—He quemado el diario.

—¿Qué tú qué? —se sorprendió Aine, poniéndose de pie y mirando la sorpresa en la cara de su padre.

—Tengo una copia.

—¡Por todo lo bueno! —expiró Terry—. No digas cosas al azar y sin terminar.

—¿Por qué hacer algo así? —frunció el ceño Aine.

—Brina dice que los hombres conocen del diario tanto como de ella, así que preferí que lo que ellos conocían como el diario fuera quemado, dejé evidencias en casa para cuando ellos entren.

—¿Los vigilan? —se sorprendió Terry.

—Sí, Brina los ha visto y para mi es suficiente.

—Vale, creo que ha sido buena idea que se vinieran a Sutherland —asintió Aine.

—¿Y qué me dices de la canción de Brina? —dijo Terry, tomando las anotaciones que su hermano había hecho, donde ponía la canción en su configuración normal y la traducida.

—Creo que hemos descubierto la clave.

—¿Hemos? —lo miró Aine—. ¿Quiénes?

—Gwyneth lo descubrió cuando Brina nos la dijo por primera vez —informó.

—¿Qué se supone que descubrieron? Esto no tiene sentido para mí —dijo Terry.

Aine tomó el papel que tenía su hermano menor y lo observó atentamente, tratando de deducir lo que parecía que su padre y hermano conocían ya tan bien.

—¿Qué piensas hacer con lo que has descubierto? —dijo Aine.

—Ir, no queda otra opción más que esa.

—No encuentro nada —admitió Terry—. ¿Nos explican?

—¡Yo lo he descubierto! —dijo Aine, metida en su orgullo.

—Claro que no, no tienes ni idea.

—¿Te atreves a meterte con tu hermana mayor?

—No, contigo tengo mis reservas.

—Callados —pidió Thomas con autoridad—. Publio.

El muchacho asintió y colocó la nota en el escritorio de su padre, centrado para que todos lograran verlo.

—Notarán que está escrito en ocho idiomas.

—Sí, eso es evidente —dijo Aine, apuntando cada frase que se encontraba en diferentes idiomas con un dedo—; italiano, francés, portugués, ruso, alemán, inglés, sueco, griego.

—¿Y eso qué? —lo miró Terry—. Fue codificado y entiendo que dijera en la canción que "la respuesta estaba para quien supera escuchar". Sí no sabes el idioma no entenderás nada, pero cómo estaría la clave ahí.

—Porque la clave está ahí —dijo Publio—. Para quien sabe escuchar no se refiere sólo a los idiomas, sino a todo en general. Hermanos, es obvio que no entenderías nada si no supieras los idiomas, si no supieras "escuchar" pero la clave no está en las lenguas presentes, sino en la que falta.

—Bueno, Publio, hacen falta muchas lenguas y no podemos buscar en todos sus pueblos —dijo Terry.

—No, vean bien los idiomas —dijo Publio—. ¿Qué poderosa nación es la que falta ahí? Cual no se mencionó, aunque la tenemos tan cerca y tiene una influencia tan grande.

—España, no hay palabras en español —dijo Aine.

—Exacto —asintió Publio y miró su padre—. ¿Un convento en España? Hay miles.

—Eso es verdad, por eso pienso que será un trabajo exhaustivo —asintió Thomas, poniéndose de pie.

—Pero ahí dice que es uno abandonado, no habrá tantos en abandono —dijo Terry.

—A menos que no se esté hablando al pie de la letra y sea una metáfora —dijo Aine—. Podría ser un convento que ya no cree en lo que se supone que predican.

—Pienso lo mismo —dijo Publio.

—De ser el caso, las cosas se dificultan más —Cerró los ojos Terry —. ¿Encontrar un convento que acepte que ha perdido la fe? Imposible, prácticamente dejarían de recibir dinero del estado.

—Tampoco es que podamos ir de convento en convento —dijo Thomas.

—¿Quiere decir que es una mujer? —dijo Aine con admiración.

—O un sacerdote, diacono, monje o cualquier otro caballero que pasee por entre esos muros —dijo Thomas—, incluso hay conventos que tratan con enfermos, desafortunados, niños o jóvenes.

—Esto se expande a lo desmedido, es cómo si no tuviéramos nada —se exasperó Terry.

—Claro que no, tenemos más claves —dijo Aine—. Tan solo habrá que cuadrarlos con la persona adecuada.

—Quizá la mujer de Archie sepa algo, ella es de España —dijo Terry—. Podríamos preguntar, quizá lo sepa, allá muchas veces las mujeres son encerradas en esos lugares hasta que están en edad casadera, incluso hasta que encuentran marido.

—Pareces realmente conocedor del tema —elevó una ceja Aine.

—No es el punto —se avergonzó el menor.

—Quizá sea una buena idea —dijo Thomas—. En realidad, su hermano tiene razón, esas jovencitas son educadas bajo la más estricta ley católica, seguro que sabe de algunos conventos.

—No sabemos cuándo llegará —dijo Publio—. Yo no puedo esperar a que algo más suceda.

—A lo que sé —dijo Aine—, ellos se casaron por poderes y ella no tardará en llegar aquí para su boda.

—Hasta entonces, tenemos que descubrir otra manera —dijo Terry considerado hacia su hermano.

—Hablaré con Archie, sé que ha visitado España últimamente —dijo Publio—, dudo que su principal atractivo fueran los conventos, pero seguro sabe más que nosotros ahora.

—Bien —concedió el padre—. Vayamos a cenar, seguro sus mujeres y su madre ya están desesperadas.

Los dos varones Hamilton salieron de ahí en medio de charlas que pasaron a ser vánales en cuento cruzaron el umbral de la puerta, dejando a Aine con su padre a solas.

—¿Qué sucede papá? —lo miró Aine.

—Quiero que vayas a casa de Publio y esperes noticias —ordenó—. Nadie te debe ver, lleva a alguien contigo, no quiero que luches ni te dañes, sólo espera.

—¿Crees que entrarán como lo ha pensado él?

—Publio no hace cosas al azar, si decidió traer a su familia aquí, es porque se sintió en riesgo de nuevo, quiero saber qué buscan.

—Bien, me iré en seguida.

—Con cuidado Aine.

—No te preocupes por mí.

La mujer salió de la casa de inmediato, dejando al padre con la incertidumbre que siempre le daba el dejar ir a su hija a situaciones tan peligrosas, pero sabía que, si actuaba para protegerla, Aine lo despreciaría toda su vida, el carácter de su hija era tan vertiginoso como el suyo mismo, le gustaba la aventura, la lucha y el misterio más que a ninguno de sus hijos.

Capítulo 32

Brina había decidido dormir con sus abuelos esa noche, por lo cual, Gwyneth pensó que sería un buen momento para que ella y Publio se reencontraran íntimamente. Sabía que una no debía planificar esas cosas como si se tratara de una velada, pero debía admitir que lo había hecho. Seleccionó su camisón a uno lustroso y de seda que se pegara a su cuerpo con el movimiento; también agregó perfume a su cuello, peinó su cabello y lavó su cara y cuerpo, quería llamarle la atención puesto que, desde el accidente que él no hacía movimientos para hacer el amor con ella y pensaba ponerle solución.

—Gwyneth, ¿qué haces despierta?

—Te esperaba —sonrió, poniéndose de pie y casi corriendo hacia él para plantarle un beso que duró más de lo acostumbrado para ser sólo un saludo—. ¿Ha sido buena la conversación con tus hermanos y padre?

—Sí, ¿Qué tal te la pasaste con madre y Grace?

—Conversaciones tranquilas y agradables, nada como lo que seguro ustedes tenían en manos —lo miró y sonrió insinuante—. El pequeño Darek está más hermoso y grande.

—Supongo —Publio evadió el tema y fue a cambiarse—. Los niños suelen crecer rápido.

—Claro, pero como llevaba tiempo de no ver a un bebé, se me ha hecho un cambio abismal.

Publio la miró, sabía lo que hacía, la forma en la caminaba, hablaba y se movía daban un indicio de lo que deseaba, de lo que le pedía en medio del silencio, pero él no sabía qué hacer con ello, era fácil decir que le haría el amor y todo estaría solucionado, pero no estaba dispuesto a afrontar el dolor de su mujer si es que se daba cuenta que no podía engendrar más hijos.

—¿No es un camisón demasiado ligero? —la miró—. Estas habitaciones son frescas, harías bien en cambiarlo.

—No, me encuentro cómoda.

—Entonces ve a la cama, iré en un momento.

—Creí decir que estaba esperando por ti.

—Gwyneth…

—¿Es que ya no me deseas? —se colocó frente a él con una cara de preocupación cuando él apartó la vista, ella le colocó las manos en el pecho y buscó su mirada—. ¿Publio?

—No es eso.

—Entonces, ¿por qué no me tocas?

—No esta noche.

—¿Cuándo? —lo siguió cuando comenzó a moverse por la habitación—. Publio, hace semanas que estoy bien de la herida, nosotros podríamos haber…

—Sé que podríamos haber intimado hace días, pero por ahora, no creo que sea lo indicado.

—Publio… —dijo con un nudo en la garganta—. ¿Qué me estás diciendo? ¿Acaso…?

—No he dejado de desearte, Gwyneth, pero no creo que estemos en un momento en el que sea buena idea encargar, ni siquiera sabemos si nos será posible y no creo que estés lista para escuchar malas noticias ahora, tenemos demasiadas cosas en la cabeza —miró el dolor en el rostro de su esposa y se castigó por ello—. Por favor, mi amor, no me hagas esto.

—Tú no me lo hagas a mí, Publio, no hagas que yo también pierda la fe, es lo único que tengo.

—Es mentira.

—¿Qué? —ella levantó la vista.

—Sé que me mientes con esa positividad, sé que finges.

—¿Cómo es que…?

—Por favor, Gwyneth, he convivido lo suficiente contigo como para conocerte, intentas hacerte la fuerte, intentas que crea que estás bien, pero sé que no es así.

Ella se sorprendió al comprender hasta qué punto él la había leído y buscado conocer, ella apenas y sabría algunas cosas y es que Publio no era un hombre fácil, conocía de él lo que él deseaba que supiera, sabía que, si buscaba esconderle algo, jamás lo descubriría.

—Quiero intentarlo, Publio, por favor… —él la abrazó en ese momento, haciéndola que enterrara la cabeza en su hombro—. Publio, no me ignores en esto, en serio lo deseo, sé que quizá no sea el mejor momento, pero no puedes ignorarme por siempre.

El hombre dejó salir el aire y la miró, le era imposible no complacerla cuando le lanzaba esa mirada, pero trataría de mantenerse firme, creía que era lo mejor para ella en esos momentos.

—Puedo hacerte el amor, pero evitaremos el embarazo.

—¿Lo dictaminas? —la faz de la mujer fue transformándose lentamente a una de furia—. Hablas como si me hicieras un favor al intimar conmigo.

—No quería que sonara así.

—No quiero evitar el embarazo.

—Tienes cosas que hacer, Gwyneth, empezarás con la botica y aún sigues con las investigaciones en el laboratorio, incluso lo de tu madre es un tema que te ocupa.

—Te aseguro que un bebé no interferirá en mi carrera profesional

—dijo molesta.

—Lo hará, Gwyneth, todo cambiará.

—¡Qué cambie entonces! —le gritó.

—No, sabes bien que quieres seguir con tu trabajo.

—¡Puedo manejar ambas cosas!

—Gwyneth —le colocó las manos en sus brazos—. No peleemos, por favor, mi amor, te lo pido.

—¿Por qué tienes que ser tú quien lo decida todo? —dijo furiosa—. Es mi cuerpo y mi tiempo, yo sabré qué hacer con ello.

—Será mi hijo también.

—No te necesito a mi lado todo el tiempo, la que lo hará todo seré yo —se cruzó de brazos.

—Sí, eso lo sé, lo que quiero decir es que seguimos en peligro y no quiero que te vuelva a suceder nada.

—Tendré cuidado, me cuidaré mejor.

—No, Gwyneth, no cambiaré de opinión.

—¡Bien! —gritó y fue a recostarse en la cama, tapando su cuerpo y volviéndose para no verlo cuando se él recostara de su lado—. Como si fueras el único hombre que puede darme un hijo.

Publio negó con la cabeza gacha, escondiendo una sonrisa. Terminó de cambiar sus ropas y fue a recostarse en la cama, notando que ella seguía estando furiosa y seguramente le costaría dormir.

—Gwyneth… —ella no respondió—. Quiero un hijo contigo, no creas que no es así, pero justo ahora no creo que sea momento de tenerlo. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Te parece que lo entiendo? —dijo furiosa.

—¿Puedo abrazarte?

—No.

Él se acercó lentamente y la envolvió en un abrazo que ella no evitó, porque ansiaba sentirlo cerca y su calor le era reconfortante, lo necesitaba incluso para dormir tranquila. Lo odiaba por haberla hecho tan dependiente de su presencia, de sus caricias y cariños.

—Prometo que lo intentaremos, sólo deja que se solucionen las cosas —le besó el hombro—. Todos tenemos la mente en ello y moriría de pensar que algo podría pasarte a ti o al bebé, justo ahora tengo que poder moverme.

—Entiendo lo que dices… pero no tengo que ser racional en ello.

—Eres una mujer completamente racional, Gwyneth.

—Lo sé, pero la locura de los bebés no sé de dónde vino.

—Eres una mujer muy realizada: has estudiado lo que querías, aplicas, tienes reconocimiento y artículos de ello; te has casado y eres feliz, creo que un hijo es lo único que te faltaba en la lista mental que tienes en la cabeza.

—Supongo —se acomodó entre sus brazos y lo miró intrigada por

un segundo—: ¿Puedes hacer el amor y evitar un embarazo?

Publio dejó salir una risita y asintió.

—Los tónicos son buenos, pero no plenamente confiables, tampoco es que me gustaría que usaras otros métodos, pero puedo… evitarlo —suspiró—: me retiraría.

—Oh, entiendo —se avergonzó—. ¿Es trabajoso lograrlo?

—Es… sí, algo —la apretó contra sí—, porque me encanta de la otra forma, cuando sé que se puede formar algo dentro de ti.

—¿Lo disfrutas igual?

Publio rio de nuevo.

—Sí, lo disfruto igual.

—Entonces —se volvió hacia él—. ¿Podemos intentarlo?

—¿No te molestarás al saber que estamos evitando el embarazo? —la abrazó—. ¿Al saber que no será igual que siempre?

—No —bajó la mirada—, no, estaré bien, quiero estar cerca de ti, quiero estar contigo.

Publio se alzó en su codo y la miró atentamente, Gwyneth se volvió hasta quedar recostada sobre su espalda, permitiéndole ser observada y sonriendo al comprender que buscaba la mentira en su rostro. La joven elevó una mano y rozó su barbilla, atrayéndolo hacia ella lentamente y levantando la cabeza para alcanzar sus labios.

Era un hombre espectacular, era verdad que quería un hijo de él, lo amaba tanto que era su anhelo tener una extensión eterna de él, creciendo dentro de ella y posteriormente entre sus brazos; pero si no era el momento, no lo era, comprendía su posición y ella misma no quería volver a sufrir un dolor tan grande como cuando perdió al primero. Haría lo que él dijo, se enfocaría en su laboratorio, en su próximo proyecto y en su madre.

Publio la besaba con delicadeza, apartándose de sus labios para recorrer dulcemente su cuello perfilado, sus hombros redondos y suaves, su clavícula marcada, la protuberancia de sus pechos, su abdomen y debajo del ombligo, haciéndola estremecer.

Él siempre era tierno cuando se trataba de hacerle el amor, no tenía idea si había sido así con todas las mujeres antes que ella, pero definitivamente quería pensar que era la única a la que él reverenciaba de esa forma.

—Mi amor —ella le tomó el rostro y lo besó—. Me haces feliz, no sabes cuán feliz.

—Te amo —la abrazó con fuerza y se enterró en ella, cerrando los ojos al comprender que tendría que apartarse de su calor cuando fuera el momento en el que se podría concebir un niño.

Publio le hizo el amor buscando que obtuviera el placer al que estaba acostumbrada, deseaba llevarla a su límite antes de que tuviera que apartarse de ella y lo logró; si Gwyneth no supiera que lo normal

era que se quedara dentro de ella, jamás habría notado que había alguna diferencia, tan sólo estaba el hecho de que Publio, en algún momento de acto, se apartaba de ella con un gruñido y mucho trabajo, recostándose alejado para siquiera llegar a mancharla.

Sin embargo y pese a que lo había disfrutado como siempre, echó de menos el calor que sentía al tenerlo sobre ella, mirarlo mientras él mismo alcanzaba su límite y los besos dulces que regaba por su rostro mientras ella lograba regresar su consciencia a él, a sus brazos y su conexión sin más excitación.

—Te encuentras triste —la atrajo a su pecho—. Lo sabía.

—No, no —lo abrazó, sintiendo la suave fragancia de su cuerpo y acariciando el vello suave sobre su pecho trabajado—. Estoy bien, me encuentro perfectamente.

—No me mientas, por favor, sabes que reconozco cuando lo haces —se quejó, abrazándola un poco más a sí.

Gwyneth soltó un pequeño suspiro y subió una pierna a él.

—No lo sé, te extrañé dentro de mí cuando te reduces al más puro placer —lo miró—. Me gusta ver tu rostro y sentirte temblar.

—¿Te duele que sea de esta forma?

—La verdad es que sí —sonrió lastimera—, pero estaré bien, supongo que ha sido el impacto de la primera vez.

—Será por un tiempo nada más, volveremos a la normalidad cuando todo se ponga en orden.

—¿Y si no es así?

—Te lo prometo, lo lograré —sonrió hacia ella—, para mí tampoco fue de lo más agradable separarme de ti.

Ella sonrió y lo abrazó con más fuerza, sintiendo la musculatura de su cuerpo, su firme respiración y constante palpitar, la forma protectora en la que la abrazaba y dulce en que la besaba.

Lo amaba más de lo que hubiese esperado, pese a que era terminante cuando tomaba una decisión, sabía perfectamente que jamás le impondría algo que la lastimaría sin razón, si evitaba el embarazo era por una cuestión razonable, pero ansiaba que todo aquello se resolviera para no tener que seguir impidiéndolo.

Publio supo cuando su esposa se quedó dormida sobre él, sus constantes caricias se habían detenido y, en cambio, su palma se había quedado estática en la zona de su pecho, justo sobre su corazón. Dejó salir un largo y profundo suspiro, colocando una mano sobre la de ella, cerrando los ojos para saborear con placer el cuerpo que se pegaba a él, el cual disfrutaba al recorrerlo con una mano acariciante.

Ella se removió ante las caricias que seguro le proporcionaban cosquillas y sonrió tranquila, reacomodándose sobre él y abrazándolo con más fuerza.

—Te amo —le besó la cabeza.

—¿Publio? —se escuchó un suave murmullo a las afueras de la habitación, seguido de un par de toques—. ¿Publio…?

El hombre miró a la mujer en su pecho y se vio en la necesidad de despertarla para que lo dejara libre, ella lo tenía tan fuertemente abrazado y enredado, que no habría logrado desprenderse.

—¿Qué sucede? —se levantó perezosa—. ¿Por qué…?

—Llaman a la puerta —indicó como toda respuesta.

Ella lo soltó y se sentó sobre la cama, volviendo la vista hacia la puerta para esperar ver quién estaría llamando a esas horas, sin embargo, Publio colocó algo de ropa sobre su cuerpo y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí para que ella no escuchara.

Gwyneth frunció el ceño y corrió para pegar su oreja a la madera, únicamente siendo capaz de reconocer la voz urgente de Ayla y la confirmación de su esposo. Corrió de regreso a la cama y lo miró dudosa cuando volvió a entrar, sólo cubriéndose con las sábanas.

—¿Qué dice Ayla?

Publio sonrió.

—No deberías escuchar detrás de las puertas —le dijo, colocándose la ropa adecuadamente mientras era admirado por ella.

—Lo lamento, pero, ¿entonces?

—Me ha informado que ha llegado mi primo Archie.

Ella frunció el ceño.

—¿Y eso qué?

—Bueno, cariño, es difícil atrapar a Archivald últimamente y yo necesito de su sabiduría sobre las tierras españolas.

—¿Es sobre la canción de Brina?

—Sí, Archie conoce mucho del territorio español, su esposa es de esas tierras y estoy seguro que acudió a un convento antes de casarse con él.

—¿Por qué tendría que acudir a un convento?

—Los españoles son especialmente religiosos, cuidan a sus mujeres, muchas veces encerrándolas hasta su hora de casarse.

—Es terriblemente anticuado.

—Puede ser, pero por ahora nos conviene.

—Publio —se puso en pie—. Te tengo una petición.

—¿Qué ocurre?

—No me separes de tu lado, se bien que ustedes piensan que lo mejor es alejarnos, pero mira como ha salido con Grace, no quisiera repetir las mismas situaciones.

—No te preocupes, no pienso alejarte de mí, al igual que tú, aprendo de mis errores y también de los errores de los demás.

—Gracias —bajó la cabeza—, ve con bien y regresa pronto.

Publio sonrió, se acercó a su esposa y la abrazó por la cintura, descubriendo su desnudez que le provocaban deseos de volver a estar

con ella en la cama, hacerle el amor y que durmiera sobre él.

—Será mejor que duermas el resto de la noche, supongo que he de volver hasta el amanecer aquí.

—Está bien —le acarició las mejillas—. Espero que vengas en seguida a avisarme que has llegado.

—Como siempre —le dio un último beso y salió de la habitación.

Publio se encontró rápidamente con Ayla, quien esperaba pacientemente en el pasillo.

—Dime, ¿Qué has descubierto?

—Creo que las *Sombras* no han logrado descubrir que el diario ha sido quemado, siguen buscándolo en tu casa y también saben que ya estás aquí, con tu familia, faltará poco para que vuelvan a venir a Sutherland.

Iban bajando las escaleras, cuando de pronto se toparon con Aine, quien llegaba de informar a su padre y para advertir a su hermano, lo cual resultó inútil, puesto que parecía ya saber lo que sucedía en su casa.

—Debes sacar a Madre y a Kayla de aquí, informa a padre, que le diga a Terry que se ponga a salvo, las *Sombras* harán lo que esté a su alcance para conseguir lo que quieren.

—El maldito diario —dijo Aine—. No debiste quemarlo.

—Es la única forma en la que les llevaremos ventaja.

—Es lo que quieres pensar, sigo diciendo que fue descuidado.

—Quizá, pero las cosas están hechas, vendrán por nosotros en cuanto puedan, sobre todo si ya saben que estoy aquí y que el diario no está en mi casa.

—Pensarán que lo traes encima.

—Así es —Publio miró a su hermana—. Es imprescindible que se siga pensando así, que piensen que el diario está conmigo y no con nadie más, me tienen que seguir a mí.

—¿Qué harás? —frunció el ceño Ayla.

—Iré a casa de Archivald, hablaré con él y llevaré a todos tras de mi persona.

—¿Y si no pasa nada hoy?

—Entonces tendremos más tiempo para poner al resto a salvo.

—¿Qué harás con tu familia? —inquirió Ayla.

—Te la encargaré a ti —la miró—. Llévalas a ya sabes dónde.

Ayla abrió los ojos a su máxima capacidad y negó.

—No creo que sea buena idea.

—Hazlo.

Aine miró con una ceja levantada a su hermano, pero este no le contestó y siguió caminando hacia la salida, chifló a su caballo y este vino en medio de un trote, obediente ante su dueño.

—Será mejor que no vuelvas aquí, no habrá nadie para recibirte —

indicó Aine, su hermano asintió mientras hacía que el caballo se pusiera en dirección y salió a trote.

Publio sintió por primera vez el terror que era dejar a su familia a la deriva, quería protegerlos, quería que Brina dejara de tener miedo y que su esposa se sintiera en calma y feliz, con la única preocupación de tener un hijo, si es lo que ella quería.

Tenía que descubrir el embrollo del asunto cuanto antes, quería que se resolviera todo casi de forma mágica, pero sabía que era imposible, sabía que tenía que tener paciencia si no quería cometer una imprudencia.

¿Quién era esa maldita *Sombra* y por qué gustaba en amenazarlos?

Capítulo 33

Publio entró a casa de su primo Archivald Pemberton, hijo de los duques de Richmond y uno de los hombres más honorables y admirables que él conocía. Su padre, el actual duque y su tío Robert eran especialmente parecidos en carácter, pero su primo era simplemente idéntico a su madre, con ojos grises y pelo rubio.

—Publio —su primo lo miró extrañado al notar que el hombre en realidad entraba por una de sus ventanas y no por la puerta, como sería lo normal—, estás impaciente, ¿Acaso algo pasó?

—En realidad sí, ¿te ha llegado la carta que te mandé?

—Sí, me ha llegado —asintió—, petición más extraña me has dado, mira que enlistarte los conventos de España…

—Sé que te habrá tomado por sorpresa, pero te lo agradezco si lo has hecho.

Archivald fue hacia un escritorio de caoba y abrió uno de los cajones, sacando un papiro donde tenía plasmado con elegante caligrafía los nombres de los conventos de los que tenía conocimiento, al igual que el resto de las personas con las que se había familiarizado en España.

—Siempre pensé que el que podía ser más del estilo saqueador de mujeres sería Terry, a lo que sé, tú estás casado —sonrió el rubio.

—No es para tentar a las monjas, Archie —rodó los ojos—. Necesitaba la ubicación de los conventos.

—Mi esposa estuvo en uno, pero salió en cuanto nos comprometimos, así que en realidad el único que conozco es ese.

—No me ayudas, me serviría más si me dijeras que has visitado más —dijo enfrascado en el papel—. ¿Tú mujer es muy católica?

—Hasta donde sé —asintió—. ¿Por qué?

—Busco un posible convento corrompido.

—¿Sabes lo mal que suena eso?

—Sí, lo lamento, estoy buscando algo en específico.

—Lo puedo notar, pero creo que no te seré de ayuda y dudo mucho que Vivianne te ayude más.

Publio lo miró y sonrió.

—Te felicito por tu boda, aunque por ahora sea por poderes.

—¿Quiere decir que no estarás presente en la ceremonia?

—No lo sé, espero que sí.

—¿Qué tal tu mujer?

—Mejor, gracias —sonrió, poniéndose de pie y metiendo el papiro entre sus ropas—. Me retiro.

—Lamento haber ayudado tan poco.

—Está bien, me has dado bastantes más nombres de los que pensaba, eres bueno en requerimientos —sonrió—. A decir verdad, te lo agradezco.

—No hay problema, estaba allá de cualquier forma.

Publio caminó hacia la salida, pero su curiosidad pudo más con él y regresó la mirada hacia su primo, quién había regresado a su escritorio, donde analizaba papeles.

—¿Por qué aceptaste una boda de esa forma?

Archie elevó la mirada y sonrió.

—Deber —se inclinó de hombros—. Pero ella no me es desagradable si es lo que te preocupa.

—Bueno, espero conocerla pronto.

—Si no te desapareces el tiempo suficiente, lo harás.

Publio sonrió hacia su primo y salió, en realidad que no veía a Archie como un hombre casado, siempre lo creyó demasiado… demasiado. Lo admiraba bastante y notaba que era algo que su padre compartía para con su tío, debía ser algo en la familia Pemberton que resaltaban en honorabilidad y madurez, uno los respetaba con tan sólo conocerlos.

El hombre llegó al escondite que le había indicado a Ayla que llevara a su hija y esposa, seguro que Gwyneth no pondría el grito en el cielo, recordaba bien que ella estaba acostumbrada a estar en ese tipo de lugares, aunque quizá… no de esa categoría.

—¡Mi señor Publio! —sonrió una dama con una sonrisa encantadora—. ¡Nos ha sido un honor volverle a servir!

—Gracias Gina, ¿dónde está mi familia?

—La señorita Ayla las ha llevado a una habitación, mi señor, aunque creo que su señora esposa no estaba nada contenta.

—Sí, supongo que no le agradó del todo.

Publio se despidió de Gina y subió las escaleras hacia la recámara que le había indicado como la de su mujer. Entró, encontrándose con la oscuridad de la habitación, pero podía reconocer con facilidad el olor de Gwyneth y el de Brina, incluso el de Ayla le era conocido.

—Publio —despertó Ayla primero, dándole un abrazo y mirándolo sonriente—. Me alegra que ya estés aquí.

—¿Algo ocurrió?

—Me costó más de lo que pensaste el traerla aquí.

—No hablen de mí como si no estuviera en la habitación —dijo Gwyneth, encendiendo las luces y corriendo hacia Publio a quien besó dulcemente y después golpeó en el hombro—. ¿Cómo me mandas a un burdel? ¡Cómo mandas a nuestra hija a un burdel!

—Tranquila es un lugar seguro.

—Ya lo veo, te conocen bastante bien aquí —dijo molesta—,

pensaba que tus primos habían dicho que tú no eras más que teoría en cuanto a la intimidad se trataba.

Ayla dejó salir una pequeña risita y miró a Publio.

—¿En serio piensan eso?

Gwyneth la miró mal.

—A mí también me agrada pensar así.

Las chicas se miraron con seriedad por un largo momento, para luego comenzar a reír con ganas. Publio rodó los ojos y fue hacia una de las camas, recostándose junto a la hija de ambos, mientras las dos muchachas seguían en una charla que a él ya no le interesaba.

Ayla salió por un momento de la habitación, dejando a la pareja en soledad mientras la pequeña niña seguía totalmente dormida.

—Brina estaba impresionada por venir a un lugar aquí.

—Me imagino que sí —la miró—. ¿Y tú?

—Para mí las cosas son más normales, solía vivir en lugares no muy agradables, como has de recordar —lo miró—. ¿Qué te ha dicho tu primo?

—Tengo algunos lugres dónde comenzar a buscar.

—¿Y mientras tanto vamos a estar en un burdel?

—No, definitivita no, sólo será por esta noche —sonrió—. ¿Podrías perdonarme?

—Sólo si piensas besarme.

Publio se levantó sobre su codo y la besó, tratando de no incomodar a la niña que dormitaba en medio de los dos. Se recostaron de nuevo y, después de media hora, Ayla volvió a entrar y se recostó en la cama adicional en la habitación.

—Ayla, ¿noticias?

—La señorita Aine vino a informar su posición, el señor Terry también está colocado y tu padre está en espera también.

—Bien, gracias.

—Publio —la joven se levantó—. Creo que deberíamos sacar a tu familia de aquí.

—Sí, pero Gwyneth no lo permitirá —dijo entre susurros al estar la mencionada dormida.

—No quisiera interferir en su relación, pero es por lo que los Hamilton no debían de casarse, los hace demasiado débiles.

Publio la miró con desagrado, pero asintió, sólo podía darle la razón, era una forma sencilla de amenazarlos, con su familia.

—Para eso no hay más remedio ahora, estoy casado y tenía debilidades incluso antes de tener familia; así que no hay más que decir, pensemos en soluciones.

—Creo que lo mejor sería que volvieras a casa, como si no sospecharas que te vigilan, pon a gente a que esté atenta a los movimientos y esperemos lo mejor.

—Es riesgoso.

—Sí, pero justo ahora cualquier cosa lo es.

—Mañana partiremos a primera hora —aceptó Publio, mirando hacia el techo—. Espero que todo salga bien.

—Lo estará.

Se quedaron callados por un buen rato.

—Me ha dicho Gwyneth que hay alguien que está interesado en ti —la miró, notando como ella se sonrojaba ante la única lámpara encendida—. Me alegra por ti.

—¡No he dicho nada! ¡Gwyneth es una entrometida!

—No te alteres, pero me agrada que continúes con tu vida.

—Yo… él es insistente.

—¿Quién es él?

—Me agradaría no hablar de ello ahora —dijo la joven—. No creo que a tu esposa le guste que estés tan interesado en mí.

—Tranquila, no es tan insegura como para molestarse por eso justo ahora, además de que está dormida.

—Claro, ¿crees que las mujeres no escuchamos, aunque durmamos? —Publio volvió la vista hacia su esposa, quién incluso roncaba mientras abrazaba a la pequeña niña en medio de los dos, sonrió hacia ella y negó, dudaba que ella siquiera soñara esta noche.

—Bien, si no quieres hablar de ello lo comprendo, es sólo que no puedo dormir y quería charlar con alguien.

—Siempre hemos podido hablar —sonrió la joven—. ¿Estás preocupado por ellas?

—Demasiado.

—¿Acaso Gwyneth está embarazada de nuevo?

—No, por supuesto que no.

—¿No? —Ayla se levantó—. Pero si ella se escuchaba tan entusiasmada con el tema, incluso me platicó sobre sus intentos por volverte a atraer a la cama.

—¿Ella te contó?

—Bueno, sí, somos amigas, ¿recuerdas?

Publio se recostó incomodo en la cama, sintiendo cómo de pronto su pequeña hija se volvía hacia él y lo abrazaba con cariño; él la aceptó de inmediato y la acogió en seguida.

—No creo que sea el momento de tener hijos.

—¿Bromeas cierto? No puedes ser tan insensible con ella.

—No intento serlo, creo que lo ha entendido.

—Claro, seguro que una mujer puede entender eso —rodó los ojos la joven, recostándose en su almohada—. ¿Qué es lo que haces para evitarlo? Espero que no sea lo que estoy pensando.

Publio se quedó callado por un buen rato.

—No es el punto ahora.

—Ella estará realmente triste, ni siquiera me ha hablado de ello —suspiró—. Seguro que está avergonzada.

—Por favor, Ayla, no tengo tiempo para atender tus chantajes.

—¿Los míos?

—Quizá ella no esté feliz ahora, pero lo entiende.

—Si tú lo dices —dijo en un suspiro.

—Sí, creo que es mejor ir a dormir.

Publio dejó de escuchar la voz de su amiga, la cual fue remplazada por una tranquila y profunda respiración cuando se quedó completamente dormida, dándole la oportunidad de mirar a su esposa con tranquilidad, su hija seguía aferrada a él, pero logró alargar la mano y tocar la faz dormida de Gwyneth.

La amaba tanto que incluso le dolía hacerla sufrir al negarle un bebé, ahora incluso Ayla le decía cuando lo deseaba.

—Perdóname, Gwyneth —sonrió—. Prometo que resolveré todo pronto y tenemos el bebé que tanto deseas.

La joven mujer se removió en la cama y tomó la mano de su esposo, apretándola y acercándola a su rostro con una sonrisa. Entonces él también pudo dormir tranquilo.

A la mañana siguiente, en cuanto el sol salió, Publio tomó a su familia y la llevó de regreso a su casa. Su mujer se mostró más que complacida con eso, incluso había corrido hacia su laboratorio con una sonrisa y nadie logró sacarla de ahí a menos que fuera para alimentarla o que necesitara ir al baño.

—Publio, ¿Qué crees que haces regresando aquí? —preguntó su hermano con extrañeza.

—No podemos huir por siempre, al menos sabremos dónde atacarán la próxima vez.

—¿Qué harás con Gwyneth y Brina?

—Lastimosamente, ella no permitirá otra cosa más que quedarse.

—Es peligroso.

—Quieren a Brina, pero para que ella les funcione, necesitan el diario, ella no se sabe las cosas de memoria, necesita leerlas —dijo Publio—. Saben que lo tenemos, incluso si piensan que lo quemamos el original, para este momento serán conscientes de que tenemos una copia, no son estúpidos.

—¿Estás esperando el ataque?

—Sí, al menos desde aquí lo tendré todo controlado —dijo Publio —. Estoy preparado para un ataque aquí, las águilas vigilan y si nadie me desobedece, todo saldrá como lo planeamos.

—¿Usas a Brina como carnada?

—Jamás usaría a mi hija, pero… debo admitir que eso es lo que parece —asintió.

—Eso es lo que es —Terry sonrió de lado y negó—. Eres terrible

hermano, en verdad.

—Tranquilo, todo saldrá como lo planee.

—¡Publio! —gritó de pronto Ayla—. ¡Terry!

—¿Qué sucede? —ambos se habían puesto de pie.

—Es Gwyneth, la he visto salir junto con Brina.

—¿Qué? —Publio frunció el ceño.

—Claro, todo bajo control —dijo Terry, alterándose.

—Búsquenlas ahora mismo —gritó Publio—. Dije que no podían salir, ¡Maldición! Se lo advertí incluso a ella.

—Me han dicho que estaba tranquila, se la pasó en el laboratorio, al parecer esa carta la alteró, debí quedarme, no sé por qué salí.

Publio pensó por unos segundos.

—Hay varios hombres siguiéndolas, seguro ha sido una nota que viene del hospital donde tienen a su madre —dijo rápidamente—. Es lo único que la haría desobedecerme.

—Mandaré por ellas —se apuró Terry.

—Iré yo mismo.

—Entonces, te acompañaré.

—No —el mayor miró a su hermano—. Ve a cuidar de tu propia familia, no quiero más perdidas, no quiero que nos puedan amenazar con más personas.

—Publio, no puedes hacer todo solo.

—Las águilas vienen, avisa a padre por mí.

—¡Publio! —le gritó Terry y negó, mirando a la mujer que parecía alterada—. Ve con él, Ayla.

La joven simplemente asintió y salió corriendo detrás del hombre del cual estuvo enamorada, pero ahora simplemente respetaba y, a su mujer, la quería en verdad; era su amiga más querida y la más cercana, por no decir que era la única que tenía, ella siempre le había mostrado cariño y respeto, pese al pasado que tenía con Publio, hubiera sido normal que la odiara, pero no Gwyneth.

Capítulo 34

Gwyneth casi corría hacia el hospital en el que tenían a su madre, la nota le había alterado los nervios, ni siquiera había notado que la pequeña Brina la había seguido y ahora tenía que cargar con ella.

—Mamá, ¿A dónde vamos?

—Tú tendrías que estar en casa, Brina.

—Quería estar con mamá, me agrada estar con mamá.

—Y a mí me agrada estar contigo, mi amor, pero es peligroso que salgas, ya sabes lo que ha dicho papá.

—Pero estoy con mami y tú lo puedes todo.

—Ojalá sea cierto —suspiró la joven, tomando la mano de la pequeña mientras la jalaba presurosa.

—Mamá, ¿qué es este lugar?

—Aquí tienen a tu abuela.

—¿¡Por qué encerraron a Abuela!?

—No, no la abuela que conoces, tú otra abuela.

—¿Tengo dos abuelas?

—Claro, tienes la abuela por parte de tu papá y… la de mi lado.

—¿En verdad? —sonrió inocente—. ¿Mamá de mamá?

—Sí —suspiró—. Vamos.

La joven tomó a la niña en brazos y la introdujo al lugar.

—Oh, señora Hamilton, ¿Qué hace aquí? —la miró uno de los cuidadores—. No es su día de visita.

—Me ha llegado una nota diciendo que mi madre tuvo una recaída que necesitaba mi atención.

—No tenía idea, bueno, supongo que puedo dejarla pasar.

El hombre las condujo por habitaciones llenas de sonidos que lograban aterrorizar incluso a Gwyneth, pero para la pequeña niña era casi una tortura, cerraba los ojos y tapaba sus oídos mientras estaba recostada en el hombro de su propia madre.

—Lo lamento Brina, no deberías estar aquí.

—No es lugar para una niña, pero puede que a su madre le haga bien ver un alma pura como la de ella.

—Me gustaría ni siquiera enseñársela, pero no hay opción.

—Si gusta, puedo cuidarla —Gwyneth apartó el cuerpo de la niña de los brazos estirados del hombre, protegiéndola y mirando ceñuda hacia él—. Lamento si fue un atrevimiento.

—No —se avergonzó por su desconfianza—, lo lamento. Agradezco su ayuda, pero la llevaré conmigo.

—Comprendo.

El hombre abrió una de las puertas, avisando antes a la persona del interior que tenía una visita, no hubo respuesta, pero el hombre de todas formas la abrió y dejó pasar a la visita, no sin antes inspeccionar a la mujer que miraba por una ventana sin hacer más movimientos que el de pasar hojas de un libro que no leía.

—¿Madre? —la mujer no contestó—. Soy yo… Gwyneth.

—Mami… ¿por qué abuelita no te contesta? —susurró la niña.

—¿Quién es ella? —se volvió entonces la mujer—. Gwyneth ¿Quieres explicármelo?

—¿Mamá? ¿Puedes reconocerme?

—Conozco a mi propia hija, una desgracia siempre, ¿cómo es posible que tengas una niña de cuatro años?

—Ella…

—No es tuya, es demasiado hermosa pera venir de ti.

—Mami es hermosa, por eso papi la ama mucho.

La mujer miró intensamente a la niña y negó.

—¿Es hija de tu marido? Debe ser un hombre apuesto, me sorprende que esté a tu lado habiendo tenido una mujer que pudo producir esa clase de criatura.

Gwyneth tomó una larga respiración y la miró desesperada.

—Pensé que habías tenido una recaída.

—No he tenido nada de nada, deberías sacarme de aquí, jamás he estado enferma como para mantenerme encerrada.

—Mamá, casi matas a una persona.

—¡No vuelvas a llamarme así! ¿Quién te crees que eres?

—Soy tu hija, madre.

—Yo no tengo hijas tan grandes, mi hija es apenas una niña.

—Madre…

—¿Acaso eres tú, Gwyneth? —sonrió hacia Brina, quien dio un paso hacia atrás, asustada.

—Me llamo Brina —dijo la pequeña.

—¡Sal de ahí Gwyneth, ven con mamá!

—¡Brina! —le gritó la niña.

—¡He dicho que vengas aquí, niña malcriada, siempre igual! —la mujer se adelantó hacia la niña, pero Gwyneth se lo impidió.

—¡Maldita empleada! —levantó una mano y golpeó terminantemente su mejilla—. ¡No me alejarás de mi propia hija!

Los cuidadores entraron para contener la furia de la mujer que intentaba matar a su propia hija y las sacaron a ambas de ahí.

—¡La abuela es mala! —dijo Brina, siendo cargada por su madre hacia la salida.

—Lo lamentamos, pensamos que estaba mejor —intentó uno de los cuidadores—. En realidad, lo estaba.

—Creo que le hace mal el verme.

—Lo lamento —dijo otro, tocando sutilmente su hombro—, mandaremos avisarla cuando ella mejore.

—Gracias.

Gwyneth bajó a la pequeña Brina y le tomó la mano, despidiéndose del hombre y caminando tranquila de regreso a casa.

—Mami, no me cae bien la abuela.

—Sí, lo entiendo cariño —sonrió—, pero la abuela está enferma.

—La abuela es mala, le grita a mami.

—Cariño, promete que no dirás nada a papi.

—Papi se enojaría si supiera que mami visita a la abuela mala.

—Así es, pero no deja de ser mi madre, así que ¿secreto de amigas? —le tendió el meñique.

La niña sonrió.

—Secreto de amigas —la niña lo aceptó con su propio meñique.

En ese momento, Gwyneth notó que alguien gritó cerca de ellas, provocando que acercara a la niña hasta pegarla a sí, observando su alrededor y, al notar que había un hombre muerto a unos cuantos metros y otros comenzaban una lucha, la mujer no tuvo la menor duda y tomó a su hija en brazos, comenzando a correr.

—¡Mami! ¡Vienen por mí! ¡Vienen por mí!

—Sshh, mi amor, escóndete —ella tomó la cabeza de la bebé y la acomodó entre su hombro y cuello.

—Será mejor que dejes de correr, mujer —sonrió un hombre, posándose justo frente a ella—, a menos que quieras volver a sufrir de un disparo.

—No los dejaré que la separen de mí.

—¿Arriesgarías la vida por alguien que ni siquiera es de tu sangre? —sonrió—. Por favor, todo sería más fácil si ella no estuviera en tu vida.

—Ella es mi hija.

—Dánosla o muere por ella.

Gwyneth sintió terror, pero la niña llorando en sus brazos no caería de nuevo en las garras de esos hombres que tanto la habían hecho sufrir, haría lo que estuviera a su alcance para protegerla.

—Brina, no hagas caso de nada de lo que diré ¿entendido? —susurró la mujer al oído de la niña—. Cubre tus oídos.

—¿Entonces? ¿Nos las darás?

Gwyneth miró a la niña cubrir sus oídos y cerrar los ojos con fuerza, sabía que quizá la escuchara, pero esperaba que fuera lo suficientemente lista para entender que diría mentiras.

—Saben que a él no le interesa —dijo ella—. Tiene lo que necesita, pero si me llevan a mí, acudirá con lo que ustedes desean.

El hombre la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué se supone que deseamos?

—El diario —dijo ella tranquila—. El diario de Brina.

—¿Cómo sabremos que vales la pena?

—De todas formas, no tienen tiempo de pensarlo, han disparado en medio de un lugar concurrido, los oficiales vendrán por ustedes.

—Maldita mujer, ¡Tómenlas a ambas! —gritó un hombre.

Los hombres se miraron entre sí con algo de dudas, pero al final acataron la orden del que parecía su jefe, tomándola prisionera junto con Brina, quien se mostraba más asustada que nunca. Gwyneth cerró los ojos y apretó el cuerpo de la niña a ella, mientras lentamente se quitaba el broche que hacía tanto le habían regalado, aquel broche que nunca se quitaba, porque lo amaba, sabía que, con suerte, Publio lograría encontrarlo.

—Bien, Brina —le besó la cabeza—, al menos estaremos juntas.

—Mami, tengo miedo, tengo mucho miedo.

—No dejaré que te aparten de mí jamás.

La niña lloró en su hombro mientras los hombres la llevaban lejos del lugar, empujando a Gwyneth continuamente a pesar de que ella cooperaba en su propio secuestro.

—Papá vendrá por nosotras, ¿verdad mami? Vendrá.

—Sshh, tranquila Brina, no hables.

La mujer miró hacia atrás, donde el broche seguía brillando bajo el sol y la conmoción de los hombres caídos atraía no sólo a los londinenses que pasaban por el lugar, sino a los oficiales, lo cual era mejor para ellas, puesto que Publio también sería llamado a escena, eran águilas las personas caídas, así que no había dudas de que Publio se enteraría de lo sucedido.

Capítulo 35

Publio se agachó y tomó el broche de su esposa del suelo, aquella joya que nunca dejaba atrás, si lo había hecho, entonces era porque algo les había pasado y quería de alguna forma dejárselo saber.

—La carta habrá sido un engaño para ella —dijo Ayla—, uno de los hombres del hospital ha confesado haberla mandado bajo presión.

—Maldición —negó—, me distraje por un segundo de ella y ahora tenemos tres muertos y ellas dos están capturadas.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

Publio apretó el broche en su mano y miró hacia adelante.

—Mi esposa no es estúpida, conseguirá decirme dónde buscar.

—Es imposible.

—No, ella sabe que desean algo de mí y la harán escribirme —dijo tranquilamente—. Tenemos que esperar a por ella.

—Parece que le tienes confianza.

—Al menos sé que sabrá que hacer.

—Si tú lo dices —se inclinó de hombros—. ¿La habrán capturado a posta?

—Si no lo hicieron a posta, seguro que ella los provocó a que así fuera, jamás dejaría sola a Brina.

Ayla lo miró de lado, él parecía tranquilo, pero era imposible que lo estuviera en realidad.

—¿Te encuentras bien?

—Estaré mejor cuando las encontremos.

—Tranquilo hijo, tenemos todas nuestras mentes en ello.

—Gracias —miró a su padre—. Debí ser más precavido.

—Hijo, no seas tan duro contigo mismo, no podemos gobernar sobre las decisiones de los demás, incluso tu madre logró pasarme por encima en ocasiones.

Publio sonrió, lo veía difícil, pero su madre podía ser una mujer voluntariosa cuando quería serlo.

—Espero que Gwyneth sepa arreglárselas —suspiró—. También espero que no le hagan daño.

—Estará bien, no hay mujer más valiente y cabeza dura que tu esposa, seguro sabrá manejar las cosas de la mejor manera. Es una persona racional, seguramente no hará nada para empeorar las cosas.

Publio asintió, esperaba en serio que Gwyneth no hiciera una tontería, más de las que ya había hecho esta el momento, esperaba que ambas estuvieran a salvo y pudiera tenerlas pronto con él.

—Tranquilo Publio —Ayla le tocó el hombro—. Ellas estarán bien,

te lo aseguro.

Publio sonrió y tocó la mano que ella le colocó sobre el hombro.

—Gracias por estar siempre junto a mí.

Ella sonrió.

—Siempre —asintió—. Te debo la vida.

—¡Son unos malditos bastardos por tenernos aquí! —gritó Gwyneth —. ¿Saben lo que es esto? ¡Un secuestro!

—Mami, no debes hacer que ellos se enojen más.

—No te preocupes cariño, ¡Ni siquiera nos están poniendo atención! —les gritó.

—Muy bien, nos estás enloqueciendo —se puso en pie uno de los hombres y se acercó—. ¿Qué quieres?

—Bueno, ¿cómo esperan recuperar el estúpido diario si no le dicen dónde debe venir a buscarlo?

—Ellos cederán, las tenemos aquí, encontrarán la manera.

—No, él no cederá, sabe lo importante que es ese diario, sin él, Brina es inservible y lo saben bien.

—¿Qué sugieres, princesa? ¿Quieres que lo hagamos enojar mandándole tu cabeza?

—Eso sólo lo hará entender que no tiene nada que salvar, porque nos asesinarán antes de que lo haga.

—La niña estará a salvo.

—Ya les dije antes, la niña es un instrumento para él, pero no sumamente necesario, además, Brina ya les ha dicho todo lo que sabe a ellos —dijo—. Para ellos no significa nada.

Los hombres se miraron entre sí.

—Si la niña les ha dicho, eso quiere decir que ellos ya han de estar en camino de encontrar a la *Sombra* —dijo uno preocupado.

—Ella puede estar mintiendo —pateó la puerta donde las tenían encerradas—. ¡Maldita mentirosa! Nos quiere lavar la cabeza.

—¡Dejen que les mande una carta! ¡Pediré el diario para ustedes! ¡Le diré que es la única forma en la que podrá sacarme de aquí!

—Claro, ¿Cómo te va a creer?

—Porque… él no dejaría que su hijo muriera conmigo.

—Así que la linda princesa está embarazada.

—Vendrá por mí, entregará lo que quieran a cambio.

Los hombres se miraron y asintieron.

—Revisaremos lo que pongas ahí —le dieron papel y algo para escribir—. Trata de que suene lo mar urgente posible o haremos que lo hagas mejor la próxima vez.

Gwyneth sonrió, al menos había conseguido lo que quería, tendría que pensar muy bien qué pondría en esa carta.

—Mami… ¿Papá no me quiere?

—Sshh, Brina, por favor, no escuches nada de lo que diga —le susurró—, estoy tratando de sacarnos de aquí.

Ella asintió y limpió las lágrimas en sus ojos. Sólo esperaba hacer esa carta lo suficientemente transparente para que Publio, pero no para sus captores, tenía que confiar en el hombre con el que se casó, era todo lo que le quedaba por hacer.

—¡Publio! ¡Publio! —el hombre se levantó ansioso de la silla detrás de su escritorio y miró a la mujer que movía un sobre por encima de su cabeza—. ¡Llegó! ¡Es de Gwyneth!

—Al fin.

El hombre simplemente la tomó y rasgó el sobre con la caligrafía de su esposa impresa en ella, dejó la nota a una distancia para que Ayla la leyera sobre su hombro, pero el único que lo entendería al completo sería él.

—¿Qué está queriendo decir? Parece que nada tiene sentido, dice tonterías —frunció el ceño.

—No, nos está diciendo en dónde se encuentras, lo que quieren de nosotros y que están a salvo por el momento.

—No entiendo, no dice nada de eso —ella releyó—. ¿Tu esposa está embarazada en verdad? Dijiste que lo estaban evitando.

—Y así es. Usó las semanas de embarazo para indicarme las personas que ha contado que las están custodiando.

—Así que veinte —asintió—. ¿Qué piensas hacer?

—Atacar, ella incluso nos dice cómo es el lugar donde está.

—Parece que tu esposa es inteligente —sonrió y lo miró—. Y tú la conoces bastante como para entenderla.

—Sí, movámonos ahora.

—Mandaré llamar a los demás.

Gwyneth gritó una vez más cuando le asestaron un nuevo golpe, ella se había afanado en recibir tanto los golpes que iban dirigidos hacia ella, como los que iban dirigidos hacia la niña pequeña que lloraba sin cesar, acurrucada en una esquina de ese asqueroso lugar.

—Tranquila, bebé, todo estará bien.

—Mami, estás herida.

—Sshh, todo está bien —le tocó la mejilla.

—¡Dinos la verdad! —la golpearon de nuevo—. ¿Dónde se esconde la *Sombra*? A lo que dices ya lo sabes.

—El que mi esposo lo sepa, no significa que yo lo sepa.

—¡Maldita perra! —el hombre levantó la mano, pero Gwyneth no recibió el golpe, puesto que la pequeña Brina se interpuso entre ellos, mandándola inconsciente al suelo.

—¡Brina! —Gwyneth se arrastró por el sucio piso y tomó a la

pequeña en brazos—. Mi amor, despierta… ¡Son unos malditos! ¡Es una niña que no sabe de lo que le hablan!

—Entonces que la adulta hable.

—No sé dónde se esconde su *Sombra*, me parece más que patético que si son sus seguidores, ustedes tampoco lo sepan.

—La *Sombra* no es como los Hamilton, nadie sabe dónde encontrarla y mucho menos cómo es.

—¿Cómo es que actúan entonces? ¿Cómo se supone que están bajo sus órdenes?

—Nosotros alabamos a la *Sombra*, a comparación de las *águilas*, ayuda a cualquiera que se lo pide si le das toda la información que requiera, además de lo que debas pagar.

—¿Cómo se supone que se lo hacen llegar?

—Envíanos las cartas a la correspondencia, pero siempre es al establecimiento, con el nombre de la *Sombra* y de alguna forma, siempre recibes contestación.

—Claro… —la joven ya los creía admiradores dementes, pero si su marido y el resto de los Hamilton tenían tanto miedo, debía ser por algo, la *Sombra* en verdad existía—. ¿Y si los abandonó? Y si dejó de hacerlo por la paz.

—No, la *Sombra* no puede dejarnos.

—Quizá lo hizo.

—¡Cállate! —la golpearon, haciéndola caer y golpearse.

Justo en ese momento, un gran sonido alteró a todos en el interior, logrando que los hombres volvieran la vista y se enfocaran en los problemas que parecían venir desde afuera.

—Maldita mujer, nos engañó.

Gwyneth se arrastró hasta la pequeña niña y la tomó en brazos, buscando protegerla de lo que seguramente vendría acompañado de su marido, se estaba por desatar un infierno en aquella horrorosa pocilga en la que las tenían prisioneras.

—Mamá, ¿Es papá? ¿Viene papá?

—Sí, tenemos que ponernos a salvo.

—Ni siquiera lo pienses maldita arpía —un hombre tomó presa a Gwyneth, separándola de Brina por primera vez desde que llegaron.

—¡No! —gritó la joven—. ¡No!

—¡Mami! —lloró Brina estirando sus manitas hacia ella.

—¡No le hagan daño! —gritaba la mujer—. ¡Por favor no le hagan daño!

—¡Cuiden las ventanas! —gritó el líder—. ¡Qué no se dispersen, vienen por ellas!

En ese momento, Gwyneth deseó ser Grace, al menos ella sabría cómo defenderse, agarrar una de las armas, un cuchillo o lo que fuese para ir contra esos maleantes, para defenderse y defender a Brina.

Pero no era Grace, era Gwyneth y tendría que ser suficiente.

Publio escuchó de pronto como algo hacía explosión en una parte de la envejecida mansión, donde el desastre se desataba, donde las balas se perdían y mataban a las personas que caían con ojos abiertos pero cerrados a la vida.

—Esa tiene que ser Gwyneth.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió otra águila.

—La única que podría hacer explotar algo aquí es ella —dijo sin más—. Seguro que ese químico podría matar a alguien, incluso a ella misma y a Brina.

—Entonces hay que sacarlas cuanto antes.

Publio subió las escaleras, matando a cuanto se le atravesaba, él no era como su padre, no tenía clemencia y no era especialmente afecto a dejar a gente viva, tampoco era de los que cuidaba de un herido del bando contrario, no se tentaba el corazón de esa forma. Pero, cuando se trataba de sus compañeros, no había hombre más leal y al pendiente que él.

—¡Publio! —le gritaron—. ¡Están huyendo por detrás!

Las águilas se escondían para encontrar los mejores puntos de ataque, pero tal y como su hombre había indicado, estaban en presencia de una retirada, una en la que seguían teniendo capturadas a Brina y a Gwyneth. No podía dejarlos escapar con ellas, seguro que en esa ocasión alguna de las dos no llevaba tanta suerte, si es que ambas seguían con vida.

El mayor de los hombres Hamilton corrió hacia la salida trasera, viendo como los hombres trataban de organizarse, había algunos que estaban quemados en la cara con algo que no parecía ser el fuego, supuso que era lo que Gwyneth había hecho explotar. Y ella seguía dando guerra, puesto que se negaba a subir al caballo y tampoco permitía que la alejaran de Brina, quien lloraba y se estiraba hacia ella en medio de los gritos y la desesperación.

La mayoría de los bastardos estaba huyendo para esos momentos, siendo perseguidos por las águilas, dejando atrás a los que custodiaban a las mujeres que eran del interés de Publio, aquellas que eran necesarias, pero que al parecer sólo unos pocos lo sabían, aquellos fieles a la *sombra* se quedaban atrás a pesar de que la derrota estaba cerca y la niña y la mujer parecían rejegas a hacer lo que se les decía.

Publio salió de su escondite con rapidez, notando que eran separadas para ser llevadas en diferentes caballos y posiblemente a diferentes direcciones, si acaso perdía a una, sería posible que no la volviera a encontrar, al menos no prontamente.

—¡Publio! —gritó Gwyneth cuando lo reconoció entre las balas, los muertos y la sangre; ella estaba siendo tironeada por sus captores,

tratando de obligarla a que subiera a ese caballo—. ¡Publio! ¡Brina! ¡Ve tras Brina!

El hombre sintió por primera vez el no saber qué hacer, quería ir tras la niña que lloraba y gritaba por él, pero tampoco podía dejar a su esposa, una a la cual amaba y seguramente lastimarían más de lo que ya estaba. A Brina no le harían nada, la necesitaban, pero a Gwyneth la matarían, ya de nada les servía, tan sólo como escudo y cómo una atadura para él.

—¿A quién escogerás pajarito? —sonrió uno, montando al caballo donde pusieron a Gwyneth como si fuera un costal y espoleó.

—¡Papá! —gritó Brina—. ¡Papi!

—¿A quién no vas a salvar? —se burló uno de los hombres que seguía luchando a pie y al cual Publio disparó sin dudar.

Estuvo meditándolo por más tiempo del que tenía, pero al final, una esperanza surgió de repente, iluminándole la mente y haciéndolo chiflar fuertemente, mandando llamar el caballo que era de su propiedad y lo montó en seguida; sintió un profundo dolor cuando vio el caballo a trote que llevaba a su mujer, alejándose de él y dejando grabado en su cerebro la intensa mirada que ella le dirigía cuando tomó camino para ir a rescatar a Brina.

Sólo esperaba estar tomando la decisión correcta, incluso su esposa había sugerido que fuera tras ella, sabía que era el único que tendría el temple para seguirlo y no matarlo en el proceso, además, si acaso él no iba tras de Brina, la niña pensaría que la abandonó, temía que le hicieran algo, al menos su esposa sabría defenderse un poco más…

Lastimosamente, al haber preferido a la niña sobre su esposa supuestamente embarazada, desacreditaba cualquier cariño hacia ella, lo cual la hacía un peso muerto para esas personas, no dudaba en que se desharían de ella al notarlo.

Había sido una jugada bien planificada por parte de los contrarios, ahora su esposa podía estar muerta y, si era el caso, entonces él estaba dispuesto a morir con ella en cuanto salvara a la niña, no podría sobrevivir si es que acaso Gwyneth fallecía, sobre todo porque no la había ido a rescatar.

En definitiva, los Hamilton tenían por costumbre poner en peligro a sus mujeres, dudaba que fuera diferente en el caso de sus hermanas, por lo cual alababa sus decisiones: la de Aine de no casarse ni tener hijos y la de Kayla de alejarse de la cofradía.

Capítulo 36

No podía disparar abiertamente a ese hombre sin herir a alguien de la población inocente, cosa que el bandido aprovechaba, disparando hacia él a diestra y siniestra, de una forma desesperada y poco atinada que provocó que rápidamente se quedara sin balas, al final, la paciencia y estoicidad de Publio surtiría afecto, ahora sólo era una persecución y el caballo de él era mucho más rápido y fino.

Publio elevó su arma y apuntó certeramente hacia la pierna del hombre, quien se quejó, pero no dejó de cabalgar. El hombre elevó muévame su arma y volvió a disparar, dándole en el hombro, no quería que soltara a Brina, puesto que la niña caería sin remedio alguno y probablemente moriría, tenía que ponerse a su lado.

Calculó perfectamente el tiempo en el que la debilidad comenzaría a llegar al cuerpo que se desangraba con mayor rapidez debido al movimiento del caballo. Se acercó sin más problemas y tomó las riendas del casi inconsciente hombre que sostenía a duras penas a Brina, quién con agilidad y una mano de su padre, saltó del caballo enemigo al de Publio y lo abrazó temerosa.

Publio bajó del caballo y ayudó al hombre a bajar del suyo, haciéndole torniquetes en las zonas afectadas y trayéndolo a la consciencia mojándole la cara.

—Despierta, maldito —dijo enojado—. No pienses que vas a morir, será mejor que sobrevivas.

—No diré nada —dijo con dolor.

—Oh, estoy seguro de que lo harás.

Publio amordazó al hombre y lo trepó al caballo en el que el bribón había querido huir de él y, después, se subió al suyo, llevando con él a Brina, quién seguía asustada y no soltaba a su padre.

—Papi, ¿dónde está mami?

El hombre espoleó al caballo sin responder y jaló al otro animal detrás de sí, llegando a donde las águilas trataban de limpiar el desastre que habían ocasionado; jalaban cuerpos, ayudaban a los heridos y alejaban a los curiosos.

—¡Publio! —lo llamó su hermana, Aine—. ¡Publio, ven rápido!

—Terry, cuida de Brina, que ese hombre no se muera —pidió con rapidez, entrando a la casa donde su hermana lo llamaba.

—¿En qué momento llegaste?

—Lamento decir que al final —dijo Aine—, igual que Terry.

—Está bien, era lo que tenían que hacer.

Publio no quería preguntar, sentía en su interior que algo andaba

mal, no quería imaginar que algo hubiese sucedido a Gwyneth, no se lo perdonaría jamás.

Su hermana abrió una puerta, donde varias de las *águilas* ayudaban a vendar a los heridos, les acercaban agua, comida o simplemente jugaban entre ellos mientras se recuperaban. Pero al final, en una cama maltrecha, estaba una mujer recostada, tenía un mal aspecto, con una palidez irreal. Publio se acercó casi corriendo y miró sin poder hablar a la joven que permanecía inconsciente.

—Oh, Publio, al fin llegas —dijo de pronto su esposa, saliendo de la nada—. Ayúdame por favor.

—¿Qué ha pasado?

—Ella ha ido tras de mí, me salvó, pero recibió una herida… está mal, Publio, muy mal —lloró la joven, pero seguía haciendo los movimientos médicos correctos.

Publio la escaneó rápidamente con la mirada, dándose cuenta de que estaba herida, golpeada, incluso sangraba, pero parecía bien, la que se encontraba verdaderamente mal era Ayla, su amiga que le había lanzado aquella mirada de complicidad cuando se encontraba en la disyuntiva de a cuál de las dos mujeres de su vida seguir.

Le había dado la seguridad de que ayudaría a Gwyneth y ahora estaba al borde de la muerte.

—¿Has sacado la bala? —el hombre buscó por el cuerpo—. ¿Algo de importancia qué reportar?

—Tiene fiebre, logré sacar la bala, pero me es imposible saber por qué sigue de mal en peor —las manos de Gwyneth temblaban y parecía nerviosa—. ¿Dónde está Brina?

—Con Terry —anunció y le tomó las manos—. Bueno mi amor, creo que es momento de que tú vayas a casa con Aine.

El hombre miró a su hermana y esta simplemente asintió tranquila, dándole la seguridad que necesitaba.

—¿Qué? No, no me iré, no la pienso dejar.

—Estará bien, Gwyneth, te lo prometo.

—Pero…

—Todos los que estén sanos, que puedan caminar o no sean esenciales aquí, los quiero fuera —la voz de Thomas Hamilton fue recibida como un balde de agua fría y acatada al instante—. Lo siento, Gwyneth, eso te incluye a ti en la salida.

—Pero señor, puedo ayudar, soy médica.

—Creí haber escuchado que tu esposo te mandaba a descansar.

Ella bajó la mirada y asintió. La joven miró a su marido, quien seguía enfocado en Ayla y hablaba con rapidez con su padre, quizá tuvieran razón y ella estaba sobrando ahí, estaba agotada, golpeada, asustada y quería llorar y no sabía por qué razón.

—Tranquila —sonrió conciliadora Aine—. Vamos, te llevaré a casa,

iremos por Brina.

Gwyneth miró una última vez a su marido y salió de ahí.

—¿Crees que ella esté bien Aine?

—Mi padre y hermano son excelentes en heridas en campos de batalla, seguro que sabrán que hacer.

—No sé cómo soportan esto, siento que me desmayaré.

—Sería normal, nadie puede con una situación igual.

—Debo aceptar que vomité cuando… —bajó la mirada—. Jamás había matado a nadie en mi vida.

—Yo también lo hice cuando maté a alguien —asintió—. No es placentero, destruye y quebranta el alma, pero lo superas.

—Creo que no lo haré.

—De todas formas, dudo que lo tengas que volver a hacer.

—¿Crees? ¿Teniendo a tu hermano como marido?

—Aunque no lo creas, no es común que los Hamilton tengamos esta clase de problemas, mucho menos en Londres en donde somos protegidos —admitió Aine—. Por eso nos es tan apremiante descubrir a la sombra y detener todo esto.

—Espero que puedan sacarles información a estos malditos.

—Lo haremos, no debes preocuparte.

—Supongo que es mejor que no sepa los métodos.

—Si quieres mantener tu estomago intacto, no.

La joven asintió pesarosa, pero cuando vio a la pequeña Brina jugando con su tío Terry con una sonrisa pintada en la boca, el corazón se le aceleró y la llamó a base de gritos. La niña la miró con una sonrisa que le iluminaba la mirada y corrió hacia ella, con brazos extendidos y dando un brinco para que Gwyneth lograra alzarla.

—¡Oh, cariño! ¡Estás bien!

—¡Mami! ¡Mamá! —lloraba junto a ella—. Papá me rescató.

—Él siempre lo hará.

—Mami, ya no nos separaremos, ¿Vedad? ¿Dónde está papá?

Gwyneth miró a su cuñada y ésta simplemente negó a los pensamientos de la madre de la niña. No, no era buena idea decirle a Brina que Ayla estaba luchando por su vida justo en ese momento.

—Vendrá en un rato, por ahora, iremos a descansar a casa, junto con tía Kayla, la abuela y la tía Aine.

—La tía Aine me da miedo —le susurró.

—Sí —Gwyneth miró a la mujer que no dejaba de dar órdenes mientras las esperaba—. Sí, a mí también.

—Bien, hora de irnos —ordenó la mujer—. Terry, llevaré a Gwyneth junto con Grace y las demás.

—Me parece bien, las veremos ahí en un rato.

La mayor asintió y siguió con su camino, era fácil notar el respeto que le tenían pese a que era una mujer que en apariencia podría pasar

como alguien delicada; Aine se esforzaba mucho para que, si a alguien se le ocurría siquiera insinuar algo sobre su género, este se arrepintiera el resto de su vida.

Gwyneth llevó a la niña en brazos durante todo el camino en carroza, había caído rápidamente dormida después de sucesos de tanto estrés, pero podía decir que los sueños tumultuosos no terminarían esa noche y probablemente no pronto, lo cual le apenaba.

—Bien, es aquí —Aine bajó de un brinco, ayudando a Gwyneth a bajar debido a que tenía a la niña en brazos—. Estarán seguras, este lugar está protegido por las mejores *águilas*.

—Gracias, Aine.

La mujer asintió gravemente y siguió con su camino hacia la casa, Aine Hamilton definitivamente no era mujer de muchas palabras, seguramente eso sería aterrador para muchos, pero para su familia ya era algo normal.

—¡Oh! ¡Querida Gwyneth! —la abrazó Annabella—. ¿Te viste enredada en esa pesadilla? Mi pobre Grace lo enfrentó también, parece una maldición de las esposas de mis hijos.

—Ella está bien, madre —rodó los ojos Aine—. Ahora, si no les molesta, las dejo, estaré afuera con los demás.

—Aine, por Dios, podrías quedarte aquí con nosotras.

—Tengo cosas que hacer, madre.

Kayla rodó los ojos y abrazó a Gwyneth con todo y niña en brazos y así mismo lo hizo Grace.

—Me alegra que estén bien —sonrió la esposa de Terry.

—Espero que ella no tenga pesadillas de por vida —Gwyneth apuntó con la mirada a la niña dormida.

—El amor de su familia la hará olvidar —dijo Annabella.

—Eso espero.

—Les pediré un baño —dictaminó Grace—, eso las relajará.

Gwyneth bañó a una casi durmiente Brina y la acostó en la cama que fuese destinada para ella, en la misma recámara donde se encontraba el bebé de Terry y Grace, siendo cuidados por nanas y más *Águilas* de las que Gwyneth había visto en su vida.

La joven bajó para encontrarse con el resto de su familia, sonriéndoles al momento de sentarse en aquel salón.

—¿Están todos bien? —preguntaron en cuanto ella estuvo cómoda —. ¿Heridos? ¿Muertos?

—Están bien, al menos los Hamilton lo están —bajó la cabeza y suspiró—. Ayla fue gravemente herida.

—Estará bien cuidada, Gwyneth, estoy segura —dijo Kayla.

—¿Cómo pueden soportar esto? —les dijo a las tranquilas mujeres que bebían té y esperaban pacientes.

—No es fácil, pero amamos a las personas que están allá afuera —

sonrió Grace—, quizá el padre de los Hamilton lo hacía por amor a la justicia, pero sus hijos ciertamente lo hacen por deber.

—Cuando conocí a Publio, debo admitir que en realidad no sabía quiénes eran y mucho menos a lo que se dedicaban, pero, en cuanto lo supe y fui amenazada por primera vez, mi instinto fue apartarme de ahí —las miró avergonzada—. Soy una científica, no tengo valor, ni tampoco agallas para salvar a las personas, estaba aterrada.

—Pero lo has hecho —sonrió Annabella—. Creo que estás malinterpretando el valor. El valor no es la ausencia de miedo, es el actuar que se tiene a pesar de tenerlo.

—De todas formas, nadie quiere hacer lo que ellos hacen, pero lo hacen por una buena causa —dijo Kayla—, no me meto en ello porque no tengo potencial en ningún área que pudiera enorgullecer a mi padre, pero los comprendo, son personas admirables.

Gwyneth asintió lentamente.

—Sí, unas que se juegan el cuello día con día —dijo pesarosa.

—¿Qué estás pensando? —Grace la miró dudosa.

—No lo sé, amo a Publio, pero no creo que pueda vivir con un miedo constante toda mi vida —las miró—. ¿Cómo podría?

Las menores se miraron entre sí con algo de temor, ¿acaso esa mujer les estaba confesando que pensaba dejar a Publio? Ambas miraron a la madre de los Hamilton, notando una suave y benévola sonrisa en ella.

—El que te lo preguntes no te hace una mala persona, Gwyneth, tan sólo una inteligente —asintió—. Temes por el futuro de tus posibles hijos y de ti misma. Nadie puede darte una respuesta a esos cuestionamientos, tan sólo tú, cuando lo veas entrar después de este desastre, tu corazón indicará lo que debes hacer.

—¿Y si indica que no lo soportaré?

—Entonces, tendrás que decírselo a Publio y juntos encontrar una solución —dijo la madre.

—¿No le molestaría que me divorciara de él?

—No, si no eres la mujer para él, claro que no —dijo tranquila, llevándose la taza de té a los labios—. De todas formas, no me preocuparía, es un hombre apuesto, generoso y noble, no se le dificultará encontrar esposa.

El interior de Gwyneth dio un revolcón nada placentero que fue notorio para la madre, quién simplemente sonrió, escondiendo el gesto detrás de la taza de la cual bebía; entendía perfectamente a la muchacha, era una persona inteligente al pensar en irse, pero estaba segura de que no podría hacerlo.

Gwyneth estaba en cama, se había tratado sola las heridas que le habían provocado y para ese momento se sentía mucho mejor, cansada, pero esperaría a su esposo lo más que pudiera.

Sin embargo, cuando Publio y el resto de la familia Hamilton llegó a la casa de resguardo, todas las mujeres se encontraban completamente dormidas, incluso Gwyneth, quien había terminado rendida en uno de los sofás de la entrada, esperando verle primero que nadie.

—Mis señores —se inclinaron algunas *águilas* que se habían quedado a vigilar a las féminas de la familia—. Todas están bien, la mayoría está dormida, excepto la señora Annabella.

—No esperaba menos de ella —sonrió Thomas—. Los dejo.

Terry rodó los ojos y fue hacia la habitación de su propia esposa, dejando a su hermano mayor mirando desconcertado la presencia de Gwyneth acurrucada en aquel incómodo sofá de la entrada. Publio tocó la mejilla magullada de su esposa y la tomó en brazos, despertándola mientras era llevada a una habitación.

—¡Publio! —se aferró de sus brazos y enterró la cabeza en su cuello —. Estás bien… ¿Cómo está Ayla? ¿Se encuentra bien?

—Tranquila.

—No puedo estar tranquila en estos momentos.

—Se ha quedado a salvo, estará bien.

Gwyneth dejó salir un profundo suspiro y asintió.

—¿Por qué no la has traído aquí?

—Resulta —sonrió Publio—. Que hay alguien demasiado interesado en su bienestar. Ni siquiera nos dejó moverla.

—Oh, ¿Acaso ella estará bien con ello?

—Bueno, esperemos que así sea, puesto que es un hombre honorable, bueno, un *águila* ejemplar y valiente.

—Ayla fue valiente —bajó la cabeza—. Ella fue detrás de mi sin dudarlo, incluso cuando salió herida parecía seguir en combate.

—Es una mujer de ese estilo, siempre ha batallado en su vida.

—Pero… —negó—. Yo estaba tan aterrada.

—Es normal —le tomó la cara entre sus manos—. Yo pienso que fuiste bastante valiente, ¿no te das cuenta de todo lo que hiciste?

—¿Además de estupideces?

—Salvaste a nuestra hija —sonrió y buscó algo en la habitación—. Por cierto ¿Cómo está Brina?

—Está dormida, casi no ha despertado desde que llegamos, la bañé y ahora está tranquila en la cama.

—¿Y tú?

—Yo… —Publio la puso sobre sus pies cuando estuvieron en la habitación y la miró intensamente.

—¿Qué ocurre?

Gwyneth lo miró intensamente a los ojos, buscando poder decirle que no lo lograría, que no era tan valiente, que la vida que ellos llevaban no era compatible para ella, pero no podía, las palabras no

lograban salir de su boca cuando recordaba lo que la madre de Publio le dijo, no podía imaginarse a otra mujer junto a él, moriría si acaso los viera alguna vez.

—Te amo, Publio —se lanzó a sus brazos y lloró sobre él.

—¿Qué tienes? Esto no es normal.

—Pensaba dejarte —dijo sincera—. Pensé que no podría seguirte los pasos, pero la verdad es, que los celos le ganaron al miedo, no puedo pensar en ti con otra mujer, preferiría morir.

—¿Qué dices? —la separó—. ¿Por qué quieres irte?

Ella bajó la mirada.

—Tengo miedo, Publio —le tocó el pecho—. Yo no soy como tus hermanas, madre o incluso como Grace; soy una tonta científica que jamás estuvo metida en un lío tan grande.

—Eres la mujer más valiente que conozco —frunció el ceño—. Además de inteligente, lograste llevarnos hasta ahí, protegiste a Brina, quemaste a varios idiotas químicamente y diste tu vida por la de nuestra hija, si eso no es valor, entonces no sé lo que es.

Ella lloró.

—¿Qué tal si vuelve a pasar? ¿Qué tal si vuelvo a perder a otro bebé por estar en medio de algo así?

—No lo permitiré, esto está por acabar.

—¿En serio? —ladeó la cabeza—. ¿Acaso ya sabes quién es la famosa *Sombra*?

—Sé dónde encontrarla —le limpió las lágrimas—. No puedes dejarme Gwyneth, si te perdiera, moriría, no habría otra mujer, sólo puedo pensar en ti junto a mí por el resto de mis días.

—Y yo no puedo pensar en ti con nadie más —sonrió, lanzándose a sus brazos y sonriendo.

Publio la abrazó, sintiéndola junto a él, pero no relajándose en sus brazos como ella lo hacía, el temor lo rondó en cuanto ella le dijo que tenía miedo, que pensaba irse, su mujer era una persona racional y lo que cualquier ser inteligente haría sería irse de ahí, pero lo amaba y era la razón por la que se quedaba.

Tenía que hacer algo para remediar aquello, quería darle la paz que merecía, ciertamente nunca podría deshacerse de esta vida, era la que le había tocado, era la que le correspondía al ser hijo de Thomas Hamilton y, podía decir que le gustaba, estaba acostumbrado a ello, pero Gwyneth no, y lo único que podía hacer para remediarlo, era darle paz, brindarle la tranquilidad de saberse a salvo junto con los posibles hijos que pudieran engendrar y con Brina.

Capítulo 37

La tranquilidad había llegado los meses siguientes a las casas de los Hamilton, pese a que Gwyneth sospechaba que algo más sucedía, Publio no le decía nada además de que tendría que salir de un lado a otro y, cuando al fin mencionó España entre unos de sus viajes, supo que al fin habían encontrado a la *Sombra*, estaban a punto de ser libres de ello, al menos eso era lo que le decía Grace.

—¿Publio? ¿Puedes decirme lo que ocurre?

—No —le besó los labios—. Pero estoy a punto de resolverlo.

—¿Sabes? Cuando dije que quería irme estaba impresionada, asustada, había asesinado a alguien por primera vez —le tocó el pecho con ternura—. No quiero irme, te amo y nuestra familia lo es todo para mí, entiendo lo que haces y…

—Es mi trabajo protegerte, Gwyneth, has sufrido demasiado hasta ahora, quiero que ya no sea así.

—Dejarme a un lado es una forma diferente de hacerme sufrir.

Publio sonrió y le acarició la mejilla.

—Mañana saldré con dirección a España —elevó una ceja juguetona—. ¿Quieres hacerme saber que me echarás de menos?

—Siempre te echo de menos.

—Entonces vamos a la cama.

—Espera —le tocó el pecho—. ¿Podríamos hacerlo como antes?

—¿Cómo antes?

Ella se avergonzó.

—Creo que es momento de saber si podré engendrar hijos o no, Publio, no puedes seguir evitando la verdad.

El hombre suspiró con fuerza y la miró a los ojos.

—¿Estás segura?

—No sabes cuánto.

La pareja sonrió y caminó despacio hacia la cama, pretendiendo compartirla cuanto se pudiera, puesto que Publio seguro se iría al amanecer y eso los separaría por un buen tiempo, puesto que no sería tarea fácil lo que haría, pero lo creía necesario.

Publio besó el cuerpo entero de su esposa, haciéndola retorcerse bajo él, sonriendo cuando ella lo buscaba ansiosa y deseosa de tenerlo cerca, de que se unieran y que no se separaran jamás pese a que él tendría que irse en unas horas.

Cuando ambos cuerpos se encontraban abrazados, entremezclados entre el cansancio y el amor, el amanecer comenzó a llegar por la ventana, dando la indicación que era momento de separarse.

—Iré por Brina —dijo la mujer, colocando el camisón y su bata antes de salir—. No me perdonaría que te fueras sin darle un beso.

—Está bien —la besó—. Te amo.

—Y yo a ti, Publio.

El hombre miró salir a su esposa y cerró los ojos, tomando aire hasta llenar al completo sus pulmones y lentamente dejarlo salir. Se giró hacia la ventana y vio a una de sus *águilas* de confianza.

—Mi señor, tenemos todo listo.

—Gracias, bajaré en un momento, da aviso a mi hermana.

—Sí, mi señor.

El hombre desapareció justo en el momento en el momento en el que la puerta se abría, dando pasado a su esposa junto con su pequeña hija, quien parecía malhumorada y se frotaba los ojos con fuerza.

—¿Papi? ¿Por qué te arreglas tanto?

—He de salir un tiempo, hija, ¿cuidarás de mamá?

—Claro —dijo segura—. ¿Irás por la *Sombra*?

—Jamás volverás a tener miedo después de esto, te lo prometo.

Publio besó la mejilla de su hija y la abrazó con fuerza, llevándola a la cama de la pareja y dejándola volver a caer dormida en el lugar, donde pronto regresaría Gwyneth para acompañarla.

—Creía que la *Sombra* parecía haber desaparecido.

—Eso es lo que creemos, los bandidos ya no se muestran con las estrategias que tenían antes, las *águilas* pueden con ellos fácilmente, lo cual quiere decir que ya no está cerca la mente maestra.

—Si es así, entonces, ¿por qué ir a España? Quizá murió.

—O quizá le hace falta un incentivo para volver a iniciar.

—¿Eso crees?

—Si la *Sombra* no está muerta, entonces, hará falta un paso en falso para tenerla encima de nosotros.

Ella asintió.

—Entonces, ya no volveremos a ser atacados.

—No lo creo, les hace falta la dirección de esa persona, sea quien sea, era como si nos conociera al completo, sabía qué hacer y como contraatacar, pero sin ella, estos hombres no son más que brutos con ganas de dinero, son fáciles.

Gwyneth asintió.

—Entonces la *Sombra negra* no es más que un espectro del cual siempre debemos de temer su vuelta.

—Mejor adelantarnos a ello, volveré pronto.

—Aquí estaré para esperarte.

—Lo sé.

Publio bajó las escaleras de la casa sin compañía, su esposa había vuelto a la cama y probablemente a dormir junto a la pequeña Brina. Ambas mujeres eran el centro de su vida, de su corazón y de su alma,

sin ellas, nada tendría sentido, ni siquiera arriesgar su vida.

—Publio.

El hombre sonrió.

—Ayla, ¿Qué haces aquí?

—Vengo por unas cosas —sonrió avergonzada—. Espero que no te moleste que deje solas a Gwyneth y Brina por las noches.

—Para nada, me alegra que estés feliz.

—Gracias —bajó la mirada—. Él es bueno, jamás pensé que se pudiera querer a alguien así.

—No podía desear mejor hombre para ti, Ayla, y no terminaré de agradecerte que salvaras a Gwyneth de esa bala.

—Ella lo haría por mí.

—Está feliz por ti —asintió—. No deja de hablar de tu inminente embarazo y las probabilidades de su género.

La mujer tocó su vientre y asintió.

—Deberías volver a intentarlo con ella.

—Ella piensa lo mismo —miró escaleras arriba—. Espero que no se lleve una decepción.

—No se lo merece, seguro que sus deseos se cumplen.

—Gracias, espero que puedas seguir con nosotros a pesar de estar casada y tener un hijo.

—Gwyneth no me lo ha permitido diferente, dice que cuidará a mi hijo si es necesario.

—Seguro lo hará —Publio se acercó y besó su frente con cariño fraternal—. Te las encargo Ayla y cuídate también.

Publio llegó a España preso de una ansiedad que hacía mucho no conocía. No era normal en él experimentar sensaciones que se asemejaran a ello, solía ser calmo e imperturbable en temas relacionado con la cofradía, pero podía darse el lujo de sentirse impaciente en esa única ocasión, puesto que habían esperado por ello durante un largo tiempo.

Así que tocó las grandes puertas de aquel convento y esperó pacientemente a ser recibido por alguien, pero la respuesta no llegó hasta la tercera vez que tocó.

—*Señor Hamilton* —dijeron en español—. *Os estábamos esperando, ha tardado más de lo previsto.*

—Me costó trabajo deslindarme de Londres cuando los seguidores de su *Sombra oscura* estaban detrás de mí —contestó igualmente.

La mujer lo invitó a pasar al elegante e imperioso lugar de grandes muros y extensos jardines cuidados y llenos de más mujeres vestidas y arregladas como aquella mujer que lo conducía entre ellos. Publio observaba todo con detenimiento, por un momento juzgo que la *Sombra* debía de ser una mujer, pero ahí mismo había tantos hombres

de fe como los había mujeres.

—Debo decir que nosotros no estábamos enterados de una persecución —aquella mujer era demasiado hermosa para ser una religiosa, de hecho, no recordaba religiosa más bonita y joven—. Nuestra *Sombra* no tiende a mandar represarías específicas, pero supongo que aquellos bandidos pensaron que, si se pegaban a los talones de los Hamilton, lograrían sacar algo de interés, como la ubicación que ahora vos poseéis.

—Nada sencillo y con demasiadas personas afectadas y posiblemente traumatizadas, incluyendo a una niña de cuatro años.

—Lamento escucharlo, pero las consecuencias que acarrea el deseo del conocimiento del sabio no es culpa del sabio en sí.

—Pero dejar a la deriva y en el olvido la destrucción que está causando es la culpa del sabio en sí. Es negligencia y poca consciencia de lo que se ha hecho.

—Nosotras no somos la *Sombra*, mi señor, no podemos decirle cómo actuar o qué ha hecho mal o bien.

—Pensaba que eran guías para hacer el bien.

—Quizá, pero no por ello tenemos que encaminar a la fuerza hacia uno u otro lado, el bien es tan relativo que no se puede juzgar con facilidad.

—Creo que asesinar se considera como un mal, el traumatizar, el ayudar a los bandidos a robar y triunfar sobre la ley es un mal.

—¿Quién dice que está mal o bien además de Dios? —sonrió la mujer—. Usted cree tener todas las respuestas, señor Hamilton, pero eso es porque no se hace todas las preguntas. Que recuerde, usted también asesina y también ayuda a personas que usted cree que lo merecen, pero ¿Quién dice que ha hecho bien o mal al hacerlo?

Publio comenzaba a desesperarse, era notorio que aquella monja tenía en estima al hombre o mujer que se escondía entre las sombras, no entendía como una mujer que supuestamente había entregado su vida entera a Dios podía defender a alguien que estaba asesinando personas honorables, que ayudaba a malvados y buenos por igual, como si no supiera distinguir entre lo que se debe o no hacer para afectar al prójimo.

—Debo entender que no me dirá quién es.

—No, me temo que no.

—He notado un silencio repentino de su parte, ¿a qué se debe?

—Creo que se ha cansado de la presión, pero estoy segura que volverá cuando sea necesario.

—¿Necesario para quién? —negó con furia—. ¿En verdad no se da cuenta de lo que hace? Seguro que no, ustedes están protegidos entre estos muros, por sus reyes y por su fe, pero allá afuera el mundo no es tan sencillo, habla con simpleza de la muerte porque no la ha tenido

en frente, no muestra interés ante los traumatizados porque no ha visto a un niño ultrajado llorando como si un hubiera un mañana.

Aquella mujer deformó su hermoso rostro en uno de dolor, pero se recompuso en seguida.

—Es verdad que desconozco, pero no creo que nadie puede juzgar el bien o el mal, nadie puede saber quién es mejor o peor en bandos que se dedican a matar, incluso el de las *águilas reales.*

—Le diré algo, cuando mi cofradía se dedique a violar, a robar a inocentes, a matar o esclavizar, entonces puede meternos en la misma categoría, pareciera que no sabe diferenciar acciones buenas a las malas, madre —la miró con una ceja elevada—. Tenían razón al decir que la residencia de la *Sombra* era un convento que había sido corrompido, parece que les han lavado el cerebro, dudo siquiera que crea en Dios

—No es quien para juzgarme.

—Quizá, pero le dejaré una cosa muy en claro, esa *sombra* de la que usted habla con tanta vehemencia, no es alguien respetable, ni admirable, es una basura más de este mundo y no descansaré hasta asesinar a esa persona, sea quien sea.

—No lo logrará.

—Créame que mi determinación es infranqueable.

—Igual a la de la *Sombra*.

—Quizá.

El hombre dio media vuelta y comenzó a marcharse de ahí.

—¿Se retira, mi señor?

—Sí, he comprendido que llegué a otro nido de admiradores, pero dudo que aquella *Sombra* siga por aquí —se volvió hacia ella y sonrió —. Estoy seguro de que los ha abandonado, como ha abandonado a todos sus estúpidos seguidores.

La monja se quedó en medio de aquel cuidado jardín, mirando como el hombre desaparecía sin más. Entonces, pudo deshacerse de sus indumentarias y miró con desdén al hombre que se paseaba por su lado, cuidando de ella.

—¿Crees que vuelva? —le preguntó el varón.

—No, nos ha descubierto —cerró los ojos—. Sabe que no somos monjas y que nos adueñamos del lugar.

—¿Crees que nos delate?

—Seguro que así será.

—¿Crees que lograste hacerlo creer que la *Sombra* sigue aquí?

—No, claro que no, él sabe que estamos desamparados —negó la joven—. Tenemos que irnos de aquí cuanto antes.

—¿Les tenemos que temer a los Hamilton?

—Sí —dijo tranquila—, ahora que la *sombra* nos ha abandonado, no hay nada que nos proteja de ellos, estamos indefensos al completo.

—¿Qué haremos?

—Buscar, seguir buscando —lo miró— y no dejaremos que vuelva a escapar.

Capítulo 38

Los días habían pasado desde aquel encuentro con otros de los seguidores de la *Sombra*, todos en su familia se habían asombrado por el alcance que aquella persona llegaba a tener, al punto de tener todo un convento invadido de personas que harían cualquier cosa y tomarían al pie de la letra cualquier orden.

Sin embargo, parecían seguir tan abandonados como en un inicio, no habían surgido nuevos ataques, ni tampoco había nadie que pudiera predecir sus movimientos, era como si aquella *sombra* jamás hubiese existido, pero la amenaza estaba ahí, presente en las mentes que habían sido afectadas por los estragos de sus seguidores.

Parecía ser que esa sombra no quería ser encontrada, tomando sentido otra parte de la canción de Brina: "*quien dirige sin querer*" quizá la sombra no era más que otro prisionero, como lo fue Brina; una mente brillante obligada a trabajar a voluntad de otros.

—Publio, ¿estás listo?

El hombre sonrió hacia la figura de su esposa, quien iba enfundada en aquel vestido de fiesta y, de su mano, la pequeña Brina estaba igualmente elegante, vestida entre holanes y rosado, estaba perfecta para ser pajecillo de la boda de su primo Archivald, el mayor de todos los primos y el hombre que se casaba con una mujer que apenas conocía.

—Sí —sonrió—, vamos.

Bajaron tranquilamente las escaleras, sumergidos en una charla amigable y llena de risas, su hija brincaba y cantaba una canción mientras se dirigía a la carroza de la familia.

—El bebé de Ayla cada vez está más grande y fuerte.

—Me alegra —Publio sonrió, pero sabía que era un tema delicado con Gwyneth, puesto que, a pesar de que lo intentaban, ella no lograba concebir.

La joven suspiró y lo miró entristecida.

—Creo que es momento de que deje de hacerme ilusiones, ¿verdad Publio?

—No pierdas las esperanzas.

—Creo que no hay más esperanzas —sonrió y tomó a Brina para sentarla en sus piernas mientras ella se distraía en la ventana—. Soy feliz con lo que tengo, pero… debo admitir que lo soñé tanto que…

—Aún no sabemos nada, incluso en matrimonios normales, el tiempo de las concepciones pueden variar.

Ella asintió y trató de creerlo, pero lo comenzaba a dudar y eso le

destrozaba un poco el alma.

—Bueno, debo informar que la botica va mejor que nunca, tengo nuevos experimentos pensados, necesito de tu ayuda.

—Bien —sonrió—. ¿Cómo está tu madre?

—Es otra cosa con la que me estoy dando por vencida —negó desilusionada—. Parece que soy un fracaso en todo.

—No ha llegado el día en el que te des por vencida, no mientras esté yo a tu lado y siga creyendo que eres de las mejores científicas que conozco —le tocó la mejilla—, pero tomaste un reto demasiado grande, hace falta tiempo y paciencia.

—Lo sé.

Llegaron a casa de los Pemberton, donde la fiesta comenzaba a celebrarse, Gwyneth conocería a la esposa de Archie por primera vez, pese a que las demás de la familia ya hubiesen ido de visita, ella había decidido esperar a la boda para conocerla.

—Qué bueno que han podido venir —sonrió Archie, tocando el brazo de su primo y dando un beso a su prima política.

Brina pasó de largo los saludos de los mayores y fue corriendo para integrarse con el resto de los niños que se aglomeraban en el lugar, algunos vestidos igual que ella para ser pajecillos y otros simplemente acompañando a sus padres.

—¿Dónde está la pobre mujer que se ha decidido casar contigo?

—No diría que fue una decisión —sonrió Archie, pero apuntó a lo lejos una melena dorada como el mismo sol—. Vivianne.

La mujer se volvió ante su nombre, sus ojos verdes claro fijos en un punto a la distancia que no parecían ser ellos ni nadie en ese mundo, rápidamente comprendieron que la mujer era incapaz de ver, pero parecía que no siempre había sido así.

Gwyneth se sorprendió ante ello y no supo cómo reaccionar cuando la tuvo enfrente; seguía siendo una mujer hermosa y su impedimento no parecía frenar su sonrisa, ni tampoco su seguridad al presentarse ante ellos.

—Son mis primos, los Hamilton.

—Vaya, he escuchado mucho de ese apellido —sonrió.

—¿Ha venido aquí sola? —preguntó Gwyneth, recuperándose de su estupefacción.

—No, mi hermano y hermana han venido en mi compañía, como sabrá, una ciega no puede ir sola por la vida —se avergonzó.

—Oh… claro, lo lamento.

—No hay por qué, no se sienta tan cohibida con el tema, Dios así lo proveyó y no he de quejarme por ello.

La mujer tenía el acento de una española cualquiera, parecía dulce, sonriente y a juzgar por la elegante cruz en su cuello y el rosario en sus manos, muy religiosa.

—Pero claro —no supo que más decir, puesto que ella ni creía, ni le interesaba creer en nada.

—Me doy cuenta que está usted embarazada, he de felicitarlos.

Tanto Publio como Gwyneth se miraron sorprendidos.

—No lo estoy —afirmó la mujer.

—Oh, pero claro que lo está, si lo noto en la forma en la que habla y también por cómo camina, parece moverse extraño para una mujer de su peso y… —ella se acercó y la tocó levemente—, sí, también de su complexión, ¿Me permite?

Gwyneth miró impresionada a la mujer cuando colocó una mano sobre su vientre y asintió.

—Sí, estoy casi segura de su embarazo.

—¿Cómo es que…?

—Las personas impedidas solemos desarrollar los demás sentidos —sonrió—. Creo que está embarazada, pero puedo equivocarme.

Gwyneth se llevó una mano al vientre y miró ilusionada a su marido, quien no dejaba de ver a aquella mujer con un interés que no lograba a comprender, sobre todo cuando les estaban dando tan buenas noticias, incluso aunque no fueran comprobadas.

—¿Publio? —el hombre la enfocó con una sonrisa.

—Habrá que revisarte, quizá Vivianne esté en lo cierto.

—¿En verdad?

—Puede ser, como dice, las personas que no pueden ver a veces son las que mejor ven.

Vivian volvió su rostro hacia él, pero su mirada parecía tan perdida como en un principio, no podía ser cierto...

La pareja de recién casados se dispersó, dejando en soledad a Gwyneth y Publio, el segundo siendo preso de sus pensamientos y no poniendo la suficiente atención a lo que su esposa le decía.

—Publio, ¿piensas hacerme caso o no?

—Sí —meneó la cabeza—. ¿Qué ocurre?

—¿Tú crees que lo que esa mujer dijo sea verdad?

Publio sonrió y le tocó el vientre.

—Quizá, aun así, preferiría que no te hicieras demasiadas ilusiones, no quiero que te entristezcas.

—Me parece fascinante que, sin poder ver, haya podido… —Gwyneth lo miró intensamente—. Lo has dicho por la canción de Brina, ¿acaso crees…?

—No lo sé —Publio miró hacia la mujer que parecía tímida, aunque segura, reservada pero sonriente, una incógnita al completo.

—¿Has visto ya a sus hermanos?

—Sí, ellos parecen sospechosos también.

—Quizá, ellos la obliguen.

Publio frunció el ceño y negó.

—No entiendo cómo alguien que no puede ver puede ocasionar tantos problemas… ella se ve tan delicada y enfermiza.

—Publio Hamilton, no te atrevas a menospreciarnos.

—O quizá… ella sea la portada que han puesto, o quizá sólo nos estamos haciendo ideas ante una coincidencia.

Gwyneth asintió y suspiró.

—Espero que no sea así.

—Lo espero también —la miró y sonrió—. Bien, pero pensemos en cosas positivas por el momento.

Gwyneth sonrió como si fuera parte de una caricatura y Publio casi sintió que brincaría en su lugar.

—Oh, Publio, en verdad deseo que tenga razón.

—Siendo sincero no he notado nada que me haga pensar que es verdad, pero me encuentro distraído, ¿qué me dices de tus ciclos?

—Mmm… un mes, ¿Tal vez?

—¿Tienes retraso?

—Sí, pero no era nada seguro Publio, suelo retrasarme una o dos semanas —dijo tranquila.

—Entonces —le quitó la copa de vino—, quizá sea mejor que no bebas el día de hoy.

—Sí —dijo ilusionada—, esperemos que sea así.

Publio besó la frente de su esposa y la abrazó mientras ambos veían a Brina jugar, sonriendo alegremente como una niña normal, sin miedos, ni preocupaciones, siendo querida y acogida por una familia que la amaba y cuidaba de ella.

Epilogue

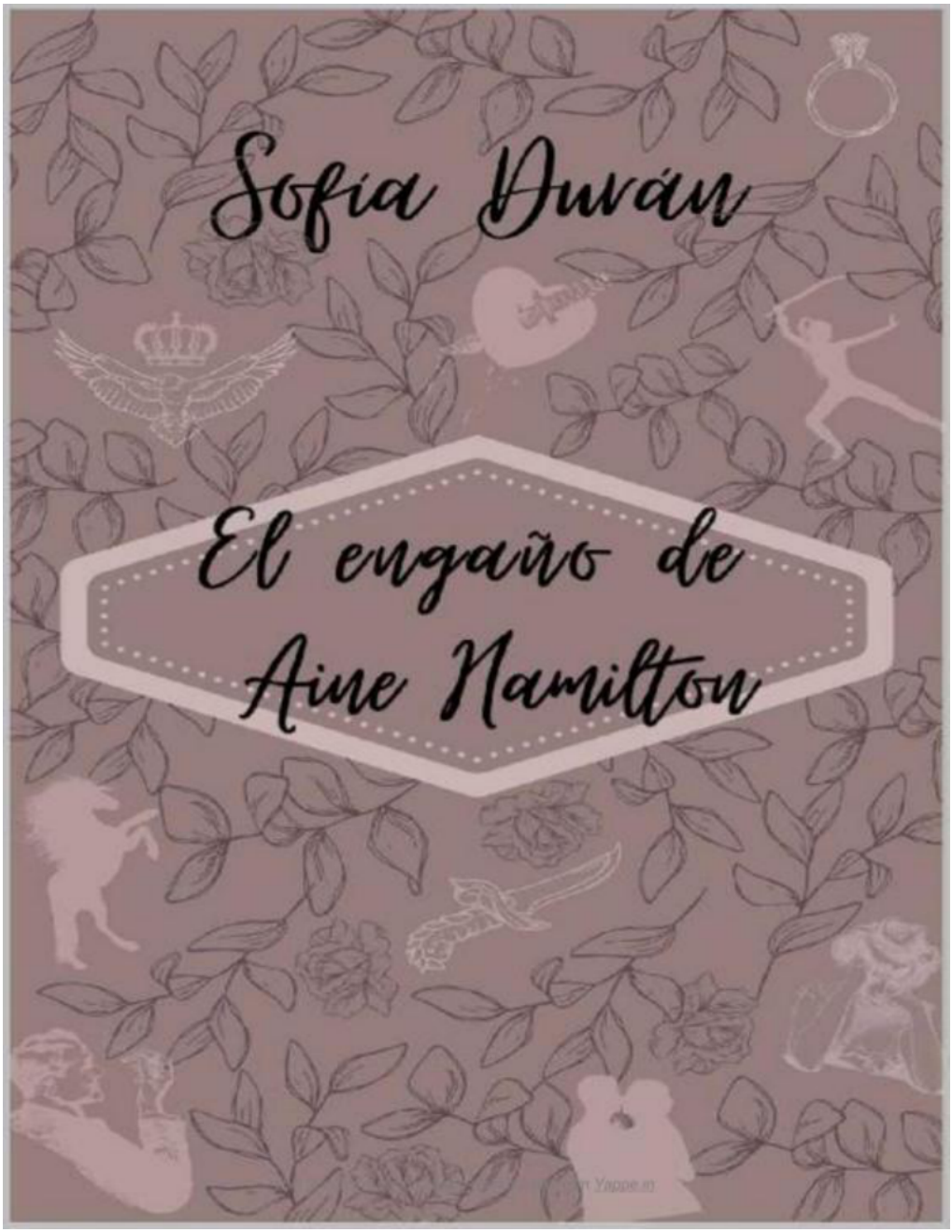
Los Hamilton seguían estando tan atentos como siempre sobre los movimientos de la supuesta Sombra, pero o esta murió o simplemente dejó su oficio por la paz.

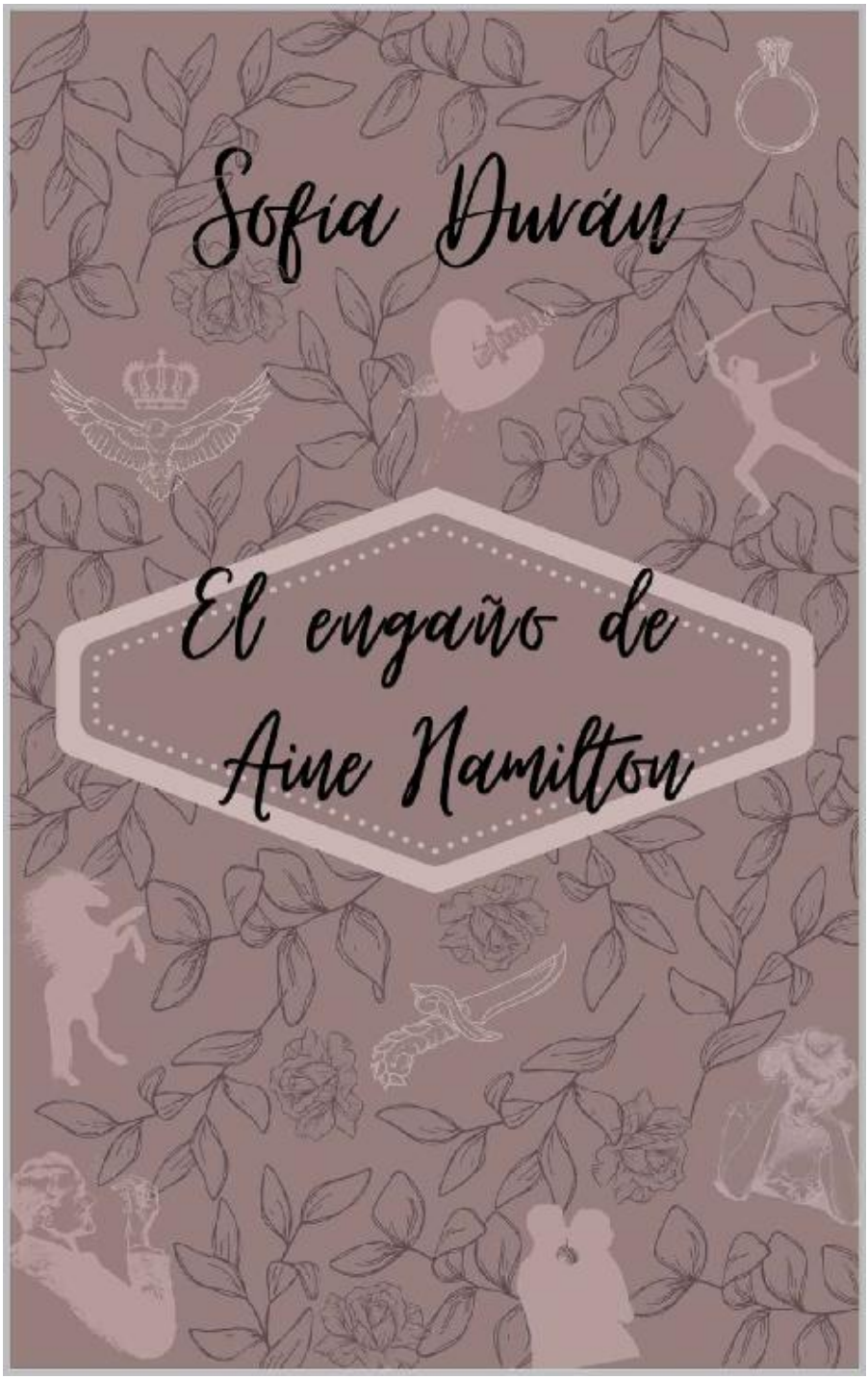
Fuera lo que fuera, Publio jamás apartaba la vista de la nueva esposa de su primo, aunque en apariencia ella era una mujer normal, religiosa e impedida de visión, sus hermanos le parecían extraños y el padre de la misma parecía tener gravadas las señales de la maldad.

Sin embargo y por su paz mental, había dejado de preocuparse por ello a todo momento y se concentró en su familia, en su esposa que estaba embarazada y en la hija que estaba por celebrar su quinto cumpleaños.

Como era de esperarse, Brina nunca había tenido un cumpleaños, por lo cual Gwyneth y Ayla habían hecho de ello el evento del año y él lo había permitido, al final de cuentas, no podía estar más agradecido con la vida por tener algo por lo que realmente se preocupaba, personas que, a pesar de no ser de su familia, se habían hecho de su corazón y de su alma al completo.

Las amaba con una intensidad que no creía posible y jamás se arrepentiría de haber adoptado a esa pequeña pilla de cabello rubio y haberse casado con aquella loca científica.


Sofia Durán
El engaño de
Aine Hamilton



This document file has been downloaded from Yappe.in

El engaño de Aine Hamilton

Los hijos de los Bermont VII

Sofía Durán

Derechos de autor © 2021 Sofía Durán Derechos de autor © 2021 Sofía Durán

©El engaño de Aine Hamilton

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán.

Copyrigth 2021 ©Sofía Durán

Código de registro: 2110109493462

Fecha de registro: 10/10/2021

ISBN: 9798494060211

Sello: Independently published

Primera edición.

El engaño más terrible es el que se hace para uno mismo.

Contenido

Página del título

Derechos de autor

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Capítulo 1

Aine era la hija mayor de la pareja de los marqueses de Sutherland, la mujer a la que todas las *águilas* respetaban y admiraban. Su padre, Thomas Hamilton no podía estar más orgulloso de ella, pero en ese momento estaba preocupado. Era verdad que su hija era una prodigio en cuanto a inteligencia estratégica, manejo de emociones y estaba entrenada en más armas de las que una mujer normal apenas conocería su nombre.

Pero así era ella, su hija estaba fuera de lo común, en más de una ocasión Aine le había dicho algo como: “Padre, no deseo casarme, no pienso limitarme por un marido, un hijo o lo que sea que hagan las mujeres en sus aburridos días de estar en casa. No tengo aptitudes para nada más que la cofradía”.

Annabella, su madre, estaba casi segura que todo se debía a que heredó el carácter rebelde de parte de su esposo, pero tenía fe en que un día se enamoraría y cambiaría de opinión. Thomas no sabía lo que había hecho con sus hijas, pero parecía ser que ninguna de las dos ansiaba el matrimonio, estaban acostumbradas a ser libres, independientes y a tomar sus propias decisiones sin ser cuestionadas… al menos no en demasía.

Por él mejor, si sus hijas no deseaban casarse, sería más que feliz de aceptarlas para siempre; pero sabía que no era una vida que las fuera hacer feliz a largo tiempo, el amor no tenía que ser una prisión y no entendía por qué ambas mujeres pensaban que sería lo que obtendrían al momento de casarse.

—¡Es el colmo Thomas! —Una hermosa mujer entró sin tocar a aquel enorme despacho—. ¡Tus hijas me volverán loca!

El hombre sonrió de lado y la miró con diversión.

—¿Qué han hecho las niñas ahora?

—No te atrevas a reírte de mí, Thomas Hamilton, es tu culpa que

ambas sean de esa manera —negó—. Son voluntariosas, no hacen ningún caso y se burlan de todas las reglas de etiqueta y…

—Entiendo —se puso en pie y abrazó a su esposa—, han crecido de una manera diferente, no puedes esperar que quieran lo mismo que otras

mujeres.

—Pero Thomas, ellas tienen que casarse, formar una familia —lo miró

—. No saben lo que será estar solas el resto de su vida.

Thomas dudaba que sus hijas fueran a estar solas el resto de su vida, eran mujeres hermosas y eventualmente alguien les llamaría la atención; pero dudaba que fuera un matrimonio como el que su mujer deseaba, con nobles y acaudalados. Veía a sus hijas siendo esposas de personalidades excéntricas, algunas veces, ni siquiera las veía casadas.

—Sé lo que estás pensando, seguro que estás dando brincos de alegría al saber que no quieren casarse, pero no debes de ser egoísta —suspiró —.

Aine es la peor, de hecho, creo que Kayla la imita, pero Aine en serio lo cree, no ve el amor como algo necesario y creo recordar que a alguien le fue muy mal por tener ese mismo pensamiento.

La mirada de Thomas se intensificó.

—No me eches cosas en cara, mujer.

—¿Me equivoco?

—No. Pero ahí tienes la respuesta, no debes presionar la situación, así como llegaste a mí, a ellas les llegará alguien.

—Thomas, yo te amaba e hice lo posible para que sintieras lo mismo —

le tomó la mejilla—, pero dudo que un hombre vaya a poner tanto trabajo en convencerlas a ellas, su carácter…

—Annabella, si el hombre tiene interés, se notará. —La mujer suspiró enojada y miró hacia otro lado, evitando en todo lo posible la sonrisa retorcida de su marido—. No te molestes conmigo, amor, es sólo que no necesitan que les busques pareja.

—Soy su madre, me preocupo por ellas.

—Y yo soy su padre, creo recordar. También me preocupo.

Annabella dudaba que su marido se preocupara de la forma en la que ella lo hacía, pero no había más que hacer, él tenía razón, sus hijas eran diferentes y no las podría orillar a que hicieran lo que para ella era correcto.

—¡Papá! —Kayla abrió la puerta, con la clara demanda en su mirada, pero al ver a su madre, calló—. Oh… mamá…

—¿Tienes algo que decir que no quieras que escuche Kayla?

—No, no… pero mejor vengo luego, ya sabes, ustedes necesitan este tiempo de besos y abrazos que casi nunca se dan.

—Kayla —Thomas soltó a su esposa y encaró a su hija menor, la cual era la más consentida de todos sus hijos, para él, era la viva imagen de su

esposa y le era imposible no tratar de cuidarla y mimarla—. Dime lo que has venido a informarme, lo que sea que quieras decir, tu madre lo puede escuchar.

—Claro… —la joven se puso nerviosa—. Mejor me voy.

Kayla prácticamente corrió fuera del despacho, por lo cual no pudo evitar chocar con su hermana mayor, la cual rodó los ojos y terminó de entrar en la habitación donde sus dos padres se encontraban sonriendo ante el arrebato de la menor.

—Papá, tengo información de ese hombre —la joven se adelantó hasta tenderle a su padre un conjunto de notas hechas por ella misma—. Parece que están requiriendo de nuestra protección, pero no hay nadie disponible para hacerlo.

—¿Protección? —Annabella intentó leer por encima del hombro de su marido, quien así se lo permitía siempre.

Thomas asentía levemente mientras leía.

—Creo que en realidad está en un aprieto, ¿tú qué piensas Aine? —

Thomas miró a su hija.

—Creo que es un idiota que busca los problemas.

—¡Aine Hamilton!

—Perdóname, mamá.

Thomas fue a sentarse en su asiento y siguió leyendo las notas mientras su esposa e hija comenzaban a discutir. En realidad, conocía bien al caballero en cuestión, era verdad que parecía que buscaba los problemas, pero en realidad era una buena persona, valía la pena tomar cuidado de él.

—¡Mamá, dije que lo sentía! ¡Y no iré a esa velada!

—¡No te atrevas a volverme a alzar la voz, Aine!

—Mamá, no te estoy alzando la voz, te estoy puntualizando algo que no quiero hacer.

—Por favor —Thomas alzó una palma, pidiendo silencio—, basta, tenemos cosas que hacer.

—Papá, pero nadie puede ir a cuidar de un *niño mimado* —se adelantó ella—. Nadie tiene ese tiempo y…

—Creo que tú no estás de misión ahora, ¿o sí Aine?

—Oh, papá no…

—Aine, es una importante personalidad de Suecia, así que, me parece adecuado que vayas allá, eres la mejor para esto.

—Papá, lo conozco bien hasta ahora, te aseguro que en lo que sea que se esté metiendo, es por culpa de él mismo.

—Aine.

La joven mordió el interior de su mejilla y miró hacia el suelo.

—Thomas, si ella en serio no quiere ir…

—Annabella, por favor.

Su mujer se mostró sorprendida ante aquella interrupción, Thomas no solía quitarle importancia a sus comentarios.

—Está bien, padre, cuidaré del niño bonito.

Aine tomó sus faldas y salió de ahí hecha una furia contenida.

Annabella esperó hasta que su hija estuviera lo suficientemente lejos para comenzar a amonestar a su marido. Sólo hizo falta que elevara una ceja hacia él, mostrándose herida.

—Perdona, mi amor —se puso en pie y le besó los labios—. Pero es algo que quiero que Aine aprenda, es demasiado intolerante, parece que cree que los nobles y ricos son irritantes porque no hacen lo mismo que nosotros.

—Pero si ella también es una jovencita afortunada.

—Sí, pero Aine no vive como el resto de las señoritas de sociedad, ella ha tenido que dormir en el suelo, salir herida, ayudar al mendigo e incluso dejarle su cama a alguien que lo necesitara más que ella. No ve el mundo color de rosa.

—Te has empeñado en ello.

—Sí, pero ahora necesito que vea que los que tienen dinero o un título importante, no son malas personas… no siempre.

—Agh, esa niña, ¿qué no sabe que tú y casi toda su familia es de la nobleza? ¿Por qué tanto odio?

—Por eso quiero que vaya, le hará bien estar con un hombre como Svensson.

—¿Por qué ella lo menciona con tal desprecio?

—Porque es el Presidente del *Riksdag*.

Annabella se mostró sorprendida.

—Pero… ¿qué tiene de malo que sea alguien importante? No tiene que ser un noble para llegar ahí.

—No, pero Harsen es justo lo que a Aine le estresa en un hombre, le hará bien.

—¿Confías en que esté bien?

—Sí, Aine sabe cuidarse y, pese a todo, Harsen es un caballero —aseguró Thomas.

—No lo sé, tienes la tendencia a tratarla como si fuera uno de los muchachos, pero he recordarte que es una mujer y puede pasar que alguien quiera…

Thomas dejó salir una fuerte carcajada.

—Por favor, mi amor, si alguien intentara abusar de Aine, ella se encargaría de que no lo volviera a hacer, pero con nadie.

—Le tienes demasiada confianza.

—Se la ha ganado, habrá que confiar en ella.

Annabella negó un poco con la cabeza y se sintió atemorizada por que su hija fuera sola a ese lugar, precisamente a cuidar de un hombre, Thomas no lo quería creer, pero ella seguía siendo una chica inocente, a la cual ni siquiera se le había ocurrido que podría existir una atracción entre dos personas, nunca lo había sentido y era peligroso.

Capítulo 2

Aine estaba furiosa, prácticamente aventaba las cosas en su maleta sin ningún tipo de orden o cuidado. No podía creer que su padre le encomendara una misión tan simple, hacía años que él no le asignaba tonterías y ahora… cuando ella era de las más experimentadas *águilas,* la mandaba a cuidar de un tipo que no sabía cómo limpiarse el trasero.

—¡Agh! No lo puedo creer, ¿yo? ¿Cuidando de un hombre? ¡JA! Es una estupidez, yo soy un elemento importante de esta maldita cofradía, no un guardián.

—¿Por qué estás tan molesta?

Aine volvió la cara con profunda calma y suspiró. Sabía que no podría deshacerse de Kayla aunque quisiera, así que contestó.

—Papá me mandó a cuidar a ese idiota.

—Oh, bueno, ahora entiendo la molestia —Kayla fue y se aventó en la cama de su hermana—. ¿A dónde irás ahora?

—Suecia.

—Es genial, la arquitectura de ese lugar es precioso.

—Sí, sí, no voy de paseo, voy a trabajar.

—¿Por qué siempre eres así? —rodó los ojos la menor, acomodando la ropa que su hermana aventaba a la valija.

—¿Así como?

—Tan amargada e intransigente.

—No lo sé Kayla, quizá porque tengo la mente ocupada en miles de situaciones que a ti ni siquiera se te pasan por la cabeza, porque eres la niña mimada de papá.

—¡Eso no es verdad!

—Por favor, Kay, jamás te has ensuciado las manos en toda tu vida, has hecho lo que has querido desde que eras una niña.

—A ti podría haberte pasado lo mismo si acaso no quisieras ser un *águila* con tantas ganas.

—Quiero enorgullecer a papá, es algo que me encanta, pero no lo quiero hacer casándome con un buen partido, sino que sea por mí, por lo que soy y

lo que hago.

—Estás loca, Aine, papá te ama seas lo que seas.

—Quizá, pero me encanta hacer esto y odio que me mande a misiones porque quiere protegerme —negó—. Cuando se trata de Publio o de Terry, no lo duda, pero cuando soy yo…

—Eres su hija, claro que lo va a dudar más.

—Ellos son sus hijos, ¿Cuál es la maldita diferencia?

—Sus partes reproductoras, supongo.

—¡Kayla!

—¿Qué? —Kayla se puso en pie—. Mira Aine, sé que tú eres toda una eminencia para temas de espionaje, matar, planificar y demás; pero yo lo soy en la vida, y tú no sabes nada de ella.

—No me interesa saber qué tiene un hombre entre las piernas.

—¡Deberías! ¡Es con lo que te pueden hacer verdadero daño!

—¡Agh! ¡Sal de aquí ahora!

Kayla salió dando un portazo a la puerta, dejando a Aine aún más

furiosa y hasta un poco confundida. Ella había crecido entre hombres, primero con sus hermanos y después con las *águilas*, ninguno jamás le había hecho daño… ni siquiera insinuado y hasta ese momento, nunca se dio cuenta de las diferencias que había entre ellos, aunque sabía en donde se encontraban.

Se avergonzó notoriamente y negó. Kayla estaba loca, era tonta y mimada, no sabía nada de la vida, aunque quisiera jactarse de ello. Kayla jamás había visto a una mujer violada, a un hombre golpeado hasta la muerte, niños con inanición, gente vendida o explotada… no, Kayla no sabía de la vida.

De pronto se escucharon dos golpes en la puerta, llamando la atención de la joven que en esos momentos se encontraba totalmente avergonzada por la conversación con su hermana.

—¿Aine? ¿Cariño puedo pasar?

«Genial, ¿Ahora qué?» pensó la joven mientras le abría la puerta a su madre.

—¿Qué sucede mamá? Tengo que terminar la maleta.

—No tienes por qué hacer algo que no quieres, cariño.

—Ya oíste a papá, tengo que ir.

La joven había regresado inmediatamente a seguir haciendo su maleta, no quería seguir perdiendo más tiempo, debía salir de ahí cuanto antes si quería alcanzar un trén ese día.

—A veces tu padre se equivoca, mi amor.

—No, haré lo que me dijo y regresaré rápido, espero resolver el problema del niño bonito cuanto antes.

Annabella miraba a su hija con impotencia, de todos sus hijos, ella siempre había sido la más alejada de ella, pese a que Publio se escondiera a posta de su presencia, sabía que si se sentaban a charlar, lo harían por horas.

Pero Aine… no, su hija la encontraba a ella como una mujer rídicula, eso lo sabía, porque no hacía nada que la sobresaltase de las demás damas de sociedad.

—¿Qué es lo que lo acosa?

—No lo sé, está metido hasta el cuello de problemas por ser… ni siquiera sé por qué tiene tantos problemas, es sólo un político.

—Aine… sólo recuerda que debes cuidarte, eres una mujer y los hombres son irracionales cuando…

—Sí, sí. Eso lo sé bien, son idiotas.

—Cariño, lo que quiero decir es que podrían hacerte daño.

—No más del que yo les haría, mamá.

—No, de otra forma. —Annabella se avergonzó, ¿por qué tenía que tener esa charla con su hija cuando no estaba por casarse? Esa platica se daba hasta ese momento—. Aine, sólo ten cuidado, no te quedes a solas con hombres y…

—Mamá, siempre estoy sola con hombres —rodó los ojos, cerrando los broches de la valija—. Estaré bien, hasta luego.

—Pero…

Aine había salido de la habitación, cerrando la puerta para que su madre no pudiera seguirla el resto del camino. Necesitaba un poco de paz y si Kayla y su madre seguían persiguiéndola, seguro que les aventaba una daga, por lo menos una aguja.

—Aine. —La voz de su padre la frenó al completo. Ella se volvió lentamente y caminó hasta él, seguía molesta y por tal motivo mantenía la cabeza gacha—. Ten cuidado hija, sabes que, si las cosas se ponen más peligrosas, tienes que volver.

Ella sintió que la ira crecía dentro de ella y lo miró rabiosa.

—¿Eso le dirías a Terry y a Publio?

—¿Qué?

—Sí, ¿por qué tengo que volver si se pone más peligroso? Soy un *águila* como mis hermanos, estoy experimentada y sé cuidar de mí y de alguien

más, ¿Por qué me tratas diferente?

—Porque eres mi hija y no permitiré que nadie te dañe.

—Puedo cuidar de mí misma tan bien como ellos.

—Aine —la mirada de su padre se hizo más intensa, más dura y petrificante—. ¿Me estás llevando la contraria acaso?

—Papá, no intento darte la contraria, quiero demostrarte que soy tan buena como ellos, ten fe en mí.

Thomas dejó salir aire por su nariz y tomó la cara de su hija entre sus manos, era una mujer preciosa, en verdad que lo era, la amaba con su vida y no le era posible imaginar una situación donde se le informara que estaba herida o algo peor.

Sí, debía de admitir que ansiaba que Aine le llevara la contraria en alguna ocasión, porque era lo sano, no debería estar pensando todo el tiempo en complacerlo, debía equivocarse y no ser tan dura consigo misma por demostrarle algo a él.

—Tengo fe en ti, Aine, pero no está a discusión tu seguridad.

Ella bajó la mirada tomando una larga respiración y aceptando el beso que le dio en la frente como despedida.

—Quiero tu reporte en un mes.

—Sí, papá.

Aine salió de la propiedad de sus padres y rápidamente cambió la dirección hacia casa de su prima Blake, sabía que estaba de momento en Londres y le era fundamentar verla.

La propiedad que fuera de sus bisabuelos le era especialmente querida, sin embargo, desde que pasó a ser propiedad de Calder Hillemburg, no solían ir ahí con frecuencia, sobre todo porque el duque no estaba mucho en Londres, ni tampoco su prima.

Aine apenas iba a alzar la mano para tocar la puerta, cuando esta se abrió de pronto, topándose de frente con el marido de su prima, quién la miraba interesado y con una ceja arqueada.

—¡Blake! ¡Te busca un pajarito!

—Muy gracioso —Aine rodó los ojos y se cruzó de brazos.

—¿A dónde vas a hora pajarito azul?

—Suecia.

—Vaya, así que el asunto de Harsen es más apremiante de lo que

creyó

—sonrió, colocando adecuadamente su saco.

—¿Lo conoces?

—Claro, somos amigos.

—Pero… ¿Qué?

—Bueno, las *águilas* no son los únicos con contactos por todas partes —

entornó los ojos al tiempo que Blake abría más la puerta y sonreía hacia su prima.

—¡Es bueno verte Aine!

—Blake —sonrió—. Venía a pedirte un favor.

—Claro, pasa —en ese momento, una preciosa niña con tez morena salió de entre el vestido de su madre y atentó con salir corriendo hacia la calle.

—¡Eh! ¡Eh! —Calder alcanzó a tomarla en brazos y mirarla sonriente —.

¿A dónde creías que ibas chocolatito?

—¡Yo quiero ir contigo!

—No lo creo princesa.

Aine se mostró un tanto confundida por aquel actuar y sintió un escalofrío venir. A lo que ella sabía, Calder era un hombre duro, fuerte, de carácter; sin embargo, aquella imagen con su familia… ¿es que todos cambiaban cuando se casaban? Incluso veía a Blake diferente, más sonriente y atontada. Pasaba lo mismo con Sophia y eso que Aine pensaba que nadie podría dominarla.

—Bien, me voy. —Calder se inclinó y besó los labios de su esposa y la mejilla de su pequeña hija—. Adiós pajarito.

—¡Te he dicho que no me digas así!

Blake sonrió hasta que su esposo se marchó y entonces miró a su prima, quien parecía bastante ensimismada.

—¿Aine? ¿Quieres pasar? —su prima tenía en brazos a la pequeña traviesa y, en cuanto pasaron el umbral de la puerta, la niña pataleó para ser puesta en el suelo y se fue corriendo.

—Parece un torbellino.

—Y lo es —dijo sonriente—. ¿Y bueno?

—¡Claro! —meneó la cabeza, enfocándose—. Necesito que me prestes tu ropa de hombre.

—¿Disculpa?

—Vamos, sé que tía Gigi te hace esos trajes todo el tiempo, los necesito, ahora.

—Claro… aunque seguro que tía Gigi también te los haría a ti sin ningún tipo de problema.

—Si mi madre se da cuenta, me mataría, incluso creo que a mi padre no le agradaría demasiado.

—¿Entonces decides usarme a mí? ¿sabes el terror que le tengo a tío Thomas?

—Él no te hará nada —palmeó el aire y subió las escaleras detrás de ella.

—¡Max, Kenia! —gritó Blake de pronto—. No toquen eso. Lola, por favor…

—Lo siento señora —corrió la nana de los niños.

Aine se sentía a punto de colapsar, ¿desde cuando la vida de su prima giraba en torno a esos dos pequeños? Bueno, Aine los quería, pero porque no eran de ella, no tenía que cuidarlos o cambiarlos o desvelarse por ellos.

Pero Blake se veía feliz, ¿un desastroso niño la hacía feliz?

—Tienes cara de asco, ¿en qué piensas?

—Oh, no, nada.

—Estás pensando en mis hijos, ¿Verdad?

—¿Eres alguna clase de adivina?

—No son tan malos, Aine, te lo prometo, sobre todo cuando se tienen con la persona que amas.

—¡Agh! Por Dios —negó y cerró los ojos—. No quiero escuchar que amas a ese hombre del mal.

—Lo lamento —la miró con una sonrisa—. Pero es así.

—Bien, otra de las primas que cae presa de la cárcel del matrimonio —

dijo molesta—. ¿Por qué luces tan feliz si estás limitada desde todos los puntos?

—¿Cárcel? ¿Limitada? —negó—. Tienes un concepto extraño de lo que es el matrimonio, no tiene que ser de ese modo, de hecho, el de tus padres no es de ese modo.

—Claro que lo es, papá no le permite a mamá hacer nada que él piense que podría hacerle daño.

—Se preocupa por ella.

—Quiere mantenerla entre cojines.

—Te deja a ti y a Kayla hacer lo que quieren.

—Sí, hasta dónde él considera pertinente.

—Sabes Aine, que un hombre se preocupe por tu bienestar no tiene que ser algo malo, de hecho, es agradable.

—No necesito que ningún hombre se preocupe por mí —Aine cerró la puerta de la habitación de su prima y recibió las ropas que ella le tendía de

poco a poco—. Sé cuidarme sola, de hecho, justo ahora voy a cuidar de un hombre, gracioso, ¿no?

—En realidad no, eres increíblemente fuerte Aine.

—Exacto —le dijo, quitándose la falda y demás indumentaria femenina para comenzar a colocarse la de su prima—. ¿Crees que, si estuviera casada, algún hombre me permitiría hacer lo que hago? ¡Claro que no!

—Se llegan a acuerdos, yo sigo ejerciendo la medicina, la esposa de

Publio tiene su laboratorio, la de Terry lo derrota tirando con pistola, Sophia está con las Suffragettes y Micaela lleva las empresas Rinaldi.

—Claro, claro —rodó los ojos—. Pero lo mío es diferente.

—¡Oye!

—No quiero decir que sea mejor, dije diferente, yo pongo mi vida en riesgo día con día, ninguno de los hombres que has mencionado dejaría que su esposa sufriera un incidente, lucharían contra todo con tal de que no pasara.

—En realidad, eso es bueno.

—Sí, pero esa intención de ayudar, será el fin de mi vida.

—No te entiendo Aine, quieres o no quieres tener pareja.

La joven se dio cuenta que, en realidad, ese era el meollo del asunto. ¿Se encontraba tan enojada con el matrimonio porque creía que eventualmente terminaría casandose y teniendo todas esas limitantes de las que tanto se quejaba?

La sóla idea le daba escalofríos. Así que negó con fuerza y terminó de abotonar la camisa y fijar los pantalones.

—No, claro que no, no lo quiero.

—Parece que mientes.

—No —ella tomó el resto de las ropas y las aventó en la valija que cargaba—. Gracias, con esto estaré bien, ¿te importa que tome otros tres pares de pantalones y quizá cinco camisas?

—No tengo tanta ropa de caballero.

—Pero tienes un caballero contigo —dijo la joven, abriendo el armario y sacando cosas de Calder—. También necesitaré tus botas y quizá un sombrero.

—Por Dios, Aine, ¿qué harás?

—Seré un hombre en esta misión, si acaso ese bastardo me ve como una chica, se negará a tenerme de escolta.

—Claro…

—Querrá “protegerme” como tú lo dices.

—Yo jamás hablaría con esa voz tan espantosa.

—Como sea, adiós prima, gracias y a tú marido también.

—Claro… de nada.

Blake pensaba que Aine era de las primas más raras que tenía, aunque siendo hija de su tío Thomas, podría ser mucho peor. Sólo esperaba que pudiera resolver esos dilemas de vida que siempre parecía tener, era como si su parte racional siempre quisiera aplastar a la sentimental, debía ser terrible.

Capítulo 3

Aine abrió los ojos en la habitación del hotel que había contratado en Estocolmo, prácticamente no había iniciado su misión debido a que estaba en su momento de preparación. Tenía que meterse totalmente en el papel de un hombre, lastimosamente, jamás había intentado ser uno, simplemente porque no lo necesitaba, a donde fuera, las personas la respetaban, pero dudaba que con ese niño bonito fuera a suceder.

Seguro la trataba como al resto de sus mujeres y si acaso le hacía una insinuación del estilo, terminaría matándolo con sus propias manos, ahorrándole el trabajo a sus perseguidores.

—Bien, no está mal, no está tan mal —se miró en el espejo.

Consideraba una terrible herencia el tener el cuerpo voluptuoso de su madre, le era casi imposible ocultar sus caderas, tenía el talle pequeño y un busto considerablemente grande. Tuvo que vendarse y consideró necesario usar todas las ropas flojas, parecía un ñango, pero al menos parecía un hombre ñango.

Se acercó a su reflejo y observó con molestia sus finas facciones, los ojos azules de su padre y su cabello negro y largo hasta la mitad de su espalda, se veía demasiado femenina.

—Muy bien —se dijo a sí misma—. Lo cortaré, es sólo cabello ¿cierto?

Es cabello, crecerá…

La verdad era que ella adoraba su cabello y el cortarlo no le era tan sencillo como el vendarse y ponerse pantalones. No. No podía hacer algo así, se lo escondería debajo de las ropas, de todas formas,

pensaba usar su capa todo el tiempo. Así que se la colocó y cubrió con otra tela sus labios y nariz; ahora sólo parecía una misteriosa persona que podía atacar en cualquier momento. Sería mejor que se mantuviera escondida para no alarmar a nadie.

Aine se dio una rápida escaneada, esperaba que no se notara que debajo de esa capa había una mujer. Salió del hotel siendo presa de las miradas asustadas de los transeúntes del lugar. La joven sonrió al notar las miradas

inquietas y atemorizadas de las personas al ver a un inidviduo extraño, flaco y con mirada intrigante que ella representaba en esos momentos.

Le parecía mejor, eso le facilitaría las cosas.

Tomó un caballo y subió a él con habilidad, dirigiéndose hacia la mansión que sería la del hombre al cual tendría que proteger de ese día en más. El ritmo de Aine siempre era vertiginoso, certero, demostrando su habilidad y lo familiarizada que estaba con esas bestias. Le gustaba montar, pero definitivamente no le gustaba el destino que tendría aquel paseo.

Aine desmontó y amarró ella misma al caballo, mirando con recelo aquella casa con arquitectura típica de Estocolmo, parecía que a las personas del lugar les seguía pareciendo atractivo el estilo medieval de los castillos, con torres y terminaciones puntiagudas. No podía decir que le desagradara, en realidad era llamativo y bastante hermoso, pero no era del todo su estilo.

Tocó a la puerta y esperó pacientemente a que el mayordomo la atendiera. El pobre hombre parecía en verdad sorprendido por verla ahí parada, con esa imagen tan extraña y misteriosa que provocó el nerviosismo del joven mayordomo.

—¿A-A quién buscaba? —habló en su idioma.

—¿Dónde está su señor?

—M-Mi s-señor está dando un paseo de momento, quizá quiera volver más…

—Esperaré —dictaminó con seguridad y una voz profunda.

Se sentía complacida al ver el temblor en el mayordomo, había practicado durante días para que su voz sonara más gruesa y más

grave, no sabía si estaba funcionando del todo, pero pensaba hablar poco de cualquier forma.

Aine esquivó el cuerpo del hombre y comenzó a caminar con altivez, escudriñando sus alrededores, evaluando y buscando indicios de espionaje en el interior. Tenía que se muy cuidadosa con esa misión, pese a que no la quería, ahora que estaba en ella, definitivamente no desepcionaría.

—Señor, lamento decirlo, pero no tengo permitido dejar que nadie pase a la casa sin una cita previa —dijo el nervioso muchacho, tratando de detenerla.

—Me espera —contestó toscamente.

Aine elevó un jarrón bastante fino y observó su interior, el pobre mayordomo trató de quitarselo de las manos pero ella lo apartó con

brusquedad y le lanzó una mirada penetrante en advertencia. Estaba segura de que ese hombre se hubiese desmayado, si acaso en ese momento no hubiese llegado un caballero por unas puertas que daban hacia el jardín.

Era increíblemente alto, sonriente y corpulento, parecía tranquilo y familiarizado con la mujer que venía colgada de su brazo. Al ver a Aine en aquel disfraz, se mostró claramente sorprendido y miró a su mayordomo con interés.

—¿Quién es Higgins?

—No ha dicho su nombre, mi señor, no me ha dejado explicarle que no se reciben personas sin una previa cita.

—Como dije, me esperaban. —Aseveró Aine.

Harsen Svensson miró por largo y tendido al extraño hombre que estaba parado en el pasillo de su recibidor, no parecía especialmente fuerte a juzgar por las largas tunicas, su holgada ropa y poca estatura, no tumbaría ni a un muchacho. No era capaz de ver mucho más, puesto que estaba casi completamente tapado, pero si eso era lo mejor que el *Hombre Siniestro* podía mandarle, estaba decepcionado.

—Claro, lo esperaba. —Harsen había hecho una pausa considerable, deseaba ver la reacción de aquel hombre y de sus fieros ojos azules, sin embargo, aquel extraño se plantaba tranquilo y sin prisas, parecía aburrido con su inspección—. ¿Por qué no pasamos al despacho?

Al igual que él, Aine ya había logrado analizarlo: parecía seguro de quien era, orgulloso y a juzgar por la mujer que no se había soltado de su brazo, mujeriego. No estaba segura de qué tanto cerebro tuviera, pero ella ya lo juzgaba de idiota.

Por poco ella hacía un ademan para tomar sus faldas para seguirlo, pero pudo detenerse justo a tiempo y, gracias a la capa, nadie notó aquella costumbre que tenía al usar vestidos. Lo siguió por los largos pasillos hasta, entrar a lo que parecía una biblioteca, en lugar de un despacho. Encontraba alucinante la altitud del lugar, las paredes de piedra y la forma en la que se remontaba en el medioevo.

Aine se volvió hacia el hombre con lentitud, notando que este no le quitaba la vista de encima.

—¿Qué? —preguntó bruscamente.

—Nada, creí que el *Hombre Siniestro* enviaría a alguien más… —Aine esperó el insulto—. Amenazante.

Por toda contestación, Aine caminó hasta él, lo tomó del brazo y lo tumbó en el suelo con un escaso número de movimientos, dejándolo inmovilizado y con una daga en su garganta.

—Eso es lo que ha enviado —dijo, engrosando su voz.

—¡Entiendo! ¡Entiendo! —aceptó con una sonrisa—. No debí insultarte, pero no fue mi idea traerte aquí.

—No fue mi idea venir aquí.

Aine se quitó de encima y no hizo ademan por ayudar a la persona a la que llevó al suelo, simplemente se alejó y esperó.

—Pensaba que las águilas estaban a disposición de lo que les fuera indicado —se puso en pie.

—Por eso estoy aquí.

Harsen asintió y caminó hacia lo que parecía ser una mesa ordinaría con miles de papeles desordenados.

—Bien, supongo que he de aceptar, en realidad, el que pidió la ayuda fue mi tío, pero no estoy nada complacido por ello.

—Lo lamento por usted.

—Veo que eres de pocas palabras —Aine se quedó callada para remarcar ese hecho—. Bien, no tiene importancia, estoy seguro que la mayor parte del tiempo no me daré cuenta de tu presencia, ¿cierto? Bien, remarcas tu carácter con ese cabeceo. Genial entonces, ¿cómo he de llamarte?

Aine no había pensado en ello, pero qué estúpida, si sería hombre, entonces tendría que tener un nombre de hombre.

—Liam —dijo sin pensarlo demasiado.

—Curioso que ese sea tu nombre. —Aine lo miró sin comprender—.

Bueno, supongo que tus padres no lo pensaron al momento de nombrarte, pero significa: "protección firme".

Ella siguió callada y caminó hacia una de las salidas sin decir otra palabra para el *Niño Bonito*. Dudaba que hiciera algo interesante en el día, seguro podía esperar arriba de un árbol, aburriéndose mortalmente hasta que el hombre se diera por bien servido y dejara de "necesitar" la ayuda de las *águilas*.

Harsen elevó una ceja hacia aquel extraño hombrecillo y sonrió. En realidad que le parecía patético que fuera a ser su protector, claramente tenía habilidades y tenía una mirada que helaría la sangre, pero a él no lo intimidaba, si acaso lo haría reír.

—¡Mi muchacho! —Aquel inesperado saludo sacó un susto a Harsen, quien se volvió con una sonrisa simplona y negó.

—Tío, ¿Qué te trae por aquí?

—Saludar a mi sobrino, es obvio —el tío miró de un lado a otro, interrumpiendo su discurso para hacerlo secreto—. ¿Es que acaso ya ha llegado?

—Si te refieras al enclenque que ha de ser mi protector —asintió—. Sí, hace unos momentos me tiró en el piso para que cerrara mi boca irreverente.

—¿Te atacó?

—Creo que quería dejar en claro un punto.

Harsen caminó por el despacho, concentrandose en sus propios asuntos, pero sin dejar de pensar en el trabajo de Liam y de cómo es

que lo *cuidaría* si ni siquiera se encontraba en el interior de la casa… ¿o sí lo estaba? No lo sabía y no era como que le interesara mucho, tenía demasiadas cosas que hacer y normalmente no le alcanzaba el día para terminarlo. Trataría de no pensar en el extraño enclenque y concentrarse.

Aine lo sabía, sabía que sería aburrido, sabía que, si tuviera dones de escritura o de lectura, ella ya habría terminado más de tres libros. Rodó los ojos. Sería condenadamente lento todo ese trabajo, ¿qué más podría hacer para entretenerse? Ya había hecho todo lo que se le ocurría que podía hacer desde el árbol en el que se había trepado para vigilar al *Niño Bonito*.

Suspiró, sacó una de sus dagas y comenzó a afilarla. Volviendo la cara de cuando en cuando hacia la propiedad, donde Harsen Svensson recibía visitas, sonreía y trabajaba. Era verdad que era un hombre ocupado, pero no eran más que papeles, apretones de manos y largas conversaciones. Nada excitante, nada demandante, nada entretenido.

—Los nobles son tan simples… y tan aburridos —se dijo, pasando la piedra de afilar sobre su daga una vez más.

Volvió la cara nuevamente hacia la propiedad, esperando ver al hombre atrapado entre más papeles u otro personaje pomposo; sin embargo, sintió un extraño escalofrío al toparse con la mirada penetrante del hombre al que cuidaba. ¿Acaso la estaba viendo? No podía ser. Miró a su alrededor, comprobando que estuviera sola en aquel jardín y así era y él seguía mirándola.

No le dio más importancia de la que merecía, eso pasaba en ocasiones, había mucha gente que escuchaba historias sobre las *águilas* y cuando les

tocaba estar cerca de una de ellas o estar bajo su cuidado, las buscaban en sus escondites, lo cual era sumamente estúpido porque revelaban las posiciones.

Era simple curiosidad, pero la había obligado a cambiarse de lugar para que su posición no se viera comprometida. Miró hacia el cielo por unos momentos, notando que el día acababa y dandose cuenta que su misión apenas iniciaba. Era una tortura o una buena forma en la que su padre la había castigado. Aunque no recordaba haber hecho nada mal en esos días.

—¡Oye! —Aine miró hacia abajo con el ceño fruncido, encontrándose con el hombre al que cuidaba—. Deberías bajar, preferiría que fueras

compañía y no una sombra.

Aine dio un brinco y cayó prodigiosamente sobre sus pies, levantándose poco a poco hasta estar en su propia altura, que era mucho más chica que la de Harsen Svensson, pero eso no la hacía menos imponente.

—No soy compañía de nadie —dijo ella, nuevamente con su voz fingida y en un tono muy bajo.

—Entiendo, pero en Estocolmo, las noches son frías y es preferible que duermas en la propiedad —dijo seguro—. Te daré una habitación cercana a la mía.

Aquello habría sido una proposición indecorosa si acaso él supiera que ella era mujer, pero al no ser así, tan sólo era amabilidad, la cual no podía ser rechazada si era ofrecida de esa forma. La había dejado algo sorprendida, pero no era para tanto.

—Lo agradezco.

—No hay de qué. —Sonrió afable—. Por cierto, veo que hablas bien el idioma, ¿es que acaso el *Hombre Siniestro* enseña lenguas a sus *águilas*?

Aine simplemente asintió. Su padre solía hacer cosas como aquellas, claro que, cuando se trataba de sus hijos, solía ser más exigente. Sus hermanos y ella tenían el conocimiento de muchos más idiomas que el resto de las *águilas*, pero en lo general, sus compañeros eran personas bien formadas.

—Supongo que una persona tan reservada encontrará chocante estar con alguien sumamente sociable, espero puedas mantener tu cordura en el tiempo que te ordenaran pasar conmigo. —Harsen le dio una fuerte palmada en la espalda y siguió caminando hacia su casa.

Aine se dio cuenta rápidamente que no dormiría “cerca” de su cliente, sino que dormiría junto a él. Harsen le había señalado con el dedo una cama

individual que se encontraba en la misma habitación, no entendía por qué habría dos camas, pero tampoco fue a preguntarlo.

—Mi tío insistió en que estuvieras en mi misma recámara, supongo que te habrán informado que han intentado asesinarme mientras duermo en más de tres ocasiones.

La joven asintió y permaneció de pie en medio de la habitación, no pensaba ir a la cama en ese momento, así que acercarse a ella era pérdida de tiempo.

—Es incómodo que no hables —dijo Harsen con una mueca—. Muy bien, debido a que tú no hablas nada, tengo que ir a un lugar donde todos hablen, vamos.

Aine odiaba las veladas, pero ir a una de encubierto, era aún más aburrido, sin mencionar que era difícil cuidar de alguien cuando había tanta gente borracha, torpe y excitada a su alrededor. Fácilmente podrían matarlo en medio de ese tumulto de personas desesperadas por llamarle la atención.

—Oh, *mister* Svensson, es usted siempre tan encantador. —Aine volvió la cara y enfocó a aquella jovencísima dama. Era bonita, pero apenas tendría la suficiente edad para estar ahí—. Ahora entiendo por qué mi padre habla tan bien sobre usted.

—Gracias *min dam* Alicia, es un gusto que al fin pueda compartir los eventos con nosotros.

—Ya soy lo suficientemente mayor para ello, *mister*.

—Es imposible no notarlo —sonrió de lado, sonrojando a la pequeña damita.

—Oh, señor, ¿será que ha quedado prendado de mi querida Alicia? —

sonreía la madre, acercándose más de lo necesario al *Niño Mimado*, quien también lo recintió y se alejó un poco.

—Es una jovencita que se llevará las miradas en esta temporada, se lo aseguro, *fröken* Milena.

Aine rodó los ojos y suspiró.

Era un coqueto empedernido y era condenadamente difícil estar cuidando de ese idiota estando tan alejada de la escena, quizá hubiera sido buena idea que se trajera un vestido. Aunque también podía intercalarse entre la gente y estar escondida detrás de cortinas o debajo de mesas. Sí, eso sería mejor, así no tendría que sociabilizar, de hecho, nadie tenía que saber de ella.

Tuvo que esperar, tolerar y tratar de entretenerse con lo que le fuera posible. Trató de que no fuera un total desperdicio de su tiempo y se

dedicó

a analizar a las personas que se acercaban al hombre que cuidaba. Hizo anotaciones, apuntó nombres y escuchó converesaciones que resultaron efímeras y sin mucha importancia para Aine.

Para cuando dieron las dos de la mañana, Aine ya había afilado todas sus dagas, había armado y desarmado sus pistolas tres veces y colocó veneno sobre todas las agujas. Suspiró y miró al interior del lugar, notando de pronto que su objetivo se había movido y ella no se percató de ello.

—¡Maldición!

Capítulo 4

Aine salió de su escondite y se introdujo a la fiesta, sabía que las personas en el interior estaban lo suficientemente borrachos como para no reaccionar ante su extraño atuendo, pero de todas formas intentó ir entre las sombras para no ser notada.

¿Dónde debía buscarlo?

Miró hacia todas partes y se maldijo, era una de las primeras reglas cuando estabas vigilando a alguien que estaba en peligro, su padre la mataría si acaso ese *Niño Mimado* moría. Estaba a punto de caer en la histeria, cuando de pronto lo escuchó cerca de ella, no parecía tomado, todo lo contrario, sin embargo, parecía estar enfocado en una dama, la cual llevaba escaleras arriba entre risas y arrumacos.

Aine suspiró agradecida y los siguió a un paso prudencial, notando cuando ellos se encerraron en la habitación. Le tocaría esperar por él, así que se sentó cercanamente y se distrajo nuevamente en alguna de sus armas.

Sacó una de sus dagas y comenzó a lanzarla hasta hacerla clavarse en un sillón cercano, iba por ella y volvía a hacer lo mismo.

Eso hasta que de pronto, sus sentidos se alteraron y se vio en la necesidad de esconderse entre las cortinas que había cerca, las voces susurrantes se iban haciendo más nítidas hasta que ella los escuchó perfectamente.

—Está aquí, lo vieron subir —dijo la voz de uno de los hombres que se arremolinaban afuera de la puerta de Harsen.

—Dudo que esté solo.

—Por supuesto que no está solo, mira que no tiene consideración, ni siquiera por ser una casa ajena.

—Sabes bien que estos bastardos hacen cualquier cosa por complacerlo, no dudaría que metieran a sus hijas a su cama con tal de mantenerlo feliz y de su lado.

Aine abrió un poco la cortina y descubrió uno de sus ojos, inspeccionando con detenimiento a los hombres. No parecían ser asesinos, quizá sólo envidiosos que desearían tener el poder y posiblemente a la

mujer que había en el interior de esa recámara. Los hombres eran tan simples.

—Maldito bastardo, ¿sabes quién está ahí dentro con él?

—Sí, Milenka, ¿no es así?

—Lo haré pagar —él hombre intentó abrir la puerta y sacó una pistola, pero entonces, una poderosa daga le hizo el daño suficiente en la mano estirada como para que lo hiciera gritar y mirar aterrado a su alrededor.

—Pero ¿qué…?

—Alguien nos atacó —dijo otro en medio de un susurro que Aine escuchó con claridad.

—¡Sal de tu escondite, maldito bastardo!

La joven dejó salir un bostezo a la vez que sacaba las agujas afiladas, lanzando una sin veneno al idiota que se había atrevido a decir una maldición contra ella. ¿Bastarda ella? ¡Por favor!

—¡Mi pierna! —gritó el idiota.

—¿Qué demonios pasa aquí? —abrió la puerta Harsen, frunciendo el ceño al ver a los tres muchachos, uno de ellos logrando correr y los otros dos, heridos.

—¿¡Has contratado a un asesino Svensson!?

Harsen en serio creía que sí, miró a los lados, tratando de encontrar al hombre que lo protegía, pero ahí no había nadie y eso era mejor para

él.

—No he contratado nada, ¿de qué demonios hablan? —los miró con el ceño fruncido—. ¿Qué hacen aquí de todas formas?

—¡Maldita sea! ¡Sáquenme esto de aquí!

Harsen se inclinó rápidamente sobre el hombre tirado en aquel tapete del pasillo y revisó la herida en la pierna, parecía una aguja de quince centímetros y diámetro de uno, mortífera si acaso no era bien dirigida.

—¡Svensson! ¡Sácala!

El hombre se inclinó de hombros y lo hizo, apretando rápidamente la zona herida para que no brotara sangre sin control alguno. Harsen suspiró.

Tendría que hablar con Liam, definitivamente no podía lastimar a todas las personas que le tenían algo de envidia, estaba seguro que esos tres simplemente querían darle un buen susto mientras estaba con Milenka.

—Bien, será mejor que un médico te revise esto —Harsen pasó el brazo del herido sobre sus hombros.

—¿Qué hay de mí? —se asomó la joven con una sábana sobre su cuerpo y una mirada enfurecida.

—Lo siento, princesa, tendremos que interrumpir la diversión por ahora

—sonrió—, tengo que llevar a estos idiotas al médico.

Aine rodó los ojos y siguió a Harsen Svensson por el pasillo, no creyó que fuera a ayudarlos después de que ellos pensaran atacarlo, pero era su responsabilidad mantenerlo a salvo, así que trató de seguirle la pista.

Harsen no sólo los había ayudado a subir a la carroza, sino que había indicado al médico y entró junto a ellos cuando los pudieron atender. En realidad parecía ser un hombre idiota. Aine esperó pacientemente afuera del médico que los atendería.

Harsen salió a los pocos minutos, rebuscó con la mirada la siniestra presencia de aquel enclenque. Liam se encontraba recargado en una pared, parecía aburrido y jugueteaba con una daga refinada. Harsen

bufó y fue a encararlo con molestia.

—¿Qué demonios crees que haces? —reclamó.

Aine lo miró con una ceja arqueada y brazos cruzados; era una persona sumamente intimidante a pesar de que lo único que era perceptible en ella fueran sus ojos.

—Te protejo.

—Ellos son papanatas, no debiste haberlos lastimado, sus padres podrían irse en mi contra. —Aine asintió, dejándole de poner atención —. No me ignores, sé que me estás ignorando, ¡No puedes ir por el mundo apuñalando gente!

Aine despegó su espalda de aquella pared, lo miró por unos prolongados minutos y caminó hacia las oscurecidas calles.

—¡Ey! ¡Estoy hablando contigo! —le gritó Harsen, pero aquel hombre siguió caminando y se perdió entre las sombras—. ¡Maldición! No creo tolerar esto.

Aine por supuesto que no lo había dejado solo, sería una irresponsabilidad. Pero sí que necesitaba alejarse de él y de todas sus quejas y berrinches. Él había pedido ayuda y esa era su ayuda, era decisión de él dictaminar si quería seguir con ello o no.

Pasaron todavía dos horas más antes de que Harsen caminara de regreso a su propiedad, había recorrido todo el camino de esa forma, sin querer utilizar la carroza que lo había llevado a la fiesta en primer lugar. Aine iba a una distancia prudencial, caminando discretamente entre la zona boscosa que se abría paso para la mansión de los Svensson.

—Bien, sal de ahí, Liam, sé que no me has dejado. —Aine rodó los ojos y se presentó junto al *Riksdag* en un total mutismo que no quería, ni pensaba romper—. No quiero que vuelvas a hacer algo como lo que has hecho.

—Entonces, no entiendo el motivo de quedarme.

Harsen la miró impresionado y asintió.

—Supongo que ustedes están capacitados para matar, pero yo no soy un asesino, soy un político, uno que debe conservar su imagen y reputación cueste lo que cueste.

—Creo que ya ha arruinado su imagen y reputación. —Aine había dicho eso sin pensar, por lo cual se mordió la lengua y lanzó una mirada al hombre que simplemente sonreía.

—Un hombre no arruina su reputación por ser libertino.

Por supuesto que no, entre hombres, eso era algo que se alababa y se aplaudía como si las mujeres fueran trofeos por los que todos luchan.

Harsen parecía tener toda una estantería de trofeos y Aine lo entendía, era un hombre apuesto, pero estaba hueco entre sus orejas, a su parecer, no sólo de la cabeza, sino de sentimientos. ¿Qué pensaban esos bastardos? ¿Qué la mujer no esperaba al menos respeto a cambio?

—Pareces molesto, Liam, ¿por qué?

—No, mi señor, no estoy molesto.

—¿Sabes? Tienes una voz extraña, ya lo había pensado, pero ahora que me hablas más, caigo en cuenta de que es verdad.

—Debería concentrarse en su seguridad y no en mi voz.

—Bien, Liam, lamento que mi escrutinio hacia tu persona te sea molesto, pero me llama la atención, tengo una curiosidad innata por la vida y tú eres una extraña especie.

Aine ya no habló, no era necesario, puesto que el hombre comenzó a divagar con temas filosóficos que a ella le aburrieron en seguida. Por el amor de Dios, si ese hombre quería hablar de filosofía y libros, hubiesen mandado mejor a Publio.

—¿Te he aburrido ya? —Ella levantó la cabeza y negó un par de veces —.

Pareces aburrido, ¿Te consideras un hombre meramente de acción?

—No.

—Claro, entonces, únicamente te caigo mal.

—No tiene por qué caerme de ninguna manera.

—Son fríos todos ustedes, ¿es necesario para ser un *águila*?

—Hace muchas preguntas.

—Obtengo pocas respuestas.

—No.

—¿No? ¿No qué? —Harsen parecía confundido.

—No es necesario ser frío para ser un *águila*.

—Así que esa es tu personalidad. —Comprendió—. Eres bastante intimidante a pesar de que sólo soy capaz de ver tus ojos y en poca medida, porque tienes esa capucha puesta.

Aine dejó que el hombre siguiera intentando definir lo que era su personalidad, era una tontería porque apenas y la conocía, pero se sorprendió al darse cuenta que él en realidad atinaba en muchas de sus suposiciones sobre ella.

Llegaron a la casa, dónde una mujer de unos veinte años se mostró emocionada al verlo entrar. Aine se escandalizó, si acaso ese hombre pretendía abusar de esa jovencita, sería ella quien lo asesinaría, no importaba que su misión fuera lo contrario.

—¡Harsen! ¡Me alegro tanto de verte! —Lo abrazó con fuerza por varios segundos y, después, frunció el ceño hacia el intruso, susurrando hacia el *Riksdag*—: ¿Quién es la persona extraña?

—Es un amigo.

—Hola señor amigo de Harsen, es un placer conocerlo. —Aine se inclinó ante la dama y pasó de largo—. ¿No habla?

—Él es así —Harsen se inclinó de hombros—. ¿Qué haces aquí, Lili?

¿Dónde está tu hermana?

La joven decayó notablemente, haciendo partícipe de su angustia y tristeza, incluso Aine pudo sentir empatía y se detuvo a una distancia prudencial de las personas que vivían o eran ordinarias en el hogar.

—De nuevo, señor Harsen, a eso he venido.

—¿Tú sola? ¿Sabes la hora que es?

—Sí, lo sé, pero no puedo dejarla ahí

Harsen asintió un par de veces y miró hacia Aine.

—Tengo que volver a salir.

La joven simplemente caminó hacia ellos y salió primero, esperándolos a las afueras de la casa.

—Me da terror ese hombre —dijo Lili.

—La verdad es que a mí también me da un poco de miedo.

—¿Por qué lo tienes en tu casa?

—A los amigos siempre hay que ayudarlos, ¿no crees?

Lili sonrió y asintió conforme, gracias a ello era que podía ir a pedirle ayuda al señor Harsen, así que consideraba la amistad de suma importancia.

Ambos salieron detrás del extraño hombre y caminaron a prisa por las calles hasta entrar a un lugar de mala muerte que lastimosamente ambos conocían a la perfección.

Aine había estado en lugares peores, pero no por ello se había acostumbrado a los malos olores. Debía agradecer que esa tela negra cubría su nariz o estaría en problemas de devolver el estómago. Entró a aquella cantina, permitiendo que la jovencita estuviera a su lado, Harsen se había adelantado un poco para abrirles espacio a ellas.

—¿Cómo conociste a Harsen? —le preguntó la joven. Aine la miró para después girar la cabeza hacia el frente, haciendo énfasis en que no le contestaría nada—. ¿Eres una buena o mala persona? Bueno, aunque supongo que, si eres amigo de Harsen, eres bueno.

—Niña, no pienso responderte nada.

La chiquilla la miró ofendida y alzó la nariz en una clara señal de indignación, pero Aine lo prefería, quizá de esa forma dejara de hacerle tantas preguntas.

—Por Dios —la joven dejó salir un lamento—. Camila…

Aine miró con tristeza aquella escena, la tal Camila no tendría más de veinticinco años, estaba con la cabeza sobre la mesa, sin ningún tipo de fuerza, quizá demasiado bebida o tal vez habría tomado algún tipo de alucinógeno. Lo peor no era eso, sino la cantidad de hombres que se divertían en moverla, tocarla o besarla, era asqueroso y le daban ganas de cortar algunas lenguas.

—Aléjense de ella —pidió Harsen con autoridad.

Los bribones lo miraron con impresión, tal parecía que ese hombre era conocido desde los más altos círculos sociales, hasta los más bajos, como lo eran esos hombres.

—Señor Harsen, ella ha llegado en ese estado sola, se lo juro —dijo el cantinero, quien limpiaba un vaso de vidrio.

—Lo creo, Norman, no te espantes por mi presencia. —La mirada de Harsen se ensombreció—. Aunque debiste de apartarla de las manos lascivas en las que estaba.

—Lo lamento, mi señor, no puedo ocuparme de todo, me avergüenzo por haberlo dejado pasar.

Harsen asintió y tomó el brazo de aquella chica, la cual dejó caer la cabeza y en sí, todo su cuerpo parecía no tener fuerza alguna. Aine se adelantó y pasó el otro brazo de la chica por sus hombros, ayudado al *Niño Mimado*.

—Está drogada —dijo Aine con seguridad.

—Lo sé.

Se dirigieron a la salida con Lili pegada a la cara de Camila, en verdad preocupada por ella, quizá nunca la habría visto inconsciente como en aquel momento, o tal vez se impactó por la escena en la que esos bribones tomaban ventaja de su estado.

—¡Ey! ¡Harsen! —todos se volvieron con rapidez, topandose con aquel elegante hombre saliendo de la cantina, eso no cuadraba para nada—. Me alegra ver que vinieras por ella, pero lamento decirte que me debe una buena cantidad.

Aine rebuscó entre sus ropas con molestia, pero Harsen levantó una mano, impidiendole actuar y sacó su cartera, tendiendo el dinero sin preguntar cuanto era, Aine creía que incluso había dado de más.

—Piérdete en la vida Conrad, no vuelvas a acercarte a esta chica —

Harsen se volvió tan rápidamente, que casi hace que Aine caiga al suelo, pero logró equilibrarse.

Miró hacia atrás, viendo al hombre sonriente que comenzaba a girarse para entrar de nuevo a la cantina. Sabía que estaba mal lo que estaba

por hacer, pero de todas formas se inclinó y sacó una de sus pequeñas y alargadas agujas, miró al hombre y la lanzó con destreza, sólo el grito impresionado de ese tal Conrad le dio a saber que había atinado. Sonrió para sus adentros y siguió caminando por las calles.

—No creas que no he visto lo que has hecho —dijo de pronto la voz seria de Harsen—. No diré nada porque ese tipo es un maldito, pero creí decirte que no debías ir por la vida lanzando agujas asesinas a todo cuanto te molesta.

—No he hecho nada.

—Claro —Harsen encaminó hacia una casa no muy lejos de aquel lugar de mala muerte, quitó el brazo de Camila de sus hombros y la sentó en unas escaleras que daban a la casita.

—Gracias señor Harsen —se inclinó Lili, buscando que la mujer reaccionara.

—Nos quedaremos aquí esta noche para ayudar —indicó Harsen, abriendo la puerta y regresando por el bulto que representaba la señorita Camila.

Aine volvió a suspirar con cansancio, así que se quedarían ahí, ¿Quiénes eran estas mujeres y por qué recibían tanta atención por parte del importante hombre? Dudaba que fueran familiares, quizá sólo conocidas, acogidas por él. Si ese era el caso, era un hombre bueno, pero terriblemente inconveniente para los propósitos de Aine de mantenerlo a salvo.

Entraron a la pequeña choza, parecía austera pero cuidada y limpia. Lili corrió hacia la cocina para traer agua y algo de comer, Aine dudaba que la tal Camila lograra ingerir algo, pero la pobre jovencita se veía tan estresada, que no pudo decirle nada.

—No reacciona Harsen —dijo Lili totalmente preocupada.

—Tranquila, llevémosla a recostar.

No estaba muerta, respiraba, más bien parecía totalmente noqueada por lo que fuera que había consumido hasta esas horas de la noche y de las manos menos indicadas.

—Liam, ayúdame, ve por un médico.

—No es necesario —suspiró Aine, acercándose—. No soy médico, pero

sé lo necesario.

Harsen se hizo a un lado y le dejó espacio al hombre, era obvio que él sabría qué hacer, las águilas debían estar entrenadas en lo necesario sobre primeros auxilios por si algo urgente se presentaba. Aunque dudaba que una congestión alcoholica y drogas fuera lo que ellos nombraran como una emergencia.

—Está bien, pero podríamos meterla a bañar con agua fría.

—¡Se enfermará! —negó Lili.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Harsen. Ella simplemente asintió—. Vale, hagámoslo.

Tomaron a Camila nuevamente y prácticamente la aventaron a esa tina que apenas y se comenzaba a llenar de agua. La joven despertó en seguida en medio de un grito y miró asustada a su alrededor, para después comenzar a llorar.

—¿Qué fue lo que ingeriste Camila? —preguntó Harsen con tiento, no la regañaba, trataba de ayudarla.

—Yo… ya no lo sé —pasó sus manos por su cara—. Me siento terrible, me duele la cabeza y tengo ganas de vomitar.

—Bien, toma una ducha y ve a dormir —indicó el hombre.

—Que tome agua con menta —dijo Aine seriamente.

—Vale —asintió Lili, agachándose junto a Camila y sonriendo dulcemente mientras giraba su cuerpo para prender la caldera y girar la llave del agua caliente.

Aine siguió a Harsen por los pasillos en un total mutismo, él parecía estar acostumbrado a deambular por esa propiedad, incluso se metió a una habitación con total normalidad y prendió las luces sin más predicamentos.

La joven quedó parada en el umbral de la puerta, debía admitir que no pensó demasiado las cosas cuando Harsen le dijo que se quedara en su habitación, pero cuando él comenzó a desnudarse sin pudor alguno, se reprochó a sí misma por su estupidez.

—¿Qué haces? Cierra la puerta, alguna de las chicas podría pasar y no me gustaría que vieran algo que no deben ver.

Aine pasó a la recámara, pero se quedó pegada a aquella puerta, pensando que, si se pegaba lo suficiente a ella, de alguna manera la traspasaría y caería del otro lado, donde no tendría que ver como un hombre se desnudaba frente a ella.

—¿No piensas cambiarte para dormir?

—Duermo así.

—Claro —rodó los ojos y dejó caer su ropa íntima.

—¿Es que piensa dormir así, señor? —pregunto nerviosa.

—¿Tienes algún inconveniente? —dijo extrañado.

—No, claro que no, pero detestaría tener que cuidarlo por un resfrío —

dijo sin saber qué más decir.

—No creo que sea parte de tu trabajo cuidarme un resfrío, tengo médicos para ello, no te preocupes.

Harsen fue a meterse en la cama y cubrió con las mantas la mitad de su cuerpo, la mitad que le era preocupante a Aine. Jamás había visto a un hombre desnudo, había sido impactante hacerlo y estaba por demás decir que estaba sonrojada de pies a cabeza, ni siquiera había podido moverse de donde se encontraba.

—¿Qué haces? —volvió a preguntar Harsen cuando la vio aún pegada a la puerta.

Aine meneó la cabeza y caminó hacia la alfombra que estaba a los pies de la cama, donde supuso que tendría que dormir. No había otro espacio en

ese lugar y tampoco era la primera vez que tenía que hacer algo por el estilo, pero seguro que mañana despertaba de malas.

—Lamento que tengas que dormir ahí, te ofrecería la cama, pero es individual.

—Es mi trabajo, he dormido en peores lugares.

—Bien. —Harsen colocó sus manos bajo su cabeza y miró por largo tiempo hacia el techo—. ¿Necesitas una almohada? Quizá una manta…

—Señor, en serio, no se preocupe.

Harsen de todas formas se puso en pie y pasó una almohada y una manta a Aine, ella en realidad lo agradecía, pero no lo demostró de aquella forma, simplemente tomó las cosas y las acomodó para que le fuera más reconfortante.

—Supongo que te preguntarás quienes son estas personas.

—No es de mi especial interés, si no quieren matarlo, no tengo por qué prestarles atención.

—Aun así, has lastimado a una persona con tal de defenderlas.

—Lo hice para darle una lección, a la larga alguien lo matará.

—¿Quieres decir que mandarás reporte de lo que hace para que uno de ustedes venga a ocuparse de ello?

—Estando yo aquí, no hay necesidad de llamar a alguien más.

—En verdad son impresionantes. Yo lo hago a mi forma, intento ayudar en lo que me es posible. —La joven abrió los ojos y frunció el ceño para escuchar—. Estas chicas… son huérfanas, las conocí cuando intentaron robarme. Lili, la menor, trabaja en una de las tiendas de ropa de por aquí y la mayor… bueno, ella ha tenido un pasado más difícil, le es duro afrontar la vida.

—¿Cuida de ellas?

—En todo lo que me es posible, como Riksdag, es mi prioridad toda esta gente, la que no tiene forma de salir adelante y que nadie toma en cuenta, al menos no los ricos. Yo no los tomaba en cuenta hace un tiempo.

—¿Qué cambió?

—Vi algo terrible… y me avergüenza decir que no hice nada, absolutamente nada para impedirlo. —Aine se quedó callada por mucho tiempo, Harsen incluso creyó que se había dormido—. Supongo que no te interesa debido a que tú luchas contra las injusticias todo el tiempo, te pareceré un cobarde.

—Si has logrado cambiar, ha servido de algo. ¿Qué viste?

Harsen levantó la cabeza y sonrió, al menos le ponía atención. Debía confesar que la presencia del *águila* le ponía los nervios de punta, por

alguna razón se sentía juzgado por él desde el momento en que entró a su propiedad.

—Vi como uno hombre tomaba a la fuerza a una mujer. Una mujer muy menor, muy niña.

—¿Por qué no hacer nada?

—Por idiota… por miedo.

—¿Miedo?

—El hombre era de un título lo suficientemente alto como para hacer de su fechoría algo menor, una broma mal contada.

—¿De la corona?

—Sí.

Aine se removió incomoda en el suelo y miró hacia el techo.

—No todos pueden reaccionar adecuadamente, pero lo está compensando, ahora que es el presidente del *Riksdag*, está buscando el cambio.

—No contra ellos, la maldita realeza puede hacer lo que se le venga en gana y nosotros, por más que lo intentemos, tenemos que atenernos a lo que diga el rey.

—Llegará el día en el que no tengan tanto poder.

—Parece sólo un sueño.

Harsen no dijo nada más y se fue a dormir, dejando a Aine con la cabeza llena de pensamientos sobre lo que había dicho, pero se avergonzaba al tener que aceptar que la mayor parte de su insomnio se debía al no poder impedir traer a su mente el cuerpo fuerte y grande del hombre al que tenía el trabajo de proteger. Había sido impresionante y bastante ilustrativo.

Comenzaba a darle la razón a su hermana. No conocía mucho del mundo, al menos no de los hombres, convivía con ellos constantemente, pero definitivamente no sabía ni cómo eran, ni tampoco cómo pensaban.

Se sonrojó ferozmente al volver a recordar la imagen de Harsen Svensson desnudo en su totalidad y no pudo evitar dar un pequeño

gritito que provocó un movimiento en la cama. Ella cubrió su boca como una niña y se quedó inmovil, esperando que él no hubiese despertado.

Afortunadamente no y ella decidió ponerse a contar cualquier cosa con tal de distraer su mente hasta que finalmente cayó dormida, aunque no

podía decir que fueran sueños del todo placenteros, al menos, le parecieron algo inquietantes.

Capítulo 5

Aine despertó por catorceava vez en la habitación de Harsen Svensson, para ese momento, en verdad estaba desesperada, no hacía más que cuidar de él sin que nada ocurriese, no había atentados en su contra, ni tampoco había visto a alguien sospechoso a sus alrededores ¡Nada! Simplemente estaba desperdiciando su tiempo y parecía ser que Harsen pensaba lo mismo que ella.

Debía aceptar que el *Niño Mimado* no era del todo malo, era verdad que se la pasaba de reunión en reunión, pero era su trabajo sociabilizar con las personas, había notado también que las hermanas Camila y Lili eran empleadas de él, trabajaban en uno de sus muchos negocios, los cuales él visitaba todos los días, uno por uno, saludando a persona por persona.

Ayudaba a mucha gente a lo que podía ver, trabajaba en exceso todos los días, al punto en el que Aine debía quedarse en vela a su lado mientas él revisaba papeles en su oficina, en ocasiones tirado en el piso, con la camisa mal abrochada y sin zapatos. Era una extraña especie de hombre importante.

Pero de seguir así, Aine moriría, en serio moriría.

Esa noche, Harsen Svensson pensaba salir a dar un paseo, más específicamente, pensaba ir a casa de una de sus amantes predilectas, hubiera querido no tener la compañía de aquella águila, pero ese hombre hacía lo que quería, incluso cuando él le había pedido que lo dejase tranquilo, aunque fuera sólo por unos minutos. La respuesta había sido el silencio y una fiera mirada, para después notar su presencia escondida entre las sombras.

—Liam, ¿el día de hoy podrías poner de lado tu misión y dejarme partir a casa de mi amante con tranquilidad?

Aine metió su daga en la funda y lo miró con aburrimiento, ¿Cuántas veces tendrían la misma discusión? ¿Qué no aprendía con el tiempo? Por más que le insistiera, ella iría, fuera a donde fuera, lo seguiría.

—Eso es un no, ¿cierto? —La mujer se cruzó de brazos y lo miró tranquila—. Bien, ha sido una agradable conversación, supongo que nos

vamos.

La joven caminaba detrás de él, admirando la zona por la cual la amante de ese hombre vivía, debía admitir que era bonito y seguramente aquella mujer ganaba muy bien como para estar tan bien acomodada. Incluso creía que le iba mejor que a muchos comerciantes, ¿Quién diría que era un negocio tan rentable?

—No tienes qué entrar, puedes irte. —Aine elevó una ceja y suspiró—.

Vale, te advierto que a ella no le gustará.

El hombre subió las escaleras hasta tocar la puerta de la casa, siendo recibido por una preciosa mujer, una muy joven, con buenos atributos y una cara de ángel que seguramente era un total engaño para que todos sus clientes cayeran rendidos ante ella.

A los hombres les gustaba que las mujeres fueran débiles.

—¡Oh! ¡ *Mister* Harsen! ¡Me tenía olvidada!

—Eso sería imposible, Arista.

La mujer detuvo su mirada en la figura extraña que se posaba detrás de Harsen Svensson, no parecía nada contenta, justo como había indicado el hombre. Aquella figura entre las sombras le daba una mala sensación, era intimidante a pesar de no ser más alta que ella y esos ojos azules, siendo lo único visible en todo aquel cuerpo, eran escalofriantes.

—¿Quién es él?

—Ah, un amigo.

— *Mister*, sabe bien que yo no hago esas cosas.

—Y no lo sugeriría, él viene como mi acompañante.

—Tampoco soy de tendencia exhibicionista.

—Él no viene a ver, ni a nada de lo que estás pensando.

—¿Es tu escolta? —se burló la joven—. Permíteme reírme, Harsen, ese hombre no me derribaría ni a mí.

—Te sorprenderías —sonrió el hombre, colocando una mano en la cintura escasa de la mujer—. ¿Vamos?

—Está bien —asintió la dama—. Puede quedarse en el recibidor, señor…

—Liam —contestó Harsen a sabiendas que el águila no haría ademán por contestar.

—¿Acaso no tiene lengua?

—Prefiere no utilizarla.

—Claro —la mujer seguía mirando con dudas hacia Aine—, claro, pasen, por favor, pasen.

Aine entró después de la pareja, quienes ya comenzaban a hacer arrumacos aún enfrente de ella, la joven suspiró y fue a sentarse en el recibidor, como le habían indicado. No era una casa sumamente grande, tampoco parecía que hubiera mucha servidumbre, también estaba la posibilidad de que estuviesen dormidos, pero ella lo dudaba.

—Bien, Liam, procura entretenerte en algo por un tiempo —sonrió Harsen—. Lamento causarte tantos inconvenientes.

La joven permitió que la pareja subiera y, en cuanto sus risas se perdieron en la casa, ella comenzó a buscar. Algo estaba mal con esa mujer, bien sabía que las amantes de los hombres importantes, en ocasiones, podían ser sumamente peligrosas.

Además, se veía demasiado nerviosa, seguro que algo tenía que esconder como para mirarla de esa manera, no parecía del todo convencida en permitirle entrar, mucho menos en dejarla sola en su casa mientras ella tendría que entretener a su cliente.

Buscó debajo de los tapetes, de los sillones y tanteó las paredes, tenía que haber algo. Subió con cuidado a las habitaciones superiores, miró la puerta de donde salían leves risas o charla y se alejó de ahí, en la planta de arriba eran sólo tres habitaciones: la que ocupaba la pareja, un cuarto de baño y una puerta cerrada.

«¡Al fin!» sonrió para sí misma y se agachó para tratar de abrir el cerrojo de aquella puerta.

Aine era especialmente buena haciendo eso, así que no tardó más de cinco minutos en lograrlo para estar dentro de aquella habitación. Cuando encendió la luz, se mostró impresionada al notar que las paredes estaban llenas de retratos de hombres.

Era extraño, pero supuso que no debía juzgar las excentricidades de las personas, aunque estaba segura que algún significado debía tener aquella extraña obsesión…

La joven inspeccionó la habitación, topándose con el retrato que representaba a Harsen Svensson, la joven se adelantó hasta cuadro y miró los bordes con especial atención, elevó las manos y comenzó a tocar hasta jalar un lado y mostrar la caja fuerte que estaba escondida detrás.

—Interesante —susurró y asintió.

Tendría que descubrir cómo abrirla, necesitaba conocer un poco más a esa mujer, ¿Cuál sería la combinación de una caja fuerte hecha especialmente para guardar algo relacionado a Harsen Svensson?

Aine echó un vistazo hacia el pasillo, serciorandose de que no hubiese nadie, asintió conforme al verlo desolado y casi a oscuras, regresando inmediatamente hacia la caja fuerte. Bien, no creía que fuera una mujer especialmente inteligente y, con tantos retratos, debía ser algo sencillo de recordar.

La joven se sentó en el suelo, mirando el retrato recargado en la pared de Harsen Svensson, con aquella permanente sonrisa y los penetrantes ojos azul violáceo estancados en un brillo colocado por el pintor. ¿Qué sería?

Quizá… el cumpleaños de aquel caballero, era fácil, no mucha gente lo sabría puesto que Aine conocía que el presidente odiaba su cumpleaños al ser la fecha en la que sus padres fallecieron en un accidente, así que no lo celebrarba y mucho menos lo divulgaba.

¿Sería que esa mujer lo conocería de alguna manera?

Se puso en pie de un brinco y se acercó para girar el dial de combinación y colocó la fecha, pero la caja no se abrió. La joven mordió sus labios y pensó… «Quizá la puso en un acomodo diferente» Y lo intentó de nuevo, volviendo a errar. Aine se mostró enojada por

ello, quizá la mujer no supiera el cumpleaños del importante hombre, tendría que ser una fecha personal… tal vez del día que lo conoció, pero Aine desconocía de momento aquella información, tendría que volver ahí después.

La chica bufó y colocó nuevamente el cuadro, para después salir del lugar, asegurando por dentro para que nadie sospechara que hubo un intruso en su interior.

Iba a bajar las escaleras, cuando de pronto escuchó gritos al pasar por la puerta donde se escondía la pareja, eso la sorprendió, eran gritos de mujer y estos parecían ir en aumento y con más frecuencia. Aine no entendía lo que estaba pasando, pero era obvio que no podía entrar a esa habitación sin ser amonestada.

Él… ¿la estaría lastimando? ¿Se habría enterado del secreto de la mujer?

¿De aquella habitación? No… lo dudaba mucho y no era como si fuera algo especialmente malo, quizá sólo fuera investigación para complacerlo.

Entonces, ¿por qué razón ella estaría gritando de esa manera tan…? Tan desgarradora, incluso en ocasiones gritaba el nombre de Harsen, como si suplicara algo.

Muy bien, ella no podía estar tranquila con ello, entró a la recámara de baño, abrió la ventana y lanzó una cuerda con gancho hacia el techo, verificó que esta estuviese lo suficientemente segura y se amarró con fuerza

para poder salir y prácticamente espiar por la ventana de la mujer, de hecho, sería mucho más fácil al tener ella un balcón.

Aine se dejó caer en la pequeña terraza del balconcillo y abrió con delicadeza la puerta, la habitación estaba casi en una completa oscuridad, los gritos se habían detenido y Aine pensaba que quizá la habría matado para ese momento. Fue lenta, tardó demasiado en decidir qué hacer.

La habitación estaba en una aparente calma, nadie hablaba, olía extraño y el calor ahí era asqueroso.

—¿Qué demonios haces aquí Liam?

Aine por poco da un grito, pero se tragó el susto y miró con

determinación al hombre que le hablaba.

—Me iré.

—Espera. —Aine pudo escuchar el crujir de las sábanas y el reclamo de la cama al momento de que Harsen salía y se paraba desnudo frente a ella

—. ¿Has venido a curiosear? ¿En serio?

—No. —la joven sentía que moriría, ¿por qué ese hombre tenía que estar siempre desnudo? ¿Era un placer masculino o algo parecido? —. Pensé… la escuché gritar.

La luz que venía desde el cielo dio la claridad suficiente a los ojos de Aine como para saber que Harsen estaba por reírse a carcajadas de ella.

¿Por qué se reía ese bastardo imbécil? Sin embargo, él volvió la cabeza hacia la mujer dormida en la cama, tomó del brazo a Aine y la hizo salir al balcón, entonces se rio.

—¿Pero qué demonios Liam? ¿Acaso nunca has hecho gritar a una mujer? ¿Qué clase de vida llevas?

Aine sentía el rubor subiendo por las mejillas y su corazón palpitando fuertemente en su pecho.

—Estamos en la calle. —Cambió de tema.

—Eso lo sé.

—Sigue desnudo, señor.

—Lo sé —dijo tranquilo, como si no estuviese haciendo nada malo—. Es tarde, nadie estará volteando a ver quién se asoma por este balcón o no.

Volviendo a lo importante, ¿es acaso que nunca has quedado con mujer?

Para ese momento de su vergüenza, Aine estaba considerando aplicar uno de sus variados conocimientos para dejar inconsciente a una persona sin que ella quisiese o se diese cuenta. Bueno, quizá le doliera un poco, pero al menos se lo quitaría de encima; si seguía molestándola y riendose de ella,

estaba segura que terminaría por aplicarla y no sería nada agradable para el importante *Riksdag*.

—¿Ese silencio quiere decir que no? —siguió burlándose.

—No he estado con mujer.

Él pareció pensar las cosas.

—Mm-hmm, entiendo, entonces… ¿con un hombre, quizá?

—¡No! —ella se avergonzó más con esa posibilidad, porque era la que le concernía, a ella le gustaban los hombres, no las mujeres. Incluso su voz había salido más ladina de lo practicado.

—Vale, lo siento, no quería ofenderte, lo vi como una posibilidad amigo, lo siento —dejó salir una preciosa sonrisa a la vez que una pequeña risa—.

Me sorprende, incluso te has alterado los suficiente como para venir hasta aquí. Pensé que las *águilas* habían visto de todo… supongo que nunca has estado presente en un acto sexual, ya sea consensuado o no.

Aine negó, ella sabía que abusaban de las mujeres y de los niños, pero jamás había presenciado algo como ello, su padre mataría al idiota que la dejara estar un acto tan terrible como ese. No, aine sólo llegaba cuando el terror había pasado y las mujeres y los niños lloraban, se cubrían, tenían golpes y se movían con dificultad, Aine había sentido nauseas la primera vez que escuchó de ello y cuando estuvo frente de una víctima, había llorado, no pudo aguantar y hasta vomitó.

Así que, cuando escuchó a Arista gritar, simplemente pensó que eso sería, que estaría abusando de ella… o matándola, en realidad ella creyó que la estaba matando, no podía creer que lo que hacía era sólo darle placer… ¿la mujer gritaba de placer?

—Veo que tienes muchas cosas en la cabeza, lo siento Liam, pero no puedo ayudarte ahora con el tema, pero prometo hacer algo por ti ¿Vale?

Ella lo miró con el ceño fruncido y negó.

—No necesito ayuda.

—Ya verás cómo me agradeces después, incluso tú tienes que saber divertirte —el hombre negó y volvía al interior de la habitación,

seguramente a la cama, mientras hablaba consigo mismo—: no haber estado con mujer, ¡por Dios! Qué desgracia.

Aine rodó los ojos y se sentó en el balcón, mirando hacia la calle, pero con la mente muy lejos de ahí. ¿Acaso era algo tan placentero estar con un hombre? Cuando ella lo estuviera, ¿también gritaría?

Capítulo 6

Aine había informado a su padre sobre todo lo acontecido en ese último mes, incluso se había atrevido a pedirle que la quitara de la misión que le resultaba más que aburrida… aunque en realidad, estuviera mintiendo un poquito. Quizá fuera una misión bastante monótona en cuanto al rejunto de información sobre los posibles asesinos del cabeza del *Riksdag*, pero estaba aprendiendo mucho de él como persona y como hombre.

A lo que entendía, los hombres no tenían pudor alguno, era costumbre del *Riksdag* andar por su habitación sin ninguna prenda encima, aun estando ella ahí. Claro que, para el presidente, Aine era un *él* no un *ella* y eso podría influir en su marcada tendencia exhibicionista.

Algo que parecía molestar a un hombre, era que otro hombre se mostrara tan pudoroso y enojado cuando veía lo anterior, Harsen siempre se quejaba de ello, le decía algo como: «Tenemos lo mismo, *dum*, ¿de qué te sorprendes?»

Una cosa imprescindible en la vida de un hombre, era el acostarse con mujeres, Harsen seguía burlándose de ella por ese hecho, por no haberse acostado jamás con una mujer y es que, a pesar de ser una persona tan importante, Harsen era relajado, pasaba su vida sin presiones y, aunque trabajaba bastante, siempre tenía una sonrisa amistosa y palabras amigables para todo cuanto quisiera reunirse con él.

—Oye Liam, ¿Has vuelto a investigar la casa de Arista?

—Sí.

—¿Algo interesante?

Ella negó. Después de informar a su padre sobre su descubrimiento en la casa de la señorita Arista, se le dio la autorización de entrar en el lugar y tratar de volver a abrir la caja fuerte. Resultó ser la cosa más sencilla del mundo, puesto que cada caja estaba cerrada con la combinación de la fecha en la que los había conocido, como lo

predijo. Ciertamente algo que recordaría una mujer, pero el hombre por supuesto que no.

Lastimosamente, dentro de la caja no había más que dinero, algunas notas sobre lo que parecían ser gustos del hombre, fotografías, dibujos,

algunos regalos valiosos como lo eran aretes o diamantes. Nada de importancia en realidad, quizá lo distribuyera de esa forma para colocarse las prendas adecuadas con la persona adecuada. Meticulosa, pero sólo enfocada en su propio trabajo, nada más, al menos eso parecía.

—Parece que estás estancado aquí y no hay nada interesante —Harsen lo miró—. Sólo me ves trabajar, ir a veladas y con mujeres, seguro que no tienes una gran opinión de mí.

—No juzgo a nadie.

En realidad, ella se consideraba especialmente juzgadora, pero con Harsen había aprendido a moderarse, a pesar de que seguía llamándolo en su interior como *Niño Mimado,* debía admitir que no era el gran idiota que pensó que era. Era mucho más generoso y bueno de lo que pudo imaginar en un inicio, parecía ser que la experiencia de ver una violación y no hacer nada, había sido lo suficientemente traumática como para cambiarlo en su totalidad.

—Bien, porque yo si te juzgo a ti, ¿Cuándo piensas bañarte?

Aine se sonrojó, pero gracias a su cobertura al completo, él jamás podía notar ninguna de sus expresiones o cambios de tono de piel. Era verdad, ella no solía bañarse con constancia por temor a que él la viera, Aine normalmente no desprendía malos olores, a pesar de que en ocasiones le fuera imposible bañarse, pero debía aceptar que se estaba pasando de la raya y era necesario tomar un baño, lo malo era encontrar el momento.

—No puedo dejarlo solo.

—Vamos, hombre, le harías un favor a mi nariz. —Sonrió, pasando los papeles de un lugar a otro. Levantó la mirada y apuntó hacia la puerta —.

Puedes ir ahora, tengo una sorpresa para ti esta noche y no puedes ir con ese olor.

—No necesito sorpresas.

—Te agradará, ahora, adiós apestoso.

Aine entrecerró los ojos y salió lentamente hasta correr hacia la habitación de aquel hombre y poner un baño caliente para ella, moría de ganas por bañarse, en realidad Harsen tenía razón, para ese momento apestaba.

La joven sacó rápidamente sus ropas, quitó la venda que aplastaba su busto y respiró con facilidad, creyendo imposible lo mucho que se podían expandir sus pulmones sin aquel impedimento. Miró en el espejo las marcas del apretado amarre y suspiró mientras las tocaba, trataba todo lo posible de

desabrocharse mientras Harsen dormía, pero, aun así, tenerlo todo el día era doloroso.

Se metió a la tina y no pudo evitar dejar salir un suspiro complacido y sumergirse al completo en el agua, mojando su largo cabello y comenzando a lavarlo. Cuando se sintió lo suficientemente relajada y limpia, Aine salió de la tina, enrollándose en aquella toalla y apretando su pelo para extraer las últimas gotas de agua.

—¿Liam?

La joven sintió que moriría, se miró a sí misma y caminó de un lado a otro sin saber qué hacer. Harsen entraría, claro que lo haría, porque pensaba encontrarse con un hombre, no con una mujer. Ella corrió hacia la puerta y colocó el prestillo justo a tiempo para que él no lograra abrirla.

—¡Ey! ¿Por qué cierras?

—¡Largo!

—¡Tenemos que irnos! —le gritó—. Cámbiate rápido.

Ella suspiró tranquila cuando él salió de la habitación, se apuró a hacer lo que le dijo, abrió la puerta con detenimiento y se cercioró de que ya no había nadie. Necesitaba las cosas que estaban en su valija, se castigó por no llevarla consigo al interior del baño. Tomó una respiración y salió por ella para después volverse a encerrar, vendándose con telas limpias y cambiando sus ropas, recordándose a sí misma que debían ponerse a lavar.

Ella abrió la puerta, notando que Harsen había regresado y la esperaba ansioso, ¿por qué estaba tan ansioso? Normalmente Harsen no se tomaba nada en serio y solía pensar que la vida misma le resolvería los problemas o lo iluminaría para resolverlos de forma adecuada.

—Tenemos que irnos ahora.

Aine elevó una ceja, pero asintió, metió sus armas en los escondites debidos y siguió al hombre que parecía más que nervioso en salir de ahí.

—Sé que no lo preguntarás Liam, pero parece ser que han atacado uno de mis negocios. —Aine la miró—. Al fin tendrás algo que hacer, han vuelto.

La joven dio gracias de tener algo entre manos y caminó más aprisa hacia los caballos que esperaban a la salida de la casa. Ambos montaron con habilidad y salieron al trote, Aine por supuesto siguiendo a Harsen, ella no tenía idea de a donde irían.

Cuando llegaron, el corazón de Aine se oprimió al ver las llamas saliendo del lugar, las personas quemadas, los niños llorando y los médicos intentando hacer lo posible.

—Maldición —masculló Harsen—, esta gente no tiene la culpa de que me odien a mí.

Desmontaron al mismo tiempo y en seguida se separaron, aunque Aine seguía teniendo en la mira al hombre que se encargaba de proteger, le era de vital importancia saber lo que los testigos tenían que decir al respecto.

—¿Qué sucedió? —la joven se agachó frente a un hombre de unos treinta años, estaba herido y miraba a todos lados como si esperara otro golpe.

—¿Quién es usted? —La miró asustado. Aine suspiró y descubrió su hombro derecho, donde la marca de las *águilas* estaba grabada en aquella piel blanca y tersa—. ¡Es uno de ellos!

—Sshh, por favor, discreción —Aine tapó la boca del hombre al notar la emoción—. Dígame lo que sabe.

—Esos malditos lo hacen para derrocar al *Riksdag,* seguro son mandados por nobles que desean que el señor Svensson sea destituido

de su cargo.

—¿Y eso por qué?

—Nos ayuda, pone negocios de su propio dinero para que la gente como nosotros no muramos de hambre.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, en teoría nada, pero los nobles comienzan a perder su poder, su dinero y su influencia, personas como nosotros, en un pasado no muy lejano, eramos comerciantes sin mucha relevancia, pero comenzamos a ser alguien, a tener dinero y darnos el lujo de incluirnos entre ellos, eso no les agrada.

—Así que destruyen la fuente —asintió Aine—. Quieren destruir a Harsen Svensson.

—El señor Presidente ha hecho muchos cambios a nuestro favor, a favor del pueblo, es normal que quieran ir contra él.

—¿Normal? ¿Es que acaso el reino no sabe que ustedes son parte fundamental de la economía, del pueblo, de su riqueza?

—Son nobles, mi señora, son celosos con lo que tienen y envidiosos con lo que les hace falta.

Aine le dio la razón, muchos nobles eran así, no toleraban el hecho de que comerciantes comenzaran a tener tanto poder, un simple ejemplo era el imperio que ahora tenían los Rinaldi y ellos carecían de todo signo de nobleza. Eran gente del pueblo que de alguna forma logró sobresalir.

—¿Sabes quienes pueden ser?

—He escuchado que los Nilsson y los Larsson no están a favor del presidente, pero uno de los más influyentes y empobrecidos son los Sundberg.

Aine memorizó aquellos nombres y los colocó en su lista mental de investigación.

—Gracias, ha sido de utilidad.

—¿Usted está cuidando del señor presidente?

—Por el momento es lo que hago.

—Debe tener cuidado cuando vaya a veladas, ha sufrido más ataques en medio de una fiesta que en soledad.

Aine pensó en aquello y asintió agradecida con el hombre. Pero no se quedaría con la opinión de una persona, así que recorrió el lugar, ayudando en lo que podía y, al mismo tiempo, cuestionando a los empleados. Todos habían llegado a la misma conclusión y los apellidos mencionados con anterioridad resurgían en la conversación una y otra vez.

La joven volvió la mirada hacia el hombre que trataba de conservar la calma en medio de esa locura, hablaba con el que parecía ser su contador.

Seguro que todo ese desastre le costaría una buena suma a Harsen Svensson.

De pronto Aine tuvo una mala sensación, miró a su alrededor, siguiendo con la mirada a las personas que rodeaban a Harsen, notando a una que sobresalía por su nerviosismo, circulaba por el lugar de forma vacilante y con una mano bajo su saco. Aine dudaba que fuera a sacar un pañuelo, así que caminó a prisa hacia él, apartando gente de su camino sin perder de vista a su objetivo.

Cuando el hombre sacó aquella arma, Aine ya había sacado una de sus cuchillas y la lanzó acertadamente hasta encajarla en el brazo de aquel caballero que blasfemó y cayó de rodillas.

Harsen se volvió con rapidez, mirando al hombre caído y a Liam acercándose a él a toda velocidad, tenía que detenerlo, parecía ser que esa águila estaba dispuesta a matar a cualquiera.

—¡Ey! ¡Liam!

Pero era tarde, Aine ya estaba sobre aquel tipo, presionándolo contra el suelo y amenazándolo con una daga bastante hermosa que fuera regalo de su padre y de la cual no solía separarse.

—¿Quién demonios eres? —susurró la joven.

—¡No quería hacerlo! ¡Juro que no quería! ¡Me amenazaron!

—Habla maldito imbécil.

—¡Liam! —Harsen le tomó la mano enguantada con la que sostenía la daga contra la garganta del atacante—. Por favor…

Aine lo miró con una mirada relampagueante, ¿por qué interfería en su maldito trabajo? Ella no interfería en el suyo.

—Suelta mi mano —dijo amenazadora.

—Liam, no hagas esto aquí, por favor, la gente está asustada y sólo logras empeorar la situación.

—Muy bien *niño mimado* —ella se levantó de golpe y pateó al hombre en la cabeza para dejarlo inconsciente—, si es lo que quieres, así se hará.

Harsen parecía impresionado por el apodo que Liam jamás le había dicho, pero que era más que obvio que llevaba pensando con demasiada antelación. Aunque también estaba impactado por la forma despreocupada en la que ese hombre había pateado a otro ser humano, debía recordarse más seguido que, pese a la composición de aquel cuerpo, esa *águila* era mortífera y no parecía tener mucho corazón.

Aine había durado más de tres horas tratando de sacarle la verdad a ese bastardo, quien se mostraba más leal de lo que jamás imaginó, parecía una broma que hubiese dicho que él no había querido atentar en contra de la vida del presidente por voluntad.

Al final, y después de largas horas, logró sacarle un nombre que ya había escuchado lo suficiente como para estar al tope de su lista de sospechas.

Los Sundberg serían el principal objetivo de ahora en más, tendría que salir de casa del Svensson más seguido, pero no sabía cual sería el mejor *modus operandi* para infiltrarse en la mansión de esos nobles empobrecidos.

—Liam, espero que no estés cansado. —Ella lo miró con ojos entrecerrados—. Tenemos que ir a otro lugar.

Aine se quejó interiormente, en realidad, había sido un día largo y cansado, desearía que ese hombre se diera un respiro para podérselo dar ella también, pero si Harsen no quería, era su responsabilidad seguirlo a donde fuera que quisiera, pese a que la noche estuviera avanzada y lo normal sería descansar.

La joven lo siguió en silencio y a paso quedo por las calles, notando que el presidente se encontraba extrañamente callado, lo cual no era normal en él. Solía intentar sacarle conversación y, cuando no lo

lograba, se divertía en contestarse a sí mismo, quejandose amargamente de tener una compañía tan aburrida.

Aine paró en seco de pronto y frunció el ceño. Comenzaba a entender la índole de su trasnochada y no le gutaba para nada la idea, no sabía cómo saldría de aquel lío.

Harsen sonrió al ver la impresión en los ojos de su fiel protector. Debía admitir que le debía la vida y, por esa razón, pensaba dejarlo disfrutar de los placeres de la vida, mientras él cerraba algunos negocios con gente importante que solía acudir a ese lugar para divertirse.

—Considéralo tu iniciación —dijo el hombre con una sonrisa.

Definitivamente, Aine lo mataría. ¿Cómo se le ocurría hacer algo tan estúpido? Sobre todo cuando se tomaba en cuenta que la otra persona no lo pidió. Los hombres eran idiotas, lo comenzaba a comprender, sobre todo al ver a Harsen Svensson tan complacido con su azaña, como si estuviera dándole un cofre lleno de monedas de oro.

—Es una tontería, regresemos.

—Ah, no, no, no —lo tomó de los hombros y lo regresó—. Ya he arreglado todo, así que no tienes salida.

—No haré tal cosa.

—Vamos, hombre, tómate unos momentos para ti, seguro que te agradará, estas mujeres saben lo que hacen, no importa que…

—Dije que no lo necesitaba.

—Bueno, de todas formas tengo que entrar —se inclinó de hombros—.

Harías bien en aprovechar.

Harsen entró al lugar con una sonrisa, escuchando el quedo quejar de aquel hombre, quien seguro lo estaría maldiciendo en todos los idiomas que se le ocurriesen.

Capítulo 7

Aine estaba en la habitación particular que Harsen había mandado pedir para ella. Estaba por demás decir que se sentía sumamente incómoda entre esos diseños florares y extravagantes, la cama con dosel, el asqueroso olor a lavanda y el sonido de otras habitaciones

mientras mantenían relaciones íntimas.

¿Podría matar a Harsen y hacerlo pasar por un accidente?

Cuando la puerta se abrió, Aine se dio vuelta, una hermosa mujer sonrió, tenía un peinado desordenado que dejaba que cabellos rubios enmarcaran su rostro. Sus ojos azules eran grandes, intensos y coquetos. Los labios gruesos y rojizos estaban irremediablemente sonrientes, mostrando sus blancos dientes. Se encontraba vestida… o más bien, casi desnuda; su enorme busto amenazaba por salir de ese escote y sus largas piernas estaban descubiertas al completo.

Seguramente sería un deleite para un hombre, ¡Lo era para ella! Y eso que tenía preferencia por el género masculino.

—Me ha dicho Harsen que eres tímido.

¿Se suponía que eso ayudaría a relajarla? Si acaso ella fuese varón, se sentiría humillado con esa introducción.

—No quiero nada.

—Vamos, no seas así, sé que puedo complacerte, sé que puedo hacer que encuentres fascinante todo esto.

—Seguro que sí, pero no lo deseo.

La mujer pareció sonreír sólo un poco más y se acercó a Aine, tocando insinuantemente sus hombros.

—Eres un hombre menudo —le dijo sorprendida.

Aine se apartó con brusquedad de aquellas manos suaves y amenazó con su azulado mirar.

—No me gusta que me toquen.

—¿Es eso? O quizá… ¿Te gustan los hombres?

¡Con un demonio! Claro que le gustaban los hombres, porque ella era una mujer que siempre tuvo esa preferencia. Por un momento sintió lástima por

su personaje inventado, el pobre jamás había dormido con una mujer y eso parecía ser triste para el resto de las personas.

—No me gustan los hombres.

—Ah, entonces yo le seré agradable, lo prometo —siguió tocándola insinuantemente por encima de la capa.

Al ver la insistencia de la mujer, Aine tuvo que recurrir a destapar su cabello y jalar la tela que cubría la mitad de su rostro, revelando su identidad femenina.

—¡Por todos los dioses…!

—Necesito que quede entre nosotras —por un momento le costó trabajo volver a hablar con su voz femenina.

—Pero… ¿estás engañando al presidente? ¿Acaso eres un asesino? —se asustó la mujer, dando pasos insinuantes a la salida.

Aine, previendo su pronta huida, dio un salto prodigioso en el que sorprendió a la pobre cortesana y cerró la puerta con seguro mirándola con advertencia. La joven no vio otras opciones y tuvo que descubrirse el hombro derecho, mostrándole su marca.

—Oh… eres… eres una de ellos.

—Soy la *única* que forma parte de ellos —asintió, volviendo a cubrir su hombro—. Vengo a protegerlo, pero sé que, si descubre que soy mujer, toda mi validez caerá al suelo.

La mujer pareció entenderlo.

—Eres valiente.

—Lo soy. —Asintió Aine, relajándose por primera vez y yendo a recostarse en la cama—. ¿Cuál es tu nombre?

—Desiré.

—Genial, me agrada poder estar con alguien sin necesidad de mentir, ahora que ha sido él quien me trajo aquí, podré venir a verte con la excusa de que me acostaré contigo.

—¿Estás intentando decir que me usarás de cubierta?

Aine levantó la cabeza y asintió.

—Puedo pagarte si es lo que gustas.

Desiré dejó salir una risita y negó.

—Seguro que eres alguien especial, te comportas como un hombre, pero eres una mujer muy hermosa.

—¿Gracias? —ella frunció el ceño y se sentó de golpe—. ¿Conoces desde hace mucho a Harsen Svensson?

—Bueno, sí, algo.

—¿Lo consideras tu amigo?

—Claro, él y yo nos hicimos cercanos cuando él me rescató un día de un horroroso hombre que intentaba forzarme. —Aine se sorprendió de ello—.

A pesar de que es a lo que me dedico, me deben un respeto, ¿no lo crees?

—Sí, por supuesto.

Las jóvenes charlaron por largo rato hasta que Desiré consideró que sería creíble que saliera en ese momento, la joven Hamilton agradeció a la joven cortesana y la amenazó un poco, sólo para que supiera que ella no se tentaba el corazón contra traidores. Desiré sonrió, pero anotó mentalmente el sobre aviso y decidió no faltarle a aquella hermosa mujer que se escondía tras la fachada de un hombre.

Aine caminó segura hasta posarse en una esquina, donde planeaba esperar a que Harsen se desocupara. Resultaba ser que era un hombre que lograba captar el interés de Aine y no sólo porque pensara que era apuesto -

porque lo era-, sino que había demostrado ser mejor de lo que ella tenía en mente.

Era difícil que un hombre lograra impresionar a Aine Hamilton, vivía rodeada de importantes y honorables personalidades masculinas, sin tomar en cuenta a algunos de sus primos que eran cabeza de chorlito, la mayoría eran buenos y llevaban con honor el título de nobleza que se les había dado.

Pero en su mayoría, los hombres no eran así, solían tomar a la mujer como algo inferior, como algo inútil para otra cosa que no fuera dar a luz niños. Las mujeres en su familia llevaban esforzándose por generaciones para quitar ese estigma que llegaba desde su nacimiento, pero seguían siendo sumamente juzgadas por esa actitud.

Pero Harsen… él no parecía ser de los que discriminaban a la mujer, las ayudaba, pero al mismo tiempo, no parecía hacerlas menos, claro que, si supiera que su protector era mujer, seguro se tiraría del balcón de su habitación y la regresaría junto a su padre.

—Liam —sonrió el caballero que ocupaba los pensamientos de Aine en ese momento—. ¡Venga! ¡Ven aquí!

¿Acaso él no entendía que ella venía de encubierto? No debía llamarlo con esa familiaridad, incluso si Liam fuera su verdadero nombre, Harsen lo estaría revelando justo en ese momento.

—¿Qué?

—¿Te has divertido? —sonrió el hombre, entregando cartas para seguir jugando—. Sé que sí, ¿A poco no crees que Desiré es una creación perfecta de las divinidades?

—Claro —rodó los ojos la joven—. Pero no necesito que me consiga mujeres.

—Yo creo que sí.

Aine desechó la idea de que Harsen era diferente al resto de los hombres, no cabía duda que era igual de estúpido que los demás. Aunque debía comprender que esa atracción era normal en ambos géneros, tanto hombres como mujeres anhelaban y fantaseaban con el sexo que le era de su interés.

Pero el estar fingiendo ser uno de ellos le daba acceso libre a todo el vocabulario vulgar con el que los hombres podían llegar a expresar sus experiencias con alguna mujer hermosa que los había admitido en su cama.

¿Acaso era así siempre?

—¿Quieres jugar una partida?

—No.

—¿Quién es tu amigo, Harsen? —Sonrío un hombre con lentes y una prominente nariz. Tenía a una asustada mujer en sus piernas, seguramente sentada ahí en contra de su voluntad.

—Liam, Liam sin apellido, es un bastardo con suerte que se me ha pegado desde hace un tiempo.

Aine lo miró con molestia, pero comprendió en seguida que Harsen nunca hablaba por hablar y jamás hacía las cosas sin pensar, incluso fingía estar tomado, ¿Qué quería lograr?

La joven tomó asiento en la mesa donde los otros caballeros seguían riendo de la burla del presidente. Criticaron el menudo proceder de Aine, lo enclenque que se veía y la extrañeza de sus ropas, incluso trataron de quitarle la capa, pero Harsen tuvo la inteligencia para evitar eso. Si acaso Aine se sentía lo suficientemente molesta, no dudaría en cortarle la mano a un bastardo, fuese quien fuese.

—Bien, ¿por qué apostamos? —preguntó un hombre.

—Mmm… veamos. —Harsen paseó su mirada por los hombres y sonrió

—. Por la mujer que tiene el señor Falk en las piernas, ya que me parece bastante hermosa.

—Por Dios, Harsen, ¿por qué no consigues a tus propias mujeres? —

sonrió aquel hombre, apretando a la muchacha sentada sobre él, sonriendo lúbricamente hacia ella.

Aine comprendió entonces, ya entendía lo que quería.

—Estoy de acuerdo —dijo otro—. ¿Quién gane, se la queda?

—Me parece bien —asintió otro.

Era una jugada arriesgada, bien podía ser cierto que Harsen fuera bueno jugando, pero ahí todo dependía de la suerte y podía no estar de lado del presidente. La joven suspiró y negó un par de veces, ella era especialmente mala en las cartas, si se tratara de su prima Ashlyn, seguro que los dejaba blancos en un pestañeo.

Afortunadamente, Harsen no perdía y para el quinto juego, había despojado a todos los hombres de las mujeres que tenían prisioneras entre sus piernas. Las chicas parecían aliviadas, viendo el juego que les estaba salvando de aquellos horribles caballeros que las maltrataban al momento de tomarlas.

Aine en realidad no hacía mucho, simplemente estaba al pendiente de ver las jugadas de Harsen y trataba de armar jugadas para él, era su apoyo, pero trataba de que no fuera algo notorio o esos hombres reaccionarían contra ellos. Daba gracias que estuvieran tan borrachos

y Harsen tan sobrio.

—Bien, caballeros, se acabaron las mujeres —dijo Harsen con una sonrisa, poniéndose en pie—. Yo invito la siguiente ronda, que pasen una buena noche, seguro yo la tendré gracias a que ustedes son tan buenos perdedores.

—Maldito Harsen —dijo un caballero con una sonrisa—. Nos has robado a las mujeres y, además, cerraste negocios con nosotros, ¿No quieres mi reloj? ¿Quizá mis pantalones?

—Me encuentro bien, gracias —Harsen se inclinó—. Es un placer, como siempre, pasar una velada con ustedes.

Harsen abrió los brazos para que las mujeres se acomodaran entre ellos y las llevó lejos de la mesa y de todas las miradas, donde rápidamente quitó la sonrisa y las miró con seriedad.

—Creía que a la mitad de ustedes ya las había puesto a salvo.

—Nos han vuelto a traer, mi señor. —Lloró una jovencita—. Ha sido todo contra nuestra voluntad.

Aine ahora entendía por qué parecían tan asustadas, en cambio a las otras cortesanas, que parecían acostumbradas a estar con ese tipo de hombre, sobre todo, porque eran los que mejor pagaban, pasando por alto sus costumbres viles.

—Vamos, las llevaré de regreso a la pensión.

—Gracias, mi señor, muchas gracias —susurraban las jóvenes, saliendo del lugar.

Aine esperó afuera de aquella pensión, la cual parecía ser otra de las muchas propiedades de Harsen. Las mujeres entraron presurosas, saludando a la casera que se veía más que agradecida y aliviada de verlas sanas y salvas, sobre todo de que hubieran sido salvadas por Harsen en persona.

—¿Cómo hizo para ganar todos los juegos?

Harsen sonrío y sacó naipes de entre sus ropas.

—Si ellos juegan sucio, entonces yo no tengo porqué jugar limpio —dijo tranquilamente, guardando de nuevo las cartas.

—¿Quién se llevó a esas mujeres?

—Los malditos Sundberg. Siempre han buscado meterse conmigo. —

Negó—. Desde que subí al puesto están contra mí.

Aine había escuchado lo suficiente ese nombre.

—Los tengo en la mira.

—Son personas peligrosas, amenazadas por el cambio y la prosperidad de la gente —bufó—. Llevarse a muchachas a la fuerza para ser torturadas por esos viles… ¡Malditos!

—¿Qué hay de Desiré?

—La he intentado sacar de ahí un millón de veces, pero ella sigue volviendo por voluntad, creo que le agrada y contra eso, yo no puedo hacer nada.

Aine asintió y sonrió por debajo de su cubierta.

—Eres mejor persona de lo que pensé.

—¿Ya no soy un *Niño Mimado*?

—Yo jamás quito un apodo que ya he dado.

—¡Ey! Deberías ser más consecuente conmigo, soy quien está pagando tus honorarios.

—Bien puedes dejar de hacerlo y claro, morir.

—Eres condenadamente arrogante.

—Bueno, si consideramos que puedo hacerte morir lentamente de seis maneras diferentes —asintió con gracia—. Sí, me doy el lujo de ser arrogante.

—Que irritante. —Sonrió Harsen—. No volveré a traerte con mujeres, te ha subido el ego.

—Claramente eso ha sido —rodó los ojos—. ¿Por qué una mujer me subiría el ego?

—Parece que no fueras hombre. —Se burló Harsen, poniéndola nerviosa

—. No sé, supongo que la mujer es hermosa y orgullosa, conquistarlas

de alguna forma, nos hace sentir bien.

Aine se quedó callada por un largo momento.

—Supongo que me sentí bien al estar con Desiré.

—¡Lo sabía! ¡No eres una maldita piedra!

—Cállate *Niño Mimado* —sonrió la joven, aventando con fuerza a Harsen y siguiendo con su camino.

Pero el presidente no dejó de sonreír y eso había sido suficiente para que Aine no buscara romperle la cara a golpes para quitársela de encima. Lo que pasaba era, que a la joven en verdad le gustaba la sonrisa limpia, grande y simplona que el presidente de Suecia lograba colocar en sus labios. Era la sonrisa más hermosa y sincera que hubiese visto en mucho tiempo.

No sabía lo que le estaba pasando, pero la opinión que tenía sobre Harsen Svensson mejoraba a pasos agigantados. Quizá no fuera un hombre de lucha, fuerte y con las vísceras necesarias para matar a quien fuese necesario, como lo serían sus hermanos y su padre. Pero Harsen tenía algo que consideraba mucho más especial: tenía un corazón de oro que no trataba de ocultar.

Probablemente lo que le llamaba la atención sobre él era su autenticidad y transparencia, debido a que los Hamilton no solían dejarse ver con esa facilidad. En su familia, aquello sería una muestra de debilidad, las personas como ellos debían poder controlar sus emociones tanto como pudiesen, limitarlas y algunas veces, hasta exterminarlas.

Harsen no era de esa manera, no lo intentaba, decía lo que sentía y lo que pensaba, era bueno, tenía las manos limpias y el corazón intácto. Lo envidiaba de alguna manera y lo admiraba de muchas otras que jamás admitiría.

Capítulo 8

Era una madrugada fría y silenciosa en Estocolmo, nadie salía a esas horas por temor a congelarse, incluso las veladas solían terminar antes para evitar molestias a los invitados y eso dejaba el camino libre para Aine, quién había podido dejar a Harsen en la seguridad de su mansión, para ir directa hacia otra.

Llevaba bastante tiempo investigando a los Sundberg, hasta ese

momento, tenía el conocimiento de que la familia estaba conformada por los padres, cuatro hombres y tres mujeres. Ninguno parecía del todo inteligente, al menos eso había logrado observar en sus largas noches de espionaje; pero eran recelosos con su seguridad y no les importaba gastar en ello.

Tendría que ser muy cuidadosa si planeaba entrar ahí.

Pero no había opción, se había enterado de algo importante, no debía dudar únicamente por estar en desventaja, unos cuantos hombres armados no eran nada contra alguien con un entrenamiento como el de ella… al menos, eso quería pensar. Debía ser positiva, era lo único que le quedaba.

A unas casas de distancia de donde Aine se encontraba, Harsen despertó sin razón, por lo general, era de buen dormir, nada solía perturbarlo y eso le era preocupante, puesto que tenía un mal presentimiento, sentía en sus entrañas que algo malo estaba por pasarle a él o alguien que consideraba cercano.

Miró a su alrededor, buscando algo que diera un indicio de su dezasón, notando de pronto que Liam no estaba en su cama, aunque eso ya no le parecía algo fuera de lo normal. Sabía que estaba investigando algo que debía ser importante, sobre todo, porque no le informaba nada a él, sino a sus superiores.

Era un hombre interesante, reservado, más que otra cosa; mortal si se le molestaba, e impaciente, muy impaciente. Se preguntaba si habría ido solo a casa de los Sundberg, eso sería tonto, puesto que esas personas tenían miedo y cuando se tenía miedo, no había reparo para cometer estupideces, podrían matar a Liam si no sabían reaccionar con tranquilidad.

Pero dudaba que alguien pudiera hacerle daño a Liam, ese hombre sabía lo que hacía, en más de una ocasión le había tocado ser quien lo sacara de quicio y ni siquiera por ser él se limitó a amenazarlo con una fiera daga en su cuello.

Harsen escuchó entonces un golpe en la planta baja de su casa, alterándolo con rapidez; Liam no solía hacer ruidos, era sigiloso y, normalmente, le sacaba sustos de muerte por ello. No, definitivamente él no haría un escándalo.

Tomó su arma y salió de la habitación, tratando de ver entre la oscuridad de la noche, debía recordarse dejar la indicación a la servidumbre para que dejaran una que otra luz encendida, aunque a

veces, era el mismo Liam quien se la pasaba apagando luces.

—¡Señor Harsen!

El hombre frunció el ceño y no comprendió del todo por qué una mujer acudiría a sus puertas a esas horas y en esas condiciones climáticas.

Entonces, la puerta de la entrada volvió a ser aporreada, sacándolo de su estupefacción y apurándolo a que abriera la bendita puerta.

—¿Desiré? —se sorprendió al ver a la mujer presa del pánico, entrando a la casa con un cuerpo a cuestas.

—¡Está herida, está herida!

—¿Quién es? ¿De qué hablas?

—Es Aine, ayúdala por favor.

—¿Aine?

—¡Ayúdala!

—Vale, vale —asintió el hombre, ayudando a Desiré con el cuerpo inerte de la tal Aine—. ¿Qué le ha pasado?

—Dos heridas, una ahí en la pierna y otra allá en el hombro.

—Demonios, yo no puedo ayudarla, ¿Dónde está ese maldito Liam cuando se le necesita?

—¡Ella es Liam! ¡Es la misma persona, gran tonto! —dijo alterada, estaba demasiado asustada como para seguir el juego que Aine había querido marcar.

—¿Qué?

—¡Médico! ¡Un médico! —gritó la joven, despertando a la servidumbre que salía presurosa con ropas de dormir.

Los hombres y mujeres miraron con preocupación a su señor, pero no atendieron el mandato de una joven que era bien conocida por ser una

cortesana de la alta sociedad.

—Hagan caso a Desiré. Lucio, trae un médico, pronto. —Ordenó

entonces el propio Harsen, tomando el cuerpo de la joven y llevándolo escaleras arriba, hacia su habitación.

—Por Dios, le dije que no fuera, se lo dije. —reclamó Desiré.

—¿Fue sola a casa de los Sundberg?

—Sí, a casa de esos malditos, ella tenía la intensión de… es una tontería, era imposible que lo hiciera sola.

—¿Qué quería hacer?

—Parece que… ella no quería decírtelo, quería resolverlo sin ti, me matará si lo digo.

—Maldición, Desiré, me estás desquiciando.

—Tienen a Lili —confesó—. Camila ha vendido a Lili.

—¡¿Qué demonios dices?!

—Lo lamento, en serio lo siento muchísimo. —Desiré parecía complicada—. Ella me prohibió decirte.

—¿Y decides hacerle caso a una desconocida, que venir a decirme las cosas a mí? ¿A quién le debes más tu lealtad?

—Ella es mi amiga, llevamos meses siéndolo y… ¡Y ella me aterra mucho más que tú! —admitió.

Bueno, Harsen debía admitir que Liam era aterrador, más bien Aine… ¡O

quién fuera! Para ese momento ya no importaba, la cosa era que ella moría y que Lili estaba capturada por esos malditos dementes.

—Tengo que ir por Lili —Harsen se puso en pie—. Cuida de Liam, o Aine… ¡Maldición! ¡Cuida de ella!

—Harsen, no puedes ir, mira lo que le han hecho a Aine.

—A ella la esperaban, sabían que iba de encubierto, seguramente pensando que yo lo mandé.

—Exacto, si te presentas ahora, sabrán que tú mandaste un asesino a por ellos, quieren hacer que piques el anzuelo.

—¡No puedo dejar a Lili ahí!

—¿Cómo harás que te la regresen ahora, Harsen? —pidió desesperada —.

¿Qué dirás? ¿Cómo lo sabrías si no es porque los espiaba alguien? ¿Dirás que el presidente de *Riksdag* manda espiar a sus contrarios?

Harsen soltó un grito desesperado y tiró una mesita que había en el lugar, sintiéndose acorralado.

—¿Ella te ha dicho que me dijeras todo eso? —apuntó a la mujer convaleciente.

—Sí, antes de caer desmayada.

—Maldita mujer, ¡Maldita y mil veces maldita!

Caminó de un lado a otro y miró al ser inconsciente sobre su cama; en realidad, ella seguía teniendo el aspecto de Liam, aún conservaba su indumentaria y su cabello estaba metido entre sus ropas, sólo unos mechones largos se salían del escondite y claro, su rostro estaba totalmente descubierto por primera vez.

—¿Dónde demonios está el médico? —gritó Harsen justo en el momento en el que el erudito entraba a la recámara.

—Mi señor, lamento la tardanza, lo que sucede…

—No importa, atiéndala cuanto antes. —Harsen apuntó hacia el cuerpo de la mujer y el médico acató la orden con algo de consternación, no era normal ver al señor Svensson alterado.

Harsen caminaba de un lado a otro, viendo el sufrimiento de Liam y, al mismo tiempo, con la cabeza puesta en Lili, no podía creer que Camila llegara a tanto, ¡Era su propia hermana!

El hombre enfureció y decidió salir, de todas formas, a Liam de nada le serviría que estuviera ahí, estaba inconsciente y en buenas manos, al menos eso esperaba.

—Cuida de él… de ella, hasta que regrese. —Indicó a Desiré.

—¿Qué? —La joven se volvió—. Harsen, ¿a dónde vas?

—Tengo que encontrar a Camila.

—Creo que no te será difícil encontrarla —dijo con una marcada molestia—. Seguro está en el bar, ahogada y drogada.

—Volveré pronto.

—Pero Harsen, ella ha dicho… —Desiré se quedó con las palabras en la boca y lo dejó marchar, al final de cuentas, no era nadie para impedirle al presidente que hiciera lo que quisiera.

Harsen bajaba las escaleras a todas prisas, cuando de pronto, la puerta de la entrada se volvió a abrir, dando paso a su tío, quien parecía alterado y llegaba presuroso.

—¿Qué haces aquí tío?

—Me he enterado de lo que pasó en casa de los Sundberg, ¿A dónde crees que vas?

El tío Clemens era un hombre alto, no muy mayor, fuerte, fornido e intransigente. Había criado a Harsen prácticamente desde que tenía diez años, después de que sus padres murieran en un trágico accidente al que sólo el niño había sobrevivido. Para el pequeño Harsen, había sido una salvación tenerlo y para Clemens fue una bendición, puesto que tendría heredero para su extraordinaria fortuna.

—Tengo que ir a buscar a alguien.

—Espero que no a los Sundberg. —Le tomó del brazo y lo detuvo cuando trató de pasar de él—. No irás a esa casa.

—No tío, no pienso ir ahí, pero hay una muchacha a la que han vendido por error, ella trabaja para mí.

—No es de tu incumbencia, Harsen, deja las cosas como están, te matarán si acaso saben que ese tal Liam es subordinado tuyo. ¿Acaso no sabes medir el peligro?

—No es subordinado mío, él… ella, llegó gracias a ti.

—¡Porque estoy preocupado por el único hijo que tengo!

Harsen bajó la mirada, sintiéndose avergonzado con su tío, él en verdad había sido un padre para él, lo último que quería era preocuparlo o enfurecerlo, pero no podía ceder en una situación como la actual, simplemente no se lo perdonaría.

—Perdóname tío.

—¡Harsen! —le gritó cuando el muchacho abrió la puerta—. ¡Harsen, te digo que vengas!

El tío dejó salir un impropio y cerró la puerta de la propiedad de su muchacho… sabía que él ya no era un muchacho, pero para Clemens, siempre lo sería, era la única familia que tenía y lo había criado como su hijo y lo quería como tal.

Cerró los ojos y suspiró antes de subir a la habitación donde una de las águilas estaría luchando por su vida. Ahora que lo recordaba, ¿acaso ese muchacho había dicho *ella*?

Harsen entró a la cantina que Camila frecuentaba y no tardó mucho en encontrarla, estaba tirada en la barra, nuevamente siendo acosada por hombres que trataban de aprovecharse de su inconsciencia. Harsen llegó hasta ella y la levantó como pudo, en esa ocasión Camila por lo menos lograba quejarse y balbucear, lo que quería decir que estaba mejor que en otras ocasiones.

—¡Déjame Lili! ¡Déjame!

—No soy ella, Camila, ella seguro está sufriendo una atrocidad para este momento.

—¡Déjame!

La chica tenía la suficiente fuerza y cordura como para intentar apartarse de él, pero Harsen era más fuerte y simplemente la subió al caballo como si se tratara de un costal de papas y cabalgó de regreso a su casa.

Bajó del caballo y puso a la casi inconsciente Camila en su hombro, subiendola hasta su habitación, donde el médico seguía trabajando con Liam… la mujer Liam. Parecía que algo no iba del todo bien.

Harsen dejó a Camila sobre sus pies dejandola al cuidado de Desiré, quien se había adelantado para mantenerla firme en su lugar. La hermosa cortesana negó hacia la emborrachada joven y la llevó dando tumbos hasta la bañera, donde seguramente la aventaría en el agua helada.

—¿Qué sucede? —inquirió Harsen, mirando al médico que casi metía su nariz por el agujero que era la herida de Liam.

Para ese momento, el médico le había descubierto el hombro herido y la pierna, no se había preocupado en quitarle la capucha y la tela

sobre su rostro, pero este se había desacomodado y sus facciones comenzaban a ser visibles.

—No puedo sacar la bala —negó el médico—. Morirá de seguir perdiendo sangre.

—¿Logró sacar la de la pierna?

—Sí, sí, esa parte está resuelta, pero aquí… —negó—. Simplemente no puedo.

Harsen miró a Liam sin saber qué hacer y pidió ayuda a su tío, quien observaba detenidamente el cuerpo, parecía no entender del todo que era una mujer.

—¡Tío!

—No soy médico Harsen —dijo el hombre después de unos momentos de seguir pensando—. ¿Por qué no llamaste a Enok?

—Claro… Enok —asintió Harsen y miró hacia Desiré, quien salía algo mojada del cuarto de baño—. Dile a un mozo que vaya por Enok ahora mismo.

El médico parecía ofendido por haber sido relevado de sus tareas, por lo cual, Harsen se vio en la necesidad de halagarlo antes de poder continuar con sus muchos problemas.

—Bueno, si han dicho que viene otro médico en camino, entonces he de retirarme —dijo el hombre, guardando sus cosas.

—Gracias, señor, por atender mi llamado con esa presura —sonrió Harsen, tomándole la mano—, en realidad ha sido de mucha ayuda.

—Supongo que no tanto como ese Enok.

—No sienta su vanidad herida, mi señor —pidió Harsen con una sonrisa

—. Enok es un médico de guerra, está familiarizado con sacar balas, pero dudo que sea el indicado para tratar una peritonitis y otra enfermedad de importancia.

El hombre pareció calmarse ante esas palabras, el presidente hacia énfasis en que cada uno era bueno en su elemento. Harsen sonrió durante todo el camino en el que acompañó al hombre hasta la salida. En cuanto cerró la puerta, corrió de regreso a su habitación, notando

que Liam deliraba, Camila vomitaba en el baño, Desiré corría de un lado a otro y su tío Clemens no hacía nada, parecía absorto en sus pensamientos.

¡Vaya noche!

—Desiré, encárgate de Liam —indicó Harsen—. Yo iré con Camila,

¿Está más consciente?

La chica simplemente asintió y fue a bajar la fiebre de la mujer que deliraba en la cama del presidente, presionandole la herida que no dejaba de sangrar.

Harsen notó entonces lo pálida que Liam se estaba poniendo, el pensar en que moriría lo ponía nervioso y horrorizado. Iba a acercarse, pero en ese momento, Enok entró a la habitación, preso de un nerviosismo sin precedentes.

En realidad, Harsen conocía bien a ese médico, era vagabundo y extraño, nadie sabía mucho de él y tampoco nadie se atrevía a preguntarlo.Harsen respetaba a Enok y era lo mismo para el otro lado, simplemente no se hacían preguntas y listo, su amistad seguía intacta.

Capítulo 9

Harsen dejó en manos del experto el cuidado de Liam y entró a la habitación de baño, donde Camila seguía devolviendo el estómago una y otra vez, incluso le pareció preocupante.

—Bien, toma agua. Por Dios, Camila, ¿Qué te sucede?

—Lili… —dijo en cuanto pudo hablar—. ¿Dónde está Lili?

—La vendiste a los Sundberg —dijo él con seriedad—. Necesito que te compongas lo suficiente para ir por ella.

—¡Yo no hice algo como eso! ¡No la vendí! ¡No lo haría!

—Al parecer, lo hiciste —dijo Harsen, completamente decepcionado, tomando el cabello de la chica para que no se llenara de vómito—. Vamos, báñate adecuadamente y cámbiate, necesitamos ir por ella.

—Vamos ahora, no importa, vámonos.

—Estás empapada, vomitada y con los ojos más rojos que una manzana

—negó—. Tienes que lucir presentable si quieres que nos la podamos llevar.

—Pero… pero ahora ella podría estar…

—En ese caso, será mejor que te des prisa.

Camila se puso en pie de un brinco y comenzó a sacar sus ropas con presura, haciendo que Harsen se volviera y saliera del lugar, sabía que ella no estaba pensando adecuadamente en ese momento, pero él era un hombre, no debía ser tan descuidada con su ambiente… pero, ¿qué decía? Ese era el problema con Camila, ella no pensaba, simplemente no lo hacía.

Harsen salió del cuarto del baño, encontrándose con Enok limpiando sus manos y dando indicaciones a Desiré, quien se encargaba de limpiar la frente de Liam.

—¿Qué tal está?

—He logrado sacar la bala, pero ha perdido mucha sangre, es más que probable que se le haga una infección.

—¿Tan mal?

—Sí, ella en verdad está mal.

Harsen cerró los ojos y asintió.

—Tengo que hacer algo, ¿podrías quedarte con él en lo que regreso? —

pidió Harsen.

—En realidad, es una mujer —dijo Enok.

—Lo sé —dijo Harsen—. Pero no puedo acostumbrarme, llevo cinco meses pensando que era hombre.

—¿A dónde irás? —se interpuso Desiré.

—Voy por Lili.

El tío Clemens despegó su cuerpo de la pared y lo miró enojado, dándole una advertencia con la mirada.

—Creí decirte que ella dijo que no lo hicieras —dijo Desiré.

—Lo sé, pero está inconsciente ahora y Camila es mi excusa perfecta, no se preocupen estaremos bien.

—Iré con ustedes —dijo Clemens—. No pienso dejar que te maten sin testigos.

—Bien pueden matarnos a los dos.

—Podrían no matar a ninguno, pero eres terco como tú sólo.

Los dos hombres y una estresada Camila salieron por esa puerta en medio de discusiones, regaños y posibles aventones; dejando en soledad a los otros tres, una inconsciente y otros dos demasiado lúcidos como para sentir la tensión.

Por varias horas no hablaron y simplemente cuidaron de la mujer convaleciente, notando cómo ella recuperaba color conforme pasaba el tiempo. Hacía horas desde que Harsen había salido y no volvía; y Aine no recuperaba el conocimiento.

—Si él se entera, nos matará a los dos —susurró el médico.

—Pero ella ha decidido hacerlo por su cuenta, no puede castigar a todos por las decisiones de Aine —se asustó Desiré.

—Claro que puede, lo sabes bien. —La apuntó Enok—. Se suponía que tú estabas cuidándola.

—¡No podía hacerlo todo el tiempo! ¡Se suponía que tú impedirías que algo malo le pasara!

—Tenemos que decirle, mandar el informe.

—No, Enok, espera un poco —pidió Desiré—. Al menos hasta que ella despierte.

—¡Ella se pondrá furiosa de saber que su padre nos contrató y mandó para tenerla vigilada!

—Lo sé —Desiré estaba tan alterada como él—. Pero de todas formas, la carta tardará demasiado en llegar, para cuando él esté informado, quizá Aine esté felizmente recuperada.

—¿Qué tal si algo peor pasa y no le avisamos?

—No…

—¡Maldición! —se quejó Aine—. ¡Demonios! ¡Como duele!

—¡Aine! —Desiré se acercó y colocó una mano sobre su frente para ver su temperatura—. ¿Cómo te sientes?

—Pésimo —se quejó un poco más—. ¿Dónde está Harsen?

—Él… —Desiré miró hacia Enok.

—Fue a casa de los Sundberg.

—¡¿Qué?! —Aine miró incriminatoria a su amiga—. ¿No te dije que le advirtieras que no debía ir?

—Sí, pero él no ha hecho caso, dijo que tenía un plan.

—¡Un plan mis enaguas! —negó la joven—. Tengo que levantarme ahora.

—No creo que te sea posible —Enok la detuvo y la volvió a recostar en la cama—. Estás malherida.

—Lo sé, ese maldito bastardo me las pagará.

—Aine… tendremos que avisar a tu padre —dijo Enok.

La joven se sorprendió notoriamente ante esto, para después rodar los ojos y maldecir.

—¿Te ha mandado él?

—Sí, se suponía que debía cuidarte.

—Me has salvado la vida, misión cumplida. Si le dices algo a papá, te cortaré la mano.

—Señorita Aine…

—No soy su hija en este momento, soy una más de ustedes, puedo con esta misión, es fácil y estoy cerca, mandar a alguien más sería como si se comenzara de cero.

—Nos matará si sabe que estás herida, Aine. —Rogó Desiré.

—¿Tú también eres parte de esto? —se sorprendió la joven.

—Bueno, no de su cofradía, pero se suponía que tendría un ojo sobre

ti.

—Mi padre es en verdad sorprendente, te contrató después de que te visité la primera vez, ¿cierto?

—Sí, lo siento.

—No, no te preocupes, es lo que él hace —rodó los ojos y suspiró—.

Bien, se harán las cosas de esta manera: no le diremos a mi padre del pequeño incidente y ustedes serán mi apoyo de ahora en adelante, ¡yai!

Los dos chicos se miraron poco conformes, pero, de tener que decirle al *Hombre Siniestro* que su preciosa hija había sido herida y estuvo a punto de la muerte, a no decir nada… sí, mejor le harían caso a la loca señorita que estaba tendida en esa cama.

—¿Hace cuánto que se fue Harsen?

—Varias horas —informó Desiré.

—Demonios, ¿Qué le estará tomando tanto tiempo?

Pasó todavía una hora más hasta que comenzó a escucharse ruido en la planta baja, parecía un verdadero desastre, gritaban y cosas parecían caer al piso. Aine intentó incorporarse, sufriendo en el camino, pero estando lo suficientemente enderezada para cuando todas esas personas entraron a la habitación.

—¡Lili! ¡Por favor, habla conmigo!

La joven pasó corriendo y se encerró en el baño, llorando amargamente en el interior. Aine vio la escena con espanto y esperó a que alguien dijera algo.

—Camila, sal de aquí ahora. Desiré, entra ese baño y ayuda a Lili a lo que sea que necesite. Doctor Enok puede irse, mi tío lo llevará a casa. —

Organizó Harsen y la habitación se vio desalojada en cuestión de segundos, quedando sólo él y Aine en el lugar—. ¿Te sientes mejor?

—Sí —ella bajó la cabeza—. Lamento haberte engañado.

—Una mujer. —Harsen dibujó una pequeña sonrisa—. No sé si sentirme sumamente enojado o sumamente apenado.

—¿Apenado? —la joven frunció el ceño.

—Bueno, digamos que me comporté como si estuviera viviendo con un hombre, tú no eres uno. ¿Acaso viste…? —el hombre negó y dejó salir una sonrisa vergonzosa—. Claro que viste todo, yo jamás he sido demasiado pudoroso ¿verdad?

—Bueno, espero que le ayude para un futuro.

—¿Quién demonios eres? —la miró—. Jamás pensé que una mujer fuera parte activa de la cofradía.

—No es usual, en realidad soy la única vigente, aunque han existido otras

—aceptó.

—Bueno, seguro que eres la más terrorífica de todas.

—Posiblemente.

—¿Por qué salen de la cofradía?

—Porque se casan, tienen hijos u alguna otra tontería romántica —dijo Aine.

—Quiere decir que tú no piensas abandonar nada por una tontería romántica.

—Claro que no.

Harsen asintió un par de veces y exhaló con fuerza.

—Y bien, ¿Cuándo vuelves a casa?

—¿Disculpa?

Harsen se sorprendió.

—Estás en cama, con heridas de bala.

—¿Y eso qué? —dijo a la defensiva.

—Por donde lo veas, no tiene lógica que te quedes aquí.

—¿Por qué? ¿Por qué soy mujer?

—No, porque estás herida y a mí no me sirves de esa forma.

—¡Sirvo más que muchas personas, aún con dos balas en el cuerpo! —

dijo indignada—. No pienso regresar, demostraré mi valía. Si vuelvo ahora, la misión se verá terminada y será a causa de “una mujer”, no de una falla, sino de “una mujer”.

—Entiendo, entiendo —trató de calmarla—, estás peleada con ese estereotipo, aun así, no puedo tenerte aquí.

—Me recuperaré rápido, han sido unos roces, no es nada.

—Claramente. —Él negó rotundamente—. Volverás a casa.

—¡Por favor! —ella casi suplicó cuando Harsen iba a salir de la habitación—. Por favor… nunca he suplicado nada, pero le pido que no me regrese, sé que puedo ser de ayuda, solucionaré su problema, lo juro, moriré si es necesario.

—Hoy casi lo hace.

—Quería salvar a Lili, prometo no ser tan atrabancada la próxima vez, seré cuidadosa, lo haré bien, lo prometo.

—¿Tiene familia, señorita…?

—Aine, me llamo Aine.

—Bien, ¿Tienes familia, Aine?

La joven mordió sus labios fuertemente y negó.

—No, no la tengo.

Harsen sintió una gran tristeza por ella, sabía bien lo que era no tener familia, por esa razón estaba agradecido con su tío Clemens, de no estarlo, se vería desvalido y hubiese crecido entre el horror, como Camila, Lili y seguramente Aine.

Entendía por qué Aine buscaba la aceptación, si acaso concretaban que no era funcional para la cofradía, ella volvería a quedarse sin nada, sola en un mundo en su contra; de hecho, le parecía una forma honorable de trabajar y admiraba al *Hombre Siniestro* un poco más por haber permitido que una mujer entrenara hasta llegar a la maestría para ser parte de su cofradía, era una mentalidad revolucionaría sin duda alguna.

Pensaba aplicar un poco de ello. Las mujeres solían tener una vida

difícil, al ser consideradas el sexo débil, los hombres pensaban que podían abusar de ellas a placer, casi creían que era su deber como mujer el complacerles.

Era una aberración y ya estaba tomando cartas en el asunto para erradicar ese pensamiento, era una de las razones por las cuales Harsen Svensson no era querido y mucho menos aceptado.

—Bien. —concedió—. Pero si vuelves a salir lastimada, no habrá cabida a discusión, ¿entendido?

—¡Oh! ¡Se lo agradezco! ¡No sabe cuánto!

Aine sabía que estaba mal mentir y sabía que se estaba aprovechando totalmente del hombre que tenía en frente. Con el poco tiempo que llevaba de conocerlo, había deducido con facilidad su personalidad y sabía que la dejaría quedar si decía que era huérfana y que, además, pensara que era su forma de sobrevivir. Harsen era un buen hombre, sin duda alguna lo era.

—Puedes descansar aquí —dijo el hombre sin más—. Mañana halaremos de todas las demás mentiras que has dicho.

Aine se sintió culpable, puesto que no había dejado de mentir.

—Está bien.

—Por ahora ya no tienes que vestir como hombre, ni tampoco hablar como uno —Harsen negó—. ¿Era la razón por la que hablabas tan poco?

—En general no hablo demasiado, cuando lo hago, normalmente es porque estoy peleando por algo.

—Entiendo —sonrió burlesco—. Supongo que esto será una locura, ¿Te encuentras bien ahora?

—Gracias por sus atenciones. —asintió la joven.

—Iré a ver cómo está Lili y saldré de aquí, lo prometo.

Harsen caminó hacia el baño y tocó la puerta, pero no recibió contestación alguna.

—¿Qué le han hecho?

—Mejor que no lo sepas —suspiró el hombre.

Capítulo 10

Como Aine había prometido, su recuperación había sido considerablemente rápida, no tenía más problemas para ponerse en pie sola y solía dar paseos para ejercitar su pierna herida; con lo que tenía más problemas era con el hombro, pero se encontraba bastante mejor y aquel incidente había pasado a ser sólo un recuerdo de una noche que fue espantosa para todos.

Lili era la que se encontraba peor, a pesar de que sus heridas físicas no eran tan graves como las de Aine, parecía que la joven había pasado a ser una sombra de lo que era antes, repudiando a su hermana Camila, quien se había vuelto a hundir en sus adicciones tras saber lo que había pasado con su hermana.

Por su lado, Harsen era el hombre más ocupado del mundo, no salía mucho de su despacho, asistía poco a veladas y parecía enfocado en hacer un discurso, el cual solía leer en voz baja o a su tío Clemens, quien pasaba más tiempo en la casa del Svensson.

—Aine —Harsen la miró con sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo que salir —dijo la joven, quien no había dejado de usar sus ropas de varón y su capa negra que solía cubrirle casi toda la cara—.

Volveré pronto.

—Espera. —La mujer se detuvo en el acto y volvió sobre sus pies, mirándolo expectante—. Tengo una idea de cómo ayudarte.

—No necesito ayuda.

—Quizá no, pero esto será útil de todas formas.

—Bien, habla.

—Hay una velada hoy en la casa de los Sundberg.

—Perfecto, aprovecharé para infiltrarme en su casa.

—No creo que sea necesario infiltrarse, puedes ir como mi acompañante, vestida de mujer, claramente.

—¿Por qué haría algo así?

—No puedes ir con esa vestimenta, sería demasiado obvio.

—No. Digo que ¿por qué debo ir como su acompañante?

—¿De qué otra forma podrías entrar?

Aine entendió y asintió.

—¿Quién diremos que soy?

—Podemos fingir que eres alguien importante de otro país, obviamente no se debe de saber que estás en mi casa, lo resolveremos al alquilar una habitación en un hotel o algo por el estilo, incluso podrías decir que estás quedándote con parientes.

—Así que me preguntas, pero ya lo tienes todo planificado.

—Sí, la verdad es que deseo que te acerques a un Sundberg en particular, creo que tiene toda una red de trata de niñas.

Aine asintió muy lentamente y lo miró con seriedad.

—Entiendo, esto no tiene nada que ver con tu caso, quieres meterme en otro problema completamente diferente.

—Va de la mano.

—No lo creo.

—¿Quieres quedarte aquí o no? Bien puedo dar un reporte de lo sucedido y ¡puf! De regreso a tu casa.

Aine lo miró con verdadero odio, no le quedaba otra opción más que aceptar lo que le pedía.

—¿Qué es eso de *puf*?

—No lo sé, ¿magia? —se inclinó de hombros con una sonrisa.

—No hagas tonterías —dijo enfadada—. Bien, iré con usted.

—Perfecto, le daré dinero para que vaya a comprar algo menos…

¿masculino? Ni siquiera puedo decir que es masculino.

—No necesito su caridad.

—Bueno, debido a que será por petición mía, permítame comprarle el vestido, suelen ser caros y no quisiera imponerle un gasto que no tenía planificado.

«¿Pero este quién se cree…?»

Por un segundo se molestó, pero después recordó que Harsen pensaba que era una pobre huérfana desvalida, que no podría darse el lujo de comprarse un vestido como el que se necesitaba para una velada como a la que asistiría. Bueno, si eso era lo que él quería, no era nadie para negar todo un atuendo.

—Bien, ¿a dónde he de ir a comprarlo?

—En realidad, no me parece tan buena idea que vaya en persona, ya sabe, si no tiene otras ropas, llamará demasiado la atención de las personas.

Aine se miró a sí misma, él tenía razón.

—Bien, pero quiero ser alguien importante, necesito joyas también —

dijo con una sonrisa.

—Claro, lo tendré contemplado.

—Quizá con un brazalete y unos aretes… aunque me gustan los anillos también.

—Muy bien, basta de burlarse de mí.

Aine dejó salir una traviesa risilla que él jamás había escuchado o siquiera imaginado. Incluso la misma muchacha se mostró impresionada por lo que había hecho.

—Bueno, me está metiendo en más problemas, lo tomaré como mi pago por la noche, hasta luego.

Harsen compuso una mirada extrañada y siguió con su día lo mejor que pudo. Estaba seguro que los Sundberg tenían mucha basura escondida entre sus faldas de satín y collares de diamantes. Algo en lo poco que le había dicho Lili lo había dejado verdaderamente inquieto.

Eran las cinco de la tarde cuando Harsen llamó a la joven desde su habitación y, en cuanto la vio, le tendió varias cajas para que comenzara a vestirse. Aine se sintió verdaderamente extraña, no estaba acostumbrada a recibir regalos de extraños.

Miró aquel vestido con una ceja despectivamente alzada, como si no terminara de entender el funcionamiento de aquello sobre su cuerpo. Ella solía usar vestidos, pero ese estilo en específico no era de sus preferidos.

Tenía demasiada pedrería, muchos encajes y oropeles, sentía que se perdería en aquellos abultados hombros y cuello cerrado. Aunque, considerando el frío, tampoco se veía nada mal.

—No me termina de agradar —dijo Aine hacia Desieré, quien se encontraba en la habitación con ella.

—¿Qué? —la joven cortesana parecía impresionada—. ¡Es lo último en moda por aquí! Es precioso, Aine, precioso.

—Mmm… —La chica ladeó la cabeza de un lado a otro—. Quizá si hiciéramos unos cuantos cortes…

—¿Qué dices? —Desiré alejó el vestido de ella—. Estás loca.

—Tranquila, sé lo que hago, tengo que dejarme el cuello despejado o sentiré que alguien me está ahorcando. —Le guiñó el ojo—. Miedo adquirido de una mala manera, como dije, cuello despejado si no quieres verme hiperventilando.

—Arruinarás este precioso vestido con tus manos varoniles.

—Mis manos son de muñeca. —Las expuso ante ella—. Las cubría por una razón. Ahora, ¿dónde hay unas tijeras?

—¡No! —Desiré corrió despavorida por la casa del presidente, tratando de que Aine no hiciera desfiguros en tan precioso vestido.

Pero como era de esperarse, Aine la alcanzó, la inmovilizó y tomó el vestido entre sus manos mientras seguía sentada sobre Desiré, a quien incluso la tela le tapaba la cara.

—Sí, un cortesito por aquí, una costura por acá y listo.

Lili abrió la puerta de su habitación, viendo a las dos chicas riéndose y divirtiéndose en el suelo, parecían tan contentas y tranquilas con la vida, que incluso la molestaba. A Desiré la lograba perdonar un poco, sabía de los mundos en los que ella tenía que andar y soportar; pero Aine… ella parecía una muñeca imperturbable ante la vida. La molestaba, la molestaba demasiado al punto en el que sentía escozor en su estómago.

—Bien, vamos a la zona de costura —Aine lo pensó por un momento —.

¿Hay zona de costura en esta casa?

—Claro, al presidente también se le rompen trajes y se le descosen botones —dijo Desiré—. Aunque te invito nuevamente a que no hagas nada al vestido.

—¿Escuchas eso Desiré? —Aine se puso seria y colocó una mano en su oído—: esa soy yo, ignorándote al completo.

—¡Oh! Por todos los cielos, tu no debes hacer esas cosas, por poco sentí que alguien me daba con un machete por la espalda.

Aine rio de su amiga y ambas salieron de aquel pasillo en dirección a las zonas bajas de la casa, donde se encontraba la cocina, las habitaciones de los empleados, la lavandería y la zona de planchado y costura.

Harsen se había bañado, afeitado, cambiado, incluso había recibido a dos personas en el despacho y, aun así, Aine no estaba lista. Entendía perfectamente que tuviera problemas en vestirse como mujer en lugar de hombre, pero…

—Lista. —Lo interrumpió su voz—. Lamento la tardanza, pero hubo que hacer algunos pequeños ajustes.

—Tú… —Harsen estaba impresionado, era otra persona, en realidad jamás pensó que Aine fuera una mujer tan hermosa al estar siempre escondida entre todas esas capas de tela—. En realidad, no tengo palabras, te ves perfecta.

—¿Creías que no lo era? —frunció el ceño.

—Bueno, ¿cómo saberlo si tienes ropas de hombre todo el tiempo?

Además, ¿He de recordarte que no te bañabas?

—Creo que ahora entiendes las razones de ello.

—Podías encerrarte de vez en cuando, nadie te hubiera culpado. —Le echó en cara, acomodando la mancuerna en su muñeca—. Creo que la verdad es que te gusta estar sucia.

—Contigo es más que imposible tener privacidad.

—Quizá tengas razón —sonrió—. Aunque ahora que lo recuerdo, tú disfrutaste bastante de mi falta de privacidad.

—¡No era como si me gustara verte o pudiera evitarlo!

—Claro, pero jamás vi que apartaras la vista.

Tenía razón, Aine no podía evitar mirarlo cuando él caminaba desnudo por la habitación, era curiosa y el cuerpo de Harsen era muy diferente al de ella, se trataba de convencer que era simple curiosidad biológica, un aprendizaje que buscaba obtener.

—Como sea —cambió de tema—. Estoy lista, nos vamos.

—Claro mandona, como digas.

Desiré sonrió y miró hacia un mozo que parecía tan divertido como ella con la situación, esperaban que nada saliera mal en esa noche, sobre todo, al ser la primera vez que Aine era vista como mujer y era una mujer preciosa.

Aine notaba la intensa mirada que el presidente tenía sobre ella, era más que obvio que no podía creer que en serio fuese mujer y eso la divertía más de lo que debía, pero había cosas más importantes en las qué pensar.

—No haré ningún trabajo extra sin algún tipo de información.

Harsen asintió levemente. La carroza se había sumido en un silencio que no parecía incómodo, Harsen estaba acostumbrado al mutismo de Aine y ella, estaba habituada a no hablar.

—Bien, tengo interés en el hijo mayor, su nombre es: Viggo Sundberg, creo que tiene algo entre manos.

—Más específico *Niño Mimado*, yo no trabajo con medias tintas —dijo tranquila, mirando por la ventana.

—Bien, creo que captura niñas y las manda a prostíbulos. —Aine volvió la mirada con rapidez—. Claro, pero antes las viola junto con la bola de idiotas que tiene como hermanos. Incluso creo que las manda a… personas de alto estatus para satisfacerlos.

La joven sintió una acentuada repulsión y ganas de vomitar sobre el bonito vestido que le habían comprado; pero en su faz no demostró nada, simplemente asintió y aceptó la misión.

—Vale, ¿qué debo de hacer?

—Eres una mujer hermosa, él seguro…

Aine lo miró furiosa.

—¿Piensas usar mi belleza para atraer a un imbécil?

—Eh… ¿sí?

—Bien, estoy de acuerdo —aceptó la joven, quitando la furia de su rostro y relajando al hombre frente a ella—. No sé si sea el tipo de mujer que le guste, a pesar de ser *hermosa* como ha dicho, soy más bien…

—¿Masculina, bestial, prácticamente muda, intransigente y una asesina a sueldo?

—Iba a decir poco femenina —entrecerró los ojos—. Pero ya que ha enlistado todo eso, pues sí, también lo soy.

Harsen mostró una sonrisa encantadora y brillante.

—Lo harás bien, seguro que en la cofradía también los enseñan a improvisar y actuar un poco.

—Sólo un poco de ambas.

—¿Sabes? Hablas más cuando eres mujer.

—No tengo que fingir mi voz cuando soy mujer.

—Me gustaba tu nombre de cuando eras varón. Creo que de repente te diré de esa manera ¿te molesta?

—¿Te gustaría que te dijera Rosa?

—Bueno, yo no me he inventado ese nombre, pero me llamas *Niño Mimado* cada que se te da la gana.

—Es porque soy una asesina a sueldo, así que deberías dejarme decir lo que se me da la gana.

—¿Por qué crees que no te cuestiono en nada? —dijo risueño y nada complicado en aceptar que la respetaba por ello.

—Y aun así, te has hecho de valor como para ordenarme hacer esta misión. —Lo miró de reojo.

—Te la sugerí —le recordó— y tú aceptaste.

—Pero claro.

Harsen miró por la ventanilla y suspiró al ver la mansión de los Sundberg, recordando nítidamente aquella noche en la que había recogido a Lili de ahí. La pobre chica había salido tan traumada de ese lugar, que no

podía dirigirle ni una mirada, mucho menos hablar con él, probablemente con ningún hombre.

—Llegamos —indicó—. Recuerda que son personas peligrosas, si sospechan de ti, no dudarán en querer matarte con tal de que no abras la boca nuevamente. Si te ves atrapada en cualquier clase de peligro, búscame inmediatamente, no puedes actuar como águila en esta casa, ni siquiera defenderte un poco.

—Sé que no puedo actuar como un águila, no soy tan tonta.

—Pero sé que si te ves en la necesidad, no podrás evitarlo, por eso te lo advierto, Aine.

—Bien, estaré al pendiente de ello.

—Ellos no sólo pueden querer matarte, sino que harán lo que sea necesario por llevarte a la cama y te aseguro que ahí no habrá deleite alguno para ti.

Aine lo miró sorprendida y apenada, seguro que, si él supiera la clase de mujer que era en realidad, no se tomaría esas libertades de discurso; pero dado a que ella misma se había adjudicado la baja cuna y la falta de educación, incluso de decencia, no podía sorprenderse porque le hablara de esa forma.

—Sé cómo cuidar de mí misma.

—Lo sé, ahora, a fingir.

Aine asintió un par de veces y bajó de la carroza siendo ayudada por la firme mano del presidente de Suecia. Lo había notado desde antes, pero Harsen tenía unas manos perfectas, por alguna razón ella siempre había tenido una fijación con las manos de los hombres, desde que era una niña notó que su padre las tenía bonitas y sus hermanos igual.

Harsen era el primer hombre que ella creía que tenía las manos agradables, protectoras y fuertes como las de los hombres de su familia.

Nunca antes había encontrado tal similitud, o podía ser que era el primer hombre que llamó su atención.

Capítulo 11

Harsen se encargó de escoltar a la hermosa dama que era aquella mortífera águila. Le costaba un poco de trabajo imaginar que toda esa belleza se escondiera debajo de esas ropas flojas y la capa. Decir que lo había dejado deslumbrado era poco, la chica tenía una figura espectacular, seguramente adquirida por todo el ejercicio que le era necesario hacer. Su piel era hermosa, blanca y tersa, con pequeñas pecas decorando la zona de su nariz y mejillas. Sus ojos eran azules como los zafiros mismos y tenía largas y negras pestañas. Sus cabellos eran oscuros, ondulados y largos hasta su cintura. Tenía toda la pinta de ser una princesa.

—Bien, ¿cómo he de presentarme? —susurró la joven mientras caminaban en la fila que había para saludar a los anfitriones de la velada.

—Tratemos de evitar el tema de tu familia en todo lo que sea posible, será meternos en más problemas.

—Claro, una muchacha desconocida colgada del brazo del presidente, suena genial.

—Compórtate, por favor.

—Sé comportarme.

La pareja sonrió fingidamente cuando estuvieron frente a las hermosas figuras que eran los dueños de la casa y del título de marqueses de Sundberg. A todas luces eran aristócratas refinados, elegantes y garbosos.

—Señor presidente, es un gusto verlo de nuevo en veladas, escuché que tenía demasiadas ocupaciones recientemente. —La mujer de Sundberg era preciosa, alta, delgada y con cara pequeña y afilada—. Creo que los rumores son más que ciertos.

—¿Rumores? —frunció el ceño Harsen.

—Claro, de que una mujer había robado al completo su corazón. —La señora Sundberg miró a Aine con detenimiento y una sonrisa—. Es hermosa, sin duda alguna.

—No seas maleducada, mi amor —sonrió el marqués, haciendo a un lado a su esposa para posarse él—. Señor presidente, lamento hacerlo esperar en la puerta, entenderá que mi mujer ansiaba su presencia y la de la dama.

Los ojos de aquel hombre eran perversos, malvados, se notaba que escondía un brillo lascivo hacia toda mujer que se posara frente a sus ojos, seguro que para ese momento, estaría imaginando a Aine desnuda.

—Es un honor estar frente a ustedes, mis señores. —Aine se adelantó al notar que Harsen se quedó sin palabras—. Lamento haber venido sin invitación alguna, mi nombre es Aine Hamilton.

Sabía que muy pocas personas conocían el verdadero apellido de su familia, más bien, de su padre. En la mayoría de lugares lo nombraban como hasta ahora lo nombraba Harsen: *el Hombre Siniestro*. Era su apodo más común y con el que toda su familia se protegía y se escudaba en lo que le fuera posible.

—Me parece que tiene un acento ruso, pero su apellido…

—Ah… claro, soy medio rusa, pero mi padre no lo es.

—Sí, claro, tienes los rasgos hermosos de tu raza —asintió la mujer con algo de envidia—. Espero que disfruten de la fiesta.

Harsen se introdujo al lugar, notando que las miradas se posaban rápidamente sobre ellos. Definitivamente no había calculado bien la situación. Todo parecía confabular en su contra: no había salido desde que Aine había sido herida, lo cual podía dar a especular; además, un médico la había revisado en su casa, más específicamente en su cama y claro, los empleados hablaban, era obvio que se pensaría mal de la situación.

—Estamos atrapados —susurró más para sí que para Aine.

—Mmm… relájese, no está pasando nada.

—¿Cómo puede decir eso? —la miró—. ¿No se da cuenta de que piensan que es mi amante?

—Sí, seguro que eso es lo que están pensando —Aine tomó una copa de vino de una charola que llevaban un mesero y sorbió con increíble calma.

Estaba meditando la situación.

—¡Es una locura! Tenemos que irnos de aquí.

—Eso hará más obvio que está huyendo.

—No sé tú, pero yo tengo una reputación que conservar.

—Por favor, es un mujeriego, una más a su lista no hará daño.

—No. No tengo una predilecta, los hombres pueden tener mujeres, pero nunca una en particular, eso es peor, es pésimo.

—Tranquilícese.

—Aine…

—Alguien se acerca a nosotros, cállese.

—¡Harsen! —sonrió un hombre apuesto y elegantemente vestido—. Veo que has traído a la damita en cuestión.

—Sí —Harsen meneó la cabeza un poco—. Ella es Aine.

—Aine… una mujer preciosa, muy hermosa en verdad.

Los penetrantes ojos de aquel caballero eran oscuros y preciosos, era alto, fuerte, con una barba cerrada y una nariz algo tosca, seguro había recibido algún golpe en ella, pero eso no hacía que su belleza menguara, de hecho, le daba carácter y una persencia más varonil.

No era el tipo de hombre que llamaría la atención de la joven, pero debía aceptar que llamaba la atención de forma placentera.

—¿Y usted es, mi señor? —Aine sonrió con una fingida timidez, sorprendiendo al mismo Harsen.

—Mi nombre, hermosa dama, es Viggo Sundberg.

—¿Hijo de los marqueses?

—Así es.

—Bueno, es todo un placer.

—Digo lo mismo —sonrió galante.

Harsen hubiese querido llevarse a esa mujer de ahí, podía leer el peligro en los ojos de Viggo y eso no le agradaba. Lastimosamente fue requerido rápidamente por varios parlamentarios; para cuando se dio cuenta, ella no estaba a su lado. Suspiró. Esperaba que supiera lo que estaba haciendo.

Aine caminaba junto al galante señor Viggo Sundberg, parecía totalmente fascinado por ella, pese a que, como era costumbre de la joven, hablara muy poco y analizara más de lo debido a todas las personas que había a su alrededor.

—Veo que tienes ojos inquisidores, princesa.

—No soy una princesa.

—No, pero al estar con nuestro presidente, casi lo eres. —Aine lo miró a la defensiva y siguió caminando—. No quería ofenderte, como es obvio, trato de congraciarme y decirte que, así como Harsen es un buen partido con el cual salir, yo también lo soy, señorita.

—Claro, me puedo dar cuenta de ello, señor —sonrió—, pero resulta que no soy lo que piensa, no puedo cambiar de un hombre a otro con esa facilidad.

—Te aseguro que conmigo estarás bien protegida, te llenaría de lujos y ese vestido que traes puesto, sería tu normalidad de vida —galanteó

—.

Svensson es un hombre importante y es verdad que tiene dinero, pero su

mandato acaba en unos años, conmigo los beneficios son para siempre, eso te lo aseguro.

—Pensé que los Sundberg estaban teniendo problemas últimamente —

picó Aine.

—Pero, ¡Qué dices! —negó—. ¡Estamos mejor que nunca!

—¿En verdad?

—Hemos abierto nuevos negocios, unos que son bastante fructíferos —

sonrió de lado—. No te imaginas lo que una mujer hermosa puede hacer en este mundo.

Aine sintió verdadero asco ante esa frase, poco le faltó para dispararle, ojalá pudiera borrarle esa sonrisa estúpida.

—¿En verdad? —fingió inocencia—. ¿Cómo qué?

—Los hombres suelen volverse locos por las mujeres hermosas —le rozó la mejilla—. Y eres una mujer hermosa.

—¿Eso crees?

El hombre sonrió de lado y su mirar se llenó de perversidad, Aine sintió pavor cuando de pronto él la tomó de la cintura y la pegó a una pared, lo que parecía una pared, pero que en realidad era una puerta oculta en el tapiz, llevándola a otra habitación.

—¿Qué cree que hace?

—No creo que Harsen le importe compartir de la belleza rusa ¿o sí? —

sonrió de lado, tratando de elevar el vestido.

—¡Suélteme!

—Para eso estás hecha, preciosa, para complacer a los hombres, además que es obvio que ese es tu trabajo, ¿cierto?

—¡He dicho que me suelte! —Aine lo aventó con fuerza, notando la ira en la mirada del hombre—. ¿Cómo se atreve a faltarle el respeto de esa forma a la esposa de su presidente?

—Que usted… ¿Qué? —se sorprendió y casi dio un brinco con tal de alejarse de ella—. ¿Esposa?

—Sí, señor —dijo molesta, acomodando sus ropas—. Esposa.

—Yo… mis más sinceras… lo siento, yo pensé…

—¿Creía que un hombre como él traería a cualquier cortesana a una velada tan importante como la de los Sundberg? —negó con una fingida molestia y orgullo herido—. Que sepa, no lo ha hecho nunca, no veo por qué comenzaría de la nada.

—Entonces… cuando él se ausentó fue, fue por…

—Estábamos recién casados, él tenía que trabajar, pero al menos me dedicaba la mayoría de su tiempo libre al estar en casa.

—Claro… claro, sí —negó el hombre, parecía en verdad confundido o quizá, muy atemorizado.

Aine dudaba que le tuviera miedo a ella, en esos momentos, era una mujer y, por la visión que tenía ese hombre de su género, seguro jamás se le pasaría por la cabeza pensar que era alguien a quien temer. Tenía que ser por Harsen, pero la joven no podía ver al simplón del señor Svensson como alguien a quien temer, mucho menos de quien preocuparse.

Él era más bien tranquilo y relajado, un líder innato que las personas seguían por sus buenas vibras, don del habla y carisma.

—Sigo esperando su disculpa, señor.

—¡Claro! Lo lamento señora, ha sido un error, jamás debí insinuarme a una mujer casada de esa manera.

Aine pensaba que no debía de hacerlo con ninguna mujer, él no parecía estar preguntando, sino más bien exigiendo. Seguía considerando que era una lástima que tuviera que actuar como una dama, sino, ese hombre ya tendría una oreja menos.

—Regresaré a la velada ahora, si me disculpa.

—Señora. —Viggo le había tomado el brazo con presura—. Conviene

que esto quede entre nosotros.

—¿Disculpe?

—No querrá que su marido piense que es usted una coqueta que se ha atrevido a insinuárseme hasta hacerme pensar que quería algo más conmigo.

—¿Yo hice eso?

—Será su palabra contra la mía —le dijo seriamente—. Sabemos qué palabra tendrá más peso.

¿Qué decía una oreja? ¡Le cortaría el cuello! Un tipo como él no merecía seguir respirando. Comprendía que no podía hacerlo, parecía ser que Viggo Sundberg era alguien importante, seguro que notarían su ausencia en seguida… debía encontrar otra manera de deshacerse de ese insecto.

—Es usted un patán.

Aine tomó sus faldas y salió de ahí con presura.

Se recostó sobre la primera pared que tuvo al alcance y colocó una mano sobre su estómago, dándose cuenta que había estado asustada, tuvo verdadero miedo y ese era el motivo principal por el que había mentido.

Sonrío al pensar en la cara de Harsen cuando se enterara, seguro la mataría, al menos, querría hacerlo.

Mientras ella caminaba en busca del hombre con el que había llegado a la velada, pudo escuchar con nitidez como el rumor comenzó a expandirse como una enfermedad por todo el salón, al punto en el que el chisme encontró Harsen antes que ella. Lo supo por la mirada incriminatoria que le dirigió en cuanto la vio.

—Hora de irnos —la tomó del brazo e hizo por sacarla de la velada cuanto antes.

—¡Señor Presidente! —Canturreó la marquesa—. No me diga que se va tan rápido, si apenas nos estamos enterando de que la preciosa dama es en realidad su esposa, debió decirlo antes.

—Lamento nuestra pronta salida, marquesa, pero la veremos en la velada de los Larsson.

—Por supuesto, querido, ahí nos veremos.

Aine sonrió con gracia hacia la mujer, antes de ser prácticamente jalada por Harsen, pero ¿qué clase de marido había adquirido? Sonrió, en verdad que lo había hecho enojar.

Cuando subieron en la carroza, Aine pensó que comenzaría el desplegado de maldiciones y regaños, pero Harsen se mantenía serio, distante, quizá estuviera pensando en la forma correcta de tomarla desprevenida para lograr asesinarla.

—¿Por qué la mentira? —dijo tranquilo.

—Me vi en la necesidad de decirla.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Qué bueno. —Calló por unos segundos y luego vino la reacción que Aine llevaba esperando todo el camino—: ¿¡Estás acaso demente!?

¿Casados? ¡¿Estamos casados?!

—Bueno fue lo primero que se me ocurrió, ¿de qué otra forma me soltaría ese depravado? ¿Quería que lo matara en ese momento? Dudo que le pareciera mejor.

—Tú… —parecía fuera de sí, hablaba con la ira contenida en su garganta

—. No sabes en lo que te has metido.

—¿Qué más da? Hará las cosas más sencillas, así podré quedarme en su casa sin que nadie me moleste. Por cierto, parece que lo tienen más que

vigilado, tendremos que poner medidas para ello, no pueden seguir informándose sobre mí.

—No entiendes nada —se mofó, parecía en verdad enojado.

—Es sólo fingir —le dijo obvia—, no pasará nada.

—No, cuando finges ser la esposa de cualquier otra persona, queda como nada —la miró—, cuando finges ser la esposa de un presidente, entonces sí que es algo, entonces eso se hace realidad.

—¿Sugieres que me case contigo?

—No, tú hiciste que tuviera que casarme contigo.

—Estás de broma.

—No. —La miró desesperado—. Soy el presidente, la opinión del pueblo me es todo, todo lo que haga o diga, tiene que tener un respaldo, incluso mi matrimonio es algo grande y si lo tengo, debo demostrarlo, con papel y todo.

—Oh, suena complicado —dijo tranquila.

—¿Por qué demonios estás tan serena?

—Relájese —rodó los ojos—. Nos casamos y nos divorciamos ¿qué más da? Yo me iré de aquí y usted se volverá a casar, puede inventar lo que quiera, nadie que me interese lo sabrá de todas formas.

—Dios mío, dame fuerza —negó—. No me puedo divorciar tan fácilmente, menos durante mi periodo de mandato.

—Bueno, cuando se acabe mi misión, me marcho y usted guarda las apariencias un rato en lo que todos le sugieren divorciarse por su esposa malvada que lo abandonó. Listo.

—Para usted todo parece tan sencillo —la miró con odio—. Te mataría en este momento si pudiera.

—Antes lo mato yo.

—Eso lo sé bien —dijo enojado—. Por eso me da más coraje.

Aine sonrió al ver que él también dejaba salir una sonrisa ante lo último mencionado, estaban en un aprieto, pero parecía ser la única salida de momento, ya no debían pelear por eso, un divorcio no debía ser la cosa más grave del mundo, sobre todo, cuando Aine sugería que sería la que se marcharía, dejándole el camino libre a él para volver a formar su vida.

En realidad era una mujer muy rara, no podía creer que se tomara con tanta simpleza un matrimonio y mucho menos un divorcio. Aunque tal vez tuviera que ver con la mentalidad de la joven de no querer casarse y mucho menos tener hijos, tal vez por eso no le interesara tener un papel de divorcio

en su haber. Siendo así, para él mejor, podría funcionar, sería mucho

más fácil que ella se infiltrara en fiestas y veladas si iba de su brazo, con la fachada de ser su esposa.

Capítulo 12

—¿Casados?

—Sshh —Aine tapó la boca de Desiré—. No tienes que parecer tan sorprendida, se supone que llevamos todo el tiempo de mi convalecencia estando casados y en la luna de miel.

—Oh seguro estás loca —negó la joven—. Tu padre te matará y a todos nosotros también.

—Harsen no sabe quién es mi padre.

—¿Qué?

—Sshh —volvió a pedir con nerviosismo—. No debe saberlo o se echará para atrás, incluso ya hemos firmado los papeles necesarios, seré la señora de Svensson por un tiempo.

—Por Dios Aine, estás frita, totalmente frita, ¿Has firmado con tu nombre real?

—Naturalmente, me pidieron mi pasaporte para verificar que fuera verídico todo el asunto, parece ser que cuando te casas con un presidente, las cosas son muy serias.

—¡Aine! —le tomó la cara—. No estás dimensionando.

—Es una tontería —le apartó las manos—. Casados y divorciados, listo, todo acaba.

—Por Dios, eres un caso perdido.

—¿Por qué todos dicen eso?

—¿Por qué crees? —suspiró Desiré—. Bien, ahora eres una Hamilton casada, está bien, no son los únicos Hamilton en el mundo ¿verdad? Hay más.

—Claro, pero somos los más reconocidos, hasta donde yo sé.

—Puedes ser una Hamilton cualquiera.

—Claro que lo soy —sonrió—. Una Hamilton de Estados Unidos, ¿Qué

te parece?

—¿No has dicho que eras rusa?

—Dije que era medio rusa y no mentí, mi madre es de allá —se inclinó de hombros—. Mi padre es inglés, pero bien podría ser de Estados Unidos,

¿no?

—Agh, dame fuerza.

—Relájate, no entiendo por qué todos se estresan, incluso Harsen está estresado y eso que él es el alma más relajada que he visto en el planeta tierra.

—Tiene razón de estarlo.

Se recostó en aquel sillón y miró el techo alto de la casa del que se había convertido repentinamente en su marido. Sonrió al recordar su mirada de odio durante todo el trámite de matrimonio, seguro que la desearía muerta.

—Aine —la voz de Harsen era seria y cortante desde que firmó los papeles de su sentencia—. Ven conmigo.

La Hamilton se puso en pie y caminó detrás de su marido con una sonrisa contenida, verlo tan furioso le era demasiado divertido, ¿Debía sentirse mal por divertirse a su costa?

—¿Qué pasa?

—He mandado comprar algunas cosas para ti, pero no sé tus tallas y preferencias de colores, así que el diseñador está aquí. —Indicó una habitación—. Por favor, que sea rápido, tenemos que atender la comida de los Nilsson.

—Pero qué amable.

—Trata de no divertirte demasiado con esto. —Le indicó, apretando sus sienes con fuerza—. Me das dolor de cabeza.

—Lo lamento, es que jamás te había visto tensionado en todo el tiempo que llevo de conocerte.

—Y yo no te había visto una sonrisa. El mundo está lleno de sorpresas

¿verdad? —el hombre dio media vuelta y se marchó.

Sabía que estaba molesto, probablemente estaría molesto por mucho tiempo, pero era una tontería que ella lo estuviera también. La cosa era, que para Aine no era algo tan grande, simplemente era un matrimonio que acabaría al poco tiempo.

Hizo lo que Harsen le dijo y eligió telas, zapatos, estilos de vestidos y sombreros. Todo lo necesario para que la esposa del presidente estuviera a la altura de su título. Debía admitir que no era algo que le apasionara, pero cuando la ponían a hacerlo, lo hacía bastante bien.

Aine bajó las escaleras a eso de las cuatro de la tarde, la fiesta a la que asistirían sería a las cinco, estaba a tiempo para ver a Harsen antes de que tomaran camino hacia la casa de los Svensson. Lastimosamente, estaba

ocupado en su despacho y ella se vio en la necesidad de esperar pacientemente en el recibidor, donde intentaba ignorar la mirada de Lili sobre ella.

—¿Tienes algo que decirme? —le dijo amablemente.

—Oh —la joven se escondió detrás de la cortina, pero al final, salió de ahí y se posó frente a ella—. Me enteré de que tú en realidad eres la esposa de Harsen.

—Sí.

—Eres… eres muy bonita.

—Gracias.

—¿Por qué no duermen juntos si es que están casados?

—Ah, bueno linda, es normal en mis tierras tomar habitaciones separadas, es más cómodo, lo notarás cuando te cases —sonrió Aine.

—Yo no podré casarme —dijo seriamente—. Me violaron, así que nadie querrá una esposa como yo, ni tampoco lo quiero.

—Claro. —Aine se sintió avergonzada por hablar sin pensar—. Lili, puedes hablar conmigo si lo deseas, soy buena escuchando, puedo ayudarte.

La mirada de la adolescente se ensombreció por varios segundos, para después poner una sonrisa angelical y asentir.

—Sí, espero en un futuro ser amigas.

—Claro que sí. —Sonrió Aine—. Puedo ser tu amiga.

Lili asintió y miró a sus lados.

—¿En serio te gusta Harsen?

—Bueno, sí, claro que me gusta.

—¿Por qué? —volvió su seriedad—. Es un hombre, los hombres son depravados.

—Oh, Lili, él es bueno, ¿recuerdas que fue él quien fue por ti? Harsen en realidad te aprecia.

—Fue por mí hasta que ellos ya habían hecho lo que querían conmigo —

dijo la joven—. Sé que hubo alguien que intentó salvarme antes, ¿fuiste tú?

Aine sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal y negó.

—No linda, lo siento, no tengo forma de haberte podido rescatar — sonrió de lado.

—Pero tú estabas lastimada cuando llegué aquí —le hizo ver Lili—. La persona que intentó salvarme también resultó herida, yo lo vi y ese tal Liam ya no está y en cambio, estás tú.

—Bueno, te lo voy a explicar. La verdad es que no quería casarme con Harsen en un inicio, vine aquí fingiendo ser otra persona, ese tal Liam, pero me enamoré de él en el camino.

La jovencita la miró por prolongados momentos, como si quisiera descubrir la mentira en la cara sonriente de Aine. Lo cual sería imposible, la joven era una increíble mentirosa, como lo podían llegar a ser todos sus hermanos.

—Me parece un plan… tonto. Puesto que estaba todo el tiempo con el señor Harsen, incluso dormían en la misma habitación —le hizo ver.

—Lo sé, me pasé un poquitín con mi actuación, pero te aseguro que yo no sabría mover ni un dedo para intentar rescatarte, aunque en verdad me apene lo que te pasó.

—Sí, no te ves muy fuerte que digamos, pero... —apretó los labios con fuerza—. No lo sé, ¿por qué Harsen te aceptó? ¿Cómo no podría reconocer a Liam si era su amigo?

—En realidad, nunca fue su amigo, me presentaba así para que no hicieran muchas preguntas, pero la verdad es que me recogió en la calle para ayudarme. —Siguió mintiendo.

—Claro, Harsen jamás dejaría a un desvalido de lado.

—Así es y me obligaba a dormir en su misma habitación debido a que quería tenerme vigilado de que no fuera a hacerles daño a ustedes o a alguien más. ¿Ves? Es bueno, se preocupa por todos, no debes generalizar.

—Quizá… —la chiquilla mordió sus labios—. Me hubiera gustado pensar que tú quisiste salvarme de alguna forma.

—Pero el que no haya sido yo en ese momento, no impide que quiera protegerte ahora.

—¿Por qué querrías protegerme?

—Porque eres una niña y nunca debiste sufrir lo que has sufrido —dijo molesta en verdad.

—Tú… ¿me quieres?

—Claro que lo hago, no podría ser de otra forma Lili.

Ella sonrió con dulzura y asintió, pero cuando levantó la vista y vio a alguien venir por el pasillo, la joven tomó sus faldas y salió corriendo del lugar como una posesa.

—¡Lili! —Harsen intentó detenerla, pero la joven simplemente había desaparecido rumbo a las cocinas de la propiedad. Él regresó la mirada

hacia Aine y elevó una ceja, marcando su pregunta en ese pequeño gesto—.

¿Qué te ha dicho?

—Parece que odia a todos los hombres. —Aine dio un suspiro—. Y creo que piensa que he sido yo quien la salvó.

—No es nada tonta, hay demasiadas coincidencias en ese día.

—Lo sé —suspiró—. Pero es peligroso que lo piense.

—Tendrás que quitarle la idea de la cabeza —Harsen se miraba por uno de los espejos que había en el recibidor. La joven pensaba que se hombre era demasiado vanidoso, a su ver, estaba más que perfecto—. Conmigo ya ni siquiera habla.

—Es normal, ha sido víctima de uno de ustedes.

—Fui por ella. —La miró ofendido por la acusación.

—Sí, pero piensa que dejaste que ellos abusaran de ella antes de rescatarla. —Harsen mostró su impresión ante las palabras de la mujer —.

No tiene por qué ser verdad, simplemente está consternada y decepcionada en este momento.

Harsen suspiró y frotó sus ojos con dos de sus dedos.

—No sé qué hacer para hacerla sentir mejor, yo…

—Has hecho todo lo que está en tu alcance, ahora que puedo estar abiertamente aquí, podré ayudarla también.

Harsen apartó la mano de sus ojos y la miró con gracia.

—¿Otra habilidad de las águilas?

—Creo que esa es personal, entre mujeres podemos entendernos un poco más.

—Espero que así sea.

—¿Te preocupa?

—Sí, más de lo que te imaginas.

Aine asintió un par de veces y lo miró.

—Me ha preguntado sobre nuestro matrimonio.

Harsen la miró con seriedad

—¿Qué has dicho?

—Nada, pero ella tiene preguntas sobre por qué dormimos separados.

—

Aine se encogió de hombros con gracia y sonrió abiertamente—. Saqué mi mejor carta: dije que en mi país estamos acostumbrados a dormir por separado.

Harsen entonces sonrió y vio una forma de molestarla.

—Quizá, pero aquí eso no es usual.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, querida, que tendrás que comenzar a dormir conmigo, como una legítima esposa debe estar.

—¿Qué? Está bromeando, ¿verdad?

—No. Además, no veo por qué se estresa, ya antes dormía en mi misma habitación, incluso creo recordar que me ha visto desnudo en más de una ocasión… —el hombre pareció pensar algo y sonrió—. Incluso creo recordar un momento en el que entraste mientras yo estaba ocupado con…

—¡Está bien, basta! —Elevó una mano hasta colocarla cerca de los labios de Harsen, pidiendo silencio—. Deje de molestarme, ¿bien? Sabe las razones por las cuales mentí.

—Claro. —Sonrió alegre al ver que había sido el turno de ella de sufrir un poco—. ¿Nos vamos?

—Por favor.

Harsen extendió el brazo y dejó que ella colocara su mano para escoltarla hasta la carroza que los llevaría a casa de uno de sus más arraigados adversarios.

—Bien, tienes que poder fingir ser una esposa —dijo Harsen—. ¿Qué tantos modales tienes?

—Los necesarios como para no escupirte en la cara por preguntármelo —

dijo la joven.

—Bien, nada de armas, nada de amenazas, nada de frases inteligentemente malvadas, sé una mujer normal por una vez en tu vida

¿vale?

—¿Te encuentras estresado *Niño Mimado*?

—No sabes cuánto —asintió—. El día de hoy será tu verdadera presentación en sociedad, la vez pasada, en casa de los Sundberg, has sido una sorpresa, pero hoy los ojos estarán puestos en ti todo el tiempo.

—Tranquilo, sé comportarme, aunque no lo creas.

—El día que te conocí me amenazaste con una daga.

—Si más no recuerdo, quería demostrarte un punto del cual tú tenías dudas.

—Claro —Harsen apretó su nariz entre su pulgar y su índice—. No quieras demostrar puntos ahora.

—Está bien, *Niño Mimado*, todo estará bien.

—Lo dudo.

Harsen dio un vistazo al exterior y asintió, era el momento de bajar, pero él parecía poco convencido de hacerlo. Aine rodó los ojos y abrió la puerta de la carroza, invitándolo a moverse.

Él obedeció con pocas o nada de ganas, bajó de la carroza y estiró una mano para que Aine la tomara, la joven apretó con dulzura aquella palma y miró a sus alrededores con una expresión de asombro que seguramente no sentía.

Caminaron juntos hasta la entrada, donde los señores Nilsson los esperaban con caras sonrientes y ojos brillantes.

—¡Oh! ¡Señor presidente! —se adelantó la señora Nilsson con un escotado vestido bastante fuera de moda, pero convenientemente incitador

—. Me alegra que pudieran venir.

—Es un placer ser invitado, señora Nilsson, supongo que habrá oído sobre mi esposa —adelantó a Aine, quien sonreía hermosamente y se inclinó a modo de saludo.

—Es un placer, señora Nilsson, he oído hablar mucho sobre ustedes de labios de mi marido —Harsen elevó la mano y la posó sobre la que

ella tenía en su brazo, dándole un fuerte apretón que Aine resistió con una sonrisa.

—Espero que no hayan sido cosas malas, es verdad que mi esposo y el señor Svensson tienen opiniones diferentes, pero eso no nos hace menos amigos, ¿cierto señor?

—Cierto. —asintió Harsen, mirando a su esposa con advertencia en la mirada—. Tenemos tiempo de conocernos.

—Pero pasen, verán que se sentirán muy cómodos en la casa, los sirvientes llevarán sus cosas a las habitaciones de visita.

—¿Perdone? —Harsen regresó sobre sus pasos—. No se me ha informado que sería una velada de esa índole.

—Oh, sí, querido. Resulta que mañana es la gran cacería y mi esposo ha pedido que los invitados se queden esta noche, estoy segura que lo avisé en la invitación.

«¡Maldición!» pesó Harsen. Era más que obvio que sospechaban de la extraña unión. Tenía que encontrar una manera de evitar quedarse ahí, era necesario que encontraran una excusa para que pudieran marcharse.

—Nos será un placer quedarnos —Aine se inmiscuyó de pronto—, aunque no estemos preparados para ello, mandaré de inmediato al mozo para que traigan lo necesario.

Harsen miraba a esa mujer como si estuviera volviéndose loca, ¿Acaso no pensaba? Le provocaría un paro cardiaco si seguía haciendo lo que le placía, debería poder matarla, era más enerve que él. Pero sabía que eso no sería impedimento para Aine, pese a ser de una constitución más débil, seguro podría derribarlo y matarlo antes de que él siquiera lo pensara.

—Eso es fantástico querida, pero no sólo para un día, para varios, no todos los días se puede tener al señor Presidente siendo tan consecuente con las peticiones de sus adversarios políticos.

—¿Nos disculpa? —sonrió Harsen, llevándose a Aine hasta un lugar remoto donde pudieran hablar—. ¡¿Enloqueciste?!

—Mmm… no del todo, pero me considero en buen camino.

—¿Por qué aceptaste? ¿No entiendes nada *Mujer Bestia*?

—¿Mujer Bestia?

—¡Nos están poniendo a prueba! —negó y comenzó a caminar por el pasillo desolado—. Saben que el matrimonio es una farsa, era más que obvio, ¿Por qué me casaría yo en secreto? No tengo razones, mi boda sería motivo de regocijo entre la gente, ahora ellos piensan que es mentira.

—Bueno, entonces son dos cosas por las que nos hemos quedado —dijo Aine con tranquilidad.

—¿Y ahora qué demonios estás sugiriendo?

Harsen la miró por largo rato, parecía no terminar de comrpender lo que esa mujer tenía en la cabeza. Para ese momento, él en verdad pensaba que hacía todo por molestarlo, si ese era su objetivo, ¡Vaya que lo estaba cumpliendo!

—Bueno, en primer lugar, yo tengo que quedarme aquí para investigar

¿entiende? —sonrió—. Y en segundo, podemos hacer que esa duda desaparezca de su cabeza.

—¿En verdad? —sonrió sin ganas y meneó la cabeza—. Tú y yo nos odiamos, de hecho, creo que jamás había odiado a una persona tanto como te odio a ti.

—Claro, sé que me he impuesto en una que otra cosa…

—¿Una que otra? —interrumpió histérico—. ¡Estoy casado! ¡A punto de la ruina social! Dormiré en casa de uno de mis más entrañables enemigos que, por cierto, me quieren muerto. Y todo gracias a una loca con deseos de aceptación.

—Sí… he de reconocer que eso me convierte en alguien odioso, pero debe saber que todo lo hago por su bien.

—No. —La apuntó enojado—. Todo lo haces por tú bien, eres egoísta y que nadie te haga pensar lo contrario.

—¿Egoísta? —Se mostró insultada—. ¿Consideras egoísta a una persona que se dedica a salvar vidas y corre peligro constantemente por ello?

—Algo me dice que no lo haces por tu buen corazón, quieres ser aceptada y reconocida, quieres que los hombres te vean como sus

iguales,

¡Lo entiendo! Pero no tenías por qué utilizarme a mí.

Aine se quedó callada, ¿Era verdad? ¿Ella no hacía nada de eso porque quisiera ayudar a las personas? ¿Lo hacía por un deseo egoísta? ¿Por demostrarle algo a su padre y al resto de hombres?

Jamás se lo habían dicho y ella nunca lo había pensado, pero bien podía ser por eso, no era especialmente sensible, ayudaba más por inercia que por un sentimiento, ¿acaso era una farsa? ¿Quería llevar el nombre de heroína, pero en realidad no lo era?

—Lo siento… —Harsen levantó la mirada y observó a la abatida muchacha—. Puede que… puede que tenga razón. Pero ya no hay salida, ya estamos metidos aquí hasta el cuello, así que, aunque sea por egoísmo, haré las cosas, le salvaré el trasero y me iré, lo dejaré en paz y libre, con su vida perfecta de regreso.

Harsen cerró los ojos y volvió a apretar su nariz entre sus dedos, mostrando con ello sus muchas frustraciones.

—No tienes ningún remedio. —Suspiró cansado—. Lamento lo que dije, quizá me alteré un poco, sé que estás aquí para ayudarme y tus razones personales no deben importarme.

Aine asintió lánguidamente, le gustaría decir que no le importaron sus palabras, pero la verdad era, que la afectaron porque las consideró verdaderas. Quizá muchas más personas habrían notado las pretenciones y ganas de reconocimiento que fueron tan nítidas para el presidente de Suecia, pero nadie nunca se atrevió a decirselo a la cara.

—Bien, una tregua —extendió la mano—. Seré una increíble esposa fingida y usted volverá a ser el relajado simplón que conocí cuando llegué,

¿Trato?

Harsen la miró detenidamente: mirada altiva, postura garbosa, sonrisa segura, figura entrenada y caminar de reina. Seguro que esa chica volvería loco a cualquiera que la viera, ya en muchas ocasiones lo habían felicitado por su matrimonio cuando se encontraba algún conocido por la calle, le

decían que era una sorpresa y hacían énfasis en su alegría cuando se recordaba la extremosa belleza de la nueva señora Svensson.

Claro que si alguien la escuchara y estuviera en los problemas en los que Harsen se metía por ella, mucho del encanto se quitaba. Pero… había algo en Aine que lo fascinaba, aún no sabía discernir lo que era, pero le agradaría averiguarlo.

—Hecho. —Harsen sonrió, tomando la mano de esa mujer.

Capítulo 13

Aine cumplió su promesa, se había comportado a la altura de cualquier señorita de la alta sociedad, porque era una de ellas. Aunque no le placiera demasiado fingir ser una princesita de papá, sí que podía hacerlo a la perfección. Su madre la había instruido bien, podía fingir ser dulce, tierna y delicada, incluso podía fingir estar enamorada de Harsen, lo cual lograba sorprenderlo más de la cuenta.

Para ese momento se había establecido un modus operandi entre ellos, el cual se basaba en la frescura de burlarse juntos de tonterías, la armonía de molestarse por cualquier cosa y la galantería al inventar situaciones vergonzosas el uno del otro.

Muchos dirían que eran una pareja modelo, alegre y tranquila, que pasaba la vida en medio de divertidas bromas y coquetas miradas de advertencia.

La realidad era otra, por supuesto, ya que, aunque hubieran dictaminado una paz, los chicos no podían dejar de intentar perjudicarse, les parecía divertido y cada vez eran más creativos al momento de hacerlo.

En esa velada en la que Aine estaba siendo presentada por primera vez como la esposa de Harsen Svensson, las preguntas hacia la pareja no pararon en ningún momento, lo cual había llegado a ser divertido hasta un punto. Pero ya para cuando dieron las dos de la mañana, ninguno de los dos pensaba resistirlo más y se excusaron para ir a recostarse.

—¿Así que se supone que lloro todos los días si no me cantas una canción de cuna? —reclamó Harsen.

—Era la que cantaba tu madre cuando eras un bebé —Aine pestañeó alegre hacia el joven—. Te lo merecías por decir que cuando te conocí, creí ver una luz que te iluminaba.

—¿No es verdad, mi cielo? —sonrió Harsen—. Tú dijiste que antes de ti, no había escuchado hablar de Sócrates.

—¿Sabes leer? —dijo en broma—. Pero tú dijiste…

—Vale, vale —Harsen miró hacia el mozo que los conducía a la habitación—. Paremos esto, nos pasamos esta noche.

—Sólo un poquito —sonrió Aine, de hecho, no recordaba haber sonreído tanto en su vida. Disfrutaba sobre manera las caras de impresión que Harsen era capaz de poner.

Recordaba sobre todo una en la que ella había insinuado que él la amaba tanto y la deseaba tanto, que incluso había llorado cuando se negó a ser su esposa la primera vez que declaró su amor eterno por ella. Harsen incluso la había pellizcado en el brazo en esa ocasión, pero Aine sabía que, para ese momento, las personas comenzaban a entender que ellos estaban molestándose a posta y la mayoría de lo que decían era una broma.

Era más que notorio, sobre todo, porque cambiaban las historias todo el tiempo o se contradecían a sí mismos al olvidar lo que dijeron antes. Para la sociedad eso había sido un claro: “no te metas en nuestra vida”. Y, por primera vez, lo aceptaron con gusto debido a lo divertido que había sido escucharlos. Sobre todo, al presidente, quien normalmente era más serio y reservado en cuanto a su vida personal se refería.

—Mis señores —se inclinó el mozo y abrió una habitación para ellos —.

Cualquier necesidad, pueden jalar a este cordón. Con su permiso.

Aine y Harsen sonrieron hasta que el mozo se fue, entonces, sin dedicarse una palabra, ambos comenzaron a inspeccionar la habitación, tocando paredes, abriendo cajones y buscando prácticamente cualquier cosa que pudiera incriminarlos de algo.

—Harsen —susurró Aine—, mira esto, ven aquí.

El hombre caminó hasta donde ella estaba inclinada. En aquella pared había una pequeña rendija que, al abrirse, dejaba a la vista unos pequeños orificios que pasaban a ser una forma discreta de mirar a quien fuera que estuviera en la habitación.

—También encontré esto.

Harsen apuntó un tubo acústico hecho de latón que pretendía ser de comunicación entre las habitaciones con la cocina u otras partes de la

casa.

Era un sistema que, si se mantenía sin cerrar, se podía escuchar convenientemente conversaciones que no eran de incumbencia de nadie más que los involucrados.

Ambos se miraron y taparon el tubo con una tela. Era obvio que los querían espiar mientras estuvieran ahí, así que tendrían que ser muy cuidadosos al hablar y en su hacer.

—Bien, gracias de nuevo por esto, cariño —la miró con claras notas de reproche.

—De nada, mi amor, verás que es conveniente para ti que estemos aquí, necesitas relajarte un poco.

Harsen rodó los ojos y miró hacia la cama.

—¿Y bien? ¿Qué lado prefieres? —elevó una ceja sarcástica y su mirada se llenó de la más pura burla hacia ella.

Aine miró a los lados, como si desde ese momento los estuvieran observando. Se acercó a Harsen y susurró:

—No pensará que dormiremos en la misma cama, ¿verdad?

—No se usted, pero no pienso dormir en el suelo —susurró igualmente

—. Como ha dicho, necesito relajarme.

—Deja de jugar y duerme en el sillón —apuntó el mueble.

—No.

—Harsen, no dormiré en la cama contigo.

—Entonces, duerme en el sillón. —Entornó los ojos divertido y comenzó a desvestirse, provocando que la joven se volviera hacia la pared y diera un grito contenido de molestia.

—Eres poco menos que un caballero. —Se cruzó de brazos.

—Tú tampoco eres una dama, *Mujer Bestia*.

—Ya puedes volverte. —Él se apuntó a sí mismo, mostrando sus pantalones de dormir—. No estabas familiarizada con estos ¿Verdad? ¿Te decepciona que no esté desnudo?

—¿Por qué? ¿Hay algo nuevo e interesante debajo de ella?

—Graciosa.

Aine giró los ojos y fue hacia la valija que habían traído para ella, donde no había otra cosa más que insinuantes camisones de seda que seguro serían perfectos para seducir a un marido. Aine casi cae de la impresión y cerró rápidamente, como si de pronto él fuera a darse cuenta de lo que había ahí.

Harsen se volvió hacia ella debido al golpe y elevó una ceja, pidiendo una explicación ante tal acción. Pero al notar el sonrojo en sus mejillas y el nerviosismo en su postura, sólo pudo deducir lo que le pasaba y por poco deja salir una carcajada.

—Yo… entonces, ¿cómo dormiremos? —trató ella.

—Bueno, creo que tú puedes dormir del lado izquierdo y yo del derecho.

—De hecho, él ya se estaba metiendo en ese lado de la cama—. Aunque no importará si acaso hacemos el amor.

Aine, tropezó en su camino al baño, tirando el maldito camisón, dejándolo a la vista de un divertidísimo Harsen, quien no pudo evitar

carcajearse y levantarse de la cama para recoger la insinuante prenda que ella pensaba usar esa noche.

—¡Deme eso! —Exigió avergonzada.

Él se apartó a tiempo y elevó el camisón para verlo mejor. La tela suave y delgada, el color insinuante muy parecido a la pálidez del cuerpo de Aine, aquellos tirantes y el ligero encajen eran una delicia para la imaginación.

No podía esperar a vérselo puesto.

—Sí, en definitiva, hoy haremos el amor.

Aine logró arrancar la tela de las manos de Harsen y lo miró apenada y llena del rubor que se hacía presente por primeras veces ante los ojos de aquel hombre.

—No hablarás en serio.

Harsen miró alrededor y la metió a la recámara del baño, sabía que

había la posibilidad de que ahí también pudieran estarlos espiando, pero lo consideraba un lugar menos pertinente para poner un tubo acústico.

—Claro que lo digo en serio, somos un matrimonio —le dijo susurrante y ansioso—. Es lo que las parejas hacen.

—No pensará en acostarse conmigo en verdad —le advirtió con un dedo

—. Es un matrimonio falso, ¿Recuerdas?

—¡Por supuesto que lo recuerdo! —contestó en voz baja que por poco pasó a ser un grito—. Al menos tendremos que fingirlo en uno de estos días.

—¿Fingirlo? ¿Cómo que fingirlo?

Harsen rodó los ojos y suspiró.

—Olvidaba que jamás has tenido sexo.

—¡Ey! Más respeto, sigo siendo una dama.

—Sí, claro, una que puede encajarme un cuchillo mientras duermo o rebanarme de lado a lado —hizo el ademán sobre su cuello desprotegido.

—No necesito que esté dormido.

—Aine, tú nos metiste en esto, ahora harás lo que te diga para que sea creíble.

—No permitiré que haga nada en mi cuerpo.

—Relaja tu pudor —le quitó importancia—. Ya luego te diré cómo lo fingiremos.

Aine dio un paso para atrás y siguió mirándolo de esa forma amenazadora que a él comenzaba a darle más risa que miedo. Los ojos de Aine sin duda alguna tenían impresa aquella chispa asesina y paralizante,

pero era una muchacha tan hermosa en su conjunto, que los ojos pasaban a ser una minucia a la cual ponerles atención, sobre todo cuando ella estaba vestida como una mujer, justo como en ese momento.

Harsen sonrió de lado y un brillo juguetón se posó en sus ojos.

—¿Necesitas ayuda, mi cielo?

—¡Salga de aquí ahora! —ella lo empujó hasta la salida y le cerró la puerta en la cara, sacando una carcajada burlesca de parte de su marido, quien no hizo más intentos y fue a la cama.

Aine se recostó contra la pared y tocó su cara, dándose cuenta de lo caliente y posiblemente sonrojada que estaría. Cerró los ojos y tocó su pecho, ¿por qué su corazón parecía tan alterado? ¿Es que acaso Harsen se lo había provocado? Ella meneó la cabeza y se enfocó. Nada pasaba, a él sólo le gustaba molestarla y lo había logrado en esa ocasión, no tenía que dejarle las cosas tan fáciles.

Pero sus ojos… Aine nunca había notado lo precioso de sus ojos, tenía una pupila grande, de un color tan profundo de azul, que parecían ser más bien violetas. Sólo conocía a otra persona con ese tipo de ojos y era su tía Alice, de los Charpentier de Francia, pero ni siquiera ella tenía esa potencia y claridad.

Cuando Harsen la miraba, Aine sentía que estaba completamente desnuda ante él, no sólo su cuerpo, sino su alma entera. En un pasado creyó que el único con la capacidad de atravesar almas, era su padre, parecía que había conocido a otra persona con la misma capacidad abrumadora y estremecedora.

La joven se apuró a colocar el camisón increíblemente ligero y se miró en el espejo, era necesario lavarse la cara, el cuerpo y trenzar el largo cabello.

Mataría a Desiré, era la única culpable te tal fechoría ¡Imperdonable!

Incluso se atrevía a mostrarse tan preocupada y nerviosa porque su padre se enterará de que se había casado. Con esos trajes de dormir, Desiré casi pretendía asegurar que perdería su doncellez, como cualquier mujer casada.

Salió del cuarto de baño con la trenza cayendo por su espalda y el vaporoso camisón sobre su cuerpo, instintivamente se cubrió, pero al notar que Harsen se había quedado dormido, pudo relajarse. Al menos le ahorraría la vergüenza.

Ella prácticamente corrió hasta la cama y se metió entre las sábanas, escurriéndose lo más lejos de él que se pudiera.

—Se ve mejor cuando lo traes puesto.

—¡Pensé que estabas dormido!

—No, pero gracias por el espectáculo.

—Agh, tendrás que dormir con un ojo abierto —aconsejó—. Te haré daño en cuanto tenga la oportunidad.

—¿Sí? —él rodó sobre la cama velozmente, quedando sobre ella, presionándola contra el colchón y dejándola sin aire y sin conexión con su cerebro—. ¿Dónde se supone que guardas tu arma mortal debajo de ese bonito camisón?

Ella respiraba presurosamente, había colocado sus manos como única protección sobre el pecho fuerte que se cernía sobre ella, estaba impresionada y sus ojos lo revelaban con trasparencia para el hombre que estaba sobre ella.

Harsen sonrió con burla y elevó una ceja.

—¿Acaso está por aquí? Mmm… parece que no. —Paseó su mano por sus caderas y husmeó alrededor de sus muslos, pasando hasta las pantorrillas e incluso subiendo un poco la tela—. Parece que aquí tampoco hay nada, ¿Acaso olvidaste tu daga en el baño?

Aine recuperó la consciencia en ese momento y lo empujó lejos de ella, cubriendo su cuerpo con las mantas y mostrándose mortalmente sonrojada y con lágrimas contenidas en sus ojos por la vergüenza que seguía sintiendo.

Sus manos habían dejado un camino de fuego por donde habían pasdo.

—¡P-Pero, ¿qué cree qué hace?!

—Revisaba —asintió tranquilo dejándose caer en su almohada—. No hay armas, ahora, a dormir. Descansa cariño.

—Usted… usted es un… —ella sintió aún más vergüenza al recordar la escena pasada y se dejó caer en la almohada, dándole la espalda y queriendo morir.

Al día siguiente, temprano por la mañana, Aine recuperó la consciencia, pero se negó a abrir los ojos, no recordaba la última vez en la que había dormido tan tranquilamente. Quizá desde que llegó a

Estocolmo que no lo hacía, así que suspiró y se concedió un momento más en la cama. Incluso no le importó cuando la puerta se abrió y un tintineo molesto la acosó.

—¿Qué demonios?

—Oh, lo siento señora —se inclinó una doncella, completamente sonrojada—. Me han ordenado traer chocolate y galletas para los invitados.

Aine había dejado de prestar atención a la doncella y se concentró más en el hombre que seguía dormido boca abajo, con ella durmiendo sobre su

espalda. La joven prácticamente dio un brinco prodigioso lejos de él y miró con vergüenza a la mucama, quien parecía sorprendida.

—Ah, yo… eh…

—Me retiro, mi señora.

La joven dio un fuerte golpe en su frente y negó un par de veces, notando que seguía en camisón y todo su cuerpo hormigueaba con la sensación de haber dormido sobre Harsen. Los colores subieron a sus mejillas y corrió al baño.

Harsen despertó media hora más tarde, sabía que Aine se había levantado, lograba escucharla en el baño, lo cual le dio una idea por la cual sonrió y se levantó.

Aún recordaba con gracia la forma sorprendida en la que lo miró la noche anterior, cuando quiso molestarla. En realidad, había previsto una reacción más agresiva, como el que quisiera asesinarlo, sin embargo, en lugar de enojada, parecía ser que quedó tan anonadada que no supo reaccionar con normalidad.

Dictaminó que ese sería su comportamiento a partir de ese momento, ella se dedicaba a molestarlo en casi todos los aspectos de su vida, puesto que Aine era una mujer de conocimientos ilimitados en cuanto a su vida profesional, pero parecía cándida en cuanto a las relaciones humanas.

Harsen abrió la puerta del baño con una sonrisa, escuchando el grito que ella dio como si se tratára del canto de los ángeles; Aine trató de salir de la bañera con rapidez, ocasionando su desequilibrio, la sonrisa de Harsen se esfumó y fue a tomarla, cayendo irremediablemente con

ella en aquella tina de agua tibia.

—¡Dios Santo! ¡Qué se supone que hace!

—Al parecer, te salvo la vida, mi amor —Harsen quitó el exceso de agua de su cara y sonrió hacia ella, quien parecía enfurecida, con el cuerpo pegado al de él para que no lograra verla, pero si le preguntaban, lo prefería

—. Y bien, ¿Cuánto tiempo más me dejarás deleitarme con tu cuerpo sobre el mío?

Ella parecía complicada en su hacer.

—¡Cierre los ojos! ¡Hágalo ahora!

—Créeme, el que no pueda ver, no me impide sentir.

—¡Agh! ¡Es asqueroso! ¡Aléjese de mí!

—La que debe alejarse es usted, técnicamente estás sobre mí ¿recuerdas?

—¡De quien es culpa! —ella se alejó y se puso en pie, conflictuada al momento de salir y darse cuenta que Harsen la espiaba con una sonrisa—.

¡Cierre los ojos le digo!

—¿Ya para qué? Si ya te he visto.

—¡Dios mío! —se avergonzó y colocó una toalla a su alrededor, fulminándolo con la mirada—. ¿Por qué lo ha hecho?

—¿Se supone que hice algo malo? —sonrió aún dentro de la tina—.

Entré a un baño donde estaba mi esposa, ¿está mal?

—Es usted un malnacido, de eso no tengo duda alguna.

Ella se fue refunfuña hacia la otra habitación, dejando a Harsen con una sonrisa, sin poder sacarse de la cabeza el cuerpo precioso de la jovencita a la cual había interrumpido a posta.

Ya para eso de las nueve, tanto Aine como Harsen estaban listos para bajar, sin embargo, la joven se negaba a dirigirle la palabra, lo cual hacía aún más hilarante lo que había sucedido.

—Oh, es bueno verlos despiertos tan temprano —sonrió la señora Nilsson—. Ya se están alistando para la cacería, mi señor.

—Claro, ¿irás a despedirte de mí, amor mío?

—Bien puede irse por su propia cuenta. —Aine se cruzó de brazos y le volteó el rostro con desprecio.

Harsen sonrió y miró a la señora Nilsson.

—Creo que he hecho enfurecer a mi esposa desde muy temprano el día de hoy.

—Bueno, creo que dieron de qué hablar a la doncella esta mañana, ha dicho que había todo un escándalo en la habitación.

—Eso se debe a que mi querido marido no sabe recibir un no por respuesta, una debe ponerse firme en ocasiones. —Aine miró la cara impactada de Harsen—. Con su permiso.

Harsen consideró que se merecía aquello y alcanzó a su esposa después de dar una leve inclinación de cabeza hacia la sonriente señora Nilsson, quien seguro se encargaría de pasar el chisme al resto de las personas que se hospedaban ahí.

—Lo lamento, Aine, no quería hacerte enojar de esta forma.

—Se burla de mí.

—Quizá un poco. —Ella se volvió molesta—. Pero no lo haré más, proclamemos una paz, no más jugarretas.

—Bien —dijo molesta, siguiendo con su camino—. Iré con ustedes a la cacería.

—¿Qué?

—¿En serio tengo que repetirlo?

—No. Pero no creo que sea buena idea.

—Permítame ir, no se va a arrepentir, además, quiero acercarme a ese tal Aleksi.

—¿El menor de los Nilsson?

—Sí, creo que hay toda una red por aquí —lo miró esperanzada—.

¿Me ayudará?

—Bueno, creo que por eso nos casamos —asintió.

—Además, tengo que seguir cuidándolo por si alguien llegase a atacarlo, no debemos olvidar que esa es mi misión principal.

—Claro, no suena tan bien ahora que me lo dice esa preciosa cara tuya.

—La apuntó, notando que se sonrojaba—. ¿Ahora qué he dicho para que te pongas colorada?

—¡No estoy colorada!

—Lo estás.

—Nada, dejemos el tema.

—¿Es que acaso nadie te había dicho que eres hermosa?

Ella se quedó callada por un largo momento y lo miró.

—No suelen darme muchos halagos del estilo, si no es porque alguien quiere abusar de mí, entonces, no los recibo.

—Seguro que es porque te tienen miedo.

—¿Usted no me lo tiene?

—Cariño, te vi desnuda y te he tenido en mi cama sin que me asesines, el miedo pasó a segundo plano.

Ella rodó los ojos y siguió caminando, ocultando la sonrisa que no pudo quitar de sus labios hasta entrar en el comedor, dónde sólo estaban los hombres que saldrían a cazar. Al ser tan temprano, las mujeres se podían dar el lujo de dormir un rato más, incluso de desayunar en sus cámaras.

—Ah, pero si la señora Svensson se ha levantado también.

Aine tardó en asociar el apellido a su persona, pero asintió.

—Mi marido ha dicho que podré acompañarlos.

—¿En verdad, señor presidente? —preguntó un muchacho, bastante apuesto, de nariz chata y ojos castaños.

—Sí, mi esposa es fanática de la cacería, normalmente lo hace, así que me sería terrible dejarla atrás.

—Pero claro, sólo si el señor Nilsson no tiene ningún inconveniente con ello, no quisiera importunar —sonrió Aine.

—Por supuesto que no, querida, eres totalmente bienvenida —aseguró el hombre mayor, quien parecía agradable.

—Se lo agradezco —la joven volvió una mirada ilusionada hacia Harsen, quien en serio pensaba que ella era una buena actriz, si no la conociera, diría que estaba enamorada de él—. ¿Nos sentamos, cariño?

Harsen recorrió la silla para su esposa y se sentó a lado de ella, distrayéndose en seguida con otras conversaciones, dejándola sociabilizar con quien más oportuno le pareciera, aunque él ya sabía hacia donde se dirigiría, puesto que le había informado su deseo de acercarse a Aleksi Nilsson. Aun así, ella se tomó la molestia de tocarle sutilmente el brazo e indicarle con la mirada hacia dónde iría. Aine miró la figura apartada del hombre y se sentó en una silla cercana, sonriendo un poco y tomando un vaso de jugo disponible.

—Supongo que no te gusta mucho la cacería.

—Me fascina —dijo el muchacho, sin mirar a Aine.

—¿En verdad? ¿Entonces por qué la cara larga?

—No me gusta hablar con personas.

—Lo siento, te he importunado —ella hizo por levantarse, pero Aleksi la tomó fuertemente del brazo y la hizo sentarse.

—Una mujer nunca es importuna.

—Oh… bueno, gracias. —Aine miró hacia Harsen, quien le lanzaba discretas miradas para ver que nada malo ocurriese—. En realidad, es mi deseo hacerme amiga de las personas importantes con las que mi marido se rodea.

—Harsen Svensson no es amigo mío, señora, se lo aseguro.

—L-Lo siento, no lo sabía.

—No debe ponerse nerviosa. —Levantó una mirada extraña, profunda y espeluznante—. A lo que me refiero es que su marido prefiere

relacionarse con las personas más importantes de mi familia, como lo es mi padre o mis hermanos mayores.

—Creo que todos los miembros de una familia son importantes, señor Nilsson.

—Sólo Aleksi, no me gusta que me llamen por mi apellido. —la miró a los ojos—. No es una mujer ordinaria, lo puedo ver por la determinación en su mirada, no entiendo por qué se ha casado con un hombre como él.

—La verdad —ella agachó su mirada—, apenas lo conozco.

—Eso se entiende más —asintió—, es un papanatas, se lo aseguro y me disculpo con usted al ser su marido.

—¿Por qué dice tales cosas?

El muchacho negó con una sonrisa extraña.

—Se cree el defensor del mundo, es irritante la forma en la que cree tener la razón, incluso padre lo dice.

—Supongo que ha de ser irritante para usted el escucharlo hablar sobre darles más privilegios a las personas sin títulos o riquezas de nacimiento.

Aine pareció haber dado en el punto.

—¿Está usted de acuerdo con eso? —la miró fieramente.

—Sé poco de política mi señor, temo decir que ni siquiera me puedo formular una opinión inteligente que sea válida para alguien que obviamente tiene una, como usted.

—Es usted una mujer agradable —asintió y pareció divagar, hablando más para sí que para ella—. Podría decir que me gustaría tenerla en mi cama, pero mujeres hay miles en el mundo y son tan fáciles de conseguir, que incluso da risa.

—¿Fáciles de conseguir? —Aine negó con una sonrisa recelosa—. Eso lo dudo mucho.

—Se nota que su mundo es pequeño, mi señora, pero las mujeres tienen sólo un propósito en esta vida ¿sabe cuál es?

—¿Dar h-hijos a sus maridos?

—No. Dar placer —dijo con una sonrisa retorcida y mirando a su alrededor, notando que el comedor estaba casi vacío—. Las mujeres fueron creadas con ese único propósito ¿no lo cree? No sirven para mucho más, incluso considero innecesario el dar hijos, los hijos impiden muchas cosas, incluyendo el placer.

Aine se sentía un poco acosada para ese momento, la mirada de ese hombre era tan agresiva y dura, que incluso sintió que su piel se erizaba y sus instintos le decían que le encajara una daga.

Estaba loco, ese hombre estaba completamente loco, miró a su alrededor, para ese momento, ya no había nadie, tenía que irse de ahí cuanto antes.

—No lo entiendo… —se hizo para atrás para alejarse de la cara que se acercaba más y más a ella.

—Claro que no, las jovencitas como usted, cándidas en todo lo que se refiere al placer, son mucho más solicitadas, puesto que con un sólo toque insinúante… —le tomó un muslo, demasiado cerca de su intimidad, haciéndola brincar. El hombre sonrió con maldad—. Eso, las asusta.

Aine se puso de pie y en seguida salió corriendo de ahí, volviendo la mirada sólo para ver como Aleksi dejaba salir un suspiro satisfecho y sonreía, aún con la mirada puesta en ella. Aine sintió un escalofrío recorrer su cuerpo y un miedo que no había sentido nunca inundar su cuerpo.

Cuando volvió la vista hacia el frente, chocó con Harsen, quien parecía ir por ella.

—¿Qué ocurre? —la tomó de los hombros y la separó de su cuerpo—.

¿Por qué tiémblas?

—Él… ese hombre, él…

—Tranquila. —La abrazó—. No pasó nada, estás bien.

—Harsen… cuando recogiste a Lili en casa de los Sundberg, ¿Estaba también Aleksi Nilsson? —Él no pudo responder, más bien, no quiso —. Por Dios… no puedo imaginarme lo que le hicieron. Tanto Viggo Sundberg como Aleksi Nilsson son un par de depravados y miserables.

—Tranquila, estás demasiado alterada, creo que será mejor que no

vayas a la cacería.

—No. —Se separó de su pecho y lo miró determinada—. Iré, al menos así demostraré de lo que soy capaz de hacer. No estoy asustada, sólo no imaginé que fuera a hacer algo así en un lugar público como un comedor.

Harsen sabía que mentía, la misma Aine sabía que mentía, incluso entendía que él no le hubiese creído. Pero no quería volver a caer en el estereotipo, ella podía con eso, sabía cómo resolver situaciones como esas, sólo que nunca le habían pasado en persona, eso era todo.

—Me parece una tontería.

—Harsen, no soy una débil muchachita a la que tienes que defender, puedo con esto, estoy entrenada.

—Justo hace unos segundos temblabas en mis brazos, Aine.

—Tampoco soy de piedra, claro que me puedo asustar, pero la diferencia es la forma en la que reacciono ante ello.

Harsen pudo notar la determinación en la joven y supo en ese momento que no lograría hacer que cambiara de opinión. Fuera lo que fuera, Aine

tenía razón, era una chica, pero estaba entrenada para que su cerebro trabajara diferente.

—Bien. Si estás segura de lo que haces, no soy nadie para negarte algo.

—Se inclinó de hombros—. Aunque siempre puedes acudir a mí si algo no sale como lo planeabas.

Aine lo miró divertida.

—Eres un hombre fascinante, Harsen.

—¿Un halago de tu parte?

—También puede ser una mentira para que sigas sin meterte en mi camino. —Harsen soltó una risotada y asintió, colocándole una mano en la cintura y encaminándola hacia el jardín.

Capítulo 14

Aine no lo quería admitir, pero desde aquel momento en el que ese hombre la tocó de forma tan poco escrupulosa, no había podido evitar tenerle un recelo que era obvio para todo el mundo, puesto que era el mismo Aleksi quien motivaba a que fuera algo más que evidente.

El hombre se acercaba a la esposa del presidente cada que tenía la oportunidad, saboreando como un maniático el miedo que ella había desarrollado hacia su persona, sonreía cada vez que Aine se aferraba al brazo de su marido al verlo cerca o se tensaba fuertemente cuando

“accidentalmente” la rozaba.

Ni siquiera la puntería de Aine a la hora de las cacerías le había proporcionado temor a ese hombre asqueroso.

—Dios mío Harsen, ¿te has fijado? Lo hace adrede. —Negó la joven ya en la seguridad de su habitación—. Me persigue, eso es lo que hace, disfruta el verme asustada.

—¿Qué fue lo que te hizo aquel día?

—Nada, sólo habló de un montón de asquerosidades y… bueno, quizá me tocó un poco.

—¿Tocar? ¿En qué sentido? —Harsen dejó su saco sobre una silla y la miró dudoso, revisando el cuerpo de ella con detenimiento, a lo que Aine se cubrió avergonzada.

—¡No dejó marca alguna!

—Lo lamento, ¿Qué te hizo?

La joven negó rotundamente.

—No pienso repetirlo.

—Se supone que eres mi esposa, deberías decirme lo que sucedió para al menos poderme enojar y hacer algo.

—¿Cómo lo comprobarías Harsen? La voz de la mujer es menos importante que la de un niño.

—Maldición Aine, tus jugarretas con estos tipos se acabaron. —Se tocó las sienes con ambas manos—. No quiero a otra persona traumatizada como lo está Lili.

—Estaré bien, no se preocupe. —Aine fue directa hacia su valija y

abrió un compartimiento escondido, donde guardaba sus ropas de varón y su capa.

—¿Qué demonios haces?

—Como mujer, no puedo hacerle nada —ella comenzó a desvestirse delante de él. Harsen se dio vuelta para darle privacidad, cosa que para ella no era importante en ese momento—. Pero como hombre, al menos podré hacerle unos cortesitos en la garganta.

—Aine. —Harsen la tomó del brazo—. No lo permitiré.

—No te estoy pidiendo permiso —ella se apartó de un tirón, liberándose de la mano fuerte de Harsen—. Sé lo que hago.

—Eres impulsiva.

—Mi hermano Terry es impulsivo, yo llevo todo el día planificando esto, Harsen, te lo aseguro.

—¿Qué pasa si te descubre? ¿Si en serio te hace daño?

—¿Te preocupas por mí?

—Sí, ahora más, ya que veo que tú no lo haces.

—Soy un águila, puedo con una infiltración y dar un pequeño susto a un maldito bastardo abusador.

—Aine… —ella se había terminado de vestir y ahora abría la puerta del balcón de la habitación—. ¡Aine estás loca! ¡Incluso está lloviendo!

Para ese momento, las súplicas de Harsen ya no valían de nada, pero tuvo que admitir que esa mujer era prodigiosamente elástica y hábil en escalar paredes con una cuerda. Emparejó la puerta del balcón y fue hacia la cama.

Lo único que podía hacer para ayudarla, era permanecer en esa habitación, donde se suponía que debían estar los dos. Sabía que los tenían vigilados, así que apagó las luces para que no se lograra ver nada y esperó porque la loca de su esposa falsa regresara con bien de su aventura.

Aine sentía la lluvia torrencial cayendo sobre su cuerpo, logrando que sus ojos se cerraran al tener que estar mirando hacia arriba al escalar la pared, hacía frío, estaba empapada y sentía que perdía un poco de movilidad en los dedos de las manos. Aún así, no se detuvo. Llevaba

demasiado planificando ese ataque, tuvo que dedicarle todo su tiempo a ese bastardo, siguiéndolo por doquier para encontrar la habitación que fuese la suya, observándolo desde el jardín para serciorarse que el balcón que estaba por invadir sería el correcto.

Debía admitir que en una que otra ocasión entró en lugares desafortunados, invadiendo situaciones comprometedoras entre las parejas alojadas en la casa. Daba gracias a Dios que su habilidad fuera grande y hasta el momento nadie la hubiese visto.

Cuando Aine aterrizó en el balcón adecuado, corrió para escudarse en la pared cercana, el interior parecía estar en una completa oscuridad, pero podía escuchar unos gritos que le helaron la sangre. Era diferente a los que escuchó aquella vez cuando Harsen estaba con su amante… estos parecían de dolor, aunque, aquella vez ella también pensó que eran de dolor.

¡Maldición! ¿Cómo saberlo?

Fue fácil deducirlo cuando de pronto se escuchó un quejido que parecía salir desde el fondo de la garganta de esa mujer, acompañado de lo que pareció ser un golpe y, posteriormente, ella pidiendo que parase o simplemente negando.

¿Estúpido? Tal vez. ¿Arriesgado? Claro que sí. ¿Justificado? Por supuesto. Aine no pudo contenerse y simplemente entró en la habitación en silencio, notando el cuerpo dominante que se cernía sobre una joven recostada boca abajo. No quería ni saber, ni entender lo que sucedía, pero aquella posición le daba la ventaja a Aine para simplemente poner la cuchilla en la garganta de ese hombre y llanamente rebanarle el cuello.

Pero Aleksi tenía instintos de supervivencia más avispados de los que Aine consideró. El hombre logró alejarse lo suficiente como para no ser lastimado y empujó al intruso lejos, haciéndola chocar contra una cajonera que hizo todo un estruendo.

¡Maldición!

La joven se puso en pie y rápidamente contraatacó, la clave era no decir ni una palabra, nada que delatara su identidad como femenina. Entre los golpes e intentos de asesinato de ambas partes, Aine miró a la mujer que se cubría con las mantas y se arrastraba hacia atrás, presa del pánico, lo cual fue suficiente distracción para que Aleksi cortara parte de su túnica, revelando la marca de su hombro derecho.

Creía que, por la casi oscuridad de la habitación, ese hombre no lograría darse cuenta de ello, pero al parecer, le fue lo suficientemente llamativo como para quedarse boquiabierto por unos segundos, mirando hacia la marca, dándole ventaja a Aine para hacerle un buen corte en el abdomen y salir corriendo lo más rápido posible de la habitación.

—¡Maldición! —gritó Aleksi—. ¡Un intruso!

Aleksi tomaba su abdomen, no había sido un corte profundo, pero sí lo suficientemente grave como para estar sangrando sin control. Había visto esa marca en alguien, recordaba haber visto a una persona con ese mismo signo… Pero, ¿quién era?

—¡Demonios! —sonrió—. Creo que te tengo princesa.

El hombre salió corriendo de su habitación y se encaminó hacia la del presidente. Esa maldita mujer estaba atrapada, ahora se enfrentaría a él

¡Había intentado matarlo!

Aine había salido nuevamente por la ventana y hacía los movimientos más rápidos de su vida para volver a llegar a su habitación. Se metió a prisa, provocando que Harsen se sentara en la cama y la mirara extrañado. Aine se quitó la ropa mojada, aventándola por el balcón y cayendo sobre unos arbustos que había en la parte de abajo. Tiró de la cuerda que colgaba del techo y se metió en la cama con Harsen, jalándolo para que quedara sobre ella, y lo miró suplicante.

—Finge Harsen —le suplicó, mojada y desnuda debajo de él, atrapándolo en su lugar con sus manos colocadas en su espalda baja —. Finge que estás haciendo el amor conmigo.

—¿Qué demonios hiciste? —le dijo sorprendido, resintiendo el frescor del cuerpo de Aine contra la calidez del suyo.

—¿Qué hago? —le dijo alterada al escuchar pasos por el pasillo—.

¡Dime qué hacer!

Harsen meneó la cabeza, buscando enfocarse, acomodó la posición de ella para que pareciera una normal para hacer el amor y la abrazó, quedando muy cerca de sus labios, pero sin hacer nada para perturbarla en demasía.

—Gime Aine —le susurró—. Lo has escuchado antes, finge.

—No sé hacerlo.

—Vale, entonces, lo siento por esto.

—¿Qué…?

Harsen tomó sus labios, Aine jamás había sido besada en toda su vida, ni siquiera uno pequeño o robado, seguramente su padre asesinaría al idiota que intentara hacerle algo a su pequeña. Sin embargo, ahí estaba Harsen, robándose su alma con un simple beso en los labios y un abrazo que le calentaba el cuerpo entero y hasta el alma pese a que estaba empapada de pies a cabeza.

Jamás se imaginó que se pudiera sentir tantas cosas con un simple roce de labios. Y, a pesar de que estaba desnuda en esa cama junto a él, no sentía

que se estuviera aprovechando de ella. De hecho, las sensaciones que le transmitía fueron tan fuertes, tan gentiles y caballerosas, que Aine no pudo evitar envolver sus brazos alrededor de su cuello, e hizo lo mismo con sus piernas alrededor de su cadera, sin entender del todo porqué lo había hecho o si estaba bien hacerlo.

La puerta de su recámara se abrió estrepitosamente. Aine sólo se percató de ello cuando Harsen cortó el beso y volvió la vista, enojado por la intromisión, abrazándola más contra su cuerpo y cubriéndolos con las mantas que él tenía por encima.

—¡Qué demonios sucede! —gritó Harsen, jalando más las mantas para cubrirse y, de paso, a la mujer bajo él—. ¿Se puede saber por qué osan en entrar en mi habitación de esta manera?

Aine lo miró impresionada, fingía demasiado bien su papel de un marido siendo interrumpido mientras le hacía el amor a su mujer. Seguro que cualquiera reaccionaría de esa manera, incluso mucho peor que sólo los gritos.

—¡Entra ahí y sácala de una buena vez! —gritó Aleksi.

—Mi señor —se introdujo el mayordomo, demasiado apenado por haber sido el elegido para interrumpir el acto amoroso entre la pareja —, su esposa ha sido requerida en el gran salón, parece ser que hay un intruso en la mansión.

—¿Y por qué razón haría que mi esposa bajara al salón si hay un maldito intruso en la casa? ¡Cierre la maldita puerta! —gritó furioso —. ¡No permitiré que otros ojos vean a mi mujer desnuda!

—¡Lo lamento mi señor! —la puerta se cerró rápidamente, dejando oír los gritos que sin duda alguna pertenecían a un malherido Aleksi.

—Lo siento Aine —Harsen se le quitó de encima—. ¿Estás bien? No quise aprovecharme así de ti.

Aine negó repetidas veces, cubriendo su cuerpo con las sábanas, aún con la mente demasiado conmocionada como para entender en los enormes problemas en los que se había metido.

—Está bien… era lo que necesitábamos de momento, de hecho, creo que has estado mejor de la cuenta, deberías ser actor y no político, Harsen.

—Aine, ¿Qué has hecho? —se acuclilló ante ella, él aún traía el pantalón de dormir, pero su pecho estaba descubierto, nublándole los sentidos a Aine.

—Yo… él me ha visto el tatuaje, creo que me lo ha visto antes, pero dudo que sepa que es de la cofradía, dudo que sepan de las águilas por aquí.

—Yo sabía de ello.

—Pero él más bien lo asoció a mí y no a algo más grande, creo que estamos a salvo con ello —dijo la joven.

—No, no lo estamos, porque ellos intentarán ver tu brazo para comprobar que no eras tú, ¿ahora qué haremos?

Aine sintió preocupación y nerviosismo, no sabía cómo solucionar ese problema, era obvio que la descubrirían, si no era ese día, lo harían en otro, la estarían cazando hasta poder atraparla en su mentira, llevándose a Harsen consigo.

—Antes que nada, necesito un camisón.

—¡Diablos! Lo siento —él fue hacia las cosas de su esposa y le tendió un camisón y una bata. Aine seguía empapada del cabello, así que lo trenzó para disimular un poco.

Comenzó a caminar de un lado a otro, tratando de pensar en qué

hacer, todo bajo la atenta mirada de Harsen.

—¡Oh! ¡Ya sé! —la joven sonrió y fue a su valija, buscando algo en su maleta—. Esto lo cubrirá.

—¿Qué demonios es eso?

—Maquillaje, lo compré en Francia parece ser que es increíble o algo por el estilo, servirá por ahora.

—¿Se borra o algo así?

—Claro que se quita, pero el único que me va a tocar serás tú.

Aine fue al espejo y embarró la crema de color piel sobre su tatuaje, cubriéndolo momentáneamente. Harsen se acercó y tomó aquel brazo, revisándolo minuciosamente.

—¡Vaya! Lo ha ocultado bastante bien, aunque es notorio que tienes una plasta ahí.

—No dejarás que nadie se acerque Harsen —lo miró—, tienes que aparentar estar furioso. Incluso evitar mostrarlo bajo cualquier costo,

¿entendido?

—Bien, intentémoslo.

Aine rezó por que las cosas salieran bien, sentía que su corazón latía desbocado, se tomó de la mano de Harsen y bajó las escaleras hasta el salón, escondiendo la mitad de su cuerpo tras el de su supuesto marido, tratando de parecer intimidada.

—¿Me pueden decir qué demonios sucede aquí? —dijo Harsen en cuanto entró al salón—. ¿Qué es eso de que mi esposa es requerida a la mitad de la noche y sin mí?

—¡Oh! Mi señor —se abochornó la señora Nilsson—. Es una vergüenza que lo hayan interrumpido de esa forma, este muchacho está delirando, como verá, alguien lo ha lastimado, estamos en busca del culpable, pero jamás debió llamar por su esposa, su padre está sumamente humillado por ello.

Harsen se mostró imperturbable.

—¿Estaba sugiriendo su hijo que de alguna forma mi esposa fue a intentar asesinarlo?

—¡No! Oh, por supuesto que no, como he dicho, el muchacho está delirando, está herido.

—¡No! ¡Mamá, su hombro! ¡Fíjate en su hombro! —gritó el muchacho, tratando de liberarse de las manos que intentaban curarle la herida en el abdomen.

—¿De qué demonios está hablando? —Harsen en serio era bueno fingiendo ira—. ¿Cómo que el hombro? ¿Acaso debo entender que ha bajado la manga de mi mujer como para ver su hombro? ¿Es eso lo que sugiere?

—¡Dios santo! —negó la señora Nilsson—. Le digo que delira, mi señor, está delirando.

—¡Maldición! Nos marchamos esta misma noche de aquí, gracias por su hospitalidad, señora Nilsson, pero me es intolerable este comportamiento.

—Oh, mi señor, no se ofenda, es un chico tonto, muy tonto.

—No estaré en ninguna parte donde insulten a mi esposa —Harsen tomó a Aine de la cintura y se inclinó ante la señora de la casa—. Un placer estar con ustedes, pero creo que ya abusamos de su hospitalidad. Con su permiso.

Aine fue guiada por Harsen hasta la salida, pero antes, ella regresó una mirada hacia el convaleciente Aleksi, quien no apartaba la vista de ella, tenía un nuevo enemigo que, para su desgracia, no la perseguiría como águila, sino con su cara, como Aine Hamilton y eso era malo, era en realidad pésimo.

Cuando regresaron a la habitación, Harsen colocó un dedo sobre sus labios, impidiéndole hablar, mirando insinuante hacia el tubo y hacia la ventanilla por los que podían ser espiados, sobre todo ahora que más de la

mitad de la casa estaba despierta y Aleksi tenía la férrea sensación de que Aine había querido matarlo esa noche.

Empacaron sus cosas, Aine incluso bajó por una cuerda para buscar sus ropas mojadas, volviéndose a empapar y viéndose en la necesidad de cambiarse nuevamente.

Harsen parecía molesto pero controlado. La joven sabía que sólo hacía falta que se alejaran un poco para que él comenzara a vociferar y esa

vez se lo merecía… más bien, siempre se lo había merecido, pero ahora hasta ella se gritaría a sí misma.

«¡Estúpida!» Había sido muy estúpida.

Salieron en cuanto el sol comenzó a salir, recibiendo más ruegos por parte de los Nilsson para que se quedaran, pero Harsen las declinó cordialmente y ambos estaban de regreso a casa en menos de quince minutos.

Aine no podía evitar levantar la vista hacia él, quien miraba por la ventana con los puños apretados sobre sus piernas, de vez en cuando se notaba que hacía sólo un poco de más fuerza, como si recordara algo que le molestaba.

Seguro que ese algo era ella. Ya ni siquiera tenía ganas de reír. Incluso no podía autocastigarse como debía, puesto que no podía evitar que a su pensamiento llegara aquellos momentos en los que lo tuvo encima de ella…

¡y ese beso! Jamás había sido besada de esa forma.

Lanzó una tímida mirada hacia él, observando aquellos labios que en esos momentos estaban comprimidos en una fina línea, estaba volviéndose loca. Eso estaba más que seguro.

—Harsen…

—No. No hables.

—Pero, al menos quisiera…

—No. Por favor, no hables.

Ella apretó sus labios y asintió, sintiendose pesimamente, nunca lo había visto de esa forma. Lo había arruinado todo, era en verdad una desepción para toda la cofradía, su padre se avergonzaría de sus actos tan brutos y fuera de toda cordura, hizo un movimiento arriesgado y lo echó a parder por completo.

Si Harsen le pedía que se marchara, no tendría queja en ello, lo indicado era que la despidiera cuanto antes, así al menos no haría que las cosas se agravaran.

Capítulo 15

Cuando llegaron a la propiedad del presidente del *Riksdag*, Aine quiso

comenzar a excusar su comportamiento nuevamente, tenía que explicarle muchas cosas, pero él simplemente pidió silencio y llevó las valijas hasta su habitación, la que fuera de Harsen. La joven lo siguió con algo de impresión y el corazón saltando con fuerza incontenible en su pecho, ¿Quería decir que deseaba que durmieran juntos a partir de ese momento? ¡Estaba completamente loco si era lo que pensaba!

Cuando ambos estuvieron dentro de la espaciosa habitación y Harsen hubo cerrado la puerta, la miró con furia y quizá demasiado reproche. Era una lástima, porque él solía tener un carácter tranquilo y relajado, ahora entendía por qué la gente temía que se enfureciera, porque cuando Harsen llegaba al punto en el que se sentía molesto, lo hacía bien y hasta por días.

—Harsen…

—No —levantó una mano hacia ella—. No hables.

Ella cerró la boca por unos segundos, dándole tiempo para que se paseara por la habitación, metiéndose al cuarto de baño. Aine inmediatamente lo siguió.

—Harsen, lo siento, te juro que…

—Pensé que había dicho que no quería que hablaras Aine.

—Lo sé —estrujó sus manos y suspiró, levantando la mirada hacia él y dejando salir todo como un torrente de información—: estaba violando a esa mujer, él la estaba lastimando, así que entré, no lo pude evitar y traté de salvarla, pero él logró cortar mis ropas, descubriendo la marca, pero dudo que sepa de dónde es. Sé que fue tonto porque ahora estará sobre mi persona, pero saldré de esta, te lo prometo y…

—¡Basta! —se tomó las sienes—. Es demasiado.

—Lo sé… —ella se acercó—. Pero si hubieras estado ahí, si hubieras escuchado… hubieras hecho lo mismo.

—Tú no sabes diferenciar de unos gemidos de placer a unos de dolor

¿Qué te lo aseguró?

—Ella lloraba, gritaba que se detuviera, incluso creo que hasta la estaba golpeando.

Harsen cerró los ojos y suspiró.

—Bien, digamos que eso estaba pasando, incluso entiendo que entraras ahí, ¿Ahora qué? Es obvio que nos tendrán en la mira, buscarán información de la marca que tienes y te aseguro que encontrarán lo que significa, sabrán que vamos tras ellos y hasta sospecharán de nuestra relación.

—Lo sé —bajó la cabeza—. Por eso dije que hiciéramos eso… si sólo fingíamos dormir, bien se podría pensar que me salí sin que tuvieras conocimiento, pero si estábamos… ya sabes, era obvio que ambos estuvimos ahí siempre.

—O quizá se imaginen que yo soy parte del plan, como es la realidad —

le dijo obvio—. Que te ayudé a encubrirte, que todo esto es una farsa,

¡Porque desde el inicio de los tiempos estoy en contra de ellos!

—Sé que no fue mi movimiento más inteligente, pero…

—Mira, entiendo lo que te impulsó —levantó una mano—. Pero eso nos hace estar aún más asfixiados. Así como el doctor que te atendió dijo que eras mi amante, también da la casualidad de que te atendió por disparos de bala, dos, los mismos que se dispararon en la casa de los Sundberg, ese médico dirá lo que le convenga y así como él, todos en esta casa pueden hablar.

—Lo sé. —Aine ya no tenía forma para defenderse, ¿por qué parecía que cometía estupidez tras estupidez? Cerró los ojos. Era un fracaso, jamás le había pasado algo parecido. Tal vez tenía tantas ganas de demostrar algo, que simplemente lo hacía todo mal—. Lo siento… Harsen, lo lamento, fui una tonta.

Harsen dejó salir el aire y asintió. Ella se veía tan decaída que no pudo seguirla amonestando, Aine normalmente era orgullosa y arrogante todo el tiempo, el verla tan desmoralizada le había quitado a Harsen todo el ímpetu de gritarle.

—Ve a bañarte.

Aine lo miró sorprendida, tomó sus cosas y se encerró en el baño, tratando de no sentirse una idiota en toda la extensión de la palabra. Su padre y Publio estarían decepcionados, incluso Terry hubiera hecho mejor las cosas.

Harsen suspiró fuertemente y bajó a su despacho, sintiendo el peso de lo que se avecinaba cayendo sobre sus hombros. No podía culpar a Aine, sabía que era una justiciera, no toleraría que alguien tratase mal a una persona, mucho menos a una mujer, incluso consideraba que él hubiese actuado igual.

Pero ahora Aine corría peligro, ya no había cabida en que la mandara de regreso, era su esposa y debía permanecer a su lado el tiempo que fuese necesario, incluso estaba dudando de un divorcio. No es que quisiera permanecer casado con ella ni mucho menos, pero no podía apañarse con una separación, ya eran demasiados problemas en su haber.

—Por Dios —Harsen frotó sus ojos y se recostó en su silla.

—Veo que tienes problemas, Harsen, me pregunto por qué demonios no me has consultado nada.

—Tío —lo miró con seriedad—. No estoy de humor para ser regañado, así que por favor…

—¿Una esposa, Harsen? ¿Una esposa a la que nadie conoce y de la que nadie puede saber nada puesto que es un *águila*?

—Y no sabes lo peor.

—¿Hay algo peor?

—Pero claro, gracias a tu magnífica idea de contratarla, ahora estamos metidos hasta el cuello en problemas. No sólo porque he tenido que casarme con ella, sino porque es una persona que no sabe estarse quieta, tenemos a los Nilsson y a los Sundberg en nuestra contra. Ahora sin ninguna duda.

—¿Qué ha hecho la chamaca?

—Digamos que se ha metido en problema tras problema.

—Mándala de regreso, Harsen, hará menos daño un divorcio que sus metidas de pata.

—No puedo.

—¿No puedes?

—No —Harsen se puso en pie y fue a servirse un vaso de coñac—. Ella necesita el trabajo, si acaso lo hace mal, se quedará sin nada, no

puedo hacerle eso.

—¡Te está arruinando la vida!

—Hace lo que puede.

—Maldita sea Harsen, no puedes ser tan maldita buena persona —lo regañó su tío—. Eres un hombre importante, pero no invencible, te matarán

si continúas así. De por sí ya tenías amenazas, ahora todo ha empeorado.

—¿Y a quién se lo debo para iniciar?

—Me equivoqué, no pensé que *el hombre siniestro* fuera a mandar tal escoria.

—No hables así de ella. Es buena en lo que hace, pero está dejándose llevar por emociones que pienso que antes no se permitía, eso es lo que pasa cuando te das cuenta de la porquería.

—Deja de protegerla, Harsen. —su tío lo miró seriamente—. Mandaré una carta para que le den su baja de la misión.

—He dicho que no. De todas formas, tendrá que quedarse, ¿recuerdas?

Es mi esposa.

—Una falsa.

—Por ahora es verdadera.

Aine cubrió su boca con una mano y subió corriendo las escaleras. Ya de por sí se sentía patética, ahora con lo que había dicho el tío Clemens y la respuesta de Harsen, sólo había logrado sentirse mucho peor.

No podía creer que fuera a ser tan bueno, que incluso evitaría que su tío mandara una nota pidiendo que la sacaran de la misión, sería lo correcto y lo más lógico, pero Harsen la había protegido debido a que pensaba que era pobre y necesitaba de esto.

—Aine —la llamó de pronto Lili—. ¡Qué bueno que han llegado! Los eché de menos.

—Oh, Lili —Aine aceptó el abrazo que la muchacha le daba, eso era

un avance enorme ya que Lili no se acercaba a nadie desde el incidente—. Te ves mejorada.

—Me siento mejorada —asintió—. ¿Dónde está Harsen?

—Está ocupado ahora.

—Claro —rodó los ojos—. Es una persona muy ocupada, pero, aun así, siempre se tomaba el tiempo para verme a mí y a…

Aine la miró con pesar.

—¿Aún no sabes nada de ella?

—Ni tampoco quiero hacerlo.

—Entiendo —le tocó el cabello—. Si necesitas algo sabes donde puedes encontrarme.

—¿Estás ocupada ahora?

—No mucho, pero… —Aine estornudó un par de veces.

—Creo que te has resfriado —sonrió Lili—. ¿Estaba haciendo mucho frío en casa de los Nilsson?

—Sí, algo —Aine volvió a estornudar—. Hacía mucho que no me resfriaba.

—No te preocupes, ¿Por qué no vamos a tu habitación, te metes a la cama y te llevo un té?

—Oh, pero en realidad tenía cosas que hacer.

—No creo que puedas hacerlo con un resfriado, lo mejor será que te recuperes y ya después harás todas las ocupaciones que quieras —sonrió la joven. Aine se quedó parada por unos segundos en el pasillo, no sabiendo si debía ir a la habitación de Harsen o a la que ella había estado usando desde que se descubrió que era una mujer—. ¿Qué sucede?

—Nada, creo que será mejor ir a mi habitación, no quisiera contagiar a Harsen de mi resfriado.

—Supongo… aunque ustedes siempre duermen separados.

—Bueno, parece que Harsen nunca estuvo muy de acuerdo.

La joven quitó su sonrisa inmediatamente, su mirada se ensombreció y sus labios se presionaron hasta formar una línea.

—Claro, seguro que él no puede resistir estar lejos de ti.

—¿Sucede algo Lili?

—No —volvió a sonreír—. Nada, es normal que los esposos compartan cama, ya me parecía extraño que no fuera así.

Aine asintió y frunció el ceño, viendo como la jovencita bajaba las escaleras y corría en dirección a la cocina, seguramente por el té y demás cosas para su resfriado. Aine volvió a estornudar varias veces seguidas y decidió ir de una buena vez a la cama, esa empapada no le había sentado nada bien.

Pasaron horas en las que la pareja no se topó ni una sóla vez, ni siquiera en los pasillos o para tomar alguna comida. Harsen había pedido explícitamente que no se le molestara bajo ninguna circunstancia y debíá admitir que le sorprendía sobre manera que Aine hubiese obedecido.

Aunque, conociéndola, seguramente estuviera en medio del enojo, porque cuando Aine hacía algo mal, ella era la que se molestaba.

—¿Lili?

—Oh, Harsen —la joven se sonrojó y bajó la mirada—. ¿Qué ocurría?

¿Necesitas algo?

—¿Dónde está Aine?

—En cama, ha estado ahí desde que llegaron.

—¿Qué le ocurre?

—Está enferma, tiene un terrible resfriado.

—Claro, era de esperarse —negó el hombre—. ¿Han llamado al médico ya?

—Sí, le ha recetado algo y se marchó, dijo que no era nada de qué preocuparse.

—¿Está en la habitación?

—Sí… bueno, está en la que es de ella, dijo que no te quería contagiar —

Lili se atrevió a mirarlo—. Ella me dijo que ahora tú quieres que compartan habitación, ¿es verdad?

El hombre sonrió y le alborotó el cabello antes de subir las escaleras con dirección a la recámara que normalmente ocupaba Aine, al menos lo hacía desde que Harsen se enteró de que no era un hombre. Tocó la puerta y la abrió sin recibir contestación, topándose con una muy enferma mujer, la cual no dejaba de estornudar y tenía una mano en sus ojos, como si intentara menguar el dolor.

—¿Cómo te sientes?

—Harsen —ella se sentó de golpe en la cama, estornudando sin cesar por unos momentos—. Ugh, lo siento… hola.

—Veo que estás realmente mal —él se acercó y le colocó una mano sobre la frente, provocando su vergüenza, pero eso no se podía notar, debido a que ya estaba sonrojada por la enfermedad—. Tienes fiebre.

—Estoy bien —ella se alejó del toque con pesadez y lo miró determinada

—. Me iré en cuanto me recupere.

—¿Ah, sí? —se sentó en una silla que había junto a la cama y la miró —.

¿Quién te ha dado autorización?

—No la necesito, soy un fracaso, sólo te ocasiono problemas.

—Eso es verdad, pero considero que es tu responsabilidad sacarme de ellos, ¿no te parece?

—¿Cómo puedes decir eso? Todo lo que hago, sólo empeora las cosas —

negó—. Debo regresar y decir que fallé.

—Entonces quedaría en las mismas, al menos sé que eres una buena asesina, que es para lo que te contraté en primer lugar —sonrió—. En realidad, eras una protección, pero tú te adjudicas títulos sin siquiera darme tiempo a pensarlo.

—Harsen…

—Fue mi culpa que te involucraras en esto. —Trató de hacerla sentir mejor—. Fui yo quien te dijo que me acompañaras a esa velada, tú actuaste conforme a la situación. Quizá no fuera una de las mejores salidas, pero definitivamente es una salida.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

—Entiendo tu situación, no haré que te den de baja de la misión, necesitas esto —le dijo seguro—. Sólo te pido que no hagas más tonterías, no tienes que demostrarme nada a mí y por el momento a nadie más. Tus superiores verán el resultado final, no lo que haces para llegar a ello.

«No es verdad, te he dicho mentiras.» Aine no podía sentirse peor consigo misma.

—Yo… no merezco tales consideraciones.

—No te preocupes *Mujer Bestia*, por ahora, recupérate. —Harsen sonrió con amabilidad y salió de la habitación.

Aine dejó salir un grito contenido y se recostó en la almohada, cubriendo su cara con ambas manos. ¡Maldito *Niño Mimado*! ¡No podía ser tan buena persona! Por eso estaba en esos problemas, la gente se aprovechaba de la gente como él, porque era fácil, porque eran bondadosas y su corazón tendía a doblegarse ante cualquier dolor, aunque fuera uno inventado.

¿Debía sentirse mal?

En definitiva, era una mujer terrible, se había aprovechado de Harsen desde el principio y él no había dejado de ser paciente, tolerante y bueno con ella.

Capítulo 16

Una semana después de los sucesos, Aine se encontraba recuperada.

Sería el primer día que saliera de la cama, ya que la habían aislado en la habitación para que no contagiara a nadie del terrible resfriado que se basó en fiebre, gripe, un terrible dolor de garganta y cabeza.

Harsen la visitaba por lo menos tres veces al día, comía con ella en la habitación, dando la apariencia de una pareja unida, mientras él se

encargaba de informarle los últimos movimientos de las familias en su contra y posiblemente involucradas en la trata de mujeres.

Esa tarde, cuando Aine tuvo el visto bueno por parte del médico, decidieron reunirse en el despacho de Harsen, donde hablaban de las recientes desapariciones de mujeres; parecía ser que las comenzaban a trasladar a otros lugares. Era importante saber cómo lo hacían, por qué medio y hacia dónde.

Ya su padre había disuelto hacía algunos años un movimiento parecido en Viena, jamás imaginó que sería ella quien debería resolver otro problema igual. Sólo que ahora, parecían no ser sólo mujeres, sino también niños pequeños y algunos bebés. No entendía del todo para qué les servirían los bebés, pero no quería ni pensarlo. Las mentes de esas personas eran macabras y retorcidas al punto de que alguien de frágil corazón podría desmayarse de saberlo.

—Hablando de otras cosas, tengo que ir a Helgeandsholmen mañana, habrá una importante asamblea en la que propondré…

—¿Corres peligro?

—Eh… bueno, supongo que algunos no estarán del todo convencidos con lo que diré, pero tampoco pienso que me vayan a atacar justo ahí, al final de cuentas, es el parlamento.

—Iré contigo.

—No.

—Es mi trabajo.

—No Aine, estás demasiado en la mira, tienes que quedarte aquí en esta ocasión.

—No puedo hacerlo.

—Aine…

—Harsen, sé que te he fallado antes, pero puedo hacerlo.

El hombre negó repetidas veces y la miró.

—Podrás acompañarme cuando sea la reunión con el rey.

—¿Iremos a palacio?

—Sí, espero que no hagas nada malo hasta ese momento.

—Me comportaré.

Harsen la miró con una sonrisa, dudando que ella pudiese cumplir esa promesa, se había quedado quieta únicamente porque había estado enferma.

Aunque, ahora que lo recordaba, no estaría nada mal que ella volviera a meterse en problemas, al menos si eso ocasionaba que lo abrazara y lo besara de aquella forma.

Debía admitir que lo había impresionado cuando entró desnuda en la cama y prácticamente lo había obligado a colocarse encima de ella, fingiendo que estaban haciendo el amor; nunca había pensado en ella como alguien a quien quisiera meter en su cama, pero cuando sintió su cuerpo contra el suyo, no pudo evitar besarla, lo había puesto como excusa para salvarse de una mala situación, pero había querido besarla y la forma en la que ella le corespondió fue tan… hechizante.

Aine lo miró con una ceja arqueada al ver que se acercaba a ella de esa forma tan rara, parecía que quería decirle algo, pero también cabía la posibilidad de que sólo deseara ahorcarla. Decidió que era mejor detenerlo en cualquier caso.

—¿Qué haces?

Harsen se detuvo en el acto y la miró de arriba hacia abajo, no había notado que la tenía totalmente acorralada con su escritorio. Ella no parecía asustada, más bien, deseosa ¿sería verdad o lo estaría imaginando?

Él elevó una mano y rozó con suavidad la mejilla de la joven, escuchando con deleite el suspiro que ella dejó salir sin siquiera pensarlo.

Aine se acercó a él, con la cabeza ladeada, como si tratara de comprender algo, ¿Estaban pensando lo mismo? ¿Querría besarla? Sonrió, bueno, estaba por descubrirlo.

Ella se elevó en sus puntas y lo besó, sorprendiéndolo nuevamente y haciendo que la envolviera entre sus brazos, acercándole lo máximo posible, haciéndola incluso que se inclinara hacia atrás y subiéndola en el

escritorio que tenía detrás para continuar el beso, que se hizo cada vez

más intenso.

Aine era conocida por ser una mujer que no tenía miedo, ella solía ser la primera en aventurarse a lo desconocido y en ese momento, aquellos sentimientos lo eran. Fue ella quién quitó el saco de vestir de los hombros de Harsen e hizo lo mismo con el chaleco, todo sin dejar de besarlo.

Él no pudo evitar sonreír cuando sintió que las manos de aquella atrabancada joven descendían de sus hombros hasta comenzar a desabrocharle la camisa.

—Ey —le besó una vez más los labios, tomándole las manos para que no continuara—. No podemos hacer esto ahora.

—Lo siento… —ella intentó alejarse, pero Harsen se lo impidió, volviéndola a pegar a su pecho.

—No dije que no me agradara, dije que no era momento.

—C-Claro… tengo que ir, tengo que salir.

Ella se deshizo de los brazos de Harsen y salió presurosa de la habitación. No sabía qué se le había metido en el cuerpo, pero estaba segura que, si él no la hubiese detenido, ella seguramente estaría haciendo esos sonidos que en tantas ocasiones había escuchado. Se sonrojó. Tenía que consentrarse en la misión, a ella no le gustaban esas cosas, no quería casarse, no quería tener hijos, no quería todo aquello que representaba la familia perfecta.

Pero cuando estaba con Harsen, todas sus anteriores resoluciones parecían no tener verdadera importancia y sólo pensaba en lo hermoso de sus ojos, la fuerza de su cuerpo y la forma en la que sus labios se movían…

—¡No! —grito en voz alta, asustando a Lili.

—Por Dios, Aine ¿Qué sucede?

—N-Nada —sus mejillas se volvieron aún más rojas—. ¡Tengo que salir de aquí!

—Pero iba a avisarles que es la hora de comer…

Aine dejó a la chiquilla con la palabra en la boca y salió de la casa en una carrera, Lili se mostró impresionada por tales formas, pero se

inclinó de hombros y fue hacia el despacho de Harsen, quien parecía estarse vistiendo.

—Oh… no sabía que…

—No te preocupes, Lili, ¿Y mi esposa?

—Ha salido corriendo —apuntó la joven con el ceño fruncido—. ¿Acaso le has hecho algo?

—No te preocupes Lili, es más probable que ella me haga algo a mí, que yo a ella.

—Eso… —bajó la cabeza— no es verdad. Tú eres hombre, tú puedes hacerle mucho más daño a ella.

Harsen la miró seriamente y se acercó con cuidado, tanteando las cosas para no asustarla.

—Lili —estiró la mano y la colocó debajo de su barbilla, buscando que ella lo mirase—. Jamás haría nada para lastimar a una mujer, los que te han hecho esto… son idiotas y depravados. Buscaré por todos los medios que se acabe ese abuso.

—No podrás —dijo segura—. Esto jamás se acabará.

—Al menos intentaré que no puedan salirse con la suya.

Lili asintió y sonrió un poco, al menos le agradaba saber que había hombres que no consentían ese tipo de abuso. Harsen le revolvió el cabello y salió del despacho con presura.

—Harsen.

—¿Qué ocurre? —volvió sobre sus pies.

—Quisiera ver a Camila.

El hombre se sorprendió y frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—Sí, quiero saber que ella está bien.

—Probablemente no sea así, Lili.

—De todas formas, es mi hermana.

—La buscaré —asintió y ahora sí, salió de ahí.

Aine caminaba en una completa soledad por las calles de Estocolmo, tratando de ignorar las miradas y los cuchicheos que había a su alrededor.

Supuso que, para ese momento, se habría esparcido la habladuría tanto de que se casó con el presidente de esas personas, como el que había intentado matar a un Nilsson.

—Es interesante encontrarla por aquí, señora Svensson. —Por un momento, Aine ignoró el comentario al no asociarse a aquel apellido —.

¿Señora Svensson?

—Oh —Aine se volvió con presura al sentir una mano sobre su hombro

—. ¿Sí?

—¿Acaso intenta ignorarme? —El hermoso semblante de Viggo Sundberg se iluminaba con el sol como si fuera una escultura—. Parece ensimismada.

—Me encuentro bien, ¿Qué deseaba señor Sundberg?

—Nada, me ha parecido agradable verla por aquí. —Forzó su compañía al momento en el que ella siguió caminando—. Me enteré del incidente con los Nilsson.

—Sí, espero que hayan capturado al intruso.

—No lo hicieron, lastimosamente, se fue del brazo de nuestro apuesto presidente.

Aine lo miró a los ojos y elevó una ceja.

—¿Me acusa?

—Vamos preciosa, no ha hecho falta meterle mucha cabeza al asunto,

¿no lo crees?

—Aléjese de mí, no tengo nada que ver con ello.

—Veamos, preciosa. —El hombre se acercó a ella y presionó

disimuladamente una navaja en su costado—. Resulta que he investigado la marca de la que me habló Aleksi Nilsson y parece que es más interesante de lo que pensé, tendríamos muchos problemas si acaso fueras una de ellos.

—¿Qué hace?

Ella miró a su alrededor, notando como las personas ignoraban el hecho de que alguien se acercara a ella de esa forma, era como si no quisieran darle la importancia que tenía o simplemente no se dieran cuenta. Viggo la tomó del brazo y se la llevó a un callejón solitario y la aventó contra la pared.

—Muy bien preciosa, ese vestido parece bonito y muy caro, pero demasiado tapado ¿no lo crees?

—¿Qué? —susurró asustada, al menos fingiendo estarlo. Miró a su alrededor y gritó—: ¡Auxilio! ¡Ayuda!

Viggo la golpeó con fuerza en la cara y miró a los lados, apartando con una fiera mirada a quien fuese que se hubiese atrevido a atender el llamado y colocó la navaja en el cuello de Aine, presionando lo suficiente para hacerle un ligero corte.

—Mira princesa, te diré algo, esta ciudad es mía y de mi familia, nadie puede contra nosotros, ni siquiera el idiota de tu marido. —La miró de arriba hacia abajo y sonrió—. Ahora… ¿en qué estábamos?

El hombre agarró la manga izquierda de su vestido y lo rasgó con fuerza, haciéndola gritar y alzar más la cabeza al sentir la navaja cortando un poco más su cuello.

Aine entendía que debía comportarse como una mujer normal e indefensa, pero ella quiso creer que cualquiera sabría cómo dar un buen golpe en la ingle de un hombre. Aunque quizá ella lo hubiese hecho mejor de lo que otras personas lo harían jamás.

—¡Maldita zorra!

Aine corrió, era lo mejor que podía hacer, incluso gritó y pidió ayuda, ahuyentando al hombre que, al notar que la gente se acercaba a la asustada joven, decidió marcharse para no verse en problemas o asociado con ella.

Al final de cuentas, esa mujer podía decir lo que quisiera, pero nadie iría en su contra sin pruebas contundentes, era sólo el hablar de una

mujer.

Harsen caminaba de un lado a otro en el recibidor de la casa. Por un momento, cuando Lili le dijo que Aine había salido, él comprendió que quizá hubiese ido a registrar algo, o espiar a alguien, pero ella nunca se iba de casa por tanto tiempo y, cuando lo hacía, dejaba dicho a dónde iría, era normal incluso que se metiera en su despacho para informarle, en ocasiones, ella dejaba notas que deslizaba por debajo de su puerta cuando estaba demasiado ocupado.

¿Acaso la habría asustado con aquel beso?

No lo creía, recordaba bien lo recíproca que se había mostrado durante aquellas caricias, incluso había sido ella quien las había iniciado y hasta profundizado… no, no podía ser por eso. Entonces ¿Qué demonios le había pasado?

El toque a la puerta lo hizo despejar su mente, esperó pacientemente hasta que el mayordomo la abrió y dejó pasar a Aine, junto con dos oficiales con semblantes serios.

Por un momento pensó que ella se habría metido en problemas nuevamente, pero al notar la forma en la que sostenía aquella manta gris sobre sus hombros y la manera cordial en la que era tratada por los oficiales, dedujo que era otra cosa.

—¡Aine! —Harsen se acercó y la tomó en brazos, besándole la mejilla antes de volverse a los oficiales, manteniendo a su mujer pegada a su cuerpo—. ¿Qué ha sucedido?

—La han atacado, mi señor, ella no parece recordar de quien se trataba, creemos que está conmocionada.

Harsen miró hacia su pecho, que era donde Aine se escondía. Dudaba que esa mujer pudiera estar conmocionada, había una razón por la cual estaba ocultando la verdad.

—¿Aine? —trató de llamarle la atención, pero ella negó y lo abrazó con más fuerza, provocando que la manta callera de sus hombros y revelando el vestido roto. Harsen frunció el ceño y miró a los policías —. ¿Qué quiere decir esto?

—Mi señor, le aseguro que…

—Cuando mucho, mi esposa se encontraba caminando, ¿me quieren decir que esto le puede pasar a cualquier persona? ¡Ella incluso

debería ser más intocable! —Harsen negó con indignación, sabía que esos hombres no podían hacer anda contra el sistema por el cual se regían, pero debía agradecer a Aine, ahora podría enfocarse en ello.

—Lo sentimos, mi señor.

—Sí, pondré mi ojo en los estatutos policiales de ahora en más, definitivamente no quiero que se piense que esta ciudad es peligrosa —

Harsen invitó a salir a los oficiales y estos simplemente se inclinaron y siguieron órdenes.

En cuanto Harsen cerró la puerta, Aine levantó la cabeza y comenzó a caminar de lado a lado, demasiado tranquila para alguien que, según los oficiales, estaba conmocionada.

—Mi señor, ¿Desea que ponga un baño caliente para la señora Aine? —

se ofreció un mayordomo.

Harsen simplemente asintió y miró a su esposa.

—¿Qué sucedió?

—Vayamos a la habitación, ¿quieres, mi amor? —ella lo miró intensamente, hablandole en medio del silencio.

—Claro —él la tomó de la cintura y ambos subieron las escaleras con presura.

Harsen cerró la puerta y esperó a que comenzara a hablar.

—Ya saben de las *águilas*.

—¿Por eso el hombro descubierto? —apuntó Harsen.

—Hombro equivocado —asintió.

—Demonios, incluso les ha importado poco y te han atacado donde cualquiera podía verlo.

—Creo que esto es más grande de lo que pensaste Harsen, las personas tienen miedo de los Sundberg, no hicieron nada pese a que yo grité y estaba asustada. Viggo sabe que es intocable.

—¿Te hizo daño?

—No, fingía, pero nadie hizo nada, incluso creo que la policía está coludida en todo esto —Aine caminó de un lado a otro—. Esto tiene que ser más grande que sólo el tráfico de mujeres y niños, hay algo más, compran a esas personas con otra cosa.

—Alcohol y drogas —se inclinó de hombros Harsen—. Las personas gustan de ambas cosas y cada vez son más difíciles de conseguir, se están prohibiendo en todos los países debido a las repercusiones que tienen en las personas.

—¿Tienes algo que ver con las prohibiciones de este país?

—Por supuesto, las adicciones acaban con el pueblo, ¿has visto lo que ocurre con el consumo prolongado de cocaína, opio o morfina? Las sobredosis son demasiado comunes, un ejemplo claro es Camila, quien terminó vendiendo a su propia hermana, ¿tú por qué demonios crees que lo hacía?

—¡Maldición, Harsen! Es fácil estar en tu contra.

—¿Es que lo apoyas? —dijo ofendido.

—Claro que no, entiendo las repercusiones que atraen las adicciones, sé que esto se está saliendo de control, pero el mercado negro está en aumento y ha llegado a tu ciudad —le dijo obvia—. Piensa Harsen, a lo que entendí, los Sundberg habían ido a la bancarrota, ¿Cómo crees que se recuperaron para hacer las grandes fiestas y vestir lujosos trajes?

Harsen pareció dar la razón a la muchacha.

—Supongo que… que tienes razón.

—¡Claro! Eso es lo que hacen, se han de estar volviendo millonarios, se está prohibiendo y la mayoría de la población es adicta, incluso las jovencitas que entran en sociedad son iniciadas con ello, ni qué hablar de las meretrices.

—Bien, entiendo, tienes razón, creo que las cosas pueden ir por ese lado.

—Harsen negó y cerró los ojos—. Por eso nadie quiere hablar en su contra, son invencibles, abastecen a todos, ricos y pobres, tienen todas las de ganar.

—No, Harsen, comencemos campañas para promulgar el daño que hacen, lo que puede llegar a pasar, ya hay personas que han muerto por sobredosis.

—A nadie le importará. —Se dejó caer en la cama—. Para el punto en el que la mayoría está, son tan adictos, que su único deseo es adquirir más.

Aine asintió y se sentó a su lado en la cama, ella también veía complicada esa situación. No era algo nuevo, desde hacía años que los

alucinógenos eran tema de conversación y no siempre en el modo positivo, incluso había países que estaban creando normativas contra ellas, pero…

era difícil erradicarlas y en Estocolmo apenas comenzaba a hacerse una propuesta en su contra y era dirigida por Harsen.

—Lo resolveremos. —Dijo Aine sin mirarlo—. No sé cómo, pero lo haremos.

—Por el momento sabemos cómo erradicar una de las fuentes primordiales de donde lo adquieren.

Aine volvió la cabeza con rapidez.

—No lo estarás diciendo en serio.

—Sólo tengo que atraparlos, ¿no? Si tengo evidencias, puedo eliminarlos y quitar al menos un peso a mi pueblo.

—Harsen, encontrarán a alguien más a quien comprar, es peligroso que te enfrentes a toda una mafia.

—Es lo que se debe hacer. —Él se puso en pie y suspiró—. Bueno, al menos tengo una idea de contra qué me enfrento. Seguro las mujeres que raptan, sean de alta o baja sociedad, están presas en las adicciones.

—Lo supongo también —se puso en pie y lo siguió, tomándolo de los hombros y mirándolo determinada—. Deja que llame a más águilas, mi pa… digo, *el hombre siniestro* apoyará.

—No puedo meter a otros países en esto.

—Las *águilas* no pertenecen a ningún país.

—Lo siento Aine, pero no.

—¿A dónde vas? —lo miró ponerse la gabardina larga.

—Tengo que buscar a Camila, parece ser que Lili al fin quiere verla —le dijo sin más.

—Voy contigo.

—No lo creo.

—No te estoy preguntando.

Harsen se volvió hacia ella con molestia, pero Aine ya no estaba esperando otra negativa, en su lugar, estaba cambiando rápidamente sus ropas para colocarse las adecuadas para salir junto con él para buscar a Camila en los lugares más bajos de la ciudad. Seguro borracha y drogada.

Quizá estuviera mal que se distrajera tanto de sus pendientes por contemplar con fascinación el cuerpo desnudo de la joven que no ponía atención alguna en sus alrededores, pasando por alto la presencia de un

hombre que la observaba con detenimiento mientras cambiaba de unas ropas a otras.

Sí, en definitiva, Aine tenía un cuerpo seductor y precioso, cualquier hombre moriría por ver lo que él estaba observando.

—¿Qué me mira? —se percató, cubriendose con molestia.

—Es tu culpa por ser tan despistada.

—Confiaba en su caballerosidad.

—No lo haga, por Dios, atenta contra mi desencia.

Capítulo 17

Harsen tomó con fuerza la mano de Aine, provocándole un poco de dolor, pero ella entendía muy bien el porqué, nuevamente había hecho lo que quería. Al menos en esa ocasión no fue vestida como mujer, sino que volvió a colocar su capa y cubrió la mitad de su rostro, dejando únicamente sus ojos a la vista.

En ese momento, ambos estaban entrando a ese lugar de mala muerte,

lleno de mujeres y hombres que estaban especialmente tomados y drogados.

Aine entendía por qué las cortesanas deseaban perder sus sentidos, si ella tuviera que estar sentada en las piernas de esos hombres feos, grandes y asquerosos, también necesitaría perder la razón.

Agradecía que Desiré fuera una de las cortesanas de alta categoría que, si lo deseaba, podía despreciar a un cliente.

—No te separes de mí, Aine —le tomó la cintura y la acercó, provocando que la joven sintiera un calor abrazador en todo su ser. Lo miró, tratando de entender por qué demonios lograba hacerla sentir de esa forma, pero le era imposible descubrirlo.

—De hecho, mientras tú buscas a Camila, yo iré a preguntar algunas cosas por mi cuenta. —Trató de separarse, pero nuevamente la mano de Harsen estaba ahí para evitarlo—. ¿Qué?

—¿No te acabo de decir que te quedarías conmigo?

—Perderíamos el tiempo —respondió nerviosa por la cercanía entre ellos

—. Estaré bien, sé cuidarme sola, además, hoy soy hombre ¿recuerdas? Lo que quiere decir que técnicamente estás abrazando a un hombre por la cintura.

—Maldición Aine —sonrió Harsen sin apartarse de ella, mucho menos soltándola—. Ten cuidado, no te alejes demasiado.

—Como diga *mon capitaine.*

Ella dio una sonrisa problemática y se separó de él.

—Maldición, ¡Aine! —Harsen suspiró.

Debía dejar de preocuparse por ella, de entre todas las mujeres que conocía, Aine era la más capacitada para auto defenderse. Harsen pasó entre

la gente que seguramente lo reconocía a su paso y, por tal razón, se alejaban de él, como si temieran que les fuera a quitar su bebida o a encaminarlos a la cárcel.

—Mi señor —se inclinó uno de los hombres de la cantina—. ¿Viene buscando nuevamente a esa señorita?

—Sí —suspiró—. ¿Dónde se encuentra ahora?

—Temo decirle, mi señor, que con tal de adquirir lo que necesita, ella ha accedido a…

—No me lo digas —suspiró devastado, apretando su nariz con sus dedos

—. ¿Acaso ha comenzado a venderse?

—Está en una de las habitaciones superiores, mi señor.

—¿Puedo?

—Como lo crea conveniente, mi señor.

Harsen miró a su alrededor, buscando la figura de Aine, pero le fue imposible encontrarla, para ese momento, él había aprendido que si esa mujer buscaba ser imperceptible para los ojos humanos, seguramente lo lograría.

El presidente subió las escaleras, topándose con ese gran pasillo lleno de puertas cerradas. Definitivamente no podía ir abriendo de una en una, así que comenzó a gritar el nombre de su protegida, sabía que no debía tener esperanzas de que ella respondiera, sin embargo, sucedió:

—¡Harsen! —ella parecía presa del pánico—. ¡Harsen!

—¿Camila? —él miró a su alrededor, tratando de descifrar de dónde venía la voz—. ¡Camila!

—¡Harsen! ¡Ayuda, por favor!

El hombre corrió hasta abrir una puerta, desde dónde se escuchaban los gritos, golpes y por supuesto, los sonidos característicos de cuando se estaba teniendo intimidad, pero una brutal en la que se lastimaba a la otra persona.

Harsen simplemente entró y se vio en la necesidad de cerrar los ojos y dar un paso hacia atrás al contemplar aquella escena. Pasó saliva con fuerza y tomó aire para volver a enfrentar y digerir lo que había sucedido en el lugar.

—¡Largo! —Escupió con fuerza y miró a los hombres que lo miraban asustados—. ¡Largo! ¡Fuera de aquí!

Harsen apartó su cuerpo para que los imbéciles salieran de la

habitación a medio vestir y con la palidez de cuando se ve a un muerto revivir. Harsen

no podía evitar tener una cara de disgusto cuando los miró bajando por las escaleras, comenzando a reír de lo sucedido, poco le faltó para escupir.

—Vaya, vaya, vaya —aplaudió alguien desde el interior de la habitación

—. No creí que nuestro acaudalado presidente viniera a estas zonas de la ciudad, ¿se ha cansado de su esposa, su alteza?

—Viggo. —Negó Harsen, pasando su gabardina sobre el cuerpo tendido de la mujer en la cama—. ¿Por qué no me sorprende que estés aquí?

—¿Por qué deberías? —Rio con gracia y miró a Camila con una sonrisa

—. Ella es de las mejores y más agradecidas clientas. Toma tesoro, tu paga, lo prometido es deuda.

Harsen vio con horror como la mujer se arrastraba por la cama hasta tomar el dinero que Viggo Sundberg le había aventado, aunque él supuso que normalmente no le pagaría con eso, sino con las drogas que ella necesitaba ingerir.

—Lárgate de una vez, Viggo —dijo furioso.

—Claro, me iré —. Sonrió, comenzando a salir, pero antes, dejó caer su mano sobre el hombro de Harsen—. Aunque ahora que nos has interrumpido, tendré que pensar en otras cosas que me den placer… no lo sé, quizá en tu preciosísima esposa. Dime Harsen, ¿De dónde has sacado a tan distinguida dama? Jamás la había visto, pero sí que la he contemplado.

—Piérdete Viggo y si te vuelves a acercar a mi esposa, te mataré — quitó su mano—. Te juro que te mataré.

—No lo dudo —asintió—. Supongo que ella no te ha contado de nuestro último encuentro… quizá deberías preocuparte más por la mujer que tienes en casa y menos por las prostitutas que pretendes proteger y acoger como si de pronto fueran a cambiar.

Seguro que Viggo debió sentirse poderoso al decir aquello, pero lo que no sabía, era que Harsen tenía conocimiento del ataque y había acordado aparentar no saberlo. Aine deseaba fingir de esposa avergonzada y asustada, así que lo cumpliría, de hecho, parecía ser una buena movida, porque Viggo adoraba tener el control de las situaciones.

—Harsen… —la voz de la joven estaba ronca, quizá de gritar—. Harsen, lo siento… en verdad lo siento.

—Vámonos de aquí. —Él la tomó de los hombros e intentó ponerla en pie, pero la joven simplemente se desvaneció hacia el suelo y quedó desplomada en el lugar.

—No puedo… —se sorprendió—. No puedo hacerlo.

—Vamos.

Harsen la tomó en brazos y bajó con ella de esa manera, buscando con la mirada a su esposa, pero resultaba ser que ella lo esperaba pacientemente junto a la escalera, sorprendiéndose al verlo bajar con Camila totalmente inerte en sus brazos.

—¿Qué ha sucedido?

—Digamos que fue buena idea que no estuvieras conmigo.

Aine asintió y siguió casi corriendo a Harsen por la calle, si no fuera porque prácticamente brincó al carruaje, él seguramente la hubiese dejado atrás y habría tenido que ir caminado a propiedad del

Svensson.

Nadie dijo palabra en todo el camino, Camila había caído inconsciente al momento de subir, Harsen no tenían muchas ganas de hablar en ese momento y la única que parecía en verdad incómoda, era Aine y no tenía idea de por qué razón.

Bajaron de la carroza, Harsen volviendo a tomar a Camila entre sus brazos y pasando a la propiedad. Lili parecía totalmente conmocionada de volver a ver a su hermana, incluso podía persivirse en su mirada la lástima que sentía por ella al percatarse del estado deplorable en el que se encontraba.

—Por Dios —la joven cubrió sus labios—. ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué sangra?

—He mandado llamar a Enok, no te preocupes, estará aquí dentro de poco y la ayudará.

—Harsen, ella estaba…

—No pienses en eso, Lili —suspiró el hombre—. Por ahora, mandaré a alguien a que la ayude, no tienes por qué hacerlo tú.

—No… quiero hacerlo —asintió la joven, le daré un baño.

—¿Estás segura?

—Sí. —Lili miró a su hermana sin reconocerla del todo—. Se ve tan…

tan demacrada y pálida.

—Eso pasa con la ingesta prolongada de sustancias —se introdujo Aine, quien ya se había quitado la capa de encima, sólo tenía el pantalón y camisa de hombre.

—¿Este es el resultado? —la joven miró con tristeza a Camila—.

¿Morirá?

—Es posible, sobre todo si sigue ingiriendo esas cantidades —asintió Aine—. Necesita ayuda si quiere salir de esta, lo más posible es que

recaiga.

—Entonces… ¿no tiene salvación?

—Cuando la adicción es tanta, lo más probable es que no.

—¿Qué debo hacer?

—Por ahora —se introdujo Harsen, callando la voz poco amistosa de Aine—. Lo único que se puede hacer es esperar al doctor. Dale el baño y esperemos que esté mejor por la mañana.

Harsen subió a Camila hasta la habitación de Lili y la recostó en la cama, quitando la gabardina masculina del cuerpo magullado de la pobre muchacha, dejándola casi desnuda mientras trataban de colocarle un camisón limpio para cuando llegara el médico a revisarla.

Aine se sintió extraña nuevamente, incomoda y hasta con una sensación desagradable. No pudo evitar dar pasos hacia atrás, chocando contra la pared más lejana de donde Harsen y Lili intentaban no dañar a Camila al momento de cambiarla.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué estaba tan enojada? ¿Era por lo que sabía por lo que había pasado? ¿Estaba enojada con los hombres que le habían hecho eso?

No… de hecho, estaba enojada con Camila, pero ¿por qué? No le había hecho nada en lo absoluto, de hecho, no recordaba haber cruzado palabra con ella en todo el tiempo que estuvo ahí, no había razón alguna para que la odiara… ¿La odiaba?

—¿Dónde está? —Enok pasó junto a Aine para atender a Camila—. ¡Por todos los santos! ¿Qué demonios es esto?

—Ayúdala Enok —suplicó Lili—, por favor, ella…

—Sí, sí. —Enok levantó una mano—. No es necesario que lo digas, lo puedo ver claramente.

—¿Está tan mal? —se asustó la menor.

—Tranquila, todo estará bien —sonrió Enok—. Puedes ayudar si gustas Lili, verás que nada malo le pasará.

La joven asintió un par de veces y comenzó a seguir las indicaciones que el médico le daba. Harsen entonces se alejó de ellos y se acercó con una mirada enfurecida hacia la mujer que se mantenía ajena, tomándola del brazo y sacándola hacia el pasillo.

—Podrías haber sido más considerada —le recriminó.

—¿Qué?

—¿Crees que Lili necesitaba saber que su hermana es una adicta que puede morir? —reclamó furioso—. Ella ya lo sabe, sólo has empeorado su angustia.

—Ella lo estaba preguntando, lo único que hice fue decir la verdad —

contrapuso, sintiendose ofendida.

—En primer lugar, nadie te lo estaba preguntando a ti.

Aine lo miró resentida y negó, desfigurando su cara entre una sonrisa incrédula y una mueca que aguantaba el llanto. Ella simplemente se fue, dejando a Harsen en medio del pasillo.

¿Por qué le recriminaba cuando dijo la verdad?

Se encerró en su recámara, sintiéndose furiosa. Únicamente quería dejarle en claro a Lili que no había muchas esperanzas, era mejor abandonarla ahora que seguir cargando con ella. Ya no tenía solución alguna, ya había vendido a su hermana una vez ¿qué otras cosas esperarían que hiciera antes de que se dieran cuenta que era mejor alejarse?

Aine se sentó en el suelo y tomó su cabeza entre sus manos, comenzando a llorar… sonaba tan desalmada, no podía pensar de esa forma, lo normal era que tuvieran esperanzas de que se salvara, era la hermana de Lili, obviamente quería salvarla.

¿Por qué le había dicho todas esas cosas tan horribles? ¿Por qué odiaba tanto a Camila?

Pasó un buen rato en el que se quedó sentada en el suelo, hecha un ovillo, tratando que se le pasara esa horrible sensación que no sabía identificar, cuando de pronto, se sorprendió al oír dos toques en la puerta de la habitación. Aine se puso inmediatamente de pie, limpió su cara y trató de serenarse antes de abrir la puerta.

—¿Qué quieres?

Harsen tampoco parcia querer estar ahí, pero al final pasó a la habitación y se paseó por un rato de un lado a otro antes de mirar a Aine a los ojos.

—Enok dice que estará bien —informó—. Lili le está dando un baño

ahora.

—Me sorprende que estés aquí entonces.

—¿De qué hablas?

—Bueno, estando Camila en ese estado, no veo qué te trae a mi habitación.

—Es nuestra habitación, creo recordar.

—Puedo seguir fingiendo estar enferma y se acabó el problema, no tienes por qué acercarte.

—Todos saben que te has recuperado.

—Bien, de todas formas, no explica qué haces aquí.

—Sólo quería hablar contigo.

—¿De qué? ¿Qué quieres que investigue o qué te hace falta saber? —se cruzó de brazos.

—Hablar contigo solía esclarecerme la mente, pero ahora que pareces estar a la defensiva, en verdad que no sabes aceptar cuando te equivocas…

—¿Equivocada yo? —le gritó—. Si más no recuerdo, me la he pasado arriesgando el pellejo por saber lo que pasa a esas niñas, me dispararon dos veces por tratar de rescatar a Lili y estoy en medio del caos y el abuso tratando de descubrir qué es lo que les hacen a las chicas como Camila, ¿o es que lo has olvidado?

—No. No lo olvido. —Se acercó a ella—. Pero eso no quita lo que lo que has hecho con Lili antes estuvo mal, fuiste cruel.

—¿En serio? ¡No sabes cómo lo lamento!

—¡Basta!

Ambos se callaron por unos momentos, tratando de serenarse. Fue Aine quien pareció lograrlo primero, lo miró tímidamente y suspiró, notando lo abrumado que estaba.

—Tú… pareces preocuparte mucho por ellas.

—Les tengo aprecio, han sufrido toda su vida —asintió, mirando a la

ventana—. He fracasado totalmente en defenderlas.

—Harsen… has hecho lo que has podido.

—¡¿Lo qué he podido?! —La miró furioso—. Camila es adicta a todo producto que exista en el mercado negro, Lili fue violada en casa de unos de mis contrincantes y ahora incluso se burlan de ello en mi cara. De nada sirve lo que he hecho, lo que quiero hacer… ha sido una maldita pérdida de tiempo.

—¿Perdida de tiempo? —Aine elevó una ceja—. Bien, considéralo una pérdida de tiempo, pero eres a la única persona a la que le interesan estas chicas, de no ser por ti, ellas estarían mucho peor, pero no eres su padre Harsen, no tienes autoridad sobre ellas, así que no puedes culparte de todo.

Uno puede ayudar hasta donde se lo permiten. No porque a ellas les haya salido mal, quiere decir que a todas las demás personas que has ayudado les vaya a ir igual, no has hecho nada en vano.

Harsen la miró por prolongados segundos. Era una mujer en verdad hermosa, única e indomable. Lo había hechizado desde el primer momento en el que la vio sin ropas de hombre, incluso se atrevía a decir que desde antes la admiraba como persona.

Sonrió. Y en ese momento que le habló con tal determinación y seguridad, afirmando que era una buena persona, halagándolo y haciéndolo sentír mejor… era fantástica y justo lo que necesitaba en esos momentos.

Por eso quiso hablar con ella, sabía que de alguna forma lograría animarlo.

Caminó con decisión hasta ella, le tomó la cara y le plantó un beso que por poco le roba el alma. Ella suspiró y, dejándose llevar por las sensaciones que explotaban en su interior, subió las manos hasta enterrarlas en el cabello de Harsen, sintiendo como él lentamente delineaba su figura hasta posar ambas manos en su cintura, atrayéndola hasta juntar sus cuerpos y casi despegarla del suelo debido a las diferencias de altura.

—Harsen… —suspiró.

—Maldición —se agachó hasta tomar las piernas de la joven y la hizo dar un pequeño brinco para que envolviera sus piernas alrededor de su cadera, Dios, agradecía tanto que esa mujer usara pantalón, hacía

todo mucho más fácil.

La llevó hasta la cama y se dejó caer en ella, presionando el cuerpo pequeño y bien trabajado de Aine contra el colchón, incluso aplastándola un poco, pero eso no parecía ser inconveniente para ella, quien volvió a dejar salir un suspiro y lo besó con más necesidad.

—Harsen… —ladeó la cabeza cuando él comenzó a besarle el cuello mientras desabrochaba la camisa de varón que ella tenía puesta—.

Harsen… Harsen, soy virgen.

Él paró en seco y la miró a los ojos, parecía sorprendido y ella lo entendía muy bien, porque él pensaba que era una mujer desamparada ante el mundo, y esas mujeres no solían tener muchos reparos en cuanto al placer se refería, eran libres, tan libres como ellas quisieran.

—Oh… lo siento, no tenía idea —negó—. Me apartaré.

—No —apretó sus hombros, atrayéndolo de nuevo a ella—. No, no trataba de hacer que pararas, sólo… quería avisarte.

Harsen sonrió y le acarició la mejilla con extrema ternura.

—Es una muy buena idea —se inclinó y besó sus labios—. Pero… ¿Estás segura? Esto… no tiene que pasar si no quieres, podemos parar ahora y hacer como si nada pasó.

Aine sintió la indecisión en su corazón, ¿qué demonios debía hacer? No sabía si debía entregarse a ese hombre, era bien sabido que era un mujeriego, ella misma lo había visto, él ni siquiera la quería, de eso estaba más que segura. Entonces, ¿por qué quería con tanta desesperación que él la tocara? Por qué le agradaba tanto la forma en la que la miraba y la besaba, quería que continuara, pero tenía miedo.

—Yo… no lo sé —sinceró—. Creo que lo quiero, pero…

—Está bien —se apartó de ella—. No pasará nada.

Aine se levantó sobre sus codos y lo miró avergonzada mientras él tomaba sus distancias de la cama.

—Quizá más adelante… al menos quisiera que en verdad te llamara la atención como para hacer algo como esto.

Harsen volvió la mirada con el ceño totalmente fruncido.

—¿Lo dices en tiempo futuro? —negó con una sonrisa—. Me agradas Aine, no sé por qué, si peleamos todo el tiempo, pero me agrada charlar contigo, me centras y creo que hasta me inspiras.

» Incluso después de todo el desastre y aunque me había molestado contigo, no pude evitar venir a verte, quería saber si estabas bien, quería que me dijeras que era un idiota como lo has hecho y quería ver si podía lograr besarte como en el despacho.

Ella se sonrojó pronunciadamente, lo miró con una sonrisa y se levantó hasta él, tomándole la cara para besarlo, tratando de que todas sus emociones pasaran de su cuerpo al de él, y pareció funcionar a la perfección, puesto que Harsen sólo incrementó aquella caricia, apretándola nuevamente contra su cuerpo y disfrutando con una sonrisa el arrebato de la joven dama.

—¿Estás segura?

Harsen esperaba que le dijese que sí, puesto que temía que le costara la vida detenerse y alejarse de ella, no se imaginaba durmiendo en la misma cama sin poder tocarla como hasta ahora se lo había permitido.

—Sí —ella se alzó en sus pies y volvió a tomar los labios de Harsen, incluso dio por su cuenta el brinco para rodear su cadera con sus piernas, lo cual le ocasionó una risa desprevenida a Harsen, pero logró equilibrarse bien—. Más que segura.

—Ya lo veo —la equilibró con una mano y la miró detenidamente a los ojos.

—¿Qué? —sonrió avergonzada—. ¿Es que no quieres?

—Claro que quiero, sólo intento comprobar algo.

—¿Qué cosa? —pasó sus brazos sobre los hombros de Harsen y envolvió el cuello fuerte.

—Esto —le acarició una mejilla—. Este sonrojo.

—¿Qué tiene?

—Me muestra que es real lo que sientes.

—Practicamente salté sobre ti, ¿y lo seguías dudando?

Él se rio y volvió a besarla, en un preludio largo y cariñoso.

Capítulo 18

Harsen la dejó dulcemente sobre la cama, le dio un beso lleno de sentimiento y separó su cuerpo del de ella para hacer los movimientos pertinentes para sacar su camisa, sonrojándola visiblemente. No pudo evitar sonreír, ella era preciosa, eso lo sabía bien, pero era difícil ver a Aine nerviosa, era una mujer valerosa y llena de energía, sin embargo y pese a que ella tomaba la iniciativa en muchas cosas, en ese momento, parecía dejarlo hacer, parecía quererle dejar el mando de la situación y eso le parecía adecuado a Harsen, al menos en esa primera vez.

Se recostó suavemente sobre ella y volvió a besarla con detenimiento, deleitándose con las comisuras de sus labios, enseñándola a corresponder esa caricia antes de continuar con más experiencias que ella tendría que aprender a corresponder en durante esa noche.

Harsen la abrazó con ternura y comenzó a desabrochar aquella camisa de hombre, besando las partes que iban quedando expuestas de su piel, sintiendo como ella se arqueaba para acercar su cuerpo a sus labios, pidiendo en medio del más delicado silencio, que la hiciera sentir más de lo que jamás imaginó.

Y él pensaba cumplir sus deseos, siendo sincero, le fue una experiencia totalmente nueva desnudar a una mujer que vestía como caballero, pero no le desagradó, de hecho, lo agradecía; la ropa de hombre era mucho más rápida y fácil de quitar de encima, le era conocida y, cuando debajo había un cuerpo tan precioso como el de Aine, el deleite simplemente era perfecto.

Harsen se inclinó y besó los hombros de esa mujer con delectación, con cariño y con un deseo en aumento mientras recorría el cuerpo impoluto de la joven, acariciando las marcas de heridas en su suave piel blanquecina, bajando entre sus pechos erectos y hasta su obligo, el cual rápidamente se sumió ante la sensación abrumadora que los labios del hombre le provocaron.

Ella rio con gracia y armonía, tomándole la cara para jalarlo hasta volver a conectar sus labios de forma sedante, lenta y embriagadora, en definitiva,

ella era una excelente alumna, estaba seguro que con ese beso pretendía volverlo completamente loco, desquiciarlo hasta hacerlo caer a sus pies, rogando por ella.

Se disfrutaron el uno al otro, tocando insinuantemente las partes más

sensibles, besando, rodando y riendo; ambos buscaban sus miradas con necesidad, sus labios rogaban por ser besados por los del otro, sus cuerpos palpitaban ansiosos y su corazón se detenía en la espera de la gloriosa unión.

Aine gozaba mirando las variadas expresiones que él era capaz de hacer mientras la besaba o buscaba darle placer. La increíble claridad de sus ojos violáceos la examinaban a cada momento, inquiriendo por su aprobación, escrutando que en su rostro formara los signos del placer, del deleite y el deseo. Y claramente los obtuvo; ella sonrió y hasta rio en un determinado momento, llamándole la atención.

Harsen subió hasta sus labios y enterró su lengua en su boca, pidiéndole a gritos la aceptación.

—¿De qué te ríes? —le besó las mejillas y detrás de la oreja mientras sonreía—. Está terriblemente mal reír de un hombre que te está intentando hacer el amor.

—No me rio de ti, sino de mí.

—¿De ti misma? ¿Y eso por qué?

—Porque estoy haciendo todos esos sonidos que en algún momento por poco te provocan la muerte de mi propia mano.

Harsen dejó salir una pequeña carcajada que escondió al agachar la cabeza para besarla.

—Aún no sabes de lo que hablas.

—¿Hay más? —le acarició el cabello, removiéndose ante el toque sugerente sobre su cuerpo.

—Mucho más —le besó el cuello—. Tú sólo espera.

—Harsen —dijo un poco inquieta cuando él comenzó a colocarse entre sus piernas—. Harense, ¿Dolerá? ¿Esto duele?

—Sshh —le acarició el abdomen—. No pienses Aine, sólo mírame y abrásame todo lo que quieras.

—Pero…

—Si me dices que me detenga, lo haré.

Ella miró hacia aquellos ojos que para ese momento la tenían

completamente hipnotizada y no los despegó en ningún momento, al menos

no hasta que tuvo la necesidad de cerrarlos y morder sus labios para contener un grito.

«¡Por Dios!», gimió en su interior, arqueándose y respirando pesadamente, apretando los hombros que se cernían sobre ella. No era particularmente doloroso, quizá sólo le era abrumador, había demasiadas sensaciones luchando entre sí, buscando el protagonismo de ese acto.

—¡Harsen! —ella lo detuvo cuando pensó que se movía—. Despacio…

por favor, despacio.

—Tranquila —la besó—. ¿Estás bien? ¿Te duele?

—No, estoy bien —abrió los ojos y sonrió, acariciando su mejilla con cariño—. Es sólo… con cuidado, ¿sí?

—Todo el que quieras —cerró los ojos con esfuerzo y pegó su frente a la de ella, disfrutando de las sensaciones que le provocaba, para después besar su frente—. Iré despacio… ¿Bien?

—Bien —asintió y cuando él se movió, tuvo que volver a cerrar los ojos con fuerza.

Ella sintió que moriría, era demasiado, no podía creer que se pudiera sentir tanto con un sólo movimiento, así que dejó salir aquel sonido desgarrador que provino desde el fondo de su alma.

En definitiva, Harsen era un experto en hacer gritar a una mujer, ahora Aine entendía por qué se había burlado de ella, sólo un hombre que sabía lo que hacía podría hacer sentir tanto a una mujer, no sólo físicamente, sino que Aine tenía la sensación de que, mientras estaba ahí con ella, él no pensaba en nadie más; la vanagloriaba, la elevaba e idolatraba como si fuese la única mujer en el mundo. Eso la hacía sentir y era agradable, más de lo que jamás imaginó o soñó.

Cuando todo hubo terminado y Aine había llegado a la máxima expresión del placer y el deleite, Harsen los cubrió con las mantas hasta la cabeza, aún sobre ella, sonriendo al verla llena de goce. Se acercó lentamente y acarició sus labios con los suyos.

—Hola —le susurró con sus ojos violáceos iluminados.

—Hola —ella sonrió, elevándose para darle un beso.

Harsen no cortó la caricia en ningún momento mientras se acomodaba a su lado, jalándola sobre él para seguir con la conexión de sus labios mientras ahora era ella quien estaba encima, al menos la mayoría de su cuerpo lo estaba.

—¿Estás bien? —le acarició la espalda.

—Sí —se recostó en él—. Fue perfecto.

—Ahora tenemos un problema.

—¿Qué problema? —ella levantó la cabeza con miedo, pero Harsen simplemente sonrió y le tocó los labios con su pulgar.

—Ahora no creo lograr separarme de ti, al menos, no prontamente —

sonrió.

—Bueno, no será problema por ahora, esposo falso.

Ella se abrazó al pecho fuerte de Harsen mientras él dejaba salir una suave carcajada y le acarició la espalda. Quedándose callado por un largo momento mientras apretaba con fuerza el hombro redondo y pequeño de aquella mujer, pasando su dedo suavemente por la marca que llevaba en su hombro derecho.

«No, no creo poderte dejar ir nunca, Aine.»

Pero eso lo guardaría para sí mismo, ella había dejado muy en claro que lo último que quería era casarse y ni qué decir de los hijos. Seguro no le caería bien que alguien se enamorara de ella.

Suspiró y besó su cabeza, tendría que vivir y disfrutar lo máximo de esa mujer, puesto que cuando decidiera desaparecer, nadie podría evitarlo.

Aine se sentía extrañamente conectada con el hombre que no paraba de acariciarla y besarla, se sentía feliz y completa de tenerlo junto a ella, lo creía completamente suyo, consideraba que le había entregado mucho más que sólo su cuerpo.

Al mismo tiempo, se sabía vanidosa y le encantaba jactarse de las cosas, quizá sólo fuera parte de su imaginación el que sintiera eso, al fin de cuentas, él podía hacer salir de control a cualquier mujer, ella no era diferente a otras tantas que habían estado en la cama de

Harsen.

Suspiró.

Pensaría que al menos había perdido la virginidad con un hombre que le parecía increíble, que era el tipo de hombre que llegaba al nivel esperado en sus exigentes pensamientos, aquel del que podía enamorarse… si es que no estaba ya enamorada de él. Sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo y cerró los ojos.

Lo aprovecharía lo mejor que pudiera, quizá él podría gustar de ella también, tal vez había una esperanza de que se enamorara de una *Mujer Bestia*, como él se divertía en llamarle.

—¿Descubriste algo interesante el día de hoy?

La voz de Harsen la sorprendió, se habían quedado callados por un espacio tan prolongado, que ella pensó que se habría quedado dormido desde hacía más de media hora.

—Creo que sí, ha sido interesante —dijo juguetona.

Él dejó salir una risotada.

—No me refiero a esto —la abrazó—. Sino allá en la taberna.

Aine se acomodó mejor sobre su pecho, sin quitar la sonrisa bobalicona de sus labios y asintió, acariciando el vello sobre el pecho fuerte de Harsen.

—Bueno, creo que tú has descubierto más que yo, los proveedores de drogas de ese lugar son los Sundberg.

—Se veía tan satisfecho —negó Harsen—. Creo que sabía que Camila es de mis protegidas y se ha deleitado en hacerle eso, es como si supiera que fuera a ir por ella esta noche.

—¿Crees? —levantó la cara con preocupación.

—No lo dudaría —Harsen asintió, tocándo la barbilla y los labios de Aine distraídamente—. Esta casa está llena de enemigos a partir de este momento, no hay que confiar en nadie.

—¿Estamos siendo vigilados hasta en la casa? —negó, totalmente desconforme—. Me siento un ave en cautiverio.

—Gracioso comentario —la miró—. ¿Un *águila* encerrada?

Ella le golpeó el hombro y permitió que la besara.

—¿Cuál será nuestro próximo movimiento? —preguntó Aine con el ceño fruncido.

Harsen lo tomó a broma, porque no quería tomarlo de otra forma, así que rodó su cuerpo para quedar de nuevo sobre ella, disfrutando de su rostro sorpresivo.

—Mmm… eso dependerá de qué tan dolorida te sientes.

—¡Sabes que no me refería a eso!

—Es a lo único que entenderé que te referías.

Esa noche, después de hacer el amor nuevamente y que ambos se quedaran dormidos, Aine podía jurar que alguien había entrado a la habitación. La joven estaba entrenada para que sus sentidos estuvieran atentos incluso cuando entraba en un estado de relajación, como lo era el sueño; pero en esa ocasión, le fue imposible abrir los ojos pese a que sentía la presencia que los observaba atentamente.

Harsen tenía razón, estaban rodeados de enemigos.

Capítulo 19

El grito atronador de una loca desquiciada provocó que Aine se viera en la necesidad de tapar sus oídos. Incluso los mantuvo tapados durante todo momento en el que consideró que Desiré había estado parloteando de cosas sin sentido.

—Bien ya —la joven cortesana apartó las manos que Aine tenía sobre sus orejas y rodó los ojos—. Cuenta con detalles.

—Claro que no —se sonrojó—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Oh, ¿no me dirás lo delicioso que es que te lo haga Harsen Svensson?

Se habla muy bien de él.

—Supongo que no tengo que decírtelo —dijo, tratando de esconder su molestia—. Tú sabrás lo que se siente.

—Ojalá, pero no.

Aine levantó la mirada con ilusión.

—¿No?

—No celosita, no —rodó los ojos y se recostó en el sofá—. Las amantes de Harsen son seleccionadas minuciosamente.

—¿Qué? —Aine razonó el resto de la frase de Desiré y frunció el ceño

—. ¡Yo no estoy celosa!

—¡JA! Permite que me ría de ti. —Sonrió burlesca—. Para que sepas, él no se acuesta con cualquiera.

—No entiendo.

—Jamás se acostaría conmigo porque no quiere que sea cortesana, así que iría en contra de lo que quiere que haga. Tampoco recuerdo que alguien dijese que se acostó con una virgen —frunció el ceño—. Supongo que odiaría atribuirse el título de iniciador de jovencitas en la vida nocturna.

Aine sonrió forzadamente y dio un pequeño asentimiento con la cabeza, sintiendose confundida y asustada. A él no le había importado acostarse con ella, aun siendo de su conocimiento que era virgen y a sabiendas de que era una mujer que no tenía familia ni recursos, bien podía estarla iniciando en esa vida…

¿Acaso no le importaba lo que sucediese con ella?

Quizá así fuera, no la conocía de tanto tiempo, tal vez, al no ser de su ciudad, él no pensara en su seguridad, ni en lo que sería de su vida como lo hacía con Camila, Lili o Desiré.

—Así que… él siempre es cuidadoso con ello.

—Uy sí, aprecia demasiado a las mujeres como para no pensárselo antes

—sonrió—. Pero bueno, al menos dime si es el mejor amante que has tenido, debes aceptar que los otros idiotas se van a la borda en comparación.

—Te dije que no te diré —se sonrojó.

—¡Agh! Aburrida, eso es lo que eres —se quejó.

Aine sonrió y le tomó una mano.

—No te hablé para contarte esto, sino para que me ayudaras a no tener que contarte algo que en serio me meta en problemas.

—Ah… ya veo —ella asintió con ganas—. Tranquila, te haré lo necesario y lo traeré en unas horas, no debes preocuparte por ello, tu puedes disfrutar con todo lo que tienes sin miedo.

—¡Desiré!

—¿Qué? —sonrió malvada.

Aine se despidió de su amiga después de una hora más y fue a sentarse en soledad en un alargado y tapizado diván, pretendiendo leer, pero sus pensamientos volaban hacia las palabras que Desiré le había dirigido.

Aunque su amiga supiera que era una noble, entendía porqué pensaba que ella no era virgen desde hacía tiempo. Aine era un *águila*, viajaba, podía defenderse, estaba constantemente entre hombres y conocía la mayor parte del mundo. Pero la realidad era que Harsen había sido el primer hombre en su vida y… parecía ser que ella era la primera mujer impoluta que el tocaba sin remordimientos, ¿Habría cometido un error?

De seguro su madre le gritaría que sí, tal vez su padre la mataría y sus hermanos la repudiarían. Pero en ese momento e incluso después, Aine pensó que era lo correcto, pero justo en ese momento, tenía miedo de pensar que para él no significara nada, tal vez ni siquiera pensara que le debía un respeto como persona.

¿Acaso debía decirle algo? ¿Hacerle un reclamo? O…

—Hola —aquella voz llegó en conjunto con un beso que cayó sobre sus labios, sonrojándola—. ¿A qué ha venido Desiré?

Harsen se había sentado en el mismo diván que ella, colocando una mano firme sobre la pierna de la joven, como si pensara que ese cuerpo le pertenecía y podía tocarlo a placer, ¿Ella podría hacer lo mismo con él?

Aine quiso comprobarlo, se levantó del diván y volvió a besar los labios de Harsen, quien sonrió y profundizó el beso, volviéndola a recostar, acariciando su nariz con la de ella de forma cariñosa y presionaba sus labios contra su frente y mejilla.

—¿Esto quiere decir que no quieres contarme? —la besó en los labios

—.

Seguro que no es nada bueno si ha venido de Desiré.

—Me ha dicho algo interesante.

—¿En verdad? ¿Qué cosa?

Ella hizo ademán de sentarse, lo cual provocó que Harsen se apartara y quedara sentado en el diván también, con la hermosa faz de Aine muy cerca de él, hostigandolo para que la besara de nuevo y terminara haciendole el amor en ese maldito tapete.

—Me ha dicho que tú jamás te acuestas con personas que son vírgenes, porque no quieres que comiencen una vida de promiscuidad e indecencia.

—Así es, ¿Y?

—Bueno… yo era virgen cuando…

—Ah —sonrió de lado, sin mostrar los dientes—. Ya veo, así que piensas que no me interesa lo que suceda contigo ya que te tomé a pesar de que eras inocente.

—Bueno —bajó la cabeza—, es lo que ella sugirió.

—Aine —le tomó la barbilla y la elevó para que lo mirara a los ojos—.

Sé que jamás caerías en algo así, eres demasiado fuerte, inteligente e independiente, seguro matarías al primero que intentara siquiera tocarte, incluso yo dormí preocupado, pensando en que de pronto te molestarías por mis acciones.

—¿Me crees tan loca? —los ojos de Aine brillaban con desepción al escuchar aquello.

—No —le acarició quijada y tomó rápidamente la comisura inferior de sus labios—. Claro que me preocupo por ti, creo que eres por la que más me preocupo ahora.

—¿En serio? ¿Por qué razón? —lo miró ilusionada.

—Tengo verdadero miedo de que, ahora que sabes lo que puede pasar, quieras matar a todo cuanto se te insinué o siquiera tenga que tocarte por error —bromeó.

—Oh… —ella bajó la cabeza y sonrió—. Sí, supongo que lo haría y ni siquiera lo pensaría.

Aine suspiró, él no se preocupaba por ella como lo hacía por el resto de las chicas, sabía que era fuerte y que probablemente podría hacer daños irreparables en cualquier hombre… pero, por alguna razón, le gustaría sentir que él la protegería si alguien llegase a hacerle daño. Quería sentir que quería cuidar de ella, aunque no lo necesitara.

—¿Estás bien? —le buscó la mirada.

—Sí —movió la cabeza—. Perfecta.

Harsen sonrió y la abrazó, no podía decirle las profundas ganas que tenía de mantenerla sobre su pecho y cuidarla día y noche; seguro ella reaccionaría mal, lo que Aine quería era ser aceptada como alguien fuerte, que no necesitaba de nadie y que era igual que otro hombre. Seguro que el que quisiera cuidar de ella la enfurecería y hasta llegaría al punto en el que le daría un buen golpe para que reaccionara en su estupidez.

Harsen sabía que Aine podía cuidarse sola, pero le encantaría que se dejara cuidar, al menos por él.

—¿Dónde están Camila y Lili? —se separó la joven.

El hombre suspiró y colocó su mano sobre la cadera de Aine, acariciaba la zona de forma distraída, parecía serle de lo más normal el estarla tocando de esa forma tan íntima.

—Camila ha tenido una mala noche.

—¿Qué tan mala?

—He mandado llamar a Enok de nuevo.

Aine asintió y tocó con cariño la mano fuerte que él había dejado sobre su cadera, tratando de darle aliento. La situación con Camila era demasiado triste.

—Lamento haber sido tan brusca con Lili ayer. Fui cruel y no me di cuenta que hería sus sentimientos.

—No importa si te has dado cuenta —sonrió sin mostrar los dientes—.

Iré con ellas ahora, ¿Quieres ir?

—Sí —ella se puso en pie y comenzó a arreglar su vestido para que se acomodara como debía ser. Harsen la miraba detenidamente, recordando ese mismo cuerpo, pero sin vestido, abrazado a él, siendo totalmente suyo

—. ¿Sucede algo?

—Sí, en realidad sí.

—¿Qué? —frunció el ceño y miró a su alrededor, siendo tomada desprevenida en un abrazo poderoso—. ¡Ah! ¡Harsen!

El hombre sonrió con gracia al verla avergonzada y temerosa de que alguien los viera, pero era un comportamiento que debía ser más bien cotidiano, al menos a su ver, estaban casados y era normal que, de vez en cuando, dieran uno que otro despliegue de cariño, sobre todo si estaban en su casa.

—Quiero quitarte ese maldito vestido ahora mismo y tirarte en el tapete para hacerte el amor.

—Harsen… —ella le puso las manos en el pecho, buscando distanciarlo

—. Las doncellas pueden vernos, escucho sus cuchicheos hasta acá.

—Quizá —elevó ambas cejas—. ¿Qué más da?

—¡Ey! —ella se alejó de nuevo y sonrió—. ¿No íbamos a ver a Camila y a Lili?

—Mm-hmm, sí, pero podríamos verlas en… ¿una hora?

—No, ahora —exigió Aine y le besó los labios, pretendiendo que fuera una caricia inocente y fugaz.

Pero era obvio que Harsen no se daría por bien servido con tales arrebatos infantiles, así que profundizó el beso, provocando que ella arqueara su espalda al estar tan pegada a su cuerpo y elevara la cabeza para que él tuviera un total acceso en sus labios, rozando suavemente su lengua con la suya, haciéndola chistar.

—¿Te disgusta? —la miró con ojos brillantes.

—No… —dejó salir en un suspiro deseoso—. Me sorprendió.

Él se inclinó un poco y la rodeó por la cintura, Aine era tan pequeña a

comparación, que Harsen era capaz de alzarla para que sus labios quedaran a su altura, separándola totalmente del suelo y haciéndola reír.

—Aun pretendo sorprenderte por mucho más tiempo.

—¿Me enseñarás todas tus artes amatorias? —se burló, colocando sus codos en los hombros de él, acariciando los mechones de cabello castaño.

—¡Todas las que me dejes! —dio una vuelta con ella—. Si es que no te asustas, podré darte placer de formas que ni te imaginas.

—Seguro te sientes poderoso al pensar así.

—Bueno, no es fácil tener ventaja sobre ti, así que, por ahora, me regodearé en esto.

—Tonto —sonrió y se inclinó para besarlo.

—¿Estás bien con esto? —la colocó sobre sus pies, mirándola seriamente

—. No te arrepientes ¿Verdad?

Ella acomodó nuevamente sus ropas y lo miró divertida.

—Yo jamás me arrepiento de nada —le levantó la nariz con un dedo —.

Si decidí hacerlo, es porque ya lo venía pensando.

—Ah… —sonrió burlesco—. Así que ya lo venías pensando.

Ella se inclinó de hombros, mostrándose segura ante la revelación de sus palabras.

—Bueno, ¿cómo no hacerlo? Te vi desnudo la mayoría del tiempo, incluso en una ocasión estuve cerca mientras hacías tus necesidades,

¿recuerdas? —Harsen se avergonzó.

—Jamás debiste fingir ser hombre, ¡maldición!

—Estuve confundida por un largo tiempo mientras me hacías el amor —

siguió molestándolo mientras comenzaba a salir del salón en el que había estado meditando y él la interrumpió—. No tenía idea que tuviera varias funcionalidades, por un momento pensé que planeabas…

—Bien, ya basta —la tomó de la cintura y negó sonriente—. No seas molesta o te demostraré todas las funciones que tiene.

Ella dejó salir una carcajada alegre y comenzó a subir las escaleras en dirección de la habitación de Camila, donde también estaría el doctor Enok y su hermana menor, Lili. Fue la menor quien se puso en pie en seguida y fue a abrazar a Aine, sintiéndose totalmente conmocionada ante la situación y dejándose caer hasta el suelo, llevándosela consigo.

—Ella está muy mal, no despierta Aine, ¿Crees que muera?

—No, Lili, estará bien, ya verás.

Harsen terminó de pasar a la habitación y fue hasta Enok, quien prontamente le dio los pormenores de lo que sucedía, asegurando que Camila estaba bien, pero que Lili no lo comprendía al verla inconsciente y tan lastimada.

—Ven Lili, será mejor que tomes un té.

—Pero…

—Harsen se quedará aquí con ellos —Aine le tomó los hombros y la guío a la salida.

Lili parecía conmocionada, tomó aquel té en completo silencio y Aine no sabía qué conversación empezar para que no se tornara aún más incómodo, al menos para ella.

—Dime, Aine, ¿eres feliz?

La joven por poco escupe el té tras el que se había estado escudando mientras buscaba una conversación factible.

—¿Feliz? —A la cabeza de la joven se le vinieron muchas imágenes: varias con su familia, en sus viajes, siendo un *águila* y más recientemente, junto a Harsen, se sorprendió al darse cuenta que podía incluirlo ahí—. Sí, supongo que lo soy.

—¿Harsen te hace feliz?

—Bueno, sí —se removió incómoda—. Lo hace.

—A pesar de que es un hombre y obviamente te pide que… —ella bajó la cabeza—. Los hombres son brutos, sólo mira cómo ha quedado mi hermana, ellos… ellos son horribles.

—No todos lo son, Lili —Aine la miró con cariño—. Hay hombres buenos, como Harsen, él jamás me haría daño, ni tampoco a nadie más, tú misma sabes que te ha protegido.

—Sí, pero ¿qué tal si un día pensara que yo le gusto o Camila?

—B-bueno… supongo que te lo diría.

—Lo exigiría.

—No lo creo. Harsen no las obligaría a nada y, además, está casado, no faltaría a sus votos matrimoniales —sonrió tranquilizadora—. Si lo hace, yo misma lo asesinaría, te lo juro.

—¿Tú disfrutas cuando él…? —La miró con una cara de asco—. ¿Por qué? ¿Estás loca acaso?

—Por Dios, Lili. —Aine cerró los ojos—. No pienses en eso.

—Yo ya lo sabía de antes, había visto a Camila, pero ella siempre sufría, lo hacía para tener dinero, pero siembre vomitaba cuando se iban, a ella no le gusta, lo sé, a nadie le puede gustar, a mí tampoco me gusta ¡Los odio!

¡Los odio!

—Está bien, entiendo, está bien. —Trató de tranquilizarla—. No tienes por qué volver a vivir nada de ello, si no quieres hacerlo, entonces, no lo harás, Harsen se encargará de ello.

—No confío en él, ¿Qué tal si en la noche me ataca o a Camila? —negó nerviosa—. No puedo dormir de pensarlo.

—No te preocupes, él estará conmigo, no irá a ningún lado, lo retendré, te lo prometo.

—Pero tampoco quiero que te haga daño a ti, tú tampoco quieres estar ahí, incluso querías una habitación propia. —Lili estaba alterada—. Pero él fue ahí de todas formas, él tiene llave de todas las puertas, entonces el seguro no sirve de nada.

—Lili, escúchame. —Aine se puso de pie y fue hasta ella, acuclillándose y tomándole las manos—. Harsen no te hará daño, él

no me hace daño a mí tampoco.

—Pero es que…

—Lili. —Aine meneó la cabeza, alzó la mano y le tapó la boca con sus dedos—. Él y yo estamos bien.

La joven parecía dudarlo, temía porque ella estuviera sufriendo como su hermana, sabía que, cuando la gente se casaba, la mujer dejaba de tener opinión, debían cumplir y cumplir, cuantas veces el hombre quisiera, hasta quedar embarazadas y después de dar a luz, ellos regresaban, siempre regresaban.

—Siempre vas a tener que complacerlo. —Advirtió Lili, como si Aine no lo comprendiera—. ¿Por qué no escapamos?

—No, Lili, corres más peligro afuera que aquí, ¿entiendes?

—¿Por qué existen los hombres? ¿Por qué no mueren todos?

—Sé que ahora te parece difícil pensar en uno de ellos como alguien bueno, pero date tiempo, verás que la vida te sorprenderá.

—No quiero más sorpresas.

Aine dio la conversación como perdida, Lili tenia demasiado miedo, incluso se lo tenía a Harsen, lo cual no comprendía, porque él no había hecho otra cosa más que ser amable con ella y con Camila. No podía juzgarla, si acaso alguien le hiciera lo que les hicieron a ellas… no tenía idea de cómo reaccionaría.

O quizá sí lo sabía: «Yo los mataría dolorosamente uno por uno -sonrió para sus adentros y negó-. Sí seguro que eso haría». Por el momento, tenía un plan, al menos para que Lili no pensara en huir de la casa y no viera al presidente como una amenaza.

—Aine, tenemos que…

—Harsen —sonrió la joven, poniéndose de pie y besándolo, sorprendiendo tanto al hombre como a la mujer que le hacían compañía—.

Le decía a Lili que quizá sería bueno que compráramos nuevos vestidos para ella y para Camila.

—Claro —dijo confundido, tomando su cintura—. Lo que necesiten, lo pueden pedir.

—Gracias. ¿Qué querías decirme?

—Ah, sí. Tenemos una invitación a comer, es a las cuatro.

—Bien, estaré lista —Aine se volvió hacia Lili y sonrió—. ¿Por qué no vas a ver cómo está Camila?

—Sí —la joven corrió presurosa hacia la salida y desapareció.

—¿Qué sucede? —Harsen la soltó—. ¿Por qué el beso?

—Ella cree que las atacarás de un momento a otro.

—¿Qué? ¿Qué yo…? —él negó—. ¿Por qué?

—Porque lo cree de todos los hombres, tiene miedo.

Harsen dejó salir un profundo suspiro y pasó una mano por sus cabellos, parecía frustrado.

—¿Qué crees que debo hacer?

—No lo sé… por eso te besé, quiero que se dé cuenta que no te temo y nosotros estamos bien.

—Más que bien, diría yo —se agachó y tomó sus labios.

—Basta —lo apartó entre risas—. No comencemos de nuevo.

—¿Por qué? ¿No crees poder controlarte?

—Mi señora —los interrumpió un mayordomo.

Aine se separó de él dando un brinco que casi lo hace reír, pero Harsen volvió la vista hacia el hombre y asintió.

—¿Qué ocurre?

—Buscan a la señora Aine, mi señor —dijo tranquilo el caballero—. Una señorita llamada Desiré.

—¿De nuevo? —Harsen miró a Aine con el ceño fruncido.

—Sí… ha venido a traerme algo.

La iluminación llegó a la cara de Harsen y sonrió, dándole un beso a su esposa y saliendo de ahí para dejarle espacio a la mujer que traía un método para que Aine no lograra concebir a sus hijos.

Normalmente despreciaría tales acciones, le encantaría poder ver a aquella fuerte mujer con el vientre abultado y ojos brillantes, pero era lo mejor en ese momento, y de nada servía o siquiera importaba el que Harsen no deseara que lo evitara.

Aine se sintió inquieta al darse cuenta que Harsen había comprendido perfectamente a lo que Desiré había regresado a la casa. Si no se equivocaba, había visto una mirada de desepción en los ojos violáceos de su marido, pero quizá sólo lo había imaginado. Debía admitir que le avergonzó que él lo supiera, tampoco era que lo hubiese tratado de esconder con maestría, pero esperaba que al menos Harsen hubiera disimulado mejor.

Como fuese, trataría de no apenarse más por ello.

—Listo, linda, esto ayudará a que no tengas bebés. —Aine miró aquella cosa extraña en ese frasco y frunció el ceño—. Te aseguro que te será efectivo, sólo toma una cucharada, quizá te haga falta una fresa o algo para el mal sabor, pero sin criaturas.

Ella abrió el frasco y empinó un poco del contenido, sintiendo ganas de vomitar en seguida, pero lo contuvo y suspiró cuando el sabor comenzó a pasar poco a poco.

—Harsen parece familiarizado con esto.

—Bueno, estoy segura de que él no se encarga de ello con sus amantes, pero claro que entiende lo que es, sobre todo, cuando he sido yo quien lo ha traído.

—Te lo agradezco en verdad —ella seguía haciendo muecas por el mal sabor de la bebida.

—Sin problemas —le guiñó un ojo—. Cuando se te acabe me avisas,

¿vale?

Aine subió corriendo a las escaleras y entró a la habitación para cambiarse, como lo había pedido Harsen, faltaba poco para la reunión y ella ni siquiera sabía lo que se pondría.

Se detuvo a la mitad de la habitación y miró el pomo que traía en la mano, analizándolo como si de pronto este le fuera a contestar las muchas dudas que tenía. Recordando nítidamente la forma en la que Harsen se mostró impactado por las prevenciones que estaba tomando para no quedar embarazada. ¿Es que él prefería que no lo hiciera?

Aine se sonrojó y sonrió un poco, jamás había pensado en tener hijos, ni siqueira en tener una pareja estable, pero cuando se trataba de Harsen, todo cambiaba y no entendía del todo por qué. Sabía que lo admiraba, le parecía una de las mejores personas que conocía, era inteligente, honorable y bueno. Sí, en definitiva sería fácil enamorarse de él, no le molestaría saber lo que Harsen pensaba sobre su relación, lo que creía que les deparaba el futuro, ¿Acaso él lo habría pensado en algun momento? Quizá sólo fueran cosas de ella.

Aine bajó su mano hasta su abdomen y frunció el ceño al sentir que su corazón latió con fuerza.

Si llegase a quedar embarazada, ¿Qué diría Harsen?

Capítulo 20

Aquella comida era importante, Aine lo pudo notar por las personas elegantes que se paseaban de un lado a otro con preciosos vestidos, elegantes trajes y conversaciones de lenguaje elevado y racional. No era una fiesta cualquiera, parecía ser más bien una reunión de altos mandos y, por mera cordialidad, estaban invitadas las esposas de las mismas.

Aine miró hacia Harsen, quien sonreía hacia el hombre que lo había capturado en una conversación larga y tediosa sobre arte. La joven se sorprendió de lo mucho que su marido sabía del tema, al ser un político, no pensó que tuviera otros menesteres que le fueran de interés.

—¿Señores? —sonrió el señor Olsson y el anfitrión de aquella comida —.

¿Pasamos al comedor?

Harsen permitió que Aine se tomara de su brazo y él incrementó aquel toque al colocar una mano sobre la de ella, acariciando su dorso suavemente con el pulgar, todo esto sin dejar de entablar la amena conversación con el señor con el que se había entretenido desde antes. La joven suspiró, sintiendo todas las sensaciones agradables estrujando su corazón mientras sentía la caricia de Harsen sobe su mano, lo cual la hacía sonrojar.

Aine trató de enfocarse en cualquier cosa que la distrajera un poco del hombre junto a ella. Así que fue capaz de apreciar con detenimiento la aplitud y decoración del comedor de los Olsson; se denotaba el detalle que se había tomado al organizar la velada; era obvio que querían

impresionar a alguien por la forma cuidadosa en la que las flores fueron elegidas para decorar los finos jarrones brocados, los platos de porcelana importada, copas, cubiertos y la elegante letra en cada pequeña etiqueta que portaba el nombre de cada uno de los invitados, indicando el lugar que se había dispuesto su presencia para la comida.

Aine dio gracias de que hubiese sido colocada junto a Harsen, lo último que deseaba en ese momento, era estar presa entre personas que no conocía y que, seguramente, le harían muchas preguntas incómodas sobre su relación.

Claro que había sido una ingenuidad pensar que con eso se encontraría a salvo de toda persona. Harsen, al ser un hombre tan importante, siempre era acomodado entre personalidades de igual relevancia, dejando a Aine junto a una mujer hermosa, la cual se había mantenido callada durante toda la comida.

Aine encontraba especialmente extraña a aquella mujer, puesto que, a pesar de que no dejaba de sonreír, no parecía del todo presente. Era como si estuviera atrapada en medio de un perfecto recuerdo, el cual era más interesante que todas las personas que estuviesen sentadas a su alrededor.

—Disculpe mi ignorancia, señora, pero creo que no nos han presentado

—Aine se acercó a la despistada mujer, susurrando a lo bajo—. Soy Aine Ha… Svensson, ¿Y usted es?

—Oh, si no me equivoco, es usted la esposa del presidente.

—Así es, soy su esposa —Aine elevó una ceja ante la mirada soñadora y llena de lágrimas de aquella mujer.

—Soy Rigoberta Olsson, la esposa de su anfitrión.

La impresión se hizo presente en la mirada de Aine y frunció el ceño al notar que la pareja parecía tener sus vidas por separado. El marido apenas y la había tomado en cuenta durante toda la cena, por no decir que se podría pensar que era soltero o viudo.

—Lo lamento tanto señora, no la vi al momento de las presentaciones iniciales y el señor Olsson no hizo hincapié en…

—No te preocupes, querida, no me encontraba ahí —la mujer la miró de arriba hacia abajo y elevó ambas cejas—. Eres preciosa, seguro que

tu marido disfruta en demasía ese cuerpo tuyo cuando te hace el amor en las noches.

Aine no disimuló su desconcierto por aquella forma tan poco pudorosa de hablar, sobre todo si se tomaba en cuenta que estaban en una mesa, donde había más personas que pudieran escucharla. De hecho, Rigoberta Olsson no había sido cuidadosa ni siquiera en su tono de voz.

—¿Disculpe?

—Ya había visto los periódicos donde ponían su foto, eres más guapa en persona niña —la seguía recorriendo con la mirada—. No hacían mal en decir que parecías una prostituta de las que son muy bien pagadas, a lo que se sabe, ni siquiera portas un título o algo parecido.

Aine en verdad que no concebía tal comportamiento, sobre todo porque no sabía discernir si la mujer estaba bromeando o no. Ante los ojos de Aine,

parecía estar realmente perdida, incluso se tambaleaba un poco sobre su silla, ¿estaría borracha?

—Demasiada morfina —se introdujo una joven de sonrisa dulce, quien asomaba su cabeza por sobre el cuerpo de la señora Olsson—. Es un gusto, soy hija de los Olsson, Samanta.

—Oh, un placer… creo.

—No hagas caso a madre, cuando se encuentra en ese estado, suele ser una boca suelta —rodó los ojos—. Le dije que al menos esperara hasta después de comer para drogarse.

Aine sonrió forzadamente y miró a la mujer que reía en soledad e ingería vino para ocultar su estado. No podía más que sentirse mal por ella, tampoco podía dejar de mirarla, no hasta que sintió como una mano se deslizaba suavemente sobre su pierna, posándose dominante sobre su muslo.

La joven Hamilton volvió la cabeza sólo para toparse con el perfil de Harsen, quien seguía distraído en una charla, pero aquella mano fuerte, de dedos largos y uñas perfectamente recortadas era la de él. ¿Por qué la tenía sobre ella? Frunció el ceño y pasó los dedos por las venas que resaltaban en su dorso, le parecían atractivas, a su parecer mostraban masculinidad.

Siguió con su escrutinio hasta el anillo de oro que él tenía en su dedo meñique, con un escudo de armas en él.

Aine levantó la mirada y fijó su vista en la mano izquierda de Harsen, que era la que podía mover con libertad del otro lado, charlando con aquel hombre tan aburrido.

En aquella mano, en su dedo anular, una sortija de oro a juego con la de ella resplandecía bajo las luces del candil. Sonrió. Por alguna razón le gustaba que él lo usase, la hacía sentir conectada a él, dominante y pensaba que le daba el privilegio para reclamarlo si era necesario, era suyo.

—Parece usted muy enamorada de su marido —dijo la voz de Samanta, sorprendiendo a Aine, puesto que ahora ella se encontraba sentada a su lado y no su madre.

—Oh —se sonrojó notoriamente y negó—. Me ha atrapado en un momento muy vergonzoso.

—No creo que tenga algo de malo amar a la persona con la que se ha casado, no muchos disfrutan ese privilegio —Samanta se fijó en la mano que Harsen tenía sobre Aine y sonrió—. Aunque creo que es más privilegiado aquel que es correspondido.

—Él lo hace para saber si estoy incómoda.

—Por supuesto —ignoró su excusa—. ¿De dónde es usted?

—Rusia.

—Claro, lo oí decir de la señora Nilsson —asintió poco conforme, bebiendo un poco de vino—. ¿Cómo conoció a Harsen Svensson? Jamás he sabido que haya viajado para esas tierras.

—No, y no lo hizo, en realidad, me vine a vivir a París desde hace mucho tiempo.

—Claro, entonces su acento es una combinación de muchos idiomas, aunque debo admitir que habla sueco con bastante fluidez, lo cual me sorprende.

—Bueno, estoy tratando de eliminar el acento, así que, si puedes ayudarme, te lo agradecería.

—Me parece agradable el acento, así que no pienso ayudarte.

Aine dejó salir una risita y asintió.

—Te agradezco la franqueza.

—Es lo único que queda en medio de estas cortes llenas de mentiras ¿no lo crees? —rodó los ojos—. Debo decir que muchas mujeres quedaron decepcionadas al escuchar del matrimonio del presidente, era un partido deseado pero que se pensaba apartado.

—¿Apartado?

—Todos creíamos que se casaría con la señorita Valeria Persson —se inclinó de hombros—, ellos siempre estaban juntos, creo que eran amigos desde la infancia, quizá hasta se comprometieron el algún punto. Pero es obvio que el presidente encontró más placentera una unión con usted y lo entiendo, usted tiene mejor cuerpo.

—¿Piensa que los hombres basan sus decisiones sólo en el cuerpo de una mujer?

—Bueno, es lo que les da placer, ¿o no?

—No pensé que alguien tan joven tendría una opinión tan triste de las relaciones.

—Mi madre dice que un hombre debe enamorarse por los ojos antes que por otra cosa, por eso es necesario tener una bonita cara y un cuerpo deseable, yo hago ejercicio todos los días.

—Eso es bueno, pero sobre todo para ti.

—Es usted una defensora de la mujer? —sonrió—. Ahora veo porque el presidente quedó prendado de usted, él también va por el mundo

defendiendo cosas que ningún hombre aceptaría. Por eso las mujeres lo asediaban todo el tiempo, pero él no cedía, pensamos que en serio quería a Valeria.

«Valeria», ese nombre quedaría grabado en los recuerdos de Aine hasta el fin de sus días.

—Bueno, no sé qué decir.

—He escuchado que su corte en Rusia es una de las más alocadas y depravadas de todas ¿es verdad?

—No sabría decirlo, jamás he estado en sociedad en esas tierras, me

desenvuelvo en más en París o Londres.

—Es una lástima, me parecería divertido tener a alguien con quién ir y hacer todas esas locuras de las que se hablan.

Aine encontraba deprorable el tema de conversación que había sido seleccionado por la señorita Olsson, era verdad que le agradaba poder conversar con alguien, pero de eso a recibir insultos… no, de eso nada.

Sin embargo, debía ser amigable, al final de cuentas, la muchacha había crecido con una madre que parecía ser una adicta y un padre ausente, a lo que Harsen había dicho.

Acabada la comida, se reunieron en un salón espacioso, donde la música del piano y de violín armonizaba agradablemente las conversaciones. Aine no pudo dejar de notar que las mujeres del lugar poco a poco se iban ausentando, dejándola sólo a ella junto a su marido, quién la sostenía de la cintura y la integraba en la conversación que para Aine era la cosa más monótona y aburrida.

—Señor, espero que permita que su esposa se separe de usted por unos momentos —llamó la atención una voz angelical—. La ha tenido presa en pláticas aburridas de hombres.

Tanto Aine como Harsen se volvieron hacia la preciosa joven que tenía una sonrisa permanente en sus labios.

—Señorita Olsson, no tengo ningún problema en que vaya con usted —

Harsen miró a su esposa—. Si es lo que ella desea.

—No me atrevería a hacer un desaire de esa magnitud —dijo Aine y miró a su esposo con una sonrisa, haciendo que se inclinara un poco para darle un beso en la mejilla.

La hija de los Olsson era joven, quizá de unos diecisiete años, traviesa y divertida. Dirigía a Aine por la velada como si conociera a todas las personas del lugar, puesto que la saludaban o ella lo hacía primero, para

segundos después, volverse para informar a Aine sobre los chismes más recientes de esa persona en específico.

Tal parecía que la vida de Samanta Olsson se basaba en saber los

problemas de las vidas de todas las personas importantes de Suecia, lo cual era increíblemente conveniente para Aine, quien necesitaba enterarse de todo lo que llevara importancia entre la alta sociedad del país.

—Vamos, le tengo una sorpresa. —Sonrió Samanta Olsson, tomándole la mano—. Ven, vamos con el resto de las chicas.

Aine frunció el ceño, pero siguió a Samanta hasta llegar a unas puertas dobles que abrían paso hacia la habitación donde estaban recluidas las esposas de los importantes caballeros que charlaban allá en el salón. Para sorpresa de Aine, no se dedicaban a charlar o beber té con galletas como la joven imaginó; estaba claro que eran ellas quienes disfrutaban más de esa fiesta.

Estaban tumbadas en el suelo, sobre largos tapetes de hermosas formas y colores, recostaban sus cuerpos relajados en grandes cojines aterciopelados de diferentes tamaños y colores. El humo era abrumador desde el momento en el que se abría la puerta, tanto, que le provocaron ganas inmensas de toser y hubo necesidad de manotear un poco para quitar la bruma para sus ojos que escurrían lágrimas.

—¿Qué está pasando?

—Ven Aine, esto será divertido, ya lo verás.

Ella negó repetidas veces, definitivamente no quería, Aine no quería probar nada en lo absoluto de lo que esas mujeres extremadamente relajadas tenían en el cuerpo.

Conocía aquellas alargadas pipas de las cuales las mujeres se turnaban para fumar, las jeringas en el suelo y el polvo blanco. Lo había visto antes y el camino que recorrían esas mujeres terminaba siempre de una forma espantosa, en medio de la falta de razón, el delirio y claro, la necesidad por más, siempre se deseaba obtener un poco más.

—No creo que me agrade… —Se resistió en seguida, incluso frenó sus pasos—. Jamás lo he probado y tengo algo de miedo.

Las mujeres en la sala jalaron el aire y la miraron admiradas, como si acabase de decir que nunca se bañaba o que odiaba comprar vestidos para las fiestas. En ese momento, Aine incluso notó que había jovencitas, niñas que apenas entraban en sociedad ese año. Se veían atontadas, sonrientes y

lánguidas, seguramente presas de su imaginación sobresaltada por las

drogas que sus propias madres les daban como parte de la nueva cultura.

Aine sabía que era una moda entre las damas de la alta sociedad el regalarse mutuamente lindos estuchitos, disfrazados de mil formas por el arte, hasta el extremo de parecer objetos inocentes -frasquitos de esencia, estuches para agujas, alhajas, etcétera-cuando en realidad contienen una jeringuilla de inyecciones y una buena dosis de morfina.

—Oh, vamos querida —dijo una mujer, poniéndose sobre sus rodillas.

Ella tenía el vestido desabrochado, como si le estorbara para respirar, incluso para existir—. Produce una satisfacción tal de placer y felicidad, que hace desaparecer de la memoria todos los recuerdos tristes y las incomodidades de la vida; se olvidan los disgustos y los contratiempos, todo parece alegre, risueño, suave. ¡Es como mágia!

Aine se alejó dos pasos de aquella mujer, quien parecía enloquecida.

Tenía una mala sensación, todo aquel lugar parecía desenfrenado y cada vez quería salir de ahí con mayor rapidez.

—Es verdad, el alma se ve rodeada de venturas, como si estuviera engolfada en un mar de placeres tan delicados y sutiles, que el espíritu se cree libre de los lazos y pesadez del cuerpo, con alas para volar a otras regiones donde todo es felicidad y dicha.

Aine sonrió para sí misma «Si Publio las escuchara hablar de la morfina como un somnífero para el dolor natural de la vida diaria, seguro les pegaría un tiro para que supieran lo que era dolor —la joven se rio—. Pobre hermano, si viera esto seguro le reventaría la cabeza en un dos por tres.»

—Ven Aine —Samanta Olsson la jaló y la hizo sentarse en los tapetes y los cojines—. Mira, es fácil, tomas la jeringa, y la colocas justo aquí, ¡Te fascinará lo juro!

—Prefiero mi copa de vino —intentó de nuevo, pero al ver la cara deformada de las mujeres, entendió que tendría que ceder para ser aceptada en el lugar—. Bueno, en ese caso, prefiero el opio, me da más curiosidad esa rara pipa.

Las mujeres sonrieron y le pasaron aquella cosa que Aine tomó con torpeza. Definitivamente prefería algo inhalado a algo inyectado, Publio la mataría si supiera que dejó que alguien que no es médico la

inyectara, ni hablar si le decía que era morfina.

Aine sonrió lastimera y colocó la boquilla entre sus labios y fingió jalar un poco, haciendo una mueca y tosiendo. Para después entregar la pipa a las

divertidas mujeres que no dejaban de intentar explicarle el funcionamiento y cómo debía hacerle la próxima vez.

«¡Cómo si fuera a hacer algo tan estúpido!», se quejó.

Pero entonces, sintió un pinchazo en su brazo, ella se sorprendió notoriamente y miró abrumada a su alrededor, observando la cara compungida de Samanta Olsson, quien alejaba la jeringa y la miraba con vergüenza y lástima.

No fue de inmediato, pero sintió como lentamente algo ocurría con su cuerpo, era como si todo en ella se sintiera más ligero, relajado, todo le daba vueltas y no pudo evitar fruncir el ceño al comprender que todo se movía lento y no lograba procesar correctamente lo que sucedía a su alrededor, ni una sola palabra le era conocida.

Se asustó e intentó tomarse de un sofá para ponerse de pie, pero irremediablemente cayó al suelo y comenzó a reír pese a que no tenía ganas de hacerlo. Jamás había sentido que podía perder el dominio de sí misma hasta ese momento. Buscó a la culpable de su estado, pero Samanta Olsson estaba desaparecida.

«Harsen… —lo llamó internamente, cerrando sus ojos para evitar el mareo—. Harsen ven por mí ahora…»

—¿Harsen, preciosa? —le dijo alguien muy cerca de su oído—. ¿Es a Harsen a quien llamas?

Aine se movió incómoda y levantó la vista, tratando de hablar, pero nuevamente fracasando.

—¡Escuchen a la princesa hablar! —sonrió el hombre—. Eres igual de simple que todas los demás… tan estúpidas.

Aine enfocó con esfuerzo a Viggo y Aleksi, ambos parados frente a ella con una sonrisa complacida y brazos cruzados. Inmediatamente se arrastró lejos de ellos.

«¿Qué hacen aquí? Ellos no estaban invitados…», la joven negó, tratando de centrarse.

—Prometiste que no le harías nada Viggo, lo prometiste.

Aine volvió la vista hacia Samanta Olsson, quien en ese momento recibía una fuerte bofetaba y caía al suelo, siendo tomada de inmediato por un hombre que, sin más, comenzó a desvestirla, pese a los gritos negativos.

No podía ser cierto, los esposos y padres de esas mujeres estaban a unos metros de distancia, no podían venir a abusar de ellas como si nada fuese a sucederles… aunque quizá, los hombres de allá afuera estuvieran tan

drogados como sus mujeres, lo cual los dejaba en la nada. Quizá nunca se dieran cuenta, pero Harsen no, él estaba consciente y jamás lo permitiría, él llegaría y se pondría furioso con lo que sucedía en el lugar.

—No… —susurró Aine.

Harsen no, Harsen no podía estar igual, él vendría por ella.

—Quítale la maldita ropa, busca el estúpido tatuaje y luego pueden hacer lo que quieran con ella —ordenó Viggo, quien estaba parado junto al que parecía su padre… ¡Sí! Reconocía al padre de ese hombre.

—¡Harsen! —gritó ella—. ¡Harsen…! ¡Harsen!

—¡Cállenla!

Aine recibió un fuerte golpe en la mejilla, para ese momento, Aine ya no consideraba de importancia seguir ocultando su identidad, los mataría… si tan sólo pudiera.

Viggo había sido inteligente, pensó muy bien la manera de dejarla inmovilizada y fuera de combate, era obvio que fue su plan desde el principio, fue una estúpida por haberse permitido bajar la guardia hasta ese punto.

Aine sintió como la tomaban de las rodillas y la jalaban hacia ellos, provocando que el vestido se le subiera hasta los muslos, en ese momento, a esos hombres no les interesaban las conotaciones sexuales que pudiese tener aquel movimiento, lo que ellos querían, era romper las mangas, querían ver el tatuaje y así poder matarla con certeza.

Así que lo que Aine tenía que hacer era poner todas sus fuerzas y cordura en hacerles el trabajo difícil.

—Maldita sea Aleksi, no sirves para nada.

Viggo tomó el cuello alto del vestido de Aine y prácticamente rompió los botones de su espalda, los cuales saltaron con indescriptible estruendo… al menos así lo escuchó ella. Gritó. Gritó lo más alto que pudo y se abrazó a sí misma, completamente asustada y no evitó su vómito, lo hizo en cuanto supo que alguien podría forzarla, como veía que forzaban a todas las demás.

—¡Maldita estúpida! ¡Me ha manchado! —gritó Aleksi.

—¡Alguien viene! —avisó el padre de Viggo.

—Larguémonos de aquí.

En ese momento, las puertas se abrieron y Aine, sin haber escuchado la conversación de sus agresores, gritó con fuerza al pensar que serían más hombres tratando de lastimarlas en medio de su inconsciencia e incapacidad de defenderse.

Para su alivio, se trataba de Harsen. No sabía si eran las drogas o verdaderamente se iluminaba como un salvador, un ángel redentor que expulsaba a esos malvados a base de disparos. Y no parecía ser el único, venía acompañado por otros pocos tan lúcidos como él mismo.

Los perpetradores comenzaron a correr por la habitación, algunos lanzándose por las ventanas, otros cayendo muertos, pero no había rastro alguno de Aleksi o de los Sundberg, Aine aún miraba con sorpresa la escena, no era capaz de centrarse y no podía parar de llorar al sentirse tan indefensa.

—Aine, estoy aquí —la tomó de los hombros y la enderezó como pudo

—. ¿Qué demonios te dieron?

—Harsen…

—Tranquila, te sacaré de aquí.

Harsen miró el vestido roto y la desorientación en los ojos de Aine y sintió que se volvería loco de ira, dudaba que ella hubiese aceptado alguna de las drogas que esas mujeres le ofrecían, si estaba de esa manera, era porque la habían obligado a hacerlo.

Se agachó y la tomó en brazos, recostándola en su hombro para sacarla de ahí. No podía ni ver al resto de las mujeres, quienes

parecían perdidas y algunas lloraban, como lo hacía Aine, esperaba que a ella no hubieran llegado a dañarla como a las demás, esperaba que nadie la hubiese tocado, porque si fuera así, sería incontrolable, de hecho, justo en ese momento lo era.

No podía soportar verla tan fuera de sí, temblorosa, asustada, desenfocada e incluso enferma. Jamás aceptaría que Aine se sintiera débil o desvalida y sabía perfectamente que en ese moemnto, habían logrado que se sintiera de esa forma.

Álvaro Corazón Rural. (2017). El consumo de drogas antes de la I Guerra Mundial. 03 Jul, 2021, de JOT DOWN Sitio web: https://www.jotdown.es/2019/07/el-consumo-de-drogas-antes-de-la-i-guerra-mundial/

Capítulo 21

Harsen llegó a su casa aún con Aine en brazos, para ese momento se encontraba mejor, pero seguía sin poderse mantener de pie y estaba mareada, sin mencionar que le había quitado el vestido que había sido manchado por el vómito, dejándola sólo con la ropa íntima y el camisón, cubriendo su cuerpo con la gabardina que fuese de él.

—Harsen… —Aine le tomaba con fuerza de la camisa para lograr llamarle la atención—. Harsen…

—Sshh, aquí estoy —le besó la frente y subió a la habitación.

Harsen la dejó recostada en la cama para ir a llenar la tina con agua caliente, no quería pensar en lo sucedido, no quería imaginar que Aine…

ella incluso había vomitado, no quería… «¡Maldición!», se odiaba, ¿Por qué la había perdido de vista? ¿Por qué la había dejado ir con Samanta Olsson?

—Harsen…

El hombre volvió a la realidad al escuchar su voz, incluso por poco hacía que el agua se desbordara en la tina al haberse distraído. Meneó la cabeza y fue hacia ella. Aine intentaba ponerse en pie, parecía nerviosa, trataba de hablar, seguramente queriendo informarle algo importante, pero, para él, no había nada más importante que el bienestar de ella.

—Por ahora no puedes hablar *Mujer Bestia*, lo siento —le besó la frente y la tomó en brazos con delicadeza.

«¡Qué demonios Harsen! —ella intentaba llamarle la atención mientras era llevada en brazos—. Hazme caso por favor.»

Aine quiso apartar sus manos cuando él comenzó a quitarle la gabardina y prácticamente toda su ropa, pero eso ya no importaba y, de todas formas, no podía hacer nada para evitarlo.

Harsen la metió lentamente en el agua y comenzó a enjabonarla y tallarle el cabello con delicadeza que hacía a Aine delirar y hasta sentía que la estaba adormeciendo.

—Bien, vamos a la cama —dijo él al percatarse cómo Aine comenzaba a cerrar los ojos y resvalarse por la porcelana.

—Harsen, ha sido Viggo, él…

—¿Te hizo algo?

Ella asintió y le tomó el rostro.

—Estaba ahí con su padre y Aleksi. —Aine parecía estar recuperando sus sentidos—. La señorita Olsson…

—Sí, sé que ha sido ella —le besó la mejilla, poniéndose de pie y caminando por una toalla—. Esa maldita mujer conspiró en tu contra y terminó siendo engañada también… ¡Maldición!

—No lo lograron… ellos, vomité y no pudieron…

—Me alegra la debilidad de tu estomago. —Le tocó la mejilla y la levantó con trabajos, empapándose por completo al hacerlo y envolviéndola en la toalla—. Vamos, ¿Tienes frío?

Ella asintió, titiritando y sonriendo.

—Gracias por ir por mí.

—Fui lento en comprender lo que sucedía —se reprochó a sí mismo—.

Debo decir que sólo logré salvarte debido a que te escuché cuando me gritaste.

—Viggo… no puede salirse con la suya, no puede hacer lo que quiere y salir victorioso.

—No debes preocuparte por eso.

—Harsen, provoca que otros estúpidos lo sigan y hagan las mismas atrocidades que él.

—Lo sé, *Mujer Bestia*, lo sé —la tomó en brazos y la llevó de regreso a la habitación.

—Puedo cambiarme, puedo hacerlo sola —sugirió.

—No lo creo preciosa, de todas formas, tu cuerpo ya me es conocido —le besó la frente y fue por un camisón para ella.

Aine se mostró avergonzada, lo miraba moverse por la habitación, parecía nervioso, más bien, sería más adecuado decir que estaba apurado,

¿por qué podría estar apurado?

Harsen volvió a ella con un camisón, ropa íntima y unas zapatillas de dormir, la cambió rápidamente y la metió en la cama, él quitó sus ropas mojadas y se recostó a su lado, jalándola para que colocara su cabeza sobre su pecho, tratando relajarla.

Se abrazaron por bastante tiempo, quizá horas y ninguno hablaba de lo ocurrido. Harsen porque no sabía qué decirle y Aine porque estaba esperando a que su cerebro reaccionara.

—Harsen, ellos abusaron de todas esas mujeres sin ningún miedo —fue ella quien interrumpió el silencio, mostrandose tranquila y enfocada—.

Incluso quisieron hacerlo conmigo… fue tan horrible, no podía hacer nada, no podía hablar correctamente, Samanta Olsson me puso esa inyección, estaba actuando bajo el mando de Viggo.

—Pondré solución a ello, no es coherente que en esta ocasión no me lo digas, sería demasiado.

—¿Qué quieres decir? —ella se levantó del pecho de Harsen.

—Quiero decir, que obtendrá lo que quiere, lo retaré.

—¿Qué? —Aine fruncía el ceño—. Claro que no, Harsen, ¿acaso has perdido el juicio? ¿qué tonterías estás diciendo?

—Ninguna tontería, ¿por qué crees que te acosa? Eres mi esposa, está

esperando a que me digas y yo haga justo eso, que lo rete pese a que no es algo aceptable en estos tiempos —negó—. Seguro le divertirá llevar a un hombre como yo a ese límite.

—No lo hagas por mí, tú ni siquiera me quieres, no pongas en peligro tu vida por una tontería.

—No me parece una tontería. Por ahora, tú eres mi esposa, así que es mi trabajo defenderte.

—No, Harsen, no lo hagas —le suplicó—. Seguro que te matarán a traición.

—Seguro que lo intentará —suspiró y se puso en pie, comenzando a arreglar sus ropas.

—¿Qué haces? —ella se sentó en la cama—. Harsen, no.

—Volveré en unas horas, propondré el duelo hasta mañana para poder cuidarte esta noche.

—¡Harsen! ¡Escúchame! —le gritó cuando él salió de la habitación sin detenerse ante sus súplicas—. ¡Harsen!

Ella tomó aire con fuerza y salió de la cama, aún sentía su cabeza demasiado relajada y llena de bruma, pero caminó hasta el armario y colocó sus ropas de caballero y su capa. Cerró los ojos por unos instantes, tratando de enfocarse y asintió.

«Vale lo harás bien, ¡concéntrate!»

Aine salió corriendo de la mansión justo en el momento en el que Harsen tomaba un caballo y se iba a trote. Sabía a donde iría, así que fue corriendo por su propio animal y lo montó sin silla, siguiendo los pasos de su marido

falso. En esa ocasión, Aine estaba lista para matar a quien fuera, esperaba que la locura temporal en su cabeza no hiciera apuntar terriblemente mal.

Ella bajó de caballo mucho antes de acercarse por completo a la propiedad de los Sundberg, viendo a Harsen parado en la la puerta, tranquilo, charlando con el hijo mayor de los Sundberg, quien traía consigo una sonrisa y también había otra persona, quien Aine no alcazaba a reconocer desde ahí.

Aine miró a los alrededores, era obvio que había gente rondando el lugar, seguramente armados. Extrañamente, el estar drogada la hacía estar increíblemente avispada en cosas que normalmente pasaría por alto; cualquier sonido, por pequeño que este fuese, parecían hacer ecos en su cabeza. Si alguien hacia el más leve movimiento, Aine lo sabría y dispararía, lo haría sin remordimientos y esperaba que sin fallo alguno.

Sin embargo, nada de eso fue necesario, puesto que Harsen simplemente asintió, se cerró la puerta de la casa y caminó seguro hacia donde estaba ella. Aine se quedó completamente paralizada cuando lo tuvo en frente con aquella mirada incriminatoria.

—Creí decirte que te quedaras en casa.

—Pensé que te matarían tan sólo acercarte a la propiedad.

—No son tan tontos, sería obvio y traje compañía.

Aine entonces enfocó al doctor Enok y suspiró aliviada.

—Hola señora, ¿qué tal va con esa dosis?

—Pude montar y venir hasta aquí —dijo orgullosa.

—Me alegra saberlo —sonrió—. Los dejo.

Harsen suspiró y fue por su caballo, tomando de la mano a Aine para después subirla al animal y montar detrás de ella.

—Vine en mi propio caballo.

—No jales más la cuerda Aine.

—¿Estás molesto?

—¿Qué más pesabas?

—Te cuidaba, trataba de que no te mataran.

—Como ves, nada pasó. —Harsen encaminó al caballo hasta el otro animal que se mantenía calmo en donde Aine lo dejó. Le tomó las riendas y lo llevó con ellos de regreso.

Ingresaron a la propiedad en medio de un sinuoso silencio que hacia aún más evidente la tensión entre la pareja, quien subía las escaleras en medio de la oscuridad de la madrugada y el presunto amanecer.

Aine volvía la cara

de cuando en cuando para ver a Harsen, quien se mantenía en un mutismo pensativo.

Fue ella quien abrió la puerta de la recámara y rápidamente comenzaron a cambiarse, dejándose en ropas de dormir, Aine incluso había colocado las ropas de caballero sobre el camisón que Harsen le había puesto antes de salir.

Lo vio irse a recostar a la cama y quedarse con la mirada perdida en el techo, parecía agobiado y ella no podía más que sentirse terrible por ello.

Dejó salir un fuerte suspiro, quitó el camisón de su cuerpo y fue a sentarse sobre él.

—¿Qué haces? —Harsen sonrió en seguida.

—Creo que es bastante obvio lo que hago.

—No creo que sea momento —le acarició la cintura, atrayéndola hasta recostarla sobre su pecho—. Tienes una inyección de morfina en el cuerpo, dudo que sepas lo que haces.

—Claro que lo sé —lo besó insinuante—. Intento que me hagas el amor,

¿O es que estoy haciendo algo mal?

—No. —Susurró complacido al tenerla presionada contra sí.

—¿Entonces? ¿Es que no quieres?

—Si intentas retenerme aquí de esta forma, te advierto que no te va a funcionar.

—Hagamos el amor, Harsen.

—Bien —se levantó y besó sus labios con delicadeza, volviéndola a recostar en la cama y presionándose contra ella—. Pero lo haremos de esta forma, déjame llevar el mando, aunque sea en esto y por ahora.

—No sabría cómo llevar la situación de ser de otra forma.

Harsen sonrió y la besó.

—Te enseñaré después.

Aine se dejó llevar por la maestría de Harsen, por la forma dulce en la que la besaba y cariñosa con la que la trataba. Lo quería, en verdad lo quería. No podía imaginarse una situación en la que se pusiera en peligro, mucho menos siendo su culpa.

Lo último que quería era que se enfretara a duelo con hombres como lo eran los Sundberg, quienes seguro estarían viendo la forma menos honorable de deshacerse de él.

Aine tomó el rostro de su marido y sonrió, plantándole un beso dulce hasta que se sintió cansada de mover sus labios y se recostó en su pecho,

sintiendo su corazón palpitar y sus pecho subir y bajar en una respiración regular. Quería conservarlo de esa manera: sano, fuerte, vivo. Haría lo que fuera por él.

Capítulo 22

Harsen despertó temprano pese a no haber tenido muchas horas de sueño, por no decir que se había quedado despierto, sintiendo el cuerpo de Aine pegado al de él. La miró sobre su pecho y la abrazó con fuerza; la sentía tan suya, pero, a la vez, tan fuerte, tan independiente y tan libre.

Era una sensación abrumadora el no saber qué pensar cuando estaba con ella, Aine se entregaba completamente a él, parecía disfrutar al hacer el amor, era tierna, demandante y pasional. Pero sabía bien que eran sus primeras experiencias y era normal sentir excitación por cualquier amante.

—Mmm… —ella se removió, moviendo comodamente la cabeza sobre su pecho y acariciándolo dulcemente con la mano que mantenía sobre su corazón.

Se negaba a creer que Aine fuera una mujer vacía que no sintiera nada por él, de hecho, estaba seguro que al menos se preocupaba tanto como él lo hacía por ella. Tomó una fuerte respiración y lo dejó salir en forma de suspiro.

—¿Qué me estás haciendo Aine?

Harsen se estiró un poco hacia el buró y miró la hora en su reloj de bolsillo, maldiciendo a lo bajo y viéndose en la necesidad de apartar a

la mujer de su cuerpo, dejándola tranquila sobre la cama. Harsen se apuró a arreglarse adecuadamente para el encuentro, se volvió hacia Aine, ella era tan increíblemente hermosa, que le era imposible no anhelar volver a esa cama, despertarla a besos, hacerle el amor y quedarse con ella todo el día hasta que volvieran a dormirse y todo comenzara de nuevo. Sin embargo, simplemente se acercó y la besó, para después salir de la habitación a atender una deuda de honor.

En cuanto la puerta se cerró, Aine abrió los ojos e hizo lo mismo. Esa vez se escondería bien de la mirada de su marido, se encargaría de cualquier bastardo que quisiese matarlo a traición. Pero antes tenía que alcanzarlo.

Harsen llegó al lugar del encuentro junto con Enok, quien sería su testigo junto a su tío, quien estaba más que enfadado y más bien se les había pegado al enterarse de lo que sucedería.

Se había elegido un lugar alejado de cualquier construcción o habitante de Estambul, internándose entre los espesos bosques, específicamente en un claro en medio de él, Harsen conocía bien aquel lugar y algo le decía que Viggo también.

—No vale la pena Harsen —repetía el tío Clemens—. Ni siquiera es tú mujer de verdad. La estás ayudando a mantener un título en el cual no debería permanecer.

—Tío, ella merece un respeto, no por ser mi mujer, sino por ser mujer, además de Aine, lo hago por todas las demás que han sido ultrajadas por él.

—¡Dios, Harsen! Te matarán y nos matarán a todos, ¿no ves que se los estás dejando en bandeja de plata? —se quejó el tío.

—No te pedí que vinieras tío —declaró el hombre.

—Eres mi hijo, tenía que estar aquí.

—Entonces, mejor que estés muy atento y preparado por si es necesario disparar.

Harsen miró tranquilo hacia donde el hombre sonriente se paraba junto a su padre y uno de sus hermanos menores.

—Mi señor presidente —se inclinó Viggo—. Es una lástima que llegáramos hasta este extremo, aunque sigo sin conocer la razón por la cual he sido retado.

—Déjate de estupideces, Viggo.

—Bien ¿Comenzamos?

Harsen asintió y caminó junto a sus acompañantes hasta donde estaban los adversarios, donde revisarían las armas que se habrían de usar para el duelo. Estaban entretenidos en ello, cuando de pronto se escucharon aves volar tras un disparo que prosiguió con un golpe.

—¿Qué demonios? —Viggo fijó la vista a su alrededor.

—¡Te lo dije! —gritó el tío Clemens, alterado y sacando su arma, apuntando a la nada—. Planean matarte.

—¿Eres tan cobarde Viggo?

El hombre se veía extrañado, mirando a su alrededor con una cara inquisitiva, «¿Qué está pasando? —se preguntó, sintiendo su corazón revolotear en su interior—. Dije que dispararan hasta que el duelo comenzara.»

En ese momento, se escuchó otro disparo, acompañado de un nuevo grito de dolor y la posterior caída.

—¡Es un ataque! —gritó Enok—. ¡Señor presidente, tenemos que salir de aquí!

Harsen miró hacia Viggo con una sonrisa.

—Cobarde —lanzó una risotada burlesca—. Sin dudas eres poco hombre en toda la extensión de la palabra.

—¡Harsen! —el tío Clemens lo alejaba de los tres Sundberg, temerosos al seguir escuchados disparos que derribaban a sus hombres de alguna manera.

Los Sundberg eran buenos en muchas cosas, pero a enfrentarse en una batalla no, no tenían buena puntería, se ponían nerviosos, eran cobardes que gustaban y preferían mandar a otros a hacer los trabajos sucios.

—¡Dijiste que lo tenías bajo control! —recriminó el padre de Viggo, asestándole un fuerte golpe con el bastón—. ¡Idiota!

—Padre. Eso fue lo que hice, estaba bajo control, indiqué a dos hombres que se colocaran para matarlo, ¡Te lo juro!

—Alguien se te adelantó —el hermano menor veía con temor hacia los lados, esperando algo.

E hizo bien al hacerlo, puesto que un nuevo disparo llegó, desgarrando la pierna al menor de los Sundberg. Los otros dos, al verlo a uno de ellos herido, no lo pensaron dos veces y se echaron a correr despavoridos, dejándolo atrás.

Aine salió de su escondite, tenía puesto su emblemático atuendo negro, con la capa cubriendo todo su cuerpo y las telas tapando la mitad de su rostro, dejando a la vista sus ojos. Disparó todavía un par de veces más en contra de los otros dos, quienes no se lo pensaron y dejaron a hijo y hermano a su suerte, estando él lastimado y a merced de un asesino.

La joven negó cuando los vio montar sus caballos y marcharse, Harsen y los suyos estarían haciendo lo mismo, dejándola sola con un herido Sundberg. Se acercó tranquilamente, dejando atrás su mosquete y colocando balas a su arma preferida: un puño americano y navaja, todo frente a la asustada mirada del hombre que se arrastraba en el suelo.

—Así que ustedes no conocen de lealtades —dijo Aine, colocando en sus manos las armas por las que era temida—. Matar a traición es una cosa, habla de cobardes, pero dejar atrás a un compañero, habla de la más pura porquería de la que tenemos en este mundo.

—¡No me mates! ¿Q-Quien eres?

—Te conozco, te reconozco de aquel primer día, cuando el presidente fue al rescate de esa chica, eres el menor de la progenie de porquería. Conrad,

creo recordar.

—¿Quién eres?

—Bueno —ella estiró las manos, mostrando la mortífera arma con la que ella era experta—. Soy la persona que te matará, pero es decisión tuya si quieres que sea una muerte rápida o una larga y muy tortuosa.

—¡No! ¡No! Por favor, te diré lo que quieras, lo que sea.

—¿Piensas mentir, pequeña basura?

—No, no, te lo juro —levantó las manos, para después volver a tomar

su pierna herida.

—Habla y veré si la información es suficiente como para que te deje vivir un poco más.

—Ellos distribuyen a las mujeres a los grandes nobles que quieren divertirse… normalmente las matan, terminan muertas o ellas mismas se quitan la vida —le dijo presuroso.

—¿Qué hay de la droga? —Aine hablaba tranquila y se tomaba su tiempo

—. ¿Dónde la tienen y cómo la transportan?

—Debajo de la casa está todo, lo guardamos ahí y lo pasamos por botes o en carrozas, nadie se atreve a meterse con nosotros, nos tienen miedo.

—Dame nombres de los coludidos.

—En la policía… Alvis, Borg, Elis y Fulker. Todos son adictos y les damos droga como recompensa.

Aine asintió, sabía bien que él podía estar mintiendo, pero sería cosa de investigar. Ella se descubrió el hombro derecho y mostró la insignia de las *águilas*, después, se quitó la máscara y destapó su cabello, mostrando sus rasgos femeninos y largos cabellos que caía hasta mitad de su espalda.

—Misterio resuelto, el águila infiltrada siempre fue una mujer —sonrió, elevó su arma y dio el tiro de gracia al hombre que siempre tendría una expresión sorprendida en su rostro.

Aine miró sin ningún tipo de remordimiento al hombre que acababa de matar. Una desalmada, dirían muchos. ¿Cómo una mujer podía tener tan poco corazón? ¿Cómo no podía dudar al momento de disparar? Pero, ¿por qué habría de hacerlo? ¿Por qué una mujer era juzgada por ello y un hombre no?

Aine miró el cuerpo del individuo que vivió su vida abusando de personas y envició a otras tantas. Se agachó un poco, buscó entre sus ropas algo de interés y lo encontró. Una lista de proveedores y otra de clientes.

Definitivamente había sido un día bastante provechoso.

La joven volvió a colocar su extraña indumentaria, miró a los alrededores y montó a su caballo, dirigiéndose de nuevo a la propiedad de Harsen, cuidando que nadie viera el rumbo fijo al que iba y mucho antes de llegar, desmontó y se fue a pie, internándose antes en el bosque, donde había escondido ropa de mujer y se cambió con presura, escondiendo sus armas entre sus ropas de *águila* y poniéndolo todo en un catre lleno de manchas de colores que se colgó al hombro, simulando que fuera de pintura y no de armas mortales.

Entró a la casa y subió a dejar las cosas en la habitación, topándose inmediatamente con Harsen.

—Debí suponerlo.

—¿De qué hablas? —intentó no discutir con él.

—¿Has sido tú? —negó incrédulo—. ¡Te dejé dormida!

—No, pensaste que dormía, pero estaba esperando a que te marcharas para poder seguirte.

—¡Maldición, Aine! —la miró—. ¿Estás bien?

—Sí, aunque creo que mañana tendremos que atender el funeral de Conrad Sundberg.

Harsen se sorprendió.

—¿Lo mataste?

—Bueno, al decir funeral, no puedes imaginarte otra cosa.

Harsen dejó salir aire en un suspiro y la miró.

—Gracias, me salvaste la vida.

—Es mi trabajo —asintió segura, escondiendo sus cosas—. Además, te estabas metiendo en esa tontería por mi culpa, debía hacer algo. Y, tengo información importante.

Harsen no quería saber la forma en la que Aine había conseguido esa información, pero estiró la mano y tomó los papiros que le ofrecía mientras comenzaba a quitarse el vestido y quedar completamente desnuda frente a él.

—¿Qué es esto? —frunció el ceño.

—Gente que ayuda a los Sundberg —apuntó ella mientras se dirigía al baño—. Si les frenamos o detenemos a estas personas, sus suministros se detendrán.

Harsen miró aquellas notas y se sorprendió, siguiendo a esa mujer hasta el baño, donde ella comenzaba a llenar la tina y meterse en ella,

relajándose. No lo pensó más y se metió con ella, moviéndola un poco para quedar sentada detrás de su cuerpo.

Ambos se acomodaron y suspiraron agradecidos por el agua caliente que les estaba quitando las tensiones que habían sentido durante todo ese día y el anterior.

—Eres sorprendente —la abrazó por la cintura y besó su hombro hasta subir a su cuello—. Siempre me sorprendes.

—Harsen —se removió con una sonrisa.

—¿Te sientes incómoda o cansada?

—¿En serio estás pensando en eso?

—Claro, ¿Cómo podría pensar en otra cosa cuando te tengo de esta forma? —La abrazó con más fuerza y acarició el cuerpo de Aine con cariño

—. ¿Te molesta?

—No —sonrió—. ¿Qué debo hacer?

—Sólo quédate quieta —la siguió besando, la tomó de la cintura y la acercó a él—. ¿Te incomoda?

—No. No —ella suspiró y se aferró a la tina—. Continúa.

Aine disfrutaba todo lo que Harsen buscaba enseñarle, claramente la superaba en todo conocimiento que se refiriera a hacer el amor y ella lo prefería así, le encantaba la forma desenfrenada en la que él intentaba darle placer, parecía que deseaba que ella se quedara sin voz para toda la eternidad.

—Aine. —Harsen susurró en su oído, besándola—. Voltea.

A ella le costó la vida obedecerlo, sobre todo en esos momentos en los que sus palabras se escuchaban como ecos en medio de su placer, en medio de toda la felicidad a donde la había llevado. Pero seguía

siendo consciente de él y de lo que decía, nunca dejaba de estar atenta a él.

Volvió la cabeza con una sonrisa, mirando fijamente a esos perfectos ojos violáceos y sintiendo que nuevamente caía al abismo de la locura y el placer, ¿Era posible que con una sola mirada alguien ocasionara tanta felicidad?

Harsen sonrió, le acarició el cuello y la besó, volviéndola completamente hacia él para tener más acceso a sus labios, los cuales le habían sido negados hasta ese momento y la recostó en su hombro, acariciando su espalda.

—Deberíamos salir —susurró ella—. El agua se pone fría.

—Quisiera quedarme un momento más.

—Harsen… —sonrió ella.

—¡Aine! —gritaron desde afuera de la habitación—. ¡Aine! ¡Te necesito!

¡Ven!

—Maldición —masculló el hombre y miró a Aine—. ¿Qué querrá Lili ahora?

—Creo que simplemente separarme de ti —ella se levantó y se enredó en una toalla—. No tengo idea de a quien ama más, si a ti o a mí.

—Definitivamente a ti, a mí me tiene miedo, ¿recuerdas?

—Bueno, a saber, ella es voluble en estos días.

Harsen se quedó recostado en la tina por más tiempo mientras Aine se dedicaba a cambiarse a prisa para atender los llamados de la jovencita que no había parado de tocar la puerta.

—¿Si, Lili? ¿Qué ocurre?

La niña miró hacia el interior de la habitación con el ceño fruncido, tratando de encontrar a la otra persona que cohabitaba con la mujer que le había abierto la puerta.

—Oí otra voz.

—Harsen está tomando un baño. —Aine apuntó con la mirada hacia la

puerta del baño.

—Tú tienes el cabello mojado. —Observó la joven.

—Acabo de salir —asintió.

—¿Y él se acaba de meter?

—¿Qué pasa Lili? —le cambió el tema al notar que ella comenzaba a hacer conjeturas de lo que sucedía.

—Es Camila —apuntó la joven—. Quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? —Aine frunció el ceño, amarró su bata y salió de ahí sin importarle nada más.

Lili la miró caminar por el pasillo y entró a la habitación que fuera de otras personas. Miró con detenimiento cada parte de aquella recámara, era extraño, había una combinación igualitaria de artefactos femeninos y masculinos, entendía que ellos eran pareja, pero ¿tenían que tener sus cosas en la misma habitación?

Lili se acercó y tocó la colcha suave y con formas hermosas, parecía blanda y llena de cojines, seguro sería muy cómoda. Miró hacia el buró del lado izquierdo, dónde había una lámpara de hermosos cristales que caían alrededor de la bombilla, unos aretes, un anillo de oro y un libro; seguro que ese era el lado de Aine. Del otro lado, también había una lámpara del

mismo estilo, sólo que, en lugar de aretes y anillos, había un reloj de bolsillo y una billetera que supuso que serían de Harsen.

Caminó hacia ese lado y tomó la billetera, mirando el cuantioso contenido que había en su interior, ¿Harsen tenía tanto dinero siempre?

Frunció el ceño, y tocó con un dedo el dinero que ahí se almacenaba, no siendo consciente de que alguien la observaba atentamente.

—¿Se te perdió algo, Lili?

La joven se volvió con rapidez, dejando caer la billetera al suelo y escondiendo las manos detrás de su espalda.

—Yo…

—¿Qué hacías con eso?

—¡Nada! —ella quiso evitar el cuerpo de Harsen, pero él no le estaba dando muchas alternativas—. Sólo veía.

—¿Para qué necesitas dinero?

—No… no es eso, no tiene nada que ver conmigo.

—Entiendo, ¿para qué quiere Camila dinero?

Lili bajó la cabeza y lloró.

—¡Ella quiere irse de nuevo! Si se va, volverá a estar entre esos hombres, la volverán a maltratar, si yo le compro lo que necesita, entonces ella no saldrá de aquí.

Harsen suspiró e intentó acercarse, pero Lili saltó despavorida hacia la cama y se colocó del otro lado, como si se tratase de una barrera. Se miró a sí mismo y comprendió, estaba sólo con una toalla alrededor de su cadera y eso era demasiado para Lili.

—Hablaré contigo en un momento, en mi despacho.

—Bien… —dijo sonrojada.

—¿Dónde está Aine?

—C-Camila ha querido hablar con ella.

—Mándala llamar en seguida.

Lili casi agradeció esa oportunidad de irse de ahí y se fue corriendo, yendo directa a la habitación de su hermana, donde sabía que ambas mujeres seguirían charlando o más bien, discutiendo, sobre todo por los gritos que se escuchaban.

—¡Camila, no puedo seguir discutiendo contigo, háblalo con Harsen si es tu deseo!

—¡Creía que usted me entendería!

—No es así, lo siento Camila.

—¡Es tu deber ayudar! ¡Es tu deber y lo sabes! —le gritó, llena de una ira incontrolable.

—¡Basta, Camila! ¡Suéltame ahora mismo!

Lili entró al lugar sólo para ver a su hermana completamente fuera de sí, se había abalanzado sobre Aine y la mantenía sobre el suelo, tratando de golpearla y, en el forcejeo, se le comenzaba a desabrochar la bata que traía sobre sus hombros.

—¡Eres una zorra! ¡Te crees mejor que los demás, pero no eres más que una cualquiera que se ha metido en la cama de Harsen! —Camila incluso escupía cuando gritaba.

—¡Quítate de encima o te haré daño! —exigió Aine.

—¿Crees que porque estás en su cama ahora te hace alguien importante?

¡No eres nadie! ¡Eres totalmente desechable!

—¡Muy bien! —Harsen quitó de encima a la atacante—. ¿Qué pasa contigo Camila?

—¡Desde que llegó ella, ya no nos haces caso! ¡Has dejado de protegernos! ¡Te odio!

Ella forcejeaba con todas sus fuerzas, que eran muchas para la pequeña y débil figura que era la muchacha.

—¡Basta! —la agitó con fuerza—. Esto es a causa de tu abstinencia, no te permitiré ingerir nada, Camila, ni siquiera hagas que Lili intente robarme de nuevo, ¿entendiste?

—¡Yo no le dije nada!

—He dicho que basta —ordenó con fuerza—. No me hagas pensar que tengo que encerrarte.

—¡Inténtalo! ¡Es lo que quieres! ¡Deshacerte de nosotras!

—¡Cállate Camila!

La joven de pronto comenzó a llorar sin ningún remedio, derrumbándose en el suelo y lamentándose como si hubiese perdido a un ser querido.

—¿Por qué nos tienes aquí? Es obvio que no nos quieres más.

—Por Dios, Camila —la abrazó Harsen—. Te quiero, las quiero a ambas, en serio las quiero.

Aine se puso en pie y se alejó de ellos, sintiéndose ajena a la escena, él parecía tan… tan cuidadoso con ellas, tan cariñoso y ponía una mirada dulce y amorosa…

«Por Dios, estoy tan celosa… —se castigó—. Ellas lo necesitan y yo pensando en tonterías.»

—¡Es culpa de ella! ¡Es todo por ella! —gritó de nuevo Camila—.

¡Desde que ella llegó todo empeoró!

—Aine, fuera de aquí. —Ordenó Harsen, conteniendo a la chica que volvia a forcejear y a gritar—. ¡Vamos, Aine, fuera!

Aine dio un pequeño salto y se sorprendió porque le hablara de esa forma, así que salió corriendo de ahí, sintiéndose herida. Ella no había hecho nada, sólo había querido ayudar a la chica, pero en definitiva no podía ir a comprar drogas o matar a alguien sólo porque les debiera dinero.

Sin embargo, ahí estaba él, corriéndola como si tuviese la culpa de su locura.

No, definitivamente no se permitiría volverse a sentir un segundo plano, ni tampoco una ramera como lo había sugerido Camila. Lo peor de todo, era que lo creía cierto, quizá el que ella estuviese cerca, provocaba que los sentidos de Harsen se nublaran y se enfocaran en las diversiones que podía obtener de su cuerpo, de su reciente descubrimiento íntimo.

Cerró los ojos.

No. Lo que pasaba era que estaba herida, se sentía en verdad lastimada porque Harsen le hubiese hablado de esa forma, porque la corriera y no se lo pensara dos veces. La echó como a un perro de la calle, porque eso era lo que Harsen pensaba de ella, como un ser desvalido y sin protección, inferior a él en todos los sentidos.

Por Dios… ni siquiera podía creerse eso. ¡Maldito! Ni siquiera se podía permitir inventar cosas en su contra.

Capítulo 23

Harsen supo que Aine estaba enojada cuando prácticamente se ausentó no una, sino varias noches en la casa. No tenía idea de dónde dormía o qué era lo que estaba haciendo, pero por más que intentó

encontrarla o al menos atraparla cuando volviese a casa, él simplemente no lo logró.

Por un tiempo sintió pánico al pensar que se había marchado, él tampoco podía estar vigilando la casa, tenía trabajo y normalmente no estaba ahí durante todo el día, sin embargo, los empleados decían verla por las tardes, se duchaba, cambiaba de ropas y volvía a salir.

Aine era cuidadosa para que nadie sospechara que había algo mal en la relación, fingía perfectamente regresar a casa, vagaba en ella mientras él no estaba, regresaba en las noches para después salir por la ventana y no volver hasta el día siguiente.

En esa ocasión, cuando ella volvió para fingir que dormiría en la casa, se topó con la sorpresa de que Harsen la esperaba en su habitación, sentado pacientemente en una de las sillas mientras mantenía un libro cerca de sus ojos. Aine pensó que estaría lo suficientemente distraído como para cerrar la puerta e irse de ahí.

Claramente se había equivocado.

—¿Y bien? Espero que tengas algo que informar después de tantas noches y días de ausencia.

Aine cerró los ojos y suspiró.

—Te agradará saber que soy una excelente asesina.

—En realidad no —la miró—. Los Sundberg han mantenido en secreto el fallecimiento de Conrad y causas demasiado revuelo con tantas muertes imprevistas de maleantes.

—Lástima por ellos.

—¿Por qué te alejaste?

—Eso fue lo que se necesitaba, ¿Cómo sigue Camila?

—La he internado en un convento, parece que está mal.

—¿Y Lili?

—Ella no está encerrada por ahora, pero puedo asegurarte que está preocupada por ti.

—No tiene por qué, puedo cuidarme sola.

—Sé que puedes cuidarte sola, pero no por eso no tienes que dormir aquí, nada te obliga o es de suma importancia como para que te quedes afuera.

—Duermo bien, si es lo que intentas decir.

—Intento decir que basta ya de tu berrinche, es sospechoso lo que haces

¿no te das cuenta?

—Hago lo que vine a hacer, este es mi trabajo ¿o no lo recuerdas? —lo escrutó con la mirada.

—La gente sospechará de nuestra relación si te la vives ausente todo el tiempo, ya ni siquiera asistes a veladas.

—Inventa algo, di que estoy deprimida porque perdí a un bebé o que tengo una grave enfermedad.

—No juegues con ninguna de las dos cosas.

—¡Estoy tratando de ayudar!

—¡Métete a esa maldita cama ahora!

—¡No! —le gritó enfurecida—. ¿Para qué quieres que lo haga? ¿Estás desesperado porque no has tenido a nadie con quien meterte bajo las sábanas?

—Oh, sabes bien que no me hacen falta mujeres que quieran meterse en mi cama ¿o es que ya lo has olvidado?—Harsen se desconocía, estaba tan furioso con ella, que no se había medido en lo que había dicho.

Incluso encontró pertinente la bofetada que ella le había dado.

—¡¿Buscabas insultarme?! —le gritó furiosa, con ojos desencajados y mejillas rojas—. ¿A mí? ¿Eres idiota acaso?

—¿En qué maldito momento te estoy insultando? ¡Carajo! No he dicho nada para herirte. Sólo di un maldito punto.

—Oh, en serio buscas que te haga daño, porque puedo hacerlo, es más, lo haré.

Ella rebuscó entre sus ropas y sacó un revólver. No era su arma

favorita, pero no había encontrado su puño americano multiusos. Lo apuntó directamente al pecho y lo miró furiosa, él en cambio, parecía tranquilo, pero mantenía las manos levantadas en rendición, aceptando la amenaza con calma.

—¿Qué planeas hacer?

—¿Para qué sirve una pistola, genio?

—Entonces dispara.

Ella jaló el martillo y lo miró llena de ira, sus ojos azules rivalizando fieramente con los violáceos de él, en una batalla que no tenía fin. Gritó enfadada cuando se dio cuenta que no podía dispararle y guardó su arma nuevamente.

—Eres un maldito bastardo por decirme algo así, ¿me crees una cualquiera, idiota? Recuerda que yo era inocente cuando tú me tomaste, maldito abusivo.

—No recuerdo abusar de nadie, en todo caso, habrás sido tú la que abusaste de mí.

—¡Como si supera hacerlo!

—No pretendía decirte que eras una cualquiera, y si mencioné lo de las mujeres, lo lamento, no debí —dijo desesperado—. Pero siento que intentas volverme loco, ¿por qué demonios no vuelves a casa? ¿Sabes lo condenadamente preocupado que me sentía?

Ella levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿Preocupado por mí?

—¡Claro que por ti! ¿Estás loca? Eres la mujer con la que duermo en las noches, ni siquiera te dignabas a avisar lo que harías, simplemente desapareciste.

—No pensé que importara.

—¡Maldición, Aine! —pasó una mano por sus cabellos—. Métete a esa cama y vayamos a dormir apropiadamente.

—No —dijo ya sin muchas ganas de cumplir la negativa.

—Mañana nos iremos a palacio, necesitarás fuerzas.

—Así que esa es la razón de que te quedaras despierto —sonrió conforme—, querías atraparme para llevarme a palacio.

—Métete. A esa. Cama.

—¡Bien! —Aine se quitó la ropa enfrente de él, notando como tragaba saliva—. Si te atreves a tocarme, te mataré Harsen.

—No te preocupes, esperaré a que supliques.

—Espera sentado.

—No, lo haré acostado.

Ella lo miró furiosa y fue a colocarse un camisón. Cepilló su larga cabellera de forma brusca, limpió su cuerpo en el lavabo y fue a recostarse junto a su marido, sintiendo como las nubes aquella cama. Debía admitir

que había extrañado dormir en la suavidad de aquel colchón y no podía negar que la presencia de Harsen también hacía una diferencia agradable.

Aine estaba a la defensiva, eso era más que notorio. No sabía qué la había hecho enojar de esa manera, pero definitivamente no quería dormir con ella estando molesta.

—¿Qué pasa? —Harsen dio su brazo a torcer y la miró.

—Pasar de qué.

—¿Por qué te has enojado?

—No me gusta que me griten.

—Tú gritas todo el tiempo.

—Sí, pero tú no me gritas normalmente, y…

—¿Y qué? —se levantó sobre su codo para verla.

—Bueno, cuando pasó lo de Camila, tú me hablaste tan… no sé, tan horrible, sentí como si todo fuera mi culpa, me echaste.

—Oh, Aine… —negó pesaroso—. Lo lamento, no era mi intensión hacerte sentir de esa forma, estaba alterado, incluso estaba temiendo de que las cosas llegaran a más.

—¿A más? —preguntó sin volverse para mirarlo.

—Cuando entré, Camila estaba sobre ti, pensé que, si te hacía enojar un poco más, podrías llegar a lastimarla.

Ella se volvió enojada, su mirada azulada llena de resentimiento e ira, parecía ser incontenible.

—¡Por qué he de ser yo quien siempre lastime! ¿No pensaste que ella me lastimó mientras estuvo encima de mí? ¡No lastimaría a un inocente!

¡Menos a una adicta como…! —Harsen le cubrió la boca y suspiró.

—Lili siempre está vigilando, así que, por favor, baja la voz.

Ella le apartó la mano y se volvió a recostar, sintiéndose más molesta. Le dolía que él pensara en ella como un arma mortal, la cual podía explotar contra quien fuera y en cualquier momento… ella no era así, era verdad que no dudaba si las circunstancias lo ameritaban, pero no hacía las cosas sin pensar, era hija de Thomas Hamilton, podía ser impulsiva, pero no una estúpida.

—¿Te lastimó? —Harsen le preguntó después de un rato.

—Eso no importa ya.

—Aine… no te entiendo —suspiró Harsen—. Primero me dejas en claro que quieres ser juzgada en igualdad con el resto de las águilas masculinas

de tu cofradía, y ahora, si no estoy entendiendo mal, quieres que yo piense en ti como una mujer débil que ciertamente no eres.

Aine tampoco se entendía, así que no contestó por un largo momento, tratando de aclarar sus propias ideas.

—Es verdad, fui tonta.

—No Aine, no lo fuiste —se acercó un poco más—. Tan sólo me es difícil entender cuál es la forma correcta en la que debo actuar contigo. Si hago por protegerte, te enojas y si no lo hago, también te enojas.

—Parece que soy así de indescifrable.

Harsen suspiró y asintió, en realidad que era la mujer más complicada

que se hubiese topado en la vida y creía saber la razón. Aine era una combinación poco común entre todo lo que un hombre podía anhelar ser, pero también era todo lo que representaba a una mujer. Vivía en una constante dualidad, quería una y otra cosa al mismo tiempo sin saber cómo reaccionar cuando se le entregaba. Pero si para ella era complicado, para Harsen era aún peor, ¡Era un laberinto sin salida!

—Lo siento ¿sí? —Harsen le besó la mejilla—. No te entiendo la mayoría del tiempo, pero si hice algo que te molestara, entonces lo lamento en verdad.

—¿Te disculpas por algo que no tienes idea que has hecho mal? —se burló ella—. ¿Eso no está mal?

—No lo sé, pero creo que, si te herí, entonces es buena idea disculparme, ya sabes, para sobrevivir una noche más a tu lado.

Ella dejó salir una risita y asintió.

—Qué bueno que sepas lo que te conviene.

—¿Puedo abrazarte?

—Sí —lo dejó acercarse y sintió un escalofrío cuando la abrazó con cariño—. ¿Por qué no haces algo más que sólo abrazarme? Aun no tengo sueño ¿y tú?

—Con esa petición, me sería imposible dormirme.

Ella se rio y subió a él, inclinándose para besarlo suavemente mientras Harsen le subía el camisón lentamente por muslos y lo sacaba cuidadosamente hasta dejarla desnuda y volverla aprisionar contra él, abrazándola con fuerza, recorriendo su espalda con toques suaves, deleitándose al sentir su piel suave y sedosa contra su pecho firme y corazón desbocado. Aine era tan perfecta, que a veces olvidaba que existían otras mujeres a su alrededor, le sería imposible pensar en alguien más.

Lili caminaba por los pasillos vacíos de la enorme propiedad del presidente de Suecia. Desde hacía ya muchos ayeres que le era imposible dormir con tranquilidad, las horribles pesadillas la acosaban y la hacían revivir ese día una y otra vez hasta que despertaba gritando y llorando. Ya ni siquiera tenía a su hermana para sentirse mejor, aunque ella había sido la culpable de que todo eso le pasara, la quería y le gustaría que ella no estuviera tan mal como lo estaba, era lo mejor que estuviera recluida.

La joven continuó por los pasillos de las habitaciones principales, jugando con los mosaicos que había en las alfombras de la casa; cuando de pronto, escuchó algo que le heló la sangre… ese sonido infernal, aquellos quejidos que recordaba no sólo de su garganta en un pasado, sino de otras muchas que estaban siendo abusadas al igual que ella.

¡Sabía que no podían confiar en él! ¡Lo sabía! ¡Debió irse!

Ella se agachó y cubrió sus oídos, comenzando a llorar desesperada ante los recuerdos que llegaban a su cabeza sin ningún orden, atormentándola y haciéndola sufrir.

No… no lo permitiría, no con otra persona, nadie debía sentir eso, nadie debía sufrir así. Tomó fuerza y se levantó.

—¡No la toques! ¡Déjala tranquila! —la chica había corrido dentro de la habitación, interrumpiendo el acto y remplazándolo por los gritos de Aine.

—¡Por Dios, Lili! —Harsen los cubrió a ambos y miró acusador a la niña que aún conservaba su mirada valerosa.

—¡No puedes atacarla así! ¡Déjala en paz!

—Lili, sal ahora de esta recámara.

—¡No!

—Harsen —Aine le tocó el pecho para llamarle la atención con cariño, mientras él seguía encima de ella, tratando de cubrirla—. Déjame ir con ella, le explicaré.

—Maldición Aine, no puedes estarme pidiendo eso justo ahora —le dijo incómodo.

—No es como que podamos seguir haciendo algo mientras ella nos está mirando así.

Harsen se quitó de encima de ella y se recostó de su lado de la cama, cubriendo su rostro. Aine sonrió, en verdad parecía frustrado, ya vería como recompensarlo por ello.

Aine tomó su camisón del suelo y se lo colocó aprisa, mirando en todo momento a la niña que parecía presa en sus recuerdos. La tomó de los

hombros y la abrazó.

—Vamos Lili, te daré un té.

Aine llevó a la joven hasta la amplia cocina y colocó agua a calentar, mirando en todo momento a la joven que mantenía la mirada fija en aquella mesa.

—¿Por qué lo permites?

—Lili… —sonrío Aine—. No es lo mismo, cariño, él… yo no estaba sufriendo.

—Gritabas.

Lili miraba a Aine como si fuese una tonta, mientras que la segunda se sonrojaba de pies a cabeza, sintiendo como su cuerpo se calentaba y de pronto ya no tenía tantas ganas de explicarle nada a esa chiquilla. Era demasiado vergonzoso, y ella no recordaba haber estado gritando.

—Lili, cuando dos personas están casadas, es normal que hagan ciertas cosas.

—¿Cosas te lastiman?

—No, no me lastimaba, linda, lo prometo.

—Bueno, si a ti te gustan ese tipo de cosas, entonces prometo ya no meterme. Pensé que podría detenerlo.

—Y te lo agradezco, pero debes comprender que Harsen no es como esos hombres.

Lili asintió.

—Nunca puedo dormir, Aine, siempre vuelven, siempre me lastiman y es como si lo volviera a vivir una y otra vez.

—No puedo decirte qué hacer con tus sentimientos o tus miedos Lili, pero espero que sepas que tanto Harsen como yo estamos aquí para ayudarte. Si sientes miedo o no puedes dormir, deberías tener la confianza de ir hablar con alguien.

—No me siento especialmente cercana a ustedes.

—¿Entonces a quién?

—A Camila.

—Camila necesita su propia ayuda también.

—Lo sé —bajó la cabeza.

—¿Qué opinas de mí? —Lili levantó la mirada y sonrió.

—¿En serio?

—Sí, puedes llamarme cuando quieras.

—Yo… te lo agradezco.

Lili se fijó en el perfil hermoso de la mujer y bajó la cabeza, parecía ser que, además de todo lo que era Aine, también podía ser una buena persona.

—Vamos, a dormir, mañana pediré algo para que tengas un mejor descanso por las noches.

—¿En verdad?

—Claro, verás que con un buen descanso, el color del mundo cambiará para ti.

Las dos chicas subieron las escaleras en silencio, teniendo que separarse para ir cada a una a su respectiva habitación. Lili era la más feliz, parecía ser que a Aine no le desagradaba su presencia, al menos podría quedarse junto a ella, sabía que mientras estuviera protegiéndola, nadie podría hacerle daño, porque Lili la había descubierto, Aine era la persona que la había intentado rescatar, era fuerte y valiente y era mujer, eso le agradaba.

Capítulo 24

Aine regresó a la habitación, notando que Harsen se había quedado dormido, sonrió, se quitó la bata que había llevado sobre sus hombros y se recostó junto a él, acercándose hasta quedar en su pecho, donde rápidamente fue acogida.

—¿Todo bien? —dijo adormilado, besándole la cabeza.

—Sí —lo abrazó—. ¿Tú estás bien?

—No del todo —la apretó contra sí—. Pero tengo demasiado sueño como para poder continuar donde lo dejamos.

Ella dejó salir una risita y subió una pierna a las de Harsen, quién

simplemente la acomodó más cerca de su pecho y se dispuso a dormir, le agradaba tener a Aine de esa forma, ella lograba ser dulce y bastante llevadera cuando no estaba molesta u ofendida, debía practicar no hacer ninguna de las dos.

Serían las siete de la mañana cuando la pareja se despertó, cambió y se dispuso a ponerse en marcha hacia el castillo. Habían decidido llevarse a Lili para que no hubiese tema de que se escapara o algo peor pasara.

—¿Llevas ya esas cosas de las manos? —preguntó Aine mientras seguía metiendo ropas en la maleta de ambos.

—Sí, ya las puse.

—Pero no esas, las otras.

—Ya están ambas —dijo Harsen, guardando también.

—Vaya, vaya, quién los esuchara, creería que son una pareja de más de cincuenta años de casados.

—Tío —suspiró Harsen—, por favor.

—No, en verdad, fingen de maravilla —el tío Clemens jamás había estado de acuerdo con esa farsa, por tal motivo, se mostraba molesto todo el tiempo—. Hasta parece que se leen la mente.

Era desafortunado que tuvieran que viajar juntos a palacio.

—Señor Clemens, lamento que le incomode tanto el que seamos una pareja. —Intervino Aine.

—Simplemente es arriesgado y ambos lo saben —se quejó el hombre —.

Y no son una pareja de verdad.

Aine sonrió y se acercó a Harsen.

—Creo que tu tío prefiere ignorar lo que una pareja significa —le susurró llena de risa y maldad—. ¿Le explicamos?

—No te atrevas —él levantó una ceja y le dio una ligera nalgada que la hizo reír y al tío Clemens carraspear.

—Bien, *señora Svensson*, ¿desea esperarnos en el carruaje?

—Bueno, tío Clemens, si lo hace sentir mejor, es lo que haré —ella tomó una valija de mano—. Pero he de advertirle que usted tendrá que llevar mis equipajes.

El hombre apretó su quijada y se mostró molesto cuando aquella joven salió de la habitación, tomando a Lili de la mano y bajando alegremente las escaleras.

—Es una locura Harsen, termina con esto de una buena vez.

—Deja de molestárla tío.

—Es bastante obvio que ya la has convertido en tu mujer, no te culpo, es una muchacha guapa, pero por favor Harsen, no cometas la estupidez de enamorarte de ella.

Harsen cerró los ojos y sonrió hacia su tío.

—¿Cuáles son tus razones para decirme eso tío?

—¡Harsen Svensson! No me digas tonterías —el tío caminó por la habitación—. Una chica sin familia, conexiones, título o dinero. Una mujer en medio de algo tan problemático como una cofradía que pretende mejorar al mundo ¡Por Dios!

—No debes preocuparte tío —Harsen cerró el baúl y lo miró tranquilo —.

Lo último que ella quiere es una vida conmigo.

—¡JA! Sueña con que tú la ames de regreso.

—Entonces debería dejar de soñar y darse cuenta de que eso ya sucedió

—elevó una ceja.

—¡Harsen! Por favor, no me digas…

—Tío, lo que yo sienta no importa —sonrió—. Todo lo que importa es lo que ella sienta y sé que no me ama, incluso si comenzara a tenerme algún aprecio, se encargaría de exterminarlo por completo.

—Parece que te decepciona.

—Supongo que a cualquiera le gustaría que una mujer como Aine lo amara —sonrió—. Pero las cosas son así.

El tío Clemens rodó los ojos y siguió a su sobrino escaleras abajo, tratando de hacerlo entrar en razón, pero Harsen evitaba el tema en todo lo que le era posible, aún más cuando Aine se acercó a ellos hecha una sonrisa, mirando como los mozos bajaban su equipaje y reprochando con una sonrisa hacia el tío.

—No creías, niña, que en serio lo bajaría yo.

—Tenía la esperanza de que al menos me hiciera caso en eso —sonrió, acercándose a Harsen y abrazándose a él alegremente.

A Harsen le agradaba demasiado que su tío estuviera cerca, sabía que Aine hacía todo aquel teatro para molestar al pobre Clemens, y él no tenía inconveniente alguno en ayudarla.

Subieron al carruaje en medio de discusiones y más bromas entre Aine y el tío Clemens, quien la toleraba cada vez un poco menos, la verdad era que no importaba el comportamiento que tuviera ella, de todas formas, para el tío, la unión estaba mal y se debía disolver cuanto antes.

Cuando Aine cayó dormida sobre el hombro de su “marido” las cosas parecieron calmarse, al menos un poco. El tío Clemens la miraba con recelo, pero al final de cuentas, la prefería dormida que despierta.

Definitivamente no había podido ganarle en ninguna de las discusiones y eso lo ponía de mal humor.

—Seguro que será una madre espantosa.

Harsen sonrió.

—No quiere hijos.

—¿Y aun así te gusta?

—Me gusta ella, tío, no lo que puede provenir de ella.

—Eso dices ahora, Harsen, pero sé que siempre has querido eso —sonrió

—. Te conozco desde que eras un niño.

—Lo sé tío, pero… creo que la quiero más a ella.

—¿En serio? ¿Entonces por qué no se lo dices?

«Porque se marcharía», pensó Harsen. Pero eso no se lo diría a su tío, seguro que si lo supiera, sería lo primero que le diría a Aine y, por el tiempo que durara, Harsen quería tenerla a su lado.

—Llegamos —Harsen miró por la ventana y advirtió a su tío—. No más discusiones.

—Díselo a ella, es la que comienza todo.

Harsen se volvió hacia la mujer dormida en su hombro y la movió un poco, susurrando su nombre un par de veces antes de que ella despertara

tranquila.

—¿Llegamos? —Fue lo primero que preguntó e inmediatamente atravesó a Harsen para mirar por la ventana el castillo donde se reunirían con el rey de Suecia—. Es hermoso.

—Claro, todo lo que es de este país es hermoso.

—Pero qué lengua tan afilada tiene, mi señor —sonrío Aine y tomó su vestido para bajar—. Si no lo conociera, pensaría que le caigo mal, pero eso sería tonto ¿verdad?

La joven dio un salto y bajó de la carroza, admirando el palacio de Drottningholme e ignorando la pelea que se desarrollaba entre su marido falso y su tío enfadoso. Era una vista impresionante, a ella siempre le gustó visitar los palacios, más por turismo que por ver a las personas en el interior y es que, la arquitectura y los diseños buscaban ser tan particulares y únicos, que simplemente terminaba siendo un deleite para la vista.

Aine estaba fascinada por las fuentes, las grandes estructuras, el inmenso lago frente a la propiedad y los perfectos jardines.

—Hermoso, ¿no, preciosa?

Aquella voz le heló la sangre y la hizo dar un brinco hacia un lado, buscando defenderse.

—¿Usted?

—Hola. Puedo suponer por tu rostro que no estás feliz de verme ¿o sí?

—¿Qué hace usted aquí?

—Bueno, fui llamado, como su marido y otros tantos.

—Miren quién apareció —Harsen se posó junto a su esposa y le pasó una mano por la cintura—. Hoy pretendes quedarte Viggo, ¿O piensas huir de nuevo?

—No entiendo a qué se refiere, señor presidente, ¿de qué tendría que huir? —él sonrió de lado—. No me dirá que usted practica esa barbaridad como lo es un duelo.

—Harsen —Aine puso una mano en el pecho de su marido cuando él dio un paso hacia el idiota que tenía enfrente—. ¿Por qué no me enseñas el palacio? Me parece precioso.

—Sí, mejor vayan a pasear, mis queridos amigos, el rey seguro ya habrá escuchado mucho de ustedes… claro que yo no soy el único que ha hablado, pero el rey me tiene predilección.

Aine negó un par de veces y sonrió triunfal.

—¿Cómo está su familia? —elevó una ceja—. ¿Vendrá su hermano también? Me agrada mucho en realidad.

La faz de Viggo Sundberg se ensombreció notoriamente y en sus ojos verdes se notó una marcada amenaza.

—Cuidado, preciosa, no te gustaría meterte con gente que es muy superior a ti.

—Que recuerde, el que se la ha pasado metiéndose conmigo, es usted —

elevó una ceja.

—Basta —Harsen colocó una mano en el pecho cada vez más cercano de Viggo y lo hizo para atrás—. Ven Aine, te mostraré el lugar antes de entrar.

Harsen se llevó lejos a Aine, quien seguía volviendo la cabeza para cerciorarse de que Viggo Sundberg no fuera a hacerles daño por la espalda.

Se alejaron por los jardines hasta que Harsen la tomó del brazo y la colocó frente a él, parecía a punto de gritarle a juzgar por el ceño fruncido y la quijada apretada.

—Fue insensato —dijo tranquilo.

—Lo sé, no pude resistirlo.

—Aine, aquí estará plagado de personas que van a buscar hacerte rabiar, es tú responsabilidad no caer ante ellos.

—No volverá a pasar.

—Oh, pero miren a quien tenemos aquí —dijo una voz a sus espaldas —.

El señor presidente y su esposa.

—Mi reina —se inclinó Harsen, provocando que Aine hiciera lo mismo

—. Un placer encontrarnos con usted.

La mujer era alta, un tanto mayor, pero seguía siendo hermosa, con una mirada grave y un porte sereno que pondría incómodo a cualquiera, pero no a Aine.

—Señora Svensson, creo entender.

—Sí, su majestad.

—Demos un paseo, ¿le parece? —sonrió—. Los hombres tienen mucho de qué hablar y nosotras también.

—Será para mí un placer, mi señora —asintió Aine, mirando a su marido quien parecía preocupado, pero al final, se marchó.

—Parece que su esposo no le tiene plena confianza en cuanto a dejarla en soledad.

—Teme a mi insolencia, su alteza.

—Bueno, jamás me ha desagradado un poco de insolencia.

—Eso es un alivio, su alteza.

—He escuchado mucho de ti, Aine. Me gustaría que desmintieras o admitieras algunas cosas.

—Usted dirá, alteza.

—Creo saber que usted tiene una prima que es reina, ¿me equivoco? —la miró de lado mientras seguían caminando.

—No, mi señora, Beth ha pasado a ser una reina.

—Sabrá entonces que nosotros tenemos muy pocos placeres personales, nos ceñimos al deber, lo que debe ser y cómo se debe comportar. Es lo que se espera de nosotras.

—Supongo, su majestad.

—Pero usted no es de esa forma, es usted libre.

—Bajo ciertas restricciones lo soy.

—Oh, querida —se volvió la mujer—. No creerás que, si sé que tu prima es Beth Aigrefeuille, no sé de quién eres hija.

Aine bajó la cabeza y asintió.

—Esperaba que lo ignorara, mi señora.

—Por el contrario de lo que piensas, me es fascinante toda la vida del *Hombre siniestro* —la miró de lado—. También te informo que sé guardar un secreto. Como he dicho, tengo pocos placeres en esta vida y pienso que tú podrías ayudarme a cumplir algunos de ellos.

—¿Mi señora?

—Sí, sé por qué estás aquí y pienso ayudar —asintió la reina—. Lo último que quiero es ser la reina de un pueblo de tontos y adictos, quiero destruir eso tanto como su esposo.

—Su ayuda es reconfortante.

—Supongo que para este momento sabes que ha sido idea mía el que se reunieran los nobles y los altos mandos en palacio.

—Pensé que era solicitud del rey.

La reina sonrió de lado y asintió.

—Si la reina hace un buen trabajo, entonces sabrá cómo controlar o *sugerir* a un rey lo que es correcto hacer.

—Me sorprende su alteza, pero no me ha dicho qué clase de pago tengo que hacerle por su ayuda.

La mujer sonrió y descansó su mano en el brazo de Aine, incitándola a seguir caminando por los jardines.

—Quisiera que me enseñara algunas cosas.

—¿Cosas, majestad?

—Ya sabe, de las que su padre enseña.

Aine se mostró sorprendida y no pudo evitar dejar salir una pequeña risita.

—¿Está su majestad, segura?

—No le hubiese hablado de no ser así, entonces, ¿Cuándo comenzamos, querida?

—El día que usted lo desee.

—Tengo obligaciones durante todo el día, como habrá imaginado, pero puedo en las mañanas, aunque será muy temprano, ¿el señor Svensson permitirá la temprana separación de su cama?

—No creo que tenga inconveniente si se trata de un favor hacia la reina, pero debo advertirle, mi señora, que no enseñaré nada que pueda lastimarla.

—Me lo imaginé, señora Svensson, pero tampoco soy tan mayor como para lastimarme con cualquier cosa —sonrió—. Nos veremos en la ceremoniosa presentación que mi esposo quiere hacer en unas horas.

—Su alteza.

—No seas tan formal, por favor.

La reina pasó a manos de unas preocupadas doncellas que parecían haberla buscado por doquier y se la llevaron en seguida de ahí, no permitiéndole ni despedirse correctamente de su nueva y aparente amiga.

Aine sonrió, al menos tenía a la reina de su lado, eso seguro sorprendería a Harsen, de hecho, estaba tan desesperada por ir a contárselo, que fue directa a la habitación que les habían asignado.

—¡Harsen! —ella entró sin tocar.

Aine se quedó paralizada, seguro que podía imaginar muchos escenarios que pudieran hacerle daño, algunos incluso matarla, pero seguro que jamás pensó que el ver a Harsen abrazado de otra mujer pudiera hacerle tanto daño.

—Oh —la joven se separó de Harsen y la miró sonriente—. Tú debes de ser Aine.

—Sí. —Ella dio un paso hacia atrás.

—Soy Valeria Smigard, un placer conocerte.

—Claro —ella se inclinó al igual que Valeria—. Un placer.

—Seguro que este tonto no te había contado de mí.

—Lamento decir que no —sonrió Aine.

—Es un malvado, sobre todo cuando estuvimos comprometidos hasta que…

—Valeria. —Harsen la frenó.

—Oh —la jovencita se sonrojó—. Bueno, será mejor que me marche, parece que es urgente lo que has venido a decir Aine, ¿Puedo llamarte Aine?

—Por supuesto.

La joven pasó dando saltos alegres hasta la salida y cerró la puerta, guiñando un ojo hacia el interior. Aine miró la puerta cerrada durante largo rato hasta que se volvió hacia su marido con una ceja levantada y una mirada inquisidora.

—Lo siento, no sabía que vendría.

—No parece molestarte su presencia en lo absoluto.

—Valeria es entusiasta —asintió y la miró—. ¿Tenías algo importante que decirme?

—¿Yo? —ella parecía realmente perdida.

—Entraste diciendo mi nombre.

—Oh… no, todo está bien.

—Aine —él se acercó, pero ella dio un paso hacia atrás, queriendo salir de la habitación. Harsen frunció el ceño y elevó una ceja—. ¿Está todo bien?

—Tengo que salir ahora.

—Acabas de llegar —la tomó de la mano y la jaló para internarse en la habitación—. ¿Por qué quieres marcharte?

—No lo sé… —bajó la cabeza.

—Vamos, aún nos quedan unas horas antes de que tengamos que bajar —

Harsen la tomó de la cintura y la acercó hasta pegar sus frentes, inundándose de su aroma.

—No estoy de humor, Harsen.

—¿Te molestaste porque Valeria estaba aquí?

—No.

—Lo siento, Aine, no sabía que era ella, ni siquiera sabía que había sido requerida en la corte. Sé que se puede malinterpretar, le dije que no lo volviera a hacer.

—No… está bien, tú eres un hombre libre, y ella parece tenerte aprecio

—lo miró temerosa—. ¿Era tu prometida?

—Sí.

—Y luego te obligué a casarte conmigo.

—Así es.

—¿Por qué no le dices la verdad?

—Es peligroso, incluso para ella.

Aine asintió y se removió incómoda en su lugar.

—¿La amas?

—Bueno, nos conocemos desde que éramos unos niños —rodó los ojos

—. Somos muy amigos.

—Ella no parecía molesta cuando me vio —recordó Aine—. ¿Acaso Valeria no te ama?

—Supongo que ambos nos habíamos hecho a la idea del matrimonio,

nos entendemos bien, sabe que si rompí mi palabra, fue por una buena razón.

—¿Le avisaste?

—Por supuesto, no pensaba dejarla en vergüenza.

—¿Nadie sabía de su compromiso?

—Se rumoreaba.

—Seguro que el tío Clemens está del lado de Valeria, ¿Cierto? Estoy casi segura que él la mandó llamar.

—No lo dudaría, la familia de Valeria es poderosa, una unión entre ambos sería ventajosa.

Aine sonrió forzadamente y asintió.

—Deberías decirle la verdad —lo miró—. Así cuando todo esto acabe, tú podrás volver a ella y seguir con el plan que ya se tenía. Parece agradable.

—No estábamos hablando de Valeria, si más no recuerdo.

—Creo que nuestro pequeño juego de amores se acabó. —colocó una mano en su pecho, pidiendo con ello un poco de distancia entre ellos —. No quiero que ella piense mal las cosas.

—Te aseguro que Valeria es una de las personas más felices de saber que no tendrá que casarse conmigo.

—¿Qué? ¿Por qué razón?

—A nadie le gusta casarse por un arreglo —se inclinó de hombros—. Ni siquiera con tu mejor amigo.

—Creo que más bien, sería afortunada que así fuera.

—No si puedes hacerlo por amor.

—¿Ella ama a alguien?

—Al mundo, por el momento, pero eventualmente lo hará —asintió—.

Se enamorará.

—Quizá lo haga de ti.

Harsen dejó salir una preciosa sonrisa.

—Eso sería afortunado para el tío Clemens y debo decir que para mí, si es que todo se vuelve a armar después… cuando tú quieras marcharte.

Aine bajó la cabeza y meditó unos momentos.

—¿Me estás mintiendo para acostarte conmigo?

—Eso sería caer muy bajo, ¿en realidad piensas eso de mí?

—No.

—Bueno, de todas formas, creo siempre no es momento, será mejor que te comiences a arreglar para la velada de esta noche.

—Por Dios, seguro que será velada tras velada, ¿cierto?

—Sabía que me casé con una mujer inteligente.

—No es gracioso.

—Prepárate Aine. Por cierto ¿Qué te ha dicho la reina?

—Me preguntó si mi marido se mostraría indignado si pedía mi presencia temprano por las mañanas.

—No me molesta que sea por las mañanas, me molestaría si fuera por las noches.

—¡Harsen!

—Aunque creo que podrías ponerte de un muy mal humor, no me imagino lo cansada que estarás de tenerte que levantar temprano

después de que toda la noche hagamos el amor.

—Estás demente.

—Claro que sería tu problema más que el mío.

—Bien podríamos no hacer nada y paz en el mundo, ¿no?

—Ojalá pudieras cumplir con esas palabras.

Aine se avergonzó notoriamente al darse cuenta que él tenía razón, pero con la presencia de Valeria, no podía dejar de sentirse incómoda, seguro que en cuanto ella se marchara y Harsen estuviera de nuevo en libertad, el tío Clemens no desaprovecharía la oportunidad para volver a formalizar la alianza entre los dos.

—Harsen… —El hombre detuvo sus pasos hacia la salida y la miró con una ceja levantada—. ¿Me acompañarías? Necesito tomar un baño y creo que tú también.

—Pensé que estabas lo suficientemente herida como para alejarte de mí, al menos en ese aspecto.

—Bueno, nada le puedo hacer ¿Cierto? Si dices que a ella no le importa, a mi mucho menos.

—¿Me relegas a ser el hombre que te da placer?

—Mmm… ¿te es irritante? ¿Te ofende? —sonrió ella cuando lo vio acercarse—. Porque creo que yo te hago sentir lo mismo.

Harsen la tomó de la cintura y la alzó para que no tocara el suelo, besándola despiadadamente.

—Podrías no sonar tan desalmada cuando lo dices.

—Si es lo que quieres, incluso puedo llamarte cariñosamente, ¿cómo preferirías que te dijera? —dijo juguetona.

—¿Por qué no me sorprendes?

Ella dejó salir una risotada, lo abrazó por el cuello y lo besó.

Aine no estaba siendo sincera. Le había dolido ver a Valeria, la había matado saber que era su prometida y que cuando se fuera, volvería a serlo; para Harsen incluso era conveniente el que Valeria fuera su esposa y ella…

ella sólo estaba estorbándole en su camino, de nuevo.

Le dieron ganas de llorar cuando hicieron el amor, porque sintió que estaba queriendo absorber de los últimos momentos a su lado, lo ansiaba con todo su corazón, pero no podía discernir en su hacer, era más que obvio que ella lo quería, pero… no podía hacerlo feliz, no podía darle todo lo que él quería.

—Harsen —lo abrazó con fuerza, pegándose a él aun en el agua de la tina

—. Bésame, Harsen… bésame.

—Sshh… —la besó—. Estoy aquí Aine, tranquila.

—Harsen… —lo miró a los ojos, ella siempre pensó que tenía unos ojos preciosos, en realidad, todo en Harsen le parecía hecho por los mismos dioses.

El la miraba esperando a que dijera algo, puesto que lo había llamado, pero Aine se había quedado sin habla; Harsen sonrió, tomó un mechón de su cabello y lo acomodó detrás de su oreja, dejando su mano sobre su mejilla y atrayéndola para besarla.

—Es hora de irnos —le tocó la nariz dulcemente—. Vamos, te ayudaré a cambiarte.

Harsen sonrió mientras abrochaba los botones de Aine, aquella mirada que le había dado y esa petición tan desesperada de que la besara… parecía que ella… sonrió. Era una tontería que incluso lo deseara tanto que se pusiera a imaginarlo.

Aine se movió de su lado, caminando por la habitación para comenzar a colocarse las joyas pertinentes para una mujer de su estatus social, él no podía dejar de mirarla, dado a ello, se dio cuenta que, con ese vestido, la marca de su esposa era notoria.

—Aine. —se acercó y le tocó el hombro con delicadeza.

—Lo sé —sonrió a través del espejo en el que terminaba de arreglarse —.

Para este momento sé que hacer.

Ella sonrió y colocó un grueso brazalete sobre la zona en la que tenía la marca que no sólo la identificaba como un águila, sino como hija de

Thomas Hamilton, en algunos casos, eso era aún peor, pero a su padre le pareció necesario que sus cuatro hijos lo tuvieran para que fueran reconocidos entre los suyos.

—Te ves en verdad preciosa.

—Gracias, es hora de bajar.

Harsen asintió levemente, pensando en que no podía pedir una mujer más hermosa para acompañarlo en la velada y por el resto de su vida. La besó con cariño una última vez y la escoltó hacia el comedor, donde compartirían la primera comida con su rey, dando la bienvenida a toda una temporada en el palacio.

Capítulo 25

Llevaban en el palacio más tiempo del que nadie se imaginó, la verdad era que la reina había ayudado bastante en cuanto a las investigaciones de Aine, tal y como lo había prometido, para ese momento, ella ya había enviado carta a Inglaterra, pidiendo refuerzos de las *águilas*, esperaba que su padre no mandara a Publio o a Terry, quería dirigir esa misión, era su más grande deseo llevarlos al éxito, pero eso terminaría siendo decisión de su padre, al final de cuentas, no podía cuestionarlo.

—Aine, por favor, ¿quieres calmarte? *El hombre siniestro* te dará el permiso que deseas —dijo Harsen, mientras caminaban por el jardín de palacio, la única zona segura donde sabían que era poco probable ser escuchados.

—Lo considerará peligroso —negó—, querrá mandar a alguien más a terminar el trabajo.

—No sabía que te apreciaba tanto.

Ella se sonrojó.

—Bueno, supongo que ha de pensar que una mujer no es suficiente para resolver algo tan grande como esto.

—No pienso en él como alguien de ese estilo, ¿en verdad lo es? —

frunció el ceño.

—No, digo… sabe que somos más débiles.

—Yo no te consideraría débil, creo que eres bastante fuerte y tienes

estómago para ser una asesina.

—No soy una asesina —lo miró herida.

—Está bien —levantó las manos en rendición—. Lo siento, no debí decirlo así.

—No, está bien —le quitó importancia pensando un poco las cosas y asintiendo—. En realidad, es lo que soy. No importa por qué razón lo hagas, si matas a alguien, inmediatamente te convierte en una asesina.

Aine pensó en ello por primera vez en su vida. Nunca se le había ocurrido que sus manos estaban manchadas de sangre, quizá eran personas malvadas, pero seguían siendo personas, había aprendido a hacer que su cerebro no se trastornara con ello, pero cuando Harsen se lo dijo… no parecía algo tan positivo.

Lo miró de soslayo, en realidad que no era una mujer para él. Un presidente honorable y bueno, junto a una asesina despiadada que no dudaba al hacer su trabajo. Harsen capturó en ese momento su mirada y sonrió de lado sin mostrar sus dientes, entendiendo lo que estaba pensando.

—No quería que sonara mal, Aine, te admiro por lo que haces.

—Creo que nunca lo había pensado, pero en realidad soy una asesina —

entornó los ojos—. Creo que es bueno que no crea en ningún dios, o estaría metida en serios problemas.

Harsen dejó salir una pequeña carcajada.

—Nadie puede decir si está bien o mal lo que haces, a veces, la única forma de frenar el mal, es aniquilándolo por completo.

—Muchos estarían en contra de esa afirmación.

—No te acongojes con esto —le tocó la mejilla con cariño y levantó su mirada—. Has salvado a muchas más personas inocentes de las que has condenado.

—¿Piensas que soy un monstruo?

—Jamás pensaría algo así.

—¡Harsen! ¡Aine! —saludó desde lejos Valeria, el dolor de cabeza

personal de Aine.

—Hola Val, ¿qué ocurre? —sonrío Harsen.

Cuando Valeria estaba cerca, Harsen siempre sonreía, no había estado en una sola ocasión en la que él se molestara por algo que ella decía o hacía. Y

es que era comprensible, porque Valeria no hacía nada o decía nada que pudiera perjudicarla, era perfecta, la señorita más perfecta que se pudiese imaginar.

—Sólo quería hablar con Aine, parece ser que la reina quiere vernos a ambas, por alguna razón.

Harsen miró a su esposa por unos momentos y asintió.

—Las dejo entonces —Harsen le besó la mejilla a su esposa y regresó hacia el palacio.

Aine sonrió hacia él y miró a Valeria.

—¿Para qué nos quiere la reina?

—Oh, fue una pequeña mentira para que Harsen nos dejara solas, se rumorea que no quiere quitarte las manos de encima.

—Valeria…

—No te preocupes, sé que fingen. —Aine se volvió hacia ella con rapidez—. Bueno, no pensarías que no conozco perfectamente a mi mejor amigo ¿o sí?

—Supongo que era una tontería pensarlo.

—Sí, a decir vedad, me sorprendió que rompiera el compromiso, él no es de los que incumple su palabra.

—No fue su culpa, en todo caso —suspiró la joven—. Ha sido mía, debo admitir.

—El tío Clemens me ha contado todo.

—Sí, supongo que sí.

—Eso hace que mi compromiso con él vuelva a escena —sonrió la joven y hermosa Valeria.

A Aine no le gustaba pensar mucho en Valeria, pero cuando la tenía en frente, le era imposible no darse cuenta de lo hermosa que era: tenía unos ojos oscuros preciosos, profundos, como dos pozos cubiertos por largas y espesas pestañas; sus cabellos rubios eran como ver el amanecer cada vez que estabas con ella y tenía una figura linda, femenina, estilizada y perfecta.

Además, era muy agradable, lista y educada. Sin mencionar que se llevaba de maravilla con Harsen y era su mejor amiga.

—Claro, jamás ha salido de escena, en cuanto yo me vaya, ustedes seguro volverán a ser pareja. A ti te aman.

—Bueno, por lo que sé, la reina te tiene aprecio.

—Le agrada aprender tonterías de mí.

—He escuchado de lo que eres en verdad —Valeria parecía ilusionada —.

¿Es verdad? ¿Lo que eres? ¿Lo que dice el tío Clemens que eres?

—No sé de qué me estás hablando Valeria.

—Sé que tienes que ser cuidadosa, pero amo a Harsen y jamás lo pondría en peligro.

Aine se detuvo en seco y la miró.

—¿Lo amas?

—Bueno, claro —asintió—. Es obvio.

—Sí… supongo que es obvio.

—¿Aine? —ella la persiguió—. ¿Es que tú también lo amas?

—No.

—¿No? —frunció el ceño—. Casi me pareciera que mientes.

—No descubrirías que miento si lo estuviera haciendo —sonrió, tratando de que el ambiente se relajara—. Soy una muy buena mentirosa, te lo aseguro.

Aine intentó caminar más aprisa, tratando de perderse de la insistente muchacha que incluso corrió para darle alcance.

—¿Entonces en verdad no lo quieres?

—Estoy aquí para su protección, eso es todo.

—Pero… por un momento pensé que…

—Soy buena en lo que hago, Valeria, si tengo que fingir ser la esposa enamorada de alguien, lo haré bien.

—Vaya que lo haces bien.

—Pero sólo lo haré hasta que mi trabajo acabe.

—¿Qué es?

—Cuando termine con los idiotas que intentan matar a tu prometido —

dijo molesta.

—Él no es mi prometido, sería tonto que alguien te escuchara decirlo,

¿sabes? Me haría quedar como una tonta y a ti como una rara que está lanzando a su marido.

—Te lo digo sólo a ti, no le veo inconveniente.

—Entonces Aine, lo que quieres decir es que, en cuanto termines el trabajo, ¿te irás?

—Desapareceré de sus vidas para siempre.

—¿Sin más?

—Sí, sin más.

—Claro, después del divorcio, supongo.

—Me daré prisa para que todo este embrollo quede resuelto —negó la joven—. He tenido demasiados días de ociosidad.

—Cuándo te marches de aquí… ¿A dónde irás?

—No lo sé, a donde me manden, supongo.

—Eres una mujer completamente libre, ¿verdad?

—Sí, supongo que lo puedes ver así.

—Te envidio —sonrió la joven—. A mí me encantaría hacer lo mismo que tú. Vagar por el mundo, conocer personas, ser libre. Pero tengo un deber y ese es casarme con Harsen.

—No es tan malo a mi parecer.

—¿Lo preferirías?

—Al menos te casas con un hombre bueno.

—Sí, supongo que sí —sonrió lastimera—. Me ha dicho Harsen que no quieres casarte, ni tener hijos, eso es arriesgado ¿no te parece?

—¿En qué sentido?

—Bueno… quedarte sola al final de tus días debe ser aterrador, sin marido, hijos o nietos que te protejan.

Aine sonrió de lado.

—Con suerte moriré antes de la vejez —dijo tranquila, escandalizando sobremanera a Valeria—. Bueno, te dejo.

Aine casi corrió lejos de aquella mujer, levantó sus manos y prácticamente trepó como una ardilla a ese árbol con tal de que nadie la viera, al menos por el resto del día. Porque estaba a punto de comenzar a llorar y no creía poder parar en un buen rato.

Cuando se sintió un poco más preparada para enfrentar al mundo, decidió que debía dejar de esconderse y también de frenarse, sabía que si hubiese puesto un poco más de sí, ya habría resuelto todo ese problema, pero la cosa era, que había querido quedarse más tiempo junto a Harsen.

Entró de nuevo a su habitación, topándose rápidamente con Harsen, quien instintivamente sonrió y fue a darle un beso en los labios que la dejó descolocada. ¿Por qué siempre era así de cariñoso? Era difícil enfocarse cuando él aparentaba estar tan alegre con el matrimonio falso.

—¿Qué te ha dicho la reina? —inquirió.

—¿La reina?

Harsen elevó una ceja hacia ella.

—Valeria dijo que la reina las buscaba.

—Ah, claro. Mintió —rodó los ojos—. Quería deshacerse de ti para hablar conmigo.

—¿De qué quería hablarte?

Aine sonrió de lado y suspiró.

—De que te ama.

—Claro que me ama, somos amigos.

—Creo que te quiere un poco diferente a lo que tú piensas.

Harsen negó con determinación.

—Tonterías.

Eso quería pensar Aine. Quería pensar que todo era una tontería y que Valeria sólo estaba celosa por ver a otra mujer en la vida de Harsen… al menos, otra mujer con la misma seriedad con la que la trataba a ella.

—Tengo que salir en dos noches—avisó la joven—. Me enteré que Viggo regresará a su casa por “asuntos importantes”.

—Lo escuché también —Harsen dejó de lado sus papeles y la miró de nuevo—. Iré contigo.

—No. Eso si que es una tontería.

—No lo es. No te dejaré sola.

—Harsen —suspiró—. Gracias por querer protegerme, pero sabes bien que es mucho mayor tu pérdida que la mía.

—No digas tonterías.

—Es la verdad.

—Tengo que estar presente, Aine, lo sabes. Soy el hombre que podrá dictaminar que toda la familia sea encerrada por sus actos contra el país.

—Te pueden pasar el reporte.

—No. De todas formas, hoy nos marchamos de palacio, así que no tienes qué preocuparte por lo que diré para ausentarme.

—Si no era por eso que te lo decía.

—Entonces Aine, ¿por qué otra razón sería?

—Creo que te lo dije, no puedes morir, es mi trabajo.

—Entonces, como tu trabajo es protegerme, espero que puedas hacerlo mientras capturo a los Sundberg.

Ella enfureció.

—No sabrías nada de ellos sin mí. Harse, es arriesgado.

—Bueno, me alegra que estés contratada para decírmelo y sé que es arriesgado, ¿Crees que me siento tranquilo de que vayas?

—Estoy entrenada para ello.

—Aún así, iré.

—¡Qué terco!

—Digo lo mismo. —La miró de lado y sonrió—. La reina me mantiene informado de los descubrimientos que hacen juntas, ¿Has recibido contestación de las águilas?

—La reina debería mantener la boca cerrada.

—Creo que no considera de riesgo decirlo a tu esposo.

Aine mordió sus labios y pensó en todo lo que la reina se guardaba para sí. Como el hecho de que era hija de Thomas Hamilton y había prometido no decírselo a nadie.

—Cuando los refuerzos lleguen, me lo harán saber.

—¿Llegarán de la nada?

—Sí… —suspiró desganada—. Espero que no manden a uno de los dos por los que temo.

—¿Quiénes son?

—Agh, odiosos. Son detestables, varones que siempre creen tener la razón en todo lo que hacen o piensan.

—¿Tú qué opinas?

—Bueno… uno de ellos suele tenerla y el otro sabe salir bien librado de los aprietos en los que se mete.

—Pareces conocerlos.

—Pues sí, crecí junto a ellos.

—¿A dos hombres?

—Sí, son menores que yo, pero son un fastidio.

—Y ellos… sospecho que te han de querer mucho.

—Sí, claro, son como una piedra en el zapato.

—¿Y tú? Supongo que también los quieres.

Aine comprendió entonces a lo que Harsen se refería y sonrió sin poder evitarlo, puesto que no hablaba de otros que no fueran sus propios hermanos. Incluso, ambos eran menores que ella.

—¡Claro que los quiero! —le dijo en una risotada, haciendo evidente que lo había descubierto—. Pero como si fueran mis hermanos, no como hombres.

No se podía imaginar amando como hombres a ninguno de los dos, eran demasiado como su padre, a su manera, tanto Terry como Publio se le parecían y, aunque Aine amara a su padre sobre todas las cosas, no quisiera casarse con alguien igual a él. No sabía el motivo, quizá fuera porque ya se había enamorado de alguien más que no podía verse con otra persona.

Sonrió con gracia al imaginarse a Publio o a Terry lidiando con un carácter como el de ella. Seguro que la mataban antes.

El presidente se volvió a enfocar en sus papeles, mostrándose irritado y avergonzado. No quería pensar que alguien llegaría a su propio país para llevarse consigo a la mujer que él amaba.

Aine se mostró divertida con la nueva actitud de su marido y se dejó caer en la cama, extendiendo todo su cuerpo y suspirando.

—Me alegra que nos marchemos de regreso a casa.

Harsen levantó la vista y la enfocó con una sonrisa.

—Sí. Es bueno volver a casa.

Aine asintió levemente y se acomodó para tomar una pequeña siesta antes de seguir con todos los diferentes compromisos que tendrían a lo largo del día. Incluso Harsen se tomó unos minutos y fue a recostarse con ella, abrazándola cariñosamente y durmiendo lo que le fuera posible junto a ella.

Capítulo 26

Desde que regresaron a su casa de Estocolmo, la pareja se había hundido en trabajo, lo cual los mantenía por separado pero, Harsen notaba el avance que Aine iba teniendo en conjunto con las águilas que trabajaban bajo su mando, era de forma indirecta, pero eran notorios los cambios en las calles y los muchos informes positivos que llegaban a sus manos cada día.

Claro que no todo era bueno, los Sundberg y los Nilsson no dejaban de poner quejas sobre supuestos robos, altercados e incluso desapariciones del personal. Harsen tenía la obligacion de atender todo aquello, pero en cuento se inmiscuía personalmete y pedía que le dijesen la índole de los trabajos y la forma en la que desaparecían las personas, ambas casas retiraban sus quejas y simplemente blasfemaban en contra de ellos.

Esa noche, después de todo el día de estar separados, Harsen llegó a la habitación, notando que Aine no lo había esperado como de costumbre y se quedó dormida. Sonrió. Debía estar agotada como para que eso sucediese, ella solía aguardar por él parahacer el amor por las noches.

Se quitó la ropa con presura y se metió en la cama junto a ella, acercándose todo lo posible para envolverla entre sus brazos y colocarle un beso en la mejilla antes de caer dormido junto a ella. Sin embargo, Aine despertó de pronto, penetrandolo con esos ojos azules que derrumbarían a un general experimentado.

—Hola —sonrió la joven, girando su cuerpo hacia él—. Llegaste tarde el día de hoy.

—Te dormiste temprano.

—Sí… fue un día trajinado, pero me alegra despertar ahora.

—¿Tienes algo maquiavelico en mente?

—Me sería desepcionante no estar contigo esta noche, prácticamente es el único momento en el que te veo.

Harsen dejó salir una risa contenida y negó.

—Eso es porque quieres, te desapareces.

—Lo siento. ¿Acaso no has visto mis avances? Ahora que las águilas están aquí, las cosas comienzan a fluir, lo resolveremos en cuestión de tiempo.

Ambos cayeron en un rápido mutismo, el tema de que todo terminara significaba a su vez que su relación entre ellos estaba por quebrantarse, no había más razones para continuar con un matrimonio falso, al menos, no unas que se hubiesen dicho.

—Sí. Supongo que está por acabar.

—¿No estás contento? —Aine elevó su mirada, tratando de descubrir desepción en las orbes grises de Harsen.

—Claro que lo estoy, es un tema que quisiera resolver desde el día de hoy, aunque comprendo que las cosas tienen que hacerse a su tiempo. Las águilas son en verdad sorprendentes.

—Entrenamos para ello.

Aine bajó la cabeza y se sintió deprimida, no quería dejar a ese hombre, pero no sabía como decirlo. Harsen tenía su vida resuelta sin ella: era un importante político, era adinerado, bien posicionado, tenía un tío que lo amaba y una prometida que esperaba por él pese a las adversidades.

¿Y ella quién era?

Una asesina por gusto, una deshalmada mujer que no había hecho otra cosa más que meterlo en un problema tras otro, que se enamoró perdidamente y que jamás se lo demostró, porque era una cobarde cuando se hablaba de sentimientos, ya podía aceptarlo sin sentir que moriría.

—¿Qué ocurre? —Aine sintió la cálida mano de Harsen en su barbilla, impulsandola hacia arriba para que lo mirara—. ¿Por qué te has quedado callada?

—Nada. —fingió una sonrisa—. ¿Me harás el amor?

—Claro. Pero me gustaría que hablaramos de lo que sucede contigo últimamente.

—No sucede nada.

—Mientes.

—Harsen, tengo muchas cosas en la cabeza, si me has notado rara, ha sido sólo por eso.

—¿Segura?

—Sí, segura —ella se levantó y lo hizo recostarse en la cama—. Ahora…

¿Te faltan cosas por enseñarme?

—Sí, muchas.

—Entonces… ¿Qué esperas? —dijo malvada, notando como la mirada de Harsen tomaba un brillo especial y sonreía de lado.

—Bien, entonces —le acarició la mejilla—. Empecemos el juego,

¿Quieres preciosa?

—Sí.

Harsen la incitó a agacharse y la besó con cariño, girandola lentamente para que no siguiera sobre su cuerpo, pero tampoco quedando él sobre ella, ambos estaban de costado, uno frente al otro, besándose con desesperación y desenfreno. Aine sentía que moriría si la seguía manteniendo tan alejada, era verdad que estaban abrazados, pero a ella le gustaba sentir el peso de Harsen sobre su cuerpo o por lo menos, debajo de ella.

—No, Aine —Harsen le susurró al oído cuando volvió a sentir que ella deseaba provocar una de las conocidas posiciónes para ambos—. Dije que te enseñaría algo nuevo.

—No me gusta estar tan separada de…

—No lo vas a estar, espera, sólo espera un momento.

La voz de Harsen era embriagadora, sedante y masculina, llena de experiencia y tranquilidad, lo cual provocaba que el cuerpo de Aine reaccionara, anticipando el placer que seguro él se encargaría de brindarle.

Se asustó cuando de pronto la volvió sobre su otro costado y la abrazó

por detrás, cómo cuando dormían. Por un momento, la joven pensó que lo había fastidiado y por esa razón ya no quería hacer el amor esa noche, pero entonces Harsen le sacó el camisón y le besó el cuello y los hombros con ternura infinita, acariciando dulcemente su cuerpo hasta presionar su cintura para que se acercara más a él.

—Harsen…

—¿Tienes miedo?

—Yo… —negó con la cabeza—. Dime qué hacer.

—Nada —le besó la mejilla e hizo un movimiento que sacó un gemido sorpresivo de la joven—. ¿Estás bien?

—Sí… bien —Aine se aferró a la almohada dónde estaba recostada y mordió sus labios con fuerza.

Harsen sonrió al ver la manera desenfrenada en la que su esposa lograba acoplarse a todos los movimientos y posiciones que gustaba en enseñarle.

Sería la primera mujer que no sólo no se alterase, sino que le exigiera nuevas formas de hacer el amor. Aine era única incluso en eso, era excitante, pasional, desmedida y cariñosa, era para él la más grande adicción estar junto a ella, no importaba que, en ocasiones, regresara sólo para dormir a su lado, con eso era más que suficiente para él y creía comprender, que también lo era para ella.

Aine soltó un grito tan profundo y repentino, que Harsen pensó que le había hecho daño, pero al mirar su rostro y notar la relajación y el exquicito placer en ella, no pudo más que relajarse y acercarse un poco más para seguirla en su goce y quedar abrazado a ella, completamente satisfecho y exhausto, respirando profundamente para recuperar el normal palpitar de su corazón.

—Harsen… —Inmediatamente abrió los ojos para atender su llamado.

Ella parecía sonrojada y trataba de volverse entre su firme agarre, así que se lo permitió—. No me gustó.

—¿Te lastimé? Maldición, Aine, debiste…

Ella colocó sus dedos sobre los labios de su marido.

—No me lastimaste, de hecho, fue increible —dijo segura—. Pero…

prefiero tenerte de frente cuando estamos juntos, me gusta ver tu cara y poder besarte con libertad.

Los ojos de Harsen se llenaron de cariño y sintió en su pecho una cálida sensación de amor y bienestar.

—Muy bien, señora, si prefiere tener mis labios a su servicio —la abrazó con fuerza, dejandola recostada junto a su rostro—. Entonces aquí los tiene.

Ella dejó salir una risilla coqueta y le tomó el rostro con ambas manos, presionando un beso necesitado que le robaba el alma al hombre que sólo se encargaba en contestarle la caricia, porque le gustaba pensar que era Aine quien dirigía todo.

—Eres increíble, Harsen —suspiró pegada a sus labios—. No sabes cómo te admira la gente.

—No me interésa ser admirado… bueno, sólo tú puedes admirarme, eso me agrada más.

—¡Tonto! —se avergonzó y dio un profundo vostezo.

—Venga, se te cierran los ojos, duérmete.

—¿Puedo dormir sobre tu pecho?

—¿Desde cuando me pides permiso para hacer algo?

—No lo sé, Valeria…

—No la saques de nuevo —la abrazó con fuerza, besando la cabeza de Aine y eliminando de su cabeza la sonrisa de su antigua prometida—. Eres tú y nadie más que tú ahora.

—En este momento —corrigió—. O por ahora.

Harsen suspiró, eso quería decir que Aine pensaba marcharse pronto y aquello comenzaba a matarlo interiormente. La observó sobre su pecho; era tan hermosa, tan ángelical cuando estaba dormida, tan dulce… seguro que pocos se podrían creer a lo que se dedicaba y lo buena que era en ello.

—Ojalá no te fueras nuca, Aine... pero es tú desición.

Harsen no supo cuando se quedó dormido, pero le era fácil al tener el corazón de Aine palpitando tan cerca del suyo, a sólo unos

centimetros y algo de piel de distancia.

Serían las cuatro de la mañana cuando los imrpesionantes y profundos ojos azules de Aine se abrieron totalmente avispados. Había escuchado algo que la hizo ponerse alerta, sintió como todos sus sentidos se agudizaron y algo en su interior le aconsejó que debía salir de la cama.

Se separó lentamente de la calidez del cuerpode Harsen, sonrió al verlo apaciblemente dormido y lo besó con cariño.

—Te amo —acarició su mejilla y apartó las sábanas.

Aine colocó rápidamente una bata y tomó una daga alargada que fuera regalo de su padre, miró en la oscuridad, sintiendo aún más presente aquella invación a su privacidad, era obvio que alguien la estaba observando, pero no sabía de dónde provenía. Era alguien que sabía acompasar sus latidos y respiración tanto como ella, era un entrenado, pero no era un águila.

De ser así, la hubiesen llamado con el usual silvido de ave que era un lenguaje maestro entre los miembros de la cofradía. No… era alguien especial, alguien peligroso. Debía ser cuidadosa y alejarlo de Harsen lo más que pudiera, la estaba siguiendo a ella, de eso estaba segura. Si buscara atacar a Harsen, lo habría hecho cuando estaba lejos de ella, no cerca.

Aine salió por la habitación y miró de un extremo al otro en el pasillo. La pasmosa calma era alarmante, la oscuridad apremiante debería haberla puesto nerviosa, pero ella lo encontraba más bien como un recurso a su favor. Controló su respiración y cerró los ojos, tratando de escuchar un indicio de hacia dónde apuñalar.

Por un largo momento no escuchó nada, incluso pensó que podía ser parte de su imaginación, quizá estaba demasiado predispuesta a los ataques, eso hasta que… Aine de pronto sacó su daga y la dirigió con un mortífero movimiento hacia el invasor de la casa y el posible asesino de Harsen o de ella misma.

—Nada mal, Aine, aunque sigues siendo atravancada.

—Publio…

La mano con la que empuñaba la daga había sido capturada justo a tiempo, Publio tenía la muñeca de Aine fuertemente apretada para que la cuchilla no llegara hasta su cuello, que era hacia dónde Aine

había apuntado y, de no ser su hermano su adversario, seguramente estaría cayendo muerto sobre el suelo.

—Hola hermana —sonrió de lado—. ¿Te interrumpí?

—¿Qué haces aquí? Creí decir que lo tengo todo bajo control —dijo ofendida.

—No tiene nada que ver con tu dirección en el trabajo, lo has hecho bien, no vengo por ello.

—¿Entonces?

—La sombra —se inclinó de hombros—. Esto tiene que ver con sus continuos movimientos en nuestra cóntra.

—Informé de ello a padre también, ¿Por qué no me dijo a mí que lo investigara?

—Yo estoy a cargo de ese caso.

Aine mordió su lengua y miró a su hermano con vergüenza.

—¿Le dirás?

—¿Qué cosa? —los ojos de Publio parecían divertidos—. ¿Qué te acuestas con el hombre que deberías proteger?

—¡Tú…!

—No es de mi interés —se inclinó de hombros—. Es tú vida.

—Pense… —lo miró sorprendida.

—Seguro que si en mi lugar estuviera Terry, las cosas serían diferentes.

Yo sólo te diré que estás siendo tonta al perder el control de tus emociones en una misión.

—No estoy perdiendo el control.

—Por lo que escuché…

—No te artrevas a terminar esa frase —lo amenazó—. Sigo siendo tu hermana mayor.

—Sigues siendo mujer —elevó una ceja—. Si más no recuerdo, quedas a mi jurisdicción de faltar mi padre.

—Sabes que eso no aplica conmigo.

—Quizá no, pero sigo diciendo que comprometes la misión.

—¿Qué tiene de diferencia a lo que has hecho tú o Terry? —apuntó con enojo—. Ambos se acostaron con las mujeres que tenían que ver con su misión.

—Sí, quizá. Pero cuando lo hacíamos, estábamos casados con ellas, no me preocupaba que Gwyneth saliera embarazada y a Terry tampoco. Pero tú… vamos, si tú quedas en cinta…

—No lo haré.

—Soy médico, ¿Recuerdas? No existe un método factible para impedir el embarazo.

—Yo también estoy casada.

—¿Una farsa? —Publio negó con fastidio—. No me hagas reír Aine, no tengo sentido del humor.

—¿Qué veniste a hacer?

—A comprobar lo que mis águilas me dijeron —la miró con seriedad —.

Que estás con Harsen Svensson.

—¿Y eso qué te importa? —dijo a la defensiva.

—Eres mi hermana y lastimosamente, estás enamorada.

—¿Lastimosamente, dices?

—¿Él te quiere?

Aine bajó la mirada y sintió unas profundas ganas de llorar.

—No lo sé.

—Deberías preguntárselo, al menos sincerarte.

—No soy mujer para él… le haría más daño que bien.

—Entonces, ¿Qué sigues haciendo aquí?

—Lo amo. —Se inclinó de hombros y lo miró con vergüenza—. Sabes lo qué es eso, ¿cierto Publio?

—Sí. —Suspiró—. No te des por vencida antes de tiempo, sé que al ser lo que somos, nos parece complicado que alguien pueda querernos, pero…

las personas extraordinarias existen.

—No pensé escuchar algo así de ti.

—Amo a mi mujer y a mis hijos, sé en la disyuntiva en la que estás, creciste escondiendo tus emociones.

—¿Crees que él… pueda quererme?

—No veo por qué no —se inclinó de hombros—. Si te ha aguantado hasta ahora, creo que puede hacerlo por toda la vida.

—Idiota —sonrió Aine.

—Cúidate —le acarició la mejilla y besó su frente con cariño—.

Cualquier cosa, estaré serca, ¿Vale?

—Lo sé. —Aine rodó los ojos—. ¿Cómo haces para esconderte tan bien en la oscuridad, maldito loco?

—Soy parte de ella —le guiñó el ojo y se perdió entre las sombras de la casa de Harsen.

Aine sonrió y volvío a la habitación que compartía con Harsen, metiéndose nuevamente en la cama y acomodándose en el pecho fornido que respiraba con normalidad. Se abrazó con fuerza de él y sonrió al pensar en la posibilidad de que pudiera quedarse ahí por siempre, entre esas paredes, en esa cama y con ese hombre abrazándola.

—¿A dónde fuiste? —Harsen inquirió adormilado.

—Tenía sed —se acurrucó contra él—. ¿Me extrañaste?

Él simplemente sonrió y la abrazó, quedándose dormido inmediatamente y dejándola en la calma necesaria como para seguirla en su sueño.

Capítulo 27

Aine iba de regreso a la casa del presidente de Suecia después de un largo día de capturar bandidos y quebrantar redes de tráfico de mujeres y narcóticos. Debía admitir que su hermano Publio era una ayuda extraordinaria, en ningun momento había intentado llevar el mando de la situación, más bien, todo lo contrario, acataba sin dudar sus órdenes pese a que posiblemente él lo hubiese hecho de otra manera.

Discutía con ella en privado los asuntos que le parecía pertinentes manejar diferente y jamás la desacreditaba frente a los hombres. Era fácil querer a Publio cuando se portaba tan bien, pero sabía que la dificultad del carácter de su hermano venía más ligado con lo sentimental que en lo práctico.

Sonrió. Quería darle la noticia a Harsen sobre la captura de Aleksi Nilsson, el muy tarado había sido el primero en caer en una de sus trampas y ahora estaba confesando todo como si lo estuvieran sometiendo a tortura.

Seguro que Harsen se volvería loco de emoción y querría salir en seguida a por ello.

Estaba por abrir la puerta de la mansión, cuando de pronto fue abierta por alguien que parecía alterada y por poco hace que rodaran por las escaleras.

—¡Aine! —gritó Valeria—. ¡Aine al fin vuelves!

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

—Harsen… él, no sabemos qué pasó… pero él.

—¿Qué le pasa? —Aine sintió que el corazón se le saldría del pecho—.

¿Qué tiene Valeria? ¿Qué pasó?

—Está mal, no recupera la consciencia y él…

Aine se había puesto en pie y prácticamente corrió escaleras arriba hasta llegar a la habitación que ambos compartían.

—¡Señora Svensson, por aquí! —llamó una doncella.

La joven tuvo que hacerse espacio entre la gente para poder pasar y ver a Harsen tendido en aquella cama, sin responder, con dos heridas

de bala y varios cortes.

—¡Por Dios! —lloró Aine—. ¿Qué pasó? ¿Cómo es posible?

—No lo sabemos, señora —lloriqueó Lili—. Lo han traído así, salió al pueblo y regresó así.

—No, mánden llamar a Enok y díganle que mande llamar a Publio Hamilton de inmediato ¿Escucharon? ¡De inmediato! —ordenó Aine quien veía poco efectiva la intervención de los médicos ahí presentes.

La joven negó con los labios apretados y miró a los doctores, quienes no dejaron de trabajar sobre el cuerpo de su esposo, tratando de sacar balas y cosiendo heridas, Harsen apenas y se movía, lo que lo hacía parecer muerto.

La joven enfureció y salió de la habitación con un nombre en la cabeza, en esa ocasión no se apiadaría de él. Tomó al primer caballo que se encontró y montó hacia la propiedad de los Sundberg con una mirada asesina.

—¡Viggo! —gritó hacia la propiedad, esperando que el cobarde se asomára por algún ventanal, al menos quería verlo correr despavorido.

—Hola preciosa —el hombre habló a sus espaldas, mostrando una sonrisa vengativa—. ¿Cómo se encuentra tu marido?

—¡Tú! ¡Maldito! —caminó hacia él.

—¿Me acusas? ¿De qué, mi señora?

—Mi esposo pende de un hilo y…

—¿Y…? —sonrió—. ¿Qué harás preciosa? Las mujeres normales estarían llorando junto a la cama de su marido, pero tú viniste corriendo a inculparme, ¿por qué?

—Porque me has atacado antes —se excusó—. Y eres el único que conozco que quisiera hacerle daño.

—Pese a lo que pienses, eso no es así, la opinión del presidente no es muy aceptada en el país, al menos no por la gente poderosa, no soy el único en su cóntra.

—Querrás decir, la gente que tú tienes dominada con estupefacientes. No soy estúpida, recuerdo todo de aquel día.

Viggo Sundberg se adelantó y la tomó del cuello, ahorcándola sólo un poco, quizá para asustarla, pero Aine tenía la mano en su puño americano por si hacía falta encajarle la navaja a ese idiota.

—¿Quién va a creerte? —le susurró furioso.

—Las mujeres que estaban ahí, no todas estaban inconscientes, como la señorita Samanta que, si más no recuerdo, ya no sale de casa por el trauma en el que la han dejado —le escupió, aún con el cuello entre su mano—.

También están los esposos de esas mujeres.

—Más adictos que prefieren vender a sus esposas a perder a la persona que les entrega su felicidad.

—Puede que tengas a algunos bajo tu control, Viggo, pero no a todos —

los ojos de Aine brillaban con amenaza.

—En serio eres estúpida.

—Y tú en serio te crees intocable.

Viggo Sundberg miró el hombro expuesto de la joven, con aquel brazalete grueso cubriendo la parte del hombro que escondía lo que él ya se imaginaba, pero en esa ocasión, ella permitió que se lo arrancara y pudo ver con sus propios ojos la marca de las *águilas reales*.

—No sólo soy parte de ellos —dijo la joven, mirando hacia su propio tatuaje—. Sino que soy hija de su cabecilla, ¿Sabes lo que significa, Viggo Sundberg?

—No es verdad.

—Es una moneda al aire, Viggo, hazlo, mátame cómo quieres hacerlo, pero si digo la verdad, las consecuencias pueden ser más graves de lo que ahora te imaginas. El hombre siniestro tiene fama de piedad, pero, ¿si matas a su hija? ¿Qué crees que haga?

Viggo la soltó en seguida y dio dos pasos hacia atrás, mirándola con la cara desfigurada en el terror y el odio en una perfecta sincronía. Aine estaba arriesgándolo todo en ese momento, sabía que Harsen había deseado esconderlo y acababa de delatarse, pero ahora él estaba herido y lo único que podía hacer era terminar con su misión y

alejarse de él.

—Estás mintiendo, maldita arpía —Viggo se acercó nuevamente hacia Aine y la amenazó con una pequeña daga.

Por poco la chica cae en las risotadas, le sería tan fácil terminar con todo aquello, cómo le gustaría poderlo acuchillar en ese momento y dejar todo por la paz.

—¿Me matarás aquí? —lo cucó.

—Alguien debe de frenar tu maldito ego estúpido —Viggo aprontó la navaja, haciendo que unas gotas de sangre se escurrieran por el blanco cuello de la joven, quien seguía sin moverse, amenazandolo con la mirada.

—Le recomiendo que baje el arma si no quiere morir de la manera más cruel por atacar a mi hermana.

La voz de Publio heló la sangre de todo cuanto la escuchó, incluso la misma Aine se sintió atemorizada por él. Sabía que estaría en aprietos por actuar de esa forma tan estúpida, pero de alguna manera había resultado, ahora Publio se ocuparía de todo, mejor que Viggo lo conociera y le comenzara a temer. Lo cual fue rápido, puesto que una de las carácteristicas de Publio, era hacer que las personas sintieran horror al verle.

Viggo fue inteligente al dejar caer el arma y correr despavorido, alejándose de la mira del hijo del *hombre siniestro* y su heredero. Estaba en problemas, ahora lo entendía muy bien, quizá la mejor solución sería huir, pero algo le decía que no sería tan fácil deshacerse del acoso de los Hamilton y sus águilas.

—Aine… —suspiró Valeria, mostrando su sorpresa y saliendo detrás del cuerpo de su hermano Publio—. ¿Es verdad? Lo que has dicho, ¿Es verdad?

¿Es cierto?

—Sí —dijo enojada—. Ahora puedes quedarte junto a Harsen, actúa como lo que eres a partir de este momento. Yo desaparezco desde ahora.

—Pero Aine…

—No —ella se volvió cuando sintió que Valeria la seguía—. Esta es la

verdadera Aine, no la educada, no la sonriente. Ésta. Soy una asesina, pero aniquilo a las personas necesarias, ya he hecho suficiente daño, así que, cuando él despierte, le dirás que lo siento y que no sabes más de mí.

—No creo que eso le agrade, él creía que ustedes eran un equipo —

Valeria se interpuso una vez más en su camino.

—Es en serio Valeria, si te interpones en mi camino una vez más, me veré en la necesidad de inyectarte algo para que no me seas un estorbo.

Valeria jaló aire y se quedó inmovilizada, Aine jamás había sido mala con ella, quizá un poco tajante y en su normalidad era seria, pero jamás al punto de hacerla sentir poco más que una inútil. Quizá lo era al lado de alguien como ella, pero… parecía totalmente fuera de sí. Seguro que eso no le gustaría a Harsen.

Fue Publio quien decidió apartar a la petrificada mujer del camino de su hermana, dándole paso libre a que hiciese lo que sus instintos le indicaran.

—Hablaremos de esto —le dijo cuando pasó a su lado.

—Lo sé —Aine cerró los ojos y se detuvo por uno segundos—. Gracias por venir.

—Te veré en casa de tu marido.

—¿Fuiste como te lo pedí?

—No. Vine por ti.

—Te dije que fueras con él.

—No sigo tus órdenes Aine, no lo olvides.

Aine apretó los puños y regresó a la propiedad de su marido, parecía que las cosas se habían calmado, él estaba vendado prácticamente en todas partes, le habían hecho cortes por gusto en el cuerpo, pero no de demasiada profundidad. Las balas estaban fuera de su cuerpo y, en ese momento, estaría lo suficientemente dormido como para no despertar en una semana.

—Señora Svensson —se acercó Enok a la figura retraída de Aine—. Ha sido una extracción exitosa de las balas, pero aún no sabemos qué fue

lo que le sucedió.

—Gracias.

El médico la miró preocupado, la señora Svensson parecía estar en un estado catatónico, miraba al hombre convaleciente con tanto amor y devoción, que no podía creer que no se hubiese acercado en todo ese tiempo.

—Me quedaré para cuidar de él.

—No será necesario —Aine meneó la cabeza y sonrió—. Vendrá el médico personal de mi marido. Pero le agradezco su rápida intervención, le ha salvado la vida.

—Si me permite señora, estoy suficientemente capacitado para tomar el cuidado del señor presidente.

—Ella ha dicho su última palabra —dijo de pronto Publio Hamilton, entrando a la habitación con toda su suntuosidad.

—Mi señor. —se inclinó el médico y se apuró a salir de ahí.

Los hermanos esperaron a estar solos para comenzar a hablar entre ellos con mayor libertad.

—¿Crees que…?

—Sí —cortó Aine—. Me encargaré de ello en persona.

—Por la seguridad del presidente, Aine, te recomiendo que sigas aparentando ser su esposa, al menos por el tiempo pertinente en el que esté convaleciente.

—No puedo —dijo dolorida—, a causa mía está así.

Publio miró con una sonrisa a su hermana, quien apenas y comprendía sus sentimientos en esos momentos.

—Estoy más que seguro que al señor Svensson le agradará verte cuando despierte del horror en el que se encuentra.

Aine negó con la cabeza y se limpió las lágrimas.

—Lo lastimo más estando a su lado —miró a su hermano—. Está así por una venganza en mi cóntra. Muerte por muerte.

—Si te marchas, será peor. Haz tu trabajo, pero no lo dejes en ridículo frente a toda la sociedad, para él será igual que la perdición, es un hombre que tiene que estar bien con el público, no tiene otra opción —aconsejó Publio.

—Pero…

—Tu hermano tiene razón, Aine —se adentró Valeria—. No lo arruines, no es justo para él, Harsen confía en ti.

La joven limpió sus lágrimas y miró al hombre que parecía muerto en esa cama, jamás había visto a Harsen tan pacífico… quizá tranquilo sí, pero siempre con una sonrisa, despierto como ningún hombre. Él solía tomar todo a broma, todo tenía solución y nada era lo suficientemente estresante…

—Está bien, me quedaré. —Valeria logró sonreír—. Pero sólo el tiempo necesario para acabar con todo esto. Tendré que estar saliendo todo el tiempo, ¿me ayudarás Valeria?

—Dalo por hecho —asintió la joven.

—No te preocupes, tienes la excusa perfecta para no ser vista —Publio regresó la mirada hacia el convaleciente hombre—. Tienes que cuidar de tu marido, después de todo.

Aine asintió.

—Nadie puede entrar a esta habitación además de Valeria, Publio, Enok y yo misma.

—¿Qué hay de esa niña que siempre los ronda? —preguntó Valeria—.

Lili, creo que se llama.

—Sí… ella no me parece alguien de fiar —pensó Aine.

—Ni a mí tampoco —aseguró Valeria—. La vi el otro día, hablando con ese hombre detestable.

—¿Cuál hombre detestable? —Aine regresó una mirada inquisitiva—.

¿Sundberg? ¿Hablas de Viggo Sundberg?

—Sí, ese hombre terrible.

—¿Qué hace hablando con él? —Pensó Aine en voz alta—. Bien,

gracias Valeria, cuida de Harsen y trata de cubrirme.

—No te preocupes Aine.

Aine miró una última vez a aquel hombre y suspiró, resolvería todo y lo dejaría libre, lo liberaría de todos los horrores que acarreaba el nombre Hamilton, lo dejaría ser feliz con una mujer que fuera normal.

Ahora… ¿Por qué Lili hablaría con la persona que la violó?

Capítulo 28

«Harsen…» aquella hermosa voz era casi como un zumbido en su cabeza, un eco del pasado que lo hacía permanecer con vida, que lo hacía seguir luchando. «Harsen… te amo».

La veía, aquella preciosa sonrisa burlesca, ojos vivaces e inteligentes, cabello oscuro y aquella voz… su voz lo volvía loco, era más dulce que cualquier tonada instrumental, era aún más perfecta y lo era más cuando lo llamaba a él.

—Aine… —intentó abrir los ojos—. ¿Aine…?

—¡Harsen! —alguien le besó la frente, pareció presa de las lágrimas a juzgar por su quebradiza voz.

Dudaba que fuera Aine, ella no lloraba.

—Aine…

—No, Harsen, soy Valeria.

El hombre abrió plenamente los ojos, tratándose aquello de un trabajo monumental para alguien tan débil como lo estaba Harsen Svensson en esos momentos.

—Valeria —la miró—. ¿Qué sucedió?

—Dios santo, pensé que morirías —le besó los labios.

—¿Morir? —se alejó de ella—. ¿Por qué morir?

—Tus heridas, fue todo muy grave. —Limpió sus lágrimas.

—¿Grave…? —se miró y comprendió—. Me hirieron.

—Sí —Valeria sorbió su nariz—. Pensamos que morirías, estabas tan

mal, ibas para peor.

—Aine… ¿Dónde está ella?

La luz en los ojos de Valeria desapareció.

—Lleva semanas desaparecida.

—¿Desaparecida? —intentó incorporarse, sufriendo un dolor inimaginable que le sacó un gemido profundo—. ¿Cómo que desaparecida?

Eso es imposible, ella…

—Nadie lo sabe, Harsen, dicen que estaba desesperada cuando te hirieron y salió del castillo para encontrarse con esas personas que tú tanto buscabas.

—¿Ella sola? ¿Lo hizo ella sola? —exigió con molestia.

—Sí, no pudimos detenerla.

—¡Ella es una sola persona!

—¡Lo sé! Tenía un plan, me dijo que la cubriera, que te cuidara, pero después, ella dejó de venir, creemos…

—¡No! —casi gritó, lo cual le causó dolor—. No, ella está bien, hace este tipo de cosas cuando se molesta.

—Harsen…

—¡No! —trató de levantarse de nuevo, provocando que saliera sangre de su cuerpo que apenas se estaba recuperándo.

—¡Tío Clemens! ¡Tío! —gritó Valeria.

El hombre entró a todas prisas, encontrándose con la desesperación de su sobrino.

—¡Rápido! ¡Morfina! —entró un hombre que Harsen no conocía pero que le era extrañamente familiar.

Lo inyectó, dejandolo nuevamente en un profundo sueño, alejálndolo del dolor en su cuerpo y en su alma.

Harsen volvía a soñar con ella, la veía paseándose por la habitación,

mirándolo preocupada. Conocía a Aine, jamás lo dejaría estando herido, algo terrible tendría que haberle pasado… si algo le había pasado, sería su culpa, siempre sería su culpa.

¡Debió decirle que la amaba! Y si ella huía… debió perseguirla hasta el fin del mundo, hasta que quisiera aceptarlo, hasta que ella misma aceptara lo que sentía, si es que sentía algo.

—Aine…

—Harsen, por favor —Valeria dejó salir unas lágrimas—. Vuelve en ti, Harsen.

—Tranquila querida, está lidiando con más de una situación ahí dentro —

dijo el tío Clemens—. Cree que se enamoró de esa mujer, pero ahora que ella…

—Tío Clemens, ¿en serio es verdad lo que se rumorea? ¿En serio cree que ella murió?

—Tuve que ir a reconocer el cuerpo —asintió—, ella… fue espantoso, pero tenía la marca, esa dichosa marca.

—Por Dios —Valeria se cubrió la boca y lloró—. No puede ser, es terrible.

—Tendrás que poner todo tu empeño en ayudarlo, Valeria, será difícil para él recomponerse de esto.

—En realidad la amaba, ¿verdad tío?

—Sí, creo que sí.

—Es horrible que la haya perdido —Valeria le acarició la mejilla con cariño—. No sé qué haré para ayudarlo con un corazón roto, tío Clemens, es imposible.

—Difícil, tal vez; imposible, no.

—Entonces espero que siga dormido por mucho tiempo, que la verdad sólo sea parte de su inconsciencia.

Harsen no sabía medir el tiempo que había pasado, ni tampoco si la última vez que despertó le habían dicho la verdad, pero en aquel despertar, se sintió considerablemente mejor.

—Volvió la vista y ahí estaba nuevamente Valeria.

—Val…

—Harsen. —Sonrió la joven—. ¿Cómo te encuentras?

—Me siento mejor —asintió—. ¿Dónde estoy?

—En casa, Enok consideró que estás lo suficientemente fuerte como para recibir un baño, ¿qué dices?

—¿Aine…?

Valeria bajó la mirada y negó.

—Como lo siento Harsen, pero como te dije la vez pasada…

—No… ¿Cuánto tiempo llevo en cama?

—Más de dos semanas.

—¡Semanas! —dijo sorpresivo.

—Fuiste gravemente herido, ¿Qué esperabas?

—¿Qué pasó con los Sundberg…? ¿Viggo y toda la organización? —

nuevamente hizo por incorporarse—. Tengo que salir de aquí, ellos…

—Tranquilo —Valeria colocó una mano sobre su pecho y lo volvió a recostar—. Eso se resolverá solo ya lo verás.

—¿Solo? Las cosas no se pueden resolver así como si nada.

—No, pero Aine tenía ayuda antes de que…

—Ella no puede estar muerta.

—Tú tío ha reconocido el cadáver, Harsen.

—¡Él no la conocía! —le gritó—. Apenas y la vio un par de veces, no sabe quién era.

—Dijo que tenía el tatuaje.

—Si es lo único que reconoció, lo creeré mucho menos, lo hace para dejarme libre, seguro sigue en Estocolmo.

—No, Harsen —negó Valeria con lágrimas—. Ha venido alguien a remplazarla… es un hombre.

—Quiero verlo.

—Harsen, esos hombres no son como Aine, dan miedo y…

—Valeria, quiero verlo, no importa qué.

—No sé ni cómo contactarlo.

—Habla a tío Clemens, que venga aquí.

Valeria quitó las lágrimas y salió presurosa de la habitación, desconociendo totalmente al hombre del cual estuvo enamorada por demasiado tiempo, pero al cual tenía que superar, era obvio que amaba otra mujer… aunque fuera una que estuviese muerta.

Harsen estaba muriendo en vida por no poder salir de esa cama, tenía que buscarla, estaba desesperado, jamás creería que estaba muerta, nunca.

—Harsen, hijo mío, al fin despiertas —sonrío el tío.

—¿Dónde está ella?

—Harsen… seguro que Valeria ya te lo ha dicho.

—No puedo creerlo, mucho menos de ti.

—Harsen —su tío le tomó los hombros y suspiró—. Por favor, haz caso, no hay nada que hacer, tienes que seguir.

—¿Quién está a cargo del caso?

—El caso está resuelto ya.

—¿Qué? —negó—. ¿Cómo es posible?

—Harsen, sentíamos que te perdíamos, ¿entiendes? Ella no está más, debes concentrarte en ti ahora.

—No… —Harsen negó y se recostó en la cama—. Quiero hablar con el encargado, que lo traigan, que venga ahora mismo.

—Harsen, es imposible.

—¡Hagan lo imposible! ¡Maldición! ¡Ahora!

El tío Clemens asintió un par de veces y salió de ahí, no sabía cómo haría para encontrar a un integrante de las *águilas,* pero ese muchacho simplemente no se quedaría tranquilo si no lo encontraba y hablaba con ellos.

El apurado hombre había tomado su gabardina y sombrero para salir a la calle, en busca de lo imposible, maldiciendo a su sobrino por ser tan testarudo. Iba bajando los escalones de la fachada, cuando de pronto un hombre cayó ágilmente a sólo unos pasos de su persona, provocando que el tío diera un paso atrás y se derrumbara en las escaleras, preso del pánico y un seguro paro cardiaco ante la impresión.

—¿Quiere hablar conmigo? —le dijo seriamente.

—A-Ah… m-mi señor.

¿Qué acaso esos hombres tenían oídos en todas partes?

—En realidad soy un lord —dijo el hombre seriamente, tendiéndole la mano para ponerlo de pie—. ¿Puedo pasar?

—C-Claro, mi lord.

—Gracias.

El tío Clemens sintió que el alma se le había ido hasta los pies, aquel hombre era en su totalidad imponente y escalofriante. Tenía una altura que rebasaba lo normal, su cuerpo era grande y su cara grave y refinada, de mirada peligrosa y paralizante. Tanto. Que ni siquiera recordaba el color de los mismos.

Lo siguió por la estancia, pero aquel enorme caballero se detuvo en seco y se dio la vuelta.

—A solas, no necesito su presencia en el lugar.

—Mi lord, soy el tío y prácticamente padre de Harsen.

—De todas formas, quiero hablar con él a solas.

—C-Como usted lo desee, mi lord.

El tío Clemens observó el rápido subir del caballero y se perdió en el pasillo de las habitaciones. Su corazón seguía queriendo salir de su

pecho y creía haber perdido todo el color de su cara, quizá de todo su cuerpo.

—¿Mi señor? ¿Necesita algo?

—Un levanta muertos, ¡Uno doble!

Harsen se sorprendió cuando la puerta repentinamente se abrió y mostró a un hombre extraño, increíblemente parecido a Aine, sobre todo en sus ojos.

—¿Quién eres?

—No creo que importe, vengo a informarle lo que ha sucedido durante su ausencia —dijo el hombre—. Pero antes, debo darle la enhorabuena de su recuperación.

—No diría que estoy totalmente recuperado, pero a juzgar de que he estado entre la vida y la muerte, entonces lo agradezco —asintió conforme.

—¿Me permite?

Harsen elevó una ceja.

—¿Permitirle qué?

—Soy su médico, al menos cuando tengo tiempo y Enok no está. Estoy especializado en este tipo de heridas.

—Haga caso, señor Svensson. —Entró de pronto Enok, inclinándose respetuoso ante Publio Hamilton—. No hay nadie mejor que él, de hecho, le debemos su vida.

Harsen permitió que el hombre se acercara y mirara profesionalmente las heridas, limpiando y colocando nuevos ungüentos herbales y volviendo a vendar.

—Va bien, señor Svensson —dijo el hombre—. Dentro de poco podrá ponerse en pie.

—Gracias —se tocó una de sus heridas—. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está la mujer que estaba encargada del caso?

Publio miró seriamente a aquel hombre, como si recriminara algo, pero si ese sentimiento era verdad o parte de la imaginación de Harsen, jamás lo sabría, puesto que el hombre no se lo dijo y el

presidente tampoco fue tan estúpido como para preguntar.

—Informo —dijo tajante—: la banda criminal con la que se tenía problemas ha sido disuelta y sus cabecillas capturados, ninguna baja, todos están siendo juzgados pertinentemente y esperarán su sentencia en prisión, como es debido.

—¿Los Sundberg y los Nilsson?

—Sí, ellos están siendo enjuiciados, al igual que la muchacha Camila y la chica esa Lili.

—¿Disculpa? —Harsen se enderezó.

—Es altamente recomendable que no haga eso, mi trabajo se iría al carajo si vuelve a abrir sus heridas.

—Camila y Lili estuvieron siempre bajo mi protección… —dijo con dolor—. ¿Por qué están siendo juzgadas?

El hombre suspiró.

—Bueno, no siempre se aprecia lo que se hace por las personas, nosotros lo sabemos mejor que nadie.

—¿Qué quiere decir?

—Esas señoritas fueron las causantes de que lo atacaran.

—No puede ser…

—Parece ser que la adicta Camila Venua fingió vender a su hermana a los Sundberg para intentar matarlo a usted.

—No… Lili en verdad parecía traumatizada.

—Quizá lo está, pero ama a su hermana y haría todo por ella.

—¿Quiere decir que, durante todo este tiempo, estuvieron ayudando a los Sundberg?

—Ellos incluso sacaron a Camila de aquel reclusorio.

—¡Maldición!

—Me parece honorable lo que hace, he de reconocerlo. Siéntase satisfecho de que la mayoría de las personas a las que ayuda y que

fueron reubicadas, han logrado continuar con una vida digna, pero estas… no, en definitiva, ellas no.

—Soy un imbécil.

—No lo veo así —Publio se sentó en una silla cercana a la cama de Harsen—. Creo que es un idealista y nos hacen falta personas como usted.

—¿Encontró el lugar donde ocultaban los narcóticos en casa de los Sundberg?

—Sí, allanamos la casa, salvamos a las mujeres encerradas, estamos analizando la red de distribución de las mismas y pensamos que por un tiempo, no tendrá problemas con delincuentes. Pero estoy seguro que los adictos encontrarán otra fuente y usted deberá lidiar con ello —Publio se acercó con advertencia—. Recuerde que son los poderosos quienes más necesidad tienen en corromper a la población.

Harsen lo miró con impresión.

—Tiene una muy mala opinión de los dirigentes, ¿Cierto?

—¡Son los peores! Las personas con poder se creen capaces de hacer cualquier cosa, de abusar de cualquier persona por el simple hecho de tener dinero y un título —Publio lo miró—. Pero sé que está intentando hacer un cambio en ello, me da gusto.

Harsen asintió.

—Es un camino que me ha dejado en esta cama.

—Pero ha sido inspiración de otros tantos —apuntó el Hamilton—.

Quizá usted muera intentándolo, pero si hace las cosas bien, habrá sembrado en alguien las esperanzas de que suceda un verdadero cambio y la lucha continuará.

—Gracias, sus palabras me son reconfortantes.

—Me alegro, ahora…

—Lo lamento, pero tengo más preguntas.

—Si es relacionado con la antigua compañera que estaba a cargo del caso, no tengo información que brindarle.

—¿Murió? —dijo dolorido—. ¿En verdad murió?

La mirada de Publio se ensombreció.

—Continúe con su vida lo mejor que pueda, señor Svensson, recupérese pronto. —Aconsejó—. Por el momento, nosotros no tenemos más que hacer aquí.

Harsen se dejó consumir por la incertidumbre y el auténtico dolor, aquel hombre tenía razón, debía seguir con su vida.

Capítulo 29

Aine había decidido quedarse en casa de su prima Sophia, intentando ocultarse de su familia y de todo ser humano existente. Al menos su prima salía lo suficiente de casa como para dejarla tranquila y su marido no solía meterse en cosas que no le interesaban, como lo era Aine en ese momento.

—Así que aquí te escondías, evasora de sentimientos.

—¡Kayla!

—Sorprendente —sonrió la menor—. No es normal lograr asustarte, mucho menos hacerte gritar.

—Sólo… no te esperaba.

—¿No me oíste venir con esos poderes supernaturales que tienen todos a excepción de mí?

La mayor la miró mal y siguió caminando por los jardines que ofrecía Eaton Hall, el palacio donde vivía Sophia. No podía negar que fuera un lugar precioso, pero para Aine, no había un jardín más perfecto que el de Harsen Svensson; él era más del estilo “cosas simétricas”, no se veían flores o arbustos desalineados, parecía que salías a ese jardín y te encontrabas en medio de un libro de figuras geométricas. Lo cual era raro porque la mente de Harsen era extraña y divagante.

—¿Qué sucede? —Kayla le dio alcance—. ¿Por qué no volviste a casa cuando decidiste abandonar Estocolmo?

—No quería ver a nadie.

—Sophia y John son alguien.

—Sí, pero ellos normalmente no están y si lo están, las niñas los

ocupan la mayor parte del tiempo, no tienen cabeza para preguntarme nada.

—¿Qué es lo que quieres evitar? —frunció el ceño—. Papá es la persona más orgullosa del mundo, no para de mencionar que lo resolviste todo tú sola, fue gracias a ti que pudieron atrapar a esos idiotas y rescatar a esas mujeres.

—Me alegra que se solucionara.

—Sí —Kayla la tomó de los hombros—. Pero, ¿por qué no quisiste hacerlo por ti misma? Pensé que era lo que más querías, demostrar que no sólo podías ser el cerebro, sino la fuerza que terminara con las crisis.

Aine se apartó de las manos de su hermana y siguió caminando, tratando de que ella dejara de seguirla.

—No quería estar más tiempo ahí.

—Mm-hmm, ¿tiene algo que ver con el señor Svensson? Publio dijo que él no dejaba de preguntar por ti.

Aine se volvió en seguida.

—¿Lo hacía?

—Sí —suspiró—. Pero le dijeron lo que querías, que estabas muerta y todo lo demás. ¿Por qué?

—¿Cómo lo vio Publio? ¿Se ha recuperado de las heridas? —la miró ansiosa—. ¿Puede caminar?

Kayla sonrió de lado y negó sorprendida.

—Lo amas.

—No es verdad —se alejó.

—Lo amas y por eso te has ido —Kayla corrió a su lado.

—No soy mujer para él —dijo Aine—. Seguro que él ya está vuelto a comprometer con Valeria.

—Sí, Publio dijo algo de eso, se les ve juntos y se rumorea que se casarán pronto.

Aine sintió un peso en su corazón y asintió.

—Es como debía ser, ella es buena, le conviene.

—¡Al diablo con eso Aine! —Kayla frunció el ceño—. ¡Se egoísta! ¡Ve por él!

—Él no me quiere, Kay, en más de una ocasión lo hablamos y todo era conveniencia.

—Nunca lo preguntaste. Siendo honesta Aine, contigo nunca se sabe qué pensar, ya me imagino como estaría el pobre hombre si es que se enamoró de ti.

—Si tanto me amara, no estaría por casarse con otra persona.

—Cree que estás muerta.

—¡Es pronto de todas formas!

—Pero qué terca eres, ¡Regresa ahí!

—No lo haré…

—Vale, quédate sola toda la vida —se cruzó de brazos—. Perderás al amor de tu vida por una tontería.

—Yo jamás dejaré de ser esto Kayla, jamás. Y él no puede amar a… a una asesina.

—No eres tal cosa.

—Pero lo soy y él me lo dijo.

Kayla parpadeó un par de veces.

—Seguro lo malinterpretaste.

—Puede ser —Aine suspiró—. ¿A qué has venido?

—Papá quiere que vuelvas a casa, quiere felicitarte.

—No volveré.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Kay… me embaracé.

—Que tú… ¿Qué?

—Embarazada —reiteró—. Esa fue la razón por la que yo no pude acabar con el trabajo, es por eso que me marcharé a Estados Unidos, Blake me ha dicho que me aceptará en su casa.

—¿Es que lo pretendes tener? —se sorprendió su hermana.

—Sí.

—¡Estás loca!

—Kayla…

—¡Tú siempre dijiste que no querías hijos! ¡No puedes irte Aine! ¡Te necesito aquí y papá… papá lo sabrá y lo matará!

—No sabrá de quién es.

—Es de él, ¿cierto?

—Sí.

—Aine, tan sólo piérdelo, eso será todo, será de un momento.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque quiero tenerlo.

—¿Por qué demonios piensas arruinar tu vida con eso?

—¡Porque amo a su padre! —explotó y la miró—. Tenerlo será tener un pedazo de Harsen conmigo…

—¡Estás loca! —negó—. Si eso es lo que quieres, ve a decirle que se haga cargo de lo que hizo.

—¡He dicho que no Kayla! ¡No le arruinaré la vida!

—¿Y arruinarás la tuya?

—Mi hijo no arruinará nada.

—¡Bien! ¡Pero que terca!

—¡Kayla! —Aine la detuvo en su salida—. Debes prometer que no

dirás nada, ¡Júralo!

—Bien.

Su hermana se perdió de vista y ella se quedó parada en medio de aquel enorme jardín, volviendo la cara hacia ella misma y tocando el vientre que comenzaba a abultarse. Faltaba poco más de un mes para que el barco partiera hacia Estados Unidos y todo aquel pasado no fuera más que una mancha borrosa en su vida.

Criaría a su hijo lo más lejos posible de Londres, de donde la reconocieran y quisieran hacerle daño. Viviría bajo la protección de Calder y de Blake, quienes habían aceptado en seguida de saber la situación, supuso que su prima había tenido todo que ver con ello y se lo agradecía.

Levantó la vista hacia el cielo y lloró al pensar que Harsen estaba rehaciendo su vida, ella lo había planeado así, pero jamás imaginó que sería tan pronto. Era lo justo, él y Valeria habían estado comprometidos desde antes, se veían bien, actuaban bien y eran perfectos el uno para el otro.

Esa alianza sólo solidificaría a Harsen en su puesto y en su país, que era lo que necesitaba después de todo lo ocurrido con los Sundberg y los Nilsson.

Era extraño, por años siempre quiso la felicitación de su padre, que fuera él quien la reconociera como alguien valiosa y eficiente para la cofradía, como alguien en quien confiar, como una líder. Pero ahora que lo tenía, ya no le importaba.

La única aprobación, confianza y amor que en realidad buscaba, estaba siendo entregado a otra mujer.

Harsen había pasado el tiempo más difícil de su vida, aceptar que Aine se había ido fue lo más duro que tuvo que enfrentar. Sabía que estaba viva, algo dentro de él se lo decía, pero si ella quería permanecer lejos de él, así debía ser. A ella no le gustaban las presiones, era un alma libre, que disfrutaba de su trabajo más que de otra cosa en el mundo, no le podía pedir una vida sedentaria junto a él.

Sabía que, aunque le dijera que le daba permiso para seguir haciendo su vida alocada, ella se negaría, porque el matrimonio representaba en muchas formas una cárcel, una hecha de cariño.

Así que, cuando el dolor de su cuerpo dejó de ser un impedimento y el del corazón era más tolerable. Harsen salió, quería ver con sus propios ojos a los agresores que las *águilas* se habían encargado de apresar. Quería hablar con Camila y con Lili, a las que les confió su casa, su dinero y prácticamente su vida y en mucha medida, la de Aine.

Por un tiempo, Harsen pensó que Lili se había enamorado de Aine, la cuidaba, la perseguía y, en algunas ocasiones, había escuchado cómo la niña se escurría a la habitación que ambos compartían y los veía dormir por largas horas, más bien, veía a Aine. Pero supuso que no la veía a ella, sino que se daba cuenta de la marca que casualmente, los Sundberg habían dejado de buscar, ahora entendía que ya no les hacía falta, puesto que fue Lili quien les dio la confirmación que necesitaban.

Harsen bajó las escaleras de piedra que dirigían a la prisión de Estocolmo, donde tenían prisioneras a las hermanas que parecían haber tomado su bondad y haberla lanzado por la borda más cercana, traicionándolo.

—Quiero verlas.

—Sí, mi señor —el guardia armado que resguardaba las celdas abrió la de las hermanas, quienes se veían asustadas y ocultas en una esquina de piedra.

Harsen se sintió rápidamente enclaustrado, ahí apenas y habría ventilación, hacía calor, no había lugar donde sentarse además del suelo y las goteras parecían orden del día, a pesar de que no estaba lloviendo, lo cual le causaba un mal presentimiento de dónde venía aquella agua.

—¡Harsen! —Lili intentó correr hacia él, pero el presidente miró al guardia que lo acompañaba y este la empujó con tanta fuerza, que incluso Harsen intentó levantarla del suelo—. ¿No has venido a rescatarnos?

—¿Por qué lo haría?

—Te han dicho —dijo Camila, que tenía un muy mal aspecto, parecía tener todos los síntomas de abstinencia.

—Quiero que me expliquen el por qué.

—Jamás quise lastimar a la señorita Aine, Harsen, lo juro.

Lili bajó la cabeza y se alejó, por un momento pensó que significaba su liberación, pero parecía ser todo lo contrario. Junto con la confesión que haría a Harsen, estaba dándose la sentencia junto con su hermana. Lili miró a Camila, quien temblaba y sudaba frío en aquella esquina. No podía creer que estuviera ahí por ella, había sido una tonta, debió hacerle caso a Aine cuando se lo advirtió aquella noche: Lili sabía que Harsen y Aine estarían dormidos, para ese momento, la pareja habría terminado su usual acercamiento marital y ambos estarían en los brazos del otro, como en tantas ocasiones los había visto.

A ella le gustaba observarlos, le era extraño verlos abrazados, parecían felices juntos. Lili sabía que su trabajo no era verlos dormir, debía registrar los lugares que pudiera para sacar información, era la única forma en la que no matarían a su hermana o a ella. Pero Lili normalmente no lo hacía, ella permanecía ahí, mirando a Aine presa entre los brazos de un hombre, con aquella sonrisa plácida.

Para Lili había sido fácil enamorarse de Aine, ella era una mujer fuerte, valiente y era parte de una organización que se encargaba de ayudar a las personas. ¿Por qué preferiría estar en brazos de un pútrido varón que lo único que anhelaba era saciar sus deseos en ellas? ¡Odiaba a Harsen! Lo odiaba porque podía tener a Aine abrazada de esa forma, porque podía besarla, porque podía estar con ella todos los días.

La joven alargó la mano, intentando tocar el cabello largo y oscuro que caía por la cara relajada de la mujer que amaba. Pero, cuando apenas iba a tocar el primer mechón de sedoso cabello negro, una mano tomó su muñeca con fuerza y tuvo sobre ella los ojos feroces de la mujer hermosa que ahora parecía totalmente despierta, aún entre los brazos de Harsen.

—¿Qué demonios crees que haces?

—¡Lo siento! Sólo… sólo quería ver si estaban bien.

—Estoy desnuda en una cama junto a mi marido Lili, no quiero ser grosera, pero tu presencia no es bien recibida.

—Sí… lo siento.

—Sin embargo —Aine se puso en pie, mostrando su cuerpo ante la sonrojada Lili y se colocó una bata—. No es la primera vez que te veo husmeando en la habitación.

—N-No es así, señora.

—A mí no hace falta que me mientas —la mirada de Aine era pesada y firme, Lili sentía que la devoraría de un bocado—. Sea lo que sea que Camila te mánde a buscar aquí, date por vencida, Harsen confía en ti y si acaso tú osas en fallar a esa confianza, te darás cuenta de lo malvada que puedo llegar a ser.

—Tú… ¿Lo amas?

—Eso no te concierne.

—Yo… yo estoy enamorada de ti —la miró con vergüenza.

Aine la miró seriamente, para después dejar salir el aire y la tomó de los hombros, llevándola hacia afuera de la habitación y cerrando la puerta para que Harsen siguiera descansando, había tenido días pesados y lo último que quería era que despertara para darse cuenta de que una de las personas que protegía, era una de las conspiradoras en su cóntra.

—No me amas Lili, me ves como un escape agradable.

—¡Te amo! ¡En serio lo hago! —gritó la joven—. Odio a Harsen porque te hace sufrir, lo escuché, sé que es así.

—He dicho que no es así y aunque tuvieras una inclinación sincera hacia mí, Lili, yo estoy casada.

—Eso es mentira.

La joven la miró con sospechas.

—Creo que está claro que no lo es —Aine frunció el ceño. Lili pareció darse cuenta de su error y por tal motivo, salió corriendo, pero Aine la alcanzó y la inmovilizó en el suelo—. No me quieres de enemiga Lili, dile eso a Camila y a todos tus amiguitos que pretendes ayudar.

Ella había cumplido su amenaza. Cuando Harsen salió herido casi de forma mortal, la furia de aquella pequeña mujer se desató como si se hubiera contenido por años. Nada la frenaba, mató a cuanto se le puso en frente, incluso Lili creía que corrió con suerte de no ser asesinada por su propia mano, puesto que, después de ataques intensivos a los lugares donde ella ayudaba a reclutar mujeres o a mantenerlas en calma mientras eran trasportadas. Aine desapareció y jamás la volvieron a ver.

En cambio, llegó alguien parecido a ella, pero en varón, aunque no mataba a diestra y siniestra como Aine, algunos preferirían morir a estar en su presencia. Decían que a ese hombre le gustaba la información rápida y, si no se la entregabas, entonces él se encargaba de sacártela dolorosamente, de la forma más convenientemente dolorosa.

A Lili aún no le tocaba ser visitada por él, pero si lo veía, ella diría todo lo que quisiera sin que le tocara un pelo, no quería sufrir, definitivamente no quería eso y su hermana Camila estaba tan mal, que seguro moriría antes de que la visita llegase.

Había sido tonta al traicionar a Harsen, él siempre fue bueno, ¡Todo era culpa de su hermana! Fue ella quien comenzó a relacionarse con los Sundberg, fue ella quien los ayudaba a drogar y raptar a las mujeres, cayendo en las mismas trampas que sus víctimas.

Y por protegerla… sólo por proteger a su estúpida hermana mayor, ahora ella estaría condenada, sabía que sería una condena terrible, de la cual no quería ni pensar. Pero era lo justo… Camila había hecho todo por ella en un punto de su vida, cuando nadie las protegía, ella se vendió para darle algo de comer y cuando le pidió ayuda, no encontró manera de negarle un favor.

—Espero que el dinero que hayan ganado les fuera suficiente —dijo Harsen, mirándolas con fastidio y saliendo de ahí.

—No está muerta Harsen —dijo Lili.

—No, eso lo sé… pero quiere estarlo para mí.

Capítulo 30

Al final de cuentas, Aine había tenido que regresar a Londres. No podía evitar eternamente a sus padres y prefería darles la noticia de que se iría a Estados Unidos sin una pancita que revelara su estado de gestación, les ahorraría esa desgracia.

Aunque sabía que eventualmente su padre lo sabría, al menos no estaría cerca para ver su cara de desilusión y el llanto eterno de su madre por haberse deshonrado… aunque prácticamente ella había estado casada durante todo el suceso, pero era mejor no meterse con tecnicismos.

Aine subió las escaleras de la fachada de la casa de sus padres y abrió la puerta, saludando con una sonrisa al hombre que pretendía abrirle

la puerta y caminó segura hasta el despacho de sus padres, dónde sabía que ambos estarían a esa hora del día.

—¡Aine! —gritó su madre, corriendo hacia ella y llenándola de besos que la menor aceptó—. ¡Oh! Mi niña preciosa, al fin has vuelto a casa.

—Mamá, me asfixias.

—Oh, pero si todos ustedes son iguales —negó la madre—, mandaré pedir que se haga tu comida favorita ahora mismo.

—Gracias mamá.

Thomas esperó a que su esposa saliera del despacho para comenzar a hablar con su hija mayor.

—Te ha salido bastante bien esta misión, al parecer era más grande de lo que pensabas, ¿Verdad?

—¿Lo sabías?

—Por supuesto que lo sabía, Aine.

—Y confiaste en mí a pesar de ello.

—Jamás he hecho lo contrario.

Aine asintió un par de veces y tomó asiento en las sillas frente al escritorio de su padre, siempre que se sentaba ahí, era como si se encontrara en un juzgado y su padre era sin duda alguna el más duro magistrado.

—¿Por qué dejaste el mando a Publio?

—Creí que era lo más oportuno.

—Hasta el momento habías desobedecido todas mis órdenes —elevó una ceja—. Desde que no te pusieras en peligro hasta que salieras de la misión si era demasiado peligrosa.

—Podía con ella.

—¿Qué cambió?

—Nada… me aburrí, supongo.

—Claramente eso no es verdad, resolviste todo, nos indicaste cada

punto, persona y situación, sólo era ejecutar un plan que tú misma trazaste —la miró severo—. Dime la verdad.

—Me enamoré de él —dijo sin más—. Me enamoré del hombre que debía proteger.

Thomas se quedó sin habla por varios momentos.

—¿Qué tiene que ver? Eres perfectamente capaz de marcar una raya entre tu hacer y tus emociones.

—No cuando por mi culpa lo dejaron al límite de la muerte —dijo ella —.

Ahí no pude marcar una raya entre mis emociones, todo lo que quería era vengarme dolorosamente de todos.

—Por eso cediste el mando.

—Sí.

—Aunque. —su padre tomó unas notas y Aine se vio en la necesidad de cerrar los ojos—. El reporte dice que los Sundberg y los Nilsson no están del todo "sanos" tienen varias marcas de tortura que ciertamente no mencionaré ahora, porque creo que las recuerdas muy bien.

—Saqué la información que necesitaba.

—Y yo que pensaba que Publio era el único lo suficientemente frío como para aguantar una tortura —negó Thomas—. Creo que es por su estudio del cuerpo humano, dime, ¿Qué te dio el estómago a ti?

—Dañaron algo que yo amo.

—Entiendo.

Thomas debía preocuparse, Aine podía ser una mortífera asesina, despiadada y sin aparente corazón, lo más indicado sería sacarla de las misiones, no quería que su hija se hiciera una sanguinaria y pensara que la forma de resolver y proteger a los suyos, era torturando y matando sin pensar. Seguro que Publio y Terry pensarían dos veces en matar a alguien, pero no Aine, ella no dudaría ni un segundo, era un arma mortal y, ahora que estaba enamorada, era aún más peligroso.

—¿Me reprenderás?

—¿Qué esperabas? Desde cuando un método como el tuyo ha sido

aceptado en la cofradía.

—Lo sé.

—Te dejaste llevar por las emociones.

—Lo sé, padre.

—Es normal hasta cierto punto. —Ella levantó la mirada—. Entiendo que no pudieras controlarte en esta ocasión, es la primera vez que amas a alguien y sientes que todo tu cuerpo cae por un barranco de emociones.

Pero no toleraré una segunda insubordinación del estilo.

—Padre… dado a ello, he pensado que el destierro es una buena solución por el momento.

—No desterraré a mi propia hija Aine, bastará con que estés fuera de misiones por un tiempo.

—Lo apoyo, pero quiero irme de aquí.

—¿Por qué? Pensé que dijiste que amabas a este muchacho.

—Sí, pero no soy una mujer para él.

—¿Se lo preguntaste?

—Lo sé.

—No es sabio hacer suposiciones cuando se trata de amor.

—Está comprometido con otra mujer… una perfecta para él. —Thomas decayó notablemente al ver el semblante dolorido de su propia hija—. Yo…

no soy ese tipo de mujer refinada, que le gustaba beber té en la tarde, sentarse a tejer y hablar con la reina… soy una mujer activa e inteligente y…

—Estás llorando. —El padre se levantó y la abrazó—. Hija mía, no tienes que ser un extremo u otro, puedes ser ambas cosas, no tienes que encapsularte en una sola parte de tu ser.

—Papá —lo abrazó—. Soy horrible, soy destructiva y agresiva, ¡Soy una asesina! Él es un hombre bueno, tan bueno, que incluso me hace

sentir que soy un ser detestable.

—Tú eres una mujer buena —le tomó la cara—. Una que tiene que tomar y hacer cosas difíciles para ayudar a otros. Pero… tampoco estás obligada a ello Aine, no tienes que serlo si te causa tanto impacto.

—Me gusta serlo, me gusta que estés orgulloso de mí.

—Hija, siempre estaré orgulloso de ti, hagas lo que hagas, siempre serás perfecta y la mujer más inalcanzable que existe, porque eres mi hija, opino lo mismo de todos mis hijos.

—Papá… déjame ir a Estados Unidos.

—¿Le dijiste lo que sientes?

—No —ella limpió sus lágrimas—. Él quiere a Valeria, ella es su amiga de mucho tiempo, incluso le conviene casarse con ella, políticamente sería increíble.

—La palabra conveniente no es buena cuando se trata del corazón, Aine, deberías saberlo.

Ella lloró un poco más y enterró su cabeza en el hombro de su padre, quien seguía inclinado ante ella, tratando de hacerla entender algo que para ella era una locura de momento.

—Déjame ir, papá, te lo pido.

Thomas cerró los ojos y abrazó con fuerza a su hija, le dolía en el alma pensar que la tendría tan lejos, la extrañaría demasiado.

—Te lo concedo.

—¡Oh! —la joven levantó la mirada y sorbió su nariz—. ¡Gracias papá!

¡Gracias!

—¿Gracias de qué? —entró de pronto Annabella.

—Ahí es donde tendrás las cosas difíciles —Thomas le besó la mejilla a su hija y fue a sentarse a su escritorio.

—Mamá —Aine se puso en pie—. Papá me ha mandado a una misión a Estados Unidos.

—Eso es alta traición Aine —se sorprendió Thomas.

La chica soltó una dulce carcajada y se adelantó a explicar a su madre lo que iba a suceder en unas cuantas semanas. Era obvio que su madre se opondría, pero ya no había vuelta atrás.

Capítulo 31

Harsen había aprendido a sonreír, a conversar y a seguir con su vida en todo lo que le era posible, pese a que el rostro perfilado de cierta mujer siguiera apareciendo en sus recuerdos como si se tratase de un espejismo, incluso en ocasiones sentía que la veía.

En realidad, era patético, debía admitirlo.

—¿Señor presidente?

—¿Sí?

—¿Desea que posponga la reunión?

—No —sonrió y trató de enfocarse—. Lamento haber estado tan distraído, por favor hagan pasar a las personas tal y como estaban citadas.

—Sí, mi señor.

Harsen se reclinó en su asiento y miró por la ventana en lo que esperaba que su siguiente reunión diera inicio.

Aine había encontrado la fórmula perfecta para que jamás la olvidara.

Sus hermosos ojos, dominantes y certeros; los labios rosados y perfectamente formados; aquella nariz respingada y levantada; sus cabellos largos y oscuros; su sonrisa sabionda…

—Mi señora, el presidente está…

—No estará lo suficientemente ocupado para mí —dijo Valeria, terminando de entrar al despacho del hombre.

—En realidad Valeria, si me encuentro bastante ocupado.

—Pero si tu cabeza parece estar en todo menos en los negocios convenientes para Suecia.

—Nada podría hacer que hiciera una mala negociación para mi propio

país, ese es mi trabajo.

—Claro —la joven tomó asiento en las sillas frente al escritorio y se volvió hacia el secretario, quien estaba impaciente por saber qué hacer—.

Harías bien en traer un poco de té para ambos, quizá unas galletas.

El hombre miró a su jefe y este simplemente asintió. Cuando se quedaron en soledad, el silencio reinó lo suficiente como para que Valeria diera un suspiro y comenzara a hablar desesperada.

—Si tanto la extrañas, ve a buscarla.

—No sabría cómo y tampoco es algo que ella quiera.

—¿Te conformarás con un matrimonio por conveniencia, con alguien a quien no amas?

Harsen levantó la mirada hacia su amiga.

—Valeria, no quería…

—No estoy herida, Harsen, pese a que te quiero, me quiero mucho más a mí misma y no quiero esto para mí.

—No entiendo.

Valeria suspiró y rodó los ojos, sonriendo hacia el idiota que pretendía ser un mártir ante una situación que tenía arreglo.

—Jamás aceptaré ser la otra, la que tuviste porque así debía ser. Yo no puedo cancelar ese compromiso, ni siquiera me puedo mostrar renuente a ello, pero tú, tú sí.

—Sé que no me amas.

—¿Estás tonto? ¡Claro que te amo! —ella lo miró con las mejillas sonrojadas, pero muy firme y sin complejo alguno—. Por eso mismo te digo esto: búscala.

—Valeria…

—Sé que es difícil, sé que es más fácil aceptar que ella no te quiere, que no es conveniente, que no serán felices. Pero el amor no es fácil, no es darse por vencido, es ir y luchar por ello, por lo que se cree que te hará feliz.

—¿Por qué te estás dando por vencida? —la miró seriamente—. Dices que me amas, ¿Por qué decirme esto?

—No quiero migajas.

—No las tendrás —aseguró—. Te quiero también, pondré todo de mi parte para hacerte la mujer más feliz, el recuerdo de ella jamás vendrá a tu mente, porque pensaré sólo en ti.

—Harsen… ¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

—Sí, Valeria, si tú me lo permites. Te haré feliz.

Ella negó con una sonrisa y lo miró.

—Piensa lo que haces Harsen, antes de que sea tarde.

Aine ya se encontraba en Suffolk, estaba hospedada cerca del puerto de Felixstowe donde tomaría el barco que la llevaría directa a Nueva York, donde vivía su prima Blake y con la que pensaba pasar una larga temporada… si es que no se terminaba matando con su marido, Calder.

La muchacha bajó temprano ese día, quería ir a desayunar un restaurante que le había gustado en su última visita, pero no se imaginó que, al abrir la puerta de la habitación de su hotel, se encontraría con la figura alta y garbosa de un hombre que la miraba con el reproche marcado en cada parte de su rostro.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que es más que obvio —pasó a la habitación y la miró con seriedad—. Sé que estás embarazada.

—¿Cómo…? ¡Kayla te lo dijo!

—En realidad, soy médico Aine, ¿cómo pudiste imaginar que en la última visita que te hice antes de que te vinieras no lo notaría? —sonrió Publio.

—¿Crees que papá lo sepa?

—No, seguro que no, él no me ha dicho nada, no te vio en un estado más avanzado, por lo cual dudo que sospeche, aunque se enterará eventualmente.

—¿Vienes a regañarme?

—No, creo que estás pasándola lo suficientemente mal como para que alguien más venga a amonestarte.

—Gracias —asintió—. ¿Por qué has venido entonces?

—Vengo a decirte que te apoyaré, no te faltará nada en Estados Unidos, no dependerás de nadie, te daré dinero semanalmente para ello.

—Publio…

—De hecho, hermanita, creo que vivirás más que bien, porque haré lo mismo que Publio —sonrió Terry, revolviéndole el cabello—. ¿Cómo te sientes?

—Como si metí la pata hasta el fondo del pantano.

—Bien dicho —sonrió Terry.

—Ustedes… ¿no están enojados?

—Bueno… sí, pero entendemos lo que pasó… un poco, algo, en realidad, Kayla nos explicó —dijo Terry—. Por cierto ¿dónde demonio se ha metido?

—Seguro se está escondiendo de Aine —dijo Publio.

—Por primera vez le agradezco que se metiera —Aine abrazó a sus hermanos—. Gracias por apoyarme.

—No íbamos a dejar a nuestra hermana sola en algo como esto, quizá pudieras trabajar por un tiempo, pero cuando el embarazo avance y peor, cuando nazca el niño, te será prácticamente imposible —dijo Publio.

—¡Además, Aine siempre les ha ayudado en sus metidas de pata! —gritó alguien desde afuera de la habitación, seguramente escondida tras la cortina.

—Vamos, Kay, sal de ahí —sugirió Aine.

Su hermana menor salió a la defensiva, sabía que en contra de cualquiera de sus tres hermanos, ella era menos que una hormiga, la aplastarían sin miramentos, pero jamás le harían daño, al menos, no a ella.

—Eres tan niña Kayla —sonrió Publio.

—¿No habías jurado no decir nada?

—Sí, lo hice —agachó la cabeza.

—¿Cumpliste?

—Había cruzado los dedos.

—Eso no funciona entre los Hamilton —negó Terry.

—Bueno, entonces sólo incumplí.

—Gracias —la abrazó Aine—. Yo también te quiero.

Kayla sonrió y la abrazó.

—¿Y bueno? ¿Nos avisarás cuando nazca?

—Claro, espero que me puedan visitar.

—¿Estás segura de lo que haces Aine? —Terry frunció el ceño—. Pese a que es otro lugar, sigue siendo una sociedad que criticará a una madre soltera.

—Vivir con Blake y Calder me servirá de algo, al menos por un tiempo, ellos ya han de estar acostumbrados a dar de qué hablar con la pequeña Kenia.

—Supongo… pero serás la comidilla del lugar —dijo Kayla.

—No importa —se tocó el vientre—. Al menos estará seguro de los enemigos de los Hamilton, aquí tenemos miles, allá… unos cuantos nada más.

—Si estás tan segura con la decisión, entonces, te apoyamos —asintió Publio.

Los hermanos se miraron con el más puro afecto fraternal. No eran especialmente cariñosos entre ellos, pero al menos sabían que si uno necesitaba al otro, no habría duda de que atenderían y tratarían de sacar el problema adelante.

—Bueno —dijo Kayla—. ¿Hambre?

—Sí —sonrió Aine—. De hecho, iba a un restaurante que me fascinó,

¿Vamos?

—Mmm… no lo sé, tu paladar es muy sofisticado Aine —se quejó Terry.

—Es porque a ti te alimentaron de arroz y curri por más de un año —se burló Publio.

—Claro, el amante de los caldos ha hablado —sonrío Kayla, saliendo de la habitación.

—Son nutritivos, fáciles y se pueden hacer de cualquier cosa.

—¿Tienes papilas gustativas? —se quejó Terry.

Los hermanos Hamilton gustaron en atormentar la vida de todos los que estuvieran en aquel restaurante. Ver a uno de ellos ya era indicio de mal augurio, pero al ver a los cuatro, la gente simplemente pensó que estaban por morir.

Sin embargo, para ellos fue una comida normal, en la cual rieron, charlaron y bromearon, todo entre ellos, sin esposas, sin padres y sin hijos.

Simplemente hermanos. Hacía años que no hacían algo como aquello y hacerlo en ese último día, parecía ser una buena despedida.

Los hermanos se hospedarían en el mismo hotel, estando Aine y Kayla en la misma habitación, esto debido a que la menor se empeñó en que así fuera y la mayor no tenía ganas de contradecirla, sobre todo porque le había dado un regalo precioso al traer a sus hermanos y, de esa forma darse cuenta, que siempre tendría a su familia. Al menos a sus hermanos.

—¿Cómo él es Aine? —dijo Kayla, ya en camisón y recostada en la cama con las piernas desnudas al tenerlas levantadas contra la cabecera—.

¿Cómo es el hombre del que te enamoraste?

Aine se sonrojó notoriamente, ella doblaba sus ropas en una silla, pero se volvió hacia su hermana, caminando hacia la cama y poniéndose en la misma posición despreocupada que ella.

—Bueno, él… él es tan… —ella sonrió—. Y después cuando… pero a veces puede ser… ¡Agh!

Kayla sonrió y ladeó la cabeza para mirarla.

—En serio lo amas.

—Es el hombre más bueno que conozco. Confió plenamente en mí y yo le mentí en la cara una y otra vez.

—¿Cómo?

—Jamás le dije que era hija de Thomas Hamilton, le hice creer que era huérfana y necesitaba el trabajo.

—¿Por qué?

—Era la única forma en la que me dejaría quedar, había arruinado todo para ese entonces.

—¿Tú? ¿Arruinar algo?

—Junto a él, arruino absolutamente todo.

—¿En verdad?

—Creo que incluso lo hacía a posta, deseaba prolongar el tiempo lo máximo posible para no tener que separarme de él… dije tantas tonterías, inventé tantas cosas con el único deseo de acercarme más, de tenerlo más cerca, de conocerlo.

—¿Y él? ¿Qué pensaba él?

Aine sonrió de lado.

—Siempre me defendía ante su tío Clemens, al cual odio —rodó los ojos

—. Incluso cuando llegó Valeria, Harsen se mantuvo en la mentira y siempre estuvo a mi lado.

—Parece un hombre honorable.

—Es tan… tan puro de corazón —negó—. Jamás ha visto mi verdadero yo, me aterraría que lo viera.

—¿Tu verdadero yo?

—Jamás me ha visto matando a nadie o torturando para sacar información… él pensaría que soy un monstruo.

—Eres una persona buena Aine, una que hace cosas que no todos podrían, pero eres buena.

—Él no lo aprobaría, ¿sabes? Harsen es tan… tan justo, incluso con alguien que lo dañara, él no actuaría en venganza, si esa misma persona le pidiera ayuda, creo que sería capaz hacerlo.

—Entonces es idiota.

—No. Es noble, increíblemente noble, bueno y piadoso.

—¿Te enamoraste de alguien que suena tan blando?

—Creo que la diferencia es que él tiene su corazón intacto, de oro, puro.

—Aine dejó salir una carcajada—. A comparación del mío que está negro y duro como el acero.

—Bueno, creo que sabemos quién ha podido hacer que ese corazón

"muerto" volviera a la vida —se sentó y le acarició el vientre—. Incluso quieres tener a su hijo.

Aine se miró a sí misma.

—¿Soy idiota?

—Un poquito —Aine le dio una patada y Kayla sólo sonrió.

Capítulo 32

Durante todo su tiempo de espera, Aine en serio soñó a que un día, Harsen llegaría y la detendría, que le diría que la amaba y que deseaba estar con ella. Pero los días pasaron y el barco que la llevaría a su nueva vida había llegado y ese mismo día lo abordaría para marcharse por siempre.

Para ese momento, sus hermanos se habían marchado, dejándola dolorosamente sola, como lo sería el resto de su vida. Ella trataba de hacerse a la idea de que, pese a que no tuviera la compañía que se esperaría cuando se tenía un hijo, sería feliz, no sabía cómo, pero amaba al pequeño dentro de ella, debía admitir que en ocasiones hablaba con su vientre, como si de pronto ese bebé fuera a entablar una conversación.

Quién sabe si para ese momento su padre sabría lo que estaba

ocurriendo en verdad, pero si lo sabía, la estaba dejando tranquila. Miró la habitación del hotel donde se había quedado hospedada y salió de ella, cerrándola con algo de miedo, puesto que sabía que estaba a punto de abordar el barco, estaba asustada.

«Blake estará ahí —se dijo—. Ella sabe qué hacer, siempre sabe qué hacer. El bebé estará bien y el idiota de su marido nos podrá defender.»

Aine tomó valor y bajó junto con su pequeña valija, donde tenía todas sus pertenencias, las pocas que pensaba llevarse. Allá compraría lo necesario, necesitaría cosas para el bebé, sus hermanos le habían dicho que irían en un mes para solucionar todo eso, así que trataría de estar tranquila.

—Bien, *cosa* es hora de irnos ¿vale? Ten confianza en mí, lo único que sé hacer bien en esta vida, es cuidar de las personas, y tú eres una persona…

serás mí persona, o algo así —asintió más convencida—. Bien *cosa*, procura no dar problemas, porque si no, me voy a enojar.

Aine bajó un poco más animada después de haberse dado ánimos, pensaba ir directa al barco, pero al pasar por el restaurante del hotel, no pudo evitar que el apetito se le abriera y no dudó en entrar al lugar.

—Está bien, *cosa*, sé que tú no puedes ayunar.

—¿Mesa para uno, señorita?

—Sí, gracias.

—Qué sea para dos —dijo una voz a sus espaldas. Aine se volvió rápidamente, topándose de frente con Valeria, quien sonreía—. Pareces sorprendida.

—Lo estoy.

—Es normal, supongo —dijo ella, caminando detrás del camarero que los llevaba a la mesa asignada para ellas.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo supiste quién soy?

—No soy estúpida —sonrió—. Y Desiré me lo dijo.

—Desiré —asintió—. ¿La conoces?

—Una de las protegidas de Harsen, parece que al fin la ha convencido que se salga de la prostitución, por cierto.

—¿En verdad? —sonrió Aine—. Pero qué buena noticia.

—Sí —Valeria la miró fijamente—. También vine a informarte del compromiso entre Harsen y yo.

Aine bajó la mirada y decayó notablemente.

—Claro… muchas felicidades.

—Gracias, aunque dudo que me pueda volver a casar cuando el hombre con el que planeo hacerlo, sigue casado.

—Valeria, lo siento, creí que la forma más efectiva de que todo se solucionara era dándome por muerta.

—Pero no lo estás, Aine, y la gente habla, viaja y te ha visto.

—No lo pensé, lo siento.

—Como sea —sonrió—. Harsen sólo ha ido por los papeles a la habitación, está todo listo para que los firmes, no te preocupes, no te quitaremos mucho tiempo, alcanzarás el barco.

—¿Papeles? —el corazón se le paralizó.

—De divorcio, claro.

—Oh… sí, es verdad, lo siento.

—Ah, ahí está Harsen. —Valeria elevó la mano y sonrió, llamando la atención del elegante hombre que se acercó sin dudar hacia ellas.

Aine clavó la vista en el mantel blanco de aquella mesa, le parecía imposible volver a verlo sin tirársele encima. ¿Habría cambiado? ¿Se vería más guapo? ¿Tendría cicatrices?

Sintió su presencia a su lado, la imponente altura ocasionaba una clara sombra sobre su persona, pero ella seguía sin volverse. Tomó aire y levantó la mirada, fijándola en un punto en la distancia, muy derecha y orgullosa, tratando de mostrarse segura y entera ante la destrucción de su corazón.

—Es un gusto verte con vida Aine.

Su voz era igual, era cálida, profunda, reconfortante. Seguía siendo la voz de alguien bueno, bondadoso, lleno de amor, pero no amor para ella. Estaba ahí para que firmara el divorcio y es lo que haría, porque lo amaba lo haría.

—Lamento las mentiras.

—Fueron muchas —el hombre se sentó frente a ella y junto a Valeria, quien no paraba de sonreír—. No imaginé que eras hija de los Hamilton de Londres, del *hombre siniestro*.

—Aunque comenzamos a sospechar cuando el hombre que te suplantó se parecía tanto a ti —se introdujo Valeria.

—Publio…—asintió—. Sí, es mi hermano.

—A pesar de que preguntamos, él no dijo ni pio, pero Desiré soltó la sopa, incluso nos explicó lo de tu marca. La marca del águila con la corona muestra a los hijos de Thomas Hamilton.

—Así es.

Aine entornó la vista por primera vez en Harsen, él seguía teniendo los ojos más hermosos que hubiese visto en su vida, violáceos, llenos de calidez, de paz y de un brillo único. Tenía un perfil atractivo, nariz ligeramente torcida, seguro por alguna pelea. Cejas gruesas y oscuras, al igual que su cabello y sus largas pestañas. Y su sonrisa, aquella que demostraba el carácter simple, relajado y resbaladizo de problemas que lo caracterizaba en su normalidad, al menos antes de conocerla.

Lo amaba.

—Al menos todo salió bien —dijo Harsen—. Aquí están los papeles, no querrás irte estando casada con otro hombre.

—Por supuesto, tampoco era mi intención impedir que tu vida siguiese

—Aine miró a Valeria—. Se los digo a ambos.

—No te preocupes linda, gracias a ti, Harsen está a salvo y esos vándalos están donde deben estar.

Aine asintió y comenzó a leer, tratando de aparentar poner atención a las letras, pero la realidad era que quería estar un poco más en presencia de Harsen, tener la vista de él fija en ella le era electrizante y la hacía feliz.

Incluso era capaz de olerlo, a pesar de que se encontraba a una distancia considerable al estar del otro lado de la mesa.

Necesitaba que él creyera que estaba tranquila, que podía firmar esos papeles siendo una persona totalmente racional y sin emociones. Así que pasó página por página, leyendo línea por línea su condena a estar separada de él, de jamás volver a verlo, de permitirle estar con otra mujer, de tener otros hijos. Aunque quizá estaba evitando lo inevitable.

Sabía lo que habría en la última página, por esa misma razón, cuando dio la vuelta para leer y enfrentarse a la firma de Harsen, su estómago tuvo un revolcón poco placentero y su mano tembló sin permiso alguno, no pudo evitar retener la respiración y ver con ojos llorosos aquella firma que estaba justo encima del nombre del hombre del cual estaba enamorada.

El corazón se le oprimió y miles de sensaciones llegaron a ella, no podía con todas ellas, así que cubrió su cara con ambas manos y lloró ahí mismo: frente a él, frente a Valeria y sus caras de sorpresa. Se puso en pie, evitó a la joven sentada en esa misma mesa y fue a abrazarlo con fuerza, llorando y temblando sin tener ningún control sobre ella misma.

—Te amo Harsen, te amo.

Él sonrió y la abrazó también, tratando de fundirse con ella hasta convertirse en una sola persona. Cerrando los ojos y suspirando tranquilo al escucharla decir eso. Le tomó la cara y la besó con toda la intensidad de la que era capaz.

Las personas que se encontraban desayunando victoriaron la escena y otros, simplemente se quedaron completamente callados sin saber que más hacer ante la presencia de la otra mujer. Aquellas hojas de divorcio cayeron dispersas por el suelo, ya sin tener ninguna importancia, a excepción de la última página: *Contrato de por vida Aine, si lo que quieres es divorciarte de mí, comprenderé tus motivos, pero te advierto que no me daré por vencido, subiré a ese barco junto a ti y trataré de convencerte todos los días para que regreses a mi lado y te cases conmigo, esta vez de verdad.*

Porque si me amas la mitad de lo que yo te amo, si me admiras la mitad de lo que yo te admiro, si anhelas mi presencia la mitad de lo que yo anhelo estar contigo, para mí será suficiente, para mí valdrá la pena toda la vida, porque no puedo imaginarme una vida sin ti y tampoco a una

mujer más perfecta que tú, o a una más valiente, más determinada, más única y definitivamente a ninguna a la que podría amar más que a ti.

Así que… sí me amas también, quédate conmigo y ten una vida a mi lado, quizá no pueda darte las aventuras que seguro encontrarás al final de tu viaje, ni tampoco una vida llena de las maravillas como las que soñabas en tu cabeza. Pero haré lo posible para que todos tus días se conviertan en un trayecto que nunca quieras terminar, en un suceso tan interesante al que siempre quieras regresar y te enamoraré todos los días, te mostraré una parte nueva de la cual puedas volver a enamorarte, una parte desconocida de mí que te sea interesante, así como yo encuentro interesante todo de ti.

Te amo infinitamente: Harsen Svensson.

Cuando Aine logró controlarse un poco y se alejó de Harsen con una sonrisa tonta y riendo sin control y entre lágrimas, miró hacia Valeria, quién también lloraba y sonreía.

—¿Lo sabías? —le preguntó la joven.

—¡Si yo lo incité todo! —sonrió la joven—. Bueno, aunque tus hermanos ayudaron un poco.

—Mis hermanos… —Aine se sorprendió y miró a Harsen.

—Parece ser que a tus hermanos no les agrada el hecho de que alguien te pueda hacer llorar —asintió Harsen—. Fueron a amenazarme hasta Estocolmo. Fue bastante aterrador, ya que me encontraba en una velada junto con Valeria.

La joven mencionada asintió.

—Casi me vómito encima, en verdad.

—¿Pero? ¿Cómo?

—Kayla les dijo todo, de principio a fin, así que pidieron que me divorciara en seguida, y fue cuando me enteré que eras algo más importante que una simple huérfana empobrecida.

—Lo siento… —bajó la mirada.

—Hija de Thomas Hamilton —negó—. Si supieras lo mucho que le grité a Desiré después de que me enteré de que ella lo sabía todo desde un inicio.

—Ella no tenía la culpa.

—Me hubiera ayudado cuando me encontraba volviéndome loco de dolor de haberte perdido —la miró—. Ni siquiera sabía si Aine Hamilton era tu verdadero nombre.

Ella comenzó a llorar.

—Te amo, Harsen.

—¡Oh! ¡Yo también los amo! —lloró Valeria, abrazándolos a ambos, sacando la risa de la pareja—. Pero está bien, los dejaré solos, iré a dar un paseo por ahí.

—No te alejes.

—Sí, papá —rodó los ojos la joven y salió.

Aine la admiró por largo rato y después, se volvió hacia Harsen con la pregunta impresa en su semblante.

—¿Ella está bien?

—Sí, seguro no tan bien como lo aparenta ahora, pero está feliz por nosotros.

—Le debo mucho.

Harsen se puso increíblemente serio y le tomó la cara, la besó y la hizo sentarse para comenzar a hablar de lo importante.

—¿Qué pasará ahora, Aine? Sé que la vida que puedo darte no es la que te hará más feliz, incluso ahora quieres irte a otro país… ¿Qué es en verdad lo que quieres? ¿Quieres quedarte o deseas más tu libertad? Lo entenderé, en serio.

Aine sonrió y tomó la mano fuerte y conocida del hombre que amaba y la colocó dulcemente sobre su vientre, provocando que él frunciera el ceño al no comprender la acción.

—Deseaba irme para poder tener a tu hijo sin preocupación de que alguien me juzgara por ello —soltó sin más—. Pero aún anhelo mi libertad, es algo que no podrás quitarme.

—¿Qué? —Harsen meneó la cabeza y se inclinó hacia adelante con una sonrisa incrédula—. Estás… ¿Estás segura?

—Sí, Harsen, claro que estoy segura.

Él parecía aún más inquieto.

—¿Y… quieres tenerlo?

—Es lo único con lo que pensaba mantenerme viva después de dejarte libre para que hicieras tu vida con alguien más.

Harsen pareció relajarse y sonrió abiertamente, tomándole la cara con todo el cariño del cual era posible.

—Eso ya no hará falta —le tomó el rostro—. Te amo.

—Te amaré siempre, siempre más.

Ambos sonrieron y se besaron en medio de aquel restaurante que se había alzado en el más deleitante cuchicheo y las expectativas al ver a ese hombre besando a la hija mayor de Thomas Hamilton, el temible hombre que engendraba hijos aún más temibles, pero parecía ser que una de ellas, había encontrado a alguien que amansara su bravío corazón.

Epílogo

Aine caminaba por la mansión de su marido en Estocolmo, topándose inmediatamente con el tío Clemens, quien seguía rechazando su presencia pese a ser ella hija de un acaudalado noble que no sólo brindó riquezas y poderío a su marido, sino también un aliado permanente.

Para ese momento, la joven sólo podía encontrar divertida tal renuencia y pasaba la mayor parte de su tiempo haciéndolo rabiar por mero gusto, lo cual hacía que su esposo se mostrara lleno de frustración cuando ambos se iban a quejar y excusar sobre sus comportamientos.

—Creía que Harsen te indicó quedarte en la habitación.

—No suelo ser de las que siguen órdenes —se inclinó de hombros, tocando su avultado vientre y caminando hacia el despacho de su marido.

—Eres una pesadilla, no sé si es por el embarazo, pero espero que así sea,

¡No pienso soportarte!

—Eres tú el que está en mi casa, tío Clemens.

—Pero si te hiciste a la idea con presura —dijo fastidiado.

—Bueno, supongo que es algo que complacerá a mi marido.

Aine abrió las puertas del despacho y sintió su corazón latir con fuerza al ver a Harsen sonreírle inmediatamente de verla.

—Mi cielo, te dije que no te levantaras.

—Oh, sabes que no puedo hacer algo como eso —quitó importancia con un gesto de mano—. Quería verte.

—Lo sé, ¿cómo te sientes? —abrió sus brazos para que ella fuera a sentarse sobre su regazo.

El tío Clemens carraspeó cuando vio aquella acción y alzó la nariz con indignación.

—No es correcto que ella se encuentre aquí, sabes que puedes tener visitas importantes y…

—Tío… deja de hablar de ella como si no fuera la dueña de esta casa, es mi esposa en todas las reglas y…

—Sí, sí —el tío levantó una mano—. La amas.

Harsen simplemente asintió y vio la diversión de su esposa, quien seguía sentada sobre él, haciendo aún más cariños hacia su persona al estar el tío presente. Eso parecía que jamás se acabaría y él no pondría queja alguna, tanto su tío como su mujer, eran personas importantes en su vida, tendrían que aprender a convivir sin asesinarse.

—¿Se quedará a comer, tío? —sonrió Aine.

—¿Para qué? ¿Para qué me envenenes? —negó—. Te veré en mi mansión a las cinco, Harsen.

—Sí, tío.

El hombre salió del despacho, dejando a la pareja en soledad. Aine se enfretó a su marido y sonrió antes de besarlo efusivamente, reclamando cada pedazo de su ser.

—No hagas esto —Harsen suspiró en sus labios—. Sabes que tengo que salir en un rato.

—Quédate conmigo.

—Sabes que no puedo, mi cielo, lo siento.

—Es una pesadilla estar de encargo sin un marido que me consuele constantemente.

—Eso es cruel, sabes que te complazco en todo lo que puedo.

Ella sonrió caprichosa y asintió.

—Sólo dramatizo, en realidad, vendrán Desiré y Valeria en unas horas, espero que estés muy lejos para entonces.

—Lo estaré y lleva las cosas con calma —advirtió.

—Mi amor —Harsen volvió rápidamente el rostro y sonrió, eran pocas las veces en las que ella lo llamaba de forma cariñosa—. ¿Crees que podrían venir mis hermanos y padres?

—Claro, ¿por qué habría problema?

—Bueno… pensé que desde la última vez que viste a mi padre y hermanos para pedir oficialmente mi mano, no querrías enfrentarlos de nuevo en un tiempo.

Harsen dejó salir una carcajada.

—Es verdad que son personas impresionantes, pero duermo contigo todas las noches, mi cielo, no creo que nada pueda darme más miedo que tú estando enojada.

—Qué hombre tan inteligente.

Harsen no podría olvidar aquella vez en la que enfrentó a todas esas personalidades imponentes y molestas por todo lo sucedido con Aine.

Su esposa se había quedado con la versión más impersonal en la que él se había presentádo ante todos para llevársela lejos de Londres. Obviamente, la reacción fue de negativa, pero cuando habló con el Hamilton mayor en persona, las cosas fueron simples, incluso lo veía feliz por ellos.

Le había consedido el permiso casi de inmediato y se mostró más que bondadoso y agradecido de que la hubiese ido a buscar. Y él no podía dejar de agradecer a Valeria por ello, puesto que, a pesar de que los hermanos de su esposa habían ido por él para quejarse y prácticamente arrancarle la cabeza en el camino, Harsen había decidido no volverse a presentar ante Aine.

Fue Valeria quien se impuso y buscó la forma de montarlo en ese barco y moverlo hasta donde Aine se encontraba, era la razón por la cual ansiaba verla feliz, tan feliz como se encontraba él con su mujer y con su próximo hijo, quien llegaría en cuestión de semanas o quizá días.

Amaba demasiado a la mujer con la que se casó y no había hecho más que engañarlo todo el tiempo, pero ahora sabía que, si no hubiera sido por las mentiras que su esposa se sacaba de la manga, él no habría tenido la oportunidad de enamorarse de la asombrosa mujer que era Aine Hamilton.

This document file has been downloaded from Yappe.in

Sofía Durán

El dolor en una sonrisa

This document file has been downloaded from

This document file has been downloaded from Yappe.in

El dolor de una sonrisa

Los hijos de los Bermont VIII

Sofía Durán

Derechos de autor © 2021 Sofía Durán

© El dolor de una sonrisa

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán.

Copyrigth 2021 ©Sofía Durán

Código de registro: 2112220095822

Fecha de registro: 22 de diciembre 2021

ISBN: 9798789047477

Sello: Independently published

Primera edición.

Para todas aquellas personas que han sido heridas y por los verdaderos amores, quienes aman todas y cada una de nuestras partes rotas.

Contenido

Página del título

Derechos de autor

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo

Prólogo

Ashlyn apretó sus ojos hasta que luces blancas se mostraron en el interior de sus párpados, al mismo tiempo sintió como mordía sus labios con tal intensidad, que incluso creía que se los arrancaría con los dientes.

Era terrible; sentía como su estómago se revolvía una y otra vez, lloraba sin emitir sonido alguno. Cerró con tal fuerza sus manos, que incluso se hacía daño sobre su palma con sus uñas, tratando de enfocarse en ese dolor.

En esos momentos, no podía pensar en nada, sólo era consciente del gran odio que incrementaba en su interior, del asco, del dolor, de la vergüenza, la frustración y de todo aquel sentimiento negativo que existiera y ella jamás había conocido… al menos, no hasta ese día.

Abrió los ojos lentamente, la oscuridad sólo estaba siendo menguada por el ligero fulgor de la luna, quien fuera el único testigo en tan atroz

fechoría.

Ella no era capaz de ver mucho, tan sólo aquel collar que resplandecía con los rayos que entraban por la ventana, aquella cadena plateada con ese anillo colgado.

La petulante joya no hacía más que moverse ante sus ojos, como un recordatorio permanente de su atacante, del ser despreciable que la había reducido hasta lo más bajo, denigrándola en todos los sentidos, haciéndola sentir débil, sucia y desvalorizada. Aquel anillo se grabaría eternamente en su cerebro, como parte de una herida marcada con fuego sobre su corazón y también sobre su hombro derecho, como última prueba de que la habían destrozado.

Capítulo 1

Ashlyn despertó de golpe, sentándose en la cama y mirando hacia todas partes, dándose cuenta que se encontraba en su casa de Londres, a salvo, bajo el techo de sus padres. Cerró los ojos y tocó su pecho, tratando de controlar su agitado corazón; sintió un escalofrío recorrerle su cuerpo, viéndose en la necesidad de abrazarse a sí misma para que el miedo saliera de su cuerpo.

—Estás bien Ashlyn, estás a salvo, tus padres jamás dejarían que te pasara nada, tu hermano jamás dejaría que te pasara nada, tú misma jamás dejarás que te vuelva a pasar nada. —La chica se hablaba en voz alta, tratando de relajarse.

Lentamente se tocó una herida en específico, aquella que descansaba en su brazo derecho, justo a la altura de su pecho, como para hacer más obvio la obscenidad en la persona que se había atrevido a tanto con una mujer inocente.

—¡Ashlyn! —Tocaron con insistencia la puerta, asustando a la joven que dio un brinco sobre la cama y miró hacia la puerta—. ¡Mamá dice que bajes ahora! El tío William ya está esperándote.

La pelirroja miró hacia el reloj que se encontraba sobre la chimenea de su habitación y saltó de la cama, dándose cuenta que en verdad se le había hecho tarde. Cambió sus ropas rápidamente y bajó corriendo las escaleras; debía agradecer que, por lo menos, había dejado sus maletas listas y dispuestas para cuando su tío diera la orden.

—¡Ya voy! ¡Lo siento!

—Ashlyn, es de mala educación dejar a las personas esperando —

regañó su madre rápidamente, viéndola bajar las escaleras.

—Lo sé, me quedé dormida.

Adam Collingwood miró a su hija con una sonrisa; estaba despeinada, con el vestido mal abrochado y una sonrisa permanente que llegaba a iluminarle los ojos. Desde pequeña, esa pelirroja había tenido una predilección por él, lo seguía a todas partes e incluso se deshicieron de que durmiera con ellos a una edad bastante avanzada.

—Ashlyn, ven aquí. —Pidió el padre, estirando el brazo hacia ella, invitándola a que lo abrazara. La muchacha lo hizo sin dudar y sonrió complacida—. Quiero que te portes bien, nada de alterar a tus tíos, nada de escapadas para ir a jugar póker, nada de…

—Sí, sí. Me comportaré —rodó los ojos la joven.

—Lo digo en serio señorita —la tomó de los hombros y la miró acusadoramente, como si supiera que no cumpliría con su palabra.

—Papá, ya dije que me portaría bien.

Adam sonrió de lado y le besó la frente, mirando a su cuñado, quien simplemente asintió con una sonrisa e invitó a que Ashlyn saliera primero mientras los hombres se dirigían unas palabras. Katherine, comprendiendo esto, tomó a su hija y la encaminó hacia el coche que los llevaría hacia el puerto.

—Tranquilo Adam, cuidaré de ella.

—Gracias —suspiró el hombre—. Me preocupa, desde ese día que…

ella jamás nos ha hablado de ello, pero sé que aún la pasa mal. Quisiera que volviera a integrarse a la sociedad, que piense en casarse, estudiar o en lo que quiera, pero que tenga aspiración.

—¿La crees deprimida? ¿Después de tantos años?

—Más bien, creo que está desilusionada de la vida. Es como si nada le interesara en verdad, vive jugueteando por un lado y otro.

—Es joven aún.

—Lo es, pero ni siquiera he escuchado que se haya enamorado —Adam apretó los labios—. No me gusta eso.

—¿Preferirías casarla?

—Jamás la forzaría a algo así. Simplemente me parece extraño que ni siquiera tenga una inclinación, ni el más mínimo interés en una relación con alguien.

—Le hará bien estar con Alice —William tocó el hombro de su cuñado con aprecio—. Ella se encargará de Ashlyn.

Adam asintió y lo miró agradecido.

—Lo dejo en sus manos.

William dio una palmada amistosa al hombro de su cuñado y salió de la casa, despidiéndose de su hermana menor con un beso y subiendo al coche, donde su atolondrada sobrina lo esperaba con una sonrisa y un entusiasmo contagioso mientras se despedía de sus padres y hermanos por la ventana.

—¡Adiós! ¡Los veré pronto! —les gritaba mientras lentamente se alejaban de la propiedad y ella se sentaba correctamente, mirando a su tío con una sonrisa—. ¿Cómo está la tía Alice, tío? ¿Los trillizos y Philip siguen siendo desastrosos? ¿Qué tal le va a la pequeña Millie?

—Tranquila Ashlyn, estás por verlos a todos.

—¡Es que me da tanto entusiasmo volver a ir a París! Mis papás me lo habían negado desde… —ella paralizó su sonrisa y meneó la cabeza, acción que ella cometía cuando intentaba reprimir algo—. ¡Estoy impaciente por verlos!

—Ashlyn, no tienes por qué guardarte las cosas, somos tu familia, si quieres hablar de algo, estamos aquí para escucharte.

—¿Hablar de qué, tío?

William suspiró. Comprendía perfectamente a su sobrina, nadie sabía a ciencia cierta lo que había sucedido aquella noche en París, pero fuese lo que fuese, Ashlyn se negaba a contarlo y no había poder humano que lograra sacarle siquiera una palabra.

La pelirroja se dedicó a hablar con la voz llena de felicidad, era claro que regresar a París era algo que la entusiasmaba, aunque William

comprendía bien el porque sus padres le habían negado el permiso por tanto tiempo. Ni siquiera él sabía las reacciones que Ashlyn podría tener al volver a pisar las calles que en algún momento la vieron sufrir.

Ashlyn, sin embargo, se sabía lo suficientemente fuerte como para poder volver a esa ciudad que amaba tanto sin sentir lástima por ella misma. La verdad era que incluso lo tomaba como una meta personal, no dejaría que un evento caótico en su vida la marcara y amargara para siempre, de hecho, se esforzaba día con día para demostrar que era mucho más que un momento de tristeza y horror, quería demostrar que, aunque a veces pasaran cosas malas, uno debía superar aquello y decidir ser feliz, porque era una decisión.

Llegaron a Dover después de unos días de viaje en carroza y constantes paradas en posadas. Estarían en Calais pronto y sería un pequeño recorrido por algunas ciudades de Francia para llegar a París.

Ashlyn no podía contener su emoción, incluso creía que su tío ya se había enfadado de su voz, pero si así era, él jamás se quejó. Y pensar que aún les faltaba el viaje en el barco.

La pelirroja miró al horizonte con una sonrisa, le encantaba la sensación de la brisa marina sobre su rostro e inundando sus fosas nasales. Para ella, el inicio de un viaje siempre era cautivador y emocionante, amaba viajar, aunque no lo hacía en exceso, solía ir de un lado a otro, visitando a sus parientes regados por el mundo.

Menos a París, no visitaba Francia desde que ella tenía diecisiete, y de eso hacía seis años. Demasiado tiempo para no visitar una ciudad, incluso creía que ya no reconocería nada del lugar que tanto adoraba.

—Tío… ¿Qué es el amor?

William regresó una mirada sorprendida hacia su sobrina y elevó una ceja antes de adelantarse interesado.

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé, supongo que porque no lo he sentido jamás.

—Lo creo imposible, ¿es acaso que no amas a tu familia?

—Sí. —Ella se sonrojó—. A lo que me refiero es al amor de pareja…

¿Cómo te enamoraste de tía Alice?

—Bueno… —El hombre sonrió—. No de la manera convencional.

—¿Acaso fue una historia extraña y muy única? —la joven posó sus codos sobre sus propias piernas y colocó la barbilla sobre sus manos, mostrando su interés—. Me encantan esas historias.

—Es diferente leerlas a vivirlas, Ashlyn. Créeme cuando te digo que no fue algo fácil, tu tía sufrió y yo lo hice también.

—Pero la amabas, ¿Cierto? Por eso lo superaron.

—Claro, la amo. Pero no todo fue color de rosa en un inicio.

—¿Es que no te casaste enamorado?

—Yo… —William en realidad no quería decir eso, no quería contarle a su sobrina cómo dejaron plantada a Alice en el altar y mucho menos todo lo que aconteció después—. Creo que esto debes platicarlo con tu tía en mi lugar.

—¿Por qué? —ella ladeó la cara—. ¿Es que los hombres no saben expresar lo que sienten?

—No es eso —sonrió William—. Lo que pasa es que así ella contará lo que crea necesario y lo que no valga la pena, lo evitará.

—Oh, pero si yo quiero saberlo todo.

—Hay cosas que a veces es mejor guardarse, Ashlyn.

—Mmm… —ella apretó los labios y lo miró divertida—. Al menos dime algo tío: ¿Un hombre puede llegar a amar a una mujer dañada?

William apretó sus labios por unos segundos y miró hacia el mar, pensando en la respuesta correcta para dicho cuestionamiento. Tenía que hacerla sentir segura, ella jamás le había preguntado eso a nadie.

—Todos estamos dañados de alguna manera Ashlyn, te aseguro que llegará una persona que incluso ame esas pequeñas partes que estén heridas en tu interior.

—¿En verdad?

—Sí. Tu tía aprendió a querer mis defectos y errores, así como yo aprendí a querer los de ella. Eso es una pareja y eso es amor.

La joven pareció pensar detenidamente en las palabras de su tío,

asintiendo levemente cuando comprendió algo que no externó.

—Creo que yo tengo demasiados defectos, no creo que ningún hombre quiera lidiar con ellos, mucho menos amarlos.

—Eso tú no lo sabes, no puedes pensar así y no quiero que vuelvas a hablar de ti misma de esa manera.

—Tío, yo en realidad me aprecio mucho, en serio, me amo… pero dudo que alguien más pueda amarme.

—Cariño, eres hermosa, inteligente, chispeante y encantadora. No hay ningún hombre en la tierra que sea tan estúpido como para no enamorarse de ti. —Le acarició la mejilla—. Creo que el problema sería que tú sientes que ellos no te querrán y eso habla de inseguridad.

—No tío, tú no lo entiendes.

William frunció el ceño.

—Entonces, explícamelo.

—No puedo. —Liberó el aire en un suspiro.

—No hay nada que digas que me sorprenda, Ashlyn, soy un hombre adulto, cualquier cosa por la que estés pasando, la entenderé.

—No. No lo harás.

William abrió la boca para replicar ante lo dicho, pero entonces colocaron una mano sobre su hombro, llamándole la atención y distrayéndolo del escape de su sobrina hacia algún lugar desconocido en el barco. Seguramente no la volvería a ver en un buen rato.

Ashlyn miró a lo lejos a su tío y sonrió. Seguro que lo habrá dejado con la cabeza dándole mil vueltas; pero ella sabía lo que hacía, aquella pregunta no había sido al azar, sabía la razón por la cual sus padres le permitieron volver a París y esa razón era su tío William y su tía Alice.

Desde que Ashlyn tenía memoria, recordaba la casa de sus tíos como un refugio para ella, amaba a la familia Charpentier, adoraba pasar tiempo con ellos y se había hecho especialmente cercana a sus tíos. El que la mandaran con ellos precisamente, hacía obvia la preocupación de sus padres porque ella no mostrara signo alguno de tener una inclinación amorosa… sobre todo si se tomaba en cuenta lo romántica que era y lo mucho que le gustaba leer novelas.

Alguna vez escuchó que su madre le decía al resto de sus tías que pensaba que Ashlyn se entusiasmaba tanto con ese tipo de lecturas para no tener que afrontar la realidad. Ella sabía perfectamente lo peligroso que era idealizar el romance, el amor y a los hombres, los libros solían hacer esa clase de cosas.

Pero consideraba que había tenido un pasado tan horrido que, si no hacía algo para ennoblecer las cosas, jamás podría casarse y eso era impensable para su familia, puesto que era una jovencita noble, de un linaje intachable y claramente era hermosa y tenía pretendientes que intentaban cortejarla, pero ella los rechazaba a todos sin pensarlo siquiera dos veces.

Era complicado, cuando un hombre se acercaba, ella nunca sabía cómo sentirse, trataba de estar bien, trataba de confiar en ellos, pero al final, siempre terminaba teniendo la sensación de que la despreciarían, ¿Quién no lo haría? Ella no era como las demás y jamás podría serlo.

Capítulo 2

No recordaba que sus tíos fueran personas tan sociables. Prácticamente desde que llegó a París, no había noche o día en el que no salieran a atender algún compromiso social. Claro que Ashlyn sabía que su tío era un político importante y rico, el cual siempre era invitado a incontables festividades, pero él no era de los que asistía a todas y mucho menos la tía, con cinco hijos, ella apenas y tenía tiempo de respirar, o eso era lo que la pelirroja pensaba.

En ese momento, se encontraban en una velada, ya ni siquiera se interesaba por saber quién era su anfitrión, simplemente llegaba, saludaba y se perdía entre la gente; sobre todo en la zona de caballeros, donde jugaba cartas hasta que los hombres se quejaban y aventaban las fichas con molestia de que una dama los dejara limpios.

—¿Qué te parece el señor Moreaud? —preguntó Alice con dulzura.

Ashlyn volvió la vista hacia el hombre alto y pretencioso, quien movía su copa constantemente y olía el vino cada vez antes de tomar, lo cual era una locura, parecía no saber que eso sólo se hacía en el primer sorbo, no en todos ellos.

—Es agradable, perdió más de cuarenta francos en la velada del señor Malligret. —Sonrió la joven.

—Oh, por Dios Ashlyn, deberías dejar de hacer eso.

—Es verdad, me causa mala fama, para estos días ellos ya me tienen tirria, me ven y corren —sonrió con orgullo.

—Así que él tampoco te interesa.

La pelirroja agitó la cabeza, provocando que los cabellos pelirrojos se salieran de control del peinado y enmarcaran su rostro pecoso.

—Ni un poquito.

—Tú tío me platicó sobre su charla de camino a París.

—Ah —sonrió la joven—. Tardaste mucho en sacarlo, llevo más de dos semanas aquí y apenas has encontrado el momento perfecto tía, me sorprende tu meticulosidad.

—No cambies el tema —la miró insistente.

—¿Sobre el amor? —la chica chasqueó la lengua y asintió—. Sí, lo pregunté y me contó algo interesante sobre su boda, ¿acaso me dirás que fue lo que pasó?

—No se trata sobre nuestra relación, sino sobre ti.

—Yo no tengo ninguna relación.

—Ese es el problema, creo que es normal que estemos preocupados por ti, querida. Te he visto leyendo esas novelas, te gusta el amor, incluso gritas y te revuelcas cuando algo romántico sucede.

—No tengo nada en contra del romance tía.

—¿Por qué no buscarlo en la vida real?

Ashlyn suspiró y miró hacia el cúmulo de personas que bailaban, bebían y charlaban con estrepitosas risas y ligeros coqueteos.

—No es para mí.

—No sabía que fuera cosa de selección.

—Claro que lo es, además, yo estoy pasada, los hombres buscan debutantes, muchachitas de dieciséis, no de mi edad.

—Tampoco estás tan grande, recuerda que Giorgiana se casó a los

veintinueve y tu sólo tienes veintitrés.

—¡Es un caso excepcional! —Renegó de tal comparativa—. La tía podría conquistar a un rey aún en su edad más avanzada.

—¿Y por qué tú no?

Ashlyn mordió sus labios y buscó rápidamente una forma de escaparse y la encontró; había un hombre tan apartado de la fiesta como lo estaban ellas, parecía no sentirse del todo cómodo entre la muchedumbre que lo había rodeado cuando entró al salón hacía no tanto tiempo. Sí, claro que le había llamado la atención a Ashlyn, tampoco era como si fuera ciega, pero de eso, a tener una inclinación por alguien… no, eso no.

La joven se acercó sinuosamente hacia el hombre que le dirigió una mirada extrañada desde su asiento, donde bebía en soledad y fumaba un cigarrillo que parecía estarlo relajando. Ashlyn no habló con él directamente, simplemente se posicionó a su lado y se aseguró que su tía la viera ahí, seguro pensaría que estaban hablando, estaba lo suficientemente lejos para no saber lo que hacían.

—¿Buscaba algo, madeimoselle?

—Sshh, no diga nada.

—¿Disculpe?

—Le digo que no diga nada —sonrió la joven, y después fingió una risotada que lo dejó aún más perplejo.

—¿Se puede saber qué hace?

—Finjo, ¿qué más?

—¿Finge hablar conmigo?

—Sí, es la única forma de que pueda regresar al área de juegos.

—¿Por qué no podría ir directamente al lugar?

—Mi tía está empeñada en que hable con caballeros para algo más que pedir naipes o pagos de deudas.

El hombre la miró sorprendido.

—¿Se considera tan buena en las cartas?

Ashlyn lo miró con una cara burlesca, como si la pregunta ni siquiera fuera necesaria. Claro que ella no recordaba haber visto a ese hombre en los días anteriores, podía ser una nueva víctima para ella; el resto de los hombres ya eran bastante cautelosos con respecto a jugar contra ella.

—La verdad es que soy moderadamente buena, tan sólo me gusta jugar para divertirme.

—Y estar rodeada de caballeros, claro está.

—No me interesa la parte que usted menciona, si tan sólo no fuera mal visto que una dama juegue durante las veladas, habría muchas más haciéndolo por mera diversión.

—Claro, ¿y a usted no le interesa ser vista como maleducada?

—En lo más mínimo, ¿señor…? —dejó al aire la pregunta.

—Crowel. Carson Crowel.

—Señor Crowel, Carson Crowel —asintió—, sólo un hombre demasiado narcisista, machista y egocéntrico, pensaría que una mujer hace una u otra cosa por agradarle a un hombre.

—Lamento que parezca eso, tengo experiencia lidiando con esa clase de mujeres, no debí generalizar. Así como usted no debería llamarme narcisista y egocéntrico sin conocerme.

Ashlyn se tomó la molestia de verlo detenidamente ante tales palabras llenas de seguridad y advertencia. El caballero en cuestión era una visión agradable cuando se le veía de lejos, pero estando tan cerca, lo era aún más; tenía unos ojos grises tan claros, como el resplandor de la luna llena, intensos y salvajes, como un felino que se sabía en la cima de la cadena alimenticia.

Sin permiso alguno, el corazón de Ashlyn dio un vuelco traicionero y su estómago le mandó una sensación extraña que la recorría de los pies a la cabeza.

—Es verdad, no debo juzgar a las personas. Pero su comentario dejaba mucho que desear.

El caballero asintió y volvió su mirada hacia la gente que los veía discretamente, acercándose lentamente para lograr captar algo de la conversación secreta entre esos dos.

—Dígame, señorita, ¿no es mal visto venir ante un hombre sin una previa presentación? —preguntó sin mirarla.

—En lo que a mi concierne, no estamos hablando, señor. Usted está ahí sentado, fumando y bebiendo, mientras yo estoy parada a su lado, esperando a ser presentada.

—Ya veo, ¿lo hace a propósito? ¿Qué podría hacer que una muchacha que se ve tan joven como usted, se acerque a un hombre que claramente le gana con tantos años?

Ashlyn se volvió hacia él y frunció el ceño.

—No me parece tan mayor.

—A comparación de usted, creo que lo soy.

—¿Cuántos años tiene?

—Me parece maleducado que lo pregunte. —El hombre parecía disfrutar de la conversación, pese a que ninguno se miraba y seguían en sus posiciones separadas, Ashlyn pudo ver como una leve y casi inexistente sonrisilla se escapó de los labios del señor Crowel—. Aunque con lo que ha dicho de las cartas, me deja en claro que usted no es de las que se amedrenta o le interesa lo que pueda decir alguien.

—Bueno, lo que diga la gente no me importa mucho. —Aceptó con seguridad—. Pero lo que diga mi padre sí.

—Es de esperarse, lord Wellington es un hombre respetado.

La pelirroja volvió una mirada impresionada y se colocó frente a él, mostrando perplejidad en su mirada y preguntando en silencio con ambas cejas arqueadas.

—¿Creía que no conocía a su padre? —dijo divertido—. Incluso la recuerdo bien a usted. Siendo tan revoltosa y escandalosa como lo es ahora.

Señorita, no ha cambiado usted en nada.

—Pero… yo no lo recuerdo a usted.

—Era de esperarse, cuando me encontraba en su casa, la acababan de castigar, creo recordar que era porque se escapó de noche a un club de caballeros, donde estuvo metida en una pelea porque les ganó a todos en la sala.

La cara de Ashlyn se puso del mismo color que su cabello.

—Creo que más bien hablaban de mi hermano Adrien.

—Estoy seguro de que hablaban de usted.

—Bueno, quizá así fuera, ¿Qué tiene de malo?

—Considero impertinente que juegue contra hombres, sobre todo si va usted en soledad y a deshoras.

—¿Por qué es inconveniente? —dijo enfadada.

—¿No es usted consiente del riesgo que corre? ¿A lo que se expone? —

le dijo extrañado.

—¿A ganar dinero?

—Con toda seguridad le digo que podría perder más de lo que en algún momento ganó si es que sigue con esas tendencias.

—No creo que puedan arrebatarme nada más de lo que ya me han quitado en algún momento.

El señor Crowel frunció el ceño y la miró extrañado, el cigarro en su mano se había consumido sin ser llevado a los labios y la copa permanecía intacta en la mesa, parecía ser que la conversación lo interesó lo suficiente como para dejar de lado esos pequeños placeres que raramente podía darse debido a lo pesado de su trabajo.

—¿Qué quiere decir?

—¡Ashlyn! —llegó de pronto una jovencita con una sonrisa—. No sabía que conocías al señor Crowel.

La joven se sonrojó visiblemente al ser descubierta en una fechoría como presentarse a sí misma ante un hombre, abrió la boca para tratar de excusarse, pero nada salía. Extraño, porque era realmente buena con las mentiras improvisadas.

—La conocí en Londres, tengo negocios con el duque desde hace dos años, por lo cual sería una locura pensar que no conocía a la señorita Collingwood de antes.

—Claro —la muchacha golpeó su frente con delicadeza—, debí

suponer que un hombre tan importante como usted, tendría relación con alguien como el duque de Wellington.

—Así es —el hombre se puso en pie, dejando salir un suspiro cansado

—. Si no les es inconveniente, damas, he de retirarme.

—Oh, señor Crowel, no debería irse siempre tan pronto de las veladas, apenas y nos permite deleitarnos con su compañía —sonrió la jovencita colgada del brazo de Ashlyn.

—Le ofrezco disculpas, madeimoselle, he de trabajar mañana.

—Claro, se entiende. —Decayó notablemente—. ¡Ya sé! ¡Debería dar usted una velada! Así no tendría que irse tan temprano.

Ashlyn volvió una mirada sorprendida hacia la muchacha, era terriblemente maleducado hacer algo como aquello, pero la mujer parecía convencida en que era una buena idea el pedirle algo por el estilo al señor Crowel.

La pelirroja lo miró de lado, tratando de no mostrarse obvia con aquella acción. El hombre parecía igualmente sorprendido y, si Ashlyn no se equivocaba, hasta con tales modos, incluso había hecho una mueca de desagrado. Quizá fuera un hombre educado y cordial, pero se notaba que no era dado a cumplir con caprichos, ni tampoco a caer bajo presiones sociales.

Sólo se vio comprobado cuando él se negó con rotundidad.

—Lo lamento, no soy buen anfitrión, me despido. —Se inclinó ante ellas y simplemente desapareció.

Ashlyn soltó aire entonces, dándose cuenta que lo retuvo gran parte del tiempo en el que estuvo en presencia del señor Crowel.

—¿A que es increíblemente guapo, Ashlyn?

La pelirroja la miró.

—Parecía bastante enojado cuando lo trató de obligar a que diera la velada —Ashlyn miró a la muchacha de lado, dándose cuenta que en realidad no la conocía.

—No importa, es fácil incordiarlo. Me han dicho que es increíblemente rico, muchos nobles van a rogar a sus pies.

—Sigo pensando que una insinuación como tal no debería salir de una dama como usted.

—Por favor lady Collingwood —dijo a la defensiva y con una sonrisa burlesca—. ¿Cree que una ligera insinuación es peor que una dama que se la pasa entre hombres, jugando juegos de azar?

Ashlyn entrecerró los ojos y se deshizo de su agarre.

—A diferencia de usted, señorita, yo no busco impresionarlo ni atraparlo

—dijo como si hablara con un cachorro—. Con su permiso.

La joven caminó segura por el salón, dejando con la boca abierta a la señorita convenenciera número uno, sintiéndose satisfecha con sus últimas palabras e intrigada con el hombre que había conocido. Sin saber que, en ese momento, mientras caminaba tan garbosa hacia la zona de juegos de caballeros, los ojos grises del señor Crowel la perseguían desde la oscuridad de un balcón.

—Seth. —Llamó de pronto, provocando que una sombra se acercara a sus espaldas—. Quiero saber todo sobre ella.

—Es raro verte interesado en una dama Carson —se burló el hombre —.

Creí que la conocías.

—Sé su nombre y el de su familia, pero no sé nada sobre ella. —Carson dio una calada a su cigarro—. Algo me dice que tiene un secreto del cual estaré interesado en conocer.

—¿Crees que sea ella?

—No lo sé, pero dijo algo que me dejó la duda. —Calder tiró el cigarro y asintió hacia su amigo, dándole la indicación de que se fuera.

Capítulo 3

Ashlyn no había podido dejar de pensar en el señor Crowel, a pesar de que dijeron que era un hombre ocupado y que no solía salir a veladas con constancia, ella siempre tuvo la esperanza de volverlo a encontrar en algún lugar, en ocasiones, incluso lo había visto sin estar él en realidad presente.

¿Era acaso que se estaba volviendo loca?

La muchacha suspiró como si quisiera que el aire se llevara su alma y recostó su mejilla sobre su mano, picoteando la comida que tenía enfrente sin muchas ganas de llevarse nada a la boca.

—Mamá dice que está mal jugar con la comida Ashlyn. —Advirtió Millie, la hija menor de los Charpentier.

La niña había sido una sorpresa, después de muchos intentos fallidos, los tíos se habían dado por vencidos de poder tener más hijos, cuando entonces, llegó Millie. Dicen que cuando se deja de buscar las cosas, estas de pronto llegan sin aviso, así había sido la llegada de Millie, quien era cinco años menor que los trillizos y siete con su hermano mayor, Philip.

—Mamá miente Millie, es muy divertido jugar con la comida —dijo uno de los trillizos, tomando su cuchara y colocando un pedazo de carne con salsa en ella, haciendo una catapulta de comida que iría a declarar la guerra con otro de los trillizos.

—Si te atreves a lanzar eso Nick, será tu muerte —amenazó Thiago, preparando su propia munición.

Sin hacer mucho caso a la pelea de hermanos, Ashlyn tomó la cuchara sin hacer mucho esfuerzo, manchándose la mano de camino y dejándola lejos de las manos del travieso Nick, ni siquiera había despegado la vista de su plato durante toda la acción.

—Mamá, ¿Qué le pasa a Ashlyn? —inquirió Brand—. ¿Por qué no come y sólo suspira?

William se había estado haciendo la misma pregunta que su hijo, así que miró a su esposa con el mismo interés que el resto de la mesa.

—Su prima está distraída de momento, nada sin remedio, por supuesto

—sonrió Alice y tomó la mano de su sobrina para llamar su atención —. El

señor Crowel irá a la velada de hoy, querida, lo comprobé con tu tía Giorgiana.

—¡¿Qué?! —la joven se movió tan aprisa y de forma tan errática, que la cuchara con munición salió volando, aterrizando en el plato de

Millie, quien resultó manchada en la cara y claro, los ojos.

—¡Ay! ¡Mamá, me arde! —lloró sin más remedio, tratando de limpiar su rostro de la salsa—. ¡Mami! ¡Me arde!

Ashlyn se puso en pie, tirando la silla en la que había estado sentada y trató de acercarse a la niña para ayudarla, pero le fue imposible debido a que sus cuatro hermanos ya la rodeaban e intentaban ayudarla de la forma en la que les fuera posible.

—¡Ashlyn! —la regañó Philip—. ¿Qué no sabes que Millie es niña? Ella no sabe jugar, no debes hacerla llorar.

La pelirroja parpadeó sorprendida por el regaño.

—¡Sí! —los trillizos tenían el ceño tan fruncido, que incluso parecían amenazadores, sin duda habían heredado a su padre.

—No puedes meterte con Millie, es pequeña y es niña, la has hecho llorar. —Brand la bajó de su silla y le tomó la mano.

—Ven Millie, iremos a limpiarte la cara —dijo Nick con un tono de voz dulcificado. Raro en él, porque era el mismo diablo.

—Me duele —siguió la niña siendo llevada con los ojos cerrados hacia algún lugar desconocido.

Ashlyn tenía los ojos tan abiertos, que incluso creía que se le desprenderían, jamás había visto a los gemelos actuar de tal manera, la última vez que los vio, Millie apenas tendría dos años, y los trillizos le habían declarado la guerra a la nueva integrante de la familia, no sabía en que momento todo había cambiado. Miró a sus tíos con impresión y estos simplemente sonrieron en contestación.

—Suelen sobreproteger a Millie y a ella le gusta que así sea. Tiene ocho años, pero parece que sus hermanos la ven de tres. —Sonrió una complacida Alice.

—Dios, va a sufrir mucho, cuatro hermanos sobreprotectores y un padre celoso —negó la pelirroja—, odiaría ser ella.

William sonrió con apertura y asintió.

—Debo confesar que las tendrá difíciles, pero eso no es relevante, sigue siendo una niña, pero tú… —la miró extrañado y a la vez feliz —. ¿El señor Crowel? ¿En verdad?

Ashlyn negó presurosamente y levantó la silla que había tirado.

—No sé de qué habla la tía, yo jamás…

—Ah bueno, seguro lo malentendí. —Asintió Alice—. Supongo que podremos faltar a la reunión de hoy, no es tan importante después de todo, será un poco aburrida, creo que…

—Creo que sería maleducado no asistir si ya has dicho que sí, tía —

Arremetió la joven con nerviosismo.

—Supongo que entenderán que tu tío está cansado y no podemos asistir a todas las veladas, lo hemos hecho hasta ahora, pero es cansado después de todo.

—Tía…

Alice rio con gracia y miró a su marido, quién no parecía del todo complacido con la idea de que a Ashlyn le gustara el señor Crowel. Era verdad que se alegraba de saber que podía gustarle alguien, pero, ¿Por qué tenía que ser el señor Crowel? Tampoco era que lo despreciara, pero era un hombre tan… tan diferente a su sobrina, que no los podía ver congeniando en ningún sentido.

Ashlyn era para él como una hija, antes de que Millie llegara, la pelirroja había sido la niña de sus ojos y el cariño no había desaparecido o disminuido, quería lo mejor para ella.

—¿Tío? ¿Por qué me miras así?

—No lo sé, Ashlyn, no creo que el señor Crowel sea para ti.

—¿Por qué? —Ashlyn lo miró con sincero interés marcado en sus hermosos ojos azules, para después avergonzarse—. No es que piense que sea para mí, tan sólo tengo interés en saber porque piensas que no lo es, ya sabes, es simple y llana curiosidad.

Alice elevó ambas cejas y se volvió hacia un frustrado William, quien no parecía encontrar las palabras para desalentar a su sobrina en aquel enamoramiento.

—Son diferentes, cariño —simplificó William.

—Tú y la tía son diferentes —se inclinó de hombros la chica—. ¿Eso no es algo interesante entre parejas?

—Creo que tu tío sólo está celoso, querida —sonrió Alice—. Ven, vayamos a dar un paseo por el jardín.

Ashlyn se acercó a la cabecera para dar un beso en la mejilla a su tío y salir presurosa junto a su tía, a quien sí podía confiarle sus sentimientos, ya que de todas formas los había descubierto.

—¿Por qué al tío le desagrada el señor Crowel?

Alice negó rotundamente.

—No le cae mal, cariño, de hecho, me ha mencionado que es un hombre inteligente y honorable. —Alice apretó los labios—. Pero creo que le parece que tiene un carácter taciturno y osco. Es brutal en opiniones y deseos, no suele complacer a nadie y bueno, pocas personas lo han visto con una sonrisa.

—Interesante.

—Quizá. Pero para tu tío, eres puras sonrisas, alegría y risas, teme que al emparejarte con el señor Crowel, de pronto te apagues.

—Dudo que algo pueda apagarme tía, he pasado por cosas terribles y nada ha logrado desmoralizarme… al menos, no por mucho tiempo.

—Es delicado escoger pareja, Ashlyn, me alegra que estés enamorada, pero no tienes que casarte con el primer caballero al que te sientas atraída.

—¿No te casaste tú con el hombre que amaste desde que eras tan sólo una niña? —Ashlyn elevó una ceja hacia su tía.

Alice entrecerró los ojos hacia ella y negó con una sonrisa.

—Sí, me casé con él. Pero como has dicho, lo amaba y por mucho tiempo intenté que mi corazón cambiara de rumbo hasta que definitivamente quedé con tu tío.

—¿Por qué quisiste cambiar de rumbo? Creo que debiste luchar por el amor que le tenías.

—No está bien que una mujer pelee por el amor de nadie… además, aunque lo hubiese hecho, hay ocasiones en las que por más que des batalla, la guerra está perdida.

—No en tu caso.

—Lo decidió él, al final de cuentas.

Ashlyn no parecía complacida con aquello, ella no era una mujer que se dejara ganar, mucho menos que se diera por vencida o esperara a que alguien más actuara. No, ahora que tenía interés por el señor Crowel, pensaba dejarlo en claro, quería ir tras él, quería que la notara y quizá con algo de suerte, le correspondiera. Ya el tiempo diría si estaban hechos el uno para el otro, pero definitivamente, mientras viera la oportunidad, daría pelea y planeaba ganar la guerra.

—Veo la mirada que tienes. —Alice sonrió y miró hacia el cielo como si recordara algo divertido—. En verdad que eres hija de tu madre, Ashlyn, no sólo en apariencia.

—Mamá… ¿Ella luchó por papá?

—Dios, creo que hizo todo lo contrario, luchó por no casarse con él —la miró divertida—. Demos gracias al cielo que tu padre siempre ha sido sensato y no dio su brazo a torcer.

—¿Papá la quería cuando se casaron?

—Mmm… creo que la respetaba por su carácter.

—¿Qué nadie se casó enamorado de su pareja? —decayó la chica.

—Bueno, tu tío James amaba sobremanera a Marinett y creo que para el otro lado era lo mismo.

—¡Al fin! —elevó las manos.

—También Giorgiana y Asher se casaron muy enamorados. Pero el punto no es ese.

—Ahora lo entiendo tía, no importa si se casan enamorados o no, al final, siempre se terminan enamorando.

—Eh, no era lo que quería decir.

—¿Pero no es lo que pasó?

—Es más complicado que eso, Ashlyn. Se conocían de mucho tiempo y normalmente ya se sentían atraídos al momento de casarse.

—¿Por qué no podría pasarme lo mismo?

—No digo eso. —Alice parecía atrapada.

—Bien tía, ¿a qué quieres llegar? ¿Qué es lo que el señor Crowel tiene que esconder como para que te pongas tan insistente en que persista de mi aparente cariño hacia él?

Alice intentó evitar el tema en todo lo que le fue posible, pero al ver la determinación en su sobrina, se dio cuenta que quizá la única manera de hacerla desistir, era diciéndole la verdad.

—El señor Crowel es un hombre que no puede ser feliz Ashlyn.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, no quería contarte esto, pero dado a que estás empecinada, tendré que hacerlo. —Alice tomó la mano de su sobrina y la colocó sobre su brazo para que caminaran de esa manera por los jardines—. Se dice que el señor Crowel perdió a su hermana de una manera horrible en la que estuvo presente y no pudo hacer nada. Dicen que ambos estuvieron secuestrados por mucho tiempo y… él lo logró, pero ella no, no pudo salvarla.

—Por Dios —Ashlyn sintió que el aire se iba de sus pulmones—.

Supongo que se ha de sentir culpable por ello.

—Jamás sonríe cariño, nunca se le ha visto con una mujer, tampoco parece interesarse en nadie, tan sólo trabaja, es duro, intolerante, frío, intransigente y en muchos sentidos, malvado y demandante.

—Es un hombre de negocios, claro que tiene que ser de esa forma.

—Sí cariño, en ese sentido se entendería, pero ¿Qué me dices si es de la misma manera en su vida personal?

Ashlyn sonrió y se inclinó de hombros.

—Habrá que descubrirlo, ¿no? —Ashlyn dio una vuelta sobre sí misma y miró a su tía aún más alegre—. Gracias por decirme esto, me es revitalizante saber que es alguien que puede que esté tan herido como lo estoy yo.

—Creo que no entiendes cariño, en una pareja, se tienen que ayudar el uno al otro, ¿Qué pueden hacer dos personas heridas para ayudarse? —negó —. Jamás funcionaría.

—O quizá entendamos ese dolor y sepamos como hacer que el otro lo sobrelleve de una mejor manera.

Alice suspiró y se dio por vencida.

—Bien, si no puedo hacer que cambies de opinión, entonces ten cuidado y trata de llevar las cosas con calma.

Ashlyn sonrió y caminó por el jardín con aún más alegría, se sentía entusiasmada por volver a ver al señor Crowel esa noche, nunca había experimentado algo parecido, quizá se debiera a que ese hombre representaba todo lo que a ella le interesaba; el saber que aparte era alguien que sufría la hacía sentir extrañamente empática con él.

♞

Carson entró a su casa de París, deshaciéndose de su corbata y aventándola enojado hacia un lado, siendo inmediatamente recogida por uno de los mozos que estaban por ahí y mirando hacia un lado, donde otro de los hombres le llevaba un vaso de coñac y un cigarro.

—¿Qué ha ocurrido?

—Maldita sea, nada que no vaya a arreglar en seguida —dijo enojado, empinando el vaso y encendiendo el cigarro.

—Pareces enojado, no pensé que algo se te pudiera salir de control a ti, Carson —sonrió Seth.

—Sigo siendo un hombre, claro que se me puede salir de control, pero al mismo tiempo, puedo hacer que se acomoden.

—No lo dudo, tú más que nadie puede resolverlo —Seth asintió y vio a su amigo dar una calada al cigarro—. ¿Necesitas algo?

—Necesito que los reportes de la mina estén dispuestos en el despacho, pienso resolver esto hoy mismo.

—¿No vas a asistir a la reunión? —Seth frunció el ceño, siguiéndolo por el pasillo hacia el despacho—. Te estarán esperando ahí, con el trabajo que me costó el hacerte un espacio para que pudieras asistir.

—Lo sé, pero esto es más importante —dijo presuroso.

—La señorita Collingwood también estará ahí —le recordó.

Carson detuvo sus pasos y curvó sus labios ligeramente.

—Ella asiste a todas las veladas, creo recordar.

—Sí, tengo entendido que sus tíos pretenden hacer que se divierta durante su estadía en París, parece que no viene desde hace años.

—Mmm… ¿Sabes por qué?

—No. Aún no.

—Sigo interesado Seth, enfócate en ello.

—Creo que podría ser más fácil que tú lo descubrieras, parece interesada en ti, al menos, eso dicen los chismes.

—¿En mí? —el hombre juntó sus cejas—. ¿Por qué estaría interesada en mí? Si acaso la vi una vez y durante media hora.

—Parece que eres impresionante para una damita como ella.

Carson dejó salir una risotada amarga.

—Tonterías.

—Quizá —se inclinó de hombros—. ¿Entonces?

—Supongo que puedo hacerme un espacio —dijo con seriedad, asintiendo lentamente—. Tendré que apresurarme con esos papeles.

—Dirás lo que quieras Carson, pero creo que a ti también te interesa lo suficiente como para dejar tu trabajo.

—Digamos que puede tener algo que me interesa.

—¿De qué hablas?

—Tonterías. —Negó el hombre—. Vamos, tenemos que resolver el problema de la mina cuanto antes, estoy harto de trabajadores incompetentes ¡Estoy seguro que despediré a alguien! ¡Maldición!

Capítulo 4

Unos pequeños pies, enfundados en zapatillas de baile, estaban siendo elevados constantemente sobre las puntas para crecer unos centímetros su altura, tratando de ver sobre y entre las personas que se arremolinaban en el salón de baile; mostrando sin remordimiento la impaciencia que sentía por que dieran la indicación de que cierto caballero llegaba a la velada a la que había prometido su presencia.

—Tranquilízate Ashlyn —Alice la tomó de la muñeca y la hizo colocarse sobre sus pies correctamente—. Llegará.

—Pero es tarde, a lo que entiendo, él jamás es impuntual.

—Algo lo habrá retenido, pero estás siendo demasiado obvia con tus intensiones, las personas comienzan a murmurar.

—Oh, no importa —manoteó el aire—, mejor que sepan ahora a quien busco; servirá para que nadie más se acerque a incomodarme.

—Dios, dame paciencia. —Rodó los ojos la tía.

Ashlyn volvió a levantarse sobre sus puntas y no pudo evitar sonreír y cubrir sus labios al ver la entrada del hombre que había estado esperando durante toda la noche.

—¡Ha llegado tía! ¡Llegó! —dijo alegre, buscando con su mano a su tía para que lo viera.

—Sí, cariño, lo puedo notar.

—Oh, Dios —la joven se agachó y sonrió de nuevo—. Me ha visto.

—¿Cómo no verte si casi estás saltando? —sonrió Alice a su lado.

—¿Qué debo hacer tía? ¿Me… me presento ante él? ¿Lo ignoro? ¿Le derramo vino encima? ¡Qué hago!

—Nada. —Su tía la tomó de la mano y la alejó—. Contrólate, en primer lugar. Se tiene que notar el interés del hombre primero, no seas atrabancada y date a desear.

—Sí, sí. Creo que estoy perdiendo la cabeza, jamás había sentido algo igual en mi vida.

Alice suspiró con cansancio y rodó los ojos.

—Trata de ser tu misma, lleva las cosas tranquila y relajada. —Alice la miró con dudas—. ¿Qué harías si él no hubiese asistido?

—¿Llorar?

—Ashlyn…

—Vale, bueno… no sé, habría ido a jugar cartas.

La mujer mayor rodó los ojos y asintió.

—Entonces haz eso.

—¿Me estás diciendo que por voluntad propia me dejas ir a jugar cartas con otros caballeros?

—Ya qué, será mejor a que le saltes encima a ese hombre.

Ashlyn asintió y volvió a concentrarse en su normal actuar, su tía tenía razón, a pesar de que el hombre le gustara, no podía dejárselo notar con esa facilidad, al menos, no hasta ver si él tenía interés en ella, o que le interesaba algo más aparte de su trabajo.

La pelirroja, con su hermoso vestido de fiesta y un peinado que pretendía hacer un intento por retener su cabello rebelde, fue a sentarse a las mesas junto a otros caballeros, quienes sonrieron al verla y bromearon sobre su suerte en esa ocasión.

Rápidamente notó que le era mucho más fácil sobrellevar la velada cuando su cabeza estaba concentrada en otras cosas, como lo era ganarles a todos esos caballeros una buena fortuna que después terminaría en manos más adecuadas que las de ricos nobles que dedicaban su vida al placer y al ocio.

—¡Válgame Dios, muchacha! —se rio un hombre canoso con lentes gruesos y grandes—. ¿Cómo es posible tener tan buena suerte?

—Creo que debería preocuparse, señorita Collingwood, se dice que cuando hay suerte en el juego, hay muy mala suerte en el amor.

Ashlyn lo miró con preocupación, ¿en serio se decía algo así?

—No debería asustar a una dama de esa manera, señor Palmer, es sólo una superstición —anunció un caballero que se había quedado rezagado pero muy al pendiente del juego.

—Ah, pero si eres tú Seth, ¿Dónde está tu incontenible dictador?

—Está siendo entretenido de momento.

—Seguro que Carson tiene muchas entretenciones —bromeó otro caballero—. ¿Quién está persiguiéndolo en esta ocasión?

—No recuerdo el nombre de la dama, pero es una muy bella.

—¿Será Brunilda? —indagó otro.

—Creo que es poco delicado que hablen de conquistas estando una dama sentada junto a ustedes —la voz pragmática del señor Crowel hizo que la piel de Ashlyn se encrespara—. Supongo que lo habrán olvidado al estar tan interesados en mí.

—¡Crowel! —sonrieron—. ¡Vamos canalla, siéntate un rato!

Ashlyn volvió sus ojos lentamente hacia los recién llegados, notando que se parecían bastante, tanto en complexión como en altura. Claro que no se parecían en nada más, el señor Crowel tenía unos ojos grises cautivadores, mientras que los del otro caballero, eran oscuros como la noche; el señor Crowel tenía el cabello negro y ligeramente crecido, al contrario del señor Seth, quien fuera rubio y pulcramente recortado.

—¿Señorita?

La joven meneó la cabeza, dándose cuenta que se había desenfocado de la conversación, avergonzándose al notar que le estuvieron hablando directamente sin que lograra contestar.

—¿Sí?

—El señor Crowel le preguntaba si le molestaba que se sentara —

explicó Seth, parado junto al señor Crowel.

—La mesa es libre para quien quiera perder —sonrió confiada.

El resto de los caballeros dejó salir una ligera carcajada, pero el señor Crowel la miraba con seriedad, como si no terminara de comprender el chiste o la razón de haberlo dicho.

—Parece confiada —dijo sin más.

—Hasta el momento, nadie ha logrado ganarle, señor —dijo un caballero que se encontraba sentado en la mesa.

El señor Crowel elevó una ceja y curvó ligeramente los labios.

—Seguro eso acarrea confianza —se sentó en la mesa—. A mi parecer es de lo más peligroso que se puede hacer.

—¿Piensa que tener confianza es algo negativo?

—Sí —la miró fijamente, sintiéndose expuesta ante él—. Te hace bajar la guardia, no hay nada peor que eso.

—No suelo bajar la guardia nunca, señor.

—Averigüémoslo —asintió, apuntando hacia la mesa con las palmas abiertas y reclinándose en su asiento, esperando a recibir las cartas.

Ashlyn se sentía nerviosa, la sola presencia de ese hombre la hacía sentir vulnerable, parecía tener un aura expansiva de poder y seguridad que hacía parecer a todos los demás como pequeños pececillos frente a un mortal tiburón.

Tenía que ganar, tenía que ganar a toda costa.

Lastimosamente, parecía ser que el señor Crowel tenía tanta destreza y tanta suerte como la tenía Ashlyn, dejando rápidamente fuera a los demás jugadores, quedando siempre él y ella en las rondas finales, con las apuestas más altas.

—¿Qué tiene? —invitó el señor Crowel.

—"Full house" —dijo segura, mostrando sus cartas.

El hombre frente a ella elevó ambas cejas y asintió conforme.

—Nada mal —la miró con seguridad y bajó sus propias cartas, sintiéndose satisfecho cuando ella abrió la boca—. "Escalera real".

Ashlyn no solía perder, mucho menos en cartas y, de hecho, era una muy mala perdedora. Trató de contener su ira y mordió fuertemente su lengua para no mostrar lo insatisfecha que se encontraba con el resultado. Pero su expresión era todo lo que Carson necesitaba para saber que estaba furiosa, lo cual no dejaba de ser divertido para él, quien dirigió una mirada presurosa a su amigo Seth que aguantaba la risa en esos momentos, parado a unos metros de la mesa donde habían estado jugando.

—Bien, pagaré —dijo en un todo irritado.

—No hace falta —Carson levantó una mano—. No necesito su dinero señorita, ha sido una buena partida, con eso me es suficiente.

—Puedo pagar mis deudas de juego señor, se lo aseguro.

—Y no lo dudo —asintió el señor Crowel—. Pero no lo acepto.

—Pero…

—En cambio, podría aceptarme un baile.

Ella pestañeó un par de veces y ladeó la cabeza.

—Pensaba que no le gustaba bailar.

—¿Cómo lo sabe, señorita? —se puso en pie galantemente—. Si apenas nos conocemos de unos días.

Ashlyn se sonrojó furiosamente, pero en ningún momento apartó la mirada de él y contestó con seguridad.

—Se habla mucho de usted últimamente, señor —admitió.

La risa del resto de los caballeros no tardó en hacerse oír y el mismo señor Crowel parecía sorprendido por la honestidad, pero no dejó de agradarle que lo dijera tan directamente.

—Bueno, han dicho mentiras, me agrada bailar, pero no bailo con cualquiera, ¿qué dice? —le estiró la mano.

—Sería un placer, señor —tomó la cortesía y lo siguió hacia la pista.

Las personas en el salón se encendieron en murmullos y abrieron paso para que Ashlyn y el señor Crowel se posicionaran junto a las demás parejas que no podían más que volver la cabeza de cuando en cuando para verificar que estaban viendo correctamente.

—Parece que llama mucho la atención, señor Crowel.

—¿Le parece?

—Todos nos miran.

—Tiene usted el cabello rojo, señorita, bajo el candil en el que estamos, casi pareciera que tiene fuego en lugar de pelo.

—¿Le molesta mi cabello? —frunció el ceño la muchacha.

—Para nada, no tengo nada en contra de él.

—Tampoco a favor, parece ser.

Carson no contestó y simplemente comenzó a bailar al sonar de la música, llevándosela lentamente por la pista hasta alejarlos de las miradas penetrantes de la sociedad y casi saliendo de la pista y hasta de la casa, en dirección a un balcón.

—¿Señor…?

—Tranquila, no desapareceremos de la vista de su tía, quien casi avienta al anciano señor Bloom con tal de no perderla de vista.

Ashlyn dejó salir una pequeña risilla y asintió.

—Sería mejor que no escandalizara de esa manera a mi tía.

Carson dio una vuelta rápida, pensando que Ashlyn perdería el paso, pero la joven había demostrado ser una excelente bailarina y eso no dejó de cautivarlo.

—Lamento haberla hecho perder en su juego.

—No es mío y esas cosas pasan.

—Claro, aunque no parece acostumbrada a que le pase a usted —elevó ambas cejas—, era notoria su molestia.

Ella mordió sus labios ligeramente y sonrió.

—Es verdad, siempre he sido una mala perdedora.

—Ya veo. —El hombre se quedó callado y bailó sin sacar otro tema de conversación.

Por su parte, Ashlyn tampoco se atrevía a agregar nada más, el hombre parecía concentrado en lo que hacía y por el momento, no placía en sacarle conversación. La joven supuso que, si quisiera hablar, lo habría hecho, como hace un momento lo hizo.

Se concentró en las sensaciones placenteras que no dejaban de mandarle ráfagas de calor o frío a partes de su cuerpo, volviéndola loca de un momento a otro al comprender que todo derivaba del toque que él hacía con su mano sobre la cintura y la forma segura con la que entrelazaba su otra mano con la de ella. Todo en el señor Crowel parecía demostrar poder, fortaleza y seguridad, incluso algo de petulancia. Era un hombre admirable pero extrañamente alejado, a pesar de que la estaba tocando y de que en momentos la miraba directamente a los ojos, Ashlyn sentía que no estaba plenamente en el lugar, no estaba ahí junto a ella.

La joven dio un salto sorpresivo cuando sintió que la mano del señor Crowel se deslizaba de su cintura hacia su cadera, acercándola a su cuerpo con delicadeza para lograr susurrar a sus oídos.

—¿Qué tanto me mira, señorita?

Ashlyn apartó su cabeza para lograr ver su rostro.

—Es usted apuesto, ¿no puedo acaso admirarlo un poco?

El hombre se sorprendió y elevó ambas cejas.

—¿Se lo parezco?

—Sólo un tonto diría lo contrario.

—Supongo que desea que le regrese el cumplido.

—No, no es necesario, sé que soy hermosa.

Carson permitió que una pequeña y gruesa risa saliera desde el fondo de su garganta, no parecía muy acostumbrado a ese sonido y mucho menos que saliera de él.

—Me alegra ver que tenga tanta autoestima.

—Bueno, si uno no empieza por amarse a sí mismo, creo que nadie más será capaz de amarlo después.

—¿Busca ser amada, señorita?

—¿No lo buscamos todos?

Carson entrecerró los ojos, parecía querer averiguar algo con tan sólo mirarla de esa forma tan escandalosa y penetrante.

—Me parece una persona muy feliz.

—Lo soy.

—No confío en las personas felices, me parecen falsas.

—¿Todos tenemos que vivir sufriendo?

—No es vivir sufriendo, pero pareciera que usted nunca ha tenido un dolor en su vida.

Ashlyn bajó la mirada y asintió.

—Le sorprendería.

—Lo haría —aceptó—. Al menos me haría pensar que es usted más real y más sincera.

—¿Quiere que llore aquí mismo para que piense que he sufrido? ¿Por qué el dolor se debe asociar a la tristeza? Uno supera cualquier cosa con el paso del tiempo y la dedicación a uno mismo.

—No todos los dolores se pueden olvidar.

—Quizá olvidar no, pero al menos se aprende a ser feliz con ello.

El señor Crowel la miró con interés y asintió sin decir nada más.

Capítulo 5

Era común en las cálidas y fragantes tardes de primavera en París que se dieran encantadoras fiestas en las tardes, celebrando la entrada de la primavera, la salida del invierno y las hermosas flores que crecían esplendorosas en esa temporada del año.

En esa ocasión, se habían reunido en la casa de los Duplont, las madres y mujeres mayores se encontraban bebiendo té y comiendo postres debajo del gran toldo blanco que ondeaba cortinas trasparentes. Lo caballeros estaban cerca también, charlaban, fumaban y jugaban cricket o tenis.

Las señoritas solteras y con edad suficiente de estar en sociedad, por el contrario del comportamiento correcto de sus madres, tías o abuelas, estaban todas sentadas en el suelo, llenas de lodo hasta los cabellos, acompañadas de sonrisas placenteras y risitas cómplices.

—Entonces, debemos guardar el deseo y cerrarlo muy bien —indicó Ashlyn, limpiando el sudor que resbalaba de su frente y metiendo la nota en el frasco de vidrio.

—¿Estás segura que funciona?

—Bueno, habrá que creer en ello, una tía conoce a muchos gitanos y ellos tienen toda clase de rituales.

—¡¿Gitanos?! —se sorprendió una jovencita.

—No grites así —se tapó los oídos la pelirroja, mostrando su enfado con una mueca—. No son malas personas, ¿vale?

—Tienen la peor de las famas.

—Créeme que hay personas que son mucho peores y no tienen

ninguna fama únicamente por ser “nobles” o de “buena cuna”.

—¿Desprecias a tu propia clase?

—No. Desprecio que se hable a la ligera de lo que se desconoce.

Ashlyn dio el tema por terminado y siguió recitando el hechizo para cumplir los deseos de todas aquellas señoritas que la seguían sin preguntar y se divertían con las ocurrencias de la alocada pelirroja.

El señor Crowel las miraba desde lejos, le parecía extraña aquella visión de señoritas de sociedad tiradas en el piso, cavando con las manos y manchando sus elegantes vestidos. Debía haber algún buen motivo por el que se estuvieran atreviendo a hacer tales cosas en un lugar que claramente podían ser descubiertas por cualquier caballero, o peor aún, por sus madres.

—¿Qué se supone que hacen? —Seth dejó salir una risita y se paró junto a su amigo, bebiendo de la copa de vino que traía consigo.

—No tengo idea —sinceró Carson—. Supongo que es una ocurrencia de la señorita Collingwood.

—Parece que esa mujer está llena de ideas locas —negó el hombre, mirando con detenimiento y fascinación a la pelirroja.

—Sí. Está llena de energía positiva, en ocasiones lo considero abrumador —Carson descruzó sus brazos y se marchó.

Seth miró unos segundos más a la señorita que parecía tener cautivado a su amigo, no había duda que era hermosa, pero lo que más llamaba la atención de Ashlyn Collingwood no era su físico, sino la vibrante chispa que yacía en su interior y era incontenible e inapagable. Por alguna razón, a Seth se le hacía increíblemente conocida, parecía traída de un recuerdo y sentía que Carson pensaba lo mismo y era el motivo principal de que se mostrara tan interesado.

Su amigo no solía olvidar nada, seguro que el no recordar de dónde conocía a la señorita Collingwood lo estaría volviendo verdaderamente loco, pero si Carson no se acordaba, Seth jamás lo haría, a él poco le interesaban las personas, mucho menos una mujer.

Dio media vuelta y caminó detrás de su amigo, alcanzándolo a tiempo para que no se uniera a ningún grupo social en específico.

—¿Por qué no vas y le preguntas por lo que hacían?

—¿Para qué haría algo así?

—No sé, ¿curiosidad? La chica te llama la atención, ¿o no?

—Sabes que no puede ser.

—Ahí vas con tu cantaleta de que no estás hecho para tener parejas.

—Es la realidad y lo sabes.

—Te has hecho esa idea en la cabeza, pero te aseguro que esa señorita estaría feliz de que la miraras de nuevo como aquel día en el que bailaste con ella.

Carson lo miró con advertencia y siguió con su camino, alejándose del resto de las personas y yendo hacia un árbol grande y frondoso que proporcionaba una sombra agradable. Los dos hombres se recostaron bajo este, Seth yacía con la espalda sobre el suelo y Carson con la espalda en el fuerte roble, ambos con ojos cerrados, disfrutando de la briza y la calma.

—¡Vamos! ¡Dile, lo has prometido!

—No… ¡basta! ¡ya!

Carson abrió los ojos y Seth simplemente sonrió al darse cuenta que habían sido rodeados por las damas que anteriormente estaban enterrando cosas en el jardín.

—¿Se les ofrecía algo, damitas? —Seth se levantó sobre sus codos.

—¡Señor Humbel! —se adelantó una de las chicas, temerosa ante la mirada penetrante del señor Crowel—. Q-Queríamos pedirle ayuda para que nos bajara la cometa que se ha ido al árbol.

—¿Una cometa? ¿Tienen acaso trece años?

—Oh, vamos señor, ayúdenos.

Seth se quejó un poco mientras se levantaba y se limpió el pantalón al momento de seguir a las mujeres.

—Vamos, no debemos perturbar al señor Crowel si no quieren que les grite y probablemente las asesine en las noches —sonrió Seth, notando que las damas se asustaban de verdad y daban un paso hacia atrás para alejarse del hombre que las aterraba.

Carson cerró los ojos y se relajó de nuevo, ignorando a las mujeres y a su molesto amigo. Prefería que pensaran que se las podía comer de un bocado a que fueran a molestarlo, tal y como lo hizo la señorita Collingwood después de unos momentos en los que las chiquillas se alejaron junto con Seth.

—¿Puedo sentarme?

—No creo que sea adecuado —dijo sin abrir los ojos, cruzando las piernas por los tobillos y poniendo ambas manos detrás de su cabeza.

La señorita hizo caso omiso y se sentó junto a él, dando ligeras palmadas para limpiar sus manos y después suspiró tranquila, estirando las piernas y cruzándolas igual que el señor Crowel, reclinándose hacia atrás y manteniéndose elevada gracias a sus codos.

—Es un lindo día —suspiró complacida.

—Es una actitud muy insolente de su parte —dijo sin más el hombre, quien apenas y se inmutó.

—No creo que usted me haga nada, estamos a la vista de todos.

—Por eso mismo es desfachatada, ¿no piensa que se puede malinterpretar su acercamiento?

—Mmm… cualquier cosa que digan, hará falta sólo desmentirlo, ¿no cree? —Ella se relajó sólo un poco más.

Guardaron silencio por varios momentos hasta que Carson volvió a hablar: —¿No irá por la cometa con las demás?

—¿Me corre?

—Le pregunto.

—No. No me gusta volar cometas, me es aburrido.

—¿Le es más divertido estar en silencio sentada bajo un árbol?

—Su compañía me es agradable.

—Apenas y hablo.

—Me gusta mirarlo —sonrió.

Carson abrió sus ojos y la observó con interés.

—¿No tiene pelos en la lengua?

—También me hace falta el filtro en la cabeza —se pegó ligeramente con su puño— puedo ser muy impertinente.

—¿Por qué no me sorprende?

—Porque es usted muy listo —asintió la muchacha—. Hablando de otras cosas, no sabía que a usted le gustaba jugar cartas.

—No me gusta.

—Lo hizo la última vez en la velada de…

—No me gusta.

—¿Lo encuentra aburrido?

—Es un juego que no me gusta practicar, no tiene mucha ciencia y depende demasiado del azar.

—¿Qué le gusta jugar entonces?

—Ajedrez. —Ella frunció la nariz. A su padre le encantaba jugar ajedrez, pero ella siempre lo encontró sumamente aburrido, jamás lo intentó y nunca lo entendió del todo. Carson la miró y se rio—. Veo que no le agrada ese juego.

—¿Se considera bueno?

—Bastante.

—Bueno, tendré que aprender para destrozarlo por completo.

Carson la miró.

—¿Revancha, señorita?

—Usted me venció en mi juego, lo justo es que le regrese la moneda —

se cruzó de brazos.

—Me parece bien si pretende aprender a jugarlo.

—Pero lo haré cuando regrese a Londres —dijo conforme—. Tendrá que esperar por mí, pero regresaré a darle una paliza.

Carson curvó sus labios y asintió.

—¿Por qué no empezar ahora?

—¿Cómo lo haría?

—Yo puedo enseñarla.

—¿En verdad? —ella sonrió abiertamente—. Me encantaría.

—Entonces vamos —el hombre se puso en pie.

Ashlyn sentía que sus pies volaban ligeramente mientras era escoltada por aquel hombre al interior de la casa.

—¿No está mal que estemos solos?

—No lo estaremos, algunos caballeros se han quedado dentro, justo al lugar al que vamos.

Ashlyn suspiró aliviada cuando vio a más gente en el lugar, no sólo caballeros, sino que también había damas rezagadas que habían preferido quedarse en el interior de la propiedad.

—Señor Crowel. —Una fina y hermosa dama se acercó a ellos, Ashlyn sabía que era mayor que ella, quizá más adecuado a la edad del señor Crowel, pero ella no lo permitiría, así que se aferró con fuerza de aquel brazo, esperando que el hombre no planeara deshacerse de ella —. Me alegra ver que ha decidido entrar a casa, me encantaría dar un paseo por el lugar mientras me cuenta algo sobre sus múltiples viajes.

—Me encantaría hacerlo en otro momento, señorita Lasdow, pero ahora me encuentro ocupado.

La mujer plantó sus hermosos ojos verdes sobre la figura de Ashlyn, claramente se encontraba disgustada, pero de alguna forma logro reprimir aquello y sonrió.

—Señorita Collingwood, ¿ha acabado de escarbar ya?

—Todo está en su lugar en este momento, señorita, puedo decir que incluso algunas cosas están surtiendo efecto —dijo con una ceja arqueada, dando un rápido vistazo al hombre que la acompañaba.

—Ya veo —Ashlyn percibió la chispa de rabia en los ojos de la mujer —.

En muchos lugares eso sería llamado brujería, señorita.

Carson arqueó una ceja en impresión y miró con curiosidad a la mujer junto a él, quien seguía sonriendo con soltura y su postura era relajada pese a estar siendo acusada de tales cosas.

—Por favor, ¿en qué tiempo cree que estamos? ¿La inquisición? —negó Ashlyn—. Eso ya pasó, así que ahórrese comentarios tontos, mucha gente murió a causa de ese fanatismo inspirado en falacias.

La mujer se mostró enojada y miró al hombre con determinación.

—Debería tener cuidado, señor Crowel, estas muchachas están dispuestas a todo con tal de lograr sus objetivos.

—¿Y cuales serían esos, señorita Lasdow? —inquirió Ashlyn—.

¿Casarme con el señor Crowel? ¡Por favor! Si no necesito ir persiguiendo a un hombre, él tan sólo va a enseñarme a jugar ajedrez.

Ashlyn se sabía una gran mentirosa, puesto que claro que estaba detrás de ese hombre, pero no lo diría en voz alta y menos a la señorita Lasdow quien claramente le estaba declarando la guerra.

—Por favor señorita, es más que obvio que le gusta, todo el mundo dice que, desde ese extraño altercado con el que usted hizo tanto drama, jamás quiso a un hombre cerca de su vida.

—¡Es suficiente! —pidió Carson al ver lo afectada que estaba la pelirroja a su lado.

Ashlyn sintió arder su estómago y apretar su corazón. Ella sabía perfectamente que las personas pensaban que lo que había pasado con ella era en mucha medida su culpa, que lo había provocado o, por lo menos, planeado. No sabían de lo que hablaban, no entendía como podían hablar tan fácilmente de algo que desconocían, sin importar el daño que hicieran.

Ashlyn quiso abrir la boca para replicar, pero rápidamente la cerró al notar el nudo en su garganta y las imágenes dolorosas pasando rápidamente ante sus ojos, como si se tratara de fotografías que jamás lograría quemar, porque estaban guardadas en su interior.

Una lágrima silenciosa salió disparada de sus ojos y de esa, prosiguieron unas cuantas más, antes de que Ashlyn se diera cuenta de que estaba llorando. Carson se sorprendió al notar que ella no emitía

sonido alguno, ni tampoco cambiaba la expresión de su rostro, las lágrimas simplemente resbalaban de sus ojos y, de un momento a otro salió corriendo de la habitación.

—¡Agh! Sigue siendo una chiquilla.

—Puedo decir lo mismo de usted. Es obvio que la señorita Collingwood es joven, pero usted no lo es tanto, debería ser más consciente del daño que hacen las palabras dichas sin pensar.

—¿Señor Crowel? —lo miró extrañada.

Carson caminó detrás del destello pelirrojo que trataba de perderse de las miradas de las personas, saliendo al jardín y yendo directa hacia el bosque, no mirando hacia atrás y tampoco haciendo caso alguno de las personas que buscaron detenerla.

Alice, su tía, había intentado detenerla, pero con profusa preocupación se dio cuenta que se le había ido de las manos. Comenzó a seguirla, pero rápidamente fue detenida por las manos de su marido, quien en un silencio sepulcral apuntó con la mirada el rápido andar del señor Crowel detrás de la muchacha.

—¿Qué crees que haya pasado?

—Lo que sea que fuera, parece que lo ocasionó el señor Crowel o piensa ir a consolarla.

—¿Es que piensas dejarlos solos?

William apretó sus labios con fuerza y cerró los ojos.

—Sí.

—¡Pero es mal visto!

—Estarán bien y estaré atento por cualquier eventualidad. Hará falta sólo un grito por parte de Ashlyn para que salga corriendo a matarlo. — William miró hacia donde su sobrina se había detenido, era un tanto lejos, pero aún podía verla—. No la pierdas de vista.

Ashlyn se desplomó sobre el suelo y comenzó a arrancar el césped a su disposición de forma distraída, sintiendo el cálido viento moverle el cabello, el sonido de las aves susurrándole al oído y el aromo a las flores que crecían a sus alrededores. Cerró los ojos lentamente y se concentró en pensar en cosas que la reubicaran nuevamente en el

presente: pensó en su familia, sus amigos, sus primos, los frascos bajo la tierra y en el señor Crowel…

—Lamento que la haya hecho llorar —alguien se sentó a su lado.

—No tiene importancia.

—Si ha llorado, tiene importancia.

—Es sólo un chisme tonto —negó, limpiándose las lágrimas—. Las personas son rápidas para sacar conjeturas.

—¿Quiere hablar sobre ello?

—No.

Carson asintió un par de veces y miró a lo lejos. Parecía tranquilo y relajado, nada indicaba que estuviera incómodo o afectado por verla llorar, sin embargo, la había seguido y pretendía consolarla.

—¿Qué es eso de la brujería?

Ashlyn soltó una pequeña risita y lo miró con ojos llorosos.

—No lo creerá de verdad, ¿o sí? —se limpió otras lágrimas, pero al menos ya tenía una sonrisa en sus labios.

—Con usted, creo cualquier cosa.

—No es brujería, es sólo un ritual —lo miró divertida—. Inofensivo y más divertido que funcional.

—Aún así, cree en ello, ¿O me equivoco?

—Tengo la esperanza de que se hará realidad —asintió.

—¿Qué es eso, exactamente?

Ashlyn sonrió con apertura y ojos pícaros y negó.

—No se lo diré.

—¿Por qué?

—Por incrédulo —Ella parecía estar bien y eso, de alguna forma, lo alegraba a él también.

Capítulo 6

Ashlyn despertó junto con el alba, como era costumbre de todos los Wellington, incluso su holgazán hermano mayor, gustaba de despertar temprano por las mañanas pese a sus constantes desveladas. Se lo debían a sus padres, quienes desde niños los obligaron a despertar temprano para comenzar el día.

Ahora era más un gusto compartido que una obligación; algunos de los Wellington solían despertar sólo para lograr ver salir el sol, mientras daban caminatas o montaban. Era común en su familia hacer alguna de las dos actividades justo antes del amanecer, por lo cual no le sorprendió encontrarse con su tío William, quién era igualmente de costumbres mañaneras.

—Tío, buenos días. —La pelirroja se acercó y le besó la mejilla.

—Buen día, Ashlyn —le revolvió el cabello, tomó su maletín y salió de la casa presuroso.

La pelirroja siguió su camino hacia los establos, pensando en montar uno de los caballos de su tío para su paseo matutino, disfrutando del solitario caminar en medio de la fresca mañana y la pálida salida del sol.

Saludó a algunos empleados que se paseaban por el lugar y abrió la puerta del establo, encontrándose de pronto con los ojos grises del señor Crowel, lo cual la extrañó.

—Oh, buenos días, señor, ¿Qué hace aquí?

—Su tío me ha invitado, señorita, lamento interrumpir.

—No es molestia —sonrió, notando entonces que el caballero no se encontraba de un humor que fuera amistoso de momento—. ¿Sucede algo, señor Crowel?

—Con su permiso, señorita. —El hombre dio un cabeceo hacia ella y subió al caballo que había tomado prestado para salir a montar sin dirigirle ni una palabra más, ni siquiera una mirada.

La chica frunció el ceño y se inclinó de hombros, montando a su propio caballo y saliendo a dar su paseo sin importarle el comportamiento o la dirección que el señor Crowel había tomado. Debía admitir que el caballero en cuestión era un hombre atractivo y tenía una personalidad a la que ella no podía resistirse.

Pero ningún hombre le era tan interesante como para seguirlo, ni siquiera el señor Crowel. Así que se fue por el camino que acostumbraba, por las casas de los diversos arrendatarios de su tío.

—¡Señorita Ashlyn! —sonrió una jovencita que meneaba las manos con entusiasmo—. ¡Oh, señorita!

—¿Qué tal Lena? ¿Cómo te encuentras?

—¡Oh, muy bien señorita, me alegra verla!

Ashlyn bajó del caballo, dando unas fuertes palmadas en el lomo del mismo, para después, mirar a la jovencita que había tomado las cuerdas del corcel, llevándola hacia las casas de los empleados. Antes de llegar a la ya conocida choza, Ashlyn sacó de entre sus ropas, una pequeña bolsita donde había monedas y billetes.

—¿Cómo se encuentra Margarita?

—Mejor, señorita —sonrió—. Es usted un ángel.

—No lo soy, pero es tierno que lo pienses —negó la pelirroja y tocó un par de veces la puerta de una de las casas.

—¡Oh! ¡Señorita Ashlyn!

—Hola, señora Magda —sonrió—. ¿Qué tal está?

—Mejor, señorita, le agradezco toda su ayuda —Ashlyn siguió a la señora Magda por la casa, entrando a una habitación pequeña dónde se encontraba una niña, la cual sonrió al momento de verla.

—Hola Margarita —Ashlyn se acercó con una sonrisa.

—Oh… señorita… Ashlyn —dijo con esfuerzo, tratando de incorporarse y dando grandes bocanadas de aire.

—No te levantes, recuéstate, debes estar tranquila.

—Me alegra mucho verla, en verdad.

—Ya lo veo, pero trata de no alterarte —sonrió la joven.

Ashlyn permaneció en la casa por un buen rato; haciendo reír a la niña en la cama y jugando con otros menores. Había repartido todo el dinero que ganó en el juego de la velada pasada, la mayoría lo daba a los padres, pero algunas monedas estaban destinadas sólo para los

niños que, sin dudas, lo gastarían en caramelos.

—Señorita Collingwood.

La voz grave y autoritaria frenó toda risa y júbilo que se hubiese estado disfrutando hacía sólo unos momentos.

—Señor Crowel, ¿qué desea?

El hombre miró con frialdad a la pelirroja y al resto de los niños y jóvenes que rápidamente se escondían detrás de ella.

—No puedo dejarla aquí sola ahora que la he encontrado.

—¿Señor?

—Por favor, suba a su caballo y regrese a la propiedad conmigo.

—No haré tal cosa, estoy bien.

—Señorita, quizá no comprenda, pero es prioritario que la escolte de regreso a la mansión.

—¿Prioritario por qué razón, mi señor?

El hombre parecía enfurecer tras cada réplica, lo cual divertía a Ashlyn, pero aterrorizaba al resto de las personas a su alrededor, quienes la empujaban hacia el caballo sin jinete que pastaba a unos pocos metros de ahí.

El señor Crowel elevó una ceja al momento de ver que esas personas tocaban con tanta libertad a una mujer y esperó a que subiera a su montura para acercarse a ella majestuosamente, montado en aquel corcel de pelo brillante.

—No debe confiar tanto en estas personas, cuando menos piense, le pueden dar la espalda.

—¿Mi señor? —lo miró con una clara faz de extrañeza—. Conozco bien a esta gente y no me harían daño.

—Haga favor de no ser ilusa —dijo con desprecio—. Vamos.

—Y usted haga favor de no ser engreído, ¿Qué le ha hecho esta pobre gente como para qué merezca su desprecio?

La faz de aquel hombre era dura, fría e indescifrable; parecía serlo aún

más al momento de ser cuestionado por Ashlyn.

—¿Regresará ahora?

—Mi señor, es obvio, ha arruinado la diversión y parece que su presencia hela los corazones de estas personas. Sería una maldad de mi parte no alejarlo de ellos.

La joven espoleó su caballo y dejó atrás al caballero que no pudo evitar lanzar una mirada seria y terrorífica a los aldeanos que rápidamente gritaron en medio de una corrida hacia sus casas. El señor Crowel dio por terminado el asunto y se dirigió de regreso a la propiedad, sin ánimos de alcanzar a la mujer que había salvado.

—¿Quién se cree que es ese hombre? —negó Ashlyn, quitándose los guantes con los que había protegido sus manos—. Por Dios, apenas los ve una vez y ya los juzga, ¡qué le pasa!

En ese momento tres gritos le sacaron un susto de muerte a la pelirroja, quien se volvió a tiempo para esquivar una espada de madera que volaba directo hacia su cabeza. Los terroríficos trillizos de su tío habían despertado y jugaban a los mosqueteros, cuento que los traía locos por el momento.

—¡Ey! ¡Diablos! —les gritó ella cuando los niños comenzaron a golpearla con las espadas—. ¡Fuera de aquí moscas!

—¡Es el dragón que tiene custodiado el tesoro! —gritó Nick.

—¡Está escupiendo fuego! ¡Miren allá! —gritó Brand.

—¡Mátenlo! —arremetió Thiago.

—¡Agh! ¡Basta ya! —gritó la joven, comenzando a perseguir a los niños qué rápidamente corrieron por el lugar, lanzando frases defensivas contra el dragón escupe fuego.

—¡Corran! ¡Corran! —gritaba Nick—. ¡Si nos toca nos hará de piedra!

¡Corran!

—¡No los haré piedra! ¡Los haré papilla! —gritaba la chica, pero era tan difícil alcanzarlos como inmovilizarlos, ¡Eran tres, por todos los cielos! Si atrapaba a uno, el otro lo ayudaba.

—Chicos, dejen en paz a Ashlyn —pedía Philip, el mayor de los hijos, siendo este adoptivo de la familia y quien bajaba en ese momento las

escaleras—. Mamá los va a regañar.

—¡Matadla! —gritó Thiago, haciendo caso omiso de Philip.

Ashlyn seguía corriendo detrás de sus primos, persiguiendo a uno hasta la salida hacia el jardín y chocando ambos con el cuerpo fuerte del señor Crowel, quien permaneció de pie y sin inmutarse mientras lanzaba al suelo a Ashlyn y a Brand.

—¡Demonios, es como un gigante! —admiró el trillizo.

La pelirroja dejó salir una carcajada, pero rápidamente tapó su boca y la de Brand.

—Admirable comportamiento —dijo el hombre, elevando su pierna para pasar entre ellos y no golpearlos.

—Uy, se ve que es estirado y aburrido —susurró Thiago, mirando pasar al gigante.

—¿Le hacemos bromas? —sugirió Nick.

—¡No! —gritaron a la vez Philip y Ashlyn.

—Niños, es un invitado de su papá, no pueden deshonrarlo.

—Agh, es tarde, la gente dice que al ser tres, nosotros somos una maldición para la familia —le quitó importancia Thiago.

—Son una maldición en verdad —aceptó Philip, frotándose las sienes, como si le doliera la cabeza.

—Vamos Philip, antes siempre nos ayudabas —se entristeció Brand—.

Ya nunca quieres jugar con nosotros.

—Eso es porque Philip cumplirá quince el año que viene, ya es un hombrecito y ustedes —les dio un zape a los trillizos—. ¿Cómo que un dragón escupe fuego y convierte en piedra?

—¿A que está genial?

—¡No! —les dio otro zape—. Para la próxima eligen un mito u otro, no tiene ningún sentido que combinen así.

Sus cuatro primos menores la siguieron con quejas hacia el comedor, donde el señor Crowel ya estaba tomando una taza de café, pero no

ingería alimentos, parecía esperar por el resto de la familia. Sin embargo, pese a su respeto por los Charpentier y su invitada, la familia pasó por alto su acto considerado y siguió discutiendo sobre dragones y medusa, al menos lo hicieron hasta que la dueña de la casa hizo aparición con una sonrisa tranquila y se hija tomada de la mano, envuelta en un hermoso vestido rosado y una sonrisa perfecta.

—Buenos días.

—¡Buenos días mamá! —saludaron los cuatro niños, tomando sus respectivos lugares en medio de empujones y griterío.

—Buenos días tía —sonrió Ashlyn, tomando asiento junto al invitado de la casa, quien parecía un poco desconcertado.

—Señor Crowel, espero que encontrara sus habitaciones acogedoras y reconfortantes.

—Lo son, señora, gracias por sus consideraciones.

—¿Habitaciones? —Ashlyn frunció el ceño y miró al señor Crowel.

—¿Es que no lo sabes? —Millie se introdujo con una sonrisa—. ¡El príncipe se va a quedar aquí un tiempo!

—No tenía ni la menor idea —dijo sin aire, mirando al caballero que comenzaba a servir un poco de jugo en su vaso.

—¡Señor Príncipe! —gritó Millie sobre el murmullo de la mesa, llamando la atención del caballero, quien sonrió abiertamente hacia ella, sorprendiendo notoriamente a Ashlyn y a su tía—. ¿Será posible que me lleve a cabalgar más tarde?

—Sería para mi un placer.

—Gracias señor Crowel —sonrió Alice—. Lamento esto.

—No es molestia alguna, sobre todo porque están ofreciéndome su generosidad después de lo sucedido.

—¿Qué le ha sucedido? —inquirió Ashlyn.

—¿Es que no lees periódicos Ash? —preguntó Philip—. La casa del señor Crowel fue incendiada a posta.

—¿En verdad? —se sorprendió la pelirroja, tenía que comenzar a concentrarse más en el mundo y menos en libros románticos.

—Ashlyn. —Advirtió su tía y sonrió de nuevo—. Comamos.

Dada la indicación por Alice, la familia y el invitado dieron inicio al desayuno que rápidamente se tornó en desastre. Era de esperarse teniendo a unos trillizos, un chico que pretendía ser mayor con tendencia a ser un niño gracias a sus hermanos y una niña enamorada.

Estaba por demás decir que era normal que se metieran por debajo de la mesa a jalar la ropa, amarrar agujetas de un zapato y otro, colocar animalejos en los bolsillos o poner comida sobre los zapatos.

Pese a todo, el señor Crowel parecía hacer uso de toda la paciencia que Dios le había brindado y no decía nada ante los constantes escrutinios que los niños hacían a su persona. Ashlyn los había visto medir los pies del hombre, pararse junto a él y medirse a comparación y ponérsele en frente a la cara, mirando fijamente a los ojos del hombre mayor, quien simplemente dejaba de lado su comida y los miraba con seriedad hasta que se cansaban de él.

—Niños, hagan favor de dejar en paz al señor Crowel. —Pidió la madre cuando Millie desacomodó el cabello perfectamente peinado del señor Crowel y lo comparaba con el largo del suyo propio—. Es un invitado de esta casa y esta casa no es un laboratorio.

—¡Lo siento mami! —los trillizos y Millie se sentaron en sus lugares, pero comparaban los datos recopilados entre ellos.

—Pueden ser un poco intensos con sus ideas. —Excusó Ashlyn.

—No tengo problema con los niños.

—¿No? —lo miró sorprendida.

El hombre dejó de lado su café y la miró con una ceja levantada y una mirada helada.

—¿Por qué la sorpresa?

—Nada, lo siento —ella se volvió hacia el plato que tenía enfrente y dejó salir una risita que pareció fastidiarlo.

—Si tiene algo que decir, mejor dígalo.

—Bueno, siendo un hombre como lo es usted, no pensé que los niños no llegaran a fastidiarlo.

—Me fastidian, pero puedo soportarlo —dijo sin más.

—Claro —pronunció con sarcasmo.

—Puedo comprender el comportamiento errático de un niño, pero no el de un adulto —la miró con dureza—. Y, si no lo ha notado, señorita, usted es una adulta.

—Pero ¡qué ofensa! —sonrió—. Si apenas soy una chiquilla.

—Sí, en su comportamiento lo es —el hombre se puso en pie y dejó de lado su café—. Gracias mi señora, por tan delicioso desayuno, he de disculparme por mi pronta salida.

—No es problema, señor, comprendemos que es un hombre ocupado, así como esperamos que comprenda la ausencia de mi marido por las mismas razones.

—No hace falta una disculpa por ello, señora —se inclinó y salió del comedor con aquel aire de superioridad que parecía cargarse.

Ashlyn rodó los ojos e imitó algunas de sus palabras con voz de burla y miró a su tía con fastidio.

—Entiendo lo que dicen las malas lenguas ahora.

—¡A nosotros nos agrada! —gritaron los trillizos.

—Es tan guapo… —sonrió Millie.

—En cuanto llegue su padre, hablaremos de su comportamiento, los tres están castigados, Millie con la señora Lockard y Philip, es hora de tus lecciones.

—Sí madre —el mayor besó la mejilla de su madre y salió para atender sus labores del día.

—En cuanto a ustedes tres, arriba, rápido. Su tutor también los está esperando y si le hacen otra jugarreta, les juro que se quedarán encerrados en su habitación por el resto de sus días.

—¡Mamá!

La madre los amenazó con la mirada y los niños se fueron resignados y advertidos. Lo cual seguro no impediría sus diabluras, pero era admirable que la tía de Ashlyn lo siguiera intentando.

—Así que… ¿ahora no lo soportas?, pensé que el enamoramiento duraría más tiempo —sonrió Alice hacia su sobrina.

La pelirroja se resbaló en su asiento y negó molesta.

—¡Agh! Tan sólo hace un rato me separó de los aldeanos con los que estaba jugando. —Chasqueó la lengua con fuerza—. Fue tan… horrible con ellos. Jamás pensé que fuera un hombre clasista, pero parece ser que sí.

—Oh —la mujer bajó su mirada—. Creo que en eso puedo justificarlo, entiendo su preocupación.

—¿Preocupación?

—Bueno, cariño, ¿Qué no te he dicho lo de su hermana?

—¿Sobre que la perdió y se siente culpable por sobrevivir?

—Sí. —Su tía negó tristemente—. Se dice que su hermana menor fue secuestrada, abusada y asesinada por la gente de su propia casa.

Ashlyn jaló aire, impresionándose por tal información y sintiendo un revolcón poco placentero en su estomago, provocándole náuseas.

—Yo… creo que ahora entiendo su actuar —susurró—. ¡Pero no puede juzgar así a todas las personas!

—Cariño, no puedes exigir eso, no hace mucho que todo esto sucedió, es normal que tenga resentimientos.

—Creo que yo también puedo ser perjuiciosa. —La joven se reprochó y miró a su tía—. ¿Tengo que disculparme?

—Sólo si lo deseas.

—¿Y si no?

—Bueno, no puedo obligarte.

Ashlyn amaba a su tía por las libertades que le daba, pero sabía lo que su padre le diría si acaso estuviera ahí con ella. Más bien, le exigiría que pidiera una disculpa al señor Crowel, quien parecía haberse preocupado por ella al verla en ese lugar y tan indefensa, al menos al parecer del hombre.

Suspiró. No le gustaba para nada pedir disculpas, sobre todo cuando se sentía molesta por algo que ella pensaba.

La reacción del hombre había estado justificada, comprendía que no

soportara la idea de que otra mujer sufriera la misma suerte que su hermana estando él tan cerca nuevamente.

Pero nada le daba derecho a tratar mal a las personas.

Tendría que encontrar la manera de decir: “lo siento, no sabía, pero eres un idiota” sin decirlo en realidad.

Capítulo 7

Ashlyn no se había vuelto a topar con el señor Crowel en unos días, incluso aunque era obvio que ambos salían a montar a la misma hora y regresaban casi al mismo tiempo, parecía ser que había una fuerza que los hacía no encontrarse, a la cual Ashlyn le llamaba suerte, porque así no había tenido qué disculparse.

El caso era que su tía seguía exigiéndoselo cada vez que tenían una comida juntos, pero para ella, ese lugar no era el más indicado para pedir disculpas, así que ambos se dedicaban a ignorarse durante ese tiempo en el que debían estar sentados uno junto al otro y, para cuando terminaban, el señor Crowel agradecía la comida y se marchaba sin decir más.

Pero esa noche, después de una cena en la que el tío William supo disimular su falta de simpatía por el hombre al entablar una larga conversación con él, hubo la necesidad de pasar a un saloncito para atender a otros cuantos invitados de la casa.

Ashlyn sabía que era en ese momento cuando debía pedir las disculpas, pero por alguna razón, ella permanecía en el extremo más alejado de aquel hombre. Si él se movía un paso hacia ella, por el motivo que fuera, Ashlyn se alejaba.

—Querida, ¿Por qué no traes tus cartas y jugamos una partida? —incitó la señora Moreau—. Quizá ahora tengamos más suerte.

—Por supuesto, señora, será un placer.

Ashlyn agradeció la distracción y rápidamente fue hacia una caja donde sus tíos guardaban las cartas y las llevó a la mesa especial que había en aquel salón, donde la señora Moreau esperaba junto con su tía, otra mujer y, deteniendo sus pasos, vio como el señor Crowel tomaba asiento también, dejándola petrificada en su lugar.

—Señor Crowel, había dicho que no era fanático de las cartas.

—No lo soy —aseguró el hombre—, pero me pareció interesante jugar en esta partida.

—¿En serio? —la insinuación en la voz de la señora Dubois era más que obvia, sobre todo porque la dama había regresado una mirada y una sonrisa hacia la joven que seguía sin poderse mover—¿Y bien, señorita Collingwood? ¿No tiene ganas de jugar?

Ashlyn meneó la cabeza y sonrió, terminando de acercarse y sacando las cartas para comenzar a barajarlas, sabiéndose observada por el hombre que se había sentado justo enfrente de su asiento, volviendo todo más incómodo.

Las apuestas y el juego comenzaron, Ashlyn no podía concentrarse del todo, puesto que era más que obvio que el señor Crowel buscaba ponerla nerviosa y las mujeres sentadas en la mesa no le hacían ningún favor al sacar a relucir dones que ciertamente Ashlyn no creía poseer, era como si aquellas mujeres se hubiesen tomado la tarea de emparejarla con ese hombre.

—¡No lo puedo creer! —gritó la señora Moreau—. ¡Jamás había visto perder a la señorita Collingwood!

Ashlyn estaba furiosa, era verdad, nadie la había visto, al menos hasta que ese hombre apareció en su vida, era una completa humillación. Había jurado jamás perder contra un hombre, había sido su deseo tener una racha impecable y ganadora hasta dejar avergonzados a todos esos petulantes del género masculino.

—Pero señor Crowel, en verdad es bueno en las cartas.

—Fue divertido compartir mesa con ustedes —asintió.

—Es usted afortunado, tiene tanta suerte como la señorita Collingwood, al menos, antes así era —dijo la señora Dubois.

—No lo dudo —el señor Crowel miró a Ashlyn con satisfacción y elevó una ceja—. Aunque este juego también se trata de habilidad, por si la suerte falla, claro.

—Ha sido una buena partida —aseguró la joven.

—Lamento decirlo querida, pero creo que hasta he sentido satisfacción de que no seas tú quien se lleva mi dinero esta noche.

Ashlyn se mostró ofendida, pero logró disimular una sonrisa y fingió ir a guardar las cartas a la caja dónde sus tíos las tenían. Debió tardar más de lo esperado, porque de pronto sintió detrás de ella la presencia de alguien.

—Lamento ganarle en su propio juego de nuevo.

—La suerte jugó a su favor, señor, no hay problema alguno con perder de vez en cuando.

—A lo que sé, usted nunca pierde.

—Perdí ahora y no hay más que decir.

—En verdad que es mala perdedora —asintió el hombre, colocando su espalda sobre la pared cercana—. ¿Qué es lo que le desagrada tanto?

¿Perder en el juego o contra mí?

Ashlyn lo miró con una sonrisa fingida y negó un par de veces.

—En verdad que es engreído.

—Sí, lo soy.

—¿No le avergüenza? Es un defecto, ¿lo sabía?

—¿Lo es?

—Sí, suele caer mal a la gente debido a ello.

—Mejor, no me agrada mucho la gente —aceptó.

—¿En verdad? Bueno, se ha esforzado mucho para que sea algo recíproco —dijo la joven, arrepintiéndose por haberlo dicho.

—Si, me ha costado más trabajo del que debería, incluso he sido grosero en ocasiones y aún así no se dan por vencidos.

Ella lo miró con sorpresa, negando con la cabeza y cruzándose de brazos, parecía molesta y quizá algo desilusionada.

—¿Qué gana con ser así?

—¿Ganar? —sonrió—. No gano nada, son ellos los que ganan cuando buscan mi condición. ¿Crees que los aduladores vienen sólo porque les caigo bien? No, vienen porque necesitan algo de mí y están dispuestos

a soportar cualquier cosa con tal de conseguirlo.

—¿Y no le parece deshonroso jugar con ello?

—Para nada, han fingido muchas veces ser mis amigos, cuando en realidad sólo tienen un interés financiero —miró hacia la sociedad aglomerada en la casa de los Charpentier—. Prefiero la honestidad a una fingida cordialidad.

—¿Por qué ha decidido quedarse en esta casa entonces? A lo que sé, puede pagar por una habitación en un hotel de lujo.

—Puedo, pero me agrada tu tío.

—¿En verdad? A él no le agrada usted.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué…?

—Él es educado, pero no finge que le agrado, no me busca la condición, simplemente es un buen anfitrión y aceptó que me quedara con él cuando se le sugirió por el señor Asher Aigrefeullie.

—¿No piensa que incómoda?

—Quizá, pero me parece una bocanada de aire fresco.

—Ya veo, está usted amargado.

—No sabe cuanto —aceptó el hombre.

Ella lo miró con sorpresa y bajó la cabeza.

—Yo… le debo una disculpa, señor.

—¿En verdad? —la miró con su acostumbrada seriedad—. ¿Por qué razón debería pedirme disculpas?

—Mi tía me platicó sobre… sobre lo que sucedió con su hermana y yo fui torpe el otro día.

—No lo sabía, por lo tanto, no me debía nada —el hombre se separó de ella—. Si me disculpa, es momento de que me retire.

Ella caminó detrás de él por unos pasos, para después llamarlo.

—Señor —el hombre se detuvo, pero no se volvió—. ¿Por qué fue a buscarme la condición ahora?

—Porque parecía que tenía algo qué decirme, se lo había guardado por días —dijo él—. Le facilité las cosas.

Entonces el hombre se retiró. En verdad que era extraño, pero en cuanto su presencia se esfumó del lugar, todos los demás parecieron relajarse, incluso ella se sentía con un peso menos. Miró a su tía y fue a sentarse junto a ella con una sonrisa, contándole que ya había pedido disculpas y todo estaba bien entre ellos.

Por alguna extraña razón, el hablar con él y dejar las cosas claras le había traído tranquilidad y la hacía sentir nuevamente atraída a él. Aunque quizá, jamás dejó de sentirse así.

Capítulo 8

Carson Crowel entró a su habitación en la casa de los Charpentier y cerró los ojos, colocando su espalda contra la puerta y tratando de contener el grito que deseaba salir desde su garganta. El hablar de su hermana siempre le causaba la misma sensación de impotencia, las mismas ganas de matar a alguien o de vomitar.

Se concentró en su respiración, tratando de calmarse y buscando alejar los malos recuerdos de su cabeza. Abrió los ojos, mirando hacia el techo con pinturas al fresco, su mente se distrajo rápidamente en ello, relajándolo poco a poco hasta que las náuseas pasaron y pudo respirar con normalidad.

Se separó de aquella puerta y fue al balcón que tenía la habitación, necesitaba aire fresco y algo de paz que le brindaría la oscuridad de la noche. Pero en lugar de encontrar silencio y claridad mental, escuchó las risas de una mujer y vio cómo una conocida pelirroja salía de la casa, internándose en la oscuridad en una completa soledad.

—Maldición.

Ya era algo que no podía evitar, no podía dejar que alguien le hiciera daño a esa mujer, no lo permitiría como lo permitió con su hermana, su dulce hermana que había sido llevada contra su voluntad y la había perdido, la perdió por un descuido.

Su madre jamás se había recuperado y su padre se sumió en un casi

completo mutismo, del cual nadie pudo sacarlo, ni siquiera él mismo. No quería ver sufrir a nadie de esa manera, no quería que nadie compartiera los horrores que era sufrir algo así y las secuelas que él conocía tan bien.

Bajó las escaleras de la casa prácticamente corriendo y salió hacia el jardín, siguiendo la dirección que había visto tomar a la joven Collingwood.

Esperando encontrarla sana y salva. No tenía idea lo que esa señorita tenía en la cabeza, pero estaba rozando con lo que resultaba soportable, al menos para él.

Carson rebuscó en la oscuridad del jardín, pensando en el lugar dónde una mujer como Ashlyn podría esconderse. Dudaba que fuera a buscar a sus amigos los aldeanos, así que tenía que estar en otra parte y haciendo otra cosa. Quizá estuviera encontrándose a escondidas con algún enamorado, lo cual sería un escandalo y algo en lo que él no debía meterse.

Repentinamente, el hombre tropezó, casi yendo a parar al suelo si no fuera porque logró tomarse de un farol cercano.

—¡Ay! ¡Qué distraído! —se escuchó la voz molesta de la joven.

Carson volvió la mirada hacia la chica que se levantaba del suelo con molestia y limpiaba sus ropas.

—Señorita, ¿me puede decir qué hacía?

—Yo… —ella se movió incómoda de un lado a otro—. Nada.

—¿Esperaba a alguien?

—¡Claro que no! —dijo ofendida—. Yo no tengo nada que ver con ningún hombre.

—No encuentro otra explicación a su comportamiento —la miró de arriba hacia abajo—. Tendré que reportarlo a su tío.

—¡No! —la joven tomó la mano de Carson y este la miró con extrañeza y se soltó de inmediato—. Lo siento, pero deje que le explique antes de que provoque que mi tío me mande de regreso a Inglaterra y no me vuelva a invitar en su vida.

El hombre la miró con una mueca de desgana y se cruzó de brazos,

tratando de impedir que ella lo volviese a tocar de forma poco escrupulosa, como lo había hecho antes.

—Hable entonces.

Ella suspiró aliviada.

—¿Ve eso? —apuntó hacia el cielo.

—¿La luna? —el hombre frunció el ceño.

—Luna llena, señor, siendo específicos.

—Ajá, ¿Eso qué tiene?

—Bueno, sé que puede sonar un poco tonto, pero es el día en el que…

—ella bajó la cabeza y maldijo a lo bajo—. Es el día en el que se deben hacer rituales.

—¿Qué? ¿Nuevamente? Pensé que era juego de un día. —El ceño de Carson se frunció y la miró con extrañeza—. ¿Me dice que cree en dioses paganos o algo así?

—No, no —ella levantó las manos—. Lo siento, se ha malentendido completamente lo que trataba de explicar.

—Dese prisa en corregirse, cada vez me siento más tentado en ir con su tío y dar aviso de estas locuras.

—¡Bien! —ella se exasperó—. Resulta que es en estos momentos cuando se cree que se pueden pedir deseos y eso era lo que yo hacía: pedía un deseo.

—Sigo sin comprenderla.

—No tiene por qué entenderlo, señor —lo miró suplicante—. Tan sólo he de decir que debía salir a estas horas, admirar la luna y pedir el deseo que ahonda mi corazón.

—Me sigue sonando a una extrañeza esotérica.

—¿Me haría favor de guardar el secreto de que he salido?

Carson la miró detenidamente, ella en verdad parecía preocupada por que mantuviera sus labios cerrados, al menos le alegraba saber que William Charpentier tenía esa clase de reacción sobre ella, quería

decir que lo respetaba o al menos le tenía el suficiente miedo como para no volver a cometer una estupidez como la que había hecho esa noche.

—Con una condición.

—Lo que sea, lo que usted quiera.

—No vuelva a salir de noche sola.

—Oh, señor, lo juro —dijo alegre—. Gracias, gracias.

Carson asintió y extendió un brazo con la palma hacia arriba, apuntando hacia la propiedad, indicando a la mujer que caminara por enfrente de él para introducirse a la mansión. Notó la complicación de la joven y la observó atento y curioso cuando ella volvía a agacharse, colocando más tierra sobre lo que fuera que hubiese escondido en el suelo, después, plantó una flor en su lugar y por último la besó y se puso en pie.

—Será cruel que, cuando deseé sacar su secreto, la flor sea destruida —

observó el hombre.

—Oh, si se cumple mi deseo, no habrá razón de destruirla.

—¿Quedará su secreto entre la tierra de la casa de su tío?

—Tengo la esperanza de que los minerales de la misma deshagan todo atisbo de ella con el tiempo.

—Y si no se cumpliera su deseo, ¿para qué destruir la planta? Si de todas formas lo que hay debajo de ella será consumido.

—Sería un triste recordatorio para mí el verla crecer sobre algo que jamás se cumplió.

El hombre asintió aún sin comprender aquella forma de pensar, pero no la podía criticar, cada quién podía pensar lo que quisiese y, si ella creía que saliendo en medio de la noche a enterrar algo en la tierra ayudaría, ¿quién era él para negárselo? Quizá hasta fuera mejor dejar todas las esperanzas en manos de la naturaleza en lugar de la de un ser supremo.

Si acaso existía tal ser, se había encargado de hacerle muchísimo daño a él y a toda su familia, sobre todo a su hermana. Cerró los ojos y miró

hacia el cielo estrellado, dejando que la luz de la luna ocultara la forma en la que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Señor? —su voz suave lo regresó de golpe a la realidad.

—Vamos, es hora de irnos.

Ella asintió y caminó por delante de él, no volvió el rostro hacia él ni una sola vez, mantuvo sus manos juntas por delante de su cuerpo y casi podía sentir que agachaba la cabeza, como cuando era niña y su padre la regañaba. Logró causarle un poco de risa, pero no dejó salir sonido, aún pendía de un hilo de que ese hombre la delatara.

—Gracias por su preocupación, señor —se volvió hacia él cuando subieron los escalones que los llevaban de regreso a la propiedad—.

Cumpliré mi promesa.

—Eso espero yo, por su propio bien.

Ella asintió un par de veces y subió corriendo las escaleras. Carson se quedó parado por un buen rato en el lugar y suspiró, volviéndose hacia la puerta que dirigía al jardín y admirando la luna llena y su belleza. No recordaba la última vez que él se hubiese puesto a admirar la naturaleza, pero ahora que se tomaba el tiempo, era en realidad hermosa; desde lo sucedido con su hermana, todo color, todo sabor y todo atisbo de cariño, se había borrado de sus sentidos y de su alma. Por primera vez volvía a sentir la ráfaga del viento que traía consigo el olor primaveral.

Miró a lo lejos, admirando la pequeña flor que yacía en medio de un tumulto de tierra que había sido puesta presurosamente, estaba muy mal plantada, Carson sabía que moriría si no tenía el adecuado trasplante y algo en la actitud de la joven le hacía pensar que lo que fuese que hubiese abajo, era algo de suma importancia.

—Maldición. Qué maldito estúpido soy.

El hombre caminó lentamente hacia el lugar donde había encontrado a la señorita Ashlyn Collingwood plantando aquella pequeña flor blanca. Miró sin expresión o sentimiento hacia aquel lugar, la planta incluso había caído desmayada, con la languidez suficiente cómo para morir esa misma noche.

Carson levantó un poco su pantalón y se inclinó, quitando aquella flor que salió sin renuencia de la tierra con todo y sus raíces mal

plantadas. La dejó de lado y cavó un poco para que tuviera la profundidad adecuada para mantenerla erguida, pero sin intentar encontrar lo que fuese que la señorita Collingwood escondió debajo.

Cuando el trabajo estuvo bien hecho y la flor se erguía con pomposidad y hasta con alegría, Carson dio el visto bueno y se marchó, esperando que el deseo de la loca señorita se cumpliera tras haber sido tomado en cuenta por manos más cuidadosas en su ritual perpetrado por él mismo.

Ashlyn sonrió desde el balcón que daba justo hacia su flor, sorprendiéndose de que el señor Crowel tuviera el cuidado y el corazón para volver y plantar adecuadamente la flor de sus sueños, pero sin inmiscuirse en ellos.

Por una milésima de segundo, cuando ella había salido a ver si todo estaba bien con su flor y notando que esta se había caído sin fuerza suficiente para mantenerse en pie, quiso romper su promesa e ir a revitalizarla, pero entonces, el cuerpo grande y fuerte del hombre que la había obligado a entrar se hizo presente, quitando la flor y dejándola de lado.

Estuvo a punto de gritarle, de hecho, casi se cae del balcón cuando lo vio cavar, por un momento pensó que sería tan falto de honor y decoro que había ido a buscar lo que ella escondió con el corazón puesto en ello. Sin embargo, algo la detuvo, quizá Dios o el sentido común, dándose cuenta que él no buscaba nada y en cambio tomaba la flor y la colocaba adecuadamente en su lugar.

Su corazón dio un brinco en su pecho, provocando que ella llevase una mano hacia la zona y colocara su palma como impedimento para que su órgano se saliese de lugar. Tomó una larga respiración que salió transformado en suspiro.

—Peligro —se dijo con una sonrisa—. Esto ya es peligroso.

Capítulo 9

Ashlyn se encontraba en el balcón de su recámara, mirando soñadoramente hacia la flor que el señor Crowel se había encargado en colocar adecuadamente sobre la tierra. Sonrió. No lo quería admitir, pero desde aquel día, ella salía al balcón cada que tenía oportunidad para ver aquella flor blanca pavonearse ante el aire primaveral de París. Podía durar horas y horas haciéndolo, pero más

que mirarla, en realidad le traía el recuerdo de aquel hombre que la había colocado adecuadamente en su posición.

La joven se volvió a su habitación y siguió empacando vestidos, joyería y demás indumentaria necesaria para los días que estarían fuera de París.

Hacía unos días su tío les había comunicado que tendrían que atender la invitación hecha por los Parrel, la cual constaba de poco más de una semana de festividades en su casa fuera de la ciudad, ubicada en Reims. Habría que tomar un tren para llegar y estaba por demás decir que eso sería difícil si se tomaba en cuenta que había cinco niños de por medio.

Dio su tarea por terminada y cerró ella misma todas las valijas que se llevaría, según lo que su tía tenía previsto, saldrían antes de las doce del día para tomar el tren y llegarían en unas horas a Reims.

—Buenos días señorita Collingwood —la asustó de pronto el señor Crowel, quien caminaba a su lado para ir al comedor.

—Buenos días —sonrió la joven—. ¿Está listo para toda una semana de interacción social?

—Supongo que se burla de mí —la miró sin un atisbo de sonrisa o gesticulación en su rostro, pero Ashlyn sabía que se encontraba divertido, por alguna razón lo intuía—. Le aseguro que sé estar en sociedad, señorita.

—No lo dudo, pero estoy casi segura que le disgusta.

—En realidad no, me agrada la charlatanería de una buena velada, ciertamente no soy dado a hablar, pero lo disfruto.

—¿Le gusta ver el deterioro de la sociedad mientras lentamente cae en la desgracia venida de la mano por los excedentes de alcohol?

—Bueno, es una de las cosas que me gustan.

Ella dejó salir una ligera risotada y lo miró con diversión.

—Supongo que otra de las cosas que le gustan es ver a todas esas doncellas que discretamente le lanzan miradas llenas de coquetería.

—¿Coquetería? No, no lo creo, al menos no conmigo —abrió la puerta del comedor para ella—. Creo que las doncellas suelen tenerme más

miedo que cariño.

—Eso es porque tiene una mirada de espanto, señor, pero si gusta, puedo hacerlo entrar en el juego.

—No, gracias. Prefiero seguir en mi anonimato.

Ella asintió, elevando sus comisuras sólo de un lado, dibujando una sonrisa sin dientes. Más como una burla.

—Entonces se aburrirá muchísimo, he escuchado decir que usted ni siquiera toma alcohol.

—Ha escuchado mentiras, en ese caso.

—¿En verdad? —tomó asiento en la silla que él había apartado caballerosamente para ella—. Me alegra saber que al menos tiene ese vicio, señor, no puede usted ser tan respetable en todos los aspectos.

—No diría que es un vicio, pero bebo lo suficiente.

Ambos callaron cuando el resto de la familia llegó al comedor en medio del desastre usual y prosiguieron con un desayuno en el que apenas cruzaban palabra. No era que fuera de ese comedor ellos tuvieran largas conversaciones, pero al menos podían charlar livianamente, como lo habían hecho hace unos momentos.

Pese a que el señor Crowel no era especialmente afecto a estar con nadie, Alice Charpentier podía decir que lograba ver al hombre en un estado de tranquilidad y hasta cierta comodidad con su sobrina, la cual relucía cada vez que el caballero en cuestión le ponía atención suficiente como para que fuera notorio que tenía una preferencia poco común en ella.

—Señor Crowel, supongo que usted irá en el mismo tren que nosotros esta tarde —inicio Alice—. ¿Sería para usted una molestia hacerle compañía en el trayecto a mi querida Ashlyn?

—Iré en el mismo tren, señora y para mí sería un placer tener compañía en el viaje.

—Gracias, sucede que no podremos ponerles la atención que se merecen al llevar a los niños. Usted comprende ¿Verdad, señor?

—Por supuesto.

Ashlyn dirigió una mirada de advertencia hacia su tía, era más que

obvio lo que había hecho y sólo lograba avergonzarla.

—Bien, chicos —llegó de pronto William Charpentier mirando su reloj de bolsillo—. Necesito que bajen sus valijas en menos de diez minutos.

¡Ahora! ¡Ya! ¡Corran!

Los niños sonrieron y corrieron hacia la salida, comprendiendo la jugarreta de su padre y atendiéndola con gusto.

—Querido, mira el desastre que has desatado —se puso en pie Alice, yendo por las escaleras por donde los niños se jaloneaban.

—Ashlyn, maleta de mano abajo en cinco minutos, ya están subiendo tus cosas —indicó su tío.

—Sí, tío.

—Señor Crowel —asintió William—. Dejo a su disposición a mis mozos por si gusta que hagan algo.

—Gracias señor, he de tomarle la palabra.

Ashlyn vio salir a su tío y se puso en pie, cuando su tío decía que en diez minutos los quería abajo, no mentía, era un hombre puntual y no aceptaba tardanzas de nadie.

—Debería tomar en cuenta lo del tiempo —indicó Ashlyn al notar que el señor Crowel se quedaba atrás para terminar su café.

—Estaré listo, señorita, no ha de preocuparse, tendrá mi compañía en el camino.

Ashlyn se sonrojó visiblemente y por ello salió huyendo del lugar. Ella sólo quería ser amable y le salía con tonterías ¡Dios!

A eso de las doce, la familia Charpentier más sus dos visitantes estaban en la estación del tren, intentando que los niños no corrieran hacia las vías del tren o hacia las personas que intentaban abordar. Para ese momento cada uno de los adultos había logrado capturar la mano de uno de los niños y se esforzaba por no dejarlo libre.

Incluso el señor Crowel había ayudado en la tarea y mantenía entretenido a Nick y Millie con algún truco que parecía mantener al niño impresionado y sin quererse mover de su lado.

—Parece que le agradan los niños, ¿verdad querida?

Ashlyn dio un salto y miró a su tía.

—Oh, por favor, tía, deja de hacerme renegar con el tema.

—Has sido tú la que no ha podido quitarle la vista de encima.

—¡Yo quiero ir con el señor Crowel! —se quejó Brand, quien estaba tomado de la mano de Ashlyn.

—El señor Crowel está con Nick y Millie, tú te quedas conmigo —

ordenó la joven pelirroja.

—¡Pero ellos se ven tan divertidos! —se quejó Thiago que era sostenido por su madre.

—¡Vamos allá Ashlyn! —lloriqueó Brand.

—Tranquilos, su padre y Philip estarán por volver con los pases de abordar —sonrió con calma la madre.

Pasaron unos minutos más en lo que todos tuvieron sus pases y subieron al tren. Ashlyn miró detenidamente el largo pasillo alfombrado de azul rey, parecía una alfombra vieja pero limpia; las ventanas estaban flanqueadas por cortinas del mismo color que de momento se encontraban abiertas; los asientos eran de piel y estaban hechos para que dos personas pudieran sentarse una junto a otra, sin ningún tipo de separación y con un asiento enfrente, haciendo que los espacios estuvieran designados para cuatro personas con una única mesa como separación.

La familia Charpentier se hizo con el primer compartimiento de cuatro que se encontraron vacío, sentándose los tíos de Ashlyn en un asiento, dejando a los niños en el de enfrente, empujándose por quedar del lado de la ventana.

Ashlyn miró a su tía pidiendo misericordia, sentía tantos nervios al tener que viajar sentada junto al señor Crowel que creía que vomitaría en cualquier momento.

—Aquí hay dos lugares. —El señor Crowel la tomó con delicadeza del codo y la dirigió hacia los espacios vacíos, cediéndole el lado de la ventana.

Ashlyn se sentó y removió en su asiento con incomodidad, rezando por que nadie llegara y se sentara en el asiento de enfrente para ser

capaz de cambiarse. Lastimosamente, justo cuando el señor Crowel terminaba de subir las maletas de mano, una pareja joven y muy enamorada tomó asiento en el espacio disponible frente a ellos y sonrieron, esas sonrisas eran más incandescentes que el mismo sol.

—Buen día —dijo la mujer en cuestión, adelantándose un poco para quedar más cerca—. ¿También son recién casados?

Carson y Ashlyn se miraron, pero fue ella quién contestó negativamente a la pregunta, poniéndose inmediatamente nerviosa, notando como el hombre a su lado no parecía tomarle importancia a la pregunta de la mujer, ni tampoco a la respuesta dada por ella.

—Oh, pero si hacen una pareja tan… no sé, impresionante, tienen un porte que me parece increíble, parecieran tallados a mano.

—Gina, por favor, no incordies —pidió el marido a su lado.

—No lo hago —susurró la joven con una sonrisa traviesa—. Nosotros nos hemos escapado, mi padre no quería que me casara con Darren, pero no he podido matar el amor que siento por él.

Ashlyn sonrió ante la lengua suelta de la joven.

—Me parece muy romántico —aquella aportación logró llamar la atención del señor Crowel, quien parecía reprobar la conducta. Ashlyn ignoró aquella dura mirada y continuó—. ¿Qué harán ahora con sus vidas?

—¡No tenemos ni la menor idea! —sonrió la joven—. ¿No es acaso tonto? Creo que no lo pensamos bien.

—No me digan —susurró sarcásticamente el señor Crowel, quien leía el periódico, escudándose de esa manera de la pareja de melosos.

—Seguro algo saldrá.

Ashlyn le lanzó una mirada de advertencia que quedó escondida tras el periódico y sonrió de nuevo a la mujer enamorada. El señor Crowel había hablado lo suficientemente bajo como para que ellos no lo escucharan, pero no quería una indiscreción más.

—Hemos gastado nuestros ahorros en este viaje, justo ahora no sabemos lo que haremos, pero creo que, si nos tenemos el uno al otro, podremos salir adelante en lo que sea que se…

—¡Oh, por favor! —negó el señor Crowel, bajando su periódico—. No, las cosas no son románticas todo el tiempo, bien por ustedes por tomar el valor de hacer lo que querían, pero no pensaron las cosas correctamente.

—Señor Crowel, por favor —pidió Ashlyn.

—Ahora están atrapados en la vida real, por lo que veo, eras alguien con dinero —apuntó a la jovencita y después miró al asustado hombre — y tú has de ser un buen empleado, pero te has quedado sin trabajo y recomendaciones.

—¡Señor! —Ashlyn le tomó del brazo con fuerza, llamándole la atención y pidiéndole que se detuviera.

Carson miró los ojos azules de la mujer frente a él, parecía sumamente apenada y quizá algo furiosa por sus palabras.

—Tiene razón —dijo el hombre, provocando que ambos volviesen la mirada—. Señor, tiene razón, no he pensado las cosas y ahora estoy atrapado sin saber qué hacer.

—Darren… —se asombró la joven a su lado.

Ahora el chico se veía realmente abatido, de hecho, quizá desde que se sentaron tenía la misma actitud, pero con la felicidad resuelta que portaba la hermosa mujer, su dolencia había sido pasado a segundo plano para Ashlyn.

—¿Qué hacías antes en tu trabajo? —pidió Carson.

—El señor me estaba enseñando a llevar la contabilidad.

—Me sorprende —asintió el señor Crowel—. Quizá pueda hacer algo por ti en París.

—¿Mi señor?

—¿Dices que sabes hacer cuentas?

—Sí, mi señor, él es maravilloso en verdad —se introdujo Gina.

—Bien, estoy contratando gente y puede que tenga algo para ti.

Ashlyn volvió una mirada impregnada en impresión.

—Mi señor, se lo agradecería, ¿Dónde he de presentarme?

—Los bancos Crowel.

El hombre empalideció y abrió los ojos como platos.

—¿Los bancos Crowel, mi señor? —negó—. Tengo entendido que el dueño de los bancos no permite que cualquiera trabaje ahí, yo ni siquiera tengo ropas que sean presentables para ese lugar.

—Es verdad, es un hombre exigente, pero sabe apreciar la valía de las personas, no temas por ello.

El hombre parecía en verdad conmocionado y dubitativo.

—Lo harás, ¿Verdad Darren? Iras —pidió la joven—. Este señor parece conocer el banco, seguro ayudará. ¿Lo hará mi señor?

Carson simplemente cerró los ojos y asintió.

—Aún así —el hombre seguía en medio de sus vacilaciones—. Sigo sin ser presentable para ello, ¡Dios! Tiene razón, no pensé.

—Darren, todo saldará bien —la joven Gina tocó la mano de su amado con cariño.

—¿Me disculpan un momento? —el hombre se puso en pie y salió del lugar, siendo inmediatamente seguido por Gina.

Ashlyn empatizó en demasía con la aflicción de aquel hombre, habían hecho todo por amor y eso no se merecía terminar mal. Sintió que su alma se calentaba al completo al momento de sacar las cartas que traía en su bolso de mano y miró al señor Crowel con la determinación plasmada en su mirada.

—¿Jugaría conmigo, señor?

—¿En verdad, señorita?

—¿Tiene miedo de perder?

—No en esta vida —apuntó la baraja con la mirada—. Reparta.

Se enfrascaron en un juego con las apuestas cada vez más elevadas, Ashlyn sentía la sangre correr por sus venas, si ganaba esa partida, seguro podría sacarle el dinero suficiente al señor Crowel como para que la pareja tuviera suficiente para regresar a París, rentar una habitación e incluso comprar ropa presentable para el hombre recién casado.

Ashlyn sabía que debía conservar la calma, pero le era imposible no mover sus dedos con desesperación mientras el hombre frente a ella se movía con plausible calma.

—Gané… —dijo la joven con impresión—. ¡Gané! ¡Le gané! Oh Dios mío, ¡Le gané!

Carson asintió lentamente y sacó el dinero que le debía de su billetera, tendiéndoselo con tranquilidad.

—¿Qué hará con el dinero de su victoria, señorita? —la miró penetrantemente, él sabía perfectamente lo que haría.

—Yo… de hecho, tengo que ir al tocador.

—Me imagino que sí.

Ella lo miró con molestia y se puso en pie, pidiendo que se moviera para que pudiera salir. El señor Crowel disimuló una pequeñísima sonrisa y se puso en pie, viéndola dirigirse hacia donde la pareja estaba discutiendo.

Cuando regresó, lo hizo sin el dinero y con una cara de felicidad que Carson no pasó por alto, negó lentamente mientras la dejaba pasar a su asiento y ambos se sentaron de nuevo.

—Ahora comprobaremos algo, señorita.

—¿De qué habla?

—De la fe que le puede o no depositar a las personas —la miró detenidamente—. Si ese hombre se presenta a trabajar como se estableció, usted tendrá la razón, pero si no, la tendré yo.

Ella entrecerró los ojos y se sorprendió al comprender algo.

—Se dejó ganar, ¿verdad?

—Nunca lo sabremos.

—Incluso le ha ofrecido trabajo en el banco.

—Aún tiene que ganarse el puesto, no es como si se lo estuviera regalando —se cruzó de brazos.

Ashlyn se volvió hacia la ventana y sonrió al camino que pasaba con rapidez ante sus ojos. El señor Crowel tenía mejor corazón de lo que

ella había pensado, quizá fuera algo duro al dar sus opiniones, pero estas eran acertadas y sabía ser bondadoso, lo había demostrado al ofrecerle trabajo; era caritativo, puesto que la había dejado ganar a sabiendas que les daría el dinero a ellos; también era humilde, puesto que nunca le dijo que era el mismísimo señor Crowel, aunque también estaba la posibilidad de que estaba apostando con ella.

Esperaba ganar, porque debía demostrarle que estaba bien confiar en las personas. Ansiaba que el remordimiento, el cansancio y la tristeza que veía a través de sus ojos, se esfumara un poco y de alguna forma lo regresara a la vida, que dejara de estar muerto.

De hecho, lo ansiaba. Quizá quería ayudar a alguien a salir de la misma desolación en la que ella se encontró en algún momento. O quizá, ya no tolerara una vida donde él no pudiera amarla también.

Capítulo 10

—Señorita Collingwood —Ashlyn sintió como alguien sacudía suavemente su hombro—. Señorita, no sé si sea de mala educación despertar a una dama, pero hemos llegado.

La joven abrió los ojos con impresión, notando que se había quedado dormida en el hombro de aquel hombre. Sintió que sus mejillas ardían y se puso en pie tan rápidamente que incluso se golpeó en la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —se adelantó Gina.

—Sí, bien —Ashlyn sobaba su cabeza—. ¿Qué harán?

—Regresaremos a París inmediatamente —asintió la joven.

Ashlyn sonrió segura y miró victoriosa hacia el señor Crowel, quien en ese momento se enfocaba en cerrar una carta con lacre dorado, la joven notó cuando el hombre lentamente desabrochó un botón de su camisa para sacar una alargada cadena plateada.

Aquello provocó que el estómago de la joven se viera severamente comprometido, enfocó toda su atención en sus movimientos, dándose cuenta que de la brillante cadena, colgaba un anillo de oro blanco, y presionaba el sello sobre el sobre. La joven sintió una revoltura nauseabunda en todo su cuerpo y se inclinó ligeramente para observar el sello, ansiosa y llena de desesperación de pensar que él…

Carson la miró confundido por uno segundos, guardó la cadena con el anillo en el interior de sus ropas y cerró el botón.

—Bien, si su esposo piensa presentarse en el trabajo, necesitará esta carta de recomendación —le entregó el sobre a la mujer, puesto que Darren había bajado para comprar los boletos—. Por su bien, el sobre tiene que llegar sellado hasta la persona a la cual está dirigida.

—Sí, mi señor.

—Suerte entonces —Carson levantó las manos y bajó la maleta de mano de Ashlyn y la propia y salió con ambas.

La joven pelirroja se había quedado ligeramente rezagada, con el ceño fruncido y la cabeza en otra parte. Dio un paso para seguirlo, pero la mano de la joven Gina la frenó.

—Es un buen hombre, señorita, al igual que usted —la miró con una sonrisa—. Parece que la aprecia de alguna manera, la ha dejado dormir en su hombro todo el camino a pesar de que se le veía bastante incómodo con ello.

Aquello la regresó a la realidad.

—¡Dios! —ella se cubrió la cara ante la vergüenza.

—Creo que no debería dejarlo ir si también lo ama.

—¡Yo no lo amo!

Gina la miró con una cara de suficiencia.

—Es lo peor que una mujer puede hacer.

—¿Qué cosa?

—Negarse al amor —dijo como si fuera algo obvio—. No saber lo que queremos en esta vida es lo que nos hace estar por debajo de ellos en la sociedad.

—Enamorarse nos hace perdedoras.

—¿En verdad? —la joven frunció el ceño—. Yo no lo veo así.

Ashlyn le sonrió y le deseó buena suerte, bajando del tren y topándose de frente con el señor Crowel, quien la esperaba pacientemente frente a la salida, aunque sin maletas.

—¿Qué ha sucedido?

—Sus tíos se han adelantado —dijo sin más—. Nuestra carroza está por allá.

Su tía en verdad que se estaba pasando, ¿ahora se creía cupido? Miró al hombre que la seguía tranquilamente por el camino hacia la carroza y la ayudó a subir a ella, dejándole un hormigueo en la mano, quien no podía más que sonrojarse con constancia.

—¿Qué decía la carta? —preguntó Ashlyn para cortar el aplastante silencio que parecía sólo incomodarla a ella y llevarla a conjeturas y pensamientos dolorosos.

—Ordena que se le contrate inmediatamente y se le de sueldo por adelantado para solventar sus gastos.

Ella sonrió a la ventana.

—Espero que no sea tonto y vaya por el empleo.

—Veremos qué sucede.

—¿Quiere jugar? —sacó las cartas de su bolsito.

—¿Por qué no? —el hombre se inclinó de hombros, yendo a sentarse junto a ella, pero dejando espacio para que pudieran poner cartas en el asiento.

Ashlyn no quería seguir pensando en la cadena, no porque él llevara una cadena significaba que tenía que ver algo con su pasado. Pero debía admitir que era una gran coincidencia que ambos hombres, el de su pasado y el señor Crowel, llevaran un anillo en una cadena... era una lástima que no hubiese alcanzado a ver el sello, ella no podría olvidar la marca que debía dejar el anillo del malvado, puesto que la seguía llevando sobre la piel.

Quizá si lo viera de cerca…

—¿Sucede algo? —inquirió el hombre, notando que ella no terminaba de repartir las cartas.

—No. Lo siento. —Ella meneó la cabeza y se enfocó.

No tardarían mucho en llegar, pero pareció que fue el tiempo suficiente para que el señor Crowel barriera el suelo con el orgullo de Ashlyn, la cual había comprobado en repetidas ocasiones que ese

hombre no era de los que perdía en las cartas y si lo había hecho, fue totalmente a posta.

—¡Agh! ¡No puedo pagar más! —se dejó caer en el asiento—. Me dejará desnuda si seguimos jugando.

—¿Disculpe?

—Dios —se cubrió la boca con una sonrisa—. Lo siento, lo dije sin pensar. Nada, pero ya no quiero jugar.

—En realidad yo también estoy aburrido de jugar —juntó las cartas—, no me parecen juegos con mucho sentido.

—Ah, ya recuerdo, a usted le gusta el ajedrez, ¿verdad?

—Nos vimos interrumpidos la última vez que quise enseñarla.

—Creo que tendremos tiempo en esta ocasión —sonrió—. ¿Cree que pueda ganarle?

—Dependerá de usted —recostó su espalda en el asiento—. Es un juego de pensar, de estrategia.

—Casi estoy segura de que le ganaré.

—Mmm… lo dudo.

Ella le golpeó con fuerza el hombro y él dejó salir un quejido en medio de una pequeñísima risa. Ashlyn lo miró impresionada.

—¿Ha reído? ¿Acaso ha reído?

—Fue más un quejido.

—Se rio, pude ver sus dientes. —Él frunció el ceño y negó un poco, cruzando los brazos sobre su pecho—. Aunque lo niegue, lo escuché.

—No tengo conflicto en que me escuche o me haga reír —la miró con desconcierto—. Pero casi nada me provoca gracia.

—Le he provocado gracia entonces.

El hombre rodó los ojos y entregó las cartas a su dueña, las cuales guardó en su bolsito y comenzó a sacar dinero.

—Por favor —la detuvo en su hacer, colocando una mano sobre las suyas—. No piense que le aceptaré dinero.

—Yo he aceptado dinero de usted cuando gané —dijo con soltura— ¿Por qué no aceptaría el mío cuando es obvio que ganó?

—Bien, apostémoslo todo en el próximo juego.

—¿Para que me deje ganar? —negó—. Tome su dinero.

—No lo aceptaré, Ashlyn.

Los colores subieron rápidamente a las mejillas de la joven y en realidad, a toda su cara, lo cual la convertía en un dibujo de caricatura, puesto que su cabello era igualmente rojizo.

—¿Está usted bien?

—Yo… ¡Claro que lo estoy! —parecía ser que él no se había dado cuenta de lo que había hecho—. ¡Tome el bendito dinero!

Ella tomó la mano del hombre y depositó su deuda ahí, girándose rápidamente hacia la ventana, tratando de respirar aire fresco para que el calor que sentía en su rostro se esfumara.

Cuando llegaron, Carson bajó primero, regresando la mirada para ayudarla a bajar, pero Ashlyn se había detenido al ver en el asiento el dinero que le había dado. La joven blasfemó a lo bajo, provocando que Carson se guardara una sonrisa en el interior de su alma.

—Señor, recuérdeme jamás volver a jugar con usted —le tomó la mano que le ofrecía para ayudarla a bajar—. Es un muy mal ganador, no me gusta andar rogando por que acepten el dinero.

—Entonces deje de hacerlo.

—He de pagar.

—Pensará entonces en otra cosa, porque no aceptaré dinero.

—¿Qué acepta entonces?

Él regresó una mirada que ella no supo descifrar.

—Tendrá que averiguarlo, supongo.

—Injusto —lo siguió cuando comenzó a caminar—. ¿Sabe lo angustioso que es deberle dinero a alguien?

—Sí, lo sé.

—¿Entonces por qué me hace esto?

—No aceptaré su dinero señorita Collingwood.

—¡Agh! ¡Es usted un pesado!

Ella pasó de largo, saludando rápidamente a sus anfitriones y dejándolo perdido al admirarla caminar bajo el sol que hacía brillar su cabello como si se tratara de una fogata en apogeo.

—¡Señor Crowel! —gritó la señora Parrel para llamarle la atención y provocar que se acercara lo suficiente a ella para saludarlo—. Es un gusto verlo, el señor Parrel se pondrá feliz.

—Ya me imagino que sí —suspiró Carson.

Capítulo 11

Los rumores habían corrido por toda la casa Parrel, rumores en los que se decía que el señor Crowel al fin se había enternecido ante una mujer y viceversa. La pareja era totalmente controversial a la vista pública, puesto que el señor Crowel carecía de alma y la señorita Ashlyn era más una jugadora enviciada que una mujer anhelante de amor; pero parecían llevarse bien.

Era normal verlos juntos a horas tempranas, siendo de los únicos que lograban despertarse con el alba para salir a pasear, pasatiempo que, según decía la misma señora Charpentier, ya compartían antes.

Ashlyn sabía que su tía se encontraba extremadamente feliz porque parecía ser que, después de tantos años de dolor en su corazón y el quiebre de su alma, al fin había podido sentir algo por un hombre, uno que graciosamente estaba con el corazón dolorido y el alma destrozada.

—¿Puedo mover a la reina aquí?

—No, la comería un peón.

—¿Y si muevo mi caballo aquí? —apuntó la joven.

—Bueno, no está tan mal.

—¿Tan mal?

—Va mejorando, pero trate de pensar también en mis movimientos, no sólo en los suyos.

—Por Dios —ella se dejó caer en el respaldo y suspiró—. Parece que soy pésima.

—En realidad, eres buena.

—¿En verdad? —miró al tablero.

—Aprendiste rápido.

—Eso no quiere decir que sea buena —se desanimó nuevamente.

Ashlyn de pronto se dio cuenta que estaban siendo observados por no más que diez pares de ojos, por lo cual se sentó erecta nuevamente y sonrió apenada.

—¿Qué sucede?

—No me di cuenta que había tanta gente a nuestro alrededor.

—No la había, llegaron cuando nos vieron aquí.

—Oh —se sonrojó.

—¿Quieres salir a dar un paseo?

—¿Solos? —se alteró la joven, mirando de reojo a las damas que murmuraban a lo bajo.

—Siempre vamos solos —frunció el ceño.

—Si bueno, pero… —ella se inclinó para susurrar—. Parece que hoy demasiada gente se daría cuenta de ello.

—¿Prefieres que todo sea a escondidas? —elevó una ceja.

—Eso suena peor de lo que pensaba.

—Tranquiliza tu moral —dijo tranquilo—, siempre tenemos ojos encima como para que piense en hacerte algo imperdonable, de hecho, no haría nada que te hiriera, aunque nadie nos vigilase.

Ella se sonrojó visiblemente y se frustró por ello; parecía ser su normalidad de vida desde que conoció a ese hombre.

—Salgamos ahora —Ashlyn se puso en pie en cuanto escuchó la primera risita cómplice a sus espaldas—. Vamos, póngase en pie.

—Ahora me apresura —negó—. ¿Quién la entiende?

—Nadie en esta vida —le dijo segura y salió del salón.

Al momento de salir, ella logró relajarse al estar lejos de las miradas de todas aquellas damas sin hacer. El aire puro y el cielo despejado reconfortaron su alma y sonrió sin poder evitarlo.

—¿Qué le da risa?

—No me da risa nada, sólo disfruto.

—¿Qué disfruta?

—De la vida —lo miró—. ¿De qué más?

El hombre la miró por largo rato y giró los ojos, sonriendo un poco y sin atisbo de dientes. Ahora él sonreía así, más como una gesticulación que como algo que sintiera en el alma. Pero Ashlyn lo apreciaba, le gustaba como las comisuras de sus labios se curveaban y formaban pequeños hoyuelos en cada una de sus mejillas.

—Vives en la irrealidad del mundo, eso es lo que te hace feliz.

—Lo invito a que venga a ese lugar irreal —le dijo juguetona—, así al menos sonreiría de verdad.

—No se puede regresar ahí, falta un poco de candor para poder vivir ahí

—le dijo sin mirarla.

—Le fascina decir que soy ingenua.

—Sólo un poco, lo suficiente para ser feliz.

Ella caminó en silencio por un buen rato y lo miró de lado: su mirada grave de ojos grises estaba clavada en el camino por venir; su cabello castaño oscuro había crecido demasiado y ahora sus ondas rebeldes lograban tocarle la cara e incluso rosarle levemente la nuca; tenía un porte atrayente, poderoso, garboso y moldeado; sus facciones eran varoniles y serias. Sonrió. Era un hombre apuesto, pero muy triste, eso era notorio.

—Yo también fui herida en el pasado —dijo de pronto la joven, ganándose su mirada—. Mis ojos estaban tan vacíos como los suyos están ahora. Pero uno se recupera, quizá con esfuerzo, pero se puede,

quizá con un poco de ingenuidad, como usted dice, pero se logra.

—Dígame, señorita —Ashlyn percibía por el tono de su voz, que se avecinaba algo malo—. ¿Acaso ha perdido a algún hermano, padre o familiar cercano?

Ella cerró los ojos.

—No.

—¿Acaso tuvo que soportar oír a alguien gritar en agonía?

—No… —susurró, bajando la cabeza.

—¿Acaso tuvo que lidiar con la culpa de salir ileso y llevar el cuerpo inerte de alguien a quien no pudo defender?

—No —dijo a lo bajo y con los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces, señorita, su dolor y el mío son diferentes —le dijo con aspereza—. Quizá no puedo decir si su dolor y el mío son comparables, o si el mío es más grande o pequeño que el suyo, cada quién siente como quiere, pero no me diga que lo superaré con ingenuidad que ya no existe en mí.

Ella tenía la cabeza agachada, tratando de controlarse, pero al notar que le sería imposible, lo miró rápidamente a los ojos y murmuró una disculpa antes de salir corriendo del lugar.

Ashlyn corrió y corrió hasta que encontró un pequeño lago que se extendía hermoso en la propiedad, se limpió las lágrimas y abordó la barca que estaba amarrada en el pequeño muelle y se contrajo hasta hacer que sus rodillas se pegaran a su cuerpo y pudiera esconder su cara entre ellas.

No supo cuanto tiempo duró en la misma posición, ni tampoco si se podía deshidratar por llorar tanto, pero la forma en la que la decidieron regresar a la realidad, definitivamente fue cruel. Ella prácticamente había dado un grito atronador al notar que la barca había sido desamarrada del muelle y ahora estaba en medio del lago, navegando sin remos, ni nada con lo que salvarse.

Miró a su alrededor, reparando a un montón de niños en la orilla, estaban incluso a los trillizos, los cuales parecían pelearse a golpes con alguien, mientras Philip trataba de calmarlos.

«Al menos no han sido ellos» pensó la joven y miró hacia el lago, agachándose para tocar el agua, la cual estaba helada. «Genial, agua congelada. Barca sin remos. Y yo sin saber nadar ¡Estupendo! ¡En verdad estupendo!»

De pronto escuchó como gritaban su nombre y ella volvió la cara hacia la orilla; podía distinguir a la muchedumbre que no le interesaba, no veía por ningún lado a sus tíos, pero al que sí veía, era al señor Crowel. Las cosas sólo parecían mejorar para ella.

—Muy bien —se habló en voz alta—. Veamos, ¿Qué probabilidades hay de que el agua me llegue a los tobillos?

Ella metió su mano al agua, notando que no era capaz de tocar fondo a pesar de que casi se había hundido hasta el hombro, desequilibrando la barca y haciéndola gritar de susto.

—Todo bien, todo bien —se dijo—. ¿Ahora qué?

Ella miró hacia sus tíos y le dieron ganas de volver a llorar. Mataría a quién fuese que le hiciera esa travesura, esperaba que los trillizos le hubiesen propinado una buena paliza de iniciación, porque cuando ella tocara esa orilla, sería incontenible.

¿Dónde había dejado su pistola?

—¡Ashlyn! —le gritaron desde la orilla—. ¡Tienes que nadar!

—¡Yo no sé nadar! —contestó—. ¡Pero puedo intentarlo!

—¡NO! —le gritaron de regreso.

Bien si era la única opción aceptable, tendría qué hacerlo, no podía ser tan difícil, era sólo agua, claro que, al no saber nadar, era lo mismo que aventarse a un volcán en erupción, ella simplemente moriría. Tomó una fuerte respiración y miró el agua, en realidad parecía tentadora, al menos para refrescarse.

«¡Al demonio!»

Ella comenzó a quitar el pesado vestido, sabiendo que estaría dando un buen espectáculo, pero era lo único que podía hacer, así que se dejó en la camisola que le llegaba por debajo de las rodillas, incluso había quitado el corsé y las medias, de nada le servirían.

—¡Ashlyn! ¿¡Qué demonios haces!?

—¡Nadar!

Ella miró el agua y cerró los ojos al momento de bajar una pierna e internarla en el agua helada, sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo entero, pero siguió, dio un brinco e internó medio cuerpo en el agua, sosteniendo su cuerpo en la barca y comenzó a patalear, dándose cuenta de que no era tan mala idea, veía cada vez más cerca a las personas de la orilla, de hecho, ahora podía distinguirlas con claridad, podía ver la preocupación de todos.

Pero había dos situaciones: la primera, estaba cansándose y la segunda, estaba congelándose.

No supo bien qué fue lo que hizo o como fue qué pasó, pero de pronto su pequeña barca la traicionó y se volteó, dejándola a ella sin protección contra el agua y comenzó a ahogarse. Luchó por un buen rato hasta que de pronto sintió como era sostenida por alguien qué rápidamente la elevaba hacia la barca volteada, poniéndola a salvo.

Ashlyn tosió y escupió agua, para después comenzar a llorar, entre asustada y aliviada.

—Tranquila, respira —le apartaban el cabello de la cara—. Vamos Ashlyn todo está bien.

—¡Dios! —lloró y miró a su salvador—. ¿Señor Crowel?

—Vas a estar bien, vamos, tenemos que voltear esto.

—No, no puedo bajar de nuevo, no me obligue —negó.

—Tememos qué voltearla si queremos llegar al otro lado —le tocó la mejilla—. Vamos, ayúdame.

—¡No puedo ayudarlo! ¿Qué no hay otra barca o algo?

—Parece que los Parrel ni siquiera sabían que existía en la que estamos ahora, por eso no tiene remos.

—Señor Crowel, no puedo bajar.

—¡Bien! No llores, por favor —le pidió como si lo estuvieran lastimando a él—. Súbete bien y… no tengo idea, sujétate o algo.

Ella se subió a la parte plana de la barca que supuso que sería de pesca en algún tiempo y miró al hombre que comenzaba a nadar empujando la barca hacia la orilla.

En cuanto estuvieron lo suficientemente cerca, la gente se aglomeró a sus alrededores, tendiéndole una toalla al señor Crowel y ayudando a la señorita Collingwood a salir de ahí, el tío de la muchacha la había tomado en brazos para llevarla hasta un lugar seguro, cubierta hasta la cara por toallas y abrazándola asustado.

—¡Señor Crowel! —gritó la joven, extendiendo una mano para que dejaran pasar al hombre que estaba tan empapado como ella. Él se adelantó y la miró de cerca—. Gracias, señor.

—Le debo la vida de mi sobrina, señor Crowel —dijo William Charpentier—. No sé como pagaré por ello.

—No debe nada, señor. —El señor Crowel miraba intensamente a la joven que temblaba de frío y se limpiaba la cara con la toalla—. Será mejor que la lleven a que se de un baño, enfermará.

—Dios santo, cariño —lloraba su tía—. ¿Cómo has llegado ahí? Mi cielo si el señor Crowel… no quiero ni pensarlo.

—Estoy bien tía —sonrió Ashlyn, poniéndose de pie—. En cuanto a la otra pregunta…

—¡Fueron ellos! —gritaron los trillizos, quienes estaban tan golpeados como los otros vándalos que la habían lanzado a la deriva de un lago —. ¡Se reían de ella cuando llegamos!

Los acusados salieron corriendo a todas prisas, siendo seguidos por sus padres, quienes seguro les pondrían una reprimenda más suave de lo que a Ashlyn le gustaría.

—Que bueno que Philip pensó en ir por mí —dijo el señor Crowel, despeinado al niño que sonreía—. Fuiste muy inteligente.

—¡Mis valientes salvadores! —sonrió Ashlyn dando besos a sus primos

—. Gracias por su ayuda.

—¡Estás helada Ashlyn! —se quejaron.

Los tíos de la muchacha se la llevaron con prisas para meterla en agua caliente, pero sin dejar de agradecer al señor Crowel por su hazaña, recomendándole que hiciera lo mismo y se metiera en agua caliente, para después desaparecer, llevándose a sus hijos con ellos.

Carson suspiró aliviado cuando se metió en aquella tina caliente y

recostó su cabeza sobre la porcelana de la misma, sintiendo como lentamente su cuerpo se descongelaba y la tensión en sus músculos se dispersaba. Recordar a Ashlyn varada en medio de aquel lago, sin poderla ayudar por tanto tiempo, lo hizo recordar demasiado.

Pero cuando la rescató y vio en sus ojos aquel agradecimiento y alivio, algo en él se alegró, sintiendo una calidez que hacía demasiado no sentía.

Quería ver cómo estaba, había sido increíblemente valiente al haber intentado nadar por su cuenta, pero no sabía si eso debía preocuparlo más, era insensata.

Salió de la tina y colocó ropas sobre su cuerpo, ni siquiera sabía lo que hacía hasta que se vio parado a las afueras de la habitación que ella ocupaba. Titubeó un poco, pero al final levantó la mano para tocar la puerta, cuando de pronto ésta se abrió precisamente por la dueña de sus pensamientos y sus actuales preocupaciones.

—Oh, iba a buscarlo.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Bueno, me llevaron tan aprisa que apenas pude darle las gracias —

bajó la cabeza—. También quisiera disculparme por mi indiscreción de antes, no debí…

—Eso ya no importa —la detuvo—. Quería saber si se encontraba bien, pero ahora que la veo, parece perfecta.

—No debió preocuparse.

—Supongo que todo el delito se pudo cometer gracias a la distracción que yo le brindé. —Ella levantó la mirada—. La hice llorar y eso no me lo perdono, así que, el que se disculpa soy yo.

—Oh, creo que me lo merecía por tonta.

—No diga eso.

Ashlyn sonrió y lo miró con la cabeza ladeada, pero entonces reparó en el anillo que colgaba sobre su pecho, en esos momentos en los que no llevaba camisa abotonada, chaleco y saco, era mucho más fácil verlo. La joven lo tomó entre sus manos, todo bajo la atenta mirada de Carson y admiró con detenimiento el símbolo impreso.

—¿Qué quiere decir? —dijo relajada, al fin pudiendo sonreír.

—Carson Crowel Company —explicó.

—Es muy ingenioso —acarició la marca con cariño… ¿Cómo había podido dudar de él? Jamás le dio una razón para que dudara de su persona, sin embargo, había aprendido a ser precavida. —Creo que no le he agradecido como lo hice con mis primos.

—¿Disculpe?

—Sí. —Ella se acercó y se paró de puntas, enredando sus brazos alrededor del cuello del hombre y besando sus labios de forma casta y rápida—. Gracias por salvarme.

Cuando ella le cerró la puerta en la cara, Carson pudo reaccionar, frunciendo el ceño de forma que casi le deformó toda la cara, parecía realmente confundido con la acción de la señorita Collingwood.

Meneó la cabeza y se alejó de ahí, ¿qué la había llevado a querer besarlo? No había hecho nada para merecerlo ¿o sí?

Capítulo 12

Ashlyn había notado que el señor Crowel le rehuía desde que lo había besado. Quizá había sido demasiado, pero en ese momento se sintió bien hacerlo, pero ahora, él ni siquiera la miraba, ya no jugaban juntos y mucho menos paseaban en soledad.

Temía haber arruinado una bonita amistad.

—Ashlyn —la llamó una joven de su edad, sentándose a su lado bajo el árbol donde se encontraba—. ¿Ya no eres la prometida del señor Crowel?

—Jamás he sido su prometida, Martha.

—¿No? Bueno, todos pensábamos que eventualmente así sería.

—Se equivocaron —Ashlyn mordió sus labios y dejó su barbilla caer sobre sus rodillas.

—No lo entiendo, era obvio que te quería.

—Martha, tienes muchas ilusiones de niña, éramos amigos.

—¿Por qué ya no?

—Ojalá lo supiera —se inclinó de hombros—. A veces pasa.

—¿Lo hechas de menos?

—Bueno, me gustaba jugar con él a las cartas y también ajedrez.

—Yo soy mala para ambas cosas.

Ashlyn la miró con diversión y negó.

—Necesitas práctica, eso es todo.

—¿Quieres caminar?

—Sí —la pelirroja se puso en pie—. ¿Vamos por el laberinto?

—Vale, pero si me vuelvo a quedar atascada, me sacarás.

—No entiendo por qué no te llevas el lazo para que no te pase.

—Me divierte tu frustración cuando me pierdo.

—¡Lleva el lazo!

Las dos jóvenes se acercaron al laberinto de arbustos y se despidieron con una sonrisa, gritándose la una a la otra, siguiendo indicaciones para ver si se encontraban. Pero Ashlyn no se encontró con su amiga Martha, sino con el hombre que la evitaba.

—Señor Crowel.

El hombre levantó la cabeza del césped lentamente, apartando de su cara el libro que mantenía en lo alto y frunció el ceño al toparse con el sol cayendo justo en su rostro.

—¿Señorita Collingwood?

—Lamento molestarlo.

La joven dio media vuelta y se alejó unos pasos, mirando por las esquinas para decidir hacia donde girar.

—Señorita —Carson la tomó de la muñeca y la hizo girarse hacia él, teniéndola de frente, sintió que sus entrañas se removían, así que la soltó—.

Lamento no haber tenido tiempo de pasear o jugar cartas con usted en los días anteriores.

—No me debe ninguna explicación, señor —sonrió y se alzó en sus puntas, escudriñando antes de gritar—: ¿Martha?

—¡Ashlyn! ¿Dónde estás?

—¡Voy!

—Señorita Collingwood —la volvió a llamar y ella se volvió con lentitud para mirarlo.

Parecía dubitativo en cuanto a qué decir, cosa extraña en él, puesto que normalmente era un hombre reservado, pero cuando hablaba, siempre tenía las palabras que necesitaba.

—¿Sí? —lo animó a proseguir.

—Quisiera pedirle un favor.

—Bueno, debido a que salvó mi vida, creo que puedo hacerle un favor

—asintió la joven.

—¿Podría anunciar a sus tíos que tendré que irme antes? —el hombre miró hacia su reloj de bolsillo—. En realidad, tengo que irme justo ahora para alcanzar el tren, me alegra haberla encontrado para poder despedirme de una forma más adecuada.

—Señor, ¿Es que algo pasó? —frunció el ceño—. ¿Debe dejar París acaso?

—No, señorita, la situación está en París y no es nada que no se pueda resolver con mi presencia.

—Diré a mis tíos su mensaje —asintió gravedad.

—Se lo agradezco.

El hombre se quedó mirando intensamente a la jovencita que se había quedado impasible frente a él. No pudo evitar recorrer aquel rostro bello y orgulloso, deteniéndose sin querer en los labios rosados y traviesos que lo habían besado desprovistamente después de salvarle la vida.

—Siento no haber podido seguir con nuestro usual actuar, lastimosamente me he visto ocupado.

—No debe preocuparse por ello —dijo ella sin emoción alguna.

—En realidad, me he acostumbrado.

Ella sonrió dulcemente.

—¿A ganarme en todo juego que desee enseñarme?

—Debería seguir practicando su ajedrez, me parece que puede ser toda una prodigio en el juego.

—Está usted adulándome para que deje el vicio de las cartas, señor, pero he de recordarle que es la forma en la que gano dinero para darlo a los necesitados.

—Sé bien de sus buenos propósitos, pero me parece un juego que puede llevarla a tener problemas.

—Sé solucionar mis problemas, señor —tocó levemente la pistola guardada entre los pliegues de su vestido.

—Aún así, preferiría que no tuviera que recurrir a ello.

—¿Es usual en usted querer proteger a toda mujer que se vea desvalida de alguna manera?

El rostro del hombre se ensombreció.

—Supongo que son conductas que me ha dejado la vida después de una feroz herida.

Ella bajó la cabeza, apenada.

—Siento mi indiscreción.

—No se preocupe.

—¡Ah! ¡Señor Crowel! —gritaron de pronto los trillizos.

—Hemos pensado en una idea —se adelantó Thiago.

—¿La cual sería…? —el hombre aceptó las demandas sin siquiera pedir una explicación de ellas.

—Queremos ser banqueros también —dijo Nick.

—¿Cree qué podría enseñarnos su banco, señor? —pidió Brand.

—¿Desde cuando cambiaron de profesión? El día de ayer querían ser piratas, si más no recuerdo —inquirió Ashlyn.

—¡Ashlyn! —le gritaron los tres niños con molestia.

—¡Uy! —levantó las manos—. Lamento mi indiscreción.

—¡Chst! ¡Mujer, intentamos hacer negocios por aquí! —pidió uno de los trillizos, para ese momento Ashlyn no sabía cual de ellos.

El hombre parecía divertido, incluso asomaba una pequeña sonrisa en su adusta faz, liberada por la inconsciencia del mismo hombre. Ashlyn tenía dos resoluciones a tales formas de actuar: la primera era que él había perdido toda práctica de sonreír y la segunda sería que tal vez se sintiera culpable por ello.

En cualquier caso, era lamentable.

—Entonces, los espero a ustedes y a la señorita Ashlyn a su regreso —

asintió el hombre, llamando la atención de la perdida mujer—. Espero que su inspección por el banco Crowel les sea lo suficientemente inspiradora para seguir en el oficio.

—Esperamos lo mismo, señor —sonrió uno de los niños antes de tirarse a correr.

—Aguarden, ¿Qué? —Los niños habían salido corriendo sin dar explicaciones, entonces miró al señor Crowel—. ¿Señor?

—Creo que la han comprometido a que los llevará al banco —dijo el hombre, acomodando sus ropas adecuadamente y tomando su libro del césped—. Será un placer recibirlos.

—Pero… ¡No me di cuenta!

—Seguro que los trillizos no olvidarán su promesa afirmativa dicha en medio de sus pensamientos —elevó ambas cejas. La había atrapado sus divagaciones mentales—. Con su permiso.

Ashlyn lo miró partir y rápidamente cubrió su rostro en vergüenza, agachándose hasta convertirse en un ovillo en el suelo, parecía ser que ella no podía tener una conversación con ese hombre sin terminar totalmente sonrojada. Definitivamente, estaba enamorada de él y tenía tanto miedo de ello, que deseaba alejarse, pero al mismo tiempo, no podía hacerlo, de hecho, se percataba en ese momento que se la pasaba haciendo justo lo contrario: quería encontrarse con él todo el tiempo.

—¿Ashlyn? ¿Te encuentras bien?

—¡Martha! —la joven se puso en pie—. ¡Me has encontrado primero!

Estoy orgullosa de ti.

—Pareces… febril —le tocó la cara—. ¡Dios santo! ¿Te estarás resfriando o algo parecido?

—No, no, me encuentro perfectamente.

—He visto salir a los trillizos, ¿Es que te han hecho alguna travesura?

Mira que el otro día colocaron un pequeño ratón en mi habitación —sonrió

—. La señora Parrel casi se cae de vergüenza, afirmando que hacía años que no se veía un animalejo como ese.

Ashlyn dejó salir una suave risita.

—Los trillizos son así.

Ahora que lo pensaba, quizá si le habían jugado una travesura, mira que comprometerla a que los llevara a ver al señor Crowel a su banco era lo suficientemente estremecedor que incluso lo compararía con un ratón en la habitación o incluso en la cama.

—¿Regresamos a la casa Ashlyn?

—Sí, de hecho, tengo que entregar un mensaje a mis tíos.

—¿Un mensaje?

—Me he encontrado con el señor Crowel hace unos momentos.

—Oh, no lo vi salir.

—Parece que llevaba prisa, tenía que tomar un tren.

—Oh, es una lástima que se vaya a perder el baile final.

—Casi podría jurar que lo hizo para evitarlo —sonrió la pelirroja—.

Aunque creo que aguantó bastante bien estos días.

—Es una persona que parece desapegada, pero cuando uno habla con él, parece atento y buena persona.

—¿Hablaste con él, Martha?

—Sí, en una ocasión en la que estabas bailando, me encontraba sola y…

la verdad es que estaba un poco triste, quizá llorando.

—Oh Martha, ¿Por qué no me hablaste?

—Estabas con el señor Blost, es apuesto y merecías su atención.

—No sobre mi amiga.

—Bueno, al menos salió algo bueno —sonrió con ternura—. El señor Crowel, al verme abatida, se acercó a mí y me invitó a bailar, después se quedó hablando conmigo por mucho rato. Aunque debo de aceptar que la que hablaba sin parar era yo, pero él no parecía enojado o disgustado por ello.

Ashlyn sonrió, sintiendo una calidez que venía de un orgullo que no sabía justificar ¿Acaso se sentía orgullosa por las acciones de otra persona?

¿Le agradaba que el señor Crowel fuera amable con su amiga en su momento de desolación?

—Se piensa muy mal de él, pero no es tan perverso como se cree. —

Justificó la chica—. Aunque es duro y taciturno.

—Eso sí —ambas chicas rieron y regresaron a la propiedad en medio de una charla agradable—. Es una lástima que haya tenido qué marcharse.

—Lo volverás a ver Martha, no te preocupes.

—¡Oh! No, no malpienses las cosas, no quiero quitártelo ni nada.

—Martha —Ashlyn la tomó de los hombros—. Ese hombre no es mío ni nada por el estilo.

La joven Martha bajó la cabeza y negó.

—No, se ve que hay algo entre ustedes, no pienso meterme en ello, te aprecio como amiga —le tomó las manos—. En realidad, eres la primera amiga que tengo ¿Cómo es que puedes soportarme?

—No digas tonterías.

—En serio, soy fastidiosa y hablo en demasía según muchas personas —

dijo la joven con tristeza.

—Conozco a alguien que te dobla en palabras en una conversación y es la mujer más inteligente que conozco.

La joven sonrío y enredó su brazo en el de Ashlyn.

—Quizá el señor Crowel regresó para ver a un socio importante —

cambió el tema—. Hay uno en especial del cual es muy amigo.

—No tenía ni idea.

—Bueno, lo sabremos cuando regresemos pasado mañana.

Ashlyn asintió y miró a su amiga, era obvio que estaba enamorada del señor Crowel, aunque Ashlyn creía imposible que alguien no se sintiera atraído por un hombre como él. Incluso su seriedad y parquedad lo hacían interesante, al menos para ella, y ahora sabía que para Martha era igual.

La joven pelirroja se vio perdida en sus pensamientos, recordando el último encuentro. Le había parecido sumamente extraño ver al señor Crowel tan desalineado, tirado en el suelo leyendo, era como si en su imagen de perfección no diera lugar a la desfachatez o a verlo

relajado.

Se dio cuenta que había registrado más detalles de los que había esperado. Recordaba bien la forma en la que sus brazos se alzaban sobre su cara, sosteniendo el libro con manos de largos dedos y uñas limpias, la forma en la que sus tendones delineaban la fortaleza de sus músculos; la manera en la que su rostro lucía relajado pero sumamente concentrado; los ojos grises que pasaban de una línea a otra con rapidez; los labios fruncidos al leer algo interesante para él y la forma en la que había deshecho su corbata y abierto los primeros botones de su camisa, dejando ver la cadena que la volvía loca, pero también permitiéndole ver el pecho formado y el rastro de vello castaño que se asomaba desde su acompasada respiración…

Se sonrojó, pero también recordaba la forma como la miró y la manera en la que sus ojos grises se desviaron hasta sus labios… en definitiva pensó en el beso, pero no se lo había dicho. Quizá para no avergonzarla o quizá porque deseaba ignorarlo.

«¡Maldición!» gritó la cabeza de la joven.

Capítulo 13

Habían regresado a casa de los tíos Charpentier hacía apenas tres días, lo cual en su momento había sido causa de alegría por parte de la pelirroja, pero al notar que el señor Crowel estaba tan ausente como cuando estaban en la casa de los Parrel, cayó en la desilusión para después quitarle importancia y seguir con su vida.

Esa mañana, la joven pelirroja salió temprano de su habitación para comenzar su día sobre el lomo de su caballo, ayudándola a desperezarse y hacer un poco de ejercicio. Era usual que saludara a su tío William -quien bajaba temprano y solía meterse a su despacho o salir de la casa-, pero esa mañana en especial, no se topó con él, ni con nadie, parecía que la casa se había sumido a un pasible silencio y una tranquilidad que era bien aceptada a esas horas.

—Buenos días señorita —sonrió una de las empleadas—. ¿Debo tener el desayuno preparado para usted y el señor Crowel?

—¿El señor Crowel sigue en la propiedad?

—Esta mañana ha ido a montar —asintió la señora—. Parece que los días de constante trabajo han terminado o se vieron retrasados al

menos por este día.

La sonrisa de Ashlyn se ensanchó sin notarlo y asintió.

—Sí, Magnolia, posiblemente sea lo mejor que tenga dispuesto el desayuno para el señor Crowel y para mí.

—Muy bien señorita.

Ashlyn no debería sentirse tan feliz por ello, era verdad que últimamente era sumamente inusual toparse con el señor Crowel fuera de horario, pero sí que se veían en las comidas, donde ella no podía apartarle la vista de encima, aunque él apenas lo notase debido al constante escrutinio en el que lo sometían los trillizos, Millie e incluso Philip, quién más que medir sus extremidades como hacían sus hermanos, le preguntaba sobre asuntos económicos que sacaban disimulados gestos de agrado del señor Crowel.

No albergaba muchas esperanzas de topárselo en las caballerizas, pero cuando lo vio ensillando su propio caballo, la joven no pudo evitar sonreír disimuladamente y pasar por su lado con todo el orgullo que pudo acumular.

—Buenos días, señor Crowel.

—Señorita Collingwood —asintió hacia ella y siguió haciendo su trabajo, mimando al semental antes de que le colocara la silla.

Ella lo miró por un buen rato mientras golpeaba la espalda del caballo con animosidad y hablaba bajo, tomando su cara y acariciando lentamente desde la separación de sus ojos hasta el hocico, mientras sonreía.

—¿Qué hace, señor? —preguntó ya sin poder resistirlo.

—No quiero que me tire —le dijo sin más—. El animal no me conoce, así que trato de que al menos me respete.

—¿Hablando con él?

—Mostrándole el mismo respeto —dijo, colocándole las almohadillas y le echó una mirada—. ¿Irá a hacer alguna tontería?

—No, señor, hoy pienso sólo recorrer la propiedad, no tengo nada qué entregar el día de hoy.

—¿Entregar? —el hombre elevó una ceja, continuando con el trabajo

de ensillar a su caballo.

—El dinero que gano ¿Recuerda? —dijo la joven—. Se los doy.

—Ah, ya, pensé que ahora era mandadera o algo por el estilo —bromeó

—. Sigo pensando que debería desechar esa costumbre.

—No podría, al menos hago algo bueno con el dinero.

—¿Ayudando a esos pobres indefensos? —dijo con dureza.

Ashlyn parpadeó varias veces, mostrando su incomodidad con el tema.

Era más que obvio que no podrían ponerse de acuerdo, ella confiaba en esas personas, sabía lo que sufrían y lo que carecían. Pero para el señor Crowel era diferente, esas personas a las que ella les tenía compasión, habían sido quienes le arrebataron a su hermana de la forma más cruel.

—Lamento que le desagrade.

—No me desagrada —el señor Crowel abrochó con fuerza al caballo, mostrando su enojo—. Cada quién decide qué hacer con su dinero, no es asunto mío.

—Es verdad —lo miró, tratando de hacer lo mismo que él, pero estaba lo suficientemente nerviosa para no lograrlo.

—Le ayudo.

Carson quitó la pesada silla y las almohadillas mal colocadas y cepilló al caballo un poco antes de volver a hacer el proceso de forma rápida y eficiente, entregándole a Ashlyn el resto para que terminara por sí misma el trabajo.

—Gracias.

—Es un placer.

El hombre subió a su montura y salió primero del establo, dejándola embelesada por unos momentos. Requirió de menear su cabeza para enfocarse de nuevo y terminar rápidamente de ensillar y seguirlo por la salida. Pero para ese momento, ella no logró ver hacia dónde se había ido y simplemente tomó su camino usual por los prados de la propiedad de su tío.

Vagó por largos momentos, trotó en otros y fue al tope de una corrida vertiginosa sobre su caballo que parecía aceptarla de maravilla, pero entonces, el amanecer dio de llano en su cara y ella tuvo la necesidad de tomar una fuerte respiración, absorbiendo la energía de los primeros rayos del sol y la hermosura que representaba para su vista. Aquel amanecer la ponía a soñar y le calentaba agradablemente el corazón.

—En serio disfruta de esto, ¿verdad?

—Señor Crowel —se sorprendió la joven, mirando hacia el hombre que lentamente se acercaba a ella, aún en su montura. Ashlyn sonrió y miró de nuevo hacia el amanecer—. Debo admitir que sí, ¿no le parece a usted qué es hermoso?

Ashlyn notó en la mirada grisácea del hombre, la frialdad y el vacío más profundo, era como mirar hacia una piedra, no había atisbo de sentimientos, de calidez o de reconforte.

Estaba seco o quizá simplemente endurecido por la vida, Ashlyn pensó que nadie debía sufrir tanto, ¿Qué sería todo lo que ese hombre guardaba tras esa muralla de hierro que había formado? ¿Dolor? ¿Odio? O quizá nada, quizá fuera tanto lo que había sufrido, que había quedado vacío del todo.

Ashlyn recordó un momento en especial en el que se sintió de la misma manera. En el que se sentía tan desmoralizada y cansada, que hubiese preferido morir, sintió lo que era la muerte en vida y creía que era justo lo que estaba sufriendo ese hombre frente a ella.

De pronto aquellos ojos grises se separaron del amanecer y se posaron en ella, equiparándose a dos balas atravesándola. No pudo resistir su mirada y bajó la cabeza, sintiendo que su piel se erizaba ante el escrutinio en el que la sometía el señor Crowel.

—¿Señorita?

—¿Sí? —contestó presurosa, sin notar que él había hecho una pregunta antes de esa.

—Preguntaba si pensaba regresar ya al comedor.

—Claro —sonrió y lo miró por un segundo—. Sí, es momento de desayunar, creo yo.

El hombre asintió y cabalgó junto a ella hasta la casa, donde dos

mozos salieron a recibir a los caballos, uno de ellos pretendiendo ayudarla a bajar del animal, pero Carson se adelantó y lo apartó con una simple mirada, tomando él la cintura de la joven y colocándola en el suelo.

—¿No tienen escaleras de apoyo para esto? —se quejó el hombre—. Es ridículo que un mozo tenga que ayudarla.

—Normalmente lo rechazo, señor, no necesito de nadie para bajar de un caballo —ella lo miró de lado—. Además, conozco bastante bien al mozo en cuestión.

—No sea ilusa y no diga esas tonterías delante de mí.

—¿Es que no confía en la gente? ¿En nadie? —ella lo miró—. Ahora que lo recuerdo, habíamos tenido esta discusión antes, ¿Recuerda? ¿Qué pasó con Darren? ¿Fue al trabajo?

Él se detuvo y la enfrentó, sus ojos grises estaban encajados en los azules de ella, intimidándola al notar tantos sentimientos descontrolados en sus orbes normalmente distantes y vacíos, parecía que algo había removido heridas, puesto que él nunca se había comportado de esa manera.

—Haría bien en hacer lo mismo y ser un poco desconfiada.

—No lo creo.

—Se enfrentará a una posible desilusión.

—Lo prefiero —dijo segura—. ¿Ha ido el señor Darren o no ha ido a la entrevista?

—Está trabajando actualmente.

—¿Ve? ¿Qué no eso me daría la razón en confiar en la gente?

El hombre elevó una de sus comisuras, parecía una sonrisa sarcástica, pero no estaba segura, porque le parecía imposible que ese hombre pudiese sonreír de otra forma.

—Es desafortunado que sea tan ingenua.

—Quiero creer en la gente —Ashlyn se adelantó cuando Carson le dio la espalda para entrar a la propiedad—. Porque lo necesito, también he sido dañada, pero tengo la esperanza de que no todos sean iguales, de que haya más…

Carson se había detenido, pero cuando ella no concluyó aquella frase, siguió con su camino, dejándola parada en la entrada.

—¡Ashlyn! ¡Ashlyn! —gritaron los trillizos, bajando estrepitosamente las escaleras—. ¡Dile a Philip! ¡Dile que nos llevarás al banco del señor Crowel como prometiste!

Ella se horrorizó. Pensaba que para ese momento ya lo habrían olvidado, esa promesa fue sacada en medio de una ensoñación, así que quiso menear la cabeza para dar su negativa, pero los niños la miraron de forma reprobatoria, una promesa era una promesa.

—No sé si sea buena idea llevar niños ahí —trató la chica.

—No somos niños, ya tenemos trece —dijo Brand.

—Es verdad, pero se comportan como si tuvieran tres.

—Yo ya soy más grande, ¿puedo ir? —pidió Philip.

—Ah, no, si él va, todos vamos —se impuso Nick.

Ashlyn comenzaba a sentirse acorralada.

—Bien, lo veremos después del desayuno, ¿vale?

—¡Vale!

Los cuatro monstruos pasaron al comedor, dejándola con el horror impreso en su faz. El señor Crowel le dio una rápida mirada, sonrió a lo bajo y siguió a los pequeños hacia el comedor.

—¿Por qué la cara de espanto, querida? —sonrío su tía Alice, bajando las escaleras—. Parece que has visto a un fantasma.

—Siento que devolveré el estómago.

—¿Algo te ha caído mal?

—Sí —Ashlyn la miró con una sonrisa—. El señor Crowel.

Alice sonrió de lado y la tomó de los hombros para dirigirla hacia el comedor, donde todos esperaban por ellas, incluido su tío William que debió regresar en algún momento o quizá nunca se marchó.

—Buenos días tío —Ashlyn le besó la mejilla.

—Buenos días, Ashlyn, ¿Ha sido una buena mañana?

—Es una lástima que ya no compartas conmigo esas cabalgatas tío —

Ashlyn miró a la hija de la pareja—. Millie, deberías decirle a tu papá que te lleve a dar una vuelta algún día.

La niña se volvió inmediatamente hacia su padre y suplicó:

—¿Podemos papi? ¿Podemos?

—Claro mi amor —sonrió el hombre—, en cuanto le dejes de tener miedo a los caballos lo haremos.

Ashlyn dejó salir una bonita risilla ante la sonrisa de su tío y dulce trato de su tía hacia su hija, se notaba que se amaban muchísimo.

—Señor Crowel —uno de los trillizos susurró desde debajo de la mesa, sacando un buen susto a Ashlyn.

Carson se mostró sorprendido al comprender que fue sacado bruscamente de sus pensamientos, no había podido evitar mirar la bonita sonrisa que la señorita Ashlyn ponía cada vez que escuchaba algo romántico salido de los labios de sus tíos.

—Eh… ¿Sí?

—¿Puede nuestra prima llevarnos hoy a su banco?

Carson levantó la mirada y la posó sobre una enrojecida mujer que aventaba ligeramente el cuerpo del niño con un pie para provocar que se alejara. Era obvio que la señorita no quería hacerlo.

—Si es en verdad el deseo de su prima y el de ustedes, yo no tengo inconveniente.

—Oh, eso es genial —sonrió otra cabecita, igual a la otra que estaba asomada—. ¿Podremos ir a su oficina?

—Sí, ¿por qué no?

—Te dije Thiago que nos dejaría subir —murmuró uno.

—Yo jamás dije que no —empujó otro.

—Basta, quítate de encima —pidió Brand.

—Los tres —se inclinó Ashlyn—. ¿Y así quieren ir a un banco?

Los niños pelaron los ojos y gatearon de regreso hasta sus lugares, comportándose de la mejor manera el resto del desayuno. Ashlyn notó la mirada de Carson sobre ella, pero decidió no darle el placer de burlarse y no se volvió, siguió con su desayuno e incluso terminó antes que los demás y trató de subir a su habitación.

—Señorita Collingwood.

—¿Sí? —se detuvo, cerrando los ojos, pero sin volverse.

—Me parece que a las doce sería un buen horario si desea llevar a los niños —indicó—. Es el momento en el que estoy más desocupado y podré atenderlos.

—Oh, bueno, gracias —ella volvió a subir las escaleras.

—Señorita Collingwood.

—¿Sí? —la joven ya estaba frustrada para ese momento.

—Si no es su deseo llevarlos, no tiene por qué hacerlo, pero hágamelo saber para no esperarlos.

—No —bajó la cabeza—. Los llevaré, lo prometí, así que lo haré.

—Bien, entonces.

Ella se quedó parada en el lugar todavía unos momentos más y regresó la cabeza un poco para verificar que él se hubiese marchado y así era. Se relajó y terminó de subir, encerrándose en su habitación.

—Maldición, ¿Qué debe ponerse uno para ir a un banco?

Ashlyn comenzó a sacar cosas de sus baúles y demás valijas, no encontrando nada que pareciera adecuado, ¡ni siquiera sabía de lo que hablaba! Miró hacia el reloj que había colgado en una de las paredes y suspiró. Bien, todavía tenía tiempo.

—¿Ashlyn? —la detuvo su tía—. ¿A dónde vas querida? Me han dicho los niños que accediste a llevarlos al banco del señor Crowel.

—Sí, a las doce partiremos, pero tengo que hacer algunas cosas.

—Pero querida…

—¡Regresaré a tiempo! —trató de bajar las escaleras.

—¡Ashlyn! ¡Pero si vas en bata!

La muchacha se miró a sí misma y se quejó, regresando a sus habitaciones y cambiándose rápidamente. La tía sonrió en todo momento, sabía hacia donde se dirigía y esperaba que al menos Giorgiana supiera enfocar a esa chiquilla que parecía consumida por un sentimiento que le era desconocido.

Ashlyn entró a la tienda GICH con presura, siendo centro de atención de todas las damas que compraban en el lugar. Era de esperarse, las mujeres normalmente iban en sus mejores galas al visitar una tienda como la de su tía, pero Ashlyn no tenía tiempo para ello y no le importaba estar desarreglada, mal vestida y con el pelo rojizo hecho una maraña.

—¡Dios! —sonrió su prima menor—. ¿Qué ha pasado contigo?

—Agh, lo sé, soy un desastre —la chica miró a su alrededor en busca de su tía—. Delaila, ¿Dónde está tu mamá?

—En su oficina.

—Vale, gracias.

—¿Cuándo irán mis primos al banco? Me lo han dicho el otro día, quiero ir con ustedes también.

—Deli, no puedo llevarte así sin más, el señor… ¿sabes qué? Arréglate para ir, ¿Qué más da?

Ashlyn subió hasta la oficina de su tía y abrió la puerta, llamando la atención de la imponente mujer y haciéndola sonreír al ver a su sobrina en tal estado de desastre.

—¿Se te ofrecía algo, Ashlyn?

—Tía —dijo con suplica—. Componme.

La sonrisa de Giorgiana se engrandeció y se puso de pie.

—No te preocupes, quedarás perfecta —miró hacia una de sus asistentes

—. Vamos Ivana, es hora de trabajar.

La mujer se puso en pie y comenzó a sacarle medidas a Ashlyn. La pobre pelirroja no pudo más que suspirar y quedarse pensando en por qué le interesaba tanto estar perfecta para ir a un estúpido banco.

Capítulo 14

Ashlyn tenía de la mano a su prima Delaila, quien no paraba de parlotear sobre algo que la pelirroja no alcanzaba a comprender, sobre todo porque no le estaba poniendo atención alguna. En ese momento, iban en la carroza que su tía Giorgiana les había prestado para ir a recoger a los engendros del mal y llevarlos a todos juntos a que conocieran el banco del señor Crowel.

—¡Brand, Thiago, Nick! —gritó la niña por la ventana, saludándolos animosamente—. ¡Mamá me ha dejado ir!

—¡Genial! —gritaron los chicos, siendo todos de la edad, solían llevarse de maravilla, por no decir que juntos eran una pesadilla.

—Ashlyn —la tía Alice se asomó por la ventana mientras los niños subían y se amontonaban en el lugar—. Ten cuidado, suelen correr por todas partes, no los dejes tocar nada, tampoco los dejes hablar de más y…

—Estaremos bien tía —sonrió Ashlyn.

Alice pasó la mirada por el cuerpo de su sobrina y sonrió de oreja a oreja. Definitivamente Giorgiana había hecho un buen trabajo.

—Cielo, pero si te ves hermosa.

—Oh —se avergonzó—. Gracias tía.

—Niños, quiero que se porten bien o verán las consecuencias.

—Sí mamá.

—Philip, estás a cargo de ellos —sonrió Alice, dándole un beso a su hijo mayor y despidiéndolos, manteniendo a una llorosa Millie a su lado, parecía ser que no le habían concedido el permiso de ir.

Ashlyn no pudo concentrarse en nada, ni siquiera le molestaba que sus intensos primos estuvieran saltando de un lado a otro, gritando y jugando en un espacio tan pequeño como lo era la carroza. Pero estaba nerviosa y lo estuvo aún más cuando de pronto se detuvieron y

el cochero anunció que habían llegado.

—¡Vamos! ¡Vamos! —se excitaron los niños, abriendo la puerta y brincando hacia la banqueta.

—¡Momento todos! —bajó Ashlyn—. De las manos, no quiero que nadie se pierda.

—No somos niños.

—Bueno, si no quieren hacer caso, en este momento los regreso con el señor Orlando a casa.

—¡No! —los niños se tomaron de las manos y miraron con impresión el establecimiento.

Tenía por lo menos tres pisos y la estructura era tan hermosa como cualquier otro monumento importante de la ciudad. Al entrar, se encontraron con lo normal, gente retirando dinero, muebles preciosos, secretarias vestidas igual y perfectamente peinadas, trabajadores en trajes elegantes caminando de un lado a otro, hermosos suelos con diseños, candiles en los techos y el aroma al dinero y las monedas.

A lo lejos se podían ver unas grandes escaleras, por las que hombres elegantes y mujeres pomposas subían o bajaban, el segundo piso era el de las inversiones, los préstamos, la apertura de cuenta y servicio al cliente.

—¡Es enorme! ¡Vamos a la oficina del señor Crowel!

La seguridad del banco y diversos funcionarios se acercaron para detener el acceso de la peculiar familia al piso superior, siendo este el más exclusivo y de uso único de los altos mandos del banco, así como los socios, los gerentes de alto rango y claro, la oficina del señor Crowel.

—¿Señorita? —un hombre elegante se interpuso en medio de la escalera que ya subían—. Disculpe, ¿tiene una cita?

—El señor Crowel nos espera.

—Señorita —sonrió con tranquilidad—. El señor Crowel está en una reunión de momento, si gusta puedo pasarle su mensaje.

—Claro, él dijo que estaría desocupado a esta hora, así que venimos, espero que tenga una excusa más grande que el que esté en junta —se

cruzó de brazos, quitándose el sombrero del peinado.

—¿Está usted segura que el señor Crowel los espera?

—Más que segura.

El hombre parecía no creerle, pero asintió y subió las escaleras, dejando indicaciones de que los atendieran o, más bien, que los vigilaran, puesto que era una mujer con cinco niños desastrosos. Aunque al parecer de Ashlyn, se estaban portando mejor que nunca.

—Oye Ashlyn, ¿Eso es de oro? —apuntó Delaila.

—No lo creo, es demasiado —sonrió al ver el brocado en las paredes y se burló—: chapa de oro, quizá.

La niña cubrió su boca y sostuvo una risotada.

—¿Crees que el señor Crowel tenga un castillo como papá? —preguntó Brand.

—Quizá tenga dos —dijo Thiago.

—Papá tiene más —negó Nick.

—¡Chst! eso no se dice, ni se pregunta, ¿Entendido?

Los niños asintieron justo en el momento en el que el señor elegante regresaba hasta ellos con su sonrisa permanente.

—El señor Crowel los espera, lamento la confusión.

—Dijo que estaba en una reunión —Delaila parecía confundida—. ¿Es que acaso nos mintió?

—Deli, sin preguntas —pidió Ashlyn.

—Pero…

—¡Zip! —ella hizo como si acabara de cerrar la boca de Delaila.

La niña se molesto y cruzó de brazos, pero siguió a los demás escaleras arriba, dando brincos y sonidos de impresión y emoción. Ashlyn debía admitir que era un lugar portentoso, sobre todo por el ambiente ejecutivo y de alta gama en el que se manejaban todos los presentes, era como si cada persona en el lugar tuviera una idea millonaria en la que se debía invertir.

—Señor Crowel, la señorita Collingwood —anunció el señor sonriente, Ashlyn se preguntó cómo habrá descubierto su nombre, pero supuso que el mismo señor Crowel se lo habría dicho.

Los niños pasaron a trompicones en el lugar, dispersándose en la enorme oficina y dejando a Ashlyn en medio de una situación incómoda al ser observada por el señor Crowel con la intensidad de su mirada grisácea.

—Gracias por recibirnos, señor, nos informaron que estaba en una reunión importante.

—Lo estaba —asintió—. He salido de ella para atenderlos.

—No debió —se sorprendió Ashlyn—. Pensé que sería mentira.

—Eso no suele manejarse por aquí —se puso en pie después de firmar algunos papeles y extendió su palma hacia una salita en el lugar, pidiéndole que tomara asiento—. Me di cuenta que zafarme con mentiras de una persona sólo ocasiona que se empeñen con la idea. Prefiero deshacerme de ellos con la verdad.

—Es usted un ser cruel en su totalidad.

—Desalmado suele quedar mejor para un banquero —asintió.

Justo en ese momento una hermosa recepcionista llegaba con una bandeja de plata, dejando en la mesa dos tazas, una tetera y galletas.

—¿Desea algo más señor Crowel? —sonrió coqueta.

—Nada más Norma, puedes retirarte —el señor Crowel se adelantó y sirvió el café—. ¿Azúcar?

—Dos —dijo ella sin aliento, no tenía idea por qué le quitaba el aliento, justo en ese momento se veía más imponente que nunca.

—¡Señor Crowel! ¡Es increíble! ¡Puedo ver todo desde aquí!

El hombre se volvió hacia la voz de Philip, quien admiraba por la ventana con impresión. El resto de los niños lo siguieron, pegando sus manos al cristal y subiendo a las sillas para ver mejor.

—¡Dios! ¡Niños, bajen de ahí y quiten las manos del cristal!

—Tranquila, está bien.

Ashlyn regresó la mirada hacia el señor Crowel y notó que este parecía en realidad relajado con la idea de zapatos sucios sobre terciopelo fino y manos mugrosas en los impecables cristales.

—Es una oficina que parece salida del mismo Versalles.

—Quería que fuera lo más francés posible.

—¿Por qué?

—Lo hago en cada lugar en el que coloco un banco, me parece adecuado, supongo.

—¿Adecuado? —sonrió la joven—. ¿Adapta su despacho dependiendo de la ciudad?

—Claro, así como yo lo hago.

—Es usted un camaleón entonces —sonrió—. Criaturas asombrosas en verdad, los he estudiado un poco debido a mi primo Archie, él es amante de la vida.

—Conozco a esos animales —asintió—. Extraños a mi parecer.

—Sí, también lo creo.

—Ashlyn —llegó de pronto Delaila, susurrando en su oído—. ¿Puedo casarme con el señor Crowel?

—¿Qué? —Ashlyn reprimió una risilla y la miró divertida—. ¿Qué dije de ser impertinente, Delaila?

—No se lo estoy diciendo a él —la niña miró con mejillas sonrojadas hacia el hombre en cuestión.

—Lo estás diciendo lo suficientemente fuerte como para que te escuche

—la regañó y la despidió con una mirada.

—Niña interesante —dijo el hombre—. Supongo que no podía esperar menos de una hija de Giorgiana Charpentier.

—¿Cómo lo supo?

—Bueno, al no ser Millie, supongo que sólo podría ser la otra hija de Giorgiana, ya que la más grande está casada en Alemania.

—¿Sabe la información de todo el mundo, señor?

—De los importantes.

Ashlyn hizo una mueca de complacencia y tomó de su taza, poniéndose en pie y revisando el esplendoroso lugar en el que estaba. En verdad que parecía parte de un castillo, pulcramente decorado, pero sin rozar con lo exuberante o pretencioso, simplemente era adecuado y francés.

De pronto la puerta se volvió a abrir, Ashlyn no se volvió en seguida, pensando que sería nuevamente la hermosa mujer en un elegante vestido negro muy profesional.

—Maldito seas por dejarme ahí Carson Crowel, ¿Quién te crees que eres? —dijo la voz de un hombre.

—Soy el dueño, puedo hacerlo.

—¡JA! ¿Y por qué me dejas? Por atender a un montón de… —Ashlyn se había dado la vuelta y miraba con impresión al hombre que repentinamente se quedó sin palabras—. Oh, señorita Collingwood, no la vi ahí parada.

La joven abrió los ojos al límite de las posibilidades, dando pasos hacia atrás mientras veía al hombre que ciertamente ya había visto en otras ocasiones, pero sólo entonces notó aquella cadena que traía colocada elegantemente de un botón de su chaleco hacia su saco, con aquel anillo que ella recordaba de sus pesadillas.

—¿Señorita Collingwood? —Preguntó el señor Crowel.

—Está pálida. —Seth regresó una mirada extrañada hacia su amigo por unos segundos, para después regresar a una petrificada Ashlyn—. Señorita, ¿necesita algo?

Ashlyn seguía sin encontrar las palabras adecuadas, pero comenzó a sentirse realmente enferma, respiraba rápidamente e incluso creía que sus extremidades se habían congelado.

—¿Señorita Collingwood? —se puso en pie el señor Crowel—. ¿Se encuentra bien?

Ella negó un par de veces.

—¿Ash? —se acercaron sus primos menores—. ¿Ashlyn?

Momentáneamente sintió que algo la golpeaba en la cabeza y su mirada se volvió borrosa, estiró ambas manos, tomándose con fuerza de las mangas del traje del señor Crowel, queriendo mantenerse en pie, pero fue un intento inútil y cayó inconsciente en sus brazos.

Aquella frase, todo su malestar se había desatado por una pequeña frase dicha por el señor Humbel: "¿Quién te crees que eres?". Ciertamente no era que jamás la hubiera vuelto a escuchar, pero algo en la voz de aquel hombre la había hecho recordar el episodio más doloroso de su vida y esa cadena con el dije… era el mismo, ella sabía que era el mismo que el de aquel hombre.

Todo se estaba complicando en su cabeza, borrosos recuerdos que ella había tratado de olvidar volvieron a su cabeza y trataron de formarse adecuadamente. No lo quería traer a su mente de nuevo, pero al mismo tiempo, sentía que debía hacerlo.

Capítulo 15

Ashlyn apartó las fuertes sales que ponían sobre su nariz y abrió los ojos de golpe, topándose con la mirada preocupada de demasiadas personas, algunas de las cuales no reconocía, seguro eran empleados. Le dolía la cabeza, había perdido la noción del tiempo y no sabía con certeza en dónde estaba.

—¿Señorita Collingwood?

—¿Señor Crowel? —preguntó confundida, mirando hacia arriba para toparse con su barbilla—. ¿Qué…?

En ese momento se dio cuenta que se su espalda chocaba contra su pecho, podía sentir su respiración fuerte y tranquila, así como sus brazos rodeándola para mantenerla en su lugar. La habían colocado en el sillón y le acercaron agua, pero Ashlyn hubiera querido volver a desmayarse sólo para evitarse la vergüenza. Se separó lentamente de él y cerró los ojos con dolor, resintiendo nuevamente la cabeza.

—Tómelo con calma —pidió el señor Crowel al momento de tenderle un vaso de agua.

—Gracias —Ashlyn miró a su alrededor y se puso rápidamente de pie al darse cuenta que no había niños en el despacho—. ¡Dónde…! ¿Mis primos?

—Están bien cuidados, no se preocupe. —Ashlyn sintió un mareo que la llevó a sentarse de nuevo en el sofá junto al señor Crowel—. Venga, recuéstese por un momento.

—¿Qué fue lo que…? —entonces ella recordó—. No… ¿Dónde está ahora ese hombre?

—¿Habla de Seth Humbel? —elevó una ceja el señor Crowel, despidiendo al resto del personal que se encontraba en el lugar—. Está con los niños.

—¡¿Qué?! —se incorporó nuevamente.

—Con calma —la recostó—. Necesita relajarse, parece que sufrió una fuerte impresión al verlo.

—¿Quién es él? ¿Qué es lo que hace aquí? —dijo con molestia.

—Es socio mío en algunas empresas.

—¿Su socio? —lo miró con perplejidad.

—Y un antiguo amigo.

—¡Ja! —sonrió con incredulidad, negando repetidas veces con la cabeza, como si apenas pudiera dar crédito de lo que le decía—. Pensé que era usted un hombre inteligente.

—¿Puedo preguntar por qué su odio hacia él? Raramente los recuerdo charlando, por no decir que en realidad no se conocen.

—Él… —ella negó—. Nada, no es nada, ni nadie.

Carson elevó una ceja y la miró sin creerle ni una palabra.

—¿Acaso es un antiguo amor?

La cara de Ashlyn se desfiguró en asocial el amor con lo que le había pasado, ¡Era despreciable! Jamás podría aceptar algo así.

—Será mejor que me vaya —Ashlyn se incorporó lentamente y dejó el vaso del cual había estado bebiendo—. ¿Dónde puedo encontrar a mis primos?

—Los mandaré llamar. —El señor Crowel se puso en pie.

Ashlyn asintió y lo miró, ahora era ella la que tenía una mirada

cargada de rabia y desolación.

—Pensé que usted no confiaba en nadie y parece ser que ha decidido depositar aquello tan valioso en alguien que no me parece de confianza —le dijo con resentimiento.

Carson detuvo sus pasos y la miró extrañado.

—No sé lo que haya pasado entre ustedes, quizá Seth no sea el mejor hombre para una mujer —la miró con tranquilidad—. Pero tiene la cabeza fría y no se tienta el corazón, eso lo hace un buen hombre de negocios.

—Pues felicidades —le dijo enojada—. Supongo que las amistades se forman a partir de aspectos en común.

—¿Por qué pretende ofenderme a mí? —elevó ambas cejas—. Qué sepa no he hecho nada para recibir su enojo.

Ella lo miró furiosa, pero dejó salir el aire almacenado en sus pulmones con una exhalación desesperada y caminó por la habitación, tratando de controlar el dolor de cabeza y con aún más ganas, el dolor de su corazón y alma.

—Es verdad, no me ha hecho nada, me disculpo.

—Mandaré llamar a sus primos.

—Por favor, señor Crowel, si es usted piadoso, no me hará volverlo a ver, al menos en estos momentos en los que me encuentro tan afectada —lo miró suplicante.

—Pensé que había dicho que no era nada ni nadie.

—Está claro que no es verdad y sé bien que usted tampoco me ha creído cuando se lo dije. Es sólo… me trajo un mal recuerdo.

—Lo lamento, pero ha sido él quién se ha llevado a los niños.

—Créame señor, que le estoy pidiendo que lo mantenga alejado no porque mi fragilidad vaya a ser notoria nuevamente —se adelantó hasta él —, sino porque si lo vuelvo a ver, quizá le dispare.

La comisura de los labios del señor Crowel se alzaron ligeramente de su lado derecho, formando disimuladamente el hoyuelo que ella ya había notado con anterioridad. Él estaba reprimiendo una posible sonrisa de satisfacción.

—Los traeré en ese caso.

—Se lo agradecería, al menos para no convertirme en asesina.

Carson miró detenidamente los ojos de aquella mujer, notando lo turbados que se encontraban en ese momento, parecían almacenar tantas emociones que incluso le eran insondables. Ashlyn no era esa clase de persona, ella siempre sonreía y nunca se dejaba llevar por el dolor, incluso cuando lloraba, la muchacha fácilmente podía tirarse a reír al segundo siguiente si alguien se lo proponía.

Le era extraño, encontrarla tan indescifrable, sobre todo porque se consideraba bueno leyendo a las personas aún sin conocerlas.

Sin siquiera notarlo, Carson había levantado una mano a la mejilla rosada y suave de la joven, haciéndola brincar de la impresión al momento de sentir cómo sus largos dedos la rosaban sutilmente, provocando que sus ojos tuvieran otro revolcón extraño de sentimientos nuevos.

El calor de las mejillas de la dama fue a parar en las yemas de los dedos de Carson, que lentamente se deslizaban hasta las comisuras de los labios de la joven; fue su pulgar inquieto el que entreabrió aquellos labios, sintiendo la sedosidad y calidez de su interior.

Carson regresó la mirada a los ojos de Ashlyn, notando que los tenía cerrados al experimentar tantas sensaciones. No lo pudo resistir más y, sintiéndose preso de una sensación desconocida, se adelantó y tomó cautivos los labios rosados entre los suyos.

Ashlyn dejó salir un suspiro y se adelantó para alinear su cuerpo al de él, posando sus blancas manos en los brazos fuertes que le rodeaban la cintura; acarició aquellas extremidades hasta rodear sus hombros y posteriormente enredar sus dedos en el cabello sedoso y crecido de ese hombre.

—Oh, lo siento. —se escuchó decir a una voz varonil que claramente se burlaba—. Vamos niños, su prima aún está recuperándose de su desmayo.

—Maldito idiota. —Negó Carson con una media sonrisa, para después mirar a la joven que tenía entre sus brazos, la cual no había despegado sus ojos de él. La soltó rápidamente y negó—. Lo siento.

—Me besó —dijo sorprendida.

—Sí… —cerró los ojos, tratando de reprimir el recuerdo—. No fue lo más astuto que he hecho.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Por qué? —sonrió ligeramente y frunció el ceño—. Supongo que porque lo deseaba.

—¿Y qué quiere que signifique? —ladeó la cabeza—. ¿Compasión?

¿Ternura? ¿Cariño? ¿Deseo?

—Quizá un poco de todo.

Ella recorrió con sus ojos el rostro masculino, deseando obtener más que esa lacónica respuesta.

—Un poco de todo —repitió, tratando de entender—. ¿Qué he de hacer ahora?

—Eh… no lo sé, lo que le plazca, supongo.

—No sabe ni siquiera por qué me ha besado, ¿verdad?

—Creí decirle que por todo lo que había mencionado anteriormente —

obvió.

—No, esa fue la forma en la que escapó de la respuesta que le estaba pidiendo, estoy segura que no recuerda lo que he dicho.

Carson se dio cuenta que llevaba razón.

—Lo siento —se reprochó a si mismo—. Quizá no debí besarla.

Ella se mostró desilusionada y dio un paso hacia atrás, tomando la manija de la puerta.

—Sí —le dijo herida—. No debió hacerlo.

—¡Toc, toc! —gritaron desde afuera de la puerta, abriéndola antes de que Ashlyn pudiera hacerlo y provocando que diera pasos hacia atrás para evitar ser golpeada—. ¡No estoy viendo! ¿Puedo destaparme los ojos?

—No seas infantil, Seth —pidió Carson.

Ashlyn miró con odio a ambos hombres y salió del lugar, capturando las manos de los niños y llevándolos con todo y replicas. Seth arqueó ambas cejas y miró a su amigo con una sonrisa deslumbrante que bien podía iluminar toda la habitación.

—¿Qué le has hecho? ¿Por qué demonios está tan enojada?

—¿Acaso la conocías de antes?

—Jamás la había visto, al menos no hasta que jugaste póker con ella la primera vez —se dejó caer en el sofá donde Ashlyn había estado recostada, tomando uno de los cojines oliéndolo por un buen rato—. ¡Ah! ¡Todavía huele a ella!

—No seas idiota.

—¿Te dan celos?

—No —Carson regresó a su asiento detrás de su escritorio.

—Debo aceptar que cuando te vi besándola, yo sí que sentí celos —

sonrió tranquilo—. Mira que la muchacha es guapa… y tiene un carácter delicioso e incontrolable.

Carson lo miró con desprecio y bajó la mirada a sus papeles.

—Ella parece detestarte por alguna razón —dijo sin más.

Seth frunció el ceño y miró hacia el techo, tratando de recordar si la conocía de antes, pero nada venía a su memoria.

—Juro que no la conozco, al menos, no la recuerdo.

—Eso da apertura a muchas cosas, dudo que recuerdes al diez porciento de las mujeres con las que te acuestas.

—¿Crees que me acosté con ella? —dijo impresionado—. Creo que lo recordaría de ser así, tiene un cuerpo de locura, no es flacucha y remilgada como todas las mujeres quieren ser. No ella tiene deliciosas curvas que estoy seguro que no olvidaría.

—¿Puedes dejar de fantasear con mujeres y ponerte a trabajar?

—¿Con mujeres o con tú mujer? —Carson posó sus fríos ojos en su amigo, el cual rápidamente levantó las manos en rendición—. No me conviertas en piedra por favor.

—Idiota.

—Sí —se levantó de un brinco y se acercó a él—. ¿Qué dices? ¿A dónde iremos a festejar el trato con los Dambart?

—No iré a festejar nada.

—¿Hacer enojar a tu mujer te ha quitado todos los ánimos?

—Simplemente carezco de ganas de salir contigo.

—Mmm-hm —sonrió—. Vamos, será divertido. Te llevaré a un buen lugar, con buen vino y buenas mujeres… si es lo que quieres.

—¿Te pondrás a trabajar? ¿O debo correrte de mi oficina?

—Vale señor magnate, pero luego iremos a festejar.

Carson miró fastidiado a su amigo para después enfocarse de llano en su trabajo, en números, en dinero. Le encantaba su trabajo y apreciaba a su amigo, pero francamente lo estaba volviendo loco con el tema de Ashlyn Collingwood, de la cual no había dejado de hablar como si de pronto se sintiera flechado por ella. Aunque quizá sólo lo hiciera porque era notorio que lo fastidiaba y a Seth le encantaba sacarlo de sus casillas.

—Seth —lo interrumpió en su constante hablar—. Si te has enamorado de esa mujer, deberías ir tras ella, pero cállate y deja de fastidiarme el día.

—No te enojes —rodó los ojos—. No puedo ir tras ella, ¿no has visto su reacción? En esta ocasión me vi con suerte porque se desmayó, pero la próxima siento que moriré.

—No te matará —le quitó importancia, firmando unos papeles en su escritorio—. Seguro logras enamorarla en unos días y quitarle ese recuerdo que dice tener.

—Parecía tan furiosa… ¿Acaso te dijo por qué me odia?

—No.

—Por Dios, no le encuentro ningún sentido, ¿Qué pude haberle hecho?

Si acaso me acosté con ella, tendría que estár feliz.

Carson aprontó su quijada y lo miró sin paciencia.

—Bueno, ese es tu problema, no el mío, así que deja de hablar.

—¿Es que no te interesa saber?

—Ni en lo más mínimo.

—No puedes ser tan desinteresado, sé que en algo te llama la atención, no la pudiste besar por nada.

Carson bajó la pluma con la que firmaba los papeles y lo miró desesperado ante su parloteo.

—Muy bien, hagamos un trato.

—Vaya, me agrada esto —se adelantó curioso.

—Si te callas ahora y trabajas, prometo escuchar todas tus suposiciones sobre esa mujer. —Ofreció—. ¿Trato?

—Claro, pero sólo si festejamos.

Carson rodó los ojos y suspiró.

—Está bien.

—Genial, es un trato.

Carson pensó que su amigo no lograría resistir tanto rato sin hablar, menos sin hablar del tema que lo había dejado tan… impactado. Pero lo logró, el maldito cerró el pico el resto del día y trabajó como jamás lo había hecho, parecía necesitar en demasía que lo escucharan parlotear sobre la señorita Collingwood.

Era una lástima porque Carson creía no tener la paciencia suficiente, mucho menos en ese día.

—¿Qué demonios es este lugar? —Dijo Carson cuando estuvieron fuera del edificio a donde Seth lo había llevado a celebrar.

—No seas alzado, es un buen lugar, vamos.

Seth prácticamente se colgó de los hombros de su amigo y lo hizo introducirse al lugar abarrotado de gente que cantaba, bailaba y comía, en ocasiones, todo al mismo tiempo. Carson suspiró y caminó hasta una mesa vacía, a la cual rápidamente llegaron dos jarras de

cerveza que ninguno había pedido.

—¿Ves? ¡Es el mejor lugar! —Seth empinó su bebida, pero Carson la tomó con calma, quizá si dejaba que su amigo se emborrachara, se ahorraría la plática que le había prometido—. Bien, ¿por dónde empiezo?

—Agh, ¿seguro que quieres hablar de esto?

—Lo prometiste, es un trato —apuntó—. No puedes retractarte.

—Vale, pero resumido.

—Lo diré como yo quiera, de todas formas, el que me mandó a investigarla fuiste tú —sonrió y pidió otra jarra de cerveza—. Veamos, a lo que sé, la chica es una rebelde empedernida y por alguna razón, sus padres tampoco le ponen muchos limites.

—Eso se nota.

—Ahora, a lo que se dice, la señorita Collingwood tuvo un altercado aquí en París hace algunos años, algo como un secuestro, nadie sabe bien lo que pasó. —Seth miró a su amigo con empatía al notar el malestar en su semblante—. ¿Quieres que pare?

—No. Continua. —Pidió con una autoridad a la que Seth estaba acostumbrado—. Quiero saberlo.

—Vale, de todas formas, lo siento. —Suspiró y continuó—. Como decía, parece que no duró mucho tiempo en el tal “secuestro” por lo que muchos dicen que en realidad se escapó con alguien, ella tenía tenencia a enamorarse de las personas que no tenían títulos, ni mucho dinero, así que los movimientos de su familia fueron rápidos al traerla de regreso a casa.

—Vale, era una chica revoltosa que no le gustaba estar en sociedad —

concluyó—. ¿Y eso qué? Creo que lo sigue siendo y, si acaso fuera verdad

lo de su escape con un muchacho, ¿no serían sus padres más restrictivos con ella?

—¿Y para qué hacerlo? En teoría ella ya no puede casarse, está menospreciada por ello, ¿tú por qué crees que sigue soltera siendo hija de los Wellington, sin mencionar que es muy guapa.

—No lo sé. No tiene que ser por eso.

—Seguro que lo que ocurre es que ya no es virgen y por eso los padres ya no le toman importancia a lo que haga o deje de hacer.

Carson apretó los labios y frunció el ceño. En realidad, él notaba que sus tíos eran cuidadosos con ella, pero Seth tenía razón, le daban muchas libertades, incluso con él. ¿Sería acaso que era verdad? Con el carácter rebelde de Ashlyn, no lo dudaría; pero algo en su mirada enervada y herida cuando vio a Seth hizo pensar a Carson que tal vez, si ya no era virgen, no había sido por voluntad propia.

—No me parece ella —Carson parecía confundido—. Parecía perturbada cuando te vio, como si en verdad te repudiara. No encuentro explicación a ello.

—¡Ni yo tampoco! —elevó los brazos—. ¿Cómo voy a saber por qué me odia si ni siquiera me dijo nada?

Carson dejó salir una buena cantidad de aire por su nariz y lo miró intrigado, algo faltaba en aquel rompecabezas.

—¿Qué está escondiendo esa mujer? —dijo Carson, pensando más en voz alta que hablando con su amigo.

—¿Por qué te interesaste en ella en primer lugar? Dijiste que podía ser ella, pero no tengo idea de por qué lo dijiste —el muchacho sonrió burlesco —. ¿Acaso la has elegido para ser tu esposa?

—No digas tonterías.

—No creo que sean tonterías, eres un hombre que se hace viejo y a ella pareces gustarle ¿qué tiene de malo tener una esposa bonita?

—Sabes que no estoy hecho para el matrimonio.

—Mm-hm, si tu lo dices… ¿Entonces puedo ir tras ella?

Carson lo miró con una fría mirada, tan profunda y enervada que el hombre sentado frente a él sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo.

—Vale, hombre, no lo haré —dijo aburrido—. Si ya no es virgen, no me estaría metiendo en tantos problemas como piensas.

—Es hija de un duque y sobrina de la persona con la que me estoy quedando en estos momentos.

—Claro, ahora que lo pienso, ¿Por qué te sigues quedando ahí?

—No es asunto tuyo.

—Claro que no —dijo con una voz que molestó a Carson—. Aunque sólo de imaginarme poderla ver todos los días, incluso sería capaz de meterme en su habitación una que otra vez para verla en su lindo camisón, sonrojada del mismo color que su cabello…

—Guárdate tus comentarios depravados.

—No le hice nada y no soy un depravado.

Carson dejó que su amigo continuara hablando de sus ilusiones por la pelirroja, pero en realidad ya no lo estaba escuchando, algo le decía que faltaban piezas esenciales en la historia de Ashlyn, piezas que lo harían entender el comportamiento tan fuera de lo normal de aquella señorita.

—¿Crees que pueda morir si acaso la meto en mi cama? Me da algo de recelo al saber de quién es hija.

—Vaya cobarde que saliste ser —se burló Carson—. Deberías dejarla tranquila, en serio creo que le desagradas.

—¿No harías un intento si acaso te gustara?

—Creo que no, si desde el principio me desprecian.

—Claro, el perfecto Carson Crowel —rodó los ojos y sonrió—. ¿Jamás te has equivocado en tu vida?

Carson encajó su mirada en la de Seth, pero lo disculpó por estar tomado y bastante afectado por ser despreciado por una persona que le gustaba. No era normal que las mujeres no quisieran estar con Seth, mucho menos que le tuvieran tal rabia y hasta desprecio, seguro era un golpe duro para su ego masculino.

Dejó que siguiera hablando de ella, para ese momento, Carson estaba completamente aburrido, estaba haciendo cuentas en su servilleta, cuando de pronto, Seth se puso en pie de un brinco y miró a la distancia.

—Está aquí —dijo—. Está aquí, amigo, tiene que ser ella.

—¿Qué? —contestó fastidiado.

—¡Mira allá! Ve la gente que se remolinea en aquella mesa.

—No creo que sea tan tonta para venir aquí sola.

—Claro que no es tonta, ¿no has dicho que está furiosa? Creo que por eso ha venido.

—¿Qué tiene que ver?

—Me han dicho que cuando esa señorita se fastidia, tiene que desquitarse con alguien, normalmente aquí hay peleas.

—No creo que ella pueda pelear contra un hombre.

—Con los puños quizá no —Seth caminó hacia la multitud, siendo seguido por un desinteresado Carson.

Seth prácticamente empujó a la gente para quedar hasta el frente y Carson sólo tuvo que seguirlo, comprobando que su amigo había dicho la verdad, la señorita Collingwood estaba ahí, parecía tranquila a pesar de que la muchedumbre gritaba y se entusiasmaba, no estaban jugando cartas, sino cubilete, otro juego de azar peligroso.

La hermosa mujer pelirroja iba ganando las apuestas y, alrededor de la mesa, no había más que hombres, los cuales parecían cada vez más enojados y miraban con menor estima a la mujer.

—¡Maldición! —gritó un hombre cuando se dio cuenta que volvía a perder—. Eres una maldita bruja, ¡Algo haces!

Ashlyn no decía nada, simplemente tomaba el dinero de la mesa y lo guardaba, para después volver a jugar con quien fuese que se atreviera a seguir o sentarse en la mesa. No se había percatado de las nuevas personas que la miraban…

Carson notó que, conforme ella ganaba, los hombres gritaban más injurias y golpeaban cada vez más cerca del lugar en dónde la mujer se encontraba sentada sin inmutarse o hacer nada ante las risas de los alrededores que parecían enfurecer más a los perdedores.

—Tenemos que sacarla de aquí —Carson tomó el brazo de Seth.

—Pero, ¿qué dices? ¡Va ganando! —apuntó la mesa—. ¡Es aún más sorprendente! Mírala, tan arrogante y garbosa, dan ganas de arrancarle el vestido y hacerle el amor.

—Eres un completo imbécil —negó Carson, apartando a un idiota que

iba a sentarse a la mesa y tomó su lugar.

Ashlyn se sorprendió de ver al señor Crowel en ese tipo de bar, pero ver quién se sentaba instantes después en su mesa, comprendió por qué estaba ahí una personalidad tan importante y refinada como un banquero rico, obviamente se debía a Seth Humbel. Ashlyn respiró profundamente y configuró su mirada para que se mostrara completamente vacía.

—Bien, comencemos el juego —sonrió la joven.

Capítulo 16

Ashlyn tomó el vaso cubierto en cuero que almacenaba los dados, pero en ese instante una mano fuerte y cálida se posó sobre la de ella, deteniendo sus movimientos y obligándola a levantar la mirada.

—Basta. —Los ojos grises de Carson suplicaban—. Déjeme llevarla a casa, señorita Collingwood.

—Si no quiere jugar, señor, entonces se ha de levantar.

—Estos hombres están a punto de salirse de control, pueden lastimarla,

¿qué no ve?

—No sería algo nuevo en los de su genero —su voz era dulce cuando contestó y le apartó la mano con delicadeza—. ¿Juega?

—Bien, pero si gano, te llevaré de regreso a la mansión Charpentier —

apostó y el brillo en la mirada de Ashlyn le dijo que ella no sabía negar un reto.

—¿Y si yo gano?

—Usted dirá.

Ella sonrió ampliamente y se adelantó.

—Tendrá que ir conmigo para entregar el dinero que he recaudado aquí

—elevó una ceja.

Carson se alejó y la miró gravemente, parecía que ella se había empeñado en aquella petición, porque sabía que era algo que él detestaría hacer con toda su alma.

—Bien —dijo con molestia—. Empiece entonces.

—¿Qué tanto están murmurando ahí? —se acercó Seth.

—Aléjese de mí —pidió Ashlyn, dando un brinco lejos del hombre que se le había aproximado tanto—. Si se me vuelve a acercar de esa manera, le dispararé sin pensarlo.

—Lo sé primor, se que lo harías, aunque la razón no la sé. —Seth respiró el aroma de los cabellos rojizos, haciéndola enfadar aún más.

Ella se puso en pie y Carson lo hizo también, tomándole la mano con la que pensaba sacar una pistola y posiblemente dispararle a su embrutecido amigo.

—Está ebrio.

—¿Es mi problema?

—¿Quiere que nos vayamos? De esa forma no tendrá que soportar las palabras de un borracho.

Ella se dejó caer en la silla con brutalidad y tomó el cubilete, comenzando a agitarlo con molestia, mirando fijamente los ojos grises de Carson Crowel. Si las miradas pudiesen matar a alguien, seguro que las de Ashlyn y Carson lo harían justo en ese momento.

—Pero qué tensión se siente, ¿A que sí? —preguntó Seth a unas personas que se encontraban a sus espaldas.

—¿Va a jugar o a hacerse el tonto? —pidió Ashlyn con rabia.

—Lo que tú quieras primor, seré lo que gustes.

—Mire señor Humbel, si piensa que esto es una broma...

—¡No! ¿Cómo podría pensar eso? Sobre todo, cuando usted se lo toma tan apecho —sonrió con ojos entrecerrados por el alcohol y una cara enrojecida—. Claro que hablando de pechos…

—¡Basta ya! —gritó ella, poniéndose en pie y apuntándolo con una pistola y ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué hará, señorita? ¿Me matará? —Seth elevó una ceja—. ¡Hazlo, vamos! Sólo Dios sabe por qué me odias, pero debe de ser una muy buena razón como para cargar con un muerto.

—¡Eh! ¡Contengan a esta loca! —gritó uno de los perdedores, envalentonado por el alcohol y el resentimiento hacia la joven.

Varios hombres ya habían brincado de sus mesas y el caos comenzó cuando alguien disparó. Ashlyn se mostró sorprendida y miró a los lados, tratando de encontrar al culpable, pero fue pasado a segundo plano cuando sintió de pronto que la tomaban del cuello y la golpeaban al momento de recostarla boca abajo en la mesa.

—Hola preciosa —le susurraron en el oído, presionándola contra la mesa—. ¿Me recuerdas preciosa? ¿Cuánto dinero mío tienes en este bolsillo?

—¡Suélteme! —gritó cuando el hombre levantó su vestido.

El lugar se había transformado rápidamente en un campo de pelea, se golpeaban con puños, vidrio y lo que fuese que tuvieran al alcance, nadie hacía mucho caso de nadie. Pero Ashlyn bendijo que el señor Crowel si estuviera al pendiente de ella y llegara en el momento justo para quitarle a ese bandido de encima y levantarla.

—¿Estás bien? —la tomó de los hombros.

—Sí —dijo ella en medio de un suspiro de alivio, pero aún con el terror en sus ojos.

—Bien, vámonos —tomó la pistola del suelo y se la entregó—. ¡Seth!

¡Maldito bastardo! ¡Vámonos!

—¡Crowel! ¡Te estás llevando a mi mujer! —dijo el borracho con una sonrisa, estrellando un vaso en la cabeza de alguien.

Carson se acercó a él y lo puso en pie tomándolo de la camisa y los sacó de ahí como si fuera el padre de ambos. Fastidiado por verse envuelto en una pelea cantinera y furioso de casi ver como violaban a Ashlyn en su cara.

—¡Suéltame! —pidió Seth, deshaciéndose del agarre y yendo a vomitar a un lugar cercano.

—Agh, ¡Maldición! —Carson estaba a nada de salirse de control.

—¡Ojalá se te salga el mismo estomago por la boca!

Y… listo, la gota que derramó el vaso llegó con las palabras de la señorita Collingwood. Estaba harto de ambos, pero no podía contener la ira que sentía contra ella.

—¿Qué demonios pensabas allá adentro? —le gritó, ella jamás lo había escuchado gritar—. ¿No te lo dije? ¡Te dije que te meterías en problemas si seguías de esta forma!

—Lo qué pasó fue culpa de…

—¡No me respondas! ¡No digas ni una maldita palabra! —Ella cerró los labios y lo miró impresionada—. ¿Sabes lo que iba a pasarte? ¿Sabes lo que estaban a punto de hacerte allá adentro? ¿De qué te sirvió la maldita pistola? Dime, ¿cómo hubieras disparado si se te escapó de la mano? ¡Te habrían violado por turnos!

El rostro de ella se deformó en una mueca al venir el llanto que intentaba reprimir ante sus palabras, pero entonces, sin poder contenerlo más, dejó salir un gemido que abrió el paso al llanto y cubrió su rostro con las manos.

—Lo siento, cuanto lo siento…

Carson cerró los ojos y volvió el rostro hacia otra parte.

—¡Maldición! —se acercó y la abrazó, levantándola del suelo al ser ella mucho más pequeña de lo que él era—. No llores.

—Lo siento, Carson —lo abrazó con fuerza, enterrando la cara en el hueco que quedaba entre el cuello y el hombro varonil.

—¡Woah! Me voy unos segundos y te abalanzas sobre ella Carson, ¿Qué te ocurre? Tú eres más de los que no tienes emociones.

—Cállate ya Seth —Carson colocó sobre sus pies a la mujer y la dejó limpiarse las lágrimas—. Este desastre lo has ocasionado tú en muchos sentidos.

—La hice enojar de nuevo, ¿cierto?

—¡Deja de sonreír, maldito! —gritó ella, volviéndose y casi abalanzándose sobre él, siendo detenida por Carson.

—Muy bien los dos —Carson se interpuso entre el avance de Seth hacia ellos y las ganas de matar de Ashlyn—. Hora de separase.

—¡No quiero volver a verte en mi vida! —gritó ella.

—Tendrás problemas con eso —le dijo alegre el muchacho—, ¡Porque estás enamorada de mi mejor amigo!

—¡Te odio! ¡Lo hiciste tú! ¡Fuiste tú! —intentó zafarse de Carson—. ¡Te detesto! ¡Lo descubriré y te mataré!

—Largo de aquí Seth, ya basta.

—Está bien —levantó las manos, ya mucho más sobrio—. Dejo a la fiera en tus manos.

Ella volvió a gritar, pero en ese momento Seth se alejó y ella se volvió rápidamente hacia el hombre que la contenía y lo abrazó con fuerza, llorando amargamente en sus brazos. Volver a ver a ese hombre la había quebrado de nuevo, era como si todo acabase de suceder, como si la herida jamás hubiese dejado de sangrar.

—Tranquila… —le acarició el cabello—. Tranquila, vamos, te llevaré de regreso a tu casa.

—Quiero quedarme aquí.

—¿Está de broma?

—No en este lugar —se explicó—. Aquí, en tus brazos.

Carson miró hacia la joven que lo aprisionaba en un abrazo.

—Creo que estás demasiado afectada, ¿Con quién he de llevarte para que te haga sentir mejor?

Ella se separó lentamente, sus ojos estaban rojizos e hinchados por llorar, su nariz parecía estar congestionada y toda ella temblaba.

—Lamento incordiarlo, sé llegar a casa desde aquí.

—Te llevaré yo mismo, quiero asegurarme de que estarás bien.

—Estaré bien.

—De todas formas, vamos hacia el mismo lugar Ashlyn, no veo razón de ir por diferentes caminos.

Ella pasó su dorso por su nariz y limpió nuevas lágrimas.

—Bien.

—Vamos —la condujo hacia la renta de carrozas y pagó una para poder llegar hasta la casa de los Charpentier.

Cuando llegaron a la mansión, los problemas se dejaron venir como oleadas de preguntas por parte de unos desesperados Charpentier, quienes al notar que su sobrina no regresaba, entraron en la agonía de pensar que algo le había sucedido.

—El señor Crowel me salvó —terminó la joven—. Si no fuera por él ese hombre se hubiese propasado conmigo.

—Por Dios Ashlyn —la abrazó su tía—. No vuelvas a hacer algo así, casi nos sacas un infarto.

—Está por demás decir que estás castigada, ¿Verdad?

—Sí, tío, lo sé —se limpió las lágrimas que salían sin control—. ¿Puedo ir a mi habitación?

—Sí —concedió el hombre de la casa, no mostrando piedad ante las lágrimas que bien sabía por experiencia que una mujer podía fingir a placer —. Sube, pediré que te lleven algo para los nervios.

La joven asintió y tomó la mano de su tía para subir juntas. Los dos hombres se quedaron en silencio, esperando a que las damas subieran a sus habitaciones y se alejaran de la conversación que tomaría lugar en el recibidor.

—Parece que siempre está en el lugar adecuado para salvarla.

—Eso parece.

—Señor Crowel, le agradezco sus acciones, pero temo las posibles repercusiones que tenga todo esto.

—Las tengo en mente, señor Charpentier, no debe preocuparse.

—Lamento que mi sobrina le esté causando tantos problemas.

Carson cerró los ojos y asintió levemente, quitándole importancia al asunto y mirando hacia las escaleras, por donde la joven había desaparecido con su tía.

—Parece bastante afectada —dijo William, siguiendo la mirada del hombre con el que hablaba.

—Me temo que no es por lo que cree, señor —los ojos grises de Carson regresaron lentamente hasta posarse en los de su interlocutor—. Creo que es una herida pasada la que la hace estar de esa manera.

—¿Herida pasada? Ella jamás…

—No sabría decirle de qué índole —se explicó—. Pero me temo que jamás ha hablado de ello. Tiene la teoría que la culpa es de mi amigo Seth Humbel, quien afirma no conocerla.

William apretó los labios y lo miró sin expresión.

—No sabría decirle qué es lo que le sucede.

—Por supuesto —Carson sabía que el hombre mentía, lo cual incrementaba las sospechas principales que había tenido.

Desde que la conoció, supuso que algo extraño le había pasado, tan sólo en su primera conversación ella dijo algo que lo hizo pensar que ocultaba un dolor que quizá pudiera rivalizar con el suyo propio. Pero con el tiempo y conociéndola mejor, creyó haberse equivocado, sólo ese día se dio cuenta que no se equivocó y su percepción fue cierta desde un inicio.

—No debe preocuparse con ella, lo resolveremos.

—Estoy seguro que sí.

William miró al señor Crowel subir las escaleras para dirigirse a sus propias habitaciones, dejándolo con la cabeza llena de preguntas sobre su normalmente sonriente sobrina.

En las habitaciones de Ashlyn, su tía se ocupaba de terminar de cambiarla después de su baño y meterla a su cama, limpiándole las lágrimas que seguían cayendo sin control por sus mejillas.

—Cariño, no puedo entenderte si no me dices qué sucede… ¿Es que acaso el señor Crowel se ha portado mal contigo?

—No, él jamás es malo conmigo. —Ashlyn se limpió la nariz con un pañuelo—. Pero creo que eso es lo peor, él no me quiere, me ve como una niña revoltosa que sólo causa problemas.

—No creo que piense eso, se nota que se preocupa por ti —pasó un mechón de cabello detrás de su oreja.

La joven asintió pesadamente y la miró con una sonrisa triste.

—Creo que actuaría igual con cualquier mujer.

—Oh, cariño, eso no lo sabes, ¿por qué herirte de esa forma?

—¡Soy una tonta! Su amigo ese ha notado que estoy enamorada de él, incluso me lo echó en cara —le dijo negando y pasando su lengua para humedecerse los labios—. Y estoy segura de que el señor Crowel también lo sabe para este momento.

—¿Por qué le tienes tanta tirria a ese hombre? ¿Qué te ha hecho?

La pelirroja miró a su tía por largos segundos, para después negar con la cabeza y recostarse en la cama.

—Nada. Sólo no me cae bien, me recuerda algo horrible… lo peor es que me dijo que sería imposible que lo dejara de ver porque estaba enamorada de su mejor amigo —pasó el pañuelo por sus ojos—. Tía, ¿Será que el señor Crowel ha escuchado esos chismes de mí? ¿Todos aquellos en los que dicen que escapé con un hombre?

—Sabrá una versión y no creo que sea tan corto de mente como para hacer caso a sólo una parte de la historia.

—El señor Seth incluso blasfemó contra mí, como si fuera yo una cualquiera, habló de mi cuerpo y...

—¡Agh! Pero qué despreciable caballero.

Ashlyn hizo un puchero y volvió a soltar lágrimas llenas de dolor, se sentía tan patética que no podía contenerse. Ambas mujeres volvieron la cabeza hacia la puerta después de escuchar dos toques.

—¿Sí? —habló la tía.

—Lo lamento, señora Charpentier, pero quería saber cómo se encuentra la señorita Collingwood.

La mujer mayor regresó una mirada sorpresiva y sonriente hacia su sobrina, quién había quedado sin palabras. Sin embargo, Alice sabía perfectamente qué hacer, se puso en pie, pasó una bata a su sobrina y abrió la puerta al señor Crowel.

—Es muy amable por preocuparse, señor —sonrió dulcemente la tía Alice, sonrojando a la joven. Aunque para ese momento a ella no se le notaba, puesto que estaba tan roja por llorar, que no se percibía cambio alguno en ella—. ¿Me haría favor de hacer compañía por unos

momentos en lo que voy a pedir algo para ella a la cocina?

—Sería un placer, señora, pero… —Alice simplemente salió de la habitación, dejando abierta la puerta, no era tan falta de decoro como para cerrarla… por ella misma.

Ashlyn se limpió la nariz y dejó salir una carcajada entre el llanto.

—Quizá pudo ser más discreta con esa salida —dijo la joven.

—Sí —Carson miró hacia el pasillo por donde la mujer había desaparecido y dio algunos pasos al interior—. ¿Cómo se siente?

—Bueno, parece ser que aún soy un manojo de nervios —se apuntó y sonrió—. Estaré bien.

—Lamento que Seth te haya herido al punto de hacerte llorar.

—Usted no tiene la culpa —cerró los ojos, disparando lágrimas de vergüenza que llegaron de pronto al tener el pensamiento de que quizá el señor Crowel supiera de su pasado.

—Supongo —se acercó a una silla y la tomó para colocarla junto a uno de los bordes de la cama—. ¿Qué puedo hacer para que se sienta mejor?

—Nada. Dígame señor Crowel, ¿Usted ha escuchado cosas sobre mí? —

Ashlyn supo la respuesta cuando él no contestó y simplemente la miró con intensidad—. Me siento sumamente avergonzada de las conjeturas que pudo haberse formado de mí.

—No suelo ser prejuicioso y no conozco su versión de los hechos —se inclinó de hombros—. Así que puede despreocuparse de que piense diferente de usted.

Ella lo miró agradecida y alargó una mano para que él la tomara, sorprendentemente, el señor Crowel la tomó y la llevó hasta sus labios, besándole suavemente los nudillos blancos.

—Quiero que me haga una promesa.

—¿Sobre qué? —le dijo ensoñada.

—Creo que puede adivinarlo —ella asintió levemente y bajó la cabeza

—. Quiero que prometa que no volverá a ir a un lugar tan peligroso, menos a tener partidas de azar con maleantes.

Ella dejó salir una pequeña sonrisa y lo miró.

—Lo prometo.

Él negó continuamente y soltó su mano, no creyendo ni una palabra de esa promesa.

—Dígame la verdad, señor Crowel —le dijo con seriedad. Carson pensó por un momento que le preguntaría el significado de sus atenciones hacia ella, pero entonces, la mujer sonrió y se tomó la cara —. ¿Qué tan lamentable es mi aspecto?

El dejó escapar una suave risa que quedó atrapada en sus labios cerrados, saliendo por su nariz más como un resoplido.

—Me parece que luce bastante hermosa a pesar de estar llorando.

—Es un buen mentiroso señor Crowel, muy efectivo para hacer negocios, supongo yo.

—No, en realidad la gente prefiere la honestidad y yo también.

—Gracias por venir a verme.

—Recuerdo que pidió permanecer en mis brazos, es una lástima, no creo que sea correcto que haga algo así, pero al menos puedo venir y ver como está.

Ella se sonrojó fuertemente y bajó la cabeza.

—Fue… en ese momento yo… no estaba…

—Entiendo la situación, no se preocupe.

—No creo que lo entienda —susurró suavemente, para después encajar una mirada determinada en él—. No dije aquello por un momento de debilidad, es lo que en verdad siento, aunque me apena haberlo dicho en voz alta, logrando que se incomodara.

Carson se removió en su silla; la orgullosa y fiera mirada de la señorita Collingwood había logrado traspasar la impenetrabilidad de su alma, haciéndolo sentir a su total merced por un momento. Pero le fue fácil reconstruir su compostura y se calmó.

—No sé cómo corresponder a tales sentires, señorita —le dijo en total serenidad, con voz pausada y llena de seguridad. Recordando lo que su amigo le había dicho para herirla, algo sobre que estaba enamorada de él y ahora lo comprobaba—. Lamento no poder corresponder de una forma que la haga feliz, resulta ser que soy alguien acostumbrado a la soledad, encontrándola un tanto agradable para ser sincero y siento que, si alguien estuviera a mi lado, posiblemente la haría sumamente infeliz.

Ella bajó la cabeza y asintió.

—Entiendo.

—¿Se encuentra bien?

—Ha sido honesto conmigo, me gustaría que me dejara sola ahora.

El interior de Carson dio un vuelco al comprender que lo estaba alejando, quería que se marchara justo cuando él quería hacer lo contrario, deseaba quedarse a su lado.

—Su tía…

—Ella entenderá, es tarde y usted trabaja —suplicó con los ojos cristalizados nuevamente, se esforzaba por no llorar—. Vaya, por favor, no se detenga por tonterías de mi tía.

Carson se puso en pie y la miró por unos segundos, ella conservaba una sonrisa, pero sus ojos estaban tan llenos de tristeza, que incluso logró sobrecogerlo, pero finalmente salió, cerrando la puerta y colocando su frente en ella. Entonces, después de unos minutos, la escuchó llorar, haciéndolo sentir un patán.

—¿Señor Crowel? —le tocó el hombro la señora Charpentier.

—No puedo hacerla feliz, señora —le dijo como toda respuesta, volviéndose hacia ella—. Sé que no puedo.

Dicho eso, el hombre caminó por el pasillo y se encerró en su habitación, dejando a la señora Charpentier sola en el lugar.

—Estos chicos son cada vez más torpes —negó Alice, abriendo la puerta que la separaba de una llorosa jovencita que ella quería como si fuera su propia hija.

Carson se dejó caer en la cama y miró hacia el techo, tratando de

convencerse de que hacía lo correcto, sabía que esa decisión era lo mejor para ella, para que no sufriera y no llorara como lo hacía en esos momentos.

Pero, ¿Por qué no lograba sentirse mejor con aquel pensamiento? De hecho, sentía todo lo contrario.

Capítulo 17

Carson no había visto a la señorita Collingwood en días, era como si repentinamente hubiese desaparecido, sabía que él pasaba gran parte del día fuera de aquella casa, pero era normal verla en las comidas, en las mañanas cuando montaba o incluso en las noches, cuando salía a mirar el cielo estrellado.

Por un tiempo pensó que se habría marchado de París, pero sus recámaras quedaban a dos puertas, prácticamente podía ver el balcón de Ashlyn desde el suyo y, en ocasiones, era capaz de verla salir y mirar por horas la hermosa flor que había plantado.

Pero ya ni siquiera en el balcón la había visto, el único indicio que le hacía saber que seguía ahí, era la luz encendida de la habitación, la cual solía reflejarse en el jardín hasta altas horas de la madrugada, parecía ser que le era imposible dormir.

—¿Carson? ¿Me estás escuchando?

—No —elevó las cejas y frotó sus ojos—. ¿Me decías?

—Oye ¿por qué estás tan distraído? —sonrió Seth—. Desde hace días que apenas puedes concentrarte en algo.

—Nada, me encuentro bien.

—¿Es acaso un problema con Ashlyn? —sonrió Seth—. ¿Necesitas un concejo de cómo controlar mujeres?

—Dudo que lo sepas y tampoco me interesa.

—Tranquilo —levantó las manos—. Sólo decía.

—En ese caso, no digas tonterías.

—Bien, malhumorado, si te gusta tanto la chica, ve por ella y ya.

Carson levantó la vista y suspiró.

—¿Piensas seguir con tonterías o te pondrás a trabajar?

—Como mi socio no está del todo presente en los negocios, creo que es pertinente que hablemos de lo que te preocupa.

El hombre suspiró y tomó el puente de su nariz con sus dedos.

—No la he visto desde ese día. —Aceptó entonces—. Creo que se encuentra verdaderamente mal.

—¿Le rompiste el corazón en mil pedazos?

—No sé si fuiste tú o si fui yo.

—Si alguien le rompió el corazón, fuiste tú —sonrió—. A mi me odia y no sé por qué, pero a ti te ama.

—Le ha enfurecido tu sola presencia, le removiste algo en el interior, nadie se enoja de esa manera si ha logrado olvidar.

—Ella sólo quiere ponerme una bala en la ingle, nada más.

—No la viste llorar, no podía parar.

—¿Estás celoso? —se sorprendió—. Tú no sabes por qué pudiera estar llorando Carson, una mujer es compleja y una enamorada es un completo enigma. Incluso lo veo más complicado con la mujer de la que te has enamorado.

—No estoy celoso —se recostó en su asiento—. Como sea, he decidido que no puedo hacerla feliz, lo mejor es que me aleje.

—Ah claro, ¿Tú sabes eso por qué…?

—Me conoces, me has visto Seth, yo… no puedo entregarle lo que ella ansía, he olvidado incluso como se siente amar a alguien.

—Me lastimas en serio, pensaba que me amabas —jugueteó. Carson lo miró fastidiado—. Sólo bromeo. Vamos, ¿Cómo vas a recordar lo que es amar si no te lo permites?

—Ese es el punto, creo que no quiero recordar.

—Carson, ¿Te he dicho lo idiota que puedes llegar a ser? —Seth tomó los papeles que su amigo había estado revisando y suspiró—. Será

mejor que vayas a verla.

—¿Y decirle qué?

—Pues nada —elevó las cejas—. Qué te enamoraste de ella, quizá. No estaría mal decir la verdad para variar.

—No estoy enamorado de ella.

—Claro que lo estás.

—Creí que estabas enamorado de ella.

—A mi me gustan todas las mujeres —sonrió.

—¿No te molesta?

—Me honras con tanta lealtad —rodó los ojos y le quitó los papeles—.

Ve con ella, yo terminaré esto.

Carson se puso en pie y lo miró sorprendido.

—¿Estás seguro?

—Sí, puedo sobrellevar unos cuantos papeleos.

—Bien, gracias.

El hombre tomó sus cosas y rápidamente bajó las escaleras, siendo capturado por sus trabajadores que necesitaban firmas, atención o tenían cuestionamientos, pero Carson se sentía apresurado, cómo si supiera que Ashlyn estaba por irse para siempre.

Subió a su carroza y sintió eterno el camino hacia la casa de los Charpentier, sorprendiendo al mayordomo cuando le abrió la puerta, puesto que no era normal verlo llegar a esa hora del día.

—¡Señor Crowel! ¡Ha llegado temprano! —gritaron los trillizos—. ¿Va a jugar con nosotros?

—Lo siento, niños, tengo prisa en este momento —dijo distraído, acariciando el cabello de uno de ellos, pero mirando hacia todas partes con aparente desesperación.

—Pero señor Crowel, usted dijo el otro día que nos llevaría a contar monedas al banco —dijo otro de los trillizos.

—Niños, vengan por favor. —La voz tranquila de Alice se escuchó a las espaldas de Carson, quien se volvió aprisa hacia ella, viéndola sonreír y responder a su pregunta silenciosa—: en el jardín.

Carson caminó hasta el lugar indicado, sabía perfectamente dónde estaría esa mujer, y aunque no lo supiera, era complicado no ver el hermoso y largo cabello pelirrojo que caía suelto por la espalda de la joven que estaba apaciblemente sentada junto a la flor blanca que ondeaba ante el viento, tenía la mejilla recostada sobre sus rodillas y se denotaba que estaba metida en sus pensamientos.

El hombre sintió un vuelco en su corazón al verla y avanzó en silencio, tratando de no advertirla de su presencia hasta que se acuclilló y le tocó suavemente la espalda, haciéndola suspirar asustada, volcando su azulada mirada sobre él.

—Señor Crowel —su voz sonaba tan distante que la piel de Carson se encrespó—. ¿Ya es tan tarde?

—¿Pensaba esconderse de mí?

Ella hizo un atisbo de sonrisa.

—¿Me culparía? —volvió a recostar su mejilla en sus propias rodillas flexionadas—. Me siento un tanto ridícula en estos momentos, no quiero ser vista por nadie.

—No eres ridícula, más bien pienso que eres increíble por ser tan franca y trasparente con lo que sientes.

—Justo ahora también soy cristalina para usted, ¿cierto? —su risa sonaba más bien a una expresión de tristeza—. “Pobre chica” ha de pensar usted, “es tan fácil saber que está sufriendo”.

—Es verdad —Carson se inclinó y le tomó la barbilla, levantando suavemente su rostro—. Y me siento fatal de que sea mi culpa.

—Me enamoro de los hombres equivocados, hombres que no me pueden corresponder —elevó una ceja—. No es error de ustedes sino de la seleccionadora. No tomo buenas decisiones.

—No es tú culpa.

—¿Qué otra explicación le da? —lo miró con tristeza—. Todos los hombres de los que me he enamorado me han dicho lo mismo: “No puedo amarte como tú quieres” “No puedo darte lo que quieres”. No

tengo idea de qué es lo que les exijo, pero lo que sea que es, parece ser excesivo para todos ustedes.

—Nada, Ashlyn, eres tan pura y tu cariño es tan cálido, que más bien no nos creemos merecedores de ello —le acarició la mejilla, limpiando una lágrima que salía disparada.

—Me iré mañana —asintió—. Es lo mejor.

—No puedes irte.

—Tengo mi boleto —le dijo sin más—. Me iré en el primer tren de mañana, regreso a Londres.

—Iré tras de ti.

Ella ladeó la cabeza y sonrió mientras negaba.

—¿Por qué haría algo así?

—¡Porque no puedo dejarte ir! —la tomó de los hombros y se mostró complicado consigo mismo—. Pero pienso que mientras más cerca te tenga, más daño te haré, por eso intenté alejarte de mí.

—No parece estar haciendo un buen trabajo ahora —sus ojos azules se paseaban escudriñadores por el rostro varonil, con el ceño fruncido en confusión—. ¿Qué quiere de mí?

Carson se quedó callado por varios minutos, aquella pregunta era válida, pero era tan complicada de entender para ella como lo era para él. Ni siquiera lograba responderla para sí mismo.

—Quiero casarme contigo —le dijo bastante más inseguro de lo que debería—. Pero…

Ashlyn colocó sus delgados dedos sobre los labios del señor Crowel y sonrió de lado, mirándolo con ojos brillantes en un sinfín de emociones que Carson no se molestó en descubrir.

—Creo que me quiere, señor Crowel —sonrió complacida.

—En estos momentos creo que sabes más que yo —aceptó.

—¿Tiene miedo de volver a abrir su corazón?

—Estoy aterrado.

—¿Lo intentará conmigo?

—Haría lo que fuera con tal de que no te marcharas.

Ashlyn reprimió una sonrisa y cerró los ojos.

—Señor… ¿Está usted seguro de lo que está pidiendo?

—Sí —Carson la tomó de la cintura, provocando que se colocara de rodillas, al igual que él y la abrazó—. No podría no verte, el que me dijeras que tenías tu boleto para regresar… no, simplemente no.

La joven presionó su mejilla contra la del hombre y lo abrazó.

—Tampoco me gustaría dejar de verlo, señor Crowel.

—Entonces, no lo hagas, no te vayas —la separó de sí—. Al menos, no mañana, iré contigo, iré a pedir tu mano.

Ella parecía alegre, pequeñas sonrisas salían sin permiso de sus labios, pero al mismo tiempo, estaba aterrada, lo sentía tan voluble con el tema, que temía que fuera a lastimarla más si cambiaba de opinión a última hora.

—Señor Crowel… quizá debería pensarlo, no sólo hable por el impulso del momento —levantó la mirada—. No me iré, pero no hable de boda si no está seguro de ello.

—Tienes miedo —la tomó de las mejillas y negó—. ¿Tienes miedo de que te lastime?

—Tanto como usted lo tiene.

—Estoy seguro, jamás me he retractado de algo en lo que doy mi palabra —su voz era indudable, sin forma de que flaqueara o se desdijera —. Así que te estoy pidiendo casarte conmigo ahora, ¿Cuál es tú respuesta?

Ella miró detenidamente los ojos grises claros que la hacían sentir tan vulnerable, sus cabellos rizados tratando de ser peinados, sus hombros anchos y su postura siempre segura a pesar de estar hincado en la hierva, mirándola con una ceja levantada en espera de respuesta.

—Sí —dijo ella suavemente—. Sí quiero.

—Bien —se acercó un poco a ella y besó su frente suavemente.

Ella cerró los ojos, sintiendo con más intensidad que nunca el beso plantado en su rostro. Se alejó y lo notó mirándola. Su mirada siempre fue astuta, del tipo de hombre que puede evaluar a una persona al darle un vistazo, lo cual la hace sentir incómoda de vez en cuando, puesto que sentía que él era capaz de ver todo su interior, de ver su dolor, sus dudas, el llanto y las profundidades oscuras y heridas de su propio corazón.

—Creo que la tía nos vigila desde la ventana —susurró la joven.

—Sí. —Carson negó con una pequeña sonrisa—. Seguro que es la más entusiasmada con la idea de verme aquí arrodillado ante ti.

—Siempre tuvo la esperanza.

—Creo que sabe leer bien a las personas —asintió él.

—Una cualidad que comparten las personas serias, supongo.

—¿Es una acusación?

—Algo así —asintió la joven, dejando salir una risita.

—Tengo otra pregunta.

—¿En serio señor? Creo que la que ha hecho hace unos momentos ha de ser "la pregunta" —dijo a broma—. ¿Qué otro cuestionamiento tiene qué hacerme?

—¿Qué fue lo que pediste a tu flor?

Ella se volvió hacia la planta floreada y sonrió.

—Es mi secreto.

—Seré tu esposo, no debes tener secretos conmigo.

Ashlyn casi sintió ganas de gritar de felicidad al escuchar eso.

—Hasta entonces, no lo revelaré, es de mala suerte decir en voz alta los deseos ¿es que no lo sabía?

—No soy de los que pide deseos.

—Me imaginé.

—¿Tiene qué ver conmigo?

—Oh, señor, pero qué engreído es usted —negó la joven.

—Quizá no directamente, pero indirectamente seguro que pidió por mí o que yo llegara —elevó ambas cejas galantemente.

Ella se mordió los labios y negó, llena de alegría.

—Jamás se lo diré.

—Muy bien —le acarició la mejilla—. ¿Qué cree que haga su tía si la beso ahora?

—Seguro que me regañará.

—Entonces, lamento su regaño.

Carson se acercó y la besó con ternura, saboreando la calidez y los movimientos dulces con los que ella le correspondía. No podía creerlo, se casaría con esa mujer, esperaba que las cosas salieran bien, lo último que quería era volver a hacerla sufrir.

Capítulo 18

Carson había entrado a trabajar especialmente temprano ese día, tenía varios asuntos qué resolver y le apetecía estar a solas y sin interrupciones mientras lo hacía. Lastimosamente, no sospechó o siquiera imaginó que su amigo llegaría a la misma hora, con un aspecto descuidado y seguramente sin dormir mucho.

—Parece que te levantaste de la basura —se burló, pasando de un lado a otro los papeles firmados—. Me sorprende que te presentes a trabajar, después de tantos días de vagancia.

—Bueno, debo trabajar en algún momento —sonrió y se dejó caer en el sillón frente al escritorio de Carson—. ¿Qué tal te ha ido con la pelirroja?

—Me casaré con ella.

—¿Qué? —Seth incluso se atragantó con su propia saliva y comenzó a toser, llamando la atención de Carson que había dejado de hacer sus cosas para mirarlo con seriedad.

—¿Problema con ello?

—No, claro que no.

—Pareces tenerlos.

—No los tengo… así que, te casarás con ella —se sorprendió Seth, dejando salir una risilla traviesa—. Vaya que eres de los que gustan en saltarse pasos, cuando te dije que fueras tras ella, no creí que fueras a ir tan… en serio.

—¿Qué pensaste qué haría entonces?

—Bueno, no sé, quizá algo de cortejo.

—Hemos estado juntos por meses, bien se podría decir que la cortejé durante todo ese tiempo.

—Claro —meneó la cabeza—. Bueno, así que boda. Vaya, felicidades, es una noticia enorme, habrá que festejarlo, ¿No crees? ¿Qué tienes planeado hacer hoy?

—Iré con Ashlyn y los Charpentier al ballet.

—¿Te gustan esas cosas?

—No especialmente, pero a ella le encanta.

—Así que serás de esa clase de hombre —bromeó.

—¿De qué clase sería?

—De los que gusta de acatar y complacer a su esposa en todo lo que pida o diga —lo miró con gracia.

—Si puedo cumplírselo, no veo por qué negárselo.

—Claro, claro —meneó la cabeza—. No me hagas caso, es que no puedo imaginarte casado ¡A ti! Por Dios, parece antinatural.

—Supongo que es entendible —siguió trabajando—. El desalmado Crowel tiene la capacidad de casarse. Incluso yo lo dudaría, lo dudo ahora mismo.

—¿No quieres casarte?

—Quiero, pero no sé si seré un buen esposo.

—Creo que podrás complacerla.

—No me refería como amante.

—Sé a lo que te referías —sonrió Seth—. No enloquezcas con ello, seguro que puedes con una mujer.

—Nunca he sido especialmente cariñoso, ni siquiera con…

—Sabes expresarte de otras formas, ella lo aprenderá —dijo conciliador ante la expresión apesadumbrada de su amigo—. Y… ¿les pondrás sobre aviso? ¿O dejarás que les caiga todo de sorpresa?

—Por supuesto que les informaré, no hay forma de ocultarlo.

—Quizá no les agrade.

—Es tarde para tomarlo en cuenta.

Seth asintió levemente y comenzó a tomar papeles para leerlos detenidamente y hacer anotaciones o firmarlos él mismo si le correspondía hacerlo. Sin embargo, le era imposible pensar en otra cosa que no fuera la futura boda de su amigo, como había dicho, era un hombre al cual no podía imaginarse casado y ahora… se casaría con esa mujer que parecía odiarlo.

—¿Cuándo irás a Inglaterra?

—En dos semanas.

—¿Ella ya les avisó a sus padres?

—Tengo entendido que mandó una carta a su madre.

—Por Dios, la duquesa de Wellington —sonrió—. Seguro que te parecerá una mujer única.

—El día que conocí al duque, la duquesa no estaba, pero me han dicho que es parecida a Ashlyn.

—Físicamente, sí —asintió—, se parecen algo.

Carson asintió como toda contestación, no estaba especialmente interesado en saber nada de la familia de su prometida con tanta antelación, tenía otras cosas en su cabeza y en esos momentos los Collingwood no eran prioridad.

—Y el padre… el padre es terrorífico.

—Mm-hm, el duque y yo tenemos negocios. —Contestó distraído.

—Es un hombre muy respetado en Inglaterra, de hecho.

—Sí. Lo sé. —Asintió Carson.

—¡No puedo creer que te interese tan poco lo que te digo! —dijo sorprendido Seth—. ¡Prácticamente te estoy dando la forma de sobrevivir en su familia y me ignoras!

—Seth, simplemente no me interesa en estos momentos, ¿Podríamos posponer el árbol genealógico de Ashlyn para dentro de dos semanas? Será para cuando me comenzará a interesar.

—Eres un desastre como futuro marido.

—Lo sé —dijo tranquilo con el tema—. ¿Cómo es que conoces tan bien a la familia Wellington?

—Bueno, ¿Cómo no interesarse? Incluso nosotros buscábamos tener negocios con ellos, ¿recuerdas?

Los ojos grises de Carson se dispararon hacia la faz de su amigo, dudando que fuera por esos motivos que conocía a esa familia.

—¿Qué hiciste, Seth?

—Nada de lo que me arrepienta —se inclinó de hombros—. No del todo, quizá un poco arrepentido nada más.

—No sé por qué no te creo —Carson se puso en pie y caminó hacia la puerta del despacho y la abrió—. Darren, manda a corregir estos documentos, por favor.

—Sí señor.

—Y dile a tu esposa que traiga algo para el dolor de cabeza del señor Humbel.

El hombre desapareció inmediatamente y en su lugar llegó la hermosa presencia de Gina, su esposa. Era la pareja que Ashlyn había decidido ayudar en el tren y ahora ambos eran empleados que se habían ganado la confianza y el asenso debido a su dedicación.

Carson sonrió. Seguro que a su prometida le encantaría saber de esos dos y sus logros, pero Ashlyn no se había vuelto a presentar en el banco y él creía saber la razón.

—Señor Humbel —habló dulcemente la joven—. He traído esto, ayudará para su resaca.

—¿Quién lo ha pedido?

—El señor Crowel.

Seth miró con una sonrisa a Gina y ladeó la cabeza.

—¿Desde hace mucho que trabajas aquí?

—No tanto, mi señor, anteriormente estaba en el segundo piso, he sido trasferida aquí hace poco.

—Eres muy hermosa.

—Y casada —dijo Carson—. Gracias Gina, puedes retirarte.

—Mi señor —se inclinó la joven, pero regresó una mirada coqueta hacia Seth, quién rápidamente se la contestó.

—Es guapa —dijo el hombre en cuanto Gina salió.

—Como dije, es casada.

—Nunca ha sido impedimento para una aventura.

—Está casada con un trabajador del banco, lo último que quiero es tener esa clase de problemas —lo advirtió con una penetrante mirada —. No pienso repetirlo, Seth.

Sonaron dos toques en la puerta qué posteriormente fue abierta, dando paso a Darren con los papeles y nuevas carpetas para ser autorizadas por el dueño del lugar.

—Señor Darren, espero que su vida esté siendo más fácil ahora que están instalados ¿Su esposa está contenta? —dijo Carson para hacer énfasis en la advertencia hacia su amigo.

—Gracias, mi señor, le debemos mucho y a la señorita Ashlyn.

—No ha de agradecerlo, son buenos trabajadores.

Seth rodó los ojos al sentirse amonestado como si Carson fuera su padre y sonrió tranquilo cuando la charla pasó a ser de trabajo. Los hombres se habían enfocado en ello hasta que algo a las afueras de la oficina llamó la atención por el revuelo que se formaba.

—¡Oh! ¡Ashlyn, que bueno verte! —escuchó la voz de Gina en un tono alto y agudo—. ¿Por qué no habías venido?

—¿Está el señor Crowel?

—Sí señorita, la anunciaré.

Seth inmediatamente se sentó adecuadamente e irguió la espalda al escuchar el nombre de aquella mujer; siendo incapaz de notar que Carson lo miraba de una forma extraña, sin agresión alguna, quizá simplemente analizando de qué iba ese comportamiento.

—Señor Crowel —se introdujo Gina—. La señorita Collingwood está aquí, ¿Gusta que la deje pasar?

—Hazla pasar, Gina.

La joven salió presurosa, con una sonrisa en los labios.

Ashlyn se tardó todavía unos minutos más en entrar, tiempo en el cual Seth no podía apartar la mirada de la puerta y, a su vez, Carson se mantenía tranquilo, enfocado en sus papeles y, de cuando en cuando, en su amigo.

—¿Señor Crowel? —se escuchó la voz de Ashlyn, quien abría la puerta lentamente, tratando de no irrumpir.

—Adelante.

Ella se introdujo en el lugar, sonriendo instantáneamente al momento de ver a su prometido, pero frenándose de llano al ver que no se encontraba solo. La joven maldijo a lo bajo, se había atrevido a ir ese día porque le informaron que el señor Humbel no asistía a trabajar desde hacía dos semanas; parecía ser que le había tocado la mala suerte de ir cuando ese hombre decidía regresar a trabajar.

—Señorita

Collingwood

—se

levantó

Seth,

inclinándose

respetuosamente—. He de felicitarla por su compromiso.

—Lo agradezco —contestó con tosquedad y miró sonriente al hombre que permanecía impasible en su asiento, aún inclinado leyendo y firmando cosas.

Seth miró como la hermosa dama pasaba de largo su presencia y se acercaba al hombre que parecía más enfocado en un trozo de papel que en una mujer hermosa de carne y hueso. Sin embargo, a ella no parecía molestarle en lo absoluto, se había inclinado hasta depositar un beso en la mejilla de su amigo, dejando muy a la vista su mano izquierda, dónde una sortija especialmente llamativa adornaba su dedo anular y anunciaba su compromiso.

Carson levantó la vista y tomó la mano que ella había dejado sobre su hombro, llevándosela a los labios, pero soltándola rápidamente, más no apartó la mirada de los de ella. Para Seth había sido un acto bastante frío, puesto que en la cara de su amigo no hubo atisbo de sonrisa, pero en la de Ashlyn no era posible quitársela.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Carson.

—Visita. Quería ver a Gina.

—¿Quién es el chismoso que te pasa todos los sucesos de este banco? —

la miró intrigado—. A veces estás más al día que yo.

—La misma Gina —dijo alegre y cambió su semblante cuando de pronto este se volvió al señor Humbel—. También me dijo que usted se había ausentado en los últimos días, señor.

—Supongo que no te habrá complacido verme aquí, en ese caso.

—Todo lo contrario, me alegra verlo —sonrió forzada—. Es mejor que

nos llevemos bien desde ahora, supongo.

—No estaría mal —Seth no podía apartar la mirada de los ojos preciosos de aquella mujer, pero fue ella quién los despegó primero, volviéndose a su amigo.

—Señor Crowel, quería hablar con usted de algo importante, ¿Es posible que sea en soledad?

—No se preocupen, de todas formas, tengo que pedir unos papeles en el segundo piso. —Seth levantó las manos y salió de ahí.

—Ahora sí. —Carson tomó la cintura de su prometida y la acercó—

¿Cuál es la verdad de tu visita?

—En verdad sólo quería visitarte —lo miró—. Pero no pensé que él estaría aquí.

—Como te he dicho, es un socio importante y un amigo cercano, me será difícil deshacerme de él.

—No lo estoy pidiendo —se apresuró a decir la joven—. Tan sólo que…

no es lo más sencillo que haya hecho.

—Entiendo eso.

Ella meneó la cabeza y se sentó en el escritorio de su prometido, sonriendo divertida al verlo elevar una ceja y mostrarse sorprendido ante una actitud tan despreocupada de su parte.

—¿Te molesta?

—No, tan sólo no me lo esperaba.

—¿Qué quisiera sentarme?

—No sobre mi escritorio.

Ella dejó salir una risa armoniosa.

—A veces eres tan estirado.

—Un poco —aceptó y tomó unos papeles en sus manos.

—¿Podrías darme un beso al menos?

—Sería problemático si alguien nos viera —la miró—. Sin mencionar que estás aquí, sola y atravesaste todo el banco, así que sabrán cual era tu destino.

Ella soltó entonces una carcajada y asintió, acercándose al rostro de su prometido, mirándolo alejarse ante su sonrisa burlesca.

—Estirado —le dijo, besando rápidamente sus labios para después ponerse en pie—. En realidad, estaba de paso, voy a la tienda de tía Giorgiana y se me ocurrió venir a decirte que recibí carta de Londres, de parte de mi madre.

—¿Qué te ha dicho?

—Vendrá.

—¿Vendrá?

—Sí, probablemente llegará en una semana.

—No me esperaba eso —dijo divertido, recostándose en su asiento—.

¿Tú madre suele ser así de…?

—¿Atrabancada? —sonrió—. Sí, así es ella.

—Bien, entonces la esperaré ansioso.

—Mmm… dudo que pienses eso cuando la conozcas. Mi madre es genial, pero puede ser una pesadilla.

—Sabré lidiar con ella.

—Eso lo sé —colocó su sombrero nuevamente en su cabeza y se miró en el reflejo de un vidrio de una estantería—. ¿Cómo me veo?

—Hermosa —asintió Carson.

—Bueno, te dejo trabajar —elevó ambas cejas—. ¿Quieres un beso de despedida o me lo ahorro?

El hombre rodó los ojos y la vio acercarse para depositarle un casto beso en los labios a modo de despedida.

—Te veré a las siete para ir al ballet. —La informó.

—¿Es qué no llegarás a comer y cenar?

—Dudo que pueda ir en estos días, estoy tratando de dejar todo en orden para cuando nos tengamos que ir a Londres.

—Entiendo, bueno, avisaré a mis tíos.

Ashlyn dio una última mirada a su prometido, pero él ya estaba volcado plenamente en su trabajo, así que cerró la puerta y sin pensarlo, sus labios se curvearon un poco.

—Pareces muy enamorada —se acercó Gina dando brincos—.

Enséñame esa joya de nuevo.

—¡Me avergüenzas!

—Oh, por favor —la chica tomó la mano de aquella mujer y miró el anillo en su dedo, asintiendo conforme—. Es hermoso en verdad.

—Lo ha escogido él mismo, me parece interesante que sea una persona tan exuberante en joyas cuando es tan sobrio en lo general.

—Un lado oculto, quizá —sonrió Gina.

Ambas chicas rieron y charlaron por un rato más antes de despedirse.

Ashlyn salió de los bancos Crowel a la una, hora perfecta para la cita que había agendado con su tía para ver su ajuar y el vestido de novia, sabía que quizá era un poco presuroso su actuar, pero estaba tan emocionada que no había podido contenerse y le había revelado a su tía Giorgiana sobre su boda.

—¡Señorita! —Aquella voz provocó un escalofrío a lo largo de la espalda de la joven—. ¡Señorita Collingwood!

—¿Qué deseaba señor Humbel? —preguntó cuando él estuvo lo suficientemente cerca de ella.

—Por favor, quiero hablar con usted.

—Es lo que hacemos, señor —siguió caminando.

—¿Podría detenerse un segundo? —Seth la tomó del brazo, pero ella rápidamente se soltó, mirándolo a la defensiva.

—¿Qué quiere?

—Sólo… —negó confundido—. No lo sé.

—Si no lo sabe, haga favor de no irrumpir en mi caminar.

—Señorita —se interpuso en su camino—. Quisiera entender de dónde proviene tanto odio, se casará con uno de mis mejores amigos y no quisiera que la relación se viera afectada por ello.

—No se preocupe, se actuar cortés.

—Entiendo, pero aún así me agradaría saberlo.

Ashlyn lo miró con odio, ¿Cómo era posible que actuara con tal desfachatez? ¿Cómo había podido olvidarla? Quizá a él no le hubiese importado, no tomaba en cuenta a las mujeres y esa era la razón por la cual las dañaba y después las olvidaba. Miró hacia la cadena con anillo que el señor Humbel portaba nuevamente y se sintió mareada.

—¿De dónde sacó eso? —apuntó la alhaja.

—¿Esto? —Seth tomó entre sus manos la cadena, haciendo que el anillo se elevara y diera vueltas ante los ojos de la joven—. Todos los socios del banco tenemos una. Sólo Carson tiene el anillo para sellar las cartas, como ve, esto no tiene borde para…

—¿Todos los socios?

—Así es, Carson se los da a los socios o a los empleados leales.

—Por Dios… —Ashlyn tocó su cabeza y negó—. No puede ser.

—¿Qué le sucede?

—Nada. —La joven cerró los ojos con fuerza—. Creo que le debo una disculpa.

—¿En serio? —el hombre sonrió—. ¿Por qué?

—Porque me apresuré a deducir —se recargó en una pared cercana—.

Al final de cuentas, podía ser cualquiera… ¿Cuántos socios tiene el señor Carson?

—¿Se refiere a los del banco o a sus otros negocios?

La cabeza de Ashlyn estaba por explotar, sintiéndose acorralada y, al mismo tiempo, apenada con el hombre al que había acusado sin

siquiera investigar a fondo si era el responsable de su agravio o no. Era una tortura ser sobrina de Thomas Hamilton y no poder pedirle ayuda para que investigara.

Nadie podía saber lo que en realidad pasó hace seis años.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que mande llamar a Carson?

Los ojos de Ashlyn se fijaron en aquel hombre, quien parecía preocupado y considerado a pesar de que ella se había portado de la manera más terrible para con él.

—No —sonrió—. Me encuentro bien, tan sólo es un dolor de cabeza, pasará pronto.

—Bien. —Seth presionó sus labios, pensativo—. ¿Por qué preguntó lo del dije? ¿Es que conoce a alguien que lo porta?

—Sí. Para mi desgracia así es.

—¿Desgracia? ¿Es que le hizo algo?

—No, no —la joven lo miró con tranquilidad—. Todo está perfectamente, no debe preocuparse y, por favor, no le diga a Carson.

Seth apretó sus labios y la miró dudoso, aquel comportamiento lo hacía pensar en muchas cosas.

—¿Oculta algo, señorita? Porque si es así, le aseguro que Carson lo terminará descubriendo y será peor.

—¡No! —ella meneó la cabeza, buscando tranquilizarse—. Le aseguro que no tiene de qué preocuparse.

—Espero, porque Carson es… intransigente en muchas cosas.

—¿Es que dice que es malo?

—¡No! Es un hombre increíble, aunque muy diferente a usted —la miró con ojos entrecerrados—. Él place de su soledad.

—Le aseguro que fue él quien pidió mi mano, no al contrario.

—Sé que fue él quien pidió su mano —le dijo obvio—. Pero no puedo evitar pensar si está haciendo todo esto por esconder alguna fechoría de su juventud.

Ella lo miró con enojo.

—¿De qué habla? —frunció el ceño.

—Bueno, he escuchado cosas —él la miró dudoso, sobre todo cuando Ashlyn deformó su cara en una mueca de incredulidad—. La gente no deja de decir que usted… tuvo un amante.

—¿Y Carson lo cree?

—¿Cree que estaría casándose con usted si lo creyera?

—En ese caso, esta conversación no tiene sentido.

La joven quiso seguir con su camino, pero entonces sintió la mano fuerte y posesiva del señor Humbel sobre su brazo, frenando su avance por la calle.

—Él es casi como un hermano para mí, señorita, no permitiré que nadie ensucie su nombre o lo haga pasar un mal rato.

—Suélteme —la joven arrancó su brazo y lo miró molesta.

Seth apretó su quijada y entrecerró los ojos.

—¿Lo amas?

—Sí, muchísimo.

—Me alegro —encajó en ella sus ojos azules—. Porque te será necesario recordarlo cuando te cases con él.

—¿Cómo podría olvidarlo? —se cruzó de brazos.

—Cuando lo conozcas en una vida ordinaria, lejos de toda la melosidad del noviazgo —le dijo—. Tal vez ya no te parezca el hombre espectacular.

—¿Le tiene celos a su amigo? —le dijo tranquila.

—Por supuesto que no.

—Espero que así sea, señor, suena bastante mezquino lo que dice.

El hombre sonrió y asintió.

—Intento hacer que comprenda lo que viene y se resigne a ello.

Ella se cruzó de brazos y sonrió con soltura.

—No hace falta que se preocupe, seguro que el señor Crowel y yo podremos resolver los problemas que surjan en nuestra relación.

La joven tomó sus faldas y se alejó de él con un caminar resuelto que le sacó una sonrisa al señor Humbel. En verdad que no podía creer que se fueran a casar, eran como agua y aceite, no había forma de que Carson repentinamente cambiara su actitud hacia la vida.

Lo único que haría sería arruinar a esa muchacha y, además, estaba el tema de su familia, no quería ni pensar la sorpresa que se llevaría la señorita Collingwood al conocer a los Crowel, porque, aunque Carson lo quisiera evadir de momento, eventualmente tendría que darles la cara y presentarla como su mujer.

Capítulo 19

Ashlyn despertó en medio de la madrugada, sintiéndose un tanto nerviosa, su madre estaría por llegar, la esperaban para ese mismo día, claro que unas horas más tarde, no a las dos de la mañana. Se dejó caer en la almohada y miró hacia el techo.

¿Qué pasaba si el señor Crowel no era del agrado de su madre? O quizá la situación fuera al revés y él jamás quisiese relacionarse con su familia que ella amaba sin medida. Su corazón latió con fuerza, ¿qué tal si su madre negaba el permiso de que se casaran? ¿Qué haría el señor Crowel? ¿Se daría por vencido o se escaparían?

Se sentó en la cama y gritó exasperada. También le daba vueltas una y otra vez a la conversación que había tenido con el señor Humbel, debía admitir que la logró asustar un poco en cuanto a su futuro se refería, ¿Qué pasaba si tenía razón y el señor Crowel fuera frío o incluso malvado con ella? No… eso no, ese hombre sólo quería asustarla, ponerla nerviosa.

Lastimosamente lo logró.

Se quitó las sábanas de encima y colocó su bata y pantuflas para podre salir de su habitación. Necesitaba comer algo, quizá un vaso de leche caliente la ayudaría a recuperar el sueño.

Iba bajando las escaleras cuando se topó de frente con el dueño de sus pensamientos, de sus ilusiones y también de sus terrores. El señor

Crowel subía en esos momentos a su recámara.

—¿Qué sucede? —la tomó de los hombros—. ¿Por qué estás despierta a estas horas?

—Me desperté —se sonrojó al notar que la estaba tuteando.

El señor Crowel jamás lo hacia cuando estaban en público, en la calle o en realidad bastaba con que fuera de día.

—¿A dónde te dirigías?

—La cocina, quería ver si un vaso de leche me ayudaría a recuperar el sueño.

—¿Tuviste pesadillas?

—Más bien me encuentro nerviosa.

—¿Por la llegada de tu madre?

—Sí —ella se sentó en las escaleras y se hizo a un lado al notar que él hacía lo mismo—. Tengo miedo de que algo salga mal.

—¿Qué puede salir mal?

—No sé, qué no le caiga en gracia o viceversa. Que no quiera que nos casemos o usted jamás desee volver a verla. Que…

—Vaya, son demasiadas cosas malas —le cubrió la boca con una mano

—. No creo que haya problema con nada de lo que te preocupa, no te alejaría de tú familia, incluso si yo tuviera un inconveniente.

—¿En verdad?

—Es tu familia —asintió.

—¿Pero y si fuera al revés?

—No pasará nada, Ashlyn, relájate.

Ella asintió un par de veces y lo miró.

—He de parecer una niña tonta en estos momentos.

—No, de hecho, me parecen nervios normales de una novia —elevó una ceja—. Quieres que todo salga bien y es normal.

—¿Tú también quieres que todo salga bien?

—Quiero que estés tranquila y feliz.

Ella sonrió y se acercó para acariciarle la mejilla.

—Para ser un desalmado, me pareces un hombre bastante comprensivo con todo lo que me pasa a mí.

—Es diferente —se acercó hasta estar a centímetros de sus labios, sintiendo su respiración muy cerca—. Tú vas a ser mi esposa.

—¿Privilegios? —susurró, aún sin tocar besarse.

—Podemos decir que sí.

Carson juntó los labios con los de su prometida en una caricia dulce que ella intensificó, acercando su cuerpo al de él, manteniendo sus suaves manos sobre las mejillas rasposas por la barba incipiente.

—Ashlyn… —intentó separarla.

—Espera… sólo quiero estar así un poco más.

Carson interrumpió el beso con una risa contenida, agachó la cabeza un poco, poniendo distancias y, por primera vez, ella lo vio sonreír de verdad, con todo y sus dientes.

—Si no me detengo, no lo haré jamás.

—Carson —le tomó con fuerza la cara—. ¿En verdad te gusto?

—¿No estoy comprometido contigo acaso?

—Sí —sonrió—. ¿Podrías hacerme un favor?

—¿Qué deseas? —le apartó un mechón de cabello de la cara.

—Sólo quiero estar contigo por unos momentos —bajó su mano hasta su pecho y lo miró—. Podrás marcharte en cuanto me duerma.

—Ashlyn…

—Sé —lo interrumpió—, qué no es una conducta que apruebes, pero por una vez, ¿podrías no hacer lo correcto?

—¿Te parece que lo que hacemos ahora es correcto? —negó—. Son las

tres de la mañana, estás en bata y yo en ropas de dormir, y te besaba y no de la forma más inocente que se me ocurre.

—¿Entonces aceptarás?

Carson suspiró y la miró.

—Bien, tan sólo unos momentos.

Ashlyn se puso en pie, mostrándose alegre y deslumbrante por haber conseguido su objetivo, claro que debió prever que nada era tan sencillo con el hombre que se convertiría en su marido, con él se debían leer las letras pequeñas o al menos pedirlas; porque cuando ambos entraron a su recámara y ella se metió a la cama, él ya tenía entre las manos una silla y la colocó junto al lecho, cerca de ella.

—Injusto.

—Jamás dije cómo te haría la compañía.

—Desalmado.

—Vamos, recuéstate y cierra los ojos.

Ella hizo un puchero, pero se acercó todo lo posible al borde de la cama, quedando lo más cerca posible de él y observó como se trataba de poner cómodo en el mueble. Carson apoyó un codo y recostó su mejilla en su puño, mirando atentamente a su prometida que sonreía con encanto.

—¿Me dejarías tomar una de tus manos?

—A dormir.

—Vamos, eso no es nada. —Carson suspiró y tomó la mano que ella tenía contra el colchón—. Gracias. Creo que vas a ser mejor esposo de lo que piensas…

Los ojos de la joven se cerraban lentamente, aunque ella trataba de abrirlos para seguir despierta, irremediablemente cayó en el mundo desconocido de los sueños, pegando su cara lo más posible a la mano varonil que mantenía aprisionada.

Carson miró sin emoción el rostro pacifico y el cuerpo curvilíneo de la que sería su mujer. Seguramente a ella le dolería saber que él era un hombre tan controlado, que aquello no causaba mella alguna en su cuerpo o en su mente, ni siquiera cuando la estaba besando se sentía

descontrolado o apunto de perder el control.

Le gustaban las mujeres y definitivamente le gustaba la que se convertiría en la suya, pero nunca fue para él una necesidad que le quitara la concentración para hacer cualquier otra cosa. Era un hombre sereno, controlado y no veía comprometida su hombría por no acostarse con mujeres todo el tiempo.

Retiró lentamente su mano, pero se quedó sentado junto a la cama por mucho rato, simplemente observándola dormir. Ella aseguraba que sería un buen marido, pero Carson seguía teniendo sus dudas, no sabía por cuanto tiempo podría tener esa actitud en la que la complacía en todo, definitivamente Ashlyn se lo provocaba, pero si surgía una eventualidad, ¿Ashlyn en qué posición quedaría? ¿Seguiría siendo su prioridad o la delegaría? Al menos, ese era su normal proceder hasta el momento.

—Supuse que en algún momento lo convencería para que hiciera esto —

se escuchó el susurro amable de Alice Charpentier.

—Señora —se puso en pie con tranquilidad pasmosa y la miró sin incomodidad alguna por haber sido atrapado—. Le costó trabajo, pero digamos que me acorraló.

Ella sonrió.

—Dudo que Ashlyn pensara en esto cuando se lo pidió.

—No permitiría que se viera deshonrada de ninguna manera.

—Es usted un caballero.

—Creo que ella piensa que soy algo anticuado, manejado a la antigua pese a que soy joven… aunque no tanto como lo es ella.

—Le hará bien, Ashlyn siempre fue un tanto descontrolada, un hombre como usted será un complemento perfecto.

Carson asintió y miró a la mujer que sonreía mientras dormía.

—Está preocupada —expuso el hombre—. Piensa que su familia y yo no nos llevaremos.

—¿Y usted qué piensa?

—Haré lo posible para que no exista conflicto alguno.

—Creo que con eso bastará para que todo salga bien.

—Lo espero también —el hombre se volvió hacia la hermosa mujer durmiente y se inclinó para besarle la mejilla con cariño—. Gracias por mantenerla aquí hasta que reaccioné.

—Tampoco quería irse, algo la detenía, creo que su destino.

—Me retiro señora Charpentier.

—Que pase buena noche, señor Crowel.

Alice miró a su sobrina y se acercó a ella para colocarle un beso en la mejilla y apartó el cabello de su cara.

—Parece que has dominado alguien importante, pequeña.

La joven pelirroja se removió en su cama y suspiró, sacando una bella sonrisa de parte de su tía, quien la arropó y se marchó de la habitación, dejándola tranquila y feliz.

El día comenzaba su curso en París, el sol apenas estaría dando sus primeros rayos hacia el horizonte e iluminando las largas y hermosas calles de la capital de Francia. Reinaba la paz y la tranquilidad, hasta que de pronto, Ashlyn despertó de golpe tras el fuerte sonido de la puerta azotándose contra un mueble.

—Ashlyn Collingwood, ¿Estás acaso loca? ¿Cómo te atreves a avisarle a tu madre sobre tu aparente compromiso por una nota?

—Mamá —se frotó los ojos y trató de alizar su cabello—. Es demasiado temprano.

—No, me parece que es la hora en la que sueles despertar, pero ¿por qué te has quedado dormida ahora? Sé que él está aquí también.

—Agh, mamá, por favor —se cubrió el rostro con la sábana—. ¡Ojalá hiciera algo tan indecoroso como lo que piensas! Pero él no es de ese estilo de hombre.

—¡Ashlyn Collingwood! —Katherine la destapó con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero qué descarada hija tengo.

—No tanto como mi madre.

—Es verdad —se sentó en el borde y le palmeó una mano—. Bien, canta como ruiseñor, necesito toda la información.

—Mamá, no vayas a tratar de incordiarlo a propósito.

—Pero si para eso he venido.

—Tienes razón —asintió la menor y se estiró hasta su otra mesa de noche, alcanzando un papel—. Toma, te he puesto lo esencial del señor Crowel aquí.

—Mmm… —suspiró la madre al comenzar a leer la escritura de su hija

—. ¿Es un banquero?

—Si, muy rico —la muchacha miró sobre el hombro de su madre.

—¿Qué más me tienes?

—Guapo, muy guapo, tiene un pasado difícil, así que mejor que no lo menciones, se cierra como si fuera una caja fuerte.

—Mm-hm, bien entiendo lo esencial —la miró—. Me han dicho que no es clasificado como un hombre muy… abierto, poco cariñoso.

—Es bueno y amable conmigo.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy mamá —rodó los ojos la joven—. El siempre es cordial y atento, se preocupa por mí.

—No puedo decir que no me alegra. Por mucho tiempo pensé que no podías volver a amar a nadie, que tendrías demasiado miedo…

—Aún lo tengo —suspiró y miró a su madre cautelosamente—. Mamá,

¿Conoces los bancos Crowel?

—Por supuesto querida —su madre la miró—. ¿Por qué?

—¿Papá ha recibido algún regalo de ese banco?

—No, mi amor, ¿por qué?

—Nada. —Decayó notablemente—. Tenía curiosidad.

—Me parece extraña la pregunta.

—Bueno, resulta que el señor Crowel da a sus socios y mejores empleados un anillo especial, como el broche de tía Gigi.

—Los bancos suelen hacer eso, incluso con clientes.

—Sí, lo sé… bueno, ahora lo sé. —Ella meneó la cabeza—. La cosa es, que recuerdo es el mismo anillo que el de mi secuestrador.

Ashlyn notó como su madre empalidecía y jalaba aire con fuerza. Cada vez que ella osaba en sacar el tema a relucir, sus padres reaccionaban igual: con dolor y frustración, era una de las razones por las cuales ella no hablaba de ese pasado que todos querían olvidar.

—¿Le has preguntado?

—¿Qué voy a preguntar? —negó deslucida—. Son cientos de posibles personas que seguro tendrán el anillo. El señor Crowel es el único que tiene la capacidad de sellar con él, los demás sólo deben ser conmemorativos, algo que los hace parte del banco.

—Hija… ¿Estás segura?

—Jamás podría olvidarlo, era lo único que era capaz de ver, el resto de ese malnacido estaba cubierto.

Katherine mordió sus labios y asintió.

—Hija, ahora que hablamos de esto, creo que sería importante tocar un tema que ambas conocemos, pero no hablamos entre nosotras —dijo avergonzada la madre.

Ashlyn suspiró.

—Sí, mamá, sé a lo que te refieres.

—Cariño, sé que no quieres hablar de ello, es horrible, pero si acaso ese hombre te hizo más daño del que nos has contado…

—¡No! —dijo enojada, poniéndose de pie.

—Esas cosas se notan Ashlyn…

—¡Dije que no!

—Mi vida, los hombres son celosos, no sabes cómo puede reaccionar si

acaso tú eres incapaz de cumplir con tus deberes maritales —la miró en advertencia.

—Puedo cumplir con ellos —dijo segura—. ¿Acaso tú tuviste problemas con papá? Sé que tuvieron problemas al inicio.

—Sí. Los tuve. —Ashlyn la miró con cautela y elevó una ceja—. Los hombres pueden ser unos brutos y no piensan racionalmente, mucho menos cuando una mujer dice "no".

—Lo sé bien, no creería que papá sería de los que se molestan porque no quieres intimar con él.

—¡Ashlyn! ¡Por favor! —la mujer negó con molestia—. Claro que no estoy hablando de tu padre.

La joven se sorprendió.

—Entonces…

—Te estoy diciendo que a todas nos puede pasar que hayamos sido forzadas a hacer algo con lo que no estábamos de acuerdo.

Los ojos de Ashlyn contuvieron las lágrimas, no dejó salir ni una de ellas, mostrándose dura y orgullosa frente a su madre, la cual no terminaba de sorprenderse al comprender que algo mucho más grave le había pasado a su hija.

—Hija…

—Mamá, no quiero que lo vayas a atiborrar con preguntas —cambió el tema rápidamente—. Lo último que quiero es incomodarlo.

—¿Se puso nervioso?

—Dudo que algo lo ponga nervioso.

—Yo lo pondré.

—Mamá —rodó los ojos la joven, jugueteando con su madre—. No quiero que lo intimides.

—Cariño, soy tu madre, ese es mi trabajo.

Katherine salió de la habitación para dejar que su hija se cambiara para comenzar su día. Pero siendo honesta, también había deseado irse para poder dejar salir un lamento desde el fondo de su pecho;

colocó su espalda contra la puerta de Ashlyn y lloró por su hija. En definitiva, tendría que hablar seriamente con el señor Crowel.

Ashlyn tardó un buen rato en estar lista, así que se vio en la necesidad de bajar corriendo las escaleras. Se le había hecho tarde para ir a montar, pero aún tenía tiempo de capturar al señor Crowel antes del desayuno.

Prácticamente corrió hasta los establos y los abrió, encontrándose con su prometido, quién quitaba la silla de montar del caballo que había utilizado esa mañana.

—Señor Crowel —el hombre volvió despacio la cabeza y sonrió.

—Buenos días, ¿Al final pudo descansar?

—Creo que descansé de más, ni siquiera me pude despertar para salir a montar como siempre.

—Me alegra saberlo.

—Señor Crowel, mi madre llegó.

—Me lo dijeron los mozos, sin mencionar que la escuché, es una mujer que se hace notar.

—Lo es —se acercó a él—. Más de lo que piensa.

—Sé que estás preocupada, pero estoy acostumbrado a lidiar con gente difícil, mi trabajo me ha formado bien.

—No la conoce.

—Ni usted me conoce mucho a mí.

Ashlyn bajó la cabeza, dándose cuenta que él tenía razón, ¿Qué tanto lo conocía? En realidad, muy poco. Él era tan impenetrable en la normalidad de su vida, que era difícil para Ashlyn descifrar lo que era, lo que quería, lo que soñaba o incluso lo que le molestaba.

—Ashlyn, mírame —se acercó a ella y levantó su rostro—. No hay prisa, yo tampoco puedo saberlo todo de ti ahora, pero con el tiempo lo haremos, ¿de acuerdo?

—Sí —la joven tomó la mano que él mantenía sobre su barbilla y se levantó en sus puntas para alcanzar los labios de su prometido.

—Vamos. —Él le acomodó el cabello detrás de la oreja.

Los prometidos entraron al comedor que, para ese momento, parecía más bien un jurado. Ashlyn miró a su madre con molestia, pero ella simplemente sonrió y se puso en pie.

—¿Señor Crowel?

—Lady Wellington —Carson miró a su futura suegra y, después, a su prometida—. Era verdad lo que decían, tienen un parecido asombroso entre ustedes.

—Creo que es la única de mis hijos que se parece a mí —Katherine observó por largo y tendido al señor Crowel, intentando descifrar algo de su personalidad, pero los ojos de aquel hombre eran tan duros, tan fríos e incorruptibles, que se sintió asombrada—. ¿Tomamos asiento para desayunar?

El hombre asintió levemente y levantó su brazo, apuntando la mesa para las dos damas y separando la silla de su prometida, quien estaría sentada junto a él.

—Lo siento tanto —susurró Ashlyn al oído de su prometido.

—Está bien, no ha hecho nada.

—Es una disculpa por adelantado, de hecho.

—Díganos, señor Crowel, ¿Cómo está su familia?

Ashlyn se sorprendió, le había advertido a su madre que no le preguntara sobre ello.

—Bien, señora, gracias.

—Estarán presentes en la boda, espero.

—Lo más probable es que así sea, pero viven lejos y son personas grandes y en condiciones no tan optimas.

—Lamento escucharlo.

—Se encuentran bien, dentro de lo que cabe, no hay de qué lamentarse

—le quitó importancia al asunto.

—¿Es hijo único? —inquirió Kathe.

—Ahora lo soy —asintió el hombre.

—Oh, siento mi indiscreción.

—Son las preguntas normales de una madre preocupada, creo yo. No debe sentir pena por ello —concedió.

—Veo que tiene todas las contestaciones a punta de lengua.

—Cuando se saben las respuestas, es fácil contestar.

Katherine sonrió de lado y asintió.

—Eso creo también.

Prosiguieron en un desayuno meramente normal, aunque los nervios nunca abandonaron a Ashlyn, quién creía haber cometido un error al haber hablado con su madre, parecía que todo lo que le había pedido que no hiciese, era justo lo que pensaba hacer.

—Tranquilízate, no está pasando nada. —Susurró su prometido.

—Por ahora —bebió jugo la joven—, esto no es nada, ella no ha terminado contigo.

—Hubiera sido demasiado fácil que así fuera.

Ashlyn sonrió hacia él y se sonrojó al tener aquella mirada penetrante sobre ella; inmediatamente sintió escalofríos recorrer lo largo de su espalda hasta hacerla retorcerse en un inevitable movimiento involuntario.

—Señor Crowel —la voz cantarina de Katherine Collingwood resonó en toda la habitación.

—¿Lady Wellington?

—¿Sería tan amable de tomar un paseo conmigo?

—Sería un placer.

—¿Tendrá tiempo después del desayuno o se irá a trabajar?

—Puedo posponer mis juntas.

—Es atento en verdad, sabe perfectamente como tratar a las personas,

¿Verdad?

—Soy un banquero, es lo que se espera de mí.

Katherine seguía tratando de indagar en el alma de aquel hombre, pero le era imposible, sin embargo, parecía estar dando todo de sí para que las cosas funcionaran y eso era algo positivo, al menos para su hija, se notaba que estaba esforzándose por ella.

Pero seguía existiendo algo en aquellos ojos duros, vacíos de toda emoción y ese aire solitario que rodeaba al señor Crowel, eso era lo que lograba hacerla dudar. Su hija era una mujer fuerte, decidida y nada endeble; pero enamoradiza, los hombres fueron su fascinación desde que tuvo consciencia de sus diferencias y ese caballero en particular, había capturado incluso la atención de Katherine, quizá como persona era un ser espectacular, pero no sabía si tenía lo necesario para ser un marido.

Cuando el desayuno hubo concluido, Ashlyn se apresuró hacia su madre, tomándola de la mano con fuerza y poniendo en sus ojos una mirada suplicante.

—Por favor, mamá, no hagas nada para molestarlo.

—¿Por qué razón? ¿Qué haría él?

—Nada por lo que ella o usted deba preocuparse —dijo el señor Crowel.

Ambas mujeres saltaron y sonrieron—. Con temor a parecer maleducado

lady Wellington, he de apresurarla. A pesar de que he dicho que puedo tardar en retirarme, me sería de ayuda que procediéramos rápido al interrogatorio y poder marcharme.

—¿Me cree capaz de algo así?

—No esperaría menos de una madre que está dejando ir a su hija.

Katherine asintió y aceptó el brazo que le tendía para escoltarla hacia el jardín, caminaron por buen rato sin decir palabra, simplemente evaluando el comportamiento del otro.

—Puede empezar, lady Wellington, sospecho que su hija no podrá

seguirnos de forma oculta hasta estos jardines.

—Es usted un hombre listo, señor ¿Cómo sabía que nos seguía?

—Soy capaz de oír su respiración nerviosa, puedo notar que su familia es verdaderamente importante para ella.

—Así fue educada.

—Me alegro, puesto que será la madre de mis hijos.

Katherine lo miró fieramente, pero el hombre ni regresó la mirada, ni se volvió para enfrentarla.

—¿Por qué la ha elegido a ella? —Katherine miró hacia el frente—.

Investigué un poco sobre usted y nada me indica que haya tenido intensiones amorosas para con nadie, lo cual es sorprendente.

—Soy un hombre ocupado, no tengo mucho tiempo libre, pero debo admitir que su hija me ha impresionado, tengo un extraño sentimiento de protección hacia ella.

—Protección. No cariño.

—Para mí podría venir a ser lo mismo.

—Puede ser que para mi hija no sea suficiente.

—He expuesto mis sentires hacia ella, he puesto mi personalidad, mi carácter en bandeja de plata para que ella las inspeccione y me ha aceptado aún así —Carson soltó la mano de su futura suegra para poder enfrentarla —. No diré que no, sus preocupaciones también son las mías, los sentimientos que Ashlyn espera, puede que no le sean fáciles de obtener de mí.

—¿Dice que es incapaz de amar?

—Dudo que alguien sea incapaz de tal cosa.

—No quiero que mi hija sufra.

—Es lo último que yo desearía para ella.

—Si acaso lograra que… —Kathe bajó la cabeza—. Qué ella se retractará, usted… ¿Lo aceptaría?

—Sin una queja —le dijo con tranquilidad—. Me dolería, no quisiera perderla, pero si es su decisión, no me interpondré.

—Es usted un hombre hábil, se lo habrán dicho antes, tiene el don de palabra y parece que tiene respuesta para todo —le dijo—, como hombre de negocios me parece más que competente…

—Pero no como pareja de su hija.

—Tampoco sé si eso sería cierto, ella parece convencida y no tengo una hija tonta, tiene mis genes y los de su padre.

Una leve sonrisa se escapó de los labios de Carson.

—Ashlyn es una mujer impresionante —aceptó.

—Usted también me parece un caballero notable, creo que tiene madera para ser el hombre exitoso y de familia, al menos eso espero.

—Lo espero también.

Siguieron caminando por varios momentos, se parecía haber instalado una pequeña tregua, pero Kathe aún tenía una artillería que ambos sabían que debía sacar en algún momento.

—Con respecto a su amigo…

—El señor Humbel —asintió Carson—. Sé el conflicto que hubo entre ellos, pero a lo que me informó Humbel, todo ha quedado como un malentendido, Ashlyn incluso se disculpó, parece que simplemente se equivocó de persona. Sin embargo, quisiera que me hablara sobre ello, porque no encuentro lógico el comportamiento que ella tuvo mientras pensó que Humbel era el culpable de lo que fuese que le haya sucedido.

Katherine apretó los labios y asintió, sabía que ese hombre no se quedaría con esa pregunta. Era más que normal, pero ella era la última persona que quería hacer que su hija fuera menospreciada.

—No puedo decirle nada con seguridad, me temo —bajó la cabeza—.

Ella no habla de ello, pero supongo que sabrá que fue secuestrada durante un tiempo, hace seis años.

—Lo escuché.

—Sobre lo que sucedió ahí dentro… nosotros no sabemos nada, ella

jamás ha hablado sobre ello —lo miró con temor—. Pero lastimosamente puedo hacerme una idea.

Carson la miró seriamente, sin dejar que sus facciones se movieran ni un milímetro fuera de su posición original en su rostro.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, que, si un hombre tiene capturada a una mujer hermosa, entonces no sólo la mantendrá viva, sino que… verá todos los beneficios que puede brindarle.

—¿Está hablando usted de que ella fue abusada?

—No lo sé —bajó la cabeza—. Eventualmente lo sabrá y no quiero que ella sufra, prefiero que todo termine ahora a que ella se ilusione.

—Pese a lo que se piense de mí, señora, jamás despreciaría a Ashlyn porque un hombre abusó de su inocencia.

Katherine notó que el hombre repentinamente había enfurecido, su lenguaje corporal era agresivo y al mismo tiempo alejado. Algo en su mirada le hacía creer a la madre que estaba preso de recuerdos que le causaban alguna clase de dolor.

—No lo conozco lo suficiente como para saber lo que piensa ahora o lo que desea hacer, pero prefiero que me lo informe a mí primero.

—¿De qué habla? —los ojos grises parecieron volver al presente.

—Sobre… mi hija, claro.

—Su hija será mi esposa, a menos que ella decida lo contrario.

—Pero señor, ¿qué pasará si mis sospechas son realidad?

—No pasará nada en lo absoluto.

—¿Está usted seguro? Le digo que…

—No sé la versión de los hechos por parte de ella —interrumpió—, pero tampoco me gustaría escucharla de usted.

—¿Disculpe?

—Su hija ha decidido no tocar el tema y pienso respetarla hasta que encuentre el momento pertinente para exponerlo ante mí.

—¿Pospone algo tan importante para después?

—De hecho, no soy yo quien lo hace —elevó ambas cejas.

Katherine dictaminó que era un hombre intrigante, orgulloso, difícil de manejar y de conocer; pero al menos era honesto y franco, de algo debían servir esas dos virtudes a su hija.

Capítulo 20

Los tres hijos de Charpentier y sus respectivas parejas estaban juntos en una misma habitación, a excepción de Adam, el esposo de Katherine, estaban reunidos los jueces necesarios para el próximo miembro de su familia: el señor Carson Crowel.

—¿Qué me dicen? —dijo una nerviosa Kathe, caminando de un lado a otro frente a una ventana mientras bebía una copa de vino.

—Es un hombre honorable, tengo negocios con él y su banco es prestigioso y sigue en expansión —dijo Asher.

—Debo admitir que no es el tipo de persona con el que me guste relacionarme, claro que para mí es un muchacho, es orgulloso y en cierto punto engreído —dijo William—, pero creo que es un buen hombre dentro de su retorcida personalidad.

—Eso es lo que no me gusta, lo de retorcida personalidad —apuntó Katherine.

—No me parece que la tenga "retorcida" —dijo Giorgiana—. Quizá sea mejor decir: complicada.

—Pero a Ashlyn le gusta —se introdujo Alice—, siempre que está con él sonríe y es feliz, ¡Mírenlos!

Los hermanos y Asher se asomaron por la misma ventana que Alice, observando cómo la pareja paseaba por los jardines, en compañía de los hijos de Giorgiana y William.

—Le agradan los niños, eso se lo he de aceptar —asintió William, y le dio una calada a su cigarro—. Nadie aguanta a los trillizos como lo ha hecho él.

—Bueno, pongamos en el lado positivo "buen padre" —dijo Kathe—.

Pero necesito más, no sé si a Adam le guste esto.

—Aceptó a Calder —elevó ambas cejas Giorgiana.

—Circunstancias completamente diferentes, no es como si hubiésemos tenido oportunidad de opinar en aquella ocasión.

—¿Y ahora la tienen? —negó Asher—. Si le dieran un no a Ashlyn,

¿creen que ella se quedaría quieta y aceptaría?

—Quizá ella no, pero el señor Crowel me dio su palabra de que, si ella decía que no, lo respetaría.

—Exacto —apuntó William—. Ella no estaría diciendo que no, lo estarían diciendo ustedes. Tácticas de negociador hábil.

—Maldito —negó Kathe—, tienes razón.

—Pero se quieren, sé que se quieren —dijo Alice—. Los vi desde que comenzaron y los veo mejor a cada momento.

—Él tiene miedo —dijo Katherine—. Lo aceptó, piensa que puede lastimarla y no quiere hacerlo.

—Eso habla bien de él —defendió Alice—. Quiere decir que le importa, que la quiere.

—O que se conoce —dijo Giorgiana.

—Habrá qué esperar lo mejor —se inclinó de hombros Asher.

—¿Cuándo se marchan? —William volvió la cara hacia Katherine.

—Mañana —ella bebió de su copa—. A las doce.

—Por Dios, pagaría por estar ahí —dijo Giorgiana.

—No ayudas —se quejó Katherine.

Ashlyn miró hacia la ventana y sonrió al notar cómo todos sus tíos y madre se escondían para no ser vistos. Eran tan obvios que incluso daban risa. La joven tomó con más fuerza el brazo del cual se sostenía y pegó su mejilla en el hombro de su prometido.

—Parece que nuestra boda ha causado revuelo en tú familia.

—Creo que les causa cierta… desconfianza.

—No he hecho nada para que desconfíen de mí —Carson volvió una mirada hacia ella—. ¿O sí?

—No, pero eres alguien… que da algo de terror.

—¿Terror?

—Sí, bueno. Eres más como, no sé, indescifrable y eso da algo de miedo a veces —se inclinó de hombros.

—¿Hay una conspiración ahí dentro para separarnos?

—Creo que saben que yo no lo aceptaría.

Carson bajó la cabeza para ver a su prometida, tratando inspeccionarla, pero ella sólo parecía feliz.

—¿Por qué?

—Porque ¿qué?

—Parece que no soy la persona adecuada para ti, tu madre, tus tíos y cualquier persona diría lo mismo. Entonces no entiendo.

—¿Por qué me quiero casar con usted? —sonrió con ironía—. ¿Por qué más?

—En realidad, no lo sé.

—Señor Crowel… —se burló de él—. Mejor creo que no lo diré.

—¿Debido a qué?

—A que no deseo decirlo —negó sonrojada.

El señor Crowel frunció el ceño y disimuló una sonrisa, continuando con su caminata en medio del jardín, siguiendo a los niños que correteaban de un lado a otro.

—¡Ashlyn! ¡Señor Crowel! —gritó Nick—. ¡Vamos a jugar a las escondidas y Brand cuenta primero!

—¡Esperen niños! —gritó Ashlyn siendo llevada de la mano por uno de sus primos y mirando al señor Crowel dejándose llevar por Millie y Delaila —. ¡Nosotros no estamos jugando! ¡Niños!

—¡Agh! —rodó los ojos la joven, corriendo junto a su primo.

Por in instante sintió que los niños habían arruinado su momento a solas con su prometido, pero rápidamente se dio cuenta que les estaban brindando un tiempo fuera de la supervisión de sus padres, al menos eso fue lo que pensó, hasta que se dio cuenta que su prometido hacía caso a todo lo que decían los niños.

Pero tenía una cierta predilección a hacer aún más caso de todo lo que decía Delaila y Millie. Sabía que no debía tener celos de unas niñas, pero le parecía complicado entender cómo un par de niñas lograba sacar sonrisas y hasta risas fáciles del hombre frío y taciturno que era su prometido.

—¿Qué sucede? —el señor Crowel se acercó a su prometida.

—¿De qué habla?

—Parece molesta.

—No, no hay problema alguno.

—¿Es que acaso se siente mal? —la siguió en su caminar—. No podría creer que este sol hace daño en usted, la he visto montar por mucho más tiempo en las mismas condiciones.

—No, estoy perfecta.

El señor Crowel se interpuso en su camino y elevó una ceja.

—No sabe mentir. Al menos no a mí.

—¿Qué? —ella dio un paso hacia atrás, nerviosa y apenada—. La verdad es que no lo comprendo.

—¿Con respecto a qué?

—Bueno, usted parece encontrar adorables a mis primas.

—¿Delaila y Millie? —miró a las niñas que sonreían encantadas hacia él

—. Creo que son pequeñas interesantes.

—¿Interesantes?

—Son decididas y demasiado voluntariosas. —Carson volvió la vista

hacia su prometida—. La verdad es que me recuerdan un poco a mi hermana, ella era igual de… obstinada.

—Oh —Ashlyn bajó la cabeza, sintiéndose una villana—. ¿Te encuentras bien con ello?

—Sí —la miró tranquilo—. ¿Por qué no lo estaría?

—Bueno, pensé que… —ella meneó la cabeza—. Me alegra que la recuerdes de una forma tan agradable.

—Era una chica sonriente, siempre riendo y feliz —rodó los ojos—.

Lograba desquiciarme a veces.

—Parece que era encantadora.

—Lo era.

Ashlyn no sabía la edad en la que él había perdido, pero tampoco se atrevía a preguntarlo, a lo que sabía, no hacía mucho desde que la todo había sucedido y no quería cometer un error que lo hiciera caer en la tristeza de su pasado.

—¡Señor Crowel! ¡La tiene! ¡Tiene que atraparla! —le gritó Thiago—.

¡Ganaremos!

Ashlyn sonrió de oreja a oreja y salió corriendo lejos de su prometido, a sabiendas de que él iba tras ella camino abajo de una colina, pero entonces tropezó y rodó sin miramientos, quedando recostada boca arriba, riendo por su torpeza mientras el señor Crowel se acercaba con preocupación.

—¿Estás bien? —se dejó caer junto a ella—. ¿Te duele algo?

Ashlyn no podía dejar de reír, la verdad era que sí le dolía un poco el cuerpo por los golpes, pero nada que un poco de risas no pudieran curar.

Aunque parecía que al señor Crowel no se le hacía tan divertido como a ella.

—¡Pero qué torpe soy! —se sentó, tocándose su espalda—. Me he pegado en todos lados.

—Venga, nuestra hora de juegos terminó.

—Oh, se está preocupando demasiado, sólo he caído, debo agradecer que era gran parte de césped y pocas de piedras.

—Muy bien, basta ya —la tomó en brazos y la acomodó contra su pecho, sonrojándola visiblemente.

—¡Señor Crowel! —lo tomó de los hombros—. ¿Qué hace?

—La llevo a la casa.

—Me encuentro bien para caminar.

—Hasta que no la revise un médico, no dará ni un paso.

—¡Oh! ¡Señor Crowel! —gritó embelesada Delaila—. ¡Es usted un caballero! ¡Y tan apuesto!

—¡Deli! —la empujaron los trillizos.

—¡Ay! ¡Philip! ¡Mira lo que hacen tus hermanos!

—Todos calmados —pidió el mayor—. Vamos a ver como está Ashlyn,

¡Sin empujar!

—Señor Crowel, me matará de vergüenza si me hace entrar a la casa de esta manera, en serio lo hará.

—Lo lamento —le acarició la mejilla con su nariz—, suelo ser así, soy sobreprotector.

—Señor, espere —Carson se detuvo—. ¿No quisiera tener un beso de agradecimiento?

Los labios de Carson se curvearon ligeramente hacia arriba, provocando sus hoyuelos, quizá no era la esplendorosa sonrisa abierta y llena de risas que se mostraba ante los niños cuando estaban jugando. Pero algo en esa sonrisa en específico parecía ser sólo para ella, en esa dulce mueca él dejaba entrever las muchas emociones que Ashlyn le provocaba y, por ese momento, ella sonrió de la misma forma y lo besó.

—¡Qué asco! —gritó Nick—. ¡No se besen!

—¡Asco! —gritaron los otros dos trillizos.

—A mi me parece muy lindo —sonrió Delaila, con ambas manos

juntas y una mirada ilusionada.

—¡Y a mí también! —se adelantó Millie, quien parecía mentir porque en realidad fruncía la nariz.

—Bien, enamoradas, vámonos de aquí —las jaló Philip.

—¡Por Dios! ¿Qué le ha pasado a mi hija?

—Tranquila mamá, todo está bien.

—¿Por qué te traerían cargando entonces? —recriminó su madre.

—Me caí y rodé un poquitín.

—Por no decir que por toda la colina —dijo Carson—. Quisiera que la revisara un médico.

—Gracias señor Crowel.

Carson llevó a su prometida hasta su habitación y la dejó recostada en una cama, mirando cómo rápidamente la familia Bermont la rodeaba y la llenaba de regaños y preocupaciones. Él no pudo evitar tratar de salir del cuadro y mirar todo desde la seguridad del umbral de la puerta.

Era extraño, al menos para él lo era, no recordaba la última vez en la que alguien se hubiese preocupado de esa manera por él; sin embargo, para su prometida era algo normal, incluso parecía ser que llegaba a molestarla o hacerla reír, no podía creer a lo que se podía acostumbrar la gente y no agradecerlo, aunque quizá ya lo diera por hecho, no se daba cuenta de la suerte que tenía.

—Señor Crowel, ¿Por qué se aleja? —sonrió Alice, acercándose a él—.

¿No es ella su prometida y su preocupación por ella no lo llevó a traerla en brazos hasta la casa?

El señor Crowel cerró los ojos y asintió una vez con la cabeza.

—Iré a buscar al médico, señora.

Ashlyn se volvió a tiempo para ver como su prometido literalmente huía de ahí, provocando que frunciera el ceño, pero siendo distraída inmediatamente por su revoltosa familia que no le provocaba más risas por su inmensa preocupación por una caída.

Ashlyn observaba con fascinación la cara escudriñadora de su prometido, parecía en verdad interesado en sus alrededores, más bien era notorio que estaba evaluando las cosas, quizá un negocio importante.

Definitivamente su futuro esposo era un hombre interesante e inteligente, veía en todas partes una oportunidad, su mirada era vibrante, profunda y llena de visión.

—¿Le gusta, señor Crowel?

—Ya había visitado Londres antes, Ashlyn —le susurró.

—Era más que obvio, pero se nota que ahora que viene conmigo lo está viendo con otros ojos.

—Puede ser —elevó una ceja sardónica—. Quién sabe qué beneficios puedan darme al casarme contigo, ¿eres una noble, cierto?

—¡Ja! Qué gracioso es.

—Vamos, vamos —pidió su madre, parecía nerviosa—. Tu padre nos estará esperando.

—Mamá, ¿puedes calmarte? —la tomó de los hombros—. Todo estará bien, a papá le caerá en gracia el señor Crowel.

—Sí, sí. —Ella parecía aún más nerviosa—. Vamos, ahí está la carroza que envió tu padre.

—Qué generoso —rodó los ojos la joven.

—Vamos, no te quejes —pidió Carson.

Los tres subieron a la carroza, las dos mujeres podían sentir que intercambiaban sus nervios con miradas silenciosas y cómplices, muy diferente al señor Carson Crowel, quien parecía sumamente tranquilo, más interesado en lo que había afuera de la carroza que lo que ocurriría en media hora.

—Señor Crowel, ¿no se siente algo nervioso de ver a mi padre?

Carson volvió la mirada a su novia y elevó una ceja.

—¿Debería?

—Bueno —ella se removió incómoda—. Se supone que debería… no sé, estar al menos algo…

—Lo siento —colocó una mano sobre la suya con delicadeza—. Estoy acostumbrado a reuniones importantes, no es fácil que me ponga nervioso.

—Claro, lo entiendo.

—Señor Crowel, intente no alterar la presión arterial de mi esposo —

pidió Katherine—. No deja de ser un hombre mayor.

—¿Es que papá se encuentra mal?

—Precauciones —negó la pelirroja de mayor edad.

Ashlyn sonrió y se volvió a su prometido, quien nuevamente estaba enfocado en ver por la ventana. Lastimosamente para él, la propiedad de sus padres se alejaba bastante del centro de Londres, dejándolo en el aburrimiento hasta que se vislumbró la propiedad.

—Dios mío, llegamos —se asomó Katherine.

Ashlyn sonrió y miró por la ventana, no se había dado cuenta de lo mucho que extrañó su propia casa, a su padre y hermanos, apenas pudo esperar para dar un brinco fuera de la carroza y correr en dirección a su padre, quién ya salía para recibirlos.

—¡Papá! —sonrió la joven, rodeándolo con sus brazos—. ¡Te eché tanto de menos!

—Parece que no tanto —Adam le besó la mejilla a su hija y miró al hombre que se acercaba tranquilo, caminando detrás de Katherine.

—Cariño —la mujer besó ligeramente en la mejilla de su marido y se colocó a su lado, dejando a la vista a Carson Crowel, quien planeaba pedir la mano de su hija.

—Debo suponer que es usted el señor Crowel —se adelantó Adam, dejando a su esposa e hija detrás de él.

—El mismo, Lord Wellington —estiró la mano hasta alcanzar la de su futuro suegro—. Es un placer conocerlo.

Adam miró con detenimiento al caballero que lo saludaba con un firme apretón, no había vacilación alguna, era un hombre seguro de sí, orgulloso y quizá algo arrogante. Tenía unos ojos helados, vacíos en muchos sentidos, lo clasificaría como una persona que no se tienta el corazón a menudo, supuso que mucho menos en los negocios, dónde seguro sería un hombre duro, sagaz y visionario.

Adam no sabía como había hecho para enamorar a su hija, aunque si lo pensaba detenidamente, Ashlyn tenía la fama de enamorarse de las personas equivocadas. Pero, en definitiva, alguien que parecía estar tan vacío no, eso no lo permitiría, no con su hija. Adoraba a esa niña desde que nació y ella lo amaba a él, tanto, que de pequeña no podían hacerla dormir en su recámara, puesto que siempre quería dormir con su padre.

—¿Papá? —se adelantó la joven—. ¿Sucede algo?

—No —sonrió Adam, dejando de inspeccionar al caballero—. Por favor, señor Crowel, supongo que tenemos cosas de las qué hablar en privado.

—Papá, por favor —se interpuso Ashlyn—. No me trates como si fuera una pieza de tu colección de arte.

—No lo hago, Ashlyn.

—Me haces sentir justo eso. Estás enjuiciándolo ahora, lo sé, pero date la oportunidad de conocerlo.

—Está bien —se adelantó el señor Crowel, tocando ligeramente la mano de Ashlyn al momento de pararse junto a ella—. Comprendo que tu padre quiera hablar conmigo, no está enjuiciándome, trata de saber si soy bueno para ti.

Adam entonces notó un cambio considerable, cuando ese hombre hablaba con su hija, algo en él parecía ablandarse, sus ojos brillaban un poco y hasta podría decir que sonreía un poco.

—Papá —lo miró suplicante—. Por favor.

—Ve con tu madre, Ashlyn, saluda a tus hermanos.

La joven rodó los ojos y asintió, subiendo las escaleras de dos en dos para saludar a su hermano mayor y la menor.

—¿Vamos?

—Usted dirá, lord Wellington.

Ambos hombres avanzaron por un prolongado y hermoso pasillo que el señor Crowel no admiró en ningún momento. No parecía interesado y mucho menos impresionado por nada de lo que lo rodeaba, era como si estuviese acostumbrado a esa exuberancia.

—Tome asiento —pidió Adam, apuntando hacia un sofá—. ¿Le puedo ofrecer coñac?

—Gracias señor.

Adam tomó los vasos y vació el liquido oscuro en él.

—Entiendo que conoció a mi hija en París.

—Así es señor, en una velada y posteriormente en casa de sus parientes, quienes amablemente me acogieron en un momento de necesidad — informó el hombre.

—¿Un hombre como usted con una necesidad?

—Pese a que el dinero me sobra, señor, no puedo tenerlo todo.

Afortunadamente, tras un incendio que devoró mi casa, el señor Charpentier ofreció que me quedara en su hogar.

Adam entrecerró los ojos.

—Supe que se quedó durante bastante tiempo, ¿acaso había otra razón que lo retuviera en la casa?

—No había una en lo particular al inicio, aunque debo admitir que la presencia de su hija comenzó a serme reconfortante.

Adam casi se atraganta con tal honestidad, pero la aceptó con agrado, al final de cuentas, el señor Crowel había entendido sus indirectas y simplemente las esclareció ante él.

—¿Piensa adquirir otra propiedad en París?

—No. La verdad es que no me agradan las visitas que llegan sin invitación, con una casa ahí es fácil recibirlas.

—¿Se considera un amante de permanecer en casa, señor Crowel? —

Adam bebió un poco de su vino.

—No podría decirlo, mi trabajo me exige estar en constantes encuentros sociales, algunas veces en más de los que me agradaría, pero se cierran negocios en esos lugares, así que, aunque me agrade estar en casa, normalmente no lo estoy.

Adam asintió.

—¿Por qué mi hija? Tengo entendido que usted no es un hombre que haya sido visto con parejas anteriormente, algunos dicen que ni siquiera la buscaba.

—No era mi prioridad, pero su hija, ella… no tengo idea de qué ve en mí, pero parece ser la única que lo nota.

—Y yo noto cómo la mira, señor Crowel, es por la única razón que aceptaré que se casen.

Carson levantó la mirada y vio en ese hombre la inteligencia de un hombre analizador. Desde que había entrado a esa casa notó la forma en la que era observado por el padre de su prometida, pero jamás pensó haber sido estudiado de esa forma.

—Ella es alguien especial.

—Sí que lo es —aceptó Adam—. ¿Dónde piensa vivir con ella? A lo que dice, usted viaja bastante.

—Iría conmigo, pero en la mayoría del tiempo vivo en Suiza.

—¿Suiza?

—De allá soy.

—Tiene un acento perfecto.

—Viajo más de lo que estoy en casa.

—¿Qué sucederá cuando se casen?

—Pienso darle a su hija la vida más cómoda y normal que pueda imaginarse, trataré de hacerla feliz.

—¿Se asentará?

—En lo que me sea posible.

—¿Qué opina de los hijos?

—Me fascinan los niños, no tengo problemas con que mi esposa salga embarazada.

Adam lo miró largamente y suspiró con pesadez al saber que tenía que tocar otro tema de suma importancia. Bebió otro trago de su vaso, notando que el señor Crowel era medido y hasta cuidadoso con el que ingería.

Parecía que era de la clase de hombres que tomaba lo suficiente como para nunca perder la razón o siquiera los sentidos.

—Habrá hablado mi esposa con usted sobre el pasado de mi hija.

—Mencionó algo.

—¿Qué piensa de ello?

—La quiero a ella.

—Tiene alguna duda que quiera hacerme, sé que los chismes no dicen precisamente que ella fue secuestrada.

—Sí es lo que ella dice que es verdad, entonces le creo.

—Esa es la verdad, Ashlyn jamás se habría escapado con nadie.

Carson entrecerró los ojos, quizá esos nobles creyeran que podían tapar el mundo con un dedo, pero él sabía bien que su hija mayor se había escapado con su actual esposo y, aunque el hombre en cuestión era un duque y parecían ser felices, no dejaba de ser un escandalo la forma en la que se casaron.

—Ella será quien me diga las cosas cuando se sienta lista.

Adam sonrió y asintió levemente.

—Bien, ¿Cuándo piensa casarse con mi hija?

—Tan pronto como lo permita, lord Wellington.

—¿Tiene prisa, señor?

—No quisiera sonar pretencioso, mi lord, pero tengo negocios que atender fuera de Inglaterra, aunque siendo sincero, Londres está llamando mi atención lo suficiente cómo para quedarme más tiempo.

—¿Piensa hacer negocios aquí?

—Creo que algo podría hacer, su hija ama Londres y tener un negocio le proporcionaría unos días aquí cuando vengamos.

—Creo que me agradaría tanto como a ella —asintió Adam y se puso en pie—. Señor Crowel, creo que no tengo ninguna oposición contra su boda, si mi hija quiere seguir con ello, entonces… bienvenido a la familia.

Carson Crowel se puso en pie y tomó la mano de su futuro suegro.

—Gracias señor —inclinó un poco la cabeza—, me retiro.

Adam miró el salir de aquel caballero y frunció el ceño, esperando la segura venida de su esposa, quien apareció cinco minutos después, parecía conmocionada y algo furiosa.

—¿Obtuvo tu permiso? —negó—. ¿Es que acaso nuestras hijas están destinadas a casarse con malvados?

—Blake es feliz, mi amor, tienes varios nietos a causa de ello.

—¡Lo sé! —le dijo histérica—. Pero pensé que ahora que tenías el poder de decir que no, lo harías.

—¿Crees que funcionaría?

—¡Es mi hija!

—Es mi hija también —le recordó—. La quiero tanto como tú.

—No me lo parece —caminó por el lugar y lo miró—. ¿Es que no lo ves? Ese hombre está vacío por dentro y si hay algo, es dolor. La mirada de Calder era fuego puro, lleno de miles de emociones, al menos sabía que había algo. Pero los ojos de ese hombre son tan…

—No cuando ve a Ashlyn, la quiere, es fácil darse cuenta.

—Pero si no sabe controlarse, la lastimará el resto de sus días.

—Ashlyn sabe lo que hace, no es una niña.

—Por favor Adam, dime que lo vas a pensar.

—No, he dado mi permiso.

—Por Dios —ella se dejó caer en una silla—. ¿Por qué?

—Kathe —se acuclilló frente a ella—. Es un buen hombre; inteligente, instruido, con posición y quiere a tu hija, ¿Eso es malo?

—No lo sé —ella dejó salir una lágrima—. Siento que hay algo mal con él. Tengo miedo por ella.

—Cariño, desde que Blake se fue de esa forma tan dolorosa, tú jamás has vuelto a ver a nadie con buenos ojos, al menos no cuando son prospectos para nuestros hijos.

—Lo sé, pero tengo mis motivos, Blake perdió a su hijo de una forma brutal, ¿lo olvidas?

—No a manos de su marido, que yo sepa.

—La dejó sola y le pasó eso.

—Yo te he dejado sola, mi amor. —suspiró—. Lo que le pasó a Blake fue horrible, pero estoy seguro que no era algo que Calder deseara que pasara.

—Supongo que no… —bajó la mirada.

—Tendrás que confiar en ellos de ahora en más, están tomando sus propias decisiones, no podemos interponernos en ellas.

—¿Por qué eres siempre tan racional? —le sonrió.

—No lo sé, pero supongo que por eso te enamoraste de mí.

Katherine sonrió de lado y miró hacia la ventana, el señor Crowel había salido de la propiedad y caminaba con decisión hacia su hija, su Ashlyn, quien estaba sentada en una banca, mirando hacia los arboles que se movían con el viento.

Era fácil saber lo que le había informado, porque su hija prácticamente le brincó encima y lo abrazó con fuerza, parecía infinitamente feliz; incluso pudo ver a ese hombre sonreír antes de esconder sus labios en el hombro de su hija, a quien hacía girar.

—¿Lo ves?

—Sí, lo veo —Kathe se volvió hacia su marido—. Pero él no sabe lo que ocurrió con ella. La última conversación que tuve con Ashlyn sobre eso…

no sé, algo me sonó terriblemente mal.

—¿A qué te refieres?

—Adam —Kathe le tocó la mejilla a su esposo—. Creo que pudieron haber abusado de Ashlyn cuando estuvo secuestrada.

—¿Qué? —el hombre sintió una rabia profunda subir de su estomago hasta su garganta—. No. No puede ser.

—Oh, Adam —Kathe lo abrazó—. Creo que así es.

Adam abrazó a su esposa y miró hacia su hija, no le parecía posible que ella hubiese sido abusada. Ashlyn siempre le parecía tan feliz, tan radiante y sonriente que la posibilidad de que algo tan espantoso le hubiera pasado rozaba con lo imposible.

Pero su hija era fuerte y si era su caso, no le sorprendería que hubiera podido superarlo sola, sin decir una palabra sobre ello a nadie, guardándose todo ese dolor para sí misma, seguramente para no hacerlos sufrir a ellos.

Debía pensar que el hombre que había seleccionado para compartir su vida fuera el indicado, según entendía Adam, su esposa ya había hecho una insinuación al hombre sobre la situación de Ashlyn y, si no se había retractado hasta el momento, hablaba increíblemente bien de él.

Tan sólo esperaba que lo siguiera siendo por el resto de sus días y jamás le reprochara el hecho de que no fuera pura al momento de llegar el matrimonio.

Pero… ¿Quién le habría hecho algo como eso a su hija? Tendría que hablar con Thomas sobre el asunto, aquel malnacido que se atrevió a tocar a su hija no podía seguir libre por la vida, debía pagar lo que hizo y lo haría caro.

Capítulo 22

Ashlyn regresaba a la casa de sus padres dando pequeños saltos de alegría, mirando a su prometido con una hermosa sonrisa y jalándolo para fundirse en un abrazo que él no impedía.

—Así que el bastardo de Crowel es el hombre con el que se casará mi pequeña hermana —dijo la voz seria de Adrien.

—¿Adrien? —frunció el ceño Carson—. No puede ser, ¿eres familiar de los Wellington?

—Y su heredero —asintió el hombre, bajando las escaleras.

—¿Son hermanos? —miró a su prometida—. La verdad es que no se parecen mucho.

—Adrien y Blake son gemelos, idénticos a papá —contestó la pelirroja, mirando de uno a otro—. ¿De dónde se conocen?

—¿Este bastardo y yo? —se adelantó Adrien hasta quedar frente a Carson, mirándolo con seriedad por unos segundos, para después sonreír—.

Somos buenos amigos.

—Maldición Adrien, jamás me dijiste tu apellido —Carson aceptó un abrazo poderoso con el hijo de los Wellington.

—¿Cómo querías que te lo dijera? Eran unos locos contra los nobles para ese tiempo —le recordó—. Pero ahora mírate, te vas a casar con mi hermana.

—Sí —Carson miró a Ashlyn, quien parecía totalmente confundida—.

En unos cuantos meses, al menos. Aunque creo que tu madre no está del todo de acuerdo.

—Mi madre no estará de acuerdo con ninguna de nuestras elecciones, al menos para el matrimonio —le golpeó la espalda con camaradería y lo volteó para hacerlo caminar hacia una de las habitaciones—. ¿Cómo va el banco? ¿Qué me cuentas de Suiza?

—No he ido a Suiza últimamente, pero el negocio va muy bien.

—Así que mi hermanita sale de casa de duques y se muda a la de un banquero rico —negó—. Afortunadas que son estas chicas.

—¡Ey! —gritó la pelirroja con los brazos cruzados—. ¿Interrumpo su reencuentro de amor?

—No seas celosa, hace años que no lo veo y tú lo tendrás para toda la vida Ashlyn —le revolvió la cabellera pelirroja.

Adrien siguió su camino hacia el salón, seguía hablando directamente con Carson, sin darse cuenta que su amigo se había detenido y se

acercó a su prometida para susurrarle una disculpa.

—Quisiera celebrar contigo justo ahora —pasó los dedos por su mejilla sonrojada y sonrió—. Pero supongo que tendremos tiempo.

Ashlyn sonrió.

—Sí, tendremos tiempo.

—¡Carson! ¿Qué demonios? —le gritó Adrien desde el salón en donde se había metido—. ¡No me dejes hablando como loco!

—Señor Crowel —le tomó la mano cuando él estuvo a punto de separarse de ella—. Me alegra que se lleve bien con mi familia.

Carson la miró por varios segundos, curveando un poco sus labios del lado derecho de su rostro, para después inclinarse y besarle la mejilla, deteniéndose en el lugar más tiempo del esperado.

—¡Ey! ¡Sigo siendo su hermano Crowel!

—Deberías estar agradecido de que vaya contigo Adrien —sonrió el señor Crowel—, debería estar con mi prometida en estos momentos, sin embargo, hablaré contigo.

—¡Me debes respetos a mí también!

—¿En qué mundo pensaste eso Adrien? —se adelantó Ashlyn.

—Mira rojita, no vengas a pelear conmigo.

—¡No me digas así!

—Ashlyn —interrumpió la voz de su madre—. Cámbiate querida, debemos ir con Micaela, no has visto a la nueva bebé.

—¡Dios mío! ¡Debiste decirme eso antes, madre!

—¿En qué momento creíste que era más indicado decirlo? —rodó los ojos la madre y miró al señor Crowel con recelo—. Señor Crowel, supongo que estará buscando un lugar dónde quedarse, le aseguro que alguien de la familia…

—No, señora, no debe preocuparse por ello.

—Mi marido me ha dicho que le disgusta dormir en hoteles.

—Lo considero pertinente en esta ocasión.

—Ni hablar —se adelantó Adrien—. Es verdad, a Crowel no le gustan los hoteles, así que puede ir a mi casa, iré con él.

—Adrien, creía que en esta ocasión te quedarías más días —recriminó su madre.

—Lo lamento madre, pero creo que es la mejor decisión.

—No lo digo por usted señor Crowel —aseguró Katherine—. No se me había ocurrido ofrecerle esa casa.

—Tampoco sería bien visto que se la ofrecieras a él en soledad, ya sabes, no vaya a ser que cometa una indiscreción ahí dentro, es una casa de soltero al final de cuentas. —Las dos pelirrojas miraron con desagrado hacia él—.

Estoy bromeando, ¡Por favor! No tienen sentido del humor, ¿Verdad Crowel? Diles.

—Tampoco es que te lo agradezca —Carson lo miró mal.

—Como sea —rodó los ojos Katherine—. Se puede quedar en casa de mi hijo, señor Crowel.

—Gracias lady Wellington, pero prefiero quedarme en un hotel debido a la relación que pienso formar con su familia.

—Como usted guste. —Se inclinó la madre y miró a su hija—. Anda Ashlyn, date prisa, ya sabes como es de extraño el señor Rinaldi, preferiría que fuéramos cuando él no estuviera en casa.

—¿Rinaldi? —inquirió Carson.

—Sí, Matteo Rinaldi es el esposo de mi prima —sonrió Ashlyn a sabiendas de que eso capturaría a su prometido—. ¿Lo conoce?

—Lo conozco muy bien, no sabía que viviera en Londres ahora, me gustaría saludarlo y felicitarlo.

—¿Debo entender que gusta acompañarnos? —sonrió Ashlyn.

—Si su madre no tiene inconveniente con ello.

—Por supuesto que no —asintió Katherine—. Quizá su compañía sirva para atraer la de mi hijo, quien se ha reusado a ir.

—No me gustan los niños, gritan y enloquecen de cualquier cosa.

—Tienen que llorar, son bebés —rodó los ojos Ashlyn.

—Tú no eres un bebé y lloras todo el tiempo —echó en cara el hermano, recibiendo el golpe bien merecido de su hermana.

—¡Mamá! ¡Estoy lista, vamos a ver a la bebé! —sonrió Briseida, quedándose paralizada en la puerta al ver a otro hombre.

—Bri, él es mi prometido: Carson Crowel.

—Oh —se sonrojó la chiquilla—. Un placer señor Crowel.

—El placer es todo mío, lady Collingwood —se inclinó Carson.

Ashlyn miró a su prometido y rio un poco cuando Briseida se le había colgado del otro brazo y caminaba oronda hacía la salida, impidiendo que alguien la quitara de su lugar privilegiado.

Después de un rato de felicitaciones y sonrisas, Ashlyn caminaba con Micaela por los jardines de la casa Rinaldi. No podía creer que su más querida prima había dado a luz hace más de un mes, mientras ella se encontraba en París, ni siquiera le había mandado una nota para avisarle que había llegado a sus vidas una segunda nenita, otra preciosa niña que ponía a Antonella con los pelos de punta, puesto que se deshacía en celos.

—No sé qué decirte Ash, él parece… no sé, de tu estilo de hombre. Es raro y a ti siempre te ha gustado lo raro y también las personas difíciles, los que tienen problemas, Dios sabe que te gustan esas cosas, pero ¿Casarte con él? ¿En verdad?

—¿Qué puedo decirte? Él volvió a sembrar mi flor.

—¿De qué hablas?

—Bueno, hacía el ritual que leí, ese para encontrar el amor.

—Estás demente, esas cosas son mera superstición.

—Funcionó.

—Según tú —Micaela negó—. Matteo dice que es un hombre formidable, siempre había querido hacer negocios con él, ¿Viste la forma en la que se le iluminaron los ojos cuando lo vio llegar? Casi se cae de gusto al saber que ustedes se casarían.

—Sí, lo he notado —sonrió Ashlyn.

—Pero bueno, era de esperarse en mi marido —Micaela se inclinó de hombros—. El señor Crowel me parece… no sé, triste, sin vida.

—Tiene una historia triste, una que apenas conozco —se mordió los labios—. No lo sé, él es tan… reservado.

—Bueno, yo sé de algo que tú te estás reservando.

—¿Hablas París? —dejó salir un bufido—. ¿Qué puedo decir? No es más que una piedra en mi zapato.

—Claro, ¿Le has dicho a tu prometido?

—Bueno, no esperarías que le dijera todo lo que me ocurrió ahí.

—Creo que sería lo mas adecuado.

—Lo sé, pero no puedo hablarlo ahora… me da pena.

—Pero si no ha sido tu culpa, seguro que él lo entenderá —negó Micaela

—. Si acaso él lo supiera…

—No quiero decirlo, al menos no ahora.

—¿Si sabes que seguro se dará cuenta en la noche de bodas?

—Lo sé, pero seguro que le han advertido.

—¿En verdad lo crees?

—Digamos que se lo insinué a mi madre el otro día, la vi bastante afectada y después habló con el señor Crowel, seguro que le dijo algo sobre ello —Ashlyn se inclinó de hombros—. Si no ha roto el compromiso, quiere decir que no le importa o que me comprende.

—O que no lo sabe —Micaela colgó su mano del brazo de su prima y la advirtió—. Debes hablar con él.

—¿Qué tal si él me ve diferente? Y si…

—Entonces no será el indicado.

Ashlyn bajó la cabeza y asintió. Micaela apretó los labios y miró a su

prima con tristeza, no quería ni pensar en cómo se debía sentir.

—¿Cómo van los arreglos para la boda?

—Es un desastre, ni a mi madre ni a mi nos agrada mucho el tema, así que está quedando varado en el olvido.

—Deberías decirle a tía Annabella.

—Quizá, pero ellos tienen los suficientes problemas como familia, no podría pedirle algo así —suspiró—. Creo que tendré que ponerme manos a la obra después de todo.

—Se casan relativamente pronto, ¿Alguna razón?

—El señor Crowel tiene que seguir atendiendo sus negocios, no todos están en Londres, pero me parece que está interesado en hacer algo más aquí —sonrió Ashlyn.

—Me alegraría tenerte de visita de vez en cuando.

—A mí también me gustaría volver —se mordió el labio—. Nunca he ido a Suiza ¿y tú?

—No, la verdad es que no, pero he escuchado que es hermoso.

—Claro, hermoso.

—¿Nervios?

—Bueno, la verdad es que sí, él jamás habla de sus padres y, a lo que sé, ahí viven ellos.

—Estarás bien, seguro te amarán.

—Esperemos que así sea.

Capítulo 23

Carson Crowel había pedido permiso para sacar a su prometida a pasear por las calles de Londres. Desde hacía dos meses que la gente sospechaba de su compromiso, los veían pasear por los parques, bailaban juntos en las veladas y el hombre la visitaba con constancia en la casa de sus padres.

Londres daba por hecho que la joven Ashlyn Collingwood se casaría con el rico banquero Carson Crowel, quien estaba pensando expandir su imperio hacia Londres, siendo aceptado con rapidez y entusiasmo por los nuevos y viejos inversionistas.

—Parece que se ha hecho amigo de todos en cuestión de meses —sonrió Ashlyn, mirando a su prometido de soslayo.

—No diría que son mis amigos, son gente interesada en mi dinero, en lo que puedo proporcionarles —colocó su mano sobre la de ella y miró hacia el frente—. Las personas como yo no solemos tener verdaderos amigos.

—¿Y el señor Humbel?

—Bueno, a él lo conocía de antes de tener dinero.

—Claro, amigo en las buenas y en las malas.

—Algo por el estilo.

—¿Y mi hermano? —frunció el ceño—. Jamás me ha dicho cómo es que se conocieron.

—Adrien era un pillo que se encargaba en hacer rabiar a las personas, una vez tuvimos que defenderlo de un grupo de malvivientes y de ahí, nos hicimos amigos.

—¿Adrien y el señor Humbel?

—Eran amigos, aunque supongo que se han perdido de vista —Carson la miró de soslayo y suspiró—. Me ha informado que te disculpaste con él porque lo habías confundido, ¿me quieres explicar qué fue lo que te pasó?

Ashlyn bajó la mirada y suspiró.

—Estoy segura que mis padres ya le han dicho algo.

—Tienen suposiciones, pero no saben lo que pasó en verdad, ni tampoco lo que sentiste.

Ashlyn bajó la mirada y se puso nerviosa casi de inmediato.

—Usted… ¿Tiene miedo de que pueda ser verdad?

—Quiero que me lo expliques Ashlyn.

Ella apretó los ojos con fuerza y suspiró, dándose por vencida. Había evadido el tema durante demasiado tiempo, pese a que Micaela le dijera una y otra vez que debía decírselo, Ashlyn tenía miedo de perderlo, lo amaba sobremanera, el saber que había una posibilidad de alejarlo… le daba terror.

—Está bien, pero no puedo contárselo ahora —lo miró con ojos llenos de dolor—. Prométame que si no le es posible seguir con el matrimonio después de lo que le diga… me lo dirá en seguida, no me tenga lástima, porque lo odiaré, en serio lo haré.

—Jamás podría tenerle lástima.

—Eso dice ahora —suspiró y miró a los lados—. Regresemos a casa de mis padres. Le diré todo.

La mirada de la joven parecía perdida, llena de emociones encontradas y un temblor invadió todo su cuerpo. No le dijo nada, le había costado mucho trabajo hacerla hablar y, ahora que parecía dispuesta a hacerlo, no sería él quien le quitara los ánimos.

Llegaron a la propiedad de los Wellington en medio de un mutismo que sorprendió a todos cuanto los vieron pasar. El señor Crowel podía ser todo lo serio que él quisiera, pero definitivamente no era normal ver a Ashlyn en ese estado, mucho menos cuando estaba con su prometido.

Caminaron por buen rato en el jardín hasta que Ashlyn se metió a lo que parecía ser un jardín privado, donde convenientemente había una mesa y varias sillas para disfrutar de una tarde agradable. Ashlyn tomó asiento y colocó sus manos sobre la mesa, moviéndolas incesantemente, haciendo evidente su nerviosismo.

Carson se sentó en una silla cercana a la de ella y le tomó las manos con delicadeza, provocando que se detuviera y lo mirara con una mezcla de vergüenza y miedo.

—¿Y bien?

—Señor Crowel, ¿usted me quiere?

—Ashlyn…

—No, es importante que me lo diga, ¿me quiere?

—Sí, por supuesto que lo hago.

La joven dejó salir una pequeña sonrisa y asintió.

—Seguro escuchó sobre mi secuestro, a lo que algunos le llaman que escapé con un pretendiente que al final me dejó botada.

—Me lo dijeron —aceptó.

—Bueno, la realidad es que… —ella sintió una opresión en su corazón y prosiguió—. La verdad es que no fue ni una ni otra cosa.

—¿De qué habla?

—Yo… estaba de visita en París, me estaba quedado con la tía Giorgiana, pero esa noche pedí permiso para quedarme con una amiga a dormir después de una velada. —Ashlyn bajó la mirada—. Nosotras no escuchamos nada, había demasiada gente abajo, supongo que los padres de Melinda se distrajeron y…

—Ashlyn —le tomaron la mano—. Tranquila.

—Jamás me di cuenta, Melinda ya no estaba a mi lado cuando de pronto ese hombre estaba sobre mí y él… —La joven no se dio cuenta cuando de pronto comenzó a derramar las primeras lágrimas.

Carson levantó la mano y la acercó para plantarle un beso profundo y lleno de cariño, acercándola lentamente hasta hacer que se pusiera de pie para poder abrazarla y besarla aún más —No llores Ashlyn… no por esto, no tiene nada que ver contigo, ni tampoco tiene nada que ver conmigo.

—Tú… ¿no me odias? —lo miró esperanzada.

—Claro que no te odio. —La abrazó y colocó suaves besos en su rostro, tomándole la barbilla para que lo mirara—. Gracias por decírmelo Ashlyn, sé que no ha sido sencillo.

—Apenas y dije algo —se limpió las lágrimas que no dejaban de fluir —.

¿No quiere dar por terminado el compromiso?

—Creo que lo quiero aún más —buscó su mirada—. Eres la mujer más valiente y hermosa que conozco, sin mencionar que a pesar de todo lo que has tenido que vivir, siempre tienes una sonrisa en tu rostro… es una buena cachetada para alguien como yo.

Ashlyn dejó salir una risita llorosa y lo abrazó con fuerza para besarlo

desesperadamente, agradeciendo que fuera él a quien su corazón seleccionara para enamorarse. No cualquier hombre aceptaría a una mujer manchada como lo estaba ella, lo amaba aún más, si es que eso era posible.

—¿Te encuentras bien? —le besó la mejilla.

—Sí —limpió unas lágrimas que se escaparon sin permiso, pero su sonrisa ya se había vuelto a formar en sus labios—. ¿Podemos caminar un rato por el jardín?

—Claro que sí, vamos.

Ashlyn lentamente comenzó a relajarse, tomándose fuertemente del brazo de su prometido y sonriendo feliz al sentirse liberada de ese terrible secreto que la había acompañado durante tanto tiempo.

—¿Cómo son sus padres? ¿Debo sentirme preocupada?

—No tienes por qué, te estás casando conmigo, no con ellos.

—Lo sé, pero siguen siendo tus padres.

—No debes preocuparte tanto. Ahora, me gustaría invitarte a un lugar, si es que se me permite.

—No creo que haya problema.

—Entonces, vamos, no queda muy lejos de aquí.

—¿En verdad? La casa de mis padres está lejos de todo, dudo que encuentre algo cerca, a menos que se refiera a un pequeño valle en…

—¿Se dejaría sorprender?

Ashlyn dejó salir una armoniosa carcajada y asintió.

—Está bien, pero tendré que llamar a Briseida para que sea nuestra escolta, dudo que madre me deje ir sin nadie a mi lado.

—Esperaré en el frente.

—Gracias mi lord.

Estuvieron de camino por tan sólo unos cuantos minutos, hasta que de pronto llegaron a una hermosa mansión. Ashlyn miró con extrañeza la casa y después a su prometido con interés.

—¿A quién vamos a visitar?

—A nadie, es la que será nuestra casa, ¿Qué te parece?

Ashlyn se volvió hacia dónde él caminaba y sonrió abiertamente, viendo aquel lugar con ensoñación y excitación.

—¿En verdad? ¿Has comprado una propiedad aquí? —le dijo impresionada y feliz—. ¡Está tan cerca de la de mis padres!

—Lo sé, esperé bastante para poder comprarla, pero al final es tuya

¿Qué dices? ¿Quieres verla por dentro?

—¡Sí! —gritó Briseida, corriendo al interior.

—Oh, por favor, esto debe ser una broma —le tomó la mano cuando él la estiró hacia ella—. Pensé que no le gustaba comprar casas en los lugares en los que hacías negocios.

—Es verdad —le abrió la puerta—. Pero amas Londres y creo que podrías venirte de vez en cuando si extrañas demasiado.

—¡Es usted un encanto! ¡Gracias señor Crowel!

—Sí, hablando de eso —Carson pasó una mano por la cintura de su prometida y la acercó lentamente hacia él—. ¿Cuándo comenzarás a tutearme? Estamos comprometidos y en menos de un mes casados.

—Lo sé —se sonrojó la joven, pero no apartó su azulada mirada de la de él—. Pero creía que a usted le gustaba seguir los protocolos y eso es lo que hago.

—Traerte a la casa donde tengo pensado vivir contigo no es seguir los protocolos, sobre todo si estamos solos.

—Mi hermana está ahí dentro —dejó salir una linda risilla.

—Y también me encuentro yo, señorita Collingwood —habló una voz diligente a las espaldas de la joven, extendiendo una mano cuando Ashlyn se volvió—. Rita Smith, ama de llaves.

—Oh, un placer —Ashlyn tomó la mano y dio un apretón.

—Nada mal para ser una palomita de casa —sonrió Rita—. Señor Crowel, ¿puede darme la autorización para comprar las cortinas?

—Con ese tono de voz parece que te estuviera dando la autorización para que mataras personas, ¿por qué no te relajas Rita?

—Claro, con un mes para tener todo listo, me sorprende que usted esté tan calmado —Rita los miró y asintió—. Me retiro.

Ashlyn entrecerró los ojos con diversión y miró a su prometido.

—¿Y eso qué fue?

—Es la mejor decisión que he tomado, prácticamente dirige mi vida desde hace más de cinco años.

—Vaya, ¿Dirige tu vida?

—En muchos sentidos —sonrió—. Aunque no en los que estás mal pensando.

—¡No estoy mal pensando nada!

—Vamos, te enseñaré el resto de la casa.

Carson tomó la mano de su prometida, notando como los ojos de Ashlyn se desviaban hacia donde Rita estaba ordenando a unos empleados para que colocaran adecuadamente un sofá.

—Me da algo de miedo —aceptó la pelirroja.

—Entonces eres inteligente, Rita es alguien de respeto.

—No lo dudaría, parece salida del ejercito.

—Su padre era militar, falleció en una guerra y ahora Rita se encarga de mandar dinero a su familia.

—Es una desgracia.

—Sí, pero Rita ama su trabajo, al menos es lo que me dice —se inclinó de hombros—. También podría ser que le endulza el oído a la persona que firma sus cheques, ¿cómo saberlo?

Carson abrió unas puertas dobles, dando entrada a su prometida al área especial que había hecho para ella.

—Dios mío…

—Así es, todo lo necesario para que tengas tus noches de juegos, pero

sólo con personas que ambos conozcamos y que no te puedan hacer daño ¿comprendido?

—¡Oh! ¡Carson! —se le echó encima—. ¡Gracias! ¡Te amo!

—¿Qué? —el hombre la separó de sí y arqueó una ceja—. ¿Te doy una sala de juegos y me dices que me amas y hasta me tuteas?

—Sí —lo miró sonriente—. Esta habitación quiere decir que me quieres tal y como soy.

—Bueno, no me queda otra opción ¿o sí? Lo último que quiero es volver a estar presente en una situación como la de París —la abrazó —. Lo prometiste ¿recuerdas?

—Lo recuerdo bien —envolvió sus brazos a su alrededor—. Gracias por esto, es un hombre muy bueno, más de lo que pensé.

—Esto me ayuda bastante a saber qué darte en las fechas especiales, parece que soy muy bien retribuido por ello.

Ashlyn soltó una dulce risita y asintió, elevándose en sus puntas para darle un dulce beso en sus labios; ella regresó a su posición normal, pero Carson, intensificó aquella caricia.

La joven se sorprendió cuando sintió las manos de su prometido recorrer desde sus hombros hasta su cintura e hizo una presión que la acercó aun más. Ashlyn suspiró y pasó sus brazos alrededor del cuello de aquel hombre, haciendo que su corazón palpitara con rapidez y trastabillara, pero los brazos fuertes de su prometido la mantuvieron en pie hasta colocarla contra una pared cercana, besándola con intensidad y bajando por el perfilado cuello hasta sus hombros, apartando un poco el vestido para tener acceso.

—Carson… —suspiró entre besos.

—No hagas eso —soltó sus labios y besó su cuello—. No suspires mi nombre de esa manera, al menos aún no.

—¿Aún no? —sonrió—. ¿Puedo hacerlo después?

La mirada de Carson Crowel se intensificó y provocó un escalofrío en todo el cuerpo de Ashlyn, era una advertencia de lo que podía ocurrir si seguía tocando ese tema.

—Sí —dijo con voz enronquecida y la besó una vez más—. Podrás

hacer todo lo que quieras.

—Señor Crowel —llamó la voz altiva de Rita, quien parecía buscarlo por la casa—. ¿Señor Crowel?

Carson cerró los ojos por unos momentos y la besó una ultima vez, soltándola y recuperando su normal postura moderada y perfecta, totalmente imperturbable. Ashlyn no estaba tan segura de poderse recuperar con aquella facilidad, así que caminó hacia una ventana cercana y se quedó ahí.

—Sí, Rita, estamos en la sala de juegos.

—Ah —los pasos rápidos de la mujer caminaron en su dirección y se hicieron presentes—. Lamento interrumpir el momento señor, pero me es necesario apartarlo de la señorita.

—No te preocupes —asintió Carson y miró a su novia, quien seguía volteada hacia la ventana, escondiendo su vergüenza—. Mi prometida quiere seguir explorando la casa.

Ashlyn escuchó las pisadas firmes alejarse, momento en el cual pudo suspirar de alivio y se volvió hacia un espejo, mirando su rostro totalmente enrojecido y sus labios hinchados por aquellos besos. Llevó ambas manos hasta sus mejillas, sintiéndolas arder, ¿es que acaso él estaba hecho de piedra? ¿Cómo era posible que…?

La joven frunció el ceño y se miró al espejo. ¿Acaso él no había sentido todo lo que ella sintió? Tal vez para Carson no fue tan excitante y placentero como lo fue para ella, no le había costado trabajo alguno en volver a la normalidad, quizá fuera que nunca salió de ella… pero se lo parecía, por un momento parecía que él…

—¿Señorita? —entró de pronto un señor que parecía trabajar en la remodelación de la casa—. ¿Está usted perdida?

—No —sonrió ella y se adelantó con una mano estirada—. Soy la futura esposa del señor Crowel, un placer, ¿Cuál es su nombre?

—Jacob, señorita —sonrió—. Soy un fiel empleado de su marido, llevo sirviéndolo desde hace más de seis años.

—Aún no es mi marido, señor, pero me agrada que tenga gente fiel a su lado —sonrió—. ¿Puedo seguir explorando?

—Por supuesto señorita, el señor Crowel se ha esforzado en que todo

sea de su agrado en esta casa.

Ashlyn sintió que su corazón palpitaba con rapidez, ¿acaso su prometido estaba arreglando y esforzándose tanto en esa casa debido a que pensaba dejarla ahí? ¿Por qué dudaba tanto de él?

—Gracias señor Jacob —sonrió y siguió con su camino.

La joven no sabía hacia donde ir, simplemente caminó por la casa y, sin darse cuenta, había llegado a las habitaciones, casi todas estaban vacías, pero una estaba siendo amueblada en ese momento. Ella asomó su cabeza y suspiró, mirando el interior.

—Hola —le besaron la mejilla y la abrazaron por detrás—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —sonrió y volvió su cara hacia él—. ¿Acabaste con tus asuntos pendientes?

—Por el momento —asintió—. ¿Te agrada como va quedando?

—Parece que te hayas metido en mi cabeza.

—Me alegra conocerte hasta ese punto.

—Es impresionante —lo miró—. ¿Cómo lo lograste?

—Bueno, no es tan difícil.

—¿En serio? ¿Te parezco así de simple? —se cruzó de brazos.

Carson arqueó una ceja y ladeó la cara.

—¿Por qué te has molestado? Te dejé tranquila.

—No, no —bajó la mirada—. Claro que no, lo siento.

Carson frunció el ceño, pero asintió, no queriendo preguntar más sobre el asunto, no comprendía bien a las mujeres, pero la pelirroja con la que se casaría era aún más compleja y eso era por las muchas emociones que era capaz de sentir en segundos.

—¿Quieres seguir viendo la casa?

—No, preferiría que fuera una sorpresa de aquí en más.

—Bien, entonces…

—Señor Crowel —él la miró—. ¿Yo en serio le agrado?

—¿Por qué lo preguntas tan seguido?

—Lo siento, tan sólo quiero saber si está seguro.

—Siempre estoy seguro de lo que hago.

—¿Y le gusto también para… ya sabe, para…?

—¿Qué se te metió en la cabeza en esta media hora que te dejé?

—Es que…

—No seas tan insegura —frunció el ceño—. ¿Es que algo en mí te causa ese conflicto? ¿Qué se supone que hice?

—¡Nada! Tan sólo es un sentimiento.

—¿Cuál sentimiento? —él parecía confundido y quizá algo enojado—.

He tratado de no hacerte dudar.

—Carson…

—¡Ey! ¡Crowel! ¿Dónde demonios estás?

Ashlyn se volvió hacia la voz y aprovechó aquello para limpiarse una lágrima silenciosa que había salido sin su control, Carson no lo pasó inadvertido, pero se volvió hacia su amigo que subía las escaleras de dos en dos.

—Pensé que había dicho que estábamos solos —le dijo enojada.

—Chst, ven aquí —la acercó, colocando una mano en su cintura y besando su frente, siendo esto captado por Seth Humbel.

—No sabía que estarían aquí ambos —sonrió el hombre—. ¿Esta es la que será su habitación? ¿No se están adelantando a la fecha?

Ashlyn se molestó, eso era más que obvio por la forma en la que sus mejillas se encendieron y sus ojos llamearon.

—Seth, haz favor de no molestar a mi prometida.

—Señor Humbel, no sabe la alegría que siento de verlo de nuevo —dijo con sarcasmo, cruzándose de brazos.

—¿Es que pensaste que faltaría a la boda de mi amigo? —sonrió de lado

—. Pensé que todo había quedado en un malentendido.

Ashlyn ya no le disgustaba por el malentendido, sino porque veía en él algo extraño, la hacía dudar de él, sobre todo por la forma en la que se había expresado de Carson, la forma en la que "la advirtió" de su futuro. Incluso pensaba que estaba celoso de él.

—Fue un malentendido, pero no por que eso se resolvió me cae mejor

—dijo altiva—. Algo me dice que no está aquí para desearnos una feliz boda, no apoya el matrimonio.

—Es verdad, no creo que esté usted al nivel de Carson Crowel.

—¿Disculpe? —dijo ofendida—. ¿En qué no estoy a su nivel?

—Iniciemos por lo intelectual.

Ella abrió la boca para replicar, pero se vio interrumpida por la voz de Carson, el cual no parecía nada contento:

—Bien, ya basta —Carson advirtió con la mirada a su amigo y alejó a su novia—. No sé qué demonios se traigan entre ustedes, pero ya fueros suficientes insinuaciones y coqueteos.

—Eh, amigo, por favor, no hay nada de eso —se acercó Seth, sintiéndose un traidor.

—¿En serio? ¿Se supone que todo este intercambio de palabras es normal? —dijo molesto—. Será mejor que lo resuelvan solos.

—No, Carson —Ashlyn se adelantó un poco, tratando de detenerlo, al menos de seguirlo, pero fue detenida—. ¡Carson!

—Déjalo —suspiró Seth—, es mejor que nadie esté cerca cuando está molesto, te lo juro, no es algo bonito de presenciar.

—¿Busca arruinarme? ¿Es eso lo que pretende? —lo miró fastidiada—.

¿Por qué quiere que no me case con él?

—Sólo no quiero que sufra, señorita, ¿Es eso tan malo? —la miró con devoción y deseo, Ashlyn reconocía el deseo.

La joven respiró con dificultad y le plantó una firme bofetada en la mejilla, disfrutando del escozor que sintió en su propia palma y la impresión en la mirada de ese hombre.

—No me vuelva a mirar así —le dijo con odio—. Márchese.

Ashlyn bajó las escaleras, buscando al hombre que prácticamente había desaparecido de la propiedad.

—¿Dónde está el señor Crowel? —preguntó a uno de los sirvientes que pasaban por el lugar.

—Ha tenido una emergencia —contestó Rita, saliendo de una habitación con notas en sus manos—. ¿No se lo ha dicho?

—No —respiró tranquila—. ¿Dijo a dónde iría?

—Creo que mencionó una reunión —dijo la joven, caminando de un lado a otro en la habitación, levantando cosas y colocándolas en otro lugar —. Parece ser que un duque importante le dio una respuesta que le agradó.

Salió en seguida.

—¿Duque?

—Sí, Lord… —la mujer revisó sus notas—. Westminster.

—¿John?

—Sí, es el nombre de mi lord —asintió la joven y miró a Ashlyn con detenimiento—. El señor Crowel dejó a su disposición una carroza por si desea volver a su casa, se disculpa con usted por no poder despedirse como era debido y manda avisar que posiblemente la vea hasta dentro de una o dos semanas.

—¿Dos semanas? —frunció el ceño y negó con firmeza—. ¿Es que piensa ir hasta Eaton Hall?

—Eso creo mi lady.

Ashlyn mordió su labio para después asentir conforme.

—¿Podrías hacerme un favor, Rita?

—El que guste, mi lady.

—¿Llevaría a mi hermana de regreso a casa?

—Por supuesto —frunció el ceño—, pero si piensa seguir al señor Crowel, creo que será una acción que no le agradará.

—Bueno, no voy a verlo a él nada más —sonrió la joven—. Tengo la excusa perfecta para ir.

—Mi lady, el camino a Cheshire es peligroso.

—Lo conozco bien, Rita, gracias por su preocupación —le tocó un hombro con dulzura—. ¿Podría pedirme la carroza?

—Por supuesto, mi lady.

—Gracias.

En verdad que era una persona eficiente, trataría de no olvidar su nombre de ahí en más, parecía ser que era una de las personas de confianza de su marido, pero no había rechazado ayudarla a ella. Quería decir que le tenía alguna clase de respeto.

Ashlyn sonrió y dio media vuelta para salir, siendo detenida por una mano firme sobre su brazo.

—¿Qué está pensando?

—Señor Humbel, le pido que me suelte.

—No irá allá sola.

—Suélteme —apartó su brazo y se alejó unos pasos de aquel hombre que le ponía los pelos en punta—. Le recuerdo que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas, ¿Qué no le enseñaron nada en su casa?

—Está loca si piensa que dejaré que viaje sola hasta Cheshire.

—¿Quién está pidiendo su permiso? Qué el señor Crowel se fuera sin aviso es culpa de usted.

—Carson se hubiese marchado pese a todo, aun si ustedes hubiesen estado a la mitad del acto amoroso, hubiera tomado sus cosas y se habría ido. Así es él —le dijo enojado—. Deberías comenzar a comprenderlo desde ahora, esa será tu vida.

—Usted no sabe nada.

—¿No? —sonrió—. Lo conozco lo suficiente, para él lo más importante es su negocio, lo ve como si fuera su propio hijo, no lo descuidaría por nada… ni tampoco por nadie.

—No puedo creer que hable mal de su propio amigo, me parece un acto traicionero y desagradable.

—No estoy hablando mal de él, si lo conociera un poco más, podrías saber que esa es la realidad, una que a él no le molesta.

—Me parece que no tiene nada de malo que cuide de su economía y la de su familia.

—Espero que pienses igual después de un tiempo —elevó una ceja—.

Carson no es dado a los sentimentalismos, es un hombre de negocios, no uno de familia.

Capítulo 24

Ashlyn bajó de la carroza, encontrándose con un séquito de bienvenida totalmente deplorable, por no decir que todos la estaban incriminando con la mirada, parecía ser que había sido un movimiento de lo más estúpido de su parte. Al menos era lo que ella sentía, ni siquiera su loca prima parecía contenta de verla.

—¿Estás loca? —le gritó Sophia—. ¿Sabes lo riesgoso que es?

—¿Tú? ¿Actuando preocupada por una tontería como esta?

—Sshh —pidió a lo bajo la mujer—. Si no lo hago, todos comenzarán a gritarme a mí, prefiero que la cosa recaiga en ti.

—Traicionera.

—Se llama supervivencia.

—Señorita Collingwood —se acercó lord Westminster—. Espero que esté bien, su padre mandó sus disculpas y está más que ansioso por volverla a ver en su retorno.

—¿Está muy enojado? —hizo una mueca de susto fingido.

—¿Usted qué cree, Ashlyn? —John rodó los ojos, pasando una mano por la cintura de su esposa—. Si una de mis hijas hiciera algo así, me

volvería loco por el temor de que algo les ocurriera.

—Te gritará cuando regreses, de eso seguro —sonrió Sophia.

Ella suspiró y se inclinó de hombros.

—Bueno, ¿Qué más puedo hacer? —sonrió, rebuscando a su prometido

—. ¿Dónde está el señor Crowel?

—Así que has venido hasta acá por un hombre —negó Sophia, cruzándose de brazos—. ¿Por qué no me sorprende de ti?

—Bueno, que yo recuerde, tu también viniste hasta acá por un hombre Sophia, y tampoco estabas casada con él ¿lo recuerdas?

—Sí —le colocó una mano en el pecho a su esposo—. Lo recuerdo, fue una de mis mejores decisiones.

—Entonces, ¿Por qué hacer tanto escándalo? —rodó los ojos la pelirroja y pasó de la pareja.

—Está en el jardín con las niñas. —Informó John.

—Debí suponerlo.

Ashlyn levantó sus faldas y corrió hacia el jardín, donde las gemelas de su prima se divertían en caerle encima al cuerpo de su futuro esposo.

¿Cómo podían decir que no era un hombre de familia? ¿Es que acaso nadie lo había visto frente a un niño? Él era el hombre más feliz, jamás se le veía sonreír de esa manera.

—¡Ash! —gritaron las niñas, quienes salieron corriendo a su dirección

—. ¡Ash! ¡Ash!

La joven se inclinó y las abrazó a ambas, besando sus mejillas y viendo como su prometido se levantaba del suelo y acomodaba su traje, mostrando la misma cara seria y enojada que el resto de su comité de bienvenida.

—¡Tía! ¡Tío Cason!

—¿Sí? —sonrió la pelirroja—. ¿Les agrada?

—¡Sí! —gritaron a la vez.

—¡Niñas! —Sophia estaba en las escaleras de la casa—. ¡Vengan ahora mismo! ¿Quién tiró el jarrón del salón?

Ambas pequeñas se mostraron sorprendidas y asustadas.

—De todas formas, el jarrón era horrible —calmó Ashlyn—. Su madre lo detestaba con el alma.

Las gemelas sonrieron y salieron corriendo en dirección a su madre, quien lanzaba una mirada inconfundible de complicidad con Ashlyn. La pelirroja asintió con agradecimiento y se volvió hacia su prometido, quien se acercaba a ella con autoridad.

—¿Se puede saber por qué hiciste algo tan tonto como esto?

—¿Venir a visitar a mi prima?

—Por favor Ashlyn —negó con la cabeza—. Esto es todo menos una visita para tu prima.

—Lo siento, se marchó tan molesto que… —bajó la mirada y tomó el anillo de compromiso entre sus dedos—. ¿Así será siempre que se molestes o alguien lo llame de improviso?

—Es mi trabajo, Ashlyn, pese a que te moleste, tengo que ponerle toda mi atención si me es requerida.

—Lo sé, pero…

—No quiero discutir contigo.

—Tampoco lo quiero —se adelantó.

—Bien —se volvió—. Has venido hasta aquí para decirme algo, ¿cierto?

Dudo que sea sólo esto.

—No, no es sólo eso —lo miró determinada—. Me insultó lo que dijo de mí y el señor Humbel.

—Es lo que me pareció.

—Fue perverso, puesto que ha visto mis reacciones, lo último que yo estaría haciendo es coquetearle o insinuarme a ese hombre.

—Quizá estaba enfadado en ese momento, me canso con facilidad de peleas que considero estúpidas y más aún de las personas involucradas. — Ashlyn bajó la cabeza, provocando que su hermoso cabello pelirrojo fuera hacia su rostro y la cubriera. Carson cerró los ojos y se acercó, colocando una mano sobre su barbilla y levantándola —. Eh, lo siento, no debí decir eso, fue rudo y tonto.

Ella quiso marcharse en cuanto sintió la amenaza de sus lágrimas, pero las manos de Carson la alcanzaron, reteniéndola en el lugar.

—Suélteme… —dijo ella con la voz atorada en su garganta.

—No llores, no quise hacerte llorar.

—Bueno, es lo que consiguió —bajó su mirada, sintiendo cómo las lágrimas se resbalaban por sus mejillas.

Carson trató de alcanzar su mirada, no planeaba soltarla porque seguro se iría corriendo, así que con su nariz rebuscó entre los rasgos hermosos de su novia hasta lograr que ella levantara un poco su rostro, lo necesario para tomar sus labios y enterrarse en ellos, apretándola contra sí ante el placer que sentía de sentirla tan suya.

—¿Por qué es tan cambiante?

—Quizá porque estaba celoso.

—¿Celoso?

—Sí —suspiró—. No puedo evitarlo.

—No tiene nada por lo que sentirse así —ella levantó una mano y rozó con miedo el rostro serio de su prometido—. Me enamoré de usted…

aunque aún no sé la razón.

—Supongo que tampoco se la dejo fácil.

—Siempre me ha gustado jugar cuando es más difícil.

—Aún puedes arrepentirte Ashlyn —se separó un poco para mirarla mejor, pero no la soltó—. Puede que lo esté intentando, pero mi personalidad es aquella de la que te quejas, ¿Podrás soportarlo?

—Tampoco mi personalidad es sencilla de llevar —elevó una ceja—.

¿Podrá soportarlo?

—Sé manejar clientes difíciles.

—Mmm… yo sé manejar personas difíciles.

—Entonces… ¿Boda?

Ella asintió con determinación.

—Boda.

La pareja comenzó a caminar por el enorme jardín de Eaton Hall, ambos parecían más relajados, pero no entablaban conversación.

—¿Señor Crowel? —él se volvió hacia su prometida—. ¿Por qué le agradan tanto los niños?

—Bueno, creo que, por su inocencia, por sus sonrisas abiertas y porque no mienten. Si le caes mal a un niño, no lo va a fingir, no tienen interés, no ven el provecho que pueden sacarle a las personas.

—No se confíe con los niños de mi familia, ellos ven el provecho que su altura les brinda para alcanzar las galletas.

Carson dejó salir una apagada risa y asintió.

—Supongo que en eso sí, pero sigue siendo un pensar inocente.

—¿Le recuerdan a su hermana?

—Sí, muchísimo —asintió—. Era una chica feliz, muy feliz.

—Y… ¿Quiere tener muchos hijos? —lo miró espantada.

Eso provocó una verdadera carcajada en Carson.

—Seré feliz con uno, pero si tenemos más, tampoco habría problema alguno —elevó ambas cejas—. ¿Tú qué dices? Veo que le agradas a todos los niños.

—Tengo un verdadero don con ellos, claro que nunca han sido míos y tampoco es que los cuide todo el tiempo, me dan algo de terror, pero creo que quiero tener alguno por mi cuenta.

—Está bien —Carson le colocó las manos sobre los hombros—. No tenemos prisa en tenerlos, ¿vale? Cálmate.

—Claro, calmarme —asintió—. ¡Uf! Hace calor, entremos a la casa

antes de que me desmaye.

Carson sonrió y siguió a su prometida al interior del castillo de los Westminster, dónde una conmoción tenía lugar y parecía ser cosa de varias personas que no sabía en qué momento habían llegado hasta esa casa o por qué razón.

—¡Ah! Señor Crowel, supongo —se adelantó una mujer hermosa, de cabellos negros y ojos verdes—. Es un placer.

—El placer es todo mío —frunció el ceño.

—Señor Crowel, ella es mi hermana Blake —sonrió Ashlyn—, nos ha sorprendido para la boda.

—En realidad, vengo a organizar su boda, mamá me mandó una carta desesperada por ello, así que heme aquí.

—Oh, es bueno al fin tener algo de ayuda —asintió la pelirroja y miró a su prometido—. Sinceramente me estaba volviendo loca.

—Le decía a Blake la idea de hacer la boda en Eaton Hall, de todas formas, los novios están aquí y la fecha se acerca —sonrió Sophia—. Mi marido ha estado de acuerdo, por supuesto y están todos invitados a quedarse aquí.

—Me parece bien —asintió Blake—. Calder y John tienen asuntos qué resolver y supongo que el señor Crowel no quedará fuera de la ecuación, a lo que me dijo mi esposo.

—¿Qué dicen? —las dos mujeres miraron a los novios, quienes parecían complicados y algo saturados.

—Bien, dejaremos que lo procesen, mientras tanto, Sophia, ¿podrías enseñarme el gran salón?

Las dos mujeres se fueron seguidos de un séquito de pequeñuelos que fueran sus hijos. Ashlyn soltó una carcajada en cuanto las voces se alejaron lo suficiente y miró a su prometido.

—Lo siento, ellas siempre son así, están locas, pero ayudarán.

—Me sorprende la variedad de personalidades que tiene tu familia —

negó Carson—. ¿Más de los que deba saber?

—¿Los Hamilton, tal vez?

—Los conozco, no sabía que eran parientes.

—Mi tía es prima hermana de mi madre.

—¿Algo más?

—Mmm… ¿Los Donovan?

—¿Irlanda?

—Sí, los mismos.

—Vaya, ahora que lo pienso, sí que me conviene estar casado contigo —

movió las cejas juguetonamente.

—Ajá, casi se creería que es un matrimonio por conveniencia.

—Es la cereza del pastel, creo yo.

—¿Y qué dices? ¿Nos casamos aquí?

—Es antes de lo previsto y faltaría avisar a tus padres.

—Lo sé, no creo que vayan a estar del todo de acuerdo.

—¡Ash! —le jalaron las faldas—. ¿Podrías llevarme con mi mamá?

La joven asintió y tomó la manita de su sobrina Kenia. Al regresar la mirada hacia su prometido, notó el impacto que tenía al ver a una niña de piel morena entre los hijos de su hermana.

—Supongo que no la había visto.

—Es… —la miró detenidamente—. Preciosa.

Kenia sonrió ampliamente y soltó la mano de Ashlyn para tomar al hombre que la alabó sin más.

—¿Quién eres?

—Me llamo Carson Crowel.

—¿Tío? —frunció el ceño la pequeña.

—Pronto —asintió el hombre.

La niña mostró su blanca sonrisa y los ojos azules brillaron como dos estrellas caídas del mismo cielo.

—¡Qué feliz que soy! —brincó la niña y estiró los brazos para ser cargada por él.

—Creo, señor, que el que tiene encanto con los niños es usted.

—¿Qué puedo decir? Creo que sobre todo lo tengo con las mujeres ¿tú qué dices? —elevó una ceja.

—Creo que es usted un engreído —lo empujó un poco y tocó la mejilla de la pequeña, quien sonrió y se recostó en el hombro fuerte del señor Crowel.

Capítulo 25

La boda entre el señor Crowel y la hija de los Collingwood al final de cuentas se celebró en la casa de los padres de la joven, como era de esperarse de los duques de Wellington, quienes apreciaban sobre todas las cosas la tradición. Había sido una recepción preciosa, los novios parecían felices y por alguna extraña razón que nadie se podía explicar, estaban rodeados de niños, los cuales se peleaban su asiento por estar con Ashlyn o con el señor Crowel.

—Creo que es hora de irnos, Ashlyn —susurró Carson al oído de su esposa—. Lastimosamente, tengo cosas que hacer mañana.

—¿Tendrás que trabajar?

—Sí —apretó sus labios hasta formar una fina línea—. Pero no esta noche, ni tampoco temprano en la mañana.

Ashlyn se sonrojó y asintió.

—Supongo que está bien.

—¿Vamos?

—Será difícil marcharnos con todos mis primos aquí.

La pareja miró a su alrededor, no habían invitado a demasiadas personas, pese a que el señor Crowel era un hombre importante y conocido, había limitado sus invitaciones, sin mencionar que ni siquiera sus padres habían logrado asistir al evento y Ashlyn no se

atrevió a preguntar la razón tras aquella ausencia.

Se pusieron en pie y caminaron por el salón, haciendo notorio que estaban por despedirse. Los integrantes de Bermont fueron los primeros en acercarse, besando a su prima y dándole la mano al nuevo integrante de la extensa familia.

Ashlyn sonreía nerviosa, se había negado a que nadie le intentara explicar lo que sería su vida de casada, puesto que ella ya lo sabía y no quería escuchar de los labios de su madre, tías o primas lo que era tan espantoso para ella. Además, no quería que jamás descubrieran la verdad de su pasado, pese a que se lo había insinuado a su madre para que hablara con su actual marido y le aligerara el camino, definitivamente no quería contarla ni hacerla participe de su dolor.

Se había mentalizado con la idea y llegó a la conclusión de que, si era con Carson, valdría la pena, aunque fuera un acto doloroso y el cual ella detestaba, con tal de que él fuera feliz y su matrimonio se viera validado ante las leyes, entonces, haría lo que fuera necesario.

—Hija —su madre llegó hasta ella y la abrazó con fuerza—. Cualquier cosa, lo que sea, sabes que puedes venir aquí.

—Mamá —sonrió la joven—, estaré bien.

—Seguro, pero de todas formas es necesario que lo sepas.

—Bien —le besó la mejilla a su madre—. Lo prometo.

La joven elevó la vista hasta la figura de su padre, el hombre al que amó antes que nadie. De niña eran inseparables, lo veía como su héroe personal, el hombre perfecto y lo seguiría siendo hasta el final de sus días.

Caminó segura hasta él y lo abrazó, enterrando su nariz en el pecho que conocía tan bien, absorbiendo el aroma que reconocería en cualquier parte del mundo.

—Te amo papá.

—Yo también te amo princesa —le susurró.

—¿Confías en mí? —ella levantó su azulada mirada.

—Claro que lo hago —sonrió Adam, acariciando el rostro de su hija—.

No entregaría mi tesoro si no estuviera seguro de que se sabe cuidar

solo, pero, si necesitas ayuda… siempre seré tu padre.

—Lo sé —sonrió—. Trata de controlar a mamá.

—Haré lo mejor que pueda. —El señor Crowel se acercó por detrás y colocó una mano sobre la cintura de su esposa y alargó la otra para tomar la de su suegro—. Cuídala bien, Crowel.

—Por supuesto, señor.

—Ash —llamaron entonces sus hermanos.

La pelirroja abrazó a los gemelos con una sonrisa y al último se despidió de Briseida, quien lloraba incontrolable.

—¿Podré ir a visitarte? —se limpió la menor.

—Claro que sí, Bri, no nos separaremos por siempre.

—No lo diría así —sonrió Adrien—. Te vas para no volver.

—No la hagas llorar más —amenazó la pelirroja y después sonrió—. Te echaré de menos salvaje.

—Y yo a ti rojita —Adrien levantó la mirada e inclinó levemente la cabeza hacia su amigo, quien se llevaría a su hermana—: suerte.

—Estarás bien Ash —Blake le arregló el cabello—. Perfecta.

Ashlyn dio pasos hacia atrás, colocándose junto a su marido, pero sin dejar de mirar a su antigua familia.

—¿Vamos a casa? —susurró Carson en el oído de su esposa, sintiendo bajo su mano cómo ella se tensaba y un escalofrío recorría su cuerpo —.

¿Estás bien?

—Bien —dijo con rapidez—, más que bien.

Caminaron en la oscuridad para llegar a la carroza del señor Crowel, ella se había sumido en un inquebrantable mutismo que hacía dudar a Carson sobre su integridad mental; Ashlyn nunca estaba callada, mucho menos cuando estaba con él.

—Pareces algo nerviosa —la ayudó a subir a la carroza.

—No… —ella habló sin aliento—. Me pone triste irme de casa.

—Mañana mismo podrás venir a visitar a tus parientes, incluso creo que ellos serán los primeros en pisar la casa para saber cómo estás.

—Conociéndolos, es posible.

Ashlyn sintió que el aire le faltaba y se volvió hacia la ventana, tratando de concentrarse en el camino, alejando su mente de los recuerdos y del dolor que volvería a sentir. Incluso podía escucharse a sí misma gritar desesperada, forcejeando, luchando contra ese hombre que no parecía mostrarse siquiera perturbado con sus intentos de que se alejara.

—Ashlyn —ella brincó cuando de pronto sintió la mano cálida de Carson sobre la de ella—, vamos, tranquila, casi hemos llegado.

La carroza se zarandeó al momento de detenerse, provocando que ambos se movieran hacia la puerta para poder bajar a lo que sería su nuevo hogar.

Carson sonrió y le dio la mano para ayudarla, le causaba dolor ver a Ashlyn tan nerviosa, sabía por qué se encontraba de esa manera, seguro estaría muriendo de miedo.

A pesar de que él lo llevaba esperando prácticamente desde que la conoció, trataría de hacerla sentir tranquila, no quería presionarla en ningún sentido, no quería ni imaginar por lo que ella estaría pasando en esos momentos.

—Vamos —presionó un beso en su sien—. Confía en mí.

—Confío en ti, sé que esto tiene que pasar, me he preparado para ello —

dijo segura, pero caminaba como si fuera al matadero.

—No hables con pesar o como si te estuviera obligando Ashlyn, si no quieres hacerlo esta noche, no lo haremos —dijo tranquilizador.

—¿Para qué alargarlo, si de todas formas ha de llegar?

Carson apretó los labios y suspiró, tendría que ser muy cuidadoso en su proceder, debía hacerla ver que el dolor no tenía nada que ver con intimar con tu pareja.

Ashlyn se detuvo cuando de pronto sintió que una mano se posaba

sobre su muñeca, deteniendo su andar. La joven elevó los ojos lentamente hasta toparse con la mirada intensa de su esposo, parecía no saber cómo iniciar la conversación, así que lo esperó con paciencia, seguro que para él tampoco era fácil ese momento.

—Escúchame —le tomó las mejillas y se acercó—. Sé que estás pasando por un mal momento ahora y entiendo que tengas miedo, pero esto será diferente, jamás haría algo para hacerte daño.

—Lo sé —susurró suavemente.

Ashlyn permitió que le tomara la mano y la condujera hasta una habitación que seguía con las luces encendidas, esperando por su llegada, o más bien, por ella, puesto que Carson besó su mano y la entregó a la doncella que aguardaba en silencio y con una sonrisa.

—¿Qué sucede? —la pelirroja frunció el ceño al ver a su esposo seguir su camino por el pasillo.

—Señora Crowel —sonrió la muchacha—. Mi nombre es Beck, su doncella personal a partir de este momento.

—Un placer.

—Venga, tengo todo preparado para adecentarla.

Ashlyn permitió que la mujer hiciera lo pertinente para arreglarla para su noche de bodas; todo se hizo en un completo silencio, ninguna dirigía ni una mirada hacia la otra, ambas parecían concentradas en sus propias cavilaciones y, cuando Beck terminó, se marchó sin más.

Ashlyn tuvo el tiempo de inspeccionar la femenina recámara, dónde había ropas nuevas para ella, perfumes, cremas, libros y flores; todo de acuerdo a su gusto. El decorado era pulcro, todo en tonos claros, con sábanas en azul plumbago, al igual que los sillones y sillas; los tapetes eran suaves y hermosos, no podía ponerle ni una oposición a un lugar como ese.

Miró hacia el reloj que se encontraba sobre la chimenea y suspiró, parecía que su esposo pensaba tardarse un poco más, así que fue hasta los libros apilados en la estantería y tomó uno que despertó su interés.

Carson entregó el vaso de coñac y se sentó frente al hombre que parecía haberlo estado esperando durante todo el día.

—Así que, te has casado.

—Interesante observación —dijo irónico.

—Con la mismísima Ashlyn Collingwood —sonrió Seth—, sin dudas un matrimonio interesante.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, eres tú tomando esposa.

—No entiendo la sorpresa, me casaría tarde o temprano y ella me agrada más de lo que pensé al conocerla.

—Es encantadora, Carson, felicidades, en serio.

—No creo que lo digas en verdad.

—En verdad me alegro por ti, pero lo siento muchísimo por la muchacha, quien supongo que ha de sufrir de ahora en más. —El hombre bebió de su vaso—. ¿Cuándo piensas decirle?

—Seth, se lo diré cuando lo encuentre pertinente, no necesito que me ayudes a manejar mi matrimonio. —los ojos grises se clavaron con intensidad en Seth Humbel—. ¿Desde cuando tanto interés por ella?

Pensaba que no te importaba ninguna mujer.

—Lo hago por ti, eres mi amigo y espero que recapacites. —Carson mantuvo su penetrante mirada sobre su amigo, esperando a que se rindiera ante él y le dijera sus verdaderas razones—. Es en serio Carson, aunque me veas de esa forma, tú eres mí amigo.

—Bien —suspiró—. Si te quieres engañar a ti mismo, no puedo hacer nada, tan sólo no hagas una estupidez y antes de hacer cualquier movimiento, tendrás que enfrentarme cara a cara.

—¿Qué estás diciendo?

—Recuérdalo.

Carson empinó su vaso y lo dejó en la mesa antes de ponerse en pie y regresar a la habitación de su esposa, esperaba que para ese momento se encontrara menos nerviosa que cuando llegaron.

No hubiese querido dejarla, pero había logrado ver a Seth justo antes de que terminaran de subir las escaleras, era necesario que Ashlyn no

lo notara, no quería alterarla, menos en esa noche.

Tocó a la puerta y la abrió al no escuchar respuesta. Por un momento pensó que se habría quedado dormida, pero se vio descartado al escuchar el característico pasar de hojas. Leía y parecía bastante entretenida y absorta en ello, ni siquiera lo había escuchado.

Avanzó hasta el sofá donde estaba sentada, dándole la espalda a la puerta, con ambos pies sobre la mesa de enfrente y la trenza pelirroja cayendo sobre el respaldo del sillón. Todavía fue capaz de pasar otra hoja antes de dar un pequeño salto al momento de sentir los labios de su esposo presionándose en su cuello, sacándole un escalofrío que la recorrió hasta la punta de los pies.

—Pensé que tardaría más —suspiró, volviendo la cabeza.

—No hubiera querido posponerlo ni un segundo, pero era algo inevitable —le besó la parte detrás de su oreja—. ¿Qué leías?

—¿Lo escogió para mí? —le enseñó el título.

—Yo escogí todo en este lugar —le estiró la mano para ponerla en pie y abrazarla—. ¿Qué te parece?

—Es bueno metiéndose en la cabeza de los demás.

—Es un don —curveó los labios y levantó una mano, tocando con sus dedos la suave mejilla de su esposa—. ¿Sigues asustada?

—Estoy mejor.

Ashlyn lo rodeó con los brazos y suspiró cuando sintió los labios de su marido; tomó sus comisuras de forma que sentía que le estaba entregando su alma en ese mismo momento. Ella trató de moldear su cuerpo para acoplarse al de él, quién no había desaprovechado el momento de fragilidad de su esposa y la había hecho caer sobre el sillón en el cual había estado leyendo, haciéndola recibir de la mejor forma los besos vehementes que le daba no sólo en sus labios, sino en toda su piel expuesta.

—Carson… —suspiró entre sus labios.

—Me agrada como dices mi nombre —la besó de nuevo y se levantó con ella en brazos—. Sobretodo ahora.

Ella rio y se sostuvo de los hombros de su esposo, inclinándose para

besar el cuello y las mejillas de Carson, quien sonreía un poco y la miraba con ojos brillantes. La dejó lentamente en la cama y se colocó sobre ella, quedando arrodillado para quitarse la chaqueta y camisa ante la atenta mirada de su amante, después, se inclinó y la besó, apartando los tirantes que sostenían el vestido.

—Carson —se levantó un poco, sosteniendo su camisón contra su cuerpo, impidiendo que sus pechos fueran descubiertos—. ¿Podríamos hacerlo con las luces apagadas?

—¿Por qué? —la besó en los labios, susurrando contra ella con voz grave—: deseo verte, eres mi esposa, ¿Qué podría avergonzarte?

—No, yo… creo… bueno… —se apartó de él, tratando de cubrirse con las sábanas.

Carson la dejó cubrirse y se sentó en la cama.

—¿Qué ocurre? —dijo con paciencia.

—No soy lo que piensas, no soy lo que esperas.

—¿De qué hablas? —se acercó y trató de tocarla, pero ella se puso en pie y negó—. Ashlyn, no importa lo que haya pasado, estoy aquí ahora, confía en mí.

Ella se cubrió el rostro y negó, comenzando a llorar.

—No, esto no.

—¿Qué es “esto”? —la tomó de los hombros y frunció el ceño, tratando de mirarla—. Ashlyn, ¿Hay algo más que no me hayas contado aún?

—Carson… —limpió sus lágrimas—, yo…

—Vamos Ashlyn, sea lo que sea, puedo entenderlo.

Ella se separó de él y caminó de un lado a otro, se sentía cada vez más nerviosa por el hecho de lo que tenía que decir. Ashlyn lo miró y comenzó a subir su camisón, descubriendo sus piernas, mostrando la ropa intima y dejando a la vista algunas cicatrices en su abdomen.

—¿Lo ves? —las lágrimas caían por sus mejillas—. No es muy hermoso

¿verdad?

—¿Cómo te hiciste eso? —la miró sorprendido.

—Yo… —se limpió las lágrimas, dejando caer el camisón en su lugar —.

No me lo hice a mí misma, eso se lo aseguro.

—¿Fue…? —Carson apretó sus puños con fuerza.

—Sí.

Carson se acercó, la tomó de la mano y la sentó sobre la cama mientras ella lloraba, cubriendo su cara con las manos temblorosas, parecía a punto de un ataque.

—No les diga a mis padres —sollozó—. Me odiaba, por ser hija de mi padre, me detestaba. Buscaba ser lo más cruel posible.

—¿Por qué sigues exponiéndote de esa forma? Vas a lugares donde te podrían hacer daño, donde te podría volver a encontrar.

—Lo sé —dijo enojada—. Aquella vez yo no supe que hacer, no me pude defender, pero quiero que sepan que no tengo miedo. Sólo puedo odiarlo, detesto que me hizo, porque estas marcas jamás se irán y siempre lo voy a recordar, junto con sus palabras y ese maldito collar que ondeaba ante mis ojos.

—¿Qué te decía?

Ella soltó un bufido y sonrió de lado, caminando hacia una ventana cercana, abriéndola para tomar aire fresco.

—Asquerosidades, cosas hirientes, tonterías —dijo asqueada—. Me preguntaba si acaso me agradaba cómo se sentía lo que les tocaba sufrir a los menos afortunados, si tenía hambre como ellos la tenían, si tenía sed, si me sentía desesperada, asqueada, degradada.

—Sus padres…

—Ellos no lo saben.

—¿Cómo has podido lidiar con esto tú sola? —negó—. ¿Cómo puedes ser esta persona? ¿Cómo puedes ayudar sin preguntar? Sabes de qué clase social era ese maldito como para odiar a un noble y te la pasas ayudándolos todo el tiempo.

—Sí —lo miró con ojos cristalizados y mordió su labio con intensidad

que seguro le hacía daño—. Lo hago porque quiero pensar que no todo el mundo busca hacerme daño, porque deseo sentirme fuerte, saber que dominé mi vida, que pude encontrar el amor pese a que se encargaron de hacerme las cosas más difíciles posible.

Ashlyn presionó su espalda contra una pared y se resbaló por ella hasta quedar sentada en el suelo, llorando y escondiéndose entre sus rodillas.

Parecía incontrolable, como si nunca fuese a parar.

—Agradezco la persona que eres —se acuclilló frente a ella—. Y sigo queriendo estar casado contigo, nada de lo que te haya pasado hace que te vea diferente, quizá sólo mejor de lo que ya pensaba. Si yo te rechazara, sería como rechazar a mi propia hermana. Jamás haría algo así… y creo que tú lo sabías.

Ella levantó la mirada.

—Me enamoré de usted en verdad, no es por mi pasado que quise casarme con usted señor Crowel, se lo aseguro.

—Lo sé, aunque creo que si influyó en su decisión.

—No —ella tomó ambas manos del hombre y negó—. No, eso no influye en mi vida, es pasado, lo dejé atrás. Tuve miedo ahora, pero no lo tendré más cuando sea usted quien remplace las memorias por algo diferente.

—Haremos lo que tú quieras Ashlyn, no te sientas presionada.

Ashlyn sonrió.

—Es el hombre que soñé, lo deseé toda mi vida. ¿Sabe? La rosa…

aquella rosa que usted colocó adecuadamente esconde mi deseo y se me concedió por primera vez en años.

—¿Yo?

—Sí —bajó la cabeza—. Usted, a pesar de que me veía como si estuviera loca, fue y volvió a plantar mi flor.

—¿Eso fue?

—Al menos, ahí comenzó.

Carson asintió levemente y se sentó junto a ella, con la espalda recostada en la pared, mirando hacia un punto en la habitación, pensando en su proceder, en sus movimientos, no quería asustarla, quería que se sintiera cómoda en su presencia.

—¿Qué quieres hacer?

Ella lo miró de lado y sonrió.

—Quiero hacer el amor, lo que en realidad debe ser entregarse a un hombre por voluntad, ¿Podría hacerlo?

—Claro que sí —le tomó la mano—. No volverás a pensar en ello jamás Ashlyn, haré que olvides todo el pasado.

Ella sonrió con encanto.

—Lo sé.

Capítulo 26

Carson se puso en pie lentamente y estiró una mano para que su esposa la tomara. Ashlyn sonrió y se puso en pie, quedando parada frente a él, sus ojos brillaban y sus mejillas se habían sonrojado, pero estaba firme y dispuesta a proseguir.

—¿Estás segura?

—No soy frágil, señor, se lo aseguro —le dijo con tranquilidad y se acercó—. Tenía miedo de su rechazo, pero ahora que me ha dicho que mi pasado no le interesa, entonces, no tengo miedo.

—Me alegra —colocó una mano sobre su mejilla—. Pero puedes ser frágil conmigo siempre que lo quieras, no necesito que te escondas, lo hiciste durante años, pero no más.

—Estoy bien Carson —le tomó la cara con ambas manos—, te has casado con la mujer más fuerte que te pudiste encontrar.

—Lo sé —le tomó la cintura—. De hecho, lo sabía desde antes.

—Entonces, ¿Qué debo hacer?

—Dejar que te lleve a la cama y te quite este camisón del cuerpo —

elevó una ceja—. Quiero verte Ashlyn, no quiero que sientas vergüenza por ello jamás. Tú no tuviste la culpa.

Los ojos azules de la joven se cristalizaron ante lo último, incitando que se lanzara a él y lo besara con ímpetu. Carson la abrazó y moderó aquel beso, logrando convertirlo a una caricia dulce que compartieron mientras caminaban hacia la cama, donde lentamente la recostó, pero no la presionó, sino que se recostó a su lado, acariciándola, haciéndola suspirar, estimulando a que sintiera más, a que pidiera más.

Ella arqueaba su cuerpo contra él, buscaba sus labios con intensidad, parecía que no le agradaba que se despegara de ella, así que la complació y no dejó de besarla mientras bajaba su mano hasta el tobillo blanco de su esposa, subiendo el camisón lentamente mientras recorría su pierna suave.

Carson soltó los labios de su esposa y regó suaves besos alrededor de su rostro, escuchándola suspirar y sintiendo las manos de ella trazar los músculos de su espalda, acariciándolo dulcemente.

—¿Te molesta? —le besó detrás de la oreja—. ¿Te disgusta que bese algo más que tus labios?

—No… —suspiró, sintiendo como la mano de su marido se movía por su pierna, quitando la prenda intima con cuidado y metiendo la mano por debajo del camisón hasta tocar su cintura.

—¿Puedo quitártelo?

Ella lo miró a los ojos y asintió, levantándose un poco para que él pudiera sacar la prenda, dejándola completamente desnuda sobre la cama de sábanas de seda.

—¿Te… disgusta?

—No —la admiró detenidamente—. Tienes un cuerpo precioso Ashlyn, el más hermoso que jamás hubiese visto.

Ella sonrío con encanto.

—Mentiroso.

—Para mí lo es —se acostó sobre ella, haciéndola sentir el peso de su cuerpo grande y el fino vello sobre su pecho—. ¿Te incomoda?

—No, de hecho, me agrada —acarició lo largo de su espalda con

dedos sedosos que después se pasaron hacia el pecho, acariciando cada valle bien formado hasta llegar a su cuello, incitándolo a bajar para que la besara nuevamente.

Carson la besó por prolongados momentos, pero en esa ocasión, no se detuvo sólo en sus labios y bajó, besando el cuello, los hombros y cada parte lastimada del cuerpo de su esposa. Eran pequeñas heridas hechas por lo que parecía ser una navaja afilada y delgada, parecían rasguños hechos por un arbusto de espinas, pero sabía que había sido algo peor que eso.

Sin embargo, la mujer bajo su cuerpo era una guerrera, no se veía intimidada o azorada por lo que estaban compartiendo, por lo contrario, parecía disfrutar de cada momento. Era dulce, entregada, complaciente y demandante. Una mujer para volarse la cabeza.

Ashlyn se removió cuando reconoció el movimiento que él estaba por hacer, sintió su corazón palpitar con fuerza y una sensación desagradable se instaló en su estómago. Levantó la mirada hasta toparse con los ojos calmos de su marido, tan grises y despampanantes como el primer día que los vio.

—¿Puedo hacerlo?

—Sí, pero abrázame Carson, abrázame y bésame, por que él nunca lo hacía —pidió—. No me quería, sólo me usaba.

Carson se acercó a sus labios y los besó.

—Yo te quiero —le susurró y prosiguió, mirando la aceptación que ella le daba con sus facciones, expresando placer—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —lo abrazó—. Bésame.

Aquella noche, mientras sus cuerpos se conectaban y se entregaban el uno al otro, Ashlyn sintió por primera vez que podía perdonar su pasado y dejarlo atrás, muy en el olvido. Su marido había sido cordial, dulce y bueno en cada momento, jamás la hizo sentir incómoda, preguntaba todo el tiempo sobre su proseguir y nunca apartaba la mirada de la de ella, esperando una mala expresión para detenerse al completo.

Pero eso no había sido necesario, se habían aceptado y el acto había acabado e iniciado en más de una ocasión, dejándolos agotados, tranquilos y en los brazos del otro, listos para dormir, sabiéndose uno con el corazón del otro palpitando a la par.

Carson sostuvo el cuerpo de su mujer contra su pecho por un prolongado momento, esperando a que se durmiera, cosa que le fue sencilla, puesto que estaba exhausta, al igual que lo estaba él. Pero a diferencia de su esposa, él no podía seguirla en la tranquilidad de los sueños. El pasado de Ashlyn lo había dejado perplejo y ofendido ante quién pudo hacerle tanto daño. No se quedaría de brazos cruzados y no quería hacerlo de nuevo.

Ashlyn despertó con el canto mañanero de las aves, sabía bien qué sería temprano, pero esa era otra de las muchas cosas que compartía con su marido, él también solía iniciar su día montando o en alguna otra actividad de trabajo que requiriera su atención.

Sin embargo, aquel día no parecía ser uno de los que Carson utilizaría para desperezarse temprano, Ashlyn podía verlo dormido a su lado, apacible como nadie se lo imaginaría jamás. Estaba recostado boca arriba, con una mano sobre su propio pecho y otra estirada hacia ella, tapada por las sábanas que a él le faltaban.

La joven pelirroja sonrió y lo tapó, pensando que seguramente tendría frío al estar transcurriendo la alborada, sin embargo, aquellos movimientos sólo lograron despertarlo, teniendo unos peligrosos ojos grises sobre su figura desnuda que intentaba arroparlo como si se tratase de un niño.

—Hola —dijo apenada—, lo siento, no quise despertarte.

—Está bien. —Carson pasó un brazo alrededor de ella, acariciándole la espalda—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —sonrió—. Más que bien.

—Me alegra oírlo —se sentó en la cama, destapándose sin pena alguna y poniéndose de pie—. ¿Qué hora es?

—Temprano —ella miró hacia la ventana—. ¿Tienes que irte?

—Sí, lo lamento.

—Pensé que habías dicho que tendríamos la noche y la mañana.

—Volveré temprano a casa —se colocó un pantalón—. ¿Quieres que llame a alguien para que te ayude a cambiar?

—No, no me gusta que nadie… me ayude.

—Ashlyn, te lo he dicho, eso debe quedar en tu pasado.

—Puedo ponerme el camisón yo sola, quizá necesite ayuda con el vestido, pero de ahí en más, puedo hacerlo.

—Bien, como gustes —colocó entonces su camisa y la metió en sus pantalones, dispuesto a salir de la habitación.

—¿A dónde vas? —la joven frunció el ceño—. ¿No te vas a bañar o a cambiarte de ropas?

—Sí, eso es lo que estoy por hacer.

—Pero… —ella frunció el ceño por unos segundos antes de comprender la situación—. Esta no es tu recámara, ¿Cierto?

—Creo que es demasiado femenina como para que fuera mi recámara,

¿no crees? —bromeó—. En todo caso, si algo te disgusta, lo puedes cambiar sin preocupaciones, Rita estará al pendiente.

—Oh, gracias —miró a su alrededor, sosteniendo la sábana contra su cuerpo—. Supongo que era de esperarse.

—Pensé que con todo lo que dijiste ayer, te había gustado.

—Me gusta —aceptó.

Aunque a Ashlyn le hubiese gustado mucho más que fuera la recámara de ambos, como lo hacían sus padres y cualquier pareja que estuviera enamorada. Apenas ayer pensó que él en realidad la quería, parecía ser sólo un sueño, otra de sus pantallas imaginarias para soportar el dolor, ¿lo había inventado todo?

—¿Te encuentras bien?

—Sí —meneó la cabeza—. Bien.

—Volveré a las diez para el desayuno —se acercó a la cama y le besó los labios—, pero si no llego, comienza tú ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Estás segura qué te encuentras bien?

—Segura —curveó sus labios—. Vete, se te hará tarde.

—Bien, nos vemos en un rato.

En cuanto Carson salió de la habitación, la joven se dejó caer sobre la cama y miró el techo por lo que le parecieron horas, sólo estaba haciendo tiempo para que su marido saliera de la casa y no tener que topárselo cuando ella saliera unos momentos después.

Así que, cuando lo creyó pertinente, la joven se levantó, se bañó y colocó el camisón sola, como lo había hecho el día anterior, cuando impidió que Beck se metiera a su baño para ayudarla. Sólo le había permitido a esa pobre doncella que le peinara el cabello y pusiera el agua caliente en la tina.

—¡Señora! —sonrió Beck cuando la vio salir del baño—. El señor Carson me ha dicho que esperara aquí para que la ayudara a cambiarse, ¿Le gusta el vestido que seleccioné?

—Sí, es hermoso —asintió la joven sin mirar en realidad, puesto que había notado que las sábanas de la cama habían desaparecido.

—El señor ha pedido que las retiráramos —dijo la doncella con una sonrisilla—. Es lo normal, no se les suele quitar la mancha de sangre de cualquier forma.

Ashlyn se volvió hacia la mujer con el ceño fruncido.

—¿Sangre?

—Claro señora, la que da muestra de su pureza —sonrió la joven.

—Oh —ella se sonrojó—. ¿Y… la tenían?

—Sí, mi señora, de lo contrario seguro que el señor Crowel no estaría tan contento como en esta mañana.

—¿Parecía contento?

—Mi señora, él jamás le dice buenos días a nadie hasta después de las diez, el día de hoy nos saludó a todos, casi podía imaginarlo sonriendo en su interior.

—¿Jamás lo han visto sonreír?

—Es un amo serio en su normalidad, pero lo apreciamos mucho, es bueno con sus empleados fieles.

—Supongo que los recompensa bien.

—Es generoso —asintió la joven, acomodando el corsé y las medias que le colocaría a su ama—. ¿Está lista mi señora?

—Gracias Beck, pero me gustaría que no me llamaras tan formalmente, eres mi doncella y puede ser que mi dama de compañía entre los viajes de mi esposo.

—¿El señor Carson piensa llevarla a sus viajes? —se sorprendió la joven

—. Pero si será agotador para usted, ¿Qué pasaría si encarga en el camino?

—Lo veremos cuando pase Beck.

—Como usted diga, señora, es un privilegio que me escoja.

—Ashlyn, sólo llámame Ashlyn.

—Puedo llamarla *señora Ashlyn*, si gusta.

—Bueno, está mejor.

Carson entró al restaurante *Le Rouse* en busca de Seth Humbel, el hombre que su mujer detestaba, pero no sabía del todo por qué. Le había dicho la noche anterior que no había sido él quien la dañó de esa forma tan aberrante, pero algo en ella le hacía creer que tenía que ver, al menos algo la hizo dudar de él.

—Seth —lo llamó seriamente.

—Vaya, es temprano para que un recién casado deje su cama.

—Déjate de juegos —se sentó en la misma mesa y ordenó un coñac pese a la hora.

—¿Bebiendo en el desayuno?

—¿Qué fue lo que le hiciste? ¿Por qué pensaba que eras el culpable de lo que le sucedió?

Seth frunció el ceño y chasqueó la lengua.

—No pensé que eso saldría entre su charla de cama. —El hombre cambió su expresión a una de curiosidad y se acercó—. ¿Qué fue lo

que le pasó? ¿Te contó?

—Es más que obvio que no te lo diré —contestó seriamente y se adelantó en la mesa—. Quiero que me digas por lo que estaba molesta contigo, ¿por qué se confundió?

Los ojos de Carson eran intransigentes, quizás más fríos y duros que de costumbre, Seth sonrío al darse cuenta que estaba furioso.

—¿Acaso la princesita lloró mientras le hacías el amor?

—Déjate de bromas Seth, al menos que quieras que te rompa la cara en un restaurante de alta categoría como este —amenazó.

—¿Por qué demonios estás tan molesto?

—Porque sí lloró, pero no por tus estúpidas insinuaciones, sino porque algo terrible le pasó.

—¿Qué? —Seth frunció el ceño—. ¿Qué le pasó?

—Responde mi pregunta.

—¿Ella está bien?

—Lo estará.

Seth estaba confundido, no quería pensar que algo malo le hubiese pasado a Ashlyn, pero por la mirada de Carson, casi podía asegurar que eso era lo que le echaba en cara, como si él tuviese la culpa de alguna manera.

—¿Qué fue lo que te dijo? —negó—. No tengo nada qué ver.

—Sólo dime qué pasó cuando te reclamó.

—Ella mencionó el anillo honorifico de los bancos Crowel —se inclinó de hombros—. Parece ser que la recuerda muy bien y, al vérmela, pensó que era el único portador.

—¿El anillo? —Carson recargó su espalda en la silla, mostrándose abatido—. ¿Sólo eso? ¿El anillo de los Crowel?

—Parece que así es, lo cual da un amplio repertorio a buscar —elevó las cejas—. Tendríamos que buscar entre cientos de personas.

—Sería una locura preguntarlo —descartó Carson—. Cualquiera se

ofendería de tal acusación.

—Dímelo a mí. —Carson lo miró con ojos entrecerrados en reclamación y siguió pensando en una forma de descifrar al culpable.

—Fue hace seis años —concluyó Carson—. No tenía tantos socios en ese entonces.

—Entiendo, podría ser un buen inicio —aceptó Seth—. Por cierto,

¿dónde se encontraba cuando ocurrió? Quizá pueda ser de ayuda conocer ese dato también.

—Mencionó el nombre de su amiga, pero no el apellido.

—Tendrás que conseguirlo si quieres hacer más rápido todo el asunto, seguro que me lo pedirán.

Carson asintió un par de veces y suspiró.

—Dudo que quiera hablar de ello, suprime el recuerdo constantemente y la entiendo, es doloroso.

—Puedo imaginarme la índole de lo que le sucedió Carson, pero si quieres que te ayude, tendrás que sacar el tema.

—Lo sé. Por el momento investiga los socios que tenía en ese tiempo —

ordenó—. Quiero los nombres lo antes posible.

—Iré a París a buscar información en el banco, no sé que tanto pueda encontrar ahí, sino tendré que ir a Suiza. —Finalizó Seth.

—Creo que en Suiza habrá más que sacar que aquí.

—Haré el intento de todas formas, se supone que eso le pasó en París ¿o no? —Carson asintió—. Entonces algo tiene que haber en el banco si se dice que era un socio.

—Gracias Seth. —El importante hombre entrecerró los ojos hacia su amigo—. ¿Por qué pareces tan solicito? Ni siquiera te has quejado una sola vez.

—¿Eres el jefe o no? —sonrió—. Mi deber es obedecer.

—Jamás lo has hecho.

—Ahora sí.

Al ver como Carson Crowel, el impenetrable empresario que no mostraba sentimiento alguno, parecía claramente derrotado, Seth frunció el ceño y suspiró.

—Carson, ¿qué fue lo que le pasó?

Los ojos grises de aquel hombre se elevaron hasta posarlos en los de su amigo. Parecía nervioso, frustrado y a punto de tener un ataque, no sabía si le correspondía decírselo.

—La violaron en esa casa —dijo al final—. Parece ser que había una fiesta y la amiga "desapareció" dando paso al hombre.

—¿Qué? —Seth se puso en pie—. Me estás mintiendo.

—No mentiría con algo tan delicado como esto.

—Lo sé —se dejó caer en la silla al notar que llamaba la atención de los demás comensales—. ¿Estás seguro?

—¿Crees que lo inventó? —le dijo enojado—. Te aseguro que ella no actuaba el terror ni tampoco la vergüenza que sentía ayer.

—¿Está bien? ¿Ella está bien?

—Está bien —asintió Carson y empinó su vaso—. Quiero encontrar a ese bastardo y hacerlo pagar.

—Te ayudaré en todo lo que pueda.

—¿En serio? —lo miró divertido—. ¿Por qué?

—Creo que me siento mal por ella… el que piense que tiene relación conmigo me provoca náuseas —negó—. Jamás estaría de acuerdo en que algo así le pasara a una mujer, Carson, lo sabes.

Carson miraba con semblante imperturbable el sufrimiento y aparente preocupación en el rostro de su amigo. Seth se sorprendió, parecía que ni siquiera hablar de la violación de su esposa podía alterarlo. Pero Seth sabía que esa pasmosa calma era la cubierta de su tormentoso interior que ardía por venganza.

—Entonces hazlo, averigua a la mujer esa y a los socios.

—Carson… deja que hable con ella —pidió desesperado—. Sé que es

tu esposa y que no tengo nada que ver con ello, pero no puedo vivir sabiendo que ella puede creer que he sido yo.

—De nada le servirá que hables con ella —Carson sacó su cartera—.

Además, no estoy seguro de si le gustaría que lo sepas.

—Está bien.

—¿Cuándo partes a París?

—Mañana mismo.

Carson asintió.

—Te veré allá en una semana o dos.

—¿Volverás a París? Pensé que viajarías a Roma.

—Iré para allá después.

—No sé si conseguiré algo en dos semanas, Carson.

—Ojalá puedas actuar con rapidez —el hombre se puso en pie y acomodó correctamente su saco sobre sus hombros para marcharse.

—Carson —lo detuvo Seth, atrayendo su mirada—. Lo resolveré.

—Eso espero también.

Seth vio la partida de su amigo y se apuró a partir, Carson tenía razón de estar nervioso, pero no tanto como lo estaba Seth.

Capítulo 27

Ashlyn regresó a casa de su esposo pasadas las diez de la mañana, tenía la esperanza de que Carson tuviera entre sus defectos el ser impuntual, pero parecía ser que era cosa sólo de ella. Debió imaginar que alguien con la personalidad como la de su marido no podía permitirse ni un minuto de retraso.

—¿Dónde estabas? —le preguntó en cuanto pasó el umbral del comedor, donde la esperaba tranquilo.

—Fui con Micaela —sonrió—. ¿Hubo algún problema?

—No, pensé que descansarías un rato hasta que volviera, no que saldrías corriendo en cuanto yo cerrara la puerta de la casa.

—Bueno, soy inquieta, al igual que tú —sonrió tomando asiento—.

¿Qué sucedió con tu reunión? ¿Todo salió como querías?

—No lo diría así, pero al menos comenzarán a moverse como deseo que lo hagan —asintió.

—Uy, pero qué miedo me das —bromeó, tomando su vaso de jugo y empinando un poco.

—¿Qué quieres hacer el día de hoy?

—¿Tendrás desocupado el resto del día?

—No, pero puedo concederte algo que desees.

—Mmm… bueno, mis primas hablaron de una obra fabulosa, todo Londres dice que es grandiosa. —Lo miró—. ¿Qué dices?

—¿Teatro? —suspiró y se inclinó de hombros—. Si es tu deseo.

—Lo es —sonrió abiertamente—. Lamento escoger cosas que parecen disgustarle tanto.

—No me disgustan, tan sólo no las encuentro muy atractivas.

—Bien, entonces escoge tú —le dijo divertida—. Dígame, señor ¿Qué le gustaría hacer a usted? ¿Qué le divierte?

—Escuché que abrió una galería por aquí, me gustaría verla.

—¿Arte? —ladeó la cabeza—. ¿Le gusta el arte?

—Me fascina.

—Bien, cancelemos el teatro y vayamos a la inauguración de esa galería

—asintió—. Veamos que tan buen gusto tiene.

Carson asintió y disimuló una sonrisa tras su taza de café, le agradaba ver a su esposa tan feliz, de hecho, parecía que no la acosaba ninguna preocupación o sentimiento de tristeza.

La pareja decidió dar una caminata por los jardines cuidados de la propiedad que acababan de adquirir, parecían tranquilos y felices uno al lado del otro, siendo la mujer quien iniciaba la mayoría de las conversaciones, pero siendo atendidas diligentemente por su marido, quien contestaba cualquier cosa que le preguntara.

—Así que… ¿El señor Humbel es socio de su empresa joyera?

—Sí —dijo a secas, no quería hablar de Seth en ese momento.

—Bueno, habrá que invitarlo a cenar ahora que está aquí.

—Partirá para París mañana mismo —la miró—. No tienes que esforzarte tanto, si no quieres verlo, lo comprenderé.

—Creo que sería un poco tonto si me comportara así, es un socio importante, dudo que no vaya a verlo en beneficencias o eventos que involucren al banco o el resto de sus negocios.

—Tampoco te forzaría a ello.

—Ya se lo he dicho, no soy una flor que se desojará con el primer viento otoñal, estoy bien desde antes de casarme —elevó ambas cejas —. Sé que lo que revelé ayer ha de serle de impacto, pero para mí no tiene más importancia.

—¿Nunca pensaste en hablar con tus familiares? ¿Los Hamilton?

—No, claro que no, ellos le dirían a mi padre en seguida.

—¿Por qué tiene que ser un secreto?

—Porque odio que la gente me tenga lástima, como la tiene usted en este momento —dijo enojada, separándose de él.

—Ashlyn —la tomó del brazo para detenerla—. No te tengo lástima, pero debes comprender que no me es fácil actuar normalmente. Estoy enojado, quisiera matar a ese idiota con mis propias manos.

—Pero no es necesario, ni siquiera quiero que lo intente.

—¿Por qué no?

—No quisiera que algo saliera mal y fuera usted el herido —negó y le tomó la cara—. ¿No lo entiende? Esa persona es un bandido, un criminal que buscan sentirse mejor al sobajar y maltratar a otras personas. Pasó hace años, es imposible que lo encuentre.

—Nada es imposible.

—Por Dios —negó con la cabeza—. Lo está haciendo ¿cierto? Lo está buscando.

—No lo diría así.

—Por favor, debe detenerse, no quiero saber de ello, no quiero volver a verlo, ni siquiera pensar en que puedo verlo —se alteró.

—No tendrás que verlo.

—No —ella caminó hacia atrás—. No, no quiero, ¡No se lo he pedido!

¿Cómo se atreve a actuar a mis espaldas?

—Actúo como mejor me lo parece.

—¿Sin consultarme? ¿Sin siquiera tomarme en cuenta?

—Merece morir por lo que te ha hecho.

—¿Quién dice eso? ¿Es usted un dios para dictaminarlo?

—No creerás en esas tonterías.

—Es lo único por lo que no perdí la cabeza, señor.

Carson caminó de un lado a otro y se acercó de nuevo a ella.

—¿Qué quieres que haga con ello, Ashlyn? ¿Qué me quede tranquilo después de saber lo que sucedió?

—¡Sí! Sólo quería ser escuchada, no vengada.

Carson cerró los ojos y negó con fuerza.

—No puedo hacerlo.

—Por favor —se adelantó—. Hágalo por mí, me crea más tensión pensar que está buscándolo, siento que vendrá por mí de nuevo, tendría terror nuevamente, no quiero volver a sentirme así.

—Mandé a Humbel a investigar.

—Entonces cancele eso e invítelo a cenar.

—Pensé que no lo tolerabas.

—Él no me hizo nada, no fue quien me violó o maltrató. —Lo miró—.

Salió esta mañana para encontrarse con él ¿Verdad?

—Sí —suspiró.

—Señor, tratar de buscar y matar a la persona que me dañó no me hará sentir mejor y tampoco expiará la culpa que siente por lo que sucedió con su hermana.

Carson regresó una mirada furiosa hacia su esposa.

—¿Qué dijiste?

—Lo siento —bajó la cabeza—. Sé que he despertado esa herida y quisiera que la sanara, pero eso no pasará matando personas.

—No te atrevas a hablar de mi hermana, no sabes lo que pasó.

—Explícamelo —pidió suplicante.

—Será mejor que me vaya.

—¡Espere! —le tomó la mano—. ¿Por qué yo le debo de tener la confianza para decirle lo que me sucedió, pero usted no?

—Tengo que irme.

—Carson…

—Ashlyn, suelta mi mano, si me quedo, no te gustará lo que verás —

advirtió, sintiendo cómo el agarre de su esposa se aflojaba—. Te veré a las ocho para ir a la inauguración de la galería.

Ella asintió levemente, sin mirarlo, con la cabeza agachada. Carson suspiró, besó la coronilla de su esposa y se marchó de ahí antes de que otra cosa pasara.

Ashlyn suspiró con fuerza y levantó la cabeza, su mirada llena de determinación y molestia. Odiaba que sintieran lástima por ella y era justo lo que había conseguido al contarle su infierno a su marido. Aunque algo le decía que no era todo sobre ella, él en realidad no le tenía tanto cariño como para sentir aquella sed de venganza, no, eso lo hacía por su hermana, por su pasado que resultaba parecido, por no decir que igual. Suspiró. Así como él podía mover piezas, ella también sabía cómo moverlas.

—Toma Beck, debes llevar esto a casa de Publio Hamilton —extendió la carta a su doncella—. Nadie debe verte hacerlo.

—Sí, mi señora.

—Tampoco debes decirle al señor.

—Por supuesto, señora Ashlyn.

—Gracias Beck —sonrió—. Corre, ve.

La doncella dio un salto y salió corriendo de la casa en dirección a la de su primo. Lo necesitaba, quería saber la dirección de los padres de Carson para ponerse en contacto con ellos, tenía muchas cosas qué preguntar sobre el accidente de la hermana y la razón por la que no habían asistido a la boda. Debía ser cuidadosa con el tema, seguro que si su esposo se enteraba no estaría más contento que ella cuando le dijo que quería encontrar a su violador.

Su doncella volvió con una carta en respuesta, sorprendiendo notoriamente a Ashlyn quién rompió el sello y leyó con prontitud. Era obvio que su primo no tendría una respuesta inmediata, pero parecía ser que irían al mismo lugar esa noche, Publio la había citado en la galería que Carson quería visitar. No tenía idea de por qué Publio querría ir a un lugar así, pero si la estaba mandando llamar, era por una buena razón.

Ashlyn pasó el resto del día investigando la casa, leyendo el libro que había dejado a la mitad y en general, aburriéndose sobremanera.

Definitivamente debía encontrar una actividad que no le ocasionara salir de casa, ella normalmente salía para divertirse al quitarle dinero a malnacidos o nobles, para después repartirlo a la gente necesitada de los alrededores, actividad que dudaba que fuera del agrado de Carson, mucho menos en esos momentos.

—¡Por Dios! ¡Me moriré de aburrimiento! —se quejó Ashlyn, mirando a su alrededor y teniendo una idea brillante.

No había visitado las cámaras de su marido, quizá ahí hubiera alguna carta de sus padres, no necesitaría la ayuda de Publio si ella encontraba antes la respuesta. Se puso de pie de un brinco y subió las escaleras, siendo observada por Rita, la fiel dama que su marido había dejado en casa para no permitirle meterse en problemas. A donde quiera que fuera, la mirada oscura de Rita la perseguía, o más bien, vigilaba.

¿Acaso Carson se lo había encomendado?

Ashlyn trató de abrir la puerta, notando que esta tenía llave, ¿Por qué alguien cerraría con llave su propia habitación? Esa era su casa, nadie debía dudar de las personas que habitaban su propia casa, aunque había sido particularmente listo, puesto que ella había querido husmear en cuanto tuvo la oportunidad. ¿Qué le escondía?

—¿Necesitaba algo, señora?

—Rita —se volvió hacia la mujer con una sonrisa—. ¿Qué hay aquí?

¿Por qué está cerrado?

—Son las habitaciones del señor Crowel, señora, no le agrada que nadie entre a ese lugar.

—Entiendo, pero yo soy su esposa.

—Lamento decepcionarla, señora, pero no tengo la llave, nadie a excepción del señor Crowel la tiene.

—Mmm… pareciera que esconde algo enorme ahí dentro.

—No lo diría así, señora, el señor Crowel es un hombre cuidadoso en su proceder, no le gusta que la gente husmé sus cosas.

—¿Está insinuando algo Rita?

—No me atrevería, señora —sonrió—. ¿Gusta algo más?

—Estoy bien —suspiró—. Saldré.

—El señor Crowel dejó indicaciones para que usted no saliera sola de ahora en más.

—Parece que no le gusta que fisgoneen en sus cosas, pero a él si le gusta husmear en las de los demás —negó—. Saldré sola.

—Señora…

—Lo siento Rita, yo tampoco acepto que me den la contraria.

Ashlyn tomó sus cosas y partió hacia la casa de su hermana mayor, quien estaba quedándose en casa de Bermont por un tiempo, o al menos hasta que su esposo lo dictaminara diferente.

—Buen día, ¿mi hermana? —sonrió la pelirroja, entregando su sombrero y abrigo.

—En el salón, señorita.

—Ahora soy señora, Firzt —corrigió la joven—, me he casado.

—Oh, es verdad —sonrió—. Mis felicitaciones mi lady.

—Gracias —sonrío la joven, caminando segura hacia el lugar indicado por el mayordomo de la casa.

Hubiese querido salir corriendo cuando escuchó la voz de su marido venir desde ese mismo lugar, pero los gritos de sus sobrinos la delataron con todos los adultos en el interior.

—Maldición —susurró la joven, abrazando las cabecitas que se pegaban a sus piernas con alegría.

—¡Tía Ash! ¡Te extrañe! —sonrió su sobrino.

—Y yo a ti —miró con una sonrisa a su hermana, quien se acercaba con los brazos abiertos y le daba un abrazo fuerte.

—Hablemos en el jardín —le advirtió y se separó de ella para incriminarla con los ojos—. Ahora.

—Tengo que…

—¡Qué tal pelirroja! —se puso en pie Calder—. Qué bueno verte por aquí, los niños prácticamente berrearon por tu presencia.

—Hola Calder —sonrió en contestación, ella siempre se había llevado particularmente bien con su cuñado—. Es bueno verte de buen humor para variar.

—Se lo debo a tu marido —asintió Calder—. Este bastardo al fin ha aceptado a trabajar conmigo.

Carson se había puesto en pie y la miraba con una seriedad que helaría las venas de cualquier ser viviente.

—Estaremos en el jardín por si nos necesitan —excusó Blake—. Niños, vengan, vamos afuera.

—¡Sí! —gritó Kenia—. Tía, ¿Podrías jugar a las volteretas con nosotros? Mamá no puede por el bebé.

—¿Bebé? —frunció el ceño Ashlyn.

—¡Kenia! —regañó su madre y sonrió—. Lo lamento, queríamos estar más seguros antes de hacerlo una noticia.

—¡Me alegro tanto! —la abrazó Ashlyn—. Habían tenido problemas en volver a quedar en cinta.

—Al fin sucedió de nuevo —asintió la joven, esperemos que no lo pierda… como las otras veces.

—Blake —le tomó los hombros la menor—. Ya has tenido un hijo sano y fuerte, podrás tener más.

—Gracias —sonrió la mayor—. Vamos, tengo cosas de qué hablar contigo.

—Supongo que son sobre mi marido.

—¿Y lo preguntas?

—En realidad lo afirmé.

Caminaron por el jardín de la casa de Bermont, la casa que perteneciera a su familia por generaciones hasta que llegó Calder y se convirtió en su heredero. Ahora todos encontraban tranquilizador el hecho de que tan amada casa estaría bajo el cuidado de Blake.

—¿Cómo fue? —dejó salir de pronto la mayor.

—¿Acostarme con él?

—Por Dios, Ashlyn, no seas malhablada.

—¿Se considera malhablado?

—Al menos no muy educado —la regañó con la mirada—. Pero sí,

¿Cómo se comportó contigo?

—Él fue… muy amable.

—Amable —negó Blake—. Pensé que se quedaría a tu lado, por lo menos en el primer día.

—Así como Calder, él es incontrolable en otras cosas, su trabajo es su pasión y lo entiendo.

—Tú deberías estar sobre cualquier otra cosa.

—¿Lo eras tú cuando tu relación comenzó?

—No —aceptó.

—Entonces dame tiempo a mí también —la incitó a caminar y sonrió —.

Sabes que siempre obtengo lo que quiero de los hombres.

—No siempre.

—Es verdad, pero con él aprendí a hacerlo —elevó una ceja—.

Tranquila Blake, voy a lograr que mi marido me ame.

—¿No crees que ahora te ame? Mamá dijo que al menos te apreciaba, que incluso padre decía que te quería.

Ashlyn mordió sus labios y miró a sus sobrinos corretearse entre sí, tirándose al suelo y rodando sobre el césped.

—Creo que es lo que ellos esperaban, pero lo dudo, está muy enfrascado en su pasado, dudo que pueda disfrutar algo de su presente —se inclinó de hombros.

—¿Cómo harás para que él mire al presente?

—Aún no lo sé —dijo divertida—, pero me metí sola en el problema y sola sabré salir.

—Siempre has pensado que puedes con todo sola —negó Blake—. ¿Por qué eres así?

Ashlyn sonrío de lado.

—Porque he tenido que hacerlo de esa forma para no dañar a nadie con mis tonterías.

—No creo que nada de lo que te suceda pueda ser tomado como una tontería por parte de tu familia.

—Pero qué linda eres —le pellizcó la mejilla a su hermana.

—Déjate de juegos Ashlyn —le apartó la mano de un golpe y la miró escrutiñadora—. ¿Qué nos escondes?

—Mmm… un montón de cosas ¿Qué puedo decir? Quizá debí ser una Hamilton en lugar de una Collingwood.

—Qué graciosa.

—Estoy bien Blake, relájate.

—Ashlyn.

La pelirroja cerró los ojos y suspiró al momento de volverse hacia el hombre que le pedía que se marcharan juntos.

Capítulo 28

Ashlyn bajó de un brinco de la carroza y prácticamente corrió camino arriba, encerrándose en su recámara a sabiendas que no era la misma que la de su esposo, eso quería decir que Carson debía respetar sus aposentos tanto como él pedía que se respetaran los suyos, que incluso estaba cerrada con llave.

Ella mantenía la frente pegada a la puerta de su habitación cuando alguien tocó directamente a la madera, haciéndola dar un paso hacia atrás y mirar dudosa la perilla, vigilando que no fuera a ser abierta.

—Ashlyn, abre la puerta.

—Me estoy cambiando, señor —le gritó para ser escuchada—. ¿Puede esperar su conversación?

—No, abre.

—Estoy desnuda justo ahora.

—Nada que no haya visto ayer. —Ella miró enojada hacia la puerta y quitó el seguro, dejándolo pasar—. No me pareces desnuda.

—Estaba a punto de meterme a la tina.

—¿Qué estás haciendo?

—Ya le dije, me daré un baño.

—No, me refiero a qué demonios haces saliendo sola y aparentemente persiguiéndome a donde quiera que voy.

—En estas ocasiones ha sido una casualidad que no me esperaba.

—¿Planeas volverme loco? ¿Qué no sabes que podrían quererte hacer daño de nuevo?

—No, señor —ella lo miró con los brazos cruzados—. ¿He de recordarle que eso pasó hace algunos años? He salido y hecho lo que he querido durante todo este tiempo y nada más me ha pasado.

—Has tenido suerte —negó, caminando por la habitación.

—No, me aprendí a defender —lo siguió.

—Claro, ¿Cómo lo hiciste en París? —la incriminó con la mirada—.

¿He de recordarte que perdiste tu arma y que te tenían sobre la mesa, levantándote el vestido?

—¡Basta!

—Sí, basta —la apuntó—. Quizá cuando estuviste con tus padres pudiste hacer lo que te vino en gana, pero ya no será así.

—¿Piensa mantenerme en una jaula? —negó—. Eso no servirá.

—Te pienso mantener segura.

—Es una prisión.

—No permitiré que nadie más sufra por un descuido mío —amenazó, sus ojos cargados en ira y reproche hacia ella, pero también hacia sí mismo.

Ashlyn lo miró fijamente por un largo momento, pero no aguantó la fuerte mirada grisácea de su esposo, viéndose obligada a apartarla.

—No soy una niña, tampoco soy alguien a quien defender —apretó los puños—. Soy su esposa, no su hija o su hermana.

—Dije que no hablaras más de ella.

—Se comporta como si me tratara de ella —reprochó.

Carson apartó la mirada con fiereza y miró por la ventana, quedándose en silencio por varios minutos que lograron poner a la joven cada vez más nerviosa.

—Lo siento —suspiró de pronto, sorprendiendo a su esposa—. Lo siento Ashlyn, tienes razón.

La mujer suspiró aliviada y se atrevió a caminar hasta él para tomarle la barbilla, volviéndolo hacia ella.

—Carson… —sonrió de lado—. Tenemos cicatrices, ambos las tenemos, pero no quiero que me trate como si fuera un ser débil al que tiene que proteger, porque no lo soy y me rebelaré siempre.

El hombre la miró con intensidad, pero asintió, tomando la mano que ella presionaba contra su mejilla para llevársela a los labios y depositar un suave beso en sus dedos.

—Entiende también que no puedo evitarlo.

—Lo sé —sonrió Ashlyn—, trabajaremos en ello.

Carson asintió y miró a la doncella que se mantenía en el umbral de la puerta, silenciosa y respetuosa, sin levantar la mirada, pero sin poder marcharse puesto que la habían enviado a servir.

—¿Qué sucede Beck? —preguntó Carson.

—La señorita Rita me ha mandado a atender el baño de la señora Crowel —dijo con la cara dirigida hacia el suelo.

—Ah, sí —Carson volvió la mirada a su esposa, mostrando una sonrisa de diversión—. Así que no todo era mentira.

—Tengo que estar presentable para la galería.

—Bien. —La miró con ojos imperturbables, pero muy en el fondo, detrás de esa capa de acero que tenía para enfrentar a las personas, Ashlyn pudo notar el brillo del deseo—. Beck, pon la tina y sal, yo me encargaré a partir de ahí.

—Sí, mi señor —la doncella pasó presurosa e hizo lo mandado.

—Nada sutil —Ashlyn lo rodeó con los brazos.

—¿Por qué serlo? —se inclinó y la cargó—. Técnicamente es nuestro primer día casados.

Ella rio un poco y se dejó llevar en medio de besos que la hacían suspirar, a sabiendas de lo que pasaría después, de cómo la sacaría de sí, al punto de encontrarlo insoportable.

Carson la dejó sobre sus pies y comenzó a desabrocharle el vestido, al mismo tiempo que ella se agachaba para sacar sus botines, estaba por quitarse las medias, cuando de pronto él la hizo volverse con rapidez y reclamó sus labios con afán de robarle hasta el último suspiro que pudiese salir de ella.

Ashlyn se quitó las prendas que le faltaban para quedar completamente desnuda y, cuando hubo terminado, no se quedó sin hacer nada y desabrochó el pantalón de su esposo y sacó la camisa para comenzar a desabotonarla hasta dejar al descubierto el pecho formado y tapizado con un suave y castaño vello que recordaba bien, cuando había sentido su peso sobre ella.

La pelirroja se elevó en las puntas de sus pies y trató de rodearlo con sus delgados brazos, ansiosa por volver a sentir su cuerpo excitante contra el de ella, como la noche anterior.

—Espera, te caerás —la sostuvo su esposo, levantándola un poco y metiéndola en el agua caliente.

—Ven —sonrió la joven, lanzándole un poco de agua mientras lo veía terminar de desvestirse.

Carson se introdujo en la tina y la atrajo hasta él, compartiendo besos sedantes, llenos de emoción y risas que salían de la garganta de su esposa, quién parecía complacida con ese nuevo método para hacer el amor. Ashlyn estaba sentada sobre el regazo de su marido, presionándose contra él, ansiosa por la posición, por el agua y en general, por el hombre que la besaba.

La joven no pudo con tantos sentimientos y se vio en la necesidad de cerrar sus ojos, de morder sus labios y de aferrarse con fuerza a los hombros varoniles que le recordaban que seguía viva, que estaba conectada con otra persona y no podía morir en sus brazos, al menos, no realmente, porque sintió que la había llevado al borde de un precipicio y sin miramientos la tiró al vacío.

Carson cerró los ojos y sonrió cuando ella se desplomó sobre él, acomodando su cabeza sobre su hombro y esperando a que las ráfagas de goce pasaran y regresara a la realidad junto a él.

—Ashlyn —le susurró cerca del oído, mordiéndolo un poco—.

Tenemos que salir.

—No… sólo un poco más.

—Se nos hará tarde.

—Ya no quiero hacer otra cosa.

El pecho de Carson retumbó cuando no pudo resistir una pequeña risa, le tomó la cara a su esposa y la separó lo necesario para verla a los ojos, los cuales seguían brillantes y en un mundo completamente diferente al real. La besó, pegándola a su cuerpo nuevamente, pero comenzando a levantarse.

—No —reclamó caprichosa—. No vayamos a ningún lado, quedémonos aquí.

—Si eso es lo que quieres, puedo complacerte.

Ashlyn lo pensó por unos momentos, pero recordó que Publio estaría esperándola en esa misma inauguración, así que rechazó la tentadora oferta y salió del baño, aceptando la toalla que él extendía para taparla en cuanto pusiera un pie fuera de la tina.

—¡Vamos increíblemente retrasados! —se quejó la joven al ver el reloj de la habitación, volviendo la mirada hacia su marido, quien abría la puerta de la habitación—. ¿Piensas salir así?

—¿Qué quieres que haga? —elevó las cejas en burla—. ¿Qué me ponga ropa de mujer?

—No, supongo que no.

Ella lo miró salir de la habitación y se volvió en seguida hacia el armario, de dónde comenzó a sacar vestidos que le parecían adecuados para la noche, debía al menos colocarse el camisón para que su doncella no viera las heridas de su cuerpo y lo pensó a tiempo, porque justo cuando la tela caía por sus piernas, Beck llegó con una sonrisa.

—¿Ha sido un baño agradable, mi señora?

—Pero qué indiscreta, Beck —la miró con ojos desorbitados y una sonrisa—. Pero sí, muy agradable.

—El señor Crowel parece contento también —asintió la jovencita—.

¿Quiere que le ponga este vestido?

—Sí —apuntó al vestido azul—. Este es el adecuado.

—Tiene usted una figura preciosa, señora —sonrió la joven, apretando el corsé de la dama.

—Soy bastante criticada, querida Beck, porque una belleza cortesana no debe tener tanto aquí —se tocó el busto y las caderas.

—Me parece una mujer más saludable que esas delgadas mujeres o las infladas en exceso.

—Oh, Beck, qué lengua tan larga tienes —rio la pelirroja.

—Claro que la señorita Agatha era hermosa, una belleza a pesar de ser delgada como el tallo de una flor.

—¿Agatha? —se volvió—. ¿La hermana de mi marido?

—Oh, sí, yo la quería mucho, éramos amigas, de la edad.

—¿Cuántos años tienes, Beck?

—Diecinueve, señora, ¿Por qué?

—Curiosidad —sonrío y negó con la cabeza, mordiendo sus labios para intentar frenar la curiosidad que le calentaba el alma—. ¿Cuándo sucedió el accidente con la señorita Agatha?

—Hace cuatro años, teníamos quince.

—Es horrible.

—Sí, fue espantoso —aseguró Beck—. Todos en la familia se pusieron muy mal, incluso nosotros, sus sirvientes.

—Me imagino que sí. —Esa era una de las razones por las cuales ella jamás quiso decir nada, no quería que nadie más sufriera.

—Pero nadie estaba peor que el señor Crowel —Ashlyn levantó la mirada—. Cambió mucho.

—¿En qué sentido?

—Ashlyn —se abrió la puerta de la recámara, silenciando instantáneamente a la doncella, quién seguía colocando adornos en el

cabello peinado de su señora. Era una lástima que Carson fuera un hombre perspicaz, notó el cambio de atmósfera en seguida—. ¿Interrumpo algo?

—Nada —Ashlyn se puso en pie y dio una vuelta—. ¿Te gusta?

Él asintió levemente, permaneciendo con el ceño fruncido.

—Te ves preciosa.

—Tampoco estás nada mal —le guiñó el ojo—. Gracias Beck, puedes retirarte ahora y no me esperes.

—Gracias señora —la doncella salió despavorida del lugar.

—¿Qué le ocurre? —Carson señaló con un cabeceo.

—La espanta, ¿Qué más?

—Beck jamás me ha tenido miedo —dijo seriamente.

—Entonces, no lo sé, la conoce más que yo.

—Ashlyn —la tomó del brazo cuando quiso pasar por enfrente de él—.

No hagas esto.

—¿Qué cosa?

—Beck es una chica habladora, harías bien en no preguntarle cosas a ella —elevó una ceja—. ¿Entendido?

—¿Qué se supone que hago mal ahora? —apartó con delicadeza su brazo y salió de la habitación, sintiendo su corazón desbocarse.

—No sé que tratas de descubrir, pero preferiría que me lo preguntaras directamente.

—Muy bien —se detuvo y se giró para mirarlo—. ¿Por qué tiene llave su recámara?

—¿Trataste de abrir mi recámara?

—Simplemente quise entrar a buscar papel para escribir una carta y noté que estaba cerrada, ¿Debo hacer lo mismo? ¿Roban aquí?

Carson curveó el lado derecho de sus labios y enarcó una ceja.

—Tienes papel aquí, en el escritorio, supongo que lo habrás encontrado después de usar una excusa tan mala para abrir mi recámara —se cruzó de brazos.

—No me ha contestado la pregunta.

—Son cosas personales.

—¿Personales? —frunció el ceño—. Estamos casados.

—Pero seguimos siendo personas diferentes, independientes.

—Entiendo, entonces, usted puede meterse en mi vida todo lo que le plazca, pero yo en la suya no.

—No dije eso.

—Lo dejó muy claro ahora, señor.

—Espera —la tomó de la cintura—. Es difícil, Ashlyn, no puedo abrirme tan fácilmente a las personas.

—¿A pesar de que te casaste conmigo? —ella colocó las manos en el pecho de su marido como defensa.

—Sigo queriendo que tú me conozcas.

—¿Seguro Carson? —negó—. No me lo parece.

—Lo estoy intentando lo mejor que puedo.

Ella cerró los ojos y asintió.

—Lo sé —suspiró—. Es hora de irnos.

Él la siguió por el pasillo, notándola distante y a la defensiva.

—¿Sigues enfadada?

—Jamás lo estuve —contestó, bajando las escaleras—. Quizá un poco decepcionada, ¿qué secreto quiere esconderme?

—Algo que llevo conmigo desde hace mucho.

—Ojalá pudiera ayudar.

—Lo haces, te juro que has ayudado.

Ashlyn terminó de bajar las escaleras y dejó que su doncella le colocara el abrigo que llevaría para protegerse del frío. Ambos subieron a la carroza y se mantuvieron en silencio mientras avanzaban en dirección a la galería de arte, ella ni siquiera se había interesado en los expositores, le hubiese podido preguntar, pero ya no era relevante algo como aquello.

Lo único que había en su cabeza, era encontrar a Publio.

La joven pelirroja se sorprendió ante aquel hermoso lugar lleno de personas importantes y garbosas, conocedoras del arte y de la excentricidad de los artistas, era un mundo completamente nuevo para Ashlyn, quien nunca fue fanática, pero las personas conocían bien a su marido y posiblemente la fortuna que solía gastar en lugares del estilo, así que eran especialmente atentos.

—Señor Crowel, es bueno verlo —sonrió un caballero vestido extrañamente—. Espero que alguno de mis cuadros sea de su agrado.

—Lo espero también Ricoletti —asintió Carson—. Le presento a mi esposa Ashlyn.

—No tenía el placer —el artista se adelantó y tomó la mano de Ashlyn, depositando un beso en el lugar—, pero es un deleite.

—Es un placer conocerlo —sonrió la pelirroja, notando que el artista había paralizado su sonrisa y tenía sus ojos extrañamente abiertos mientras la recorría lentamente, poniéndola incómoda.

—Es usted una dama de una beldad poco común, señora Crowel. —

Siguió recorriéndola, sin notar la forma casi agresiva con la que el señor Crowel lo miraba—. ¿Sería posible que alguna vez posara para una de mis siguientes obras de arte?

—Sería para mí un place…

—No. —Interrumpió Carson—. Lo lamento Ricoletti, pero soy un hombre celoso, más de lo que se pudiera pensar.

—¡Pero claro! —meneó la cabeza el hombre—. Lo lamento señor Crowel, no quise insultarlo al pasarme su autoridad.

—¿Autoridad? —frunció el ceño la pelirroja.

Carson miró a su esposa con seriedad por unos segundos y regresó la

mirada hacia el artista que parecía mortalmente apenado.

—No se preocupe, entiendo que mi esposa le parezca hermosa.

—No quise insultarlo.

—Pero si no es insulto —se introdujo Ashlyn—, gracias por el ofrecimiento, me ha hecho sentir verdaderamente especial.

—Lo es, señora —bajó la cabeza al sentir la potente mirada del señor Crowel sobre él—. Con su permiso.

Ashlyn esperó a que el pobre hombre se marchara para volverse con una mirada incriminatoria hacia su marido.

—¿Tenías que matarlo de miedo?

—A nadie le parecería el ofrecimiento que hizo —se justificó—. Sería una locura que alguien aceptara.

—No me dejaste decir que no.

—Estabas diciendo que sí.

—Me pareció un honor.

—A mi no me parece y no dejaré que alguien vea semidesnuda a mi mujer —elevó una ceja—. ¿Algún problema con ello?

—¿Por qué habría de estar semidesnuda?

—Se nota que no conoces el arte de Ricoletti.

—¿Y tú sí? ¿Es que siempre compras cuadros de mujeres semidesnudas?

—le echó en cara.

—Basta de peleas. —Carson le besó la sien en frente de todas esas personas, quienes rápidamente se volvieron y sonrieron, acercándose para charlar con ellos.

Ashlyn logró separarse del agarre de Carson después de una hora completa de escucharlo hablar de arte con personas que obviamente intentaban convencerlo de comprar esculturas y cuadros, como si fuese el único comprador factible de la galería.

—¿Me buscabas primita?

—¡Agh! —se tocó el pecho—. Eres un tonto, ¿dónde estabas?

—¿Yo? Siempre estuve aquí, eras tú la que estaba en medio de todas las miradas —echó en cara con una sonrisa.

—Mi marido…

—Sí, famoso por estos lugares, tiene un gusto impecable según mis informantes —recostó su hombro en una pared—. ¿Y bien?

—Esa era mi pregunta, ¿Qué tienes para mí?

—La dirección —Publio sacó un papel de entre su chaqueta de gala, posándolo frente a su cara de forma petulante.

—Si no me la entregas de inmediato, es porque quieres algo a cambio —

se cruzó de brazos—. Escupe.

—Sólo te pido que no te metas en problemas, el señor Crowel suele estar bajo control, pero no es así todo el tiempo.

—¿Debo tenerle miedo?

—No diría eso.

—¿Entonces?

—Bueno, a nadie le gusta que se metan en su pasado y tú eres una intensa que lo quiere hacer a marchas forzadas.

Ashlyn le arrebató el papel y lo miró con detenimiento.

—¿Por qué no se llevan bien?

—No tengo idea, tampoco iba a hacer que un águila investigara los problemas interfamiliares de un banquero.

—¿Qué me dices de su hermana?

—Agatha. —Asintió Publio—. Poco se sabe qué sucedió.

—No me estás ayudando mucho que digamos.

—En mi defensa, me pediste una dirección, no una investigación

focalizada en descubrir la vida de tu marido, aunque veo que tampoco estás tan desinformada, ¿ves? Te ha contado algo.

Ella lo miró con desagrado.

—No me ha contado nada, las he descubierto sola.

—Cuidado guapa —le tocó la frente con un dedo, haciéndola trastabillar un poco—. Te lo digo por experiencia, la gente se enoja.

—Lo sé, pero si yo no lo investigo, él no me lo dirá.

—Podría doler lo que encuentres.

—¿Por qué dolería?

Publio se inclinó de hombros.

—No lo sé, tan solo hablo por hablar.

—Tú nunca hablas por hablar.

—Es verdad. —Entornó los ojos y se acercó un poco más a ella, hasta casi susurrarle—. Te diré algo que puede que te ayude a comprender: el señor Crowel es un hombre meticuloso y calculador, nada ocurre en su vida por casualidad, nada es un accidente.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo diré eso —se inclinó de hombros—. Suerte primita.

—¡Eres un malvado por dejarme así! —recriminó cuando lo vio darse la vuelta y marcharse.

—¿Dejarte cómo? —Ashlyn se volvió hacia su marido con una cara de impresión, notando que los ojos grises seguían a su primo.

—Nada, es Publio —lo apuntó con una mano temblorosa que denotaba nerviosismo—. Es sólo un tonto.

—Ese hombre no tiene nada de tonto —Ashlyn se inclinó de hombros y se dio vuelta para alejarse lo antes posible de él.

—¿Eso crees? Bueno, seguro porque no creciste con él… bueno, sigamos divirtiéndonos, ¿quieres? —ella intentó huir, pero la mano de su marido la detuvo casi al instante.

—¿Qué le preguntaste?

—Nada en particular, ya sabes: ¿Cuál cuadro te gustó más? ¿Por qué has venido aquí? De hecho, a Publio no le gustan mucho las interacciones sociales y el arte no es de su agrado, seguro que está aquí por Kayla, ella…

—Deja de tratar de desviar el tema.

—¿Por qué se molesta? Tan sólo he hablado con mi primo, eso es normal, ¿acaso no puedo?

—Ese hombre no tiene nada de normal —entrecerró los ojos—. Basta Ashlyn, sea lo que sea que estés pensando, basta.

La determinación en ambas miradas era inquebrantable. Carson supo que ella no se detendría, así que como él mismo no lo haría, eran testarudos y voluntariosos, nada los haría moverse de la postura que habían adoptado.

Capítulo 29

"*El señor Crowel es un hombre meticuloso y calculador, nada ocurre en su vida por casualidad, nada es un accidente*." Aquellas palabras no habían logrado salir de la cabeza de Ashlyn desde que su primo se las había dicho esa noche en la galería.

Conforme avanzaban sus días de casada con Carson, podía darse cuenta de las murallas que él tenía fortificadas especialmente para ella, para que no pasara y para que no lo conociera. Era verdad que no la trataba mal, en general era un hombre complaciente y amable, no podría ponerle queja alguna si tan sólo durmiera con ella todas las noches y no tuviera esa maldita habitación con seguro.

Pero Ashlyn tenía algo entre sus manos, desde hacía semanas que estaba a la espera de una contestación por parte de la madre de su marido, entendía que no era un mensaje que llegaría de la noche a la mañana, pero sentía que llevaba una eternidad esperando por ello.

Esa mañana, despertó justo cuando estaba por amanecer, su hora acostumbrada. Miró a su lado, percatándose de que había dormido sola, como en muchas otras ocasiones, Ashlyn estiró la mano y tocó la almohada donde se supondría que su marido debía dormir. Ya ni siquiera pedía que la abrazara, tan sólo le gustaría que estuviera ahí

junto a ella, ¿le era eso tan difícil?

—Buenos días, mi señora —abrió la puerta Beck.

—Hola —la joven se sentó y estiró.

—¿El señor Crowel ha salido temprano esta mañana?

Ashlyn se sonrojó, dejando de lado la indiscreción de la pregunta, sentía más una zozobra que vergüenza.

—No —dijo segura—. Mi esposo no ha venido anoche.

—Oh… —la joven mordió el interior de su mejilla y sonrió—. Se ve que la quiere mucho, señora.

—Gracias Beck —Ashlyn sabía que mentía, pero agradecía su interés en hacerla sentir bien—. ¿Tienes mi traje de montar?

—Sí —ella alzó el gancho para mostrar el hermoso traje que su tía Giorgiana había confeccionado bajo sus estrictas especificaciones—. Es bonito, lo planché ayer en la noche.

—Vamos, si no nos apuramos, el amanecer nos alcanzará.

La joven se puso en obra, y colocó la indumentaria que parecía entremezclar las prendas de una dama y las de un caballero, formando un traje de montar muy particular.

—¿Y el sombrero, señora? —la joven parecía no saber dónde colocarlo en el peinado sencillo que le había hecho—. ¿Aquí?

—Justo encima, ahí está bien.

Ashlyn se puso en pie y se miró en el espejo, ajustando la pequeña corbata y la chaqueta ceñida.

—¿Cómo me veo?

—Hermosa, mi señora.

—Bien, pide que traigan a mi caballo, iré al parque en esta ocasión —

sonrió la pelirroja, acomodando su peinado.

—Pero señora… sabe que no le permiten ir sola.

—Por favor, Beck, no me repliques.

—Como ordene.

Ashlyn dio un potente suspiro y salió de la habitación con energía en su caminar, no pensando que se toparía de frente a su esposo al querer bajar las escaleras. Carson parecía no haber dormido en toda la noche, estaba desalineado y tenía ojeras, la barba estaba sin arreglar y sus hombros parecían menguar ante el cansancio.

—¿A dónde vas? —la detuvo al ver que ella no pensaba dirigirle ni siquiera un saludo.

—Creo que es obvio por como voy vestida.

—No saldrás sola.

—Sólo iré a montar un rato al parque.

—De todas formas.

—Está bien, pediré que alguien me acompañe —ella no se volvió en ningún momento, tomó sus faldas y planeó bajar las escaleras.

—Ashlyn.

Se detuvo tan sólo haber bajado dos escalones

—¿Qué sucede? —dijo sin volverse.

—Lamento no haber llegado anoche.

Ella mordió el interior de su mejilla y trató de respirar tranquila.

—Espero que se haya divertido.

—Trabajar la noche entera no es lo que yo llamaría diversión.

—Noté que Rita tampoco estaba —dijo seriamente.

Carson pestañó una sola vez y frunció el ceño.

—¿Qué insinúas?

—Nada —bajó más escalones, pero él hizo lo mimo y se interpuso en su camino, quedando unos escalones por debajo de ella.

—¿Piensas que me acosté con ella?

—Yo no he dicho nada —lo trató de esquivar, pero él volvió a interponerse en su camino—. ¿Me dará permiso?

—He tenido una noche larga y pesada Ashlyn, lo último que espero es que me lancen acusaciones sin sentido cuando llego a casa.

—Yo no he dicho nada en lo absoluto —le dijo con detenimiento, acercándose al rostro de su marido para marcar su amenaza, tomó sus faldas y volvió a intentar bajar, pero Carson la tomó por la cintura y la acercó a él —. En serio me está haciendo enfadar, señor.

—Y tú a mí.

—Entonces, la solución es que deje que me vaya.

—No lo creo.

—¿No ha dicho que ha sido una noche larga y pesada? —elevó ambas cejas—. La recomendación del médico es que se vaya a recuperar las horas perdidas.

—Sí, creo que me hace falta recuperar demasiadas horas en tu cama, ahora que lo pienso.

—No te atrevas Carson.

—¿Ahora me tuteas? —curveó sus labios—. Mejor para mí.

—No quiero ir —se alejó cuando él intentó cargarla.

—¿Por qué estás tan molesta?

—Por Dios, en serio que vive demasiado ensimismado —negó y lo apartó—. Con su permiso.

Carson miró el presuroso escape de su esposa y se dejó caer en las escaleras, recostando su cabeza en el barandal, tomando el anillo que lucía en su mano izquierda. Había cometido un error, no debió casarse con ella, había sido estúpido al pensar que podría cambiar y hacerla realmente feliz, era claro que no era feliz ahora.

—¿Señor Crowel? —se acercó Beck—. ¿Se encuentra bien?

—Sí —la miró con una sonrisa y se volvió nuevamente hacia la puerta de la casa—. ¿Cómo se encuentra mi esposa?

—Lo echa de menos, mi señor.

—¿Cómo lo sabes?

La joven ladeó la cabeza y sonrió con dulzura.

—Bueno, es obvio, siempre que despierta, la señora está viendo el lado vacío de la cama, a veces acaricia su almohada. —Se inclinó de hombros—.

Supongo que quiere decir que lo echa de menos.

—Así que una niña sabe más que yo ahora.

—No soy una niña, mi señor, tengo diecinueve —corrigió.

—Una niña de diecinueve sabe más que yo —elevó una ceja.

—Sí, si lo dice así, entonces es verdad —la jovencita dejó salir una risita y siguió con su camino.

Carson se tomó del barandal y se puso en pie, terminando de subir la escalera y abriendo su habitación, donde había pasado gran parte de sus noches y muchas horas de desesperación desde que Ashlyn le había confesado su ataque por esos sinvergüenzas.

Encendió las luces, mostrando la extensa investigación que había hecho desde el día que su hermana sufrió el ataque, la forma en la que lentamente lo guio hasta París y hasta Ashlyn. Estaba casi seguro que el violador podría ser el mismo; pensó que su esposa podría contarle algo que recordara sobre sus captores, pero ella se había mostrado tan rejega con el tema que… lo había enfadado.

Se dejó caer en la cama y cubrió sus ojos con una mano, ¿Acaso la estaba castigando por no querer recordar su pasado doloroso? Si eso era verdad, se sabía un cretino, porque él no podía ni siquiera mencionar el nombre de su hermana sin sentir que se desgarraría por dentro, no podía obligar a su esposa a recordar todo un evento doloroso como el que había sufrido sólo por... sólo por su venganza.

¿Cómo podría ella perdonarlo si se enteraba de las razones por las que llegó hasta las puertas de sus tíos? Era verdad que no pensaba enamorarse de ella, ni tampoco planeó casarse; pero cuando la conoció, cuando la vio reír y vivir la vida al límite de la felicidad… no pudo resistirlo y cayó preso en el deseo de poder ser igual, de absorber un poco de sus ganas de vivir, porque él no tenía ninguna.

Parecía estar tan cerca de la verdad que casi podía sentir el cuello de

ese depravado debajo de sus dedos…

—¿Señor Crowel? —Rita llamó a la puerta.

—¿Sí? —no quería indicarle que pasara, estaba cansado y en mucho sentido, Rita había sido la causa del enojo de su esposa.

—Una carta para la señora Ashlyn. —dijo desde el otro lado.

—Déjenla en su recámara —contestó enfadado por haber sido interrumpido por tales minucias.

—Pero señor, es de parte de la señora Elein Crowel.

Carson frunció el ceño y se sentó en la cama.

—¿Mi madre?

—Sí, mi señor, ¿qué he de hacer?

—¿Cómo supo mi madre sobre ella…? —y entonces, la iluminación llegó a la faz del hombre—. Los Hamilton.

Carson se puso en pie y abrió la puerta, tomando la carta de manos de Rita y viendo la fina escritura de su madre con ojos vacíos y llenos de rencor.

Capítulo 30

Ashlyn llegó a casa pasadas las diez de la noche, había evitado la casa en todo lo que le fue posible, se mantuvo entretenida en cualquier lugar y con cualquier cosa, evitando por completo el tema de su marido o su matrimonio.

La joven subió las escaleras de dos en dos y entró a su recámara, quitándose la ropa rápidamente para tomar un baño antes de ir a la cama, había tenido un día agotador y no tenía cabeza para nada más.

—Es bastante tarde para estar en la calle Ashlyn —ella gritó y se volvió rápidamente hacia la cama, donde su esposo la esperaba debajo de las mantas, leyendo un libro—. ¿Te sorprende verme?

—Claro que sí —ella buscó su bata y se la colocó—. No había estado llegando a casa en estos días, no pensé encontrarlo aquí.

—Mucho trabajo —se excusó—. Terminé temprano.

—Me alegro, ojalá duermas bien, pero supongo que, para dormir, tiene su propia recámara.

—La tengo, pero dormiré en la de mi esposa —quitó las sábanas y elevó una ceja—. ¿Dónde estabas?

—Visitando a mi familia.

—¿Segura?

—¿Por qué habría de mentir?

La mirada grisácea de Carson se clavó directamente en la de su mujer, quien parecía determinada en no apartarla.

—¿Fuiste a casa de los Hamilton?

—Sí —Ashlyn observó los movimientos de su marido por la habitación, pero ella no se movió—. ¿Por qué?

—Supongo que te hizo falta información.

—No lo entiendo.

—¿Qué fuiste a preguntarle a Publio Hamilton?

—Nada —frunció el ceño—. ¿De qué me acusas?

—Sólo hablo contigo.

—Parece un interrogatorio —Ashlyn buscó su mirada y siguió con su molestia—. En todo caso de que preguntara algo a mi primo, ¿Qué tendría de malo? ¿Es que acaso tiene algo que esconder?

—Puedes preguntármelo a mí, Ashlyn, ¡con un demonio!

—¿En serio? —ella se acercó—. Puedo preguntar, pero dudo que usted me vaya a responder.

—¿Y qué es esto? —enseñó la carta dirigida a ella.

—No creo que necesite que se lo diga —dijo tranquila, mirando el sobre sellado—, es una carta ¿o no?

—De mi madre, dirigida hacia ti.

—¿En serio? —Ashlyn sonrió y fingió inocencia—. Supongo que son sus disculpas por no haber asistido a la boda, ¿Cierto?

Carson entrecerró los ojos y se acercó a su esposa, quien hacía una escena bastante aceptable sobre el proceder de esa carta.

—¿No le mandaste una antes?

—No.

—Por favor, Ashlyn… —pidió con poca paciencia.

—He dicho que no.

—Mi madre no sabía de la boda, ni tampoco sabría dónde encontrarme

—le dijo seriamente—. ¿Cómo se enteró sino es por ti?

—¿No le dijo de la boda? —la joven sintió que su corazón era aplastado fuertemente—. ¿Por qué…? ¿Por qué te casaste conmigo si planeabas mantenerme en secreto? Si planeaba dejarme sola.

—¡Me casé contigo porque te amo! —le dijo enojado—. Pero lo demás… te lo advertí, te dije que podría hacerte infeliz, te lo dije miles de veces y decidiste casarte conmigo aún así.

—Pensé que trabajarías en ello, que me querrías lo suficiente como para cambiar.

Carson la miró con tristeza y remordimiento.

—Estoy haciendo mi mejor esfuerzo —le dijo con pesar—. Aún así, no es suficiente, puedo verlo.

—Quiero entenderte, pero cada vez que intento acercarme, me alejas como si fuera contagiosa de alguna enfermedad.

—Estoy acostumbrado a hacer las cosas solo —la miró con un brillo en su mirada—. Aunque me alegra escuchar que me tuteas.

—Ya no estás solo —ella lo miró recostarse en la cama y lo siguió, sentándose junto a él, acariciando su mejilla—. ¿Por qué no le dijiste a tu madre sobre la boda?

—No hablo con mis padres hace años.

—¿Por qué?

Él la miró aún recostado sobre la cama y dibujó una triste sonrisa.

—Porque ellos me culpan por lo que le pasó a Agatha.

—¿Qué? —se puso en pie—. Eso no puede ser.

—Pero así es.

—No, claro que no lo eres, lo sabes ¿verdad, Carson? ¿Lo sabes?

—Soy culpable —asintió—. Ellos tenían razón.

—No —ella le tomó la cara y lo hizo mirarla—. Nadie tiene la culpa de esto, nadie ¿me escuchas?

—Yo estuve ahí, Ashlyn. —Sus ojos se cristalizaron—. Lo presencié todo sin poder hacer nada.

—Agatha no puede haberte deseado ser infeliz, jamás habría querido que vivieras lleno de dolor y remordimiento.

—Por eso mi obsesión por encontrarlos, quiero vengarla, quiero saber si de esa forma me sentiré libre de culpas —Carson elevó la mano y tocó la mejilla de su esposa—. El seguimiento del caso me guío hasta ti, de hecho.

—¿De qué hablas?

—Le llevo siguiendo la pista durante años, prácticamente desde que ocurrió, nosotros estábamos en visita en París por el quinceavo cumpleaños de Agatha —Carson remojó sus labios y suspiró—. Y después me enteré de ti, de alguien que podría saber sobre él porque había sufrido a sus manos también.

—¿Sabías que fui violada desde antes que te lo dijera?

—No sabía lo que te había ocurrido, pero tenía el conocimiento de que estuviste entre sus manos —asintió—. Por mucho tiempo lo dudé, pensé que no podías ser tú, era imposible.

—¿Porque no estoy muriendo de tristeza o de rencor?

—Jamás pensé que alguien pudiera perdonar de esa forma —aceptó—.

Creí que me había equivocado.

—¿Por qué no te fuiste?

—Porque me enamoré de ti —se inclinó de hombros—. De la manera en la que vives. Me hacías sentir… con ganas de sonreír y de disfrutar de nuevo. A tu lado parecía sencillo, era como si mi dolor no fuera más que una tontería que podía olvidar.

—Y entonces te confesé lo que me pasó.

—Fue como si todo tomara sentido, tú eras la persona que había buscado, eras alguien al que podría proteger, al que debía vengar junto con mi hermana —la miró—. Pero te lastimé.

—Carson… no me lastimaste, simplemente no hablaste conmigo y tuve que encontrar la forma de averiguar sobre ti.

—¿Por eso la carta para mi madre?

—Creí que podría ayudarme.

Carson negó repetidamente y suspiró.

—Ven aquí —la invitó a su pecho y ella obedeció—. Lo lamento.

—Está bien, lo entiendo.

—No lo haré más, lo dejaré, acabé con esto.

—¿En verdad? —se levantó para mirarlo.

—Creo que no puedo hacerlo, es demasiado para mí, no puedo dividirme entre todos los pedazos de hombre que debo ser.

—Creo que sé de alguien especializado en este tipo de tareas.

—¿Los Hamilton?

—Sí, puedo poner tu caso en su mesa, no te aseguro que lo tomen inmediatamente, pero pondrán a alguien.

—Me sería de ayuda.

—Sólo debes prometer algo, Carson —ella se levantó del pecho de su marido para advertirlo con la mirada.

—Lo que sea.

—Si ellos descubren quienes son… tú no harás nada, se los dejarás a las águilas y cómo decidan resolverlo.

El hombre tomó una larga respiración, pero asintió con la cabeza, aceptando que su esposa se volviera a recostar en su pecho.

—¿Puedo dormir contigo?

—Sí —ella lo abrazó—. Quédate conmigo Carson, si miras hacia el pasado, jamás estaremos juntos.

—Estoy contigo —la abrazó y besó su cabeza—. Te amo.

—Y yo a ti —cerró los ojos y lo apretó con fuerza.

—Vamos, ve a tomar tu baño, es tarde y debemos dormir.

Ashlyn asintió y se puso en pie, pero antes de hacer cualquier otra cosa, regresó sobre sus pies y miró el sobre sin abrir.

—¿No te interesa saber qué es lo que tiene por decir? —elevó una ceja la joven.

—No.

—La leeré de todas formas.

—Ashlyn, nada de lo que diga hará que vuelva.

—¿Es que acaso lo intentó en el pasado?

—Algunas veces.

—¿Por qué no fuiste?

Carson la miró por un prolongado momento antes de meterse adecuadamente en la cama.

—Te esperaré despierto.

—¿Te has vuelto a cerrar?

—Dije que te esperaría, la abriremos juntos.

Ella sonrió y corrió al cuarto del baño, jamás se había lavado tan aprisa, incluso había salido con el cabello estilando de agua, mojándose el camisón que había dispuesto para dormir, pero saltó a la

cama como si volviera a ser una niña y fuera la mañana de navidad.

—Estás empapada Ashlyn —se quejó Carson.

—Lo siento —ella tomó la toalla y la enredó sobre su cabello, acomodándola a lo alto, escabulléndose bajo las mantas y entre los brazos de su marido, en medio de sus piernas—. Listo.

—Tu camisón sigue estando empapado —le dijo cerca de su oído, abrazándola y dejando sus manos entrelazadas sobre su vientre.

Ella lo silenció mientras abría el sobre.

— "*Mi querida Ashlyn"* —comenzó la joven.

—Vaya, ya eres *querida* para ella, me parece impresionante.

—No interrumpas —pidió la joven, quitando la toalla de su cabello y dejándolo caer sobre su hombro hecho una maraña—. "*Me es una agradable sorpresa saber que mi hijo ha logrado casarse con una mujer que parece hacerlo feliz. Me haría mucha ilusión conocerte en persona y, de paso, volver a ver a mi testarudo y amado hijo, estaré agradecida si puedes traerlo de regreso a casa, estaré atenta a tu respuesta, esperando que esta sea positiva. Tuya, Elein.*

—¿Testarudo?

—Te está diciendo que te ama.

—Claro, algo debe de querer.

—Sí, me imagino que a ti.

—Claro —la apretó contra sí y le besó el cuello—. ¿Quieres dejar que yo te ame a ti?

—Mmm… tendría que meditarlo porque el día de hoy me has hecho enojar de muchas formas.

—¿En serio? Se murmura por ahí que la mejor forma de reconciliarse después de un día de molestia, es haciendo el amor, ¿Quisieras comprobarlo? —el volteó sus posiciones y la recostó lentamente en la cama.

—Me parece que tengo pocas opciones en esto.

—Puedes decir que no Ashlyn, siempre puedes decir que no.

—Muy bien —sonrió ella, permitiéndole recostarse sobre ella y sintiendo la agradable caricia de sus manos al momento de subir su camisón —. Guardaré este *no* para otra ocasión.

—Qué alivio —le besó el cuello—. Te eché de menos.

—Entonces no vuelvas a alejarte por tanto tiempo.

—Si acaso fue una semana —le besó los labios.

—Soy una recién casada, no deberías dejarme tranquila ni siquiera por una noche.

—Bien, te lo concederé —sonrió malévolo y comenzó a besarla por todo el cuerpo, sintiéndose derretirse contra ella, absorbiendo el amor y la felicidad que emanaban de Ashlyn y recostándose contra ella, sintiéndola tranquila después de hacer el amor.

Capítulo 31

La pareja Crowel había viajado hasta París nuevamente sólo para marcharse un mes después con dirección a Suiza, hogar de los padres de Carson y la razón por la cual estaban tomando un tren en una de las horas más concurridas.

Durante ese periodo de tiempo Seth Humbel se había hecho un invitado constante de la casa Crowel y aunque Ashlyn ya lo toleraba y lo había dejado de culpar por lo sucedido en su pasado y con lo que aparentemente no tenía nada que ver, no podían llevarse del todo bien y ninguno de los dos sabía la razón.

—Espero que sepas que esto es una mala idea, Ashlyn —le dijo Seth—.

Crowel no se reúne con su familia por una razón.

—¿Cómo hago para que cierres la boca? —lo miró pesarosa, dándole los boletos al hombre del tren—. Ya de por si me estoy portando verdaderamente bondadosa al dejarte venir con nosotros.

—Viajaría con o sin ustedes —dijo el hombre, siguiendo a la esposa de su amigo por el tren—. De hecho, lo creo más una casualidad el habérmelos encontrado.

—Claro, ¿Viajas a Suiza seguido?

—Por si no lo sabías, soy de allá, al igual que Crowel —elevó ambas cejas—. Y voy más seguido de lo que va tu marido.

—Eso sí te lo creo —sonrió hacia él y siguió evadiendo gente.

—Por cierto, ¿Dónde está él?

—Entreteniéndose con uno de los comerciantes de algodón en el vagón comedor —explicó Ashlyn—. Quiere mantener su mente ocupada en cualquier cosa excepto en el lugar a donde vamos.

—¿Cómo lograste convencerlo?

—Digamos que puedo ser persuasiva.

—¿En la cama?

Ella abrió uno de los espacios privados del tren y sonrió.

—Es algo que tú jamás sabrás —jugueteó con sus cejas y cerró la puerta justo en sus narices.

—¡Es una mala idea Ashlyn! —le gritó desde fuera.

—¡Vete!

Seth sonrió y dio un paso hacia atrás; debía admitir que cuando los vio de nuevo en París, sintió que su corazón se paralizaría, parecían en verdad felices, había vuelto a ver a su amigo sonreír después de mucho tiempo de una cara de dolor y seriedad profunda. Ashlyn le hacía bien, pero seguramente ella le haría bien a cualquier persona. Por alguna razón no parecía una victima de lo que le había pasado, no buscaba venganza ni tampoco la tristeza de nadie, ella era feliz y gustaba que todo el mundo lo fuera también.

—Seth —lo capturó Carson de pronto—. ¿Dónde está mi esposa?

—La dejé en su habitación —apunto con el pulgar—. Ella parece decidida a llevarte hasta Suiza y a tus padres.

—Son varias horas —sonrió—. Quizá la convenza de desviarse.

—Lo dudo, se le ha metido la idea a la cabeza.

—Piensa que de alguna forma eso me ayudará —rodó los ojos y sonrió de lado—. Lo que pasa es que no conoce a mi madre.

—En eso tienes razón. —Seth quitó su sonrisa—. ¿Acaso ya le dijiste sobre lo otro?

Carson suspiró con fuerza y negó.

—Ojalá no fuera tan terca.

—Eventualmente lo sabrá Carson, lo mejor es que lo digas antes de que ella se de cuenta por sí misma. Estas cosas se dicen, ella piensa algo diferente.

—Lo veré a su tiempo, por el momento no quiero pensar en ello, ya es lo suficientemente conflictivo el tener que volver.

—Lo sé. —Seth le tomó el hombro—. Pero esto te ocasionará problemas con ella.

—No te preocupes por mi. Sé manejar mi vida.

Carson golpeó amistosamente la espalda de su amigo y siguió su camino por el tren hasta la habitación que habían rentado, tocando la puerta antes de entrar para que su mujer tuviera aviso.

—¡Juro qué si es nuevamente usted, señor Humbel, romperé algo en su cabeza! —gritó la chica desde el interior.

—No soy Humbel, pero me siento igualmente amenazado.

—Oh, Carson —sonrió la joven y fue a besarlo—. ¿Has notado lo pequeño que es este lugar?

—No podías esperar nada más, es un tren.

—Bueno, supongo, al menos habrá donde dormir.

—Ven —la hizo sentarse junto a él y la miró—. ¿Estás segura de querer ir allá?

—Tu madre lo ha pedido Carson, creo que sería una falta de respeto no asistir, yo también tengo que quedar bien con tu familia.

—No en realidad.

—Sí —lo miró con advertencia—, así que será mejor que descanses bien para lo que se avecina.

—Tú no tienes idea.

Ella sonrió con gracia y cerró los ojos, mirando por la ventana que mostraba con rapidez los paisajes que recorrían para llegar a Suiza. Su marido le había dicho que en esos días hacía buen tiempo y no tendría demasiado frío, ni tampoco demasiado calor, lo cual era una buena noticia, un augurio positivo para su llegada.

La joven pelirroja acomodó su cabeza en el hombro de su marido, quien pasaba paginas de su libro sin prestarle mucha atención a nada más, ella no podía hacer lo mismo, porque si leía en movimiento se mareaba y hasta llegaba a vomitar. Así que se entretenía en los paisajes, en contar a las personas que pasaban por enfrente de su puerta, o en intentar escuchar conversaciones de quienes viajaban en los vagones vecinos.

Llevaba más de media hora escuchando a una pareja pelear o hacer el amor de forma muy ruda, cuando de pronto la mano de Carson dejó caer el libro al quedarse dormido. Ashlyn se levantó y lo recostó sobre el asiento, sabía que intentaba ocultarlo, pero se encontraba nervioso de volver, quizá algo conflictuado, no había dormido mucho en los días previos y eso que ella había intentado cansarlo en todas las formas que le fueron posibles.

—¿Carson? —la figura del señor Humbel se dibujó del otro lado de la puerta—. ¿Estás ahí?

—¡Sshh! —Ashlyn se había puesto de pie de un salto y abrió la puerta con un dedo en sus labios, pidiendo silencio—. Al fin ha caído dormido ¿Qué sucede?

—Quería hablar de negocios —miró al interior—. ¿Quién puede dormir en un lugar como este?

—Alguien muy cansado.

—Bueno, ahora que no puedo hablar de negocios, al menos podré hablar contigo.

—No lo creo —ella intentó cerrar la puerta, pero Seth lo impidió.

—Vamos, necesito hablar contigo sólo unos segundos, Carson no me lo permitirá jamás.

Ella miró al interior, escuchando a su marido comenzar a roncar ligeramente, debía estar agotado.

—Bien, sólo cinco minutos.

—Con eso me basta —asintió.

Ashlyn cerró la puerta corrediza y se cruzó de brazos, viendo directamente al hombre que le sacaba canas verdes.

—¿Qué sucede?

—Sólo quería saber cómo estás.

—Bien —frunció el ceño—. Más que bien, ¿Eso era todo?

—No —se rascó la cabeza—. La verdad es que no sé como comenzar con esto.

—¿De qué hablas?

—Supongo que podría comenzar con una disculpa.

—¿Disculpa?

—Por ser tan insensible con lo que te sucedió, jamás pensé… dije cosas que seguro te hirieron, lo lamento.

—¿Carson te lo dijo? —lo miró impactada.

—No me dijo la naturaleza del agravio, pero estaba furioso y puedo imaginármelo —tocó el puente de su nariz—. Lo siento Ashlyn, intentaré hacer todo lo que pueda para que vivas en paz.

—Yo ya vivo en paz, por favor, quiero que ambos dejen de tomarse atribuciones con ello y dejen mi pasado para mí.

—Pero Carson…

—No, él y yo ya hablamos, quedemos en que no haría más movimientos para encontrar a ese hombre, simplemente déjelo.

—No sé si pueda.

Ashlyn frunció el ceño y lo miró extrañada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque… me preocupo por ti y por si puede estarle pasando a otras mujeres también.

Ashlyn se quedó callada por varios momentos, meditando las palabras

de Seth. Parecía nervioso y lleno de arrepentimiento, no lo acababa de comprender, pero no pudo detenerse a sí misma y comenzó a reír. Seth no podía estar más confundido.

—Gracias por tu preocupación —le dijo honestamente—, pero eso ya no importa. Pasó hace demasiado tiempo y si ese criminal sigue libre, entonces, no hay forma de que lo encuentren.

—Quizá podríamos.

—De todas formas, Carson y yo tomamos manos en el asunto, hay gente más capacitada en el caso. Estaba tan preocupada por que él no me rechazara, que traté de encubrir muchas cosas —sonrió dulcemente—. Pero él me quiere tal y como soy, con todo y pasado, así que no te preocupes más por ello.

—¿E-En verdad? ¿A quién involucraron?

—Gente que sabe lo que hace —Ashlyn le tocó el hombro—. No debe preocuparse más por ello, lo resolverán.

—Por todos los dioses —pegó su espalda la pared del tren y suspiró—.

¿Los Hamilton? ¿Hablas de los Hamilton?

—Sí. —Ella notó como lentamente el señor Humbel perdía color—. ¿Se encuentra bien? Está pálido.

—Estoy bien —se apartó—, me alegra que te animaras a decirlo.

—No fue fácil —se inclinó de hombros—, pero Carson está determinado en no dejar el asunto al aire. Al menos conseguí que no fuera él en persona quien hiciera las locuras.

—Y… ¿Recuerdas algo sobre el hombre que te atacó? —la miró intrigado—. ¿Nombre, rostro, forma de hablar?

—Creo que lo reprimí en el fondo de mi corazón —se inclinó de hombros—. Lo único de lo que estoy segura es de que también usaba esa medalla que usted lleva puesta… por lo demás, no lograría reconocerlo, llevaba algo en el rostro y no habló mucho.

—Sí, Carson me puso a investigar sobre ello —suspiró—. Temo decir que había más inversionistas y socios de los que creíamos.

—Quizá sean señales de que me dejen tranquila.

—Lo siento, es imposible tratar de no tomar venganza.

—Sí, los hombres y sus tonterías —Ashlyn dejó salir una carcajada—.

En verdad que son insoportables.

Seth levantó la mirada y observó detenidamente el rostro calmado, alegre y lleno de vida de Ashlyn. Por unos segundos agradeció que ella hubiera tenido la suerte de salir con vida.

—Bien, nos vemos luego —Ashlyn abrió la puerta y desapareció.

Seth de pronto sintió unas irresistibles ganas de abrir la puerta y besar a la mujer que acababa de cerrarla, era un deseo tonto y un impulso que podía ser reprimido. Ahora entendía la amenaza de Carson, tendría que enfrentarlo cara a cara para decirle que se había enamorado de su esposa.

Cerró los ojos. Él lo sabía, desde esa mañana en la que lo amenazó, sabía perfectamente que estaba enamorado de su esposa.

Debía ser una broma, había sido él mismo quién incentivó a Carson para que fuera tras Ashlyn y ahora estaba enamorado de ella, parecía una broma de mal gusto.

Tendría que hablar con Carson, decirlo todo y ver cómo reaccionaría.

Las cosas eran complicadas, eran socios y tendrían que verse siempre, no sería fácil para su amigo saber que él estaba enamorado de su mujer. Era una de las peores traiciones, al menos si ella le correspondía.

¡Pero qué decía! Ella jamás le correspondería, estaba enamorada de su marido y eso debía respetarlo.

Capítulo 32

El aire levantaba ligeramente el vestido verde olivo que Ashlyn traía puesto para esos climas otoñales, el fresco viento, el suave aroma a pan recién orneado y los hermosos colores de la temporada, ponían a Ashlyn de buen humor. A pesar de que el clima era mucho más frío de lo que hubiera esperado, el poderse aferrar del brazo de su esposo le era más reconfortante que tener más grados en el clima.

—¿Te agrada? —Carson la miró con diversión al notar que temblaba

ligeramente.

—Hace frío, pero nada que no pueda soportar.

—Si esto te parece frío, deja que llegue el invierno, te será insoportable

—se quejó Seth encogiéndose sobre sí mismo—. Me imaginaré en España o en Grecia.

—No es tan malo —Ashlyn miró a su esposo con una ceja arqueada—.

¿Tú no tienes nada de frío?

—Carson es un tempano de hielo, ¿cómo podría tener frío —se quejó Seth, corriendo hacia la carroza.

—Él tiene rezón —asintió Carson.

La pareja fue detrás de él y subió presurosa para protegerse del frío que amenazaba hasta sus huesos. Avanzaron rápidamente por las calles de la capital, deslumbrando a la joven que no se detenía en sacar la cabeza y sonreír a las personas que miraban impresionadas hacia el emblema que se mostraba en las puertas del transporte.

—Ashlyn, ven aquí y cierra esa ventana —pidió Carson.

—¡Pero quiero verlo todo!

—Tendrás tiempo —le tomó la mano y la hizo sentarse a su lado.

—¡Claro! Tiempo hasta que todo se llene de nieve —se quejó Humbel, quien estaba cada vez más irritable.

—¿Qué le sucede, señor? ¿Acaso no le gusta su tierra natal?

—La detesto, es helada.

—Seth detesta todo clima frío, en cuanto una ciudad comienza a bajar su temperatura, se marcha.

—¡Nadie debería soportar el frío!

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó la joven, acurrucándose en la calidez que le ofrecían los brazos de su marido.

—Un poco —asintió Carson, envolviéndola y besando su frente—.

Trata de descansar.

Ashlyn cerró los ojos y pasados quince minutos, había caído completamente dormida en los brazos de Carson, quien se entretenía en leer mientras llegaban a la casa de sus padres.

—¿Nervioso Crowel?

—No, fue ella quien solicitó verme —Carson no despegó los ojos de su libro—. Pienso irme lo más pronto posible.

—Me imagino que sí, pero ahora que ambos estamos aquí, deberíamos revisar las finanzas de este banco y los otros negocios.

—Pienso aprovechar al máximo mi tiempo —asintió.

—Parece incontenible —Seth apuntó a Ashlyn con la mirada.

—Está ansiosa por conocer a mi madre.

—Esperemos que eso salga bien —Seth se acomodó en su asiento—, sería cruel que Elein fuera una bruja con ella.

—Dudo que lo sea, tratará de fingir para que ella me pida quedarnos más tiempo.

—Si te extraña tanto, ¿por qué no le concedes unos momentos de tu año? Tan sólo una semana o tres días.

—No.

—Carson, dudo que ella hubiese querido perder dos hijos aquel día —

elevó una ceja.

—Es lo que obtuvo al final de cuentas.

Seth no dijo nada, podía notar como su amigo se cerraba un poco más conforme la conversación avanzaba, no quería que formara toda una barrera de hielo antes de ver a su madre.

Llegaron a la mansión de los Crowel pasadas unas tres horas, Ashlyn había dormido durante todo el camino, permitiéndoles a los hombres discutir sobre negocios y futuras inversiones; pero sólo hacía falta que ella abriera los ojos para obtener toda la atención.

—¡Me encanta! —sonrió e inhaló con fuerza el aire puro.

—¡Me congelo, deja de admirar y entra a la casa ya! —gritó Seth.

—Nadie te está pidiendo que te quedes conmigo —le echó en cara la joven—. Sólo me hace falta mi marido.

—Bien los dos —los separó Carson—. ¿En qué momento tuve dos hijos y perdí a mi mujer y a mi amigo?

La joven se acercó a su marido y entrelazó su mano con la de él, lanzando una mirada enojada hacia Seth Humbel, para después pasar sus ojos extasiados por el lugar, admirando el buen gusto de la mansión de los padres de su marido. Subieron la escalera de la fachada y antes siquiera de tocar las puertas, estas se abrieron de par en par, mostrando a una hermosa mujer que rápidamente se lanzó a los brazos de Carson.

—Mi hijo —se aferró al cuerpo grande de Carson mientras él levantaba las manos, como si estuvieran apuntándole con un arma, parecía ni siquiera querer tocarla—. ¡Al fin vuelves a casa, cariño!

—Elein —la separó Seth al notar el creciente odio en la mirada de Carson Crowel—. Será mejor que no lo presiones.

—Pero… —la madre lloraba—. Es mi hijo.

—Sí, pero ya sabes como es Elein, no le gustan los abrazos.

—Claro —se limpió los ojos y la nariz con el dorso de su mano, mirando hacia su hijo quien esquivaba su mirada a toda costa—. Sí, lo siento, lo olvidaba.

—¿Carson? —se adelantó Ashlyn—. ¿Te encuentras bien?

—Tú debes ser Ashlyn —sonrió la hermosa mujer—. Gracias por traerlo de vuelta a casa y bienvenida.

—Gracias señora Crowel.

—Elein, sólo llámame Elein.

—Claro, como sea —Carson tomó a su esposa de la cintura y la introdujo a la casa, pasando por alto la presencia de su madre, ni siquiera permitiéndole a su esposa regresar la cortesía.

—Carson… ¡espera! —le susurró—. No me has dejado decirle mi nombre a tu madre.

—Ella ya lo sabe, te lo ha dicho cuando te vio.

—Carson…

—Por favor Ashlyn, no me presiones en esto.

—Él tiene razón —susurró Seth—. Está a punto de reventar y ni siquiera ha visto a su padre.

—Estoy tratando de hablar con él —le dijo la joven con fastidio.

—Y yo intento advertirte, lo conozco más.

—¡Basta!

Los dos se irguieron y miraron hacia el frente, caminando hacia donde Carson los dirigía sin pedir permiso de nadie. Ashlyn volvió la cabeza, dándose cuenta que la mujer, la madre de Carson, los seguía en silencio, a unos pasos de ellos, como si fuese ella una doncella, lo cual era una tontería.

—Me parece inadecuado que tu madre vaya atrás de nosotros.

—Ella es la que está tomando esa decisión —contestó Carson.

Ashlyn giró los ojos y se soltó del agarre de su esposo, yendo directamente hacia la mujer que era su suegra.

—¿Señora? —la mujer levantó su mirada—. ¿Sería tan amable de mostrarme el camino a mis habitaciones?

—Claro linda, te llevaré.

Carson se volvió hacia ellas, parecía no tener palabras para hacer que eso no sucediera, así que miró a su esposa de forma que ella entendiera que no era lo que quería que se hiciera. Sin embargo, Ashlyn sonrió y se fue con la mujer que era la madre de su esposo.

—Es voluntariosa —apuntó Seth.

—Ni que lo digas —contestó fastidiado Carson—. Vamos.

Ashlyn siguió a la mujer en un completo silencio, ahora comprendía de dónde venía la forma de ser de su marido, era extraño que incluso tuviesen los mismos ojos y la actitud distante.

—Es una casa preciosa, señora Crowel.

—Sólo Elein, querida, ¿lo recuerdas?

—Lo lamento —sonrió la joven y acomodó su cabello—. Sólo me encuentro algo nerviosa.

—No deberías —dijo tranquila—. Estas son las habitaciones que ocupaba Carson cuando vivía aquí.

—Es… bonito.

—Sí, lo dejé justo como cuando él se marchó. —Ashlyn se volvió hacia ella con impresión. La mujer sonrió y se explicó—: Escapó. No supimos de él por mucho tiempo, fue gracias a Seth que nos enteramos que le estaba yendo bien.

—Él puede ser muy duro, lo sé.

—En esta ocasión creo que me lo merecía, querida.

—Oh… —bajó la cabeza sin saber qué más decirle.

—Ven, te llevaré a tu habitación.

La joven levantó la mirada y entendió la razón por la cual Carson y ella tenían habitaciones separadas, era como lo habían criado, era lo que había visto durante toda su vida y le parecía un comportamiento normal. Por supuesto, para ella era casi doloroso que necesitara una habitación diferente a la que tenía ella, pero eso era porque sus padres compartían recámara y jamás utilizaban la que correspondía a la de la duquesa, que vendría a ser su madre.

—¿Es que el señor Crowel y usted tienen habitaciones separadas también, Elein?

—Como debe ser querida —ella se detuvo en seco y se volvió para mirar a su nuera—. ¿Es que acaso Carson hace algo diferente?

—No. —Bajó la cabeza, sintiéndose avergonzada—. Dormimos en habitaciones separadas también.

—Oh —se tocó el pecho con alivio—, por unos momentos me hiciste dudar de su educación. Pensé que incluso eso había perdido en su constante intento de alejarse de nosotros.

—Creo que dormir lejos de la pareja hace que sean más unos extraños que un matrimonio.

—Por Dios, querida —la miró con una sonrisa burlesca—. ¿En donde creciste para pensar así?

—En realidad, soy una noble de Londres. —Ashlyn frunció el ceño ante el pensamiento tan cerrado y categórico de la mujer, era como si sólo su opinión y creencias fueran lo correcto—. Mis padres siempre han compartido cámaras.

—¡Barbárico! —negó—. La mujer y el hombre necesitan su tiempo, su espacio, se debe de tener distancias para poder estar juntos durante toda la vida.

—Mis padres están juntos en todos los aspectos y veo mucho amor entre ellos, no creo que haya disminuido ni un poco.

Elein se detuvo, miró a su nuera y curveó los labios hacía arriba, tal y como lo hacía Carson, con la única diferencia que la sonrisa de aquella mujer era más como una mueca que alguien daba hacia un ser inferior, como si tuviera lástima.

—Esta es tu habitación, querida —abrió una puerta—. Espero que te sientas cómoda.

—Gracias Elein, seguro lo estaré.

Los ojos grises de la mujer la inspeccionaron al momento de dejarla pasar a la habitación.

—La cena se sirve a las ocho en punto, ni un minuto tarde, querida, solemos ser estrictos con el tiempo.

—Comprendo.

—Cualquier cosa, usa el cordón, vendrá alguien a atenderte.

La mujer cerró la puerta, dejando a Ashlyn con la vaga sensación de haberse sentido amenazada por esa fiera mirada, estaba claro que acababa de conocer a una persona sumamente intransigente e impenetrable. Era más que obvio que Elein tenía un orden al cual se apegaba y no estaba dispuesta a que nadie se saliera de su control.

Ashlyn recorrió aquella habitación, notando que en ella había camisones, perfumes y cremas dispuestas para el uso, a menos que fueran de otra persona, parecían haberse tomado las atenciones para que ella se sintiera cómoda al llegar.

—Me sorprende que no te haya dado unas habitaciones más alejadas de las mías —dijo de pronto Carson, quien estaba recostado en el marco de la puerta—. ¿Te diviertes?

—Tu madre es…

—Sí, todo lo que piensas, lo es —asintió—. Has sido tú quien quiso venir, ahora tendrás que enfrentarte a las consecuencias.

—Jamás pensé que fuera a ser tan…

—¿Pensabas que yo era difícil? —negó con una sonrisa—. Es por que no la conocías a ella.

—Carson, parece quererte en verdad. Quizá sea anticuada y piense de forma estricta en las reglas, pero no la hace mala persona.

—No he dicho lo contrario.

—Quizá… lo que te dijo —intentó ir con tiento—… no fue racionalmente, tal vez lo dijo sin pensar, por el dolor.

—Por lo que fuera, es algo que no puedo olvidar. —Ashlyn asintió levemente—. Vamos, no puedo estar aquí.

—¿De qué hablas? —lo miró con el ceño fruncido.

—Madre no hace nada al azar, esta habitación era la de Agatha —negó y pasó una mano por sus labios—. No sé que es lo que intenta, pero me provoca náuseas. Vamos.

Ashlyn no podía creer lo que acababa de escuchar, ¿Qué razones podría tener Elein para ponerla en la habitación de su hija fallecida? Era más que obvio que Carson se resistiría y, en todo caso de que acudiera a ella a pesar de todo, sería para hacerle el amor, no para perpetuar una habitación.

—¿A dónde iremos?

—Tomaremos cámaras conectadas —sentenció—. Hay otra además de las de mis padres. Parece una broma, te puso en una habitación de soltera, como si no supiera que estamos casados.

—O quizá no lo acepta.

Carson se volvió hacia ella y asintió.

—Es una posibilidad.

—¿Me odia sin conocerme siquiera?

—Ella tenía sus ideas de la mujer con la que me debía casar.

—¿Una pelirroja no entraba en sus planes?

—Las pelirrojas tienen mala fama —sonrió de lado y la acercó lentamente a él, tomándola de la cintura y depositando un beso suave en sus labios—. Dicen que son criaturas del mal, iracundas y descontroladas, ¿tu qué dices?

—Digo que si sigues insultándome, tendrás a una pelirroja iracunda —le tomó las solapas del traje y lo atrajo para besarlo de nuevo, lo cual él intensificó.

—Tenemos unas horas antes de la cena —Carson regaba besos por el cuello de su esposa.

—No he conocido a tu padre —susurró, divertida y extasiada.

—Ya habrá tiempo —la tomó en brazos y la llevó hasta una habitación que no era la indicada de su madre para él, puesto que Ashlyn recordaba la distancia que pensó que tendría que recorrer para estar a su lado.

—¿Te infiltrarás a otra recámara?

—Jamás me quedaría en la que tuve cuando niño —negó—. Sería una pesadilla constante para mí.

Carson cerró la puerta y atrajo a su esposa para besarla sin control alguno mientras caminaban hacia la cama, dejando prendas en el camino y sonriéndose ante el arrebato apasionado que estaba teniendo lugar en esa habitación.

Ella sintió el frescor de las sabanas contra su espalda descubierta y sonrió cuando tuvo el peso de su marido sobre ella. No se había dado cuenta de lo conocido que resultaba su cuerpo ahora, le era fácil reconocer sus valles fuertes, sus senderos trabajados y sus labios firmes, pero a la vez bondadosos con ella.

Ashlyn se levantó para comenzar a quitarle la camisa, desabrochándola con desesperación y apartándola de sus hombros rápidamente, besando el pecho expuesto ante ella. Carson gruñó y la

abrazó nuevamente, pegándola contra su cuerpo y girándose para dejarla sobre él. La joven sonrió y se inclinó para seguir besándolo desde su posición, hasta que de pronto escuchó la puerta de la habitación, parecía que alguien quería entrar.

—Carson… —se levantó la joven, cubriéndose con los brazos y mirando hacia la puerta—. Alguien…

—No ahora —la tomo de la cintura y rodó, posicionándose sobre ella y volviéndola a besar.

—Pero… Carson, lo escuché.

—Estás conmigo ahora, no pienses en nada más.

Ella asintió y levantó la cabeza para alcanzar los labios de su marido, abrazándolo para sentir la reconfortante sensación de tener su protección.

Las manos de Carson acariciaban suavemente sus bordes y sus cicatrices, parecía que se había memorizado los lugares y solía acariciarlas tanto con las manos como con los labios.

Pero nuevamente, unos toques insistentes en la puerta interrumpieron los suspiros por parte de la joven y la hicieron volverse nuevamente hacia la puerta.

—Carson…

—Sí, ya lo oí —dijo con molestia—. ¡¿Qué sucede?!

—Cariño, ¿qué estás haciendo en estas alcobas? Creí darte…

—Creo que no quieres que conteste a esa pregunta, madre.

Ashlyn abrió los ojos con impresión y negó con vergüenza, sintiendo como él volvía a enfocarse en besarle el cuello sin prestar más atención de las quejas de su madre.

—Carson… por favor, no —le dijo ella entre risas—. Nos escuchará, ella sigue hablando.

—Lo sé, ya se irá.

Ella le golpeó el hombro y frunció el ceño.

—No haré el amor contigo cuando tu madre está justo afuera de la

habitación —se quejó.

—¿Esperas que le abra?

—¡No!

—Entonces no te entiendo —elevó ambas cejas de forma juguetona—.

Vamos, olvídala, sigamos con esto.

La joven quería negarse, pero Carson insistió y el toque a la puerta desistió, así que pudo entregarse con tranquilidad a las caricias de su marido, sin darle importancia a nada más que los sentimientos que la enloquecían al límite de lo razonable.

Ashlyn abrazó, besó y gritó hacia el hombre que se cernía sobre ella, a lo largo de su corta vida de casada había entendido que su esposo era un hombre pasional, cuidadoso y amoroso; pero en esa ocasión, aquella ternura con la que siempre se manejaba con ella había cambiado a un encuentro mucho más intenso que la había dejado totalmente exhausta.

Carson respiró pesadamente y se apartó del cuerpo de su esposa, atrayéndola para colocarla sobre él y acariciarle lánguidamente la espalda suave. Ashlyn mantenía los ojos cerrados, acariciando con sus dedos el pecho de su marido.

Pasaron varios minutos en los que se concentraron en relajar sus cuerpos y regresar a los brazos del otro en plena consciencia. Fue hasta esos momentos de calma que Ashlyn pudo conectar pensamientos y no logró sacarse de la cabeza a Elein Crowel, pero dudaba que fuera un tema hábil con el cual empezar una conversación con su esposo.

—¿Has visto a tu padre?

—Sí, seguro lo verás en la cena.

—¿Cómo es él?

—Es... como mi madre, pero callado y sin entrometerse en la vida de los demás —se acomodó en la cama, acercándola de nuevo.

—¿Crees que lo hizo a propósito?

—Seguro que sí.

—¿Crees que haya sido por algo en particular?

—Seguro nada, habrá descubierto que nos encerramos aquí para hacer algo que ella piensa que sólo debe hacerse de noche.

—¡Dios! —Se cubrió la cara con una mano—. Es tan vergonzoso, seguro que me mirará con desaprobación.

—¡Por favor! —La abrazó más a sí y miró hacia el techo—. Ella siempre desaprueba algo, no es nada nuevo.

—¿Tan mala es?

Carson guardó silencio, mirando hacia el techo y, por largos momentos, se dedicó a acariciar los hombros y espalda de su esposa, adormeciéndola hasta dejarla dormida, habiendo olvidado la pregunta que él logró evitar con maestría.

A diferencia de su esposa, Carson no tenía sueño, por el contrario, se sentía más activo que nunca, quizá fuera porque sabía que estaba en casa de sus padres y su madre era dada a querer cometer indiscreciones con tal de dejar en vergüenza a quien ella se propusiera. Definitivamente no lo permitiría con Ashlyn, era su esposa, no una cortesana que había traído a casa. Aunque seguro que para su madre no habría diferencia alguna.

El hombre miró hacia su esposa cuando se dio cuenta que ella se despegaba de su pecho e iba en busca de su propia almohada, Carson sonrió y colocó la sábana sobre sus hombros, notando cómo se relajaba y se volvía hacia él para colocar una mano sobre su pecho.

En definitiva, era una mujer encantadora.

Capítulo 33

Ashlyn despertó de golpe en la recámara que Carson había indicado que sería para ella, se sabía sola, no sólo por el hecho de que su marido contaba con su propia habitación, sino porque ya era de su conocimiento que él intentaba evitar la casa en todo lo que le fuera posible. Usualmente se iba a trabajar muy temprano por la mañana y regresaba mortalmente tarde en las madrugadas, enfureciéndola y dejándola a merced de una casa que parecía detenida en el dolor ocasionado por el accidente de Agatha.

La joven pelirroja miró hacia la ventana, notando que seguía siendo de noche y la casa estaba en silencio, dándole la sensación de que casi podía escuchar la madera suspirar, como si se tratara de una casa embrujada.

Llevaba tan sólo dos semanas ahí y su mayor deseo era irse cuanto antes. El señor Humbel había llevado razón en esa ocasión, jamás debió empeñarse en ir a ese lugar.

Ashlyn colocó sus zapatillas de noche y miró a su alrededor, casi estaba segura que había escuchado que alguien la nombraba, así que caminó hacia la habitación de su marido, notando que este se encontraba dormido en el sofá de su habitación, parecía incómodo y cansado, aún tenía papeles en sus manos y la ropa del día estaba colocada en su cuerpo, por lo cual no interrumpió y regresó sobre sus pasos. Sí a él no le importaba estar lejos de ella, no se molestaría mover un dedo para que algo fuera diferente, no tenía por qué buscarlo y no lo haría.

Se enfocó nuevamente en el susto que le habían dado, quizá sólo habría sido un sueño.

Abrió las mantas de su cama e iba a sentarse en ella, cuando de pronto escuchó de nuevo la voz, lejana y extraña. Ashlyn sintió como se le erizaba la piel y se petrificó en su lugar, siendo muy consiente de la forma en la que su respiración se aceleraba y buscaba calmar su corazón que también se descontrolaba en su temor.

—No seas tonta Ashlyn, los fantasmas no existen —se dijo en voz alta y se volvió hacia la puerta que conectaba con el pasillo.

La casa de los Crowel era enorme y sombría, con pasadizos oscuros que ella no se atrevía inspeccionar, mucho menos en las noches cuando se apagaban todas las luces. Ashlyn regresó a su mesa de noche y sacó una vela del cajón, encendiéndola con manos temblorosas y volviendo hacia el pasillo.

Inspeccionó el lugar con cautela, incluso siendo inconsciente de como la cera se resbalaba por la longitud de la vela y le quemaba la mano con la que la sostenía. Algo la llevó hasta las escaleras que dirigían a la tercera planta de la casa, donde las doncellas decían que asustaban y sólo los patrones podían ir, el acceso para cualquier otro ser viviente estaba completamente prohibido.

Ashlyn ya había visto en varias ocasiones como su taciturno suegro y molesta suegra subían con constancia, aunque ninguno de los dos

durmiera en ese piso, parecía ser que se encontraban allá con constancia. Lo peor era la música que de la nada sonaba en tonadas lúgubres y llenas de tristeza, causando escalofríos a los sirvientes y claro a Ashlyn, quien sentía que el corazón se le paralizaba.

¿Qué habría allá arriba? ¿Sería que los señores Crowel iban a llorar su pérdida por Agatha? ¿Tendrían los retratos de Agatha allá arriba? ¿Sus pertenencias? Porque en los pisos inferiores no había nada, ni siquiera un indicio de que hubiese existido otro hijo además de Carson, lo cual era aún más extraño y escalofriante.

Tocó el barandal de las escaleras, queriendo tomar valor para subir y ver qué era lo que había allá arriba, pero entonces, un fuerte trueno la hizo dar un brinco y mirar a su alrededor. Detestaba las tormentas, aquel día…

cuando ella fue abusada por ese depravado, los cielos se habían cerrado y todo París sufrió de una fuerte lluvia, otra de las razones por las que nadie la había escuchado gritar de dolor.

Deseó que Carson estuviese con ella, quizá no dependía de un hombre, pero si amaba a uno; le hubiese gustado que fuera alguien más cariñoso, quizá más expresivo. Pero era un buen hombre, uno honorable, que la quería pese a su pasado espantoso, no cualquiera aceptaría la falta de castidad en su cama, pero Carson no era como todos, había sufrido como ella.

Quiso dar un paso para regresar a su habitación, pero nuevamente un trueno azotó la tranquilidad y un relámpago iluminó la casa de forma siniestra, revelando ante los ojos de Ashlyn una sombra oscura que estaba parada a escasos metros de ella, mirándola.

Por varios segundos Ashlyn miró la sombra aterrorizada, no era capaz de moverse y tampoco podía darle una explicación lógica a lo que veía. Saltó cuando otro trueno azotó la tierra como un látigo hambriento de terror, momento en el cual la sombra dio un paso hacia ella, logrando que Ashlyn gritara de terror y saliera corriendo en dirección a la recámara de su marido.

Regresó la mirada mientras corría, dándose cuenta que ya no había nadie, la vela en sus manos se había apagado y estaba a oscuras, en esos momentos sí que agradecía que los relámpagos iluminaran las habitaciones, corrió y tomó un hermoso florero de cristal y trató de ver a través de la oscuridad.

— No lo mereces.

—¿Quién está ahí? —se giró con rapidez hacia donde escuchó la voz —.

No le tengo miedo, ¡Salga!

Otro trueno la hizo saltar en su lugar.

— *Lárgate, ¡Lárgate!*

—¿¡Quién está ahí!?

—Ashlyn… —ella se volvió con rapidez y estuvo a punto de romper el florero contra el hombre que se había parado justo detrás de ella—. ¿Qué demonios, Ashlyn? ¿Qué haces?

La luz de la vela que traía su marido le iluminaba la cara, dándole una paz inmediata, era con el único que Ashlyn bajaría sus defensas. Estaba a salvo, la defendería, no permitiría que le hicieran daño.

—Carson… —susurró y tiró el jarrón, produciendo un estruendoso sonido y se lanzó a sus brazos, enterrando la cabeza en su hombro.

—Maldición Ashlyn, la vela —se apuró a verificar que se hubiese apagado y abrazó a su mujer—. ¿Qué sucede? ¿Qué tienes?

—¡Hay alguien aquí! ¡Me quiere fuera!

—Tranquila, ¿qué haces afuera? Te buscaba —la apretó—. Lo siento, me quedé dormido, ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. —Se limpió las lágrimas—. Escuché una voz, alguien… Carson, ¿alguien tiene acceso a la casa a estas horas?

—Todos, los empleados duermen unos pisos abajo —le tomó la cara con una mano—. ¿Qué escuchaste?

—Alguien dijo que… —Ashlyn soltó lágrimas silenciosas—. Dijo que no te merecía y que me largara.

—¿Qué?

—Te lo juro Carson, lo escuché.

—Ashlyn… —suspiró—. ¿No me habías platicado que no te gustan las tormentas porque llovía cuando pasó el incidente?

—Sí —dijo sin entender.

—Creo que te trajo malos recuerdos.

—Pero… —más lágrimas cayeron de sus ojos—. Lo escuché, créeme, tienes que creerme.

—Te creo —se acercó a ella y pasó su pulgar por los labios de su esposa

—. Te creo, no lo dudes. Sólo… estás asustada y puede ser que tu cabeza haya jugado contigo.

—No me crees. —Lloró más.

—Por favor Ashlyn, no llores. —Suplicó, tratado de retener las lágrimas que ella derramaba.

—Carson, me dijeron que me fuera, que no te merecía… vi una sombra, la vi. No es por el susto, la vi.

—Eres mía —colocó su frente en la de ella—. Y soy tuyo. Nadie puede decir si me mereces o no.

—Pero ¿y si la sombra es de alguien que quiere hacerme daño? ¿Y si saben de mi pasado?

—No lo he dicho a nadie Ashlyn, nadie puede saberlo y jamás permitiré que alguien te haga daño, nunca.

—No estás conmigo todo el tiempo, no podrías saberlo si acaso…

—Sé que he estado ausente estos días, pero tengo más tiempo, lo hice para lograr desocuparme, te lo prometo, no me iré más, regresaré a tiempo para cuando tengas que irte a dormir, no tienes por qué temer más.

Ella dejó caer nuevas lágrimas y se abrazó con más fuerza a él.

—Hay algo raro aquí —sollozó—. ¿Qué hay en el tercer piso? ¿Qué es lo que me ocultan allá?

—Muy bien señora. —La tomó en brazos—. Vamos a la cama, estás demasiado alterada.

Ashlyn se dejó llevar por su marido, mirando a los alrededores con miedo. Quizá lo que le había dicho Carson tuviera algo de realidad, las tormentas despertaban terrores guardados en su corazón, pero aquello que escuchó había sido tan nítido que no podía contarse el

cuento de que lo había imaginado, tampoco creía que se podía engañar a los ojos. Alguien tenía conocimiento de lo ocurrido en París y la única otra persona que lo sabía y estaba cerca, era Seth Humbel.

Carson la recostó sobre su pecho y la abrazó hasta que cayó profundamente dormida, quería que se sintiera segura, pero con sus constantes ausencias, la estaba dejando a merced de sus padres, quienes seguro no le estaban dando la más cordial bienvenida.

Era una buena broma que justo cuando llegaban ahí, se le presentasen tantos problemas en el banco y varios negocios.

Sin mencionar que Ashlyn había notado lo del tercer piso. Cerró los ojos. No podría ocultárselo por siempre, debía decirle la verdad de una vez por todas… ¿Qué sería lo que ella vio esa noche? Mencionó una sombra y que le hablaban para correrla. No lo creía posible, pero ella estaba tan segura, que no cabía a discusión.

Tendría que hablar con sus padres.

Capítulo 34

Carson despertó temprano esa mañana, tan temprano como lo hacía siempre, era normal que su esposa estuviera igualmente despierta o apunto de hacerlo, pero dudaba que ese día fuera a seguirlo en su rutina matutina, había tenido una noche terrible y lo que debía hacer era descansar y él quedarse a su lado.

Así que trató de volverse hacia ella, quien estaba pegada a su espalda, parecía querer enterrar su nariz en él, no lo soltaba por ninguna razón.

Seguro que había despertado más veces en la noche y no se atrevió a decírselo.

Suspiró.

—Ashlyn —susurró, tocando el brazo con el que lo abrazaba y lo mantenía en su lugar—. Ash, despierta.

—Por favor, quédate un rato más —suplicó.

—Me quedaré, mi amor, pero necesito respirar.

—¿Mmm…?

—Respirar —se rio—. Vamos, no me iré.

Ella lo soltó y se volvió, dándole la espalda, debía estar en verdad muy dormida, apenas y habría entendido algo de la conversación. Pero al menos lo había soltado y ya era capaz de abrazarla, depositando suaves besos en sus hombros y cuello, notando como se erizaba la piel de la zona y se acercaba a él.

Pasó todavía un buen rato hasta que ella hizo movimientos de despertar, al igual que suaves suspiros que la iban alejando del sueño.

—¿Carson? —ella se volvió un poco, con ojos cerrados y una sonrisa dulce en sus labios—. ¿Sigues aquí, mi amor?

—Hola —le besó la mejilla—. Jamás me habías llamado así.

—¿De qué hablas?

—Justo ahora, me llamaste *amor*.

—Oh —se sonrojó—. Supongo qué si me despierto de buenas y estás cerca, podría decirte así.

—Debiste decirme eso antes —sonrió, recostándola boca arriba para alcanzar sus labios.

—Debiste quedarte más veces para comprobarlo.

—No eres justa —le besó la nariz—. Sabes que me gustaría.

Ella sonrió de lado y acarició su mejilla.

—Lo sé, pero a veces te extraño.

—¿Sólo a veces?

—Sí, no eres tan importante como para que te extrañe siempre.

—Entonces debo hacer algo para que así sea.

Ella soltó una carcajada cuando él comenzó a besarla por doquier, subiendo el camisón y sacándoselo de un momento a otro. Ashlyn se rio y trató de huir, pero Carson la atrapó con facilidad, jalándola hacia él y le besó la cara, los hombros, brazos y pechos.

—¡Me rindo, ya! —gritó ella en una carcajada—. ¡Basta!

—Sshh, despertarás a toda la casa.

—Es tú culpa —Ashlyn le susurró, jalándolo para besarlo con detenimiento que le sacó un suspiro a su marido—. Carson, ¿Qué tanto tiempo tienes?

—¿Para lo que estás pensando? —sus ojos se llenaron de un brillo que Ashlyn conocía muy bien—. Todo el que quieras.

—Ah, de haberlo sabido antes, te habría mantenido en casa mucho tiempo —sonrió y elevó las cejas.

—Ven aquí —se acercó y la besó.

Ashlyn sentía que se derretiría de un momento a otro bajo los brazos de su marido, aquella noche horrible no era más que un vago recuerdo de otro pasado que ella se esforzaría por reprimir. En ese momento, lo único que le interesaba y en lo que se concentraría sería en las manos, las caricias y los movimientos de su esposo.

Sentirlo moverse sobre ella, escucharlo pronunciar palabras sin sentido, ver sus expresiones cambiantes y llenas de desenfreno, sus manos que se movían por todo su cuerpo, tocando sus heridas, tocando su alma y su goce, todo él era perfecto, todo lo que hacía demostraba maestría y autoridad.

Todo en él le gustaba, así que buscaba demostrárselo de las formas que se le ocurrían, ya fuese mordiéndolo un poco, besando su cuerpo, o diciéndole que lo amaba, había notado que, cuando ella pronunciaba esas palabras, algo en Carson se relajaba, era más dulce, más cálido y se llenaba de nuevas energías para seguirla complaciendo, era su forma de corresponderle.

—¿Qué es lo que está sucediendo? ¿Por qué has estado tan ocupado en estos días?

Ella se había vuelto a colocar el camisón y regresaba a la cama para acomodarse con él por otro buen rato. Carson se acercó y acomodó su cabeza sobre el pecho de su esposa, concentrándose en su tranquilo respirar y el latido constante de su corazón.

—Problemas, discusiones con socios, embargues. De todo un poco —

suspiró—. Son días malos.

—¿Embargues? —ella le acariciaba el cabello—. No me digas… para

personas de pocos recursos.

—Es una lástima, llegan en momentos de desesperación para pedir ayuda a los bancos y sale contraproducente. Normalmente los intereses los devoran.

—No pensé que te importara —se agachó para mirarlo.

Carson dejó salir un suspiro, se abrazó con más fuerza del pequeño cuerpo y besó el pecho en el que estaba recostado.

—Quizá me estás ablandando.

—Sería una victoria para mí —asintió contenta—. ¿Qué puedes hacer para ayudar?

—Nada, me temo —negó—, son sumas millonarias, incluso si yo absolviera algunas deudas sería injusticia para los demás, no se salvarían con ello, aunque podría…

—¿Qué tal si les das la forma de sobrevivir para que paguen?

—Exacto —se levantó y la miró—. Eso es, no puedo condonar la deuda, pero sí que puedo ayudar para que la paguen.

—Carson, eso sería maravilloso —le tomó la cara y asintió—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—No creo que sea buena idea —Ashlyn quitó la sonrisa de sus labios —.

No me hagas esa cara Ash, escucha.

—No quieres que te ayude —reprochó con la mirada—. ¿Por qué me dejas fuera de todo siempre?

La joven iba a ponerse en pie, pero Carson la logró atrapar, abrazándola por la cintura y sentándola entre sus piernas, presionando su espalda contra su pecho.

—Escúchame.

—¿Qué quieres que escuche? —le dijo molesta—. ¡Suéltame!

—No te puedo llevar conmigo porque creo que podrías estar embarazada de nuestro primer hijo.

Ashlyn dejó de moverse y pestañeó impresionada.

—¿Cómo?

—Sí —aligeró el agarre—. Podría ser… te noto distinta.

—¿Distinta cómo?

—En tu humor, tienes más sueño y mucha más hambre.

—Pero… no, no tengo señales.

—Cariño, en serio lo creo, es una posibilidad grande.

—Es que… —se volvió hacia él—. ¿Tú crees?

—Habrá que esperar, ¿hace cuanto no tienes tus ciclos?

—Bueno, siempre he sido muy sensible, me atraso o me adelanto todo el tiempo.

—Eres irregular.

—Sí, bastante desde que… bueno, desde eso.

—Impresiones fuertes —le besó la mejilla—. ¿Podrás perdonar que no te lleve conmigo?

—No —se volvió un poco—. Carson, tu mamá no me quiere aquí y tu padre es distante. No creo que les agrade.

—Cariño, nos iremos de aquí en cuanto los caminos se descongelen, eso te lo prometo.

—¿De verdad?

Carson la soltó y dejó que se arrodillara frente a él con una mirada suplicante y una leve sonrisa.

—Sí, sabía que no era buena idea venir —se restregó los ojos—. Aunque debo admitir que fue bueno que pusiera atención en este lugar, estaban haciendo lo que se les venía en gana.

—¿Ves? No todo ha sido malo.

—No quieras cantar victoria.

—Jamás —se mordió los labios—. Sé que ha sido culpa mía.

—Lo hiciste por una buena razón, estabas preocupada.

—Tus padres… no creo que estén muy bien —frunció los labios y se lamentó—. Creo que no lo han podido superar.

—No, jamás lo harán, era su hija, su única hija.

—Pero tú eres su hijo.

—Eso no importa —se inclinó de hombros—. En cierta forma los entiendo, creo que el dolor de perder un hijo ha de ser insoportable, más que perder a una hermana.

—Pero tú viviste todo eso solo, cargaste con el peso de su muerte por mucho tiempo —. Ella estiró su mano y le tomó la barbilla—. Si no me equivoco, lo sigues cargando.

Carson tomó la mano que ella descansaba en su mejilla y depositó un beso en su palma, mirándola intensamente.

—Eres lo mejor que me ha pasado, no creo merecerte.

—Es verdad —subió las cejas—. Soy demasiado buena para ti.

—Ni que lo digas.

—¡Ashlyn! —se escuchó la voz dura de la señora Crowel—. Hora de levantarse, mi hijo se ha marchado ya y tú no puedes despertar, ¡Pero qué niña!

La pelirroja volvió una mirada divertida hacia su marido, quién rodó los ojos ante la voz de su madre y se dejó caer en las almohadas.

—¡Bajaré en seguida, señora Crowel!

—¡Elein, niña, Elein! —le gritó de regreso y se marchó.

Ashlyn se volvió hacia su marido con una simpática expresión.

—Como me hubiera gustado abrir la puerta y que te viera desnudo en mi cama —elevó una ceja—, seguro se atraganta.

—¿Te has convertido en asesina de un día para otro?

—Sólo sería un buen susto.

—Graciosa, ve a cambiarte.

Ella dio dos pasos fuera de la cama, para después volver y mirar a su marido mientras se colocaba las ropas que se había sacado ayer por la noche al llegar a la habitación que le perteneciese a ella.

Ashlyn mordió sus labios y lo miró.

—¿Por qué no tenemos la misma habitación?

—¿Mmm…? —la pelirroja rodó los ojos al comprender que no le había puesto atención, era muy típico en él por las mañanas.

—Dije, ¿Qué por qué no tenemos la misma habitación?

Carson se volvió hacia ella.

—¿Es lo que quieres?

—¿Es que tú no?

—No tengo problemas en compartir contigo habitación —dijo tranquilo y, en apariencia, sincero—. Pensé que con todo lo ocurrido en tu pasado, te sería más cómodo no tener a un hombre rondándote siempre y a todo momento.

—No eres cualquier hombre, eres aquel que me da seguridad.

Ashlyn vio como las comisuras de Carson se elevaban levemente del lado derecho de su mejilla y la miraba con ojos cautivadores.

—¿Te doy seguridad?

—Sí —dijo en un susurro—. Te necesito Carson. Más de lo que me gustaría admitir.

—¿Desde cuando has pensado en esto?

—Creo que desde el primer día que no fuiste a dormir conmigo.

—¿Y esperaste hasta ahora para decírmelo?

—Puedes ser bastante intimidante.

—Al menos esperaba que tú no sintieras eso.

—¿En verdad? Y yo que pensaba que te parecía divertido verme como un conejo asustado.

—Nada más alejado de la realidad —se puso en pie después de ponerse las botas y la acercó lentamente—. Bien, entonces, la misma habitación.

¿Qué dices? Te mudas tú o me mudo yo.

—Eso ya no me importa —ella se le echó encima y lo besó—. ¡Esto me hace tan feliz!

Carson sonrió y recibió los besos desesperados que su esposa regaba por todo su rostro, era muy sencillo hacerla feliz.

Ashlyn se cambió presurosa y con una sonrisa en sus labios, corriendo a la otra habitación para ver como Seth Humbel le entregaba papeles y pasaba reportes urgentes. Carson parecía meditabundo y no había notado la nueva presencia en la habitación.

—Supongo que he de ir —suspiró Carson.

—Creo que sería lo indicado —asintió Seth, mirando hacia donde se encontraba la figura resplandeciente de Ashlyn—. Creo que tienes problemas, amigo.

Carso levantó entonces la mirada y suspiró al ver a su esposa, quien ya había quitado la sonrisa y se mostraba decaída.

—Dos horas. —Pidió Carson—. Sólo dos horas.

—Se convertirán en cinco, ¿o no? —dijo con tristeza.

—Ashlyn…

—Lo entiendo —meneó la cabeza y miró al señor Humbel—. Sólo no me gustaría quedarme sola en esta ocasión.

Carson siguió la mirada de su esposa y elevó una ceja.

—¿Humbel? ¿Quieres a Humbel?

—¿Es que lo necesitas?

Carson aprontó su quijada.

—No.

—Entonces… me gustaría que se quedara conmigo.

Para Ashlyn, era prioritario poder hablar con Seth a solas.

—Ashlyn, no creo que sea prudente que se queden solos, mis padres lo verán con malos ojos y admito que yo también.

—Mi amor, somos amigos, el señor Humbel y yo apenas nos toleramos la mayor parte del tiempo, sólo quisiera tener con quien hablar —se inclinó de hombros.

—No. —Carson cerró los ojos y miró incriminatorio hacia su amigo—.

De ninguna manera.

—¡Eh! —levantó las manos el señor Humbel—. Yo no tengo nada que ver con esto.

—Está bien —Ashlyn rodó los ojos—. Ya veré qué hacer.

Carson asintió más conforme y fue a besarle los labios antes de salir de la recámara, tomando a Seth de una forma poco amistosa para que lo siguiera hacia la salida.

—¡Adiós preciosa! —dijo divertido el señor Humbel—. ¡Me llevo a tu celoso marido!

Ashlyn dejó salir una ligera carcajada y meditó sobre las palabras del señor Humbel, ¿en serio Carson podía estar celoso? ¡Lo creía imposible! De hecho, si era necesario hablar de Seth Humbel, lo creía más un amigo que otra cosa, era divertido y la hacía reír sobre manera.

— *Ashlyn…*

La joven se volvió de pronto ante aquel susurro, pensando que alguien le estaba tomando el pelo, ¿por qué escuchaba eso cuando Carson no estaba?

Cuando no había nadie para que le dijera que su salud mental seguía intacta.

Los ojos azules de la mujer recorrieron el lugar, enfrentándose de pronto a una fuerte ráfaga de aire que entró por una ventana abierta que le levantó el vestido hasta enseñar sus rodillas.

— *Ashlyn…*

—¿Quién es? —dijo asustada, mirando de un lado a otro.

La joven no lo pensó y salió corriendo hacia el pasillo, sintiendo como si alguien viniese tras de ella, era una sensación conocida, puesto que eso había pasado cuando la violaron, intentó correr, pero eso no le sirvió de nada contra la fuerza de ese hombre.

—¿Ashlyn? —la pelirroja gritó y se volvió con prisas hacia Elein.

—Lo siento —se tocó el pecho y sonrió—. No la escuché, Elein.

—Me doy cuenta —asintió—. ¿Quieres tomar un poco de té? El señor Crowel nos espera en el despacho.

Ashlyn, más movida por la curiosidad que por las ganas de acompañar a esas personas, asintió entusiasmada y siguió a la garbosa mujer por los largos y silenciosos pasillos de paredes altas y llenas de retratos de la familia.

Estaba pensando en actuar lo más recatada y adecuadamente posible, cuando de pronto tropezó y cayó al suelo sin miramientos, haciendo un gran estruendo y siendo ayudada por una de las doncellas que pasaba por el lugar.

—¿Se encuentra bien señora Crowel?

—Sí, sí —la pelirroja movió el vestido para ver con lo que había tropezado y le sorprendió encontrar una pila de libros.

—Lo lamento querida, con el tiempo te acostumbrarás a saber los lugares que debes evitar —le dijo la madre, siguiendo con su camino.

—Espero que no —susurró Ashlyn, cubriendo de nuevo sus tobillos y levantándose con ayuda de la doncella.

Ashlyn tuvo que correr para alcanzar a la señora Crowel y cuando lo hizo, hubiese querido dar macha atrás, pero era demasiado tarde, se había metido a la habitación del padre de su marido y él, a su vez, la había visto ahí, con ojos llenos de una ilusión que Ashlyn no logró entender hasta que el hombre la abrazó y le besó la mejilla con ternura y hasta lágrimas.

—Mi Agatha, mi niña ha vuelto.

—¿Disculpe?

—No, no Finn —lo separó Elein—. Esta no es tu hija, es la esposa de Carson, ¿recuerdas? Ya la has visto, están de visita.

—¿Esposa? —frunció el ceño el hombre y enfocó bien a una perturbada Ashlyn—. Ah… ya veo, sí. Es diferente, mi Agatha no tenía el cabello rojo como ella.

—Ashlyn, señor —dijo la joven con poco entusiasmo—. Un placer conocerlo al fin.

—¿Llevas mucho tiempo aquí, querida?

—Algunas semanas —asintió la joven.

—Y nuestro hijo ya te abandonó —dejó salir una risita—. ¿Es que vino hasta aquí sólo para dejarnos la carga?

—¡Finn! —regañó su esposa.

—No, señor —Ashlyn lo miró con dureza—. Fui yo quien lo convenció de venir.

—¡Ah! Otra oportunista, ¿querías ver qué tan cuantiosa es la riqueza de los Crowel?

—No hubo ningún interés económico en mi matrimonio, señor.

—Claro —ironizó—. Se nota que escatimó en gastos con el anillo que rodea tu dedo en estos momentos.

Ashlyn apartó la mano de la vista del viejo y se mostró enojada.

—Fue decisión de él comprarme algo así, no se lo pedí.

—Por supuesto que no —sonrió de lado y siguió con su marcada ironía

—: pero mira que buscar una belleza exótica de cabello colorado ha sido una muy buena decisión. Siempre pensé que a Carson le gustaban las cosas que parecían más finas, como su hermana.

—Creo, señor, que yo me preocuparía si a Carson le gustaran las mujeres justo como su hermana.

—¿Cómo te atreves? —se adelantó Elein.

—Está bien, querida, deja que se desahogue.

—No tengo nada más que decir sobre eso —aseveró la joven—. Pero parece que se han quedado estancados en el pasado, olvidándose que

su hijo sigue con vida, creciendo, sintiendo y odiándolos. Olvidar a Carson no es la forma de guardar el recuerdo de otra persona.

—¡Eres una habladora y una cualquiera! —gritó la madre—. ¡No sabes lo que dices!

—Creo que va siendo hora de que reaccionen y se den cuenta que están perdiendo a Carson también y… y yo no debí insistir en venir ¡En verdad que son unas terribles personas!

Ashlyn respiraba con dificultad al haber dicho todo aquello de forma estrepitosa, no era dada a soportar insultos y no los recibiría de un hombre que parecía carcomido por el dolor al punto de dejarlo completamente loco.

—Tienes el carácter fuerte —sonrió el hombre.

—¿Qué? —Ashlyn frunció el ceño.

—Sabía que mi hijo no podía haber escogido a una blandengue, eres fuerte y determinada, tienes mucha emoción en tus ojos.

—Finn, por favor.

—Calla Elein, estoy hablando con ella.

—Pero… no entiendo yo… —Ashlyn frunció el ceño.

—Bueno, no estoy loco, así que no te preocupes.

—Jamás diría algo así.

—Pero lo pensaste.

Ella mordió su labio inferior y sonrió.

—Pero usted me lo provocó.

—Quería ver tu reacción —asintió—. Pareces querer mucho a mi hijo, te lo agradezco sobremanera.

—Entonces, ¿usted…?

—Sí, vivo consumido por el dolor de perder dos hijos.

—Sabe que Carson… no es feliz estando aquí, ¿Verdad?

—Por supuesto que lo sé, soy su padre.

—Finn, pensaba que por una vez en la vida estabas siendo racional —

negó Elein—. ¿Qué haces?

—Querida, ¿por qué no vas a pedir el té? Tengo algunas cosas qué discutir con la dama. —La señora Crowel se mostró ofendida, pero salió del despacho con un aire despreocupado y gallardo—. Debes disculpar a mi esposa, no es una mala mujer, pero el dolor la hace actuar de formas que pueden herir.

—No se preocupe.

—Vamos, siéntate —señaló una pequeña sala—. Tenemos mucho de lo qué conversar.

La joven tomó asiento y miró con detenimiento al hombre que sonreía amistosamente, pero algo la hacía estar atenta y manejarse con tiento ante él. No sabía que era, pero no le daba confianza, quizá fuera por la forma en la que fue recibida o porque le daba una mala espina, pero no se fiaba de él.

Sin embargo y temiendo tener que comerse sus palabras prejuiciosas, había pasado una agradable tarde con el señor Crowel, sus conversaciones pasaron de la cotidianidad a lo interesante, logrando que Ashlyn se sintiera contenta y distraída por primera vez en días. Incluso le había pedido que tocara una melodía en el piano y la joven pelirroja los deleitó con una tonada alegre… muy diferente a la que se escuchaba cuando sus suegros estaban en el último piso.

Ashlyn había esperado todo el día la aparición de su esposo, pero este nunca llegó y tuvo que retirarse a sus cámaras presurosamente después de que la señora Elein lo aconsejara con un nerviosismo que ella no logró entender, era como si la quisieran esconder de algo o.… de alguien, porque incluso pidió que se asegurara de poner el pasador, para que nadie la molestara.

Ashlyn lo hizo, al menos, fingió hacerlo. Sólo hizo falta que su suegra se fuera del lugar para que ella saliera de la habitación y la siguiera, tomando una distancia prudencial para no ser vista por ella. Escuchó detrás de una cortina como los padres de su marido hablaban con presuroso proceder y después, se les unía la voz de otro hombre, uno que le heló la sangre a Ashlyn por lo perverso que sonaba, pero de la conversación no escuchaba ni un poco.

Lo último que fue capaz de ver, fueron las espaldas de las tres personas que subían las escaleras hacia el tercer piso de la casa, aquel lugar que estaba prohibido para todos y los sirvientes temían por estar aparentemente embrujado.

Capítulo 35

Lo decidió esa noche, esperaba que Carson no tardara mucho en regresar, porque necesitaría quien la salvara por lo que estaba a punto de hacer, seguro que sus suegros la querrían matar si es que se daban cuanta de que los seguiría hacia el tercer piso, el piso prohibido.

Ashlyn tomó sus faldas y las levantó para quitarse los zapatos y correr en medias hacia las escaleras, buscando no hacer ruidos mientras subía y miraba todo con extrañeza. El tercer piso era igual que el segundo, en donde la familia habitaba, pasillos, hermosos decorados, candiles y retratos, nada fuera de lo normal.

Las puertas de las habitaciones, sin embargo, estaban todas abiertas, a excepción de una al fondo del pasillo, las más grandes y llamativas de todas, supuso que serían las principales, así que se acercó y colocó un oído para escuchar del otro lado, notando que alguien gritaba y parecía retorcerse.

—¡Por favor, señor haga caso! —gritaba Elein—. ¿Es que no tiene corazón en el pecho? ¡Por favor!

Ashlyn sintió que su corazón latía desbocado y tomó el arma que había llevado como precaución, sobre todo al ver al hombre que ella no conocía en la habitación. Quizá había sido una estupidez, pero abrió la puerta con el arma en resiste, topándose de cara con las miradas asombradas de cuatro personas… sí, cuatro. Sus suegros, el hombre desconocido y… ella debía ser Agatha, más bien, era ella.

Ashlyn la miró con impresión, creyendo por un momento que se trataba de un fantasma, para después darse cuenta de que en realidad estaba viva, aunque se podía considerar que estaba casi muerta por la palidez de su rostro y la delgadez de su cuerpo.

—¿Qué…?

—¿Qué demonios haces aquí? —gritó el padre de su esposo—. ¡Como te has atrevido!

—No…, yo —Ashlyn dio pasos hacia atrás.

—¡Sal de aquí ahora! —gritó Elein, mirando hacia el hombre que tenía los brazos cruzados y miraba con el ceño fruncido hacia Ashlyn.

—¿Quién es ella? —preguntó tranquilo, permitiendo que Agatha se abrazara a su cuerpo con aprensión.

—No Dan, no te vayas, por favor quédate, haré lo que quieras —rogaba la joven que aprisionaba las piernas del hombre sin lograr captar en lo más mínimo su interés.

—Basta ya Agatha —pidió el caballero con tranquilidad—. Ponte de pie y vuelve a la cama.

—¡No! ¡No te vayas por favor! Quédate… quédate…

—Me quedaré Agatha, he regresado de mi viaje.

—¿En verdad? ¡Oh, mi dulce amor! ¡Gracias mi dulce amor!

Ashlyn frunció el ceño y decidió que lo mejor que podía hacer era salir corriendo lo más rápido posible de ahí, no entendía nada, no se estaba volviendo loca ¿Verdad? Agatha estaba ahí, parecía fuera de sus cabales, pero estaba viva, jamás murió y Carson siempre le mintió ¡Todos le habían mentido! ¿La tenían encerrada ahí siempre? ¿Era una prisionera en su propia casa? ¿Quién era ese hombre?

Ashlyn fue a su recámara y se encerró con seguro, incluso puso algunas cosas más contra la puerta para impedir la entrada. Cerró también la puerta que conectaba con la habitación de su marido y retrocedió lentamente hasta quedar en medio de la habitación, sintiéndose fuera de la realidad y dejándose caer en el suelo, llorando desesperada al estar viviendo en una casa donde tenían a alguien prisionera y en un estado lamentable.

¿Acaso la mantenían oculta por vergüenza? ¿Serían como esas familias que cuando uno de sus hijos tiene una deficiencia o un problema de salud mental o física los escondían para siempre? ¿Cómo si no existieran?

Levantó la cabeza cuando de pronto escuchó que alguien intentaba abrir la puerta de su habitación.

—¿Ashlyn? —Era Carson—. Ashlyn ¿qué sucede?

—¡Déjame!

—¿Qué ocurre? —Volvió a intentar abrir la puerta—. Ashlyn, déjame entrar, abre la puerta.

Ella se puso en pie, movió los muebles pertinentes y le abrió la puerta con el enojo marcado en su mirada y en todo su semblante.

—¡Eres un mentiroso! ¡Me mentiste todo el tiempo! —le gritó—. ¿Te burlabas de mí al decir que a tu hermana le pasó lo mismo? ¿Qué murió cuando la atacaron?

—Ashlyn…

—¡Está viva! ¡La vi! —siguió arremetiendo y empujándolo para que no se acercara a ella—. ¡Me mentiste! ¡Usaste mi recuerdo más doloroso para acercarte a mí!

—No es verdad. —Intentó tomarla por los brazos, pero ella lo empujó de nuevo, caminando para atrás.

—¡No! ¡Mentiroso!

—¡Basta! —la tomó por los hombros—. No te mentí, jamás te dije que estaba muerta y en cierta manera, creo que lo está.

—Dijiste que la habías perdido.

—Y así fue, si la has visto te darás cuenta que está perdida.

—No uses juegos de palabras conmigo.

—No lo hago, soy sincero, debí decirte que estaba aquí, pero no quería afectarte de nuevo, no quería revivir tu pasado cuando la vieras a ella — cerró los ojos—. Traté de protegerte.

Ashlyn negó mientras más lágrimas salían de sus ojos.

—Dime la verdad.

—Te la estoy diciendo —suspiró—. Mi hermana fue abusada al igual que tú y mis padres me echaron la culpa a mí porque no la cuidé, porque jamás me di cuenta cuando ella salió del hotel y le pasó… lo que le pasó…

el hombre que la rescató es ahora su marido, pero dudo mucho que la quiera, él… es obvio que quería el dinero de la herencia de mi

hermana, tuve que aceptar porque Agatha no quiere que nadie además de él se le acerque, parece que cuando él la salvó, no tengo idea, formó un lazo que no soy capaz de quebrar.

—¿Lo odias?

—Sí. —Aceptó—. Sé que se aprovechó de la situación, ahora es un hombre rico, casado con una mujer distinguida que casi no ve porque sus facultades mentales no son las mejores.

—¿Por qué Agatha lo quiere si dices que la maltrata de esa forma?

—A saber —dijo molesto—. Lo único que sé es que no quiere dejarlo, él viene de vez en cuando y ella brilla en felicidad, incluso parece retomar la cordura un poco. Pero cuando él se va… deja de comer, no habla, no se levanta de la cama.

—Sólo toca el piano.

Carson miró a su esposa.

—Sí, sólo eso.

—¿Y la dejaste a la deriva? ¿A tus padres?

—¿Qué más puedo hacer? Ellos me desprecian porque dejé a Agatha y ella misma me odia porque los escuchó toda la vida diciendo que era mi culpa. Mi propia hermana ni siquiera me puede ver a la cara sin gritar y llorar —dijo con dolor.

—Pero si no tuviste la culpa.

—Ellos no piensan eso.

—Lo siento tanto —Ashlyn frunció el ceño—. Pensé…

—Debí decírtelo, Humbel me lo dijo, pero tenía tanto miedo de lo que pudieras sentir… de perderte en la locura como la perdía a ella…

—No me perderás —Ashlyn se acercó y le tocó la mejilla—. Somos diferentes y tú… tú eres mi salvador.

Carson cerró los ojos y la aprisionó en sus brazos.

—Estás temblando.

—Sí —aceptó la joven—. Sentí que todo lo que creía de ti era una

mentira y me asusté.

—Nos iremos lo antes posible, sólo debemos esperar a que se despejen las calles de la nieve y te llevaré de regreso a casa.

Ashlyn sonrió y lo miró.

—No sabía que teníamos casa.

—Descubriremos donde es —dijo divertido—. Con que estemos juntos me será suficiente.

—Vamos a la cama —pidió ella—. Seguro que tus padres querrán matarme mañana por haber subido al tercer piso.

—Seguro que sí.

Carson la recostó sobre él, abrazándola tan fuerte que Ashlyn pujó un poco y se acomodó en su pecho, acariciándolo y llevándolo lentamente a un sueño profundo que ambos compartieron.

♚

—¿Qué demonios haces aquí?

—Vaya, vaya Seth, no pensé que estarías tan molesto en volver a verme,

¿te la pasaste bien en el tiempo en el que me evitaste?

—Me gustaría jamás volverte a ver en mi vida.

—Sin embargo, sigues pegado a las enaguas de Crowel —dijo con lástima—. Si en serio quisieras dejar de verme, dejarías de codearte con mi querido cuñado.

—Déjate de bromas Dan y lárgate de una vez.

—¿Y dejar a mi afectada esposa? —negó—. ¿No has visto lo contenta que se ha puesto esa loca al verme?

Seth apretó sus manos en puños y lo miró con odio.

—No mereces estar vivo.

—Quizá no, pero no puedes hacer nada para remediarlo sin perderlo todo. —Dan caminó alrededor de Seth Humbel, actuando cínico y

divertido —. Dime Seth, ¿Aún amas a mi querida Agatha? O ya has pasado tu corazón a alguien más.

—Imbécil.

—Ah… así que la esposa de Crowel llama tu atención. —Las cejas de Dan se curvearon hacia arriba—. Tal parece que te encantan las mujeres que hayan pasado por mi cama.

Seth tomó al hombre por las solapas de su traje y lo alzó ligeramente para amenazarlo no sólo con la agresión corporal, sino con sus ojos llenos de fuego.

—Si Crowel no te ha descubierto es por mí, me debes la vida —escupió Seth—. Te digo que te largues.

—No. —Le apartó las manos—. Ahora que he vuelto a ver a esa pelirrojita, mi mente trae muchos recuerdos placenteros. Sí tú la hubieras escuchado suplicar y gemir de dolor, no podrías resistirte tampoco a tus instintos.

—Aléjate de ella Dan, si haces alguna estupidez, Carson te matará.

—Debió hacerlo hace años —dejó salir una carcajada—. Pero claro, Humbel, como tú eras mi amigo en ese entonces te conté y no pudiste hacer nada, porque te presenté a Carson para que fueras lo que eres ahora, me la debías, tuviste que guardar el sucio secretito.

—No debí hacerlo, debí decirlo —dijo pesaroso.

—Eres tan culpable como yo, Seth y lo sabes.

—Sí —Seth cerró los ojos y apretó los puños—. Pero no permitiré que les hagas daño de nuevo.

—Mmm… ¿Qué harás para evitarlo?

—Lo que sea necesario.

—Qué miedo —sonrió—. ¿Sabes? Habrá que estar al pendiente de ahora en más. Mis instintos son incontrolables y la pequeña pelirroja los ha despertado… claro que por el momento tendré que conformarme con Agatha, que no está nada mal, pero me repudia un poco que me quiera tanto, jamás pensé que alguien podría amar así a la persona que abusó de ella. —echó la cabeza para atrás y se carcajeó un poco—. Claro que no lo sabe, ella en serio pensó que llegué en el

momento adecuado, justo para salvarla después de que ese malvado se marchara.

—Muérete de una vez Dan.

—No lo creo y si lo hago, he dejado todo listo para hundirte a mi lado

—se inclinó de hombros—. Estás arruinado y siempre lo estuviste.

Seth Humbel cerró los ojos y pasó sus manos por sus cabellos de forma desesperada mientras escuchaba a ese lunático alejarse del lugar, dejándolo solo con sus lamentos, con sus culpas y con sus inmensas ganas de morir.

Era la razón por la que sentía culpa con lo relacionado a Ashlyn, inmediatamente supo quien había abusado de ella, porque lo podía ver prácticamente todos los días. El idiota de Dan siempre dejaba una marca característica en sus victimas, las marcaba con su anillo en su brazo derecho. Era una forma primitiva en la cual Dan sentía que le pertenecían las personas a las que marcara.

El anillo que Crowel les daba a sus socios o clientes frecuentes era personalizado con la primera letra de la persona que lo portaba, además de un pequeño símbolo que se agregaba al escudo de armas como distintivo de la persona que lo portaba, haciendo el anillo único e inigualable, la marca de un depravado.

Capítulo 36

Ashlyn ahogó un grito y levantó la cabeza del pecho de su marido, dónde él la mantenía sujeta en un cálido abrazo. La joven miró de un lado a otro, acariciando a su esposo, sintiendo su calidez y el fuerte palpitar de su corazón. Por un momento trató de ver u oír algo, pero al no tener ningún cambio, volvió a recostarse y se abrazó al cuerpo fuerte, sintiendo como Carson intensificaba el agarre.

Cerró los ojos, pero en cuanto lo hizo, escuchó un fuerte grito que parecía desgarrar la garganta de la persona que lo lanzaba. Ashlyn levantó la cabeza al igual que lo hizo Carson.

—¿Qué demonios…?

—Carson, están atacando a alguien —dijo asustada, separándose de él y mirando hacia todos lados.

—Quédate aquí —se quitó las sábanas y salió de la cama.

—No, no —trató de frenarlo, pero él se zafó del agarre y salió de la habitación—. ¡Carson!

El hombre silenció a su esposa con una expresión de su rostro y frunció el ceño al escuchar otro gemido, por lo cual corrió hacia las escaleras y logró ver a una mujer enredada en una sábana que caminaba desorientada con dirección al exterior nevado.

—¡Espere!

La chica gritó y corrió con más prisas hacia el exterior de la casa, enfrentándose a un clima helado en una condición casi desnuda. Carson la siguió y logró atraparla, resintiendo un poco los golpes que ella le daba al intentar liberarse.

—Tranquila, no le haré daño, soy el dueño, no le haré daño.

—¡No! ¡No! —gritó la mujer—. ¡Suélteme! ¡Déjeme en paz!

—¿Qué te sucedió? —le dijo preocupado—. ¿Quién te lastimó?

—¡Ese hombre! —gritó desesperada—. ¡Él me lo hizo!

—¿Quién? —dijo exasperado, tratando de que entrara a la casa para que recuperara el calor.

—¡Ese hombre! ¡Lo hizo y me dejó aquí! —lloró la joven, cubriéndose con las mantas.

—Entiendo, lo entiendo —dijo Carson, manteniendo las manos en alto

—, vamos, deja que te lleve a la casa, estás congelándote.

—¡Regresará por mí!

—No dejaré que nadie te haga daño —le dijo con firmeza—. Confía en mí, vamos adentro.

La chica lo miró con ojos llorosos y asintió sin saber qué más hacer, no le permitió que la tocara, pero lo siguió de cerca, como si fuera la única salvación que tendría. Carson la introdujo en uno de los salones inferiores y pidió que prendieran un fuego y trajeran comida y algo caliente para la espantada muchacha. Momento en el que llegó Ashlyn, cubriendo sus labios con una mano al ver el estado de la mujer que no dejaba de temblar.

Ashlyn miró a todos los presentes, los cuales incluían a su marido, sus suegros, el señor Humbel y claro, la victima, a la cual ella no dudó en acercarse.

—¿Qué te sucedió? ¿Te encuentras bien? —la pelirroja se agachó e intentó tocarle la mejilla morada a la joven.

—Ashlyn… —intentó su marido.

—¡No me toqué! —gritó la mujer y no reparó en abofetear a Ashlyn, quien resintió el golpe—. ¡No se atreva a tocarme!

—¿Qué demonios? —gritó Carson, adelantándose unos pasos.

Los demás también habían acudido en ayuda de la mujer, pero igualmente frenaron sus pasos al notar que Ashlyn levantaba una mano, pidiendo que todos se detuvieran.

—Está bien —los miró ella—. No debí hacerlo, está bien.

—Ashlyn, ven aquí, ahora —Carson la levantó del suelo y la sacó de la habitación—. ¿Estás bien? ¿Te hizo daño?

—Es sólo un golpe, estoy bien, está asustada.

—No quiero que vuelva a suceder —la miró en advertencia—. ¿Qué no te dije que te quedaras en la habitación?

—Lo vi desde la ventana, pensé que ella no querría a otro hombre cerca dadas las circunstancias —bajó la mirada—. Pensé que podría hablar con ella.

—Ya ves que es igual con hombres y mujeres.

—Sí, lo veo ahora —rodó los ojos.

—¿No habíamos quedado que tendrías cuidado a partir de ahora? —le recordó, pasando su mano por el vientre de su esposa.

—Lo sé —colocó una mano sobre la de él—, pero no te hagas tantas ilusiones, ¿Qué tal si es una falsa alarma?

—No lo es, estoy seguro que estás esperando.

Ella negó con una sonrisa y aceptó el beso que su marido le dio.

—Carson —se abrió la puerta de pronto, interrumpiendo la caricia

entre la pareja—. Ella se rehúsa a estarse quieta si no estás a su lado, no sé qué le pasa.

—Confía en ti —susurró Ashlyn—. La salvaste y confía en ti.

—Bien, iré con ella, la convenceré de lavarse.

—Te ayudaré con eso.

—Ash…

—Sé que no quieres que me involucre, pero aún si estuviese embarazada, no me deja incapacitada de ayudar a una pobre chica que sufrió lo mismo que yo.

Carson cerró los ojos y suspiró.

—Está bien —la miró—. Pero no te alejarás de mí.

—Ni un segundo —dijo alegre de que le permitiera hacer.

Ambos regresaron a la habitación, viendo como esa mujer entraba en un estado de nerviosismo total y, al momento de ver a Carson, ella corrió hasta él y se desplomó a sus pies.

—No me deje, por favor, no me dejé.

—Tranquila, no lo hará —dijo Ashlyn con una voz dulce—. Yo soy Ashlyn y él es mi marido, Carson.

—Carson… —asintió—. Sí, quiero estar con Carson.

—Él estará presente, pero tienes que dejar que te ayude.

La perturbada mujer miró desesperada hacia el hombre que permanecía junto a la pelirroja, así que asintió y se puso de pie, tomando las manos de la bonita mujer que parecía el ser más amable con el que se hubiese topado.

—Martha… —susurró—. Soy Martha.

—Bien Martha —la abrazó Ashlyn—. Te llevaré a darte un baño, ¿Estás bien con eso?

—Sí, sí —asintió un par de veces—. ¿Estará Carson ahí?

—No creo que sea adecuado —dijo Ashlyn—, pero puede estar del

otro lado, en la recámara.

—Bien, sí, vamos —asintió con nerviosismo—. Vamos, vamos.

Carson suspiró con fuerza y caminó detrás de las dos mujeres, pero fue detenido momentáneamente por la mano de Seth, quien lo miraba con una faz poco amistosa.

—Esto no es bueno para ella.

—Lo sé, pero no lo permitiría de otra manera.

—Impídelo, Carson ¿no viste como la golpeó?

—Por favor Seth, sé cuidar de lo que es mío.

—Carson, no se trata de eso —lo detuvo nuevamente—. Me preocupo por ella, ha estado demasiado nerviosa.

—Lo sé, Seth —le dijo enojado—. Sé lo que le sucede, duermo con ella, despierto con ella, me cuenta sus miedos.

—No te pongas celoso.

Carson se acercó y lo tomó de la camisa, amenazándolo.

—¡Carson, por favor! —se alteró Elein.

—Deja de meterte conmigo, Seth —lo advirtió.

Carson salió de prisa y siguió a su esposa hasta la habitación que ambos compartían. Encontrándola afuera de la recámara, inclinada sobre si misma, temblando y llorando desesperada.

—Mi amor, ¿qué ocurre? ¿Qué pasa? —se inclinó a su lado.

—La marca… ella tiene la marca, Carson.

—Cálmate cariño, cálmate.

—No, Carson, tiene la marca, la dejó aquí para que yo sepa que viene por mí —le tomó los brazos—. Viene por mí, Carson.

—Nadie te llevará, mi amor —la abrazó— y si viniera, no dejaría que se acercaran a ti.

—¿Hijo? —se acercó Elein—. ¿Qué ocurre?

—Tengo que llevarla lejos de aquí.

—Me encargaré de la chica.

—¿Qué es lo que le ocurre a Ashlyn? —se acercó el padre.

—No lo sé —Carson la puso en pie y la abrazó—. Háganse cargo de la chica, por favor.

—¿Cómo? —se quejó la madre—. Esa chica no deja que nadie a excepción de ti y tu esposa se acerquen.

—¡Demonios! —lo miró—. Por favor, ayúdame en esto.

La mujer mayor asintió hacia su hijo y entró a la recámara, se escuchaba una apacible calma a pesar del cambio de persona que interactuaba con la chica asustadiza, parecía ser que Martha aceptaba bastante bien a la señora Crowel.

Carson introdujo a Ashlyn en una recámara diferente, ella se separó de su marido inmediatamente y caminó por la habitación, soltando lágrimas sin producir sonido alguno. Estaba asustada y parecía no encontrar su lugar.

—Por favor Ashlyn —Carson se acercó a su esposa y la tomó de los hombros—. Dime lo que está pasando.

—Carson —se aferró a su camisa—. Entiende, por favor, tiene su marca, vendrá por mí.

—Si no me explicas, no voy a entenderte.

—¡Mira! —ella levantó su brazo y mostró a su marido lo que parecía ser una quemadura.

—¿Qué tiene eso?

—La marca de un anillo, su anillo —le dijo—, lo quemó en mi piel como si estuvieran sellando una carta, ella lo tiene también.

Carson se acercó a la pequeña marca que estaba situada justo en el hombro derecho de su esposa. La había visto antes, pero por alguna razón, pensó que había sido algo que Ashlyn podría hacer junto con sus primas, era obvio que el grabado era de un anillo, seguramente uno de oro.

—Todo estará bien —la abrazó—. Estoy contigo, mi amor.

—No quiero ser vista débil ante esto… pero recordarlo —negó y ocultó su rostro—. No puedo parar de llorar, todo vuelve a mi cabeza.

—Nadie diría que eres débil, tuviste que soportar todo esto tú sola, pero ya no tienes por qué hacerlo —le besó la cabeza—. Esa niña se irá mañana mismo si no te sientes cómoda con ella aquí.

—¡No! —se aferró a su camisa, pero no levantó su rostro—. No. No podría hacerle algo así, nos necesita.

—Entonces, ¿Qué quieres que haga?

—Quiero —levantó la cara y lo miró—. Quiero que me hagas el amor, Carson, ahora.

—¿Ahora? —negó—. Estás conmocionada, aterrorizada y…

—Justo ahora están viniendo a mi mente todos esos momentos dolorosos, todo aquello que me hizo sentir menos que nada —le tomó la cara—. Pero tú no crees que yo sea nada, ¿o sí?

—Eres todo para mí.

—Entonces… hazlo, por favor, quiero estar con alguien del que esté segura que se preocupa por mí.

—Ashlyn… —cerró los ojos y colocó su frente sobre la de ella, tomando una profunda respiración—. ¿Estás segura que es lo que necesitas en estos momentos? ¿No quieres hablar?

—No tengo nada que decir —ella movió su cara, rosando la piel de Carson con su nariz, buscando sus labios—. Por favor, no me hagas suplicar por ello.

—Jamás lo haría.

Carson la tomó de la cintura y la hizo dar un brinco para que enredara sus extremidades en él. La besó, lo hizo con tanta intensidad que sacó un suspiro profundo de la garganta de su esposa, quién lo rodeaba con fuerza mientras trataba de abrir la bata que su marido se había puesto sobre su cuerpo al momento de salir de la habitación a mitad de la noche.

Las ropas cayeron de sus cuerpos y se recostaron en la cama que no era la suya, pero funcionaba para lo que estaban planeando hacer. Era ella quien se mostraba más entusiasmada, lo buscaba con

desesperación, lo abrazaba o le indicaba lo que necesitaba que hiciese para hacerla sentir querida; eran más que nada peticiones sobre besarla, abrazarla o simplemente mirarla.

—Aquí hace más frío —sonrió Ashlyn, abrazándose al cuerpo que se cernía sobre ella.

—Ni siquiera lo siento en estos momentos —la besó de nuevo.

Ella se arqueó contra él y sonrió cuando la besó profundamente al mismo tiempo que provocaba que todo en ellos estuviera unido. El corazón de Ashlyn latía a todas prisas y sus labios permanecían separados cada vez que él no se preocupaba en besarlos. En cambio, la miraba, ella sabía que Carson estaría grabando en su cabeza cada expresión que saliera de su rostro, los ojos grises de su esposo eran tan cálidos cuando se encontraba con ella, tan profundamente unido a ella que les era imposible comprender que había más gente a su alrededor, puesto que cuando estaban de esa forma, sólo eran ellos dos y lo que sentían por el otro.

—Carson —gimió despacio—. Di que me amas… dilo.

—Te amo —besó sus labios—. Te amo, Ashlyn.

Ella entonces cerró los ojos y lo abrazó con fuerza, sintiendo las fuertes oleadas de placer recorrer su cuerpo entero al mismo tiempo que sentía los labios de su marido presionando los de ella en repetidos y suaves besos que también vagaban por su rostro y su cuello, incluso hasta el inicio de sus pechos.

Pasó un buen rato en el cual Carson se dedicó a besarla y acariciarla, para después girar lejos de ella, recibiéndola en su pecho segundos después.

Ashlyn lo besaba y abrazaba con fuerza, queriendo sentir que estaba ahí,

que se pertenecían el uno al otro y que no permitirían que ninguno se hiciera daño.

—¿Carson?

—¿Mmm…?

—Cuando te obligué a que dijeras que me amabas… lo siento.

Carson abrió los ojos y bajó la cabeza para enfocarla.

—No me obligaste a nada.

—Lo sentí así —sonrió—. Fue tan… humillante.

—Ey —le tocó la barbilla y la hizo mirarlo—. Jamás digas eso, no me pediste nada que no estuviera sintiendo en ese momento, ni tampoco que no sienta ahora. Te amo Ashlyn, de eso no hay dudas.

—¿En verdad? —lo abrazó—. Pensaría que estás realmente enfadado por tener una esposa que… que no soporta su pasado.

—Yo no soporto mi pasado y tú siempre has estado ahí.

—Pero jamás lloras o te haces un pequeño ovillo en el piso, siempre eres fuerte y mantienes tu postura.

—Es porque no he revivido en carne propia mi pasado —la abrazó y besó su coronilla—. No puedo calcular las formas en la que me quebrantaría de tener que revivirlo.

—Jamás lo harás.

—Si te pasara algo a ti… creo que no lo soportaría.

—No digas eso.

—Te lo digo como una advertencia, te amo tanto que… no sabría de lo que podría ser capaz con tal de mantenerte a salvo.

—Me siento a salvo —se abrazó a él y lo besó.

Carson suspiró fuertemente y la colocó aún más cerca, sintiendo las curvas de su esposa pegadas a él de forma que podía sentir el latido de su corazón contra su costado.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor —sonrió—. Creo que lo necesitaba.

—¿Crees que…? —bajó su mano hasta el vientre de Ashlyn.

—No lo sé —sonrió—. Pero en realidad anhelas un hijo, ¿cierto?

—Me encantaría verte transformándote lentamente en madre —la miró

—. Sentir cómo tu vientre crece bajo mis manos.

—¿Aquí?

—No, por favor —negó—. Quiero irme de aquí lo antes posible.

—Gracias a Dios —suspiró aliviada.

—¿Lo has odiado tanto?

—Quisiera escapar justo ahora, pero no podemos dejar a Martha y creo que es riesgoso en los primeros meses de embarazo.

—Tampoco es como si fuera el mejor momento para viajar.

—Tengo miedo —sinceró—. Parece que desde que llegué aquí el infierno se desató de nuevo.

—Quizá haya sido porque Seth lo estuvo buscando.

—Lo pensé también —asintió la joven—. Es una posibilidad.

—Por ahora duerme —le besó la cabeza—, trata de descansar un poco y no pienses más.

—Me será imposible.

—Inténtalo.

Ashlyn cerró los ojos y trató de concentrarse en las cosas que la hacían sentir feliz y le recordaban que estaba junto a Carson, quien la amaba y la protegería de cualquier cosa. Se fue relajando y, poco a poco, fue quedándose dormida, pasando a la relajación del mundo de los sueños, donde permaneció tranquila.

Carson, por su parte, no podía seguirla en esa tranquilidad, para él las cosas nunca ocurrían por casualidad, debía haber una conexión en todo aquello. Sin pensarlo tocó aquella marca de la que su esposa le había hablado y se preguntó si acaso su hermana también la tenía.

Le encantaría encontrar una forma de borrarla al menos de la cabeza de su esposa, pero era un evento lo suficientemente traumático como para que ella fuera capaz de olvidarlo.

Y esa chica…

¿Por qué llegaría a la casa? Y no por fuera, sino adentro, haciendo

alarde de que podía infiltrarse cuando quisiera, atormentando a todo cuanto los conociera, como en ese caso su mujer y él mismo.

Capítulo 37

Ashlyn miró extrañamente al esposo de su cuñada, por primera vez lo estaba viendo frente a frente mientras todos desayunaban en un sepulcral silencio que parecía no poderse romper por más intentos que se hicieran. Ni siquiera el señor Humbel parecía interesado en menguar la incomodidad del momento, lo que era más, parecía tan enojado y ensimismado como todos los demás.

—Escuché que llegó una muchachita de la nada el día de ayer —dijo de pronto el hombre—. No escuché nada ya que las habitaciones con mi esposa están alejadas, pero ¿Qué fue lo que pasó?

—Nada. Ya lo resolvimos —dijo Seth con la mandíbula apretada.

—¿Nada? Es que llegó de la nada y se fue sin más.

—La señorita Martha sigue aquí. —La voz de la señora Crowel sonaba distante y dura.

—No me digan… ¿qué le pasó?

—Parece ser que alguien abusó de ella —dijo Carson— y el muy cobarde la vino a dejar aquí como símbolo de su proeza.

—Es un desgraciado, poco hombre que tiene que tomar a las mujeres a la fuerza —escupió Ashlyn—. Seguro lo hace porque no puede cortejar a una dama y que esta lo acepte.

Los ojos de Dan Durnet se encendieron con una chispa peligrosa que Seth logró percibir con facilidad. Ashlyn no podía hablar tan descuidadamente, era increíblemente peligroso, si la señorita Martha había llegado ayer y casualmente Dan no se hizo presente en el lugar, sería porque fue él mismo quien abusó de ella y la dejó ahí.

—¿En serio? —Dan se mostró sorprendido—. Seguro ha de ser horrible para la señorita en cuestión, me causa un gran dolor debido a que mi propia esposa sufrió por ello.

Carson lo miró con advertencia.

—Seguro que Agatha lo necesita más de lo que piensa señor, debería

estar más tiempo con ella —sugirió Ashlyn.

—Claro, eso me encantaría, pero como sabrá, señora, a veces no es fácil equilibrar la vida personal y la laboral.

—¿Qué se supone que hace usted? —Ashlyn frunció el ceño.

—Trabajo con Crowel —apuntó al susodicho—. Desde hace años que estamos juntos en esto, ¿Verdad Humbel?

Ashlyn entrecerró los ojos, algo le decía que ese hombre quería decir mucho más con esas palabras.

—No tengo idea, ustedes se conocían antes de que yo conociera a Crowel —se zafó Seth.

—Claro, claro. Lo había olvidado. —Dan dejó salir una risotada—. Si el que te lo presentó fui yo ¿cierto?

—Así es.

Ashlyn dejó sus cubiertos sobre su plato y miró intensamente a Dan Durnet.

—¿Es que era socio de mi marido desde hace mucho?

—Demasiado tiempo, señora, casi desde que inició todo.

—Ah… —Ashlyn asintió, sintiendo la mirada intensa de Carson sobre ella, aparentemente interesado en sus insinuaciones.

—¿Por qué parece que tiene pensamientos atorados en la cabeza, señora? Por favor, somos de confianza, tan sólo dígalos.

—No. Sólo intento conocerlo.

—Bueno, niña —la sonrisa de Elein era forzosa—. Será mejor que terminemos esta conversación antes de que pase a los pleitos.

—¿Por qué pasaría a eso, madre? —la miró Carson.

—Simplemente paren, tratemos de tener una comida armoniosa, Dios sabe que nos hace falta por la noche de ayer.

Ashlyn no podía apartar la mirada de ese hombre, de alguna forma le parecía familiar, pero ya antes se había equivocado. Miró a Seth Humbel, quien tenía una actitud agresiva desde que ese hombre había

llegado, pero no era nada particular, Carson e incluso su padre tenían la misma postura, todos parecían sentir desagrado por el hombre.

Cuando el desayuno hubo terminado, Carson tuvo que excusarse por trabajo, llevándose con él a Dan y de alguna forma logró convencer a Seth, quien se mostró reacio hasta que recibió la orden directa de Carson para que los acompañara.

La pelirroja aprovecharía que no estarían para ir directamente con Agatha, tenía mucho que preguntarle, así que cuando los padres de su marido se distrajeron, ella corrió escaleras arriba y abrió la puerta de la hermana menor de su marido, quien estaba sentada enfrente de la ventana que daba hacia el jardín nevado.

—¿Agatha?

—Ah… eres tú —dijo con desprecio—. ¿Te vas a ir en algún momento?

¿O piensas quedarte aquí por siempre?

—Eras tú las de las voces… —Ella sonrió lacónicamente y apuntó los tubos acústicos que había por toda la casa—. ¿Por qué quieres que me vaya? ¿Por qué dices que no merezco a tu hermano?

—Nunca dije eso.

La voz de Agatha era distante, monótona y apagada, escucharla le causó un escalofrío profundo a Ashlyn.

—Pero si eso es lo que dijiste.

—Dije que te fueras y que no lo merecías.

—Es lo que dije.

—Nunca dije qué era lo que no merecías.

Ashlyn pestañeó varias veces, comprendiendo que la habilidad con el habla era de familia, así que se acercó a la melancólica mujer y se acuclilló frente a ella.

—¿A qué te referías entonces?

—El dolor… tienes que irte pronto —la miró por unos segundos y después volvió la vista a la ventana.

—No estoy sufriendo.

—Lo harás si te quedas, sobre todo ahora.

—Agatha, ¿a qué te refieres? Acaso… ¿tus padres te maltratan?

La chica cerró los ojos y respiró profundamente, tal parecía que se había desesperado con esa simple frase.

—No.

—¿Alguien más te maltrata?

—Tienes que irte.

—Puedo ayudarte Agatha, puedo hacerlo.

—No, no puedes, yo puedo ayudarte a ti.

Ashlyn no entendía cómo era que podía decir eso, si estaba sumida en una depresión que la estaba llevando lentamente hasta la muerte. No parecía comer, ni dormir bien, pero algo en ella irradiaba espíritu, irradiaba fortaleza que no cuadraba con su cuerpo.

—Bien, entonces ayúdame. Dime Agatha, ¿tienes esta marca?

Los ojos grises de la mujer cayeron lentamente en el hombro derecho de su cuñada y asintió levemente.

—Claro que lo tengo.

—Sabes entonces quién atacó a Martha.

Aquello pareció impresionar a Agatha, quién regresó una mirada pesarosa hacia Ashlyn e inesperadamente comenzó a llorar desesperada, gritando a todo pulmón y llamando la atención de sus padres, quienes subieron corriendo y alejaron a Ashlyn de su hija.

—¿Qué le has hecho? —urgió el señor Crowel—. ¿Qué le dijiste?

—¡Nada! —se asustó Ashlyn, viendo el deterioro de Agatha.

—¡Sal de aquí! —pidió la señora Crowel—. ¡Ahora, sal de aquí!

Ashlyn tapó sus labios y corrió hacia su habitación, había sido todo tan sorpresivo que no pudo pensar correctamente, ¿Qué fue lo que había provocado ese ataque en Agatha? El hecho de recordar que fue

marcada como ella… o que había otra chica herida.

La joven se sintió conmocionada por mucho rato, incluso cuando su esposo regresó y la abrazó, Ashlyn no podía dejar de temblar y sentirse culpable por lo que le había hecho a Agatha.

—No es sano, le hará daño al bebé —negó Carson—. Tenemos que irnos de aquí lo antes posible.

—Agatha… —pronunció la joven—. Ella dijo que quería ayudarme, dijo que tenía que irme.

—Estoy de acuerdo con ella, tenemos que irnos.

—Creo que está en peligro Carson, no podemos dejarla, ni tampoco a Martha, algo ocurre.

—Lo sé y sea lo que sea, no quiero que estés cerca. —Ashlyn abrió la boca, pero Carson la detuvo nuevamente y la cargó—. No quiero replicas Ashlyn. No en esto.

Ella se dejó llevar y se recostó en la cama, esperando a que él se escurriera junto a ella y la abrazara, esperando a que se durmiera, lo cual parecía imposible cuando se tenían tantas conjeturas en la cabeza.

♟

Había pasado una semana entera desde que Martha había llegado a la casa con la marca que evidenciaba que el abusador era el mismo hombre que marcó a Ashlyn y a Agatha.

Desde entonces, cada uno de los integrantes de la familia había intentado hablar con ella, saber lo que sucedió, que dijera nombres, descripciones o algo que ayudase a dar con su familia o con el malnacido que le había hecho daño.

Pero resultó inútil, Martha ni siquiera hablaba, se mantenía distante, con la mirada perdida y lloraba sin dejar salir ni un lamento, como lo hacía Ashlyn y como lo hacía Agatha, quienes se habían unido gracias a la insistencia de la pelirroja que, aunque su cuñada no le contestara y si le hablaba era sólo para correrla, se mantenía a su lado, la alimentaba y le leía.

Carson no había puesto replica a ello, puesto que parecía feliz a su mujer, pero tampoco era que le agradara, pero si de desconformidades

se trataba, sin dudas el ganador sería Seth, quien no encontraba productivo que las mujeres se hicieran amigas, mucho menos que Ashlyn subiera a una habitación que, como el decía, era de personas casadas.

Tal parecía que mientras pasaban los días y Dan permanecía en la casa, Seth se enojaba más y más, llamando la atención de Carson, pero cada vez que este indagaba en el tema, Seth lo cambiaba rápidamente y se enfocaban en trabajo o en cualquier cosa que distrajera a Carson efectivamente.

Esa noche, después de hacer el amor, Ashlyn suspiró fuertemente y se abrazó al cuerpo de su marido, la retenía en un fuerte agarre que la mantenía recostada sobre su pecho firme y cálido, el palpitar de su corazón la relajaba al punto de casi caer dormida.

Pero no podía, seguía despierta, como si esperara que pasara algo, quizá lo deseaba, muy en el fondo siempre quiso atrapar al maldito que le hizo daño y poderlo hacer sufrir con sus propias manos.

Por mucho tiempo los buscó, pero después de dos años, se había rendido, era otra de las razones por la cual le gustaba jugar con apuestas en los pubs, era una forma fácil de incitar a que esos hombres hablaran y ella pudiera identificarlos.

Ashlyn se removió incómoda una vez más, acariciando el pecho de su esposo y besándolo al no encontrar nada más que hacer. Cuando entonces escuchó que la puerta de la habitación se abría, los sentidos de la joven se encendieron y trató de no moverse, pero su corazón la delataba, estaba nerviosa, así que trató de mover a su marido; pero este, acostumbrado a que Ashlyn se moviera, simplemente la abrazó con mas fuerza y recostó su cabeza sobre ella.

—Carson —Ashlyn identificó la voz—. Carson, por favor despierta, por favor, quiero estar aquí.

—¿Martha? —Ashlyn levantó la cabeza del pecho de su marido—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—No —lloró—. Necesito a Carson.

—Claro —la pelirroja removió a su esposo—. Mi amor.

—Ashlyn, por favor —la apretó contra sí, parecía demasiado adormilado como para hacer otra cosa—. Duerme.

—No, Carson —lo movió un poco más—. Martha está aquí.

—¿Qué? —levantó la cabeza.

—Carson —sonrió Martha—. Te necesito.

—Por Dios —se separó de su esposa y se sentó en la cama—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No puedo dormir, simplemente no puedo.

—Ashlyn… —se quejó Carson, pero su esposa se mostró intransigente con ello.

—Por favor, mi amor, por favor —lo miró suplicante.

—Muy bien —suspiró y se puso en pie, tomando su bata para colocarla sobre su pantalón de dormir y se cruzó de brazos—. Vamos, ¿Por qué no puedes dormir?

—Vendrá por mí y por ella —apuntó a Ashlyn.

—No apuntes a mi esposa, Martha.

—¡Pero es su culpa! ¡Me lo ha dicho!

—¿De qué hablas? —Ashlyn se puso de pie, pero su esposo la colocó detrás de él—. ¿Por qué dices eso?

—Lo dijo —escupió sus palabras—. Dijo que me estaban haciendo eso debido a una maldita pelirroja como tú. Una Ashlyn.

—¿Cómo era? —trató de enfrentarla, pero su esposo la regresó a su lugar—. Martha, ¿cómo era? ¿Dijo algo más?

—No —ella lloró y se limpió las lágrimas—. ¡Pero es tú culpa!

—Ey —Carson la apuntó—. Cuida tu boca, niña, ella es mi esposa y que sepa, ella no abusó de ti.

Martha la miró con espanto y más lágrimas salieron de sus ojos.

—Lo siento —cubrió sus oídos—. Lo siento, no debí, lo siento.

—Tranquila —Ashlyn se escapó del resguardo de su marido y se puso frente a la muchacha—. Entiendo tu odio, pero no es culpa de nadie más que del maldito que te lastimó.

—¿Te lo hizo a ti también?

Ashlyn guardó silencio por varios momentos, pero asintió.

—Sí, lo hizo.

—¿Por qué van contra nosotras? No hacemos nada para lastimarlos, ¿Es porque somos ricas?

—¿Eres rica? —se adelantó Carson con el ceño fruncido—. ¿Quién eres? Antes no hablabas, no nos decías nada.

—Lo siento —bajó la cabeza—, me sentía…

—Nadie te está culpando cariño —sonrió Ashlyn—. Dinos quién eres, por favor, te llevaremos con tus padres.

—Yo… me escapé —apretó los labios—. No me querrán de regreso, lo sé, me despreciarán.

—¿Escapaste? —Ashlyn negó con la cabeza—. ¿Por qué?

—Estaba enamorada —se cubrió el rostro—. Fui una tonta.

—¿Te lo propusieron, linda? —le acomodó el cabello—. ¿Quién?

¿Quién era la persona con la que salías?

—Yo… —ella negó y salió de la habitación corriendo.

—¡Martha!

—Eh —Carson la cargó y la regresó a su lugar antes de que pudiera dar tres pasos—. ¿A dónde crees que vas?

—Has oído Carson, vienen por mí —lo miró—. Ella al fin está hablando, sabe más ¡Tenemos que encontrarla!

—Fueron cosas diferentes Ashlyn.

—No, no, es el mismo patrón Carson y también se lo hicieron a tu hermana.

—¿Qué?

—Carson —le tocó la cara—, sé lo que hago, apóyame en esto.

—No, no entiendo —la tomó de la cintura—. ¿Qué tiene que ver mi

hermana con todo esto?

Ashlyn se sentía conflictuada, no quería hablar de más, pero parecía ser el momento, Martha había dicho algo importante, algo que relacionaba a dos de los casos, tenían la misma forma de operar, hacía que mujeres jóvenes se enamoraran para obligarlas a salir de casa y ponerse en bandeja de plata para ser sometidas y se aprovecharan de ellas. Martha tenía las respuestas a todas las preguntas.

—¡Ashlyn! —la zarandeó un poco para enfocarla.

—No la lastimes —dijo la voz tranquila de Seth.

—Humbel —Carson lo miró—. No planeaba hacerlo.

—Lo sé. —suspiró—. Pero el que tiene que hablar sobre lo que pasó soy yo, no ella.

Carson miró recriminatoriamente a su esposa como si la acabase de encontrar en la cama con ese hombre. Ashlyn negó repetidamente al notar que su marido la soltaba y se alejaba unos pasos de ella, parecía herido y demasiado ofendido.

—No, Carson —se adelantó—. Lo estás malinterpretando.

—¿Entonces de qué habla?

—Primero encontremos a Martha —se adelantó Humbel.

—¿Quién te crees para dar ordenes en esta casa? —dijo molesto Carson

—. Te lo dije, que cuando descifraras lo que te dije, tendrías que venir a enfrentarme a la cara.

—No quiero hacerlo —dijo tranquilo—. No voy a ir tras tu esposa, es tuya y mereces estar a su lado, sin mencionar que no es la persona de la cual estoy enamorado.

—Carson —Ashlyn se puso frente a él—. Jamás te haría algo así.

Su esposo cerró los ojos y volvió la cara hacia un lado.

—Lo sé —la pelirroja suspiró aliviada y sonrió—. Encontremos a esa mujer antes de que alguien más lo haga.

Seth asintió y salió de la habitación, Ashlyn iba a seguirle los pasos,

pero Carson la frenó.

—¿Qué sucede? —ladeó la cabeza.

—Ten cuidado, recuerda que puede ser que estés esperando.

—Lo sé —se tocó el vientre—. Estaremos bien.

—Al menor signo de peligro, Ashlyn, quiero que te marches.

—Sí.

—Espero que sepas que si por mi fuera, te quedarías aquí.

—Lo sé, pero sabes que me escaparía por donde fuera.

Carson asintió levemente y suspiró.

—Quédate a mi lado.

—Como digas —asintió y lo siguió hacia la salida.

Los señores Crowel habían despertado y estaban en busca de la joven también. Ashlyn estaba igualmente enfocada en ello, pero soltó un grito de espanto cuando de pronto sintió la mano firme de Agatha, jalándola hacia un lado con una fuerza de la cual no la creía capaz, separándola de Carson sin remedio alguno.

—¿Qué sucede Agatha? ¿Qué haces aquí abajo?

—Tienes que irte.

—¿Qué? —Ashlyn se asustó ante la forma desesperada en la que le hablaba su cuñada—. No te entiendo Agatha.

—Debes irte, jamás debiste venir aquí.

—Pero si tu madre me invitó a venir.

—No, no —negó con la cabeza—. No fue ella.

—Pero tengo la carta.

—No —la mujer la empujaba con desesperación hacia la salida de la casa—. Vete, tienes que irte.

—Está nevando Agatha, y no puedo irme sin Carson.

—Carson —asintió—. Lo traeré, tienen que irse.

—¿Por qué Agatha? —la tomó de los brazos—. ¿Por qué tengo que irme? ¿Por qué mantuviste a Carson lejos de casa todo este tiempo? Tus padres te apoyaban en ello, ¿Por qué?

La mujer la miró con ojos desesperados y llenos de frustración, parecía a punto de revelar el secreto de su vida, pero en ese momento, Carson llegó hasta ellas y tomó a su esposa de la cintura y la abrazó.

—¿Qué demonios te dije, Ashlyn?

—Carson, es Agatha…

—¿Qué es lo que tratas de hacerle, Agatha? —dijo con molestia—. ¡No puedes lanzar a mi esposa embarazada a la nieve!

—No era lo que hacía —defendió Ashlyn, pero al volverse, la mujer no estaba en el lugar—. Carson, algo raro pasa aquí.

—¿Eso piensas? —le dijo con ironía—. Si no lo has notado mi amor, tenemos perdida a una mujer, no hay forma de que pudiera escapar en medio de una nevada y mi hermana quería matarte —Carson, algo me dice que Agatha sabe más de lo que pensamos, no te mantuvo lejos por nada.

—Me mantuvo lejos porque no me soporta —elevó una ceja—. ¿Qué no te dije que me culpó a mí por todo? ¡Y mis padres hicieron lo mismo! No hay más razones, mi amor, no busques.

—¿Quién más estaba en la habitación cuando Agatha te dijo eso?

—¿Qué?

—¿Estaban solos, Carson? ¿O había alguien más?

—Estaban mis padres —pestañeó—. Y su esposo, Dan.

—¡Dan! —chasqueó los dedos.

—Eh —la tomó del brazo—. ¿A dónde demonios vas?

—No, vamos, nosotros iremos, sé donde está Martha.

—¿Qué tiene que ver Dan en todo esto?

—¡Tiene la culpa, es su culpa!

—Ashlyn, cariño, creo que estás conmocionada.

—¿Por qué lo dudas?

—Porque lo investigué yo mismo —negó Carson—. Humbel y yo nos deshicimos en buscar información sobre él, que lo acusara, jamás le hubiera dado a mi hermana a ese bastardo si…

—¿Humbel? —Ashlyn frunció el ceño, siguiendo su camino por la casa

—. Pero si él… Oh, no puede ser.

—¿Dices que Humbel es el violador? —la siguió.

—No. —Ashlyn se detuvo y giró un poco para mirarlo a la mitad de las escaleras—. No creo que Humbel sea un violador, pero creo que él también sabe más de lo que nos dice.

Ashlyn se giró y siguió subiendo las escaleras

—Tendrás que explicarte mi amor —negó Carson.

—No hace falta —dijo ella con seguridad—. Creo que alguien aquí podrá hacerlo fácilmente.

Ashlyn abrió la puerta y encontró a una subyugada Martha, tratando de ser liberada por Agatha, quien estaba a su lado, cortando las cuerdas de sus manos y pies.

Capítulo 38

Carson frunció el ceño ante la escena que le parecía surreal y se acercó a su hermana, quien lo miraba con impresión y temblaba con el cuchillo en la mano.

—Vamos Agatha, dame eso —pidió dulcemente.

—No le estoy haciendo daño —dijo claramente.

—Lo sé, tan sólo dámelo, lo haré yo, tú estás temblando.

—No. —Apretó el arma con firmeza—. Vete, tienes que irte y llévate a esa mujer contigo.

—Lo haré, pero dame el cuchillo.

—¿Tienes miedo? —sonrió perversa—. ¿Crees que quiero matarte por dejar que abusaran de mí?

Carson cerró los ojos y respiró profundamente.

—Creo que, si eso quisieras, ya lo hubieras hecho hace mucho tiempo Agatha, dámelo ya.

—Te crees la gran cosa sólo por ser hombre —entrecerró los ojos y lo amenazó con el cuchillo—. No vales nada, ni siquiera la mereces a ella como tu esposa.

—Lo sé, ahora dámelo.

—¡Basta Agatha! —exclamó Ashlyn—. Dile la verdad, dile por qué lo quieres mantener lejos… por qué haces todo esto.

—Tú no sabes nada —escupió.

—Eres una buena persona, lo sé, por eso quieres que me vaya, no quieres que me hagan daño… no quieres que Dan me haga daño.

—¡Tú no conoces a Dan! —enfureció.

—Sí, sí lo conozco.

En un movimiento imperceptible para todos, Agatha se puso en pie e hizo como si apuñalaba a Ashlyn en el vientre, lo cual casi produjo un desmayo en la joven pelirroja al pensar que su hijo… Se miró a si misma, dándose cuenta que en realidad no le había hecho daño, pero, de todas formas, la sangre comenzaba a manchar su vestido, tiñéndolo de rojo y provocándole dolor.

—¡Dios mío! ¿Pero qué…? —Se asustó Agatha, cambiando su actitud drásticamente a una preocupada—. ¡Carson!

No hacía falta el llamado, Carson se había agachado junto a su esposa y sostenía su cabeza, comprendía para ese momento que no la habían apuñalado, pero sufrió tanto como su esposa al darse cuenta que estaba perdiendo al bebé.

—Carson… —las lágrimas resbalaron por las mejillas de Ashlyn.

—Sshh —le besó los labios—. Tranquila, te llevaré a la habitación.

En ese momento llegó Seth Humbel, mirando la escena con tristeza fue a terminar de desatar a Martha y tomó a Agatha del brazo para

sacarlas del lugar. La pareja no necesitaba espectadores para lo que estaba sucediendo en ese momento.

Ashlyn despertó en los brazos de su marido, estaba cambiada y limpia, tal parecía que nada hubiese pasado, pero un pequeño dolor en su abdomen la hacía comprender que no había sido una pesadilla, había perdido al bebé que apenas estaría queriendo tomar forma en su interior. Cerró los ojos y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas, despertando al hombre a su lado.

—¿Qué sucede? ¿Duele?

—No… —susurró—. Lo siento Carson.

—Mi amor —la abrazó—. Yo lo siento, no debí dejarte estar presente en medio de toda esa basura.

—No es eso —se limpió las lágrimas con las manos—. Carson… perdí al bebé.

—Cariño, todo estará bien —le tomó la cara y la besó.

—No lo entiendes —lloró—. Cuando pasó todo eso… pensé en la posibilidad de que quedara embarazada y a pesar de que soy una creyente y sé que es pecado… desee con todo mi corazón no estar embarazada y en caso de que lo estuviera, no dudé ni un momento en querer sacarlo de mí.

—Mi vida, eso es normal, lo entiendo, nadie podría obligarte a tener un niño que provino de esa forma.

—Quizá me estén castigando por desear matar a un inocente.

—Claro que no cariño —la abrazó—. Claro que no, fuiste atormentada, no tienen por qué querer castigarte, ni siquiera lo hiciste.

—Pero si lo hubiera estado…

—Ya no pienses en eso, no estás siendo castigada y cuando sea el momento de que te embaraces, lo harás.

—¿Y si no te pudiera dar hijos?

—Es irse al extremo.

—¿Qué si así fuera?

—Entonces me serías suficiente —le tomó la cara—. Eres lo mejor que me ha pasado, me sacaste del hoyo oscuro en el que estuve por muchos años.

—Es mentira —negó en medio de un susurro—. Amas a los niños más que a nada.

—No, te amo a ti más que a nada.

—¿Qué haríamos en ese caso?

—Ya lo veremos, ¿sí? Por ahora, eso no es seguro.

Ella simplemente asintió y lo abrazó con fuerza.

—Te amo.

—Y yo a ti —le besó la cabeza.

Se quedaron por varios momentos en aquel abrazo, hasta que la joven decidió hablar de nuevo.

—Carson… ¿dónde está Agatha?

—Con Humbel. —Suspiró—. Me admitió que ha estado enamorado de ella desde que la vio por primera vez.

—¿Y qué opinas?

—Qué todo esto está jodidamente mal.

—Lo sé —se abrazó a él—. Creo que Dan la tiene amenazada.

Carson negó.

—Ella lo ama.

—No, no lo creo. Agatha está siendo más valiente de lo que se podía pensar —dijo admirada—. Tiene que haber algo por lo que tiene ese comportamiento errático.

—Sí… está trastornada, Ashlyn quiso matarte.

—No, sabes bien que no, sólo fingía.

—Carece de sentido.

—Quiere que me alejes y creo que lo ha conseguido, nos quiere lejos

de la casa, pero no pienso dejarla en medio de la tormenta.

—Hizo que perdieras a nuestro hijo —dijo molesto.

Ashlyn mordió sus labios con fuerza y lo abrazó.

—Lo sé, pero creo que ella ha perdido su vida entera. —Ashlyn tomó aire y se levantó para ver a su marido—. ¿Dónde está Dan?

—No tengo ni la menor idea.

—Creo que entonces deberíamos… ¡Ay! —se tocó el vientre.

—Mandaré traer tu medicamento.

—¡No! —sonrió—. Estoy bien.

—Por favor Ashlyn, no digas tonterías.

—Quiero que vayas por Agatha, quiero hablar con ella.

—No.

—Carson, sé lo que hago.

—No.

—Por Dios Carson, ¡no soy un alma desvalida! —se quejó e inmediatamente sintió un profundo dolor, pujando un poco y encorvándose para menguar un poco el escozor dentro de ella.

Carson se acercó a ella y colocó una mano sobre su vientre, indicándole que respirara y que se volviera a recostar en la cama para que descansara y no se agitara más. Estaban en medio de aquello, cuando la puerta se volvió a abrir, mostrando a Dan con un arma en la mano y Agatha tomada del brazo.

—Mi pelirroja —sonrió de lado—. Siempre fuiste tan hermosa, de hecho, he de agradecer a mi esposa que matara a tu hijo, odiaría la transformación que sufriría tu cuerpo con el embarazo.

—Dan —Carson apretó los puños y posicionó a su esposa detrás de él, escondiéndola de la mira del arma—. ¿Qué demonios haces?

—¿Qué hago? —dejó salir una carcajada—. Bueno, debido a que tu querida hermana rompió el trato, creo que puedo hacer lo que quiera.

—¿Trato? —Carson miró a Agatha, quien lloraba en silencio.

—Sí, trato —elevó una ceja—. Claro que las cosas no pueden salir tan bien sin ayuda, ¿verdad Humbel? ¡Vamos! ¡Ven aquí!

—Seth… —suspiró Ashlyn con impresión.

—Al fin se ha decidido nuestro querido amigo en común —sonrió Dan

—. Traté de convencerlo por años y años, lo amenacé infinidad de veces con la muerte o el maltrato de Agatha para que no dijera nada, pero al fin comprendió algo.

Ashlyn negó repetidas veces.

—Seth, ¿qué haces?

—Me entregará a Agatha si lo ayudo con esto —dijo sin más el hombre

—. Será libre después de años, al fin será feliz. Carson lo entiende, haría lo mismo por ti.

Ashlyn miró a su esposo, quien a su vez no apartaba la mirada de Seth, el hombre que había fingido ser su amigo.

—Siempre lo encubriste —comprendió entonces—. Por eso jamás sospeché de él. Me hiciste creer que era un oportunista, pero no un violador, jamás un violado.

—Sí, lo siento.

—Humbel al principio que se entró quiso decírtelo, pero como estaba enamorado de tu hermana, pensó tener una oportunidad, sólo que la tonta de Agatha se enamoró de mí.

—No sabía que habías sido tú —dijo la joven con voz llena de odio y repulsión—. Pensé que eras mi salvador.

—Y fue mi momento de aprovechar ¿no? Casarme con una rica heredera siempre fue mi meta —miró a Ashlyn—. Claro que la primera vez no salió tan bien.

—¡Maldito! —gritó la pelirroja, siendo detenida por el brazo de su esposo y vuelta a colocar detrás de él.

—Bien Dan, ya tienes lo que querías, el dinero de mi hermana y tu

libertad, ahora vete.

—¿Irme? —negó—. No, eso no. Todo estaba perfectamente hasta que ustedes dos se metieron en mis asuntos, me había comportado bien, Agatha y yo teníamos un trato, cuando nos casamos y ella lo descubrió quiso decirlo y eso habría salido muy mal, ¿verdad amor?

—¡No me toques! —gritó la joven.

—Sí, eso era parte del trato, yo me comportaría, no la tocaba y no violaba a nadie más. Y ella se callaba y mantenía alejado a Carson de aquí y de mis asuntos.

—¿Por qué lo hiciste? —Carson miró a su hermana.

—Para protegerte y a tu familia y claro, pensando que era una salvadora de las mujeres, pensó que podía retenerme y lo hizo por mucho tiempo. — El hombre miró a Ashlyn—. Pero tenías que meterte de nuevo ¿Verdad?

Tenías que meter a tus familiares.

Ashlyn sonrió.

—Tienes miedo —le dijo con una sensación de placer muy diferente a la que sentía con su marido—. Estás aterrado de lo que te puedan hacer las águilas.

—¡Me persiguieron por todas partes!

—Saben que eres tú —dijo Ashlyn con satisfacción—. Te encontrarán y querrá morir antes de caer en sus manos, te lo juro, sé de lo que son capaces.

—Y yo también —escupió—. Por eso mismo, me los llevaré a todos a la tumba, le entregaré a Agatha a Humbel y ustedes dos se apartarán de mi camino.

—¿Crees que si muero no sospecharán más? —Ashlyn elevó una ceja y negó—. Te buscarán con más intensidad, incluso mi padre pondrá esfuerzo en ello.

—Maldita zorra —sonrió—. ¿Lo recuerdas preciosa? ¿Recuerdas lo que sentiste cuando no pudiste hacer nada para defenderte? Gritabas desde el fondo de tu alma que yo sabía que destrozaba, tomé todo de ti y eso siempre será mío y nadie me lo quitará jamás.

—¡Cállate! —gritó Carson.

—Tus celos vienen sobrando, cuñado, porque esa mujer es tan mía como tuya y siempre será así.

Ashlyn se sintió conmocionada nuevamente, pero decidió que esa era su oportunidad, tenía la oportunidad de vengarse, de defenderse, de actuar diferente, de ser lo suficientemente capaz para hacerle frente a ese hombre.

Quiso moverse para buscar su arma, quizá lograría sacarla a tiempo… pero

¿y si lastimaba a Carson? ¿O a Agatha?

—No te muevas —susurró Carson.

—¿Qué?

—No te muevas Ashlyn.

—¿Qué tanto se murmuran parejita? —dijo cínicamente el hombre, tomando todo con diversión, pensando que tenía el control de la situación —. Veamos, entonces, tengo que tomar a Ashlyn una vez más antes de irme y matar a Carson… aunque sería satisfactorio que me vieras tomando a tu mujer, si sabes de lo que hablo.

Carson dejó salir una carcajada y negó.

—Estás loco si crees que te permitiré tocarla.

—No es como que puedas hacer algo para que no lo haga.

Ashlyn pensaba que su marido estaba volviéndose loco, pero cuando reparó en la forma que Humbel se acercaba a Dan y Agatha esperaba indicaciones de él, supo que ellos tres estaban completamente conectados, todos sabían lo que debían de hacer y usaron la soltura de lengua de Dan para organizarse.

—¡Ya Agatha! ¡Hazlo! —pidió Seth.

Carson en ese momento tomó a su esposa y la presionó contra la cama, cubriéndola con su cuerpo, evitando que la bala que salió del arma de Dan fuera a arremeter contra ella.

Ashlyn mantuvo los ojos cerrados y gritó cuando la locura se desató, pero Carson no la dejaba moverse y ella no encontró manera de

moverlo, jamás pensó que su marido pudiese estar tan pesado.

—¡Agatha! ¿Estás bien? —se escuchó la voz de Humbel.

En ese momento, Carson se levantó del cuerpo de su mujer y miró hacia su hermana, quien se apartaba lentamente del cuerpo tembloroso de Dan. El hombre se convulsionaba al estar perdiendo una copiosa cantidad de sangre en tan corto tiempo.

Ashlyn miró con impresión aquello, parecía que Agatha practicó durante años aquella puñalada en el cuello, puesto que fue tan certera y medida, que incluso disfrutó sacándosela para que la sangre fluyera aún más aprisa. Se quedó inclinada frente a él, mirándolo a los ojos detenidamente mientras temblaba y trataba de hablar.

—Maldita —esa fue su última palabra y murió con una sonrisa en los labios.

—Por años lo deseé —dijo Agatha, aún mirando los ojos sin vida de su marido—, pero jamás me atreví porque me quedaría sola.

—Agatha… —Seth la tomó de los hombros y la alejó del cuerpo.

—¡Seth! —la chica se abrazó a él y lloró desconsolada.

Ashlyn sintió como su marido lentamente le pasaba las manos por la cintura y la acercaba a él para fundirla en un abrazo. Estaba conmocionada, no podía decir nada y era incapaz de cerrar los ojos aún estando recostada en el hombro de su marido.

Definitivamente hubiera perdido a su pobre bebé tarde o temprano ese día, no podía creer lo que había pasado.

Capítulo 39

Carson besó a su esposa en la frente y se puso en pie, mirando a su hermana y a su amigo abrazados como si se trataran de dos amantes. Ni siquiera quería pensar si ya lo eran.

—Humbel.

—Carson. —Seth se separó de la joven a quien amaba y se paró frente a su amigo—. Lo siento.

—Siempre lo supiste.

—Sí.

—¿Y ahora crees que te quedarás con mi hermana y seguirás siendo parte de mis negocios? —negó—. ¿Eres estúpido?

—No —suspiró—. Se bien que no querrás nada de eso, pero amo a tu hermana y te soy fiel.

—Permitiste que un perpetrador estuviera casado con Agatha, ¿Cómo puedes pensar…?

—El señor Humbel siempre estuvo al pendiente de mí —dijo entonces la menor—. Lo amo también.

Carson desvió la mirada hacia su hermana y negó.

—¿Cómo puedes pensar que te creeré? Ya antes pensaste estar enamorada y ahora no creo que estés seleccionando a alguien mejor.

Ashlyn se puso en pie con dificultad y tomó el brazo de Carson, tratando de que no fuera tan duro con la situación.

—Es verdad, elegí mal, pero traté de proteger a las mujeres de él, traté de ayudar a tu esposa también.

—Me hiciste creer que fue mi culpa.

—Lo siento —bajó la cabeza—. Tenía que alejarte, era el trato.

—¿No se te hizo mejor decirme la verdad? —la miró frustrado—. ¡Lo habría arreglado!

—¡Era tarde! ¡no lo descubrí en seguida ya estaba casada con él!

—Carson —recriminó Ashlyn, arrodillándose junto a Agatha.

—No, no me hagan eso —las apuntó—. No cederé, no puedo comprenderlo y no lo aceptaré Humbel.

—Lo entiendo Carson, pero siempre la quise y jamás… nunca quise lastimarla, tampoco quería que Ashlyn saliera lastimada. Cuando me lo dijiste, inmediatamente pensé en Dan y quise contactarlo, incluso di información a las *águilas* para que lo encontraran.

—¿Debo aplaudirte?

—No. —Bajó la cabeza—. Sólo quiero que entiendas que no soy un

traidor y también quiero que sepas que amo a tu hermana.

—Tenías una inclinación por mi esposa, creo recordar.

—¡Me sentía culpable! —gritó—. No soportaba saber algo como eso y no poderlo decir, fui un cobarde.

—Carson —habló la voz clara de Elein, quien estaba junto a su marido y una asustada Martha—. Al final de cuentas, no es tu decisión, sino la de tu padre.

Carson los miró furioso.

—Yo soy el que mantengo a esta familia.

—Pero no eres el padre de Agatha. —Replicó el señor Crowel.

—Bien —dijo ofendido—. De todas formas, nunca fui parte de esta maldita familia.

—Carson —Elein tomó la mano de su hijo—. Te alejamos por una buena razón, mi vida, te amamos, queríamos que tu corazón no se deshiciera de tristeza.

—¿Es que sabían lo de este bastardo? —apuntó Carson hacia el lugar donde había estado el cuerpo de Dan, el cual ya había sido llevado por los empleados del lugar.

—No, de haberlo sabido lo hubiéramos resuelto antes —dijo el padre y ambos miraron a su hija con ternura—. Pero al fin ha vuelto a hablar y dice estar enamorada, entonces… la apoyaremos.

—Por favor Carson —se adelantó Elein—. No volveremos a hablar contigo, no sabrás de nosotros nunca más. Yo cuidaré de Martha y de tu hermana sin replica alguna.

—Yo me encargaré de mantenerlas a salvo —dijo Seth—. Me quedaré a cuidar los negocios de aquí Carson.

—¿Cómo podré confiar en ti? —negó el hombre.

—Sabes que lo que dije es cierto —se inclinó de hombros—. Sabes que amo a tu hermana y jamás quise que algo le pasara a Ashlyn. Estoy arrepentido de todo lo que tuvo que pasar.

—Al final, parece ser que no es mi maldita decisión —finalizó Carson

—, hagan lo que se les venga en gana, yo ya no tengo nada que ver con esta familia. Iré a resolver lo del cuerpo de Dan.

—Te acompaño —asintió Seth.

—No necesito tu ayuda.

—De todas formas, iré.

—Iré con ustedes —dijo entonces el señor Crowel.

—¡Maldita sea! ¡Déjenme en paz!

Los hombres salieron presos de una conversación que se alzaba y se moderaba a momentos, era claro que tenían varias cosas de qué hablar y aún más qué resolver.

Ashlyn miró a su suegra, quien no apartaba la vista de su hija, no tenía expresión alguna, parecía perdida en el limbo, quizá hubiese cedido a la locura por fin. Pero entonces y de la nada, Elein elevó la mirada y la fijó en su nuera, estirándole una mano para que la tomara.

—Vengan las tres, tenemos que lavarlas.

Las tres jóvenes siguieron a la mujer mayor en un total silencio y prácticamente hicieron todo lo que les ordenó, incluso meterse todas juntas en una cama y tratar de dormir. Pero Ashlyn no era una niña perturbada y era capaz de manejar la angustia y enfrentar los problemas del momento y también los que se avecinaban.

—¿Está segura que puede cuidar de Martha, señora Crowel? Carson y yo…

—Formarán su propia familia —aseguró Elein—. Martha y Agatha se convertirán en la de nosotros. Estoy segura que después de esto, Carson jamás querrá regresar aquí.

—No tiene que ser así.

—Es lo mejor —aseguró la madre—. Quiero ver a mi hijo feliz después de hacerle tanto daño.

—Usted no quería herirlo —la enfrentó—. Sé que lo dijo en un momento de dolor.

Elein sonrió y asintió.

—De todas formas, esas cosas no se perdonan nunca.

—¿Por qué no se disculpó?

—Porque lo quería lejos de aquí, lejos de toda la locura en la que se había sumido esta familia. Interiormente sospeché de Dan, pero jamás pude comprobar nada en su contra. Por un tiempo mi Agatha parecía feliz, pero de pronto, se sumió en esa profunda depresión en la que acusaba a Carson por todo… no quería que mi hijo sufriera más, así que le permití creer que era odiado aquí.

—¿Y cree que ahora lo llevará mejor? —frunció el ceño.

—Te encontró a ti —elevó ambas cejas—. Ahora te tiene a ti y eso es todo lo que importa.

Ashlyn pensó en lo difícil que debió ser la vida de Elein Crowel.

Sabiendo la verdad detrás de su cuñado, el deterioro de su hija, alejando a su propio hijo para tratar de salvarlo, para salvar su corazón.

En definitiva, el amor de una madre podía con muchas cosas, estaba dispuesto a sangrar y sacrificarse por salvaguardar el de sus hijos. Le parecía cruel dejarla en el olvido, pero no podía pensar en los padres de otros cuando estaría a punto de revelarles la verdad a los suyos propios.

Porque hablaría con los Hamilton y, por ende, tendría que hablarlo con sus padres. Decirles la verdad que ella tuvo que soportar y esconder en una fachada de felicidad, en medio de jugarretas, de mentiras y de escapadas que ocultaban su tristeza y miedo.

Y lo hizo hasta que de pronto llegó un hombre tan roto como ella, tan herido y tan preso del dolor que no hizo más que permitirle externar sus heridas y lentamente sanarlas juntos. Agradecería toda la vida que su marido fuera buscando al culpable de lo ocurrido con su hermana, porque así había llegado hasta ella, haciéndola feliz.

Quien podría decir que dos corazones quebrantados encontrarían las piezas suficientes para al menos completar uno para los dos.

Epílogo

Los Crowel tomaron su tan esperado viaje de regreso hacia Londres, donde se vieron en la horrible situación de hablar con sus padres e informar a sus familiares Hamilton para que dejasen de buscar al culpable de tan horrorosas acciones.

Carson decidió que lo mejor sería que ellos se establecieran en París, el lugar dónde se conocieron y donde tenían una buena amistad con los Charpentier, quienes parecían tolerar mejor al señor Crowel ahora que se había casado con una de sus sobrinas.

Y mientras caminaban por el hermoso jardín de la casa del tío de la joven, Carson se vio en la necesidad de detenerse y mirar aquella flor que se había multiplicado y ahora crecía fuerte y sana en medio de un hermoso prado lleno de compañeras parecidas a ella.

—¿Me dirás algún día lo que decía en verdad aquella nota?

Ella sonrió de lado.

—Ya te lo dije, pedí por encontrarme contigo.

—Eso no es verdad.

Ashlyn dejó salir una pequeña risita y lo jaló para alejarlo de la flor que ya jamás sería desenterrada, puesto que guardaba el secreto de una creyente los rituales, seguía siendo un deseo que poco a poco se iba tornando cada vez más real, puesto que, bajo esa pequeña rosa, tan sólo se pedía que su dueña dejara de fingir felicidad y al fin la encontrara de verdad.

This document file has been downloaded from Yappe.in

Sofía Durán

La oscuridad de Dalkeith Palace

La oscuridad de Dalkeith Place

Los hijos de los Bermont IX

Sofía Durán

Derechos de autor © 2022 Sofía Durán

© La oscuridad de Dalkeith Palace

Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán.
Copyrigth 2022 ©Sofía Durán
Código de registro: 2202100457007
Fecha de registro: 10/02/2022
ISBN: 9798415528592
Sello: Independently published

Primera edición.

Para mis Bellas, quienes no dejan de soprenderme,
llenarme de cariño e inspiración,
logrando que estos libros sigan viendo la luz.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1

Dalkeith, Midlothian, Escocia

"Se dice y se promulga, que cuando se cuenta en voz alta una leyenda, sus hechos han de basarse siempre en la verdad. Aquí en Escocia hay muchas historias, pero ninguna más aterradora, como la que les voy a contar ahora…

Se dice que lejos, pasando la ciudad, se encuentra Dalkeith Palace, hermosa y sin igual, grandes son sus murallas, hermosos sus jardines, espesos sus bosques y, oculto entre arbustos y flores, existe un tesoro que equivale a más de mil soles.

Y como en toda leyenda, el tesoro no puede estar desprotegido y, a falta de dragones, a los duques de Buccleuch ha elegido. Se dice que cualquiera que se atreva a pisar sus tierras, termina sepultado debajo de ellas y las doncellas casadas con tan horribles hombres, son deterioradas, encerradas en las torres.

Poco se sabe de lo que pasó con las anteriores mujeres, nadie habla de lo que ahí dentro sucede, pero se dice que, si de noche se acercan a las faldas de sus bosques, los gritos de los muertos le sacarán un susto que los hará soñar con aquellos horrores."

Kayla se había quedado parada en medio de la muchedumbre que rodeaba con fascinación a la extraña mujer que contaba tales barbaridades acerca de los duques de Buccleuch. Debió preocuparse más por esa parte que por cualquier otra cosa, pero Kayla era una mujer de momentos, se enfocaba demasiado en su presente y no pensaba mucho en el futuro.

Solían decirle que era atrabancada por esa tendencia a pensar poco en lo que sucedería después de que cometía una acción, pero para la joven Hamilton, el tener un plan era tedioso. Gran parte de su vida había sido trazada y marcada por un estricto régimen —uno formulado por su padre—, lo cual la enloquecía. Sabía que su padre la amaba, pero el sobreprotegerla sólo la incitaba a la desobediencia y la huida. Nadie la entendía del todo en su familia, pero lo que ella esperaba de la vida no era un plan perfecto al cual seguir, Kayla quería ser sorprendida.

—¿Por qué no me sorprende que estés aquí, pintando a una cuenta leyendas, el lugar que en donde te indiqué?

La voz de su hermano llegó con más nitidez por su lado izquierdo. Le habían ordenado que fuera directa a la carroza mientras ellos recogían el equipaje, pero le era imposible obedecer cuando se tenía una imagen tan sorprendente frente a ella.

—Lo siento Publio. —La joven sonrió de lado, trazando con prisa sobre el papel—. ¿No te parece sorprendente la forma en la que se mueve? ¡Mírala! Parece un pez sobre el agua al contar las leyendas.

Publio miró a la mujer que yacía medio recostada en un diván. Tenía una sonrisa coqueta en sus labios pintados de un fuerte carmín. Movía sus manos de una forma que parecía contar la historia sin necesidad de hablar. Tenía, además, una voz cautivadora y le parecía una mujer que en algún momento fue de una hermosura inigualable e incandescente, incluso en ese momento era notorio que seguía conservando con un esplendor extraño aquella belleza, pese a que era más que claro que había pasado de los cincuenta años hacía tiempo.

—Sí. Es una mujer cautivadora, pero no tenemos tiempo para que termines ese boceto, debemos irnos.

—¡Oh! Pero si parece que la historia se pone más interesante.

—Me sorprende que te parezca interesante, cuando es más que obvio que habla de horrores y turbios escenarios, lo digo principalmente porque tu te pones a llorar con cualquier cosa y porque hablan del lugar a donde irás a vivir y con el hombre con el que aparentemente te has casado.

Kayla dejó salir una risilla y lo miró divertida, dejando sobre el papel el carboncillo con el que había hecho un bosquejo bastante aceptable de la figura hechizante de aquella dama cuenta leyendas.

—Bueno, ¿Qué hay más interesante que una leyenda?

—Una verdad. —Publio elevó ambas cejas—. Ten cuidado, has llegado hasta aquí caminando sobre una nube. El hecho de que padre no pueda negarte nada, hace más peligrosa tu caída hacia la realidad.

—Sé que me atraparías en el camino de ser necesario.

—No puedo estar en todas partes Kayla —dijo el hombre con preocupación, mirando intransigente a su hermana—. Por favor, deja la ilusión de lado y enfócate un poco. Aún podemos marcharnos, encontraría la forma de anular el matrimonio.

—Pero no es lo que quiero.

—Formular una ilusión es la forma más sencilla de creerse enamorado. Cuando se confabula en la cabeza un sin sentido que corre desbocado hacia una dirección cada vez más perfecta, quedas atrapado en una imagen que posiblemente no exista. —Publio la tomó de los hombros—. Kayla, jamás lo has visto, ¿cómo puedes saber que lo amas?

—No soy superficial, Publio. Amo sus palabras, la forma en la que poetiza todo, ve el mundo tan maravilloso y sorprendente como yo, con los mismos colores, con la misma pasión y curiosidad.

Publio observó el brillo en la mirada de su hermana y suspiró decaído. No había forma más cruel de aterrizar en la tierra, que cuando se ha subido demasiado en el cielo. Su hermana llevaba mucho tiempo navegando en una nube acolchonada con la protección de sus padres y la de ellos mismos, sus hermanos.

La consentían, le permitían que hiciera lo que quería, incluso no

eran capaces de regañarla. Ni siquiera él. Publio suponía que era a causa de la actitud de su padre que ellos eran incapaces de hacer lo contrario. La única que podía poner en cintura a Kayla era Aine, a quien sus pucheros y ojos suplicantes jamás sometieron.

—Te has manchado la cara, *Kaylandria* —sonrió Terry, pasándole un pañuelo a su hermana—. ¿Cómo se supone que estarás presentable para un duque si llegas con la cara llena de carboncillo?

—Para este momento él sabe que estoy instruida en las artes. —Tomó el pañuelo, pasándolo por su rostro y dedos, limpiando las manchas negras—. Tranquilos, sé lo que hago.

—¡Y eso es lo que más nos preocupa! —dijo Terry—. No hay nada peor que cuando tú dices saber lo que haces.

—Pero qué gracioso, mira como me estoy riendo —le dijo seria.

—Basta. —Publio suspiró y miró hacia el otro lado, lejos de la muchedumbre y la mujer que seguía contando leyendas desde su mullido diván posado a un lado de la estación de tren—. Vámonos.

Kayla miró a la dama de las leyendas y se acercó lentamente hasta ella, notando como sus rojizos cabellos, claramente pintados, brillaban con el sol y sus verdosos ojos mostraban fascinación al ver tal determinación en el caminar de la joven, quien simplemente le tendió un hermoso dibujo.

—¿Qué es esto? —dijo con su hipnótica voz.

—Es un regalo —sonrió Kayla—. Para la dama de las leyendas.

La mujer frunció el ceño y miró el delicado dibujo y la firma que le daba el nombre de la joven que le hacía tal regalo inesperado.

—¿La dama de las leyendas? —Sonrió—. Suena bien.

—¿Cómo te haces llamar si no es de esa forma?

—Fiona, sólo Fiona.

—Deberías ponerte la dama de las leyendas, has fascinado incluso al desalmado de mi hermano, así que te considero especial.

La mujer elevó una delineada ceja y sonrió de lado, mostrando sus dientes blancos y bien conservados.

—Puedo decir lo mismo, joven artista.

—Hasta pronto.

Fiona miró con interés el rápido caminar de la joven, quien se dirigía con diligencia hasta un coche, donde la esperaban dos apuestos hombres que parecían apremiarla a que subiera y rápidamente se marcharon.

—Es la desafortunada que va hacia Dalkeith Palace.

—¿Por qué iría a ese lugar? —La castaña volvió la cara.

—No lo sé. —dijo el hombre parado a su lado, quien se ocupaba de que nadie se acercara demasiado a la hermosa mujer mayor—. Parece ser que los mellizos regresaron hace unos meses.

—Así que han vuelto. —La mujer hizo un gesto de sorpresa—.

Nada puede ser más extraño que el regreso de los Buccleuch a Midlothian.

—¿Qué me dices de la mujer?

Fiona miró hacia el dibujo que le había regalado y vio la firma en la parte inferior izquierda: Kayla Hamilton. Una ceja delgada e inquisitiva se elevó lentamente y sonrió de forma cautivadora.

—Puede que se inicie otra leyenda, las mujeres con su fortaleza las crean sin siquiera darse cuenta —lo miró y tendió el dibujo a su ayudante—. Haz favor de colocarlo en un lugar seguro, tengo el presentimiento de que no será la última vez que vea a esta mujer.

Kayla miraba por la ventana del carro que sus hermanos habían rentado, estaba cautivada por los paisajes verdosos de Escocia, todo era tierra fértil para sus lienzos y aún más para las muchas leyendas que rodeaban el país. No podía creer que viviría en un lugar tan hermoso, tan lleno de magia, con una cultura tan rica, tan basta, tan única y esplendorosa que incluso tenía como animal nacional el unicornio ¡El unicornio!

—Parece entusiasmada —dijo Terry hacia Publio.

—La puedo ver. —Publio negó levemente—. Esto es una pesadilla, esperemos que el duque sea todo lo que ella desea.

—¿Qué hay si no es así?

—Bueno, habrá que ver.

—¿Pueden dejar de hablar de mí? —Kayla se volvió hacia sus hermanos—. Este coche es pequeño como para no escucharlos.

—Parecías tan atontada que seguro no escucharías a Brina gritando. —Sonrió Terry.

—¡Qué insulto! —Lo apuntó—. Esa niña grita más fuerte que el repartidor de periódicos en el centro de Londres.

Publio dejó salir una sonrisa y escuchó a sus hermanos discutir como siempre lo hacían. Esos dos se llevaban de maravilla y no podía dejar de imaginarlos de la misma manera: juntos. Kayla era un alma libre, solía viajar mucho y pasar largas temporadas con Beth, pero siempre volvía, era una alegría poco común entre los miembros de la familia Hamilton, perderla les resultaba más que difícil.

—¡Oh! ¡Miren eso! —La joven apuntó hacia la enorme propiedad que era Dalkeith Palace, el lugar donde viviría, la casa de los duques de Buccleuch—. ¡Es hermoso! Miren esa enorme explanada de césped ¡Y todos los arboles! Pintaré la casa desde allá, con todo y el puente, ¿acaso escucho una cascada? ¡Sí! Miren, por ahí, justo bajo el puente.

—Sí, sí. —Terry colocó una mano sobre los labios de su hermana—. Cállate ya o te confundiré con Micaela.

La chica frunció el ceño y apartó la mano de su hermano, sacando la cabeza por la venta y sonriendo ante lo que veía.

—Es peligroso dejarla en Escocia, sabes bien que no tenemos

jurisdicción en este lugar, no entiendo cómo es que padre y tú están de acuerdo con esto. —Terry tomó la oportunidad que la excitación de su hermana por su nuevo hogar le brindaba.

—Es un riesgo calculado —dijo el mayor—. Además, nada le hubiese impedido venirse, lo haría hasta escondidas de habérsele negado. Prefiero estar en buenos términos para venir.

—Ah… así que por ahí va la cosa. —Negó Terry—. Padre y tú son sorprendentes, ¿no entienden la gravedad del asunto?

—Hasta el momento, nada me hace pensar que es grave, es sólo una muchachita entusiasmada con su nueva vida.

—Publio, ningún águila ha sido de Escocia, ¿sabes por qué?

—Claro que lo sé, el que dirige la cofradía soy yo Terry. —Elevó una ceja sarcástica, pero suspiró rendido—. La gente de Escocia es leal entre ella, jamás aceptarían unirse a una cofradía que fuese de Londres, por mucho que ayudemos a la gente, es una forma en la que los ojos de Inglaterra se estarían infiltrando en las tierras escocesas y lucharon mucho para que no fuera así en el pasado.

—Lo cual quiere decir que, cuando dejemos a Kayla, la dejaremos sola, totalmente por su cuenta.

—Será nuestros ojos y una ventaja para poder venir a Escocia.

—Publio…

—También estoy preocupado por ella Terry, no creas que soy insensible y estrictamente práctico con el asunto, pero es lo mejor que puedo hacer en estos momentos.

—Me parece poco.

En ese momento, Kayla metió la cabeza y se dejó caer en el asiento con una sonrisa que atravesaba su cara de lado a lado y unos ojos llenos de ilusión y felicidad pura.

—¿Creen en serio que haya un tesoro oculto en algún lugar dentro de esta propiedad? —Los miró entusiasmada.

—Por Dios. —Terry frotó su frente con los dedos de su mano derecha y la miró suplicante—. ¿Puedes dejar de ser tan crédula?

—¿Qué? Es que acaso lo ves como algo imposible.

—No es imposible Kayla, pero Terry tiene razón. Ser tan inocente no ayuda a ninguna mujer en su vida de casada.

—Mmm… ¿entonces los fantasmas, gnomos, brujas, hadas y sirenas quedan totalmente descartados para mi vida de casada?

—Está perdida. —Negó Terry.

—Por favor, la imaginación nunca ha matado a nadie Terry. —Sonrió Kayla—. Es lo que dicen tía Emma y Amber.

—Claro, una escritora y una gitana ¡Genial! —aplaudió Terry.

—¡Eh! —Lo previno Publio, quien no admitía racismo ni siquiera a modo de broma—. Basta, hemos llegado.

Los hermanos se callaron instantáneamente y esperaron a que el

coche se detuviera al completo antes de bajar. Los varones permanecían atentos a cada movimiento, incluso los que hacían los animales que pasaban por el lugar o las personas que los hacían desfilar frente a ellos.

—Bienvenidos, Hamilton. —La voz tranquila y casi apagada de una mujer hizo que tanto Terry como Publio volvieran la mirada con interés—. Espero que encuentren agradable Escocia.

—Bastante, gracias —asintió Terry, adelantándose hacia la dama de negro e inclinándose ligeramente, un tanto dubitativo por saber el rango que le correspondía la mujer.

—Soy la hermana del duque —esclareció ella, como si comprendiera el lenguaje corporal que había hecho el menor de los varones—, bienvenidos.

—Es un placer estar aquí. —Sonrió Kayla adelantándose a la mujer —. Es todo muy hermoso, parece un cuento.

Los ojos negros de la dama se posaron tan fijamente en Kayla, que le fue imposible evitar sentir escalofríos. Jamás había visto ojos iguales, tan profundos como la misma pupila, llenos de un brillo que rozaba entre la perversidad y la diversión. Era una mujer hermosa, de una palidez que parecía imposible, no tenía ni una mancha sobre su rostro, como si hubiese estado encerrada en las sombras por años. Sus rojos labios contrastaban la oscuridad de su atuendo y el de sus cabellos, era lo único que parecía vivo en toda la imagen de la hermana del duque.

—El placer es nuestro al tenerte. —Sonrió al fin—. Pero pasen, los estábamos esperando desde temprano.

Publio entrecerró los ojos y frunció el ceño, tal como lo hacía cuando sospechaba de alguien. Kayla lo supo en seguida y por ello lo golpeó ligeramente en el estómago, pidiéndole con gestos que no empezara con análisis y prejuicios tan prontamente.

—El tren sufrió un percance —cedió Publio ante la súplica de su hermana—, pero al fin llegamos.

La mujer lo miró directamente y sonrió sin mostrar los dientes, parecía más una burla que una muestra de agrado.

—Es usted un hombre interesante, lord Hamilton. —La mujer se acercó hacia el mayor y se posó justo frente a sus ojos—. Con muchos secretos, puedo verlos ocultos entre sus orbes azulados.

—Entonces no debe acercarse demasiado, señorita, porque esos secretos no acarrean nada bueno, sobre todo si estos son descubiertos por alguien a quien no quiero mostrárselos. —Amenazó.

—¡Publio! —Reprochó Kayla.

Los ojos negros, sin embargo, parecían llenos de una extraña emoción que parecía hacer brillar a la mujer hermosa parada frente a la enorme e imponente figura que representaba a Publio Hamilton.

—Tranquila, lady Hamilton —la dama de negro no apartó la mirada del hermano mayor—, a nadie le gusta que sean revelados sus secretos… —La mujer calló por varios segundos, para después volverse con rapidez hacia su nueva cuñada—. ¡Bien! ¿Vamos dentro? ¿Gustan un poco de té?

El cambio de actitud y la sonrisa brillante desentonó un poco en la imagen formada en la cabeza de los hermanos, quienes ya habían comenzado a categorizar a la mujer como un posible peligro. Esa nueva actitud los había hecho trastabillar e incluso sentirse algo perdidos en sus previas deducciones. Aquella alegría con la que tomaba el brazo de su hermana menor y hablaba sin parar sobre la casa, sobre el viaje y sobre Escocia en general no se ajustaba a la aseveración malvada que creyeron.

—Hay que tener vigilada a esta chica. —Avisó Publio.

—Es preciosa, pero algo en ella me da escalofríos.

—Suele ser la impresión que da mi hermana —dijo de pronto una voz a sus espaldas.

Nuevamente, los hermanos Hamilton se sintieron sorprendidos. No era normal que no sintieran o escucharan la presencia de alguien. Pero aquel hombre delgado, de cara gallarda y cabellos amarrados en una coleta pegada a la nuca los había sorprendido. Tenía los mismos ojos brunos y profundos que la dama de negro; tan vacíos y distantes en momentos, para después estar tan llenos de vida. ¿En cual de los dos momentos estarían mintiendo? Cuando tenían la mirada perdida en el vacío o cuando la cargaban de emociones que no se podían descifrar.

Los ojos negros de los descendientes de los Buccleuch no eran sólo una leyenda, sino una siniestra y estremecedora realidad. “Los hijos del mal”. Así solían llamarlos en el pueblo.

—¿Debemos suponer que es usted el duque? —Publio se adelantó hacia el hombre alto y delgado.

—No, por todos los cielos, no. —El hombre sonrió con afabilidad—. Soy el menor, mellizo de Nimue. Mi nombre es Sloan.

—Semejantes nombres que se cargan. —Terry se burló un poco de la tendencia escocesa en tratar de poner un ambiente mítico a todo.

—Creemos que los nombres cargan con significado —dijo el hombre, ahora con una impenetrable seriedad—. Aquí no tomamos a la ligera nada, ni siquiera las palabras.

—Ha de disculpar a mi hermano. —Intercedió Publio—. Tiende a hablar más rápido de lo que piensa.

—Entiendo. —Sloan parecía seguir enojado, sus ojos seguían clavados de forma espeluznante sobre Terry. El menor de los Hamilton no se amedrento ante ello y se cruzó de brazos, esperando una reacción de aquel flacucho, pero, si acaso el hermano menor del duque pensó en hacer algo, lo descartó. Puesto que finalmente meneó

la cabeza y volvió a sonreír—. ¿Mi hermana los atiende ya?

—Las damas han pasado al salón segundos antes de que lograra interceptarnos —asintió Publio.

—Sigámoslas entonces.

Publio lanzó una mirada rápida hacia Terry, quien comprendió la situación y siguieron en silencio al hombre alto que caminaba seguro por los pasillos de la propiedad de su hermano.

A los varones Hamilton les pareció raro que los mellizos siguieran viviendo junto al mayor, no era por nada, pero no parecían tener quince años, más bien, estarían llegando a los veintes o pasándolos, lo cual quería decir que debían estar por casarse, si no es que ya deberían estar casados, por lo menos la mujer.

Algo estaba verdaderamente raro en ese lugar.

Capítulo 2

Kayla y la dama de negro -apodo dado puesto que no le había revelado su nombre-tomaron asiento en soledad, tal parecía que sus hermanos se distrajeron con algo a las afueras de la propiedad y la dama de negro no se dio a la terea o mostró interés en esperarlos.

—Me ha dicho mi hermano el duque que eres artista.

—Oh… sí. —Se sonrojó un poco—. Lo estudié por años.

—¡Impresionante! A mi me gusta pintar, pero no soy especialmente buena, me encantaría que me ayudaras con la técnica… Oh, lo siento, he dejado las cortesías atrás, ¿te molesta?

—Creo que es lo mejor si es que seremos familia.

—Ya somos familia. —Recalcó la mujer—. Una boda por poderes es una boda, ahora eres la duquesa de mi hermano.

—Bueno… agradezco tal aceptación.

—Pero claro, para este momento pensábamos que nunca se casaría, por eso nuestra alegría de tenerte aquí.

—Su hermano sigue siendo joven.

—Pero es un duque y los duques necesitan herederos ¡Y nosotros sobrinos! —Sonrió abiertamente, pero de alguna manera, aquella faceta agradable de la dama de negro, le parecía falsa a Kayla.

Tal como si leyera su mente, la dama de negro quitó la sonrisa y la miró fijamente. Sin duda era una mirada lóbrega e insondable, logrando hacerla distante, frívola y con tal potencial de intimidación, que era difícil mantenerle la mirada; Kayla encontraba increíble como los orbes azabaches de esa mujer parecían pertenecerle más a un alma que ha vivido por siglos, que a una jovencita hermosa como lo era en realidad.

—Disculpa. —Kayla meneó la cabeza—. Me he distraído.

—Lo noté —contestó con seriedad, para después mover un dedo frente a sus ojos—. ¿Te parecen interesantes? “Los ojos negros de los hijos del mal”, así los llaman, dicen que derivamos de una especie maligna con el único propósito de que custodiemos el tesoro de este castillo. —La dama de negro rodó los ojos—. Espero que no creas en esas tonterías. Sé que no es común y comprendo que te parezcan aterradores, pero es sólo genética.

—Oh, me parecen preciosos.

—¿Preciosos? —La mujer ladeó la cabeza—. ¿En verdad?

—Bueno, soy artista, encuentro lo extraño como perfecto. No había visto ojos iguales y me pareces una mujer hermosa, lamento que lo diga con tanta facilidad, pero entre los de mi gremio, no existe distinción entre la belleza, no importa si viene de hombre o mujer o si lo dice hombre o mujer, simplemente apreciamos. —Kayla mordió sus labios y arrancó un poco de resequedad de ellos—. Aunque muchas

mujeres se alaben entre sí, casi siempre lo dicen con celos o mentiras, yo lo digo en serio.

—Creo que ha de ser un pensamiento muy poco aceptado en una sociedad como la de Londres.

—Sí… —Bajó la cabeza con una sonrisa—. A las mujeres les deben parecer atractivos los hombres y viceversa, un pensamiento como el que he recitado seguro sería malinterpretado con rapidez.

—Es una lástima, porque me parece un pensamiento adecuado. Yo también te encuentro como una mujer hermosa y lo digo con tanta honestidad como la que soy posible de almacenar.

Kayla rio un poco y asintió. Justo en ese momento, entraban sus hermanos, acompañados por un caballero muy parecido a la dama de negro; los mismos ojos oscuros se clavaron por varios e incómodos segundos sobre la figura resplandeciente de la nueva integrante de la familia de los Buccleuch, tal parecía que le era necesario al caballero grabarse cada milímetro del cuerpo de su cuñada.

—Nimue —dijo con una voz profunda—. Pide que traigan whisky para los señores Hamilton.

—Claro. —La joven se puso en pie y salió del salón con rapidez.

—Soy Sloan, hermano mellizo de Nimue.

—Es un placer conocerlo, señor. —Kayla se levantó rápidamente y se inclinó—. También agradezco que me dijera el nombre de su hermana, ya que lo había omitido hasta ahora.

—Deberá disculparla, no le agrada en demasía anunciar su nombre con rapidez debido al significado.

—Oh, pero si encuentro el nombre muy bonito. Además, su hermana es tan hermosa como dicen la leyenda que era la hechicera Nimue, capaz de enamorar e incluso embrujar al mismísimo Merlín.

—Vaya, está usted bien informada —asintió Sloan—. El mío sólo hace ilusión a un guerrero. En teoría, todos los hijos de Dalkeith Palace deben tener nombres que estremezcan a la población, ¡Como si no fueran suficientes estos ojos!

Kayla sonrió y asintió con gracia.

—¿Qué hay del duque? —dijo Terry—. ¿Cuál es el significado del nombre de su hermano?

—Izek es el nombre que se le da a todos los herederos de Dalkeith, significa: caballero oscuro.

La mirada de Sloan se había iluminado de forma siniestra, casi maligna, parecía divertido con la extrañeza en el rostro de la recién llegada, quizá quería asustarla más de lo que las leyendas lo habían hecho. Kayla sentía una doble personalidad en esos hermanos, era como si quisieran ser las personas más lindas en la tierra, pero al mismo tiempo, una oscuridad extraña saliera de entre sus poros y se colara sin miramientos por sus ojos, mostrando un poco del alma de

los jóvenes que parecía endurecidos por la vida o quizá, por la dureza de ser juzgados por un apellido. Los Hamilton lo sabían bien.

—Muy adecuado a la leyenda que los acuña.

—Sí. Creo que incluso lo hacen para hacerla aún más creíble —dijo Sloan divertido—. Cultura nacional, supongo.

Nimue volvió a entrar en la habitación, trayendo con ella a un puñado de mozos que rápidamente entregaron whisky a los hombres y té a las mujeres. Dejaron también galletas y otros aperitivos para que pasaran un momento de tranquilidad y charla. Pero aquellas formalidades hacían aún más evidente la ausencia de una persona.

—¿Dónde está el duque? —inquirió de pronto Publio—. No quiero mostrarme intransigente o demasiado imperativo, pero hemos de marcharnos pronto y me es necesario verlo.

—Oh… Por Dios, es terrible y lo había olvidado por la alegría de tenerlos en casa al fin —dijo Nimue—. Mi hermano ha tenido que salir de urgencia hacia Irlanda, pero estoy seguro que volverá pronto.

—¿Qué tan pronto? —Se acercó Terry.

—Máximo dos semanas. —Esclareció Sloan—. Claro que serán bienvenidos a quedarse durante ese tiempo.

Los Hamilton se miraron entre sí, todos sabían que era imposible que tanto Publio como Terry se mantuvieran lejos de la cofradía o sus respectivas familias. Eran hombres casados y con ocupaciones al por mayor, esperar a que el marido de su hermana regresara no era una opción.

—Lamento decir que no podremos quedarnos. —Publio miró a su hermana—. Pero podemos irnos y regresar… todos.

—¿Se refiere a llevarse a la nueva duquesa? —Negó Nimue—. No creo que sea opción, mi hermano estipuló que ha de quedarse.

—Pero él no está y no creemos que sea adecuado dejarla aquí sola —dijo Terry, cruzándose de brazos y viendo la súplica en la mirada de Kayla.

Definitivamente no pasaría.

—No estaría sola, mi hermana le hará compañía y si lo dicen por mi presencia, he de decir que también tengo que salir, incluso los acompañaré gran parte del trayecto, voy hacia Crawley.

Publio lo meditó y asintió, mirando a su hermana.

—Queda a tu jurisdicción.

—Me quiero quedar —dijo con soltura la muchacha y sin pensárselo dos veces, puesto que ya tenía la resolución desde hacía mucho—. Quiero esperar al duque aquí.

—Naturalmente que pueden venir en dos semanas para encontrarse con él, supongo que tendrán mucho de lo cual hablar —dijo Nimue.

—Sí. —Suspiró Publio—. Mi padre me ha encomendado lo referente a la herencia de Kayla, pero esto sólo he de tratarlo con él.

—Por supuesto, lo entendemos —asintió Sloan—. Están cordialmente invitados a venir cuando les sea pertinente.

—Lo agradecemos. —Asintió Terry.

—Claro que esta noche la cordialidad nos impide dejarlos ir, así que iré a ordenar la comida, mientras tanto, Effie los llevará a sus habitaciones para que se refresquen por unos momentos. —La hermana apuntó a la doncella que rápidamente se inclinó, para después mostrar sus marcadas ojeras y palidez espeluznante.

Los tres hermanos siguieron a la ensombrecida mujer que caminaba encorvada, con lentitud y entre suspiros, la melancolía parecía ser parte fundamental de su persona.

—Mi lady, vuestros hermanos pueden quedarse aquí —apuntó con pereza un par de habitaciones juntas—. La vuestra está al final del pasillo, la llevaré en cuanto usted lo ordene.

La mujer se hizo a un lado y esperó pacientemente a que la nueva señora se despidiera de sus hermanos.

—Bueno, los veré en un rato.

—Espera, espera —la retuvo Terry—. ¿No te parece extraño?

—¿La mujer? —susurró Kayla, acercándose a Terry y Publio—. La verdad es que sí, pero no lo hagas tan evidente.

—¡No ella! —Se exasperó su hermano—. ¡Me refiero a todo! Aunque en verdad que esta mujer da escalofríos.

—¡Chst! —Calló Publio—. Terry tiene razón, algo no me suena bien en todo esto, me parece extraño que, si el duque sabía que veníamos hoy, se tuviera que “marchar”.

—¡Oh, por favor! —Le quitó importancia la mujer—. ¿Cuántas veces ustedes se han marchado en situaciones mucho más apremiantes?

—Bueno…

—Miles. —Cortó la joven y miró a la ensimismada Effie—. Ahora, querida, debes indicarme a dónde ir.

La mujer asintió sin darle mucha importancia a la felicidad de la joven y prosiguió con su camino en silencio. Kayla aprovechó esto para fijar la vista en todo cuanto se le pusiera enfrente, pero era obvio que lo que más llamaba la atención, eran los cuadros enormes con hombres de ojos negros que miraban fijamente hacia adelante.

—¿Está entre estos cuadros el actual duque?

—No. Eso suele hacerse cuando el duque tiene a su heredero.

—¿Se supone que, si no engendra varón, no tiene derecho a un pedazo de la pared? —Se burló la joven.

—Así es.

Kayla elevó ambas cejas en sorpresa y asintió, parecía que la mujer no entendía de bromas o simplemente no las apreciaba. Lo que fuera, lo tomaría en cuenta, parecía ser que la casa consumía a sus

habitantes de alguna manera. ¿Serían ciertas todas esas historias que había sobre la propiedad? ¿Existiría un mapa hacia el tesoro? ¿Lo custodiarían fantasmas asesinados por los antepasados de su marido?

Sonaba macabro pero emocionante.

—¿Mi lady?

—Ah, lo siento Effie, me quedé pensando en tonterías.

—Ya veo —suspiró la mujer y siguió hablando con voz monótona —: Bueno, esta es su recámara, si necesita algo, jale el cordón dorado.

—Gracias Effie.

La mujer se inclinó ante la dama y desapareció en cuestión de segundos. Eso quería decir que la casa tenía pasadizos secretos, como los tenía la casa de su padre, ¡Cada vez se ponía más emocionante! Lo único que le faltaba era ver a su marido… quizá ese fuera un detalle más que fundamental. Ahora entendía la preocupación de sus hermanos.

¿Qué tal si era viejo? ¿Qué tal si era feo, con cicatrices y cuernos? Sonrió. En verdad que tenía demasiada imaginación, ahora ya lo pintaba como una bestia, un ogro o quizá hasta un dragón.

Entró a la habitación que se encontraba en una completa oscuridad, elevó las manos y notó que ni siquiera era capaz de vérselas. ¿Quién mantendría una habitación de esa manera…? Pero claro, si era una desocupada, quizá la mantendrían cerrada y con las cortinas corridas.

Caminó hacia lo que pensó era un extremo de la habitación y palpó la pared hasta que sintió una rugosa y pesada tela, la cual jaloneó hasta que dejó pasar la luz del día, iluminando el espacioso lugar con múltiples puertas. Parecía aun más misterioso ahora que era visible.

La joven caminó con tranquilidad, mirando los alrededores y continuando con sus divagaciones: ¿Cómo se vería su marido en la vida real? Tendría esos ojos negros como los de sus hermanos, eso seguro, pero… ¿Sería flaco como Sloan? ¿Tan pálido como Nimue?

¿Cuánto se tardaría en volver?

Capítulo 3

El cielo se había cerrado repentinamente y las nubes grises cubrieron gran parte del firmamento hasta dejarlos en una tenue oscuridad que sólo daba indicios de lo que se avecinaba. El olor a tierra mojada se extendía como un aviso a lo largo de aquel pueblo en el que se formaban corrientes en las calles y se inundaban las casas cuando el temporal perduraba.

Las mujeres salieron presurosas de sus casas para quitar las ropas previamente tendidas, los hombres guardaban a los animales en los graneros y los niños jugueteaban alegres por las calles, en espera de las primeras gotas de agua.

Sin embargo, el agua no llegó de forma agradable y gradual, sino que simplemente soltó tal diluvio lleno de truenos y rayos, que los pueblerinos no tuvieron más remedio que correr al interior de las cálidas casas, encorvándose ante la helada agua que les empapaba hasta los huesos.

Muchos atribuían tales tempestades a la llegada de cierto caballero temible. Todo hombre y mujer racional se quitaría del camino del duque de Buccleuch, al menos lo harían si no eran llamados expresamente por él. Había muchas leyendas a su alrededor y muy pocas personas que quisieran discernir si eran verdad o mentira; la mayoría prefería dejar al hombre entre sus misterios y tratar de no hacerlo enfurecer.

En esos momentos, aquel caballero era centro de miradas, puesto que caminaba bajo la torrencial lluvia que no permitía que se viera más allá de la nariz. Por el contrario de los hombres que le seguían -los cuales intentaban cubrirse de la lluvia mientras prácticamente giraban para hacerse oír—, el duque caminaba con la cabeza en alto, la espalda erecta, zancadas largas y brazadas firmes como si estuviera a punto de marchar a la guerra. Los chorros de agua resbalaban por su rostro, pero él apenas y fruncía el ceño, parecía concentrado en otras cosas y nunca aminoró su paso hasta que esperó su turno para entrar en la caverna del pueblo.

—¡Ah, mi señor duque! —gritó la regordeta dueña del lugar, corriendo un poco para alcanzar al hombre que quitaba ropas mojadas de su cuerpo con aparente frustración—. Le tengo preparada su mesa y su comida.

—Ha de colocar lugares para estos hombres —apuntó a su compañía con una palma—. Además de la mía y la de Arnold.

—Claro, mi señor duque.

—Hablando de él, ¿dónde carajo está?

—Siempre maldiciendo, Izek, no hace falta que agregues más temores a tu persona. —De las escaleras bajaba un hombre rubio, con

una gran sonrisa y los brazos abiertos—. Estás empapado.

—Pero qué perceptivo te has vuelto. Iré a cambiarme, lleva a estos hombres a que hagan lo mismo y me esperen en la mesa.

—Como diga, señor.

—Déjate de bromas, sabes que no me agradan.

Arnold sonrió de lado y asintió, mirando al resto de los caballeros que trataban de mantenerse erguidos y sin temblar de frío ante la presencia del duque, quien no mostraba estragos ni siquiera por estar empapado por lluvia tan helada como la que habían afrontado.

—Bien, caballeros, ya no tienen que retener sus dientes castañuelos, el duque se ha ido, así que seguid a esta preciosa señorita —tomó a una de las meseras— hasta un lugar donde puedan cambiar sus ropas.

—Gracias señor Arnold.

Los hombres pasaron por su lado en medio de temblores de cuerpo y escurriendo agua de las botas rechinantes. El rubio esperó a perderlos de vista antes de correr escaleras arriba hasta la habitación del duque, la cual abrió sin pedir permiso y se dejó caer en la cama desocupada.

—Creí decirte que te quedaras con ellos.

—¿Y yo para que quiero ver a un montón de hombres desvestirse y quitarse el frío del cuerpo? —dijo con desinterés—. Me hubieras mandado a revisar mujeres y ahí estaría, al pendiente de ello, pero no es así. Prefiero hablar contigo entonces.

—Yo no tengo nada de qué hablar.

El duque limpiaba su cuerpo sobre un palanganero con agua humeante. Lentamente sentía como el calor del agua traía consigo la movilidad a sus articulaciones que se atrofiaron por el frío.

—Claro, seguro que lo que tengo por informar te encantará.

—No tengo tiempo para estupideces, Arnold. Soy un hombre ocupado de momento y créeme que si…

—Tus hermanos están en Dalkeith Palace.

—¿Qué? —Izek detuvo todo movimiento por unos segundos, para después sacudir sus brazos, quitando el exceso de agua.

—Llegaron hace unos dos meses.

—¿Y hasta ahora es que me lo dices?

—Es que apenas se empieza a poner más interesante.

—El regreso de mis hermanos no es interesante, es problemático.

—Te digo que no es todo —sonrió malvado—. Hay una chica.

—¿Una chica?

—Sí, dicen los del pueblo que es una muchacha hermosa y que no encaja para nada con los *de los ojos negros.* Lleva en tu casa unas dos semanas… más o menos.

—¿Quién en su sano juicio se quedaría con uno de nosotros con esa

tranquilidad y en esa casa? —Sonrió malicioso, aventando hacia un lado la toalla con la que se había estado secando.

—Al parecer… una Hamilton.

—¿Una… qué? —Entonces enfureció—. ¿Una londinense en mi casa? ¿Con mis hermanos? —Negó—. ¿Qué se traen esos idiotas? ¡Una Hamilton! Por todos los carajos, son más estúpidos que… ¡Maldición! Tendré que volver.

—Inteligente decisión ¿Qué harás con lo de aquí?

—Te lo dejo a ti de momento.

—Mala decisión, me aburro de hablar de negocios.

—¡Y una mierda contigo!

—¡Vale! —levantó las manos—. No te enojes conmigo, que nada tengo que ver, guárdalo para tus hermanos. —Sonrió de lado—. ¿Cuándo te vas?

—¡En este maldito momento!

El duque nunca hablaba por hablar, cuando decía algo, tendía a ser una realidad irrefutable que él siempre haría cumplir. Tomó sus ropas, se cambió con rapidez y salió tan rápido con tuvo botas.

—¿He de alcanzarte cuanto antes?

—Naturalmente —Izek subió a su caballo—. Maldición, llegaré empapado a esa maldita casa.

—Vaya, eso te pondrá de un mejor humor.

—Que esos dos se escondan de mí, que si los veo los mato.

Arnold dejó salir una carcajada.

—Como si hiciera falta algo más que verlos para desear matarlos.

—Arregla todo aquí, si se complica algo, mándame un telegrama y volveré en seguida. He batallado demasiado con estos malditos como para que al final me digan que no.

—Sería detestable —dijo Arnold en una voz divertida.

—Si sigues así, terminaré matándote a ti.

—Mejor vete para que mates a los indicados. —Arnold dio una palmada al caballo y este salió cual rayo hacia el exterior y la lluvia—. Pobres idiotas.

Kayla miraba el exterior de la propiedad con ilusión, hacía más de una semana que había comenzado la temporada de lluvias y nada las había detenido hasta el momento. La joven sonrió. Aquel mal temporal era el más escandaloso que había escuchado hasta el momento; los rayos y los truenos se turnaban para asustar a los habitantes y la luz se había ido hace varias horas, regresando a la fundamental y rudimentaria vela para iluminar las estancias donde alguno de los señores estuviera.

—Lamento que a tu llegada comenzara el mal tiempo.

—No hay de qué preocuparse Nimue, ya era algo que esperaba, puesto que Londres no queda tan lejos y recibimos el mismo trato.

—Sin embargo, creo que las lluvias son mucho más hermosas aquí, el paisaje sigue siendo muy hermoso.

—Cierto, sin embargo, preferiría continuar con tu pintura antes de que me enfrasque en los paisajes de Escocia.

—Jamás me habían retratado, agradezco que lo ofrecieras.

—Bueno, tú me estás retratando a mí, así que es más una tregua.

Kayla se alejó de la ventana y trató de salir de la habitación, pero Nimue la frenó en seguida.

—Sin embargo, querida cuñada, el día de hoy he de salir.

—¿Con esta tormenta?

—Lamento dejarte —asintió—. Pero es imperativo que atienda el llamado de Sloan, parece que cayó enfermo en Easthouses.

—Comprendo la preocupación que sientes, haría lo mismo.

—He de marcharme, espero que para este momento ya te sientas como en casa. —La advirtió con la mirada.

—Bueno… algo así.

—Por favor, mujer, no debes ser tan remilgosa, tan sólo entiende que ahora vivirás aquí y listo.

Kayla pensaba que esa mujer no hablaba por la experiencia, seguro que jamás había estado en una situación en la que llegara y se sintiera una completa extraña, fuera de su entorno, lejos de las personas que amaba.

—Claro, lo haré.

—Bueno, hasta pronto.

La estilizada figura de Nimue Buccleuch salió de la estancia, dejándola sola y admirando nuevamente el paisaje. Al final, tal vez se pondría a pintar algo… aunque no había mucha luz, eso quizá haría que no distinguiera correctamente los colores. No, eso podría arruinar la pintura, lo mejor sería dar un paseo por la casa.

Kayla dio un asentimiento ante su resolución, pero al dar la vuelta, se topó con los ojos desorbitados de una mujer que claramente estaba en estado de conmoción, por poco se desmaya ella misma al verla ahí parada como si se tratara de una loca.

—Señora… señora, ha vuelto a pasar señora.

—¿Qué cosa Tamara? ¿De qué hablas?

—Esa chica, esa pobre chiquilla, apenas y sabría que algo pasó.

—No entiendo.

—¡Tamara! —regañó una voz femenina a la cual Kayla se había acostumbrado y odiado a los pocos días—. ¡A la cocina!

—Señora Campbell, creo que Tamara tiene algo importante que decirme en estos momentos.

La silueta embarnecida del ama de llaves se irguió aún más al recibir la contraria por parte de la joven, pero esperó tranquila a que la joven Tamara hiciera su resolución, la cual fue la correcta, puesto

que salió corriendo lejos de la joven mujer.

—Creo que no tiene más que decir.

—No puede hacer eso, no puede esconderme las cosas, soy la señora de esta casa —rugió Kayla.

—No. No lo es, hasta que el duque llegue, usted sigue siendo sólo otra mujer en esta casa, como todas nosotras.

—¿Disculpe?

—El matrimonio no ha sido consumado, así que, en realidad, el duque no la ha aceptado como esposa.

—Vaya, así que esa es la razón detrás de sus malos tratos, ¿cree en serio que esto no es real? Estoy casada eclesiástica y legalmente con su señor, eso me convierte en su señora, lo que pase con él o no en la habitación es cosa de nosotros.

—Lo cual sería nada, porque el amo no está… *convenientemente* no está. —Recalcó—. Me parece extraño.

—Si tiene algo que decir señora Campbell…

—¡Señora Campbell! —gritaron desde el pasillo.

Kayla miró con intriga hacia el lugar y prácticamente corrió fuera del salón en el que se encontraba, muy pese a que la mujer lo haya querido evitar, Kayla era joven y jamás podría alcanzarla.

La joven sintió la excitación del momento mientras corría hacia el grito previsor, y lejos de la señora Campbell, pero al momento de llegar y ver lo que en realidad estaba sucediendo, hubiera preferido quedarse en el salón, ajena a esa imagen, ajena a la realidad, presa entre la lluvia y sin terror alguno de quedarse en esa casa.

—¡Dios Santo! —Se cubrió los labios—. ¿Qué le ha pasado?

—Es el duque sanguinario, señora, ha vuelto ¡Ha vuelto!

—¡Callada! —pidió la señora Campbell, que en ese momento entraba en la cocina con la respiración entrecortada.

—¿Esta…? —La voz de Kayla terminó siendo un susurro, aquella pregunta no necesitaba respuesta.

—Muerta. Será mejor que llamemos a los oficiales, es obvio que la pobre chica se mató a sí misma.

Kayla regresó la mirada hacia la señora Campbell, era una estupidez que alguien pensara eso. La joven tumbada en el charco del piso había sido apuñalada incontables veces, una persona no podría infringirse a sí misma tantas heridas sin quedar inconsciente en el camino, con la primera puñalada podría haber sido suficiente. Quizá no fuera Publio o su padre, que eran médicos, pero claro que podía ver que eso no era auto infringido.

—Esto es un asesinato, está más que claro —dijo Kayla sin ninguna duda—. Sí, han de llamar a las autoridades, pero que revisen toda la casa, de ser necesario despierten a cada hombre y mujer, esto es peligroso, hay un asesino suelto.

—Quizá era sólo contra la muchacha, señora —dijo una mujer que estaba extrañamente calmada ante la imagen—. Supe que ella tenía un novio fuera de la casa, pero lo engañaba con el chofer.

—¿Estás segura de eso?

—Es lo que se dice. —La mujer se inclinó de hombros.

—Traigan al chofer en este momento, bastará con preguntarle.

—El hombre no duerme en el palacio —dijo la señora Campbell—. Aquí alojamos a los mozos y las doncellas principales.

—¡Mándenlo llamar del mismo infierno si se encuentra ahí! —gritó entonces desesperada—. No entiendo la calma, ¿qué no ven que todos estamos en peligro en estos momentos?

—Ah, Orlando. —El ama de llaves miró hacia un mozo—. Haga a la señora un té, necesita componer sus nervios.

—Sí, señora Campbell.

—¡No necesito nada de eso! —dijo enojada y frustrada—. Se ha de hacer lo que yo diga.

—No se preocupe señora, se hará —tranquilizó la señora Campbell —. Ahora, tome el té, le hará bien.

Kayla sentía sus manos temblorosas y sus ojos desorbitados, seguramente estaría en un estado catatónico, como lo había estado Tamara al momento de quererle informar lo que pasaba en la cocina. Todo parecía más aterrador entre la lluvia y las penumbras, quería correr hacia un lugar seguro, pero no sabía cual podía ser, estaba lejos de todo cuanto la amaba y no había nadie de su nueva familia.

—Señora —le tendieron la taza de porcelana y ella aceptó con un trémulo movimiento.

—Siéntese, señora —pidió la otra mujer extrañamente tranquila.

—No necesito sentarme —dijo ya más calmada, sentía como lentamente el té relajaba su cuerpo.

—Le aseguro que sí. —El mozo la condujo hasta un banco en la cocina y la sentó con cuidado.

Kayla sintió como lentamente todo en ella se relajaba, su cabeza había dejado de estar preocupada y sus párpados comenzaban a pesarle… ¿Acaso? Miró extrañada hacia la señora Campbell, quien le sonreía triunfal. Oh, esa maldita vieja, se las tendría juradas con ella a partir de ese momento, ¿cómo se atrevía a drogarla?

—Llévenla a sus habitaciones. —Ordenó la señora Campbell.

Capítulo 4

Kayla despertó con el suave repicar de la lluvia, su cabeza le dolía y sentía que se perdió de un espacio en el tiempo. No comprendía cómo había llegado a sus cámaras, tampoco sabía quién la había cambiado a su camisón o por qué no recordaba nada con claridad… únicamente sabía que le dolía… le dolía muchísimo la cabeza.

Cerró los ojos con fuerza y se sentó con cuidado, tomándose las sienes con aprensión y miró a su alrededor. Soledad. Sabía que Nimue no estaba, Sloan no se había vuelto a aparecer desde que partió con sus hermanos y el silencio de la casa le avisaba que todos estaban dormidos y probablemente era muy tarde.

Se estiró levemente hasta la mesa de noche y encendió una vela que rápidamente iluminó una parte de la espaciosa habitación. Bajó los pies descalzos al frío suelo y se acercó a la ventana para comprobar que seguía lloviendo con la suficiente fuerza como para hacer revolotear los árboles y provocar sonidos que parecían ser susurros del más allá.

Algo se le escapaba, lo sabía, podía sentir un cosquilleo en lo profundo de su pecho, como una aguja de Aine… eran letales y solían pasar desapercibidas por mucho rato, no se sentía con claridad el dolor hasta que uno se lo arrancaba por mero instinto. Pero ahí estaba, era un ligero cosquilleo de advertencia que no daba paz.

En ese momento escuchó unos fuertes pasos provenientes del pasillo. Eran zancadas largas, de varón, uno pesado, probablemente fuerte y convencido de hacia donde se dirigía y las acciones que cometería al llegar. «Un asesino…» susurró entonces su mente. Su instinto la llevó a tomar la daga que su padre le regaló y apagó la vela que había encendido con presura. Miró entre las tinieblas y fue a esconderse tras una pesada cortina.

Sintió sus manos temblar, pero se aferró a la daga con todas sus fuerzas, quizá no sería Aine, no sería Publio o Terry, pero claro que podría defenderse… por lo menos no dejárselo tan fácil. Ella era hija de su padre también, tenía el valor de Thomas Hamilton y el corazón de Annabella Korsakov. Cerró los ojos, controlando su respiración y su acelerado palpitar. Para cuando los abrió, no sentía tanto miedo.

Fuese quien fuese, no sabía con lo que estaba por toparse.

Izek escurría el agua de la lluvia y dejaba un rastro por donde pasaba. Seguro que la señora Campbell no estaría feliz al ver las alfombras mojadas cuando amaneciera ese día, pero poco le importaba entonces; sentía un escozor en los ojos, le picaba el cuerpo por la tela mojada y sus huesos le reclamaban el largo viaje. Quería dormir, eso era lo que quería. Ya sería el día de mañana en el que pondría en regla a sus hermanos y mandaría lejos a la mujer que

estuviese hospedada en la casa.

Abrió la puerta de su habitación y ni siquiera intentó encender la luz, sabía que con la tormenta todo se habría ido al infierno, así que simplemente vagó en la oscuridad de una recámara que conocía como la palma de su mano. Anhelaba quitarse esa ropa mojada y mucho más las botas con agua hasta los tobillos.

Así que fue lo que hizo apenas dar unos pasos en la habitación. Comenzó a desnudarse, dejando la pesada ropa sobre el suelo, sintiendo la frescura de su piel siendo liberada y el escalofrío que recorrió su cuerpo con aceptación de sus acciones. Cuando iba a quitarse la ultima prenda sobre su cuerpo, algo llamó su atención, no lo había notado debido a lo mucho que su cabeza se había concentrado en deshacerse de la incomodidad, pero algo no andaba bien en esa habitación.

Miró rápidamente hacia la cama, notándola desordenada… ¿Alguien se había atrevido a revolcarse en su habitación? Eso sería causa de muerte, en verdad que la casa era grande como para que fueran a seleccionar la habitación del mismísimo duque para tener sexo a escondidas.

—Malditos perros… —Apretó los puños, quería gritar para despertar a toda la casa y matar en persona al atrevido, pero tomó aire y suspiró, buscando tranquilizarse—. Mañana… será mañana.

Se quitó la prenda que evitaba que estuviera completamente desnudo y se sentó sobre la cama, apreciando el calor en ella. Apretó los dientes y cerró los ojos. ¿Acaso la acababan de utilizar? Hace cuanto que se habían ido esos malditos indecentes… miró a la mesa de noche y notó una vela recién apagada. Seguían ahí.

Izek se puso en pie y buscó con la mirada por la habitación, no podían haber ido lejos, no escuchó nada de camino ahí, tenían que estar cerca, ¿en algún armario? ¡Demonios! Esa habitación tenía las puertas suficientes como para que pudieran escapar, estaba la de la recámara de la duquesa, la de su estudio personal y la del baño. Si acaso se movía hacia alguna de ellas, esos malditos podrían escapar sin que los viera. No… debía quedarse ahí.

—Te aseguro que te irá mejor si simplemente me das la cara, maldito perro sarnoso ¿Cómo osas en ocultarte de mí? —Kayla sintió que su corazón daba un brinco y apretó la daga. No saldría de ahí, esa era su ventaja, de ser de otra forma, él no habría hablado—. Te encontraré y te despellejaré yo mismo, te juro que si no sales lo haré.

Kayla tuvo la sensación de que moriría, ¿Qué pensarían sus padres? ¿Sus hermanos? Seguro que dirían algo como: “Debió tomar el entrenamiento como era debido”. No… exageraba, a sus padres les dolería muchísimo y sus hermanos se culparían. Cerró los ojos y volvió a concentrarse en no respirar fuertemente, en no brincar cada

vez que escuchaba una zancada hacia su dirección, en no temblar cuando la luz iluminó la instancia, dándole a entender que habían encendido la vela…

—¡Te encontré!

Izek se vio sorprendido por tener una daga en el cuello con la misma prontitud con la que él la había puesto sobre el de su contrincante. Era una mujer, una con la determinación de ponerle un cuchillo en el cuello aún sabiendo quien era. Valerosa y torpe mujer. Tenía incluso un brillo rebelde y lleno de orgullo dentro de su mirada, le parecía… atractivo.

—¿Cómo osa entrar en la casa del duque de Buccleuch? —le dijo ella con cautela y amenaza.

—Dime damita, ¿Estuviste aquí para complacer a alguien?

—Yo no vengo a complacer a nadie.

Izek bajó su daga y apartó la de ella con un movimiento rápido, lastimándola un poco al momento de doblarle la muñeca para tomar el cuchillo de entre sus manos tercas.

—No veo otra razón de que una mujer esté en la habitación del duque —dijo desinteresado.

—¡Claro que hay otra razón! —contestó extrañada, siguiéndolo por la alcoba, mirando hacia la tentadora salida. Si a él no le interesaba su presencia, entonces correría de ahí lo más rápido posible—. ¡Yo soy…!

Su voz perdió fuerza al ver al hombre completamente desnudo frente a ella, con dos dagas en las manos y una sonrisa petulante en la cara.

—¿Es quién? —dijo divertido—. ¿Se ha quedado sin habla?

—¡Por Dios! —se cubrió la cara, pensando en lo estúpido de su acción, podría matarla mientras ella cuidaba de su pudor, así que luchó para volver a encajarle la mirada, tratando de no apartarla—. ¿Qué cree que hace?

—Mmm… te contrataría yo mismo, pero en realidad estoy cansado, no podría acostarme contigo, aunque lo intentara, así que lárgate de una vez.

—Yo no me voy, se irá usted.

—¿Me corre de mi habitación? —la miró divertido e impactado.

—¿Su… su habitación?

—¿Y de quién más le dijeron que era damita? ¿Acaso de un rey? ¿Del mozo con el que se vino a acostar? ¿Acaso mi hermano es quien la contrató y la metió aquí para follarla en mi cama? Mmm… Ahora que lo pienso, es una acción que él cometería. Como sea, vete, no tengo más paciencia.

—Es usted el duque… ¿Izek?

—¿Te atreves a llamarme por mi nombre? —Se giró, nuevamente estupefacto, esa mujer en verdad que era alucinante—. Me sorprende

que no estés temblando de miedo ahora que lo sabes, bueno, eres valiente, quizá pueda tomarte por la mañana, puedes acostarte a mi lado si lo deseas.

—¿Tomarme? —Ella al fin comprendía algo importante—. ¿Es que me cree una cortesana?

—¿Qué más? —Se metió en la cama y apagó la vela.

—Y si tuviera más ganas o humor, ya me habría tomado… —decía, como si intentara hacerlo entrar en razón de algo.

—Naturalmente, ¿Qué te pasa mujer?

—¡Como se atreve a traicionar a su esposa! ¡Es un maldito!

—¿Esposa? —Se sentó rápidamente—. Yo no tengo esposa.

—¿Disculpe? —dijo a punto de la histeria—. ¡Yo soy su esposa!

Izek sintió como si alguien acabara de darle con una piedra en la cabeza. ¿Qué era lo que acababa de decir esa mujer?

—¡De qué carajos habla, maldita loca! Yo no tengo esposa.

—¡Agh! ¿Es que no me reconoce? Es usted quien me escribió todas esas cartas, es usted quien se propuso y me trajo aquí, al mismo tiempo que se marchó sin más, dejándome sola en un lugar desconocido, con personas extrañas y poco amables.

—A ver, a ver —se puso en pie—. Cállate y recapitula ahora.

—¿Cómo que me calle?

—Y trata de no agudizar tanto la voz —pidió sin más—, provocarás que me explote el cerebro

—¡Prenda la maldita vela! Estoy harta de hablar en penumbras.

Izek volvió a prender la vela en la mesa de noche y nuevamente ella pudo contemplar la desnudez, cubriéndose inmediatamente la cara y gritando ante ese pequeño olvido.

—¡Demonios! —Chistó el hombre y caminó hacia uno de los armarios y sacó una bata—. Listo, ya destápese, pero qué mojigata.

—¿Mojigata? Hace unos segundos era una cortesana.

—Y todo esto está derivando a más apelativos hirientes, así que explíquese de la forma más concreta y sin gritar, me arde la cabeza.

—Ah, quiere que sea concreta. ¿Se hace el tonto? ¡Vaya, qué caballero tan honorable! —La joven elevó una palma y la llevó de arriba abajo, señalando al hombre frente a ella con desprecio.

—Ey, cuida tu boca. —La apuntó con un dedo acusador.

—Cuide la suya entonces.

—Vale, estoy a punto de sacar las dagas de nuevo y en esta ocasión no me detendré y cortaré su precioso cuello.

—¿Qué quiere que le diga? Me mandó cartas durante casi un año, diciendo que me amaba, que me había visto a lo lejos en el parque ¡Incluso notó mi lunar en la mejilla! —apuntó la pequeña mancha en el lado izquierdo de su cara—. ¿Cómo es posible que me olvidara? ¿Acaso se golpeo la cabeza al venir?

—Ningún golpe —dijo molesto—. Yo no mandé ninguna carta y por supuesto no estoy casado, usted está loca.

—Mmm… claro, loca. —Ella caminó por la habitación y sacó de una maleta todas las cartas y, algo mucho más importante, el acta de matrimonio que acreditaba lo que decía—. ¿Qué me dice de eso?

Izek pasó la vista por todas las cartas y después por el acta matrimonial. Tardó unos segundos en comprender la situación y, cuando lo hizo, no pudo más que suspirar cansado. Le reventaría la cabeza, ese día seguro que sí perdía todos los sesos. El nombre de su hermano estaba en esa acta, firmando como testigo y el de su hermana estaba en cada carta.

—Así que es usted la señorita Hamilton.

—En teoría no.

—Vale, vale. —Se tomó la cabeza, tratando de frenar el dolor—. Es mi esposa, comprendo… creo.

—¿Cómo que cree?

—Eh… ¿Dónde están mis hermanos?

—Salieron, creo que Sloan enfermó y Nimue fue a auxiliarlo.

—Claro… siempre tan precisos.

—¿De qué habla ahora?

—Nada. —La miró de arriba hacia abajo—. ¿Por qué tiene el cabello así?

—¿Así como?

—Corto. Es… raro.

—¿No le gusta? —Ella elevó la mano hasta tocar las hondas castañas que se congregaban sobre sus hombros.

—Dije raro, no feo. No es normal ver a una mujer con el pelo así.

—Me es estorboso. —Simplificó.

—Vale… así que eras tú la que dormía en la cama.

—Hasta que usted me asustó.

—Claro. ¿Por qué no vuelve a dormir ahora? Yo… eh, tengo algo que hacer, esperaré a alguien.

—¡Deténgase!

El hombre lo hizo por mero entrenamiento militar, pero cuando se dio cuenta que obedeció el capricho de una mujer, se volvió con molestia, mirándola enfurecido.

—¿Cómo dijiste?

—¿Es que piensa simplemente dejarme aquí? ¿Se marchó durante semanas, me hizo venir, me hizo casarme con usted y piensa tratarme así? Después de decirme cortesana y de que otros hombres habían estado conmigo en esta cama, ¿Simplemente se irá?

—Yo… —Izek no sabía como afrontar la situación.

¿Le reclamaba? Era más que obvio que él no sabía nada, pero por alguna razón, la mujer estaba convencida de que simplemente se

estaba haciendo el tonto… ¡En realidad lo hacía! Debería decirle a que tomara sus cosas y se marchara de su casa de una vez por todas.

Pero no podía, era una Hamilton, era peligroso.

—Lamento tener que salir de nuevo, pero le aseguro que no tardaré en volver… con respuestas. Vuelva a dormir.

Kayla sentía que sus venas eran recorridas por lava y no por sangre, ese hombre era un maldito, ¿Cómo era posible que él se mostrara tan falto de vergüenza ante todos sus desdeños? ¿Era posible que la olvidara de un momento a otro como si jamás…? Kayla se vio en la necesidad de frenar sus pensamientos y abrir los ojos con impresión al comprender algo.

—Usted… —Lo miró perpleja—. Por Dios, usted no lo sabía.

La faz del duque era severa, distante y mortalmente pálida. Sus ojos oscuros eran terriblemente escalofriantes en medio del silencio que daba la contestación a los peores miedos de Kayla.

—No. No lo sabía. —Aceptó.

—¿Y por qué no…? —Kayla cerró los ojos y negó suavemente, comprendiendo aún más—. Hamilton… una Hamilton.

Su apellido, eso había sido lo primero que él había dicho después de leer las cartas. No preguntó sobre el matrimonio falso, no indagó sobre su inocente forma de creer una mentira, sino que mencionó su nombre, lo cual quería decir que respetaba a su padre o le temía. Nada tenía que ver con ella. Se las llevaba con tiento por ser una Hamilton, no porque le tuviera respeto o al menos algo de pena.

—Le sugiero que vuelva a la cama, descanse esta noche.

Kayla no se atrevía a mirarlo a la cara.

—¿A dónde va usted? —susurró.

—Iré por mis hermanos, ellos son los causantes de todo esto.

—Los mellizos… —asintió con lentitud—. ¡Soy una ilusa!

—Para ser franco, ellos son buenos engañando personas. —Izek apretó los labios al ver a la desmoralizada mujer—. Descanse.

El duque salió presuroso de la habitación, dándole la oportunidad a Kayla de sentarse en la cama y cubrir su rostro con ambas manos. ¡Se sentía una idiota! Toda su familia se lo advirtió… ah, pero ella había estado tan segura, tan llena de confianza, pensando que se casaría con un hombre amoroso que jamás la engañaría. ¡Patética! No podía creerlo de sí misma.

Definitivamente ella no era una Hamilton, no tenía el sentido de la deducción desarrollado, ni siquiera hubo cabida para la más efímera duda, ni el más mínimo instinto le reveló que podía haber algo mal en todo aquello, jamás dudo… ¡Tonta! ¡Era una tonta!

Capítulo 5

Izek bajó las escaleras escandalosamente, las volvió a subir al darse cuenta que sólo traía una bata encima, pero las bajó de nuevo al recordar que, si quería ropas, tendría que entrar en la recámara donde una perturbada jovencita seguro estaba haciéndose pedazos por los devastadores hechos que había descubierto… ¡No podía creer lo que habían hecho esos dos! Pero… ¿Por qué? Esa mujer había sido una buena puñalada a la caja sellada de sus recuerdos, aquellos que detestaba y buscaba olvidar por todos los medios.

Se sentó en una silla del recibidor, mirando fijamente hacia una pintura mientras fumaba un cigarro. No se podía concentrar en nada, su dolor de cabeza era apremiante y no tenía ganas de moverse, estaba cansado, pero, aunque se acostara, tenía la certeza de que no dormiría ni un poco.

En ese momento, la puerta de la entrada se abrió y una ráfaga de viento y los claros tonos azulados del amanecer iluminaron tenuemente el rostro sombrío del duque, quien incluso frunció el ceño. No se había dado cuenta que había dejado pasar toda la noche.

El que entraba a la propiedad era su confiable mano derecha, Arnold, caminando tan campante como si se tratara de su propia casa, incluso silbaba un poco y aventaba las ropas mojadas al suelo.

—Arnold.

—¡Mierda! —Dio un salto—. Maldición, me has asustado.

—Enfócate.

—Oye dame algo de crédito por no gritar, con las leyendas que hay de tu casa, casi pude sentir que me mataban con respirar dentro.

—¿Te callarás?

—Si, callado. —Se cruzó de brazos y observó divertido la figura encorvada y abandonada de su amigo. Estaba cabizbajo y eso no era normal en Izek—. ¿Qué perturba al duquecito ahora?

—Al parecer… mi esposa.

—¿Qué? —Una risotada salió de la garganta de Arnold—. ¿Cuándo te casaste maldito imbécil?

—No tengo idea.

—Eh… Ahora si que estoy confundido.

—Igual que yo. —Se frotó la frente y lo miró enojado—. Manda por mis hermanos cuanto antes. No me importa que tengas que barrer media Escocia buscándolos, tan sólo tráelos de regreso.

—¿Ahora que hicieron los mellizos?

Aquella pregunta sacó de quicio al hombre que se había intentado mantener tranquilo durante todas esas horas de reflexión. Al final, parecía ser que él no servía para la meditación y era más dado a dejarse llevar por sus vísceras que por su cabeza.

—¡Maldición! ¡Una maldita Hamilton! Eso es lo que han venido a meter a mi casa. Ya no tienen once años, ya no puedo aceptar que me sigan haciendo este tipo de cosas.

—¿Una Hamilton? ¿Te has casado con una Hamilton?

—Me han casado con una —asintió con cansancio—. No veo forma de librarme de esto.

—No la has tocado, todavía puedes…

—Sé que puedo. Pero sería atraer a todo el avispero con los aguijones expuestos, es complicado meterse con los Hamilton, no me puedo imaginar lo que significa casarse con una.

—Hermano, si ella se queda, será ojos para su padre.

—¡Y una mierda! —blasfemó—. Es mi mujer ahora, ¿no? Me debe obedecer a mí y sólo a mí.

—Me parecerá divertido estar presente cuando se lo digas. —Se burló y se acercó con cuidado, a sabiendas que su amigo estaba en un estado irascible—. Mira, si es hija del *hombre siniestro*… he escuchado rumores y mejor que te lo lleves con calma si se trata de la que estoy pensando.

Izek negó levemente, se había recostado en la silla y miraba despistado la forma en la que movía sus largos dedos sobre la mesa.

—No parece entrenada como un águila —reflexionó—, es más bien pequeña y refinada, tiene apariencia de muñeca de porcelana, le quité su daga como si fuera cosa de risa.

—¡Al fin algo positivo! Al menos no es la loca de la cofradía.

—Tampoco le quitaría crédito. —Admitió Izek, recordando la ferocidad en la mirada y la forma rápida en la que colocó el cuchillo contra su garganta—. Tiene muchas sorpresas.

—¿Es tan guapa? —Izek lo fulminó con la mirada—. ¿Qué? Has dicho que no es tu esposa, al menos, aún no lo has aceptado… ¡Vamos! Me muero de la curiosidad, al menos dame algo.

—Creo que es guapa, aunque no la aprecié con plenitud puesto que sólo había una vela y ella estaba furiosa.

—¿Le dijiste que es una mentira todo? ¿Qué fue engañada?

—Lo dedujo. Claramente no era mi plan decírselo.

—Sería peligroso que se lo dijese a su padre.

—A partir de ahora, no sale ninguna carta de ella sin mi autorización, las abriéremos todas sin excepción.

—Ah… vigilar a tu esposa, no hay nada como la confianza para iniciar una relación sincera y prospera. —Ironizó.

Izek volvió a sentir una punzada en su cabeza.

—Como sea, estoy seguro que no se quedará tranquila, si acaso…

—¡Mi señor! —gritó de pronto un mozo, azotando la puerta.

—¿Qué? —levantó la mirada—. ¿Por qué demonios gritas?

—¡Es la señora! ¡Ha salido por atrás y tomó uno de los caballos a la

fuerza! ¡Se ha marchado mi señor! —informó el hombre con una gran preocupación en su expresión.

Arnold dio un silbido mostrando su diversión y miró a Izek, quien parecía tranquilo en su silla, por un largo momento no dijo ni una sola palabra. Tomó aire con una sonora inhalación y lo dejó salir al momento en el que se ponía en pie para ver el caballo que se alejaba a paso vertiginoso por la vereda.

—Tráiganla.

—Mi señor, la señora no sabe montar bien, de hecho, creo que incluso les teme un poco a los caballos.

—Que valiente al subirse… claro que cuando se quiere correr de un horrible ogro, uno hace lo que sea —sonrió Arnold.

—Cállate y ve por ella —ordenó Izek—, llévate a los demás.

—Sí. Creo que esta semana cobraré más, me acabo de bajar de un caballo y me hace subir a otro, ¿Eso es abuso? Creo que lo es.

—¡Cierra el pico de una vez por todas!

Arnold dejó salir una nueva carcajada y salió a todas prisas. En menos de cinco minutos, un conjunto de jinetes seguía la huida de su esposa. No tardarían mucho en encontrarla y traerla de regreso. Al final, era lo que se tenía que hacer, se habían casado, sus malditos hermanos lo habían casado y era fundamental saber el por qué.

—¡Oh! Mi señor duque —se inclinó pronunciadamente la señora Campbell—. ¡No sabía de su regreso!

—Por supuesto que no, ni siquiera yo lo sabía —Izek sacó un cigarro y lo encendió, dando una profunda calada y suspirando tranquilo, mirando a su ama de llaves por unos segundos—. Dígame Campbell, ¿Cómo es mi nueva esposa?

—¿Mi señor?

—Ha estado en esta casa por dos semanas, ¿o me equivoco?

—No, señor, es verdad.

—Bien. ¿Cómo es ella?

—Creo que… refinada y orgullosa, es una dama muy sonriente y vive en un mundo lleno de fantasías. Le gusta pintar, se la pasa haciendo bosquejos que manchan los tapetes y las cortinas. Se lleva muy bien con la señorita Nimue, pero…

—¿Pero? —la animó a continuar.

—Pero cuando hay problemas, ella reacciona agitadamente, sin pensar y parece asustarse.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

La señora Campbell apretó los labios con fuerza y movió su mano derecha hacia el manojo de llaves de la casa.

—Volvió a pasar, mi señor.

Izek la miró con seriedad. Los profundos ojos negros llenos de un desagradable sentimiento que hacía vulnerable y temerosa. Aquel

duque era temible no sólo por su título, sino por su mera presencia, por su porte, forma de hablar y por los rumores… había tantos rumores que incluso parecía una leyenda, aunque siguiera con vida.

—Y ella… ¿Lo vio?

—Sí, mi señor, pero la dormimos, probablemente la droga la haya dejado confundida, quizá piense que fue un sueño.

—Le durará poco el sentimiento. Bien, gracias por decirlo, ahora menos puede irse de aquí.

—¿Es que planeaba correrla?

—La verdad es que no, pero ahora lo reafirmo. Se queda.

—¿Cómo su esposa, mi lord?

—Es lo que es, ¿o no?

—Por supuesto —se inclinó la mujer—. Como usted ordene.

Era la tercera vez que la puerta de la entrada se abría de forma estruendosa, dando paso a un escandalo que era protagonizado por un sonriente Arnold y una enfurecida mujer sobre sus hombros, la cual pataleaba y gritaba desconforme por ser tratada de tales formas.

—¿Dónde la quieres Izek?

—¡No puede llevarme así! ¿Quién se cree? ¡Bájeme ahora!

—Si no la hubiese atrapado a tiempo, señora, la traería tan inerte como una muerta, créame que sería más fácil de llevar, pero seguro que Izek estaría muy enojado.

—Bájala del hombro Arnold.

La mujer parecía aún más furiosa cuando la pusieron sobre sus pies, pero estaba siendo sostenida por el hombre más fiel al duque, aquel risueño que parecía no tomarle importancia a nada. Kayla podría ser una descendiente desastrosa, pero si algo la identificaba como una Hamilton, era su orgullo, heredado de su madre e impaciencia, por su padre.

—Mi señor, la mujer trató de dañarnos con esto. —Uno de los hombres extendió la misma daga con la que ella había intentado cortarle la garganta hacía unas cuantas horas.

—Es bonita —Izek asintió sonriente—. Me la quedaré.

—¡Es un regalo de mi padre!

—Tus manos no son confiables ahora —dijo tranquilo, pero esto se desmentía al ver los ojos oscuros, inyectados en una furia que la dejó sin habla—. Vayan a revisar todas sus cosas, no quiero sorpresas en la cama.

Los hombres soltaron una risotada y subieron las escaleras con alegría, seguro que les encantaría ver las delicadas ropas de la señorita en cuestión. Muchos incluso iban apostando por las medidas del cuerpo de la dama. Aunque esto último se hacía con discreción, puesto que se rumoreaba que era la esposa de su señor.

Kayla no era tonta como para no saberlo, los hombres eran brutos y

eran torpes, seguro rebuscarían con mayor afán en su ropa íntima.

—¿Permitirá que esos hombres vean mis cosas? ¿Mi ropa delicada? ¿Todo? —reclamó la mujer, aún siendo detenida por Arnold—. ¿Es que no tiene honor? ¿O al menos algo de respeto por mi o por usted mismo? Soy su esposa ¿cierto?

—Bueno, querida, ¿Es que me darás por voluntad propia todas las armas que escondes por ahí? —dijo divertido—. Pero espera…justo ahora no sé si llevas más objetos punzantes escondidos por tu cuerpo.

Kayla entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, tratando de comprender.

—¿Qué hace? —dio un paso atrás, pero el hombre rubio la seguía sosteniendo por los brazos, enfrentándola a su señor.

El duque movió de un lado a otro la daga que seguía en su funda, pero la sacó con habilidad, rozando levemente y sin hacer ningún corte por la piel de la mejilla de su esposa.

—Sería mejor que me dijeras dónde buscar si no quieres quedar desnuda frente a Arnold, por cierto, así se llama, Arnold. Será el hombre que te regresará a mí todas las veces que intentes escapar. —Kayla miró hacia la cara adusta del caballero y sintió ganas de llorar, estaba segura que si el duque le ordenaba que la desnudara justo ahí, Arnold lo haría—. Sería más fácil si no vuelves a intentar escapar y haces todo lo que te diga.

Kayla bajó la cabeza y mordió con fuerza su labio, mostrándose rejega a aceptar algo como aquello.

—Arnold, ¿por qué no vas ayudando a mi esposa a…?

—En mi tobillo —interrumpió antes de que el hombre hiciera un movimiento—, en mi muslo y en el bolsillo de entre mi camisola.

—Ah, pero si apenas y te habrás puesto algo de ropa, aún así, estás armada hasta los dientes, ¿No es un vestido demasiado ligero? Pero qué considerada. —Izek se acercó y sacó las armas de forma tan rápida, que Kayla apenas y notó que lo hizo, ni siquiera rozó su piel—. Llévala a la habitación de la duquesa y enciérrala ahí.

Kayla se zafó del agarre del hombre y se posó frente al duque.

—Yo no le tengo miedo.

Izek dio un paso hacia adelante. La pasión y la ira en los ojos de esa mujer le causaban gracia, se inclinó hasta que sus vistas estuvieron al nivel, dejándose caer por aquellos pozos verdes que ella clavaba desafiante sobre los negros e intimidantes de él.

—Por ahora —advirtió.

Kayla frunció la cara en molestia y sintió como lentamente la tomaban del brazo y la hacían hacia atrás. Arnold no parecía querer lastimarla, así que ella no le provocaría para que lo hiciera y se dejó llevar por él.

—Enciérrala en su habitación y que no vuelva a escapar.

—¡No! ¡No me encierre! —gritó ella—. ¡Deme la cara!

—No ahora, querida, tu voz es tan chirriante que me reventarás los tímpanos, dejaré que te calmes. Hasta entonces. —Se inclinó ligeramente y dio el visto bueno a su amigo para que la subiera.

—¡No! —Gritó cuando Arnold la volvió a poner sobre su hombro con facilidad—. ¡Bájeme! ¡Basta! ¡Basta!

De alguna manera, Kayla comprendió en ese momento que no sería capaz de escapar de ahí sin que su esposo lo permitiera, así que tendría que convencerlo de alguna manera, porque sería incapaz de vivir en una mentira, pero tampoco quería regresar hacia la vergüenza que significaba aceptar lo que había sucedido.

La ilusa y tonta de Kayla había sido engañada… de nuevo.

Los gritos se perdieron por el pasillo al mismo tiempo que sus hombres bajaban lentamente las escaleras, parecían divertidos e Izek estaba seguro que muchos habrían sobrepasado el decoro con las ropas de su esposa, pero no había tiempo para reñirlos en ese momento, debían seguir acatando ordenes y, si la ropa de una mujer les daba esa satisfacción, se los permitiría de momento

No le sorprendió ni un poco que trajeran consigo varias armas letales y venenos dolorosos que estaban bajo el poder de la que ahora era su esposa. Claramente debía tener cuidado incluso con alguien que lucía tan indefenso como ella.

Observó cómo sus hombres dejaban las cosas sobre una mesa en el recibidor y asintió tranquilo antes de dar más ordenes:

—Busquen a mis hermanos y tráiganlos ante mí cuanto antes. —Los hombres se tocaron el pecho con fuerza y salieron de ahí. Izek se volvió hacia la señora Campbell con seriedad—. ¿Dónde está el cuerpo?

—Sígame, mi lord.

Capítulo 6

No habían tardado más de dos días en encontrar a los mellizos, quienes, por cierto, iban de regreso; parecían no comprender la magnitud de lo que habían hecho. Pese a que Izek llevaba más de una hora gritando, los chicos seguían afirmando que hicieron bien.

—Izek, ¿Por qué eres tan terco? ¿El ser siempre quien dice y desdice te ha hecho tonto? —agravió su hermana.

—No te atrevas a repetir tal insulto, Nimue.

—Es lo que me parece —continuó con su tono amenazador.

—Bien, quizá actuar a tus espaldas estuvo mal —concedió Sloan—. Pero es bueno para nosotros, la chica es buena, sé que te gusta, sólo a un tonto no podría gustarle… ella es de tú estilo.

Izek sopesó la información y miró a los gemelos con la misma intensidad y molestia que en un principio, por más que habían dado razones y excusas, sus hermanos no solían actuar por generosidad, ni tampoco por altruismo, si hacían algo, era para ellos, para su bien, para su tranquilidad o para conseguir algo más.

—Nada de esto compensará el pasado —dijo Izek—. Nunca. Aquello quedó grabado por siempre y así hemos de morir todos. Con culpa, con arrepentimiento, con dolor… esta chica no lo compensa, tan sólo lo empeora muy a mi parecer. No quiero pensar mal de todo esto, pero francamente siendo ustedes la mente maestra…

—¡Lo hicimos por ti! —gritó Nimue.

—Y no lo hemos hecho para compensar nada en el pasado. ¡Salvamos la familia! —se ofendió Sloan—. ¡Tu orgullo y cabeza dura nos hubiera llevado a la ruina! Padre nos dejó con apenas lo imprescindible para sobrevivir, lo sabemos, tanto ella como yo estuvimos presentes en su deterioro. Tú por el contrario…

—Ustedes no saben nada. —Interrumpió Izek—. Tengo mucho más dinero del que se imaginan, yo jamás dependí de padre, ¿o es que lo olvidaron? Me marché hace tiempo y es verdad que me perdí su muerte, pero no me arrepiento por ello.

—Y aún así te hizo su heredero. —El odio de Sloan era palpable.

—Creo que me admiró más por mi decisión de irme Sloan —dijo tranquilo el mayor—. Además, tu permanencia a su lado no me quitaba mi derecho de nacimiento. Te guste o no, soy mayor.

Nimue bajó la cabeza y negó levemente, se estaban desviando, esos dos siempre terminaban yéndose por las ramas.

—De todas formas, será beneficioso. —Trató de enfocar la joven.

—Claro. —Izek se volvió hacia una ventana, apreciando el enorme jardín que tenían enfrente—. Es verdad que es rica, su dinero siempre caerá bien, cualquier dinero siempre cae en gracia, pero no era necesario que la trajeran y lo saben. La familia de la chica es

peligrosa, están en más problemas del que se imaginan.

—No nos puedes culpar, ella es… —Sloan mordió sus labios y apretó los puños—. Ella es tan… despampanante y tan….

—Cállate. Si tan despampanante te parecía, te hubieras casado tú con ella. Nada tengo yo que ver con sus locuras y percepciones de belleza. —Se quejó Izek con amargura—. Largo de mi vista los dos. Y si sé de otra cosa que hayan hecho en mi ausencia, les juro por mi vida que los mataré.

Sloan se retiró ofendido del lugar, pero Nimue no lo hizo, mostrándose altanera y decidida frente a su hermano mayor.

—Ella es perfecta —dijo la mujer—. Es ella.

—Creí decirte que te largaras.

—¿Lo encuentras abominable? —sonrió la chica y su mirada se iluminó con un maldoso brillo que Izek reconocía en ella desde que era una niña siguiendo sus pasos hacia todas partes—. Vamos Izek, sé que es horrible que usáramos artimañas para atraerla hasta aquí, pero al fin de cuentas, lo hicimos por ti.

—Poco me importa lo que piensen que yo necesito. Vivía feliz en mi soltería, pensaba llevarla para toda la vida.

—El linaje de la familia no puede morir contigo.

—Sloan está vivo Nimue.

—Sí, pero sabes muy bien que él… —La melliza se mordió el labio para no seguir hablando—. Lo sabes.

—No me molestes más y simplemente vete —dijo con voz calma, estaba cansado de pelear con ellos.

Nimue titubeó en su hacer, quería cumplir con la orden de Izek casi por instinto que le daba su instrucción como una dama educada. Pero algo la impulsó a quedarse e imponerse ante él.

—¿La tomarás como tu esposa? —Nimue se removió incómoda en su lugar—. Me refiero…

—Sé a qué te refieres —la cortó—. Y no es asunto tuyo.

—Hace mucho que no tienes mujer… al menos que yo sepa. —Izek calló y siguió con los brazos cruzados, mirando al horizonte—. Si acaso le haces algún daño, te juro que…

El duque no entendía del todo por qué su hermana se había encariñado tan rápidamente, pero de alguna forma lo reconfortaba saber que Nimue tenía corazón para alguien más que no fueran sus hermanos, le daba esperanzas de casarla… al menos con alguien que no terminara temiéndole tanto como los otros prospectos.

—¿Qué? —La cortó divertido y la miró—. ¿Qué vas a hacer Nimue? No creí que alguien más pudiera interesarte tanto. ¿No estabas velando por mi felicidad? Por el bienestar de la familia, ¿Qué te hace interesarte en ella?

Nimue se vio tomada por sorpresa, su hermano tenía razón, pero no

podía dejarlo salir victorioso, pese a que era obvio que ya se sentía el ganador. Tenía la petulante sonrisa de los Buccleuch en los labios.

—Tú…

—Ustedes la eligieron para mí, ¿no? Es mi esposa ahora y lo que haga o deje de hacer con ella es asunto mío.

—Eres asqueroso, ¡Cómo puedes! ¡Como te atreverías! Si acaso Sloan… tú ni siquiera serías contemplado.

—Creí decirte que te fueras. —Ordenó tranquilo y sonrió cuando vio el enfurecimiento en su hermana—. Y deberías quedarte en tu habitación, puede que sea una noche larga para mi esposa.

—¡Estaré pegada detrás de esa puerta!

—Sería penoso para ti escuchar algo así.

—Eres un maldito Izek.

—¿Lo soy? —sonrió contento.

Su hermana lo miró con asco por unos momentos, para después salir del salón donde habían estado encerrados y dejó solo a su hermano mayor. ¿Cómo era que podía ser tan ciego?

Izek lanzó el vaso de whisky que traía en la mano, haciéndolo añicos contra una de las paredes de la habitación. Estaba tan enojado que nada podía contenerlo y eso sin mencionar el cuerpo en su casa. Otro maldito cuerpo, parecía una broma, de por si la reputación de ese lugar ya era espantosa, ahora aparecían cuerpos de la nada. Ni siquiera era una sirvienta de la propiedad, habían ido a desechar el cadáver ahí, más bien, a cometer el crimen ahí.

Para colmo, tenía que lidiar con una fierecilla encerrada en su habitación. Se había negado a comer desde que la encerró, apelaba a la huelga de hambre como si con eso lo fuera a hacer ceder a él. Era la cosa más absurda que se le hubiese ocurrido a alguien. Sin embargo, parecía funcionar en Arnold y en muchos otros que casi se arrodillaban ante ella.

Era peligrosa, muy peligrosa esa chiquilla.

—¡Maldición!

El duque se giró y subió las escaleras hacia la habitación.

✤

Kayla había querido hablar en seguida con el duque para intentar convencerlo de dejarla ir, pero rápidamente se dio cuenta que la frase “llévenla a la habitación y enciérrenla ahí” era literal, él no la había dejado salir durante todos esos días, le llevaban de comer y tampoco era que fuera un espacio pequeño, pero jamás había sido mantenida en cautiverio como si se tratara de un animal salvaje… Aunque probablemente su esposo la viera de esa forma, puesto que en cuanto se conocieron, lo amenazó con una daga y por poco acuchilla a uno de sus hombres cuando intentaban capturarla.

Ya lo había intentado de todo, trató de escapar por la ventana y la regresaron, trató de convencer a los sirvientes y la ignoraron, trató incluso de abrir el cerrojo de la puerta, notando que la mantenían con vigilancia. ¿Es que pensaba dejarla ahí para toda la vida? Debían llegar a un acuerdo… debía existir alguna forma.

En un momento de desesperación, ella simplemente se hizo un ovillo en la cama y dejó que sus lagrimas fluyeran por sus mejillas, lloró de forma tan desconsolada, que incluso el señor Arnold abrió la puerta para ver si se encontraba bien. Kayla no hizo caso alguno y siguió recostada en la cama, berreando como si se tratara de un bebé con hambre, incluso hipaba y gemía de vez en cuando. Arnold incluso temió que fuera a ahogarse con el agua salada que salían como chorro de fuente desde sus ojos.

—Señora…

—Déjeme tranquila —pidió la joven.

—¿Necesito que le traiga algo?

—No. Y dije que se fuera —exigió entre el llanto.

Arnold cerró los ojos y suspiró, acercándose un poco a la mujer.

—Le aseguro que el duque no es tan malo como lo piensa, señora, él no hace las cosas con malicia.

—Me mantiene aquí como si fuera su prisionera —se limpió las lágrimas con la punta de los dedos y volvió a esconderse entre las almohadas—. Ni siquiera se dignó a hablar conmigo.

—Justo a eso he venido. —La voz del duque cayó como un rayo sobre los cuerpos de su mujer y su hombre de confianza—. ¿Qué haces dentro de la habitación, Arnold?

—Quería saber si no se ahogaba con sus lágrimas, mi lord —Arnold elevó las cejas en advertencia, pero el duque lo ignoró.

—Basta de llorar —dijo Izek con determinación hacia la joven—. Levántate de una vez de esa cama, deja que cambien las sábanas.

—¡No quiero! ¡Fuera!

—¿No has dicho que querías hablar conmigo?

—¡No! ¡Vete!

—No me iré porque es mi casa y esta habitación sigue siendo mi propiedad. Así que levántate y deja que cambien las sábanas.

—Es asunto mío que estén sucias o empapadas.

—Esta noche será asunto mío también.

El duque caminó hacia la cama y se dejó caer en el lado que ella no ocupaba, como si esta le perteneciera. Arnold negó levemente con la cabeza por la falta de tacto de su señor y salió de la habitación, cerrando la puerta sin hacer mucho ruido.

—¿Qué? —Kayla se alejó de él—. No…

—Lo pensé lo suficiente. Tienes que ser mi esposa en toda la palabra y para eso hay que consumarlo.

—No, no puede… no puede ser tan cruel.

—Eres mi esposa, ¿en qué sentido es cruel?

—Pero… —ella derramó más lágrimas—. ¿Por qué?

—Creo que lo acabo de decir —se sentó y la miró determinado—. Eres mi esposa y debes ser mi mujer, punto final.

—No. —Juntó las cejas y negó con rotundidad—. No le permitiré tocarme, ¿Está loco? Se ha portado como un completo lunático estos días, ¿Qué le hace creer que cederé ante usted?

—No quiero lastimarte en esto —elevó las cejas—. Permite que te trate como es debido, como trataría a mi mujer, no me hagas actuar de una forma en la que ambos sufriremos.

—Yo sufriré de cualquier forma —lloró la joven.

Izek suspiró cansado, apenas toleraba la situación, pero era necesaria, como había dicho, ya lo había pensado todo.

—Mira, si no fuera necesario, no te lo pediría, pero es para tu protección ¿entiendes? Tengo que acostarme contigo sólo una vez.

—¿Protegerme a mí? —negó—. Se protege a usted, de esa forma yo no puedo pedir anulación y recibe mi dote.

—De ninguna forma la obtendrías porque jamás lo permitiría, así que es todo, soy todo lo que tienes y todo lo que tendrás.

—¿Por qué se empeña en esto? ¡La que quedaría mal ante todo el mundo sería yo! Jamás podré rehacer mi vida, pero lo prefiero, lo prefiero un millón de veces a vivir en una mentira.

—No seas malcriada y caprichosa. —Chasqueó la lengua—. Tu familia es poderosa y pese a que no quiero que se metan en Escocia, me veo en la necesidad y obligación de tenerte aquí como mi esposa.

—¡Puede guardarse sus necesidades y obligaciones! —Ella enrojeció de ira—. No soy una espía, ¡Yo no planee nada de esto!

—Eso lo sé. —Suspiró—. De todas formas, he decidido aceptar el matrimonio, no habrá anulación y no me importa cuantas veces pretendas salir corriendo de la casa, te traeré de regreso en todas ellas. Como tu marido, sabes que tengo todo el derecho de arrastrarte hasta la casa, no me obligues a hacerlo.

—Es un monstruo, la mujer tenía razón.

—¿Qué mujer?

Kayla se limpió el rostro lloroso y lo miró con fastidio.

—La de la estación, la que dice que ustedes son hombres horribles, que encierran a sus mujeres o las matan —dijo enojada.

—Ah… ya, hablas de Fiona —asintió divertido—. Ella inventa mucho de lo que cuenta.

—No inventó esto, me tiene encerrada.

—Es verdad, pero no me es necesario tenerte encerrada, te mantuve aquí porque sabía que querrías hablar instantáneamente del asunto y yo tenía que pensar. —Dejó salir un suspiro cansado y se

cruzó de brazos—. Ese día… escuchó la conversación que tuve con Arnold ¿Verdad? Por eso decidió planificar esa huida fracaso.

—Yo… ¿Por qué no me lo dijo? Supo en seguida el plan en el que me habían inmiscuido sus hermanos y aún así no hizo por decirme nada, me mandó a dormir, ¿Cómo creyó que podría dormir?

—Como dije, tenía que pensar.

—¿Y ya? ¿Simplemente decidió que tenemos que consumar el matrimonio? —ella se rio entre lágrimas—. Ni siquiera ha tomado mi opinión, ¿Piensa que he de aceptar sin más?

—Así es.

—Y si me niego… ¿Abusará de mí?

Izek suspiró.

—Hagámoslo por la buena, por favor.

La joven sintió como su labio comenzaba a temblar y las lágrimas volvían a salir de sus ojos de forma desesperada.

—No quiero esto… jamás pedí esto. —Negó y cubrió su rostro—. Creí que me amaba, creí que venía hacia los brazos del hombre que decía que me adoraría por el resto de mi vida.

Izek apretó los labios y se acercó a ella, estirando la mano para tocarla suavemente en la mejilla.

—No te haré daño Kayla, permíteme estar contigo esta noche y jamás volveré a molestarte. —Ella levantó la mirada—. Te haré sentir bien, lo prometo, no te lastimaré.

—Pero…

—¿Es que te soy desagradable?

Ella lo miró detenidamente. No, por supuesto que no le parecía un hombre desagradable, era apuesto, grande, fornido, de faz galante y ojos brillantes. Pero le tenía miedo, quería imponerle todo y hacer cumplir su voluntad. Ella pensó que la amaba y por eso decidió ir a ciegas hasta ahí… pero todo había sido una gran farsa, una en la que cayó como una ilusa.

Sabía que él quería tomarla para acorralarla, para mantenerla a su lado para siempre y algo le decía que no habría forma de escapar de esa parte de su matrimonio, él tenía razón, le pertenecía por ley y nadie podría ayudarla… si el hombre no quería divorciarse, era prácticamente imposible que una mujer pudiera irse de su lado.

—No me lastime o le juro que le haré daño.

—Tranquila, no te lo haré. —Los ojos del duque brillaron con el triunfo y algo en Kayla se removió, era obvio que al duque le gustaba ganar batallas, sin embargo, parecía ser que no se alegraba precisamente por él, sino que se alegraba por ella. ¿En qué sentido podía ser eso algo beneficioso para ella? En lo que a Kayla se refería, estaba siendo forzada a aceptar—. Ven, vamos a mi habitación.

Nuevamente, él no le preguntaba, le informaba.

El duque la tomó en brazos con una facilidad que hizo comprender a Kayla que, si la hubiese querido forzar, el hombre no habría tenido ningún problema con ello. Por más esfuerzos que pusiera, el duque siempre sería más fuerte, mucho más fuerte.

La dejó suavemente sobre la cama y se enderezó en su altura imponente. Kayla simplemente se recostó en las almohadas y cerró los ojos, no quería saber nada, no quería verlo, no quería escuchar o sentir, simplemente quería que pasara ese momento.

—¿No hay manera de que me deje ir? —intentó una ultima vez con los ojos cerrados, sobre la cama, sintiéndose observada.

—No. Ni una sola.

Ella asintió y derramó unas lágrimas de frustración, tomando con fuerza las sábanas entre sus manos para soportar el seguro dolor que sentiría al ser tomada por un hombre como aquel y que, además, no le tenía el más mínimo afecto o consideración.

—Entonces, que sea rápido.

Izek sonrió, la imagen de aquella mujer esperando lo peor le parecía divertida, no pensaba lastimarla, no le sería necesario apretar las sábanas como lo hacía en ese momento. Quizá la tomaría una sola vez, pero al menos haría que lo disfrutara plenamente, tal vez, si lo gozaba en esa ocasión, le permitiera volver a acercarse después, cuando dejara de odiarlo con toda su alma y comprendiera sus razones para acorralarla a su lado.

Kayla no lo entendía, pero todo era mucho más complicado de lo que parecía, el único que podría saberlo era el duque y quizá Arnold.

Izek sonrió. Era encantadora, sin dudas una mujer traída del paraíso; sus ojos verdes eran hermosos, su cabello castaño estaba extrañamente corto, por debajo de los hombros, poco común entre las mujeres de la época, quienes disfrutaban en tenerlo largo y lustroso; sin embargo, esa mujer lucía con gracia aquel cabello rebelde y ondulado.

Kayla tenía la cara apretada, esperando el inevitable dolor del que le informaron todas las mujeres casadas con las que había hablado, lo había escuchado desvestirse, cada que alguna pieza de ropa caía sobre el suelo, Kayla brincaba y sentía un escalofrío recorrer su cuerpo entero.

Pero cuando de pronto los labios de aquel peligroso hombre tocaron su piel, todo su cuerpo reaccionó y sus ojos se abrieron en sorpresa, dándose cuenta que él, acompañado únicamente de sus calzoncillos, besaba lo largo de una de sus piernas de forma sedante.

—¿Q-Qué hace?

—¿Te molesta?

—C-Creí decir que lo hiciera rápido.

—Sí. Y no lo haré.

—¿Por qué? ¿Es acaso otra forma en la que piensa torturarme?

Izek dejó salir una carcajada. Jamás podría pensar en el sexo como una tortura para nadie. Ante ese pensamiento, se detuvo en seco, su cerebro sufrió un repentino colapso que lo hizo fruncir el ceño y apretar los labios y los ojos por un largo momento.

No podía hacerlo.

—¡Carajo…! —Se dejó caer junto a Kayla.

Ella brincó hacia un lado y se cubrió con la manta.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Maldición, vete de aquí. Vete ahora.

—Pero… pensé que…

—¡Fuera! ¡Largo!

Kayla no entendía a ese hombre, pero aprovechó la oportunidad y corrió lejos de él, encerrándose en su propia habitación y suspirando, agradecida porque al final Izek decidiera no lastimarla.

¿Qué lo había hecho recapacitar?

Como fuese, Kayla se metió a su cama y sintió un gran alivio cuando vio que las luces de la recámara contigua se apagaban y el conocido sonido de una puerta siendo cerrada con seguro le dio la paz necesaria para destensar sus músculos. Agradecía que quisiera poner incluso esa otra restricción, se acomodó en las almohadas y se dijo que no volvería a llorar para no llamar la atención de su marido nunca más. Lo prefería lejos, muy lejos de ella, mejor que la tuviera encerrada a que la obligara a estar con él.

El cansancio llegó repentinamente mientras vigilaba que la puerta que conectaba las habitaciones no se abriera, sin darse cuenta, sus ojos se habían cerrado y simplemente se durmió. La tranquilidad de la noche era relajante, el sonar del aire contra las ventanas y el ligero paseo de los cuidadores nocturnos.

Por un momento, Kayla pensó que estaba de nuevo en Sutherland, incluso soñó que estaba ahí, cuando de pronto, algo la agarró con fuerza de sus piernas, haciéndola caer de la cama en medio de un nido de sábanas y un grito despavorido que incluso le lastimó la garganta.

Capítulo 7

Kayla luchó con las sábanas en medio del terror, era incapaz de ver nada y eso la hacía querer volver a gritar. ¿Qué había pasado? ¿Cómo es que había pasado? Quiso pararse y correr, pero estaba paralizada, el miedo la había dejado sin capacidad de movimiento.

—¡Señora! ¡Señora! —entró un cuidador que parecía haber echado una carrera hacia el lugar—. ¿Está bien? ¿Se encuentra bien?

Kayla apenas iba a contestar, cuando logró escuchar que la puerta que conectaba las habitaciones con las del duque hacían girar una llave y de pronto Izek en persona hacia acto de presencia, con todo y su arisca mirada y señorial presencia. Parecía irritado.

—¡¿Qué demonios sucede?!¡¿Por qué gritas así?! —pero cuando la vio tirada en el suelo, con las cobijas a su alrededor y el terror en su mirada, se agachó junto a ella y le tocó la mejilla—. ¿Qué paso?

—Algo… o no sé, me jalaron, me caí o… ¡Ay, no lo sé!

—¿Qué? —se quejó el duque, cuando nuevamente se escuchó otro grito atronador de otro lugar de la casa—. ¿Qué demonios…?

Kayla vio como su marido se desinteresaba de su persona y se ponía en pie para salir de la habitación hacia el nuevo grito. Claro que ella no pensaba quedarse ahí, así que lo siguió de una carrera y por poco cae cuando el brazo del duque se extendió, evitando que diera otro paso.

—Por Dios, señor duque… ¡Otra vez! ¡Otra vez! —gritó una mujer, viendo el cuerpo de una jovencita tirado en el suelo de la entrada a la casa.

—No puede ser… —Kayla cubrió sus labios, dando dos pasos hacia atrás, sintiendo que algo en la escena le era familiar.

—Izek… —Arnold susurró a sus espaldas.

El duque abrazó a su esposa hasta que fuera incapaz de ver.

—Siento que presenciaras esto —dijo sin ninguna emoción hacia la mujer que se acurrucaba contra él.

—¿Qué le pasó? Por qué… ¿quién…? ¡Espera! Ya antes había pasado…. La noche en la que llegaste una joven… —Kayla frunció el ceño y trató de recordar correctamente el orden de la situación—. No lo recuerdo del todo bien, pero sé que alguien murió… una chica.

—Creo que si no tienes pruebas, lo mejor sería que no hablaras.

—Pero Izek, te digo que yo la vi.

—Y dices que no recuerdas bien.

—¡Es el fantasma sanguinario de nuevo! —gritó de pronto un mozo —. ¡Ha vuelto! ¡Ha regresado!

—¡Nos matará a todos!

—¡Deben cuidar a las jóvenes! ¡Siempre es contra las jóvenes!

—Se debe a la señora, es ella, siempre que llega una nueva…

—¡Callaos todos! —pidió el duque ante la muchedumbre que se alzaba temerosa—. No hay fantasma alguno, ni tampoco tiene nada que ver con mi esposa, llamaremos a las autoridades.

Arnold comenzaba a bajar las escaleras, poniéndose lentamente los guantes para ir cabalgando hasta la comandancia.

—Otro cuerpo que saldrá de Dalkeith Palace —dijo Arnold—. De por sí ya tiene una reputación deplorable.

—¡Sólo hazlo, Arnold! —Izek miró a sus empleados que seguían aterrorizados y mirando el cuerpo en el suelo—. ¡Alguien haga favor de taparla, con un carajo!

Los asustados empleados corrieron de un lado a otro e hicieron lo ordenado, tapando el cuerpo sin vida de una joven que miraba permanentemente al infinito y una cara de horror.

—No entiendo nada… ¿Por qué matar a jovencitas? Sé que está todo conectado, ¿lo sabías? ¿Tú lo sabías? —Kayla miró horrorizada a su marido, quien mantuvo una presencia distante y grave.

—Dormirás conmigo a partir de hoy, la casa no es segura en estos momentos, haré que la revisen de nuevo, algo anda mal, no me gusta.

Con eso dicho, el duque soltó a su esposa y bajó las escaleras, perdiéndose entre sus empleados que pedían su atención, en espera de un nuevo interrogatorio por parte de las autoridades. Asombrosamente, Kayla notaba que aquello no era algo nuevo para su esposo, quien conservaba la calma ante un acontecimiento tan estremecedor como aquel.

Dos horas más tarde y a plena madrugada, Kayla se encontraba parada en una esquina de la habitación del duque, la más alejada que pudo encontrar, de brazos cruzados y una cara ligeramente alzada en indignación; su verdosa mirada de color lima intentaba transmitir a su marido las dudas y la consternación que sentía de estar no sólo en esa casa, sino ante su presencia, la cual era tan apabullante como la de su padre, igual de dominante y arrebatadora.

—¿Puede explicarme, mi lord, lo que ha sucedido hoy?

—¿Crees que puedo explicarlo? —El duque se comenzó a quitar el exceso de ropa que se había puesto presurosamente para atender a los oficiales que llegaron a su casa junto con Arnold.

—No parece que sea la primera vez que lidia con algo así. —Echó en cara, dando unos pasos trémulos hacia el centro de la habitación, pero aún manteniendo las distancias—. ¿Qué es eso de que mata a jóvenes?

—No lo sé. La gente dice tonterías.

—Estaban en verdad asustados, dudo que alguien pueda mentir cuando se siente en tal pánico.

—Es cuando la mente es más creativa —la miró— el miedo hace que pensemos y veamos cosas que no existen.

—Ese cuerpo en el recibidor sí que existía.

El duque suspiró y aventó con fastidio su camisa hacia la cama, provocando que el resto de las ropas cayeran desordenadas al suelo, lugar donde Kayla clavó la mirada para no mirarlo directamente a él.

—¡Basta! ¿Quieres? ¡Basta!

—¿Izek?

La puerta de la habitación se abrió después de aquel llamado, dando paso a una perfecta Nimue. Pese a que estaba en bata y claramente su estado era de alteración; su apariencia era perfecta, sus ropas estaban correctamente amarradas, su cara parecía limpia y reluciente, sus cabellos perfectamente cepillados y amarrados en un medio peinado que parecía dejar caer una cascada de risos negros por la espalda de la joven.

—¿Qué haces aquí? —refunfuñó el hermano.

—Traje un poco de té para la pobre Kayla. —La hermana parecía no tomarle importancia a la furia del duque—. Ella no está acostumbrada a estas cosas y seguro le causó una gran impresión.

Kayla sonrió con tranquilidad y tomó la taza que la melliza le tendía. En realidad, estaba muy acostumbrada a ese tipo de situaciones extrañas, que le gustaran… bueno, eso era algo completamente diferente.

—Me encuentro bien, gracias Nimue. —Dio un sorbo discreto y la miró con reproche—. Claro que no debería estar enfrentando nada de esto si no fuera a causa de ti y tu hermano.

—No dejemos fuera a Izek, quien ha tomado la última decisión —sonrió la joven. Tal parecía que no se arrepentía de nada.

—¿Sabes lo que has hecho Nimue? ¿No sientes ni la más mínima vergüenza o arrepentimiento? —Kayla esperaba escuchar un sí.

—No. Sé que hice lo correcto, este es tu hogar y sé que mi hermano sabrá tratarte a la altura de una duquesa.

Kayla suspiró. Esos hermanos no tenían remedio alguno, eran la familia más extraña que hubiese visto. La joven frunció el ceño de y miró de un lado a otro, preguntándose por el mellizo demonio.

—Seguro está con alguna mujer en el pueblo. —Contestó Izek a la pregunta silenciosa y muy interna de Kayla.

—¿Qué? ¿Cómo…?

—Te he dicho que eres muy transparente, es fácil saber lo que piensas. —Sonrió Nimue—. Bueno, tomate el té y descansa. Mañana te llevaré a un lugar precioso en la casa. Verás como te enamoras y no querrás irte.

—Si el problema no es la casa —dijo la mujer, mirando con desagrado al duque—, sino quien la habita.

—Espero que no te refieras a Sloan y a mí —la miró pesarosa—. Te aseguro que lo hemos hecho de buena voluntad, es más, incluso te

creíamos parte de la familia desde mucho antes.

Kayla razonó aquellas palabras. Era verdad, parecía ser que los mellizos la querían desde hacía mucho tiempo. Y ya que lo recordaba, en una de las *cartas mentira*, describía a salto y seña la vez que el duque se enamoró de ella, una supuesta vez que la vio pintando en el parque.

—Nimue. —La mujer se detuvo y ladeó la cabeza hacia ella—. ¿Quién escribía las cartas?

Una sonrisa traviesa salió de los labios rojizos de la melliza.

—Debo decir que fui yo, pero Sloan te vio primero, fue quien dijo que eras la mujer más hermosa que hubiese visto.

—¿Y por eso me entregó a su hermano? —Kayla frunció el ceño, sin acabar de comprender lo que decía la melliza.

—Uno sabe lo que tiene que hacer, aunque se deba sacrificar en ciertas ocasiones —se inclinó de hombros la pelinegra.

—¿Eso quiere decir que el que está enamorado de mí es…?

—No pienses demasiado en eso. —Nimue miró a su hermano mayor, quien permanecía impasible y escuchando, eso era peligroso—. Estás casada con Izek y él es el mejor.

—Basta de lisonjas. —Espetó molesto—. Sal de aquí. —La joven sonrió triunfal y se llevó la bandeja con ella, dejando a la pareja en soledad, pero presionando el oído sobre la puerta—. ¡Dije que te fueras! —espetó de nuevo Izek, haciéndola reír y correr lejos de ahí.

—¿Por qué tiene que ser siempre tan altanero? Ella sólo…

—Yo sé cómo trato a mis hermanos —la silenció—. Ahora. Vamos a la cama, ella tiene razón, debemos descansar.

—No dormiré con usted.

—Si piensa que la voy a tocar, entonces se equivoca. Si está aquí es sólo para asegurarme de que no de un grito despavorido de nuevo, quiero dormir lo que me queda de noche.

—Hablando de ello —La joven se enfocó de nuevo—. En serio, alguien me jaló hasta el suelo.

—Pero claro —rodó los ojos y siguió con su tono lleno de sarcasmo —, el fantasma sanguinario pasó primero por tu alcoba, pero al ver que te caías, decidió matar a alguien más.

—Lo digo en serio.

—Y yo hablo en serio cuando te digo que es hora de dormir. —La mujer se cruzó de brazos y se quedó parada en medio de la habitación. No quería dormir con él, pero tampoco quería dormir sola—. Muy bien, no me dejas otra opción, pero no digas que no te lo pedí por la buena.

—¿De qué…? ¡Ah! ¡Ay! —gritó la joven cuando él la colocó sobre su hombro—. ¡Es un bruto! ¡Un animal!

—Sí, sí. —Rezongó el hombre, aventándola a la cama—. Todo lo

que digas. Ahora cállate y duérmete. Puedes colocar una pila de almohadas si quieres, te aseguro que caeré como tabla. Ahora, buenas noches.

El duque se metió en el otro lado de la cama y recostó su cabeza, cerrando los ojos inmediatamente y colocando sus manos sobre el pecho. Kayla lo miró con gracia, ¿Esa era una posición que lo reconfortaba? Parecía muy incómoda, era como una momia en su ataúd… quizá fuera en verdad un vampiro o algo parecido.

—¿De qué me sirve entonces estar aquí si "caerá como tabla"?

—¡Agh! ¡Duérmete! —volvió a gritar y le dio la espalda.

—Bueno, al menos esa es una posición más normal para dormir —pensó en voz alta, pero el duque rezongó de nuevo y colocó una almohada sobre su cabeza, intentando amortiguar la voz de mujer—. Pero qué grosero.

—Te mataré la próxima vez que digas algo —amenazó.

Kayla cerró la boca y formó una sonrisa. Sus ojos se desviaron hacia las ventanas que mostraban la negrura del cielo, los rayos platinados de la luna siempre le parecieron hermosos, la misteriosa forma en la que iluminaba las estancias le daba un aire de excitación a todo cuanto tocaba.

Abrazó sus piernas con fuerza y recostó la cabeza en sus rodillas.

Le gustaría estar en Londres, con sus padres, donde podía ir a visitar a Publio o a Terry a voluntad… quizá estaría planeando un viaje para ver a Aine o Beth. Cuando estaba en casa había muchas posibilidades, pero desde que se casó, de alguna forma sintió que alguien estaba cortando lentamente las plumas de sus alas, obligándola a permanecer quieta.

Suspiró tranquila.

Tendría que encontrar la forma de hacer de ese lugar su hogar, o mejor, encontrar una forma de escapar de ahí. Cosa que parecía imposible. Aún recordaba lo rápido que había sido capturada cuando lo ambicionó la primera vez, no dudaba que cada que lo intentara el duque mandaría por ella y lo peor era que estaba en su derecho de hacerlo. Pero debía confiar en su padre y en sus hermanos, no la dejarían ahí sin más.

—Basta, tantos suspiros hacen que te quiera aventar de la cama.

—Por Dios que es un ogro, no le he hecho nada.

—Sigues ahí lamentándote, ¿por qué no mejor te acuestas y listo? ¿Es tu cometido hacer la noche miserable para mí también?

—Es su culpa que mi noche sea miserable, ¡Déjeme ir!

—No. Eres mi esposa y te quedas conmigo.

Era la resolución que él había hecho y parecía ser final. ¿Qué haría? No podía vivir infeliz toda su vida, en una casa llena de leyendas y aparentes fantasmas asesinos… ¿Quién estaría matando

personas? ¿Sería ella una de las próximas victimas? ¿Hablaría una leyenda de como fue asesinada en Dalkeith Palace? Quizá su nombre ni siquiera pasara a la historia.

El leve ronquido del hombre junto a ella le sacó un susto, pero al menos no un grito. En verdad que se había quedado dormido con rapidez. Lo miró con la cabeza ladeada y suspiró, era guapo, no lo podía negar, nadie lo podría negar. Además, tenía carácter, era regio, orgulloso y quizá demasiado seguro de sí mismo. Se parecía en algo a su padre.

Kayla se estiró levemente y encendió la luz de la lámpara de noche, daba gracias a Dios que al menos de eso sirviera la presencia de Izek. En cuanto él había llegado, la luz regresó como por arte de magia. Abrió la pequeña gaveta y sacó su cuaderno de dibujo, comenzando a trazar los rasgos suntuosos del hombre que dormía apacible a su lado.

Con los ojos cerrados no parecía tan malo, ciertamente los de Izek eran los más atemorizantes, pero en diferente forma que los de sus hermanos. Los del duque eran más bien… intransigentes e impenetrables. Mientras que en los mellizos había tantos secretos y dolor, que posiblemente compartieran con su hermano, pero este, o sabía disimularlo mejor, o simplemente n era consciente de ello.

Sin embargo, no podía dejar de agradecer que al menos fuera un hombre apuesto. Debía admitir que por un tiempo pensó que el duque podía ser la encarnación de todos sus miedos; que podía ser un hombre mayor, feo o con cicatrices que le deformaran la cara.

Al final de cuentas, llegó ahí sin saber nada de él, sin conocerlo siquiera. Ahora comprendía el miedo de sus hermanos, de su padre y de todos a cuantos les platicó sobre su supuesto nuevo marido. Estaba loca, en verdad que no vio los peligros a los que se estaba exponiendo. Pero ya no había marcha atrás.

La joven suspiró.

No era que estuviera agradecida totalmente agradecida porque sus miedos no fuera una realidad, puesto que, lo que le sobraba al duque de agraciado, le faltaba de amable, cariñoso y empático. Podría decirse que lo realmente horrible en el duque, era su interior.

—Bueno… no dejas de ser medianamente interesante duquecito. —Sonrió la joven para sí misma—. Habrá que descubrir tus secretos.

Capítulo 8

Kayla se estremeció de frío, repentinamente sintió que un agradable calor se alejaba de ella y la dejaba a merced del cruel viento que queda después de días tormentosos. Estiró la mano hasta tocar las cobijas que no cumplían la función de cubrirla y las jaló hacia su cuerpo.

No estaba a plena consciencia, pero escuchó el característico sonido que se hacía cuando alguien se vestía, el rose de la tela contra la piel era casi una melodía entre las horas tempranas del día, cuando las aves aún no daban su primer canto hacia el sol naciente.

Los verdosos ojos se abrieron con pesadez, encontrándose con la espalda encorvada de un hombre que parecía colocarse las botas de montar; aún no se había puesto la camisa, pero al menos traía los pantalones, no como la primera vez en el que lo conoció.

Se sentó sobre la cama, llamándole la atención a su marido, quién la miró de forma inquisitiva para después continuar con lo que hacía.

—Duérmete.

—No. —Contestó poco convencida.

—Es demasiado temprano, duérmete.

—¿A dónde vas?

—Fuera.

—Eso es evidente.

—Entonces, ¿para qué me lo preguntas?

Izek se puso en pie y caminó hacia el armario, tomando una camisa y colocándosela con destreza de quien se viste solo. Poco común en los de su clase, pero sabía de muchos nobles que despreciaban el ayuda de cámara o las doncellas.

—¿Qué va a pasar ahora?

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

El duque giro ligeramente la cabeza hacia ella y se volvió para que no viera la sonrisa burlesca que se había posado en sus labios al ver el desastre de cabello que tenía. Aparentemente, el que estuviera tan corto lo hacía más propenso a volverlo una revoltura.

—¿Qué hay sobre ti?

—¿Puede responder alguna de mis preguntas?

—¿Puede formular una que sea concreta para que no tenga que preguntar a qué demonios se refiere?

Ella lo miró con desagrado, pero al final aceptó.

—Quiero saber si me seguirá manteniendo encerrada en esta habitación y en esta vida.

—En primer lugar, te encerré en la habitación de la duquesa; y en segundo, creo que dejé claro que esta es tu vida, la de mi esposa.

Kayla dejó salir el aire en un quejido y lo miró suplicante.

—¿Qué quiere de mí?

—Por el momento, que no hables, estoy de mal humor.

—¿Es que piensa ser infeliz toda su vida? —Reprochó, poniéndose de pie al ver que él se ajustaba con facilidad a una situación que para ella era caótica—. ¿No pensaba tener una mujer a la cual amar? ¿Una que seleccionaría para que tuviera a sus hijos?

—Digamos que me ahorré el tedioso proceso. —Finalizó, tomando un reloj de bolsillo y guardándolo en su chaleco.

—Pero es que…

—Muy bien. —Izek levantó una de sus manos justo frente a la cara de su mujer para que esta se callara—. A lo que entendí de todo este enredo, usted en realidad no sabía como iba a ser en realidad.

Kayla mordió sus labios.

—Me podía hacer una idea con lo que me decía en las cartas.

—Podía ser un engaño, ¿no lo pensó?

¡Por supuesto que ella no lo pensó! Sus hermanos se lo dijeron y ella no recapacitó. Era una tonta llena de fantasías en la cabeza.

—No.

—Bueno, véalo como un desencanto de las cartas. Digamos que soy ese hombre con el que soñó, yo la engañé para que viniera y se casara conmigo. —Se inclinó de hombros—. ¿Qué más da? No hubiera podido hacer nada, estaría tan casada como lo está ahora. ¿Por qué no trata de enamorarse ilusamente de mí como con el de las cartas? Así todo sería más fácil.

Kayla enrojeció y se adelantó enojada.

—Es un cínico, ¿lo sabía? —escupió sus palabras—. ¿Cómo alguien podría alguna vez enamorarse de un hombre como usted?

—No lo sé, tendrá que averiguarlo por su cuenta, no es que tenga muchas opciones, sería mejor para usted que algo en mi le pareciera agradable o deseable, ya sabe, por el tema de la consumación.

Kayla lo miró con cólera contenida en su mirada, quizá estuviera acorralada, pero seguía siendo una Hamilton, tenía el alma buena y noble de su madre, pero también tenía su valor y su fortaleza. Muchos creerían que su madre era débil a comparación de su padre, a simple vista podía verse de esa forma, pero nadie conocía a su madre como Kayla, porque desde joven supo que se parecía más a ella que a su padre y eso la hacía diferente al resto de sus hermanos. Sin dudas su madre era buena, pero también era la mujer más fuerte que conociese, no cualquiera podía con el peso de una familia como la de los Hamilton.

Para el grado de molestia que sentía, Kayla ya no era plenamente consciente de sus acciones, pero cuando su mente se enfocó de nuevo, estaba parada frente al duque, con la cabeza echada hacia atrás para

poder verlo directamente a los ojos oscuros, duros y desalmados que él encajaba como cuchillas sobre ella, tratando de hacerla retroceder. Estaban tan cerca el uno del otro, que podrían besarse o matarse.

—Si usted piensa que me puede ordenar y haré lo que me diga… está equivocado —le dijo segura—. No soy una mujer que se deje intimidar por un par de ojos feroces, créame, tengo experiencia con ellos y puedo manejarlos a mi antojo.

—Harás lo que te diga, eres mi mujer y es lo que debes de hacer —dijo con autoridad—. ¿He de recordarte que estás a mi merced? Estás sola, nadie te ayudará si decido incluso matarte, tu padre no tiene acceso a este castillo, a estas tierras. Eres mía.

—Prefiero morirme antes de hacerme llamar suya.

—Mátese entonces. —Se inclinó de hombros—. Eso lo haría todo más sencillo, eso se lo aseguro.

Kayla sintió como si alguien le diera una fuerte bofetada y cubrió su rostro, no resistiendo la mirada profunda y sin emociones que su marido le dirigía. Él no le tenía ni siquiera respeto, ¿Cómo podrían hacer que ese matrimonio funcionara con tales cimientos?

—Basta. —Dijo a modo de queja—. No llores… ¡carajo!

—¡No puedo detenerme sólo porque me lo ordena!

—Con un demonio… —susurró—. Vale. Deja de sorberte la nariz, hipar y todo eso, ¿hay algo con lo que te pueda complacer?

Ella destapó su cara y lo miró extrañada, él parecía en el siguiente nivel de incomodidad, no sólo no le gustaba oír a una mujer llorar, más bien era que no lo soportaba, le molestaba, en serio lo enfurecía.

—¿Por qué le molesta que llore?

—Porque odio los dramas —se quejó—. Por todo lo bueno, límpiese la cara y… no sé, la llevaré a que compre vestidos o algo, pero ya basta.

—No quiero vestidos.

—¿Qué quiere entonces?

—Quiero pinturas.

—¿Cosméticos? —frunció el ceño—. Dudo que aquí en…

—No. Quiero pinturas, quizá algo de arcilla, marfil, si es más generoso; mmm… oh, lienzos y también un caballete. —Él la miró con escepticismo y arqueó una ceja, así que se vio en la necesidad de esclarecer—: soy artista.

—Ah, si, algo me ha dicho la señora Campbell sobre sus hábitos.

Ella suspiró. Claro que él no lo sabría, ¿Por qué lo haría? Él no era el hombre de las cartas, no era el poeta profundamente enamorado de ella. No era aquel que juró amarla para toda la vida, aquel que infundió paz, seguridad y amor con simples palabras… no, el duque no era así, jamás lo vería como un hombre que pudiera llegar a ser medianamente romántico.

—Sí, artista. ¿Le molesta?

—No —dijo con franqueza y se cruzó de brazos—. Eso te mantendrá entretenida y sin molestarme.

Ella rodó los ojos y se limpió las últimas lágrimas.

—¿Entonces?

—Vale, mandaré traer todo lo que quieras, tan sólo… —él apuntó el rostro de la mujer con su mano y negó— limpia ese desastre.

—¿Le hago una lista?

—Sí, como quieras. Iré a montar. Adiós.

—Adiós.

Kayla dejó salir el aire de forma precipitada y sonrió. El duque no toleraba el llanto, era un arma que podría usar en algún momento. Por el momento no había nada más que hacer, abrió la puerta para cerciorarse de que nadie la vigilaba y sonrió al notar que el pasillo estaba despejado. El duque no había mentido, la encerró, pero ahora estaba en libertad de vagar de nuevo por la casa.

La joven se cambió sola y disfrutó mucho la simpleza de su cabello, alabando su inteligencia al haberlo cortado, hacía muy fácil el arreglo. Claro que cuando se dio cuenta de la revoltura de risos que había tenido durante toda la pelea con su esposo, se sorprendió con una risotada y se preguntó como era posible que él la hubiera podido tomar en serio.

Dalkeith Palace era una casa preciosa, decorada con lujo y tratada de la misma manera. Pero parecía ser tan impersonal, que uno dudaría que alguien viviese ahí, no había objetos añadidos que representaran a nadie de la familia, todo se mantenía en sobriedad, no había retratos familiares, ni tampoco parecía existir un objeto que se saliera de su lugar.

Estaba impecable, los suelos de mármol destellaban y cada candil y vidrio resplandecía como si lo hubiesen pulido el mismo día. El hogar olía a madera, pergamino y cera para pisos. Kayla lo encontraba agradable, pero seguía extrañada por la forma en la que los empleados le sacaban la vuelta o simplemente no la miraban.

—¿Es que hay algo mal conmigo? —pensó en voz alta, llamando la atención de la enmudecida señora Campbell, quien la había dirigido por la casa hasta las plantas superiores.

—¿A qué se refiere, señora?

—Oh… he pensado en voz alta. Pero ahora que me pone atención y que sé que tiene lengua nuevamente, ¿por qué todos me miran de esa forma… como si sintieran pesar por mí?

—Se estará imaginando cosas.

—No suelo imaginar y soy muy perceptiva, me gusta poner atención, es algo práctico para cualquier artista.

—Ah… así que a eso le debo el pedido tan extraño que el duque ha

hecho esta mañana —frunció el ceño la señora Campbell—. Parecía alterado, ¿es que no sabe que a un hombre importante no se le debe de molestar por las mañanas?

—A una mujer importante tampoco y él lo ha hecho.

—¿Y usted como es importante?

—Soy su esposa, para él debo ser lo más importante.

La mujer no parecía complacida con lo dicho, pero, si tenía alguna opinión, se la guardó cuando de pronto levantó la mirada y la fijó en alguien. Kayla se volvió y vio al amigo rubio de su marido, el hombre que la retenía y encerraba cada vez que Izek se lo pedía.

La señora Campbell se marchó y en su lugar estuvo Arnold.

—Supuse que mi querido esposo no me iba a dejar en una total libertad. —Se cruzó de brazos, mostrándose insatisfecha.

—En realidad, no lo he visto y no me ha ordenado nada. —Elevó ambas cejas—. Pero veo que lo comienza a entender, seguro que será lo primero que me dirá que haga. Aunque siendo sincero, pese a que yo no la vigilara, jamás podría irse a más de unos metros de aquí, Izek ya lo estableció.

—Gracioso.

—Es un hombre de honor, no permitirá que se diga que su esposa huyó o que él la rechazó. Si está casado por azares del destino, lo respetará y permanecerá en el matrimonio, lo hubiera hecho igual si las cosas hubiesen sucedido de cualquier otra manera.

—¿Qué quiere decir con: *cualquier otra manera*?

—Hay muchas formas de embaucar a un hombre para el matrimonio, señorita, no sólo hacen falta unos hermanos locos.

—Está tratando de decirme que seré su esposa por siempre.

—Al menos, eso creo.

—Por Dios, ¿Qué no se da cuenta que seremos infelices?

—¿Y eso quien lo determina?

—Creo que él, ya que se ha dedicado a decretar absolutamente todo desde el momento en el que me vio por primera vez.

—Bueno, la creo una mujer lista y él no es de piedra, señora, seguro que encuentra la manera de dominarlo.

—¿Dominarlo?

—Es un hombre indómito hasta el momento, pero yo he visto a las fieras más feroces ser domadas, si la persona adecuada los dirige.

—¿Y si no quiero?

—Bueno… entonces si que van a ser muy infelices.

Arnold caminó lejos de la mujer, dejándola metida en sus pensamientos por unos segundos.

—¿Señor Arnold?

—¿Sí?

—Quiero preguntarle algo. —La joven se acercó de nuevo y lo miró

—. ¿Qué sabe usted de las personas que han muerto aquí?

—Bueno, que son nobles, supongo.

—No me refiero a las generaciones de duques, sabe de que hablo.

—Ah… de las leyendas.

—Lo que sucedió en este recibidor no fue una leyenda —apuntó el lugar de la escena del crimen—. Y sé que algo pasó antes.

—Señora…

—No trates de hacerme tonta, Arnold. Sé que saben de quién soy hija y es una de las razones por las cuales el duque no se atreve a mandarme de regreso o a rechazarme.

Arnold apretó sus labios en una fina línea.

—Debo decir que para Izek sería mucho más beneficioso el regresarla con su padre, aunque éste se enoje, a retenerla a usted aquí.

—¿Por qué lo dice? —se sorprendió la joven.

—Usted representa una deslealtad por parte de Izek, los hombres no están felices con que la esposa del un hombre tan importante como el duque sea inglesa, le aseguro que le sería mucho más fácil renegar de usted, pero no lo hace. —Arnold miró a los lados y susurró—. Muchos piensan que usted es una espía del hombre siniestro, de todo Inglaterra. Piensan que ha venido a meter sus narices a Escocia.

La joven se cruzó de brazos y ladeó la cabeza con desencanto.

—Así que debo entender que el duque es un hombre honorable, lleno de caballerosidad y bondad hacia mí.

—Tan sólo digo que no debería juzgarlo tan duramente.

—No me ha dejado más opciones más que piense lo peor de él.

—Sí, suele hacer eso. —El hombre iluminó el pasillo con su hermosa sonrisa y carácter afable. Kayla creía que era totalmente distinto a lo que representaba el duque.

Izek era oscuridad y un constante misterio; mientras que Arnold era luz y transparencia.

—Arnold. —Aquella voz los hizo erguirse y mirar con rapidez hacia el duque, quien se acercaba dándose pequeños golpecitos en el muslo con la fusta de montar. —Ven, te necesito en el despacho.

—Señora. —Arnold se inclinó ante la mujer y se marchó.

Kayla hubiera querido hacer lo mismo, pero era obvio que el duque estaba dejando que su subordinado se adelantara a razón de su deseo de hablar directamente con ella.

—¿Sí? —Kayla lo apresuró al notar su renuencia a hablar.

—Necesito que organices una cena aceptable para esta noche.

—¿Por qué?

El hombre movió la cabeza hacia atrás en confusión, la miró de tal forma que parecía explicar con tan sólo una expresión las razones por las cuales él no debía ser cuestionado jamás.

—Porque te lo estoy pidiendo.

—Eso ya lo sé. Quiero saber la ocasión, a quién recibiéremos y por qué parece ser tan importante.

—¿Y por qué he de decírtelo? Tan sólo cumple lo que digo.

—Mmm… entiendo, entonces considero que no es tan importante esa cena que has pedido, puedo pasarla por alto… ¿o no? —elevó ambas cejas.

El hombre tomó aire, parecía fastidiado.

—Son personas importantes que vendrán a cenar, tengo negocios con ellos, muchos otros son enemigos, ¿contenta?

—Apenas —dijo con desinterés—. ¿Cuántos son?

—Por lo menos veinte.

—¿Veinte? Eso no es una cena, debe ser una velada.

—Sabía que una damita londinense como tú sabría que hacer —dijo con sarcasmo—. Te lo dejo a ti.

—¿Una damita londinense como yo? —cuestionó enojada.

—¿Te ha molestado?

—¿Es que me estoy riendo?

El hombre dejó salir el aire y la miró aburrido.

—¿Te pondrás a llorar?

—No.

—Entonces, sigamos con nuestras labores. Considera la cena como tu presentación ante la sociedad…. Ah, y has de inventarte una historia creíble sobre nuestro matrimonio. —La miró con ojos entrecerrados cuando ella sonrió—. Y no, no me dejarás en ridículo si no quieres tener severas consecuencias después.

Jamás dejaría de impresionar a Kayla la forma en la que esos hermanos podían leerla con tal facilidad, pero si decían que era transparente, a ella no le importaba ni un poco el serlo. Nunca apoyó la práctica de sus hermanos y padre de *cero sentimientos*. Ella los tenía y le encantaban.

—Bueno, duque, ¿Algo específico para comer?

Izek la miró de arriba abajo, meditando algo sin decirlo.

—Lo dejo a tu jurisdicción. —Volvió a recorrerla con la mirada—. Espero que traigas ropas adecuadas para la ocasión.

—¿Es que le disgusta mi vestido? —dijo con claro encanto, pero enfatizando que le importaba poco si la respuesta era negativa.

—Agh, con un carajo, yo que sé. —Ensanchó la nariz al respirar y la siguió viendo críticamente—. A saber, las modas femeninas cambian todo el tiempo. —Se dio la vuelta y manoteó el aire—. Yo pensaba que una mujer debía tener el pelo largo y amarrado complejamente ¡Pero mírate! Corto, condenadamente corto.

Ella dejó salir una sonrisa ante aquel desplante y siguió con su camino hacia el comedor, no sabía si el duque ya había desayunado, pero ella definitivamente no lo había hecho.

—Buenos días Nimue.

La dama de negro levantó la mirada y la revisó con espanto, cerciorándose de que su hermano no la hubiese lastimado.

—Buenos días —prosiguió con su escrutinio—. ¿Estás bien?

—Tanto como puedo estarlo. —Elevó una ceja cuando Nimue colocó con fuerza sus manos en la mesa y la inspeccionó de más cerca —. Eh… me refiero a que no te termino de perdonar lo que me hicieron tú y Sloan.

—Ah… eso. —Se tocó el pecho y se sentó—. Pensé que…

—No, tu hermano no me mató, rasguñó o atravesó con nada.

—No lo creería capaz —sonrió un poco.

—Parecías asustada.

—Bueno, una nunca sabe cuando le van a dar una sorpresa desagradable, ¿Cierto? —se justificó.

—Cierto, yo no me esperaba un engaño cuando vine aquí.

—Oh, bueno, ¿Cuándo acabará tu reclamo?

—Mmm… no lo sé, ¿Cuánto tiempo tienes?

—No mucho —se inclinó de hombros y tomó un poco de su té.

—Entonces me bastará el desayuno, por el momento.

Nimue sonrió y levantó la mirada cuando Sloan entró a la habitación con una cara funesta y adormilada.

—¿Otra noche pesada entre mujerzuelas? —Nimue se quejó con indiferencia, tomando un bocado de su desayuno estilo escocés.

—¿En serio quieres saber? —El hombre sacó una silla para sí y no dirigió otra palabra más a nadie.

—Necesita un café para despertar. —Explicó Nimue.

Se instalaron en un silencio apacible, todos parecían tener cosas en las qué pensar. Ni siquiera la odiosa presencia de la señora Campbell había arruinado la calma que la familia experimentaba a esas horas tempranas, agradablemente mitigadas por el sol calentando el comedor al hacer intromisión por los enormes ventanales despejados de cortinas.

—Sí, necesito que cuenten el ganado con los Olander y que la vieja esa de las ovejas no quiera engañarte, quedamos en quince docenas, no diez, ¿Para qué demonios querría yo cinco?

El salón comedor rápidamente se tensó, al aparecer, Kayla no era la única que tenía problemas con Izek. Incluso era notorio que los gemelos comían con más presura para intentar salir de ahí, lo cual Kayla imitó, creyéndolos genios en esos momentos.

El duque fue a sentarse en la cabecera de la mesa y miró con el ceño fruncido a su mujer, quien estaba dispuesta a su lado derecho.

—¿Qué haces aquí?

—¿De qué habla? —miró a los lados, sintiéndose avergonzada.

Si acaso pretendía correrla…

—Este no es tu lugar.

—¿Disculpe?

—El de la duquesa —se explicó— es al otro lado de la mesa, en la cabecera opuesta a la que yo ocupo.

Kayla miró hacia el lugar y negó rápidamente.

—Está muy lejos.

—¿Ahora me quieres cerca?

—No. —Lo miró—. Pero nadie se sienta de ese lado de la mesa, estaría sola y a mi me gusta hablar.

—En las comidas, no se debe de hablar.

—Sería intolerable para mí.

—Y para cualquiera —dijo Arnold, tomando asiento en la mesa.

Izek miró con molestia a su amigo y volcó su atención hacia su esposa, quien ya lo volvía a ignorar.

—Son las reglas de esta casa.

—Las seguiré cuando nos encontremos entre más personas y sea necesaria la etiqueta, por ahora, estamos entre familia, no creo que tengas problema en no verme la cara a menos que voltees hacía mí.

—Estás demasiado cerca para mi gusto, incluso puedo olerte. —Se quejó y volvió hacia Arnold, quien rodó los ojos.

Kayla entrecerró los ojos y miró hacia la señora Campbell cuando esta se acercó para entregar cartas al duque. Parecía feliz al notar que los nuevos esposos reñían, poco le faltó a Kayla para darle un golpe, pero en cambio, decidió que no quería reñir más, tomó su plato y ordenó a un mozo que tomara el resto de sus cosas y la siguiera.

Izek no movió su cara, pero dirigió la mirada hacia su esposa, la cual había tomado el lugar que le correspondía y de una forma muy digna terminaba su desayuno. El duque sonrió. Parecía en verdad molesta de estar exiliada hasta el otro lado, pero era como debía ser.

—¿Te diviertes? —sonrió Arnold.

—¿Qué? —Los ojos oscuros del hombre volvieron a fijarse en su amigo, quien sonreía—. ¿De qué me divierto?

—De hacerle la vida imposible a tu esposa.

—Yo no…

—¿Qué tenía de malo que estuviera más cerca de ti?

—Son las reglas de esta casa y ella debe respetarlas.

—Por favor Izek, ¿desde cuando te importa?

—Quizá yo las pase por alto, pero ella no las conoce —dijo sincero —. Quiero que las conozca al menos, ahora es mi esposa, es escocesa y nadie debe pensar que está de otro lado más que del mío.

—Debiste decirle eso.

—Debería de entenderlo.

—Eres duro con ella —se acercó Nimue, reclamándole con una mirada severa—. Sólo en sueños conseguirías una esposa como Kayla,

nadie te aceptaría con ese carácter y humor de…

—Callada. —Pidió amablemente, levantando una mano para que no siguiera—. Aún sigo sin soportar del todo la presencia de ustedes dos, les conviene a ambos que no me dirijan demasiado la palabra.

—Como quieras. —Se quejó Sloan.

—Hermano, por el contrario de Nimue que en serio me molesta, tú tienes obligaciones que has decidido hacer a un lado.

—Empezaré de nuevo hoy.

Izek asintió y siguió dando ordenes tanto a Sloan como a Arnold, quienes al final tomaron la decisión de instintiva supervivencia al irse para que no los siguiera atiborrando con tareas. Fue el turno de Nimue a quien volvió a regañar y pidió que ayudara con la cena de la noche y, cuando la melliza se marchó, sólo quedaba Kayla, ninguno de los dos parecía entusiasmado en hablarse.

—¿Por qué sigues aquí? —Le dijo el duque ya sintiéndose acorralado, solía deshacerse de su compañía para tener esos momentos de paz en la soledad del comedor. Le gustaba beber un café negro y leer el periódico con tranquilidad y sin interrupciones.

—Creí adecuado esperar a que se marchara.

—¿Por qué?

—Para que no desayune solo. —Izek frunció el ceño sin entender, lo que provocó que Kayla se pusiera inmediatamente de pie—. Bien, no sabía que lo que quería era estar solo.

—Siéntate. —Ella se quedó de pie en su lugar y Izek elevó una ceja con diversión—. Vamos, siéntate.

—No soy un perro, mi lord.

—Eso lo sé, si lo fueras, hubieras obedecido.

Ella lo miró furiosa y siguió su camino hacia la salida. Izek cerró los ojos y suspiró. Debía aceptar que tenía que intentar con más fuerza estar bien con esa mujer… su mujer. Era importante que lo aceptara en su cama de una forma u otra, sus hermanos amenazaban con venir prontamente y para cuando llegasen, ellos tenían que ser una pareja.

—Maldición, no soy bueno en esto.

Capítulo 9

Kayla decidió no amargarse el día completo por una discusión con el duque; al fin el cielo se había despejado, el aire era fresco pero el sol se alzaba en lo alto y proporcionaba un calor más que agradable para estar sentada en aquella mesa posicionada para tomar desayunos en el enorme jardín, donde planeaba comenzar con el que sería su primer bosquejo de paisaje escocés. Esperaba que al menos su marido cumpliera con su palabra y trajera lo necesario para que se mantuviera *ocupada,* como él lo había dicho con tanto alivio.

Para ella era fácil dejar de pensar en los problemas cuando se enfocaba en dibujar, se concentraba al límite de ni siquiera escuchar llamados, solía incluso sacarse sangre de los labios de tanto mordérselos y arrancarse pedazos de piel seca en ellos.

—Eres buena.

La voz del duque la hizo dar un rayón en toda la hoja, arruinando el dibujo que se había esforzado en hacer durante tanto tiempo. Kayla chistó ante lo hecho y miró hacia arriba para poder encontrarse con la garbosa figura del hombre que era su marido.

—¿Qué se le ofrecía? —Ella cerró su libreta y lo miró con interés.

—Nada. Te vi aquí sola y me dio curiosidad.

—Mentira.

—Bien. —Aceptó—. Tenemos que tratar de hacer funcionar esto.

—¿Habla de nuestro matrimonio?

—¿De qué más? —El duque tomó asiento junto a ella y suspiró—. La gente que vendrá es importante, si acaso ven que nosotros no somos la pareja perfecta, entonces se hablará y siendo tú…

—Sí, de Inglaterra. Sé lo que se dice de mí.

—Sí… —Meneó la cabeza—. Mira, lo mejor para los dos es que intentemos llevarnos bien.

—Yo puedo hacerlo, pero dudo que usted pueda.

—Seguro que para este momento sabrán que te quisiste escapar el mismo día que llegué. —Fijó la vista en la distancia, mostrándose pensativo—. Tendremos que tener una buena excusa para eso.

—¿Qué tal que me asustó porque es usted un ogro que además me tiene encerrada en una torre de su palacio?

—Quizá pudiéramos decir que alguien se lastimó y tú quisiste ir por ayuda. —La ignoró—. Aunque no tendría sentido que mis hombres fueran por ti y te trajeran como un costal de papas.

—Sin mencionar que los amenacé con mi daga —agregó.

—Demonios… seguro que alguien lo preguntará.

—Vale, le diré qué —ella dejó de lado su libreta y entrelazó sus manos sobre la mesa—: hagamos una apuesta.

Izek la miró con escepticismo.

—Te escucho.

—Si yo salgo victoriosa de esta cena, haciendo que todos me amen, entonces usted perderá.

—Yo perderé si sale mal esta cena, ¿no puede tomarse nada con seriedad? —dijo enojado.

—Es usted tan aburrido. Le estoy diciendo que lo haré bien, soy una Hamilton, mentimos con naturalidad, no me preocupa lo que puedan preguntar ¿Entiende? Sabré salir de la situación.

—¿Para qué apostar entonces?

—Para ganar algo.

—No necesitas apostar para conseguirlo, te daré lo que me pidas. —Ella lo miró sorprendida. Izek giró los ojos con desesperación y se explicó de la forma más rápida que encontró—. Eres mi esposa, no mi prisionera, si quieres algo, claro que te complaceré.

—Esta mañana tuve que llorar por pintura.

—No, lloraste, y yo te callé con lo del regalo.

Kayla sonrió.

—Es verdad.

—Bien, si te sientes tan confiada, entonces no tengo de qué preocuparme… espero.

—Tenga algo de fe en mi —le dijo con una mueca desenfadada y abrió su libreta—. Al menos de lo mentirosa que puedo ser.

—Hasta el momento, jamás me ha mentido, de hecho, es fácil entender lo que está pensando.

—Creo que es una habilidad especial de sus ojos de demonio —dijo desinteresada, tratando de borrar la raya en el dibujo—. Sus hermanos y usted tienen esa habilidad de saber lo que estoy pensando aun sin siquiera gesticular.

—¿Y no hay otra razón más cuerda que la resolución de que somos demonios con habilidades especiales?

—Me parecen demonios todos ustedes —dijo divertida—. Tengo una pregunta ¿puede contestarla?

—Depende de la pregunta.

Ella rodó los ojos y sonrió, volviendo a su dibujo.

—¿Por qué son negros sus ojos?

—No son negros. —Ella lo miró perpleja por el tono cortante—. Son de un oscuro café, dudo que puedan existir los ojos negros.

—¿Es que le molesta?

—¿Qué nos digan que tenemos ojos de demonios o que somos hijos del mal? —Elevó ambas cejas, mostrando su sarcasmo con ello, pero no con su tono—. Cuando era niño me molestaba. —Sinceró—. Estuve días buscando un espejo que no me lanzara una mirada tan amenazadora como la mía y un día… alguien me dijo que eran cafés.

Kayla notó la forma melancólica pero dulce con la que él había

mencionado la última parte. Era como si de momento se hubiera puesto feliz por aquel recuerdo.

—¿Quién se lo dijo? —Ella incluso sonrió ante la perspectiva de verlo feliz, de que algo le causara tal brillo en los ojos.

Sin embargo, cuando estos volvieron para enfocarse en ella, no lo hicieron con cariño o el más mínimo afecto. No. Esos ojos eran fríos, distantes y petrificantes.

—Alguien muy preciado para mí.

—L-Lo siento —bajó la mirada y su mano tembló un poco—. No debí preguntar, no es de mi incumbencia.

A Kayla no le parecían cafés, eran negros, negros como el color del alma de aquel duque que sólo era capaz de mirarla de aquella forma tan despectiva. Era obvio que hablaba de una mujer… quizá su madre u otra, pero quien fuera, le había mentido.

—No te disculpes. —El duque estiró la mano y tomó la de ella, apretándola ligeramente para que volviera a mirarlo, sin embargo, Kayla mantuvo la mirada fija en un punto sobre la mesa; no quería verlo porque sentía que, si encontraba nuevamente esa frialdad en él, lloraría y no quería llorar—. No debí ser tan brusco con mis palabras, no has hecho nada mal.

El duque se lamentó, a veces la gente reaccionaba así, no sabía qué era lo que transmitían sus ojos, pero solían apabullar a la gente, aunque esa no fuera su intensión. Suspiró a lo bajo y soltó la mano de su esposa para tomar su barbilla y hacerla levantar la mirada.

Cuando los impresionantes orbes verdes estuvieron sobre él, su corazón se aceleró, todo ella era tan brillante, incluso sus ojos tenían un color tan lleno de vida como lo era el verde. Su rostro iluminado por el sol mostraba salud y juventud, las ligeras marcas junto a las comisuras de sus labios demostraban que solía sonreír con constancia y ese cabello corto que se revolvía con la fresca brisa del exterior la hacían parecer una escultura más en aquel jardín.

Kayla intentó bajar la mirada al sentir que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero la mano firme del duque se lo impidió, continuando con su inspección pese a que las gotas de agua salieron disparadas de sus ojos en silencio y sin modificar el rostro de la joven.

Izek sintió las lágrimas sobre su mano, notando hasta ese momento que ella lloraba en una solemnidad silenciosa que le estrujó el corazón y lo obligó a inclinarse para presionar un beso sobre sus labios rosados. Kayla abrió los ojos en impresión y separó los labios sólo un poco para aceptar de una forma más agradable el cosquilleo que le causaba ese beso.

El duque sintió un movimiento extraño en su interior cuando ella lo aceptó, desatando entonces su actuar impulsivo, quitando el único impedimento que la separaba de ella. La mesa cayó de lado tras un

empujón, dando oportunidad a que Izek se acercara más y le colara las manos por la cintura, apretándola en un abrazo sofocante que terminó dejándola sentada sobre su regazo y aceptando un beso profundo que no sabía si estaba contestando del todo bien.

De lo que Kayla era consciente era de que jamás se había sentido tan bien al ser besada, nadie nunca la habían besado así tampoco, así que podía ser una experiencia nueva que le causaba excitación. Pero le gustaba, le agradaba tanto que no podía más que incrementar las caricias que ella le daba en los hombros y el cabello negro ligeramente largo, presionándolo a que entregara más, que le enseñara más, no pararía de exigirle más.

—¡Mi señor duque! —gritó un hombre, provocando que se escuchara un sonoro sonido de separación.

Kayla bajó la cabeza, mostrando un sonrojo que marcaba su vergüenza. Tenía la sensación de que había hecho algo terriblemente mal, tal y como si estuviera soltera y alguien la atrapase en una situación comprometedora, como en la que estaban.

Se puso torpemente de pie al comprender que seguía sentada sobre él, murmuró una disculpa y marchándose corriendo hacia el interior de la casa, sin darse cuenta que, durante todo ese momento, el duque había buscado su mirada para tratar de encontrar una respuesta a la pregunta que quedó y quedaría sin contestar.

—L-Lo siento mi señor. —El hombre parecía avergonzado—. No me di cuenta de la situación y simplemente grité.

—Ha de ser algo apremiante —dijo con tranquilidad el duque, poniéndose de pie y mirando fugazmente hacia la casa—. Vamos.

El hombre disimuló una sonrisa y pasó su pulgar por su comisura inferior, limpiando el último rastro de los labios de su esposa.

Capítulo 10

Kayla entró al primer salón que encontró y cerró la puerta con fuerza, sintiendo como el calor subía hasta sus mejillas y después la recorría al completo. ¿Por qué la había besado? Hacía unos segundos la miraba con desprecio para después…

—¿Se ha perdido?

Kayla dio un grito y se volvió hacia el hombre que la miraba indiferente desde un escritorio. Sloan era el más distante de los hermanos, pero por alguna razón, a Kayla le parecía el más inofensivo, quizá fuera por eso, porque en realidad no lo conocía… mejor no darle la oportunidad de ponerle la piel de gallina.

—No. Ya me iba.

—Pareces algo enferma, ¿estuviste mucho bajo el sol?

—Casi sentí que me estaban apuntando con una lupa —dijo a modo de broma, pero al recordar el beso, volvió a sentirse bajo la lupa que buscaba incendiarla al completo—. ¡Dios! Me siento bien, me voy.

—Espere. —Sloan se puso en pie y sirvió un poco de agua—. Vamos, beba algo, parece en verdad acalorada.

—Gracias… pero qué amable. —Comportamiento extraño para ser parte de esa familia—. ¿Qué haces?

—Bueno, estoy revisando unas cuentas a petición de Izek —rodó los ojos—. Puede ser un dictador si se le deja.

—No me digas —dijo sarcástica, dejando el vaso sobre el escritorio y sonrió—. Me mantuvo cautiva en una habitación para que lo dejara *pensar*.

—Si bueno, ahora que recuerdo, jamás me disculpé con usted por lo que le hicimos. —La miró con arrepentimiento.

—Al menos tu te disculpas.

—Sólo con usted, con Izek jamás.

—¿Es que se llevan mal?

—No. —El hombre dejó de lado la pluma con la que hacía las cuentas y la miró sonriente—. Pero soy menor que él y tendemos a reñir. Izek piensa que todo lo que dice o hace está bien y a mi me encanta decirle que está mal en todo.

—Yo le doy la contraria a todo también, tenemos eso en común.

Sloan sonrió y siguió con sus asuntos.

—Lo siento, te estoy estorbando.

—Para nada, me agrada la compañía, Nimue suele estar aquí a estas horas, pero está vuelta loca con un banquete o algo así.

—¡Dios santo! —Kayla se puso en pie—. Pero si es el banquete que me encargaron a mí.

La joven salió corriendo, dibujando una sonrisa cariñosa en la cara adusta del joven Buccleuch, quien siguió trabajando.

Eran las cinco de la tarde y Nimue aún no consideraba que las cosas estaban lo suficientemente en orden como para dejar de atosigar a todo el mundo para que la velada saliera perfecta… aunque para esos momentos, Kayla ya no sabía hasta donde era perfecto o parte de una obsesión.

—Nimue. —La joven decidió hacer una intervención—. Basta, estará todo bien, jamás vi tanto entusiasmo por una tonta cena.

—Es que no entiendes Kayla, no podemos decepcionarlo.

—¿A quién?

—A Izek, obviamente.

—Creí que lo odiabas.

—¿Cómo lo voy a odiar? —Arregló las flores del mismo florero que ella acababa de acomodar—. Lo adoro, quiero que esté feliz.

—Bueno, casarlo con una desconocida es un buen inicio.

Nimue regresó una mirada llena de seriedad. Kayla debía agradecer que los ojos no dispararan.

—Lo hicimos porque pensamos que era lo correcto, lo que llegaría a hacerlo feliz —dijo sin más—. Él siempre veló por nosotros y… lo recompensamos muy mal.

—¿Así que por eso debes sacar sangre, sudor y lagrimas de todo cuanto tenga algo que ver en esta cena?

—Quiero demostrarle que podemos estar juntos y ser una familia.

—¿Es que…? ¿Cómo?

—Hace años que Sloan, Izek y yo no estamos juntos. —Resumió la joven, acomodando un cubierto—. Y quiero quedarme.

—No creo que él sea capaz de correrte.

—No, pero es capaz de irse.

Kayla sintió muchísima tristeza por la forma desesperada en la que su cuñada intentaba agradar al duque, sin dudas era un hombre desalmado, pero jamás imaginó que lo sería también con su familia directa. Nimue parecía quererse desbaratar con tal de complacerlo, pero Izek no hacía más que alejarse o alejarlos de él.

Aunque dudaba que la actitud viniera de la nada, para todo había razones. Sin embargo, no podía más que desearle suerte a la chica, ella no podía imaginar lo infeliz que hubiera sido su vida sin sus hermanos y sus primos.

—Ya todo está listo —insistió Kayla—, apenas y has comido.

—Es verdad, niña, coma algo. —Ordenó la señora Campbell.

—No tengo hambre.

La joven trató de irse, pero se vio acorralada por Kayla y la señora Campbell, obligándola a comer y después, mandándola a que se fuera a relajar un rato antes de comenzar a arreglarse para la cena. Las dos mujeres que habían quedado en el salón se miraron con desagrado, pero cuando Kayla intentó irse por su lado, la señora Campbell habló.

—¿Tiene ya un vestido adecuado para la noche?

—Sí, ¿Es que piensa que era pobre antes de casarme?

—Bueno, con las ropas que normalmente usa…

—Quizá soy poco delicada y no visto como una princesa, pero sigo siendo una dama de alcurnia. La ropa de moda me es incómoda, soy una artista y suelo ensuciar, no vale la pena que use las grandes galas todos los días de mi vida.

—Siendo una duquesa sí. —La señora Campbell la siguió hacia la salida. No pensaba dejársela tan fácil—. ¿Qué hubiera pasado si recibía visitas?

—¡Agh! ¡Me cambiaría! —contestó sin volverse.

—Haciéndolos esperar, ¿Es que nadie la educó?

—Sería por unos momentos, nadie puede atender en seguida.

—Una mujer preparada y refinada sí.

—Y eso que no me ha visto con pantalones.

—¡Cielo santo! —se exaltó la mujer—. ¡Muchacha desenfrenada! ¡Te he de enseñar lo que…!

—¿Es que usted se cree mi madre? —la enfrentó—. No tiene derecho a decirme qué o como debo hacer las cosas. Soy la duquesa y si decido pasearme en pantalón, será asunto mío.

—El duque…

—Si algo le molesta, créame que me lo hará saber —le dijo enojada —. Al igual que usted, él no teme en lastimarme cuando me dice las cosas.

La mujer se detuvo en seco y ladeó la cara.

—No buscaba lastimarla.

—Es lo que se obtiene cuando se habla sin pensar —la joven cerró la puerta en la cara de la señora Campbell y suspiró aliviada al notar que la mujer no intentaba entrar después de ella.

Miró una vez más hacia la puerta y caminó a uno de sus armarios, donde ya sabía que estaban colgados sus vestidos de gala. Sacó el primero que consideró aceptable y lo puso sobre la cama para comenzar a arreglarse. Giró la cabeza a la puerta que conectaba las habitaciones y suspiró al recordar el beso en el jardín, un revolcón placentero la inundo por unos segundos y deseó con todas sus fuerzas que le diera otro beso igual, pero sin interrupciones, que prosiguiera hasta que alguno de los dos no tuviera más aire en sus pulmones.

—¿Señora?

—¡Ay! ¡Bonnie! Casi me provocas un infarto.

—Pero si le llevo hablando un buen rato. —Se excusó y siguió la mirada de su señora y apuntó la puerta—. ¿Es que necesita que vaya por algo a la habitación del duque?

—¡No! —Sacudió la cabeza—. Vamos, empecemos con esto.

—Le pondré el baño, excelencia.

La dama abrió la puerta del baño y desapareció por varios momentos, los suficientes para que Kayla se calmara y recuperara su palidez. Aún recordaba bien la preocupación del pobre Sloan al verla tan *sonrojada*, claro que él pensó que era por efectos del sol, no por efectos de su hermano… «¡Pero qué desvergonzada te has hecho, Kayla Hamilton!».

La joven se volvió de pronto cuando sintió detrás de ella la presencia de alguien, por unos segundos pensó que se trataba de Bonnie, pero se vio en la necesidad de fruncir el ceño cuando se dio cuenta de que la joven doncella seguía en el baño, hablando en voz alta consigo misma, como le era de costumbre.

Los ojos avispados de la joven recorrieron la habitación sin hacer movimientos que revelaran que estaba tensa, trató de aparentar tranquilidad, enfocándose en cosas cotidianas mientras seguía tratando de encontrar la razón de que estuviera siendo objeto de escrutinio de alguien.

Kayla se frustró al darse cuenta que no era capaz de encontrar a nadie. Pero estaba segura, los nervios y la forma en la que su piel sentía escalofríos le daban a entender de que no era una locura y quien fuera que la observara, no lo hacía con las mejores intensiones.

—¿Señora?

—¡Ay! —se giró hacia la mujer que nuevamente la miraba con la cabeza ladeada—. Sí, de nuevo me has asustado. Quita esa cara de diversión Bonnie y vamos a que me bañe, se me ha hecho tarde.

La doncella rodó los ojos y siguió a su señora para ayudarla con el baño, no era que la dejara hacer mucho, para ese momento comprendía que a la duquesa no le gustaba estar sola en ningún momento. Bonnie lo entendía, esa casa era escalofriante y cualquiera se sentiría amenazado y haría bien en pensarlo.

Kayla salió completamente arreglada de la habitación, no había visto a su esposo desde el beso en el jardín, pero esperaba que no tardara demasiado, porque si se atrevía a llegar tarde, a Nimue le daría un infarto, incluso Sloan y Kayla habían apostado por ello. Lo cual se podía considerar un poco insensible, pero resultaba divertido ver a la increíblemente fría Nimue presa del pánico, mirando constantemente hacia un reloj colgado a la pared… reloj que Sloan y Kayla habían adelantado por una hora.

—¡No llegará! Debí saberlo. —Se quejó la joven mujer apodada la dama de negro—. ¡Llegarán todos y él no!

—Tranquila, trata de respirar, aún es temprano. —Trató Kayla.

—¡No! Aún se tiene que bañar, cambiar y él tarda haciendo eso.

—Seguro que, con las prisas, no tardará tanto. —Aseguró Sloan.

Nimue siguió dando vueltas alrededor de una mesa, mostrando con eso su impaciencia y nerviosismo. Sloan y Kayla no podían evitar reír

un poco de ella, pero se controlaban cuando les lanzaba una de esas miradas amenazadoras que parecían arrastrar al infierno.

Pasaron todavía quince minutos para que el duque hiciera aparición junto con Arnold, con quien seguía metido en una acalorada conversación, pasando por alto la presencia de las tres personas que aguardaban por él.

—Espera, Arnold. —El hombre volvió una mirada desesperada hacia sus espectadores y elevó una ceja—. ¿Qué quieren?

—¡Llegas tarde! —le gritó Nimue—. ¿Y te atreves a cuestionar?

—¿Tarde? —Izek sacó su reloj de bolsillo y meneó la cabeza sin entender a su hermana—. Estamos más que a tiempo.

—¡No! —La joven pelinegra apuntó hacia el reloj—. ¡Vas tarde!

Los ojos oscuros de Izek se dirigieron al reloj con la hora equivocada y suspiró al ver la forma en la que su esposa y hermano contenían las sonrisas y se alejaban de la posible bomba fulminante que sería Nimue.

—Está adelantado —dijo sin más—. Si me disculpas.

Izek siguió caminando y reanudó la conversación con Arnold, quien después de dirigir una mirada divertida hacia Kayla, corrió para alcanzar al hombre que no hacía amagos por esperarlo.

—¿Está adelantado? —Nimue fue hacia el reloj y lo miró atenta—. No lo entiendo, si ordené que… ¡Agh! ¡Sloan!

Tanto Kayla como el hombre soltaron una carcajada y trataron de evitar los golpes que la dama de negro intentaba darles. Por un momento los tres sonreían y Kayla volvió a sentir un ambiente familiar y cálido, casi podría parecerse a Sutherland. Pero sólo hizo falta que la señora Campbell hiciera acto de presencia para que las risas se detuvieran y los mellizos se irguieran, retomando la compostura y quitando la sonrisa.

—Si tienen tanto tiempo libre, deberían aprovecharlo para hacer algo de más utilidad —recriminó la mujer hacia los mellizos, quienes asintieron y se retiraron en silencio—. Con lo referente a usted…

—No creo que pudiera utilizar mejor mi tiempo que riendo un poco, me parece atrevido que regañe a los hermanos de mi esposo de esa manera, no tenía nada de malo lo que hacían.

—Prácticamente yo crie a los mellizos, señora, créame que sé lo que hago con ellos, el mismo duque estaba de acuerdo.

—¿El padre de mi marido?

—Naturalmente.

Kayla meditó un momento las palabras.

—Al final, creo que son lo suficientemente grandes para no necesitar de sus regaños, menos interrumpirlos en una actividad.

—Hago lo que creo correcto.

—Considero que no lo fue —Kayla apretó los puños.

—Es obvio que no ha tenido una educación como la de ellos.

—¿Qué insinúa? —Kayla entrecerró loso ojos.

—Podrá ser una lady de Londres, señora, pero algo me dice que su familia era demasiado permisiva en cuanto a su educación.

—Al menos no me quitaron permanentemente la sonrisa.

—Una dama debe ser recatada y refinada, el saberse contener es una de las gracias apreciadas entre…

—¡Pamplinas!

—¡Pero qué muchacha! —Chistó la señora Campbell.

—Basta. —Pidió Izek, quien caminaba por el pasillo ya sin compañía y con la mirada fija en su mujer, ¿Acaso la culpaba a ella? Era obvio que no sabía como trataba a sus hermanos—. ¿Por qué no vas a la habitación a terminar de… arreglarte o lo que sea?

—Yo estoy lista. —Kayla se cruzó de brazos.

—Entonces ve a ver que me pondré yo.

—Eso lo ha hecho Nimue.

—¡Tan sólo sal de aquí!

Kayla chistó en desagrado y levantó de más su vestido para subir las escaleras con mas facilidad, trayendo un nuevo enojo a la señora Campbell, quien estuvo a punto de volverle a llamar la atención, pero la presencia del duque la detuvo y enfocó en su lugar.

—¿Necesitaba algo de mí, excelencia?

—¿Por qué discutía con mi esposa?

—Su excelencia y yo tenemos diferencias que con el tiempo irán pasando, no debe preocuparse por peleas de mujeres, duque, usted tiene cosas más importantes en las que concentrarse.

—Es verdad, pero el que haya un griterío en mi recibidor no me ayuda precisamente a concentrarme.

—No volverá a pasar, mi señor duque.

—Bien. —Suspiró cansado y quizá algo aburrido de tener que solucionar una situación que consideraba meramente femenina—. Espero que sepan llevar sus disputas en un tono más bajo, no quiero que toda la casa se entere de lo que el ama de llaves y la duquesa discuten.

Capítulo 11

El duque aún no terminaba de subir las escaleras, cuando ya era capaz de escuchar la voz de su esposa, la cual maldecía e imitaba con voz chillona y quejumbrosa a alguien que le disgustaba. No era de inteligentes, era fácil deducir a quien odiaba esa mujer, en realidad, sólo había dos candidatos: su propio esposo o la señora Campbell.

—¿Se puede saber por qué actúas como una niña?

—¡Ay! —ella se volvió aprisa, presionando su pecho con espanto—. ¡Me asustó! Por Dios, ¿No sabe tocar?

—¿A la habitación de mi esposa…? No, creo que no.

—Sigue siendo de alguien más.

—No para mí.

Kayla rodó los ojos y caminó hacia el espejo de cuerpo completo, admirándose y dándose el visto bueno, no había nada más que arreglar, para ella todo lucía perfecto.

—¿Qué te retuvo durante todo el día?

—Negocios.

—Bueno, cámbiese ahora, Nimue en serio desea que todo esté perfecto y en su cuadro entra usted, por alguna razón.

—No me digas —dijo sarcástico—. Algo me dice que tú no te esforzaste mucho en la cena de esta noche.

—Nimue acaparó la mayoría de los trabajos y yo la dejé, no creo que sea un gran problema, lo hizo perfecto.

—La cosa es, que te lo pedí a ti.

—Y al final se hará ¿o no?

—Eres mi esposa, esas responsabilidades te corresponden.

—Pero está hecho.

—Pero no por ti.

—¿Por qué le es tan importante? —dijo exasperada.

—Porque debes tratar de comprender quien eres ahora, no eres Kayla Hamilton, ahora eres una de nosotros, una escocesa. Te aseguro que no sabes bailar, ni siquiera conoces el nombre de la comida típica.

—¡Yo…! —Su voz se apagó al comprender que no tenía réplica válida para tal discusión—. ¿Por eso me lo pidió?

—¿Por qué otra razón? ¿Crees en serio que la señora Campbell no se podía hacer cargo de la situación?

—Ni me la menciones, tan sólo su nombre me da indigestión.

—Esa es otra cuestión, no debes pelearte con el servicio, debes hacer que te aprecien.

—¿Cómo me va a apreciar su servicio si usted no me aprecia?

Fue el turno del duque de quedarse sin palabras.

—Bien, es verdad, he actuado distante contigo. Estaba asimilando la situación, pero ahora comprendo que estarás conmigo para toda la

vida y debo darte el trato que mereces como mi esposa.

—¿Y ese trato conlleva el que no se me encierre en una recámara cuando algo se sale de control? —Echó en cara.

—Seguiré pidiéndote que te encierres en una recámara cuando considere que estás comportándote irracional.

—Oh, como le encanta creer que es perfecto.

—No me creo perfecto, me creo disciplinado, sé lo que tengo que hacer para estar a la altura de una situación, para ser correcto.

—¡Agh! —ella se jaló un poco los cabellos castaños y lo miró exasperada—. ¡Debió casarse con su ama de llaves! ¡Son una pareja formidable! —Ella caminó hacia la salida y abrió la puerta—. ¡Igual de anticuados y maniáticos!

Kayla cerró la puerta con fuerza, encerrando a su marido en el interior y prácticamente corriendo lejos de ahí para que no pudiera retenerla de nuevo. Al fin de cuentas, él se tenía que cambiar y ella estaba lista, no había razón alguna para permanecer en la habitación.

¡Apenas y podía creer que lo había echado de menos en la mañana! Era claro que el beso la atontó, pero el efecto había pasado.

Cuando dieron las siete en punto, Izek bajó las escaleras, Nimue estaba por explotar por su tardanza, era el único que faltaba en estar presente en el recibidor.

—¡Cómo puedes tardar tanto siendo hombre!

El duque la ignoró y acomodó el moño que no lograba que se quedara en su lugar. Kayla al notar el espasmo que Nimue comenzaba a tener en su ojo, se acercó a su esposo y apartó las manos torpes para reemplazarlas por las suyas, hábiles y expertas. Con tres hombres en casa, era fácil aprender cierto tipo de cosas, sobre todo porque su madre le dijo que siempre era bueno que una mujer supiera como ponerse unos pantalones y un buen moño de gala. Jamás lo comprendió del todo, en la vida había visto a su madre con un pantalón, pero seguro que era más que una metáfora.

Izek miró con escepticismo a la mujer que fruncía ligeramente el ceño y mordía sus labios concentrada en su tarea, parecía no darse cuenta de sus acciones, ni tampoco de lo cerca que estaba de él. Izek no lo pudo evitar, su cabeza rememoró aquel momento en el que la besó e hizo falta el acopio de todo su autocontrol para no besarla.

—Listo, ya está. —Ella se apartó sin más y se colocó a su lado.

—Bien, todo listo —sonrió Nimue, yendo a abrir la puerta y dejándola abierta para que los invitados pasaran y fueran atendidos rápidamente por mozos y por ellos mismos.

Kayla se esperaba una noche aburrida, ya en muchas ocasiones tuvo que atender cenas de negocios en casa de su padre. Debía encontrar una manera de distraerse... y ésta llegó rápido, puesto que, en cuanto el primer invitado asomó su cabeza, Izek le pasó una firme

mano por la cintura, provocando que su cabeza volara e intentara decidir si golpearlo por el atrevimiento o besarlo para que la abrazara aún más cerca de su cuerpo.

—¡Ah, Izek! —Sonrió un caballero, estirando la mano hacia él y mirando hacia Kayla con extrañeza—. ¿Y usted es…?

—Mi esposa. —Se apuró a contestar Izek, como si Kayla fuera a decir algo diferente—. Supongo que has oído hablar de ella.

—Claro, es la inglesa. —Kayla no supo discernir si lo decía con decepción u odio, pero ninguno de los dos parecía ser algo bueno.

—Sí, la inglesa. —Ella estiró una firme mano con una sonrisa de dientes apretados—. Un placer conocer a otro escocés.

Izek la miró con advertencia, pero el recién llegado se lo tomó con buen humor y dejó salir una ligera y agradable carcajada.

—Lamento la rudeza, supongo que es costumbre. —Se tocó el pecho para acentuar su arrepentimiento—. Es muy hermosa señora.

—Gracias, señor…

—Monclavet. —Se presentó.

Kayla asintió con una sonrisa afable y permitió que pasara al salón, donde Nimue los acomodaría en los lugares que se habían asignado. Claro que para la duquesa ese lugar no cambiaba, ella debía estar en la cabecera contraria a la de su marido, enfrentándose constantemente a esos ojos acusadores que seguro no la perderían de vista para cerciorarse de que su comportamiento era impecable.

Ya le demostraría quién era ella.

Cuando todos estuvieron en los lugares que Nimue se había tomado la molestia de asignar, Kayla miró obstinadamente a su esposo cuando este le dio una ultima amonestación con su oscura mirada y rápidamente se enfocó en conocer a las personas que tenía a los lados.

Tendría que agradecerle a Nimue que pusiera a la señora Glenn a su lado, puesto que se habían llevado de maravilla. Muy a diferencia de la otra mujer que la flanqueaba, quien fuere despectiva desde el principio y se limitó a ignorar a la inglesa que se había hecho con un título escocés tan importante como el de Buccleuch.

«¡Ja! Si supiera el infierno que es, me estaría besando los pies por aguantarlo, en vez de criticarme por tenerlo» pensó la joven.

—Y dígame, excelencia…

—Oh, no, por favor, no me llame de esa manera —pidió Kayla a la señora Glenn—. Kayla estará bien.

—Bien, si no quiere formalidades, yo tampoco —sonrió la mujer—. Puede llamarme Maribeth. —Kayla asintió conforme y aguardó, puesto que la mujer había iniciado un tema y ella la interrumpió—. Bueno, en realidad tenía una pregunta.

—Era de esperarse. —Sonrió—. ¿Qué te da curiosidad?

—Bueno, ¡Todo! Este castillo me ha fascinado desde que era una

niña, sobre todo el tema del tesoro, siempre soñé con encontrarlo, pero claro, supongo que no es más que una leyenda.

—Es lo que afirma mi esposo y el resto de la familia. —Kayla tomó su copa de vino y dirigió una rápida mirada hacia Izek, quien estaba entretenido y relajado entre sus amigos—. Pero yo no les creo.

—¡Oh! Lo sabía, debe haber algo ¿Cierto? —La mujer parecía entusiasmada, incluso estaba sentada en el filo de la silla para poder acercarse más a Kayla—. ¿Acaso ha visto algún fantasma?

Por un momento, la pregunta le pareció extraña, pero entonces se dio cuenta de que había encontrado a su alma gemela. Maribeth Glenn podía convertirse en su primera y quizá única amiga.

—Aún no, pero debo admitir que estoy ansiosa.

—¡Sabía que usted debía ser una mujer que creía en todo esto! —Tronó los dedos con fascinación—. Algo me lo dijo cuando la vi escuchando tan atenta a las historias de Fiona.

—¿Me vio cuando llegué?

—Oh, sí, ustedes tres llamaban mucho la atención.

«Claro…» pensó la joven «Iba con Publio y Terry, es imposible que alguien no vuelva la mirada cuando los tiene cerca a ellos».

—Si tanto le interesa el tema del tesoro, yo misma no he empezado a investigar, así que podríamos hacerlo juntas.

—¡¿En verdad?! —La mujer lo gritó con tal entusiasmo y fuerza, que la mesa cayó en el silencio y las miraron con extrañeza.

Kayla apretó los labios y trató de no sonreír, sobre todo al notar lo poco que le importaba a la señora Glenn ser el centro de atención.

—Claro, me agradará tener una compañera.

—Mañana temprano estoy aquí mismo.

—Cariño. —La mano de un hombre fuerte se posó sobre la de la señora Glenn y la apretó—. Trata de no incomodar a las personas.

—C-Claro… lo lamento, no me di cuenta que…

—Tan sólo recuerda lo que hemos hablado. —La cortó de inmediato y prosiguió—: una mujer callada siempre será mejor que una hablando.

—Sí. Lo lamento.

—Le decía a su esposa señor que me encantaría que me acompañara mañana para tomar el té —se introdujo Kayla.

El hombre perdió la amenaza que había mantenido en la mirada al estar amonestando a su mujer y sonrió alegre al notar que la duquesa encontraba agradable la presencia de la misma.

—Le será un gran honor acompañarla, excelencia, supongo que ya habrá aceptado tan generosa invitación.

—Sí, hemos quedado desde temprano.

El señor Glenn asintió tranquilo y regresó a una conversación que le pareció más interesante. Izek, por el contrario del otro caballero,

comprendió que esa *amistad* sería más que peligrosa y por tal motivo no dejaba de mirarlas. La señora Glenn y su mujer compartían carácter y fantasías y eso las hacía una mala combinación.

La cena pareció pasar con éxito, lo cual iluminaba dulcemente la faz de Nimue, quien recibió las felicitaciones de todos los invitados al momento de enterarse por los labios de la misma Kayla que había sido ella quien organizó todo con estricta diligencia.

Todos estaban felices y tomaron de buen agrado y gusto que la nueva duquesa admitiera su falta de talento para atender tales cosas, pese su continuo esfuerzo por hacerlo. Por el contrario, Izek parecía enojado y meditabundo, Kayla sabía que lo estaría, pero no comprendía por qué él debía tomarlo tan mal, cuando todos parecían llevarlo de la mejor manera.

Los invitados se retiraron a eso de las doce, algunos marchándose del palacio y otros pasando a las habitaciones, aceptando la hospitalidad de los Buccleuch. Después una breve conversación con los que se quedarían bajo el techo de los anfitriones, todos se retiraron, permitiéndole a los empleados recoger y dejar todo listo para un nuevo día. Fue la pareja de recién casados los que se rezagaron lo suficiente como para caminar en soledad por el pasillo que los conducía a sus habitaciones.

—¿Y ahora por qué se ha disgustado conmigo? —Kayla decidió que era mejor tocar el tema a permanecer en ese silencio incómodo.

—En un momento lo diré.

—¿Por qué no en este momento?

—Espera a que entremos a la habitación.

—¿Piensa guardar sus gritos para que sólo los escuche yo?

—Precisamente.

Kayla suspiró y rodó los ojos, sintiendo como él la tomaba del brazo como precaución para que ella no echara una carrera y se encerrara en su propia habitación.

«Hombre listo» sonrió la joven y aceptó ser llevada por él.

El duque los introdujo en la habitación que fuese de la duquesa y la soltó cuando la puerta estuvo cerrada y asegurada.

—Bien. —Kayla se soltó de su agarre—. Puede gritar ahora.

—No gritaré. —Acercó su intimidante cuerpo a ella y la miró con toda la fuerza de su briosa mirada—. No quiero que salgas con la señora Glenn.

—Eso no pasará.

—¿Disculpa?

—¿Qué quieres que te disculpe? Porque haz cometido muchos.

—No me refería…

—Sé que no, pero no lo haré, no dejaré de lado a la única persona que me cae bien en todo este lugar.

—Apenas y conoces a alguien, no juzgues tan rápido.

—¿Qué tiene de malo la señora Glenn? Me parece agradable y su esposo es amigo suyo.

—No es amigo mío.

—Lo invitó el día de hoy.

—Son negocios.

—¡Entonces véalo como un fortalecimiento de la alianza entre ustedes! —Elevó sus brazos y los dejó caer con fuerza, haciendo que sus palmas chocaran sonoramente contra sus costados.

—¿Es que no puedes hacer nada de lo que te pido?

—Cuando es irracional no. —Ella lo miró desafiante—. Deme un buen motivo por el cual no deba seguir viéndola y lo haré.

—Si lo digo, es por algo.

—Entonces explíquelo para que lo entienda.

El duque parecía furioso por ser contradicho, pero no encontró motivo alguno por el cual separar a su esposa y a la señora Glenn, al menos, no uno que ella tomara como efectivo o racional. Izek dio media vuelta, furioso con su esposa y cerró la puerta con una patada, haciéndose escuchar por toda la casa.

—¡Agh! ¡Hombres!

Kayla le quitó importancia al asunto de su esposo y se colocó su camisón y el negligé sobre su cuerpo sin despegar la vista de la puerta por donde su esposo había salido, pensando que en algún momento volvería. ¡Pero qué pensaba! Ese hombre jamás daría un paso atrás.

Fue a meterse a la cama y se recostó en la almohada, enojada consigo misma y aún más con el duque por hacerla sentir tan extraño. Era una muy proscribe revoltura entre el odio y el anhelo.

«¡Bah! Es el beso, no debo dejar que me bese nunca más.»

Capítulo 12

Afortunadamente, Kayla cayó rápidamente dormida, al final de cuentas, había sido una noche larga y pesada para ella, el sonreír y fingir todo el tiempo era cansado. Muy por el contrario de su mujer, Izek seguía despierto, con la mirada fija en el techo y los brazos debajo de su cabeza en una posición relajada pero que en realidad era contenida. No alcanzaba a comprender la razón de que ella le desobedeciese todo el tiempo, era como si no encontrara razonable ninguna de sus palabras.

Debía admitir que su ultima petición para con la señora Glenn no tenía justificación alguna, pero así había sido desde la primera vez que la vio, de hecho, estaba seguro que, si ella pensara que podría tener éxito, ya hubiese intentado volver a escapar.

Maldijo a lo bajo y se volvió boca abajo, aprovechando el lado fresco de la cama y abrazándose a la almohada donde escondía su cara. Tenía que encontrar la manera de separar a la señora Glenn y a su esposa, podría sólo parecer una amistad, pero era inquietante la manera en la que congeniaban y la curiosidad solía llevar a las personas a lugares que tal vez no deberían de descubrir. Esas dos juntas serían un peligro para sí mismas y lo serían aún más para la familia Buccleuch.

—¡Carajo! —Golpeó la cabecera con fuerza, haciendo que esta chocara contra la pared. Se movió sobre la cama y volvió a quedar de espaldas, mirando al techo—. Malditas mujeres.

Izek cerró los ojos para intentar atrapar el sueño, tenía que dormir al menos unas horas, de no hacerlo, su humor empeoraba y eso no serviría de nada si es que quería convencer a su mujer de desistir de una amistad que pensaba mantener con aún más ganas al notar que a él le desagradaba.

Sus músculos apenas comenzaban a relajarse, cuando de pronto el grito lejano de un hombre lo hizo saltar de la cama y mirar hacia los lados extrañado. Parecía Sloan peleando con otra persona.

—¡Ey, detente! —gritaba el mellizo—. ¡¿Qué demonios?!

Izek tomó su bata y salió al pasillo al comprender que de ahí venía el grito. Pero nada lo preparó para lo que vería a continuación.

El duque no sabía si reír o enojarse, parecía ser que alguien había puesto a su esposa en una trampa de sábanas, ella permanecía en el interior, mientras Sloan trataba de romper la soga que mantenía las puntas de la tela juntas.

¿Cómo alguien no podía notar que era atrapada de esa forma? Tuvo que sentir algo al menos, el grito de su hermano fue el que dio el aviso y él no había escuchado nada durante toda su noche de insomnio, ni siquiera un quejido por parte de ella.

—¿Qué demonios sucede? —Izek se acercó a su hermano, quien en ese momento cortaba la soga y liberaba a una inconsciente mujer—. ¿Cómo carajo llegó hasta aquí?

Izek se adelantó y la tomó entre sus brazos, recostando la cabeza de su mujer contra su hombro para lograr hablarle y moverla un poco, tratando de despertarla, pero ella apenas y se inmutó ante el ajetreo y simplemente se acomodó en él para seguir en medio de su sueño.

—Izek… —susurró Kayla, aprisionando en su puño la bata del duque—. Me duele muchísimo.

—¿Dónde? ¿Dónde duele? —Pidió el duque, pero ella volvió a caer desmayada en sus brazos.

—No creo que ella pudiera hacerse esto a sí misma. —Sloan elevó la soga, mostrándosela a su hermano—. Estaba amarrada por fuera, alguien pretendía llevársela, quizá le dieron algo para dormir o la golpearon.

—¿Quién podría querérsela llevar? ¿Por qué razón? —Negó Izek—. No tiene sentido alguno, ¿Quién podría atreverse a tanto?

—Bueno. —Sloan observó a Kayla, quien seguía inconsciente entre los brazos de su hermano—. Alguien que no te tiene miedo.

Los ojos de Izek se mostraron ofendidos y llenos de rabia, no estaba acostumbrado a que alguien se atreviera a faltar contra él. Tenía una reputación, una que muchos no se atreverían a cuestionar, ¿Cómo podía ser que en su propia casa…?

—Está sangrando. —El duque pasó sus ojos por el cuerpo de la mujer inconsciente, sin saber de dónde provenía el líquido escarlata. No pretendió esconder su ira al pensar que alguien podría haberle hecho un daño irreparable —. Llamaré a un médico.

—Sloan. —El hombre se volvió para ver a su hermano con ojos inquisidores—. ¿Cómo te diste cuenta?

—Iba pasando.

—¿De dónde?

Sloan negó levemente y se cruzó de brazos antes de lucir una preciosa sonrisa en los labios. Su palidez escalofriante y la negrura de sus cabellos se acentuaban más debido a la luz de la luna.

—¿Me culpas a mí? —Negó Sloan.

—Es una pregunta que le haría a cualquiera.

—Y ya te la he respondido. —Los hermanos se miraron intensamente por varios segundos—. Bien, iré por el médico, ya que tu encuentras más interesante pelearte conmigo que saber de dónde sangra tu mujer.

Izek le dio la razón y se agachó hacia su esposa, quien seguía inconsciente y en sus brazos.

—Ve por el médico.

Sloan asintió y se marchó de ahí sin dirigirle otra mirada a su

hermano, quien en esos momentos tomaba a su esposa en brazos y la llevaba de vuelta a su recámara. Si no fuera por la ausencia de la duquesa y su sábana, la habitación parecería la misma de siempre, tranquila, cálida y perfumada.

—¡Arnold! —gritó el duque sin importarle nada, dejando a su esposa en su cama y saliendo al pasillo—. ¡Arnold!

—Ay, Dios. —Se quejó la joven en la cama—. ¡No grite!

—Ey —Izek se acercó casi corriendo y le tomó la cara para inspeccionar sus ojos—. ¿Dónde duele?

—Mi cabeza… —Ella se llevó una mano hacia su dolor, encontrando sangre en el lugar y desmayándose segundos después.

—Tranquila… pronto vendrá el médico —susurró, moviendo ligeramente la cabeza de su esposa para ver la herida.

No parecía profunda, ni tampoco de gran gravedad, pero seguro que debía de dolerle como los mil demonios. Internamente agradeció que la sangre proviniera de ahí y no de cualquier otro lado de su cuerpo que indicara otro tipo de abuso a su persona.

—¿Izek? —Nimue entró a la habitación—. ¿Qué ha pasado?

—Busca a Arnold. Pronto. —Ordenó.

La melliza dio un brinco en su lugar y se apuró a correr hacia la habitación cercana del señor Arnold. Su hermano parecía alterado y Kayla malherida, ¿Sería que el mismo Izek la había lastimado?

—¡Señor Arnold! —Nimue entró a la habitación, pero no vio a nadie en el lugar. La cama tenía las sábanas estiradas y la estufa estaba apagada, provocando un escalofrío en el cuerpo de la joven— ¿Señor Arnold?

—¿Me buscaba? —La joven volvió la mirada hacia la puerta, por donde pasaba el hombre que era la mano derecha de su hermano.

—¿Dónde estaba? —Frunció el ceño—. Es tarde para dar paseos.

—No para mí, señorita Nimue, ¿Qué sucede?

—Mi hermano lo manda llamar.

—Entiendo, gracias, iré en seguida.

Nimue revisó con cuidado el atuendo descuidado del señor Arnold. Parecía haber estado en el bosque, tenía las botas llenas de fango y la ropa estaba mal acomodada, tenía las mejillas sonrojadas del frío y no había ni una pizca de sueño en sus ojos, seguramente no había planeado dormir hasta ese momento en el que regresó.

—¿Algo más? —Arnold la sacó de sus pensamientos de forma tan brusca, que la mujer incluso dio un pequeño brinco.

—No. —Nimue notó el disgusto en la voz del normalmente alegre hombre. Parecía fastidiarle el hecho de que ella lo atrapara en una situación extraña—. Iré a ver en qué más puedo ayudar.

Arnold observó con detenimiento la salida y se apresuró a cambiarse para ir a la recámara del duque, donde parecía haber

sucedido algo.

El médico había llegado y dio el visto bueno a la herida de la duquesa, diciendo que no era nada de qué preocuparse y estaría bien pronto. Un simple medicamento e hidratación serían suficientes para que se encontrara bien pronto.

Izek había mandado a todos los chismosos a descansar y se quedó en la habitación de su esposa con la única compañía de Arnold, quien observaba extrañado la habitación, buscando una explicación a lo que le había contado el duque hace unos momentos.

—No puede venir de fuera, alguno de los hombres vigías se habría dado cuenta Izek, tiene que ser alguien de adentro.

—Tenemos invitados esta noche. —Izek se rascó la cabeza.

—Lo sé. —Se mostró más complicado—. Bueno, no tengo idea por qué querrían secuestrar a tu esposa, pero fue un movimiento arriesgado. Esperemos que ella recuerde algo cuando despierte.

—Lo siento... —La voz de Kayla parecía amortiguada en dolor—. Pero no recuerdo nada, debieron golpearme cuando estaba dormida.

El duque se acercó para ayudarla a sentar como ella deseaba, tomó con cuidado la mejilla de su esposa, guiándola hasta hacerla descansar en su hombro para poderle dar las medicinas y algo de agua con mayor facilidad.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele. —Aceptó y lo miró intrigada—. ¿Por qué alguien me haría esto? Apenas y conozco a nadie.

—En todo caso, se lo quieren hacer al duque, se lo aseguro.

—No me deja más tranquila que me utilicen como carnada. —Ella guardó silencio, reflexionando lo acontecido—. ¿Cómo sabrían que dormimos separados esta noche?

Izek también se había hecho esa pregunta. Pese a que alguien los escuchara discutir, había sido bastante arriesgado entrar en la habitación con la probabilidad que existía de que el duque se encontrara con su esposa y se diera cuenta de lo que sucedía. La cosa era que, aunque él estaba a unos metros de distancia, tampoco escuchó nada que lo alarmara.

—No lo sé. —Suspiró el duque y miró a su amigo, transmitiendo en silencio sus órdenes—. Será mejor que durmamos un poco.

Arnold asintió y salió en dirección contraria a la de su habitación.

—¿A dónde lo has mandado?

—Ven, vámonos de aquí. —Izek la tomó en brazos, ignorando por completo su pregunta anterior.

—Izek, ¿A dónde has mandado al señor Arnold?

—Izek, ¿eh? —La miró a los ojos con una mirada chispeante—. ¿Ahora ya me tuteas? Debo decir que me agrada.

—¡Bueno, es usted mi esposo o no!

—En teoría lo soy, pero no del todo.

Kayla entrecerró los ojos, volviendo la cara hacia cualquier otro lado para no ver las comisuras curveadas de su marido, era claro que a él le parecía sumamente divertido burlarse de ella.

—Está bien, si no quiere contestarme…

—No. No quiero, debiste notarlo desde el principio.

—¿Es que no me tiene ni una consideración? Es a mí a quien golpearon y arrastraron por los pasillos, ¿o es que no lo recuerda?

—Lo siento. Pero jamás he sido de los que brinda su confianza de la nada, apenas te conozco, ¿recuerdas?

—Sí —dijo cabizbaja—. Claro que lo sé.

Izek suspiró y se arrepintió de sus palabras.

—Sé que pensaste que sería diferente, pero las cosas no siempre salen como uno quiere y hay que aceptarlo con la cabeza en alto.

—Es lo que intento, pero usted lo hace todo muy difícil.

—Lo sé. Tú tampoco eres un terrón de azúcar.

—No, eso también lo sé.

Izek la acomodó con cuidado en la cama, arropándola con sábanas y cobijas, para después irse a recostar de su lado, ambos permaneciendo boca arriba, mirando el mismo techo.

—Está por amanecer. —Kayla miraba hacia la ventana—. Me parece que no he dormido nada.

—Te excusaré con los invitados.

—No quisiera que lo hiciera.

—¿Por qué? —Se volvió hacia ella—. Pensé que querrías dormir.

—Sí, pero… —Miró a su alrededor—. La verdad, tengo miedo.

—Entiendo. —Se colocó sobre su espalda nuevamente y dejó salir el aire, no queriendo hacer la siguiente pregunta—: ¿Es que quieres que me quede a hacerte compañía?

—¿Noté dolor en su tono?

—Me estoy esforzando.

—Buen intento —asintió divertida, pero aquello provocó dolor.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Apartó las manos que intentaban ayudarla—. No soy una flor delicada, no es la primera vez que alguien me golpea.

—Jamás podría pensar en ti como una flor. —Admitió Izek.

—Vaya, pero miren quien ha decidido volver a los insultos.

—No quería insultarte, me refería a que no eres delicada.

—¡Genial! ¡Sigues mejorando!

Izek dejó salir una pequeña risa por la nariz y negó.

—Sabes lo que quiero decir.

—Soy hija del *hombre siniestro*, si alguien pensara que soy delicada, sería porque es un completo idiota.

—Aunque… —La miró—. Tú lloras, te molestas y tienes una

variada gama de sentimientos que no te incomodas en ocultar.

—Eso no me hace débil, me hace una persona.

—Sí, pero a lo que sé, las águilas no pueden mostrar emociones.

—Yo no soy un águila, nací siendo hija de la persona equivocada.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno… de los hijos de mi padre se esperan ciertas cosas que yo fui incapaz de cumplir. Soy más parecida a mi madre.

—Yo creo que entonces has cumplido con ser una hija. Los padres y sus hijos no deben ser iguales.

—Eso pienso, el resto del mundo no.

Ella parecía realmente triste con ser una aparente decepción para el mundo. Compartían eso en sus vidas, la suposición de que eran iguales a sus padres carcomía el alma de las personas, fueran por altas o bajas expectativas, terminaba siendo dañino. Izek buscó la mano de su esposa en la cama y, cuando la encontró, se la llevó hasta sus labios, colocando un ligero y dulce beso en su dorso.

—¿Y eso por qué fue? —trató de mirarlo, pero la cabeza le dolía.

—Bueno, creo que fue empatía, entiendo lo que dices.

Ella sonrió a su lado y repentinamente se sintió cómoda con él.

—¿Puedo hacerle una petición?

—Tus cosas de arte llegarán pronto. —Trató de evitar.

—No, eso no. No es nada de comprar.

—Tampoco la llevaré a que haga sus necesidades.

—¡No! —Ella soltó una carcajada—. Aunque eventualmente lo hará, no podrá hacer que Bonnie venga cada que tenga que ir al baño.

—Lo ordenaré así.

—Que malvado. Como decía, no era eso, es otro tipo de petición.

—Vale, ¿Qué quieres?

—Quiero que me vuelva a besar.

Izek giró su cabeza, mostrándose impresionado. Lo dejó helado el hecho de que se sintiera tan tranquila y en confianza con él. Sobre todo, cuando estaba haciendo una petición tan escandalosa para una dama que en teoría era pura y recatada. Aunque si se pensaba bien, Kayla podría ser inocente, pero tenía una curiosidad innata.

—¿Por qué quieres eso?

—Comprobar algo. —Se inclinó de hombros.

—¿Qué, exactamente?

—Usted siempre se guarda las cosas, ¿no puedo hacer lo mismo?

—No. Me estás pidiendo que te bese, es diferente a cualquier otra situación que hayamos tenido.

—¿Qué no es normal que los esposos se besen?

—Y que hagan mucho más, pero creo recordar que tú no querías que ni me acercara. —Elevó ambas cejas.

—Bueno, pero ya lo incumplió en el jardín, no veo por qué se altera

tanto. —Izek se dio cuenta que tenía razón, estaba alterado.

—¿Es que acaso te gustó lo que sentiste? —Intentó burlarse, quizá así ella retiraría la petición.

—Sí, en realidad fue agradable, creo que usted lo encontró igualmente fascinante, casi quería llevarse con usted mis pulmones.

Izek se apoyó en su codo y la miró intensamente.

—¿Sabes por qué lo quiero evitar, Kayla? —Ella se sorprendió al escuchar su nombre en los labios de su esposo por primera vez—. Porque tenerte acostada en mi cama, siendo mi esposa y pidiéndome que te bese, sólo me hace pensar en continuar con ello hasta llegar a los límites que pediste o más bien exigiste que no sobrepasara.

—Estoy lastimada.

—Sé que así es, pero si ya tienes curiosidad por el beso, quiere decir que quizá estés abierta para algo más.

Ella entrecerró los ojos y negó levemente al comprender el trasfondo de sus palabras. Sonrió con tristeza y miró hacia el techo.

—Ya está pensando en que al fin nuestro matrimonio sería real ¿Cierto? Ya no está concentrado en mí, sobre su cama, pidiéndole un beso; sino en lo conveniente que sería que por fin cediera.

Izek dejó salir el aire. Debió haberla besado y listo.

—Es verdad. Pienso en ello porque es algo que debe pasar.

—Tenemos poco de conocernos.

—Ese asunto se resuelve el mismo día que uno se casa.

Kayla asintió y lo miró.

—¿Jamás me iré?

—No, nunca lo permitiré.

Ella cerró los ojos, sopesando aquello.

—¿Y si lo odiara?

—Muchos matrimonios se odian.

—Y si gritara y blasfemara todo el tiempo.

—Puedo salir de casa.

—Y si no le permitiera tomarme jamás.

—Sabes que es algo que no me puedes negar por siempre, tengo derecho sobre ti, sobre tu cuerpo…

—Suena tan estúpido. No soy un pedazo de terreno.

—Sé que no.

—Así lo hace parecer.

—Pero no lo pienso así.

Kayla volvió los ojos hacia él y suspiró.

—Entonces… deberíamos hacerlo. Eso, cerrar el trato.

—¿Lo dices en serio?

—¿Tengo opción?

El duque guardó silencio por unos segundos—: No.

—Entonces, ¿para qué lo pregunta?

—Quería estar seguro.

Ambos se quedaron callados por un largo momento. Kayla incluso comenzaba a quedarse dormida, cuando de pronto sintió un peso sobre su pecho, obligándola a abrir los ojos sólo para alcanzar a ver al hombre que se inclinaba sobre ella y la besaba intensamente.

La herida en su cabeza le lanzó una advertencia, pero prontamente fue ignorada y hasta olvidada cuando las manos de Izek se pasearon por su cuerpo hasta tomar los tirantes del camisón, apartándolos con delicadeza para después agacharse y besarle los hombros descubiertos, el inicio de su pecho y su cuello expuesto. Kayla no pudo evitar dejar salir un pequeño suspiro que llegó a los oídos ambiciosos de Izek, quien sonrió y volvió a besarle los labios, subió una mano hasta su mejilla y contorneó con un dedo los labios enrojecidos, abriéndolos ligeramente para hacer aún más intensa la caricia, profundizando en la cálida apertura con la que ella le permitía jugar y mordisquear.

—Creo que cuando te recuperes y comprendas qué es lo que has estado evitando con tanto pudor —la miró a los ojos, mostrando un brillo divertido y malicioso, claramente emocionado con sus palabras —, no lo encontrarás tan abominable como ahora te lo maneja tu cabeza.

—Usted no sabe que hay en mi cabeza, señor. —Sonrió perversa—. Quizá le sorprendería más de lo que piensa.

—Me fascinaría que así fuera.

Esa noche, el duque se dedicó a besarla, le enseñó las formas diversas en las que un simple beso podía ocasionar un dolor en el pecho y sensaciones incontrolables en el estómago. Se besaron por horas, se acariciaron insinuantemente, pero sin llegar a propasar la fina línea de la simple y excitante seducción.

Kayla sentía escalofríos recorrerle el cuerpo, le gustaba tocar al duque y le gustaba aún más que él la tocara. Quizá era la razón por la que había cedido con tanta facilidad a que le hiciera el amor, quizá no sólo era porque se sentía atrapada, en realidad lo deseaba, se encontraba tan presa de su curiosidad y de un deseo incomprensible, que poco le importaban los motivos del duque para estar con ella.

Claro, no sabía si se sentiría de la misma manera por siempre.

Capítulo 13

Kayla estiró los brazos al momento de despertar, ese sería su tercera semana durmiendo junto a su marido y quizá sería una nueva noche en la cual él no la tocaría, ni siquiera de la forma más inocente. Por alguna razón, después del accidente, Izek estaba fuera de casa todo el tiempo y tampoco era normal ver al señor Arnold.

La primera semana que sucedió, Kayla pensó que era por negocios, la segunda, que había problemas, y la tercera comprendió al fin que la estaba evitando. Claramente esa debía ser la razón, el duque se ocupaba todo el día y llegaba a casa tarde en la noche, cuando ella estaría dormida y se podía deslizar en la cama en completo silencio para no perturbar sus sueños. Kayla, sin embargo, como si su instinto le indicara cuando él llegaba, abría los ojos en medio de la madrugada, topándose con el rostro durmiente del duque muy cerca de su rostro, siempre inclinado hacia ella, pero sin estar lo suficientemente cerca para sentir su respiración.

Para ese momento, comenzaba a impacientarse, pese a que dijo que no era algo que quería, Izek provocaba en ella una sensación de excitación, incluso cuando sólo se encontraba dormido a su lado. Algunas veces, cuando se despertaba a media noche, Kayla solía acercarse a él para someterlo a una minuciosa inspección que la llevó a la comprensión de las diferencias entre sus cuerpos. El duque no mintió cuando dijo que tenía el sueño pesado y por eso se permitía la osadía de acariciarlo con libertad. Para ese momento podía decir que lo conocía mucho mejor ella que él.

—Buenos días —Kayla se percató en ese momento que el duque seguía en la habitación, pero a juzgar por sus rápidos movimientos, no pensaba permanecer por mucho tiempo—, ¿Piensas salir hoy?

—Sí, ¿Por qué? —Izek ya estaba levantado y casi completamente vestido. Ni siquiera la miró cuando le habló y siguió colocando ropa sobre su cuerpo—. ¿No te entretienes lo suficiente con tus cosas de pintura y la señora Glenn? La señora Campbell me ha dicho que te la pasas en tu estudio día y noche. Está enojada por verte usar pantalón, por cierto.

Kayla se apuró en mostrar su fastidio ante el nombre de la mujer, pero trató de volver a enfocarse en la conversación.

—Me son reconfortantes, aunque el conocerlo más a usted me ayudaría a no querer aventar por la ventana a sus hermanos en venganza por la crueldad que me han hecho.

Izek la miró y dibujó una sonrisa sin dientes.

—Estoy ocupado ahora.

—¿Con qué? —Ella se sentó—. ¿Qué es a lo que hace?

—No te interesaría.

—Por algo lo estoy preguntando.

El duque colocó su saco y se miró en el espejo, considerando desafortunado el oído refinado de su mujer. Por más silencioso que fuera, ella lograba escucharlo con el más mínimo sonido, incluso si sólo se estaba deslizando fuera de la cama para ir al baño.

—¿Quieres algo?

—Izek —suspiró cansada—. Por favor, dijiste que…

—Lo sé. Lo haremos —se acercó y le acarició la mejilla—, pero por ahora no tengo tiempo y estoy cansado.

—¡Si no me refería a eso!

Él sonrió con satisfacción, alejándose de ella.

—¿No? Entonces, ¿A qué?

—Pensé que trataría de que este matrimonio no fuera una prisión.

—Te doy todas las libertades que deseas, siempre estás con la señora Glenn, van de arriba para abajo en la propiedad, pides ir a la capital a escuchar ópera y ver ballet, pintas todo el día y hasta usas pantalones cuando haces esas esculturas tuyas…

—Sí, supongo.

Ella bajó la cabeza, era claro que él no comprendía. ¿Cómo le resultaba tan fácil olvidar las caricias que compartieron? Con el sólo recuerdo, Kayla sentía una agradable sensación subiendo desde la punta de los pies hasta su cabeza. Pero claro, él era hombre, no sería la primera vez que experimentara algo como eso. Cerró los ojos. Pero qué pesadilla era ser la que deseaba y anhelaba.

—No te pongas a darle vueltas a las cosas. —Izek le aventó un cojín en la cara, sonriendo ante su incredulidad, tratando de relajar el ambiente—. No quiero ser insensible con el tema, no estoy mintiendo cuando digo que estoy ocupado.

—No se preocupe, yo también estoy ocupada.

—¿Ah sí? —El hombre peinó su cabello con los dedos y la miró por el espejo—. ¿Con qué?

—Bueno, estoy haciendo varios cuadros, probablemente los llevaré a la galería de mi maestro, en Londres.

—No te irás de aquí, te lo dije.

—Pero…

—No. —La miró—. Es final.

—¿Por qué tiene que ser así?

—Eres mi esposa, tu lugar es a mi lado.

Ella rodó los ojos y se cruzó de brazos.

—Tiene miedo de que nunca vuelva ¿cierto? Si yo logro pisar Londres, entonces me libraría de usted.

—Tu pensamiento tiene varios errores: en primer lugar, yo puedo ir a Londres sin ningún problema; en segundo, no tengo miedo de nada y en tercera, eres mi esposa y si digo que te regresas conmigo estés en

Londres, París o España, te vienes conmigo.

—Es un bruto y un bárbaro.

—Sí. Pero esta pelea inició porque querías que este bruto y bárbaro pasara más tiempo contigo, incluso quizá sólo te interese el tema que concierne a esta cama en especifico.

Kayla se puso en pie de un brinco y le asestó una fuerte bofetada que le volteó la cara, dejándolo sorprendido por varios segundos. La joven no se quedó a mirar y trató de salir de la habitación, siendo retenida rápidamente por los brazos de su esposo, quien la regresaba sobre sus pasos y se encerraba con ella de regreso en la recámara.

—¡Ya basta! ¡Suélteme! —gritó la joven.

Ella se zafó de su agarre y corrió de nuevo hacia la puerta que conectaba con la otra habitación, pero él colocó una mano fuerte sobre la madera e impidió que la abriera. La tomó de la cintura y la presionó con la pared, acercándose a su cuello para poder olerla, incluso era capaz sentir su asustado corazón latiendo a través de su espalda, golpeando contra su pecho. Era una mujer hermosa y con ese camisón lucía encantadora.

—Muy bien, ya basta de esta mierda —dijo enronquecido.

Hizo fuerza, levantándola por la cintura, provocando un griterío en medio de patadas alocadas. Kayla ahora sí que tenía miedo, el duque parecía enfurecido y en sus ojos no había piedad, fue bastante claro que pensaba hacerle algo cuando la aventó sobre la cama y la arrastró de regreso al momento en el que intentó huir. Izek prácticamente la aprisionó contra la cama, sostuvo sus muñecas con una mano, inmovilizándola para poder asestarle un beso cargado de fiereza y descontrol.

—Lo siento, lo siento… —Kayla trató de detenerlo cuando él por fin soltó sus labios y siguió por su cuello, pero el duque parecía ajeno a su voz cargada de miedo. La joven trató de quebrantar los toques agresivos, pero el duque, sin permitirle moverse siquiera, rompió la tela del camisón en medio de su desenfreno. Entonces Kayla se vio en la necesidad de gritar entre lágrimas—: ¡Lo siento! Mi lord…

Izek se detuvo y soltó el agarre que mantenía sobre las manos de su esposa, buscándole la mirada al escuchar su desesperación.

La encontró asustada, cubriendo sus pechos con los brazos, el camisón roto y él sobre su pequeño y trémulo cuerpo. «¡Mierda!» pensó el duque. Su hermana tenía razón, hacía demasiado tiempo que no se permitía tener el estímulo y el goce que brindaba la intimidad. Por mucho tiempo se logró contener y hasta olvidar del tema del placer. Pero con Kayla no lo podía evitar, le resultaba condenadamente fácil excitarse con su impertinente y atrabancado proceder. Esa era la misma mujer que tenía bajo su cuerpo a la fuerza y que temblaba como cachorro.

La cosa era, que jamás lo habían desafiado hasta ese punto, mucho menos alguien del género opuesto. Ni siquiera Nimue se animaba a tanto, pero Kayla… Kayla hacía lo que quería, cuando lo quería. Muy a diferencia de las mujeres que contrataba o con las que se acostaba normalmente, que eran más bien sumisas, dulces y delicadas; su mujer era bravía, indómita e incluso se atrevería a decir que lujuriosa en medio de su inexperiencia.

Él la insultó y ella lo golpeó, como debía ser, como haría cualquier hombre ante una ofensa. Aquello logró que el duque perdiera la cabeza por ella, lo hacía fantasear con que suplicara, que lo deseara, que gritara por él… pero la estaba asustando, tenía la mirada llena de pánico.

—Ey, Kayla —le rozó la mejilla—. Vamos, mírame, déjame ver tus impresionantes ojos verdes.

Ante el tono relajado y la falta de movimientos bruscos, Kayla volvió el rostro, seguía asustada y queriendo echar a correr, pero el mismo miedo la hizo permanecer inmóvil; aún sentía su peso y sus manos sobre su cintura, aprisionándola contra la cama para que no hiciera ningún movimiento estúpido que los llevara a lo de hace un momento. Al menos ya tenía las manos libres, así que se concentró en cubrirse y formar una barrera para que no estuviera tan cerca.

—Te asusté, eres joven e inocente, debo tener cuidado contigo, lo sé. No volverá a pasar, lo prometo.

—Yo… —Un temblor la interrumpió.

—¿Quieres seguir? —le dijo tiernamente.

Ella sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿N-No había dicho que iba a salir?

—Al diablo con eso, ¿Quieres seguir?

Kayla cerró los ojos nuevamente, quiso meditarlo por unos momentos, pero quizá se malinterpretó como rendición, porque volvió a sentir los labios de Izek sobre ella, en esa ocasión con más tiento y cariño, recorriendo lo largo de su cuello mientras colocaba besos suaves y relajantes que le daban escalofríos.

—N-No me va a lastimar, ¿verdad?

—No… —susurró—. No quiero hacerlo.

—Y para esto… esto tiene que pasar, ¿verdad?

—Sí, tiene qué.

Ella descubrió sus pechos, pero actuó rápido y lo abrazó con fuerza que lo desequilibró, provocando que el duque dejara caer su peso sobre ella. Kayla sintió que el aire se iba de golpe de sus pulmones, sabía que era un hombre corpulento, pero no imaginó que pudiera ser tan abrumador.

—¿Estás bien? —Izek se levantó sobre sus codos y la recorrió con la mirada, cerciorándose de que no la hubiese lastimado

—Estoy bien. —Aseguró—. Deje de mirarme así.

Izek sonrió y le acarició los labios con el pulgar.

—No seas tan impulsiva, puedo lastimarte, si algo no te agrada o te incomoda, será mejor que me lo digas con palabras.

—Entiendo.

—¿Por qué me abrazaste así?

—No quiero que me vea desnuda.

—Eso será imposible.

—¿Tiene que verme a fuerzas?

—Bueno… sí.

—Me da vergüenza. —Admitió.

—Será esta primera vez, verás como me vas tomando confianza.

Ella lo miró con determinación y sonrió de lado.

—No soy dada a depositar mi confianza de la nada, mi lord. Lo conozco de apenas unos días.

Izek dejó salir una carcajada al recibir sus propias palabras en su contra, como una espada que lo atravesó, dejándolo sin vida.

—Entiendo, tienes razón, pero en esto tienes que tenerme la confianza en todo momento.

Ella simplemente asintió y bajó sus ojos, dándose cuenta que él estaba completamente vestido para llevar a cabo su día, mientras ella tenía un camisón roto sobre su cuerpo. Kayla se incorporó un poco y comenzó a desabrochar el chaleco sin decir una palabra ante la atenta y hambrienta mirada de su marido, quien permitía que ella se aventurara con los botones para dejarlo desnudo.

Izek aceptó que ella quitara la ropa de sus hombros y se levantó un poco cuando se vio en la necesidad de sacarse la camisa. Debía admitir que tenía un poco de temor de soltarla y que ella saliera corriendo. Sin embargo, Kayla simplemente volvió a cerrar su camisón roto y se sentó sobre la cama, atenta ante los movimientos del hombre que se desnudaba frente a ella con hechizante lentitud. Izek comprendió que deseaba verlo mientras se desvestía, lo cual se había convertido en una forma desconocida para enardecerlo, no tenía idea que los ojos de una mujer pudieran resguardar tanta picardía y deseo como los de su esposa.

El duque quitó de su cuerpo las piezas faltantes del traje que traía puesto, permitiendo que la ropa se amontonara junto a la cama mientras la palidez de su cuerpo se revelaba ante los ojos ansiosos de su mujer, quien comenzaba a sonrojarse, sin embargo, no apartaba la mirada. Observaba sin miedo ni remordimiento el cuerpo del hombre frente a ella.

—Eres hermoso.

—¿Hermoso? —Izek dejó salir una risa inconforme y la miró con molestia fingida—. Un hombre no es hermoso.

—Soy artista, así que a mi me parece hermoso… pero si se ve herida su hombría, entonces le diré que es apuesto.

—Lo prefiero. —Izek sonrió y terminó de sacarse su ropa, dejándola momentáneamente sin aliento.

Ella había visto frescos y esculturas en las que se mostraba al hombre completamente desnudo, pero ahora que lo pensaba, parecía ser que los artistas se moderaban bastante en su arte y entendía la razón. No quería imaginar como se vería una iglesia decorada con la anatomía verdadera y natural de un hombre en su máximo esplendor.

Se avergonzó por no poder apartar la vista, incluso cuando él rio, no pudo hacer otra cosa más que cerrar los ojos y los labios para reprimir el susto que sentía en su interior. Lo miró avergonzada, pero Izek no permitió que le mostrase debilidad o titubeo, puesto que se presionó contra su cuerpo y la besó sin control alguno.

El duque suspiró agradecido por el calor del cuerpo de esa mujer y se giró para dejarla sobre él, quitándole el camisón roto y apretándola con fuerza, sintiéndola en su totalidad y, sin permitirle distraerse de los besos que le daba, volvió a rodar sobre ella.

Kayla dibujó con los dedos sobre el cuerpo de su marido, quien no le era tan desconocido por sus anteriores exploraciones mientras él estaba completamente dormido. Se divirtió en pasar sus dedos suavemente por el bien formado cuerpo y sonrió cuando él no podía evitar suspirar sobre sus labios para inmediatamente después volverla a besar.

Estaba mal, no deberían estar haciendo ese tipo de cosas cuando el día estaba por entrar por las ventanas, pero a ninguno de los dos parecía importarles en demasía y simplemente se dejaron llevar por las emociones que los dominaban en esos momentos.

«Los artistas son personas apasionadas» comprendió Izek, quien más que rechazarlo, lo agradeció.

No había nada que Kayla no hubiese tocado en su cuerpo, todo parecía darle curiosidad y no tenía vergüenza en demostrarlo. Él se lo permitía así, no se negaría a que las manos suaves pero firmes de su esposa lo recorrieran de la forma en la que ella quisiera. Mientras tanto, él se encargaría de hacerla suspirar a su forma, de besarla de las maneras en las que jamás creyó posibles, de llevarla al borde de la locura y traerla de regreso una y otra vez hasta que la sintiera preparada para lo que sería su verdadera unión.

Pasados los momentos preliminares y el nerviosismo, Kayla había olvidado todo y se dejaba llevar por las manos sabias del hombre que no había hecho otra cosa más que darle un placer continuo y que parecía no tener fin. Pero faltaba algo, lo sabía y, por alguna razón, lo esperaba.

—Izek… —Estiró los brazos para que él regresara el abrazo.

—¿Qué ocurre? —le besó los labios y el cuello.

—Es de día ya.

—Lo sé, pero aún es temprano.

—Me avergüenza que alguien nos pueda escuchar.

—Entonces, habrá que terminar con ello. —La observó atento y le acarició la mejilla con ternura—. ¿Continuo, Kayla?

Los ojos negros estaban iluminados con pasión, con el deseo y con la completa satisfacción. No sabía por qué, pero provocaba una sonrisa en Kayla, una que rápidamente se instaló en el semblante de su esposo, quien comprendió que era una aceptación y se acomodó sobre ella, haciendo los movimientos pertinentes para convertirlos en marido y mujer.

Ella chistó de pronto y frunció el ceño, moviéndose contra el colchón para evitar el toque progresivo y abrumador que le estaba quitando el alma y la respiración; pero fue un acto imposible, porque el duque parecía pegado a ella, simplemente la seguía.

¿Podían dar marcha atrás en esos momentos?

—Bien Kayla —le tomó la barbilla y la hizo abrir los ojos para que lo mirara a él—. Tranquila, no te tenses.

—Es que…

—Sí, lo sé. —La besó—. Trata de relajarte.

—¿Cómo podría relajarme? No tiene idea lo que se siente.

—Es verdad —sonrió. Pero qué clase de mujer era con la qué se había casado—. Aún así, lo único que puedo decirte es que te relajes.

—¿S-Siempre será así de… difícil? —dijo abrumada y con voz entrecortada ante su propio esfuerzo.

—Sshh… confía en mí.

Ella intentaba seguir confiando en él, pero el problema era que no se detenía y Kayla ya quería gritarle que se quitara de encima, cuando de pronto, se pegó al completo a su cuerpo en un abrazo, quedándose inmóvil por fin y besándola dulcemente.

—¿Estás bien?

—No me siento del todo yo.

—Es que ya no eres sólo tú.

—Ah… ya, comprendo. —Lo contempló perversa y sonriente, abrazándolo con determinación—. Ahora eres mío ¿Verdad?

—¡Mierda! —Izek se quejó y cerró los ojos.

—¿Qué? ¿Estás bien?

—No puedes decir esas cosas sin esperar que…

—¡Ay! ¡Izek, espera! —presionó sus dedos sobre los hombros de su esposo y lo miró suplicante—. Espera…

Pero Izek no lo hizo, sabía que al principio le sería incómodo, pero tendría que acostumbrarse al movimiento de un momento a otro y lo hizo. Por todo lo bueno qué lo había hecho, incluso ella lo

incrementaba y lo pedía a gritos. Era una mujer fantástica, lo dejó completamente satisfecho pese a que pensaba entregarle esa primera vez a ella, a sus deseos y a sus direcciones. Al final él mismo había disfrutado como un loco. De no ser porque se quedó dormida y era obvio que no podía abusar de sus primeras veces, la hubiese tomado el día entero y la noche también.

Acomodó a su esposa sobre su pecho y dejó que se relajara en él, su dulce rostro en un estado pacífico y relajado. Izek trataba de seguirla en los sueños, pero en su cabeza no había más que deseo de volver a iniciar las caricias amorosas, quizá si la esperaba lo suficiente, sus ojos volverían a abrirse y él podría actuar nuevamente.

Le besó tiernamente la coronilla y la abrazó con fuerza, enredando sus piernas con las de ella y suspirando tranquilo. Eventualmente se quedó dormido, viendo el amanecer entrando por los ventanales de la habitación.

—¡Mierda Izek! —Gritó Arnold, caminando hacia la habitación de su amigo con molestia—. ¡Llevo horas esperándote! Según tú querías salir con el alba y mira nada más… —Arnold abrió la puerta y se encontró con la pareja en la intimidad de los sueños—. ¡Carajo! Lo siento, perdonen…

No sabía por qué se disculpaba, ambos estaban dormidos y ninguno se había movido en lo más mínimo al momento en el que abrió la puerta. Arnold se sintió avergonzado pero feliz de que su amigo al fin se hubiese permitido sentir algo, aunque fuera sólo el placer de estar con una mujer. Claro que Kayla era algo especial.

Arnold cerró la puerta y siguió con una sonrisa tonta causada por la felicidad de otra persona. Siguió por el pasillo en dirección a la salida, parecía ser que él tendría que ocuparse sólo de los problemas en esa ocasión.

—¿Dónde está Izek y Kayla? —Frunció el ceño Nimue al ver al amigo de su hermano dirigirse a las escaleras, pero sin Izek.

—No creo que bajen a desayunar esta mañana.

—¿Qué? ¿Por qué razón?

—Bueno… los duques tuvieron una noche muy agitada.

Nimue tardó en comprender el doble sentido en las palabras, pero cuando lo hizo, no tardó en correr hasta la habitación de su hermano.

—¡Tenemos problemas Sloan!

Capítulo 14

Kayla despertó sola en la cama de su marido, el sol entraba con todo su esplendor por las ventanas, serían más o menos las dos de la tarde y ella seguía desnuda y entre sábanas. Miró a los lados, buscándolo, pero estaba más que claro que él se había marchado.

—¡Pero qué bruto!

—¿Mi lady? ¿Ha despertado?

—¿Bonnie? —Kayla sonrió y se colocó aprisa la bata que fuera de su marido y abrió la puerta—. ¿Qué haces ahí sentada niña? ¿Por qué no me despertaste antes? ¿Has visto que alto se puso el sol?

—Su excelencia dijo que no quería que nadie la perturbara.

—Así que te dejó aquí esperando. —Negó—. Vamos, corre, ponme un baño que es hora de ver a la señora Glenn.

—La señora Glenn y está esperando abajo.

—¡Santo Cielo muchacha! O en serio le tienes demasiado miedo al duque, o no tienes sentido común, ¡Corre!

Kayla se dio cuenta que su cuerpo se sentía diferente, pero no tenía tiempo para inspeccionar parte por parte, así que lo ignoró y fue al baño mientras Bonnie aún intentaba llenar la tina.

—¡Pásame las cosas, Bonnie! ¡Corre!

La joven estuvo lista para bajar más rápido de lo que cualquier mujer hubiese podido, nuevamente agradeció su melena y bajó dando brincos en las escaleras, topándose de pronto con Sloan, quien la miraba inquisidor, como si buscara alguna falla en ella.

—¿Ocurre algo Sloan?

—¿Qué? —La miró sorprendido—. No, ¿por qué?

—Bueno, me miras raro.

—Ah, lo siento, pensaba en otras cosas.

—Siempre me pareces tan abstraído de este mundo Sloan. —Le dio una palmada amistosa en el estómago—. Trata de no desenfocarte tanto.

—Trataré. —Asintió, viendo como la joven caminaba hacia el salón donde la señora Glenn la esperaba con nuevos mapas de Dalkeith Palace.

—¿Y? —La voz nerviosa de Nimue sonó a sus espaldas.

—Sí, es más que obvio.

—Ay no… —Nimue dejó salir el aire y tuvo que sentarse.

—No cambia nada, seguiremos con el plan.

—¿De qué plan hablan?

Los mellizos se volvieron hacia su hermano, quien los miraba intransigente y con sospecha. Era claro que debieron ser más discretos, ahora él sabría que tenían un plan en relación con su mujer.

—De la fiesta que pensamos hacer para cuando llegue la familia de

Kayla —dijo rápidamente Nimue—. Es obvio.

—¿Se metieron a mi despacho?

—Trataba de llevarte té.

—¿Y casualmente leyeron mi correspondencia?

—En realidad, es la correspondencia de Kayla —echó en cara.

Los hermanos se miraron amenazadores por varios segundos, hasta que las voces de las alegres señoritas irrumpieron en el pasillo.

—Ah, Nimue, ¿Quieres…? —La voz de la joven Hamilton se apagó al ver a los tres hermanos discutiendo—. ¿Sucede algo?

—No. —Izek miró a sus hermanos con advertencia—. Nada, ¿A dónde iban? —Miró a la amiga de su mujer y se inclinó con cordialidad—. Señora Glenn, espero que se encuentre bien.

—Gracias excelencia, perfectamente.

—Saldremos a caminar un rato, nos preguntábamos si Nimue querría ir con nosotras.

—En realidad estoy ocupada, tengo un pendiente por hacer, pero seguro que Sloan no le importará ser su compañía.

—No me molesta —se adelantó el hombre.

—Desafortunadamente —Izek lo tomó del cuello de la camisa, frenando sus pasos—, he de llevarte conmigo, lo siento damas.

Las mujeres sonrieron divertidas al ver la cara de fastidio por parte del hermano menor. El duque suspiró y caminó decidido hacia su esposa y se inclinó para lograr susurrar cerca de su oído, provocando que la señora Glenn se hiciese a un lado para darle espacio a la pareja.

—¿Descansaste bien? —Ella sintió cómo su marido rozaba ligeramente la parte descubierta que su vestido daba a su espalda.

—Me dejaste sola en la cama. Es poco delicado.

—Tuve que hacerlo, pero no volverá a pasar. —Ella rodó los ojos y siguió con su apariencia molesta—. Vamos Kayla… —La joven levantó la mirada de forma precipitada, nuevamente le parecía extraño que su esposo la nombrara tan informalmente. Él la miró extrañado—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Se alejó un poco de su esposo, dándose cuenta que estaban siendo el centro de atención—. Nos vemos luego.

—Kayla. —El duque parecía no tener interés en ser el centro de atención cuando la tomó de la cintura—. No quiero que se alejen de la propiedad, no me importa lo que sea que estén persiguiendo.

—Como lo ordene su majestad. —La mujer se inclinó burlesca ante su marido y tomó la mano de su amiga, llevándola al exterior.

Izek observó a las dos damas mientras corrían divertidas hacia el bosque cercano. El hombre frunció el ceño y sintió como lentamente sus hermanos se acercaban a él y observaban lo mismo.

—No deberías dejarla andar jugueteando por ahí —dijo Nimue.

—Tampoco es que pueda encadenarla —suspiró Izek—. ¿Qué es lo

que ha encontrado?

—Más que nada tienen mapas —se cruzó de brazos Sloan.

—Maldición, está metiendo demasiado la nariz donde no le importa —se quejó Nimue.

—Eso lo hubieran pensado antes de traerla aquí como mi esposa.

—Pero si pareces haberlo disfrutado —Sloan lo miró con una sonrisa malosa—. Todos sabemos lo que pasó esta mañana.

—Sus hermanos vendrán pronto. —Cambió el tema el mayor—. Será mejor que la mantengamos contenta hasta entonces.

—Sabemos una de las formas de lograr eso —dijo Nimue—. Me alegra que al menos no la lastimaras.

—No diría eso. —Izek miró a su hermano—. ¿Has descubierto algo sobre la persona que intentó llevársela?

—Lo siento, no tengo nada para informarte.

—Seguro que eso es mentira. —Se quejó Izek y volvió la vista hacia el jardín, dándose cuenta que las dos mujeres habían desaparecido—. ¿Por qué no aceptaste ir con ellas Nimue?

—No me gusta ensuciarme las botas y, como dije, tengo algo que hacer en el pueblo que necesita mi atención.

—¿Quién te acompañará? —La miró su hermano.

—La señora Campbell.

—Bien. —Izek suspiró—. Como sea, hora de irnos Sloan.

—¿Qué? Pensé que era una excusa para alejarme de tu esposa.

—Quizá lo fuera, pero no dejas de serme funcional, así que vámonos —ordenó y bajó las escaleras de la fachada.

Los mellizos se quedaron rezagados, mirándose cómplices.

—Debes mantener a Izek fuera de casa todo el día de hoy Sloan —pidió Nimue—. Yo me encargaré de lo demás.

—Claro, como si fuera fácil hacer que Izek haga lo que yo digo.

—Encuentra la forma, esto es importante. —Susurró molesta.

—Y estoy más que interesado en saber de qué se trata mellizos. —La voz de Arnold hizo que los hermanos dieran un brinco y lo miraran con sorpresa y sospecha.

—¿Qué cree que hace, señor Arnold?

—Caminando por la casa, ¿algún problema?

—Parece que tiene un oído muy agudo, señor —Sloan lo miró con desagrado—. ¿Qué hace escuchando conversaciones ajenas?

—Lo que me ordenaron hacer.

—¿Izek nos tiene vigilados? —Nimue se rio—. No me sorprende en lo más mínimo.

—Claro que no, sería de tontos dejarlos sin supervisión.

—No se preocupe Arnold. —Los ojos negros de Sloan brillaron con maldad—. Así como usted nos vigila, nosotros también.

—No saben cuanto me aterra —dijo divertido, saliendo detrás de su

amigo y subiendo al coche que ya estaba esperando.

—Tienes que hacerlo Sloan, entretenlo.

—Sabrá que algo sucede.

—¡Vamos! Tienes que ayudar un poco en esto.

—¿Algún problema, niños? —llegó la señora Campbell.

—No. —Ambos se volvieron hacia ella con una sonrisa fingida—. Todo bien, estoy casi lista para ir al pueblo, señora Campbell. —Aseguró Nimue.

—Bien, entonces, vamos.

Nimue miró de regreso hacia su hermano mellizo, quien asintió levemente, tranquilizando a Nimue con la mirada y saliendo detrás de Izek y Arnold, tendría que encontrar una manera de retenerlos.

✤

Kayla y la señora Glenn llevaban lo que parecían ser horas caminando en círculos, era imposible que una persona lograra mantenerse en línea recta en ese lugar, tampoco habían encontrado nada importante y para ese momento, el sol bajaba para comenzar a esconderse, lo único interesaba era volver a la propiedad.

—No debimos alejarnos tanto —dijo Maribeth Glenn, elevando su vestido para poder caminar mejor y tratar de no volver a resbalar.

—Si has sido tú quien me incentivaste a ir más dentro —se quejó Kayla, quien ya se había amarrado el vestido desde hacía mucho tiempo—. Además, no hemos encontrado nada, se supondría que…

Kayla soltó un grito atroz cuando de pronto sintió que el suelo bajo sus pies se resquebrajaba, proporcionándole varios golpes mientras caía en picada hacia lo que parecía ser una catacumba. Se dio cuenta que le era imposible ponerse en pie, le dolía la muñeca izquierda, sin mencionar que apenas era capaz de abrir correctamente los ojos debido a la tierra que no dejaba de caerle encima. Elevó una mano sobre sus ojos y trató de mirar hacia arriba, por donde se percibía a su amiga inclinada sobre el agujero, completamente asustada y gritándole.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza y no sólo era por el lugar donde había caído, sino porque estaba iluminado con grandes antorchas, como si alguien acabase de pasar por ahí.

—¡Kayla! ¿Estás bien? ¡Contesta!

—¡Estoy bien! —gritó de regreso y miró hacia los enormes pasadizos que se extendían frente a ella—. Creo que encontré algo.

—¿En verdad? —Maribeth parecía emocionada.

—No estoy segura de que sea para emocionarse. —Kayla miró hacia su muñeca y suspiró—. ¡Creo que me he roto algo!

—¡Santo cielo! ¿Qué hago? ¿Vuelvo a la casa?

—No sabes cómo regresar.

—¡Está oscureciendo aquí arriba Kayla!

—Tendrás que bajar.

—¿Qué? ¡No! Estás loca Kayla.

—No hay forma de que te vayas sola o que yo camine aquí abajo sin ayuda. Ya que no puedo volar, tendrás que bajar.

—Pero… ¿Está oscuro?

«Para nada, y eso debería darte más terror» pensó la joven.

—Estaremos bien.

—¿Qué haremos las dos solas ahí abajo Kayla? ¿No es mejor que me quede aquí arriba por si vienen a buscarnos?

«De hecho es una buena idea» asintió la joven y miró hacia los pasillos enormes con corrientes de aire. Algo le decía que esas catacumbas estaban conectadas con el castillo, casi estaba segura y no tenía idea de por qué.

—¡Vale! Quédate ahí y espera, yo iré a investigar.

—Has dicho que te has torcido algo.

—Es mi muñeca, puedo caminar… creo. —Kayla se puso en pie con lentitud, notando entonces que le dolía todo el cuerpo, era de esperarse, había caído en picada, daba gracias a Dios que no se hubiera roto un pie.

—¡Mejor quédate donde estás!

—Creo que hay forma de salir de aquí, ¡Tú tranquila!

—¡No Kayla! ¡No te vayas!

Kayla hizo caso omiso a las siguientes réplicas que vinieron, caminó directa hacia una antorcha y la sacó con dificultad, tener sólo una mano no ayudaba en esas situaciones. Miró de un lado a otro y caminó tan sólo dos pasos, cuando de pronto la voz de Maribeth cambió a una masculina, más dura y más imperativa.

—¡Kayla vuelve sobre tus pasos ahora mismo! —gritó Izek.

«Demonios» maldijo y miró hacia el agujero.

El duque no tardó en bajar, cayó como gato sobre el suelo y, después de un pestañeo, Kayla lo tenía frente a sus ojos. Se había quitado el chaleco y el saco, estaba lleno de tierra hasta las orejas y sus ojos negros eran parecidos a los de un tiburón hambriento.

—Hola —sonrió ella—. ¿No te lastimaste al caer?

—¿Estás herida? —le tomó el brazo que ella mantenía cerca de su cuerpo, defendiéndolo de algún roce que le fuera a hacer daño.

—La muñeca, creo que está torcida.

Izek tomó con delicadeza su brazo, examinando la muñeca bajo la antorcha que ella sostenía. Kayla chistó cuando él movió ligeramente sus dedos y lo miró con preocupación.

—Está rota.

—¿Rota? —Kayla negó—. Soy artista, no me puedo romper...

—Fue la muñeca.

—¡Eso no importa! No puedo hacer una escultura con una mano.

—Tendrás que enfocarte en la pintura. —Izek miró de un lado a otro y frunció el ceño—. ¿Por qué prendiste las otras antorchas?

—¿Te parezco capaz de poder prender una sola? —Ella negó—. Yo no he sido, así estaba cuando me caí.

La seriedad en la cara de Izek revelaba que había algo que estaba escondiendo. Kayla estaba comprendiendo que cuando algo le preocupaba, él solía ponerse distante con ella, parecía ser que debía mantener el secreto y su nueva esposa no formaba parte del juego.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Vámonos.

—¿Quién encendió las antorchas?

—Estas son las catacumbas de mi familia, tenemos vigilantes, seguro que están dando las rondas, suelen meterse vagabundos.

—Parecías extrañado hace unos momentos.

—No recordaba que hoy se haría esa inspección.

—Entonces, puede que sea otra cosa.

—¿Qué cosa? ¿Qué los muertos se levantaron y prendieron las antorchas porque les dio miedo la oscuridad?

—O que alguien más lo hizo.

Izek sonrió sin mostrar los dientes y negó.

—No te afanes con tratar de que las leyendas de Dalkeith se hagan realidad. Son tonterías Kayla, así que ya basta.

—Dime algo. —Ella apartó la mano que él había tomado y lo miró con ojos entrecerrados—. ¿Cómo se puede salir de aquí?

—Hay salidas por toda la propiedad, tú debiste caer por una de esas entradas, normalmente traen escaleras de cuerda para bajar.

—¿Cómo meten los sarcófagos?

—Como dije, hay muchas formas de entrar, ahora vámonos.

—¿Se conecta con algún lugar de Dalkeith?

—No.

Kayla abrió los ojos en impresión y se puso frente a él para no permitirle que diera otro paso lejos de ella.

—Eso es una mentira.

—Vamos Kayla, quiero salir de aquí. Cállate y sígueme.

—¿Qué no se da cuenta que es una forma en la que pueden estar entrando a la propiedad sin que nadie se de cuenta?

—¡Tengo eso bajo control!

—No, no lo tiene —lo apuntó con un dedo acusador— y lo sabe bien, ¿A qué va a esperar? ¿A que muera alguno de sus hermanos? ¿Qué me maten a mí? ¿Qué no piensa en los posibles hijos que…?

Ella se avergonzó por la última pregunta, la cual no fue capaz de terminar de formular y él tampoco parecía estar poniendo mucha atención, porque simplemente enfureció.

—¡No me cuestiones! Sé como manejar esto, así que haz favor de sólo obedecerme y dejar de hacer tonterías como esta.

—¿Cree que quise caer y torcerme la muñeca?

—¡Basta! —pidió exasperado—. Basta.

Ella cerró la boca y lo miró de soslayo, molesta e indignada. Él jamás le tendría confianza, todo lo que le había dicho sobre conocerse y hacerse una pareja había sido una mentira para que ella aceptara hacer la consumación del matrimonio, ¡Pero qué tonta!

—Sáqueme de aquí de una buena vez.

Izek cerró los ojos y miró hacia el agujero.

—¡Arnold!

—Sí, han llevado a la señora Glenn en la casa —gritó de regreso el hombre—. No encontré a los veladores, pero traje una cuerda.

—Eso servirá. —Dijo conforme.

—Yo no puedo sostenerme. —Kayla mostró su mano lastimada.

—Lo sé —la tomó por la cintura para acercarla a él e hizo un amarre con la cuerda para asegurarla a su cuerpo—. Abrázame.

—No.

—Vamos, no discutas y sostente fuerte.

Kayla obedeció a regañadientes, envolviendo sus brazos alrededor del cuello de su marido, procurando que su muñeca estuviera a salvo de ser lastimada y miró hacia arriba, por donde varios hombres jalaban para llevarlos a la superficie. Izek se encargó de todo, incluso de subirla y Arnold la agarró para que ni siquiera tuviera que hacer esfuerzos.

—¿Se encuentra bien señora?

—Sí Arnold, gracias.

—Es mentira, ve por un médico Arnold —pidió Izek, quien estaba siendo ayudado por uno de los trabajadores.

—Por supuesto, Izek, en seguida vuelvo.

El duque asintió hacia su amigo y miró a su esposa, quien ya se ponía en pie y agradecía a los trabajadores que los ayudaban a subir.

—Kayla.

—¿Sí, mi lord?

Él la miró con desagrado, pero no dijo nada al estar delante de tantas personas que estaban a su cargo.

—Vamos, te llevaré a casa.

—Puedo caminar, me he lastimado la muñeca, no el tobillo.

—No te he dicho que te cargaría.

«Vale, está molesto» Kayla sonrió para sus adentros. «En esta ocasión creo que tiene algo de razón».

—Cierto, tan sólo pensé que actuaría por un segundo como un esposo preocupado y caballeroso.

—Bajé ahí por ti, me considero lo suficientemente caballeroso y

preocupado como para hacerlo.

—Bien.

Caminaron de regreso a la propiedad y, en menos de media hora, la estructura ya estaba a la vista. Y pensar que ellas llevaban perdidas horas. Parecía que uno de los requisitos para ser duque tenía que ser aprenderse como la palma de su mano absolutamente cada pedazo de la propiedad de Dalkeith Palace.

—¿Cómo supo que estaba perdida?

—Nadie te había visto desde que te fuiste —dijo sin más.

—¿Y simplemente lo asumió? ¿No pensó que hui de casa o algo por el estilo? —Ella lo miró de soslayo.

—No. —Sonrió con suficiencia—. Si hubieras salido de los perímetros de la propiedad, entonces hubieras sido capturada y posiblemente encerrada en alguna habitación.

—Vaya, que halagador para alguien a quien considera su pareja.

—Creo que hice bien. Ahora, te prohíbo volver a "investigar" la propiedad, has demostrado no ser capaz de sobrellevarlo.

—¿Por qué piensa que puede prohibirme hacer cosas? ¿No ve que no soy su esclava? —extrañamente, Kayla estaba tranquila.

—Eres mi esposa, lo que te obliga a obedecer.

—Claro.

Kayla se adelantó a su esposo y entró primero a la propiedad, siendo abrazada inmediatamente por la señora Glenn y amonestada por los mellizos que, por alguna razón, estaban demasiado alterados. Jamás los había visto tan nerviosos como en ese momento.

—¿En qué estabas pensando Kayla? —regañó Nimue—. ¿Qué no sabes todos los lugares en los que pudiste morir en ese bosque?

—No, ¿Tú sí? —dijo interesada.

—¿Es que no le dirás nada? —Nimue miró a su hermano mayor.

—Créeme cuando te digo que no vale la pena —se quejó Izek.

—Oh, Kay, estaba tan asustada —Maribeth la miró de arriba abajo —. Es un alivio ver que sólo te has lastimado la mano.

—Estoy bien, no es para tanto, fue aparatoso, pero no hay daños.

Arnold llegó con el médico que conservaba consigo una amarga expresión al encontrarse en aquel castillo y aún peor, frente a las personas que aterrorizaban al pueblo entero. Kayla no tenía idea bajo qué amenazas habrían logrado hacer que atendiera el llamado.

—¿Vamos señora? —pidió nervioso.

—Gracias, vayamos al salón de estar, ahí se sentirá más cómodo.

El doctor agradeció internamente a la joven dama, sus palabras salvadoras le dieron una rápida salida a la situación claramente incómoda. El hombre se inclinó ante las personalidades terroríficas y fue detrás de la única persona en esa casa que consideraba normal además de la señora Glenn y el señor Arnold.

—Inquieta tu damita.

—No comiences Arnold, estoy de mal humor. —Pidió Izek y miró a los mellizos—. Ustedes dos, ¿por qué tanta preocupación?

—¿Es que no podemos tenerla? —Sloan se cruzó de brazos.

—Normalmente no.

—Bueno, digamos que ella nos ha conquistado —sonrió Nimue.

—Nuevamente mentira.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué están mis señores reunidos aquí? —sonrió la señora Campbell, saliendo de la nada.

—Kayla se ha lastimado, señora Campbell. —Contestó Maribeth al notar que nadie más hizo por contestar la duda de la mujer.

—¿Qué? —La señora Campbell se alteró—. ¿Cómo lo hizo? ¿Dónde esta ella? ¿Es que nadie puede velar por su seguridad?

—Tranquilícese señora Campbell —Izek frunció el ceño—. Su interés me toma por sorpresa. —El hombre miró a sus hermanos—. Algo raro sucede con todos ustedes y quiero saber qué es.

—Iré a ver si se les ofrece algo —dijo la señora Campbell sin tomar en cuenta las sospechas de Izek.

—No. —El duque la retuvo con una mano enérgica, mirándola con el ceño fruncido, tratando de averiguar algo detrás de esa conducta tan fuera de lugar—. No, no quiero que se acerque a Kayla, señora Campbell.

—¿Qué? Pero ¿Por qué muchacho?

—No tengo por qué explicarme —la recorrió con la mirada—. Tan sólo obedezca lo que le digo.

—Pero, mi señor…

—Usted le altera los nervios a mi esposa —explicó—. No quiero que se moleste en estos momentos. Señora Glenn, haga favor de acompañarla y después, el señor Mayer la llevará a su casa.

—Por supuesto excelencia —la mujer se inclinó respetuosamente ante el duque—. Lo agradezco.

Izek asintió y miró a Arnold para que este lo siguiera a su despacho, desapareciendo bajo la atenta mirada de los demás. La señora Glenn hizo lo propio, dejando en soledad a los mellizos con su querida nana.

—No entiendo por qué Izek se comportó así conmigo —se extrañó la mujer, tocando el manojo de llaves colgadas a su cinturón.

—Es porque sospecha algo, probablemente infundado, pero mi hermano confía mucho en sus instintos.

—No suele fallar —aceptó Sloan—. ¿Por qué no dejamos las cosas como están? Eso haría bien a todos.

La mujer mayor frunció el ceño y se volvió hacia el muchacho.

—Él está tratando de ser un flojo, como lo es siempre —Nimue encubrió a su hermano y le recriminó con la mirada—. Las cosas

seguirán su curso como hasta ahora.

—Bien, iré a ver como está la duquesa.

—Si Izek la encuentra ahí, enfurecerá.

—Se ha ido con el señor Arnold, estaré bien Sloan.

La mujer entró a la habitación donde curaban a la duquesa, dejando a los gemelos con tensión en sus músculos. Desafiar a Izek no era cualquier cosa, pero dadas las circunstancias, no había más opciones, tendrían que lidiar con él y sus sospechas constantes.

Capítulo 15

—Ya lo sabe, él ya debe sospecharlo Nimue, por eso todas esas miradas para con Arnold, seguro que piensa acusarnos a nosotros.

—Cálmate Sloan, por favor. —Aunque la mujer mostrara tranquilidad, en su interior estaba hecha un manojo de nervios.

—No. La señora Campbell… ella está arruinándolo todo.

—Sabes que hace lo que puede.

—Lo hace más evidente.

—Estás a punto de comenzar a gritar y eso sí que alarmará a Izek.

—¡¿Por qué siempre quieres proteger a Izek?! ¿No te das cuenta? Él es tan malvado como todos los demás, no es ni un poco mejor.

—Cállate ya Sloan. —Los ojos negros de Nimue lo miraron con fijeza, provocando un escalofrío en su hermano.

El mellizo dio un paso hacia atrás y chistó con la lengua.

—¿Por qué querías que mantuviera a Izek fuera de casa?

—Al final resultó que llegó justo a tiempo —se quejó la joven.

Sloan asintió levemente.

—Hice todo lo posible, pero es testarudo y Arnold no deja de dar esas insinuaciones sobre nuestro extraño actuar.

—Lo sé, ese maldito, parece que se cree parte de la familia.

—Así lo hace notar Izek, creo que incluso le tiene más aprecio que a nosotros, al menos más confianza.

—Bueno, todos hacemos lo mejor que podemos.

—¿Qué hay de ella? ¿Eh? ¿Simplemente dejaremos que quede en medio de todo esto? —echó en cara, mostrando el poco dominio que tenía sobre sus emociones.

—Ese era el plan inicial —Nimue lo miró sin turbación alguna—. ¿O es que algo ha cambiado?

Sloan dejó que su mirada se perdiera por la ventana.

—No. Nada ha cambiado.

—Cuidado hermano, podría creer que estás melancólico por algo que aún no ha tenido lugar. Lo cual sería patético, por cierto.

—No soy como tú Nimue, lo siento.

—Eso lo sé. Eres mucho más débil que yo, siempre lo fuiste.

—Sí… lo sé.

—Muchachos. —La voz de la señora Campbell alarmó a los mellizos, quienes se volvieron inmediatamente y sonrieron con falsedad—. Vamos, es hora de cenar.

—¿Kayla estará en la cena? —inquirió Sloan.

—Sí, mi lord, ella ya está en el comedor, seguramente discutiendo con su excelencia sobre algo.

—Seguro que sí —sonrió Sloan y salió del lugar.

La señora Campbell hizo un gesto de extrañeza hacia el

entusiasmado hombre y miró a la inmutable hermana, quien estuviera enojada.

—¿Ocurre algo señorita?

—No —dijo cortante—. Vamos allá.

—Al señor Sloan parece gustarle la nueva duquesa.

—¿No es así con todos? —Nimue hizo una mueca que intentaba ser una sonrisa—. La nueva duquesa tiene el encanto de una reina, es hermosa y encantadora, todos se enamoran de ella.

—A mi me parece algo vulgar con todo eso de ser artista y ni hablar de sus modales y lo voluntariosa que es.

—Seguro no es algo que usted apruebe señora Campbell, pero para muchos eso es parte del encanto.

La señora Campbell seguía de cerca la melancólica presencia de la señorita Buccleuch. Conocía a esa mujercita desde que era una niña, no sabía en qué momento fue que su dulce carácter pasó a ser lo que era ahora.

—He dejado todas sus compras en su recámara especial, señorita.

—Lo sé, señora Campbell, lo agradezco.

—Espero que tenga buenos resultados en esta ocasión.

—Créame —Nimue detuvo sus pasos y la miró con ojos vacíos, calculadores, cansados—. No hay nadie que lo desee más que yo.

Los tres caminaron hacia el comedor, quedando ligeramente retrasada la presencia de Nimue que miraba mal a Sloan. Definitivamente era malo lo que estaba sucediendo con el hermano, se daría a la tarea de tenerlo vigilado para que no arruinara los planes. Era una nueva desventaja: primero, Izek sospechando de todos, aún más de ellos; luego, la señora Campbell metiendo su nariz, arruinando y exigiendo; finalizando con Sloan, que parecía comenzar a flanquear en el plan. La única enfocada era ella, pese a que no le encantara del todo lo que se tenía que hacer, no había opciones, tenían que liberarse de ello de una vez por todas.

La cena transcurrió sin la presencia de Izek y el señor Arnold, lo cual ponía nerviosos a los gemelos. Sin embargo, para Kayla y la señora Glenn, era mejor de esa forma, era más armonioso, se podían reír, charlar y juguetear en la mesa, incluso se dieron la libertad de beber un poco de más, ambas deseando olvidar su relación fallida con sus parejas.

Jamás se habían puesto a hablar sobre ello, pero en esa ocasión, cuando los gemelos desaparecieron temprano y la casa fue quedando en un silencio sepulcral, las dos mujeres pasaron de temas triviales y divertidos, a lo que de verdad escondían sus corazones.

—Fue un matrimonio arreglado, claramente. —Decía la señora Glenn con tristeza—. Pensé que funcionaría con el tiempo, pero… no fue así, me cree una tonta, apenas y me deja opinar sobre algo.

—Oh, Maribeth, parece que es algo de los hombres escoceses, se creen perfectos y que sólo las cosas pueden salir bien cuando ellos están ordenando o dirigiendo la situación.

—¿Es así también el duque?

—Ah claro que es así. —Ella guiñó un ojo—. Pero no me dejo de él, aunque a veces su carácter me apabulla, no soy mujer que se deja sobajar.

—¿Y no te golpea?

—¿Golpearme? —ella se sorprendió—. ¿Por qué me golpearía?

—Por insolencia, tiene derecho y nadie le diría nada si lo hiciera. Yo sinceramente temo por ti el día de hoy.

—¿Por lo de la investigación?

—Hiciste algo que lo enfureció —le susurró asustada, mirando hacia todas partes, como si de pronto fuera a aparecer el duque.

Kayla sintió su corazón en la garganta y se acercó a ella.

—Si me golpea. ¿Qué he de hacer? —habló en su preocupación.

—Nada. Los enfurece mas —precavió la mujer.

—Pero… —sintió una revoltura— no pienso permitirlo.

—Oh, Kay, no sé como estés educada, pero los hombres de aquí jamás se dejarán de una mujer, jamás.

Kayla ya lo había notado, Izek enfurecía cada vez que sentía que no podía controlarla, pero jamás pensó que podría golpearla, nunca le vio esa intensión por muy enojado que estuviese. Aunque Maribeth podía tener razón, en esa ocasión se había pasado de la raya, él estaba furioso.

—Oh, creo que mi carruaje ha llegado —se distrajo Maribeth, mirando hacia la ventana que dibujaba la silueta de la elegante carroza que la llevaría de regreso a su sufrimiento—. ¿Mañana quedamos de nuevo? —suplicó.

—Si es que sigo viva.

Maribeth sonrió con lástima, tomando con empatía una de las manos de su amiga, tratando de reconfortarla ante su posible destino.

—Mañana traeré remedios que me son útiles cuando mi esposo enfurece —tranquilizó—. Sólo te pido…. Sea lo que sea que te haga, no te muevas y trata de no lastimarte al intentar huir o tensarte ¿sí?

El corazón de Kayla saltó en advertencia con su última palabra.

—¿Te refieres a si quiere forzarme a tener amores con él?

—Pueden castigar con ello —la señora Glenn cerró los ojos—. Y llegan a ser brutales al momento de querer tomarte, logra ser una tortura eficaz.

—Yo… no lo creo, no creo que él…

—Señora —entró el cochero de los Glenn—. El señor aguarda en el carruaje, pide de favor que no se tarde más en su despedida.

—Oh, no sabía que venía él —la mujer se paró como un resorte,

mirando con disculpas a su amiga antes de correr hacia la salida.

Kayla respiró profundamente, sintiendo miedo por si misma, ¿Era posible que algo tan espantoso pudiera ser permitido como un acto normal de un marido hacia su esposa? Quería pensar que no, que no eran más que mentiras de Maribeth, que era más una situación personal. Sin embargo, algo le decía que no era del todo una mentira y si se lo advertía con tal vehemencia, era porque estaba preocupada.

Los ojos verdes de la joven recorrieron la estancia, buscando algo con lo que pudiera defenderse de una reacción agresiva por parte de Izek. Su respiración se aceleró notablemente cuando se puso en pie, enfrentando la salida que no mostraba más que una oscuridad levemente menguada por luces de lámparas que no alcanzaban a iluminar mucho del castillo. Sabía que su esposo se encerró en el despacho junto con el señor Arnold desde hacía un buen rato, posiblemente seguirían ahí. Quizá podría correr hasta su recámara para resguardarse con seguro por esa noche, al menos necesitaba asegurarse que se le había pasado el enojo.

La cabellera castaña de la muchacha cayó de lado al momento de asomarse hacía el pasillo, aparentemente no había nadie, así que tomó su oportunidad y corrió desesperada hacia su habitación. Subió las escaleras mirando hacia todos lados, sentía que la seguían, que alguien le saltaría de pronto y no lo vería debido a la oscuridad permanente del castillo.

Sólo tenía una oportunidad, su recámara no estaba lejos y dentro de un momento no sentiría más esa tensión sobre sus hombros. Estuvo por lograr llegar, cuando de pronto alguien la atrapó y la pegó contra la pared, haciéndola gritar y retorcerse al pensarse en peligro.

—Sí, deberías sentir verdadero miedo ahora Kayla.

—Izek. —Suspiró, aliviada por un segundo al reconocer su voz, para después tensionarse al recordar lo que le había dicho su amiga sobre lo que podía llegar a hacerle—. Tengo… tengo que irme a…

—¿Escapar? ¿Tienes miedo por lo que te dijo tu amiga?

Kayla detuvo sus replicas y movimientos para mirarlo con el ceño levemente fruncido, como si no acabara de creer que un hombre como él fuera capaz de espiar una conversación.

—¿Lo escuchaste?

—Claro que lo escuché, es tarde y te estaba buscando.

—¡Suéltame! —pidió asustada—. ¿Por qué no habló entonces?

—Vaya, de haber sabido que hablar con ella te haría actuar como una mujer normal, entonces las hubiese reunido de mucho antes.

—Yo no le tengo miedo —le dijo con odio y un valor que no sentía —. Prefiero matarme antes que permitirle hacerme daño.

—¿Eso piensas? —sonrió de lado y le recorrió el rostro con paciencia, notando el titubeo en su rostro—. ¿Así que mi esposa

preferiría aventarse de una ventana en lugar de acostarse conmigo?

—¡No abusará de mí!

—¿Me crees capaz de ello?

—Lo creo capaz de todo… sé que está enojado.

—Sí. —La aprisionó más contra la pared, haciéndola chistar y mover el rostro hacia un lado—. Estoy furioso.

Izek la tomó en brazos y la llevó a la habitación que fuese de él, prefería esa recámara a la de ella, jamás le gustó la habitación que fuese de la "duquesa" así que pretendía no usarla en demasía.

—Izek… por favor, no me lastimes, prometo que…

—No des tu palabra tan fácilmente, no eres capaz cumplir. Tu esencia revoltosa me provoca rechazar cualquier promesa que salga de tus labios.

—¡Qué te sucede! Si sigo a tu lado, es por que di mi palabra.

—No. Es porque no te dejo ir.

Ella apretó los labios y ladeó la cabeza.

—¿Qué harás? ¿Me vas a golpear? —Lo miró con odio—. Te regresaré los golpes las veces que pueda.

—¿Qué me dices de lo otro que sugirió tu amiga? La otra clase de tortura que un hombre puede ejercer sobre una mujer…

Kayla pasó saliva, de pronto sentía la boca increíblemente seca.

—¿Abusaría de mí?

—¿Se puede decir que abusaré de ti si eres mi mujer?

—Sí. Si digo que no quiero, sería un abuso.

Izek la dejó sobre sus pies y cerró la puerta con seguro, corriendo detrás de ella cuando notó que se dirigía a la que conectaba con la otra habitación y la cerró de un impulso, estremeciéndola.

—Vamos Kayla, no lo hagas más difícil.

—¡No! —trató de correr de nuevo, pero él la alcanzó— ¡Izek!

Ella pataleó con fuerza cuando el duque la levantó por la cintura, llevándola a la cama. Izek prácticamente la aventó sin moderaciones y sonrió al momento de comenzar a sacarse prendas de ropas bajo la asustada mirada de Kayla quien hacia intentos vagos por detenerlo. La joven se arrastró sobre la cama, llevándose consigo la colcha, no podía moverse mucho ni con demasiada rapidez, su cabeza le gritaba que corriera pese a que su cuerpo ardía en deseo y ansiaba quedarse.

—¿Te comienza a agradar la idea, Kayla? —dijo divertido.

—¡No! —gritó y gateó para salir por el otro lado de la cama, pero Izek la tomó por los tobillos y la arrastró hacia él con una sonrisa plácida y sumamente divertida—. No, por favor… —suplicó cuando el duque la giró, dejándola boca abajo sobre la cama.

Kayla se aferró con fuerza de las mantas y cerró los ojos, sintiendo excitación y miedo con la misma intensidad, derramando algunas lagrimas confusas mientras él acariciaba desde su cintura pequeña

hasta su cuello, desabrochando botones y recostándose suavemente sobre la espalda desnuda, privándola del aire al hacerse notoria la diferencia de pesos.

—No llores —le susurró al oído y se lo mordió con tiento, no pensaba lastimarla, pero si asustarla—. Kayla. Dije que no lloraras.

Ella lo hizo aún más, cuando sintió que su esposo le levantaba la falda con una mano y desperdigaba besos por la espalda descubierta, obligándola a levantarse un poco para arrancarle el vestido de los hombros con una caricia que arrastraba los dedos por la piel.

—Detente, Izek —sollozó, manteniendo la mejilla contra la cama—. ¿Cómo quieres que no llore? ¿Por qué me tienes así?

—Es un castigo, ¿Recuerdas? —le besó los hombros y la nuca.

El hombre logró hacer que el vestido cayera del cuerpo de su esposa, tocando con vehemencia la piel de porcelana y los pechos generosos. Izek encontraba adorable la tez de su esposa, le gustaba que no fuera mortalmente pálida como la de él o la de sus hermanos, el duque prefería la rosada calidez que emanaba de la piel de su esposa, se sentía viva.

Era excitante recorrer la suavidad de Kayla con sus manos rasposas, le gustaba la forma en la que reaccionaba su toque. Se inclinó y besó lo largo de la espalda descubierta, presionando su nariz para poder absorber el olor que se emanaba de cada poro que se erizaba bajo su toque.

—Izek… por favor… —dijo en medio de un suspiro.

—Bien, está bien. —La volvió y la aprisionó, teniendo presente la arrasadora sensación de sus cuerpos conectados de esa forma familiar —. Te aseguro que no es poco placentero lo que planeaba hacerte, pero te concedo hacerlo como es tu deseo. Tranquilízate, no te voy a lastimar.

Ante la duda en el mirar de su esposa, Izek la besó tiernamente y prosiguió con un candente camino de besos por su cuello, hombros y pechos, sacándole suspiros y gemidos que lo hacían sonreír.

—¿Por qué buscaste asustarme así? —Kayla se limpió los ojos llenos de lágrimas y lo obligó a volver la mirada para que notara que estaba enojada.

Izek simplemente se inclinó de hombros.

—Es necesario que entiendas que es peligroso lo que haces.

—¿Y asustarme de muerte te parece necesario?

—Sí. —La besó—. Necesito que me hagas caso.

Ella se removió incómoda cuando la inquietud de su cuerpo reclamó la falta de caricias, él acató en seguida el mandato y besó cuanta piel había en su cuerpo. Sonrió complacida al darse cuenta que la estaba castigando, pero a diferencia de las atrocidades dichas por su amiga, Izek empleaba el método de la insatisfacción; la sometía a un

placer infinito y exquisito, haciéndola pensar que llegaría a la cumbre del éxtasis, cuando de pronto, la sorprendía alejándose, haciéndola perder el camino. Era frustrante, pero al menos no la estaba golpeando o forzando.

—¡Izek! —suplicó la joven.

—No te complaceré. —Advirtió, besándola con una sonrisa.

Ella se tomó de las sábanas y se arqueó al sentir como el placer se escapaba nuevamente de sus manos, dejándola completamente desesperada, no podía con ello, sentía ganas de llorar de la frustración. Definitivamente no se lo permitiría de nuevo, así que se tomó de los hombros de su esposo y lo empujó hasta recostarlo.

—¡Basta!

—¿Basta? —dijo sonriente—. Así que basta…

Ella lo miró de arriba abajo y frunció en ceño desesperada, no sabía que hacer, pero hizo lo mismo que él, comenzó a tocar suevamente su piel, reparando en como se tensaba cuando se acercaba ligeramente a su abdomen. Kayla escuchó como Izek gruñía a lo bajo y lo vio apretar los ojos con fuerza, supo entonces que también tenía la capacidad de hacerlo sufrir.

—¿Te gusta? —sonrió triunfal, acercándose a sus labios.

—No juegues con fuego mujer —gruñó.

—¿Por qué no? —siguió divertida, viéndolo contener el aliento mientras su mano seguía jugueteando y tanteando el camino que debía recorrer—. ¿Qué me harás?

—¡Maldición! —la tomó por la cintura y la recostó sobre la cama, para después unirse a ella, lo cual fue reconfortante para las ansias de ambos.

Ella gritó y se arqueó contra él, supo en ese momento que había triunfado, que lo dominó, que logró hacer que la complaciera, no le permitió que la siguiera torturando pese a que esa era su idea y lo logró por un buen tiempo, al menos hasta que logró desesperarla.

Kayla pensó en las palabras de su amiga, quizá Izek podría tener mal carácter, pero no parecía el tipo de hombre que fuera capaz de golpearla o abusar de ella en el acto sexual; todo lo contrario, la hacía feliz y estaba segura que él sentía exactamente lo mismo. Lo notaba por la forma desenfrenada en la que se movía, la necesidad de besarla, de mantenerla pegada a su cuerpo cálido, de cambiar posiciones y de no parar, porque él no paraba, parecía que el cansancio no llegaría jamás a su cuerpo, pero sí al de ella. Para ese momento, se encontraba exhausta.

Kayla le tomó la cara, pidiendo una tregua en un silencio cómplice. Los ojos negros buscaron los de ella y sonrió antes de besarla al tiempo que daba un certero impulso que provocó que ambos dieran un grito de goce. Kayla se sintió derrotada, había dejado caer sus brazos a

cada lado de su cuerpo, flácidos y sin fuerza alguna, sus piernas se estiraron en la misma sensación y sus parpados se cerraron de inmediato.

—¿Estás bien? —ella no logró abrir los ojos, quería asentir con la cabeza, pero estaba demasiado cansada y satisfecha como para poder hacerlo—. ¿Kayla? No me vas a decir que te has desmayado.

La joven abrió los ojos en seguida y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Te crees una deidad o algo así?

Izek pareció relajarse y se acercó para plantarle otro beso, acomodándola de costado sobre la cama, cubriéndola con las mantas y abrazándola por la cintura hasta que ocultara la cara en su pecho.

—Duérmete.

A pesar del tono autoritario, Kayla consideró prudente acatar y se quedó tranquila entre sus brazos. Al final, no tenía nada que temer, parecía ser que, aunque cometiera estupideces y se pusiera en peligro como aquel día, Izek no reaccionaría para lastimarla como había sugerido la señora Glenn. Eso la hacía pensar que quizá para su amiga, ese si fuera su destino.

Hubiera querido preguntarlo a su marido, indagar sobre el hombre con el que Maribeth estaba casada, pero al final, no pudo hacer nada por sí misma, sin poder siquiera decir una palabra, se quedó dormida, acercándose a su marido que se mostraba complaciente y la acariciaba.

Había esperado despertar hasta el día siguiente, pero como si fuera una maldición, Kayla abrió sus ojos en medio de la oscuridad.

Por mero instinto levantó la cabeza y miró a los lados, en verdad que era una noche cerrada, sin luz de luna, estrellas o un destello dorado del pasillo. No entendía la tendencia de esa familia de apagar todo hasta quedar en tal oscuridad, ya de por si había suficientes leyendas acerca de ellos, como para que además le agregaran una oscuridad profunda en un castillo lúgubre y lleno de pasadizos.

Kayla sintió miedo e instantáneamente necesitó girarse y estirar el brazo para intentar tocar a Izek, el cual no estaba. Ella se levantó rápidamente, tomando la sabana sobre sus pechos para proteger su desnudez y frunció el ceño, ¿acaso le era divertido dejarla así?

Le dijo que ya no lo volvería hacer, que no la dejaría sola en la cama después de hacer el amor, pero lo había hecho, ¿eso significaba que siempre lo haría? Negó levemente con la cabeza, prendió la lámpara de su lado y se puso en pie, colocando una camisa que fuera de él porque fue lo único que encontró, se iría a su habitación, no pensaba estar ahí esperándolo como si fuese una cortesana.

Kayla abrió el cajón de la mesa de noche de su marido, tratando de buscar una vela para alumbrar su camino. En lugar de eso, se sorprendió al notar que ahí dentro no había nada además de un

hermoso relicario color de oro, frío, antiguo y lleno de polvo. Su expresión se ensombreció y sus cejas buscaron tocarse al fruncir el ceño. Lo tomó con extrañeza y lo abrió con algo de dudas, viéndose en la necesidad de abrir la boca en impresión. Por un segundo se mostró conmocionada al pensar que era ella misma quien estaba retratada en aquella imagen, pero después de unos segundos de inspección bajo la luz de la lámpara, comprendió que era una persona diferente. Trató desesperadamente de encontrar una inscripción o algo que la identificara, pero aquel relicario no tenía ni una frase.

¿Quién era esa joven y por qué había un relicario de ella en el cajón de noche de su marido? ¿Y por qué demonios se parecía tanto a ella? Meneó ligeramente la cabeza y aventó aquello al cajón, de alguna forma la aterrorizó aún más, ¿Acaso era la razón por la que estaba ahí? ¿Era el remplazo de alguien? Pero… el duque no la había buscado, sino sus hermanos, fueron ellos quienes armaron la treta.

Decidió que lo mejor era alejarse de ahí cuanto antes, tenía tantas dudas en su cabeza que se sentía ligeramente mareada, ni siquiera recordó la vela y poco le importó la oscuridad en la que caminó hasta su recámara y se metió a la cama. Trató de mantenerse tranquila, pero en seguida se vio en la necesidad de ir al palanganero y vomitar el contenido de su estómago.

Limpió sus labios con el dorso de la mano, sintiéndose aún inestable, y temblorosa. Se abrazó a si misma, distrayéndose momentáneamente al ver por la ventana desde donde se veían dos figuras escalofriantes caminando en medio de la oscuridad con ayuda de un farol; parecían venir del bosque y se acercaban a la propiedad. Estuvo por gritar y dar aviso de la invasión de posibles intrusos, pero alcanzó a reconocer el caminar y los ademanes de esos hombres, comprendiendo entonces que era su marido junto con Arnold.

Se acercó hasta colocar ambas manos sobre el frío vidrio, cediendo su calor y empañando ligeramente el cristal.

En definitiva, eran ellos. Se sintió más atrapada que nunca. Fue a la cama y se metió en ella; tenía ganas de vomitar de nuevo, pensó que cuando se casara se alejaría de todos los misterios, de las muertes. Su vida entera había sido así, su padre les brindó aquello desde el momento en el que nacieron y Kayla lo odió desde que tuvo la capacidad de odiar algo.

Capítulo 16

Izek entró a su recámara sólo para comprender que su esposa ya no se encontraba en la cama. Repentinamente sintió como si alguien lo golpeara fuertemente en el estómago, era claro que quien estuviera entrando a la casa, tenía algo contra ella y parecía ser que en esa ocasión logró su cometido, puesto que se la había llevado. El duque salió presuroso de la recámara, topándose de frente con Arnold, quien lo miró extrañado.

—No está Kayla —dijo en respuesta.

—¿Qué? ¿No dijiste que estaba dormida?

—La dejé dormida —asintió.

—Vaya que la damita es todo un caso. —Negó inconforme—. Iré por un caballo. No puedo creer que se escapara de nuevo.

—Dudo que sea un escape —Izek miró a su alrededor y reparó entonces en la presencia entre la oscuridad—. Nimue.

—Está dormida en su habitación. —Nimue descruzó los brazos.

—¿Qué haces despierta? —inquirió Izek.

—¿Qué haces tú despierto?

—No es de tu incumbencia.

—Digo lo mismo —sonrió Nimue y dio un portazo, dejando impresionado al hermano y a su amigo.

—Ella es toda una calamidad —sonrió Arnold.

—Tenles un ojo encima a mis hermanos, algo se traen.

—Ya lo sé, Izek, pero esto tiene que parar.

El duque asintió levemente y miró hacia uno de los ventanales del segundo piso, aquel que daba hacia el bosque.

—No sé que es lo que está pasando.

—Las voces se corrieron, dicen que el *duque sanguinario* regresó y quiero pensar que no están hablando de ti.

—Pueden pensar lo que quieran, la cosa es, que la gente está muriendo. —Lo miró con fastidio—. Muere en mi casa.

—He tratado de acercarme a los mellizos, pero sabes bien que no me tienen confianza —susurró.

—Ve a descansar, mañana tenemos que terminar el trabajo sucio.

—Doy gracias a las estrellas porque te dieras por vencido hoy.

—No me doy por vencido, estoy esperando una reacción —sonrió de lado—. Espero obtener lo que busco.

—¿Crees que Sloan…?

—Sí. Seguro que cae.

Izek sintió cómo Arnold daba un suave golpe en su hombro y se marchaba tranquilo hacia su habitación, siendo tragado por la oscuridad del pasillo, parecía ser que incluso su amigo se había adaptado a las costumbres del supuesto castillo embrujado.

Hubiera querido desmentir tales tonterías, pero debía admitir que el miedo surtía como un aliado. Si la gente no tuviera tantas ideas terroríficas sobre la propiedad en su cabeza, seguro muchos se acercarían curiosos para observarlos de cerca. Claro que siempre hubo uno que otro bobo que se acercó de más y aquello salió mal, esperaba no tener más visitas, ojalá que Fiona siguiera inventando más y más historias.

El duque abrió la puerta de la recámara de su mujer. El fuerte olor de ese lugar jamás le gustó, tenía una combinación dulzona de hiervas que le provocaban nauseas y le descomponían el rostro en una mueca. Era una de las razones por las que evitaba la condenada habitación, pero era obvio que su esposa se estaba escudando ahí porque estaba enojada con él, habría despertado de su sueño y se encontró sola de nuevo.

Izek encendió las luces de la recámara y se cruzó de brazos, viendo con detenimiento el bulto que representaba a su esposa, en apariencia dormida. Sonrió. Era condenadamente caprichosa y orgullosa. Pensar que durante toda la trajinada de esa noche, lo único que lo reconfortaba era encontrarla dormida en su cama, desnuda y tranquila como la había dejado.

Se acercó a la cama con alargadas zancadas y la destapó con un firme aventón de sábanas. La tomó del brazo y la obligó a sentarse, tratando de que se desperezara para poderla hacer caminar.

—¿Qué…? —ella trató de abrir los ojos.

—Vamos, a la cama. —La tomó del codo y la obligó a pararse.

—¡Estaba dormida! —Trató de zafarse.

—Y no entiendo por qué lo estás haciendo aquí —la miró disgustado—, si más no recuerdo, te dejé desnuda en mi cama, donde deberías seguir.

—¿Qué le pasa? ¿Piensa que estoy a su disposición? ¿Como si fuera yo una de sus queridas? —Kayla forcejeaba contra la mano cruel de su marido.

Aquella comparación, obscena para su cabeza, logró irritarlo.

—De hecho, al ser mi esposa, tú estás más a mi disposición que una cortesana —elevó una ceja—. Al final, las de alto estándar pueden decir que no, pero tú no puedes decirme a mí que no.

Kayla se soltó con fuerza y lo abofeteó con todo el ímpetu que pudo acumular, cosa que él ya se esperaba al notar que ella parecía no haber entendido que estaba bromeando y se disgustó.

—¡Largo de aquí! ¡Fuera!

—Vale Kayla, no era en serio, trataba de bromear.

—¡No me lo parece! —su voz se quebró—. ¿Por qué siempre tiene que ser tan cruel conmigo? Yo… yo no le he hecho nada y…

Izek rodó los ojos y la levantó al vilo, haciendo que ella gritara y se

quejara como una desquiciada, importándole poco que fuera de madrugada y se hiciera eco en toda la casa.

—¡Basta! ¡Eres un idiota! ¡Cuando vuelvan mis hermanos me iré! Te odio, te odiaré siempre, ¡Siempre!

La dejó caer sobre la cama y la aprisionó, tomándole las manos y presionando su cuerpo sobre el de ella para que no lograra moverse; ella seguía dando impropios y se removía frenética, golpeándolo e incluso trataba de morderlo.

—¡Dije que bromeaba! —Ella lo miró furiosa y, al no encontrar manera de defenderse, le escupió en la cara—. Muy bien… —Izek se limpió la cara con una mano, sin soltar el agarre de su esposa—. ¿Crees que esto me hace daño o me molesta? Por favor, tu saliva no podría darme asco, es tan mía como el resto de tu persona.

—Eres un idiota, te crees la gran cosa.

—¿Podrías dejar de discutir? —Se dejó caer sobre su cuerpo, abrazándola con fuerza, notando que ella intentaba empujarlo, pero sin ningún éxito—. Estoy agotado, tan sólo quería regresar y volver a colocar tu cuerpo desnudo sobre el mío para calentarme.

—No quiero abrazarte y no estoy desnuda.

—El que tengas mi ropa te hace aún más tentadora, te la arrancaría ahora mismo si no fuera porque en verdad tengo sueño.

—No te permitiría que me arrancaras nada.

Izek se levantó y la miró con diversión.

—Creo que me agrada arrancarte la ropa, aunque lamento hacerlo, normalmente te ves hermosa con ellas.

—Te convierte en un cavernícola y un bruto.

—Pero no te he lastimado, es más, creo que siempre has disfrutado como una loca y no puedo decir que no siento lo mismo.

—Es usted un exagerado, porque no lo hemos hecho tantas veces.

—¿Es una queja? —elevó la ceja.

—¡Aléjese de mí!

—Bien, bien. En serio, vamos a dormir.

—No quiero dormir contigo.

—Ah, así que has regresado a hablarme normal y no como si fuéramos desconocidos, como si jamás hubiéramos estado en la misma cama.

—Casi no estamos en la misma cama. —Se quejó la joven.

—Kayla, por favor, dormíamos juntos desde hace mucho, casi desde que llegué y debo recordarte que no hacíamos nada.

—Entonces, ¿Por qué se va después de que me hace el amor?

—Volvimos a lo mismo —la miró con desagrado—. Te dejé porque tenía algo que hacer, no porque lo deseara.

Kayla sintió como su marido colocaba adecuadamente en la cama, aventando las cobijas y poco le faltó para arroparla.

—Izek, no me quedaré. —Lo advirtió.

—Sí. Te quedarás.

Kayla hizo el intento de escapar, siendo nuevamente sometida por él, abrazándola con fuerza contra su cuerpo, dejándola sin respiración e incluso sacándole un quejido de dolor.

—¡Bien! ¡Suélteme de una vez! ¡Me quebrará una costilla!

Izek la ignoró por completo, sabía que no estaba aplicando la suficiente fuerza como para hacerle daño y, conociendo a su esposa, saldría corriendo en la primera oportunidad que tuviera.

—Duérmete. —Indicó sin más.

—¿Cree que me será posible teniendo una boa constrictora aferrada a mí? —se quejó, nuevamente removiéndose.

—Bien. —Izek aligeró el agarre y le permitió acomodarse un poco en su lugar, no mucho, lo suficiente como para que pudiera dormir—. ¿Mejor? ¿O piensas seguirte quejando? Tratemos de dormir pacíficamente.

—Como si alguien pudiera en medio de tantas cosas extrañas.

Kayla se vio en la necesidad de cubrirse la boca al darse cuenta que se le habían salido las palabras en un momento de enojo.

—¿De qué hablas? —urgió el duque.

—Dígame señor…

—¡Soy tu esposo carajo! Deja de actuar tan distante.

—Claro. Dígame *esposo*. —Izek se removió con desagrado ante las palabras, pero permaneció callado—. ¿Se ha enamorado?

—¿Qué?

—Sí. Ya sabe, amar a alguien.

—No.

—Pero qué mentiroso es.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que miento?

Kayla se removió incómoda, no le podía decir que esculcó en sus cajones, encontrado el relicario de su casi perfecta copia. Ese objeto en especifico tenía la única funcionalidad de traer a la vista a un ser amado que se encuentra lejos o que jamás ha de volver.

—Me parece incoherente —declaró.

—No lo es. El amor no entra en la vida de alguien ocupado y yo tengo demasiado en la cabeza como para pensar en tonterías.

—¿Tonterías?

El duque se reacomodó en la cama para abrazarla mejor.

—No quería decirlo así. —Izek miró hacia el techo—. Tan sólo es algo en lo que no pienso, no le doy tanta importancia, supongo.

Kayla se preguntó si su vida entera sería así, ella podía enamorarse de él, pero ¿Sería Izek capaz de amar a alguien? Y, si la mujer del relicario no era un amor del pasado, entonces ¿quién era?

—¿Eso quiere decir que jamás tendrá importancia?

—No quiero volver a discutir, te he dicho que estoy cansado.

—Es su culpa que esté aquí, por mí estaría dormida en la otra habitación —declaró, sonriendo cuando él dejó salir un quejido.

—Estoy buscando que las cosas se lleven con calma entre nosotros, no me he comportado de la mejor manera hasta ahora, pero al menos te puedo decir que no es intencional, simplemente soy así.

—Reconfortante. —Ironizó la mujer.

—Jamás dije que lo sería.

Kayla se giró en los brazos de su marido y trató de acomodarse en la cama para encontrar su comodidad lejos de él, pero Izek la siguió y volvió a abrazarla, no dejándole fácil estar tranquila. Permanecieron en silencio absoluto, ni siquiera era necesario que cerraran los ojos para encontrar la oscuridad, puesto que esta los rodeaba como un manto que jamás se iría; Izek tampoco dormía, Kayla lo notaba por la fuerza de su agarre y la respiración enérgica y regular que acariciaba su cuello.

Simplemente se encontraban metidos en sus pensamientos que, a su vez, no podían ser compartidos con la persona junto a ellos. No se tenían la confianza en ningún sentido, eran desconocidos que se veían forzados a tener una vida juntos, una que alguien más preparó y Kayla sentía que ese era el inicio de todo el problema, no se puso a pensar jamás por qué razón había sido la seleccionada por los mellizos, pero el descubrimiento del relicario tan sólo le daba un desagradable presentimiento.

—¿En qué piensas? —la interrumpió Izek.

—Estoy dormida.

—Es mentira. —Izek la acercó más, incomodándola de nuevo.

—Basta —pidió sin fuerza—. Estoy pensando en muchas cosas a la vez, sería abrumador para un hombre.

—¿Tanto nos desprecias?

—Tan sólo a ti.

Izek dejó salir una pérfida risa y asintió.

—Tiene sentido que me odies, pero preferiría que no lo hicieras.

—¿Por qué no tengo escapatoria?

—Por eso. —Asintió—. Y porque no me gustaría ver tu cara amargada cada vez que vuelva a tus brazos.

—Tendrá que poner de su parte para que eso cambie, de lo contrario, pondré en su contra a todos sus hijos.

—¿Hijos?

El horror en la voz de Izek la alteró en seguida.

—Sí, supongo que sabe cómo se concibe, ¿O no?

—Claro que lo sé, pero…. No es buen momento para tener hijos.

—¿Y qué momento es este? —trató de volverse, pero era inútil, en primera porque él no se lo permitía y en segunda, porque, aunque

pudiera volverse, era imposible que lo viera en tal penumbra.

—Simplemente no.

—Entonces ¿sería tan amable de dejar de atosigarme con su presencia? Si no quiere tener hijos, la solución es la abstinencia.

—Hay otros métodos.

—Dañinos, jamás me someteré a ninguno. —Lo advirtió—. Vivía con médicos, sé lo que esas pócimas pueden hacer a futuro.

—No creo que pueda aplicar la abstinencia.

—Entonces no puede aplicar el no tener hijos.

Izek se divirtió de un momento a otro y se acercó a su oído.

—¿Es que te encuentras muy entusiasmada por tener a mis hijos?

—Claro que no, pero no venga a decirme estupideces, sólo faltaría que usted se molestara conmigo porque quedo embarazada, ¡Como si fuera mi culpa! Si es usted el bárbaro que quiso consumar el matrimonio.

—Cruel sería no haberlo hecho, es una deshonra para ti.

—Le aseguro que no me sentía afectada —dijo caprichosa.

—Como sea. Lo hicimos y eso no puedes revertirlo.

—No. —Suspiró—. Me ha marcado para toda la vida. Ojalá hubiera nacido hombre para poder hacer lo que me viniera en gana.

—Haces lo que se te viene en gana aún siendo mujer.

—Sí, pero al menos no continuaría casada con usted.

Izek se quedó callado por un largo momento.

—¿Tan espantoso te parece?

—¿Usted que cree?

Él no respondió, pero le dio la razón, seguro que Kayla era infeliz a su lado, prácticamente la había retenido ahí y la forzó a ser su esposa por no meterse en problemas con sus peligrosos familiares, por mantenerlos alejados, porque no se descubrieran los secretos de Dalkeith, de sus hermanos y de él mismo. Quizá debería intentar hacerle la vida más fácil.

Capítulo 17

Kayla despertó entre los besos que su marido esparcía por sus hombros, sintiendo como él lentamente desabrochaba la camisa que ella se hubiese puesto y la dejaba expuesta ante él.

—Izek…

—¿Despertaste? Bien.

El hombre la volvió sobre su espalda y estuvo encima de ella en lo que fueron segundos, recorriéndola con besos suaves que mandaban ráfagas de placer por todo su cuerpo.

—No dijiste que… ¿qué no querías hijos?

—También dije que no podría con la abstinencia.

Ella sonrió y le dio la vuelta a la situación, quitándose la camisa que ya estaba desabrochada y sólo sostenida por sus hombros.

—Ya veo, mi lord, está completamente encantado por mí —dijo pedante, inclinándose para quedar a unos centímetros de los labios entreabiertos de su marido.

—No tengo nada que objetar a ello. —Se inclinó de hombros, rodeando con un brazo su cintura y presionando con su otra mano la parte superior de su espalda para unirla a él completamente.

Kayla sentía lo mismo, pese a que no tuvieran sentimientos de amor el uno por el otro, disfrutaba mucho de esa parte en específico de la relación, aunque sabía bien que eso no lo era todo, al menos era un inicio. Era un acercamiento que se habían negado a tener y, de alguna manera, los conectaba en más sentidos que sólo lo físico, eso era lo que quería creer.

Momentos después de la excitación del acto, ambos se quedaron recostados uno junto otro, no se tocaban, ni se hablaban, era como si les remordiera lo que habían hecho, o simplemente no les hubiera agradado, pero no era nada de eso, la cosa era que, después de estar juntos, no tenían nada de qué hablar, ni nada que quisieran compartir.

Kayla apretó la sábana contra su pecho y ladeó la cabeza para mirar la faz reflexiva de Izek, le gustaría poder tocarlo, acercarse un poco para tener un despojo de intimidad y calidez después de hacer el amor. Pero sería una tontería pedírselo cuando era obvio que, si no lo hacia por su cuenta, era porque no lo deseaba, ni siquiera con el pasar del tiempo.

—Será mejor que vaya a mi habitación para que me ayuden a vestir —Kayla se sentó en la cama, llevándose con ella la sábana.

—Primera vez que me quedo en la cama contigo y eres tú la que se marcha —se quejó el hombre.

La joven regresó la mirada con rapidez y frunció el ceño.

—¿Se quedó por mí?

—¿No estabas muy molesta las veces anteriores porque me iba?

—Sí.

—¿Entonces?

—Bueno, pensé que como está tan callado, se sentía incómodo.

—Los silencios no me son incómodos, pero veo que para ti sí.

—Algo… me siento desconectada de usted.

—¿Desconectada? —La miró divertido—. ¿Lo remediamos?

Ella se avergonzó y sintió como sus mejillas se encendían.

—No me refiero a algo físico.

—Sé a lo que te refieres y no sé como ayudarte.

—Quizá… podríamos hablar un poco.

—¿Sobre qué?

—No sé. —Ella se mordió los labios—. ¿Qué era lo que hacían ayer usted y el señor Arnold allá afuera?

Izek elevó una ceja con lentitud.

—¿Nos viste?

Ella asintió con rapidez.

—Regresaba a mi habitación cuando los vi, ¿Por qué aquí todo tiene que ser tan misterioso? ¿No se cansan? Yo estaba huyendo de ello, cuando me casé pensé que… de alguna forma, terminaría con los secretos y las mentiras. —Lo miró—. No imaginé que caería en un lugar como este.

—No es nada por lo que debas preocuparte.

—No es una respuesta.

—Y di que te estoy contestando algo, no deberías meterte en mis asuntos Kayla, hay cosas que son sólo mías.

—Bien. —Se puso en pie—. A cambiarme entonces.

—¿Ahora que hice?

—Es claro que no quiere que lo conozca, no me esforzaré de más por hacerlo, sólo espero que mis hijos sean un alivio para mí… —cerró los ojos y apretó los labios—. Ojalá me dejara ir.

—¿Te has puesto así sólo porque no te dije dónde estuve anoche?

—¿Le parece poco? ¿Qué me diría si yo le diera esa respuesta?

Izek sintió una revoltura en su estómago, dando aviso de que le molestaría sobremanera si ella actuara de esa forma para con él.

—Es mejor que no lo sepas, estoy protegiéndote.

—¿De qué?

—Ojalá lo supiera, pero sabes bien que algo raro está pasando, las muertes y esa locura contra ti… Trato de hacer lo mejor.

—¿Y no podía decírmelo? ¿Le parece tan difícil? —ella se acercó al lado de la cama donde Izek estaba recostado y se sentó—. Le agradezco la preocupación, pero preferiría que no me dejara atrás en lo que sea que esté tratando de averiguar.

Izek la miró por un largo momento y se sentó en la cama, provocando que ella se levantara para darle espacio.

—Lo mejor es que dejemos las cosas como están, es suficiente con que sepas que estoy haciéndolo por tu seguridad.

Kayla abrió la boca, intentando decir algo; sin embargo, Izek se puso de pie en ese momento, dejando su desnudez a la vista, claramente ya no era algo que la desconcertara, pero lo que sí lo hizo, fue su repentino agarre, desconcentrándola de lo que fuera que había pensado decir cuando de pronto la besó desesperadamente.

—Izek…

—¿Estás cansada?

—No. Pero creo que no son horas para que…

—Vamos, prácticamente son nuestros primeros días de casados, podemos volarnos algunas de tus normas de etiqueta.

—¿Por qué te encanta burlarte de mí?

—¿Burlarme? —la miró de arriba abajo—. Te deseo como un loco, ¿es eso malo para ti?

—No sé que pensar.

—No pienses, carajo, sólo siente.

—¡Ni tampoco sé que sentir!

Izek rodó los ojos, se inclinó para tomar sus piernas y enredarlas alrededor de su cadera, llevándola hasta una superficie, donde la dejó sentada y posteriormente se colocó frente a ella, dedicándose a besarle los hombros. La sábana fue arrancada de las manos de la joven, sin embargo, Kayla no llegó a sentir el frío o la vergüenza, puesto que el cuerpo de su marido sustituyó la tela de forma magistral. Para ese momento, la joven agradecía haber sido indiscreta en el pasado al haberse permitido inspeccionarlo desde antes, de ese modo no se mostró tan embelesada al momento de tocar y mirar el cuerpo de su marido, sería subirle el ego al ya de por sí petulante duque. Pero no por ello dejaba de divertirse y deleitarse con ello, solía tocar y besar todo cuanto se le ocurriera, sacando los más extraordinarios sonidos de los labios de su marido.

Izek se presionó contra su esposa y ella se vio extrañada por hacer ese tipo de cosas fuera del resguardo de la cama y las sábanas, pero no dejaba de ser excitante y completamente deleitante; en definitiva, el duque había aguardado demasiado por complacer a una mujer, y ahora que podía y debía hacerlo, le fascinaba jugar con ella de todas las formas que vinieran a su cabeza, era fácil, sobre todo, porque a Kayla no parecía importarle.

—Duque… —tocaron a la puerta—, ¿se encuentra despierto?

—¡Demonios! —Carraspeó, alejándose de los labios de su mujer y mirando en dirección a la puerta—. ¿Qué sucede?

—Tenéis visitas, mi lord.

—No, no —pidió Kayla, presa del deseo, abrazándolo con fuerza para que él no se separara de su cuerpo—. No ahora.

Izek miró a su esposa, la hermosa mujer permanecía a su merced, desnuda con sus piernas a su alrededor, mejillas sonrojadas, respiración acelerada, en espera de que él continuara con tan enloquecedora unión.

El duque suspiró y no despegó los ojos cuando habló.

—¿Son los hermanos de mi mujer?

—Sí, mi señor, vienen con su familia.

El rostro de Kayla se iluminó y mostró una sonrisa amplia, al parecer, todo atisbo de deseo y excitación se esfumó de su cuerpo.

—¿Mis hermanos? —dijo alegre, para después mirarlo con reproche al comprender que él ya los estaba esperando—. ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Vamos, te ayudaré a bañar. —La besó y se apartó de ella.

—¿Qué dice? No necesito ayuda para ello.

—Sí, porque tenemos que hablar de varias cosas.

—Ah, ¿reglas?

—Por decirlo de una forma amigable.

—Claro. —Izek la miró con advertencia mientras jalaba el cordón que indicaría que se necesitaba servicio en la habitación. Ella lo miró de arriba hacia abajo y frunció el ceño al decir—: ¿No se da cuenta que está desnudo?

El duque miró hacia sí mismo y sonrió.

—Vaya, es verdad.

—¡Póngase algo de inmediato!

—¿Te pondrías celosa de que alguien me viera?

—¿Por qué me molestaría? —Ella sonrió de lado y se cruzó de brazos—. Todos pueden ver, pero todo lo que tiene usted, es mío.

Los ojos de Izek brillaron en deseo y dio un paso hacia ella, quien ya se había bajado de la cómoda y al ver la mirada acechante de su marido, levantó una mano firme; él era como una pantera en medio de una cacería y ella solía ser la presa en todo momento.

—¿Por qué me detienes? Todo lo que tú tienes también es mío.

—Sí, pero puedo decir que no y ahora esa es la respuesta, ¿Quiere ayudarme a ducharme para darme indicaciones de comportamiento? Bien. Pero definitivamente no me tocará de forma indecente.

Se oyeron dos toques en la puerta y ambos volvieron la mirada. No se dijeron nada, buscaron ropas qué colocarse y Kayla deslizó una bata de Izek por sus hombros justo a tiempo para que el ayuda de cámara no la viera desnuda al momento de abrir la puerta.

—Gil, que preparen el baño para mi esposa.

—Por supuesto, mi lord.

Izek no pudo dejar de mostrarse impresionado por la ansiedad que Kayla mostraba por estar lista para bajar. Se había duchado con presura, se peinó sencillamente, vistió cualquier cosa e incluso aceptó

todas las indicaciones que el duque le exigía para fingir frente a sus hermanos.

—¿Ya estás listo? —demandó con irritación.

Sentía que Izek se estaba tardando más de lo esperado por mero placer de hacerla rabiar.

—Mujer, si vuelves a apresurarme una vez más, te mataré.

—Me matarás de ansias, ¿no ves lo desesperada que estoy?

—Sí, es fácil notarlo.

Izek colocó sus mancuernillas y se miró en el espejo para arreglar la corbatilla que por alguna razón le estaba costando trabajo. Kayla se acercó con impaciencia y apartó las manos del hombre que la retrasaba en bajar y ver a su familia e hizo el moño con presura.

—¿Listo? ¿Ya estás listo?

—Sí. Vamos.

—¡Al fin! —dijo con alivio y abrió la puerta.

—Eh, eh. —Le tomó la mano—. Lento y vamos juntos.

—Vale, vale, como diga, ¡Pero camine!

—¿No te dije que tenías que tutearme?

—Sí, sí. Tutearlo, vamos, vamos.

Izek suspiró, esperaba que Kayla pudiera actuar como lo habían acordado, aunque dudaba que lo hiciera, sobre todo al sentir como ella se desprendía de su agarre y corría en dirección a sus hermanos, que la esperaban con los brazos abiertos.

—¡Hola mosca! —Terry la hizo girar en sus brazos.

—Oh, no saben cuanto los eché de menos —Kayla se tiró a los brazos de Publio cuando Terry la hubo soltado.

—Y nosotros a ti —sonrió Publio, levantando su mirada electrizante hacia el hombre que permanecía ajeno a la escena, viendo todo en silencio.

—Me alegro que vinieran también —Kayla abrazó a sus cuñadas.

—Claro —sonrió Grace quien trajera a su único hijo en brazos mientras miraba a su alrededor con impresión—. Es hermoso aquí.

—Gracias. —Kayla se mostró preocupada por la forma amenazante en la que se miraban sus hermanos y su esposo, parecían a punto de dispararse—. Publio, Terry, él es mi esposo: Izek.

—Sí, era de imaginarse, vimos cómo te traía agarrada de la cintura —se quejó Terry, sin despegar la vista del semblante petulante de su cuñado.

—Vamos cariño —se adelantó Grace—. Están casados, claro que pueden tocarse de esa forma tan inocente. Soy la esposa del celoso, Grace —la joven rubia estiró una mano—. Es un placer duque.

—El placer es todo mío, señora —Izek se inclinó levemente—. ¿La señora Campbell ya les ha dado sus habitaciones?

—Me temo que no —se adelantó Gwyneth—, creo que está

persiguiendo a Brina, lo siento, esa niña no se sabe mantener en paz.

—¡Oh! Me da tanto gusto que trajeran a los niños. —Kayla se entusiasmó con la presencia de la pequeña hija de Publio.

—Sería descuidado dejarlos solos por tanto tiempo, sin mencionar que Gwyneth no querría. —Se excusó Publio.

En ese momento, la pequeña traviesa atravesó el lugar corriendo y girando alrededor de sus tíos y padres, tratando de huir de la señora Campbell, quien parecía furiosa por alguna razón.

—¡Papá! ¡Me quiere quitar mi galleta! —acusó la pequeña.

—Brina, nada de dulce antes del desayuno —regañó Gwyneth.

—Se pone así con el dulce —explicó Publio y se adelantó hacia el duque, quien parecía un tanto extrañado ante la pequeña figura de la hija mayor de Publio y Gwyneth—. Duque, al fin nos conocemos, fue una lástima que cuando trajimos a mi hermana, usted tuviera que estar fuera.

—Una verdadera lástima, sin embargo, me alegra que estén aquí, al igual que usted, señora Campbell —la miró el duque—, ¿haría favor de dejar de perseguir a mi sobrina y mostrarles sus habitaciones a los invitados?

La señora Campbell parecía avergonzada y se irguió en seguida.

—Por supuesto mi lord.

—¿Tú eres mi tío? —la niña frunció el ceño y ladeó la cabeza, mirando al hombre imponente frente a ella.

—Sí, me he casado con tu tía, eso te convierte en mi sobrina.

—Oh… te casaste con la tía Kayla, eres como el tío Harsen. —Comprendió Brina—. Mi tío Harsen me cae mejor, él tiene los ojos morados y a mí me gusta el morado, no el negro, el negro da miedo.

—¡Brina! —regañó la madre.

El duque sonrió y le quitó importancia al comentario.

—Lamento que te den miedo mis ojos, Brina.

—Pero eres muy guapo, seguro que tía Kayla deja de ver a otros hombres por verte a ti. Ella solía llevarme al parque para… —Kayla le tapó la boca con una mano y sonrió hacia su esposo y los padres de la niña, los últimos mirándola con reproche.

—Pero qué imaginación tiene esta chiquilla, la llevaré a desintoxicarse de galletas mientras ustedes pasan a refrescarse a sus habitaciones, seguro que necesitan recostarse un rato, el desayuno es a las diez, ¡Hasta pronto!

Kayla se llevó a su sobrina aún con la boca tapada y bajo la atenta mirada de su familia. Los hermanos parecían divertidos, al igual que sus esposas, pero el duque no había cambiado su semblante y simplemente permanecía en la sala por educación.

—Mis señores, ¿Gustan pasar? —se introdujo la señora Campbell al ver la hostilidad entre los varones.

—Por supuesto —Terry se adelantó junto con su mujer.

—Insisto en que pueda concedernos una plática después, señor —pidió Publio—. Lo hemos esperado por mucho.

—Usted dirá, estoy a su disposición. —Izek asintió levemente y lo miró sin mostrar ni un ligero cambio en su expresión.

Publio entrecerró los ojos al notar una disposición burlesca en el duque, no le gustaba nada como iban las cosas. Gwyneth, al ver el claro altercado, colocó una mano sobre el brazo de su esposo, tratando de alejarlo de los problemas que vendrían de la mano al retar a ese duque, en su casa y acabándolo de conocer. Publio cedió ante la mirada suplicante de su esposa y aceptó ser arrastrado escaleras arriba, siguiendo a la mujer extraña que actuaba como ama de llaves del castillo.

Capítulo 18

Los hermanos estaban ubicados en el mismo piso que el resto de los Buccleuch, a una puerta de distancia el uno del otro, pero mientras que en la habitación de Terry y Grace se celebraba a causa de unas vacaciones, en la de Publio y Gwyneth se centraron en la evaluación de la nueva personalidad que formaría parte de su familia.

—Me parece que tiene una mirada retadora —dijo Gwyneth, acostando a la bebé—. Pareciera que los quiere provocar.

—Eso hace —asintió Publio—. Supongo que le ha de agradar muy poco el tenernos que recibir en su casa.

—¿Por qué?

—A los escoceses no les gusta que los ingleses nos metamos en sus asuntos y mucho menos nosotros como águilas.

—Son naciones colindantes, ¿por qué tener tanto odio?

—Las guerras dejan marcas y estas no se olvidan ni se borran, ni siquiera con el tiempo. Es de inteligentes ser recelosos.

Gwyneth le dio el visto bueno al comentario de su esposo y prosiguió con quitarse el vestido, necesitaba respirar un poco y con normalidad, detestaba tener que ponerse esos pomposos atuendos que la hacían parecer más a la marquesa que algún día iba a ser.

—Kayla parece feliz. —Trató de aliviar la creciente preocupación en el semblante de su marido.

Publio, sin embargo, negó levemente y la miró.

—Mi hermana sabe fingir tan bien como nosotros, tendré que verlos en una situación en la que no se lo esperen.

—Siendo tu hermana, ¿no crees que piense que harás eso?

—Kayla es la más inocente de nosotros, ella no premedita nada, es dulce y tierna, no cree que nada va a salir mal y por eso se golpea siempre tan fuerte contra el suelo —apuntó el hombre.

—Parece que lo desearas.

—Adoro a mi hermana, pero me encantaría llevármela de aquí.

—¿Por qué? El duque no me parece una mala persona.

Gwyneth se acercó a su esposo y recogió las ropas que él ordenadamente dejaba sobre la cama.

—¿Es que no lo viste?

—¿No vi qué? —Gwyneth frunció el ceño, volviéndose con interés al comprender que Publio notaba algo que ella pasó por alto—. Es guapo, inteligente y no les tiene miedo a las águilas, justo lo que se necesita para ser parte de esta familia de locos.

—¿Nos insultas? —Elevó una oscura ceja.

—Mi amor, es que no me parece mala persona y digo que tiene que tener el valor suficiente como para ser esposo de tu hermana.

—Por todo lo bueno, serás la primera persona que no crea que

tiene una apariencia aterradora, ¿Por qué no me sorprende?

—Debo admitir que sus ojos me parecen impactantes, ¿Crees que sean negros en verdad? —aquella no era curiosidad mundana, sino una científica que Publio reconocía.

—No lo creo. Pero si te atreves a acercarte a él lo suficiente como para saberlo Gwyneth, te juro que…

—¿Qué? —sonrió complacida al verlo celoso—. ¿Qué harás?

—No me provoques.

—Pero si es lo que hago.

El brillo en la mirada de su esposa lo puso de rodillas, agradecía que Brina fuera llevada por su hermana y que su hija pequeña estuviese dormida; dándoles un respiro para poder estar juntos.

Mientras los hermanos y sus respectivas esposas descansaban en sus habitaciones hasta que se convirtiera en una hora decente para desayunar, Kayla se vio en la necesidad de amonestar a su sobrina, pidiéndole que guardara secretos sobre sus días de soltería. No sabía si esa niña era una mente brillante o simplemente era diabólica, puesto que Kayla llevaba más de media hora en la cocina junto a ella, sobornándola con dulces y galletas para que se mantuviera callada.

—¿Tampoco puedo decir de la vez que levantaste tu vestido hasta la pantorrilla para que el señor Pepermont se tropezara y callera casi a tus pies? —inquirió la niña con dulce y fingida inocencia.

Brina estaba sentada sobre la mesa de la cocina, sus piecitos se movían hacia adelante y atrás dándole una imagen infantil que no compartía con su cerebro de adulto. Sus ojos brillantes y cabellos casi plateados en moños sobre su cabeza, no ayudaban a la imagen reprobatoria que tenía Kayla ante los ojos de los empleados que no hacían más que negar cada vez que ella amonestaba a la niña.

—¡No! ¡Tampoco esa vez!

—¿O la vez que…?

—Brina —Kayla la tomó de los brazos y suspiró—. Ninguna vez, nada de lo que se te ocurra sobre mí se puede ¿Vale?

—¿Por qué?

—Porque tía Kayla se metería en problemas.

—¿Con el tío terrorífico?

—Sí, con él y con tus padres por hacerte partícipe de todo esto.

La niña sonrió con maldad, era como un pequeño diablillo.

—Pensé que te casarías con el príncipe.

—¿Qué príncipe? —frunció el ceño Kayla.

—Ya sabes, el de tía Beth.

—¿Alan? —Kayla dejó salir una carcajada—. ¡Por Dios! Alan es sólo un amigo, creo incluso que ya se ha comprometido.

—¿En verdad? —la niña decayó—. Yo me quería casar con él.

—Es muy grande Brina, además, pensé que te querías casar con tu

papá —dijo a modo de broma.

—Papá está casado con mamá, Kayla, no seas tonta.

—Claro. —La mayor rodó los ojos. A veces olvidaba que Brina era una niña increíblemente racional… cuando quería. No como en ese momento en el que llevaban una eternidad siendo sobornada con galletas para que no soltara prenda sobre ella—. ¿Has entendido ya?

—Sí. No decir nada sobre las travesuras de tía Kayla.

—¿Qué travesuras?

Tanto niña como mujer se irguieron como palos de escoba y escondieron sus manos, como quien acaba de cometer un agravio en contra de alguien. Normalmente lo hacían al escuchar la voz de Publio o de el padre del mismo, Thomas. Pero en esa ocasión no tenían menos miedo, porque los ojos negros del duque estaban sobre ellas como dos pozos sin fondo, en el que, si uno caía, jamás saldría, al menos, no ileso.

—¡Nada! —La niña sonrió—. Brina bromeaba.

Kayla miró a su sobrina y frunció el ceño, cuando Brina hablaba en tercera persona, normalmente era porque tenía mucho miedo.

—No la asustes —Kayla se inclinó y tomó a su sobrina en brazos—. Tan sólo estábamos jugando.

—No he hecho nada para asustarla. —Izek miró a la niña y se acercó a ambas—. ¿O lo he hecho Brina?

—Sí, lo haces.

—¿Pero por qué?

—Porque tío tiene ojos como los de papi, leen almas mentirosas, y yo no soy buena mintiendo.

—¿Por qué deberías de mentir? —Izek pasó sus ojos de la niña a su esposa, quien ya negaba repetidamente con la cabeza.

—Porque tía Kayla me lo pidió.

—¡Brina!

—¿Qué? —la niña se inclinó de hombros—. Él de todas formas nos hubiera descubierto ¿recuerdas? Ojos que leen almas. —Apuntó sus propios ojitos para enfatizar—. No me iba a hundir contigo, tía.

—Bien dicho —el duque se enderezó y miró a su esposa—. Así que crees que es bueno enseñarles a los niños a decir mentiras.

—¡Claro que no! Yo no hacía eso.

—No, ella me daba galletas para que lo olvidara —facilitó Brina.

—Ah, cada vez mejora —sonrió Izek.

—¡Ve a jugar Brina! —Kayla la bajó de la mesa y le dio un suave empujón para que saliera de la cocina.

La niña se fue dando brincos y riendo. Kayla definitivamente la categorizó como mente diabólica, esa niña estaba destinada al mal, debió preverlo cuando sus padres eran su hermano mayor y la chiflada de su esposa científica.

—Bueno, con eso dicho, será mejor que…

—No. —La tomó del brazo—. Mejor hablemos, ¿quieres Kayla?

—Mmm… en realidad estoy ocupada.

—Que triste, porque me importa poco.

Él prácticamente la arrastró para sacarla de la cocina y la metió a una hitación, quedando sorprendido al estar rodeado de arte.

—Ah, supongo que nunca había entrado aquí —sonrió Kayla al ver la impresión de su marido.

—No. —Inspeccionó su alrededor—. ¿Tu has hecho todo esto?

—Es mi estudio después de todo —asintió orgullosa.

Izek pasó sus ojos por los retratos pulcramente pintados, los hermosos paisajes plasmados con oleo, las rosas de acuarela y las estatuas sin terminar de mármol. Ella era fantástica.

—¿Qué es esto?

—¿Le gusta? Lo inicie hace poco, el bosquejo lo hice un día cuando sus ronquidos no me dejaban dormir, es bueno ¿no lo cree?

Se miró a si mismo con extrañeza, nadie lo había retratado jamás, se suponía que el primer retrato que un duque de Buccleuch podía hacerse era cuando traía al mundo a su heredero. Nadie jamás pintaba a uno de ellos por placer como lo había hecho Kayla, era un toque agradable el que sus ojos oscuros no estuvieran abiertos para aterrorizar a nadie.

—Sí… eres buena —suspiró, aun metido en la ensoñación de verse a sí mismo en una pose tan pacífica.

—Y por aquí tengo el de Nimue —interrumpió sus pensamientos—. Ella es hermosísima, pero creo que aquí se ve mucho más hermosa.

Izek debía aceptar que Kayla hizo un gran trabajo quitando la perversidad en los ojos oscuros de su hermana, uno hasta podría pensar que se trataba de una persona buena y dulce con aquella sonrisa simpática retratada en su rostro.

—Estoy realmente sorprendido por tu trabajo.

—¿Me dejará llevarlos a una galería?

El duque frunció el ceño y la miró intransigente.

—¿Por qué los llevarías a una galería? Es mi hermana y soy yo.

—Serán atractivos por su aspecto, habrá interesados, lo sé.

—No.

Ella rodó los ojos.

—Ya me lo imaginaba, sin embargo, supongo que con lo demás no tendrás problema, son paisajes de por aquí, pero son hermosos.

—Con lo demás no hay problema, pero dudo que…

—Por favor, no me desmotive y deje que mi trabajo hable por mí.

Izek dejó salir el aire de sus pulmones al verse interrumpido en su anterior frase, pero asintió. Al final, jamás imaginó que la chica contara con tal talento, en realidad rivalizaba con arte que tenían bajo

ese mismo techo. Y pensar que lo había elaborado ella misma.

Nadie en la familia Buccleuch tuvo jamás un don tan noble como el del arte, ni siquiera la agraciada Nimue compartía nada con la belleza del mundo, ni la música, ni el dibujo, ni siquiera la costura. No, ellos llegaban al mundo para asustar y las facilidades que tenían eran más bien siniestras, como la habilidad de Nimue para ser curandera, oficio mayormente relacionado con la brujería; o la de Sloan por la espada.

Izek se alejó de un cuadro a medio terminar y caminó hacia su esposa, quien no paraba de parlotear sobre pintores y escultores famosos que habían pasado a la historia por diferentes cuadros expuestos en museos o lugares importantes.

Era adorable verla tan llena de emociones e ilusión. Izek le tomó la cara y acarició sus mejillas justo antes de presionar sus labios sobre los de ella, pegándola a su cuerpo de una forma rápida que la dejó sin aire.

—Izek… —suspiró en medio de un beso—. ¿Qué haces?

—Beso a mi esposa, ¿Es que te molesta?

—No. Pero falta poco para el desayuno.

—Entonces tenemos que darnos prisa.

Ella dio como aceptación una sonrisa que él hizo desaparecer al besarla y recostarla suavemente sobre un sillón que estaba ahí para que otras personas apreciaran el arte de su esposa y, en ese momento, fue el protagonista de el encuentro entre la pareja.

Capítulo 19

La pequeña Brina corría por los solitarios pasillos del castillo, admirando lo hermoso que era y los posibles escondites que tendría a partir de ese momento. Ella era una niña curiosa y solía meterse en problemas con sus padres por ello, pero eso no la perturbaba y tampoco la acobardaba a hacerlo, de hecho, la obligaba a hacer todo lo contrario. Por eso cuando escuchó unos gritos, la niña no tuvo remilgos en pegarse a la puerta de la recámara, intentando escuchar lo que se decía.

—No, tienes que parar —decía una voz masculina que Brina no reconocía—. Nimue, esto está mal.

—Lo sabías desde el principio Sloan, no entiendo qué demonios esperas que haga ahora, ella se pone cada vez más exigente.

—Pensemos. Siempre hemos sabido sacárnosla de encima.

—Esta vez no, ella… la tiene impresionada.

—Es porque se parece, pero podemos llevarla lejos, podemos…

—Izek no lo permitirá y lo sabes.

—Contémosle.

—¡¿Estás loco?! Nos mataría con sus propias manos si lo supiera. —Dentro del lugar hubo un silencio tenso que incluso una niña podía sentir—. Tenemos que presionar, con la creciente relación entre ellos, es posible que pronto quede en cinta.

—Si es que no lo está ya.

—Eso sería problemático, pero sé que Izek no quiere hijos, lo sé.

—Eso no evita que los vaya a tener, tienen sexo, no hay forma de que se evite un mocoso de esa forma.

—Si se puede. De hecho, me lo pidió.

—¿Te lo pidió? —la voz masculina parecía sorprendida.

—Sí. Aunque… —la voz femenina se detuvo por largos momentos, la niña incluso pensó que el varón la había matado, pero entonces volvió a hablar—: podría ser una forma de salvarla.

—¿Qué? Pensé que dijiste que era imposible.

—Al final, tengo una idea.

—¿Y se te ocurrió con lo de los hijos?

—Sí —sonrió—. Creo que es una opción.

—Sabes que necesitamos una niña, tiene que ser ella y es una locura que volvamos a acertar nuevamente. Tuvimos suerte.

La mujer suspiró.

—Es lo único que puedo ofrecer para que no tengamos que irnos a los extremos en esto.

—¡Es una locura! —gritó el hombre—. Deberíamos decirle a Izek, llevamos años con esto y… no puedo más, en verdad no puedo.

—Guarda la maldita compostura Sloan, ¡Maldición! Necesito a otra

mente fría como la mía, no a un lunático sentimental.

Los hermanos siguieron peleando con un volumen cada vez más alto, parecían a punto de salirse de control y la niña temió que fueran a hacerse daño. Sin embargo, no podía despegarse de esa puerta, porque algo sonaba mal, pese a que no era una adulta, sabía interpretar conversaciones extrañas, durante toda su vida tuvo que afrontar problemas de grandes y en esa ocasión, no era diferente.

—Brina, ¿Qué estás haciendo?

—¡Ay! —la niña se tocó el pecho y miró a su tía—. ¡Nada!

—¿Nada? —Grace escuchó la pelea—. ¿Quién está ahí?

—No sé.

—¿Es tu tía Kayla?

—No. Tía Kayla se quedó junto al tío en la cocina.

—Entonces…

—¿Señora? —la voz monótona y lejana de el ama de llaves las estremeció a ambas, incluso habían dado un brinquillo al volverse hacia ella. La señora Campbell, pasaba los ojos de una a otra y luego a la habitación—. ¿Necesitan algo?

—No. Brina y yo jugábamos a las escondidas, ¿Verdad cariño? —Grace miró a su sobrina, pidiéndole que mintiera.

—¡Sí! Estábamos jugando.

La mujer mantuvo una cara de incredulidad, era claro que no confiaba en ellas. Su mirada sombría incrementaba el nerviosismo de la niña y la esposa del varón más joven de los Hamilton.

—Es peligroso vagar por este castillo sin conocerlo, mis señoras —la mujer caminó a su alrededor, separándolas de la puerta por la que Brina había estado espiando—, quizá no sepan de los rumores, pero este es un lugar antiguo y las paredes guardan secretos, esconden horribles escenas, suelen traer voces y seres de otro mundo.

—Señora, creo que no es apropiado que le diga eso a una niña —Grace acercó a su sobrina a ella con el ceño fruncido.

—Tan sólo es una advertencia, se podrían perder, señora.

—Lo tomaré en cuenta, pero no quiero que vuelva a decir cosas tan horripilantes frente a mi sobrina, ¿entendido? —pidió enojada.

—Por supuesto, mi señora.

—Ahora, retírese de aquí.

—Venía a informarles que es hora del desayuno —se inclinó ante ellas levemente—. Con su permiso.

Grace respiraba con irregularidad, siguiendo con la mirada a la mujer que proseguía caminando por el pasillo con aquel paso fantasmagórico.

—Tía… me da miedo.

—Tranquila Brina, tienes que decirme qué fue lo que escuchaste.

La puerta se abrió de pronto, mostrando a los mellizos quienes

inmediatamente robaron la atención de mujer y niña, quedando con la boca abierta al ver el parecido de los hermanos Buccleuch. Aunque claramente esos dos tenían algo terrorífico, algo muy diferente a la manera en la que uno podía temerle al mayor de los hermanos.

Las caras largas y pálidas las miraron con extrañeza por unos momentos, para después sonreír y saludar con animosidad. Tanto Grace como Brina se sentían paralizadas, con las extremidades doloridas a cada movimiento, pero fingieron cordialidad y caminaron junto a los extraños personajes hacia el comedor cuando estos se los propusieron.

Brina se mantenía alejada de los mellizos y, en cuanto vio a sus padres, corrió hacia ellos y fue prácticamente imposible lograr separarla del regazo de Publio, la niña literalmente comió sobre él y tendía a esconderse cuando sentía que los ojos negros de alguno de los gemelos se posaban en ella. Publio no pasó inadvertida la actitud de su hija, así como no lo hizo su esposa y su cuñado, quien observaba a la niña sin parpadear.

Kayla, muy por el contrario de su marido, no notaba una actitud extraña en Brina, quien normalmente se comportaba apegada a su padre, pero si notaba la clara hostilidad entre los parientes, sus hermanos contra su marido y sus cuñados contra Brina y Grace.

¿Qué había pasado? Por qué parecía que se perdió de algo.

—Izek. —Kayla se estiró para tomar la mano que su esposo descansaba en la mesa—. ¿Qué sucede?

—¿Sobre qué? —la miró tranquilo.

—Siento que hay algo mal, ¿es que no lo ves?

—No veo, ni siento nada.

—Otra vez te comportas distante, ¿Qué me escondes?

Izek la miró fijamente, ella comenzaba a comprenderlo, veía patrones de comportamiento y los interpretaba con sabiduría, era peligroso, no quería alejarse de ella, pero claramente el acercamiento lo dejaba cada vez más expuesto ante su perspicaz esposa.

—Nada. —La recorrió con una mirada inescrutable, para después dejar salir un suspiro—. Has vuelto a sentarte en el lugar incorrecto.

—Bueno, quizá ustedes tengan sus costumbres —dijo sonriente—. Pero nosotros tenemos las nuestras, la mujer se sienta junto a su esposo en casos informales, así como lo es este.

—Sigues haciendo mal.

—Mis hermanos lo encontrarían extraño de hacerlo diferente.

—Claro. —Izek miró hacia sus cuñados, quienes nunca apartaban los ojos de él. Aunque lo hicieran discretamente, se sabía observado—. Bien, supongo que sabes lo que haces.

Ella sonrió con amplitud.

—Sí. Sé lo que hago.

—Señor, espero que tenga tiempo después del desayuno —pidió Terry en esa ocasión—, tenemos varias cosas que discutir.

Izek miró a su mujer y tomó la mano que ella había dejado sobre la mesa, mostrando de esa forma la cercanía y comprensión entre ellos. Al menos, esperaba que Kayla siguiera con la pequeña farsa, si acaso decidía confesarles a sus hermanos sus sufrimientos y su quebrantado corazón, seguro que no se quedarían tan tranquilos como en esos momentos, cuando simplemente lo evaluaban.

—Por supuesto, tenemos un momento.

Izek sonrió. Aunque los Hamilton se pusieran en su contra, ella no dejaba de ser su mujer en toda la regla, por más que quisieran hacer, siempre podía reclamar por ella y si la deseaba a su lado, ahí se quedaría.

Kayla estaba nerviosa, mirando de un lado a otro como si se encontrara en un partido de tenis entre su esposo y hermanos. En ese momento comenzaba a comprender la magnitud de la llegada de su familia, al inicio sólo se sintió feliz, pero ahora comprendía que era peligroso, si Publio y Terry llegaban a sospechar que algo andaba mal, habría enfrentamientos y gritos que seguro acabarían mal.

Claramente confiaba en sus hermanos para defenderse, pero tampoco dudaría de Izek y, sobre todo, le daría miedo que los mellizos hicieran algo para proteger a su hermano. Era claro que lo amaban, incluso le habían conseguido una mujer que le recordara a un cariño del pasado, se notaba que querían agradarle, buscaban gustarle y llamar su atención.

Los creía dispuestos a todo y eso no lo permitiría.

—¿De qué quieren hablar? —se introdujo Kayla, rompiendo el silencio en la mesa—. ¿Por qué todos están tan serios?

—Son cosas de rutina Kay —sonrió Terry—. Tu dote y demás.

—Ah, claro. —Miró a su marido y susurró hacia él—: ¿Puede por favor dejar de retarles? No están haciendo nada contra usted.

—Ellos me están retando también, Kayla, así que hago lo mismo.

—Está usted a la defensiva.

—Y tú estás demasiado distraída o quizá muy abrumada como para no darte cuenta de que vienen a observarnos.

—Claro que vienen a observarnos, están preocupados por mí y con su actitud, sólo lo hacen más ¿Qué no ve?

—Te dije que me tutearas.

—Lo sé, pero cuando se comporta de esta forma —recorrió su rostro en medio de una negación—. Me parece imposible sentirme cercana a usted.

—Entonces recuerda el momento antes del desayuno, ¿rememora esa cercanía o quizá te sea necesario que te lo recuerde?

Ella se sonrojó con fuerza y lo miró con fastidio.

—Es usted terrible.

—Un poco, aunque no puedo negar que me encantaría recordar.

—No me tocará.

—No ahora, por supuesto —sonrió esplendoroso—. ¿Qué estás pensando? Está tu familia aquí.

—Pero tú…

—Ah, muy bien, el tuteo regresó.

Ella abrió los labios para seguir hablando, cuando de pronto sus cuñadas la interrumpieron, pidiendo por un paseo en su compañía por los jardines de la casa, a lo que Kayla simplemente asintió y dio por terminada la conversación con su esposo.

Cuando los hombres se marcharon al despacho de Izek, las mujeres decidieron ir juntas a recorrer los jardines. Nimue por supuesto, estuvo incluida en el grupo; la joven Buccleuch se mostraba dulce y alegre, muy diferente al rostro que mostró cuando salió de la habitación donde se encontró con Grace y Brina. Eran estas dos últimas quienes se mostraban más recelosas con aquella actitud que parecía más fingida que un despliegue de cariño por parte de Publio Hamilton.

—Dime Brina, ¿qué te gusta hacer? —preguntó Nimue, viendo como la niña se escondía detrás del vestido de su madre.

—Me gusta leer.

—¿En serio? Es impresionante siendo tan pequeña.

—No soy pequeña y soy muy lista, como papá y mamá.

—Eso se nota. —Aquella mujer la asustaba.

—¡Mami! —gritó la niña, repentinamente llorando.

—Oh, cariño, ¿Por qué has estado tan quejumbrosa?

—Quiero ir de regreso con la bebé, quiero volver a casa.

—Sshh, creo que tienes sueño, vamos a que duermas.

—Parece una pequeña interesante —dijo Nimue, viendo como madre e hija se iban del lugar—. Aunque no se parece mucho a lady o lord Hamilton, si me permiten decirlo.

—Es porque no es su hija —dijo Kayla con desinterés en la conversación y más interesada en la actitud de Brina—. Es adoptada.

—¿No podían tener hijos propios?

—Mi cuñado la adoptó antes de casarse —dijo Grace.

—¿Y ella lo aceptó? —elevó ambas cejas—. Qué caritativa.

Grace era incapaz de no sentir un cierto recelo hacia la mujer, al fin y al cabo, había sido ella quien asustó a Brina hasta hacerla llorar.

—Dígame lady Buccleuch, ¿Usted qué hace? ¿Está casada?

—Cielos, no. —Sonrió—. Yo me ocupo de mi familia, de Sloan, Izek y claro, de Kayla, ahora que forma parte de nuestra familia.

—Particular forma de vivir para una joven que es tan hermosa.

—Bueno, todos encontramos nuestros caminos de formas distintas,

a mi me lo enseñaron siendo muy niña. Madre murió dándonos a luz a Sloan y a mí, por lo cual rápidamente fui la mujer de la familia.

—Un peso grande —Grace se sentía cada vez más inquieta.

—No sabía eso —Kayla miró a su cuñada—. ¿Por qué no me lo habías contado Nimue?

—Son cosas tristes después de todo —los ojos negros se posaron en Grace—. Por eso de vez en cuando actúo sobreprotectora con los míos, no son mis hijos, son mis hermanos, pero en muchos sentidos, se apoyaron en mi a lo largo de su vida.

—Pero Izek es años mayor que tú —apuntó Kayla.

—Una mujer siempre es indispensable, tenga la edad que tenga.

Kayla la miró con extrañeza, no creía que Izek tuviera la misma fibra de sentimiento que su cuñada le expresaba, pero ¿quién era ella para decir lo contrario? Apenas podía discernir cuando él se molestaba, no podría decir qué otro sentimiento pudiera reprimir el duque con maestría.

Nimue miró hacia el cielo y suspiró.

—Será mejor que pasemos todos a la casa, viene una tormenta.

Las dos mujeres restantes miraron hacia el cielo azul y despejado, no parecía haber signos de tormenta, pero Nimue no dio permiso a cuestionamientos y simplemente regresó sobre sus pasos con dirección al castillo de su familia.

Grace negó levemente hacia la oscura presencia que era aquella mujer y tomó de los hombros a su cuñada, provocando que la mirara extrañada y hasta nerviosa ante el arrebato que pasaba a ser agresivo.

—¿Qué ocurre Grace?

—No confíes en ella, sé que Brina escuchó algo.

—¿Brina?

—La niña estaba asustada cuando la encontré y eso era porque los mellizos estaban peleando, estoy segura que Brina alcanzó a escuchar más de lo que quisiera, será difícil sacárselo, pero lo haré.

—Deberías dejarla tranquila, ella parece perturbada.

—¿Tú por qué crees? Estas personas tienen algo extraño, sus auras son raras, te dejan una sensación desagradable.

Kayla se cruzó de brazos y suspiró divertida.

—No te dejes llevar por leyendas y tonterías de la zona, Grace. Estas personas han tenido que vivir con la sombra de lo que se piensa de ellos, es verdad que tienen un aspecto un tanto fantasmagórico, pero son buenos, me han tratado bien, incluso Nimue.

—No lo dudo, pero seguro que traman algo.

Kayla apretó sus labios, cómo le gustaría contarle a Grace sobre sus descubrimientos del castillo, sobre los asesinatos que ella misma había presenciado y la actitud extraña incluso de los empleados. Sin embargo, no podía, porque eso representaría que Terry lo supiera y su

familia entera después de eso. Volvería a ser la tonta ilusa, volvería a cometer un error táctico con el manejo de su propia vida, volvería a ser la niña que debía volver al regazo de su padre para ser salvada. Cerró los ojos. No quería ser esa niña nunca más, podía solucionar sus problemas, era capaz de ello.

—Creo que te imaginas cosas.

—Kayla. —La joven intentó marcharse, pero la mano firme de Grace la detuvo—. Sabes que puedes confiar en nosotros, ¿Cierto? Somos tu familia y siempre lo seremos.

—Ellos también son mi familia ahora Grace, sólo que ustedes parecen no aceptarlo a la buena.

Kayla miró con fastidio a su cuñada, siendo consciente de la detenida observación en la que la sometía, Grace no tenía expresión alguna y focalizaba su atención en los ojos de la menor de los Hamilton. Parecía que los orbes de aquella mujer buscaban atravesarla y encontrar la verdad tras aquel arrebato tan poco común en la hermana menor de su esposo.

—No tienes que demostrar nada Kayla, te apoyaremos.

—¿De qué hablas ahora? —la menor siguió a su cuñada de regreso al castillo de las leyendas.

—No sé que es lo que escondes, pero lo noto, tienes miedo.

—Es mentira.

—No. Y lo sabes tan bien como yo.

—¿Por qué todos parecen querer que me equivoque? ¿Por qué desean con tantas ganas tener la razón con respecto a mi vida?

—Queremos que seas feliz, nadie quiere que te equivoques.

—Dile eso a mis hermanos —apuntó con fastidio hacia la propiedad —. ¿No es lo que han hecho desde que llegaron? Quieren hacer enojar a mi marido y él hace lo mismo, parece un juego.

—Son hombres, son territoriales y bobos —quitó importancia.

—Claro, mientras tanto yo estoy tratando de lidiar con todos.

—Kayla…

—Será mejor que me vaya.

Kayla fue directa hacia su estudio y cerró la puerta, mostrándose enojada y ligeramente frustrada. Caminó de un lado a otro como si fuera un animal enjaulado y gritó al tiempo que hacía caer uno de sus caballetes, provocando que el lienzo saliera despedido por el suelo, la pintura y los pinceles con los que había estado dando retoques volaron y mancharon gran parte del mármol y las alfombras.

—¿Tiene que ver conmigo ese ataque de ira?

—¡Izek! —se volvió, llevando una mano a su pecho ante la sorpresa de verlo recostado y tranquilo, mirándola hacer berrinche.

—¿Qué sucede? —El duque se levantó del sofá, acercándose con pasos seguros hasta el lienzo que había sido aventado—. ¿Alguna

razón en especial para aventar el retrato que me hacías?

—Oh… no. ¿Cómo fue con mis hermanos?

—Como era de esperarse —se inclinó de hombros—. Te quieren.

—Lo sé.

—¿Les dijiste algo? —la miró con seriedad.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ahora ustedes son mi familia y yo sabré afrontar los problemas que tengamos, no los necesito a ellos.

Izek curveó ligeramente sus labios y colocó el lienzo sobre el cabestrillo, mirando su retrato como si se tratara de una persona completamente diferente, y es que así lo sentía, a los ojos de su mujer, parecía ser una persona que era incapaz de ver.

—Tienes mucho talento.

—¿Qué haces aquí?

—Pensé que vendrías aquí tarde o temprano, puedo ver la dedicación que tienes en tus pinturas, se nota que pasas horas aquí, así que te esperé.

—Cada momento libre. ¿Es que deseas darme más ordenes?

—No. No en este momento.

—Yo… —ella se removió incómoda—. No me acostaré contigo.

—Lo sé, tampoco vengo a eso.

La expresión dubitativa de Kayla, ponía nervioso a Izek. La realidad era que él tampoco sabía lo que impulsó a sus pies hasta ese lugar; a pesar de que tenía el presentimiento de que se encontraría a su esposa tarde o temprano, cuando no la vio, decidió quedarse y admirar un poco su trabajo. Comprendió rápidamente que era una forma sutil y muy sublime en la que Kayla se comunicaba con el mundo y quiso entenderlo.

—¿Izek? —ella se acercó a su ensimismada presencia.

—Creo que deberías llevar estos a que los vea tu maestro.

Los ojos verdes de la chica brillaron ante tales palabras, incluso pestañeó varias veces, no sabía si era para mantener a raya las lágrimas o por lo impresionada que se sentía. Pero sonrió. Fue una sonrisa tan deslumbrante y llena de vida que Izek sintió que el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho, ella jamás le había sonreído de esa forma.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Izek… —ella lo tocó con recelo en un inicio, pero al notar que no la rechazaba, la mujer abrazó a él y sonrió—. ¡Oh! ¡Muchísimas gracias Izek!

El duque se abrazó al cuerpo de su mujer, pero no apreció la caricia, ni tampoco la disfrutó, simplemente la recibió, porque sabía

que estaba haciendo las cosas con un nuevo trasfondo. El hecho de que estuvieran teniendo una vida normal como pareja, ponía sobre la mesa un posible embarazo y, de ser así, necesitaba a Kayla lo más lejos de él, de su familia y de ese castillo; incluso de toda Escocia.

—Deberías poner todo tu empeño en esto —miró los cuadros sin terminar—. Seguro que serás un éxito.

—Pero vendrías conmigo, ¿Cierto?

Izek frunció el ceño y se enfocó en sus orbes verdes, llenos de esperanza y de un brillo hechizante que lo hacía estremecer.

—¿Me querrías ahí?

—Claro. Eres mi esposo y mi musa en muchos de ellos.

—Entonces, haré lo posible.

Ella sonrió alegre y se abrazó a su esposo, sintiendo los labios suaves cayendo suavemente contra su hombro desnudo, presionando pequeños besos en la zona y subiendo ligeramente hasta su cuello.

—¿Has venido por esto? —dijo divertida.

—¿Me creerías si dijera que no?

Ella sonrió y negó dulcemente antes de darle besarlo de nuevo.

Capítulo 20

Brina sonrió como cualquier niña traviesa lo haría momentos antes de ser atrapada con las manos en la masa. Estaba escondida debajo de la cama de sus tíos. Pasados los meses, se le había metido el nuevo mal habito de asustar a las personas, potencialmente incrementado al estar en un castillo que, muy por el contrario de espantarla, le dio armas para someter a crueles paranoias a los empleados y familiares de la casa.

La niña se arrastraba con ayuda de sus codos, queriendo llegar hasta la pared para que no se le vieran ni los pies, supuso que ahí no la verían, aunque sus tíos asomaran la cabeza y podría salir de su escondite en el momento que le fuera más oportuno.

La niña rio ante su diablura mucho antes de chocar de cara contra algo que apestaba a hiervas y le daban ganas de vomitar. Trató de apartarlo de su cara, pero parecía ser que esa cosa la atacaba o había una razón para que no pudiera quitársela de encima, así que gritó.

—¿Brina? —se escuchó la voz sobresaltada de una de sus tías.

—¡Tía Kay…! ¡Tía!

—¡Brina! —La mujer se agachó y vio a la niña tirada en el pequeño espacio entre las tablas de madera y el suelo—. ¿Qué haces?

—¡Me ataca! ¡Auxilio!

—¡Izek! —gritó Kayla—. ¡Por Dios! ¡Izek!

La niña no sabía por qué su tía no hacía las cosas por sí misma como en el pasado, pero cuando sintió la mano fuerte de alguien tomarla por el brazo y jalarla con facilidad hacia un lado, poco le importó la falta de autonomía de su tía y se aferró al cuerpo que la apretaba en un firme abrazo consolador. Increíblemente si lo era, pese a que no se tratara de su papá.

—¡Hay un hada mala ahí abajo! —dijo segura la niña, apuntando hacia el oscuro rincón de donde la habían sacado.

—Brina, ¿Qué hacías ahí abajo? —Kayla le quitó el pelo de la cara a la pequeña que seguía en el regazo de Izek mientras ella la revisaba —. ¿No ves que te pudo haber picado un animal?

—Pero tía, me atacó el hada.

—Sí, cariño, déjame ver si no tienes marcas.

—¡Es el hada tía! ¡No olvides al hada!

—¡Agh! —Kayla miró a su sobrina con exsperación—. ¿Si saco al hada me dejarás revisarte?

—Sí —la niña parecía contenta de al fin haber sido escuchada.

—Bien —farfulló la mayor y miró a su marido—. No la dejes bajar, es mañosa, puede querer correr.

Izek se puso en pie con todo y niña para tener la altura como prevención a un posible escape y vio a su mujer desaparecer debajo de

la cama mientras buscaba una fantasía infantil. Pensaba que le seguirían la corriente en el juego, que su esposa saldría con manos vacías y ambos actuarían e imaginarían para la niña. Sin embargo, cuando Kayla salió, se mostró sorprendida al comprobar que la niña no era tan infantil como para crear de la nada un ser mítico, más bien había bautizado de esa forma a algo que le pareció desconocido.

—Izek… ¿Qué es esto? —mostró lo que había en su mano.

—¡Es el hada mala! ¡Ah! ¡Papi! —gritó Brina, escondiéndose en el hombro de su tío.

Kayla movía en su mano aquel extraño muñeco con olor a fuertes especias, parecía haber sufrido altercados de incendio, por lo cual quería decir que tenía contacto con quien fuera que lo creó, porque ellos jamás lo habían visto en su vida.

—Tranquilízate. La llevaré con tu hermano. —Informó Izek a su petrificada mujer, que no emitía palabra y revisaba el muñeco.

La joven Hamilton ni siquiera se percató de la ausencia de su marido, por el contrario, se puso en pie y fue a la habitación que fuese la de ella y buscó debajo de la cama, encontrando una muñeca, igualmente olía fuertemente a especias y había sido más dañada que el otro objeto encontrado. Kayla sintió como su estómago se retorcía y un escalofrío recorrió su cuerpo lentamente, avisando de forma gradual el aumento de su terror, ¿Brujería? ¿Les hacían brujería?

Sin darse cuenta, tenía la cabeza metida en el palanganero más cercano, vomitando el contenido de su estómago. Claramente estaba sintiéndose indispuesta, pero eso le pasaba cada vez que tenía impresiones fuertes, siempre volvía el estómago; le pasaba desde que estaba en casa de su padre y más seguido de lo que quisiera admitir.

—¿Kayla? ¿Estás bien? —Izek apartó los cortos cabellos que iban a parar en la cara de su esposa, incomodándola al vomitar.

—Es brujería —dijo inestable y con arcadas—. Alguien nos ha…

Ella volvió la cara hacia el objeto de porcelana y prosiguió a vaciar todo el contenido en su estómago. Era terrible que tuviera esa clase de reacciones, ni siquiera era capaz de hablar. Se recostó en el filo de la fría porcelana y trató de respirar para que las nauseas pasaran poco a poco.

—Ya, tranquila —Izek la separó despacio del lugar seguro en el que su mujer mantenía la cabeza y la recostó sobre él—. ¿A qué se debe el vomito? ¿Algo te cayó mal?

Ella negó con la cabeza.

—Es brujería Izek, alguien…

—Ven, sentémonos. —El duque la tomó en brazos y la llevó hasta un sofá, dejándola sobre su regazo, tratando de calmarla al acariciar su largo cabello—. Sé que es escalofriante, pero no debemos armar un alboroto de esto, sobre todo si está tu familia.

—Brina escuchó una discusión de los mellizos —dijo pensativa—. No ha querido decir nada, pero sé que es importante.

—Kayla… —suspiró.

—Sé que no te complace, pero me parece extraño.

—No. Haces muy bien en dudar de Sloan y Nimue, pero dudo que ellos tengan que ver con estas cosas.

—No, yo creo que sí tienen que ver —Ella se puso en pie y fue hacia el cajón donde sabía que estaba el relicario redondo—. Estoy segura que me trajeron debido a esto…

—¿Debido a qué? —la incitó al notar que se quedaba paralizada.

—No está…

—¿De qué hablas? —los ojos negros de Izek se paseaban entre el trémulo cuerpo de su esposa y el cajón en el cual jamás guardaba nada —. ¿Qué haces ahí?

—Había… —pestañeó sin entender—. Tenías aquí un relicario.

—¿Yo? ¿Para qué querría un relicario?

—Era uno muy hermoso, de oro y tenía adentro… —Kayla se tomó la cabeza con fuerza y negó—. Era idéntica a mí, pero no tenía mi lunar, era yo, pero no era yo.

—Kayla —se acercó Izek—. Creo que estás sobrecogida.

—¡No! Izek te juro que yo lo vi, ¡Te lo juro!

—Está bien —la tomó de los hombros y la abrazó—. Está bien.

—No me crees, lo sé… —lloriqueó estresada—, pero sé lo que vi, era muy parecida a mí, pero con el cabello largo y sin mi lunar.

—Te escuché Kayla, está bien, respira.

Ella se abrazó al cuerpo fuerte de su esposo y lloró sobre su hombro, mirando aquel vacío cajón, ¿cómo era posible? Kayla incluso lograba recordar la sensación fresca del oro contra sus manos, tampoco olvidaría que el relicario no tenía inscripción, no tenía un nombre con el cual dar validez a su relato. Cerró los ojos. Su esposo la creería loca.

—Sé que no me crees —se separó—, pero al menos esas cosas no están saliendo sólo de mi boca, lo estás viendo, son de brujería.

Izek la miró por un largo momento, antes de caminar hacia los muñecos que permanecían inmóviles sobre un taburete. Eran extraños y olían aún más extraño, pero el duque lograba identificar con facilidad una de las especias, lo cual explicaba también el porqué parecían dañados con fuego, puesto que la droga en el interior era eficaz al hacer humo.

Eso tenía sentido al momento de rememorar las veces en las que su esposa había sido atacada, en las que, si no había estado completamente dormida, alucinaba con fantasmas que le jalaban los pies. Alguien estaba dispuesto a todo con tal de llegar a Kayla.

—Creo que deberías irte con tus hermanos cuando se vayan.

—¿Qué? —lo miró impresionada—. ¿Qué dijiste?

—Esto está afectándote, tienes que irte.

Ella negó levemente.

—Tiene que ser una broma, ¿Ahora quieres que me marche?

—No quiero que te marches, es necesario que lo hagas.

—¡No! —dijo enojada—. ¿Sabes cuantas veces te pedí que me dejaras ir? Ahora que ya me has tocado, ¿deliberadamente me dejas?

—No te estoy dejando, te estoy alejando de algo que te afecta.

—No me iré.

—Lo siento, pero no te estoy preguntando.

Izek recogió los muñecos y, sin decir palabra a su esposa, caminó hacia la salida de la habitación.

—¡Dije que no me iré! —le gritó antes de que cerrara la puerta por la cual salía presuroso—. ¡Maldito!

Izek se detuvo en medio del pasillo, teniendo la necesidad de respirar profundamente antes de ir la habitación de su hermana. La puerta estaba abierta, como si esperara a que él llegara, quizá así fuera, porque la pálida faz de Nimue no se apartaba del umbral, sus ojos, ocultos ligeramente detrás de una taza de té, yacían hechizados por el fuego en el hogar, plácidos al sentir la presencia del duque.

—¿Quieres decirme qué es esto? —aventó los muñecos.

—Creo que es algo peligroso —sonrió—. ¿Tú qué crees?

—¿Dónde está el relicario?

—¿Qué relicario?

—No digas tonterías, sé que había un relicario en mi cajón, ella lo vio, pero resulta que ya no está.

—No es obra mía, es demasiado aburrido jugar con la mente de las personas, no me serviría de nada volverla loca.

—¡Basta! —Izek se acercó a su hermana—. ¿Qué hacía en mi cajón un relicario con el retrato de Mailene?

—¿Tienes un relicario con el rostro de Mailene? Eso es enfermo, considerando que se parece tanto a Kayla.

—Nimue… —se molestó el hombre.

—Te he dicho que no tengo nada que ver.

—No te creo.

—Ese ya no es mi problema.

—La mandaré lejos.

El silencio le dio la victoria al mayor, siendo capaz de ver como el rostro de su hermana perdía aquella mirada solemne y llena de diversión a una de preocupación e histeria.

—No te la llevarás.

—¿Es una amenaza?

—Te la llevas para alejarla de mí ¿cierto? —Ella se puso de pie con una renovada soltura—. Entonces me iré con ella, la seguiré a donde

vaya.

—Tú te quedas.

—No puedes obligarme y ¿qué podrías hacer si la convenzo de que me lleve? —sonrió—. Sabes que puedo hacerlo.

Izek asintió levemente, siguiéndola con la mirada mientras recorría la habitación a su alrededor.

—Así que estás confesando que tienes algo que ver.

—No. Y no tengo nada que ver con el relicario.

—¿Por qué la drogabas?

—Ya te dije que no he hecho nada.

—Bien, Nimue, puedes creerte muy lista, pero yo sigo siendo la persona bajo la que estás a cargo. —Sonrió triunfal—. Se van mañana, ambos. Mi esposa se queda, pero ustedes dos no.

—¿Qué tiene que ver Sloan? —dijo enojada.

—Ustedes son un paquete, si uno hace algo, el otro lo respalda.

—Somos tu familia.

—No. Ella es mi familia —Izek mantenía la quijada apretada, pero su voz era firme—. Estoy harto de tener que cargar con ustedes.

—¿Ahora resulta que es tu familia?

—Sí, y el hijo que sabes que lleva con ella también.

Los ojos de Nimue brillaron con ilusión y curveó los labios.

—Eres listo hermanito, ¿Así que sabías que no te haría caso con lo de evitar el embarazo?

—Y no sé por qué, pero era obvio que no lo harías si te lo pedía.

—Todo lo que hago, lo hago por nosotros, por ti y Sloan.

Izek entrecerró los ojos y sintió un escalofrío a lo largo de sus brazos, dando aviso a que Nimue estaba decidida a algo y eso jamás era bueno, tendría que hablar con Sloan, él siempre había sido mucho más fácil a comparación de su gemela.

—Aléjate de Kayla, Nimue, hablo en serio.

—Si es tu deseo —se inclinó de hombros—. ¿Cómo saber si la estoy protegiendo o afectando? Pero claro, te gusta pensar lo peor.

—Normalmente funciona.

Izek cerró la puerta de su hermana y se encontró de frente con el hermano mayor de su mujer. La mirada fría y deductiva de Publio lograría poner nerviosas hasta a las piedras, pero no al duque, mucho menos en esos momentos en los que tenía tanto en qué pensar.

—¿Algún problema? —dijo desesperado al notar que el Hamilton permanecía en el mutismo.

—Escuché a mi hermana llorar.

—Está embarazada, supongo que sabe lo difícil que es lidiar con una mujer en ese estado sin que algo las hiera.

—No sabía que estaba embarazada —Publio se sorprendió—. Ella tampoco ha mencionado nada al respecto.

—Es médico, ¿cierto, Hamilton? Estoy seguro que, si la observa más a ella y menos a mí, se dará cuenta que digo la verdad.

—No dudo de su percepción, pero, ¿Por qué no decírselo a ella?

—Supongo que le estoy dejando la prerrogativa de darme la sorpresa, entenderá que el primer hijo es un suceso importante y seguro que ella querrá decírmelo a su manera.

Publio no pudo debatir con ello, sabía que el duque tenía razón. Sin embargo, había algo en él que no terminaba de agradar a los hermanos. Algo escondía y de alguna forma hacía infeliz a Kayla.

—Bien, supongo que tiene razón.

—Sé que no confían en mí, pero hago lo mejor que puedo para proteger a su hermana. —El tono del duque parecía ofendido ante las constantes intromisiones de los hermanos, pero al mismo tiempo, no estaba enojado.

—Eso espero. —Pero Publio no daría su brazo a torcer—. Mi hija está asustada por esas… *hadas* que se encontró.

—Lo estoy solucionando.

—¿Por qué es tan terco? Si permitiera que…

Izek volvió sobre sus pasos y enfrentó a Publio, ambos tenían una mirada felina y agresiva, dispuesta a tirar la primera mordida en cualquier momento. Algunos empleados incluso creyeron escuchar un trueno al momento en el que ambos hombres quedaron de frente.

—No. No quiero que ninguno de ustedes desempeñe un papel lejos del de invitados de esta casa —casi ordenó—. Sé resolver mis problemas, lord Hamilton y jamás he recurrido a nadie.

—Puede que sea más de lo que puede manejar.

—Me tocará descubrirlo.

—Eso no me importa, sino que Kayla quede en medio.

—¿Cree que no sé proteger a mi propia mujer? —Ahora si estaba enojado—. ¿Se cree tan superior?

—Estoy entrenado para ello, usted no.

—¡Claro! —rio cínico—. Y eso hace que todos lo necesitemos.

—Duque, claramente se está desviando, sé que hay roces entre nuestros países, los hubo, más bien dicho. Pero ahora somos familia.

—Ella es mi familia ahora —dijo furioso—. Dejen de meterse.

Publio vio al duque dar media vuelta, marchándose en dirección a la habitación donde sabía que su hermana seguiría llorando, tal y como había escuchado hace unos momentos, cuando pasó por ahí.

—Es engreído el duquecito.

—Está enojado porque se siente acorralado —Publio asintió hacia Terry, quien se mantenía a una distancia prudencial.

—¿Qué harás, oh salvador del mundo?

—No podemos meternos con él, pese a que esté cegado, es un hombre poderoso, con demasiado a su alcance.

—¿Hablas de un ejercito? —Publio asintió. Terry elevó ambas cejas y soltó un silbido divertido—. Vaya, vaya.

—Es un duque de importancia, no debes olvidarlo. Así como tampoco debes olvidar la hostilidad entre nuestros países.

—Eso es pasado.

—Al parecer, no para todos. Supongo que no se lo permiten con esa facilidad a él, tiene que representar a su familia, ha de ser duro.

—Si lo sabremos nosotros —sonrió Terry.

Publio simplemente asintió y miró a su menor, notando que tenía en su mirada la clara señal de que ansiaba meterse en problemas o al menos hacer una jugarreta. Estaba ansioso por molestar al duque, pero como lo había dicho anteriormente, no era una posibilidad, perderían mucho si le declaraban la guerra al duque de Buccleuch.

—Sea lo que sea que estés pensando, elimínalo.

—¿Qué? —el menor se quejó—. ¿Por qué eres tan aburrido?

—Enfoquémonos en los dos menores, los mellizos.

—Agh, son odiosos y escalofriantes

—Y creo que ni siquiera están mostrando su verdadero rostro.

—¿Lo dices por lo que dijo Brina?

—Sí, y lo noto yo mismo —suspiró—. Quiero que Gwyneth y Grace partan cuanto antes a Londres, no las quiero aquí.

—¿Tan peligroso te parece este asunto?

—Algo anda mal —asintió Publio—. Esta casa esconde algo.

—Nunca me han dado miedo los fantasmas y no creo en supersticiones.

—¿Y qué te parece temerles a las personas que pueden convertir a tu hermana en un fantasma? —elevó una ceja y ordenó—: quiero que estés atento.

Capítulo 21

Izek fue directo a la habitación de su esposa, lugar donde pensaba, sería el refugio que tomaría Kayla después de dejarla completamente enojada en la que fuera la habitación del duque. Seguramente estaría dormida y quizá encerrada, claro que entendía que estuviera disgustada con él, pero definitivamente no la dejaría dormir sola, no cuando tantas extrañezas y peligros seguían ocurriendo en el castillo.

Como había dicho al mayor de los Hamilton, era su trabajo protegerla y también al hijo que llevaba dentro de ella. Tomó la manija de la puerta y se quedó momentáneamente paralizado al razonar que estaba esperando a su primer hijo, aquella mujer le daría un hijo. No sabía cómo sentirse ante ello, el nerviosismo y la alegría rivalizaban en el protagónico, aunque definitivamente estaba estresado, jamás pensó en tener un hijo.

Tomó una larga respiración y abrió la puerta, la cual cedió sin ninguna oposición, dándole una agradable sorpresa, quizá ella no estuviera tan enojada como lo pensó. Claro que cuando encendió la luz y no la vio en la cama, su corazón dio un salto traicionero y estuvo a punto de gritarle a Arnold si no fuera porque escuchó un ruido en la habitación contigua.

Al mirar hacia la puerta cerrada que las conectaba, notó la luz por debajo. No podía creerlo, ¿su esposa se había quedado ahí? Algo en aquella reacción de su parte lo hizo sonreír, sin embargo, con Kayla no podía saberse, quizá la luz fuera un incendio que ella provocó.

—¿Kayla?

Izek abrió la puerta, encontrándose con su esposa recostada en la cama, leyendo un libro y sin prestarle gran atención al intruso en la habitación. Ella estaba ahí como si la habitación le perteneciera, como si hubiese vivido ahí toda su vida y a Izek le agradaba.

—¿Qué quiere? —dijo enojada, con voz fría y distante.

—Pensé que tendría que corretearte por los jardines.

—No haría tal cosa, hace frío.

—Sin mencionar que sus hermanos sospecharían.

—Sin mencionar eso —aceptó.

Izek volvió a sonreír y agachó la mirada, mostrándose divertido.

—¿Estás muy enojada?

—No, ¿como cree? Me encuentro feliz, sólo me faltaría que me echara a estas horas para comenzar a bailar.

—Sería demasiado descortés de mi parte.

—¿Usted cree?

—Sí. Sobre todo, porque no tendrías tiempo de llevarte todas las cosas que has comprado en el poco tiempo que llevas aquí.

Kayla bajó el libro y lo miró con aún más enojo al notar que él

sonreía divertido, tal parecía que bromeaba, como si fuera un ambiente pacífico y agradable para conversaciones estúpidas.

—No me parece divertido, señor.

—Sé que no —Izek se acercó a la cama, sentándose del lado en donde ella estaba recostada—. No te irás, fue una tontería pedirlo.

—¿Por qué lo sugeriste entonces?

—Estoy preocupado por ti.

Kayla suspiró.

—¿Sabes? Si cada vez que sientes que algo puede dañarme, me alejas, terminaremos muy mal tu y yo.

—Lo sé. Es una reacción instintiva, normalmente la gente que está a mis alrededores sale lastimada, o peor. Por eso prefiero estar solo y, ahora que no me es posible estar solo, te alejo.

Ella pestañeó un par de veces y se incorporó con cuidado, sentándose en la cama. Miró hacia la mano con la que su esposo se apoyaba en el colchón para hablar con ella y la tomó con delicadeza.

—No tiene que ser así siempre.

—Es así siempre —la miró, regresando la caricia—. Tengo toda la vida sufriéndolo, no sólo porque seas tú, algo cambiará.

—No es porque sea yo, Izek, es porque no lo permitiré y sé que tú tampoco. Quizá no lo hagas por mí, pero sí lo harás por tu hijo, el cual sabes que llevo conmigo. —Izek volvió la mirada hacia otro lado, ignorando los ojos verdes que lo buscaban esperanzados—. Sé que lo sabes Izek, por eso has tenido esa reacción de quererme alejar.

—Están en peligro aquí.

—Somos tu familia, no puedes deshacerte de nosotros.

—Kayla —la tomó de los hombros—. ¿Qué no ves? Están asesinando gente, casi te llevan y ahora esto de los muñecos.

—Lo resolveremos, si me cuentas todo lo haremos.

Izek la soltó y negó repetidamente.

—Lo mejor sería que te fueras con tus hermanos por un tiempo, ellos te protegerán, sé que han descubierto que aquí no estás segura.

—No te dejaré.

—Por favor, Kayla, piensa en tu hijo.

—Nuestro —le tomó el rostro—. Nuestro hijo.

—¡Pero que terca!

—¡Sí! ¡Lo soy!

El hombre se puso en pie y caminó por la habitación.

—¿Qué pasará si te hacen daño? ¿Si se lo hacen al bebé?

—¿Quiénes?

—¡No sé! —dijo desesperado—. Quien sea…

—No. Tienes una sospecha y no me lo estás diciendo.

Izek cerró los ojos y suspiró.

—Mis hermanos pueden ser personas peligrosas.

—¿En qué sentido? ¿Los crees asesinos?

—No quisiera, pero…

—¿Pero?

—Ya una vez hubo un error.

—¿Un error? Izek, por favor, háblame.

—¡Maldición Kayla! —negó y golpeó una mesa haciendo caer el florero que descansaba en el lugar, despedazándose contra el suelo.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —Kayla se puso en pie.

—No vengas —pidió el hombre, levantando una mano—. Estás descalza, te cortarás. Vuelve a la cama.

Ella se detuvo, pero aún se veía con intensiones de ir hacia él, así que Izek se acercó y le tomó los hombros, volviéndola a sentar.

—Mira Kayla, te lo contaré, pero prométeme que no harás nada o dirás nada y no se lo puedes decir a nadie.

—No, no. No lo haré.

—Esto es entre mi familia ¿Vale? —Izek cerró los ojos—. Entre mis hermanos y yo, más bien.

—¿Qué sucede Izek?

—La chica del relicario —comenzó—. Esa chica parecida a ti, se llamaba Mailene y yo estaba enamorado de ella.

Los ojos de Kayla se abrieron en sorpresa.

—Creí que dijiste que nunca te habías enamorado.

—Mentí. Aunque fue hace tanto, que ni siquiera recuerdo qué era lo que sentía. —Admitió.

Kayla asintió un tanto desajustada y dolida. Eso quería decir que en verdad amó a alguien, a alguien muy parecido físicamente a ella pero que jamás sería ella. Las nauseas se asentaron en su estómago y poco le faltó para meter la cara a un palanganero.

—Estás pálida, ¿Te encuentras bien?

—Quiero vomitar —admitió.

—Llamaré a tu hermano.

—No. —Le tomó la mano—. No, no tiene nada que ver con el bebé… tan sólo me siento extraña de saber que me parezco a ella.

—Pasó hace mucho Kayla, ni siquiera lo recuerdo, era tan sólo un niño cuando sucedió todo.

—Pero la mujer en el relicario parece de mi edad.

—Ella era mayor que yo —asintió—. Aunque dudo que tuviera tu edad, seguramente era más joven.

—¡No vi mal! Ella era idéntica a mí.

—¿Me dejarás hablar?

Kayla agachó la cabeza y se llevó una mano hacia su vientre, tocándolo con delicadeza al sentir más malestares. ¿Estaba lista para escucharlo? Ahora que él se veía tan realizado a hablar, ella no estaba del todo segura de poderlo escuchar. Cerró los ojos con fuerza. Sería

un misterio menos del cual pensar, era lo que quería, que se abriera, ¿por qué le resultaba tan difícil oírlo hablar de un amor del pasado?

Los verdosos ojos se abrieron con impresión cuando repentinamente sintió la cálida y reconfortante caricia que la mano de su marido comenzaba hacer sobre la que ella mantenía en su vientre. Se enfocó en la mirada oscura de su esposo y se acercó hasta quedar muy cerca de sus ojos, verificando el color que tenían.

—Ella fue quien te dijo que no eran negros, ¿cierto?

—Sí. —Izek recorrió el rostro cercano con la mirada—. Aunque ella no necesitó acercarse tanto para verificarlo.

—¿Seguro? Algo me dice que eran muy cercanos. —Ella miró insinuantemente hacia los labios de su marido, incitando a que la besara al delinear sus delicadas comisuras con su lengua.

—¿Tratas de seducirme, Kayla? —se acercó Izek, provocando que su aliento cálido le erizara la piel.

—Sí. Quizá un poco.

—¿Por qué? —Izek la tomó de cintura y la hizo dar un brinco sobre la cama para que se acercara—. Pensé que querías hablar.

—Ahora que sé que hablaremos, quisiera primero que te recordaras y me recordaras que no soy ella y que estás bien con ello.

Izek frenó el acercamiento hacia los labios de su esposa y la recorrió con una mirada divertida, pensando que bromeaba.

—No puedes estar hablando en serio —dijo casi en una risotada.

—Hablo en serio.

—¿Celosa de un recuerdo? ¿De un fantasma?

—Es horrible lo que me está pasando —sinceró—. ¿Qué sentirías si te enteraras que eres el remplazo de alguien más? Que fuiste seleccionada para satisfacer una perdida.

—Yo no te elegí Kayla, llegaste a mí y te acepté.

—No dejo de ser elegida por alguien, por tus hermanos o…

—¿Te soy sincero? —Elevó ambas cejas al ver su desencanto por la situación—. Para mí, ustedes no se parecen en nada.

—Estarás ciego entonces.

—No. Lo que pasa es que son diferentes personalidades y espero que se te grabe en la cabeza, eso fue hace mucho tiempo, yo era un niño, ni siquiera la recuerdo nítidamente.

—¿Quieres decir que no pensaste en ella cuando me viste la primera vez? —preguntó incrédula.

—Quizá fue una fuerte primera impresión, pero eso no quiere decir que me la recuerdes ahora. Te lo digo, son diferentes.

—Yo soy diferente mejor, ¿Verdad?

Izek dejó salir una profunda y varonil carcajada y asintió.

—Sí, mucho mejor. Eres más mujer —la hizo sentarse sobre su regazo y abrazarse a él—. Más sinvergüenza, loca y más mía.

—¡Oye!

Izek la besó con cariño.

—Entonces, ¿Quieres que intimemos y después te cuente todo?

—Sí. Eso quiero.

—¿No te quedarás dormida después?

—No, en serio quiero saberlo todo.

—¿Qué hay del bebé? ¿Estará bien?

—No creo que haya problema, sé de muchos casados que tienen relaciones pese a que estén esperando, créeme, tengo muchos familiares.

—Te creo y no seas minuciosa al contarme de esas experiencias.

Ella rio dulcemente, enredó sus brazos alrededor del cuello de su marido y lo besó con desesperación; Izek lo aceptó, pero ralentizó la caricia y la introdujo a la seducción de la lentitud, acostándola en la cama con suaves movimientos, dejándola desnuda y suya, muy suya.

Después de lo que parecieron largas horas en los brazos del otro, todo el calor y la excitación habían pasado y ella seguía sin sentirse del todo segura de querer escuchar lo que él tenía por decir; pero lo sabía necesario, así que se acercó y se abrazó a su cuerpo, descansando la cabeza en su hombro y acariciando suavemente su pecho con sus dedos, simulando que pintaba a lo largo de su torso.

—Estoy lista —susurró ella, sintiendo como el duque la abrazaba también y acariciaba su espalda—. Puedes contármelo todo.

Capítulo 22

Izek se puso de pie y colocó algo de ropa sobre su cuerpo, consideraba que era una forma más adecuada de hablar de un tema delicado y parecía ser un pensamiento que su esposa apoyaba, puesto que ella misma buscaba su camisón y se lo colocó aprisa cuando lo encontró, volviendo a la cama y sentándose con las piernas cruzadas, atenta al momento en el que su marido comenzara la historia.

El duque clavó su oscura mirada en la presencia hermosa de su mujer. Sus ojos verdes bailaban con curiosidad y también con la normal alegría silenciosa y brillante que guarda toda mujer embarazada. Sus mejillas seguían enrojecidas por la actividad que antes habían realizado, pero el resto de su piel permanecía blanca e imputable bajo la luz. Su cabello, bastante corto, acariciaba suavemente sus hombros, recordándole a Izek lo terriblemente tentador que le resultaba acariciarlo y lo satisfactorio que era que este no le cubriera el cuerpo cuando se encontraba desnuda.

—¿Izek?

El nombrado pestañeó un par de veces y asintió, tomando asiento en la cama, recostando la espalda sobre la cabecera y provocando que ella se girara completamente hacía él. Continuaba con las piernas cruzadas y la expresión expectante, pero algo en ella denotaba nerviosismo que él trató de desvanecer al tomarle la mano y colocarla sobre su pecho.

—No sé como comenzar.

—¿Quién era ella?

—Mailene. La conocí cuando yo tenía trece y ella diecisiete.

—¿Y ella… te gustaba mucho?

Izek elevó la mirada hacia el techo, tratando de traer el recuerdo de lo que era Mailene, de su sonrisa, de su manera de hablar, caminar y coquetear. Porque esa mujer tenía por instinto el seducir. Era hermosa, lista y encantadora, pero un recuerdo difuso en una mente que trató de suprimirla en todo lo que le fuera posible.

—Digamos que fue la primera vez que me gustó una mujer. —Aceptó con un asentimiento de cabeza—. Antes de ella yo seguía pensando que las mujeres eran una molestia, sobre todo porque tenía a Nimue pegada a mí como una sanguijuela.

—Ella… ¿trabajaba aquí?

—No. Pero solía venir seguido al castillo, le enseñaba a pintar a Nimue. —Explicó y se mordió los labios—. Los mellizos la veían como una figura materna, pese a que era joven, Mailene era paciente y entregada para con mis hermanos, los quería y los cuidaba bien. De alguna manera, eso me atrajo a mí también.

» Pese a que yo era un chiquillo comparado con ella, mi padre me

obligó a crecer rápidamente, para ese momento, comprendía bastante bien que mi madre había muerto y que mi padre estaba en el borde de la desesperación por ello.

—Debió amarla muchísimo.

Izek asintió.

—Es uno de los grandes errores de los Buccleuch, suelen enamorarse tan perdidamente, que pierden la razón por ello. Tenemos mala suerte con las mujeres, si no mueren, no los aman, en cualquier caso, eso ocasiona locura y desesperación que lleva a cometer acciones alocadas.

—¿De ahí las leyendas de las mujeres muertas? —entendió Kayla, sintiendo un escalofrío por su posible destino.

Aunque pensándolo mejor, Izek hablaba de amor y él no la amaba a ella. De hecho, a lo que comprendía, como duque de Buccleuch ya había sufrido de la maldición de su familia, porque era obvio que amaba a Mailene y esta ya había muerto, afectándolo y haciéndolo recurrir a una vida solitaria a partir de ella.

—Sí. Las mujeres de mis antepasados o morían, o se suicidaban, o preferían irse con amantes —dijo divertido—. Es una gran herencia la que han dejado sobre mis hombros. —La miró directo a los ojos—. Sin embargo, Mailene murió sin ser siquiera mi esposa.

—Pero… —Kayla bajó la mirada—. Era tu mujer, ¿cierto Izek? No creo que sólo fuera una amiga, has mencionado que tu padre te obligó a crecer porque quieres decirme que ustedes eran más que sólo amigos.

Izek se quedó callado por un momento y apartó la vista de la penetrante mirada de su esposa. Kayla podía ser amenazadora cuando quería, sus ojos eran heladas balas que atravesaban el alma.

—Mi padre me orilló a hacerme “hombre” con ella —explicó.

—¿Cómo? —frunció el ceño—. ¿Obligó? ¿Cómo se podría obligar a alguien a hacerse…? —la joven se cubrió la boca cuando entendió—. ¿Cómo consiguió que ella lo aceptara?

—No lo sé, pero al parecer no era algo que le afectara sobremanera, ni tampoco era la primera vez que ella lo hacía. Claro que para un muchacho lo significó todo, me volví loco por ella y claro que Mailene lo permitía.

El corazón de Kayla se retorció en su interior y se vio en la necesidad de apartar la mirada, no sólo se sintió extrañada ante la aparente entrega desinteresada de la jovencita, sino que también la sobrecogió la forma en la que un padre provocaba que un chiquillo se hiciera hombre. No dudaba que no fuera la única familia que iniciaba a sus varones de esa manera, pero algo le decía que Izek no estaba preparado para una relación del estilo, lo notaba por la forma en la que él hablaba de su enamoramiento.

No decía que la adoraba, sino que decía que lo volvió loco, como a sus antepasados, el amor era sinónimo de pérdida de consciencia y era claro que no era un aspecto que a Izek le agradara de su personalidad, de hecho, todo lo contrario. Era la razón por la cual, cuando perdió a Mailene, su gran amor, entonces se cerró a ello y se alejó de todo lo que involucrara directamente a su corazón.

—Debiste… quererla mucho.

—¿Quererla? —Izek rio cínicamente y apretó sus manos en puños, seguramente lastimándose—. ¡Hacía lo que ella quería! Era prácticamente un peón en su juego, estaba dispuesto a dejar todo por ella, a darle el ducado, las joyas de mi madre y hasta mi vida.

—Eso es amor, no deberías enojarte.

—El amor no debería orillarte a que pierdas la cabeza por agradar a la pareja, debería ayudar a encontrarte, hacerte fuerte, no destruirte.

—Ya no entiendo, ¿La odias o la amas?

—No veo la diferencia. Ambas, creo.

—Son sumamente diferentes —negó la joven.

—¿En serio? —Izek elevó una ceja—. En ambos sentimientos sufres, te duele, te confunde y te hace cometer estupideces.

Kayla bajó la mirada, enfocándose en sus manos que se aferraban con fuerza al camisón sobre sus piernas.

—¿Qué fue lo que le pasó?

—Me hice cercano a ella, como supusiste, pero eso quería decir sólo una cosa —Kayla frunció el ceño—. El que estuviéramos juntos todo el tiempo, provocaba que alguien estuviera solo.

—Los mellizos —comprendió la joven.

—Sí. Mis hermanos estaban acostumbrados a tener la atención, pero de pronto ya no eran el centro de atención.

—Pero… ¿Entonces? ¿Qué pasó?

—Al principio no eran más que tonterías, solían jugarnos bromas, nos hacían enojar todo el tiempo, incluso nos parecía divertido, pero un día, Nimue y Sloan me hicieron levantarme en medio de la madrugada. —Kayla notó el trabajo que le costaba recordar aquello—. Estaba enojado debido a que sabían perfectamente que una de las cosas que me molesta es despertarme cuando no es mi hora, pero ellos insistieron.

» Me llevaron a la habitación de mi padre, ya mucho antes de llegar comprendí que estaba con alguna de sus mujerzuelas, por lo que quise llevarme a mis hermanos de ahí. La muerte de mamá fue algo que siempre los afectó y saber que mi padre necesitaba de la atención de otras mujeres no les agradaría. Pero ellos insistieron. Los dejé guiarme y cuando abrieron un poco la puerta para dejarme ver, el verdadero infierno estuvo dentro de mí.

Kayla mordió sus labios, mostrando que estaba nerviosa y

arrancando un pedazo de piel muerta sin resentimiento, provocando que sangre brotara de su labio.

—Tu padre estaba con Mailene, ¿verdad?

—Sí. —Cerró los ojos—. En un inicio pensé que se trataba de algo obligado, que la forzó; pero los gemelos aseguraban haberla visto ahí en varias ocasiones. Claro que ellos no sabían lo que estaban haciendo, simplemente pensaban que me traicionaban.

—¿Qué hiciste? —preguntó en un susurro, casi como si no quisiera saberlo—. ¿Los enfrentaste?

—A ella sí —negó con una sonrisa lastimera—, ni siquiera se preocupó por mostrarse apenada, es más, estaba satisfecha. Parecía ser que sabía sacar ventaja de cada uno de nosotros, pero claro, mi padre era en ese entonces mucho más remunerativo de lo que era yo.

—¿Q-Que fue lo que hiciste?

—Me marché a casa de mis tíos.

—¿Dejaste a los gemelos? —se sorprendió la mujer.

—Sí. Dejé todo, no quería saber de nada ni de nadie, simplemente estaba muerto de coraje, de resentimiento. Comprendí que ella aceptó estar conmigo para complacer al duque al cual servía, mi padre sólo tenia que apuntar con un dedo y las cosas se hacían.

—¿Por qué volviste?

—Hubo un problema. —Suspiró—. Me mandaron llamar de urgencia, habían pasado dos años, tendría quince para entonces.

—¿Qué problema?

—Los gemelos. Parece ser que en otra de sus jugarretas ellos… —apretó los labios y miró a su esposa—. Lo hicieron por mí, sé que me adoran Kayla, no podía dejarlos ir a prisión, eran niños.

—¿Qué fue lo que hicieron?

—No es lo importante.

—¿La mataron?

—Fue un accidente.

—Por Dios —la joven se tocó el pecho y lo miró con miedo—. ¿Qué hago yo aquí? S-Si la odiaban, ¿por qué…?

—Cuando me enteré y la vi… me desmoroné. Pese a que me había ido, pese a que la odiaba, cuando entendí que no la volvería a ver —negó—, jamás he llorado tanto en mi vida, por un momento sentí como si yo hubiera muerto con ella, ni siquiera la muerte de mi madre o el deterioro de mi padre fue tan dolorosa. Me perdí.

Kayla volvió a sentir un fuerte dolor en el pecho, pero a esas alturas aprendió a hacer a un lado el sentimiento y enfocarse en lo verdaderamente importante: la conversación.

—Se sintieron culpables —asintió la joven—. ¿Soy la compensación?

—Creo que es lo que intentaron, a partir de ese error, yo jamás

pude volver a verlos como siempre, les tenía recelo a pesar de que me hice cargo de ellos. —Suspiró—. Cuando murió padre, regresé y estuve presente. Ellos seguían comportándose como cuando niños, buscando mi atención de las formas en las que se les ocurría, aunque jamás pensé que me buscarían una esposa.

—No. Te buscaron una Mailene —dijo horrorizada—. Debió costarles muchísimo trabajo.

—No creo que lo hicieran por mí.

—¿A qué te refieres?

—Ellos también la amaban, de eso no tengas dudas, el que tuviera el accidente los traumatizó, por eso te adoraron desde un inicio.

—¿También soy un sustituto para ellos?

—Pero no funcionas muy bien, como te dije, eres diferente a Mailene, por mucho que puedas parecerte en el físico, eres completamente diferente en todo lo demás —Izek sonrió—. Razón por la cual molestas tanto a la señora Campbell.

—¿La señora Campbell? —Kayla levantó la mirada.

—Era la tía de Mailene, ¿no te lo dije?

—No. Olvidaste ese detalle. —Kayla rodó los ojos.

Ahora comprendía por qué la señora Campbell la seguía y la quería instruir en cada cosa que hacía. Se peleaba con ella como si se tratara de una igual, ¿Qué dice igual? Una superior, la confundía con su sobrina, quizá fuera otra de las personas que quisiera que fuera Mailene y no Kayla.

Cerró los ojos con fuerza. Era demasiado qué procesar, tenía sentimientos encontrados y podía imaginarse la índole del accidente entre Mailene y los gemelos, aunque no podía entender cómo alguien podía llegar al extremo de matar, si es que se le amaba. Era obvio que estaban resentidos porque ocasionó que Izek se fuera, sin embargo, era duro pensar en dos niños siendo capaces de asesinar.

El corazón de Kayla dio un brinco y pensó que, si ya habían matado una vez, seguro no les sería difícil matar otra vez, ¿Cierto? Quizá los gemelos tuvieran que ver con los asesinatos de las mujeres, ¿serían ellos?

—¿Kayla? —la voz de Izek se escuchaba tan lejos en esos momentos, que ella simplemente no podía ponerle atención—. ¿Estás bien…? ¿Kayla?

Instintivamente se llevó una mano al vientre, ¿Cuál era el plan al traerla ahí? ¿Sería sólo regresarle a su hermano algo que le robaron? ¿Regresárselos a ellos mismos? ¿A la señora Campbell? ¿Qué era lo que querían de ella? Y ahora que estaba en cinta, ¿Qué podía esperar? Quizá Izek tuviera razón y lo mejor fuera que se marchara junto con sus hermanos. Bajo la protección de su padre, nadie podría dañarla.

—Izek… —La voz de Kayla parecía ahogada en un millón de

pensamientos—. ¿Qué quieren de mí?

—No lo sé —aceptó—. Pero no permitiré que te hagan daño —la abrazó con fuerza—. Haré lo necesario para que todos estén bien.

—Quizá… —apretó los labios—. Quizá si me acercara a ellos…

—No.

—Pero Izek, dices que lo que ellos buscan es amor ¿no?

—No sé qué demonios busquen esos dos, pero tú no se los darás.

—¿Tienes miedo de que vuelva a pasar?

Izek suspiró.

—Dudo que su intensión sea matarte Kayla, de ser su objetivo, no habrían esperado tanto tiempo. Es algo más.

—¿Qué más puede ser? Quizá sólo buscan tener una familia.

—No, no pienses bien con esos dos.

—¿Tengo que pensar siempre mal?

—Me ha funcionado hasta ahora, Nimue y Sloan son peligrosos, inteligentes y calculadores, no hay que jugar con ellos. Pensé en alejarlos, pero los prefiero vigilados.

Kayla volvió a su mal habito de morderse los labios. Lograba sentir la sangre que brotaba de ellos, pero pese al pequeño dolor auto infringido, era incapaz de detenerse.

—Cuando caí en las catacumbas, todo ese fuego… ¿Qué fue lo que investigaste?

—Era una entrada por la cual tenían acceso al castillo, tenías razón. Desde entonces no hemos tenido cuerpos dentro, pero sí que los recibimos por los alrededores.

—¿Más muertos?

—Dos más. —Aceptó con una cara llena de asco por la persona que se atrevía a tales atrocidades—. Están enterrados, pero los rumores en el pueblo arrecian. Pareciera que tenemos al director del periódico en la casa, sabe absolutamente todo lo que sucede.

—Quizá no al director, pero si a un delator.

—Tampoco es como si pudiera esconderlo.

—Izek… ¿Quieres que me marche? —lo miró con miedo—. ¿Te sentirías más tranquilo si me fuera?

—Sí. —Aceptó—. Pero no puedes irte.

—¿Qué? ¿Hace un rato no me dijiste que me marchara?

—Nimue amenazó con seguirte.

Kayla sintió un abrumador nerviosismo que se instaló en su vientre y jamás se marchó. Era un aviso de momentos de incertidumbre en el futuro.

—¿La crees capaz?

—Claro que sí. La creo capaz de todo, no necesita de mí, dispone de su herencia por mandato de mi padre y Sloan también tiene dinero.

—Creo que vomitaré en esta ocasión.

Izek caminó hacia el palanganero y se lo acercó a su esposa, pese a que no vomitó, era mejor que tuviera cerca el artefacto de porcelana por si las dudas. Sabía que sería pesado que recibiera toda esa información, sobre todo por su estado, pero ahora que los gemelos estaban siendo cada vez más descarados, era importante mantenerla sobre aviso, al menos de esa forma no se pondría en peligro.

El duque miró a su esposa, era entendible que estuviera perturbada por la información, pero ella la había pedido, era mejor que lo supiera. Se acercó a ella y la abrazó, tratando de consolarla mientras temblaba sin decir palabra alguna, no dijo nada más, no elaboró un juicio de la situación, simplemente parecía tener miedo, uno que él mismo compartía.

—No fue un momento muy emotivo lo del bebé, ¿verdad?

—Es verdad —sonrió el duque, presionando un beso en el hombro de su esposa—. Me hace feliz Kayla, en serio.

—Pensé que no quería hijos.

—Quizá, pero ahora que vienen en camino, me hace feliz.

Kayla no dijo nada más, se despegó de él y fue a recostarse, cubriéndose con las mantas y cerrando los ojos sin esperar a que su esposo la siguiera. Sin embargo, lo hizo, e incluso la abrazó.

Capítulo 23

Izek despertó cuando el sol daba sus primeros toques sobre la tierra. De alguna manera se sentía revitalizado, era como tener un peso menos sobre sus hombros, aunque era consciente de que, al mismo tiempo, lo había depositado uno sobre los de su mujer… su mujer embarazada.

Giró la cabeza para encontrarse con el rostro relajado de Kayla, quien dormía de costado, con el rostro hacía él y ambas manos bajo su mejilla. Era preciosa, de eso no había duda, pero el haberse casado con él sería su gran error, no podía encontrar una condena peor que estar ligado a los Buccleuch, mucho menos llevar un hijo de ellos, el cual saldría con toda seguridad con aquel cabello negro, ojos oscuros y piel pálida como la de un muerto en vida.

Otro heredero para esa casa clasificada como el mismo infierno en vida y eso si se decía que era varón, de ser mujer, no significaría nada, porque a los Buccleuch no les importaban las féminas que pudieran nacer, mucho menos si eran primogénitas, ahí se esperaba con ansia al hombre que llevaría a la familia y, si después llegaban mujeres, era sólo para formar alianzas, solían ser dadas como moneda de cambio y llevaban una vida terrible.

De hecho, Nimue sería la primera mujer de su estirpe en no haber sido forzada a un matrimonio por conveniencia, no sólo porque su hermano no quisiera un destino tan cruel para ella, sino porque la joven se encargó de no ser atractiva para la mirada varonil.

Kayla mostró símbolos de despertar todavía media hora más tarde, abriendo sus ojos con pesadez, aun capturada a momentos por el sueño, pero cada vez siendo más consciente y acercándose hasta colocarle una mano sobre el pecho a su marido.

—¿Cómo te encuentras? —Izek tomó la mano que dejó sobre él.

—Bien —suspiró, aún con los ojos cerrados—. Cansada.

—Era de esperarse —pasó un brazo por debajo del cuerpo de su esposa y la jaló hasta colocarla sobre él—. Descansa un poco más.

—Me parece encantador este lado tuyo —bromeó, acomodándose sobre él—, parece que ser padre te ha cambiado.

—No lo creas, puedo volver en cualquier momento.

—Lo sé. Trataré de tener tu lado paternal por mucho tiempo.

Permanecieron de esa forma por un largo momento, tratando de estar cerca el uno del otro después de una plática que pudiera ser la piedra que hiciera el muro para separarlos. Sin embargo, Kayla se sentía de alguna forma más cercana a Izek; mientras el duque podía asegurar que estaba tranquilo por primera vez al estar junto a ella.

Kayla estaba a punto de caer dormida de nuevo, cuando de pronto, unos toques en la puerta la hicieron levantar la cabeza del cuerpo de

su marido y sentarse correctamente en su lado de la cama; Izek la miró divertido y dio la aceptación para que la persona pasara. No era normal que los interrumpieran cuando estaban juntos, mucho menos por la mañana. No recordaba alguna vez en la que alguien se atreviera a hacerlo.

Sin embargo, la señora Campbell entró con caminar resuelto después de que alguien le ayudara a abrir la puerta, trayendo consigo una bandeja con dos tazas de té y unas magdalenas recién hechas.

—Buenos días, mis señores. —Sonrió la mujer—. Traje esto para que la señora lo coma antes de bajar al comedor, ayudará para que, si tiene que vomitar algo, sea esto y no el desayuno.

Kayla se mostró claramente impresionada ante esas palabras, apenas ayer le había revelado a su esposo sobre su embarazo, ¿cómo era posible que la señora Campbell lo supiera? La joven frunció el ceño y miró a su marido con nerviosismo, notando que él también estaba extrañado.

—¿Quién se lo dijo? —preguntó Izek, ayudando a su ama de llaves a colocar la bandeja sobre las piernas de su esposa.

—Oh, toda la casa lo sabe ahora, señor —sonrió la mujer—. La señorita Nimue está en verdad entusiasmada con la idea.

—¿Y ella como…? —Kayla se sintió enferma de un momento a otro, tuvo la necesidad de cubrirse los labios y apartar la bandeja en sus piernas, corriendo hacia el palanganero más cercano, el cual había sido cambiado a tiempo para que ella volviera a ensuciarlo.

Izek suspiró, dando una mirada a la señora Campbell para que saliera de la habitación mientras él caminaba hacia su esposa, ayudándola con el cabello y reconfortándola mientras vomitaba.

—¡Dios! —se quejó, limpiando sus labios con el dorso de su mano —. Odio esto con toda el alma.

—¿Mejor? —Ella asintió, cubriendo sus ojos con una mano—. Vamos, necesitas descansar, quizá el té te asiente el estómago.

Kayla permitió que su marido la tomara en brazos y la llevara de regreso a la cama. Estaba claro que no habían sido nauseas por el bebé, sino por una impresión fuerte.

—Izek —se aferró a su camisa cuando ambos estaban de regreso en la cama—. ¿Tú le dijiste?

—Sí. —La tranquilizó—. Mientras nos peleábamos lo dije.

—Oh… por un segundo sentí que mi corazón se paralizaba. —Ella frunció el ceño y lo miró—. ¿Por qué te peleabas con ella?

—Los muñecos —dijo sin más, pasándole la taza de té—. Estoy seguro que ella sabe de donde provienen.

—¿Crees?

—Nimue tiene muchas habilidades, Kayla, muchas que no me gustan y sabe muchas cosas, quizá demasiadas.

—¿Por qué permitiría que algo me pasara? Ellos me trajeron aquí, dijiste que por eso me aprecian, porque me parezco a ella.

—No lo sé. En realidad, no creo que quieran que nada te pase, mucho menos ahora que estás esperando.

—¿Qué tiene que ver el bebé?

—Quiero pensar que no pueden ser tan despiadados.

—¿No dijiste que no confiara en ellos?

—Sí. Aunque quisiera que trataras de vivir tu vida normal.

—Claro, normal en medio de la anormalidad.

Izek dejó escapar una risilla.

—Comenzando por cambiarte y bajar a desayunar —la miró—. ¿Te encuentras mejor ahora?

Como toda respuesta, Kayla se puso en pie y caminó hacia la habitación del baño, donde seguramente ya la estaría esperando una tina caliente. Izek, por su parte, tendría que esperar a que su turno llegara. Se dio el tiempo de recostarse en la cama, suspirando tranquilo mientras escuchaba el chapotear de la bañera.

—¿Mi señor?

El hombre levantó la cabeza y marcó su extrañeza en su rostro.

—¿Qué sucede señora Campbell?

—Pensé que la señora se encontraría en la recámara todavía.

—Está tomando un baño —apuntó con la mirada hacia la puerta por donde su esposa había desaparecido hacía más de quince minutos. Pero al ver que la señora Campbell se dirigía ahí con resuelto caminar, se vio en la necesidad de incorporarse en sus codos y detenerla—. Prefiero que nadie la moleste, no se ha sentido bien.

—No me diga que siguió devolviendo por más tiempo.

—Está mejor. —Entrecerró los ojos al ver la preocupación marcada en el rostro de la mujer—. ¿A qué se debe su cambio de actitud hacia ella?

—Mi lord, la dama lleva al heredero del ducado.

—¿Y con eso ya cambia su posición en su favoritismo?

—Esperemos que traiga al mundo un varón, por supuesto. —asintió, recuperando su actuar malicioso.

—Aunque fuera mujer, no dejaría de ser mi hija.

—Pero como sabrá, mi lord, una mujer no vale lo mismo que un varón. Por una razón está estipulado de esa manera, sólo un hombre puede heredar propiedades y dirigir esta familia.

—Señora Campbell, será mejor que no presione a mi mujer con esas tonterías, quiero que lleve un embarazo tranquilo.

—Por supuesto, mi lord, haré todo lo posible para que así sea.

Izek hubiera querido decirle que era mejor que no tomara manos en el asunto. Sin embargo, se vio en la necesidad de callar cuando la puerta del baño cedió, dando paso a una sonriente Kayla, quien

rápidamente cambió su actitud al ver a la señora Campbell.

—¿Sucede algo?

—No. —Izek despidió al ama de llaves con la mirada—. Vamos, arréglate. Iré a tomar una ducha.

Kayla asintió, pero notó como la señora Campbell no hacía caso del mandato silencioso de Izek y permanecía en la habitación. Ella trató de ignorarla, supuso que se iría pronto al faltar un Buccleuch en la habitación, pero la mujer permaneció, mirándola extrañamente mientras ella trataba de vestirse ante su atenta mirada.

—¿Se le ofrecía algo, señora Campbell?

—Sólo felicitarte, niña —la mujer abrió sus brazos y de pronto la tenía presa entre sus grandes senos—. ¡Es una excelente noticia!

—¡Ah! Señora Campbell —trató de que su bata no se desacomodara ante los movimientos alegres—. Se lo agradezco.

—El duque está feliz, puedo notarlo, la casa entera lo está.

—Es un poco pronto para festejar. —Se sentía nerviosa, ella sabía perfectamente que los primeros meses del embarazo eran cruciales, era fácil perder niños, sobre todo en sus condiciones actuales—. Me gustaría que no se hablara del tema hasta que hayan pasado unos meses.

—¡Tonterías, niña, tonterías! —quitó importancia la mujer—. Te puedo asegurar que no he presenciado pérdidas de niños de los Buccleuch, los niños se aferran con fuerza cuando se trata de ellos.

—Oh, claro —se sonrojó, esperando a que se fuera.

—¿Desea que la ayude a cambiarse?

—No es necesario, puedo hacerlo por mí misma.

—Entiendo, por ahora lo permitiré, estará en sus primeros meses y se siente muy fuerte, ya verá cuando el embarazo avance. Por el momento, ¿qué se le antoja para desayunar?

—Eh… lo que sea estará bien.

—¿Segura? ¿No tiene más náuseas?

—No. Me encuentro perfecta.

—Le dije que le serviría el té y las magdalenas —dijo alegre, caminando hacia la puerta—. Como sea, ordenaré una buena ración de huevos fritos y tocino. Algo de leche y… ¿Tostadas?

—Sí, me parece bien.

La mujer siguió balbuceando locuras sobre bebés y embarazo hasta que la puerta se cerró. Kayla sentía que era la conversación más extraña en la que ambas hubiesen estado presentes, la señora Campbell ni siquiera la había insultado una vez. Era raro.

—¿Qué ocurre? —Kayla dio un gritito y brincó hacia un lado al escuchar la voz de Izek a sus espaldas. Ni siquiera lo había escuchado salir del baño. Él sonrió divertido—. ¿Qué pasa?

—La señora Campbell se comporta extraña.

—¿Te dijo algo que te molestó? —su cara cambió al enojo.

—No, no —ella meneó las manos frente a su esposo—. De hecho, creo que está feliz… se ve muy emocionada con lo del bebé.

—Sí, también me lo hizo saber. —Pronunció con amargura.

Ella lo miró insegura.

—¿Es que te molesta el bebé?

—¿Qué? —la miró con una sonrisa—. ¿Por qué dices eso?

—No sé, dijiste eso como… no sé.

—No tengo nada contra mi hijo Kayla, no soy un monstruo.

—¿Entonces por qué le ha molestado lo que dije?

—Porque advertí a la señora Campbell que no te molestara.

Entrecerró los ojos, mostrándose recelosa ante las palabras, el que no se quejara del nacimiento no quería decir que estuviera feliz.

Izek suspiró.

—¿Qué quieres de mí, Kayla?

—Nada.

Ella se volvió hacia la puerta que conducía a su habitación, al final de cuentas, seguía estando en bata y era necesario cambiarse aprisa, tenían visitas y el desayuno era servido en una hora.

Izek suspiró con cansancio, tal parecía que era incapaz de complacer a su mujer. No podía fingir que sentía un cierto desapego hacia el bebé, en primera instancia porque no era perceptible para él, aquello era sólo una condición en la cual estaría su esposa. Quizá cuando lo tuviera en sus brazos, podría sentir la emoción y el cariño que parecía sentir Kayla en esos momentos.

Se apuró a cambiarse para alcanzar a su esposa en su habitación, aún a mitad de su peinado. Se sentó en uno de los sofás estampados de la sala acondicionada en la recámara de su mujer, mirando como ella misma se peinaba con habilidad, mientras le lanzaba furtivas miradas inquietas.

El duque atrapaba de cuando en cuando aquellos insistentes iris verdosos que parecían querer descubrir algo en él, pero en cuanto Kayla se percataba de que la observaba de regreso, se enfocaba en otra cosa.

—¿Vas a decirme algo de una vez por todas, o seguiremos intercambiando miradas furtivas a través de tu espejo?

—Yo no te estoy mirando.

—Por favor Kayla… —se quejó el duque.

—¡Tía Kayla! —gritaron desde el otro lado de la puerta—. ¡Tía Kayla! ¿Cuánto más vas a tardar? ¡Quiero ir a montar un poni!

La joven mujer regresó una mirada hacia su marido y suspiró.

—¿Tiene algún poni?

—Por supuesto que no —frunció el ceño.

—Era de esperarse —Kayla se puso en pie, pero antes de abrir la

puerta a su sobrina, se detuvo en seco y regresó a Izek una mirada cargada de frustración—. No se me da bien montar.

—Lo sé.

—No puedo llevar a Brina a montar.

—¿Estabas pensando hacerlo? —juntó las cejas sorprendido—. Estás embarazada, no puedes montar.

—¿No?

—No, es peligroso, podrías perderlo.

Kayla se llevó una mano hacia el vientre plano y se inquietó. No pensó que afectaría al bebé algo como aquello, pero Izek parecía decirlo como si se tratara de una regla elemental y conocida por todos. De todas formas, preguntaría a su hermano sobre ello.

—Le preguntaré a Publio.

—Pregúntale —dijo molesto—. Te dirá lo mismo.

Kayla abrió la puerta, mostrando la carita impaciente de su sobrina, quien con brazos cruzados y un pie moviéndose contra el suelo daba a entender que no estaba acostumbrada a esperar por que se cumplieran sus caprichos. Aunque dudaba que, si Publio decía que no a algo, la niña pudiera ponerse de esa forma, seguro que su hermano la mandaba a volar en dos segundos.

—¿Por qué tardaste tanto, tía? —la tomó de la mano, pero al ver la presencia que salía justo detrás de Kayla, la niña enmudeció de pronto —. ¿Por qué está él en tu habitación?

Izek elevó una ceja y miró a su esposa con diversión.

—No lo sé —concordó—. ¿Por qué estaba en mi habitación?

El duque comprendió que Kayla seguía enojada por su falta de entusiasmo hacia el nuevo integrante de su familia. Izek negó con una sonrisa y se acercó sedantemente al oído de su mujer.

—No juegues con fuego mujer —le besó la mejilla y se adelantó, acariciando la cabeza de la niña al pasar de largo.

Brina lo miró con desagrado y se volvió de nuevo hacia su tía.

—¿Por qué estaba en tu habitación?

—Porque él es mi esposo Brina, así como tu mamá y tu papá están juntos en una habitación, el duque y yo también lo estamos.

—Mmm… pero papá y mamá se quieren.

—¿Y?

—Y el duque no te quiere.

Había sido un golpe duro para Kayla, pero tenía que aceptar que era verdad. La boca directa de Brina podía ser dolorosa, pero no dejaba de ser acertada. Al parecer, la falta de afecto del duque era notoria hasta para una niña pequeña, como lo era su sobrina.

—Vamos —la tomó de la mano y la condujo escaleras abajo, hacia el comedor donde ya las estarían esperando.

Kayla se las apañó para sonreír cuando entraron al comedor, sus

hermanos la miraron con suspicacia, era claro que notaban el estado de ánimo en el que se encontraba.

—¿Algo sucede Kayla? —intervino Grace rápidamente.

—No. —Se apuró a contestar la joven, notando que estaban sus cuñados, pero su esposo aún no había hecho acto de presencia a pesar de que bajó primero las escaleras. Tampoco estaba el señor Arnold.

—Brina, ven a sentarte con tu madre —pidió la voz clara y sin emociones de Publio, parecía pensativo y analítico al momento de ver a su hermana.

La niña se soltó rápidamente de la mano de su tía y corrió hacia Gwyneth, quien la sentó en una silla con varios libros colocados sobre ella para que lograra alcanzar la altura de la mesa.

—¿Por qué me miras así Publio? —sonrió la menor, caminando hacia su asiento en la mesa.

El mayor permaneció en un silencio analítico por otros minutos, vigilando los movimientos de su hermana, la forma en la que su piel se mostraba rozagante y sus ojos iluminados como dos velas a mitad de la noche. Era claro y más que obvio. Publio despegó la vista de su hermana y miró a su mujer, ambos asintieron en confirmación a un pensamiento compartido y silencioso.

—Nada. Sólo quería felicitarte.

Las mejillas de Kayla se encendieron al comprender por qué había sido sometida a ese escrutinio incómodo. Se las arregló para asentir, al final de cuentas, era Publio y él siempre había sido así.

—Gracias. —Sonrió apenada.

—¿Por qué la felicitas? —Terry frunció el ceño—, ¿De qué me perdí? —miró de uno de sus hermanos a otro y después a su mujer, pensando que podía tener la respuesta—. ¿Qué está pasando aquí?

Nimue sonrió con sinceridad y miró a su cuñada con cariño.

—Kayla está en cinta —dijo en un tono suave y lleno de alegría.

—Oh —Grace se sorprendió y miró a Gwyneth, quien simplemente confirmó con un cabeceo sin expresión en el rostro—. E-s una gran noticia… —miró a su marido—. Lo es ¿verdad?

—Nunca he escuchado que un niño sea algo malo —dijo Terry.

—No, el nacimiento de mi hijo no podría ser tomado como una mala noticia —irrumpió el duque, entrando al comedor con zancadas largas y un aura destructiva y agresiva—. Buenos días a todos.

—Entonces, también hemos de felicitarlo duque —dijo Grace, tratando de ser el paladín de paz ante el ambiente tenso.

—Gracias lady Hamilton —asintió el hombre, tomando el lugar en la cabecera de la mesa y mirando a su esposa, sentada a su mano derecha—. ¿Qué quieres desayunar? ¿Aún tienes náuseas?

—No. Me encuentro mejor.

—¿Cómo? —Irrumpió Brina después de su proceso de digerir las

palabras dichas por los adultos—. ¿La tía tendrá un bebé?

—Sí, mi cielo —Gwyneth hizo que su hija se sentara.

—¿Por qué todo mundo quiere tener bebés? —dijo enojada—. ¡No tengan más bebés! Sólo quieran a Brina.

—Silencio Brina. —pidió Publio, la niña apretó los labios.

—Hermano, deberíamos pensar en la habitación del bebé —sonrió Nimue y agregó insinuante—: o los bebés.

Izek se vio en la necesidad de toser, el café que había comenzado a degustar le quemó la lengua y pasó inadecuadamente por su garganta. El duque miró mal a su hermana, la cual sonreía.

—Al final de cuentas es una posibilidad —dijo Sloan—. Nuestra familia está repleta de mellizos, en cada generación hay un par.

—¿En… en verdad? —Kayla miró nerviosa a su marido.

—Es verdad —Izek rascó su cabeza—. Pero nada puede asegurar que en tu primer embarazo tengas gemelos.

—Sin embargo, la genética no miente —sonrió Nimue—. Yo espero que sean gemelos, ¡qué regalo más grande! Sobre todo, si es un varón y una niña, como Sloan y yo.

—Que Dios nos libre —susurró Grace a lo bajo.

La mirada oscura de Nimue voló hacia la rubia, quien rápidamente se respaldó detrás de su vaso de jugo y sonrió hacia su marido, iniciando una conversación con él.

—De todas formas, tendremos que ser pacientes —dijo Kayla— esperemos que en esta ocasión no lo sean, porque seré primeriza.

—Oh, pero si tendrás mucha ayuda —continuó la joven, quien parecía emocionada y sus ojos parecían querer saltar de su lugar—: la señora Campbell, Sloan y claro, yo también estaré.

—Nadie además de nosotros se acercará al, o los bebés —finalizó Izek, impactando con sus palabras a la mesa entera.

—Oh Izek, eso dices ahora, espera a que lleguen y no pensarás dos veces en aceptar un relevo.

—No suelo cambiar de opinión Nimue, deberías de saberlo —la miró intransigente, advirtiendo a su hermana en cada palabra.

Las miradas extrañadas y nerviosas se intercambiaron entre los familiares de la mesa, Kayla sentía que se desmayaría y los gemelos estaban más que impactados por el cambio de Izek con respecto al bebé. Sin embargo, al duque poco le importaba armar revuelo, si él tenía algo que decir y dejar claro, lo haría, sin importar a quien le impactara o no.

—Cambiemos el tema, ¿Sí? —pidió Kayla—. Me pongo nerviosa sólo de pensarlo, es todo muy nuevo y temo por ilusionar de más a todos y que sea una falsa alarma o que suceda una desgracia.

Publio sonrió con cariño hacia su hermana.

—Nada pasará —tranquilizó—. Siempre has tenido una buena

salud, no veo por qué se complicaría algo con tu embarazo. —Publio miró hacia su cuñado—. Es obvio que se espera que estés tranquila, relajada y feliz.

—Si tiene algo que decir, Hamilton, será mejor que me lo diga directamente, el día de hoy no estoy receptivo en indirectas.

—¡Izek! —Kayla le reclamó incluso con la mirada.

—No discutamos —pidió Gwyneth, mirando a su marido—. Como has dicho Publio, Kayla tiene que estar relajada.

Los dos hombres guardaron sus filosas palabras para un momento de soledad entre ellos, así que se dedicaron a lanzar miradas claramente amenazantes. Kayla trataba de mantenerse tranquila, pero estaba claramente tensa ante disgusto entre su esposo y hermanos. Entendía ambas partes, Izek estaba enojado por ser diariamente amonestado y sus hermanos sólo intentaban protegerla. No había forma de hacerlos entrar en razón, ni tampoco de que se llevaran bien.

Comenzaba a sentirse verdaderamente desanimada, cuando de pronto sintió que su marido le tomaba la mano que ella mantenía sin movimientos sobre la mesa. Kayla levantó la mirada y sonrió un poco al notar el arrepentimiento y las disculpas que intentaba darle.

—¿Por qué no damos un paseo por el jardín? —le ofreció y después levantó la mirada—. De hecho, es un día agradable, ¿les apetece que tomemos la comida afuera?

—Creo que es una idea maravillosa —sonrió Grace, agradeciendo el esfuerzo del duque—. Seguro que el aire fresco y el sol caerán bien.

—Sí, ¿Qué dices Kayla? —sonrió Gwyneth.

La joven miró a su familia con cariño y asintió.

—Gracias, me encanta la idea.

Nimue y Sloan permanecieron callados el resto del desayuno, lo cual pareció relajar a Izek, quien incluso entabló una conversación trivial con los hermanos Hamilton.

Cuando el desayuno hubo terminado y sólo bebían café en una aparente calma, uno de los mayordomos hizo intromisión y susurró al duque algo que colocó una expresión seria en su rostro. Kayla frunció el ceño y trató de escuchar, pero su marido le tomó la mano, indicando que ni siquiera lo intentara.

—Bien, informe que en un momento iré. —El mayordomo se inclinó con respeto y salió presuroso a entregar el mensaje de su amo.

—¿Qué sucede? —inquirió una preocupada Kayla.

Izek apretó cariñosamente la mano que tenía aprisionada y se la llevó a los labios, dejándola en ese lugar por un largo momento.

—No te preocupes.

—¿De qué hablas? ¿De qué no debo preocuparme?

Izek se puso en pie y dejó la servilleta de tela sobre la mesa.

—Lamento tener que retirarme tan bruscamente, pero se quedan en

su casa —miró a su esposa—. La señora Glenn está esperando.

—Oh, iré con ella en seguida, pero…

Izek no esperó a que su esposa terminara y salió rápidamente del comedor, lo cual causó un ceño fruncido en todos los comensales.

—¿A dónde va el tío ogro con tanta prisa?

—Brina, no le digas así a tu tío —regañó Gwyneth, pero las risas de Terry y Grace no ayudaban con la disciplina de la pequeña diabla.

Kayla se puso en pie, los gemelos habían querido hacer lo mismo, pero al verla a ella partir primero, le dejaron ser quien amonestara y cuestionara a Izek sobre la extraña salida.

—¡Izek! —le gritó antes de que fuera capaz de salir del castillo.

El duque regresó la mirada y esperó a su esposa.

—¿Qué sucede?

—Eso quiero saber yo, pensé que me tenías confianza.

—Un poco más —admitió—. Pero esto no es algo con lo que puedas ayudarme, será mejor que regreses.

—¿Cómo sabes si podré ayudarte si no me lo dices?

—Estás embarazada, Kayla, no quiero ponerte en peligro.

—Pero…

—Lo siento —le besó la frente—. Vuelvo en unas horas.

—Izek… —El hombre suspiró y se volvió de nuevo hacia su esposa, quien parecía avergonzada en esa ocasión—. Cuídate mucho.

El duque sonrió y se acercó para darle un beso en los labios. En ocasiones ella podía ser tan adorable, que incluso no le parecía su esposa. Quizá fuera parte de su embarazo el que la hiciera más cariñosa y sensible, no se quejaba de ello, pero le era extraño. Aquel beso se prologó por más tiempo del deseado, el duque por poco olvida que tenía que irse, para esos momentos, su mente ya vagaba en tomar a su esposa en brazos y llevarla a una habitación para estar solos ellos dos el resto del día.

—Izek… —llamó Arnold, un tanto avergonzado.

El beso se cortó estrepitosamente y el duque miró a su amigo con fastidio. Regresó la mirada hacia su esposa y la besó una vez más.

—Descansa Kayla, no te esfuerces mucho.

—Está bien —dijo avergonzada, queriendo meter la cabeza debajo de las rocas tras aquel beso pasional frete a otras personas.

En esa ocasión lo dejó marchar junto con Arnold, quien parecía divertirse a posta del duque. Kayla los vio partir y fue rápidamente a recibir a su amiga y la presentó al resto de su familia. Incluso Nimue y Sloan habían dado un momento de paz a Kayla y sus invitados, puesto que también desaparecieron después del desayuno.

Capítulo 24

Izek cabalgaba en un silencio que enaltecía los sonidos del bosque que recorría con la única compañía de su amigo Arnold. Por alguna extraña razón, estaba respetando el silencio en el que se había sumido el duque, posiblemente invadido por un tumulto de pensamientos turbulentos a juzgar por su faz inmutable, pero con los ojos llenos de preocupación.

Arnold lo miraba de soslayo, considerando extraña la actitud pese a que era común que Izek fuera un hombre más bien taciturno y poco expresivo tanto de emociones como de pensamiento. A menos que fuera de furia, porque si el duque se enojaba, era notorio y él tampoco hacía nada por ocultarlo o controlarse.

—¿Qué sucede Izek? —Se atrevió a interrumpir el hombre—. ¿Qué te mantiene en medio de tus pensamientos?

El imperturbable hombre se mantuvo en silencio por un largo momento antes de contestar, quizá había pensado en inventar algo para no decir la verdad, pero al final, era Arnold, su fiel confidente y la persona que lo conocía mejor que nadie.

—Estoy preocupado por mi mujer.

—¿Qué le sucede a Kayla?

El duque volvió a meditar varios momentos su respuesta.

—Está embarazada.

—¿Embarazada? —sonrió Arnold—. ¡Vaya! Felicidades.

—Lo agradezco, pero no es el punto.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que está en más peligro ahora.

—¿La quieres mandar lejos?

Izek asintió solemnemente.

—Era mi idea inicial, no me importaba que se molestara conmigo, no hay lugar más seguro para ella que con los Hamilton, pero… —negó frustrado y maldijo—. Nimue amenazó con seguirla.

—¿No puedes impedirlo?

—Sí, pero encontraría la forma de lograrlo, me da pavor que algo pueda pasarle y… la prefiero cerca, no sé, de alguna manera no me gustaría perderme el nacimiento de mi propio hijo —Izek pareció molestarse consigo mismo por ese pensamiento—. Debo estar loco.

—¿Por querer cuidar y estar con tu esposa mientras tiene a tu hijo? —Arnold sonrió con lástima—. De hecho, me parece que al fin te estás comportando como un ser humano Izek.

—No hay tiempo para serlo, es una tontería sentimental, me está impidiendo hacer lo que debo hacer. Tengo que alejarla de aquí, protegerla de lo que sea que venga en camino.

—Supongo que alejar a los gemelos no es una opción.

Izek volvió a negar.

—Prefiero tener a mis enemigos cerca.

—¿Hablaste con ella? ¿Ya los declaraste como enemigos?

—Sí. Pese a que ella quiso confundirme al decir que pensaba mal siempre, no dudo que estén detrás de todo esto.

—¿Los asesinatos?

—Son… más que capaces. No es la primera vez que lo hacen.

—Izek, lo que pasó con esa muchacha… no se considera un asesinato premeditado, lo sabes, fue un accidente.

Izek apretó las riendas y miró a su amigo con amargura.

—¿Qué tal si no? ¿No vamos a revisar otro acontecimiento extraño? —le dijo enojado—. Como duque debo de ir yo, pero ¿qué me dice que no es una distracción para estar con mi mujer?

—La tienes vigilada, estará a salvo, además, están sus hermanos.

—Sus hermanos —chistó la lengua—. Eso me tiene tenso en todos los sentidos. Saben que algo anda mal y siendo quienes son, seguro estarán a la mitad de camino de descubrirlo.

—Puede ser positivo.

—¿De qué hablas?

—Si saben que algo está mal, pueden llevarse a Kayla a la fuerza.

La mandíbula de Izek se tensó y sus músculos del cuerpo hicieron lo mismo, demostrando el desacuerdo que sentía de que aquella acción se llevara a cabo. Arnold sonrió, parecía ser que era algo mucho más intenso que una conexión por el bebé, quizá su amigo no lo quisiera ver aún y dudaba que tuviera cabeza en esos momentos para averiguarlo, pero para él era más que notorio que Izek no sólo sentía apego por el hijo que la mujer llevaba consigo, sino con la mujer en sí.

—Ella se quedará a mi lado.

—Izek… pensé que lo que querías era que estuviera a salvo.

—¿Quieres decirme que no puedo proteger a mi mujer?

—No. Quiero decir que no puedes estar en todas partes, luchando contra tantos frentes. Justo ahora has tenido que alejarte para ver con tus propios ojos una locura.

Izek suspiró, sus hombros en tensión se relajaron hasta mostrarse desmoralizado. Era increíblemente extraño ver al duque de esa manera, el siempre reacio, fuerte e inquebrantable hombre parecía totalmente sucumbido ante los recientes cambios en su vida.

—Estoy harto de la situación, para ser sincero, quiero que todo acabe. Necesito un problema menos en mi vida, con la llegada de Kayla fue lo suficientemente complicado, pero ahora… ¿un hijo? —rio sin ganas—. Parece una verdadera bofetada de la vida.

—Entonces… no quieres.

—Jamás diría eso. Estoy agradecido de que mi mujer tenga un hijo

mío en el vientre, pero qué momento más inadecuado.

—Eso no se controla.

—Se pudiera. Pero esa maldita de Nimue…

—Seguro que, si tu esposa se daba cuenta que estaban haciendo algo para que no quedara embarazada, se enojaría y entonces tendrían un verdadero problema, porque estoy seguro que Kayla podría convertirse en asesina si el momento lo requiere.

—No lo dudo. Como sea, las cosas no sucedieron así, ella está embarazada, mis hermanos están locos y los Hamilton sospechan.

—Vaya lío.

—Sí. Vaya lío.

Arnold no quiso formular nuevas preguntas, al final de cuentas, seguro que ninguna de ellas tendría una respuesta que fuera alentadora, el estado de ánimo del duque era increíblemente negativo, su vida se había tornado en un conflicto de un momento a otro, y todo debido a esos gemelos.

No era la primera vez que hacían algo parecido, pero en esa ocasión en particular, Arnold creía que se pasaron de la raya e imaginaba que su amigo pensaba exactamente lo mismo.

Era medio día cuando llegaron a las casas de la servidumbre del castillo, aquellas que bordeaban la propiedad y eran encargados de los cultivos, los animales e incluso algunos eran arrendatarios o personal directo de la casa grande. Los hombres y mujeres de la zona esperaban impacientes la llegada del señor de esas tierras. Desde hacía días que reportaban sucesos extraños en una de las casas alejadas, la única que había sido construida subiendo una colina y, la cual se decía, estaba abandonada y prohibida, se decía embrujada.

No era algo nuevo ni descabellado pensar en embrujos y fantasmas, mucho menos para un lugar lleno de leyendas como lo era el castillo de la antiquísima familia Buccleuch. Pero aquellos reportes pasaron de ser locuras esporádicas a constantes quejas por parte de los asustados pueblerinos que incluso amenazaban con el abandono si no se resolvía el tema de la cabaña embrujada.

Parecía ser que los sonidos y las luces en esa choza jamás llegaban a su fin. Se decían de gritos, de olores y sonidos extraños. Las luces se prendían y apagaban a placer, los crujidos de la madera hacían eco en la oscuridad de la noche. Nadie se atrevería a revisar lo que sucedía, nadie además del duque y dueño de todo lo que estaba en esas tierras.

—¡Oh, duque! ¡su excelencia! ¡Mi señor! —los aldeanos rápidamente rodearon los caballos con expresiones desoladas y escandalizadas—. ¡Al fin llega a socorrernos amo!

—Bien, revisaré el lugar, pueden tranquilizar sus nervios. —Izek miró a su amigo y azuzó el caballo para que corriera colina arriba.

Ambos hombres desmontaron al mismo tiempo, dándose cuenta de

que la casa tenía un notable deterioro, no parecía haber vivido alguien ahí en años y dudaba que fuera habitable debido a lo corroído de la madera y lo roto de las ventanas, el frío sería insoportable.

—En verdad que parece propiedad de fantasmas.

—Cállate Arnold.

El duque fue el primero en subir los escalones del pórtico y abrió la puerta que dejó salir un espeluznante rechinido que erizó la piel del señor Arnold que poco disfrutó el sonido que le causaba nervios.

—Algo anda mal aquí.

—¿Además de que está descuidada, dañada y abandonada? —el duque miraba a su alrededor con crítica.

La cabaña no parecía embrujada sino deteriorada. Era una buena casa, grande y luminosa, una familia de cinco personas podría vivir ahí con comodidad. Si la restauraban y trataban de que la gente entendiera que no eran más que tontas supersticiones, quizá sería un futuro hogar.

Ahí dentro no había nada más que muebles carcomidos por el tiempo, polvo que se colaba hasta los pulmones y techos y suelos dañados. No era posible que alguien caminara ahí con libertad, la madera crujía en advertencia de derrumbe, así que una luz era impensable a menos que fuera por medio de velas.

—No veo nada que me indique que vive alguien —externó Izek.

—Puede que sea algo pasajero, ¿un vagabundo quizá?

—Puede ser, pero ¿Qué me dices de los gritos?

—Serán los niños que vienen a jugar al más valiente —pensó Arnold—. Seguro sería algo estúpido que yo haría de niño.

Izek estaba a punto de concordar con el análisis de su amigo, cuando de pronto llegó un olor que le era conocido de hacía poco. El olor de la habitación de su mujer y que no tenía nada que ver con el aroma personal de Kayla, sino con un aditamento que se encontraba en los muñecos extraños que habían sido encontrado debajo de ambas camas. Sin pensarlo demasiado, ni informar a su amigo, se encaminó hacia el aroma.

—¿Qué haces? —lo siguió Arnold sin notar diferencia.

—Huelo algo.

Arnold intentó seguir el olfato del duque, pero el aroma era tan sutil que pasaría por alto de casi cualquier persona, sobre todo porque se encontraban en una casa abandonada, con años de deterioro, moho y en medio de la vegetación que buscaba consumirla.

—No huelo nada extraño.

—Silencio. —Pidió con fuerza el duque.

Arnold obedeció y siguió de cerca al hombre que se convirtió en sabueso de un momento a otro. Oliscaba el ambiente como si se tratara de un perro y caminaba cada vez más profundo en la casucha.

Izek se detuvo en seco cuando se dio cuenta que el olor era intenso, pero ahí seguía sin haber nada, estaban en la cocina, pero, además de los envejecidos muebles y elementos de cocina oxidados, no había nada que indicara que se utilizaban hacía poco.

—Izek —llamó Arnold—. Ahí, una trampilla —apuntó a los pies del duque—. Bajo esa alfombra hay una trampilla, mira.

El hombre levantó uno y otro pie, dándose cuenta entonces que su amigo tenía razón, estaba justo sobre una trampilla. Se agachó y el olor que le daba tanta repulsión se hizo aún más intenso.

—Viene de ahí abajo.

—Es tétrico amigo, tétrico.

—¡Sshh! —El duque volvió a pedir silencio.

Izek quitó el tapete que lanzó una nube de polvo y abrió la trampilla del suelo, extrañamente, esta no hizo un sonido chillante como el resto de la casa, parecía estar en pleno estado y ser de uso normal, puesto que la escalera que bajaba estaba limpia.

—No pensarás…

—Bajaré, dame algo con qué ver —irrumpió el duque.

—Estás loco, ¿Qué tal si hay alguien ahí abajo y no lo estás viendo? Te atacará en cuanto lo intentes.

—Sólo dame algo con lo qué ver. —Pidió con impaciencia.

Arnold rodó los ojos y encontró en la casa un viejo farol de mano que, con esperanzas seguiría teniendo aceite en su interior. Tardaron unos momentos en encenderlo, agudizando los oídos por si había indicios de que se estaban moviendo ahí abajo. Sin embargo, la casa permanecía sumida en un siniestro silencio que hacía aún más audible la respiración del duque y su compañero.

El duque miró a sus lados, buscando algo con lo que amarrar el farol. Arrancó un pedazo de cortina rota y enmohecida y bajó con cuidado la luz que rápidamente mostró ante los hombres todo un espacio lleno de hiervas, brebajes, animales muertos y demás características de una habitación para brujería.

—Demonios Izek, eso es…

—No hay nadie, bajaré.

—¿Qué?

—Que bajaré, vigila.

—Izek, apenas y se ve algo, no debes de… —el hombre se interrumpió al notar que era ignorado—. Claro, haz lo que quieras.

El duque bajó los palmos de la escalera con cuidado, observando a su alrededor por si el dueño de la habitación se encontraba escondido por algún lugar. Claramente se habría puesto sobre aviso ante los constantes sonidos que la casa hacía cuando se caminaba por ella, así que bajar la guardia no era una opción.

Cuando sus plantas tocaron el suelo, los ojos oscuros del duque

vagaron con avidez por la habitación. Claramente era utilizado con constancia, se mantenían las hojas frescas e incluso consideraba que ese conejo había sido cazado ese mismo día. De hecho, consideraba que la persona debía estar increíblemente cerca.

Sacó su arma de inmediato y caminó despacio por el lugar, más específicamente hacia la mesa central de la habitación, dónde se tenían todos los aditamentos, como cuencos, pócimas, plantas regadas por uno y otro lado, libros, velas, frascos con cosas indescriptibles y…

—Pero qué demonios… —El duque se adelantó y tomó en sus manos algo que creyó un invento en un tiempo y después, una pista importante para llegar al fondo del misterio.

—¡Izek! —los ojos del nombrado se volvieron hacia la abertura, por donde Arnold se asomaba—. Salgamos ya de aquí, tengo un…

—¡Agh! ¡Maldición! —gritó de pronto Izek cuando sintió el filo de un cuchillo atravesarle el muslo—. ¡Maldito hijo de puta!

El duque, pese a estar malherido, logró agarrar por las ropas al intruso y arrastrarlo hacia él. Le fue infinitamente sencillo levantarlo y pegarlo a la pared más cercana, tomándolo por el cuello.

—¡No me mate! ¡Por favor, mi señor! ¡Soy un simple cuidador!

Para ese momento, Arnold había echado un brinco que seguramente le mandó un dolor que le recorrió hasta la nuca, pero si se había herido, no lo hacía notar, puesto que estaba parado erecto y furioso junto al duque, mirando al hombre enclenque que levantaba las manos y temblaba como un conejillo asustado, mirando de uno a otro con los ojos llenos de terror.

—¡Quién es tu señor! —gritó—. ¡De quién es esta pocilga!

—¡La bruja, mi señor! ¡La bruja me obligó!

—¿Bruja? —Arnold elevó una ceja—. ¿Sabe lo que dice?

—¡No! ¡Lo juro! Es una bruja, jamás le veo la cara, viene cubierta, pero es de temer mi señor, se lo juro, le temo.

—¿Cuándo viene esta bruja que dices?

—No lo sé, viene cuando quiere, yo tengo que tenerle todo listo —apuntó con los ojos hacia las plantas—. Siempre quiere cosas frescas y me encargo de despellejar los conejos y desplumar las aves.

—Repugnante trabajo que tienes, ¿Sabes lo que hacen las brujas? —dijo Arnold—. ¿Para lo que las buscan?

—Mi señor, tengo hijos, tengo familia. La bruja dijo que mandaría una maldición a mi hija si no le servía.

Izek soltó el trémulo cuerpo del hombre, el cual se desvaneció hasta quedar sentado en el suelo, donde se hizo un ovillo y lloró.

—No creo que esté mintiendo —dijo el duque, pensativo—. Tenemos que regresar. Deja vigilancia aquí Arnold, quiero a esa bruja en mi poder cuanto antes. Y tú —miró hacia el hombrecillo que saltó ante la voz imperiosa del señor de esas tierras— seguirás trabajando

como si nada de esto hubiera pasado. Quiero que intentes verle la cara y darás aviso a alguien, te las arreglaras, porque si no lo haces, juro por mi propia vida que te asesinaré con mis manos.

—¡Mi señor! ¡No era mi intensión ofenderos!

—Ni atravesarlo, claro —Arnold hizo hincapié en la herida que Izek deliberadamente ignoraba.

—¡Por todos los cielos! —exclamó el hombre al ver que el cuchillo seguía encajado en el muslo del duque—. ¡Lo siento mi señor! ¡Lo siento!

—¿Por qué se escuchan gritos? —prosiguió Izek, tratando de no sentirse abrumado ante la desesperación en la voz suplicante.

—Mi señor, cuando la bruja llega, yo tengo que irme, siempre tengo que salir de aquí para no molestarla.

—¿No tienes ni idea de qué hace? —dudó Arnold.

—Sé… que busca algo, sé que quiere que alguien regrese de entre los muertos —dijo en una voz siniestra y muy baja, llena de terror—. Alguien que perdió, alguien querido.

—¿Es para ella? ¿Trabaja para si misma? —inquirió Izek—. Pensé que eso no era posible.

—No lo sé, mi señor.

Izek calló por varios momentos, parecía reflexionar.

—Arnold, necesito que vayas por la vieja Fiona y la lleves al castillo.

—Fiona no va Dalkeith, lo sabes Izek, dice que se maldeciría o algo así.

—Le daré lo que quiera. Todo el mundo sabe que esa mentecata hace lo que sea por dinero. Tráela mañana mismo.

—Claro, como quieras Izek, pero por favor, curemos esa maldita herida que tienes en la pierna, me estás poniendo nervioso.

Izek miró hacia su pierna, apenas y le dolía, sentía la adrenalina de cualquier guerrero, él lo era y no cualquiera, sino que era un líder, un pequeño cuchillo en su pierna no era mella para hacer su trabajo, seguro dolería, pero no en ese momento.

—Que vigilen a este imbécil, si quiere dar alarma a su bruja, entonces lo matan —dijo sin un despojo de piedad.

—Como ordenes.

Capítulo 25

Izek cabalgó en soledad de regreso al castillo, había dejado a Arnold con demasiadas cosas que hacer y él no podía ayudarlo porque la maldita pierna había comenzado a reclamarle. Pese a que se había hecho un torniquete y que dejó el cuchillo dentro para que la sangre no brotara, sabía que se estaba debilitando, tener que ir a caballo tampoco le ayudaba, el continuo movimiento del animal lo lastimaba y lo hacía sudar frío. Cerró los ojos con fuerza y miró hacia el castillo que ya se veía a lo lejos.

—Falta poco, falta poco —se dijo a sí mismo, tocando el cuello del caballo para que este volviera al trote, aunque eso significara dolor.

Tuvo que agradecer que se sugiriera en la mañana que tomaran la comida en los jardines, porque de esa forma tanto su esposa como su familia fueron capaces de verlo montar de regreso a la propiedad. Kayla fue la primera en alarmarse, había visto muchas veces a su marido sobre un caballo y jamás se encorvaba y mucho menos se tomaba una pierna de esa forma tan extraña, parecía no estar manejando al caballo, más bien, simplemente fluía con él. Definitivamente algo le había pasado.

—¿Izek? —Kayla se puso en pie y corrió hacia el jinete que aminoró su paso en cuanto estuvo suficientemente cerca.

—Kayla, manda pedir ayuda, no podré bajar.

—¿Qué? ¿Por qué? —la joven tomó las riendas del caballo para que este dejara de moverse, haciendo entonces visible su herida—. ¡Dios Santo!

—Kayla, pide ayuda, por favor —exigió el duque.

—¡Publio! ¡Publio! —gritó la menor.

—¡Agh! A todos menos a tu hermano —se quejó un poco, pero no demasiado, al final, sabía que terminaría necesitando de él.

Publio corrió hacia su hermana y, al notar la herida, miró a su cuñado y suspiró, ayudándolo a bajar con ayuda de Terry, quien se había acercado tras el grito desesperado de la menor.

—¿Por qué tienes eso clavado? —exigió Kayla con nerviosismo—. ¿Por qué no te lo has sacado?

—Porque es inteligente —dijo Publio—, ha evitado una hemorragia. ¡Gwyneth! ¡Ven aquí ahora!

—Pero… ¿Cómo te lo has hecho? Izek…

—Cálmate Kayla —pidió el duque con tranquilidad, tal parecía que no trajera un cuchillo encajado y su palidez no se estuviera tornando verdosa.

—¿Calmarme? ¡Estás herido!

El hombre era ayudado por ambos Hamilton, quienes lo encaminaban a paso calmo hacia la casa y más concretamente, una

habitación, donde sería tratado por Publio y Gwyneth.

—De nada me servirá que algo te pase a ti, por favor, cálmate. —La mirada del duque exigía a su mujer que se tranquilizara, pero a ojos de los hermanos y cuñadas, eso era imposible.

Kayla era caracterizada por no saber afrontar problemas del estilo, desde que había sufrido altercados e incluso un disparo cuando estuvo con su prima y mejor amiga Beth, ella enloquecía con las heridas, los asaltos o cualquier situación alarmante.

—¡Grace! —Terry apuntó con la mirada a su alterada hermana.

—Claro —la rubia asintió y tomó los hombros de Kayla, deteniéndola para que dejara de seguir al grupo—. Vamos con Brina.

—¿Qué? ¿Me excluyen? Es mi esposo a quien llevan.

—No eres médico y no eres un hombre que podrá retenerlo cuando se mueva por dolor, así que no servirás de nada ahí dentro.

—Pero… ¡Quiero estar ahí!

—Kayla, en primera, eres pésima en estas situaciones; y en segunda, te desmayarás cuando veas lo que tendrán que hacer.

Kayla sabía que su cuñada tenía razón, sin embargo, volvió la cara hacia la recámara por donde todos habían desaparecido y dio unos pasos para acercarse a una silla a las afueras. Quizá no sirviera ahí dentro, pero al menos quería estar informada por si algo sucedía.

—Ve por Brina, yo esperaré aquí.

—Bien. En seguida regreso.

La joven esposa sabía que no era una herida de gravedad, su marido en ningún momento perdió la conciencia y, pese a que no lucía del todo bien, tampoco era que estuviera muriendo.

Sin embargo, vivió toda su vida con ese tipo de miedos, con terror a las infecciones, con el alma en un hilo al notar que regresaban heridos tanto sus hermanos como su padre. Era horrible, no sabía como lo soportaba su madre, como incluso lo lograba Aine, a quien en varias ocasiones vio cosiendo su propia herida, como si no doliera y no significara nada.

Ella era débil, tan frágil, incluso más que su madre, quien era capaz de mostrar un temple y un carácter del cual ella carecía. Ni siquiera era capaz de controlarse en esos momentos, temblaba como un cordero y se estremecía al escuchar las leves y casi insonoras quejas que hacía Izek.

—¿Kayla? —la voz de Nimue llamó su atención—. ¿Qué ocurre?

—Izek está herido.

—¿Qué? —la voz normalmente controlada de su cuñada se volvió aguda y llena de miedo—. ¿Cómo está? ¿Qué pasó?

—¿Por qué gritas? —inquirió Sloan, bajando las escaleras.

—Izek está herido —contestó la hermana, presa del pánico.

—¿Qué? —el mellizo miró a Kayla—. ¿Qué pasó?

—No lo sé. Lo están atendiendo justo ahora.

Los hermanos no necesitaron más y simplemente entraron a la habitación. Kayla escuchó las réplicas de Izek por la intromisión, pero los gemelos no se movieron y permanecieron dentro y en silencio pese a que el mayor se mostrara aún más irritado que cuando le sacaron el cuchillo.

Grace volvió con Brina en medio de regaños, parecía ser que la niña, al no tener supervisión, se había escapado de la señora Campbell y tardaron en encontrarla. Nuevamente fue la misma historia que con los gemelos, la señora Campbell hizo caso omiso de las quejas tanto del duque como de los médicos en el interior, quienes pedían desalojo del área de trabajo, mandando fuera a Terry, los gemelos y la señora Campbell.

No fue un procedimiento tardado, ya le habían indicado a Kayla que todo estaba bien, Publio y Gwyneth les permitieron el acceso a todos, pero la única que era incapaz de entrar era Kayla, quien permanecía pegada a esa silla, con temor a ver a Izek debilitado en la cama, como tantas veces vio a su padre, hermanos y hermana.

—No seas cobarde —sonrió Terry, sentado junto a su esposa, quien mantenía a su hijo en las piernas y a Brina jugando con él.

—Además, está perfecto —dijo Gwyneth—. Se puso en pie en cuanto lo terminamos de vendar.

—¿No es eso peligroso?

—No somos nadie para hacerlo entender —dijo Publio.

—Tú, sin embargo… —sonrió Grace.

—¡Agh! —los miró con odio—. Los detesto.

Kayla se puso en pie, pero antes de entrar, notó la forma extraña en la que los mellizos y la señora Campbell susurraban en una esquina alejada del pasillo, parecían alterados y miraban hacia todas partes, cuidando que nadie los escuchara. No pudo evitar mirarlos durante todo momento hasta que entró en la habitación.

—Ah, así que al fin te armas de valor.

La joven observó a su marido, estaba en perfecto estado, cojeaba un poco, pero era capaz de pasearse por la habitación, lo cual no tenía sentido, debía estar descansando; sin embargo, el duque parecía más ocupado que nunca.

—¿No deberías descansar? —preguntó en una pequeña voz.

—No. Me encuentro perfectamente.

—Creo que se molestarán si arruinas su trabajo.

—Estaré bien. Por cierto, no sabía que ella fuera médica.

—Tienen más de una cosa en común esos dos. —Asintió Kayla.

El duque asintió, se sentó en una silla y siguió escribiendo con presura una carta que parecía más bien garabatear por la rapidez con la que pasaba la pluma por el papel.

—¿Qué haces?

—Tengo muchas dudas y cosas por hacer.

—Pero debes… —Kayla se detuvo en seco y tomó entre sus manos el relicario que parecía sacado de una pesadilla—. Esto…

—Lo sé, es el que viste, ¿cierto?

—Sí. —Lo miró impresionada—. Es el que estaba en tu cajón, ¿Quiere decir que me mentiste? ¿Por qué lo tienes contigo? ¿Es acaso que…?

Izek soltó la pluma y la miró curioso, incluso escéptico.

—¿Crees que te mentí y que llevo conmigo un relicario con la foto de una muerta que además tiene un increíble parecido con mi actual mujer? —El corazón de Kayla se oprimió y lo miró dolida—. ¡Por favor mujer! ¿Cómo es posible que creas eso? ¡Maldición! Tienes un hijo mío en el vientre, ¿Por qué carajos piensas que traería conmigo el recuerdo de otra?

—Porque la amas.

—Kayla —se frotó la frente—, no digas estupideces.

—¿Entonces cómo lo explicas? Me hiciste creerme una loca, pero aquí está, justo como lo encontré la vez anterior en tu cajón.

—No es mío. Lo encontré en la choza de una aparente bruja.

—Claro.

—Maldición mujer, digo la verdad.

Kayla miró el relicario con repulsión y lo dejó en la mesita de donde lo había tomado, llevándose la mano inmediatamente al vientre, como si con ello recuperara la cordura.

—Ven. —Ella lo miró con fastidio—. Kayla, ven por favor, iría hacia ti si me fuera más fácil hacerlo.

Ella apretó sus manos hasta hacerlas puños, pero caminó hacia él, quedando a unos pasos para evitar que la tocara.

—¿Qué? —escupió molesta.

—Más cerca.

—No quiero.

—Vamos, ¿no has venido a ver a tu esposo herido?

—Habla a tu fantasma para que se preocupe por ti.

—No seas infantil y acércate. —Ella rodó los ojos y recorrió el resto del camino hacia él, sin esperarse que la fuera a tomar de la cintura y la sentara en su pierna sana—. ¿Cómo te encontraste el día de hoy? ¿Tuviste algún otro percance como en la mañana?

—No. —Volvió la cara hacia otro lado.

—Kayla —le tomó la barbilla—, te digo la verdad.

—¿Así que te lastimaste en casa de una bruja? —dijo incrédula.

—Sí, en esa choza, estoy dispuesto a enseñártela con tal de que dejes de levantarme falsos, ¿Sabías que podría golpearte por esto?

—Te matarán mis hermanos antes de que te acerques.

—Estoy seguro que tú sola podrías matarme —sonrió divertido y la acercó a él—. Vamos mujer, bésame como una esposa normal y preocupada lo haría con su marido herido.

—Si estaba preocupada.

—Lo sé, pude verlo en tu mirada cuando llegué.

—Eres un ególatra, Izek Buccleuch.

—¿Me besarás?

—No.

—Vamos —la acercó—. Bésame Kayla.

Ella recorrió su rostro con la mirada y suspiró, inclinándose ligeramente para besarlo presurosa y alejarse en seguida. Pese al casto y furtivo cariño, Izek se dio por bien servido y sonrió, manteniendo a su esposa en su lugar mientras comenzaba a relatar lo sucedido en aquella pequeña inspección hecha con Arnold.

—¿Crees que Fiona sepa de la bruja?

—Si alguien sabe cosas extrañas en este lugar, es Fiona.

—¿Te las dirá?

—Con incentivos —asintió—, lo hará.

—¿Dinero?

—Seguro bastante.

Kayla mordió sus labios y arrancó piel muerta de ellos, abriéndose hasta dejar que la sangre brotara.

—Deja de hacer eso, arruinas tus labios —pidió Izek.

—No puedo evitarlo, lo hago de nervios.

—De todas formas, creo que… ¡Agh! —se frotó la pierna dolorida. Kayla en seguida se puso en pie y lo miró preocupada—. Maldición, maldito idiota, ¿Para qué acuchillarme? ¿De qué demonios le sirvió?

—Vamos a la cama, Izek, por favor.

—No iré a la cama a las cinco de la tarde si no es para desnudarte.

—Izek, es imposible que puedas hacer nada con esa pierna.

—No me tientes.

Ella dejó salir una sonrisa y le estiró la mano.

—Por favor, compláceme.

—Agh, ¿Cuándo he cedido ante una mujer? —le tomó la mano y se puso en pie—. Probablemente nunca, debo estar loco o muy cansado, ¿Perdí mucha sangre? Esto no tiene sentido.

Kayla dejó salir una risita y lo miró dulcemente, le agradaba que su marido estuviera diciéndole de alguna forma, que era especial para él como para darle esas libertades, sobre todo, haciendo lo que ella le decía. Izek se recostó en la cama que no fuera la de él, ni la de su mujer, se encontraban en el primer piso del castillo, en la primera habitación donde los hermanos Hamilton lograron meterlo.

A Izek nunca le gustó dormir en otra cama si estaba en su casa. Pero tampoco era como si estuviera en condiciones para subir las

escaleras, así que dio por perdida esa pelea con su esposa y simplemente no la sacó a la luz, se recostaron en la cama uno junto al otro, en silencio y sin tocarse. Kayla se sentía extrañamente tranquila entre el mutismo, pese a que jamás le había gustado esos momentos de tensión en su familia, con su esposo parecía hacerse cada vez más normal y hasta cómodo.

La cosa era que Izek era un hombre reflexivo y solía quedarse de esa forma por mucho tiempo, sin embargo, él podía ser cariñoso cuando estaba en esa forma, solía tomarle la mano a su mujer y colocarla sobre su pecho, dónde la obligaba a permanecer y la acariciaba dulcemente mientras seguía en sus pensamientos.

—¿Qué sucede? —Kayla se incorporó y lo miró preocupada.

—Estoy cansado, es sólo eso.

—Puede que sea verdad, pero no lo es todo, lo sé.

—Ven. —La hizo recostarse sobre su pecho y la abrazó—. Sigo sin decidir si es mejor que te quedes o te vayas.

—Pensé que ya habíamos quedado en algo —se quejó—, dijiste que querías que me quedara.

—Sí, pero… —suspiró y maldijo a lo bajo—. No lo sé Kayla, esto se torna cada vez peor, el relicario, la bruja esa… tú y el bebé.

—Por favor Izek, no me mandes lejos, no hagas eso.

—Kayla, ¿Qué no ves que te pongo en peligro al estar aquí?

—No, no quiero que mi bebé nazca lejos de su hogar, de ti… vámonos los dos entonces, alejémonos de aquí y listo.

—¿Y listo? —sonrió divertido, comprendiendo lo inocente que podía ser—. Kayla, ser un duque no sólo es un título, la gente depende de mí, de que esté al pendiente de las cosas.

—Pero… ¿Por qué he de irme yo? Si tus hermanos son los del problema, entonces, ¿Por qué yo?

Los ojos oscuros del duque la miraron por largo rato, sus ojos verdes llenos de decisión y su mano firme sobre el vientre que escondía al hijo de ambos. Izek alargó una mano y tocó con cariño los labios de su esposa y después la acercó hasta hacerla recostarse sobre él de nuevo, abrazándola con fuerza.

—Lo dejo a tu jurisdicción, tu decide qué quieres hacer.

—Me quedaré. —Aseguró.

Abrazándose a él con fuerza, presionando ligeramente su mejilla para que su nariz recolectara el olor que le era tan familiar.

—¿Por qué eres tan terca?

—Esta es mi casa, tú eres mi esposo y quiero que mi hijo te vea al momento de nacer, ¿es eso tan malo?

—No. —Le besó la coronilla—. No, te lo agradezco, pero no quiero que te pase nada.

—Entonces, no lo permitas.

Capítulo 26

Izek no sabía si la elección de quedarse de su esposa había sido la mejor, pero cuando sus familiares partieron y ella sonrió en despedida, el duque no pudo más que esperar haber hecho lo correcto al dejarle a ella la decisión de quedarse o irse, la cual seguía en vigencia, porque si de un momento a otro cambiaba de opinión, la llevaría él mismo a casa de sus padres en Londres.

Sin embargo, al pasar los meses en una tranquilidad que para Izek era más bien inquietante, Kayla tomaba con más seguridad su decisión de quedarse; con el tiempo había vuelto a sonreír, salía con la señora Glenn, seguía pasando gran parte de su tiempo entre pintura y esculturas e incluso parecía volver a confiar en Nimue y Sloan, a quienes permitía que le tocaran el vientre, incluso llevaba una mejor relación con la señora Campbell, la cual también se mostraba diferente desde que se supo del embarazo de la duquesa.

En esos momentos, cuando Kayla estaba tranquilamente dormida, era cuando Izek no podía evitar pensar en la gran posibilidad de que su esposa estuviera embarazada de gemelos, su vientre crecía con más rapidez de la normal, estaba cansada todo el tiempo y ella misma decía que sentía que cargaba con dos en lugar de con uno. Nimue había predicho lo mismo, un embarazo múltiple era común en la familia Buccleuch, pero jamás pensó que el primer embarazo de su mujer fuera a darle gemelos.

Izek se acomodó en la cama y volvió el rostro hacia su esposa, la cual dormía de costado, con el rostro hacia él, pero sin tocarlo siquiera. Sabía que Kayla era por naturaleza una persona cariñosa, pero con él se limitaba bastante, supuso que fue por los turbulentos comienzos de su relación y su posterior comportamiento hacia ella.

Claramente no era su intención, quería que su mujer sintiera algunas libertades para con él, pero su carácter se había tornado de esa forma con los años de soledad y el distanciamiento social en general. Trataba de que nadie le agradara demasiado y tampoco que nadie se sintiera cercano a él debido a sus hermanos, los cuales eran celosos y renuentes a aceptar extraños en su casa; con trabajos y habían tolerado a Arnold y eso porque lo conocían desde la infancia.

Izek estiró una mano y tocó la suave mejilla de su esposa, palpando el frescor de su rostro. Ella se removió un poco cuando sintió que la caricia continuaba por su brazo descubierto y se quedaba quieto sobre su vientre, justo sobre el lugar donde se abultaba, resguardando el futuro de la casa Buccleuch, los herederos del duque mismo.

Algo dentro de Izek se removió y supo entonces que estaba contento, pese a todo estaba feliz de que su esposa decidiera quedarse y que estuviera embarazada de él. Jamás había tenido un

acercamiento como el que experimentaba con Kayla, nunca pensó que permitiría que alguien se volviera a acercar tanto a él, al punto de tenerla en su cama, de contarle cosas que lo atribulaban, de sentir goce al verla sonreír, dormir o incluso enojarse. Extraño, simplemente le era extraño.

Se acercó un poco más al cuerpo de su esposa y la abrazó casi hasta el punto de provocar que ella enterrara su nariz entre su pecho. Sólo así consiguió cerrar los ojos y permitirse dormir las horas que faltaban para que amaneciera.

Sin embargo, el hombre se vio en la necesidad de desperezarse pasadas sólo algunas horas, puesto que su mujer había dado un pequeño grito y lo movió constantemente hasta hacerlo despertar.

—¿Qué ocurre? —preguntó con la voz cargada de sueño.

—Alguien… estaba en la habitación, lo vi.

—¿Qué dices? —Izek estiró la mano hacia la lámpara en la mesa de noche y la encendió, pasando sus ojos por la habitación vacía—. No hay nadie Kayla, quizá tuviste otra pesadilla.

—¡No! —se molestó en seguida—. ¡Te digo que lo vi Izek! Sé que no era una pesadilla, desperté por el sonido de la puerta y lo vi ahí parado, te llamé cuando comenzó a caminar hacia nosotros.

Izek sabía que Kayla no era una mujer que necesitara mentir para llamar la atención, ella la obtenía sin hacer esas tonterías. Pero parecía imposible que…

—Quédate aquí. —Pidió al ver la puerta de la habitación abierta.

—¡No! No me dejes sola Izek.

—¿Qué ocurre? —llegó corriendo Nimue, parecía adormilada e iba descalza—. ¿Por qué grita Kayla?

—Quédate con ella —pidió el mayor— y no hagas cosas raras.

—¿Qué cosas raras podría hacer? —dijo enojada, caminando hacia su cuñada, quien parecía aún más asustada.

—Mandaré a Arnold para que las acompañe.

—¿No confías en mí? —la hermana sonrió de lado, acentuando una misteriosa y emblemática mirada.

—No, ni un poco —dijo el duque, acercándose a su esposa para darle un beso que buscaba tranquilizarla y salió.

Kayla se avergonzó por la acción, Izek jamás era así, pero tampoco fue como que se quejara por ello, sin embargo, no le placía demasiado el hecho de que dijera que no confiaba en su hermana y luego la dejara con ella.

—¿Puedes creerlo? Mi propio hermano me cree un monstruo.

—Nimue… —Kayla bajó la mirada y se sintió nerviosa por el tema que estaba por sacar—. ¿Qué fue lo que pasó con Mailene?

—¿De qué hablas? —fue el turno de Nimue de ponerse nerviosa.

—Izek me contó de ello, pero no me dijo como fue que murió.

—¿Dijo… de nosotros?

—Sí. Sé de ello, pero me gustaría escucharte.

—Izek me ha mandado. —Arnold irrumpió en la habitación.

—Claro, gracias.

Nimue se puso inmediatamente en pie y miró de uno a otro, Kayla tenía la sensación de que se sentía atrapada entre las miradas, así que murmuró una excusa y se marchó a prisa del lugar.

—¡Nimue! —intentó Kayla, pero Arnold se interpuso en la puerta para evitar que ella saliera.

—Lo siento señora, no es seguro que salga.

—Arnold, ella estaba por decirme lo que pasó con esa mujer.

—¿Habla de Mailene? —Kayla se paralizó por un momento y miró al señor Arnold con sorpresa—. ¿Pensó que no lo sabía?

—Yo… creí que Izek era reservado con el tema.

—No se puede ser reservado con alguien que estuvo ahí.

—¿Cómo? ¿Usted lo vio todo?

—Sí. Fui yo quien mandó aviso a Izek.

—Oh… —Kayla bajó la mirada—. Él… ¿Le dolió mucho?

—Sí.

Kayla sintió que las palabras se atoraban en su garganta.

—¿La amaba mucho?

—¿En ese momento? —El hombre lo pensó por unos segundos—. No lo creo, pero si le tenía un gran aprecio, supongo que cuando uno se enamora de alguien, aunque se decepcione de ello, quedarán por siempre algunos recuerdos hermosos por los que será digno un poco de sufrimiento.

—Supongo que sí…

Arnold sonrió de lado al verla cabizbaja, era claro que esa mujer no sabía lo mucho que Izek le permitía a diferencia de a los demás.

—Aunque dudo que le haya tenido un aprecio tan especial como el que le tiene a usted, señora.

Kayla suspiró y bajó la mirada, enfocándose en cualquier cosa que no fueran los ojos bondadosos del amigo de su esposo. La joven sentía como las lágrimas se acumulaban en sus ojos, pero estas no se atrevían a fluir por las mejillas gracias al esfuerzo que se estaba haciendo por retenerlas.

—Sabe tan bien como yo, señor Arnold, que no es para nada así.

—Le sorprendería, señora. —Ella no contestó—. Sí tiene tanta curiosidad sobre la muerte de Mailene, puedo decírselo.

—¿En verdad?

—¡Arnold! —entró Izek—. Quiero que… ¿Qué sucede?

—Nada, duque, la señora estaba asustada.

—¿Qué sucede Kayla? No había nada por lo qué estar preocupada, estoy bien, quien fuera que estaba en la puerta se fue.

—No me deja más tranquila.

—Ni a mi tampoco —aseguró Izek, mirando a su amigo—. Quiero que alguien esté vigilando cuando estemos dormidos.

—Como ordenes —Arnold se inclinó ante el duque.

—¡Señor Arnold! —lo detuvo—. Muchas gracias por su ayuda.

—Por supuesto, mi señora, usted dirá.

—¿De qué hablan? —frunció el ceño el duque.

—El señor Arnold aceptó ser mi modelo para un retrato.

—¿Qué? —Izek miró a su amigo con molestia—. ¿Se supone que ahora dispones del tiempo a tú antojo?

—Bueno, es la señora quien lo pide, es imposible negarle algo.

—Oh, Izek, por favor, ya no tengo a quién esculpir, incluso los gemelos han posado en demasiadas ocasiones para mí.

La mandíbula de Izek se contrajo en una clara muestra de molestia, pero cedió ante la mirada suplicante de su esposa y asintió a regañadientes.

—Se moverá cada vez que yo lo necesite, ¿entendido Kayla?

—Sí, entendido —sonrió plácida—. ¿Le parece bien que empecemos mañana, señor Arnold?

—Por supuesto, con su permiso.

Izek miró molesto hacia su amigo que sonrió a todo momento mientras cerraba la puerta. El duque miró hacia su esposa, la cual volvía a meterse en la cama en un completo mutismo.

—¿Qué sucede? ¿Por qué llorabas?

—No lo sé, supongo que es el embarazo.

—¿Te sientes mal?

—Un poco incómoda —lo miró avergonzada y sonrió encantadora —. ¿Quieres ponerle solución?

—Ah, así que es *ese* tipo de incomodidad.

—Sí. ¿Te molesta?

—No, qué va. De todas las que tienes, son las que más me agradan —sonrió, uniéndose a ella en la cama y recostándola sobre su espalda para poder mirarla—. ¿Segura que no tienes nada más?

—Tengo hambre también.

—¿Quieres que vayamos a la cocina? O que te lo traigan.

—Creo que sí, me gustaría algo de comer primero.

—Bien —Izek jaló el cordón en la habitación y volvió a la cama, jalando el cuerpo de su esposa hasta colocarla en medio de sus piernas, dejando sus manos sobre el vientre hinchado de su mujer.

—¿Está bien que despertemos a alguien sólo por eso?

—Es por lo último que debes de preocuparte.

Unos ligeros golpes en la puerta hicieron que ambos callaran y el duque dio la aceptación a que alguien entrara.

—¿Mi señor? —se inclinó una doncella aún en ropa de dormir.

—Sí. Traigan algo de comer a mi esposa —pidió y miró hacia Kayla, sonrojada entre sus brazos—. ¿Qué se te antoja comer?

—Algo dulce —pidió suavemente—, lo que sea estaría bien.

—Muy bien, mi señora, en seguida lo traeré.

En cuanto la doncella salió de la habitación, Kayla cubrió su rostro con ambas manos, sintiendo la vergüenza subir poco a poco hasta dejarla con dolor en el rostro. Estaba a punto de reclamar a su marido, cuando de pronto sintió los labios del mismo presionándose contra uno de sus hombros, dejando un suave trazo de besos por toda la zona alta de su espalda. La joven no pudo retener un pequeño gemido complacido y volvió un poco la mirada para poder verlo.

—Eres hermosa Kayla.

—¿T-Te lo parece?

—Sí —presionó su cuerpo más contra él—. Hueles exquisito.

Ella dejó salir una pequeña risita y acarició los brazos que la envolvían con cariño, pasando a sus labios que recorrían su cuello.

—Compórtate, esa doncella volverá en un momento.

—Lo sé… tenías que tener hambre.

—No es a causa mía, te lo aseguro.

Izek sonrió y volvió a tocar el vientre de su esposa.

—Creo que es más probable que sean dos, Kayla.

—Lo sé, todos están apostando que lo serán. Espero que sea un niño y una niña —sonrió ella—. Me gustaría tener a tu heredero y una pequeña con la que se te ablande el corazón de piedra que tienes.

—¿Disculpa? —la miró impresionado y divertido—. ¿De piedra?

—¿Mis señores? —no era la voz de la anterior doncella, sino la de la señora Campbell, que de alguna forma parecía cada vez que Kayla necesitaba algo con referencia al bebé.

—Es la señora Campbell —Kayla se volvió para mirarlo.

—Lo sé, tranquilízate —la acomodó entre sus piernas y la abrazó—. ¡Adelante, señora Campbell!

La mujer abrió la puerta y mostró su inconformidad al ver el estado de la pareja, sin embargo, se las arregló para que su rostro no mostrara el desacuerdo que sentía ante esa postura y dejó la bandeja sobre las piernas de la mujer, quién rápidamente comenzó a ingerir las galletas de avena y la leche tibia con canela.

—¿Necesita algo más, señora?

—Oh, no señora Campbell, muchas gracias.

La señora Campbell no se marchó, a pesar de que era obvio que se lo habían pedido sin ser explícitos, ella no pudo evitar mostrarse hipnotizada y hasta asombrada al ver la sonrisa del duque, quien apartaba el cabello de su esposa con delicadeza para poder mirarla comer con una desesperación llegada junto con su embarazo. El duque besó la mejilla de su esposa y la abrazó, presionando suavemente el

vientre hinchado.

La estricta mujer se vio en la necesidad de aclararse la garganta para llamar la atención de la joven pareja.

—Mi señor, si me permite decirlo, el tener relaciones cuando una mujer está embarazada puede afectar seriamente al bebé.

Kayla comenzó a toser desesperadamente después de aquellas palabras, buscando la leche para poder pasar el trago amargo. Su marido daba leves golpes en su espalda para ayudarla, pero era obvio que estaba muriendo de vergüenza.

—Salga de aquí, señora Campbell, en este momento —ordenó.

—Es sólo un aviso, sé que son jóvenes y la parte física les es divertida y necesaria, pero ahora que tienen una vida de por medio, es saludable que lo dejen de lado hasta el nacimiento.

Kayla volvió a sentir que su garganta se cerraba y se vio en la necesidad de toser de nuevo, mientras sentía su piel arder.

—¡Basta! ¡Fuera! —gritó Izek entonces.

La mujer se inclinó y salió de la habitación, escuchando como la mujer en el interior seguía buscando no ahogarse, mientras su señor le dirigía palabras tranquilizadoras y suaves golpecitos en la espalda para que recuperara su respiración.

—¡Por Dios! —se quejó la joven—. ¿Por qué ha dicho eso?

—Seguro que no es un misterio que seguimos teniendo amores pese a que estás de encargo con mi hijo desde hace ya varios meses.

—No es malo, no afecta al bebé.

—Eso lo sé, pero aquí se maneja un pensamiento conservador y anticuado en todos los sentidos, sexo y bebé no se llevaban de la mano, para estos tiempos, los hombres recurrían a sus amantes, incluso alentados por sus propias esposas. —Ella frunció el ceño y lo miró enojada—. No te estoy diciendo que lo voy a hacer, tú me dejas acostarme contigo porque sabes que nada tiene que ver una cosa con la otra.

—Ya no quiero *acostarme* contigo —imitó con tono de molestia—. Quítame las manos de encima.

Izek obedeció de inmediato, otra cosa que él sabía a la perfección era que no se debía hacer enojar a una embarazada, justo como él lo acababa de hacer, aunque la razón… no, no la sabía.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—Te has enojado.

—Sí.

—¿Se puede saber por qué?

—¡No!

Izek rodó los ojos y quitó la bandeja para que ella pudiera apartarse de su abrazo y acomodarse en su lado de la cama. Su mujer

casi resplandecía de enojo, pese a que le parecía divertido, sabía que una risa o siquiera una sonrisa sería empeorar las cosas. Dejó la bandeja en la mesa de noche y apagó la luz, acercándose a su esposa, quien no dudó en apartarse, quejándose cuando notaba que la seguía.

—¡Basta Izek!

—Quiero abrazarte, dejar las manos en tu vientre, como siempre.

—Aléjate de ambos.

—¿Me dirás lo que sucedió?

—Si no lo sabes, no tengo por qué decirlo.

—¿Cómo habría de saberlo? ¿Acaso debo leer tu mente?

—¡Déjame tranquila Izek!

El enojo de Kayla iba en aumento, así que el duque tuvo la atinada decisión de dejarla tranquila, incluso alejándose de su cuerpo para que pudiera quedarse dormida, al menos intentarlo, porque sabía que cuando esa mujer estaba molesta, le era prácticamente imposible dormir.

Mejor, eso le daría tiempo de reflexionar, ¿Qué podía haber hecho enojar a su esposa? Fue un cambio en lo que fueron segundos, ni siquiera se percató del momento en el que la enfureció… ¿De qué habían estado hablando? ¿Qué fue lo último que dijeron?

Izek tenía los brazos flexionados, con las manos entrelazadas debajo de su cabeza. Estaba oscuro, tanto como se esperaría con la luna nueva. Daba lo mismo tener los ojos abiertos o cerrados; él se esforzaba por tenerlos abiertos, si los cerraba, se dormiría y por el momento quería pensar, encontrar el error en su discurso, porque eso fue lo que enfureció a Kayla, privándolo de una noche de acostarse con ella… acostarse.

¿Acostarse?

—¡Agh! Por favor, tiene que ser una broma.

—Intento dormir aquí. —Se quejó en seguida su mujer.

Izek se incorporó en la cama y encendió la luz, enfrentándose a la espalda que ella no dudaría en darle durante toda la noche.

—Kayla, ¿Te molestaste porque dije que nos acostaríamos?

—No —dijo aún más enojada.

—¡Es eso! Por todos los carajos, lo sabía.

—¡Dije que no!

—Es inútil que lo niegues, te he descubierto, ¿Por qué te molestó? Sinceramente no me parece mal, pero…

—Yo no soy otra de tus mujeres, Izek, no soy como las demás.

—Sé que no, eres mi mujer.

—Todas las demás también eran tus mujeres.

—¿Qué? No, claro que no ¡carajo! Tú eres mi esposa, a eso me refiero. —Ella permaneció callada, aun dándole la espalda—. Hablas como si tuviera una lista infinita de mujeres en mi haber.

—¿Y no es así? Que sepa, comenzaste una relación intima a una muy temprana edad. —Se quejó.

Izek chasqueó la lengua con molestia ante el sólo recuerdo, aquello había sido prácticamente un abuso por parte de su padre. Exigirle a un chiquillo de trece años a tener relaciones con una mujer debería ser categorizado como atropello.

—Claro, y piensas que a partir de ahí jamás paré y tuve cientos de amantes —dijo con disgusto.

—¿Por qué no? Eres hombre.

Ella sentía que su estómago se revolvía, esa vez de molestia.

—Kayla, con un carajo, eso es una mentira estúpida, después de Mailene yo… —Izek apretó los labios y negó con molestia—. Al carajo con este tema, si quieres estar enojada, enójate.

—¡Bien! ¡Sigue idolatrando a esa mujer! —ella se enderezó y lo miró con odio—. ¡Ahora me dices que después de que murió no volviste a tener relaciones con nadie! Claro, ella era…

—¡Basta! ¡Cállate ya Kayla! —pidió Izek con ira y dolor entremezclado. Después de aquel grito, ella mordió sus labios y comenzó a llorar—. ¡Maldición! Kayla, lo siento, no debí gritarte.

Ella cubrió su rostro y lloró libremente, no sabía porqué lloraba como si le acabaran de decir que alguien a quien ama murió, pero el caso era que estaba incontenible e Izek parecía al límite de la histeria. «Pobre» pensó Kayla «con lo mucho que odia ver a alguien llorar».

—La sigues queriendo, ¿Es eso lo que me dices?

—No, maldición, no. —La tomó de los hombros y provocó que lo mirara—. Eso es una tontería. No quise tener relaciones intimas con nadie debido a que estaba traumado, repudiaba el solo hecho de que me tocaran y por mucho tiempo así fue. Crecí un poco y lo volví a intentar con algunas mujeres, pero jamás me sentí plenamente cómodo hasta…

Ella limpió sus lágrimas y lo miró.

—¿Hasta qué?

—Hasta que estuve contigo ¿vale? Hasta ese momento.

Kayla pestañeó un poco y ladeó la cabeza.

—¿En verdad?

—Sí, en verdad —apretó los dientes al decirlo—. ¿Contenta?

—¿Te molesta habérmelo dicho?

—No me gusta sentirme vulnerable ante nadie, mucho menos…

—¿Ante una mujer?

Él duque la miró con disgusto, después volvió la cara.

—Las detesté por mucho tiempo, no sabes cuanto Kayla, todo en ustedes se me hacía mentiroso, pretencioso o interesado; no creí que existiera alguien que… —la miró— que fuera sincero al amar.

—¿Te parezco sincera al amar?

—Creo que llegaste hasta aquí por amor —asintió—, quizá no de mí, pero te guiaste ciegamente por ello.

—Soy tonta.

—Eres cándida y dulce, pero crees en ello. —Sonrió—. Incluso te has molestado porque no he llamado de forma especial cuando estoy contigo, no me es fácil expresarme, lo sabes, mucho menos cuando son cosas que se deben romantizar, pero lo haré si te hace sentir más cómoda.

—Sólo quería sentirme diferente a las demás, quizá especial.

—Lo eres Kayla, todo lo que había en mi pasado se borró en cuanto puse una mano sobre ti, eres un espécimen nuevo para mí, es como si no fueras una mujer, al menos no de esta tierra. —Ella lo miraba con ojos iluminados y llenos de alegría—. Si lo que quieres es que te diga que, a diferencia de lo que hacía con todas las demás, a ti te hago el amor, entonces, eso es lo que ocurre entre nosotros, quizá hasta más especial.

—¿En serio lo crees?

—Por supuesto.

Ella sonrió entonces y se acercó a él, se recostó en su almohada y le tomó la mano para que la abrazara.

—Sólo dormiremos —advirtió.

—Me parece bien.

Izek sintió un instantáneo alivio cuando pudo abrazarse a ella, acariciando su vientre con cariño, deleitándose con el olor que emanaba de su cuerpo y la calidez que le transmitía. El duque estiró la mano y apagó la luz que habían encendido para poder hablar.

—¿Qué sucedió con lo que vi? —Murmuró Kayla después de unos momentos de silencio entre la brumosa noche.

—Habrá vigilancia en la puerta a partir de este momento.

—¿Vigilancia? —ella levantó la cabeza y se volvió para poder mirar la puerta—. ¿Es sumamente necesario?

—Alguien estaba ahí, esa puerta definitivamente no se abrió sola.

—No. Te digo que vi algo.

—Te creo, ahora duerme.

—Izek —ella se tocó el vientre—. ¿Estaremos bien?

—Eso es lo que procuro. Si cambias de opinión y quieres irte…

—No, me quedaré —aseguró—. Me quedo contigo.

Capítulo 27

Kayla se encontraba en su estudio personal, aquel que le había sido otorgado por su marido y en el cual solía pasar la mayor parte de su tiempo. Más que nada porque era donde podía esconderse de todos los habitantes de la casa que no le daban más que dolores de cabeza al acercarse la fecha en la que daría a luz a los más que posibles gemelos.

La joven tomó una larga respiración y suspiró tranquila al ver su cuadro terminado, aquel que le hizo al señor Arnold como excusa para que pudieran hablar de Mailene, la mujer que Izek amaba u odiaba, para ese momento ya no sabía discernir cual de los dos sentimientos era más fuerte dentro del corazón de su marido.

Según lo que Arnold le había contado, Mailene era una mujer hermosa, inteligente y llena de vida. Como había dicho su marido, era sobrina de la señora Campbell, hija de una hermana empobrecida que, al verse privada en todos los sentidos, pidió que la cuidara en su nombre, lo cual parecía no haber hecho muy bien, puesto que, a opinión personal de Kayla, permitir que una chiquilla esté a disposición de un hombre muchos años mayor, como seguramente lo era el antiguo duque y padre de los chicos Buccleuch, no se consideraba un buen cuidado de ella. Aunque claro, conocía a muchas mujeres que darían todo por tener las atenciones y la protección de hombres tan importantes como lo era un noble, no digamos un duque tan rico y poderoso como lo era el viejo duque.

Sin embargo, el anterior duque no quería que la muchacha sólo le complaciera a él, sino que encomendó a Mailene que enseñara a su hijo los artes de amar a una mujer, teniendo él sólo trece años. Aquello causó un enamoramiento repentino del muchacho, pero también un trauma con el que vivió durante gran parte de su vida.

Cuando Izek descubrió el amorío de Mailene con su padre, decidió alejarse de todo cuanto se refiriera a ellos, marchó sin avisar a nadie, simplemente desapareció, lo que pareció afectar a los gemelos, quienes, al haber perdido a su madre a la hora de nacer y ver a su padre sumido en una profunda depresión, su única fuente de cariño y consuelo fue la presencia de su hermano mayor.

Según las palabras del señor Arnold, viejo amigo de Izek y subordinado al crecer, los gemelos odiaron a Mailene por alejar a su hermano y por entumecer los sentidos de su padre, quien enloqueció con más presura al percatarse de que esa jovencísima mujer estaba en cinta, sintiendo como un peso constante la duda por saber si el niño que vendría era del duque o de su heredero.

Para los gemelos, aquello era más una creación del demonio que un niño que vendría a ser su hermano, el odio simplemente incrementó al

punto en el que desearon que tanto madre como hijo murieran y con el tiempo dejaron sólo de pensarlo.

Según lo que le contó el señor Arnold, eran intentos infantiles que pasaban a verse sólo como bromas, tonterías de niños. Pero en una ocasión, aquello pasó a más y lo que se deseaba se cumplió.

Los gemelos encerraron a Mailene en una de las habitaciones de los pisos superiores, allá donde nadie iba por temor a que los fantasmas de la propiedad se enojaran. Todos sabían del duque sanguinario y como ese espíritu, había muchos más a los que el servicio temía. Mailene, al ser sobrina de la señora Campbell y parte de la clase supersticiosa de las personas que trabajaban para los duques, al verse encerrada y al caer la noche sin lograr salir, perdió la vida en medio de la oscuridad, el terror y una caída libre.

Algunos decían que los gemelos la empujaron en persona, otros, que simplemente se suicidó. Aunque entre murmullos y leyendas, se decía que la joven fue empujada por el alma de la anterior duquesa, aquella que murió dando a luz a los gemelos y que, al ver el desastre ocasionado por una sola mujer, decidió acabar con su vida, mandándola al vacío.

—Kayla.

—¡Ah! —gritó la joven tras ser interrumpida en tan turbios pensamientos—. Dios mío, creo que me dará un infarto.

—Lo siento, parecías en otro mundo —se introdujo Izek, viendo con detenimiento el retrato que Kayla estaba finalizando—. Supongo que se ha de sentir muy complacido por ser la fuente de tus suspiros y pensamientos.

—¿De qué hablas?

—De Arnold, no deja de restregarme en la cara la exquisita obra de arte que has hecho gracias a su imagen.

—Te está molestando —sonrió ella, limpiando un pincel en su vestido, justo sobre su vientre demasiado hinchado.

—Deberías descansar más.

—Estoy bien, no estoy cansada.

—De todas formas, el parto se acerca y…

—Izek, me encuentro bien —aseguró—. Ahora, ¿Qué opinas?

El hombre volvió la mirada hacia el retrato e hizo una mueca de desagrado y negó levemente.

—Tan feo como el original.

—¡Qué dices! —sonrió la joven—. El señor Arnold es apuesto.

—Si tú lo dices.

—De hecho, todas las personas tienen su propia belleza —prosiguió la joven mientras volvía a colocar el pincel sobre el lienzo—. Sólo que no todos somos capaces de verlas, tan sólo la persona indicada puede hacerlo.

—¿Te consideras indicada para ver la belleza de Arnold?

Ella dejó salir una risita.

—Bueno, soy artista, es mi trabajo encontrar esa belleza en cualquier lado —se excusó a si misma.

—No me agrada.

—¿Por qué? —lo miró divertida—. ¿Teme que al encontrar belleza en todas partes pueda ser una esposa infiel?

—Mmm… dudo que seas infiel con el cuerpo, pero si que lo podías hacer con el pensamiento, que a mi ver es igual de horroroso.

—Para su fortuna, señor, es usted un hombre muy apuesto.

—Como muchos otros.

—Quizá, pero no debe temer por mi infidelidad, jamás lo haría.

—¿Qué lo asegura?

—Mi palabra, por supuesto —la joven escondió una sonrisa, puesto que le gustaría agregar que su corazón también, pero eso venía sobrando.

Izek se acercó a ella por la espalda y abrazó su cuerpo, besando de forma sugerente su hombro, subiendo por su cuello hasta lograr alcanzar la mejilla sonrojada de una ya risueña mujer.

—Ven, sentémonos por un momento —pidió.

Ella lo siguió sin protestar hacia el sillón que él solía ocupar cuando la iba a visitar… normalmente las cosas no acababan tan sólo en charlas y verla trabajar, sino en temas mucho más íntimos y deleitantes, pero desde que su embarazo estuvo en punta, aquello había pasado a segundo plano para ambos y tan sólo disfrutaban de la compañía y la soledad de la habitación, lejos de todos los familiares y amigos.

—¿Qué te trae por aquí, Izek?

—Ver a mi esposa embarazada, claro. Una que es tan malditamente inquieta que prefiere tener a toda la casa en ascuas en lugar de estar tranquila en una habitación.

—Estoy tranquila en una habitación —tomó asiento junto a él.

—Sabes a lo que me refiero.

—Lo sé, pero ahora todo ha estado tan tranquilo, no ha habido asesinatos, los mellizos están contentos e incluso la señora Campbell lo está —enlistó—. Me parece que puedo darme el lujo de disfrutar.

—No deberías confiarte, me gustaría que fueras más precavida.

—Oh, cielos Izek, debes dejar de ser tan pesimista.

El hombre la acercó a su cuerpo y se recostó a lo largo del sillón, relajándose por unos momentos con ella a su lado. Le gustaba pensar que todo estaría bien, pero, así como ella solía tener pesadillas en las noches, él las tenía en el día, en sus pensamientos, los cuales lo llevaban hasta ella para comprobar que estaba bien y nada de lo que lo atribulaba la afectaba.

—Están por nacer… —el hombre pensó en voz alta.

—Me parece divertido que estén tan seguros de que serán dos.

—Tu vientre es demasiado grande cariño, es más correcto pensar que son dos a que es un gigante. —Ella se levantó del pecho de su marido y lo miró con ojos desorbitados—. ¿Qué pasa?

—¿Me llamaste…? —El duque elevó una ceja—. Nada, olvídalo.

—¿Qué? Vamos dime.

Ella se acurrucó contra él y negó ávidamente, sería un secreto que se guardaría, porque pensaba que, si hacía hincapié en ello, Izek dejaría de hacerlo, prefería que pasara desapercibido el acontecimiento.

—¿Cómo te gustaría que se llamaran?

—No lo había pensado, esperaré a verlos sanos y salvos antes de nombrarlos —la apretó para alcanzar a darle un beso en la frente.

Kayla colocó una mano sobre el corazón de su marido, relajándose ante el constante y fuerte palpitar bajo el pecho tallado. ¿Acaso él sabría sobre el embarazo de Mailene? ¿Sabría que podía haber perdido un hijo o un hermano? Kayla en serio esperaba que no, ojalá no supiera tantos detalles como ella.

—Izek, ¿Podrías llevarme a la habitación? Me siento un poco…

—¿Tienes dolor? —El duque se enderezó en seguida, mirando a su mujer con temor y nerviosismo—. ¿El bebé?

—Tranquilo, no es tan fuerte como un dolor de parto.

—Llamaré al médico de todas formas.

—Izek —le tomó del brazo y sonrió—. No es necesario, por favor, sólo quiero ir a la habitación a descansar.

El duque pareció dudarlo por un buen rato, pero al final aceptó escoltar a su mujer a la habitación, pasado frente a los ojos de sus hermanos, quienes permanecieron escondidos y observando.

—Estará por nacer —dijo Sloan—. ¿Cuánto faltará Nimue?

—Estamos a días, podría ser incluso esta noche, los Buccleuch nacemos de noche, ya lo sabes.

—Esas son tonterías —se quejó el hermano, cruzándose de brazos —. Una mera leyenda, es imposible que todos los alumbramientos sean programados para una hora en el día o la noche.

—Pero así es y así será, esos niños nacerán de noche.

—¿Estás segura que hiciste lo necesario para…? —Sloan apretó los labios—. Ya sabes: para obtener lo que queremos.

—Sí, estoy segura.

—¿Y qué tal si no?

—¿Es que dudas de mis capacidades?

—Me parece difícil que puedas influir en algo como esto.

—Lo verás tu mismo, serán el día y la noche, pero se cumplirá.

—Esperemos que sí.

Nimue miró con molestia a Sloan y se cruzó de brazos, mirando a su hermano mayor y cuñada caminando en medio de una alegría que le parecía falsa. Hacía tanto que ella no sonreía con sinceridad, que verlo en otras personas le parecía idílico, pero al final, falso. Tras años de largas amarguras, la felicidad no estaba al alcance de Nimue, incluso le parecía más una falacia que algo que de verdad se pudiera experimentar. Le gustaría algún día sentir aquello que se veía reflejado en la faz de su cuñada y, muy recientemente en su hermano. Debía aceptar que sentía algo de celos, pero tampoco era que deseara quitárselos… no a posta.

—Sloan, ¿Alguna vez te has sentido feliz?

Su hermano la miró como si se hubiese vuelto loca.

—A veces. —Aceptó, mirando hacia el frente—. ¿Tú no?

—Jamás, nunca estoy feliz.

—Nimue podemos irnos, ¿Por qué no alejarnos de todo?

—No. Esta es nuestra casa, él nuestro hermano y están por nacer nuestros sobrinos, seremos felices, trabajé mucho para forzar esta felicidad —dijo con tal severidad, que no cabía a duda que esa mujer haría lo que fuera con tal de su sueño se cumpliera.

—Mis niños, ¿Qué están haciendo aquí parados?

—Nada, Nana. —Sonrió Nimue—. Vimos que Kayla se sentía mal, mi hermano la llevó a la habitación.

—¿Mal? ¿Cómo que mal? —la mujer se alteró en seguida—. ¿Es acaso algo relacionado con los bebés?

—Parece ser que no, ella lo negó —tranquilizó Sloan.

—Será mejor que tengamos todo preparado para el nacimiento, algo me dice que estos niños llegarán esta noche. —La mujer miró a Nimue—. ¿Por qué no lo consultas?

—Claro Nana, como digas.

—Sloan, tu ve por el médico, que se quede en casa si es necesario.

—Dudo que un médico quiera quedarse en este castillo, Nana.

—Consigue uno que si lo quiera —ordenó.

El mellizo suspiró y asintió, recorriendo el alargado corredor en silencio, pero pensando demasiadas cosas, quizá era tiempo de hablar con Izek de todo lo que estaba sucediendo a sus espaldas.

—Sloan está débil —dijo la señora Campbell—, es obvio.

—¿Por eso lo has mandado lejos todo este tiempo? —Nimue miró a su nana sin sentimiento alguno.

—Sí, es mejor mantenerlo ocupado o borracho. No queremos que nada falle, sobre todo porque nos hemos esforzado tanto en ello.

—Te lo aseguro nana, nada fallará en esta ocasión.

—Lo sé —le tomó la cara y sonrió—, has trabajado muy duro para ello, ¿Verdad Nimue?

—Sí, hice todo lo posible.

—Espero que sea suficiente.

Nimue sintió la tensión subir por su espalda, en serio había hecho todo lo que estuvo en sus manos para que saliera justo como habían planeado, ahora tenían que esperar a ver los resultados. A como lo decía la señora Campbell, parecía ser que esos niños nacerían ese mismo día y nadie era más atinada que esa mujer para cuestiones similares, tenía una habilidad de predicción increíblemente acertada.

—¿Ya has terminado de pintarla?

—Sí, está todo listo.

—Perfecto, ahora, será mejor que no te vayas a dormir.

Izek dejó a su esposa en la tranquilidad de los sueños, permitiéndole moverse hacia su despacho, donde Arnold lo mandó llamar de forma urgente y precipitada. Ese hombre nunca era así de demandante a menos que la situación lo requiriera.

—¿Arnold? —entró al despacho en apariencia vacío.

—Ah, el duque del infierno en persona, es un gusto volver a verle mi lord, su rostro siempre es placentero para una dama.

—Fiona —dijo ensoñado—. Maldita mujer ¿dónde te escondiste todo este tiempo? ¿Sabes cuanto llevamos buscándote?

—Supongo que es importante debido a que no se dio por vencido.

—Es urgente.

—Me lo supuse. —La mujer miró a sus alrededores con extrañeza y curiosidad de quien escuchó historias y las contó por años, pero jamás había estado carne propia frente a la fantasía misma—. Es tal y como me lo imaginaba, incluso mejor.

—¿Quiere tomar asiento?

—Claro —asintió desenfadada—. Señor Arnold, ¿no se piensa acercar a mí de nuevo?

—No. Odio que intenten develar el futuro, no quiero que me diga nada más Fiona, es usted una bruja desagradable.

—No soy bruja, soy cuenta cuentos.

—Ya veo, pero eso no es lo que dice todo el pueblo.

—El pueblo inventa muchas tonterías.

—No en esto —irrumpió el duque con una mirada seria y calculadora—. Sé bien que en parte se han creado fantasías alrededor de usted, pero me veo limitado a creerlas, según lo que dice la gente, tiene una forma especial de saber todo lo que acontece en Escocia, así que espero que pueda utilizarlo para mí en esta ocasión.

La mujer lo miró circunspecta, su cuerpo delgado se tensó y su faz enjuta se hizo más grave.

—¿Qué quiere de mí?

—Quiero saber si conoce de una bruja que según mi gente trabaja en la choza en la colina alejada a las faldas de la propiedad.

—No sé de qué me habla.

—¿Entre ustedes no se delatan? —acusó Arnold, callando de inmediato cuando Izek levantó una mano hacia él.

—Ciertamente existe lealtad, pero no sabía de ninguna bruja que estuviera en esa choza abandonada —dijo sincera y miró al duque con intransigencia—. ¿Qué busca con ella?

—Seguro que sabe lo que está pasando dentro de esta casa, Fiona, yo mismo he escuchado las historias en boca de mis empleados.

—¿Lo asocia con las muertes de esas chicas?

—Eso me temo.

La mujer pensó detenidamente y asintió.

—Tendría que ver el lugar en persona, pero dudo que eso sea lo único por lo que me ha hablado, duque.

—No, es verdad —Arnold frunció el ceño ante las palabras de su amigo, que él supiera, no había nada más—. Quiero que ve otro lugar además de la choza de la bruja.

—No pienso bajar a las catacumbas, mi lord, pero puedo decirle hacia donde lo llevará el camino que tiene en mente.

Izek trató de no mostrar expresión en su rostro, pero estaba bastante impresionado de que aquella mujer supiera lo que su corazón anhelaba.

—¿Hacia donde?

—La salida está cerca del problema, mi señor, si sabe cual es el problema, encontrará la salida.

—¿Es Nimue? ¿Tiene que ver con mis hermanos?

—¿Es ese el problema?

—No sé cual sea su problema, para mi siempre lo han sido.

—Entonces, tiene su respuesta.

—No, no tengo nada, me está dejando exactamente en lo mismo.

La mujer miró a sus alrededores y se acercó hacia el hombre que elevaba una ceja extrañada y la miraba alejado, pegado a su silla, con una mano preventiva sobre el arma escondida entre sus ropas.

—La habitación con rostros —susurró—, pida que lo lleven a la habitación con rostros.

—¿Rostros? ¿Se refiere al estudio de su excelencia? —inquirió Arnold, pensando en el lugar donde Kayla pintaba.

—Su señoría la duquesa no es la única que sabe pintar, mi señor —dijo la mujer, mirando hacia Arnold y después al duque—. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—Bien, señor Arnold, lléveme a dicha choza, he de ver con qué clase de bruja nos enfrentamos, esperemos que sea una buena.

—No hay brujas buenas —dijo Arnold con molestia y fastidio de ser él quien llevara a la mujer—. Son malas y apestosas todas.

—Claramente nos detesta, ¿he de lanzarle un embrujo?

—Ha dicho que no era bruja.

—Quizá mentí para salvar mi vida.

—¡Aleje su mano huesuda! ¡Izek, no llevaré nada a ningún sitio!

—Anda Arnold, sólo no la hagas enojar más. —Izek hizo un gesto con la mano, indicando que ambos se marcharan y dejándolo en un profundo análisis de palabras.

La única otra persona que pintaba en esa casa, era Nimue, pero no tenía idea que tuviera una habitación donde pintara, ni siquiera era buena en ello, es más, jamás había comprado algo o visto que le llegaran artefactos necesarios para ese arte. Era extraño, porque Kayla los pedía con constancia y era evidente cuando había estado metida en su estudio de arte, puesto que pintaba hasta su rostro. Por el contrario, Nimue siempre estaba perfecta, imperturbable y en ella no se podía ver ni un cabello fuera de lugar, mucho menos una mancha que indicara que había tenido contacto con algo que no estuviera impecable. Eso debía significar que, si pintaba, entonces lo hacía de noche, cuando nadie más podía verla ensuciarse, o cerca de un baño, para lavarse en cuanto terminara.

Duncan se puso en pie y caminó hacia la salida del despacho, encontrándose de frente con Sloan, quien parecía llevar un tiempo queriendo tocar a su puerta, incluso tenía la mano levantada.

—¿Qué ocurre? —Izek lo recorrió con la mirada. Estaba desalineado y extraño, sudaba y su mirada estaba perdida.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Sobre qué? Parece que has visto un fantasma, ¿Qué pasa?

—Izek…

—¡Sloan! —gritó Nimue—. ¡Te he estado buscando por doquier!

El gemelo cerró la boca y miró a su hermano con disculpas antes de caminar lejos de él, no hacia su melliza, sino que siguió de largo por el pasillo, desapareciendo al dar vuelta en una esquina. Izek miró a su hermana con advertencia, dio unas zancadas amenazadoras hacia ella y la apuntó con un dedo acusador.

—Basta, lo que sea que estés haciendo Nimue, basta.

—Claro hermano, lo que tú digas.

La mujer siguió con su caminar tranquilo y lleno de extrañeza, algo en ella parecía aún más extraño de lo normal, quizá ya había perdido la cordura al completo.

Capítulo 28

Kayla se encontraba en medio del sueño y un posible despertar, se sabía en soledad puesto que cuando su esposo estaba con ella, era normal que estuviera recostado muy cerca, que la abrazara o, por lo menos, tuviera una mano sobre ella. Izek era esa clase de persona que en su gran normalidad era fría y más bien alejada, pero notaba que hacía un esfuerzo monumental por acercarse a ella, sobre todo en esos momentos en los que sufría los estragos de llevar a su hijo en el vientre.

Sabía que algo buscaba perturbar su sueño, al punto de hacerla sentir incómoda y comenzar a soñar mal. Desde que supo de su embarazo, las pesadillas comenzaron a atosigarla cada vez que sus ojos se cerraban y en esa ocasión no era diferente… o quizá sí, puesto que en medio de las sombras y de su juicio nublado, sintió una intensa mirada sobre ella.

Los escalofríos recorrieron su espalda descubierta como primer aviso de que algo andaba mal, sus sentidos se agudizaron, pero era incapaz de percibir nada, ni siquiera una respiración además de la suya. Se sabía en camisón, podía sentir el frío que la sábana no lograba cubrir, seguramente era tarde, muy probablemente de madrugada. No se atrevía a abrir los ojos por terror de encontrarse con alguien, preferiría pensar que era un fantasma, pero todo raciocinio le indicaba que no era así, sentía la presencia y la sentía cada vez más cercana a la cama.

Intentó alejarse disimuladamente de la frialdad en la mano que se acercaba a ella sin reparos. Su respiración se hizo errática de un momento a otro, el miedo de que algo le sucediera a sus hijos le dio el impulso que necesitaba para abrir los ojos y contemplar aquella mirada perdida, con la mano estirada hacia ella y una sonrisa retorcida que por poco la hace desvanecerse de la impresión. Logró rodar sobre la cama y alejarse en medio de un grito atronador que diera aviso a la mansión entera de que estaba siendo atacada.

Kayla encendió la luz, revelando a la señora Campbell, quien la miraba patidifusa y aparentemente asustada por el grito, como si fuera Kayla la loca, ¿Qué no había sido la señora Campbell quien la intentó tocar en medio de la oscuridad con esa mirada perturbadora y sonrisa infame?

—¡Kayla! —la voz del duque se hizo sonar desde el pasillo y los pasos presurosos de más de una persona se acercaban a la habitación en la que se instaló un agraviante silencio.

—¿Qué estaba tratando de hacer? —el horror en la faz de Kayla molestaba sobre manera a la señora Campbell.

—Intentaba despertarte.

En ese momento, Izek y varias personas asustadas entraban a la carrera en la habitación, dispuestos a aporrear al intruso que se atreviera a hacer gritar de esa manera a la señora de la casa. El duque miró la escena con tranquilidad, pero se notaba su escepticismo; caminó hacia su mujer y la abrazó sin decir ni una palabra, aunque su mirada incriminatoria era suficiente como para hacer que la señora Campbell intentara justificarse.

—Intentaba levantarla para que comiera algo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué has gritado así? —el duque bajó la mirada, buscando los ojos de su mujer.

—Ella… permanecía mirándome, fue demasiado tiempo.

—Estaba soñando mal, mi lord, sabe que suele sucederle.

—¿Y en todo caso decidió dejarla sufrir? —recriminó.

—Será mejor que traiga un té para ella —ofreció Nimue, no sin antes darle una mirada incriminatoria a la mujer en conmoción.

La gemela estuvo por salir de la habitación, cuando un quejido se hizo sonar, frenándola al completo al reconocer los dolores y sonido de agua cayendo que el trabajo de parto traía consigo. Ni siquiera le hizo falta volverse para saber que el gran acontecimiento estaba teniendo lugar.

—¡Un médico! —exclamó Izek hacia nadie en específico, sosteniendo a su esposa, ayudándola a regresar a la cama.

—Izek, no me dejes sola, no quiero que haya nadie más...

—Sshh —le besó la frente—, todo estará bien Kayla, tranquila.

—No Izek, no quiero que salgas, prométemelo.

—Sí, maldición, te lo prometo, estaré contigo.

El duque dejó a su mujer, notando como Kayla se acomodaba con dificultad, respirando en medio de quejidos mientras abría las piernas, encontrando por si misma la posición adecuada para expulsar al bebé.

—¡No puede quedarse en la habitación, mi señor! —se alteró la señora Campbell—. Han de ser sólo mujeres, puede quedarse su hermana, pero…

—No… no Izek, tú, sólo tú. —Pidió la joven, tomando su mano con fuerza y removiéndose en la cama.

—¡He dicho que me quedaría, maldición! —gritó el duque hacia su ama de llaves, quien saltó desprevenida—. ¡Fuera de aquí!

El personal que no fuera necesario salió de la habitación con presura, pero la señora Campbell permaneció ahí, en una esquina alejada junto a Nimue, quien se notaba ofendida por no haber sido requerida en la habitación a la hora del parto. Ninguna de las dos pensaba irse, muy pese a lo que la parturienta quisiera, necesitarían ayuda y ellas estarían ahí para ofrecerla antes que nadie.

Cuando el médico llegó, la mujer del duque estaba en un grito de dolor, la señora Campbell se había acercado a ella para intentar

ayudarla si era necesario sacar al niño, pero de alguna forma, Kayla se las arregló para esperar a un tercero, alguien que no fuera Nimue o la señora Campbell.

—Bien señora, trate de respirar —el médico miró hacia el duque, quien tomaba la mano de su esposa e ignoraba al hombre que intentaba hacerlo salir de la habitación. Al notar la renuencia, el médico suspiró y ordenó fríamente—: colóquese detrás de ella, mi lord, la ayudará en la posición.

Izek jamás seguía ordenes de nadie, pero cuando aquel hombre le dijo qué hacer, no lo dudó, adelantó el cuerpo de su esposa y se colocó detrás de ella, arropándola su espalda y tomándole las manos, sintiendo como ella las apretaba con todas sus fuerzas.

—Respira Kayla, tranquila.

Por toda contestación, el duque recibió un fuerte quejido y se inclinó hacia adelante, pujando ante la presión, tratando de expulsar al niño que parecía hacerle tanto mal en ese momento. Cuando fue incapaz de que sus esfuerzos fueran tomados en cuenta, su cuerpo perdió vida y se recostó en el pecho de su esposo, derrotada.

—Debí… mandar llamar a mi madre.

—Vendrá pronto, no esperaba que dieras a luz todavía, pensé que te hacia falta un mes —su esposo se disculpó cerca de su oído.

—Gracias… ¡Ah! —la joven volvió a gritar y adelantarse, pujando con fuerza, tratando de seguir las ordenes del médico.

—Lo siento —Izek se sentía terrible al ver el dolor de Kayla.

La mujer tenía tanto malestar que poco le faltaría para perder la consciencia. Y por si el dolor no fuera suficiente en esos momentos, tal parecía que ni siquiera había iniciado lo que era el parto.

—Será lento —informó el médico—, aún falta un poco de dilatación, pero las contracciones son fuertes.

—¿Qué quiere decir? —la respiración errática de Kayla hacia obvio su esfuerzo, al igual que el sudor de su frente.

—Hay que esperar, excelencia.

—¿Esperar? —ella por poco gritó.

—Lo siento. Aunque se adelantó por un mes, esto es lento.

—Por Dios… —ella gimió y se retorció—. No… basta…

Pasadas las horas sin alcanzar el estado optimo para dar a luz, la duquesa comenzó a desmoronarse, las lágrimas corrían libres por las mejillas sonrojadas del esfuerzo, gemía, se retorcía y pujaba sin dar resultado, parecía ser que no había forma de que esos niños salieran de la madre, lo cual terminaba siendo una tortura para todos.

—Kayla, respira amor, trata de respirar. —susurraba Izek.

—No soportaré Izek, no puedo…

—Duquesa, puje ahora —pidió el medico al notar que, después de largas horas de tortura, aquella pobre mujer lograría dar a luz.

Como si fuera una orden para su cuerpo, sintió una fuerte contracción que la hizo gritar con todas sus fuerzas y pujó sin siquiera pensar en ello, permaneciendo en esa posición por largos momentos, apretando con brío las manos de su esposo. Kayla pensó que la cabeza le reventaría si seguía sin respirar y sólo pujando para que ese niño al fin saliera de ella.

—Bien duquesa, lo hace bien.

Nimue y la señora Campbell se acercaron casi corriendo al notar que la cabeza de un bebé comenzaba a asomarse y un pequeño cuerpecito era tomado por el médico, ayudando a la madre a expulsarlo por completo. Kayla se relajó cuando sintió que una increíble presión desaparecía de su cuerpo, prácticamente se desplomó sobre Izek, sudada y extenuada como si llevara días corriendo sin descanso alguno.

—¡Es un varón! —sonrió el médico, mirando al pequeño que no dejaba de llorar—. Es sano y fuerte como todos los Buccleuch.

Izek desvió su mirada de la faz de su esposa para toparse con el pálido rostro de un niño que sería una copia perfecta de él. Tal como lo pensó, cabellos oscuros y seguramente ojos aún más negros, era el heredero del ducado y un Buccleuch en toda la regla.

—¿Está bien… Izek? —murmuró la joven entre sus brazos.

El duque dirigió la pregunta hacia el médico con la mirada.

—Está sano, diez dedos en las manos y los pies, pulmones fuertes como los de un león y corazón regular como una corriente del rio.

—Está bien, mi amor —se dirigió a su mujer—. Lo has hecho increíble —Izek le besó la mejilla, preso de una emoción que no cabía en su pecho.

—Oh, dénmelo por favor —pidió la madre, llena de cansancio.

Una doncella sonriente se estaba encargando de limpiarlo mientras el médico revisaba que todo estuviera en orden.

Pese a la emoción que era palpable en la habitación, el nerviosismo y enfado en las dos mujeres que eran Nimue y la señora Campbell no pasó desapercibido para el médico, quien era capaz de distinguir la negatividad y un fastidio desmedido que no alcanzaba a comprender de dos mujeres que servían y pertenecían a la misma familia que acababa de dar llegada al heredero de su casa, continuando así con su fuerte legado.

—¿Algún problema con mi trabajo, señoras? —inquirió el médico, alejándose de los felices padres y las enloquecidas doncellas, quienes no despegaban los ojos del recién nacido que parecía más que complacido de ser el centro de atención, puesto que ni siquiera seguía llorando.

—Por supuesto que no, señor, usted ha hecho un trabajo impecable al traer al heredero —dijo la señora Campbell—. Otros sin embargo…

—Hay otro bebé —interrumpió Nimue con seguridad.

—Mi lady, la duquesa está tranquila ya, un segundo bebé es…

Kayla en ese momento pujó, sintiéndose nuevamente condenada y mirando hacia Nimue con horror, ¿Cómo podía estar tan segura de ello? Algo le hizo temer por ese segundo nacimiento, dentro de ella deseaba que ese bebé no fuera una realidad, que fueran dolores de otra cosa, rezaba por que esas miradas esperanzadas no se vieran satisfechas con su hijo.

—Izek… no, no.

—Eh, tranquila, lo veníamos pensando ¿cierto? Dijimos que había muchas posibilidades de que fueran dos —le acarició el cabello con cariño.

—No Izek, algo anda mal, no…

—Tranquila duquesa, nada tiene por qué salir mal —dijo el médico, volviendo a tomar posición pese a que encontró sumamente extraño que aquella muchacha se mostrara tan definitiva en su predicción al azar.

Fueron otras horas de dolor, gritos y desesperación, pero al final, la duquesa se recostó de nuevo sobre su marido, quien besaba con afán su cabeza y sonreía como un enloquecido, mirando la preciosa creación que era su hija. Una niña con cabellos castaños claros como los de su madre, piel rosada y llanto pequeño, controlado, pero regular y sano.

—Muchas felicidades, mis señores, recomiendo mucho descanso para la duquesa —dijo el médico, completamente satisfecho.

—Gracias —Izek dejó que su esposa se recostara en las almohadas y se puso en pie, tomando con firmeza la mano del hombre que protegió tres vidas en esa habitación—. No sabe cuanto le agradezco.

El medico se vio rápidamente avergonzado. El duque era temido y respetado por donde se le conociera, y el que tan poderoso hombre se mostrara tan tranquilo, endeble y feliz, le daba la sensación al médico de estar en medio de una alucinación, seguro nadie le creería si contaba esa historia en el pueblo. Se las arregló para contestar modestamente y salió de ahí con una expresión de felicidad, no tenía idea de por qué, pero el ser reconocido por un hombre poderoso siempre era satisfactorio.

Izek regresó la mirada hacia la cama, donde su esposa estaba siendo acicalada por las doncellas que no dejaban de sonreír y hablar dulcemente hacia los recién nacidos que la madre tenía en brazos.

—Oh, Izek, felicidades querido —se acercó la señora Campbell.

—Te dije que serían dos, hermano —dijo satisfecha Nimue.

—De hecho, lo dijiste con demasiada seguridad.

—Sé cuando no me equivoco.

El duque la miró con el ceño fruncido, pero se volvió de inmediato

cuando la voz de su esposa lo llamó.

—Mandaré llamar a las nodrizas —dijo la señora Campbell—, sería bueno que me los llevara para su primera comida.

—Bien, manden traerlas de…

—No. —Kayla interrumpió a su marido, quien la miró intrigado—. No, no quiero que nadie los alimente, lo haré yo.

—¿Tú? —expresaron su desacuerdo Nimue y su nana.

—Sí, puedo alimentar a mis propios hijos.

—No es costumbre por aquí —dijo Izek—, una nodriza…

—No quiero Izek, lo haré yo.

—Kayla, son dos ¿Comprendes? —elevó una ceja mirando a sus hijos entre los brazos de aquella jovencísima mujer—. No sabes el trabajo que…

—Lo intentaré —interrumpió, inamovible en su posición.

—Mi lord, si me permite … —se introdujo la señora Campbell.

—No, no lo permito —acallantó Kayla—, son mis hijos.

—Y de mi hermano, en realidad, son de él. —Nimue elevó las cejas, exponiendo su punto con indiferencia notable hacia la madre.

Kayla se mostró enojada ante las palabras, sabía que ante la ley era verdad, pero le revolvía el estómago el que le echaran en cara tan sólo dar a luz que su marido tenía una total jurisdicción sobre sus hijos. La mujer miró al duque con indignación, esperando que pensara diferente. Izek asintió levemente y levantó una mano hacia ella, tratando de calmarla.

—Traigan a la nodriza, pero estará como respaldo; sólo si Kayla lo dispone, ella podrá darle de comer a los mellizos.

No era un triunfo al completo, pensó Kayla, pero al menos se había puesto de su lado, lo encontró como una pequeña victoria a juzgar por las caras enojadas de su cuñada y ama de llaves. Definitivamente su momento de bondad y cariño hacia ella se habían terminado; al fin y al cabo, había dado a luz y parecía ser que era lo único que importaba.

Izek pidió con la mirada que las doncellas se retiraran, dejando a su esposa limpia y con un camisón nuevo y dos bebés en sus brazos. El padre se acercó a su familia y abrazó a su mujer, besando su frente con cariño mientras veía a los dos bebés dormir plácidamente contra el pecho de su madre, a quien sabía molesta con él.

—Dije que sin nodriza Izek. —Reprochó la madre sin dudar.

—Será sólo por si acaso, ¿vale? Se hará como tú digas.

—Pareciera que no confías en mí ni para las tareas más simples.

—Los trajiste al mundo, así que confío plenamente en ti, pero quiero que estés bien, no sabes lo demandante que puede ser.

—Lo haré bien.

Izek sonrió y le besó los labios, tratando de transmitir con ese

cariño la alegría que le había proporcionado ese día. Quería que su mujer olvidara por unos instantes la pelea contra su hermana y ama de llaves, y se enfocara en lo que tenían justo frente a sus narices, dos bebés que habían sido producto de ellos, que serían parte ella, parte él por siempre.

—¿A qué vino eso? —lo miró sorprendida.

—Me has hecho el hombre más feliz de esta tierra.

Ella sonrió con ilusión y miró a sus hijos, al parecer de Kayla, no existían niños más hermosos que esos mellizos.

Capítulo 29

¡No se despegará nunca de ellos! —gritó la señora Campbell—. Ni siquiera permite que nos acerquemos.

—Tranquila señora Campbell —pidió Nimue con voz relajada—. Está iniciando su maternidad con dos niños, estará exhausta pronto, sin mencionar que Izek no lo soportará por mucho tiempo.

—La madre viene en camino —dijo Sloan, sentado en un sofá alejado de las dos mujeres—, será un problema.

—Lady Annabella no es parte de la cofradía, ni tiene las habilidades de ninguno de los hijos o padre, es Kayla con mayor edad —explicó Nimue—. Aunque el que esté presente hará más fácil lidiar con los mellizos, tenemos que encontrar la forma de ganarnos la confianza de Kayla de nuevo.

—Tú no ayudas para nada Nimue —sonrió Sloan—, creo que es a la que más teme, después de la señora Campbell.

Nimue tenía que darle la razón, no se había comportado del todo bien en las últimas instancias, cuando estaba dando a luz y peor aún cuando ya los tenía en brazos. Debía reconocer que fue su error, pensó que en cuanto los bebés nacieran, todo terminaría. Definitivamente se precipitó.

—Es verdad, Sloan, no tengo la confianza de Kayla y la señora Campbell mucho menos —sonrió con malicia—, pero tú sí. Eres el que ha estado más alejado durante el proceso, lo cual quiere decir que no estás plenamente involucrado ¿verdad?

—No, no me meteré en esto.

—Estás metido desde el inicio —Nimue lo miró con enojo—, que quieras dejarme todo a mí no te hace estar menos implicado.

Sloan miró a ambas mujeres y suspiró, al final, ellas eran todo lo que tenía, siempre había hecho todo por complacerlas, pero al fin había encontrado un límite, o eso creía él.

—Bien.

—¡Al fin! —sonrió Nimue—. Te muestras coherente y valiente.

—Sí, como sea.

—¿Por qué no vas ahora? Al fin y al cabo, eres el único que no ha visto a los mellizos, no los has visitado ni una vez —indicó la señora Campbell.

Sloan salió de la habitación sin decir palabra, dirigiéndose a paso lento hacia la habitación de su hermano, levantó la mano y tocó tan levemente, que pareciera que no deseaba ser escuchado. Sin embargo, la voz de Izek le dio permiso de entrar y tal como si hubiera recibido una orden, Sloan abrió la puerta, sintiéndose sobrecogido ante la imagen hogareña que tenía ante sus ojos.

La madre estaba inclinada sobre la cuna, envuelta en un camisón

blanco y un hermoso negligé de satén rosado que se arrastraba ligeramente en la parte de atrás, dándole una apariencia elegante pese a que se encontrara en ropas claramente de dormir.

—Sloan, ¿Qué te trae por aquí? —Izek salió del baño, entregando a su esposa un recién nacido envuelto en una toalla.

El mellizo tardó unos momentos en traer su atención hacia su hermano, puesto que la figura desenvuelta de la mujer que atendía con diligencia a sus hijos lo había capturado por un largo momento que provocó el desagrado del mayor, qué rápidamente optó por una postura agresiva de brazos cruzados y cejas arqueadas.

—Nada. —Meneó la cabeza—. Sólo quería ver cómo estaban.

—Bien, eres muy amable por venir —la voz de Kayla denotaba cansancio y, al mismo tiempo, felicidad—. Supongo que quieres ver a los mellizos.

Sloan asintió, pasando de largo la hostil figura de su hermano y asomando la cara hacia la cuna, donde dos pequeños bebés recién bañados y cambiados dormían tranquilos uno junto al otro.

—No parecen dar mucho problema.

—Si que lo dan, pero el baño les agrada —desmintió la madre.

—¿Ya han decidido nombres?

—Davina y Kendrick.

Sloan asintió en conformidad, le agradaban los nombres.

—Es una copia de ti, hermano —sonrió el menor al ver al pequeño bebé que abría y cerraba los ojos—, de verdad que el gen Buccleuch es fuerte.

—Sólo en media parte —dijo divertido Izek, sonriendo por primera vez desde que entró su hermano—, Davina es como Kayla.

—Me parece extraordinario —Sloan miró a su cuñada con diversión —, eso jamás había pasado, es un verdadero milagro que no toda la descendencia de mi hermano tenga las características usuales de los cuidadores del infierno.

—Oh, no digas eso, Kendrick se parece a todos ustedes —Kayla golpeó ligeramente el hombro de su cuñado y miró a su hijo.

A ella le parecía particularmente perfecto, Kendrick era un bebé tranquilo, pero con llanto potente que se hacía escuchar, tal como su padre. Su piel era mucho más pálida que la de su hermana y los cabellos azabaches sólo lo acentuaban, pocas veces había abierto los ojos, pero ya era predecible el color que tenían. Era muy hermoso, las doncellas y las visitas que habían recibido lo decían sin dudar.

Siendo todo lo contrario, Davina era la encarnación del sol, tenía los cabellos claros, más claros que los de su madre, piel sonrosada, sus ojitos estaban abiertos mucho más tiempo que los de su mellizo, permitiéndole a sus padres ver el color claro en ellos, aunque era claro que no sabrían de qué color eran exactamente hasta que creciera un

poco más y definiera.

Día y noche, dijeron muchos. Eso representaban los bebés.

—¿Puedo cargarlos? —pidió Sloan de repente.

Izek mostró una faz enigmática, pero Kayla sonrió y asintió, tomando a Davina en brazos para colocarla en los de su cuñado.

—¿Puedes con los dos?

—Lo dudo —dijo claramente nervioso.

Kayla mecía al pequeño Kendrick, mirando con una sonrisa la forma en la que Sloan se fascinaba por la niña en sus brazos, era como si no comprendiera que era una persona de verdad. La mujer volvió el rostro cuando sintió que su marido la tomaba de la cintura y la acercaba con cuidado a él, mirando intrigado a su hermano.

—¿Qué sucede? —susurró a su marido, viendo como Sloan mecía su cuerpo entero al tratar de hacer que la niña se durmiera—. Está contento, Izek, ¿no lo ves? Quizá es la forma de llegar a ellos.

—No te confíes Kayla, menos con los bebés. —Izek le besó la mejilla y se volvió hacia su hermano—. Bien Sloan, los niños tienen que comer, supongo que no te molestará hacerte cargo de mis deberes por más días.

—No, no te preocupes —Sloan no apartaba la vista de la pequeña Davina—. Puedo encargarme de ello el tiempo que necesites.

—Gracias. —Estiró los brazos para recibir a su hija.

Sloan no parecía plenamente convencido, pero entregó a la bebé y sonrió hacia la madre de la misma.

—Felicidades Kayla, tus hijos son hermosos.

—Gracias, sabes que puedes venir a visitarlos cuando quieras.

—Kayla, debes descansar, no puedes estar tanto tiempo de pie —pidió su marido, guiándola hacia la cama y dando por terminada la visita de su hermano—. Vamos, traeré las almohadas.

Kayla asintió y recibió al otro bebé en brazos, observando como Sloan permanecía en la habitación con una mirada indescifrable cuando Izek fue a la habitación contigua por el apoyo que ella necesitaba para lactar.

—¿Sucede algo Sloan?

—Debes irte Kayla.

—¿Disculpa? —La joven meció a sus hijos que comenzaban a llorar.

—Están en peligro —dijo nervioso y fuera de sí, mirando hacia todos lados con desesperación—. Dile a Izek que…

—¿Que qué, Sloan?

El menor cerró la boca en seguida y se enfrentó a su hermano, quien lo miraba con una intensidad que atravesaría montañas.

—Nada, me retiro.

—¡Sloan, espera! —pidió Kayla, pero el hombre salió de ahí.

Izek frunció el ceño y se acercó a su esposa, no dándole la debida

importancia al suceso que acababa de presenciar, enfocándose más bien en colocar los almohadones que su mujer utilizaba para acomodar a los niños a la hora de darles de comer.

—¿Qué sucedió? —dijo desinteresado.

—Dijo que debía marcharme, Izek, incluso me dijo que debía hablar contigo de ello. —Kayla negó en confusión, observando que los niños estuvieran en la posición adecuada para comer tranquilos—. Fue por un momento, pero casi creí ver que ansiaba vernos a salvo.

—¿Sloan? —Izek se sentó frente a ella y negó con rotundidad—. Estoy seguro que fue enviado aquí por Nimue.

—Pero ¿y si cambió de parecer? Quizá te cuente lo que pasa.

—Trataré de hablar con él si es tu deseo, pero ya lo he intentado antes, Sloan no traicionaría a Nimue por nada en este mundo.

—Dime algo Izek, ¿Por qué Sloan no tiene su propia familia?

El duque suspiró, mostrando su falta de entusiasmo por contestar la pregunta, pero al final aceptó y la miró apesadumbrado.

—No puede tener hijos.

—Pero… —frunció el ceño—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque Sloan estuvo casado en más de una ocasión y de ningún matrimonio hubo descendencia —explicó.

—¿Cómo que en más de una ocasión? —negó confundida—. ¿Es eso posible? Las anulaciones no son fáciles de conseguir.

—Lo son cuando la persona muere.

—Muere… —La joven saboreó las palabras con amargura.

—Habrá que escuchar otra de las historias de Fiona para saberlo, Dios sabe que a la gente le encanta esa en particular —mencionó asqueado—, Sloan siempre quiso una familia, hijos.

—Es… horrible que no pueda tenerlos, pero lo de sus esposas.

—No sé que es lo que pasaba con ellas, en verdad, me desentendí de esa parte en particular, pero sé que Nimue siempre estuvo a su lado en esos momentos de pesadumbre y por eso mismo sé que jamás la dejaría a ella.

—¿Se deprimía por la muerte de sus mujeres?

—Quiero entender que sí.

—No tiene sentido que tantas esposas mueran ¿no te parece?

—Naturalmente que es sospechoso, pero te aseguro que se han hecho las investigaciones pertinentes y nada ha salido en contra de él.

—Nada que pueda comprobarse al menos.

Izek asintió sin más.

—No quiero pensar que mis hermanos son asesinos Kayla, pero sé que son personas dañadas, heridas por la vida.

Kayla opinaba que ese daño podía llevar a cualquiera a la demencia, la mirada que Sloan dirigía a sus hijos era de añoranza, no vio un sentimiento además de un anhelo y cariño puro, pero con la

historia que acababa de contarle su marido, aquello se transformó rápidamente a algo siniestro. ¿Cómo podía una historia sin veredicto cambiar la visión de alguien en cuestión de segundos?

Ciertamente no sabía si Sloan era culpable de algunas de las acusaciones que se formaban en su cabeza, pero la incertidumbre era imposible de quitar, así como la desconfianza, posiblemente no volvería a permitir que Sloan cargara a sus hijos.

—Oh, Izek —se frustró—, estoy asustada, ahora que los tengo…

—Lo sé —se acercó y le tocó la mejilla—. Yo también lo tengo. Así que te vuelvo a pedir que reconsideres tu respuesta pasada.

—Me quedaré contigo Izek, no quiero estar en otra parte, tus hijos merecen crecer contigo a su lado.

Izek la miró con todo el cariño que era capaz de expresar.

—También quiero eso.

—Dios mío Izek —Kayla tomó a uno de los bebés y se lo tendió a su marido—. Esto va de mal en peor.

—Lo sé, por eso he pedido ayuda, me forzaron a aceptarla.

—¿De qué hablas? —La joven subía su camisón y tomaba al otro bebé para ponerlo a repetir—. ¿Alguien te puede forzar a algo?

—Parece ser que sí.

—¿Quién?

—Tú padre.

—¡¿Mi padre!? —gritó la joven, provocando un ligero llanto en los gemelos, Kayla mostró su arrepentimiento con una mueca y balanceó al bebé en sus brazos antes de mirar a su marido—. ¿Cómo que mi padre?

—Al parecer, tus hermanos pasaron el mensaje de lo que vieron, incluyendo una interesante confesión por parte de tú sobrina. Tu padre no permitió cuestionamiento y viene junto con tu madre.

—¿Ambos…? —susurró la joven, sintiendo terror de inmediato—. Me matarán, seguro que lo harán.

—¿Por qué?

—Jamás les dije… —negó—. Si ellos saben lo mal que está todo, me amonestarán, me tacharán de tonta por seguir aquí con una familia peligrosa, un esposo que no me quiere y dos hijos de un matrimonio infructuoso y sin mucho futuro.

—Tú familia es peligrosa también —le hizo ver—. Y no diría que eres tonta Kayla, pensaste que podrías, es más, te esforzaste de más para que todo funcionara y, al menos en una parte, se logró.

—¿Qué? ¿El tener a tus hijos? —se apesadumbró—. Mi padre me matará, volverá a sentirse decepcionado de mí.

—No, no me refiero a tener a mis hijos —Izek dejó al bebé que él traía en la cuna y esperó a que su esposa hiciera lo mismo, entonces la tomó de la cintura y la volvió hacia él—. Tu esposo sí te quiere, es

más, te adora.

—¿Qué dices? —Ella rodó los ojos—. No sólo porque estés feliz por los niños puedes decir que me quieres.

—Te quería de antes y si más no recuerdas, yo ni siquiera quería hijos al inicio, deseaba que fuéramos sólo los dos, pero no me quejo.

Ella se vio en la necesidad de tomar distancia, su corazón parecía a punto de fallar, sobre todo si permanecía cerca de él.

—No te creo nada, jamás has hecho algo para que piense que me quieres. —Se cruzó de brazos—. Siempre eres tan duro y terminante.

—Eso no lo puedo cambiar, pero te aseguro que más de uno estará sorprendido de ver mi actitud hacia ti. No lo notas porque no llevas mucho de conocerme, pero soy diferente contigo, incluso yo puedo notarlo, me siento extraño cada vez que me doy cuenta.

—¿Te molesta?

Una ceja incrédula se elevó lentamente en la cara del duque, claramente encontrando como una tontería sus palabras.

—Claro que no… —el duque lo pensó mejor y asintió—. Quizá un poco a veces, cuando en realidad siento que me dominas, pero es por cuestiones del pasado, traumas que poco a poco voy olvidando.

—Yo… no sé que pensar.

Kayla parecía no terminar de creer en lo que le decía, jamás sintió que él la quisiera. Que la respetaba, tal vez; que la consentía, posiblemente; incluso que se preocupaba por ella, pero… ¿Querer? ¿Acaso Izek sabía querer a alguien? Con un pasado como el suyo, posiblemente…

—¿Y tú? —interrumpió sus pensamientos—. ¿Por qué no te has ido? Te di el escape desde que nos enteramos del embarazo, ¿Por qué te negaste?

—Porque… —ella se mostró confundida—. No lo sé.

—¿No lo sabes?

—En verdad… no lo sé —se mostró extrañada de no saber lo que sentía, si había algo de lo que se enorgullecía, era de conocerse lo suficiente como para siempre saber lo que había dentro de ella, pero en ese momento... ella en verdad no lo sabía—. ¿Por qué no lo sé?

—Bueno, te aseguro que no es halagador.

—No puedes culparme, eres un ogro.

—Sé que no puedo culparte —sonrió tranquilo—, entiendo que no me ames, pero trataré de que lo hagas, para mí fue una ganancia que en cada ocasión que te preguntaba si querías irte, me dijeras que querías quedarte. Cada que lo decías, sólo podía amarte un poco más.

—Amor… —mencionó aún más confundida—. ¿Amor?

—Sí, Kayla. Amor.

—A ti ni siquiera te gusta el amor.

—¿No me gusta?

—¡Lo dijiste! Cuando me platicaste lo de Mailene me lo dijiste, que jamás querrías amar a alguien porque vuelve locos a los Buccleuch.

—No me gustaría amar a alguien como ella de nuevo, eso es verdad, pero creo que es imposible que las personas no sientan amor.

—¿Eres una persona?

Izek dejó escapar una carcajada varonil y muy dulce.

—Pareces impresionada.

—¿Y qué esperabas? Ya me había hecho a la idea de que tú…

—Te tienes poca confianza si pensaste que no podría llegar a enamorarme de ti, Kayla.

Ella se sonrojó notoriamente y negó levemente con la cabeza.

—Tengo… tengo que procesarlo.

—Bien, lo comprendo.

Kayla frunció el ceño y se acercó a la cuna de los bebés, mirándolos con cariño, pero sintiéndose tan extraña con la anterior confesión, estaba abrumada y lo único que la mantenía cuerda eran esos niños, que, para su maldición, se parecían a su esposo.

—Trata de no atribularte demasiado con esto, nada cambia porque lo sepas, seguimos siendo los mismos.

—Y al mismo tiempo, siento que todo es diferente.

—El que te quiera no me convertirá en otra persona, ni a ti tampoco Kayla. Tan sólo quería hacerte sentir mejor con la llegada de tus padres.

—¿Quiere decir que mentiste? —lo miró con dolor.

—No. No mentí.

Ella regresó la vista nuevamente hacia sus gemelos, ansiando no ver al hombre que logró confundirla de esa manera.

—Te dejaré tranquila.

—Izek… —Él se detuvo—. Aunque no tenga una respuesta… sigo queriendo que estés cerca de mí, de tus hijos.

—No debes preocuparte por eso jamás.

Capítulo 30

Arnold llevaba varios días custodiando a la mujer llamada Fiona, la contadora de historias terroríficas del pueblo, sobre todo, de la casa de su amigo y el hombre al que servía desde que tuvo capacidad de trabajar para alguien. Izek le ordenó que la mantuviera a salvo, que viera lo que hacía durante su día y los lugares que visitaba.

Para Fiona estaba resultando francamente irritante, sin mencionar de lo inquietante que era tener un par de ojos siguiendo cada uno de tus pasos. En más de una ocasión pidió de favor que la dejara tranquila, puesto que dudaba que alguien fuera a ir contra ella sólo por decirles que aquella choza a la que la habían llevado era poseedora de una bruja que posiblemente se encargara de trabajos escabrosos, había varios indicios de muerte, de fetos y animales de sacrificio. Era horrible, pero eso no significaba que supiera quién era el dueño de tales atrocidades, quizá incluso aunque fuera de su conocimiento, no lo diría por mero terror de ser la causante de la cólera de tan peligrosa persona.

Otro suceso que le fue impresionante a la mujer, fue el que la llevaran a las catacumbas de la familia, los cuales recorrieron en medio de una sensación de que los seguían; pero ahí no habían encontrado a nadie, ni tampoco nada extraño además de que las personas los recorrían con más frecuencia de lo que les gustaría.

A visión de Arnold, la mujer era extraña, pero no dejaba de ser hermosa, pese a que pasaba la edad de la juventud, perduraba en ella una mirada vibrante, vivaracha, cabellos largos y sanos pese al tinte que se ponía y la hacía oler extraño; tenía pechos generosos, su cuerpo ya no era tan esbelto como seguramente lo había sido, era seductora, se movía grácilmente y se insinuaba de forma inocente.

—¿Es totalmente necesario que me siga a todos lados?

—Sí, señora.

—No debería ser tan formal conmigo, todos me llaman Fiona, incluso su señor —sonrió, caminando por el pueblo.

—Me abstendré de esas libertades, señora.

—Qué caballeroso es —lo miró de soslayo—, me agrada su mirada grave y la forma en la que finge no querer acostarse conmigo.

Arnold pasó con fuerza y trató de no mostrar emoción.

—Centremos nuestras conversaciones a lo necesario.

Ella dejó salir una risilla coqueta que le heló la sangre al hombre.

—Como usted diga, señor, es usted muy recto. —La mujer miró hacia adelante, saludando a su paso a los hombres y mujeres que solían escucharla cuando se disponía a contar historias—. Escuché que el señor duque está feliz por primera vez en años.

—Mi señor es feliz desde que está casado.

—Mmm… creo que eso es mentira, pero definitivamente estará feliz por los hijos que le ha dado esa mujer.

Arnold la miró y sonrió, comprendiendo la actitud de Fiona.

—Entiendo que a las mujeres les gustaría pensar eso, pero lo conozco y sé que se ha enamorado de su esposa y de sus hijos.

—No tengo obsesión con su señor, eso se lo aseguro, tan sólo es lo que pienso. Sin mencionar que es mejor para mis historias que la duquesa sea rechazada por su marido.

—Es usted muy cínica, pero debo de admitir que seguramente es más interesante escuchar de horrores que de amores.

—Posiblemente. No soy escritora y el amor está hecho para los poemas, no para las historias que capturan la atención de los transeúntes.

Arnold no quiso decir nada más, encontró banal seguir hablando de tonterías que, además, no le concernía a ninguno de los dos. Sin embargo, a la mujer le gustaba hablar y no permitiría que un silencio se hiciera entre ellos, ya era lo suficientemente malo ser seguida a todas partes, así que al menos, Fiona esperaba tener una buena conversación, esperando claro, poder sacar una nueva historia para contar en las calles.

—Entonces, ¿Qué fueron los niños?

El hombre a su lado dejó salir un suspiro apesadumbrado.

—¿En serio no se rendirá?

—No. Y tenemos todo el día para que lo fastidie con esto —dijo sonriente, caminando de espaldas para poder verlo a los ojos.

—Niño y niña.

—¡Vaya! Hasta suerte tienen los Buccleuch. —El señor Arnold permaneció callado—. ¿Se parecen a él?

—El varón más, pero la niña tiene el pelo diferente.

—Así que la niña se parece a su madre —asintió tranquila—, en todo caso es extraño, la casta de los duques es poderosa.

—Parece que la de su esposa también lo es.

—Mmm… ¿Los Hamilton? Me parecen una familia normal y sin mucho realce, los hijos son guapos, pero a mi ver, ordinarios.

—Esa familia es todo menos ordinaria. De hecho, si quieres tener historias que contar, entonces espera en la estación en estos días, el padre de la señora está por llegar.

—¿El padre? —se mostró sorprendida—. ¿El… el hombre ese?

—Sí. Seguro que faltan días, sino es que menos.

—No sabía que venía, pensaba que al duque no le agradaba que la familia de su mujer estuviera en Escocia.

—Al final, es normal que vengan a ver a los recién nacidos.

—Bueno, sí —sonrió—. Será interesante conocerlo.

Arnold asintió y decidió que era momento de retornar a una

conversación que fuera fructífera para Izek, porque seguro que el decirle que la mujer está interesada en aspectos tan triviales de su vida matrimonial, no le sería de agrado de ninguna forma.

—¿Has pensado ya en alguien que pueda ser la bruja?

—Puede ser varón, para su información. Y no, no tengo idea, nadie puede describir bien a la persona, ni siquiera el cuidador.

—Eso es extraño.

—El hombre dice que siempre llegaba encapuchado y su rostro estaba entre la penumbra de la capa que porta. No hablaba, para comunicarse con él dejaba notas, parece alguien cuidadoso.

—No creo que al duque le interese eso.

—Quizá no, pero ¿ya hizo él la investigación que le dije?

—¿Sobre los cuadros?

—Sí. Sé por algunos rumores que hay una recámara ahí dentro llena de retratos del pasado.

—¿Quién es su informante?

—No lo diré, lo necesito, pero al menos estoy dándoles ventaja.

—El duque los encontró.

—¿Y bien? ¿Qué dijo? ¿De qué son?

—Pensé que lo sabría.

—Nunca los he visto, estoy tan en blanco como todos los demás que estamos fuera, ni siquiera mi informante sabe de qué van.

—Ni lo sabrá.

—¿Qué? —se mostró ofendida—. Es totalmente injusto.

—Piense lo que quiera, señora.

La mujer entrecerró los ojos, pero siguió al hombre que actuaba como su escolta, al final descubriría la forma de hacerlo flaquear.

✤

Izek se encontraba sentado en su despacho, mirando intensamente hacia los cuadros que mandó traer de aquella extraña habitación de los pisos inferiores, los pertenecientes a la servidumbre. Aparentemente nadie entraba a esa habitación desde que se extendió el rumor de que estaba embrujado. Parecía ser que las supersticiones estaban sirviendo al perpetrador para mantener a raya a todo cuando pudiera cruzarse en su camino. Izek podía aceptar que era inteligente y que estaba más cerca de lo que pensó, ya ni siquiera era capaz de estar seguro que se tratara de sus hermanos, puesto que, como había dicho, Nimue jamás fue hábil con la pintura y esos retratos eran excelentes, casi tan buenos como los de Kayla.

—¿Izek?

—Pasa Arnold, ¿la mujer dijo algo más?

—No. —Se dejó caer en una de las sillas frente al escritorio del duque y se volvió hacia donde la mirada oscura se mantenía perdida

—. Demonios, Izek, eso es terrorífico, deberías tirarlos.

—Esto es evidencia. Mira —el duque se puso en pie y tomó uno de los retratos—, ¿Ves este rostro? ¿Te parece familiar?

—No, no en realidad.

—Es la primera mujer que murió, el día que llegué y que drogaron a Kayla para que olvidara el suceso ¿ves? —Volvió el cuadro, desde donde se veía unas marcas extrañas y una fecha—. Esto es un nombre, se llamaba Lizandre, la fecha en qué murió y que no fue de utilidad.

Arnold ladeó la cabeza, sin lograr leer lo que el duque.

—Has pasado demasiado tiempo aquí.

—No, encontré un patrón —dijo animado—. ¿Ves? Lo mismo, fecha, nombre y la misma frase al final: no fue de utilidad.

—¿En qué idioma está que no lo leo?

—Es alemán —Izek contestó sin volverse a su amigo—. ¿Sabes quién tenía raíces alemanas?

—Supongo que Mailene, porque todas se parecen a ella.

—Exacto, todas se parecen, pero ¿por qué dice que no funcionan?

—No sé, ¿cosas de brujas? Hablaron de una resurrección.

—Posiblemente, pero, ¿era necesario matarlas? ¿Por qué razón? ¿Por qué aquí en el castillo?

—Quizá por que Mailene murió aquí en primera instancia.

—Puede ser, pero creo que quieren hacer que se me retuerza el cerebro al dejar los cuerpos aquí, donde puedo verlos y donde vivo la muerte de Mailene una y otra vez. Una que no presencié.

—¿Crees?

—Estoy seguro.

Arnold miró con detenimiento el cuadro que Izek no apartaba de su vista, era aquel que retrataba a su esposa, con su característico cabello corto y el lunar en la mejilla, Kayla era la única que parecía no estar tachada en la lista de mujeres inservibles, pero eso podía llegar a ser aún más preocupante.

—¿No crees que es peligroso que te los llevaras? La persona sabrá que lo hiciste y se sentirá acorralada.

—Sí, es lo que quiero, que actúe impulsivamente, torpemente, para que de una vez podamos atraparlo en medio de sus fechorías.

—Entiendo —Arnold se puso en pie—, volveré con la bruja esa.

—Ten un ojo sobre ella a todo momento, sabe de esta casa más que nadie, por alguna razón, Fiona sabía de esa habitación y yo no.

—Porque jamás bajas a esos pisos y es prácticamente imposible que lo supieras, pero ella tiene un informante.

—Lo supuse, pero ¿Quién?

—A saber, no piensa decirlo.

—Trata de sacárselo.

Arnold asintió y dejó a su amigo en soledad, frente a todos esos

retratos de mujeres asesinadas y una que estaba en peligro.

—¡Agh! ¡Izek! —La voz enfurecida de su mujer provocó que se apurara a salir de la habitación para que ella no lograra ver su interior —. ¡Izek!

—¿Qué sucede? —la interceptó en su furioso caminar.

—¿¡Dónde estabas!?

—Trabajando. —Contestó relajado, a sabiendas que el carácter de su mujer se había vuelto errático desde la llegada de los bebés.

Ella pareció quedarse momentáneamente sin palabras y dejó salir un quejido exasperado. Se denotaba cansada, tenía ojeras bajo los ojos, su cabello estaba desalineado y el vestido mal abrochado. Sin dudas necesitaba un descanso, pero era terca y con el cuidado de los niños, intransigente. Izek no solía cuestionarla mucho y más bien obedecía las ordenes que ella le daba como si se tratara de un general.

—Muy bien, ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan molesta de repente? —la llevó lejos del despacho—. Te dejé tranquila hace unas horas.

—Sí, sí, eso ya pasó. ¿Cuándo llegarán mis padres?

—Ah, con que es eso, ¿te preocupan tus padres?

—¡Claro que me preocupan! Estoy tan nerviosa que se me ha comenzado a caer el cabello —se tocó la melena castaña.

—Tranquila, sea lo que sea, no estarán enojados contigo.

—Eso piensas, pero soy la decepción de mi familia.

—No creo que lo seas Kayla, sólo porque eres diferente a tus hermanos no te hace peor. Dudo que tu padre quisiera hacer copias de si mismo cada vez que tenía un hijo, según sé, eres su consentida.

Ella rodó los ojos.

—Le encanta verme porque le recuerdo a mamá, dicen que soy muy parecida a ella cuando era joven.

—¿Ves? Como podría odiarte de alguna forma.

—No dije que me odiaba, dije que le decepcionaba.

—Deberías hablar directamente con él y preguntárselo.

Ella mordió sus labios y miró hacia otro lado.

—A veces, me gustaría ser como Aine, no la conoces, pero es mi hermana mayor. Ella es tan… tan perfecta y única, papá la adora, es como una versión masculina de él. Ahora ella tiene su familia, tuvo un hijo perfecto y tiene un marido de en sueños, todos lo quieren.

—¿Es una pedrada? —dijo divertido.

—No. Tan sólo… no sé por qué parece que yo me equivoco una y otra vez, nunca hago nada bien.

—Creo que has hecho perfectamente a dos personas —sonrió.

—Probablemente lo único que he hecho bien en mi vida.

—Eres muy dura contigo misma, creo que estás afectada por el embarazo. Pero Kayla, eres buena en tu arte, en verdad lo eres.

Ella bajó la cabeza y suspiró.

—Gracias, supongo que lo soy.

—Vamos, sabes que lo eres, estás desanimada ahora, pero verás lo contenta que te pones cuando tu maestro te de respuesta.

—¿Crees que le guste lo que he hecho?

—Estoy seguro.

Ella sonrió, sintiéndose un poco más relajada y lo abrazó en agradecimiento, al menos, ahora que él se había confesado, las cosas podían fluir un poco más ligero entre ellos. Eso no significaba que él fuera una persona más fácil de llevar, seguía siendo dominante y cuando decía que se hiciera algo, esperaba que se cumpliera. Sin embargo, podía retractarse cuando se daba cuenta que estaba siendo demasiado duro; sin mencionar que era un excelente padre y la ayudaba todo el tiempo con el cuidado de los gemelos, que rápidamente pasaron a ser su adoración.

—¿Dónde están los niños?

—Los dejé arriba con Bonnie.

—Me sorprende que quisieras dejarlos solos.

—Quería gritarte —se inclinó de hombros—. Volveré con ellos.

—Vamos, te acompaño.

Ella caminó tranquila hacia las escaleras, notando el aura meditabunda que su marido traía consigo desde hacía unos días. No habían tenido mucho tiempo de hablar sobre algo diferente que no fueran sus hijos, pero sabía que Izek descubrió muchas cosas mientras ella estaba en su encierro después de tener a los bebés.

—¿Qué pasa Izek? ¿Qué me ocultas ahora?

—¿Qué? —la miró con una sonrisa—. Nada, lo siento, estaba pensando en un arrendatario que tiene dificultades para pagar.

—Nunca te ves muy conflictuado a la hora de enfrentar ese tipo de problemas, sé que es otra cosa.

—Kayla, por favor, no hagas suposiciones.

—Lamento decir que, para tu mala suerte, te he observado lo suficiente como para conocer tus expresiones, así que escupe.

—¿Escupe?

—Me refiero a que hables.

—Pero qué vulgar te has vuelto —se burló—, creo que no deberías estar conmigo tanto tiempo.

—Izek… —reclamó.

—Encontramos a Fiona.

—¿Y por qué no me habías dicho? —se sorprendió—. ¿Qué dijo?

—Bueno… nos hizo encontrar una habitación extraña aquí en la casa y parece ser que no conoce a ninguna bruja para la choza de la colina, cosa que no puedo creer, por alguna razón sé que miente.

—¿Por qué lo haría?

—Esa mujer se beneficia con los rumores, con los cuentos y las

leyendas de esta casa, seguro que está contando justo ahora la historia de la bruja del castillo de Dalkeith.

Kayla sonrió.

—La dama de las leyendas, por supuesto que está sacando provecho de nuestra desventajosa situación.

—Incluso tus hijos son parte de las leyendas ahora, no me sorprendería que estuviera inventándose una profecía justo ahora.

—¿Profecía? —Los ojos verdes iluminados en diversión—. ¿De qué iría? ¿El sol y la luna? ¿La representación del bien y el mal?

—Davina y Kendrick se prestan para todo tipo de historias.

—No puedo negarlo, parece que son de padres diferentes.

—Ni lo menciones —se quejó el hombre, mirando con disgusto hacia su mujer—. Son míos y sólo pueden ser míos.

—¡Claro que son tuyos, gran tonto! ¿De quién más sino? —ella había enfurecido nuevamente.

—Lo sé, lo sé. Era una broma, lo siento.

—¡No digas tonterías!

La mujer abrió la puerta de su habitación, quedando momentáneamente paralizada al ver a su cuñada inclinada sobre la cuna donde sus bebés descansaban tranquilos. Bonnie estaba ahí, pero seguramente, contra una petición de Nimue, cualquier negación de la doncella quedaba completamente invalidada, incluso podía ser despedida.

—¿Qué haces aquí? —la voz de Izek estaba cargada de desprecio.

—Mi querido hermano, ¿por qué suenas tan disgustado?

—Posiblemente porque lo estoy —se acercó a la cuna y vio a ambos bebés en el lugar, perfectos y dormidos.

—¿Es que piensas que les podría hacer algo a tus hijos?

Izek no contestó y permitió que el silencio perdurara por un largo momento en el que las miradas eran un batallón oscuro que buscaban constantemente la victoria.

—Claro que no, Nimue. —Interfirió Kayla, poniendo una mano en el pecho de su marido para obligarlo a dar unos pasos hacia atrás.

—Gracias Kayla —la mujer no quitaba la mirada de su hermano—, pero sé la opinión que mi hermano tiene sobre mí.

—No, por supuesto que no, él sólo está nervioso con los niños, se pone tenso incluso cuando yo los cargo. —Excusó la mujer.

La mirada de Nimue se movió gradualmente hacia la de su cuñada, aquellos ojos tan diferentes a los de toda su familia le mostraban un cariño que no alcanzaba a comprender, Kayla debía odiarla, puesto que le arruinó la vida en muchas formas; sin embargo, ahí estaba ella, inmiscuyéndose para que no peleara con Izek.

—¿Por qué me defiendes? No tiene sentido.

—Eres mi familia, pese a que no me consideras así Nimue.

—¿Quién dice que no?

—Tus actitudes demuestran que no me tienes plena confianza, no me quieres en realidad, estoy segura que hiciste esto por tu hermano, porque lo quieres y de alguna forma te arrepientes por lo de Mailene.

Kayla pudo sentir la mirada intensa de su marido sobre ella, incluso Nimue abrió los ojos desmesuradamente al escuchar ese nombre traído de ultratumba para alterarlos.

—No siento ningún remordimiento.

—Mientes. Eres inteligente y la mente maestra detrás de todo el plan de traerme aquí, ¿Te digo algo? Te estoy agradecida —Izek frunció el ceño y puso aún más atención—. Es verdad que no ha sido fácil —continuó—, pero agradezco lo que he aprendido, también agradezco haberme casado con un hombre que al final terminó por enamorarse de mí y que me diera a mis dos hijos, no hay nada que me haga más feliz. Incluso me dio una posible amiga, podríamos ser más que sólo amigas Nimue, seguro que te hizo falta una hermana y a mi también.

—Tú tienes una hermana.

—Ella es más como un hermano regañón y mandón, Aine siempre fue tan diferente a mí, pero tu… tenemos cosas en común.

—Eso… —la mujer parecía sentirse abrumada—, no es cierto.

—Sabes que sí, al inicio, cuando llegué, te comportabas diferente, estábamos formando un lazo entre nosotras.

La confusión invadía casi cualquier gesto en la expresión de Nimue, era claro que su interior se debatía constantemente en sus sentimientos, posiblemente jamás pensó que Kayla podía sentir algo así por ella. Si se ponía a pensarlo, ella misma sintió una conexión cuando estaban solas, le gustó el tiempo que habían pasado juntas y, sobre todo, la forma rápida en la que Kayla la integró en su vida, en sus pláticas y actividades.

—¿En serio tú…?

—Señorita Nimue —irrumpió la señora Campbell—, la están buscando para las indicaciones de la comida.

—Claro —la melliza pestañeó extrañada—. Claro iré en seguida.

Nimue miró una vez más hacia su cuñada y siguió con su camino. Dejando atrás a la señora Campbell, quien miraba hacia la cuna con ojos brillantes y llenos de ilusión. Kayla sintió un dolor en su pecho y se movió ligeramente para colocarse frente a sus hijos, en ese momento comprendió que estaba dispuesta a todo con tal de que nada los tocara, que nada les hiciera daño y, por la actitud que tenía su marido, podía decir que sintió exactamente lo mismo, puesto que se puso incluso frente a su mujer.

—¿Se les ofrecía algo, mis señores?

—No, señora Campbell, puede retirarse —pidió Izek.

—Bien, si necesitan descansar, puedo quedarme con los niños.

—No, no. Estamos perfectamente, gracias señora Campbell —dijo Kayla, su voz cargada en ansiedad y una sonrisa forzada.

—Con su permiso —la señora Campbell dio una ligera inclinación de cabeza y salió de la habitación.

Kayla dejó salir el aire de forma abrupta y miró a su marido con preocupación, sintiendo que su corazón se salía de su pecho.

—Ella está cada vez más extraña.

—Sí. —Izek se cruzó de brazos—. ¿Por qué dijiste todo eso?

—¿No te lo imaginas? —dijo serena, tomando a sus bebés.

—No pensé que fueras tan maquiavélica y calculadora, pero comienzo a respetarte por ello —sonrió su marido—. Creo que te pareces más de lo que te imaginas a tu familia.

Ella soslayó la mirada hacia su esposo mientras se movía de un lado a otro, con un bebé sobre cada hombro.

—Una madre puede hacer cualquier cosa por sus hijos —dijo a modo de amenaza, aunque Izek no supo discernir si era para él o para alguien más. Pero reafirmó—: cualquier cosa.

—Y yo haría cualquier cosa por ustedes tres —la tomó de los brazos, acercándola a él para presionar sus labios contra los de ella—. Ven, necesitas relajarte, estás demasiado alterada, sabes que no debes hacerlo, al querer amamantar a los niños, todas tus emociones irán a parar en ellos.

—Lo sé —miró hacia ellos—. Sí, quizá tengas razón.

Kayla se sentó en el borde de la cama, acunó a sus hijos en los brazos, mirándolos con tanto cariño que sintió ganas de llorar por la impotencia de ser incapaz de protegerlos. Aquello debía ser una ventaja para su hermana, quien fuera capaz no sólo de defenderse a sí misma, sino a todos a su alrededor. Ser tan fuerte debía ser increíble.

—Kayla, estoy yo aquí, ¿entiendes? —Izek tomó su rostro y con el pulgar acarició su mejilla—. Quizá no sea uno de tus hermanos o algún águila, pero me interpondría ante cualquier peligro para que no los dañara.

—Eso lo sé Izek, pero no deja de preocuparme, tampoco quisiera que algo te pasara a ti.

Él se mostró sorprendido.

—¿Ah sí? —sonrió de lado—. Eso es nuevo.

—¡Agh! Fuera de aquí, ve a trabajar o algo.

Izek sonrió, besó la mejilla de su mujer y salió de la habitación, pidiendo a Bonnie que entrara con ella, de hecho, no quería que esa doncella se separara de Kayla, de alguna forma sabía que tener a alguien cerca provocaba que su esposa estuviera más tranquila. Era claro que él no podía quedarse todo el día a su lado, aunque lo quisiera y no le disgustara, tenía que resolver lo de la bruja, lo de los

cuadros y sus hermanos.

¿Dónde se había metido el inútil de Arnold cuando era necesario? Necesitaba volver a la choza y claramente no quería dejar a su esposa sola en ese lugar, sobre todo si sus suegros estaban por llegar. Seria un descuido de su parte en esos momentos.

—¿Qué ocurre hermanito? —se introdujo Nimue.

—Nada. ¿Dónde te habías metido?

—Llegó una nota —entregó la hermana—, los Hamilton llegarán para la hora de la comida, así que lo dispuse todo.

Izek abrió la nota, leyendo las líneas con rapidez y doblando el papel antes de regresarlo a su hermana, dando un asentimiento antes de dirigirse hacia su despacho, pensando en esperar a su amigo y los informes que debía traerle para esos momentos. No era normal que Arnold se desapareciera por tanto rato, en contadas ocasiones ocurría, y tenía una explicación más ordinaria de la que se podía esperar, siempre se atrasaba cuando se encontraba con una mujer que fuera de su agrado.

Se sentó en su silla tras el largo escritorio de madera que fuera pasando de generación en generación desde los inicios de su familia, aquella madera buena, firme y olorosa que hacía sentir tan poderosos a sus dueños, no lograba trasmitir su cometido al actual dueño y duque, quien era preso de la incomodidad de tener aquellos retratos de mujeres hermosas que permanecían con la mirada perdida en el que sería el último recuerdo de que alguna vez estuvieron con vida.

El duque tenía la malsana combinación de tener la necesidad de contemplarlas a la par de ansiar apartar su vista de ellas por siempre. Todas eran parecidas, cada una asesinada por una causa que se le escapaba de las manos, pero que podía imaginar por la información recaudada. La única que permanecía con vida entre todas aquellas doncellas, era su esposa, a la que no pensaba dejar morir por ningún motivo. El hombre entrelazó sus manos y colocó su barbilla para sostener su cabeza, los codos sobre la madera y los ojos perdidos en otros tiempos.

No recordaba cuanto tiempo llevaba viendo fijamente hacia los retratos, pero cuando tocaron la puerta del despacho, no pudo evitar jalar aire ante la sorpresa y recomponer su voz al momento de dar la aceptación para que la persona se introdujera.

—¿Qué sucede? —dijo desinteresado, volviendo a sus papeles.

—Mi señor —el hombre parecía nervioso—. Lo esperan sus visitas. Los nebulosos ojos del duque se levantaron pausadamente, enfocando a su mayordomo, pidiendo en silencio el esclarecimiento de sus palabras—. Los Hamilton, mi señor —se apuró a decir.

Izek llenó sus pulmones con una sonora inhalación y se puso en pie, pasando de largo al hombre que permanecía con la cabeza

agachada, temiendo enfurecer al duque con su sola mirada. Sin embargo, para Izek nada tenía menos relevancia que enfurecerse con sus empleados. Mientras caminaba por los pasillos, su mirada voló al instante hacia el reloj de pared, percatándose sólo entonces de que llevaba más de dos horas observando los recuadros de mujeres muertas y una que anhelaba mantener con vida.

Siguió su camino hacia el salón donde sabía que sus empleados dirigían a las visitas de la casa para que esperaran a alguno de los dueños. La puerta estaba abierta, por lo cual se permitió observar al hombre que permanecía ausente y tranquilo, mirando por la ventana del salón que dirigía hacia la entrada de la casa. Su suegro era un hombre mayor, pero mantenía un cuerpo fuerte, su espalda seguía tan erecta como seguramente lo estuvo toda su vida, no podía ver su rostro, pero tan solo su presencia era intimidante y abrasadora.

Por otra parte, la mujer que permanecía sentada en una de las elegantes sillas del salón, era tan hermosa como lo era su esposa, tenía un rostro delicado y una composición que aparentaba fragilidad. Los ojos cerrados de la mujer le daban la apariencia de una muñeca dormida, quizá estuviera agotada por el viaje, pero de alguna forma, Izek sabía que se estaba relajando, quizá mentalizándose en lo que tendría que afrontar al encontrarse con él, pues posiblemente no viniera con las mejores criticas.

—Lamentamos las molestias, señor duque, esperamos no ser inoportunos. —Izek volvió la mirada hacia su suegro, quien no se movió ni un ápice y le hablaba dando la cara a la ventana.

—No son molestia, por el contrario, los esperábamos, sobre todo Kayla —se adelantó cuando logró salir de su conmoción y fue directo hacia su suegra, quien ya tenía los ojos abiertos y sonreía tranquila—. Señora, veo de dónde salió la belleza de mi esposa.

—Es usted muy amable —la mujer se puso en pie e hizo ademán de aceptar un beso en cada mejilla, como se hacía entre familia.

En cuanto aquella formalidad estuvo hecha, el duque se dirigió a su suegro, notando la misma mirada analítica y profunda que la de su hijo mayor.

—Duque —estiró una mano.

—Señor —Izek tomó la fuerte mano e igualó la potencia del agarre —. Será mejor que me acompañen, seguro que Kayla no me perdonaría que no los lleve inmediatamente hacia ella.

Los padres asintieron con una sonrisa franca, aceptando las palabras del extraño que se había casado con su hija menor. No hicieron falta palabras, ninguno se decidió a incursionar a una conversación debido a que no tenían nada de qué hablar que no se derivara a cuestionamientos de parte del padre y aún no quería pasar al interrogatorio.

—Kayla. —El duque abrió la puerta, dándose cuenta que su esposa estaba inclinada sobre la cuna, dejando a uno de los bebés.

—Izek, ¿Me ayudarías a…? —la joven se volvió y dejó que su boca se abriera en impresión—. ¡Papá! ¡Mamá!

La joven brincó para envolver a sus padres en un abrazo lleno de felicidad y deleite. Aquella afabilidad y añoranza entre los familiares, provocó un nudo en el estómago del duque, que no podía más que observar la escena y sonreír un poco ante la felicidad que él no recordaba de su propia familia, pero lo sentía ahora con su esposa y sus hijos.

—Felicidades por tus bebés, cariño —dijo Annabella tan solo separarse del cuerpo de su hija—. Es una bendición traer al mundo un nuevo ser.

—Oh, vengan —les tomó la mano y los guío hacia la cuna—. Mírenlos, ¿no son hermosos?

—Cariño —Annabella contenía las lágrimas—, son preciosos.

Thomas contemplaba a los niños sin expresión alguna, mirando de uno a otro y, después, a los padres de los mismos. Sonrió. Sin duda eran copias perfectas del duque, pese a que uno de los bebés llevara el cabello rubio y sus ojos fueran más claros que los de su hermano, las facciones eran de los Buccleuch, lo cual seguramente enorgullecería a su padre.

—Felicidades hija —asintió Thomas—. Lo has hecho bien.

La joven sonrió dulcemente, agachándose para tomar a uno de los bebés y pasarlo a su padre e hizo lo mismo con el otro, entregándolo a su madre. Los niños eran tranquilos, no lloraban a menos que necesitaran que su madre se ocupara de alguna de sus necesidades, lo que los convertía en niños afables y mimosos.

Thomas pidió que colocaran a los niños sobre la cama, dedicándose a revisarlos con minuciosidad, poniendo nerviosos a los padres que instintivamente se habían acercado. Kayla incluso era capaz de sentir contra su espalda el pecho fuerte de su marido.

—¿Están bien papá? —Kayla había tomado la mano extendida de su esposo y jugueteaba con sus dedos.

El médico tardó unos momentos más, revisando los pulmones, el corazón e incluso los ojos de los bebés, antes de contestar a su hija.

—Sí, perfectamente. ¿Cómo te encuentras tú?

La joven suspiró aliviada y miró a su marido con una sonrisa.

—Bien papá.

—¿Produces suficiente leche? ¿Te has lastimado al amamantar o tienes dolor posterior?

Ella se sonrojó visiblemente y apretó la mano de Izek, la cual mantenía prisionera. Sabía que su padre en esos momentos se había convertido sólo en médico, no pensaba que podía avergonzarla, pero

lo hacía, siempre era horrible que fuera él quien la revisara. Incluso cuando tenía dolores mensuales, su padre actuaba tranquilo y sin darle demasiada importancia a su vergüenza, preguntaba sobre ello.

—No papá, no tengo dolor y creo que produzco suficiente leche.

—¿Segura? ¿Cada cuanto se despiertan? Al ser dos debe ser una locura —miró a los mellizos—. ¿Los alimentas por separado?

El color carmesí ya se había instalado hacía tiempo en las mejillas de la joven, pero trataba de mantener la entereza frente a su padre, trataba de recordarse que así había sido siempre y no debería sentir tanta vergüenza dado a que lo experimentó toda su vida. El problema era que su marido estaba en habitación y aquello era abrumador.

—Los alimento a la vez y están despertando cada tres horas.

—Bien, no está mal, parece que logras satisfacerlos —asintió, su rostro metido en el pragmatismo de sus pensamientos.

—Bueno querido —irrumpió Annabella al notar el creciente estado de incomodidad en la habitación—. Parece que están bien, puedes dejar de preocuparte ahora —La madre miró con tranquilidad hacia su hija—. Estaba lleno de terror porque tuviste mellizos, temía que no tuvieran peso o estuvieran mal de alguno de sus sistemas. Pero está bien todo y las preguntas incómodas se terminarán ahora.

—Eran de rutina —se excusó el padre—. De hecho…

—Luego, cariño —pidió su esposa—. ¿Por qué no nos dices sus nombres, Kayla?

La joven mordía sus labios para ese momento y la sangre ya era visible en algunas partes arrancadas. Izek suspiró al notarlo y como una acción ya inconsciente, pasó dos dedos por los labios de su esposa, deteniendo aquella manía relacionado con el estrés y el nerviosismo, limpiando la sangre de paso. Aquello no pasó desapercibido por los padres de la joven, quienes se miraron con diversión impresa en la mirada al notar el acercamiento e intimidad entre la pareja, lo cual no concordaba con las preocupaciones de Publio y Terry.

—Davina y Kendrick —sonrió la joven, agradeciendo a su marido por forzarla a detenerse y no arrancarse los labios.

—Bonitos nombres —aceptó la madre justo al tiempo que los niños comenzaban a llorar y manotear enojados.

—Tienen hambre —dilucidó la madre, quien se acercó a ellos sin titubear—. Izek podrías… —Al notar que no estaba sola y sus padres seguían mirándola con una mirada orgullosa e ilusionada, la joven retomó su sonrojo y volvió a arremeter contra sus labios.

—Lord Hamilton, ¿Puedo ofrecerle un trago? Creo que tiene cosas que preguntarme y será mejor dejarlas a ellas con esta tarea.

—Me parece bien. —Thomas se acercó a su hija y colocó un beso sobre su cabeza—. Me alegra verte feliz, tus hijos son hermosos.

—Gracias papá —sonrió sinceramente.

Izek se acercó entonces a su esposa y sonrió tranquilizadoramente dándole un rápido beso en la mejilla y acariciando las cabecitas de los mellizos. Era claro que su mujer se encontraba sumamente preocupada porque algo saliera mal entre padre y yerno, pero el duque tenía planeado ser cortés y hasta solicito. Si el marqués pensaba actuar como un padre normal y no como un águila, entonces, el duque respondería como un yerno, de lo contrario se sentiría ofendido.

Los dos hombres salieron de la habitación, dejando a madre e hija en la soledad esperada para que se pudiera amamantar con libertad y sin tapujos. Kayla no tenía problema con su esposo, al fin de cuentas, se había acostumbrado a su presencia, pero su padre era inaceptable en la habitación al realizar esa tarea.

—Pareces acostumbrada a estar a su alrededor.

—Claro, ellos comen de mí, sería tonto no… —ella se avergonzó al notar la mirada burlesca de su madre y su ceja arqueada—. Ah, te refieres a Izek.

—Naturalmente —la mujer dejó salir una risotada—. Eres tan inocente como cuando te marchaste de casa, cariño.

—No lo soy —suspiró la joven—. Es bueno, no es un total caballero y en ocasiones es hosco e intransigente, pero me quiere, me lo ha dicho.

En ese momento, una doncella sonriente entró a la habitación, llevando consigo una bandeja con una tetera y dos tazas. Izek se obstinaba en que su esposa bebiera líquidos constantemente, Kayla solía preferir los tés, así que era lo que pedía que le llevaran, además de la jarra de agua que debía estar siempre llena.

—¿Te lo ha dicho? —la madre elevó las cejas, sirviendo ella misma las tazas y tendiéndole una a su hija—. ¿Y tú?

—¿Yo? —se movió nerviosa, dándole un sorbo a la taza y acariciando la cabecita de uno de sus hijos mientras se alimentaba—. Bueno… no lo sé.

—¿No lo sabes?

—Son tantas cosas, de momento no puedo pensar en él… —ella suspiró, dando otro sorbo de té para escudarse—. Es complicado, no me es fácil acostumbrarme a esto, siento que me está mintiendo.

—¿Por qué? Me parece que es atento y hasta cariñoso.

—Sí, lo es, pero dudo…, no se lo puedo creer mamá, es todo.

—El que no se lo puedas creer no quiere decir que no sepas lo que sientes —Annabella entrecerró los ojos—. Es más, creo que lo sabes, pero tienes tanto miedo de admitirlo, que lo niegas.

—Quizá. Pero eso fue lo que le dije a él, que no lo sabía.

—Bueno, merece sufrir un poco, si lo que tus hermanos me contaron es verdad, me parece bien que lo mantengas en pena.

—¡Mamá! —la joven dejó salir una risilla—. No imaginé que fueras

así.

—No me conoces del todo cariño, una madre hace cualquier cosa por sus hijos, sobre todo si parece que están sufriendo.

Kayla bajó la mirada hacia sus bebés y asintió, sintiéndose adormilada.

—Sí, dije lo mismo hace poco.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tus ojos parecen develar dolor?

La joven acomodó a los niños en sus brazos y levantó la mirada con lágrimas contenidas en un gesto de frustración que sobrecogió a la madre.

—Tengo tanto miedo mamá, tanto.

—¿Qué pasa hija? ¿Qué sucede?

—Todo es tan confuso, ¿Cómo es que has soportado vivir con mi padre en medio de toda esa incertidumbre?

—Lo amo, cariño, ¿Por qué más?

—¿Es suficiente? —la miró suplicante.

—Para mí lo es, cariño, pero no creo que lo que tratas de decirme tenga algo que ver con la labor de tu padre.

—No. —ella se sitió extremadamente cansada—. No tiene nada que ver con una cofradía.

—¿Tú también te sientes cansada? —Annabella tenía incluso un fuerte mareo que la hizo sostenerse de alguna superficie.

Kayla sabía que algo andaba mal cuando sus brazos comenzaron a sentirse pesados, al punto en el que creyó que dejaría caer a sus hijos a cada lado de la cama. Puso todo su esfuerzo para no permitirlo, lo último que quería era hacerles daño.

En ese momento la puerta se abrió abruptamente, provocando el salto de ambas madres y sintiéndose paralizadas al ver a la persona envuelta en un aire siniestro acercándose hacia ellas con una clara resolución en su mirada, la cual permanecía en los bebés que Kayla se esforzaba por mantener en brazos.

Capítulo 31

La estancia para caballeros del palacio Dalkeith era impresionante.

En aquel lugar se mostraba el esplendor de hombres poderosos y gustosos en mostrarlo. Claramente no era la estancia preferida del duque, quien fuera más bien austero y odiara la implacable necesidad del hombre por mostrar ostentosidad, pero dado el caso y con un hombre tan importante como lo era su visitante, se permitió estar en esa habitación de reyes, aquella de la que su padre estuviera tan orgulloso y tan afanado en agregar tonterías de oro, cristal y arte.

Izek miraba con desprecio el lugar, incluso la fina madera picaba contra su cuerpo, como si esta le dijese que no era digno de sentarse sobre ella. Muy por el contrario del marqués, quien se encontraba tranquilo, meditabundo y relajado en una silla frente al dueño del palacio. Acostumbrado a relumbrones parecidos y hasta peores.

La mirada tranquila y sigilosa del duque no se apartaba de la figura retraída que era su suegro; no parecía querer iniciar una conversación, aunque Izek podía predecir que lo ansiaba, quizá lo que buscara era que fuera él quien diera el primer paso. Pero, así como su suegro, él tenía su propio carácter y si debía quedarse en silencio por horas, lo haría.

—Tiene usted mucha confianza o demasiado orgullo —dijo Thomas de un momento a otro—. Creo que no está viendo la situación como en realidad lo es, duque.

—¿A qué se refiere, lord Hamilton?

—Me está viendo como un enemigo, pareciera que vengo con el estandarte de Inglaterra a declararle la guerra —Izek atinó a permanecer callado—. Cuando en realidad soy un padre sumamente preocupado por el bienestar de su hija y su mirada aguda y rivalidad infantil no ayudan.

—Si tiene preocupación, señor, debería exponerlo entonces y no tratar de intimidarme con un silencio que posiblemente resultaría abrumador para una persona con menos dominio de sí.

Thomas sonrió con agrado.

—No creo que mi presencia, mirada o silencio logre intimidarlo. —Izek no se vio en la necesidad de responder y no era como si Thomas lo esperase, puesto que continuó hablando—: me he enterado que en realidad usted no estaba familiarizado con el tema del matrimonio.

—No. No lo sabía para cuando su hija llegó —aceptó, encontrando inútil el intentar negarle una verdad a ese hombre—. Pero cumplí con ello, mi palabra estaba de entredicho, sería incapaz de faltarle a una dama.

—Creo que por honor pudo haber sacrificado a mi hija.

—Es posible.

—¿Lo dice tan tranquilo? ¿No se da cuenta de la magnitud de sus palabras? Es mi hija de la que hablamos, ¿recuerda?

—Ya que hace énfasis en ello a cada momento, señor, sería de tontos no darse cuenta de ello. Pero le aseguro que es mi prioridad hacerla feliz, intento complacer a su hija en todas mis capacidades.

—Limitadas, según el criterio de mis hijos.

El duque permaneció callado, su mirada se afiló y enervó en cuestión de segundos, pero de alguna forma logró controlar su implacable carácter y asintió con indiferencia. Sabía que ese hombre estaba poniéndolo a prueba, así que debía hacerle frente con aplomo y tranquilidad.

—Percepción personal, si me permite decirlo.

Thomas empinó un poco del liquido en su vaso y volvió una mirada aguda, afanado en seguir cuestionando al hombre hasta quedar satisfecho y haber formulado un juicio propio respecto a él.

—¿Qué me dice de sus hermanos? Parecen peligrosos.

—¿En qué sentido?

—En el más critico. Los ojos de mis hijos no suelen equivocarse con los fratricidas, ellos mismos han visto la vida irse de los ojos de sus adversarios y pueden reconocer con facilidad a otro verdugo.

Izek apretó la mandíbula para no gritar, pero era claro que tenía razón, él mismo sospechaba de ellos, pero el que se lo dijera un extraño le molestaba. Al final de cuentas, eran su familia y los defendería ante el mismo rey si le era necesario hacerlo.

—A diferencia de tener un entrenamiento para ello, mis hermanos han visto la muerte de cerca en más ocasiones de las que deberían, puesto que estuvieron presente en la de mis padres y una amiga cercana.

—Es diferente presenciarlo a ejecutarlo, la mirada cambia, duque, y usted lo sabe bien, porque ha tenido que hacerlo también.

—No le veo el punto a todo esto. —Izek se puso en pie y caminó por la estancia en la que se encontraban.

—El punto es, señor, saber si he de llevarme a mi hija ahora porque corre peligro bajo su techo —Thomas también se puso en pie al notar la obstinación de su interlocutor.

—Le he dado esa prerrogativa desde que la supe en cinta —dijo con dientes apretados—. Ha sido ella quien decidió quedarse.

—¿No pensó en obligarla por su bien?

—Es mi mujer —dijo como toda respuesta.

—Eso no significa nada.

—Para mí sí. La quiero a mi lado, quiero creer que la puedo proteger, pero debo aceptar que no está resultando fácil.

—No aceptó la ayuda de Publio.

—Ni la de nadie. Eso hasta que usted se autoproclamó monarca,

claro, porque ese es el motivo de que esté aquí.

—He querido ayudar desde un inicio, pero he de aceptar que es complicado recopilar información de aquí, pareciera que son una fortaleza contra nosotros.

—Años de dedicación.

—¿De qué le servirá si hace daño a las personas que ama?

—¿No piensa usted en lo mismo? ¿Por qué no acabar con una organización que no hace más que dañar a las personas que ama? —contraatacó—. Kayla lo detesta, si no lo sabía. —Thomas se mostró sorprendido y enmudeció en seguida, lo cual llevó al duque a aclarar su ambigüedad—. No a usted, por supuesto, sino a lo que hace.

—Sé que a ella le disgusta.

—Tiene la cabeza llena de tonterías, pensando que es una decepción por no ser igual a ustedes, se pone histérica en cualquier circunstancia apremiante y duerme poco o nada, si es que no tiene pesadillas para sustituir su insomnio, ¿Llama a eso felicidad?

—Algo me dice que no solo es mi culpa, aquí las cosas no pintan de color de rosa, señor —reclamó Thomas.

—Bien, digamos que somos los dos, ¿Qué tiene que reclamarme?

Thomas apretó la mandíbula, hacía mucho que alguien no lo hacía enojar, normalmente era capaz de controlarlo, pero se dio cuenta que le molestaba porque sabía que era verdad. Su hija menor sufrió su vida entera al formar parte de una familia en la que no se sentía del todo parte. Jamás entendió la cofradía, ni lo que hacían, ni por qué valía la pena. Lloraba todo el tiempo y era el motivo por el que prefiriera estar viajando o con sus tíos de Francia, junto a Beth.

—Por eso le quiero brindar paz —dijo derrotado el padre—. Quiero compensarla por años de estrés y sufrimientos.

—Yo quiero lo mismo.

En ese momento, el grito atronador de Kayla provocó que ambos hombres abandonaran la conversación y corrieran hacia la recámara, donde las dos mujeres estaban recién levantándose del suelo y la menor, al notar que no estaban sus hijos, no pudo evitar dar aquel grito de terror. Thomas se adelantó dos pasos, acuclillándose frente a su mujer, quién apenas lograba incorporarse del suelo y miraba todo con extrañeza. El padre trató entonces de ir a consolar a Kayla, pero ella, sin pensarlo, había corrido al refugio de los brazos de aquel extraño que él acaba de culpar de todos los males de su hijo.

—¡Izek! ¡No están! —se aferró a su camisa, llorando desconsolada, sintiendo como perdía fuerzas—. ¡No están…!

—Tranquila, Kayla, tranquila.

Izek decía eso con la voz cargada de dolor, claramente era incapaz de sentir lo que recomendaba a su esposa.

—¿Qué ha ocurrido? —entró entonces la señora Campbell.

—¡Que todos los jinetes suban a sus caballos! —ordenó el duque sin contestar a la pregunta—. Quiero que todo este maldito lugar quede barrido de un extremo al otro.

—Mi señor, ¿qué es lo que buscan?

—A mis hijos. —Aquellas palabras estuvieron cargadas de ira, seguro que el culpable sería asesinado por el duque en persona.

La señora Campbell empalideció y por poco se desmaya.

—¿Los niños? ¿Los niños no están?

—¡Ahora! ¡Muévase, maldita sea! —gritó Izek, quien aún abrazaba el cuerpo de su esposa.

La señora Campbell, sin embargo, miró a Kayla, algo en su mirada parecía reclamar su incompetencia como madre.

—¿Quién se los llevó? —preguntó la mujer con una frialdad que traería el invierno en medio de la primavera.

—No lo sé —Kayla contestó con desdicha—. No lo vi bien, pusieron algo en el té, nos adormeció a mi madre y a mí.

Izek miró de un lado a otro y frunció el ceño.

—¿Dónde están mis hermanos?

—Los mellizos… —comprendió la señora Campbell—. Claro.

La mujer salió en seguida de la habitación, mandando a alguien más para que diera la orden del duque y corrió hacia los pasillos inferiores, dándose cuenta que la entrada a las catacumbas estaba abierta. Habían huido por ahí y la única salida a donde irían a parar, sería a la choza alejada de la propiedad, aquella que perteneciera a una bruja, según las supersticiones.

Regresó sobre sus pies y tomó un farol, encendiéndolo con manos temblorosas y colocándose un chal sobre los hombros para soportar las infernales ventiscas que mandaban los muertos desde la ultratumba. Tenía que encontrar a esos niños, tenía que quitárselos a los hermanos antes de…

—¿A dónde se dirigía, señora Campbell? —interrumpió la voz de Izek.

Capítulo 32

El aire fresco se colaba por entre las ropas protectoras, mandando escalofríos al cuerpo que se apretaba para seguir caminando, intentando llegar a la cima antes de que la tormenta que se avecinaba derramara sus primeras lagrimas sobre la tierra. Tenía que hacer más rápido el acenso a la colina, tenía que mantener al mínimo el ruido y ser menos visible para las personas que ya miraban en su dirección, curiosas y delatoras.

La choza de la colina no quedaba lejos, tenía que llegar ahí cuanto antes, mucho antes que nadie, puesto que si alguien, quien fuera, se le adelantaba, las cosas se saldrían del plan. Sí, tenía que subir mucho más rápido, tomar las cosas que le fueran necesarias y salir sin dejarse ver, ni dejar evidencia de que alguien pisó esa choza.

Al abrir la puerta, el polvo dio la bienvenida, provocándole una ligera tos que se vio en la necesidad de contener. Miró a su alrededor, tratando de averiguar si había alguien más, pero la cabaña estaba en medio de un cruel silencio que atenuaba el mortífero ambiente que encerraban las paredes de ese lugar.

No se dedicó a admirar demasiado, al fin de cuentas, en muchas ocasiones había estado ahí, incluso provocando los horrores que ahora le atribuían la mala fama a ese terreno. Fue hacia la trampilla y la abrió sin dudar, bajando las escaleras en medio de la oscuridad y encendió las velas con la precisión de quien conoce la estancia en la que se está.

Sin embargo, pese a que se estuviera acostumbrado a cierto ambiente y a cosas extrañas, cuando algo se salía de lo ordinario dentro de lo escabroso y horripilante, era notorio y así lo demostró el grito que prosiguió al descubrir el cuerpo sin vida de un hombre.

—Arnold… —se acercó a la mesa donde el hombre yacía tendido, con los ojos perdidos en un infinito mirar sin pestañear—. Señor Arnold…

Lágrimas resbalaron por la blanca mejilla y tuvo que dar varios pasos hacia atrás, alejándose del cuerpo, del horror y de las ganas de vomitar. No era posible que estuviera muerto, ¿Por qué razón?

—Estaba interponiéndose —dijo sin más la voz de una mujer.

—P-Pero… dijiste que…

—No hables y comienza a hacer lo oportuno, sabes lo que tienes que hacer, ¿O es que lo has olvidado de las veces pasadas?

—No —afirmó entre lágrimas.

—¿Entonces? —La mujer miró el cuerpo trémulo y elevó una ceja a modo de pregunta—. O es que no venías a eso… no pensaste que estaría aquí, ¿no es verdad?

—No, no. Lo sabía, vine por eso.

—Oh, mi pequeña mentirosa, ¿Con quién has quedado aquí?

—¿Nimue?

La mujer volvió la mirada con horror hacia la escotilla abierta. La bruja, retorció una sonrisa que la hizo ver tan malvada como podía serlo y se apresuró hacia la escalera, subiéndola con rapidez a pesar de que Nimue intentó evitarlo, tomándole del pie con fuerza. La bruja, sin embargo, no tenía tiempo que perder y no dudó ni un segundo en patear con fuerza la cara de su aprendiz, mandándola al suelo sin piedad.

—¡Sloan! ¡Corre, Sloan! —La joven tocó su labio roto y chistó un poco, después se puso en pie como un felino y trató de subir.

La bruja, notando que la chiquilla ya se había espabilado del fuerte golpe que le dio, cerró con fuerza la escotilla, cayéndole sobre los dedos blancos a Nimue, quien gritó dolorida y cayó desde la cima de la escalera, sintiendo el daño que se había hecho en la espalda y las piernas al momento de caer mal desde una altura considerable.

—Sloan… corre, corre... —Lloriqueó sin fuerzas, tratando de levantarse, pero sin poder hacerlo.

❇

Kayla sentía que el corazón se le saldría por la boca, no podía dejar de caminar de un lado a otro. Sus hijos no estaban, su marido corrió lejos de ella en cuanto la señora Campbell quiso desaparecer y ella no sabía que hacer, estaba sola con su madre, incluso su padre se había ido junto a los jinetes de Izek.

—Mamá, tiene que haber algo que podamos hacer.

—Hija, deja de caminar y tratemos de pensar.

—¿Quién pudo llevárselos? Pensaría que era la señora Campbell, pero ella estaba enojada y sorprendida de que no estuvieran.

—Tu marido mencionó a sus hermanos.

—Los mellizos —asintió la joven—. ¡Claro! Debieron ser ellos.

—¿Para qué los querrían?

Kayla frunció el rostro y negó.

—No lo sé, pensé que la cosa era conmigo, no con ellos.

—¿Contigo? ¿A qué te refieres?

La joven le quitó importancia y siguió caminando de un lado a otro, pensando detenidamente en lo que había sucedido. Tanto ella como su madre comenzaron a sentirse semidormidas mientras Kayla mecía a los bebés después de alimentarlos… entonces entró esa persona encapuchada, lo recordaba diciendo algo que era importante.

—Oh, Kayla deja de juguetear con ese relicario y enfócate.

—¿Relicario? —la joven se miró a si misma y sintió que el alma se iba a sus pies—. No es mío, no lo tenía puesto antes.

—¿No?

—No. —Kayla observó el relicario, percatándose de que era el mismo que había encontrado en el buró de su marido hacia algún tiempo y que Izek recuperó después de la choza abandonada… —. ¡La choza! Deben estar ahí, es una pista.

—¿Por qué un secuestrador te dejaría una pista? —negó Annabella —. Es posible que sea una trampa para que salgas como una loca tras de ellos.

Kayla abrió el relicario, encontrándose con un retrato de sus hijos, sus dos bebés y un pequeño papel doblado en varios pedazos para hacerlo entrar en el relicario. Ella lo abrió con presura y leyó los trazos que se limitaban a palabras clave que ella entendió en seguida.

—¡Vamos mamá! Tenemos que recoger a los mellizos.

—¿Recoger? —Annabella la siguió—. No hagamos tonterías.

—No son tonterías, el que se los llevó no los estaba secuestrando, los estaba salvando de ello —esclareció.

—Hija, ¿sabes que esto me suena a locura?

—Sí, mamá, pero recuerdo algo —la miró con nervios en su voz—. Yo le permití que se los llevaran, me pidió permiso.

—¿Estás loca? ¿En qué momento?

—Creo que tú ya te habías desmayado —dijo la joven—. Como sea, creo que sé de quien se trata y también sé que estarán bien los niños, tenemos que ir por ellos ahora mismo.

❇

La bruja, sonriente ante el dolor que podía escucharse en el interior de la habitación secreta, miró con diversión al hermano mellizo, quien mantenía una pistola en resiste, temblando al tener que enfrentar por primera vez a esa mujer. A lo largo de su vida, aprendió que no podían luchar contra ella, porque se lo debían, le arrebataron algo hermoso, algo que amaba y era su obligación devolvérselo.

Sin mencionar que él jamás fue capaz de matar, su hermana había mostrado una determinación y temple ante la muerte, pero él siempre fue más débil, su actuación se basaba en atraer a la presa.

—¿Qué pasa? —se burló la bruja—, ¿No vas a disparar?

—Sí. Lo haré.

Sloan no podría haber disparado sin el impulso de saber que su hermana estaba en peligro. Lastimosamente, era notorio que no tenía la habilidad correspondiente de un asesino, puesto que falló, volvió a tirar y falló de nuevo, provocando la risa de la bruja, quien entonces se le echó encima y luchó con él, moviendo de un lado a otro un cuchillo que no hizo más daño que un leve corte en su abdomen.

El mellizo logró escabullirse del arma y de la loca que lo empuñaba, pateándola al momento de verla arrastrarse hacia el como un carroñero con su presa. Los ojos de la bruja eran brillantes y

divertidos, era claro que gustaba en asesinar, en oler la sangre y verla. Se arrastraba con tal sutileza que parecía una gacela y sus cabellos, sucios por el polvo, se arrastraban contra el suelo, puesto que andaba a cuatro patas para acercarse a él.

Sloan buscó su pistola, la cual había perdido al momento del ataque de la mujer. Dio una patada en advertencia y se arrastró hasta tratar de llegar al arma. La bruja saltó en ese momento y cayó sobre él, arañando y chillando como una loca, Sloan, siendo más fuerte, logró aventarla y hacerse con la pistola.

La bruja levantó las manos de uñas perfectas y su mirada iluminada mostraba todo menos una derrota.

—¿Dónde dejaste a los bebés, pequeño niño?

—¿Cómo sabes que yo los tengo?

La bruja ladeó la cabeza, como si la pregunta fuera tan estúpida como la de un niño pequeño preguntando por qué el cielo es azul.

—Siempre fuiste débil, pero tienes habilidad de convencimiento, sé que fuiste tú el que la incitaste a matar a Mailene, sé que fuiste tú quien le pidió que encontraran una forma de salvar a la chiquilla esa y sé que fuiste tú quien la convenció de que no continuaran con el plan, que escaparan y salvaran a los niños.

—No la conoces si piensas que puedo manipularla.

—Quizá no. Pero te ama y ama al duque a pesar de que los abandonó, incluso tú lo amas.

—Jamás te diré donde están bruja.

—Oh, lo harás, no te preocupes —dijo segura—. Tengo formas de tortura muy eficaces y tú jamás has sido muy resistente —el semblante serio del hombre la enloqueció momentáneamente—. ¡Sabes que es mi derecho tenerla! El niño no me importa, lo mataría en cuanto tuviera la oportunidad, lo usaría para algún noble que busque ser más bello o tener fertilidad. Pero la niña me corresponde, siempre lo hizo y lo sabes.

—No. —dijo debilitado, con la pistola aún en resiste—. No es tuya, no te corresponde, aunque fueras la misma Mailene.

Los ojos de la bruja brillaron en molestia.

—No digas su nombre.

—Me importa poco decir su nombre, maldita loca, está muerta y jamás volverá, ¡Nunca! Y tú morirás tan sola y desolada como ella, en una prisión, porque seguro mi hermano viene en camino.

—Moriré sola y en una prisión, pero ¿y tú? —comenzó a reír—. Tú morirás en la casa a donde trajiste a tantas jovencitas a morir.

Sloan sintió la fiebre amortiguando su concentración, el sudor resbalándole por las sienes y el ardor de la cortada de la bruja provocó que se mirase a si mismo, entendiendo todo al instante.

—Veneno… —dijo en un suave siseo, cayendo de rodillas.

—Debiste predecirlo —se inclinó de hombros.

❇

Kayla prácticamente jalaba a su madre entre la maleza y la neblina de la inminente lluvia que azotaría en cuestión de minutos, ninguna de las dos era especialmente buena montando, pero se las habían arreglado bastante bien para llegar a las casas de los empleados, mirando a lo lejos las luces y escuchando los relinchos furiosos de los caballos que rodeaban la propiedad. Era ahí donde se encontraba su marido, los mellizos y posiblemente la bruja. Allá se desarrollaba una batalla mientras que ellas recuperaban el tesoro.

La joven duquesa tocó con ímpetu la puerta, repitiendo las veces que fue necesario para que alguien abriera con una cara cargada de miedo y un rifle en las manos, apuntándolas sin remedio.

—Su señoría —se inclinó el hombre del duque—. ¿Qué…?

—Mis hijos, mis hijos están aquí —dijo ansiosa, pasando a la casa —. ¿Dónde están? Me han dejado esta nota que decía que estaban aquí.

El hombre dejó pasar a la segunda mujer, quien fuera increíblemente parecida a su señoría y miró al exterior con miedo, cerciorándose de que estuvieran solas y nadie las hubiera seguido hasta ahí. Cuando hubo comprobado el perímetro por un buen rato, el hombre cerró la puerta y la trabó en seguida, mirando a las dos señoras de mirada verdosa.

—Síganme —pidió el hombre, caminando por la casa hasta llegar a una trampilla por la cual bajaron y entraron a un espacio lleno de vegetales, granos y carne con sal.

Las mujeres lo siguieron sin dudar, encontrándose con otra puerta, el hombre la abrió para ellas, mostrando a una mujer con pechos generosos que alimentaban a los hijos de los duques que yacían tranquilos y plácidos sobre los brazos de aquella matrona.

—¡Oh! ¡Davina! ¡Kendrick!

—Están bien excelencia —dijo la mujer con una sonrisa—. El señor Sloan me encomendó cuidarlos mientras usted llegaba, debió mandarme llamar si lo que necesitaba era leche, su señoría.

—Gracias. —A Kayla ni siquiera le importaba que los estuviera alimentando otra mujer, en sus condiciones, seguro que era mejor que recibieran la leche de la matrona que de ella.

El alivio llegó a su alma y se desplomó sobre el suelo, mirando a ambos niños con cariño. Jamás pensó que Sloan actuaría para salvarlos, pero así había sido, le dijo que se los llevaría, los protegió para que la señora Campbell no se los robara en su lugar. Estaban a salvo ahora y sólo faltaba que su marido regresara también.

❇

La puerta a las espaldas de Sloan se abrió con ímpetu, mostrando al duque, quien traía capturada a la señora Campbell, la cual chillaba y se removía sin conseguir mover un poco la fuerza del duque.

—Maldita —negó Izek—. Lo sabía.

—Sí, listo, pero no lo suficiente como para salvarlos —sonrió la mujer, armada solo con el cuchillo y apuntando con la mirada al hermano caído.

—Sloan…

—Izek… —dijo con esfuerzo, cayendo al suelo mugriento—. Nimue…, Nimue está abajo… ella…

—¿Qué le hiciste? —los ojos del duque reclamaban a la bruja.

—Lo envenene. Ahora, si él no me dice dónde escondió a los mellizos, yo no les diré la forma de salvarlo —se inclinó de hombros —. Así de fácil.

—Estás atrapada bruja, aunque te lo dijera, no haría ningún cambio, en cuanto intentaras salir, serías capturada por la guardia.

—Mmm… entonces me conviene que muera, al menos así estaríamos a mano, ¿no crees, duque?

—¡Dime qué veneno le has dado! —gritó el duque, apuntando entonces a la señora Campbell con el arma.

—¿Crees que ella me importa? —dijo la mujer, mirando con lástima el intento de chantaje del duque—. Dejó que mi hija muriera, no podría interesarme menos su muerte.

La señora Campbell la miró con la desazón de la traición y dejó de luchar contra el duque. Izek, a sabiendas que la vida de sus hijos no corría peligro, se dedicó a salvar la de su hermano, quien, para su sorpresa, actuó a favor de su familia y no para traicionarla.

—Bien, si no hablas a la buena, entonces —Izek disparó a una pierna de la mujer. El fuerte grito de la bruja resonó por todo el lugar —. ¡Dime el nombre del maldito veneno!

—Prefiero morir.

—Morirás, pero antes me lo dirás —dijo, cargando de nuevo.

—¿Sabes lo que hicieron esos que se hacen llamar tus hermanos? —La voz de la bruja estaba cargada en odio y desesperación al entender que el duque le dispararía en lugares dolorosos, pero no mortales—. ¿Sabes a cuantas mujeres atrajeron hacia mí?

Izek hizo sus oídos sordos y volvió a disparar.

—¡No! —gritó la señora Campbell, moviendo al duque lo suficiente para que fallara el nuevo tiro—. ¡Déjela por favor!

—Oh, Sloan, siempre tan celoso de su hermano, en todos los sentidos, incluso deseando a su mujer, viéndola dormir, tocándola cuando se encontraba bajo mis hiervas cegadoras de sentidos…

Un nuevo disparo se escuchó, pero este no fue proveniente de la pistola de Izek. Por un momento no pudo reaccionar ante las palabras dichas por la mujer frente a él. Los ojos negros del duque fueron a parar sobre los de su hermano, parecía ser que, con un último esfuerzo, había logrado levantar la pistola y por mera suerte o por algo más, atinó al abdomen de la mujer, quien cayó de espaldas, retorciéndose de dolor, ya sin poder hablar más que para quejarse.

—¡No! ¡Fiona! —gritó la señora Campbell, soltándose del agarre de Izek para presionar la herida en el abdomen de su hermana—. Fiona, te regresaré a tu hija, lo prometí, lo prometí, estamos cerca.

Lagrimas silenciosas salían de los ojos de la perturbada mujer que era la cuenta leyendas del pueblo. Había hecho todo por su hija, su única hija, aquella que llegó por medio de un acto horrible como lo era una violación, pero nació siendo un ángel, hermoso y encantador. Enamorando a todo cuanto la viera, incluso a un duque y a su heredero.

—Fue tu culpa… —dijo la mujer, con voz lejana, siendo llevada lentamente hacia el otro mundo—. Me hiciste… dejarla ir… —La mujer tosió sangre y gimió de dolor—. Me hiciste… permitirle soñar con… con un ducado… con ser… algo que no era.

—No. No. Ella tenia todo, la querían, pero los gemelos…

Fiona negó levemente.

—Tú. Fuiste tú. —La mirada de Fiona, pese a estar dejando este mundo, no dejaba de tener odio—. La llevaste… ahí… le enseñaste a —tosió más sangre—… fuiste y la ilusionaste… con tonterías.

Izek miró aquella escena con horror, Fiona estaba muriendo, pero aún así, quería dejarle la semilla de la amargura y el dolor a su hermana. Quien seguro viviría el resto de sus días lamentándose. Pero él no quería llevar la misma suerte, así que se acercó a su hermano y lo miró sin saber qué hacer.

—¿Qué hiciste idiota? —Izek gritó desesperado, con las manos extendidas sobre el cuerpo de su hermano, pero sin saber como ayudar —. No podrá decirme que…

Sloan negó y sonrió con esfuerzo, su cuerpo temblando.

—Es tarde, el veneno está por todo mi cuerpo.

—No…. No. —Izek miró de un lado a otro y gritó hacia sus subordinados, quienes permanecían a los alrededores—. ¡Médico! ¡Un médico!

—No lo lograrán Izek, mejor escúchame.

—Mi señor, ya han ido por el médico —dijo uno de los muchos jinetes bajo el mando del mayor.

—Saca a esas dos de mi vista. —Las palabras del duque casi parecían dichas en medio de un escupitajo hacia la tierra, como quien siente repudio hasta por pronunciar—. No las pierdan de vista.

—Izek… —El mayor volvió la mirada hacia su hermano y la frustración volvió a reflejarse en su entrecejo lleno de arrugas.

—Cálmate Sloan, ¿Dónde está Nimue? ¡Nimue!

—¡Izek! —gritó la mujer desde un lugar lejano que el duque pudo predecir como el cuarto secreto—. ¡Izek ayúdame!

—Ella ayudará. —Izek se puso en pie, pero la mano de su hermano lo frenó de pronto.

Estaba tan febril y temblaba tanto que Izek sintió que en ese momento moriría y no quería aceptarlo, no importaba todo lo que hubiese hecho en su vida, permitirse verlo morir era un lujo que no podía, ni quería darse. Eran muchachos, manipulables, solos, necesitados de afecto y con una gran culpa sobre sus hombros. Se aprovecharon de ellos y él lo permitió.

—Sloan, no morirás ¿escuchas? No morirás.

—Izek —sonrió con dolor—. Moriré, seguro que lo haré y me lo merezco. Es más, merezco sufrir más.

—Estás loco, no. Eso no. —Izek levantó la mirada cuando vio a Thomas Hamilton entrar y mirar al hermano herido por un largo momento antes de agacharse y ver la herida.

—Esto se propaga rápido, no creo…

—Por favor —Izek lo miró suplicante—. Lo que sea, por favor.

Thomas cerró los ojos y negó débilmente.

—No hay nada qué hacer, no sé cual es el antídoto.

En ese momento, los hombres lograban sacar a una Nimue quien se había mantenido en un grito de auxilio sin comprender por qué su hermano pretendía dejarla ahí abajo, sin poder moverse por sí misma. Pero cuando los guardias la llevaron en brazos y comprendió lo que sus ojos veían, la desolación llegó a sus venas y se arrastró hasta quedar cerca de su hermano, el cual perdía su vitalidad.

—Sloan… Sloan, no, no. Ya lo habíamos prometido, nos iríamos, ¿recuerdas? Dejaríamos todo atrás, seriamos libres.

Sloan posó su oscura mirada en su hermana.

—Cúmplelo Nimue, sé libre.

—No. No sin ti, no puedo.

—Si puedes —dictaminó y miró a su hermano con tristeza—. Perdóname Izek… perdóname por todo.

—Está bien —le tomó la mano—. Todo está bien Sloan.

El menor sonrió débilmente y se estremeció ante el dolor causado por el veneno, frunció el ceño y se quejó durante varios instantes, después, miró hacia el techo por largos momentos, derramando lagrimas sin sonido, hasta que de pronto, dejó de mirar.

Nimue gritó con todas sus fuerzas y se retorció sobre el cuerpo como si estuviera sufriendo una tortura continua. Izek sintió las lágrimas caer en sus propias mejillas y un terrible vacío se instaló

dentro de él. Cerró los ojos por un momento y estiró las manos hacia su hermana, apartándola del cuerpo de Sloan y abrazándola, sintiendo como ella gritaba desesperada y lo golpeaba con intensión de soltarse, al mismo tiempo que deseaba estar en ese abrazo con todas sus fuerzas.

Thomas se levantó lentamente y tocó el hombro de su yerno con fuerza reconfortante. El hombre decidió dejar ese momento para la familia, procuraría que nadie los interrumpiera y fue un buen movimiento, puesto que su hija llegaba en esos momentos, con aquella mirada colmada de miedo y nerviosismo saliendo de cada uno de sus poros.

—No Kayla —su padre la tomó por los brazos.

—¿Qué pasa? ¿Izek está…?

—Está bien, cariño, el duque está físicamente bien.

—Papá, tengo que ir con él.

—Sí, pero en este momento no. —El hombre elevó la mirada hacia donde se encontraba su esposa sosteniendo a sus nietos—. Lleva a tus hijos a casa, déjalos ahí y regreses después si quieres.

—Papá, ¿Qué pasó? —dijo trémulamente.

—Haz lo que te digo Kayla, para cuando regreses él estará listo para verte, dales este momento sólo a ellos.

—¿Quién murió?

—El mellizo, el varón.

Kayla cubrió sus labios con una mano y asintió. Su padre tenía razón, al final, ella nada tenía que hacer ahí, ese momento era de Nimue e Izek. Ya vendría su tiempo para consolarlo.

Capítulo 33

Cuando el duque salió al exterior de la cabaña, sus hombres no se atrevieron a mirarlo, mantuvieron la cabeza agachada a forma de respeto por el dolor de su capitán. Izek llevaba a su hermana cargada, completamente desmotivada por hacer algo, se recostaba sobre él sin fuerza alguna, queriendo morir junto a la única persona que la acompañó desde que era un bebé.

—Que se lleven el cuerpo de mi hermano. —Izek hizo esa petición sin emoción alguna en su voz.

—Izek —la voz de su hermana sonó tan fuera de este mundo, que por un instante creyó cargar un fantasma—. Arnold… lo siento tanto.

—¿Arnold? —el duque la miró con extrañeza—. ¿Qué tiene él?

—Lo encontré abajo, él está…

Izek cerró los ojos, no necesitaba más información. Pasó a su hermana a uno de los guardias y volvió sobre sus pasos, bajó las escaleras y en la mesa, encontró al hombre que fue su mejor amigo, su compañero de armas y confidente por años, por toda su vida. El corazón se le paralizó y sintió un dolor tan intenso que tuvo que colocar ambas manos sobre la mesa y hacer acopio de todo su valor para mirar al rostro sin expresión alguna y mirada perdida.

—No tú Arnold… —sopesó, tocando el hombro descubierto de su amigo, quien permaneció quieto ante su dolor—. No tú.

El duque lloró sin remordimientos al estar en soledad con el cuerpo del único amigo verdadero que había tenido, aquel que lo acompañó y deseo siempre su bien. Era doloroso incluso pensar que no volvería escuchar una queja de sus labios, una risa estruendosa que delataba una burla hacia él, unos ojos vibrantes y sonrisa franca. Comprendió en ese momento, que aquel día, había perdido a dos de sus hermanos.

—¿Mi señor? —se escuchó la voz de uno de sus subordinados.

—Lleven también el cuerpo de Arnold. Adecéntenles.

—Sí, mi señor.

Izek hubiera querido quedarse en aquel cuarto oscuro y desolado por lo que le quedaba de vida. Perdió tanto en ese día, que no quería pensar que podrían venir más dolores, no quería afrontarlos, no lo soportaría más. Como alguna vez le dijo a su mujer, todo aquel que estaba cerca siempre acababa en dolor o en muerte. Era una forma muy clara de darle la razón: su hermana desolada, su hermano de sangre envenenado y el de corazón, asesinado a sangre fría. Todo era su culpa, todo a causa de él.

El duque ascendió con poco entusiasmo, se arrastró por el suelo y se permitió quedarse unos momentos con la espalda pegada a la pared, mirando a la nada por largos momentos en los que se mantuvo perdido en sus pensamientos, en su dolor y en la desazón del mañana.

—Izek… —El duque sintió como la mano suave de alguien resbalaba por su hombro hasta posarse en su antebrazo, tratando de llamarle la atención—. Izek, mírame por favor.

El duque reconocía la voz de su mujer, pero no tenía ganas de afrontar su mirada, tampoco de escuchar palabras de aliento, quería estar solo y pensar, poner en orden las cosas y tomar decisiones.

—Izek.

—No ahora Kayla, por favor.

Ella se movió de lugar, posándose justo frente a él, quien seguía con los ojos clavados en el suelo para no verla. Kayla se agachó un poco, buscando su mirada y, al notar que no lo conseguía, tomó la barbilla de su marido y lo obligó a levantarla.

—Vamos a casa Izek, con tus hijos, conmigo.

En esos momentos, los hombres de Izek sacaban el cuerpo de Arnold con sumo cuidado, Kayla volvió la mirada sobre su hombro y cerró los ojos, a sabiendas del dolor que estaría sintiendo su marido, se acercó y lo abrazó con fuerza, ocultando su rostro en su hombro para que no viera el desfile doloroso del cuerpo de su amigo. Por un largo momento, fue ella quien abrazó, quien mantuvo la cabeza de su marido presionada contra su pecho, hasta que lentamente él levantó los brazos y rodeó su cintura, pegándola hasta lograr esconderse por completo y llorar en silencio.

Kayla se quedó arrodillada en ese lugar por interminables lamentos, no interrumpió, no dijo ni una palabra, no se movió. Sabía que él no necesitaba nada de eso, sabía que cualquier frase sería tirada al abismo del olvido, porque nada podría combatir ese dolor, así que lo consolaría, se quedaría ahí con él hasta que decidiera salir y afrontar las cosas.

Era un proceso largo el querer afrontar una realidad dolorosa, pero Izek se las arregló para que esto fuera en cuestión de unos cuantos minutos. Tomó los brazos de su esposa y la alejó un poco de él, notándola entumecida por permanecer en la misma posición durante tanto tiempo, la levantó sin un poco de su ayuda y pasó un brazo por su cintura para ayudarla a caminar en lo que la movilidad volvía a sus piernas.

Thomas Hamilton los esperaba en el exterior de la choza, sentado en las escaleras del pórtico, mirando hacia el tumulto de cabañas con ventanas iluminadas y chimeneas humeantes.

—¿Mis hijos? —preguntó el duque con tono cansado.

—Sí. Están con mi esposa.

—Gracias —asintió y bajó las escaleras con su esposa colgada de los hombros, pero intentando caminar.

Izek subió a Kayla a uno de los caballos con aparente facilidad y montó detrás de ella, mirando a su suegro hacer lo propio antes de

que salieran hacia el castillo Dalkeith, el cual se sumía en las penumbras levemente menguada por las luces de las ventanas.

La lluvia los tomó de camino, así que cuando llegaron hasta las puertas de la casa, los tres jinetes estaban empapados de pies a cabeza, sin embargo, Izek no sentía frío, estaba tan incómodo como lo estaba antes de estar mojado, así que pasó de largo las indicaciones de tomar una ducha y simplemente fue a ver a su hermana, quien se obstinó en adecentar a Sloan por sí misma.

La joven lloraba mientras limpiaba el rostro, el torso y la herida de su hermano. Sus manos temblaban y sus labios estaban siendo mordidos, buscando dejar de dar lamentos, pero emitiéndolos como gemidos contenidos que permanecían en su garganta.

—Basta Nimue, ve a que te atiendan.

—No quiero separarme de él —dijo sin fuerza.

—Seguirás después —El duque habló con frialdad—. Ve con lord Hamilton y pide que te vende tus huesos rotos.

—Eso ya lo ha hecho —mostró su mano, pierna y costillas.

—Entonces dile que te ponga a dormir, lo que sea para que dejes de llorar —indicó, tomando la mano de su hermana el paño mojado, dejándolo a disposición de una doncella, quien continuó con la tarea.

—No dejaré de llorar nunca Izek —informó—. Nunca.

—Lo sé —cerró los ojos—. Pero no puedo escucharte ahora.

Nimue mordió sus labios y lo miró con fuego en sus iris negros.

—¿Qué harás con ella?

—Ya veré.

—Si decides matarla, quiero hacerlo yo misma —dijo con odio y tanta frialdad que Izek sintió un escalofrío a lo largo de su espalda.

—¿No te es suficiente? —le dijo con asco—. ¿No te has cansado?

Ella se impresionó ante las palabras, pestañeó varias veces y pidió a otra doncella que la ayudara para salir de esa habitación.

Izek permaneció ahí por largos momentos, mirando a su hermano sin cambiar la expresión, mojado, pero sin temblar o hacer amago de cambiarse. Sin embargo, su mujer llegó para poner remedio a ello. Kayla ya estaba cambiada, con el pelo lavado y en espera de poder hacer lo mismo con su marido, quien parecía perdido en medio de su propia casa.

Sin decir una palabra, le tomó la mano y lo dirigió hasta sus habitaciones, donde los bebés descansaban en su cuna al cuidado de su abuela materna, quien, al ver a la pareja, tomó a los niños en brazos y salió de ahí presurosa y en silencio. Izek lo agradeció y siguió a su mujer hasta el baño, donde la tina humeante lo esperaba.

Fue Kayla quien lo ayudó a desnudarse y a entrar en la tina caliente, la cual lo reconfortó en seguida, pero incluso aquel alivio le iba mal en esos momentos, porque ni Sloan, ni Arnold lo tendrían. Sin

embargo, apreció las acciones amables de su mujer, quien comenzó a lavarlo con pausados movimientos, quitando sangre que la lluvia no había logrado borrar, lavando su cabello y tallando su espalda y cuerpo. El duque no decía nada, tan sólo facilitaba un poco la tarea de su mujer, brindándole el brazo, la pierna o su cabeza para que lavara, pero no decía nada, ni tampoco la miró en ningún momento del proceso.

—¿Podrías ponerte en pie?

Ese fue el momento en el que la miró.

—Claro que puedo hacerlo, pero no quiero, me siento bien aquí.

El vapor lograba entumecerle la cabeza de forma agradable, aunque sabía que era un placer momentáneo, quería disfrutarlo.

—Está bien, iré por algo de comer, no te quedes aquí hasta que el agua se enfríe, por favor.

Izek pestañeó suavemente, indicando a su mujer que así lo haría y la vio salir con presura, seguramente a donde le había indicado que iría o si no, iría a atender a sus hijos. A los dos pequeños que fueron salvados por sus hermanos, Sloan y Arnold muriendo en el intento. Cerró los ojos al recordar ambos rostros sin vida ni emoción, ¿lo perseguirían por siempre? Quizá sí. Así como también lo perseguía Mailene, su madre y padre.

—Izek, te dije que no te quedaras aquí hasta que se helara —la mujer tocó el agua y negó con molestia—. Vamos, ¿eres incapaz de sentir el frío?

—No siento nada, mujer, nada.

Kayla lamentó el ser nombrada de nuevo “mujer”, desde hacia tiempo que Izek ya no la llamaba así, prácticamente desde que le confesó que se había enamorado de ella, ¿acaso ya había cambiado de opinión? ¿La muerte de su hermano y mejor amigo ocasionó un odio hacia ella? En gran parte, se sentía culpable porque ella entregó por voluntad a sus hijos a Sloan tras escuchar el plan de la señora Campbell y Fiona.

—Sientes dolor —le dijo, comenzando a secarlo cuando se puso en pie y salió de la bañera—. No lo ignores Izek, siéntelo.

—¿Has traído comida para mí?

—Sí. Pedí que te prepararan algo en la cocina.

—Bien, lo comeré solo.

—No me hagas esto—suplicó—, no me alejes de ti de nuevo.

—Por favor —se volvió para no mirarla—, déjame solo.

Ella asintió desmoralizada y salió de la habitación. Kayla se vio en la necesidad de cubrir su boca para no dejar salir un gemido y cerró los ojos, permitiendo que un par de lagrimas silenciosas se dispararan hacia sus mejillas sin que pudiera evitarlo.

—Kayla… ¿Qué ocurre?

—Me va a alejar mamá —le dijo llena de miedo—. Lo hará, ya lo está pensando, lo conozco, me quiere lejos.

—No es así.

—Mamá, es así. Pensará que no estoy a salvo con él, que eventualmente algo me pasará como a todos a los que ama.

—Hija, está destrozado en este momento, es normal querer tener un poco de soledad para poder desahogarse tranquilo.

—Pero…

—Te quiere Kayla, lo puedo notar en su mirada.

Ella negó levemente y se limpió la cara.

—Me pedirá que me marche. —Ella elevó la mirada con fastidio, dejando salir más lágrimas que resbalaban por su barbilla ahora—. Debí decirle que también lo quería, no debí tener tanto miedo de admitirlo, ahora será mucho más fácil para él mandarme lejos.

—Hija, no te mandará lejos, es lo último que quiere, se lo ha dicho a tu padre. Dale tiempo de que esté tranquilo.

Kayla trató de serenarse, asintiendo mientras limpiaba su rostro.

—Quiero hablar con esa mujer.

—Sabes que no te dejarán.

—Izek jamás me lo contará, quiero saber lo que sucedió, quiero entender muchas cosas y ahora que él me quiere lejos, es mi momento de actuar —la miró con determinación—. ¿Me ayudarás?

—Sabes que sí —suspiró—, ¿Cómo burlaremos a tu padre?

—Sería imposible —dijo la voz de su marido—. Me esperaba esto de Kayla, pero no de ti, Annabella.

—¿Qué puedo decir? Ella es convincente.

Los ojos de Thomas se posaron sobre su hija, aquella pequeña a la que consintió y sobreprotegió desde que nació.

—Papá, tengo que hacer esto. Quiero lo único que siempre ha sido difícil de conseguir en mi vida. —Thomas elevó una ceja a lo que ella esclareció—: respuestas.

—¿Qué dice tu marido?

—¿Ahora te importa más lo que él diga que lo que yo diga?

Thomas suspiró y dio por perdido el encuentro.

Capítulo 34

Kayla entró al lugar donde mantenían reclusa a la señora Campbell. La pobre mujer yacía temblorosa, asustada hasta la muerte de lo que iba a pasarle ahora que la ira del duque estaría focalizada en sólo un punto. La mujer sabía que la culparía de todo y sería cruel, tal y como los rumores sugerían, el hombre al mando de la casa era normalmente acusado como un vengador insaciable cuando se le traicionaba, así que sólo podía esperar lo peor para una falta de la magnitud que ella cometió.

—No soy el duque, señora Campbell, pero le aseguro que sus temores serán garantía de lo que sucederá —dijo Kayla, sin duda alguna en su voz.

—¿Qué quiere? —la mujer se acurrucó más contra sí misma.

—Respuestas, eso es lo que quiero.

—¿Cree que yo se las daré? —bufó—, ¿Para qué?

—Porque puede que haga que mi marido tenga algo de piedad.

—No le hará ningún caso, su hermano está muerto, al igual que el señor Arnold, su furia será incontenible contra mí.

—Entonces la mataré yo misma ahora, de un tiro en la cabeza —ofreció con determinación—. ¿Qué me dice a eso?

—Nada me lo asegura.

—Tampoco es como si tuviera muchas opciones, contésteme.

—Si quiere saber algo, entonces vaya con Nimue, ¿Por qué venir con una prisionera cuando tiene a alguien de la familia que puede darle de primera mano la información que busca?

—Nimue está afectada por la muerte de su hermano.

—Y yo por la de mi hermana, sin mencionar que temo por mi futuro —la miró con repudio—. Lárguese de una vez.

Kayla se sintió impotente, sabía bien que jamás podría matar a una persona, ni siquiera, aunque esta estuviera a punto de morir bajo torturas. Era cobarde y no podría sacar de su cabeza un dolor tan grande y destructivo como lo era quitar la vida a alguien. La señora Campbell tenía razón, podía pedirle a Nimue que hablara, pero dudaba que la melliza lo hiciera por voluntad propia.

La mujer dio media vuelta, abrió la puerta y salió, viéndose en la necesidad de detener sus pasos al toparse de frente con la fiera mirada de su marido, quien con el ceño fruncido y el disgusto marcado en las arrugas alrededor de sus ojos negros que la recorrían con extrañeza, sin terminar de comprender su presencia en el lugar.

—¿Qué hacías?

—Nada. Tan sólo quería verla.

—¿Para qué?

—Yo… —bajó la cabeza—. Tenía algunas dudas.

—¿Dudas? —la voz de Izek era casi burlesca—. ¿Y creíste que ella te diría la verdad en dado caso de que quisiera hablar?

—Esperaba que sí.

—Ve a la habitación, quédate ahí con los niños.

—¿Por qué?

Los ojos de Izek relampaguearon ante el cuestionamiento.

—Porque yo lo digo.

—¿Crees que eso me es suficiente?

—Quizá no. Pero al menos deberías tener un mínimo de consideración por el día que he tenido.

Ella dejó salir el aire de sus pulmones, estaba enojada, eso era obvio, pero la supo manipular perfectamente. Kayla dio media vuelta y se encaminó a las escaleras, subiéndolas en medio de una carrera ruidosa que resonó en la cabeza de Izek.

El duque miró con fastidio hacia el lugar por donde había desaparecido su mujer y se adentró en la habitación, aquella en la que se aplicarían métodos poco ortodoxos para sacarle toda la verdad a aquella mujer que seguramente se había negado terminantemente a hablar con Kayla, pero con él no podría evitarlo, a menos que quisiera sufrir más.

La señora Campbell se estremeció mucho antes de siquiera ver al hombre que llegaba a esa habitación para ponerle fin a su vida. Dirigió una trémula mirada hacia la figura ominosa presa del más puro odio y potencializado por el dolor de las perdidas recientes.

—Supongo que sabes que es mejor hablar.

—Sí, mi señor.

—Bien. Comienza entonces.

—¿No dejará que escuche la señora?

—Está detrás de la puerta, es lo más seguro —dijo desinteresado.

—¿Por qué privarla de estar en primera fila cuando lo diga?

—No quiero ver su expresión si es que tengo que lastimarle.

—El duque al fin se ha vuelto a enamorar después de Mailene.

—Pienso que esta es la primera vez que el sentimiento es verdadero —añadió el hombre—. Eso no es importante ahora. ¿Para qué mataban mujeres? ¿Qué son esos retratos que encontramos?

—Mi hermana tenía la impresión de que, en algún momento, su hija volvería a ella, por lo tanto, nosotros nos encargábamos de traer a mujeres lo más parecidas posibles a ella —explicó la mujer—. Cuando las cosas no funcionaban, entonces, las mataba. Nimue hacía los retratos para recordarlas, era su manera de disculparse.

—¿Cómo las atraían? ¿Con qué artificio?

—Normalmente casadas con Sloan —simplificó, inclinándose de hombros—. Temo decir que, en varias ocasiones, él en verdad sufrió.

Izek cerró los ojos por un instante.

—¿Por qué lo hacían? ¿Cómo los convencieron?

—Son malvados de nacimiento, mataron a Mailene.

—Sabe bien que eso fue un error, eran niños, simples niños y Mailene fue la que terminó con su vida al final de cuentas, estaba encerrada en una habitación, no en una jaula con leones.

—La desesperación la llevó a ello.

—¿Y cree que el tormento de dos niños fue lo que lo ocasionó?

—Sería incapaz de quitarse la vida —dijo la mujer con odio—. ¡Estaba esperando un hijo suyo!

Izek retrocedió un paso, su mirada llena de incomprensión.

—No es cierto.

—Es la verdad, estaba embarazada cuando ocurrió.

—No era mío.

—Lo era —dijo con repudio—. Era el verdadero heredero de este castillo, le correspondía a mi sobrina ser su esposa.

—No es verdad, jamás estuvimos casados y si lo que dice es cierto, sería un bastardo mío o de mi padre, jamás lo sabríamos.

—¡Era de usted!

—¿Cómo puede asegurarlo? —se cruzó de brazos y suspiró—. Como sea, aquello nada tiene que ver. Seguro debió atormentar a mis hermanos con la culpa después de lo ocurrido, ¿me equivoco?

—Pocas veces se equivoca, pero yo no sembré la culpa en ellos.

—Pero sí que la regó hasta hacer crecer espinas que los dañaran a cada instante de sus vidas.

—¿Quiere excusarlos? Son tan culpables como Fiona y como yo, ellos ayudaban, matar directa o indirectamente es lo mismo.

—¿Qué pasó con mi esposa? ¿Cuál fue la diferencia con ella?

Fiona suspiró con fuerza y lo miró de soslayo.

—Era la más diferente a Mailene en cuanto a personalidad, pero físicamente era idéntica, jamás pensé que una de esas chiquillas lograría hacerme sentir que veía a Mailene hasta que la vi a ella —lo miró con tranquilidad—. Seguro que usted sintió lo mismo.

—Se parecen bastante, pero no diría que son idénticas.

—No la recuerda tanto como nosotros, en ese caso —dijo la mujer, restándole importancia a esa parte en concreto—. Fiona le tomó cariño casi desde que la vio por primera vez, cuando bajó del tren y la señora fue a entregarle un dibujo que le hizo mientras contaba una historia del castillo. Creo que se enamoró de ella en ese momento y algo dentro de sí quiso que no muriera, quería que fuera Mailene y la transformaría en ella.

» Sin embargo, esa muchacha era rebelde, revoltosa, hacía lo que quería, no tenía los modales, la clase y las formas de Mailene, sabía que en cuanto mi hermana se diera cuenta, jamás la querría, aunque la encerráramos diez años no someteríamos el espíritu de Kayla

Hamilton —aquello parecía ser más una reflexión personal que compartida, pero Izek lo apoyaba, sin mencionar que él la buscaría hasta el cansancio.

—¿Qué pensaban hacer para detenerme?

La señora Campbell sonrió de lado, aquella mueca no tenía nada que ver con la felicidad o amabilidad, sino la más pura rabia.

—Pensamos en matarle, como merecía. Pero los gemelos no lo permitirían jamás, así que queríamos inculparle de la muerte.

—Ese es otro punto, ¿Cómo evitó Sloan la cárcel por tantos años?

—Las mujeres morían por causas naturales, claro —sonrió—. Envenenamientos o extrañas circunstancias, siempre cuando Sloan no estaba en casa, ni Nimue o ninguna de nosotras. Algunas personas se vieron inculpadas, pero nada se podía hacer por ellos.

—Así que hay gente inocente pagando por delitos que no cometieron.

—¿No pasa siempre?

—¿Por qué casarla conmigo? ¿Por qué no casarla con Sloan?

—Porque, mi señor, usted podía darnos algo que Sloan no.

—Hijos —comprendió el duque—. ¿Para qué querían un bebé?

—Se cerraría el ciclo. Usted moriría en la horca si debíamos matar a la mujer y nosotras tendríamos de regreso al hijo de Mailene, incluso Nimue confabuló a favor de que naciera una niña, una perfecta imitación de la persona que perdimos.

—¿Qué harían con mi hijo?

—¿El heredero? —la mujer elevó las cejas en un movimiento de segundos—. Quedárnoslo, es obvio, seriamos las tías de un rico y afortunado duque, mientras habríamos recuperado a Mailene por medio de su hija, mi lord, de Davina. Ella sería nuestra verdadera compensación debido a que su madre no lo fue jamás.

—Cayeron en el fanatismo y la locura. ¿Cómo pensaron que podrían remplazar a una persona por otra? Todas esas mujeres que murieron no fueron más que experimentos para ustedes.

—No sabe lo desgarrador que es perder un hijo, mi hermana jamás pudo recuperarse de la pérdida y yo… —la mujer apretó los puños con fuerza, posiblemente haciéndose daño—. Ella siempre me culpó por traerla aquí, por meterle ideas de superación, pensaba que usted la querría lo suficiente como para casarse con ella.

—Sí, la quería. Pero jamás me casaría con alguien que me engañó a la vez con mi propio padre, el cual, por cierto, había enloquecido.

—No sé por qué lo hizo.

—Por favor, señora Campbell —chistó el hombre—. Ella se acostaba con mi padre mucho antes de acostarse conmigo y lo sabe.

—No hay nada más que decir.

—¿Así que todo esto no era más que una locura de recuperar una

hija por medio de otra persona que claramente jamás lograría ser Mailene?

—El hijo de la señora Kayla y usted era lo más cercano que tendríamos al que posiblemente daría a luz Mailene, puesto que era de usted y ella se parece tanto a mi niña, que era lo más…

—¡No repita eso! —el hombre salió de sus casillas de repente.

—Es la verdad.

—No. Jamás sabremos si es la verdad.

El duque giró y se dirigió hacia la puerta con seguridad, pero antes de que pudiera girar la perilla para salir de ahí, la mujer volvió a hablar.

—¿Qué pasará conmigo?

—Morirá.

—Eso lo sé. —Sonó pesarosa—. Quería saber cómo.

—¿Sabe que su hermana drenó la sangre de Arnold hasta dejar su cuerpo sin una gota? Lo estaba disecando aparentemente, porque le sacó el corazón y otros órganos.

La mujer cerró los ojos.

—¿Pretende hacer lo mismo conmigo?

—No sé quien podría tener el estómago para hacerlo con alguien vivo —dijo Izek—, si lo supiera lo haría, pero al no ser así, dejaré que mis hombres la maten de la forma en la que crean pertinente. Claro, debe recordar que Arnold era un comandante muy querido no sólo por mí.

La mujer mostró el horror en su mirada y supuso que, aunque el duque no pudiera replicar la muerte del señor Arnold, su muerte no sería pacifica y rápida, aquellos hombres serían brutales.

Capítulo 35

Kayla se escondió de la mirada de su marido cuando supo que este iba a salir de la habitación, pese a que hizo alusión de que sabía perfectamente que ella se encontraba escuchando, probablemente había sido sensato el tratar de mostrarle su error y no enfurecerlo con ello. La joven pensó que Izek regresaría a la recámara a meditar en soledad nuevamente. Se acababa de enterar del hijo de Mailene y de la posibilidad de que fuera suyo, sin mencionar que era claro que los mellizos eran asesinos, indirectos, pero lo eran de alguna forma. Para su sorpresa el hombre se detuvo y miró en dirección a su escondite.

—Sal ya de ahí Kayla.

La blanca mano de la mujer apartó con pesadez la cortina, manteniendo la mirada baja, cautelosa, esperando los gritos de su marido por haberlo desobedecido pese a que él sabía que lo haría.

—Lo siento.

—Ven aquí —ordenó.

Kayla caminó sin mirarlo y apretó el rostro ante el posible despliegue de molestia contra ella, pero este no llegó, en cambio, sintió los brazos de su marido alrededor de ella, apretándola con tanta fuerza que le hacía daño; sin embargo, lo prefería en lugar de un despliegue de furia.

—Izek… —lo acarició—. ¿Estás bien?

—¿Crees que mintió? —dijo pesaroso—. No podía ser mi hijo.

—No sé si mintió Izek, pero al final, no es tu culpa.

—La duda me carcomerá de por vida.

—Hay una forma de saberlo —dijo segura—. Nimue.

—Estoy seguro que no hablará.

—Por el contrario, estoy segura de que hablará.

Izek la soltó, enfocando la determinación en sus ojos. Lo tomó de la mano con firmeza y lo llevó a la habitación desde donde salían suaves lamentos, cansados más que nada, pero seguían siendo constantes, Nimue estaría destrozada, pero no tenía por qué llevarse a Izek con ella.

—Nimue —llamó Kayla, tratando de no sonar categórica—. Tenemos que hablar contigo.

—Creí que la señora Campbell haría todo para evitar la muerte, no puedo creer que prefiriera callar.

—No, no calló —se adelantó Izek—. Pero dijo cosas que…

—¿Te parezco el monstruo que siempre creíste Izek? —las lagrimas seguían resbalando por las mejillas de Nimue, pero en su voz no había ni un titubeo—. Felicidades, lo soy. Maté a todas esas mujeres, no dudé, pensé que era lo que nos correspondía hacer al haber matado a Mailene, pero ¿Sabes? Ella era infeliz, no la hicimos saltar de esa

ventana, ella se aventó ¿sabes por qué? —sonrió con cinismo—, porque no soportaba su vida de mierda, porque odiaba tener que ser la puta de los nobles, ni siquiera creo que su chiquillo hubiera sido de papá o tuyo.

—¿Por qué lo dices?

—Por favor —chasqueó la lengua y miró hacia otro lado—. ¿Porqué razón se quitaría la vida si ya tenía todo resuelto? Embarazarse de un noble, sea un bastardo o no, tiene sus ventajas, sobre todo si el padre es un hombre como tú, incluso si es como el loco de papá, la hubieran acogido, al menos protegido. Dime Izek, ¿Qué llevaría a una mujer así de calculadora al suicidio? —elevó ambas cejas—. ¿Eh? ¿Qué?

—Que no fuera hijo de ellos —entendió Kayla—. Sería obvio cuando el niño naciera, puesto que los Buccleuch tienen genes fuertes y que no se pareciera al padre sería extraordinariamente raro… pero no imposible.

—Para papá o Izek, sí, sería imposible, no importa cuanta ciencia pongan en la mesa y traten de convencer, para nosotros, los hijos de los Buccleuch siempre son iguales, pálidos, ojos negros y cabello azabache. —La mujer sonrió—. Así como Kendrick.

—Davina no es así.

—Tiene toda la cara de Izek y si no salió así, fue posiblemente por toda la brujería que tuvimos que hacerte.

—No creo en esas cosas —negó Kayla.

—Poco me importa, porque es lo que pasó. ¿Por qué creen que estaba tan segura de que eran dos? Lo conjuramos por meses.

—Es imposible influir así en el cuerpo de otra persona.

—Por favor, está claro que no crees en mitos paganos, pero nosotras las brujas estudiamos mucho y de muchas culturas. Fiona tenía la intensión de reencarnar a Mailene en el cuerpo de Davina.

El horror se mostró en el semblante de Kayla, quien se vio en la necesidad de abrazarse a su esposo y esconder por unos momentos el rostro en aquel hombro seguro.

—Eso no es más que una locura. —Izek acogió a su esposa contra su cuerpo, comprendiendo perfectamente lo que sentía.

—Claro que lo era —dijo Nimue en obviedad y exasperación—. Pero ¿Quién era yo para desmentir a otra loca? Nunca funcionó con papá, ¿por qué funcionaría con ella?

Un largo silencio se instaló en la habitación, pero hermano y hermana no apartaron el rostro gélido del otro, ambos presos del dolor, resentimiento y los fantasmas del pasado.

—¿Qué cambió? —inquirió Izek.

—Fue Kayla. Ella no actuaba como las demás, no me temía, no le tenía miedo a ninguno de nosotros. Nos enfrentaba y nos aceptaba

como si no fuéramos monstruos. Por alguna razón, Sloan fue el primero en rendirse y yo lo secundé, como siempre. —La mujer sonrió con nostalgia, comprendiendo que había sido la última vez que se apoyarían así—. Decidimos salvar a los bebés, a Kayla e incluso a ti Izek.

—¿Salvarnos?

—Gracias —interrumpió el posible reclamo por parte de su esposo y se adelantó hacia la figura pálida y desganada de Nimue—. Gracias por salvar a mis hijos, no sabes cuanto lamento lo de Sloan.

—Nos descubrió —lloriqueó ella—. Planeaban hacer el secuestro hoy, por eso el té tenía ya el somnífero, así que actuamos como mejor pudimos, no fue suficiente… tampoco fue suficiente para Arnold.

—Lo intentaron y es lo importante.

—Eso no quita todo lo que hice en el pasado —ella negó con lágrimas en los ojos—. Nada lo quita. Ellas vienen a mí cada noche, me reclaman, me lastiman y me odian, me lo merezco.

—¿Por qué me adormecías con ese humo raro de los muñecos? ¿Por qué desperté aprisionada en las sábanas aquella vez?

—Sloan quería llevarte lejos de todo esto, fue a mis espaldas en esas ocasiones, el muñeco se preparó para el momento clave de los asesinatos, no para que él te llevara a placer.

—Era esa la sensación que sentía en ese entonces, de que alguien me vigilaba, de que me veían.

—Sloan siempre ha sido…, fue bueno para estar escondido en las penumbras sin que nadie lo supiera, aún en medio de la luz.

—Basta ya. —Izek tomó la cintura de su esposa, acercándola.

—¿Y el collar? —urgió la joven al tener aún tantas dudas—. ¿Qué me dices del relicario?

—Sloan lo puso ahí —esclareció, viendo como Izek la sacaba de la habitación—. Quería que te dieras cuenta, te horrorizaras y te fueras por tu cuenta del castillo.

—¿Cómo llegó a Fiona de nuevo?

La mujer se inclinó de hombros, sin cambiar su expresión seria, desinteresada, pero con la mirada llena de sufrimiento y de un dolor que quizá jamás desaparecería.

—Posiblemente la señora Campbell escuchó de ello y se lo llevó.

Izek había terminado de sacar a su esposa de la recámara y cerró la puerta para privar por completo a la mujer de hacer más preguntas a su afectada hermana. Kayla quería regresar, en ese momento no se le ocurrían más preguntas, pero seguro que se acumularían en su cabeza de un momento a otro.

—Izek…

—Basta Kayla, de aquí en más, no quiero saber del tema.

—Pero Izek…

Él la arrastraba por el pasillo pese a su resistencia.

—No. Sé lo suficiente y es una tortura constante, al menos develé ciertas cosas, pero no quiero pensar, no quiero cargar más culpas.

—Esto te exime de culpas.

—¿Eximirme? —rio sin ganas—. Nunca noté que mis hermanos sentían esa presión, que la señora Campbell les hizo sentir aquello cuando era obvio que comprendían que no fue su culpa, no me imagino lo que tuvo que hacerles para que siguieran sus indicaciones. ¿No lo ves? ¿No ves a Nimue? Está perturbada y ahora perdió lo único que ella amaba.

—Te ama a ti también.

Un rápido gesto de disgusto atravesó la cara del duque.

—Es suficiente… por el día de hoy.

El duque se alejó de su mujer con pasos solemnes y subió las escaleras, dejándola rezagada a sus espaldas. No sabía si era a razón de darle privacidad o porque deseaba volver a la recámara de Nimue, pero como fuese, él no tenía más energías para escuchar, ni tampoco para pelear con su esposa. De pronto sintió el cuerpo increíblemente pesado, cada músculo le reclamaba el caminar, su cabeza le dolía punzante y constantemente. Tenía que descansar.

Kayla esperó a que la figura retraída y llena de penumbras se alejara por las escaleras, dándole entonces la libertad de dar media vuelta y regresar hacia la habitación que acababa de abandonar debido a la insistencia de su esposo. Abrió la puerta sin tocar en lo que pareció ser una intervención divina, puesto que logró apresurarse hacia la persona que por poco y se quita la vida de una forma dolorosa y lenta.

—¡Qué hacías! —Kayla tenía la afilada navaja en las manos y la alejaba con determinación de la perdida mujer que cayó de rodillas.

—¿Por qué…? ¡Por qué te entrometes! —le gritó furiosa.

—Nimue, no es la solución, ¿no ves lo que ocasionaría tu muerte?

—¿Crees que me importa? No tengo nada por lo qué vivir, mi vida entera era cumplir los deseos de los demás y mi alivio venía de la mano de mi hermano, de su apoyo y constante compañía, sin él, ¿qué se supone que he de hacer con mi vida? —Ella cubrió su rostro y lloró desesperada—. ¿Qué quieres? ¿Qué te motivo a volver sobre tus pasos?

—No lo sé, pero lo que fuera, te ha salvado la vida y probablemente la de mi marido —Kayla apretó la navaja contra su mano—. Si Izek pierde a otra persona le día de hoy, querría seguir tus pasos hacia la muerte, aunque fuera sólo para encontrarse con ustedes de nuevo.

—Eres una tonta. —La mujer sonrió cínicamente—. Mi hermano jamás se mataría por el simple hecho de tenerte a ti y a los niños.

—Justo ahora lo dudo, te quiere Nimue, se preocupa por ti.

—Eso lo sé, siempre lo he sabido. Pero fuimos y siempre seremos una carga para él, desde el inicio de nuestras vidas dependimos de su cordura, de su estoicidad para afrontar las situaciones. Él jamás se quebraba, no con la muerte de mamá, no con la locura de papá… ni siquiera con la traición de Mailene, no así con su muerte, pero se quedó con nosotros —la miró—. Estaba deshecho y sospechaba que era nuestra culpa, pero no nos dejó.

—Entonces, no lo abandones, porque ahora si se ha quebrado —le dijo con ferocidad— y necesitará toda la ayuda que le sea posible.

Ella negó sutilmente y rio un poco.

—¿De qué le podría servir yo?

—Al menos, para la sensación de expiar sus culpas, que siente que lo comerán por las noches, incluso los días.

—¿Y él por qué se sentiría culpable? —frunció el ceño la joven.

—Porque no los cuidó como debía, se culpa por todo.

—Es un tonto sentimental.

—Sí. Pero no puedes dejarlo ¿entendido? —le mostró el arma—. Esto no puede volver a repetirse. Porque te juro Nimue, que si destrozas a mi marido una vez más, yo misma me encargaré de traerte de entre los muertos, y si no pudiera, haría todo para que no descansaras en paz.

La sorpresa iluminó el rostro sombrío de la melliza solitaria, pero esto fue cosa de unos segundos, puesto que rápidamente sonrió.

—En verdad le amas.

—Sí. En verdad.

—Tonto amar a un Buccleuch.

—Jamás he sido lista tomando decisiones de todas formas. —La penetrante y oscura mirada de Nimue era difícil de interpretar en la mayoría del tiempo, pero justo en ese momento, Kayla supo ver que estaba contenta—. ¿Por qué no intentas ser feliz tú también?

—Yo no estoy hecha para eso, tengo un pasado tan horrido, que me sería imposible confiárselo a alguien y una relación con mentiras no es más que una falacia bajo el mismo techo.

—Creo que para cada persona existe alguien especial que comprenderá cualquier cosa que pudiéramos hacer en el pasado.

—No todo es perdonable, Kayla, pero te lo agradezco.

Kayla no se quedó tranquila y ordenó que alguien vigilase a su cuñada para que no cometiera un acto en su contra y se marchó. Existían otras personas que necesitaban de su atención.

Kayla fue directa hacia la recámara que les dieron a sus padres para el tiempo en el que se quedarían en el castillo. Fue una gran tranquilidad el saberlos ahí, sanos, salvos y dispuestos a cuidar de los gemelos desde que regresaron de su pequeño viaje que comenzó en

brazos de su tío hacia una cabaña de los empleados del castillo. La mujer que hizo de nodriza en esa ocasión tuvo que continuar haciéndolo muy pese a la molestia de la madre, puesto que, según su padre, era mejor que no recibieran los nervios de su madre por amamantarlos.

—Hija —Annabella levantó la mirada que tenía posada sobre los dos bebés en la cama y sonrió—. ¿Está mejor?

—No. Creo que está mucho peor. —Kayla suspiró aliviada al ver a sus bebés en un perfecto estado de tranquilidad y satisfacción. Ojalá pudiera volver a ser niña para no afrontar tantos problemas—. ¿Está bien si se quedan con ustedes esta noche?

—Estarán bien —dijo Thomas—. La nodriza está cerca.

—Se llama Juno —corrió Annabella y miró a su hija—. Soluciona tus problemas, nosotros estaremos aquí para la resolución.

—Gracias, yo… iré con él.

Ambos padres asintieron y volvieron las sonrisas hacia los niños, quienes esperaban impacientes la atención de sus abuelos. Kayla curveó los labios, dejando que la ternura inundara su cuerpo al ver a sus padres tan felices con sus nietos, los hijos que ella había dado a luz. En ocasiones aquello le parecía tan extraño, tan ajeno y desconcertante, que no se lo podía creer.

La habitación que ocupaba su marido estaba sumida en la más profunda penumbra cuando la abrió, conocía lo suficiente el lugar para no chocar con nada, pero no dejaba de ser poco acogedor, él parecía quererle decir que no deseaba que durmiera ahí esa noche. Kayla lo comprendía, así que tomó algunas de sus cosas en medio de la oscuridad, siendo su única ayuda la luz del pasillo.

—¿Qué haces? —inquirió la voz cansada de Izek.

—Vengo por algunas cosas, me iré en un momento.

—¿A dónde te irás? —se sentó en la cama con rapidez.

—A mi habitación —la joven frunció el ceño en extrañeza, pero claro, él no lo notaría debido a la oscuridad.

Izek estiró la mano y prendió la lámpara a su lado. Su esposa se mantenía en pie, enfrentándolo mientras sostenía un camisón contra su pecho junto con algunas de sus cremas y perfumes.

—¿Por qué te irás a otra habitación? —frotó sus ojos con dos de sus dedos, tratando de abrirlos sin estragos de sueño.

—Creí que querías que te dejara tranquilo.

—Quiero que duermas conmigo, Kayla. ¿Dónde están los niños?

—Con mis padres.

—¿Piensas dejarlos allá?

—De todas formas, parece que mi padre cree pertinente que no los amamante yo este día.

Izek no contestó, recargó su espalda contra la cabecera y extendió

una mano hacia ella, pidiéndole en silencio que se acercara.

—Ven Kayla.

Al percatarse que no logró moverse de su lugar pese a que él la estaba invitando. Se vio en la necesidad de motivar sus piernas a dar pasos hasta tomar la mano de su marido y sentarse a su lado, esperando a las posibles resoluciones a las que había llegado durante su tiempo de soledad.

—¿Qué es lo que vas a decirme? No me digas que piensas tomar decisiones sin mi de nuevo. Te advierto que no pienso seguirlas.

—Lo sé. Para este momento sé perfectamente que no harás nada de lo que te diga, aunque sea por tu bien.

—Eso crees tú.

—Dime Kayla, ¿Por qué tu afán por quedarte?

—¿Por qué he de irme? Todo está resuelto ya.

—Quizá, pero este maldito castillo parece estar embrujado en verdad. Te lo dije hace tiempo, todas las personas que están cerca de mi, terminan dañados de alguna manera. Ve lo que sucedió.

—Izek, aquello no tiene nada que ver con que tú los ames o no, el destino puede ser muy cruel y, al ser incontrolable, nos queda el resentimiento y la culpa a los que continuamos recorriendo el camino —Kayla se mordió los labios—. Sin embargo, estos terribles acontecimientos no quieren decirte que dejes de sentir de nuevo. Arnold era feliz al ver que al fin sonreías e Sloan arriesgó su vida por el mismo motivo, lo único que puedes hacer para corresponder a tales sentimientos, es seguir intentando mantenerlos, porque es por lo que lucharon.

Un gesto de dolor cruzó por el rostro de Izek, pero ella fue incapaz de ver lo que sucedió a continuación, puesto que fue jalada hacia el pecho de su marido con un leve tirón que la fundió en un fuerte abrazo que la dejó sin escapatoria. Sin embargo, no era necesario verle el rostro a su marido para saber que estaba llorando.

Izek incluso se quedó dormido en esa misma postura, Kayla no volvió a hablar, sabía que todo estaba dicho y él necesitaba desahogarse en silencio y sin ser perturbado. Cuando su marido aflojó la fuerza de su agarre, Kayla pudo soltarse y acomodarlo adecuadamente sobre la cama, cubriéndolo con las sábanas y besándole la mejilla antes de volver a meterse entre sus brazos, mirando hacia su rostro perfilado y sereno ya que se encontraba en el mundo de los sueños.

—Izek… yo también te quiero —susurró, pasando un suave dedo por la nariz de su marido, provocándole una cierta incomodidad, pero perdurando en su posición. Ella sonrió—. Pero sigues siendo un ogro.

Capítulo 36

Su marido había demostrado ser un hombre difícil de manejar, sobre todo, si tomaba una decisión, puesto que esta al instante se volvería definitiva. No importaba que tanto le doliera, si lo consideraba prudente, entonces no habría forma de que se desdijera.

Kayla consideró aquello una actitud de lo más reprochable y egoísta hasta cierto punto, él ni siquiera la tomaba en cuenta en las decisiones, regresándola a los tiempos en los que obedecía ciegamente a su padre, quien, en ese aspecto, era irritablemente parecido a su esposo. De hecho, recordaba con furia cuando su padre se mostró de acuerdo con la resolución del duque y aceptó llevársela de Escocia con ellos.

Nimue se había despedido afectuosamente de ella y aseguró que trataría de convencerlo de que deshiciera la resolución, aunque en su faz denotaba lo poco convencida que estaba de poder lograr ese objetivo. La tristeza inundó a Kayla por mucho tiempo. Pese a la cálida despedida con su marido, sus palabras cariñosas y sus cartas constantes, algo dentro de ella se sentía sumamente triste. Era notorio que un muro de frialdad se instaló en Izek desde las muertes de Arnold y Sloan, todos eran capaces de verlo, quizá ese era otro de los motivos por los cuales la había alejado.

—Oh, Kayla siempre supe que tenías talento —sonrió su antiguo maestro de arte, quien admiraba los cuadros.

—Gracias maestro, me alegra que me haya recibido bajo su tutela en primer lugar, no muchos lo hubieran hecho.

—Se ver el talento nato de la gente Kayla, lo sabes.

La joven sonrió y asintió. El señor Maselene era caracterizado por su alegría contagiosa, su lengua parlanchina y mirada amistosa. Era un buen negociador, astuto con los números y bueno para hablar y convencer, nadie se imaginaría que, además de todo ello, tuviera tanto talento; el hombre también pintaba con habilidad y enseñaba con paciencia. Por mucho tiempo, Kayla creyó amarlo y le tuvo una ciega devoción, incluso pensó que él sentía lo mismo, pero claro, jamás fue muy avispada con el tema y resultó que su maestro en realidad tenía mujer y dos hijos que lo esperaban en casa y a los cuales él amaba de todo corazón; aunque eso no lo exculpaba de algunos crímenes en contra de su matrimonio, la infidelidad era común y tolerada a la fuerza por las mujeres de la sociedad.

Una de las incertidumbres más grandes de Kayla era esa. ¿Su marido le estaría engañando ahora que la alejó de él? Era una posibilidad grande y no había forma de saberlo, porque estaba lo suficientemente lejos como para que las noticias no le llegaran con rapidez, incluso si le llegaban, derivaba a divagación.

—Algo parece atribularte Kayla, ¿Qué es?

—No —movió la cabeza de un lado a otro, tratando de quitarse pensamientos tontos de la cabeza—. Estoy bien.

—¿Tú marido vendrá a la inauguración?

—No lo creo —sonrió con tristeza—. Sigue en Escocia.

—Pero es tu gran noche.

—Aún así, no lo espero.

El maestro frunció el ceño y se acercó a su discípula con tiento, sabía que Kayla era un alma frágil y era fácil que se pusiera a llorar. Sería suicidio hacer llorar a la hija de Thomas Hamilton, aunque fuera por error.

—El amor es complicado en ocasiones —comenzó, dirigiendo la mirada hacia donde Kayla la tenía fija—, se transforma en dolor y gozo en cuestión de segundos. Cuando nos encontramos en medio de la felicidad, uno no sabe discernir si el golpe se ha dado ya; pero al final, no importan las heridas, si es amor es fuerte y duradero, este siempre sanará y regresará al hogar de donde se sabe dueño.

—¿Qué sería el hogar?

—La otra persona. —El maestro elevó una ceja.

Kayla dirigió nuevamente el rostro hacia el cuadro de su esposo y ladeó la cabeza. En esa pintura en especifico no tenía los ojos cerrados, sino que miraba con la intensidad de las sombras y el murmullo de lo incierto.

—Todo cambió después de su llegada a mi hogar, maestro. Aquello que era aburrido se volvió interesante, lo que era tonto se volvió inteligente, lo que era odio fácilmente se convirtió en amor. Hizo un mí una revoltura de emociones y sensaciones que por mucho tiempo me perdí y no supe qué era lo que sentía, pero cuando lo supe, fue demasiado tarde, la tormenta arreció y él tomó una decisión.

—¿Es que se separó de ti definitivamente?

—No lo sé.

—¿No lo preguntaste?

—Lo hice, pero creo que ni él mismo lo supo discernir.

—La confusión pasó a él.

—Creo que sí —sonrió con nostalgia—. Tal pareciera que es un juego en el cual nadie se quiere quedar con los sentimientos.

—Son jóvenes, lo entenderán.

—¿Será lo suficientemente pronto? —preguntó más para sí misma que para el maestro a su lado.

—Lo habrás de decidir tú.

—¿Cómo lo sabré?

—Cuando lo veas de nuevo, lo sabrás.

Kayla curveó los labios en una expresión burlesca, soslayando la mirada hacia su viejo amigo y aventándolo ligeramente.

—Quiere hacerse el muy listo.

—No es verdad. Tan sólo que soy mayor que tú y esas tonterías las viví con mi propia esposa a su tiempo.

—Espero que termine igual la historia.

—Como dije, eso dependerá de ti.

—¿Por qué sigue diciéndome eso si es obvio que lo quiero?

—Eso no significa que vayas a querer estar con él de nuevo.

En ese instante, Kayla le dio la razón, por mucho que quisiera a Izek, algo dentro de ella dudaba, la hacía no estar devastada por el tema, quizá porque tenía fe en que él no estaba tomando una decisión definitiva de alejarla, o quizá porque en realidad no se sintiera tan mal por estar lejos de él. Nuevamente se encontraba perdida en ella misma, lo cual era frustrante, tenían dos hijos en común y aún así ¿no se sentían ligados el uno con el otro? ¿Era eso posible?

Regresó a su casa entrada la tarde, no hacía tanto que se había ido, pero cuando se encontraba en Londres, el tiempo parecía irse tan rápido como agua entre sus manos. La conversación con su maestro quedó grabada en su cabeza, perturbando la paz que intentó fingir durante toda su estancia. Estaría cumpliendo su tercera semana lejos de su esposo, del castillo Dalkeith y de su cuñada, le pareció extraño que incluso extrañara la mirada oscura de Nimue.

—¡Mamá, papá! ¡Ya llegué!

La joven caminó por el recibidor, tomando las cartas que yacían sobre la mesa en el centro de la estancia, no esperando que hubiera una contestación a tales gritos que fueran tan impropios de una dama, al menos, eso era lo que decía su madre. No recordaba desde cuando, pero se le hizo una maña poco placentera para su familia el gritar cuando entraba o salía de la propiedad, para ella era un aviso para que las personas no murieran de preocupación al no verla. Claro que sus hermanos recalcaron el hecho de que era poco probable que alguien la escuchara pese a que gritara, siendo Sutherland tan basto y ellos personas tan desperdigadas en la vida, jamás se darían cuenta de ella y simplemente resultaba molesto y maleducado.

—¡Kayla! —se escuchó la queja de su madre desde algún sitio.

Una sonrisa traviesa se asomó en el rostro de la menor, caminando sin dudar hacia la voz de su madre. Aunque si su madre se encontraba en la planta baja de la propiedad, sólo había un lugar factible donde podía estar. Sobre todo, si se tomaba en cuenta que la suave música del piano se hacía sonar por todo el lugar. Aquella sensación de paz y armonía le era conocida a Kayla, sólo en su casa sentía algo parecido, con sus padres y sus hermanos en medio de una no muy verdadera tranquilidad, en su casa siempre sucedía algo.

—Mamá, los Juliart aceptaron la invitación para la inauguración, al igual que los Hunt. Pensé que negaríansu presencia.

—Bueno, debes aceptar que cuando se trata de ti, esas familias siempre han sido consecuentes.

—Querían que me casara con sus hijos, pero yo estoy casada ya.

—Es verdad —Annabella giró su cuerpo, alejando sus manos del teclado y mirando a su hija con una pequeña sonrisa lastimera.

—¿Qué? Conozco esa mirada, ¿qué sabes?

—Bueno, hay rumores.

—Agh, rumores, estoy harta de rumores y leyendas.

—Dicen que podrías estar en proceso de divorcio.

Aquellas palabras llamaron la atención de la joven, quien sintió una fuerte punzada en el corazón y una amarga sensación de que devolvería el estómago de un momento a otro.

—¿Quién dice eso?

—La gente del pueblo, ya sabes como es.

—Vaya… fue rápido, ¿no se puede pensar que vine de visita?

—La gente sólo busca beneficiarse de las cosas, deberías estar feliz de que, pese a que se rumoré un divorcio, las familias te vean como candidata.

—¿Suenas feliz? —frunció el ceño.

—¡No hija! Por supuesto que no, jamás desearía tu infelicidad.

—¿Cómo sabes lo que me hace feliz?

—Supongo que por la forma en la que reaccionaste, lo que dije no te agradó, debo suponer que lo que deseas es seguir casada.

—No lo sé.

—Bueno, no debes preocuparte, cuando lo veas, lo sabrás.

—¿Por qué dicen eso con tal seguridad?

—Supongo que, porque es cierto, anda, ve a tu habitación, los niños seguramente están desesperados por ver a su madre.

—¿Cómo estuvieron?

—Es como si no hubiera bebés.

Kayla dio una mirada de agradecimiento a su madre y subió las escaleras de la casa que le fuera tan conocida. Prácticamente toda su vida la pasó en medio de esas paredes llenas de pasadizos secretos y habitaciones ocultas. Era nostálgico regresar, aunque de una forma totalmente diferente, puesto que lo hizo con dos hijos.

Se paralizó momentáneamente al segundo siguiente de abrir la puerta, puesto que, del otro lado e inclinado sobre la cuna de sus hijos, estaba la figura inconfundible de su marido. ¿Su madre lo sabía? Claro que lo sabía, por eso la interrogó antes de que subiera, quería dilucidar lo que en realidad sentía y buscó por todos los medios una reacción de su parte.

—¿Izek?

—¿Mmm…? —el hombre regresó el rostro y sonrió al notar que su esposa se había paralizado en el umbral—. ¿Qué pasa?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? —frunció el ceño—. Mañana es tu exposición de arte, tengo que estar aquí.

—No… tú, ¿Qué?

—Dije que mañana es…

—No eso. Pensé que estaríamos en proceso de divorcio.

Izek permaneció callado por un largo momento.

—¿Eso es lo que quieres?

—¡No! No lo sé…

—¿Qué ocurre?

—Pensé que me habías mandado lejos porque tomaste la decisión de alejarme de ti… de nuevo.

—Tomé la decisión de alejarte de toda la locura que vendría después de lo sucedido esa noche —se cruzó de brazos—, jamás he hablado de divorcio.

—Yo…

—Claro, a menos que tu lo quieras.

—¿Qué?

—No te puedo seguir imponiendo mi presencia, pese a que no sea algo que yo quiera, no te forzaré a estar conmigo, es tu decisión.

—No eres de los que deja que otros tomen las decisiones.

—En esto sí. Tengo qué —pasó sus dedos por sus cabellos negros y se sonrojó, mostrándose cansado—. Me gustaría no hacerlo, obligarte a estar conmigo, pero te quiero lo suficiente como para aceptar que te quieras ir. Lo que pasó en casa…

—¿Crees que, si decido irme, sería por lo que pasó en Escocia?

—¿No es así?

—No.

—¿Entonces?

—Todo dependerá de ti Izek.

—¿De mí?

—Sí, ya no sé como sentirme respecto a ti, por un lado, has cambiado todo mi mundo, sé que te quiero, pero al mismo tiempo, odiaría que siguiera una dinámica como la que has establecido ahora.

—¿De qué hablas?

—No puedes tomar decisiones por mí, tampoco esconderme cosas, debemos ser un frente unido y no puedes seguirme aventando lejos cada vez que piensas que algo se complica.

—Lo siento —frunció los ojos al momento de cerrarlos—, he afrontado mi vida de esa manera, pero es verdad, tengo que ser diferente con la mujer con la que pienso llegar hasta la vejez.

Kayla ladeó la cabeza y frunció los ojos.

—¿En serio quieres eso Izek?

—Sí. —Guardó silencio por unos momentos—. ¿Y tú?

Kayla se tomó su tiempo para responderse esa pregunta, le era necesario, puesto que por mucho tiempo creyó no saber como se sentía respecto a ese hombre que fuese duro e intransigente desde un inicio de su relación… una relación que no había comenzado del todo bien, puesto que fue planeado por otros muchos que deseaban otras cosas de ellos.

Pese a eso, él se logró enamorar y ella también. ¿Sería acaso una ilusión? Algo que sobrevino debido a que no les quedaba opción, eso era lo que parecía su matrimonio desde un inicio, un sinfín de "sin opciones" que ambos aceptaron con la cabeza en alto. Quizá su orgullo era lo que dominaba todo el asunto y no así su corazón.

Kayla mordió sus labios con fuerza y levantó la mirada para al fin enfocarlo como era debido. ¿Qué era lo que sentía? ¿Qué era lo que debía hacer? ¿Cuál era la respuesta correcta?

Izek permanecía en silencio, parado a unos pasos de ella, esperando con temple una respuesta que sería respetada, fuese cual fuese y muy pese a lo que él quisiera. Alejarse de ella sería lo más duro que podía imaginar, pero si eso sería lo que la haría feliz, entonces, estaba dispuesto a ello.

Después de interminables momentos, ella sonrió. Dándose cuenta que al verlo, al tenerlo frente justo como habían dicho su madre y su maestro, su corazón no se lo pensó dos veces en latir desbocado, su estómago se retorció en anticipación de la felicidad, sus pulmones se llenaron de un aire que parecía más puro y su cuerpo casi actuaba a placer cuando se acercó a él y le tomó la cara con ambas manos, inspeccionándolo detenidamente, pasando los dedos por sus mejillas rasposas, por su nariz recta, sus cejas pobladas y sus pestañas largas, tras las cuales se escondían esos ojos oscuros, tan profundos que parecían negros. Aquellos ojos que daban tanto terror al mundo en general pero que para Kayla eran hermosos, puesto que después de tantos altibajos, después del dolor, de la pérdida, de los enojos y disgustos, ella había encontrado la luz en medio de tanta oscuridad y no había nada más hermoso que verse reflejada en ellos por el tiempo que tuviera de vida.

Epílogo

Izek decidió que lo mejor para él y para su familia sería alejarse de aquel castillo que guardaba entre sus muros tantos recuerdos negativos. Kayla no pudo negarse ante la explicación de su marido, ella no sería la causante de su dolor y si lo que él quería, era no volver al lugar que por herencia le correspondía, entonces lo apoyaría.

Vivían en una propiedad cercana, lo suficiente como para que el duque pudiera ir y venir para mantener en orden sus asuntos, pero jamás se volvió a hospedar en el castillo, ni siquiera cuando se hacía tarde y lo más cuerdo sería quedarse en el hogar, pero él prefería un hostal. Las únicas veces en la que la familia visitaba la hermosa propiedad, era para visitar las tumbas del hermano y del mejor amigo del duque, de ahí en más, jamás.

Kayla, por su lado, solía ir a Londres con constancia, sobre todo cuando tenía exposiciones en la galería de su maestro, en ocasiones no era específicamente para exponer, sino simplemente para ayudar, mostrando verdadera pasión en enseñar a los más jóvenes, introduciéndolos al mundo del arte de una forma fácil y de ensueño.

Era un trato que tenían entre los esposos, puesto que cuando ella se iba a Londres junto con los niños para atender asuntos de la galería con la que se estaba tratando de asociar; Izek iba con su hermana, quien estuviera recluida en un centro de salud, vigilada día y noche sin permitirle salir. El duque no dejaba de visitarla día con día, pero cuando su mujer no estaba, era capaz de estar junto a Nimue día y noche, en ocasiones se quedaba a su lado toda la noche mientras ella lloraba sin lograr controlarse. La pérdida de Sloan jamás la dejó recuperar plenamente su salud mental, aquello la deprimía al punto en el que atentaba contra su vida, razón por la cual decidieron dejarla en ese lugar, buscando que no hiciera tonterías en un descuido.

—Kayla —Izek entró en la recámara especial de su esposa, parecía distraído con una carta que permanecía entre sus manos—. Es de tu hermana Aine, parece que viene de visita.

—Oh, Aine —Kayla limpió sus manos contra el mandil y alargó la mano hacia la carta—. Me parece extraordinario que venga, la echo tanto de menos. Me gustaría ir a ver a Beth pronto, me llegó carta de ella hace unas semanas, ¿te lo dije?

—Sí, cariño, me lo dijiste, pero los niños siguen siendo pequeños y viene el invierno, es mejor que no salgas a ningún lado.

—Bueno —miró la carta—, parece que viene para pasar navidad, me pregunto si vendrá con Harsen.

—Supongo que sí.

—Te caerá bien, te lo aseguro, es un hombre increíble —sonrió Kayla, más, al notar la ensombrecida mirada de su esposo, ladeó la cabeza y le tocó la mejilla para traerlo a la realidad—. ¿Qué pasa?

Izek permaneció impávido, mirando hacia el retrato de su amigo, quien mostraba una sonrisa franca y unos ojos chispeantes.

—Lo siento —ella le tapó los ojos con una mano y lo hizo bajar la cabeza para que cuando apartara su mano, la mirara sólo a ella—. No debo tenerlo tan a la vista, lo sé.

—No. En realidad, me agrada poder verle cada vez que entro.

—Es una buena forma de recordarlo —se volvió al retrato—. Me contó bastante de tu historia cuando lo pintaba, fue nuestra excusa.

—Siempre te quiso y te apoyó —dijo el duque—. Sabía que eras buena para mí, lo supo mucho antes de que yo lo supiera.

—Te conocía bien.

—Todos parecieron saberlo antes que yo —sinceró—. Y yo nunca supe nada, siempre pasé por alto cosas… —la miró—. Pero no más, ahora sé que no soy perfecto, que me equivoco más de lo que debería y que debo escuchar a los de mi alrededor.

—¿Y no ser tan loco y autoritario?

—Sólo con mi esposa —rio divertido.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Me encanta ver a la fiera encerrada en ti salir a atacarme.

Izek sonrió y se inclinó para besarla, yendo a sentarse en un sofá que estaba dispuesto más que nada para él. El duque tomó a sus hijos, quienes yacían encima de varias mantas y rodeados de almohadas sobre un tapete largo y grueso. Kayla entonces supo que estaba completa y que, por una vez, una decisión equivocada había acabado siendo la más acertada.

Sofía Durán

Una aparente perfección

Una aparente perfección

Los hijos de Bermont X

Sofía Durán

Derechos de autor © 2022 Sofía Durán

© Una aparente perfección

Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán.
Copyrigth 2022 ©Sofía Durán
Código de registro: 2207181596850
Fecha de registro: 09 de agosto 2022
ISBN: 9798845874832
Sello: Independently published

Primera edición.

Una apariencia perfecta no es necesaria cuando estás con la persona adecuada ni tampoco con los seres que amas.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Prólogo

La felicidad era un concepto del cual Jason renegaba para esos momentos de su vida. Claro, experimentó el sentimiento en algún momento, pero con el tiempo comprendió que fue debido a ello que el dolor posterior fue tan grande y duradero. La idealización de la felicidad fue lo que ocasionó la pérdida, la perspectiva de tenerla por siempre creó la insatisfacción. Sin saberlo estaba dando pasos vertiginosos hacia la desolación y la incomprensión del término.

Sin embargo, fue feliz, pese a que encontró de una forma muy particular a la persona que fue su mujer y el resultado fue agradable. Annelise, siendo hija de duques y hermana de uno, estaba acostumbrada a que su carácter caprichoso fuera aceptado sin renegar, ser el centro de atención era la historia de su vida y obtener todo lo que quería en cuanto lo quería, su habitual. Jason comprendía la razón de ser de Annelise, fue una persona solitaria, creció en medio de adversidades y un hermano ausente hasta la muerte de sus padres.

Se encaprichó con él y arriesgaron todo al tener una relación a escondidas, sobrepasando los límites socialmente aceptables, asunto que se hizo notorio cuando el duque los encontró desnudos y en una cama de su propiedad. Tuvo suerte al no morir a manos de un hombre como John Ainsworth, incluso se consideraba afortunado por poderse casar con esa jovencita revoltosa.

Los años pasaron y la pareja era clasificada como una de las más estables y felices; sonreían, eran cariñosos y no había noche en la que no salieran de casa, inmersos en la sociedad, en la diversión y el descontrol; eran el dúo que a ninguna fiesta debía faltarle para pasar a ser legendaria, no había anfitrión que no deseara que los Seymour atendieran su invitación.

Hasta que de pronto un día, la pareja perfecta perdió color.

Fue notorio el cambio en la actitud chispeante y alegre de la joven y el carácter liviano y amistoso del caballero. Lentamente fueron privando su presencia de las reuniones y veladas, hasta que, de un momento a otro, simplemente desaparecieron.

Muchos pensaron que tomaron la decisión de mudarse debido al mal estado en el que se vio a lady Annelise en sus últimas apariciones, quizá la pareja necesitaba un tiempo para ellos mismos, pensaron que eventualmente reaparecerían, pero cuando el momento llegó, lord Seymour fue el único que hizo acto de presencia y pese a que la curiosidad general ansiaba preguntar por la desaparición de lady Annelise, la actitud del heredero de los Seymour impidió cualquier cuestionamiento con referencia al tema.

Por mucho tiempo, el cambio extremoso en la personalidad del caballero dio de qué hablar: no se veía en él ni una sonrisa, tampoco una conversación alegre o ligera, su rostro permanecía sin expresión y en su mirar se podía percibir que su cabeza se encontraba hundida en el mar de los recuerdos poco placenteros.

El nombre de Annelise fue vedado en presencia del heredero de los Seymour, y aunque las dudas surgían de cuando en cuando, de los labios de Jason no se volvió a escuchar el nombre de su mujer y entre su familia y amigos, nunca más se habló de ella o de lo que le sucedió.

Capítulo 1

Situada a cuarenta minutos de la capital del Reino Unido, una suntuosa estructura de ladrillo de tres pisos de altura se alzaba en medio de un césped pulcramente cuidado y recortado, arbustos alineados y transformados con esmero en figuras geométricas que dieran composición y lineamiento a las plantas que rodeaban la propiedad creada en el siglo diecisiete y conservada perfectamente gracias a los actuales dueños: los duques de Lauderdale.

Era normal que, durante la temporada de calor, los duques se movieran de la ciudad para disfrutar de los beneficios del campo, las gracias de no estar ante el ojo público y la libertad de invitar a quienes les placiera en caso de sufrir aburrimiento en aquel retiro solariego que la pareja hacía como parte fundamental para desprenderse de la bruma capitalina.

Aún faltaba al menos media hora para llegar a los senderos que conducirían directamente a la casa, sin embargo, las dos jovencitas que acompañaban a la pareja de duques se entusiasmaban contra la ventana de la carroza que avanzaba lenta pero constantemente hacia el destino al cual fueron invitadas.

—Es implacable el olor dulzón que se mezcla con el viento, tía ¿se puede saber qué tipo de flores son?

—En realidad, querida, son plantas —explicó felizmente la duquesa, quien siempre fuese alabada por dicho aroma—. Plantas trepadoras que verás en cuestión de minutos, se llaman wisterias.

—¡Oh, pero qué maravilloso aroma tienen! Por poco y las confundo con el de las gardenias, es tan dulce y deleitante que bien pareciera que las trajéramos en esta carroza ¿No lo crees tú, Daira?

Los duques miraron con respeto a la dama sentada junto a su sobrina, aquella mujer pareciese más una estatua que un ser humano capaz de mover las extremidades. De hecho, los duques no recordaban haberla oído hablar ni una sola vez, conservaba una postura erecta y señorial, se movía con pasmosa calma y ni siquiera dormitaba, pese al largo viaje.

—Es un olor exquisito en verdad. —Dicho aquello, la mujer volvió la mirada hacia el pasar de los árboles, abstrayéndose de la conversación nuevamente.

Podría parecer antipática ante su corta contestación, pero los duques lograron percibir una mirada fascinada cada vez que la joven desviaba sus ojos a la ventana; era obvio que su verdadero interés estaba en el exterior de la carroza. Admiraba el camino con el asombro de quien viese por primera vez árboles, montañas y ciervos.

—Ham House tiene mucho que ofrecer para una amante de las

plantas —fue el duque quién dio pie una nueva conversación, mostrando orgullo en su voz—. Encontrarás nuestro invernadero encantador y poco sufriremos de calor gracias a la casa de hielo.

—¿Tienen casa de hielo y todo? —se extasió la joven parlanchina, quien no hubiese cerrado la boca exceptuando el tiempo que durmió de camino a Richmond—. ¡Estoy ansiosa por llegar y verlo todo!

El entusiasmo de la joven dama caía en gracia de los duques, puesto que a sus cuarenta años no habían perdido ni un gramo de vivacidad y eran compatibles con ella. Se alegraban de haber ofrecido a su sobrina pasar una temporada con ellos en Londres, era una felicidad que la pareja necesitaba al estar procesando las recientes malas noticias dichas por su médico de cabecera: tal parecía que existían grandes posibilidades de que jamás engendraran hijos.

Pese al contratiempo que representaba que una mujer no pudiera dar hijos a un noble, el duque de Lauderdale amaba a su esposa, eran una de las pocas parejas que se casaron totalmente enamorados y aquello no era más que un obstáculo que tendrían que superar, sobre todo la duquesa, quien se hacía mayor y cada vez que sufría un aborto o tenía sus ciclos femeninos, se entristecía un poco más.

Esa era la razón principal por la cual Pridwen estaba ahí. Esa impertinente y espontánea muchachita era la única que hacía reír sin reparos a la duquesa, se divertían juntas pese a la diferencia de edad y, aunque el duque no disfrutaba ser el centro de sus burlas, permitía con una sonrisa que ambas intentaran hacer jugarretas en su contra.

—Tía, he escuchado decir que en Ham House se ve un espíritu, ¿Es acaso verdad? —los vivaces ojos verdes se mostraron deleitados con la idea, poco le faltó para caerse del asiento, únicamente siendo rescatada por la mano amiga de su dama de compañía.

—¡Ah, Pridwen, siempre con ideas locas en la cabeza! —quitó importancia la tía—. He venido aquí durante años y te aseguro que jamás he visto ni a la duquesa ni a su perro.

—Mmm… no es lo que dicen por ahí.

—Te aseguro que es la verdad. —La mujer negó hacia su sobrina, quien fuese alegre e inocente, para después enfocarse en la figura retraída que permanecía en un silencio prudencial—. ¿Usted qué opina, señorita Fiore?

Con desesperante calma, el cuello de la señorita Fiore hizo su trabajo para mover la cabeza garbosa, atrayendo su atención de la ventana hasta la conversación.

—No soy especialmente creyente de cosas que no puedo ver mi lady, lamento no compartir el entusiasmo. —Dejó salir una sonrisa apretada que inmediatamente desapareció, haciendo evidente que no había sido una gesticulación sincera, sino más bien de cortesía.

La duquesa de Lauderdale suspiró. En ocasiones no podía creer que

esa jovencita y su sobrina fueran tan buenas amigas, pese a que no despreciaba a la señorita Fiore, su carácter y el de Pridwen eran más dispares que un zapato azul y uno verde. Sin embargo, parecían llevarse bien y Pridwen insistía en llevarla a todas partes, adjudicándole el título de *dama de compañía.*

—Agh Daira, ¡eres siempre tan aburrida! —Pridwen la aventó ligeramente con su hombro—. ¡Vamos, un poco de creatividad, mujer! Debes de tener uno que otro sueño, aunque de repente se frustren o no se cumplan.

—No presiones a la señorita Fiore, querida —pidió el duque, viendo a la hermosa mujer que rápidamente apartó la mirada—. Cada quien puede pensar lo que guste.

—Bueno, en todo caso, hemos llegado —expuso la duquesa.

La primera en dar un brinco desde la carroza fue Pridwen, quien, tomando como precaución su sombrero, miraba a los alrededores con deleite. Había visto muchos lugares hermosos a lo largo de su vida, pero jamás se sintió tan feliz como en ese momento.

—¡Daira, vamos, vamos! —pidió a base de gritos y exagerados ademanes de manos que la hacían parecer fuera de sus cabales.

Al ser una persona de menor categoría, la señorita Fiore se veía obligada a esperar a que tanto el duque como la duquesa bajaran de la carroza, de hecho, el que le permitiesen ir en el interior de la misma se debía únicamente a la testarudez de Pridwen.

Una vez alcanzó el acelerado andar de la entusiasta rubia, Daira Fiore esbozó una pequeña sonrisa y escuchó con ternura las múltiples exclamaciones de asombro de la mujer que se empeñaba en señalar que eran amigas y no una señora con su subordinada.

—Me parece que Pridwen tiene una relación insana con esa muchacha —dictaminó la duquesa, mirando a su esposo quien tampoco quitaba la mirada de las dos damitas bajo su cuidado.

—Creo que le hace bien, Pridwen jamás ha sido de muchas amigas y el que una de ellas se la persona que se encarga de cuidarla es una forma de asegurarse su lealtad y presencia.

—¡Oh, a veces puedes ser tan cruel, Fernando! —La duquesa lo codeó con gracia—. Pero tienes razón, es la primera vez que la veo realmente contenta con alguien a su lado.

—Dejémosla estar, si sus padres lo permiten, no veo porqué nosotros nos hemos de interponer.

—Me pregunto si la debo mandar con los criados o darle una habitación de huéspedes —la mujer se mostró conflictuada y buscó ayuda en su marido—. ¿Tú qué dices?

—No lo sé. Imagino que Pridwen pondrá el grito en el cielo si es que la mandamos con los criados, será mejor ponerlas juntas.

—¡¿En la misma habitación?!

—Sí, nos ahorraremos problemas.

—Pero nuestros invitados lo cuestionarán, seguro lo harán.

Fernando miró a su duquesa, inclinándose de hombros como toda contestación. Adoraba a su esposa, pero no comprendía por qué organizó toda una festividad en honor a Pridwen cuando era más que obvio que a su sobrina no le gustaban esas faramallas. Sin mencionar que se fueron a Ham House precisamente para alejarse de los dolorosos cuchicheos de Londres sobre la falta de niños entre los duques de Lauderdale, culpando, por supuesto, a la duquesa por ello.

⁂

«Vale la pena vivir, quieres vivir, no deseas la muerte, tienes razones por las cuales seguir, la vida es buena, la vida es agradable, la vida se disfruta, la vida se celebra.»

Eran palabras dolorosas, demasiado dolorosas para quién ha perdido toda esperanza, para aquel que se ha dado por vencido, que vive en el dolor y, al mismo tiempo, no puede rendirse ante los deseos de su propia consciencia, ante la suplica de su cerebro, de su corazón y de todo su cuerpo.

Desde hacía tiempo que Jason sentía que una nube gris había bloqueado por completo su vida, dejándolo permanentemente depresivo, gris, sin entusiasmo. Recordaba con melancolía el tiempo en el que la felicidad era parte de su vida, las preocupaciones no existían y la calma reinaba dentro de su alma. Era increíble lo que el amor era capaz de destruir; lo solitario, desmoralizado y frustrado que podía llegar a sentirse la persona que se quedaba atrás.

Había perdido mucho en cuestión de unos cuantos años, propiciando el sentimiento de senectud prematura. Sabía bien que, en un determinado momento, incluso el hombre más vivaz y con libido implacable se cansaba debido a la edad, un daño irreparable del cual ningún hombre había podido escapar pese a que ansiara con todas sus ganas volver a estar entre el calor de una mujer.

Pese a que él conservara su virilidad intacta al tener poco más de una veintena de años, su deseo por el placer, la gloria y la ventura se habían desvanecido. Lucca, su más afecto primo, disfrutaba en decirle que no era más que un muerto en vida, uno que tomaba mujeres pero que no sentía ni el más mínimo deseo al momento de hacerlo, quizá lo hacía simplemente para zacear un impulso que no estaba tan muerto como lo estaba el resto de su alma.

Eso precisamente fue lo que lo había llevado hasta los brazos de aquella mujer. Que, aunque era mucho mayor de lo que era él, seguía conservando una beldad despampanante; era madura y sabía muy bien como complacer a un hombre.

Una amante ideal al ser despreciada por su esposo y por lo cual se

dedicaba a recibir placer de dónde se le ofrecía. Su nombre era Lina, Lina Melbrook, casada con un distinguido conde, muy rico y muy mayor al cual casi nunca veía, se decía que sólo visitaba Londres con la estricta intensión de verificar que su esposa no engendrara ilegítimos, después se marchaba indefinidamente en compañía de sus conocidas amantes y muchos hijos bastardos.

A lo que Jason sabía, el conde la abandonó desde un inicio y a partir de que ella cumplió los treinta y siete, comenzó con su largo desfile de amantes, preferiblemente más jóvenes que ella. Aunque jamás había tenido uno de la categoría de Jason, un heredero a un marquesado era especial, y no sólo por el título, sino por la muy atractiva riqueza que había en la familia de dicho caballero, quien tendría para mantener como reyes a muchas generaciones venideras.

Se sabía que los Seymour eran cuidadosos en su forma de gastar, jamás se les veía alardeando y mucho menos siendo extravagantes, eran más bien modestos pero elegantes, bondadosos, pero no extremistas. Sabían manejar su riqueza y esta tendía a incrementar gracias a la administración del marqués y, por lo que se escuchaba en las calles, por su heredero, el actual conde.

Jason despertó en la alcoba de Lina Melbrook sintiéndose extraño al momento de darse cuenta que había perdurado la noche, usualmente escapaba antes de que llegase el amanecer, pero era obvio que había quedado lo suficientemente extenuado como para hacer caso omiso a su reloj interno que normalmente le indicaba la hora adecuada para abandonar la propiedad de una mujer casada.

Se separó del cuerpo cálido y comenzó a vestirse rápidamente y sin mirar en ninguna ocasión hacia Lina, quien iba despertando, haciendo sonidos gozosos de estiramiento mañanero tras una noche de extremo placer y un delicioso descanso.

—Jason… —ronroneó—. Sabes que no tienes que irte.

—Sí, tengo qué.

—¿Por qué estás tan serio? ¿Es que acaso no lo disfrutaste?

Jason sonrió. Le estaba dando la espalda a la mujer, por lo cual no pudo verlo, pero de alguna manera, Lina Melbrook sabía que aquella respuesta no podía ser otra cosa más que afirmativa. Jason disfrutaba en su cama y ella lo hacía aún más.

El cuerpo de un joven era gratificante para Lina Melbrook, solía acostarse con hombres maduros e incluso algo pasados de la edad de la madurez. Pero Jason… Jason le resultaba delicioso; era enérgico, corpulento, apasionado y muy buen amante. Lina se delineó el labio inferior con la lengua, incluso verlo vestir era un acto que estaba cargado del más puro erotismo y seducción.

—Jason… no te he oído contestar.

—Quizá porque no hace falta que lo haga —dijo, metiendo su

camisa en sus pantalones.

Lina sonrió conforme y se recostó en las almohadas, moviéndose entre las sábanas con poses satisfechas y una faz llena de placer y falta de entusiasmo por ponerse de pie. De hecho, agradecía que no tuviera la necesidad de hacerlo ya que tenía la libertad de quedarse en cama, esperando porque él regresara a sus brazos.

—¿Volverás esta noche?

—No. —dijo con rapidez, tomando su reloj de oro y colocándolo a salvo en su chaleco.

—¿Por qué no? —se levantó sobre sus codos.

—Tengo cosas qué hacer.

—¿Así me delegas? ¿Como alguien a quien puedes dar una patada cuando no quieres tener sexo?

Jason frunció el rostro al percibir la réplica en aquel tono chillón que tanto le molestaba de las mujeres remilgosas. Era como escuchar a una niña pelear por un caramelo que su madre no le quería dar.

—¿Esperabas que viniera nada más a dormir?

—No me molestaría.

—Tengo mi propia cama para eso —dijo sin más, mirándose en el espejo y alisando su cabello revoltoso.

Lina Melbrook sonrió de nuevo de forma seductora, dejando sus pechos al aire para que fueran notorios para el hombre que le ponía poca o nada de atención. La mujer frunció el ceño. ¿Es que toda pasión había desaparecido de su sistema? ¿Ni siquiera su cuerpo desnudo llegaría a tentarlo en lo más mínimo?

—Nos vemos —dijo sin mirarla, saliendo por aquella puerta y cerrando pese a que escuchó la clara maldición salir de los labios hermosos de la mujer que acababa de dejar desnuda en la cama.

Jason inhaló hasta llenar por completo sus pulmones con el aire fresco. No pasarían de las seis de la mañana, por lo que no tenía preocupación por encontrarse a algún conocido, sin embargo, muchos empleados y comerciantes iniciaban sus labores y sería igual de peligroso que lo vieran saliendo de esa casa.

Empezó a caminar, primero sin dirección alguna y después, dirigiéndose hacia el mercado. Las horas tempranas siempre le resultaron sumamente reconfortantes; le era agradable el viento fresco acariciando sus mejillas, el aroma a pan recién horneado, los despojos de agua que se almacenaban en las calles después de la lluvia y las nubes grises que lentamente abrían paso al sol.

Al llegar a la calle destinada para el comercio de toda clase, Jason sonrió y comenzó a saludar, para ese momento, era normal encontrarlo ahí, muchos lo conocían de sobra y algunos hasta podían hacerse llamar sus amigos. El heredero de los Seymour era distinguido por tener un carácter extrovertido, jovial y amable para con todos.

Jamás se escuchó de él ni una queja, nadie se podría hacer llamar su enemigo, por el contrario, era respetado y querido.

—¡Mi lord Seymour! —saludó efusivamente el señor Ratle, dueño de una panadería que Jason frecuentaba—. ¡Tengo su encargo de siempre! ¡Lo tengo listo!

—Me sorprende señor Ratle, apenas estará calentando los hornos, ¿Es que tiene medido el tiempo que demoro en llegar aquí?

—Debo admitir que en esta ocasión ha madrugado, mi lord.

—Me encontraba más cerca de lo usual —sonrió el hombre.

Jason esperó pacientemente a que el señor Ratle colocara el listón rosado que envolvería la caja para evitar que esta se abriera de camino; ya en alguna ocasión ocurrió el accidente de que los deliciosos bollos de queso terminaran en el suelo. Aquello cayó mal al orgullo del panadero, quien desde entonces colocaba listones en las cajas de todos sus clientes como mera precaución.

—Listo, mi lord, aquí tiene.

El panadero extendió la caja hacia el extraño lord que amablemente compraba todos los días en una tienda que no fuese ni la más prestigiosa ni la más reconocida de Londres, pero que, sin dudas, tenía el mejor pan. Jason lo había descubierto por casualidad, pero desde entonces, era la tienda a la que sus empleados eran enviados a comprar para abastecer las necesidades de su hogar.

—Gracias, señor Ratle, le debo una —Jason tendió el dinero y, como de costumbre, dejó mucho más de lo necesario para comprar diez bollos de queso.

En un inicio, el señor Ratle se molestó por ese hecho, pero con el tiempo descubrió que no era más que otra forma en la que el noble demostraba lo mucho que disfrutaba de su pan y sin lugar a dudas, el dinero extra era bien recibido para una panadería que apenas y se mantenía a flote.

Siguió con su camino, ahora con el calor que le trasmitía la caja de bollos directamente contra sus manos. Jamás le diría al panadero que a él en realidad no le gustaba el pan, mucho menos algo como un bollo de queso. Solía regalarlos a los niños que pasaban por sus lados, metiendo manos indiscretas en sus bolsillos para sacar las monedas que él previamente colocaba para ellos, quedándose únicamente con un bollo para cuando llegara a casa.

—¡Llegué! ¿Dónde están todos? —gritó en cuanto abrió la puerta de su propiedad en la calle Pimlico.

—Mi señor, buenos días, le informo que lady…

—¡Papá!

Los niños pequeños debían ser escandalosos, hacer travesuras y, aunque se les entendiera poco, era agradable escucharlos hablar sin parar. Sin embargo, ese no era al caso del pequeño Jackson, único hijo de Jason Seymour, sucesor del título de su abuelo y de su padre cuando estos estuvieran incapacitados para llevar a cabo las obligaciones que les correspondían como marqués de Kent.

Sobre los hombros de ese niño recaían tierras, empleados, arrendatarios y un asiento en la cámara de lores. Jason no podía más que preocuparse, pese a que adoraba a su hijo, conocía sus limitaciones, y por el momento, eran enormes. Iniciando por su renuencia a hablar con nadie que no fuese él y a base de susurros directamente dirigidos a su oído. En ocasiones gritaba, como lo hizo al verlo llegar, pero después se ensimismaba en un cauteloso silencio que era siempre acompañado por unos perspicaces ojos grises que seguían sin compasión a su interlocutor.

—Jack, ¿Qué has aprendido el día de hoy? —Jason se agachó y tomó a su hijo en brazos—. ¿Terminaste tus deberes?

La boca del pequeño se acercó hasta el oído de su padre y explicó su avance en las lecturas. La voz de su hijo era tierna y serena, pero tan baja que estaba claro que sólo era dirigida para una persona.

—¿Has hablado con la señorita Dylan? —El niño meneó la cabeza en negación—. ¿Por qué? Pensé que te agradaba, estabas brincando de alegría hasta hace unos días. —Jack negó nuevamente con la cabeza, mostrándose enfurruñado—. ¿Sucedió algo?

—Le aseguro que todo va bien, mi lord —se adelantó la señorita Dylan—. Lo que sucede es que el niño Jackson lo echó de menos.

—Lo dudo. —Los ojos grises de Jason se endurecieron ante la perspectiva de que su hijo sufriera, no sería la primera tutora que despidiera debido al maltrato. Ya en una ocasión ocurrió que el pequeño soportó por mucho tiempo el abuso por parte de alguno de sus instructores. Era un error que pensaba no volver a repetir—. Hable con el señor Coleman, agradecemos sus servicios, pero no serán necesarios de ahora en más.

—Pero, mi señor, le juro que…

—Mi hijo no miente, señorita Dylan —irrumpió cualquier excusa—. Si se queja es porque algo verdaderamente malo le sucedió bajo su cuidado. De ser así, no la necesitamos más.

—Es normal en los niños intentar deshacerse de las personas que lo riñen, pero es fundamental para su educación.

—No quiero esa clase de educación —reiteró—. Jackson no necesita regaños para aprender, es un chico listo que gusta de estudiar, no veo

razón de que lo reprendan.

—Mi lord, con todo respeto, el niño no habla si no es con usted —la mujer elevó las cejas—. Es un problema grave al cual se le debe de poner toda la atención.

—Lo tomaré en cuenta. —Y no era algo que Jason ignorara—. Por el momento, sería mejor que busque sus cosas, Oscar se encargará de llevarla a donde deseé pasar la noche.

Ofendida, la mujer elevó aún más la cabeza y giró airosa en dirección a su recámara para desalojarla. Era de conocimiento público lo duro que podía llegar a ser lord Seymour con la educación de su hijo, pero jamás imaginó que la echarían porque el pequeño se quejara. En opinión de la señorita Dylan, el chico no era más que un perfecto inútil, incapaz de hablar y mucho menos de enorgullecer a su padre, no le veía un futuro brillante, ni posibles progresos.

—Hijo —Jason llamó la atención del niño en sus brazos—. Sabes bien que cuando algo anda mal, debes ir inmediatamente con el señor Coleman o la señora Merkel.

—Lo sé —susurró a su oído.

—¿Qué era lo que te hacía la señorita Dylan? —El niño, después de una ligera duda, mostró sus palmas enrojecidas—. ¿Te golpeaba?

Un asentimiento de cabeza fue la contestación que obtuvo del pequeño rubio.

—Jack malo, Jack malo —imitó el regaño.

—No creas nada de lo que te haya dicho, de ahora en más, estaré presente en tus lecciones, por muy largas que sean.

—Mi lord. —El señor Coleman llegó oportunamente hasta el recibidor, donde padre e hijo seguían con una conversación susurrante —. Me ha informado la señorita Dylan sobre su dimisión.

—Dale una buena compensación Coleman, pero la quiero fuera de esta casa —dijo el hombre y tomó la mano de su hijo —. ¿Acaso esto se te hace un trato normal hacia un niño?

El mayordomo en jefe cerró los ojos con lentitud y negó con la cabeza, a sabiendas que el descuido también formaría parte de su historial al pasar por alto algo que afectase de esa forma al hijo del futuro marqués de Kent.

—No mi señor, lo siento.

—¿La señora Merkel no vigilaba sus clases?

—Me temo que el día de hoy no lo hizo, mi señor.

—¿Por qué motivo?

—Creo que ha sido mi culpa, hermano.

Para ese momento, lo único que podía hacer Jason era maldecir su suerte. Claramente no había escapatoria para la intervención que su hermana planeaba hacer con su presencia. Micaela no vivía en Londres y, si estaba en el lugar, seguramente era con un propósito

maquiavélico en su contra.

—No tengo tiempo Micaela, tengo una mujer que amonestar y un niño al qué colocar ungüento en las manos.

—La señora Merkel puede ocuparse de ello —Micaela lanzó una mirada hacia la mujer que permanecía unos pasos atrás de ella.

El ama de llaves se adelantó lentamente hasta el niño que, al verla, se aferró con más fuerza al cuello de su padre, negando repetidas veces y abrazando sus piernas alrededor de la cintura esbelta del hombre que le dio la vida.

—Vamos Jack, es la señora Merkel, la conoces bien —pidió su tía con un tono dulcificado—. Papá tiene que hablar conmigo.

—Sabes bien que no le gusta que lo toquen, Micaela —reclamó Jason, abrazando más a su hijo.

—Pero se deja curar por la señora Merkel, ya lo he visto en otras ocasiones cuando se raspa las rodillas junto con Antonella y Aurora.

Los ojos grises de los varones se encontraron, el pequeño dando el asentimiento que su padre necesitaba para dejarlo ir sin su supervisión. Jason era extremadamente protector con él y se reprochaba por haberse quedado dormido en la casa de esa mujer, descuidando a lo único que lo mantenía con vida.

Micaela tuvo la prudencia de esperar hasta que la señora Merkel se alejara lo suficiente como para que no escuchara la conversación que estaba por entablar con su hermano mayor.

—Sea lo que sea, la respuesta es no —se adelantó Jason.

La mujer dejó salir un fuerte suspiro, sus facciones se deformaron rápidamente hacia la molestia.

—He aceptado en tu nombre la invitación de los duques de Lauderdale, todos vamos a ir y no veo razón por la cual no asistas.

—Tengo un hijo, trabajo y…

—Todos tenemos obligaciones e igualmente vamos a asistir.

—Me alegro por ustedes, pero me veo en la necesidad de faltar a tu mentirosa aceptación, lo siento.

—Será una buena distracción —trató la mujer—, lo que haces no es sano, sobrevivir no es lo mismo que vivir, Jason.

El hombre dio media vuelta, introduciéndose a un salón donde sabía que encontraría un buen coñac dispuesto en una licorera.

—Soy funcional, Micaela, con eso me basta de momento.

—Tú hijo tiene cuatro años y es incapaz de hablar. —La mano de la joven detuvo el proceso de su hermano para servirse un vaso de licor —. ¿No crees que es reflejo de lo que vive?

—¿Te atreves a culparme cuando sabes que hago todo lo que puedo para que lo supere? —entrecerró los ojos—. Jackson hablará cuando se sienta listo para hacerlo, no quiero presionarlo.

—No te estoy culpando. —Apartó la mano—. Pero debes sacarlo,

que esté en otro entorno, que juegue y se vea en la necesidad de actuar diferente. Sin tu constante protección, él se obligará a salir adelante.

—Conozco a mi propio hijo.

—Bien, no discutiré sobre esto contigo —levantó las manos en rendición—. Pero asistirás, si te niegas, vendremos todos para obligarte a hacerlo.

—¿Quiénes son todos?

—Me refiero a todos. —Micaela alzó una ceja amenazadora.

Al escuchar esas palabras, la mano de Jason apretó con fuerza el cristal del vaso de coñac, sabía que su hermana podía persuadir a sus primos de ir a su casa y sacarlo cargando si es que fuera necesario. Entendía la preocupación que sentían por él, pero se encontraba bien, mucho mejor de lo que estuvo hace dos años.

—Lo pensaré.

—Será mejor que tengas listos tus baúles para cuando toque esa puerta de nuevo —advirtió—. Será bueno para ti, lo prometo.

—Es lo que quieres creer.

Una sonrisa trémula se posó en los labios de la hermosa mujer, acercándose lentamente hasta lograr posar un beso en la mejilla del hombre que colocó de pronto un muro hecho enteramente de hielo. A Micaela siempre le pareció espeluznante la forma en la que Jason podía pasar de un carácter afable y dulce, a un completo desconocido, uno ensimismado y distante.

—Te quiero Jason, lo sabes ¿verdad?

—Lo sé —asintió levemente—. Pero el que me obligues a hacer lo que te place no me es muestra de tu afecto.

—Quizá ahora lo repudies, pero verás que tiene una razón de ser.

Cuando volvió a sentir la presencia de la soledad, Jason pudo respirar tranquilamente, dejando de lado la actuación a la que normalmente se sometía para evitar esa clase de preocupaciones. Era mucho más fácil fingir que todo estaba bien a explicar la complejidad de lo que estaba sintiendo en su interior. Una sonrisa poco sincera y una risa fingida era suficiente para que el mundo supusiera su felicidad, cuando en su interior podría estar desbaratándose, una máscara de alegría cubría toda huella de dolor.

⁂

Los jardines de Ham House estaban siendo arreglados bajo el obsesivo ojo de la duquesa Lauderdale, tal parecía que el evento que estaba organizando requería de la más precisa perfección, de lo contrario, Daira estaba segura que a la duquesa se le detendría el corazón de un momento a otro.

Estaba por demás decir que prescindió rápidamente de la ayuda de

su sobrina, a quién poco le interesaba estar envuelta en festividades y preparativos, seleccionando inmediatamente después a aquella que no podía negársele, puesto que no era más que una dama de compañía. La duquesa descubrió en el camino que, de hecho, la prefería. Pese a que la señorita Fiore fuera en esencia un alma contenida y mayormente reservada, era buena para tomar decisiones, tenía buen gusto, un paladar refinado y un ojo exquisito para los detalles. Poco le faltaba para rogarle a su sobrina que la dejase a su lado, estaba claro para la duquesa que ella la necesitaba más.

—Mi querida Daira, esos arreglos tuyos son magníficos, no entiendo la funcionalidad de tu cabeza al combinarlas de esa forma, pero no habrá quién no las enaltezca al final del día.

—Lo agradezco, lady Lauderdale.

—¡Oh, muchacha testaruda! ¿Cuántas veces he de pedirte que me llames Lucille?

La joven no contestó, y sin embargo sonrió, continuando con su tarea de acomodar los floreros que estarían decorando las mesas que se dispondrían en el jardín como bienvenida para los invitados.

—¿Sabes en donde se ha metido esa sobrina mía?

—La vi irse con lord Lauderdale a caballo, mi lady.

—Ya decía yo —negó—, esa muchacha siempre haciendo lo que no es debido para una dama.

Daira disimuló una sonrisa, para la categoría que tenía Pridwen, ella podía hacer lo que se le viniera en gana, pero su tía tenía una mentalidad arcaica y era mejor no arremeter contra ella sacando a luz pensamientos que fueran meramente feministas y nada aceptados por unas cuantas damas de alta sociedad.

—¿Dónde he de poner este arreglo, mi lady?

—No te atrevas a cargarlo tú —indicó la dama, buscando en la lejanía a alguno de los mozos—. Dios sabe que puedes lastimarte.

—Está bien, no es pesado —tomó el florero en brazos y caminó con él hacia una de las mesas.

—Diantre de muchacha, a tu manera, eres igual que Pridwen.

Lady Lauderdale llamó a gritos a un mozo que rápidamente se acercó hasta la mujer que consideraba un desperdicio el hacer que otra persona se encargara de algo tan sencillo como llevar un florero de un sitio a otro.

—Permítame señorita Fiore —se acercó el mozo—. La duquesa puede matarme si le admito dar un paso más.

—Es usted muy amable, pero cuando mucho me falta un metro —dijo, empecinada con su tarea.

—Ya lo tengo —el hombre pasó sus manos por el jarrón, rozando ligeramente la mano de la joven, quien rápidamente se apartó, provocando que el florero cayera sobre el césped.

—¡Santo cielo, muchacho! —se escuchó el grito de la duquesa a la lejanía—. ¡Pero qué haces!

—Ha sido mi culpa, duquesa —Daira se apuró a inclinarse.

El muchacho hizo lo propio, tratando de recolectar las flores esparcidas por el césped y el jarrón que por fortuna no sufrió daños.

—Lo siento —se apuró a decir el muchacho.

—No te preocupes, la que lo soltó fui yo —quitó importancia la señorita Fiore—. Lo arreglaré en un minuto.

—No me lo parece —sonrió el galante mozo—. Era un complejo arreglo a mi ver. —El halago pasó inadvertido a los oídos de Daira, quien continuó con su trabajo sin miramientos. No dirigió ni un asentimiento de cabeza al hombre que buscaba su mirada con empecinada galantería—. ¿Le he molestado de alguna manera?

—¿Por qué lo dice?

—No me ha contestado.

El azulado océano que la joven tenía capturado en su mirada se fijó en la pesadumbre del hombre que se esforzaba por agradarle.

—Lamento si le parezco descortés, pero los invitados están por llegar y tenemos poco tiempo para terminar.

—Entiendo —asintió el mozo, recordando lo que se decía de dicha dama—. Venga, lo llevo yo.

En esa ocasión, Daira apartó las manos antes de que las del hombre se insinuaran a las de ella. Se puso en pie rápidamente y asintió ante el ofrecimiento, marchándose a paso acelerado y enfilando hacia la mujer que la llamaba a gritos.

—Daira —la duquesa tiró de sus manos para atraerla rápidamente y susurrar presurosa—. No estoy lista, parece que han llegado los primeros invitados. Dios me ampare, parece que son los Bermont ¡Todos ellos! Tienes que recibirlos mientras me acicalo… ¡ah! Y manda buscar a lord Lauderdale y a mi sobrina ¡Pero pronto!

—Sí, mi lady.

La muchacha tomó el encargo con toda la entereza que era capaz de acumular. Jamás estuvo en una situación similar, el recibimiento de los nobles era una tarea que daba inicio a la festividad y el rumbo que esta tomaría, por lo cual debía ser perfecta. Hacer esperar a un noble se podía categorizar como una terrible falta de respeto y, por como la duquesa mencionaba el apellido de los recién llegados, Daira juzgaba que su presencia era semejante a la de la realeza.

Para su gran consternación, no parecía una estirada familia de modales estrictos y caras alzadas que se jactaban de su poderío y riqueza. Todo lo contrario, lo que se encontró en el recibidor de Ham House fue a un tumulto de personas de todas las edades; ruidosos, alegres y despreocupados; bromeaban, se empujaban y reían sin contemplaciones, era una imagen fascinante y fuera de lo común.

—¡Basta todos! Nos están haciendo quedar como una familia desarrapada y sin modales —se quejaba una dama.

—¡Si eres tú la que has empujado primero!

—Pero ustedes fueron los que comenzaron a correr como locos.

—Hablando de ello, me debes dinero.

—No pagaré, ¿no te has dado cuenta? ¡Me has tirado al suelo!

—Ganar es ganar.

Daira se vio en la necesidad de aclararse la garganta un par de veces, siendo ignorada completamente hasta que uno de ellos notó su presencia que intentaba por todos los medios llamarles la atención.

—Ey, esa mujer ha intentado hablar en más de tres ocasiones.

—¡Hagan silencio! —pidió otro caballero.

Fue entonces cuando toda una gama de colores oculares se posó sobre ella. Para la gran mayoría, aquello hubiese sido lo suficientemente intimidante como para dejar sin voz, sin embargo, Daira estaba tranquila e imperturbable, esperando a que todos pusieran atención para entonces comenzar a hablar.

—Bienvenidos a Ham House, mis señores —se inclinó respetuosamente—. Esperamos que tuvieran un viaje agradable.

—¿Agradable? ¿Con todos estos locos de por medio? —se adelantó una mujer de larga cabellera negra y ojos verdes—. ¿Sabe lo que es ir de camino con un montón de cabezas asomándose por las ventanas para dictaminar carreras imposibles de ganar?

—Bueno, eh…

—No te apabulles querida —se adelantó otra elegante dama—. Blake está enojada porque llegó al último —la mujer cubrió su sonrisa detrás de un abanico.

—Tú cállate Sophia, por poco nos avientas del camino.

—Sus señorías —interrumpió entonces la dama que nada tenía que ver con la familia—. Parece que ha sido un largo viaje, ¿gustan que les indiquen sus habitaciones? O quizá prefieran un refrigerio.

—Las habitaciones estarán bien —se adelantó un corpulento hombre con una amenazadora mirada ambarina.

—Por supuesto, mi lord —se inclinó Daira.

Debía agradecer que la duquesa tuviera previsto esa clase de aglomeración, puesto que, en cuestión de segundos, varias doncellas se encontraban enfiladas, listas para recibir sus órdenes.

—Lleven a sus señorías a sus respectivas habitaciones.

—*Sus señorías* —sonrió una mujer—. Es raro ser llamados así.

—Compórtate Micaela.

Aquello salió de los labios del caballero a su lado, quien cargaba a dos pequeñas, una dormida en su hombro y la otra, mirando con fascinación el estilo de las cortes de Carlos I y Carlos II que Ham House exhibía, aunque dudaba que la pequeña lo supiera.

La respiración de Daira volvió a la normalidad cuando las voces alegres se alejaron por la gran escalera, dejándola en la soledad del recibidor con una sensación de contagiosa alegría. Daira meneó la cabeza con intenciones de enfocarse en sus tareas y caminó hasta la puerta principal, topándose de pronto con un rezagado de la familia.

—Oh, lo siento mi lord —reverenció con apremio.

—Tranquila, no hace falta que te agaches de esa manera —la voz agradable y amable del hombre la obligó a levantar la cabeza.

Parado frente a ella se encontraba un hombre de cabellos rubios, sonrisa amplia y ojos platinados. De él emanaba un aura calmosa y amigable que encajaban perfectamente con su garbosa apariencia. En uno de sus brazos mantenía sentado a un niño idéntico a él, quien la miraba con los mismos ojos penetrantes que los de su padre.

—Viene usted con la familia Bermont. —No preguntó, más bien lo afirmó, puesto que le parecía correcto emparentar aquellos modales relajados—. ¿Gusta que le enseñe sus habitaciones?

La sonrisa amigable del caballero la puso nerviosa.

—Supongo que es a donde mandaron al resto de la familia —asintió divertido—. Dígame señorita, ¿causaron mucha algarabía?

—Son personas que se dan a notar.

—De eso seguro —asintió el caballero—. No hace falta que me enseñe las habitaciones, si no es molestia, avanzaré hacia el jardín antes de pasar a refrescarme.

—Por supuesto, mi lord —Daira se hizo a un lado para dejarle pasar y por poco le hace otra reverencia.

El caballero dio dos pasos alargados antes de detenerse por completo, volviendo ligeramente la cabeza antes de hablar.

—¿Cuál es su nombre?

—Oh, Daira, mi lord, para lo que necesite. —Al notar su error, la joven se sonrojó notoriamente y negó—. Soy la señorita Fiore.

—Se lo agradezco… Daira —Jason elevó una ceja y siguió con su camino hacia el jardín que estaba terminando de ser arreglado.

Para ese momento, la joven sentía que jamás lograría superar aquella primera vergüenza. No podía creer que le hubiese dicho su nombre de pila como si a él le interesara en lo más mínimo. Era una desvergonzada, de eso no había duda. Y, sin embargo, él la llamó con su nombre sin ningún recelo.

—¡Daira! —la tomaron inesperadamente de los hombros—. Mi tía me matará, han llegado los invitados y… ¿Qué sucede? ¿Por qué tienes las mejillas sonrojadas? ¡Ajá! No me digas que alguno de los invitados se robó tu corazón.

—No hay posibilidades de que tengas razón —contestó con seriedad —. Vamos, tienes que arreglarte.

—¿Quién ha sido? ¿Cómo se llama?

—Como si yo pudiera pedir los nombres de los nobles —negó la mujer—. Por favor Pridwen, tu tía…

—Los únicos que han llegado son los Bermont… ¿no es así?

Daira rodó los ojos, sabía que su amiga no dejaría el tema, pero ella podía actuar como si no la escuchara y eso sería justo lo que haría.

Capítulo 3

Ya era lo suficientemente malo el haber tenido que asistir a esas festividades, pero le parecía insoportable que su familia se empeñara en emparejarlo con absolutamente cualquier persona que estuviera soltera. Claramente aquellas damas -junto con sus madres-, no necesitaban de la ayuda de sus primas, pero la aceptaban de buen agrado, puesto que Jason, al volver a estar soltero, era un candidato agraciado, con dinero y título; posicionándose como uno de los mejores partidos de la fiesta.

Derivando a que el caballero buscara la única escapatoria factible: inmiscuirse en cada una de las actividades masculinas que se propusieran. Por supuesto que jamás llegaría a la prodigiosa condición de Adrien, quién fuese un auténtico atleta, pero prefería con creces los golpes del rugbi a una conversación superflua con alguna damisela que buscara sus favores.

Debía agradecer que sus primas se ofrecieran voluntarias a todo momento para cuidar del pequeño Jackson quien, para sorpresa de todos, se mostraba entusiasmado de jugar con el grupo de primos que en su mayoría desconocía.

—¿No te has cansado de perder, Jason? —Adrien se acercó a trote, galante y con una sonrisa inquebrantable—. Tal parece que el polo tampoco es un juego para ti.

—Lo que sea con tal de mantenerme alejado de esas mujeres —apuntó con la mirada al grupo de señoritas solteras que victoreaban a los jugadores con auténtica coquetería.

—¡Qué dices! —se acercó Declan Ballester, uno de los mejores amigos de Adrien—, es la razón por la cual hacemos esto.

—No en mi caso.

—Te has vuelto apático Jason —se acercó otro hombre a caballo—. Esas muchachas se deslumbran con sólo verte.

—Déjenlo en paz —pidió Adrien, a sabiendas que Jason soportaría bromas de su parte, pero de nadie más—. Si no quiere, no quiere. Ahora, sigamos pateándole el trasero.

Al terminar el juego, el marcador se inclinó a favor de Adrien y sus siempre vencedores amigos: un total de cinco libertinos enriquecidos, respetados y deseados por todo cuanto los conocían. Mientras ellos vitoreaban su triunfo, rodeados de mujeres que no hacían más que aprovechar para ser vistas, Jason tomó el desorden como ventaja para alejarse discretamente hasta desaparecer.

Observó a lo lejos, tratando de encontrar a Jackson y sintiendo que su corazón se paralizaba al comprender que el niño no se encontraba entre sus sobrinos, los cuales jugueteaban bajo la supervisión de

algunos de sus primos. No creía posible que pasara desapercibida la ausencia de su hijo, pero por más que lo buscó, Jason no lo encontró por ninguna parte.

No se detuvo a preguntar y simplemente corrió por el lugar, gritando el nombre de su hijo, era una lástima que no pudiera esperar contestación, puesto que Jackson jamás respondería debido a su extrema timidez. Maldijo a lo bajo, introduciéndose a la mansión que igualmente estuviera repleta de personas que disfrutaban de comidas que pasaban volando en bandejas de plata y bebidas que aparecían mágicamente en sus manos.

—¡Jackson! —gritó sin importar ser el centro de atención.

—Mi lord —alguien tocó su hombro—. ¿Es ese Jackson un niñito rubio que no le gusta hablar y te mata con su mirada gris?

Los ojos desesperados del padre enfocaron a una preciosa rubia de ojos revolcados entre el verde y el ámbar. No la había visto en su vida, pero estaba dándole la descripción que necesitaba.

—Sí, es mi hijo.

—Venga conmigo, sé dónde está.

La mujer lo tomó de la muñeca sin ninguna clase de remilgo y lo jaló entre la gente que no apartaba la mirada de la unión. En definitiva, era un comportamiento reprobatorio, pero poco le importaba a Jason lo que la gente pudiera pensar de ese desastroso proceder y a la dama tampoco parecía afectarle en demasía.

—Lo encontramos llorando, pero no dejaba que nadie lo tocara —explicaba la joven—. La señora Rinaldi parecía muy alterada, pero cuando Daira comenzó a cantarle, el niño se tranquilizó de inmediato.

—¿Quién, disculpe?

—Daira. Ah, supongo que no la conoce —le quitó importancia y siguió jalándolo—, pero venga, venga a verlos.

El hombre frunció el ceño, no tenía idea que una forma de calmar a su hijo cuando le daban ataques ansiosos era cantándole, sería una información que se grabaría a partir de ese momento.

Caminaron escaleras arriba en medio de una conversación unilateral interminable. Jason se tranquilizó al saber que su hijo estaba bien, pero hubiese preferido el silencio en lugar de ser atiborrado con un tumulto de preguntas que ciertamente no iba a contestar a una desconocida como lo era la mujer que lo llevaba por los pasillos como si se tratara de un niño.

Mientras más caminaban, más audible se hacía la dulce voz que entonaba una canción de cuna tan hipnótica, que incluso Jason sintió que su corazón se oprimía mientras su piel sufría escalofríos.

—Es una voz preciosa… —exteriorizó su sentir.

—Sí —la mujer parecía más que complacida.

Fue ella quien abrió la puerta para el lord a su merced, mostrando a

una joven muchacha, la cual Jason reconoció como la misma que le dio la bienvenida a ese hogar. Pero aquello no era lo impresionante, lo que en verdad lo dejó boquiabierto fue que su pequeño y retraído hijo se mostrara tan cómodo de estar entre los brazos que lo acunaban y mecían mientras le cantaban.

—No lo puedo creer… —susurró sin pensar.

Ante la voz conocida, el niño distrajo toda su atención de la mujer que le cantaba y se enfocó en su padre, a quien de inmediato le tendió los brazos en busca de un acercamiento con él. Jason no dudó y lo cargó, estrechándolo con fuerza al pensarlo perdido.

—Está bien —volvió a decir la rubia—. La señora Micaela se mostró igual de impactada que usted.

—¿Cómo es que…? —Jason miró el parado elegante de la mujer que hacía unos segundos mantenía a su hijo en un abrazo—. Estoy agradecido, no ha de asustarse, pero me parece sorprendente que le permitiera tocarlo.

La mujer, impávida como una estatua, permaneció en silencio y postura pese a que era una obviedad que se dirigían a ella.

—Daira, el señor… —Pridwen frunció el ceño y dirigió su siguiente pregunta al caballero—: ¿Quién dice que es usted?

—Lord Seymour —inclinó su cabeza a modo de presentación.

—Claro, lord… ¡Oh por Dios! —la rubia sonrió de forma caricaturesca—. Si es usted, no me puedo creer que no lo reconociera, si lo he visto incontables veces en fotografía.

—¿Disculpe?

—Lady Pridwen disfruta de las revistas amarillistas, mi lord, a eso se refiere con ver su foto —explicó la dama con un tono modulado de voz, muy diferente al que utilizaba para cantar.

—¡No me ventiles frente a él! —exigió la joven y apuntó con la mirada al caballero—. ¿No ves que es lord Seymour?

—No se mortifique, mi lady —trató de tranquilizar el hombre, pero sin apartar la mirada de la figura de la otra mujer—. Conozco a más de un caballero respetable que las disfruta, no veo por qué no ha de hacerlo una mujer.

—¡Es usted tan agradable como se dice! —victoreó la joven—. Yo soy lady Pridwen —se presentó a sí misma—. Y ella es mi dama de compañía: la señorita Daira Fiore.

Era una mujer correcta, de carácter sublime y una belleza que llegaba a incomodar a los que se atrevieran a mirarla. Lady Fiore, era considerablemente hermosa, propensa a recibir halagos por parte de los caballeros, los cuales nunca parecían caer en gracia en la dama que se asemejaba más un ídolo romano que una persona.

Así pues, la mujer, con una cara hecha de nieve y la apariencia de una escultura tallada por un viejo enamorado, dejaba en libertad sus

cabellos largos para que cayeran como cascadas castañas sobre sus hombros pequeños y redondos. Pero lo que era un acuerdo común entre los caballeros que osaran admirarla por más tiempo del debido al ser una doncella, era que sus ojos pasaban a ser lo más sublime y vivo que se pudiera ver en esa mujer tallada en marfil. Tal parecía que en esos cuencos oculares se planeó atrapar parte de los océanos, con toda la rebeldía, el poder y la fuerza que éste tenía en un día de tormenta con mareas altas y peligrosas.

—Sí, ya nos habíamos presentado con anterioridad.

—Pero claro, fue ella quien los recibió. —Pridwen no cabía en su entusiasmo y aquello era más que notorio.

Daira dirigió una mirada cansada a su amiga y se enfocó en el lord.

—Lamento haberlo apartado de su vista, pero parecía incómodo.

—Es verdad, le incomoda cuando hay mucha gente —asintió el hombre—. Le agradezco su intervención. —Apretó sus labios—. ¿Qué canción era la que le cantaba?

—Oh… es de cuando era niña, aunque no es en su idioma.

—Era preciosa, me gustaría que la escribiera para mí.

La incredulidad acompañada la duda reflejada en el rostro de la joven causó ternura en el hombre que la observaba. Por primera vez en mucho tiempo, dejó salir una carcajada que le fuera natural.

—Está claro que no lograré cantarla igual que usted, pero parece que tranquiliza a mi hijo.

—No creo que sea la canción, mi lord.

—¿Ah no? ¿Entonces a qué se ha debido tal hazaña?

—Bueno… —ella se removió en su lugar, por primera vez mostrándose incómoda—, quizá sea el acercamiento.

—Le soy cercano.

—Sí —el rostro mortalmente pálido de la mujer se volvió de un inestable verdoso que daba crédito a su malestar—. No quise insultarlo. Lo que quiero decir es que…

—Es diferente el cariño que puede profesar una mujer —esclareció Pridwen, tomando el mando de la conversación al notar que se comenzaba a malinterpretar—. Un niño siempre se sentirá más seguro en los brazos de su madre.

—No me refería a eso —Daira frunció el ceño hacia su amiga, pidiendo su silencio—. Se puede tener un acercamiento especial sea o no la madre.

—Claro, así como lo has hecho tú —argumentó Pridwen.

Daira cerró los ojos con parsimonia.

—Creo que no me estoy dando a entender.

—Entonces, explíquese —exigió Jason.

—A lo que me refiero, es que estuve ahí en un momento de vulnerabilidad y eso creó el ambiente propicio.

Jason la observó sin decir ni una sola palabra, no pudo apartar la mirada de esa mujer por un buen rato, tal parecía que tenía una especie de magnetismo que lo obligaba admirarla, tratando de encontrar algún error en esa preciosa cara y perfecta postura, algo que la hiciera real a la vista.

—Reitero mi petición de la canción. —Ante la dureza de su tono, el hombre sonrió y suspiró—. Se lo pido como un favor.

—Por supuesto, mi lord, no debí contradecirle.

El hombre simplemente asintió y salió de la habitación, dejando a ambas jóvenes en el interior.

—¡Oh por Dios! ¿Le has visto?

—Has sido extremadamente descarada Pridwen —acusó—. ¿Cómo se te ocurre decir tantas sandeces? Es un hombre que perdió a la mujer que amaba, ¿recuerdas? Todas esas insinuaciones que has…

—Oh, vamos, eso fue hace años, él parece haberlo superado.

—El que dé esa apariencia no quiere decir nada. Si en realidad lo hubiese superado, ya estaría casado.

—Es porque no ha encontrado a la mujer correcta.

Daira volvió el rostro hacia su amiga, reconociendo la implacable mirada enloquecida de una casamentera aficionada, exaltando todas las alarmas en la cabeza de la dama de compañía quien conocía de sobra la mente maquiavélica de su amiga, seguro estaría imaginando algo que claramente era imposible que sucediera.

—No te hagas quimeras en la cabeza, eso es inadmisible por dos simples razones: la primera, a él jamás podría interesarle, y la segunda, él tampoco me interesa a mí.

—Eso dices ahora…

—No. —Daira se mostró determinada, acentuándolo con un movimiento de su mano—. Eso no pasará, jamás me pasará, no tengo interés en los hombres, ni tampoco deseo tener ninguna inclinación amorosa, simplemente no.

La boca entreabierta de Pridwen se cerró de pronto al ver el brillo enfurecido en la mirada de su amiga, uno que jamás había visto pese a que la conocía desde hacía más de cuatro años.

—¿Qué sucede Daira? ¿Por qué nunca me has contado la razón por la cual repudias todo lo relacionado con el amor?

—No tengo nada contra el amor —la miró de soslayo—. Te amo a ti, pero no deseo romance, me es suficiente con tenerte como amiga.

—¿Por siempre? —preguntó incrédula—. ¿Te seré suficiente para el resto de tu vida?

—Te cuidaré hasta el final de tus días, igual que a tus hijos.

Pridwen no podía imaginar un destino más triste que ese, pese a que Daira se mostrara inamovible con aquella decisión, sabía perfectamente que detrás de toda aquella muralla reforzada, existía

una razón muy triste por la cual Daira se negara a algo tan precioso como el cariño de una pareja.

—Está bien, si es tu deseo, entonces lo agradezco.

—No hablemos más sobre el tema y regresemos a la fiesta.

—¡Oh! —Pridwen se mostró preocupada—. Santo cielo, mi tía va a matarme, traje a lord Seymour hasta mi habitación y todo el mundo me vio tirando de él.

—En verdad que no tienes mucho cerebro.

—¿Qué te digo? Soy espontánea.

Mientras que las amigas regresaban a las festividades en medio de sonrisas y cuchicheos cómplices, Jason se encaminaba con un semblante sombrío hasta el círculo de amigos con el que su hermana entablaba una conversación.

—Micaela —la llamó con potencia—. ¿Unas palabras?

—Mmm… ya decía yo que tendría problemas. —Conservando su sonrisa, la mujer se acercó al niño en los brazos de su hermano y trató de acariciarle la mejilla, siendo rápidamente detenida por la mano de Jason a pesar de que claramente no hubiese logrado tocarlo puesto que el pequeño se apartó en seguida—. Ya veo que no ha cambiado, algo bueno debe tener esa mujer como para lograr tocar a Jack.

—No te permito que lo molestes Micaela, ¿cómo pudiste dejarlo con una desconocida?

—Esa mujer es mágica, por si no te diste cuenta, logró hacer que tu hijo se tranquilizara, incluso le permitió besarlo.

—Eso no quiere decir nada, está claro que tenía miedo.

—Quizá —aceptó—. Pero aún con miedo no me permitió acercarme ni un centímetro.

—No es justificación para que lo dejes solo con esa mujer.

—¿Esa mujer? Pero qué despectivo suenas.

Al notar la verdad en las palabras de su hermana, Jason se arrepintió en seguida, jamás había sido clasista, simplemente estaba nervioso y algo enervado con la situación. Estaba siendo injusto sobre todo con la señorita Fiore, quien actuó sólo para el bien de su hijo.

—Bien, tienes razón, pero no quiero que vuelva a suceder.

—Como lo ordene, capitán. —La joven mujer hizo un saludo militar y elevó una ceja sarcástica, mirando en un punto a las espaldas de su hermano—. Parece ser que tendrás mucha diversión en esta recepción, hermano querido, tu amante viene hacia nosotros con la sonrisa más deslumbrante que haya visto en la tierra.

—No digas tonterías frente a Jackson.

—Entonces, quizá no deberías hacerlas.

La mencionada dama terminó de acercarse justo en ese momento, con aquel peinado rimbombante y meneo de caderas. Micaela no podía negar su belleza, que era mucha, sin embargo, no justificaba el

comportamiento de su hermano.

—¡Lord Seymour, señora Rinaldi! Es bueno ver caras conocidas en una festividad tan grande como esta.

—Sí, seguro que la de mi hermano le es aún más conocida —Jason volcó una mirada enervada a su hermana. La joven alzó un hombro y configuró una cara de suficiencia antes de agregar—: luce usted preciosa, lady Melbrook, como siempre.

—Muchas gracias. —Los maliciosos ojos de lady Melbrook recorrieron a la mujer frente a ella—. Se conserva usted con las mismas gracias de cuando era soltera, aunque aún me parece arte de magia la concepción de sus hijas ¡Ni siquiera nos dimos cuenta que el señor Rinaldi tenía alguna inclinación hacia usted!

—Le aseguro que mi marido puede dar crédito de que no ha sido por arte de magia, lady Melbrook.

Ante el comentario desvergonzado, Jason se vio en la necesidad de toser ligeramente para desviar la atención y aprovechó tener los ojos de Micaela sobre él para reclamar con la mirada aquella fechoría. Aunque sabía perfectamente que poco se arrepentía de haberlo hecho.

—Creo que tu esposo está llamando por ti, Micaela —indicó Jason con voz amenazadora y mandíbula apretada.

—Yo no escucho nada —se cruzó de brazos la susodicha.

—Micaela. —Repitió el hombre, acentuando su mirada peligrosa.

—Bien, iré a cerciorarme de que mi marido no me esté hablando —Micaela sonrió con picardía, ladeando la cabeza ligeramente antes de hablar con lástima hacia la mujer frente a ella—. ¿No será que su marido también la está buscando, lady Melbrook?

Los labios de Lina se entreabrieron con determinación de contestar a tal agravio, viéndose frustrada al notar que la señora Rinaldi había desaparecido en cuestión de segundos.

—Sigue siendo igual que siempre —se quejó la condesa.

—Jackson —la voz dulcificada de Jason interrumpió los pensamientos de lady Melbrook, quien se volvió para observar como el padre colocaba su hijo en el suelo y se agachaba para quedar a su altura—. Ve con tu tía Blake, no te separes de ella, quiero verte ir en línea recta, la estoy viendo justo ahora.

El niño negó con determinación, tomándose del pantalón de su padre en cuanto tuvo oportunidad y metió un dedo entre sus labios como defensa extra para no hablar.

—Vamos pequeño —Lina se agachó para quedar a la altura del precioso rubio—. Tus primos te invitarán a jugar, ¿no te gustaría?

El ceño del infante se frunció aún más ante la cercanía de la mujer y apretó con más fuerza el pantalón del que se sostenía, escondiendo la mitad de su cuerpo detrás del hombre que le diera la vida.

—Jackson, no lo volveré a repetir —advirtió el padre, quien sintió

como suavemente el niño lo soltaba e iba corriendo hasta aferrarse al vestido de su tía, quién de inmediato sonrió y le dejó en su hacer.

Con ese problema resuelto, Jason se vio en la libertad de volverse hacia su amante con la molestia impresa en cada facción de su rostro.

—¿En qué pensabas al hablarle a mi hermana de esa manera?

—Pero ¿qué…? —dio un paso hacia atrás—. ¿Te quejas de mí?

—No sé qué atribuciones piensas que tienes, pero de oír otro insulto de tu parte hacia su persona, te aseguro que no me quedaría callado —dijo enervado—. En esta ocasión lo consideré prudente por el lugar en dónde estamos, pero quedas advertida.

—Jason —Lina tomó su brazo antes de que se alejara lo suficiente de ella—. Lo lamento, no me di cuenta de lo que decía.

—Creo que lo sabías muy bien Lina —Los ojos grises recorrieron lentamente el rostro de la hermosa mujer frente a él—. Creo que sería mejor que dejáramos de vernos.

—¡No! —pidió con un toque de desesperación—. Por favor, no me hagas esto, ambas dijimos cosas sin pensar.

—La diferencia es, Lina, que ella es mi familia.

—¿Y qué yo soy? —dijo ofendida—. ¿Acaso soy prescindible?

—No dije eso —cerró los ojos—. Simplemente era incorrecto lo que hacíamos y es mejor parar.

—Si ofendí a tu hermana, pido disculpas —retomó la compostura—, pero tanto tú como yo sabemos que nos necesitamos.

En el interior de la cabeza de Jason, vino casi de forma instantánea la negación a esa aseveración. No la necesitaba a ella esencialmente, pero decírselo lo convertiría en un barbaján y se consideraba un caballero como para insultar a una mujer, mucho menos a una con la que llegó a intimar. Encontraba ridículo al hombre que se atreviera a ridiculizar a una dama por satisfacer una necesidad al que el varón también recurría, pero sin ser enjuiciado.

—Veamos esta separación como oportuna, Lina. —Suavizó su voz—. Tengo entendido que tu esposo está invitado a esta fiesta.

—No vendrá, nunca viene —negó con tristeza.

—Como precaución, pararemos esto.

—Lo usas como una mera excusa.

—Quizá. Pero hemos llamado suficiente la atención en este momento, así que nos es conveniente una separación.

—Bien —el rostro de la mujer temblaba ligeramente—. Si eso es lo que quieres, perfecto, pero no vuelvas a mi cuando estés solo y sin nadie con quien hablar de tus tonterías, ¿sabes? Hasta te encuentro aburrido, no eres tan bueno como imaginas que eres, te tengo lástima.

Jason tuvo la decencia de no contestar, la sabía enojada y comprendía que tuviera arrebatos de dolor, insultarlo era una forma de intentar parar la sangre que brotaba de una herida recién

efectuada. No era su intensión hacerla sufrir, nunca pensó que estaría tan afectada como se mostraba en la realidad. Tal parecía que Lina Melbrook cometió el error de enamorarse de él.

—Lo siento Lina —dijo como toda contestación, se inclinó ligeramente y se marchó dejando a la mujer refunfuñando en su rabia.

Era el destino que les esperaba a todas las mujeres que osaran encariñarse con Jason Seymour. Se debía ser consciente desde antes que, pese al respeto y cariño que él pudiera mostrar para con la amante con la que estuviera pasando sus noches, no había cabida para el amor, ni siquiera para un efímero enamoramiento. Se sabía que estaba prendado eternamente por la mujer que nadie mencionaba en su presencia, ni siquiera por el propio hermano de la dama.

Nadie sabía del todo lo que ocurrió, tan sólo dejaron de verla de un momento a otro, al igual que al heredero de Kent y, cuando reapareció, el hombre vestía de negro en cuerpo y alma; su vivacidad y alegría se vio truncada por varios años, su porte elegante y correcto se esfumaban de su cuerpo cuando alguien se acercaba con intenciones de hacer las preguntas que albergaban los corazones curiosos de toda la sociedad.

Hasta que, después de muchos intentos fallidos, las preguntas se dejaron de hacer en voz alta y simplemente se especulaba sobre lo ocurrido: «¿Será que murió?» «¿Lo habrá dejado?» «¿Acaso fue una discusión que terminó en asesinato?». Las teorías eran variadas y en ocasiones absurdas, pero era lo que se tenía, ya que se daba por hecho que jamás habría una respuesta por más que se buscara, incluso el tema era insondable entre los primos y familiares.

Jason se sabía el centro de las miradas, era más que obvio que la sociedad ahí reunida se percató de la pequeña discusión con lady Melbrook, el tema correría a todas prisas por Ham House y pronto vendría alguno de sus primos a preguntar sobre su estado emocional, porque irremediablemente, el tema de Annelise saldría a la luz, como una sombra de la cual jamás podría escapar y, si no se cuidaba, lo arrastraría hasta un callejón sin salida y en soledad.

Dio pasos hacia atrás, como quien no quiere ser notado mientras lentamente se pierde de vista, llegando al punto en el que nadie se percató de su ausencia. Fue entonces cuando pudo volverse e internarse en el bosque que abrazaba la propiedad, separándola del resto de las casas de Richmond. Siempre le fue reconfortante la soledad, y debía aceptar que el bosque era mucho mejor que una habitación vacía en donde nada se movía. Al ir por veredas que no conocía y esquivando inclemencias de la naturaleza; ningún otro pensamiento se filtraba, era necesaria la concentración para orientarse y no caer al fango que se trepaba por los zapatos.

Se brindó unos segundos de paz al cerrar los ojos para escuchar a

las aves escondidas que cantaban armoniosas, los árboles que bailaban al son del viento, el cantar del arroyo cercano y los animales silvestres que le daban la bienvenida a un mundo donde cualquier pensamiento dañino sobre su pasado o acontecimientos a futuro no existía más que en su cabeza. Era una lástima que la sensación le hubiese sido arrebatada en cuestión de segundos por un intruso inesperado en su camino de soledad.

Abrió los ojos abruptamente y miró de un lado a otro un tanto confundido. No alcanzaba a comprender la insensatez de la mujer que se internaría en soledad a un bosque, sobre todo porque era notorio que no estaba en una cita de amor. No. Aquella voz se entonaba y conjugaba para formar una melodiosa canción que le calentó el alma.

—¿Señorita Fiore? —reconoció en seguida. La voz se detuvo con prontitud que lo dejó deseando haber interrumpido un poco después, al menos para terminar de escuchar la canción—. ¿Es usted, señorita?

Fue ese prolongado silencio el que le dio la respuesta afirmativa. Las acciones de la señorita Fiore estaban mal en todos los sentidos y el hecho de que él estuviera en el mismo lugar podía dar pie a malas interpretaciones, si es que alguien los llegase a ver.

—¡Deje de correr, es peligroso! —pidió Jason al escuchar las ramas rompiéndose bajo los pies de alguien que, en su desesperación, trataba de huir—. ¡No vengo a hacerle daño!

Naturalmente, la joven no se detuvo y él tampoco lo hizo. Por un impulso que desconocía, la persiguió hasta que logró darle alcance, tomándola fuertemente del brazo para que detuviera sus presurosos y ágiles pasos hacia un lugar incierto.

—¡No! ¡Suélteme!

—Bien, lo haré —accedió, aún sin soltarla—, si promete no volver a correr de mí.

—¿Qué planea? —los ojos de la joven recorrían a su captor con el temor y el valor entremezclados, curioso al parecer de Jason.

—Tan sólo ayudarla a salir, ¿qué está haciendo aquí?

—No pienso responder mientras me tenga capturada como si fuese un animal que ha cazado, mi lord —dijo con una determinación poco común en una muchacha que estuviera destinada a obedecer.

—¿Correrá de nuevo? —La osadía en el rostro de la joven le dio la respuesta: lo haría, aunque le dijera lo contrario—. He dicho que no le haré nada, ¿puede confiar en mí?

—No. Sería tonto hacerlo.

—¿Puedo saber la razón?

—¿Para qué buscaría un señor a una sirvienta sino es para abusar de ella? —habló con desprecio, tratando de zafarse—. Incluso me ha correteado como a un ciervo aterrorizado.

—No pienso hacer tal barbarie, se lo digo, es más, se lo juro por el

hijo que sabe que tengo.

Los redondeados ojos de la mujer se entrecerraron con sospecha, algo en ella comenzaba a ceder, por lo que Jason aligeró el agarre sobre su brazo, tratando de hacerla comprender que pensaba soltarla si salía de sus labios la promesa que esperaba.

—No correré —dijo con voz recelosa—. ¿Me soltará?

Jason elevó ambas manos, dejándola en libertad, incluso se alejó unos cuantos pasos para salir de su espacio personal.

—Listo. ¿Está tranquila?

—Por supuesto que no, pero dígame, ¿por qué me ha seguido?

—No la he seguido hasta aquí, si es lo que piensa. —Miró a su alrededor—. Caminaba y escuché su voz, la reconocí en seguida.

—Sé que no me siguió hasta aquí, llevo demasiado tiempo internada en el bosque —confirmó—. Ahora, ¿qué desea?

—Saber la razón de que esté aquí.

—Necesitaba un momento para aclarar mis ideas —se cruzó de brazos de forma defensiva—. Por cierto —rebuscó algo entre sus ropas y extendió un papel doblado hacia el próximo marqués de Kent—, le escribí la canción que me pidió.

Jason tomó el papel entre sus manos y lo abrió, evaluando la delicada caligrafía de la mujer que cada vez le parecía menos de la servidumbre y más una señorita de familia.

—Escribe usted muy bien.

—Soy dama de compañía de lady Pridwen, mi lord, no una simple campesina —dijo sin más—. Además, fui institutriz.

—Ya decía yo que una muchacha del servicio no podía ser tan arrogante como lo es usted —sonrió sin mirarla, aún concentrado en el papel que contenía una canción de la cual ya no recordaba el tono.

—No soy arrogante.

Jason enfocó una divertida mirada en ella.

—Por supuesto que lo es, no he conocido mujer que me haya dado una impresión tan ceremoniosa como lo ha hecho usted.

—El que sea educada no me hace engreída.

—No. Seguramente eso es cosa suya —adjudicó y dobló el papel de nuevo—. Tendrá que ir a mi habitación más tarde.

—¿Disculpe? —la mujer dio unos pasos hacia atrás, cubriendo sus pechos con sus brazos a pesar de estar completamente vestida.

—No la estoy citando para tener amores —rio ligeramente y elevó la nota hecha por ella misma—. No recuerdo cómo iba la canción, así que deberá ir a cantársela a Jackson esta noche.

—Bien puedo cantarla aquí para que se la aprenda, no tengo por qué ir a su recámara.

—¿Te niegas a una petición que te hace un invitado de esta casa? —elevó una ceja burlesca—. ¿Qué clase de servicio brindas a la familia

que te ha recibido con tan buenos tratos?

—Es usted un embustero —entrecerró los ojos de nuevo, pero suspiró derrotada—: iré si es su deseo, lamento haber sido tan…

—¿Grosera, altanera, mal pensada?

Ella apretó con fuerza su quijada y sus manos, pero asintió.

—Sí, todo lo que ha dicho.

Jason dejó salir una carcajada.

—Bien, la esperaré con ansias —Los ojos grises vagaron por el conjunto de árboles iguales—. ¿Tiene idea de cómo salir de aquí?

—Siga el sendero de allá —apuntó la joven—. Llegará en diez minutos al jardín principal.

—Veo que hace esto con constancia.

—Desde el día de hoy, ya no lo haré más.

—Me parece bien, es peligroso que venga sola —la advirtió—. Esta ocasión tuvo la suerte de que fuera yo, pero hay una gran posibilidad de que otro no se detendría ante una oportunidad igual.

—Agradezco su preocupación. —El semblante de la dama se había desprovisto de toda expresión y en ella sólo había palidez y distinguidos modos.

Jason sonrió ante el cambio de actitud, aceptando con regocijo las múltiples facetas que podía tener una mujer como esa. No muchas veces se lograba despertar un verdadero interés en él, mucho menos proviniendo de una mujer. Era curioso que ni siquiera pensara en ella de forma romántica, a pesar de las connotaciones intimas que se trataron en la conversación, no la vio en ningún momento como un bocadillo que podría disfrutar en una noche, no pensaría de la señorita Fiore de esa manera jamás.

Quizá fuera por la renuencia que demostró hacia él o porque en realidad no despertaba en su persona un interés de esa índole; no importaba lo hermosa que fuera, la respetaba lo suficiente como para no faltarle el respeto buscando insinuársele cuando claramente ella lo despreciaría de inmediato.

Jason asintió al llegar a esa conclusión. Sí, era eso, la respetó al momento de conocerla, y eso era sorprendente.

Capítulo 4

Los invitados pasaban del comedor -donde habían disfrutado de un agradable banquete-, al gran salón, famoso por su distintivo suelo de tablero de ajedrez hecho de mármol blanco y negro, el cual se cree que data de la construcción original de la casa. Las altas paredes de la estancia redonda estaban revestidas por distintivas pinturas de grandes tamaños que tenían como objetivo principal el deleitar a los invitados, a su vez, servía como zona de entretenimiento, donde solían beberse los digestivos después de una deliciosa comida.

Normalmente, los huéspedes se quedaban hasta tarde en esa estancia, divirtiéndose entre juegos de mesa y conversaciones que pronto pasaban a las tonterías debido al vino y la champaña que no dejaba de llegar a sus manos. Sin embargo, la mayoría de los Bermont habían pasado a sus cámaras, esperando poder dormir a sus hijos después de un excitante día entre juegos y comidas que normalmente no les eran permitidas en casa.

Aunque Daira vio partir a lord Seymour hacía un buen rato, decidió que no se movería de su lugar. Si es que el hombre recordaba su petición, seguro la mandaría llamar y ella podía argumentar un olvido debido a que estaba siendo chaperona de Pridwen, el cual fuera su trabajo original y al que debía poner toda su atención.

—¿Qué te sucede esta noche Daira? —sonrió Pridwen, quien lanzaba miradas coquetas a un caballero.

—Nada.

—Oh, por favor —la muchacha se volvió hacia ella—. Todo mundo sabe que lord Seymour se trae algo contigo.

—Son tonterías que inventa la gente —negó con rotundidad.

—He escuchado el rumor de que se peleó con su amante ocasional, tal parece que ha terminado su relación indecorosa —susurró divertida—. ¿Será que se ha enamorado de alguien más? —la codeó con complicidad.

—O quizá se hartó de un cuerpo y piensa pasar a otro.

—Pero qué malvada eres. No puedo creer que quiera tanto a alguien que tiene una mente tan perversa como la tuya.

—No es necesario que me quieras Pridwen, si es mejor para ti no hacerlo, entonces te lo recomiendo.

—No eres nada divertida —los ojos analíticos de la joven noble se fijaron nuevamente en el nerviosismo de su amiga—. ¿Es que esperas a alguien? ¿Por qué pareces tan alterada?

—Estoy vigilando, nada más.

—¿Qué cosa necesitaría que tuvieras tus ojos de águila sobre ello?

—Quizá todos los caballeros a los cuales les has lanzado miradas

esperanzadoras, más de uno tiene la intensión de acercarse, eso es seguro. —Era verdad lo que decía, pero no estaba poniendo especial atención a ello.

—Poco me importan, el único que ha llamado mi atención se ha ido con otra —refunfuñó—. Es horrible no ser correspondida.

—¿Te refieres a que tienes una verdadera inclinación por alguien? —aquello fue dicho con impresión—. ¿Quién?

—Así como tú me ocultas cosas, yo hago lo mismo —se cruzó de brazos—. Y no es una inclinación, tan sólo me llama la atención.

—Sigue siendo sorprendente.

—Hablas como si jamás me hubiese enamorado, sabes que no es verdad —la miró con tristeza por un segundo, pero después meneó la cabeza y sonrió—. Tonterías del pasado, este hombre es mejor.

—Si tú lo dices…

—Lo digo y lo confirmo, ahora, ¿dónde se habrá metido?

—Si dices que se ha ido con otra, no es conveniente que los busques —aconsejó.

—Me gustaría interrumpir, si no es mucha molestia.

—Para mí no. Aunque te aseguro que él no estará contento cuando lo hagas. A los hombres… les fastidia esa clase de intromisiones.

—Poco me importa, me haré la loca.

—¿Entiendes que estoy aquí para impedirlo?

—Sí —ella sonrió—. Pero estoy segura de que vienen a alejarte de mí justo ahora.

—¿Qué dices?

—¿Señorita Fiore? —le tocaron el hombro con delicadeza. Daira se volvió con el ceño fruncido y miró a la doncella que parecía sentirse nerviosa al estar en medio de la festividad—. El… El señor Seymour dice que ha estado esperando por usted.

—Mmm… no me digas —sonrió Pridwen.

—Por favor —Daira miró a su amiga con amenaza—. Bien, iré en seguida, mencione a mi lord que había olvidado que me hizo una petición con antelación.

—Sí, señorita.

La doncella se inclinó y se marchó presurosa.

—Tal parece que no podrás cuidar de mí —sonrió Pridwen, dando un paso hacia el lado opuesto que Daira tendría que tomar—. ¡Nos vemos en la habitación a las doce!

—¡Estaré desocupada mucho antes! —la siguió unos pasos—. ¡Vendré a buscarte si no estás en la habitación a las once!

—¡Lo que digas! —La rubia alzó una mano como despedida y siguió con su atolondrado caminar.

Daira dejó salir un suspiro cansado y, al darse cuenta que alzó la voz en medio de la festividad, se mostró avergonzada, obligándose a

mirar de un lado a otro para asegurarse de que nadie la estuviese mirando. Al no ser así, reacomodó su vestido y alzó la cabeza para caminar a la salida. No era intencional la forma en la que sus pasos parecían ralentizarse a medida que se acercaba al pasillo, era más una acción que su cuerpo tomó como iniciativa para su salud mental. Estar cerca de lord Seymour le encrespaba los nervios.

—¡Ah, señorita Fiore! ¿Qué hace sola en medio de esta oscuridad?

No se percató de que había detenido sus pasos hasta ese momento, cuando de pronto alguien hizo hincapié en su extraño actuar.

—Lord Lauderdale —se inclinó presurosa ante el duque—. Estoy en medio de una encomienda.

—¿Parada en medio del pasillo? —alzó una ceja a son de burla.

—Mis pensamientos me retuvieron momentáneamente, pero gracias a usted, puedo continuar con mi tarea.

—No deberías esforzarte tanto —le cerró el paso, poniendo su cuerpo como barrera.

Se puso nerviosa al instante, el duque era un hombre corpulento, agraciado en rostro y carácter, tal parecía que las facciones y las ligeras arrugas que venían con sus cuarenta décadas lo hacían más atractivo, pero para Daira, tan sólo le era amenazador.

—En realidad, no es problema.

—Debes recordar que eres dama de compañía, no doncella.

—Lo sé, mi lord, agradezco su preocupación.

Los pies de Daira seguían alejándose gradualmente del hombre que se acercaba a ella con una sonrisa amigable. El nerviosismo aumentó en su cuerpo cuando la mano del duque se alzó en dirección a su rostro; sin saber cómo reaccionar y con la resistencia de su cuerpo para hacer algo, cerró los ojos, sintiendo con mayor nitidez las yemas de los dedos que recorrieron su mejilla hasta arrastrar un mechón de cabello rebelde detrás de su oreja.

—Trata de no dormirte tarde.

Dicho esto, el hombre siguió con su camino hacia las escaleras. Daira llevó la mano hasta su pecho, tratando de controlar su desbocado corazón y errática respiración. El duque podía ocultar ese comportamiento reprochable con una fachada de sincera preocupación por la que era la dama de compañía de su sobrina; cualquiera le creería, nadie dudaría de la veracidad de sus palabras, mucho menos si era una mujer como ella la que alzaba la voz.

Tomó una larga y profunda respiración, limpió el despojo de lágrimas que quedaron atoradas en sus ojos y siguió caminando. No era la primera ocasión que algo así le sucedía, para ese momento sentía que tenía una maldición de la cual no podía deshacerse por más que lo intentara. Trató de ocultar su belleza vistiendo de forma recatada y triste; intentó hacerse indeseable con un carácter duro,

recto y aburrido; demostró verdadero repudio por los hombres, incluso descortesía…y, aun así, nada funcionaba, nada le evitaría esos encuentros que le resultaban asquerosos y detestables.

—¿Quién lo diría? —Daira sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Reconocería aquella voz viperina en cualquier lugar—. Parece que tus malos hábitos no se han quitado, por mucho que pase el tiempo, la que es una cualquiera, siempre lo será —la mujer salió de entre la oscuridad en la que se escondía—. No importa qué tan refinada quieras parecer, siempre serás vista como una ramera.

—Lady Melbrook —se inclinó—. Debo irme.

—¿Piensas robar otro marido? —la siguió por el pasillo—. ¿No te das por bien servida con los favores de un conde? No, pero qué va, las trepadoras como tú necesitan cada vez más, ahora vas por un duque, ¡Por Dios! No tienes decencia, ¿qué no ves que lady Lauderdale te abrió los brazos de la misma manera que lo hizo con su sobrina?

—Jamás pensaría en faltarle a lady Lauderdale —se defendió.

—Pero si ya lo haces —la nariz de lady Melbrook tembló, demostrando lo frustrada y enervada que estaba de volverla a ver—. Te robas la mirada de su marido, enciendes sus deseos y lo haces tu maldito lacayo de por vida, ¿no te parece que eres cruel?

—No hago tal cosa —Daira sentía una fuerte opresión en su corazón —. Jamás lo he deseado, nunca…

—Es el resultado que obtienes —dijo Lina, recorriéndola con una mirada de desagrado—. Deberías detestarte a ti misma.

La joven bajó la mirada.

—Yo no tengo la culpa.

—No, por supuesto que no —sonrió sarcástica, odiando cada pulgada de la belleza de esa mujer, que fuera la razón de su desolación—. Deberías encerrarte en algún convento para dejar de provocar que los hombres a tu alrededor pequen, ¿Qué digo? Seguro que tentarías a los monjes.

—¡Basta! —Daira levantó la mirada con fuerzas renovadas—. Pese a lo que diga, no tengo la culpa de lo que sucedió, no la he tenido nunca y si algo odio en esta vida, es ser yo, tener este rostro y este cuerpo ha sido mi maldición desde que me convertí en mujer —dijo con voz trémula—. Puede odiarme todo lo que quiera, pero ahórrese sus comentarios blasfemos, carcómase en su propia desdicha, así como lo hago yo.

—Le diré a lady Lauderdale lo que he visto hoy —advirtió Lina cuando le vio las intenciones de partir.

Daira detuvo sus pasos y se volvió con gracia.

—Inténtelo, seguro el duque se mostrará ofendido.

—Y la duquesa te echará en seguida para no preocuparse por las posibilidades —la miró furiosa—. Es lo que debí hacer yo.

—No sabe cuánto lo ansiaba —dijo Daira casi en un reclamo—. Todos los días esperaba porque tomara valor y al fin me corriera… pero no lo hizo y él jamás se lo hubiese permitido, ya ve lo que sucedió cuando al fin escapé.

—¡Eres una maldita bruja! ¡Una hechicera de deseos! —la apuntó—. Corrompes a todo cuanto ves.

Daira no estaba dispuesta a seguir escuchándola, así que siguió con su camino, intentando mantenerse derecha, con la cabeza bien en alto y las lágrimas detrás de sus ojos, lejos de sus mejillas. Caminó hasta la habitación y levantó la mano para tocar, cuando entonces la puerta fue abierta por la mano del conde.

—Ah, ya decía yo que vendría en algún momento —sonrió Jason, frunciendo el ceño al ver el rostro desmejorado de la joven—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, perfecta, ¿se ha dormido ya el niño Jack?

—No, pareciera que espera por usted. —El hombre abrió más la puerta para dejarle ver al pequeño que permanecía sentado en la cama, alegre y sin un atisbo de sueño.

Una sonrisa cariñosa se asomó en el rostro de Daira al ver la inocencia del niño. Ojalá los hombres jamás perdieran aquel rostro infantil, lleno de ilusiones y sueños, lejos de las pasiones, el poder y las mujeres que creían a su disposición. La joven cerró los ojos. Ese niño crecería para ser parte de esa clase opresora, de aquellos que se creían merecedores del mundo y todo lo que existía en él.

—¿Piensa quedarse mientras le canto? —inquirió sin mirarlo.

—Si le es inconveniente, no.

—Preferiría estar a solas —exigió, sintiéndose incapaz de tolerar una presencia masculina—. Me iré en cuanto se quede dormido, usted puede volver a la fiesta, el niño estará en buenas manos.

—No lo dudo, pero él…

—Le aseguro que no lo echará de menos —interrumpió ansiosa, nuevamente sin mirarlo—, de lo contrario lo llevaré a su encuentro.

Jason se removió dubitativo, no le agradaba dejar a Jackson en manos de personas desconocidas. Sin embargo, la señorita en cuestión se mantenía inflexible con su petición de hacerlo salir y su hijo estaba más que feliz de volver a verla.

Suspiró y asintió un par de veces, la señorita Fiore no lo había mirado desde el momento en el que entró, estaba recelosa y claramente alterada, era una obviedad que algo la perturbó de camino. Aunque existía la posibilidad de que estuviera enojada por tener que acudir a su llamado cuando estaba disfrutando de la fiesta.

—Muy bien, lo dejo a su cuidado.

Recibió un asentimiento de cabeza como toda respuesta. La mujer caminó hasta la cama, alzó los brazos y el niño saltó a ella como si la

conociera de toda la vida. Era extraña aquella aceptación, pero dejó al padre más tranquilo al momento de dejar la habitación.

—¡Ey! Pero si eres tú. Pensé que ya estarías dormido —sonrió Adrien, tomando a su primo por los hombros—. ¿Vuelves a la velada?

—Sí, ¿Y tú qué haces tan temprano en las habitaciones…? —Jason inmediatamente negó con la cabeza—. Olvídalo, no contestes.

El heredero de Wellington dejó salir una profunda carcajada, y golpeó con fuerza el pecho de su primo con la palma abierta, provocando un sonido sordo.

—Hablando de amoríos, vi a lady Melbrook más enervada que nunca antes —lo miró de soslayo—. ¿No te parece una tontería terminar esa relación cuando estás atrapado en este lugar?

—Era conveniente, comenzaba a cometer acciones que indicaban que sus pensamientos se desviaban hacia otro rumbo.

—No me digas, ¿la palabra prohibida? —Adrien elevó ambas cejas, francamente divertido, sus labios siendo enmarcados por dos finas líneas que acentuaban su fuerte mentón—. ¿Se atrevió a tanto?

—No pienso ser fuente de tus burlas.

—Está bien, ya. —Lo retuvo a su lado—. Consigamos a otra, no pasa nada, mujeres hay muchas.

—No digas tonterías.

—Ah, pero si he visto a una muchachita entrar a tu recámara —volvió la cara—, ¿es que la has dejado abandonada ahí?

—Esa muchacha es la dama de compañía de lady Pridwen.

—¡Oh, es verdad! —el asombro apareció a través de los ojos de Adrien—. Es una preciosidad, en verdad roba el aliento.

—Está cuidando de Jackson, ha ido a la habitación por eso.

—¿Y por qué haría algo así? ¿Qué no cuida de la mocosa esa?

—Bueno… —Jason frunció el ceño—. ¿Mocosa?

—Agh, me persigue por doquier, es intensa y decidida, comienza a cansarme, pero francamente me es divertida… a veces.

—Es una niña a comparación tuya, deberías dejarla en paz.

—Creo que tiene la misma edad que la chiquilla que está en tu recámara, primito —lo empujó Adrien.

—¿De qué chiquilla hablan?

Los encontró en el pasillo Lina Melbrook.

—Ups, problemas hermano, problemas.

—De nadie, señora Melbrook —zanjó Jason—. Con su permiso.

—¿Habla de la señorita Fiore? —Lina sabía la respuesta a su propio cuestionamiento, puesto que siguió a Daira hasta la habitación, desquiciándose al comprender que no iba tras el duque, sino tras el hombre del que ella se enamoró—. ¿Esa ramera?

—¡Eh! Pero ¡qué diablos! —se rio Adrien, cubriendo su boca para ocultar la emoción de su interior—. ¿Qué le sabe, lady Melbrook?

—Es una trepadora, una cualquiera, debí imaginar que caerías en sus redes al igual que el resto de los hombres —dijo enervada, mirando a Jason con furia—. ¡Lo sabré yo! ¡Sería la segunda vez!

—¿De qué hablas? —El hombre se adelantó.

—¿Te asusta saber con quién has dejado a tu hijo? —sonrió—. Me alegra, porque esa vil mujer sólo lo maltratará.

—Bah, está celosa —le quitó importancia Adrien—. No debería mostrarse tan obvia. Entiendo que la señorita Fiore vaya sembrando inseguridades, pero esto de que es una cualquiera sobrepasa los límites. —El heredero de Wellington miró a su primo—. Haz favor de no hacer caso a tantas tonterías Jason.

—¡Le digo que no! Sé quién es ella, sé qué es ella.

—Si eso fuera verdad —intervino nuevamente Adrien—. Lady Pridwen no la tendría como dama de compañía.

—¡Por favor! Esas dos son tal para cual, ¿ha visto lo coqueta que es esa chiquilla? Lanza miradas indiscretas a todo ser viviente.

—¿En verdad? —Jason rodó los ojos ante el impactado tono de su primo, quien prosiguió con una conversación que fuera más para sí mismo que para alguien más—. Endemoniada muchacha, y yo que creía que sólo pensaba en mí —sonrió—. Habrá que darle una lección, mira que es buena en el juego, pero Dios sabe que no mejor que yo, jamás mejor que yo.

Adrien no se despidió, simplemente dio media vuelta para llegar lo antes posible al salón, seguramente con la intensión de perseguir a lady Pridwen, una delicada y juguetona jovencita que cometió el error de picarle el orgullo a Adrien Collingwood.

—¿Y bien? —El pie de Lina Melbrook se batía contra el suelo en una clara señal de molestia—. ¿Me dejaste por esa malnacida?

—No te abandoné por nadie y te agradecería que dejaras de montar escenas enfrente de mi familia, claramente es vergonzoso. —la miró enojado—. No quiero volver a discutir contigo de lo mismo.

Lina abrió la boca para protestar, pero el hombre se marchó sin concederle ni una palabra más, ni siquiera la miró. «No volverá a ganar, definitivamente no lo permitiré de nuevo» se dijo a sí misma.

Capítulo 5

El conde vagó por el gran salón junto a sus primos, bebió e incluso bailó con algunas de sus primas y hermana. Su familia siempre fue una buena distracción para Jason, lo hacían reír, aligerando cualquier ambiente, sobre todo uno ocasionado por lady Melbrook, quien seguro ya estaría dando rienda suelta a su boca viperina muy conocida por sus antiguos amantes, quienes siempre resultaban ser unos mal nacidos, bárbaros y desgraciados que no hacían más que lastimarla.

Para ese momento, la gente se tomaba con gracia los múltiples desamores de la pobre mujer que fue renegada hasta por su propio marido, el conde era conocido por necesitar a más de una mujer a su lado, y en ocasiones, al mismo tiempo. Ese hombre era la muestra viviente de la osciocidad y hedonismo, superando incluso a Adrien, quien afirmaba no lograr ser tan miserable como para meter a dos mujeres a la misma cama, mucho menos al mismo tiempo.

Dos horas pasaron desde que Jason abandonó la habitación que ocuparía junto a su hijo. Conocía a Jackson, tardaba en dormirse, pero una vez que lo hacía, tenía la gracia y la calma mental como para no volver a despertarse en toda la noche. Aún si la señorita Fiore se marchó, el niño seguramente seguiría en medio de sus sueños.

Abrió la puerta con cuidado, tratando de hacer el menor ruido. La luz de la recámara estaba encendida, al igual que la chimenea que brindaba un calor que le pareció sofocante al hombre que regresaba de un salón atestado de gente que sudaba y no paraba de bailar. «La apagaré en seguida» se ordenó a sí mismo, yendo por los polvos para aplacar el fuego infernal.

Realizó su tarea en total silencio, abrió la ventana y fue hacia el baño, siendo incapaz de notar la anomalía que residía en su cama, junto a su hijo dormido. Para cuando se dio cuenta de que había una intrusa en la habitación, ya se había cambiado de ropas y poco le faltó para meterse a la cama a su lado. Por poco se atraganta con la imagen de la señorita Fiore recostada incómodamente al llevar puesta toda la indumentaria femenina. Era una mujer tan pequeña que bien la pudo confundir con los grandes almohadones que flanqueban la cama para que el niño no cayera al suelo, formando un pequeño nido, siendo el centro un eterno abrazo entre mujer e infante.

Le fue sumamente extraño comprender la situación, aunque era una obviedad que la señorita Fiore se quedó dormida mientras cuidaba de Jackson, no la notó tan cansada cuando la dejó, aunque quizá era la razón por la que se encontraba tan irritada. Jason se sintió culpable por su petición egoísta, puesto que mientras la señorita Fiore intentaba dormir a un hijo que ni siquiera le pertenecía, él bebía,

bailaba y reía con sus primos, no parecía justo de ninguna manera.

Se acercó a la cama y removió ligeramente su hombro, buscando que despertara, pero ella simplemente se reacomodó en la cama, abrazándose más al niño que ya de por sí estaba encima de ella. Sería imposible despertarla sin hacer lo mismo con Jackson, y de suceder eso, estaba seguro que el niño no volvería a dormir hasta dentro de muchas horas. Sería mejor dejarlos en paz, él podía dormir en otra parte, incluso en el suelo.

Cuando los rayos del sol entraron por la ventana al día siguiente, el aire matutino se colaba por la ventana, causando escalofríos al cuerpo mal acomodado en la cama. Daira se preguntó, aún a medio despertar, por qué razón Pridwen habría apagado el fuego, claramente no estaba encendido, y era una locura abrir la ventana con esos vientos fríos del inicio del otoño.

—Prid… cierra la ventana —pidió la joven sin recibir contestación —. Prid, cierra la ventana —repitió, alargando la mano para tocar el cuerpo que usualmente dormía a su lado.

Cuando su palma cayó de golpe sobre un almohadón, la joven comprendió que no estaba en su habitación, de hecho, todo a su alrededor debió indicarle el error de su situación: iniciando por el niño dormido sobre ella y terminando con el hombre sentado en una silla, colocada a los pies de la cama.

Un calor intenso se focalizó en las mejillas de la joven, no sólo tornándolas rojas, sino moradas. ¡Había dormido en la habitación de un hombre! Y no sólo eso, sino que el hombre estaba ahí también.

«Dios santo, estoy perdida» pensó la joven.

Miró de un lado a otro, tratando de deshacerse de los pequeños brazos que la rodeaban, le costó trabajo, pero logró dejarlo en la cama, aún lo suficientemente dormido como para que lloriqueara poco. Apartó la manta que no recordaba haberse colocado y miró con cautela al hombre que seguía dormido de forma incómoda en la silla estilo Tudor. Por unos segundos, la joven no pudo evitar notar el fuerte brazo que le sostenía la cabeza, con los antebrazos expuestos al haberse doblado la manga hasta los codos; su respiración constante provocaba tensión en los botones que permanecían atados sobre su pecho; sus largas piernas permanecían cruzadas por la parte de los tobillos y apoyadas sobre el baúl a los pies de la cama.

Era una pose desinteresada y relajada, pero a Daira le pareció que nadie podría lucir tan apuesto en un estado similar. Lord Seymour era en realidad muy atractivo y varonil.

—¿Piensa seguir observándome por mucho tiempo señorita Fiore, o piensa escabullirse pronto de la habitación?

Daira se puso en pie de un salto, intentando arreglar sus ropas, su rostro y su cabello, todo en una sucesión errática que la hacía lucir

aún más desastrosa. Una risa varonil y agradable salió de la garganta del hombre que había intentado mantener a raya sus burlas.

—¿Por qué no me ha despertado? Es terriblemente inapropiado que me quedara aquí, ¿Qué pasa si alguien me vio entrar, pero no salir? —dijo preocupada, calzándose las zapatillas.

—Seguro creerían que soy un padre desnaturalizado si hubiera hecho lo que está pensando con mi hijo presente —elevó las cejas.

—¡Dios mío, estoy arruinada!

—Tranquilice su moral, nadie lo sabe hasta el momento, sólo tenemos que sacarla de aquí sin que nadie la vea.

—Bien, ¿y qué hago?

—Espere aquí, permita que verifique el pasillo.

—Hágalo, hágalo —apuró, olvidando su posición de servicio.

Jason abrió la puerta quedamente y asomó su cabeza, maldiciendo a lo bajo al notar que, inesperadamente, había gente en los pasillos. El hombre no sabía si eran personas que apenas iban a descansar o los que recién despertaban con la idea de un nuevo día de actividades.

—Bien, se quedará aquí por un buen rato.

—¿Qué? —su voz sonaba mortificada.

—Hay personas afuera, se darían cuenta de su salida.

—¡Ay Dios, ay por Dios, esto me pasa por buena gente!

—Me está impacientando y si sube aún más su voz, despertará a Jackson y eso sería un verdadero problema.

Los ojos de la mujer se volcaron hacia el pequeño que se removía incómodo en la cama ante el ajetreo. Consideró sensato el guardar silencio, pero nada pudo impedir que sus pies se movieran de un lado a otro, nerviosa e incontrolable, manteniendo una mano sobre su barbilla mientras pensaba.

—Muy bien, los nobles son flojos…

—Se lo agradezco.

—Por lo cual, esta gente está subiendo y no bajando —prosiguió pese a la interrupción—. En una o dos horas, todos ellos estarán dormidos y no despertarán hasta las diez u once de la mañana.

—Tal parece que lo tenía previsto.

—¿Cree que tenía previsto algo de esto? —lo miró impacientada.

—Bien, si no le molesta, iré a dormir a mi cama —la recorrió con una mirada alegre al notar su sonrojo.

—No pensará hacerlo estando yo presente, ¿o sí? —recriminó.

—¿Por qué no? —se acomodó en la cama—. Usted lo hacía hace unos momentos, es mi turno de tener una siesta agradable.

—Es usted demasiado despreocupado —frunció el ceño y fue hacia la ventana, considerando seriamente aventarse por ella.

—Olvídelo, se haría daño —dictaminó Jason con ojos cerrados.

—Al menos busco formas de salir.

—Deje de hacerlo, alguien puede verla asomándose por ahí y será lo mismo que si saliera por esa puerta.

—Bien —cerró la ventana e incluso la cortina—. ¿Qué hago?

—¿Por qué no me canta?

—¿Está usted loco? Lo que quiero es que no me descubran, mi voz me delataría en seguida.

—Vaya que es engreída —se acomodó en la cabecera, mirándola con ojos brillantes—. ¿Cómo sabe que la reconocerían? Jamás la han escuchado cantar, podría ser cualquiera.

—No —dijo cada vez más enojada—. Si cantara después, lo sabrían y no correré ningún riesgo.

—Lo cual quiere decir que quiere cantar frente al público —se sentó, arrastrándose hasta los pies de la cama—. ¿Es por eso que se metió al bosque? ¿Para practicar?

—¿No dijo que iría a dormir?

—Sí, pero usted no deja de hablar y para mí es igual a ver una comedia en el teatro, me resulta entretenida.

—No soy su bufón —se cruzó de brazos—. Cierre los ojos y vaya a dormir de una vez, no tengo otra opción más que vigilar su sueño.

—Bien —el hombre se recostó de nuevo y acomodó a su hijo cerca de sí, envolviéndolo en un abrazo cariñoso que sacó una sonrisa de la joven, olvidando por un momento los problemas en los que se encontraba—. De todas formas, ya me vigilaba desde que estaba en la silla. Dígame señorita, ¿le parezco muy atractivo?

—En realidad, lo que noté es que babea cuando duerme.

Daira luchó contra su risa cuando el hombre de ojos grises la enfocó con una clara sorpresa y algo de vergüenza. Era una tontería que le creyera, puesto que cuando alguien tenía la tendencia de salivar en su inconsciencia, le era imposible no notarlo. Daira lo sabía muy bien, puesto que dormía con Pridwen y ella tenía ese problema.

—Pero qué mentirosa es señorita Fiore, por un momento me ha engañado, para su desgracia, resulta que he dormido con otras personas antes y jamás he tenido ese problema.

—Quizá no se lo decían por vergüenza.

—Una esposa es capaz de decir muchas cosas, algunas que ni siquiera son ciertas, sobre todo cuando se enojan. —Aquello lo había dicho sin pensar y se apesadumbró en cuanto se percató de ello.

—Me quedaré callada a partir de este momento —sentenció la joven —, considérelo una tregua.

—Más bien se refiere a que ha sentido lástima.

—No veo por qué he de tenérsela —lo miró con una ceja arqueada y una mirada petulante—. Es usted un hombre rico, apuesto y bien posicionado, tiene al mundo a sus pies y lo sabe.

—Le agradezco el intento que ha hecho, dormiré ahora si no le

molesta seguir refunfuñando en soledad.

—Ni un poco, estoy acostumbrada a hacerlo de esa manera.

En el fondo, el hombre agradecía la táctica usada por esa mujer: en un inicio mostrándose comprensiva ante su dolor y al segundo siguiente, despreciándolo por el mismo, manejando sobre su persona el sentimiento vergonzoso que cualquiera debía sentir al estar dramatizando una situación, sobre todo -como ella mencionó tan elocuentemente-, cuando se tenía un buen nombre, posición y, aparentemente, un rostro prometedor.

Se durmió con una sonrisa en el rostro al lograr rememorar con integridad la conversación con la señorita Fiore, hubiese querido verla al despertar, pero como era de esperarse, la mujer desapareció en cuanto encontró la oportunidad de salir sin ser vista.

Capítulo 6

Las festividades que los duques de Lauderdale estaban dando eran correctas, divertidas y variadas. Nadie se quejaría de la comida, la selección de vino o los invitados. Sobre todo, cuando un par de ellos estaban dando tanto de qué hablar.

Sin duda los más indiscretos eran la pareja del heredero al ducado de Wellington y la sobrina del duque Lauderdale, quienes pasaron de un intenso coqueteo por parte de la dama, a una frialdad absoluta por parte de la misma, intercambiando lugares con el caballero caracterizado por tener a las mujeres en la palma de su mano. Tal parecía que era una circunstancia que ambos les divertía y era más un juego de amigos que de amantes.

Aquella unión satisfacía enormemente a la duquesa y tía de aquella jovencita que estuviera en edad casadera desde hacía un buen tiempo. La mujer se regocijaba con su triunfo, aún si este parecía muy lejano, ya podía escuchar los agradecimientos de sus padres por lograr lo impensable, puesto que Pridwen, pese a ser una dama hermosa, era despreciada por toda la sociedad de la que provenía de nacimiento y eso era debido a su atolondrado carácter.

Aunque no todo podía ser felicidad. Ya que el tema predilecto de las bocas viperinas seguía siendo el de Lord Seymour y la señorita Fiore, arruinando por completo el plan de tener una celebración tranquila, rememorada únicamente con la posible boda de en sueño protagonizada por su sobrina y el muchacho Wellington.

La duquesa apenas y se podía creer que un hombre de la categoría de un futuro marqués pudiera caer bajo los encantos de una simple dama de compañía, estaba claro que era hermosa, pero no dejaba de ser una unión dispareja y escandalosa. La alta sociedad buscó por todos los medios dar fundamentos a sus especulaciones sobre la pareja, pero por más que se intentara encontrarlos en situaciones comprometedoras, la señorita Fiore y el conde sólo se dejaban ver en ocasiones esporádicas, tratándose con respeto, amabilidad y estrictos modales. Se pensaba que, si no fuera por la cantidad de rumores que los rodeaban, aquello pasaría a ser una mera cortesía de un caballero educado hacia una muchacha que se veía envuelta en un ambiente al cual no pertenecía.

La situación no dejaba de ser un espectáculo para disfrute de los invitados, creando una espera ansiosa día tras día. Sin embargo, para la señorita Fiore la situación comenzaba a rozar con lo ridículo, muy a su opinión, lord Seymour no hacía nada extraordinario para que se dijese que tenía una inclinación por ella. Era educado, amable y puntual. Simplemente se veían en la necesidad de charlar cuando el

pequeño Jack se escapaba de los brazos de su padre e iba a parar a los de la señorita Fiore, de ahí en más, se mantenían en sus asuntos.

Quizá todas esas teorías se debían a la sonrisa permanente que se vislumbraban en lord Seymour cuando estaba con ella. Desde que se le volvió a ver en sociedad, el hombre no había vuelto a sonreír, al menos, no con la sinceridad como lo hacía con la señorita Fiore, incluso se le escapaban carcajadas imposibles de falsificar.

Lo que la mayoría de las personas no sabía, era que el lord no se reía con la señorita Fiore, se reía de la señorita Fiore, irritándola sobremanera. Resultaba ser que Jason encontraba sumamente divertida la actitud severa, puritana e intolerante que la joven mujer mantenía, sobre todo en su presencia, tal parecía que estuviese en una batalla campal contra los hombres del mundo y dictaminó que, entre todos, Jason podría ser clasificado como uno de los peores debido a su reputación de mujeriego y jugador.

—Señorita Fiore.

Poco le faltó a la joven para correr lejos de aquella voz, pero se obligó a detenerse y volverse con una sonrisa.

—¿Llamaba usted, mi lord?

—Pero qué educada —se burló Jason—. Sí, la llamaba, necesito de su ayuda nuevamente, Jackson…

—Bien, iré en seguida a la guardería, no debe preocuparse más por ello —zanjó la joven, deseando apartarse de su presencia.

—¿Alguna razón en especial para que desee evitarme con tan poco disimulo? —la alcanzó en su caminar solitario por el jardín.

—Mi lord, si no se ha dado cuenta, somos fuente de horribles habladurías que nos arruinan a ambos por igual.

—Señorita, no son más que tonterías de una muchedumbre aburrida de beber y jugar cartas, no debe ponerle la menor atención.

—No es lo que opina lady Melbrook.

—¿Quién? —sonrió con gracia, provocando que sus pícaros hoyuelos desfilaran por sus mejillas. Ella entrecerró los ojos con molestia y siguió con su camino—. Vamos, no sé de quién me habla, al menos debería esclarecer sus quejas.

—La mujer con la que usted…

—¿Sí? —la animó a continuar con una sonrisa.

Ella chistó con la lengua y decidió ignorar sus burlas y sus insinuaciones. Era una obviedad que el conde no podría olvidar a la mujer con la que estableció una relación íntima, lo hacía a posta de la vergüenza que ocasionaría en ella el tratar de decirlo. Con el paso de los días, Daira se acostumbró a que ese hombre la siguiera y la hiciera rabiar, para después desaparecer el resto del día, en ocasiones se lo encontró charlando e incluso coqueteando con otras damas.

«Es un casanova… pero ¿a mí qué me ve a importar? No me

importa en lo más mínimo.» Se decía a sí misma «Pero tenía entendido que a él no le gustaba pasar el tiempo con mujeres, al menos no para a hablar con ellas» Daira negó profundamente.

La joven llegó a atribuir su interés a un orgullo malentendido de varón. Como ella lo rechazaba constantemente, el conde más le buscaba la condición. Aquello la hacía pensar: si acaso actuaba como alguna de las muchachitas que se arrastraban a sus pies, ¿la dejaría en paz? De ser así, lo haría, porque no encontraba cosa más humillante que lidiar con un hombre que la perseguía por el simple hecho de que ella lo repudiaba, ¿por qué eran así los hombres? Debían sentirse muy especiales para que incluso un rechazo los ofendiera y tentara. Aunque si lo reflexionaba, el señor Seymour jamás le hizo ninguna proposición que ella tuviera que rechazar.

—Debido a que nuevamente se ha metido en sus escabrosos pensamientos, me adelantaré a su línea de cavilaciones y le diré que no, no tengo ningún interés en usted, pero me es agradable charlar con alguien que no busca mi posición o dinero.

La joven volvió la mirada con asombro.

—¿Es por eso que me persigue por doquier?

—No la persigo, da la casualidad de que me la encuentro, quizá sea porque los dos escapamos de las mismas cosas, dirigiéndonos sin querer hacia el mismo sitio.

—Quizá sea eso —asintió, sintiéndose repentinamente más relajada al saber la razón—. Espere, ¿ha dicho que no le gusto?

Jason empujó su cabeza hacia atrás en una clara sorpresa, tal parecía que ella no podía concebir que alguien no estuviera prendado de su belleza. Aunque el tono que utilizó la señorita Fiore no parecía ofendido, sino más bien estaba emocionada por el hecho.

—Supongo que no es algo que escuche a diario —ironizó.

—¡Oh, no quería sonar petulante! —se lamentó—. Tan sólo… olvídelo, he dicho algo muy vergonzoso.

—Tal pareciera que le alegrara que fuera así.

—Debo admitir que también me es refrescante.

—¿Sufre porque la encuentran hermosa? —Jason frunció el ceño—. No me parece normal, debería aprovechar sus virtudes.

—La belleza no es lo único que tengo —lo miró molesta— y como habrá podido constatar, tengo un carácter endemoniado.

—Finge tenerlo —corrigió—. Pero lo hace muy bien, así que sí, su personalidad es bastante fea e irritante, si su intención es alejar a los hombres, ha cumplido su misión con medalla de oro.

Por primera vez, la señorita Fiore permitió que una dulce carcajada escapara de su garganta, concordando perfectamente con su voz melodiosa. Jason quedó ligeramente encantado, pero finalmente sonrió al igual que ella, parecía ser que las barreras habían caído

desde el momento en el que le dijo que no la encontraba atractiva. «¡Vaya muchacha!» pensó el conde.

Caminaron juntos hasta la guardería, el pequeño Jackson se encontraba sentado en una esquina lejana, pasando las páginas de un libro con dibujos. Mantenía un dedo dentro de su boca y se negaba a jugar con el resto de los niños que estaban correteando por el lugar, acaparando la atención de las doncellas destinadas a cuidarlos.

Daira sonrió tranquila y caminó hasta el niño, todo bajo la atenta mirada del padre, quien optó por quedarse en el umbral de la puerta para ver la reacción que su hijo tendría ante la llegada de una intrusa que casi no conocía. Aunque debía admitir que no se sorprendió cuando Jackson sonrió con apertura hacia la señorita Fiore, quien recargó su espalda en la pared y se resbaló hasta quedar sentada junto a él, acariciando su cabello rubio e incluso tomando el libro para comenzar a leerlo, haciendo graciosas expresiones y exagerados movimientos de manos que sacaban sonrisas y miradas ilusionadas por parte del infante que mantenía su entera atención sobre ella.

—Parece que tiene una habilidad especial con Jack.

Jason jaló el aire y cerró los ojos lentamente al escuchar la voz de su prima Sophia, quien estuviera casada con el hermano de Annelise, la mujer de la que se había enamorado profundamente y por la cual seguía sufriendo día con día.

—Sí, tal parece que le agrada. —Asintió el hombre—. Me deja sorprendido que le permita acercarse tanto, incluso la abraza y besa.

—Dicen que los niños tienen buen ojo para las personas.

Un pesado suspiro salió de entre los labios de Jason.

—¿Qué intentas decirme, Sophia?

—Nada —sonrió la joven—. Por cierto, John vendrá el día de hoy, se encuentra entusiasmado de verte a ti y a Jackson.

—Me alegra que te haga compañía.

—Jason…

—Iré con ellos —se excusó rápidamente—. Con permiso.

—Jason —le tomó el brazo con determinación—. Sabes que John sólo quiere hacer las cosas llevaderas, trata de entenderle, así como él trata de entenderte a ti.

—No tengo nada en contra de John, de hecho, le tengo un gran aprecio y respeto —aseguró—. Pero no me agrada la situación.

Sophia dejó salir el aire contenido en sus pulmones, observando como su primo se alejaba de su alcance. No podía creer que, en algún tiempo, Jason había sido el primo al que se sentía más cercano y ahora… pareciese que existía un muro cada vez que trataba de hablar con él. Negó sutilmente con la cabeza, sintiendo una profunda tristeza que incluso le causaba espasmos en el cuerpo.

—¿Le has dicho que viene John? —Blake se colocó a unos pasos de

su prima, viéndola asentir como respuesta a su pregunta—. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Como lo hace siempre, con una fingida indiferencia que oculta su desazón —suspiró—. Pero mira eso —apuntó con la cabeza hacia la pareja sentada a cada lado de Jack—, parece que esa muchacha tiene una habilidad para con los chicos Seymour, ¿no lo crees?

—No es la única que ha sacado provecho de sus virtudes, sé de otro tonto que está siendo conquistado sin darse cuenta.

—¿Hablas de Adrien? —Sophia volvió el rostro sonriente hacia su prima—. Pero qué tontería, ¿por qué los hombres son tan ciegos y torpes con estos temas?

—Bueno, mira quién lo dice, ¿no fuiste tú la que hizo todo un espectáculo cuando te diste cuenta que amabas a tu esposo?

—Mi vida entera es un espectáculo Blake —dijo a modo de defensa —. En todo caso, pienso que Jason será el más difícil, además, la chica que parece tenerlo cautivado no es más que una dama de compañía, muy por debajo de su categoría.

Blake expresó su desconcierto con un excesivo abrir de ojos.

—Jamás pensé escuchar clasismo en tus labios.

—Si no lo digo porque lo consecuente —le quitó importancia la muchacha, regresando la vista a la guardería—. Si Jason se vuelve a casar, seguro lo hará por obligación, actuará por lo que se espera de él, no por lo que desea en realidad.

—¿Dices que despreciaría el amor por el deber?

—Puede ser que ya no sepa identificar el amor —Sophia se inclinó de hombros—. El dolor entumece los sentidos: uno se encuentra en la desesperación de no sentir, desorientado al no poder ver, adormecido al no querer escuchar, desanimado al no degustar una caricia verdadera, perdido al no poder oler una esencia conocida.

—Eso es…

—Es triste —negó con rotundidad—. Jason se ha perdido a sí mismo y ha optado por caracterizar al hombre que debería ser, lo que se espera de él como hombre, como hermano, primo o padre.

Blake le dio la razón, todos sus familiares sabían lo destruido que se encontraba ese hombre en su interior. Lograba confundir con aquel carácter bonachón, agradable y alegre. Él siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás, su preocupación por cuanto lo rodeaba era una de las razones por el que las personas ansiaban hacerlo sentir mejor, tratando de hacer desaparecer sus tristezas.

—¿Cómo podemos ayudarlo? ¿Qué podemos hacer?

—Nada —suspiró—. Estar para él, apoyarlo en lo que necesite.

—No parece mucho.

—Pero en ocasiones, lo es todo.

Las damas se marcharon, dando una última mirada a la mujer que

parecía no darse cuenta del verdadero poder que tenía en sus manos. Si acaso jugaba bien sus cartas, podría pasar a ser una marquesa en lugar de una simple dama de compañía.

—¡Oh, no pueden dejarme fuera siempre! —se quejaba la joven con una sonrisa—. Vamos ¿qué ha dicho a su padre, mi señor?

El pequeño reía divertido, abrazando con fuerza el cuello del hombre que lo sostenía, susurrando cosas que en ocasiones no eran más que burucas, dichas con la única intención de molestar a la dama frente a ellos.

—¡Ya verá! —dijo la mujer, haciendo movimientos con sus dedos antes de hacerle cosquillas al niño que se revolvía en los brazos de su padre—. ¿Va a seguir jugando conmigo, mi señor?

La sonrisa del padre y el hijo eran extremadamente parecidas cuando ambos lo hacían con naturalidad y desde el corazón. De alguna forma, sus ojos grises brillaban con la intensidad de la luna y sus rostros se iluminaban con alegría y tranquilidad. Jason podía notarlo en su hijo y se preguntaba si él se vería igual de feliz, había llegado a acostumbrarse tanto a su desdicha, que incluso desconocía su propia risa y sus facciones se quejaban ante la normal gesticulación de una sonrisa que perduraba a las risas.

Estaba claro que ese ambiente se propiciaba gracias a la dama que bromeaba, sonreía y los hacía reír; tanto el niño como el adulto lograban sentir esa exquisita paz, ese sentimiento de seguridad, de una plena confianza y relajación. ¿Era eso posible? ¿Una persona podía ocasionar tantos sentimientos y emociones en tan corto tiempo?

Las doncellas miraban a la pareja con estupor y rechazo, provocando que una de ellas tomara la decisión de llamar a su señora, no podían aceptar un comportamiento tan desvergonzado; no por sí mismas, sino por sus patrones, que tanto se empeñaban en mantener a la casa de los Lauderdale como intachable, honrosa y respetable. Ninguna de ellas quería que una forastera ensuciara el buen nombre que la generalidad de los empleados se empeñaba en conservar.

—¡Se puede saber qué está haciendo, señorita Fiore! —la voz chillona y exaltada de la duquesa resonó por toda la guardería, exigiendo el máximo silencio, aún en los niños—. ¿Qué se supone que hace en este lugar? No está en su jurisdicción cuidar de niños.

Las piernas de Daira reaccionaron como resortes, se puso en pie y bajó la mirada, apenada con la mujer que anteriormente se había comportado tan bien con ella, inclusive amenazando a Pridwen para que la dejara bajo sus cuidados. Arruinó su oportunidad, nuevamente.

—Lo lamento, mi señora, no pensé que…

—¡Exactamente! —contrapuso aún en medio de alaridos—. No pensó en lo más mínimo, ¿Qué se supone que he de decir ante tal escándalo? ¿Cómo se atreve a tomarse atribuciones que…?

—Fue una petición hecha expresamente por mí, lady Lauderdale —Jason se puso en pie con parsimonia, dejando a su hijo en el suelo, con el dedo en la boca y tomado con fuerza de su pantalón—. Mi hijo tiene una predilección por esta señorita y cometí la insensatez de no informarla a usted de mis intensiones. Le pido de favor que no regañe a lady Fiore por mis errores.

—Oh… mi lord —negó apenada, sus pestañas revoloteando ansiosamente—. No pensé que usted estuviera de acuerdo, sé bien que el cuidado de vuestro hijo es algo que no delega a nadie.

—Estando yo aquí, no podía ser algo que no aprobara —dijo obvio —. Por lo referente a la señorita Fiore, no hizo más que seguir indicaciones, a menos que encuentre una petición mía como muestra de insubordinación, en cuyo caso me haré responsable.

—No, no. —La mujer miró con molestia a la doncella que informó a medias la situación. De estar enterada de que el hombre se encontraba conforme con los servicios, jamás habría hecho tal escándalo—. Me alegra que Daira cumpla con sus expectativas.

La mujer siguió murmurando disculpas inentendibles, para después abandonar la habitación en medio de una corrida. Daira apretó sus labios para no dejar salir una carcajada, notando que el hombre a su lado se encontraba igual.

—Agradezco su intervención —se inclinó ante él—. Me ha salvado de un destierro seguro.

—No diga tonterías, de ser así, yo mismo la habría acogido en mi hogar —dijo sin pensar—. Hubiese sido totalmente irracional de su parte echarla de la propiedad por una tontería.

—Aun así, se lo agradezco.

El hombre asintió, tomó a su hijo en brazos y salió de la habitación sin dirigirle ni una palabra más. Daira se mostró ligeramente sorprendida por aquella evasión tan evidente, pero al notar que eran el centro de las miradas de las doncellas y algunas personas que pasaban por el lugar, comprendió el escape de lord Seymour, sobre todo porque acababa de ofrecerle su hogar si en determinado momento la duquesa terminaba por decidir que debía marcharse debido a su comportamiento reprochable; claramente la gente pensaría que Daira buscaba embaucar al caballero Seymour.

Con toda la seguridad que fue capaz de recolectar, la joven elevó la cabeza y salió de la guardería, tratando de hacer caso omiso a los múltiples susurros que buscaban herirla de todas las formas imaginables. En su interior, su corazón se apretaba cada vez que escuchaba las voces de esas mujeres llamándola de maneras despectivas como: «Es una trepadora», «Había escuchado de ella, dicen que siempre va en busca del hombre más rico», «Parece que lady Melbrook decía la verdad, quiere robarse a los hombres».

La joven contuvo las lágrimas todo lo que pudo, alejándose en lo que le fuera posible de las voces y de las mujeres venenosas que gustaban en destruir la frágil autoestima de una muchacha. Pero eventualmente le pareció insoportable, así que corrió, cubriendo sus labios con una mano para no dejar salir quejidos, tratando de salir de la casa de forma rápida y sin llamar la atención, deseando internarse en lo más profundo del bosque y quizá perderse para nunca regresar.

Al momento de salir de la casa, se topó con el desafortunado escenario de una sociedad reunida y a la espera de una actividad en el jardín. Maldijo su suerte y pasó entre la gente, intentando recuperar la compostura. Sin embargo, era cada vez más notorio que la apuntaban con desdén al enterarse de lo ocurrido en la guardería, esto gracias a que las damas que lo presenciaron pasaban la información a las que esperaban en el jardín.

—¿Daira? —Pridwen apartó la mirada de lord Wellington para enfocar a su amiga, quien corría sin miramientos hacia el bosque.

—No, no —la retuvo Adrien al notar que pensaba salir corriendo detrás de ella—. Alguien ya ha pensado lo mismo que usted.

—Pero ella no lo querrá a él, no querrá a nadie más que a mí.

—Es usted muy presuntuosa lady Pridwen, mi primo es un auténtico caballero, encantador en todos los sentidos, le aseguro que su amiga agradecerá su presencia más que la de usted.

—Es que no la conoce de nada —la joven regresó una mirada preocupada hacia el bosque.

—De todas formas, es tarde, no puede seguirla y si lo intenta, se perdería de forma irremediable. Lo mejor que puede hacer es esperar.

—Es usted un maldito, ¡Debió dejarme ir tras ella!

—Le digo que no.

Pridwen dejó salir una maldición a lo bajo, ignorando la carcajada del hombre a su lado. No despegaría su vista de ese bosque hasta que viera a esos dos salir ilesos de ahí. Conocía a Daira mejor que nadie en ese lugar, no querría a un hombre, incluso Pridwen sabía que tampoco la querría a ella, Daira no querría a nadie en lo absoluto.

Los pasos veloces y conocedores del terreno se apresuraron hacia el claro en el que normalmente se derrumbaba para admirar la belleza del bosque, le gustaba cantar junto a los pájaros, junto al viento y el arroyo, era su lugar preferido, era su zona segura, de soledad y tranquilidad al estar alejada de todos.

En cuanto reconoció las flores y el césped con la huella de su cuerpo, se dejó caer y lloró sin consuelo, sintiéndose desdichada por ser acusada de tales barbaries en cualquier lugar a donde iba. No había forma de que ella fuera categorizada como una mujer decente, por mucho que se esforzara, terminaban por atribuirle los peores males de la raza humana; su belleza era el peor atributo que le

podrían haber dado, se odiaba, le gustaría poderse quemar la cara y acabar con ese sufrimiento, así por lo menos la respetarían, verían que hay mucho más en ella que sólo facciones y un cuerpo tentativo.

—Detesto ver a una dama llorar —dijeron de pronto—. Sobre todo, a una con tantos atributos como usted, señorita Fiore.

Los ojos hinchados de la joven se abrieron de pronto, levantó la cara de entre los brazos cruzados y se volvió ligeramente para ver al apuesto hombre que estaba parado a sus pies, viéndola allí recostada e indefensa. Las facciones de Daira se configuraron para mostrar confusión y un pensamiento pavoroso la inundó casi de inmediato: ¿La había seguido? ¿Por qué razón?

Capítulo 7

Los ojos del hombre recorrían el cuerpo a medio recostar de la atemorizada mujer, quien se sentó y comenzó arrastrarse lejos de él, en ese momento, no parecía del todo amenazante, pero lentamente, el brillo en su mirada se tornó sombrío al sentir la lánguida caricia del deseo recorrerle las venas del cuerpo, hechizándolo, desenfocando su sentido de cordura y embraveciendo su ser normalmente calmo, olvidando por completo el amor y la fidelidad que le debía a su mujer.

—Mi lord, debería marcharse —pidió entonces la mujer que había logrado ponerse de pie y daba pasos defensivos hacia atrás.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, señorita? —el hombre la siguió con pausados movimientos, a sabiendas de la ventaja que tenía sobre un cuerpo más débil y posiblemente más lento que el suyo—. ¿Es acaso que ha quedado aquí con algún pobretón que anhela de sus caricias provenientes de sus hermosos labios?

—No —la voz le tembló pese a que trató de sonar segura—. Suelo venir aquí a cantar. A estar en soledad.

—¿Le apetece un poco de compañía? Serán mis ojos los que juzgarán si estás faltando a la hospitalidad que te hemos dado.

Unas lágrimas silenciosas brotaron de los ojos bien abiertos de la joven, goteando hasta su barbilla al no ser contenidas por las manos. Sabía que, si quería salir bien librada de ese encuentro, no podía perder el tiempo limpiando sus lamentos, mucho menos cerrando los ojos, todo le daría al duque una oportunidad y ella debía evitarlo.

—Por favor, mi lord, es usted un hombre bueno, que ama a su mujer, usted mismo me lo ha dicho en tantas ocasiones…

—¡Silencio! —pidió con fuerza—. No te atrevas a comparar lo que sucederá ahora con el cariño que le tengo a mi esposa.

—Mi lord, esto le remorderá la consciencia, lo sé, usted quiere a su esposa, es un hombre fiel.

—Por favor, chiquilla —se burló el hombre—. No serías la primera con la que falto a mi juramento de lealtad.

Al comprender que no había manera de que el duque entrara en razón, se echó a correr, para ese momento, se había acercado lo suficiente a un conjunto de árboles como para lograr perderle el rastro, al menos, despistarle lo suficiente como para salir del bosque.

—¡Por favor, ayuda! —gritó desesperada.

—¡De nada te servirá! —le respondió el duque a sus espaldas, corriendo muy tranquilo, como quien sabe hacia donde se dirige—. Nadie te escuchará y nadie conoce este bosque mejor que yo.

Con la frase en mente, Daira pensó que su mejor oportunidad dependía de lo imprevisible de sus movimientos, así que se dedicó a

cambiar de dirección cada sesenta segundos, tratando de dificultar la persecución del hombre que parecía únicamente divertido. Estaba claro que confiaba en sí mismo para alcanzarla y esto se vio comprobado cuando súbitamente la joven se vio tirada en el suelo divido al brutal agarre que detuvo su huida.

Se supo perdida cuando el duque no la soltó incluso aunque se arrastró entre las hojas secas y el lodo. La mirada perversa y brutal le dio a entender que no importaba cuanto se esforzara por estar sucia y detestable, porque para lo que ocurriría no habría remedio alguno.

La respiración de la joven se aceleró al punto del colapso, no lo permitiría, no dejaría que ese hombre se saliera con la suya; pero le resultaba imposible luchar contra su fuerza. Era impresionante la facilidad con la que logró acercarla a su cuerpo con un simple movimiento que por poco le rompe la muñeca. La pegó con fuerza a un árbol cercano y la aprisionó contra él, arrancando ropas y forzando sus caricias contra su cuerpo.

—¡Basta! —gritaba con lágrimas en los ojos, removiéndose y dificultándole su hacer—. ¡Por favor, deténgase!

El terror floreció en su interior cuando sintió que el hombre levantaba sus faldas de un impulso, al tiempo que desabrochaba su pantalón. Tenía que hacer algo, debía tener una oportunidad. Miró desesperada de un lado a otro, percatándose que estaban en lo que parecía una colina, si acaso pudiera…

—¡Deja de moverte, maldita sea! —la golpeó con fuerza, mandándola al suelo hecha un grito dolorido.

—¡¿Señorita Fiore?! —se escuchó una voz a la lejanía.

—Maldición —masculló el duque que, en vez de asustarse y dejarla, apresuró sus movimientos.

El golpe en la cabeza la dejó cerca de la inconsciencia, pero estaba en el suelo y era lo que necesitaba. Pateó al hombre que estaba por ceñirse sobre ella y giró hasta hacerse rodar por la colina.

—¡Señorita Fiore! —gritó Jason al reconocerla mientras caía y gritaba dolorida, golpeándose como última instancia contra un roble que escupió un montón de hojas sueltas gracias a la temporada de otoño—. ¿Qué sucedió? ¿Dónde le duele?

—¡Por favor, ayúdeme! —Daira levantó una mano y se aferró de él por un momento, pero al comprender que era otro varón, dio un grito lleno de terror y se arrastró lejos—. No, no. Aléjese de mí, déjeme sola. ¡Que se vaya, le digo!

—¿Qué fue lo que sucedió? —cuestionó, agachándose para tomarla en brazos, sin comprender que la asustaba aún más.

—¡He dicho que no se me acerque! —pidió dolorida, tomando con fuerza su costado—. No me toque —tembló y comenzó a llorar suavemente, congestionando su nariz.

Jason levantó la mirada hacia un conjunto de árboles en la colina por donde la señorita Fiore había descendido, estaba seguro de haber visto una figura que rápidamente se escondió para no ser visto. Estaba claro que la mujer aterrorizada tuvo mucha suerte, podía estar golpeada, pero al menos no fue agredida por un hombre esclavizado por sus más bajos instintos.

—¿Daira? —cerró los ojos con una sensación amarga—. ¿Hay alguna parte de ti que pueda recuperar la calma?

Ella levantó la mirada, mostrándose enojada e indignada.

—Estoy bien, no necesito de su ayuda. —Intentó ponerse en pie, pero bufó de dolor y apretó aún más su costado.

—No podrá ponerse en pie, se ha lastimado, permita que la ayude. —Hizo ademán de acercarse, pero ella cerró los ojos y tembló, no sabía si de furia o de terror—. Míreme señorita, vea todos mis movimientos, se dará cuenta que lo último que deseo es lastimarla…

—¿Cómo puedo confiar en usted… en alguno de ustedes?

—Si quisiera hacerle daño, le aseguro que ya se lo hubiera hecho, está malherida y no tendría escapatoria.

Daira dejó salir lágrimas silenciosas y estiró una de sus manos en aceptación, permitiendo que el caballero se agachara, tomara uno de los brazos magullados y lo colocara alrededor de su cuello, alzándola al vilo. Ella se quejó y se atragantó con el dolor al morder sus labios.

—¿Se encuentra bien? —giró su cabeza para mirarla.

—Sí, sí. —Intentó acomodarse entre los brazos fuertes que la rodeaban—. Vámonos, por favor.

—Bien, si no tolera el dolor, pida que pare de inmediato.

—Gracias por ayudarme, es usted muy amable.

—¿De qué corría? ¿Qué la hizo despistarse de tal forma del camino que provocó tan estrepitosa caída?

—Yo… no lo recuerdo.

—No existe razón suficiente para proteger a su acosador, está claro que esa persona quería hacerle daño.

—Por favor, mi lord … dejemos el tema.

—Así que es alguien a quien usted le debe un respeto.

—Todo hombre o mujer en esta velada merece mi respeto, mi silencio y veneración ¿recuerda, mi lord? —dijo con odio—. Sólo soy la dama de compañía de lady Pridwen, una sirvienta.

—Sea como sea, usted no estaba de acuerdo con lo que estaba pasando y por eso corría —la miró molesto ante sus palabras—. Usted también merece respeto, señorita, no lo olvide.

—Es difícil recordarlo cuando es más que obvio que no se nos trata de esa forma, somos objetos para ustedes.

—¿Quería abusar de usted? ¿Es eso lo que está diciendo?

—Yo no he dicho nada.

El hombre permaneció en silencio por un largo momento, pensando detenidamente en el cuestionamiento que había hecho a la mujer malherida en sus brazos. ¿A quién protegería a pesar de estar presa del pánico por lo que estuvo por pasarle? Lo pensó por varios minutos hasta que de pronto su mirada se iluminó cuando llegó a una suposición, se volvió hacia ella y elevó una ceja inquisidora.

—¿El duque? —culminó sus pensamientos con impresión—. ¿Ha sido el duque de Lauderdale?

—¡N-No!

—Por Dios, y yo que lo creía tan sensato y enamorado.

—¡He dicho que no!

—No hace falta que grite, lo he descubierto y es una tontería que lo niegue, puesto que lo veo en su mirada atemorizada.

—¿Temor? No le tengo miedo, ¿Cree acaso que es la primera vez que algo así me pasa? —negó—. Los hombres son unos…

—No todos abusamos de nuestra fuerza o poder, señorita.

—Eso aparentan, hasta que tienen una oportunidad.

—¿No se me concede ni siquiera la duda? —soslayó la mirada—. La estoy llevando en brazos, sana y salva para que la atiendan.

Los dientes blancos de Daira se presionaron contra su labio inferior, no quería aceptar la verdad en esas palabras, así que decidió mantenerse callada, apretando con fuerza el hombro de lord Seymour para no dejar salir un alarido.

—Lord Seymour —gimió—, ¿cree que tenga roto un hueso?

—Lo dudo mucho. —La reacomodó en sus brazos—. Pese a que está magullada, no soportaría el dolor si tuviera algo roto.

—Me siento mal, en verdad muy mal.

—Pero no está en un lamento, estoy moviéndome lo suficiente como para que no pudiera resistirlo, por mucho que lo intentara.

—Eso me alegra, no puedo quedarme en cama.

—¿Por qué el duque la acosaría?

—¡Basta de sandeces! —pidió molesta y nerviosa pese a que nadie los escuchaba—. No debe alzar falsos con esa seguridad suya.

—Sé lo que vi en la cima de esa colina y sé lo que veo en sus ojos cuando lo menciono —elevó una ceja, soslayando la mirada para posar sus ojos grises sobre ella—. ¿Estoy errado?

—Y si no se equivocara ¿qué cambiaría? —echó en cara con el furor de la exasperación, la humillación y el abatimiento—. Exacto, no podría hacer nada, porque yo no soy nadie de importancia.

—Es usted una persona, una mujer que…

—Que no es su mujer —terminó tajantemente—. Le agradezco su preocupación, lo clasifica como un verdadero caballero, pero dejemos el tema por la paz, ese hombre al que enjuicia es aquel al que le debo mi sustento y el techo en donde vivo.

—¡Pamplinas!

—Eso mismo digo yo, pero ¿qué opción me queda?

Salieron de la espesura del bosque con el caer del sol, siendo rápidamente interceptados por una preocupada Pridwen, quien no dejaba de parlotear en medio de su desenfrenado nerviosismo, dando vueltas alrededor del aristócrata que llevaba con sumo cuidado a su muy querida amiga: «¡Dios santo, Dios santo! —repetía una y otra vez —. ¿Pero qué le ha hecho?». Adrien se adelantó ante los arrebatos sin sentido de la rubia, deteniéndola en su alborotado proceder y llevándola consigo para buscar a Publio.

Bajo la atenta mirada de la sociedad, Jason Seymour llevó a la dama de compañía de lady Pridwen hasta su habitación, dejándola suavemente sobre la cama e incluso acomodando las almohadas para que fueran confortables para el cuerpo magullado.

—Señor Seymour —de alguna forma, Daira se las arregló para tomar su muñeca—. No dirá nada, ¿verdad?

—Me temo que no está en mi jurisdicción hacerlo, aunque debería… pero usted no quiere, así que no lo haré.

—Se lo agradezco.

—¿Está acaso loca? ¿Cómo puede preferir seguir en las mismas condiciones que hasta ahora? —explotó de pronto, dejando de lado su voz serena y despejada por unos instantes—. Seguro ya lo había intentado antes ¿o me equivoco? Por supuesto que no me equivoco.

La joven dejó salir una risilla que terminó en quejido.

—Y yo que pensaba que la única que hablaba de esa manera locuaz y atolondrada era Micaela Rinaldi.

—Habla de mi hermana, señorita —elevó una ceja—. Como verá, la lengua parlanchina puede ser de familia.

—Lo dudo, usted habla muy poco.

Callaron al oír los pasos presurosos que se acercaban por el pasillo, la voz de Pridwen se hacía oír incluso desde el jardín, indicando la situación al médico, aunque Jason y Daira dudaban que supiera con veracidad las generalidades de las heridas.

—Bien, ¿qué sucedió? —esa fue la primera pregunta que hizo Publio Hamilton al entrar en la habitación.

—Resbalé —se apresuró a contestar la joven.

Los ojos profundos e indescriptiblemente azules de aquel hombre se posaron sobre la figura de su primo, buscando corroborar las palabras, como si desde el primer instante la creyera una mentirosa.

—Es verdad, cayó de una colina.

—¿Por qué cayó? —eran preguntas distractorias, Publio solía hacerlas para alcanzar a prepararse sin desesperar a su paciente.

—Como dije: resbalé. —Se inclinó de hombros—. Me descuidé.

—¡Eso no es común en ti! —negó Pridwen y miró al médico—. Se

sabe ese bosque de memoria, siempre va sola y por horas.

—No lo conozco todo y caminaba distraída —objetó Daira.

—Bien, haré una inspección —Publio no estaba realmente interesado en las circunstancias de la caída, él se ocuparía del cuerpo de la mujer, lo demás, era asunto de los amigos—. Diga cuando duele.

—Y-Yo preferiría que no lo hiciera —se alejó de él, mostrando dolor en su semblante—. Estoy bien, en serio.

—Claramente eso no es verdad —la miró de arriba hacia abajo.

—Por favor, no hagan de esto algo tan grande, no hay nada mal.

—Señorita —Jason comprendió la índole de su renuencia—. El médico no está solo con usted, incluso está lady Pridwen.

—¡Oh, no hagas tonterías Daira! —se acercó su amiga—. No seas mojigata, él es doctor, es su trabajo, no está aprovechando su condición, ¿verdad que no? —miró a Publio.

—La pregunta me es absurda e insultante —el erudito miró a Daira con determinación—. ¿Puedo acercarme, señorita?

Daira dudó todavía un poco, pero al final aceptó, teniendo que recurrir a cerrar los ojos para contener las lágrimas. Las manos del hombre palparon con profesionalismo el cuerpo de la joven, apretando ligeramente de vez en cuando, revisando que los huesos no se encontraran fuera de lugar.

—Parece que no hay nada roto —dijo al fin—. Pero tiene una increíble cantidad de hematomas por todo el cuerpo.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —preguntó una mortificada Pridwen.

—Cardenales —simplificó el médico—, se irán solos, pero dolerán, los vendará y untará un ungüento que le entregará mi mujer.

—Gracias, mi lord —trató de inclinar la cabeza, pero el cuello le dolió, viéndose en la necesidad de llevar una mano a la zona.

—Estará dolorida —se acercó Publio y tocó con tiento—. Masajeé la zona por un buen rato.

—Lo haré yo misma —se adelantó Pridwen, sentándose junto a su amiga y le tomó la mano en muestra de su preocupación.

—Bien, con eso resuelto, me retiro.

—¡Mi lord! —Daira se avergonzó—. Por sus servicios yo…

—No hace falta —Publio levantó una mano—, recupérese pronto.

Con eso dicho, el hombre salió de la habitación junto con Jason, quien no se despidió de la joven que salvó al encontrarse enfrascado en una conversación con su primo. A los pocos minutos, una mujer de cabello desalineado y ropas manchadas se acercó con un frasquito de vidrio, el cual tendió a Pridwen, explicando la forma de aplicarlo.

—Espero que se encuentre mejor, señorita —dijo la amable mujer—. Mi marido puede ser tajante, pero es un excelente médico.

—Ha sido muy amable conmigo, ambos lo han sido.

Gwyneth sonrió, le apretó una mano a la dolorida muchacha y salió

del lugar, tomando a una pequeña rubia que no apartaba la mirada de ellas, pero sin decir ni una palabra.

—Ellos… —pujó de dolor al querer enderezarse por su cuenta, recibiendo la ayuda de Pridwen en seguida—. Son muy amables.

—Los Bermont son fantásticos —asintió sin darle mucha importancia—. Ahora quiero que me cuentes lo que pasó en verdad.

—Prid…

—No. No Daira, no. Te conozco, no resbalaste, algo te hizo caer en todo caso —la joven se mordió los labios y bajó la mirada—. ¿Fue culpa del señor Jason? Lo vi correr detrás de ti hacia el bosque.

—¿Eso hizo? —frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Adrien aseguró que te consolaría, no que te tiraría por una colina —dijo enojada—, de haberlo sabido, le habría dado una patada para que me dejara ir tras de ti.

Daira se alegraba que no lo hubiese hecho, se habría llevado una terrible sorpresa de haber encontrado a su tío con tal falta de cordura, queriéndose aprovechar de una mujer desvalida y llorosa.

—No ha sido culpa de lord Seymour, me asusté y resbalé.

—Así que no piensas decírmelo —dijo enojada—. Bien, en ese caso me veo en la necesidad de preguntárselo a él.

—¡No! —la retuvo a su lado—. Por favor no.

—Entonces dímelo.

—El señor Seymour… él… —Daira buscaba una mentira creíble, al menos una que distrajera a Pridwen—. Intentó besarme.

—¡¿Qué?! —Su amiga se puso en pie—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Ya decía yo que se traían algo raro, ¡Oh, cuéntamelo todo!

Estaba mal mentir, lo sabía perfectamente, sobre todo con algo tan escandaloso como un beso, pero no encontró otra forma de hacer que Pridwen dejara de preguntar. Tan sólo esperaba que jamás llegara a oídos del señor Seymour, porque de ser así, moriría de vergüenza.

Capítulo 8

Poco o nada le faltó para quererse enterrar a sí misma el día que se enteró que el señor Seymour había escuchado la conversación que tuvo con Pridwen, aquella en la que se inventó toda una historia sobre él pretendiéndola hasta el punto de querer robarle un beso. Desde ese momento y por ocho largos días, se negó a dar la cara al público y, con la excusa de sus heridas, nadie la cuestionó, ni siquiera Pridwen, quien descaradamente le llevaba todos los días noticias de su mejoría a lord Seymour, a quién seguramente poco le interesaba.

Aunque el hombre que la salvó no le dedicó ni una sola visita, el hijo del mismo prácticamente vivía en la habitación de la dama, pasando a ser su más fiel compañía. Eso no significaba que nadie más la visitaba, algunos de los Bermont se habían tomado la molestia de pasar a saludar a la enferma, sobre todo los dos que fuesen médicos. Otra que tampoco se desprendía por mucho tiempo del lado de su amiga era Pridwen, ocasionando la presencia de lord Wellington; tal parecía que esos dos se habían vuelto cercanos, aunque si se lo preguntaban a Daira, se asemejaban más a ser amigos que amantes.

Esa tarde, mientras los invitados pasaban el día dando caza de un tesoro en las profundidades del bosque, Daira se atrevió por primera vez a bajar las escaleras, acompañada únicamente del pequeño Jack.

—Mi querido niño, ¿no le hubiera gustado ir con su padre al bosque para perseguir el tesoro? Sé que sus primos están allá. —El niño negó con rotundidad, tomando con más fuerza el vestido de Daira—. ¿El que se meta el dedo a la boca quiere decir que no desea entablar conversación conmigo?

—Si quiero —el dulce susurro por poco pasó inadvertido por la joven, quien de pronto se volvió con los ojos muy abiertos y sonrió.

—¿Podría repetirme? —Daira se agachó con esfuerzo, pero logró quedar acuclillada a la altura del niño—. ¿Qué fue lo que dijo?

—Hablar —susurró de nuevo el niño—. Si quiero.

—Ya veo —trató de no mostrarse eufórica y lo abrazó—. Me alegra saber que quiera hablar conmigo.

—¡Aprieta! —pujó el niño, tratando de alejarse de ella.

—Lo siento, lo siento —lo tomó de los hombros y sonrió enloquecida—. Dime, ¿te animarás a hablar con otras personas?

El niño quitó la sonrisa de su rostro y negó con efusividad.

—¿Por qué no?

—No quiero.

—¿No quieres? Pero si eso haría muy feliz a tu papá.

—No —dijo con firmeza acompañada por una mirada intensa y determinada—. No quiero, no.

—Está bien —levantó las manos a modo de rendición—. Lo siento, no debí insistir de esa manera.

—¡Agh! —el sonido de disgusto vino desde las espaldas de la joven inclinada—. Debí prever que con todos fuera de vista, te animarías a salir de tu confinamiento, ¿es que no tienes vergüenza? ¿Qué harías si alguien regresa antes de los bosques?

—Lady Melbrook —Daira se puso en pie lentamente, adolorida por los muchos hematomas regados por su cuerpo—. Buenos días.

—¿Qué haces con el hijo de Jason? —los ojos claros de Lina Melbrook se fijaron en la pequeña criatura que se escondía entre el vestido de la mujer frente a ella—. ¿Es acaso que lo has robado de la guardería de nuevo? Te acusaré, ¿lo sabes?

—Su padre le permite estar a mi lado.

—¡Por favor! —chistó la mujer—. Su padre no podría estar más apenado con la situación en la que lo has puesto, ¿o es que el aislamiento te hizo perder la memoria? ¿Cómo osas inventarte una historia semejante? Pobre Jason, que error cometió al ser amable.

El corazón de Daira palpitó con fuerza al recordar el episodio que intentó reprimir en las profundidades de su mente para no sentir la inmensa vergüenza que le ponía las mejillas coloradas y la incitaban al deseo de aventarse por una ventana.

—No tengo tiempo de hablar con usted, lady Melbrook, lo lamento mucho. —Daira acarició los cabellos dorados del niño aferrado a sus piernas y lo incitó a caminar.

—En verdad eres una arpía, escalando clases sociales y hombres ricos —negó—. ¿Pero sabes? Sé perfectamente quién puede detenerte y por tu expresión, tú también lo sabes.

—No… —de pronto sintió que se desmayaría—. No quieres traerlo aquí, yo lo sé, odias que él…

—Resulta, querida Daira, que ya no me importa lo que él piense, te estás metiendo con la persona que me interesa ahora —elevó una ceja —. No te permitiré ganar otra vez.

—Jamás sentí que ganaba —la miró con repulsión, pero su voz seguía calma—. Lo odié a cada instante y usted lo sabía.

El niño comenzó a jalar la tela del vestido del cual se sujetaba, pero la señorita Fiore no podía ponerle atención, lo único que hacía para calmarlo, era tocar su suave cabellera rizada, pegándolo inconscientemente a su cuerpo, tratando de protegerlo incluso de las palabras de esa horrible mujer.

—¡Eres una sucia! Siempre lo supe, desde que te vi por primera vez percibí que serías un peso para cualquier persona que tuviera compasión por ti y te aceptara bajo su techo.

—¿Puede detenerse? —pidió con calma—. Hay un niño presente.

—No me interesa ese mocoso —dijo presa del odio y el rencor

acumulado—, no importa que escuche todo esto, es totalmente incapaz de hablar ¿no lo sabías? Creo que realmente es tonto.

La sangre de Daira hirvió repentinamente, no podía creer que se atreviera a decir esas cosas de un niño que claramente sufría a diario por no poder hablar, al menos, no en voz alta.

—Puede decir lo que quiera de mí, pero no meta a un niño en esto.

—No me digas, ahora resulta que tu caracterización de ángel caído del cielo se hizo realidad y en realidad aprecias al patético niño.

—No tiene corazón, ¿Por qué insiste en molestarlo? Déjelo en paz.

—¿Eso hago? —la mujer rio y se acercó al infante, quien tenía los ojos vidriosos y llenos de temor—. ¿Qué dices cariño? ¿Te estoy molestando? ¿Acaso le dirás a tu papá lo que dije de ti?

—No hace falta que me lo diga. —La voz llegó como una avalancha de nieve. Era un tono duro, frío y claramente irascible—. Señorita Fiore, ¿podría hacerme el favor de llevar a Jason a su habitación? Tengo que hablar con lady Melbrook.

—Por supuesto —Daira rebuscó la mano del niño en su vestido y la tomó con cariño, obligándolo a caminar aun cuando este se negó, queriendo correr a los brazos de su furioso padre—. Vamos, le daré chocolate ¿qué le parece?

El niño hizo una señal con su mano para que ella se agachara, susurrando a su oído con suavidad para no ser escuchado por nadie más, como inicialmente hiciera sólo con su padre.

—Mi lord —la mujer se enderezó y miró a un impresionado Jason Seymour—. Vuestro hijo pide permiso para comer helado también.

—¿Jackson habla con usted? —negó Jason—. Eso es imposible.

—¡Seguro lo está inventando! —se adelantó lady Melbrook.

La señal hecha por el infante apareció de nuevo, pidiendo a lady Fiore que volviera a inclinarse y escuchar el susurro de sus labios. En esa ocasión, la mujer sonrió hacia el niño, le tomó la pequeña mano y se la llevó a sus labios con ternura.

—Con su permiso —se inclinó la joven y se marchó.

En última instancia, Daira decidió llevar en brazos al pequeño Jack, sintiendo su cariño a través de las extremidades que le rodeaban el cuello y la cabeza recostada en su hombro.

—¿Papá se enojó? — el niño preguntó con su voz susurrante.

—Sí, pero no con usted.

—Jack —dijo el niño.

—¿Jack? —frunció el ceño la mujer—. ¿A qué se refiere?

—Me llamo Jack.

—Eso lo sé —aseguró la joven—. No lo olvidaría.

—Dime Jack.

La muchacha negó con suavidad.

—Es impropio que lo llame por su nombre, usted es hijo de un

futuro marqués, heredero de un título muy importante, no puede ser tratado por mí como un igual. —El niño ladeó la cabeza, claramente no había entendido la naturaleza de la negación, así que Daira suspiró —. Su padre me regañaría de llamarlo de esa forma.

—¡Jack! —dijo un poco más alto—. Soy Jack.

Un suspiró alegre salió de entre los labios de la señorita Fiore, abrazó al niño y a su inocencia, en poco tiempo dejaría de ser el pequeño inclusivo para ser un noble, con las distinciones que le correspondían por su título, posición y dinero.

Logró entretenerlo por un buen rato, le permitió correr por la habitación, subirse a los muebles y esconderse bajo la cama. Ella reía de las bufonadas del nene, mientras que él, en silencio, se emocionaba ante las sonrisas y la forma en la que esa mujer lo miraba con cariño. Jack era capaz de sentir el afecto de parte de la señorita Fiore, como no lo había sentido con nadie además de su padre.

Después de lo que pareció mucho tiempo, el niño estaba cansado, recostado sobre la cama, escuchando una bella canción de los labios de la mujer a la cual no le soltaba la mano, como si fuera un amuleto de buena suerte, una almohada protectora o un cobertor cálido que quitaba cualquier malestar y lo llevaba lento, pero sin demora hacia un sueño profundo y pacífico.

—¿Se ha dormido ya?

Daira volvió la cabeza de inmediato, resintiendo un poco en sus lesiones, pero ese dolor pasó a segundo plano al estar en presencia de lord Seymour, de quien se había estado escondiendo hasta entonces.

—Mi lord, le debo una disculpa.

—¿En serio? —Jason pasó a la habitación, tocando la cabeza de su hijo—. Creía que el que debía una disculpa era yo.

—¿Usted, mi lord? —se sorprendió.

—Sí. Fue mi culpa que todos esos chismes fluyeran en su contra, no me di cuenta del daño que hacía a su reputación al pedirle que cuidase a Jackson. —El caballero apretó los labios—. ¿Fue la razón de que corriera al bosque? Mi descuido casi ocasiona una catástrofe.

Con la cabeza gacha, ella negó.

—Eso hubiese sucedido tarde o temprano —se inclinó de hombros —, y eventualmente esas mujeres encontrarían la forma de expresar lo que realmente guardaban en sus corazones.

—¿Envidia?

Daira levantó la mirada ante ese cuestionamiento.

—Eso es una forma agradable de ver las cosas. —Asintió la joven y mordió sus labios ante lo que tendría que decir—: con referencia a lo que le inventé… no tengo perdón, no debí utilizar un recurso tan indecoroso. Ocasioné su incomodidad, sé que Pridwen lo acosaba.

—Debo admitir que es una amiga leal, aunque quizá demasiado

determinada en su actuar —sonrió con diversión ante un recuerdo de esa mujer—. Un día casi me acorrala para que viniera a visitarla.

—¡Oh, Pridwen! —se quejó, sonrojándose vistosamente.

—No tiene importancia, en todo caso, entiendo la razón por la cual inventó esa historia —los ojos de Daira se fijaron en la faz estoica del lord frente a ella—. Supongo que lady Pridwen hubiera tomado muy mal el hecho de que su tío fuera un presunto violador.

—¡Mi lord, por favor…!

—Lo sé, sé que no quiere decirlo por miedo.

—Así es. —Acomodó un mechón de cabello detrás de su oreja y lo miró avergonzada—. Supongo que usted ya habrá esclarecido la situación de lo que sucedió y… lo que no sucedió entre nosotros.

—Sí, se podría decir que esclarecí algunas dudas.

—¿Es que les dijo a todos que mentí? —agachó la mirada.

—De hecho —sonrió satisfecho—, hice todo lo contrario.

Capítulo 9

Daira desconocía el tiempo que llevaba sentada en esa silla, sola, abrumada y llena de dudas. Tenía sujeta la cabeza entre sus manos, los codos sobre sus rodillas en una posición de derrota o desesperación. Trataba por todos los medios procesar la conversación que tuvo lugar hace unos momentos, cuando lord Seymour aún se encontraba en la habitación con el pequeño Jack en sus brazos.

—¡Daira! Al fin te encuentro, te he buscado por todas partes.

—Considerando que no he salido de la habitación en ocho días, debiste imaginar que estaría aquí —sonrió dulcemente a su amiga.

—Pero es que todos hablan de la pelea entre Jason Seymour y lady Melbrook —le dijo sin comprender—. Dicen que tú estabas ahí junto con el hijo del señor Seymour.

—Ah… no sabía que alguien me había visto —suspiró—, fue un error salir de esta recámara, debí quedarme.

—¡Qué dices! —negó fascinada—. ¡El señor Seymour te defendió! ¿Es que no lo sabes?

—Lo único que sé, es que escuchó como insultaban a su hijo, era de esperarse que se molestara.

—Oh, pero la gente está diciendo toda clase de cosas —Pridwen tomó distraídamente una tela sobre la cama.

—¿Qué se supone que dicen?

—Bueno, que están prometidos.

Los colores recurrieron nuevamente a las mejillas de Daira ante el bochorno que sentía al escuchar esa noticia nuevamente.

—¡Dios mío! —Daira se puso en pie y caminó por la habitación como una fiera encerrada—. Todo es mi culpa, lo arrinconé y no tuvo más opciones que aceptar.

—¿De qué…?

—¡El beso! —Ella lanzó la frase como si con ello su amiga entendiera a lo que se refería—. ¡Lo inventé! Todo lo que te dije fue un invento, así que tus acciones posteriores sólo me dejaron mal parada ante él y ante todos.

—¡¿Qué?! ¿Por qué no me lo dijiste? —se mostró ofendida—. ¿Por qué mentiste con algo así?

—Quería protegerte de la verdad.

—¿Cuál es la verdad? —frunció el ceño.

Daira cerró los ojos y negó.

—No puedo decírtelo.

—Si no lo haces, consideraré el fin de esta amistad, no puedo pensar que me mientes en la cara todo el tiempo.

—No lo hago… —Daira mordió sus labios. En realidad, sí lo hacía,

siempre estaba mintiendo—. Prid, eres mi mejor amiga, la primera y puede ser que la única, te aprecio más que a nadie.

—Entonces, dime la verdad —exigió, cruzándose de brazos.

—Corría de alguien, pero no era del señor Seymour —dijo en una voz susurrante, casi inaudible.

—¿De quién entonces?

—Si he dicho que quería protegerte, ¿de quién te imaginas que hablaba? —trató de esquivar la pregunta.

—Sé que no es de lord Wellington, porque estaba conmigo.

—¿Eso te lastimaría? —sonrió perversa, mirando a su amiga con suficiencia al saber que no se había equivocado en sus suposiciones.

—No cambies el tema —demandó y frunció el ceño, tratando de encontrar la respuesta a la pregunta anterior—. ¿Alguien que me heriría de saber que ha hecho algo imperdonable? —Pridwen sintió un gran horror y alzó la mirada—. ¿Mi tío?

—Creo que no estaba en todos sus cabales.

—¿Mi tío? —negó—. No, él no. Quiere a mi tía, lo sé, se nota.

Aquella duda en la voz de Pridwen fue una puñalada contra el corazón de Daira. Era la misma actitud que tomaría cualquiera, terminaría por culparla a ella, porque eso era más fácil a creer que su tío podía ser una amenaza contra las mujeres, peor aún, contra una tan allegada a su sobrina como lo era ella. Estaba claro que Pridwen quería seguir llevando la venda sobre sus ojos y era entendible.

Pese al dolor, Daira permaneció calma, sin hablar, sin mover un músculo del cuerpo mortalmente erguido o del rostro inmutable, pálido y sereno. Sus ojos eran parecidos a la más espantosa tempestad marítima, tal parecía que la fuerza de las olas estuviese encerrada en aquella mirada poderosa que haría dudar hasta al más valiente. Entendía a Pridwen, pero eso no evitaba el dolor. Tan sólo esperaba que no la insultara, que no dijera las mismas palabras que salieron de bocas de otras mujeres malvadas en tantas otras ocasiones.

—Pridwen…

—Tengo que… —ella cerró los ojos y negó ligeramente, sintiéndose increíblemente confundida—. Tengo que irme.

—Por favor, Pridwen…

—No. —Ella se detuvo en su andar hacia la puerta, pero no se volvió—. Por favor, necesito pensar.

Daira asintió ligeramente, al menos no la estaba acusando, pero en cuanto esa puerta se cerró, lo hicieron todas las oportunidades que tenía, si Pridwen decidía que ya no la quería a su lado, no tendría opciones, sin mencionar la amenaza de lady Melbrook, si acaso ese hombre volvía a su vida y ella se encontraba sin protección…

No se lo podía permitir, no controlarían su vida nuevamente. Con una actitud totalmente decidida, la joven salió de la habitación, siendo

centro de las miradas que ella ignoró con un talento adquirido por los años. Bajó las grandes escaleras, sus pasos resonaron por el recibidor y después el gran salón, desde dónde podía ver la cabellera dorada de lord Seymour, rodeado por el resto de sus primos, riendo y disfrutando de la fiesta.

Se acercó lentamente, siendo empujada por gente que bailaba o trastabillaba en ebriedad. Aquellos golpes cometidos por error en su contra, hicieron que se pusiera a la defensiva con las heridas de su cuerpo, obteniendo como resultado una mirada aún más amenazante que la de hace unos momentos. No apartó la vista de su objetivo, de hecho, ni siquiera notó que Pridwen se encontraba en el mismo grupo, discutiendo a base de susurros con lord Wellington.

—Lord Seymour —Daira tocó ligeramente el hombro del caballero y cuando tuvo sobre ella sus ojos tormentosos, continuó con seguridad —: ¿Me permite unos minutos de su tiempo?

El resto de los Bermont mantuvieron una mirada inquisidora sobre la figura de la dama que no parecía amedrentada pese a que era natural que tuviera conocimiento sobre ellos, reconocidos como mujeres y hombres temibles e importantes no sólo para la sociedad londinense, sino para la de muchos otros países que requerían de ellos para la formación de negocios, tratado de tierras, política o dinero.

—Por supuesto —asintió Jason, tendiendo su copa de vino a la mujer que se encontraba a su lado. Daira la recordaba como lady Sophia, una duquesa—. ¿Le gustaría salir al jardín?

—Sí, preferiría la privacidad.

El hombre tendió su brazo para que ella lo tomara con libertad. Para ese momento, que la gente hablara sobre ellos ya no resultaba chocante, de hecho, lo consideraban un pormenor, estarían a punto de darles de qué hablar para todo un año, si es que llegaban a un acuerdo.

Salieron al jardín siendo conscientes de que muchos charlatanes del salón les habían seguido los pasos, mientras que otros, un poco más discretos con sus intenciones, se pegaron a las ventanas que daban buena vista de la pareja que se alejaba con la intensión de perderse de vista, deseando mantener esa conversación en secreto.

—Supongo que viene con una resolución a lo que hablamos.

—Tengo algunas dudas.

—Dígame.

—¿Por qué? —Lo miró de soslayo—. Es un hombre apuesto, amable y rico, cualquier mujer estaría feliz de desposarlo.

—Como dije antes, no es mi deseo casarme y de hacerlo con cualquiera de esas señoritas que me persiguen por doquier, me vería obligado a cumplir con ellas. Mi propuesta hacia usted nos deja con vidas independientes, libres y sin restricciones —Jason paró en seco y

desprotegió la mano que ella mantuvo posada en su antebrazo—. Usted tampoco quiere un matrimonio, pero ansía la protección de uno, casarse conmigo le brindaría eso y más, nadie la molestaría siendo una Seymour.

—Si no desea casarse, entonces no lo haga y listo —solucionó.

—No es tan simple, mi familia desea verme feliz y piensan que una mujer logrará cubrir ese aspecto —recorrió el rostro hermoso de Daira con deleite—, pero no es algo que quiera, no quiero mujeres que puedan meterse en mis decisiones y mi vida.

» Lo que le digo es sensato —continuó muy seguro—. Gracias a Dios tengo un hijo, uno varón, por lo cual ni siquiera necesito casarme para tener un heredero. Pero Jackson necesita una madre y parece tenerle cariño a usted, así que es la solución más simple.

—¿Se casará conmigo únicamente para que sea la madre de Jackson? —entrecerró los ojos con dudas.

—Sí. Es mí única intensión. —Se cruzó de brazos—. Usted tendría las mismas labores que tenía cuando cuidaba de lady Pridwen, con la única diferencia de que estaría bajo la protección de un Seymour. Será un matrimonio que la hará marquesa, se despreocupará de la vida, no volverá a tener miedo y será muy rica.

Daira se molestó por la insinuación de que ella podía ceder ante la expectativa de un título y riquezas, pero en esos momentos no valía la pena esclarecer su personalidad. De hecho, dudaba que en algún momento aquello fuera necesario, porque Jason Seymour estaba dejando todo muy claro: se casarían para que ella fuera la madre de Jackson y nada más. No tendrían amores, no habría relación, no era necesario conocerse, apoyarse o siquiera verse.

Podría sonar como un acuerdo terrible, pero Daira no podía sentirse más feliz con la expectativa. Sería libre, no sentiría miedo nunca más, sabría lo que significaba estar tranquila en una casa que, además, sería la suya.

—De acuerdo.

Capítulo 10

Fue en un día lluvioso y fresco cuando se hizo el anuncio oficial de que el joven lord Seymour se casaría con una simple dama de compañía. Aunque muchos de los invitados de las festividades de los duques de Lauderdale ya sabían de antemano la noticia, no les importó fingir un poco de sorpresa, incluso llegando a escandalizarse y cuchichear junto con los que recibían por primera vez el informe.

Tal parecía que los asistentes de la icónica festividad se volvieron populares de un momento a otro, la sociedad entera deseaba hablar con ellos para conocer detalles sobre la nueva pareja.

Fueron tiempos difíciles para Daira, quien se despidió de la casa de los Lauderdale con suma tristeza al no recibir ni una mirada por parte de su amiga y mucho menos por los duques, quienes no la bajaban de trepadora social e interesada. Aseguraban que los había avergonzado de la forma más ruin, puesto que le abrieron las puertas de su casa y confiaron en ella. «¿Todo para qué?» había dicho la duquesa «Para qué se subiera el vestido ante el mejor postor y lo hechizara sin remedio alguno, ¡Pobre señor Seymour! Qué vergüenza se llevará al tener una esposa de tan baja categoría».

—Daira… Ey Daira, Daira… ¡Vamos, chica, tienes que ponerme atención en algún momento!

La recién nombrada levantó la cabeza y sonrió en disculpas. Estaba rodeada por un grupo de elegantes, respetadas y hermosas mujeres que fueran parientes de su futuro marido.

—Oh —se sonrojó—. ¿Es que me hablaban a mí?

—Por Dios, tienes la cabeza en otro mundo.

—Lo lamento, la verdad me siento un poco incómoda.

La joven se sentó adecuadamente en su silla, mirando a su alrededor para cerciorarse que nadie hubiese visto la escena. Para su desgracia, al estar en *Le Rouse*, uno de los restaurantes más elegantes y prestigiosos de Londres, su presencia era centro de atención, sobre todo porque parecía ser que las Bermont aceptaban tranquilamente a la que sería su nueva prima política, pese a que esta fuera de una categoría inferior a todos ellos.

—Deja de preocuparte por estas gárgolas —se adelantó Blake, tomando la mano de la intimidada muchacha—. Son ellas las que se mueren de celos por tu suerte —elevó una ceja—. Disfrútalo.

Parte del acuerdo con lord Seymour era mantener en secreto la generalidad de su relación, nadie además de ellos debía saber que todo sería falso, que no se amaban, gustaban o siquiera conocían.

—Claro, estoy feliz, pero un tanto atemorizada, esta sociedad con la que ustedes están acostumbradas a lidiar y convivir, eran a los que yo

tenía que servir anteriormente.

—Bueno, eso no es verdad —aseguró Micaela—. Tú eras una dama de compañía, no tenías que servir a todos los demás, sólo a la mujer que necesitara de tus servicios, en este caso Pridwen.

—Sí —oír el nombre de su amiga la hizo decaer—. Así era.

—Lamento que las cosas no fueran bien con ella —se adelantó Sophia—. Dale tiempo, ya verás que superará esto.

—¿A qué se refieren? —Daira las miró con el ceño fruncido.

—Bueno, todos saben que lady Pridwen se molestó porque no logró salir comprometida con ninguno de los buenos partidos que estuvieron presentes en la fiesta de sus tíos. —Explicó Micaela.

—¡Oh, no! —Daira negó con espanto—. Nada de eso, Pridwen no quería a lord Seymour para ella, ni tampoco se ha disgustado por no tener un compromiso al terminar las festividades. Se ha enojado conmigo por algo completamente diferente.

—¿Es tan grave? —inquirió Sophia—. Las pensé inseparables.

—Descubrió algo que no quería.

—¿Sobre usted? —insistió Grace.

—Sobre alguien cercano a ella —sonrió la joven y quitó importancia con un movimiento de su mano—. Bueno, esto está delicioso señora Rinaldi, he de felicitar a usted y a su esposo.

—Somos exigentes con todo lo que hacemos —asintió Micaela con satisfacción—. ¿Y ya tienen fecha para la boda, querida?

—Bueno, el señor Seymour…

—¡Oh! Pero ¡qué ceremonioso se escucha eso! —se burló Gwyneth —. Se van a casar, ¿verdad? Deberías tutearlo cuanto antes.

—Me será complicado, puesto que no nos conocemos mucho y él es tan… —se mostró nerviosa cuando todas las miradas se posaron sobre ella—. Digo, claro que lo conozco, pero no para tutearlo.

Estaba claro que esa reunión con las primas de Bermont no era simplemente para acercarse entre ellas, sino que estaban investigando las verdaderas razones de su primo para acceder de buena gana a un matrimonio, sobre todo cuando se había rehusado terminantemente en el pasado. Aquello era simplemente sospechoso.

—De hecho, lo considero presuroso —aceptó Sophia—. Jason siempre fue impulsivo, pero desde que tuvo a Jackson, todo cambió.

—Creo que eso tiene mucho que ver en su decisión —Daira tomó la oportunidad que se le brindaba—. El que Jackson esté tan tranquilo a mi lado debió ser una de las razones por las cual él aceptó.

—¿Aceptó? —Blake frunció el ceño—. ¿Cómo si usted se lo hubiese propuesto?

—No le pedí que se casara conmigo, lady Hillemburg, se lo aseguro. —Aunque Daira sentía que lo obligó a que se lo propusiera con todas las mentiras que se inventó sobre ellos.

—No es un interrogatorio —amenizó Gwyneth—, estamos felices de que Jason decidiera rehacer su vida.

A partir de esa intervención, la conversación derivó a temas agradables, y conforme se fueron conociendo, las bromas y las risas se hicieron sonar por todo el lugar, tal parecía que se llevaban de maravilla y eso alegró a Daira. Sin embargo, existía una duda persistente en su cabeza y no encontraba la forma de preguntarle a ninguna de las damas con las que pasó gran parte de la tarde; y es que el tema de la antigua esposa de Jason era un misterio que ella quería al menos conocer antes de inmiscuirse con ese hombre.

Daira sabía lo mismo que todos, simplemente un día la pareja perfecta desapareció del ojo público y cuando Jason Seymour reapareció, lo hizo de negro, alejado de toda mujer y con un hijo pequeño, siempre cuidado por nanas que fueran seleccionadas por el heredero en persona para los momentos en los que se ausentara.

Decidió que quizá, más entradas en confianza y con el alcohol que estaban ingiriendo, podría preguntarle a alguna de ellas. Pero, o tenían una resistencia espectacular, o pensaban hacer lo mismo para con ella, puesto que ninguna cedía su cordura. Sobre todo, las mayores: Blake y Sophia, cuyas miradas penetrantes jamás se apartaban de la muchacha que trataba de simular relajación. Daira sabía perfectamente que la duquesa de Westminster era la esposa del hermano de Annelise, la antigua mujer de Jason, así que tenía un mayor interés en hacer que Sophia perdiera sus cabales cuanto antes.

«¿Acaso me está poniendo a prueba?» se preguntaba cada cierto tiempo, enervada y a la vez, interesada.

—Con qué aquí es donde se habían metido —la voz sedante de un hombre rozó suavemente los oídos de las chicas en la mesa.

—¡Mi amor! —sonrió Micaela, quién fuese la que más había perdido la consciencia junto con Grace—. ¡Llegaste por mí!

—En realidad no —sonrió el hombre, acercándose lo suficiente para que su esposa lograra tocarlo—. Teníamos una cita aquí —elevó ambas cejas—, pero veo que tendremos que cancelar.

—¿Cancelar? No, no. Puedo con la reunión.

—Sí, claro —sonrió abiertamente, acariciándole el hombro—. ¿Podrás con una reunión con Carson Crowel?

—¡Oh, no! —decayó la mujer—. ¿Era hoy esa cita?

—Ya no más.

—¿Ashlyn está en Londres? —se emocionó Blake, dando paso a su sonrisa—. ¿Dónde? ¿Ya están en su casa?

—Mmm… ¿de nuevo contra el vino tinto, preciosa? —se burló Calder, deteniendo el andar de su mujer.

—Vamos ustedes dos —pidió Terry a su esposa y cuñada—. Gwyneth, te llevaré a casa en seguida, seguro a Publio no le agradará

ver esas mejillas sonrojadas por el exceso de alcohol.

—¡No le digas! —sonrió lánguidamente—. Por favor, no le digas.

Con poco o nada de trabajo, los hombres lograron poner en pie a sus correspondientes esposas, Terry siendo el único que también tomaría consigo a la esposa de su hermano, dejando solas a Sophia y a Daira, ambas en plena consciencia y miradas escudriñadoras.

—Parece que nos hemos quedado solas —inició Sophia.

—Creo que era su plan desde un inicio, lady Ainsworth.

—No me llames por el apellido de mi marido, tampoco por su título —pidió cortés—. Me es ligeramente desagradable.

Daira frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Alguna razón en específico?

—Detesto la idea de perder mi apellido en el momento en el que fui de él, es una tontería en realidad, amo a mi marido, pero me gustaría seguir siendo independiente de él.

—Dudo que alguien sea lo suficientemente tonto como para delegarla a ser sólo una esposa, mi lady.

—Sophia, sólo Sophia. —En esa ocasión, lo pidió con más autoridad —. Ahora, es verdad que propicié este encuentro y creo que comprende la razón.

—Claro que sí, aunque no creo que debamos de hablar de ello.

Al menos, Daira no quería hablarlo con ella. Se sentía sumamente incómoda al ser ella la esposa del hermano de la susodicha.

—¿No tienes curiosidad sobre ella?

—No —Daira se mantenía segura, sin bajar la mirada u intimidarse por la situación—, considero que es un tema pasado y si lord Seymour ha decidido casarse de nuevo, piensa lo mismo.

—Esa respuesta me hace sospechar aún más.

—Lo hace por su hijo más que nada —explicó Daira—. Se dio cuenta que me llevo bien con el pequeño Jack y supongo que él no me encuentra tan monstruosa como a las otras chicas.

—Así que sabes sobre eso —elevó una ceja—. Has de saber que se negaba a casarse por esa misma razón; sólo puede pensar que las mujeres son mentirosas, interesadas o trepadoras sociales.

Los ojos azules de Daira se cerraron lentamente.

—Le aseguro que él no me acuña ninguna de esas apelaciones, parece que le agrado y le es relajante pasar tiempo conmigo.

—No creas que te desapruebo, por el contrario, me alegra que al fin esté buscando reconstruir su vida. Dios sabe que es un buen hombre, pero ha sufrido mucho y las barreras que formó a su alrededor las creía impenetrables.

—¿Por qué se preocupa tanto por él?

—Seguro que es porque lo vi sufriendo, estuve ahí.

—Entiendo, agradezco su preocupación lady Sophia, pero sigo

pensando que seremos un buen matrimonio y creo que la gente lo aceptará al ver el ejemplo que hacen los Bermont por estar a mi lado.

—Si no es nada contra ti, me agradas, eres una chica inteligente, segura de ti, hermosa, pero quizá demasiado orgullosa, por eso quiero que sepas que Jason no es un hombre fácil, pese a que lo parezca… —Sophia alargó la mano y tomó el brazo de su futura prima—. Sé que podrás conquistar su corazón destruido.

Daira sonrió, no era su plan, ni tampoco era el de lord Seymour, pero tendría que fingir tener algún interés en él si deseaba continuar con toda esa farsa que se habían impuesto.

—¡Sophia Pemberton! —La voz llena de reconvención crespó los nervios de ambas damas en la mesa.

—Demonios, debí irme antes —se apesadumbró la joven.

Daira sonrió pese a que entendía poco la reacción de la dama hacia su madre. Así que esperó con impaciencia a que la mujer de cabellos rubios y ojos grises se acercara a ellas para dar su resolución.

—Madre mía Sophia, tu marido te ha buscado por doquier.

—Es su turno de quedarse con las niñas —se inclinó de hombros—, también merezco unos momentos de relajación.

—Al menos le hubieras dicho… —los ojos de Elizabeth se fijaron de pronto en la mujer desconocida—. Oh, ¿es usted la señorita Fiore?

Fue una lástima para la muchacha que la conversación pasara tan rápidamente a ella: “la intrusa que estaba por hacerse de un título que no le correspondía al no tener el grado de nobleza necesaria”.

—Sí, su señoría —Daira dio una ligera inclinación de cabeza como muestra de respeto.

—¡Esto es genial! —gritó la mujer, llamando la atención del resto de los comensales—. ¡Marinett! ¡Mira con quien está comiendo Sophia! Nome lo vas a creer.

Una mujer de cabellera estrictamente recogida de un color negro canoso se acercaba con tal vehemencia que lograba poner los pelos en punta de la que sería su futura nuera. Seguía siendo una mujer hermosa pese a que las líneas de expresión daban indicios de su edad, parecía una persona regia, de carácter y aplomo. Intimidante al no tener una expresión escrita en sus facciones.

—Señorita Fiore —habló con voz modulada—. Estaba esperando este encuentro, aunque no contaba con que fuera hoy y en este lugar.

—Lady Seymour —Daira se puso en pie con respeto—. Es un honor al fin conocerla, he escuchado mucho de usted.

—¡Ja! ¿no ha sido un honor conocerme a mí también? —se ofendió la madre de Sophia, pero la réplica fue ignorada por todas las damas presentes en la mesa.

—¿Podemos acompañarlas? —cuestionó la marquesa, tomando en su mano la silla y sentándose sin aprobación.

Un inclemente silencio se instaló por largos momentos, derivando a una disputa de miradas que Daira soportó con gracia y prudencia que terminó por agradar a la madre de Jason.

—Eres una mujer de carácter, puedo verlo —dijo Marinett después de unos momentos—. Aunque me desconcierta que mi hijo no tuviera la decencia de presentarla como es debido ante nosotros.

—Estoy segura que estará esperando al mejor momento, mi lady.

—Seguro. —El tono de Marinett mostraba la poca credibilidad que adjudicaba a las palabras benevolentes de su futura nuera—. Fue un amor rápido a mi parecer, se creería que Ham House hizo magia.

—Ambos creemos que un cariño inicial puede derivar al amor. —Daira habló con una seguridad que reconfortó a Marinett—, aunque me temo que ninguno ha llegado hasta ese punto tan deseado.

—¿No hay amor? —se extrañó Elizabeth.

—Le tengo un gran cariño y respeto, el amor llegará, lo sé y a mi parecer, son contados los matrimonios que inician con amor —apuntó con elocuencia—. Y nosotros estamos bien encaminados.

—Entiendo. —Marinett entrecerró los ojos—. Ya que lo afirma con tanta seguridad, confiaré en que hacen esto con la idea del amor en la cabeza. —Marinett aceptó la taza de café que un mesero llevó a su mesa sin siquiera pedirlo—. Dígame, ¿Quiénes son sus familiares?

—No los tengo.

—¡Válgame Dios! —Elizabeth se abanicó con sus manos—. ¿Nada querida? ¿Ni siquiera parientes lejanos?

—No, señora.

Para las damas de sociedad, era un requisito fundamental tener por lo menos un familiar, aunque este fuera lejano. Era la norma prioritaria para cualquier familia burguesa de mediano estatus, la dinastía de las casas debía ser lo suficientemente fuerte como para poder subsistir a los años. Pero esa cuestión no salió a la luz debido a la firmeza con la que la señorita Fiore zanjó el asunto.

—¿Y de dónde es usted, en ese caso?

—De todas partes, mi lady, gran parte de mi vida la llevé entre barcos, trenes y carrozas, aprendiendo entre las cortes y maestros.

—¿Es usted estudiada?

—Sí, fui dama de compañía incluso de reinas, pero también he sido institutriz por bastante tiempo.

—Eso será bueno para Jackson —trató de salvar Sophia—. Todas sabemos que necesita la ayuda de alguien como ella.

—Sin duda una de las razones más fuertes por las que Jason decidió el matrimonio —Elizabeth tapó su boca en muestra de vergüenza—. ¡Oh! Pero no me malentienda, por supuesto que usted es una mujer hermosa y de virtudes.

—No me molesta saber que un hombre antepone a su hijo a sus

necesidades personales, por el contrario, me enorgullece esa parte de él —aseguró la joven con tranquilidad.

—Entiendo que se ha encariñado con Jackson —dijo entonces Marinett—. Pero ¿qué hay de mi hijo? ¿Qué fue lo que lo llamó hasta él como para aceptar su proposición?

El silencio de Daira hizo evidente que ella no tenía una respuesta formulada para esa cuestión. Mas, con pasmosa calma, permaneció callada mientras pensaba y llegaba a una conclusión.

—Creo que ha sido su bondad, sus modales igualitarios y amor hacia su hijo. Cualquier mujer se cautivaría con él viéndolo actuar de esa forma; da esperanza a un futuro apacible, respetuoso y cariñoso.

Sophia sonrió y miró a las enmudecidas mujeres.

—Creo que ella es lo suficientemente buena como para hacer que ustedes dos se queden sin palabras —dijo triunfal—. Si no les importa, señoras, podríamos derivar la plática a cuestiones de la boda.

—Claro. Pero antes quisiera saber en dónde se está quedando —inquirió la madre de Jason—, al no tener familia, dudo que haya una casa donde usted esté siendo hospedada correctamente.

—Sugerí un hotel —las mujeres se escandalizaron—. Pero Lord Wellington ofreció hospedarme en una de sus casas desocupadas.

—Mi sobrino no tiene casas desocupadas —hizo ver Elizabeth, dudando de la integridad de la mujer—. No hablará de su casa de soltero ¿verdad, lady Fiore?

—Mamá, actualmente Adrien vive con los tíos, así que la casa está desocupada y sin peligros para ella.

—No me agrada —dictaminó Marinett—. Esa casa, pese a estar desocupada, tiene visitas indecorosas para una dama que está por casarse, despertará habladurías.

Daira pensó en las muchas veces que los amigos de dicho lord llegaron a altas horas de la madrugada, tocando sin cesar para entrar con mujeres que claramente estarían ahí por toda una noche. Eran hombres divertidos y se mostraban aún más alegres al verla a ella ahí, en bata y con el desconcierto impreso en su mirada. Jamás se quedaban, pero hacían muchas burlas a causa de ello.

—Micaela no pudo ofrecer su casa debido a que estarían por moverse y nosotros nos vamos mañana —argumentó Sophia.

—¿Blake? ¿Qué hay de Blake? —miró Elizabeth a su hija.

—Los Hillemburg se irán a Francia en dos días.

—Es inadmisible que se quede ahí —la voz imperativa de la marquesa no dejó escapatoria—. No me parece una opción que se quede en el castillo Seymour debido a que Jason está ahí, pero desapruebo la opción hasta ahora establecida.

—¿Qué me dicen de Ashlyn? —propuso Elizabeth—, por lo que sé, han regresado de viaje y podría ser una opción.

—¡Ashlyn! Por supuesto, Matteo ha mencionado que tendrán una reunión con el señor Crowel, eso quiere decir que Ashlyn está en casa —aplaudió Sophia—. Yo misma haré la petición.

—En realidad, yo preferiría un hotel, no es nada fuera de lo que estoy acostumbrada. —Para ese momento, Daira estaba suplicando.

—Querida —La voz de Marinett se hizo más dura—. Creo que no entiendes la generalidad de lo que te está pasando, ahora serás una condesa y futura marquesa, no te puedes prestar a habladurías.

—Más de las que ya hay —apuntó Elizabeth.

—Mamá, por favor…

—Ashlyn estará feliz de recibirte —continuó Marinett con apabullante determinación—, fin de la discusión.

Los nervios subieron por todo el cuerpo de la joven prometida, los Crowel eran personas conocidas por todo el mundo, su banco era uno de los más seguros y fructíferos del momento, trabajaban con cientos de personas, incluso con ese hombre al que ella tanto temía. Si acaso la reconocían, podría llegar a ser su perdición. Pero dadas las circunstancias, no había forma de negar la invitación.

«Ser una marquesa suena… complicado» se dijo a sí misma. Estaría bajo el ojo público y llevaba toda una vida tratando de pasar desapercibida, era un giro desagradable para su vida de incógnita.

Capítulo 11

El otoño seguía en su apogeo y las ventiscas arrastraban cada vez más cerca el frío del invierno hacia Londres. Hasta el momento, las cosechas estaban superando las expectativas y eso creaba un ambiente alegre entre los campesinos, pero también entre los nobles, compartiendo veladas y festivales junto con las personas del pueblo.

Aunque estaba claro que el acontecimiento que se esperaba con ansias era la boda de lord Seymour. Aun con unos meses para los preparativos, desde el primer instante se había acordado que sería una ceremonia pequeña, sin muchos invitados y poco espaviento, esto a petición del mismo Jason, ya que serían sus segundas nupcias y no era de su especial interés celebrarlo con el resto del mundo. Daira no podía estar más de acuerdo, pese a que el acontecimiento de su boda debía ser tomado con interés y alegría, ella prefería mantener un perfil bajo, tan bajo como le fuera posible.

Por lo cual resultaba propicio vivir con los Crowel. Pese a que en un inicio el quedarse con ellos le pareció intimidante, el miedo pasó rápidamente al percatarse que el señor Crowel pasaba poco tiempo en casa y, al no tener hijos, la señora podía hacer lo que se le placiera. Para Daira, esa mujer le parecía irreal, no podía creer que existiera una persona que pudiera estar siempre alegre y positiva, nunca parecía tener un mal día y resultaba irrefutable el hecho de que la dama prefería la compañía de los aldeanos que de los nobles.

Y gracias a que Daira se encontraba con la mujer más alegre del mundo, era notorio el contraste que se tenía con su actitud que parecía más bien decaída y lúgubre. Muchos decían que esa actitud se debía al desinterés del novio por estar con ella y se daba por entendido que el amor que se dijo que existía no era más que una falacia. Para esos momentos se enaltecía a lord Seymour por su bondad al desear salvar a una hermosa mujer de su vida de doncella, mientras que a ella se la juzgaba de oportunista y escaladora social.

Tampoco era algo nuevo y pese a que su prometido no se hiciera presente, recibía visitas constantes del pequeño Jack, el único indicio de que el padre se sentía lo suficientemente conforme y confiado con la unión como para ceder el cuidado de su tan amado heredero y estaba claro que no necesitaba otro. Eso hacía de la mujer con la que se casaría un mero adorno para deshacerse de los constantes asaltos de las madres que, con esperanza de una ruptura, seguían ofreciendo a sus hijas hermosas y en edades casaderas.

En ese momento, Daira caminaba junto a su anfitriona por los enormes y bien cuidados jardines de la propiedad. Ya no le era nuevo las rutinas de la señora Crowel, se acostumbró a sus despertares

matutinos y desayunos tardíos, era imprescindible para ella salir a admirar lo hermoso de la vida y la felicidad que nacía de un compromiso hecho con uno mismo. Ashlyn aseguraba que era el primer paso para la felicidad y Daira no podía contradecirla porque esa mujer era la prueba viviente de la alegría.

—Dígame Daira, ¿le gustan las fiestas?

—No tengo nada en contra de ellas.

—Una respuesta ambigua de nuevo —sonrió la pelirroja—. Bueno, me alegra que no le disgusten, iremos a una esta noche.

—¿Sin el señor Crowel?

—Oh, será mucho más divertida sin él.

La mujer pestañeó un par de veces y la miró mientras caminaban por el jardín de tulipanes.

—¿No se disgustará por que asista sin él?

—Seguro lo preferirá —aseguró maliciosa—. Aunque hemos de regresar antes de que se dé cuenta o estaremos en graves problemas.

—¿No sería mejor no ir?

—¡Pamplinas! —negó la muchacha—. No puedo faltar, aseguré mi asistencia y es una descortesía.

Daira pensó en todos los nobles que estarían oficiando una velada esa noche y ninguno de los nombres fue de su agrado. Aunque dadas sus circunstancias, ella no sería bien recibida ni siquiera en las veladas de la media burguesía.

—Si insiste en ir, es mi deber acompañarla.

—No es tu deber, por Dios ¡Qué formal eres! —la empujó un poco —. ¿Cuándo me considerarás una amiga?

—La considero una amiga.

—Entonces llámame Ashlyn de una vez y vámonos —la agarró con excitación—, se nos hará tarde si no nos arreglamos.

Los ojos de Daira se volvieron hacia el cielo, no sería más de medio día. A lo que ella sabía las veladas comenzaban en la noche, como cualquier noble de buena cuna haría para exhibir aún más su opulencia y plenitud económica. No comprendía las prisas, pero se dejó llevar por la mano que se aferró con fuerza a su muñeca, jalándola hacia el interior.

—Te será una fiesta completamente nueva, te encantará lo sé, te aseguro que jamás te vas a divertir igual.

Daira no podía creer en la promesa, asistió a varios bailes, invitada más que nada por las primas de su futuro marido, pero jamás las disfrutó, mucho menos se divirtió estando en ellas. Siempre fue centro de críticas y señalamientos que la hacían sentir una extraña, una persona no deseada.

El hecho de que el señor Seymour nunca asistiera o, si lo hacía, jamás se le acercara, potencializaba su desazón y el incremento de las

habladurías en su contra. Entendía perfectamente que ellos no se habían jurado amor eterno, mucho menos condescendencia, pero al menos deberían fingir un poco de cariño o al menos anhelo.

Cada una se encerró en sus habitaciones para cambiarse, dejando a Daira con su usual sentimiento de no tener nada que ponerse. Sus vestidos eran simples, adecuados para una dama de compañía que no debe llamar la atención más que la mujer a la que escoltaba. Eran sosos, con brocados hasta el cuello, de colores apagados, pasados de moda y sin dejar a lucir sus atributos.

Suspiró.

Era lo que tenía y sería lo que usaría, ¿qué más daba? No había forma de que usando algo diferente, las personas pensaran mejor de ella. Tomó uno de sus usuales vestidos y los colocó sola, con la experiencia de quien lo ha hecho toda su vida. Los sirvientes no se inclinaban a complacerla, así que ni siquiera hacía por pedírselos.

Salió de su habitación y fue a tocar a la principal, desde dónde se escuchaban gritos y risas por parte de la señora de la casa.

—¿Señora Crowel?

—¡Dije que me llamaras Ashlyn! —gritaron desde el interior—. ¡Sólo Ashlyn! ¡Y pasa, mujer, pasa de una vez!

Daira giró la perilla de la puerta y se encontró con una escena que la desconcertó. Si pensaba que su vestido era inadecuado para una fiesta de gala, el atuendo de la señora Crowel era mucho más desatinado, por no decir que una locura.

—Pero… ¿qué hace? —inquirió extrañada.

—¡Ay, no! —La pelirroja se carcajeó al ver a su amiga parada en la puerta con esa expresión de horror—. No podrías estar más inadecuada Daira, venga, toma uno de mis vestidos.

—Pero esos… —negó—. No son adecuados para usted.

—¡Claro que sí! Ven, toma este, resaltará el color de tus ojos.

La mujer tendió una tela fresca, con un corsé que no parecía tan riguroso como lo acostumbraba, sin crinolina, sin joyería y sin absolutamente nada que la hiciera parecer una señorita de categoría.

—Mi lady, he de preguntar a dónde vamos, está claro que no será una velada oficiada por algún noble u rico comerciante.

—Iremos a una fiesta de los trabajadores, para trabajadores.

—¡Qué dice! No puede ir a un lugar así.

—Lo hago siempre —se inclinó de hombros—. Verás como son más amigables que todos esos estirados de las veladas de alcurnia.

—Pero…

—Vamos, vamos —apuró, dándole la vuelta para desabotonar el vestido que Daira llevaba—. Vamos tarde, increíblemente tarde.

La joven prometida mostró resistencia la mayor parte del tiempo, pero permitió que se le colocara una falda holgada, una blusa fajada,

botines y que le soltara su larga cabellera castaña, permitiendo que sus risos enmarcaran su rostro, únicamente prendiendo la mitad de su melena, exaltando una vivacidad a su rostro que de pronto se mostró mucho más joven y alegre.

—Pero qué bonita eres —Ashlyn sonrió satisfecha—. Si no fuera yo tan bonita también, me pondría celosa de ti. ¡Pero vamos, vamos!

Ashlyn Crowel la llevó a rastras durante todo el trayecto, mientras le iba contando las cosas fantásticas que pasaban en las veladas de los trabajadores del lugar. Aseguró que todos los hombres eran caballerosos y las damas, siempre amables y amenas, no había alma que no disfrutara de la velada, todo era armonía y felicidad.

Cuando al fin el granero se vio a la lejanía, arrojando música, luz y gritos de gozo, Daira tironeó ligeramente de la mano que la jalaba, tratando de encontrar coherencia en Ashlyn, pero la Bermont simplemente la tiró de nuevo y la introdujo a ese lugar que, pese a tener puertas y ventanas abiertas, el calor humano sobrecogía y quedaba bien quitarse los abrigos que eran arrojados sobre una mesa de madera, donde seguramente se perderían para siempre.

—¡Vamos! —sonrió Ashlyn.

La felicidad que emanaba el lugar era contagiosa, el recibimiento, caluroso; sin pedirlo, las obligaron a beber algo como inauguración a su entrada, entonándolas rápidamente con el ambiente festivo. Por primera vez, Daira se sintió feliz, rio, jugó y bailó con todo aquel que se lo pidió, fuera hombro o mujer.

Eran bailes sin sentido, la gente se equivocaba y pisaba, brincaban de un lado a otro, giraban hasta que las faldas dejaban ver sus tobillos y el sudor provocaba que sus cabellos se mojaran y se les pegaran en la nuca y en su cara. Era liberador y adictivo, las horas perdían sentido y uno simplemente era feliz.

Ashlyn se acercó corriendo a Daira, tomándola de las manos y brincoteando mientras daban vueltas al sonar de la música proveniente de un desafinado violín y un entusiasta acordeón.

—¿Te estás divirtiendo? —Ashlyn le gritó por encima de las risas y la música que las envolvía.

—¡Jamás me había divertido así! —devolvió en medio de su felicidad y la deliciosa sensación del vino subiendo por sus venas.

—¡Ashlyn Crowel! —gritó de pronto una voz escalofriante que provocó que todo el lugar se apagara en cuestión de segundos.

Ashlyn soltó las manos de Daira a pesar de que estaban girando, provocando que la última se tambaleara y cayera en los brazos de un atinado hombre que logró detener su caída libre hacia el suelo.

—Carson… —susurró Ashlyn ligeramente asustada, el alcohol ayudaba a que no digiriera la situación—. ¿Has venido a la fiesta?

—¿Sabes qué hora es? —se acercó el intimidante hombre.

—¿Las once? —quiso pensar.

—Las dos de la mañana —corrigió, agarrando uno de sus brazos para equilibrarla—. Eres la mujer más irresponsable que conozco.

—Pensé que llegarías más tarde.

—¿Te parece una excusa? —miró a las personas apabulladas a su alrededor, quienes daban pasos hacia atrás. El acaudalado hombre suspiró y habló—: lo lamento, pueden proseguir con su celebración.

Sin embargo, la música y las personas seguían paralizadas, no renovarían la fiesta hasta que el señor Crowel se fuera, le tenían el suficiente miedo y respeto como para no hacerlo antes.

—Señorita Fiore. —La joven sintió que un escalofrío recorría su cuerpo al escuchar su nombre salir de esa voz fría y atemorizante—. Creo que hay alguien que igualmente busca velar por su seguridad y puede que esté muy irritado. La está esperando afuera.

El señor Crowel tomó a su mujer en brazos y la sacó de esa forma del granero. Daira frunció el ceño, nadie podría estar esperándola, estaba sola en el mundo y lo que pudiera hacer de su vida pasaba sin ningún interés para todos los demás.

—¿Quiere que la acompañe, señorita? —ofreció el hombre que seguía sosteniéndola para que no cayera—. Me parece que le es imposible caminar en soledad.

Daira le dio la razón, aquellas vueltas, ese alcohol sospechoso y las largas horas de beberlo deberían estar pasando factura.

—Tiene razón, ¿sería mucha molestia que me ayudara a salir?

—Ninguna molestia, está segura conmigo, venga, apóyese en mí.

Daira dudaba que algún hombre lograra hacerla sentir segura, pero en ese momento, aquel mozo era su mejor opción, sobre todo por la desazón que sentía al escuchar decir al señor Crowel que alguien esperaba por ella a las afueras del lugar. Temía en mucha medida que se refiriera al hombre al que más le temía, aquel con la que lady Melbrook la amenazó en el pasado.

Hizo su mayor esfuerzo para mantenerse erguida y caminar derecho, sin embargo, sus piernas trastabillaban incansablemente, ocasionando que el hombre buscara estabilizarla al sostenerla por el brazo, tratando de no incordiarla.

Al ver la escena, el caballero que la esperaba en la salida tiró el cigarro del cual fumaba y se adelantó hacia la tambaleante mujer para llevarse la tarea de no dejarla caer al suelo.

—Gracias por traerla. —Agradeció James Seymour con una sonrisa amistosa—. Me haré cargo a partir de este momento.

El mozo lo miró con ciertas dudas, no dejaría a una mujer en estado inconveniente con un desconocido, mucho menos uno tan bien vestido como ese, el cual seguro podría abusar de la inferioridad de categoría de la dama, así como su falta de dominio en sus sentidos.

—Lo siento, mi lord, ¿quién es usted?

—Mi nombre es Jason Seymour —dijo tranquilo y estirando las manos hacia ella—. Y la dama en cuestión es mi prometida.

—¿Es eso verdad, Daira? —corroboró el hombre.

—Sí —cerró los ojos la joven—. Está bien Evan, me iré con él.

El hombre de espeso bigote, manos rugosas y una edad mucho mayor que la de ambos, se mostró poco convencido, pero al final, entregó a la señorita al hombre que se decía ser su novio, mirándolos con escepticismo mientras Daira era tomada en brazos para ser llevada de regreso a la mansión de los Crowel.

—¿Qué hace aquí, lord Seymour?

—Me gustaría dirigirle la misma pregunta a usted —le dijo divertido—. No creí que fuera de la clase de mujer que se escapa a una jerga de los trabajadores.

—Lady Ashlyn me convenció, en un inicio ni siquiera lo sabía.

—Debí suponerlo —negó sonriente—. ¿Se ha divertido?

—Lo suficiente como para tener un mareo persistente y una sonrisa inquebrantable —elevó una ceja—. ¿Se encuentra molesto?

—Considerando que no había forma de evitarlo al estar usted hospedada con mi prima, la molestia estaría injustificada.

—Me siento muy avergonzada.

—Debo admitir que me agradó verla bailar con esa soltura, normalmente está tan rígida que la creí incapaz de moverse así.

Deseando no seguir con el tema, la joven pataleó ligeramente y se removió, pidiendo de esa forma que la volviera a colocar sobre el suelo. Jason lo hizo con cuidado, tomándola de la cintura con delicadeza cuando se percató que estaba por caerse de nuevo.

—¿A qué ha venido, mi lord? —Daira colocó las manos en el pecho de su prometido para distanciarlo—. No lo había visto en días.

—Lamento no haber hecho las visitas ordinarias de un novio, pero resulta que estaba ocupado con negocios. —Elevó una ceja ante la cara de incredulidad de su prometida—. Estaba con el señor Crowel.

—Así que por eso el señor Crowel no llegaba a casa—comprendió, tambaleándose por el camino, siendo capaz de sentir las manos que volaban hacia su cintura para evitar que cayera.

—Digamos que esta velada fue la revancha de mi prima por sus constantes llegadas tarde —la miró directo a los ojos—. Dígame, ¿Hará lo mismo una vez que estemos casados?

—No. No tengo derecho a reclamarle nada.

Jason pasó sus manos entre sus cabellos rubios, alborotándolo al punto de liberarlos de su prisión recatada que llevaba en el día. Por sus movimientos desesperados era claro que estaba arrepentido.

—Lamento todo lo que ha tenido que escuchar hasta ahora.

—No es su culpa.

—Lo es. Me he comportado desinteresado con la mujer que aseguré amar y que dentro de poco será mi esposa.

—Yo lo entiendo —aseguró.

—Pero el resto de las personas no —sus labios se curvaron hacia un lado—. Supongo que te habrá sido difícil lidiar con esas mujeres.

—Sé lidiar con tontos insultos, no debe preocuparse por mí.

—De ahora en más, tendremos que poner todo nuestro empeño en fingir ser una pareja feliz ante las nupcias.

—Puedo hacerlo, soy buena mintiendo.

—Ya lo creo. —Su voz sonaba a burla, pero sus facciones seguían siendo encantadoras y cariñosas—. ¿Está segura que puede andar?

—Sí —miró a sus pies, para después fruncir el ceño—. Dudo que vuelva a salir con lady Ashlyn de esta forma, es peligrosa.

—Crowel no se lo permitirá tampoco, no debe preocuparse.

Caminaron lentamente hacia la propiedad, la fresca noche provocó que el estado de embriagues de Daira se acentuara, pero se hizo de todos los medios para que esto no se notara. Sin embargo, Jason conocía bien lo que era pasarse de copas y cuando ella corrió hacia unos arbustos y vomitó, él ya se lo estaba esperando, así que fue detrás de ella y sostuvo su cabello hasta que se sintió mejor.

—¡Qué vergüenza! —cerró los ojos con fuerza.

—Tranquila, a todos nos ha pasado en alguna ocasión.

—Seguro a una dama de alcurnia no… ¡Qué digo! Yo no soy una dama de alcurnia, por lo cual está bien lo que pasó.

—No digas tonterías, he sostenido el cabello de más de una de mis primas cuando se pasan de diversión.

—¿En verdad? —lo miró esperanzada.

—Sí, en verdad —Jason rebuscó en su chaleco y tendió un pañuelo limpio—. Vamos, tenemos que seguir, cada vez está más fresco y no quiero que se enferme.

Daira no supo si era por el aturdimiento del vino o por el hombre a su lado, pero algo dentro de ella se derritió cuando la trató de hacer sentir mejor. Limpió sus labios con el pañuelo y lo apretó entre sus manos, decidida a no devolvérselo sucio.

—Lo lavaré.

—Tranquila, no es de gran importancia.

—Lo devolveré limpio, se lo aseguro.

—Bien, esperaré por ello.

La ayudó a ponerse en pie y la dejó caminar por delante de él, cuidando cada paso para que no trastabillara. Daira podía sentir el sutil toque de las manos de su prometido cuando de pronto quería equilibrarla; sus dedos volaban discretamente de un lado a otro de su cuerpo, en ocasiones la tomaba con fuerza de un codo cuando tropezaba y una vez, la envolvió en sus brazos para alejarla de una

brecha, permaneciendo en esa posición por varios segundos; Daira mirándolo con sorpresa y vergüenza, mientras que Jason la recorría con una mirada penetrante, seductora y muy compleja.

Sólo después de un largo momento, ella se dio cuenta que era necesario separarse y forzándose a salir de su ensoñación, se apartó de él. Daira bajó la mirada, acomodó un poco su cabello y miró de un lado a otro con el corazón golpeando contra su pecho. Se vio en la necesidad de morder sus labios para obligarse a darle las gracias y seguir caminando con la poca dignidad que le quedaba.

«Es testaruda, eso sí» se decía Jason, siguiéndola con una sonrisa.

Cuando al fin divisaron la casa Crowel, la joven dejó salir un suspiro de alivio, había logrado llegar ahí por sus propios pies y se sentía orgullosa de ello. Subió las escaleras del pórtico con una sonrisa, sin apenas recordar que su prometido debía marcharse y, por tanto, ella debía despedirle. Jason, notando su despiste, alargó el brazo y logró entrelazar sus dedos con los de ella, deteniendo su andar decidido hacia el interior de la casa.

Los ojos brillantes de la joven se fijaron en la unión de sus manos por unos segundos, para después levantarse con extrañeza hasta el rostro de su prometido. Como toda respuesta, Jason acarició con su pulgar el dorso suave y pálido de la mano de su prometida, llevándosela a los labios para suavemente besarle los dedos en una casta despedida muy propia de unos prometidos.

Daira adjudicó el revolcón de su estómago a sus excesos con el alcohol, pero el sonrojo repentino no podía ser por nada más que el beso sedante y dulce que provocaba una sonrisa enternecida por parte de su prometido. Motivado por su respuesta, Jason subió los escalones que le faltaban para quedar a su altura, le tomó el rostro con cariño y le besó los labios impetuosamente, obligándole a abrazarse a su cuerpo para no caer a sus pies por la debilidad de sus piernas.

Estaba claro que esa mujer sabía besar, quizá fuera instinto, quizá lo hubiese hecho antes, pero de la forma que fuera, Jason sintió que su cuerpo reaccionaba al de ella. La envolvió con sus brazos, acercándola hasta que entre sus cuerpos no existía distancia alguna. Era una tentación o tal vez una perdición la forma en la que Daira podía desinhibirse y entregarse sin restricciones o recelos, aunque estaba claro que no era así en su normalidad, estaba ebria y Jason se recordó que no debía aprovecharse de ello.

El conde se separó de ella con una sonrisa que apenas contenía una carcajada y susurró suavemente cerca de su oído:

—Deberías lavarte los dientes antes de dormir, preciosa.

La vergüenza acudió a las mejillas de la joven y se cubrió los labios, mirando sin comprender al hombre que no le importó besarla pese a que la vio vomitar. Jason rio un poco y siguió bajando las escaleras

con diversión, inclinándose ante ella antes de marcharse.

—¡Usted no debió besarme! —se defendió.

—Ve a dormir Daira, trata de tomar agua.

Le guiñó el ojo y se marchó, dejándola con la vergüenza de haberlo besado en ese estado tan inconveniente.

Capítulo 12

Estuvieron confinadas en la casa Crowel durante toda una semana como castigo a su peligroso actuar. Daira no conocía del todo al hombre con el que su amiga se había casado, pero tan sólo verle provocaba la sensación de querer correr, erizaba la piel y se sentía una cierta inseguridad que parecía no afectar a la mujer que fuera su esposa, quien tendía a desobedecerle cada que podía.

—¡Es un tirano, eso es lo que es! —se quejaba la pelirroja, esposa de aquel hombre—. ¡Nos hemos perdido de tantas cosas!

—Considerando que tus malestares dudaron dos días Ashlyn, creo que tenía razón en impedirnos ir a más veladas parecidas.

—¡Pero están por acabarse! —gruñó la joven e hizo una voz de fastidio—. Ahora nos veremos obligadas a asistir a bobas y ceremoniosas veladas con todas esas mujeres de la alta sociedad.

—Podemos simplemente no asistir.

—Como si pudiéramos, mi marido es un hombre importante y tú —negó—. ¡Bah! Tú serás una marquesa, así que tienes que ganarte a esta gente de una forma u otra.

—Lo veo imposible —dijo Daira con tranquilidad.

—¡Ni que necesitáramos a todas esas arpías!

—Puede ser que no, pero sería una vergüenza para nuestros maridos que fuéramos rechazadas sociales.

—A Carson ni siquiera le importan las fiestas.

—Pero hace negocios ahí, ¿cierto?

—Si bueno, en cierta parte tienes razón, pero nada le da derecho a encerrarme aquí de por vida.

—No lo ha logrado, de todas formas.

La pelirroja sonrió, volcando su mirada hacia la mujer que hacía entrada al salón, con aquella mirada enfurruñada y nariz alzada en clara desaprobación hacia la que fuera su señora.

—¿Sí? ¿Qué es lo que pasa ahora?

—El señor Seymour está aquí.

—¿Jason? —se sorprendió Ashlyn—. ¿Ha venido Jason?

—No, señora —la mujer sonrió con burla hacia Daira, quien sin darse cuenta se enderezó ante la perspectiva de que su prometido hubiese ido a visitarla—. El niño Jack, ha llegado sólo él.

—Oh —el tono decaído de Ashlyn le fue mucho más irritante que el de burla que empleó el ama de llaves—. Claro, que venga hasta aquí cuanto antes, ¿quién lo ha traído hasta aquí?

—El señor Seymour, mi lady, pero se ha marchado en seguida.

—Claro —Ashlyn miró con disculpas hacia su próxima prima y sonrió—. No le tomes en cuenta el descuido, está muy ocupado al

igual que Carson. Como ves, mi esposo nunca está en casa tampoco.

—No me causa ninguna tristeza y, si he de ser sincera, extrañaba a Jack, hacía días que no lo veía y le he tenido que guardar un regalo por mucho tiempo, sé que le va a encantar.

Daira tomó su sombrero con entusiasmo y salió al encuentro del pequeño, quien al verla no dudó en echársele en brazos y susurrar cosas a su oído, abrazándola con cariño y ternura. La joven pelirroja se puso en pie, acercándose a la ventana para admirar la escena entre su sobrino y Daira. Le resultaba fascinante la forma en la que esa mujer le devolvió su infancia y felicidad a ese pequeño que durante mucho tiempo se sumió en la seriedad y no permitía que nadie se inmiscuyera en el interior de su cabeza o que le tocaran siquiera.

—Hola, mi amor —Carson la sorprendió cuando la envolvió con sus brazos y la besó—. ¿Has tenido un buen día?

—No pensé que llegarías tan temprano —giró entre sus brazos y se abrazó a su pecho—. ¿Has estado con Jason?

—Lo dejé con los Rinaldi, estamos a punto de cerrar el trato —recorrió el rostro con su mirada—. ¿Por qué?

—Ha llegado Jackson y pensé que estaría contigo.

—Está ocupado ahora —el hombre mantuvo sus manos en la cintura de su mujer al momento de volver la vista hacia las voces a las afueras de la casa—. Parece que ha hecho una buena elección para la futura madre del niño, se ven cómodos juntos.

—Eso creo también, aunque me preocupa que esa sea su única motivación —suspiró, atrayendo la mirada de su marido hacia ella— ¿Crees que serán felices? Dime, ¿ha vuelto a ver a esa mujer?

—Cariño —suspiró, alejándose de ella—. No me he hagas decir cosas que te serán desagradables.

—Eso quiere decir que sí. —las facciones de Ashlyn se deformaron —. Dime que no es la horrenda de lady Melbrook.

—No —Carson se sentó en un sofá—, al menos sé que no es ella.

—Me alegro, esa arpía del mal…

—Aunque no quita el hecho de que se esté viendo con otras mujeres cuando está comprometido.

—Es tan vergonzoso, aún más porque parece que Daira no se da cuenta de ello o simplemente lo deja pasar por la vergüenza —se cubrió el rostro con ambas manos—. Me siento tan culpable de no poder hablar con ella claramente sobre el tema. ¿Por qué simplemente no le reclama o lo deja?

—Empeora sólo un poco cuando se sabe que no la viene a ver, ni siquiera teniendo la oportunidad —Carson invitó a su esposa a sentarse en su regazo—. ¿No crees que hay algo extraño en todo esto?

—Sí… —la pelirroja frunció el ceño—. ¿Y sabes qué? No me parece que a ella le importe ser ignorada, tan sólo piensa en Jackson y si le

pregunto por Jason, ella simplemente parece desinteresada.

—¿Qué se traerán esos dos?

Al sentir las constantes miradas de los familiares del señor Seymour, la joven prometida decidió llevar al parque al pequeño, quien demostraba su entusiasmo en cada una de sus expresiones faciales, incluso había sacado el dedo de su boca y sonreía abiertamente, apuntando de un lado a otro con alegría incontenible.

Iban tomados de la mano, comiendo un helado, cuando de pronto, la joven se vio en la necesidad de detener sus pasos, tomar al niño en brazos y esconderse detrás de un árbol. Escondió la cabeza del pequeño en el hueco de su hombro, agradeciendo que a Jack no gustase de hablar, mucho menos gritar, porque lo que ella necesitaba, era silencio para pasar desapercibida.

Sin embargo, el pequeño heredero era muy capaz de demostrar sus sentires mediante sus expresiones y en esos momentos la miraba con dudas, tal parecía que la juzgaba loca.

—Tranquilo nene, no pasa nada —susurró, al mismo tiempo que asomaba su cabeza, viendo a la pareja de esposos pasar frente a ellos.

Daira rodeó el árbol con la espalda pegada al tronco, alejándose del campo de visión de la pareja. Reconocía esos trajes estrambóticos, con sombreros altos y extraños, abrigos brumosos y peludos, eran personas que resultaban llamativas incluso a la distancia.

Ese hombre solía decirle con mucho orgullo que imponía la moda, aunque para Daira no era más que un mono cilindrero; torpe, absurdo y lamentable. Era una desgracia que existiera gente que lo imitara gracias a su increíble seguridad. Los detestaba, pero sobre todo al hombre, no podía creer que lo estuviera viendo de tan cerca, con lo mucho que trabajó para que no la encontrara… y ahora estaban en la misma ciudad y era necesario que no se encontraran.

«De saber que lady Melbrook iba a estar aquí, jamás habría venido» se dijo a sí misma, castigando su torpeza.

—¿Qué pasa? —susurró el niño a su oído, rodeando sus labios con ambas manos—. ¿Es gente mala?

—No, no. —Daira se maldijo por asustarlo—. Lo lamento Jack, tan sólo creí ver un feo insecto.

—¡Me gustan los insectos!

—Sí, pero espero que te guste más tu regalo.

—Oh, sí, regalo —recordó el pequeño, aceptando volver a ser puesto en el suelo, recuperando entonces su mutismo.

Los ojos de la joven regresaron un par de veces más hacia la pareja que caminaba en dirección contraria, aturdidos por los halagos y suficientemente distraídos como para no notar su presencia. Aprovechó la oportunidad, tomando al niño con fuerza de la mano y prácticamente jalándolo por las veredas del parque, forzándolo a

correr hasta que se volvió a sentir segura.

Jack de pronto soltó su mano de un tirón y miró ceñudo hacia la mujer que lo sometió a tal esfuerzo sin razón aparente. Se cruzó de brazos y estuvo por llorar, aunque Daira no sabía si de enojo o de tristeza; como fuese, estaba haciendo llorar a un niño que ni siquiera era suyo, sino del hombre con el que se casaría, el cual, por cierto, se comprometió con ella únicamente porque la veía como una buena madre sustituta. Quizá se equivocó al juzgarla tan rápido.

—Lo siento, lo siento nene —se acuclilló frente a él—. No era mi intensión lastimarte, ¿te lastimé? —El niño negó, pero seguía con el ceño fruncido y las lágrimas nublando ligeramente su mirada grisácea —. Bien, iremos por tu sorpresa, no llores más.

Daira tomó la pequeña mano y reanudó su caminar, en esa ocasión, cantando, haciéndolo brincar e inventándole una historia llena de fantasías para que el camino a pie no le resultara largo y tedioso. Ella estaba acostumbrada a caminar largos trayectos, no siempre disponía del dinero para alquilar un carruaje y en ocasiones, las familias para las que trabajaba tampoco se lo proporcionaban. Sin embargo, era obvio que un hijo de noble no tendría por qué luchar con nimiedades como el no tener carruaje o en dado caso, unos brazos que lo cargaran cuando se cansaba. Ella podía hacerlo, pero Jack tenía cuatro años y era pesado para llevarlo todo el camino de esa forma.

El niño disfrutó tanto del camino, que la desilusión cayó en su rostro cuando se le dijo que habían llegado al objetivo. Si por él fuera, seguiría hablando con árboles que tenían rostro, pájaros que avisaban de una emboscada y ardillas que los atacaban. Sin embargo, se distrajo rápidamente al comprender que estaban en una panadería y con lo mucho que le agradaba el pan dulce, no pudo más que sentir hambre, colocando ambas manos sobre el cristal que resguardaba las delicias que su boca ya saboreaba.

—No, no, Jack, no venimos a comprar pan —negó la joven, volviendo a tomar su mano y caminando hacia los hornos—. ¡Hola señor Ratle! ¿Cómo ha estado el día de hoy?

—¡Señorita! —sonrió el pastelero, cubierto por harina y un poco de masa pegada a sus dedos—. Me alegra verla y… ¡Ah! ¿Quién es este muchachito tan apuesto que viene con usted?

Instantáneamente, el niño se escondió detrás de ella, aferrándose al vestido y asomando únicamente la mitad de su rostro.

—Vamos Jack, tan sólo te están saludando —Daira tomó la cabeza rubia del pequeño, atrayéndolo hacia adelante—. Es Jackson Seymour, señor Ratle.

—¿Seymour? —frunció el ceño—. ¿Es que ahora cuidas de este pequeño en lugar de lady Pridwen?

—No —la joven se sonrojó notoriamente—. En realidad…

—Buenos días señor Ratle, ¿tiene mi encargo?

La puerta de la panadería se había abierto de nuevo, el tintineo de la campanilla distrajo al panadero, quien enfocó al cliente con una sonrisa que repentinamente se paralizó en su semblante.

—Eh… claro lord Seymour, lo tengo listo, como siempre.

Daira se mostró nerviosa cuando el señor Ratle tomó camino hacia el lugar cerrado donde guardaba el pan que ya tenía dueño. La joven tomó una fuerte respiración antes de volverse sobre sus pies y mirar al hombre con un aplomo digno de la realeza, siendo consciente que el niño pegado a sus piernas corrió lejos de ella al reconocer a su padre, quien logró atraparlo efectivamente después de un brinco.

—Señorita Fiore, no sabía que Jackson estuviera con usted el día de hoy —Jason frunció el ceño, sospechando de las atribuciones que la mujer comenzaba a desarrollar aún sin estar casados.

—¿No lo sabía? Pero si se nos ha informado que fue usted mismo quien lo dejó en casa del señor Crowel.

—¿Yo? Pero si no he regresado a casa desde… —Jason decidió que era mejor mantener la boca cerrada y no esclarecer dónde había pasado la noche—. Supongo que habrá sido cosa de mi madre.

El niño negó tiernamente y susurró al oído de su padre.

—¿Qué dijo? —inquirió nerviosa al ver que el padre reclamaba con la mirada a su hijo sonriente.

—Hizo berrinche hasta que lo llevaron —declaró en medio de un suspiro—. Lamento si ha sido una molestia para usted.

—Nada de eso, estaba a punto de darle el regalo que le había estado guardando —aseguró la joven.

Al recordar esa parte, el pequeño Jack pataleó, buscando ser colocado en el suelo de nuevo, pero los brazos de su padre apretaron el agarre, reacomodándolo contra su pecho.

—Ya he venido yo a llevarle los bollos que tanto le gustan.

—Oh, no venimos por pan, mi lord —negó la joven con una sonrisa —. Le conseguí un amigo.

—¿Disculpe? —el hombre se mostró ofendido y, el niño, confundido —. ¿Qué insinúa?

—Insinúo que le conseguí un amigo —dijo obvia—. Ven Jack, te llevaré con él, ¿quieres conocerlo?

El pequeño asintió con ganas, volviendo a su tarea de patalear y removerse cual gusano para que su padre lo colocara en el suelo. Cuando al fin lo logró, el niño estiró la mano y tomó el vestido de Daira, esperando a que ella comenzara a caminar para seguirla.

—Mi señor Seymour, aquí está su encargo de siempre —tendió el panadero, esperando que aquel tenso ambiente se fuera de su tienda de una buena vez.

—Gracias, acompañaré a la señorita Fiore a dónde sea que esté

pensando dirigirse.

—¡Ah! —el hombre asintió embolado—. ¡Claro, claro! Lo he cuidado muy bien señorita, es tremendo, Dios sabe que sí, mi hija se ha encariñado con él, pero se lo dije desde el principio, que no era de ella y se tendría que entregar.

—Lamento haberle hecho algo tan cruel a su hija —aseguró la dama con una sonrisa lastimera—, dígale que le conseguiré otro en cuanto vuelva a haber camada.

—Espere, ¿camada? —Jason se detuvo, comprendiendo la conversación—. ¿Habla de perros?

—De cachorros —esclareció la joven, justo en el momento en el que el panadero abría una puerta y la pequeña cría salía corriendo cual bólido hacia los brazos del niño.

Jackson se mostró asustado por el efusivo correteo y lengüeteo que el perro hacía a sus alrededores, pero una vez que hubo comprendido que el animal estaba feliz por verle, el niño se contagió del mismo estado, sonriendo y corriendo de un lado a otro con la cabeza vuelta hacia su nueva mascota que no dejaba de perseguirlo.

—¿Considera una buena idea lo que acaba de hacer? —Jason se colocó a su lado.

—¿Por qué no? Mire qué feliz se ve. —Daira se acercó al niño, lo tomó en brazos al mismo tiempo que al inquieto cachorro—. Vamos, tenemos que ir a casa, pero antes debes ponerle un nombre.

El niño se acercó al cachorro con un mayor entusiasmo tomándole el rostro para verlo mejor, tratando de resolver el dilema mientras lo acariciaba y le permitía lamerle la cara.

—Sabe bien que él no puede…

—Bond —solucionó el niño, hablando en voz alta sin importar que estuviera ahí el señor Ratle, Daira y su padre.

—¿Qué has dicho hijo? —se sorprendió Jason, adelantándose hasta quedar tan cerca de Daira, que la joven sintió que le saltaba el corazón —. ¿Cómo se llama el perrito?

—Bond —repitió y abrazó al animal.

—¡Oh, es un nombre precioso! —expuso la mujer, codeando ligeramente al enmudecido hombre que era su prometido—. ¿Cierto, señor Seymour? ¿No es un nombre hermoso?

—En verdad lo es —su voz aún sonaba cargada de impresión.

—Gracias señor Ratle, le debo una.

—No hay cuidado, preciosa, sólo recuerda no venir sola por aquí, esos malnacidos pueden querer hacerte algo de nuevo.

Jason volvió una mirada inquisitiva hacia su prometida, quien permanecía con una sonrisa tranquila, ignorándolo y quitándole importancia con un movimiento de manos, para después reconfigurar su postura con el niño y el cachorro en sus brazos.

—¿A qué se refería el señor Ratle con que la molestan?

—Nada de importancia mi lord —era obvio que mentía.

—En ese caso, permita que le ayude con él —se ofreció Jason.

—¡No! —el niño se aferró al hombro de la mujer y escondió la cabeza—. ¡Quiero a Bond!

—Su padre ha permitido que se quede con Bond, Jack, no tiene de qué temer ¿De acuerdo?

El niño miró con recelo al hombre que seguía tendiéndole las manos, cediendo al final de cuentas, pero vigilando a la mujer que cargaba con el cachorro que no dejaba de morderle los dedos sin ocasionar ningún daño debido a la debilidad de su mandíbula.

Caminaban por las calles en medio de un silencio entre ellos, pero la sociedad se encargó de rellenar el vacío, puesto que los murmullos descarados eran incluso visibles por las marcadas gesticulaciones.

—Parece que tienen mucho que decir.

Fue Jason quien mostró la apertura para iniciar una conversación.

—Es normal, después de todo, es la primera vez que se nos ve pasando un tiempo juntos, como una pareja normal.

—Lo lamento, debí ser más cuidadoso. Sé que dije que debíamos comenzar a mostrar que esta relación es funcional, pero resulta que…

—No se preocupe por eso —se inclinó de hombros—. Poco me importa lo que haga o con quien pase sus noches. —Ella se detuvo y giró su cuerpo hacia él, obligándolo a detenerse—. Aunque si le pediría que fuera un poco más discreto en sus aventuras nocturnas.

—No era mi intensión herirte Daira, te juro…

—Los hombres no tienen palabra, mi lord —ella inclinó un poco su cabeza sin apartar su mirada con aquel brillo amenazador—, incluso si lo intentan, la rompen, así que no me dé su palabra.

—Bien, no daré mi palabra si tiene tan poca validez ante usted —aceptó—, pero permita que mi comportamiento demuestre lo arrepentido que me siento por haber cometido aquella estupidez.

—¿Qué quiere decir?

—Vaya al baile que darán los Collingwood.

—No iré —dijo con seguridad—. Pridwen estará ahí y no deseo incomodarla en lo más mínimo.

—Ha sido ella la que la insultó y aun así ¿pretende protegerla?

—Quizá me estoy protegiendo a mí misma, no soportaría que ella se uniera a todas estas mujeres que no hacen más que insultarme.

Jason soltó un suspiro derrotado, se acercó a ella y le tomó la mano con delicadeza, llevándola a sus labios de forma sutil, presionando un beso tan ligero que lanzó un escalofrío por el cuerpo impoluto de la joven prometida.

—Vaya a la fiesta, la compensaré, lo prometo.

La delicada mano se apartó con rapidez, agarrando al cachorro con

mayor ímpetu e intensificando la dureza de su mirada.

—No me trate como a una de sus conquistas, mi lord —dictaminó —. Pese a que es usted muy apuesto y claramente sabe cómo tratar a una mujer, no caeré en sus engaños tan fácilmente. He de aceptar que la vez pasada estaba desprevenida y fuera de consciencia, pero ahora no hay razón para permitirle tales libertades.

Una sonrisa burlesca apareció en los labios de Jason Seymour. Estaba claro que cometió una equivocación, esa mujer tenía razón, no había forma de conquistarla con falsedades, quería que al menos sus mejillas se sonrojaran ligeramente como la vez pasada, pero consiguió lo contrario, sólo la enfureció más de lo que ya estaba.

—Bien, me disculpo nuevamente.

—No le estoy pidiendo que me trate como a una amante, sé que, así como a mí no me gusta, usted tampoco siente atracción alguna, pero al menos merezco respeto y es lo único que pido a su persona.

—Tiene todo mi respeto, lo aseguro.

—Esa parte me gustaría que lo demostrara.

—Bien, lo haré, pero no rechace la invitación, se lo pido.

La mujer ladeó la cabeza, notando entonces que eran nuevamente el centro de atención. Con lo poco que a ella le agradaba que la miraran. Su única escapatoria fue aceptar la petición e irse cuanto antes, entregando al cachorro y despidiéndose del niño.

—Papá, ¿Por qué se ha ido? —dijo un muy entristecido Jack.

—Tranquilo, dentro de poco estarás con ella todo el tiempo.

—¿En verdad?

—Sí, ella aceptó irse a la casa con nosotros y cuidar de ti.

—¿Y de ti también papá?

Jason levantó la mirada, atrapando a la dama en su presuroso caminar que siempre fuera observado y criticado por cuanta persona la viera. Debía admitir que no se había portado bien con ella, la dejó nadando sola en medio de los murmullos viperinos, las miradas maliciosas y los rumores que destruían más que nada, la reputación de ella. Y aunque era consciente que el único que podía hacer que eso se detuviera era él mismo, su cuerpo y mente se negaban a obedecerle cuando tenía las intenciones de ir a visitarla o siquiera acercársele en alguna de las veladas en las que coincidían. Se alejaba de ella sin razón e incluso faltaba a las normas de etiqueta al ser su prometida. Merecía un respeto y ella no debería siquiera pedirlo.

—¿Papá?

—Sí hijo, ella cuidará bien de los dos.

—¡Qué bueno! —Jackson acarició al cachorro en sus brazos—. Así también tú te ríes y sonríes de verdad.

Los ojos del padre se dirigieron hacia el niño que besaba a su mascota. No podía creer que Jackson estuviera preocupado por su

felicidad, ni siquiera sabía que se daba cuenta de que sus sonrisas y risas eran falsas, a excepción de cuando estaban con Daira.

Capítulo 13

Jason bajó a su hijo en cuanto llegó a casa de su primo Adrien, dónde una aglomeración de personas lo atrapó en seguida. El pequeño, acostumbrado a los amigos de su tío, corrió felizmente con el cachorro mal sujetado para enseñárselos como si se tratara de un diamante de tamaño monumental.

—¡Eh, Jason! —sonrió Adrien, acariciando la cabeza de su sobrino antes de llegar a su primo—. ¿Dónde te habías metido?

—No lo preguntes.

—Ya. Así que caíste en los brazos de una mujerzuela.

—Eso no es lo peor —negó Jason—. Mi prometida parece no ser tan inocente como lo creíamos.

—¿La señorita Fiore? —se burló Nil, uno de los amigos de Adrien, logrando zafarse del agarre del pequeño Jack—. ¡Claro que no tiene ni un pelo de tonta! Intenté cortejarla en Ham House y por poco me escupe en la cara.

—Por cortejarla, él se refiere a llevársela a la cama —esclareció Declan, otro de los chicos que se encontraba en el suelo, jugando con el recién llegado cachorro.

—¿Qué le has dicho Jason? —inquirió North, con brazos cruzados y lejos del pequeño desastre provocado por el niño.

—Bueno, decirle algo en realidad no, tan sólo intenté ser amable con ella —se inclinó de hombros.

—¿Amable en el sentido de… amistoso? —jugueteó Lance.

Jason lanzó una mirada mortal hacia su amigo, obligándolo a lanzar una risotada y cerrar la boca, entreteniéndose nuevamente con el cachorro y el bebé que no paraba de dar vueltas de un lado a otro.

—Bien, así que la doncella te rechazó —sonrió Adrien, metiéndose un puro a la boca—. Vaya sorpresa, primito, los veía tan acaramelados en Ham House qué pensaba que lo tenías todo bajo control, ¿te ha golpeado?

—Por supuesto que no, pero se mostró ofendida y hasta me dijo que yo no le gusto en lo más mínimo.

—¿Qué? —soltó Declan—, ¿Qué a alguien no le gusta Jason Seymour? Eso es una novedad para la historia.

—Tal vez logró ver el interior oscuro detrás de la sonrisa falsa —echó en cara Nil, levantando un cojín para que Bond no lo mordiera.

—Ella no puede saberlo —negó Jason, dejándose caer en uno de los sofás desocupados—. Es una jovencita inocente, que ha sido doncella toda su vida y que debería estar agradecida por…

—¿Por qué el gran marqués ha venido a salvarla? —Bufó Adrien—. Por lo que dice Pridwen, ella no quería ser salvada por nadie, mucho

menos por un hombre, es más, creo que lo que quería era alejarse de nosotros en todo lo que le fuera posible.

—Pridwen… —Jason miró hacia su primo—. ¿Dónde está ella?

—¡Esa loca! —se quejó Lance—. Cómo la detesto, siempre se pavonea de más cuando gana en algún juego, ¡Pero llegará el día…!

—Está en la casa de Londres de los Lauderdale —irrumpió North—. Se le ve bastante decaída desde que se separó de la señorita Fiore, ni siquiera Adrien y Lance la hacen reír.

—¿Le explicaste lo que pasó? —Jason miró a Adrien.

—Sí, claro que se lo eché en cara —asintió el hombre—, pero creo que la puso peor, quizá hasta se siente culpable.

—¿Irá a la velada de tus padres?

—Claro, si voy yo, ella irá —contestó vanidoso.

—Puede ser la oportunidad de que se reconcilien —comprendió Declan—. Pero qué considerado.

—Nada de eso, quiero preguntarle sobre la señorita Fiore —explicó Jason—. Si me voy a casar con ella, al menos quiero saber si hay algo de su pasado que haga mal al futuro de mi hijo.

—Debí suponerlo —negó Adrien—. Oye, es una mujer hermosa, inteligente, educada y debo decir que les cae bien a las locas de nuestras primas, eso tiene que significar algo.

—Significa que todos están ansiosos por meterse en mi vida de la forma en la que les sea posible, pero eso me interesa poco —elevó una ceja rubia—, lo único que quiero es lo mejor para Jackson.

—Pero claro —Lance levantó al cachorro que estaba siendo atosigado por el chiquillo—. ¿A ella le debemos el nuevo amigo?

—Sí —dijo Jason con horror—, jamás he sido muy afecto a los animales, pero mira que darle un perro…

—¡Me alegra que alguien lo pensara! —alabó Declan—. Un perro es el mejor amigo de cualquiera. —El hombre agarró la cabeza del niño y provocó que lo mirara—. Para que te haga caso deberás hablarle Jack, ¿lo sabes?

El niño apartó la mano enorme del hombre y lo miró fastidiado, corriendo de nuevo hacia Lance, quien seguía alzando al cachorrito para mantenerlo fuera de su alcance.

—Puede que sea una buena idea —aceptó Jason—, no se me hubiera ocurrido usarlo como un incentivo para que hablara.

—Es algo obvio… al menos para una mujer a la que le interesa —echó en cara North.

—¡Agh! Como sea, nos vemos al rato para la fiesta —Jason se puso en pie de un salto—. ¡Jackson, trae a Bond! Vamos a bañarte.

El niño se despegó de los amigos de su tío y tomó al cachorro, dejándole medio cuerpo colgado y las patitas delanteras tiesas. Jason se apuró a quitar de su martirio al animal, cargándolo por su hijo

hasta la habitación que ocupaban en la casa de Adrien Collingwood. Había desocupado su otra casa por si su prometida quería usarla, pero su madre se lo impidió, y ella era otra de las razones por las cuales no estaba quedándose en Kent Palace, le era fundamental evitar a la mujer que lo juzgaría con una mirada y se defraudaría de él.

—Ven hijo, deja a Bond.

—No me quiero bañar —negó el pequeño, demasiado enfrascado en el cachorro como para atender algo más.

—Tienes qué, dormirás mejor de esa forma.

—¿Me quedaré solo?

—Claro que no, estarás con la señora Debart, te gusta la señora Debart, ¿no es así?

—Me gusta más mami.

Jason se petrificó con esas palabras.

—¿Mami? —trató de mostrarse desinteresado, quitándole la camisa de botones que traía puesta—. ¿Recuerdas a mami?

—Sí —dijo con obviedad.

—¿En serio? —el hombre soslayó la mirada—. ¿La extrañas?

—Sí, mucho, quiero que esté aquí ahora.

—Bueno hijo… las cosas no siempre…

—¡Me regaló a Bond y amo a Bond!

Los labios del hombre se abrieron y se cerraron repentinamente.

—Oh, hablas de la señorita Fiore.

—¡Mami!

—Jackson ella no es… —Jason cerró los ojos—. ¿A ella le gusta que le digas de esa forma?

—No. Le hablo poquito.

—¿Pero crees que es mami?

—Ella es mami —dijo muy seguro—. Dijiste que mami me quería, y ahora quiere estar siempre conmigo y yo con ella.

—Así que la quieres mucho —Jason cargó a su hijo ahora desnudo y lo metió a la tina caliente.

—¿Mami me dará baños?

—Sí, seguro que sí.

—¿Pero sabe cómo me gusta el agua?

—Claro, ella lo sabe.

—¿Y le gusta mucho estar conmigo?

—Le encanta.

—A mí también me gusta —sonrió el pequeño, jugando con el perro que intentaba por todos los medios escalar el artefacto de porcelana—. ¡Bond tiene sed!

—Le daremos agua y comida cuando termines de bañarte.

—¿Cuándo vendrá mami?

—Pronto, te lo prometo.

—¿Dormiré con ella?

—Sí, todo lo que tú quieras.

—Papi estará muy feliz entonces.

—Claro, a mí me encanta verte feliz hijo.

—No —chapoteó en el agua, quitándose el jabón que resbalaba hacia sus ojos—. Papi está feliz porque mami volvió, ¿Verdad?

Era imposible que un niño lograra enmudecerlo tantas veces en una conversación, pero a veces su hijo lo sorprendía. Le encantaría que el resto del mundo pudiera escucharlo, que sintiera la confianza de hablar con otros, de jugar, de brincar y reír, pero Jackson no lo hacía, ni siquiera con gente que conocía de toda su vida. El privilegio era único y exclusivo para él y claro, para la señorita Fiore.

Era una necesidad el casarse con ella pronto, Jackson era su prioridad y si esa había sido su selección, no había vuelta de hoja. Tenía que aprovechar que la señorita Fiore estuviera tan dispuesta en esos momentos, conociéndola, podía cambiar de opinión.

⁂

Se sentía extraña enfundada en aquellas ropas elegantes que, además, no fuesen suyas. Ashlyn aseguraba que se veía perfecta, incluso aseguraba que la diferencia de tallas era apenas perceptible, pero era una mentira, la dueña del vestido era sin dudas de una talla exquisita: de caderas ligeras, de cintura perfecta y busto acorde.

El de Daira, por el contrario, era vulgar. Esa era la definición que todas las damas le dijeron en su momento; murmuraban que tenía de sobra en varias partes de su cuerpo y resultaba aún más notorio con ese vestido, sobre todo en la parte del busto, caderas y postrero, los cuales resultaban excesivos. No tenía la figura ideal de una señorita de sociedad, ella era lo que se clasificaría como un cuerpo de cortesana: deseoso, tentativo e hilarante para los ojos masculinos. Se avergonzaba de su cuerpo, quisiera ser flacucha y sin ningún atractivo que los hombres buscaran en los burdeles.

—¡Dios santo! ¡Eres la mujer más hermosa de este planeta! —gritó Daira, quien abría la puerta de la habitación—. ¡Mira nada más esos pechos! ¿Crees que pueda tocarlos?

Como toda respuesta, Daira colocó ambas manos sobre sus senos expuestos y negó, sonrojándose hasta los tobillos.

—Creo que me pondré uno de mis vestidos.

—¡Tonterías! —negó—. Tardé años en encontrar uno que te quedara, además te ves hermosa, no hay razón para quitártelo.

—Pero esto… —apartó las manos—, es demasiado, ¡Demasiado!

—Los hombres alucinan con tu tipo de cuerpo ¿de qué te acongojas? Deberías aprovecharte de ello.

—Por favor —se cubrió el rostro—. No digas más.

—Agh, eres demasiado insegura, ¡Carson! ¡Carson mira ven!

—¿Qué haces Ashlyn? —Daira se mostró horrorizada.

—¡Te digo que vengas, Carson! —ordenó la joven, obligando al dueño de la casa a entrar a una habitación que fuera de una invitada.

—¿Qué ocurre?

—Mira, ¿no crees que se ve hermosa?

Los ojos grises del hombre recorrieron sin interés el cuerpo de la mujer frente a ella. Asintió sin tomarle demasiada importancia y salió de nuevo de la habitación.

—¡Eso ha sido descuidado! —la acusó la joven prometida—. ¿No te das cuenta que es tu marido y…?

—Un marido que me quiere —sonrió—. Confió en él.

«Ilusa» pensó la joven, «todos los hombres engañan».

—Bueno, sólo falta que Carson esté listo y partimos —sonrió la alocada pelirroja—. Iré a apresurarlo.

En cuanto Daira se sintió nuevamente en soledad, se volvió hacia el espejo, encontrando todas las fallas que le gritaba su cabeza. No podía dejar de decirse cosas como: «Notarán demasiado tus pechos», «Sería mejor que desajustaras un poco el corsé», «mejor quítate ese vestido y ponte uno de los tuyos». Estaba por hacer lo último cuando dos toques en su puerta la distrajeron.

—¿Sí? —inquirió sin abrir.

—Hay una mujer abajo buscándola —la voz de la doncella era desagradable y fastidiada al tener que servirla—. ¿Qué le digo?

—Bajaré en seguida.

Estaba acostumbrada a ignorar los malos tratos, por supuesto que estos sólo ocurrían cuando no había nadie cerca, si acaso alguno de los Crowel escuchara, seguro reñirían a muerte a la desvergonzada. Daira miró una vez más hacia el espejo, dictaminó que se cambiaría en cuanto despachara a su visita y bajó las escaleras.

—¡Daira! —gritó una mujer—. ¡Oh, Daira! ¡te ves tan hermosa!

—¿Pridwen? —se paralizó en las escaleras—. Pero qué…

—¡Oh, Daira! —la rubia subió las escaleras que a ella le faltaban por bajar—. ¡Lo siento tanto, lo lamento! Soy una tonta testaruda, no debí hacerlo, no debí dudar, tú siempre has sido tan buena y tan honesta conmigo, ¿cómo pude hacerte eso? ¡Ese tío mío! ¡Qué vergüenza me da lo que te hizo! Te creo Daira, te creí en ese momento, pero estaba tan ofuscada que no supe reaccionar.

—Pridwen, ¿Estás loca? ¿Has venido sola?

—Sí, me robé el carruaje de lord Wellington, lo echará en falta en unas horas, así que perdóname rápido, permite que sea tu amiga.

—Oh, gran tonta —la abrazó—, claro que te perdono, eres mi mejor amiga y comprendo lo que sentiste.

—¡No lo pongas tan sencillo Daira! ¡Te hice pasar un infierno! —la

despegó de sí—. Incluso te obligué a aceptar un matrimonio que odias. No hace falta, nos iremos, nada nos retiene en Londres, regresaremos a Dinamarca, lejos del tío y de todos los que te han lastimado con sus lenguas ponzoñosas —negó—. Siempre te defendí, incluso le tiré pastel a lady Pepermont con tal de que cerrara el pico.

—¿A qué te refieres con volver a Dinamarca? ¿Lo dices en serio?

—Sí, nada me importa más que tú —aseguró—, y si estarás más tranquila, bien puedo conseguir esposo allá, ¿qué más da? A mis padres poco les importa lo que haga o deje de hacer.

—Pero Pridwen, pensé que estabas enamorada de lord Wellington —la miró con el ceño fruncido—. ¿Por qué quisieras irte?

—No estoy enamorada de él —palmeó el aire, divertida—, somos buenos amigos… más bien, nos convertimos en buenos amigos. Ese cabeza de chorlito jamás podría llegar a gustarme.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, no permitiré que te cases con alguien a quien no quieres por temor a quedar desprotegida —le tomó las manos—. Te lo dije, estaremos siempre juntas, siempre.

—Pero… su familia ya sabe del compromiso.

—Pero las amonestaciones no se han corrido, no tienen fecha.

—Hablamos de una, pero…

—Cambiaste de opinión —solucionó—, argumentaré que no concibo mi vida sin ti y no permito que te cases con nadie, se supone que yo tengo que dar mi aprobación ¿no? Pues la niego.

La sonrisa de Daira se amplió, alcanzando lo inhumano.

—¡Oh, Pridwen! —la abrazó—. ¡Te lo agradezco tanto!

—Usaremos la velada de hoy para que se lo digas a lord Seymour ¿de acuerdo? En cuanto lo hagas, nos iremos.

—¿Hoy mismo?

—Compraremos boletos para el tren y veremos en qué puerto hay una salida próxima hacia Francia, ¿te parece?

—Sí —un gran alivio se instaló en Daira—. Estoy feliz de volverte a tener como amiga Pridwen.

—Y yo también —los ojos de Pridwen desfilaron por el cuerpo de su amiga y sonrió—. Eres toda una beldad Daira, ¿lo sabías?

—¡Oh, eres una aduladora!

—Ah, lady Pridwen —sonrió Ashlyn, quien bajaba del brazo de su marido—. No sabía que esperábamos su visita.

—Debo admitir que vine sin invitación, señora Crowel —se inclinó ante ambos—. He de marcharme para regresar lo robado.

—¿Lo robado? —frunció el ceño el señor Crowel.

—Será mejor para ustedes no indagar en el tema —se excusó la joven rubia—. Los veo a todos en la velada, ¡Hasta pronto!

Con la revoltosa partida de su amiga, Daira sintió que el mundo

volvía a girar a su favor. No tendría que casarse, se iría pronto de Londres, no volvería a ver a lady Melbrook y a su horroroso marido que llegó para atormentarla. Se escaparía de todos de nuevo, vagaría con Pridwen hasta llegar a Dinamarca y seguro que nadie podría seguirles la pista, porque esa chica que se hacía llamar su amiga era tan impredecible como una tormenta.

—Te ves de mejor humor, Daira —observó la señora Crowel.

—Lo estoy —asintió, resintiendo el hecho de que perdería la amistad de Ashlyn—. Recuperé a Pridwen, lo cual me hace feliz.

—Ya veo… —la voz de la mujer era indagadora y sus palabras, inteligentes—: supongo que otra de las razones es que verá a mi primo, seguro que se anuncia su compromiso esta noche.

Daira sintió un nudo en la garganta, el tener que decirle a lord Seymour que rechazaba su oferta a matrimonio sería horrible y muy vergonzoso. Debía mentalizarse a que sería un trago amargo que duraría apenas unos momentos, además, al no haber amor de ninguna de las partes, el asunto podría solucionarse rápidamente.

La joven cerró los ojos y suspiró, lord Seymour había sido muy amable al ofrecer su protección, pero así como todo inició, podía acabar, aquello no era más que un acuerdo del cual una de las partes había perdido el interés.

El conde debía ser capaz de comprender, incluso un compromiso hecho por amor se podía romper ¿Por qué no hacerlo con uno que no tenía que ver con los sentimientos? Y si lo que él quería era una madre para Jackson, seguro habría más de una jovencita de alcurnia totalmente dispuesta a hacerse cargo del pequeño con tal de convertirse en la esposa de un futuro marqués.

Capítulo 14

Los duques de Wellington eran una familia adinerada, respetada y admirada por muchos. Sus veladas eran escasas, pero cuando se abrían las puertas de la elegante casona, no había noble en Londres que no desease recibir una invitación. Las personas hablaban de ello por meses, sobre todo al ser una ocasión tan especial, en la cual se celebraba el cumpleaños del mismísimo duque, aquel hombre que incluso los reyes respetaban.

Naturalmente, la asistencia era exclusiva y cuidadosamente seleccionada por la duquesa, quien se encargaba de que los invitados estuvieran a la altura de su marido tanto en clase, intereses e inteligencia. Era del conocimiento público que en esa velada los invitados podían codearse con las personas más importantes de todo el país, inclsuo de otros lugares del mundo, siendo una ocasión perfecta para hacer conexiones de negocio o simplemente sociales.

Ante esa expectativa hacía entrada una jovencita que nada tenía que ver con toda esa opulencia y clase. Siendo criada en una lejana casa de campo, sin apenas sociabilizar y teniendo que escapar de casa, Daira llamaba la atención más de la cuenta y, aunque ella lo atribuyera a su falta de grados de sangre azul, en realidad era por su exorbitante belleza que resaltaba mucho más al estar enfundada en un vestido de gala tan exquisito como el que llevaba puesto.

—Me siento observada —susurró más para sí que para Ashlyn, pero esta última lo escuchó perfectamente.

—Es normal, te ves preciosa —la mujer dio un apretón a la mano de su acompañante, tratando de infundirle seguridad y prosiguió con su camino colgada del brazo de su marido.

Tenía que dar gracias que Pridwen tuviera una buena visión, en cuanto la vio entrar, fue hasta ella y la abrazó con efusividad, como si no se acabasen de ver hacía unas horas.

—El señor Seymour está con Adrien justo ahora.

—¿Te reclamó por el robo de su coche?

—¿Quién? —dijo desinteresada, guiándola por entre la gente.

—El señor Wellington, por supuesto.

—Ah —manoteó el aire—, apenas y se dio cuenta.

En ese momento, ambas llegaban al círculo social de los Bermont, todas esas personalidades imponentes resultaban lo suficientemente apabullantes como para que ningún intruso hiciera ademán de entrometerse y hasta ese momento, nadie lo había hecho.

—Señor Seymour, mi querida Daira tiene que hablar de urgencia con usted —Pridwen entorpeció la conversación sin darle importancia a lo que se decía o a quien estuviese interrumpiendo.

Las miradas cayeron rápidamente sobre la joven que poco le faltó para agacharse al suelo y hacerse un ovillo; pero aquello no mostró nada, en apariencia, la joven seguía en su estado garboso, segura y con un semblante tan pálido e inmutable, que se pensaría que no necesitaba del empujón que Pridwen le propició.

—¿Es así, señorita? —Jason la miró.

—Sí —aseguró—. ¿Le importaría ir a un lugar privado?

—Privado no —se introdujo la madre de Jason—, no es bien visto que una señorita abandone el salón junto con un caballero.

—Claro —sonrió Jason y miró a la joven frente a él—. ¿Me permite entonces un baile, señorita? —el hombre arqueó una ceja hacia su progenitora—. ¿Está eso permitido, madre?

Marinett aprontó la quijada, pero asintió sin más, siendo consciente de las burlas de su hijo. Jason alargó el brazo para que la dama que lo acompañaría colocara su mano sobre él. La escoltó con ligereza y una sonrisa, debía admitir que se veía preciosa, casi podía imaginar lo fascinado que estaría Jackson si la viera.

—Debo decir que Bond ha sido un regalo extraordinario —fue él quien abrió la conversación, acercándola lentamente hasta lograr pasarle una mano por la cintura—. Incluso se ha dormido con él.

—Me alegra —Daira agachó la mirada.

Aquello le pareció muy poco común a Jason, quien ya en otras ocasiones había buscado avergonzarla, algunas veces teniendo éxito, pero ella jamás bajó la mirada como en ese momento.

—¿Ocurre algo?

—Sí, de hecho, sí.

—Bien, entonces dígalo antes de que se acabe la música.

—Es complicado —mordió el interior de su mejilla—. Lo que pasa es que quiero terminar con el compromiso.

—¿Disculpe? —Jason detuvo todo movimiento, provocando que el resto de las parejas volviera el rostro hacia ellos.

La joven miró de un lado a otro, tomó las manos de su pareja y lo acomodó para que siguieran danzando al son de la música, tratando de simular que nada había pasado.

—Pridwen se ha disculpado conmigo, ha dicho que nos marcharemos de aquí, así que ya no requiero de protección ni de…

—¿Es acaso una broma cruel? —sonrió con incredulidad—. Prácticamente conoce a toda mi familia y ellos…

—No me aceptan —terminó—. Estoy segura que no mostrarán aflicción porque finalice la relación. Consentían porque lo creían feliz, pero desconfiaban, hacían preguntas que dejaban entrever sus dudas. Así que terminemos esto y sigamos con nuestras vidas.

—Está aligerando la situación, estas personas saben que estamos comprometidos, aunque no se haya dado la noticia oficial.

—Bien podemos decir que fueron rumores.

—No lo creo —el hombre parecía confundido—. ¿En serio el poderse ir del país le hizo cambiar de opinión? ¿No sabe los beneficios que tendría al estar casada conmigo?

Ella lo miró enervada.

—Tendrá muy claro ahora que para mí no era ninguna motivación nada de lo que pudiera ofrecerme además de su protección.

—No quise insultarla, lo siento si se entendió así, pero… —negó con rotundidad—. Será lo mismo más adelante, lady Pridwen se casará y usted estará desprotegida.

—No me haría eso.

—Ya pasó una vez. —Daira sintió que su corazón se estrujaba al escuchar aquella verdad—. ¿Qué tal si la siguiente vez no es un tío, sino el mismo marido de lady Pridwen? ¿Opinará lo mismo que ahora? ¿La protegerá sobre su propio bienestar?

—Es usted muy cruel —susurró lánguidamente, bajando su mirada —. Me atormenta al decirme algo como eso. Da por hecho que pasará y haré que otro hombre quiera serle infiel a su mujer.

—Si no es su culpa, ellos no deberían aprovecharse.

—Por Dios… a usted ni siquiera le importa, lo único que quiere es que sea una madre para Jackson —lo acusó, luchando con sus lágrimas—. A nadie le interesa. Pridwen… ella por lo menos me quiere, le importo. Lo que usted propone es francamente horroroso.

—Cuando lo aceptó no le parecía tan horroroso, ¿es que ahora quiere un juramento de amor eterno?

Ella sonrió mientras negaba con desilusión.

—Su máscara es muy buena, mi lord, pero una vez que se le cae, no queda más que un ser despreciable —se alejó unos pasos de él—. ¿Acaso no se dio cuenta de lo desesperada que estaba en ese momento? Tenía miedo de lo que pudiera pasarme si acaso algún hombre llegase a cumplir su cometido. Creía que estaría a salvo con usted… debí darme cuenta que me estaba metiendo con alguien peor.

—¿Disculpe? —Jason se mostró cada vez más enojado—. Yo no intenté abusar de usted, todo lo contrario, le ofrecí bienestar.

—¡Me trató como una meretriz, al igual que todos! —lo apartó con fuerza al sentir que él la volvía a tomar de la cintura para seguir simulando que bailaban—. Me propuso ponerme un hogar, una fachada y libertad, ¿no es lo mismo que les pasa a esas pobres?

—Le di la categoría de mi esposa, le aseguro que con ninguna de esas mujeres podría llegar a tanto.

—¿En serio? —dijo aún más ofendida—. Quién sabe, quizá sería mejor que lo probara, ellas y yo tenemos la desesperación en común y hay muchas mucho más hermosas e inteligentes que yo, bien podrían jugar el papel que usted ofrece.

—No la entiendo, por Dios, ¿Qué se le ha metido?

—¡El orgullo! —ella calló y resintió el dolor en su interior—. Y ahora sé con absoluta certeza que siempre estaré sola en el mundo, protegiéndome con uñas y dientes de gente que se quiere aprovechar de la desolación de una mujer sin nadie a su lado.

Daira se soltó de sus brazos y salió del salón de baile, dejándolo a la mitad de la pista, en medio de las miradas y los susurros que Daira tuvo que escuchar desde el momento en el que se comprometieron. Vergüenza que él jamás experimentó al ser el supuesto salvador de una cualquiera. Jason ni siquiera se había tomado la molestia de acallantarlos, pensó que esa mujer era lo suficientemente fuerte como para ignorarlos. Ahora se percataba que fue descuidado, incluso lo empeoró al cometer la estupidez de acostarse con otra mujer cuando el rumor de su compromiso estaba por todo Londres.

—¡Maldición!

—¿Y a qué esperas? —se quejó Ashlyn, quien también interrumpió el baile con su marido—. ¡Ve por ella gran tonto!

Ante la voz imperativa, el hombre logró enfocarse de nuevo y seguir los pasos de la mujer que parecía haberse vuelto loca de un momento a otro. No había dicho nada para herirla, le dijo la más pura verdad, quizá su franqueza fue la última pedrada que ella necesitaba para dejarse llevar por la locura.

⁂

Se salió de control, lo sabía mejor que nadie, a lo largo de su vida, aprendió que la mejor forma de pelear contra el mundo era dominando sus emociones, no habría alguien más fuerte que ella mientras lograra mantenerse con esa fachada de absoluta tranquilidad ante lo que fuese que aconteciera en su vida. Pero las palabras de lord Seymour habían sido tan certeras, tan directas y bien razonadas, que no le quedó de otra más que aceptarlas como ciertas. Era una realidad que tenía que afrontar, siempre estaría sola, no podía luchar contra el mundo, mucho menos siendo mujer.

Cerró los ojos con fuerza, recostó su espalda contra la pared más cercana en aquel solitario pasillo y permitió que su cuerpo perdiera fuerza, resbalándose hasta quedar sentada, hecha un ovillo lloroso y lleno de amargura. Esa posición le era conocida, asquerosamente conocida, siempre la misma, siempre en una circunstancia parecida. Se detestaba, quisiera acabar con todo, pero era cobarde para hacerlo por sí misma, ojalá alguien más lo hiciera por ella, eso sería mucho más sencillo, anhelaba la sensación de dejar de luchar.

Trató de calmarse, repitiendo las frases que siempre se decía para volver a la actitud que lograba mantenerla cuerda, se balanceó ligeramente de adelante hacia atrás hasta que logró reconfortarse.

—¿Oye, te encuentras bien? —le tocaron ligeramente el hombro.

—Sí —se limpió la nariz con el dorso de su mano—. Sólo necesitaba… —levantó la mirada, sintiendo cómo su cuerpo entraba en estado catatónico y sus labios temblaban al hablar—. No… no.

—Hola Daira —sonrió un caballero—. Me da tanto gusto al fin encontrarte, niña tonta, ¿Cómo pudiste escaparte por tanto tiempo?

—Tú no tendrías por qué estar aquí —negó la mujer, poniéndose inmediatamente de pie y tomando sus distancias, decidida a correr.

—Demos gracias a Lina por darme aviso, te llevo buscando años, ¿o creíste que simplemente desistiría? Eres mi responsabilidad.

Era un hombre alto, fornido, de mirada amable y voz tierna. Nadie dudaría que le tenía un extremo cariño a la muchacha que no hacía más que temblar en su presencia.

—Eso se acabó, soy mayor ahora.

—Vamos Daira, tenemos que volver a casa —suplicó.

—¡No me toques! —se alejó de un salto, golpeando la mano que hizo ademán por tocarla.

—Bien —levantó las palmas—. Lo siento, no quise asustarte, vamos Daira, no intento hacerte daño y lo sabes, es por tu propio bien.

—Jamás ha sido por mi bien.

Las lágrimas se acumulaban en los ojos de Daira, su voz temblaba y su cuerpo era incapaz de mantenerse, cada vez que intentaba dar un paso, su cuerpo se tambaleaba, amenazando con mandarla al suelo.

—Daira, deja de decir tonterías, siempre he querido lo mejor para ti, poco entiendo la razón por la cual te marchaste —la miró con detenimiento—. Por el amor de Dios, ¿qué llevas puesto?

—No es asunto tuyo —trató de decirlo con una voz firme.

—Todo lo concerniente a ti es asunto mío, como dije, eres mi responsabilidad y, a mis ojos, eres una niña que necesita orientación —lord Melbrook sonrió calmo, no había dado ni un paso invasor hacia ella, pero eso no evitaba que Daira temblara.

—¡Dije que no! ¡No! —tembló—. Estoy comprometida ahora, me casaré, todo el mundo lo sabe, tu esposa lo sabe también.

—¿Qué has dicho?

—S-Sí —dijo segura—. Me casaré.

El hombre apretó sus labios, creyéndolo una mentira.

—Ah ¿sí? ¿Quién es el afortunado al que debo dar mi permiso?

—No necesito tu permiso —escupió.

El hombre negó con una sonrisa e iba a hablar nuevamente, cuando de pronto unos pasos cercanos vinieron acompañados por una voz varonil y gruesa, imponente aún a la distancia.

—¡Señorita Fiore! —Daira escuchó la voz de lord Seymour como si se tratara de un ángel—. ¡Señorita Fiore, por favor conteste!

—¡Lord Seymour! —gritó desesperada la joven—. ¡Por aquí!

En cuanto la melena rubia estuvo en su campo de visión, Daira corrió con desesperación, lanzándose a sus brazos y enterrando la cabeza en el hueco de su cuello, temblando ligeramente sin lograr sentir ningún consuelo en aquel cariño que fue inmediatamente correspondido por la sorpresa.

—¿Se encuentra bien? —trató de buscar su mirada.

—Yo… —ella volvió la vista hacia dónde había estado lord Melbrook, pero este ya no se encontraba ahí. Sintió que un nuevo estremecimiento azotaba su cuerpo, así que volvió al abrazo—. Lo siento, si quiero casarme con usted, fui una tonta orgullosa al rechazarlo, quiero hacerlo, quiero casarme.

—Está totalmente alterada, incluso tiembla —Jason rebuscó con la mirada por el desolado pasillo—. ¿Estaba con alguien?

—No, no —tiritó—. Sola, estaba sola. Reflexioné, eso es todo.

—Muy bien, déjeme verla —el hombre tomó el rostro lloroso de la dama y lo inspeccionó—. Esto no parece normal.

—Me siento avergonzada por abandonarlo a la mitad del baile, eso es todo, lamento haber montado una escena, ¿está muy enojado?

Jason recorrió el rostro de la mujer con la mirada y suspiró.

—Supongo que no me contará lo que sucedió ¿o sí?

—No ha pasado nada. ¿Se casará conmigo o no?

El hombre dejó salir un bufido divertido y asintió.

—No tengo opciones, Jackson parece haberse enamorado de usted —ella soltó una risa nerviosa y llena de lágrimas—. Me alegra verla sonreír, pero volvamos, anunciemos de una vez el compromiso.

—¿Ahora? ¿Pese a todo lo que hice? —se limpió el rostro.

—Dirán que nos reconciliamos y es todo —le tomó la mano y la encaminó de regreso a la velada, pero de pronto se detuvo—. Quiero decir otra cosa, si me lo permites.

Jason pidió autorización con la mirada, aquellos increíbles orbes grises mantenían encerrados un brillo singular que sólo se equipararía con el de la mismísima luna.

—Sí, por supuesto.

—No eres una meretriz —inició—. Lamento haberte hecho sentir de esa forma, entiendo que no quieras estar conmigo por todo lo que puedo darte, pero sé que tienes miedo de algo y si puedo protegerte de ello, te lo juro, lo haré con mi vida, como mi esposa que serás —sonrió y limpió una lágrima de su mejilla—. Lamento todo lo que te he hecho pasar hasta hora, por dejarte sola y por estas lágrimas, en serio lo siento, trataré de no hacerte infeliz.

Ella sonrió dulcemente y apretó el agarre de su prometido.

—Se lo agradezco en serio.

Quizá Jason Seymour estuviera hablando por hablar, pero para ella, esa promesa lo valía todo, porque estaba a punto de necesitarlo. Con

ese hombre cerca, no había forma de que volviera a sentirse a salvo, ni siquiera con la protección de Pridwen sería suficiente.

Ahora que lady Melbrook sabía de su amistad, bien podrían adivinar sus movimientos y sería arriesgar a Pridwen, era mejor de esa forma, al menos Jason era un hombre que se sentiría con derecho sobre ella, aunque todo fuera a ser más que una simulación, el honor de un hombre lo era todo y si éste se dañaba, no importaba que la esposa fuera poco querida o una malnacida, el hombre defendería su honor si este se veía afectado.

Capítulo 15

Era un día acogedor pese a que estaban a mediados de octubre, el invierno ya comenzaba a hacer sonar su cántico helado, dando aviso de las próximas heladas que tomarían lugar de un momento a otro. Sin embargo, no en esos momentos, cuando los colores ocres seguían decorando los árboles y las hojas caían entre los suspiros del viento.

Los habitantes de Londres solían aprovechar al máximo la oportunidad de salir y tener conexiones sociales antes de ser confinados a los hogares debido a las grandes nevadas que traía el invierno; debido a la expectativa del encierro fue que se propició ese día deportivo. Para los caballeros era una forma de mantenerse ocupados, fuertes y relajados, al mismo tiempo que para las damas era una ocasión para ser vistas, pero también para admirar sin temor a ser sancionadas a los apuestos caballeros que disputaban su triunfo sobre aquellos gobernables corceles.

Resultaba impactante para las damas de la alta sociedad, que la prometida de lord Seymour se mostrara tan desinteresada en el partido que se tenía lugar. Daira, en lugar de ver a su novio jugar, se entretenía con el hijo del mismo, ambos sentados sobre el césped, recolectando florecillas de forma despreocupada pese a las miradas desaprobatorias que iban en contra de la hermosa mujer.

A Jason poco le importaba la actitud de su prometida, todo lo contrario, encontraba encantador y mucho más hipnotizante el verla sentada junto a Jackson, sacándole sonrisas dulces. El conocido caballero bajó del caballo que le había hecho compañía durante el partido de polo y se acercó a la que sería su familia con una mirada cálida, un cabello dorado que resplandeció con el sol al deshacerse del casco protector que llevaba.

—¿Se divierten? —Jason recostó ambos brazos sobre las bandas de protección—. ¿Qué es lo que hacen?

El niño sonrió a su padre y se apuró a susurrar al oído de la mujer que se inclinaba un poco hacia él para escuchar mejor.

—Me hace una corona —explicó la dama.

—Ya veo, ¿Crees que la señorita Fiore merece una corona hijo? —el niño asintió con ganas—. ¿Y qué tal yo? Acabo de ganar mi partido, ¿qué harás para mí?

El pequeño pareció pensarlo, rebuscó a su alrededor con su par de ojos grises y encontró una piedra, tendiéndosela a su padre como si aquello significara lo mismo que un trofeo.

—Bueno, te lo agradezco Jackson —sonrió el hombre.

—¡Oh, lord Seymour! —se acercó una dama a trote, con una sombrilla para que el sol no le quemar el rostro. Levantaba su vestido

hasta sus tobillos—. ¡Ha estado usted esplendoroso!

—Se lo agradezco lady Marshall, aunque dudo que logremos triunfar ante el equipo de mi primo.

—Agh, el equipo de Adrien tiene muchos huecos, yo se los puedo decir si gusta —se acercó una enfurruñada Pridwen, su mal humor tenía una persistencia de días.

—Se lo agradecería lady Pridwen, al menos así tendríamos una oportunidad —bromeó el hombre.

—¡Ja! Si me dejaran dirigirlos, yo los llevaría a la victoria.

Lady Marshall se escandalizó por tal sugerencia, pero Jason lo tomó a bien, sabía que esa chiquilla había propuesto lo mismo a su primo y su negativa era lo que la tenía de tan mal humor.

—No le veo inconveniente.

—¿Lo dice en serio? —se sorprendió por un segundo, para después fruncir el ceño—. Mire que si me engaña…

—No. Lo digo en serio, creo en su capacidad.

—¡Genial! Haré planes para derrotar a esos soquetes.

—¡Lady Pridwen! —la pobre lady Marshall estaba por desmayarse —. Pero qué boca, niña, ¿no se da cuenta que está actuando sumamente maleducada?

—Claro, como sea —rodó los ojos—. Usted acompañará a Daira a casa de los Rinaldi, ¿cierto lord Seymour?

—Sí, no hay problema con ello —asintió el hombre.

—En ese caso, he de marcharme.

La rubia corrió, feliz como nunca antes, posiblemente con la expectativa de poder vencer a Adrien en un juego en el cual se sabía que estaba bajo su completo control, eran los campeones invictos.

—Si sabe que es imposible que le ganemos, ¿Cierto? —susurró el hombre hacia su prometida.

Ella se inclinó de hombros y se levantó con todo y niño.

—Es una persona perseverante y positiva, espero que entienda en lo que se ha metido al convertirla en jefa de su equipo.

—No recuerdo eso.

—Ella lo tomará así —sonrió la mujer, acomodando al pequeño Jack en sus brazos.

—Me cambiaré y entonces la acompañaré a casa de mi hermana.

—Gracias.

—¡De ninguna manera irán solos! —se negó lady Marshall, tomándose atribuciones—. Es mal visto, son prometidos y ella necesita un chaperón.

—No se preocupe lady Marshall, de eso me encargaré yo.

La voz de lady Melbrook heló la sangre de Daira y enfureció la de Jason, quien no comprendía su intromisión. La hermosa mujer miró primero a la dama con el niño, y después sonrió hacia su antiguo

amante con ambas cejas levantadas.

—A menos que tengan algún inconveniente, mi casa queda de camino a comparación de la de lady Marshall.

—Oh, es verdad, sería mucho mejor ahorrarme ese viaje, no lo soportaría mi corazón.

Daira le dio la razón a la mujer, tenía sobrepeso y eran de conocimiento público sus problemas cardiacos, pero prefería cargar con lady Marshall a soportar a lady Melbrook.

—Vamos señor Seymour —incentivó Lina—, lo esperaré aquí con su prometida mientras se va a cambiar.

Jason se mostró dubitativo, pero entonces uno de sus compañeros de equipo colocó un brazo sobre sus hombros y se lo llevó, sin querer, dejándola sola con una de las peores personas que podían existir.

—¿Qué desea, lady Melbrook? Supongo que trae un mensaje para mí, pero mi prometido…

—Sí, sí —dijo con odio—. No te sientas tan orgullosa con ese hecho, es obvio que no te quiere.

—Eso es entre nosotros.

—Como sea, vengo a darte el mensaje de mi marido —se cruzó de brazos—. Al parecer está más que complacido de que te cases con Jason Seymour y desea que asegures cuanto antes tu posición.

—¿De qué habla? —Daira colocó a Jackson detrás de ella—. Yo a ustedes no les debo nada en lo absoluto, no pueden venir aquí a darme ordenes o hacer peticiones.

—¿Segura, Daira? —la mujer ladeó la cabeza con lástima—. Ahora que te has hecho amigos, tienes muchos lugares donde un golpe sería mortal, sin mencionar que te hemos encontrado y no pensamos dejarte ir nunca más.

—Están locos, si lo que quieren es que me case, haré todo lo contrario, me iré, me iré sola.

—Sabes que te encontraremos, tenemos ahora ojos sobre ti e irte sola sería estúpido considerando que podemos atraparte.

—Pensaba que lo que el asqueroso de su marido quería era que yo continuara siendo la pequeña que alguna vez tuvo que cuidar.

—Sí, en cierta parte le repudia el hecho de que tengas que cumplir con las estipulaciones del matrimonio —se inclinó de hombros—, pero todos sabemos que Jason cumplirá y no lo volverá a intentar, no necesita un heredero, pero podemos fingir uno, te aseguro que mi marido está más que dispuesto a ayudar.

—¡Son asquerosos! ¡Los detesto a ambos! Jamás, nunca los ayudaré, si ese cerdo que tiene por esposo está cediendo, seguramente es porque ya no tienen dinero —sonrió con satisfacción—. De mi mano no obtendrán nada, no los mantendré.

—¿En serio? —se cruzó de brazos—. ¿Qué pasaría si nosotros le

dijéramos la verdad?

Daira apretó los labios con fuerza.

—No me interesa, yo no tuve la culpa de nada, fui una víctima.

—¿Por qué has escapado entonces? ¿Por qué ansías casarte si no te interesa la protección que te puede brindar Jason? —echó en cara.

—Es verdad —Daira se acercó a lady Melbrook—. Me he cansado de correr, pero a mi prometido no le importa mi pasado y ustedes no pueden chantajearme.

—Podemos —sonrió malvada—. Mi esposo sabe cómo hacerlo y no creo que dude en usar métodos que te disgusten para recordarte el lugar al que perteneces y del cual escapaste.

—¡Jackson! —gritó la voz varonil del futuro marqués de Kent— ¡Señorita Fiore, es hora de irnos!

Daira volvió la vista hacia el hombre que alzaba la mano, indicando que fueran hacia él. El pequeño Jack obedeció de inmediato, dejando a ambas mujeres atrás.

—No hace falta que venga, su amenaza quedó grabada en mi cabeza, pero como he dicho, no tiene importancia alguna.

—Eso quieres hacerte pensar —sonrió—. Te conozco y veo tu linda carita llena de preocupación.

Los océanos que Daira tenía por ojos se volvieron turbulentos, tormentosos, como si dos tifones amenazaran con llevarse a las profundidades del mar a lady Melbrook.

—Ustedes nunca volverán a hacerme daño.

Con eso dicho, la joven corrió detrás del niño, alcanzándolo y tomándolo en brazos con una sonrisa, llegando hasta el padre que disimuladamente deslizó una mano sobre la cintura de la mujer que pronto se volvería su esposa, pero la apartó rápidamente al recordarse que estaba en público y sería mal visto.

—¿Qué tanto te decía esa mujer?

—Tonterías sobre su relación pasada con usted —mintió la joven, quién conocía de sobra los rumores sobre lady Melbrook y su ahora prometido—. Me sorprende sus gustos en mujeres.

Jason la miró con un tanto de vergüenza, pero logró recomponerse en cuestión de segundos, tomando la mano de su hijo.

—No diría que me gustaba.

—Peor aún, la utilizaba, ¿es que los hombres nos ven como pedazos de carne con los que pueden sentir placer?

—Una forma muy vulgar de pensar las cosas. Es verdad, los hombres somos idiotas, pero las mujeres tampoco son santas.

—Si no me quejo del placer buscado, sino de la elección que hizo para encontrarlo —lo miró divertida—. ¿En serio? Entre todas las mujeres que lo persiguen ¿escogió a lady Melbrook?

—Pensé que al estar enamorada de su marido me quitaría de

encima el sentimentalismo, creí que la lastimaría menos.

—Fue un error —Daira frunció el ceño— ¿Cómo sabe que ama a su marido? Ella siempre le ha engañado.

—Creo que ha sido algo mutuo, son un matrimonio sin amor.

—Como el nuestro.

—El error fue que uno se enamoró.

—Es verdad —negó la joven—, pobre ilusa, ¿cómo pudo enamorarse de un hombre tan asqueroso como él?

—¿Es que lo conoce de primera mano?

Daira se puso inmediatamente nerviosa.

—No, no. Es lo que se dice, sólo sé lo que se dice.

Jason entrecerró los ojos, dudando de aquella respuesta trémula y presurosa, pero se vieron interrumpidos por la presencia de Sophia, quien desgraciadamente para Jason, no venía en soledad.

—¡Ah, querido primo! No intentes escapar de nosotros, por favor.

—No lo haría —afirmó Jason—. Señorita Fiore, ellos son los duques de Westminster. Mi prima Sophia, a quién ya conoce, y su marido, John Ainsworth.

—Es bueno volver a verla, lady Sophia.

Daira se inclinó con una sonrisa respetuosa, pero al momento de intentar hacer lo mismo con el esposo de la mujer, se enfrentó a una fría mirada, poderosa y paralizante. Parecía estarla analizando desde la punta de sus pies hasta el cabello sobre su cabeza. Algo en él la llenó de temor, se sintió insegura y con las suficientes ganas de correr, incluso dio un paso atrás, siendo detenida únicamente por la mano de Jason, la cual se colocó ágilmente sobre su brazo.

—Es usted tan bella como dicen los rumores, señorita —dijo el hombre después de un largo análisis.

—Lo agradezco, mi lord —se inclinó la joven.

—Íbamos a comer algo, ¿gustan acompañarnos? —invitó el mismo caballero—. Me hace gran ilusión conocerla a fondo, señorita.

—No podemos —cortó Jason—. Lo siento John, será en otra ocasión, Jackson tiene que ir a dormir pronto, está cayendo de sueño.

—Por favor Jason, al menos acepta una cena —pidió Sophia.

—No sé si la señorita Fiore tenga tiempo y yo tendría que…

—Insisto Jason —la voz terminante de John no dejaba opción más que aceptar—. Los veremos en nuestra casa a las ocho.

—John, no seas tan imperativo —trató Sophia y miró a su primo y a su novia—. Será divertido e invitaré a más personas.

—Naturalmente que lo harás —refunfuñó Jason—. Bien, ya que no nos dejan opción aceptaremos.

—¡Oh, es genial! —sonrió Sophia.

—Pero después de la boda.

—¿Qué? —la esposa del duque miró a su marido con temor—.

Jason, sería mejor que fuera antes, ya sabes, para conocernos más.

—No. He decidido que esta mujer es perfecta para ser mi esposa y la madre de Jackson, no necesito que nadie dé su autorización.

Los ojos de John rivalizaron con los de Jason por varios segundos. Daira permaneció en calma, poco le importaban las disputas que existieran entre los importantes caballeros; si ella era capaz de llevar su vida normal, bien se podrían matar y no le haría mella. Como indicó su prometido con anterioridad, su único trabajo era cuidar a Jackson y era excelente en ello, no necesitaba más filtros que el de la aceptación del padre, así que, si su prometido quería salvarla de una velada donde sería enjuiciada, qué mejor.

—¿Jason, estás pensando en ti o en Jackson? —preguntó John directamente, siendo pellizcado por su mujer.

—Creo que siempre he visto por el bienestar de mi hijo, por no decir que fui el único en tener ese interés.

—Por favor, caballeros —se introdujo Sophia—. Estamos en la calle y comenzamos a llamar la atención, sin mencionar que incomodamos a la señorita Fiore.

Jason volvió el rostro hacia la imperturbable mujer que permanecía unos pasos atrás, desinteresada del asunto, luciendo hermosa e inalcanzable para todos los ojos que se desviaban hacia ella. Parada ahí, en medio de los árboles del parque, parecía una escultura más, una hermosa, pálida, orgullosa y recta mujer que sabía con toda certeza que era superior a los demás.

—Es verdad, pensaba tener un agradable paseo con mi prometida, así que, si nos disculpan, nos retiramos.

—Jason —la voz suplicante de su prima lo detuvo—. La invitación a cenar sigue en pie, no importa que sea después de la boda, es importante para John conocerla.

—Sí, como sea, ya veremos después.

El hombre siguió caminando, dejando atrás a la joven que fuera a ser su esposa, quien no se permitió mostrarse intimidada y miró al duque con tranquilidad, pese a su impresión inicial, Daira consideraba que el esposo de Sophia no podía ser malo, simplemente resultaba intimidante debido a su estatura y estructura.

—¿Es que hay algún problema del cual deba estar consciente, mi lord? —inquirió la joven con pasmosa calma.

—No, no, querida —se introdujo Sophia—. Tan sólo queremos conocerte mejor, sobre todo John.

La joven dirigió la mirada hacia el hombre impenetrable que no paraba de recorrerla de arriba hacia abajo, claramente juzgándola.

—¿Alguna razón en particular?

—Serás la madre del hijo de mi hermana —dijo el hombre como toda explicación— y mi heredero.

Sophia bajó la mirada, sintiendo un revoltijo incómodo al escuchar esas palabras. John, como toda respuesta, pasó una mano por la cintura de su esposa, acercándola más a él, en un despliegue de cariño que Daira no comprendió, pero tampoco cuestionó. Se sabía que la duquesa dio a luz a dos hijas, unas mellizas, no tenía idea por qué se daba por hecho que Jackson sería su heredero.

—Pero…

—Es todo lo que necesita saber —tajó el hombre—. Espero que pueda convencer a Jason de acudir a la cena.

—Creo que lo terminará decidiendo él —se inclinó ante ellos—. Con su permiso, excelencias.

Los Westminster parecían pegados al piso, mirando a la jovencita correr detrás del que sería su prometido, quien ya la esperaba a unos metros, con el pequeño Jack queriendo subir a un árbol. John suspiró, apartó la mirada y tomó a su esposa en brazos, presionando un beso en sus labios pese a estar en público y siendo el centro de miradas.

—¡John! —sonrió la joven, colocando una mano en el pecho de su esposo, mirando de un lado a otro—. ¿Y esto por qué ha sido?

—Lamento haber mencionado el hecho de que Jack es mi heredero —le acarició la mejilla—. Odio que te haga sentir mal.

—Es una lástima que no pueda darte un heredero —se mordió ligeramente el labio—. Pero nada puedo hacer, parece ser que es lo que me tocó y agradezco a mis hijas.

—Esas personas te hicieron tanto daño… jamás podré perdonarme por ello —la abrazó—. Te amo Sophia.

—John, no seas tonto, no pasa nada mi amor —lo abrazó de regreso —. Las cosas son así, espero que las niñas puedan entenderlo.

—Por eso quiero que Jack se haga cercano a ellas, quiero que le quieran y él las quiera también. No pienso dejar a mis propias hijas desprotegidas, haría mucho más fácil mi muerte el saber que su primo velará por ellas también.

—¡No hables de muerte John Ainsworth!

—Lo siento, amor, lo siento —sonrió el hombre, volviendo su mirada hacia la pareja que seguía alejándose—. ¿Qué opinas de ellos?

—Bueno, no puedo cuestionarlos, el inicio de nuestro matrimonio tampoco fue el mejor ¿no crees?

—En eso tienes razón, pero creo que lo de ellos es peor. —Sophia lo miró con dudas—. Cuando acordamos nuestro compromiso, ambos sabíamos que seríamos un matrimonio en toda la regla, esperaba de ti hijos y fidelidad. En cambio, ellos…

—Sí, creo lo mismo, pero al final de cuentas, no es asunto nuestro.

—Sólo espero lo mejor para el pequeño Jackson.

—Yo creo que Jason está pensando exactamente lo mismo.

Jason caminaba con un ímpetu que Daira apenas podía seguir, incluso el pequeño Jack tenía que dar uno que otro salto para lograr seguirle el paso a ambos adultos.

—¡Señor Seymour! —pidió la mujer—. ¡Señor Seymour por favor espere! Jackson apenas y nos puede seguir el paso.

Al escuchar lo último, Jason se detuvo en seco y se volvió hacia ellos, su cara mostraba la frustración y el enojo que aún sentía.

—Lo siento, no tenías por qué escuchar algo así.

—Comprendo la preocupación de lord Westminster, aunque no comprendo por qué habla con tanta seguridad sobre su heredero.

—Mi prima no puede tener más hijos —terminó el hombre—. Por desgracia, el heredero a ese ducado será Jackson.

—¿Desgracia? —Daira frunció el ceño, tomó al niño en brazos y siguió los pasos de su prometido—. ¿Qué no es eso algo bueno entre los de su clase social?

—No cuando se toman atribuciones, mi hijo heredará mi título, pero al ser el único heredero factible para el ducado del hermano de su madre, tiene una presión que no le correspondía.

—Claro, entiendo que sea una presión, pero aprenderá, usted lo dirigirá correctamente y lord Westminster…

—¡El padre de Jackson soy yo! —gritó, haciendo callar inmediatamente a la mujer—. ¡Maldición! Lo siento Daira.

—Está bien, no creo que él desee quitárselo, estoy inclinada a pensar que está preocupado por la mujer que está seleccionando para ser su madre sustituta, nada más.

—Es meterse en mi vida —dijo aún más disgustado—. No debería importarle la elección que haga. Esa maldita cena no será otra cosa más que una prueba para usted.

—Entonces la superaré, no tengo temor a ello.

Los ojos grises de aquel hombre se suavizaron, mostrando un brillo diferente al que Daira había visto cuando enfocaba a su hijo. Quizá era un poco de admiración hacia su persona.

—Eres una mujer… —frunció el ceño y negó—. Extraña.

—Lo agradezco… creo.

—En realidad, el verdadero problema es que no parecemos una pareja —comprendió Jason—. Ni siquiera se siente una atracción entre nosotros y eso crea dudas en mi familia, se preocupan.

La mujer asintió, ya desde hacía tiempo se lo había insinuado. Daira suponía que, para ese momento, muchos estarían pensando que el señor Seymour se casaba por su hijo, lo cual era una realidad, pero eso no dejaba de ser insultante para las damas que proponían a jovencitas de buena cuna dispuestas a ser madres sustitutas del niño.

—¿Qué sugiere? La boda es dentro de poco, nadie creerá que es por conveniencia porque yo no tengo nada que ofrecer y dudo que sus

parientes dejen de molestarnos si no ven amor entre nosotros.

—Bien, creo que podemos hacerlo.

—Claro, pero… —ella lo miró dubitativa—. ¿Cómo lo haremos?

—Acudamos a la velada de esta noche, tratemos de estar juntos y aprendamos un poco el uno del otro.

—Creo que podría ser un inicio —asintió la joven.

—¡Daira! ¡Daira, Daira, Daira! —La alocada rubia corría atolondradamente hacia la pareja—. Tienes que venir conmigo… hola de nuevo Jason, ¿Puedo robármela por un rato? —sonrió angelicalmente—. Es urgente, en serio.

—No lo dudo. —Jason enfocó a su novia—. Con cuidado.

—Conociéndola, no será nada de gravedad.

—De todas formas, busquen no meterse en problemas.

Jason estiró las manos para que su prometida le pasara a su hijo. Y en cuanto estuvo libre del niño, Pridwen se apropió de una de sus manos, sonriendo jactanciosa hacia el conde. Jason rodó los ojos con diversión, se inclinó ligeramente hacia su novia y presionó un beso en su mejilla como despedida. La joven sonrió dulcemente, sus ojos se iluminaron y sus mejillas tomaron un suave color rosado; después se marchó junto con su mejor amiga, ambas llenas de alegría y cuchicheos. Él jamás la veía sonreír de esa manera cuando estaba a su lado en varias ocasiones se había preguntado si se estarían equivocando al casarse de esa forma tan maquiavélica. Estaba claro que para él era conveniente, fingir interés tampoco le significaría mucho, pero ¿qué pasaba con ella? ¿por qué le era tan fácil aceptar que no habría amor o siquiera cariño en su matrimonio?

—Ah, lord Seymour, al fin lo conozco en persona.

Jason se volvió lentamente hacia la voz, frunciendo el ceño ante el hombre que tenía enfrente.

—¿Nos conocemos de algún sitio?

—Me temo que no, ustedes son visibles en las revistas amarillistas, pero creo que un conde en ruina no es tan atractivo.

—¿Está interesado en hacer negocios? —frunció el ceño—. Estoy con mi hijo ahora, así que tendríamos que postergarlo a…

—No vengo por eso, resulta ser que conozco muy bien a la señorita con la que piensa desposarse. —Jason permaneció en su pose imperturbable, esperando a que el hombre continuara—. Soy lord Melbrook, conocerá a mi esposa, ella vino a Londres mucho antes de que yo le siguiera los pasos.

—Ah, por supuesto —Jason equilibró a su hijo en un brazo y tendió la mano al hombre—. Es un gusto.

—El gusto es todo mío.

La sonrisa retorcida del conde dejaba en claro que su presencia acarrearía problemas y el que se presentara como alguien que conocía

a su prometida lo era aún más. Por lo que sabía, la señorita Fiore no era de por ahí y nunca mencionó conocer a lady Melbrook, con quien en más de una ocasión se vio en conflicto. Tal parecía que Daira Fiore tenía sus propios secretos y estos pretendían presentarse antes de que ella estuviera dispuesta a contarlos.

Capítulo 16

La casa de soltero de Jason solía encontrarse desocupada debido a que él prefería residir en la que heredaría de sus padres. Pese a ello, el hogar se encontraba en buenas condiciones, no estaba descuidada o abandonada, todo lo contrario, los empleados vivían preparados para recibir inesperadas visitas, como en ese momento, cuando su señor llegó con un gallardo caballero y el pequeño Jackson en brazos.

—Llévenlo a recostar, por favor —pidió el hombre, entregando a su hijo medio dormido a una de las doncellas, para después volcar su mirada al caballero que esperaba tranquilo, quitando su sombrero y dejando su elegante bastón—. ¿Gusta algo de tomar?

—Lo que guste ofrecerme estará bien —asintió el elegante hombre, quien no pareciera un noble empobrecido.

Jason lanzó una mirada a uno de los mozos que esperaba por órdenes y pidió al caballero que entrara a uno de los salones de la casa. Lo único que delataba a ese hombre de su falta de riqueza, era la mirada avariciosa que dirigía a cada esquina de aquella ostentosa mansión en el centro de Londres.

—Tome asiento, lord Melbrook, si se ha tomado la molestia de interceptarme, será porque algo tiene que decirme.

—Creo que el que debió buscarme es usted, lord Seymour, aunque comprendo el hecho de que Daira omitiera mi existencia.

—No sabía que se conocieran siquiera.

—Por supuesto —negó alegre—, esa niña ha sido tan testaruda.

—Para no entrar en un error, me gustaría saber la relación que existe entre mi prometida y usted, lord Melbrook.

—¿Relación? —el hombre sonrió—. Soy su hermano, ella es mi responsabilidad. La he buscado desde que decidió escapar de casa.

—¿Una Melbrook? —negó el hombre, claramente asombrado—. ¿Me dice usted que ella es hija de condes?

—Bueno —sonrió de lado—. En parte, es hija de mi padre, pero de otra madre, soy su medio hermano.

—Entiendo. —Jason frunció el ceño—. ¿Por qué esconderlo?

—Creo que tiene encarnecida la idea de deshacerse de los grados de nobleza que existen en su sangre.

—Eso… es poco usual, pero conozco a gente igual.

—Mi hermana es testaruda, quedó huérfana de madre al momento de nacer y cuando mi padre murió, me hice cargo de ella, aunque supongo que Daira piensa que no me correspondía darle ordenes, educarla o dirigirla y fue la razón por la cual escapó.

Jason permaneció en un silencio pensativo. No tenía nada que decir ante la conclusión a la que había llegado el conde, no le correspondía

y no conocía lo suficiente a su prometida como para decir algo diferente. Sin embargo, no le agradaba que el conde hablara de alguien que no podía defenderse al no estar presente.

Por largos momentos se miraron sin hablar enfrascados en una rivalidad perdurable entre la madurez del conde de Melbrook, contra el vigor de Jason, quien confiaba en su juventud, conexiones y riqueza. Fue el conde quién suspiró tranquilo y apartó la mirada, concediéndole la victoria, lo cual molestó sobre manera a Jason.

—¿Ha venido para dar su desaprobación al compromiso?

—No creo que ella permita tal cosa y lo que quiero es acercarme, es la única familia que me queda, en verdad la aprecio.

Los ojos grises se entrecerraron.

—Ha dicho usted que es un noble empobrecido, ¿es eso a lo que ha venido? ¿Quiere una compensación por no tomarlo en cuenta?

—Yo le tenía un compromiso hecho allá en casa, no pensé que me desobedecería hasta este punto, pero no, no vengo a pedirle dinero —dijo orgulloso—. Quería conocerlo ahora que se hará cargo de ella.

—No tiendo a maltratar mujeres y si he decidido casarme, será para tratarla como le corresponde.

—Me alegra saberlo. —Asintió, aceptando en ese momento otra copa de vino que se le ofrecía de la mano de un mozo con manos enguantadas—. Ahora, me gustaría conocer su apertura a que los visitemos, como dije, quiero estar cerca, mostrarle que soy su hermano y en realidad su única familia.

—No tengo problema con que ella reciba visitas, si es su deseo.

—Ese sería el problema, me culpa de muchas de las desgracias de su vida, me odió cuando le hablé del compromiso, pensaba en su seguridad por si algo me sucedía, pero Daira no lo tomó así.

—Ella no me parece una persona irracional.

—Soy su hermano, prácticamente su padre, quizá sea capricho o simplemente rebeldía de una muchachita a la cual siempre se le cumplieron sus deseos.

Jason cambió el rostro, mostrándose mortalmente serio, su cabeza trajo de repente recuerdos sobre lo que parecía una vida pasada.

—Comprendo. Permitiré cualquier acercamiento que usted proponga lord Melbrook, le aseguro que ella entrará en razón, aunque dudo que esté feliz con esa decisión.

—No tendremos que decirle que usted aceptó, odiaría ocasionarle problemas, me acercaré lentamente a ella, ganaré su confianza de nuevo y seremos familia, como debe ser.

Aquello sacó una sonrisa por parte de Jason.

—Parece determinado. Me sorprende que aprecie tanto a su hermana, pero lo apoyo terminantemente, la idea de una familia es algo que aprecio y que pretendo enseñarle a mi hijo.

—Gracias mi lord —el caballero se puso en pie—. No tengo más que decir, aunque lamento informar que no asistiré a la boda, no deseo estropearle ese momento de dicha.

—Es usted bienvenido si desea hacerlo —Jason se puso en pie también—. Lo invito yo mismo.

—No. Mejor así, lo tomaría a mal, se lo aseguro —sonrió de lado—. Nuevamente gracias y espero que no sea la última vez que nos veamos, lord Seymour.

—No lo será —afirmó el hombre, tomando con determinación la mano que se le ofrecía.

Lord Melbrook asintió y se dedicó a salir, volviendo a pasar sus ojos por la exuberante riqueza que se posaba de forma elegante sobre cada pared en esa casa, sonriendo a su suerte.

Jason, por su parte, no podía creer que un hombre como aquel fuera rechazado por su prometida, estaba claro que la apreciaba, incluso la amaba. Hasta llegó a sentirse culpable por haber sido amante de su mujer. Se prometió en ese momento jamás volver a caer tan bajo como para hacerle eso a un caballero que podría respetar al momento de conocerlo.

⁂

Al caer la noche, Jason se colocó su traje de gala y esperó a las afueras de la casa Hamilton para que su prometida llegase en la carroza que seguro vendría compartiendo con su hermana Micaela y su cuñado, que era donde se quedaba actualmente. Se sentía un tanto inquieto por la farsa que tendrían que montar y era el motivo principal de que estuviese fumando.

—Hola Jason —su alegre hermana lo saludó con un par de besos y un abrazo afectuoso—. Me encanta la idea de que pasen la noche juntos… ¡Digo no en ese sentido! Me refiero a como pareja en un baile, aunque lo otro no tardará en llegar, pero suena a indiscreción en este momento ¿verdad?

—Querida —Matteo la tomó de la cintura—, sería mejor que pasáramos, dejemos que ellos enfrenten las miradas solos.

—¿Seguro? Son tan patéticos que indudablemente lo arruinarán.

Faltó poco para que Daira cometiera la indiscreción de soltar una carcajada ante el conjunto de palabrerías dichas por parte de su futura cuñada. Pensó que su prometido se encontraría en sintonía con ella, pero al ver su rostro grave y mirada recriminatoria, la joven curveó una ceja dubitativa, alzó una mano hasta posarla en el hombro de su novio, obligándolo a agacharse para poder susurrar a su oído.

—¿Ocurre algo, mi lord?

—No lo sé, mi lady —remarcó el honorifico—. ¿Cuándo esperaba decirme que en realidad eres hija de familia noble?

—¿De qué habla? —ella frunció el ceño y se alejó.

—Su hermano me hizo una visita el día de hoy —explicó con suma molestia—, ¿no te das cuenta en qué posición me has dejado al no haber pedido su permiso para casarme contigo?

—¿Mi hermano?

—Lord Melbrook.

Los ojos de la joven se abrieron de par en par, oscilando entre la impresión y el horror.

—Dice que él fue hasta su casa —trató de comprender.

—Me lo encontré de camino.

—Dios mío, jamás me dejará tranquila —dijo para sí misma.

—Me parece que eres malagradecida con él, se nota que te aprecia sobremanera, te ha buscado por todas partes desde que te fugaste.

—Ya me imagino que sí —dijo molesta, caminando hacia la fiesta—. ¿Qué fue lo que le dijo?

—Preferiría pasar esa conversación a otro momento, por ahora me gustaría saber la razón de su mentira.

—Ninguna mentira, soy la señorita Fiore, no Melbrook.

—Su padre era el conde, ¿me equivoco?

—No —apretó los dientes—. Pero no quiero volver a hablar del tema, este matrimonio no está basado en nosotros, por lo cual no es relevante lo que sea o no sea yo.

—¿Sabe que sería mucho más sencillo si dijese la verdad?

—¡No! —exigió ella, mirándolo determinada—. No puede obligarme, yo sé lo que hago con mi vida.

—Si tampoco pensaba obligarla —frunció el ceño—. ¿Huyó de casa porque no quería el matrimonio concertado por su hermano?

—Creí decir que no hablaría más de esto y no lo haré.

La joven tomó sus faldas, introduciéndose al opulento salón atestado de personas elegantes que detuvieron sus conversaciones para mirarla de pies a cabeza, juzgándola desde el mismo instante en el que pisó aquellas baldosas de mármol.

Daira miró de un lado a otro, buscando el rostro conocido de su única amiga para poder escapar de las preguntas insistentes de su prometido. Pero antes de poder hacerlo, se topó con el rostro sonriente y bondadoso de una mujer de cabellos castaños y ojos verdes, que caminaba con los brazos abiertos, siendo una invitación a un abrazo. A su lado, un caballero alto, ligeramente canoso y con una mirada escalofriante que hacía sentir a Daira un alfeñique.

—¡Me alegra que al fin llegaran! —la mujer la saludó afectuosamente—. Soy Annabella, y él es mi esposo Thomas.

El hombre se inclinó respetuosamente y sonrió al hablar:

—Un placer, lady Melbrook. —Daira tembló ante la mención del apellido, pero estaba imrpesionada y fue capaz de pasar su irritación a

segundo plano—. Ha de saber que los Hamilton estamos muy bien informados, sobre todo de las personas que nos rodearán.

—Es un comentario atemorizante, lord Hamilton, pero mi apellido es Fiore y siempre lo será.

Ante aquella afirmación, los ojos de Thomas Hamilton relampaguearon con algo parecido a la diversión y al entusiasmo.

—Entiendo. Lamento la confusión, señorita Fiore.

—Tío —se acercó Jason—. Pensé que estaba en Dinamarca.

—Regresé hace unos días, es bueno verte muchacho.

Después del recibimiento adecuado, la pareja pasó al salón, siendo rápidamente interceptados por primos y familiares de Jason, quienes notaban la hostilidad en incremento de la pareja.

—Parecen peor que antes, ¿se han disgustado? —inquirió Ashlyn.

—Nada de eso —sonrió la joven—. Es sólo que a su primo le gusta deducir cosas al azar sin importar cuan equivocado esté.

—¿Disculpa? —Jason le lanzó una mirada enojada.

—Con su permiso, he visto a Pridwen, quisiera saludarla.

La mujer tomó su vestido y se alejó rápidamente del grupo social donde Jason siempre sería el beneficiado, quería estar con Pridwen, quería hacerla sentir mejor ante las malas noticias que había recibido hacía tan poco tiempo.

—¿Qué pasa con ella? —se acercó Héctor, el hermano menor de Jason quien regresaba de su viaje por Italia—. Pareciera que te odia, lo cual entiendo, pero ¿por qué razón?

—A las embusteras no les gusta que descubran sus falacias.

—¿De qué hablas? —se adelantó Micaela—. ¿En qué ha mentido?

—Nada. Iré con ella.

Jason tomó camino hacia su prometida, siendo consciente de que ella huía de forma evidente, convirtiéndose rápidamente en el entretenimiento de la velada. El conde no podía creer lo fácil que le resultaba a Daira incluirse efectivamente en cualquier circulo social, entablando largas conversaciones, logrando frenar el avance de su prometido, quien buscaba evitar preguntas incómodas o indiscretas.

Ella sabía que no podría escapar por siempre, así que no se sorprendió cuando de un momento a otro Jason logró tomarla del brazo con determinación, arrastrándola con una sonrisa fingida hasta sacarla a un balcón alejado y solitario, ideal para la discusión que tomaría lugar entre la pareja.

—¿Qué? —ella apartó su brazo con desdén.

—¿Quieres hacernos el hazmerreír de la velada? —la recorrió con la mirada—. Desista en su empresa de escapar, se suponía que esta noche estaríamos fingiendo que había algo más que sólo frialdad, estás haciendo evidente que no nos soportamos.

—Lo lamento mi lord, no tenía idea que no me soportaba.

—Cada vez menos —admitió—. Ahora, no me importa tu vida, fue un error preguntarte sobre ella. ¡Maldición! Me importa una mierda si naciste de una vaca o si tu madre era una puta, lo que quiero es que este matrimonio sea creíble para toda esta bola de idiotas.

Se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca, tenía una sensación desagradable en su lengua, como si acabara de comer algo sumamente amargo. Jason jamás era grosero, mucho menos con una mujer que estaba cortejando, pero Daira logró hacerlo perder el control, tiró abajo su fachada alegre, amable y siempre contenida. Estaba claro que la había ofendido, quiso disculparse, pero la mirada de Daira se lo impidió. No parecía querer llorar, todo lo contrario, si no se equivocaba, lo que quería era asesinarlo.

Jason pensó que le gritaría, que lo golpearía, pero cuando ella habló, su voz era calma, controlada, incluso parecía cargada de lástima. Eso lo dejaba en ridículo. Sin embargo, su mirada seguía plagada de furia, sus ojos podrían arrasar con el valor de cualquier hombre, y aquello demostraba lo capacitada que estaba para dominar sus emociones. Eso la convertía en una persona sumamente peligrosa.

—Se dice un caballero, pero no se limitó a insultar a todo un conjunto de mujeres con esas palabras —dijo en un tono de superioridad—. No me importaría haber nacido de una "puta" como usted dice, seguro que aun así sería mejor que usted.

—Yo jamás… —Jason aprontó la quijada—. ¡Maldición! ¡Jamás he menospreciado a nadie! No sé por qué dije eso, pero no es lo que pienso —negó y caminó de un lado a otro—. ¡Es usted! ¡Me saca de quicio! ¡Me vuelve loco y me llevó al extremo de ser grosero!

—¿Yo? —se indignó—. Apenas he dicho palabra desde que me jaloneó hasta este lugar.

—De acuerdo, lo mejor será guardar silencio, cuando ninguno habla las cosas van bien; hasta me parecía ligeramente atractiva.

—¡Oh, gracias! —se llevó las manos al pecho en un total melodrama —. ¡No sabe qué halagada me siento!

—¡Basta! —levantó ambas manos—. Basta, no podemos seguir discutiendo, la gente se dará cuenta.

La mujer dejó salir un bufido y se cruzó de brazos, ocultando de esa forma que temblaba de rabia.

—Es usted un monstruo con cara de cordero, se esconde efectivamente del mundo, pero le digo algo —se acercó hasta poder golpear el pecho masculino con la punta de uno de sus dedos—. Puedo ver lo podrido que está por dentro, ahí no hay nada rescatable, es una linda portada que no contiene más que basura en su interior.

—¿En serio? —le tomó la muñeca para que dejara de picotearlo— ¿Qué hay de usted? Es toda belleza y elegancia, pero detrás de la linda portada no hay más que amargura y una personalidad asquerosa.

Estoy seguro que si no se casa conmigo, no lo hará con nadie, sólo un loco le haría una propuesta sin ser por conveniencia.

El corazón de Daira se estrujó con fuerza y sus facciones cedieron ante el dolor de su interior. Él parecía arrepentido por sus palabras, pero no decía nada para remediarlas. Pasado el segundo de debilidad, apartó su mano de la de él de golpe y lo miró intensamente, incluso su nariz temblaba al tratar de contener su rabia.

—¡Es usted un grosero! ¡Un maldito y un malvado! —apretó sus puños mientras hablaba—. ¿Cómo puede decirme esas cosas cuando no he sido más que amable y comprensiva?

—¿Es que yo no he hecho lo mismo? —la miró enfurecido—. ¿Debo permitir que me diga lo que quiera porque es mujer?

—¿He de recordarle que usted fue el que empezó a insultar?

Jason se quedó callado momentáneamente al recordar que, de hecho, había sido él quien insultó primero a la mujer, pero fue gracias a que ella se colocó en esa postura orgullosa y dominante que lo obligó a perseguirla como un idiota por todo el salón.

—¡Por Dios! —Jason se alejó de ella cuando notó que estaban demasiado cerca—. ¡Esto es una locura! Me será imposible soportar estos arrebatos por el resto de mi vida.

—Por favor —la mujer chasqueó la lengua con vanidad—. Lo puedo hacer tragarse esas palabras en menos de dos minutos.

—¿Qué demonios quieres decir con…?

Antes de que Jason pudiera terminar la frase, Daira se adelantó con seguridad hacia él, tomándolo por las solapas del traje para atraerlo hasta sus labios entreabiertos, comenzando con un beso suave que aumentaba progresivamente en intensidad y efervescencia, llegando al punto en el que el cuerpo entero del conde se estremeció ante la caricia que no parecía provenir de una joven impoluta.

Daira era capaz de provocar en los varones toda clase de sensaciones con una mirada ligeramente provocativa, por lo que sus labios resultaban lo más parecido a un veneno peligroso que podía dejar sin voluntad a quien los tocara. Sólo hasta esos momentos Jason comprendió que su prometida no necesitó de palabras para ponerlo en su lugar, ese beso era más que suficiente para dejarlo mal parado.

Daira no se conformó con sentir que su prometido casi se arrodillaba ante la caricia, quería hacerlo sufrir más, así que se acercó hasta abrazarse a él, acariciando sus hombros, enredando sus dedos en la cabellera rubia, provocando que se entusiasmara aún más contra sus labios. Sentía sus manos desesperadas vagando desde lo alto de su espalda hasta sus caderas, buscando acercarla más, abrazándola con ímpetu que le sacaba gemidos que daban indicio que el hombre estaba perdiendo la razón por la necesidad de sentir cada parte de su cuerpo contra el suyo.

La joven sonrió victoriosa.

Fue hasta el momento en el que su prometido estaba rozando la línea del goce y se encontraba completamente a su merced cuando la joven se alejó, provocando un escandaloso sonido de separación. Jason se mostró confundido y buscó los labios de su prometida, pero ella se retiró aún más, esta vez dando unos pasos hacia atrás, con el rostro pálido imperturbable y sin una emoción en su mirar.

—¿Lo ve? —sonrió triunfal, notando el deseo en la mirada del hombre que mantenía alejado de ella—. Cualquier hombre quisiera tenerme a su lado y la única que lo impide soy yo. Así que no dé por sentado nada, mi lord, le aseguro que seguiré siendo asediada y más de algún loco se arrastraría a mis pies con tal de que lo besara de la forma en la que acabo de besarlo a usted.

Ella sonrió de lado, recorriendo con su mirada satisfecha el rostro encantado del hombre que no hacía más que tratar de modular el deseo que lo arrastraba en dirección al cuerpo vanidoso de la mujer que se alejaba dando pasos jactanciosos hacia atrás.

—¡Maldición! —se quejó cuando la vio desaparecer—. Me va a matar, sé que lo hará.

Capítulo 17

Aquella boda no era más que una formalidad insignificante para la nueva pareja. No fue una gran recepción, tan sólo la familia cercana de Jason, y Pridwen por el lado de la novia. No se hizo un gran espaviento, únicamente fue una cena en la cual se profesó la calidez y aceptación de los Bermont y en la cual Daira sintió un especial afecto por su suegro, considerándolo un santo por aguantar a una mujer como lo era la marquesa, quien desde el primer momento se encargó de vigilar los movimientos de su futura nuera y por la cual estaban metidos en el lio de vivir en la mansión Kent junto con ellos.

Del beso que compartieron en el balcón no se volvió a hablar, tampoco de la familia de Daira. Los condes no habían hecho acto de presencia en ninguna velada, pero se podía considerar lo adecuado debido a que apenas tenían unas semanas de matrimonio y lo usual era dejarlos tranquilos y, aunque muchos esperaban un viaje de bodas, ambos negaron todas las sugerencias hechas por los primos y decidieron afrontar la realidad de sus vidas desde el primer momento.

En ese punto, ambos estaban acostumbrados a estar cerca del otro, dormían en habitaciones conectadas pero la puerta entre ellas jamás se abría, esporádicamente se encontraban en el baño que compartían las habitaciones y era el lugar donde se tenían las conversaciones más largas, normalmente basadas en Jackson, invitaciones a veladas o ajustes de la farsa, para nada más.

Esa noche Daira estaba tomando un baño cuando Jason entró sin tocar. Por unos segundos ella se mostró ofuscada, pero al estar detrás de un biombo que apenas y permitía ver algo además del hermoso decorado de flores, se relajó y prosiguió con su hacer.

—Deberías llevarte mejor con mi madre —recomendó Jason, quien se cambiaba en el baño que también ocupaba su esposa—. Si ella llega a descubrir la índole de nuestro matrimonio, es capaz de ir a terminarlo por sus propios medios.

—Es ella quién se muestra de lo más intransigente.

—Podría decir lo mismo de ti —Jason lavó sus brazos y rostro en el palanganero con agua tibia—. ¿Tienes el jabón ahí dentro?

—Sí —ella se arrastró por un lado de la tina y extendió su mano fuera del biombo con la barra dispuesta para él—. Además, quiere meterse en todo lo que hago.

Tocar la mano húmeda y cálida de su esposa mandó un profundo escalofrío a lo largo del cuerpo de Jason, aunque para ese momento, tenía identificado el impulso de llevársela a la cama y sabía controlarlo. Daira era una mujer tentativa, lo dejó en claro aquella noche en casa de los Hamilton, pero nada más, no pasaba de ser una

mujer hermosa y de cuerpo exquisito, podría ser vista como conquista de una noche. Sin embargo, al ser su esposa, todo aquel delirio se complicaba, no quería hijos de ella, ni siquiera quería intimar o acercarse demasiado emocionalmente, ese había sido el trato.

—Intenta enseñarte, ella piensa que no eres una noble y cree que no podrás entrar en sociedad.

—Siendo sólo una dama de compañía lo he hecho perfectamente.

—Las personas te odian —simplificó.

—Qué fácil es hablar —rodó los ojos—. Ellas me odian porque piensan que me meteré en la cama de sus esposos y ellos lo hacen porque no permito que siquiera me hablen. ¿Me pasarías una toalla?

Jason tomó la tela y se la tendió sin prestar demasiada atención.

—Sea como sea, tienes que ganarte a la sociedad —se colocó la ropa de dormir—, empezando por mi madre.

—A tu padre le caigo bien.

—A mi padre le cae bien todo el mundo.

—¿No te es suficiente?

—¿Te lo estaría diciendo si lo fuera?

—Bien —ella salió detrás del biombo con la tela enredada en su cuerpo de marfil, escurriendo gotas de agua que mojaban el suelo—. Lo intentaré si es lo que quieres.

—Es lo que pido. —Jason miró hacia los pies de la mujer, encontrándolos igual de perfectos que el resto de su cuerpo—. Ponte zapatillas, resbalarás.

Ella rodó los ojos y fue hacia el espejo empañado del baño, mirando su rostro pálido y cabello enredado.

—¿Has pedido que cambien a Jack para dormir?

—No puedes seguirlo durmiendo contigo —Jason se volvió hacia ella—. El niño tiene que aprender a estar en su habitación.

—Tiene cuatro años —lo miró a través del espejo—. Si quiere dormir conmigo, dejaré que lo haga, apenas comienza a tenerme confianza, no le quitaré el entusiasmo.

—¿Ya habla más contigo?

—Sí, me ha contado algunas cosas divertidas que le gusta hacer.

—Espero que lo estés ayudando a comunicárselo a los demás y no únicamente a ti —elevó una ceja.

—Es un niño que necesita de cariño —lo encaró—, confianza y que le tengan un poco de fe, eventualmente hablará con los demás.

—Le tengo fe, es mi hijo.

—No, duda que sea capaz de dirigir el imperio que le será heredado, lo veo en sus ojos y Jack también lo nota.

—Como has dicho tú misma —se acercó a ella al punto de rozar sus narices y elevó una ceja sardónica—. Tiene cuatro años.

—Eso no quita el problema —lo apartó—, no confía en él.

—¡Mi hijo no habla, Daira! —le gritó de pronto—. Claro que tengo miedo de que no pueda desenvolverse.

La joven apretó los labios y los puños al mismo tiempo.

—Si habla —dijo con voz queda—, pero tiene tanto miedo a equivocarse que debe hacerlo a base de susurros y con personas que él piensa que no lo van a juzgar.

—No sé qué insinúas —la apuntó—. Amo a mi hijo.

—Entonces demuéstrelo, no sólo abrazándolo y besándolo, sino dándole ánimos, presentándolo ante sus colegas y sintiéndose orgulloso de lo que es, tenga fe en él. —El hombre negó fastidiado y se quitó la camisa de dormir—. ¿Qué hace?

—¿Qué parece?

Ella arrastró su mirada por el cuerpo tentativo de su marido.

—¿De nuevo irá a ver a una mujer? —inquirió despectiva.

—A lo que sé, nadie te ha molestado con ello, lo cual quiere decir que estoy siendo cuidadoso como para no avergonzarte, ¿no es así?

Jason salió del baño y fue a colocarse una camisa limpia, a sabiendas que ella lo seguiría hasta ahí para seguirlo amonestando.

—El hecho de que no me lo digan no quiere decir que los rumores no estén ahí. Todo Londres lo sabe y se burla a mis espaldas.

—¿Es que te molesta? —sonrió sin volverse hacia ella.

—Es humillante.

—Pensé que sabías en lo que te estabas metiendo, hiciste todo para quitar la máscara que quise poner ante ti, este soy yo en realidad.

—No lo creo —lo recorrió con una mirada llena de tristeza—. Es otra de sus fachadas. Esta es para herirme. Pero con esto no sólo da a entender que me odia, sino que daña su imagen y la de su propio hijo.

—Tonterías. Nos vemos mañana.

Los labios de Daira se cerraron suavemente al verlo marchar. Dejó salir un suspiro y fue a su habitación a terminar de cambiarse y posiblemente a dejar que el pequeño Jack le desenredara el cabello, como gustase hacerlo desde hace tiempo.

Por su parte, Jason bajaba las escaleras de la casa de forma estrepitosa, importándole poco ser escuchado por los sirvientes o sus padres. Fueron los últimos los que se tomaron la molestia de salir a su encuentro, tratando de detenerlo.

—Hijo —su padre lo tomó de los hombros—. ¿Qué es lo que te propones con esto? Tu matrimonio acaba de comenzar.

—Relájate padre, no hay nada por lo que preocuparse, ahora, si me disculpas, tengo una cita importante que atender.

—¿A estas horas? —Marinett levantó una ceja inquisidora—. Tu mujer estará esperándote junto con el pequeño Jack.

—Ya le he informado que tendré que salir, y si me permiten decirlo, me ha hecho menos problemas que ustedes dos.

—Es tan sólo una niña a comparación, Jason —se interpuso nuevamente su padre—. No deberías lastimarla de esta manera.

—Te aseguro que es tan dura como un pedazo de mármol. —El hombre sonrió ante la comparativa, puesto que Daira tenía aquella apariencia de un vanidoso ídolo romano—. Si me disculpan.

—Hijo…

Marinett se quedó con la mano abierta al no alcanzar a retenerlo. Jason salió de la casa y tomó el coche que lo estaba esperando desde hacía un buen tiempo. La madre de aquel muchacho se volvió hacia su marido con la preocupación marcada en las arrugas de su rostro.

—Lo sé, cariño —James acogió a su esposa—, pero nada podemos hacer, es su vida y si lo presionamos demasiado, los llevará lejos, donde ni siquiera podremos ver a nuestro nieto y cuidar de esa pobre chiquilla que tiene por esposa.

—Es una mujer testaruda —negó Marinett—. Tiene un carácter fuerte, sabe controlar sus emociones, pero algo me dice que no le interesa lo que haga Jason. Nunca la he visto entristecida, molesta o siquiera avergonzada por lo que hace nuestro hijo.

—Quizá sea su forma de afrontar la situación.

—Oh, James, sabes bien que ellos jamás actuaron enamorados, dudo mucho que siquiera consumaran el matrimonio.

El marqués dejó salir un suspiro cansado y llevó una mano a su cabello rubio, mostrando su desesperación al no poder hacer nada.

—Esperemos que tenga el carácter suficiente como para controlar a Jason —finalizó el padre—. Es lo único a lo que podemos aspirar.

❋

El viento helado de la noche de Londres provocaba el sonrojo en las mejillas y las narices de los hombres que, con manos enguantadas y dentro de los bolsillos de sus gruesas gabardinas, daban largas zancadas hacia el conocido club de Athenaeum. Era un centro de reunión para caballeros, donde Jason había quedado de verse con algunos de sus amigos y primos.

—Te habrás enterado ya Jason —le golpearon de pronto el hombro con una fuerza que le era conocida.

—Héctor —dijo el mayor con desgana, alejándose de los golpes—. ¿De qué se supone que me he enterado?

—De que no tienes amante por el momento, bueno, me refiero a que no podrás verla por mucho tiempo.

—¿Acaso comparto cama contigo? —soslayó la mirada—. Y no sé si lo recuerdas, pero me he casado.

—¡Esa boda es una fachada! —sonrió el menor—. A la que me refiero es a lady Melbrook, obviamente.

Jason apenas le prestaba atención.

—Mm-hm. Ya veo.

—Deja de ignorarme, te lo digo para que no cometas la estupidez de colarte en la casa. El conde está presente en Londres y se dice que no piensa marcharse en mucho tiempo. —Informó sonriente.

—Vale, lo tomaré en cuenta, gracias Héctor.

—¿Es que piensas cambiar de amante prontamente?

—Si no lo sabías, hace meses que no me acuesto con lady Melbrook, eso acabó mucho antes de que su marido volviera.

—Bueno, sin mencionar que ahora tienes una buena distracción —sonrió el menor—. Tu nueva esposa es malditamente hermosa, tiene una carita tan… y unos pechos que son… ¡Y ese trasero!

—Si has dejado de imaginar que te acuestas con mi esposa, podemos pasar al club, hace un frío del demonio y quisiera sentarme —Jason acomodó su gabardina y siguió con su camino.

—Estás de mal humor, ¿Es que acaso la princesita no funciona como debe hacerlo? ¿Es mojigata? Las mojigatas son las mejores.

—Cállate Héctor.

—Te molesta… ¡Ajá! ¿entonces es mejor de lo que pensaste?

—Daré el tema por terminado, ¿por qué no mejor nos enfocamos en las mujeres en las que tú tienes interés? Dime ¿hay un nuevo hijo al cual deba incluir en la contabilidad?

—No por el momento, pese a mi riqueza, quiero comenzar a ahorrar, con las mujeres que mantengo me es suficiente de momento. Gracias a Dios que no han vuelto a salir preñadas, es una lástima que Nadia perdiera al otro niño.

—Deberías aprender a mantener los pantalones en su lugar.

—¿Qué te digo? —dijo simplón—. Soy hombre y tengo mis necesidades enlistadas por orden.

—¿El sexo en primer lugar?

—Y en segundo y tercero —asintió—. ¿Hacia dónde vas? ¿Irás al club con el resto o te desviarás a la casa de citas de Macarena?

—No tengo tiempo para tonterías y ahora que sé que estarás en el club, he perdido apetito por acompañarlos —sonrió Jason.

—¡Vamos! Te dije que lady Melbrook está ocupada con su marido —dijo malicioso—. A lo que sé, tú tampoco puedes estar mucho tiempo sin mujer que caliente tu cama y ya que no te llama la atención con la que te has casado…

—La respuesta sigue siendo negativa Héctor, iré a otro sitio.

—Vamos, Jason, irán Terry, Adrien y creo que hasta Matteo, Archie y Publio. Todos acudirán a *Athenaeum* esta noche.

—Me sorprende que lo sepas, pensé que tú estarías con Macarena.

—Resulta que prefiero estar con ustedes esta noche.

Jason no se mostraba del todo persuadido, pero asintió más para quitarse a su hermano de encima que por otra razón. Héctor tomo eso

como un signo de aceptación y le pasó un brazo alrededor de los hombros con alegría, en esos tiempos era difícil hacer que Jason hiciera algo de lo que no estaba convencido.

Ambos tuvieron que esperar frente al club en la calle Pall Mall número 107, para ese momento, el hombre que resguardaba la puerta los había reconocido y los miraba ansioso para déjalos pasar, pero los hermanos preferían esperar al resto de sus primos antes de tomar mesa y dejarse llevar por la charla de la gente importante que habría en el interior de aquel reconocido lugar.

De hecho, estaban bastante cómodos fumando un puro de excelente calidad, cuando de pronto un caballero se les acercó con una sonrisa de reconocimiento. Jason frunció el ceño, pero se irguió para la inminente llegada de aquel imponente hombre.

—Supongo que es Jason Seymour.

—Lo soy —aceptó el apretón de manos—. Me temo que no lo recuerdo, señor, he de pedir con vergüenza que me repita su nombre.

—Por supuesto que no me recuerdas, si eras apenas un muchacho cuando te conocí junto a tu padre, tendrías apenas doce años. —Jason no agregó nada más y siguió esperando el nombre del sujeto—. Soy el vizconde de Darring lord Jonan Valcop.

Jason agradeció el estar fumando para poder esconder su sorpresa detrás de una larga calada a su cigarro. No recordaba haber conocido a ese hombre, pero reconocía el nombre de ese viejo; era famoso por ser un sádico y un transgresor forastero que solía pasar largas temporadas en Inglaterra, atormentando mujeres y buscando alguna desafortunada que se viera tentada por la cuantiosa fortuna que acompañaba a ese hombre ya envejecido, pero con un cuerpo fuerte e imponente, mirada brillante y cargada de lascivia que conjugaban con sus labios partidos, resecos por la saliva que solía utilizar para humedecerlos después de ver a una mujer hermosa que fuera dueña de sus deseos carnales momentáneos.

Había estado casado en varias ocasiones. El viejo Valcop las golpeaba, amarraba y torturaba tanto en el acto amoroso, como fuera de él. Esas pobres chicas solían morir de causas desconocidas, haciendo viudo una y otra vez a ese hombre asombrosamente deseado por algunas madres desesperadas.

Estaba claro que las féminas tenían una aversión por su persona, pero entre los caballeros se tenía la clara opinión de tolerar su presencia debido a sus excelentes conexiones y negocios.

—Claro, es un placer recordarlo, ha de disculpar la memoria de un niño, señor, no volverá a pasar.

—Sé bien que no.

La voz de aquel hombre parecía afable, pero algo en su mirada le hacía comprender a Jason que era más una amenaza.

—Bien, con su permiso vizconde, he de marcharme.

—¿Es que ha llegado su compañía? —el hombre miró a sus lados, observando únicamente al hermano de Jason, quien se había alejado de ellos con un rostro de claro repudio.

—Mis primos vienen en camino y seguro que esperarán que tengamos una mesa a su disposición si hemos llegado antes.

—Por supuesto, ya que he venido solo, espero que no le importune que los acompañe por unos momentos.

Le hubiera gustado negarse, pero sabía que tenían negocios en común y no deseaba afectar su relación por una descortesía, así que se vio en la necesidad de aceptar la inoportuna proposición.

—Sería un honor, señor, sea bienvenido.

Para un hombre de la edad de lord Valcop, esos chicos eran tan transparentes como un vaso de cristal. Era claro que les desagradaba su presencia, sobre todo al menor de los Seymour, quien al momento de reconocer su nombre hizo una mueca y se alejó.

Sin embargo, era de vital importancia conocer al hombre que había robado a la más hermosa de sus joyas, aquella con la que soñó y a la que deseó desde el momento en el que su hermano se la propuso como su futura esposa. Estaba por demás decir que dedicó cuerpo y alma en encontrarla y cuando lo logró, se llevó la terrible sorpresa de que se había casado con un respetado noble de Londres, siendo aún más importante y acaudalado de lo que él jamás llegaría a ser. Para colmo de sus males, al ver de frente a lord Seymour, no le pareció una sorpresa el ser desplazado en los afectos de la beldad que fuese su prometida, puesto que ese era un joven apuesto, amable y rico al que seguro las damas perseguían antes de que tomara mujer.

En más de una ocasión lord Valcop trató de interceptarlo, pero resultaba ser que el muchacho estaba siempre en compañía de su padre o de alguna otra personalidad importante que logró postergar esa conversación hasta ese día y siendo una mera casualidad.

Tomaron asiento en una mesa alargada, dispuesta para muchos comensales. El señor Valcop se volvió hacia el joven Seymour y sonrió, viéndolo conservar la calma, aunque era notorio que le incomodaba su presencia. Eso era bueno, al menos se avergonzaba de tomar a la mujer destinada a otro, quizá eso significaba que no era algo que hiciera con naturalidad, al menos esperaba que esa desvergonzada le hubiese hablado de su anterior compromiso.

—He de felicitarlo Seymour —aquello atrajo la mirada de ambos hombres que portaban el mismo apellido—, me he enterado que recientemente se ha vuelto a casar.

Héctor se desentendió de la plática al notar que no tenían asuntos con él y pidió que le trajesen algo de beber. Debía pasar el trago amargo de ver a ese hombre y la mejor manera era embriagarse.

—Así es, me he casado hace poco y agradezco sus felicitaciones —asintió escuetamente, deseando cambiar el tema de su mujer al notar el brillo en la mirada del vizconde.

—Me alegra que decidiera continuar con su vida —asintió, ordenando un coñac—. Dime muchacho, ¿Qué edad tienes ahora?

—Veintiocho.

—Vaya, ya eres mayor en verdad, por lo que sé, tu esposa es mucho más joven, ¿es eso verdad?

—Me considero en medio de mi pubertad —bromeó y empinó su propio licor de un trago—. Pero tiene razón, mi esposa es más joven.

—Aunque tampoco eres mayor —aceptó—. Supongo que tener a una mujer menor es beneficio de los afortunados, como lo somos nosotros, incluso si ya antes hemos estado casados. De hecho, eso importa poco y le aseguro que cada vez se consiguen menores.

Jason se puso muy serio, quizá mucho más taciturno de lo que nadie lo vería si no se mencionaba el tema que lord Valcop había tocado de forma tan osada y despreocupada a la vez.

—No era mi plan principal, eso lo aseguro. —Lo miró con advertencia—. Soy hombre que no piensa en futuros fatídicos.

El señor Valcop dejó salir una potente carcajada y golpeó la mesa con estruendo, llamando la atención de los caballeros sentados a sus alrededores, quienes iban con la intensión de conversar de forma racional y no con aquellos desplantes de locura y charlatanería.

—Me imagino que así es.

Jason miró con desagrado al vizconde, quien parecía satisfecho al verlo importunado. Estaba claro que al joven heredero le molestaba la pedantería y el desmedido anhelo por llamar la atención. Por lo tanto, lo irritaban los golpes o gritos al hablar o gesticular.

—Supongo que hay algo en concreto que desea decirme, lord Valcop, ¿por qué no vamos a ello de una vez?

Para Jason resultaba imprescindible deshacerse de él, su presencia comenzaba a fastidiarlo, sobre todo al notar que el caballero en cuestión tenía una fascinación por el tema de su nueva mujer.

—Ya que parece tener tanta prisa en deshacerse de mí lord Seymour, expondré mi desconcierto por no recibir sus disculpas.

—¿Disculpas? —Héctor volvió su atención al hombre—. ¿Por qué mi hermano le debería una disculpa a un hombre como usted?

—Es lo que se debe hacer cuando se toma una mujer ajena.

Un pesado silencio se instaló en la mesa y casi al mismo tiempo una fiera batalla de intensas miradas tomó lugar. El aire se volvió brumoso, casi irrespirable, la tensión en el cuerpo de ambos caballeros provocaba un ambiente hostil y desagradable, dando indicio de que cualquier movimiento desembocaría en una pelea.

—¿De qué habla? —la voz de Jason era pausada y amenazadora.

—¿Es que ella no se lo dijo?

—Hable de una buena vez —dijo Héctor—. ¿Le ha hecho algo?

—Creo que su hermano lo puede decir mejor que yo —sonrió lord Valcop conociendo de antemano los rumores sobre la pareja.

—Mi mujer no tiene defecto alguno —dijo seguro, inclinándose sobre la mesa—. No veo a qué se pueda referir.

El señor Valcop apretó los puños sobre la mesa y lo miró con rabia contenida en sus enrojecidos ojos, posiblemente por la bebida que ya desde hacía rato venía ingiriendo o por algún otro alucinógeno.

—¡Melbrook me la prometió a mí!

Al hablar, el hombre escupía, pero Jason no se movió de su lugar.

—Lástima.

—No crea que me sorprende, lord Seymour, podrá tener dinero, pero yo también lo tengo y no concibo que alguien se me adelante con una mujer que considero mía —amenazó—. Esa muchacha tenía que ser mía y seguiré pensando eso al final de mis días.

—¿Es acaso que desea retarme a duelo? —La burla de Jason era notoria—. Tal parece que habla sin sentido, ¿por qué razón? ¿Por casarme con una mujer que me aceptó al igual que su hermano? —se puso en pie, acercándose a él con una peligrosa mirada—. Si ha de quejarse con alguien, hable entonces con lord Melbrook y por lo referente a mi esposa, le pido que se mantenga alejado de ella.

El vizconde lo miró por un prolongado momento, meditando si era necesario recurrir a las armas en esos momentos y en ese lugar, pero al ver la llegada de los caballeros con destino a esa misma mesa, decidió que no era la mejor forma de vengarse de ese maldito. Se puso en pie, empinó el vino que sobraba en su vaso y aventó unas monedas que brincaron por la mesa hasta caer tintineando.

—No acepto amenazas de alguien que ni siquiera la aprecia como se debe. Le aconsejo que se quite de en medio y me la devuelva.

—No podría hacer algo así cuando es más que obvio que esa mujer es mi esposa ahora —sonrió con suficiencia—, una que no tuvo la necesidad de escapar a la hora de hacer el compromiso.

—Quizá no huyó en ese momento —el vizconde enderezó su cuerpo, alejándose de la mesa donde había estado apoyado para amenazar a su rival—, pero ahora podría hacerlo, la gente habla condesito y habla muy mal, la terminará hartando.

—La diferencia aquí, es que ella es mía —Jason sonrió para sus adentros, si alguna de sus primas lo escuchaba, seguro lo golpearía por decir algo así—. Y lo será hasta el final de sus días.

—Siga así de confiado, puede que me ayude para cavar su tumba.

Jason vio marchar a lord Valcop en medio de un flujo de pensamientos. Percibía las miradas sobre él, pero ninguno de sus primos se atrevió a interrumpir sus meditaciones, permitiéndole llegar

a la conclusión de que se adelantó al pensar que el conde se interesaba por su hermana. Nadie en su sano juicio aceptaría por marido para un ser querido a un hombre como lord Valcop.

Ahora encontraba con sentido el que Daira huyera de casa, la idea de casarse con un hombre como aquel debía ser suficiente para que una mujer sintiera terror. No era un secreto las tendencias de ese hombre, el sufrir de las mujeres, los gritos que se hacían oír y las misteriosas muertes. Su mujer fue valiente al escapar de ello.

—No me digas —dijo Adrien—. ¿Te ha retado a duelo?

—¿Por qué razón lo haría? —dijo Publio, bebiendo de su vaso.

—¿A qué ha venido entonces? —frunció el ceño Terry.

—Creo que desea a Daira —contestó asqueado—. Tal parece que el conde Melbrook la había prometido en matrimonio con él.

—Vaya. —Bufó Héctor y negó con rotundidad—. Eso es deplorable, nadie debería estar cerca de esa alimaña.

—Seguro que por esa razón se ocultó por tanto tiempo, huir de su casa fue la mejor opción —dijo Archie.

—Ella no me lo dijo, pero estoy de acuerdo con Archie —Jason empinó otro trago—. Aunque siendo sincero, me gustaría que ese bastardo me hubiera retado a duelo para matarlo de una buena vez.

—El vizconde Valcop es un reconocido cobarde —informó Adrien—. Jamás se atrevería a retarte Jason, pero no por eso estará fuera de tu vista, seguro trae algo entre manos.

—No me extrañaría que fuera tras tu esposa —advirtió Archivald—. Aún más si dices que muestra obsesión con ella.

—Pienso igual, deberías cuidar más a tu esposa —Adrien reprochó con la mirada—. Está sola demasiado tiempo y seguro que, en cuanto sepa que ese hombre regresó, querrá correr de nuevo.

—Como sea, he dejado las cosas claras con él —aseguró Jason, levantando la mano para llamar al mesero—. ¿Vamos a comer algo?

Los primos se miraron entre sí y siguieron la conversación.

—¿Por qué haces esto? —argumentó Terry—. Está claro que no has traicionado a tu mujer desde que te casaste, pero parece que quieres que todo el mundo piense que lo haces.

—Es una mujer agraciada para tener hijos, seguro serán partos verdaderamente sencillos —apuntó Publio, mirando el menú.

—Tiene unas curvas encantadoras —se incluyó Adrien—. Tentadora a desnudarla con una mirada.

—Lo que en verdad queremos decir —irrumpió Archie—, es que es una mujer agradable, dulce y hermosa que además quiere a tu hijo, ¿Te es tan difícil darle una oportunidad?

—Me regañas porque digo que es hermosa y luego tú dices que es hermosa —se quejó Adrien.

—Es verdad Jason, además, ni siquiera le has dado una

oportunidad, la dejas sola todo el tiempo —incriminó Héctor.

Las miradas de sus primos se fijaron en el rubio que los miraba sin prestar demasiada atención a las palabras y consejos que le daban.

—Sé lo que hacen y no funciona. —Advirtió Jason y decidió mentir —: somos una pareja, si es lo que temen, ella sabe lo que hago y yo sé lo que hace, no necesitamos más. Ahora, como han dicho, no la engaño y el hecho de que existan rumores no es mi problema.

—¿No te das cuenta que podrías lastimarla? —Héctor frunció el ceño—. Ella merece más que eso, no puedes vivir abrazado a un fantasma, ignorando lo bueno que te pasa.

—No vivo en ningún pasado Héctor —replicó Jason—. Y si tan interesado estás en hacerla menos miserable, bien puedes ser su amigo, en casa tú también la ignoras.

—Agh —suspiró Adrien—. Quizá sea mejor para ella sentir ese rechazo, así no se hará ilusiones con este bastardo y hará su vida de la mejor forma. Quién sabe y sea ella quien busque un amante.

Los primos sonrieron ante la mirada sorprendida de Jason y decidieron cambiar de tema, sabían que, si presionaban en demasía, él simplemente se pondría de pie y se marcharía. Al fin habían conseguido que saliera con ellos nuevamente sin estar Lucca presente, quien fuera su mejor amigo, así que no desperdiciarían la oportunidad de ayudarlo mientras el francés estuviera en su país.

Capítulo 18

Jason se encontraba trabajando en su despacho particular, hacía unos días que había vuelto de Kent con su padre. Duraron no más de dos semanas revisando tierras y arrendatarios, entrevistándose con contadores y visitando las casas de los empleados de uno a uno.

Inspeccionaron los hospitales, mercados, suministros, orfelinatos y demás instancias importantes, esperando que todo marchase en orden mientras la familia estaba en la capital. Pese a que Londres era su lugar predilecto para pasar los días, ni el marqués ni el conde dejaban de lado sus responsabilidades y solían viajar constantemente hasta el pueblo donde eran requeridos.

Finalmente había sido un viaje exhaustivo, pero reconfortante al notar que las propiedades marchaban a la perfección y no habían perdido las cosechas pese al mal tiempo que azotó Londres en la pasada temporada de lluvias.

El hombre, cansado de hacer cuentas y revisar papeles, se recostó sobre su asiento y miró a su alrededor: su despacho era de un tamaño considerable, había repisas con libros, una chimenea, algunos sofás orejones y el escritorio lleno de papeles y libros contables que debía revisar. Suspiró. Apreciaba el silencio mientras duraba, porque si permanecía mucho tiempo en soledad, la voz… su voz volvía a resonar entre los escombros de su mente, el corazón se le apretaba y sus entrañas se carcomían entre sí, ansiando que todo terminara.

Le pasaba por las noches, usualmente lo amortiguaba con el agotamiento después de estar con una mujer. Con sus gritos de placer y con su propio goce, le era fácil despegarse de la realidad, al menos por unos momentos, unos preciosos instantes. Pero ya no era un remedio que pudiese utilizar, estaba casado y le debía un respeto a la mujer que se empeñaba en cuidar de su hijo día y noche. Debía aceptar que estaba cansado de llevar una vida tan vacía, pero, al mismo tiempo, no podía salir de ella, había sido una promesa que hizo para sí y era fundamental para su salud mental.

Así que fue en busca del único remedio que le quedaba para no perderse en la desazón de su aceptada soledad: el alcohol almacenado en su licorera. Se sirvió un vaso y lo empinó, haciendo un gesto por el intenso calor que le recorrió el esófago con el paso del alcohol y salió del despacho con intenciones de ir a descansar.

Subió las largas escaleras de la casa y entró a su habitación, aquella que fuera designada para un matrimonio, puesto que estaba conectada con la que fuera de su mujer y un baño en común. Solía encontrársela ahí, desenredando su cabello, cambiándose o dentro de la tina de porcelana. Daira era pudorosa, pero tampoco le parecía una mojigata,

jamás la vio alterada por escucharlo entrar, no gritaba o se avergonzaba, tan sólo se tensaba y en muchas ocasiones era culpa de él, puesto que no tardaba en enfurecerla.

De hecho, lo hacía constantemente, pese a que su carácter fuera más bien amigable, tierno y bondadoso; con ella procuraba sacar la peor parte de sí, era como si al verla algo podrido dentro de él tomara el control de su cuerpo y su mente, obligándolo a lastimarla, insultarla o simplemente ignorarla. Era aún peor cuando ella lo miraba con lástima, como si fuera a un cachorro desvalido al cual podía patear con facilidad para sacárselo de encima. Jamás se mostraba herida, todo lo contrario, lo trataba con tiento y hasta parecía compadecerlo.

«¡Maldita mujer desesperante!» solía decirse cuando ella salía airosa de una conversación que él intentó que acabara en discusión.

Lavó con afán sus brazos, cara y torso; cambió sus ropas rápidamente y abrió la puerta que conectaba con la habitación de su esposa. En esas cámaras siempre se experimentaba una calidez atosigante, Daira era una mujer friolenta y solía tener la estufa prendida durante gran parte del día. A comparación de él, quien prefería el fresco y solía dormir con las ventanas abiertas pese a que noviembre entró y estacionó su mes con fuertes ventiscas heladas.

El olor floral era otra de los aditamentos que jamás faltaban en la habitación de su mujer, incluso en la de él. Daira se inmiscuía con determinación en poner floreros con arreglos por toda la casa, aquello fuera una de sus pasiones en conjunto con su canto, el cual se dejaba oír por todos, menos por él.

Se acercó a la cama, donde un bulto grande se abrazaba a uno pequeño. Su pobre hijo no paraba de sudar, se había desabrigado y tenía un pie fuera de la cama, en busca del suelo frío. Estaba claro su incomodidad por el calor, pero no por ello soltaba el cuerpo perfecto de la mujer que sonreía al tenerlo prácticamente atado a ella.

El padre negó un par de veces, agachándose para tomar al niño en brazos, pretendiendo llevarlo a su habitación, donde estaría más cómodo, por no mencionar que debía comenzar a acostumbrarse a permanecer allá. En cuanto comenzó a moverlo, Jackson se quejó, abrazándose más al cuerpo femenino que terminó por despertar, mirando acusador al hombre que se petrificó ante la fiera mirada azulada, similar a dos océanos embravecidos.

—Lo llevaré a su recámara —dictaminó el hombre.

—No —susurró la mujer, apretando al infante contra ella—. Déjelo aquí, ¿no ve que está dormido?

—Lo estás matando de calor, está sudando horrores.

—Si lo saca al frío mientras está sudando, seguro se enfermará.

—Bien —soltó el pequeño cuerpo y la miró molesto—. Apague la condenada estufa, parece el infierno aquí.

—Es mi recámara —frunció el ceño.

—Es mi hijo el que se cocina aquí.

—Es usted quien lo deja a mi merced ¿culpa de quién termina siendo? —Elevó ambas cejas de forma triunfal.

—Bien, es suficiente, lo llevaré a su habitación —Jason tomó a su hijo en brazos, colocándolo tiernamente sobre su hombro.

La mujer en la cama se puso de pie, develando sus formas femeninas acentuadas por aquel ligero camisón que portaba. Parecía realmente molesta, pero no dijo ni una sola palabra, simplemente tomó una cobija a los pies de la cama y la colocó sobre el cuerpo del pequeño, quien dormitaba tranquilo en el hombro de su padre.

—Que no le dé aire en la cara, procure que respire dentro de las cobijas para que no sienta el cambio brusco.

—Sé cuidar de mi propio hijo.

—Al parecer no cuando su orgullo se pone de por medio, con el único deseo de quererme llevar la contraria, lo aleja de mi lado, cuando es obvio que está feliz de estar conmigo.

—Quiero que aprenda a estar en su recámara.

—Bien —apretó los labios—. Como quiera. Me adelantaré para prender la estufa en la habitación de Jack.

—Se llama Jackson y lo llevó ahí para salvarlo de este horno, no para molestarla a usted.

—A él le gusta que le diga así ¿No lo sabía? —frunció el ceño—. No pienso repetir de nuevo sobre los cambios de temperatura, tápelo adecuadamente. Con su permiso, me adelanto.

Ella no tomó zapatillas ni bata, salió con el ligero camisón, el cabello revuelto y la mirada decidida. Jason negó con fastidio, acomodando a su hijo sobre su hombro, dándole un beso cariñoso sobre la mata de pelo rubio que casi le cubría la frente.

—No sé cómo la toleras hijo.

Para cuando llegó a la habitación, su esposa ya tenía encendida la estufa, la cama estaba dispuesta para que metiera al niño en ella y lo esperaba con esa mirada encendida, pero siempre contenida, como lo era toda su persona. Jason encontraba desesperante esa parte de ella, nunca parecía que estuvieran teniendo una pelea, aparentemente su esposa lo encontraba como una persona poco capacitada para argumentar en contra de ella, al menos, de esa forma lo hacía sentir.

El pequeño se quedó tranquilo en su cama, de hecho y muy para molestia de Daira, se veía mucho más confortable en una habitación menos cálida que la de ella, se quejaba mucho menos y no se movía de su sitio. La mujer trató de ignorar en lo posible la sonrisa triunfal de su marido, besó la cabeza durmiente de Jack y salió de ahí sin dirigirle la mirada al hombre que la seguía.

—Espera Daira —la llamó quedamente—. Me ha informado mi

madre del concurso de flores al que has decidido entrar.

—¿Hay algún problema con ello? —lo miró—. Muchas damas de sociedad estarán presentes, no me he rebajado al concursar.

—No he dicho eso.

—Entonces, ¿para qué lo saca a la luz?

—Como tu esposo, lo menos que se espera es que asista, ¿no te parece? —elevó una ceja—. Debes decirme esta clase de cosas, recuerda que somos un matrimonio.

—Claro, lo olvido siempre, yo y mis olvidos —rodó los ojos—. Es en tres semanas, lady Annabella es quien dirige el evento, por lo cual será en la casa Sutherland.

—Me parece bien, ¿a qué hora exactamente?

—Inicia a las doce, creo recordar.

La joven dio media vuelta y siguió con su camino, tratando de ocultar el frío que recorría su cuerpo al haber salido de su recámara de una manera tan despreocupada. Jason sonrió, seguro que la que se enfermaba era ella, pero habría que ver, todo en esa mujer era fortaleza, quizá ni los virus pudiesen entrar a ese sistema infalible.

Regresó a su alcoba y abrió la ventana, dejando pasar el aire fresco que lo reconfortó en seguida. Cambió su atuendo por uno para dormir, quedando sin camisa, pero con el pantalón de seda pertinente. Fue a sacar una bata al armario cercano a la puerta que conectaba con la habitación de su mujer, notando hasta ese momento que ella había deslizado algo por debajo.

Se inclinó y tomó la bonita invitación decorada con flores y un elegante listón, en el interior informaba sobre la participación de su esposa en el concurso de flores, así como la fecha y hora del evento. Además, había una nota hecha del puño y letra de su esposa, pidiendo que asistiera en su compañía. Jason sonrió. Ahora entendía la forma sarcástica de hablar de su mujer, ella lo había informado y pensó que la ignoró. Muy en lo personal, Jason consideraba que no era la mejor forma de mantenerlo al pendiente de sus necesidades, aunque desde ese momento en adelante, los ojos del hombre siempre se fijarían en aquella parte de la habitación, esperando a que su esposa se comunicara con él de esa forma tan peculiar.

A la mañana siguiente, Jason abrió los ojos debido al escandaloso proceder de su hijo y esposa. A pesar de que Jackson no hablara, se las arreglaba para volverlos locos: le gustaba dar brincos por doquier, tocar las puertas, hacer música con las copas y jarrones usando cubiertos para hacerlos tintinar. Era evidente cuando el niño estaba despierto y era aún peor cuando Daira le seguía la corriente, puesto que incluso acompañaba aquel desastre con cantos y tarareos.

—¡Por todos los santos! —Héctor abrió la puerta de su hermano con

una cara de fastidio—. ¡Vamos, haz algo ahora!

—¿Qué quieres que haga? —dijo el mayor, quien mantenía la cabeza debajo de una almohada.

—¡Cállalos! Ella es tu esposa y él tu hijo, tienes alguna autoridad sobre esos dos, ¡Ahora! ¡Son las seis de la mañana, por Dios!

—Bien. —Jason se levantó perezoso—. ¿Dónde están?

—¡A saber! ¡Sigue el maldito desastre!

El hombre rubio colocó una bata sobre su torso desnudo y bajó las escaleras con cara desenfadada, no estaba particularmente molesto, le gustaba escuchar alegría en su hijo para variar. Sin embargo, su hermano tenía razón, era temprano como para que toda la casa estuviera en medio de semejante revolución.

—Señor Coleman —detuvo al elegante mayordomo que se paseaba con un jarrón roto—. ¿Se puede saber dónde están esos dos?

—Actualmente mudaron su desastre al jardín, mi lord, la señora Daira insiste en ir a cantarle a las rosas —rodó los ojos—. Siento que cada día pierde más la cordura, mi lord, en serio.

—Relájese Coleman —Jason le quitó importancia a sabiendas que la servidumbre estaba en contra de su mujer debido a que desconocían la naturaleza de nacimiento nobiliario—. Ella está bien.

Aunque Jason lo dudara, tenía que ser él quien la defendiera. Obedeciendo las indicaciones de su hermano y el mayordomo, siguió las voces que lentamente lo llevaron hasta su hijo y su mujer. Ambos parecían poseídos, bailoteaban y cantaban alrededor de un jardín de margaritas, era obvio que se divertían mientras la voz armoniosa de esa mujer pondría a bailar incluso a las flores que la escuchaban.

—¡Más alto mamá! —gritó de pronto el niño, impresionando al hombre que no pudo más que abrir los labios—. ¡Más alto!

—Ayúdame a cantar Jack, mi voz no llegará a todas las plantas que necesitan de nuestra ayuda para crecer —decía la mujer, tomando las pequeñas manitas para dar vueltas—. Te sabes la canción, vamos.

El niño asintió y comenzó a cantar a toda voz junto a la mujer que parecía faltarle el aire debido a que se encargaba de dar vueltas al niño, de cantar y reír al mismo tiempo. De pronto se derrumbaron sobre el césped, soltando tales carcajadas que incluso Jason hizo a un lado su preocupación al verlos caer y sonrió.

—¡Papa! —gritó el niño, soltándose de los brazos de la joven y corriendo hacia el hombre que lo atrapó en medio de su pequeño salto —. ¿Has venido a cantar tú también?

—Me temo que no lo hago tan bien como ustedes dos.

Jason volcó su mirada sobre la joven que había quitado la sonrisa y ahora se ponía de pie con solemnes movimientos hasta quedar erecta, con las manos cruzadas frente a su cuerpo y un semblante serio, rectado y sin emociones. Así era siempre que él estaba presente.

Aunque estaba justificada, seguramente recordaba cuando él dio salida de la casa, dejándola con la desazón de sentir que pasaría la noche en los brazos de otra mujer, avergonzándola de nuevo.

—Buenos días, mi lord.

Daira tuvo la necesidad de toser un poco y reacomodar su tono de voz, tal parecía que estaba cayendo enferma.

—En serio que eres dramática Daira —negó Jason con una sonrisa, acomodando al niño en sus brazos—. Estoy orgulloso de ti Jackson, ¿sabes por qué? —El pequeño negó con curiosidad—. Porque me di cuenta que dormiste en tu habitación ayer.

—¡Oh! —el niño se avergonzó, puesto que en realidad no sabía cómo es que había llegado hasta su recámara—. Yo dormía con…

—Agradece Jack, ha sido todo un logro que no tuvieras pesadillas —sonrió Daira a sabiendas que sería algo que Jason desconocía.

—¿Has tenido pesadillas, hijo? —El infante asintió un par de veces, limpiando sus ojos con el dorso de su mano, indicando que volvía a tener sueño—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Soy valiente —aseguró, mostrándose nervioso.

—Claro, yo lo sé, pero incluso a mí me asustan las pesadillas —aseguró Jason—. Cuando las tengo, no puedo volver a dormir.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—¿Y te vas a dormir con mamá también?

—Bueno hijo, soy algo grande para ir con mi madre, pero…

—Mamá es buena quitando las pesadillas —apuntó a Daira—. Ella canta y me hace así en la nariz —el pequeño índice se acercó a la recta nariz del hombre y lo acarició continuamente—. ¿Verdad que funciona? Siempre me duermo.

—Sí, es un buen truco —aceptó el hombre, mirando a la mujer que permanecía impasible en medio del jardín de margaritas—. Me gustó oírte cantar Jack, lo hiciste muy alto esta vez.

—Es que, si no lo hago, no me escucharán todas las flores.

—Es verdad —sonrió Jason, besando la cabeza de su hijo—. ¿Por qué no vas a lavarte? Dile a la señora Lourdes que te limpie las manos.

—Bueno —se inclinó de hombros, pero no se movió. Miró a la joven y estiró una mano hacia ella—. ¿Vienes mamá?

Daira dio un paso para alcanzar la mano del pequeño, pero Jason se interpuso ligeramente.

—Ve hijo, necesito hablar con… con tu mamá.

—Mmm… vale, pero sólo te la presto un ratito.

Ambos esperaron a que el niño llegara con bien hasta la casa y no se distrajera en el camino, desviándose en una dirección en la cual pudiera hacerse daño.

—Me sorprende lo mucho que has avanzado con él.

Ella no respondió por un largo tiempo.

—¿Qué ocurre? —lo miró intransigente, con la misma postura en la que se colocó desde que lo vio—. ¿He hecho algo mal? De otra forma no entiendo por qué me ha separado de Jackson.

No pudo evitar sentir un poco de vergüenza ante las palabras de su esposa. Jason debía admitir que siempre que hablaba con ella, las cosas terminaban en una discusión que normalmente Daira no continuaba. Pareciese que, con solo verla, algo dentro de él se enervaba y provocaba una pelea sin sentido y por tonterías.

—Quería agradecerte por lo que haces por mi hijo.

—Creía que ese era el trato inicial.

—Sí, pero te has superado, ahora incluso canta.

—De nada. Ahora si me disculpa…—ella iba a pasar de largo, cuando de pronto su nariz le picó y tuvo que estornudar no una, sino tres veces—. ¡Agh! ¡Dios!

—Creo que debiste aplicarte el regaño que me diste ayer por querer sacar a Jackson al frío después de estar en ese infierno. —Jason rebuscó entre sus ropas, sacando un pañuelo—. Toma.

—Gracias, creo que no debí salir tan temprano el día de hoy.

—Así que te niegas a admitir que fue a causa de anoche —negó el hombre—, incluso saliste descalza de tu habitación.

—Estoy bien —su voz sonaba ligeramente mormada—. Sólo necesito un tónico para la cabeza y podré llevar un día normal.

—Así que también te duele la cabeza, es impresionante que estuvieras bailoteando y cantando hace unos momentos. Aunque ahora entiendo la razón de que te faltara el aire.

—Si sólo piensa burlarse de mí, entonces me voy, me hace daño estar en el fresco ¿es que no lo ve?

—Claro que *sí* —Jason se acercó a ella y rodeó sus hombros, acercándola al calor de su cuerpo—. Le prestaría mi bata, pero he de decir que duermo sin camisa y no quiero enfermarme yo también.

—¡N-No hace falta! —dijo nerviosa, tratando de alejarlo.

—No seas remilgosa, vamos, hace un viento espantoso.

La pareja discutió todo el camino hacia la casa, él seguía intentando protegerla mientras las palmas frías de su mujer se pegaban a su pecho constantemente cuando trataba de empujarlo. Al final, Daira aceptó la preocupación de su marido hasta que se internó en el calor de la propiedad, donde una doncella la esperaba con un abrigo que fuese pedido por su suegra, quien aguardaba en la entrada con brazos cruzados y una cara desaprobatoria.

—De verdad muchacha, no tienes remedio alguno —Marinett tomó en sus manos el abrigo y ayudó a su nuera a colocárselo—. Has hecho lo pertinente para que Jackson no se enfermara, pero ¿de qué servirá si tú te la pasas en cama?

—Lo siento, salió corriendo y no me dio tiempo de tomar un abrigo para mí —se explicó, volviendo a estornudar.

—Será mejor que te recuestes, llamaré al médico.

—Oh, le aseguro que estaré bien para el desayuno.

—¡Tonterías! —negó la madre—. Jason, lleva a esta pobre chica a la cama, no saldrá de ahí hasta estar totalmente recuperada.

—Pero señora, pensé que quería que la ayudara con las sábanas y ropas que piensa arreglar antes de donarlas a la beneficencia.

—No sacrificaría tu salud, querida, hay más gente en esta casa —dijo obvia—. Claro que es un buen incentivo que vean lo mucho que nos interesa la gente necesitada, pero no tengo porqué torturarte. Anda, obedece y ve a tu habitación.

Por unos segundos, Daira no se movió, no comprendía lo que su suegra acababa de decir, ¿la estaba anteponiendo a algo? ¿pensaba que su salud era más importante que el trabajo que pudiera desempeñar? No lo podía creer, ella jamás había sido cuidada de esa forma, su madre murió dándola a luz y lo que ella comprendía como cariño comenzó con su relación de amistad con Pridwen.

—Vamos Daira, haz caso a mi madre —Jason pasó nuevamente el brazo por los hombros de la chica, pegándola a su pecho cálido y reconfortante de nuevo—. Pediré que te lleven un té caliente, ayudará con la resequedad de tu garganta.

—Gracias… —habló en un tono de asombro, dejándose llevar por su marido escaleras arriba.

Jason encontraba divertida la actitud asombrada de su mujer, tal parecía que nadie en el pasado le hubiese ofrecido ayuda. Se dedicó a ayudarla a cambiar, apartando sus ropas y dejándolas caer sobre el suelo sin que Daira hiciera amago alguno para recogerlas o quejarse por el actuar de su marido. Era más que evidente que estaba distraída, pero no por eso debía quedarse en paños menores eternamente.

—¿Podrías decirme dónde están los camisones? —dijo fastidiado, cansado de esculcar cajones y que ella no hiciera amago por ayudarlo.

—¿Qué cosa? —ella pestañeó desorientada y lo miró con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres?

—Camisón —la apuntó—. Para cubrirte.

Las cejas de Daira se fruncieron ante la incomprensión, no fue hasta que bajó la mirada y se sorprendió casi desnuda que soltó un grito inesperado, estremeciendo a su enfurruñado marido, quien la miraba sin comprender su reacción. Ya en otras ocasiones habían estado juntos en estados mucho más inconvenientes, como lo era saliendo de la tina del baño, en bata o a la hora de dormir; sin embargo, la comprendía, Jason podía dar crédito a que no existía cosa más tentadora y excitante que quitarle la ropa a una mujer, sobre todo a una como Daira. Para ese momento, le era prácticamente imposible

ocultar sus pupilas dilatadas en un deseo apenas controlado por su cerebro siempre despierto que acataba la orden de alejarse de ella.

—¿Se puede saber por qué gritas? —intentó mostrar sorpresa.

—¡Estoy casi desnuda! —dijo nerviosa, tratando de cubrirse.

—Eso lo sé, te he quitado la ropa yo mismo y debo recordarte que me dejaste hacerlo con toda libertad —le dijo extrañado.

—¡No me di cuenta! —le gritó enrojecida—. ¡Abusivo!

—¿Qué? —se mostró ofendido—. Pretendía ayudarte.

—¿Desnudándome? —se alejó de él.

—No sé qué demonios te pasa —dijo molesto, encontrando un camisón que no fuese tan cálido, pero funcionaría para que estuviera más cómoda—, pero no todo el mundo quiere hacerte daño, Daira.

Jason suspiró cuando la vio dar un brinco a la cama, alejándose lentamente mientras él se acercaba con determinación, tomándola de los tobillos para sentarla de golpe y jalándola a la orilla para que pudiera colocarle el dichoso camisón, aunque fuera a la fuerza. Poco le importó que ella gritara y se removiera como si estuviera intentando quemarla en lugar de vestirla y no la soltó hasta lograrlo.

—¡Ya! —Jason levantó las manos—. Listo, estás cambiada ¿ves?

Sentada a la orilla de la cama y muy cerca de su marido, Daira luchaba contra las lágrimas que deseaban salir, se mantuvo con la mirada fija en el espacio que había entre sus pies y los de Jason, limpiando su nariz congestionada y sufriendo temblores debido a la fiebre que comenzaba a subir por su cuerpo. Por unos momentos tuvo terror al pensar que Jason pretendía hacerle daño. Era verdad que quiso ayudarla, pero no era necesario que la forzara a aceptarlo.

—¿Por qué? —La joven dejó que las lágrimas salieran disparadas hacia sus mejillas enardecidas—. ¿Por qué quiso ponérmelo a pesar de que era obvia mi renuencia?

—Lamento haberte forzado —Jason se sentó a su lado y sacó un pañuelo con el que limpió suavemente las mejillas mojadas de su esposa—, pero quiero que entiendas que no soy tu enemigo Daira, no quiero hacerte daño y si es necesario, puedo cuidarte y protegerte.

Los ojos brillantes de Daira convulsionaron el interior de Jason, quien se vio en la necesidad de alejarse de inmediato y pasó una mano por sus cabellos rubios, despeinándose, como cada vez que se ponía nervioso o no sabía qué hacer.

¿Qué significaba esa mirada llena de ilusión y agradecimiento? Actuó como lo habría hecho cualquier otra persona al verla en un estado de necesidad. Estaba enferma, desprotegida y débil, así que dijo y actuó como lo haría con cualquier mujer que se hiciera llamar su esposa, ¿por qué ella lo tomaba con tanto asombro? ¿Es que acaso nadie se había interesado por ella en el pasado? ¿Nadie la cuidó?

El ruido de la puerta los distrajo, Daira elevó los pies y se metió

debajo de las sábanas, cubriéndose hasta el pecho antes de aceptar a que alguien pasara. La doncella que entró, se mostró respetuosa ante el hombre que seguía paralizado en medio de la habitación y mostró su desdén hacía Daira, acto que no pasó desapercibido para Jason.

—¿Hay algún problema Becky?

—No mi lord —se apuró a contestar la mujer.

—Te he visto gesticular, debe ser por alguna razón.

—Para nada mi señor —se inclinó—. Me retiro.

—Que preparen sopa para mi esposa —pidió—. Y en cuanto llegue el médico, indíquenle que suba.

—Oh, por favor no mi lord —Daira miraba fijamente hacia la taza de té, jugueteando con sus bordes—. Me encuentro bien, médicos no.

—Es ridículo lo que pides —desestimó el hombre y se volvió hacia la doncella—: haz lo que te dije Becky, manda llamar a Publio.

—¡Mi lord! —la súplica en su voz lo desconcertó—. Por favor… que sea lady Gwyneth, por favor, que sea ella.

Su marido la miró por varios segundos, comprendiendo entonces su súplica y asintiendo hacia la doncella, quien esperó a la orden.

—Que sea Gwyneth entonces. —La doncella salió presurosa, dándole la oportunidad a Jason de volver la mirada hacia su mujer, quien se reacomodaba en las almohadas con movimientos pesados y lentos—. Te advierto que Publio vendrá con ella de todas formas.

—Lo sé —tosió un poco y después estornudó de forma estrepitosa—. Pero le agradezco que me complaciera.

—Se que desconfías de los hombres —Jason lo comprendía aún más desde que conoció a su antiguo prometido—, pero Publio ya te ha revisado antes, es mi primo y es de fiar.

—Eso no quita que fuera para mí una tortura —aseguró—, no veo por qué sufrir si puede hacerlo una mujer en su lugar.

—De acuerdo, pero Gwyneth es más bien científica que médica.

—No me importa, sabe lo que hace.

—Está bien, no se puede discutir contigo, descansa un poco.

—Mi lord… —su voz fue tan pequeña, que por poco pasa desapercibida, ella incluso lo hubiera deseado, pero los ojos tormentosos de ese hombre la enfocaron en seguida—. Gracias.

—No hay de qué —asintió y salió de la habitación.

Publio Hamilton y su mujer llegaron pasadas las once de la mañana, habían hecho todo lo posible para desocuparse antes, pero resultaba ser que la mujer de Jason no era la única que cayó enferma ante los helados vientos de finales de otoño e inicios de invierno. Para cuando lograron verla, la mujer había sucumbido a la fiebre, estornudaba, tosía, le dolía la cabeza, el cuerpo y lagrimeaba. Era un conjunto de síntomas que se simplificaban en un resfriado común.

—¿Alguna razón en especial para pedir que fuera Gwyneth?

Jason miró a su primo, si Publio preguntaba algo, era porque ya sabía la respuesta y sólo quería ser cortés con la otra persona.

—No tiene mucha fe en los hombres.

—Desde la vez pasada lo noté, es un comportamiento de alguien que fue abusada sexualmente —Publio miró a su primo con una postura desinteresada—. ¿Acaso notaste algo en la noche de bodas?

—No. —Y aunque Jason se hubiera percatado de algo, jamás lo diría, por respeto a su mujer y la tortura que debió sufrir. Dudaba que Daira se entregara a un hombre de forma voluntaria, y si acaso lo hizo, aquello debió ocasionarle mucho más dolor si es que fue abandonada por el susodicho—. Era impoluta cuando consumé el matrimonio.

—Me parece extraño —Publio se inclinó de hombros y prosiguió—. Como sea, es un resfriado, necesitará descanso y en caso de que suba la fiebre, le dan la medicina. No debe pasar a más.

—Perfecto, te lo agradezco.

—Queda esperar a que salga Gwyneth, no sé por qué tarda tanto.

Jason sonrió y miró hacia la puerta cerrada de la habitación.

—Son mujeres, estarán hablando de algo.

—Seguro que sí —Publio se cruzó de brazos—. ¿Qué me dices de ella? No pensé que fuera el tipo de mujer que fuera de tu agrado.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, se nota que tiene sus emociones más que dominadas.

—¿Y eso qué?

—A ti te encanta el descontrol; lo irritante, dramático y llorón. Luchas contra la paz —explicó Publio con diversión—. Pensé que la encontrarías aburrida o que buscarías pelear con ella todo el tiempo.

—Yo no… —Jason se sorprendió al comprender algo—. Vaya, sí que lo hago, por Dios, soy un masoquista.

—Lo pensamos todos —sonrió su primo—. Ella te hará bien, si la valoras bien, seguro te dará una paz que se transformará en felicidad.

—Paz igual a felicidad ¿eh? —Jason elevó una ceja—. No va mucho con tu estilo de vida Publio.

—Quizá no con mi trabajo, pero cuando llego a casa y veo a mi familia, todas las tensiones se esfuman de pronto y sí, siento paz.

—Listo —salió Gwyneth, mirando a su marido y después a su primo político—. Estará bien. Es descanso, líquidos y comer bien.

La pareja de médicos se marchó, dejando a Jason paralizado en su lugar, pensativo, mirando hacia la puerta cerrada de su esposa. ¿Acaso luchaba constantemente contra ella porque la encontraba demasiado pacífica? Frunció el ceño. ¿Qué tan loco debía estar como para buscar torturarse? Era verdad, las mujeres que buscaba siempre eran un descontrol emocional y Daira desentonaba en demasía, pero quizá debía probar algo diferente en esa ocasión.

Se obligó a volver a la habitación y sonrió con ternura al ver la poderosa presencia de su mujer desvigorizada, era la primera vez que la veía indefensa y debía aceptar que le era mucho más fácil acercarse cuando no estaba en su máximo esplendor de fortaleza. Despertó de su ensoñación cuando ella comenzó a estornudar repetidamente.

—¿Cómo te sientes? —se acercó, tendiéndole un nuevo pañuelo.

—Muy mal —dijo con voz mormada y ojos hinchados—, procure que Jack no se acerque a la habitación, no quisiera contagiarlo.

—Lo haré —Jason tomó una silla y la acercó hasta la cama de su mujer, quien lo miraba extrañada—. Quiero hablar contigo.

—No creo que sea momento para que me dé indicaciones sobre…

—Quería disculparme —la interrumpió, obteniendo como respuesta una mirada patidifusa—. Por todo lo que he hecho o dicho para hacerte sentir mal, claramente no lo merecías.

—Creo que usted también tiene fiebre, esto no es normal.

—No, hablo en serio —sonrió, estirándose un poco para lograr tomar la mano que se aferraba a un pañuelo—. No sé por qué lo hacía, pero buscaba alejarme de ti y por eso peleaba contigo.

—¿Qué cambió? —ella se soltó y llevó el pañuelo a su nariz.

—Quiero que todo cambie Daira —se acercó más a la cama, aunque seguía sentado en la silla—. Quiero conocerte e intentar que esta relación funcione, no deseo discutir eternamente, serás mi esposa hasta el final de mis días y creo que lo menos que podemos hacer es intentar llevarnos bien, ¿no lo piensas también?

Ella agachó la cabeza y negó ligeramente a sus palabras.

—Ya antes me lo había dicho y siempre acaba siendo lo mismo —dijo en un susurro entristecido—. Termina buscando humillarme o lastimarme —ella mantenía la cabeza agachada y aprovechó su enfermedad para encubrir las lágrimas que fluían por sus mejillas—. No quiero volver a ser el hazmerreír de todos cuando vuelva a los brazos de otra mujer justo después de que actuemos frente a la sociedad como si nos apreciáramos, y sólo por hacerme rabiar.

—Perdóname Daira —en esa ocasión, Jason se sentó en la cama y le tomó la barbilla, levantándola para que lo mirara a los ojos—. Debes saber que desde que nos casamos no he estado con ninguna mujer —ella apartó el rostro y encubrió nuevamente sus lágrimas—. Te lo juro por lo más preciado que tengo que es mi hijo.

—No lo haga, por favor, no meta al niño en esto.

—Una última oportunidad Daira, permite que me acerque a ti y te demuestre que puedo cambiar —le apretó la mano—. Juro que lo daré todo de mí, quiero que funcione, en verdad lo deseo, ¿Qué dices?

Apretó sus labios y cerró los ojos, no quería caer en su juego de nuevo, pero prefería ser una tonta positiva a sucumbir al pesimismo.

Capítulo 19

Faltaba un día para el concurso en casa de los Hamilton. Para ese momento, Daira estaba completamente recuperada y Jackson no perdía oportunidad de estar con ella, puesto que, durante toda su enfermedad, se le fue negado entrar a visitarla. Desde la perspectiva del niño, aquello fue totalmente injusto, puesto que su padre entraba y salía a su gusto. ¿Por qué a él no le decían que se enfermaría?

—Jack, trae una maceta para esta orquídea, de las pequeñas de allá —apuntó la mujer hacia una estantería en aquel hermoso invernadero de vidrio.

—¿Es esta, mamá?

—Sí, esa —asintió la joven—. Ven aquí, le pondremos tierra y sólo un poquitín de agua, ¿te parece?

—¿Traigo la regadera?

—Pero qué listo eres, anda, pídele al señor Jenkins que la llene.

—¡Señor Jenkins! —gritó el niño, quien, al estar con su madre, liberaba su voz de vez en cuando, sobre todo, en medio de su incontenible entusiasmo—. ¡Necesitamos agua!

—Se dice por favor, hijo.

Daira dio un pequeño salto en su lugar y se volvió al escuchar la voz de su marido a sus espaldas.

—Jason —se llevó una mano al pecho—. Me has asustado, ¿Qué estás haciendo aquí? Pensaba que estarías con tu padre.

Debía admitir que Jason estaba cumpliendo con su promesa. A partir de que la hizo y ella la aceptó, fue diligente durante su enfermedad. No sólo se preocupaba porque tomara sus medicinas, sino que la cuidaba por las noches por si subía la fiebre y a partir de que se alivió, la seguía a donde quiera que fuera. Era gentil, cariñoso y atento. La ayudaba sin cuestionar, no ponía réplica a las enseñanzas que dirigía a Jack, ya no discutía por todo y, si de alguna forma se enojaban, solía alejarse para no llegar a los gritos o los insultos.

—Me tomé un descanso para verlos. —Se acercó un poco más a ella y miró la larga mesa de madera con interés—. ¿Qué haces?

—Estoy preparándome para mañana.

—Ah, claro, el concurso —la observó de soslayo, sonriendo ante su sonrojo—. ¿Estás segura de que ya te sientes bien?

—Sí, estoy totalmente curada —trató de ignorar el hecho de que casi podía sentir el pecho de su marido rozando contra su espalda.

Ahora la que se sentía extraña con la situación era ella, le era difícil comprender el cambio radical en el actuar de Jason y no podía creer que así de la nada él fuera capaz de transformar las partes ruines que la hacían sufrir por unas que lo hicieran el esposo ideal.

Daira limpió sus manos en el mandil que traía puesto y alargó el brazo para alcanzar una maceta alejada y vacía, siendo consciente del roce sin intención que provocó al cuerpo masculino que se encontraba a centímetros de distancia. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando la respiración de su marido acarició sutilmente su cuello, tal parecía que observaba sus movimientos por encima de su hombro, interesado y en silencio. ¿Estaba buscando incomodarla a propósito?

—¿Necesitas ayuda? —susurró cerca de su oído.

Ella pegó la oreja a su hombro, tratando de parar el cosquilleo ocasionado por el aliento cálido y la voz gruesa que mandó un profundo revolcón a sus entrañas. Daira volvió la cara ligeramente, con una mirada extrañada y un ceño muy fruncido.

—¿Se quiere burlar de mí?

—No, estoy ofreciéndome en serio.

—Bueno —ella se removió incómoda al seguir atrapada entre su cuerpo y la mesa—. Puede poner tierra a esta maceta mientras yo traigo más flores para trasplantar.

—Puedo hacerlo —dijo alegre.

—Está bien —ella dio un paso hacia un lado, dejándole espacio a él y alejándose rápidamente.

«¿Cuántas máscaras tiene este hombre?» negó la mujer, caminando decidida hacia las flores que debía seleccionar.

Jason sonrió complacido, no podía decir que era un avance, pero al menos Daira no lo había empujado o dado una patada. Era una obviedad que estaba sorprendida, pero era normal, se habían tratado como perro y gato, el cambio que él proponía era repentino, pero necesario, no pensaba vivir toda su vida peleando con ella, sobre todo cuando se dio cuenta que era su patrón destructivo.

—¡Mamá! ¡Jack trajo el agua!

Pese a que se alegraba de que su hijo lograra hablar, no terminaba de acostumbrarse a que él se hubiera hecho a la idea de llamar “mamá” a Daira con esa facilidad.

—Ha ido por unas flores, ¿por qué no me ayudas a mí?

El niño frunció el ceño, dejando la regadera de metal sobre el suelo y colocando las manos sobre sus caderas.

—Papá, ¿Por qué quieres robarte a mamá?

—No quiero robármela, ¿Qué dices? —lo miró divertido.

—Antes no la querías y ahora sí, mamá es de Jack, papá, no la presto, es mía —dijo testarudo.

—Claro, pero resulta ser que la tendremos que compartir un poco, porque también es mi esposa.

El infante hizo tal mueca de enfado, que el padre no pudo resistirlo y dejó salir una carcajada. Jason se agachó hasta quedar a su altura para poderlo tomar por los hombros.

—Algún día Jackson, encontrarás a alguien como… como mamá, y será solamente tuya, lo prometo.

—Pero a mí me gusta esta mamá, ¿Por qué cambiarla?

—Bueno…

—¿Y bueno ustedes dos? —sonrió Daira, poniendo sus manos en jarras—. Ya veo lo mucho que trabajan.

—¡Es culpa de papá! —acusó con un dedo.

—¿Cómo te atreves, bribón? —sonrió el padre, cargando al pequeño y haciéndolo reír al ser elevado y besado.

Aquella escena sacó una sonrisa de los labios de Daira, quien repentinamente experimentó lo que se sentía tener una familia.

—Mamá —el niño la trajo a la realidad al jalarle el vestido—. Papá me ha dicho que tendré una mamá para mí solo.

—¿En verdad? —Daira frunció el ceño hacia su esposo.

—No era a lo que me refería, pero él entiende lo que quiere —Jason se inclinó de hombros, continuando con su tarea.

La familia se enfrascó en un momento agradable, rieron, se ayudaron e incluso hubo una pequeña pelea de tierra antes de que Marinett se diera cuenta de lo que hacían y se llevara al pequeño Jack para que fuera acicalado correctamente. La mujer incluso regañó a los desubicados padres por permitir tal comportamiento, pero en cuanto se dio vuelta con todo y niño, ambos rieron de nuevo.

—Tu madre nunca terminará de aceptarme si continuo así —dijo la joven, pasando un paño mojado sobre su rostro.

—Le agradas, te lo aseguro, de ser diferente, también te hubiera llevado a ti a bañar, al menos te respeta como para no ordenarte.

—Bueno sí —Daira rio alegremente.

—Espera, tienes tierra aquí —Jason se acercó a su esposa, presionando la tela en sus manos contra el cuello perfilado, cayendo rápidamente en cuenta de lo que hacía y, al notar que ella no ponía resistencia, bajó gradualmente hasta su clavícula, acercándose lentamente a ella—. Creo que si deberías tomar un baño también.

—Sí —sonrió dulcemente, recorriendo el rostro de su marido con detenimiento—. Estamos hechos un desastre.

—No te muevas ¿de acuerdo? —ella lo miró con interés, mientras él se dedicaba a quitar tierra de sus oídos, cuello y mejillas.

Descarados escalofríos recorrían el cuerpo de la joven que permanecía inmóvil ante las caricias suaves de su esposo. Buscaba su mirada, pero él parecía concentrado en limpiarla hasta que, de un momento a otro, Jason encajó su mirada en ella, mandando un espasmo que le recorrió el cuerpo entero, sobre todo cuando de pronto su marido había dejado de enfocar sus ojos y se encontraba embelesado por sus labios, los cuales tocó sutilmente con un par de dedos para que estos se entreabrieran. Una necesidad extraña se

instaló en el cuerpo de Daira, mandando órdenes para que abriera los labios y dejara salir un sutil y casi inaudible suspiro.

Podría besarla en ese momento, Jason deseaba hacerlo, pero ella… ¿ella qué haría? Su cercanía era reciente, podría rechazarlo.

—¡Hijo! —La voz inesperada de James los hizo dar un salto en direcciones opuestas—. Ah, con que aquí estaban, los buscan en casa.

—¿A ambos? —Daira frunció el ceño.

—Sí, parece que sí, dicen que son parientes tuyos querida —explicó el marqués—. De haberlo sabido antes, los hubiéramos invitado a quedarse unos días para que estuvieran presentes en la boda, ¿Por qué no dijiste nada?

—¿P-Parientes? —negó la joven—. Yo no…

—Gracias papá, iremos en seguida —irrumpió Jason.

—Claro, ahora resulta que soy el mandadero porque tu madre piensa que debo caminar más, ¿pueden creerlo? —rodó los ojos—. ¿Qué haría yo sin esa mujer? Bueno, iré de regreso, les diré que tardarán un rato, están tan sucios que podrían venir de los chiqueros.

El marqués se alejó con paso lento pero seguro, disfrutando de su caminata obligatoria, distrayéndose con empleados o simplemente admirando lo bello del jardín. Totalmente inconsciente del estrés en el que había dejado a la pareja en el interior del invernadero.

—No, no. —Daira caminaba de un lado a otro—. ¿Pero qué hace aquí? Es que no tiene remedio, de verdad que no.

—Ey —la tomó de los hombros—. Cálmate, ¿quieres?

—Estoy calmada —lo miró con rencor—. Sé que piensa que él es un santo, pero he de decirle que no lo conoce y no debería…

—Relájate, veamos qué es lo que quieren.

El conde ofreció su brazo y ella -muy a fuerzas-resbaló su mano hasta dejarla presa entre el antebrazo y la parte posterior del codo de su marido. Daira lo apretó ligeramente, mostrando un nerviosismo que no demostraba en ninguna otra parte de su cuerpo, ni siquiera en su rostro. Debían pasar a sus cámaras primero para arreglarse, pero en cuanto lo hicieran, se enfrentarían a la pareja de los condes y familiares de la nueva mujer de Kent.

Los condes de Melbrook eran descarados en cuanto a su asombro por la riqueza que se mostraba en la casa de los Seymour. Hombre y mujer levantaban jarrones, tocaban paredes e incluso se guardaban objetos de menor tamaño, pero no menor valor, siendo esto último advertido tanto por las doncellas como por la pareja que recién entraba en la habitación. Daira hizo ademán de dar un paso al frente, posiblemente con la intensión de acusarlos, pero fue Jason quien tomó fuertemente su muñeca, inmovilizándola en su lugar.

—Es un placer tenerlos de visita, lord y lady Melbrook, me preguntaba cuando vendrían —sonrió Jason, hablando más fuerte de

lo necesario y en el momento justo en el que la condesa estaba por guardarse otra cucharita de plata entre las ropas.

—Seymour —se volvió el conde, lanzando una mirada incriminatoria a su mujer, quien se las arregló para disimular el hurto y ponerse en pie junto a su marido—. Que gusto verlo de nuevo.

—Sean bienvenidos —asintió el hombre, deslizando suavemente su mano por la cintura de su esposa, acercándola sutilmente a su presencia. Jason agradeció que Daira no pusiera queja alguna, por el contrario, pareció comprender la actuación que él marcaba con cada movimiento y lo siguió con gracia—. Por favor, tomen asiento, ¿Gustan algo de tomar o comer?

Los condes no lograron contestar a los cuestionamientos del Seymour, puesto que ambos estaban enfocados en mirar fijamente hacia la mano vigorosamente posada en la cintura de la dama que se hacía llamar la nueva señora Seymour y futura marquesa, como si el cariño fuera un acto completamente natural entre ellos.

—¿Señores?

Fue el conde quien recuperó la consciencia primero, sonriendo distraídamente y asintiendo.

—Estamos bien —negó a los ofrecimientos—. Lamentamos venir sin previo aviso, pero estaba preocupado por mi hermana, como usted entenderá, es mi trabajo verificar que se encuentre bien.

La joven en cuestión chistó la lengua a lo bajo y volvió la cara hacia el ventanal del salón, enfocándose en el usual trabajar de los empleados en el jardín delantero.

—Entiendo perfectamente, seguro que ella podrá decirles lo bien que se encuentra —Jason la apretó para traerla de regreso al salón.

—No debieron molestarse en venir —esa fue la respuesta de Daira, una tan ruda y cortante que Jason no lo esperaba de ella.

—Siempre tan grosera con tu pobre hermano que no hace más que preocuparse por ti. —Lady Melbrook se adelantó—. Dio todo por tu educación, por tu manutención ¿y así es como se lo agradeces?

—Querrás decir que malgastó todo lo que padre dejó para mí —se adelantó Daira a la defensiva.

—Por favor, no comencemos —el conde Melbrook logró mantener la compostura pese a la fuerte acusación—. Estas mujeres jamás se han llevado del todo bien, ha de disculparlas.

—Daira, por favor. —Jason susurró al oído de su mujer en un tono de regaño, aparentando estar dándole palabras de aliento, en lugar de una queja—. Recupera la compostura.

Ella alejó su rostro para poder enfocar la mirada grisácea del hombre que no hacía más que advertirla.

—Bien —dijo en voz alta—. ¿Algo que pueda ofrecerles?

—Me apetece un poco de chocolate caliente, querida Daira, también

algo de tarta, si es que tienen.

—Iré a pedirlo en seguida —aseguró la joven, deseando salir de ahí a toda costa.

Los invitados tomaron asiento después de que el dueño de la casa reiterara la invitación. Fueron atendidos por la mano del mismo Jason al momento de servirles el vino que cada uno deseaba, para después tomar asiento en un sillón frente al de la pareja.

—Veo a Daira bastante desenvuelta, no pensé que podría acostumbrarse tan pronto a una casa como esta —fue la dama quien inició la conversación.

—Creo que sabría manejarse en cualquier lugar —defendió el conde Melbrook con rapidez—. Es una chica extraordinaria.

—Concuerdo —aceptó Jason, mirando a la mujer que en algún momento fue su amante predilecta.

Ya que la veía con calma, no podía creer que hubiera encontrado a esa mujer atractiva. Era verdad que belleza no le faltaba, tampoco pasión o atractivo en su cuerpo, pero estaba tan vacía, tan llena de furia, prejuicios y malas intenciones que la convertía en una mujer amargosa. En muchas ocasiones lo chantajeó con el dolor de ser rechazada por su marido, lloriqueaba y le pedía que se quedara a su lado. Ahora le parecía tan simplona e irritante.

A comparación con la mujer que regresaba al salón en ese momento, Lina le parecía inmadura y manipuladora, incluso caprichosa. Y pese a que con su esposa no tuviera una relación íntima como la tuvo con la condesa, la sentía mucho más real y cercana de lo que jamás se sintió con la otra mujer. Era difícil no apreciar a Daira cuando se desenvolvía de esa forma perfecta por el mundo, tomando todo con seriedad, desempeñando su papel con meticulosidad, fuera el de esposa, madre, de amante o anfitriona, ella era perfecta.

La observó servir el líquido caliente para su cuñada y tenderle la taza con cuidado. Lina, por el contrario, se esforzó por parecer descuidada, adelantando su mano de forma torpe para desbalancear el plato y quemar la mano que pretendía servirle.

—¡Ay, Dios! —Daira soltó la taza de inmediato y observó su mano que se tornaba a un rojo vivo con prontitud.

—¡Oh, lo siento tanto Daira! —se sorprendió la mujer, tronando los dedos hacia un mozo para que recogiera los restos de porcelana que habían quedado en el suelo—. ¿Te lastimaste?

—Ven aquí, déjame ver —Jason se adelantó a la preocupación de del conde, quien se puso en pie y se acercó a la pareja—. ¿Duele?

—Me escose un poco, pero estaré bien —aseguró la joven, permitiendo que Jason sostuviera su mano con delicadeza.

—Quizá deberíamos…

—Dije que estoy bien. —La forma en la que Daira se dirigía a su

hermano y a su marido, distaba en calidez y amabilidad—. Un poco de agua fría y un ungüento harán el trabajo —sonrió—. Por favor, retomemos la conversación.

Siguiendo la petición de la dama, los varones se enfocaron en una acalorada conversación de política. Pese a que lord Seymour seguía debatiendo y defendiendo su punto de vista, era más que obvio que la preocupación por su esposa lo distraía de cuando en cuando, sobre todo cuando una doncella llegó con paños remojados en agua fría y los colocó sobre la quemadura. Jason trató de enfocarse en la conversación, pero le fue imposible no ofrecerse a ayudar a su esposa a colocar el ungüento y la venda sobre su mano mientras seguía dialogando con el conde y su mujer. Incluso cuando hubo terminado de curarla, mantuvo la mano blanca sobre su regazo, estirada y sin tocarla para que se infringiera el menor daño posible.

—Gracias, cariño —Daira tocó con delicadeza el brazo de su marido y sonrió falsamente hacia la pareja frente a ella. Ambos mostraban un nivel elevado de irritación, lo cual disfrutaba—. Y bien, ¿Cuándo será el momento en el que pedirán lo que sea que les haga falta? Porque dudo mucho que sea una visita de rutina.

—Daira, por Dios, siempre has sido tan maquiavélica —sonrió Mark —. Quería saber cómo estabas, eso es todo.

—Aunque no nos importaría quedarnos por lo menos esta noche —sonrió Lina—. Comienza a hacerse noche y la verdad es que estoy un poco resfriada, me haría daño salir.

—Por supuesto —Daira sonrió falsamente—. Era de esperarse que estuvieras resfriada, aunque siendo ese el caso, sería mejor que no hubiese salido de casa, esta visita hubiera podido esperar.

—Oh, no. Imposible cuando es de dominio público que dentro de poco se irán de visita con los Westminster —la mujer elevó las cejas—. Era necesario saber cómo te encontrabas tras comprender que estarás en la casa de la que fue el amor verdadero de tu marido.

Aquellas palabras helaron el ambiente, ni siquiera el conde Melbrook, quien parecía estar instruido para aligerar la boca viperina de su esposa supo qué decir.

—Me encuentro emocionada, claro está —sonrió Daira, mostrándose tranquila ante la estocada—. Siempre tendrá un lugar en esta casa, al final de cuentas, es la madre de Jack, sería horrible que la olvidáramos. Tomaré el viaje como una instrucción personal para poder hablarle de ella al niño que ahora es mío.

Incluso Jason la miró con impresión, una mujer normal habría estado devastada ante las palabras hirientes de Lina, pero Daira no, y eso era porque en realidad no le interesaba si él la amaba o no, poco le importaba que siguiera enamorado de Annelise, así como él la estaba utilizando de fachada, ella hacía exactamente lo mismo.

—Es un pensamiento muy positivo —dijo Lina con voz entrecortada, claramente impresionada.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó el pequeño Jack, sin saber que había más gente junto con sus padres.

—Jack —Daira se puso en pie, al igual que Jason—. Ven cielo, ¿qué sucede? ¿necesitas algo?

Los pasos trémulos del pequeño se acercaron hasta llegar a su padre, quien lo tomó en brazos y lo sentó en su regazo. Inmediatamente, el niño llevó un dedo a su boca, haciendo énfasis en que no pensaba hablar a partir de ese momento.

—Ya veo que eres un muchachito muy guapo —sonrió Mark Melbrook—. Lo has heredado de tu padre, claro está.

—Y de su madre también —sonrió Lina.

En esa ocasión, Jason suspiró cansado, pasando una mano por la espalda de su mujer, acercándola a él y a su hijo, incluso le besó la mejilla de la forma más natural y despreocupada.

—Creo que para ser una visita se ha prolongado bastante —dijo el conde de Melbrook, sintiéndose incómodo ante la imagen familiar frente a él—. Será mejor marcharnos.

—Oh, querido, pero si han aceptado que nos quedemos esta noche —recordó Lina—. ¿No lo recuerdas? Mi tos.

—Desde luego, son invitados de esta casa —sonrió Jason, verificando con su esposa la invitación.

Ella asintió levemente y se puso en pie.

—Pediré a una doncella que los lleven a sus habitaciones.

Capítulo 20

En la seguridad y el resguardo de su recámara, la pareja Seymour pudo discutir e intercambiar pensamientos sobre los acontecimientos suscitados. Los condes de Melbrook maniobraron astutamente durante toda la cena para agradar a los padres de Jason, logrando ser invitados no sólo por un día, sino el tiempo que fuera necesario para que la "humedad" en su casa se fuera de una vez por todas.

—¡Algo quieren, estoy segura! —expiró la joven, quitando sus aretes y aventándolos sobre el alhajero en el tocador antes de volverse a su marido—. Es imperdonable que ella incluso pidiera unas recámaras cerca de las tuyas, ¡Es de lo más desvergonzada!

—No lo ha hecho por insinuarse a mí, Daira —se acercó el hombre, bajando la voz considerablemente—. Es para verificar si somos una pareja, y estoy seguro de que el conde y su mujer tenían el plan en conjunto, no es nada al azar.

—¿Dices que el conde era consciente y aceptaba todas las sinvergüenzadas que decía la loca de su esposa en la cena?

—Claro que lo sabía, él también tiene un interés aquí.

—Ella me lo dijo. —Daira recordó aquel día que se encontraron después de ver a Jason jugar Polo—. Sé lo que quieren.

—¿De qué hablas?

—Lady Melbrook fue a amenazarme, parece ser que mi querido hermanastro está feliz con esta unión —sonrió con desgana—, quiere que le dé dinero, claro está, pero antes de poder pedirlo, tengo que estar segura en mi posición —lo miró—. Quieren comprobar si somos pareja para poder hacer de mí lo que ellos quieran.

—¿Cómo podrían?

—Amenazándome, claro está —dijo obvia, caminando de un lado a otro—. Pero yo no tengo una posición aquí, ¿cierto? Nosotros no consumamos el matrimonio y nunca tendré a sus hijos, así que todo queda resuelto, su plan está arruinado.

—No, no es así —Jason se interpuso en su alegría—. Nadie puede saber que este matrimonio no cumple con todas las estipulaciones, ¿recuerdas? Parte de casarme contigo era para cubrir ese hecho, no puedes simplemente decirles que no tenemos relaciones.

—Si saben que hay una posibilidad de embarazo, jamás me dejarán, de hecho, de saber que nosotros ya… —ella bajó la mirada y negó, cerrando los ojos para reprimir un mal recuerdo.

—¿Qué? ¿Qué no me estás diciendo?

—Nada.

—Daira, estabas hablando con fluidez de esto, confesaste que ellos te tienen amenazada, ¿con qué?

—Pueden decir cosas horribles sobre mí.

—¿Cómo cuáles?

Ella negó con los ojos cerrados, deseando reprimir recuerdos.

—Cosas.

—Daira, si no hablamos claro, esto se caerá a pedazos sobre nosotros, debemos estar del mismo lado, ¿entendido?

—¡Ya lo sé! —se apartó de él—. Pero no quiero, no me obligue a decirlo. Me odio, me detesto por esto.

—¿Qué fue lo que pasó Daira?

La mujer se negó a hablar por varios minutos, pero al notar la insistencia de su marido, suspiró derrotada y comenzó a hablar:

—Bueno, ellos piensan que en caso de que nosotros tuviéramos amores, sería sólo por una vez, en la noche de bodas —dijo más segura, comenzando a quitarse el vestido para distraerse de lo que estaba diciendo—. Pero no es suficiente.

—Por supuesto que no —Jason entrecerró los ojos—. Un hijo es lo único que pudiera ser suficiente.

—Sí. Un hijo que, de no ser de usted, podría ser… de cualquier otro —la voz le tembló ligeramente.

Jason se acercó a su esposa y tomó las manos trémulas con las que intentaba desabrocharse los listones del corsé. La obligó a detenerse y mirarlo, pidiendo una explicación con su rostro.

—¿De quién entonces?

—Ella… —el labio inferior de Daira temblaba con rabia—. Ella dijo que el conde estaba más que dispuesto a suplantar su lugar de ser necesario engendrar. Por eso han venido, quieren asegurarse de que ya consumamos el matrimonio y de ser así, es necesario preñarme.

—¿Qué? —el rostro de Jason se deformó entre el horror y el asco.

—¡Así ha sido siempre! —se alejó de él—. Desde que comencé a dejar de ser una niña él… me miraba, en un principio.

—Daira —se acercó nuevamente a ella y la tomó de los hombros con delicadeza—. ¿Hacía algo más?

Unas lágrimas silenciosas cayeron desde los ojos de la joven, pero negó repetidas veces, su cuerpo entero temblaba, sus mejillas se encendieron de vergüenza y parecía desear estar muerta.

—Nunca abusó de mí, creo que siempre tuvo el deseo, pero algo dentro de él no se lo permitía —dijo trémula—, supongo que se odiaba por amarme como mujer y no sólo como hermana. Tenía terror a sus miradas, a su voz y sus manos. Y cuando su mujer se dio cuenta de esto, las cosas no mejoraron para mí.

—Por Dios, ¿es por eso que te prometió con ese horrible barón de Valcop? —Ella mostró su sorpresa—. Sí, lo sé también.

—Creo que quería su dinero —se inclinó de hombros—, me dijo que tenía un plan para que no me hiciera daño, dijo que me rescataría

antes de que me tocara y nos quedaríamos con todo.

—Planeaba matarlo.

—No quería ser secuaz de algo así, fue cuando escapé —lo miró—. Prefería vivir en la calle en lugar de en una prisión de oro, disfruté tanto de esa libertad… al menos por unos segundos.

—Al igual que en tu casa, los hombres pretendían abusar de ti.

—Me odio —admitió—. Detesto mi rostro, mi cuerpo y cualquier cosa que me haga una tentación para un hombre, siempre tengo la culpa de corromper, nunca es culpa de ustedes, siempre es mía.

—No es tu culpa —la abrazó con cariño—. No tiene nada que ver contigo la debilidad de los hombres.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? ¿Qué pasa si quieren cumplir su plan? —Daira apretó entre sus puños la playera de Jason—. ¿Qué haré sin en esta ocasión a mi hermano no le importa? Ahora él pensará que ya no soy impoluta, puede que fuera la razón de que se detuviera.

—No te pasará nada Daira, no lo permitiré.

—Lo sé —sorbió su nariz, apretándolo más—. Confío en usted.

Jason frunció el ceño y la alejó.

—¿Por qué? —recorrió su rostro—. ¿Por qué confías en mí?

—Usted no me quiere —se inclinó de hombros—. Creo que incluso no me soporta. Ama a su antigua esposa, lo sé —sonrió—, lo comprendo bien y debo admitir que es un alivio.

—Jamás te haré daño —prometió y la abrazó—. Jamás.

Ella asintió un par de veces, recuperando poco a poco la serenidad. Se separó de él, sonrió y siguió desvistiéndose, charlando de simplezas, burlándose y pidiéndole ayuda, como siempre lo hacían. Jason hizo lo propio de forma mecánica, no podía creer que ella pensara que no le gustaba, ¿era la razón por la que actuaba tan despreocupada a su alrededor? ¡Demonios! Si supiera que dentro de su cabeza ya le había hecho el amor al menos un centenar de veces, ella seguro lo odiaría como lo hacía con el resto de los de su género.

Parecía ser que su resolución de hace unos días se estaba complicando: le gustaba Daira, podría intimar con ella sin ningún problema. Pero ahora todo radicaba en que ella lo quisiese también y, a cómo iban las cosas, dudaba que alguna vez eso sucediera.

Ser vista como objeto de placer de los hombres era uno de los peores insultos que se le hubiesen ocurrido a Jason. Había sido tanto el acoso hacia su persona, que Daira incluso odiaba su belleza, su cuerpo y hasta su esencia. No podía creer que incluso su propio hermano tuviera un deseo carnal por ella, eso era sobrepasar los límites. Jason esperaba que al menos no hubiera mentido en la parte en la que aseguraba que jamás la tocó, porque de ser así, no podría tolerar tenerlo un segundo más bajo su techo.

—Creo que debemos dormir juntos el día de hoy —dijo la joven,

como si la conversación pasada no hubiese tenido lugar—. Seguro que usted tiene razón y ellos pretenden confirmar nuestra relación.

—¿Estás segura? —Jason frunció el ceño—. Si te incomoda…

—Como he dicho, usted no me causa problema —se inclinó de hombros—. Sé que todo lo hace por dar una apariencia. Además, Jack vendrá a dormir, así que todo solucionado.

—Si tú lo dices, por mí está bien.

—¿En qué recámara, en la suya o en la mía?

—En la que te sientas más cómoda.

—Preferiría que fuera en la suya, así mis sábanas no se impregnarán con su aroma —asintió resolutiva—. Iré por mis cosas.

Jason tuvo que sentarse, era demasiada información. Se quitarían de encima a los Melbrook dentro de poco, gracias a que Daira fue sincera con él, sabría cómo maniobrar para alejarlos de ellos. Definitivamente no estaba en sus planes permitirle a ese cerdo acercarse a ella, tampoco les daría ni un céntimo, los echaría esa noche, pero necesitaba de ellos para que fueran portavoces de su "perfecta relación matrimonial".

—Bien, Jack —su mujer regresó con su hijo en brazos, hecha una sonrisa—. Dormiremos con papá el día de hoy.

—¿Papá tuvo pesadillas?

—Sí, horripilantes pesadillas —aseguró la joven—. Así que tendré que cuidar de los dos por unos días, ¿te molesta?

—No —se inclinó de hombros el pequeño, aceptando ser depositado en la cama de su padre—. Mamá, esas personas nuevas no me gustan, quiero que se vayan.

—No te preocupes tesoro —sonrió Daira—. Todos queremos lo mismo, papá hará que se vayan pronto, pronto.

Jason dudaba que los Melbrook fueran a abandonar su empresa con rapidez, sabía que ya estaban haciendo los primeros movimientos para vigilarlos. Fue tan obvia como su presencia a las afueras de la habitación, vigilando el interior con deliberada desfachatez. Suspiró. Les estaban dando la oportunidad para hacer una demostración.

—Métete a la cama Jack, volveremos en un segundo.

—¿A dónde van? —el pequeño frunció el ceño, pero al instante, su mirada se iluminó—. ¿Acaso van por leche y galletas?

—Claro, por eso vamos —aseguró Daira, sondeando a su marido con la mirada mientras salía de la habitación tomada de su mano—. ¿A dónde vamos? Estoy en camisón y…

—Sshh… —Jason la pegó a su cuerpo, jalándola hasta esconderse detrás de una cortina—. Guarda silencio.

—¿Qué haces? —susurró, tratando de ver por la abertura entre cortina y cortina—. ¿Por qué salimos así?

—Espera. —El largo dedo de Jason rosó uno de los bordes de la

pesada cortina, abriéndola ligeramente para ver al exterior.

—Jason, aunque me agradan las escondidas, es más divertido cuando estamos jugando con Jack.

—Bien Daira, sé que prefieres jugar con Jack, pero por el bien de los dos, tendrás que hacerlo conmigo ahora.

—¿De qué hablas?

—¿Confías en mí? —ella entrecerró los ojos, pero asintió levemente, recorriéndolo con la mirada—. Trata de no asustarte.

—No me asusto con facilidad.

—Bien. —Jason volvió a entreabrir la cortina, sonrió de lado y miró a su esposa con una ceja levantada—. Entonces, juguemos.

—Jason…

Aquella pequeña réplica fue rápidamente acallantada al tener los labios de su marido sobre los de ella, presionándolos suavemente, sin apenas movimiento, simplemente tocándola. Se sorprendió, era verdad, pero se recordó que se lo había advertido, estaban jugando y Jason había vigilado a alguien para besarla justo en el momento adecuado, no antes, no después, ese era el momento; hizo todo lo que pudo para seguir el papel que se le dio, tenía que ser su amante en ese momento y Daira sabía cómo interpretarlo. Pasó suavemente sus manos por el pecho de Jason, enterrando sus dedos en el cabello rubio y suave, se apretujó contra él, presionándolo contra la pared, incluso se atrevió a dejar salir uno que otro suspiro, sobre todo cuando las manos de su esposo bajaron de su cintura y apretaron sus caderas con fuerza, empujándola aún más cerca de su cuerpo.

Ella dejó salir una risilla que Jason acompañó, se movían más de la cuenta, haciendo evidente su presencia detrás de la cortina que fue rápidamente apartada por las personas que ellos necesitaban que los vieran. Daira fingió un gritito y se escondió tímidamente en el hombro de su marido, mientras éste la abrazaba con fuerza.

—Conde —Jason se alejó de su esposa con lentitud, aunque manteniéndola a su lado. Fingía estar avergonzado, buscando reconstruir su compostura—. ¿Es que necesitaban algo?

Mark Melbrook miraba de uno a otro, sus ojos inyectados en sangre, desorbitados, vibrantes en la más pura ira y el deseo contenido por la mujer en camisón que buscaba esconderse detrás del cuerpo del hombre al que claramente pertenecía. Las manos del conde de Melbrook estaban pálidas, deseosas por liberar la tensión contra la mandíbula del hombre que le sonreía.

—No. No necesitamos nada —Lina se las apañó para adelantarse al cuerpo de su marido, haciéndolo retroceder—. Tan sólo nos perdimos por el pasillo.

—¿Qué hacían fuera de su habitación? —inquirió el conde con labios apretados, apenas parecía gesticular.

Jason frunció el ceño y se echó a reír.

—No pensé recibir una pregunta del estilo en mi propia casa —dijo divertido—. Aunque lo aceptaré por ser usted el hermano de mi esposa. —La abrazó por la cintura—. Me la encontré de camino a la cocina, parece que mi hijo quería leche y galletas antes de dormir.

—¿En camisón? —El conde miró descaradamente el cuerpo de su hermana menor—. No me parece adecuado.

—Es lo que me ha dicho mi esposo —sonrió Daira, mostrándose apenada—. No he recordado que teníamos visitas y salí sin pensar.

—Deberías tener cuidado, podría ser peligroso Daira.

Los ojos lascivos del hombre la estremecieron, refugiándose en los brazos que la sostenían. Al fin de cuentas, había sido idea de Jason provocarlo de esa manera, ahora estaba furioso, celoso y quizá ansioso por cumplir con lo que siempre soñó.

—Jamás la dejaría desprotegida, conde —aseguró Jason—. Mataría a cualquier persona que busque hacerle daño.

—Me alegro.

—Pero ¡qué hacemos todos aquí! —aplaudió de pronto Héctor, el hermano menor de Jason—. ¿Están haciendo una fiesta sin mí?

—En realidad no —Lina tomó la mano de su marido y lo jaló—. Será mejor que todos vayamos a descansar.

—Me parece bien —aceptó Jason, tomando a su propia esposa.

—Siento que me estoy perdiendo de algo importante —apuntó Héctor—. Pero bueno, igual no me importa. Si me disculpan, pienso retirarme a donde sí habrá una fiesta.

El menor se fue canturreando, deslizándose por el barandal de la casa, hasta el primer piso, donde ya lo esperaba un mozo que tendía su abrigo y bastón para su salida.

Las parejas se miraron por un momento más antes de separarse por el pasillo, sus habitaciones no estaban separadas por mucho, pero era una distancia considerable. En cuanto Jason colocó el prestillo a la puerta, Daira comenzó a reír descontroladamente, parecía feliz o quizá la demencia la alcanzó al fin, cualquier cosa era posible.

—¡Dios! —dijo presa de la risa—. Estaba furioso ¿lo ha visto?

—Lo he visto.

—¡Estoy segura que no podrá dormir! ¡Vomitará fuego antes de poder conciliar el sueño!

—Daira ¿estás bien con esto? —la tomó de los hombros—. Lamento no haberte avisado que te besaría.

—No, no. —Ella sonrió—. Comprendí de inmediato, pude seguir el juego perfectamente ¿no lo cree?

«Mejor que perfectamente, por poco y me olvido del plan inicial y te hago el amor ahí mismo» se dijo Jason.

—Sí, me di cuenta de que captaste el objetivo.

—¡Pero claro! —ella brincó un poco y lo abrazó, presionando sus labios contra el cuello de Jason—. Gracias, jamás había sentido tanta satisfacción, quisiera hacerlo sufrir por siempre.

El hombre rio un poco.

—Espero que no te vuelvas una apasionada de la malevolencia.

—Un poco de maldad es necesaria, jamás había hecho algo así.

—De acuerdo —Jason se acercó a ella, tomándole el rostro con delicadeza y bajándolo ligeramente para colocar un beso sobre su frente—. Tratemos de que esta relación sea creíble, pero sin incomodarte con ello, ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió feliz—. No me sentí nada incómoda.

—Podemos hacer avances pequeños, ligeros toques, poco a poco te irás acostumbrando a tenerme cerca sin que te tensiones.

—¿Lo hago? —frunció el ceño cuando él asintió—. No me doy cuenta, ¿qué es lo que hago?

—Te es imposible no reaccionar a la defensiva, pero lo iremos cambiando, llegarás a confiar en mí plenamente.

Ella se mostraba tan desinteresada con el tema que tenía que ver con el beso, que incluso llegaba a sorprenderlo. Tal parecía que lo único que ella rememoraría de esa situación, sería el rostro furioso de su hermano y lo bien que se sintió al hacer algo que ella encontraba como desaprobatorio para una dama de categoría.

—¡Papá! —gritó un pequeño niño rubio, quien al fin mostraba su rostro molesto ante la tardanza de la pareja. Tenía sus manos en jarras e incluso tamborileaba su pie contra el suelo—. Quiero dormir ya.

—A sus órdenes —sonrió el mayor, tomando a su hijo al vuelo y llevándolo de regreso a la cama—. ¿Por qué no te dormiste?

—¡No trajeron mi leche!

—Lo siento cariño —sonrió Daira—, tendrás que conformarte con una canción antes de ir a la cama.

Jackson no parecía del todo complacido, pero al no haber otra opción, se metió en medio de la cama y esperó porque sus padres lo rodearan. Sería la primera vez que Jason estaría presente mientras Daira lo arropaba y lo ponía a dormir. Debía admitir que era bastante efectiva, con una sola canción y la dulce caricia sobre su nariz el niño terminó inconsciente y feliz en el mundo de los sueños.

—Será mejor que nosotros también descansemos —sonrió la joven, cobijándose y abrazándo al niño, quien se acomodó rápidamente al calor del cuerpo de la mujer y ambos durmieron.

Jason era incapaz de seguir a su esposa e hijo. Resultaba ser que era incapaz de dejar de ver a la mujer que seguía impresionándolo. Cada vez valoraba más su fortaleza y la admiraba por su valor. Justo en ese momento le parecía un espejismo el que estuviera dormida sobre su cama, mostrándose relajada ante la presencia de lo que ella

consideraba una amenaza.

No era la primera vez que una mujer dormía en su cama, en el pasado, aquellas que estuvieron bajo sus sábanas caían en el estupor del sueño debido al cansancio, en un estado de felicidad y satisfacción, abrazándose a él pese a que Jason sintiera incómodo el acercamiento. Con Daira ocurría lo contrario, pese a que su relación nunca había pasado a algo tan íntimo, la sentía mucho más cercana a su alma, le era imposible no enternecerse al verla abrazada a su hijo como si este hubiera sido fruto de su vientre.

No podía encontrar la razón por la cual Daira le resultaba tan diferente al resto, quizá fuera porque al fin le había revelado parte de su pasado, tal vez era por el secreto que compartían o incluso podría deberse a la atracción que sentían el uno por el otro. Aunque no hacía falta encontrar la respuesta y simplemente debía sentirse feliz por tener interés con todo lo que se refería a su esposa.

Era la primera mujer desde… desde hacía mucho tiempo que lo hizo sentir con vida, resultaba ligeramente aterrador, pero no quería dar un paso atrás, todo lo contrario, ansiaba experimentar lo que sería tener una relación con alguien como ella, una persona que le brindara una vida llena de paz y bienestar. Parecía ser que por una vez seleccionó a alguien que podría ayudarlo a crecer y no a destruirse.

Capítulo 21

La casa de los Hamilton era una fortaleza impenetrable para la mayoría de la sociedad. Únicamente los más allegados a la familia eran capaces de traspasar las murallas de la propiedad de los Sutherland. Para sorpresa de todos, las puertas de aquella hermosa casona se abrieron al público en general, al menos, las del gran invernadero dónde se desarrollaría la fiesta.

Pese a que la temporada de frío tocaba a las puertas de Londres, aquel lugar se conservaba en una calidez que hacía soportable el camino ventoso y fresco que se tenía que hacer para llegar a él. Los entusiasmados concursantes estaban acomodando sus arreglos, mostrando las flores que cuidaban y sonriendo a los jueces. Por otro lado, aquellos que iban como acompañantes, invitados o meramente curiosos, pasaban un buen rato junto a la más refinada sociedad, entre ricos vinos, deliciosos entremeses y buena conversación.

Jason se encontraba junto a sus primos, observando de reojo a su mujer, quien no había quitado esa sonrisa desde la noche anterior, cuando se fue a dormir con trabajos debido a la emoción.

—Parece feliz —lo empujó ligeramente Adrien—. ¿Qué tal va la vida de casado con la querida Daira?

—Es una mujer compleja, pero adora a Jackson.

—No es lo que pregunté.

—Es la respuesta que tendrás —sonrió evasivo.

—Por Dios —Micaela se acercó al escuchar la respuesta de su hermano—. Dios mío, te gusta, ¡Ella te gusta!

Algunas miradas enfadadas se volvieron hacia la escandalosa joven y continuaron con sus propias conversaciones.

—No he dicho eso —Jason bajó su tono de voz, mirando a su alrededor—. Y sería encantador Micaela que no lo grites a los cuatro vientos, estamos lo suficientemente cerca como para escucharte.

—Oh, Jason, estoy tan feliz por ti, Pridwen se expresa de la mejor forma sobre ella —aseguró su hermana y frunció el ceño—. Por cierto, ¿Dónde demonios está Pridwen?

—Por allá —apuntó Adrien, rodando los ojos—. Está empecinada en ir con los jueces, descalificando todas las flores para que las de Daira ganen, o algo por el estilo fue lo que me dijo.

—Ella en verdad es una buena amiga —se introdujo Sophia, llamando la atención de Jason, quien suspiró enojado—. Sí, vengo justo a eso —asintió la mujer—. John reitera su invitación.

—Estoy recién casado, ¿no pueden dejarme tranquilo?

—Jason… por favor, trata de entender la posición de John, para él tampoco es fácil, le duele igual que a ti.

—¡Primita! —Héctor pasó un brazo por los hombros de Sophia, provocándole un quejido—. Dejemos los temas feos para después, ahora hablábamos de algo alegre: ¡Jason tiene corazón!

—Y me alegro por ello, pero eso no quita que…

—Sophia —Micaela la miró con fastidio—. Es en serio.

—Pero bueno, quién diría que Micaela podía poner tal cara de molestia —se burló Adrien—. Vamos Jason, busquemos a Archie.

Daira observó aquella escena con el ceño fruncido, no entendía la razón por la cual Jason tuviera tantas riñas con los que fueran su antigua familia política ni tampoco por qué era tan reticente a volver a esa casa. Quizá fuera por los recuerdos que no podría evitar al tenerlos de frente, de ser el caso, lo apoyaba, ella jamás regresaría a la casa donde vivió con el conde de Melbrook.

—¿Es usted Daira Seymour?

—Buen día —ella se volvió alegremente hacia la voz que la llamaba —. Disculpe, ¿lo conozco de alguna parte?

—Debimos haberlo hecho, mi querida niña, pero no entremos en detalles ahora —el hombre pasó sus ojos por las flores—. Debo admitir que son las más hermosas que haya visto jamás.

—¡Oh, se lo agradezco mucho, señor! —sonrió la muchacha—. Lo que hace que luzcan tanto es la combinación, ¿ve lo hermoso de este arreglo? Se debe a que tiene rosas, tulipanes y…

—Ah, mi niña, podría escucharte todo el día, pero me temo que he de marcharme ahora, no quiero acaparar tu atención.

—No es molestia alguna —dijo amablemente, acercándose más al hombre—. Tome, ¿por qué no le lleva esta flor a su esposa?

El hombre sonrió con dulzura.

—La aceptaría, pero me temo que haz de quedártela.

—¿Por qué? Oh, no me diga que su esposa…

—Daira.

La joven volvió la vista hacia su marido, quien se hacía paso entre la gente. Ella lo saludó desde lejos con una sonrisa y se volvió de nuevo para seguir atendiendo al hombre con el que hablaba.

—Como le decía… —la joven frunció el ceño y miró de un lado a otro. No se veía tan habilidoso hace unos segundos, pero parecía que podía caminar bastante rápido como para perderse entre la gente.

El caminar de Jason se aceleró cuando notó que su esposa se inclinaba sobre la mesa que exponía sus flores. Ella incluso estiraba el cuello y se apoyaba sobre la madera para ver mejor, estaba claro que buscaba a alguien, pero lo que lo preocupó fue su mirada.

—¿Qué sucede? —le acarició lo largo de la espalda hasta dejar su mano sobre la cintura—. Te ves preocupada, ¿a quién buscas?

—Estaba hablando con un hombre —dijo extrañada—. Pero desapareció, incluso sentí como si se hubiese puesto nervioso.

—Ya veo, creo que te estás abrumando, ¿quieres que…?

—Jason —colocó una mano en su pecho y rodó los ojos divertida—. En serio estaba aquí, me preguntaba por las flores.

—¿Cuál era su nombre? Quizá lo conozca.

—Mmm… ahora que lo pienso, no me lo dijo.

—Así que no tenía nombre… interesante.

—No te burles —lo empujó divertida—. Te digo que es verdad, incluso sabía mi nombre.

—¿Será porque lo tienes en un gafete justo ahí? —apuntó la zona de su pecho de donde colgaba la elegante placa de madera tallada.

—Pero claro —rodó los ojos—. Lo siento, creo que me puse paranoica por un momento.

—Está bien —Jason la volvió hacia él, colocando ambas manos sobre sus caderas—. Si algo te incomoda o si tu hermano se acerca, búscame de inmediato, ¿de acuerdo?

—Estaré bien —presionó sus labios contra los de él, tal y como habían ensayado en tantas ocasiones—. Nos vemos en un rato.

La pareja disfrutó del día cada uno por su cuenta, de vez en cuando se encontraban, se sonreían a lo lejos o daban besos indiscretos que la sociedad disfrutaba en contemplar. Fue un evento agradable, llevadero y entretenido para la sociedad abrumada por el venidero esplín del invierno. Desafortunadamente para Daira, sus esfuerzos no fueron suficientes para ganar a las flores de Archie, pero obtuvo un aceptable segundo lugar y fue galardonada con la mejor presentación, siendo sus arreglos los más innovadores y llamativos.

—No dejo de sentirme decepcionada de haber perdido —dijo la joven con un puchero exagerado.

—¡Oh, mi Daira! Intenté lavar el cerebro de los jueces todo lo que pude, pero he de aceptar que las flores de ese hombre son alucinantes, incluso creí ver un hada parada en una de ellas.

—Por favor, Pridwen, ¿Hadas? —se burló Adrien.

—¿Tienes algún problema conmigo? —lo miró enojada—. ¿Qué no te enseñaron a no meterte en la conversación de los demás?

—Estamos en una plática abierta —dijo obvio—, las opiniones son aceptadas en estas condiciones.

—Lo siento Daira —su esposo besó tiernamente su sien—. Pero Archivald tenía ventaja, es botánico.

—Lamento decirlo, pero no tenías muchas oportunidades —sonrió Malcome, el hermano menor de los Pemberton.

—Debo admitir que tus flores son alucinantes, te lo aseguro, jamás se me hubiera ocurrido semejantes combinaciones, eran arreglos esplendorosos —sonrió Archie con cortesía.

—Ella les canta, igual que tía Annabella —informó Micaela.

—Odiaba que mamá hiciera eso —negó Terry, mirando a su esposa

—. No tiene fea voz, pero tampoco es un ángel.

—Que malvado eres, yo creo que tía Annabella canta muy bien —defendió Sophia, recargada sobre su hermano mayor.

—Pero nadie canta como Daira, deberías cantar, ¡vamos, canta!

—Pridwen, no. —La joven tomó con fuerza el brazo de su amiga para hacerla callar—. ¿Por qué siempre me haces esto?

—Porque cantas bonito —aseguró la rubia—, ¿por qué más?

—Sí, ¿por qué no cantas? —Terry buscó entre la gente y sonrió al encontrar lo que buscaba—. Mamá sacó el piano, tú tocas muy bien Jason, ¿por qué no la acompañas?

—Si ella quiere, puedo tocar una pieza —aceptó el hombre y miró a su esposa—. ¿Qué dices? ¿Quieres intentarlo?

—No te atrevas a retarme —entrecerró los ojos con diversión.

—¡Eso es! —aplaudió Héctor—. A cantar.

—Pero no quisiera importunar los planes de lady Hamilton —Daira se apuró a detener a la manada de primos—. Quizá ella…

—Tonterías, a mamá le encanta la música —negó Terry—. Vamos, antes de que alguien horrible comience a cantar.

—Como lady Marguett —Grace fingió un escalofrío.

—Sí, Dios nos libre —coincidió su marido.

Los primos se encaminaron hacia el piano, jalándose los unos a los otros, llamando la atención del resto de las personas debido al escandaloso proceder con dirección al piano.

—Jason —Daira tomó firmemente la muñeca de su marido para detenerlo en su caminar—. ¿Estás loco? ¿Cómo crees que voy a cantar delante de tanta gente?

—Tienes una voz preciosa, jamás imaginé que no habías cantado frente a un público, ¿por qué aceptaste?

—Porque me retaste —dijo obvia.

—¿Esa es razón suficiente? —levantó ambas cejas—. Bueno, ya qué, tendrás que hacerlo ahora que has aceptado.

—No puedo, la gente me mirará.

—Daira, la gente siempre te está mirando, eres hermosa ¿recuerdas? —elevó una ceja burlesca.

—No es gracioso —volteó la cara y cruzó sus brazos.

—Vamos —Jason acarició los brazos de su esposa—. Es tu oportunidad de llevarte el oro que Archie te quitó.

—Si no es un concurso de canto.

—Puedes imaginar que sí —elevó una ceja—. Anda, vamos.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Daira al sentir la forma en la que la palma de su marido se resbalaba o hasta tomar su mano y la entrelazaba con la de ella. Era verdad que desde hacía tiempo Jason se comportaba de forma más cariñosa, y aunque normalmente le decía lo que estaba por hacer para no sorprenderla, de repente actuaba

totalmente espontáneo, dirigiéndole dulces sonrisas y ligeros toques que le erizaban la piel. Y ella hacía lo mismo, notando que Jason aceptaba los cariños que gustase en regalarle, tal parecía que comenzaban a acoplarse en la farsa que ambos habían planificado minuciosamente para no levantar sospecha alguna.

Sin pensarlo, la joven apretó la mano que la sostenía, mostrando su nerviosismo, pero aceptando el lugar preferencial que se le concedió junto al piano de cola blanco. Su esposo tomaba lugar en el banquillo de madera y la miró divertido, elevando una y otra ceja a modo de juego hasta que la hizo reír.

—¿Qué cantarás, preciosa? —Héctor elevó su copa, haciendo evidente que algo estaba por pasar, así que la gente se acercó más.

—Bueno… —Daira se removió nerviosa, sonrió a su marido y se inclinó para susurrar a su oído.

Jason elevó ambas cejas en sorpresa y la miró.

—¿Segura?

—Sí, segura.

Él asintió sin agregar nada más, colocó sus dedos en la posición adecuada y comenzó a tocar la canción que ella pidió. Daira lentamente acompañó al piano con su voz melodiosa, viajando suavemente entre los oídos de los que la alcanzaban a escuchar, su tono era tan hechizante que más de uno dejó que su mandíbula se abriera y otros simplemente cerraban los ojos para deleitarse. Era increíble la forma en la que Daira era capaz de jugar con los tonos, pareciese que tomaba lecciones de canto desde su niñez.

Cuando la voz y el piano detuvieron su coordinación perfecta, los deslumbrados invitados comenzaron a aplaudir. Primero lentamente, saliendo del estupor, para después pasar a ser un sonido ensordecedor que ruborizó las mejillas de la joven cantante, quien miró emocionada a su marido que en ese momento se ponía en pie y se acercaba para tomarle el rostro y besarla en lo que fue un impulso que ella aceptó.

—Has estado fantástica —le susurró cerca de su oído.

—Gracias —sonrió ilusionada—. Usted estuvo espléndido.

—¡Pero si bien podría estar en la ópera! —Sophia empujó algunas personas para quedar al frente—. Tengo contactos, por si quieres.

—No podría hacer tal cosa —se avergonzó la joven, cubriendo su rostro—, pero agradezco su amabilidad, lady Sophia.

—¡Tonterías! ¡Es un desperdicio no exponer esa voz!

—Ha sido impresionante, querida —se adelantó la anfitriona, con una sonrisa amable y ojos bondadosos—. Nunca había escuchado una voz semejante, mi sobrina tiene razón.

—Pero definitivamente apoyo tu decisión de no unirte a la ópera —renegó Marinett, quien trató de respaldarse en su marido.

—Es decisión de ella, Ojos Perla —James se inclinó de hombros.

Las discusiones acerca de la voz de la nueva señora Seymour se regaron por todo el lugar, llevándolos rápidamente al debate sobre la libertad que debían darle de que cantara para el público o que se limitara a los eventos de clase social, como aquel. Sin embargo, la pareja hacía caso omiso a la tormenta de ideas y continuaron disfrutando de la festividad sin más preocupaciones. Ella no quería cantar para un público y en dado caso que lo quisiera, Jason no tenía problema con ello, así que las cosas estaban resueltas.

—Parece que las lecciones de canto sirvieron para algo, ¿Cierto querida cuñada? —se acercó una muy enfadada Lina Melbrook.

—Yo no soy tu familia —Daira apretó los puños.

—Sabes que sí —sonrió de lado—. Aunque he de decir que yo tampoco me quedo atrás en cuanto a voz, tu maestro solía decirme que era tan melodiosa como tú.

«Claro que lo hacía, porque te acostabas con él» pensó Daira.

—Seguro que así es, lady Melbrook —ironizó Adrien—. Aunque le recomiendo no intentar cantar ahora, es difícil superar una buena primera impresión y Daira lo ha hecho.

—No dije que lo intentaría —elevó la nariz orgullosamente.

—¡Daira! —Pridwen saltó sobre su amiga, casi llevándosela al suelo —. ¡Ha sido hermoso! No estaba muy cerca para escucharlo, pero logré reconocerte, siempre envidié tu voz.

—¿Y tú dónde estabas? —regañó Adrien como si se tratara de su hija—. ¿Por qué no le dijiste a nadie?

—A veces se te olvida que soy una mujer adulta, ¿Verdad? —lo miró divertida—. Vamos, Adrien, bailemos un poco.

—¿Qué? —el hombre la siguió debido a que ella ya tenía prisionera su mano—. No hay música, loca.

—Esos dos son todo un torbellino de emociones —Jason miró a la pareja con diversión y después a su esposa—. ¿No lo crees?

—Ni qué lo digas.

—¿Disculpen? —Lina hizo énfasis en su voz chillona—. Creía que estaba hablando con ustedes.

—Ah, claro —el hombre meneó la cabeza—. ¿Decías?

Lina sonrió, dando pasos paulatinos hacia ellos.

—Pueden engañar a todos estos idiotas de su supuesta relación — elevó una ceja—. Pero no a mí —la mujer levantó una mano, metiendo un dedo por entre uno de los botones de la camisa de Jason, jalándolo ligeramente hacia ella—. Recuerda que yo he estado en la cama contigo Jason, donde Daira claramente no ha estado.

—Supongo que le es más fácil pensar eso, lady Melbrook —se introdujo Daira, tomando la muñeca de su cuñada y apartándola con desdén—. Pero le sugiero que no vaya por ahí tocando a los maridos de otras personas, mucho menos frente a su esposa, podría generarle

mala fama… o en su caso, empeorarla.

Los ojos de Lina brillaron en odio y levantó una mano cargada de odio, siendo interceptada a tiempo por Jason, evitando que llegase a tocar la mejilla de su esposa, hacia donde iba dirigida.

—Fue bueno hablar con usted, lady Melbrook —disimuló la agresión al llevarse el dorso de la mujer hasta los labios—. Con su permiso, he de llevarme a mi esposa por unos momentos.

La respiración de Daira era errática, estaba enojada y al mismo tiempo conmocionada por lo que estuvo por ocurrir. Pero no podía evitar disfrutar el semblante dolido y humillado de la mujer que se encargó de atormentarla toda la vida. Era un sentimiento extraño, pero le encantaba incordiar a lady Melbrook cada vez que podía, pasaba lo mismo con su hermano, era una satisfacción que la envolvía y la convertía en una persona diferente a la que era en verdad. La hacía imprudente y para con su marido, completamente impredecible.

Caminaron en silencio por los jardines que comenzaban a quedarse desnudos ante la afluencia del invierno. Y aunque ambos se volvieron a colocar los abrigos, no les eran suficientes contra el cruel frío, así que se acercaban más de la cuenta para adquirir calor del otro.

—¿Crees que sea verdad? —inquirió Daira después de un largo silencio—. ¿Crees que note que no hemos consumado el matrimonio?

—Dudo que tenga esa capacidad, aunque es un buen truco para hacer trastabillar a las personas —la miró de soslayo—, pero tú tomaste las riendas de la situación y la acomodaste a la perfección.

—Bueno, supuse que a ninguna mujer le gustaría una actitud similar de una amante para con su esposo.

—Ella ya no es mi amante.

—Eso no importa —se inclinó de hombros—. ¿O sí?

—Supongo que no —Jason metió las manos en sus bolsillos.

—¿Por qué me trajiste aquí? Hace frío y la verdad pensaba…

—Quiero mostrarte algo.

Ella apretó una sonrisa y lo siguió divertida hasta llegar a un lugar despejado de árboles y flores. Allí tan sólo había espesos y altos arbustos protegiendo como murallas un interior desconocido.

—¿Qué hay ahí?

—Es el jardín de mi tía, se supone que es muy especial.

—Entonces será muy privado —lo miró preocupada—, seguro no gustará que entren intrusos.

—Es mi tía Daira, la desobedezco desde que tengo uso de razón, incluso he entrado con el tío Thomas.

—Tu tío me da miedo.

—Haces bien en tenerlo —elevó las cejas y se adelantó hacia la puerta, las cuales abrió para ella.

—¿En serio? ¿Por qué? —Daira se agachó por instinto al pasar por

la puerta de madera que estaba flanqueada por arbustos—. Lo he preguntado, pero todos parecen atemorizados de decir algo.

—Mi tío y mis primos se encargan de cosas peligrosas, es mejor no saber ni preguntar mucho sobre ellos.

—Genial, ahora tengo mucho más miedo.

—Ven —le tomó la mano y comenzó a dirigirla por el pasillo de arbustos que había en el interior—. Listo, ¿no es impresionante?

—Es mucho mejor que eso… —giró sobre sí misma, totalmente deslumbrada—. Es hermoso.

—Mi tío lo mandó a hacer —explicó—. Es un regalo especial porque son las flores que mi tía ama, incluso su anillo de matrimonio está hecho con la figura de esta flor.

—Huele delicioso —la joven cerró los ojos, inhalando con fuerza—. Gardenias, son inconfundibles. Jason, ¿Qué hago aquí?

—No lo sé —Jason miró a su alrededor—. Siempre me gustó este lugar. Me parecía extraño que un hombre como el tío Thomas pudiera expresar tanto… amor, por alguien, su carácter no es muy cariñoso, pero esto demuestra cuanto quiere a su esposa, ¿no crees?

—Sí, supongo. —Ella seguía sin comprender.

Jason pasó sus ojos por el hermoso jardín flanqueado por altos arbustos que resguardaban el secreto de las gardenias en su interior.

—Siempre me gustó la idea del amor —declaró, sentándose en una banca de piedra blanca—. En el pasado fui impulsivo en cuanto a ello, jamás lo pensé muy bien, supongo que no hacía falta hacerlo.

—Es normal cuando eres joven, ¿no?

—Sí. Hasta cierto punto lo es —aceptó—, pero ya no quiero ser impulsivo, quiero tomarme las cosas con calma, conocer a la persona con la que pasaré mi vida —la miró de soslayo y le tomó las manos con delicadeza—. La realidad es que estamos casados y así será a partir de ahora, así que me gustaría conocerte, en verdad hacerlo y no sólo fingirlo, quiero que todo lo que te dé y lo que tú me des sea real.

Ella lo miró con incomprensión por un largo momento, después bajó hasta el enlace de sus manos. Nervios, eso era lo que sentía subiendo de forma desagradable por todo su cuerpo; después llegó la incomodidad, nuevamente se sentía amenazada. No entendía por qué quería cambiar las reglas del juego, ¿por qué ahora estaba interesado en conocerla? ¿En acercarse a ella? Eso no fue en lo que habían quedado, había dicho que todo sería una fachada y ahora…

Se puso en pie, alejándose de él con piernas temblorosas al notar hasta ese momento que la puerta estaba cerrada, ¿por qué la había cerrado? ¿Por qué no lo notó antes? Bajó la guardia con él, comenzó a sentirse demasiado cómoda. Debió recordar que Jason era un hombre y todos eran iguales, jamás debió dejar de sentir miedo, eso era fundamental para la supervivencia, para que no le hicieran daño.

—Daira. —Ella saltó lejos, totalmente a la defensiva. Jason suspiró y asintió—. No te estoy presionando, el que quiere conocerte soy yo, el interesado soy yo, así que tú puedes seguir como hasta ahora, nada ha cambiado.

—Todo ha cambiado —dijo enojada—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Mostrar interés en la persona con la que me casé?

—Dijiste que no te gustaba, que no me soportabas, pensé que seguías enamorado de tu antigua esposa, ¿por qué cambias las reglas?

—No estoy cambiando nada Daira, ¿Te es tan difícil confiar en las personas que muestran un interés sincero en ti?

—Sí. —Levantó las manos—. Creía que había quedado claro desde el principio. Yo no creo que alguien que tenga un *interés sincero en mí* piense en otra cosa además de llevarme a la cama.

—Por Dios —Jason negó incrédulo—. Eso es ir demasiado adelante, diste un brinco enorme en cuanto a relaciones.

—¿Entonces qué quieres?

—¡Nada! —dijo exasperado—. Quiero acercarme a ti sin que sea una mentira, tocarte sin que sea ensayado o por demostrar algo. Me interesas Daira, ¿te parece tan repulsivo?

—Yo… —ella negó confundida—. No lo sé, no entiendo.

—¡Perfecto! No tienes que entenderlo, estas cosas no son racionales, simplemente podrías dejarte llevar un poco, fluir con lo que suceda y con lo que sientas —se acercó paulatinamente, con cuidado—. ¿O es que te desagrada cuando te toco?

—N-No. —Ella frunció el ceño y se alejó un poco.

—¿Cuándo te beso? —Jason avanzó de nuevo.

—N-No. Pero era mentira —se excusó.

—Pese a que fuera fingido, el toque era real y deja huella, se siente extraño ¿verdad? Quizá un cosquilleo, ¿lo sentiste alguna vez?

—Bueno… a-a veces.

—¿Y te provocaba algo negativo o positivo?

—Yo… no sé —miró nerviosa hacia los lados—. Positivo… creo.

—Eso es un comienzo, es lo único que te pido.

—¿Por qué cerraste la puerta Jason? —susurró temblorosa, nerviosa, llena de dudas e inseguridades.

—Quería estar a solas contigo —dijo naturalmente—. Hemos estado a solas muchas veces Daira y jamás te he hecho daño, ¿o sí?

—No, nunca —aquello fue dicho con firmeza—. Y… no lo harías ¿verdad? Puedo seguir confiando en ti como hasta ahora.

—Jamás te haría daño. —Ella asintió. Jason la notaba un poco más tranquila, así que se acercó y elevó las manos hasta colocarlas en los brazos desnudos de su esposa, quien dejó salir un suspiro asustado y cerró los ojos, pero no se alejó—. ¿Me tienes miedo?

—No —aseguró, aún sin abrir los ojos, con su cuerpo en estado de

tensión—. ¿Cómo me debo comportar? ¿Qué debo hacer ahora?

—Nada —sonrió Jason—. Nada en lo absoluto.

—¿Nada? —lo miró entonces.

—Bueno, quizá me gustaría que cuando me acerque a ti a partir de ahora, no parezcas una piedra —la zarandeó ligeramente, haciéndola reír—. Seguimos siendo los mismos, confía en mí.

—L-Lo intentaré.

—Con eso me es suficiente.

Jason pasó su grisácea mirada por el rostro dubitativo de su esposa. Sonrió sin poder evitarlo y la besó, desconcertándola lo suficiente como para que diera un gritito y se llevara una mano a los labios. Fue una caricia corta y muy inocente, pero fue la primera que se dieron sin fingir y en una completa soledad.

Capítulo 22

Desde hacía tiempo que el invierno había tomado posesión de Londres, cubriendo la ciudad con una sábana blanca, ventiscas que helaban hasta los pensamientos y paisajes de árboles desnudos. Aún estaba oscuro y no había mucho movimiento, seguía siendo temprano, demasiado temprano como para que un niño estuviera despierto, así que era tarea de sus padres el llevarlo abrigado y en el estupor de los sueños hasta la carroza que los llevaría directamente a Eaton Hall, hogar de los duques de Westminster.

¿Quién negaría que la insistencia tenía sus frutos? Que los Seymour estuvieran de camino hacia Cheshire lo comprobaba. Muy a pesar de las excusas que Jason logró poner, eventualmente no tuvo sentido seguir inventando tonterías y decidió acabar con el asunto cuanto antes, de preferencia antes de Navidad.

—Es un ultraje que nos hagan viajar con este clima.

—Lo has decidido tú, el llegar temprano para irte temprano, ¿recuerdas? —sonrió Daira, con el niño dormido en brazos.

—Creo que fue tonto, está claro que no nos dejarán regresar hasta pasadas las fiestas —se cruzó de brazos.

—Al menos no tendremos que soportar a los Melbrook.

—Temo decirte que Sophia suele dar fiestas glamurosas en estas fechas, lo hace más que nada para sacar temas de las Suffragettes y Lina es parte de ese grupo, como toda mujer sofisticada y socialmente bien acomodada —torció los labios—. Así que la invitará.

—Es desafortunado —sonrió—. Aunque el tema de tu prima me es emocionante, ella habla con tanta pasión sobre lo que le interesa.

—Ella habla así de todo, es artista, no podía ser diferente.

—Tu familia es… —Daira buscó las palabras—, muy liberal, tienen un pensamiento tan diferente al usual…

—No te creas, a tía Elizabeth casi le da un infarto cuando la vio en su primera obra, pero debo admitir que las mujeres de mi familia son obstinadas con lo que quieren, suelen lograr sus objetivos.

—Eso es magnífico, pareciera un sueño.

Resultó inquietante para Jason escucharla hablar con tanta sorpresa sobre un tema que para él era más que normal. En su familia las mujeres no eran vistas como inferiores, desde pequeños se les inculcaba a los varones el cuidarlas mas no a menospreciarlas. Era difícil de creer que no todas las mujeres gozaban de las libertades y amplia educación que sus primas y hermana disfrutaron.

—¿Qué me dices de ti? ¿Hay algo que te apasione?

—¿A mí? —Daira apretó los labios y miró hacia la ventana, sintiendo un gran vacío al no encontrar nada—. Creo que no.

—Quizá no lo has pensado bien, creo que jamás te planteaste el tener la oportunidad de desempeñarte en algo que ames.

—¿Me estás proponiendo algo? —sonrió de lado.

—Digo que, si encontraras algo que de verdad quieres hacer, deberías dar todo por ello, yo no seré un impedimento. —La miró de soslayo, meditando un poco—. ¿Qué me dices del canto?

—Oh, bueno —se avergonzó—, no sé si podría dedicarme a ello, me da mucha vergüenza, me siento cómoda cantando a Jack, pero…

—Comprendo —se reacomodó en el asiento— deberías pensarlo.

Por unos momentos, la joven se dedicó a pensar en sus gustos y en cómo podría emplearlos para hacer algo de su vida. La perspectiva la abrumó y llenó de felicidad en igualdad. Sin embargo, una carroza en movimiento con un niño pequeño lloriqueando y un marido quejumbroso no era el mejor lugar para pensar en ello. Daira no pudo evitar sonreír al ver el rostro compungido de su marido, tal parecía que era otra de las personas a las que no les gustaba seguir órdenes.

—Me alegra saber que al menos estará Pridwen —quiso sacar un tema de conversación—, me sentiré más cómoda con su presencia.

—Sí. Otra de las estrategias de mi prima para lograr su objetivo.

—¿Qué tengo que ver yo con tus decisiones? —Daira encajó su mirada en la de su marido—. Si no hubieras aceptado, yo no habría podido cuestionar tu decisión.

—Quizá. —Asintió distraídamente, mirando por la ventana—. Pero al final, ¿quién fue la que me convenció de venir?

Un leve sonrojo tomó posesión de las mejillas de Daira al mismo tiempo que escondía una sonrisa alegre al volver su rostro hacia el paisaje que desfilaba por la ventana. Sin embargo, por primera vez le parecía más interesante el interior de la carroza, que el exterior. Jason era un hombre gallardo, se descubría mirándolo a escondidas más veces de las que le gustaría aceptar, recorriendo sus facciones varoniles de larga nariz y fuerte mentón; sus ojos grises enfocados en la nieve, sus largas pestañas doradas rozando las cejas tupidas. Todo en él parecía emblemático y cautivador, incluso con esa postura desfachatada sobre el asiento y el brazo fuerte que terminaba con una mano empuñada, donde recostaba una mejilla.

—¿Qué ocurre? —La miró, siendo consciente de su inspección.

—Nada —dijo tranquila, sin apartar la mirada—. Me parece que es la primera vez que me doy cuenta que es usted muy apuesto.

—¿En verdad? —sonrió galantemente—. Vaya, casi parece una ofensa, llevamos meses de conocernos.

—Lo siento, antes de ver el exterior de las personas me es más importante conocer el interior.

—¿Y qué fue lo que descubriste mientras no veías mi rostro?

—Lo suficiente para confiar en usted —elevó una ceja.

El resto del camino fue una incesable sucesión del dormir y despertar de Jack, ambos padres preferían mantenerlo dormido, pero el niño se mostraba intransigente, una vez que hubo despertado del todo, no existió forma de volverlo a poner a dormir. Como era de esperarse en un niño de cuatro años, impresionable y que comenzaba a cuestionar el mundo por primera vez, mantuvo los ojos abiertos y la nariz pegada a la ventana que los resguardaba del viento helado.

—Mamá, ¿por qué es frío? ¿Bond siente frío?

—Estamos en invierno —contestó pacientemente a lo que fue el final de un largo interrogatorio—. Y sí, siente frío.

—¿Llegaremos pronto? ¿Bond estará enojado por no verme?

—No falta mucho Jackson y Bond está en la otra carroza, seguro estará dormido —Jason tomó a su hijo en brazos y lo sentó en su regazo—. Recuerda, tienes que saludar a tus tíos y a tus primas.

—Pero ellas son niñas. —arrugó la nariz.

—¿Qué pasa con las niñas? —se adelantó Daira con una sonrisa— ¿Es que te caemos mal?

—Tú no eres niña, mamá —dijo obvio—, tú eres una mamá.

—Claro que lo soy o alguna vez lo fui.

El pequeño frunció el rostro con aversión.

—Le durará poco —sonrió Jason, acariciando el cabello rizado de su hijo para despejar su frente, donde plantó un beso.

—Ya lo creo que sí.

Llegaron a Eaton Hall pasando la media tarde. Los duques los esperaban en la entrada de su propiedad con grandes sonrisas y sus hermosas mellizas revestidas en satén, encaje y listones rosados. En los ojos de aquellas pequeñas, Daira pudo notar la rebeldía que ambos padres guardaban en su interior, así como su determinación y quizá testarudez por lo que buscaban.

Daira tomó la mano del pequeño Jack, quien la apretó con la fuerza de sus nervios. Ella le dio una sonrisa tranquilizadora, la mejor que pudo componer al estar en la misma situación que él y siguió con el camino que marcaba Jason hacia la familia de los duques.

—¡Oh, al fin llegan! —Sophia Ainsworth bajó las escaleras con los brazos abiertos, primero dirigidos hacia su primo y después hacia Daira y el pequeño—. Hola Jackson, ¿Cómo te encuentras?

El rostro del infante se transformó lentamente en un ceño fruncido, Jack se llevó un dedo a la boca y se aferró al vestido de su madre, escondiendo la mitad de su cuerpo detrás de ella.

—Jack —Daira se agachó hasta quedar a la altura del niño, tomándolo de los hombros para reprenderlo ligeramente, ayudándolo a sacar el dedo de su boca—. Saluda a tu tía.

—No te preocupes Daira —sonrió Sophia, quien también se agachó junto al niño, dándole una ligera caricia en su mejilla—. ¿Te gusta el

chocolate, Jack? —el par de pequeños ojos grises buscaron a su padre, pero asintió mucho antes de que Jason diera su permiso—. Bien, te puedo dar algo justo ahora, ¿Quieres acompañarme?

Como toda respuesta, el niño dio unos pasos hacia su tía, quien le estiraba una mano que terminó siendo tomada, sonriendo ante la expectativa de recibir un dulce mucho antes de lo que sus padres se lo permitieran normalmente.

Sophia se mostró anonadada ante su pequeña victoria, guío al niño al interior de la casa, hablando también a sus dos hijas, quienes fueran un poco mayores pero lo suficientemente infantiles como para sentir celos porque su madre fuera generosa con un niño extraño, aunque este fuera uno de sus primos.

—Pasen, por favor —pidió el duque con gentileza y autoridad entremezcladas en su tono—. Tenemos un aperitivo preparado para ustedes, ¿se detuvieron para desayunar?

—Sí, mi lord —se adelantó Daira al notar la reticencia de su marido por contestar o simplemente avanzar—. Hicimos una parada en un hotel cercano a eso de las diez, aun así, muchas gracias.

Los ojos entre grises y azules se fijaron en ella en medio de un escalofriante análisis. El duque no lo hacía con la intensión de intimidarla, su mirada era así sin proponérselo. Daira lograba entenderlo, hasta cierto punto era entendible que tratara de estudiar a la mujer que ocuparía el lugar de su hermana, no sólo como la esposa de Jason sino como la madre del niño que fuese a ser su heredero.

—Para ya, John —se adelantó Jason, tomando la cintura de su esposa—. Si buscabas ser poco hospitalario, lo has logrado.

—Esa no era mi intensión —pestañeó el caballero, enfocando su cabeza—. Lo lamento señora, mi comportamiento es reprochable, es usted bienvenida a esta casa, no dude de ello.

Una vacilante sonrisa se deslizó por el rostro de Daira. Algo en el duque le resultaba amenazador, creándole un sentimiento persistente que la hacía sentir en constante peligro de muerte. Como si detrás de esa fachada apuesta y distinguida se ocultara un monstruo.

—Acabemos con esto de una vez —gruñó Jason, entrando a la casa en la que alguna vez cortejó a la madre de su hijo.

La hermosa mujer que fue dejada atrás, permitió que un suspiro cansino saliera de sus labios. Se volvió hacia el duque que seguía sin apartar su mirada escrutiñadora de ella y elevó una ceja en un rostro lleno de una renovada seguridad y aplomo.

—Lo siento, señora —se avergonzó el caballero—. No es mi intensión incomodarla, únicamente busco… comprender.

—¿Comprender qué cosa, duque?

—El cómo fue que lo logró.

—Sigue siendo una pregunta dispersa, mi señor.

—Por supuesto —cerró los ojos—. Me refiero al hecho de que es obvio que Jason tiene un sincero interés en usted. Nosotros intentamos por años traerlo de regreso al mundo, pero fue inútil.

Hasta ese momento, Daira pensó que la dura mirada que le dirigía el duque se debía a una lealtad hacia su hermana; pero resultaba ser que lo único que le daba curiosidad era ella como persona y si no se equivocaba, estaba realmente interesado en la integridad e incluso la felicidad del hombre que fuera su esposo.

—No ha de preocuparse más por él, duque —se acercó y le tomó con fuerza y determinación una de sus manos—. No sé lo que pasó entre su hermana y mi esposo, pero le aseguro que sea lo que sea, eso está en el pasado, tanto él como yo buscamos un futuro juntos.

—Jason no había dado muestra de ello —dijo pesaroso—. Mi hermana fue para él un ancla que lo llevó hasta una profunda soledad y desesperación. Lo dejó navegando en el dolor por mucho tiempo.

—Puedo ver que lo aprecia, y le puedo asegurar que yo siento lo mismo por él. —Trató de darle paz al duque—. Es usted un buen hombre, pero le ruego que deje de intentar analizarme o intimidarme, no es mi idea lastimar a mi marido, se lo aseguro.

—Lo agradezco y prometo no hacerlo más —levantó las manos, mostrando una hilera de dientes blancos que formaban una sonrisa que casi parecía una ilusión en ese rostro en su normalidad serio.

Establecida la paz, el duque y la actual condesa pasaron a la casa en medio de una plática educada que se basó en trivialidades de Londres y la larga ausencia del duque en la capital. Tal parecía que, muy a diferencia de lady Sophia, el duque prefería el campo, lo cual los llevó a un esporádico distanciamiento para complacencia de ella.

—Me parece extraordinaria la fe que deposita en su esposa.

—No voy a negar que en un inicio me parecía doloroso el que quisiera irse —aceptó el duque, sin tratar de aparentar que todo era perfecto—, pero la entiendo, lo necesita y no puedo retenerla.

—Aunque creo que lady Sophia tampoco soporta mucho tiempo lejos de usted, mi lord —elevó sus comisuras al notar el rostro alegre del duque—. Me parecen una pareja muy hermosa, aunque…

La joven mordió sus labios para no cometer una indiscreción.

—Sí, lo puede preguntar, está en su derecho de hacerlo —el duque se adelantó a su línea de pensamiento, su mirada dolorida daba muestra de ello—. Mi esposa sufrió un percance después de dar a luz a nuestras hijas, ella… no puede, le es imposible ahora.

—¿No existe cura alguna?

—Temo que no —suspiró derrotado—. Es pesado para mí, veo el daño que le hace, aunque intente disimularlo.

—Pero para usted es suficiente con lo que tienen ahora ¿verdad, mi lord? —Daira casi parecía suplicar—. Debe serlo ¿cierto?

John cerró sus ojos lentamente, dejándose atrapar por la oscuridad detrás de sus párpados, donde los recuerdos y pensamientos solían esclarecerse con mayor facilidad.

—Por supuesto que lo es —abrió los ojos sin enfocar a su acompañante—. Ella lo es todo para mí, las hijas que me dio son más que suficientes para mi completa alegría, incluso si no las hubiéramos podido tener. —Tomó aire—. Prometí a su padre jamás hacerla sentir culpable si es que jamás llegaba a darme un heredero, pero no puedo hacer nada cuando es ella misma quien se martiriza con ello.

—¿Por eso su insistencia de traer a Jack?

—De alguna forma quiere compensarlo, sé que el niño será bien educado por su padre, no pongo duda en ello —aseguró—. Pero apoyaré a mi esposa en lo que sea que piense, ese mi trabajo.

—¿Qué es lo que se propone lady Sophia? —Daira frunció el ceño, comprendiendo que era algo que podía afectar a Jason.

Los labios del hombre se apretaron hasta formar una fina línea.

—Quiere traerlo aquí para inspeccionar su educación.

—Estará usted bromeando —elevó una ceja confusa—. Sabe perfectamente que ese niño y su padre casi son una misma persona. Pese a que se ha acoplado a mí, Jackson siempre preferirá a su padre. En momentos de terror, necesidad o simplemente cariño, lo busca a él primero, se alegra en su presencia y lo añora en su ausencia.

—Tengo conocimiento de ello —su voz se endureció—. Pero ¿qué espera que haga? Es mi mujer y quiero hacerla feliz.

—No lo conseguirá, Jason se negará.

—Eso lo sé, no pienso quitarle a su hijo —esclareció—. Esta invitación no es una trampa, tranquilícese y desestrese su cuerpo. Los he mandado llamar para persuadirlos de que se vengan a vivir a la casa cercana que Jason compró, queda a unos cuantos kilómetros de Eaton Hall, ese es todo mi propósito.

—Por qué sería necesaria una persuasión para ello? —había algo que no terminaba de encajar y, al observar la expresión del duque lo comprendió—. Es la casa que compartía con su antigua esposa.

—Sí.

—Supongo que él jamás quiso volver ahí —hizo una mueca de intranquilidad—. Le recordará mucho a ella.

—Necesito que me ayude —pidió el duque—. Es verdad que en parte lo hago para complacer a Sophia, pero tiene que aprender a llevar este ducado también, debe estar bajo la dirección de su padre, sí —aceptó—, pero también me necesitará a mí como su instructor.

Daira mordió sus labios, sintiendo el estrés subir por su cuerpo ante la petición. Aquello podría ser sencillo para una esposa normal, pero ellos no tenían una relación tan profunda, apenas comenzaban a conocerse y, pese a que ya eran confidentes de algunos secretos, Daira

aún no tenía la confianza de hacerle una petición semejante.

—Mi lord, yo no…

—Sé que tienen poco de estar casados, pero no hay duda de que ejerce cierto poder en él —la interrumpió ante la negativa en sus palabras—. El simple hecho de que esté aquí es muestra de ello.

Jason le había dicho lo mismo, pero ella seguía sin tomarse todo el crédito, creía que al final de cuentas, al ser el padre de ese niño, fue consciente del peso que eventualmente caería sobre sus hombros y la necesidad que tenía por aprender a sobrellevar ambos títulos.

—Se lo haré saber, mi lord, es todo lo que puedo prometer.

—Gracias —John se adelantó y le tomó la mano—. En verdad lo agradezco, será bueno para Jackson.

Dio un leve asentimiento hacia el duque antes de proseguir con su camino. En realidad, no tenía idea hacia dónde se dirigían, pero sus pensamientos le impedían enfocarse en algo tan trivial como la dirección de sus pasos que, al final de cuentas, estaban siendo guiados por el duque, mientras que las decisiones y acciones que tenía que tomar, debían ser únicamente de ella.

—Daira —su esposo la llamó en cuanto la tuvo en su campo de visión. Ya no parecía tan enojado como cuando llegó, quizá en ese tiempo estuvo bebiendo lo suficiente como para lograr relajarse—. Ven, vamos a nuestra habitación.

—Jason…

—Luego, John —concedió cortés—. Luego, lo prometo.

La mano estirada de Jason fue alcanzada rápidamente por la de su esposa, quien se acomodó a su lado con naturalidad y caminaron fuera del salón. El duque no pudo más que sonreír hacia ellos, se sentía feliz por Jason, le entusiasmaba que hubiera encontrado a una mujer que lo volviera a hacer sentir vivo.

—¿Qué sucede John? —Los ojos claros del duque volaron hasta posarse en su mujer, quien se acercaba a él con un rostro preocupado —. No me digas que discutieron.

—No hubo oportunidad, estuve hablando con Daira durante todo este tiempo —la abrazó de tal forma que ella fuera capaz de ver lo mismo que él—. Creo que es una buena mujer.

—Sí —Sophia suspiró y se reacomodó en los brazos de su marido—. Me lo parece también, ¿crees que pueda convencerlo?

—Mi amor —la giró en sus brazos—. Quiero que dejes de obsesionarte, ¿cómo fue que esto comenzó? ¿Quién te metió tales desavenencias? Pensé que defenderías con uñas y dientes el derecho de tus hijas como mis descendientes.

—Me gustaría decir que es posible John, pero sé que no —bajó la mirada—. No dar un hijo a un duque…

—Eso no me importa, el hijo de mi hermana llevará mi título, me

agrada el hombre que es su padre, incluso me agrada su nueva esposa —elevó una ceja y se inclinó para besarle la mejilla—. Quiero que seas feliz y disfrutes de nuestras hijas, de nosotros.

—¡Sé que es tonto! —alegó—. Pero no es sólo por no poder tener un varón, es el hecho de no poder tener más hijos —apretó la camisa de su marido entre sus manos—. Siempre me gustaron las familias grandes, me agradaba la idea de formar algo que fuera de nosotros.

El rostro de John brillaba con el más puro cariño que un hombre podría experimentar hacia una mujer. Adoraba a su esposa y esa revelación le dolió, pero al mismo tiempo, lo hizo comprender sus anhelos y la desesperación que sentía.

—Buscaremos ayuda Sophia —aseguró—. Si es tu deseo tener más hijos, encontraré la forma de poder dártelos.

—Pero John —apretó los labios—. Sabes que no puedo.

—La medicina avanza todos los días —aseguró—. Ten fe.

Ella apretó una sonrisa, permitiendo que un par de lágrimas traicioneras salieran de sus ojos.

—Soy tan afortunada de tenerte —lo abrazó—. Espero que Jason encuentre algo igual en la persona que ha elegido.

—Lo espero también.

Los pasillos, las estancias y recámaras de esa mansión eran del total conocimiento de Jason Seymour. Se sabía que el hombre vagaba por esa casa mucho antes siquiera de presentarse con el duque como pretendiente oficial de su hermana. Su personalidad atrabancada y pasional lo había llevado a cometer una fechoría que por poco le cuesta la vida. Era de esperarse que al cometer un pecado en contra de un hombre tan loable y respetado como lo era John Ainsworth, lo mínimo que se esperara era un duelo, sobre todo cuando el honor de su hermana estaba de por medio. Y casarse con Annelise no fue una condena, se enamoró de ella gracias a su rebeldía, su actitud aniñada y caprichosa; pero en definitiva no volvería a cometer una trastada igual, ni siquiera en medio de la locura.

Todo en aquel hogar evocaba recuerdos que llegaban de golpe a la cabeza de Jason, abrumándolo al punto de sentir debilidad. Fueron años los que pasó en esa mansión en compañía de su antigua esposa, le fue sencillo encariñarse con John, con sus hijas y con el futuro que le esperaba en una vida con esa mujer a su lado. Todo se derrumbó en cuestión de segundos, resultaba impactante la facilidad con la que caía a pedazos la utopía del amor, aplastando a al más débil, atrapándolo de por vida en los escombros o sucumbiendo ante ellos.

Fue feliz, no podía negarlo, tuvo a su hijo gracias a esa relación y era algo que no cambiaría por nada en el mundo, no cambiaría ninguna de sus decisiones si el resultado seguía siendo Jackson.

—Jason —la voz entonada de Daira lo trajo a la realidad. Se había

acercado lo suficiente a él como para poder colocar las manos sobre sus mejillas rasposas—. ¿Qué ocurre? ¿Te sientes bien?

Soltó el aire de forma abrupta, dejando ir en esa exhalación todas sus angustias para poder enfocarse en la mujer que parecía preocupada por él. Sonrió. La belleza de Daira era despampanante, resultaba difícil elegir el lugar en dónde enfocar la mirada, puesto que, en cada rasgo, había una beldad inexcusable. Sin embargo, a Jason le agradaba encontrar el error en la perfección, porque con ello la hacía más real, más humana y le era menos quimérico el hecho de que fuera su esposa. Le gustaba la pequeña peca que estaba colocada al final de su quijada y junto a su oído, la forma en la que arrugaba la nariz cuando estaba disgustada, la sutil diferencia entre sus cejas, la textura de sus labios que solían resecarse y las pequeñas arrugas que se formaban junto a sus ojos cuando sonreía.

—Me alegra que estés aquí conmigo —la jaló hasta su pecho y besó su cabeza—. No sabría qué hacer sin ti.

—Jason, son buenas personas, están preocupados por ti.

—Lo sé —la apretó contra sí—. Pero detesto que quieran arreglarme la vida como si fuese un muchacho sin razón.

—En realidad sólo están evaluando las decisiones que has tomado —Daira se alejó lo suficiente para que sus ojos se toparan—. Creo que desean saber si soy buena para ti y para tu hijo.

—No les corresponde juzgar algo que yo ya he decretado.

Ella negó con lentitud y sonrió sin apartar su mirada de él.

—Eres bueno con las palabras Jason Seymour, no te lo puedo negar, tu coqueteo es sutil, pero siempre va al punto deseado.

—¿Te molesta? —la acercó, besando detrás de su oreja en repetidas ocasiones, causando un escalofrío que recorrió el cuerpo entero de la joven—. Quiero besarte Daira.

—No sabía que ahora se había establecido la norma de pedir permiso para algo así —ella sonrió divertida—. Lo tomaré en cuenta.

—Mejor no lo hagas —frunció la nariz y la besó dulcemente, prolongando la caricia en todo lo que le fuera posible—. Vamos, escojamos una habitación que sea de nuestro agrado.

—¿Es que no te han dado una?

—Sí, pero odio estar en el ala este —se inclinó de hombros—. Vamos, busquemos otra.

—Pero Jason…

El hombre la jaló por los pasillos, riendo de su reticencia e inseguridad al desobedecer una orden dada por los dueños de la casa. Tal parecía que Daira seguía sin comprender que Jason era primo de esas personas y entre la familia se permitían muchas cosas, sobre todo entre los Bermont, quienes solían desobedecer pese a que se les riñera por ello. Existía una cierta confianza que no necesitaba ser dicha,

simplemente se sabía con certeza que jamás se lastimarían entre ellos.

La pareja dio vuelta en una esquina, alejándose entre risas contenidas, besos robados, cosquillas y jugueteos. La alegría formaba parte de sus voces y la vivacidad de sus cuerpos. Tal parecía que ya se pertenecían pese a que no compartieran todos los aspectos de una pareja. La sutil complicidad entre ellos era envidiable para muchos, sobre todo para un par de ojos que permanecían ocultos entre la inmensidad de la propiedad, las sombras y la falta de interés de la pareja para notar a alguien además de ellos mismos.

Un fuerte suspiro limpió el alma compungida de aquellos ojos tan faltos de vida, dando la apariencia de que contuvo aquel anhelante respirar dentro de sí durante mucho tiempo y sólo hasta ese momento se atrevía a dejarlo salir de forma abrupta en conjunto con sus esperanzas y sentimientos almacenados.

Tan sólo una sonrisa de labios comprimidos disimuló el dolor que pareciese físico, pero se sabía emocional.

Capítulo 23

Debería estar acostumbrada después de compartir cama con él durante tanto tiempo, sin embargo, cada vez que abría los ojos y sentía que alguien dormía junto a ella, no podía evitar dar un brinco sorpresivo y salir de la cama de inmediato. Únicamente en la seguridad de la distancia podía darse cuenta de que el hombre que dormía junto a ella era Jason y él jamás había hecho ademán de lastimarla, siquiera de acercarse más de la cuenta sin su permiso.

Como cada vez que se apartaba abruptamente de él, las ganas de volver al calor de sus brazos iban en incremento, tenía la sensación de que una fuerza invisible la empujaba hacia él de forma persistente, tratando de hacerla caer en la comodidad de estar a su lado; era una lástima que sus pies se negaran a dar el paso decisivo y simplemente se alejaba, comenzando con su día y el del pequeño Jack.

Daira estableció una rutina para ambos, la cual ya era imposible romper: iba a la habitación del niño, la cual se conectaba con la de ellos por un baño en común, sacaba las ropas que iba a colocarle para el día, llenaba la tina con agua caliente, lo bañaba, vestía y entregaba a la doncella para que saliera junto a su tío.

Regresaba a la habitación que compartía con su esposo, se acicalaba y sólo entonces, despertaba a Jason para que hiciera lo mismo. Normalmente lo esperaba mientras entablaban una amena conversación, en ocasiones le ayudaba con nimiedades, como el colocarle las mancuernillas o atarle la corbata. No dejaba de ser un acercamiento íntimo que Jason apreciaba en compartir con ella.

—¿Jack ya está con John?

—Sí —Daira colocó los aretes sobre sus oídos y un collar que fuese regalo de Jason sobre su cuello—. Estaba emocionado por ir con él. Aunque me apena que aún siga sin dirigirle la palabra, no entiendo por qué duda tanto con el duque.

La mano de Jason apartó con decisión las cortinas que cubrían la ventana, develando entonces a su hijo, quien regresaba tomado de la mano con el hombre que fuese su tío. Parecía contento, disfrutando de la mañana junto a su siempre confiable Bond, el perro que le seguía los pasos hasta en la ducha.

—No se pueden ganar su confianza con esa facilidad, si John pensaba lo contrario, estaba muy equivocado.

—Yo no tardé mucho en ganarme su confianza —volcó su mirada hacia él—. ¿A qué crees que se deba?

Una pícara sonrisa fue lo que Daira recibió en conjunto con una ceja juguetona que parecía ser una acción inconsciente para el hombre que volvía la cabeza para mirarla sobre su hombro.

—Creo que tiene una buena intuición —se acercó a ella, inclinándose para besarle el hombro descubierto.

Ella rodó los ojos y dejó salir una ligera risilla, apartando su cara con delicadeza para ponerse en pie.

—Nunca contestas con seriedad, ¿verdad?

—Pensé que lo hacía —elevó ambas cejas rubias, dibujándose en su frente tres finas arrugas, muestra de su gesto de burla.

—Eres insoportable —acusó, dando una última mirada al reflejo de su figura—. ¿Crees que es adecuado para visitar a los Sanders? ¿No te parece que es demasiado sencillo?

—Claro que lo es mujer, pero no haces ningún caso, te he ofrecido un millón de veces comprarte vestidos nuevos y te has negado.

—No pensé que tuviera tanta vida social.

Se volvió nuevamente, ahora con una mirada preocupada, juzgando cada hilo del vestido que traía puesto.

—Bueno, la gente es curiosa —se inclinó de hombros y la abrazó por detrás, observando el reflejo de ambos—. Está claro que, de momento, somos un buen entretenimiento. No te preocupes, le pediré a Sophia que te preste uno de sus vestidos.

Las manos delicadas de la joven se posaron sutilmente sobre los brazos que la envolvían con cariño. Le gustaba ese Jason, aquel que fuese cariñoso, dulce y buscara hacerla feliz

—¿Crees que me queden?

—Mmm… puede se te vean un poco justos —aceptó—. Deberías hacer caso y comprar el ajuar que te ofrecí.

—Está bien, lo haré para no avergonzarte.

Una fina línea se dibujó entre las cejas de Jason, mostrando desconcierto ante sus palabras.

—¿Por qué me avergonzarías? —la volvió hacia él—. Incluso en el vestido más horroroso, tu no podrías verte mal.

—Eres… —entrecerró los ojos mientras negaba con la cabeza—. Un coqueto sin remedio, ¿lo sabías?

—Sí, lo sabía desde que tuve uso de razón. No me hagas caras, hablo en serio, mi madre decía que les sonreía a todas las mujeres que se acercaban a la carriola para verme, dijo que desde entonces supo que sería una perdición o algo así —se rio de su propia historia.

—Lo peor de todo es que te creo. —Lo empujó ligeramente, logrando liberarse de sus brazos—. Vamos, seguro Sophia ya nos está esperando en el comedor.

La pareja salió de la habitación en un silencio confortable que le permitía a Daira revisar con atención las paredes de la mansión, buscando entre los retratos familiares alguno que le mostrara a la mujer que fuese la hermana del duque, pero de ella no había ni rastro y no se atrevía a preguntarle a ninguno de los habitantes de aquel

hogar por la ausencia de cuadros en su honor.

En cuanto entraron al comedor, el perro del niño saltó alegre sobre sus piernas, dando muestras de reconocimiento, agitando la colita alegremente, incluso ladrando un poco de la emoción. Y Jackson estaba igual al cachorro, de alguna forma consiguió bajarse de la silla donde lo colocó su tío y llegó hasta sus padres, alzando las manos hacia Jason, buscando estar junto a él en el desayuno.

—¿Te divertiste Jackson? —inquirió Jason, aceptando el asentimiento de su hijo como respuesta.

—Jack, ¿le has dado agua a Bond? —el niño meneó la cabeza—. ¿No? Oh, Jack, tiene sed, lo llevaré a la cocina para que le den.

—Déjalo Daira —John levantó una mano para detener los movimientos de la esposa de su antiguo cuñado—. Gil, ¿podrías llevar al cachorro de mi sobrino a la cocina?

—Sí, mi lord —El hombre alto y enguantado no parecía contento de tener que tomar al perro entre las manos, pero siguió las órdenes.

Estaba claro que algo querían comunicarles, puesto que la pareja de duques parecía nerviosa, se lanzaban miradas constantemente y buscaban distraerse con las niñas, a las cuales ayudaban a comer.

—¿Hay algo que quieran decirnos? —inquirió Daira.

—Ah, nada importante, tan sólo estamos preocupados por la fiesta de Año Nuevo… a la cual supongo que se quedarán —Sophia miró a su primo en una clara súplica.

—Quedé con mi madre de ir a casa —la rápida negación de Jason era lo que todos esperaban—. Lo siento.

—La tía ha confirmado su asistencia —sonrió triunfal la duquesa, cortando su tocino—. Espero que no te importe.

—¿Para qué me preguntas algo a lo que sabes que ya no me puedo negar? —su voz se cargó en fastidio—. Me tendiste una trampa.

—Eso te pasa por mentiroso —se inclinó de hombros la mujer.

Daira reprimió una sonrisa, dando la razón a la inteligente duquesa, estaba claro que conocía bien a su primo. Sin embargo, era su trabajo estar de lado de Jason, así que estiró una mano y tocó con sutileza la que él tenía apretada sobre la mesa. Los ojos grises se enfocaron en la delicadeza y la suavidad del cariño de su esposa, relajándose al ver su rostro lleno de paciencia y belleza.

—Nos será un honor estar con ustedes en las fiestas —aseguró entonces Daira, tomando la palabra para que los primos no continuaran con su discusión—. Aunque he de admitir que no tengo nada qué ponerme, al menos, no a la altura de la situación.

—¡Yo puedo prestarte algo! —Sophia sonrió triunfal—. Pero Jason, no deberías ser tan tacaño, encárgale vestidos nuevos.

—Se lo he dicho —dijo Jason sin llegar a sentirse ofendido, cortando la comida para su hijo y dándosela en la boca—. Pero es

terca, se había negado hasta ahora.

—Es verdad —aceptó la mujer—. Aunque el día de hoy no podré hacer nada por mí, tendré que asistir de esta forma.

—¡Ni hablar! —refutó Sophia—. Puedo prestarte algo.

—Mami —una de las gemelas habló alto y con determinación—. ¿Por qué papá quiere más a Jack que a nosotras?

Era algo que los Seymour ya se esperaban, estaba claro que las niñas sentirían la diferencia que su padre hacía por enseñar al pequeño varón que sería su heredero. Contrario a la reacción de los padres del niño, los duques se mostraron perplejos y en la mirada de John había un verdadero dolor que competía con el horror.

—No hija, jamás querré a alguien más que a ustedes dos, ustedes son mi vida entera —dijo con firmeza—. Así como su tío jamás podría querer a alguien más que a Jack.

Las pequeñas parecían dudosas, su padre solía pasar todo su tiempo libre con ellas y encontraban como un usurpador al primo que, aunque no despreciaban, lo categorizaban como un rival en el cariño de su padre, uno al cual adoraban con el alma.

—John… —Sophia lanzó una mirada horrorizada a su marido.

—Hablaremos más tarde los cuatro —finalizó el duque—. Pero quítense esa idea de la cabeza, ambas.

Las miradas de las mujercitas se fijaron con odio hacia el chiquillo que no hacía ningún caso, apenas y entendería algo, era pequeño para interesarse en las conversaciones de los adultos. Jack estaba enfocado en los movimientos de su padre, ocupándose únicamente de abrir la boca cuando era oportuno y abrazándose al cuerpo conocido del hombre que recordaba desde sus primeras instancias de consciencia.

—Creo que se lo tomarán contra Jack —susurró Daira—. No me gustaría que le hicieran daño, está en una edad delicada.

—John hablará con ellas —tranquilizó—. Es normal que estén celosas, pero te doy la razón, a la primera señal de amenaza…

—Tampoco es para tanto —le habló con suavidad, tratando de avocar indulgencia en su marido—. Quizá nosotros deberíamos pasar tiempo con ellas para aligerar la situación.

—¡No! —Jackson habló claro y fuerte, abrazándose a su padre para enfatizar su negativa—. ¡No quiero!

—Habló. Dios mío, ¿Han escuchado? ¡Habló! —dijo Sophia.

Al comprender que lo había hecho, el niño se enclaustró de nuevo, mostrándose avergonzado, metiendo el dedo en su boca y ocultando la cara en el pecho de su padre, dando indicios de querer llorar. La mirada recriminatoria de Jason no se hizo esperar, tomó en brazos a su hijo y se apuró a sacarlo del lugar, siendo consciente de que Jackson no se permitiría sollozar estando en frente de otras personas y esa retención le provocaba enfermedades como gripa o congestión.

Con una marcada preocupación, Daira hizo el amago de ponerse en pie, viéndose detenida por la voz arrepentida de la duquesa.

—Lo siento tanto, dile a Jason que lo siento.

Desde un inicio el conde los advirtió sobre no hacer espavientos si llegaba a propiciarse la extraordinaria eventualidad de que su hijo hablara en voz alta. Nadie debía mostrarse sorprendido por ello, porque eso lo llevaba a cohibirse de nuevo y dejaba de hablar por mucho tiempo, incluso cesaba la interacción con su propio padre.

—Lo haré duquesa —la mujer tomó sus faldas y salió en seguida, topándose con un pasillo vacío a excepción de una mujer sentada sobre sus piernas, limpiando las patas de una mesa—. Disculpe, ¿Ha visto hacia dónde se fue mi esposo?

La doncella le dirigió una mirada hostil, recorriendo a la nueva mujer del señor Seymour desde la punta de los pies hasta su rostro con despectiva lentitud. Para Daira fue más que obvio que esa muchacha debió conocer a la hermana del duque y, de alguna forma, no le agradaba que alguien tomase su lugar. De hecho, se otorgó el derecho de no contestar y simplemente apuntó hacia las escaleras.

Daira apretó los labios en gesto de descontento, pero no tenía tiempo de amonestar a una muchacha, debía verificar como estaban los hombres de su familia. Su familia. Aquello sonaba tan extraño en su cabeza, que dudaba poder decirlo en voz alta.

—Jason…

—Daira, por favor cierra la puerta—pidió el hombre en cuanto la escuchó dentro de la habitación.

Una profunda tristeza invadió el corazón de Daira al notar lo conflictivo que le resultaba al niño dejar salir sus emociones por medio del llanto. Se llevaba a cabo una batalla constante contra no producir sonidos, provocando un convulso hipo y congestión nasal que preocupaba al padre que hacía todo lo posible por tratar de tranquilizarlo o, en dado caso, hacerle entender que llorar estaba bien.

—Dios mío —Daira expiró con tristeza, acercándose a la silla donde el hombre estaba sentado con su hijo en brazos—. Jack, mi cielo, ¿me escuchas? Vamos cariño, mira a mamá.

En medio de una respiración dificultosa, la congestión nasal y el hipo que no le permitía hablar, Jack enfocó a la mujer hincada frente a ellos. Sus ojos bondadosos lanzaban al niño una tranquilidad casi inmediata, Daira solía tranquilizarlo incluso con una sonrisa, pero en ese momento, el niño meneó con la cabeza y se aferró a su padre.

—Lo siento, cuando se pone así no hace caso a nadie.

—Te asustaron mucho, ¿no es cierto Jack? —le habló indulgente, acariciando la espalda pequeña—. Eres un niño muy valiente al dar tu opinión de no querer compartir a papá, no quieres hacerlo ¿verdad?

Jackson negó, aferrándose a su padre con mayor intensidad.

—¿Te agrada mucho papá? —el niño asintió.

Jason no podía hacer otra cosa más que abrazarlo y besarlo.

—Jackson, no debes dudar de que estaré para ti todo el tiempo que lo necesites —Jason lo animó a mirarlo a los ojos—. Eres mi mundo entero y giro alrededor de ti, así será siempre.

Daira se apuró hacia la jarra de cristal con agua, sirviendo un vaso para llevárselo al niño, tratando de que su hipo al fin cediera. Fue al cuarto de baño y trajo consigo un pañuelo limpio, sorbiéndole la nariz para que pudiera respirar. Lloró un poco ante lo último, pero se fue serenando poco a poco hasta quedarse dormido.

—Lo pondré en la cama.

—No —pidió el hombre—. Despertará, me quedaré con él.

—Jason —ella colocó una mano sobre su mejilla—. Eres un buen padre, pero estoy segura de que puede dormir en su cama.

—Odiaría que despertara y no estar a su lado para consolarlo.

—Oh, cariño, te aseguro que no lo hará —extendió los brazos para tomar al niño. Jason miró una vez más a su hijo, quien dormía plácido en sus brazos y lo entregó a su esposa, notando hasta ese entonces que estaba entumido—. Listo pequeño, vamos a tu cama.

El conde se puso en pie con pesadez, buscando acomodar sus huesos y ajustando sus músculos hasta que todo volvió a la normalidad y pudo moverse sin sentir dolor o incomodidad. Cruzó la habitación del baño, quedándose en el umbral de la puerta desde dónde podía ver a su esposa recostando a su hijo. El hermoso rubio no hizo más que suspirar cómodamente al estar en su cama y siguió durmiendo con tranquilidad.

—¿Lo ves? Está bien —se acercó a su marido—. Será mejor que traigamos a Bond, suele dormir con él.

—Diré a una de las doncellas que lo pongan en su cama —asintió, saliendo de la habitación.

Daira no podía sentirse más conmovida, estaba claro que Jason adoraba a su hijo y aquello era recíproco. Lo que no llegaba a comprender era cómo fue que el niño llegó al punto en el que hablar le causaba tal estado de ansiedad. Deseaba preguntárselo a su marido, pero algo le decía que era un tema delicado y él no parecía hablarlo con nadie, tan sólo mandaba advertencias sobre ello.

Fue el mismo conde quien trajo a la mascota de su hijo, colocándolo en la cama. Bond se echó junto al cuerpo dormido del pequeño Jack, acurrucándose junto a sus piernas y ambos se quedaron tranquilos y dormidos instantes después.

Daira sonrió dulcemente, esperando a que su marido llegase hasta ella, abrazándola en cuanto la tuvo lo suficientemente cerca, incluso besándola con cariño y de forma abrazadora. Un suspiro salió de entre los labios de alguno o quizá de ambos, entremezclándose en el aire de

forma agradable. Fue Jason quien la apretó más contra sí, llevándola hasta la habitación que ambos compartían, aunque con ligeros intervalos en los que se detenían por completo para pegarse a una pared, sillón o mueble, buscando estar más cerca el uno del otro.

Cuando llegaron a la cama y Daira sintió las colchas contra su espalda, fue el momento en el que su cerebro se conectó de nuevo. Por unos breves minutos se había perdido en el abismo sensorial, pero ahora era muy consiente de que tenía a un hombre encima de ella, uno cálido y dulce que no hacía más que acariciarla de formas tiernas, sutiles, lentas, buscando no asustarla, pero resultando un fracaso.

Tembló de pies a cabeza cuando de pronto lo sintió subiendo la falda de su vestido, tocando la suavidad de sus piernas aún cubiertas por las medias. Jason, al notar la duda en la mirada de su esposa, detuvo sus movimientos, acariciando su largo cabello y besándola una última vez antes de separarse de ella.

—Lo siento, no debí presionarte.

—N-No… —ella se puso en pie, bajando sus faldas, sintiéndose tonta por haberlo detenido, porque incluso lo estaba disfrutando—. Yo lo siento —apretó los labios—. Era agradable.

La grisácea mirada de Jason se clavó en la de su esposa con sorpresa, pensaba que, gracias a ese arrebato, ella retrocedería tres pasos en la confianza que le tenía. Aunque no se pudo ayudar a detenerse, lo cautivó la forma en la que trató a su hijo en un momento de dolor, lo hizo distraerse y en sus ojos se percibía el entendimiento y bondad de una madre.

—¿En verdad? —volvió a acercarse a ella—. Pensé que me odiarías, no quise asustarte, tan sólo me fue imposible no besarte.

Ella gachó la cabeza con vergüenza y la más dulce de las sonrisas.

—¿Te fue imposible?

—Sí —la mano de Jason se elevó hasta posarse en su barbilla, obligándola a mirarlo—. Me es imposible no querer estar más cerca de ti, sobre todo cuando te veo con Jack.

Daira dio los pasos pertinentes para estar uno frente a otro, a escasos centímetros, teniendo que echar la cabeza hacia atrás para lograr conectar sus ojos con los de él. Sus respiraciones iban a juego y sus corazones se llamaban. Había una fuerza invisible que los atraía de forma irremediable, pero la restricción seguía prexistiendo y Jason no sería quien la rompería al no querer asustarla.

—Es usted muy bueno con las palabras, mi lord —curveó los labios, posando sus manos sobre el pecho de Jason, deslizándolas suavemente hasta enredar sus dedos en el cabello sedoso, atrayéndolo hacia ella, entreabriendo los labios en una invitación que tendría que terminar de cometer ella, puesto que Jason no se movía—. ¿Lo sabía?

—Sí. —El hombre cerró los ojos, pasando con fuerza y sonriendo al

momento de sentir los labios de ella presionados contra los suyos.

Al no conseguir que él volviera a tomar el mando y siendo ella inexperta, bajó sus manos hasta los brazos fuertes de su esposo, obligándolo a abrazarla, presionándose contra él, sonriendo en medio del beso, al igual que lo hacía él. Ante una invitación tan clara, Jason aplicó la fuerza necesaria para provocar que se elevara sobre sus puntas para alcanzarlo, guiándola a una caricia abrazadora que lentamente iba debilitando el cuerpo impoluto que luchaba por mantenerse cuerdo ante el hombre que no se conformaba con sus labios, sino que hacía salvajes y demandantes líneas de fuego sobre su cuello, hombros y oídos, sacando suspiros indecorosos y extrañas sensaciones que le recorrían el cuerpo.

—Jason… —tomó su rostro para separarlo de su cuello y lo miró determinada—. Confío plenamente en ti —aceptó y reafirmó con un asentimiento de cabeza—. Sé que a tu lado estaré bien, así que sí.

—¿Sí? —El hombre frunció el ceño sin entender sus palabras.

—Sí —reiteró—. Sí a todo lo que pienses.

—¡Daira! —gritó de pronto una voz femenina y muy conocida que caminaba con determinación a la habitación de la pareja— ¡Lamento la tardanza! Aunque debo decir que es culpa de lord Wellington, como lo es siempre.

—Es Pridwen —Daira susurró contra los labios de su marido, presionando un último beso en ellos—. Te dejaré solo para que proceses mis palabras y des tu resolución al final de ellas.

Daira sonrió al confundido hombre del cual se separaba y salió de la habitación con la felicidad marcando sus facciones.

Capítulo 24

Caminaba del brazo de su querida amiga Pridwen, quien había parloteado durante horas, quejándose y alabando a lord Wellington en igualdad de veces. Estaba claro que había una fuerte atracción, pero ellos se entendían como amigos y tal parecía que estaban bien con quedar en esos términos. Sin embargo, Daira no podía estar pendiente de la conversación, mucho menos se atrevería a darle un consejo cuando era obvio que no tenía todo el contexto, puesto que estuvo metida en sus propios líos sentimentales.

Vagaron lo suficiente por la propiedad de los Westminster como para estar perdidas en medio de las paredes repletas de pinturas hermosas y retratos familiares. Aunque nuevamente destacaba la usencia de la hermana del actual duque, duda que eventualmente surgió en la cabeza de Pridwen, quien no titubeó en exponer su consternación ante el deliberado olvido.

—Lo sé —dijo Daira—. Lo noté también, no tengo en la cabeza una imagen de la persona con la que soy comparada constantemente.

—¿Comparada? —se volvió Pridwen—. ¿Por qué lo serías?

—No soy tan ilusa como para no comprender que cuando hay una segunda esposa, se le comparará siempre con la primera.

—Tú eres mejor, entonces.

—Eres positiva, la gente de aquí la apreciaba, lo noto, incluso la servidumbre me mira con desprecio.

—Yo he escuchado cosas muy poco positivas sobre ella. —Pridwen elevó un hombro—. Dicen que era caprichosa, pretenciosa y mala con los que estaban por debajo de ella.

—Serán chismes.

—Yo siempre encuentro cierta verdad entre los chismes, ¿tú no?

—No deberías dejarte llevar por ello.

—Bueno —chistó la joven rubia—. De todas formas, no te preocupes por eso, si acaso alguien dice algo en tu contra, yo me encargaré de ponerlos en su lugar —dijo muy segura de sí—. ¿Qué me dices de tu relación? ¿Cómo es lord Seymour?

—Bueno él… —Daira se sonrojó—. Es magnífico Pridwen.

—¿Magnifico, dices? —la mujer dejó salir una carcajada—. Jamás pensé escucharte hablar así de un hombre.

—Para serte sincera, yo tampoco lo pensé.

—Me da gusto Daira —se puso frente a ella—. Siempre deseé que este día llegara, que encontraras a alguien que te apartara de la oscuridad que rodeaba a tu corazón.

—Bueno, llegó quién. —Daira asintió, totalmente convencida de sus palabras—. Me es imposible no… querer correr hacia él.

Pridwen entonces gritó, dando brincos alegres a su alrededor.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¿ya se acostaron?

—¡¿Qué?! —su piel se convirtió en el rojo vivo del fuego—. ¡Pridwen! Yo… —se avergonzó tanto que le era imposible hablar, así que se cubrió la cara—. ¡Oh, te odio, te odio en verdad!

—¡Desvergonzada! ¡No me lo contaste! —se mostró ofendida, pero seguía con una hermosa sonrisa en sus labios—. Me dijiste que él te estaba dando tiempo a acostumbrarte.

Eso había sido una mentira, pero al menos sirvió para que su amiga se mantuviera callada y sin hacer preguntas por un largo rato. De alguna forma logró sacar el tema del que se abstuvo con eficiencia por bastante tiempo, Daira hubiera querido regresar a ese momento en el cual su vida amorosa no era el tema principal, pero dudaba que Pridwen diera su brazo a torcer, seguiría indagando.

—¡Pridwen! —la voz de Adrien Collingwood se escuchó a la lejanía —. ¡Espero que te estés arreglando y no haciendo tonterías!

—¿Arreglando para qué? —Pridwen frunció el ceño y luego gritó—: ¡¿Cómo que tonterías?!

—¡¿Dónde demonios estás?! —volvió a gritar Adrien.

—Iremos a la velada de los Sanders, ¿lo olvidaste? —dijo Daira.

—¡Ah! —tronó los dedos—. Claro, si ese tonto me advirtió un montón de veces. Tal parece que son insoportables —rodó los ojos y la tomó del brazo—. Vamos, he traído algo para ti a sabiendas de que querrías ponerte uno de tus feos vestidos.

—¡Oye! No son feos, son elegantes y sencillos.

—Feos —recriminó con un dedo acusador—. Vamos.

Como era de esperarse, las damas fueron las últimas en bajar a la hora de partir, no sólo porque debían arreglarse a sí mismas, sino porque también se cercioraron de que los niños estuvieran cambiados, cenados y yendo a la cama. Pridwen, al no tener hijos de los qué ocuparse, se mantuvo lo más alejada posible de los niños. Era una grandiosa ironía que la siguieran tanto cuando ella apenas y los toleraba; en muchas ocasiones Pridwen mostró su frustración hacia todo ser humano con una edad inferior a los catorce.

Los caballeros, muy al contrario de sus parejas, se encontraban en un estado de relajación: charlando, bebiendo y fumando; ninguno parecía interesado en llegar puntual a la reunión de los Sanders, la cual sabían tediosa de antemano. Sin embargo, agradecieron los compromisos nocturnos cuando vieron a las tres damas bajar las escaleras. Todas hermosas, todas sonriendo hacia el hombre que las escoltaría hasta la velada. Era impresionante como unos ojos enamorados se las arreglaban para encontrar al hombre que fuera el dueño de sus afectos.

—Vaya Pridwen, por minutos pienso que en realidad eres más como

un niño de diez años, pero de repente te pones vestidos como ese y recuerdo que de hecho eres una mujer.

—¡Tonto! —lo golpeó alegremente la afectada.

Sophia rio de la pareja y se acercó a su marido, quien no necesitaba decir ni una palabra, su mirada era suficiente halago para ella y su sonrisa sería el mejor regalo para el resto de sus días.

Por su parte, los Seymour se encontraban en una situación extraña, las miradas que intercambiaban rozaban con lo indecente, en ellos no sólo existía la admiración por el otro, sino una fuerte atracción que no se había visto satisfecha. Sin embargo, había una velada que atender, lo cual retrasaba el encuentro de sus almas, orillándolos a sutiles sonrisas llenas de coqueteo, miradas sedantes y caricias castas pero insinuantes.

—Te ves hermosa —Jason susurró y besó el oído de su esposa.

—Gracias, mi lord —se apretujó contra él para sentir durante más tiempo esos labios sobre su cuerpo—. Me lo ha traído Pridwen.

—Hizo bien —asintió, separándose un poco para que su mirada vagara libremente por la figura de su mujer—. Más que bien.

—Vámonos de una vez, dejen el coqueteo para después —pidió Pridwen—. Entre más rápido afrontemos la situación, más posibilidades tenemos de regresar temprano.

—¿Es que tienes otras cosas que hacer, guapa?

—Sí. Escaparme de la casa para verme con mi amante ¿Qué más?

La mirada de Adrien bailó en diversión y dejó salir una carcajada.

—¡Tú no podrías tener un amante! —negó divertido, acercándose a la joven que trataba de ignorarlo—. ¡Eres una niña! ¿recuerdas?

—Algunos no piensan igual que tú —elevó ambas cejas y bajó las escaleras de la fachada, colocando los guantes blancos.

—Ella miente —Adrien apuntó con un dedo a su amiga—. Está loca y habla por hablar, no sabe que su reputación corre peligro.

—Seguro lo hace para molestarte Adrien —sonrió Sophia, saliendo de la casa antes de que su primo pudiera replicarle.

John siguió con paso lento el escándalo de los otros tres, dejando atrás a la pareja que claramente preferiría quedarse en casa.

—Tengo algo para ti —Jason la detuvo y le mostró un anillo—. Son argollas de matrimonio, ¿Ves? Hace juego con la mía, aunque es un poco más simple. —La mano blanca de la mujer se estiró para que Jason pudiera colocar el anillo de oro blanco con incrustaciones de diamante en el dedo indicado—. Sé que no te gusta usar anillos, pero espero que soportes al menos esto.

—Sí —ella lo miró feliz—. Lo soportaré.

Fueron en dos carrozas, una en la que viajarían únicamente los duques y en la otra, la pareja de amigos y los Seymour. Las cuatro personalidades permanecieron en silencio, sintiéndose cómodos sin

necesidad de hablar. Sin embargo, Pridwen no iba a dejar pasar la oportunidad de interrogar a lord Seymour.

—Mi lord —lo llamó con decisión—. ¿Esperan tener hijos dentro de poco? No quiero ser impertinente, pero…

—Pero lo eres —Adrien la miró impresionado y divertido.

—Se lo pregunto únicamente porque quería invitarlos a Dinamarca —Pridwen lanzó una mirada incriminatoria a Adrien—, a una casa de campo muy hermosa, sería agradable y bueno para Daira, la mejor época para viajar allá es en primavera o verano, no en invierno.

Jason carraspeó ligeramente, acomodándose en su lugar ante la pregunta y miró a su esposa con una sonrisa.

—Sería cuestión de ver cómo avanzan las cosas. Aunque dudo que para primavera o verano ella esté dando a luz un niño, es pronto.

—Claro —dijo desinteresada—. Pero quiere hijos, ¿verdad? Digo, sería tonto no quererlos con los genes de Daira de por medio.

—¡Pridwen, por favor! —exigió Daira avergonzada, inclinándose para tomar la mano de su amiga—. Basta.

—Es una pregunta normal. —Pridwen frunció el ceño.

—No me molesta. —Jason quitó importancia al asunto—. Con respuesta a su pregunta señorita, no me molestaría que Daira quedara embarazada, es algo natural e imposible de evitar.

—¡Oh! Me alegra tanto —aplaudió la joven—. La verdad es que me gustaría tener sobrinos. No me gustan mucho los niños, pero al ser de ustedes los toleraré, seguro que engendrarán niños parecidos a los ángeles ¿verdad Adrien? —lo codeó—. Con los ojos grises o azules, cabellos rubios o castaños ¡Oh! Hermosos, serán divinos.

—Sí, gracias Pridwen, pero no está pasando —Daira amonestó con la mirada, suplicando que el interrogatorio terminara.

Una sonrisa juguetona se asomó entre los labios de Jason, quién inmediatamente se vio en la necesidad de escudarse tras un puño que fue colocado sobre sus labios, pero nada pudo hacer por el retumbar de su cuerpo al reír en silencio. Daira lo miró desaprobatoria, a sabiendas que él encontraría divertidísimo una situación del estilo, pero para ella sólo era agobiante.

Afortunadamente, en ese momento llegaban a la casa de los Sanders, cayendo en la tediosa espera al haber una fila de carrozas que avanzaban lentamente debido a que los invitados de la velada se entretenían más de lo debido en bajar.

La pareja Seymour bajó en última instancia, Jason encargándose de la tarea de tomar la mano de su mujer y llevarla al interior, acercándola un poco más de lo debido y Daira agradeció que Jason no se separara de ella. Era de esperarse que en Cheshire -lugar que vio nacer y crecer a Annelise Ainsworth-, las personas hablaran más de ella, estaba claro que la apreciaban y la echaban en falta, pensando

que la nueva mujer se quedaba corta a comparación.

Además de las constantes críticas, otro tema que les daba dolor de cabeza era la presencia de los condes de Melbrook en la velada. Daira desconocía la manera en la que consiguieron ser invitados, pero el asunto era que su presencia la alteraba, las miradas de su hermanastro la enfurecían y los chismes que Lina esparcía en su contra la sacaban de quicio. Ya era lo suficientemente malo ser la segunda esposa de un hombre importante, y gracias a su cuñada, ahora también era una mujer de pensamiento liviano, que gustaba en atormentar a los hombres con sus encantos, obligándolos a incumplir con sus votos.

—No prestes atención a estas tonterías —dijo Jason, besándole la sien—. Son personas que no tienen nada más que hacer.

—Lo sé —reveló en una voz contenida—. Pero no por eso deja de ser doloroso que se lo crean con esa facilidad, ¿es que acaso tengo la apariencia de ser una meretriz?

Jason dejó escapar una risotada, la acercó de pronto y la besó frente a todas esas personas que no hacían otra cosa más que hablar de ellos. Daira intentó alejarse, pero las manos fuertes de su marido la mantuvieron presa en su lugar por mucho más tiempo, permitiendo que su cerebro se relajara y su cuerpo se acoplara al de él.

—Vamos, ahí están Adrien y Pridwen —Jason apuntó con la mirada —. Estar cerca de ellos te hará bien.

—Sí. Y alejémonos de los Melbrook en lo que nos sea posible.

—Eso no has de pedirlo siquiera —el conde miró con desagrado al medio hermano de su mujer, despreciándolo desde el instante en el que Daira le contó su historia—. Vamos.

—¡Ey, Jason! —Un caballero de cabellos rubios levantó la mano para ser notado entre la gente que se remolineaba por el salón. Aunque podría ser distinguido sin necesidad de hacer señas debido a su altura—. ¡Maldita sea Jason, te he buscado por todo Londres!

—Pero ¿qué…? —la sonrisa de Jason se ensanchó cuando logró enfocar al dueño de aquella voz burlesca—. ¡Lucca! ¿Cuándo has regresado de París? ¿Por qué no me avisaste?

Los ojos azules del recién llegado se posaron en la dama que Jason sostenía con aprensión, dando a entender con ese gesto que hacían falta presentaciones antes de seguir con esa conversación.

—¡Claro! —el conde meneó la cabeza, buscando enfocar sus pensamientos—. Supongo que no la conoces, es mi esposa, Daira.

—¿Cómo la voy a conocer si ni siquiera me has invitado a la boda? Eres un maldito, ¿cómo te atreves a semejante deslealtad?

—Daira, este loco de aquí es mi primo —Jason tomó el hombro del sonriente Lucca—. Y mi mejor amigo.

—Uno que no es lo suficientemente importante como para ser invitado a la boda o a conocerte siquiera —se adelantó galantemente,

tomando la mano de la mujer, aunque esta no se la ofrecía y besando su dorso rápidamente—. Es un placer, señora, ¿Qué ha hecho este tonto para conseguir que semejante mujer quisiera casarse con él?

La joven atinó a parpadear un par de veces para después sonreír al comprender que era la forma en la que esos dos se llevaban.

—Es bueno manipulando cerebros —facilitó la joven, sacando una carcajada de parte de Lucca—. Y tiene una lengua halagadora.

—Esta chica me agrada —la apuntó el caballero, tomando una copa de champaña de las bandejas que pasaban volando a manos de los mozos—. Escuché que Adrien también estaba aquí.

—Sí, está por allá —apuntó Jason.

—¿Quién es la nueva? —dijo interesado, comiendo un canapé de otra bandeja pasajera—. Es bonita.

Daira frunció el ceño hacia el hombre que hablaba de Pridwen como si se tratase de un amor pasajero de aquel lord, cuando todos sabían que su amiga nada tenía que ver con las andanzas de ese hombre, no se cortejaban y se juraban amistad eterna.

—Se llama Pridwen —contestó Daira con una voz fría—. Y no es ninguna amante nueva ni una conquista.

—¡Perdone usted, princesa! —sonrió divertido aquel rubio de ojos azules—. No era mi intensión molestar, tan sólo hablé de lo que sé, ninguna mujer está junto a mi primo para ser amigos.

—Le aseguro que ellos lo son —lo miró iracunda.

—Tranquila, no lo hace adrede —se acercó Jason—. No se da cuenta de que dice cosas que no debería, es igual a tía Gigi.

—Mi madre es una mujer asombrosa, si me permiten alardear de lo obvio —dijo Lucca. Después volcó su atención hacia la pareja que formaban Pridwen y Adrien—. Por otro lado, esa chica es intrigante, vamos, quiero conocerla ahora mismo.

—Lucca, no hagas tonterías.

—¿Quién va a detenerme ahora que tienes esposa de la cual cuidar para no ser ofendida? —elevó continuamente una tupida ceja rubia y salió corriendo en dirección a la pareja, siendo perseguido por Jason.

Desde que tuvieron uso de razón, Lucca y Jason se dieron cuenta de la afinidad que existía entre sus personalidades. Solían meterse en problemas y salir de ellos en unidad, eran el equivalente a desatar la locura, solían ser muy populares en las fiestas por su espontaneidad y su capacidad de enloquecer a las personas.

La joven que había sido dejada atrás pasó a segundo plano al ser menos interesante que los dos caballeros que llegaban hasta lord Wellington, a quien por poco derribaban sobre la mujer que escoltaba esa noche. A base de gritos y risas, Lucca Aigrefeullie intentaba incordiar a la supuesta pareja, mientras Jason trataba de detenerlo, lo cual era un espectáculo divertido que la sociedad disfrutaría por el

tiempo que le fuera entretenido.

—Parece que le han robado la atención, señora.

La voz le resultó conocida, así que se volvió con una mirada alegre y una sonrisa encantadora hacia el hombre que inclinaba ligeramente la cabeza a modo de saludo. Era el mismo que conoció en el festival de las flores de los Hamilton, aquel que fue amable y que recordaba más anciano que en ese momento.

Pese a que prácticamente podría ser su padre, ese hombre seguía manteniendo su espalda recta; su rostro, aunque con arrugas, poseía cierto atractivo que seguramente en algún pasado cercano hubiese resultado arrebatador. Sus ojos castaños empequeñecieron por la edad, pero en ellos había vivacidad de un jovenzuelo que cuadraba perfectamente con la sonrisa traviesa.

—Mi esposo me ha creído loca cuando le conté sobre usted —aseguró la joven—. Dio la casualidad que me vio hablando con la nada después de su desvanecimiento.

—Lamento mi rápida huida —el hombre se tocó el pecho—, me temo que el tiempo apremiaba y debía salir corriendo lo antes posible para alcanzar el último tren hacia Devon.

—No importa, mi esposo está aquí ahora, podré dar muestras de mi total cordura. —Sonrió y comenzó a buscar a Jason con la mirada—. Aunque me ayudaría tener un nombre para la próxima vez.

—¡Claro! Ni siquiera le he dicho mi nombre —dijo entre risas—. Disculpa, soy un anciano ya.

—Por supuesto que no lo es —refutó amistosa—, sigue usted siendo un hombre muy gallardo.

—Lo agradezco.

—Entonces… ¿Su nombre?

—¡Por Dios! Sigo haciendo lo mismo —sonrió—. Soy Augusto Eldegard, un placer al fin presentarme.

—El placer es todo mío, señor.

—¿Qué ha pasado al final? ¿Ganó usted el concurso?

—Temo que no, me ha ganado lord Archivald Pemberton, alguien con mejores habilidades —se inclinó de hombros pesarosa.

—Ya veo, debí preverlo —sonrió—. Es un joven muy habilidoso con las plantas y los animales, al menos por lo que sé.

—Parece que sí, ha dejado su nombre en alto.

—Seguro usted ha sido el segundo lugar.

—Así es, aunque lo considero un premio de consolación.

—Será para la próxima querida, siempre habrá otra oportunidad.

De pronto el caballero se tomó el pecho, masajeándolo con una mueca de dolor y hasta un ligero quejido.

—¿Se encuentra bien, señor? —se adelantó la joven—. Venga, deberíamos buscar un lugar en dónde descanse.

—Tranquila, es un dolor al que estoy acostumbrado.

—Un dolor en el corazón nunca es bueno —aseguró, buscando con la mirada un lugar desocupado.

—Será mejor que tome aire fresco —el hombre miró hacia la puerta que llevaba a un extenso jardín.

—Claro, lo acompañaré.

—No es necesario —aseguró—. Puedo caminar solo hasta allí.

—Pero se encuentra tan mal, se ha puesto pálido como el papel.

—Muchacha, ¿por qué desperdiciarías la diversión de una velada junto a tu marido por un viejo?

—Porque me encuentro muy entretenida —lo tomó del codo como precaución para que no cayera—. Vamos, deje de quejarse.

El hombre aceptó la ayuda, caminando lánguidamente hasta el jardín, recibiendo la bocanada de aire fresco como una renovación a su cuerpo. Inhaló con fuerza y asintió con una sonrisa.

—Sí, mejor, mucho mejor.

—¿Sigue teniendo dolor?

—No querida, me siento mejor —soslayó la mirada—. ¿Estás segura de que quieres seguir haciéndome compañía? Te agradezco la amabilidad hasta ahora, no cambiaré de opinión si…

—Encuentro agradable nuestra conversación, señor Eldegard, espero que no sea yo quien lo incomoda a usted.

—¡Por supuesto que no, muchacha! —sonrió el hombre y miró hacia el cielo con tranquilidad—. Es una verdadera lástima lo del premio de las flores, tiene mucho talento, espero que no se desaliente.

—Oh, no podrían quitarme el amor que siento por las flores, aunque perdiera cien concursos —tranquilizó la joven—. Es algo que me encanta y me llena de felicidad. Mire, todo empezó de niña…

Los ojos del hombre brillaron al contemplar aquella faz jovial y llena de alegría que se iluminaba sutilmente cuando hablaba de algo que le apasionaba. La mujer parloteó sin cesar por varios minutos, explicando con presura y sin ser cuestionada; estaba claro que no se detendría pese a que el señor Eldegard no mostraba el interés necesario como para ser aleccionado sobre ello; aun así, el hombre no hacía ademán de detener la lengua parlanchina que ya comenzaba a hablar sobre los nutrientes necesarios en la tierra.

—Veo que en verdad le encanta el tema de las plantas.

—Oh sí, apenas puse un pie en casa de mi marido y la llené de plantas y flores, es precioso como realza la casa una buena maceta y un florero bien arreglado.

—No lo dudo —El señor Eldegard llevó una mano hasta tocar su barba, alejando sus pensamientos hasta un punto desconocido que pronto compartió—: ¿Por qué no hace un negocio referente a ello?

—¿Un negocio?

—¿Cree que su marido se negaría?

—No —frunció el ceño—. Aunque jamás consideré algo relacionado con las plantas. —Ella sonrió de pronto, mirando ilusionada al caballero de la gran idea—. Creo que puedo hacerlo.

—¡Por supuesto que puede! —El hombre se dio una palmada en el muslo, enfatizando su alegría—. Me encantaría ser su socio, si me lo permite, aportaré el primer capital.

—¿En verdad? —La impresión se reflejaba en todo el rostro de aquella hermosa mujer—. Jamás pensé que… ¡Oh, se lo agradezco! Aunque claro, tendría que hablarlo con mi marido.

—Lo comprendo perfectamente, sin embargo, la proposición está hecha y me encantaría tener algo que hacer, una distracción.

—¡Se lo diré hoy mismo! —aseguró entusiasmada—. En nuestro próximo encuentro, traeré una respuesta.

—Es muy posible que regrese a Londres mañana mismo —se disculpó—. Pero dejaré mi dirección en la casa de sus parientes de aquí, así podremos encontrarnos o mandarnos misivas.

—Claro —la joven juntó sus manos—. Agradezco que se tome tantas molestias, pero no sabe lo feliz que me hace que confíe en mí.

—¿Quién no lo haría? Vi tu trabajo y sé que dará frutos.

Daira despegó los labios para agradecer una vez más, cuando de pronto escuchó su nombre de la voz de su marido. Poco le faltó para dar un salto en su lugar, se volvió hacia el hombre con una sincera disculpa en el brillo de sus ojos y corrió hacia el interior de la propiedad, presurosa ante el llamado de aquel caballero que ya era visible incluso para Augusto Eldegard.

Era fácil identificar al heredero de los Seymour; siendo tan alto, su cabellera rubia resplandecía como los rayos del sol y la tormenta en sus ojos era tan determinada como lo fueran los de su madre. Muchas mujeres le atribuirían sin dudar los apelativos de: apuesto, agradable y de un buen corazón.

—Veo que no pierdes la oportunidad de hablar con ella.

El conde de Melbrook encontró a Augusto Eldegard en la misma posición en la que Daira lo había dejado: sentado en las escalinatas que dirigían al jardín, con ambas piernas flexionadas.

—Es una chica impresionante —asintió sin conflictos—. ¿Tú qué me dices? ¿Cómo está tu mujer?

—Igual de fastidiosa que siempre. —El conde se sentó junto al hombre mayor y sonrió—. Las mujeres son un fastidio, pero definitivamente una como Daira sería agradable.

—¿Se quedará mucho más tiempo aquí, conde?

—Sí. El más que se pueda —asintió Mark Melbrook—. Tengo que estar cerca de mi hermana, no me gustaría que algo malo pasara.

—¿Es que ese bastardo la trata mal?

—No que yo sepa —se inclinó de hombros—. Aun así…

—Ya veo, así que jamás la superó —el mayor sonrió de lado—. Está perdido conde, lo que usted fantasea es una aberración para todas las normas sociales, incluso para mí es demasiado.

Mark sabía de sobra que sus deseos hacia su hermana eran de los más horrorosos pecados que un hombre pudiese cometer. Pese a que eran medios hermanos y que crecieron sin el afecto fraternal, el parentesco estaba y era razón suficiente para que él no debiera tener esos pensamientos. Sin embargo, le era imposible evitarla, al menos deseaba estar cerca de ella para admirarla.

Capítulo 25

Daira no encontraba el momento adecuado para hablar con su marido sobre la propuesta del señor Eldegard. Era de suponer que Jason no se mostrara renuente a la idea, cuando fue él quien le propuso hacer algo por cuenta propia, ¿qué mejor que incluso no tener que pedirle ayuda para sus inicios? Sería maravilloso crear algo que fuera de ella y para ella, sin intervención de otros… bueno, tan sólo del hombre que le dio la idea y propuso ser su socio.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan pensativa?

Los ojos grisáceos estaban clavados en la figura paralizada frente al espejo de la habitación que compartían. Ella ya se encontraba en camisón y bata, estaba preparada para ir a la cama, pero no lo hacía, atrapada entre un tumulto de pensamientos que Jason casi podía leer por su mirada concentrada en la nada.

—¿Mmm? ¿Dijiste algo?

—¿Qué te tiene tan distraída? —dijo divertido, colocando su bata sobre su ropa de dormir—. ¿Es que alguien te molestó?

—No, no. Todo lo contrario.

—¿A qué te refieres? —inquirió con seriedad.

—¿Recuerdas al hombre con quien hable en la fiesta de las flores?

—¿El hombre imaginario? —elevó una ceja burlesca—. ¿Se apareció de nuevo en tu campo de visión?

—¡Es real! —fingió sentirse ofendida—. Su nombre es Augusto Eldegard, es un hombre muy bueno y amable.

—¿Por qué no me lo presentaste?

Jason caminó hacia el lado de la cama que él solía ocupar, apartando las sábanas y las colchas.

—Bueno, se sintió un poco mal y lo tuve que acompañar al jardín.

—¿Disculpa? —El rubio se volvió a su mujer con una clara molestia en su mirada—. ¿Cómo que lo acompañaste al jardín?

—Se sentía mal, ¿Qué debía hacer?

—Internarte sola a con un desconocido no, eso no.

—No era desconocido, te digo que lo vi en la fiesta de…

—Quizá no fuera la primera vez que lo vieras Daira, pero definitivamente no lo conoces, me sorprende de ti —recriminó—. Dudas hasta de tu sombra, pero llega un hombre extraño y le complaces en todo lo que desea.

—Eso no es cierto. —Al comprender que Jason llevaba razón, tres líneas largas se formaron en su frente, comprendiendo poco sus acciones. No era normal en ella confiar en las personas con esa facilidad—. Es un hombre adulto, me habla con amabilidad y me reconoció como casada desde el inicio.

—¿Cuántos años tiene?

—Tendrá… cincuenta y algo.

—¿Crees que a esa edad un hombre dejó de desear a las mujeres?

—Pero él jamás… —Daira se adelantó dos pasos—. Nunca se me insinuó, me trata como a una hija, lo sé.

—Por favor Daira —chistó la lengua—. ¿Qué fue lo que te dijo que te tiene tan emocionada?

Para ese momento, ya no estaba tan convencida de querer contarle a su esposo sobre la propuesta del señor Eldegard, pero tampoco le parecía bien guardarle el secreto, tenían los suficientes para con el mundo como para que también los hubiera entre ellos. Eran un equipo y se debían mantener unidos, era necesario que ambos estuvieran en la misma sintonía para no descuadrar el plan creado.

—¿Y bien? —cuestionó de nuevo.

La postura de Jason se volvió repentinamente intimidante, con los brazos cruzados frente a su pecho, cejas inclinadas hacia sus ojos y líneas de molestia dibujadas por todo su rostro.

—Me propuso ser socios.

—¿Socios de qué?

—Jason, ¿podrías quitar esa postura y escucharme al menos? —pidió la mujer, sintiéndose exasperada de la inseguridad que le provocaban los ojos incriminadores de su marido—. Tan sólo me dio una magnifica idea sobre lo que quiero hacer.

—¿Y eso es?

—Las flores y las plantas me encantan, quisiera poder dedicarme a ello, me gusta decorar y si…

—Bien —la interrumpió pese a que la ilusión comenzaba a brotar no solo de sus labios, sino de todo su cuerpo—. Si es lo que quieres hacer, no te detendré, pero definitivamente no permitiré que ese hombre dé un centavo, soy tu esposo, lo haré yo mismo.

—Pero Jason —ella se adelantó y tomó su mano cuando él se dio media vuelta, queriendo entrar a la cama—. Esta era mi oportunidad de hacer algo por mí misma, sin depender de ti.

Ese escrutinio en el que la mantenía la enervaba al tiempo que le provocaba un escalofrío en el cuerpo. Pero conservó su garboso proceder, plantándose segura ante él, sin apartar la mirada pese a que su cerebro le indicara que lo hiciera.

—No lo entiendo —dijo severo—. Pero si no quieres que sea yo, entonces deberás buscar alguien de confianza. Este hombre ha tenido dos oportunidades de introducirse y lo ha evitado, me da una mala sensación, tal parece que en realidad no respeta que estés casada.

—Bien, acepto que no se ha presentado la oportunidad, le diré la próxima vez que se presente ante ti.

—Sigue sin agradarme, pero dejaré el tema por ahora.

La mano que ella mantenía presa buscó soltarse, así que Daira se lo permitió, observando sus movimientos para meterse en la cama, una acción que ya le parecía tan normal, que incluso la sorprendía en ocasiones. Jamás imaginó estar tranquila en la presencia de un hombre, mucho menos dormir con él.

Aquello le recordó algo importante, algo que pasó antes de partir a la velada de los Sanders. Le había dado permiso a su esposo de tocarla y de hacer prácticamente lo que él quisiese con ella. Se sonrojó fuertemente. ¿Es que acaso su marido lo habría olvidado? Quizá simplemente lo estaba dejando pasar o no estaba tan ansioso como ella por volverlo a besar.

Dejó salir un fuerte suspiro que bien se podría confundir con un quejido. Apartó el negligé y se metió del otro lado de la cama, girándose para no ver a su marido. Se sentía incómoda, el cuerpo a sus espaldas irradiaba calor, pero no era el mismo sentimiento reconfortante que siempre la invadía cuando estaba con él, no. De hecho, se sentía amenazada, no porque pudiera hacerle algo que no deseara, sino porque él parecía en verdad irritado.

Se giró para poder ver la espalda que se alzaba varonil, cubierta por una capa de seda negra que apenas contendría los fuertes valles y suaves bordes que delineaban el cuerpo que ella ya había admirado a escondidas en tantas ocasiones, le era agradable verlo, pero supuso que sería mucho mejor poder tocarlo.

Alargó una mano, acariciando la tela suave de la ropa de dormir de su marido, sintiendo la cálida sensación de su cuerpo traspasando la tela. Jason reaccionó enseguida por la frialdad de las yemas de los dedos de su esposa y por la caricia misma, dejó salir un quejido, girando la cabeza lo suficiente como para poder observarla, pequeña e indefensa, pero con una mirada tan determinada y firme que no pudo más que hacerlo sonreír de lado.

—¿Qué pasa? ¿No puedes dormir?

—Me resulta imposible cuando soy capaz de sentir tu irritación.

—Relájate, no estoy enojado. —Se recostó de nuevo.

—Jason… ¿recuerdas la conversación que tuvimos antes de irnos? —ella se sonrojó fuertemente. Tuvo que agradecer que la oscuridad de la recámara escondiera su vergüenza en aumento, sobre todo cuando él no contestó—. ¿Jason, estás dormido?

—No. —Su voz era clara, lejos de todo atisbo de sueño—. Te estoy escuchando.

—Entonces… ¿lo recuerdas?

—Sí. Lo recuerdo.

—¿Y… qué piensas?

Otro silencio atribuló aún más a la ya de por sí nerviosa mujer. El crujir de la cama y el roce de las sábanas se hizo oír ante el mutismo,

Jason hacía los movimientos pertinentes para acercarse a su mujer, ocasionando todo aquel ruido. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, el conde alargó una mano, rozando con suavidad la tela sobre las costillas de su esposa hasta poseer su cintura, acercándola de un jalón que la pegó de costado a su cuerpo.

—No estoy en contra de hacerte el amor Daira, pero me encantaría saber si lo haces por mero cumplimiento del deber, presión social o porque en realidad te gustaría experimentarlo.

—Q-Quiero hacerlo… —cerró los ojos y pasó saliva—. Contigo.

El conde se movió lejos de ella, se estiró hasta la mesa de noche y encendió la luz de la lámpara. Suspiró fuertemente y se volvió hacia la mujer recostada junto a él. Parecía dudosa, con miedo, subiendo la tela de la sábana para cubrirse el pecho, mas no apartó la mirada, Jason seguía teniendo esos impresionantes ojos sobre él.

—¿Estás segura?

—S-Sí.

—Entonces, ¿Por qué tartamudeas?

—B-Bueno, lo considero normal, al fin y al cabo… —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, es la primera vez que yo…

—Lo sé —se acercó, posando su frente sobre la de ella—, tendrás que confiar en mí, ¿crees que puedas hacerlo?

La mirada de aquella mujer se fijó en la de él por un largo momento y en medio del silencio, asintió un par de veces, acariciando las mejillas rasposas de su marido con las manos.

—¿Qué tengo que hacer?

—De lo único que tú debes encargarte es de indicarme si tienes miedo, si quieres parar o te duele algo —sonrió, inclinándose para besar la nariz respingada de su esposa—. Yo me encargaré de lo demás, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió nerviosamente.

—¿Tienes frío? —Jason observó su tembloroso proceder—. ¿Quieres que prenda la estufa?

—No —ella bajó la mirada y sonrió tímida—. Sé que en unos momentos no será necesaria.

Una ceja rubia se elevó lentamente ante esa respuesta.

—Muy bien —aceptó la osadía—. Muero por besarte.

—Entonces, no te dejaré morir —ella se levantó sobre sus codos, tomando los labios de su marido de forma desprovista que le causó gracia, obligándolo a posar una mano sobre las mejillas de su esposa, recostándola de nuevo en la cama.

—Eres más atrevida de lo que imaginé.

—¿Te disgusta? —sonrió, a sabiendas que no era así.

—Conoces la respuesta.

Daira sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo cuando los dedos y los

labios de su esposo comenzaron acariciar su cuerpo de forma embriagante que la obligaba a retorcerse, acercarse y suspirar. Sabía lo que se decía de Jason, siempre fue clasificado como un amante excepcional que podía hacer volar la cabeza de su acompañante, complaciente y contenido, una pareja de la que nunca te olvidarías después de haber estado con él.

Un ligero temblor la invadió cuando sintió que su mano cálida recorría sus piernas, levantando el camisón hasta sus caderas, donde se atoró y él no hizo nada más por continuar. Tomó una de sus piernas y besó la piel expuesta, subiendo a su abdomen, sus costillas, clavícula y cuello.

—Dime algo Daira —susurró, besando detrás de su oreja—. ¿Qué tanto sabes sobre el tema? ¿Qué has escuchado?

—M-Muy poco, p-pero si me lo explicas, bien puedo aprender a… a hacer lo que te complazca.

Las cejas del conde buscaron juntarse en una sola.

—No quiero que me complazcas, quiero complacerte a ti.

—Oh —ella se sonrojó—. ¿Por qué?

—Es mi deseo que disfrutes esto muchísimo —acarició su rostro—, porque presiento que estoy por volverme loco a tu lado.

Ella mordió sus labios y buscó dónde enfocar sus ojos para no mirarlo mientras decía lo que sabía sobre el acto amoroso.

—M-Me han dicho que eres… —cerró los ojos y tembló—, que eres muy bueno en esto, m-muchas mujeres susurran sobre usted, sobre lo controlado, complaciente y lo buen amante que es al logar ser capaz de… de apartarse para no concebir y…

—Muy bien, no digas más. —Jason cubrió los labios de su esposa con una mano cálida y fuerte. Daira clavó los ojos en el semblante apesadumbrado de su marido—. No te asustes, no estoy enfadado.

Jason apartó la mano lentamente y se agachó hasta hacer que ambas frentes estuvieran conectadas.

—¿No debí decir todo eso?

—Más bien, me gustaría que no lo supieras.

Jason bajó su cabeza hasta posarla sobre el pecho de su esposa, siendo consciente de su respiración acompasada y el regular palpitar de su corazón, le rodeó la cintura y la apretó contra sí.

—Eso sería imposible, escuchaba de ello mucho antes de casarme contigo. —Acarició su cabello, intentando consolarlo.

—¿Me vas a decir que nunca te lo echaron en cara desde que estás casada conmigo? —La voz de Jason sonaba angustiada, a sabiendas que sus muchas andanzas traerían desolación a su esposa gracias a las malvadas damas de la alta sociedad.

—Bueno, quizá me lo dijeron un par de veces —asintió, su voz era dulce y desinteresada—. Pero ¿Sabes en qué pensaba cuando me lo

decían? —Jason levantó la cabeza y la miró inquisitivo. Ella sonrió, agradecida de tener su atención y contestó—: en lo que sentiría cuando fuera yo la que estuviera en tus brazos y los celos que ellas tendrían cuando no pudieras apartarte de mí nunca más.

—Por Dios, claramente estás loca y eso me fascina.

No se dijo nada más, porque Jason la besó con tal intensidad que por poco y se roba el alma de la joven por medio de suspiros que Daira era incapaz de contener. No creía posible que se pudiera sentir tanto con un simple beso. ¡Incluso antes ya se habían besado! Pero jamás como en esos momentos, de hecho, sentía que Jason se estaba entregando plenamente a ella por primera vez y eso la ponía nerviosa, al mismo tiempo que alegre y agradecida.

Jason se dedicó a quitar el camisón del cuerpo de su esposa, el cual resultaba ser una molestia al privarlo de sentir la piel que fuera mucho más suave que la seda, más perfecta que cualquier piedra preciosa y más fresca que la brisa traída por el verano.

Cuando estuvo completamente desnuda, Jason se levantó y desabrochó su propia camisa de dormir, todo ante la atenta mirada de su esposa, quien incluso se levantó sobre sus codos para mirar mejor la forma en la que sus tendones se movían conforme los botones cedían, el pecho que se contrajo cuando se apartó la última de las telas y los ojos grises iluminados con un brillo amenazador que anunciaban el próximo ataque contra sus labios.

Pese a que lo esperaba, Daira se sorprendió cuando sintió la mano de su marido colocarse en su quijada, levantándole el rostro y exponiendo sus labios para ser devorados. Perduraron en aquella posición a medio recostar por unos momentos, pero entonces la mano de Jason se colocó en su espalda alta, pegándole a él para quitarle peso a los codos que la sostenían y volverla a recostar con suavidad, descansando sobre ella instantes después.

La separación de sus corazones era mínima, tan sólo unos centímetros de piel que no eran rival para el fuerte palpitar de ambos, ni tampoco para los labios que pasaron presurosos por el valle entre los pechos y bajaron hasta el abdomen que instintivamente se hundió ante la abrumadora sensación que la obligó a arquearse, estirando los brazos para atraerlo nuevamente a sus labios, abrazándolo con todas sus fuerzas al pensar que de pronto volaría lejos de ahí.

Jason cortó el beso apasionado que había estado dirigiendo y la miró preso del cariño. Le tomó las manos con las que ella acariciaba el vello rubio que se extendía suave y ligero por el pecho masculino y las colocó alrededor de su cuello, acercándose a su oído para poder susurrar palabras dulces antes de llevar a cabo la conexión que había estado anhelando desde hacía demasiado tiempo.

El cuerpo que se abrazaba a él se tensó y la boca de la cual se sentía

prisionero expiró un pequeño gemido, diferente a los de placer que había estado emitiendo hacía unos segundos. Jason sintió la mejilla de su esposa tocando la suya a modo de petición silenciosa, a la vez que las manos suaves y largas se deslizaron desde el cuello al que se había estado aferrando hasta el cabello rubio.

—Mírame Jason. —Él inmediatamente levantó la cabeza del hombro donde se había escondido y la miró sonriente, sonrojada, con ojos iluminados y dulces. Estaba tranquila y cada vez más relajada.

Jason inclinó la cabeza y la besó, preso de las sensaciones que lo hacía sentir. Buscó complacerla, fue su primicia de esa noche, pero al final, él había disfrutado como un loco, incluso se sorprendió por el hecho de que no fue capaz de controlarse por mucho tiempo, incapacitado de exponer sus artes amatorias, delegado a ser un fiel sirviente que se desmoronaba ante ella, preso del más puro deleite que lo dejó sin aliento, exhausto y rendido. Seguro que estaría decepcionada, no era ni la sombra de lo que se decía de él, aunque estaba seguro que era a causa de ella y eso le alegraba, porque el que no lograra controlarse quería decir solo una cosa: la encontraba tan fascinante que le era imposible pensar en lo que debía hacer, lo obligó a sentir y dejarse llevar.

Era el hombre más feliz al poderla abrazar mientras dormía profundamente gracias al agotamiento, relajada debido al cariñoso proseguir y tan suya que le provocaban tales sentimientos primitivos, que incluso le daba risa. La cubrió con las mantas y le besó los hombros, los brazos y el cuello. Pese a que estuviera dormida, se sabía incapaz de parar, lleno de una dicha que le impedía apartar los labios de su cuerpo y los brazos de su cintura.

Sentía que se desquiciaría de un momento a otro. No sabía cuántas veces escuchó a Lucca y al resto de sus primos decirle que no era más un muerto en vida; que podía comer, beber y respirar, incluso acostarse con mujeres, pero era incapaz de disfrutar, de sentir placer, ni siquiera era capaz de sentirse zaceado.

Pero cuando estaba con su esposa, no hacía falta hacerle el amor para sentirse pleno, feliz y satisfecho con la vida. Daira le brindó algo que sintió que había perdido. Le regresó la paz que necesitaba, gradualmente le devolvió su sonrisa sincera, los descansos prolongados y la alegría de ser padre. Dio un sentido a su vida cuando creyó que lo había perdido todo y jamás dejaría de agradecérselo.

Capítulo 26

Los días pasaban lentamente cuando se tenía el impedimento de salir de casa. Así era Inglaterra en el invierno, hacía un frío que helaba las ideas, congelaba la nariz, tapaba los oídos, partía los labios y hasta provocaba que los ojos lagrimearan. El viento procuraba robarse el alma de las personas que se atrevían a salir y no los perdonaba pese a que tuvieran capas y capas de abrigos. Sin mencionar que era imposible caminar debido a que la nieve cubría hasta la mitad de la pantorrilla y en ocasiones, si no se era cuidadoso, se podía caer en una profundidad helada de nieve acumulada.

Se debía agradecer que el sistema de calefacción de Eaton Hall fuera tan eficiente, incluso el área de los empleados estaba perfectamente acondicionada para los temporales invernales. El duque se cercioraba durante todo el verano y otoño que las casas de sus empleados y arrendatarios estuvieran en óptimas condiciones; el pequeño Jack había acompañado a su tío durante todo el proceso y su enseñanza fundamental era convertirlo en un ser humano respetable y no únicamente un propietario.

Jason trataba de mantenerse con calma con dichas enseñanzas, confiaba en su antiguo cuñado, sabía que era un buen hombre, en realidad quería a su hijo y debía prepararlo para su cargo. Sin embargo, el tener dos figuras paternas intentando enseñar su forma de ver su vida era complicado y Jason no quería que su hijo se confundiera, quería ser él quien lo llevase de la mano y no otro.

—Jason, ¿Qué te parecería dejar de refunfuñar para ir a patinar en el río cerca de aquí? —sonrió Daira, quien estuviera recostada en el sofá, admirando a su esposo vigilar a su hijo desde la ventana.

—No me agrada Daira —suspiró el hombre—. Es mi hijo.

—Jason, nadie te lo está quitando —sonrió la joven, levantándose del sillón en el que se encontraba para caminar hacia él.

Los ojos azules de la joven enfocaron a las figuras divertidas del duque y el pequeño Jack, pese a que no le dirigía la palabra, se comunicaba bastante bien con su tío. Daira apretó los labios para que no se transformaran en una sonrisa al ver los celos de Jason, se colocó detrás de él y lo abrazó, recostando su mejilla en la espalda fuerte.

—¿Daira? —Las manos largas del conde tocaron los brazos que lo envolvían, girando un poco la cabeza para lograr verla aferrada a él—. ¿Se supone que con esto intentas ser reconfortante? Puedo sentir cómo te ríes, eres mala en esto.

—¡Lo siento! —lo soltó, dejando salir una ligera carcajada—. Por favor Jason, no estés celoso de esa relación, eres toda la alegría de ese niño, te adora, siempre quiere estar contigo y lo sabes.

—Sé que es una tontería —asintió Jason—. Pero Jackson es lo único que es mío y que en verdad vale la pena. Es lo único que tengo.

La mujer compuso una sonrisa que rápidamente se disolvió al ser claramente forzada; algo en sus palabras logró herirla, aunque no sabía escoger qué parte de ellas. Dio un pequeño brinco cuando su marido soltó un fuerte bufido, colocándola frente a la ventana para después rodearla en un abrazo, ahora siendo él quien la envolvía desde atrás, depositando un dúctil beso en su coronilla.

—Siempre será tuyo Jason —susurró ella, logrando hacer un lado su amargura transitoria, ubicando su mente a ese momento y no en sus dudas y pesares—. ¿Qué dices? ¿Nos acompañarás?

—Sí, los veré allá después de que hable con John —asintió—. Pero vayan abrigados y tengan cuidado ¿de acuerdo?

—Siempre tengo cuidado cuando él está conmigo —aseguró.

—No estaba cuestionándote —levantó las manos en rendición, alejándose unos pasos de ella—. Creo que desde que tú estás en su vida ha avanzado a pasos acelerados, jamás pensé escucharlo reír en público, sin embargo, el otro día lo hacía con las gemelas.

—Avanza poco a poco —sonrió satisfecha—. No es el primer niño que cuido que sufrió un trauma que llegó a cohibirlo al completo.

—¿De qué hablas? —la miró extrañado—. ¿Crees que no habla porque está traumatizado? ¿Crees que permití que le hicieran daño?

—No dije que lo permitieras. —Ella se puso nerviosa ante la molestia de su marido, debía tener más cuidado cuando hablaba de Jack—. Aunque él tiene síntomas y jamás me has hablado de…

—Quizá porque no era necesario que lo supieras. —La voz de Jason era dura, él no solía hablarle así a nadie, mucho menos a su esposa, pero estaba enojado y había sido por una indiscreción de Daira—. El hecho de que te lleves bien con él no te hace su madre.

La joven dama dio unos pasos hacia atrás, no tanto por lo que le había dicho, que no dejaba de ser una realidad, sino por la manera en que se lo decía. Desde que los conoció, lo único que Daira hizo fue intentar ayudar a Jack, jamás haría algo que lo perjudicara o siquiera lo incomodara, pero tal parecía que se estaba extralimitando, Jason lo estaba dejando más que claro en ese momento.

—Lo siento —bajó la cabeza, sintiéndose una tonta por tomarse atribuciones únicamente porque su relación había pasado a la intimidad hacía no mucho. Pensó que eso los haría más unidos, pero estaba claro que no era verdad—. No debí decir nada.

—Concuerdo.

—¡Papá! —el niño entró a la habitación hecho una centella, contagiando su sonrisa al semblante serio de su padre—. ¡Mira papá!

—¿Qué tienes ahí Jack? —se acercó Jason, dejando atrás a su esposa, quien seguía anonadada en su lugar.

—Lady Daira, ¿ocurre algo? —El duque de Westminster dio dos pasos hacia la mujer de Jason—. Está pálida, ¿se encuentra bien?

—No se preocupe —sonrió, levantando una mano—. Estoy bien. Iré a ver dónde se encuentra lady Sophia.

—Bueno a estas horas está…

Ella no estaba realmente interesada en la respuesta, tan sólo quería salir de ahí lo más rápido que pudiera. Jason lanzó una fría mirada hacia la figura que abandonaba la habitación, para después volverse a enfocar plenamente en su hijo.

—Papá —susurró—. ¿Por qué se ha ido mamá?

—Tenía cosas que hacer —simplificó el hombre.

—Pero me dijo que iríamos a patinar.

—Seguro cumplirá, dudo que quiera decepcionarte.

—Mamá jamás rompe sus promesas —aseguró Jack—. Cuando me enseñó a contar me prometió darme a Bond y me lo dio.

—Tú… confías mucho en ella, ¿verdad?

—Sí —el niño se agachó hacia su cachorro, el cual apareció al escuchar la voz de su dueño—, mucho y la quiero mucho más.

—Ya veo que sí —Jason tomó a su hijo y lo sentó en su regazo con cuidado—. Jackson, ¿Alguna vez ella te ha hablado sobre tus problemas para comunicarte?

—Sí, mamá y yo hacemos ejercicios todo el tiempo —asintió el pequeño, distraído con su perro—. Ella lo hace también porque no puede cantar en público, ¿no sabías papi? Le da mucha pena.

Naturalmente que Daira mentía sobre ello, era perfectamente capaz de cantar delante de un grupo extenso de personas, pero Jason debía admitir que era una buena forma de empatizar con su hijo, hablarle sobre un defecto en común haría que él se esforzara tanto como lo hacía ella sobre el canto.

Estaba claro que se sobrepasó con ella, y tal parecía que no era el único que lo pensaba, puesto que John Ainsworth se acercó con una mirada funesta y cejas pegadas a los párpados. Estaba disgustado.

—¿Qué fue lo que pasó con tu esposa?

—Nada de lo que tú debas preocuparte —Jason se puso en pie, tomando la mano de Jackson—. ¿O también deseas meterte en los asuntos de mi matrimonio?

La forma en la que John movió su cabeza hacia atrás mostró la sorpresa que su rostro no reveló.

—No me estoy metiendo en nada, tan sólo estaba preocupado porque te estuvieras comportando como un imbécil —el duque levantó las manos en exasperación—. Pero parece que llegué tarde y de hecho lo hiciste. Deberías disculparte con ella.

Dicho esto, el hombre salió de la habitación, siendo perseguido por Bond y sucesivamente por Jack, quien soltó la mano de su padre para

aplaudir, intentando llamar la atención de Bond.

Jason aprovechó el tiempo de soledad para pensar en los últimos acontecimientos, reprochándose rápidamente su conducta agresiva hacia su mujer, quien no había hecho otra cosa más que ayudar a su hijo y a él mismo a reencontrar su camino hacia una vida normal.

Salió de la recámara sólo para encontrarse de golpe con ella, traía una buena cantidad de abrigos puestos y otra buena cantidad en las manos, seguro que eran para proteger a Jack del frío invierno al que se vería sometido al patinar sobre hielo, actividad que no había hecho hasta ese momento y no podía estar más entusiasmado por ello. Daira incluso mandó a hacer los patines para el pequeño.

—Daira.

—Lo siento, se nos ha hecho tarde, no quiero que se nos haga noche, refrescará demasiado.

—Ey —la intentó agarrar, pero ella seguía caminando de un lado a otro, tomando cosas y colgándoselas descuidadamente sobre el hombro—. Daira, lamento haberte hablado así, no debí.

—Sí, está bien —lo ignoró, buscando entre sus ropas algo que seguramente no existía, quería deshacerse de él, era evidente—. Ahora, si me disculpa, tengo que buscar a Jack.

—Por favor, ¿incluso piensas dejar de tutearme?

—Jamás debí sobrepasar mis límites. Yo creí que… —cerró los ojos y negó con la cabeza— no lo haré de nuevo, ahora…

—Daira, por favor —la tomó de los codos con delicadeza, acercándola a él a base de quejas y renuencia, provocando que ella dejara un rastro de ropas en el suelo—. ¿Al menos puedes escuchar?

—¡No! —se soltó, inclinándose para recoger las cosas que se le cayeron al suelo—. No quiero escucharlo, ha sido un grosero cuando yo sólo intentaba comprender lo que pasa con su hijo.

—Lo sé, ya lo sé —bufó—. El tema de Jack me pone de ese modo, no reaccioné adecuadamente, sé que haces todo por él.

Ella entrecerró los ojos y se cruzó de brazos. Parecía estar pensando en un insulto adecuado para él, pero fue rescatado por su hijo, quién repentinamente se colgó del vestido de la mujer, provocando que esta soltara nuevamente las cosas que traía en manos y por poco terminara junto a ellas.

—¡Cuidado Jack! —Jason logró agarrar la muñeca de su esposa a tiempo para que no azotara contra el suelo, por lo demás, terminó esparcido por tercera vez—. ¿Estás bien?

—Sí, bien —ella se apartó y recogió las cosas, en esa ocasión, colocando ropas sobre Jack, quien simplemente levantaba los brazos con una sonrisa, dejándose vestir.

—De acuerdo, sabes que debemos tener cuidado ¿verdad Jack? ¿sabes las reglas? —Daira levantó una ceja inquisitiva—. ¿Las sabes?

—Sí —asintió el niño.

—¿Cuáles son?

—No correr, no separarse de mamá, seguir las indicaciones y regresar en cuanto lo digas sin renegar.

—Buen chico —le guiñó un ojo y se enderezó, mirando a su esposo con frialdad—. Nos vemos luego.

—Creo recordar que me invitaste a ir con ustedes.

Los ojos azules de Daira pasaron de ser un mar en calma a una terrible tormenta en cuestión de segundos. Expuso su descontento de esa forma, más no se atrevía a decir nada que pudiera perjudicarla frente al niño que adoraba a su padre más que a nadie.

—Estará ocupado, mi lord.

—De eso nada, siempre me ha agradado pasar tiempo con Jack.

—¡Sí, Jack! —gritó el niño con entusiasmo.

—Los veré allá en un rato, como habíamos quedado.

—Ojalá no llegue jamás —murmuró ella cuando pasó a su lado, caminando rígidamente por todos los abrigos que tenía puestos.

La furia de su mujer combinada con un montón de abrigos que la hacían caminar de forma graciosa resultó ser una tortura para Jason, quien tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para no reír de ella al momento de salir de la casa con la única compañía de su hijo y el chofer que los llevaría hasta el lago congelado.

—Oye tú —lo incriminó una voz que para ese momento conocía a la perfección—. ¿Qué le has hecho?

—Pridwen —Jason suspiró y se volvió para verla bajar—. Una simple discusión de pareja, nada que ver contigo, hasta donde sé.

—Yo me puedo meter en donde sea, sobre todo cuando se trata de Daira —colocó sus manos en jarras—. Ahora, ¿me dirás lo que hiciste o tendré que sacárselo a ella?

—De mi no obtendrás nada. —Elevó ambas cejas—. Si me disculpas, tengo que hablar con John y alcanzar a mi familia.

—Sé que fue malvado con ella —le dijo con seguridad—. ¡Si la ha hecho llorar de nuevo me las cobraré!

—¡Oye rubia desteñida! —le gritó Adrien—. ¿Qué demonios haces? Deja de entrometerte en la vida de los demás, ¿nos dejaste colgados a Lucca y a mí por esto?

—Esto es más importante que un tonto juego de cartas.

—¡Ey! —Lucca se quejó desde el balcón que impedía su caída libre desde el segundo piso—. Tengo mucho dinero apostado ahí.

—El cual perderá, señor —sonrió la joven, volviendo a subir.

—Espero que lo arregles Jason —Adrien palmeó la baranda en la que estaba sostenido y subió detrás de su amiga.

Jason rodó los ojos y evitó el semblante de reproche de Lucca, su mejor amigo, el único que podría decirle lo idiota que era sin que se

pusiera a la defensiva, como lo había hecho con Pridwen hace unos momentos. Sabía que tenían razón, todos la tenían, pero no podían decirle que no lo intentó, trató de disculparse y ella no lo aceptó.

«Eres un verdadero idiota» se insultó a sí mismo y continuó con su camino hacia el despacho de su amigo.

⁂

En definitiva, los adultos deberían aprender más sobre los niños. La felicidad que Jackson experimentaba era incluso contagiosa, por un momento hizo que Daira olvidara la reciente pelea con su esposo y se enfocara en la tranquilidad de la naturaleza, la risa dulce del pequeño junto a ella y sobre el hielo bajo las navajas de sus patines.

Tenía que ser cuidadosa con Jack, aunque eso no evitó que se cayera un par de veces, pero aquello provocaba que el niño se levantara con más entusiasmo, agarrando con fuerza las manos de su madre para seguir intentándolo hasta que pudiera hacerlo solo. La perseverancia de un niño era increíble, al igual que su curiosidad por el mundo que lo rodea y su interminable búsqueda por la felicidad.

—Ven Jack, lo estás haciendo muy bien, casi logras quedarte tú solo en pie —sonrió la mujer, sosteniendo al niño por detrás.

—¡Mamá, me resbalo! —entonces cayó de nuevo, empapando un poco más la tercera capa de sus pantalones.

—¿Estás bien? —inquirió risueña, ayudándolo a levantarse—. Eres muy bueno cariño, casi lo logras por ti mismo.

—¡Lo intentaré de nuevo!

—Muy bien, pero practiquemos un poco, sabes a lo que me refiero, ¿Verdad Jackson?

—Sí, a que pueda hablar con más personas.

—Así es, ¿sabes por qué es importante, cariño?

—Para que haga amigos.

—Te gusta tener amigos ¿verdad? —Ella lo ayudó a resbalarse por el lago congelado—. Te veo feliz con las gemelas, imagínate si pudieras hablar y decirles todos los juegos que tienes pensados.

—¿¡Ya no sería todo el tiempo un dragón que las come!?

—Bueno, de vez en cuando lo serias, pero creo que tener un voto sería agradable, ¿cierto? Proponer tus juegos.

—¡Bien!

—Comencemos con lo que practicamos la vez pasada.

Así que, mientras patinaba, el niño practicaba frases amables para interactuar con los demás. Daira pensaba que saber qué decir podría ayudar al niño a tener seguridad de hacerlo en algún momento, aunque también cantaban o simplemente charlaban de sus intereses. Lo último era importante, puesto que así Daira sabía de qué hablar con él, al mismo tiempo que podía pasar la información a los demás.

Si todos hablaban de un tema que al niño le interesaba, sería más fácil que eventualmente se decidiera a intervenir.

—¡Disculpen! —gritó la voz de una mujer a una distancia considerable—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—Ven aquí, Jack —Daira cargó al niño y se acercó a la orilla del lago con gráciles movimientos de pies.

—¿Quién es mami? —el pequeño preguntó aterrado.

—Tranquilo, no pasará nada, estás conmigo —acarició su cabello con cariño, tratando de calmarlo.

Desabrochó los patines de los pies del niño, apartando la placa de madera con cuidado de no lastimarse con la navaja, de hecho, era un arma que pensaba utilizar en caso de peligro.

—¿Hola? —se escuchó la voz nuevamente.

—Jack, quiero que te agarres de mi vestido y no te separes de mí a menos que yo te lo diga, ¿entendido?

—Sí.

El niño parecía asustado, pero era mejor que lo estuviera, al menos esperaba que de esa forma le hiciera caso en lo que le indicaba. Era desafortunado que Carl estuviera esperando en el calor del interior de la carroza que los llevó hasta ahí. Aunque si gritaban, seguro que los escucharía y saldría a su ayuda.

—Ah, con que ahí están —sonrió una bella mujer—. Te llevo escuchando cantar por más de media hora, ¡me has salvado! Me quedé atorada en el bosque circundante.

—¿Cómo llegó hasta este lugar? Es propiedad del duque de Westminster, no creo que se pueda llegar aquí sin pensar en entrar en Eaton Hall —Daira pegó al niño a su cuerpo, protegiéndolo de la mujer que parecía tranquila.

—Si, supongo que venía con intención de llegar hasta la casa —miró en dirección al imponente castillo—. Viví aquí en algún tiempo de mi vida y pensé en regresar, no debes preocuparte por mí.

Los ojos de esa mujer se le hacían extrañamente familiares, pero no recordaba de dónde. Era una mujer bonita, de facciones refinadas, pero con la piel quemada, seguramente por una continua exposición al sol. Su cabello era largo y parecía un poco descuidado, sin embargo, seguía siendo bonito. Su cuerpo era curvilíneo y su vestido, pese a no ser ostentoso, era de buen gusto.

—Si gusta, puedo pedirle a mi chofer que la lleve hasta la casa.

—No, no quisiera interrumpir a su señor por un recuerdo infantil de lo que pensé que era un hogar —sonrió—. ¿Está el duque en casa?

—Sí, pasarán las Navidades y Año Nuevo aquí.

—Me sorprende que la duquesa no quisiera regresar a Londres —elevó una ceja—. Que recuerde, era su costumbre hacer una velada para todas las damas que fuesen parte de su revolución femenina.

—Lo hará aquí —explicó Daira, sin entender por qué le daba esa información—. Lo siento, ¿Cuál es tu nombre?

La mujer sonrió, desviando la mirada hacia el niño que asomó su linda carita de entre la tela del vestido de su madre. Había metido un dedo en la boca y su cuerpo temblaba aterrado, sin embargo, sus ojos eran calmos, escudriñadores, curiosos.

—¿Y quién es este pequeño? ¿Es acaso tu hijo?

—Eh… sí —era mejor dar esa respuesta.

—Hola nene, eres muy guapo, sin duda alguna mamá y papá heredaron la belleza a tus facciones.

Tímidamente, el niño sonrió, alejándose del rostro cercano de la mujer, escondiéndose más en el vestido de Daira.

—¿Eres acaso mujer de alguno de los primos de la duquesa?

—Así es —Daira se enfocó de nuevo en la intrusa—, estamos aquí debido a que el duque quiere enseñar a Jack para ser su heredero.

—¿Jack? —ella se sorprendió y miró al niño con interés—. Es un nombre muy hermoso… creo que estuve presente cuando se lo dieron hace ya tantos años, ¿no es el hijo de lord Seymour?

—Así es. —Daira se avergonzó, puesto que esa mujer conocía a la verdadera madre del niño, quedando ella como una mentirosa.

Sin embargo, no dijo nada para avergonzarla con ese hecho, simplemente sonrió sin apartar la mirada del pequeño, aparentemente hipnotizada por él.

—Dime Jack, ¿Te gusta venir a patinar? —El niño miró mal a aquella mujer y se escondió de nuevo—. ¿Qué ocurre?

—No se le permite hablar con extraños, él lo sabe —excusó.

—Comprendo —asintió—. Eres un niño bueno Jack, has crecido mucho desde la última vez que te vi.

—Señorita, si no le molesta, deberíamos regresar ya, si no piensa acompañarnos, entonces ha de seguir con su camino —pidió Daira con autoridad—. Aunque le ruego que salga de la propiedad si no quiere ser perseguida por la gente del duque.

—Entiendo, agradezco su amabilidad.

—¡Daira! —Se escuchó el grito conocido de Jason Seymour, que en esos momentos sonaba como el coro de los ángeles para su mujer—. ¡Daira! ¡Jackson! ¿Dónde están?

—¡Estamos aquí, Jason! —gritó Daira en respuesta.

La mujer frente a ella se puso nerviosa, miró de un lado a otro y se echó a correr sin previo aviso hacia un lugar incierto, perdiéndose entre la maleza del bosque. Daira se quedó con las palabras en la boca, definitivamente era una mujer extraña, le había dejado los vellos del cuerpo en punta. Tomó en brazos a Jack y esperó a ser encontrada por su esposo, quien los abrazó a ambos en cuanto los tuvo enfrente.

—¡Es tarde! —regañó, separando a su mujer de su pecho—. El mal tiempo iniciará pronto, tenemos que ir a casa ahora.

—Sí —ella meneó la cabeza—. Vamos.

—¿Qué ocurre? —Jason revisó con la mirada el cuerpo de su esposa e hijo, pero parecían estar bien—. ¿Por qué estás tan alterada?

—Nada, no pasó nada.

—Por favor Daira, si algo pasó, puedes dejar tu orgullo de lado por unos segundos para decírmelo.

—Había una mujer rara —informó el niño en brazos de su madre, estirándose para ser cargado por su padre.

—¿Una mujer rara? —elevó una ceja hacia su esposa—. ¿Qué quiere decir con ello?

—Una chica que se perdió, eso es todo.

—¿En medio de la propiedad de John? Me parece imposible, debe conocer muy bien la zona para lograr llegar hasta aquí.

—Es lo que pensé, incluso se lo pregunté, pero ella no contestó.

—Definitivamente no volverás a venir aquí sola —negó—. ¿Dónde está Carl? ¿Qué no debería estar aquí?

—Está en la carroza.

—Allí está bien —renegó sarcástico—. Vamos, los llevaré a casa.

Jason pasó un brazo alrededor de su esposa y acomodó a su hijo, permitiéndole recostar su cabeza en su hombro mientras regresaban. Daira podía haber reñido con su marido para que la soltara, pero su cabeza no podía dejar de dar vueltas con referencia a la mujer que se encontraron, algo en ella le era familiar y al mismo tiempo, completamente extraño, ¿dónde había visto antes esos ojos?

Capítulo 27

La noche había caído, así como la tormenta de nieve que Jason pronosticó. Eaton Hall estaba en silencio, la mayor parte de los empleados descansaban y los que no, estaban en el comedor, atendiendo las últimas demandas de sus señores antes de poderse ir a recostar en lo que sería un merecido descanso. Sin embargo, no toda la familia había bajado al comedor, Daira se reusó a abandonar a Jack, y decidió atenderlo personalmente, desde el baño hasta la cena que mandó pedir para la habitación.

—Mami, ¿Quién era esa señora?

—No lo sé, Jack —le acarició la mejilla—. Pero no debes preocuparte, te protegeré siempre, al igual que lo hizo papá.

—Daba miedo.

—Sí, es verdad, salió de la nada.

—Sabía mi nombre —dijo aún más asustado.

—Oh, no debes preocuparte por eso cariño, sucede que muchas personas saben tu nombre aún sin conocerte, eres importante.

—No me gusta.

—Con el tiempo lo comprenderás, por ahora, debes saber que nosotros te protegeremos de todo el que quiera hacerte daño.

—¡Yo te protegeré a ti mami! —Jack brincó a los brazos de su madre, recorriendo su rostro a base de besos.

—Te lo agradezco cariño —sonrió la mujer—. Vamos, si has terminado, es hora de lavarte los dientes e ir a dormir.

—¿Dormiré aquí mamá?

—Sí, ya te lo había dicho.

—Pero ¿y qué pasará con papá?

—No te preocupes, él tomará tu recámara si es necesario —le acarició el cabello y lo guío con suavidad hacia el baño.

Era la excusa perfecta para tener a Jason lejos de ella. No le perdonaría tan fácil el grito que le dedicó no sólo frente a Jack, sino también frente al duque, quién jamás apartó su mirada pesarosa de ella, seguramente sintiendo lástima por su situación; tal vez incluso comparándola con la melodiosa sintonía que existía con anterioridad con su hermana y ese mismo hombre.

Algo dentro de ella volvió a arder en ira, era un estremecimiento tan poderoso que incluso le provocaba dolor en el estómago, podía sentir como aquella frustración, molestia y dolor subían lentamente hasta llegar a su esófago, provocando incluso granas de llorar.

Tenía que tranquilizarse, no era bueno para ella y justo en ese momento, de nada le servía estar enojada, Jason ni siquiera estaba cerca y seguro subiría muy tarde; desde que llegaron Lucca, Adrien y

Pridwen a la casa, las noches se volvieron pequeñas festividades que eran intimas y reconfortantes en un invierno que hubiese sido muy aburrido sin la presencia de otras personas. Pridwen para Daira era una salvación y fuente de confianza, porque, aunque lady Sophia era agradable, no sentía la misma confianza que con su amiga.

Recostó al pequeño Jack, lo tapó hasta la barbilla y se metió junto a él, abrazándolo con cariño mientras le cantaba su canción favorita para antes de dormir. Daira adoraba ver su mirada dulce clavada en ella, imaginando que era un ser de otro mundo por tener una voz encantadora, el niño trataba de mirarla durante toda la canción, quedando dormido irremediablemente a la mitad de la misma.

La joven le dio un dulce beso, acomodándolo sobre la cama y acercando Bond a él, el cachorro se reacomodó en su nueva posición y siguió durmiendo plácidamente. Para Daira era un obstáculo más para Jason, esperaba que al ver a tantas personas en su cama lo hiciera comprender que no había cabida para él.

—¿Resolviste el problema con tu esposa? —inquirió Lucca, subiendo las escaleras junto a Jason.

—No. Creo que sigue tan molesta como cuando se fue.

—Y no lo dudo —sonrió el muchacho—. Me ha dicho Pridwen que eres todo un bruto con ella cuando quieres serlo.

—Esa mujer tiende a exagerar las cosas, aunque no puedo negar que tiene algo de razón, me extralimité con Daira, no debí hablarle de esa manera —aceptó, levantando las manos.

—Pensé que estaban muy bien, incluso me dijiste que al fin comenzaron una relación marital normal.

—Y así es —suspiró—, si ese no es el problema.

—¿Entonces?

—Daira es tan… —apretó los labios—. Tan perfecta.

—Y eso es malo, ¿por qué…? —elevó una ceja.

—¡Porque todo lo hace bien! —se exasperó—. Por el amor de Dios, nadie puede ser tan perfecto, ella no se equivoca y yo lo hago todo el tiempo ¡carajo! Me siento un idiota a su lado.

—Lo eres —sonrió su primo.

—Sé que lo soy, pero incluso cuando discutimos, ella parece siempre llevar la delantera —el hombre meneó la cabeza y pasó una mano por sus cabellos al recordar la imagen de su esposa—. Es siempre tan esplendorosa, dominada, manteniendo la calma, haciéndome parecer un loco mientras ella sigue en esa postura de reina inmutable y admirable.

—Jason —le tomó los hombros—. Sé que estás acostumbrado a lidiar con la locura, pero ni es lo normal ni es cómo deben ser las cosas ¿comprendes? Lo que tienes con Daira es bueno, no digo que no discutan, me preocuparía si no hubiera problemas, pero el que ella no

haga berrinches, grite y patalee no la hace insoportable.

—No dije eso.

—Es lo que entendí de todo tu discurso.

—Únicamente digo que no sé lidiar con ese tipo de reacción, ella es tan condenadamente orgullosa. —Caminó de un lado a otro y luego enfrentó a su primo de nuevo—. Me disculpé y ella sigue estando molesta ¿qué más quiere que haga?

—No sé, quizá hay algo más que no está diciendo.

—¿Acaso tengo que leerle la mente?

—Podrías preguntárselo —elevó una ceja—. No es tan difícil ¿Verdad? Cuando quieres hacer las cosas las opciones salen.

—La aprecio Lucca, no sé porque quieres hacer parecer que no.

—Sé que la quieres —el francés se cruzó de brazos—. Eso es evidente. El asunto es que le tienes miedo.

—¡Es ridículo! —por poco gritó—. No digas tonterías.

Lucca dejó salir una carcajada.

—Debo admitir que es una mujer intimidante, no sólo es hermosa, sino que tiene carácter y eso me agrada, sé que a ti también.

—Me gusta mi mujer, si es lo que intentas decir.

—Ve a disculparte Jason, corrige la situación.

Lucca dio una ligera palmada al hombro de su primo antes de seguir con el camino hacia su habitación. Jason por su parte, fue a tomar asiento a una silla que estaba por los alrededores, encendió un cigarro y se puso a pensar, distrayéndose de cuando en cuando para desear buenas noches a los huéspedes y dueños de la casa quienes pasaban a su lado con dirección a sus recámaras. Le era irritante no encontrar el mejor movimiento para enfrentar a su esposa, no comprendía como con ella todo parecía ser tan difícil.

Sin embargo, cuando estaban a solas, las cosas fluían y embonaban perfectamente el uno con el otro, se complacían, se conocían y comprendían sin requerir mucho esfuerzo.

Armándose de valor, Jason se puso en pie y caminó a su recámara, esperando que su mujer estuviese dormida; había llegado a la conclusión de que prefería lidiar con ella por la mañana. Lo que jamás se imaginó fue que habría un campo minado preparado para que él no pudiera pasar. En su cama no sólo estaba Jackson, sino que incluso el perro del mismo estaba dormido ahí. Parecían una gran familia feliz, todos juntos, sin dejarle espacio a él para que entrara. El mensaje de Daira era más que claro y debía admitir que podía ser bastante creativa a la hora de elaborar sus indirectas.

Sin embargo, no pensaba dejarla salirse con la suya, así que fue a encender una lámpara alejada para no incomodar a los durmientes y se acercó a su esposa, deslizando las manos debajo de su cuerpo y alzándola con cuidado hasta recostarla en su hombro.

—¿Qué…? —Daira intentó abrir los ojos sin mucho éxito—. ¿Qué haces? ¿A dónde me llevas?

—Ya que decidiste invadir nuestra cama con adorables polisones, tendremos que dormir en otro lugar.

—No quiero dormir contigo —dijo somnolienta.

—Lo sé, ¿Crees que no lo entendí?

—Jason, déjame en paz, quiero regresar.

—No, irás conmigo, lo siento, es lo que sucede cuando te casas con alguien —la apretó contra su pecho, sacándole un quejido.

Decidió quedarse callada, definitivamente no podía luchar contra la fuerza que Jason aplicaba para tenerla levantada, no sería de ayuda que pataleara y se quejara, sólo despertaría a Jack o propiciaría un golpe para sí misma. Lo mejor era esperar a que la soltara para colocarla en la cama, sería entonces cuando tendría una oportunidad.

Para su desdicha, parecía ser que Jason tenía contemplada esa posibilidad, así que la puso sobre sus pies, pero trabó la puerta como precaución para que no pudiera escapar. Daira lo miró con recelo, alejándose mientras él se acercaba con una sonrisa irritante.

—¿Qué pasa, mi lord? ¿Tiene alguna indicación o queja?

—Por favor Daira, déjate de tonterías.

—¿Por qué me ha encerrado aquí? —miró hacia la puerta—. Me está asustando, ¿quiere hacerme daño?

—No te atrevas a utilizar eso —la apuntó—. Sabes que jamás te haría daño. No intencionalmente, al menos.

—Eso es un amplio margen y queda a criterio —ella seguía dando pasos hacia atrás—, quizá usted diga que no lo hizo con intensión, pero igualmente me hizo daño, ¿Quién dice que fue intencional o no? Sería cuestión meramente suya y en dado caso ¿quién podría decir si es verdad o no más que usted mismo? ¿Es de suponer que yo he de aceptar que es verdad así sin más?

—Muy bien, preciosa —se acercó—. Estás divagando.

—Lo digo muy en serio.

—Daira, no fue mi intensión herirte y lo digo en serio. A la única persona que Jackson aceptaría como su madre es a ti —la miró pesaroso y arrepentido—. Te has ganado ese ese puesto, eres la mujer perfecta para ser su madre y mi esposa.

Daira mordió sus labios y ladeó la cabeza, buscando evitarlo en todo lo que le fuera posible. Se sentía abrumada por el cúmulo de sensaciones que buscaban tener el protagonismo dentro de sí.

—Me dio vergüenza —confesó en voz baja—. El duque me miraba con tanta lástima, como si jamás te hubiese escuchado hablarle de esa manera a nadie. Supongo que jamás le hablaste así a…

El hombre levantó una ceja, esperando a que ella continuara.

—¿A quién? —tuvo que preguntar debido a que Daira se negaba a

hablar—. No me digas que… —negó y cerró los ojos—: ¿Annelise?

—Sí. Supongo que con ella todo era perfecto, pero es injusto que incluso usted haga comparativas, estoy cansada de ser criticada —expuso con irritación—. No es lo que yo quería, pero ciertamente es lo que obtengo siempre al ser tu segunda esposa.

—Jamás te he comparado con ella. —Su voz era tajante y seca, tal parecía que quería dejar ese punto en claro—. Y para que lo sepas, Annelise y yo discutíamos todo el tiempo y por todo. Si John tenía esa mirada es porque le simpatizas, no era de lástima era de empatía.

Daira entrecerró la mirada, tratando de descubrir la mentira entre sus palabras condescendientes. No era una niña, no necesitaba que le mintieran para hacerla sentir mejor. Ciertamente haber intimado con su marido fue una mala decisión, ponía a flor de piel demasiados sentimientos y sensaciones que en ese instante le parecían irritantes.

Se daba cuenta que, gracias a ese acercamiento, esperaba más de él, prestaba más atención a sus acciones, a sus palabras, rebuscando significados inexistentes entre líneas, miradas o caricias, tratando de incluirse, de sentir que Jason la tenía en el pensamiento a cada instante y de forma elemental. Por lo cual, todo lo que dijera de alguna forma iba dirigido hacia ella, fuera por molestia o felicidad.

Era patético y no debió esperarlo, de hecho, no debió siquiera pensarlo. Era tonto que estuviera enojada con él cuando el trato había sido que no eran una pareja, en un inicio la intimidad ni siquiera estaba en la jugada, pero incluso aunque la tuvieron, jamás se habló de amor o lealtad, Jason seguía siendo tan libre como al inicio de ese matrimonio, no tenía derecho a exigirle nada.

—No debes decirme nada de esto —cerró los ojos al terminar sus cavilaciones—. Tienes toda la razón, no tenía por qué entrometerme en tus asuntos, estuvo bien que me lo hicieras notar.

—Eh… no es a dónde quería llegar —la miró confuso—. Te estás desviando aún más, ¿Qué demonios estás diciendo?

—Soy una tonta, eso es todo —sonrió extrañada e impactada por su propio comportamiento—. Exigí algo que no me corresponde.

—Daira —Jason se acercó a ella y la tomó por los codos para acercarla—. Te correspondía y está bien que estés enojada conmigo.

Ella sonrió dulcemente y meneó la cabeza de lado a lado.

—No, ya no estoy enojada —colocó las manos en el pecho de su marido para alejarlo de ella—. Como dije, está bien que volvieras a marcar las líneas entre nosotros, me confundí, eso fue todo.

—Daira…

—Fue un simple desbalance que surgió gracias a que nosotros… —se sonrojó—. Pero ya comprendí y estoy bien como estamos ahora.

—No me gusta hacia dónde va esto —los ojos grises recorrían el rostro refinado con angustia—. Daira, somos una pareja, es lo que

quería cuando te pedí que comenzáramos a acercarnos, esto que haces —negó con la cabeza—. No me gusta, no quiero que te alejes de mí cuando mejor estábamos ¿me comprendes?

—No. —Frunció el ceño—. ¿Qué quieres de mí?

—El que discutamos de vez en cuando no debe provocar toda esa maraña de pensamientos traicioneros, incluso si grito o me gritas tú, ninguno debe retroceder al límite de no sentirse parte de la familia.

—Es complicado y no lo entiendo —admitió.

—Un poco, pero así son las relaciones, preciosa, no hay más.

La boca rojiza y carnosa de la mujer se movió de un lado a otro, tratando de razonar las palabras de su marido. Tal parecía que la confusión formaría parte de su semblante a partir de que entendía lo que era tener una relación de pareja, estaba aprendiendo y sintiendo por primera vez todas esas emociones que en ocasiones podían ser tan dolorosas y traicioneras, conduciendo a las personas a la locura y al dolor profundo sin muchos fundamentos.

—Sigo sin comprender del todo —sinceró más relajada—. Pero será cuestión de irme acostumbrando.

—Así es, date tiempo.

—Entonces… ¿tengo razón de estar enojada?

—Lo sentiste ¿no es así?

—Sí.

—¿Quieres decirme el resto de las razones?

—No me nombraste como algo que valga la pena en tu vida.

—¿De qué hablas?

—Dijiste que Jackson era lo único que era tuyo y que valía la pena —lo miró dolida—. De alguna forma, yo sentía que también formaba parte de algo que tú querías y sentías tuyo… yo te siento mío, un poco.

Una sonrisa tímida y divertida se asomó por las comisuras de Jason al escuchar tal confesión hecha con determinación y sin una pisca de vergüenza. Daira no se avergonzaba de sus sentimientos y eso era impresionante, el hecho de que su orgullo no le impidiera compartirlo le fascinaba aún más.

—Soy tuyo —la besó rápida y tiernamente, apenas apresando su labio inferior—. Y cuando dije eso, me refería a algo que he hecho, Jackson es fruto de mí, pero ahora tú eres parte de mí.

—Es que… no sé cómo tomar esta nueva relación —aceptó, rozando su pecho con amabilidad—. No sé cuál es mi lugar.

—Tu lugar es el de mi esposa y el de la madre de Jack —la besó de nuevo—. Y todo el que quieras agregar a esa lista.

—Te detesto.

—¿Por qué? —la alejó únicamente para lograr verla mejor—. ¿Sigues molesta por lo que sucedió?

—Sí. Pero también por tu don para hablar —le tocó los labios y los jaló ligeramente—. Resulta ser un fastidio.

Jason dejó salir una carcajada, envolvió sus brazos alrededor de la cintura de su esposa y la recostó en la cama, preparado para besarla y hacerle el amor durante toda la noche si le era necesario. Haría cualquier cosa con tal de quitarle esas ideas locas de su cabeza. Desde hacía mucho tiempo que no pensaba en Annelise y eso era gracias a que Daira llegó a su vida y la llenó de luz y tranquilidad.

—Jack se mostró muy asustado por la presencia inesperada de esa mujer. —Jason, quien se encargaba de besar el abdomen desnudo de su esposa después de hacerle el amor, levantó la mirada y frunció el ceño—. No lo sé, a mí también me puso de nervios.

—¿Es que dijo o hizo algo? —Jason se acercó al rostro de su mujer, besándola detrás de la oreja—. No me gusta que salgan solos.

—Lo sé, pero jamás pensé que alguien se atrevería a internarse tanto en la propiedad, el río congelado no está lejos de la casa, las posibilidades de que alguien la viera eran grandes —Daira acarició el cabello de su marido cuando este se recostó sobre su pecho.

—Quizá esté loca.

—No lo parecía —la joven mordió sus labios—. Además, no apartaba la mirada de Jackson, dijo que lo conocía de cuando nació.

—¿Cómo? —Jason levantó la mirada.

—Sí —lo miró extrañada—. Dijo que estuvo presente cuando fue nombrado, dijo que lo recordaba siendo un bebé.

—Jackson no nació aquí —los ojos grises de Jason parecían perturbados—. Ni con servidumbre que nos conociera.

—Tal vez se refería a que lo conoció cuando lo trajeron aquí.

—Está extraño todo este asunto —asintió Jason—. Por si las dudas, no quiero que salgas sola en los días venideros.

La mujer se acomodó en la cama, tratando de encontrar la posición que le fuera más cómoda al tener a su esposo recostado sobre ella. No era que le desagradara, por el contrario, le gustaba sentir los brazos fuertes de Jason a su alrededor y solía quedarse dormida mientras le acariciaba el cabello y sentía su respiración contra ella.

Jason fue capaz de sentir cuando su esposa se durmió, él estaba tan cansado como ella. Ojalá pudiera cerrar los ojos y alejar de su cabeza todas esas preocupaciones que de pronto resurgieron.

Capítulo 28

En definitiva, Sophia Pemberton sabía cómo dar una fiesta, pese a que no fuera adepta a ellas, parecía haberse esforzado al máximo en esa ocasión. Daira tampoco consideraba que la mujer fuera de las que se emocionaba por las épocas navideñas, pero si se hablaba de la duquesa de Westminster, se podía esperar cualquier cosa.

No eran muchos invitados, desde hacía días que los caminos eran imposibles de transitar, por lo cual la familia Seymour no logró llegar; pero los que ya estaban en la casa y los amigos de los duques que vivían por los alrededores fueron capaces de deleitarse con una deliciosa cena, vinos de calidad y charlas entretenidas en medio de la algarabía de las fechas.

Las gemelas y Jackson eran los que más disfrutaban, siendo los únicos niños en la casa, no había persona conocida para ellos que no tuviera regalos con sus nombres debajo del gran árbol decorado. Jason no podía dejar de observar a su hijo, quien corría feliz con sus primas, de repente lo oía hablar con ellas, en voz baja y cauteloso de que nadie más lo escuchara, pero ese era un avance tremendo que le provocaban ganas de besar a la mujer que mantenía abrazada por la cintura, muy junto a él, donde le correspondía.

—¿Lo has escuchado Daira? —susurró en su oído—. Jackson habla con las niñas, en verdad lo hace.

—Creo que al fin se cansó de ser un dragón.

—¿A qué te refieres? —la miró divertido.

—Nada —ella volvió un poco la cabeza para poder verlo a los ojos, sonriendo dulcemente mientras recibía el beso de su marido en la sien —. Digamos que a Jack le gusta dar su opinión.

—Gracias, te lo debo a ti —la acercó un poco más, pegando la espalda de su esposa a su pecho—. Bond fue un buen inicio, pero todos los ejercicios que hace contigo son increíbles.

—No es nada, él progresa de esa manera porque tiene interés en hacerlo —dijo humildemente y miró con desagrado hacia una pareja —. Me gustaría que los Melbrook no hubiesen sido requeridos.

—Lo siento, preciosa, pero resulta ser que estaban en casa de los Sanders como invitados.

—Lo hacen a propósito, quieren atormentarme —Daira apretó su quijada—. Es un cerdo con una asquerosa fijación.

—Ey —la volvió hacia él con cuidado—. Estoy contigo y eso no va a cambiar próximamente.

Una sonrisa tranquilizadora salió de los labios de Jason, reflejándose en la mirada cristalizada de su esposa, quien le devolvió el gesto con desasosiego y volvió a prestar atención al juego que se

llevaba a cabo entre los adultos, siendo Pridwen y Adrien los protagonistas del escenario… como ya era usual.

—¡Basta, basta! —gritaba la joven rubia, empujando a Adrien, quien se burlaba de ella—. ¡Eres un tonto!

—¿Qué hice yo? La que hizo el ridículo fuiste tú.

—¡Eso ya lo sé! —se quejaba la mujer, cruzándose de brazos.

—Deberías estar avergonzada Prid —sonreía Lucca—. Ser vencida por un tonto como Adrien debe doler.

—¿Tonto dices? —lo miró el susodicho—. Jamás me has ganado en nada, primito, al menos que yo recuerde.

—¿Lo intentamos? —Lucca se puso en pie y la gente victoreo la rivalidad entre los primos.

Jason negó divertido, sintiéndose feliz en medio de su familia, incluso los condes de Melbrook no eran un impedimento para disfrutar la velada, era cuestión de mantener a su mujer a su lado, haciéndola sentir tranquila y mimada, como llevaba haciéndolo toda la noche. Notaba las miradas iracundas del conde, pero poco le importaba a Jason lo que una mente perturbada como la de Mark pudiera estar sintiendo en esos momentos. Al menos debía agradecer que hubiera limitado sus impulsos y jamás hiriera a Daira, porque de ser así, no podría perdonárselo, tendría que matarlo.

—¡Jason, Daira! —sonrió Sophia, con una de las gemelas en los brazos y junto a su esposo, quién sostenía a la otra—. ¡Es su turno!

—Veamos qué tan compatibles son como pareja —sonrió la señora Sander con desdén—, es su oportunidad de acallantarnos.

—¿Les enseñamos como se hace, preciosa? —sonrió Jason.

—¿Por qué no? —ella se inclinó de hombros y se acercó para besarlo fugazmente—. Demos una lección a todos los dudosos.

—Estoy más que interesada en verlo también.

«Esa voz…» Jason se volvió con rapidez, lastimando algunos músculos de su cuello.

—No puede ser…

—Hola Jason —sonrió Annelise.

—¿Qué…? —John se adelantó unos pasos—. ¿Annelise? ¿Cómo es esto posible? Yo…

—Sé que me buscaste John —sonrió con cariño y después volvió sus ojos a su marido—. Ambos lo hicieron.

Los duques de Westminster mostraron su impresión, dejando sobre sus pies a las pequeñas gemelas que corrieron hacia su tía.

—No puedo creer que estés aquí —John se adelantó y tomó a su hermana entre sus brazos, donde permanecería por un buen rato—. ¡Eres la persona más mimada y tonta que he conocido en mi vida!

—Lo sé, lo siento tanto. —Annelise volvió la cara hacia Jason, quien permanecía inmóvil junto a la que ahora era su mujer—. Sé que no

merezco que me escuches, pero…

—No puedes hablarme —dijo Jason. No era ofensivo, ni tampoco había gritado, pero era una orden clara—. Tampoco te quiero cerca, nos iremos mañana mismo de aquí.

—Jason —Sophia se adelantó unos pasos, tomando a su primo por los brazos—. Por favor, esto no tiene nada que ver con Jackson.

—Tiene todo que ver con él —la voz seguía siendo firme—. Daira, por favor, toma a Jackson, no necesitamos estar aquí.

Sin embargo, era imposible para su mujer moverse, porque ahora lo comprendía todo. Esos ojos eran iguales a los del duque, por eso los reconoció en aquella ocasión, esa mujer era la madre de Jackson y por eso mismo mostraba interés en él, explicaba su falta de miedo por ser atrapada en la propiedad y la razón de que la conociera tan bien. Esa mujer en el río era Annelise, siempre lo fue.

—Jason, no tomes medidas ahora —se adelantó la hermana del duque—. No me quedaré aquí, si es tu preocupación.

—Me importa poco donde te quedes, estás cerca y con eso es suficiente para que yo me vaya. Debiste quedarte donde estabas.

—Pensé que no sabías que estaba viva —recriminó.

—¿Qué no lo sabía? —Jason parecía a punto de explotar—. Eres ingenua si crees que tu hermano no lo sabía también.

—Pero creí…

—¡Basta! Dije que no quería escucharte, no quiero verte, para mí es como si siguieras muerta —la apuntó con desprecio y tomó la cintura de su ensimismada esposa—. Vámonos Daira.

—Eras tú… —susurró la joven, con un tono oscilante entre el impacto y la recriminación—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No era necesario Daira —Annelise dibujó una pequeña sonrisa.

—¿Te burlabas de mí?

—No —meneó la cabeza suavemente—. Fue una casualidad que los encontrara en el río, te lo aseguro. Dije la verdad, no es seguro que estés paseando sola por la propiedad de esa manera.

Daira estuvo por hacer otra pregunta, pero entonces sintió como un pequeño niño se abalanzaba sobre ellos, tomando una pierna de Jason y una de su madre, quedando con la cabeza en medio de ellos. Su esplendorosa sonrisa se difuminó al ver la seriedad en la que los adultos se encontraban.

Los ojos grises del pequeño buscaron los de su padre, tratando de obtener alguna respuesta, pero no la obtuvo, la única reacción que dio su padre fue tomarlo en brazos, obligarlo a recostar la cabeza en su hombro y caminar directo hacia la salida del salón.

—¡Daira! —gritó al fin para que su esposa lo siguiera.

—Ve —pidió Annelise—. Por favor, ve con ellos.

Con un meneo de cabeza, Daira fue capaz de enfocarse de nuevo,

apurándose a seguir a su esposo hacia la habitación. Annelise vio desaparecer al hombre que una vez fue su familia, con quien tuvo un hijo precioso y al que hirió de todas las formas imaginables. Sin embargo, no había otro lugar al que pudiera ir.

Las miradas incriminatorias estaban sobre ella, apuñalándola mientras no veía, tratando de asesinarla. No era para menos, Jason era el primo de muchos de ellos y de otros, era un buen amigo. Rebuscó entre la gente caras conocidas, sabía quiénes eran los Sanders, los Relmin y también reconoció a los Melbrook.

—Eres valiente en regresar Annelise —Lucca se cruzó de brazos, bufando como un toro enojado—. Pensé que Jason se libraría de ver tu feo rostro de nuevo.

—Lucca, por favor —pidió Sophia, a sabiendas que John no permitiría tales insultos contra su hermana, mucho menos en su casa.

—Sé que están enojados.

—¿Enojados dices? —Adrien apretó los puños—. Eso no es nada, ¿por qué regresaste Annelise? ¿Oliste su felicidad?

—No quiero arruinar nada para él.

—¿Lo dice en serio? —Pridwen se adelantó con inocencia—. ¿En verdad no quieres arruinar la vida de Daira?

—Prid —Adrien tomó a la mujer y la colocó detrás de él—. No hables con ella, es una embustera y una…

—¡Basta! —John cerró los ojos—. No lo permitiré y lo saben.

—Yo parto mañana con los Seymour —informó Lucca y miró a su primo—. Supongo que nos seguirás Adrien.

—No veo razón para quedarme.

Annelise recurrió a la defensa que era cerrar sus ojos, evitando las miradas asesinas que los primos de Jason le estarían dirigiendo al momento de pasar a su lado. Entendía su reacción, pero no tenía por qué presenciarla.

—Será mejor que todos vayamos a descansar —sugirió Sophia con un tono alterado en su voz, mirando a las familias que no estaban emparentadas con los Bermont.

Los invitados salieron en medio de habladurías que Annelise era capaz de escuchar, incluso pudo ver a lord Melbrook, lanzándole una mirada interrogante que logró avergonzarla, viéndose en la necesidad de bajar la cabeza y esconder su sonrojo.

—¿Qué demonios Annelise? —se acercó Sophia—. ¿Por qué?

—Lo siento Sophia, no quise…

—Es una completa locura —amonestó John—, pese a que me dé gusto verte, era de esperarse la reacción de Jason.

—Lo sé, no era mi intensión removerle la herida.

—¿Qué esperabas que sucediera? ¿Por qué te presentaste así? —cuestionó Sophia, a punto de la histeria, siendo detenida por las

manos de su marido para que no fuera a estrangular a su hermana.

—Mi amor, sería buena idea que llevaras a las niñas a dormir.

—¿Me estás corriendo? —lo miró impresionada.

—Sí, es lo que hago —aceptó—. Déjame hablar con ella.

—No lo puedo creer. —Era claro que estaba ofendida, pero John no cambió de parecer pese a la súplica silenciosa de su mujer—. Bien, espero que disfruten de una larga conversación, porque no hay cabida para nadie más en la recámara.

El duque suspiró, viendo a su familia partir en manos de una enfurecida mujer. Sonrió y negó un par de veces. Sophia cumpliría la promesa, era más que seguro que él no dormiría en su habitación, aunque dudaba que pudiera conciliar el sueño a partir de ese momento. Miró a su hermana, estaba tan cambiada que por poco y no la reconocía, se acercó a ella y la abrazó de nuevo.

—Jamás podría rechazarte Annelise, quita esa cara de miedo.

—¡Oh, John! —lo abrazó de regreso—. ¡Te quiero tanto!

—No fue lo que dijiste cuando te marchaste.

—Lo sé, fue una de las razones por las que tenía que volver.

—Han pasado demasiados años Annelise, espero que sepas inventar una mentira mucho mejor.

—Sí —ella se avergonzó—. Aunque en serio te eché de menos.

—Eso lo sé. —John revolvió sus cabellos y sonrió—. Espero que tengas mucho que contar, porque Sophia en verdad no me dejará entrar en la habitación.

Una melodiosa carcajada salió de la garganta de Annelise y asintió, tomando la mano de su hermano y llevándolo hasta la habitación que fuera de ella y siempre sería de ella.

—En realidad, tú también tienes mucho qué contarme.

⁂

En la habitación los Seymour se encontraban reunidos el resto de los primos Bermont, incluso Sophia y la misma Pridwen, quien se encargaba de mantener cuerda a Daira que seguía sin hablar y mantenía la mirada baja, fija en un punto a la distancia. Tal parecía que cuando acabó sus labores como madre, no hubo más distracciones y tuvo que afrontar sus pensamientos

—No entiendo qué es lo que quiere —dijo Lucca—. Si se fue, entonces debió quedarse desaparecida, es lo mínimo que podía hacer.

—Concuerdo, no tiene razón de venir aquí.

—John sigue siendo su hermano —trató Sophia—. Sabe que él jamás la echaría de esta casa.

—Por favor Sophia —chistó Adrien—. Tenía el conocimiento de que Jason estaba aquí, quería fastidiarle la vida.

—Pensé que esta mujer estaba muerta —dudó Pridwen.

—Lo está —dijo la voz cortante de Jason.

—Claramente no —Adrien miró a su amiga—. Se marchó de casa hace mucho, pensábamos que no la volveríamos a ver.

—Oh —Pridwen se avergonzó—. Lo siento por mencionarlo.

—Es normal que lo hagas —Lucca miró a su primo y mejor amigo —. ¿Qué prosigue? ¿Te irás y listo?

—No sé qué más puedo hacer, no quiero que esté cerca de Jack, apenas está teniendo avances, no dejaré que lo arruine todo. — Entonces lanzó una mirada a su esposa, quien permanecía en medio del mutismo y lo que parecían pensamientos turbulentos.

El resto de los primos siguió la mirada de Jason, notando que era el momento de dejar a la pareja en soledad. Debían hablar y seguramente sería una conversación complicada. Los primos se despidieron y tras arrastrar a Pridwen para que dejara atrás a su amiga, la pareja se quedó en soledad.

—Daira.

—Se burló de mi ¿no es cierto? —lo miró enojada—. Me creerá una idiota, una aprovechada como lo hace el resto de la sociedad.

—Ey —se acercó a ella—. No hagas caso de esas tonterías, nosotros sabemos lo que tenemos y es lo único que importa.

El leve asentimiento de cabeza daba a entender que ella no olvidaría el tema con esa facilidad, pero no había nada que Jason pudiera hacer para mejorar la situación, él mismo era un complejo cúmulo de emociones que era incapaz de poner en palabras.

—Vamos a dormir —propuso Daira—. Nada podemos hacer ahora Jason, tratemos de recuperar fuerzas.

—Supongo que es buena idea.

Cada uno por su lado fue a cambiarse de ropas, colocándose algo cálido y cómodo para dormir. Daira se encargó de poner la estufa y después apagó las luces, recostándose en la cama en medio de un silencio inquietante, ninguno deseaba compartir sus pensamientos, creyendo que, al exponerlos con su pareja, únicamente ocasionaría más ansiedad y nada de consuelo.

Fue Jason quien se dio por vencido y se movió primero, girando su cuerpo para encontrarse con el de su esposa, envolviendo sus brazos a su alrededor y recostando su cabeza en su abdomen, como solía hacerlo. Daira bajó los ojos hasta toparse con el reluciente cabello rubio de su marido, ligeramente crecido y ondulado. Nada le impidió pasar los dedos por la sedosa mata y masajear la cabeza de su marido, él incluso soltó un gemido placentero ante la caricia.

—Habla conmigo Jason —suplicó su esposa—. ¿De qué sirve tener una relación si no podemos liberar el estrés con el otro?

—Estoy abrumado —sinceró—. No sé qué pensar.

—¿Sentiste algo… cuando la volviste a ver?

—Nada positivo —aseguró—. Si no hubieran estado Jack y tú ahí, seguramente habría intentado asesinarla.

Se abrazó un poco más a ella, asfixiándola, pero sin recibir quejas.

—¿Qué fue lo que pasó entre ustedes? —Daira sintió un revolcón en su estómago, algo poco agradable. Una angustia incrementó en su interior, pensando que él volvería a enojarse y le hablaría como en aquella ocasión cuando quiso conocer del pasado de Jack—. Lo siento, supongo que no es algo que debiera preguntar.

—No. Es mejor que lo sepas —suspiró y se levantó para mirarla a los ojos—, porque quiero que comprendas que nada cambiará entre nosotros ni en nuestra familia. Seguiremos siendo tú, Jackson y yo.

—Pero ella es su madre.

—No debes preocuparte por eso —dijo con amargura—. Ella jamás quiso ser su madre.

—No comprendo.

—Pocas personas lo harían —asintió, se sentó en la cama y encendió la luz de la lámpara—. Es una historia complicada.

—Aun así —ella se enderezó también—, quiero escucharla, si no te molesta contarla. —Mordió sus labios—. Por como llevabas las cosas, pensé que estaba muerta, jamás creí otra cosa.

—No es de mis historias favoritas —aceptó—, evité el tema en todo lo posible. Pero creo que en este momento no hay opción.

—Ella… ¿Los dejó?

—Sí —dijo con dificultad, mirando a su mujer—. Nos enamoramos rápido y nos casamos con igual prontitud, se podría decir que nos precipitamos, pero en realidad era lo que tenía que pasar. No fue de la mejor manera en la que llegamos a tener una relación, John casi me mata al faltarle la honra a su hermana.

—¿Faltarle? —Daira frunció el ceño—. ¿Qué fue lo que hiciste?

—Bueno —Jason rascó su cabeza—. Digamos que nos saltamos algunos pasos, hicimos cosas que sólo deben hacerse de casados.

—Así que se acostaron antes de tiempo —comprendió la mujer.

—Sí —el hombre se sonrojó—. Por Dios mujer, podrías ser más discreta con esto, me avergüenza tener que decirte esto a ti.

Daira sonrió con cariño, alargando su mano para tocar las mejillas de su marido, consolándolo y agradeciéndole de esa manera.

—Sabía que no era tu primera esposa Jason —dijo con obviedad—. Sin mencionar que tienes una larga reputación que daba a entender que sabías lo que se hacía en la habitación.

—¡Basta! —cerró los ojos y extendió una mano hacia su mujer, pidiendo silencio con respecto al tema—. Continuemos con la historia —pidió—. Nos casamos y por un largo tiempo, estuvimos bien, sólo éramos nosotros dos, el verdadero problema comenzó cuando Annelise quedó embarazada.

—¿Verdadero problema? ¿Tenían problemas antes?

Jason sonrió de lado.

—Ella estaba acostumbrada a hacer su voluntad —suspiró—, es una mujer caprichosa y narcisita, incluso hedonista; John solía mimarla de más debido a que pasó gran parte de su vida en soledad.

—Seguro que fue difícil para ella.

—No lo dudo —asintió Jason—. Pero todos afrontamos dificultades, tú estuviste gran parte de tu vida atrapada con un medio hermano que te deseaba y eso no te ha convertido en alguien malvado.

—¿La consideras malvada?

—No lo sé… —suspiró—. No. Supongo que simplemente estoy enojado. No logré comprenderla, sigo sin hacerlo, pero no creo que la convierta en una persona mala, complicada tal vez.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Digamos que experimentó la libertad por primera vez y de la mano de la persona más irresponsable —elevó una ceja—. En ese entonces, yo también estaba descontrolado, sin obligaciones, estrés o preocupaciones… pero quedó embarazada.

—Lo dices como si lo hubieran tratado de evitar.

—Así parecía —admitió—. En un inicio intentamos evitarlo de las formas que sabíamos, pero después pasó a segundo plano y simplemente disfrutábamos de nosotros, no hubo niños por mucho tiempo, pero de un momento a otro la noticia llegó.

—¿No fue motivo de alegría? —frunció el ceño.

—Yo estaba contento, no había razón por la cual no estarlo.

—Pero ella no estaba igual.

—Al inicio estaba muy feliz —recordó Jason—. La presión de la sociedad por su falta de embarazo se esfumó y remplazó por halagos y preguntas referentes al próximo bebé. Una madre se alegraría ante el buen recibimiento de su hijo, pero creo que para Annelise, el tema del niño en su vientre era igual a que le robaran el protagonismo.

—¿Se enfadaba porque le pusieran más atención a lo referente con el bebé que a ella?

Jason asintió.

—Llegado al punto en el que no soportaba que se mencionara el tema —su voz sonaba cada vez más desanimada—. Traté de comprenderla, de ayudarla, la llevé con médicos, incluso le concedí no hablar del niño; pero nada funcionó, ella simplemente se ponía peor y más agresiva con el hecho de estar cambiando a causa del bebé.

—¿Se enojaba por los cambios de su cuerpo? —trató de comprender Daira—. ¿Es que acaso tú le decías algo?

—Por supuesto que no. Ella se obsesionó, no le agradaba cómo se veía, no soportaba sentirse mal, todo lo referente al embarazo era causa de enojos, llantos y estrés, no solo para ella, sino para todos —

explicó—. Publio me dijo que en algunas mujeres era normal afrontar esa clase de reacciones, aseguró que con el nacimiento ella mejoraría.

—¿Y lo hizo?

—No. Creo que empeoró —se tomó la frente con fuerza, como si intentara evitar una migraña—. No quería ver al niño, no soportaba oírlo llorar, jamás lo cargó y mucho menos alimentó.

—Eso… ¿es normal?

—Publio tuvo algunos casos similares, era cuestión de que la madre entendiera que el niño era suyo y que lo amaba, Annelise incluso pensaba que Jackson la odiaba —negó con una sonrisa—. Era un bebé, no podría rechazar a nadie, pero ella así lo sentía. Hicimos de todo, en serio, lo intenté. Al final ella me pidió no tener más hijos y eso conllevaba no más intimidad y lo acepté.

Daira levantó una mirada llena de impresión.

—Jamás había escuchado de un amor tan fuerte y sólido.

—Me necesitaba —apartó su cara de entre sus manos, que no paraban de masajear sus ojos—. Sabía que algo andaba mal, algo dentro de ella se rompió y yo ansiaba repararlo.

—Seguro que ella lo aprecia ahora que está mejor.

—Dudo que lo recuerde —meneó la cabeza—. Lloraba todo el tiempo, no quería levantarse de la cama, quería estar sola y apenas ingería bocado… fue terrible.

—Lo lamento.

—Pero mejoró y pensé que todo iría bien. Annelise no se acercaba a su hijo y eso parecía ponerla de buen humor, así que propicié que no hubiera muchos encuentros entre ellos. —Jason miró hacia el techo lleno de frescos hermosos—. Parecía que ella quería olvidar el hecho irrefutable de que tuvo un hijo. Seguía con su vida normal, salía de fiesta, bebía, organizaba veladas, hacía lo que quería.

—¿Volvieron a ser una pareja?

—Eventualmente me permitió volver a su recámara y una noche, ella dijo que tenía la solución de nuestros problemas —pasó una mano por sus labios, para después rascar su quijada—. Dijo que podíamos volver a tener intimidad.

—Volvió a quedar embarazada, ¿verdad?

—Sí —Jason volvió a inclinar su cabeza para que quedara atrapada en una de sus manos—. Esa vez incluso me odiaba a mí, no me soportaba, me gritaba, no quería al niño y una noche, decidió acabar por sí misma con aquello que le causaba dolor.

—Oh… Jason lo siento en serio.

—Annelise estaba muy mal, no sabía lo que hacía —dijo de inmediato—. De alguna manera me esperaba que escapara, aun así, la perseguí por un año, dejando a Jack al cuidado de otros cuando era a mí a quien necesitaba —sus manos se hicieron puños—. Seguro sintió

el abandono, tendría dos años entonces, era apegado a mí más que nadie y lo dejé atrás para seguirla.

—Y cuando la encontraste —Daira se adelantó y tomó la mano de su marido, apretándola con cariño—, no te gustó lo que viste, ¿cierto?

—Por Dios, no. —Soltó la mano de su mujer y cubrió su rostro, llorando por primera vez desde que se conocían—. Fue… impactante.

—Jason, lo lamento tanto. —Daira se arrastró por la cama hasta que pudo abrazarse a la espalda de su esposo, besando su hombro descubierto y recostando la mejilla en él—. Pero no te reproches tus acciones, actuaste conforme a tu corazón y eres un excelente padre, el cariño que Jack tiene por ti lo demuestra.

—Es mi culpa que no pueda hablar —dijo pesaroso—. Dijiste que debió ocasionarlo un trauma, sé cuál es ese trauma.

—Dudo que sea el que te fueras.

—Tuvo que ver —aceptó, descubriendo su rostro—. Pero ella le gritaba todo el tiempo cuando queríamos acercarlos, Annelise no lo soportaba y el niño lloraba siempre; aun así, seguí intentándolo hasta que ella se marchó y fue cuando lo dejé solo, a merced de personas que lo maltrataron al no haber nadie que lo protegiera

—Jason, tratabas de ayudar a tu esposa y pensaste que era lo mejor para tu hijo, no es tu culpa, jamás harías daño a Jack, lo sé.

Los ojos grises del hombre se iluminaron, lo invadió una calma y una paz que siempre sentía cuando Daira estaba cerca. Su voz tranquila, sus ojos cariñosos y sus toques reservados eran lo único que él necesitaba para sentirse mejor, enfocado y fuerte.

—Por Dios —la abrazó, ocultando su rostro en su abdomen—. Tenemos que irnos de aquí en seguida.

—Está bien —sonrió Daira, acariciando su cabello—. Nos iremos, todo estará bien.

—Quédate a mi lado Daira, pase lo que pase, tienes que quedarte a mi lado —suplicó—. No puedo seguir dando más pasos en soledad.

—No me iré, lo juro.

Jason cerró los ojos. Quería creerle, pero ya antes se lo habían prometido y todo había resultado de la peor manera. No quería perderla y, de hecho, algo que lo aterraba era que su mujer quedara embarazada, no soportaría que ella lo despreciara como Annelise.

Capítulo 29

Al fin había llegado abril, no es que Daira tuviera preferencia por algún mes en específico, pero agradeció cuando el sol dio muestras de hacer algo más que dar luz y brindó un poco de calor. Pese a que ella fuese de Dinamarca, odiaba el frío, cuando escapó de casa, lo primero que hizo fue ir a un lugar soleado, donde incluso sudara.

Aquello tampoco fue una de sus más grandiosas ideas, aunque consideraba que Londres era un poco peor que su fría ciudad natal, puesto que el clima normal ahí era lluvioso y se seguía necesitando tener encima prendas que conservaran el calor corporal, pero al menos se deshicieron de las pieles y los abrigos brumosos.

En esos momentos, Daira caminaba con Jack tomado de la mano, el niño se divertía por las calles, saludando con la mano a las personas que sonreían hacia él y se inclinaban respetuosos ante la presencia del pequeño niño que heredaría no sólo el marquesado de los Kent, sino el ducado de los Westminster.

—La gente quiere a Jack.

—No estaría mal que les dirigieras un hola de vez en cuando.

—Bueno —dijo desinteresado, inclinándose de hombros.

No se podría saber si Jack hablaba en serio o no, pero Daira tendía a no cuestionarlo demasiado y simplemente fluía con él. Caminaron presurosos por Oxford Street, entrando a un local que seguía sin tener letrero y estaba a medio construir en el interior.

—¿Archivald? —la mujer rebuscó con la mirada—. ¿Archie?

—Aquí arriba Daira —sonrió el rubio, saludándola desde un segundo piso—. Vamos, sube, tengo algo que mostrarte.

La joven sonrió, tomó con fuerza la mano de Jack y lo obligó a seguirle los pasos, puesto que el niño ya se había distraído con unas plantas que se encontraban en la parte de abajo.

—¿Archie?

—¿Qué te parece? —extendió sus manos, mostrando una oficina con las paredes de vidrio—. Es para que la gente te vea trabajar, pero no te interrumpa mientras lo haces.

—¡Me encanta Archie! —sonrió la joven—. No pensé que estarías tan entusiasmado con la idea.

—Claro que sí, me agrada que seas mi socia.

—Sin mencionar que Jason te aprobó.

—Jamás imaginé que fuera tan celoso —admitió Archie, cambiando una maceta de lugar—. Pero bueno, soy su primo, sin mencionar que estoy casado.

—Claro, ¿cómo se encuentra ella? ¿Ya se acostumbró a estar en Londres o sigue extrañando España?

—Creo que jamás terminará de acostumbrarse —aceptó con una sonrisa condescendiente—. Es normal, las costumbres distan de ser parecidas, pero lo hace bien.

—¿Cómo no hacerlo cuando se tiene un esposo tan comprensivo?

—Me halagas —la miró de soslayo—. ¿Cómo van las cosas entre ustedes? Supe que Annelise los siguió hasta aquí, al igual que los Melbrook. Tal parece que son sus sombras.

—Unas que no son bienvenidas. De mi hermano lo comprendo, pero de lady Annelise no, en realidad, no sé qué es lo que desea.

—Supongo que a Jason —se inclinó de hombros—. A no ser que tenga otra cosa en la cabeza.

—Jamás se ha portado grosera conmigo, me la he encontrado una que otra vez y siempre es amable, no parece querer ejercer una rivalidad entre nosotras, lo cual me desconcierta.

—No bajes la guardia, esa mujer es determinada, cuando sabe lo que quiere, lucha por ello hasta la muerte.

—¿Debo sentir miedo?

—Dudo que sirva de algo. Simplemente recuerda que ahora eres tú quien es la cabeza femenina de esa familia, en ocasiones es la única cabeza que sirve —sonrió de lado y siguió con sus cosas.

—Archivald Pemberton, y yo que creía que Jason tenía boca de oro, definitivamente no le hace sombra a usted.

—Difiero, suelo hablar únicamente cuando lo considero una total verdad, es por eso que le resulto agradable al oído —dijo tranquilo, prestando poca atención a la mujer y niño junto a él—. Creo que nos hará falta comprar más macetas, necesito una de…

—Iré yo —sugirió la joven.

—No creo que sea pertinente.

—Oh, por favor, puedo hacerlo, llevaré a Carl conmigo por si son demasiado pesadas —sonrió—. Nos vemos en un rato.

—Bueno, en ese caso lo agradezco.

—Vamos Jack, iremos de compras para tu tío Archie.

—¿Por qué no va él?

—Está ocupado, ¿no has visto? Si puedes hacer un favor, debes ofrecerte a hacerlo.

Daira era buena engatusando a Jackson para que no llorara o se fastidiara mientras hacían mandados por el pueblo. El niño solía divertirse gracias a la imaginación de su madre, la cual lo llevaba a correr y brincotear por todo Londres, chocando de vez en cuando con las personas, como en ese momento, cuando de pronto se toparon con la mujer que formara parte de las pesadillas de la joven esposa.

Muy a pesar de que Jason afirmara no tener sentimientos hacia su antigua mujer, Daira sabía lo difícil que debía ser dejar de amar a alguien, mucho menos cuando se enteró de la forma en la que Jason

abandonó mucho de lo que amaba con tal de complacer a Annelise. De hecho, Daira consideraba que el resentimiento que Jason sentía era otra forma de demostrar lo mucho que le importaba esa mujer.

—¡Ah! ¡Lady Daira! —sonrió Annelise—. Qué casualidad encontrarla por aquí, ¿viene a hacer algún mandado?

—Es un favor para Archivald.

—Oh, Archie siempre fue de mis favoritos, es uno de los mejores —sonrió amablemente—. ¿Puedo acompañarte?

—No creo que sea buena idea que la antigua esposa y la actual estén paseando por las calles como si fueran las grandes amigas —Daira elevó una ceja—. Aunque agradezco su amabilidad.

Annelise bajó la cabeza, mostrando la más sincera de las sonrisas.

—Sé que piensas que soy tu enemiga —dijo tranquilamente—. Pero no soy la villana de tu historia Daira, en todo caso, creo que tú eres la villana de la mía.

—Yo no pretendía apartar a Jason de usted, lo lamento, pero yo no tenía idea de que usted siguiera con vida, lady Annelise.

—Sé que no, jamás he dicho algo así.

—¿Entonces? —Daira mostró su incomprensión—. Lamento decir que no sé de qué otra forma podría ser la villana de su historia, apenas la conozco y no muy bien, debo decir.

—Sí, supongo que no lo sabe —asintió pesarosa—. Pero resulta ser que usted ha ganado el cariño de más de un hombre del que yo me he enamorado perdidamente, uno además de Jason.

—Lamento escucharlo, le aseguro que jamás he querido ser dueña de los afectos de ningún hombre, en un inicio, ni siquiera de Jason.

—Por alguna razón, le creo. —Elevó ambas cejas y se agachó para saludar al niño que la miraba a la defensiva—. Hola Jack, ¿Cómo estás? ¿Te diviertes junto a tu mamá?

El chiquillo dejó salir un berrido y se escondió detrás de su madre, desbalanceándola un poco al haberla jalado inesperadamente. Daira tocó la cabellera dorada y miró con disculpas a la mujer frente a ella, quien parecía todo menos resentida con su hijo.

—No quisiera sonar grosera lady Annelise, pero me gustaría saber el motivo de que nos siguiera hasta Londres.

—Fue mera casualidad, resulta que la persona que es de mi interés también se encuentra aquí —se inclinó de hombros—, eso es todo.

—Quizá pueda ayudarla con eso —ofreció desesperada—, la verdad es que Jason está muy tenso desde que sabe que está aquí y me gustaría poder darle un poco de paz.

—¿Diciéndole que me he ido? —elevó ambas cejas y negó—. Lo siento Daira, pero no podré concederte eso a menos que consiga el objetivo que me propuse al venir aquí.

—Lo hace sufrir —bajó la cabeza—. Me gustaría negarlo, pero sé

que la sigue queriendo, quizá más profundamente que la primera vez.

El rostro sonriente de Annelise borró todo atisbo de felicidad, sintiendo empatía por la mujer frente a ella, tal parecía que, sin querer ambas eran las villanas de la historia de la otra. Estaban predestinadas a sufrir a causa del amor no correspondido.

—Te equivocas Daira, él me odia.

—¿Y el odiar no es un sentimiento que nace del dolor? Si usted ya no le importara, entonces no debería sentir nada.

—Deberías tener un poco de confianza en ti misma —le acarició un hombro—. Estoy segura que todo lo que piensas es un error.

—Yo no lo creo —presionó sus labios a una fina línea—. Como sea, espero que encuentre una solución a sus problemas lady Annelise, sea cuales sean.

—Gracias, espero lo mismo para ti.

Se despidieron con una cortés inclinación, caminando en direcciones opuestas y siendo el centro de atención de las miradas curiosas de los transeúntes que agradecieron su suerte de tener que salir e ir a esa calle de compras.

—Mamá, ¿Quién es ella? ¿Por qué nos busca?

—Deberás preguntárselo a papá —sonrió, aun sosteniendo su mano —. Es algo que sólo él puede explicarte ¿de acuerdo?

—De acuerdo —sonrió, dando brinquitos para seguirle el paso.

Hicieron el pedido que Archivald necesitaba, dejando a los dueños de la tienda como encargados para que se lo llevaran. Daira tomó la mano del niño y lo sacó del local de macetas, le compró un helado y siguieron su camino por el parque.

—¡Pero qué coincidencia tan esplendorosa! —un hombre mayor dejó salir una sonrisa al ver a Daira caminando por el casi desolado lugar—. Muchacha, ¿qué haces vagando por aquí?

—¡Oh, pero qué gusto encontrarlo señor Eldegard! Hace mucho que no lo veía, mi esposo sigue pensando que es usted una ilusión de mi cabeza, ¿me hará el favor de asistir a una cena con nosotros?

—Claro, estaría encantado —el hombre tomó con fuerza su bastón elegante—, aunque en estos momentos me encuentro realmente ocupado. Sin embargo, manda a mi casa la invitación y responderé en seguida con una fecha factible.

—Eso me encantaría, Jason se pondrá contento de al fin conocer al hombre fantasma —dejó salir una ligera risa—. Espero que no le moleste el apodo, pero resulta divertido que cada vez que podrían tener la oportunidad de conocerse, alguno de los dos desaparezca.

—La vida está esperando al momento correcto, supongo. —Ella sonrió como toda respuesta, acariciando el cabello de Jack para que dejara de jalarla—. Ah, con que este es el pequeño heredero, es un muchacho muy guapo he de decir.

—Vamos Jack —la mujer jaló al niño hacia adelante—. ¿Cómo se dice cuando alguien nos hace un cumplido?

—Gracias —susurró muy suavemente, aferrado al vestido de su madre. Daira sintió un tirón de alegría, pero lo ocultó tras una apacible calma, sobre todo cuando el niño agregó—: usted es grande.

El hombre soltó una ligera carcajada, muy varonil y gruesa, para después volver la mirada hacia el chiquillo que igualmente sonreía.

—Sí, a comparación de ti, debo parecer un gigante.

—Pero no es más alto que papá —seguía susurrando, pero a cierto nivel que era audible para ambos adultos.

—Jack —se avergonzó Daira—. Podrías decirle un halago.

—Mmm… ¿tiene perros?

—Sí, unos cuantos.

—Mi mamá me regaló uno, se llama Bond y es así de grande —levantó su brazo a su máxima capacidad—. Podría morderlo, por lo que mejor no se acerca, porque mamá siempre está con nosotros.

—Lo tomaré en cuenta muchacho —sonrió el hombre con una mirada extraña que incluso Daira captó.

—Es un poco celoso —excusó la joven, alejando a Jack de la mirada penetrante—. No tome en cuenta sus palabras infantiles.

El hombre levantó una mano conciliadora.

—Es bueno ver que desde chamacos saben defender lo que es suyo, no debe avergonzarse por eso mi lady.

La joven iba a responder, cuando de pronto, otra voz la llamó. Tal parecía que ese día estaba destinado para encuentros inesperados. En ese caso era Pridwen, quien venía a paso acelerado, tratando de alejarse de alguien a quien Daira descubrió después como Lina Melbrook, la esposa de su medio hermano.

—Lo siento señor Eldegard, he de salvar a mi amiga.

—Hace bien, nos veremos luego.

El hombre observó como aquella hermosa dama se alejaba con el hijo de otra tomado de su mano. Negó con pesar. El señor Eldegard consideraba que el conde y actual marido de esa mujer estaba desperdiciándola, si estuviera él en su lugar, no tardaría en embarazarla, los hijos que pudieran venir de ese vientre seguro serían una descendencia digna de un trono.

—¿Qué haces aquí Valcop? —le tomaron el hombro con intensidad que sólo podía venir de la mano del conde de Melbrook— Pensé que estarías en algún burdel o cantina.

—Debía venir aquí.

—¿En serio? ¿Por qué razón? —el conde levantó la mirada, encontrándose con las tres damas a una distancia considerable pero aún visible—. Ah, ya veo, ¿Lo has planificado todo?

—Por supuesto, pero y tú ¿qué haces aquí?

—Lo mío es mera casualidad —sonrió—, pero a diferencia de ti, yo me puedo acercar a ellas con toda libertad —le palmeó la espalda—. Nos vemos Valcop.

El vizconde maldijo por lo bajo, odiando al conde que podía acercarse con libertad a la mujer por la cual suspiraba, como lo hacía la gran mayoría de los hombres que la conocían. Era un dolor de cabeza que ese desgraciado Seymour estuviera en el medio, para colmo, ni siquiera apreciándola como se merecía, únicamente siendo un estorbo para los avances de cualquier otro.

Chistó y escupió a un costado, su mirada impregnada en ira, carcomido por la envidia y el resentimiento. Debía quitar a ese hombre de su camino, esa era la única solución que parecía factible.

Además, se estaba logrando acercar a Daira sin asustarla, sin que su reputación la obligara a correr, como lo hizo la vez pasada. Ahora, cuando su marido tuviera una muerte inesperada, recurriría a él como alguien de confianza para refugiarse en sus brazos, pedirle ayuda en su necesidad o incluso casarse con él en su desesperación.

Tenía que deshacerse del Seymour, eso era en lo que debía enfocarse. Aunque también podría provocar que Daira lo dejase, que se percatara de la clase de hombre que era. Sería fácil, puesto que Jason Seymour estaba enamorado de su antigua mujer; una que casualmente había regresado a Londres hacía poco y que podía ser la tentación que orillara a Daira a alejarse de él de una vez por todas.

Capítulo 30

Habían sido meses ajetreados tanto en la vida de Jason como en la de Daira. Cada uno por separado afrontaban nuevas etapas de su vida, y pese a que su relación de pareja fuera estable y armoniosa, la extraña calma les alteraba los nervios, sobre todo cuando Annelise y los Melbrook estaban tan ausentes, sin hacer apenas movimientos.

Ese día en particular, Daira se había visto envuelta en diferentes situaciones que la retrasaron en su retorno a casa, lo cual ya no era algo extraño para su marido, quien solía recibirlos afectuosamente y los esperaba para cenar todos juntos.

Sin embargo, cuando Daira abrió la puerta de la entrada y dejó pasar al pequeño Jack al interior, se vieron invadidos por una catástrofe que dejó en claro que algo andaba mal. Incluso resultaba obvio que nadie notó que llegaban más tarde de lo usual, tal vez ni siquiera se dieron cuenta que no estaban en casa.

—¿Jason? —La mujer se abrió paso entre la muchedumbre alborotada—. Jason, por Dios, ¿qué ocurre?

—Daira —el hombre se volvió para admirar a su esposa. Ella caminaba con inseguridad en medio de todas esas miradas apesadumbradas—. Me alegra ver que ambos están bien.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué sucedió?

—Me atacaron junto con Micaela y Malcome —Jason caminó hasta ella, abrazándola junto con su hijo—. Llevamos horas buscándote ¿dónde se supone que estabas?

—Me quedé platicando con el señor Eldegard.

—Ese hombre cada vez me agrada menos —se quejó—. ¿No viste nada raro de camino a casa? Señora Clare, lleve a mi hijo a su recámara ahora mismo, quédese a vigilarlo.

—Sí, mi lord. —La mujer se desvaneció con el pequeño.

—¿Qué paso? ¿Estás herido? —Daira lo recorrió con la mirada, pasando sus manos por el rostro de su marido, asustada y temblorosa.

Jason negó, apartando las manos de su mujer y alejándose de ella.

—Estábamos saliendo de Le Rouse cuando nos atacaron. —Jason golpeó un mueble—. Afortunadamente no tenían buena puntería.

—Pero ¿cómo…?

—Estuvo claramente planificado, esperaron a que saliéramos para emboscarnos, iban enfocados en nosotros o más bien en mí, ni siquiera buscaron robarnos —suspiró—. Mis hermanos resultaron heridos, gracias a Dios no es nada grave.

—Es terrible —Daira cubrió sus labios con una mano, tratando de ocultar su expresión horrorizada—. ¿Dónde están?

—Con los Hamilton, no podrían estar mejor cuidados que con ellos

—estaba claro que ahí no era donde estaba su preocupación.

—¿Por qué estás aquí? Deberíamos ir con ellos.

—Tengo que encontrar a esos bandidos. Dudo que sean la mente maestra, pero si puedo sacarles algo…

—Jason —le tocó el pecho—. Tu lugar es con tu familia, no capturando maleantes, deja ese trabajo a los oficiales.

—¡Ellos no sirven de nada! —gritó—. Además… lo han hecho por mí, es a causa mía que los lastimaron.

—¿Por qué sigues diciendo eso? —negó asustada—. No tiene ningún sentido, no tienes la culpa de nada.

—Sí, la tengo —el hombre caminó hacia su escritorio, tomó una nota y la entregó a su esposa—. ¿Ves? Es contra mí.

—Pero… ¿Por qué atacarlos a ellos?

—Porque estábamos juntos —apretó con fuerza la quijada—. Vaya conjunto de cobardes, mira que es una bajeza intentar llegar a mí por medio de mi familia y no puedo pensar en un culpable de esa calaña —apretó los labios, pensando hasta casi hacer legible sus pensamientos. Entonces, pestañeó un par de veces y miró a su mujer como si todo hubiese sido más que obvio—. Pero claro, es por ti.

—¿Qué? —ella miró de un lado a otro, notando los murmullos de aceptación que daban los sirvientes a sus alrededores—. ¿Por qué…?

—Ese maldito bastardo me va a escuchar en esta ocasión —dijo molesto, tomando su saco para colocárselo de nuevo—. Es una tontería atacar a toda mi familia por una simple mujer.

—¿Qué? ¿Por qué estoy incluida en esto?

—¡Maldición Daira! —Jason divisó entonces a los entrometidos sirvientes que seguían en el lugar—. ¡Todos fuera! ¡Ahora!

La joven miró de un lado a otro, esperando a que los chismosos saliesen del despacho de su marido, dejándolos solos para lo que sería una pelea asegurada. Jason se movía de un lado a otro, pensando en ocultar la parte de su más grande sospecha, aquella que aludía al hombre del cual su mujer había huido: el vizconde Valcop. Al menos quería ahorrarle ese trago amargo. Era una lástima que apenas y pudiera controlar sus emociones en esos momentos.

—¿Me quieres explicar de qué hablas? —Daira lo recorrió con la mirada—. ¿Por qué buscas insultarme? No soy una simple mujer y no entiendo por qué has de incluirme en esto.

—Está más que claro, es alguno de tus pretendientes —dijo histérico, con la mandíbula apretada, recordando tantas escenas que tuvo que pasar por alto—. ¿Crees que soy ciego? Puedo notar como te aprovechas de los hombres que te halaban como idiotas.

—No hago tal cosa —dijo enojada y ofendida.

—Por favor —chistó—. Es un espectáculo de todos los días, quizá hasta lo hagas inconsciente, te encanta llamar la atención de todo ser

viviente, de todo aquel que tenga ojos.

—Pareciera que no me conoces nada Jason —su rostro se había trasformado a uno de repulsión—. No soy así, incluso temo que me den esas atenciones que mencionas.

Jason cerró los ojos.

—¡Todas ustedes son iguales! —la apuntó en medio de la histeria—. Annelise y tú tienen más en común de lo que pude imaginarme en un inicio ¡Vaya maldición encontrarme con mujeres que quieren ser el centro de atención de cada maldita ocasión!

—Eres injusto, yo no busco la atención de nadie.

—¿Qué me dices de ese tal señor Eldegard? El conde Melbrook, el vizconde Valcop, el duque Lauderdale… incluso me haces dudar de mi propio primo y su amabilidad.

—Así que me consideras una mujerzuela ¿eso es lo que quieres decirme? —la voz amenazadora de Daira se mantenía baja, aparentemente calma pero tan filosa como una cuchilla—. Si más no recuerdo, la mayoría de esos hombres han buscado atacarme de alguna forma. Te conté de ellos pensando que me entenderías mejor, no que me atacarías con ello… —negó—. Parece que me equivoqué.

—Jamás dije que fueras una meretriz.

—Es lo que insinúas —cerró los ojos—. ¡Ve, anda! Encuentra a todos mis amantes, oblígalos a confesar su ofensa. Espero que cuando recapacites yo siga aquí, esperando una disculpa.

No comprendía la razón por la cual llegó a la conclusión de que tenía que ver con ella, pero no lo detuvo cuando salió con determinación de la casa, dejándola atrás pese a su amenaza de marcharse. Daira apretó sus puños con fuerza, respiró con dificultad varias veces y se llevó la mano al vientre, tratando de calmarse.

—No me conoces lo suficiente Jason, yo no amenazo sin considerar seriamente cumplir —dijo en un susurro.

Miró la carta que le había entregado su marido. Cada línea en esa hoja parecía una amenaza, acusaban a su marido de un robo y se hacía petición de una devolución ante una actitud tan vil, pero en ningún momento se le mencionaba a ella, era más bien referente a dinero, tierras o quizá propiedades, no a personas.

—¡Señor Kilster! —gritó con autoridad—. ¡Señor Kilster!

—¿Mi señora? —el hombre entró en una carrera.

—Pongan un carruaje para mí en seguida.

—Pero señora, mi lord dijo que…

—No me haga repetir la orden Kilster, por favor, pongan un carruaje para mí en seguida —reiteró.

El hombre se mostró dubitativo, pero se inclinó y salió a cumplir la orden. Estaba claro que no se podría llevar a Jackson, pero le era difícil dejarlo ahí sin ninguno de sus padres para protegerlo. Suspiró.

Fue a la habitación del pequeño y lo tomó en brazos, tendría que dejarlo en un lugar seguro.

—¿Se llevará al niño Jackson?

—Tranquila señora Hilberg, estará a salvo —dijo ella, bajando las escaleras de la entrada con el niño envuelto en cobijas para que no le diera frío—. Si mi esposo pregunta, puede decirle que su hijo se encuentra en casa de los Westminster, la de Londres, por supuesto.

—Mi señora, ¿Está segura de lo que está haciendo?

—Más que segura, por favor señora Hilberg, tengo que marcharme cuanto antes.

La mujer no interrumpió más la salida de la señora de esa casa, demostrando su orgullo herido con esa partida. El ama de llaves rodó los ojos. Se notaba que no era una señorita de alta sociedad, ninguna señora haría algo como huir de su casa, mucho menos en medio de la tempestad de un ataque contra los Seymour.

⁂

Lo comprobó en seguida, estaba más que claro que ese maldito Valcop tenía algo que ver con todo el altercado de su familia. Se lo dijo en aquella ocasión cuando se encontraron por primera vez, le dejó en claro que aún quería a la mujer que Jason había tomado como esposa, sin embargo, no comprendía la razón para intentar asesinar al resto de su familia, ¿era alguna clase de amenaza?

Debía serlo, de hecho, cuando Jason tocó a esa puerta y fue el mismo vizconde quien le abrió, tuvo el sentimiento de que el hombre conocía la razón de su visita mucho antes de que él se la dijera, estaba claro por esa sonrisa y ojos satisfechos, colmados de alegría incluso cuando le echó en cara sus sospechas.

«¡Maldito viejo lascivo!»

Jason chasqueó la lengua, espoleando a su caballo para llegar a la propiedad de su primo, donde estuvieran su familia lastimada. Fue la misma Gwyneth quien abrió la puerta, parecía más relajada que hacía unas horas, cuando los Seymour llegaron como una avalancha de sangre y heridas.

—¿Qué sucedió? ¿Cómo están todos?

—Bien Jason, están bien —tranquilizó la dama, poniendo su cuerpo como obstáculo ante el alterado hombre—. Necesitan descansar, no grites.

—¿Matteo está aquí?

—Sí, con las niñas —asintió la mujer—. Están en la habitación de Micaela, todos descansando ahora que ella lo hace.

—Gwyneth… —le tomó la mano a la esposa de su primo—. No sé cómo agradecer lo que han hecho.

—Es nuestro trabajo —sonrió— y ustedes son familia. Por cierto,

¿dónde está Daira? ¿Está bien? ¿Qué me dices de Jack?

—Llegaron a la casa sanos y salvos —dijo un tanto arrepentido al recordar la escena con su esposa—. Espero que estén durmiendo.

—Algo me dice que hiciste una tontería.

Jason sonrió de lado.

—Siempre tan perspicaz. —pasó a su lado—. Iré a ver como están, supongo que mis padres habrán llegado ya.

—Sí, están con Malcome en este momento.

Gwyneth hubiera recomendado que mejor fuera a ver como estaba su esposa, pero decidió que lo más prudente era callar, al final de cuentas, no eran sus asuntos y ella no era muy dada a meterse en la vida de los demás, la suya era lo suficientemente complicada.

—¿Qué ocurre? —Publio se limpiaba las manos llenas de sangre.

—Creo que tu primo se ha vuelto a pelear con su mujer.

—No me sorprendería —asintió el hombre—. Seguro llegó a la conclusión de que todo esto sucedió debido a Daira.

—¿Por qué sería a razón de ella?

—Bueno, porque quién causó el alboroto fue el hombre que estaba destinado a ser su esposo.

—¿De quién hablas?

—El vizconde Valcop.

—¿Qué? —la mujer saltó en su lugar—. ¿Cómo es eso posible? ¿Quién la casaría con alguien como ese asqueroso?

—Su hermano —simplificó—. Aunque ahora que lo mencionas, se la ha visto charlando con él en variadas ocasiones, quizá incluso se hubieran gustado de haberse dado la oportunidad.

—¡Eso es imposible! —lo regañó Gwyneth—. Ese hombre es lo peor que hay, maltrata a sus mujeres, no sólo físicamente, sino mentalmente, las reduce a la nada y luego casualmente mueren.

—Eso ya lo sé, también me parece extraño.

—Por favor Publio, es más que obvio que la información está a la mitad, incluso yo puedo verlo.

—No te metas en esto, Jason no ha pedido nuestra ayuda.

—¡Lo sé! Pero tu deberías decirlo por el simple hecho de que es tu primo y le quieres, ella podría estar en peligro.

—O podría tomar a mal mis observaciones —elevó una ceja—. Te he dicho lo que sé y has reaccionado de esta manera, ¿Qué piensas que dirá él si estuviera en tu lugar?

—Supongo que no le gustaría, pero claramente pasa algo.

—Puede ser, pero por el momento, no sé nada más.

—Esto no me gusta, definitivamente hay algo raro —Gwyneth mordió su labio y miró a su marido—. ¿Qué? No pienso hacer nada.

—No te creo, te conozco.

—¡Dije que no haría nada! —sonrió—. ¡Ayla! ¿Dónde estás?

—Gwyneth —gritó cuando ella se alejó—. ¡Te he dicho que no!

Jason bajaba las escaleras en ese momento, presenciando el extraño acontecimiento de que esos dos se pelearan.

—¿Pasó algo?

—No. Nada —Publio miró a su primo—. Ellos están en buenas manos, deberías ir a descansar tú también.

—No sé si será descanso lo que obtenga al llegar a casa.

—De hecho, harías bien en no ir directamente a tu casa.

—Maldición, ¿qué es lo que sabes?

—Tu hijo está con Sophia y John, tu mujer está con Adrien.

—¿Por qué estaría ahí? —frunció el ceño Jason.

—Porque ahí está Pridwen.

—¡Maldición! —expiró disgustado—. ¿Es que de todo tiene que hacer un melodrama? No tengo tiempo para esto.

—Habrá que ver la razón de ello, personalmente no pienso que sea una mujer melodramática, al menos, de lo poco que la conozco.

—¿Insinúas que es mi culpa?

—Pues… sí, de hecho, sí.

No era nada fuera de lo común que su primo se expresara directamente y con la más dura verdad. Publio no era de los que aligeraban las cosas para que la otra persona se sintiera mejor.

—Lo arruino todo con ella Publio —se dejó caer en una silla—. No sé qué es lo que me pasa, es como si esperara que se hartara de la situación y se alejara de mi para siempre.

—¿Es lo que quieres?

—No, por supuesto que no. —Suspiró—. El regreso de Annelise revolvió cosas en mí, tengo un malestar persistente que no me deja vivir, no me permite estar tranquilo en ningún momento.

—Quizá haya algo que tienes que resolver con ella, un cierre.

—Apenas la veo y quiero matarla.

—Pienso que, si no resuelves las cosas con ella, terminarás matando tu matrimonio —elevó una ceja—. ¿Es lo que esperas?

—Maldición, claro que no, Daira es la mujer que necesito a mi lado, lo sé, es la decisión correcta, lo que todos me dirían que hiciera.

—¿Y es lo que quieres en verdad? —frunció el ceño—. Está bien hacer lo que es correcto, pero no siempre es lo que te hará feliz.

—No sé qué es lo que me hará feliz para estos momentos.

—Habla con Annelise —finalizó Publio—. Ella tiene la clave.

Jason meneó la cabeza suavemente, sintiéndose abrumado y sin fuerzas para continuar con la travesía de esa noche. Ir por su hijo, ir por su mujer, todo parecía complicado. Incluso parecía ser que Daira pensó lo mismo que Publio, puesto que puso a su hijo en la única casa en la que podría encontrarse con Annelise.

—Estará herida por lo que dije —se recriminó Jason—. La insulté en

cuanto llegó a mí el pensamiento de que el culpable era Valcop.

—¿Se lo dijiste?

—No. —Cerró los ojos—. Le tiene temor a ese hombre, fue la razón de que se marchó de su casa y no quiero que ella…

—¿Qué pasa si se lo encuentra? —Publio estaba confundido para ese momento—. Quizá ya se lo haya encontrado.

—Lo dudo, me lo hubiera dicho —suspiró—. No quiero asustarla con ello, aunque dadas las circunstancias, sería bueno que se lo dijera de una vez. —Se puso en pie con cansancio—. Tengo que irme.

—Suerte.

Jason salió de la casa de su primo, tomando camino a la de sus antiguos cuñados, donde estaría la mujer que lo hizo dudar de todo en la vida y que lo dirigió a la amargura una vez más. La casa de Publio y la de los Ainsworth no quedaban lejos, pero los pasos que el hombre daba ralentizarían incluso al tiempo.

—¡Jason! —Sophia se hizo paso al ver quién era, haciendo a un lado al mozo que abrió la puerta—. ¿Cómo están? ¿Qué paso?

—Están bien, todos bien —tranquilizó el hombre—. ¿Mi hijo?

—Está dormido con las niñas —la duquesa apuntó al segundo piso —. Pensé que volverían por él hasta mañana, Daira parecía realmente alterada cuando lo dejó.

—Me imagino que sí —suspiró—. ¿Está Annelise?

—No. —Sophia frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Creo que necesito hablar con ella.

—¿Por qué quieres hablar conmigo? —la hermosa mujer comenzó a bajar las escaleras—. Pensé que me odiabas.

—Eso creo también… o quizá no, no lo sé, es lo que vengo a averiguar justo ahora.

La duquesa se mostró complicada, temía que Jason tratara de estrangular a su cuñada. Viendo el rostro de su primo, lo creía capaz de eso y mucho más, estaba enojado y herido, un hombre en esas circunstancias podía hacer muchas cosas, ella lo sabía por experiencia propia, una no muy grata de su pasado.

—Sophia, estaré bien, seguro que Jason no se atrevería a matarme aquí mismo, donde está mi hermano.

—No sé si sea buena idea —intentó una vez más.

—Por favor Sophia, déjanos solos —exigió Jason sin apartar la mirada de la figura elegante que se posaba frente a él.

—¿Pasamos a un salón? —invitó la joven.

—Como quieras.

Sophia observó con ansiedad el caminar de esos dos y en cuanto cerraron la puerta del salón, corrió hasta ahí y pegó su oído, intentando captar un sonido de estrangulamiento o un grito. John, quien iba bajando las escaleras principales no pudo más que sonreír

ante el mal hábito de su mujer.

—¿Qué se supone que haces, Sophia?

—Es Jason y Annelise —apuntó con un dedo.

—¿Cómo? ¿Qué hace aquí?

—Parece que quiere hablar con ella.

—O matarla —se adelantó John con intenciones de entrar, pero su esposa lo detuvo en seco.

—John, deja que intenten arreglar esto, lo necesitan.

El duque clavó una mirada incrédula en su esposa, ¿acaso creía que un hombre podría perdonar con facilidad lo que Annelise había hecho? Negó. Su hermana corría peligro.

Capítulo 31

Annelise miraba a Jason con cautela, sabía que no sería capaz de hacerle daño, aun así, lo recordaba impredecible y no tenía idea de lo que quería al llegar a su casa de esa manera. Para ella estaba más que claro que seguían sintiendo algo el uno por el otro y aunque ese no había sido su plan inicial, Jason siempre fue un hombre del cual se podía enamorar fácilmente, era un lugar seguro y conocido, siempre la complacía, siempre la quiso y fue ella quien lo despreció.

—Jason…

—Por favor —levantó una mano para que se detuviera—. Necesito procesar el hecho de que estamos aquí.

—Siento tanto todo lo que hice, sé que estuvo mal, pero espero que sepas que jamás quise lastimarte.

—Lo sé —suspiró—. Estabas mal, podía notarlo.

Ella bajó la mirada y mordió sus labios.

—Siempre fuiste bueno conmigo, te mantuviste a mi lado, aunque estaba fuera de control, siendo comprensivo y buscando ayudarme —se acercó a él—. Jason… ¿me odias?

—Sí —cerró los ojos—. Lo hago.

—Entonces ¿qué estás haciendo aquí?

—Quiero cerrar este ciclo, quiero poder estar bien con mi mujer, llevar una vida normal a pesar de que tú estés aquí.

—Te será imposible Jason —se acercó a él lentamente—. Así como es imposible para mí olvidarte.

—Por favor Annelise, no digas tonterías —se hizo para atrás—. ¿Por qué regresaste después de tanto tiempo?

—Debo aceptar que fue por otras cosas, pero ahora que estoy aquí, que he visto a Jackson…

—No te atrevas a meter a mi hijo en esto —la mirada de Jason cambió a una amenaza latente y Annelise se rindió ante ello.

—Bien, de acuerdo, quizá Jackson no tiene nada que ver, pero tú sí. Te quiero Jason, siempre lo hice y jamás dejaré de hacerlo.

—No se notó cuando te marchaste y… —cerró los ojos—. Te vi Annelise, no hace falta que mientas sobre lo que no sientes.

—Es fácil juzgar, pero tú disfrutaste de una libertad que yo sólo experimenté al momento de salir de Eaton Hall —se justificó—. No sabía lo que quería o quién era, estaba descubriéndolo en ese instante. Quizá no supe controlar mi nueva vida, pero ¿quién puede realmente?

—Si no te estoy juzgando por ello —frunció el ceño—, te estoy pidiendo que hables con la verdad y no intentes dulcificarla.

—Te estoy hablando con la verdad —frunció el ceño—, te quiero y ahora que he regresado quiero…

—Es algo tarde para querer cosas del pasado, ¿no crees?

—Nunca es tarde si uno quiere dar otra oportunidad.

—Creo que es obvio que el tiempo en el que existía un *nosotros* ya ha pasado, ambos continuamos con nuestras vidas.

El corazón de Jason latía sin remedio alguno, todo su cuerpo reaccionaba al habla de esa mujer, a sus sonrisas coquetas, ojos encendidos y movimientos sedantes. Se conocían bien, se estaban seduciendo desde el momento en el que se vieron.

—¿Estás seguro de ello? —La faz de Annelise se iluminó de pronto y Jason comprendió lo que significaba; sentían la caricia del deseo en el ambiente—. Te quiero Jason, lo sabes.

—A tu forma me quieres, eso lo sé, pero no puedes querer todo lo que soy ahora, mucho menos lo que tuvimos en conjunto.

Los ojos de Annelise se oscurecieron, comprendiendo a lo que se refería y dándole cierta razón, sin embargo, tenía la solución, el que Jason se casara con esa mujer había sido una excelente decisión, porque ahora Daira podría cuidar del vástago de ambos.

—Ahora que estás casado, todo es mucho más fácil para nosotros.

Pese a la confusión en su expresión, Jason prefirió no preguntar, la conocía y si acaso mostraba interés en aquel juego de palabras, sería indicación de que planeaba seguirle la corriente.

—No vine a hablar de eso.

—¿No? —sonrió divertida—. ¿Entonces a qué has venido Jason? ¿Qué se supone que querías comprobar?

—¡Maldición! No lo sé. —Cerró los ojos.

Llegó hasta ahí con la excusa de su hijo y decidió hablar con ella por recomendación de Publio, pero seguía sin encontrar respuestas, de hecho, se sentía aún más confundido de lo que estaba antes.

—Jason, te casaste con esa mujer por Jackson y has hecho lo correcto para él, pero ahora debes hacer lo correcto para ti.

—¿Qué se supone que estás proponiendo? ¿Qué seamos amantes?

—Sí —dijo segura—. Es lo mejor, ambos sabemos que no queda en mi persona la aristocracia, todas esas normas y estándares no me llaman la atención, lo odio. Pero de esta forma tendremos lo que queremos sin que ninguno deje de ser lo que realmente es.

—En verdad, Annelise —negó con fastidio—, no digas tonterías.

—¿Niegas que quieres besarme? —se acercó a él—. Te conozco, noto en cada fibra de tu cuerpo que me deseas incluso más que antes.

—Basta —pasó saliva con fuerza, apartando las manos que ella lentamente posaba sobre su pecho—. No, Annelise, no.

—Ofrezco esto: sigue con tu matrimonio aparentemente perfecto, el niño tiene una madre amorosa y nosotros seguimos viviendo nuestro amor como siempre —ofreció segura.

El gesto que Jason expuso en su rostro era de una total confusión,

sorpresa e incluso algo de repulsión.

—¿Te escuchas cuando hablas?

—Normalmente lo hago, es mi voz y suelo tener buenas ideas.

—¿Por qué mi esposa aceptaría algo así? —negó Jason.

—Porque pasará Jason —Annelise se acercó a él, acariciándolo ligeramente en los brazos y hombros mientras daba vueltas a su alrededor—, decidí darte el aviso por adelantado para que no te tomara por sorpresa, porque sé que no puedes resistirte a mí.

La boca de Jason se secó por completo, era claro que seguía teniendo un poder sobre él, pero hizo falta que recordara a su esposa para que de inmediato se acabara el encanto.

—He dicho que es suficiente —la alejó de nuevo.

Sin embargo, aquello había sido una demostración suficiente para Annelise, quien sonrió triunfal, dando pasos hacia atrás para dejar a ese hombre respirar con normalidad. Con unas cuantas palabras y un toque sutil, Jason había quedado sin habla, seguramente alucinando lo que sería volver a estar entre sus brazos.

Jason se sentía sumamente confundido. A pesar de que sabía perfectamente que su deber estaba con su mujer e hijo, Annelise fue un amor que incluso buscó por todo un año. Parecía una broma pesada que cuando dejó el tema atrás, ella apareciera de nuevo, esperando que todo fuera como antes de que se marchara.

En realidad, no. No quería que nada fuera como antes, Annelise no quería la responsabilidad de ser una futura marquesa, no quería cuidar del hijo que salió de su vientre pero que jamás pudo querer, tan sólo lo deseaba a él, según decía, lo amaba.

—Sé que es confuso para ti en estos momentos, pero sé cómo hacer que tu mente se aclare.

La estética figura de Annelise se mostraba encantadora, resaltaba aún más al estar vestida en colores crema y al ser la estancia tan oscura. Era una mujer preciosa, nadie pondría duda en ello, pero era desafortunado que hubiese regresado con tal seguridad como para tomarlo por sorpresa y besarlo de aquella forma tan descontrolada que lo hizo entrar en el mismo estado convulso y fuera de razón.

Jason tomó la cintura de Annelise, acercándola más a su cuerpo, disfrutando de sus labios, de sus caricias, recordando todo lo que significó estar con ella, cuanto la quería, las muchas veces en las que se metieron en problemas por esa pasión abrumadora que solía dejarlos sin conciencia y cometiendo tonterías.

Esa mujer era un torbellino de emociones, toda su persona era electrizante y los sentidos de Jason la reconocían, sabía quién era y lo mucho que disfrutaba estar con ella. Pero al mismo tiempo, una incertidumbre lo invadía, los ojos color océano se mezclaban con los de la mujer que besaba en ese momento. Daira se metía en su mente y

mostraba una faz herida, una nariz alzada y una retirada totalmente digna de una reina, digna de ella.

Se separó de un impulso, manteniendo las manos en los hombros de Annelise para que esta no pudiera volverse a acercar.

—Pero si te has quedado sin palabras.

—Tengo muchas, pero no las diré porque soy un caballero —la soltó, yendo hacia la ventana para buscar controlarse—. ¿Qué demonios quieres? Daira me dijo que te habías portado bien con ella, parecías no tener interés en nosotros.

—Las cosas cambian, me di cuenta de lo que vale la pena.

—Y te digo nuevamente que es una tontería, ambos rehicimos nuestra vida, déjalo estar.

—Si tan sólo pudiera creerte, te dejaría de molestar Jason, pero incluso te es trabajoso hablar ¿Cómo podrías haberme olvidado?

—No te he olvidado Annelise, pero lo correcto es que ambos nos enfoquemos en las decisiones que tomamos.

—Me enteré que tú no tomaste la decisión de casarte, al menos, no del todo —se sentó sobre el escritorio—. Ella te obligó de alguna forma y tú, siendo tan loable, lo aceptaste por Jack. Si por ti fuera, seguirías soltero, entre prostitutas, quizá, pero sin ataduras.

—No es de tu incumbencia.

—Pero lo es —se puso en pie y fue a su lado—. No debes quedarte en un lugar únicamente porque es lo que se espera de ti.

Ella se elevó y pasó su mano por entre los cabellos suaves y rubios del hombre que no pudo más que contener un sonido de goce ante la acción que le resultaba conocida.

—Basta. —le tomó la mano.

—Te conozco mejor que nadie —susurró seductora, acercándose a él hasta que sus labios rozaron suavemente el cuello que reaccionó enseguida ante la ligera caricia—, sé lo que te gusta, lo que te disgusta y lo que te vuelve loco. No podrás negarme por siempre.

Jason apartó su cuerpo con esfuerzo, ella sabía perfectamente cómo moverse, por segundos la razón se iba de su cabeza y sentía como si hubieran vuelto en el tiempo y fuera correcto que Annelise tratara de seducirlo como en esos momentos.

—Annelise —dijo en un suspiro—, para ya.

—¿Qué te preocupa? Esa mujer ni siquiera está aquí —sonrió confiada—. Y tú has venido por respuestas, creo que ahora las conoces de sobra, sabes que no puedes resistirte a mí.

—Sólo me hace falta pensar en ella para resistirme a ti.

La mujer se alejó con manos levantadas, a juzgar por su gesto pareciese que hubiese tocado algo repugnante.

—Qué bruto te has vuelto —dijo indignada.

—Lo mismo digo.

—Vale, comprendo que quieras jugar a los esposos, pero no te va a funcionar, sigues reaccionando a mí y lo harás siempre Jason, que no se te olvide nunca. A ella le entregarás las sobras, siempre migajas.

Caminó en dirección a la puerta moviendo exageradamente sus caderas, encontrándose en el pasillo con su cuñada y hermano con los brazos cruzados, esperando a que salieran.

—Buenas noches —sonrió la joven Ainsworth, subiendo por las escaleras para dirigirse a su habitación.

Sophia entró al salón como una tormenta: amenazadora y sin piedad alguna. Lo miraba con decepción, quizá un poco de asco, tal parecía que se había escuchado hasta el pasillo lo que sucedió ahí dentro. No era para menos, ellos nunca habían sido especialmente silenciosos y aquel beso fue lo suficientemente apasionado como para que ambos dejaran escapar sus emociones a modo de suspiros.

—Será mejor que lleves a Jackson a su casa. —La voz de su prima era dura y atemorizante—. Extrañará a su madre.

Jason cerró los ojos, comprendiendo la indirecta.

—Iré por él.

—¡Qué va! No te vayas a desviar —la mujer dio media vuelta y subió por el niño con paso que enfatizaban su molestia.

John se quedó en la habitación junto con Jason, ambos en silencio, sin mirarse, manteniendo una postura orgullosa pese a la situación deshonrosa en la que ambos estaban involucrados.

—No sé qué desastre estén haciendo ustedes dos —dijo de pronto el duque—. Pero no me parece justo que jueguen de esta forma.

—Esto no estaba en mis planes.

—Pero sucedió —lo miró enervado—. No sólo no acepto lo que mi hermana propuso, sino que respeto lo suficiente a tu esposa como para no consentir esto, en caso de que estés pensando hacerlo, no dudes que seré yo quien se lo diga a tu mujer.

—John, no pienso traicionar a Daira, la quiero.

—¿Esto que acaba de pasar no se clasifica como traición para ti?

—Sí —lo enfrentó pesaroso—. No volverá a pasar.

—Al igual que mi hermana —dijo el duque—. No lo veo posible.

—Será mejor que me vaya.

—Lo creo también.

En ese momento, Sophia entraba con el pequeño en brazos, completamente dormido y en medio de un montón de cobijas que lo cubrirían del frío. Seguramente tendrían que dormir en la casa de Adrien, esperaba que por una vez su primo no estuviera en compañía de mujerzuelas o que su casa se encontrara en tal desastre que fuese imposible pasar más allá del pórtico.

Era una lástima que mucho antes de llegar a la casa, la música y los gritos dieran el preámbulo de lo que se esperaba en el interior. Estaba

claro que la suplica de Jason no llegó a ser escuchada y Adrien estuviera de fiesta, como era usual. El niño en los brazos de su padre saltó cuando de pronto algo atravesó una ventana, rompiéndola con un sonido seco que fue seguido por otros muchos cuando el vidrio cayó al piso acompañado de risotadas que venían del interior.

—Demonios Adrien —chistó Jason, subiendo las escaleras con cuidado y con un niño al borde de las lágrimas—. Ya, ya Jackson, vuelve a dormir, vamos, recuéstate.

Medio adormilado, el niño fue recostando su cabeza en el hombro seguro de su padre, cayendo dormido después de unos momentos. Abrió la puerta de la entrada, sabía que no habría mozo que lo atendiera, así que subió las escaleras, encontró una habitación vacía y recostó a su hijo ahí, esperando que nadie más entrara y lo despertara. Tendría que bajar de nuevo para intentar buscar a su esposa, aunque cabía la posibilidad de que estuviera dormida.

Nada más lejos de la realidad.

Pridwen y Daira eran el centro de atención, ambas bailaban y cantaban al son del piano que era interpretado por uno de los conocidos libertinos que fueran amigos de Adrien.

—¡Va de nuevo! —dijo Lance, retomando la tonada, pero al no recibir canto o risas, frunció el ceño y se giró en el banquillo en el que estaba sentado—. Ah, Jason, pensamos que no vendrías.

—¿Cómo podría faltar si mi esposa está dando tal interpretación? —dijo con seriedad, mirando a Daira, que estaba lejos de estar en sus cinco sentidos—. ¿Cuánto has bebido?

—Lo suficiente para que no me importe que estés aquí —contestó, soltándose del agarre de Pridwen, quien por poco cae.

—Ups, chiquilla, creo que tú también te sobrepasaste —dijo Adrien con una sonrisa, atrapándola antes de que tropezara de nuevo.

—No puedo creer que seas tan irresponsable como para dejarlas que se pusieran de esta manera —recriminó Jason.

—Oye, oye —Adrien levantó las manos cuando pudo estabilizar a Pridwen—. Nosotros ni estábamos aquí, cuando llegamos ellas ya estaban hechas ron, nosotros sólo les seguimos la corriente.

—¡Así es! —acusó Pridwen—. ¡Usted es un mal hombre! ¡Lo odiamos! ¿Cierto, Daira?

—Sí, lo detesto —asintió la mujer con una pesada seriedad.

—Tomaré una habitación prestada —informó Jason a su primo. Adrien asintió mientras palmeaba el aire, quitándole importancia a sus palabras—. Vamos Daira, tienes que recostarte.

—Creo que la damita no quería verte —recordó Declan—. Nos pidió que la ayudáramos a escapar mañana temprano.

—Y nosotros aceptamos —asintió Nil—, por lo que dijo Pridwen, este condesito berrinchudo no la merece.

—Basta ustedes tres —se adelantó North con una voz firme e intimidante—. No se metan en los asuntos de otros.

Los amigos se inclinaron de hombros y volvieron a lo que hacían antes de ser interrumpidos. La música del piano volvió y los demás retomaron sus bebidas y cigarros, charlando tranquilos pese a que antes había un descontrol. Jason sabía que ninguno estaba especialmente tomado, incluso si lo estuvieran, los amigos de Adrien eran racionales e inteligentes, no se meterían en donde no les llamaban pese a que Pridwen y Daira se los pidieran con antelación.

Quizá la única forma en la que alguno intervendría sería si las escucharan gritar o llorar, entonces reaccionarían sin piedad. Pero no era el caso y conocían a Jason, no lastimaría a una mujer, mucho menos a una totalmente perdida en alcohol.

La pareja salió del salón donde los amigos se quedaron disfrutando de la noche. La joven se sentía un poco mejor, más enfocada y preparada para la discusión que vendría. Debía admitir que estaba fingiendo un poco su estado, era mucho más fácil ser intransigente cuando se estaba en los mares del alcohol. También era más fácil que se le perdonaran las impertinencias a un borracho y ella pensaba decir y hacer muchas cosas que necesitaba que Jason perdonara después, o al menos, ella podría fingir demencia.

—Vamos Daira. —Trató de ayudarla, pero ella dio un brinco lejos de sus manos—. Estás tomada, no podrás caminar.

—Prefiero romperme los dientes a permitir que me toques.

—De acuerdo —levantó las manos—. Camina, iré detrás de ti.

—Lo que quiero es que se vaya, ¿no se da cuenta que estaba justo en donde debería? —Jason la miró sin comprender—. En medio de hombres que disfrutaban oyéndome cantar, entreteniéndolos, coqueteándoles. Sé que todos son ricos y tienen dinero, según lo que se dice de mí, soy buena manipulándolos o más bien cazándolos.

—Daira —suspiró, entendiendo que la discusión había iniciado— jamás dije que fueras una meretriz ni tampoco una interesada.

—Lo insinuaste, durante toda esa conversación lo hiciste.

—Por Dios, Daira, eso no es verdad, jamás he pensado eso de ti.

—¡Me lo dijiste! Dijiste que coqueteaba con los hombres, mencionaste los nombres de personas a las que odio, que me han lastimado y lo peor es que yo fui la que te lo contó, pensando que podía confiar en ti —unas lágrimas silenciosas salieron de sus ojos— ¡Pero que tonta fui en hacerlo!

—Estuve mal, lo admito, estaba alterado por lo que sucedió y mis celos no ayudaron en ese momento, sé que no eres tú, pero me carcome por dentro cada vez que veo que alguien te voltea a ver.

—¿Es mi culpa? —le dijo con odio—. No sé en cuantas ocasiones te dije que me odiaba a mí misma por esa razón, ¿no lo recuerdas? ¿Era

tu interés fingido para poder acostarte conmigo?

—¡No! —Jason se impresionó por esas palabras—. Pero ¿qué dices? Me interesas, eres importante para mí Daira, en serio.

—No lo parece.

Jason dio unos pasos hacia ella, intentando tocarla, acercarla un poco a él, porque necesitaba sentirla, recordarse lo qué era estar con ella, la paz que lo inundaba cuando estaba en sus brazos o la alegría que era incapaz de controlar cuando la veía. Sin embargo, en esa ocasión, cuando se acercó hasta lograr tocarla y ella lo miró, sus ojos no mostraron felicidad, sino una profunda tristeza y dolor.

—¿Qué pasa?

—Dios mío —Daira se cubrió el rostro—. Hueles a ella.

—¿De qué hablas? —Jason se alejó en seguida.

La furia de su esposa era apenas perceptible, sus delicadas facciones apenas se movían de su lugar original, pero su recuperada postura de brazos cruzados y mirada fija en un punto de la estancia eran las referencias necesarias para demostrar que estaba a punto de la histeria, una acción que normalmente le parecería deliciosa a Jason debido a lo inusitado que resultaba, mas no en ese momento.

—Recogiste a Jack, lo que quiere decir que la viste —escudriñó sus ojos con detenimiento—. La besaste, ¿no es cierto?

Un fuerte escalofrío recorrió su cuerpo entero al recordar la intensa mirada azul grisácea que caracterizaba a los Ainsworth, los hermosos risos que caían como cascadas y, aunque ahora su tez estuviera tostada, seguía siendo tersa y luminosa. Cerró los ojos con fuerza. No debía pensar en ella de forma idealizada, no se podía permitir caer en sus redes nuevamente, Annelise no era lo que necesitaba, no era una madre, no era una esposa, ella únicamente se proponía como una amante que lo querría bajo sus propias condiciones. Lo peor era que ella sabía que logró tentarlo.

—Daira, estás en mal estado, permite que…

—¡Mi señor! —una doncella llegó a su encuentro de forma presurosa y nerviosa—. El niño Jack se ha despertado y no deja de llorar, no sabemos qué paso, pero…

Ninguno de los padres esperó más explicación, ambos subieron corriendo las escaleras, tal parecía que, gracias al susto, Daira bajó de golpe los grados de alcohol que llevaba en la sangre y logró enfocarse enteramente en Jack. Fue ella quien subió las escaleras primero, tomó al niño en brazos y lo llevó a recostar mientras tarareaba y mecía su cuerpo acorde de la tonada.

Jason terminó de recorrer el camino hacia la habitación donde había recostado a su hijo, siendo capaz entonces de escuchar la voz sublime de su esposa, aquella que sólo era capaz de escuchar cuando le cantaba a Jack para que se pudiera dormir. En una que otra ocasión

la atrapó en medio de tonadas mientras cortaba flores o se bañaba, pero Daira jamás se percataba de aquello. Para él era un deleite escucharla, aunque fuera a escondidas.

Abrió con cuidado la puerta de la habitación de su hijo, el cual dormía con la mano de su madre cogida con posesividad mientras ella cantaba dulcemente, acariciándole la nariz para relajarlo. No pudo evitar quedarse ahí, la canción de cuna era lenta, la voz angelical erizaba la piel y el tranquilo compás adormecía el alma.

Una paz inmensa le invadió el cuerpo entero, comprendiendo entonces que Daira le brindaba el sosiego que persiguió durante tanto tiempo. Su esposa, con su ternura, firmeza y buen corazón, llenó por completo el vacío que sintió durante tantos años. La paciencia con la que se manejaba, su templanza y el amor que irradiaba para todas las personas que la conocían era estremecedor, en ocasiones algo apabullante e incluso irreal.

Ella era lo que necesitaba.

—Daira —susurró para llamar su atención.

—¡Chst! —chistó sin volverse—. Está casi dormido.

—Vamos, preciosa, vayamos a dormir.

La mujer tomó aire y se puso en pie con lentitud, besando la mejilla de su hijo y caminando altiva hacia su marido, al cual pasó de largo, caminando segura hacia donde fuera que sus pies la llevaran, puesto que no recordaba la dirección de la recámara que se había auto asignado junto con Pridwen.

—A menos que quieras ir a las habitaciones de mi primo, el camino es para acá. —Con toda la dignidad que pudo recaudar, Daira dio media vuelta y volvió a pasar de largo la presencia de su marido. Jason dejó salir una suave risilla y caminó detrás de ella—. Entiendo que estés enojada.

—No estoy enojada.

—Bien. —Elevó las manos, conociendo las formas femeninas de deformar las palabras para que pareciesen otra tan solo con poner un tono diferente en ellas—. Pero déjame explicarte lo que pasó.

—¿Debería hacerlo? A mí me parece más que obvio lo que pasó —dijo tranquila—, seguramente recordaron su pasado con alegría.

—Por Dios —esbozó una sonrisa y la alcanzó, acorralándola contra la pared más cercana, admirando su belleza enfurruñada—. ¿Sabes lo encantadora que eres estando enojada?

—Dije que no estoy enojada.

Era creíble, si se tomaba en cuenta el rostro calmo de Daira, cualquiera podría tragarse esa mentira. Pero él la conocía, ese tono extremadamente lento y digno era una advertencia.

—Por favor, cariño, déjame explicarte…

—No. Y no me llames de esa forma —bajó la mirada—, por favor.

—¿Cómo quieres que te llame? —bufó divertido, sintiéndose feliz de que le permitiera estar cerca—. Es lo que me sale cuando te veo.

—¿Tratas de humillarme?

—¿En qué forma lo estoy haciendo?

Ella dejó salir el aire que retuvo durante todo ese tiempo. De pronto Jason la sintió tan débil, tan derrotada, que por poco la abraza, lo hubiera hecho, pero seguro Daira lo patearía por el intento.

—Sé que soy inocente, pero no soy tonta —lo miró a los ojos—. Veo la forma en la que se carcome tu alma cada vez que alguien la menciona o la ves por casualidad.

—Eso no es verdad.

—Aprecio que intentes negarlo, pero es una realidad. —Parecía tan triste que el corazón de Jason se estremecía de dolor—, sientes algo por ella y de ser así, no quiero estar enterada del resto.

—¿Qué es ese *resto* del que hablas? —la detuvo cuando ella intentó escapar—. ¿Crees que me acostaría con ella?

—Yo no sé de qué seas capaz, pero sé que la amas.

—Daira…

—De ser así, tengo miedo —admitió—. Amo a Jack y en definitiva yo no sé luchar por un hombre, no lo haré, pero me aterra lo que me depare el futuro. No quisiera perder a Jack, ni tampoco quiero ser la burla de todos mientras me engañas con ella.

—Daira —Jason acarició con sus dedos la barbilla de su esposa, elevándola con suavidad—. Annelise no busca a Jack.

—Me contaste la historia, pero eso significa que te quiere a ti.

—No regresó por mí, me lo dijo. —Jason resintió cuando ella se apartó de su toque nuevamente—. Tal parece que sus planes iniciales se vieron truncados y quiere tenerme como premio de consolación.

—No hace malas elecciones a mi parecer, aunque me dijo que yo era su villana —Daira frunció el ceño—. ¿A quién puede querer ella que esté enamorado de mí?

—La mitad de Londres está enamorado de ti Daira —le recordó su marido—. Sea lo que sea que Annelise quiere, no tiene nada que ver conmigo, estoy seguro que toda esta locura es por despecho.

—No es de mi interés —dijo orgullosa—. No más.

—¿Debo entender que no te preocupa?

—Si me preocupa o no es irrelevante, si quieres engañarme, entonces lo harás, aunque me entere o no lo haga —dijo en aparente desinterés que, en el idioma de Daira, era una muestra de disgusto.

—No pretendo engañarte.

—Y yo confiaré en ti hasta que haya alguna prueba fehaciente que me dicte que haga lo contrario.

—Pero qué diplomática, eso me deja en claro que estás enojada.

—En verdad que no —lo miró con certeza—. Como te dije, no me

meteré en una guerra por ti —la determinación en sus palabras heló la sangre de Jason—. Quizá estés un poco obnubilado por los recientes acontecimientos, pero yo soy una mujer muy hermosa y deseada, Annelise ha puesto sus ojos en ti nuevamente, eso está claro, pero hay muchos hombres que los tienen puestos en mí.

—Diantre de mujer —dejó salir una risa—, claro que me doy cuenta, veo como el mundo entero se derrite ante ti, creía que mi ataque de celos lo dejó claro.

Los ojos tristes de Daira lo enfocaron. Su rostro se dulcificó, su cuerpo dejó la tensión y casi en un suspiro derrotado reveló:

—Y yo, tontamente, sólo puedo verte a ti.

Ante tal confesión hecha sin una pizca de vergüenza o titubeo, Jason no pudo más que elevar ambas cejas en sorpresa, quedándose momentáneamente sin palabras. Era claro que admitir su sentir no era un problema para Daira, no la atribulaba o la hacía sentir débil, sino todo lo contrario, el que lo dijera con tal naturalidad la hacía ver mucho más segura que si lo negara.

—Daira, quiero estar contigo y me detesto cada vez que te lastimo, simplemente… —negó—. Te quiero, en serio lo hago.

—No lo parece.

—Seguiré intentando demostrártelo, no hagas caso a mis palabras estúpidas en momentos de tensión, mírame ahora, suplicándote —le tomó las manos y se las llevó a los labios—. Me arrodillaré si es lo que quieres y necesitas para que obtenga tu perdón, haré lo que sea.

—No estaría nada mal que te arrodillaras —sonrió divertida.

Jason sabía que no estaba perdonado, pudiera parecer que las cosas estaban bien, pero había una barrera que no lo dejaba pasar.

Capítulo 32

Era común que la alta aristocracia de Londres se entretuviera con los rumores que nacían de los oscuros secretos que los nobles luchaban por proteger, aunque normalmente siendo esto un esfuerzo sin recompensa, ya que eventualmente, gracias a un empleado o a alguien de la familia, todo Londres se enteraba y se encargaba de pelotear con las habladurías y las teorías que intentaban llegar a la verdad, aunque esta sonara descabellada y en muchas ocasiones, terminaban por dejarse llevar por la opción más entretenida.

Con lo anterior establecido, se podía decir que uno de los temas de conversación más controversiales de la temporada seguía siendo el de la familia Seymour. Tal parecía que desde que el heredero decidió casarse con esa mujer de baja cuna, no podían deshacerse de las miradas y las bocas juzgadoras, empeorando sólo un poco cuando Annelise Ainsworth, anterior mujer de James Seymour, regresó con todo su esplendor, llena de aventuras y hasta un nuevo tono de piel que fuera poco aceptado entre las pálidas mujeres de la corte.

Sin embargo, seguía siendo hermana de un duque, uno muy importante que, pese a todo, la aceptaba nuevamente a su lado, brindándole toda la categoría y soporte que había perdido al momento de abandonar por años a su marido, la sociedad e incluso Inglaterra. El que fuera aceptada por su hermano provocaba que todos los demás nobles la aceptaran con la misma buena cara, aunque en el fondo se escondiera el rechazo, nadie se pondría en contra de John Ainsworth, les parecía mejor idea ir contra la mujer del actual heredero al marquesado de Kent.

En ese momento, las familias de la alta sociedad se reunían para ver el torneo de polo en el cual el equipo de Jason Seymour se enfrentaría al de Adrien Collingwood. Para ese momento ya había favoritismo hacia los imbatibles Leones de Adrien, claro que estos partidos no eran oficiales ni de carácter profesional, pero bien podrían serlo si esos chicos quisieran.

—¿Papá ganará? —preguntó Jackson a su madre, quien estaba sentada en una mesa de largos manteles y bajo un toldo blanco que cubría a la sociedad del sol.

—Puede ser —Daira apretó el cuerpo del niño, haciéndole cosquillas para no dar malas noticias antes de tiempo.

—Está claro que perderá, no lo engañes —la codeó Pridwen—. Es imposible que gane al equipo de Adrien, sobre todo si esos cuatro lo están acompañando.

—Es su papá, ¿recuerdas? —Daira miró divertida a su amiga, apuntando con la mirada hacia la cara decepcionada del niño.

—Quiero decir… claro que tu papá ganará, será difícil, pero lo hará —corrigió nerviosa. Los ojos de ese niño podían endurecerse tal y como lo hacían los de su padre.

—Sino gana, el tío ganará ¿verdad?

—Bueno, cariño —una mano afectuosa se pasó entre los cabellos rubios del niño—. Así es, te cae bien tu tío, ¿no es verdad?

—Sí, el tío es divertido —asintió, volviendo la vista hacia el partido —. ¡Vamos tío!

Aquel día era lo suficientemente cálido como para que las mujeres se despojaran al fin de los vestidos invernales, en cambio, tenían elegantes confecciones de mangas cortas y sombreros adornados sobre las cabelleras peinadas y relucientes. Pridwen y Daira tenían puesto algo parecido, ambas eran mujeres hermosas, elegantes y llamativas, aunque muchos dirían que Daira era aún más deslumbrante que aquella bonita rubia. Había algo en la mujer del heredero de Kent que provocaba el suspiro de cuanto la conocía.

—Me agrada estar contigo —dijo Pridwen, escondiendo su sonrisa detrás de un abanico—. Los hombres hacen lo que les pides.

—No digas tonterías —los ojos de Daira seguían el trascurso del partido con atención, disimulando la conversación entre las amigas.

—Es la verdad y lo sabes, no sé por qué no te aprovechas más de tus habilidades. —La rubia codeó ligeramente a su amiga para que le pusiera atención—. Deberías tener a tu esposo a tus pies.

—Pero no es así —dijo tranquilamente, volviendo la cabeza hacia la mesa donde se encontraba Annelise Ainsworth, contenta y rodeada por la más fina estirpe de mujeres—. Ella lo tiene a sus pies.

—Sabes que no es verdad, Jason está tu lado siempre, nadie podría quejarse de su comportamiento.

—Sin embargo, sé que se besaron.

—¿Te lo ha dicho? —los ojos verdes de su amiga se volvieron con impresión y duda—. No me digas que te lo ha dicho ella y lo creíste.

—No. No me lo dijo ninguno de los dos, pero lo sé —su voz dolorida se ocultaba perfectamente por su calmoso proceder.

—Pienso que no deberías dar por sentado cosas —Pridwen acarició el cabello del niño—. Sobre todo, las que te hacen tanto daño.

—No me importa lo que pase entre ellos —negó la joven—. Sigo aquí por una razón y no tiene nada que ver con el amor.

—Daira… —La joven rubia mordió sus labios—. Sé que duele y es más fácil cerrarte a esos sentimientos, pero creo que sería mucho mejor para tu matrimonio si fueras honesta, al menos contigo misma, ¿no piensas que el señor Seymour puede dudar de tu cariño?

—No veo por qué he de tratar tan arduamente de que sepa que lo quiero cuando él no hace lo mismo.

—A mí me parece que él se esfuerza por demostrarte que le

importas —Las manos sudorosas de Pridwen se detuvieron sobre su vestido, limpiándose sobre la tela para poder continuar con esa conversación—. Creo que eres tú la que se porta fría y dura.

—¿Te parece? —Daira sonrió con amargura—. Dime Pridwen, ¿qué sentirías tú si la persona que amas quiere desesperadamente a alguien más? —La miró—. ¿Podrías mantenerte amorosa y fingir felicidad todo el tiempo?

Pridwen agachó la mirada y negó.

—Supongo que no.

—Así es, la respuesta es no.

—Aun así, no deberías darte por vencida Daira, puedes tener a Jason en la palma de tu mano.

—No es lo que quiero —bajó la cabeza—. Definitivamente no quiero luchar por un hombre, ya te lo he dicho.

—Más bien —sonrió malévola, sus ojos bailando en la diversión—, creo que sería defender tu posición y tus cosas.

—Eres perversa —Daira la empujó ligeramente.

—Vaya, vaya, era de esperarse que la señora Seymour y la amante de Wellington estuvieran en primera fila para verlos jugar.

—¡Yo no soy la amante de nadie! —Pridwen se puso en pie observando como la mujer del conde Melbrook tomaba asiento en su misma mesa—. ¿Qué hace aquí?

—Vengo a ver —apuntó al campo—, como todos los demás.

—Me sorprende que le guste el deporte lady Melbrook —dijo Daira con su voz calmada y la mirada en el partido.

—Me gusta ver el sudor en los hombres. —Las dos mujeres junto a ella la miraron con aversión—. ¿Qué? ¿Es que no se les hace atractivo? Además, he visto el sudor de Jason lejos de los campos, dentro de una cama, sabes lo que es ¿cierto Daira? Es una visión que compartimos al final de cuentas.

—Nosotras no compartimos nada en lo absoluto —apretó la mandíbula—. Y harías bien en marcharte.

—No lo creo, mi esposo dijo que les hiciera compañía, él vendrá en un momento —sonrió—, quiere ver a su querida hermana.

—Entonces es momento de que nos marchemos —dijo Pridwen—, no estamos acostumbradas a tener tan mala compañía.

—Siéntese, lady Pridwen, si no quiere que cuente su secreto a todos sus amiguitos y se le acabe el teatro en cuestión de segundos —dijo el conde con una sonrisa, pero con ojos duros y amenazantes.

Con la impresión en su mirada, la joven volvió a tomar asiento, sintiéndose atrapada en aquella silla que hace unos momentos era una comodidad para observar un entretenimiento. Los ojos verdes de la joven volaron hasta su amiga, quien permanecía tranquila con el niño en su regazo, tratando de ignorar al recién llegado que se apuró a

sentarse junto a ella y se acercó de forma inquietante.

—Hola hermanita ¿cómo te ha ido en tu nuevo hogar?

—Bien, gracias.

—Veo que el condesito tiene más de un interés amoroso, le va bien tener más de una mujer —los ojos perversos de ese hombre recorrieron el rostro de Daira. Alargó la mano para tomar un mechón de cabello oscuro y lo pasó por detrás de la oreja de la joven, sonriendo al ver que ella se estremecía ante su toque—. Aunque no puedo comprender cómo es que puede pensar en otra cuando te tiene a ti a su lado, en su cama y a su disposición.

—Yo no estoy a su disposición, mi lord, soy una mujer no su esclava —lo miró con hostilidad—. Debería aprender la diferencia.

—Tranquila mi pequeña fierecilla —la tomó con fuerza del hombro, obligándola a que se sentara—. Estamos platicando.

—¿Qué quieres Mark? —apretó la quijada para no rechinar los dientes al tener su mano sobre ella—. ¿Es que acaso te has rendido ante tus sucios deseos?

—Lucho con ello todos los días, normalmente funciona, pero eres tan malditamente impertinente que me gustaría hacerte callar —sonrió de lado, apartando la mano del respaldo de la silla y colocándola en su muslo, el cual apretó con fuerza, sacando un grito dolorido de su parte—. Deja de provocarme hermana, podrías sufrir mucho si llego a perder la paciencia.

—¿Qué quieres de mí? —lo miró con ira contenida—. Estoy casada, me encargo de darles una cantidad de dinero cada mes, ¿Por qué no sólo se alejan de mí y sigue con su vida?

—No puedo hacerlo, debo protegerte.

—Te habrás dado cuenta que ahora hay alguien que en verdad me protege —lo recorrió con una mirada llena de odio—. Uno que no debe dudar de sí mismo al hacerlo.

—Eres una maldita bruja ¿lo sabías? —susurró cerca de ella, tomando un mechón de cabello, enrollándolo continuamente alrededor de su índice, para después jalarlo con fuerza—. Incluso cuando estás insultándome me es placentero, es una tortura con la que lucho día y noche, todo el tiempo, sobre todo cuando te tengo cerca, oliéndote, tocándote o simplemente viéndote.

—Suéltame —pidió con determinación.

—Bien —levantó las manos, divertido—. ¿Cómo va el partido?

Nadie en esa mesa se sentía a gusto, el nerviosismo era casi palpable y las ganas de irse eran evidentes para todas las mujeres sentadas ahí, incluso Lina Melbrook sentía que algo estaba mal con su esposo en ese día en específico. Algo en él parecía diferente, sus palabras rozaban con la brutalidad, de su cuerpo emanaba un salvajismo que era apenas contenido por la elegancia de su traje y su hidalga postura siempre

entretenida en el campo de juego.

Entre ellas se lanzaban miradas nerviosas, pidiendo ayuda silenciosa las unas a las otras, rezando por que el partido acabara y pudieran ponerse en pie con esa excusa, puesto que el conde no se los permitía de otra forma, ni siquiera cuando Lina argumentó que debía ir al tocador o Pridwen fingió un desmayo por el sol.

—¿Qué es lo que quieres, Mark? —susurró Daira—. ¿Por qué pareces amenazar con cada poro de tu cuerpo?

—No te alteres, hermana, no es contra ti —la miró cual cachorro desvalido—, jamás ha sido contra ti.

—¿Entonces?

—Resulta claro que hay alguien acechándote y es mi trabajo no permitirle que se acerque más.

—¿De quién hablas?

—El vizconde Valcop.

—P-Pero qué hace ese hombre aquí —el nerviosismo subió por el cuerpo de Daira hasta que invadió todo pensamiento y musculo—. ¿Qué quiere hacer? ¿Qué te dijo que me haría?

—Está claro que quiere llevarte, pero tú estás casada y estás casada bien, nos conviene que te quedes donde estás —la miró con un tanto de lástima—. Aunque es desafortunado que no tengas hijos además del de otra mujer, quien también es tu rival.

—Por favor Mark —tapó los oídos de Jackson—, es un niño y le quiero, así que deja de decir tonterías.

—Tu posición corre peligro y lo sabes, ¿al menos tienen sexo?

—No seas vulgar —dijo con odio, alejándose de él—. Y no te contaría, aunque mi vida dependiera de ello.

—Me doy cuenta —sonrió—. De todas formas, Valcop es peligroso, él no se limitaría como lo hago yo, ha venido a tomarte y seguramente no piensa irse hasta lograrlo.

—No lo permitiré.

—Si sabes que no eres rival para él ¿verdad?

—Antes de permitir que alguien me toque Mark, prefiero aventarme por la ventana y morir —elevó una ceja a modo de advertencia—. ¿Entendiste? Haría cualquier cosa con tal de que no tuvieran esa satisfacción.

—Te creo, en más de una ocasión me lo demostraste.

—Me obligabas a ello.

En ese momento, el canto de victoria vino de los labios de los Leones del Collingwood, los amigos del heredero lo levantaron en brazos, lanzándolo ante la alegría incontenible de todo un equipo. Jason no parecía entristecido, sonreía al igual que los demás y daba la mano a los hombres contra los que perdió. Salió del campo, agradeciendo a sus propios camaradas y buscando la presencia de su

mujer e hijo, encontrándose antes con Annelise, quien corrió hasta él para plantarle un beso que dejó anonadados a todos los del lugar.

Pridwen y Lina jalaron aire al mismo tiempo, volviendo una mirada hacia Daira; preocupada la de Pridwen, divertida la de Lina. Por su parte, la esposa de aquel hombre no logró hacer nada durante un largo momento en el que fue capaz de ver como Jason fruncía el ceño y la apartaba con tosquedad, buscando entonces la mirada de su esposa, una que se había puesto en pie con todo y su hijo y parecía querer marcharse antes de que las lenguas momentáneamente paralizadas por la impresión, comenzaran a hablar sobre lo sucedido.

El conde Melbrook, por su parte, no pudo más que elevar una ceja con impresión y sonreír ante la mujer que parecía más que contenta de alzar esa clase de revuelo, estaba claro que le gustaba ser el centro de atención, fuera de la forma que fuera. Los ojos del conde volaron hasta los de su media hermana, sonriendo cuando la vio partir presurosa, orgullosa y herida, convirtiéndola en una amenaza.

—¡Daira! —gritó Jason, dejando atrás a la sonriente mujer que era Annelise—. ¡Daira, por favor, detente!

—¡No! —se volvía hacia él con una mano levantada para que dejara de perseguirla y de hablar—. ¿En qué estás pensando Jason? ¿Me invitaste aquí solo para que contemplara ese beso?

—Por Dios Daira, claro que no —tomó al niño de los bazos de su esposa al verla tan inestable—. Jamás pensé que haría algo así.

—¡Por favor! —ella hiperventilaba—. No quieras verme la cara de tonta, está claro que lo disfrutaste.

—Daira, la aparté, ¿es que no lo viste? —apuntó hacia atrás—. Estaba tan impresionado como tú.

—Eres un… eres… —ella respiró con dificultad, sentía ganas de vomitar y su cabeza daba vueltas, en sus ojos comenzaban a verse manchas blancas y negras que la hacían frunciera el ceño con extrañeza—. ¿Qué…? Jason… M-Me… me siento mal.

Jason dejó al niño sobre sus pies, ordenándole que se quedara cerca, cuando de pronto su esposa simplemente cayó desmayada sobre el césped. Su pálido rostro contra el verdoso pasto y su melena castaña esparcida a su alrededor sin ningún orden.

—¡Mami!

—Tranquilo Jackson, tranquilo —Jason tomó a su mujer en brazos, acomodando su cabeza para que estuviera recostada sobre él—. Bien, cariño, ¿Qué sucede? Despierta.

—¿Qué demonios, Seymour? —llegó el conde Melbrook con la voz impregnada en preocupación.

—¡Un médico! —ordenó Jason, mirando a nadie en particular.

—¡Daira! —se acercó Pridwen—. Pero qué le ha hecho.

—Pridwen —Adrien la tomó de los hombros y la alejó suavemente

—. Debemos permitir que le dé el aire.

Los curiosos se acercaron hasta rodear a la familia que tenía un niño que no podía hablar, una mujer desmayada y un hombre que acababa de ser besado por otra. Sin dudas les gustaba llamar la atención de la forma en la que les fuera posible.

Capítulo 33

Si había algo que Daira detestaba, era desmayarse. Conocía la sensación, le pasaba mucho cuando era joven y comenzaba a desarrollarse, los doctores decían que se debía a que no comía bien, estaba baja en peso y nunca tenía apetito. Eso tenía una razón de ser, para ese entonces, Daira ansiaba la muerte y la forma en la que pensó que la encontraría era dejando de comer. No funcionó tampoco.

Intentó abrir los ojos, sintiendo una pesadez en todo su cuerpo, dolor en su cabeza y unas nauseas que la obligaron a sentarse de golpe y correr al cuarto de baño a media consciencia, puesto que no estaba completamente enfocada del lugar en dónde había despertado, pero de alguna forma, sus sentidos de orientación hicieron su trabajo y la llevaron a un palanganero de porcelana donde expulsó todo lo que su estómago almacenó por lo que parecían ser tres días.

—Eh, eh —la sostuvieron por detrás, ayudándola a mantenerse erguida mientras le tomaban el pelo para que no se manchara—. Está bien, tranquila, trata de respirar, estoy aquí.

Tenía frío, su cuerpo no paraba de tener ligeras convulsiones que le erizaban la piel, el sudor le recorría la frente y la espalda, haciéndola sentir aún más enferma. Cerró los ojos cuando sintió que al fin paraban las náuseas, dejándose caer sobre el cuerpo que la sostenía, perdiendo todas las fuerzas para hacerlo por sí misma.

—¿Jason?

—Hola —susurró despacio, apartando los cabellos que se pegaban al sudor de su rostro—. ¿Te sientes mejor ahora?

—No, siento como si una docena de caballos hubieran pasado por encima de mí —admitió y buscó su mirada—. ¿Qué pasó?

—Ven, te llevaré a la cama, necesitas descansar.

Daira no puso replica cuando pasó sus brazos por debajo de su cuerpo, levantándola con facilidad.

—¿Dónde estamos?

—En casa —La recostó con cuidado sobre la cama—. ¿Cómo te sientes? ¿Quieres un poco de agua?

—Sí —aceptó al notar la resequedad en su garganta—. ¿Qué pasó? No recuerdo nada, me duele la cabeza.

—Bueno —sonrió Jason—. Te desmayaste después del juego de Polo. Perdí, por cierto, no sé si lo recuerdas.

—Lo recuerdo —se tocó la cabeza con una mano y lo miró con resentimiento—. También recuerdo el beso.

—Trataba de explicarte eso justo cuando te desmayaste.

—Entiendo, ¿qué dicen los doctores?

—Dicen… —Jason mordió sus labios, negó ligeramente y fue por el

vaso de agua para su esposa—. Que te pondrás mejor, no debes preocuparte por nada, ¿quieres comer algo?

—Pero no entiendo, ¿Qué provocó el desmayo?

—Deshidratación, muchas horas bajo el sol, estabas irritada y no habías comido nada, parece que fue una combinación de todo.

—Entiendo, ¿tengo que tomar algún medicamento?

—No. Parece ser que debes descansar un tiempo, beber agua, comer bien y listo, te sentirás como nueva.

—Lo dudo —tocó su abdomen—, siento mareos de nuevo.

—Bueno, esperemos que el agua y la comida hagan un favor a tu estómago desmejorado —le acarició la mejilla con cariño—. Pediré algo para ti en la cocina, ¿se te antoja algo?

—No quiero nada de ti.

La sonrisa de Jason se quitó de inmediato, algo en él parecía perturbado cuando se puso en pie del lugar que ocupaba sobre la cama y comenzó a dar vueltas en la habitación.

—¿Estás enojada conmigo?

—¿Qué esperabas? —lo miró con una cara desfigurada en el fastidio —. Te besó frente a todas las personas que nos conocen, seré el hazmerreír nuevamente.

—No —Jason se acercó, tomándole el rostro antes de presionar rápidos y suaves besos sobre sus labios—. No, jamás lo permitiré, haré todo lo que pueda para que estés tranquila y feliz.

Daira de por sí se sentía extraña y un poco desorientada, pero la actitud de Jason la ponía aún más nerviosa, incluso desconcertada, él parecía a punto de derrumbarse al tiempo que intentaba mantenerse imperturbable y fuerte en su presencia.

—¿Qué te pasa?

—Nada —se alejó de nuevo—. Me asustaste con ese desmayo.

—No es para tanto, ya lo oíste del doctor, se pasará pronto.

—Claro —cerró los ojos—. Iré yo mismo a traerte algo.

—Jason —lo detuvo en su claro escape—. Necesitamos hablar.

El rubio volvió sobre sus pasos, miró a la mujer indefensa que se mantenía sobre la cama. Parecía cansada, estaba pálida, aun así, se veía completamente hermosa; el brillo del sol que entraba por la ventana la hacía resplandecer como el mármol de las esculturas del jardín de la casa de sus padres; sus ojos peligrosos como el mismo océano estaban cansados, hinchados, pero determinados; sus perfectos labios seguían entreabiertos, como si tratara de hablar, pero su garganta le impidiese decir cualquier cosa.

—Está bien. —Regresó sobre sus pasos, tomando asiento en una silla que él mismo había acercado a la cama para cuidar de ella—. Trata de no alterarte, es mi única condición.

—No puedes pedirme algo así —elevó una ceja—. Ese beso es

muestra de la confianza que se tienen, sabía que se habían vuelto a ver, pero quiero saber, ustedes… —apretó los labios y cerró los ojos, temblando ligeramente de las manos— ¿se acostaron?

—¡Por supuesto que no! —aquella negación casi pareció un grito de indignación—. Jamás haría algo como eso Daira, lo juro.

—Jason —detuvo sus palabras con un gesto de la mano—. No vale la pena mentirnos.

—Daira —se puso en pie y se acuclilló frente a ella, tomando su mano con cariño y llevándosela a los labios—. No te engañaría, no lo haré nunca, te respeto, eres importante para mí.

—¿La besaste antes?

Los ojos grises fueron cubiertos lentamente por sus párpados.

—Sí, me besó antes y yo… no tuve la fuerza en ese momento para apartarla, me conmocioné —el dolor atravesó la mirada de Daira como un relámpago que le rompía el corazón—. Pero entonces, antes de ir más lejos o simplemente continuar, te vi a ti, tu recuerdo vino a mi cabeza y no pude… no soy capaz de hacerte algo así.

—Oh, por Dios —se cubrió los labios—. Creo que vomitaré.

—Respira profundo Daira —le acarició la espalda de arriba hacia abajo, tratando de consolarla—. Trata de no hacerlo.

—No me toques… —ella movió un brazo, alejándose del roce constante de su marido—. ¿Por qué me lo dijiste?

—Dije que no te engañaría y me lo preguntaste directamente, así que te respondí con la verdad, siempre lo haré.

—¿Aún la amas? —ella clavó su mirada azulada en él, aquel furioso océano apenas contenido por la determinación de Daira.

Jason debió prever que una pregunta así podría salir a la luz, al decir que siempre le decía la verdad, era obvio que ella aprovecharía para quitar esa tensión de sus hombros. Podría mentir y decirle que no, que ya no sentía nada por Annelise, pero seguramente ella alcanzaría a notar que mentía.

—No lo sé —aceptó—. No sé qué siento por ella. Ni siquiera sé discernir si es positivo o negativo.

—Gracias —apretó los labios para no hacer un puchero que venía acompañado con el llanto que salía del interior del alma. Jason la miró con impresión y una pregunta escrita en el semblante—. Por decir la verdad —esclareció, sonriendo melancólica—. Para ser honesta, pensé que me mentirías.

—Daira —se sentó a su lado, tomando las manos de su esposa, obligándola a mirarlo, incluso aunque se tuviera que agachar para entrar a su campo de visión—. Pregunta sobre ti, por favor, pregunta.

La mujer levantó la cabeza, encajando su mirada en la de él, sabía la pregunta que quería que le hiciera y de alguna forma, conocía la respuesta que le daría, pero no sabía si eso sería suficiente para ella,

no creía que fuera capaz de compensar o siquiera igualar lo que sentía por Annelise, quien con un tronar de dedos lo hacía flanquear a su favor y posiblemente así sería siempre.

—¿Me amas a mí?

—Daira —se acomodó sobre la cama, acarició la mejilla ruborizada y se acercó hasta que sus labios estuvieran pegados al delicado oído—, eres lo mejor que pudo haberme pasado. Con toda certeza puedo decirte que a ti te amo.

Ella presionó sus párpados con fuerza, la oscuridad profunda del interior se mostraba tranquilizadora y, al mismo tiempo, era un abismo al cual caía sin salida o fin.

—Se puede amar a dos personas Jason —ella recostó su mejilla en la de él—. No estoy segura de poder aceptarlo.

—Escúchame bien —la tomó del rostro con ambas manos—. No tienes qué aceptar nada en lo absoluto, no hay decisión qué tomar, ¿entendido? Eres mi esposa y así será siempre.

—Existen las amantes.

—Aquí no. —En los ojos grises había una absoluta certeza.

—Lo siento —bajó la cabeza—, no puedo creerte.

—Haré que me creas entonces, te lo demostraré.

Ella asintió un par de veces, forzando una sonrisa cuando él le regaló la más deslumbrante de su arsenal. Estaba definitivamente cambiado, Daira incluso sintió algo de miedo, ¿estaría muriendo? ¿El médico le habría dicho que tenía un tiempo limitado de vida?

No podía decir que Jason fuera malo, grosero o indiferente; todo lo contrario, siempre fue amable, paciente y atento; sin embargo, jamás demostró un cariño que se asemejara el amor, quizá se sentía mal por haber besado a Annelise, podía tener miedo a que ella decidiera marcharse, dejando a Jackson solo una vez más. Porque eso estaba claro, Annelise no pensaba regresar para ser la madre de Jack.

—Jason —él la miró con intensidad, apretando sus manos—. ¿Podrías salir un momento? Necesito estar sola.

—Daira, lo digo en serio, esto que ocurrió no tiene importancia alguna, lo único que me interesa es nuestra familia —le besó las manos—. Te lo juro.

—Está bien —con un movimiento lento, apartó las manos de las de él—. Aun así, quiero estar sola.

—Como lo desees —se puso en pie—. Mandaré a alguien para que te traiga comida y quizá un té. Dejaré pasar a Jackson, está asustado porque no despertabas.

—Sí, déjalo pasar —asintió alegre.

En cuanto Jason abrió la puerta para salir, el niño pasó a la habitación hecho una centella, brincando a la silla y después a la cama para abrazar a la mujer que se reía impresionada por la habilidad del

infante de parecer un grillo en el jardín. Una sonrisa inconsciente se dibujó en el semblante del conde al ver a su hijo y esposa conviviendo e intercambiando muestras de cariño. Meneó la cabeza ligeramente, reprochándose sus acciones. No podía arruinar eso para Jackson, no podía ser tan egoísta como para sumirlo en la soledad y la tristeza. Y tampoco podía odiarse tanto como para provocarse sufrimiento. Había hecho su elección, sabía a quién amaba y necesitaba.

—Jason —Pridwen se acercó corriendo, alterada y con una mirada preocupada—. ¿Despertó? ¿Cómo está ella?

—Bien, pediré algo a la cocina —informó—. ¿Puedes ir con ella cerciorarte de que se lo coma todo?

—Claro, le meteré la cuchara en la boca de ser necesario.

—Lo dejo en tus manos —sonrió, tocando ligeramente el hombro de la amiga de su mujer en un acto totalmente inocente.

—Señor Seymour —Jason se paró en seco—. Usted… no la lastimará más ¿verdad? —la duda en su voz quemó internamente al conde—. Ella ha sufrido toda su vida y me dolería saber que seguirá siendo así lo que le queda de ella.

—Jamás he querido lastimarla Pridwen.

—¿Entonces por qué lo hace tan seguido? —ladeó la cabeza.

—Es complicado —Jason se volvió hacia ella—. Pero lucharé para no hacerlo más, te lo prometo.

—Lo que yo le prometo es que, si ella vuelve a llegar a mí en estado de desolación, la desapareceré para siempre, ambas lo haremos —advirtió—. Dios sabe que sabemos desvanecernos.

—De ser el caso, señorita, jamás dejaría de buscarlas.

Pridwen negó con la cabeza repetidas veces, oscilando entre el fastidio y la diversión. Se cruzó de brazos y lo miró con lástima.

—No hay peor visión que ver a un hombre que no sabe lo que quiere en la vida —suspiró—. Es triste, porque sé que usted es de los que vale la pena y ella es una mujer excepcional.

La joven indiscreta no se quedó a decir más, tampoco permitió que Jason se justificara o siquiera se defendiera. La admiró en ese momento, por la claridad de sus pensamientos y la forma en la que los exponía distaba completamente de su normal actitud aniñada, repentinamente le pareció que ella era alguien mucho más grande, sabia e inteligente de lo que aparentaba.

—¿Cómo está tu mujer?

—Embarazada —cerró los ojos al contestar a la conocida voz de Lucca, su primo, pero también su mejor amigo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¡Pero qué buena noticia!

Jason podía escuchar la sonrisa en los labios de su primo, era una

lástima que él no pudiera sentir lo mismo. En cuanto el médico le informó sobre el estado de su mujer, un sinfín de recuerdos poco placenteros lo invadió: todas aquellas peleas, amargura, agonía, alejamiento y el dolor de ambos. No quería arruinar a Daira, no quería que sufriera lo mismo, que se odiara y también repudiara al producto de su unión. Estaba aterrado y horrorizado por lo que vendría.

—Jason. —Las manos de Lucca lo enfocaron cuando se posaron enérgicamente en sus hombros—. Es diferente.

—¿Qué tal si todo se repite de nuevo?

—¿Cómo reaccionó ante la noticia? Ese es el primer indicio.

—Incluso aunque reaccionara bien, Annelise lo hizo al principio y mira cómo acabó, incluso llegó a la desesperación de abortar —le recordó—. La felicidad inicial no significa nada.

—Qué dijo ella cuando lo supo.

—No se lo dije.

—Eh… hermano, creo que no es algo que le puedas esconder, eventualmente lo va a notar —dijo sarcástico y un tanto burlesco.

—Se lo tengo que decir, lo sé, pero debo hacerla sentir cómoda, feliz —se dijo más a si mismo que a Lucca—, quitarle todas las dudas que tiene en la cabeza, que se sepa amada y puesta en primer lugar.

—¿No tiene todo eso? —Por un momento Lucca no entendió la letanía de su primo. Pero cuando la comprensión llegó a su cabeza, suspiró y rodó los ojos—. No lo puedo creer, ¿Es por Annelise?

—No sé qué me pasa —Jason pasó sus manos por su dorada cabellera y fue a sentarse—. Es una traición de mis instintos contra mi cabeza, no lo puedo controlar.

—Espero que hagas algo para resolverlo, porque estás perdiendo a una buena mujer por tu indecisión.

—¿Crees que no lo sé? —levantó la mirada—. No quiero perderla, ella lo es todo y no sólo para mí, sino para Jackson también.

—¿Qué te hace falta entonces? —Lucca fue a sentarse junto a él.

—Nada —admitió—. Es sólo que… cuando veo a Annelise, algo dentro de mí cambia, es como si los recuerdos llegaran y se aferraran a los buenos momentos que pasamos juntos.

—Eres un idiota Jason —sonrió Lucca, tomando con cariño el hombro de su primo—. Resuélvelo pronto, sea cual sea la decisión que tomes, yo estaré ahí para apoyarte.

—Lo sé. Aunque sé cuál es el resultado que tú esperas.

—Y el resto de la familia también —asintió—, pero no es nuestra vida, sino la tuya, busca tu felicidad.

—Amo a Daira, en serio lo hago —cerró los ojos—. Annelise es sólo un recuerdo de algo que no pude controlar, me arrepiento de no haberla hecho feliz, de no estar para ella como lo necesitaba.

—Hiciste lo que pudiste. Ahora hay otra persona que necesitará de

ti —elevó una ceja—, y no hablo sólo de Jack.

Jason dejó salir el aire de sus pulmones con un abrupto sonido, se puso en pie y palmeó el hombro de su primo antes de bajar las escaleras en dirección a la cocina para pedir comida para su mujer. Lucca no pudo evitar sonreír, Jason terminaría haciendo no sólo lo correcto, sino lo que lo haría verdaderamente feliz. Aunque esperaba que no tardara tanto tiempo en elegir su camino, de ser así, podría perder algo de lo que se arrepentiría toda su vida.

Capítulo 34

Era una tortura que cuando las cosas no estaban bien en casa, tuviera que salir de la ciudad gracias a un llamado de emergencia. Daira no estaba bien con él, pese a que no hiciera escándalos o se mostrara especialmente fría, no tenían amores, no le permitía siquiera besarla, era como si hubieran regresado en el tiempo a cuando eran una pareja que aparentaba ante los demás y en soledad apenas y se hablaban, eran desconocidos nuevamente.

Para ese momento, Jason estaba desesperado, si por él fuera, jamás hubiese salido de su casa, dejar a su mujer embarazada y a su pequeño hijo no era algo que le alegrara, de hecho, el verse privado de su presencia era razón suficiente para su constante mal humor. No encontraba satisfactorio ni siquiera el hotel que fuera clasificado como uno de los mejores del lugar, preferiría mil veces estar en su casa, compartiendo cama con su muy enojada mujer. Suspiró. Pero no era así y tenía obligaciones que cumplir. Como el futuro marqués que algún día sería, era su responsabilidad solucionar los problemas de las tierras a su cuidado.

Con ese pensamiento entró de nuevo a la antigua mansión remodelada que solía recibir a personalidades de la alta alcurnia de todo el mundo, por lo que era de esperarse que Jason se topara con más de un amigo de copas o alguna dama a la que hubiese visto de la forma más indecente. En ambos casos, eran personas que Jason deseaba evitar y solía escabullirse de las zonas comunes: como el comedor, el área de juegos, jardín o salón.

—Buenas noches, lord Seymour, ¿gusta que lleve su cena a su habitación como de costumbre? —ofreció un elegante mozo.

—Gracias Ulises —asintió el caballero y subió las escaleras sin prestar mayor atención a las risas y el olor a tabaco que venían escandalosos desde uno de los salones.

No tenía ganas de charlar con nadie, sentía un hambre desafortunada para el sueño que tenía y estaba impaciente por volver a su esposa, anhelaba besarla y hacerle el amor. Hacía bastante tiempo que no deseaba a la misma mujer noche tras noche, como si se tratase de un vicio por el cual se caía sin darse cuenta, del que no se enfadaba y se esperaba impaciente. Por mucho tiempo, Jason pensó que había perdido esa capacidad, sin embargo, Daira marcó una diferencia y ninguna otra pudo metérsele por los ojos aunque estas se esforzaran con la desesperación de la paga o el deseo puro.

Abrió la puerta de la recámara, encendiendo la luz para recorrer con tranquilidad el camino hacia el baño de la habitación. Esperaba que, para cuando saliera, su cena estuviera esperándole en la mesa del

balcón, como cada noche. Incluso el servicio había aprendido que el conde gustaba que le dejasen también un vaso con un buen coñac y un cigarrillo, el cual disfrutaba bajo el cielo estrellado y la musica amortiguada que llegaba desde el salón de baile.

Y así fue, después de tomar su cena, su mal humor logró disiparse un poco, logrando relajarlo lo suficiente como para poder escribir a su esposa una carta que sería enviada al día siguiente, para después ir a dormir. Anteriormente dormir en soledad no hubiera sido un problema, pero sucedía que se acostumbró al cuerpo de Daira a su lado, incluso al del pequeño Jack entre ellos.

Se durmió pensando en ellos e incluso soñó que se encontraba a su lado, acariciando la piel suave de su esposa, cálida y reconfortante. De hecho, la sensación comenzaba a ser demasiado palpable, incluso en medio de su estupor, aquello le pareció irreal; en primer lugar, porque Daira no solía ser muy atrevida en la cama, ella era dulce y cariñosa, jamás se arriesgaría a incomodarlo mientras dormía, no, aquello no era una actitud carácteristica de su esposa, mucho menos el comenzar a desnudarlo.

Abrió los ojos sintiéndose en primera instancia irritado, pero al reconocer el cuerpo que se le insinuaba, aquello se tornó a algo distinto, muy poco racional y primitivo, se fundió en sus instintos más bajos al abrazar el cuerpo de Annelise y besarla desesperado. Ella estaba encima de él, desabrochando su camisa de dormir mientras se movía sugestiva sobre su cuerpo.

¿Era acaso que su cuerpo recordaba las noches a su lado? Annelise era una mujer pasional, llena de chispa, de vigor y buena disposición que la hacían irresistible. Jason adoraba cuando, de la nada, actuaba tan impulsiva, tan llena de deseo, importándole poco despertarlo para hacerlo cumplir su voluntad, estaba acostumbrado a ello, de hecho, por un momento le pareció de lo más normal el que ella lo desnudara, besara y hacer lo mismo con ella.

—Jason… —gimió cerca de su oído. La piel de Jason reaccionó en seguida y un revolcón conocido azotó su estómago. Volteó la situación, colocándose sobre ella, mirando los ojos azul grisáceo que compartía junto con los del duque, con la diferencia que los de Annelise eran traviesos, brillantes y vivaces—. Jason, por favor…

Su cuerpo anhelaba cumplir con la petición, pero en su cabeza se mezclaba la imagen de la actual mujer que se le ofrecía y la que lo esperaba en casa. Tan diferentes entre ellas que parecía irreal que pudiese sentir tanto por ambas.

«Daira…» Se repitió en la cabeza. «Mi mujer embarazada».

Aquello fue suficiente para hacerlo salir de la cama, alejándose de la tentación que era el cuerpo de su exmujer. Jason caminaba de un lado a otro, mirando a Annelise, quien se quitó el camisón sin importarle el

predicamento de Jason, quedando desnuda en la cama, esperando porque sucumbiera ante la pasión que se reflejaba en sus ojos grisáceos. El hombre pasó una mano por su rostro, estirando un prolongádo momento la piel de sus labios, desesperado al comprender lo débil que era. Estuvo a punto de cometer la estupidez más grande de su vida.

—Eres cruel —mencionó, aun dando vueltas por la habitación.

—Tú también lo eres al dejarme de esta manera.

—¿Cómo entraste aquí?

—Me conocen por ser tu esposa.

—No es verdad, la gente sabe que me he vuelto a casar. —La cara de Jason se deformó al recordar aquello—. Por Dios, mi esposa está esperando un hijo mío y yo estuve a punto de traicionarla.

—Eso deja en claro que no la amas.

Jason levantó la mirada con resentimiento.

—No, significa que abusas de nuestra relación pasada —la apuntó con desdén—. De lo que pude sentir por ti.

—Sientes —corrigió.

—¿Qué quieres Annelise? —exhaló frustrado—. ¿Qué te diga que sigues siendo una tentación para mí? ¿Qué te veo y me es imposible no recordar los momentos felices que compartimos?

—Sí.

—Bien, lo eres y lo recuerdo, pero eso no cambia nada.

—Jason… —ella salió desnuda de la cama y se presionó contra él—. Lo significa todo ¿no lo ves?

—No. No lo veo —bajó la mirada hacia el cuerpo desnudo que le traía a la cabeza cientos de recuerdos—. Deberías irte.

—¿Seguro? Tus labios pueden decir una cosa, pero tus ojos dicen otra totalmente diferente.

—Concéntrate en lo que digo, vete de aquí, no te acerques a mi esposa, mi familia, ni a mí tampoco.

—Si es lo que quieres —se inclinó de hombros, claramente sentía que había ganado aquella batalla—, me iré, pero mi habitación es la treinta y cinco, por si cambias de opinión.

Jason observó a la dama salir de su habitación y en seguida gritó desesperado, pateando una silla y aventando la mesa donde tantas veces tomó sus desayunos, destruyendo vasos y platos limpios que los sirvientes dejaban para el día siguiente.

Se sentía un imbécil ¿Cómo se podía ser tan idiota? ¿Por qué seguía cayendo ante Annelise una y otra vez como un estúpido? Pareciese que decidió olvidar que lo dejó atrás junto a su hijo, que no le importó desaparecer e incluso darse por muerta con tal de alejarse de ellos y buscar su libertad. ¿Por qué su cuerpo reaccionaba de esa forma? ¿Por qué le era tan difícil pensar?

Cerró los ojos y apretó fuertemente sus puños, tenía que irse cuanto antes. Salía esa misma noche de ser necesario, no podía quedarse estando Annelise tan cerca, era tiempo de volver con su familia, de hecho, necesitaba ayuda de su padre, quizá incluso de su madre, lo cual sería un dolor de cabeza, pero era un mal necesario.

Tomó el primer caballo que estuvo disponible y salió a toda velocidad lejos de aquel hotel.

❊

Se removía en la cama de forma descontrolada, incómoda, presa entre las pesadillas que no la dejaban tranquila desde hacía unas horas. Sufría, todos cuanto debían amarla la dejaban atrás, la traicionaban o la utilizaban, no contaba con nadie, las personas la veían y simplemente se alejaban, dejándola sola, en medio de un lugar oscuro, a nadie le importaba, incluso veía a Jason con Annelise quien llevaba de la mano a Jack, no la reconocían y pasaban de largo.

Ella lloraba desesperada, gritaba por cada uno de ellos, incluso por su madre a quien perdió de niña y su padre que permitió a su hermano hacer lo que quisiera con ella mientras estuvo con vida. No quería estar sola, temía a ello, deseaba ser aceptada, querida. ¿Por qué era tan difícil para ella recibir algo tan básico como un amor sincero?

—¿Daira…? ¡Daira! ¡Cariño, despierta!

Ella soltó un grito contenido y se sentó en la cama de golpe, sintiendo el sudor acumulado en su pecho y su camisón ligeramente mojado de su espalda. Odiaba esos sueños, eran tan reales que incluso despertaba pensando que todo era verdad. No entendía por qué regresaban en ese momento, hacía mucho que no soñaba tan mal, prácticamente desde que se escapó de su casa; ocasionalmente le pasaba, pero no con esa intensidad, incluso volvió a marearse y tuvo la necesidad de aferrarse del hombre que la detenía por los hombros.

—Jason —susurró—, has vuelto antes…

—¿Qué sucede? ¿Qué soñabas?

—Fue tan horrible —lloró, pero tuvo que levantarse e ir corriendo al baño, vomitando la cena que forzosamente ingirió hace unas horas —. ¡Por Dios! ¿Por qué sigo tan enferma?

—¿Te has sentido mal?

—Sí, tu madre está realmente preocupada, quiere venir mañana a pesar de que le aseguré que estaría bien. —Daira se dejó caer sobre el suelo, escondiendo su cabeza entre sus rodillas. Temblorosa, asqueada y con arcadas—. Pensé que no volverías… que me dejarías para huir con Annelise.

El hombre se tensó, aquella revelación fue un golpe duro para el corazón arrepentido de Jason, quién se agachó, la abrazó con fuerza y enterró su rostro en el hombro de su mujer.

—Eso jamás va a pasar, no debes pensarlo.

—No sé por qué me siento tan extraña últimamente —dijo pálida y convulsa—. Algo está mal Jason, esto no es normal, ¿acaso estaré a punto de morir? ¿Es que no quieres decírmelo?

Jason dejó salir una profunda carcajada y negó.

—Tranquila, no estás muriendo, de hecho, estás creando —la miró con orgullo y una profunda devoción. La mujer en sus brazos no comprendió sus palabras, por lo cual cuestionó con la expresión de su rostro—. Daira, no tuve la fuerza para decírtelo antes, pero la razón de que te encuentres tan enferma por las mañanas es porque…

Daira buscó la mirada de su marido debido a que este la desvió en varias ocasiones. Tal parecía que no quería hablar con ella, estaba nervioso a juzgar por el movimiento en sus manos y las muchas veces que tuvo que despeinar su cabello.

—¿Qué sucede Jason? —lo incitó a hablar—. Me asustas.

—Estás embarazada Daira —apretó su quijada—. Lo siento.

—Que yo… ¿Qué? —la mujer configuró una expresión de profunda confusión y deliciosa alegría—. ¿Cómo es que…? Pero tú…

—Estaba asustado por tu reacción, no quería que… —se frotó los ojos con el dedo indicé y pulgar—. Me vinieron recuerdos.

—¿Creíste que no lo querría?

—Para ser honesto, lo seguiré dudando, aunque me digas que en serio lo quieres —la miró seriamente—. Ya en el pasado lo creí y me equivoqué. La destruí debido a ello.

—Jason —Daira negó con una sonrisa bobalicona—. Estoy feliz, demasiado feliz por la noticia, ¿es que no me ves?

Para no conflictuar a su esposa, el conde transformó su rostro y esbozó una sonrisa a juego con la de ella.

—¿Estás molesta porque no te lo dije de inmediato?

—Debí suponerlo, esto de los mareos matutinos es común en el embarazo ¿verdad? —dejó salir una agradable risita—. Oh, Jason, no lo puedo creer, pensé que no tendríamos uno de estos.

—¿Niños? —negó divertido—, ¿Cómo pudiste creer eso?

—Hace tiempo que nos casamos y no había indicios de que estuviera embarazada… —Daira se acomodó en la cama y jugueteó con sus manos, nerviosa de repente—. ¿Cómo te sientes con esto?

—Estaba consciente de que era algo que podía pasar —suspiró y se sentó junto a ella—. Pero debo aceptar que me cayó de sorpresa.

—Es… ¿una buena sorpresa?

—Daira —la mano fuerte y larga de Jason se acercó hasta su mejilla, donde permaneció dando leves caricias—. No soy importante en todo esto, eres tú en la que nos tenemos que concentrar ahora, pero si necesitas saberlo, me hizo feliz saber que me darás un hijo.

La recompensa a sus palabras fue una cálida mirada, el rostro de

Daira se coloreó de un rojizo suave que la hacían ver más tierna al estar en un estado descuidado: sus cabellos estaban claramente enredados, su camisón se subió hasta descubrir sus muslos, tenía ojeras y se marcaban pequeñas arrugas a los lados de sus ojos al momento de sonreír. Nuevamente se dio cuenta que era imprescindible encontrar error en tan bella creación, buscaba aquello que la hiciera más real, que le permitiera ser el dueño de sus afectos.

—Entonces, Annelise…

—Cariño, sientes toda esta angustia por el bebé.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Me crees una tonta? —el orgullo volvió a su voz modulada, su mirada intensa era escalofriante—. Sé perfectamente que ella no se ha dado por vencida, seguramente en más de una ocasión estuvo por convencerte de que me dejaras.

—Daira, eso no va a pasar.

—¿Me dirás que nunca se te insinuó?

—Daira —le tomó los hombros—, por favor, no pienses más en eso, quiero que lleves un embarazo tranquilo, no invadas tu cabeza con cosas sin sentido y que nunca lo tendrán.

Ella suspiró, sabía que no eran cosas sin sentido, pero le gustaría pensar que lo eran, que sus dudas eran injustificadas en todos los sentidos, que su marido la quería y jamás le pasaría por su cabeza el dejarla, mucho menos con un niño en camino.

—Jason —lo abrazó—. ¿En verdad estás contento por el bebé?

—Por supuesto, es una de las mejores noticias que he recibido.

—Me alegra oírlo —siguió abrazada a él—. ¿Podemos ir a dormir ahora? Quiero que me abraces.

—Regresé antes por esa razón, mi cielo, quería estar contigo.

Se separaron lentamente, Daira para volver a la cama y Jason llenando la tina para tomar un baño rápido. Quería quitarse de encima cualquier residuo que quedara del cuerpo de Annelise, fue lo suficientemente listo como para quitarse la ropa donde la esencia de aquella mujer se impregnó sin solución alguna, pero aún la sentía sobre la piel y eso le daba una sensación nauseabunda.

Se metió a una tina con agua fría y raspó su piel, tratando que todo recuerdo se esfumara también. Le era imposible sentirse mejor, debía hacer algo para remediar lo que hizo, tenía que seguir poniendo distancias con Annelise, encontraría la forma de hacer sentir segura a su esposa, aunque estuviera cerca de ellos.

—Jason te arrancarás la piel si sigues así —observó la joven, tomando la esponja con la que él se frotaba—. ¡Y el agua está helada!

—Pensé que estarías dormida —se levantó de la bañera, aceptando la toalla que ella le tendía.

—Te estaba esperando, quería contarte sobre la actitud de Jack, me

parece mal que él…

—Daira —la interrumpió—, necesitas dormir, podías esperar hasta mañana para contarme sobre Jackson.

—Claro, pero aun así quería esperarte.

Jason se volvió hacia su mujer, elevando una ceja socarrona y una mirada llena de picardía al comprender lo que Daira no dijo, pero quedó más que claro, al menos para él.

—Así que… en serio me extrañaste.

—Y-Yo… no es normal en mí, pero…

—¿Es que deseas algo? ¿Tienes hambre? Puedo ir a la cocina…

—¡Jason!

El hombre dejó salir una risotada y la abrazó. La toalla que cubría la parte inferior de su cuerpo se encontraba humedecida debido a las gotas que resbalaban por la espalda y torso varonil hasta encontrarse con la tela. Todo en él era atractivo y hechizante, Daira incluso lo veía aún más tentador gracias a su embarazo.

—Y bien, dudo que en tu estado sea lo mejor hacerlo en el suelo del baño, como en tantas otras ocasiones nos pasó.

—Preferiría ser capaz de llegar a la cama.

—Concuerdo —Jason se agachó y pasó un brazo por debajo de las rodillas de su esposa, alzándola al vilo y llevándola de esa forma hasta la habitación que compartían—. Ahí está señora, su lecho.

Ella soltó una risilla.

—Creo que sabe cómo proceder, mi lord, no le hace falta que yo le siga dando indicaciones.

—Aunque creo que me encantaría que me las dieras.

Daira esbozó una sonrisa desconcertada, pero asintió conforme, si él quería seguir órdenes, ella sin problemas podía dárselas. De hecho, aquel juego fascinó en más de un sentido a su marido, quien, además de ser sumamente complaciente, estaba sorprendido por las peticiones que ella era capaz de hacerle. En ocasiones pensaba que no era totalmente consciente de lo que pedía, seguro que le debía mucho a Pridwen y a su incansable curiosidad que seguro metió la duda en su esposa quien decidió experimentarlo por sí misma.

Pasar la noche con su mujer fue sin dudas la mejor decisión que pudo haber tomado, de esa forma se confirmó que deseaba estar con ella, que la adoraba y la amaba más de lo que nunca pensó. Pese a que Annelise fuera una tentación, Daira no necesitaba serlo, puesto que podían complacerse el uno al otro sin ningún peligro o limitación, se pertenecían y eso era aún más querido y placentero.

—Jason… —escuchó su voz adormilada amortiguada contra su cuello—, prométeme que me mantendrás informada de todo.

—¿De qué hablas?

—Si cambias de opinión en algo o si piensas en dejarme…

—No digas tonterías Daira —la abrazó más contra su cuerpo—, estoy contigo, soy feliz a tu lado y te amo.

Ella abrió los ojos y se levantó ligeramente, acariciando el pecho de su marido con el ceño fruncido, sin atreverse a hablar.

—Me parece extraño ese amor llegado de la nada.

—Así son las cosas mi vida, nada se puede hacer para anticipar lo que el corazón va a decidir —le acarició la mejilla—, tranquila, te prometo que no volverás a sufrir a mi lado, sé que han existido dificultades, pero te protegeré de todos, incluso de mí mismo.

Ella asintió levemente, continuó inmersa en sus pensamientos mientras seguía acariciando el pecho de su marido.

—Jason, el día que me desmayé… —apretó los labios, dudando si decirle—. Mark me habló del vizconde Valcop.

Los ojos grises la enfocaron con tranquilidad.

—¿Qué te dijo?

—M-Me dijo que e-está aquí y que… —cerró los ojos con miedo—. Que quiere acercarse a mí.

Jason suspiró y reacomodó su posición, haciendo que su mujer enredara más sus extremidades a las de él.

—Ya sabía de su regreso —aceptó—. Estoy seguro que fue él quien mandó a disparar a mis hermanos y a mí.

—¿Por qué no me lo dijiste? —reclamó con la mirada.

—Quería hacerlo, pero no encontraba el momento y al final llegó la noticia del bebé —le acarició el rostro—. Lo último que quería era que estuvieras asustada y nerviosa, te hace mal.

—Tengo miedo —bajó la cabeza.

—Lo sé, pero no permitiré que te pase nada, te lo prometo.

Un ligero temblor recorrió el cuerpo expuesto de Daira y en busca de calor, se recostó nuevamente sobre su marido ocasionando que él la abrazara y se estirara un poco para alcanzar las sábanas hasta cubrirla por completo. Depositó un beso suave en su frente y la obligó a permanecer sobre él pese a que no pudiera dormir.

—Jason, si dijera que te amo… —Daira se removió sobre el cuerpo de su marido—. ¿Cuidarías bien de mi corazón?

—Tan bien como tú cuidarás el mío.

—No Jason —dijo molesta—, hablo en serio, no quiero que me endulces el oído, quiero que me digas la verdad.

—Mi amor, cuidaría cada parte de ti incluso si no me amaras —levantó su barbilla pese a que ella estaba recostada en su hombro—, porque si no te cuidara y te perdiera, entonces sería mi corazón el que correría verdadero peligro y no lo permitiré.

—Jason… —bajó la mirada—. Te amo.

—Ahora me gustaría que me lo dijeras a la cara —el hombre colocó una mano sobre la mejilla mojada de su mujer y la levantó

dulcemente, limpiando sus lágrimas—. No dudes de mí, Daira. Te amo a ti, no importa nadie más, te escogeré siempre, en la situación que sea y hagas lo que hagas, no podría dejarte ir, me has hechizado y ahora me es imposible vivir si tú no estás conmigo.

—Entonces no dejes de demostrármelo Jason, no permitas que dude más de ti, te lo pido como un favor, porque no dudaré en irme.

Capítulo 35

La temporada de ópera dio inicio en Londres, acontecimiento que Daira no deseaba perderse y en lo cual Jason decidió complacerla. Era de esperarse que la joven amara todo lo relacionado con la música, puesto que su voz era una de las mejores que muchos hubiesen oído, algunos decían que estaba hecha para ser atendida por un público que le aplaudiera, pero Daira limitaba su voz a su familia cercana.

Y aunque en gran parte la intensión de la joven fuera escuchar a los grandes artistas cantar, otra realidad irrefutable eran las ganas que tenía de mostrarse con su marido en todas las ocasiones que le fueran posibles, buscando callar las habladurías en su contra y alejarlo de la mujer que seguía siendo su perdición, aunque él lo negara.

Jason ignoraba la razón por la que su mujer se comportaba de forma posesiva, pero quería complacerla en todo lo que le fuera posible, no podía creer que ni siquiera en su embarazo su esposa hiciera peticiones especiales, no se portaba caprichosa, quejumbrosa o lo odiaba por que estuviera en cinta por su culpa, por el contrario, parecía feliz a cada momento, aun cuando no se sentía del todo bien.

Ese día, los ojos que mantenían encadenado al océano en su interior se abrieron después de toda una semana de estar en cama, para ese momento, se sentía mucho mejor, no sabía por qué razón la enfermedad le había durado tanto tiempo, pero debía admitir que la diligente presencia y cuidados de su esposo fueron un reconfortante entretenimiento que ella permitió. Le parecía divertido ver a Jason alterado, yendo de un lado a otro sin saber qué hacer cuando ella se ponía enferma por las mañanas. Era tierno cómo intentaba cumplir todos sus caprichos, por muy tontos que estos fueran, en una ocasión, y queriendo abusar y probar su bondad, Daira pedía una que otra extravagancia gustativa, debía admitir que ni siquiera le gustaban la mayoría de las veces, pero siempre se sorprendía cuando él las conseguía, incluso cuando eran platillos originarios de Dinamarca.

La joven se removió en la cama que descansaba, sintiéndose feliz de no tener mareos tan sólo despertar, siendo capaz de contemplar el sol naciente que desfilaba por el ventanal de puertas abiertas y cortinas ondeantes por el viento fresco del amanecer. Suspiró contenta, colocó ambas manos bajo la mejilla recostada contra la almohada y contempló el lento progreso del sol y el suave cantar de las aves, sintiendo el agradable peso del brazo de su esposo sobre su vientre abultado y su acompasada respiración en su cuello.

Daira giró su rostro para mirarlo dormir, era guapo y cuando dormía no se podía notar su constante preocupación reflejada en sus ojos y arrugas desde aquel día en el que se desmayó. Ese hombre se

había encargado de ella día y noche, aunque en realidad no tuviera dificultades más que en las mañanas, Jason se quedaba con ella todo lo que le fuera posible, incluso saltándose obligaciones.

Estaba en uno de sus mejores momentos contemplativos, cuando de pronto su estómago se revolvió de forma brusca y exasperante que la hizo apartar el brazo que la retenía sobre la cama para alcanzar el baño antes de que hiciera un desastre de camino al mismo.

Cuando Jason abrió los ojos y no se encontró con su esposa recostada a su lado, la preocupación invadió su cuerpo, parecía ser que llevaba un buen tiempo levantada, a juzgar por el sonido que venía del baño, despertó sintiéndose mal, como en tantas otras ocasiones. Daira era mucho más sensible del estómago de lo que recordaba con el embarazo de Annelise, de hecho, su esposa podía vomitar varias veces durante el día, si no estaba volviendo el estómago, estaba mareada, debilitada, tenía dolores de cabeza y en alguna ocasión llegó a los desmayos.

Aquello preocupó a todos en la casa, ocasionando que Gwyneth y Publio cayeran en la histeria al explicar una y otra vez que, aunque no era de lo más normal y se debía tener cuidado con la deshidratación y con la pérdida de peso de la madre, conocían personas que tuvieron los mismos síntomas y las cosas salieron bien, solían calmarse y Daira no vomitaba tantas veces como para que fuera un caso de gravedad como para mantenerla en cama.

Jason suspiró, apartó las sábanas de su cuerpo y entró al cuarto del baño. Su esposa estaba derrotada sobre el suelo, con el palanganero a su lado, la piel pálida y temblando ligeramente.

—Daira, por Dios, ¿Por qué no me despertaste?

—Jason… me siento pésima.

—Ven aquí —la tomó en brazos con movimientos lentos para no marearla nuevamente—. Te llevaré de regreso a la cama.

—Pero hoy tenemos la ópera, quiero ir.

—Bien cariño, esperemos que estés mejor para entonces, pero por ahora tienes que descansar un poco más.

—Trae el palanganero —se recostó en el hombro de su esposo, respirando con dificultad—, que lo pongan junto a la cama.

—De acuerdo, tranquila mi amor, trata de respirar profundo.

—Es lo que hago, pero nada funciona.

Jason la recostó en la cama y tiró del cordón para llamar a la servidumbre de la casa. Habían decidido no regresar a la mansión de los Seymour y se quedaron en la casa del centro de Jason, la cual estaba bien ubicada y cerca de la de Micaela y los Hamilton, tanto de Publio como de Terry, siendo el primero el más conveniente en la situación en la que estaba su esposa.

—¿Qué sucede? ¿De nuevo? —entró corriendo Pridwen, quien se

asentó en la casa de los Seymour desde hacía un tiempo.

—Sí, necesita un palanganero y algo de comer.

—Yo lo haré —la rubia incluso dejó la puerta abierta para correr a cumplir la petición.

Jason sonrió.

—En la vida pensé verla tan solicita, resulta ser que podría ser una madre dedicada. —Sherlyn logró componer una sonrisa, pero rápidamente tuvo que concentrarse en respirar para no vomitar sobre las mantas—. Por Dios, debería poder hacer algo para mejorar tu estado, me imagino que no tienes ganas de comer.

—Tengo que hacerlo, este bebé necesita nutrientes.

—Te pediré algo —Jason le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y sonrió—. ¿Qué se te antoja?

—Quizá algo de fruta por el momento.

—Bien, espero que te caiga bien —se acercó y le besó la mejilla antes de ponerse en pie e ir a la salida.

—Jason. —Él se volvió—. ¿Podrías hacer que Jack desayune bien el día de hoy? Se ha puesto muy quisquilloso.

—No te preocupes por eso.

—¡Espera! ¿Has hablado con Archivald? ¿Me ha echado en falta?

—Está informado de la situación —asintió—. Seguro que le has hecho falta, así que si deseas ir con él, puedo llevarte.

—¿No estás ocupado?

—Un poco, pero puedo llevar a mi mujer embarazada a su lugar de trabajo —elevó una ceja—. Pero entes tienes que desayunar bien.

—Jason —su marido se detuvo nuevamente—. ¿Podrías regresar y quedarte conmigo un rato más?

—Traeré tu fruta y podemos volver a recostarnos.

La joven sonrió mientras metía pedazos de fruta en su boca. Se encontraba sentada en la cama, entre las piernas de su esposo mientras él se entretenía en leer un libro, con su espalda recostada en la cabecera y una mano sobre el vientre prominente de su mujer. Cuando ella se recostó sobre su pecho y se acomodó para tomar una siesta, Jason no pudo más que besarle la frente y seguir con la misma posición, en la cual ella ya se encontraba a gusto.

Unas horas más tarde y después de una buena siesta, Daira logró ponerse en pie sintiéndose mucho mejor, aunque las náuseas seguían rondándola, tenía hambre y eso la motivaba a cambiarse para bajar a desayunar. Fue Jason quien la ayudó a terminar de abrochar los botones de su vestido o apretar el corsé, aunque en esto último Jason insistió en que no lo hicieran como de costumbre, puesto que, con la presencia del bebé, no era bueno usarlo tan ajustado.

Durante el desayuno, Jackson se mostró entusiasmado por la reaparición de su madre y después, tanto padre como hijo dejaron a

Daira junto a Archivald, quien estaba sumido en su trabajo mientras ella seguía acomodando y haciendo pedidos para su próxima inauguración. Jason se había tomado la molestia de llevarse consigo al pequeño Jack con tal de dejar a su esposa trabajar y ella lo agradecía. Pese a que Jack no le significaba un estorbo, sin la preocupación de tenerlo cerca era mucho más fácil avanzar.

—Iré al estudio Daira, si necesitas algo me hablas —dijo Archivald, enfocado en una rosa que parecía decaída.

—Estaré bien, no te preocupes.

El hombre no hizo mucho caso a las últimas palabras de su prima política, incluso trastabilló en la escalera, más concentrado en la revisión de la planta que en sus pasos. Daira sonrió y se volvió hacia la puerta cuando escuchó el característico sonar de la campana.

—No cabe duda que estás llena de sorpresas Daira —sonrió Annelise, pasando sus ojos por el verdoso lugar—. No me hagas esa cara, vengo a hacerte un encargo.

—Por supuesto lady Ainsworth —tomó una libreta y la miró con la sonrisa pertinente para una intendenta—. ¿Qué le encargo?

Annelise apretó una sonrisa, por alguna razón el que la llamara con su nombre de soltera la enfurecía, pese a que fuera correcto que lo hiciera. Estaba resultando divertido, esa mujer daba la apariencia de no ser capaz de contestar ante una ofensa, pero resultaba ser que tenía más carácter del que imaginó.

—Necesito arreglos —dijo la mujer, vagando por el lugar con una mirada despectiva—. Quiero que sean espectaculares, no repararé en gastos, así que puede usar las flores de su preferencia.

—Por supuesto, ¿para qué fecha la necesitaba?

—Naturalmente, para el día de mi aniversario.

—¿Cumple años lady Ainsworth? —dijo desinteresada, buscando su agenda y algo para apuntar, haciendo una conversación forzada debido a que era una clienta.

—De casada.

Daira levantó la cabeza y sonrió.

—¿Casada con quién, mi lady?

—Es obvio lo que estoy diciendo, está claro que no puedo celebrarlo abiertamente, pero bien puedo hacer una fiesta en honor a lo que tuvimos, Jason ha demostrado que no ha olvidado ni un día a mi lado —sonrió abiertamente—. ¿No lo cree usted?

—Me parece inadecuado.

—Estará invitada, por supuesto.

—Dudo asistir a una velada de esa índole, pero agradezco la cortesía —se inclinó ligeramente y retomó su postura profesional—. ¿Cuál sería la cantidad de arreglos? ¿Dispondrá floreros o desea que nosotros los llevemos? Tengo un muestrario aquí, si gusta verlos.

—¿Por qué finges orgullo cuando está claro que estás herida?

—¿Por qué se empeña en hacerlo? —frunció el ceño hacia ella, dejando sobre la mesa el catálogo y su libreta—. Cuando llegó dijo que yo no estaba interesada en Jason, que yo era su villana porque el hombre que usted quería no sentía lo mismo por usted, sino por mí.

Annelise apretó las manos y los labios con igual fuerza, volviéndose rápidamente hacia otro lugar, fijando la vista en las macetas que colgaban del techo y dejaban caer su frondosidad hacia el suelo en una cascada verde.

—Eres odiosa. —La voz de la mujer estaba cargada de resentimiento —. No te soporto.

Daira entendió la desesperación que Annelise sentía, incluso creía comprender la razón por la cual estaba tomando acciones en su contra, era una venganza por no obtener lo que quería.

—En realidad no deseas a Jason de regreso, ¿o sí?

—Lo quiero.

—No es la forma de obtener lo que deseas, te lo aseguro.

—¡Maldición! No intentes mostrarte comprensiva conmigo —la apuntó aún más molesta—. No soy Jackson, ¿Comprendes?

—Trato de ayudarte porque es una forma en la que yo también me quitaría un problema de encima —Daira rodeó el escritorio en el que estaba refugiada y enfrentó a la mujer—. Annelise, sé perfectamente que puedes hacerme la vida imposible, entiendo que lo quieras hacer porque me odias, pero no soy la culpable de lo que sientes.

—No me importa quién sea el culpable.

—Sea lo que sea Annelise, el único que resultará herido será Jason, porque en todo caso de que lo consigas, lo harás infeliz —la miró con tristeza—, pensé que lo querías lo suficiente como para no volverle a hacer algo así. Además… estamos esperando.

Los ojos sorpresivos de Annelise bajaron hasta posarse en el abdomen de la mujer frente a ella, a quien todavía no se le notaba el estado en el que estaba, lo cual la hizo dudar si le estaría mintiendo.

—Tú… —ella comenzó a negar con la cabeza con molestia—. ¡No! No puede salirte todo bien, simplemente no es justo.

—¿De qué hablas?

—¡Ahora le darás un hijo! —elevó las manos con fastidio, caminando de un lado a otro, parecía una fiera encerrada—. ¿No podías simplemente ser infértil o algo por el estilo?

—¿Qué es lo que sucede contigo? —Se alejó de ella.

—No puedes tenerlo todo, tu vida no puede ser tan perfecta.

—Annelise, mi vida jamás ha sido perfecta, ni una sola vez hasta que llegó Jason a ella y justo cuando creía que podía ser feliz, llegaste tú, la única persona que tiene todo en su poder para alejarlo de mí. —Había dejado salir todo aquello como un torrente desde lo más

profundo de su corazón.

—Yo… —ella agachó la cabeza—. Lo siento, no quise…

—Sé que no. —Y Daira en realidad lo creía, sabía que Annelise no llegó a Londres con las intenciones de arruinar su vida o la de Jason, algo debió pasar para que llegara a esa resolución—. ¿Qué sucedió? ¿Quién es ese hombre del que estás enamorada?

En ese momento, la campanilla hizo el tintineo para alertar a los dueños del lugar. Ambas mujeres volvieron la mirada hacia la pareja que hacía entrada, experimentando diferentes niveles de fastidio, aunque ambas dirigidas hacia las mismas personas.

—Ah, lady Annelise, qué gusto me da verla por aquí —saludó Lina Melbrook, tomada del brazo de su marido.

—Igualmente.

—Venimos de visita, hermana, espero que no te moleste.

—Si digo que sí ¿se irían?

—Siempre tan bromista —sonrió el conde Melbrook para después posar la mirada sobre la joven que lanzaba cálidas miradas hacia él—. Lady Annelise, se ve tan hermosa como siempre.

—Gracias mi lord, es usted muy amable.

Los colores subieron por las mejillas de la joven Ainsworth, mostrándose torpe y embelesada. Y ante la reacción, Daira llegó a la comprensión. Ahora todo tenía sentido, el hombre del que Annelise estaba enamorada era del conde Melbrook, el hombre asqueroso que tenía una obsesión por su media hermana desde que eran niños.

Daira no comprendía cómo era posible que alguien se enamorara de un hombre así, pero bien se decía que en el corazón no se mandaba. Mark Melbrook era apuesto, claro, pero con esa personalidad y extraños gustos, era imposible que resultara un buen partido.

—Y bien querida cuñada, quisiera encargar algunas flores para la casa, quiero que tome vida, quizá una que otra planta —sonrió—. ¿Está Archivald por aquí?

—Está trabajando en el estudio, puedo hablarle si gustas.

—Lo haré yo misma, con eso de tu embarazo, es mejor que te lleves las cosas con calma —se ofreció gustosa, ansiosa por ver al impenetrable hombre que era Archivald Pemberton—. Es subiendo las escaleras ¿verdad?

—Sí, lo verás en seguida, está en la oficina de cristales.

Lina subió presurosa, con una sonrisa traviesa y coqueta. Daira lamentaba haber jugado en contra de su socio, pero necesitaba esclarecer sus ideas y sólo podría hacerlo si observaba atentamente a su medio hermano y la exesposa de su marido.

—¿Ustedes ya se conocían? —indagó distraídamente.

—Sí —Mark Melbrook apartó la mirada de la figura estilizada de Annelise—. Coincidimos en varias veladas antes de Londres.

—Ya veo —asintió Daira, tomando algunas flores para quitarle las espinas con un chichillo—. Me parece que lady Annelise mencionó algo de un baile, supongo que estarás invitado.

—No había recibido el honor —el conde miró hacia la avergonzada chica, quien se había inventado esa excusa para molestar a la mujer que le arruinaba la vida.

—Todavía no he mandado las invitaciones —se justificó—, pero sabe que siempre será bienvenido en mi casa.

—Gracias, mi lady —sonrió cariñosamente—. Aunque sé que es mejor mantener distancias, sobre todo por los celos de su hermano.

—John no hará nada, de hecho, usted le es agradable.

—Lo dudo, mi lady, pero lo agradezco.

Daira sonrió, no lo podía creer, el cerdo de su hermano tenía una inclinación amorosa por Annelise, lo notaba en sus ojos. Gracias a Dios era diferente a la que en algún momento mandó hacia su persona, con lady Ainsworth su voz, su mirada e incluso sus ademanes parecían cálidos, dulcificados y todos dirigidos hacia ella, ni una sola vez vio a Daira pese a que estaba ahí, lista para ser admirada por sus ojos llenos de lascivia y contención que siempre le era necesaria para no llegar a atacarla.

Sería una solución perfecta y dulce el que ellos resultaran enamorados. Annelise dejaría en paz a su marido y su medio hermano dejaría de atormentarla por siempre. Parecía un sueño.

—¡Daira! —Ella ya se esperaba el grito exasperado de Archie, aunque aguantó menos de lo previsto. El hombre se asomó desde el segundo piso, mostrándose enojado y posiblemente traicionado por ella—. La señora necesita hacer un pedido, la dirigiré contigo.

—Por supuesto —sonrió inocentemente.

Los ojos azules de Archivald lanzaron una advertencia casi dolorosa para la joven, quien atinó a sonreír para aligerar el ambiente que repentinamente se había tensado.

—¡Pero cuánta gente hay aquí el día de hoy! —sonrió el señor Eldegard—. ¿Es que todos se han enterado de tu buen gusto, chiquilla? Era de esperarse, sin duda alguna.

—¿Usted qué hace aquí? —frunció el ceño Annelise.

—Vengo a hacer un pedido, ¿Qué más?

—No lo veo creíble —se cruzó de brazos la hija de duques.

—Tranquila lady Ainsworth, no tengo nada en contra de usted —la miró pesadamente, con dureza y una extraña hostilidad.

—Por favor, tengamos un momento agradable —intervino Daira, pensando que quizá esos dos tendrían un pasado turbio del cual no podía inquirir demasiado al no ser suficientemente cercana a ninguno de ellos—. Haré los pedidos, pero por turnos, como es de esperarse.

—Daira —la exmujer de su esposo le tomó una mano y la apretó

con fuerza—. Tengo que hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Si lady Ainsworth, ¿sobre qué? —elevó una ceja el señor Eldegard —. Porque todos tenemos mucho que decir ¿verdad?

—No trate de intimidarme.

—Tan sólo digo que no se meta en los asuntos de los demás.

—Daira, aléjate de este hombre —dijo determinada la muchacha volviéndose hacia ella—, no es agradable ni tampoco de confianza.

—¡Annelise! —el conde Melbrook se adelantó hacia la muchacha y la miró con extrañeza—. Detente, no digas tonterías.

—Lo digo en serio —remarcó su advertencia, mirando fijamente a Daira—. No lo hagas.

—¿De qué hablas?

—Vamos —Mark Melbrook la tomó de los hombros y la sacó arrastras de la tienda—. ¡Lina, nos vamos!

Daira Seymour se mostró asustada por las reacciones tanto de su medio hermano, como de su esposa y la exesposa de su marido. La última mostrando una sincera preocupación. Lentamente apartó la vista de ellos, encontrándose con el perfil desdeñoso del hombre que siempre se mostró amable con ella. Sus ojos oscuros, normalmente repletos de un brillo cariñoso, se transformaron en cuencas vacías, duras como un peñón y afilados como una cuchilla peligrosa.

—Daira —la voz de Archie se mostró inclemente al verla sola con aquel caballero—. Necesito tu ayuda, sube por favor.

—Por supuesto —dejó salir en un suspiro aliviado.

El señor Eldegard esbozó una sonrisa sarcástica, dirigiendo su burla lentamente hacia el hombre que se aferraba al barandal del piso superior, viéndolo con una clara amenaza en la profundidad de sus ojos índigos, serios y mortalmente severos.

—Lord Pemberton, ¿hay algo en lo que pueda ayudarle?

—Nada. Lo agradezco.

—He de marcharme entonces —se inclinó ligeramente, pero antes de salir, se volvió suavemente y levantó la mirada hacia Archie, quien no apartó sus ojos de la figura del hombre—. ¿Cómo se encuentra su esposa? Ya sabe, por su deficiencia.

—No es de su interés, señor, y no suelo hablar de mi vida privada con personas que conozco poco.

—Muy bien, lord Pemberton, procuraré no molestarle.

—Haría bien en hacerlo.

El caballero mantuvo curveados los labios, con las cejas levantadas y una suave vibración en su pecho, dejando salir una risa que poco se asemejaba a la felicidad. Archie no soportaba a ese hombre, pero no era nadie para cuestionar a la mujer de su primo y mucho menos la selección de sus amistades; pero en su presencia no le permitiría estar

junto a un hombre tan peligroso.

Tendría que hablar directamente con Jason sobre ello, era inquietante, incluso Annelise buscó advertirla, tal parecía que Daira no tenía idea de quién era ese depravado, Archie sabía que era un buen actor, lograba camuflarse efectivamente, escondiendo sus prácticas y deseos tras una máscara de amabilidad.

Jason se tomó la terea de recoger a su esposa junto con su hijo. Desde hacía buen rato que el niño se mostraba desesperado por la presencia de su madre, e iba alegre por la calle con su fiel acompañante Bond, el cachorro que Daira le regaló y que se convirtió en un enorme peludo que seguía durmiendo junto a su hijo, abarcando gran parte de su cama.

—Compórtate Jack, no te metas en los charcos.

—¡Papá! ¿Podemos llevar algo a mamá?

—¿Algo como qué?

—Hmm… no sé, le gustan mucho los dulces últimamente.

—Ya veo, ¿Qué clase de dulces le quieres llevar?

—Chocolates, le gustan mucho, pero los que tienen cereza, esos le gustan más —aseguró el pequeño, siendo en realidad que esos eran los preferidos de él.

—Así que esos son los favoritos de mamá —lo miró con incredulidad—. ¿Estás seguro que no son para ti?

—No, no. A mamá le gustan, en serio.

Al estar de buenas, Jason quiso complacer a su hijo comprándole los chocolates que naturalmente fue comiéndose en el camino hacia su madre. Era verdad que a Daira le gustaban los chocolates, pero no los soportaba desde su embarazo, le provocaban náuseas.

—No Jackson, Bond no puede comer chocolate, le hará daño.

—¡Oh, pobre Bond! —abrazó al perro con cariño—. ¡Lo siento!

—¿Le has dado ya?

—Poquito, pero muy poquito.

—Está bien, no le des más —le tomó la mano, acelerando el paso por la calle—. Ven hijo recojamos a tu madre.

Al entrar al local que compartían su mujer y su primo, se topó de llano con la naturaleza: plantas verdosas, grandes y sanas, colocadas en macetas que estaban colgadas y dejaban caer sus ramas hacia los que pasaban por los pasillos; era como entrar a un bosque tropical. Al fondo estaba su mujer, sola, poniendo todo su empeño y meticulosidad en los arreglos florales que trataba de terminar.

—¡Mami!

—Oh, Jack —sonrió la mujer, colocando una mano sobre su abdomen ligeramente acrecentado sin siquiera darse cuenta de ello, como lo hacían las mujeres embarazadas—. ¿Te gustan?

—¡Sí! ¡Son bonitas!

—¿Lo crees? —La mujer sonrió alegremente y clavó la mirada en su marido—. Hola Jason.

—¿Cómo te has sentido? —se acercó el caballero, colocando una

mano en la espalda baja de su esposa, acercándola para presionar un beso suave en sus labios—. ¿Has tenido molestias? ¿Náuseas?

—He tenido que correr un par de veces—apuntó hacia la puerta que conducía a una letrina—. Pero estoy bien, casi lo domino.

—Recuerda tomártelo con calma.

—Jason, puedo con un ligero malestar, este bebé no va a vencer a su madre siendo tan joven —se tocó con cariño el abdomen.

—¿Archivald no está?

—Tuvo que salir, me dijo que volvería pronto.

—Si te quedas sola, me gustaría que cerraras la puerta.

—Está bien, comprendo la preocupación —aceptó tranquila.

—Lo comprendes, pero dudo que lo cumplas —la miró con advertencia—. En serio, quiero una promesa por aquí.

—Sí, sí —le quitó importancia con una palmada al aire—. Lo prometo, no te preocupes tanto por mí. —Ella sonrió y se acercó lentamente a él—. Jason, sé lo que ocasiona en ti el hecho de que esté embarazada, pero nada sucederá.

—Has estado enferma hasta ahora —cerró los ojos con pesadez, presionando su frente a la de ella y rozando su nariz con ligereza—. Apenas puedes comer o estar de pie sin devolver el estómago.

—Ey —la palma de Daira rozó con una dulzura extrema la mejilla rasposa de su esposo—. Esto no es nada para mí, soy una mujer fuerte, por lo que veo, más de lo que imaginas.

—Si no es eso.

—Sé lo que es —sonrió con indulgencia—, pero deja de preocuparte y disfruta un poco del momento —lo tomó por los hombros y lo agitó ligeramente—. Vas a ser padre Jason, ¿no te es emocionante? Sé que sí, porque eres extraordinario en ello.

Tal y como si le hubieran quitado un enorme peso, el cuerpo de Jason se relajó al punto de perder unos centímetros de altura, mirando a su mujer con fascinación. Acarició el vientre de su esposa por primera vez sin una preocupación en sus facciones y sonrió con franqueza al darse cuenta que al fin comenzaba a crecer.

—Gracias Daira —los ojos grises de Jason brillaban como la misma luna—. Por todo lo que haces.

—Si no hago nada —dejó salir una risilla divertida y apenada.

—Haces absolutamente toda la diferencia —la besó entonces—. Me has traído de regreso a la vida, incluso traes vida contigo.

—Siempre has sido bueno con las palabras Jason Seymour. —Ella subió sus manos hasta pasarlas por el cabello de su esposo, acercándose, pero sin besarlo—. ¿Es que intentas enredarme para cumplir tus cometidos? ¿Para dominarme?

—Creo que aún me queda mucho por conquistar, ¿no es cierto? —Jason pasó sus brazos por la cintura de su esposa y la besó.

Aquella caricia duró más de lo planeado y sólo se rompió gracias a que el pequeño Jack llevó abajo una maceta, la cual se hizo añicos en el suelo, asustando a ambos padres.

—¡Jackson, no te muevas! —pidió Jason, soltando a su esposa para levantar a su hijo—. ¿Te cortaste?

—No, no —dijo asustado, mirando de un lado a otro.

—Oh, bebé, no debes asustarte, no ha pasado nada —concilió Daira, agachándose para recoger las partes rotas.

—Daira, no debes hacer eso —Jason se inclinó con todo y niño, tomando el brazo de su esposa para levantarla—. Por Dios, estás embarazada mujer, ten cuidado.

—Pero si sólo intentaba…

—Ey, ¡Daira, tengo noticias de…! —Pridwen sonrió al ver el pequeño desastre que había en el lugar—. ¿Necesitan ayuda?

—No —sonrió Daira, tocando ligeramente a su esposo para que la soltara y poderse acercar a su amiga—. ¿Qué ocurre?

—Es Archivald —Pridwen tendió una nota—. Dice que tendrá que salir del país, recomienda que no abras la tienda tú sola.

Daira se adelantó y tomó la carta dirigida hacia ella para leerla.

—¿Por qué recomienda eso? —se acercó Jason, manteniendo al revoltoso niño en brazos pese a que este se quisiera bajar.

—No lo sé —frunció el ceño la rubia—. Quizá porque el conde de Melbrook estuvo aquí, así como lady Annelise.

—¿Annelise estuvo aquí?

Daira lanzó una mirada indescifrable a su marido, para después enfocarse nuevamente en la carta de Archivald. Algo dentro de ella comenzó a hervir al punto de casi ponerse colorada, no sabía qué era, pero le molestaba tanto como las náuseas por el bebé.

—Sí, estuvo aquí —dijo con un tono cortante, hosco y casi agresivo —. De hecho, creo que algo ocurre entre ella y el señor Eldegard, parecían discutir por algo, incluso me dijo que me alejara de él. —La mujer pensó por un momento—. Ahora que lo pienso, el conde Melbrook parecía preocupado porque ella se le enfrentara, creo que esos dos se gustan, se lanzaban unas miradas...

—¿En serio te dio esa impresión? —se sorprendió Jason.

—Sí, lo hizo. —Daira lo miró—. ¿Te es imposible de creer?

Pridwen elevó ambas cejas y dejó salir una ligera carcajada que fue estratégicamente cubierta por una mano sobre sus labios. Jason miró sin comprender a su esposa, quién ya estaba ocupada limpiando los trozos de la maceta que Jack tiró.

—Te dejo con esto, galán. —Pridwen le palmeó el hombro y se marchó en medio de una carcajada que fue recriminada por una enfurecida Daira.

—Mi amor, por favor —se acercó Jason—. ¿Me explicas?

—¿Explicar qué cosa?

—Pues… —El hombre buscó la mirada de su esposa, cuando de pronto algo más llamó su atención—. ¡Ey, Jackson! No arranques las hojas de las plantas, les dolerá.

—¡¿Les duele?! —se impactó el chiquillo, alejando la mano y también a Bond, quién mascaba otra.

—Sí, no tocar. —Dicho esto, el hombre regresó la mirada a su enervada esposa—. Así que… ¿El conde y Annelise?

La desconfianza seguía invadiendo la mirada de la joven mujer, quien se alejó varios pasos con las manos colocadas en su vientre de forma protectora, lanzando una mirada extraña hacia su esposo, quien elevaba una ceja en total desconcierto.

—Si tienes tanto interés, puedes ir a preguntárselo tú mismo, pero creo que están enamorados. —Ella se alejó de su toque cuando Jason intentó tomarla en brazos.

El comportamiento evasivo de Daira era anormal, Jason parecía confundido no sólo por su esposa, sino porque no podía creer que alguien fuera capaz de enamorarse de un hombre como el conde de Melbrook, sin mencionar el poco sentido que tenía, puesto que no hacía mucho que Annelise trató de recuperar su relación con él, acaso… ¿Trataba de darle celos al hombre que en realidad quería? Era una opción factible, con la añadidura de que, al mismo tiempo, le hacía daño a Daira, su rival para el cariño del conde.

—Vaya, supongo que tu cuñada lo llevará mal —divagó Jason, acariciando una hoja verde de un helecho—. Pobre Lina.

—Sí, pobre. —Daira tensionó la mandíbula—. Aunque tampoco sufre mucho ¿cierto? Tú puedes dar crédito de ello.

Jason levantó la mirada, enfocando a su enojada esposa.

—Daira, ¿qué he dicho?

—Pareces demasiado interesado en ellas —se volvió hacia otra planta, comenzando a limpiarla—. Si tan preocupado estás, deberías ir a consolarlas ¿no? Eres bueno en ello.

—Muy bien señora —sonrió, acercándose para capturarla entre sus brazos—. ¿Qué ocurre contigo?

—Suéltame Jason —trató de apartar sus apretados brazos.

—Por favor cariño, trataba de hacer conversación. Ellas no me importan, estoy plenamente enfocado en ti.

—No te creo, aún sientes algo por Annelise.

—Daira, sé que gracias al bebé tus emociones están a flor de piel, pero quiero que te quede claro que sólo estoy enamorado y al pendiente de ti —le acarició la mejilla—. ¿De acuerdo?

Ella giró los ojos, asintiendo sin ganas y con la única intención de que la soltara. Jason comprendió su molestia y sabía que no debía forzarla más o en serio habría una pelea entre ellos.

Además, sus dudas eran justificadas, él mismo titubeó en más de una ocasión al estar frente a Annelise, pero no más, quería estar junto a su esposa y cuidar a su hijo. Sin embargo, no podía dejar de preocuparse por la mujer que en algún momento fue su pareja, no le guardaba rencor, por el contrario, gracias a ella comprendió en gran medida el dolor que puede tener una mujer durante el embarazo, sobre todo cuando descubrían que en realidad no ansiaban ser madres. Todo aquello dio pie a un comportamiento diferente para con su esposa actual, quien a pesar de que quería al niño en su vientre, podía pasarlo bastante mal durante su estado de gestación.

—¿Jason?

—¿Eh? ¿Sí? —enfocó sus sentidos en su descompuesta esposa.

—Quiero comer algo —pidió—. ¿Podemos ir a Le Rouse?

—Sí, claro —aceptó sin más—. Ve por tus cosas, trataré de hacer que Jackson acepte que Bond se vaya con Carlo de regreso a casa.

—Buena suerte con eso —sonrió la joven, pero antes de moverse, se volvió a su esposo—. Jason, ¿has sabido algo del vizconde Valcop?

—No. Pero no te preocupes por eso, no permitiré que te pase nada —sonrió Jason, acercándose a ella—. Ahora ve por tus cosas.

—Ahora que no estará Archivald, preferiría no abrir el local, me siento un tanto insegura de estar sola.

—Me parece bien —Jason permitió que su mirada se clavara en un sitio lejano mientras su cabeza divagaba con el tema—. En definitiva, estarías demasiado expuesta, no quiero que te lo topes en soledad jamás, ni tampoco al conde Melbrook ni a Annelise.

—¡Papá! Hora de ir a comer.

Jason se volvió hacia su hijo.

—Sin Bond, ¿verdad Jackson?

—¡Con Bond! —chistó el niño, colgándose del cuello del perro.

—Cariño, será mejor que dejemos a Bond en casa, sabes lo mucho que le gusta correr y en el restaurante lo regañarán todo el tiempo, se sentirá triste, ¿no lo crees? —intentó su madre.

—Bueno… a mí no me gusta que me regañen.

—Exacto, a Bond tampoco.

—Está bien, pero sólo por un ratito pequeño.

—Trato hecho.

La familia salió tranquilamente del lugar de trabajo de la mujer, sonriendo y charlando amenamente entre ellos. Para ese momento, la gran mayoría de la sociedad sabía del embarazo de la nueva esposa del señor Seymour, lo cual les parecía un tanto inesperado debido a que la gran mayoría pensaba que Jason terminaría cediendo ante el cariño que sentía por su primera esposa.

❊

Era la tercera vez que ese hombre llegaba a acosarla, su mirada afilada la buscaba como un cazador a su presa. Para ese momento, había puesto sobre aviso a las personas que se encontraban a su alrededor, pero tal y como si ese hombre saliera de las sombras, lograba encontrarla en los momentos de mayor vulnerabilidad, provocándole náuseas al punto de casi hacerla vomitar.

—¡Déjeme tranquila!

—Mira princesa, normalmente no me importarían tus comentarios, pero te atreviste a hacerlos frente a ella —dijo el vizconde Valcop— ¿Por qué te metiste? Es beneficioso para ti que ella desaparezca.

—Me equivoqué con ella —negó pesarosa—. Es mejor de lo que pensé —lo miró con furia—. ¡Y no merece ser amenazada por ti!

—Vamos, vamos Annelise, cuando mis ojos estuvieron posados en ti estabas más que halagada.

—Y después descubrí quién eras. —El rostro de la mujer demostraba el desagrado que sentía por el sonriente vizconde.

—¿Quién se supone que soy, princesa?

—Un cerdo, eso es lo que eres.

—Esa mujer me correspondía —tomó su cuello y la pegó a una pared, no la ahorcaba, pero sí la amenazaba—. Su hermano ya había cerrado el trato, deberíamos estar casados desde hace mucho.

La mujer pateó la espinilla del vizconde, alejándose rápidamente. No parecía nerviosa, ni atemorizada, por el contrario, esa mujer había experimentado ese tipo de acosos, sabía cómo lidiar con los hombres del estilo, pero estaba segura que éste en particular era mucho más peligroso que los demás.

—Está casada con otro y espera un hijo de él, ¿Qué te propones?

El hombre dejó salir una carcajada, tomando las palabras de esa mujer como divertidas. Francamente no podía creer que estuviera preocupada por alguien que no fuese ella misma, el vizconde conocía a Annelise, era una mujer decidida y obstinada, normalmente egocéntrica, pero parecía ser que algo estaba cambiando.

—No lo sé, los niños son fáciles de perder.

Annelise se volvió con rapidez, furia iluminando su mirada de forma peligrosa y amenazante.

—Eres asqueroso, ella quiere a su hijo y Jason también.

—¿Quién dijo que no tenías corazón? —explotó en una risotada burlesca—. Ahora resulta que te interesa mantener la relación de tu exmarido, ¡no me hagas reír!

—Son buenas personas, ya en una ocasión arruiné la vida de Jason, no pienso volverlo a hacer.

—Ah, ya entiendo —dijo con gracia—. Así que el conde al fin te ha hecho caso y eres feliz.

—El conde Melbrook no tiene nada que ver —su voz sonó

apesadumbrada—. Me doy cuenta que tampoco tengo oportunidad ahí y no es culpa de Daira.

—Pero cuanto has madurado en cuestión de días.

—Ya lo venía pensando —se justificó—, pero hablar con ella en persona… enfrentarla, no sé, algo me hizo cambiar.

—Por favor Annelise, eres una cínica, hasta hace unos días te veía coqueteando con Jason Seymour y él te correspondía. Podrías volver a recuperarlo todo, incluso tú fuiste quien me lo propuso ¿recuerdas? Eras parte del plan cuando el odio entró en ti.

—No. No se lo merecen, Jason es bueno y Jack necesita una madre, y definitivamente yo no lo soy.

—Bien, debido a que ya cambiaste toda tu mentalidad, te pido que mantengas tu nariz fuera del asunto ¿entendido? Aunque según tú te hayas reformado, yo aún tengo planes.

—No te conviene meterte con Jason, Valcop, lo digo en serio, sobre todo si está esperando un hijo con esa mujer.

—Poco me importa, ella confía en mí hasta ahora —la miró con advertencia—, espero no tener otra intervención de tu parte o haré que te arrepientas de seguir con vida.

—Me iré en unos días —levantó las manos—. No es necesario que vengas a mi casa a amenazarme.

—Bien. Entonces, princesa, te dejo.

Annelise hizo una mueca parecida a una sonrisa, resultando una total muestra de desagrado. Era verdad lo que había dicho, planeaba irse, pero no lo haría sin antes advertirle a Jason y a la misma Daira sobre el peligro que corrían al estar cerca de Valcop.

Tenía la mala suerte de conocer bien a ese hombre, demasiado bien, estuvieron juntos en muchas desventuras y sabía de lo que era capaz. No le importaba del todo la seguridad de Daira, quien seguía siendo la causa de su corazón roto, pero definitivamente no quería arruinar la vida de un hombre como Jason y la de su hijo a quien nunca pudo querer como debía hacerlo, pero al menos le proporcionaría una madre que estuviera a la altura de sus expectativas.

—¿Annelise? ¿Por qué recibiste a ese hombre? —amonestó Sophia —. La pobre Jossie está aterrada por tenerle que abrir.

—No aceptaría un no por respuesta —dijo la joven con desinterés.

—¿A qué te refieres? —frunció el ceño la duquesa—. ¿Por qué te conoce? ¿Te ha hecho daño?

—No, pero enfurecerá dentro de poco, necesito de tu ayuda.

—Algo me dice que no me agradará tu petición.

—Es por su bien, lo aseguro.

—No lo citaré para que se vea contigo Annelise, aprecio a Daira y ella está en cinta, Jason debe estar al pendiente de ella.

—Lo sé, eso es lo que me tiene tan preocupada, de no decirlo yo,

ella correrá un grave peligro, te lo aseguro.

Sophia parecía dudar de su proceder, mordía sus labios y se removía incómoda en su lugar.

—No querrá venir con lo ocurrido en la última ocasión.

—Dile que me he ido, inventa algo Sophia, pero debo verlo.

—Oh, Dios santo, algo me dice que me meterás en problemas.

—Eso significa que lo harás, ¿No es verdad?

—Sí, lo haré —llevó una mano a su frente en muestra de su desconcierto—. Espero que cumplas y no sea una mentira.

—Lo juro por mi vida, Sophia —levantó una mano, enseñando la palma a su cuñada—. Lo hago por Jason y mi hijo.

—Espero que lo digas en serio —la miró en advertencia, negando un poco con la cabeza al recordar otras ocasiones en las que confió en esa mujer—. ¡Izel! Necesitamos papel y bolígrafo.

La doncella corrió a traer los instrumentos para su señora y esperó pacientemente mientras la duquesa escribía con elegante caligrafía, se notaba que fue escrita con presura, pero se conservaba legible.

—¿A dónde he de llevarla, mi señora?

Sophia cerró los ojos por unos segundos, para después cuestionar a su cuñada con la mirada. Annelise asintió un par de veces, mirando hacia la carta con cierta ansiedad.

—A casa de James Seymour, Izel, dile que es de suma urgencia.

—Sí, mi señora.

La muchacha salió corriendo como si su vida dependiera de ello. Sophia por su parte, esperaba no haberse equivocado en ayudar a su cuñada. Annelise se veía tan ansiosa y preocupada, que lo mínimo que podía hacer por ella era tratar de ayudarla, esperando que también estuviera haciéndole un favor a su primo.

Mientras las mujeres esperaban la respuesta, el nerviosismo incrementó al punto del desquicio. Sophia en más de una ocasión trató de hacer que su cuñada se sentara o por lo menos que bebiera un té para que se relajara, pero todo fue en vano.

—Al menos podrías decirme qué es lo que te tiene en este estado de ansiedad, Annelise, te aseguro que me estás poniendo igual.

—Es importante, lo es, en serio —siguió moviéndose de un lado a otro—. Es por el bien de ellos, juro que no haré nada en contra…

Dos toques a la puerta interrumpieron la conversación, dando entrada a la joven doncella con una clara disculpa marcada en su semblante al traer malas noticias a sus señoras.

—¿Ha dicho que no quería venir?

—Mi señora, fue lady Daira quien recibió la nota —apretó los labios —. Ella estaba tan…

—¡Furiosa! Eso es lo que estaba —Sophia se puso en pie y caminó de un lado a otro—. ¡Sabía que era una mala idea! Dios mío.

—¿Leyó la carta? ¿Se la entregó a su marido?

—Sí, mi señora, se molestó y se llevó la carta con ella, escuché que discutían antes de que me echaran de ahí.

—¡Dios santo! ¿En qué estaba pensando al aceptar mandar la nota? —negó Sophia—. Ahora pensará que yo estoy de celestina entre ustedes, ¡Dios mío! Estará tan furiosa, ¡Y con razones!

—Iré a arreglar las cosas —aseguró Annelise.

—No —Sophia posó una firme mano sobre el brazo de su cuñada—. Eres la persona menos indicada.

—Pero es mi culpa.

—Es mía, yo fui la que escribió la carta.

—Se está mal interpretando, no quiero separarlos.

—Eso no importa, ahora habrá que pensar en cómo solucionarlo.

—Jason no me querrá ver ni en pintura. —Annelise apretó los ojos —. Es importante que lo vea.

—Justo ahora, no querrá vernos a ninguna de las dos.

—Quizá si John…

—No —la cortó—. No le diremos tal cosa, se molestará y te aseguro que no intervendrá a nuestro favor.

—¡Dios! —Annelise se sentó en una silla con desgana y meditó en su hacer—. Es imperativo que hable con ellos.

Había olvidado lo que era llorar durante tanto tiempo. Era usual en ella el comportarse recatada, contenida, perfecta. Pero en esos momentos le era imposible, simplemente sentía ganas de pelear, de gritar y de derramar su sufrimiento en lágrimas que lavaran la sensación de tristeza de su interior.

—Mi amor, por favor —Jason seguía ahí, presenciando la escena desde que esta comenzó—. Te lo aseguro, jamás…

—No me mientas —susurró y derramó más lágrimas—. Por favor Jason, no me mientas más.

—Daira. —Tomó asiento junto a ella en la cama, tratando de tocarla, pero alejándose un poco al verla tensionarse—. ¿Cómo quieres que te explique que no me veo con ella?

—¡La besaste! —recriminó en un llanto lleno de amargura—. ¿Quién puede decirme que nada más pasó?

Jason recordó aquella noche en el hotel, cuando tuvo que salir corriendo para no incumplir sus votos matrimoniales, para no traicionar a la mujer que tenía recostada en la cama y llena de dolor.

—Mi amor ¿puedes al menos mirarme?

—No —apretó su rostro contra la almohada—. No quiero y no puedo hacerlo, no puedo dejar de llorar.

—Ven —la tomó de los brazos con cariño—. Le hará mal al bebé y a ti también, te estás haciendo daño por nada, te lo aseguro.

Con ayuda de él, Daira logró sentarse sobre la cama, tomándose el vientre como precaución, tratando de no incomodar demasiado al bebé en su interior. Jason la acercó hasta que quedó sentada sobre su regazo, le besó las mejillas por donde seguían resbalando lágrimas, besó su nariz, sus párpados y labios con sutileza, pidiendo permiso en cada toque, esperando no ser rechazado.

—Jason yo… —la voz de Daira volvió a quebrarse, viéndose en la necesidad de esconder su rostro en el hombro de su esposo.

—Ya mi amor, ya —acarició su cabello y espalda—. No sé por qué se atrevieron a mandarme tal carta, pero no tengo nada que ver con ella, ni siquiera sé por qué Sophia accedió a intervenir.

—Quiere que vuelvas con ella. —Los labios de Daira estaban pegados al cuello de su esposo, por lo cual él pudo sentir cada movimiento mientras hablaba—. ¿Por qué otra razón lo haría?

—Dudo que sea cierta esa suposición.

Los brazos de Daira se apretaron con más fuerza alrededor del cuello de su marido, faltando poco para asfixiarlo.

—Si no la hubiese interceptado yo, ¿habrías acudido?

Jason suspiró.

—Te lo habría consultado —la apretó contra sí cuando la sintió removerse—. Eh, eh. Me preocupa lo que dice, hablo en serio, dice que estás en peligro.

—Es una forma muy baja para poder verte, seguro no es nada.

—Muy bien, mi amor —la recostó sobre la cama, tomando prisioneras ambas manos—. Ya que no estás escuchándome, tendré que demostrártelo cuantas veces sean necesarias.

Ella lo miró con el ceño profundamente fruncido.

—¿Qué hay del bebé?

—¿Qué con ello?

—Bueno… ¿no lo lastimará?

—No, no lo hará.

Daira ladeó la cabeza.

—No quiero.

—Daira, no podemos seguir discutiendo por algo que no pasó, ni pasará nunca, tan sólo quiero estar contigo —le besó el cuello, los hombros y el inicio de sus pechos—. ¿Puedes creerme? Te amo.

—Jason… —ella apretó los labios y se removió incómoda en su lugar—. ¿Crees que podamos… sólo dormir?

—¿Permitirás que te abrace mientras dormimos?

Daira lo pensó por varios minutos, pero al final, estaba cansada y no quería dormir sola, porque ya se sentía sola.

—Sí, puedes hacerlo.

—Entonces vayamos a dormir.

Jason se puso en pie para apagar las luces, observando los movimientos de su esposa, quien se metía a la cama sin dirigirle ni una mirada. Su rostro pálido reflejaba tristeza y cansancio, tal parecía que su alma hubiese abandonado su cuerpo. Era justo lo que Jason había deseado evitar, era esencial que su embarazo fuese tranquilo, no deseaba revivir el pasado.

—Daira, creí que dijiste que podía abrazarte.

—Lo sé, pero… —mordió sus labios—. Me siento incómoda.

El hombre dejó salir un suspiro, acercándose a la espalda de su esposa, deslizando lánguidamente su mano sobre las curvas del cuerpo de su mujer, escuchándola suspirar, sintiendo cómo su piel reaccionaba bajo su toque. Pero era testaruda y no se movía, era una fortuna que al menos no se alejara.

—Mi preciosa esposa —se agachó hasta besar el hombro fresco que se exponía desnudo ante la noche—. ¿Qué puedo hacer para que el enojo deje tu cuerpo de una vez?

—No tengo respuesta para ello.

—Daira —le acarició el vientre con cariño—. Ustedes son lo más importante para mí: Jackson, el bebé y tú, son todo lo que tengo.

—Será mejor callar e ir a dormir —aconsejó para no seguir

peleando por lo mismo—. Estoy cansada, demasiado.

—¿Tienes dolores? ¿Algún calambre?

—Me duelen un poco las piernas y los brazos —se removió, buscando aliviar la incomodidad de la que hablaba.

—Bien —se sentó en la cama y tomó una de las piernas de Daira, sacándole un gritito—. Aliviaré tu dolor.

—Pero ¿qué haces Jason?

Daira se recostó boca arriba, soltando un suspiro cuando las manos de su esposo comenzaban a dar apretones a lo largo de sus piernas, los pies y después los brazos, dando un agradable masaje que la relajó hasta quedar completamente dormida.

Jason siguió con su trabajo por un buen rato hasta que consideró que el dolor debía haber desaparecido o al menos aminorado. La acomodó y arropó, acercándose a ella hasta quedar pegado a su espalda, con un brazo bajo su cabeza y otro alrededor de su cintura, acariciando el vientre en crecimiento.

Le gustaría poder decir algo para que las inseguridades de su esposa se esfumaran para siempre, pero era imposible, Daira se mostraba dudosa con todo lo relacionado con Annelise, era una incertidumbre que desafortunadamente siempre cargaba, importando poco que le dijera lo contrario o que se lo demostrara todos los días.

El pensar en ello lo llevó nuevamente a Annelise y la nota que le mandó. Lo ponía nervioso, no por nada Sophia aceptó interceder por ella, dudaba que estuviera pensando en volver a emparejarlos, debía haber alguna razón por la cual era tan apremiante esa nota.

El conde soltó un pronunciado suspiro, provocando que Daira se removiera hasta volverse a él, abrazándolo con fuerza, enterrando el rostro en su pecho, aferrándose con tal ímpetu a su camisa de dormir, que incluso pareciese que estaba despierta. Jason acarició el cabello de su esposa hasta que volvió a quedarse inmóvil y siguió durmiendo.

No sabía cómo lo haría, pero debía hablar con Sophia o, en dado caso, con Annelise.

Se quedó dormido después de unos momentos de acariciar y recordarse lo importante que era la persona que dormía entre sus brazos. No la perdería, no haría nada para que ella tomara la decisión de dejarlo, porque la creía capaz de ello, Daira no era una mujer que se dejara avasallar y no quería jugar con las probabilidades.

Al día siguiente, Jason despertó cuando la sintió abandonar la cama en medio de un gemido pesaroso y una corrida al baño. Le pareció extraño que estuviese experimentando náuseas cuando desde hacía unos meses que el síntoma había desaparecido. Siguió sus pasos y la abrazó por la espalda, siendo el soporte que ella necesitaba para mantenerse inclinada sobre el retrete.

—¿Qué ocurre? —le besó la cabeza con preocupación—. Pensé que

ya estabas mejor con este síntoma.

—No sé qué pasa —los escalofríos recorrían su cuerpo.

—Tranquila, intenta respirar, no te asustes.

—Estoy bien, no pasa nada —se limpió los labios con el dorso de la mano—. Iremos a casa de Adrien esta tarde ¿verdad?

—Dependerá de cómo te encuentres, ¿de acuerdo?

—Quiero ir Jason, sabes que las náuseas se pasan conforme avanza el día —dijo la joven, aceptando que su esposo la levantara y la llevara de regreso a la cama.

—Bien, ya lo veremos. De todas formas, acepté la invitación, pero en caso de que te sientas mal, te aseguro que Pridwen lo dejará todo con tal de venir a hacerte compañía.

—Pero también quiero ver a North, Nil, Declan y Lance.

—¿Por qué los quieres ver a ellos?

—Son divertidos, me agradan y siempre tienen historias interesantes qué contar, ¿no te parece?

—Sí, son agradables.

Jason aprontó la quijada, a veces detestaba que su mujer fuera tan hermosa, Daira era el deseo escondido de todo caballero, lo sabía perfectamente, en más de una ocasión, los celos lo invadieron sin sentido alguno. Su mujer nunca daba pie a que le faltaran el respeto, pero aun así peleaban a causa de ellos. Confiaba en los amigos de su primo, incluso los consideraba buenas personas, pero seguían siendo hombres, con deseos e intenciones ocultas.

—¿Dónde estará Jack? Se me hace raro que no esté aquí, ya debe estar despierto, ¿Puedes ir a buscarlo?

—Iré a buscarlo, pero quiero que intentes estar tranquila.

El conde bajó las escaleras a sabiendas que a Jackson le gustaba salir al jardín junto con su fiel perro Bond. Solían correr y juguetear por varias horas antes del desayuno, cortando flores que estarían destinadas a las manos de su madre, quien las agradecería como si le estuvieran dando lingotes de oro.

Salió de la casa, topándose con la imagen de su hijo con su perro, pero en compañía de una mujer que él reconocería a kilómetros de distancia: el cabello rubio, la piel tostada y los ojos de su antigua esposa eran inconfundibles. No lo dudó y caminó con fastidio hacia ella, quien se estremeció al escuchar el primer grito de advertencia para el niño que de inmediato obedeció y corrió hacia su padre para ser tomado en brazos.

—Jason… necesito hablar contigo.

—Has ocasionado suficientes problemas con esa nota, no quiero que Daira te vea aquí, ¿entendido?

—Sé que ella pudo mal interpretar mis intensiones, pero hablo en serio cuando te digo que ese hombre no es alguien en quien deba

confiar, es malvado y…

—¿De quién hablas? ¿Del conde Melbrook? —elevó una ceja—. A lo que dijo Daira, parece que hay una atracción entre ustedes.

—¡¿Qué?! —Annelise se sonrojó notoriamente.

—Veo que es verdad —la recorrió con la mirada—. ¿Me estabas utilizando para darle celos a un hombre casado? —negó—. Eso es caer demasiado bajo Annelise.

—Yo… lo sé —cerró los ojos—, no quise lastimarte.

—No me lastimaste, pero a Daira sí —apuntó hacia la casa—. No quiero verte aquí, por favor vete.

—Al menos escúchame.

—Aquí no —aceptó, lanzando una mirada hacia la ventana de la habitación de su mujer—. Quiero hablar contigo sobre ello, ¿irás a la fiesta de Adrien?

—Sí.

—En ese caso te veré ahí, yo te buscaré ¿de acuerdo?

—Sí.

—Ahora vete.

La mujer se inclinó ligeramente, con la alegría marcada en su semblante. Se acercó un poco al niño que se mantenía distraído con una mariposa que volaba a sus alrededores. Quiso tocar su mejilla, pero el padre del mismo lo alejó a tiempo para que no lo hiciera.

—Jason, no quiero hacerle daño.

—Eso lo sé, pero no debe permitir que alguien a quien no conoce se le acerque con tales libertades.

—Papá, quiero ir con mami —susurró el pequeño.

—Sí hijo, ahora te llevo —aceptó el hombre, colocando al niño en el suelo y dándole la mano—. Nos veremos luego.

—Gracias por escucharme Jason, te aseguro que quiero lo mejor para ustedes, para toda tu familia.

—Claro… —Jason no podía más que dudarlo—. Vete ahora.

La mujer tomó camino a la salida con una sonrisa resuelta que hacía dudar aún más al hombre que había acordado una cita con ella.

—Papá, ¿quién es ella?

—Nadie, no debes acercarte jamás a ella, ¿qué era lo que te estaba diciendo Jackson? Pensé que tu madre ya te había advertido de no hablar con desconocidos, mucho menos si estás solo.

—Bond estaba conmigo.

—Lo sé, pero no eran mamá o papá.

—¿Qué hay de Maribell y Soland?

—Me refiero a alguien con quien nosotros no te encarguemos.

—Ah, bueno, ella decía que estaba guapo y que le gustaba mucho mi Bond, ¿A quién no le gustaría Bond? —abrazó al animal de pelaje blanco—. ¡Bond es el mejor!

—No quiero que lo vuelvas a hacer, ¿entendido?

—¿Qué hago entonces?

—Corres a la casa, o llamas a alguien.

—Bien, corro o grito.

—Ve con mamá —pidió el hombre—. Necesita muchos abrazos de tu parte esta mañana.

—¿Está enferma?

—Un poco.

—¡Yo salvaré a mami! —gritó el pequeño, hablando a su perro antes de correr al interior de la casa.

—No es una buena idea —se escuchó una voz a sus espaldas.

—Sé que no es lo mejor, pero algo en ella me pareció sincero.

—Creo que tus sentidos están nublados, como siempre cuando estás con ella —dijo Lucca, posándose junto a Jason.

—No estoy interesado en ella, sino en mi esposa.

—Y ella lo sabe, ¿Qué no ves que quiere destruir tu felicidad?

—Sé que no piensas lo mejor de ella…

—Jason, ¡Por favor! —se exasperó Lucca—. Tú mismo acabas de decir que te utilizó para darle celos al conde y con el mismo golpe atormentó a Daira, llevándola al punto en que no puede confiar en ti ni en el cariño que sé que le profesas ahora.

—Lo sé, no ha actuado bien, pero siento que es sincera ahora.

—Eres un iluso, arruinarás tu matrimonio, porque me imagino que no le dirás a tu esposa de este encuentro que has planeado.

—¿Dónde demonios estabas escondido que escuchaste todo?

—Soy habilidoso —se cruzó de brazos.

—Tendrás que ayudarme con esto —pidió—. Ella estará entretenida con los amigos de Adrien, pero tú tienes que cuidar que no le pase nada mientras no estoy.

—Sí, sí. Aunque no mentiré si me lo pregunta.

—No le digas nada y listo.

—Daira me cae bien.

—¡Lo sé! Pero no es el punto aquí, la amo y quiero protegerla. Algo me hace pensar que estoy dejando pasar algo importante.

—Sería mejor que le dijeras a tu mujer.

—No me lo permitirá, está segura que entre Annelise y yo hay algo, siente demasiada inseguridad con respecto a eso.

—Ah claro, seguro ella se imagina cosas, no debe temer que su esposo planeé verse con ella a escondidas. —Lucca negó—. No sé hermano, mejor sé claro y dile la verdad.

Jason razonó por unos momentos, asintiendo levemente.

—Sí, quizá deba hacerlo.

—¡Jason!

—Hablando de ello —sonrió Lucca, volviéndose hacia la hermosa

mujer embarazada que caminaba hacia ellos.

—Hola Lucca —sonrió la joven de forma despampanante—. ¿Se quedará a desayunar?

—A eso he venido primita —le besó la mejilla a modo de saludo y se marchó en seguida, a sabiendas de la conversación que tendría lugar entre la pareja.

—Fue una huida rápida —apuntó Daira con un dedo acusador.

—Digamos que es supervivencia —Jason estiró una mano para que ella la tomara—. Ven, vamos a dar un paseo.

—Me estás asustando —aceptó caminar junto a él—. ¿Qué pasa?

—¿Te sientes mejor?

—He pedido algo especial para desayunar —asintió alegre, sintiéndose ligeramente mimada por todos en la casa.

—¿Qué has pedido?

—Bueno algo salado, algo dulce y algo ácido —se inclinó de hombros—. De todo un poco, tengo gustos raros últimamente.

—Me he dado cuenta.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan serio?

—Tengo que hablar contigo sobre algo. —La sonrisa de Daira se difuminó en cuestión de segundos—. Trata de escuchar.

—Es sobre la carta —entendió la joven—. Quieres ver a Annelise.

—Sí —la tomó de los hombros para que no pudiera alejarse de él—. Por favor, quise decírtelo para que comprendas la índole del encuentro y no dudes de mí.

—Eso quiere decir que ya has decidido.

—Annelise estaba aquí con Jack cuando salí a recogerlo.

—¡Ella piensa que esta sigue siendo su casa!

—No. Más bien, la veo preocupada —se acercó un poco más—. Por favor Daira, vayamos juntos.

—No, yo no voy, no quiero volver a presenciar un beso entre ustedes, en el pasado me desconcertó, pero ahora —ella tocó su vientre inconscientemente—. Ahora me podría afectar en verdad.

—Daira no será un encuentro de amor, pero si no quieres venir, lo comprendo, aun así, tengo que hablar con ella sobre la nota.

—¡Agh! —Daira caminó de un lado a otro, después se detuvo, miró hacia un árbol a la distancia y suspiró—. Que Lucca vaya contigo, de otra forma no lo aceptaré.

—Él va a cuidar de ti.

—No. Lucca me dirá la verdad, aunque me duela —lo miró—. Me aprecia lo suficiente, por eso quiero que vaya contigo.

—No hay necesidad de un chaperón porque no pienso hacer nada malo. Pero si eso te dará tranquilidad, perfecto, que venga conmigo.

—Bien.

—Pero tú te quedarás junto a Adrien y a Pridwen ¿entendido?

Ella se cruzó de brazos.

—Bien.

—Por favor, Daira —le acarició los brazos—, no te molestes.

—Estoy furiosa —no negó su sentir—. Pero si estás tan seguro que ella quiere hacer algo bueno por nosotros, le daré la oportunidad.

—Cuando llegó dijiste que no pensabas que quería meterse entre nosotros, incluso mencionaste que no era mala.

—Eso fue antes de que te besara y se te insinuara en no sé cuántas ocasiones —dijo enojada—, las que presencié y las que seguramente me estás escondiendo.

—Cariño…

—No quiero hablar más del asunto —lo interrumpió—. Nada hará que esté más contenta, así que no lo intentes siquiera.

—Lo último que quiero es que vivas en la incertidumbre.

—Es algo que no podemos evitar de momento.

—Daira, te amo, en serio lo hago.

—Ese amor llegó junto con el bebé, antes de ello…

—Ya lo sentía y lo sabes.

—No Jason, quizá te sentó bien el hecho de que nuestra relación creciera al punto de la intimidad, pero ¿confianza? ¿Anhelo? ¿Cariño? Eso llegó mucho después, más bien, llegó debido a tu miedo de que padezca lo mismo que Annelise —suspiró cansada—. Pero no soy ella y no sé si te agrade del todo que no lo sea.

—Daira…

La melena castaña de la joven voló cuando dio media vuelta, incluso golpeando la cara de su marido debido al impulso que puso en aquel movimiento. Se alejó en dirección a la casa, sin dignarse a dirigir otra mirada a su marido. Jason suspiró, al menos ella estaba informada y no actuó a sus espaldas, de alguna forma tener su aceptación lo hizo sentir más seguro de su actuar.

Era una lástima que ella no comprendiera que la amaba, odiaba que pensara que todo nació gracias a que se embarazó, eso distaba de la verdad, pero para esos momentos, no sabía qué más hacer para que Daira entendiera que no necesitaba que fuera Annelise, eran personas diferentes, amores distintos e importantes en su tiempo.

Pero era a Daira a quien elegía para el resto de su vida, no haría nada para defraudarla o hacerla dudar, la amaba y no podía siquiera medir el alcance de ese cariño, tan sólo sabía que daría todo por ella.

Capítulo 38

Las fiestas de Adrien Collingwood eran famosas al ser centro de desastres y buenas familias. Más de un compromiso se concertó en alguna de aquellas veladas, por lo cual era imperativo para muchas jovencitas y caballeros de buena cuna ser invitados; debido a ello, el joven Collingwood era siempre asediado, no había persona que no buscara congraciarse con él y, si les era posible, ganar su amistad.

—Adrien, tu casa está a reventar como siempre —sonrió Jason, abrazando a su primo con afecto.

—Lo sé, creo que a algunos ni los invité yo, pero para estos momentos, ya no puedo recordarlo. —Adrien bajó su mirada hasta toparse con el pequeño Jack—. Hola campeón ¿y tu perro?

El niño se cruzó de brazos y miró a su padre con molestia.

—No saques el tema a la luz —Jason pasó sus ojos por la fiesta y sonrió—. Creo que ya sabemos a quién culpar sobre los invitados que no conoces, mira lo felices que están Nil y Lance.

—Sí, ya lo había pensado. —Los ojos verdes del futuro duque se volcaron entonces hacia la presencia hermosa y ensimismada que era la mujer de su primo—. Hola Daira, supongo por tu semblante que este tonto te habrá hecho enojar.

—Hola Adrien —habló con una voz baja pero muy clara, era más que obvio que estaba disgustada con Jason.

—Si te da problemas —le pasó un brazo por los hombros— dímelo a mí, yo sigo siendo su primo mayor.

—Cállate Adrien, pareces el menor de todos nosotros.

—¡Daira! —Pridwen corrió hacia ella y la fundió en un abrazo que por poco las manda al suelo—. ¡Oh, lo siento! ¿Estás bien?

Jason había tomado la precaución de ponerse detrás de Daira para que no cayera, pero aun así tuvo que sostenerla por los brazos y la inspeccionaba de arriba hacia abajo, preocupado por su estado.

—Sí, todo bien —Daira tocó su vientre, aún con el susto impreso en sus facciones y sonrió—. No puedes lanzarte a mí de esa forma Prid, ya no tengo el equilibrio que tenía antes.

—¡Lo siento, lo siento! —la abrazó con moderación—. Lo siento.

—Tranquila, nada ha pasado.

—Pero podría, por favor Pridwen, con cuidado —pidió Jason.

—Bueno, tú puedes ir a hacer tus cosas —dijo Daira, tomando la mano de su amiga y comenzando a caminar.

Jason cerró los ojos los segundos necesarios para que su mujer desapareciera por el jardín junto con el pequeño Jackson, quien fuera tomado de su mano, dando brinquitos alegres al saber que vería a las gemelas Ainsworth por algún lugar en la fiesta.

—Me parece extraño que invitaras a los niños.

—Irán a dormir después de las ocho —sonrió Adrien—. Pero era necesario extender la invitación, ¿no sabías que Marlene tiene un hijo ahora? Sería maleducado que solo ella tuviera que traer a su niño.

—¿Te acuestas con ella todavía?

—No, no. Quiero volver a ella.

—Ese niño podría ser tuyo.

—Claro que no, es de su esposo, como es debido, de ninguna manera podría haberle heredado los ojos cafés, son los de su marido.

—Eso te gusta pensar.

—Y es lo que debemos pensar.

—Descarado.

—Bueno, ¿Qué quieres que haga?

—Buscarte a una mujer soltera y de tu agrado —Jason sonrió, soslayando la mirada—. Como Pridwen, por ejemplo.

—Ella me cae bien, es una buena amiga y compañera de desventuras, pero está enamorada de otro.

—Pensé que podías conquistar hasta a las cabras.

—No quiero luchar por un cariño que en realidad no anhelo —se inclinó de hombros—. Soy incapaz de darle la seguridad que busca.

—En algún momento te tendrás que casar.

—Planeo hacerlo de viejo, cuando sea necesario un heredero, pero antes no, quiero ser libre.

—Es un buen plan —sonrió Jason—, las mujeres son complejas.

—Se ve molesta.

—Tiene razón de estarlo —aceptó el conde—. Es verdad, las mujeres son complicadas, extrañas y pueden volvernos locos, pero, a mi parecer, no hay nada peor que no tener a una de ellas a tu lado.

—Vaya, vaya —Adrien golpeó su hombro—. Y yo que pensaba que no te iba a volver a ver enamorado.

—No quería, debo admitirlo —Jason apuntó con la cabeza hacia su esposa—. Pero ella lo logró sin poner mucho esfuerzo.

—¿Qué hay de Annelise?

—La aprecio, sigo teniendo un gran cariño por ella.

—Seguro que tu esposa se desquicia por ello.

—Annelise no se ha portado de la mejor manera y debo admitir que yo tampoco —se mostró afligido—. Daira duda constantemente de mí, no importa qué tanto le demuestre que la amo, le es imposible creerme —suspiró—. Justo ahora está molesta porque tendré que reunirme con Annelise en un rato.

—¿Debido a qué? —se sorprendió Adrien.

—Mandó una misiva urgente, alegando querer proteger a Daira.

—No me parece creíble, puede ser una trampa.

—Quizá, pero quiero creerle, algo en su mirar me dijo que estaba

siendo sincera con su preocupación.

—Al menos tu mujer está informada.

—Gracias a Lucca, debo admitir —Jason miró de un lado a otro, escudriñando el lugar—. Por cierto, ¿dónde está?

—Perdido por ahí, ¿por qué?

—Daira aceptó que viera a Annelise si él estaba presente, tal parece que le tiene más confianza a él que a mí.

—¿Te molesta?

—Claro que lo hace, pero la entiendo y Lucca vendrá bien.

—Eso quiere decir que la traicionaste en una situación similar.

—Casi… —cerró los ojos con culpabilidad—, casi lo hice.

—Idiota —se burló Adrien con una peligrosa sonrisa—. Vale, buena suerte con ello.

—Ey, Adrien —lo detuvo en su caminar—. Cuida de ella, no quiero que se altere por esta situación.

—No te preocupes, yo cuidaré bien de la panzona —le guiñó un ojo y siguió con su camino.

La fiesta prosiguió con escandalosa normalidad, tal parecía que no había nada extraño, al menos nada además del hecho de que estaban las dos mujeres de Jason Seymour reunidas en la misma festividad, lo cual levantaba habladurías pese a que no mostraban hostilidad entre ellas, ni tampoco parecía complicar la existencia del caballero en cuestión.

El hombre se la pasaba junto a su esposa y no se detenía en complacerla en todos los posibles caprichos que se le pudieran ocurrir, aunque la mujer no los dijera en voz alta, el conde parecía leer sus pensamientos y ella simplemente sonreía en aceptación. Eran cariñosos, cordiales y atentos entre ellos, compartían con gracia su tiempo y atención al pequeño que, para esos momentos, parecía más hijo engendrado por ellos, que por la otra mujer en la fiesta.

Sin embargo, era notorio que lady Annelise lanzaba miradas furtivas e inquisitivas en dirección a su antiguo marido, quien lograba evitarlas o simplemente las ignoraba lo mejor que podía, tratando de infundir tranquilidad a la mujer que estaba embarazada de su hijo.

—Daira —Jason susurró al oído de su esposa—. Mi amor, ven conmigo un momento.

—Bien.

Esa había sido su palabra favorita desde que dio su aceptación para que Jason se viera con Annelise. Era consciente de lo mucho que fastidiaba a su marido con ello, pero él jamás se quejó, así que ella continuó mostrándose indiferente y cortante. Le permitió llevarla hasta un salón solitario dentro de la casa y esperó a que él hablara.

—Iré con ella ahora.

—Bien.

—Daira —se acercó a ella, pasando sus manos suavemente por la zona donde alguna vez fue su cintura—. Mi amor, quiero que lo entiendas, hago esto por ti, para cuidarte.

La joven apretó los labios.

—Jason, lamento si soy malvada con esto, desde el embarazo…

—No —le tomó ambas manos, besándoselas con cariño—. No digas nada, sólo entiende que eres todo para mí, eres el amor que necesitaba y que anhelaba, me has conquistado en cuerpo y alma.

—Jason… —estiró una mano y acarició su mejilla—, confío en ti, es sólo que… estoy algo celosa.

—No hay razón de ello. —El conde se agachó y presionó sus labios suavemente contra los de su esposa—. Te quiero, eres mi razón de respirar, por primera vez me doy cuenta que no es necesario que me quiten el aire, es mucho más placentero cuando te lo dan.

—Eres bueno con las palabras, Jason Seymour —sonrió la joven.

Jason dejó escapar una profunda risa antes de inclinarse y besar a su esposa con intensidad, sintiendo su cariño en cada toque sobre el pecho del cual se sostenía de forma dubitativa, alejándose lo suficiente como para que él no la volviera a besar.

—Creo que sería mejor acabar con esta incertidumbre —pidió.

—Te amo Daira.

Ella trató de simular una sonrisa que no llegaba a reflejar sus verdaderos sentimientos, que fueran más bien pesarosos.

—Ve.

—No me crees ¿verdad?

—Por favor Jason, ve.

El hombre, en medio de un sinfín de sentimientos, se acercó a ella, pegando sus frentes para calmar sus turbulentos pensamientos. Daira era capaz de brindarle paz con un simple toque, aun estando enojada.

—Te amo —Jason besó la frente donde se había recostado—. En serio te amo con todo mi ser.

—Bien —le palmeó el pecho con cariño—. Ve.

Jason suspiró ya sin opciones, comenzaba a odiar esa bendita palabra que ella usaba cuando estaba molesta. Antes de marcharse, acarició el vientre de su esposa, el cual apenas era notorio con todas esas telas y el corsé especial para el embarazo, uno que ella no usaba con normalidad, pero en festividades lo hacía para no levantar más críticas en su contra.

Con una sonrisa fingida dio su aceptación para que se adelantara hacia la salida, los ojos que encerraban el océano siguieron la presencia fuerte y varonil de su marido, fijándose en sus cabellos rubios, siempre lisos y bien peinados; y esa sonrisa encantadora que en esos momentos iba dirigida hacia la mujer que lo esperaba con la espalda apoyada en una pared de la casa junto a Lucca.

Los puños de Daira se volvieron blancos y sus uñas se enterraron en las palmas de sus manos para no gritar que había cambiado de opinión y traer a Jason de regreso a su lado. Dejó salir un suspiro un tanto melancólico y fue en busca de su hijo, quién casualmente estaba con un amigo que hacía tiempo no veía.

—¡Oh, señor Eldegard! —sonrió la joven, elevando una mano a modo de saludo para el hombre.

⁂

Caminaron en silencio por un largo momento, ninguno se atrevía a hablar o siquiera mirarse a los ojos, al menos en el caso de la antigua pareja de esposos. Estaban avergonzados por su anterior comportamiento: Annelise por provocarlo y Jason por consentirlo. Era aún peor ahora que el conde sabía que ella fingió todo por despecho, en realidad no sintió la misma atracción que él, jugó con sus sentimientos como lo hizo en el pasado.

Lucca, quien servía como chaperón y espía para Daira, estaba aburriéndose de la situación, miraba los árboles, le tiraba rocas a Jason, ponía el pie a Annelise, todo con tal de que hablaran o al menos se quejaran. Pero la antigua pareja estaba en un momento de incomodidad que ninguno quería romper, ni siquiera para amonestar al enfadoso hombre que había sido añadidura de último momento.

—¿Es que no piensan hablar? —se quejó Lucca—. Esto de por sí es incómodo y aburridísimo, quisiera que acabara pronto.

—Jason… lo siento tanto.

—No hablemos de eso.

—Sé que estás herido, te sentirás utilizado.

—No es nada nuevo, siempre me hiciste sentir así —se volvió hacia ella—. Siempre fui tu forma de escapar, un escalón para encontrar tu libertad o tus deseos. Lo que en realidad lamento es que casi pierdo a la mujer que amo por mero deseo.

—No Jason, no fue así, me enamoré de ti en verdad.

—Si me lo preguntan a mí… —interrumpió Lucca, recibiendo la mirada amenazadora de su primo—. Vale, me mantengo callado.

—En serio Annelise, no quiero hablar del tema.

La mujer mordió sus labios y asintió lentamente.

—Es necesario que sepas que te quiero, únicamente por ti arriesgaría mi vida al decirte esto.

—¿Arriesgando tu vida? —el conde frunció el ceño.

—¿Es que no te es estresante saber que tu esposa se habla con tanta familiaridad con ese hombre terrible?

—¿De quién hablas? —la recorrió con una mirada extrañada—. Si Daira no está conmigo y Jackson, está rodeada por mi familia.

—No, ese hombre la visita, se les ha visto charlando en más de una

ocasión —acusó—. Es peligroso, el vizconde Valcop no es un juego, se toma en serio todos sus deseos y te aseguro que los cumple.

—¿El vizconde sigue aquí? —Jason se extrañó—. Dudo que Daira acepte estar con él, la razón por la cual huyó de casa fue para no casarse con Valcop, si acaso lo viera, me lo diría.

—Entonces no entiendo nada —Annelise parecía confundida.

—A no ser que todo esto es una trampa, princesa —dijo Lucca.

—¡Ninguna trampa! —se exaltó la mujer—. Yo los vi, ella parecía familiarizada con él cuando me los encontré en su tienda.

—No tiene sentido.

—Jason, tienes que creer en mí, incluso le dije que no debía confiar en él, que se alejara —se adelantó hacia él con frustración iluminando su mirada—. Se lo advertí a ella y ahora te lo digo a ti.

—Recuerdo que ella me dijo algo así —Jason pasó una mano por su barbilla, pensativo, sus ojos vagando en el pasado—, pero no con referencia a Valcop, sino al señor Eldegard.

—No conozco a ningún Eldegard —negó Annelise.

—Aquí hay gato encerrado —finalizó Lucca, meditando las palabras por unos momentos—. ¿Qué tal si fueran la misma persona?

—No tiene sentido, es de suponer que Daira conozca al vizconde.

—Quizá no —dijo Lucca—, su reputación lo precede, tal vez fue suficiente escuchar su nombre para que tu mujer quisiera huir.

—Por Dios… —Jason dirigió la mirada hacia Annelise—. ¿El vizconde estaba en esta fiesta?

—No lo creo, Adrien lo detesta.

—Dudo que eso sea un impedimento para alguien como él.

Los tres se miraron por un largo minuto para después salir corriendo de regreso al jardín de la casa, en busca de Daira y el pequeño Jack, seguramente estarían juntos, de ser así, ambos estaban en peligro. Ninguno deseaba pensar en lo que el vizconde Valcop sería capaz de hacerle al pobre niño con tal de hacerse con su madre.

Jason sentía la desesperación recorriendo su cuerpo, rebuscaba a su mujer entre las personas que disfrutaban de la fiesta, muchos indiscretos osaron en detenerlo para charlar pese a que era notorio su estado alterado. Querían saber lo ocurrido de primera mano, pero el conde los ignoraba y seguía con su camino.

—¡Jason! —gritó Annelise—. ¡Está con Lucca! ¡Están bien!

Ante esas palabras, un gran suspiro de alivio salió de los pulmones del conde y le faltó poco para caer de rodillas. Se encaminó despacio hacia la que fue su esposa en algún tiempo y siguió la dirección de su dedo, encontrándose con el ceño fruncido de la mujer que amaba.

—¿Se puede saber qué es lo que sucede? —dijo indignada, con Jackson en brazos—. Han alterado a todos ahí dentro.

Jason terminó de acercarse a su mujer y la abrazó con fuerza,

besándola enfrente de sus primos y toda persona que estuviera pasando por ahí en esos momentos. Daira se alejó de él apenada y miró de un lado a otro, entendiendo poco la reacción de su marido.

—¡Iugh! ¡Mamá y papá se besaron! —sacó la lengua el niño.

—Gracias a Dios están bien —los ojos grises recorrían el rostro hermoso de su esposa—. ¿Dónde estabas?

—Adentro de la casa, jugando con los niños —Daira miró al resto de personas congregadas a su alrededor. Parecían tan alterados como Jason—. ¿Qué pasa? ¿Por qué todos me miran de esa manera?

—¿Se puede saber a qué viene tanto escándalo? —se quejó el conde de Melbrook, por un momento fijando su mirada en Annelise—. Es más que evidente que algo pasa.

—Nada que le importe conde —dijo Annelise con un tono que intentaba ser serio, pero que estaba lleno de molestia.

Jason se sorprendió al tenerle que dar la razón a su mujer: Annelise sentía algo por el conde Melbrook y parecía que era reciproco. Era sorpresivo y extraño, pero si la hacía feliz, Jason no podía más que desearle buena suerte, porque él lo era junto a Daira, aunque en esos momentos estuviese molesta y llena de celos.

—Si tiene que ver con Daira, es de mi interés —dijo Mark.

—Ya me imagino que sí —se cruzó de brazos Annelise—. Pero está su marido para velar por su seguridad.

—No he dicho lo contrario, pero si mi hermana…

—Me resulta irritante que se hable de mí estando yo presente —dijo Daira, mirando de uno a otro—. ¿Qué está pasando?

—Pareciera que te tienen lástima o algo así —interrumpió la voz placentera de Lina, quien fue rápidamente amonestada por su marido.

Daira regresó una mirada llena de fastidio hacia su esposo. Jason no pudo evitar sonreír antes de negar con la cabeza y abrazarla de nuevo, importándole poco que estuviese molesta con él.

—Tenemos que hablar.

—Bien.

El hombre dejó salir un profundo suspiro al escuchar esa dichosa palabra y miró a sus primos, pidiendo en medio del silencio que cuidaran a su hijo. Lucca se adelantó y tomó la mano de Jack, llevándoselo con él pese a que era más que obvio que el niño quería regresar a los brazos de alguno de sus padres.

El conde Melbrook, por su parte, tomó el brazo de Annelise y se la llevó lejos de la fiesta, claramente iba a acontecer una pelea entre ellos y a Lina no podía importarle menos, puesto que se marchó en dirección contraria, seguramente en busca de un amante.

Jason rodeó a su mujer y la guío al interior.

—Vamos amor, tengo que decirte algo.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —lo siguió—. ¿Qué te dijo Annelise?

—Bueno… —Jason cerró la puerta tras entrar a una habitación vacía—. Mi amor, ¿conoces de vista al vizconde Valcop?

—No —frunció el ceño—, no me hacía falta ver su rostro para saber que quería huir de él. Me marché antes de que nos presentaran.

—Todo tiene mucho más sentido ahora —suspiró Jason, acariciando los brazos de su mujer—. Ven, tomemos asiento.

—Me estás asustando —ella tomó su vientre como precaución antes de sentarse—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué sacas al vizconde ahora?

—Annelise vino a advertirnos que te encuentras en peligro, el vizconde está rondándote y no piensa darse por vencido hasta lograr su cometido —le tomó la mano—. Desde hace tiempo que está siguiendo tus pasos Daira, más de cerca de lo que creía.

—No entiendo, jamás he recibido una amenaza y siempre estoy contigo, Pridwen o alguien de tu familia.

—Hay alguien a quien normalmente ves en soledad Daira —elevó ambas cejas, tratando de que entendiera las indirectas que trataban de endulzar la noticia—, alguien que daba la casualidad que se tenía que ir o desaparecía cuando alguno de nosotros se acercaba.

La iluminación llegó a los ojos de la mujer, abriéndolos en gran medida debido a la impresión. Pasó de una sorpresa a la negación, no paraba de menear la cabeza de lado a lado, deseando que no fuera posible, porque de ser así, estuvo en peligro en más de una ocasión, poniendo incluso a Jackson en la misma situación.

—No, no puede ser él.

—No te alteres Daira, está claro que colocó una imagen de la cual no pudieras sospechar —la obligó a quedarse sentada—. Pero el señor Eldegard no existe y esa es la razón por la cual Annelise te advirtió en aquel momento sobre él, porque ella lo conoce.

—El vizconde Valcop es el señor Eldegard —comprendió con horror —. Dios mío, me siento mareada.

—Tranquilízate —Jason se acercó un poco más a ella—. Ahora que lo sabemos, estaremos atentos, nada te ocurrirá.

—Pero si lo acabo de ver —dijo asustada—, estuve con él.

—Maldito bastardo —el conde apretó los puños—. Tenemos que advertir a Adrien y a los demás, ese maldito desgraciado ya disparó en una ocasión a mis hermanos, no sabemos de lo que es capaz.

—¡Oh, Jason! —se abrazó a él—. No puedo creer que trajera esta desgracia a tu familia, soy una pesadilla.

—Ey —la separó de si y sonrió tranquilizador—. No es tu culpa ser encantadora mi amor. Déjalo todo en mis manos, tú sólo debes preocuparte de cuidar de ti y de nuestros hijos —le tocó el vientre con cariño—. ¿Lo prometes?

—Sí —colocó una mano sobre la de él—. Lo prometo.

—Bien, creo que Adrien puede dar por terminada la velada, tengo

que hablar con él y los demás. Lo más seguro es que nos quedemos aquí esta noche, así que harías bien en tomar una habitación y quedarte con Pridwen hasta que vayamos por ustedes.

—¿No será más peligroso para tus primos?

—Dudo que me dejen otra salida, en todo caso de irnos a nuestra casa, ellos irán con nosotros —tranquilizó—, te darás cuenta que somos una familia muy unida.

—Sí y no lo entiendo —aceptó—, pero me agrada.

—Vamos, encontremos a Prid.

—Espera Jason —Daira tomó su mano con determinación—. ¿Qué pasará con Annelise? ¿No se ha puesto en peligro por avisarte?

—Seguro que sí, pero John estará al pendiente de ella —tranquilizó —. Por el momento debemos seguir con los planes para que estén seguras con la amenaza de su presencia.

—Quiero hablar con Annelise.

—No creo que sea lo mejor —su esposo rechazó la idea de inmediato—. Quizá luego Daira, justo ahora no es el momento, te alterarías y es lo último que quiero.

—Soy perfectamente capaz de controlar mis emociones.

—Quizá antes del embarazo lo eras cariño, pero justo ahora no.

—¿Estás insinuando que…?

—¡Jason! —Lucca entró a la habitación en un estado alterado que puso en la misma condición a los esposos en el interior.

—¿Qué pasa, Lucca? ¡Qué manera de entrar!

—Encontramos a Pridwen… dice haber sido agredida por ese bastardo —informó de prisa—. Adrien está furioso y quiere ir tras Valcop justo ahora, nunca lo había visto así.

—¡Maldición! Tratará de matarlo, de eso no hay duda —dijo alterado—. Vamos por él antes de que haga una estupidez.

—¿Dónde está Pridwen? —inquirió una Daira al borde del desquicio —. ¿En qué habitación?

Sin esperar contestación, la joven salió del salón en el que se había encerrado junto a su marido. Debió notar que no estaba, siempre estaban juntas, ¿por qué pasó por alto su ausencia? Era verdad que a Pridwen le gustaba vagar en soledad para hacer desastres, pero jamás desaparecía por tanto tiempo, debió prever que algo andaba mal, si algo irreparable le ocurrió no podría perdonárselo.

—¡Adrien! —se acercó Daira en medio de una corrida y se aferró a su camisa—. ¿Dónde está Pridwen? ¿Qué le pasó?

—Ese maldito —Adrien apartó las manos de la mujer de su primo con delicadeza—. Lo encontraré y lo mataré yo mismo.

—¡No Adrien! —se adelantó Jason, colocando una mano firme sobre su pecho para detenerlo—. No lo resolverás de esa manera.

—¡¿Esperas que acepte que agreda a alguien en mi propia casa?! —

dijo histérico—. ¡A Pridwen! ¡Es Pridwen, por el amor de Dios!

—Lo buscaremos, pero no será para matarlo Adrien, ¿entendido? —aceptó Lucca—. También me agrada Pridwen, pero no servirá de nada que termines en prisión por asesinato.

—Concuerdo —se adelantó North—. Fue por una razón que decidiera atacar a Pridwen, estará asegurado de alguna manera.

—Eso pienso también —asintió Declan—. Por mucho que nos moleste, tenemos que ir con cuidado con ese bastardo.

—¡No lo podemos dejar así! —se exaltó Lance—. ¡Es nuestra Pridwen! No es cualquier persona, es Pridwen.

—Lo sabemos Nil —frenó Lucca—. Créeme que Adrien es el que más entiende la situación.

—Adrien, ¿en dónde se encuentra ella? —suplicó Daira al notar que se estaba haciendo una conversación de hombres y lo único que ella ansiaba era ver a su amiga.

—En mi habitación —dijo un enervado Adrien—. ¡Bien! No haré nada hasta que lleguemos a un acuerdo todos, pero les prohíbo salir a ti y a Pridwen, ¿entendiste Daira?

Los ojos del heredero de los Wellington estaban cargados en ira, en desesperación y amenaza. Daira jamás lo había visto así, era obvio que Pridwen no era cualquier persona para ese hombre, era una fibra sensible, quizá ni siquiera él supiera cuán sensible, ni en qué índole.

—Entiendo… —aceptó en un susurro.

Aun así, Daira buscó corroborar con su marido el mandato.

—Sí, estoy de acuerdo con él —aceptó Jason.

—En ese caso, iré con Pridwen.

Adrien asintió con la cabeza y se giró a sus primos y amigos reunidos a sus alrededores.

—Esto no se quedará así. —La firme amenaza erizó la piel de los caballeros que conocían de sobra el temperamento de Adrien cuando este se salía de control—. Vamos.

Daira subió las escaleras de dos en dos, no había olvidado la última vez que se quedó en esa casa, cuando su amiga la introdujo a escondidas y ambas se emborracharon hasta que Jason llegó por ella. Recordaba los pasillos y los cuadros que indicaban que se estaba acercando a la habitación del dueño de la casa, porque Pridwen se lo había indicado en el pasado, haciendo énfasis en el pésimo gusto del futuro duque para elegir arte.

Mucho antes de tocar la puerta, Daira escuchó una réplica desde el interior, eran gritos de furia, golpes secos contra la madera o vidrios rompiéndose contra el suelo. Temió porque Pridwen estuviera siendo atacada nuevamente, así que se adelantó y trató de abrir la puerta con desesperación, gritando el nombre de su amiga.

—¿Daira? —se escuchó desde el otro lado—. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo —contestó pegada a la puerta—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien ahí dentro?

—¡Claro que no! ¡Sácame de aquí ahora mismo!

Daira frunció el ceño, ella no parecía asustada o llorosa, por el contrario, estaba alterada y furiosa.

—¿Cómo se supone que voy a sacarte? —Daira miró de un lado a otro, un tanto extrañada—. ¿Te encerró lord Wellington?

—¡Claro que lo hizo! —gritó desesperada, dando una patada a la puerta en la que Daira tenía puesto el oído.

—¡Ey, Pridwen, no golpees!

—¡Busca al señor Pelmont, dile que te dé la llave!

—¿De la habitación de lord Wellington?

—No, ¿Cómo crees? La del baño —dijo enojada y sarcástica—. ¡Claro que la del tonto de Adrien! ¡Corre!

Daira se vio en la necesidad de gritar por todo el lugar el nombre que Pridwen le dio, tratando de evitar el salón donde los hombres de la casa se reunían para tratar de buscar una solución a sus problemas. El pobre hombre se mostró conflictuado con la petición, pero al ir a la habitación y notar que en realidad había una dama encerrada en el lugar, el elegante hombre decidió ceder y abrió la puerta.

Las amigas se encontraron con efusividad, abrazándose por unos momentos. Fue Pridwen quien se separó, mostrando una mirada determinada que no concordaba con su estado magullado.

—¿¡Qué fue lo que te hizo!? —El cuello de la rubia tenía claros moretones, muestra de un decidido intento de matarla.

—Estoy bien, no es para tanto —le quitó importancia—. ¿Dónde está Adrien? No me digan que dejaron que se fuera.

—No. Está abajo junto con Lucca, Jason y los demás amigos.

—Maldición, eso sólo lo empeora —chasqueó la lengua—. ¿Annelise? ¿Viste a Annelise?

—La vi cuando regresaron de hablar ella y Jason, ¿Por qué?

—¡Vamos! —la tomó de la mano y obligó a que bajara las escaleras de forma demasiado despreocupada para el estado de gestación en el que estaba—. Tenemos que pasar información a esos brutos que se creen superiores por tener más músculos.

—¡Pridwen, me harás caer!

—Será mejor que te equilibres bien panzona, porque ahora necesitamos tus piernas, debes estar al pendiente de todo.

—¿Me puedes decir lo que está pasando?

—No pienso repetir —frunció la nariz y abrió las puertas donde se escondían los importantes caballeros—. Hola a todos, soy yo de nuevo. Quita esa cara Adrien, tengo cosas de qué hablar.

—¿Quién demonios te dejó salir?

—¿Qué era lo que esperaba que hiciera cuando me dijo en donde se

encontraba? —inquirió la esposa de Jason.

—Si la dejé ahí fue por una razón.

—Pensé que estaba destrozada, quizá llorando —se excusó Daira.

—Ojalá fuera esa clase de persona —Adrien miró con fastidio a su amiga—. ¿Qué no te es suficiente con un intento de asesinato?

—No. —La mujer se adelantó con determinación—. Matará a Annelise, me lo dijo, la matará porque sabe que informó a lord Seymour de la situación. Está furioso porque Daira lo descubrirá.

—¿Cómo supo eso? —se adelantó Lance.

—Bueno, él me estaba matando, si quería información no iba a negársela —la voz de Pridwen estaba rasposa, claramente seguía adolorida y le costaba hablar, pero se esforzó por ello—. Se lo conté, lo lamento, así que tienen que ir a salvarla.

Para ese momento, Jason se había puesto en pie y miraba sumamente preocupado hacia sus primos, pidiendo respaldo para salvar la vida de la que alguna vez fue su mujer.

—Tenemos que ir por ella ahora mismo —dijo Declan.

—No creo que John la deje desprotegida —tranquilizó Lucca.

—El duque está en Eaton Hall, no aquí —informó Nil.

—Ese es el problema —Pridwen volvió a adelantarse—. El vizconde me dijo que sabía dónde encontrarla, porque era de su conocimiento que Annelise pensaba irse hoy mismo de Inglaterra.

—¡Maldición! —Jason miró a su primo—. Adrien, si llega a alcanzarla, no dudará en matarla.

—Lo sé Jason —trató de calmarlo—, saldremos en su busca de inmediato, tiene que estar en la estación de tren o tomando sus cosas en casa de su hermano.

—Si desea irse de Inglaterra, entonces debe de ir en un tren que la lleve a puertos —expuso Lance—. El último sale a las once, faltan unas horas, así que podremos alcanzarlos.

—Bien, ¿Qué hacemos si lo encontramos? —cuestionó Declan.

—Vivo, tiene que estar vivo —dijo North, quien siempre mostró un verdadero talento para actuar bajo presión.

—De acuerdo.

Los amigos de Adrien se pusieron en pie, acercándose a Pridwen antes de marcharse para cerciorarse de su estado físico. La chica sonreía y le quitaba importancia al asunto con una sonrisa, pero estaba claro que después de haber dado el mensaje, sus fuerzas estaban menguando, aceptando hasta entonces la ayuda de Adrien, quién la tomó en brazos y la llevó de regreso a una habitación.

El futuro marqués de Kent estaba enfrascado en una conversación con el resto de los amigos de su primo, formando una coordinación para asegurarse que estuvieran en el momento adecuado si es que deseaban encontrarse con ese malnacido.

—Jason. —Lucca le tomó el hombro con fuerza—. Quizá deberías dirigirle unas palabras a tu esposa, seguro estará alterada por la situación y bueno, ella está embarazada.

—Lo sé —cerró los ojos lentamente, volviéndose hacia su esposa, quién mantenía a Jackson en brazos y hablaba con la doncella que seguro se lo había llevado—. Gracias, iré con ella.

Lucca asintió y tomó el lugar de Jason en la conversación con el resto de los caballeros que se estaban ofreciendo a ayudar.

—Daira —la tocó suavemente para llamar su atención.

—Dios mío, esto es terrible, ¿Qué es lo que se hará?

—¿No estás enojada?

—¿Enojada? —negó terminantemente—. ¿Por qué razón?

—Bueno… —se rascó la nuca.

—Jason —ella alargó su brazo y tocó la mejilla de su esposo—. Annelise arriesgó la vida para salvar la mía, no puedo hacer nada por ella porque estoy embarazada, pero jamás impediría que tú hicieras algo para ayudarla si es lo que quieres hacer.

—Daira, es verdad que espero que esté bien, pero…

—De todas formas, querrías hacerlo Jason —sonrió de lado, mostrándose comprensiva—. No podrías evitarlo, sé que te importa.

—No quiero que muera, es verdad, pero me quedaré contigo.

—Haz lo que creas pertinente para que tu consciencia y tu corazón estén tranquilos, si es ir con ellos, entonces hazlo.

Ella sonreía y le daba aliento, pero algo le decía a Jason que lo que hiciera esa noche, significaría el crecimiento o el derrumbe de su relación con Daira y no estaba dispuesto a perderla por nada. Lo único que podía esperar para Annelise era su salvación, irían personas en las que confiaba plenamente para rescatarla, pero, en definitiva, él debía quedarse junto a su esposa embarazada y su hijo.

—Me quedaré contigo.

—No lo hagas —Daira se mostró enfadada—, no trataba de chantajearte, es más, no quiero que te quedes.

—Daira, eres mi esposa, me quedaré aquí.

—Tu primer movimiento fue para ir, entonces ve, yo estaré bien aquí, Pridwen estará conmigo y…

—Y yo también —aseguró—. Quiero que Annelise esté a salvo, pero en definitiva eres lo más importante para mí Daira y no me moveré de tu lado en estas circunstancias, ni en ninguna otra.

Ella no parecía conforme con ello.

—No hagas cosas que no quieres.

—Daira, no hay otra opción, me quedaré aquí contigo.

—¡Vámonos! —gritó Adrien—. Encontremos a ese malnacido.

—Buena suerte —asintió Jason, abrazando a su esposa para acentuar el hecho de que se quedaría en la casa.

Adrien asintió sin poner réplicas a la decisión de su primo, al final, era lo que se esperaba que hiciese.

—Cuida a la loca de Pridwen —pidió—. No dejes que haga algo estúpido, porque esos son sus movimientos normales.

—Estará en buenas manos —asintió Jason.

Los caballeros restantes salieron del hogar con el espíritu renovado. Bien se sabía que los hombres gustaban de la actividad y una persecución nunca le caía mal a ninguno de ellos, sobre todo cuando había una justificación para hacerlo. Jason se acercó a la ventana cuando su esposa lo hizo, abrazándola por la espalda y sosteniendo el vientre en constante crecimiento, queriendo quitar el peso del cuerpo de su pequeña mujer.

—Jason… —volvió el rostro—. ¿Crees que ella estará bien?

El conde suspiró y miró al frente, dejando salir un profundo suspiro desesperanzador a oídos de su esposa.

Capítulo 39

Annelise empacaba sus cosas con molestia, se había marchado de casa de Adrien Collingwood en cuanto supo que Daria y su hijo estaban a salvo, no tenía razón de esperar, de hecho, entre más rápido se marchara de ahí, sería mejor para todos, incluida ella. No sabía de lo que era capaz Valcop, pero en cuanto se enterara de que por su culpa estaba al descubierto, iría por ella.

—¿Qué se supone que haces Annelise? —Sophia entró a la desordenada recámara—. ¿Te marchas a casa con John?

—Me voy de Inglaterra —informó.

—¿Qué? —la mujer dio un salto en su lugar—. Estás loca, John me matará si te permito irte de nuevo.

—Sophia. —La menor tomó los brazos de su cuñada—. Es imperativo que salga de aquí cuanto antes, si el vizconde viene a buscarme, entonces tu y las niñas estarán en problemas ¿entiendes?

—Si ese es el caso, partamos juntas hacia Eaton Hall.

—No. Tengo que irme, ya compré mi boleto y el barco hacia España sale en dos días, entre más lejos esté de Londres, mejor.

—¿Qué pasa si te encuentra antes?

—Son lugares lo suficientemente grandes como para esconderme.

—No me agrada esto Annelise.

—Lo sé, pero debes recordar que sé lo que hago.

—Dudo que lo sepas —la voz varonil a sus espaldas les sacó un grito profundo y un brinco que las hizo volverse.

—¿Qué hace usted aquí? —frunció el ceño la duquesa.

—Vengo a detener esta locura —el conde Melbrook miraba a la hermosa mujer que guardaba sus cosas con presura.

—No pienso quedarme, mi lord, se lo dije antes.

—Lo sé, no pienso detenerla, quiero acompañarla.

—¿Disculpe? —Sophia se adelantó dos pasos—. Annelise, ¿Estás loca? Es un hombre casado.

—Eso lo sé —Annelise fijó la vista en el conde—. Está loco, será mejor que se vaya de aquí.

—No me iré, quiero hablar contigo.

—Creí decirle en casa de lord Collingwood que no tengo nada de qué hablar con usted. —La mirada de Annelise era de hielo—. Ahora, váyanse de aquí, tú también Sophia, harías bien en irte a Eaton Hall con mi hermano, avisa lo que está pasando.

—No haré tal cosa.

—Señora. —El conde de Melbrook miró a la duquesa con determinación—. Haga caso a su cuñada en esta única ocasión.

—Pero ¿quién se cree usted que…?

—Sophia, por favor. —Annelise reiteró su súplica—. No me perdonaría si algo les pasara a las niñas o a ti, no podría volver a ver a John a la cara y no quiero eso.

Viéndose acorralada, Sophia tomó sus faldas y salió de ahí, más que nada por sus hijas, a las que no pondría en peligro por nada del mundo. De no estar ellas ahí, nadie podría moverla de ese lugar.

—Annelise, no permitiré que te vayas, es peligroso.

—En más peligro está Daira —lo miró de reojo—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar velando por su seguridad.

—Temo por ti, fuiste imprudente, Valcop te lo advirtió desde antes —la tomó por los brazos para detener sus movimientos—. ¿En qué demonios estabas pensando al decirles?

Los ojos que la clasificaban como una Ainsworth se fijaron en el rostro apuesto del hombre que desde hacía mucho tiempo robó su corazón. Parecía sinceramente preocupado por ella, lo cual era extraño, puesto que su hermana estaba en una situación mucho más peligrosa que la suya y, por lo que sabía, ese hombre había entregado su corazón a Daira desde hacía mucho, siendo esto un sentimiento que buscaba reprimir, pero era obvio su cariño y preocupación.

—Estaba pensando en protegerla —se inclinó de hombros—, aunque más que a ella como persona, quería proteger la felicidad de mi hijo y la de Jason. La aman y no podía hacerlos sufrir de nuevo.

—Es asqueroso lo que se puede llegar a hacer por mero deseo.

La joven volvió la vista al hombre que hacía una referencia de repulsión a un acto que él mismo deseó por mucho tiempo.

—Creía que tú también estabas enamorado de ella.

—Yo… —se avergonzó—. Debo admitir que no tuve la relación más sana con ella. La vi hacerse mujer y para mí no éramos hermanos, jamás nos hicieron tratarnos como tal —cerró los ojos—. No es justificación, le fastidié la vida desde que era una niña, pero… muy en el fondo sabía que estaba mal, jamás la toqué, lo juro. Tan sólo fue una obsesión, una tontería de un muchacho acostumbrado a tenerlo todo en la vida.

—Eso lo sé, aunque no deja de ser horrible.

—Y, aun así, tú me quieres.

—Piensas demasiado bien de ti mismo Mark, de eso no cabe duda.

—Sé que es así —la enfrentó—. ¿Por qué querrías a un hombre que en algún momento tuvo sentimientos hacia su propia hermana?

—Como has dicho, ustedes no crecieron juntos, no los hicieron verse como hermanos, cuando la volviste a ver, fue regresando del internado… hasta cierto punto entiendo el flechazo —ella bajó la cabeza y sonrió de lado—. Por un tiempo creí estar enamorada de John, aunque comprendí rápido que era admiración y un profundo cariño al ser el único que se interesaba por mí, que me quería.

—Debí entender eso yo también.

—A lo que sé, la veías únicamente cuando ibas de vacaciones y, tras la muerte de tu padre, duraron sólo dos años conviviendo en la misma casa por primera vez. Es entendible tu confusión.

—Sí, con eso fue suficiente para hacer que ella me detestara.

—Deberías irte y dejarla en paz —aconsejó, volviendo a empacar—. Seguro que eso lo agradece más que mil disculpas.

—Quizá. —El conde la miró suplicante—. ¿Tú a donde irás?

—No lo sé, vagar por el mundo nuevamente, supongo.

—¿Necesitas compañía?

Una sonrisa burlesca se dibujó en los labios de la joven.

—¿Hablas en serio? ¿Qué hay de tu esposa?

—Lina es feliz aquí, con amantes, con lujos y veladas —dijo el conde—. Debo admitir que nunca pude quererla, aunque sé que ella sintió algo por mí en algún tiempo.

—Supongo que ya no más.

—Creo que será feliz cuando me vaya.

—Entonces eres bienvenido a embarcar conmigo en dos días—invitó —. Claro que con la situación de Daira…

—Como has dicho, lo mejor que puedo hacer por ella, es alejarme.

Annelise sonrió despampanante, parecía ser que algo en el conde había cambiado drásticamente y no era de un momento a otro, desde hacía tiempo que lo notaba alejado de Daira, no intentaba incomodarla o siquiera encontrarse con ella, ¿sería posible?

En ese momento, un estruendo llegó del recibidor, ocasionando que las dos personas en la habitación salieran corriendo, esperando que no fuera Valcop quien hubiese ido en contra de Sophia y sus hijas.

—¿Qué están haciendo aquí? —inquirió Annelise.

—Te buscábamos princesa, ahora vamos, tenemos que ponerte en un lugar seguro —dijo Lance.

—¿A mí? —ella negó—. Pienso irme en unos momentos.

—No, te quedas —dijo Adrien—. Sophia irá con nosotros también, es riesgoso que estén solas cuando ese demente…

—¿Es que hizo algo? —Annelise bajó dos escalones.

—Casi mata a Pridwen —informó Declan—. Ya sabe que le dijiste a Jason sobre él, te estará buscando para matarte.

—O pensará que es su última oportunidad para atacar a Daira y lastimar a Jason —dijo Annelise con histeria—. ¿Dónde están ellos?

—Se quedaron en casa de Adrien —dijo Lucca—. ¿En serio crees que él preferiría esperar a atacar de nuevo?

—No. —Annelise mostraba un total terror—. Jamás se fue de ahí, pensó que Jason vendría detrás de mí al creerme en peligro, ahora es un obstáculo para llegar a Daira, ¡Por Dios! ¡Vámonos!

—Ey —el conde Melbrook la tomó del brazo—. Estás loca, te

quedarás aquí con tu cuñada, mejor aún, vayan a Eaton Hall ahora que sabemos que estará en la casa Collingwood.

—El niño está ahí Mark —apartó el brazo—, Jason y Daira también lo están, no me iré hasta saber que todos están bien.

—Entonces vámonos —apuró Adrien—. ¿Estás segura de lo que dices? ¿Crees que sería tan idiota para quedarse?

—Lo conozco bien, se los aseguro, él sigue en la casa.

—¡Maldición! —masculló Adrien—. Muy bien, Lucca, tendrás que irte con Sophia y las niñas, llévalas a Eaton Hall.

—Vale, me aseguraré de ello.

—Declan y Lance, necesitamos oficiales, que vengan rápido.

Todos acataron las ordenes de Adrien como si fueran la ley, saliendo de ahí en lo que parecía una redada. El conde Melbrook no podía estar de acuerdo con la presencia de Annelise, pero entendía la preocupación que sentía por el niño que fuese de ella.

—Te quedarás cerca de mí Annelise —pidió el conde.

Ella lo miró con el ceño fruncido y negó.

—¿Por qué haría tal cosa?

—Pienso protegerte.

—Basta de chachara —pidió Adrien—, suban a un caballo de una buena vez, ¿Vendrás con nosotros Annelise?

—Sí.

—Bien, vámonos.

⁕

Estaban especialmente impacientes por obtener noticias, sobre todo si estas decían que el vizconde Valcop había sido capturado. Sería una tontería de su parte atacar cuando todos ya estaban esperando por él, incluso Pridwen se encontraba en espera con un arma en mano como venganza por su casi asesinato. Por alguna razón, Jason no creía al vizconde capaz de ir esa misma noche, estaría en una desventaja que lo dejaría a merced de alguno de ellos, si lograba herir a alguien más esa noche, sería mera casualidad y posiblemente terminaría en una fatalidad para él.

—¿Qué crees que pasa Jason?

La dama de mármol estaba sentada a su lado, bebiendo chocolate caliente con su pequeño hijo recostado sobre sus piernas. Se veía preocupada pese a que intentara que sus facciones permanecieran impenetrables, como si con su fingida calma pudiera solucionar la terrible angustia que se elevaba entre el silencio del salón.

—Si no atacó a Annelise, dudo que lo haga con alguien más.

—¿Crees? —lo miró esperanzada.

—Sería estúpido de su parte —asintió, atrayéndola para que se recostara en su hombro—. Esperemos que lo capturaran.

—Yo espero poderle dar un tiro —dijo Pridwen en medio de su molestia y con una voz rasposa.

—Prid, tú ni siquiera sabes utilizar un arma.

—¿En serio? —Jason miró a su mujer con impresión y alargó la mano hacia Pridwen—. Entrégala ahora mismo, es peligroso que la tengas de no saber utilizarla.

—Agh —tendió el arma al esposo de su amiga—. Los hombres son todos unos bebés, no saben de lo que una mujer es capaz.

—Se sorprendería, señorita, la mayoría de mis primas sabe utilizar un arma, pero de no saberlo, era peligroso que la tuviera.

—¿Las Bermont saben disparar? —sonrió cual caricatura de periódico—. Agh, ¿Por qué no nací siendo una de ustedes?

—De ser así, no podría casarse con Adrien, señorita —sonrió Jason, recibiendo el codazo de su esposa con una sonrisa.

—¿Yo…? —su cara se coloreó de un fuerte rojo—. ¡A mí no me gusta ese duquecito tonto!

—Como digas —Jason le quitó importancia y volvió la vista hacia la ventana, esperando escuchar el relinchar de los caballos—. Están tardando más de lo esperado.

—Quizá debería llevar a Jackson a descansar —sugirió Daira—, está incómodo aquí, necesita dormir bien.

—No creo que sea buena idea que…

La puerta de la entrada se abrió de pronto, dando paso oficiales y nobles por igual, todos dando órdenes y moviéndose por el lugar, provocando un estado de alerta en las personas que tuvieron que quedarse atrás en la búsqueda.

—Adrien… ¿Qué está pasando? —Pridwen se acercó al heredero del ducado con una cara de extrañeza—. ¿Lo encontraron?

—No —contestó con voz contenida—. Annelise sugirió que lo buscáramos aquí, dice que es posible que no se fuera.

—Carece de sentido —Jason cargó a su hijo y se acercó.

—En realidad no. —La misma Annelise dio un paso al frente—. Me da gusto verlos a todos bien.

—¿Por qué dice eso, lady Annelise? —inquirió Daira.

—Bueno, seguro que, al ser descubierto, querría matarme y eso fue lo que te dijo Pridwen, pero sería una trampa para hacer que todos los hombres salieran de la casa, dejando sola a su verdadera presa —los ojos entre azul y gris se posaron en Daira—. Creyó que Jason iría tras de mí también, claramente sus cálculos fallaron.

—¿Piensas que sigue aquí? —Pridwen recorrió sus alrededores con una mirada vengativa.

—Ni siquiera lo pienses —dijo Adrien, tomando los hombros de la rubia para que no se moviera de lugar.

—Pero ¿Qué? —ella trató de deshacerse de sus manos, pero se vio

petrificada cuando las miradas de los amigos de Adrien también se posaron sobre ella de forma intimidante—. Vale, no haré nada.

—Esperemos a que los oficiales den el visto bueno —dijo North—. Entonces todos podremos ir a dormir.

—¡Ah! Con el sueño que tengo —bostezó Lance—, y ni siquiera hubo nada de acción, es una lástima, maldición.

—Por cierto, ¿Usted qué hace aquí conde Melbrook? —inquirió Nil —. ¿En qué momento apareció en todo esto?

—Daira sigue siendo mi hermana.

—Yo no soy nada de usted —la mujer se cruzó de brazos y se acercó a su marido quien la recibió gustoso.

—Mi señor. —Un oficial trajo consigo a un par de muchachos, un hombre y una mujer a medio vestir—. ¿Alguno de estos son los intrusos de los que hablaba?

El heredero de Wellington suspiró, llevándose dos dedos a sus ojos para masajearlos hasta terminar posados en el puente de su nariz.

—No lo son —se adelantó Declan—. Aunque claramente merecen un día en la cárcel por ser tan descarados.

—Déjenlos ir —pidió Adrien—. ¿No hay nadie más?

—No, mi señor —dijo el oficial—, revisamos hasta los cuartos de la servidumbre y no vimos a nadie.

—Bien, era de esperarse —palmeó el aire y se acercó a ellos con la mano extendida—. Gracias de todas formas.

—A sus servicios, su señoría. —Se inclinó ligeramente—. Si lo desea, algunos oficiales harán guardia a las afueras.

—No será…

—Se lo agradeceríamos —se adelantó Pridwen.

Los oficiales salieron de la casa en medio de una marcha que no era necesaria, pero al estar frente a un hombre con la categoría de un duque, deseaban mostrar sus respetos.

—No era necesario —Adrien miró a su amiga.

—Yo casi muero —le recordó, apuntando su cuello—. Si a ese idiota se le ocurre volver, sabrá que estaremos preparados para él.

—Es una tontería Pridwen.

—De hecho, no me parece mal —Annelise se inclinó de hombros—. Hasta los reyes necesitan protección Adrien.

—No soy un rey y en todo caso tengo a North —apuntó a su amigo —, él equivale a diez hombres.

—Es una lástima que no trabajo para ti —respondió el hombre.

Ante la contestación seria, segura y llena de petulancia que claramente era intensional, los presentes soltaron una carcajada que aligeró el ambiente tenso. Conocían a North lo suficiente como para saber que la modestia era parte de su personalidad; la serenidad y la confianza era otra de las cosas que lo caracterizaban, pero en ese

momento se permitió ser quién rompiera el hechizo de terror en la familia, mostrando nuevamente su increíble capacidad de dominarse.

—Creo que será mejor que descansemos —dijo Nil ahora más relajado, como solía serlo siempre—. ¡Pido la habitación grande!

—¿Qué? —Lance saltó de inmediato—. Ni loco, yo duermo ahí.

—No, la aparté, ahora es mía.

Ambos hombres salieron corriendo, trastabillando por las escaleras, siendo seguidos por la imponente figura de North, quién pensaba poner fin a la discusión. Declan rodó los ojos y siguió al resto de sus amigos, dejando a las parejas en aquel salón lleno de tensión.

—Entonces… —Adrien miró a su primo y después al conde—. Pueden arreglárselas solos, las habitaciones sobran y si gustan quedarse, están invitados a hacerlo, yo me retiro, vámonos Pridwen.

—¡Ey! —la chica trató de liberar su muñeca— ¡Si lo dices de esa manera parecerá que dormimos en la misma cama, gran tonto!

—Sí, sí. Como digas.

—Vale, vamos —Pridwen se adelantó a Jason y quitó al niño de los brazos de su padre—. Este bebé necesita descansar como es debido, ¿Le molesta que me lo lleve lord Seymour?

—Dudo que quiera dormir con usted, lady Pridwen —dijo Jason.

—Lo llevaré conmigo —aseguró Adrien—. Daira necesita descansar como es debido, cuidaré de él.

—Gracias —sonrió la aludida—. Gracias lord Collingwood.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza y salió de la habitación. Daira hubiera querido seguirlos e ir a descansar junto con su amiga en la seguridad de una habitación en lugar de enfrentar la extraña situación en la que se encontraba en ese momento. Sabía que debía estar agradecida con Annelise por intentar salvar su vida, pero no podía dejar de sentir apatía hacia su persona debido a su relación pasada con su marido y su comportamiento de querer recuperarlo, aunque estaba claro que no era por amor, sino por celos.

—Bueno, esto no es incómodo ni nada —sonrió Annelise.

—Supongo que no hay mucho más que decir —Jason miró a su esposa y la abrazó—. Espero que tengan una buena vida, de preferencia que sea lo más alejado de nosotros.

Las sonrisas aparecieron dubitativas ante el último comentario dicho en un tono de broma. Daira volvería a recordar lo bueno que era Jason al momento de hablar, tenía un don con ello, incluso fue capaz de aligerar un ambiente como aquel.

—Será mejor que me vaya —sugirió el conde.

—Iré con usted.

—No creo que sea pertinente, lady Annelise —se adelantó Daira—. Sigue siendo peligroso, lord Valcop no ha sido encontrado.

—Estoy por irme, no hay mucho más que pueda hacer, a menos que

quiera matarme en el tren.

—No lo dudaría —dijo el conde—, sería mejor esperar unos días.

—Me marcharé como lo tengo planeado, no me atacará en un tren, es estúpido pensarlo. —Annelise caminó segura hacia la salida—. Ahora, si me disculpan, pienso dejarlos a todos en paz —sonrió y miró a Mark Melbrook—. A todos ustedes.

—Por favor —Annelise sintió la mano cálida del conde de Melbrook deslizándose sobre la suya—. Esta noche, sólo quiero paz por esta noche. No importa si tengo que comprarle el boleto, permita que todos quedemos tranquilos al saberla a salvo.

Annelise mordió sus labios, seguía mirando la atadura en la que Mark Melbrook la tenía, debilitando su razón, consiguiendo una aceptación de su parte para quedarse por esa noche.

—Bien, pero usted me comprará el boleto, ¿me escuchó?

—Tenemos mucho de qué hablar —aseguró el conde.

—Bien, con eso dicho, nosotros nos retiramos —anunció Jason, abrazando a su esposa—. Como ha dicho mi primo, las habitaciones están disponibles, Annelise conoce la casa, espero que puedas dirigir al conde si es que desea quedarse a dormir.

Jason elevó ambas cejas en una clara burla hacia su exmujer. La pobre Annelise ardía en vergüenza y no pudo evitar empujar ligeramente al hombre que hacía tales insinuaciones.

—Buenas noches a ambos —el tono de la joven Ainsworth era molesto cuando miraba a Jason. Pero en cuanto veía a Daira, la mujer sonreía—. Espero que puedas descansar.

—Gracias lady Annelise.

Daira entrelazó su mano con la de su marido, saliendo del salón de esa forma, dejando a los enamorados en medio de sus conversaciones que seguro dictaminarían el futuro de su relación. Tanto Jason como Daira ardían en curiosidad con la resolución que dieran, puesto que sería beneficioso deshacerse de ambos. Sin embargo, tendrían que esperar hasta el día siguiente para saberlo.

—¿Qué crees que pase? —inquirió Daira con nerviosismo.

—Seguro que se ponen de acuerdo y ambos se marchan —la miró de soslayo—. ¿Te gustaría eso?

—Me fascinaría que Mark no me rondara más, y… —Daira se mordió los labios— a Annelise la prefiero lejos de ti, así que espero que pueda ser muy feliz con el conde de Melbrook.

Jason dejó salir una nueva carcajada antes de tomarla en brazos, arrinconándola contra una pared para poder besarla con todo el cariño que sentía por ella. Las manos fuertes del caballero se deslizaban desde las mejillas suaves de su mujer, hasta el vientre abultado que resguardaba el milagro ocurrido gracias a su unión.

—¿Cómo te sientes después de todo este ajetreo? —besó su frente y

se recostó sobre su hombro—. ¿Tienes algún dolor?

—Bueno, el bebé sigue creciendo y eso provoca que me duela la espalda —sinceró—, pero no es nada nuevo, ni ocasionado por los eventos acontecidos el día de hoy.

—¿Quieres que te masajeé?

—Oh, ¿sabes qué sería maravilloso? —Jason elevó una ceja—. Qué sostuvieras por un momento a tu hijo.

—Me encantaría, mi amor, pero sigue dentro de ti.

—Lo sé, pero hace rato cuando sostuviste mi vientre, sentí que me quitabas el peso del cielo de la espalda.

—A ver —la volvió para que quedara de espaldas contra él, pasó sus manos por debajo del vientre abultado y lo levantó un poco, escuchándola gemir placenteramente—. ¿Mejor?

—Dios… sí —se recostó contra él—, ojalá pudieras hacerlo todo el tiempo, no me di cuenta de lo pesado que era el bebé hasta que hiciste esto hace un rato.

—Necesitas descansar, vamos a la habitación.

—¿Estás seguro de que Jack estará bien?

—Quiere a Adrien y si tiene problemas, estamos a unas habitaciones de distancia. Tienes que descansar en lo que te sea posible Daira, ¿entendido?

—Sí —sonrió apenada—, creo que me consienten demasiado.

—Como debe ser.

Jason besó la mejilla de su mujer y la guío hasta su habitación. Daira se quedó casi inmediatamente dormida, era de esperarse después de un día como el que tuvieron. Pero él, por su parte, pretendía hacer guardia en todo lo que le fuera posible, Valcop era un hombre persistente y, al estar todas sus presas en la misma casa, el único lugar al que podía acudir como venganza sería ahí.

Claro que se consideraría un movimiento desesperado, quizá hasta tonto, estando ahí tantos caballeros dispuestos a defender a las damas en cuestión, sólo un loco o un desesperado se atrevería a enfrentarlos, sobre todo actuando solo. Es verdad que Valcop tenía influencias, pero no amistades como para arriesgarse por una locura como una revancha por el supuesto robo de la que fuese su prometida. No. En definitiva, estaba en una total desventaja.

Suspiró pesadamente y se reacomodó junto a su mujer, acariciando el vientre prominente, sonriendo ante los quejidos molestos entre los sueños de Daira.

—Vamos bebé, deja dormir a tu madre —sonrió Jason—. No seas tan inquieto, la dejarás exhausta.

Tal y como si lo hubiese escuchado, su mujer suspiró aliviada y sus facciones mostraron tranquilidad al fin, respirando apaciblemente después de acercarse un poco más a Jason. El hombre la besó en

diferentes partes de su cuerpo expuesto y lentamente y sin darse cuenta, se quedó dormido junto a ella.

Capítulo 40

La calma de la madrugada ayudó a todo hombre con insomnio a encontrar la paz necesaria como para caer en los brazos de los sueños. El paso de las horas hizo evidente que el vizconde Valcop no haría movimientos esa noche, por lo cual todos podían descansar en lo que les fuera posible. No era sólo Jason el que se despertaba de cuando en cuando, preso de un sentimiento de asecho que venía de todos los rincones de la habitación.

Solía calmarse al ver a su esposa dormida a su lado con una tranquilidad envidiable. Era extraño que no se hubiese despertado en alguna ocasión, pero Jason lo agradecía y trataba de incordiarla lo menos posible cuando miraba de un lado a otro en la habitación, cerciorándose de que todo estuviera en orden.

—¿Jason?

—Lo siento amor, vuelve a dormir.

—¿Ocurre algo? —inquirió con una voz cargada de cansancio, seguramente seguía con los ojos cerrados.

—No, todo está bien, vuelve a dormir.

Ella no lo cuestionó, es más, ni siquiera contestó. Jason sonrió y buscó liberarse de su firme agarre para lograr ponerse en pie. Estaba nervioso y quería revisar la habitación por sí mismo, aunque ya lo hubiesen hecho los oficiales hacía unas horas.

Revisó el baño de la habitación, los armarios y cada cortina. Incluso se fijó debajo de la cama como si se tratara de un niño de cinco años que tenía miedo a la oscuridad. En definitiva, ahí no había nadie y no era posible que el vizconde se metiera en una gaveta, aunque para esos momentos Jason lo dudaba.

—Jason, ¿puedes venir a la cama? —pidió Daira con un tono de voz completamente despejado del sueño.

—¿Desde hace cuánto estás despierta?

—¿Con tanto movimiento? —sonrió divertida y encendió la luz de la lámpara en la mesa de noche y se sentó con la espalda recostada en la cabecera—. Prácticamente desde que te levantaste de la cama.

—Lo siento mi amor —se acercó a ella y la besó—. No sé por qué tengo una mala sensación, me encuentro un tanto alterado.

—Comprendo —Daira dejó su mano sobre la mejilla de su marido, dándole ligeras caricias con su pulgar—, pero han revisado la casa y dijeron que ese hombre no estaba.

—Lo sé, pero…

—¡Daira!

El grito lleno de terror les erizó los vellos del cuerpo, poniéndolos en alerta inmediata y en posterior histeria al escuchar el sonido de

armas siendo disparadas en reiteradas ocasiones.

—Esa ha sido Pridwen —identificó Daira para después ponerse en pie al recordar algo importante—. ¡Por Dios, Jackson!

—¡Daira! —gritó Jason, corriendo detrás de ella—. ¡No salgas!

Era demasiado tarde, su esposa llegó a la puerta en medio de su angustia por su hijo y al momento de abrirla, un nuevo disparo la estremeció y provocó un grito aterrado. Por fortuna, los brazos de Jason llegaron a tiempo para apartarla del camino de la bala, cubriéndola con su cuerpo.

—¡Jason! —Daira temblaba y su voz se quebraba sin remedio alguno, intentando sin éxito darse la vuelta para ver a su marido a la cara—. Jason, por favor…

—Daira, escucha —susurró cerca de su oído, sin moverse y aparentando estar desfallecido sobre el cuerpo de su esposa.

—Vaya, vaya —la voz de Valcop sonó a las espaldas—, parece que el hombrecito tiene valor, aunque no fue lo más inteligente que haya hecho, ahora has quedado a mi merced Daira.

—¡Aléjese de mí! —gritó desesperada, arrastrándose fuera del cuerpo de su marido, dejándolo boca abajo.

—Te ves preciosa embarazada Daira, ¿te lo había dicho?

—¿Qué ha hecho con Pridwen?

—Todos están ocupados con cosas más importantes que venir a salvarte, muchacha, eso te lo aseguro.

—¿Cómo es posible? —ella se arrastraba por el piso, en camisón y en dirección a la cama, sintiéndose acorralada.

—Los oficiales que trajeron —dejó salir una carcajada burlesca— son buenos para recibir dinero, los conozco desde hace tiempo.

El vizconde pasó junto al cuerpo de Jason, a quién dio una patada certera sobre su abdomen, esperando recibir contestación si es que seguía consciente, pero el conde se quedó en su posición, sin apenas inmutarse y sangrando de alguna parte. No entraba en los planes del vizconde el asesinarlo, deseaba que sufriera la pérdida de su esposa y posiblemente del hijo que ella llevaba consigo. Ese hombre merecía sentir la misma humillación que él sintió cuando se enteró que se casaron, cuando todos en su país sabían que esa mujer le pertenecía a él por acuerdo con su hermano.

Daira se estremeció y derramó nuevas lágrimas silenciosas, se puso en pie y protegía su vientre con sus manos, esperando que fuera suficiente para que el vizconde no arremetiera contra su hijo.

Nadie la iría a ayudar, a las afueras de la habitación se escuchaba el desastre que esos oficiales estaban propiciando como distracción para el resto de los caballeros en el lugar. Esperaba que Pridwen estuviera bien, pero lo dudaba, si el vizconde estaba ahí, es porque ya se había vengado de las personas que le impidieron cumplir sus malévolos

planes.

—¿Qué ha hecho con Pridwen y Annelise?

El vizconde sonrió.

—Lo que se merecían, esas malditas no hicieron más que meterse conmigo, impidieron que nosotros fuéramos felices.

—Jamás habría sido feliz con usted.

—¿Eso crees? —ladeó la cabeza—. Querida, por favor, no eres más que la segunda opción del conde, siempre querrá a su antigua mujer, apenas la vio y casi le hace el amor frente a ti.

—Eso… no es cierto —negó con dolor.

—Annelise me lo contó, poco les faltó para intimar y si ella lo hubiera vuelto a intentar…

—No me diga más —suplicó—, por favor, no me diga más.

—Escaparían juntos, te dejarían al cuidado del niño que tanto quieres y se irían a vivir su cariño por el mundo.

—No es verdad… —se cubrió los oídos—. No es cierto.

—Creo que incluso pensaban irse esta misma noche, quizá a la mañana siguiente, por eso Annelise está aquí también.

—¡Mientes!

—¿Y por qué lo dudas? —elevó una ceja—. Vámonos, yo también te puedo dar una vida llena de lujos, pero amándote como te mereces.

—¡No iré con usted!

—Será a la buena o a la mala, muchacha, a menos que quieras que el mocoso hijo del conde se muera también.

—¿También? —Daira frunció el ceño—. ¿A quién…?

—¿Quieres una lista?

Daira negó con rotundidad.

—No tenía que ir contra esta gente, a la que quiere es a mí.

—Y ellos me lo impiden.

—Iré con usted —aseveró—, pero déjelos en paz.

—De acuerdo, es a ti a quien quiero —sonrió—, aunque falta cumplir con la última condición.

—¿Qué quiere?

—Yo nunca aceptaría a un bastardo.

El hombre elevó el arma, apuntando el vientre de Daira.

—Si me dispara, moriré también, corro el riesgo de morir —dijo con tranquilidad, sin expresión en su rostro y sin moverse.

—¿Estás diciendo que cumplirás?

—Sí.

—Entonces —sonrió—, es hora de irnos.

—¿Por qué arriesgarlo todo por esto? —inquirió la joven—. No tiene ningún sentido.

—Puedo hacerlo, no veo por qué limitarme.

—¿Por un deseo carnal? ¿En verdad arriesga su vida, negocios y

posición sólo para cumplir una fantasía conmigo?

—Simplemente es lo que me corresponde, tú eras mía, juraron entregarte a mí, pagué por ti —elevó una ceja—, ¿no lo sabías? Tu hermano cobró una buena cantidad al entregarte y después no cumplió, ¿Qué querías que hiciera?

—Qué la tomaras contra él, no contra mí.

—Lo hice, te aseguro que saber que estaré tan cerca de ti, tomándote las veces que quiera y de las formas que quiera lo hará sufrir por el resto de su vida, porque es lo que él imaginaba para sí.

—Son repugnantes.

—Tendrás que acostumbrarte, porque tu vida a mi lado será así.

—Así que eso es todo, ¿una revancha?

—¿Para qué más sirven las mujeres si no es para parir, dar placer y sacar de quicio a otros hombres? —sonrió de lado—. Incluso creo encontrar la forma de que me devuelvas el dinero que tu hermano despilfarró tan sólo dárselo.

—¿Yo por qué pagaría algo que ni siquiera tocaron mis manos?

—Bueno, seguro que es lo justo, tu hermano no puede cumplir con la deuda, pero tú sí, seguro que los hombres harán fila con tal de tenerte en sus brazos por unos segundos.

—¿Por qué es contra mí?

—Porque te atreviste a huir, te casaste con otro, te entregaste a otro cuando me pertenecías, incluso estás esperando un hijo de él. Ninguna mujer puede jugar conmigo, mucho menos pasar de mí, ¿cómo se te ocurrió siquiera?

—¿Cómo quería que aceptara? Es un hombre terrible.

—No sabes cuánto princesa, estarás por descubrirlo.

El vizconde se acercó con determinación a la mujer que dio pasos defensivos hacia atrás, corriendo hasta la pared más lejana y cerró los ojos, esperando a que todo terminara de una vez por todas.

—Abre los ojos princesa, será tu primera vez que veas a un hombre de verdad encima de ti.

—Por favor… —lloró Daira.

—Oh, mi preciosa muchacha, tan inocente y pura.

—Jason… —tembló la joven—. Por favor, basta.

—Pobre chiquilla, él no puede protegerte ahora.

—Se equivoca —dijo la voz del conde con una determinación que heló la sangre del vizconde Valcop—, jamás estuvo desprotegida.

Aquella sonrisa retorcida y cruel quedó grabada en el rostro de aquel horrible hombre para la eternidad, puesto que no sería capaz de cambiar su expresión después de la muerte. Jason le había indicado a base de susurros el plan para que él se hiciera con su arma; ambos sabían lo que debían de hacer, pero escuchar al vizconde decir tantas barbaridades drenó todas sus energías. Ella cayó de rodillas y sostuvo

su cuerpo desfallecido con las manos, quedando elevada gracias a sus cuatro extremidades, mareada y confusa.

—¡Daira!

—Jackson… —susurró cuando lo tuvo cerca—. Ve por él.

—Pero…

—¡Qué vayas por él! —ordenó, deseando alejarlo de ella.

Jason dudó en su hacer, era obvio que su mujer se encontraba mal, pero su hijo estaba afuera, quizá asustado o desprotegido, Daira tenía razón, tenía que ir por él. El conde meneó la cabeza, se acercó a ella, la levantó del suelo y la colocó sobre la cama, queriéndola alejar en lo posible del cuerpo tendido en el suelo.

—No quiero dejarte aquí, estás alterada. Entiende que te amo Daira, a ti y a nadie más que a ti. Lo que ese hombre dijo es mentira.

—Estoy bien, por favor, ve por Jack.

En ese momento Pridwen entraba a la habitación con Jackson en brazos y una rozadura de bala en su mejilla que no paraba de sangrar.

—¡Pridwen! ¡Oh, por Dios, Jack!

Daira se puso en pie y estiró los brazos hacia ella y el niño que la acompañaba. Se abrazaron y el pequeño pasó inmediatamente a los brazos de su madre, donde sollozó asustado, acogido por Daira y por Jason que los envolvía y los besaba desesperado.

—¿Qué ha pasado Pridwen? —pidió Jason, aún con su familia entre sus brazos, negándose a soltarlos.

—Esos hombres nos atacaron mientras dormíamos —dijo Pridwen atropelladamente—. Yo… bueno, estaba dormida con Adrien y Jack cuando me dispararon, afortunadamente sólo fue esto —se tocó la cara— y Adrien reaccionó rápidamente e hirió al idiota, ¿Saben que son los oficiales? Mira que la corrupción en…

—Pridwen —interrumpió Jason—. ¿Alguien más está herido?

—Nil y Lance —asintió—, pero están bien dentro de lo que cabe, North y Declan los están ayudando. Adrien está… bueno él…

—¿Qué ocurre? —presionó Daira—. ¿Es que algo pasó?

—En realidad, algo terrible pasó.

Un desgarrador lamento fue lo que prosiguió, dando crédito a las palabras de Pridwen. Ese sonido sólo podía ser el preludio de un dolor inimaginable para quién no lo hubiese sentido en carne propia.

Capítulo 41

A veces parecía que los cielos se hicieran uno con los corazones pesarosos que se encogían y gemían en medio del silencio riguroso en aquel camposanto casi desolado. La tierra recién removida y la lápida con el nombre del difunto serían el único recordatorio tangible de que existió en ese mundo. Siempre era deprimente ver pasar a las personas vestidas de negro, entrando o saliendo del lugar de los muertos con caras largas y lágrimas derramándose en silencio, pero era aún peor cuando no se veía nada de aquello.

Daira se acercó lentamente hasta la lápida y colocó un arreglo floral en uno de los jarrones tallados en piedra. Dio dos pasos hacia atrás y colocó las manos sobre los hombros de la única persona que parecía llorar desde lo profundo de su corazón.

Con la cabeza agachada y el cuerpo temblando sin control, Annelise derramaba lágrimas que desde hacía rato no tenían sonido. La lluvia caía sobre su paraguas del mismo color oscuro que su vestido, amortiguando los sonidos que su nariz hacía al momento de sorber su propia tristeza. Para ese momento, los únicos que la acompañaban en su desolación eran Jason y Daira.

—Annelise, es momento de irnos —se acercó Jason con tiento.

—No me iré.

No fue grosera ni tampoco gritó. Más bien fue una petición que salió más firme de lo que se esperaba. Fue Daira quien comprendió el dolor que sentía y miró a su marido, pidiendo que la dejara a solas con ella, al menos que se alejara lo suficiente como para que así se sintiera. Jason aceptó a regañadientes, tomó su brazo herido como precaución y se alejó hasta la reja que daba por terminado la zona donde descansaban los seres amados de las personas de Londres.

—Nos estaremos aquí el tiempo que necesites Annelise.

—Fue un tonto —dejó salir en medio de las lágrimas—. ¿Por qué lo hizo Daira? ¿Por qué se interpuso?

—Creo que en ese momento se dejó en claro a quién le pertenecía su corazón —Daira limpió con un pañuelo la lágrima que salió disparada de los ojos de la joven—. No fue tras de mí Annelise, se puso delante de ti, te protegió de ese hombre.

Los labios de la joven Ainsworth temblaron y se vio en la necesidad de cubrir su rostro con ambas manos.

—Lo rechacé, cuando ofreció que nos fuéramos, le dije que no —ella negó aún con su rostro atrapado en sus palmas—. No le creía, pensé que no era más que otra de sus conquistas.

—Quizá ni él mismo lo sabía hasta que se interpuso entre esa bala —Daira apartó el cabello que se estaba pegando a las lágrimas de las

mejillas de Annelise—. Creo que fue feliz de poder salvarte la vida, lo único que te queda por hacer, es vivirla al máximo.

—Sí —lloró un poco más—. Supongo que sí.

Se quedaron en silencio mientras Annelise lentamente recuperaba la compostura, sus lágrimas dejaron de salir después de un tiempo y poco a poco su nariz volvió a recibir aire con normalidad. Era una mujer elegante y hermosa, su sombrero con malla hacía el trabajo de cubrir su semblante desmejorado por el dolor, su postura seguía siendo regia, como la de cualquier dama de alcurnia.

—Daira, ¿Sería mucho pedir que le trajeras flores cada semana? —dijo de pronto la mujer, con una voz suave y sosegada—. Diré a mi hermano que mande un cheque, por supuesto.

Daira negó repetidas veces con la cabeza y le tomó una mano enguantada en satín negro.

—No será necesario, salvaste mi vida y la de mi familia —Daira miró hacia la tumba de su medio hermano—. Lo menos que puedo hacer es complacerte en esto.

Annelise de pronto dejó salir una risa triste.

—Seguro será el más feliz al saber que recibirá algo tan hermoso de tu parte —sus ojos se volcaron sobre ella—, siempre le gustaron tus flores Daira, hablaba todo el tiempo sobre tu grandiosa habilidad.

—Creo que será mucho más feliz de saber que le tendrás esa atención —se acercó a ella y le dio un abrazo—. Se feliz Annelise, tú también te mereces encontrar a alguien que te ame con toda el alma.

—Soy tan patética —sonrió entristecida—. Le lloro como si le perteneciera, pero en realidad jamás fui suya ni el mío. Dios mío, ahora entiendo lo que dicen de los hijos, son un recuerdo de sus padres y aunque no quiero tenerlos, algo en mi… no sé, me gustaría al menos tener ese recuerdo, algo de él.

—Tienes tus recuerdos, nunca se irán.

Annelise se volvió lentamente hacia la persona que buscaba reconfortarla por todos los medios.

—Eres mejor de lo que jamás pensé —dijo con un fingido fastidio—. Debo admitir que me resultas un tanto irritante.

—Lamento eso.

Ambas mujeres dejaron salir una pequeña risilla. Annelise entonces limpió las lágrimas de su rostro con determinación y sonrió después de dejar salir un suspiro renovado.

—Bien, basta de esto —se dijo—. Debo continuar con mi vida, como has dicho. Claro que lloraré otro poco, como debe ser al perder un amor, pero lo superaré eventualmente. —Ella parecía hablarse más a sí misma, pero de pronto se volvió hacia Daira—. Creo que, a partir de ahora, dejaremos de ser la villana de la otra.

—Creo que nunca lo fuimos Annelise.

—Puede ser —elevó una ceja y estiró una mano—. ¿Tregua?

—Sí —sonrió Daira, aceptando el apretón—. Tregua.

—Por cierto, pienso mandarle a Jackson cosas del lugar en donde me encuentre, no es necesario que le digas que vienen de parte mía, pero me gustaría que las tuviera, ¿te molesta?

—Le diré que son de parte de su madre.

—No —sonrió Annelise—, no quiero que tenga ese dolor, no quiero que sepa que no pude quedarme a su lado. Dile que es de parte de una tía que lo adora con el alma ¿de acuerdo?

—Está bien.

—Gracias —Annelise le tomó las manos y sonrió—. Espero que tengas una vida alucinante… y también espero que tengas una niña —dijo divertida—. Quiero ver a Jason sufriendo porque los hombres se le acerquen a su pequeña.

—Oh, eres malévola —dijo divertida.

—Un poco —guiñó un ojo y suspiró con cariño—. Por cierto, quiero decirte otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Jason pudo haberse confundido con mi llegada —comenzó y aquello provocó un malestar en Daira—. Pero desde mucho antes ya te había elegido a ti, en serio te ama y no porque no pueda tenerme sino porque eres a la que necesita para vivir tranquilo.

—Gracias Annelise —apretó sus manos—, ya no sé si eres mi villana o una buena amiga, deberías decidir si eres buena o mala.

—¿Por qué no ambas? —sonrió angelical y caminó sin el paraguas para que Daira no se mojara.

La joven se giró para observar el caminar de la mujer que fue todo un acontecimiento en su vida. La vio detenerse frente a su marido y darle un afectuoso abrazo como despedida para lo que quizá sería su último encuentro. Daira sonrió y se dio cuenta de lo necesaria que había sido su intervención, de esa forma Jason se obligó a superarla y a darse cuenta que lo que en realidad quería era a su nueva familia, la que estaba formando con ella.

Aquel día en el que el conde Melbrook murió por recibir el disparo que iba dirigido hacia la persona que amaba, Jason había hecho la misma elección, salvaguardando lo que su corazón más anhelaba proteger, resultando herido, pero nunca se le había visto tan feliz como cuando se dio cuenta que Daira estaba intacta.

—¡Daira! —gritó el hombre tras el furor de la lluvia—. Amor, vámonos, te hará daño.

Dando una última mirada a la tumba del conde Melbrook, Daira comenzó el descenso de esa colina, tomando su vientre prominente en el cual resguardaba recelosamente una vida, llegó hasta los brazos de su marido y se abrazó a él.

—¿Qué estabas pensando al bajar de esa forma la colina? ¿Qué no ves que por allá hay escaleras? —la regañó tan sólo alcanzarla.

—Oh, por favor, no pasó nada.

—No seas tan descuidada.

—Sí, sí. ¿Dónde está Jack?

—Adrien y Pridwen se lo llevaron a casa con Bond.

—Será mejor volver.

Al momento de abrir la puerta de su casa fueron recibidos por el abrazo acogedor de un pequeño rubio que les sonreía esplendoroso, detrás de él venían su siempre fiel Bond y sus dos extraños tíos: Adrien y Pridwen, a quienes no sabían si emparejar o separar.

—¿Cómo ha ido la cosa? —se adelantó Adrien.

—Triste, con lágrimas, un poco solitario —aceptó Jason.

—¿Y lady Annelise? —inquirió Pridwen.

—Se irá en un rato, ha ido por sus maletas a casa de su hermano. Posiblemente no la volveremos a ver —dijo Daira con una tristeza que no pensó sentir.

—Es triste que se vaya sola.

—No irá sola —tranquilizó Jason—. Me dijo que va con el barón Santor, al cual asegura odiar, pero del cual no se pudo deshacer.

—Bueno, al menos va con alguien —se alegró Pridwen.

—Esperemos que esté bien —dijo Adrien—. Y que se quede lejos porque en realidad fue una pesadilla que volviera.

Dejaron salir una risa que pronto se convirtió en una carcajada que estaba sirviendo para dejar ir la tensión que se almacenó en sus corazones durante demasiado tiempo.

Comieron juntos, se rieron, charlaron por horas e incluso salieron a jugar con el pequeño Jack en el jardín. Era una alegría escuchar a ese niño hablar con mayor confianza y, conforme pasaba el tiempo, lo hacía delante de más personas. Resultaba extraño sentir tanta paz, Daira incluso se creía en medio de un sueño del cual despertaría para darse cuenta que seguía en una prisión allá en Dinamarca, lejos de su marido, lejos de su hijo, de Pridwen y de todo lo que amaba y le era fundamental para vivir.

—¿En qué piensas mi amor? —se acercó Jason, presionando un beso en su mejilla.

—Pienso… en lo mucho que me gusta Londres —dijo divertida, lanzando una mirada hacia su esposo—. Pienso en lo feliz que soy al ver a Jackson reír. Pienso en lo deliciosa que será la cena, en lo tranquila que me siento justo ahora, en los nombres para el bebé y también pienso en lo mucho que te amo.

Una sonrisa iluminó el rostro de su marido, quién se inclinó y la besó con lentitud, tomándose el tiempo para saborearla y acercarla suavemente a él, porque era con lo que más contaban: con tiempo.

—Jason… —ella se separó—. ¿Podrías decir que me amas?

—Daira —suspiró y sonrió—. Mi amor, no necesitas pedirlo de esa manera, te adoro con el alma y eres el amor que anhelaba.

—¿Lo dices en serio? —lo miró divertida.

—Sí, lo digo muy en serio —se inclinó y la besó de nuevo con extrema ternura—. Eres todo lo que necesito para ser feliz en esta vida, contigo a mi lado, no necesito nada más.

—Además de Jackson.

—Y los posibles hijos que engendremos.

Ella bajó la mirada y acarició la mano que él tenía en su vientre.

—¡Ey! ¡Ey! —gritó Pridwen cubriendo los ojos del pequeño Jack para que no viera la escena—. ¡Hay niños pequeños presentes!

—Iniciando por ti preciosa —sonrió Adrien, recibiendo gustoso la patada que ella le asestó.

Jason y Daira se alejaron, poniéndose de pie para ayudar a Adrien a no ser masacrado por la rubia y alejando al niño que ya se montaba sobre su tío para ayudar a Pridwen a derribarlo.

Y comenzaron a llegar muchas más personas, como Lucca, los hermanos de Jason, algunos de sus primos y amigos, todos respetando a Daira y haciéndola sentir parte de la familia.

Por fin se dio cuenta que formaba parte de algo, que no tendría que luchar más por su cuenta, que no estaba sola, incluso había alguien dispuesto a ponerse frente a ella para recibir una bala. Jason había dicho la verdad cuando le propuso matrimonio, a partir de que se casó con él, no tuvo que luchar más por su cuenta, Daira sabía perfectamente que Jason siempre estaría para ella, para protegerla, para cuidarla y lo más importante de todo, para amarla y proporcionarle la familia que tanto esperó.

Estaba claro que el inicio de su relación no fue el más armonioso, la etapa de adecuación fue dura y dolorosa, no eran los más listos para demostrar su cariño o comprender sus propios sentimientos y definitivamente se habían confundido en el proceso más veces de las que podrían llegar a contar. Pero quizá de eso se trataba la vida, de encontrar los obstáculos que eventualmente se toparían, aprender de ellos, tomarlos y simplemente pasarlos.

Al final de cuentas, para ellos encontrar las imperfecciones en lo perfecto ya era parte de su rutina, porque de alguna forma, hacía de la experiencia algo mucho más verdadero y alejado de cualquier utopía que se pudiera crear, les gustaba tener los pies en la tierra y no soñar lo que debía de ser el amor, sino formar el amor que se deseaba tener.

Sofía Durán

Una Puñalada al Corazón

Una puñalada al corazón

Los hijos de los Bermont XI

Sofía Durán

Derechos de autor © 2023 Sofía Durán

© Una puñalada al corazón

Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán.
Copyrigth 2023 ©Sofía Durán
Código de registro: 2302113474982
Fecha de registro: 11/02/2023
ISBN: 9798377004493
Sello: Independently published

Primera edición.

Es difícil diferenciar cuando se pasa de una amistad
a un verdadero amor, sobre todo cuando
el orgullo forma parte en la ecuación.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

Prólogo

Sabía que iba a morir. Lo supo a una temprana edad, quizá a sus trece o catorce años reveló a un grupo de amigos su presentimiento de que moriría joven. Aquellas palabras pasaron al olvido como una vana afirmación dicha sin pensar por alguien que se sabía protegido y totalmente custodiado debido a su posición y relevancia.

Y, sin embargo, ahí estaba, preso por quién sabe cuántos días, en lo que parecía una antigua cárcel: abandonada, lúgubre y con pestilencia a moho y muerte. Desde que lo aventaron a en su prisión, tuvo la completa certeza de que jamás saldría, al menos, no con vida.

Suspiró cansado, con ojos cerrados y la boca seca, deseando tener una distracción diferente a indagar en sus pensamientos, porque estos siempre se volvían turbulentos y las preguntas que solían venir a su cabeza eran torturadoras, tales como: ¿Qué diría su padre? ¿Qué pasaría con sus responsabilidades? ¿Con su reino? ¿A quién pasaría su corona?

Desde hacía tiempo que dejó de cuestionarse sobre sus captores, estaba claro que era en su contra, quizá deseaban hacer caer a toda la dinastía, para ese momento no lo sabía y ya no le importaba. ¿Qué le podía importar a un moribundo quién lo asesinaría? No serviría de nada, no sería capaz de pasar la información, de avisar o proteger a nadie.

Al menos moriría con el honor de no pedir piedad, de no exigir a gritos las razones de tal tortura. Simplemente moriría y desearía suerte a su hermana, quien sería la siguiente en cargar con la pesada carga de ser la heredera, no sólo del reino que él perdía, sino de la amenaza que sería su verdugo. El hombre cerró los ojos, no podía creer que moriría por algo que jamás quiso en primer lugar, aun así, esperó pacientemente su fin.

Capítulo 1

Copenhague, Dinamarca

La oscuridad conjugaba a la perfección con el pesado silencio que se instaló entre las paredes del suntuoso castillo que fuera la residencia del máximo regente de las tierras de Dinamarca. Pese a que la noche comenzaba a darle paso al amanecer, ningún hombre o mujer se atrevería a molestar a la figura derrotada que se mantenía en la soledad de un trono.

Pocos ojos habían sido capaces de estar en presentes ante tal escena, en la en la cual su inquebrantable regente se mostraba cabizbajo, derrotado y totalmente desmoralizado. Con la cabeza gacha, sostenida únicamente por sus manos que a su vez se alzaban con ayuda de sus codos colocados sobre las reposaderas del ostentoso asiento.

Era anormal que un rey bajara la cabeza ante la adversidad, pero natural en un padre que había perdido a su único hijo, el varón que heredaría su trono, el hombre que nació para llevar la carga de su antecesor, el cual desde su infancia fue educado, entrenado y endurecido para cargar con el peso de la corona danesa.

En medio de sus turbulentos pensamientos, un halo de luz llamó su atención, obligándole a levantar la cabeza y mirar la puerta que se abría y cerraba con rapidez, dando lugar a unos pasos ligeros que recorrían la estancia con tranquilidad hasta llegar a su lado. No hacía falta preguntar por la osada persona que hacía intromisión en su dolor, reconocería el imperioso caminar en cualquier lugar, sólo podría tratarse de una persona, de una mujer, aquella que solía sentarse a su lado en el trono: la reina.

—Mi dulce amor —una mano suave se deslizó por el antebrazo del rey hasta aferrarse con esmero de la mano varonil—. Sé el dolor que sufre tu corazón, pero el pueblo necesita a su rey, necesita saber lo que sucederá.

—¿Qué va a suceder además de un gran funeral en su honor?

—Claro está eso, mi amor, pero me refiero al futuro de la nación.

La reina apretó los labios, temerosa de seguir hablando, pero encontrándolo esencial en esos momentos. Era de su pleno saber que una reina no tenía tiempo que perder, aún en la desolación, una mujer en el poder debía siempre jugar sus cartas para que estas terminaran a su favor. Sobre todo, cuando tenía que acomodar a sus cuatro hijas, si podía otorgarle el trono a alguna de ellas, qué mejor.

—Mi pobre hijo. —La voz del rey cargaba el dolor de cualquier padre que tuviese que afrontar la pena de ver morir a sus descendientes—. Me ha dejado solo con esta terrible carga.

—No estás solo, mi gran amor, me encuentro yo a tu lado. —La mujer apretó la mano del su marido—. Puedo acomodar todo para que una de las niñas tome su lugar como…

—He mandado carta a Pridwen.

Los ojos de la reina relampaguearon con una fugaz desazón que pronto se convirtió en desdén ante la mención de aquel nombre.

—¿A razón de qué?

—Ha perdido a su hermano, debe estar aquí, hacer acto de presencia junto al resto de la familia real —la voz del rey había retomado la determinación que la autocracia le brindó desde una temprana edad—. Sin mencionar que ha quedado en claro que ella es la heredera indiscutible.

—Pero… —la reina mordió sus labios—. Mi amor, la princesa ha estado lejos de su pueblo por años, poco la recuerdan y ni siquiera la añoran.

—Te equivocas Siena, fue el pueblo quien clamó por ella en cuanto se supo la noticia de la muerte de Walid. Reconozco que no tiene muchos adeptos dentro de la cámara, ni tampoco en la nobleza, pero es lo debido.

—Naturalmente que no te doy la contraria, querido esposo —Siena apretó la mandíbula y los puños—, pero dudo que esté a la altura de la situación, esa muchacha jamás ha estado en palacio, si más no recuerdo.

—Será tiempo de que se acostumbre.

—Mi dulce amor, ¿no fue por algo que la mandaste lejos?

—No es de tu incumbencia, Siena —la miró con hosquedad— y no permito que se me cuestione al respecto.

—Si no te estoy cuestionado —se apuró a remediarse—, me encuentro preocupada por la actuación de la princesa, eso es todo.

—Deja tus preocupaciones en mis manos —la voz del rey cada vez tenía menos paciencia—, al final, es mi hija.

La reina consorte se vio en la necesidad de apretar su cuerpo con la finalidad de retener el grito furioso que ansiaba salir de su interior. Jamás pensó que, a la muerte del príncipe heredero, esa muchacha sería la designada para subir al trono, poco se acordaba de ella y por mucho tiempo la eliminó de su mente; pero ahora que volvía para quitarle lo que ya se atribuía, no le quedaba otra opción más que volver a colocarla en el tablero, con la idea de eliminarla de una vez por todas.

—Por supuesto comprendo tu decisión —lo miró enojada—. Tan sólo queda esperar que sea la adecuada.

—La será.

—¿Qué le diré a tus hijas?

—La verdad, Siena —dijo exasperado—. No veo razón de mentirles, la heredera llegará pronto a palacio y eso es todo.

Copenhague, Dinamarca
Palacio Christiansborg, sede del parlamento

Los gritos imperiosos y descompuestos de los hombres en la enorme sala del parlamento hacían obsoleta cualquier forma o intento de conversación y entendimiento entre los enfurecidos constituyentes que no paraban de dar puntos de vista para ser inmediatamente cuestionados o interrumpidos por sus contrapartes políticas.

No era para menos, perder al heredero a la corona era un acontecimiento estatal de gran importancia, sobre todo porque no había varón que sustituyera al fallecido. Poco importaba para esos momentos el dolor de perder al príncipe, cuando el país se enfrentaba a tal inestabilidad.

—Esto nos deja en un punto de debilidad, el no tener un heredero establecido nos hace blanco de las potencias que desean dominarnos.

—Concuerdo. Esto es inaudito, ¿cómo es posible que llegáramos a este punto? Ni siquiera somos capaces de conocer al asesino del príncipe.

—Poco importará si no encontramos la solución al problema de sucesión. Recordemos que el rey tiene hijas, no más varones.

—¡No podemos subir a una mujer al trono! ¡Inaudito!

—Eso sí que nos aseguraría ser la burla del resto de las naciones.

La sala se llenó de cabeceos positivos y sonidos de conformidad. Estaba claro que nombrar a una de las hijas del rey como herederas no era una opción factible, al menos, una que les agradara a los parlamentarios.

—Mi hijo está casado con la princesa de mayor edad —saltó el señor Rosensburg, un importante conde que fuese de cariño y consideración de todos—. Considero una buena opción nombrarla a ella como sucesora si habrá un hombre como mi muchacho a su lado.

Hubo algunos cabeceos aprobatorios por parte de los seguidores del hombre que había tomado la palabra después de una larga meditación. Sin embargo, la inconformidad aún flotaba en el aire sin remedio alguno.

—Si ya se está considerando nombrar a una mujer, en ese caso opino que la indicada debe ser la hija mayor del rey —se puso de pie otro caballero—. ¿O es que olvidamos que existe otra princesa?

—¡Es verdad! —apoyó otro hombre—. Y ella es hija de nuestra amada reina, hermana del príncipe fallecido, línea directa en sangre y nacimiento.

—Recordemos que esa jovencita en específico ha estado fuera de Dinamarca y del palacio por más de siete años.

—Sin embargo, puede regresar —continuó el señor Nielsen—. Si nos vamos a orden de sucesión, ella es la heredera, sin mencionar que el pueblo lo aprobará. La reina anterior era muy amada por ellos.

—¡Lo dice porque era su hermana! —gritó uno de los seguidores de Rosensburg, quien seguía mostrando una negativa en su semblante.

—Poco tiene que ver los lazos sanguíneos aquí —dijo el señor Nielsen con rotundidad—. Hablamos de política, caballeros, somos parlamentarios no comadres en un mercado, tenemos que ver lo mejor para el pueblo.

—¿Y asegura que la princesa es una buena opción? —inquirió el señor Rosensburg—. Recuerdo que esa muchacha era todo menos adecuada, solía pasarla en medio de travesuras y no hacía otra cosa más que dejar en vergüenza al rey y a la nación misma.

—Eso fue hace tiempo —quitó importancia el señor Nielsen—. A lo que sé, es una muchacha hermosa, parecida a su madre tanto en físico como en corazón. Les aseguro que el pueblo gritará de felicidad.

Los hombres siguieron con una apariencia dubitativa, no parecían apoyar el punto de vista del señor Nielsen, ni siquiera sus partidarios.

—Pero qué pasará si los asesinos van en contra de la descendencia de su hermana, señor Nielsen, como si se tratara de una maldición, todos sus hijos van muriendo de a poco, incluso la reina murió dando a luz.

—Murió dando a luz a la princesa —recordó el señor Nielsen, tratando de mantener la compostura— y ella sigue viva.

—Y soltera —rescató otro—, poco favorable.

—Por el contrario —el señor Nielsen sonrió con arrogancia—. Resulta ser que mi sobrina hizo contactos importantes en sus viajes, uno de ellos bastante ventajoso para la inestabilidad política en la que vivimos.

—¿De quién se trata, Nielsen? —inquirió otro con dudas.

—¿Qué opinarían de tener a un duque de Inglaterra como consorte de nuestra querida princesa?

Los parlamentarios se miraron entre sí con interés, por primera vez en acuerdo ante las palabras del señor Nielsen, quien sabía que era una carta que ninguno se atrevería a cuestionar, era demasiado beneficiosa como para tener una objeción.

—¿De qué duque habla, señor Nielsen? —inquirió Rosensburg.

—Los duques de Wellington tienen un hijo muy apegado a nuestra querida princesa y el rey, al notar esta beneficiosa amistad, ha pedido a Inglaterra una unión entre ellos —el hombre juntó sus manos con dramatismo— y esto ha sido aceptado. La princesa y el heredero han sido comprometidos en matrimonio el pasado miércoles.

—Eso quiere decir que el rey ya había tomado una decisión —comprendió un meditabundo parlamentario—. No me parece mala opción.

—Pero ¿qué dicen? —el señor Rosensburg estalló en cólera—. ¿Prefieren a un extranjero en el trono que a un hombre del pueblo?

—Este extranjero inyectará capital y nos dará amnistía con Inglaterra —le hizo ver otro hombre—. No encuentro fallas en la

elección.

—Sin mencionar que sería ella quien llevaría la corona, él no tendría poder en lo absoluto, sería consorte, sólo eso.

—No se equivoquen —apuntó Rosensburg—, los Wellington son todo menos tontos, si lo desean, podrían embolsarse a Dinamarca en un abrir y cerrar de ojos, ¿O por qué creen ustedes que su rey accedió?

—Es obvio que encuentra como ventaja la unión de las naciones.

—No. Lo que es claro es que confía en su duque para dominar el país.

—Tal parece que las ansias de poder lo han segado, Rosensburg.

—Por supuesto que no —dijo el encolerizado hombre, tomando asiento—. Busco lo mejor para este país y no me parece la decisión.

—Votemos —pidió un caballero.

—Poco importa si el rey ya ha tomado su decisión —mencionaron.

—Aun así —se adelantó Nielsen—. Le será importante a su majestad saber la posición de sus parlamentarios ante su decisión.

Conformes con el requerimiento, los hombres del parlamento comenzaron a dar su voto, en el que la gran mayoría dio el visto bueno a que la princesa Pridwen fuera nombrada oficialmente como heredera del reino y a su esposo, se le nombraría como príncipe de Dinamarca.

Era cuestión de esperar la llegada de la feliz pareja que, según el señor Nielsen, no podían ser más armoniosa debido a su anterior amistad, convirtiéndolos una pareja fuerte, unida y estratégica para lo que se avecinaba en sus vidas. Puesto que, aunque en ese momento no se tomó muy en cuenta el hecho de que el príncipe heredero había sido secuestrado y asesinado, era un hecho relevante que podía afectar a la sucesora de la corona. Incluso podría ser en contra de toda la dinastía.

Capítulo 2

Londres, Inglaterra

Los *Leones de Londres* se encontraban en medio de una práctica oficial. Sus entrenadores, no hacían más que observarlos mientras jugaban entre ellos, satisfecho con el simple hecho de tenerlos entre sus filas. Aquellos prestigiosos caballeros organizaban por sí mismos a su equipo, pensaban las estrategias y practicaban por su cuenta, pidiendo de vez en cuando indicaciones u opiniones que eran siempre bien recibidas, sobre todo por su capitán: Adrien Collingwood, el hijo de un importante y admirado duque de Inglaterra.

Poseía un encanto que era envidado por los hombres que no tenían más remedio que ver a las mujeres caer a su alrededor. Y no era para menos: ostentaba el porte hidalgo de los Wellington, con el cabello y los ojos de su padre, de un negro azabache y un verde esmeralda; de facciones varoniles, mandíbula definida, nariz recta y cejas tupidas. Era una combinación agradable entre las fisonomías de su padre y las de su madre, obteniendo de la última el brillo rebelde en su mirada, así como su carácter revoltoso e impertinente.

Montado en aquel enorme semental, lucía imponente, el ceño fruncido hacía notorio lo concentrado que se encontraba, el sudor en su cuerpo evidenciaba el esfuerzo que ponía en cada golpe, así como los músculos marcados que se movían ligeramente al cometer una acción.

—¡Derecha Nil! —gritó el hombre—. Defiende el flanco.

—Vale, vale —respondió su amigo—. No seas tan mandón Adrien, te harás viejo antes de tiempo.

—¡Ey! ¡Nil! —gritó Lance—. ¡Cuidado con el…!

El aviso llegó demasiado tarde, puesto que una de las pelotas se desvió con dirección a la cabeza del muchacho que expiró un grito dolorido y volvió el rostro con una mirada amenazadora.

—¡Has sido tú! —apuntó al hombre que le dio la advertencia.

Para ese momento, Lance ya estaba retorciéndose de risa.

—Hubiera pagado por ver tu cara cuando te pegó.

—¡Verás mi cara cuando esté pateando la tuya! —amenazó—. ¡Ven aquí bribón! ¿Qué no sabes poner dirección a una pelota?

Ambos chicos hicieron correr a sus caballos alrededor del campo, consiguiendo una expiración por parte del resto de sus amigos, comprendieron que el tiempo de entrenar terminó. Salieron del campo y desmontaron, entregando las cuerdas a los mozos que no eran más que chiquillos que los miraban con un brillo de ilusión.

—Creo que habría que cambiar a Nil a su posición pasada —Adrien hablaba hacia North—, los desestabilizó bastante el cambio con Lance.

—Lo creo también. Si no queremos más incidentes de cabezas golpeadas, regresa a Nil y a Lance a sus posiciones.

—Fue una forma muy obvia de darme a entender que estaban en desacuerdo con los cambios —negó Adrien, aceptando una toalla de una de las chicas que los veían practicar, esperando recibir una mirada.

—Lord Wellington —lo llamó la joven al comprender que el hombre no la voltearía a ver si no hacía algo para atraerlo—, ha jugado muy bien hoy.

—Gracias —Adrien lanzó una sonrisa rápida hacia la joven antes de volverse a sus amigos—: me parece que el equipo de Escocia…

—Emm, Adrien. —Declan detuvo el hablar de su amigo y apuntó con un dedo a la dama que les seguía los pasos—. Creo que tienes una sombra.

Los verdosos ojos del hombre se volvieron hacia la jovencita que sonreía simpáticamente, tal vez demasiado apenada para lograr hacer otra cosa. Las tupidas cejas del muchacho se elevaron, formando tres líneas en su frente, vacilando en las acciones que debía tomar para que las ilusiones en la mirada de esa señorita desaparecieran.

Muchas mujeres como ella iban a los entrenamientos con el único propósito de ser vistas por uno de los mejores partidos de Londres y quizá de todo Inglaterra. El futuro duque de Wellington era una presa por la que todas competían al conservar su soltería pese a que su título requería de herederos y una estabilidad que proporcionaba un matrimonio.

—¿Se le ofrecía algo, señorita?

—Oh, no —negó tranquila—. Pero pensé que después de las duchas, podríamos salir a pasear por el parque.

Los amigos que acompañaban a Adrien de regreso a los vestidores se sorprendieron por lo directa de la proposición, aquella muchacha pareció caer en cuenta de que, si ella no tomaba la iniciativa, el heredero jamás lo haría. Aunque eso dejaba en claro que no tenía interés alguno en ella o en ninguna de las chicas que iban a verlo.

—Me temo que tendré que declinar la proposición —la joven decayó notablemente—, por muy halagadora que me parezca, tenía planes con anterioridad y temo dilatarme con tan agradable compañía.

Las últimas palabras sacaron una resplandeciente sonrisa por parte de la joven, dejándola conforme con el rechazo cuando recibió tal halago.

—No se preocupe, mi lord, será en otra ocasión.

—Por supuesto. —Adrien asintió y siguió con su camino junto con sus amigos. Cuando estuvieron suficientemente lejos, Adrien se apuró a decirle a sus acompañantes—: me sorprende, cada vez se hacen peores.

—Bueno, sabemos que te haces más atractivo con la edad —Lance se colgó del hombro de su amigo—. Sin mencionar que tu fortuna sin

una mujer que la despilfarre se hace más tentadora.

—¿En qué momento llegaste? —se quejó Adrien—. ¿No te estaban persiguiendo para patearte la cara?

—Se rindió después de la tercera vuelta.

—No me rendí —llegó Nil con una fusta—, brincaste de tu caballo y saliste corriendo cual cobarde.

—¿Por qué traes una fusta? —se escondió detrás de Declan—. ¡Vete pervertido! No acataré tus deseos.

—Te mataré —amenazó antes de correr detrás de Lance.

El resto de los amigos rodaron los ojos y siguieron con su camino, evitando en lo posible a los muchachos que corrían a sus alrededores, como si se tratara de dos niños deseando quitarse un dulce.

—Debes aceptar que era una joven hermosa, aunque he de reconocer que la rechazaste con tacto —North sonrió con burla—, por lo cual volverá.

—Lo sé —se quejó—. Pero la reconocí, es hija de un comerciante en crecimiento y no puedo perder grano por un enamoramiento infantil.

—Eres tan cruel como siempre —sonrió Declan—. Le has dado esperanzas ¿lo sabías?

—Esencialmente, no es mi problema.

—Por supuesto, las emociones de los demás no son de tu incumbencia —dijo Nil—, si se enamoran de ti, no es tu culpa.

—¿Es lo que te dices a ti mismo para sentirte mejor? —sonrió Lance.

—Sí —Nil apartó la cara cercana de su amigo y miró a Adrien—. Mira, yo no sé lo que estos dos estandartes de la moralidad te puedan decir —apuntó a North y a Declan—, pero ¿es tu cupa ser apuesto y encantador? ¡No! Así que no te hundas en pensamientos tontos y sigue con tu vida.

—Eres todo un caballero.

—No, no. —El muchacho levantó su dedo índice para poner énfasis en sus palabras—. Yo no soy ningún caballero, qué horror.

—Ya lo creo que sí —Declan rodó los ojos—. En fin, ¿a dónde iremos?

—Tengo sed —se quejó Lance—. ¿Podemos ir a un pub?

—Si es uno con mujeres, mejor —apuntó Nil.

Los amigos caminaron hacia la propiedad dentro del club, donde planeaban tomar un baño y cambiarse para después irse a beber en uno de sus lugares predilectos, posiblemente terminando en los brazos de alguna mujer, conocida o desconocida, les era igual. Eran hombres jóvenes, apuestos, con dinero y posición. Por el momento, sin preocupaciones más allá que el de levantarse al día siguiente para cumplir las obligaciones que sus padres les hubiesen conferido.

Caminaron por las calles de Londres bajo el clima agradable que

ponía de humor a la sociedad para dar paseos por los parques junto a sus familias, también se podían ver parejas vagando de un lado a otro, alegres por el porvenir en una ciudad de constante crecimiento y abundancia.

—Por cierto, ¿no les pareció extraño que Pridwen se ausentara a la práctica de hoy? —inquirió Nil después de mantener una amena conversación con sus amigos.

—Es verdad —se sorprendió Lance—, ya decía yo que me hacían falta unos gritos taladrando mis oídos.

—¿Creen que le haya pasado algo? —los miró Declan.

—Lo dudo —dijeron Adrien y North a la vez.

—Seguro que se habrá metido en algún lío, por lo que Daria la encerró.

—¿Sigue viviendo con tu primo? —se burló Nil y, al ver el asentimiento de Adrien, sonrió—. Lo compadezco.

—Yo también —aceptó el muchacho—, Pridwen es igual a tener un ejército de niños traviesos en casa.

—¿En qué aprieto se habrá metido en esta ocasión? —Lance preguntó con sincera curiosidad—. Me sorprende que no nos llamara.

—A mí me alegra —dictaminó Declan—, cada vez que ustedes se juntan, el desastre está garantizado ¿y quien tiene que salvarlos? Nosotros.

—Bah, estás exagerando —le quitó importancia Nil—, han sido un par de veces en los que nos hemos pasado un poquitín de la raya.

—¿Unas cuantas? —Adrien dejó salir una risa estupefacta—. ¡Han sido miles! ¿O es que olvidaste la vez que robaron el vestido de la reina?

—O aquella ocasión en la que rasgaron ese cuadro invaluable —acusó Declan—. La señora Milton casi muere ese día.

—No olvidemos cuando convencieron a toda una velada que estaban siendo perseguidos por unas avispas imaginarias —recordó North.

—Eran abejas —corrigió Lance con una sonrisa—. Y la verdad es que aún no concibo que nos creyeran en esa ocasión.

—El incendio de la gabardina del conde Hilton, los fuegos artificiales fuera de tiempo en el discurso de la apertura del hospital, el corte masivo de rosas cuando iba a ser la competencia de tía Annabella —enlistó Adrien, levantando los dedos por cada travesura.

—¡Bien! —Nil elevó los brazos—. Tenemos hiperactividad, pero eso no quiere decir que siempre nos metamos en problemas.

—Como sea, los prefiero separados —reiteró Declan.

—¡Ya! Dejen de criticarnos y escojamos la dirección —pidió Lance —. ¿Vamos a *Ye Olde Chesire Cheese*?

—Siempre vamos ahí —aceptó Adrien—. Es un buen lugar.

Al entrar al reconocido pub, los muchachos no prestaron mayor atención al ambiente festivo y tomaron su mesa usual, siendo atendidos sin necesidad de ordenar, para ese punto, los meseros conocían a la perfección sus gustos de comida y bebida.

—¿No creen que está más ruidoso de lo usual?

Apuntó Declan con el ceño fruncido, mirando hacia los hombres reunidos alrededor de un pequeño escenario donde en ocasiones solía haber cantantes, poetisas o bailarinas entreteniendo al público.

—¿Qué hay allá? —Nil se levantó de su asiento.

—Creo que alguien está bailando —dijo Lance, estirando el cuello.

—Si tanto les interesa, vayan a asomarse —North estaba más interesado en hacer que la mesa dejara de moverse.

—No puede ser —Adrien desmesuró sus ojos—. ¡Es Pridwen!

Ante la mención del nombre, se pusieron de pie al mismo tiempo y en menos de dos segundos ya estaban quitando gente para llegar a la muchacha que levantaba sus faldas al son de una canción de acordeón.

Estaba borracha, eso era obvio y bailaba como si no hubiese un mañana. No tenían idea de la razón de que llegase ahí en soledad o por qué estaba ahogada en medio de una manada de hombres, pero era primordial sacarla de ahí antes de que algo sucediera.

—¡Pridwen! —gritó Adrien—. ¿Se puede saber qué haces?

—¡Adrien! —saludó la mujer—. ¡Bailo! ¿Qué no ves?

—Estoy viendo más de lo que debería —dijo, cerrando los ojos cuando ella levantó su vestido para ondearlo frente a él—. Baja de ahí, ¿qué haces?

—No lo creo, quiero bailar.

—Baila en la casa de Adrien —dijo Nil, subiendo al escenario hasta tomarla del brazo—. Alguien agárrele el otro brazo.

Declan y Lance dieron el brinco pertinente para estar en el mismo lugar que sus amigos, atrapando a Pridwen pese a que chillaba y quejaba.

—¡Ey! ¡No patees, loca! —regañó Lance.

—¡No quiero bajar! —se quejó cuando lograron tomarla de ambos brazos, removiéndose para soltarse—. ¡No quiero, no!

—¡Adrien, tómala tú! —Declan casi la aventó hacia los brazos de su amigo—. Trata de calmarla, parece una loca.

—Basta Pridwen, deja de moverte —pidió Adrien, esforzándose por mantenerla en brazos.

—¡Ey! —se adelantó un hombre que desde hacía rato parecía haber perdido sus facultades—. ¡No la toquen! ¡Déjenla bailar!

—Fuera de nuestro camino —amenazó North.

Un mesero fue lo suficientemente listo como para apartar al embriagado individuo del camino de tan importantes clientes. Los

Leones dejaron el dinero de las bebidas y comida que quedaron abandonadas en su mesa, porque tomaron camino a la salida.

—¿Qué demonios hacías ahí Pridwen? —cuestionaba Adrien sin esperar respuesta, porque ella no hacía más que llorar—. Ya cálmate.

—No quería bajar, quiero bailar.

—Está hecha una cuba —dijo Nil—. ¿La llevarás a casa de tu primo?

—Claro que no —Adrien meneó la cabeza—. La llevaré a mi casa.

—Es mala opción, todo el mundo sabe que una mujer que entra a tu casa, es porque es amante tuya —dijo Declan.

—¿Quién dice eso? —volvió su rostro hacia su amigo.

—Ah, sólo todo el mundo —sonrió Nil, pasando un brazo por los hombros de su amigo—. Tu vida es del dominio público, qué mal ¿no?

—¿Crees que necesito tu peso sobre mí? —trató de apartarlo—. Ya de por sí llevo el cadáver de Pridwen.

—Lo siento —se apartó.

—Vamos, no pueden verla así o en verdad será un escándalo —dijo Lance—. Ya puedo escuchar los chismes. Una joven siendo llevada por los *Leones de Londres* en una total inconsciencia. Se escucha mal.

—Si dejaran de hacer ruido, no llamaríamos tanto la atención —dijo North, elevando la mano para detener una carroza de renta—. Suban.

—¿Por qué los coches siempre se paran cuando North los pide? —se quejó Lance, subiendo primero y volviéndose para agarrar a Pridwen.

—Lo que pasa es que North los hace piedra —sonrió Nil—, como una gorgona cualquiera. Los aterra y tienen que detenerse.

—Creo que, si yo fuera el chofer, con mayor razón lo ignoraría —argumentó Declan—, así no tendría que seguirlo viendo.

—Pero no olvidemos que North no olvida rostros, la próxima vez que lo vieras, sería tu último día, porque recordaría lo que le hiciste —obvió Nil.

—¿Podemos dejar a North la gorgona para otro momento? —Adrien impidió que Pridwen se golpeara en el rostro al ser descuidada por Nil y Lance—. ¡Háganse para allá!

—¿Si saben que esta carroza no está diseñada para seis personas? —se quejó Declan—. Mucho menos de nuestra composición física.

—Si tanto te molesta, hubieras pedido otra carroza.

—¿Qué no nos escuchaste? —pujó Lance, apretujándose contra la ventana—. Las carrozas jamás quieren llevarnos.

—¿Y no será porque siempre hacen desastres en su interior? —argumentó Adrien.

—¿Creen que se haya corrido el rumor? —se sorprendió Nil.

—¡Sí! —gritaron North y Adrien.

—¡Ay! —brincó Pridwen—. Cállense, intento dormir.

—Espero que no vomite —Declan miró a la mujer en estado de ebriedad—. Ya una vez pasó y no fue lindo.

Los amigos fijaron su mirada en la durmiente muchacha, parecía estar bien, pero cuando contuvo un eructo detrás de su boca, sólo pudieron esperar lo peor. Sería un viaje terrible, Adrien incluso estaba midiendo la probabilidad de que una carroza se voltease por un movimiento involuntario por los pasajeros en su interior. Si Pridwen se vomitaba, seguro que todos tratarían de evitarlo.

El camino a casa de Adrien era corto, pero no hizo falta mucho tiempo para que el caos se desatara en el interior. Los chicos se empujaron, pelearon e incluso gritaron. Pridwen por supuesto vomitó, se quejó y hasta lloró, todo en un periodo de treinta minutos en los que las carcajadas del chofer se dejaron oír sin recelo ni vergüenza.

—Espero que todo esté bien, mi lord —dijo el hombre con una media sonrisa al momento de recibir la paga.

—Ni una palabra de esto Lenny.

—Por supuesto que no, mi lord, sabe que soy pura discreción.

—Discreción mis polainas —negó Adrien.

Sabía que el chisme se correría por toda la clase baja, escalando sin piedad hasta llegar a los peligrosos oídos de las damas de la corte y las nobles sin hacer. Seguro se comerían viva a Pridwen y los juzgarían a ellos de abusivos, quizá hasta de violadores si se ponían creativas.

—Bien, no saldremos con mujeres respetables en un buen tiempo —dijo a sus amigos—, Lenny se encargará de hundirnos a todos.

—Era de esperarse —Declan luchaba por mantener a Pridwen de pie.

—¿Dónde la enterramos? —Apuntó Nil—. Vomitó mis zapatos nuevos.

—No seas bebé y ven a ayudar —dijo Lance—. No puedo con ella, se pone más pesada que dos costales de papas.

—Llevémosla a una habitación —North abrió la puerta de la entrada —. Será mejor que le pidas a la señora Jenna que venga a ayudarnos.

—Se infartará, nos golpeará y gritará —se quejó Adrien.

—¿Es que encuentras otra solución? —inquirió North.

—Tengo algunas ideas pecaminosas —sonrió Lance.

—Ni siquiera lo pienses —balbuceó Pridwen—. Aléjate de mí.

—Así que ahora pretendes simular cordura —se acercó Nil, levantando la cabeza de la mareada muchacha—. Me debes unos zapatos nuevos ¿escuchaste vomitona?

—Déjala ya Nil, apenas y sigue con vida —lo empujó Declan.

Entraron a la casa dando tumbones, haciendo tal escándalo que la temida señora Jenna salió a su encuentro. La mirada reprobatoria que le lanzó los hizo sentir como si ellos hubiesen puesto la botella en los labios de Pridwen hasta dejarla en ese estado.

—¡Nosotros no fuimos!

Nil y Lance levantaron las manos, dejando caer el cuerpo de

Pridwen al suelo. Ambos chicos cerraron un ojo ante el impacto, levantaron la mirada lentamente hacia la furibunda señora Jenna, quien ya se cruzaba de brazos y tamborileaba el pie contra el suelo.

—¿Y qué esperan para recogerla?

—Al menos no se quejó —se excusó Lance—, eso quiere decir que no se lastimó o quebró nada.

Nil y Lance se encargaron de recoger el despojo de persona que era Pridwen para ese momento. Aunque seguía quejándose y murmurando, su resistencia era mínima, por lo que su traslado fue fácil.

—Eso quieres pensar, mañana le dolerá el cuerpo entero —dijo la mujer—. En cuanto a usted joven amo, le espera un buen regaño.

—¿Qué? —se indignó Nil—. Pero si nosotros la salvamos.

—¿Y esperan que les aplauda? —elevó una ceja—. Vayan a bañarse, huelen a vomito de cantina.

—¡Ella nos vomitó! —apuntó Declan.

—Con más razón deberían asearse —asintió—, pediré que les preparen las tinas. Será necesario que algunas doncellas me ayuden con la señorita Pridwen, espero no le moleste, mi señor.

—No, no. —Adrien movió la mano como si corriera a alguien—. Sólo no deje que se muera, por favor.

—Es lo que planeo —la mujer se inclinó ante Adrien, siguiendo el camino que tomaron los *Leones* que cargaban con la mujer ebria.

Adrien se volvió hacia North, quien fuera su mejor amigo. Lo conocía prácticamente desde los siete años, se entendieron a la perfección para satisfacción de sus padres y desde entonces eran inseparables. Si había alguien que le conocía hasta los pensamientos, sería él.

—Sí, creo que algo debió pasar —asintió North—. Pese a que es atrabancada, dudo que se expusiera así por nada.

—Seguro pensó que nos encontraría ahí —dijo Declan.

A lo que Adrien negó.

—Ella sabía que teníamos práctica de polo.

—¿Creen que quería morir o algo así?

—No lo creo —North se cruzó de brazos—. Seguro que sabía que eventualmente llegaríamos, así que se puso borracha, esperando a que la rescatáramos y la trajéramos sana y salva a casa.

—Lo pienso también —concordó Adrien—. Fue una movida arriesgada de su parte, bien podíamos haber ido a otra parte.

—Claro que no —Declan sonrió—. Somos predecibles.

—Dec tiene razón. Eso no resuelve la duda de por qué lo hizo.

—Tendremos que esperar hasta mañana, dudo que se despierte para algo más que vomitar —dijo Adrien.

—¡Esa mujer acaba de arruinarnos la tarde! —Nil apuntó con

molestia a la habitación de la cual salía—. Sin mencionar que volvió a vomitar.

—¿Cuánto alcohol ingirió esa loca? —inquirió Lance.

—Sea lo que sea, tendremos que esperar.

—¡Dilo por ti! —se quejó Nil, recorriendo el pasillo—. Me voy a casa.

—¿Te irás vomitado? —se burló Lance.

—Quiero dormir en mi maldita cama después de una tarde de pesadilla.

—Creo que yo me iré con ellos —apuntó Declan—. Suerte con Prid.

—Cobardes —se quejó Adrien, volviéndose hacia North—. ¿Y tú?

—Yo tampoco tengo nada qué hacer aquí —sonrió—. Nos vemos.

Adrien rodó los ojos y vio a sus amigos salir. Resultaba que siempre era él quien debía hacerse cargo de Pridwen y era un dolor de cabeza.

Capítulo 3

Londres, Inglaterra

El amanecer llegó acompañado de una espesa neblina que imposibilitaba contemplar el hermoso paraje circundante a la propiedad de uno de los más importantes duques de Inglaterra. Aquel que fuese respetado por todo cuanto tuviera el honor de conocerlo, un título que venía acompañado por un importante puesto, tanto político como militar; del cual dependían economías, personas y familiares. Siendo toda esa presión sostenida por un par de hombros que debían dar el ancho para el cargo.

Pese a que era temprano y las aves aún no habían dado su primer canto al nuevo día, las pisadas de un hombre se abrían paso entre la humedad de la tierra. En aquella temporada en la que las lluvias acompañaban las noches y se despertaba con un clima fresco, era aconsejable salir poco de casa a horas tempranas, a menos que se buscara una enfermedad o la necesidad orillara a hacer lo contrario.

Sin embargo, ese hombre de caminar resuelto no llevaba sombrilla, tampoco había una razón apremiante que lo obligara a caminar por el frondoso jardín inundado por la neblina y el frío. Resultaba ser que el giro de sus pensamientos lo llevó a caminar sin sentido, muy poco abrigado y sin darse cuenta de la dirección ni el temporal.

No era común ver al heredero de los Wellington caminando en soledad. Al ser un hombre de naturaleza social, sus días jamás estaban desprovistos de las personas que ansiaban pegarse a sus talones como lo hacía una abeja al polen de una flor. Jamás se le vería ensimismado como en esos momentos, alejado de sus amigos, las mujeres o sus familiares.

Estaba claro que algo grave debió suceder para hacerlo fruncir el ceño de esa manera tan pronunciada. Por primera vez se le veía preocupado por algo, incluso enfurecido a causa de ello. Hablaba consigo mismo, en voz baja pero audible si se le acercaban lo suficiente o si se pasaba junto a él. Sus conocidos sabían que cuando recurría a esa manía, quería decir que algo se salía de su control, situación extraña, puesto que Adrien Collingwood era del tipo de persona que solía ir diez pasos adelante al pensamiento común, prediciendo con precisión los sucesos venideros.

Resultaba que no podía sacarse de la cabeza la conversación que tuvo con la que pensaba, era su mejor amiga, pero ahora resultaba que quizá la conocía menos que a nadie. Aquello llevaba toda la noche dándole vueltas, imposibilitándolo a poder dormir y obligándolo a salir a caminar en cuanto sintió que se acercaba el alba.

Cerró los ojos e inevitablemente rememoró el momento.

Sus amigos se marcharon después de que Pridwen fue dejada en manos de Jenna, la doncella de mayor rango en la propiedad que

fuese de Adrien en el centro de Londres, donde gustaba en pasar sus días y sobre todo sus noches en compañía de amigos o con mujeres.

Pensó, al igual que los demás, que su amiga no lograría despertarse después de semejante borrachera. Sin embargo, Jenna llegó hasta el despacho de Adrien pasadas dos horas desde que la dejó en sus manos. La doncella trajo consigo el mensaje de Pridwen, el cual pedía que se presentara ante ella con urgencia.

Acudió al llamado una hora más tarde, esperando que se hubiese quedado dormida. Sin embargo, cuando tocó a la puerta y abrió, Pridwen estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas, la mirada perdida en la colcha y una taza de café en las manos, tomaba sorbos constantemente, quizá sin darse cuenta de lo que hacía, parecía perdida.

—¿Te encuentras bien, Prid?

—Adrien —lo miró sonriente—, pensé que tendría que ir a buscarte.

—Ojalá estuvieras dormida, me harías la noche mucho más sencilla.

—Lo siento —palmeó el colchón—, necesito hablar contigo.

—¿Y no podía esperar hasta mañana?

El muchacho elevó una ceja, caminando hacia la cama y dejándose caer sin nada de cuidado, provocando que el café de Pridwen se desbordara y quemara un poco la mano blanca que apenas se inmutó.

—Creo que no, si esperaba hasta mañana, te enterarías por otra parte de lo que tengo que contarte.

—Parece serio —se recostó—. Si es una plática femenina, he de confesar que necesito algún estimulante para soportarlo.

—Esto es serio Adrien y nos concierne a los dos.

Los ojos esmeraldas del muchacho se fijaron en la preocupación en las facciones de su amiga, comprendiendo al fin en la seriedad del asunto. Se levantó sobre sus codos y ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Promete que no te vas a enojar.

—Jamás prometería algo así, no heredé esa parte del carácter de mi padre —se inclinó de hombros—, soy explosivo y colérico.

—Lo sé —ella cerró los ojos— y puedo ver cómo te pondrás.

La atención de Adrien no se desviaba del rostro de su amiga, receloso y enojado desde mucho antes de saber lo que tenía que decir.

—Adrien, dame la oportunidad de hablar antes de mirarme así.

—De acuerdo.

El muchacho se sentó en la cama, alejándose un poco de Pridwen hasta lograr recargarse en uno de los doseles de la cama, viéndola directamente a los ojos sin pensar que la intensidad de su mirada la amedrentaba al punto de arrepentirse y preferir no decirle nada.

—Estoy esperando y debo decir que tengo sueño.

—Claro —ella meneó la cabeza—. Quería ser la primera en decirte

lo que se rumoreará mañana, es algo sobre mí… sobre quién soy.

La expresión de Adrien se endureció.

—¿De qué hablas?

Pridwen se puso inmediatamente nerviosa después de escuchar ese tono de voz. Lo conocía lo suficiente como para saber que aquello no iba bien. Para ese momento, era notorio que Adrien llegó a la conclusión obvia, ella le mintió sobre algo, le tuvo un secreto aun siendo consciente que era la única cosa que era imperdonable para él.

—Yo… —apretó los labios cuando los sintió temblar—. En realidad, yo soy algo más importante que la sobrina de unos duques.

—Habla claro si no quieres que esto empeore. —Su voz era hosca y seria, intransigente—. Es obvio que ocultaste algo, quiero saber qué es.

—Soy… —cerró los ojos—. Soy la princesa de Dinamarca.

—¿Qué dijiste? —se puso en pie.

—Adrien, yo no quería mentirte, jamás quise ocultarte nada —lo siguió por la habitación cuando se alejó de ella—. Simplemente no quería recordar quién era, deseaba olvidarlo.

—¿Olvidarlo? —preguntó en medio de una risa incrédula—. Por todos los diablos, ¿eres una princesa?

—Sí. —Contestó presurosa debido a lo nerviosa que estaba.

—Y dices que no quisiste ocultarlo —negó con fastidio—. Nos dijiste que tus padres eran unos empobrecidos nobles y por eso te mudaste a Inglaterra con tus tíos.

—Lo siento, no quise…

—Una mentira siempre es pensada e intensional —la miró con desagrado—. ¿Cómo pudiste? Yo jamás te mentí, confiaba en ti.

Para ese momento los ojos de Pridwen comenzaron a soltar las primeras lágrimas. Sabía que se lo tomaría a mal, que se enojaría y le reclamaría. Pero pensó que gritaría, que se pondría rojo de ira y lanzaría cosas, ese era el carácter explosivo de Adrien. Sin embargo, parecía confundido, hasta desorientado, quizá nunca se imaginó que ella pudiese mentirle de esa manera, porque ellos se contaban todo, su amistad rebasó rápidamente toda barrera y su lema principal era la confianza, una que se estaba desmoronando ante los ojos de ambos.

—No he cambiado Adrien, soy la misma persona. —Intentó acercarse a él, pero el hombre levantó las manos, pidiendo que se detuviera—. Yo jamás he querido volver, los odio tanto como ellos me odian. Pero me llegó una carta de parte del rey, una en la que decía que mi hermano falleció de forma trágica, convirtiéndome a mí en la siguiente en la línea.

—Estás bromeando —negó con una sonrisa confundida—. ¿Me estás tratando de decir que serás reina?

—Seguro es una trampa de mi padre, jamás lo permitirá, soy su

opción segura hasta que resuelva a quien heredará la corona. —Lo miró apenada y dudosa en continuar—. Pero de momento…

—No me gusta hacia dónde se dirige esta conversación.

—Lo lamento tanto Adrien —apretó los labios, probando el sabor de sus propias lágrimas—, saben de ti, de nuestra amistad y ellos propusieron…

—Quieren que nos unamos en matrimonio —comprendió, dejándose caer en una silla—, esperan una unión entre países.

—Sí.

—No puede ser —dejó caer su cabeza en el respaldo acolchado del mueble en el que se sentó—. Tanto tiempo evitándolo… —negó, estaba hablando consigo mismo—. Y ahora, por una mentira caí en ello.

—Adrien.

—No te atrevas a tutearme —levantó la cabeza y la amenazó con la mirada—. No te conozco, a partir de este momento no sé quién eres.

—No puedes estar hablando en serio —dijo incrédula—, sé que estás enojado conmigo, pero podemos resolver esto.

—¿En serio? —se puso en pie—. ¿Cómo?

—Yo… no lo sé —pestañó nerviosa—. Pensaremos en algo.

—¿Sabes por qué no permitía que me vieran con princesas, Pridwen? —la recorrió con una mirada cruel—. ¿Crees que eres la única niña con cuna de oro que intentó acercarse a mí?

—Está claro que no, pero yo no intenté acercarme a ti.

—Me alejaba de todo cuanto mostrara un peligro —continuó sin prestar atención a su interrupción—. Soy un blanco apetecible y me alejé de las posibles parejas impuestas que pudieran designarme, pero tú te acercaste a mí de todas formas y ahora querrán obligarme a desposarte.

—Jamás fue mi intensión que esto pasara, yo tampoco tengo deseos de casarme contigo, aunque te sorprenda, no eres mi tipo.

—Oh, deja de mentir, ¡seguro que fue tu plan desde el principio!

—Sí que eres engreído Adrien, jamás pensé en ti como un prospecto para el resto de mi vida —en esa ocasión debía aceptar que mintió.

—Sobre mi cadáver ocurrirá ¿escuchaste? —continuó cegado por su enojo—. Prefiero morir a cumplir con tus caprichos.

—No estás escuchando, ya te dije que yo tampoco quiero.

—¡Como si importara! —le gritó—. ¡No importa lo que quieras o lo que yo quiera! Nada importa ya ¿no lo ves? Yo no puedo rechazarte porque no estaría rechazándote a ti, sino a Dinamarca y viceversa, ¡maldición!

—Podremos hacer algo.

—Seguro que sí, podría matarte y problema resuelto.

Ella se alejó del continuo acercamiento de Adrien; su mirada salvaje

y amenazadora la atemorizaba al punto de querer gritar por ayuda. Sin embargo, algo en ella sabía que no le haría daño, por más enojado que estuviese, Adrien sería incapaz de lastimar a una mujer. Aunque debía aceptar que lo dudó un poco cuando la pegó a la pared con una mano alrededor de su cuello. No ejercía presión alguna, pero la facilidad con la que la sujetaba era suficiente para hacerla sentir indefensa.

—Tendrías mucho que explicar de hacerlo —disimuló su terror.

—Seguro que sabría arreglármelas.

—No podrías con el cargo de tu consciencia.

Los ojos verdes se tomaron la libertad de pasearse por el rostro paralizado, sorprendiéndose por su capacidad de reconocer con alocada exactitud cada borde, cada peca, cada poro. Sancionó su debilidad al darse cuenta que sería incapaz de hacerle daño, por muy enojado que estuviera, cuando tenía los ojos de Pridwen fijos sobre los de él, algo dentro se derretía y una fuerza desconocida lo obligaba a bajar la mirada hasta sus labios entreabiertos, contemplándolos como una invitación.

Seguía teniendo la mano sobre el cuello delicado, sintiendo cómo pasaba con esfuerzo cada vez que él inclinaba la cabeza un poco más y en dirección a sus labios. Pridwen estaba nerviosa, no comprendía del todo lo que pasaba, no sabía si estaba siendo amenazada o seducida y no quería cometer el error de dar un paso hacia el camino equivocado. Cerró los ojos en espera y sintió un escalofrío cuando lo escuchó hablar cerca de ella, haciéndola partícipe del aire de su aliento contra sus labios.

—No vuelvas a dirigirme la palabra.

Ella abrió los ojos con consternación cuando Adrien la soltó.

—Jamás cumpliré tal petición, eres mi mejor amigo.

—Al parecer, nunca lo fuimos.

—No puedes ser tan drástico con tus decisiones Adrien, ¿no te das cuenta que ambos estamos metidos en esto?

—Sólo quiero que me dejes tranquilo.

Después de salir de la habitación de la que fuese su amiga, Adrien no pudo encontrar descanso o consuelo. Trató embriagándose, intentó dormir, pero al final, lo único que logró reconfortarlo fue caminar, lo hizo durante toda la noche pese al cansancio y la pesadez de sus ojos.

—No lo puedo creer —negó con una sonrisa amarga—. ¿Cómo pude caer tan bajo? ¿Cómo lo permití?

Ya no sabía si seguía caminando en los terrenos de su propiedad, tampoco recordaba el lugar dónde comenzó o si se encontraba dando vueltas sin sentido. De lo único que tenía consciencia era de la molestia que sentía, una que crecía conforme la meditaba.

—¡Y por esa chiquilla! —se quejó—. ¡Como pude ser tan idiota!

Negó repetidamente, siguiendo con sus pasos erráticos por la propiedad que su padre le entregase para vivir en soledad, en medio de un Londres caótico para un muchacho en su tiempo de rebeldía. Vio a lo lejos un conocido almacén y caminó sin pensar hacia él. Tomó la larga escalera que había en el interior, la colocó contra una de las paredes y subió hasta el techo, donde se recostó boca arriba, con ambos brazos bajo su cabeza, mirando la oscuridad que estaba por ser desplazada por el alba.

Estuvo en la tranquilidad del silencio por lo que fue media hora, después, los característicos sonidos de alguien subiendo por la escalera se hicieron escuchar casi con eco. Sabía de quién se trataba. La única que podría adivinar que se encontraba en ese lugar era Pridwen, porque en alguna ocasión lo encontró allí cuando estaba abrumado por algún conflicto que tenía que resolver, descubriendo que era su lugar predilecto para pensar y alejarse de los demás.

Cerró los ojos y esperó pacientemente a su intervención.

—Adrien. —El hombre abrió uno de sus ojos, observó a la invasora y lo volvió a cerrar sin dirigirle ni una palabra—. Sé que estás enojado, pero al menos me gustaría justificar mi mentira.

—No podría volver a creer nada que salga de tus labios.

—¿Podrías al menos escuchar?

—No hubiera subido si fuera tú, justo ahora soy capaz de tirarte con tal de deshacerme de ti.

—Ya lo intentaste en la habitación, y no pudiste hacerlo.

El corazón de Adrien saltó en desazón al darle la razón, de hecho, estuvo muy lejos de su propósito de asesinarla.

—Han pasado horas en la que mi desdicha se acentuó, puede que ahora sea capaz de acabar con aquello que causa mi infelicidad.

—No puedes ser tan terco, escucha lo que digo ¿quieres?

—Escuchar a un mentiroso es tan tonto como saltar de este techo y esperar no romperte algo.

—¿Entonces consideras que tus hermanas son mentirosas a las que no vale la pena escuchar porque escondieron parte de su vida?

El hombre abrió los ojos y se enderezó, lanzando una mirada amenazante hacia la mujer que se atrevió a insultar a sus hermanas.

—¿Qué dijiste?

—Bueno, sé que te pones de esta forma por ellas, pero que sepa, te llevas perfectamente con tus hermanas, ¿por qué soy diferente?

—No eres mi hermana ni mi familia —dijo el hombre, recorriéndola con la mirada—, esa es mucha diferencia.

—¿Qué no era tu amiga?

—Eras.

—Vamos Adrien, entiendo que te desagraden las mentiras —suspiró —, pero no lo hice adrede, tan sólo… quería escapar.

—¿De qué?

—De la que se hace llamar mi familia —bajó la cabeza—. Es horrible Adrien, jamás hubiera querido volver.

El muchacho dejó salir un suspiro y la miró de soslayo.

—Bien, puedes contarme lo que sucedió.

Ella sonrió y lo abrazó con cariño sin importarle que él no la envolviera en sus brazos. Después de unos momentos, se sentó a su lado, poniéndose seria para hablar con él. Podía ser la única oportunidad que tuviera para recuperar su amistad.

Adrien, por su parte, permaneció en silencio, no era él quien tenía que iniciar esa conversación, así que esperaría hasta que Pridwen tomara el valor para hacerlo. Sinceramente, jamás pensó que ella le tuviese tanto miedo o respeto como para mostrarse nerviosa, le causaba un poco de gracia verla tan fuera de sí, tan incómoda cuando ellos habían estado en las situaciones más vergonzosas y ella apenas y se había inmutado.

—No sé cómo comenzar.

—Siendo sincero, no importa demasiado, de todas formas, puede que no te crea ni una palabra.

—¿Tienes que ser tan cruel?

—Digamos que corres con suerte de que quiera escucharte.

—¿No será porque en parte sabes que estás siendo duro al juzgar?

—No. Ni un poco —dijo tranquilo—. Tú sabías lo que significaba para nuestra amistad mentir y aun así lo hiciste.

—La gente comete errores, Adrien.

—Sí, son excusables cuando son inconscientes del daño que pueden hacer, no cuando fueron advertidos y aun así prosiguieron con ello.

De la garganta de la joven salió un sonido de desesperación, parecido a un bufido. Sabía que carecía de sentido tratar de hacerlo comprender las razones de su mentira, lo lastimó al ocultarle su pasado y se hacía responsable por ello. Adrien se tomaba muy en serio una ofensa, tardaría en que se le pasara la molestia. Por el momento tendría que enfocarse en explicarle la situación actual, quizá un poco de su pasado para que no fuera tan duro al juzgarla y con suerte, encontrarían juntos una solución.

—Mi madre murió al momento de mi nacimiento y desde entonces, nunca vi a mi padre. —La frase logró captar la atención de Adrien—. Creo que, en gran parte, me culpaba de que mi madre muriera, no lo sé, el caso es que fui rechazada desde la infancia.

—Lamento lo de tu madre —agregó casi forzado.

Ella asintió más por instinto que por verdadero agradecimiento.

—No puedo fingir que me duele —se inclinó de hombros—, ¿por qué sufrir por alguien a quién no conocí y no puede darme nada en lo absoluto?

—Una forma muy… cruda de ver las cosas.

—Lo que en verdad anhelaba era el amor y la aceptación del padre que me quedaba, pero por más que lo intenté, siempre fracasé —sonrió con tristeza—. Por un tiempo quise ser la princesa perfecta, aunque jamás lo hice muy bien, era más común que arruinara las cosas y pasado el tiempo, dejé de intentar ocultarme y simplemente fui yo. Lo cual nos llevó a…

—Problemas.

—Sí —lo miró con gracia—. Está en mi naturaleza ser problemática, lo que me convirtió rápidamente en la deshonra de todo el país. Las cosas sólo empeoraron cuando el rey se volvió a casar y tuvo hijas perfectas, hermosas, a la altura de vivir en el palacio principal, mientras yo era cada vez más delegada, me alejaron de ellos en lo que les fue posible.

—¿Tú no vivías en el palacio principal?

Ella negó.

—El rey solía decir que de esa forma me daba mi lugar como *"la segunda hija"* —Pridwen mordió sus labios—. Supongo que sólo me quería lejos. Uno no puede acudir al palacio del rey sin ser llamado por él. ¿Adivina cuantas veces me mandó llamar?

Adrien agachó la cabeza.

—Así es —asintió con lástima—. Ninguna.

—Debió ser duro.

—Claro que lo era. Me di cuenta que jamás lo haría sentir orgulloso por mucho que me esforzara, así que dejé de intentarlo, me metía en problemas con intensión, estaba enojada, herida y quizá buscaba venganza y por esa razón me gané el destierro —explicó—. Yo jamás estuve destinada a la corona, mi hermano era más una figura a la distancia para mí, tampoco era como si me hiciera mucho caso, así que su muerte no me fue especialmente dolorosa, me entristeció saber que el único pariente de mi sangre ya no existía, pero hasta ahí.

» Cuando me llegó la carta de mi padre, diciendo que me había nombrado su heredera y era necesario que regresara, me lo tomé a broma. ¿Cómo podía ser cierto? ¿La princesa desterrada sería la reina de Dinamarca? Tenía que ser una broma. La deseché. Pero entonces llegaron más y más cartas, todas pidiendo que volviera, que era necesaria, que mi pueblo me necesitaba —rio amargamente—. ¿Cuándo se acordó mi pueblo de que existía en el pasado? Nunca. Estoy segura que esto es temporal Adrien, sé que estás enojado por quedar enredado en todo esto, pero dudo mucho que mi padre permita que lleve la corona, me detesta tanto o más que cuando nací, no se quedará así, serás libre.

—No lo entiendes Pridwen —negó el muchacho—. Cuando hablan entre reyes, no es algo al azar, se está prometiendo algo y si se

incumple, entonces habrá consecuencias. Dinamarca no correrá el riesgo de tener a Inglaterra en su contra. Se han comprometido a que seré rey a tu lado y si quebrantan su palabra, entonces habrá enemistad, ¿comprendes?

—Es que no creo que pase —dijo sincera—. Lo dudo.

Adrien meneó la cabeza categóricamente, poniéndose en pie.

—Pasará.

—Tendrán un plan de respaldo, te lo aseguro, lo último que la reina permitiría es que yo gobierne, porque sus hijas se quedarían sin poder, como yo lo estaba en el pasado. —La mirada verdosa del hombre se posó en ella con extrañeza—. Al morir mi madre —explicó—, yo quedé en la nada, no había quien buscara un lugar adecuado para que pasara el resto de mi vida, la reina acomodaría a sus hijas con los mejores prospectos y yo quedaría a la deriva del *a ver qué pasa con ella.*

—Bueno, ya supiste qué pasó contigo —elevó una ceja—. El mundo da muchas vueltas y al final te has quedado con la corona de tu país. Te felicito por ello, deberías estar orgullosa.

—¿Pero?

—A pesar de que comprendo el dolor que sentiste y el odio y resentimiento creciente en tu interior, no puedo comprender por qué no me lo confiaste antes. Te conté mi vida, te dije lo de mis hermanas, el dolor que sentí de no poderlas ayudar, de ser un espectador que se enteraba demasiado tarde de las situaciones —la recorrió de pies a cabeza—. Prácticamente me has hecho vivir lo mismo, con la única diferencia de que esta vez me afecta directamente. Me casaré con la persona que me hizo creer una mentira. La persona que pasará el resto de su vida a mi lado, en la que más debería de confiar, es de la que más dudo.

—Adrien…

—Incluso ahora —cerró los ojos—. No puedo creerte plenamente.

Pridwen se puso en pie también y lo tomó de los hombros.

—Veme a los ojos Adrien, siempre has podido leer el alma de una persona con un vistazo a sus ojos.

El negó, curveando el lado derecho de sus labios en una media sonrisa.

—Resulta, que eres buena mentirosa Pridwen, quizá excepcional —le dijo con una voz apagada—. Te vi a los ojos en más de una ocasión y sinceramente creí en todo lo que me decías.

Adrien tomó camino hacia la escalera, planeando alejarse de ella en todo lo que le fuera posible. Si se quedaba más tiempo a su lado, terminaría por abrazarla y perdonar todas sus mentiras. Pero no podía hacerlo, no podía volver a confiar en alguien que le mintió todos los días a la cara.

—La reina lo tiene dominado —Pridwen se asomó desde el techo—. Ella hará todo lo posible por evitar que me coronen. No dudaría que siga intentando tener un hijo varón, con lo cual yo quedaría en el olvido.

—Basta, Pridwen —pidió Adrien, llegando al suelo.

Ella se volteó y trató de bajar presurosa la escalera, ocasionando que esta se moviera peligrosamente, sacándole un grito de terror. Adrien volvió sobre sus pasos y la miró con preocupación cuando resbaló sin control, tratando de agarrarse, pero terminando en los brazos que se extendían para atraparla y que no se hiciera daño. Ambos cayeron sobre el césped por el impulso, quedando Pridwen sobre el cuerpo fuerte del muchacho que no pudo más que quejarse por el golpe.

—Adrien, sé que podemos hacer algo para evitar que me coronen.

El muchacho levantó la cabeza del suelo para mirarla y negó.

—¿Por qué harías eso cuando es obvio que lo deseas?

Pridwen se sorprendió al sentir un brinco en su corazón que le daba la razón a su amigo, no podía creer que la conociera hasta ese punto, cuando durante toda la conversación quiso dar a entender que no quería la corona con tal de no enredarlo en ese lío.

—Tú… ¿cómo lo sabías?

—Porque en algo debí conocerte —la apartó de su cuerpo, sentándose lentamente para cerciorarse de que no tenía nada roto o torcido.

—Entonces, podemos evitar que te cases conmigo —Adrien suspiró exasperado. No sabía cuántas veces le había explicado lo mismo—. No. Escúchame, tú eres una mente brillante ¿cierto? Tus planes siempre resultan bien, así que podríamos hacer algo para liberarte de mí.

Adrien la miró con seriedad.

—Si pudiera, lo haría sin dudarlo.

—¿Por qué no?

—Porque lo último que quiero es que mi padre tenga un infarto —le dijo enojado—. Quiero encontrar la manera de que esto acabe, pero no seré el culpable por ello, si alguien debe terminar con esto, eres tú.

—Yo no puedo hacerlo y lo sabes, nunca he tenido voz en esto.

—Entonces comprenderás que esta conversación carece de sentido.

Ella bajó la mirada, sintiendo en su corazón que todas las esperanzas terminaban con esa conversación.

—Nunca podrás perdonarme ¿verdad?

Adrien la miró por un prolongado momento, sus ojos verdes fijos en los turquesas de ella. Parecía conflictuado en su actuar, pero al final se puso en pie y se marchó sin dirigirle otra palabra.

Fue entonces cuando Pridwen se tomó la libertad de llorar, no tuvo

tiempo durante toda la noche, puesto que planificó a detalle lo que quería decirle, pero ahora que se había liberado y no logró cambiar las cosas, una aciaga depresión llegó a ella al comprender que lo perdió por siempre.

De entre todos los hombres que llegó a conocer, Adrien siempre sería su favorito, al que más quiso y con el cual imaginó una vida completa. El que rechazara el matrimonio de esa forma la hería pese a que lo comprendía, quería pensar que no era por ella, sino porque lo estaban obligando. Aunque algo en el fondo le decía que a alguien como Adrien jamás podría llegar a enamorarse de una mujer como ella.

Capítulo 4

Pridwen esperó a que sus amigos llegaran a la casa, tan sólo podía suplicar que lo hicieran antes de que Adrien decidiera entrar de nuevo a la propiedad. Esperaba conocerlo lo suficiente como para poder predecir que en esos momentos se encontraba dando vueltas por el jardín, buscando aclarar su mente, trazando sus futuras acciones. Sobre todo, cuando ella le había brindado tanta información de un de repente.

Mientras Adrien serenaba su cabeza, Pridwen aprovecharía para hablar con el resto de los *Leones*, quizá ellos lograran comprenderla, tenía la esperanza de no perder todas las amistades que había hecho en Inglaterra, las cuales quería y sentía como su familia. Estaba nerviosa, no podía negarlo, vagaba por el salón principal al igual que lo haría una fiera enjaulada. Pese a que no quisiera hablar del tema, sabía que sus amigos merecían una explicación de sus mentiras, de sus secretos.

Los escuchó llegar pese a que la habitación en donde los esperaba estaba muy lejos del recibidor. Venían peleando, como de costumbre, Pridwen se sorprendió cuando se dio cuenta que incluso Lance estaba ahí, al ser una hora tan temprana, imaginó que ese amigo en específico haría hasta lo imposible para seguir durmiendo.

—¿Qué hay Prid? ¿Cómo vas con esa migraña? —sonrió Lance, recostándose en un sillón, volviendo la cabeza para ver a su amiga—. ¿Por qué nos mandaste llamar tan temprano?

—Tengo que hablar con ustedes de algo importante.

—No me digas que volviste a vomitar a Adrien en la noche —Nil frunció la nariz—. Mira que pensé que vaciaste tu estómago conmigo y con Lance.

—No tiene nada que ver con la borrachera de ayer… o quizá sí, un poco —ella meneó la cabeza para enfocarse—. Déjenme hablar.

—Está bien —Declan se sentó al igual que los demás—. ¿Qué pasa?

Pridwen se mostró nerviosa nuevamente, mirando a cada uno de sus amigos hasta terminar en el más intimidante de todos: North. Era el único que seguía en pie, con los brazos cruzados y una mirada que de alguna forma le hizo entender a Pridwen que él ya sabía lo qué diría. Su cuerpo tembló en anticipación. Los quería tanto que no podía concebir la idea de perderlos, si acaso se enojaban, sentiría que parte de su vida se apagaría.

—Parece que esto va a ser interesante —dijo Lance.

Pridwen sonrió un poco ante la ligereza de su amigo.

—Sí, es algo importante —aceptó la joven.

—¿Qué hiciste? —Declan elevó una ceja.

—No es algo que hice —se mordió los labios—. Es algo que soy.

—Oye guapa, me estás asustando, ¿qué demonios nos ocultaste? —Nil se enderezó en su asiento—. ¿Acaso eres medio trol o algo así?

—¡Tonto! —soltó una carcajada la joven, pero al notar la seriedad en la cara de North y Declan, decidió dejar de bromear—. Bueno, me sentaré, espero que entiendan que no era mi intensión ocultar nada. Por favor, traten de entender antes de juzgar. Todos nos podemos equivocar y quería decírselos antes de que se enteraran por los chismes, es… sobre la realidad de mi nacimiento.

—Entonces sí que eres medio trol —sonrió Lance.

—Peor que eso —se dejó caer en la mesa que se encontraba al centro de los sillones donde sus amigos estaban sentados—. Soy una princesa.

—¡¿Qué?! —Lance, Nil y Declan se pusieron de pie al escuchar esas palabras, mirando sin entender a Pridwen y al calmado North.

—Sí —bajó su voz y miró a North con cautela—. Ahora que mi hermano murió, he pasado a ser princesa heredera.

—Así que serás reina —las cejas de Lance se dispararon hacia arriba.

—Dudo que ese sea mi destino final, seguramente el rey hará algo para que eso no suceda —se inclinó de hombros—, pero por el momento sí.

—¿Te refieres a tu papá como “El Rey”? ¿No es algo formal para un hijo? —se burló Nil.

—Ese hombre jamás ha sido mi padre, tengo sus genes, pero de ahí en más, no ha intervenido en mi vida ni una sola vez.

—¿Es en serio? —Declan se adelantó y tomó sus manos—. Puedo ver que en realidad te hace daño ese hecho.

—Ya me hice a la idea —se apartó con presura, poniéndose de pie —. Odio tener que regresar a ese lugar, jamás me han querido y mucho menos estarán de acuerdo con que sea nombrada princesa heredera, es una locura y seguramente estarán planeando una humillación para mí.

—Eso no lo sabes —North se cruzó de brazos—, por lo que veo, eres la única opción que les queda ¿o es que sabes algo diferente?

—No. El rey ha mandado cartas sin parar hacia mi persona, pidiendo que regrese cuanto antes. Está claro que es por necesidad, pero yo no quiero nada que me tenga que ofrecer él, no quiero ser su princesa, reina o siquiera parte de su familia.

—Claro, entiendo que estés dolida —dijo Declan—, pero no creo que tengas mucho qué hacer con lo que te corresponde.

—Exacto, es algo de lo que no te puedes deshacer —dijo Lance.

—Al menos que quieras abdicar —zanjó Nil—, puedes hacerlo ¿no?

—Sí —la voz de North se hizo sonar por primera vez—. Puede.

—Ahí está, si tanto lo detestas, abdica —aconsejó Declan.

—No lo hará —finalizó North—. Naciste con una responsabilidad y es tu deber cumplir con ello.

—No era mi responsabilidad —se exaltó Pridwen.

—Pero el destino así lo decidió, es de cobardes simplemente querer dar media vuelta porque el trabajo es difícil —dijo North.

—¿Difícil? —Pridwen dejó salir una risa burlesca—. El pueblo mismo me odia, mi familia me desterró ¿y ahora pretendes que regrese para portar una corona? Creo que están locos.

—Sea como sea, de no llevarla tú, entonces ¿Quién lo hará?

—No sé, alguien que le importe, supongo.

—Dudo que a alguien le importe más —sonrió North, poniéndose de pie—. Supongo que la ausencia de Adrien se debe a que de alguna forma está involucrado en todo esto.

El resto de los amigos mostraron su sorpresa.

—Querrán casarlo contigo —comprendió Declan.

—Sí —ella bajó la mirada—. Me odia, como todos imaginarán.

—Le mentiste —Nil la apuntó con el dedo—. Sabías lo que pasaría.

—¡No era mi intensión!

—Dudo que le importe —dijo Lance—. ¿Dónde está?

—Vagando por el jardín.

—Así que en verdad es malo —entendió Nil, frunciendo la nariz.

—Por eso nos mandó llamar —explicó North—. Vamos.

—Además de eso, quería saber si… si tengo problemas con ustedes.

Los muchachos se miraron entre sí, serios, hablándose sin necesidad de pronunciar palabra, poniendo nerviosa a la persona que esperaba una resolución que no se asemejara a una guillotina.

—Me da igual qué tan alto sea tu estatus social, preciosa —sonrió Nil, recostado en un sillón—. Sigues siendo tan tonta como antes.

—A mí también me da igual —dijo Lance, acomodándose para dormir.

—Sólo quiero saber la razón de la mentira —sinceró Declan.

Pridwen inclinó la cabeza, estaba bien contarles las cosas generales a sus amigos, pero sólo confiaría en Adrien para develar sus más profundos sentimientos, aunque de momento la odiara.

—No es necesario que digas algo que no quieres. Entiendo que no quieras hablar de tu pasado, no soy nadie para juzgarte —dijo North —, si nos quieres decir bueno y si no, también.

—Gracias chicos.

—Sí, es mejor que nosotros te aligeremos la carga —dijo Nil con diversión—, porque Adrien no te la va a perdonar tan fácil.

—Eso ya lo descubrí en carne propia.

—Vale, hora de ir a buscarlo —dijo Declan.

Los *Leones* salieron del salón en medio de una discusión que se

basaba en la forma de tranquilizar a un colérico Adrien y aunque Pridwen lo agradecía, sabía que era una empresa sin posibilidades de éxito. Al menos tendría el consuelo de estar con sus amigos. Nunca debió mentirle, sabía lo que significaba para él. Prácticamente lo hizo revivir lo sucedido con su melliza, con quién él pensaba que no tenía secretos y resultó que vivían rodeados de ellos, al menos en torno a Blake.

Cerró los ojos. Debía irse antes de que regresara.

❦

Debía aceptar que sintió empatía por Pridwen después de hablar con ella, una tristeza profunda lo envolvió cuando le contó la realidad que tuvo que afrontar siendo tan joven. Algo dentro de él se enterneció y deseó poder abrazarla, consolarla y hacerla sentir bien; al mismo tiempo, no se lo podía permitir. Los sentimientos se encontraban y luchaban uno contra otro, su razón gritaba una cosa, su corazón otra y sus acciones resultaban ser completamente inesperadas.

Y aunque su confusión saliera a relucir de vez en cuando y su actitud se mostrara dubitativa cuando estaba frente a ella, sabía perfectamente el curso de acción que debía tomar, porque en muchas ocasiones se equivocó al brindar su confianza en personas que no debía. Antes de formar un grupo leal de amigos, Adrien vivió en medio de mentiras, de personas que lo buscaban para escalar socialmente, gente que se aprovechaba de él, al punto de hacerlo dudar de cada persona que se le acercaba.

¿Quién lo quería realmente y quién lo buscaba por interés? ¿Cómo diferenciarlos? ¿Cómo no sentirse insultado cuando eran descubiertos?

En ello no había distinción de género, hombres y mujeres lo hacían por igual, dejándole la enseñanza de desvalorizar los sentimientos de los demás, porque nadie se interesaría en los suyos. Las mujeres eran pasajeras en su vida, sin amor, jamás se lo permitió después de las primeras decepciones y con los de su mismo género fue lo mismo, comprendió que todos querían algo de él, así que aprendió a disfrutar de halagos y súplicas.

Vivió mucho tiempo de la misma forma hasta que North regresó de la academia, después conocieron a Declan y por último a los desastrosos Nil y Lance. Con el tiempo se volvieron inseparables al punto en el que Adrien encontraba insoportable no tenerlos cerca. Habían logrado tener su plena confianza y los quería como los hermanos que nunca tuvo.

—¡Adrien! —se escuchó la voz de uno de ellos—. ¡Ey, Adrien!

El nombrado cerró los ojos, sabía que eventualmente lo buscarían, de hecho, consideraba que se tardaron. Seguramente vendrían con las noticias del día, unas que él ya conocía y por las que se veía afectado.

Los ojos verdosos del hombre bajaron hasta posarse en su propia mano tornada blanquecina por la presión hecha al apretar su puño. No sabía cómo explicar a sus amigos el giro de los acontecimientos, ni tampoco todo lo que tendría que afrontar las siguientes semanas. Quería gritar de desesperación, de hecho, tuvo que hacerlo hace algunas horas, pero para ese momento estaba controlado, había dejado salir toda clase de maldiciones, pateó todo lo que tuvo al alcance e incluso rompió una que otra cosa valiosa de la casa, encontrando consuelo sólo en la larga caminata que logró enfriarle el cerebro explosivo.

Seguramente su padre, Adam Collingwood, se habría sentido decepcionado de tener que verlo, pero la realidad era que Adrien tenía el carácter de su madre. No era controlado y poco emocional, sino rebelde, revoltoso e impredecible. Todo lo que un futuro duque de Wellington debía evitar ser. De él se esperaban grandes cosas, los zapatos de su padre eran enormes y lo menos que podía hacer Adrien era intentar llenarlos, pero desde hacía tiempo que el muchacho comprendió que no podía hacerlo, al menos, no a la manera de su padre, tendría que encontrar su propio camino y a eso se dedicó desde sus catorce años.

Aunque tampoco significaba que no compartiera rasgos con su padre; Adrien era un hombre hambriento por saber, por debatir y comprender el mundo. Expresar sus opiniones era algo que disfrutaba, solía hacerlo sin mucho tacto, pero tenía la gracia de su padre para encontrar el momento adecuado para hablar y también para callar.

—¡Mierda, Adrien, contesta de una vez!

Gritó otro de sus amigos, esta vez más cerca de dónde se encontraba.

—Si me haces estar despierto por nada, te mataré bastardo.

—¡Adrie, Adrie! —canturreó otro—. Sal de donde quiera que estés pilluelo, no me digas que estás detrás de un arbusto con una mujer.

—¡Cállate Nil! —se escuchó decir al resto de los amigos.

Una media sonrisa se dibujó en los labios del heredero, siguiendo las voces de sus amigos para lograr encontrarlos en medio de la brumosa neblina que se asentó sobre la tierra con la intención de hacer perder el cuerpo de Adrien tanto como lo estaban sus pensamientos.

—Aquí estoy, cuarteto de quinta, ¿Qué demonios quieren?

—¡Maldición, idiota! —Nil brincó lejos de él—. Avisa, imbécil.

—¿Te asustaste pequeño Nil? —se burló Lance.

—Cállate —lo empujó.

—¿Qué fue lo que pasó? Pridwen está preocupada, dijo que saliste de casa hace horas y no volviste —inquirió Declan—. Nos tenías preocupados, llevamos buscándote por un buen rato.

—Pensamos que estabas con la señorita Rinel, pero resulta que ella estaba en la cama con otro postor —North elevó una ceja.

—Necesitaba pensar y creo que ustedes saben la razón.

Con esa respuesta, Adrien caminó de regreso hacia la propiedad. Los amigos del muchacho se miraron con cautela, para ese momento, todo Londres estaba enterado de la situación del futuro duque de Wellington. Debía ser devastador enterarse que su mejor amiga le mentía al mismo tiempo que lo comprometían con ella.

A lo largo de su vida, Adrien se empeñó por ser la mejor versión de sí, era muy difícil engañarlo y al mismo tiempo, él no engañaba nunca. Era de personalidad amable, relajada, modesto y desinteresado. Era un líder nato, persuasivo, amante del conocimiento y la música.

Pero le sucedió justo lo que buscaba repeler, una mujer logró jugar con él, lo engatusó a tal punto que no supo discernir cuando le mentía y ahora estaba en ese enorme problema junto con ella.

—¡Jenna! —gritó el muchacho—. ¡Jenna!

—¿Mandó llamar, mi lord?

—Dime que se ha ido.

—Sí, mi lord. La señorita Pridwen se fue hace unas horas.

—Bien —asintió conforme, pasando al comedor.

Escuchó los pasos de sus amigos detrás de él, venían en silencio, quizá intercambiando miradas en las que se hablaban sin poner palabras en sus labios por temor a enfurecerlo aún más.

—Adrien, tienes qué contarnos lo que pasó —dijo North, tomando asiento en la mesa de su amigo.

El heredero estaba recostado en su asiento con las piernas estiradas bajo la mesa y los brazos extendidos en las reposaderas de la silla imperial. Su postura dejaba en claro su mal humor, su mirada estaba clavada en el desayuno que se extendía a lo largo de la mesa. El ceño profundamente fruncido lo hacía ver más peligroso si se conjugaba con sus ojos, brillantes como los de un felino en medio de la cacería.

Y es que no podía creerlo, su tonta y alocada amiga sería coronada reina de un país como Dinamarca. El hombre negó con incredulidad. De entre todas las personas inadecuadas, Pridwen le parecía la peor para ser la regente hasta de un establo. La chica era atrabancada, grosera e intranquila. Sus emociones la dominaban, sus piernas no estaban conectadas con su cerebro, era torpe en sociedad, vestía mal e incluso su risa era más un rebuzno que una gracia.

Cerró los ojos.

¿Lo habían elegido para educarla? Quizá si la enseñaba a ser una reina lo dejaran partir. No quería casarse, mucho menos con ella. Quizá estaba cegado por la ira que le producía la traición a su confianza, pero en esos momentos, Pridwen le parecía la persona más horrible con la que se hubiese topado, no comprendía cómo logró

soportarla por tanto tiempo.

—Lo que pasó es lo que se imaginan —dijo sin ganas, levantándose de su postura holgada para alcanzar un trozo de tocino—. Seguramente los chismes ya comenzaron a esparcirse por todo Londres.

—Son creativos y muy prometedores —aceptó Nil.

—¿Podrías ser un poco más empático con la situación? —lo regañó Declan—. ¿No ves la cara que trae?

—Tiene que aceptar que es divertido —se inclinó de hombros el despreocupado muchacho—. Mira que esa chica como una princesa ¡Ja! No podrían haber encontrado a alguien peor para el puesto.

—Yo creo que Pridwen lo hará bien —defendió Lance—. Es una buena chica, simpática y humilde.

—También es torpe y desvergonzada, no me la puedo imaginar en una corte —continuó el impertinente Nil—. Tendrás mucho trabajo qué hacer al casarte con ella Adrien.

Para ese momento, el muchacho tenía encima cinco pares de ojos que planeaban asesinarlo de diferentes formas. Incluso su fiel secuaz Lance comprendía que no era momento para bromear.

—¿Qué planeas hacer con todo esto? —North se volvió de regreso a Adrien—. Supongo que hablarás con tu padre.

—Naturalmente —asintió—. Aunque dudo que se oponga, es un hombre honorable y jamás rechazaría una orden directa, él mismo no se negó cuando lo comprometieron con mi madre.

—Creo que eso salió bien —intentó Declan—. Tus padres se aman.

—Sí. Tuvieron suerte, pero yo no quiero tirar una moneda y ver qué sucede después. Quiero seleccionar lo que será mi destino.

—Sabes que eso es imposible con el título que llevas —dijo Lance, tratando de sonar considerado—. Incluso con tu categoría de varón, tienes que cumplir con las órdenes del rey.

—¡Eso lo sé! —golpeó la mesa con un puño, mostrando lo irascible de su carácter—. ¿Creen que no me doy cuenta que estoy atrapado? Es por eso que jamás me comporté como era debido frente a las damas, provocaba que los Lores me descartaran como prospecto.

—Incluso con tu mal genio y despreocupado carácter, iban a encontrarte pareja —amenizó North—. No importa qué tanto quisieras evitarlo, sucedería eventualmente.

—¡Maldición, North! —apretó su cuerpo, sobre todo su quijada, mostrando los músculos en sus mejillas por la presión—. Podría haberme casado antes, escoger a la mujer y así ellos…

—No. —Interrumpió su intento de consolarse a sí mismo—. Y lo sabes. Para que un noble se case debe pasar por el visto bueno del rey. Si no es conveniente para tu país, ellos hubieran hecho lo imposible para detenerte o invalidar dicha unión.

—Así que al final de cuentas, nací para ser una marioneta.

—Sí —sonrió Nil—. Es lo malo del titulito.

Adrien les daba la razón. Ellos, al no ser parte de la nobleza, tenían la oportunidad de decidir su curso de vida. Nadie les impondría una mujer que no quisieran, al menos, no podían obligarlos a tomarla. Eran ricos, acomodados y libres. Él podría tener poder e influencias, pero venían en conjunto con una cadena que se ajustaba en su cuello. Podía contar con todo aquello sí hacía lo que pedían.

—Es algo que nunca estuvo en tu pleno control Adrien —dijo Declan con un tanto de lástima—. Tienes que afrontarlo.

—El poder viene con responsabilidades —dijo Lance.

—¿Qué pasa cuando ni siquiera lo querías? —se puso en pie, deteniéndose en frente de un ventanal—. Estoy cansado de cumplir con obligaciones que me fueron conferidas por el simple hecho de nacer.

—Es lo que toca —dijo North—. No puedes hacer nada por ello.

Adrien asintió lentamente, sopesando la situación.

—Supongo.

—¡Mi lord! —el mozo entró al comedor como si trajera noticias de un ataque repentino a Londres—. ¡Mi lord, su padre lo manda llamar!

—Por supuesto que sí —dijo apesadumbrado y suspiró—. No hay que hacerlo esperar Figart, aunque tampoco es el fin del mundo, si anuncias así todos los llamados, le darás un infarto a mi padre.

—¡Qué ni Dios lo mande, mi lord! —se persignó el hombre.

—Lo pienso también —asintió Adrien, dirigiendo una mirada a sus amigos—. Busquen a esa loca en casa de Jason, lo más seguro es que se fue a refugiar en las faldas de Daira. Espero llegar a alguna clase de acuerdo con mi padre, de ser así, tiene que estar enterada.

—¿Y qué quieres que hagamos cuando la encontremos? —cuestionó Nil—. ¿La atamos y la traemos ante ti?

—Lo que sea necesario.

—Podemos simplemente citarla para vernos en algún lugar —dijo Lance—. ¿Recuerdan que es nuestra amiga?

—Es *su* amiga ahora, no mía.

—¡Es verdad! —Nil sonrió con maldad—. No es tu amiga, ahora es tu prometida, ¿a qué sí, Adrien?

—A él no lo traigan de regreso —el heredero apuntó a su amigo—, puedo matarlo si vuelve a decir otra tontería.

—Dalo por hecho —aceptó North, mirando a Nil con desaprobación.

—¿Qué? Ya no toleran ni una bromita.

Adrien miró a sus cuatro amigos, todos tan distintos, pero al mismo tiempo, tan unidos como si fueran de la misma sangre. Era en las personas en las que más confiaba, pero ya en una ocasión había sido engañado, Pridwen llegó a ser una persona a la que le confiaría la

vida; pero al final de cuentas, fue igual a todas las odiosas mujeres que no lo veían como algo más que un premio a ganar.

Suspiró y salió del comedor.

Seguro que su padre estaría impaciente por darle las noticias que desafortunadamente él ya conocía. Le gustaría decir que podía negarse y tener en una gran discusión con él, pero Adrien era consciente de su estado de salud, no podía alterarlo al punto en el que le fallara el corazón, ya antes les había dado un buen susto y no quería tener en su memoria el fallecimiento de su padre.

Capítulo 5

Londres, Inglaterra
Propiedad de los duques de Wellington

Estaba sentado en ese sofá con la actitud de un niño caprichoso: su espalda se había deslizado por el asiento, hundiéndose en los cojines, sus largas piernas estaban abiertas y estiradas sobre la mesa, sus brazos descansaban en las reposaderas y mantenía la barbilla cerca de su pecho.

Llevaba esperando a su padre más de media hora, no podía creer que, siendo su hijo, tuviera que esperar su turno para tener una conversación con él, pero así era y siempre lo había sido. Cerró los ojos al escuchar a su madre acercarse por quinta vez, no tenía ganas de discutir con ella antes de tiempo, así que llevaba fingiendo estar dormido casi desde que llegó.

—Katherine, ¿me puedes decir lo que está pasando? —inquirió una curiosa tía Elizabeth—. ¿Por qué el muchacho está tan molesto?

—Le pasó lo mismo que a nosotros Lizzy —negó la pelirroja—, pretenden que tome como esposa a alguien que es conveniente.

—¡Vaya! —sonrió la rubia—. Y decían que los ciclos no se repetían.

—Basta Lizzy, me imagino lo horrible que ha de sentir —suspiró Marinett—, es una lástima que tenga tu carácter Katherine y no el de Adam.

—Pienso lo mismo —los ojos azules de la madre se posaron en el fatal esfuerzo de su hijo por parecer dormido—. Ninguno de mis hijos es igual a su padre, todos son tan… tan…

—Tan revoltosos como tú —sonrió Elizabeth.

—Sí —suspiró cansada—. Adam está tan estresado.

En ese momento, Adrien agudizó el oído.

—¿Por qué? Era de esperarse que Adrien se negara, ya lo conoce —Marinett se inclinó de hombros.

—Sí. Pero todo recae en él, tal pareciera que en mi esposo recayeran todas las responsabilidades de este país y, al abrirse el panorama de añadir a un Dinamarca como aliado… —Katherine apretó los labios—. Es un infierno para él. Es su padre, quiere verlo feliz, pero al mismo tiempo tiene que actuar como un político, uno sin corazón.

—Siempre supimos que las responsabilidades conferidas a un duque de Wellington rebasarían a Adrien, no es algo nuevo.

—¡Elizabeth! —Marinett regañó a su hermana—. Tal parece que la edad te ha hecho más impertinente.

La rubia se inclinó de hombros y metió otra galleta a su boca. En ese momento, la puerta del despacho se abría de par en par, dejando

salir aun hombrecillo delgaducho y extraño que Adrien reconocía como uno de los contadores de su padre. Después, el duque en persona se encontraba en el umbral de la puerta, viendo a su hijo descansar en el sillón.

—Supongo, Adrien, que si te has obstinado a esperar, debe ser algo importante —se cruzó de brazos—, haz favor de no hacerme perder el tiempo simulando que te despierto.

Los ojos verdes del más joven se abrieron, encontrándose con los de su padre, que fueran idénticos en color, más no en el brillo que cada uno desprendía. En los del duque existía la sabiduría que brinda la edad; en los de su heredero relucía el brío de la juventud y la rebeldía.

—Padre.

—Vamos hijo —extendió su brazo—, será mejor que demos un paseo.

—¡Oh, querido! —Elizabeth se asomó desde la puerta del salón en el que charlaban—. Si lo dices por mí, prometo no espiarlos.

—Jamás lo diría por ti Elizabeth —sonrió el duque y susurró a su hijo—: vámonos cuanto antes, las Kügler son capaces de seguirnos.

Adrien sonrió en complicidad. Todo Londres sabía que se debía tener cuidado con esas tías en específico. Muy a su manera, las tías Kügler eran peligrosas, amantes de los rumores y expertas en esparcirlos entre la comunidad Bermont. Lo único positivo de ellas era que no tendían a esparcir chismes a oídos que no formaran parte de la familia, pero con los parientes que tenían, era más que suficiente para vivir un suplicio.

Padre e hijo se encaminaron por el jardín de la propiedad. El silencio entre ellos permitía escuchar el relajante sonido de las aves, del viento al pasar entre las ramas de los árboles y el suave tintinear del agua al caer desde los chorros de las fuentes.

—No voy a casarme con ella.

Adrien sabía que si no era él quien rompía el silencio, su padre jamás lo haría. No quería casarse con una mentirosa oportunista, pero tampoco deseaba provocarle un infarto a su padre, debía llevar el tema con cuidado.

—Supuse que tu repentina aparición se debía a un reclamo y no a que extrañaras charlar con tu padre.

—Tú me mandaste llamar en primer lugar —le recordó—. Pero no puedo casarme con una mentirosa que nos engañó a todos.

—Pensaba que eran amigos.

—De haber sabido quién era, me habría alejado de ella en segundos.

—Lo sé, supuse que te tomó con la guardia baja —sonrió Adam—. Has evitado por mucho tiempo amistades que considerabas peligrosas, demasiadas princesas y duquesas se acercaron para recibir tu desprecio.

—Sabía que esto pasaría de brindarles mi atención —dijo enojado —, los lores ven una oportunidad en cada persona, como si se trataran de objetos.

—La política suele ser así —asintió el duque—, es molesto, pero el mundo funciona en base a lo que podemos ofrecer y lastimosamente, tú tienes mucho que ofrecer.

—Lo detesto.

—Naturalmente —asintió el mayor—, eres hijo de tu madre.

La mirada verdosa de Adrien relampagueó por unos momentos al enfocar el apacible semblante de su padre.

—¿Por qué lo aceptaste? —inquirió después de un largo silencio—. Casarte con madre por compromiso, ¿por qué no protestaste?

—Era mi deber —su voz era tranquila, fluida como un arroyo—. Crecí con esa forma de ver la vida, no me parecía complicado cumplir con lo que se me ordenaba hacer, sin mencionar que tuve tiempo para procesarlo.

—Ni teniendo todo el tiempo del mundo lo aceptaría.

—Quizá no. Creciste con la educación que tu madre quiso impartirte y yo estuve de acuerdo en ello. Eres orgulloso y aunque rozas ligeramente con la obstinación, no eres tonto, sabes lo que tienes que hacer.

—¿Estás tratando de convencerme de esa forma tan poco sutil?

—Dudo que pueda persuadirte de hacer algo que no quieres Adrien —su padre lo miró—, pero debo pedirte que atiendas al llamado de un rey, es lo menos que puedes hacer como el heredero al ducado.

—Si atiendo a esa petición, estaría aceptando casarme con Pridwen.

El hombre decidió no contestar afirmativamente cuando todo estaba tan claro. Su hijo sabía que no tenía opción, sin embargo, se negaba a dar su brazo a torcer, lo cual aceptaba. Lo decepcionaría si él cediera sin dar una pelea justa en contra.

—Padre, no soy tonto, sé lo que le conviene a Inglaterra y el rey estará pensando en lo mismo —Adrien apretó los labios y miró el jardín de su madre—. No quiero hacerlo, no soy una moneda de cambio, no quiero convertirme en regente de nada, ya de por sí es un peso bastante grande intentar llenar tus zapatos.

—Por eso mismo me gustaría que aceptaras.

—¿De qué hablas?

—No quiero que sigas mis pasos Adrien y no tienes por qué llenar los zapatos de nadie. —Lo tomó de los hombros—. Forja tu propio camino, sea con destino a una corona o a un ducado, que sean pasos hechos por ti, no pises por donde yo he pisado, has tus propias marcas.

—Claro, por eso he de casarme con una princesita tonta de Dinamarca.

—El rey quiere que lo hagas, lo ha ordenado incluso, pero como dije, eres el hijo de tu madre, seguro que encontrarás la manera de zafarte del problema que se te viene encima.

—¿Dices que rompa el matrimonio? —lo miró impresionado—. Porque dudo que pueda hacer algo para romper el compromiso.

—De una manera inteligente, puedes hacerlo.

—No puedo creer que esté escuchando esto de ti —sonrió Adrien—, es irreal, ¿acaso estoy soñando?

—Creo que subestimas el cariño que te tengo Adrien y pese a lo que pienses, a mí tampoco me gusta que me digan qué hacer.

—En realidad —el muchacho sonrió, masajeando su nuca con una mano—, es más que obvio que prefieres mandar.

—Sí, tengo práctica en ello —dijo poco modesto.

—Pero entonces, ¿por qué aceptaste el compromiso? —lo enfrentó de nuevo—. Creo que hubieras podido evitarlo.

—Quizá —dijo enigmático.

Adrien sonrió al comprender lo que su padre ansiaba esconder.

—Conocías a mamá de antes ¿cierto? La viste antes de conocerse.

—Eso lo sabes, la salvé de un depravado —asintió relajado.

—Dudo que fuera la primera vez.

El duque sonrió sin mostrar los dientes. Levantó la mirada hacia el cielo por unos momentos y asintió, recordando el día que vio a su esposa por primera vez en su vida, siendo ambos apenas unos niños, ella mucho más joven de lo que era él. Desde entonces era atrabancada y traviesa, saliendo a escondidas en compañía de sus primos varones, vestida como uno. En ese momento Adam supo que le gustaría conocerla y no le desagradaba del todo el compromiso con ella.

—Digamos que tu madre siempre se hizo notar.

—Así que tú querías el compromiso —sonrió—. ¿Ella lo sabe?

—Creo que no necesita saberlo, me mataría de estar al corriente, luchó contra viento y marea para que esa boda no sucediera.

—¿Por qué no lo logró?

Adam enfocó sus ojos en los de su hijo por un largo momento, viendo a su esposa a través de ellos. Eran tan parecidos que causaba gracia.

—Sobrepuso el deber a su querer.

—Creo que fue una jugada arriesgada de tu parte —se burló el hijo —, pero te salió bien, mamá no podría estar más enamorada de ti.

—Tuve suerte, supongo.

Caminaron en silencio por un momento más, Adrien sumergido en sus pensamientos, tratando de procesar la información y dictaminando el camino en el que dirigiría su vida.

—Yo no quiero esperar a tener suerte —finalizó—, quiero tener la

completa certeza de mis movimientos, de mis decisiones.

—Me parece bien.

—Supongo que tengo que hacer los preparativos para mi partida.

—No debes preocuparte por ello, el rey en persona está respaldando esto, así que no irás solo, tengo entendido que irán contigo tus fieles secuaces de aventuras, aunque sinceramente me preocupan Nil y Lance.

—Así que de alguna forma voy custodiado.

Adam Collingwood elevó una ceja.

—¿Qué esperabas? Ellos quieren que esto funcione. —El duque se colocó frente a su hijo, tomándole los hombros—. Escucha esto Adrien, si tu deseo es que no sea un matrimonio de por vida, lo comprendo, pero no puedes ser tú quien cometa la falta, debes lograr que de su brazo a torcer.

—Comprendo.

—Me conocen bien por allá y, por ende, te conocen a ti Adrien, no puedes causar una mala impresión.

—Sí, sí. ¿Es que acaso tenías que ser tan popular en tu vida joven?

—Créeme que no era una popularidad divertida —Adam se adelantó hasta quedar muy cerca de su hijo—. Me conocen por las guerras, por problemas, no por amistad. Tienes suerte de lo que estás viviendo actualmente, tu mayor deseo debe ser que no se desate una guerra.

—Me parece que haces las cosas muy grandes.

—¿Te parece? La más mínima ofensa puede acarrear desgracias Adrien, no lo has experimentado en carne propia, pero te gusta la historia y te darás cuenta de lo voluble que es el orgullo de los poderosos. —El muchacho asintió gradualmente—. Inglaterra no puede rechazar con esa soberbia la corona de otro país. Sería muestra de altanería, un desprecio semejante causa guerras y nuestros rivales lo están esperando ansiosos.

El menor apartó la mirada y asintió, su padre solía tener razón cada vez que abría la boca, lo cual era fastidioso, al menos para Adrien. Pese a que se considerara tan cultivado e inteligente como su padre, la realidad era que su sabiduría lo rebasaba, quizá fuera la edad o su carácter, pero no era capaz de igualarlo en ningún sentido.

—Lo sé, no ocasionaría tal locura.

—Hijo —le colocó una mano sobre su hombro—. No tienes que ser yo ¿entiendes? Sólo se la mejor versión de ti mismo.

—Eso no satisface a nadie —murmuró.

—Tendrás que encontrar la forma de que te respeten por lo que eres, no por hijo de quién seas.

Adrien se quedó callado por un largo momento, formulando primero en su cabeza la pregunta que ansiaba lanzarle a su padre.

—¿Por qué siempre se han empeñado conmigo? —dijo molesto—.

¿Por qué incluso tú eres diferente conmigo a como eres con mis hermanas? Ellas tienen todas las libertades mientras que yo…

—Mientras que tú tienes responsabilidades de las que tarde o temprano te harás cargo —sus gesticulaciones eran severas y puntuales.

—He hecho todo lo que puedo para que estés orgulloso de mí.

—Ese no es el punto Adrien.

—¿Entonces cuál es? —extendió los brazos hacia arriba—. ¿Cuál es el maldito punto de todo esto?

—¡Que tú estes orgulloso de ti mismo! —enfatizó con un indicación de su mano—. No quiero que te importe enorgullecerme, se nota que lo haces forzado, deja de querer impresionarme y haz algo por ti mismo, porque lo amas y quieres hacerlo. —Al ver la tensión en la mandíbula de su hijo, Adam suspiró, derrumbando su anterior postura. Lo tomó del hombro y lo miró con cariño—. Sé inteligente. Para hacer lo que uno quiere, se debe tener astucia, así como paciencia y perseverancia.

—¿Eso hiciste con mamá?

—Con ella me hizo falta sobre todo paciencia.

El muchacho se echó a reír y disfrutó del resto del paseo junto a su padre. Dejando atrás el tema del próximo viaje que se efectuaría con la intensión de arruinar los planes que ambas coronas planearon para el heredero de Wellington.

—¡Ustedes dos! —La voz de la madre y esposa de los hombres estaba cargada de reproche y furia—. ¿No les fue suficiente perderse dos horas?

—Lo lamento, querida —Adam sonrió, acercándose a su esposa para darle un beso tranquilizador en la sien—. Teníamos mucho de qué hablar.

—Por supuesto que lo sé —dijo indignada, levantando una vanidosa nariz—. Adrien, querido, tus amigos están esperando por ti, sería buena idea que evitaras que Lance y Nil rompan otra reliquia familiar.

El muchacho mostró una sonrisa, besó la mejilla de su madre y tomó el camino de regreso a la propiedad de sus padres. Se sentía relajado al tener el apoyo de su padre, por primera vez parecía estar de su lado pese a que iría en contra de una orden directa de la mismísima corona.

Katherine vio la partida de su hijo mayor con ojos entrecerrados, desconfiando de la sonrisa que portaba pese a las noticias que recibió. Algo no terminaba de encajar, sobre todo cuando se volvió hacia su marido, quien esperaba con cejas levantadas su reproche.

—Estaba demasiado sonriente —dijo con sospecha—, quizá hasta feliz.

—¿Por qué no estaría feliz? —sonrió el hombre, caminando por su

jardín—. Deberías decirle a tu prima que se ha superado en enseñarte jardinería, las flores se ven preciosas, mi amor.

—No me cambies el tema —se interpuso en su camino con el ceño intensamente fruncido—. ¿Por qué estaba contento? Debería estar echando lumbre en estos momentos.

—Es un muchacho inteligente Katherine, sabe lo que…

—¡Ah! —chitó la madre—. Ya veo lo que has hecho, le lavaste el cerebro.

—No me atrevería.

—Hiciste que tu hijo creyera que tiene una oportunidad de hacer su voluntad cuando sabes bien que es imposible.

—Yo no creo en los imposibles.

—¡Por favor Adam! —dijo exasperada—. Dios sabe qué si alguien hubiera podido evitar un matrimonio a la fuerza, ese habrías sido tú, pero no es viable y lo sabes, le has dado esperanzas vacías.

—Sabes bien que esto es lo que le conviene.

—Lo engañaste.

—Hiciste a ese muchacho testarudo, no entiende razones y no sabe ver más allá de lo que él quiere, es egoísta.

—El querer tomar el control de tu vida no te hace egoísta Adam, no pueden obligar a todo mundo a hacer lo que les place.

—La situación es más grande que los deseos de una persona —dijo el hombre, discutiendo con su esposa como siempre que se trataba de su único hijo varón—. Adrien tiene que aprender a cumplir con su deber.

—Su deber no es renunciar al amor.

—¡Exactamente! —dijo exasperado—. No entiendo por qué peleas conmigo cuando sabemos perfectamente que él está enamorado de esa muchacha desde hace mucho tiempo. Diría que es afortunado.

—Él no lo siente así.

—Porque es terco —apretó los dientes—. Como tú.

Katherine calló por unos momentos. Era verdad, en gran parte el carácter de su hijo desvió gracias a su constante protección. Ocultó gran parte de sus travesuras de su padre, le evitó problemas y lo sobreprotegió, quizá más de lo que debía. Logró hacerlo caprichoso, egoísta y voluntarioso; pero era un buen hombre, sabía que lo era y su marido era incapaz de verlo la mayoría del tiempo.

—Adam, aunque de momento lo hayas engañado, recuerda que es un muchacho sumamente inteligente, es tu hijo ¿recuerdas? Y aún más importante que eso, es mi hijo.

El duque apretó la quijada, asintiendo casi inconscientemente y miró a su mujer con molestia.

—Exactamente. Si es mi hijo, entenderá en algún momento su deber.

—Adam, a veces me pregunto si lo conoces en algo.

—Sé que te preocupa, pero tengo la esperanza de que este viaje lo haga madurar. No todo es fiesta y diversión, tiene que aprender que tiene un deber, no sólo con esta familia, sino con su país.

—Sí, sí. —La mujer movió la mano, como si espantara una mosca en el aire—. Sólo recuerda que no es igual a ti, no quiero que te lleves una decepción cuando las cosas no salgan como quieres.

—Jamás podría decepcionarme de él, es mi hijo. Pero quisiera que creciera de una vez, que vea el mundo con el peso real que tiene. —Katherine apretó los labios, se acercó a su esposo para abrazarse a él —. No te preocupes por él. Ya verás que hará lo indicado.

—No es como que tenga muchas opciones de todas formas — Katherine se apretó contra él—. Tal parece que el destino ha decidido que todos nuestros hijos vivan lejos.

—Las cosas aún están por verse.

Una suave risa salió de la nariz de la madre.

—Conozco a la susodicha —dijo divertida—, no creo que le deje las cosas fáciles a Adrien si es que está de acuerdo con la unión, el enfrentamiento entre ellos será como dinamita.

—Lo creo también.

—Son parecidos, se entienden y concuerdo contigo cuando dices que se quieren. —Kathe levantó la cabeza y observó a su esposo—. Pero las mentiras y los secretos son algo que Adrien no tolera.

—Por lo sucedido con sus hermanas.

—Supongo que se habrá sentido incompetente al no poder hacer nada.

—Está enamorado de esa muchacha, lo sé, puedo verlo en su mirada Kathe. Ese orgullo desmedido que tiene lo hará perderla.

El duque quitó su postura hidalga y suspiró cansado, viéndose en la necesidad de tomar una silla y sentarse.

—¿Y por eso lo orillaste a dejarnos cuando tú estás en estas condiciones? —La mujer fue a sentarse en el regazo de su marido, abrazándose a él, tratando de quitar la opresión de su pecho.

—Esto le servirá, lo sé.

—Servirá para matarte de un infarto, para eso servirá.

—En primer lugar, no seas exagerada —le tocó la nariz con cariño —. Y en segundo, ¿no esperas ver a tu hijo feliz?

—Claro, pero no quisiera perderte porque desees darle una lección.

—No me estás perdiendo, tan sólo estoy viejo y tú también, por eso te has vuelto aún más irritante.

—¿Disculpa?

—E intensa.

—Ah, no, eso sí que no —Katherine se levantó del hombro de su marido y lo miró divertida—. ¿Quién te crees que eres?

—El amor de tu vida.

—Sí —le tomó la cara—, por eso mismo quiero que te cuides. Mi amor, por favor, no envíes a Adrien lejos, lo necesitas aquí.

—No. Tiene que irse.

—¡Agh! ¡Pero qué terco eres!

—Lo soy y tú lo sabías.

—Te has hecho peor con la edad.

Adam sonrió y aceptó a su esposa de nuevo entre sus brazos. Esperaba que algún día Adrien entendiera. Adoraba a su hijo, le parecía un ser humano extraordinario, pero si no dejaba de comportarse como si nada le importara, jamás lograría ser alguien en la vida. Tenía que aceptar que era diferente a lo que él fue en su juventud, a lo que todos esperaban que fuera y hacer con ello lo mejor que pudiera.

Capítulo 6

Londres, Inglaterra

Adrien estaba sentado junto a sus cuatro amigos en uno de sus lugares de reunión favoritos. Permanecían callados, con un vaso de coñac enfrente, simplemente bebiendo y fumando para sobrellevar el pesado silencio que se instaló después de varios intentos infructuosos de conversación. Por más que lo intentaron, no lograron hacer que Adrien hablara más de tres palabras, se ensimismaba sin remedio alguno y ellos, en medio de su empatía hacia él, hacían lo mismo.

—¿Qué es lo que has decidido Adrien? —inquirió Declan—. No podemos permanecer en silencio por más tiempo.

—Tengo que ir a Dinamarca, de eso no hay duda alguna —suspiró cansado, llevando el vaso de vidrio a sus labios—. Tengo que casarme con esa mujer, pero nada dice que debe ser para siempre.

—Siendo sincero, no creo que tengas muchas opciones —dijo North —. Hablé con mi padre de esto, él estaba informado y afirma que es cosa de estado, diplomacia, no tienes palabra contra el rey, eso lo sabes.

—North tiene razón, puedes ser todo lo rebelde que quieras, pero sólo hace falta que el rey abra la boca para que todo acabe —dijo Lance.

—Lo sé, pero se me ha ocurrido algo.

—Seguro que tratarás de que sea ella quién rompa el matrimonio —dijo Nil con una sonrisa simplona.

Adrien lo miró con sorpresa.

—¿Cómo lo supiste?

—Es obvio. —Se inclinó de hombros—. Es la única manera en la que podría funcionar y no sería tu culpa, ¿no es así?

—Exacto. —Lo apuntó Adrien—. Es brillante y lo único que tengo que hacer es convencerla o en su defecto, comportarme como un patán.

—Lo cual te sale espectacular —dijo Lance, comiendo una batata.

—Sigo pensando que Pridwen no haría tal artimaña —defendió Declan—. Ella es nuestra amiga, algo la llevó hasta esa mentira.

—Pasó que me utilizó —Adrien apretó la quijada—. No soporto a una mentirosa y no puedo creer que me dejara engañar.

Los ojos del resto de los amigos se encontraron con un tanto de incomodidad. No todos estaban de acuerdo con que Pridwen los engañó con la idea de jugársela a Adrien. Sin embargo, no era sensato contradecirlo en ese momento, conocían a su amigo lo suficiente como para saber que sólo ayudaría a que incrementara su molestia.

—¿Cuándo partimos? —inquirió North.

—Ella y yo nos iremos primero —refunfuñó el muchacho—. Supongo que ustedes llegarán un tiempo después para ser mis nanas.

—No me veo cuidando a nadie —apuntó Nil—, sino incitándolo al mal.

—El que nos envíen hace aún más evidente le hecho de que esto es más serio de lo que piensas —dijo Declan—, no creo que puedas romperlo.

—Ha dicho que no lo destrozaría él, sino ella —Lance pidió otra ronda de carnes frías y sonrió a sus amigos—. Lo cual me parece inteligente.

—Siendo sincero, a mí me sigue cayendo bien —dijo Nil, obteniendo la mirada enfurecida de Adrien—. ¿Qué? No porque tú la odies, tenemos que odiarla todos los demás.

—Te ha engañado a ti también —golpeó la mesa con la mano hecha puño—, no puedes quedarte tan tranquilo con ese hecho.

—Vamos, sólo escondió su origen —le quitó importancia—, es una princesa ¿y qué? Conocemos a muchas.

—Sí, pero al estar siempre a mi lado provocó que la mirada del rey cayera sobre nosotros, formulando el compromiso.

—Puede ser —asintió Declan—, aun así, deberías escuchar lo que tiene que decir. Al menos podrás juzgarla como se debe.

—Quiero hablar con ella —aceptó—, por eso les dije que la citaran, ¿están seguros qué vendrá?

—Sí —asintió Lance—. Ella me dijo que vendría.

—Pudo haberte mentido —Adrien se cruzó de brazos—, no sería la primera vez que lo hace.

—Si para esto me citaron, será mejor que me vaya.

Los cinco caballeros se volvieron hacia la voz femenina. Pridwen estaba parada detrás de Adrien, con los brazos cruzados y una cara de fastidio. Parecía estar enojada y al toparse con los ojos esmeralda de Adrien, no pudo más que reclamar al resto de los *Leones*.

—Tienen que hablar —se excusó Declan—. Lo sabes.

—Él no quiere hablar —dijo la joven, figurando como si Adrien no estuviera presente—, quiere pelear y gritar.

—Ya hice todo eso —rechazó el susodicho—, ahora quiero saber tu posición en el asunto que nos concierne.

—Creí dejártelo en claro —tomó la silla vacía y se dejó caer—. Yo tampoco estoy brincando de emoción por casarme contigo.

Nil permitió que se le escapara una risotada, obteniendo la mirada molesta de Adrien, quien parecía ofendido pese a que era lo que él deseaba también. No estaba del todo acostumbrado a ser rechazado por las damas y Pridwen lo decía de una forma tan despectiva que pareciese que le era tan desagradable como el excremento de caballo en las calles.

—Bien. Hablé con mi padre sobre el tema y North hizo lo mismo con el suyo —inició—. Tal parece que no tenemos opción más que

cumplir.

—Era algo obvio —dijo enojada, con los brazos cruzados y un rostro hastiado—. ¿Y? ¿Qué piensas hacer para impedirlo?

—Debemos hacerles entender que este matrimonio llevará a la ruina a ambos países. Podrías quejarte para que el compromiso se rompa.

—No sé si comprendiste del todo lo que te dije antes, pero fui desterrada por una razón, mi padre no me quiere y yo no tengo la facilidad de hacer "peticiones" como tú se las haces al tuyo.

—Sin mencionar que lo más seguro es que se negarían —dijo Nil con una sonrisa socarrona, ganándose la mirada lúgubre de la pareja —. ¿Qué? Por favor, si vamos a hacer un plan, debemos ser realistas.

—Nil tiene razón —se introdujo North—. Los reyes no romperán la unión porque ustedes se lleven mal, es conveniente a niveles mayores, poco les importa lo que sientan individualmente.

Pridwen regresó una mirada divertida hacia Adrien, con ambas cejas levantadas, burlándose del fracaso de su plan con aquella sarcástica sonrisa que provocaba que le hirviera la sangre al heredero de Wellington.

—Rompe el compromiso —dijo Adrien casi en una orden.

—Rómpelo tú —apuntó con su cabeza.

—No puedo hacer tal cosa.

—Yo menos. —Ella hizo un mohín disgustado—. ¿Eso es todo?

—Vamos, vamos —Declan levantó las manos para tranquilizar a los dos amigos que parecían a punto de matarse—. El punto de esto no es pelear.

—Es verdad —Lance miró de uno a otro—, siempre se llevaron muy bien, sabían cómo salir de cualquier problema, podrán resolver esto con la misma facilidad si se ponen del mismo lado.

—Están del mismo lado —recordó North—. Pero la ira los está cegando, así que primero arreglen sus problemas y luego podremos pensar en un plan de acción. De otra forma no llegaremos a nada.

—¿Qué quieren que haga? —Pridwen elevó las manos—. Le pedí perdón por guardar el secreto de mi horrible vida anterior y él se pone como un niño encaprichado al que se le ha quitado un caramelo.

—¿Caramelo dices? —Adrien colocó ambas manos sobre la mesa—. Me has quitado mi libertad, creo que es más grande que un caramelo.

—Vale, entonces toda una tienda de dulces —rodó los ojos.

—¡No es el punto!

—Esto parece eterno —suspiró Lance, llevándose una mano a la boca cuando un bostezo lo tomó por sorpresa—. Ya me ha dado sueño.

—Normal en ti —negó Nil.

—¿Podemos enfocarnos? —pidió Declan con exasperación.

—Dudo que lleguemos a algo, así que me voy.

Pridwen se puso en pie para retirarse, pero la firme mano de Adrien

la detuvo en el acto. Los fríos ojos turquesa encajándose en los esmeraldas.

—No puedo creer que sigas haciendo lo mismo de siempre.

—¿De qué hablas? —se soltó de su agarre.

—No puedes enojarte porque yo esté enojado.

—Sí que puedo —levantó la nariz, mostrándose ofendida.

—A lo que me refiero es que no deberías —se mostró exasperado—. La que cometió la falta fuiste tú, no yo.

—Eso no evita que me sienta enojada porque tú estés irracional —mencionó, como si fuera lo más obvio—. Sé que me equivoqué, pero no quiero que por eso dejemos de ser amigos.

—Comprendo, pero no es una decisión que te corresponda.

—Adrien —se sentó de nuevo, acercando su rostro preocupado al de su amigo—. Jamás haría algo que pudiera herirte, nunca imaginé que me querrían de vuelta, la muerte de mi hermano me tomó por sorpresa y el que quisieran que regrese para llevar la corona lo fue aún más.

El hombre apartó la mirada del rostro cercano de su amiga, apretando los labios para mantener su postura. Era capaz de ver la verdad en los ojos de Pridwen, estaba arrepentida, pero eso no quitaba el hecho de que hizo lo único que no toleraba, se lo dijo en muchas ocasiones, las mentiras y los secretos fueron las razones por las que sus hermanas sufrieron.

La primera en hacerlo fue Blake, su hermana melliza. Ella fue la primera en romperle la ilusión de lealtad y confianza, puesto que le mintió sobre su matrimonio, sobre el horror que vivió junto al que pensó que era el amor de su vida y después se marchó, dejándolo sin la persona que lo acompañó desde el seno de su madre. Después estaba Ashlyn, su hermana menor, tan distante y siempre con una sonrisa que ocultaba todo un mundo de dolor que nunca compartió hasta que no tuvo opción al casarse.

Pridwen sabía de ellas porque él se lo había confiado en una noche en la que compartieron cama con la única intención de charlar y dormir. Por eso le resultaba más dolorosa su traición, porque aun conociendo su dolor, siguió empeñada en su secreto, por muy horroroso que fuera su pasado y el resentimiento que pudiera tener, él creía haberle brindado la confianza para que se lo contara, pero decidió no hacerlo.

—Tuviste muchas oportunidades de hablar conmigo —reprochó.

—Lo sé —expiró cansada, bajando la cabeza—. Intenté decírtelo muchas veces, pero cada vez que lo intentaba, me aterraba que las cosas terminaran justo como están ahora. ¿Qué no lo entiendes? No importa que te lo hubiese dicho antes o después, te habrías enojado.

—Quizá tienes razón —aceptó—. Porque no podría confiar en

alguien que llegó a un lugar fingiendo ser alguien que no era.

—Eres tan cabezota —negó la mujer—. Es imposible hacerte entrar en razón. Estás juzgando duramente, espero que lo sepas.

—Lo sé bien.

—¡Agh! —North tomó sus sienes con una sola mano—. Son imposibles. Vale, se detestan. Adrien te odia porque le mentiste por más de un año —miró a Pridwen y después dijo a su amigo—. Y Pridwen no te soporta porque eres incapaz de comprender lo que la llevó a ello. ¿De acuerdo?

La pareja asintió conforme, mirándose con odio para después voltearse la cara, como dos niños que mantendrían su postura por muy equivocada que estuviese.

—Vale, con eso resuelto, seguimos sin saber lo que vamos a hacer.

—No tenemos opción más que acatar —dijo Pridwen con una cara de obviedad—. Yo tengo menos voz y voto que él en esto, ¿recuerdan? Soy mujer, prácticamente soy igual a un tazón de porcelana.

—Serás reina, ¿no tendrías que tener más poder? —añadió Lance.

—Mientras el viejo viva, yo seguiré a su merced, por eso quieren casarme, porque aún pueden controlarme y lastimosamente piensan que este tonto será lo mejor para su país.

—Lo cual es entendible al ser tú un desastre —dijo Adrien.

—¿Quieres pelear conmigo? —lo amenazó.

—Pensaba que ya estábamos peleados.

—Aún no me conoces, tengo la ventaja de ser mujer y no puedes regresarme los golpes —hizo puño su mano.

—Eres todo menos una reina —se burló.

—¡Basta! —pidió Declan—. De nada sirven las puñaladas verbales.

—¿En serio? A mí me dan satisfacción —dijo Pridwen.

—Igual.

—Bien, ya me hartaron —Nil dejó su tercer vaso de coñac sobre la mesa y pasó su mirada por sus amigos con una sonrisa perversa—. Mejor hablemos de la boda que está por venir.

—Aún no sé la fecha, pero será pronto y aquí —Adrien colocó su cabeza entre sus manos—. Seguro que será un fastidio, pero quieren que lleguemos a Dinamarca hechos una pareja.

—Precisamente, es lo que esperamos —dijo una voz a las espaldas de Adrien—. Aunque preferiríamos que no hubiera un plan a cuestas.

Los chicos se volvieron hacia la mesa a sus espaldas, ahí se encontraba sentado un hombre en completa soledad con un plato de comida enfrente y un vaso del que parecía un exquisito whisky en las rocas. Era mayor, tenía los cabellos platinados por el paso del tiempo, sus ojos eran de un intenso color azul, acuosos y brillantes. Les había dirigido un vistazo para después volverse a enfocar en su comida y bebida.

—No es por nada, pero escuchar conversaciones ajenas es de cobardes —dijo Lance con simpleza.

—Tranquilos, no lo he escuchado todo —dejó salir una carcajada proveniente de unos pulmones envejecidos, posiblemente dañados por el consumo diario del cigarro—. Aunque debo decir que la pareja que se decía de en sueño no es tan real como lo pensábamos.

—Están enojados, pero suelen serlo —se adelantó a decir Declan.

—Aunque puede que nunca regresen a lo que fueron —dijo Lance.

—¿No es muy viejo para estar aquí? —sonrió Nil.

—Este lugar es mucho más antiguo que yo, aunque se ha puesto de moda, estas sillas ya habían sido utilizadas por mí y muchos otros viejos.

—Supongo que ha de ser uno de los adeptos al matrimonio entre Inglaterra y Dinamarca —comprendió Adrien—. Uno más de esos ancianos que pretenden tomar el futuro de los demás y moldearlo a su antojo.

El hombre dejó salir un extraño silbido entre sus dientes y sonrió.

—La impertinencia no formaba parte de su catastrófico perfil, Collingwood, debo admitir que es un añadido poco reconfortante.

—No era mi intensión insultarle, tan sólo dejaba salir mi propia frustración —se excusó Adrien.

—Que no lo engañe —dijo Pridwen—, él quería insultarlo.

—Lo pude notar —asintió hacia la dama—, y sí, soy alguien importante.

El hombre no agregó nada más, ocasionando que los muchachos se lanzaran miradas divertidas entre sí antes de redirigirse hacia el anciano que parecía conforme con la situación de suspenso alrededor de su persona. No era su intensión seguir hablando con los muchachos y tampoco parecía estar esperando a alguien.

—¿Podría decirnos quién es? —North levantó una ceja.

—Por supuesto —dijo sin mirarlos—, soy el conde de Durham.

—¿Durham? —frunció el ceño Lance—. ¿No es el viejo lascivo que…?

—¡Lance! —los amigos golpearon su cabeza.

—¿Qué? —tomó la parte adolorida, para después avergonzarse.

—¡Ah! Durham, pero claro, yo también he escuchado de usted —tronó los dedos la única mujer y miró al noble con reproche—. Es usted un hombre horrible, no me sorprende que forme parte de esta idea arcaica.

El conde se mostró sorprendido por unos momentos, para después echase a reír sin predicamentos, escupiendo comida y tomando su prominente barriga como si esta le doliera.

—Ya veo, la linda princesa no tiene muchos pelos en la lengua, ¿verdad? —echó en cara el caballero—. Aunque eres preciosa, seguro

que por esa razón eres perdonada constantemente.

—En realidad, nadie perdona mis impertinencias y ellos —apuntó a sus amigos—, me regañan todo el tiempo.

—Jamás me ha incomodado lo que se dice de mí —los miró con una sonrisa persistente en los labios—. Me gustan las mujeres, ¿qué hay de pecado en ello? Creo que ustedes están en las mismas condiciones.

«Con treinta años menos», pensaron al mismo tiempo los muchachos, pero no se atrevieron a decir nada contra el hombre. Lo cierto era que conocían el título y los rumores circundantes del caballero que lo portaba, pero jamás se le había visto en la cámara de lores. El conde se dedicaba a la máxima expresión del hedonismo, la lujuria y el derroche de riquezas. No es que fuera diferente a muchos hombres de su mismo extracto social, lo que lo hacía reprochable era que al conde no le importaba quedar en evidencia. Tal y como había dicho: “no tenía nada de qué avergonzarse”.

—Los hombres son asquerosos —dictaminó la muchacha—, es una lástima que me casaré con el peor de todos.

Adrien la miró con odio, viéndose en la necesidad de apretar la quijada para no devolverle el insulto frente al hombre que les era desconocido.

—No lo entretenemos más conde, puede proseguir con su cena.

Los estrictos modales de los Wellington actuaron a favor de los chicos que no podían disimular su repulsión por los bastos rumores alrededor del conde, atrayendo la descortesía. Sin embargo, Adrien tenía la experiencia de toda una vida teniendo que soportar las personalidades más detestables y sabía cómo disimular su disgusto con un dialogo políticamente correcto y suficientemente educado.

Los amigos se dispusieron a ignorar al caballero, pero esto fue imposible cuando el conde de Durham se puso en pie, tomó su silla y la colocó entre Adrien y Pridwen, sentándose tranquilamente para seguir con una plática que sólo él quería mantener.

La joven atinó a alejarse del hedor que desprendía el conde, una combinación desagradable entre el alcohol, drogas y el cuerpo humano, Pridwen no quería descubrir si era el propio o el de alguna pobre mujer que hubiese enfrentado el odioso camino de complacer los perturbados deseos de alguien tan detestable como el conde.

—En realidad, vine aquí con intensión de avisarles que el rey me encomendó la gran responsabilidad de ver que este matrimonio se lleve a cabo rápida y efectivamente —dijo el hombre, tomando de la comida de Lance, quien frunció el ceño—. Aunque seguro pensaban que sería un hombre más sensato al que enviarían a garantizar tan importante unión.

—¿Será nuestra niñera hacia el altar? —se burló Pridwen.

—Lo lamento, me cuesta poner atención cuando una mujer habla.

Si su molestia no fue notoria cuando el conde terminó su frase misógina, entonces lo fue cuando Adrien soltó una carcajada burlesca. La joven, con una sonrisa modesta alargó su mano por detrás del cuerpo regordete del conde hasta alcanzar la cabellera sedosa y azabache, jalándolo con fuerza que sacó un quejido sorprendido del agraviado.

—Ey —se inclinó sobre la mesa para poder verla—, quieta.

—Si tú mantienes a raya tu boca, yo lo haré con mis manos.

—No sé si sus disputas son positivas o negativas —dijo el conde—. Para mí son muestra de la intimidad que hay entre las personas.

—Apenas soporto estar aquí —dijeron a la vez, mirándose con rencor al reconocer que seguían teniendo aquella extraña conexión.

—Tal parece conde —comenzó Declan, permitiendo que Lance apartara su plato de las manos del hombre—, que está determinado a cumplir con la encomienda, sea por amenaza o por otro motivo.

—Así es, eres un chico listo —tronó los dedos el conde—. Por supuesto que haré que esta unión se efectúe. No importa qué tan encaprichado esté el futuro duquecito o cuanto lo odie la princesita —miró a Adrien con advertencia y después a la enfurruñada Pridwen—, se casarán.

Las pupilas verdosas del muchacho relampaguearon por unos instantes cuando el conde acentuó su amenaza. Adrien, el actual marqués de Bristol, sonrió de lado, sin mostrar los dientes, recostando su espalda en la silla para mostrar una postura relajada, como si aquellas palabras no le hubiesen afectado en lo más mínimo.

—Parece que tiene mucho que perder, conde, ¿o me equivoco?

—No se equivoca —dijo con soltura— y eso hace de mi advertencia un ultimátum, marqués. No pienso perderlo todo por un chiquillo con una falsa corona. Con tu padre me fue suficiente en el pasado y esta orden se cumplirá en el tiempo estipulado.

—¿Qué tiene usted contra lord Wellington? —Pridwen frunció el ceño—. Es el mejor hombre que he conocido.

Pese a que el conde advirtió que no pondría atención a las palabras dichas por la boca de Pridwen, la joven siguió intentando ser tomada en cuenta pese a su condición de mujer. Sin embargo, el conde mostró una habilidad única para ignorarla, llegando al punto en el que Adrien tuvo que intervenir para hacer la misma pregunta de su amiga, puesto que él también tenía curiosidad en la respuesta.

—Creo que, si se ha enfrentado a mi padre, conde, lo más razonable sería no amenazarme. —La voz de Adrien era tranquila, pero se lograba escuchar entre líneas el deje de molestia.

Poco le faltó al conde para dejar salir una carcajada.

—No eres tu padre, muchacho, distas mucho de ser una amenaza para mí —sonrió de lado—. Los dejo continuar con su velada, aunque

debería advertir, marqués, que se espera que la princesa llegue virgen al matrimonio, sería buena idea no tocarla antes, si es que no lo ha hecho ya otro astuto que se adelantó.

Insultada por tal agravio, Pridwen dio un salto de su silla, con la mano desenvainada como si se tratara de una espada, pensando en darle un golpe a ese hombre asqueroso por el cual la recordaría por días. Fue una lástima que Adrien reaccionara con la misma rapidez, deteniendo a tiempo la mano trasgresora que no logró encontrarse con su objetivo.

—Lo tendré en cuenta, conde, gracias.

Los ojos lunáticos del hombre estaban fijos en la mano levantada de la muchacha, tal parecía que el intento de agresión le hubiese ocasionado deleite y un infausto placer que llegó a estremecerla.

—Eres una jovencita traviesa —la voz endulzada provocó ganas de vomitar en la joven—. Parece que eres más interesante de lo que pensé.

Aquel repugnante discurso causó la ira en los amigos de la joven mujer, quien seguía en su estado combativo, sin embargo, Adrien no pensaba permitir que esa conversación se alargara. Con un movimiento delicado, jaló la muñeca que sostenía, atrayendo a Pridwen a su lado, apartándola del camino de los ojos lascivos que causaban un escalofrío incluso en los caballeros, los cuales podían leer con facilidad el flujo de sus pensamientos. El conde delineó con su lengua sus propios labios, mostrándose satisfecho al obtener la mirada de terror de esa joven que en esos momentos intentaba esconderse detrás del marqués y su prometido.

—Le recomiendo que se marche —pidió Adrien.

—Nos veremos pronto muchachos.

El conde se marchó con ayuda de su bastón, el cual hacía menos notoria su lesión obtenida por abusar de la esposa de un carnicero que, en su cólera, únicamente logró dispararle en la pierna. Aunque era obvio que falló en su cometido de asesinarlo, al menos lo marcó de por vida.

—No deberían hacer caso a las idioteces de un hombre desesperado —dijo North, tratando de calmar a sus amigos—. Todos saben que está arruinado, el rey lo habrá amenazado para que aceptara la encomienda.

—Poco me importa —Adrien apretó su cuerpo entero—, lo pondré en su lugar tarde o temprano. Nadie amenaza a un Wellington y sale impune.

—¿Cómo querías que no me enojara si prácticamente me llamó una cualquiera? —Pridwen se sentó con los brazos cruzados.

—Tampoco te ayudas —apuntó Nil—. Pese a que estás con nosotros, eres la única mujer decente en este lugar, lo cual atrae habladurías.

—¿Quieres pelear conmigo tú también? —lo amenazó.

—No, no. Tan sólo te daba un punto.

—Mejor no lo hagas.

—Están de un humor insoportable los dos —sonrió Nil—, ¿por qué no vamos a la velada de Lady Miro para distraernos?

—Alcanzamos a ir, es verdad —sonrió Lance—. ¿Iremos, Adrien?

—Claro que iremos —dijo Declan—. Adrien se tiene que despedir de su actual amante —al decir esto, el hombre se sonrojó—. Lo siento Pridwen.

—¿Por qué? —dijo enfadada—. A mí qué me importa.

—Fue una falta de respeto decirlo frente a una dama —dijo obvio.

—No soy una dama —se resbaló por su asiento, mostrándose aún más molesta—. ¿Qué no lo escuchaste?

—Agh, no le hagas caso, si no te diste cuenta, es un misógino —le quitó importancia Nil—. ¿Entonces? ¿Iremos?

—Yo paso —dijo North, subiendo un pie sobre la silla desocupada.

—Naturalmente —sonrió Lance—, no esperaba menos de ti.

—Tampoco planeo ir —dijo Adrien—. Tengo cosas qué hacer.

—Bien, estoy sorprendido pero contento —aceptó Declan—. Espero que dejes por la paz la relación que tienes con Lady Mirrot, ahora que estás prometido a matrimonio, deberías dejar ir el tema de ser un libertino.

—Por favor Dec —se burló Nil—. Adrien no podrá resistirse, se puede conseguir una amante en cualquier lugar, sin mencionar que quiere ahorcar a la mujer con la que se casará.

—O a todas —añadió Lance con diversión.

—¡Hola! Sigo aquí ¿recuerdan?

—¿Quién te entiende? —se quejó Nil—. Acabas de decir que no eras una dama y ahora te quejas porque hablamos como si hubiera puros hombres.

—Dije que no era una dama, pero sigo siendo una mujer —apuntó —. Me disgusta que nos utilicen como si fuéramos calcetines.

—Aunque lo intentaras *princesa*, te aseguro que nadie se atrevería a meterse contigo —dijo Adrien—. Eres como una niña, quizá aún menos atractiva que eso.

—Te aseguro que hay muchos que darían hasta su vida con tal de siquiera admirarme unos segundos —dijo con orgullo.

—Lo dudo mucho.

—¿Pueden dejar de discutir por unos minutos? —pidió Lance—. Son insufribles, los prefería de amigos, eran enfadosos, pero al menos no se gritaban cada cinco minutos.

—Aunque es divertido —el resto de los amigos lo miró con desagrado a Nil—. Bueno, no todos los días se la juegan a Adrien Collingwood.

—Jamás pensé que pasaría —aceptó Declan—. Siempre pensé que tenía un detector de mentiras. Me atrapó incluso cuando dije que no me había comido el panecillo que guardó el otro día.

—Ya ves que es muy posible —dijo jactanciosa.

Pridwen miró hacia otro lado con diversión, evitando el reproche del resto de los amigos; no le enorgullecía especialmente, pero tal parecía que se estableció una guerra entre ellos y no pretendía perder. Por su parte, Adrien les daba la razón, en esos momentos se creía capaz de matar a cualquier mujer que intentara acercársele, sobre todo a cierta rubia que no paraba de enfurecerlo. No comprendía por qué todas mentían, ocultaban cosas y tenían secretos.

Cerró los ojos con molestia, apretando con fuerza sus manos.

—Eh, Adrien —North lo empujó amistosamente—. No los tomes en cuenta, sabes que son un par de idiotas.

—Tienen razón —dijo enojado—. No puedo creer que bajara la guardia de esa manera. —Se puso de pie y miró a Pridwen—. Pero me las vas a pagar.

—No sabes cuanto miedo tengo.

—Sí, sí. —North le quitó importancia—. Bebe algo y relájate.

—Como si pudiera relajarme con ella cerca.

—Tampoco es como si tú me llenaras de felicidad —dijo la joven, cruzándose de brazos y volteándole la cara.

—Tendrán que soportarse —los advirtió Declan—. Ambos seguirán siendo nuestros amigos y este grupo no se separará por una pelea boba.

—¿Boba? —la pareja volvió a hablar al mismo tiempo.

—Estoy de acuerdo con Dec —Lance apuntó a su amigo—. Ambos me caen bien, nos divertimos juntos, funcionamos.

—Apoyo la moción —Nil levantó la mano.

Adrien inyectó su fiera mirada sobre la de North, quien fuera su más antiguo amigo, al que más confianza le tenía y el que lo conocía mejor que nadie. Solía ser su consciencia cuando perdía la razón gracias a su temperamento. Suspiró cuando lo vio elevar ambas cejas, tratando de decirle que era momento de ceder.

—Como sea. —Esa fue su forma de aceptar la petición sin ceder por completo—. Me voy a casa.

—¡Al fin! —sonrió Nil—. La verdad es que nos estabas arruinando la fiesta con esa cara de amargado.

—Sí, ¿por qué no te llevas a North contigo? —aconsejó Lance.

—Me pensaba ir con él —aceptó el susodicho—. ¿Dec? ¿Prid?

—Alguien tiene que sacarlos del aprieto en el que seguro se van a meter —negó Declan—. Me quedo con ellos.

—Yo también quiero quedarme.

—No. Tú te vienes conmigo —amenazó North—. Vamos.

—¿Por qué me preguntas si al final me harás hacer lo que quieres?

—Trataba de darte la oportunidad de actuar como es debido —elevó una ceja y la tomó del brazo para ponerla de pie—. Vámonos.

—Sí, sí. Ya voy papá.

Dejaron dinero sobre la mesa para saldar su cuenta y salieron del que había sido uno de sus lugares preferidos en los últimos meses para pasar el rato. Se despidieron de uno que otro conocido en el camino e instalaron un silencio que no se quebrantaría a menos que Adrien o Prid lo hicieran.

La nueva pareja decidió formar una tregua silenciosa, de lo contrario seguro se desataría otra pelea y North no era de la clase paciente, aunque lo pareciera debido a su personalidad seria y prudente, la realidad era que la mayor parte del tiempo trabajaba en el silencio para no matar a quienes lo rodeaban. Era un hombre de carácter, quien conocía al completo su temperamento y logró dominarlo.

Dejaron a Pridwen con los Seymour, siendo recibida por una preocupada Daria, quien agradeció a los caballeros por llevarla sana y salva hasta la casa. Después de eso, los amigos caminaron en silencio, acostumbrados a meditar sus pensamientos en la compañía del otro.

—¿Qué más sabes del conde?

—Está endeudado, tiene mal carácter, es un adicto y su apetito sexual no tiene límites, al igual que su sadismo.

—Genial. Así que un depravado fue a hablar a otro país sobre mi futuro.

—Por decir lo menos. Tenemos que cuidar nuestras carteras, hay ciertos rumores que lo acuñan a varios robos.

—No puedo entender que el rey lo mandara a él —negó Adrien con molestia—. Es más que ilógico para mí.

—Pese a su mala fama, el conde es bueno con las palabras y los tratados ventajosos, como lo es este caso.

Ambos levantaron al mismo tiempo el brazo para detener una carroza que pasaba a mitad de la noche con experiencia empírica de que se necesitarían sus servicios en algún momento. El cochero paró, los reconoció y simplemente susurró con voz áspera y un escupitajo el conocido precio hacia la casa de los Wellington.

Los caballeros subieron y se acomodaron en los mullidos asientos, entrando en un silencio que fue sosegado por el andar de las ruedas sobre el camino empedrado y los naturales seres de la noche. Adrien lanzó una mirada melancólica hacia la ventana para admirar el conocido paisaje que lo llevaría a la casona que fuese su adorado hogar. El cual tendría que abandonar por el capricho de una tonta princesa.

—¿Estuvo mal la plática con tu padre? —inquirió North.

—Ya sabes que cuando se me pasa el enojo solemos concordar.

—No entiendo cómo es que siempre se pelean, son muy parecidos.

—¡Ja! Eso es lo que todos quisieran, por desgracia, no es así.

—No creo que tu padre quiera que seas igual a él Adrien, todo lo contrario, busca que seas tú mismo.

—Ajá, ajá. Seguro que tú serías un hijo ejemplar para él.

North cruzó sus brazos y sonrió.

—Soy el hijo ejemplar para cualquiera —elevó una ceja—, pero ese no es el punto y sinceramente no tengo ganas de hablar de ello. Quiero saber en lo que terminó la conversación.

—Supongo que tu padre te habrá dado el mismo discurso que el mío.

—Probablemente.

—Algo me dice que le preocupa una guerra —dijo Adrien sombríamente, sintiendo por primera vez la revoltura poco agradable que la guerra provocaba en el interior de cualquier ser humano—. Quiere saber la postura de Dinamarca.

—Mi padre me ha dicho lo mismo —suspiró North—, nuestros padres siempre han tenido la misma mentalidad.

—Sí. Entonces ¿qué piensas? —lo miró Adrien.

—Claramente estoy de acuerdo con ellos —dijo North, quien soslayó la mirada para ver a su amigo—. ¿Qué piensas hacer con Pridwen?

Adrien suspiró apesadumbrado.

—Casarme con ella, ¿qué más? —chasqueó la boca—. Hasta cierto punto, sé que no es su culpa, pero no puedo evitar estar enojado.

—Es una muchacha testaruda, al igual que tú, seguro sabrán encontrar una manera de salir de esto.

—¿De verdad crees que ella no lo planeó?

—Creo que jamás pensó volver, al menos en eso dice la verdad.

—Sí. Tal parece que no tiene ningún lazo por el cual volver, pero tampoco la veo enojada por recibir la corona.

—Creo que lo ve como una bofetada con guante blanco —North se inclinó de hombros—. Qué la *princesa desterrada* sea quien reciba la corona parece un acontecimiento casi risible.

—No dudo que ella lo tome de esa forma, pero me molesta más de ser así, porque quiere decir que es una de las razones por las que no busca romper el compromiso.

—¿Es que acaso no puedes entender el deseo de querer darle su merecido a alguien que la menospreció?

Los ojos de Adrien brillaron salvajemente.

—Claro que la entiendo.

Esa atrabancada mujer logró ganarse su simpatía, su respeto y más importante aún, su cariño, pero no le perdonaría su cinismo al engañarlo.

Capítulo 7

Londres, Inglaterra
Casa del centro de los Seymour

El sol salió ante los ojos que lo esperaban cansados desde un balcón en la casa que la hubiese recibido como invitada desde hacía varios meses. Pridwen, se encontraba sentada en aquella terraza a las afueras de su habitación, con una taza de té caliente en las manos y una manta sobre los hombros, esperando que fuera suficiente para no atrapar un resfriado.

—Pridwen —su amiga se sentó en la silla disponible a su lado—. No me digas que pasaste la noche sin dormir, otra vez.

Una ojerosa mujer volvió la mirada hacia la voz melodiosa de su amiga.

—Lo lamento —sonrió con tristeza—. Mi cabeza no me deja dormir.

—No te fue muy bien con Adrien, ¿eh?

La rubia negó débilmente, con una sonrisa aún más triste.

—Creo que me detestará el resto de su vida, jamás me perdonará.

—Dudo que sea verdad —Daira la tomaba de la mano—. Ustedes son mejores amigos, jamás había visto a una pareja que se llevara mejor.

—Ya no. —Suspiró—. Desafortunado, porque parece ser que no hay duda que nos casaremos en poco tiempo.

—Eso… no está tan mal ¿cierto? —Daira apretó los labios—. Al menos lo conoces y sabes que no te hará daño.

—Adrien conoce muchas maneras de hacerme miserable.

—Lamento que todo esto pasara Pridwen, sé que eras feliz con la vida que lograste construir aquí.

La joven de largos cabellos cenicientos chasqueó la boca y subió los pies a la silla donde estaba sentada, quedando en una posición en la que podía enterrar la cara entre sus rodillas. Se envolvió a sí misma en un abrazo y trató de no llorar.

—Era de esperarse que no sería capaz de manejar mi vida, tuve miedo permanente de que en algún momento me mandaran llamar para decirme que estaba casada con un vejete conveniente para el país —admitió sin levantar la cara—, siempre me imaginé huyendo, casándome con alguien que provocaría un infarto al rey.

—Por favor, Pridwen —sonrió Daira, consolando a su amiga con caricias sobre su cabello o su espalda—, no digas tonterías.

—En serio —la miró con molestia—. Pero ahora que me quieren nombrar la sucesora a la corona, la posibilidad de desobedecer es nula.

—¿En serio crees que te permitirán que seas reina?

—Yo qué sé —chasqueó la lengua—. Seguramente tendrán un plan para que eso no suceda. Mi padre querrá calmar las aguas con mi presencia, porque mi madre era amada y yo sigo siendo su sangre.

—¿Y tú qué piensas?

—Como si eso importara —volvió a enterrar el rostro entre sus rodillas.

—Claro que importa —Daira acercó más su silla a la de su amiga, obligándola a levantar la barbilla—. Porque a partir de que tomes esa decisión, el camino que deberás seguir se abrirá ante ti.

Los ojos de Pridwen brillaron con cariño e ilusión al tener a alguien a su lado que seguía confiando plenamente en ella, incitándola a mejorar.

—¿Crees que pueda hacerlo?

—Creo que eres capaz de hacer lo que tú quieras —asintió Daira.

—Pero habrá tantas personas en mi contra…

—Sería lo mismo en cualquier camino que tomes.

—Mi supuesto "esposo" hará todo en su poder por hacerme la vida imposible —continuó con su pesimismo.

—Él te quiere, convéncele de estar a tu favor.

—Qué pasa si no logro recuperar lo que éramos.

—Lo único que sé, es que Adrien te es conveniente si acaso deseas tener la corona que te corresponde.

—¿Me recomiendas que me case con él pese a que me detesta?

—Ya te lo dije, dudo que te deteste —rodó los ojos—. Además, no es como que tengan muchas opciones, se ha dictaminado no sólo por tu padre, sino que el rey de aquí ha aceptado el compromiso. Me lo ha dicho Jason, la cámara de Lores está de acuerdo.

—Eso lo hace aún peor, Adrien detesta que le digan lo que tiene qué hacer. No puedo imaginarme la ira que siente al comprender que le han seleccionado a la mujer con la que se casará.

—Ese no es tu problema.

—Creo que lo es —suspiró—. Como futura esposa, tendré que soportar sus arrebatos y sus reproches.

—Algo me dice que no le dejaste las cosas fáciles ¿o sí?

—Él quería pelear y yo no me iba a dejar —mencionó con orgullo.

—Ya veo que sí —Daira dejó salir una entonada risita—. Bueno, seguro Jason tiene algunos consejos para manejar el mal carácter de Adrien.

—No los necesito, conozco bien a mi oponente, sé cómo debo de comportarme, pero me da miedo perderlo en el camino.

—Si lo pierdes, es que quizá jamás debió ser tuyo. —Pridwen apretó los labios y asintió—. Lucha por lo que quieres, sé que lo sabes para este momento, te has decidido en lo que quieres hacer.

Ella asintió levemente, reflexionando en su cabeza las palabras de su amiga, encontrándolas como ciertas. Desde hacía tiempo que tomó la decisión de lo que quería hacer, pero tenía miedo.

—Quiero demostrarles de lo que soy capaz.

—Bien dicho —sonrió la mujer—, serás una reina excelente.

—Tendré que luchar por ello.

—Será mejor que lleves un buen respaldo por si te es necesario.

—Los *Leones* nos acompañarán a Dinamarca —Pridwen curveó los labios tan sólo imaginar a sus amigos en el palacio que fue la pesadilla de su infancia—, ellos harán que me sienta como en casa.

—Me parece una buena idea, seguro que te serán de gran ayuda.

—Aunque te preferiría mil veces a ti. —Pridwen bajó los pies y se concentró en tomar las manos de su amiga—. Necesito tu cerebro, planeación y corazón para esta misión.

Daira observó a su amiga con dulzura. Le gustaría creer que seguía necesitando de ella, pero desde hacía mucho tiempo que sabía que la dependencia no era parte de Pridwen. Estaba segura que podría viajar y vivir en soledad con éxito, haciéndose de nuevos amigos que la cuidarían y la adorarían, justo como había pasado con Adrien y su grupo.

—Seguro que, si Daira hiciera un plan en su contra, mi primo no tendría ni la más mínima oportunidad —dijo una voz a sus espaldas.

Ambas jóvenes se volvieron hacia la puerta abierta del balcón. Recostado en el marco se encontraba Jason Seymour, con sus cabellos rubios desordenados y ojos grises brillantes en cariño al traer en brazos a su pequeño bebé, quien yacía tranquilamente, arrullándose en el balanceo constante del padre. Daira se puso en pie al instante y fue hasta su familia, cerciorándose de que el bebé estuviera bien, después, lanzó una mirada a su esposo que mostraba la sonrisa que sus labios no tenían.

—¿Qué sucedió? —interrogó—. ¿Se despertó de nuevo? Lo lamento, acababa de acostarlo, no pensé que fuese a llorar tan pronto.

—No pasa nada —quitó importancia el hombre—, me gusta ayudar.

—Espero que no te tengas que levantar temprano —continuó una angustiada Daira—. Trataré de que Jack no te despierte.

—Lo veo un poco imposible.

Pridwen vio el amor desbordando entre la pareja, la forma en la que se veían con devoción causaba calosfríos en la princesa que no podía más que soñar con que alguien la mirara de esa forma única que tenían los enamorados. Tal parecía que cuando los ojos de lord Seymour se topaban con la figura de su amiga, estos se iluminaban, de entre sus pupilas emanaba el amor, la felicidad y la tranquilidad de quien está junto a la persona correcta, compartiendo su vida y trayendo nueva al mundo.

—¿Pridwen?

—¿Mmm…? —la muchacha parpadeó un par de veces para salir de su ensoñación y miró a sus hospitalarios anfitriones—. ¿Qué pasa?

—Jason te preguntaba sobre la conversación con Adrien.

—Ah. Sí, salió pésimo, creo que nos hemos declarado la guerra o algo parecido —dijo sin mostrar mayor interés.

—Esperaba una mala reacción —aceptó Jason—. Aunque nunca pensé que la molestia pudiera durarle tanto cuando se trata de ti.

—¿Por qué habría alguna diferencia de ser yo?

La pareja de casados se lanzó una cómplice mirada.

—Nada en especial, tan solo es muy obvio que están hechos el uno para el otro —observó Daira, tomando al bebé de los brazos de su marido.

—¿Qué? —la rubia frunció el ceño—. Claro que no.

—No me vas a decir que jamás lo pensaste —echó en cara Jason.

—Bueno, pero muy al inicio, antes de conocernos y hacernos amigos.

—Yo creo que la convivencia solo aumentó el cariño —dijo Daira.

—Lo quiero —aceptó sin remordimientos—, pero como amigo y no quisiera perderlo. Era de los pocos que me podían hacer entrar en razón cuando mi atrabancada naturaleza me lleva a cometer tonterías.

La pareja rodó los ojos, nuevamente encontrándose entre ellos con exasperación y un tanto de diversión. No podían dejar de pensar que esos dos estaban hechos para estar juntos, pero sería cuestión suya el darse cuenta, porque no importaba qué tantas veces se los dijeran, hasta que no lo quisieran aceptar, sus oídos serían sordos a las advertencias.

Pridwen volvió a su estado de mutismo, aprovechando que Londres parecía seguir dormido para poder divagar en sus pensamientos que la llevaron a darle la razón a Daira. Tenía que aprovechar que Adrien no tenía opción más que casarse, él representaba una ventaja política que no planeaba desperdiciar, ya cuando se hiciera reina podría divorciarse de él, eso era lo que había querido decirle desde un inicio, pero ni siquiera la dejó hablar, prefiriendo pelear y enojarse con la vida.

Fue consciente cuando volvió a quedarse sola en el balcón, su amiga y su pareja entraron en la casa cuando el sol planeaba romper el manto de la noche con su aparición por el lado este del horizonte. Se puso en pie de pronto y fue a escribir varias notas con caligrafía presurosa, una para cada uno de sus amigos y otra dirigida a Dinamarca, hacia el hombre que le dio la vida pero que jamás podría ver como un padre.

Londres, Inglaterra
Propiedad de los duques de Wellington

El sol contorneaba la gallarda figura del hombre sentado en las laderas circundantes a los jardines del castillo Wellington. Salió a cabalgar desde horas tempranas para despejar la mente, situación complicada desde que decidió quedarse en la propiedad de sus padres mientras esperaba instrucciones de sus próximos movimientos con respecto al cortejo de la mentirosa princesa con la que se suponía que se casaría.

Se volvió hacia su fiel corcel, había sido un regalo de su madre cuando cumplió los doce años y desde entonces no se separaba del animal de pelaje negro resplandeciente. Le gustaba en demasía el poder que reflejaba en cada uno de sus músculos y salvajes movimientos. De alguna forma sentía que lo representaba, un poderoso animal con preferencia a la libertad y la vida salvaje, era una lástima que tanto Uncas como él tenían una brida que los frenaba y dirigía hacia el camino que se le indicaba.

El hombre tiró la rama con la que había estado jugueteando y se recostó en el césped, sintiendo los rayos del sol caer sobre su piel, relajando sobre todo sus párpados, que desde hacía mucho no cumplían su función por las largas noches de insomnio.

—¿Qué haces aquí?

No le fue necesario abrir los ojos para saber que la voz jactanciosa era de su hermana pequeña: Briseida. En los últimos años, al quedarse solos tras las bodas de sus hermanas, ellos lograron hacer un vínculo especial. Adrien adoraba y sobreprotegía a Briseida como si se tratase de su propia hija, lo cual la desquiciaba en ocasiones y en otras, simplemente la divertía.

—Espero a que alguien decida asesinarme para robarme a Uncas o las monedas que traigo en el bolsillo.

—Has seleccionado un mal lugar —Briseida se sentó junto a su hermano, acomodando su vestido para no arrugarlo—, sigues dentro de los territorios de papá, si quieres una bala, entonces ve más al centro.

Adrien abrió uno de sus verdosos ojos junto con una ceja arqueada, apretando inconscientemente el otro al toparse con los rayos del sol.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Ella se inclinó de hombros.

—Me gusta leer cosas de misterio.

—Creí que últimamente estabas obsesionada con la historia, más específicamente con la guerra —la miró de soslayo, relajado al tener a su hermana cerca—. ¿Se puede saber de donde salió el gusto?

—Soy una mujer con intereses varios —dijo tranquilamente.

—Pero claro —dijo sarcástico—, he de suponer que alguno de tus amores gusta del estudio del pasado. De ser diferente, a ti no te llamaría la atención, no habrías siquiera rozado una de sus páginas.

—¿Dices que lo hago porque a un hombre le gusta?

La mirada de su hermana se endureció a tal punto que causó un escalofrío por el cuerpo de Adrien, a veces olvidaba lo aterradora que podía llegar a ser la inocente y soñadora Briseida.

—Digo, que muchas veces has encontrado gustos extraños debido a que te das cuenta que alguno de los hombres de los que te enamoras tienen preferencia por esos temas.

—Me gusta saber de todo, poder hablar tanto con hombres como con mujeres —se defendió—. Sucede que si alguno de ellos saca un tema que desconozco, es mi obligación instruirme para ser capaz de defenderme en la siguiente conversación.

—Así que es más por orgullo.

—Es sed de conocimiento, creo que lo conoces Adrien.

—Bien, ya. No discutas conmigo, tengo suficientes problemas como para también tener a mi hermana en contra.

La menor dejó salir el aire que sus pulmones almacenaron cuando comenzó a sentirse encolerizada.

—¿Es por lo de Pridwen?

—Ya no sé por qué es —dijo honestamente—. Estoy enojado por todo.

—Lamento que tengas que casarte a la fuerza —lo miró por sobre su hombro—. Pero podría ser peor.

Adrien la miró con una ceja levantada.

—¿Cómo se supone que podría ser peor?

—Podría no ser Pridwen la elegida para tu matrimonio —sonrió de lado—. De entre todos los males, creo que es el mejor.

—No estaría tan seguro —se acomodó sobre el césped—. Pensé que podía confiar en ella, pero resulta ser que no.

—Adrien, no puedes ser tan duro con las personas o estas lo serán contigo a tu primer error. Nadie es perfecto.

—Ella sabía lo que hacía y conocía mi posible reacción.

—De todas formas, te habrías enojado igual, te lo hubiese dicho antes o después, su amistad se hubiese quebrantado.

—Pero no estaría comprometido con ella.

—De no ser Pridwen, te habrían obligado a que fuera cualquier otra.

—Pero al menos no sería ahora mismo y no tendría que irme.

La joven asintió lentamente, dándole la razón a su hermano. Si acaso Pridwen hubiese confesado antes quién era, seguramente Adrien se habría alejado en seguida para evitar cualquier clase de asociación entre ellos. Fue gracias a su convivencia que la idea vino entre los países, seguramente el rey de Inglaterra accedió pensando que el heredero de los Wellington aceptaría con facilidad al estarlo comprometiendo con alguien que conocía y que, además, apreciaba. Podría haber sido un movimiento astuto si acaso Adrien no tuviera

metido como un gusano en su cerebro el recelo hacia el mínimo secreto que se guardase contra él.

—Creo que deberías comprender que, para algunas personas, hablar sobre su vida no es algo fácil, sobre todo si es algo doloroso.

—Yo hablé de cosas dolorosas con ella.

—No por eso estaba obligada a hacer lo mismo —defendió—. Quizá para ella era un asunto enterrado, tal vez jamás imaginó que su pasado volvería a alcanzarla, mucho menos de esta forma.

—El pasado siempre nos alcanza, por mucho que huyamos de él, es parte de nosotros, de lo que somos ahora.

—No precisamente —se volvió hacia su hermano, levantando las piernas cruzadas, girando sobre sus glúteos—. Creo que las marcas que deja el pasado forma parte de nosotros, pero no influye en lo que somos ahora. Lo decidimos nuestras con acciones, pensamiento y corazón.

Adrien sonrió con cariño, se levantó para quedar sentado frente a ella y le revolvió en cabello, haciéndola enojar.

—¿Desde cuando eres tan profunda?

—Siempre lo he sido, pero nunca me pones atención.

—Claro que te lo pongo.

—Para algo más que sobreprotegerme o regañarme —rodó los ojos.

—Lo lamento, ese es mi trabajo.

—Y el mío es molestarte ¿qué no? No ilustrarte.

—No te preocupes, estás molestándome.

Ella dejó salir una risilla alegre. Siguieron charlando amenamente, llegando al punto en el que logró distraerlo por completo, Briseida tenía esa habilidad sobre él. Era una chica inteligente, versada más en los temas masculinos que en los femeninos, su hermanita gustaba en escuchar pláticas importantes entre caballeros y lo que no entendía, lo investigaba, se instruía hasta que dominaba al completo el tema.

Aunque desde hacía unos años, el principal interés de su hermana era la guerra, la estrategia, la historia que develaban los libros de su padre normalmente encolerizado con ella por su falta de interés en todo lo demás. Briseida sabía de memoria la vida y estrategias de los grandes conquistadores del pasado, como lo fueron Aníbal, El Africanus, Napoleón, Julio César, Alejandro Magno o incluso su antepasado: Arthur Wellesley, un héroe inglés y dos veces primer ministro, el primer duque de Wellington. Esa extrema curiosidad hacía temer a la familia por sus posibles fantasías de conquistar al mundo.

Adrien podía reír de la ironía, no podía creer que su pequeña hermana mostrara más interés que a él en una carrera militar, política y estadista.

—Te llevo buscando durante una hora —la voz imperativa de North les recorrió la espalda como una fría ventisca de invierno—. ¿Se puede

saber por qué te encuentras tan tranquilo en medio de tu ociosidad?

—Agh, North —el muchacho se dejó caer sobre el césped—. Pensé que me podría librar de ti por unos días.

—Tenemos cosas qué hacer.

El perfil imperturbable de ese hombre era escalofriante. Su pose siempre erecta y sus manos detrás de su espalda era el porte perfecto de un general verificando sus tropas. North era un hombre que sabía ver a la distancia e incluso parecía adivinar el pensamiento de los presentes y también de los ausentes, al menos, cuando se lo proponía. Era justo y escrupuloso, de decisiones rápidas, querido por muchos a pesar de su carácter hosco, grave y orgulloso.

Para Briseida, quien luchaba con su sonrojo, era el hombre ideal, de un hermoso rostro y una personalidad atrayente. Era la razón de que su corazón palpitara enloquecido en su interior, provocando un calor que nada tenía que ver con la estación del año.

—¿No piensa saludarme, señor Dankworth? —inquirió la joven, modulando su voz para que esta sonara segura y orgullosa.

—Por supuesto, mi lady —se inclinó respetuoso—, es un placer verla.

—Se escucha más obligado que complacido, pero lo aceptaré.

El hombre dio otro leve asentimiento de cabeza y miró a su amigo.

—Tu padre te está buscando.

—No me digas, trae más buenas noticias ¿no? ¿Ahora qué quieren que haga? —el muchacho se puso en pie—. ¿Necesitan un heredero ya? ¿Quieren que me ponga un penacho azul? ¿Qué?

—Lo del heredero tal vez, pero no sé qué pensabas con el penacho —Adrien entrecerró los ojos en reproche—. Anda, tu padre te espera.

—Bien, qué más podría salir mal, ¿cierto?

Se levantó, volvió a revolver el cabello de su hermana y se rio cuando ella lo apartó con un quejido. North sonrió ante el cariño mostrado entre los hermanos, desconocía del tema al ser el único descendiente de los Dankworth; sin embargo, no tenía tiempo que perder con tonterías que no tenían mayor importancia, así que dio media vuelta, siguiendo los pasos que su amigo acababa de recorrer.

Al notar que el hombre prácticamente la ignoraba, Briseida bajó de la pequeña colina de una corrida, alcanzando con esfuerzo las largas zancadas que la alejaban del caminar junto al hombre que, a su lado, parecía un gigante, uno muy atemorizante. North soslayó la mirada, notando hasta ese momento que la jovencita lo perseguía.

—¿Se le ofrecía algo, mi lady?

—Oh, no sabía que estaba prohibido caminar a su lado, señor.

—No lo está —dijo confundido.

—Entonces, iré a su lado —finalizó la joven, mirando hacia el frente con determinación—. ¿Ha notado qué grande está el árbol que

plantaron usted y Adrien en el jardín de mi madre? Aún recuerdo cómo se molestó.

—Ya lo había olvidado.

Los ojos de North fueron a parar en el fuerte roble que en algún momento pareció una grandiosa idea. Sin darse cuenta, la melancolía afloró en los enormes iris del caballero, pero esos segundos pasaron rápidos ante la mirada curiosa de la dama, quien incluso se inclinaba un poco para ser capaz de ver el perfil que miraba hacia otro lado, lejos de ella.

—Señor, ¿Usted en verdad piensa que mi hermano se casará con Prid?

—Eventualmente aceptarán su realidad.

—Algo me dice que será un poco más tarde de lo esperado.

—Está dolido, se le pasará.

—¿Dolido? —la joven detuvo sus pasos unos segundos, pero al ver que el caballero no hacía lo mismo, se apuró a seguirlo—. Pensé que estaba enojado, quizá hasta furioso.

North asintió enérgicamente.

—Ese es el trasfondo de su enojo.

—Mmm… —ella se tocó la barbilla, pensativa—. Parece conocerlo bien.

—Lo suficiente.

La joven curveó los labios inconscientemente, le encantaba descubrir facetas en ese hombre, aquella en la que se preocupaba por su amigo no era nueva, sin embargo, era la primera vez que hablaba con ella sobre el tema. Resultaba emocionante, incluso un poco abrumador, no muchas veces experimentó tener los ojos de North Dankworth sólo para ella.

—¿Sucede algo?

Briseida frunció el ceño en extrañeza, incluso ladeó la cara al no comprender la pregunta. Únicamente discernió lo cerca que estaba de él cuando North recorrió su rostro con una expresión de confusión y horror. Ella incluso se había visto en la necesidad de elevarse en sus puntas para estar más cerca de sus labios, de sus ojos tan intensos.

—¡Lo siento! —dio un rápido paso hacia atrás—. No piense que quería besarlo ni nada extraño, en serio.

—¿Por qué pensaría eso?

—Bueno, por lo cerca que estaba de su cara y eso —lo apuntó.

—No se preocupe por ello.

A pesar de que sus palabras intentaban darle consuelo ante tan extraña actitud, Briseida no podía sentirse más avergonzada, eso empeoraba su nerviosismo y cuando ella estaba nerviosa, decía tonterías, cada vez más grandes que la hacían quedar en completo ridículo.

—Lo que pasa es que me gustan sus ojos, eso es todo —balbuceó rápidamente—. ¿Sabía que son muy raros?

—Eh, supongo que nadie se había atrevido a decírmelo.

—Bueno, eso se debe a que tiene usted una cara de un violento tigre.

—¿Disculpe?

—No que esté rabioso, pero sí que puede morder si se enfurece.

—Parece delicado.

—¡No! —ella extendió las manos hacia el rostro del hombre para evitar que la viera—. No me refería a que es usted como un animal salvaje.

—Comprendo.

La joven, siendo consciente de que arruinó la conversación, se golpeó con fuerza la frente, sorprendiendo al soldado que normalmente podía predecir los movimientos de cualquiera frente a él. Pero iban más de tres veces en las que esa muchacha lo sorprendía, aunque esto no se notara.

—Mire, lo único que quería decir es que me gustan sus ojos —dijo más moderada y en apariencia, tranquila—. Son diferentes, jamás había visto un iris que redujera tanto el tamaño de la pupila, eso hace de sus ojos un par de océanos intensos entre el verde y el azul.

North sintió en su rostro un atisbo de sonrisa, inclinó un poco su cabeza, comprendiendo que la joven logró causarle gracia. Educó sus rasgos con rapidez hasta quedar impenetrable nuevamente y la miró con los ojos que tanto la impresionaban.

—No sé discernir si quería halagarme o insultarme, mi lady —dijo divertido—. Pero seré engreído y lo tomaré por el lado positivo.

Fue el turno de North de despeinar el cabello de la hermana de su mejor amigo, aquella a la que ganaba por más de diez años, la chiquilla que siempre intentó seguirlo pese a que su hermano mayor se obstinara por correrla, al punto de hacerla llorar de niños y enfurecer de adultos.

Capítulo 8

Apenas era capaz de seguirlo con la mirada, su hijo cambiaba de dirección tan rápidamente que era difícil de predecir, incluso para alguien como Adam Collingwood. Hubiera querido sonreír, pero sabía lo perjudicial que podía resultar que lo hiciera. Se mantuvo callado, tranquilo, esperando una reacción diferente a hacer surcos en el piso.

—Te refieres a dos semanas a partir de ahora ¿verdad?

—Cuanto antes, mejor —asintió.

—Pero… —Adrien se llevó una mano hacia la nuca, rascándose nerviosamente la zona—, pensé que podría hacer algo antes de que explotara en mi cara. Parece que no es posible.

—Escuché que hablaste con Pridwen y no salió nada bien.

—Quizá me creas infantil y caprichoso —Adrien fijó su mirada en la de su padre—, pero es mi forma de pensar y no la pienso cambiar.

—Cada quien se molesta por lo que quiere —se inclinó de hombros el padre—, posiblemente las cosas que me irriten a mí, te parecerán una tontería, no por eso dejan de ser menos verdaderas para mí.

—¿Siempre fuiste tan sabio?

—Estas cosas mejoran con la edad —admitió—. Aprendes de los errores.

—¿Tú cometiste errores en tu vida?

—Por supuesto, como todos.

—No puedo imaginármelo. ¡Nadie podría! —se dejó caer en la silla frente al escritorio—. Todos piensan que eres perfecto.

—Les gusta creer eso, a algunos simplemente les conviene.

Adrien dirigió una mirada a su padre. Lo admiraba en tantas formas, que en ocasiones se desquiciaba por no parecerse un poco más a él. Pese a que eran tan similares físicamente, los ojos y las arrugas de su padre traslucían sabiduría, el aseguraba que fue adquirida por los años, pero algo le decía a Adrien que desde que nació, su padre fue una persona con cierta iluminación, quizá con muchas vidas pasadas, como pensaban los hindús.

—Vamos, hijo, levanta la mirada. —El muchacho ni siquiera se había percatado que la bajó, pero acató la orden—. No quieras seguir los pasos de alguien, ni siquiera los míos. Tú darás al mundo lo que le haga falta y si intentas arduamente parecerte a alguien, le estás negando a la humanidad la sabiduría y los dones que te fueron conferidos únicamente a ti.

El muchacho ladeó una sonrisa.

—Habrá que descubrir qué es lo que tengo que entregar.

—Para eso tienes toda una vida, no hay prisa.

—Y, sin embargo, pareciera que mi destino está marcado por las

pautas de alguien más —suspiró—. Tendré que marcharme cuando lo que quisiera es quedarme, sopesando la carga que cae sobre mis hombros.

—Sé qué harás maravillas con tu destino, Adrien, confía.

—Bien —se puso en pie—. No es como que tenga opción, ¿cierto? Aunque siendo sincero, no pensé que sería tan pronto.

—Yo tampoco. Supongo que el rey conoce de sobra tu carácter, quizá pensó que para este momento estarías huyendo hacia otro continente.

—Lo pensé —admitió—. Pero no pude.

—Te lo agradezco.

Adam entendía que lo hizo por él. El muchacho se inclinó de hombros, quitándole importancia a sus acciones que eran parte de lo que su padre lograba admirar en él. Quizá en ese momento no fuera una virtud que él apreciara, pero el corazón noble de su hijo era uno de los rasgos más fuertes de su personalidad, haciéndolo merecedor de comandar altos cargos que serían siempre bien manejados por su conciencia y empatía hacia los demás, su misericordia lo engrandecía, mucho más que su inteligencia o fuerza natural.

—Supongo que tendré que felicitar al conde Durham.

—Ese hombre… —su padre no disimuló su falta de agrado—. El conde es una persona traicionera y cínica, pero astuta. Debes tener aún más cuidado con él, puede ocasionar muchos problemas.

—Me di cuenta con su amenaza.

—¿Qué? —Adam fijó los ojos en su hijo—. ¿De qué hablas?

—Me lo encontré hace unas semanas—informó sin mirar a su padre —. Parece que su cuello depende del éxito de la misión.

—Ya lo creo —sonrió Adam, tocó los hombros de su hijo para llamar su atención y posó una de sus manos en la mejilla de Adrien con más brusquedad de la que esperaba—. Se prudente en tu hacer, no permitas que tus emociones actúen antes que tu cabeza y agradezcamos no tendrás que volver a ver al conde una vez que cumpla su misión al llevarte al altar.

—Supongo que es algo positivo después de todo —sonrió divertido —. Espero verte pronto padre.

Adam asintió suavemente, dibujó una sonrisa cariñosa en sus labios al ver a su hijo partir hacia su destino.

—Y yo espero que cuando lo haga, las cosas hayan mejorado.

No sabía a cuál de los dos testarudos muchachos desearle más suerte. Por lo que conocía a la prometida de su hijo, estaba seguro que no permitiría que Adrien le faltase el respeto tanto como pensaba que le correspondía tras su engaño.

Adrien salió en busca del desgraciado de su amigo, North seguramente ya estaría informado de la situación, como siempre, iba unos pasos por delante de él, lo cual era decir mucho, porque Adrien tenía una capacidad impresionante para adelantarse al pensamiento de los demás.

—¡North!

Gritó aún dentro de la casa, aunque sabía que posiblemente seguiría en el jardín, parado cual estatua frente al sol. Casi podía ver su postura erecta, con los brazos sujetos detrás de la espalda y ojos cerrados, relajando sus facciones al sentir la calidez de los rayos.

Eso era lo que Adrien esperaba al salir de la casa, sin embargo, se llevó la sorpresa de verlo charlando con su hermana mientras caminaban por el jardín. Frunció el ceño. Jamás había visto a Briseida tan feliz, casi podía verla dar brincos de emoción.

Se acercó presuroso a interrumpir la situación, sintiendo náuseas al ver a su hermana tomar con confianza la muñeca del hombre, llevándolo a base de jalones hacia donde ella quería. North no se veía especialmente entusiasmado o enojado, simplemente la complacía y aquello creó la duda en el interior de Adrien: ¿lo hacía porque era su hermana menor y sería maleducado rechazarla como lo haría con normalidad? O… existía otra razón, la cual no quería descubrir e impediría.

—¡North!

El nombrado volvió el rostro con lentitud, casi aburrimiento, como si tuviera el tiempo del mundo para atender un llamado molesto como ese.

—¿Cómo ha ido?

—Maldito bastardo, tú ya sabías para qué me hablaba.

—Naturalmente.

Los verdosos iris de Adrien se posaron en su sonriente hermana.

—¿Tú qué haces aquí? ¿No deberías estar con tu tutor?

La joven se avergonzó, no sólo por ser reñida por su hermano, sino porque, al evidenciar a su tutor, la hacía parecer una muchachita que aún necesitaba instrucción para una vida para la cual no estaba preparada. Briseida entrecerró los ojos al comprender que esa era la intensión de Adrien: recordarle a North la diferencia de edad que existía entre ellos, como si el tiempo de la vida en la tierra tuviera algo que ver con el amor o la madurez de una persona.

—Hoy es sábado, Adrien —le recordó, su mandíbula tan apretada que por poco se le rompían los dientes.

—Pero claro —sonrió inocente—. Lo olvidé.

—Claramente —lo miró con odio.

—Bueno, de todas formas, tenemos que irnos —miró a su amigo—. ¿Cierto North? Tenemos mucho de qué hablar.

Divertido con la situación, North asintió. Si fuera otra persona, no hubiese podido evitar que una sonrisa se hubiera escapado hasta sus labios, sin embargo, el rostro imperturbable no se movió, pero la sensación que el movimiento de su mejilla haría al sonreír perduró.

—Con su permiso, lady Briseida.

—Es Collingwood —recordó Adrien, mirando a su amigo con el ceño fruncido—. ¿Desde cuándo la llamas por su nombre?

—Antes no usaba el honorifico —reprochó Briseida—. Me tuteaba, ¿por qué cambió conmigo? Pensé que éramos amigos.

—Jamás fueron amigos —se adelantó Adrien—. Te gana por doce años, para él siempre serás una chiquilla.

Briseida se llevó las manos a las caderas, molesta por esa afirmación.

—Para este momento, no sé de quién estas celoso —escupió—. Si de mí o de él. Qué sepas que no te lo pensaba robar ni nada.

En esa ocasión North hizo acopio de todo su esfuerzo para reprimir una sonrisa, sin embargo, tuvo la necesidad de llevar su puño a los labios al ver sus intentos frustrados. Adrien lo miró con reproche.

—Cómo si tuviera miedo de que eso pasara —dijo orgulloso—. Ya te dije, eres una niña para North, jamás se fijaría en ti.

El caballero en cuestión, que hasta el momento se mantuvo al margen de la discusión por cuestiones prácticas, se adelantó unos pasos hasta quedar cerca de Briseida, pero no lo suficiente para alterar a Adrien.

—Comencé a usar los honoríficos cuando se convirtió en una señorita —elevó una ceja sarcástica—. Es por respeto. Lamento si la molesté.

Los colores subieron hasta posarse en las mejillas de la joven, sus nervios obstruyeron su garganta, impidiendo dirigirle otra palabra. North se inclinó ante ella, tomó su mano que permanecía flácida junto a su cuerpo y se la llevó a los labios.

—¡Ey, North! —gruñó Adrien.

—Vámonos.

North tomó el hombro de su amigo y lo obligó a girarse para caminar al interior de la mansión en lo que fue una acalorada discusión que se basaba en la molestia que esa despedida ocasionó en el heredero y hermano de la enmudecida muchacha, quien no se movería del sitio hasta que sus piernas se volvieran a conectar con su cerebro.

—¿Qué demonios quiso decir esa despedida?

—Creo que quiso decir: adiós.

—No te burles de mí, North —advirtió—. Ella es mi hermana.

—Eso lo sé.

—¿Entonces?

—¿Qué pasa contigo? —lo miró divertido—. Siempre he hablado con tus hermanas sin que esta locura invadiera tu cabeza.

—Esto es diferente, ¿qué no viste esa mirada de cordero a medio morir?

—Se le pasará.

—Entonces lo aceptas, sabes que a ella le gustas.

—Adrien —se volvió hacia él y le tomó los hombros, mostrándose cansado de la situación y quizá de la conversación—. Le he gustado desde que tiene seis años, no es algo nuevo para mí.

—¡Qué! ¿Cómo que desde los seis? —se sorprendió—. ¿Por qué no me lo habías dicho? Oh, por todos los diablos, ¿ha hecho algo raro?

—No en demasía.

El hombre se dio media vuelta y siguió caminando hacia la salida de la casa, más precisamente, hacia el caballo en el que llegó.

—¡Ey! —Adrien corrió detrás de él—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Cosas infantiles —dijo con paciencia—, como has dicho, es una niña a comparación. Sé cómo tratar esta clase de enamoramientos, ella me admira más de lo que me quiere ¿comprendes? Se le pasará.

—¿Y si no?

—Sabré cómo rechazarla, ¿feliz?

—¿Es que no te gusta? —parecía impresionado.

—¿Ahora te ofendes por eso? —inquirió, tomando las riendas de su caballo—. No te entiendo. Aunque si quieres que la corteje…

—¡No! —graznó— ¡Por supuesto que no!

North subió a su enorme corcel y sonrió, esa ocasión abiertamente.

—Entonces, estamos de acuerdo.

Adrien llamó a uno de los mozos de cuadra, pidiendo que le llevaran a su caballo. Su expresión funesta no cambió incluso cuando ya se encontraban de camino.

—Dices que estás acostumbrado a enamoramientos, pero yo jamás te he visto tener una inclinación por alguien, es más, ni siquiera sé si te gustan las mujeres, jamás te he visto con ninguna.

Aquello no inmutó a North, ni siquiera lo consideraba una ofensa, aunque muchos en su posición lo podrían tomar de esa forma. Resultaba ser que, gracias a su poco apego con la opinión de los demás, las injurias que pudieran dirigirle eran tan poco trascendentes, como lo era pisar una roca con zapatos. Sin mencionar que no muchos se atreverían a decírselo en la cara. Adrien era de los pocos que carecía del miedo hacia su persona, al igual que los *Leones.* Y aunque sus opiniones eran ligeramente significativas para North, sabía perfectamente que Adrien bromeaba, así como su amigo sabía que él gustaba de las mujeres.

—Considero que no es de tu incumbencia saber con quién me voy a la cama o no. —Lo miró de soslayo—. A menos que tu hermana tenga

razón y en realidad estés celoso de mí.

—Eres insoportable.

—Vamos, deja de quejarte e informemos a los demás.

—Sí, sí. Divirtámonos todos con mi ruina.

Espolearon sus caballos y sin siquiera pensarlo, se vieron inmersos en una carrera que ambos tenían la intensión de ganar. Desde que se conocieron, entre ellos se entabló una amistad que se basaba en una competición que jamás llegó a ser un impedimento, para sentirse felices por los logros del otro.

Capítulo 9

Londres, Inglaterra
Mansión de los Barbrow

Llegaron a casa de uno de sus mejores amigos después de recorrer las otras dos posibilidades. Al no encontrarlos en casa de Nil o Declan, la última opción era Lance; pese a que se les pasó por la cabeza que estuvieran con Pridwen, descartaron la idea al recordar que últimamente los amigos evitaban estar en casa de Jason por el simple hecho de que tenían bebé en casa y su mujer podía enfurecer si despertaban por accidente a la pequeña criatura.

El mayordomo, al verlos acercarse, abrió las puertas con una sonrisa amistosa, dejándolos pasar sin impedimentos al reconocerlos como parte de las visitas frecuentes y a los cuales ni siquiera se debían cuestionar. North y Adrien dejaron al cuidado del hombre sus guantes de montar y caminaron directamente hacia el salón predilecto por sus amigos para pasar un buen rato.

Entraron en medio de una conversación entre ellos, sin prestar demasiada atención a lo que ocurría en el interior o quienes estaban presentes. Pero cuando un carraspeo femenino se hizo sonar, Adrien volvió la vista con presura, encontrándose con Pridwen sentada serenamente entre Lance y Nil.

—¿Qué haces tú aquí?

—Creo que lo mismo que tú —elevó ambas cejas—. Visito a mis amigos.

—Bien, entonces vete, necesito hablar con ellos.

—No me iré —se cruzó de brazos—. ¿Por qué lo haría?

—Como quieras —dijo exasperado y miró a sus amigos—, vamos, necesito hablar con ustedes.

—Adrien, no nos hagas esto —pidió Declan.

—¿Eso quiere decir que se irían y me dejarían aquí? —reclamó la chica.

—Ey, rubia —la apuntó Nil—, aquí hay derecho de antigüedad, nada puedes hacer con una amistad de tantos años. Así que no reclames.

Adrien sonrió triunfal mientras la joven refunfuñaba en su lugar.

—Bien puedes decirnos aquí —dijo Lance—, me da flojera moverme para después volver aquí, es mucho esfuerzo por nada.

—Él sólo quiere decirles que la boda se efectuará en dos semanas —finalizó North, pensando que esa conversación era una pérdida de tiempo.

Los amigos restantes se miraron entre sí.

—Sí. Pridwen ya nos había dado el aviso —quitó importancia Lance.

—¿Por qué viniste a decirles tú? —reclamó Adrien—. Ellos son mis amigos y si van a Dinamarca, es porque irán a acompañarme a mí.

—¿Puedes ser más infantil? —ella se puso en pie, acercándose a Adrien con las manos en la cadera—. Han dicho que irán conmigo.

—Así que no sólo vienes a quitarme mi libertad, sino todo lo que tengo.

—Pero qué dramático eres —la joven negó con fastidio.

—Eh… chicos —Declan quiso interrumpir, pero fue ignorado.

—Vendrán conmigo —recalcó ella.

—Sabes que me preferirán a mí al final, como lo hicieron ahora.

—Si saben que vamos hacia el mismo lugar ¿verdad? —inquirió Nil hacia el resto de sus amigos.

—Lo saben, pero tal parece que no pelean por eso —observó Lance.

—¡Ey! —Declan se puso en pie—. ¡Déjense de tonterías! Somos amigos de ambos, así que estaremos ahí para los dos.

Pridwen lanzó una mirada furiosa a su rival, para después voltearle la cara con indignación. Adrien rodó los ojos, encontrando la actitud de la mujer como infantil y sin sentido. Aunque él tampoco estaba siendo el más maduro de todos, le era imposible no querer pelear con ella.

—Como sea, Pridwen y yo nos vamos en el primer tren después del día de la boda, espero que ustedes lleguen unas semanas después.

—Eso nos dijeron —asintió Lance.

—Por lo que se refiere a ustedes dos —Declan apuntó a Pridwen y Adrien—. Hablen, al menos hagan una tregua.

—No lo creo —la chica se cruzó de brazos—. Lo intenté de todas las formas que pude y nada entra en la cabeza de chorlito de Adrien.

—¿Disculpa?

—Ahí van de nuevo —se quejó Nil.

—¿Saben qué? —Lance se puso en pie—. No saldrán de aquí hasta que encuentren la manera de no volvernos locos.

—U olvídense que vamos con ustedes a Dinamarca —amenazó Declan.

Los amigos se pusieron en pie, saliendo del salón, evitando que Pridwen y Adrien lo siguieran. Fue Lance el encargado de encerrarlos, incluso se atrevió a gritar la advertencia de que, si rompían una de las ventanas, sus padres los harían arrancar todas las hiervas del jardín y la experiencia de Adrien le decía que era verdadera esa amenaza. No era la primera vez que alguno de ellos cometía una infracción en esa casa y los padres de Lance jamás se tentaron el corazón cuando los pusieron a trabajar sin piedad durante horas.

—Bien, hablemos de esto —dijo el hombre—. ¿Qué sugieres?

—Sería bueno que no me agredieras cada vez que me ves.

—Imposible, ¿algo más?

—Entonces no veo motivo de hablar.

—¿Sabes? Eres un dolor de cuerpo, no puedo creer que me agradaras.

—Sigo agradándote, pero eres rencoroso.

—No. En serio te detesto. Ahora incluso tendré que ir a tu horroroso país a cumplir con un deber que pienso romper.

—No me digas —pestañeó dramáticamente—, ¿quiere decir que encontraste un plan para acabar con todo esto?

—Es una lástima, pero no veo muchas salidas.

—¿Entonces?

—Quizá me estés obligando a esto, linda Pridwen, sé que no moverás un dedo porque al fin te diste cuenta del beneficio que represento para ganar la corona que tanto deseas.

Ella lo recorrió con la mirada. Había olvidado lo perspicaz que era ese hombre cuando quería, aunque consideraba normal que lo pasara por alto cuando últimamente se comportaba como un idiota con ella.

—Claro que no, yo no quiero…

—Ah, claro que sí —la interrumpió—. Está bien, se cumplirá lo que quieres, nos casaremos como han estipulado, pero eso será tu perdición.

—No me digas —dijo sarcástica.

—Quizá esté casado contigo, pero jamás serás mi mujer.

—No sabes qué alegría me da escucharlo, no necesito serlo, tu maldito nombrecito me basta para obtener lo que quiero.

Adrien dejó salir una carcajada burlesca.

—Nuevamente te equivocas, vas un paso atrás, como siempre.

—Ah ¿sí? ¡Ilústrame!

—Es que no puedo creer que no lo entiendas —Adrien presionó su dedo índice contra su sien, buscando ridiculizarla. Ella lo recorrió con recelo, pero decidió callar para que continuara—. Te pusieron como heredera para calmar al pueblo, pero ¿por qué lo hicieron cuando la reina aún es fértil? Dijiste que ella seguirá intentando tener un heredero ¿cierto?

—Ya te lo había dicho —se cruzó de brazos, mirándolo cansada.

—Pero entra una pregunta importante: ¿qué pasaría si ya no puede?

—Me… me convertiría en reina.

—Naturalmente. Pero mencionaste que tu pueblo, tu familia e incluso tu padre te detestan. —Los ojos de la joven brillaron en dolor, pero asintió con la cabeza—. Piensa, ¿por qué te escogerían a ti para ser reina? ¿Por qué, además, te escogerían un marido tan rápidamente?

Adrien fue notando como gradualmente la lucidez llegaba al rostro pálido y juvenil de Pridwen, llegando al punto en el que la impresión

se mostró en su inocente mirada turquesa.

—No me quieren a mí —comprendió y se llevó una mano hacia el vientre—, quieren al hijo que podría salir producto de nuestra unión.

El heredero de los Wellington aplaudió y asintió despacio.

—Previsores hasta el final. Creo que incluso le han ganado mi rey, porque ellos quieren que yo esté en el trono, lo que no saben es que sólo me necesitan como semental.

—¡No digas eso! —gritó, llena de furia y frustración—. Porque eso me convierte a mí nada más que en un…

—Recipiente. —Terminó el chico—. No sé qué es peor, la verdad. Lo que sé es que cuando se logre el objetivo, tanto tú como yo seremos obsoletos, así de simple.

—¿Y qué pasaría si no pudiéramos engendrar? —inquirió ella—. O como tú dices, si nunca intimamos.

—Supongo que pensarían en otra opción —elevó un hombro con desinterés—. Pero tú no quieres eso, ¿verdad?

Ella jamás pensó que Adrien podría ser tan cruel, aunque se lo advirtieron. Le dijeron que debía olvidar todo lo que conocía de él, porque jamás volvería a ser lo mismo que en antaño. Le dolió reconocerlo, pero era obvio que buscaba herirla, quizá porque él se sentía de esa manera.

Bajó la mirada y mordió sus labios para no llorar.

Aunque si lo pensaba bien, le estaba abriendo los ojos, fuera doloroso o no, le acababa de dar un arma táctica. Adrien era inteligente, más que la mayoría, leyó con facilidad una situación en la que ni siquiera estaba presente. ¡Pero claro! Su padre jamás le dejaría el trono a ella, quería al hijo que pudiera engendrar para educarlo a su antojo, como su hijo.

—Para este momento no sé si agradecerte o golpearte —susurró—. Fuiste innecesariamente cruel, pero acabas de darme una ventaja.

—Ah, ¿sí? —la recorrió con la mirada—. ¿Cuál?

—El conocer su plan —sonrió, manteniendo la cabeza gacha, pero no la mirada—. Pero ellos no saben el mío.

—Espero que sea uno que me saque de la jugada.

—Oh, créeme que sí —dijo con seguridad—. Tienes razón, deseo el trono y por el momento, no es mi intensión heredarlo.

Capítulo 10

Londres, Inglaterra
Propiedad de los duques de Wellington

La pareja que heredaría el reino de Dinamarca solía ser vista como una de las mejores en cuanto a amistad. Tenían cosas en común, se entendían a la perfección, solían consolarse en momentos de tristeza y reír como dos enloquecidos en momentos de felicidad. Sin embargo, desde que se supo del acuerdo entre los países para su próxima unión matrimonial, era más común verlos discutiendo, de tal forma que parecía una comedia más que una tragedia griega.

Ambos eran igualmente reconocidos en sociedad, pese a que Pridwen tenía poco más de un año viviendo en Londres, consiguió ser tan reconocida como Adrien por el simple hecho de que solía pasar gran parte de sus días a su lado. Por lo tanto, verlos discutir comenzaba a ser un entretenimiento mucho más agradable que las revistas amarillistas o los chismes que corrían entre los nobles.

Eran especialmente extraños en su manera de molestarse, ideaban las formas más creativas de sacar de quicio a su pareja: como en la ocasión en la que se pudo ver a lord Collingwood incendiando el vestido de su prometida; o aquella velada en la que la princesa de Dinamarca tiró *accidentalmente* un pastel en la cara de su prometido. Ella lo golpeaba, él la agredía con palabras. Se inventaban vergüenzas sobre el otro y las contaban con animosidad en las fiestas que se daban en su honor.

Una de las peores historias fue cuando Pridwen dijo que a Adrien le fascinaba que le regalaran cosméticos femeninos porque lo hacía sentirse en conexión con las damas, sin mencionar que le ayudaba a cubrir imperfecciones. Contrario a lo que se imaginó, no hubo burlas por parte de los caballeros, que poco creyeron en la historia, pero las damas lo encontraron fascinante y la casa de Adrien se vio atacada por cientos de paquetes de damas que seguían interesadas en tener sus atenciones.

Estaba por demás decir que el heredero estaba furioso y la estocada de regreso no fue indulgente: inventó que a Pridwen le gustaba ser recibida con un pellizco, puesto que así la saludaba su difunta madre. La joven tuvo que soportar sin comprender por qué durante toda una velada recibió tal trato por todo cuanto se le acercara.

Ante tal espectáculo, los siempre pacientes ojos Adam Collingwood observaban a los testarudos muchachos que no hacían más que provocarse a base de fieras miradas que daban muestra del poderoso temperamento con el que ambos contaban y posiblemente luchaban.

Era una guerra que el duque no se esperaba, puesto que, a lo que sabía, eran buenos amigos y solían pasar el tiempo juntos por mero placer.

No comprendía la razón de que tomaran tan desafortunada postura, sobre todo cuando los necesitaba más unidos que nunca. Pronto serían la familia más importante de todo un país al ser herederos al trono. Pero los ojos y oídos del pueblo y la corte danesa estarían fijos en ellos el tiempo que les fuera necesario para decretar si los aceptaban o no como sus regentes y era fundamental que lo hicieran.

—¿Me pueden decir a qué se debe esta hostilidad?

Los ojos claros de la pareja pasaron de enfocar su ira hacia ellos, para encajarla en el duque, aunque no con intensión. Eran tan intensas y poderosas que incluso el hombre de más edad, poder y posición logró sentirse momentáneamente intimidado. Estaba seguro que harían un gran equipo cuando la molestia saliera de sus cuerpos.

—Muy bien, poco importa la razón de su molestia, deben dejarla pasar.

—Es él quien se comporta de la manera más infantil —acusó Pridwen con un tono indignado en su voz.

—Es difícil no ser obstinado con el tema cuando se trata de alguien que te mintió en la cara durante todo un año.

Ella se volvió con lumbre en la mirada.

—¿Cuántas veces he de pedir perdón?

—Eso no importa, ya te lo dije.

—¡Qué terco! Incluso las personas a nuestro alrededor están hastiadas del tema. Espero una equivocación de tu parte para cobrármelas.

—No me puede importar menos equivocarme contigo.

—¡Eres un…!

—Es suficiente, ambos —el duque levantó las manos—. Sabía que ninguno iba a estar muy conforme con lo que se les ha pedido, pese a que el rey tenía grandes expectativas, los conozco lo suficiente como para saber que responderían con hostilidad.

Adrien se sorprendió.

—Padre, no era mi intensión que se pensara que los Wellington…

El duque levantó una mano y negó con seriedad.

—Aunque ustedes se vean como adultos, para mí no son más que niños, transparentes pese a sus intentos —dijo tranquilo—. Sé que no están felices con la unión, quizá ni siquiera quieren estar aquí.

Los jóvenes se miraron entre sí, dirigiéndose una mirada recriminatoria, debatiendo en medio del silencio la culpabilidad de que el duque estuviera enterado de su enemistad. Adam sonrió y caminó hacia una ventana, sintiendo el brío de la juventud al ver a esos dos pelear.

—¿Para qué nos ha mandado llamar, mi lord? —preguntó Pridwen.

—Es más para aconsejarlos —se volvió hacia ellos—. Pese a que no es algo que quieran, es su deber cumplir con lo estipulado. Ningún plan que se les ocurra será fructífero, así que lo primero que pido es rendición.

Tanto Adrien como Pridwen mostraron su inconformidad con esa petición. Ninguno dijo palabra, pero no era necesario cuando ambos tenían ojos tan expresivos. El duque volvió a reír, pero prosiguió.

—Lo segundo que deseo es que finjan llevarse bien, de ahora en más, serán figuras ejemplares, personas influyentes no sólo en la corte, sino fuera de ella, el pueblo de Dinamarca quiere conocerlos y para ellos ustedes serán la pareja perfecta ¿estamos de acuerdo?

—¿Sirve de algo decir que no? —Pridwen elevó una ceja.

—Claramente no —sentenció Adrien.

—Veo que van entendiendo —asintió—. Se darán bailes, se harán donativos y visitarán hospicios, hospitales, comedores y asilos. Todo lo que sea necesario que hagan para que los vean como los regentes soñados.

—¿Engañaremos al pueblo? —cuestionó Adrien, mostrándose en desacuerdo—. No creo que sea…

—Les daremos lo que desean, tenemos que recomponer la imagen de Pridwen. —El muchacho lanzó una mirada burlesca hacia la furiosa dama que poco le faltó para escupirle—. Y también la tuya, hijo, al ser extranjero, no eres precisamente lo que ellos deseaban como su rey. —Fue el turno de Pridwen de sonreír sardónica—. Desde ahora, serán un equipo, uno funcional y armonioso que todos deben amar.

—No tiene sentido tratar de engañar a nadie, la verdad saldrá a la luz —dijo Pridwen, poniéndose de pie—. Sobre todo, porque él no pierde oportunidad en insultarme.

—No me apuntes —Adrien apartó el dedo acusador de la joven.

—Sus dos naciones están en juego, estoy seguro que ambos comprenden la magnitud de lo que representan.

Los muchachos mostraron su abatimiento con un prolongado silencio.

—Vi salir al conde hace unos momentos —recordó Adrien—. ¿Es por eso que nos has mandado traer al despacho?

—Sí, el conde ha venido a informar algo importante.

—¿Qué vino a decirle ese hombre horrible? —pidió Pridwen.

—Adelantaremos la fecha del matrimonio. Me parece algo precipitado, pero tal parece que está desesperado por hacer cumplir su designio.

—Ese maldito viejo —Adrien se quejó a lo bajo.

—No creo que esté actuando con esa presura únicamente porque quiere terminar con su tarea, algo debe estarlo presionando y dudo

que sea por parte de Inglaterra.

—¿Quiere decir que es por Dinamarca? —Pridwen se mostró confundida—. No logro entender por qué seguiría ordenes que no vienen directamente de su rey.

—Lo pueden tener amenazado —comprendió Adrien—. ¿Crees que tiene algo que ver con la muerte del príncipe heredero?

—Creo que tiene todo que ver. Un fallecimiento de esa magnitud no es un acontecimiento aislado, es el inicio de algo y por eso les pido que tengan cuidado cuando lleguen allá, no sabemos quién es el enemigo.

—¿Dice que querrán matarme?

—Es posible que quieran deshacerse de la familia real, aunque no entiendo la razón, tengo entendido que el pueblo está tranquilo.

—No he escuchado lo contrario —concordó Adrien.

—Entonces es algo más, quizá algo dentro de palacio.

—De ser así, yo mataría al rey, no a su heredero —dijo Pridwen con una frialdad que heló la sangre de sus oyentes.

—En realidad, dejar desprotegido al reino fue una buena estocada —explicó el duque—. De esa forma hay inestabilidad y al tener tu padre hijas y no otro heredero, lo convierte en un blanco fácil del cual presidir.

—Así que puedo morir —ella abrió los ojos un tanto espantada, pero volvió la vista hacia Adrien con maldad renovada—. Te dará gusto saber que serás viudo pronto y serás libre de nuevo.

—¿Lo prometes?

—Basta —pidió Adam nuevamente—. Esto es serio. Algo pasa en Dinamarca y debo admitir que el mundo no se está moviendo positivamente, temo a lo peor, así que quisiera saber su postura ante esto.

—Habla de una guerra. —Padre e hijo la miraron con sorpresa—. No soy tonta pese a lo que aparente, sé captar las alarmas.

—Temo por ello, sí.

—Obviamente de desatarse una guerra, yo estaría de lado de Inglaterra —afirmó Pridwen como si desde ese momento llevara la corona—. Sin embargo, dudo que al viejo le falte poco para morir, tiene buena salud y no sé lo que puede tener en la cabeza.

—Entonces quieres que averigüemos la posición de él.

Adam asintió solemne.

—Bien, al menos tendré algo de provecho qué hacer —dijo Adrien —. Veré como están las aguas allá sin ser evidente, vigilaré más que nada. Se que North hará lo mismo a su llegada.

—Yo trataré de saber sobre la muerte de mi hermano, quizá tengamos respuestas si descubrimos eso.

—Me agrada, al fin parecen un equipo.

La pareja se dirigió una nueva mirada de desagrado antes de volverse hacia el duque, a quien ambos adoraban. Adrien por ser su padre y Pridwen porque le encantaría que lo fuera.

—No nos ha dicho para cuándo se adelantó la boda, mi lord.

—Será el miércoles de la próxima semana.

—¡Pero si faltan cuatro días! —se alteraron ambos.

—Sí. Aunque al ser tema de estado, está casi todo organizado y listo.

—Creo que me siento mal —Pridwen se llevó una mano al abdomen.

—Hazlo lejos de mí, tuve suficiente de tus vómitos por toda una vida.

Pridwen le dirigió una mirada venenosa.

—Te mataré al próximo insulto.

—En unos días se hará la velada en celebración a los novios —indicó el duque, pasando por alto la discusión de los jóvenes una vez más—. Es de suma importancia que se muestren… amistosos.

—Preferiría ahorcarme en el candil del recibidor —negó ella.

—Mi madre ama ese candil, pero si necesitas cuerda, te la doy.

Adrien sonrió, no dejaba pasar ni una oportunidad para convertirla en un insulto inteligente que no pasaba a parecer más que una broma.

—Te lo advertí —lo apuntó con un dedo y después de dio un puntapié.

El chico espiró y tomó su espinilla, sintiendo que el dolor iba y venía desde la zona del golpe hasta recorrer toda su pierna.

—Princesa Pridwen, por favor, autocontrol.

—Por supuesto, mi lord —dijo conforme y sonriente.

—No pareces arrepentida —reclamó Adrien.

—Será porque no lo estoy.

—Basta ya —pidió el duque con más autoridad.

La verdad era que estaba disfrutando la interacción entre la pareja. Aunque estuviesen peleando, se notaba la complicidad con la que ambos se trataban. Estaba claro que entre ellos había un gran cariño, pero estaba todo oculto debajo de las múltiples peleas en las que se envolvían por un conflicto que el duque no terminaba de comprender.

—Creo que ambos tienen cosas qué hacer, por lo que sé. —Miró a su hijo—. Adrien ¿estás volviendo a retomar tu instrucción en la lengua?

—Sabes que sí —se cruzó de brazos—. Quiero entender a la perfección todo lo que digan y sin perderme detalle.

Apretó los dientes. Jamás creyó necesitar ese idioma en específico, pero no le desagradaría hablarlo con fluidez, lo entendía bastante bien y era capaz de comunicarse, pero seguro tenía acento y fallaba en ocasiones.

—Pridwen, creo que tú estás tomando clases con la señora Padmor

para tu comportamiento en la corte.

—Es inútil intentar enseñarle a este chimpancé —dijo Adrien.

—Te sorprenderá saber que la señora Padmor dice que lo hago muy bien —elevó una ceja—. Mi lord ha sido muy amable por los vestidos que me ha proporcionado, son preciosos.

—Claro, los tuyos parecían trapos viejos, ahora tienes todo hecho por tía Giorgiana —dijo Adrien.

—Tú ni con ropas de tu tía te ves mejor *cariño*, nada podría ocultar tu interior repugnante y carácter deficiente.

—No muchas piensan igual que tú.

Ella iba a arremeter físicamente contra él nuevamente, pero el duque se interpuso y los separó, mandándolos fuera del despacho en diferentes direcciones. Debía admitir que eran obstinados y el coraje no se les pasaría con prontitud. Pero confiaba en ellos, sabía que estarían a la altura de sus responsabilidades y, aunque seguramente no habrían desistido en su plan de terminar separados, algo bueno surgiría de todo aquello. Al menos los haría trabajar en conjunto y sin darse cuenta, se recordarían el buen equipo que formaban, quien sabe, hasta podrían recordar lo mucho que llegaron a quererse.

Después de ese día, la pareja no tuvo oportunidad de molestarse, rara vez tenían tiempo para verse. Ambos se vieron sumidos en obligaciones de las cuales no podían escapar; entre arreglos pertinentes para su partida, estudios, veladas en su honor y la boda adelantada, apenas y podían respirar con normalidad.

Incluso si se topaban en algún lugar por mera casualidad u obligación, no encontraban fuerzas para discutir, ocasionando las burlas por parte de sus amigos que no dejarían pasar la oportunidad de molestarles.

Llegaron al punto en el que desearon que la boda llegase de una buena vez para que todo terminara. Y cuando el día al fin se hizo presente, ninguno puso réplica en enfundarse en sus trajes y salir hacia el altar.

—Te ves preciosa Pridwen —admitió Daira con un bebé regordete sentado en su cadera—. Casi pareciera que eres una novia feliz.

—Estoy feliz de que acabe el suplicio previo a esto —admitió, acomodando el velo para que no le estorbara al caminar—. Agradezco que estés aquí, al menos es una cara amistosa.

—No exageres, el único que no te trata de esa forma es Adrien.

—Sí, ese maldito bastardo engreído.

—Tu marido —le recordó.

—Agh, por favor.

—Y… —Pridwen se mordió el labio— ¿Hablaron de esta noche?

—¿Sobre tener sexo? —sonrió la chica, avergonzando a su mejor amiga—. Por supuesto que lo hicimos, me dejó en claro que no se

prestará a ser semental y yo sinceramente no nací para ser una vasija.

—Es una forma… particular de iniciar su vida juntos.

—No es nada parecido a eso Daira. —La muchacha dejó de verse en el espejo y se volvió hacia su amiga—. Ambos tenemos metas en Dinamarca y al final seguro encontraremos la forma de separarnos.

—¿Y eso es lo que quieres? —la hermosa mujer que fuese su amiga desde hacía años ladeó la cabeza—. Se que tú lo amas.

—No —dijo caprichosa—. Yo no lo amo.

—Ambos lo hacen.

—Daira, era una percepción que se daba, el mundo entero se equivocó con nosotros y esto sólo lo empeoró.

—Quizá el destino sabe más que ustedes —sonrió la joven madre—. Ambos son tan tontos que, de no casarlos a la fuerza, no lo habrían hecho por miedo de arruinar su amistad. Creo que esto es afortunado.

—Él piensa matarme mientras duermo y tú lo encuentras afortunado.

—Te aseguro qué si alguien te amenazara Pridwen, el primero en reaccionar sería Adrien. Créeme, yo lo presencié cuando te encerró para protegerte el día que te atacaron, imagino que lo recuerdas.

—Eso era antes —se llevó la mano al cuello, recordando la sensación de casi ser estrangulada—. Como sea, terminemos con esto de una vez.

Pridwen salió de la recámara que los Wellington le proporcionaron la noche anterior con la intensión de facilitar las cosas al estar la novia en la casa donde se celebraría la boda. Aunque cabía la posibilidad de que el duque lo hubiese tomado como precaución por si alguno de los novios quería escapar de último momento.

Bajaron por las escaleras alfombradas, admirando los arreglos florales y las decoraciones que se mostraban esplendorosos en cada esquina del hogar. La mirada turquesa de la novia fue a posarse en las puertas cerradas de la capilla de la propiedad, donde sabía que los invitados esperaban.

—Quiero vomitar —admitió a su amiga.

—Todo saldrá bien —le tocó el hombro—. Tengo que entrar.

—Lo sé —sonrió nerviosa—. Si ves que doy media vuelta, ve por mí, porque estaré corriendo hacia el caballo más cercano.

—Seguro que sí, pero el duque ya lo pensó y tiene todas las puertas cerradas —admitió con un rostro de amistosa burla—. Suerte.

—Gracias. La necesito.

Se quedó sola frente a las puertas, únicamente en compañía de los hombres que las abrirían para ella cuando la música comenzara a sonar. De alguna manera le pareció adecuado rechazar la oferta del duque de Wellington de escoltarla, pese a que agradecía su bondad, quería caminar por ese altar en soledad, tal y como lo hizo durante

toda su vida.

Las puertas se abrieron repentinamente, haciéndola brincar. Los invitados se pusieron en pie y miraron hacia ella, fue entonces cuando comprendió la razón de que la novia entrara acompañada de alguien; era abrumador y un tanto atemorizante tener todas esas miradas posadas en su persona; criticándola, felicitándola o tomándola indiferente, le era igual.

Requirió de su mayor esfuerzo aparentar estar confiada mientras recorría ese pasillo lentamente, acorde a la música. Deseaba dejar en claro que no lograban intimidarla y con gran orgullo podía decir que conforme caminaba, más segura se sentía. Sin embargo, sólo hizo falta que la mirada verdosa de su novio se encajara en ella para que todo valor se esfumara.

Y es que algo en la mirada embravecida de Adrien la hizo temblar, obligándola a detenerse en medio del pasillo para meditar si debía correr hacia la salida para mantener su integridad. No la miraba a los ojos, sino que la recorría de pies a cabeza con pasmosa calma hasta que finalmente atrapó la mirada nerviosa de su novia.

Por un largo momento ella no caminó y él no apartó sus ojos de los de ella. Era similar a estar en presencia de un buen juego de bádminton, las cabezas de los espectadores hacían los mismos movimientos que en los partidos, pasando de uno a otro para no perderse la siguiente reacción; ya fuera que se casaran o la novia huyera, sería el tema del año.

Inesperadamente, la princesa sonrió abiertamente y al volverse los invitados hacia el novio, notaron con sorpresa que él también sonreía hacia la mujer que caminaba con mayor decisión hasta llegar al altar.

—Pensé que correrías —susurró en cuanto el obispo inició la misa.

—Supongo que eso hubieras querido.

—¿Ser humillado? —negó—. Dudo que me complaciera.

Ella dejó escapar una risa entre dientes.

—Así que por eso me sonreíste, ¿por orgullo?

—Naturalmente.

—Qué listo, me hiciste tener la confianza de que no tenías una daga debajo de la almohada del lecho matrimonial.

—Te verás en la necesidad de revisar.

Adrien no podía decirle que ni siquiera se percató que había sonreído hacia ella. Fue más un acto involuntario de los verdaderos sentimientos que llegaron a él cuando la vio vestida de novia y caminando hacia el altar. Fue la primera vez que la veía y no podía dejar de pensar en lo hermosa que en realidad era. Pridwen nunca fue una mujer que mostrara especial empeño en su arreglo personal, era bonita de naturaleza y solía aprovecharse de ello, por lo cual era normal verla con vestidos aniñados, peinados a medio deshacer e

incluso con manchas de barro en la cara. Aunque tampoco significaba que eso estuviera mal, de hecho, a él siempre le gustó la forma sutil con la que resplandecía la beldad de su amiga.

Pero en esa ocasión, Adrien la encontró encantadora al verla con aquel elegante vestido de novia, caminando llena de gracia, con sus cabellos rubios peinados de forma exquisita, sin manchas en sus ropas o rostro, sin gritos histéricos o miradas enloquecidas. Su corazón palpitó desamparado de razón, no pudo evitar que un infundado orgullo se colara por sus venas cuando se percató que se había casado con la mujer que se llevaba el asombro y el deseo de las miradas, tanto masculinas como femeninas. Tal parecía que no era el único que notaba el aspecto divino que emanaba.

Así pues, durante el gran sermón al que el sacerdote se dedicó, los novios, quienes no fueran especialmente devotos, enfocaron sus pensamientos en asuntos que les fueran más relevantes, logrando tener un comportamiento excepcional en la misa y cierta mesura durante la fiesta que se dio en su honor.

—¿Podrías dejar de apretarme la cintura cada vez que pones tu mano en el lugar? Me incomoda sobremanera.

—Lamento perturbarte, ¿es que nadie se había atrevido a ponerte una mano encima? Que de ser así lo entiendo, en serio.

Ella lo miró con ojos entrecerrados y sonrió.

—Estoy acostumbrada a que me tomen de la cintura, pero con las dos manos, cuando estoy desnuda en una cama.

Adrien sonrió de lado.

—Ya quisieras —volvió la vista al frente para seguir atendiendo a los invitados que los felicitaban a la hora de abandonar la velada—. Sucia.

En ese momento, un rostro familiar pero no agradable se posó ante ellos, sacando una nota de repudio de ambos labios.

—Conde, es bueno que pudiera venir —dijo Adrien a voz forzada.

—¿Poder? ¡Ja! Estaba obligado a venir.

—Quise ser amable, ahora me voy.

El muchacho se alejó un poco de su esposa y comenzó a entablar una conversación con los siguientes invitados que resultaban más agradables para él que el conde.

—Felicidades, su meta se ha cumplido, estamos casados, ahora se puede ir —Pridwen frunció la nariz.

—Es una parte del trato.

—¿Trato?

El conde se acercó a ella y tomó con fuerza su brazo, ella trató de zafarse, pero el agarre se volvía más poderoso con cada intento, logrando lastimarla al punto de hacerla llorar. Levantó una mirada enfurecida y notó hasta entonces el rostro que había perdido color.

—Estás en peligro preciosa —le susurró—. Tu llegada a ese lugar será tu perdición, esas personas tienen poder, quien menos imaginas podría ser tu enemigo, así como fue el mío.

Pridwen sintió como un nudo se formaba en su estómago.

—¿Es la razón por la cual apuró todo esto? —ella dejó de forcejear —¿Alguien de Dinamarca lo amenazó con ello?

—Saben lo que hacen, te atan de manos y piernas y no te dejan opción.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Por qué hacerme volver?

—No lo sé —dijo sinceramente asustado—. Por nada bueno.

Para ese momento, su respiración era irregular y el miedo que sentía en el conde comenzaba a fluir hasta ella.

—Quieren matarme, ¿cierto?

—Posiblemente, no lo sé —el conde negó nervioso—. No puedo decirle mucho, pero tenga cuidado, incluso siento que me arriesgo al decirle esto.

En ese momento, Adrien volvió la vista hacia su esposa por mera casualidad, notando que el conde la tenía prisionera y lo que fuera que le susurraba a su oído lograba perturbarla a juzgar por su rostro. Sin pensarlo dos veces se acercó a ella, la tomó en brazos y empujó al hombre que parecía conmocionado por su acción agresiva.

—Creo que es momento de que se vaya, conde.

—Me da gusto que se preocupe por ella —dijo el hombre—. Necesitará a alguien que quiera defenderla.

—¿De qué demonios habla?

El conde miró hacia la asustada princesa y sonrió.

—Ella lo sabe ahora.

Adrien vio al hombre partir, pero de su mujer no logró sacar ni un vocablo en el resto de las despedidas. Supuso que no querría hablar en un lugar abierto y donde podían ser escuchados por cualquiera, así que esperó. Tendrían que pasar esa primera noche juntos, lo cual les daría la oportunidad de hablar con libertad.

Claro que no contaba que la respuesta de Pridwen hacia el estrés fuera emborracharse al límite de lo socialmente aceptable en compañía del resto de los *Leones* y muy pese a que Daira quiso detenerla. Para cuando la fiesta terminó en su totalidad y ellos tuvieron que subir a sus habitaciones, la joven se tambaleaba, siéndole necesario el apoyo que Adrien le brindaba para que no rodara escaleras abajo.

—No puedo creer que te pusieras en esta condición.

—¡Me moriré Adrien! —dijo alegre—. En cuanto llegue me matarán.

—¿Qué tonterías dices? Nadie te matará —batalló para subirla.

—¡Mira! —levantó su vestido hasta mostrar sus rodillas—. ¡Todo mundo puede ver el cuerpo de la princesa muerta!

—Aquí no hay nadie más que yo, todos están en la fiesta o dormidos.

—Mmm… qué triste, seguro que lord Milton se hubiera fascinado por verme las piernas, ¿Te dije que me lo pidió una vez?

—Seguro lo golpeaste.

—Casi le rompo la nariz —asintió orgullosa.

—Me alegra… Ah no, espera ahí. —La atrapó cuando intentó escapar de sus brazos—. Ni lo pienses, ven acá.

—¿A dónde me lleva, buen mozo?

—A nuestra habitación, te encerraré ahí.

—No quiero ir ahí, ¡quiero divertirme!

—Te has divertido suficiente.

Hubiera resultado más fácil que ella estuviese inconsciente, porque al no estarlo, Pridwen intentaba huir todo el tiempo, o gritaba, o buscaba escalarlo como si se tratara de un árbol. Así que llevarla hasta la habitación fue toda una proeza, pero de alguna forma consiguió dejarla sobre la cama, aliviándose al darse cuenta que se quedaba recostada, riendo y girando sobre la cama, metida en sus propios pensamientos alcoholizados.

Suspiró un poco, volvía a ser la niña que conocía. Negó ligeramente con la cabeza y fue hasta el baño, tarareando una cancioncita que Pridwen estuvo entonando día y noche hasta que él fue incapaz de pensar en otra cosa aunque tuviera asuntos importantes qué resolver.

Se miró frente al espejo del lavabo, moviendo la cara de un lado a otro para verificar que el aspecto cansado y demacrado era perceptible desde todos los ángulos. Se lavó el rostro tratando de despabilarse, sabía que a partir de ese momento le tocaría cuidar de su embrutecida esposa. Apenas tardó unos minutos, pero esperaba que cuando saliera se encontrara dormida, prefería lidiar con ella al día siguiente y no en medio de la intransigencia de una borrachera.

Era de esperarse que con Pridwen nada fuese sencillo, pero no se imaginó que, al abrir, se vería en la necesidad de contener un grito debido a que alguien lo abrazaba, resbalándose por su cuerpo hasta caer a sus pies.

—¿Qué demonios haces, Pridwen?

—Te esperaba —dijo risueña.

—¿Para qué? —Adrien prácticamente levantó una pierna y otra para salir de su agarre y siguió caminando por la habitación.

—Quería hablar contigo, es obvio.

—No hablo con gente borracha, espera hasta mañana.

—Por favor Adrien, eso ya pasó, me encuentro perfectamente.

—Ajá, como digas.

Ignorando la presencia femenina, Adrien fue hasta su armario, sacó algo de ropa y se dispuso a ir al baño para cambiarse lejos de la

mirada lasciva de su amiga, la cual le era más que conocida. Esperaba que estuviera suficientemente mareada como para imposibilitarla de seguirlo hasta ahí, de hecho, por un buen rato ella no lo siguió, lo cual le dio la libertad de cambiarse sin notar que en determinado momento ella llegó y casi sufría una apoplejía por la vergüenza de verlo únicamente en calzoncillos.

—En serio, quiero hablar del viaje…—levantó una mano para intentar cubrir el cuerpo de su marido—… del plan que tengo en mente.

—Claro.

—¡No me ignores Adrien! —chistó—. ¡Te estoy hablando en serio!

Adrien fue a tomar su bata, apartó la prenda faltante de su cuerpo y miró a su recién adquirida esposa con un ceño fruncido y brazos cruzados. Envalentonada por la invitación que había en los ojos de su amigo, la joven caminó hasta él y lo enfrentó con decisión, esperando que con su firme postura lo hiciera comprender que su mente se había despejado.

—Muy bien, ¿qué quiere decirme? —dijo ligeramente molesto.

—Yo… eh, Mmm… —Pridwen sonrió—. Por Dios, eres increíblemente guapo, ¿cómo puedes estar tan fuerte?

La ceja oscura del futuro duque se arqueó hasta marcar algunas arrugas en su frente. Una sonrisa retorcida provocó que un escalofrío recorriera el cuerpo de la joven como si se tratara de un rayo. Ese hombre era un peligro para cualquier mujer y ella era incapaz de imaginar lo que podría llegar a sentir si en algún momento él tuviera la intensión de conquistarla. Aunque dudaba mucho que ese día llegara.

—¿Es eso de lo que quieres discutir, princesa? —se acercó unos pasos, intimidándola con el calor que emanaba—. ¿De mi cuerpo?

—No, claro que no —no retrocedió, todo lo contrario, siguió con una mirada fascinada enfocada en él—. Pero, ¿puedo tocar?

—No. —Alejó la mano que Pridwen alargó—. Ahora ve a la cama.

—Eso suena prometedor —sonrió.

—Sólo en tu cabeza perturbada —cerró los ojos y negó continuamente—Es por tu propio bien —sonrió de lado y la tomó de los hombros para darle media vuelta y sacarla del baño—. Ahora duérmete.

Pridwen fue echada con un fuerte portazo que quedó a sus espaldas, dejándola con una sonrisa soñadora al recordar los bordes trabajados de su amigo y lo mucho que le hubiera gustado tocarlo, al menos para saber lo que se sentiría. Era una mujer curiosa y jamás había visto a un hombre en esas condiciones, quizá nunca volvería a ver a uno con el cuerpo tan trabajado como el de Adrien. Suspiró. Encontraría otra oportunidad.

—¿Sigues despierta?

Ella levantó la cara, no se había dado cuenta que se quedó en medio de su ensoñación, ni siquiera sabía si Adrien tardó mucho o poco en el baño.

—Sí, ¿podemos hablar ahora?

—Bien —se sentó en la cama junto a ella—. No es que tengamos algo mejor qué hacer esta noche.

—Mmm… sólo si tú no quieres.

—Deja de bromear con eso y habla de una vez.

Ella dejó salir una risilla que daba la razón a la queja de su amigo. Adrien se movió un poco mientras la veía girarse hacia él sobre la cama, cuidando de no enredarse con el vestido de novia que aún traía puesto.

—El conde me dijo que quien lo amenazaba era alguien de Dinamarca —habló rápido y seriamente—. Me dijo que estoy en peligro.

—Te quieren asesinar y por eso te hacen volver ¿es eso?

—Tal parece que sí.

—¿Cómo han podido amenazarlo?

—No lo sé, pero la persona que lo hizo sabe mover sus hilos a la perfección, debemos tener cuidado cuando estemos allá —Pridwen se acercó a él, arrastrando su cuerpo por la cama—. No es lo ideal que estemos casados y seguro lo remediaremos, pero por ahora, creo que lo mejor sería que fingiéramos un poco.

—Ya veo, ¿qué se supone que gano yo?

—Haré lo que quieras para dejarte en libertad —aseguró—. No quiero morir y creo que quedó claro que no me disgusta la idea de ser reina, así que no será lo peor del mundo que nos ayudemos.

—No me gusta mentir —la miró enojado—. Lo sabes.

—Lo sé, pero nada podemos hacer de momento, tú padre lo ha dicho, tenemos que actuar como una pareja si queremos tener éxito en lo que nos ha encomendado, tanto a ti como a mí. Tenemos que ser aliados.

—No utilices a mi padre, Pridwen.

—Trato de recordarte lo que nos dijo.

—Seguro que tú más que nadie te beneficiarías de ello, te veo más que complacida con esta unión, incluso has sugerido que la consumemos.

—Era broma —se alejó de él para acomodarse en su lado de la cama —. Jamás permitiría que un libertino me tocara, seguramente tienes alguna enfermedad contagiosa. Buenas noches.

Adrien observó la incomodidad con la que su esposa pensaba dormir al traer el vestido puesto, sin embargo, se abstuvo de sugerirle que se cambiara y le dio la espalda, escuchando la respiración profunda que

eventualmente pasaría a babear la almohada. No pudo evitar sonreír al recordar cuanto se avergonzaba en un inicio, pero conforme hacían de dormir juntos algo normal en su amistad, a ella dejó de importarle y él se acostumbró. Llegando al punto en el que bromeaban al respecto.

Trató de dejar de pensar tonterías y esperó conciliar el sueño, aunque no podía dejar de pensar en las palabras del conde Durham, así como en la encomienda de su padre. Pridwen tenía razón y era momento de ceder, de alguna manera tenían que sobrellevar la situación, al menos hasta que no encontraran la solución que les diera una salida beneficiosa a ambos.

Capítulo 11

Londres, Inglaterra
Estación de tren London Bridge

Era un hombre conocido para la gran mayoría de los pasajeros de ese tren, sin embargo, en pocas ocasiones se le podía ver con ese estado de humor. Estaba claro que no era uno de sus mejores días, su actitud refunfuña, brazos cruzados y piernas sobre el asiento frente al de él, eran muestra de la desfachatez que conjugaba muy bien con su falta de interés por agradar o ser juzgado por alguien que lo viese en tal encaprichamiento.

Para muchos era comprensible que el heredero se encontrara en tal estado, era de conocimiento público la falta de entusiasmo del hijo de Adam y Kathe Collingwood por seguir las reglas.

Sin embargo, cuando la orden venía de la corona, no existía excusa, berrinche o encaprichamiento que funcionara. El joven Wellington tuvo que acatar las órdenes, aceptando el matrimonio con una princesa de otro país, lo cual sería beneficioso para Inglaterra.

Eran la comidilla de la sociedad londinense y por tal motivo los pasajeros del tren se regocijaron al percatarse que irían en el mismo vagón de clase alta que el explosivo y disfuncional nuevo matrimonio. De hecho, se rumoreaba que ni siquiera habían cumplido con la consumación, pero esos eran sólo chismes que nadie podía verificar. Era en esos momentos cuando extrañaban la arcaica costumbre de esperar a las afueras de la habitación de los recién casados para verificar la pureza de la novia y al mismo tiempo la inauguración de los nuevos matrimonios.

—¿Puedes parar de gruñir cual niño caprichoso? —regañó Pridwen, sentada junto a su nuevo marido—. Las personas nos están viendo.

—Dato informativo, *querida*: somos novedad, esto seguirá igual.

—Al menos podrías disimular.

—¿Por qué habría de hacerlo? —bajó los pies del asiento de enfrente, el cual nadie se atrevió a tomar—. ¿A quién quieres engañar? Todos saben que no nos queríamos casar, es más que obvio que te detesto.

—Sigo sin entender por qué tengo la culpa de todo, ¿qué no te das cuenta que estoy tan obligada como tú? Incluso más.

—Por favor, no te hagas la víctima —chistó el hombre—. Ayer parecías la mujer más entusiasmada, incluso querías consumar el matrimonio.

—Eres vanidoso —lo miró ofendida—. Ayer estaba borracha y te recuerdo que cuando llegué a Londres poco me importaba quién eras

tú, jamás imaginé que esto fuera a pasar.

—Claro —dijo irónico—. Olvidemos todo el tiempo en el que me perseguías hasta debajo de las piedras como un corderillo enamorado.

—Bien, me gustaste, así como me gustan mis nuevos zapatos, eso no me hace querer casarme con ellos.

—Deja de mentir Pridwen, desde que llegaste buscaste al mejor postor para casarte con él, ¿es acaso que la princesita mentirosa quería ser mejor catalogada para su futuro puesto?

—¿Crees que planeé la muerte de mi propio hermano? —ella casi gritaba, su rostro estaba rojo y sus ojos se abrían peligrosamente—. Porque es lo que insinúas, es la única forma en la que fui nombrada sucesora.

—Eres una mentirosa, yo no sé qué otros defectos tengas.

—¿Asesina? ¿Me crees una asesina?

—Quizá con tus propias manos no, pero ambiciosa puede ser.

—Oh, te golpearía aquí mismo, pero a diferencia de ti, me sé comportar como es debido —ella se acomodó en su asiento y se cruzó de brazos.

—¿Desde cuándo te sabes controlar? —se burló—. ¿Desde que supiste que llevarás una corona? Eso no cambia quién eres.

—¿Y qué se supone que soy?

Estuvo a punto de decírselo, pero se vio interrumpido por la repentina presencia de una jovencita que tomó asiento en el lugar frente a ellos. Parecía apenada y permanecía con la mirada agachada. Era obvio que estuvo esperando a que la discusión terminara, pero al comprender que esta no tenía fin, se vio en la necesidad de tomar su asiento después de media hora de trayecto. Disgustados por no poder seguir liberando su frustración, el matrimonio giró su rostro en direcciones contrarias, tratando de encontrar un distractor que evitara un nuevo altercado.

Desde antes de la boda que Adrien tenía esa actitud ponzoñosa y encaprichada, por alguna razón la joven pensó que, al quitarse de encima el tema de la boda, las cosas se calmarían un poco, quizá hasta la escucharía sobre sus planes de divorcio. Era por esa vaga esperanza que toleró gran parte de sus desplantes e insultos, pero todo quedó claro desde su supuesta *noche de bodas*, no había forma de que Adrien cooperara.

Pridwen se hundió en su asiento, dejando salir el aire de una forma melancólica al comprender que estaba por regresar a ese lugar del que juró huir por el resto de su vida. Pensó que su pasado jamás se descubriría, mucho menos de esa manera en la que Adrien se veía involucrado, haciéndolo partícipe de sus secretos y mentiras.

Hasta cierto punto encontraba natural su molestia, sin embargo, pese a que lo adoraba con el alma, su paciencia había terminado y a

partir de ese momento no permitiría que nadie la menospreciara o insultara, porque estaba segura que en cuanto llegara a Dinamarca recibiría balas de todas las esquinas. No quería tener que lidiar también con Adrien.

La hostilidad que procedía de la pareja lograría poner nervioso hasta a un viejo y adusto rey, por lo cual no resultaba extraño que la jovencita frente a ellos estuviera a punto del colapso.

—¡Oh! —la muchacha retrocedió rápidamente su pie al percatarse que había tocado sin querer el del caballero frente a ella—. Lo siento, mi lord.

—No se preocupe —dijo galante, con aquella sonrisa que Pridwen conocía a la perfección—, supongo que ha sido un accidente.

—Sí, mi lord —la joven soslayó una mirada nerviosa hacia la mujer sentada junto al coqueto caballero—. No fue intensional, lo juro.

—Tampoco me desprecies de esa manera, me sentiré ofendido.

—Sí —dijo Pridwen con una sonrisa—. Su ego es tan desmesurado que el desplante de una dama queda en una improbabilidad.

—¿Me disculpas? —se quejó—. Estoy hablando con ella.

—La incomodas, es obvio —la apuntó Pridwen—. ¿Por qué no la dejas tranquila? ¿O es que en tus años de experiencia no has aprendido a aceptar una negativa femenina cuando es más que obvia?

—No suelo recibir negativas, *querida*, ¿tú sí?

Pridwen entrecerró los ojos y abrió los labios, estaba a punto de iniciar otra batalla verbal, cuando de pronto la muchacha levantó las manos en rendición y bajó la cabeza casi hasta sus rodillas.

—Por favor, no discutan de nuevo por mí causa.

La pareja se giró hacia la conflictuada joven.

—¿Ves lo que haces? —apuntó Pridwen.

—¿Yo? Han sido tus celos los que intervinieron.

—Defendía a una inocente de tu asalto a mano armada.

—¿Disculpa?

—¡Por favor, mis señores! —pidió la joven—Les pido nuevamente que no discutan con excusa de protegerme o halagarme.

Adrien elevó una ceja mientras sonreía sorprendido, compartiendo el gesto con su nueva y aborrecida esposa.

—¿Quién eres? —inquirió Pridwen—. ¿Por qué viajas sola?

—Oh, bueno —bajó la cabeza—. Bueno, siempre quise hacer un viaje, gasté todos mis ahorros para llegar a Bridlington. Tenía la idea de tomar un barco, aunque no creo que pueda hacerlo justo al llegar.

—¿Tus padres te permiten tal cosa? —Adrien frunció el ceño—. A juzgar por tus ropas y tu forma de hablar, eres una muchacha de buena cuna.

—Me escapé.

—¿Qué? —Pridwen se adelantó—. ¿Por qué? ¿Qué te hicieron?

—Bueno… ellos querían que me casara.

Pridwen entendió a la perfección la razón de su huida, incluso Adrien asintió un par de veces en comprensión, aunque como adultos responsables, al menos debieron preocuparse un poco por una decisión tan atrabancada, era obvio que esa muchacha sabía poco de la vida y los peligros a los que estaría sometida a partir de ese momento.

—No creo que sea una buena idea quedarte sola en Bridlington —dijo Adrien—. Es peligroso, aún más si mencionas que no tienes dinero.

—Pero ¿qué puedo hacer? —la joven se mordió los labios—. Quizá si busco un empleo, pueda ahorrar suficiente para…

—¿Has trabajado alguna vez? —Inquirió Pridwen con dudas.

—No, jamás —aceptó sonriente—. Aunque no creo que sea tan difícil.

Por primera vez en algún tiempo, Adrien y Pridwen se miraron con complicidad. Sus miradas se encargaron de decir todo aquello que pensaban, era una cualidad que se desarrolló mientras existía su fuerte lazo de amistad y que ahora, aún entre su odio, era funcional.

—No es tan fácil como imaginas —dijo Adrien, tratando de ser conciliador—. Las personas pueden aprovecharse de tu inocencia.

—¿Así como hacía usted? —elevó ambas cejas.

Pridwen sonrío triunfal y miró a su nuevo marido con suficiencia.

—Yo sólo bromeaba, quería hacerla enojar a ella —apuntó a su esposa.

—¿Por qué pelean? —la joven ladeó la cabeza—. Por sus argollas puedo deducir que están casados y aunque pelean, es innegable que tienen una conexión asombrosa, así que, ¿por qué hacerla enojar?

La pareja soslayó la mirada al mismo tiempo, encontrando sus ojos sin pretenderlo, haciendo saltar su corazón.

—Olvídalo linda, es un cabeza dura que no entiende razones —dijo Pridwen—. Pero en algo lleva razón, no será fácil una vida por tu cuenta, así que quedas bajo nuestro cuidado.

—¿En serio? —la sonrisa de la joven se amplió de forma casi anormal—. ¡Oh! Se los agradecería muchísimo, en serio, gracias.

—¿Estás segura que quieres abandonar tu hogar? —Adrien se cercioró de la resolución de la joven—. Nosotros no nos quedaremos en Inglaterra, estamos en rumbo hacia otro país.

—¡Una aventura! —aplaudió—. ¡Oh, no me dejen atrás, se los pido!

—Primero tenemos que saber quién eres —recordó Pridwen.

—Claro —la chica meneó la cabeza, enfocándose—. Alison Jordan.

—No es un apellido inglés. —Adrien frunció el ceño—. Eres de Estados Unidos, eso quiere decir que viniste hasta aquí para tu matrimonio.

—De todas formas, quería escapar —se inclinó de hombros.

—Mmm… —Pridwen miró hacia su amigo—. ¿Qué dices?

—¿En todo caso de que diga la verdad? —indagó dudoso.

—¡Cállate, Adrien! Ella está justo frente a ti.

—Eso no quita la posibilidad de una mentira —incrustó las frías esmeraldas que tenía por ojos en la muchacha—. Ya antes me han mentido.

La muchacha se mostró intimidada ante la mirada endurecida del caballero. Hacía unos momentos, en esos ojos no había más que ternura, compasión y hasta una chispa de alegría y diversión al verla. Pero eso se transformó en segundos, cuando quiso analizarla.

—Ya te dije…

—No estamos hablando de ti, Pridwen.

—¿En serio? ¿Por qué me pareció oír una alusión?

—Te sientes el ombligo del mundo.

—Mira quién lo dice.

—Yo no miento —se defendió la muchacha—. Soy Alison Jordan, hija de un hacendado muy rico que quería deshacerse de mí.

Se vieron nuevamente interrumpidos por la inesperada intervención de la jovencita que estaba bajo tela de juicio. Pridwen estaba sorprendida de que fuera Adrien quien se mostrara renuente con respecto a mantenerla a su lado; aunque claro, hacerlo representaba un problema, se debía tomar una decisión a consciencia sobre mantenerla o regresarla junto a sus padres, pero Pridwen dudaba que aun dándole el dinero ella regresara.

—¿Qué dirá tu familia cuando sepan que escapaste?

La muchacha miró hacia la hermosa mujer de ojos color turquesa.

—Nada. Dirán que jamás tuvieron hija y fin de la historia.

—¿Así de simple? —desconfió Adrien.

—Fui la hija que debió ser varón —se inclinó de hombros—. Hay otras siete iguales a mí, dudo que hagan algo por encontrarme.

—Entiendo eso —asintió la recién casada—. Bien, desde ahora estás bajo mis servicios ¿te parece?

—¡Pero claro! —asintió alegre, pero quitó la sonrisa segundos después y la miró confundida—. Hay un problema.

—¿Cuál? —inquirió la misma Pridwen.

—No tengo idea lo que es atender a una señora como usted —aceptó la muchacha—, mucho menos sabré comportarme como se espera de alguien del servicio o algo así.

—Serás mi dama de compañía y te enseñaré poco a poco.

—¡Perfecto! —aplaudió alegre—. ¿Qué hago ahora?

—Dormir —pidió Adrien, acomodándose en su asiento—. Tendremos un largo camino por delante.

—Claro. Por cierto… ¿a dónde vamos?

—Dinamarca —sonrió Pridwen—. Es mi ciudad natal.

—Oh, eso es maravilloso —la muchacha parecía entusiasmada por todo y nada—. ¿Se fue de ahí para casarse con mi lord…? ¿Es usted un lord?

—Lo soy —asintió Adrien sin abrir los ojos.

—Es normal que lo dudes —Pridwen miró al hombre recostado en el asiento—. Deja mucho que desear de un caballero.

—No eres precisamente una dama —arremetió tranquilo.

Alison atinó a reír un poco.

—Entonces, si su esposo es un lord, usted es una lady ¿cierto?

—En teoría… —Pridwen se mostró confundida—, pero ahora es un poco más complicado. En realidad, yo soy una princesa.

—¿De verdad? —la muchacha parecía fascinada—. ¿Una princesa de verdad? ¿Con coronas y todo eso?

—Pues… sí.

—¡Eso es genial! ¡Serviré a una princesa!

—No sólo eso chiquilla —dijo Adrien de mala gana—. Será una reina.

—¡Una reina! ¡Oh, Dios mío! —Alison estaba a punto del colapso mental—. Mi suerte, no puedo creer mi suerte.

—¿Lo llamarías suerte? —se quejó el hombre nuevamente.

—Adrien —su esposa lo golpeó en el hombro y sonrió a la joven—. Me alegra que pienses así, pero no te preocupes, de princesa no tengo nada.

—Y no es broma —asintió Adrien.

Entrecerró los ojos hacia su marido y discretamente pellizcó su brazo, haciéndolo chistar ligeramente antes de volcar toda su atención hacia la jovencita que seguía mirándolos como si hubieran salido de un cuento. Hasta cierto punto, Pridwen lo comprendía. Al ser de Estados Unidos, seguro la chica encontraba la monarquía como algo arcaico, aunque intensamente interesante, al menos para ser observados.

—Ignóralo —la princesa manoteó el aire—. Vamos, duerme un poco, aún falta mucho para llegar.

—No podría dormir, aunque lo quisiera —Alison continuaba con aquella sonrisa inquebrantable—. Estoy tan emocionada, quiero saber todo lo que tengo que hacer para ser una doncella de una princesa.

—Por ahora sólo te hará falta estómago para cuando tengas que limpiar la saliva que saldrá de la boca de *su alteza* —sonrió Adrien y, ante el ceño fruncido de Alison, se vio en la necesidad de aclarar—. Babea al dormir.

—¡No siempre! —se excusó avergonzada.

—Sí. Lo hace siempre.

—Bueno, al menos no ronco como un león.

—Es menos molesto que amanecer en medio del océano.

—¿Menos molesto? —rio incrédula—. ¿Qué te parece no dormir nada?

La joven no pudo evitar soltar una dulce risita que terminó por concluir la pelea sin sentido de la pareja que en muestra de su disgusto se dio la espalda para intentar dormir en un espacio pequeño como un tren. Definitivamente eran formidables, Alison no pudo evitar pensar que hacían una pareja exquisita; ambos gallardos y garbosos, con un carácter orgulloso y decidido. Aunque ignoraba la razón de sus disputas, estaba claro que ente ellos había una gran complicidad, posiblemente llevaban mucho tiempo unidos en matrimonio.

Por un largo rato simplemente los admiró dormir en sus posturas evasivas, aunque conforme el tren avanzaba y las horas pasaban, los cuerpos de sus nuevos señores se movieron en incomodidad hasta que por fin se encontraron abrazados. Ella sobre el pecho de su marido mientras él la abrazaba con cariño en lo que parecía una acción conocida con la cual fueron capaces de descansar, incluso aunque efectivamente el señor no dejara de roncar y la señora babeara al dormir.

La joven miró hacia la ventana. Se sentía afortunada por su buena suerte, de hecho, tenía qué agradecer el buen corazón de la princesa, quien sin pensarlo demasiado la aceptó bajo su ala, no cualquiera lo haría. De hecho, su mismo esposo no parecía del todo convencido, aunque Alison podía juzgarlo de buena persona, era un hombre precavido a diferencia de su mujer, quien parecía pasar por alto que ellos habían pasado a ser personas de mucha importancia para todo un país.

Escuchó noticias sobre Dinamarca, todo el mundo hablaba sobre la muerte misteriosa del príncipe heredero. Se rumoreaban las oposiciones y quizá algo mucho más grande, la inconformidad por parte de países enteros que de un momento a otro podrían crear grandes problemas.

—¿Te encuentras bien? —Alison saltó en su lugar ante la voz inesperada—. Pareces estar pensando en muchas cosas.

—Estoy bien, mi lord —bajó la cabeza y sonrió—. Pensé que apartaría a su esposa en cuanto se diera cuenta que se había recostado en usted.

—Para mí también resulta más cómodo —acomodó a su esposa sobre su pecho—. Estoy acostumbrado a que se imponga de esta forma.

—Debe quererla mucho.

—Algunos días más que otros.

—Mi lord, ¿Cuánto tiempo llevan de casados?

—Apenas unos días —Adrien rodó los ojos—. Quitando el plural.

—¿En verdad? Pareciera que llevan mucho más tiempo.

—Eso dicen —suspiró inconforme y volvió a cerrar los ojos—. Deberías dormir, tu trabajo a partir de ahora no será sencillo.

—Usted no confía mucho en mí, ¿verdad, mi lord?

Adrien abrió sus ojos y frunció el ceño.

—No veo como confiaría en una persona que acabo de conocer.

La joven formó una vaga sonrisa y observó al hombre que volvía a dormir. Era de esperarse que con él las cosas no fueran a ser tan sencillas, pero esperaba ganarse su confianza con el tiempo.

Capítulo 12

Mar del Norte

Eventualmente Alison fue comprendiendo la extraña relación entre la princesa y su marido. Para ese momento sabía en qué ocasiones podía reír y en cuáles no. Aunque las peleas entre ellos parecían un espectáculo creado para una obra cómica, no todas lo eran, en ocasiones, el matrimonio podía molestarse hasta llegar al punto de no hablarse por días y ella desconocía como era que resolvían el conflicto, porque podía dejarlos por la noche con un cuchillo en la garganta del otro y al día siguiente amanecían en una apacible tregua.

Sin embargo, durante el viaje en barco, la pareja se mantuvo tranquila, cada uno en su camarote, sin cruzar apenas palabra y tampoco hacían mucho por verse. Lo que a Alison le impresionaba era que el marido de su ahora señora ni siquiera se presentara para saber la condición de su mujer, desde que se embarcaron que la princesa se encontraba mal del estómago, con náuseas continuas y una palidez atemorizante.

—Pridwen, ¿estás segura que no quieres que le hable a mi lord? —suplicó por cuarta vez esa mañana—. Es que quizá no lo notes, pero estás dejando la vida en esa bacinica tan decorada y bonita.

—No, no —pidió la descolorida mujer con una sonrisa que salió por la aseveración tan graciosa de parte de la muchacha—. Déjalo en paz y déjame a mí, me pondré bien eventualmente.

—Ay Pridwen, no son más que mentiras, estás tan pálida como un muerto, ¡En serio! Mi abuela se veía así cuando se lanzó desde el techo de la casa de la hacienda... incluso se veía mejor que tú.

—¿Disculpa?

Pridwen la miró con el ceño fruncido. En todos sus años de vida no había encontrado a alguien más divagante que ella misma, pero estaba claro que Alison logró destronarla con un tronar de dedos.

—En realidad, creo que la aventó la amante del abuelo, aunque tengo cierta sospecha de que ella deseaba la muerte —aceptó—, pero ¿quién no la desearía con un marido como el abuelo?

—Dices que se suicidó… —trató con cautela.

—Pues sí —entornó los ojos—. Fue más lista que mamá, que sigue tolerando que papá la golpee cada que se le pega en gana.

—Lo siento mucho Alison.

—¿Por qué? —la miró con desinterés y hasta confusión—. A mí no me pegaban y si ellas siguen ahí, es por decisión propia.

—A veces es difícil salir de una relación, hay muchas cosas que influyen o que te atan a esa persona que odias.

—Yo no permitiré que mi lord la golpeé princesa, no se preocupe —le palmeó la espalda—, le juro que me le trepo y le doy con un palo

hasta que caiga inconsciente.

Una risa simplona escapó de los pálidos labios de Pridwen.

—Sé que lo intentarías, pero Adrien es fuerte, si quiere pegarme, mejor ve por una pistola y mátalo por la espalda.

—¿Cómo cobarde? —se quejó.

—Justificado a mi punto de vista.

—¿Acaso escuché bien? —la puerta del camarote se abrió, dando paso a Adrien en persona—. ¿Están planeando mi asesinato tan rápido?

—Y creo que nos tardamos —admitió Pridwen.

—Sí, lo pienso también —Adrien la recorrió con la mirada—. ¿Por qué te ves más paliducha que de costumbre? ¿Qué haces tirada en el suelo junto a la bacinica?

—Es mi color natural y no sabes cuanto me gusta esta bacinica, podría dormir abrazada a ella por siempre —ironizó.

—La princesa podría estar embarazada y usted se la ha pasado de vago en el barco, haciendo no sé qué y no sé con quién —aseveró la joven, cruzándose de brazos con indignación.

—¿Qué dijiste? —Adrien sonrió y rio con incredulidad hacia la muchacha, para después ver a su esposa—. ¿Qué fue lo que dijo?

—Una tontería. —Pridwen giró los ojos mientras negaba—. Alison, no estoy embarazada y harías bien en traerme un té.

—Bien, le traeré un té, aunque debería comer algo —dijo de camino a la salida—, pero claro, lo devolverá en un dos por tres, se quedará flaca como la vaca de los Coleman, si viera lo flaca que estaba ese animal, pobre…

La pareja no le quitó la vista de encima a la muchacha mientras hizo toda su travesía hacia la salida. Era una mujer particular que llamaba la atención aún sin pretenderlo, su carácter liberal era muy típico de una joven estadounidense, resultaba refrescante, aunque en ocasiones un tanto extraño, incluso para personas como Adrien o Pridwen.

—Esa chica es una calamidad.

—Sí —Pridwen sonrió, pero inmediatamente volvió la cara hacia el artefacto de porcelana y vomitó—. Agh, de verdad no sé qué estoy vomitando, estoy segura de haber vaciado todo hace una hora.

—Ven, vamos a la cama.

—¿Te parece un buen momento ahora, querido? —pestañeó exagerada.

—No bromees, te estás muriendo aquí.

—Lo sé.

Permitió que Adrien pasara sus brazos por debajo de su cuerpo y ella se encargó de aferrarse a su cuello mientras era depositada en la cama con cuidado, aunque no funcionó para no marearla, al menos

mostró que aún guardaba un poco de delicadeza para ella.

—Recuéstate boca arriba, respira profundo por la nariz y suelta por la boca —ordenó, sentándose junto a ella—. ¿Por qué no me llamaste?

—Pensé que no acudirías, no quería pasar la vergüenza.

—Tampoco es que te dejaría morir, quedaría como un negligente.

—Seguro te perdonarían por tu condición de hombre.

—Naturalmente —dijo risueño—. Pero yo no me lo perdonaría.

Una cálida y reconfortante sensación invadió el interior de Pridwen, recorriendo lo largo de su cuerpo hasta dejarla en un estado de paz y tranquilidad, recordando entonces los tiempos en los que esos sentimientos eran parte de la vida diaria junto a Adrien, cuando eran sólo amigos y ella no era una princesa.

Siempre supo que nacer en la realeza sería su perdición, incluso parecía que el simple hecho de llegar al mundo trajo desolación al ser la razón de que su madre muriera. Por eso pensó que al escapar todos sus problemas quedarían atrás, atrapados en otro lugar del que eventualmente se olvidaría. Regresar como futura reina parecía un mal juego del destino, sobre todo cuando era feliz con la vida simple que logró hacer en Londres, junto a los *Leones*, Daira y sí, también Adrien.

Miró hacia su amigo y se preguntó si en algún momento terminarían como Jason y Daria, quienes después de un muy trágico inicio, lograron sacar su matrimonio adelante y ahora tenían un hijo en común, uno que adoraban junto con el pequeño Jack.

¿Algún sería el turno de ella de tener hijos?

Probablemente sí, aunque dudaba que fueran a ser de Adrien. Desde un inicio dejó en claro que no pensaba cumplir como marido, incluso cuando eran sólo amigos él hizo notar en innumerables ocasiones que no tenía tal interés en ella y no lo adquiriría únicamente porque fueran obligados a tomarse como esposos.

Al contrario del rechazo que sentía Adrien, ella debía admitir que se supo enamorada desde que lo vio por primera vez, aunque con el tiempo y al notar su falta de interés hacia su persona, aprendió a estar cerca de él únicamente como su amiga, volviéndose inseparables. Siempre tuvo la esperanza que en algún momento la vería diferente, se daría cuenta de lo familiarizados y felices que eran juntos, de la forma en la que confiaban ciegamente en el otro, en cómo se apoyaban.

Pero la noticia llegó. Aquella en la que dejaban al descubierto las mentiras que les dijo a sus amigos para ocultar su nacimiento como princesa. Jamás volvería a sentirse tan triste como cuando Adrien la miró con sus ojos llenos de incomprensión, de decepción y probablemente más herido de lo que había estado nunca. Ante sus ojos pudo ver como él eliminaba su pasado juntos, remplazándolo por la

incertidumbre.

—Tienes esa mirada que me disgusta —la voz de Adrien interrumpió sus pensamientos—. ¿En qué piensas?

Estaba sentado a su lado, acariciándole tranquilamente la cara mientras sonreía; Pridwen apretó los labios y se estiró para tomar su mano.

—¿Algún día me perdonarás?

Las esmeraldas que Adrien tenía por ojos se suavizaron, enternecido por la súplica en su voz, pero sus párpados cayeron para cubrir los iris bondadosos y los remplazaron por la dura piedra preciosa del mismo color.

—Necesitas un paño mojado, quizá algo de alcohol para que lo huelas —enunció, apartando la mano que ella sostenía con aprehensión—. Iré por ello, trata de estar tranquila.

—Adrien…

Lo que fuese que hubiera querido decir quedó atrapado en su garganta. Poco le faltó a Adrien para correr desesperado, tratando de alejarse en lo posible de la habitación, incluso había dejado la puerta abierta. Pridwen atrajo sus piernas hasta hacerse un ovillo sobre la cama, le dolía pensar que nunca lograría remediar su error.

—Ay, no es posible —se quejó Alison, quien regresaba con un caldo en una bandeja de plata—. ¿Se ha marchado de nuevo? Ese señor me va a oír, en serio, podrías estar esperando a su hijo y lo que él hace es desaparecer.

—Ya he dicho que no es así Alison —trató de simular una sonrisa.

—¿Qué no a los hombres les gusta dejar embarazadas a sus mujeres?

—Qué burda eres —en esa ocasión, sonrió sincera.

—Es que es la verdad, mira que están muy presentes en la parte divertida, pero cuando es la parte sucia, desaparecen —negó con rotundidad—, si ya metieron la pata, ahora que la mantengan dentro.

Una enorme carcajada explotó desde el interior de Pridwen. Agradecía enormemente haber contratado a Alison, con ella sus días eran mucho más llevaderos y de una u otra forma lograba sacarle una sonrisa.

—Gracias por estar aquí, Alison —le estiró una mano, esperando a que ella la tomara—. Eres reconfortante para mí.

—No te preocupes tanto Pridwen, se ve que el señor te quiere, pero es cabeza dura, no diré que no, necesita una buena sacudida, quizá un palazo.

—Si gustas te consigo la pala.

—No hace falta, si tú quieres le estrello el florero y listo.

Pridwen volvió a reír y asintió divertida.

—¿Te han dicho cuanto falta para llegar?

—Sí, falta poquito, me dijeron que debo cambiarla a una ropa más elegante para el puerto —Alison frunció el ceño—. ¿Qué no los puertos apestan y están llenos de marineros sucios?

—Bueno… cuando llega una nave como esta, la sociedad espera, y al ser nosotros de la realeza, muchos ojos estarán esperando ansiosos.

—Pero claro —se golpeó la frente con la palma—. Se me olvida que llevas corona —la miró—. Deberías usar tiara a diario o algo.

—Claro que no, sería incómodo, tú tendrías que recordarlo.

—Mmm… con eso de que me dejas tutearte, me será difícil —mordió su labio y miró hacia arriba, pensando—. Quizá me lo escriba en un papel.

—Ay Alison —suspiró sus palabras—. Vamos, ayúdame.

—Claro… ¿Qué hago?

—Un vestido, busca un vestido por ahí.

Alison fue hasta el baúl cercano, pero al abrirlo, su cara mostró una rápida decepción. Negó repetidas veces mientras sacaba vestidos que al instante eran lanzados al suelo. Cerró la maleta de golpe y frunció la nariz con desagrado, como si acabase de oler algo terrible.

—Son espantosos.

—¡Oye! —se quejó Pridwen—. Ah, claro, olvidé que dejé atrás los que me regaló el duque por mero orgullo. Debí quedármelos.

—Debió —rezongó la dama—. Mejor te presto uno mío.

Alison no esperó respuesta, estaba decidida a no permitir que su señora usara tales telas espantosas, incluso ella tenía mejores vestidos y no era ninguna princesa.

Debía admitir que tuvo una reacción bastante cobarde al salir huyendo de la mirada suplicante de su amiga. Para ese momento comprendía que no era su culpa que estuvieran casados; de todas formas, él seguiría siendo visto como un peón más en el ajedrez del rey, su título y posición no le dejaban escapatoria; de no haber sido ella, hubiera sido cualquier otra.

Pero siendo honesto, siempre pensó que, si desposaba a alguien, sería ella quien se mudaría a su lado, no al revés. Ahora comprendía lo doloroso que podía ser para una mujer dejarlo todo para ir a vivir a un lugar desconocido, junto a alguien a quien nunca había tratado y probablemente no amaría en toda su vida. Era un camino duro para cualquiera, de hecho, era afortunado que por lo menos conociera a Pridwen lo suficiente.

Cerró los ojos y disfrutó de la brisa marina que golpeaba suavemente contra su rostro. Sus manos sostenían el barandal que separaba a la cubierta de paseos del inclemente azote del mar. Lograba escuchar en los lujosos salones del interior, las risas del resto

de los pasajeros de primera clase, así como el humo de cigarro o las deliciosas comidas.

Suspiró. Debía encontrar una forma de no desear tirarse por la borda.

—Parece que algo lo perturba, mi señor.

Adrien abrió los ojos y enfocó a la jovencita parada junto a él, sonriendo hacia el mar. No tendría más de dieciséis años, pero parecía bastante segura de sí misma como para hablarle a un hombre que se encontraba absorto en sus pensamientos.

—Nada de lo qué preocuparse, señorita.

—Vaya, tiene usted un color impresionante de ojos. —La joven se acercó peligrosamente al rostro de Adrien—. ¿Sabe usted que es la primera persona que conozco con el verde decorando sus iris?

—No son muy comunes, es verdad —volvió a colocar una distancia prudencial entre ellos—. ¿Es que se le ofrecía algo?

—Lo he visto antes en las cenas —la muchacha movió su cabellera oscura con coquetería—. ¿Sabe usted que acapara miradas?

—Ha de ser imaginación suya, señorita —Adrien volvió la vista hacia el mar—. Pero agradezco el elogio.

—¡Si no era mi plan subirle el ego, mi lord! —sonrió la joven.

—Lamento decirle, señorita, que no hacía falta —la miró divertido, con una ceja levantada—, resulta que mi ego es enorme.

—Ya lo decía mi madre —asintió—. Me dijo: "por la forma en la que camina, o es alguien importante, o se creé que es alguien importante, que casi viene siendo lo mismo."

—Es una persona contundente su madre.

—Conoce a los hombres.

Adrien lo dudaba, aunque no se pondría a replicar con una niña, de hecho, comenzaba a cansarse de los intentos de la jovencita por llamar su atención, lo mejor era que acabara de una vez con la conversación antes de que ella hiciera una propuesta que tuviera que rechazar.

—Bueno, señorita, si me disculpa…

—Viene usted solo, ¿verdad mi lord? —lo interrumpió al comprender que perdería su oportunidad—. Siempre que lo veo en las comidas, está solo. Muchos dicen que viene con alguien, pero me niego a creer que una dama desperdiciaría la oportunidad de presumir que viene con usted.

El caballero suspiró, había dicho todo aquello tan rápido que por poco pierde el hilo de la conversación, sin embargo, él era de mente ágil y no hacía falta mucha inteligencia para saber lo que la dama había preguntado, sobre todo lo que deseaba obtener por respuesta.

—Como verá —mostró su anillo—, soy un hombre casado.

—¿Casado? —negó con espanto—. No, casado no.

—Me temo que así es, señorita —sonrió de lado—. Mi esposa no ha

salido del camarote debido a que el barco la marea.

—Oh —bajó la cabeza—. Pero si duerme usted en otro camarote, lo sé.

—Pensé que lo que usted creía era que venía solo.

—Sí, por eso, usted duerme solo.

—Mi esposa tiene su propio camarote, es verdad, pero eso no significa que no exista o que no esté con ella.

La joven entrecerró los ojos y negó.

—Está usted mintiendo, lo que pasa es que se quiere deshacer de mí.

Era verdad, Adrien estaba usando la carta de su matrimonio para alejar a la atrevida jovencita que incluso lo siguió hasta su camarote para cerciorarse de que era un hombre soltero.

—De verdad que no.

—Compruébelo.

Algo en el interior de Adrien hirvió al escuchar tal demanda, como si él le debiese alguna explicación. Debía controlarse, sabía que su temperamento era voluble y normalmente dominado por sus emociones. Un defecto bastante grave para su posición y elevado título nobiliario.

—No tengo por qué hacerlo.

—Entonces es mentira.

Para ese momento, el músculo de su mandíbula estaba tenso, muestra de su enojo en incremento, si alguien no detenía a esa jovencita, él seguro le gritaría hasta cansarse. No podía hacer algo así, pero no había nadie cerca para calmarlo o hacerlo entrar en razón.

—¡Adrien! —La voz de la salvación llegó de los labios de su esposa, quien pálida y titubeante se acercaba hasta él—. Al fin te encuentro.

—¡Mi amor!

—Tu… ¿qué? —Pridwen frunció la nariz.

Él ignoró la expresión de aversión y se acercó hasta tomarle la cintura y besarle los labios cariñosamente. La jovencita que estaba como espectadora dio unos pasos atrás, apenada, tratando de escapar de la escena con la dignidad que le quedaba. Sin embargo, Pridwen la había notado y no pudo evitar sonreír hacia ella con cordialidad.

—¿Y tú eres? —ladeó la cabeza, aun siendo sostenida por su marido.

—Oh, soy… soy la señorita Chatham, mi lady —se inclinó.

—Ya veo, eres una joven muy bonita, ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—Eres una niña —hizo un puchero enternecido—. Te recomiendo que para la próxima no pretendas a un vejestorio como este —palmeó el pecho de Adrien—, puedes correr con menos suerte y ser víctima de su placer.

—Pridwen —apretó su cintura.

—¿Qué? —lo miró con seriedad—. Es un buen concejo y lo sabes.

—Sí —suspiró y miró a la jovencita—, mi esposa tiene razón, habrá muchos que quieran aprovecharse de su inocencia, señorita Chatham.

—Claro —la joven seguía con la cabeza gacha—. Gracias mis señores.

Después de aquella intervención por parte de la pareja, la joven atinó a desaparecer, ansiosa por meterse entre las faldas de su madre para no volver a pasar una vergüenza similar. Pridwen se alejó del agarre de su *marido* y lo miró con el ceño fruncido y brazos cruzados.

—¿En serio? ¿Una niña?

—¿Piensas que era algo que yo quería? Sentía que mi cabeza reventaría si me seguía pidiendo explicaciones.

—¿Sobre qué?

—Al parecer, *querida esposa*, tu ausencia creó revuelo, se piensa que viajo solo y soy un soltero guapo y disponible.

—Seguro que brincas de alegría —dijo simpática, recargando su espalda en el barandal—. ¿Alguna que te llamara la atención?

—Puede ser, aunque con tu llegada, todo se arruinó.

—Es culpa tuya, fuiste tú quien me abrazó y besó.

—Así de desesperado estaba.

Pridwen rio con facilidad y asintió, volviéndose hacia el mar.

—Siempre me ha gustado viajar en barco —admitió—, aunque me gustaba más cuando el barco iba hacia la otra dirección.

Adrien imitó su acción. Colocó los antebrazos sobre el barandal y admiró la inmensidad azul que estaba frente a sus ojos.

—¿Tan mal?

—No tienes una idea.

Se quedaron en silencio por un momento, uno reconfortante, cómodo, lleno de comprensión y significado. En el pasado, solían disfrutar de esa clase de sintonía entre ellos, aunque ahora una ligera tensión fluía de cuando en cuando, como un recordatorio de su nueva condición.

—Bueno, será mejor que me vaya antes de que Alison se vuelva loca.

—¿La abandonaste?

—Tenía que alejarme del corsé que me quiere obligar a usar.

—Me gusta sin corsé.

Ella dejó salir una burla por su nariz y se cruzó de brazos antes de volverse hacia él con ojos entrecerrados.

—Recuerda que no soy tu amante Adrien, el que no lleve corsé no te facilitará las cosas para tocar mis pechos.

—No sabía que contabas con ellos —elevó ambas cejas en asombro —, toda una sorpresa para mí conocer esa información.

En lo que fue un acto reflejo, Pridwen se llevó las manos hasta la zona de sus pechos, frunciendo el ceño con desagrado hacia su marido.

—Son pequeños, pero ahí están.

—¿Segura? —sonrió de lado—. Yo no lo creo.

La furia en Pridwen era fácil de notar, su cara se coloreaba en un intenso rojo que se esparcía hasta el cuello y las orejas.

—¿Quieres tocar? —se acercó hasta él, hablando sin pensar.

—¿Tocar qué cosa? —continuó molestándola.

En lo que fue un arranque irracional, Pridwen se adelantó hasta tomar la mano de aquel que la había insultado, dirigiéndola constantemente hasta la zona que ella deseaba que notara. Por fortuna, algo en su cerebro reaccionó a tiempo y al notar su impertinencia, aventó la mano del hombre con un chillido avergonzado y trató de cubrir su sonrojo con las manos.

Por su parte, Adrien no podría encontrarse más divertido, conocía el temperamento de su amiga y aquella proposición impetuosa era muy dada en ella. Lo que no resultaba común era el fuego que sentía crecer en su interior, era la sensación de un irremediable deseo que crecía hasta dejarse ver fácilmente a través de sus ojos. Era en esos momentos cuando agradecía que su amiga fuera inocente en esos aspectos, no podía notar lo que desató esa seguridad y determinación para hacerlo comprobar la belleza de su cuerpo.

Pocas mujeres se jactarían con tal facilidad de su cuerpo, sobre todo una que no llegaba a los estándares de los deseos masculinos. Claro que eso a Pridwen no le importaba, estaba segura de sí misma y eso resultaba más tentativo y arrebatador que un cuerpo curvilíneo.

—¿Me lo ibas a permitir? —reclamó con molestia.

—No soy nadie para evitar que me compruebes algo —elevó una ceja.

Ella entrecerró los ojos, incrédula.

—Eres un idiota, descerebrado e impulsivo.

Adrien dejó salir una carcajada varonil y atractiva antes de estirar un brazo para tomarla por la cintura, la pegó a su cuerpo con una facilidad perturbadora sobre todo porque ella estaba poniendo una ligera resistencia para separarse de su pecho y poder verlo al rostro.

—Quizá, pero ¿quién fue la que tomó mi mano para que la tocara? —sonrió—. ¿Quién, entonces, es más impulsivo y descerebrado?

—Te morías de ganas de que te lo permitiera.

—Mmm —se inclinó de hombros—. No está mal tocar unos pechos.

—Pero qué desagradable eres.

—¿Eso crees? —se acercó a ella, escondiendo su nariz entre su cuello, disfrutando del aroma que desprendía de sus cabellos—. ¿Entonces por qué estabas tan desesperada en hacerme notar tus

atributos?

Pridwen tembló cuando su aliento rozó ligeramente contra la piel detrás de su oreja y un escalofrío la recorrió cuando la frescura de la punta de su nariz acarició insinuante su mejilla mientras hablaba en un tono de voz mucho más profundo, sedante y hasta enronquecido. Adrien era un experto seductor, debía recordarle eso a su inocente corazón y sensibles nervios femeninos.

Se aferró con fuerza a su camisa cuando sintió que las manos de su marido la apretaban con una fuerza concienzuda y razonada, encaminada a hacerla sentir vulnerable al conectar sus cuerpos en todo lo que les fuera posible. Cerró los ojos, buscando su cordura para hablar.

—Simple honor, ¿qué se suponía que hiciera? —dijo con la boca seca.

—¿A cualquier hombre lo dejarías tocarte los pechos si este dijera que no posees tales propiedades? —se admiró fingidamente—. Tendré que tener cuidado contigo *esposa mía*, esos arrebatos pueden ser peligrosos.

Ella tragó con fuerza, nuevamente intentando alejarlo.

—No soy una cualquiera.

—¿No? —sonrió, acariciando con sus dedos los hombros descubiertos de su esposa—. ¿Entonces es sólo conmigo?

Pridwen sabía que estaba jugando con ella, sabía que tenía que salir del siempre efectivo hechizo de Adrien, así que apretó los ojos, respiró profundamente un par de veces y se alejó de él, mirándolo seriamente.

—Esto —lo recorrió con la mirada—. No funciona conmigo.

—No estaría tan seguro.

—Te vi seduciendo mujeres en demasiadas ocasiones Adrien —dijo vanidosa—. Soy tan experta como tú.

—¿Eso crees? —se burló—. Por favor, princesa, estás temblando como un cordero, tus lindas pupilas casi dominan tus ojos y esas mejillas rivalizan con los tomates de la cocina. —La señaló—. Ahora mírame, ¿ves algún cambio en mi persona.

El hombre extendió los brazos, jactándose de su autocontrol, o quizá, la falta de necesidad de emplearlo, dejando en evidencia que su mujer no lograba tentarlo en lo más mínimo, mientras que a ella la dejaba en su merced con algunas palabras susurradas contra su piel y unas caricias insinuantes por su rostro y hombros.

Aquello la enfureció, sobre todo porque parecía una realidad.

—El que sepas disimularlo no quiere decir que no sientas algo —elevó una ceja—. Recuerda que la que estaba pegada a tu pecho era yo y siempre he sido buena notando el palpitar de un corazón acelerado.

—Cualquier mujer que se me insinuara ocasionaría el mismo efecto.

—Dudo que tengas tan poco control como para que cualquier mujer altere tus nervios, de ser cierto me darías un poco de… —ella se llevó una mano hasta la barbilla— no sé, lástima.

Los ojos del heredero brillaron peligrosamente, aceptando el desafío que ella astutamente jugó a su favor. Básicamente barajeó sus palabras para que estas lo hicieran sentir un despojo de hombre. Era inteligente y sabía a la perfección que acababa de dañar su orgullo y vanidad.

—¿No sabes que es peligroso hacer enojar a un hombre? —volvió a tomarla con fuerza—. Podría reaccionar muy mal.

—¿Eso quiere decir que gané? —elevó una ceja—. Interesante.

Con una sonrisa triunfal en el rostro, Pridwen tomó los brazos de su captor, apartándolos de ella; se giró paulatinamente, casi como si deseara presumir su cuerpo delante de él y se marchó. Adrien no pudo contener una carcajada, debía admitir que lo venció con sus propias palabras y no muchas veces se equivocaba en su discurso; aunque tampoco conocía a muchas personas que fueran lo suficientemente perspicaces como para saber utilizarlas en su contra.

Capítulo 13

Copenhague, Dinamarca

Era el turno de Pridwen de mostrarse enfadada.Se ignoraron el resto del camino hacia la capital de Dinamarca, sede del palacio real. Ambos se sabían disgustados y aunque había momentos en los que su falta de contacto o habla llegaba a incomodarlos, preferían mantener la distancia. Mientras más se acercaban a su destino, su humor se veía afectado negativamente, sobre todo para Adrien, quien encontraba ese palacio como una prisión que pretendía despojarlo de toda autonomía.

Llevaban un buen rato desfilando por las calles de la ciudad en aquel aparatoso transporte que parecía diseñado para anunciar el movimiento de los miembros de la realeza. El interior era cómodo y elegante, aunque limitado; la pareja de casados no podía evitar que sus rodillas se tocaran con el movimiento, pero evitaban en todo lo posible el contacto visual, enfocándose en mirar por la ventana de su lado.

Fue Adrien quien cedió ante la tentación cuando ella dejó salir un pequeño bostezo y se recostó en el asiento, aún con la cara vuelta hacia la ventana desde donde la iluminaba la luz solar. Pese a que Alison lo intentó, esa mujer se negó a ser peinada, por lo que sus largos cabellos de un rubio pálido caían libres sobre su espalda, dando una imagen rebelde y omisa. Tenía un perfil delicado, tierno si es que lograba mantenerse callada; su nariz era respingada, con la punta ligeramente elevada. Sus ojos color turquesa eran profundos, chispeantes, llenos de vida y sedición. Pese a que no la considerara muy femenina, sus movimientos eran gráciles, como si el haber nacido como princesa le trasmitiera la elegancia.

—¿Qué tanto me miras? —se quejó la chica, casi escupiendo en el suelo.

—No eres el centro del mundo, Pridwen —dijo tranquilamente—. Descansaba la vista, eso es todo.

—Descánsala en otro sitio —exigió.

—¿En serio seguirás molesta por lo de los pechos?

—Creí que eras inteligente Adrien, sacar el tema que me tiene enojada sólo incrementa mi molestia, mucho más cuando te burlas de ello.

—Te hago notar lo absurdo de tu molestia, fue una tontería.

—Puede ser —dejó salir el aire en sus pulmones, desfalleciendo en el asiento—. La verdad es que estoy nerviosa, poco me importa que casi tocaras mis pechos o lo que pienses de mi cuerpo.

—Me parece pertinente que te enfoques en problemas más importantes que una tonta discusión conmigo.

Estaba de acuerdo, pero no había querido ceder hasta que él lo hiciera.

—Estamos por llegar —se enderezó para ver por la ventana—. Debes estar prevenido, si ves que mis ojos se llenan de rencor y odio, detenme, porque significa que atacaré a la persona frente a mí.

—No quisiera entrometerme en tus asuntos.

—Lamento decírtelo, pero ahora cualquier problema que tenga, te concierne directamente. Te guste o no, estamos casados.

—¿Lo dices en serio? Es igual a colocarme el peso del mundo sobre los hombros —negó pesaroso—. Te la pasas en problemas, ¿se supone que he de lidiar con ello el resto de mis días?

—Pues sí —dijo molesta—. Y déjame decirte que tú no eres perfecto, ¿he de recordarte cuantas veces te libré de hombres que te acusaban de acostarte con sus hijas, esposas o amantes?

—Asuntos menores.

—Yo no diría eso —se cruzó de brazos—, sobre todo cuando estabas en paños menores, con un cojín cubriendo tus partes nobles y una mujer escondida en el armario. Si más no recuerdo, ahí no te pareció nada detestable mi cuerpo, ya que lo usé como pantalla protectora contra ese furioso hombre que amenazaba con darte un tiro en la cabeza.

—Bien, pero al menos siempre fui sincero contigo. Ahora apenas siento que te conozco —la apuntó con desprecio.

—Un secreto no te hace un desconocido.

—Quizá, sólo te hace alguien de quien desconfiar.

—¡Agh! Por Dios, eres un testarudo, espero que no te arrepientas, no es como si nunca hayas mentido en tu vida.

—Claro, pero eran tonterías… ¡no todo un pasado en el que se incluye una corona sobre tu cabeza! —gruñó histérico.

—Está bien, está bien —levantó las manos—, era un secreto grande, pero jamás pensé que terminaría así.

—Por todos los dioses, es una tontería todo esto.

—Juro que terminaré arrancándote esos bonitos ojos verdes si acaso sigues mirándome como si yo tuviera la culpa de todo.

—En gran parte lo es.

—¿Crees que brinco de alegría por estar casada con un hombre al que he visto en calzones justo después de haber estado con otra mujer?

—Al menos me sabes funcional —se tocó la barbilla—; ahora que lo pienso, no te sirve de nada saberlo, porque nunca lo comprobarás.

—¡Agh! ¡Eres un idiota!

Un chillido furioso salió de los labios de la joven cuando se lanzó al cuello de Adrien, comenzando a golpearlo de la forma que pudo en aquel limitado espacio y con él actuando en su defensa. La carroza se balanceaba de un lado a otro conforme a sus movimientos, haciendo que Alison frunciera el ceño y se asomara por la ventanilla que la

conectaba con el interior desde su asiento en la parte trasera.

La joven ladeó la cabeza un poco, desde esa posición no se podía asegurar lo que hacían; bien podrían estar dándose un apasionado beso, pero algo le decía a la nueva doncella que Pridwen estaba tratando de estrangular a su marido. Sonrió y se volvió hacia el camino, sin duda alguna eran una pareja singular. Le fue fácil acoplarse a ellos, eran cálidos y atentos, uno aprendía a quererlos al poco tiempo de conocerlos.

—¡Ya! ¡Quítate de encima! —pidió Adrien, sosteniendo las muñecas de Pridwen—. En serio, me estás molestando.

—¿Tú crees que a mí me interesa saber si eres funcional o no?

—¡Qué te muevas! ¡Ey! —ella intentaba apartarse, lastimosamente colocando la rodilla en un sitio poco conveniente—. ¡Basta! ¡Apártate!

—Me alegra que te duela, eres un engreído, maldito bastardo.

—Eres una atrabancada —la apartó, cubriendo su entrepierna con ambas manos y una cara de sufrimiento—. Si lo que quería tu padre era tener herederos, te has asegurado de que sea complicado obtenerlos.

—No eres el único hombre en la tierra, Adrien —elevó una ceja de forma suficiente—, muchos pueden hacer ese trabajo.

—¿Y pretendes que yo los reconozca? —soltó una risotada—. Jamás.

—Dejemos el tema, que me pone de nervios —cubrió sus oídos—. Por el momento no hay hijos, no los quiero ni contigo ni con nadie.

—Mmm… parece que tu cabecita tiene algo además de un manual para dejarte en vergüenza constante.

Ella entrecerró los ojos a modo de protesta, pero se abstuvo de replicar, puesto que la carroza se detuvo en aquella conocida plazuela, rodeada por los cuatro imponentes palacios que conformaban el complejo Amalienbor. Miró con tristeza aquellas ostentosas estructuras estilo rococó en las que fue tan infeliz en su infancia y una parte de su juventud.

—¿Piensas bajar o no? —inquirió Adrien desde atrás, muy cerca de su oído—. Ese mozo lleva cinco minutos esperando por ti.

—Sshh, interrumpes mi proceso de aceptación —levantó la mano.

—¡Ay, por favor! —chistó —. No seas dramática y baja ya.

—No eres tú quien está volviendo al lugar de sus pesadillas.

—Es verdad, yo apenas estoy llegando.

Los ojos turquesa se volvieron hacia él con diversión.

—Fue un buen contraataque, no diré que no.

—Salió del corazón.

—Y dices que yo soy la dramática —rodó los ojos.

Pridwen aceptó que la mano enguantada del mozo tomara la suya con delicadeza para ayudarla a bajar. En cuanto sus pies tocaron el

suelo de aquella plaza central, se vio golpeada por sus recuerdos; reconocía a la perfección las fachadas idénticas de los cuatro palacios, el camino que dirigía hacia la Iglesia de Mármol, el olor que venía del bosque y del mar que rodeaban el complejo real. Pero sobre todo recordó el dolor en el que vivió al ser excluida de toda clase de amor, era de su conocimiento que los palacios eran todos distintos por dentro, pero no porque los hubiese visitado formalmente, lo sabía porque se escabullía en ellos, anhelante de ver a su padre o hermano trabajar, escondida entre cortinas o debajo de las mesas, quería conocerlos, aunque ellos siempre la ignoraron.

—¿Pridwen? —la voz de Adrien la hizo saltar en su lugar—. ¿Estás bien?

—Sí —cerró los ojos, tratando de enfocarse en el presente—. La verdad es que no sé qué hacer a partir de este momento.

—Sus altezas —la voz modulada de un caballero llamó su atención —, es un placer verlos llegar con bien, su majestad el rey los esperaba con ansias. Si me permiten, los guiaré.

—¿El rey con ansias? —Pridwen negó con una sonrisa—. ¿Por verme?

—Por su puesto su alteza, todo palacio estaba esperando vuestra llegada, han preparado un gran banquete en su honor.

La joven elevó una rubia ceja con diversión.

—Soy tratada como la hija pródiga —dijo irónica—. ¿Quién lo diría?

—Pridwen —Adrien la tomó de la cintura con fuerza—. ¿Qué es lo que te pasa? No creo que sea la mejor forma de proceder.

—Seguro que no, pero lo que no sabes *mi amor*, es que yo jamás me he comportado como el rey quería, por eso fui exiliada.

—Basta. —Los dedos de Adrien se encajaron en la delicada cintura, aunque sin hacerle daño, fue represalia suficiente—. Lo seguiremos, señor, perdone usted a la princesa, quien está cansada por el viaje.

El hombre no parecía sorprendido por la actitud perdularia, la recordaba siendo niña y tenía las mismas fallas que entonces. Resultaba un tanto disonante que se pareciese tanto a su madre, que, al contrario de su hija, siempre fue una ejemplificación de la perfección, modales y elegancia. Era preocupante que esa muchacha que discutía con su marido fuese a ser la responsable de llevar la corona de su nación.

Cuando hubo concluido la pequeña discusión, la pareja miró al paciente mozo, quien seguía meditabundo, observando atentamente a la joven impertinente que estaba siendo reprendida.

—Estamos listos —mencionó la joven, sacando al hombre de sus más profundos pensamientos—, puede llevarnos con el rey.

—Por supuesto, por favor, síganme.

—Alison —la princesa se volvió hacia la joven que se ocupaba del equipaje de sus señores—. Pide que te lleven a la habitación que ocuparé y espérame ahí ¿de acuerdo?

—Sí —asintió sonriente, pero se acercó insinuante hasta poder susurrar al oído de la princesa—, pero toda esta gente parece pomposa, algo me dice que me querrán fuera de palacio en tres días.

—Yo diría que menos —jugueteó Pridwen—. No te preocupes, será otra cosa que tendremos en común.

Adrien extendió su brazo hacia Pridwen con intensión de escoltarla y ella, muy a regañadientes, aceptó la cortesía, apretando con fuerza el brazo para mostrar su desacuerdo con la situación. No le placía ver a su padre tan sólo llegar, esperaba tener más tiempo antes enfrentarlo.

—Pensé que te sabrías comportar —acusó Adrien en voz baja.

—Estar aquí provoca que mi usual impertinencia se desborde.

—No importa lo que sientas, ahora también representas a mi familia y no nos dejarás en ridículo por un berrinche.

—¿Disculpa? —lo miró con desagrado—. Nadie es parte de nada y si me comporto como una estúpida, mi padre será el más avergonzado, créeme.

—Tal pareciera que deseas que te quiten el derecho hereditario.

—¿De qué hablas?

—Que con este ridículo comportamiento harás recapacitar a todos esos parlamentarios sobre su aceptación a tu coronación —recriminó —. ¿No se te había pasado por la cabeza?

La confusión en la mirada de Pridwen dio la respuesta que Adrien necesitaba para saber que ella ni siquiera se puso a pensar en que podían destituirla si lo encontraban conveniente. Era verdad que era la heredera directa, pero al ser mujer, su posición se debilitaba notoriamente, incluso si el rey se aferraba a su decisión de dejarla como su sucesora, el parlamento podía mostrar su desacuerdo y nadie en su sano juicio pondría al pueblo en su contra, porque eso era el parlamento: el pueblo.

—¿Y desde cuando te interesa? —volvió la cabeza con una mirada suspicaz—. Pensé que estabas indignado por ser príncipe consorte.

—No me indigna, me parece una tontería.

—¿Por qué no tienes poder?

—¿Quién necesita de un poder ajeno? —dijo vanidoso—. Los Wellington tenemos presencia, somos reconocidos y acaudalados, no necesito de ti para tener una posición o dinero, pero por alguna razón, tu rey y parlamento pensó que tú sí necesitabas de mí.

—Te crees la gran cosa —negó furiosa.

—Pues sí, un poco —sonrió de lado, divertido por la reacción de su amiga—, pero eso tú ya lo sabías.

—Nunca me fue tan irritante.

Adrien volvió a mostrar la sonrisa problemática que a ella tanto la obsesionaba. En el pasado, cada vez que ese medio gesto aparecía, su corazón y estómago se comprimía en excitación, porque sabía el significado, quería decir que algo interesante estaba por ocurrir. Era una mezcla entre coquetería y rebeldía que lo hacía increíblemente atractivo.

En cuanto Pridwen entró al palacio del rey, la melancolía le provocó un dolor de estómago. Estaba tal y como sus ojos lo recordaba desde sus escondites seguros, incluso, por unos momentos su mente trajo el recuerdo de ver pasar al hombre del que ella anhelaba el mínimo interés, pero que en su lugar le mostraba el más palpable rechazo.

Sonrió un tanto entristecida al comprender que, a pesar de sus largos viajes entre las grandes cortes de ricos e importantes países, ningún castillo, mansión o casa le parecía más acogedor y hermoso que esos muros en las que jamás fue recibida como parte de la familia. Aunque era posible que su perspectiva preferencial era fruto de una ilusión infantil que se aferraba al deseo de ser llamada oficialmente por su padre; en ese tiempo, no le hubiera importado que fuera para verla por unos segundos, incluso se conformaría con que le dictara sus órdenes en persona.

Pero eso jamás pasó, su padre ni siquiera se presentaba en su cumpleaños, tal vez hasta se obligó a olvidarlo al ser el mismo día en el que su amada esposa falleció. De eso hacía muchos años y Pridwen agradecía que, para ese momento, ya no necesitara de él o su cariño.

—¿Pridwen?

Los ojos turquesa se levantaron hasta enfocarse en Adrien, quien estaba parado frente a ella con una expresión extraña en su rostro. La joven se obligó a salir de sus pensamientos, notando hasta ese momento que detuvo su andar y estaba petrificada en medio de la larga y decorada alfombra que llevaba hasta el despacho del rey.

—Lo siento —sonrió dubitativa—. Vamos ya.

Siguieron caminando hasta unas puertas dobles, custodiadas por dos soldados con toda su indumentaria colocada, de mirada fija y rasgos fuertes y apretados. El mayordomo que los guío se escurrió entre las puertas con la intensión de anunciar al rey de su llegada.

La momentánea soledad permitió que Adrien soltara la mano que su brazo custodiaba para enfrentar a la joven que seguía con un velo del pasado cubriendo sus esplendorosos ojos.

—De verdad que este lugar te perturba.

—No tienes una idea de cuánto —aceptó la mujer, tocando su vientre.

—Lamento que te ponga de este modo, pero lo mejor que puedes hacer es levantar la cabeza y demostrar tu valía.

Ella dibujó una sonrisa que rápidamente se difuminó.

—Jamás pensarán bien de mí, me detestan tanto como yo a ellos.

—Disimula, entonces.

En ese momento, las puertas del despacho se abrieron desde el interior, dejándolos momentáneamente cegados ante el resplandor del sol que entraba con toda libertad a la estancia que se extendía ante ellos.

—Dios mío —se quejó Pridwen, colocando una mano frente a sus ojos—¿Era su intensión dejarnos ciegos?

—Tal parece que sí —murmuró Adrien, tan encandilado como ella.

—Lamento eso.

La cálida voz varonil provocó una sensación extraña en Pridwen, quien rápidamente apartó la mano y luchó porque sus pupilas se acostumbrarán a estar parada frente al sol. Eventualmente lo logró y para cuando la silueta del hombre fue algo más que una mancha, sus ojos lograron notar los detalles de un hombre mayor, canoso, de ojos color oro, con arrugas, pero con una constitución que seguía siendo fuerte.

—Su majestad —Pridwen hizo una exagerada reverencia de la cual no se levantó—. Me conmueve que nos recibiera usted en persona, sobre todo siendo un hombre tan ocupado.

El hombre observó con detenimiento a la joven que claramente se burlaba de él con aquella genuflexión que no debería acontecer entre un padre y una hija que estuvieron distanciados por más de siete años. Ni siquiera le permitió verla correctamente, su largo cabello hacía un buen trabajo cubriendo gran parte de su rostro de piel tan pálida que los rayos del sol se reflejaban en ella como un espejo.

—Un placer conocerlo, su majestad —se adelantó Adrien, haciendo una reverencia cordial para después deslizar una mano suave sobre la espalda de su esposa, pidiendo que se irguiera—. Adrien Collingwood.

A pesar de que su hija había dado su brazo a torcer y levantaba el rostro, los ojos del rey se posaron sobre el hombre que la acompañaba. No cabía duda que era un Wellington, con esa mirada recia, confiada e inteligente, solían actuar de forma modesta, pero resultaba una obviedad que conocían su superioridad respaldada en su riqueza, posición y mente privilegiada con la más basta educación fomentada hacia pensamiento propio.

—El placer es todo mío —la voz del rey estaba impresa de admiración y un fuerte sentimiento de orgullo—. He de aceptar que fue toda una sorpresa que aceptara el matrimonio, pese a que su padre es un hombre que sigue ordenes sin replicar, conozco a su madre y, a lo que sé, usted tiene bastante de ella.

—Al final, todos somos súbditos del rey, por más títulos nobiliarios que tengamos, debemos acatar ordenes, como el resto de las personas.

—Ya veo. —El rey parecía sacado de un sueño—. Puedo notar tu espíritu muchacho, pese a que lo reprimes, es más que obvio que detrás de tu aparente estoicidad, hay toda una tormenta que apenas se contiene.

Los iris verdosos de Adrien buscaron endurecerse para mostrarse impenetrables al comprender que el rey era más astuto de lo que pensó, había logrado leerlo con facilidad.

—Estoy agradecido por el compromiso —colocó la mano en la cintura de Pridwen, quien se entretenía en un horrible cuadro de su bisabuelo—, pese a que nos tomó por sorpresa, la princesa y yo estamos felices.

La joven regresó un ceño fruncido hacia él. Según ella, eran todo menos felices, pero entendía lo que hacía: disimulaba. Algo que ella no podía hacer cuando escuchaba las gotas de alegría que emanaban del rey por tener a un hombre como el heredero de los Collingwood en el palacio. ¡Qué mejor! En el trono, sentado junto a su atolondrada hija que nunca dio el ancho para ser una princesa, mucho menos una reina.

—Hija. —La palabra sonaba tan irreal en sus labios, que poco le faltó a Pridwen para burlarse—. ¿Te parece una reverencia la forma de saludar a un padre que no te ha visto en tanto tiempo?

—No recuerdo que a su majestad le molestara —insinuó sin siquiera posar su mirada sobre él—. Y con lo del uso de la palabra *hija*, agradecería que me nombrara como hasta ahora lo había hecho en asuntos oficiales; princesa Pridwen, creo recordar.

El rey no pudo evitar sonreír un poco, ahora que tenía el rostro levantado -aunque vuelto hacia otro lado-, podía notar lo estilizada de sus facciones, en definitiva, se habían acomodado adecuadamente tras el paso de la pubertad, era una hermosa señorita de estructura delicada, delgada y estilizada, como lo fuera la de su madre.

—¿Podría al menos mirarme, princesa Pridwen?

La joven se mantuvo en su postura por un largo rato, pero al final decidió acabar con ello y posó sus ojos turquesa en los de su padre, quien repentinamente palideció al punto que parecía que caería desmayado.

—¿Majestad, quiere que llamemos a alguien? —ofreció Adrien.

—No, no —el rey negó con un hilo de voz, buscando un asiento para cuando sus rodillas dejaran de sostenerlo—. Estoy bien, no se preocupen.

Pridwen no se había movido de su lugar, se mostraba altiva y vanidosa, incluso parecía levantar un poco la cabeza como si de esa forma denigrara al rey por su muestra de debilidad. No parecía complacida, pero tampoco preocupada por el malestar de su padre. De alguna forma se sintió poderosa, porque pensó que sería ella la que se

desvanecería ante la presencia de su padre y no al revés.

—Creo que lo mejor sería dejar descansar a su majestad —dijo Pridwen con una voz que sonaba divertida—, parece que recibió un fuerte impacto.

El rey no contestó, tampoco la miró, de hecho, quería que se fuera.

—Lamento esto —dijo el hombre desvanecido en su sofá—, pediré que los lleven a sus habitaciones.

—Con su permiso, su majestad.

Pridwen se inclinó ante el rey y sonrió hacia su amigo, quien se mostraba confuso, pero la siguió sin protestar. Al fin de cuentas, si a ella no le importaba la salud de su padre y rey, a él mucho menos.

Capítulo 14

Copenhague, Dinamarca
Palacio Schak, residencia del Rey

El soberano permanecía sentado en su asiento con la mirada perdida, desde hacía buen rato que no lograba enfocar su cabeza en otra cosa que no fuera el momento en el que vio el rostro de su hija hacía unas cuantas horas. No podía creer el parecido que existía entre ella y su difunta mujer, su gran amor, la reina venerada por el pueblo y madre de su único varón.

Esa muchachita tenía el mismo rostro imperioso y lleno de gracia que su querida Ailén. Incluso sus ojos eran del mismo color, con una intensidad que desarmaba y una chispa de contagiosa alegría que te recordaban a cada instante las razones por las cuales se deseaba vivir. Incluso le heredó esa piel traslucida que en vida de su esposa fue motivo de sus constantes burlas, de un pálido enfermizo que rivalizaba con la palidez de su mismo cabello rubio. Era idéntica, no sólo en físico, sino en su carácter poco reflexivo, rebelde, llena de vivacidad.

—¿Esposo? —la puerta de su despacho se abrió—. Me enteré de lo sucedido, ¿es que te encuentras mal?

—No. —Levantó una mano para que ella no fuera a abrazarle—. Me impacté, eso es todo.

—¿Debido a qué, esposo? —dijo en un tono más cortante.

—Pridwen ha llegado a palacio hace unas horas —informó—. Ella y su esposo. Supongo que tendrás todo listo para su recibimiento.

—Como me lo pediste, esposo.

—Bien, bien —meneó la mano, esperando que de esa forma su mujer desapareciera, pero sabía que no tendría tanta suerte.

—¿Qué fue lo que te dejó en este estado?

La mujer se inclinó hasta tomar el brazo que el rey tenía en el repose de la silla en la que estaba sentado.

—Ella… se parecen mucho.

—¿De qué hablas?

—Ailén —la reina desfiguró su rostro ante el nombre—, se parece demasiado a ella, por no decir que es idéntica.

—Seguro que te habrá deslumbrado el sol —la mujer se puso en pie y buscó algo qué hacer—. No es posible que una persona se parezca tanto a otra, tendrá similitudes, pero…

—Te digo que es idéntica, ¿por qué mentiría?

La reina le daba la espalda a su marido, podía sentir el cariño en la voz del rey cada vez que hablaba de esa mujer muerta. Y ahora la hija, jamás se refirió a Pridwen como algo más que una carga de la cual debía ocuparse, pero ahora que la encontraba tan parecida a su

madre, todo parecía haber cambiado y eso era peligroso para ella.

—Claro, amor, claro —trató de apaciguar—. Lo lamento, es sólo que no deseo que te tortures por ello.

—Desde chica lo noté —dijo con tristeza—. Sabía que se parecía a ella y por eso la alejé de mí. Ahora está resentida conmigo y tiene razón.

—¿Es por eso que has dispuesto sus cámaras en este palacio? —La voz de la reina podía sonar a reclamo, pero ella sabía disimular a la perfección su desagrado—. Pensé que le darías el palacio del príncipe heredero, que pasa a ser de ella directamente ahora que Walid ha fallecido.

—La quiero cerca —gruñó—. Aún tiene mucho que aprender.

—Iniciando por su comportamiento, dudo que sepa comportarse en una corte, con eso de que huyó antes de ser presentada en sociedad…

—Tengo todo previsto, aunque dudo que no lo sepa hacer bien, hasta donde sé, vivió con tíos de parte de su madre, altos nobles que seguro no le dejaron pasar su falta de modales.

—Esperemos eso, puesto que será reina.

Los ojos del hombre viajaron en la distancia mientras distraídamente entrelazaba sus dedos y los colocaba sobre sus labios de forma pensativa.

—Me imagino que se molestó cuando le dijeron que sus aposentos estaban en este mismo palacio.

—Según las doncellas, replicó un poco.

—¿Qué tanto?

—Gritó bastante y blasfemó otro tanto.

El rey dejó salir una carcajada.

—Ya lo creo que sí —se puso en pie—. Les dieron una habitación compartida, imagino yo.

—Pese a que pidieron lo contrario, se quedarán en la misma recámara.

—¿Por qué querrían habitaciones separadas? Acaban de casarse.

—Es costumbre de la clase alta inglesa, sin mencionar que tal vez el heredero no la encuentra tan agradable como tú.

Fue un movimiento peligroso, pero la reina se libró de una posible discusión debido a que su marido se encontraba tan inmerso en sus pensamientos, que apenas le prestó atención.

—Parecían normales cuando llegaron —reflexionó el rey—. ¿Será acaso que era una mentira planificada?

—¿Por qué deseas que ese matrimonio funcione, Werner?

—Porque, querida mía —dijo con ironía—, esa alianza es beneficiosa, sobre todo el fruto que vendrá de ella.

—¿Te refieres a los hijos?

—Por supuesto —el hombre se puso en pie y pidió un vaso de coñac

a uno de los mozos dispuestos en la habitación—. ¿crees en serio que deseo que un extranjero reine Dinamarca? —negó—. Claro que no. Lo que quiero es la alianza y, si tienen un hijo con la rapidez suficiente, lo enseñaré a ser el rey que debe ocupar mi lugar.

—Con que ese es tu plan —sonrió la reina—, qué maquiavélico eres.

—Es por el bien de este país, el nacimiento de un niño es necesario.

—Si yo te diera un hijo… entonces todos los problemas acabarían.

El rey elevó el rostro con una ceja encanecida y recorrió a su mujer.

—¿Lo estás?

—Podría ser —se inclinó de hombros con una sonrisa.

—Eso ahorraría muchos problemas —asintió—. Pero mientras tanto, he de seguir con lo establecido.

—¿Seguirás dejando a Pridwen como tu heredera?

—Por supuesto, necesitamos esa estabilidad.

La reina se llevó una mano al vientre y deseó que al fin pudiera darle el varón que tanto ansiaban. De esa forma aseguraría su posición para siempre y podría deshacerse de una vez por todas de ese maldito recuerdo que era la fallecida esposa de su marido.

Tendría total libertad de colocar a sus hijas en posiciones adecuadas, y siempre sería la madre del rey, una posición que ni siquiera la esposa del soberano podía superar. Era lo que ansiaba y lo que temía perder.

Palacio Schak
Habitación de la princesa

Adrien se encontraba recostado boca arriba sobre la cama matrimonial que les habían designado. Era una habitación espaciosa, agradable, tenía baño propio y una buena vista hacia el jardín; el único inconveniente que le encontraba, era el ave parlanchina que venía incluida con la alcoba.

—¡Es en verdad increíble! —se quejó Pridwen por cuarta vez—. ¿Viste cómo me miró? ¡Era como si viera un fantasma!

Tendría que compartir recámara con esa cacatúa que trinaba sus quejas e insultos dirigidos a personas, tapetes y recámaras sin distinción alguna. Todo parecía molestar a la princesa heredera y desde hacía tiempo Adrien comprendió que no se podía razonar con ella, así que tomó la inteligente decisión de dejarla despotricar.

—…Además, me encadena aquí junto a él ¿sabes por qué lo hizo? —apuntó a su despreocupado marido, quien seguía con la mirada en el techo—. Porque quiere vigilarnos, ¿sabes por qué necesita vigilarnos?

—Seguro me lo dirás.

—Porque quiere nietos, ¡Nietos que hereden la corona! —levantó los brazos histérica—. No le daré el gusto, Dios sabe que no se lo daré.

—Supongo que yo tampoco —sonrió Adrien, a sabiendas que ella no prestaba atención a sus palabras.

—Jamás pensó en mí como su heredera, quiere que tus hijos sean los verdaderos herederos ¿viste con la ilusión que te miró? —siguió dando vueltas en la habitación—. ¿Es que su esposa no puede embarazarse más?

—Mmm… tal vez él ya no pueda con la tarea, ¿Cuántos años tendrá el rey? —Adrien miró hacia la parte superior derecha de sus ojos—. ¿Sesenta? ¿Setenta? Claro que si ella hace el trabajo…

—¡Me arrebataría a mi hijo! —ella golpeó sus muslos—. Pero claro, lo educaría desde la infancia y si hereda tu carácter petulante, Adrien ¡qué mejor! Porque es lo que se necesita para ser un rey.

—Quizá exista una manera de seguir procreando aún en la vejez…

—¿Me estás escuchando? —se quejó al fin.

—No, para nada —sonrió Adrien—. Aunque tú tampoco me prestabas atención a mí, así que estamos a mano.

—Esto es serio, ¿qué no te das cuenta de la situación?

Adrien la vio acercarse lentamente, se subió a la cama donde él estaba recostado y se sentó a horcajadas sobre su cuerpo, tomando sus manos para aprisionarlas contra el colchón. Era un movimiento arriesgado para una joven impoluta, pero él seguía relajado e impasible, admirando el cuerpo femenino que se cernía sobre el suyo.

—¿De qué quieres que me dé cuenta? —sonrió divertido, volteando

la posición con facilidad—. Creo que desde hace tiempo te advertí que no éramos más que yegua y semental. Siempre tuve en claro que tu padre no me quería para el trono, represento un peligro. Lo que ansiaba era el poder y posición de los Wellington y tú, princesita, eres la sangre que necesita, ¿Qué mejor que un hijo que provenga de nosotros?

Los ojos turquesa lo recorrían con sorpresa, no podía creer que se encontrara tan conforme, aunque conocía el engaño del rey.

—¿Y estás tan tranquilo?

—¿Tranquilo? —negó sonriente—. Me enfurece, más que otra cosa.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Yo? —se apartó de ella—. Nada. Y cuando digo nada, es nada, si yo no participo, es imposible que tú tengas un hijo.

—Lo sé —dijo obvia—. Pero eventualmente se sabrá que algo anda mal.

—Espero que logremos que el pueblo nos quiera lo suficiente como para que no reclamen la falta de herederos con prontitud.

—Ah, ¿sí? —se cruzó de brazos—. ¿Cómo haré eso?

—Tendremos que enfocarnos en sus necesidades, en sus carencias.

El brillo en el rostro de su amiga era lo que Adrien necesitaba para saber que la inspiró lo suficiente como para poder desentenderse del asunto. Ella era más que capaz de ganarse un pueblo; era encantadora, dulce y entregada. Dinamarca caería a sus pies en poco tiempo lo cual los enfocaría en ella y no en el matrimonio que debía estar dando hijos a la corona, como era el deseo del rey y posiblemente del parlamento.

Y mientras Pridwen ejercía su labor como princesa, el disfrutaría de esas vacaciones forzadas en ese elegante palacio, lejos de las ocupaciones del ducado que fuera a heredar, enfocado en pasar un buen rato con sus amigos, que no tardarían en llegar; quizá hasta podrían formar un equipo de polo y jugar un poco contra los daneses.

Por primera vez no sería él quien se ocuparía de la situación, era problema de Pridwen y sería ella quién se llevaría el trabajo duro. Claro que aceptaría si de vez en cuando necesitaba de él para su imagen, pero de ahí en más, no aportaría nada.

—Pero claro —asintió la muchacha después de una larga meditación—, tienes toda la razón Adrien, eso es lo que tenemos qué hacer.

—Usualmente la tengo —se sentó junto a ella—. Mientras eso ocurre, sigámosles la corriente, durmamos en la misma habitación, actuemos como dos enamorados que buscan concebir. No es que sea algo nuevo dormir juntos, si más no recuerdo, desde hace tiempo te escabullías hasta mi recámara, al menos lo hacías cada que podías.

—Haces que suene terrible —dijo meditabunda, sin prestar

demasiada atención—. Sí, supongo que dormir contigo no es la gran cosa, por el momento, me enfocaré en descubrir lo que sucedió con mi hermano.

Adrien giró la cabeza hacia ella.

—¿Hablas en serio?

—Claro. Creí habértelo dicho, lo que le pasó a él, me puede pasar a mí y yo quiero vivir. —Se puso en pie y caminó por la habitación—. Incluso el conde Durham me lo advirtió el día de la boda, no sé por qué, pero siento que algo tiene que ver la reina en todo esto.

—No es una mala conjetura, el que tú mueras da espacio para que alguna de sus hijas ocupe el lugar en el trono.

—Y tiene a la candidata ideal para el puesto —juntó sus manos y pestañeó dramáticamente—. La perfecta Agatha.

Adrien frunció la nariz.

—Tiene nombre de anciana.

—Pues el nombre es lo único que falló en esa chica, porque de ahí en más, Agatha es la perfección encarnada.

—¿En serio? —inquirió con una sonrisa coqueta—. ¿Qué tanto?

Pridwen rodó los ojos, tomó una almohada y con ella lo golpeó en la cara, sacando una risotada varonil que terminó por contagiarla.

—Lamento informar que está casada —su voz se volvió amargosa—, su unión fue estratégica, se casó con un noble muy importante de Dinamarca. La pareja perfecta para reinar, supongo que en eso pensó la reina.

Adrien asintió sin recelo.

—Seguro que su madre pensó que, de faltar un heredero de su seno, ella ocuparía el trono, fuiste un eslabón que no contempló.

—¿Por qué lo haría? —se puso de pie y fue hasta la ventana, cruzándose de brazos, observando el hermoso jardín—. Yo fui la hija rebelde, la indeseada, la que huyó antes de que la desterraran. Lo preferí.

—Correr antes de ser corrida —Adrien asintió de acuerdo—. Hubiera hecho lo mismo de haber sido mi caso.

—Pero matar a mi hermano fue un exceso, la ambición de esa mujer es escalofriante —lo miró preocupada—. Y lo peor es que nadie ha podido descifrar qué fue lo que ocurrió o dónde lo mantuvieron cautivo durante tanto tiempo, sobre todo sin ser encontrado.

—Es extraño, tienes razón, pero no comprendo cómo harás para investigar. Si tu padre puso todo un país de cabeza y no fue capaz de encontrar nada, ¿qué hará diferente tu búsqueda?

—Que mi vida depende de ello y a mí me encanta vivir.

—Me alegra que tu suicidio no debe ser una de mis preocupaciones.

—Es más probable que tú quieras aventarte de esta ventana —apuntó la joven—. Yo aún tengo muchas cosas qué hacer.

—¿Y yo no?

—No lo sé —se inclinó de hombros y volvió los ojos hacia el césped que resplandecía bajo el sol—. Pero seguro es lejos de aquí.

—Quizá.

Pridwen bajó la mirada y sonrió. La abrumaba pensar que de un momento a otro Adrien se iría, dejándola con el peso de una corona, pero sobre todo la entristecía. Sabía que volver a ser libre era lo que él más anhelaba, aunque deseaba pensar que eso pasaría en mucho tiempo.

—Esperemos que esta alianza no termine por destruir nuestra amistad.

—¿Qué amistad, Pridwen? —el hombre ladeó la cabeza—. Justo ahora, ninguno nos conocemos en realidad.

—Tal vez tengas razón.

Se escucharon dos toques preventivos sobre la puerta antes de que esta se abriera sin permiso, dando paso a una conflictuada Alison, quien luchaba por no dejar caer al suelo las toallas, mantas y cremas que equilibraba en una montaña que le ahorraron dos vueltas a la cocina.

—Lo siento —dijo tambaleante—, aquí traigo lo que me pidieron.

—Tan oportuna como siempre, Alison —dijo Adrien, acercándose para tomar algunas de las cosas que estaban por caer—. Tomaré una ducha.

El hombre silbó alegremente la nueva cancioncilla que su esposa había estado canturreando sin parar. Aquel melodioso sonido se atenuó únicamente cuando la puerta del baño se cerró y el sonido del agua fue más fuerte que el aire que dejaba salir de sus pulmones.

—¿Discutían de nuevo?

—No te preocupes —sonrió Pridwen—. Tan sólo hablábamos del curso que seguiría nuestra vida a partir de venimos a vivir aquí, ya nos conoces, gritamos cuando estamos en desacuerdo, somos igual de testarudos.

—De todas formas, se ve que te adora con el alma, te ama mucho.

—¿En serio? —la miró con una modesta alegría—. ¿Por qué lo dices?

—Bueno, por la forma en la que te mira, la paciencia que te tiene, el cómo se ríe de alguna de tus ocurrencias.

—Lo que pasa es que éramos amigos antes de casarnos.

—Oh, eso tiene mucho que ver, sin dudas.

La joven guardó silencio mientras ordenaba cuidadosamente las ropas de Adrien sobre la cama, estiraba las sábanas o colocaba frasquitos de su señora sobre su tocador, en ocasiones curioseando los olores o la textura de las cremas que la princesa colocaba sobre su delicada piel.

—Dime Alison, ¿Cómo te han tratado hasta ahora?

—Pues se ve que no les agradan las visitas extranjeras, mucho menos las de otro continente, pero se aguantan y no me dicen nada. Seguro que sólo porque soy tu doncella, de no ser así, estaría en la calle.

—No te preocupes por ello, con el tiempo se calmarán sus celos.

—Eso espero. —La joven tomó una falda recién planchada de su señora y la estiró en un gancho—. Por cierto, me encontré con otras princesas.

—¿Otras princesas?

—Sí, una muy caprichosa y con voz de silbato; otra con la que casi tropiezo, tirada en el suelo leyendo una novela que yo recomendaría para alguien mucho mayor ¡ah! Y en la cocina había otra, una muchacha muy rara que estaba robando zanahorias para sus conejos o algo así.

—Así que todas viven aquí —comprendió Pridwen.

—¿Son todas tus hermanas?

—No. Bueno sí. Son medias hermanas —esclareció.

—Ah, ya —asintió la joven—. Pues son igual de raras que tú.

—Oye —reclamó.

—¿Qué? Sabes que es verdad. —Alison golpeó una falda para quitar el polvo en ella y negó—. No puedes salir con estas garras.

—Alison, ¿por qué te la pasas criticando mi ropa?

—Por favor, es que incluso la chiquilla con voz de pita estaba mejor vestida. No permitiré que le ganen, no señor.

—Nada se puede hacer, no tengo otros vestidos, lo sabes.

—Primero, le prestaré otro mío y después, iremos a encargar unos a la altura de una princesa —guiñó el ojo—. Conozco la forma de hacer que el busto se vea mucho más grande de lo que realmente es.

—¡Qué! —Pridwen se avergonzó—. ¿Para qué querría yo eso?

—Mmm… es verdad, tú ya estás casada, no podrías engañar a tu marido, él de todas formas ya te vio ¿cierto? —se inclinó de hombros —. Bueno, qué más da, lo haremos para que todos te envidien.

—Alison, pero ¿qué dices? No quiero que nadie me envidie ni tampoco deseo un vestido que me apriete el pecho para hacerlo ver más grande.

—Pero se verá hermosa, lo prometo.

—No —le exigió—. Manda a hacer vestidos si quieres, pero nada de excentricidades ¿estamos de acuerdo?

—¿Y qué me dice de uno que otro negligé atrevido?

—¡No!

—Eres tan aburrida Pridwen —le quitó importancia la muchacha—. Bien, veré que hacer con tus absurdas indicaciones.

La puerta que conectaba con el baño se abrió, dando la bienvenida a

una nube de vapor que salió acompañando a Adrien, quien estaba a medio vestir, únicamente con un pantalón puesto y la toalla alrededor de su cuello, haciendo gala de su cuerpo trabajado. Pridwen rodó los ojos cuando la mirada de la pobre Alison no pudo despegarse por más que la vergüenza o el pudor se lo pidiera.

—¿Podrías terminar de vestirte? —pidió la princesa—. ¿Qué no ves como has dejado a la pobre Alison?

—Olvidé mi ropa —dijo divertido.

Pridwen entrecerró los ojos y fingió desinterés, volviendo su mirada hacia el armario, disimulando así el sonrojo de sus mejillas y el acelerado palpitar de su corazón. Adrien era un hombre hermoso, y aunque no era la primera vez que lo veía sin camisa, jamás se cansaría de admirarlo; entendía a la perfección la obsesión que las damas tenían por acercarse a él para toquetearlo, incluso aunque estuviera sudado después de jugar un partido de polo bajo un sol abrasador.

—Alison —la princesa subió un pie al armario y se estiró para llegar a una parte alta—. ¿Podrías pasarme el corsé rosa que dejé sobre el baúl?

Pridwen estiró la mano, pero al pasar los segundos sin una respuesta, volvió la vista, encontrándose con un divertido Adrien, quien la miraba con una ceja levantada y una sonrisa traviesa.

—¿Quieres que yo lo haga en su lugar?

La joven resopló, bajó del mueble y lo miró enojada.

—¿Ves lo que ocasionas?

—¿Es mi culpa?

—Como no va a serlo, ¿a quién se le ocurre salir medio desnudo de un baño? Es normal que la pobre se impresionara.

—Agh, por favor, no será el primer cuerpo varonil que viera en su vida.

—Tu cuerpo no es como el de los demás —dijo sarcástica, yendo por el corsé que nadie le había pasado—, eres mucho más… fuerte.

—¿Y eso te gusta?

Ella levantó una mirada entrecerrada.

—¿Por qué me importaría?

Adrien la miró sobre su hombro. Había estado sentado en la cama, colocando sus zapatos mientras hablaban, pero no pudo evitar sonreír con malicia al escuchar esa pregunta. Ella lograba golpear su vanidad con demasiada facilidad, lo cual lo provocaba al deseo de intimidarla un poco, quizá hacerla tragar sus palabras y la única forma de hacerlo era con algo que ella desconociera, que resultaban ser muy pocas cosas, porque Pridwen incluso podía preguntar sobre sexo sin sentirse avergonzada.

Sin embargo, cuando experimentaba lo que preguntaba, se volvía un corderillo asustado e inexperto, mientras que él era una pantera, una

que caminaba sigilosa hasta su presa.

—Teóricamente, *mi amor,* soy tu marido —le tomó la muñeca y la colocó sobre su pecho—, y todo lo que soy, todo lo que tengo, es tuyo.

Ella levantó un par de ojos vacíos e imperturbables hasta clavarlos sobre los de él con apenas una expresión de fastidio.

—Si eso fuera verdad, me importaría —apartó la mano—. Pero no es así, así que deja de hacerte el interesante y termina de vestirte.

Dio media vuelta envuelta en dignidad y gracia, dirigiéndose con presura hacia el baño, desesperada por encerrarse para estar lejos del hombre que le ponía los nervios de punta. Una vez dentro, se vio en la libertad de recostarse contra una pared y desvanecerse hasta quedar sentada, admirando la mano que por unos segundos estuvo sobre el cuerpo cálido de su amigo. Suspiró. Quizá para Adrien su presencia fuera más insignificante que la de un tapete, pero para ella era todo un reto estar a su alrededor y no derretirse ante sus infaustos coqueteos.

—Pridwen. —Adrien tocaba la puerta del baño—. Nos han venido a informar que tu familia está esperando por nosotros.

Al escuchar esto, la princesa se puso en pie, caminó hasta el lavabo y lanzó agua a su rostro, ansiando que la confusión se desvaneciera de su mirada. Se vio en el espejo y frunció el ceño. Tenía cosas más importantes en las qué pensar. Adrien debía quedar muy por debajo en su escala de prioridades, sobre todo cuando se encontraba en una zona hostil como lo era su antiguo hogar, repleto de gente que ansiaba sus errores.

Capítulo 15

Estaba cansado de esperar, había perdido la cuenta de cuantas vueltas dio alrededor de la habitación tratando de no perder la paciencia. Se consideraba un hombre que conocía lo suficiente a las mujeres como para no apresurarlas mientras se arreglaban, tenía tres hermanas y en ese sentido, todas solían ser iguales. Pero francamente su nueva esposa había superado la medida ordinaria, al punto que Adrien se preguntaba si acaso la estarían transformando en otra persona.

Volvió la mirada por milésima vez hacia la puerta cerrada del baño y suspiró desalentado. Regresando su atención a la ventana, hacia la vida que estaba aceptando llevar al seguir casado con esa mujer. Destinado a estar lejos de sus amigos, de su familia e incluso de la propiedad que pasaría a él cuando llegara el momento. Ahora que lo pensaba, lanzarse hacia la muerte no sonaba del todo mal.

—¡Vamos, Pridwen! —gritó, sintiéndose enervado tras esa línea de pensamiento—. ¡Es sólo tu familia, no un evento al público!

—¿Crees que estoy más feliz aquí dentro? —inquirió la joven desde el baño, con una voz apretada y molesta—. Es a mí a la que quieren asfixiar.

—Ojalá que Alison lo logre.

—¡Ay, señora! —reclamó la nombrada—. Si vuelve a intentar morderme le juro que le daré un buen golpe.

—¿Aun no te cansas de hacerme daño?

—No sea exagerada.

Adrien rodó los ojos al escuchar la pequeña disputa entre su esposa y la doncella que había recogido en un tren. Debía admitir que había sido una buena decisión, de esa forma Pridwen estaba más tranquila, se distraía pese a que era obvio que no podía evitar la tensión de estar en ese lugar que detestaba. El hombre suspiró al darse cuenta que aún faltaba un buen rato para que saliera, así que fue a tomar asiento en la elegante sala que estaba dispuesta dentro de la habitación, subió los pies a la mesa central, aceptando que era una acción reprochable, incluso podía oír la voz de su madre regañándole. Pero no estaba en casa y su madre estaba muy lejos.

—Estoy lista.

Adrien volvió el rostro hacia la mujer que estaba enfundada en un vestido diseñado en los estándares actuales de la moda. Aún le era un tanto disonante verla en tal elegancia, cuando lo normal era que estuviera vestida con ropa que le resultaba más cómoda, en ocasiones desordenada, alocada o un tanto excéntrica; aunque su belleza resaltaba en ambas situaciones, era una mujer que llamaba la

atención, aunque no se lo propusiera.

—¿Qué? —ella apartó la vista del espejo para mirarlo a él con un ceño preocupado—. Me veo ridícula ¿verdad?

—No se atreva a contestar afirmativamente —apuntó Alison hacia el caballero—. Mucho me costó que se lo pusiera como para que la desanime.

—No iba a decir nada, ¿nos vamos? —exigió exasperado.

—Espere, espere —Alison levantó las manos—. ¿Cómo que "no iba a decir nada"? Me esforcé mucho en esto, al menos quiero un elogio.

Adrien soslayó una rápida mirada hacia una satisfecha Pridwen, quien esperaba a que cumpliera con el requerimiento de la doncella que no sabía cuál era su lugar en el mundo, en ese mundo de etiquetas y clases.

—Te ves bien —dijo escueto—. ¿Nos vamos?

—Nos vamos —Pridwen asintió satisfecha, guiñando un ojo a su doncella que no hacía más que reír a lo bajo—. No me esperes, ve a dormir.

—Sí señora, espero que el señor sepa como desabrochar el vestido —dijo mordaz—. Ya ve que el ganchito de arriba se atora.

—Oh, es verdad, tendrás que explicarle.

—Claro, mire señor, sólo es juntar la tela y después…

—¡Sé cómo abrir un maldito vestido! —Para ese momento, el hombre estaba fuera de sus casillas—. Vámonos ya.

Las mujeres dejaron salir una carcajada que logró desquiciar a Adrien, quien tomó la mano de su esposa para jalonearla por el pasillo, incluso mientras bajaba las escaleras.

—¡Ay! ¡Adrien! —ella intentó soltarse para que él no lograra asesinarla —. No puedo creer que la impuntualidad te moleste tanto.

—Es de familia.

Ella sonrió abiertamente, ya sin luchar por ser liberada.

—Los Collingwood son extraños —asintió—. Aunque he de admitir que me sorprende que tu madre sea puntual, ella parece más de la clase que vive su vida de forma desordenada, divertida.

—Te sorprenderías.

—Seguro que sí, aunque la duquesa y yo nos llevamos de maravilla ¿recuerdas aquel día que la ayudé a escapar a ese bar extraño que según ella era popular? —Pridwen levantó la mirada, pensativa—. La verdad es que yo nunca escuché de él, pero la duquesa se sabía hasta la calle.

—Claro que lo recuerdo, padre estaba furioso con las dos.

—La que se pasó de copas fue tu madre —se excusó.

Adrien se detuvo en seco y la enfrentó.

—Mi madre no se podía sostener —dijo enojado—, pero tú no parabas de vomitar, si más no recuerdo.

—Esa carroza se movía mucho —se inclinó de hombros y lo apuntó con la mano que él tenía prisionera— y el aire frío no ayudó.

Adrien liberó la mano de Pridwen, notando cuando ella bajaba el brazo para tomar con sutileza su muñeca, masajeando la zona. Se sorprendió al percatarse que no midió la fuerza con la que la tomaba; dudaba que le hubiera hecho un daño que dejara huella, pero de todas formas se preocupó, al punto que no pudo detenerse cuando se adelantó y tomó con delicadeza su mano, frotando la zona para reconfortarla.

—Dime algo Pridwen —la miró mientras continuaba con su tarea—. ¿Te comportabas aquí igual a como lo hacías en Londres?

—No tomaba tanto —sonrió—, aunque seguro que todos pensaban que hacía algo más que tomar. Sobre todo, cuando dejé salir un montón de pavorreales que corretearon por el palacio mientras yo reía como loca.

Los ojos verdes fueron cubiertos suavemente por los párpados que cayeron en una acción pesarosa, privándola de la intensidad de su mirada que oscilaba entre la histeria y la desesperación

—Entiendo que esta gente no te quiera, tienes fama de revoltosa —la acusó, soltando su mano—. Y lo peor es que no se equivocan.

—Siempre pensé que era adoptada —sinceró divertida—, pero aseguran que mi madre me expulsó de su cuerpo y que por eso mismo murió.

Adrien encajó su mirada en ella al escuchar esto.

—No te queda.

—¿De qué hablas?

—No uses el humor para intentar apaciguar el dolor que se expande en tu interior. —Adrien se llevó una mano hasta los ojos, masajeándose para aliviar el dolor—. Mira, sé que esto es difícil, pero si quieres conseguir tus objetivos, tienes que ser más lista.

—¿Qué objetivos?

—Creía que querías la corona.

—Sí —aceptó, de pronto muy seria—. Quiero demostrarles quién soy.

—Estoy de acuerdo, pero esta —la señaló y negó—, esta no eres tú.

Pridwen dejó salir el aire de forma brusca, casi resoplando.

—¿Por qué me ayudas?

—Contigo al mando, quizá me puedas dar la libertad.

Pridwen sintió como si la acabasen de golpear en el estómago, ella misma había pensado en esa opción, pero rápidamente la descartó al encontrarla una locura, sin mencionar que no era lo que quería. Necesitaba a Adrien a su lado, de muchas más formas de las que podía admitir frente a él. No sólo como la imagen de un buen marido, sino porque era su amigo, su compañero y confidente, al menos, antes lo

era.

—¿Un divorcio? —la joven negó rotundamente—. Pero en la realeza jamás… menos en la persona que será rey o reina.

—Siempre hay una primera vez.

—Y mira qué bien salió en tu país —se quejó la joven—. ¿Quieres ser decapitado o algo así? No creo que estés tan desesperado.

—Claro que no. Hay formas de divorciarnos sin hacer tanto escándalo, que será lo indicado en esta ocasión.

—¿Qué se supone que argumentaríamos?

—Hay muchas opciones —Adrien se inclinó de hombros—: falta de herederos, el que no haya consumación, que nos dejamos de tolerar, meter el miedo de que yo regiría en tu lugar porque te tengo dominada.

—Claro —ella masajeó su barbilla—, lo último los pondría locos.

—Exacto. Y ese sentimiento se fortalecerá cuando no concibamos hijos —elevó la ceja del mismo lado que su sonrisa se torcía peligrosamente—. Es un plan brillante ¿no lo crees?

—¿Cuándo lo pensaste?

—En mi eterna espera a que salieras.

Pridwen mordió sus labios suavemente, no podía obligarlo a quedarse a su lado, aunque quisiera negarse a la idea, sería egoísta y muy injusto. La que deseaba esa corona era ella, mientras que el único deseo de Adrien era recuperar su libertad, con ello volvería a ser feliz y siendo su amiga, lo único que podía desearle era precisamente eso: la felicidad.

—No está mal —aceptó sin aire—. Pero sin ti, hay una gran posibilidad de que me casen de nuevo con un mejor postor, yo no quiero casarme.

Adrien comprendió la réplica, tampoco era que pensara dejarla a la deriva de que hicieran con ella lo que se les viniera en gana. Si estaban haciendo una tregua, sería en beneficio de ambos.

—Vale, tu padre no vivirá para siempre.

—Espero que no.

—Cuando el muera y tú seas reina, entonces nos divorciamos.

—Claro, pero es ambiguo, podrían ser años y sin concebir hijos…

—Es lo mejor a lo que podemos apostar, incluso, ante la falta de herederos podría pasar que deseen destituirte.

—Que no es lo que quiero —le recordó con la ceja levantada.

—Y por eso tienes que ganarte al pueblo y los parlamentarios, para que tus decisiones personales no influyan en tu papel como regente.

Pridwen mostró una cara sorprendida y asintió convencida.

—¿No te importa tener que esperar tanto tiempo para liberarte?

—Tu padre tampoco es tan joven, la edad lo carcome y la muerte de tu hermano le habrá caído como cien años más.

—Qué cínico eres.

—No te veo horrorizada.

—Para nada, yo no tengo sentimientos hacia él.

—Bien, es cuestión de esperar.

Reanudaron su paso por los desolados pasillos del palacio. Habían procurado hablar a base de susurros, mirando de un lado a otro para cerciorarse de que nadie los pudiese escuchar; sin embargo, nada podía asegurar el silencio de las paredes, sobre todo, cuando estas estaban al pendiente de los movimientos de la nueva pareja por un mandato especial.

—Ay, Adrien, me pisas el vestido —se quejó Pridwen.

—¿Es mi culpa que no sepas usarlos?

—Sé usarlos, pero tú no sabes caminar junto a una dama.

—¿Qué dama?

Ella entrecerró los ojos.

—Tienes el moño torcido —se adelantó hacia él—. A ver… así, listo.

—¿Ya? —extendió los brazos para mostrarse ante ella—. ¿Suficiente elegancia para conocer a tu familia? ¿Crees que seré aceptado?

—Por favor, como si te importara y dudo que te intimide conocer a mi familia cuando te veneras a ti mismo como si fueras un dios.

El muchacho sonrió de lado y un brillo peligroso se posó en su mirada.

—Bien, comencemos con esto —Adrien se acomodó el cuello.

—Será una pesadilla.

—No tenía planeada otra cosa.

Entraron al salón atestado de la más alta aristocracia, acicaladas en sus mejores galas, con tiaras brillantes y adornos excesivos que mostraban la opulencia que disfrutaba la corte en la que la pareja hacía intromisión. Notando que su bienvenida se convirtió en una festividad, Pridwen no pudo más que agradecer los esfuerzos de Alison por dejarla a la altura, al menos no sentía que desentonaba del todo entre las mujeres que escondían su desaprobación detrás de exquisitos abanicos que no lograban cubrir la malicia en sus ojos.

El silencio se expandió gradualmente conforme la presencia de la princesa y su marido comenzó a hacerse notoria por el salón. Las miradas sinvergüenzas hacia ellos estaban presentes y aunque se cometía la indiscreción de murmurar, apuntar y observar, ninguno de los presentes se acercó a dar sus respetos o siquiera un saludo.

—¿Qué no dijeron que era sólo tu familia? —murmuró Adrien, con una sonrisa de dientes apretados.

—Puede que lo sean, pero yo no los conozco.

—Son como ochenta personas Pridwen, dudo que sean familia.

—Por favor —lo miró—, ¿cuántos Bermont son en total?

—Buen punto.

Escudriñaron el lugar, buscando entre la gente un rostro conocido, en su desesperación, incluso el rey sería recibido con gratitud. Comenzaba a serles cansado ser el centro de las miradas silenciosas pertenecientes a las personas que les abrían paso como si tuvieran la peste.

—¡Ah, al fin llegan! —el rey se adelantó con los brazos abiertos y una sonrisa cálida—. Los estábamos esperando.

—Majestad —Adrien se inclinó, al igual que Pridwen—. Agradecemos su invitación, no esperábamos tal recibimiento.

—¡Y cómo iba a ser! —dijo un extasiado rey—. Mi hija ha regresado, la heredera al trono, e incluso viene casada con tan importante noble inglés.

Pridwen no pudo evitar la reacción de su nariz cuando esta se frunció en repulsión al ser vanagloriada por el rey. Debía agradecer que nadie hubiese estado prestando atención a su persona debido a que el monarca estaba llevándose las miradas de la noche con aquellas gesticulaciones exageradas y voz potente. La pobre muchacha incluso tuvo que sobrellevar su sorpresa cuando de pronto el rey se abalanzó sobre ella, enterrándola en su pecho con la aparente intensión de asfixiarla en un abrazo.

—¿Está tomado, su majestad? —Pridwen casi lo aventó, recorriéndolo con una mirada extrañada—. Nunca lo había visto tomar.

—Oh, mira nada más —la tomó de los hombros—. ¡Eres igual a mi Ailén!

Pese a que la voz del rey tenía el sutil tono que suelen tener las personas ebrias, se conservaba en un prodigioso balance y entereza.

—No soy Ailén —Pridwen apartó con sutileza la mano que buscaba su mejilla—. Majestad, creo que necesita usted una silla.

—¿Me tratas con frialdad cuando soy tu padre? —soltó una risilla extraña— ¿No le sorprende lord Collingwood? ¿Tampoco a usted lo tutea?

Adrien se adelantó a su esposa, inclinándose para susurrar a su oído.

—Creo que le hizo mal volver a verte.

—¿Eso crees? —bufó enojada cuando el rey los abrazó—. Yo no tenía idea de que me parecía a mi madre.

Adrien logró deshacerse del abrazo y ayudó a su esposa a alejar al hombre del tumulto de gente que murmuraba asombrada por el estado descompuesto de su rey, a quien jamás se le hubiese visto en tal condición. Normalmente el hombre era el ejemplo de rectitud y entereza. Tal parecía que la llegada de la princesa incluso lograba desbalancear al estoico monarca, lo cual era un mal presagio para los más supersticiosos.

La pareja se las arregló para salir de la mirada pública e internarse

en uno de los pasillos sin saber qué dirección tomar. No conocían el palacio y pese a que Pridwen se las ingeniara para entrar siendo una niña, nunca conoció la habitación del rey, así que tampoco sería capaz de encontrarla.

—Pesa una tonelada —se quejó Pridwen.

—Y eso que estás haciendo la mitad del trabajo.

—No es mi culpa tener menos estatura.

—¡Mi hermosa Ailén volvió a nacer en ti, hija mía!

—Por el amor de Dios —Pridwen rodó los ojos—. Yo no soy su hija.

—No te pongas a discutir con él —amonestó Adrien—. Mejor coopera.

—¿Qué crees que hago?

—Espera, Pridwen, espera.

—¿Qué…? —en ese momento ambos perdieron los brazos del rey, dejándolo caer como un muerto sobre el suelo—. Uy, eso debió doler.

—Le dolerá hasta mañana —Adrien le quitó importancia, inclinándose sobre el cuerpo del rey—. Vamos, ayúdame a recogerlo.

—¡Ja! —Pridwen se cruzó de brazos—. Tienes que estar bromeando.

—No bromeo, no podemos dejarlo a los pies de la escalera.

—Has enloquecido si piensas que soy capaz de levantarlo.

—¿Sugieres que lo dejemos aquí?

—Aún se mueve, eventualmente llegará a su recámara o alguien lo encontrará —se inclinó de hombros.

—Es obvio que no te agrada, pero ese argumento carece de sentido.

—¿Por qué? Yo he hecho maravillas en el mismo estado.

—Si por maravillas te refieres a que siempre había alguien que te rescataba —Adrien gesticuló positivamente con el rostro—, pues sí.

Afortunadamente, unas largas zancadas se hicieron oír como eco sobre las baldosas de mármol. No pudieron evitar volver el rostro con una sonrisa aliviada, agradeciendo que el intruso fuese hombre para poder llevar el cuerpo del rey hasta sus aposentos.

El caballero en cuestión pasó de largo a la pareja y se agachó hasta el cuerpo tendido del monarca, quien canturreaba alguna canción con una sonrisa bobalicona que daba a entender que, en medio de la tragedia, el hombre estaba feliz en su embriaguez.

—¿Qué fue lo que pasó? —inquirió la voz del recién llegado—. ¿Majestad? Majestad, ¿puede oírme?

—Dudo que escuche algo, señor —Pridwen cubrió sus labios risueños con una mano enguantada—. Tiene más grados de alcohol en su sistema que una botella polaca.

—Pridwen, basta —Adrien la empujó, pero también sonreía.

—No me parece… —el hombre levantó la vista, topándose entonces con los ojos color turquesa, unos que no había visto en años y que lo paralizaron al momento—. No puede ser, ¿eres…? ¿Pridwen?

—Mmm… sí, hola.

Ignorando al rey, quien seguía murmurando incoherencias, el hombre se puso en pie y enfrentó a la dama.

—Pridwen, ¿es que no me reconoces?

En ese momento, como un golpe a su cabeza, la joven recordó nítidamente esos ojos y cabellos cafés brillantes, rizados, siempre bien peinados, pero sobre todo aquella sonrisa abierta y esplendorosa que lo hacía más atractivo que su altura o estructura física. En cuanto lo reconoció, una sensación de seguridad y tranquilidad se apoderó de ella, recordando la confianza que llegaron a tenerse.

—Yo… —ella pestañeó un par de veces y movió la cabeza, tratando de enfocarse en su marido, quien la miraba extrañado y después en el hombre que esperaba una respuesta—. Lo siento, no lo recuerdo. ¿Es que debería?

—Me niego a pensar que te hayas olvidado de mí.

—¡Ulrik! —Una nueva voz se unía a la escena vergonzosa del rey—. ¡Por Dios! ¿Qué le ha pasado a papá?

Pridwen dio un paso atrás, un tanto conmocionada.

—Nada, tranquilízate Agatha.

—Pero… ¡Está casi inconsciente!

El señor Ulrik meneó la cabeza de forma negativa hacia la alterada mujer, antes de agacharse e intentar levantar el cuerpo tendido en el suelo. El pobre regente yacía medio inconsciente, siendo centro de las miradas preocupadas de dos de sus familiares y de burlas de los dos restantes. El matrimonio que heredaría el trono no podía más que divertirse con la situación, sólo podían imaginar la vergüenza que sentiría el rey cuando lograra tomar consciencia de sus actos.

—Lamento abusar de su confianza, señor —Ulrik miró directamente hacia Adrien—, pero ¿podría ayudarme?

—De hecho, usted me estaría ayudando a mí —dijo Adrien con diversión que el caballero no compartía—. Vamos, yo el derecho.

Pridwen se apartó con una mano cubriendo la sonrisa en sus labios, planeaba que sus burlas no fueran tan evidentes mientras veía a su marido ayudando al hombre que era el culpable de la primera herida de índole amoroso en su corazón. El volverlo a ver fue como remover una aguja que jamás se atrevió a sacar por miedo a desangrarse en el proceso, era un sueño del pasado, una ilusión de su cerebro. Nada en él había cambiado, ni siquiera el aroma que desprendía.

—¡Dios mío! ¿Están seguros que sigue respirando?

—Claro que lo hace —Pridwen contestó con obviedad—. ¿Qué no escuchas? Es él quien está murmurando tonterías.

—¿Cómo osas hablar así de tu rey? —la mujer recorrió a Pridwen con ojos brillantes en ira—. Sucia blasfema.

Pridwen frunció el ceño y se echó a reír.

—¿Se supone que eso es un insulto?

—En verdad que eres impertinente —a la mujer le faltaba el aire—. ¡Ulrik! ¡Llamemos a los guardias para que…!

—Ahora no, Agatha —cortó el hombre, quien con ayuda de Adrien lograba levantar al rey—. Ve hasta tu madre, dile que la necesitamos en los aposentos de su majestad cuanto antes.

La mujer no se mostró del todo convencida, pero al notar que nadie más la tomaba en cuenta, dio media vuelta y fue en busca de la reina.

—¿Sabes dónde son sus cámaras? —Pridwen preguntó al hombre que no paraba de lanzar miradas extrañas a su dirección.

—Sí.

—¿Qué no se supone que debería haber guardias por aquí? —se quejó Adrien—. No veo a ninguno de esos malnacidos.

—Están postrados en las entradas principales —defendió Ulrik.

—Mira qué funcionales —dijo Adrien—. Deberían estar aquí.

—¡Iré por los que están en las puertas del rey! —contribuyó Pridwen.

La joven salió corriendo sin esperar a que dieran el visto bueno a su idea, ansiosa por separarse de la presencia de ese caballero.

—¿Qué no acaba de decir que no sabe hacia donde son las cámaras del rey? —inquirió Ulrik con extrañeza.

—Así es ella, eventualmente notará su inconsciencia.

—¿Y si se pierde?

—Se las ingeniará.

Ulrik lo dirigió hasta llegar a las grandes puertas que dieran la bienvenida a los aposentos del rey. Los caballeros postrados en la entrada se apuraron en ayudar a los dos muchachos que luchaban por mantener erguido al soberano que para esos momentos no era más que un bulto.

—Recuéstenlo cuanto antes —ordenó Ulrik.

—Sí, señor Rosensburg.

Con el asunto resuelto, Adrien encontró obsoleta su presencia en el lugar, por lo cual decidió volver sobre sus pasos, esperando encontrarse con Pridwen en el camino y mucho antes de tener que internarse al salón. Sin embargo, se vio retenido por el llamado Ulrik Rosensburg.

—Lord Collingwood, he de suponer.

Adrien no se giró a pesar de que sentía la presencia del hombre a sus espaldas. Hubiera preferido seguir caminando y al no poder hacerlo, mostraría su disconformidad de esa manera.

—Parece que se sabe usted todos los nombres de los invitados, pero resulta ser —se volvió—, que se desconoce el suyo.

—Seguro ya logró descubrirlo —apuntó al interior de la recámara del rey—. No han sido cuidadosos al nombrarme.

—Ulrik Rosensburg —juntó Adrien—. Supongo que eres alguien de importancia, los guardias te obedecieron sin replicar.

—Podría decirse —aceptó modesto.

—Bien, un placer.

Estaba decidido a continuar con su camino y las intervenciones constantes del caballero comenzaban a impacientarlo.

—¿No está preocupado por el paradero de la princesa?

—¿De qué princesa habla? —dijo con honestidad, para luego recordar que su esposa llevaba ese título—. Ah, Pridwen. No, ella estará bien, seguramente ha regresado al salón.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Podría estar perdida. Ella jamás había entrado a este palacio.

—Que usted supiera —sonrió Adrien—. La princesa suele tener muchos secretos, señor Ulrik, mejor aprenderlo rápidamente.

—¿De qué habla?

—Mire —Adrien detuvo su caminar y lo enfrentó—, comienza irritarme su preocupación por mi esposa, aunque desconozco las razones por las cuales dude de mí, le aseguro que la conozco lo suficiente como para saber que está en ese salón, disfrutando de un buen vino ¿quedó claro?

—Esposa… —susurró el hombre—. Así que es verdad.

Adrien permitió que una sonrisa sarcástica y un tanto burlesca saliera desde el fondo de su alma, sentía empatía y lástima al mismo tiempo, no sabía por qué razón, pero ese sujeto le agradaba a la vez que lo sacaba de quicio. Se inclinó de hombros al no encontrar una respuesta que no fuera contradictoria y siguió caminando.

—Oh, sí; estamos muy casados.

—Sabía que ella venía en compañía de un tal lord Collingwood, pero creí que lo del matrimonio no eran más que chismes —le dio alcance.

—Es muy real —levantó la mano, tocando con su pulgar el enlace de oro en su anular izquierdo—, lamento desilusionarte.

—¿Qué? —el caballero meneó la cabeza, como si Adrien le acabara de dar un buen golpe—. No, no. Nada de eso, yo estoy casado.

—¿En serio? —dijo sardónico—. Seguro que a tu mujer no le agrada que estés preguntando tanto por otra.

—Pridwen era una amiga muy cercana.

—¡Vaya! —se sorprendió—. ¿Qué tan cercana?

—No es lo que usted piensa.

—Entonces, debería meditar un poco más sus palabras, señor, se pueden malinterpretar con facilidad.

Debía admitir que uno de sus placeres culposos era molestar a las personas que mostraban su vulnerabilidad tan abiertamente, le era aún más conveniente que su ingenio arremetiera con mayor facilidad

cuando su contrincante le resultaba tan irritante. No importaba qué tan honorable pareciera en su exterior el señor Ulrik, era notorio que estaba desarmado desde el momento en el que entregó su corazón a una mujer, aún más cuando era incapaz de tenerla.

—Está usted jugando conmigo.

—¿Yo? —lo miró con jovialidad, dando ligeros saltos para bajar con rapidez las escaleras—. ¿Por qué haría tal cosa?

—Algo me dice que es parte de su personalidad el ser fastidioso.

—Debo aceptar que me gusta picar hasta hacer explotar a la gente —se volvió hacia él, ya frente al salón—. ¿Qué me dice? ¿Lo logré?

—Ni un poco.

—¿Entonces por qué luce tan molesto?

Adrien elevó ambas cejas a modo de triunfo y se introdujo al salón, siendo rápidamente interceptado por Pridwen, quien reprochó su tardanza. Ulrik no pudo más que admirarse, ese hombre tuvo razón al decir que ella estaría ahí, esperando por su regreso, incluso tenía una copa de vino en su mano y, a juzgar por sus movimientos, no era la primera que bebía. Su corazón se hundió cuando de pronto la vio besando la mejilla de ese insufrible caballero, sonriente y amistosa como sólo lo fuera con él en el pasado, como debió haber sido siempre.

—Espero que esto no atenúe la imagen del rey ante ustedes —se adelantó hasta ellos, quienes seguían abrazados—. No suele beber.

—No se preocupe conde —dijo Pridwen—. De todas formas, lo tenía dispuesto en una categoría muy baja, no ha decepcionado.

—Pridwen —su marido la regañó con un apretón a su cintura—. No se preocupe señor Rosensburg, no juzgo con facilidad.

La pareja dio un escueto asentimiento de cabeza como toda despedida y fue a entremezclarse entre la gente que al fin presentaba interés en conocerlos. El señor Rosensburg tuvo que ser espectador mientras ese hombre tocaba a Pridwen con tales libertades. El resentimiento y odio crecía cuando la veía a ella, sonriendo, jugueteando o besando a ese hombre, como si estuviera conforme con esa unión, y no podía estarlo.

—Ulrik, cariño ¿qué ocurre? Estás pálido, ¿acaso ocurrió algo a papá?

—No. —El hombre apartó las manos suaves de su rostro—. Ese tal Collingwood, me parece un petulante, no debe estar en el trono.

—Tranquilo querido —la mujer miró hacia la nueva pareja de recién casados—. No lo estará nunca.

Capítulo 16

Tal parecía que no era un requisito esencial que el rey estuviera presente para que la velada continuara en medio de risas, música, bailes, bebidas y mucha comida. La reina se hizo cargo con gracia en ausencia del indispuesto hombre, mostrándose más que gozosa al tener la atención, aunque cada vez que se le hacía mención de la hija recién llegada, la sonrisa de la mujer se paralizaba y sus ojos mostraban un segundo de desagrado antes de verse en la necesidad de mandar por ella para ser presentada.

Pridwen podía asegurar que el sentimiento de odio era compartido. No podía creer que precisamente el día de su presentación, su supuesto padre tomó la grandiosa decisión de emborracharse hasta no saber más de sí. De entre todos los males, ciertamente el rey era el mejor, pero no se podía esperar nada bueno viniendo de esa familia.

—Mi querida —la reina habló con falsedad, estirando la mano hacia ella—, es hora de que conozcas o más bien, recuerdes, a tus hermanas. Con eso de que fuiste exiliada… digo, mandada a estudiar en otras cortes, seguro ya no te acuerdas de ellas.

La joven había perdido la cuenta de cuantas veces tuvo que fingir una sonrisa, pero estaba segura que sus mejillas se lo reclamarían, era toda una tortura tratar de fingir la felicidad.

—Dudo que alguien pueda olvidarlas —dijo Pridwen con molestia.

Jamás olvidaría ninguno de sus rostros molestos, incluso a su corta edad eran poseedoras de una gran maldad.

—Recordarás a Agatha, la más cercana a ti en edad.

La reina tocó el hombro de la joven de mayor altura, con un cuello largo y estilizado, nariz curva y labios definidos. Sus ojos mieles eran idénticos a los del rey y sus cabellos rubios eran como los de la reina: brillantes como un pedazo de sol. Era una mujer linda, pero su pose, que rozaba con lo exagerado, la hacía ver falsa.

—Por supuesto, siempre me gustó jugar a las piedras contigo — Pridwen recordaba muy bien a Agatha lanzándolas sin piedad contra ella.

—Es bueno tenerte de regreso, hermana —la mujer giró su cabeza hacia atrás y estiró una mano que rápidamente fue tomada—. Recordarás al señor Ulrik Rosensburg, mi marido.

El corazón de Pridwen dio un vuelco traicionero al tener nuevamente a ese hombre frente a ella, sobre todo porque no estaba bajo la protección de un lóbrego pasillo, o la distracción de un rey embrutecido en alcohol o la seguridad de Adrien a su lado. Algo en su interior la incomodó cuando sus ojos se encontraron, una vaga sensación de vomitar se apoderó de su estómago cuando vio la sonrisa

jactanciosa de su media hermana.

—Por supuesto que me acuerdo —trató de sonreír sinceramente y estiró una mano hacia él—. Espero que estén siendo muy felices.

—Lo somos —aseguró Agatha, quien miraba de un lado a otro—. ¿Y dónde está tu supuesto esposo? ¿no debería estar aquí contigo?

—Adrien está siendo entretenido por algunos parlamentarios que conocimos hace unos minutos, tal parece que los tiene encantados.

—Seguro que es hábil engatusando a las personas —murmuró Ulrik.

—¿Disculpa? —Pridwen no podía desmentir la afirmación, pero se vería mal que no se mostrara al menos ofendida.

—Nada —sonrió la reina—. Proseguimos con Edna, ¿recuerdas a Edna?

La reina tocaba a una chica que se entretenía con una mariquita que por alguna razón no volaba lejos de su mano. Su cabello era una maraña de rizos rubios, más parecidos a un nido que a un peinado. Su piel estaba manchada con alguna sustancia verdosa y sus ojos del color del oro mostraban un brillo especial cada vez que el insecto se movía de forma imprevista sobre su palma.

—Recuerdo que le gustaba dejar sorpresas en mi cama —Pridwen no podría olvidar la vez en la que le dejó una rana de regalo.

—¿No te gustó? —se sorprendió la princesa—. Era una rana especial.

—Bueno, hubieras dejado una nota de sus cuidados.

—Mmm… poco importó, porque la dejaron ir cuando no parabas de llorar, hasta dijiste que la detestabas.

—De hecho, hasta el día de hoy no las soporto.

La mujer se inclinó de hombros y volvió a enfocarse en su insecto.

—Ay Dios mío —se mortificó la madre—. Bueno, ella es Cleo y por último, la pequeña Erin, ¿no es un encanto? Es como una muñeca.

Ciertamente, la niña parecía una muñeca, pero Pridwen no pudo evitar sentirse extraña por la forma en la que la reina saltó tan naturalmente a la princesa Cleo, quien en lugar de reclamar o entristecerse, simplemente se quedó en su lugar, sin inmutarse, parecía perdida en sus pensamientos, lo cual no dejaba de ser preocupante.

—Cleo…

Pridwen estiró la mano hacia la joven, pero se vio interceptada por la pequeña Erin, quien mostró su disgusto por ser ignorada.

—Oye, creo que no has dicho nada bonito de mi vestido.

—Eh —ella miró conflictuada a la madre y hermanas de la niña—. Sí, claro, eres hermosa y el vestido es divino.

—¡Lo es! Yo misma lo mandé hacer de este color, ¿verdad que es el color más bonito que hayas visto?

—Bueno… supongo, es un bonito rosa —dijo dubitativa.

—¡No es sólo rosa! —se quejó—. ¿Qué no sabes nada de moda?

—Eh… ¿no?

—Agh, tendré que enseñarte muchas cosas.

—Claro, pero justo ahora quería…

Para cuando Pridwen se dio cuenta, Cleo había desaparecido de escena, quizá para siempre. Hubiera querido hablar con ella, algo le pasaba y de ser así, no se le debía dejar sola.

—Con que aquí estabas —Adrien la abrazó por la espalda, acercándola a él para depositarle un beso en la mejilla—. Te he estado buscando.

Pridwen volvió el rostro hacia él, disimulando una sonrisa para que la reina y sus hijas no sospecharan que ese abrazo la disgustaba, sobre todo porque él estaba dejando caer gran parte de su peso sobre ella.

—Estás tomado —reclamó.

—Un poco, lo necesario para soportar esto —le susurró a su oído—. No creo que nadie me cuestione, no cuando el rey se ha puesto mucho peor.

—Vamos, déjate de tonterías y compórtate.

—¿Qué falta estoy cometiendo? Estoy abrazando a mi esposa, ¿qué tiene de malo que te abrace, *mi amor*?

—Adrien —apartó los brazos de su cintura y lo adelantó hacia las mujeres—, llegas justo a tiempo, la reina estaba presentándome a sus hijas.

—Ya veo —Adrien se irguió y las miró lentamente—. Es un placer conocerlas, no sabía que fueran tres hermanas.

Adrien era uno de los mejores disimulando su verdadero estado de ebriedad, si no se le conocía a fondo, nadie notaría que estaba fuera de sus cabales en esos momentos. No era de los hombres a los que se les corría la voz, tampoco olían a cantina y mucho menos se tambaleaban.

—En realidad, son cuatro —apuntó Pridwen, tratando de encontrar a Cleo—. Pero una de ellas se ha ido.

—¿Tan rápido les caíste mal, *mi cielo*?

La risita proveniente de la pequeña niña llamó la atención del caballero que rápidamente se inclinó hasta ella y ladeó la cara.

—Supongo que a ti sí te ha caído mal.

—No, no —la niña se sonrojó notoriamente y se escondió entre las faldas de su hermana Edna, quien le prestaba poca o nada de atención —. ¿Quién es usted, mi lord?

—¿Yo? —sonrió de lado—. Me llamo Adrien.

—¿Adrien? —Él asintió con una sonrisa—. Eres muy guapo.

—¿Eso crees? Te lo agradezco, tú eres muy linda.

—¿Por qué abrazabas así a Pridwen?

—Bueno —Adrien giró el rostro para ver a su amiga—, porque

estamos casados, ella es mi esposa.

—¡Qué! —la niña perdió toda su timidez, incluso empujó a su hermana mayor para quedar frente al hombre—. ¿Casados?

—Eso creo —Adrien se puso en pie y pasó una mano por la cintura de Pridwen, quien intentaba por todos los medios romper ese toque—. ¿Qué no les contó la bonita historia?

—Adrien, no —pidió la joven.

—Yo quiero saber —sonrió Edna.

—Y yo también —mencionó Erin—. ¡Es que no lo puedo creer!

—Basta ya, ustedes dos —La mayor de ellas se introdujo para dar por terminada la conversación—. Son unas princesas, deben comportarse.

—Querer saber una historia no es portarnos mal —reclamó Edna.

—Agatha tiene razón, este no es lugar para contar historias de amor —contribuyó la reina—. Será mejor que lo dejemos para otro día.

—¿Historia de amor? —la pareja habló al mismo tiempo, por lo cual se voltearon a ver con diversión.

Sin darse cuenta, al mencionar el matrimonio entre la princesa y el lord extranjero, muchos oídos se agudizaron con tal de obtener un poco de información. Lastimosamente, la reina había llegado a interrumpir, pero eso no podría detener a las entusiasmadas jovencitas que soñaban con la idea del amor, sin comprender las muchas probabilidades que tenían de casarse por conveniencia, como era el caso de Pridwen y Adrien.

—¿Han escuchado? ¡Incluso hablan al mismo tiempo! —canturreó una dama que rápidamente se hizo de un espacio en el círculo social.

—Oh, es romántico —dijo otra—. ¿Se enamoraron hace años?

—¿Piensan tener hijos?

—¿Cómo aprendió el príncipe a hablar danés?

La pareja se volteó a ver un tanto abrumada. Eran demasiadas preguntas y muy pocos espacios para contestar.

—¿Por qué no tiene anillo de compromiso, princesa?

—¿Se deberá mudar a Dinamarca, mi lord?

—¡Muy bien, niñas, ya basta! —pidió nuevamente la reina, rompiendo la compostura que se empeñaba en mantener. Las jovencitas la miraron con extrañeza, pero callaron—. Seguro que serán respuestas interesantes, sobre todo si los dejaran hablar.

—En realidad, mi amada reina —la voz del rey se hizo oír por todo el salón—, agradecería que pasaran al comedor para disfrutar del banquete.

La corte danesa se volvió hacia el hombre que parecía completamente recuperado de su estado anterior. Tal parecía que fuera otra persona, incluso tenía colocadas nuevas ropas y a juzgar por el cabello mojado, requirió de una ducha para desperezar por

completo su cabeza.

—Eso fue una rápida recuperación —susurró Adrien.

—Necesitaré hacer lo mismo para que no vuelvas a cometer estupideces como esta —apuntó con la mirada a las distraídas señoritas—. ¿Cómo que una historia previa a nuestro matrimonio?

—Claro, hay mucho de lo qué hablar —sonrió encantador—. ¿O es que planeas olvidar tus tiempos de bailarina sobre las mesas y borracheras hasta las siete de la mañana?

Ella le pisó con fuerza el pie, sacándole un fuerte pujido que rápidamente se convirtió en una disimulada risita. Adrien la tomó con fuerza de la cintura, encajando los dedos en la zona, haciéndola chistar.

—No te metas conmigo princesita.

—Jamás me digas así.

—Ahora que veo que te molesta, lo haré siempre: *princesita*.

—Eres un fastidio.

—Ustedes —el rey tomó un hombro de los muchachos, separándolos al acomodarlos a cada uno de sus lados—, les debo mucho, gracias por sus heroicas acciones estoy mucho mejor, aunque no de la vergüenza.

—No se preocupe, majestad, creo que a todos nos ha pasado.

—Me apena que fuera en el primer día de conocerte, muchacho —le palmeó el hombro de Adrien—. En cuanto a ti, Pridwen…

—Me alegra que logrará recuperarse majestad, será mejor que atendamos su llamado y pasemos al comedor.

Pridwen se adelantó junto con el resto de los invitados, dejando atrás a sus familiares, incluyendo a su nuevo marido y en especial a su padre.

—Parece que ella jamás me perdonará.

Adrien soslayó una mirada.

—No es una mujer rencorosa —el muchacho apuntó con la cabeza hacia la joven que se había detenido para sonreírle a un grupo de chiquillas—. Trate con ella, seguro encontrará la manera.

—Debo confiar en tu palabra, lo sé —lo miró—. La conoces mucho más que yo y eso debería avergonzarme.

—Muy pocos reyes conocen a sus hijos —se inclinó de hombros.

—Eres demasiado conciliador.

—Digamos que es mi deseo granjearme su amistad, majestad.

El rey dejó salir una carcajada al escuchar la forma resuelta y segura con la que ese muchacho se expresaba. Aunque al admitir sus ganas por tener una buena relación con él, desacreditaba sus posibilidades de conseguir el agrado de su hija. Pero si algo recodaba del padre de ese caballero, era que la honestidad era parte de su educación.

—Vamos muchacho, me agradas cada vez más.

La reina, quien vio todo esto desde una distancia prudencial,

encontró perjudicial el acercamiento entre el rey y ese muchacho. Debía encontrar alguna manera de que se cayera el hechizo que ese Collingwood había lanzado para hipnotizarlo a su favor. Definitivamente era peligroso y se convirtió en lo más apremiante en su lista.

Tenía poca información, pero a lo que sabía de él, era un hombre temperamental, alejado de parecerse al carácter de su padre. Estaba segura que si lo presionaba lo suficiente, el chico explotaría, quedando en ridículo frente a todos, especialmente el rey. Tenía que encontrar el punto débil entre esa pareja, al menos algo que los hiciera trastabillar un poco, porque no desaprovecharía una oportunidad para dejar a Pridwen mal parada frente a la corte y los parlamentarios.

—Madre —Agatha se adelantó hasta la meditabunda reina—, dime que tienes algo en mente para deshacer la unión de padre y ese hombre.

—Es un chico astuto, no lo negaré —sonrió la mujer—, sin mencionar que es apuesto, será un problema si la deja embarazada.

—Por favor, no llevan tanto de casados —la joven se cruzó de brazos—, pero si le da un varón a la corona antes que yo…

—Tú deberías estar en cinta para estos días —reclamó con la mirada —. No me digas, ¿Has vuelto a tener tus ciclos femeninos?

La joven bajó la cabeza, apenada por el tema.

—Sí madre, lo siento.

—Deberías sentirlo —la reina apretó los puños—, esto se ha convertido en un asunto apremiante, no sé lo que tengas que hacer, pero tu marido debe dejarte embarazada pronto y debe ser varón.

—¿Y qué pasará si es niña?

—Sería desafortunado —la madre recorrió a su hija con una mirada despectiva—, como te darás cuenta, querida, las mujeres no sirven, mucho menos para sentarse en un trono.

—Pridwen es la heredera al trono —contrapunteó.

—Mientras no haya un niño —apuntó la reina—, si yo quedo embarazada o si tú das un varón, entonces la pirámide de naipes se derrumbará.

—Dudo que sólo porque yo de un hijo me pongan la corona, seguiría siendo una mujer al mando, y Pridwen también se puede embarazar.

—Tu no debes concentrarte en lo que pase con la descendencia de Pridwen. En lo que tú tienes que poner toda tu atención es en tener varones —apuntó—. Si pueden ser dos, mucho mejor.

—Madre —la chica se sintió presionada—, no sé si sea posible, siento qué es demasiado para mí.

—Hija —la reina le tomó los hombros—. Esto es a lo único que puedes aspirar, para que una mujer tenga poder, tiene que morder,

arañar y patear a quien sea necesario. Siendo la madre de un varón te posiciona más cerca de la corona ¿entiendes?

—Sí.

—Entonces lucha por ello, porque aposté en ti ¿recuerdas? —elevó una ceja—. Desde ese momento te convertiste en todo lo que puedo aspirar, así que no puedes decepcionarme.

—Lo sé. Haré todo en mi poder para obtenerlo.

—Bien —le acomodó el pelo—. Ahora luce perfecta, que todo el mundo te vea y clasifique a la ridícula de Pridwen con una moza del establo.

—Lo haré, madre. —La reina comenzó a caminar hacia el comedor, donde el resto de invitados esperaba por la basta comida—. Pero, madre… —la reina detuvo sus pasos, pero no se volvió—. ¿Qué pasará si Pridwen da un heredero primero?

—Hija, creo haber sido muy clara antes —la reina volvió un poco el rostro, mostrando sólo su perfil—, tomaré las medidas necesarias.

Un desagradable escalofrío recorrió el cuerpo de Agatha al escuchar la voz resolutiva de su madre, eso quería decir que estaba dispuesta a todo.

—Entiendo, entonces, haré lo mismo.

La reina asintió, se volvió hacia el frente y acomodó su ropa de la mejor forma posible, aunque a percepción de su hija, no había necesidad, ella lucía tan impecable e imparable como siempre. La reina era una mujer hermosa, de una belleza perdurable a pesar de haber pasado los cuarenta años, delgada, airada y muy elegante.

—Con eso dicho, será mejor que vayamos al comedor con los demás, seguramente nos estarán echando de menos.

Agatha dio alcance a su madre con un par de largas y presurosas zancadas, esperando que su padre no se molestara por retrasar la cena mientras ellas conspiraban en contra de Pridwen.

Se llevaron una sorpresa cuando al entrar al extenso comedor, los invitados no estuviesen importunados por la espera, tampoco estaban callados, por el contrario, reían a carcajadas gracias a Adrien y Pridwen, quienes no paraban de contar historias sobre sus vidas en Inglaterra, mucho antes de comprometerse y cuando eran sólo amigos.

Para ese momento, parecía unánime el pensamiento de que eran una pareja perfecta. Eran refrescantes, se entendían, completaban sus frases y parecían quererse desde el fondo del alma, incluso su mirada brillaba suavemente cuando de pronto se encontraban con la del otro.

—Esto no puede ser posible —la reina apretó sus puños.

—Los tienen embelesados —se sorprendió Agatha.

—Se acabó.

La reina caminó hacia el lugar vacío a la derecha del rey, quien poco se percató de su llegada, pues se entretenía en reír y beber.

—¿Qué es tan gracioso, querido esposo?

—Ah, al fin podremos comenzar el banquete.

—Aunque parece que nadie está molesto por eso —observó la reina —, la nueva pareja los tiene más que alucinados.

—Estos chicos no paran de hacernos reír, es increíble todo lo que vivieron —apuntó el rey con una copa en la mano—. Pridwen tiene un verdadero don con las personas, la encuentran encantadora.

—Pero claro, es fácil olvidar con un poco de risas.

En ese momento, Pridwen trataba de hacer que Adrien se callara, colocando una mano sobre los labios que seguían intentando contar la historia, ocasionando más risas de parte de los invitados que se dividían entre la ternura y la diversión por la pareja.

—Basta, Adrien, me dejas en vergüenza.

—Está bien, me detendré —concedió, tomando su nariz cariñosamente con sus dedos—. Lo siento, creo que mi esposa gana la discusión.

—¡Buena decisión, lord Collingwood! —gritó alguien.

—Sobre todo si no quiere tener problemas después —dijo otro.

—Oh, si serán hombres —quitó importancia una dama de mayor edad que la gran mayoría—. ¿Quién no querría a lord Collingwood en su cama?

—¡Pero señora Landon! ¡Qué impertinencia! —rio una dama a su lado.

—A mi edad, eso ya no importa.

Pridwen apretó los labios para no reír y se volvió hacia Adrien.

—Has hecho un trabajo increíble, *esposo* —susurró cerca de su oído —. Aunque no puedo creer que me dejaras en ridículo en tatas ocasiones.

—Te hace alguien más real y es lo que la mayoría de las personas quieren, sobre todo para que sean sus regentes —la empujó un poco —. Además, tampoco me dejaste atrás en ridiculeces.

—Supongo que estamos a mano.

—Hablando de otras cosas, parece que a tu hermana y madrastra no les agrada la idea de que tengamos tanta atención.

Pridwen lanzó una mirada hacia la reina y asintió.

—Llegaron tarde, seguramente tramaron algo que nos perjudicará.

—Seguro sí —sonrió Adrien—, tenemos que estar listos de ahora en más, pueden atacar en cualquier momento.

—¿Y qué hacemos mientras tanto?

—Lo que hacemos ahora —le tocó la mejilla cariñosamente—, logramos que el pueblo nos adore para que cuando llegue el momento, nadie cuestione ninguna de nuestras decisiones.

—Dudo que funcione de esa forma.

—Es más fácil de lo que piensas manejar esta clase de situaciones,

pero para eso debemos parecer encantadores —elevó una ceja—, así que deja de decir que ronco en la noche.

—Y tú no digas que babeo como una cascada en primavera.

—Hablaste de cuando tuve que rescatar a Nil de una enamorada enloquecida, fue una de las anécdotas más vergonzosas.

—¿Qué? Fue divertido que fueran capturados por una mujer.

—Señor Collingwood —la voz clara y firme de la reina llamó la atención del caballero en cuestión—. He sido informada de la llegada de un grupo de amigos, ¿o me equivoco?

—No, majestad —Adrien se volvió hacia ella—, el rey permitió que nuestro grupo más cercano de amistad se reuniera por un tiempo con nosotros en palacio, lo cual es muy generoso.

—Claro, el rey suele ser así —aseguró la dama—. Aunque me encuentro un poco preocupada, sé de la reputación de dichos caballeros y como sabrá, la corte está llena de señoritas… inocentes.

—Le aseguro que saben comportarse en sociedad, majestad.

—Naturalmente —la reina siguió comiendo—, aunque, hasta lo que sé, usted es el único con títulos nobiliarios, ¿no es así?

—Cada uno de ellos ha sido aceptado entre el más alto linaje de Inglaterra, majestad —Adrien comenzaba a molestarse, pero seguía manteniendo su voz relajada—. Le aseguro que no tendrá problemas.

—¡Pero bueno, cuantas quejas! —se introdujo el rey—. Es más que obvio que los invitados estarán al nivel y si son tan agradables como usted, lord Collingwood, están más que aceptados en esta corte.

—Tranquilo Adrien —Pridwen colocó una mano en el muslo de su amigo para poder acercarse a su oído—. Esta batalla ya ha comenzado.

—Lo sé. Tenemos que averiguar sus planes —el hombre miró hacia Agatha—. Es muy posible que tenga que ver con su hija predilecta.

—Seguro que están esperando a que dé a luz a un varón.

—¿Está embarazada?

—No lo sé, pero resulta innegable pensar que no es lo que desea.

—Hablando de esa pareja, ¿qué se trae ese tipo? —Adrien apuntó sutilmente con el rostro—. No ha dejado de mirarte en toda la noche.

Pridwen giró la cabeza con discreción, sonrió a algunas personas que elevaron su copa hacia ella y se detuvo en la mirada penetrante de Ulrik. Tal parecía que era su deseo que notaran su afán hacia ella, estaba siendo imprudente, sobre todo al tener a Agatha sentada a su lado. La joven suspiró enojada, le gustaría darle un buen puñetazo, esa actitud la perjudicaba, si acaso la reina se percataba de la predilección de su yerno, las cosas podían llegar a ponerse muy feas.

—Agh, ignóralo —dijo molesta—, es un tonto melancólico.

—¿En serio? —su tono era de interés burlesco—. Quiero saberlo todo.

—No lo creo, sería darte armas para reírte de mí.

—Me sobran razones por las cuales reírme de ti —entrecerró los ojos, encontrando su renuencia interesante—. Habla, tenemos que saber todo con lo que pueden atacarnos.

—Es que no es necesario.

—A mí me parece que sí, ¿por qué estás tan afectada? —la recorrió con la mirada—. Desde que lo viste por primera vez lo noté, pero ahora es más que obvio, te perturba verlo y al parecer tienen un pasado.

—¡Nada de eso! —levantó la mirada—. Es sólo un recuerdo infantil.

—Que te pone a la defensiva.

—Adrien, deja de intentar jugar con mi cabeza, te dije que él no es nadie de importancia, únicamente es el esposo de mi media hermana.

El hombre entrecerró los ojos, escudriñándola detenidamente hasta que logró arrancar la verdad de entre las pupilas turquesas de su amiga.

—Estabas enamorada de él.

—¡Claro que no!

—Espera —se sorprendió—. ¿Sigues enamorada de él?

Pridwen apretó los labios y sus ojos se cubrieron de lágrimas que jamás fueron derramadas. Hasta ese momento Adrien no había comprendido que era algo más importante de lo que pudo predecir en un inicio. Existía una historia con ese hombre, una que aún dolía.

—No estoy enamorada de él —advirtió con voz pausada—. Te contaré lo que sucedió, pero no aquí.

Adrien encontró el decreto como adecuado, no era un buen lugar para discutir del tema, sobre todo, cuando tenía como prioridad conocer al resto de las princesas, sobre todo a las que no estuvieran bajo el influjo de su madre, podrían ser aliadas de provecho.

Capítulo 17

Le brindó la prerrogativa a Pridwen de escoger el momento de contarle sobre ese hombre, sobre todo para que se sintiera lista, pero tal parecía que ella estaba tratando de dejar el tema en el olvido, al punto en el que cada que lo sacaba a la luz, Pridwen encontraba una manera ingeniosa de cambiar la conversación, incluso de que la requirieran en otra parte, lo cual se volvía cada vez más común.

Mientras que él vagaba por el castillo sin hacer nada, Pridwen parecía más ocupada que nunca. Y no es que se quejara del todo, después de años siendo "el heredero de los Wellington" un poco de descanso no le caía mal. Era gracioso que lo creyeran un flojo, cuando la realidad era que, desde su muy temprana juventud, su padre comenzó a enseñarle lo que sería ser un duque, y no cualquier duque, sino el de Wellington, que por alguna razón parecía sumamente diferente al resto.

Y a pesar de que disfrutaba del forzado tiempo libre, comenzaba a aburrirse. Nunca había tenido la oportunidad de leer a sus anchas, dormir hasta tarde o cabalgar a placer; pero la inutilidad no iba con él, quizá era parte de su genética, pero debía estar haciendo algo o enloquecería.

—¡Oh, señor príncipe, casi me pisa el vestido! —se quejó una niña.

—Lo siento, princesa, aunque yo no soy ningún príncipe.

—Ah, ¿no? —pestañeó dramáticamente—. Pensé que, al estar casado con mi hermana, lo convertía en un príncipe.

—Bueno, quizá sea un príncipe si ella llega a ser reina —aceptó Adrien.

—¿No sería entonces rey? Mamá es reina porque está casada con papá.

—Me temo que en los hombres las cosas no aplican de igual forma.

—Mmm… ¿será príncipe, entonces?

—Preferiría tener el título al cual estuve destinado desde que nací.

—¿Eso no lo deja como alguien inferior?

—No me lo parece.

La niña sonrió.

—Es verdad cuando dice mamá que es usted presuntuoso.

—¿Eso dice? —fingió sorpresa, llevándose una mano al pecho—. Creo que sería mejor usar la palabra orgulloso, ¿usted qué piensa?

—A mí me parece usted muy agradable y guapo.

—Lo agradezco.

—¿Está buscando a Pridwen? —refunfuñó la niña.

—No especialmente, de hecho, paseaba por el castillo, no es normal en mí estar tan desocupado, qué dices, ¿me acompañarías?

—¡Pero por su puesto!

La pequeña Erin no se limitó en dar información a su muy atento compañero con el que daba un paseo por los jardines del palacio del rey. Adrien sabía que la niña, al querer impresionarlo, podía inventar gran parte de su discurso sobre sí misma, pero dudaba que mintiera o disimulara al hablar de sus hermanas o de su propia madre, de la cual parecía muy alejada. Aparentemente, la única que tenía el interés de la reina, era su hija mayor y a las demás, las descuidaba por completo.

—¿Y por qué la reina está más tiempo con Agatha?

—No sé —se inclinó de hombros la pequeña, quien seguía tomada de la mano de Adrien con una fiereza que demostraba que no lo soltaría—. Siempre ha sido así, creo que mamá quería con muchas ganas un bebé, pero que fuera hombre, por eso no me quiere.

—Dudo que sea verdad.

—Si que lo es —dijo segura—, por eso papá me malcría tanto. Al menos eso es lo que dice Edna.

—¿Edna?

—Mi hermana, la que sigue de Agatha. —explicó—. Ella es muy, pero que muy rara. Siempre está en esa cabaña y nadie puede entrar.

—¿Una cabaña?

—Sí, está por allá —apuntó al bosque—. A mí no me dejan ir, en teoría a ella tampoco, pero Edna hace lo que quiere y siento que a mamá le da miedo contradecirla.

—¿Miedo?

—Edna es malvada —dijo con espanto—. Tiene muchos bichos raros y cuando se enoja, los pone en las camas y deja que te caminen por el cuerpo.

—Suena terrible.

Adrien volvió la vista hacia el espeso bosque desde donde se podía ver una hilera de humo. Extraño a esas horas del día, pero seguramente Edna necesitaba de la chimenea para algo, era la única explicación y esa hermana comenzaba a llamar su atención.

—¿Qué me dices de tu otra hermana?

—¿Quién? —la niña frunció el ceño—. ¿Cleo?

—Sí, ella.

—Le dicen la princesa olvidada por una razón —dijo mezquina—. Creo que es a la que más odia madre.

—¿Por qué razón?

—Porque es un fenómeno.

Un escalofrío recorrió la espalda de Adrien al escuchar a una niña acuñar con tal simpleza a su hermana la palabra *fenómeno.*

—Es una forma fuerte de hablar —le hizo notar—. ¿De dónde has aprendido a llamarla así?

—Mamá se lo dice todo el tiempo a papá —se justificó—. Se

avergüenzan de ella, alguien así no debería de ser princesa.

—*¿Alguien así?* —la imitó con sorpresa—. ¿A qué te refieres?

—¡Erin! —la voz autoritaria de su hermana mayor hizo que la niña enderezara la espalda y abriera los ojos desmesuradamente—. ¡Te he estado buscando por todas partes! Eres una niña malcriada, sin dudas.

—¡Lo siento, Agatha!

La elegante mujer de cabellos de oro caminó con determinación hacia la niña que poco le faltaba para ponerse a llorar.

—Deberías estar con tus tutores, no paseando con… —los ojos de oro se posaron sobre la figura masculina—. Ve a atender tus obligaciones.

Sin decir una palabra, la niña soltó la mano de Adrien y corrió de regreso al palacio, seguramente llorando por el regaño que vendría no sólo de su tutor, sino de la reina cuando se enterara por boca de su hermana.

—Debería sentirse avergonzado, mi lord —dijo con voz modulada —. Interrogar a una niña es muy bajo.

—No hacía tal cosa —el rostro del caballero se configuró en una mueca incrédula por lo dicho—, charlaba con ella, ¿le parece extraño?

—Un hombre de su edad e inteligencia hablando con una niña de ocho años, me parece un tanto anormal.

—Se me dan los niños —ladeó la cabeza con una sonrisa y siguió con su paseo—, tengo muchos sobrinos, demasiados, diría yo.

Estaba seguro que ella lo seguiría y así fue.

—He escuchado de ello, ¿piensa tener muchos hijos propios?

—Supongo que los que quiera tener mi mujer.

—No sabía que existieran opciones.

—Claro que las hay —dijo divertido—, no son muy conocidos, pero tengo gente en la medicina que asegura tener algunos métodos, aunque no infalibles, pero al menos mi esposa no se la viviría embarazada.

—Es en contra de Dios no traer a los hijos que quiera proveer.

—Ya veo —asintió escéptico—. Dios.

—¿Es que no cree?

—¿Creer? —sonrió de lado—. Creo en muchas cosas, pero no tengo tiempo ni ganas de filosofar en estos momentos.

—¿Qué planea hacer entonces?

—Por el momento, pasear con usted, creo que es lo que hacía con la princesa Erin cuando nos interrumpió.

—Yo no paseo con usted.

—¿En serio? —miró de un lado a otro—. Creí que caminábamos lentamente por mero placer de disfrutar un día hermoso, ¿no es eso la definición de un paseo?

La princesa se detuvo en seco, mirándolo dubitativa y un tanto

sonrojada por lo que creyó era una insinuación de su parte.

—Estoy casada.

Adrien se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—Yo también —dijo extrañado—. ¿Y eso qué?

—No puede cortejarme.

—¿Cortejarla? —Adrien dejó salir una disimulada risa que dejó los estragos de una sonrisa coqueta y contenida—. No, por supuesto que no, si la estuviera cortejando, estaría usted como un tomate y con el corazón acelerado. No, en serio sólo paseaba con usted.

—Es usted un descarado y un engreído.

Agatha se vio en la necesidad de dar unos pasos hacia atrás al sentir exactamente lo que él había descrito ese osado caballero de sonrisa traviesa y peligrosa. Por primera vez sentía que alguien lograba hacerla trastabillar de su ensayada y contenida forma de ser.

—¿Me pregunto por qué todos me nombran así? Apenas y he dicho o hecho algo en esta corte —dijo sincero.

—No necesita hacer nada —chilló fuera de sí—. Su misma presencia da a entender lo seguro que se siente de sí mismo.

—¿Y eso es malo?

—¿Le parece positivo?

—No sentirse inferior a alguien —hizo un puchero mientras pensaba —. Pues no, no se me hace mal, pero tampoco me siento superior, sólo igual.

—¿Igual al rey? —cuestionó con dureza.

—Ambos somos hombres —dijo llanamente—, aunque él tiene más poder en tomar decisiones, no me hace inferior como ser humano.

—Tiene usted una forma muy extraña de ver la vida, señor, lo puede meter en muchos problemas; lo que acaba de decir es casi una blasfema.

—Puede acusarme si gusta —incitó divertido—, no me importa defender mi punto. Si estoy frente a un rey, se comportarme como es debido, pero no por ello me siento inferior a él.

—Es usted… ¡Es usted un…!

—¿Sí? —sonrió aún más al verla conflictuada.

—¡Agh!

—Buen argumento —dijo el hombre a punto de carcajada.

—¡Adrien! —el hombre se volvió hacia la voz conocida de Pridwen —. Por el amor de Dios, ¿dónde te habías metido? ¡Han llegado!

—¿Y ahora de qué hablas?

Adrien estiró el brazo para recibir a su mujer, a quien acercó lentamente con ayuda de una mano en su cintura, con la intención de darle un beso en la mejilla a modo de saludo. Pridwen no cuestionó la acción, así como tampoco se mostró sorprendida cuando él mantuvo su mano discretamente en su cadera. Todo lo contrario, actuó natural

y siguió informando la situación, mostrándose como una pareja real frente a Agatha. Claro que ella no podía saber que esos dos, antes de ser un *matrimonio*, eran buenos amigos y saludarse de esa forma no era tan anormal como muchos pensarían.

—Los *Leones* —dijo con una voz misteriosa y ojos brillantes—. Llegaron hace unos momentos a palacio.

—¿Qué? —la sonrisa de Adrien se amplió—. ¡Al fin!

—Lo sé, ¿vamos?

—Claro, pero antes —Los ojos esmeraldas se enfocaron en la avergonzada princesa que estaba frente a ellos—, lamento que tengamos que interrumpir la interesante conversación. Espero que otro día me diga más claramente por qué confundió mis intensiones.

Agatha levantó la mirada con sorpresa, notando que Pridwen no se mostraba celosa ni siquiera curiosa por las insinuantes palabras de su marido. Es más, parecía realmente divertida, como si supiera lo que había sucedido y comprendiera que era una estupidez, un malentendido.

—Esto no se repetirá.

—Vaya —habló Pridwen—. Debiste dejar una mala impresión, *amor*.

—Eso era lo que quería averiguar —Adrien volvió el rostro hacia su esposa y juntó las cejas en un puchero—. ¿Soy engreído?

Pridwen soltó una carcajada y tomó la barbilla con una mano.

—Lo suficiente para que me agrades.

—Siempre he sido bueno al elegir a las personas que me rodean, parece que tampoco me equivoqué con la mujer con la que pasaré mi vida.

—Ustedes no tuvieron opción —dijo Agatha con mandíbula apretada—. Se unieron gracias a las órdenes de sus reyes.

—¿No te parece que el destino jugó a nuestro favor, *cariño*? —fue el turno de Pridwen de dirigirle un puchero a su esposo.

—Más que a favor, *mi cielo* —los ojos del hombre brillaron con algo más que un juego, estaba retándola—, casi pareciera que fue planeado.

Pridwen le dirigió una mirada de advertencia al comprender el verdadero sentido de la oración. Era una forma sutil de echarle en cara lo que él creyó en un principio que se enteró de la situación: que ella lo había planeado todo para que fueran propuestos como matrimonio.

—Jamás planearía algo así —contestó con cautela—, siempre fue mi deseo casarme por amor, es por eso que soy sumamente afortunada.

El sarcasmo era evidente para él, aunque seguramente sería poco notorio para la princesa que miraba de uno a otro sin comprender el giro en la conversación. Pridwen no era evidente, escogía ágilmente

sus palabras para que sonara a una simple contestación.

Sin embargo, la princesa no era tonta y pudo notar el cambio en el tono de voz. Habían pasado de un despliegue cariñoso a una ligera advertencia. Estaba claro que ansiaban disimular en su presencia una conversación que pasó a ser íntima; Agatha podía deducir que ellos entendían sus palabras de una forma muy diferente a la que ella recibía.

—Parece que tienen problemas —sonrió triunfal—, será mejor que los deje solos para que lo arreglen.

La pareja se volvió hacia la princesa con la boca abierta, dispuestos a enmendar su error. Sin embargo, les fue imposible debido a que Agatha no esperó una respuesta y simplemente se marchó con un aire triunfal. Enfurecidos consigo mismos, se soltaron de su tierno agarre, colocando una cara de fastidio, atribuyendo al otro del desliz.

—Ha sido tu culpa —apuntó Pridwen.

—¿Mía? Yo hacía un espléndido trabajo de espionaje cuando tú llegaste a interrumpir como toda una esposa celosa.

—¿Celosa? —se rio indignada—. ¡Quería avisarte de nuestros amigos, gran idiota! ¿Crees que me darían celos que te acostaras con Agatha? Por favor, me darías risa. ¡Lástima!

—Eres una mentirosa —la apuntó—. No soportarías la humillación de que se supiera que otro hombre que fuese tuyo la prefiriera a ella.

Los ojos de Pridwen brillaron en ira, Adrien incluso esperaba el golpe en su mejilla, de hecho, se lo merecía. Lo que no se imaginó fue que ella prácticamente le brincara encima, llevándoselo al suelo. La joven quedó sentada a horcajadas sobre el abdomen del que fuera su esposo, golpeándolo en el pecho con furia incontenible.

—¡Pridwen! —chistó el hombre, protegiendo su rostro de los golpes que llegaban por todos lados—. ¿Qué demonios haces?

—¡Qué bueno que no te he contado nada, gran idiota! —le gritó y golpeó a la vez—. ¡Cómo pudiste decirme eso!

—¡No dije que lo fuera a hacer!

—¡Me insultaste!

—¡Deja de golpearme!

Adrien hizo un movimiento y rodó, dejándola debajo de él, tratando de sujetarla, pero la hazaña duró apenas unos segundos, porque Pridwen volvió a girar, sacando una fuerza que fuera desconocida para él, aunque quizá proviniera de la furia que develaban sus ojos junto con ese destello salvaje que ensombrecía el hermoso azul turquesa.

Giraron de ese modo por varios minutos hasta que Adrien logró capturar las escurridizas manos de su amiga y las colocó sobre el césped con fuerza, tratando de esquivar las patadas que iban direccionadas para golpearlo de tal forma que no podría seguirse

defendiendo. Ella gritó con furia cuando Adrien logró inmovilizar sus piernas al sentarse sobre ellas e inmovilizar sus muñecas con una sola mano.

—¡Suéltame!

—¿Podrías controlarte, loca? La gente se dará cuenta de tu rabieta.

—¡No me importa! —le gritó en la cara—. ¡Me importa menos que nada!

—Vaya princesita que eres.

—¡Vaya caballero que eres tú! —escupió—. ¡Distas de serlo!

—No entiendo tu molestia, he dicho la verdad.

Pridwen volvió a enfurecer, se levantó y mordió con fuerza el hombro masculino, muy cerca de su cuello, logrando que la soltara de las manos, nuevamente iniciando la batalla campal. Pronto dejó de importar la razón por la cual peleaban, únicamente querían ganarle al otro; como hacían siempre, eran eternos rivales en cualquier cosa que se les presentara.

—Muy bien, preciosa, es hora de soltar a la sabandija.

Unos brazos fuertes separaron el liviano cuerpo de Pridwen del de Adrien. Ella siguió pataleando y queriendo ir hacia él, pero era imposible cuando dos personas mucho más fuertes que ella la sostenían con tal determinación. La joven miró con desagrado sobre uno de sus hombros, encontrándose de frente a Declan.

—¡Oh por Dios! —sonrió—. ¡Hola!

—Hola a ti también —dijo el muchacho, soltando su brazo para que ella pudiera abrazarle—. Veo que llegamos en buen momento.

—Justo a tiempo para evitar un asesinato —concedió Adrien, abrazando a North con fuerza—. Me alegra que llegaran.

—Sabes que te lo merecías —ella le lanzó una mirada rabiosa a su supuesto marido—, fue poco honorable que intentaras detenerme.

—No podía dejar que me partieras la nariz.

—Aunque debes aceptar que te dio bastante ventaja, princesita rabiosa —sonrió Nil, llegando por detrás de la joven.

—Más le valía —sonrió Pridwen, abrazándolo también y después a North—. ¿Dónde está Lance?

—Ya lo conoces —Declan rodó los ojos—. En cuanto llegamos, pidió su habitación y se fue a dormir.

—Claro, es Lance.

Adrien y Pridwen contestaron a la vez, con una sonrisa enternecida que terminó por enfurecerlos nuevamente.

—Veo que la parejita comienza a adecuarse a su nueva vida —se divirtió Nil—. ¿Qué tal les va en la cama? ¿Es tan descontrolado como en el pasto?

—¡Jamás permitiría que este troglodita me tocara!

—Como si quisiera hacerlo.

Ella levantó la nariz con orgullo y caminó lejos de Adrien, pasando sus brazos por entre los de Declan y North.

—Los prefiero a ustedes tres. —Jaló a los chicos de los que se sostenía hacia atrás—. Vamos, quiero que me platiquen, ¿cómo les fue de viaje?

—Si sabes que ellos son mis amigos, ¿no, Pridwen?

—Lo siento, yo no hablo el idioma de los gorilas, intenta de nuevo.

—¿Gorilas?

Nil soltó una risotada y rodeó los hombros de su amigo con un brazo.

—Sí. Lo dice porque eres un animal, bruto e irracional.

—¿Es que ella ya te lo había dicho antes? —reclamó.

—Debes aceptar que es mejor que un perro o un gato.

—Esa mujer —chistó con desagrado.

—Tú mujer, querrás decir.

Adrien sonrió de lado y miró a su amigo con una advertencia.

—Te eché de menos gran bocón.

—Y nosotros a ti, no sabes lo prepotentes que se pusieron en el club de polo desde que te fuiste, necesitamos ponerles una buena arrastrada.

—Me encantaría —Adrien dejó salir el aire en sus pulmones y miró el palacio—. Pero algo me dice que me quedaré por algún tiempo.

—Supongo que ya tienes un plan.

—Claro —Adrien palmeó la espalda de Nil—. ¿Qué no me conoces?

—Lo hago —asintió el muchacho—. ¿Ella está de acuerdo?

—Hasta el momento, no ha impuesto complicaciones.

—¿Qué fue eso de la revolcada en el pasto?

—Error mío —aceptó—. Saqué un tema delicado.

—Debiste dejar que te golpeara más.

—La dejé, pero parecía no querer parar —rio un poco—. Vamos.

Ambos comenzaron a caminar hacia el imperioso palacio que fuera residencia del rey, pero su amigo no lo dirigió hacia una habitación en el interior de ese recinto, sino que salió por la puerta principal y se encaminó hacia uno de los otros tres palacios, específicamente el que quedaba cruzando la plazuela. Era de idéntica forma estructural, pero el interior era completamente diferente.

—Parece que nosotros nos quedaremos en el palacio destinado a la princesa heredera, en términos simples, el de Pridwen.

—Ojalá me pudiera quedar aquí.

—¿Cómo crees? —la sonrisa traviesa de Nil atravesó su rostro—. A ustedes los tienen que vigilar para que hagan bebés.

Adrien se sorprendió por lo atinado de su comentario.

—¿Cómo lo sabes?

—Las doncellas murmuran, hermano —elevó una ceja—, sobre todo

cuando un rostro tan hermoso como el mío se los pregunta.

—Agh, no puedo creerlo —se tomó el puente de la nariz.

—No, pero fuera de bromas —Nil se detuvo y lo miró muy serio—. Si piensas dejarla, no te habrás acostado con ella ¿verdad?

—¿Me crees un patán?

—Uf, la verdad es que lo dudé —se tocó el pecho—. Bueno, no me mires así, Pridwen es una mujer hermosa, yo estaría tentado.

—No digas idioteces.

—¿Por qué? ¿Te dan celos? —elevó ambas cejas un par de veces.

—Sí, claro —Adrien alejó la cara de su amigo con una mano—, seguro es eso: ¡Me muero de celos por una mujer loca como ella!

—¡Ja! ¡Aunque lo niegues, gran gorila salvaje! —se burló—. Es obvio que te molestaría, no puedo imaginar lo que dirías si acaso alguno de nosotros se hubiese atrevido a tocarla.

—Por supuesto, porque ustedes no son más que tres bastardos sin corazón —lo acusó sin piedad.

—Es un buen punto, pero no deja de indicar que te importa lo suficiente como para molestarte por ello.

Adrien rodó los ojos ante las constantes burlas de parte de su amigo y entró al salón principal, desde donde las voces del resto de los *Leones* resonaban rebosantes de alegría, risas y un volumen demasiado alto para estar en sobriedad y en transcurso del medio día.

Y por lo que fueron unos momentos, tanto Pridwen como Adrien lograron olvidar que se encontraban en otro país, lejos de su amado Londres, donde fueron sumamente felices, cuando eran sólo amigos, unos inseparables que podían contarse cualquier cosa sin juzgarse, al contrario, siempre buscaban ayudarse.

Pridwen suspiró entristecida y soslayó la mirada para ver el perfil sonriente de Adrien. Él no sonreía así desde que llegaron a palacio. Estaba claro que nunca aceptaría una vida en Dinamarca y ella debía comenzar a dejar de tener esperanzas de que algún día él cambiara de opinión.

«En definitiva, el matrimonio lo arruina todo» bajó la mirada. «Aunque jamás pensé que al casarme terminaría mi amistad contigo.»

Capítulo 18

Desde su llegada a Dinamarca, la palabra *alegría* pasó a ser desconocida en el vocabulario de la nueva pareja. Sin embargo, gracias a que sus amigos de Londres estaban en el lugar, las cenas eran el preludio de lo que sería una larga noche entre historias y pláticas que hacían explotar de risa a los oyentes. Era normal cuando se tenía en cuenta que viejos amigos estaban en convivencia continua y en compañía de agradables vinos que garantizaban la fluidez de la diversión.

Aquellos momentos de alegría fueron los que orillaron a la nueva pareja a formar una tregua no hablada en la que ambos tenían como primer interés el hacer que sus amigos se sintieran cómodos, esperando quizá que no los abandonaran en mucho tiempo.

Pese a que eran cuatro hombres extranjeros a los cuales atender, el servicio no estaba disgustado porque la estancia de los jóvenes se alargara. De hecho, los encontraban agradables y educados, nada pretenciosos, relajados y enfocados en la felicidad de la vida, provocando se vieran entusiasmados en servirles, en empaparlos con la cultura y con la exquisita comida que tenían siempre dispuesta para ellos.

—Y bueno —Declan aplaudió para llamar la atención—. ¿Qué hemos descubierto hasta ahora?

—¿Con referencia a qué? —cuestionó Adrien sin entender.

—¿Cómo que de qué? —Nil negó un poco—. El asesinato del príncipe, naturalmente, ¿es que no les preocupa?

Los ojos fueron a parar en la enmudecida figura de Pridwen.

—Creo que pudiste ser más sutil —dijo Declan.

—No —Pridwen sonrió—. Está bien, yo prácticamente no lo conocí, así que no importa que se hable de su muerte.

—De todas formas, era tu hermano —trató Lance.

—Creo que las personas deberían unirse por cariño y no sólo por sangre —la princesa formó una sonrisa—. Por ejemplo: si a alguno de ustedes le pasara algo, no sé qué haría.

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que saben del suceso? —pidió North.

—Tan sólo que el príncipe desapareció por arte de magia de un día a otro, algunas personas lo vieron en ciudades fronterizas, pero de ahí en más, nadie sabe lo que pasó o por qué se fue de aquí.

—¿Nadie lo noto? —inquirió nuevamente North.

—Tal parece que no —volvió a contestar Pridwen—. Le mandaban cartas a mi padre, pero sólo para torturarlo, porque no pedían nada a cambio de liberarlo, simplemente deseaban jactarse de su hazaña.

—Debe ser alguien poderoso como para que no lograran encontrarlo —pensó Lance—. Un príncipe no desaparece simplemente.

—Quizá salieron del país —contribuyó Adrien.

—Lo cual sería aún más peligroso —dijo North—, quiere decir que tienen aliados que deseaban la muerte del príncipe heredero.

—Y posiblemente de cualquiera que le siga —Nil miró a Pridwen.

—Pero no entiendo —La joven frunció el ceño—. ¿Por qué no matar al rey? Irse contra el heredero es…

—Inteligente —interrumpió Declan—. Tu padre no tiene más varones, la monarquía queda en mujeres y sabemos que no es lo más aceptado.

—Además, el rey es un hombre mayor —asintió Lance—. Es más fácil que muera naturalmente y menos complicaciones para el asesino.

Un prolongado silencio invadió el salón por un buen rato.

—Creo que podría ser alguien de adentro —Adrien externó sus pensamientos—. Tenemos nuestras sospechas sobre la reina.

—No me digas —rodó los ojos Lance—. ¿Quiere el poder?

—Más bien, no quiere perderlo —añadió North—. Tendría sentido que ella matara al heredero, pero no a su marido, al menos hasta que ella haya cumplido sus objetivos.

—Seguro que es un gran inconveniente que haya nombrado a Pridwen su heredera —dijo Declan.

—Eso quiere decir que la princesita está en la línea de fuego —sonrió Nil—. ¡Lo siento! ¡Fue un gusto conocerte, preciosa!

—No digas tonterías —Pridwen, quien estaba a su lado, le dio un buen golpe en la cabeza—. No dejaré que nadie me mate, mucho menos por una tonta corona. Sin embargo, parece tener sentido, seguro que la reina quería que su hija fuera hecha heredera.

—¿Han hablado con ella? —preguntó Lance.

—Adrien se ha hecho muy amigo de ella —mencionó Pridwen con cierto desprecio en su voz.

Sin embargo, Adrien simplemente asintió y se acomodó al borde de su asiento, como si intentara acercarse lo máximo posible a sus amigos, quienes se inclinaron sobre la mesa para aproximarse a la voz susurrante.

—Hablé con dos de las hijas de la reina, la pequeña y también la más grande. Tal parece que esa mujer está desesperada por tener un hijo varón y, cuando nacía mujer, ella simplemente las despreciaba.

—¿No así con la mayor?

—Quizá vio su salvación en ella, la casó con un noble de alto rango en el país —explicó—. De tener un varón, sería el heredero perfecto.

—Así que esas son las intenciones de la reina —asintió Nil—. Astuta.

—¿Y no piensa que ustedes pueden hacer lo mismo? —North frunció el ceño—. Digo, creo que estarían en pugna.

—Es posible que sea la razón por que esté de acuerdo en tenernos

cerca —expuso Adrien—. De quedar Pridwen embarazada, seguro intentaría algo para hacerla tener un aborto y todo solucionado.

Pridwen se sorprendió por la frialdad en las palabras de Adrien. Aunque claro, a él qué le iba a importar que un niño inexistente fuera asesinado, sobre todo cuando ellos no realizaban las acciones para que este se concibiera. Incluso aunque lo hicieran, quizá Adrien estaría mejor con que perdiera al bebé en lugar de tenerlo.

La joven cerró los ojos.

No. Adrien no era así, no podía ser tan cruel. Si por alguna extraña razón tuvieran un hijo, él no permitiría que nadie le hiciera daño, se molestaría incluso si fuera sólo un intento. Y la razón sería porque simplemente era su sangre, parte de él, y Adrien defendería con uñas y dientes lo que sentía que le pertenecía.

—Así que el rey les quiere quitar a su hijo y la reina quiere que muera —sintetizó Nil—. Vaya mierda de vida en la que se metieron.

—Estoy de acuerdo, me alegra que no tengan sexo —sonrió Lance —. Pobre bebé inocente, moriría de una forma u otra.

Pridwen meneó la cabeza para espabilarse. Lance tenía razón, era afortunado que no tuvieran relaciones, de esa forma se protegían, incluso si la reina tuviera un hijo, el que Pridwen no tuviera uno por su cuenta la dejaba de nuevo en libertad.

No lucharía por una corona, ahora que sentía que le pertenecía, haría todo por obtenerla, pero si un heredero legítimo llegaba a reclamarla, tampoco se empeñaría en una lucha perdida.

—No dudo que la reina siga intentando tener al heredero por su cuenta —Pridwen se cruzó de brazos.

—De ser así ¿qué sucedería?

—Nada —dijo la joven—. Seríamos libres otra vez, este tonto y yo podríamos divorciarnos y fin de la historia.

Los chicos se sorprendieron ante la respuesta despreocupada.

—¿Es que no quieres ser reina? —inquirió Lance.

—Si no es para mí, no es —se inclinó de hombros—. Ni modo.

—Supongo que podrías verlo de esa manera —aceptó Nil—, aunque no deja de ser injusto, técnicamente tú eres la que sigues.

—Pero soy mujer y por mucho que me pese, no puedo hacer nada para impedir que un varón me quite el lugar —apretó los puños—, posiblemente podría poner a la gente de mi lado, pero sería derramar sangre por una corona, me asquearía forzar de esa forma un reinado.

—Definitivamente una mujer es una buena regente —admiró North —. Tu desinterés en el poder te hace perfecta para el puesto.

—Gracias North —ella se levantó de su asiento—. Creo que las dos de la mañana es buena hora para que me retire, estoy agotada.

—¿Es que Adrien no te deja descansar por las noches? —bromeó Nil —. Supongo que el sexo es tan apasionado como las peleas por el

césped.

—No seas grosero —Declan frunció la nariz.

—Sin mencionar que no es de su incumbencia —dijo North—. No pueden ir por ahí haciendo preguntas de la vida íntima de los demás.

—Yo estoy con Nil, seguramente los duelos por llevar el control son interesantes —Lance continuó la broma—. Díganme, si en algún momento sucediera, ¿quién estaría arriba?

—Pues yo —la pareja respondió a la vez.

—Oh, cállate Adrien —la chica chasqueó la lengua—. Y dejen de decir peladeces, esto es un palacio, no una cantina, bola de arrabaleros.

—Mira quién viene a hablar —la señaló Nil—. A la que llaman boca de marinero en cualquier club de Londres.

—Eso se acabó —le guiñó un ojo y apuntó a su marido—. No me importa cómo llegues, pero tienes que llegar ¿entendiste?

—¿Es que no puedo tener nada de diversión?

—Te lo advierto —elevó una ceja—, no seré el hazmerreír.

—¿Y si nadie se entera?

—Se enterarán —dijo obvia—. Mantén tus pantalones en su lugar el tiempo que te sea posible, ya después veremos qué hacer.

—¡Lo condenas al celibato! —se espantó Lance—. ¡Qué horror!

—Es lo malo de tener esposa y tomar la estúpida decisión de no acostarte con ella —explicó Nil con calma.

—Que horrible sentencia, no la cumpliría —dijo Lance.

—Estoy de acuerdo, amigo mío, estoy de acuerdo.

—North —Pridwen apuntó con dos dedos a sus ojos y luego hacia Adrien, quien simplemente sonreía—. Sólo puedo confiar en ti.

—¡Oye! —se quejó Declan—. Yo también soy confiable.

—Cedes bajo presión y luego eres una tumba para contar secretos —lo destruyó Pridwen—. North es infranqueable.

El muchacho de imponente altura y rostro severo sonrió un poco hacia ella, haciéndole entender que podía irse en calma, puesto que nada sucedería mientras él no lo permitiera. Ese caballero podía parecer intimidante, duro, sin corazón, casi una bestia; pero si se le conocía bien, era el más leal y recto amigo que se pudiese conocer.

Pridwen sabía que él mostraba esa parte bondadosa exclusivamente con las personas que le agradaban. Pese a que North era en extremo leal a Adrien, siempre haría una excepción cuando se trataba de ella, incluso era de las pocas personas que conocía su sonrisa sincera y abierta que iluminaba esos extraños ojos de iris enormes y una pupila reducida que normalmente estaban enfocados en mostrarse impenetrables.

La princesa dio media vuelta con mayor seguridad e ignoró toda réplica proveniente de la boca de sus amigos, que fingían estar

heridos. Los escuchó retomar una conversación que seguramente se alargaría hasta el amanecer. Siendo honesta, ella podía seguir hablando con ellos hasta el final de los días, pero era justo que Adrien disfrutara en soledad de sus amigos, que la felicidad que mostraba estando con ellos le durara un poco más, quizá incluso lograra que su sonrisa llegara intacta hasta el día siguiente. Al final de cuentas, era él a quien obligaron a salir de la comodidad que le brindaba Inglaterra; y por mucho que quisiera que fuera diferente, ese era su hogar, nació y creció ahí. Adrien no.

Salió del palacio que fuera de su propiedad, encontrándose con el aire fresco de la madrugada. Inconscientemente se abrazó a sí misma, intentando mantener el calor que la abrigaba en el interior del palacio y bajó las escaleras de la fachada, disfrutando de la soledad, de la espesa negrura que era quebrantada por la luz de los faroles, indicándole el camino hasta el palacio de su padre.

Los guardias del palacio estaban cambiando turno en esos momentos, resultando ser uno de los extraños gustos de Pridwen. Solía disfrutar del espectáculo cada que los atrapaba y creía que jamás se aburriría de ello; pero esas no eran horas para admirarlos, así que entró por la puerta que fue abierta mucho antes de que estuviera frente a ella.

Pridwen agradeció con una sonrisa a los soldados que poco la tomaron en cuenta y volvieron a sus posiciones vigilantes. En algún sentido se le figuraban a North, quien siempre parecía tener la mente alerta, como si en cualquier momento fueran a ser atacados. Normalmente lo atribuía a su entrenamiento militar, pero Adrien lo había tomado también y no era así.

—¿Pridwen? —la voz denotaba una sonrisa aún sin que ella pudiera ver al hombre que la nombró—. ¿Qué haces caminando tan tarde?

—Hola Ulrik —dijo con fastidio—. Regresaba del palacio en donde deberíamos dormir, ¿sabes la razón por la cual el rey me quiere aquí?

—Supongo que te echaba de menos.

—Sí, claro —chasqueó la boca.

—En serio que dudas de todos nosotros, ¿verdad?

—¿Me juzgas?

—Supongo que no.

Pridwen asintió con brusquedad y se dispuso a marcharse a su habitación, pasando por alto el hecho de que Ulrik la seguía en un mutismo que por poco le permitió introducirse por la misma puerta que ella.

—¡Dios! —brincó al percatarse—. ¿Qué haces?

—Te acompañaba, es noche para que vagues sola por el castillo, ¿qué no sabes los peligros que te asechan al ser la heredera?

—Los mismos que al resto de la familia —elevó una ceja—. ¿No

deberías estar con tu esposa? Seguramente te echa de menos.

—Sabes que yo jamás… —el hombre cerró los ojos—. Sabes perfectamente que yo no la amo.

—Pero eso no te impidió elegirla ¿verdad? —ladeó la cabeza—. Ahora es muy tarde para cambiar de opinión.

—Nunca es tarde —se acercó a ella—, cuando se trata de amor.

—¿De qué hablas? —negó con dureza—. No existe tal cosa.

—Ojalá te creyera Pridwen, pero tus ojos dicen algo completamente diferente, siempre has sido muy fácil de leer.

—He cambiado —dijo tranquila—, estoy casada y muy enamorada.

—Sé que no.

—Cree lo que quieras, pero si mi marido…

—No está, lo sé —aseguró—. Estará en el otro palacio junto a su grupo de amigos, como cada noche, ¿a quién quieres engañar?

—A nadie —frunció el ceño—. Trataba de recordarte que Adrien puede volver y tiene un carácter bastante voluble, sobre todo cuando toma.

—¿Tiene tan poco autocontrol?

—Sí —admitió—. Y te aseguro que te conviene no provocarlo.

—Por favor Pridwen —minorizó la amenaza—, es solo un hijo de duques, apenas y habrá enfrentado la hostilidad de la vida real.

Ojalá fuera así, de esa manera, Pridwen no habría estado en tantos hospitales después de que se metiera en una pelea. No importaba lo bueno que fuera Adrien con los puños, al final siempre resultaba herido y en la justicia por casi asesinar a alguien a golpes. Era verdad lo que decía Ulrik, no sabía controlarse y cuando algo lo desquiciaba, no había quién lo detuviera, era como un animal salvaje.

—Te sugiero que no intentes descubrirlo.

Ella se giró hacia la puerta, pero la mano de Ulrik logró tomarla del brazo y volverla con fuerza, atrayéndola a su cuerpo con una brusquedad que logró sacarle un gemido de dolor.

—¿Qué demonios Ulrik? —se quejó la dama.

—No puedes hacerme esto Pridwen, no puedes ignorarme de esta manera por siempre, sabes como son las cosas en la corte, no te piden opinión, simplemente te imponen las cosas. —Pridwen comprendía esa parte—. Me casé con tu hermana estando enamorado de ti, ¿te parece tan difícil de entender?

—Me da asco lo que dices —escupió sus palabras muy cerca de su boca, mirando con odio su rostro—. Te pedí que nos fuéramos, pero claro, ¿quién huiría con la *peste* del palacio? Seguro que todos aplaudieron cuando yo de pronto desaparecí.

—Me volví loco, quise ir a buscarte.

—Pero no lo hiciste —apartó su brazo con suavidad—. Y eso es todo.

—Cometí un error y el sentimiento jamás cambió.

—Para mí sí —cerró los ojos—. Todo cambió.

—No me vas a decir que estás enamorada de él —negó efusivamente con una sonrisa incrédula—, simplemente no puedo creerte.

—Ese no es tu problema.

—¡Dime que no es verdad! —la tomó de los hombros y la zarandeó un poco—. ¡Dímelo Pridwen, o soy capaz de matarte!

—Suéltame —intentó apartarse, pero en esa ocasión, Ulrik puso más fuerza—. Te lo digo en serio, suéltame.

—No haré tal cosa —la recorrió con una mirada desesperada—. Sé que lo deseas tanto como yo, puedo verlo.

—No sabes nada de mí y si haces algo que no consienta, te mataré.

—No puedo creerte.

El hombre la tomó con fuerza por los hombros y la pegó a sí en lo que fue una unión poco placentera de sus labios. Una explosión de ira y extraña añoranza convulsionó en su interior; no era la primera vez que tocaba esos labios, Ulrik Rosensburg fue la persona con la que compartió su primer beso y por ello estaba confundida en un inicio. Pero en cuanto se dio cuenta a lo que la había rebajado, la joven luchó por liberarse, intentó apartarlo, ladear la cabeza, golpearlo. Pero él estaba decidido en no dejarla ir, incluso soportaba su resistencia.

—¡Suéltame! —lo empujó con fuerza—. ¡No te voy a perdonar que me hayas hecho esto! Yo jamás le haría esto a otra mujer, no soy la amante de nadie, no quiero al hombre que pertenece a alguien más.

—No le pertenezco a nadie y jamás te rebajaría.

—Lárgate, Ulrik —escupió—. En serio lárgate.

—Hablemos de esto.

—¡No! —en esa ocasión cometió el error de gritar.

—¿Pridwen? —la voz de Adrien se escuchó lejana—. ¿Dónde estás?

La princesa volvió el rostro hacia el largo pasillo que aún no daba señales de la presencia de Adrien. Estaba claro que Ulrik subestimaba al hombre que le fue designado como marido, no estaba midiendo el peligro al que se estaba exponiendo al querer enfrentarse a él. Aunque el señor Rosensburg no era un enclenque, Pridwen dudaba que estuviera tan curtido como su amigo para luchar con el cuerpo. Su esposo incluso lo hacía por mera diversión, solía juntarse con los fuertes marineros de su cuñado para batirse a duelos por apuestas. Era una barbaridad, pero a los hombres les encantaban esas reuniones.

—Ulrik, suéltame —suplicó cuando volvió a tomarla entre sus brazos, queriendo tentar su suerte—, por tu bien, vete de aquí.

Los ojos del hombre brillaron ilusionados al escuchar lo último.

—¿Estás preocupada?

—Claro que sí, Adrien se pondrá como un loco, suéltame.

—Sólo si prometes algo.

Pridwen comenzaba a desquiciarse, tenía ganas de vomitar.

—¡Pridwen! —gritó Adrien—. ¡Contesta con un carajo!

—¿Qué? —la joven miró con súplica hacia Ulrik—. ¿Qué quieres?

—Cuando se duerma, me encontrarás en la capilla del fondo.

—¿Estás loco? ¿Por qué haría algo así?

—Nadie va a ahí —tranquilizó—. Si no vas, volveré por ti, escoge.

—Por Dios —ella trató de zafarse—. ¿Pretendes que confíe en ti cómo para ir a un encuentro contigo cuando acabas de atacarme?

—No te atacaba —resaltó—. Y será mejor que respondas.

Los pasos de Adrien se oían cada vez más cerca, ocasionando que sus nervios se salieran de control. No podía permitir que se pelearan en el pasillo del palacio de su padre, donde seguramente el que sería castigado y juzgado sería Adrien y no Ulrik. No tenía opción, así que asintió repetidas veces, zafándose del agarre y aventándolo lejos para que lograra esconderse antes de ser visto.

En cuanto lo vio desaparecer en la inmensidad del pasillo, Pridwen supo que había cometido un error al aceptar verse con él, era demasiado peligroso, sin mencionar que no tenía sentido. Cerro los ojos y blasfemó.

Capítulo 19

Adrien la encontró presa en sus pensamientos, parada afuera de la recámara, mordiendo la piel al contorno de sus uñas en un estado de conmoción único en su clase. Esa mujer no solía ponerse nerviosa por nada, ni siquiera en los momentos de peligro. Algo realmente grave debió sucederle como para hacerla entrar en ese estado mental deplorable. Posiblemente se encontró con alguien que la hirió en el pasado y ahora no sabía cómo reaccionar después del encuentro.

No dudaba que frente a la persona se mantuviera entera y con la mente activa, pero ahora estaba extraña, pensativa, fuera de sí.

—¿Qué pasó? —tomó su rostro con delicadeza, obligándola a mirarlo a los ojos—. ¿A quién te encontraste que te dejó en este estado?

—¿Yo? No, a nadie ¿de qué hablas? —dijo presurosa—. ¿Por qué preguntas? ¿De dónde vienes tú?

—¿Cómo qué de dónde vengo? —Adrien frunció el ceño—. Será mejor que me digas qué fue lo que sucedió.

—Dije que no pasó nada.

Pridwen se giró hacia la puerta y se introdujo a la habitación que compartían. El hombre la siguió con una singular calma que la ponía frenética; para cuando cerró la puerta, Pridwen había intentado quitase el vestido, deshacerse el peinado y destender la cama, pero ninguna acción parecía ser realizada como se debía y simplemente la dejaba para intentar entretener a su cerebro con otra actividad.

Alison, quien trataba de ayudarla en cada cometido, se mostró confundida y lanzó una mirada interrogativa hacia su señor.

—Puedes retirarte Alison, yo ayudaré a la princesa.

La voz grave de Adrien heló la sangre de su joven esposa, quien sintió un escalofrío y las inmensas ganas de intercambiar alma con Alison para que ella tuviera que lidiar con la mirada inquisidora y profunda de su marido. Los ojos verdes de ese hombre tenían la capacidad de leer almas y aunque ella era buena mentirosa, en esos momentos no se sentía con la capacidad de mantenerse.

—Será mejor que…

—No —la atrapó justo cuando pensaba escabullirse hacia el baño—. No.

—Adrien, quisiera bañarme, en serio.

—Nos ocuparemos de eso luego.

—¿Cómo que *nos*?

—Olvídate de eso —le quitó importancia—. ¿Qué pasó?

—Adrien —ella tembló un poco—, no quiero decirlo.

El hombre soltó el aire que había contenido y la abrazó, sintiendo como ella se tensaba al inicio para lentamente relajarse entre sus brazos.

—Está bien, no te obligaré si no quieres.

Pridwen abrió los ojos y se separó lo necesario para poder verlo con libertad. Sus rostros quedaron tan cerca que ella podía ver a detalle todos los matices de verde que se necesitaban para que la intensidad en sus iris fuera similar a la de una piedra preciosa. Sonrió con ternura. Qué fácil sería besarlo, incluso sintió el impulso de hacerlo, de acercarse un poco más para rosar la carnosidad de sus labios, pero no podía. Permitió que sus párpados cubrieran el deseo de sus ojos y agachó la cabeza para imponer una separación que no existía entre sus cuerpos.

—¿Está todo bien?

—Sí… —suspiró, tocando el pecho fuerte con suavidad para recordarse que estaba ahí junto a ella—. Todo está tal y como debería.

—Te ves perturbada.

—¿Crees? —sonrió sin levantar la cabeza.

—Ven, vayamos a dormir.

Adrien la dejó en libertad antes de lo que ella hubiese querido, la añoranza se mostró en sus brazos que se levantaron al sentir el abandono que antes la reconfortaba. Se apuró en esconder su acción inconsciente y fue a su armario a cambiarse de ropas, intentando no volver a quedar ensimismada mientras lo hacía.

Fue desafortunado que resultara imposible no pensar en que tendría que escabullirse de la habitación que compartía con su marido para encontrarse con el hombre que le rompió el corazón en el pasado, pero que seguía teniendo la desafortunada capacidad de acelerárselo, aunque en esa ocasión había sido de forma negativa.

El cuerpo de la joven dio un brinco desprevenido cuando de pronto sintió los dedos de Adrien rozando su espalda mientras la ayudaba a desabrochar los botones del hermoso vestido que portaba gracias a que Alison puso mano firme en renovar su vestuario. Giró la cabeza para lograr ver al hombre enfocado en su tarea, era hábil, así que no tardó demasiado en deslizar la tela fuera de su cuerpo y prosiguió con aflojarle el corsé, siendo totalmente inconsciente que sus acciones estaban provocando que el interior de Pridwen explotara en una calidez que la abrumaba e incitaba a su inocencia a ser turbada.

—¿Necesitas ayuda con el cabello? —ella negó sin poderse comunicar con habla—. Bien, ven a la cama pronto, hace frío.

Ella recuperó la conciencia cuando su varonil aroma natural estuvo fuera del alcance de sus fosas nasales.

—Eso suena demasiado sexual.

—En tu cabeza —sonrió el chico, metiéndose en su lado de la cama —. Supongo que vas a leer un rato.

—¿A las dos de la mañana?

—¿Es que tienes sueño? —levantó la mirada.

—No.

—Entonces leeremos un poco, como siempre.

Pridwen se apuró a quitarse el corsé, dejándolo sobre el piso mientras buscaba un camisón que hiciera mejor trabajo en cubrirla que la camisola que no llegaba más allá de sus muslos. Pensándose ignorada, la joven se estiró para alcanzar la tela suave de la seda, importándole poco que la camisola subiera y mostrara gran parte de sus glúteos.

Los ojos de Adrien tardaron en apartarse, sorprendiéndose a sí mismo disfrutando de ver a su amiga en paños menores, casi desnuda, incluso era capaz de ver su silueta gracias a la transparencia que la tela obtenía contra luz. Carraspeó un poco, pensando que de esa forma ella se percataría de su inhibición, pero contrario a su expectativa, ella sacó la camisola sin preocupaciones y, por unos segundos, él pudo admirar la piel desnuda de su espalda, notando incluso un lunar en la parte baja de esta antes de que la suave seda se deslizara sobre la lechosa piel de Pridwen.

El hombre pestañeó un par de veces al tiempo que elevaba las cejas, viéndose sorprendido por la divagación de su mente y la forma en la que no podía dejar de pensar en la posible exquisitez que experimentaría su tacto al rosar sus dedos contra esa espalda.

—¿Ocurre algo?

Para su sorpresa, Pridwen ya se había metido a la cama, tenía el libro que estaba leyendo en sus manos y aún se movía buscando su comodidad.

—No —meneó la cabeza con sutileza—. ¿Sigues con el mismo libro?

—¿Es que ya terminaste el tuyo? —se sorprendió la joven.

—Tomé prestado otro de la biblioteca, espero que al rey no le moleste.

—Dudo que alguien además de nosotros lea estos libros —sonrió la joven, buscando el separador entre las páginas amarillentas.

Pese a que Adrien trató de enfocarse en su lectura, su mente divagaba una y otra vez hasta lograr enloquecerlo. Ahora incluso el aroma de Pridwen resultaba un distractor del cual no podía deshacerse. Cerró el libro y la miró desesperado.

—¿Has cambiado de perfume?

—¿Mmm…? —no se volvió, estaba concentrada y esa era la razón por la cual su dedo índice se deslizaba sobre su labio inferior en lo que fuera un gesto del cual no se percataba—. Ah, sí, lo cambié hace poco ¿Te molesta?

—Es un poco dulzón.

—Lo siento —siguió leyendo sin tomarle demasiada importancia—. No pensé que te desagradara cuando tu madre usa perfume de vainilla.

—Nunca dije que me agradara.

Pridwen sonrió de lado y bajó su libro para voltear a verlo.

—Adrien, tus perfumes son asquerosamente dulces.

—Entonces no sé por qué noto tanto este.

Ella volvió a levantar su ejemplar y retomó su antigua posición.

—Quizá porque me encuentras atractiva.

—Sueñas.

—De hecho, tengo algo de sueño —aceptó, dejando el libro sobre la mesita de noche de su lado—. Iré a dormir, puedes seguir leyendo si gustas, no me molesta la luz.

—No, creo que iré a dormir también.

Se acomodaron en la cama con suaves movimientos que normalmente no los incomodarían, incluso aunque existieran roces en el proceso, estaban acostumbrados a ignorarse. Sin embargo, en esa ocasión, su cerebro los traicionó al hacerlos tortuosamente conscientes del otro, obligándolos a alejarse más de la cuenta.

—Descansa —suspiró ella al encontrarse satisfecha con su posición.

—Ojalá pudiera —dijo Adrien, aun mirando hacia el techo de la cama de dosel—. Pero resulta que sigo esperando una conversación, ¿recuerdas?

—Si no me hubieras insultado con ello, te lo estaría contando.

—Lamento haberlo dicho —se levantó sobre su codo, acercándose a ella—. No sabía que te lastimaría.

—Claro que lo sabías.

—Quizá —aceptó—. De todas formas, lo siento, sabes que lo hago.

—Como sea, ya no son horas para hablar, ve a dormir.

—¿Me lo contarás, entonces?

—Tal vez —sonrió ella—, si te portas bien.

—¿Me aleccionas como a un niño?

—Si te comportas como uno…

—Bien, lo acepto, sé que me pasé de la raya —sonrió de lado—. Aunque siendo sincero, me golpeaste demasiado por ello aquel día.

—Merecías mucho más.

—Al menos admite mis disculpas.

—Mmm, no sé si son del todo sinceras, pero…

—Vamos —posó su mano sobre su vientre y la jaló hacia él—, no seas rencorosa, tú no eres así y lo sabes.

—Estoy aprendiendo del mejor.

—¡Perdóname! —canturreó, acercándose a ella para hacerle cosquillas, pero también para tener más cerca el olor que se desprendía de ella—. ¡Oh, perdóname mi santa señora! ¡Mi querida esposa de mentiras!

—¡Cállate! —dijo en una risotada—. ¡Ya, no sigas!

—No lo haré hasta que de tus labios salga una aceptación a mis

disculpas —continuó con su labor de torturarla.

Pridwen se resistió por un tiempo admirable, pero finalmente no logró soportarlo y soltó un grito de derrota.

—¡Ya! —trató de apartar sus manos—. ¡Te perdono! ¡Te perdono!

—Me costó más trabajo que de costumbre —dejó caer la espalda sobre el colchón—. Soportaste más de lo normal.

—¡Eres un tonto! —lo golpeó en el hombro—. Por poco me orino.

—Vayamos a dormir, ahora que sé que no intentarás matarme por la noche, puedo cerrar los ojos en paz.

—Ojalá te ahogues en mi saliva.

—Nada fuera de lo normal.

Pridwen sonrió y volvió a recostarse, en esa ocasión más cerca del cuerpo de su amigo, quien hizo lo mismo. Debido al tiempo compartido, les resultaba reconfortante el calor que emitía el cuerpo del otro y, sin darse cuenta, compartían costumbres de cama desde mucho antes de casarse: ambos sabían qué lado ocupar, gustaban de tener las ventanas abiertas la mayor parte del año excepto en invierno, leían antes de ir a dormir e incluso charlaban hasta cerrar los ojos.

Adrien buscó su comodidad mientras escuchaba la respiración profunda de su esposa, le dio la espalda, esperando apaciguar su cerebro que no paraba de rememorar la última visión que Pridwen le regaló de su cuerpo. Cerró los ojos. Pasaría pronto y todo sería como antes.

Pridwen, por su parte, sabía que debía abandonar la habitación para acudir al llamado forzoso de Ulrik Rosensburg, sin embargo y muy lejos de lo ordinario, Adrien parecía no poder conciliar el sueño. Seguía removiéndose en la cama, subía y bajaba las mantas, incluso se quejaba ansioso por no lograr cerrar los ojos pese a lo cansado que estaba.

—¿Qué ocurre Adrien? —suspiró fatigada.

—No lo sé, me siento incómodo.

—Por Dios, estás logrando que yo tampoco pueda dormir.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada —el hombre cerró los ojos con fuerza y se sentó en la cama—. Quizá sea mejor que me levante.

—¿Estás bromeando? —se sentó también—. Ya sé, ven aquí, esto siempre te ha ayudado a dormir.

Ella acomodó una pila de almohadas y se recostó tranquilamente para quedar ligeramente elevada, pero al ver que él no reaccionaba como de costumbre, tomó su mano y lo jaló hasta ella, obligándolo a colocar la cabeza en su abdomen, facilitándole la tarea de pasar sus dedos por entre los cabellos oscuros, acariciando el cuero cabelludo.

—Esto… —él cerró sus ojos ante la sensación placentera—. Funciona.

—Sé que funciona, antes eras un dolor de cabeza, siempre me lo

pedías.

—Lo había olvidado.

—No debí recordártelo, error de mi parte.

Adrien jamás podría olvidar algo así, de hecho, la posición le era tan conocida, que su cuerpo reaccionó solo, acomodando sus brazos alrededor de ella para no incomodarse, quedando parcialmente sobre el cuerpo delgado de su amiga, a quien por primera vez juzgó como descuidada; jamás había pensado en ella como una mujer a la cual quisiera llevarse a la cama, pero sus instintos lo traicionaban, de ser así, ella debería poner atención y quizá ser más escrupulosa con su cuerpo.

Pero, ¿cómo decirle algo así?

Pridwen estaba acostumbrada a que él no tuviese interés en su persona, a que la viera como una hermana menor y no como una mujer que pudiera tentarlo, ella actuaba conforme lo establecieron desde hacía mucho tiempo y no tenía la culpa de que él estuviera… extraño.

—¿Qué pasa? ¿En qué demonios piensas que no te quedas dormido?

—No sé —Adrien se tensó—. Lo siento, no te tendré así toda la noche.

—Por supuesto que no —dijo divertida—. Será mejor que te duermas antes de que me canse de hacer esto.

Debía admitir que la muchacha tenía habilidad con sus manos, provocándole sonidos placenteros mientras lo iba relajando.

—Adrien. —El hombre pudo sentir los labios de su amiga muy cerca de su oído—. Esos sonidos que haces ahora, ¿también los haces en el sexo?

Acostumbrado a la mente perversa y sin filtro de su amiga, Adrien sonrió aún sin abrir los ojos y asintió suavemente.

—Depende de la mujer con la que esté y de lo que yo esté disfrutando.

—¡Qué pervertido eres! —le golpeó el hombro ligeramente.

—Tú fuiste la que preguntó.

—Ya sé —ella se sonrojó ligeramente, pero seguía sonriendo—. ¿Cómo se hace para que un hombre disfrute?

—Eso sí que no lo contestaré.

—Es injusto que ustedes puedan saber del tema mientras que nosotras llegamos como recién nacidas a la noche de bodas.

—Dudo que tú llegues en esas condiciones, tienes la mente más perturbada que Nil y Lance juntos.

—Es verdad, no lo puedo negar.

Adrien se acomodó sobre ella, encontrando reconfortante la posición hasta que lentamente, el calor del cuerpo de su amiga y su masaje relajante sobre su cabeza dieron el efecto esperado,

adormeciéndolo lentamente hasta quedar dormido sobre ella.

Pridwen podría haber gritado por su victoria, sin embargo, cometió el error de cerrar los ojos para intentar descansar un poco mientras seguía relajando a Adrien. Eventualmente comprendió que sería incapaz de volver a abrirlos, la comodidad y tranquilidad que sentía al estar entre los brazos de Adrien le impidieron hacer cualquier movimiento para dejar el lecho a pesar de la preocupación que sentía por el hombre que estaría aguardando ansioso en el lugar establecido para encontrarse.

Esperaba que Ulrik no cumpliera con su palabra cuando dijo que iría por ella y que dejara las cosas por la paz. No entendía la razón de su obsesión. ¿Qué más tenía por decir? Seguro que cualquier excusa que quisiera darle o nuevo sentimiento que deseara confesarle terminaría por lastimarla. Estaba cansada de sentirse herida, desanimada o manejada por sus sentimientos. Quizá su cuerpo había tomado la mejor decisión al dejarla exhausta y no permitirle salir de la cama.

Quién no estaría muy de acuerdo sería el hombre que seguía dando vueltas en aquella capilla alejada dentro del palacio del rey. Ulrik no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo, se rehusaba a creer que ella no acudiría a su llamado.

Era imposible que en realidad estuviera enamorada de ese hombre, de ese insensible y prepotente londinense que no hacía más que intimidarla, era notorio por el miedo que tenía a que los encontrara, ¿la golpearía? ¿Acaso abusaría de ella? Era posible, jamás la había visto tan nerviosa, tan desesperada, temía por la reacción de su explosivo esposo.

Quizá los había escuchado y era la razón por la cual Pridwen no podía acudir, podría estar herida, ¿hasta dónde sería capaz ese hombre con tal de obtener el poder que caería sobre los hombros inexpertos de Pridwen?

Lo decidió, iría a comprobar en ese instante si ella estaba bien, nadie podría cuestionar sus acciones si estaba preocupado por la seguridad de la princesa ¿cierto? Era su deber como cuñado, como noble y caballero. Asintió resuelto. Salió de la hermosa capilla y fue directo a las escaleras, subiendo rápida pero sigilosamente, ignorando la atenta mirada que venía desde las sombras, un espía siempre presente, con oídos que no se perdían de nada y con la fortuna de pasar desapercibido con muy poco esfuerzo.

Ulrik llegó a la habitación hasta donde había escoltado a Pridwen, pero al tomar la manija de la puerta, se vio sorprendido por lo inconsciente de sus acciones, no podía creer hasta qué punto estaba dispuesto a actuar por ver a esa mujer, lo que estaba por traspasar al interrumpir en la intimidad de otras personas, no solo eso, de la mujer

que sería reina algún día.

«¿Qué demonios estoy haciendo?» recostó la frente en la puerta cerrada. «Debo haber enloquecido.»

Aunque su cerebro estuviera cuestionando sus reprochables acciones, su corazón lo obligó a entrar en el cálido espacio que fuera de otras personas. El olor a ella era embriagador, venía de todas partes y, al mismo tiempo, dirigía hacia un único lugar.

Parecían una pareja unida, mucho más de lo que él podía fingir con su actual esposa. Ese londinense se acomodaba sobre ella con posesividad que no dejaba lugar a dudas que esa mujer le pertenecía. La abrazaba con tal confianza y determinación que poco le faltó a Ulrik para intentar arrancarla de sus brazos de un jalón. No lo hizo, una extraña añoranza lo paralizó, mirándolos en silencio, relajados y en apariencia felices.

El intruso cerró los ojos para recordarse todas las ocasiones en las que notó que Pridwen fingía felicidad junto a su marido; él más que nadie sabía lo que significaba tener que simular delante de las personas que un matrimonio era perfecto. Supo cuando se casó con la princesa Agatha, lo difícil que sería encontrar la felicidad, no era que esa mujer fuera mala o despreciable, todo lo contrario. Pero tenía algo muy claro: cuando el amor no formaba parte de un matrimonio, cualquier situación, pelea o desacuerdo se tornaba fácilmente en algo insoportable, las cosas se complicaban exponencialmente, al punto en el que la molestia podía durar mucho tiempo, por más tonta que hubiese sido la razón.

Miró hacia Pridwen. Es diferente cuando se ama a la otra persona, cuando se sabe que no hay manera de permanecer molestos porque se necesitan hasta para las cosas más simples.

Ulrik se alteró cuando de pronto la escuchó dar un suave suspiro que prosiguió con un movimiento que expresaba su incomodidad obligándolo a retroceder. Al sentir la agitación, el hombre que la abrazaba se acomodó de nuevo sobre el vientre plano y la envolvió con mayor fuerza entre sus brazos, pidiendo entre sueños que no se alejara de él.

El señor Rosensburg no pudo disimular una expresión dolorida al ver como ella, en aceptación de los brazos de su marido, colocaba una pierna sobre el cuerpo presionado al de ella, acomodándose de tal forma que resultara placentero para ambos.

No podía creer que ese rostro relajado, pulcro y perfecto que alguna vez le perteneció lo hubiera sustituido por un gigante como el que se aferraba a ella en esos momentos. Apretó los dientes con fuerza y en un impulso un tanto estúpido alargó la mano hasta rosar la mejilla fresca de la joven que nunca dejó de amar, a la cual no debió dejar ir por más que le fuera conveniente casarse con la hija de la reina.

—Debí escapar contigo Pridwen —se lamentó, arrodillándose junto a la cama—. Es un error que marcó el resto de mi vida.

Pridwen se removió incómoda una vez más, no era precisamente por el peso de Adrien sobre ella lo que la hacía despertar, sino la constante caricia que sentía en sus brazos desprovistos de tela de camisón. Hubiera deseado poder ignorarlo, pero cuando escuchó esa voz llorosa cercana a su oído, no pudo prolongar por más tiempo que el peso de sus párpados le impidieran abrir los ojos, encontrándose con un hombre que la miraba con un anhelo que le congeló el alma.

—¿Ulrik? —susurró espantada, abrazando al hombre sobre su vientre, esperando que no despertara—. ¿Qué haces aquí?

—Te dije que vendría si decidías no aparecer.

—¿Estás loco? —miró hacia Adrien—. Largo de aquí.

—Veo esta escena y no me parece más que una comedia barata.

—¡Fuera! —pidió furiosa.

—Saldré, pero te esperaré en el pasillo.

—Deja de darme ordenes, no eres nadie para hacerlo.

—Bien, entonces despertemos a tu marido, ¿no es a lo que tanto temías? Creo que esta circunstancia es mucho peor.

Estaba nuevamente atrapada, no podía permitir que, por la locura de un hombre, Adrien resultase herido, porque lo conocía, se enfurecería y no le importaría lo que pasara después. Lo mejor era que ella arreglara la situación, tendría que ceder ante su acosador.

Capítulo 20

Los ojos de una nerviosa Pridwen siguieron la figura que se dirigía hacia la puerta, esperando a que saliera para intentar apartar a Adrien sin que este se despertara. Fue desafortunado que, desde el primer movimiento, su marido levantara la cabeza con el ceño fruncido y unos ojos cargados de sueño que constantemente se cerraban por la pesadez de sus párpados.

Pridwen lo observó divertida, tocó con suavidad la mejilla rasposa y deslizó los dedos por entre los cabellos azabaches, sacando un nuevo suspiro de satisfacción antes de que él encontrara la fuerza para hablar.

—Lo siento, ¿Te incomodé? —la voz de Adrien era mucho más grave que de costumbre—. Me quitaré.

Ella se levantó sobre sus codos con una sonrisa pequeña que él no logró ver, puesto que hacía los movimientos pertinentes para alejarse.

—Lamento despertarte, me dolía la espalda.

—Está bien.

Un alivio la inundó cuando lo vio tomar entre sus manos la almohada de su lado de la cama y se recostó en ella para seguir durmiendo. Con la distancia de su parte, le sería fácil salir de la cama sin volver a despertarlo, al menos eso fue lo que pensó antes de que Adrien alargara un brazo hacia ella, escurriendo su poderosa mano por su cintura hasta envolverla, atrayéndola suavemente hasta su cuerpo. Dejando en claro que rechazaba la idea de renunciar a la calidez reconfortante que el cuerpo de su mujer le proporcionaba, únicamente se había movido para buscar una posición que fuera más cómoda para ambos.

—¿Adrien? —la joven volvió su rostro para atrapar el de su marido.

—¿Te incomoda? —acomodó su nariz en el hueco del alargado y blanco cuello, suspirando agradecido por el olor—. Ya antes hemos dormido así.

—No me incomoda, pero pensé que este perfume te disgustaba.

—Me acostumbré.

—Pero…

—Duérmete, Pridwen, por favor —suplicó—. Es tarde.

Poco le faltó para gritar.

¿Por qué de entre todos los días que Adrien tuvo para ceder ante sus costumbres nocturnas, decidió que fuera ese el momento en el que volvieran a ser cariñosos mientras dormían? Pridwen sabía que él intentó evitarlo en todo lo que le fue posible. Aunque no pudiera impedir que sus cuerpos se buscaran a mitad de la noche para abrazarse, Adrien no había dado su brazo a torcer como para aceptar

formalmente que era algo que le gustaba e incluso extrañaba en expresar con libertad.

Tendría que esperar a que el sueño profundo volviera a invadirlo, con suerte sería rápido, porque él no solía despertar a menos que algo fuera de lo normal lo requiriera o lo alterara. Tenía el sueño pesado, de hecho, la sorprendió que se despertara simplemente por sus movimientos de incomodidad. Normalmente tendría que patearlo para moverlo o evitar que la asfixiara durante la noche y él ni siquiera se percataba.

Contó hasta doscientos, buscando paciencia mientras acariciaba la extremidad que la envolvía, esperando dormirlo nuevamente. Tardó un poco, pero lentamente el agarre perdió fuerza hasta llegar a ser un brazo relajado y flácido que pudo mover con facilidad.

Se levantó casi de un salto y miró al hombre que dejó en la cama. Si tan sólo él la quisiera, las cosas podrían ser muy simples. Pridwen cerró los ojos y movió la cabeza con determinación. Debía dejar de pensar en tonterías, sobre todo cuando tenía a un hombre amenazándola con incitar el carácter voluble de Adrien, quien no dudaría en romperle los dientes.

Se puso sus zapatillas de noche y colocó una bata sobre sus hombros con tanta presura como pudo, esperando que Ulrik no se atreviera a abrir esas puertas nuevamente, incluso mejor, que se hubiese marchado a su habitación. Pero las cosas no podían ser tan simples, y cuando abrió la puerta de la recámara, la cara de Ulrik fue lo primero que vio.

—¿Y bien?

—Vamos, es peligroso que nos quedemos aquí.

—¡No tomes mi mano! —la apartó de un tirón—. ¿Qué te pasa?

—¿Tanto te afecta mi toque, Pridwen?

—Déjate de sandeces y ve al grano.

—¿Quieres hablar aquí, donde tu marido puede escucharnos?

Los ojos de Pridwen brillaron con rencor.

—Es la última vez que accedo a una petición igual, señor —dijo fríamente—. Y si vuelve a cometer una indiscreción como entrar a mi habitación, hablaré con los guardias.

—¿Y qué le dirás? —sonrió cínico—. ¿Qué el esposo de tu hermana está completamente enamorado de ti y no piensa renunciar a ello?

—¡Tú no estás enamorado de mí! —lo apuntó.

—Estás alzando la voz —elevó ambas cejas—. ¿Segura que quieres continuar esta conversación en el pasillo?

—No. Lo que quiero es terminar esta conversación —apuntó hacia el suelo en una seña terminante—. Acepté salir para alejarte de Adrien, pero no iré contigo a ningún lado Ulrik —lo miró de arriba hacia abajo—. Sinceramente me das miedo en estos momentos.

—Jamás me has tenido miedo y hemos estado en circunstancias mucho más comprometedoras que las que compartías con tu querido esposo.

Una mano firme se elevó en el aire hasta asestar un golpe contundente en la mejilla del desvergonzado conde, quien sobrepasó los límites de la paciencia de la joven. No podía evitar pensar que algo sucedía con el cerebro de ese hombre que incluso después de ser golpeado, sonreía.

—¿Qué tanto te has inventado en la cabeza Ulrik? —negó—. Nosotros jamás tuvimos un acercamiento como ese.

—¿Ahora lo niegas?

—¿Negarlo? —frunció el ceño—. Debes ir a dormir o dejar de ingerir lo que sea que te tomaste, no tengo idea de lo que hablas.

—Por favor Pridwen —la tomó de la cintura y la pegó a sí—. No puedes haberlo olvidado todo, simplemente no se puede.

—Me estás asustando Ulrik, en serio, gritaré y si vuelves a besarme, te mataré o dejaré que mi esposo lo haga por mí.

—No lo harás —negó confiado—. No lo harás porque tienes miedo de lo perjudicial que sería que un londinense golpeara a un noble danés.

—Suéltame Ulrik, o no me importará lo que haga contigo.

La puerta detrás de ellos se abrió con un sonido sordo que hizo que el conde Rosensburg la soltara de golpe, haciéndola trastabillar un poco hasta golpearse contra la pared.

—¿Estás bien? —Adrien se apuró a tomarla en brazos.

—Sí —lo miró sorprendida—. ¿Tú…?

—He de suponer que es algo muy urgente como para que venga hasta nuestra habitación a media madrugada, conde Rosensburg —la voz fría de Adrien heló la sangre tanto de Pridwen como de Ulrik—. ¿Y bien? Hable.

El hombre carraspeó un poco, acomodó su atuendo que seguía siendo el mismo que utilizó para la cena y se puso firme.

—Un mensaje urgente para la princesa de parte de la reina.

Adrien tenía una capacidad mental superior a la media, permitiéndole así comprender situaciones con un número ínfimo de información. Aunque si debía ser sincero, aquello era tan simple de deducir que poco le faltó para reír descaradamente por la respuesta nerviosa que daba el conde. Bien pudo haber reaccionado negativamente, pero basándose en el terror en la mirada de su amiga, prefirió usar uno de sus métodos favoritos para burlarse de las personas, sobre todo cuando conocía el quiebre en su corazón y con el señor Ulrik era tan visible que daba lástima.

—Ya veo —miró a la mujer en sus brazos y sonrió de lado, provocándole una sensación nauseabunda—. Para la próxima vez, me

gustaría que ambos fuésemos despertados, no me agrada la idea de perder el calor de mi esposa a media madrugada —sonrió—. Verá, no puedo dormir si su piel no tiene contacto directo con la mía, sobre todo después de que le hago el amor.

Pridwen emitió un chillido y expresó su sorpresa con cada parte de su cuerpo. La vergüenza subió desde sus pies hasta su rostro después de escuchar aquella declaración fraudulenta que provocó a su cabeza pervertida a imaginar escenas que ciertamente nunca se cumplirían. Se vio en la necesidad de cubrir su rostro sonrojado para después recostarse contra el pecho de su sonriente marido.

Adrien había dado justo en el blanco: ese hombre estaba por volverse loco. Sus ojos maniáticos eran todo lo que necesitaba para saberlo.

—¿Cómo se atreve a mencionar esas cosas enfrente de la princesa?

—No es nada que desconozca —sonrió— o de lo que no sea cómplice.

—De todas formas, soy un ajeno.

—Entonces debería mantenerse de esa forma, señor Rosensburg —agachó un poco la cabeza volviendo su mirada aún más amenazante —. No quisiera verme obligado a hacer algo escandaloso.

—Adrien, no —Pridwen levantó su rostro con determinación, sin rastro de la vergüenza pasada—. Entremos a la habitación.

—Sí —los ojos de Adrien jamás se apartaron de los de su rival—. Ahora que estamos despiertos, podríamos volver a intentar darle un heredero a la corona, ¿no lo piensas mi amor?

Ulrik se adelantó unos pasos, a lo que Adrien contestó levantando el rostro, retándolo con una sonrisa amplia y permanente.

—Basta —Pridwen levantó los brazos entre ambos caballeros—. Por favor, basta, a ambos.

—No tienes qué preocuparte por mí Pridwen —dijo el señor Rosensburg—. A diferencia de tu marido, yo sé comportarme.

—Si tanto sabe comportarse, entonces se dirigirá hacia ella como es debido y no por su nombre, señor Rosensburg —pidió Adrien.

—Adrien, por favor…

—Le diré como yo quiera.

—¿Es acaso un reto? —preguntó Adrien con diversión.

—¿Por qué no?

—Será interesante —aceptó—. Aunque tiene las de perder.

—Ya lo veremos.

Ulrik apretó sus puños, se inclinó respetuosamente ante la princesa y se alejó junto con las inmensas ganas de golpear a ese descarado hasta destruirle esa sonrisa burlesca que lo sacaba de quicio. Jugó con su mente, disfrutó haciéndolo rabiar al poner sobre la mesa sus deberes maritales.

«No se quedará así» pensó furioso. «Cerraré la boca de ese idiota.»

De hecho, iba tan enfocado en hablar en voz alta para criticar y maldecir a lord Collingwood, que por poco se le sale el alma de un susto cuando se topó de frente con la cara rosada de una jovencita en el inicio de su juventud. De no ser porque su piel lucía más viva que nunca, él podría haberla confundido con un fantasma, callado y sin expresión alguna en su rostro. Sus ojeras eran pronunciadas, oscuras y tenía una que otra herida en los labios, señal que se los mordía hasta sangrárselos.

—Por Dios —se llevó la mano al pecho. No había gritado, pero el contener el alarido lo hizo sentir dolor—. Princesa Cleo, ¿Qué hace aquí a estas horas? Es peligroso que salga así.

La princesa permaneció callada por largos momentos, sus penetrantes ojos color oro lo analizaban de tal forma que le causaba escalofríos al caballero que siempre se sintió incómodo alrededor de esa mujer.

—P-puedo… puedo de-decir lo… —la princesa cerró los ojos, respiró profundamente y volvió a hablar—. ¿Y usted q-qué hacía?

—Estaba… —Ulrik apuntó a sus espaldas, hacia el pasillo que dirigía a la habitación de Pridwen—. Daba un paseo.

—¿Es p-peligroso a estas horas, no señor?

Pese a que la marcada tartamudez de la princesa pudiera hacerla ver como una mujer débil, torpe e inofensiva; sus ojos y expresión corporal contaban una historia distinta. La princesa Cleo, también nombrada como *La Princesa Olvidada,* era atemorizante y clamaba respeto.

—Lo es —Ulrik comenzaba a ponerse nervioso—. ¿Gusta que la acompañe hasta su habitación?

—No.

—En ese caso, me retiro.

La princesa ladeó la cabeza y sonrió de una forma que muchos clasificarían como escalofriante. Sus ojos, avispados y serenos, parecían haber pasado muchas más épocas de las reales, así como muchos más conflictos. Era una mujer inteligente y temeraria a la cual todos pretendían olvidar, pero cuando hacía acto de presencia, nadie podía ignorar.

Cleo volvió el rostro hacia el pasillo del que el señor Ulrik venía y caminó tranquilamente en medio de la oscuridad de la noche, logrando escuchar el leve murmullo de la pelea que tenía lugar en el interior de la habitación de su media hermana.

—¿Acaso estás loco Adrien? —gritaba Pridwen—. ¿Cómo le pudiste decir que acabábamos de hacer el amor? ¡Por Dios! Esa forma de llamarlo.

—¿Te parece anticuado? ¿O quizá sea sólo ridículo? —El muchacho

estaba sentado en la sala de la habitación, con las piernas estiradas sobre la mesa para que el calor de la chimenea llegara hasta sus pies —. Aunque he de admitir que es diferente tener sexo y hacer el amor. Al menos eso es lo que dicen las personas que han experimentado ambos casos.

—¡No te soporto, Adrien! —lo ignoró—. Estuviste a punto de ocasionar una pelea, ¿sabes lo cerca que están las cámaras reales?

—No tengo idea y sinceramente no me interesa.

—Está claro que querías provocarlo —continuó en su monólogo.

—Bueno, él tampoco me estaba dando muchas opciones.

—Adrien —ella se acercó hasta donde él estaba sentado y lo acorraló al colocar las manos sobre los brazos del sillón—. ¿Por qué lo provocaste?

—¿Por qué será? —elevó una ceja—. De hecho, me vi bastante condescendiente, mira que no cualquier esposo perdonaría que alguien entrara a su recámara para robarse a su mujer.

—¿Lo sabías?

—¿Me crees idiota?

—Estabas dormido.

—El tipo habló y tú también —dijo obvio—, era natural que despertara.

—¿Por qué me dejaste?

—Quería saber hasta dónde llegaba él —ladeó la cabeza—, hasta donde llegabas tú en medio de tu torpeza.

—No quería que se enfrentaran.

—Mal hecho —dictaminó—. Para la próxima, avísame de estas cosas, ese idiota pudo hacerte algo y creo que te diste cuenta.

Pridwen asintió, separándose de la silla para cruzarse de brazos, adquiriendo una posición pensativa.

—Estaba extraño, creo que podría estar ingiriendo algo.

—Locura, nada más —chistó el hombre—. Bueno, creo que ha llegado el momento, ¿o no, princesita? Tienes que contarme sobre él.

Ella lo miró de soslayo.

—No quisiera.

—Pero debes —se inclinó de hombros—. Obviamente este idiota piensa que tienen un pasado y quisiera saber qué tanto debería fingir que me da celos la situación. Debes saber que actuar como esposo es difícil, pero actuar como uno enamorado es aún peor.

—¿Sabes lo idiota que eres a veces?

—Tal vez —asintió—. Pero me necesitas.

—Y detesto necesitarte.

Adrien tomó con exagerado ímpetu los brazos del sillón individual en el que estaba sentado para ponerse en pie y mirar a su mujer.

—¿Esto es largo? ¿Sería preferible que me acomodara en la cama?

—Ve a la cama y si puedes, ahógate con la almohada.

—Imposible que deseé la muerte, princesa, soy feliz, incluso con una vida condenada a un matrimonio arreglado.

—Uno que eventualmente acabará —le recordó—. ¿No fue eso lo que acordamos? ¿O es que te estás arrepintiendo?

—Claro que no —Adrien se reprochó el desliz—. Acabará.

Pridwen se paralizó al pensar en que eventualmente él se marcharía, volvería a su vida normal en Londres, junto a sus amigos, su familia y su patrimonio, posiblemente se casaría, tendría hijos y se olvidaría de ella, de que la conoció o fueron amigos. Le dolía pensar en él casado con alguien más, siendo feliz mientras ella se quedaba ahí, en medio de una manada de lobos que lo único que querían era expulsarla del grupo.

—Mejor ve a la cama.

—Si piensas que me quedaré dormido —la amenazó—, te equivocas.

—No, sólo quiero que estés más cómodo.

—Qué considerada —ella simplemente rodó los ojos.

Adrien caminó hasta la cama y se metió en ella, pero a diferencia de cuando dormía o leía, se acomodó contra la cabecera, esperando que la posición lo ayudara para mantenerse espabilado. Seguía teniendo sueño y temía ver el amanecer apareciendo por las ventanas. Esperaba que la conversación fuera rápida y fructífera, pero perdió toda esperanza cuando reparó en la forma nerviosa en la que su amiga se paseaba.

—Bueno, ¿cómo decirlo?

—Por favor Pridwen, no me vengas con rodeos, pasan de las tres de la mañana —bostezó para enfatizar.

—Lo sé, lo sé —ella soltó el aire cuando se sentó junto a las piernas de Adrien—. Dime, ¿alguna vez te has enamorado?

—Claro que no.

Ella movió la cabeza hacia atrás con sorpresa.

—¿Estás seguro?

—Sí —sonrió de lado—. Lamento desilusionarte, pero mis estándares son altos y no soy dado al sentimentalismo.

—Sin mencionar que las mujeres con las que te relacionabas estaban encaminadas para ir a parar en tu cama.

—Por decirlo de una forma agradable.

—Bueno, pero te tuvo que gustar alguien alguna vez.

—Mmm… creo que me enamoré de tía Giorgiana por algún tiempo —Adrien elevó los ojos, tratando de recordar—. Cuando tenía cuatro o cinco años, según lo que dice mi madre. Aunque bien lo pudo inventar.

—Eso es tan triste.

—¿Qué me enamorara de mi tía cuando no tenía consciencia? —

ladeó la cabeza, su tono era de burla—. Para tu información, mi tía es asombrosa.

—No lo digo por eso —le quitó importancia—. Lo digo porque nunca has sentido lo que es querer a alguien.

—No tengo prisa en ello —aseguró.

—Seguro que no —negó suavemente—. Eres egoísta, cierras tu corazón para que nada ni nadie pase por él.

—Soy inglés Pridwen, ¿lo recuerdas?

—Quizá sólo tienes miedo.

Adrien suspiró cansado y se reacomodó en la cabecera.

—Sólo porque no me haya enamorado aún no quiere decir que no anhele sentirlo algún día.

—¿Y por qué no cortejaste a una dama que te pareciera bonita? ¿Por qué ir tras mujeres que no buscaban compromiso? —lo recorrió con la mirada—. Sabías que ellas no podían darte abiertamente amor.

—Quizá las buscaba porque no tenía intenciones de abandonar mi soltería tan pronto, Pridwen —se adelantó, ya un tanto molesto—. Porque quería ser libre, seguir jugando polo o cualquier deporte, estudiando más, aprendiendo otras cosas, otras culturas, diferentes tipos de personas.

Ella bajó la cabeza, su corazón tuvo una punzada dolorosa que provocó una sensación acuosa en sus ojos que resultaba poco placentera.

—Lamento ser la causa de tu infelicidad.

Adrien dejó salir el aire contenido en sus pulmones, gradualmente su ira fue desapareciendo de sus facciones hasta relajarse al completo.

—Tampoco exageres. —Volteó el rostro con la intención de no verla llorar—. De todas formas, no hablábamos de mí, sino de ti.

—Lo sé —ella limpió su rostro sin vergüenza—, si tan solo no te fuera tan fácil hacerme llorar antes de tiempo.

—No era mi intensión que te sintieras aludida.

—Tu tono no decía eso.

—Sabes que tengo mal genio y exploto con facilidad, no soy mi padre.

—Lo sé —rodó los ojos y sorbió su nariz congestionada por el llanto —. Pero eso tampoco es malo, ¿verdad? De todas formas ¿quién quisiera ser como otra persona cuando puede ser uno mismo?

Adrien levantó la mirada, un tanto sorprendido.

—Supongo que tienes razón —sonrió.

—Ya está —giró su cuerpo hacia él—. Quítate, me voy a sentar aquí.

—¿No podrías irte de tu lado?

—Quiero estar frente a ti, tan sólo es doblar las piernas, no seas quejumbroso —tocó un par de veces las extremidades—. Anda,

quítate.

—Eres un dolor de cabeza.

Se acomodaron de tal forma que ella quedó con las piernas cruzadas justo frente a él, en esa ocasión parecía determinada a hablar.

—Conocí a Ulrik en un baile organizado por la reina —comenzó—. Agatha cumplía años, así que todas las personas importantes debían estar presentes para admirarla.

—Seguro que fue todo un acontecimiento.

—Nunca había visto algo igual y me sorprendió haber sido invitada. — Adrien frunció el ceño—. Ya sabes que el rey prefería no tenerme cerca.

—Será por el parecido de tu madre.

—No digas eso —bajó la mirada con tristeza—, de por sí la odio.

—Creí que murió dándote a luz.

—Quizá hubiera sido mejor que hubiera muerto yo y no ella.

—No digas tonterías.

—Sé que el rey lo preferiría —su voz estaba cargada de dolor—. Alguna vez lo escuché diciendo eso. Da igual. Esa velada Ulrik no se separó de mi lado. Me divertí como nunca antes en mi vida y, por primera vez, no me metí en grandes problemas. A partir de ese momento, nos hicimos inseparables y jamás parábamos de reír. Nos escapábamos de palacio disfrazados, siendo personas ordinarias, comiendo en puestos o emborrachándonos en tabernas de mala muerte.

—Parece que tenían una bonita amistad.

—Era perfecta —recordó con ojos iluminados—. Mientras crecíamos, nos fuimos… me fui enamorando de él, y la verdad es que parecía perfecto. Me entendía, me cuidaba, sobre todo me ayudaba a salir de los problemas en los que me metía.

—¿Pavorreales?

—Y no te he contado lo del elefante —asintió—. Como sea. Pensé que todo sería cuestión de tiempo, al final, yo era una princesa y él, un noble de muy buena cuna e importancia. Creí que el rey no se opondría, que cuando él pidiera mi mano, nos casaríamos y nos iríamos lejos de aquí.

—¿Por qué te irías?

—Bueno, en ese tiempo yo no era nadie —se inclinó de hombros—. La hija de una reina muerta no es más que un peso del cual se quiere deshacer la nueva esposa. Sabía que sus hijas tendrían los mejores arreglos matrimoniales y en mí nadie pensaría, al menos no con cariño de por medio, me darían a un viejo o a un cínico. Creí tener la solución.

—Pero él nunca te lo propuso.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—Debí preverlo, los años pasaban y él jamás… —apretó los labios y mostró la sonrisa más triste que Adrien jamás había visto—. No lo iba a hacer, fui muy tonta por mantener mis ilusiones. Aunque él era tan tierno, tan dulce y atento… creo que tampoco se me puede juzgar por pensarlo.

—No debió incitar tus sentimientos si no pensaba corresponderlos.

—Supongo… que seguía órdenes.

—¿Cómo que órdenes?

—Me enteré de todo de una forma muy cruel Adrien —ella pestañeaba velozmente, buscando mantener las lágrimas a raya, incluso levantó la cabeza para ayudarse—. Fui convocada a una importante reunión y yo estaba feliz, era la segunda vez que era requerida en toda mi vida.

Para ese momento, era imposible que Adrien no sintiera dolor en su interior al escuchar a su amiga en ese estado de desolación.

» Llegué tan contenta, tan ilusionada por formar parte de esta familia… tan estúpida —bajó la cabeza mientras negaba sin poder creer la crueldad de su historia—. Aún recuerdo la forma en la que Ulrik me ignoró toda la noche. Yo estaba muy extrañada, pero lo atribuí a que su padre estaba presente, así que traté de no molestar mucho. Permanecí sentada en una mesa donde nadie me hablaba, fingiendo una sonrisa, buscando la mirada de mi padre. No sabes cuanto añoraba que él me mirara y me sonriera, al menos una vez. Pero jamás lo hizo y cuando habló sólo fue para destruir mi corazón, porque tal parecía que *le placía* anunciar el compromiso de uno de los nobles más importantes con su muy adorada hija mayor.

—Pero, tú eres…

—Yo no era nadie Adrien —dijo enojada— pero yo no lo sabía, así que fui a reclamarle a mi padre, le supliqué que se retractara, que lo comprometiera conmigo, porque nos amábamos ¿y sabes lo que me dijeron? Bueno —se rio con odio—, ¿lo que la reina me dijo?

—Pridwen…

—Dijo que él había sido encomendado a la tarea de mantenerme a raya para que dejara de causar vergüenzas a la familia. Claro que no lo creí —cerró los ojos—, debí hacerlo. Pero no, seguí pidiendo la anulación frente a todos los que necesitaba para avergonzarme: los reyes, Ulrik, su padre y Agatha. Todos mirándome suplicar, buscando un poco de comprensión, pedí ayuda a mi supuesto amor en un millón de ocasiones, incluso le propuse ahí mismo escapar.

—¿Jamás te defendió? —preguntó molesto.

—Ni siquiera me miró, tampoco el rey.

—Lamento que te trataran así.

—Me fui ese mismo día, nadie me buscó nunca y yo me desentendí de este palacio, de esta familia y de que era una princesa —se arrastró

por el colchón hasta quedar entre las piernas flexionadas de Adrien, con la intención de quedar cerca de sus ojos—. No mentí Adrien, no quise hacerlo, para mí todo esto no existía, no era parte de ello.

Él comprendió la intensión del acercamiento tan atrevido, Pridwen pretendía que él la viera directamente a los ojos, lo más cerca que pudiese para que verificara que decía la verdad. El hombre no pudo evitar sonreír de lado y alargar la mano hasta la mejilla mojada de su amiga, quien dio un respingo antes de inclinar la cabeza hacia la caricia.

—Te creo Pridwen —concedió dulcemente—. Aunque no hacía falta que acercaras tanto tu rostro, tus ojos develaban verdad aún a la distancia.

Ella agachó la cabeza en una risotada llorosa.

—Quería que estuvieras muy seguro.

—Ven aquí —la acunó contra su pecho—. Qué pasado de mierda te cargabas preciosa, en serio.

Pridwen se levantó en seguida con una sonrisa.

—¿Cómo dijiste?

—Que fue un pasado de mierda —juntó las cejas en extrañeza.

—No —sonrió como enloquecida, tocando los labios de su amigo—. Dijiste el apodo, el apodo que me pusiste, lo has vuelto a decir, lo escuché.

—¿De qué hablas, loca? —la empujó hacia su lado de la cama—. Ojalá que con todo ese llanto duermas profundamente, sin babas.

—Lo dudo mucho —canturreó.

La joven se recostó en su almohada con el rostro viendo hacia Adrien, quien se acomodaba en su lado de la cama. Sintió un gran alivio cuando él volvió a llamarla por el mote cariñoso, aún más cuando la abrazó al tratar de consolar su desdicha. Por unos segundos fue el Adrien de siempre, el de antes, del que se había enamorado a primera vista.

Tal parecía que era una maldición, porque los hombres a los que les había entregado su corazón se obstinaban en rechazarlo, quizá no estuviera en su destino encontrar el amor.

—Adrien… —ella se arrastró en la cama para acercarse a él—. ¿Podemos dormir como lo hacíamos antes?

El hombre abrió un ojo cansado, observando el puchero suplicante en el rostro de su amiga. Negó con una sonrisa y abrió sus brazos para que ella se escurriera hasta aferrarse a él.

—Descansa, Adrien —suspiró aliviada cuando estuvo envuelta en la calidez de su cuerpo—. Gracias por escuchar.

—Duérmete ya, por favor.

La princesa sonrió divertida y enterró su rostro en el pecho de su amigo, embriagándose con su olor natural. Deseaba aprovechar en lo

que le fuera posible ese momento cariñoso, puesto que sabía que la actitud amable y consecuente se debía a que le tenía lástima, pero le daba esperanzas a que él comenzara a perdonarla.

Quizá siguiera enojado por estar casado cuando no quería y mucho menos con alguien que no le gustaba; pero al menos no la creía una mentirosa o peor, alguien que buscó embaucarlo. La perdonó al menos por esa parte y eso le daba paz.

Capítulo 21

El humor de Adrien había mejorado notoriamente desde la llegada de sus amigos y la reconciliación con el pasado de Pridwen. A pesar de que en un inicio sus responsabilidades como esposo de la princesa heredera no se hubieran hecho presentes, en esos momentos resultaban agotadoras; sus obligaciones eran muchas y de lo más variadas. Sin embargo, era algo a lo que estaba acostumbrado y no por ello dejaría de tomarse el tiempo de divertirse junto a sus fieles *Leones*, quienes eran muy capaces de hacerlo reír incluso en medio de una rabieta, común en esos días en los que la carga de trabajo iba en aumento, sobre todo desde que les encomendaron ser los anfitriones de una de las veladas más importantes del año.

—¿Cuándo se sopone que llegan los encomendados de Groenlandia y las Islas Feroe? —preguntó North.

Los cinco caballeros caminaban de regreso a la propiedad de la princesa heredera después de un agradable paseo a caballo por los bosques colindante a los palacios. Al ser hombres atléticos, necesitaban algún tipo de deporte o actividad para apaciguar el exceso de energía que la vida sedentaria en un castillo les proponía.

—En una semana —se quejó Adrien—. ¿Sabes lo aburrido que es acudir a todos esos llamados para hablar sobre tonterías? Me siento inútil.

—Supongo que ha de ser una patada en el trasero ser el adorno de Pridwen —se burló Nil.

—Cállate —Declan le dio un buen golpe en la cabeza—. No pienses así Adrien, sabes perfectamente que Pridwen te necesita en la toma de decisiones, está nerviosa por ser la anfitriona oficial.

—Sé que me necesita —asintió inconforme—, me pregunta hasta las cosas más triviales, como la elección del color de una servilleta.

—Tú sabes más de estas cosas que ella —indultó Declan—. Tú creciste rodeado de estas excentricidades, mientras que ella estuvo aislada.

—No puedo creer lo que nos contaste —negó Lance—. Qué vida de mierda llevó antes de escaparse.

—Es verdad, era una mierda —asintió Adrien—. Trato de ser dúctil con ella, entiendo que no sabe cómo hacer estas cosas, pero les juro qué si me vuelve a preguntar sobre qué vajilla elegir, la mataré.

Una risa amigable salió de los labios de los *Leones* cuando entraron por las puertas del jardín hacia la propiedad, donde rápidamente fueron atendidos por los lacayos, quienes los despojaban de los guantes, sombreros y abrigos de montar.

—¿Qué me dices de ese tal Rosensburg? —inquirió North al verlo

pasar por las ventanas que daban hacia la plazuela que quedaba en medio de los palacios—. ¿Ha vuelto a acercarse a Pridwen?

—Es un suceso que no podemos evitar. —Adrien apretó los puños—. El muy idiota actúa como si nada sucedió, pero bien podría golpearle la cabeza para que lo recordara.

—No te metas en problemas Adrien —aconsejó Declan.

—¿Es problema defender el honor de tu mujer? —Lance elevó una ceja.

—Él tiene razón —asintió Nil—. Al final de cuentas, fue a buscarla hasta su habitación, prácticamente la arrancó de los brazos de Adrien.

—Tampoco exageres —Adrien entrecerró los ojos.

—Sin mencionar que ustedes dos mueren de aburrimiento y les caería bien una buena pelea —sonrió North—. ¿O me equivoco?

—No sueles equivocarte, buen amigo —sonrió Lance—. No sabía que vivir en un palacio pudiese ser tan monótono.

—Aunque haya veladas todas las noches y las prostitutas estén entremezcladas con vestidos largos y elegantes —Nil frunció la nariz —, eventualmente se torna increíblemente aburrido.

—Entonces deberían ocuparse en algo además de meterse entre las faldas de las mujeres de la corte —recriminó Declan.

Las puertas del comedor estaban abiertas, esperando por ellos para dar comienzo con el basto y delicioso desayuno.

—¿Cómo qué Dec? —Nil jaló una silla para sentarse—. ¿Leer libros como tú? No me vengas con tonterías.

—Me refería a lo que Pridwen desea saber —elevó una ceja.

—¿Hablas sobre el asesinato del príncipe heredero? —Lance frunció el ceño y miró de un lado a otro—. ¿Cómo podríamos ayudarla?

—Interceptando a la madre, claro está —dijo North—. Aunque dudo que una mujer que logró encubrir un crimen como aquel sea alguien fácil de embaucar. Tendremos que ir con cuidado.

—Quizá no será necesario enfrentar a la abeja reina —pensó Adrien en voz alta—. Sino a las obreras.

—¿Te refieres a las hijas?

Adrien se volvió hacia North.

—Precisamente. —Se adelantó en la mesa—. Creo que las más fáciles son Erin y Edna. Agatha es complicada y la penúltima me es indescifrable.

—La he visto salir del castillo a hurtadillas —informó Declan—. Tal parece que no le importa que noten su ausencia.

—Nadie lo notaría —dijo Nil con desinterés, ganándose las miradas de la mesa—. ¿Qué? ¿Es que no saben su apodo?

—Claro que lo sabemos —Lance rodó los ojos—. Pero no tiene que ser del todo cierto, que salga del castillo debería ser algo importante.

—Al menos peligroso —asintió Declan—, sobre todo si hay un

asesino.

—Hasta el momento no ha vuelto a actuar ¿cierto? —apuntó Nil, deseando que la intensa conversación llegara a su fin—. Quizá estaban contra el príncipe y nada más.

—Dudo que las cosas sean tan simples —negó North.

—Nada es así de simple.

Los característicos zapatos de mujer resonaron por el pasillo con un paso acelerado, lo cual concordaba perfectamente con el caminar que Pridwen había adoptado recientemente.

—Creo que viene la reina —se burló Nil.

—Ni una palabra de esto —pidió Adrien.

—¿Por qué? —Lance frunció el ceño—. Era ella quien quería investigar.

—No, no Lance —Nil movió su dedo índice de un lado a otro—. No le des la contraria al esposito, se puede molestar.

—Cállate —pidió Adrien con fastidio.

—¿Qué? No conocía tu lado sensible.

—¿Por qué no comes salchichas Nil? —sugirió Declan—. Mantente en silencio por un rato.

En ese momento, Pridwen aparecía en el salón comedor junto a su fiel Alison, de quien no se separaba. La princesa no se dignó siquiera a mirarlos, estaba enfocada en los papeles que traía en las manos, parecía nerviosa y su apariencia era algo desastrosa; desde sus largos cabellos que estaban mal anudados con un listón que estaba por caer de las ondas pálidas, hasta su vestido arrugado. Dudaban que ese hubiera sido su aspecto inicial al salir de la recámara; Alison era diligente con la imagen de su señora, pero Pridwen era inquieta y solía deshacerse en segundos.

—Hola princesita ¿qué te trae por aquí el día de hoy? —sonrió Lance.

—Oh —ella levantó los ojos, observó su alrededor y frunció el ceño —. No tengo idea qué hago aquí, supongo que vine por inercia.

—O distracción —refutó Adrien—. ¿Desayunaste algo?

—No ha desayunado nada, mi lord —acusó Alison con su soltura e insolencia atribuida a su procedencia estadounidense.

—Gracias Ali —se quejó—. La verdad es que no he tenido tiempo de nada —dijo frustrada, dejándose caer en una silla—. ¡Ah! Ahora que te veo, tenemos que ir al pueblo esta tarde, ¿te molestaría acompañarme?

—Si dijera que me molesta, ¿Podría escaparme?

—No —dijo fácilmente—. Resulta que te tengo una sorpresa.

—¿Relacionada con qué, preciosa? —Nil se adelantó—. ¿Acaso le darás las buenas nuevas de que tendrás al heredero?

Pridwen se sonrojó, pero no bajó la mirada, por el contrario, la

endureció hasta llegar al punto que casi pudo intimidar.

—No haría tanta faramalla para informar algo así —dijo con voz pausada y dura—, sobre todo cuando en los primeros meses se puede morir.

—Qué sádica —Lance meneó la cabeza con sorpresa.

—Realista —apuntó Pridwen para después volverse de nuevo a su esposo—. Es otro tipo de sorpresa, una que en realidad te encantará.

Adrien elevó una ceja, cualquier cosa que entusiasmara tanto a esa mujer debía ser tomado con cuidado, no siempre era algo positivo.

—¿Es que un hijo no te encantaría Adrien? —Nil no abandonaría su broma rápidamente, sobre todo cuando sabía que era tan molesta—. Eso sería raro en un matrimonio de amor como el suyo.

—Dudo que mi lord no se sintiera feliz de ser el caso —contribuyó la doncella, quien también había tomado lugar en la mesa y desayunaba.

—Basta —advirtió Adrien y miró a su mujer—. No me gustan las sorpresas y dudo que puedas darme algo que me dé alegría.

—Mmm… qué poco me conoces —reprimió una sonrisa—. Te gustará.

—¡Ey! Alison, quita las manos de encima de la última salchicha —se adelantó Lance, picando el embutido y llevándolo hasta su plato—. ¿Se puede saber por qué le dan a esta señorita tantas libertades?

—Es mi amiga más que una doncella —dijo Pridwen.

—¿Ves? —Alison elevó ambas cejas—. Soy su amiga.

—Bien, amiga de Pridwen, deja de acabar con la comida.

—Pero que envidioso eres Lance.

—Déjense de peleas —pidió Declan—. Si irán al pueblo, ¿Podrían hacerme el favor de traerme un libro? Acaba de salir y lo ansío.

—Bien, dile el nombre a Alison para que lo apunte —concedió Pridwen—. Nos iremos a las cuatro en punto Adrien, ¿de acuerdo?

—¿Acaso ya llevas puesta la corona, amor mío? —ironizó Adrien.

—¿Qué no toda esposa la lleva? —la joven ladeó la cabeza y sonrió mordaz antes de ponerse en pie y salir del comedor.

Alison se apuró a tomar algunas tostadas en las manos antes de salir a toda prisa detrás de su atareada señora.

—Parece un general en lugar de una princesa —apuntó Lance.

—¿Será así también en la cama? —Nil lanzó una mirada hacia el marido de la mujer, quien dejó de masticar para remplazarlo con una mirada molesta—. Vamos, no puedes enojarte por estas bromas.

—De seguir haciéndolas, terminarás con una bala entre las cejas —amenazó Adrien—. Lo digo en serio Nil, para ya.

Adrien aventó la servilleta que descansaba sobre su regazo y salió del comedor con una nueva energía destructiva, sobre todo al escuchar la risotada que sus amigos soltaron al verlo tan enojado. El

único que no actuó como los demás fue North, quien en su lugar se levantó y fue tras él.

—Adrien.

La voz firme de North era igual a la de cualquier general de la armada. Dura, fuerte y determinada, sin dudas de que sería escuchada, sobre todo si es que entonaba una orden.

—¿Qué quieres?

El hombre con un impecable linaje militar sonrió de lado.

—¿Es que no puedes parar a escuchar a un amigo?

—Dudo que quieras decir cosas agradables North, así que no.

—De todas formas, me escucharás.

—Normalmente te impones.

—Solías apreciarlo.

—Ahora no tengo ganas de un gran discurso sobre lo que debería o no debería hacer con mi vida North, está bastante hecha mierda como para que intentes poner olores para que no huela tan mal.

—¿Se supone que he de compadecerte?

—¿Es que no puedes decir nada reconfortante? —se quejó Adrien.

—¿Qué quieres que diga? —North regresó una mirada divertida—. Sabes que no soy bueno consolando.

—Maldición, debió venir Declan. No alguien que me haría sentir peor de lo que ya estaba —se masajeó los ojos—. No sé en qué encuentres lo positivo en todo esto, pero es una maldita condena.

North sonrió para sus adentros. Adrien podía ser un dramático cuando se lo proponía, era otro aspecto de su personalidad que compartía con el de su madre. Aunque la duquesa le caía a la perfección, North siempre encontró mayor afinidad con el duque.

—Seguro que te daría las palmaditas que crees necesitar, pero si quieres despertar de tu condición de víctima compungida y quejosa, entonces al que necesitas es a mí.

—¿Dijiste que me quejo?

—Más últimamente.

—Ah, entonces dices que lo hago con frecuencia.

—¿En serio quieres tener esta conversación? —elevó una ceja.

—A la mierda. —Apretó la quijada—. A veces puedes ser un dolor en el trasero ¿lo sabías? O una espina en el pie.

—Te digo la verdad y eso te molesta, lo comprendo. —Adrien chasqueó la lengua—. Creo que no ves la oportunidad que tienes aquí, eres una persona que siempre buscó el cambio y ahora puedes hacerlo. Junto a Pridwen, tienes la toma de decisiones en tus manos, no se lo tendrías que pedir a nadie, tan sólo tendrías que estar de acuerdo con tu mujer, una con la que te entiendes y a la que adoras.

Adrien consideró un error el haberlo hecho hablar, lo prefería callado. Sin embargo, él no era de las personas que pudiese vivir en

medio del mutismo o la introspección, así que, entre sus males, North era el menor.

—La aprecio, es verdad. —Lo miró con seriedad—. Como una amiga.

Ambos salieron del palacio Brockdorff con la intensión de encontrarse con la desastrosa princesa en algún punto. Adrien no lo diría, pero estaba preocupado por la tendencia de Pridwen por no ingerir alimentos para no perder tiempo, ella era de buen apetito y temía un desmayo por una cuestión de negligencia. Sin embargo, no tenía idea de por qué North seguía sus pasos y su única deducción se basaba en que él ansiaba exponer sus pensamientos, pero no encontraba la manera de hacerlo.

—¿Qué? —se quejó después de capturar por cuarta vez su mirada.

—No comparto tu opinión.

—Naturalmente. Tú nunca estás de acuerdo conmigo en nada.

—Más en esto.

—North, no pienso discutir contigo sobre mi relación con ella.

—Siempre supe que no eras muy avispado con temas del corazón.

—¿Es que tú sí? —se burló.

—Te pones así porque te viste obligado a hacer algo que no querías, aunque sabías que había posibilidades de que ocurriera —lo enfrentó sin remordimiento —. Esto no tiene nada que ver con Pridwen, sino con tu problema con la autoridad, con recibir órdenes.

Adrien lo miró en silencio por un prolongado momento.

—¿Y qué tendría si fuera así?

—Te desquitas con ella por algo que tú tienes que superar.

—Creo que no eres el mejor para hablar, North.

—Quizá. Aunque al menos yo soy consciente de mis errores, cumplo con mi deber y no me desquito con nadie más.

—No. Tú prefieres sufrir en soledad ¿verdad?

—Siempre es mejor apañarte con tus demonios en soledad que compartirlos con los demás —lo miró severamente.

Adrien inclinó la cabeza hacia abajo para configurar su mirada en una que mostrara mayor intensidad y que fuera rival para la que North le lanzaba. Sin embargo, jamás había podido soportar una mirada en la que su amigo le estuviese reprochando algo, viéndose en la penosa necesidad de ser el primero en apartar el rostro.

—Maldición North, déjame tranquilo.

—Lo haré —dijo con satisfacción.

—¿Podrías no vanagloriarte tanto? Me es irritante.

—No lo hago —suspiró—. Tan sólo espero que no seas un completo idiota y arruines una buena oportunidad con Pridwen —lo recorrió con la mirada—. Puedes darte cuenta demasiado tarde de lo que has perdido.

—Seguro que sí —rodó los ojos—. Aunque si lo hago, estaré esperando por ti para que me lo repitas hasta el final de mis días.

—Trataré de no ser muy cruel.

—No puedo imaginarme un mundo donde eso ocurra.

North dejó salir una varonil carcajada, sonriendo abiertamente cómo pasaba únicamente en compañía de su amigo de la infancia. No muchos habían tenido la oportunidad de ver los dientes pulcros de aquel reconocido y galardonado militar de élite al cual la mayoría de los hombres temía, lo cual era sensato.

—¡Lord Collingwood! ¡Mi lord!

—Mmm —cerró los ojos con pesimismo—. Supongo que no habías tenido el placer de conocer a mi pequeña pesadilla ¿cierto North?

En esa ocasión, North no mostró los dientes, pero sí curvó los labios.

—¡Al fin lo encuentro, mi lord! —la niña tomó su vientre para recuperar el aire que perdió en su trote hasta su encuentro—. Es usted escurridizo.

—Estaba ocupado, princesa Erin —se inclinó galante—. He de presentarle a uno de mis mejores amigos, el señor North Dankworth.

La niña sonrió, pero se escondió detrás del amable lord Collingwood en cuanto observó la amenazadora figura de casi dos metros de altura, ojos escalofriantes, uno de ellos adornado por una cicatriz que atravesaba desde el punto de altura de su ceja hasta casi tocar una de sus fosas nasales, una marca que combinaba con sus facciones angulosas e imperiosas.

—¿Es un señor malo?

—En ocasiones —sintió Adrien viendo a su amigo.

—Creo que es momento de que me vaya —comprendió North—. Ha sido un placer conocerla, princesa Erin.

La niña asintió detrás del hombre que le fuera familiar y agradable.

—Eso no fue muy cortés, princesa.

—Su amigo parece malvado, me da miedo.

—Suele causar ese efecto en las personas —observó la espalda de su amigo—, pero es más noble que cualquiera que conozca.

—¡No puede ser! —las cejas de la niña se juntaron—. ¿Él?

—Así es —asintió tranquilo—. Y también es muy leal.

—Bueno, yo también preferiría tenerlo de amigo que de enemigo.

—Eso es inteligente —apuntó el muchacho.

La niña mostró una sonrisa satisfecha al escuchar el halago por parte del hombre al que entregó su amor infantil. Llevaba planificando ese encuentro desde hacía días, incluso se aprendió los horarios del lord para atraparlo en un momento de soledad, sobre todo lejos de Pridwen, quien fuera su principal rival, puesto que cuando ella llegaba, lord Collingwood no prestaba atención a nadie más. No obstante, la suerte parecía no estar de su lado, pese a que intentó

ocultarse de los ojos de su madre, la reina terminó por verla y se acercó presurosa para apartar a la pequeña del hombre que consideraba su rival.

—Erin, querida, ven aquí, tienes muchas cosas qué hacer el día de hoy.

—Su majestad —Adrien inclinó la cabeza—. Siempre es un placer, aunque he de admitir que hacía tiempo no la veía.

—Natural al estar ustedes tan ocupados —remilgó.

—Espero que no se sintiera delegada ahora que el rey nos cedió el mando de la reunión y las festividades con Groenlandia y las Islas Feroe.

—Por supuesto que no querido —sonrió sin ganas—, es normal que los futuros regentes aprendan las generalidades de sus obligaciones.

—Me alegra que estén de acuerdo —Adrien trataba de incitarla a perder la cabeza—, se nota que son una pareja muy unida.

—Es una alegría que un extranjero pueda notar con facilidad que las cosas marchan a la perfección entre los reyes.

—Por supuesto.

No era una presa fácil, Adrien lo sabía. La reina estaba curtida por su tiempo en la corte, aguantando toda clase de incursiones en su contra. No obstante, una de las virtudes del muchacho era la testarudez, sobre todo cuando quería conseguir que alguien se saliera de control.

—¿Cómo se encuentra el conde Rosensburg?

Fue una pregunta que la reina no pudo predecir, aunque se había preparado mentalmente para una disputa verbal con ese hombre. El leve titubeo en su siguiente respuesta fue todo lo que necesitó Adrien para jactarse de su ingenio, al mismo tiempo que marcaba el curso que debía seguir para hacerla trastabillar en un futuro.

—Perfectamente, mi lord —dijo seriamente—. Mi hija espera poder darle un heredero pronto. ¿Qué tal van ustedes con el tema? Sé que el rey anhela tener un nieto que asegure su posición como matrimonio.

Los ojos de Adrien brillaron con entusiasmo, era una mujer inteligente, un rival vigorizante que se encontraba a su nivel.

—Creo que sería normal que su hija diera la noticia mucho antes que nosotros —asintió, mostrando tranquilidad—, creo recordar que su tiempo como pareja es mucho más largo que el mío con la princesa Pridwen.

La reina apretó la mandíbula, comenzaba a enfadarse.

—Estas cosas son impredecibles.

—Por supuesto —concedió con voz calma—. Aunque dudo que el conde Rosensburg logre el cometido que su majestad desea si pasa sus noches vagando afuera de nuestras cámaras.

—¿Disculpe? —la mujer enrojeció en seguida.

—¿No lo recuerda? El conde nos dijo que fue hasta nuestra habitación a la mitad de la noche debido un mandato urgente de su parte —fingió inocencia—. De cualquier forma, me parece inadecuado que se haga salir a una mujer de su cama siendo las tres de la mañana.

Los sentimientos de la reina oscilaban entre la vergüenza y la ira.

—Claro, lo había olvidado, era un mensaje urgente —mintió—. Fui yo quien lo mandó, ha de disculpar.

—Imaginé que lo recordaría eventualmente —sonrió conciliador—. He de pedirle que no lo haga más, soy un hombre celoso y no me agradaría tener un malentendido con un cuñado.

—Por supuesto que no, mi lord, no volverá a pasar —su voz se tornó seria, dura—, eso se lo aseguro.

—Lo tengo más que claro.

—¡Adrien!

El hombre se volvió hacia la voz de su mujer, quien levantaba una mano a modo de saludo y sonreía como si acabara de obtener una gran victoria.

—¿Qué sucede, cariño?

—Hola —al notar que estaba presente la reina, Pridwen se adelantó y besó a su amigo en los labios con el propósito de que esa mujer se ofendiera por tal desplante—. Amor, necesito que revises esto.

—Claro —Adrien sonrió y no pudo resistir decir lo siguiente—: ¿Has ordenado las cosas tal y como te lo pedí?

Pridwen frunció el ceño por unos segundos, pero comprendió por la enfática mirada de Adrien, quien pedía que le siguiera el juego.

—¡Oh! —bajó la cabeza hacia los papeles en sus brazos—. Claro que sí amor, justo como me dijiste que lo hiciera. No sé qué haría si tú no tomaras todas las decisiones en esto.

La pareja casi pudo oír el rechinar de los dientes de la reina.

—Debí prever que no serías capaz de llevar la velada Pridwen, le advertí al rey que no estabas capacitada. —Definitivamente la reina era una mujer inteligente—. Mira que inundar a tu marido con tareas tan simples.

Pridwen iba a contestar, pero Adrien aprovechó que tenía una mano sobre su talle para pegarla un poco más a su cuerpo, pidiendo que no hablara. Ella le lanzó una mirada furiosa, pero la sonrisa de su amigo clamaba su calma y así lo hizo. Si algo sabía era que le debía tener confianza, Adrien era bueno molestando a las personas.

—Bueno, me sorprendería si ella supiera lo que a los hombres nos agrada hacer cuando pasamos al salón —elevó una ceja—. Mi mujer es joven y es obvio que jamás ha estado en una sala de caballeros, considero normal que sea yo quien me encargue de esas generalidades.

La reina se vio avergonzada nuevamente.

—Pero claro.

—Y si no le molesta, me agradaría que dejara de hablarle a mi esposa de esa manera, su majestad —advirtió en un tono relajado—. Pese a que la princesa usualmente no llevara este tipo de veladas, considero que está dando el ancho de las expectativas.

—Por supuesto —inclinó la cabeza sin mostrarse derrotada—. Será mejor que nos vayamos, Erin tiene mucho que hacer.

—Seguro que sí —Adrien sonrió y se inclinó un poco hacia la niña —. Nos veremos en otra ocasión, princesa.

—¿Lo promete?

—Claro —asintió.

—Pero no bese a Pridwen delante de mí —pidió con repulsión—. La verdad es que me da asco que se den besos.

—De acuerdo, no lo haremos.

La reina lanzó una larga y extraña mirada hacia la pareja antes de marcharse. Definitivamente habían logrado enfurecerla y algo le decía a Pridwen que no había sido precisamente por lo último que se dijeron.

—¿Fue sensato provocarla de esa manera?

—Necesito que se salga de esa montaña de hielo, tiene que cometer errores para que podamos rastrearla.

—¿Rastrear qué cosa? —se volvió hacia él con confusión.

—Tranquila, no debes preocuparte por ello.

—Adrien —La joven tomó la mano de su esposo y lo guío hacia el palacio del rey—. Sé que eres un hombre inteligente, pero en ocasiones sueles ir demasiado lejos, la reina es alguien temible, créeme, lo sé.

—Se merece un poco de mi veneno por lo que te hizo.

Pridwen no pudo evitar levantar la cabeza con presura y mirarlo con una disimulada sonrisa que trataba de no dejar salir.

—¿Lo hiciste por mí?

—Mmm… en gran parte por hacerla enojar —negó su muestra de cariño—. Pero también porque se lo merecía, no tenía que ser tan cruel.

—Bueno, de todas formas, te lo agradezco —le besó la mejilla—. Ahora con mayor razón te mereces la sorpresa.

El hombre suspiró cansado.

—¿Qué no te dije que no me gustan las sorpresas?

—Esta sí, señor cascarrabias —tomó las manos de Adrien y las colocó alrededor de su cuerpo—. Y cuando estés sonriendo como un idiota, tendrás que agradecerme de rodillas.

—¿Por qué te rodeo la cintura? —elevó una ceja.

—Porque el rey nos está viendo desde la ventana de su despacho —sonrió, balanceándose en sus brazos de un lado a otro— y que yo

recuerde, debemos parecer la pareja ideal, ¿no es cierto?

—Para lograr eso, tienes que hacer mucho más que sonreír como lunática y ser pegajosa conmigo —elevó una ceja, pero no apartó las manos—. Piensa en algo que hará que el pueblo te quiera, no sólo la nobleza que termina siempre siendo una mierda.

—Una *mierda* que me tengo que ganar —enfatizó con los ojos—. Así como los parlamentarios, gobierno y el primer ministro.

—Es más fácil, te lo aseguro —le besó la nariz—. Piensa en algo para el pueblo, de preferencia que ambos podamos intervenir.

—¿Por qué no me ayudas un poco gran pedazo de holgazán? —seguía fingiendo una sonrisa—. Podrías hacer que tu cuarteto de amigos haga algo además de levantar faldas cortesanas.

—Mmm… —la pegó a su cuerpo con fuerza, sacándole un quejido —. Qué yo recuerde, este no es un reino con el que me quedaré, *tesoro*, ¿o es que cambiaron las cosas y seré el regente?

—Eso quisieras.

—Entonces piensa por tu cuenta.

Adrien se inclinó ligeramente, posando sus labios sobre la piel expuesta de sus hombros, logrando que un escalofrío la recorriera y la hechizara, despreocupándose por unos momentos, permitiéndose disfrutar de las sensaciones que las manos y los labios de su marido le brindaban en lugar de sobre pensar las cosas.

—Bien podrías ser mi marido y ya está.

—¿Tan desesperada estás por un poco de cariño que hasta piensas conformarte con un vil engaño?

Pridwen quitó la sonrisa y lo empujó con fuerza, importándole poco quién los viera. Pestañeó un par de veces, tratando de controlar el dolor y la furia que sintió en su interior, reteniendo eficientemente las lágrimas que querían salir como respuesta a ello.

—A veces… —ella apretó con fuerza su quijada, de alguna manera conteniendo su enfado— puedes ser muy cruel. No creo haber hecho o dicho nada para merecer que me dijeras algo así.

Las grandes manos del hombre restregaron sus propios ojos en frustración. No había querido herirla, en el pasado jamás se hubiera permitido hablar sin pensar, justo como hizo en ese momento. Se convirtió en costumbre desde que se enteró que se casarían; perdió la cautela con la que solía tratarla, llevándolos a innumerables peleas que ella solía sobrellevar con bastante destreza.

Lo común en ella hubiese sido que arremetiera con mordacidad… sin embargo, en esa ocasión se mostró molesta, quizá furiosa. Aunque si era sincero, Pridwen siempre era cuidadosa en no sobrepasarse con sus insultos, jamás le tiraría una bala que él no pudiese soportar. Suspiró y cerró los ojos. Debía retomar el cuidado con el que la trataba antes, recordarse que ahora no había razón de pelear por todo,

estaban del mismo lado y era esencial que los malentendidos no se presentaran tan seguido.

—Pridwen, no lo decía en serio.

—¡No! —. Levantó una mano para que no la tocara, aun conteniendo su furia—. Será mejor que vayas tú solo al pueblo, recoge tu maldita sorpresa, Alison preparará todo para que puedas llegar.

—Pridwen, por favor —la siguió unos pasos, pero ella hizo un gesto terminante para que se detuviera—. Vamos… ¡Lo lamento!

—¡Basta! —regresó hasta enfrentarlo y lo recorrió con la mirada—. Está claro que no quiero hablar contigo, así que deja de hacerlo, estás llamando la atención y es lo último que me faltaría.

Ella dejó salir un resoplido antes de marcharse, haciéndolo sentir aún más culpable. Pasó una mano por entre sus cabellos y volvió el rostro hacia el ventanal, por donde el rey seguía viendo la escena.

Blasfemó a lo bajo y caminó en dirección contraria a la de Pridwen.

Capítulo 22

Palacio real de Amalienborg

Los elegantes invitados a estar presentes en la corte danesa se paseaban libremente de un castillo a otro al salir de los comedores donde se había disfrutado de una deliciosa comida, selectos vinos y variados postres, sin mencionar la perfecta orquesta que amenizó las variadas pláticas a lo largo del elegante comedor.

Adrien buscó tener la atención de su esposa, pero ella se sentó estratégicamente entre Nil y Lance, dos pillos que no permitían que nadie a su alrededor se distrajera de su plática. Casi le parecía un insulto que lo ignorara con tal facilidad, riendo descaradamente junto a sus amigos.

Sin mencionar que lo dejó a él a manos de North, quien aprovechó la ocasión para hacerle notar su falta de control sobre su temperamento, y también del fastidioso Declan, quien se mostró ofendido al saber lo que le había dicho a Pridwen, encontrándolo como un sinvergüenza por herir a una mujer de esa manera, aunque Adrien sabía que la molestia era porque se trataba de Pridwen, a quien todos amaban y veneraban como si formara parte de su grupo desde el inicio de los tiempos, lo cual no era verdad.

—Supongo que al menos irás al pueblo por la famosa sorpresa que te tenía preparada, es lo mínimo que puedes hacer.

Adrien soslayó una mirada cansina hacia Declan.

—Maldición, claro que iré, me mataría de no hacerlo —dejó salir una risa incrédula—. La muy condenada se atrevió a mandar a Alison para informarme de lo que debía hacer. A veces me dan ganas de estrangular a esa chiquilla impertinente, hubieran visto cómo me miró cuando estiró el papel con la dirección a la que tengo que ir.

—Es bueno saber que le es fiel —concedió North.

—Era de esperar que estarías de su lado.

—¿De quién más sino? —Nil se colgó de los hombros del furioso caballero—. Adrien Collingwood, el bocón que hiere a su esposa.

—Basta ya —lo apartó.

—En serio Adrien, no tenías qué decirle esas cosas —dijo Declan.

—Así que ya fue con el chisme.

—En realidad, Alison fue la que nos contó —sonrió Lance.

—Debí imaginarlo —rodó los ojos.

—Bien, nosotros tenemos cosas qué hacer —indicó Nil, alejándose del caminar de Adrien.

—¿Qué? —el muchacho se giró para ver cómo sus cuatro amigos se iban de su lado—. ¿En qué podrían estar ocupados?

—Pridwen nos encomendó algunas cositas —sonrió Lance—. Nada de importancia… bueno, en realidad sí es importante.

—Con eso que no cuenta con un marido… —continuó Nil.

—Muy bien ustedes dos —North jaló los cuellos de ambos hombres. Estaban pasando los límites de la paciencia de Adrien y eso no era bueno, incluso para ellos que eran sus amigos—, si no quieren una bala en el corazón, será mejor que lo dejen tranquilo.

—¿Una muerte rápida? —negó Adrien—. Yo pensaba molerlos a golpes.

—¡Adiós! —Lance y Nil corrieron despavoridos.

—Agh —Declan se talló los ojos con un par de dedos—. Son idiotas.

—Mejor sube a esa carroza —indicó North—. Se te hará tarde.

Adrien deformó su cara en molestia.

—No es como si la sorpresa fuera a tener patas y salir corriendo.

—Es un regalo de Pridwen —North elevó la ceja con la cicatriz.

—Tienes razón, todo puede pasar con ella —concedió—. Nos vemos a la hora de la cena, supongo. Y North —su amigo detuvo su caminar —, trata que se le baje el enojo.

—Lo intentaré —concedió.

—Aunque será un poco difícil —Declan hablaba directamente con North mientras se alejaban, pero Adrien podía oírlo—. ¿Quién podría contentar a una mujer cuando se pelea con su pareja?

—Era mejor que negárselo.

Adrien dejó salir un profundo suspiro, debía procurar no molestar a su esposa, había momentos en los que olvidaba que sus amigos eran unos traidores al convertirse en los principales protectores de su mujer, aún contra él. Acomodó su traje, buscando no verse totalmente ridiculizado por sus amigos, quienes aún hablaban con la voz suficientemente alta como para ser escuchados. No era un hombre que se avergonzara con facilidad, pero en esa ocasión se merecía ser ridiculizado por los *Leones* y lo aceptaba. Caminó hacia el coche que lo esperaba por órdenes de su mujer y le fue imposible no mostrar una sonrisa al recordar la mirada furiosa de Pridwen, la forma en la que lo empujó y se indignó.

En definitiva, no era una persona que se dejara pisotear y eso le agradaba, ni siquiera disimuló la pelea frente a los ojos del rey.

¿Qué demonios tendría planeado para él? Conociéndola, podría ser una ridiculez o algo impresionante. De cualquier forma, tendría que descubrirlo por su cuenta, sin poder ver la alegría en la mirada de su amiga.

Adrien tenía la intensión de salir del complejo de palacios sin ocasionar un escándalo, aunque estaba resultando ser una tarea más compleja de la que pensó. Resultaba ser que su aspecto distaba del ordinario en el lugar, ocasionando que varias damas lanzaran miradas a su dirección. Sin mencionar a los guardias, que no despegaban su mirada al captar su actividad cautelosa y cercana a los límites de la propiedad real.

—He de comprender que no ha sido de su agrado los palacios de Dinamarca, de otra forma no comprendo su intento de escaparse.

—No escapaba —respondió con serenidad, sobre todo al enfrentarse a un desconocido—, de hecho, voy en una encomienda de mi esposa.

—Por supuesto —concedió con una sonrisa simple—. Si gusta, puedo llevarlo a donde sea su destino, lord Wellington, aquí no somos enemigos.

—Lord Wellington es mi padre —puntualizó—. Soy Adrien, aunque creo que usted ya me conoce, pero yo no tengo el placer.

—Lamento la equivocación —el hombre estiró la mano—. Me llamo Einar Nielsen, supongo que ha escuchado de mí.

Los ojos de Adrien brillaron en reconocimiento, claro que sabía de él, ese hombre fue quien propuso el reinado de Pridwen, por la apariencia confiada del caballero, Adrien deducía que estaba seguro de ser un hombre que salía en las conversaciones habituales. Se le veía bastante satisfecho y orgulloso, seguro de que Pridwen hablaría de él y no sólo eso, sino que se referiría a él como algo positivo en sus recuerdos.

—No. De hecho, nadie lo ha mencionado hasta ahora —tomó con firmeza la mano del sorprendido caballero—. Pero es un placer conocerlo, a juzgar por la seguridad de sus afirmaciones debe ser alguien importante.

—Eso… no puedo creerlo, la princesa debió mencionarme al menos.

—Lamento decepcionarlo, ¿es un pariente que ella olvidó mencionar?

—Bueno... —Negó confundido—. Ya veo, me está engañando.

—Me ofende, no suelo engañar.

Y era verdad, Adrien detestaba todo lo que se pudiera considerar una mentira, pero desde hacía tiempo que fingía una relación con su amiga y algo en ese hombre le desagradaba, quizá por la forma en la que se jactaba de su relación pasada con Pridwen cuando era del conocimiento de Adrien que ella vivió gran parte de su vida en soledad, desamparada de una mano amiga que la ayudara a que sus días en palacio fueran menos dolorosos.

—Lord Collingwood, noté el reconocimiento en sus ojos cuando escuchó mi nombre. A lo que se dice de usted, difícilmente olvida algo.

—Me sobrevaloran.

—Comienzo a pensar lo mismo —dijo el hombre con seriedad.

Adrien elevó una ceja divertida y se cruzó de brazos. Ahora veía que esa intervención era todo menos amistosa. El hombre quería algo de él, quizá sólo conocerlo o saber sobre su relación con Pridwen, en todo caso era peligroso, aquel que podía dibujar una sonrisa que pareciese tan real sólo demostraba que era un experto maestro en el engaño.

—Parece que tiene algo qué decirme, señor Nielsen y quisiera que se apurara en ir al punto, soy desesperado y tengo algo de prisa.

—Un mal recurso para un futuro gobernante.

—A lo que sé, yo no seré gobernante, al menos no que tome decisiones.

—Ambos sabemos que un regente masculino siempre será mejor aceptado entre el pueblo, eventualmente será usted quien tome las decisiones al verse Pridwen desvalorizada, usted será el pilar que dará seguridad al pueblo por los decretos que se tomen.

—Vaya comentario de mierda.

—¿Disculpe?

—¿Le alteran mis palabras groseras? —se sorprendió Adrien—. Lo lamento señor, pero no podría estar más en desacuerdo.

—¿Es que no ve el papel que carga al casarse con la princesa?

—Sí, ya lo creo —ironizó—. Darle hijos a su monarquía es un papel muy duro. Seguro que me dejarán hacer una que otra cosilla por ahí, pero en realidad, no tendré ningún poder en especial.

—La princesa confía en usted.

—Quizá, aunque no creo que confíe más en mi voz que en la de ella.

—¿Es que está usted loco? Claro que lo tomará en cuenta, su voz será la más importante en el parlamento y seguro la princesa confiará en sus opiniones, sobre todo en sus veredictos, ella no sabe nada de política, economía o de llevar un país —dijo desesperado—. El rey confía en que usted la llevará por un buen camino. Quizá no llevará la corona, pero le aseguro que tendrá todo el poder, ¿Es que no está preparado para ello?

—No. Y todo lo que mencionó es algo que la princesa puede aprender con un par de lecciones bien impartidas—dijo seriamente.

—¿Quién demonios lo educó?

—Mi familia está repleta de mujeres ilustres, no suelo discriminarlas. La mayoría de ellas me aterra y casi todas saben cómo asesinarme, ya sea con un arma o de forma sutil como una dosis extra de algún medicamento. Aprendí a tenerles respeto, debería hacer lo mismo.

—Tal parece que no comprende su situación, de ser así, debería dejar el cargo a alguien consciente de él.

—¿Alguien como usted? —comprendió Adrien—. Seguro que soñó y anheló ese momento desde hace mucho tiempo, quizá desde antes de que el príncipe heredero pasara a mejor vida.

—¿Insinúa algo?

—No —dijo tranquilo, frunciendo los labios y negando suavemente —. Tan solo me parece raro tanta pasión en un discurso.

—Es el futuro de mi país.

—Entonces enfóquese en preparar en todo lo posible a la princesa

para que sepa llevarlo hacia un futuro brillante.

—No es que no vea el valor de la princesa…

—¿En serio? Parece que tiene cierta renuencia por brindarle veneración a su futura reina, lo cual me desconcierta.

—Sólo quiero lo mejor para el país.

—A lo que sé, no tienen mucha opción, al ser una monarquía, las cosas son así: ellos suben al trono y al pueblo nos queda esperar lo mejor. —Adrien al fin logró que el fastidioso hombre se callara. Lo encontró como un alivio y suspiró—. Bueno, me voy.

Estaba sinceramente aburrido y jamás había conocido a un hombre que logara desvalorizarse ante sus ojos con esa rapidez. Incluso el conde Durham tuvo que hablar un poco más para que Adrien supiera que no quería volver a tener una conversación con él.

—Espera un momento.

El hombre lo tomó del brazo, enfureciéndolo casi al instante.

—Ey, sin tocar que puede acabar en una pelea —apartó su brazo con rapidez—. ¿Qué le sucede?

—Pensé que estarías de acuerdo con mis recomendaciones, sé que tu relación con la princesa Pridwen no está del todo bien y seguro será por desacuerdos que han tenido sobre su futuro en la corona.

Adrien levantó una ceja, para después recorrer con la mirada al hombre que le creaba cada vez más sospechas.

—Nos encontramos perfectamente —dijo con simpleza—. ¿Dónde se supone que escuchaste tal cosa?

El señor Nielsen apretó los dientes, no podía decirle que los espió, pero era obvio que ese muchacho estaba encubriendo la situación, pero ¿por qué? Se informó bien, sabía que ese hombre estaba profundamente encolerizado con la mujer que era su esposa.

—Veo que le eres leal a pesar de que se sabe que no está del todo de acuerdo con la situación actual.

—Creo que debería rectificar sus fuentes.

El hombre mostró una sonrisa extraña.

—¿Por qué lo haces?

Adrien ya no estaba dispuesto a hablar.

—Hasta pronto, señor Nielsen.

El hombre fue dejado atrás. No sabía si enervarse o admirar la actitud petulante del marido de la princesa heredera, la mujer que tendría el destino del país en sus inexpertas manos. Quiso atentar contra su ambición, escarbando hasta lo más profundo para verificar si era un buen hombre como para estar junto a Pridwen en el trono. Se mostró impresionado al comprender que no tenía intenciones de robarle el poder a pesar de que le insinuó que muchos podrían estarían de acuerdo con que tomara el mando de la situación.

No obstante, podría estar mintiendo. Aunque la mirada serena y el

efecto poco receptivo a sus palabras lo hacía sentirse positivo, quizá fuera un buen hombre y haría bien a Pridwen estar junto a él. Cerró los ojos con fuerza, tratando de recrear la sonrisa sincera y pura de la muchacha que no veía desde hace más de siete años.

Capítulo 23

Adrien nunca deseó con tanta fuerza el cumplir con una orden hecha por Pridwen. La conversación con el señor Nielsen lo dejó asqueado y era su única intensión treparse a ese coche y quizá dar vueltas por el pueblo para despejarse de ese palacio y todo lo que residía en él.

Había puesto un pie sobre su transporte, cuando nuevamente se vio en necesidad de detenerse al escuchar su nombre con un timbre que rozaba con la furia. Se volvió un tanto extrañado sólo para encontrarse de frente con un iracundo Ulrik Rosensburg y creía saber la razón de su molestia.

—Ah, conde, parece que…

Sus palabras se vieron interrumpidas por un fuerte golpe que lo tomó por sorpresa, dejándole la única alternativa de tomar su mejilla y mirar al caballero que parecía bufar en lugar de respirar. Adrien apartó la mano que sostenía su quijada para cerciorarse de que no había sangre. Tal parecía que todo estaba bien, aunque no se podía quejar de la fuerza empleada, que terminó siendo suficiente como para que moviera la boca, tratando de desentumecerse y aliviar el dolor.

—Debo admitir que fue un buen golpe —dijo con humor.

—¿Se encuentra bien, lord Collingwood? —se acercaron algunas preocupadas señoritas.

—Tome, mi lord —otra le tendió un pañuelo.

—¿Se puede saber qué es lo que le pasa, conde? —la mirada agresiva de otra de las jovencitas reparó en el hombre de su misma nacionalidad.

—Es una deuda pendiente —Ulrik abrió y cerró el puño—. Creo que lord Collingwood sabrá perfectamente de lo que hablo.

—Por el contrario, Rosensburg —sonrió Adrien, rechistando ante la acción—. No tengo idea por qué he sido golpeado.

—¿Pretende hacerse el idiota? —dio otro paso amenazante.

Las mujeres gritaron y se escabulleron detrás de Adrien, sus miradas asustadas pero curiosas salieron desde atrás del hombre para dar rienda a su lengua charlatana. Aquello sería de lo que todos hablarían en palacio en los próximos días y serían ellas quienes tuvieran la información de primera mano, convirtiéndolas en las mujeres del momento.

—Mmm… —jugueteó, sacando de quicio al hombre que trataba de tener una pelea—. Jamás se ha asociado la idiotez conmigo, extraño ¿no?

—¿Cómo se atrevió a decir tantas calumnias a su majestad?

—No recuerdo haber mentido —dijo tranquilamente—. Si más no recuerdo, sólo pedí a la reina que no molestara a mi esposa a deshoras, ¿o es que mintió usted al decir que ella lo mandaba?

—Por supuesto que no —perdió la voz.

—¿Entonces? —ladeó la cara en una calma que el conde no se esperaba, puesto que se sabía del carácter explosivo del heredero—. ¿En qué se supone que he levantado falsos?

Ulrik trató de amenazar a su oponente con su incómoda cercanía, sin embargo, Adrien lo encontraba divertido y no se movió, incluso aunque las damas trataban de jalarlo para evitarle un nuevo golpe.

—No se meta conmigo, lord Collingwood, al menos si sabe lo que es bueno —lo recorrió con una mirada de rechazo.

—Creo que se ha ridiculizado lo suficiente le día de hoy, señor —lanzó una mirada a las damas a sus espaldas—. Le aconsejaría que se fuera antes de que les dé más armas a las personas de alrededor para juzgarlo como alguien voluble y poco controlado.

El señor Rosensburg analizó sus alrededores, notando hasta entonces que, desafortunadamente, las personas detuvieron su caminar con la intensión de observar el altercado que pasaría a ser punto de discusión en poco tiempo y se temía que nadie fuese a defenderle, puesto que el condenado londinense se mantuvo en una rectitud y pasmosa calma que le aseguraba la victoria entre los chismes. Lo tratarían a él de loco, desenfrenado y estúpido por golpearlo sin una razón aparente.

—Veo que ya lo entendió —sonrió Adrien—. Con su permiso damas, he de marcharme, tal parece que tengo cosas qué hacer en el pueblo.

—¡Oh, pero señor Collingwood! —lo detuvo una muchachita—. ¿Seguro que se encuentra usted bien? Tiene el labio partido.

—No se preocupen, es una lástima, pero no es el primer golpe injustificado que recibo en mi vida —les guiñó un ojo—. Hasta pronto.

Adrien subió al coche y esperó lo suficiente para que cuando comenzara a gritar y patalear, nadie pudiese oírlo. Le había costado la vida entera no regresarle el golpe al idiota que se plantó ante él con tal soberbia, creyéndose intocable al estar bajo las faldas de la reina y las leyes de su país.

—¡Y una mierda! —se tocó el labio que comenzaba a dolerle.

Sabía que hizo bien al no ceder ante sus instintos de regresarle el golpe, o en ese momento estaría siendo tan castigado por las lenguas viperinas como lo estaría siendo el conde Rosensburg, sin embargo, no sabía lo que haría para sacar la adrenalina y aliviar el cosquilleo que sentía en la mano por la sensación de querer golpear a ese idiota.

Tenía que encontrar la manera de darle su merecido, debía existir algo que le doliera mucho más que sus golpes. Si bien sabía que si lo enfrentaba, le tumbaría sin trabajos los dientes, sería mucho más

satisfactorio verlo pudriéndose en el fango sin poder hacer nada, sobre todo si resultaba en que Adrien no recibiera reproche alguno.

—Ah… —sonrió cuando su cerebro al fin tuvo una idea brillante—. ¡Pero claro! ¡Pridwen! ¡Pridwen es mi arma! Es la solución.

—¿Mi lord? ¿Se encuentra usted bien?

—¿Cómo voy a estar bien señor Mously? Siento que me estoy volviendo loco aquí encerrado —bromeó—. ¿Sabe usted que prefiero el caballo?

—Por supuesto mi lord, puedo notarlo por su estructura corporal.

—¿Se burla de mí, señor Mously?

—Por supuesto que no, mi lord.

—Espero que la princesa no me esté mandando hacia mi muerte, lo veo probable para estos momentos —Adrien lanzó una mirada a la sonrisa del chofer—. ¿Acaso usted sabe a dónde nos dirigimos?

—Por la dirección que me ha dado, vamos a la estación de tren, mi lord.

—¿A la estación? —frunció el ceño—. ¿Recogeremos un paquete?

—No sabría decirle, mi lord.

Se asomó por la ventana con curiosidad, paseando sus ojos por las personas que variaban entre los más elegantes, hasta los comerciantes y los mendigos; de hecho, Adrien notó con tristeza que había una gran cantidad de personas desvalidas siendo ignoradas por el resto de la sociedad.

—¿Mi lord? —El mencionado miró hacia su chofer—. Hemos llegado.

—Sigo sin entender qué hago aquí.

—Creo que le será fácil encontrar su camino, mi lord, sobre todo porque esas personas de allá están saludando en su dirección.

—¿Personas?

Adrien se volvió hacia el tumulto de gente que iba y venía con maletas en mano, presurosos ante el sonido del silbato de los encargados y el del tren mismo, dando aviso de las próximas partidas o las llegadas. Era difícil encontrar a alguien en medio de tantas personas. Aunque había un trio que destacaban notoriamente de los demás, puesto que sonreían y saludaban como si se tratara de una postal de navidad.

—Pero ¿qué…?

Una trémula sonrisa salió de entre los labios del hombre que rápidamente bajó del coche con la determinación de no correr hasta los brazos de sus padres y hermana menor, quienes se acercaban con tan despampanante presencia que llamaban la atención de todo cuanto se cruzara en su camino.

—Madre —la abrazó con soltura—. ¿Qué demonios hacen aquí?

—Siempre tan malhablado, mi amor, es una crueldad que te

alejaran de mi lado —Kathe tomó el rostro de su hijo y sus ojos se enfocaron en el golpe—. ¿Se puede saber con quién te has peleado?

—Todo está bien, tranquila.

—Mamá, por favor —Briseida rodó los ojos antes de adelantarse a su madre y colgarse del cuello de su hermano—. ¡Te eché de menos pillo!

—Hola mocosa —Adrien besó la mejilla de su hermana.

—Seguro que habrás hecho un montón de locuras para el día de hoy, incluyendo lo que sea que te ocasionó ese golpe —apuntó la zona.

—Más de un montón —aseguró.

Briseida dio unos pasos atrás, dando permiso a su padre de sonreír y alargar una mano que se posó con decisión sobre la mejilla sana de su hijo. En sus verdosos ojos se veía el orgullo que provocaba volver a verle.

—¿Cómo estás muchacho? ¿Qué te pasó en el labio?

—Todo está bien —tomó su quijada con un poco de dolor—. Un pequeño altercado. Te aseguro que no te he avergonzado.

—Jamás pensé lo contrario.

La familia avanzó hacia el coche que esperaba por ellos en medio de una agradable conversación. Adrien jamás rechazaría su llegada, por el contrario, se encontraba feliz, pero algo no terminaba de cuadrar en el asunto, pese a que sus padres lo extrañaran o Briseida muriera por visitarlo, no se impondrían sin razón alguna.

—Me alegra verlos, pero sigo sin comprender cómo es que vinieron.

—Oh, Pridwen nos invitó a venir —se adelantó una entusiasmada Briseida—. Creo que piensa que al tenernos aquí te sentirás más cómodo y feliz, aunque creo que exagera, particularmente siento que no necesitas a alguien más que a tus amigos ¿no es cierto? Por cierto, ¿Dónde está Prid?

—No hables tan rápido Briseida, por poco corres el riesgo de que no te entienda ni una palabra —indicó Katherine—. Agradezco la preocupación de esa niña, pero eso sólo quiere decir que te encontrabas triste.

—Nada de eso madre, me encuentro bien, creo que mi esposa exagera.

—Oh, qué horrible palabra es la que has usado.

Adrien lanzó una mirada hacia su padre, quien sonreía divertido.

—Así que sigues sin estar de acuerdo —sonrió el mayor de los hijos Collingwood—. Aunque agradezco tu postura madre, creo que sería mejor que lo superaras antes de llegar a palacio.

—Yo no suelo cambiar de parecer sólo porque me lo ordenan, querido —levantó la nariz—, deberías saberlo.

—Oh, mamá —Briseida entregó su equipaje al mozo que venía con

Adrien y sonrió—. Pero si Pridwen solía caerte tan bien, hasta recuerdo una ocasión en la que ambas fueron a un bar de mala muerte y…

—Eso, mi vida —interrumpió la madre—, era un secreto.

—Por favor Katherine, si crees que no me di cuenta que mi esposa estaba tan ebria como un marinero en una cantina, entonces diría que me conoces muy poco —sonrió Adam—. ¿Y bien Adrien? Dime cómo te va.

La duquesa subió al carro, deslizándose lo suficiente para dejarle espacio a su esposo para que se sentara a su lado y esperó a que sus hijos se sentaran frente a ellos. Era impresionante cómo una madre jamás se aburría de ver a sus propios hijos, el amor que sentía por ellos era abrumador e interminable.

—Al menos puedo decir que Pridwen y yo hemos llegado a un acuerdo para no asesinarnos el uno al otro.

El heredero se desabrochó su saco para encontrar una postura de mayor comodidad y miró a su hermana, quien le lanzaba una cara de incredulidad que lo ponía de nervios.

—¡Sólo eso me faltaba! —Se escandalizó Katherine—. Preocupación por si mi nuera se convierte en asesina de mi hijo.

—Madre, por favor.

—Me alegro por ustedes —Adam tomó el hombro de su hijo—. Sé que no fue lo que hubieras querido, pero es una buena mujer; hermosa, inteligente y con la que te llevabas bastante bien, si más no recuerdo.

—Yo creo que recuerdas mal —Katherine levantó la cabeza.

—Tuvieron un mejor inicio que nosotros, querida.

Briseida soltó una discreta risilla que fue castigada por la mirada iracunda de su madre, silenciándola al segundo.

—No quería que mi hijo viviera algo así, quería que se casara por amor.

—Y eso hizo —sonrió la menor—. Pero Adrien es lo suficientemente tonto y obstinado como para no verlo.

—¿Y tú qué sabes? —se molestó su hermano.

—Parece que mucho más que tú.

—Niña ilusa —negó Katherine—. No deberías vivir en fantasías.

—Basta del tema —pidió Adam—. Definitivamente no hablaremos más de esto y actuaremos como si fuéramos las personas más felices de la tierra por ese matrimonio y sí, lo digo por ti Katherine.

—Yo no soy actriz, Adam —dijo una muy orgullosa duquesa—. Si eso era lo que necesitabas, tienes una sobrina altamente calificada.

—Oh, debimos invitar a Sophia —decayó Briseida.

—No podía, ni siquiera nuestra querida Ashlyn pudo venir.

—Pero bueno, hemos venido nosotros —zanjó la menor—. ¿Cómo

están los *Leones*? Me imagino que se aburrirán muchísimo.

Adrien dejó salir una media sonrisa.

—Encuentran la forma de escabullirse de toda esa pomposidad, sobre todo Nil y Lance, a quienes les resulta abrumadora.

—Ya me imagino que sí —sonrió complacida—. Y qué hay de North y Declan ¿la pasan tan mal como los demás?

—No —Adrien se permitió una sonrisa amistosa—. North podría adaptarse a cualquier situación y Declan está entusiasmado por leer todos los libros que pueda encontrarse.

La familia se enfrascó en una conversación agradable, informándole al varón sobre las generalidades ocurridas en Inglaterra, así como noticias sobre sus hermanas y primos a los que él fuera más cercano. Pese a que se alegraba por ellos, no podía evitar sentirse melancólico y un poco entristecido al comprender que no los vería en mucho tiempo, no quería imaginar que no lo haría nunca más. El plan debía funcionar, se divorciaría y regresaría a Londres, con su familia, amigos y el resto de su vida.

Y aunque esa perspectiva le agradaba, un dolor ceñía su corazón cuando pensaba en que Pridwen no regresaría con él. Debía admitir que lograba afligirlo al punto de desconocerse, incluso su mente trastabillaba, haciéndole pensar en las posibilidades que tenía de robársela o incluso de quedarse a su lado. Solía negar con la cabeza con fuerza ante esa locura, tratando de enfocarse y sonreír extrañado. La realidad a la que cada uno pertenecía estaba a kilómetros de distancia y no había razón para que alguno detuviera su camino.

Adrien volvió la mirada hacia la ventana, frunció el ceño y se volvió hacia el hombre que los dirigía hacia el palacio.

—Detenga el coche —pidió Adrien.

—¿Mi Lord?

—¡Deténgase! ¡Pare!

La extrañada familia Collingwood vio al mayor de sus vástagos bajar y cerrar la puerta para que nadie más pudiese seguir sus pasos.

—El señor Mously los llevará a palacio, llegaré en un momento.

—Pero ¿a dónde vas, descarado? —exigió su madre—. Es una vergüenza que te vengamos a ver y nos abandones.

—Lo siento madre, podrás quejarte todo lo que quieras de mi horrible comportamiento cuando vuelva ¿de acuerdo?

Adrien palmeó un par de veces la ventana abierta del coche antes de salir corriendo en busca de aquello que logró llamar su atención. No solía equivocarse muy a menudo y jamás olvidaría un rostro, no tenía la capacidad de hacerlo, así como ningún nombre o dato; era esa clase de persona que recordaba todo con claridad, haciéndolo un hombre temible y en ocasiones un enfado para sus adversarios, incluso sus amigos.

Conforme caminaba por las calles, siguiendo el destello a la distancia que le marcaba el camino, las personas, las casas y prácticamente cualquier cosa a su alrededor se volvía decadente, triste y empobrecido. Llegando al punto en el que los niños parecían desnutridos, las mujeres cortesanas y los hombres asesinos a sueldo.

El caballero encontró lo que buscaba acuclillada sobre el fango, su hermoso vestido siendo manchado a la altura de las pantorrillas, sus cabellos dorados se habían esponjado debido al sudor que ocasionó caminar durante largos momentos bajo el sol. Tenía a un pequeño niño atrapado con una mano de hierro mientras revisaba una herida infectada en su pierna estirada. Ella parecía realmente enojada cuando amonestaba al niño que más que nada la ignoraba debido a su constante tartamudeo:

—Necesitas dejar de brincar los techos ¿entendido? —apretó su bracito—. Y deja de hacerme ojos de huevo, ¿quieres p-perder la p-pierna?

—Eso sería exagerar las cosas un poco, ¿no lo cree, princesa?

—¿Princesa? —el chiquillo frunció el ceño—. ¿Habla de Cleo?

—P-Por supuesto que… que no habla de mí.

La mujer se puso en pie con suaves movimientos, volviéndose hasta el hombre que la observaba con las cejas levantadas y una sonrisa peligrosa, entre divertida y maliciosa.

—¿Está disponible para dar un paseo… señorita Cleo?

Ella apretó los labios, trató de hablar, pero falló. Se vio en la necesidad de tomar una larga y profunda respiración.

—No creo tener mucha opción.

—De hecho, no.

La mujer indicó el camino con una segura mano y siguió los pasos del lord que la había atrapado en medio de una de sus muchas escapadas.

Detestaba que la acorralaran, debía admitir que admiraba la capacidad del hombre de reconocerla aún a la distancia, sobre todo porque creía no haber estado el tiempo suficiente en su presencia como para ser alguien a quien mantuviera fresco en sus recuerdos.

—Supongo q-que algo tendrá qué decir, mi Lord, o no me habría per-perseguido hasta este sitio tan fuera de decoro.

—No soy nadie para juzgar algo así.

La joven volvió una mirada indecisa.

—No sé si habla con la verdad o no, mi Lord.

—Temo que hablo con la verdad, por mucho que lo dude —sonrió —. ¿Qué hace usted aquí? No quisiera incomodarla, pero pareciera acostumbrada a estas personas.

—Si es una decepción p-para usted, lo… lo lamento.

—Por el contrario, me parece más que interesante.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Lo es?

—La princesa y yo estábamos buscando la forma de ayudar al pueblo, pero resulta que lo conocemos poco. —Adrien se detuvo y la miró—. Me atrevo a decir que usted lo conoce a la perfección.

Cleo entrecerró los ojos con advertencia grabada en la mirada.

—Digamos que sé cómo ayudarlos, ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque a usted le importa y a nosotros también. Ayudándonos tendrá el apoyo que tanto desea y no ha obtenido de parte de alguien más.

—Mi p-padre jamás cederá ante algo así.

—No sería cuestión del rey, sino de la princesa heredera.

—¿Cómo sabe que estará de acuerdo?

—Lo estará, Pridwen tiene un enorme corazón, en cuanto conozca más sobre esta gente, moverá el cielo y la tierra para ayudar.

La princesa sonrió dulcemente, pero no lo miró, siguió con su camino.

—Usted también parece tener un enorme corazón, mi Lord.

—Lo tengo —asintió y adelantó su mano para tomar el brazo de la princesa, deteniendo su andar—. Pero me gustaría saber por qué se escapa tan seguido de palacio. —Elevó una ceja y disfrutó del rostro sorprendido de la mujer—. ¿Creyó que no lo sabía? Lamento decepcionarla princesa, pero estoy al pendiente y tendrá que explicar muchas cosas si no quiere que piense mal de usted.

—¿Mal de mí? —la joven se mostró segura y altiva—. Me aprovecho de la condición que me brindaron en p-palacio, mi lord, p-pero no por ello soy una mala p-persona, al contrario.

—¿Por qué mentir?

—Me gusta mi libertad. ¿Es eso un p-pecado o condenable?

—¿Prefiere que todo el mundo la ignore?

—Digamos que fue una condición que me fue otorgada fuera de mi control, p-pero que al final supe aprovechar —asintió un tanto nostálgica, pero sonrió—. Fue difícil, pero no tanto como lo fue para P-Pridwen.

—Sé una parte, pero dudo que todo.

La joven asintió un par de veces y miró al hombre con una renovada esperanza al notar la forma amable con la que comprendía su situación y no la juzgaba por sus actos.

—Entonces, ¿hablaba en serio con lo de ayudar a estas p-personas?

—Muy en serio —aseguró—. Tendremos que darle a Pridwen el plan casi terminado, pero estoy seguro que estará de acuerdo.

—¿Aun viniendo de mí?

Adrien entrecerró los ojos hacia la joven que agachó la cabeza, súbitamente apenada pese a que no parecía formar parte de su

carácter.

—Ya veo. Fuiste de las que te portaste mal con ella en el pasado.

—Digamos que era muy influenciable.

—Le aseguro que sabrá perdonarla… —la princesa dejó salir el aire con alivio— solo hay que darle tiempo y razones.

—Supuse que no sería tan sencillo —sonrió.

—Tranquila, estoy en las mismas condiciones de momento. —La princesa lo miró de soslayo—. Digamos que tengo que rogar por su perdón por un tiempo, eventualmente lo lograré.

—P-Pero, ¿eso no dificultará que le c-comunique sobre el plan?

—Aunque esté muy enojada, sé me escuchará, lo crea o no, a mi esposa le interesa su pueblo, únicamente no sabe cómo ayudarlo.

Cleo bajó su cabeza y sonrió dulcemente.

—P-Parece que en verdad la ama, mi lord.

Adrien sintió un escalofrío recorrer su columna al escuchar esas palabras. Era obvio que no podría negarlas ante la princesa que, al final de cuentas, seguía siendo desconocida para él, incluso para Pridwen. Pero esa afirmación lo hizo comprender que quizá sus sentimientos eran mucho más profundos últimamente de lo que recordaba.

—Naturalmente —asintió Adrien—. Es alguien muy especial.

La princesa se mostró complacida y continuó escuchando al hombre. Siempre prefirió hablar poco gracias a su problema, solía incomodarse con las personas que, por mera cortesía, se acercaban a entablar conversación con ella; por eso le sorprendía sentirse cómoda con Lord Collingwood.

Capítulo 24

La noticia sobre la llegada de los duques de Wellington fue bien recibida por el rey, quien se mostró más que encantado de tener a tan respetables nobles ingleses en la corte cuando estaban a punto de llegar importantes políticos del país con la intensión de tener una junta general en la que se propondrían nuevas políticas y se hablaba de la situación general del estado, en el cual por primera vez estaría presente la princesa heredera.

Pero mientras ese esperado día llegaba, los Collingwood disfrutaban de una agradable cena en el palacio que fuera de su nuera, donde también estaban el resto de los amigos de su hijo y por supuesto, su mujer con quien la duquesa tenía un perpetuo y arraigado recelo.

—¿Así que ahora que es princesa hemos de olvidar todas aquellas veces en las que mostró menos coherencia que una cabra saltando del acantilado? —inquirió la mujer con una voz desafiante.

—Espero que sea un detalle que jamás se olvide, duquesa —dijo la princesa, sonriendo antes de llevar la cuchara a su boca.

La joven no podía más que divertirse por los intentos de ataque de la mujer que, en la mayoría de sus desastres de Londres, se mostró cómplice, defensora o simplemente una oyente que disfrutaba de la locura.

—Sin mencionar que Pridwen sigue estando tan loca como una cabra, mi Lady —sonrió Nil—, quizá hasta esté más loca que antes.

—¿En verdad? —la duquesa ignoró la mirada asesina de su marido —. ¿Qué ha hecho nuestra querida niña desde su llegada?

—Bueno, hace poco hizo que la comida saltara de su plato y aterrizara correctamente en el vestido de la reina —recordó Lance.

—Lo cual nadie lamenta —ayudó Declan—, la mujer es insufrible.

—¿Viene eso de familia? —sonrió Kathe.

—Ella no es mi madre, si es lo que insinúa, mi Lady —dijo Pridwen con humor, tomándose a la ligera la molestia de su suegra.

—Este palacio es exquisito Pridwen, jamás había visto nada igual, cuatro palacios independientes entre sí. —Observó el duque—. Simplemente fantástico, si pudiera recorrerlos, estaría encantado.

—Por supuesto duque, seguro que Declan podrá darle todos los detalles sobre su arquitectura y el diseño de sus interiores —confió Pridwen—. Creo que es la persona correcta para hacerle compañía, entre todos es el que más se ha empapado de información de Dinamarca.

—Estaré encantado de ser su guía, mi Lord, si me lo permite.

—Sería un placer —aceptó el duque—, si no es problema, me encantaría iniciar a primera hora de la mañana.

—No será ningún inconveniente —aceptó Declan con fascinación.

—Quisiera incluirme en la expedición, querido padre —se inmiscuyó Briseida—. ¿Nos acompañará alguien más?

Los ojos ansiosos de la joven dama fueron a parar en el hombre sentado a su lado. Aquel que tuviera una altura superior a la media, un cuerpo fuerte y un rostro grave, lleno de seriedad y fascinante enigma.

—Me temo que North suele practicar a horas tempranas, mi Lady y dudo que Nil o Lance estén disponibles.

—No estaré disponible a esas horas —dijo Lance—. Dudo que esté despierto para cuando su excelencia quiera iniciar su recorrido, seguro será de madrugada o algo por el estilo.

—No será más temprano de las seis de la mañana, señor Barbrow.

—Eso es madrugada para mí, excelencia.

Adam dejó salir una risa amistosa, demasiado parecida a la de Adrien, tan es así, que incluso Pridwen volvió la mirada hacia su marido pese a que seguía molesta con él y se rehusaba a dirigirle la palabra, circunstancia que resultaba graciosa para el resto de la mesa, incluido el padre y la hermana del heredero. A la única que no le causaba gracia era a la duquesa, pero para esos momentos, la mayoría de los presentes ignoraban su mal humor, que se sabía pasajero, puesto que esa mujer era incapaz de mantener esa actitud por demasiado tiempo.

—Lamento concordar con Lance, sobre todo porque pienso salir, tal parece que se ha organizado una noche de casino y no me la quiero perder, con suerte tendré mucho dinero qué ganar —sonrió Nil.

—No hagas tonterías —aconsejó North—, estos daneses pueden enojarse con facilidad, sobre todo si haces trampa para ganar.

—¿Quién hace trampa? —se ofendió pese a que siempre lo hacía.

—Es verdad que parecen malhumorados, sobre todo el esposo de la princesa Agatha, algo me dice que no le agradó nuestra llegada —dijo Briseida—. ¿Es que acaso no le gustan los londinenses?

—Creo que es gracias a Adrien que no los tolera —se burló Lance.

—¿Tiene una razón o es en general? —Katherine se inclinó para lograr ver a su hijo al rostro—. Seguro no se debe a ti, ¿verdad, cariño?

—Dudo que le gustara que tomara a Pridwen como mi esposa.

La mirada verdosa de Adrien fue a parar en su mujer, pero esta, vanidosa y con el orgullo más grande que el de una reina, le volteó el rostro, sonriendo descaradamente hacia Briseida, quien se entretenía en contarle a detalle sobre el caballero que se encontró en su viaje en barco.

—Creí escuchar que el padre es parte del parlamento —dijo Adam —. Supongo que será uno de los que no apoyaba la unión.

—Dudo que su renuencia tenga que ver con la política, excelencia.

—Es mejor que guardes silencio de una vez, Nil.

La voz de North solía ser suficiente para que los dos integrantes más desastrosos de los *Leones* guardaran silencio. Le tenían el suficiente respeto y hasta un poco de miedo como para seguir con una broma cuando él hablaba para ponerles una limitante. North era un hombre tolerante, no solía intervenir en las conversaciones o incluso las bromas hasta que estas se pasaban de impertinentes y en cuanto él hacía hincapié en ello, era momento de callar para siempre.

Desde ese momento, las conversaciones cambiaron y dividieron por secciones: los duques, su hijo y el señor North Dankworth se enfocaron en política exterior, en los problemas que parecían cada vez más graves entre los grandes países; Nil, Lance y Declan trataban de ponerse de acuerdo de la forma más inteligente para saltarse las fiestas y reuniones del día siguiente para poder recuperar el sueño que perderían durante esa noche; dejando a Briseida y a Pridwen ponerse al día.

En el tiempo que la princesa vivió en Londres, logró forjar una gran amistad con la hermana menor de Adrien. Motivo por el cual la separación las afectó y aunque no eran tan amigas como lo era con Daira, la extrañó lo suficiente como para sentirse feliz de verla.

—¿Cómo van las cosas con el tonto de mi hermano?

—Justo ahora no le hablo, con eso te digo todo.

—¿Tan mal?

—Tenemos nuestros momentos —le quitó importancia—. ¿Y tú? ¿Has encontrado a alguien que sea de tu interés?

—Los daneses son apuestos, no lo voy a negar, pero creo que mi corazón sigue teniendo el mismo dueño de siempre.

Pridwen apretó los labios hasta formar una única línea.

—Lamento escuchar eso.

—¿En serio? Yo soy feliz al notar que no cambio de opinión, quiere decir que mi sentimiento es firme.

—Sí, pero… —la joven lanzó una mirada hacia el dueño de los afectos de su amiga— parece tan imposible, él resulta…

—Se qué es un poco tosco para ti —le tomó la mano con cariño—, pero sé que en el fondo es un encanto.

—No te engañes, no hay hombre mejor que él, pero —Pridwen mordió su labio, sin saber cómo continuar—, ya sabes, es demasiado leal, dudo que puedas convencerle para que traicione a Adrien de esa manera.

—Por favor, si él está enamorado de mí…

—Pero jamás lo ha dicho —le recordó con compasión—, lo lamento linda, pero ni siquiera he visto muestras de su interés hacia ti.

Briseida bajó la cabeza y asintió suavemente.

—Lo sé, no debería tener esperanzas —susurró—. ¡Pero no me daré

por vencida! Sé que lo hace porque tiene miedo.

—Dudo que él tenga miedo a algo.

—Sé que lo puedo lograr —apretó aún más la mano de la princesa —. Soy determinada, sobre todo en esto, lo amo, lo sé.

—¿Amar? —se sorprendió la joven.

—¡Pero claro! —Briseida miró de un lado a otro, confirmando que nadie les ponía atención—. ¿Es que tú no supiste cuando te enamoraste de mi hermano? —elevó ambas cejas para acentuar su punto—. Es lo mismo.

—Pero con tu hermano yo tenía una amistad, era más fácil confundirse —recalcó—. Yo apenas y te he visto un par de veces hablando con él.

—Eso está por cambiar —elevó una ceja y sonrió jactanciosa.

—Me da miedo esa mirada —la apuntó—. Y me encanta. Pero sé que tu locura puede llevarte a hacer muchas tonterías. Ten cuidado, no es un hombre normal, se puede llegar a ofender si te cree demasiado insinuante.

—Iré con cuidado.

—Ajá —negó incrédula—. No sé por qué lo dudo.

En ese momento, uno de los mayordomos entró al salón, llamando la atención de los comensales que desde hacía tiempo habían terminado el postre y se quedaron sentados por el simple placer de charlar.

—Sus altezas —el hombre se acercó a Pridwen y Adrien—. El rey ha pedido de favor que regresen a palacio cuanto antes.

—¿Alguna razón en especial, señor Lund? —inquirió Adrien.

El mayordomo miró con nerviosismo a los invitados de la casa y regresó hacia la princesa con una petición silenciosa.

—Entiendo —Pridwen se puso en pie—. Será mejor que atendamos lo que su majestad pide —miró a su marido—. ¿Adrien?

Aunque hubiera deseado quedarse junto a su familia y amigos, no deseaba hacer enojar a su esposa más de lo que ya estaba, así que se puso en pie, besó a su madre y hermana, para después despedirse con una inclinación de cabeza del resto de los caballeros que le lanzaban miradas inquisitivas que delataba la futura conversación que tendría con ellos.

Con el mayordomo por delante, la princesa y su marido salieron de la propiedad que fuera destinada para ellos, sin embargo, se veían impedidos de vivir con libertad ahí debido a los deseos del rey por vigilarlos y de alguna forma obligarlos a dar herederos a su corona.

—¿Se puede saber qué sucede? —Ella regresó una mirada de desprecio y se volvió en silencio—. Así que sigues molesta, pensé que estabas mejor.

—El que sea educada con tus padres no quiere decir que perdone tu

lengua suelta y viperina. No sabía que te estabas volviendo una de esas criaturas amargadas como las de las grandes cortes.

—Hay de esas incluso en las casas pequeñas, mi cielo. —Pridwen levantó la nariz en una mayor indignación, causando gracia al hombre que la seguía en su rápido caminar—. Has sido muy amable por traer a mi familia hasta aquí, no sabes cuanto te lo agradezco.

Ella siguió sin hablar, de hecho, ni siquiera se regodeaba en su buena acción, lo cual era extraño en ella, quien siempre gustó en echarle en cara lo que hacía por él, de lo mucho que lo quería y conocía, a su vez, era una forma sutil de hacer hincapié sobre cuanto debía apreciarla.

No podía soportar la situación y en realidad no sabía qué hacer, ella no solía ponerse en esa postura, al menos no con él. Lo enloquecía pensar en que jamás lograría reconciliarse con ella.

—Pridwen —la tomó de la cintura y la giró con delicadeza hasta pegarla a su cuerpo—, en serio lo siento, no me hagas esto, no me ignores.

Orgullosa como sólo lo sería ella, ladeó la cabeza para no tener que verlo, exponiendo así su largo cuello blanquecino, resaltando a su vez su bien marcada clavícula, que resultaba extremadamente tentativa para él. Sin poder detenerse o reconocerse, inclinó la cabeza y abrió un poco los labios y besó aquella piel expuesta, sacando un suspiro por parte de la dama que logró sentir la sedosidad del interior de su boca.

—Adrien… —suspiró anhelante.

—Altezas. —El apenado mayordomo se vio en la necesidad de intervenir—. He de recordarles que es apremiante su regreso.

—Lo lamento, señor Lund —Adrien no soltó la cintura de su esposa —. Lamento la interrupción, aunque no pude evitarla.

—Suéltame —reclamó la joven.

Él lo hizo en seguida, un poco impresionado por escucharla de un peor humor del que tenía antes. Quizá besarla no era la mejor forma de contentarla, lo habrá interpretado como un atrevimiento mal utilizado.

Entraron a palacio donde la princesa fue rápidamente tomada en brazos de su padre, logrando sacarle un gritito sorprendido antes de lograr reaccionar para apartarlo y regresar junto a su esposo, quien parecía mejor opción aun entre su molestia.

—¿Se puede saber a qué se debe tal desplante de cariño, majestad?

—Temo decir que, al temor de un padre, querida hija.

—¿Querida? —frunció el ceño y miró al resto de las mujeres presentes— ¿Qué es lo que sucedió?

—Asesinaron a alguien —facilitó Agatha—. Ulrik está atendiendo la situación para que se lleve de la forma más discreta.

—Es desafortunado que pase unos días antes de tu gran momento, querida niña —sonrió la reina—. Esperemos que no repercuta en la velada o el acogimiento de la misma.

—Dudo que haya problema, madre —Edna rodó los ojos y bajó al gato que traía en brazos—. A estas personas no les importa nada si les puedes dar vino, comida y una buena orquesta.

Hubo algunas sonrisas reprimidas, pero nadie se atrevió a dejar salir una risilla, ni siquiera un asentimiento de aprobación ante las palabras de la descarada Edna, a quien poco le importaba contradecir o ir en el camino opuesto al que se le indicaba, de hecho, solía ser ruidosa al hacerlo.

—¿Quién falleció? —se adelantó Adrien.

—Una de las doncellas de la reina —informó el rey.

—La encontramos tirada en el armario de mamá —expresó la pequeña Erin, quien parecía conmocionada—. Tenía los ojos abiertos y estaba toda vomitada, en verdad horrible Lord Collingwood.

—Siento que vieras algo así Erin —Adrien se agachó y acarició cariñosamente su mejilla—. Espero que puedas olvidarlo pronto.

La pequeña sonrió un tanto forzada y miró a su hermana.

—Prid, ¿puedo dormir con ustedes hoy?

—No tengo mayor problema en…

—¡Erin! —la reina se adelantó y tomó la mano de la pequeña—. Por supuesto que no puedes hacer algo por el estilo.

—Pero ella estaba por decir que sí.

—Nada tiene que hacer una niña en la habitación de unos recién casados, ni tampoco de los que tienen mucho tiempo, simplemente no.

—Pero Adrien puede protegerme del asesino.

—No sabemos si hay asesino —dijo la reina, mirando a los oyentes de uno en uno—. Está claro que quisieron asustarnos, pero esa dama pudo envenenarse en cualquier sitio, no sólo en esta corte.

—Pero la conexión es magnífica —dijo Pridwen—. Y con la misteriosa muerte de mi hermano, las cuerdas parecen comenzar a atarse alrededor de nuestros cuellos, debemos pensar en esto.

—Concuerdo con la princesa —aceptó el rey—. Hablaremos de esto mañana, pido la presencia del conde Rosensburg y la de usted Lord Collingwood, ahora es parte de esta familia y dudo que quiera que alguno de sus invitados se vea afectado por esta… particular situación.

—Estaré encantado de ayudar —se acercó a su esposa y colocó una mano en su espalda baja, manteniéndola cerca—. Pero me temo que no irán en contra de ellos si antes pueden atacarlos a ustedes. Algo me dice que son ataques focalizados y no al azar. Si ese es el caso, mi preocupación se enfoca en mi esposa, quien puede ser la siguiente afectada.

El rey debía admitir que el muchacho era vanidoso y quizá

demasiado seguro de sí mismo para su gusto, pero serviría como rey; era inteligente, pisaba con fuerza imperiosa y, sobre todas las cosas, parecía tener un poder especial sobre su revoltosa hija.

A su lado, Pridwen mejoraba en todos los aspectos, no sólo en comportamiento, sino en presencia, clase y seguridad. Su hija siempre ignoró los estándares de belleza y moda, pero desde su llegada notó el cambio favorable, lucía más bella que nunca, se manejaba con porte, elegancia y grandeza. Era una reina pese a su carácter rebelde, y la creía capaz de hacer cambios positivos en la corona, en su pueblo y la forma en la que este estaba siendo dirigido, aunque eso lo dejase mal parado a la hora de una comparación.

—Estoy de acuerdo con Collingwood —se oyó la voz del conde, quien regresaba de la escena del crimen—. Está claro que buscan acercarse al círculo más íntimo de la familia real. —El hombre miró con una sonrisa a su adversario—. ¿Se encuentra bien? Tiene un feo golpe en el labio.

—Mi esposa ha sido de lo más atenta al cuidar de mí. Muchas gracias.

Pridwen regresó los ojos hacia su marido, viendo el hematoma que iba tomando colores que demostraban su severidad. Desde que volvió, evitaba mirarlo en todo lo que le fuera posible, pese a que notó el golpe y se le informó sobre el altercado, decidió ignorarlo y atribuirlo a las muchas tonterías que los hombres tenían en la cabeza cuando se enfrentaban.

Aunque debía admitir que le sorprendía que Adrien no respondiera a un ataque directo, su normal comportamiento habría sido echársele encima y rodar por el asfalto hasta que uno de los dos no pudiese ponerse en pie por sí mismo. Sin embargo, agradecía que no lo hubiera hecho.

—¿Qué debemos hacer entonces? —la reina se mostró ansiosa.

El rey lo meditó en un largo silencio.

—Por el momento, cambiaremos de personal constantemente, al menos no permitiremos que se pongan de acuerdo en sus planes.

—Me parece buena idea —asintió Ulrik.

—Creo que antes deberíamos hablar con ellos —se adelantó Pridwen—. Ellos estarán tan asustados como nosotros, si alguien sabe algo…

—No lo dirán —dijo Agatha con desesperación—. Son ellos contra nosotros ¿Es que no lo ves?

—No. No lo veo —Pridwen se adelantó con determinación—. Y aunque así lo fuera, me gustaría saber la razón por la cual desean acabar con nosotros. Quién sabe y puedan tener un punto a su favor.

—Hablas como toda una conspiradora —acusó Erin con un dedo levantado—. ¡Eres mala!

—No, pero soy consciente de que nos podemos equivocar y quiero saber en qué lo estamos haciendo.

Adrien sonrió hacia ella, había olvidado lo fácil que era para él sentirse orgulloso de su personalidad, de su firmeza y nobleza. Pridwen no temía al error, por el contrario, lo afrontaba y aceptaba con valor y era testigo de que, cuando ella aprendía su lección, no volvía a cometer tal falta de nuevo.

—Es arriesgarte en vano a mi parecer —dijo Ulrik—. Estas personas no entienden, viven con envidia por nuestra vida.

—No sea vanidoso conde —pidió Pridwen—. Nuestra vida no existiría si ellos dejaran de desearnos el bien. Las monarquías acaban por la ira de un pueblo, pregúnteles a los franceses qué opinan de un rey y escuchará un argumento de lo más colorido.

—Bien hija —el rey intervino con paciencia—. Si crees que de algo ayudará, te permitiré hablar con ellos, lo mucho o poco que obtengas será de ayuda para el caso.

—Lo agradezco.

—Pero no lo harás sola, lo permito sólo si te acompaña Lord Collingwood —ella miró a su padre con reclamo—. Es mi última palabra.

—Estaré encantado —aceptó Adrien—. La mantendré a salvo.

—Bien. En ese caso, vayamos a descansar.

La familia real se dispersó en seguida, tomando rumbo a sus propias habitaciones hasta dejar en soledad a los nuevos esposos.

—Te sentirás muy satisfecho ¿cierto? —reclamó ella, tomando sus faldas para subir las escaleras.

—¿Por cuidar de ti? —la siguió—. Pues sí.

—¿Y desde cuando te importa hacer algo así?

—Será mejor que entremos a nuestra recámara antes de que alguien te escuche diciendo sandeces como esa.

Pridwen se detuvo, giró sobre sus talones y lo enfrentó pese a que él estuviera algunos escalones por debajo. Adrien sonrió, ahí parada parecía estar en su propio pedestal. Las luces jugaban a su favor, resaltando su hermosa mirada turquesa y su perfil orgulloso y determinado.

—Ahora resulta que son boberías —mencionó enojada—. Primero me dices que mendigo por un poco de amor, incluso que me conformaría con tener sexo contigo para sobrellevar mi soledad, ¿y ahora resulta que te importo al punto de sacrificar tu precioso tiempo para cuidarme?

Adrien subió las escaleras hasta quedar un escalón abajo, le tomó las manos con desesperación y se las llevó a los labios pese a que le dolía cada vez que presionaba la herida que tenía en la comisura inferior contra ella.

—Jamás he dejado de cuidarte Pridwen, al menos debes admitir eso.

—Eres un enigma —arrebató sus manos—. Sé que estás enojado conmigo por estar aquí, casado con alguien a quien no quieres ni deseas…

—Pridwen, lo digo en serio —miró de un lado a otro—. Es peligroso.

—Sí —suspiró—, lo es.

Dio media vuelta y siguió con su camino. Su marido no pudo más que cerrar los ojos para después sonreír. No sabía por qué, pero le fascinaba cuando ella se ponía de esa forma; de alguna manera la hacía irresistible. Cuando entraron a la habitación, la hostilidad de Pridwen aumentó, así como la sonrisa de Adrien, lo cual era peligroso sin lugar a dudas.

Un caballero nunca se debía de burlar de la molestia de una dama, mucho menos de una tan temperamental como Pridwen.

—¡Deja de sonreír de una buena vez! —le aventó una botella de perfume que logró golpearlo efectivamente y se destrozó en el suelo, invadiendo la habitación con el olor dulzón—. ¡Me molestas!

—Maldición, ¿si sabes que olerá por días?

—Claro que lo sé —los ojos de Pridwen parecían los de una enloquecida—. Es el perfume que detestas ¿no te diste cuenta?

—Creí decir que me había acostumbrado a él —sonrió plácido—. Pero debo decir que huele mejor cuando está sobre tu piel.

—¡Te detesto! —aventó otro pomo, en esa ocasión el de una crema.

—Basta, Pridwen —dijo con paciencia—, deja de hacer escándalo.

—¡Me detendré cuando yo quiera hacerlo! —rugió, aventando un nuevo artefacto de vidrio.

La puerta se abrió con presura, dando paso a una asustada Alison quien se tocó el corazón con alivio cuando vio a sus señores en perfecto estado de salud. Aunque lucían alterados y ambos dejaron salir el aire con irritación cuando comprendieron que se verían interrumpidos.

—¡Oh! No deberían hacer esas cosas —los regañó, agachándose para recoger el vidrio en el suelo—. Pensé que el asesino estaba aquí.

—No debes preocuparte Alison —la princesa intentaba tranquilizar su acelerada respiración—. Tan sólo pensé que esas cosas ya no servían.

—Y decidió romperlas —ironizó la joven—. Vaya forma de hacerle un berrinche a su marido, mi señora, aunque creo que exageró un poco.

—Alison, no te molestes con eso ahora, mañana lo recogerás.

—Pero esta crema se va a secar y el tapete se manchará —negó—. Regresaré en seguida con una solución para este desastre.

—Alison…

Como era la costumbre de la muchacha, ignoró las órdenes directas y fue a cumplir con lo que su cabeza le dictaba.

—No puedes culparla por querer hacer su trabajo —dijo Pridwen.

—Te culpo a ti por estos arranques ¿qué crees que dirán entre los sirvientes? —elevó una ceja—. Que la princesa y su esposo se llevan peor que los perros y los gatos.

—No estarían mintiendo.

—Sí —se acercó hasta tomarla de los brazos—. Pero no te conviene.

—¿Me soltarías?

—¿Cuántas veces tengo qué decir que lo lamento?

—No quiero hablar más del tema, simplemente me bañaré e iré a la cama a dormir ¿Te parece? —elevó las cejas—. Dejaré de tirarte cosas, de quejarme o sentirme ofendida, el papel no me queda de todas formas.

—Eres una dramática, ve a bañarte, quizá se te quite lo testaruda.

—Dudo que el agua borre algo así.

La joven fue a encerrarse al baño, permitiéndole a Adrien respirar tranquilo mientras veía como Alison limpiaba el desastre de su esposa mientras tarareaba una cancioncilla con las que Pridwen los atormentaba día y noche en una repetición infernal que terminaba por ser contagiosa.

—Mi lady es una mujer de temperamento fuerte ¿verdad? —sonrió.

—Ni que lo digas.

—¿Estaba muy enojada con usted, mi lord?

—Creo que lo está.

—¿Es por la pelea que tuvo con el señor Ulrik? —inquirió, aún agachada sobre la mancha—. Debió preocuparse mucho porque ese hombre reaccionara con tal irracionalidad, no comprendo su enojo.

—Así que tú fuiste quien le contó a mi esposa.

—Pues sí, estaba cerca y se me hizo impresionante su postura estoica después de tal golpe —se sentó sobre sus piernas—. Creí que usted era del tipo de hombre agresivo e impulsivo, pero me equivoqué.

—Así que todos me juzgan como si me tratara de un animal.

—Uno muy peligroso, salvaje y hermoso —asintió la joven con una sonrisa—. Las damas están muy entusiasmadas por su presencia, mi lord.

—Supongo que también lo escuchaste por casualidad.

—Las doncellas hablan mucho —ella se levantó satisfecha y lo miró sonriente— y cuando se trata de hombres, hablan más.

—Ya me imagino que sí.

—¿Deberá entrar a ayudar a Pridwen? —apuntó la puerta cerrada.

—No, ya lo hago yo. —La joven asintió y tomó sus herramientas,

pretendiendo salir presurosa y en silencio—. Por cierto, Alison; deberías decidir si nos vas a tutear o nos hablarás con honoríficos.

—Lo sé, lo siento —sonrió encantadora—. Es un lío para mi cabeza.

—Me lo imagino —asintió—. Descansa.

La doncella salió, dejándole la única alternativa de entrar a la recámara de baño junto con su esposa, era un plan que había formulado para que ella no pudiera huir de la conversación que deseaba tener, era deshonroso, pero pretendía atraparla en su estado de indefensa desnudez.

Abrió la puerta y toleró el grito agudo que ella propició. El sonido del agua susurró en sus oídos, sus ojos tuvieron la hermosa visión de sus hombros desnudos y húmedos, sobresaliendo a la porcelana de la tina caliente que lograba inundar la habitación en un tenue vapor. Ella se cubría los senos con los brazos y el color del agua era cremoso debido a las sales y olores que solían poner las mujeres en sus baños aromáticos.

—¿Se puede saber qué haces? —reclamó más tranquila de lo que debería—. ¿Es que pretendes acosarme hasta en el baño?

—Sólo cuando estés en el agua, preferiblemente desnuda.

—Uno no se mete con ropa a estas cosas.

—En otros tiempos se hacía.

—No quiero una lección de historia —apretó los brazos contra sus pechos—. ¿Qué es lo que quieres?

Adrien tomó una elegante silla que se encontraba en el lugar y la colocó junto al artefacto de perfecta porcelana y no hablaba de la piel de su mujer, la cual resplandecía por el agua y las luces que los rodeaban.

—Me encontré con tu hermana en el pueblo.

—Yo no tengo hermanas —se alejó del borde de la tina más cercano a él y lo miró furiosa—. ¿Sabes qué? ¿Podrías acercarte un poco más? Resulta que, para variar, no me encuentro lo suficientemente incómoda.

—Es la única forma en la que sé que me escucharás.

—Así que prácticamente me acorralas en una tina.

—Por decirlo de una forma.

—¡Bien! —dijo exasperada—. Habla de una vez, no pienso tolerar que el agua se ponga fría ¿escuchaste?

—Fuerte y claro, ¿Cómo no hacerlo si no dejas de gritar? —sonrió.

—Me iré —advirtió.

—Bien, bien —levantó las manos—. Mira, me encontré a Cleo en el pueblo, parece tener una excelente relación con la gente más pobre de la zona, lo que me hizo pensar en la ventaja que eso te dará.

—No encuentro como ventaja que mi gente se muera de hambre.

—Precisamente —la apuntó—. ¿Qué no dijimos que necesitabas

congraciarte con el pueblo? Bueno, esta gente te necesita.

—Entiendo. —Mostró su interés al acercarse más a él de forma inconsciente—. ¿Qué clase de problemas viste allá?

—Demasiados —dijo enojado—, por eso quiero que vayamos juntos, claro que necesitaremos de Cleo si no queremos morir en el intento.

—¿Tan mal?

—Sí. Así de mal están las cosas.

—Es una lástima… espera —levantó la cabeza y frunció el ceño— ¿Dijiste Cleo? ¿Cómo es que ella pudo relacionarse con ellos? Pensé que le costaba mucho trabajo estar con personas.

—¿Te refieres a su tartamudeo?

—Pues sí.

—Creo que lo tiene bajo control, digo, de repente le es difícil hablar, sobre todo con las palabras que contienen una *p* al inicio, pero se da a entender bastante bien y la gente la quiere.

—Recuerdo su problema, era horrible: sus hermanas se burlaban y su madre se avergonzaba, todo el tiempo se quejaban de ella.

—Debió ser duro.

—Supongo que lo fue, pero eso no evitó que fuera otro dolor de cabeza para mí —se inclinó de hombros—. No fue especialmente buena.

—Lo sé, me hizo notar sus dudas al respecto, sabe que no confiarás en ella debido a su pasado.

Pridwen negó tranquila, quitándole importancia al asunto.

—Era una niña maltratada que haría cualquier cosa por agradar a su madre —suspiró—. Quizá yo hubiera hecho lo mismo de pensar que de esa forma mi padre mostraría un poco de cariño hacia mí.

Adrien se sorprendió por el corazón comprensivo de su mujer, pero intentó no enfocarse en enlistar sus virtudes, sino en el tema presente.

—Está dispuesta a ayudarnos, pero creo que deberías ir en persona para que digas qué quieres hacer primero.

Pridwen lo meditó por varios minutos, descuidando su cuerpo que seguía desnudo y en una tina, en presencia de un hombre. Pese a que Adrien no podía ver más allá que el inicio de sus pechos, ese atisbo de su cuerpo podría ser suficiente tentación para cualquier hombre con sangre en sus venas. Debía agradecer que su mente estuviera ocupada viendo la reflexión en las facciones de Pridwen, esperando que aceptara.

—De acuerdo —dijo finalmente—, agendemos un día para ir a visitar ese lugar del que hablas, que Cleo nos acompañe.

Sin poder evitarlo, Adrien alargó su mano hacia la tentativa mejilla, apenas logrando tocar su suavidad cuando ella se apartó de golpe, impresionándolo por la mirada enfurecida que le dirigió. Sólo hasta ese momento recordó que seguía enojada con él; que le hubiera

permitido hablar no quería decir que todo estaba solucionado.

Quiso hablar, pero su garganta se cerró cuando de pronto ella se puso en pie, importándole poco que su cuerpo desnudo fuera visto por unos ojos que se abrieron a su máxima capacidad, recorriéndola lentamente hasta que tuvo que tragar con fuerza para no dejar salir un suspiro anhelante. Adrien se tomó con fuerza de las reposaderas de la silla para no alargar la mano hacia el cuerpo chorreante que salía de la tina con movimientos que parecían más lentos de lo normal.

Le fue una tortura verla colocarse la bata de baño y para cuando abandonó la habitación, su boca estaba seca y su corazón palpitaba como un enloquecido al comprender que era una forma muy particular por parte de su esposa de informarle que él no podía acorralarla si ella no quería.

Adrien abrió y cerró los ojos un par de veces para volver a enfocarse, pero sobre todo tomando valor para despegarse de esa silla, que fuera su único soporte para no mostrar la debilidad de sus piernas. Necesitaría de todo su autocontrol para no atacarla mientras dormía.

Capítulo 25

La habitación destinada a la reina actual de Dinamarca era una muestra de su extravagante personalidad, quien disfrutaba de los lujos notorios que le brindaba la corona, provocando que se le juzgara de vulgar por algunas lenguas de la corte. Era una mujer recordada por su mal carácter y pésimo sentido del humor, solía decirse que, si la reina creaba una opinión en su cabeza, esta jamás cambiaría, fuera buena o mala. Y si era negativa, en ese caso la tendría de enemiga y no había nada peor que eso.

Aunque nadie negaría que era una mujer inteligente, lo suficiente como para llegar al trono siendo hija de un empobrecido noble. Logró posicionar a su hija predilecta con uno de los mejores partidos del país, mas no fue suficiente para llevarla a la corona. A visión de la reina, la princesa Pridwen debió desaparecer de la memoria de todos hace años, pero volvió con un aire renovado y refrescante que embriagó a la corte danesa con la expectativa de un futuro de cambios.

No había quién no hablase de ella, incluso encontraba odiosa la forma en la que comenzaban a idolatrar su carácter, encantaba paulatinamente a todo cuanto la conocía, incluso escuchó de la boca de sus más fieles damas que estaba teniendo un acercamiento con sus hijas menores. Aunque no es que le interesara del todo lo que hicieran, no le agradaba que le llevaran la contraria cuando era tan obvio su desprecio.

Otro tema que se estaba descontrolando era Walid, el rey y su marido. Solía controlarlo con mucha facilidad, pero desde la llegada de ese extranjero, el hombre apenas pedía su opinión y si se la daba sin permiso, era cruelmente rechazada. Se estaba volviendo una situación intolerable.

El sonido de la puerta acabó con la agonía que ocasionaba la espera. La reina en persona corrió y abrió por sí misma, topándose con la persona que se había tomado su tiempo en aparecer.

—¡Pasa de una vez! —gritó la mujer con desesperación, esperando a que su informante entrara a su habitación—. Llevo esperando por ti toda la noche ¿te parece sensato hacerme esperar?

—No es mi culpa su desesperación —pasó con seguridad, mirando la repugnante exuberancia—. Parece que saqueó el oro de todo el país.

—Prohíbo la insolencia.

—Claro —se paseó por la enorme habitación—. ¿Es que duermen con usted una docena de amantes? No tiene caso tanto espacio.

—Vienes a hablar o a insultar.

—Mmm… puedo aprovechar para hacer ambas cosas.

—Entonces, si ya infamaste suficiente, creo que es momento de

hablar.

—¿Qué desea saber?

La reina caminó hacia una licorera y sirvió un poco de vino para sí misma, empinando el contenido de un trago.

—¿Discutieron?

—Creo entender que sí —sonrió—. Ella parecía enojada, los vi en las escaleras y poco le faltó a la princesa para aventarlo por el barandal.

—¿Sabes con referencia a qué?

—Como entenderá, majestad, no podía subir las escaleras junto con ellos, debía permanecer a una distancia prudencial.

—Claro, pero habrás escuchado algo antes o después, ¿fuiste a su habitación? ¿Dijeron algo más?

—Siempre los estoy rondando, es de esa manera que pude comprobar que Ulrik estaba con la princesa y después intervino el marido.

—Así que ese extranjero no mentía cuando dijo que mi yerno visitó a Pridwen a media noche —apretó la quijada.

—A lo que vi, el hombre se metió a su recámara para sacar a la princesa.

—¿A la recámara de quién?

—De la pareja.

—Por todos los cielos —la mujer se persignó—. ¿Qué estaba pensando ese idiota? No me imagino lo que habría pasado si el extranjero se hubiese despertado en ese momento. Seguro haría un escándalo para evidenciar la falta de cariño que hay en el matrimonio de Agatha.

—Tal parece que tu hija preferida es incapaz de mantener a un hombre en su cama, lo cual es una lástima, ni siquiera tiene herederos.

—Estás cruzando la línea.

—Y dime, ¿has tenido éxito en traer al heredero al mundo? —sonrió con burla—. ¿El rey sigue teniendo interés en acostarse contigo?

—No es de tu incumbencia.

—Mmm… puede que no, pero me parece divertido, sobre todo porque estoy cada vez más al tanto de la inmundicia de esta corte.

—Parece que no tienes nada importante qué decir, así que te pido que te vayas de una buena vez.

—Creo tener algo —dijo el informante, tirando un vaso de cristal cortado a propósito—. Me enteré que el señor Collingwood se reunió con la princesa Cleo en el pueblo.

—¿Cleo? —la reina se volvió—. ¿Cómo que Cleo?

—Es lo que sé —se inclinó de hombros—. Incluso los vi.

—¿Sobre qué hablaron?

—Estaban en un barrio pobre, la princesa tartamudeó como una

loca así que era difícil entender lo que decía, pero a lo que sé, suele visitar el lugar y Lord Collingwood estaba muy interesado por ello.

—Esa niña siempre fue un dolor de cabeza. —La reina apretó la quijada—. Debió morir al nacer o debí matarla cuando me di cuenta que ni siquiera era capaz de hablar. No sólo resultó una decepción que fuera mujer, sino que aparte tenía que ser una idiota.

—Una que le agrada a mi Lord, creo que no está viendo el beneficio en todo esto. Si la princesa tuvo un acercamiento, entonces es una ventaja táctica ¿Es que no lo ve?

—Cleo no habla conmigo, ni siquiera se me acerca.

—Creo que sería un buen momento para intentar recuperar la relación.

—Quizá —la reina asintió lentamente, inmersa en sus planes y pensamientos—. Sí, supongo que es una buena idea.

—Lo es, la princesa Cleo necesita cariño y lo único que usted tiene que hacer es darle un poco de su atención.

—Será trabajoso fingir interés.

—Pero beneficioso al final de cuentas.

—Tienes razón. Aun así, quiero que sigas vigilando a esa pareja, de quedar ella embarazada, tendremos que actuar en su contra. —El informante asintió en comprensión—. ¿Qué hay de Agatha?

—No está embarazada.

—Ese es otro de mis muchos problemas.

Palacio Schak
Recámara de la Princesa Agatha

Desde hacía mucho que la princesa Agatha se sentía ignorada por su marido, era algo a lo que se llegó a acostumbrar con el tiempo, sin embargo, en los últimos días la situación empeoró y la joven sabía perfectamente a qué se debía, o más bien dicho: a quién.

Todo iniciaba y finalizaba con Pridwen, su media hermana, la persona que era considerada por su madre como su primer rival, aquella a la que molestaron y prácticamente destruyeron de todas las formas posibles mientras vivió en ese palacio. Incluso se atrevieron a quitarle al hombre del cual se había enamorado. Agatha se avergonzaba al recordar que fue ella quien propuso la idea de apartarlo de su lado, porque un repentino enamoramiento surgió en su corazón al notar que Pridwen lo deseaba tanto. Quizá era mejor decir que sintió envidia y consiguió quitarle lo único que le daba felicidad a su hermana.

Aprendió de su madre a considerar a Pridwen como algo menos que un estorbo, las dejaban molestarla sin recibir reprimendas, podían avergonzarla, insultarla o hasta hacerle jugarretas y debía admitir que era ella quien provocaba que sus hermanas menores hicieran lo mismo, les inculcó el odio que su madre le trasmitió a ella.

Pero esas acciones suelen tener repercusiones y las tuvo. En ese entonces ella no podía saber lo que significaba estar casada con alguien que no sentía el mismo cariño. No podía decir que Ulrik fuera un hombre del cual pudiese quejarse, siempre se comportaba a la altura, cortés, agradable y cariñoso en público. Pero en soledad, él solía alejarse, encerrarse en un mundo al cual no le permitía entrar, desterrándola a la soledad y la desolación más profunda.

Muchos reprocharían su actitud caprichosa al desear para sí al amor de su hermana, pero así creció, bajo el control de su madre, escuchándola dirigir su vida para tener *un futuro mejor,* lo que fuera que significara para ella. Con el tiempo se dio cuenta que pensaba más como su madre quería, al punto que era incapaz de escuchar su propia voz.

Se dio cuenta que sus anhelos eran en realidad los de su madre, eventualmente dejó de tener sus propios gustos convirtiéndola en una versión joven de la reina.

—¿Sucedió algo Ulrik?

El caballero levantó la cabeza del libro que fingía leer sentado en un sofá cercano al fuego y muy lejos de la cama.

—No. Nada en particular.

—Te he notado más extraño de lo normal.

Una sonrisa triste se posó en sus labios y negó tranquilamente.

—Nada que debas preocuparte, ve a dormir.

—Resulta, mi amor —ella bajó la cabeza con vergüenza—, que me gustaría que estuviéramos juntos esta noche.

La mirada del conde se llenó de pesar. Cumplir con sus obligaciones maritales se complicaba conforme pasaban los días, haciéndolo casi insoportable a la mañana siguiente, cuando tuviera qué encontrarse con Pridwen, sintiéndose culpable y hasta avergonzado al pensar en la oportunidad que desperdició al dejarla ir en el pasado.

No podía decir que odiaba a su mujer, Agatha era atenta y comprensiva pese a que sabía las razones de su renuencia. Él sabía lo que ansiaba, aunque no sabía si era por deseo propio o presión de la reina. Como fuera, era un asunto que tenía que resolver, quizá cuando ella tuviera un hijo podría enfocarse en ello y no sentiría tanto dolor cuando él continuara alejándose. Porque para eso parecía no haber remedio.

—Siento mantenerte olvidada —dejó de lado su libro, más no se levantó de su asiento—. Resulta que tengo muchas cosas en las que pensar.

—Supongo que tiene todo que ver con Pridwen y su marido.

—En gran parte, sobre todo el último, a quien no soporto.

—Te diste a entender cuando lo golpeaste —se adelantó en la cama, feliz de tener una conversación con él—, jamás me dijiste la razón de ello.

—Me sacó de quicio, eso es todo.

—No deja de ser extraño, sueles ser muy paciente.

—No me es tan sencillo con un engreído londinense.

—A mí me parece agradable.

—Por supuesto —sonrió conciliador—, al igual que a muchas mujeres de esta corte. Lord Collingwood tiene la fortuna de ser un hombre agraciado, con buen rostro, complexión atlética y buena conversación.

—Sin embargo…

—Dudo que exista una persona más engreída que él.

—Estoy de acuerdo, aunque conozco a muchas personas con el mismo defecto que pueden caerte bastante bien.

—Quizá —Ulrik sonrió y se puso en pie, uniéndose a su esposa en la cama—. ¿Me has echado de menos, querida?

—Siempre lo hago —asintió con una dulce sonrisa.

En definitiva, su mujer no merecía su apatía, por el contrario, siempre fue dulce y paciente, ella debería ser feliz, pero era una lástima que fuera incapaz de brindársela, al menos no con sinceridad.

—Lamento hacerte sufrir Agatha, en serio lo siento.

—No —ella le tomó una mano—. Sé que esta boda… no era lo que tú querías, fuiste obligado a casarte conmigo y agradezco que seas tan

bueno.

—No deberías agradecerlo.

El hombre se acercó para tocar los labios de su esposa con los suyos, pero ella lo detuvo justo antes de que lo lograra.

—¿Qué opinas de Pridwen?

—¿A qué te refieres? —se sentó a unos centímetros de ella.

—Creo que tienes que tener una opinión acerca de su llegada, sé que tu padre está en contra de su coronación.

—Lo cual no fue aceptado en el parlamento.

—Mi madre lo apoyaría, como has de saber.

—Puedo notar su desagrado, seguramente se habrá llevado una terrible noticia al enterarse que no seríamos nosotros los siguientes en la línea.

—Lo lamenta bastante —aceptó la muchacha, acercándose a su marido un poco—. Aunque he de confesar que yo no estoy tan decepcionada.

—¿Es que no querías ser reina, querida? —inquirió curioso.

—Por una vez me siento liberada de los planes de mi madre.

—Lamento que siempre la tengas encima de ti —le acarició la mejilla.

—Estoy acostumbrada —Agatha tomó el rostro de su marido—. Dime algo Ulrik: ¿eres infeliz?

El corazón del caballero saltó en su lugar, pero logró educar su expresión para no mostrar sus verdaderos sentimientos.

—Sí, lo soy.

—Eres tan amable Ulrik —su voz se quebró—. Lo lamento tanto.

Ella se echó a los brazos de su marido, hundiendo su rostro en su hombro mientras liberaba las lágrimas de culpa. Jamás le confesó la razón por la cual fue comprometido con ella, no quería decírselo por temor a que la odiara el resto de su vida.

—Agatha, lo digo en serio —la consoló—. Me haces feliz, de verdad.

—Y no sabes cómo agradezco tu mentira —se levantó—. La aceptaré.

—El que se siente mal soy yo, tal parece que te hago infeliz.

—No —le tomó el rostro—. Jamás, no podría tocarme mejor hombre, pese a que sé que no me amas, nunca has sido malvado conmigo.

Ulrik lo dudaba, pero trataba de ser la mejor versión de marido que pudiera. Agatha se merecía la felicidad, pese a que muchos hablaran de sus beneficios al ser la hija amada de la reina, no sabían lo horrible que era tener a la reina focalizada sobre ella.

Conocía sobre sus constantes acosos hacia su mujer, obligándola a ser una versión extraña de la verdadera Agatha, quien fuera más bien amable y tranquila. Sólo faltaban unas palabras duras de la reina para

que la joven que él conocía se transformara en un muro de piedra.

Era verdad que creció siendo favorecida, amada y halagada, pero todo aquello ocasionaba una presión ante unas expectativas casi inalcanzables, causándole variados lapsos de depresión, angustias y ansiedad que con el tiempo Ulrik aprendió a calmar.

Mientras Pridwen estuvo lejos, su mente y corazón lograron enfocarse plenamente en las necesidades de esa pobre princesa, pero sólo hacía falta su presencia en una sala para que él no pudiera quitarle los ojos de encima y sabía que esto terminaba molestando e hiriendo a su esposa.

Palacio Brockdorff

North disfrutaba al máximo de su tiempo libre, sobre todo cuando podía utilizarlo para entrenar un rato en soledad. El monumental caballero fue directo hacia un lugar solitario, se deshizo de su camisa y comenzó a practicar con espada, moviendo su cuerpo, haciendo abdominales, lagartijas y demás entrenamiento de fortalecimiento sin ser consciente que, en determinado momento, unos ojos apenados pero llenos de picardía lo observaban escondidos detrás de un árbol.

El hombre siguió blandiendo su espada peligrosamente, balanceando su cuerpo de un lado a otro mientras buscaba atravesar el alma de sus adversarios imaginarios. Terminó por dar un movimiento grácil, apuntando al escondite de su espía.

—Esperaré a que salgas por voluntad o lo último que verás será el sable de mi espada al cortarte la garganta.

Ante la impresión de ser descubierta, la joven muchacha tropezó con los pliegues de su vestido, mandándola al suelo, desde donde tuvo que quejarse debido al golpe y la vergüenza.

—Lo siento, no pretendía…

—¿Lady Briseida? —North se adelantó unos pasos y le tendió la mano, ayudándola a levantar—. ¿Qué hace aquí?

—Ah bueno, yo sólo daba un paseo cuando de pronto lo vi aquí —sonrió sonrojada—, aunque no sabía que estaría practicando. Cuando me di cuenta no quise interrumpir, supuse que lo molestaría, pero me interesaron sus movimientos, así que me quedé.

—Dudo que algo en esa historia sea cierta —dijo sarcástico, elevando una ceja—. ¿Desde hace cuánto me estuvo siguiendo?

—Quizá desde que se levantó —admitió sin vergüenzas.

—¿Y es que eso le parece bien? —se sorprendió.

Ella se inclinó de hombros.

—No me interesa mentir, de todas formas, usted ya lo sabía.

—El que yo lo sepa debería avergonzarla aún más, señorita.

—Pues no es así, creo que cuando te gusta alguien es mejor hacerlo notar, no me gusta todo eso de la fingida dignidad, es mejor se francos.

North entrecerró los ojos al tiempo que fruncía el ceño en horror.

—Está asegurándose ser herida con una facilidad espeluznante.

—¿Le parece? —inquirió divertida—. ¿Es que piensa herirme mucho?

Mientras la impresión se le pasaba al hombre, Briseida se inclinó ligeramente sobre sí misma para analizar su aspecto desarreglado. Dio unos golpecitos a la tela del vestido manchado por la tierra y suspiró.

—¿Dónde están los demás? —cambió de tema—. Espero encontrarme con Pridwen pronto, últimamente parece que todos se

esconden de mí.

—Están ocupados de momento —informó North sin querer darle más explicaciones a la chiquilla—. Vamos, la acompaño al palacio.

—¡Espere! —la joven dio un brinco en su lugar—. ¿No preferiría colocarse la camisa? Digo, espero que no sea costumbre suya el caminar por los palacios de esa manera.

North echó un vistazo a su pecho descubierto y por poco blasfemó. La muchacha frente a él, despreocupada y joven, se reía a melodía de carcajada del hombre que rápidamente colocó sus ropas.

—Ya veo que le causa mucha gracia —se quejó.

—La suficiente —asintió—. Aunque he de decir que tiene usted un cuerpo muy bonito, más grande y formado que el de mi hermano.

—No debería de decir esas cosas, mi lady.

—¿Por qué no? —frunció el ceño con inocencia—. ¿Se considera una impertinencia el decir la verdad?

—Quizá la encontrarán desvergonzada —asintió, abotonando la camisa.

—Mmm… si le soy sincera, poco me importa.

—Ya veo que así es —negó el hombre—. Como sea, no debió quedarse a mirar a un hombre entrenar, mucho menos en mi estado.

—¿Por qué?

—Porque podría hacerle daño de ser cualquier otro.

—Pero era usted —se cruzó de brazos—, sabía que estaría bien.

—Aun siendo alguien de confianza debe tener sus reservas.

—Sí, sí. —Le quitó importancia con un movimiento de mano—. ¿Vamos? Tengo muchas ganas de burlarme de mi hermano, ¿cree que se hayan reconciliado ya?

—Dependerá de Pridwen, supongo, sé que Adrien se arrepiente.

Briseida sonrió alegre, echó de menos a su hermano y al grupo de revoltosos que tenía por amigos, pero sobre todo a North. Pese a que el resto de los chicos siempre la trataran de forma cariñosa y amigable, era el hombre que tenía enfrente el que le robaba el alma. No sabía si era por la formalidad con la que la trataba o la poca atención que le ponía lo que provocaba una ilusión de amor hacia él.

Quizá se debía al simple hecho de que le parecía diferente al resto de los hombres, más consciente, más sensato, maduro e inteligente. Era el mejor amigo de su hermano y entendía las complicaciones de ese hecho, pero sabía que, si se esforzaba lo suficiente, North podía enamorarse de ella. Se sabía hermosa, distinguida e inteligente, debía ser capaz de provocar el cariño de un hombre como North.

Capítulo 26

Palacio Schak
Recámara de la Princesa heredera

El cálido color azulado del amanecer se colaba entre las ventanas despejadas de cortinas de los palacios reales, los pajarillos elevaban su primer canto y las personas del servicio se movilizaban con la intensión de preparar el desayuno y ordenar el palacio. Usualmente el amanecer era amigo de cualquier Collingwood, pero no del que se había casado recientemente con Dinamarca, quién desde hacía algunos días le era imposible conciliar el sueño y el despertarse resultaba siempre una agonía.

Esto debido a que su mujer se entusiasmaba en robarle el placer de dormir, y no por una buena razón, sino porque seguía empecinada en someterlo a su orgullo desmedido, teniéndola que vigilar para que durmiera en la cama y peor aún, que continuara sobre ella por la mañana.

Lastimosamente en esa ocasión el sueño lo venció a profundidad y cuando despertó y estiró el brazo para tocarla, se encontró con una cama de sábanas vacías y una almohada con una huella de abandono.

—Maldición, ¡Pridwen!

Aventó las sábanas y se puso en pie. No era la primera vez que tenía que hacer esa rutina mañanera, la tenacidad de Pridwen estaba mostrando sus resultados, jamás la había visto tan determinada a hacerlo sentir miserable. Debía recordarse que era una mujer a la cual no se debía tomar a la ligera. Aunque debía admitir que le fascinaba verla en esa faceta decidida, altiva y llena de elegancia al mostrar su molestia.

Era una Pridwen que no conocía, en el pasado ella le hubiese perdonado cualquier cosa con una sonrisa, mejillas sonrojadas y el corazón acelerado. Tal parecía que la venda del amor cayó de sus ojos, dejándolo en la terrible posición de que ella viera su realidad. Aquello le causaba un miedo irracional, por mucho tiempo estuvo acostumbrado a su cariño incondicional, no se esforzaba mucho y ella lo veía como un encanto. Pero esos días habían acabado y de alguna forma le dolía.

—Debo decir que eres insoportable.

—No otra vez —se quejó cuando sintió que la levantaban en brazos.

—Si tan sólo no continuaras haciendo esto, no se nos haría rutina.

—¿Qué hora es? —se recostó en su hombro, envolviendo holgadamente el cuello del caballero—. Pareciera que acabo de ir a dormir.

—Y cómo no, si duermes en un sofá, lo último que obtienes es el descanso que necesitas, dime ¿qué harás si un día Alison te encuentra ahí?

—¿Es que las parejas nunca pelean? —inquirió, acomodándose en

su lado—. Dudo que haya posibilidad a una negativa.

—Nosotros peleamos todo el tiempo, cariño y eso lo hace preocupante.

—¿Y culpa de quién es?

—Me atrevo a decir qué de ambos, te pedí disculpas, normalmente las esposas perdonan, pero tú te has encaprichado.

—Quizá una esposa enamorada lo haría, yo no lo estoy.

—Puedo notarlo —dijo con una voz más enojada de la que pretendía.

Ella lo ignoró y siguió acomodándose en la cama, aunque el día ya comenzaba a dar los suaves tonos azulados del amanecer.

—No me has dicho la hora.

—Casi van a dar las seis.

—Entonces puedo dormir un poco más.

—¿Prefieres que no me acueste contigo?

—No hará diferencia alguna, apenas te notaré.

—Lamento decirte que no permitiré tal cosa —se acercó a ella y la abrazó por la cintura—. Hace un frío tremendo y el levantarme de la cama casi provoca que me de hipotermia.

—Nadie te lo pidió —se acomodó en sus brazos, robando el calor corporal del cuerpo de su marido—. Pero gracias, tenía frío.

—¿Cuándo me perdonarás?

—No lo sé —sonrió contra la almohada—. Me lastimaste.

—Comprendo, pero esto parece eterno.

—Quizá me cuesta tanto perdonarte porque hablabas con la verdad —suspiró entristecida—. Odio decirlo, pero es obvio que mi vida entera he mendigado amor sin tener mucho éxito en el intento.

—No digas eso —la abrazó con mayor fuerza—, mi familia te quiere, los *Leones* te adoran… yo te quiero.

—Creo que ha dejado de ser suficiente que la gente me *quiera,* Adrien —se movió un poco para poder volver el rostro hacia él—, quiero que alguien me ame, que cometa locuras por mí, que no resista un momento del día sin verme o al menos le importune no hacerlo.

—Eres una romántica.

—¿Y no me lo merezco? —lo recorrió con una mirada suplicante.

—Claro que te lo mereces —la acarició con cariño, apretándola un poco más, reconfortándola—. Mereces cualquier cosa que desees, babas.

Ella dejó salir una carcajada y limpió su mejilla que aún no tenía saliva.

—Es un defecto al que tú te has acostumbrado, pero dudo mucho que alguien más lo toleraría con tan buen humor.

—Seguro que te equivocas.

La joven sonrió y volvió a darle la espalda, aceptando que el brazo

fuerte de Adrien la rodeara hasta enterrar su mano debajo de su cuerpo, atrapándola para que no pudiese volver a pararse. Ella soltó una risilla entre dientes y se acomodó reconfortada, tranquila y en espera de que la calidez que emanaba del cuerpo de su esposo la relajara hasta dormirla.

Pasaban de las siete de la mañana cuando la puerta de la habitación de la princesa heredera se abrió despacio, tratando de no hacer ruido, dejando pasar a la persona que se escurría por el suelo como precaución para no ser vista en caso de despertar a alguien. La princesa Erin era conocida por ser una chiquilla caprichosa, comandada por sus deseos y esperanzada a que se efectuasen. Por esa razón el miedo no estaba incluido en su persona y cuando quería hacer algo, lo último en lo que pensaba era en las repercusiones que podrían atraer sus acciones.

Aun enfundada en su camisón y con un oso de peluche en el brazo, la niña levantó la cabeza para mirar a las personas que dormían abrazadas a la cama. No podía evitar sentir celos al ver al hombre del que inocentemente se había enamorado, abrazando a su media hermana que, pese a los deseos de su madre, en realidad no odiaba, de hecho, le caía bastante bien la mayoría del tiempo, a no ser que le robara atención de lord Collingwood.

La niña dio un salto hacia atrás cuando notó el movimiento del brazo de su dulce amor, volviéndose aún más posesivo sobre el cuerpo de su hermana, a quien seguramente estaba asfixiando. Un escalofrío le recordó que debía meterse a la cama si no deseaba resfriarse y así lo hizo, introduciéndose por la parte de los pies, separando poco a poco los cuerpos que estaban completamente enredados entre sí.

Las manos frías de Erin hicieron que la pareja de casados abriera los ojos con espanto, comprendiendo poco lo que sucedía hasta que la niña logró su objetivo y su cabeza brotó de entre las sábanas, quedando justo en medio del calor de la pareja.

—¿Erin? —Pridwen se giró hacia ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo miedo.

Adrien volvió el rostro a hacia la ventana, desde donde la luz amarillenta entraba ligeramente menguada por la tela transparente de la cortina frente a ella. El día parecía avanzar con normalidad y no había nada que un niño debiera temer cuando el sol se posaba en lo alto.

—¿Miedo a qué? —regresó Adrien.

—Papá y mamá encontraron otro.

—¿Otro qué? —inquirió Pridwen.

La niña jaló las sábanas hasta cubrir su nariz, dejando únicamente sus hermosos y redondos ojos a la vista de la pareja.

—Otro muerto, era la mujer de un noble importante, los escuché

hablando de ello —susurró—. Mamá está muy asustada y papá piensa que se salió de control. Vendrán por nosotros, nos quieren matar.

Pridwen dirigió una mirada nerviosa hacia su amigo, quien trató de tranquilizarla con la profundidad de sus ojos verdes que mostraban una extraña calma ante una situación tan peligrosa como la que estaba ocurriendo en el palacio. Claramente de nada había servido que ella hablara con el personal, nadie dijo palabra y todos aseguraron no saber de lo que les hablaba. Pridwen les creía, ninguno de ellos dio signo de mentira, pero en definitiva algo estaba pasando.

No tenía que ser precisamente el servicio quien los quisiera fuera y tal parecía que Adrien pensaba lo mismo, puesto que asintió con la cabeza como si acabase de leer sus pensamientos.

—No pasará nada —tranquilizó Pridwen a su hermanita—. Aunque dudo que a tu madre le agrade la idea de que estés aquí.

—Ella no va a enterarse —dijo segura—. Además, quiero estar con lord Collingwood, el podrá defenderme, es el más fuerte de la corte.

—Quisiera saber cómo comprobaste eso —dijo Pridwen con diversión.

—Todo el mudo lo dice —aseguró con soltura—. Aseguran que, si lord Collingwood hubiera regresado el golpe que Ulrik le dio en la plaza, este seguramente ya no tendría dientes en la boca.

—Eso no lo sabemos.

—Aún —sonrió Adrien hacia su esposa, quien le replicó con la mirada y después miró a la pequeña—. ¿A quién escuchaste decir eso?

—Bueno, a unas damas que son sus admiradoras, pero también al señor Dankworth, Chadburn, Denson y Barbrow.

—Los *Leones* —Pridwen negó con la cabeza.

—Era de esperarse que me apoyaran, ya que en muchas ocasiones han enfrentado mi puño —Adrien aceptó vanidoso.

—Sí… —la niña agachó la cabeza y sonrió encantadora—. ¿Puedo dormir aquí con ustedes? ¡Oh! ¡Por favor, por favor!

—¿Dormir? —sonrió Adrien—. ¡Pero si ya es de día!

—Oh, sé que no se levantarán hasta las nueve y media —aseguró—. Lord Collingwood tiene una cita para reunirse con el primer ministro y los parlamentarios de las Islas Feroe y Groenlandia; Pridwen tiene que ver al rey y después irá a ver los últimos detalles de la fiesta junto a Agatha.

—¿Es que nos has espiado? —frunció el ceño la mujer—. ¿Cómo sabes nuestros horarios?

—Me robé el organizador de Alison el otro día.

—Claro que lo hiciste —Pridwen se llevó una mano a los ojos.

—Bien, si tanto quieres dormir aquí, entonces no tengo problema en ello —dijo Adrien y miró a su esposa, dándole la prerrogativa de decidir—. ¿Amor? ¿Tú qué dices?

—¡Oh! —la niña juntó sus manos y lanzó una mirada adorable junto con un puchero convincente—. Por favor, por favor.

—Está bien, pero he de advertirte que será sólo por una hora antes de que vengan a buscarnos.

—¡Yei! —victoreó la niña—. Con eso me basta.

Pridwen sonrió y se recostó de nuevo, aunque no hizo nada por abrazar a la niña en medio de su cama, puesto que jamás fue muy cercana a ella y tampoco era que Erin la quisiera en demasía. Si estaba ahí era gracias a Adrien, quien supo ganarse a la caprichosa princesita y ponerla de su lado. Debía admitir que era un buen movimiento al ser una chiquilla tan cotilla, era una forma de mantenerse informados de las cosas que el rey y la reina escondían de todos los oídos, como lo era esa nueva muerte.

—Lord Collingwood, ¿podrías abrazarme como lo hacía con Pridwen?

El caballero yacía boca arriba, con ojos cerrados y una gran sonrisa decorando su rostro adormilado.

—No creo que sea apropiado que la abrace como a mi esposa, princesa —contestó tranquilo—. Pero puedo prestarle mi mano para que la aferre.

—Con eso bastará por el momento.

La niña tomó la enorme y cálida mano del hombre y se acurrucó contra ella, cayendo dormida casi al instante.

Se acomodaron de tal forma que ambos pudiesen verse, permitiendo que Pridwen se encontrara con la sonrisa extensa y luminosa que Adrien ponía cada vez con más frecuencia cuando la veía; desde hace días que él parecía un poco cambiado, quizá menos molesto por haberse tenido que casar con ella. Aunque en gran parte, ella sabía que su felicidad se debía a que los *Leones* y su familia estaban de visita en el palacio, no sabía lo que podía pasar el día que ellos se marcharan.

—¿En qué estás pensando? —Adrien alargó su mano desocupada y rozó la mejilla de su esposa con cariño—. No me digas que piensas irte al sillón.

—No. —Bajó la mirada en compañía de una trémula sonrisa—. En realidad, pensaba en lo que nos informó Erin.

—¿Tienes miedo?

—Por supuesto que no —quitó importancia a sus sentimientos—. Tengo curiosidad de saber a qué se deben las muertes cercanas a la corona, pero no de la corona. Tal parece que desean asustarnos.

—Creo que es la intensión.

Adrien soltó la mano de la niña y se puso en pie, al igual que Pridwen.

—Entonces, quieren desviar nuestra atención de algo más

importante, pero ¿qué puede ser esto? —lo miró—. ¿Alguna idea?

—Ninguna. Aunque si Erin asegura que la reina tiene miedo, al menos podemos descartarla de ser la autora intelectual.

—No la expiaría con esa facilidad —miró al espejo de su tocador, comprobando su cabello desastroso—. Bien podría mentir.

—Como es natural en cualquier asesino, no confesará sus crímenes.

—Además, ella tiene muchas razones por las cuales querer matar a mi hermano —Pridwen se introdujo en el cuarto de baño, siguiendo a su esposo—. Aunque no creo que se atrevería a matar al rey, sé que lo podría intentar conmigo, aunque no hay intentos de ello hasta ahora.

—De momento no creo que le sea conveniente irse contra el rey, al menos si sigue deseando tener un heredero.

—Supongo que la siguiente en línea de batalla soy yo.

—No seas dramática, no sabemos si sea ella. —El hombre se acercó hasta la tina—. ¿Piensas bañarte?

—Sí, sería bueno que llamáramos a Alison.

—No, por favor —se quejó el hombre, acercándose a su esposa para ayudarla a apartar su negligé—, puedo ayudarte a bañar con tal de que esa mujer no venga a invadir mi recámara a estas horas.

—¿Comprendes la función de una doncella? —se burló—. Además, esta también es mi habitación y necesito de ella.

—Jamás has sido de la clase de mujer que necesita ayuda para vestir.

—Eso era cuando no tenía que usar esos aparatosos vestidos —elevó una ceja—. ¿Has visto todos esos botones? Sin mencionar el corsé.

—Puedo hacerlo por ti.

—Nada de eso. Seguro que estás más acostumbrado al orden contrario.

—¿A qué te refieres?

—Creo que tienes la costumbre de quitar, no de poner ropa.

Adrien dejó salir una profunda carcajada, la tomó en brazos y asintió conforme con la acusación de su esposa.

—Yo no diría eso —sonrió malicioso—, pero diablos que lo prefiero.

—Por supuesto que sí.

En ese momento, la joven Alison entraba a la habitación con el ceño fruncido, apuntando hacia la cama donde la pequeña Erin seguía dormida.

—¿Tuvieron un hijo y no me di cuenta?

La pareja soltó una carcajada y se separó mientras negaban con la cabeza ante la insinuación de la desconcertada doncella.

—Claro que no, es mi hermana menor, Erin.

—¡Ah, claro! —la joven se golpeó la frente y rodó los ojos—. Cuando está callada es irreconocible.

—Te doy la razón.

—¿Qué sucede, mi señor? —miró al hombre que rápidamente se alejó de su presencia, tomando sus instrumentos para afeitarse—. ¿Es que piensa que tengo liendres en la cabeza?

—Por supuesto que lo pienso, pero no es eso lo que hace que me aleje de ti Alison —sonrió el hombre—. ¿Cómo es que llegaste tan rápido?

—La señora llamó —la joven apuntó a Pridwen.

Adrien regresó una mirada resentida hacia su esposa.

—¿Qué? La llamé desde que me levanté.

—Ya veo, mi lord quería ser quien ayudara al baño de la señora —dijo la joven con su usual impertinencia—. Lamento decirlo, pero el día de hoy no hay cabida para errores, el baño es el inicio del arreglo.

—O de mi tortura —aseguró la mujer—. Lo siento cariño, otro día será.

—Será mejor que tomes un baño rápido, no quiero que Erin despierte cuando yo esté dentro de esa tina, no sé de lo que es capaz.

Pridwen no podía más que darle la razón, su pequeña hermana había demostrado su valentía y obstinación cuando se trataba de estar con Adrien. Que ella recordara, su amigo no era afecto de convivir con niños, pese a que los toleraba al tener muchos sobrinos, no era de la clase de hombre que pasaría el día entero con ellos. Sin embargo, con Erin demostró tener toda la paciencia del mundo, hablaba con ella y le prestaba toda la atención como fuera su costumbre, sin discriminar.

—Me bañaré rápido —tranquilizó—, pero si tanto miedo te da, puedo quedarme aquí hasta que tú termines.

—¿Tanto ansías verme sin ropa? —sus ojos brillaron en malicia.

—¿Por qué no? —dijo tranquila—. Eres mi esposo ¿qué no?

Como toda respuesta, Adrien dejó salir una risa entre dientes y se volvió hacia el espejo, moviendo su cabeza de un lado a otro, tocando la barba incipiente mientras veía por el espejo cómo la doncella de Pridwen la ayudaba a quitarse el camisón y la introducía a la bañera.

—¿Sabes? Tengo curiosidad por una de tus hermanas.

Adrien se volvió hacia su esposa, recargándose en el lavabo a sus espaldas. Ella lo miró con una ceja levantada, aceptando el jabón que su doncella le tendía con prudencia al estar presente en un momento tan intimo entre la pareja de casados.

—Vaya, parece que Erin no te es suficiente. —Restregó el jabón contra su cuerpo—. ¿Otra vez Cleo?

—No. Quiero conocer a Edna.

—Mmm… —ella pasó el jabón por su cuello—. No me sorprende. La recuerdo como alguien excéntrica, le gustaban los animales, creo que aún le gustan mucho. Me dijeron que tiene una cabaña en el bosque, quizá puedas ahí saciar tu curiosidad.

—Erin también me platicó de la cabaña.

—¿Qué quieres con ella ahora?

—¿Estás celosa, mi vida?

—Ni un poco —dijo tranquila—. Alison, ¿Podrías ayudarme a lavar mi cabello? Creo que hoy será el día que saldré destilando agua.

—Te ayudo yo. —Se adelantó Adrien.

—Dudo que sepas lavar cabelleras —lo miró acercarse.

—Aprenderé —miró a Alison—, gracias, puedes retirarte.

La joven entregó un palanganero con agua tibia a su señor y salió presurosa al comprender que resultaba un estorbo. Pridwen entrecerró los ojos hacia su amigo, para ese momento, su postura volvió a ser en la que cubría sus pechos con ayuda de sus brazos para no ser vista por él.

—Ni pienses que te permitiré tocar mi cabello. Lo que tengas que decir que necesite que Alison salga, dilo con las manos en los bolsillos.

A veces lo sorprendía lo fácil que era estar con esa mujer, lo conocía perfectamente, incluso le era fácil deducir el rumbo de sus acciones. Le entregó el palanganero y volvió a tomar la silla elegante que había en el cuarto de baño, colocándola cerca de su esposa.

—Tengo a los *Leones* investigando y me han dicho cosas interesantes.

—¿Investigando qué cosa?

—La muerte de tu hermano parece haber sido premeditada, pero en un inicio eso no era lo que se quería.

—¿A qué te refieres?

—Segú North, el príncipe heredero siempre quiso abdicar por una razón desconocida, asunto que obviamente tu padre desaprobaba.

—Dudo que el rey lo matara.

—No. Claro que no —Adrien tampoco lo pensaba—. Lo que quiero decir, es que salió por su propio pie de aquí y alguien se aprovechó para hacerlo desaparecer para siempre.

—¿No hay posibilidades de que esté vivo?

—Lo lamento, pero no.

Ella agachó la cabeza y colocó el cabello mojado sobre uno de sus hombros para comenzar a enjabonarlo distraídamente. Adrien suspiró y se acercó hasta ella, tomando sus manos que se movían mecánicamente, sorprendiéndola cuando acarició su dorso con cariño.

—Estoy bien —ella negó suavemente—. Tan sólo tuve una pequeña esperanza de que no hubiera tenido un final tan terrible, aunque siguiera ocasionándome problemas a mí.

—Lo que nos sigue preocupando es que él debió confiar su secreto a alguien, es de suponer que fuera alguien cercano, de la realeza, ¿no sabes si era amigo de alguien?

—No. —Ella apartó su mano de la de Adrien, colocando su codo al borde de la bañera para acariciar con facilidad un lunar que tenía en

su oreja—. Al menos el tiempo en el que estuve aquí no lo noté, aunque tampoco podría saberlo, él pasaba el tiempo con la familia real y como has de saber, yo no era parte de ese círculo social.

—Es lo que quiero investigar, Erin es demasiado pequeña para sábelo y dudo que Cleo se relacione con alguien que no esté fuera del palacio.

—A ella no le permitían hablar con nadie, ahora que recuerdo.

—Eso deja a Edna y a Agatha.

—De mal en peor —ella se hundió en la tina—. Agatha no hablará nunca y Edna es extraña, convive más con sus animales que con personas.

—Algo me hace sospechar de Agatha —dijo Adrien.

—Es lo más obvio al ser tan allegada a esa mujer del mal.

—No por eso —Adrien alargó la mano y tocó el hombro de Pridwen por debajo del agua, tal parecía que no podía dejar de tocarla—. Sé lo que es tener una gran carga sobre tu espalda y lo mucho que se desea deshacerse de ella si existiera una posibilidad.

—Creo que no comprendes, Agatha quiere ser reina.

—No, su madre quiere que lo sea.

—¿Dices que ella no quiere?

—Estoy seguro que no —Adrien entrecerró los ojos y miró hacia otro lado, pensativo—. Creo que, si el príncipe deseaba correr de su corona, sería a ella a quien acudiría, porque lo entendería, incluso lo ayudaría.

—Quizá sabía que ella encontraría su desaparición beneficiosa.

—Te niegas a pensar bien de ella, ¿o me equivoco?

—Parece haberte obnubilado —apretó los dientes—, como a todos.

—Te equivocas, he pensado esto concienzudamente.

—En todo caso, ¿Quién les reveló la información del escape a los *Leones*? —lo miró con curiosidad.

—Me temo que son rumores. —Ella ladeó la cabeza en desaprobación, mirándolo como si fuera un tonto—. Sé que no es lo mejor, pero la gente habla por algo, ¿por qué inventarse algo como eso?

—¿Quizá porque el príncipe desapareció y luego murió?

—Sí, pero pudieron argumentar un secuestro, no un deseo de escapar de sus responsabilidades, ¿no crees?

—Creo que no deberías confiar tanto en un rumor.

—Tiene sentido, acéptalo.

—Quizá —suspiró—. Apártate, quiero salir, el agua se pone fría.

—No te has lavado el cabello.

—Oh, es verdad —chistó la joven—. Anda, tira el agua en mi cabeza.

Adrien obedeció las órdenes de su esposa. Debería dejar de

atraparla mientras estaba en la bañera, se había convertido en una costumbre hablar de asuntos importantes en la intimidad de sus baños, lo cual lograba molestarla en un inicio, pero eventualmente logró sobrellevarlo; llegando al punto que, cuando lo veía entrar después de que ella lo hacía, sabía que se enteraría de algo interesante. Pero se volvía algo peligroso para él.

—Gracias por esto —dijo relajada—, tus manos son agradables.

—Pensé que no me dejarías tocar tu cabello.

—Nada se puede hacer ya que despediste a mi ayudante.

—Vamos, sal de ahí antes de que te resfríes.

—¿Ansías verme desnuda o algo por el estilo? —bromeó, recorriéndose hacia el perchero de donde colgaba su toalla.

—No me haría daño ver el cuerpo de una mujer después de tanto tiempo —se recostó en el respaldo esponjoso de la silla.

—Lamento obligarte al celibato —dijo sarcástica—. ¿Cuánto habías aguantado sin mujer en el pasado?

—Dudo en serio que quieras saberlo.

—Eres asqueroso —elevó ambas cejas—. Ahora cierra los ojos.

—No lo creo, dudo que te de vergüenza, así que anda, sal de ahí.

—¿Lo dices en serio? —su rostro se desfiguró en la extrañeza y luego en la comprensión de la situación—. Es una forma original de hacerme saber que mi cuerpo no te gusta, que no te soy una tentación.

Ella se levantó después de esas palabras, alcanzando su toalla y envolviéndose en ella, pero no con la rapidez suficiente como para que Adrien no admirara cada una de las curvas de su cuerpo. La función terminó cuando ella colocó su bata de baño, ocultándola al completo.

—No diría que no eres una tentación —admitió.

—Dije que no lo soy para ti —sacó su cabello de la bata y se volvió con seguridad—. Pero por supuesto que lo soy para los demás.

Él sonrió con ferocidad, su mirada era afilada, salvaje, como la de un depredador frente a una presa que llevaba esperando por horas. Se puso en pie y volvió a tomarla por la cintura, como lo hacía antes de que Alison llegara a interrumpirlos. Ella lo miró con tranquilidad, jactándose de haberlo sacado de su normal actitud engreída.

—Eres cada vez más atrevida y descarada, ¿lo sabías? —la recorrió con una mirada abrasadora—. Nunca esperé que estarías tan cómoda conmigo en el baño mientras estás en la tina.

—Parece que te fascina —contrapunteó.

—Sí —aceptó, acercándose un poco a sus labios—. Me encanta.

—¿Y eso qué significa? —elevó una ceja.

—Aún no lo sé —su voz se hizo más grave y profunda—, pero podríamos descubrirlo si es lo que quieres.

El cuerpo de ella seguía tibio por el agua que la rodeó por tanto tiempo, sus cabellos mojados liberaban gotas que caían sobre los

brazos que la rodeaban con fuerza, su rostro estaba naturalmente rojo debido al vapor que aún inundaba la habitación. Pero lo más tentador y lo que lo hacía caer de rodillas ante ella, eran esa orgullosa presencia inamovible en conjunto con esa sonrisa petulante que enmarcaban sus labios.

Se movió por instinto cuando inclinó la cabeza para tomar su comisura inferior, pero ella apartó el rostro justo a tiempo para evitarlo. La miró desconcertado, descubriendo hasta ese momento que no compartía su deseo, ella permanecía increíblemente tranquila mientras él ardía como el fuego más abrasador. Soltó su cuerpo al pensar que la forzó a aceptar su caricia y se alejó unos pasos, apenado y confundido.

—Será mejor que salgas y despiertes a Erin —aconsejó Adrien—. Me harías un gran favor si la sacaras de aquí antes de que termine.

—¿Quieres que mande a tu ayuda de cámara?

—No. Lo haré sólo.

—Lo enviaré de todas formas —anunció antes de salir presurosa.

«¡Maldición!» el hombre cerró los ojos y caminó de un lado al otro sin entenderse a sí mismo. «¿Qué demonios me está pasando?»

Pridwen sentía que su corazón saldría de su pecho en cualquier momento. Se vio en la necesidad de llevar una mano hasta el órgano, intentando calmarlo. Tal parecía que algo poseyó al verdadero Adrien, quien jamás la encontraría como una mujer atractiva, pero cuando estuvieron solos en el baño, él parecía determinado a besarla, quizá a ir un poco más allá que sólo un beso.

—¿Qué te pasa Pridwen?

—Oh, Erin —miró a la niña que se frotaba los ojos—. Deberías ir a tu habitación antes de que te descubran.

—¿Dónde está lord Collingwood?

—Tomando un baño —dijo en medio de un suspiro.

—¿Por qué estás tan roja? —la niña entrecerró los ojos.

—Me acabo de salir de bañar.

—No será porque lord Collingwood te besó ¿o sí?

—Por supuesto que no Erin —Pridwen intentó distraerse al desenredar su largo cabello—. Es mi esposo, él suele besarme.

—¡Pero no lo hace porque te quiere! —le gritó.

Tenía razón, pero Pridwen no podía hacerlo notar, menos a alguien como ella qué era especialista en comunicarlo todo.

—Erin —se giró sobre el banquillo en el que estaba sentada para ver a la niña que se sostenía del dosel de la cama—, sé que te gusta, pero eso no evitará que él me quiera, lo siento mucho.

—Yo sé que no, escuché a sus amigos —dijo berrinchuda—. Ellos dijeron que Adrien es cariñoso contigo porque estaba en pelea con Ulrik.

En esa ocasión, sintió un extraño nudo en el estómago, más bien, fue como recibir un golpe en el sitio.

—¿Eso dijeron? —supo disimularlo—. Estarían bromeando.

—No, no lo estaban, dijeron que el mismo lord Collingwood se los había dicho —aseguró jactanciosa—, que hacía todo eso para que a Ulrik se le retorciera el cerebro porque sabía que te quería.

Parecía razonable y un pensamiento que se le ocurriría a un enfurecido Adrien al descubrir su pasado con Ulrik. No era tonta, sabía perfectamente que él notó aquella noche que algo no andaba bien, debió escucharlos forcejear afuera de la habitación en ambas ocasiones, cuando él venía hacia ellos y cuando la sacó a la fuerza de la cama.

—Cariño, no debes escuchar a esos necios, siempre están inventando cosas para su propia diversión, hacen tonterías y dicen muchas más.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que te quiere? —cuestionó enojada—. Sé que me puede querer a mí, lo sé.

—Seguramente si fueras de su edad, eso pasaría —afirmó conciliadora y cariñosa al romperle el corazón—. Pero lord Collingwood es un hombre grande y tú eres muy niña aún.

—Pero… —su voz se quebró.

—Lo sé, Erin —se acercó a ella y la abrazó—. Pasará, ya lo verás.

La niña lloró un poco el hombro de su hermana mientras caía en la comprensión. Después, simplemente se marchó en silencio.

Capítulo 27

El día había sido organizado de tal forma que no hubiera espacio alguno sin una actividad. Pridwen fue diligente en lo que quería para esa festividad en honor a la junta en la que participarían diputados de las Islas Feroe y Groenlandia, así como la presencia en el palacio del resto de los parlamentarios y otros nobles importantes.

Gran parte de la mañana fue desenvuelta en un ambiente político. Reuniones en las que se hacían propuestas, se cuestionaban asuntos actuales y se exponían las quejas del pueblo. Pridwen estuvo presente por primera vez, actuando a la altura de la situación, estando altamente preparada para la reunión al punto en el que nadie podía refutar un argumento que saliera de sus labios, lo cual ocasionaba un gran orgullo en Adrien, a quien se le fue permitido ingresar en la sesión como consejero de la princesa heredera.

Él más que nadie conocía las horas que ella dedicó para ser competente en esa reunión. Lo último que deseaba era verse avergonzada y anhelaba que la vieran como una mujer que conocía sus obligaciones, que estaba dispuesta a aprender y llevar la corona con sus propias doctrinas e ideales.

Pasaron largas noches en vela al revisar punto por punto los temas a tratar, formulando pensamientos y formas de acción en las que ambos estuvieran de acuerdo. Pridwen agradecía que su amigo se hubiese mostrado tan solícito en ayudarla, de no haber formado un equipo, ella no estaría tan segura, enfrentando a todos esos viejos que la veían y creían que seguía siendo una niña que hablaba sobre dulces y osos de peluche.

Al terminar la sesión, su opinión había cambiado y la gran mayoría se acercó a felicitarla por su excelente proceder, sus sagaces argumentos y audaces sugerencias que podrían llevar a Dinamarca al futuro brillante que todos esperaban poder ver con sus propios ojos.

Pridwen aceptó los halagos, pero brindó a su marido la parte que le correspondía, ocasionando que los hombres lo miraran con respeto y mayor aceptación que antes. Se sabía que era un hombre inteligente, aunque vanidoso; sin embargo, durante la reunión permaneció callado, en ningún momento hizo alarde de su conocimiento del tema que se trataba, observó la gloria de su mujer con una disimulada sonrisa de orgullo y mostró humildad cuando ella mencionó sus aportaciones.

—Se podría decir que fue una victoria, princesa —la voz poco agradable del ya confirmado oponente se hizo presente frente a los herederos a la corona—. He de decir que estoy impresionado.

—Lamento su enfado señor Rosensburg, pero creo que estará de acuerdo en los planes de acción —dijo la princesa con soltura.

—Poco importa lo que una persona opine, cuando esto se someta a votación de parlamento se verán los resultados.

—Que espera que sean negativos, claro está —argumentó Adrien, posado junto a su esposa.

—Es usted un hombre listo, supo mover sus hilos con bastante disimulo y precisión durante toda la reunión.

—Ella no es mi títere, señor Rosensburg —Adrien rodeó el hombro de su esposa—. Somos un equipo.

—Seguro que sí.

—Ya, Rosensburg, deja a los jóvenes en paz y acepta tu derrota.

El señor Nielsen hizo a un lado al viejo cascarrabias y se posó ante su sobrina con una sonrisa amplia y ojos brillantes y orgullosos. Adrien arrugó la nariz antes de apartar la mirada, el engañoso hombre tenía la misma sonrisa que cuando lo conoció. Habló de él con su mujer en una de las tantas noches en vela, revelando su conversación poco afectiva hacia su reinado. Pridwen aseguraba no recordarlo, aunque era de su conocimiento que era hermano de su madre, jamás lo había visto en persona y nunca fue alguien que la defendiera en el pasado.

—Mi dulce muchacha, estuviste fantástica ahí adentro.

—Gracias, señor Nielsen.

—Siempre eres tan formal —dijo entristecido, pero suspiró—. Era de esperarse, lo eres con tu padre, era obvio que también lo serías conmigo.

—Lamento mostrarme cauta, pero no estoy acostumbrada a ser bien recibida por nadie en este país.

—Has hecho un buen avance el día de hoy y seguramente la fiesta que has organizado será el cierre perfecto para guardarte a esta gente en el bolsillo —aseguró—. Sé qué harás cosas extraordinarias.

—¡Nielsen! —gritó el rey con una sonrisa plácida, la cual no se quitó desde que Pridwen empezó a hablar—. Ven, te necesito.

—He de marcharme, nos vemos en un rato.

El extraño hombre se marchó, dejando a la pareja con la sensación de no conocerlo, puesto que se escuchaba sincero cuando hablaba, pero había algo oculto que no los dejaba confiar por completo.

—Sigue sin agradarme.

—Me apoyó en todo momento.

—Lo sé, estuve ahí —apartó la mano de su hombro—. Pero me parece falso, cuando lo conocí pensé lo mismo.

—Eres bueno leyendo a la gente —aceptó la joven—. Pondré atención.

Adrien la miró sorprendido, era tan fácil para ella halagarlo, que le hizo recordar que él lo hacía muy poco.

—Lo hiciste bien.

—Sí, debo agradecerte por ayudarme.

—Fue un logro meramente tuyo.

—Estoy de acuerdo —se introdujo Ulrik Rosensburg—. Tal parece que hay que felicitarte Pridwen, lo has hecho perfecto.

—Gracias.

—Rosensburg, me sorprende que no te mostraras a favor de la oposición de tu padre, te creía de la clase lisonjera.

—Suelo estar en desacuerdo con mi padre.

—Y aun así te casaste cuando él te lo ordenó.

—Adrien —su esposa le tocó el pecho para evitar que siguiera hablando—. Quisiera que me acompañes al jardín, quiero revisar…

—¿No está usted en la misma condición? —Ulrik le echó en cara—. Al final de cuentas, te has casado por mandato de un rey.

—Claro, una orden que no se puede rechazar, no como la de tu papi.

Los ojos de Ulrik brillaron con agresión ante el orgullo herido.

—No van a pelear aquí —Pridwen se interpuso—, si lo hacen, tendrán que golpearme y dudo que quieran hacer algo así.

Los hombres la ignoraron, ni siquiera apartaron la mirada del otro.

—¿Es que quiere recibir otro golpe en el labio, señor Collingwood?

—Soy un lord —sonrió petulante.

—Es inaudito, se cree usted la gran cosa.

Adrien se inclinó de hombros, aceptando la acusación.

—¿Es que no lo soy? En serio Rosensburg, no sé lo que hará usted cuando suba al trono junto a Pridwen o mejor aún, cuando quede ella embarazada de mi hijo y sea él quien suba al trono después.

—¡Basta! —suplicó Pridwen—. Adrien, por favor.

—Bien —concedió el esposo—. Vamos amor, vayamos a dónde quieres.

Ulrik dejó salir una risa burlesca y desesperada.

—¿Te dejas controlar por una mujer? —le gritó.

Pridwen regresó una mirada ofendida, aunque sabía que Ulrik hablaba por la ira que Adrien inteligentemente desencadenó en su persona, no era algo que le gustara escuchar. Hubiera querido volver, pero su esposo tenía la estocada final para una salida perfecta.

—¿No es con lo que sueñas tú cada noche? —se giró y caminó de espaldas—. ¿Qué mi mujer quisiera al menos controlarle?

El conde apretó los puños con fuerza, definitivamente odiaba a ese extranjero y se llegaba el momento de que alguien lo pusiera en su lugar.

La pareja se alejó del salón donde se había celebrado la reunión, dirigiéndose al jardín lleno de toldos blancos que se alzaban por doquier, los siervos del palacio iban de un lado a otro, llevando mesas, sillas y elementos para el entretenimiento particular que iría debajo de

cada toldo. Pensaron en todo para que no hubiera alma presente que pudiera aburrirse mientras transcurría la tarde. Abarcaron toda clase de juegos de azar, desempeño físico y actividades deportivas. Había premios, recompensas, entretenimiento, bebida, un agradable festín y música.

Pero ahí no concluirían las festividades, puesto que se tenía preparado un banquete y un gran baile para conmemorar la reunión celebrada, así como la inclusión de la princesa heredera a la vida política y social del país que en algún momento regiría.

Sin embargo, para esos momentos ya no había mucho en lo que ellos debieran intervenir, las ordenes fueron dictadas y los *Leones* en conjunto con Alison supervisaban los últimos detalles. Aquello no había sido más que una excusa para alejar a Adrien del conde Rosensburg.

—¿Se puede saber por qué lo hiciste?

—No sé de qué hablas.

—Por favor Adrien, ¿por qué lo provocaste de esa manera? —se cruzó de brazos al enfrentarlo—. Estaba a punto de golpearte, lo sabes.

—Sería muy estúpido al pensar que en esta ocasión no respondería.

—No quiero que lo hagas.

—Dudo cumplir tus peticiones, si ese idiota me golpea, se lo regresaré.

—Adrien ¿no entiendes? —se acercó, temiendo que alguien pudiera escucharlos—. Eso es lo que quiere, desea que quedes como un bárbaro que no sabe controlar sus instintos.

—Creo recordar que los Vikingos son ustedes.

—Muy gracioso.

—Es absurdo que me pidas algo así Pridwen, lo sabes. —La joven chasqueó la lengua y miró hacia otro lado—. No puedes esperar que me deje golpear como un saco de box cada vez que él no se siente satisfecho con la vida que eligió.

—¿De qué hablas? —lo miró con un brillo que logró irritarlo.

—Creo que sabes de lo que hablo. —Ella decidió hacerse la tonta, así que Adrien lo acentuó para que no lo dejara pasar—. Sabes que te quiere, se arrepiente de no haberse casado contigo.

—Se arrepiente por el poder que hora tengo, eso seguro.

—Eso no importa. Se siente un idiota por dejarte ir y no sé por qué razón, pero de alguna forma piensa que tú puedes volver con él.

—Es imposible, está casado con mi hermana.

—¿Y ese es tú único obstáculo? —elevó una ceja.

Ella se sonrojó notoriamente, viéndose en la necesidad de bajar la cabeza para no ver al hombre que la miraba sorprendido por su respuesta.

—Claro que no —intentó componer su error.

—No lo puedo creer —el hombre se alejó, incrédulo al descubrir los sentimientos de Pridwen—. ¿Aún te gusta?

—¡No! —chilló.

—¿Es en serio? —estaba enfurecido—. ¿Después de todo lo que te hizo?

—¡Ya dije que no! ¡No!

—Me decepcionaría bastante que así fuera —la advirtió.

Su cabeza se estremeció ante esas duras palabras. ¿Por qué le importaba tanto lo que sintiera? Al final, Adrien no pensaba quedarse a su lado y si la conocía de algo sabría que jamás actuaría en contra de Agatha, porque no era igual a ella, no buscaría al marido de otra persona por el simple hecho de obtener satisfacción o por mera vanidad. Incluso aunque le gustara o se derritiera cada vez que lo viera, no jugaría de esa forma con los sentimientos de la mujer ignorante detrás del engaño del marido. Había demasiados hombres en el mundo como para desear a uno casado, mucho menos para pelear por uno.

—No es de tu incumbencia Adrien, pero sabes que incluso si estuviera enamorada de él, jamás actuaría en contra de una mujer.

—¿Te sorprende que dude? —dijo enojado—. A veces te desconozco.

No entendía del todo su molestia. De alguna manera sentía que trataba con una niña, cuando era más que claro que Pridwen era adulta y podía tomar sus propias decisiones y solía hacerlo bien. Pese a su atrabancado proceder, en cuanto a moralidad, valor propio y forma de ver la vida, sus puntos de vista eran casi idénticos, por eso resultaba tan sencillo hablar con ella, la mayor parte del tiempo estaban de acuerdo.

—Jamás provocaría a Ulrik para que algo pasara ¿contento?

—¿Y es lo que quieres? ¿O es tu integridad lo que te lo impide?

—¿Qué diferencia hay? No puedes juzgarme por las cosas que piense o sienta, sino por como actuó a pesar de ello.

Seguía enfadado, Pridwen podía notarlo por la forma en la que apretaba los labios, su mandíbula se contraía de tal forma que el músculo era visible en su mejilla, sus ojos se convertían en endurecidas piedras preciosas color verde, pero por encima de todo, era la forma poco modesta con la que se movía, sus gesticulaciones eran espaciosas y severas.

—Dejemos el tema —finalizó la joven—. No vamos a discutir por algo que no tiene importancia, porque nunca pasará.

—Quizá deberías pasarle esa información a tu amiguito.

—No es necesario —elevó una ceja—. Al parecer tengo un marido que se puede mostrar lo suficientemente celoso como para

esclarecerlo.

El hombre rodó los ojos y siguió a su esposa, quien ondeaba las caderas, muy orgullosa por haberlo dejado sin palabras. ¿Era esa la respuesta? ¿Estaba celoso? Miró a la mujer que se integró rápidamente entre la servidumbre que se acercó a ella para hacerle preguntas de último momento. Podía decir con toda certeza que le encantaba verla segura y empoderada, desempeñándose en un papel importante, demostrando estar a la altura de la situación, incluso superando las expectativas.

—No puedes dejar de mirarla, ¿cierto? —la voz de su hermana llegó como un puñal por la espalda—. Debo decir que el papel de princesa le queda más de lo que imaginé.

—Pensé que estarías vagando por el palacio de Pridwen junto con madre y padre, ¿qué haces aquí?

—Me aburrí un poco, desde que descubrieron la biblioteca no han salido de ahí —se quejó la joven—. Me gusta leer, pero necesito hacer otras cosas, moverme un poco.

—Recuerda que son mayores.

—Sí, pero no tengo que envejecer con ellos.

Adrien sonrió de lado.

—Supongo que no —lanzó una mirada a lo que su hermana traía en las manos—. ¿A dónde ibas a llevar eso?

—Oh —miró los arcos en sus manos—. El señor Dankworth está colocando las dianas para el tiro al blanco y me pidieron que trajera esto para dejarlos en posición antes de que los invitados comiencen a bajar.

—Así que North. —Tal parecía que era el deseo de todas las féminas cercanas a él hacerlo enfurecer—. Dámelos, los llevaré yo.

—No, yo puedo —los apartó de sus manos.

—Son pesados.

—Adrien —ella habló con firmeza—. Puedo hacerlo.

—En ese caso te acompaño —miró hacia dónde había dejado a su esposa, pero ella había desaparecido de un momento a otro—. De todas formas, no tengo idea a dónde se ha ido Pridwen.

—Ella es desconcertante la mayoría de las veces —Briseida caminó junto a su hermano—, aunque supongo que es una de las cosas que te fascinan, siempre te han gustado las personas fuera de lo común.

—Creo que es un rasgo en común en el gusto de muchos.

—Puede ser, pero el carácter de Pridwen no todo mundo lo soportaría.

—¿Debo entender que te desagrada?

Ella negó suavemente, con una cálida sonrisa.

—Por el contrario, creo que es perfecta para ti.

—¿Por qué no dejas de decir esas cosas? Comienzas a fastidiarme.

—Quizá porque es obvio que la quieres y no te das cuenta, lo cual es decepciónate al ser tú un hombre que admiraba por su inteligencia.

—Nadie es muy astuto con asuntos del corazón.

—Puedo notarlo —suspiró—, resulta ser que eres de los desafortunados que es más lento de lo normal, tienes que tener cuidado de no dejar pasar tu oportunidad con ella o la perderás para siempre y creo que ya lo haces.

—¿Cuándo dejarás de sermonearme?

—Mmm… no lo sé, cuando tenga algo más interesante qué hacer que caminar por un jardín caótico a tu lado.

—Lady Briseida, veo que logró encontrarlos —se acercó North y apartó los aparatos de las manos de la joven—. ¿Por qué no la ayudaste Adrien? Son pesados para ella.

—Ojalá me lo hubiese permitido como a ti, pero claro, ella está a punto de dejar de fastidiarme ahora —miró a su sonrojada hermana—. Por fortuna.

La menor le quitó importancia a la clara exposición que su hermano pretendía hacerle frente al caballero que poseía su corazón.

—Vamos señor Dankworth, necesitamos encontrar a los demás, espero que la amenaza de Nil y Lance fuera mentira y no estén acomodando esas trampas debajo de las mesas.

El hombre sonrió hacia su amigo y elevó una ceja.

—Pridwen entró al palacio hace unos momentos, creo que quería ponerse el vestido que utilizará para la tarde.

—¿Te sucede algo en el rostro? —lo apuntó con desprecio—. Estas haciendo una expresión que no te queda, esa sonrisa es escalofriante.

—Lamento decepcionar.

El inmenso caballero dio media vuelta y siguió a la presurosa jovencita que llevaba la delantera en su retorno con el grupo de amigos. Adrien dudó si seguir a su esposa en la habitación, decidiendo al final que lo mejor sería darle espacio, seguramente volverían a discutir si estaban juntos; prefería que se relajara y preparara bajo las manos hábiles de Alison, quien mostraba sus muchas habilidades con los elaborados peinados que Pridwen odiaba, pero necesitaba desde que se convirtió en princesa.

Era mejor que él empleara el tiempo que le sobraba en algo de verdadera importancia, como ir al bosque circundante al palacio para encontrar la choza que fuera de la princesa Edna, aquella muchacha que pasaba sus días entre los animales, prefiriéndolos sobre los humanos.

Siguió la hilera de humo que venía identificando desde que llegaron a palacio. Por alguna razón, la chimenea de la cabaña solía encontrarse encendida pese a que el calor del día estuviera en su apogeo. Aunque tampoco era difícil encontrarla, puesto que estaba

claro que el constante paso de Edna por el lugar había dejado marcas en los caminos del bosque, sin mencionar que había señalamientos en algunos puntos estratégicos, esto seguramente a petición del rey para salvaguardar a su hija.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca se sorprendió por las muchas curiosidades que colgaban de los árboles. Había animales exóticos en jaulas; algunos de mayor tamaño permanecían en elegantes corrales, tenía una pileta con peces y ranas, algunas de aspecto especialmente colorido. Era claro que esto no era un simple pasatiempo para la princesa.

—Lord Collingwood —sonrió la mujer, quien cargaba una pesada cubeta con agua—. Me preguntaba cuando me haría el honor de venir.

—¿A qué se refiere?

Ella ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Desde hace tiempo noto que trata de calcular la posición de la choza a la distancia —siguió caminando hasta la pileta, dónde vació el contenido de su cubeta—. Aunque dudo que tardara tanto en deducir hacia donde ir.

—Es verdad, sabía dónde estaba desde hace tiempo, pero supongo que no le agrada tener visitantes inesperados.

—Nada de eso —dijo alegre—. La última persona que vino aquí y se divirtió conmigo fue Pridwen.

—¿En verdad?

—Sí… claro que después ya no lo hizo —bajó la cabeza—. He de decir con vergüenza que fue por culpa mía.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Bueno, en ese tiempo yo tenía pavorreales…

—He escuchado de ese altercado, pero ¿qué tiene usted qué ver?

—Pues eran míos, pero claro que nadie podía saberlo porque papá me mataría, así que cuando se salieron… —su voz se apagó—. Bueno, le eché la culpa a Pridwen de traerlos con la intensión de arruinar la fiesta.

Adrien elevó las cejas, marcando tres firmes líneas en su frente.

—Eso fue cruel.

—Lo sé —bajó la cabeza—, sabía que a mamá le gustaría que dijera eso, y después me siguió pidiendo que hiciera una que otra cosa en su contra, como cuando traje a un monito y lo dejé en libertad en su palacio —la muchacha sonrió melancólica—. Ese día nos comportamos como hermanas, todas tratamos de atraparlo, nos reíamos mientras el escurridizo Morris se escapaba de nuestras manos, nos caímos, ensuciamos y hasta mentimos para encubrirnos. Aunque para ese momento era tarde, porque todos atribuían los problemas a Pridwen.

—¿Y ella no se defendía? —apretó los puños.

—No. Supongo que no veía caso en hacerlo.

—Ella jamás las delataría —dijo el hombre con molestia—. Y sí, supongo que dejó de verle el caso a defenderse de ustedes.

Edna sonrió.

—Nos odia, ¿verdad, Lord Collingwood?

—¿Por qué lo haría? —la miró extrañado.

—Se nota en su mirada —la chica fue a agarrar un pajarraco que se posó tranquilamente en su brazo—. Supongo que es normal tener resentimiento contra los que le hicieron daño a la mujer que ama.

Por segunda vez en el día, una jovencita enfadosa hacía mención del mismo tema. Aunque en esa ocasión podía aceptar que estaba enojado, porque Pridwen era una buena persona y no merecía crecer de esa forma.

—¿Por qué pasa tanto tiempo aquí? —cambió el tema, acercándose a la jaula de un hermoso espécimen de pájaro—. ¿Cómo se llaman?

—Son *panurus biarmicus* —sonrió Edna—. Comúnmente se les llama "*bigotudos*". Eran los favoritos de Pridwen, sobre todo cuando se ponen gorditos como una pelotita —lo miró—, tienen el mismo gusto.

—Le gustan porque son extraños —Adrien introdujo un dedo a la jaula y acarició a uno especialmente amistoso—. ¿Se dejan tocar?

—Sí, trato de entrenarlos —rodó los ojos—. Sé que suena loco, pero en serio puedo hacerlo, los animales nos entienden.

—Te creo —asintió el hombre, mirando al ave.

—¿Por qué no le llevas una pareja? —La joven fue por una jaula y sacó a las dos pequeñas aves con la facilidad con la que tomaría tazas de té—. Toma, en símbolo de paz. Ella me cae bien, jamás quise hacerle mal.

—Bueno, te lo agradezco, se los llevaré.

—Pueden sacarlos de la jaula, a ella le gusta estar en el hombro de alguien de vez en cuando y a él, caminar por las mesas —apuntó.

—No creo saber cuál es cual.

Ella sonrió dulcemente.

—Con el tiempo lo descubrirán —dijo tranquila y alegre—. Iré a ver cómo están de vez en cuando, espero que no les moleste.

—No, por supuesto que no.

Adrien volvió los ojos hacia el interior de la oscura cabaña, cuestionando a su dueña sobre ello. La joven se sonrojó notoriamente y evitó el tema, estaba claro que no lo quería dejar pasar y esto no dejaba de serle llamativo al hombre que no paró de cuestionarla.

—En serio, mi lord, está desordenado y me avergonzaría que lo viera.

—Tampoco voy a obligarla, es un lugar personal y lo entiendo.

—Gracias.

—¿Qué me dice de esas ranas? Jamás había visto un espécimen así.

La joven se volvió hacia los anfibios y sonrió.

—Cleo me las regaló por mi cumpleaños, me dijo que eran realmente bonitas y tan llamativas, como yo —la chica miró al lord frente a ella—. Es una buena mujer, pareciera que no, pero le gusta mucho hablar.

—Ya lo creo—dijo pensativo—. En fin, es hora de que regresemos a palacio, no falta mucho para que inicien las festividades.

—Supongo que podría irme con usted.

La chica se apuró a tapar las jaulas, meter animales y cerrar la cabaña con llave antes de seguir el paso de largas zancadas y tenaces pisadas del hombre que la escoltaba. Edna era una chica alegre, pero lo era aún más cuando hablaba de sus animales, y con la excusa de explicarle a Adrien sobre sus nuevos pajarillos, la princesa se explayó todo lo que quiso.

—Me temo que he de separarme aquí, princesa —dijo el hombre—. Pero le agradezco el regalo y toda la información.

—Ha sido todo un placer, mi lord —dijo la joven.

Adrien subió las escaleras, dejando atrás a la muchacha que no quitaba la vista ni tampoco la sonrisa con la que la dejó.

—Veo que los rumores sobre lord Collingwood eran ciertos —Agatha caminó hacia su hermana—. Es capaz de conquistar hasta una roca.

—Oh, no sabía que te había conquistado a ti, es sorprendente.

—Yo jamás caería tan bajo —levantó la cabeza—. Me dan lástima y un poco de asco que caigan ante el primer hombre que ven.

—Bueno, a mí me das más lástima tú, quien se empeñó tanto en robar a un hombre y al final de cuentas, es infeliz por ello.

Agatha entrecerró un ojo involuntariamente cuando la vio partir con una sonrisa insoportable. Edna era especialmente audaz para tirar sus dardos venenosos con exactitud de experta, la detestaba, ya desde hacía tiempo que se habían declarado como enemigas.

Capítulo 28

En cuanto abrió la puerta de la habitación que compartía con su esposa, Adrien experimentó lo que sería un ataque directo por parte de la rutina marital. No podía dar crédito a lo mucho que se podía familiarizar una persona a estar rodeado por la presencia, los olores o las cosas de alguien diferente a sí mismo.

Y por extraño que pareciera, lo encontró extrañamente reconfortante, incluso sintió que, si algún día entraba a su recámara y no experimentaba la misma sensación, se sentiría fuera de lugar, quizá querría correr hasta encontrar el sitio que le fuera conocido, uno en el que estuviera Pridwen.

—Oh, llegaste —Pridwen se acercó a él, besó su mejilla con naturalidad y fue hacia su tocador—. Es tarde, tienes que cambiarte, dejé todo sobre la cama, por favor no cambies nada, aunque no te guste tanto.

—¿Es una orden?

Ella se volvió con una ceja levantada y una mirada de advertencia.

—Creo que lo es, querido, espero que no te moleste —tomó la falda de su vestido con las manos—; como notarás, estamos combinados.

—¿He de usar la *sashe* azul para mostrar que soy de tu propiedad?

—Creo que tienes que hacerlo, sí —ella acomodaba su peinado y colocaba joyas en sus oídos y muñecas—. ¿Tanto te molesta? Ahora estás casado con una princesa de Dinamarca, una futura reina.

—Qué pesadilla —dijo sonriente.

—No te preocupes —se volvió hacia él y susurró con una sonrisa pícara y un guiño en el ojo—. Será por poco tiempo ¿lo recuerdas?

—Sí, supongo que sí.

—¿Acaso escuché un poco de tristeza?

—Para nada —trató de sonreír.

Ella levantó la mirada, tratando de verlo por el espejo, pero Adrien había sido precavido, volviéndose hacia otro lado justo a tiempo.

—Me alegro —se acercó a él y se giró de espaldas con un collar de diamantes levantado entre sus manos—. ¿Podrías abrocharlo?

Adrien tomó la joya, observando con detenimiento la piel expuesta que, ante el contacto del frío collar, presentó un escalofrío que erizó la piel de la espalda alta y la nuca de su esposa. Intentando neutralizar la sensación, el hombre deslizó suavemente sus manos cálidas, recorriendo desde el cuello hasta la redondez de sus hombros, dejando que sus pulgares acariciaran la zona en movimientos circulares.

La princesa cerró los ojos y de sus labios entreabiertos dejó salir un suspiro placentero. Una excitación escondida y abrumadora comenzaba a desquiciarla, haciéndola sentir fuera de sí, al punto en

que se vio incapaz de moverse pese a que lo quisiera, era como si las manos acariciantes de su esposo fueran un ancla que la obligaban a quedarse en su lugar.

No pudo evitar dar un pequeño brinco cuando lo sintió agacharse, su presencia cada vez más cercana a la de ella, hasta que, en el más sutil de los toques, los labios de Adrien se conectaron con el hueco que había entre su cuello y su hombro. Su cuerpo se sintió debilitado y requirió de todo su autocontrol para no dejar salir un suspiro deseoso.

—Me gusta que te levantes el cabello —habló a su oído, con voz baja y enronquecida—, tienes un cuello precioso y tentativo.

—No sabía… —ella entreabrió los labios y cerró los ojos cuando él colocó un beso detrás de su oreja. Instintivamente recostó su cuerpo contra él, deseando sentirlo más cerca—… que un cuello fuera tentativo.

—El tuyo lo es.

No comprendía por qué estaba jugando de esa forma con ella. Sabía que Adrien era un buen seductor, lo había visto en innumerables ocasiones atrapando a sus presas con poco o nada de esfuerzo, ansiando que cayeran en su juego, aunque había una gran posibilidad de que él no estuviese sintiendo la misma exaltación que ellas.

Si su plan era elevar su ego masculino al hacerla caer en su telaraña, se había equivocado de persona. Pese a que el juego le fuera desconocido, al igual que el resto de las sensaciones que la acosaban al tenerlo cerca, no se dejaría amedrentar. En un movimiento lleno de valor, se giró hacia él, sorprendiéndose al encontrar en su mirada algo que no creyó posible cuando era ella quien estaba parada frente a él.

Obnubilada con su descubrimiento, la princesa sonrió abiertamente antes de lanzarse a los brazos del hombre con tal ímpetu que logró hacerlo trastabillar hasta caer sentado sobre la cama. Poco importó la sorpresa que había en los movimientos de su marido, lo único que deseaba era continuar con lo que sus instintos le indicaban, así que levantó su vestido por voluntad propia, encontrando necesario el movimiento para lograr colocarse a horcajadas sobre el regazo de Adrien, continuando con el beso descontrolado que amenazaba con enloquecerla.

El hombre sentía ganas de reír al comprender que estaba sucumbiendo ante los deseos de una inexperta mujer con muchas ganas de experimentar de lo que tanto había escuchado. Su decisión y atrabancado proceder lograron sacarlo de control, sus movimientos enardecían su cuerpo, obligándolo a rodearla con fuerza entre sus brazos, queriendo poner orden en aquel beso desesperado, ansiando convertirlo en uno más lento y afectivo, uno que pudieran disfrutar por su sedante intercambio.

Pero algo estaba mal, era como si Pridwen tuviese prisa por

continuar o miedo porque algo fuese a terminar repentinamente.

—¿Qué pasa? —la separó de sí cuando la notó agobiada por el rumbo dispar que tomaban sus pensamientos y sus acciones—. ¿Por qué dudas?

—No… —ella bajó la cabeza, colocando una mano sobre el pecho de su amigo para que este no se acercara más a ella—. No, lo siento, no debí llevarte a esto. Por Dios, prácticamente te ataqué.

—¿De qué hablas?

—Tengo que irme.

Ella se puso en pie con presura, girando de un lado a otro sin saber en dónde esconderse. Se sentía tonta por haber reaccionado de esa forma tan impulsiva. Adrien no la quería, lo dejó claro una infinidad de veces y si había sucumbido a ella en esos momentos, debió ser por necesidad o instinto. Merecía más, Pridwen sabía que ella merecía mucho más.

—Pridwen…

Trató de detenerla, pero ella apartó la mano con presura.

—No, Adrien. —Ella se volvió con una mirada determinada que lo obligó a cumplir con su petición—. No me hagas esto, no a mí. Creo que ambos sabemos que merecemos amor, uno verdadero e incondicional.

—Por supuesto que lo merecemos, pero eso es…

—Adrien —levantó la mano—. No. No endulces mi oído, que de nada te va a servir, te he escuchado una infinidad de veces hablando con otras mujeres y me sé a la perfección todas tus tácticas.

—¿De qué demonios hablas? —dijo enojado—. ¿Crees que hubo alguna táctica en lo que acaba de ocurrir? Creo que tanto tú como yo estamos descubriendo lo que nos está pasando.

—No hablaré más del asunto.

—Por supuesto que no lo harás —refutó furioso—. Porque cada vez que hay un problema o complicación, tú prefieres huir, eso está claro.

—¡Estoy en este lugar afrontando mis problemas! ¿Lo olvidas?

—Te obligaron a venir, si por ti fuera, seguirías en Londres.

—¡Basta! —se tapó los oídos con desesperación—. No quieras aparentar que te gusto, si quieres hacer enojar a alguien, tan sólo dímelo y te ayudaré, no me utilices como a un juguete.

—¿Y ahora de qué tonterías estás hablando?

Ella lo miró con furia.

—Creo que lo sabes perfectamente.

—¿Te lo preguntaría de saberlo? —reclamó.

—¡Agh! ¡No quiero hablar contigo! —se giró para darle la espalda.

En ese momento, Alison entraba por la puerta con la jaula en manos y un ceño muy fruncido al ver a las aves en el interior.

—Mi señora, ¿qué es…?

—Ah, lo había olvidado —Adrien cambió su molestia por una fingida tranquilidad—, es una sorpresa para ti.

Pridwen apretó los músculos de todo su cuerpo, sabía que era su turno de aparentar que todo estaba bien, pero le costó más trabajo que a él.

—Eso es raro —respiró profundamente antes de girarse con una sonrisa encantadora—. ¿Qué es?

—Mira por ti misma.

Una sonrisa verdadera salió de los labios de la joven cuando Adrien destapó la hermosa jaula que tenía las aves que fueran de su predilección.

—¡Oh, no puede ser! —se acercó—. ¿De dónde las sacaste?

—Bueno, tuve una pequeña conversación con la princesa Edna.

—¿Lo recordaba después de tantos años?

—Sí, me explicó de sus cuidados, pero creo que sería mejor que ella viniera en persona a cerciorarse que no los matemos.

—¡Me encantan! —se acercó a la jaula—. ¿Son pareja?

—Creo que es un simbolismo de nuestro matrimonio —asintió.

—Ya lo creo, Edna siempre fue esa clase de persona.

Pridwen tomó la jaula y la colocó sobre uno de los muebles para poder admirar a detalle los ejemplares de aves.

—Debería nombrarlos, princesa —sugirió Alison—. Se nota que el señor se ha esmerado en ir a buscar a la princesa Edna para conseguirlos.

—No era precisamente mi objetivo, pero fue uno de los beneficios.

—Supongo que todo es parte de tu investigación —la voz de Pridwen era jactanciosa y su ceja arqueada lo era aún más—. ¿Me equivoco?

—Pocas veces lo haces. —Adrien se acercó a ella y se agachó para ver a las aves—. Según dice la princesa, puedes sacarlos.

—¿En verdad? —lo miró ilusionada.

—Supongo que conoce a sus animales.

—Lo llevaré como un adorno extra de mi vestido —lo miró divertida—. ¿Qué dices? ¿Será muy escandalizador?

—Considerando la fiesta que hemos organizado, parecerá adecuado.

Ella metió la mano y sacó con facilidad a uno de los pajarillos que rápidamente se posó sobre su hombro y se quedó quieto y feliz en el lugar.

—Aunque temo por las manchas en su vestido, princesa, el ave tendrá que… ya sabe, defecar de vez en cuando.

La pareja se echó a reír ante el mohín de la joven ayudante.

—No será por mucho tiempo, sólo quiero recibir el primer impacto de esta pretenciosa sociedad —dijo la joven y miró a su esposo—. Sobre todo, ver el rostro enloquecido del rey.

—Suponía que sería algo por el estilo —Adrien negó—. Bueno, tomaré un baño y te alcanzaré en unos momentos.

—Iré al despacho del rey —dijo ella, aún con el pájaro en el hombro —. Tenemos que discutir algunas cosas sobre la reunión.

—Espero que me informes después —elevó una ceja su marido.

Ella se acercó a su amigo con presura y le besó la mejilla.

—Sabes que lo haré —le guiñó un ojo—. Ahora, Alison cuidará de que te vistas como es adecuado, tengo entendido que el ayuda de cámara vendrá en un momento, así que ten paciencia.

—Estaré en una tina caliente hasta entonces.

Pridwen sonrió divertida y salió de la habitación, dejando atrás a su doncella para que vigilara que su esposo hiciera lo indicado.

—Supongo que estará muy orgulloso de ella, mi lord.

—Por supuesto que lo estoy —asintió—. Es extraordinaria en todas las formas posibles y sólo deseo verla feliz.

La joven sonrió.

—¿Quiere que vaya colocando el agua caliente?

—Me harías un gran favor y no hace falta que te quedes, puedes ir a cambiarte, sé que estarás presente en las festividades.

—Coordinándolas al menos —asintió—. Tomaré su palabra, mi lord, pero agradecería que siguiera la petición de la princesa.

—No te preocupes —sonrió gentil—. Haré lo que la princesa pidió.

La doncella se inclinó ligeramente y salió de la habitación, dando paso a los amigos del caballero antes siquiera de poder cerrar la puerta. Adrien los miró con recelo e hizo el intento de encerrarse en el baño.

—Ni siquiera se te ocurra intentar evitarnos —Nil empujó la puerta, haciéndolo retroceder—. Tenemos cosas importantes qué decir.

—¿Importantes? —los dejó pasar, mirándolos detenidamente hasta notar el faltante—. ¿Dónde está North?

—Briseida lo ha atrapado nuevamente —quitó importancia Lance—, tal parece que su fuerza es mucho mejor que las de nosotros.

—¿Qué piensan sobre eso? —Declan miró divertido a sus amigos.

—¿Cómo que qué pensamos? —Adrien enfureció—. Es una niña a comparación de North, ¿por cuantos años le gana? ¿treinta?

—Ustedes tienen la misma edad, idiota —recordó Nil—. Y que yo sepa, no le ganas por tanto a tu hermana.

—Está celoso —apuntó Lance.

—Dejemos el tema —pidió Adrien.

—Es lo mejor, porque acabamos de enterarnos de que no han sido sólo un par de muertes —dijo Declan—. Tal parece que sucede todas las noches.

Adrien pestañó extrañado.

—Erin nos dijo algo esta mañana —asintió Adrien—. ¿Todas las

noches?

—Sí, y lo más raro es que va contra quien sea, algunos mueren más rápido que otros, pero irremediablemente mueren —explicó Lance.

—Eso quiere decir que están experimentando con la cantidad de veneno que se debe utilizar —apuntó Adrien—. Estará viendo las porciones para hacerlo mortal al instante o si prefiere hacerlo lentamente.

—Los doctores desconocen el veneno hasta ahora —dijo Nil.

—Esto es malo —Adrien caminó de un lado a otro—. Desde hacía tiempo sabía que esto no era sólo para asustar a la familia real, pero experimentar con personas es cruel, este asesino no tiene sentimientos.

—No he visto a alguien tan despiadado —asintió Declan—. Sin mencionar que no sigue un patrón establecido, puede matar el día de hoy a un empleado y mañana a un hombre de la baja nobleza.

—Es peligroso que no sepamos el veneno o la forma de utilizarlo.

—Creí que lo común era en bebidas —Lance se inclinó de hombros.

—No necesariamente —negó Dec—. Pueden ponerlo en comidas.

—Eso querría decir que es alguno de los chefs —intuyó Nil.

—No si lo ponen encima —refutó Lance.

Adrien negó con rotundidad.

—Notarían el sabor en seguida de no estar en la mezcla —el heredero de los Wellington pensó por largo rato—. Parece que no puede arremeter con facilidad, quizá no sabe cómo proceder por miedo a parecer obvio o ser descubierto. Estoy seguro que la siguiente en la mira es Pridwen, pero no pueden ir contra ella porque eso dejaría a la reina o a Agatha como principales sospechosas, son las más beneficiadas si Pridwen muriera, por tanto, tienen que ser ellas mismas o alguien que no quiere inculparlas.

—Parece factible, pero sigue siendo un abanico enorme al cual vigilar.

—Tiene que haber alguien vigilándonos, de eso no hay duda.

—¿Un soplón? —comprendió Lance.

El hombre asintió para no dar una confirmación de su voz.

—¿Tienes idea de quién podría ser? —preguntó Nil.

—Tengo mis teorías —dijo Adrien—. Pero lo dejaremos para después, seguramente si no tomo este baño y bajo en quince minutos, Pridwen vendrá por mí y me llevará de las orejas.

—Seguro que haría algo así —sonrió Declan.

Sus amigos asintieron y salieron de la habitación para unirse a la fiesta, ya que ellos estaban correctamente vestidos para pasar la tarde. Adrien por su parte, aprovechó el momento de soledad para pensar en todas las conversaciones que tuvo durante ese día. Desde la de Erin informando de la muerte de otra persona, hasta la de sus amigos en ese momento. Era gracioso como todos en ese palacio lograban

mantener una fausta y engañosa paz mientras trataban con sigilo un espantoso desastre.

Se cambió por las ropas elegantes, aunque cómodas para estar en el jardín y colocó la *sashe* azul que debía cruzar desde su hombro izquierdo hasta su cadera derecha, mostrando así que era el consorte de la princesa heredera de ese país. Sonrió un poco cuando se miró en el espejo. Siempre pensó que las *sashes* eran una tontería petulante para conmemorar algo que ya de por sí era increíblemente reverenciado, pero ahora lo veía un poco diferente por la frase que él mismo había hecho. De alguna forma, esa distinción indicaba que era el esposo de la princesa, de Pridwen.

Serían a penas la una de la tarde, pero las festividades no terminarían hasta bien entrada la noche, por lo cual tendrían que cambiarse a ropas de gala para el resto de la velada, en donde se haría uso de las más grandes insignias, como los collares de la Orden del Elefante, bandas y coronas. Siendo él hijo del duque de Wellington, tenía por su cuenta varias órdenes del país al haberlo visitado en el pasado junto a su padre en asuntos oficiales, aunque jamás en presencia del rey, sino en el parlamento y con el primer ministro.

Adrien observó el cambio de ropas que Pridwen dejó preparados sobre la cama y suspiró con una media sonrisa formándose en sus labios. Definitivamente quería que todo saliera tal y como lo habían planeado. Esperaba que no hubiera error alguno o ella sufriría una vergüenza por la que él no deseaba verla pasar.

Bajó las escaleras con el tiempo suficiente para encontrar a su esposa alistándose para recibir a sus invitados, afortunadamente sin el pajarillo. Adrien debía agradecer a North, quien fuera el que se tomó la molestia de hacer que el resto llegara temprano. Así que el equipo completo de los *Leones de Londres* esperaba pacientemente junto a Pridwen en los jardines de la residencia del rey, dándoles el tiempo para que se fumaran un cigarrillo relajante antes de comenzar con el espectáculo.

—Dios, necesito despejarme —se quejó la chica, pidiendo el cigarro a Nil por quinta vez sin obtener el vicio.

—Ya te dijeron que no puedes oler a tabaco.

—Lo sé, pero servirá para que esté tranquila.

—Vale, a ver ven —Lance se acercó a ella y acercó el cigarro aún en su mano, acercándolo a los labios de la joven para que pudiera dar una calada.

—Oh, te amo —Pridwen fumó y se alejó con una sonrisa que se parecía mucho a la que puso cuando probó el opio por error.

—Será lo mismo, pero bueno —reclamó Declan.

—Tranquila —Adrien tomó su cintura y la acarició un poco—. Has planificado a detalle todo esto, saldrá bien.

Las voces de los invitados dieron paso a que los *Leones* se alejaran de la escena, provocando que Pridwen se volviera a tensar, incluso su sonrisa no parecía nada convincente. Sus nervios eran de esperarse, puesto que la joven se arriesgó con esa primera parte de las festividades, donde bien podría ser juzgada al no organizar una tarde normal en la que habría charlas, comida y música, algún juego ocasional, pero nada más.

Lo que ella organizó sería lo que se decía… particular.

—Trata de que tu sonrisa no tiemble, se ve falsa.

—Ajá, gracias por decírmelo —dijo ella con la sonrisa paralizada y voz apretada que daba muestra de su molestia.

Adrien sonrió y esperó a que los reyes estuvieran frente a él para hacer una reverencia cordial, siendo ellos los primeros en salir al jardín para dar inicio a las celebraciones del día. Los ojos dorados del hombre se mostraron confusos al ver su propio jardín, encontrando extraño aquellos toldos que más bien parecían puntos de evento. Miró a su hija con desconcierto, pero ella no dejó de sonreír, en esa ocasión un tanto avergonzada, pero divertida en una combinación encantadora.

—Parece que será todo un espectáculo —se dejó oír la voz ponzoñosa de la reina, lanzando una mirada sobre su hombro para ver a Agatha, quien fuera del brazo de su marido—. ¿Tú qué piensas, querida?

—Pridwen habrá organizado algo apegado a su personalidad.

—Lo cual deja mucho que desear —asintió la reina.

—Yo creo que será genial —se adelantó Edna—. ¿Acaso eso de allá es el juego de atrapa un pez? ¡Me encanta! ¡Vamos Cleo!

—¡Yo quiero jugar también! —Erin corrió detrás de ellas.

El rey cerró los ojos con tranquilidad y soltó un suspiro rendido.

—La mejor de las suertes para ambos —agregó y se llevó la indeseable presencia de su esposa con él.

—Creo que será un día inolvidable —se adelantó Ulrik, inclinándose ante la princesa—. Te felicitaré antes de tiempo, porque sé que triunfarás.

—Gracias, aunque mi esposo me ayudó mucho —apuntó a Adrien.

Ulrik dirigió una mirada disgustada hacia el caballero que permanecía sereno y orgulloso junto a su esposa.

—Me alegra ver que se pusiera el *sashe* del lado adecuado, mi lord.

—Se nota que sabe muy poco del mundo, conde Ulrik, porque en la realeza inglesa y en la danesa se usa el *sashe* con la misma orientación.

El conde se mostró mortalmente avergonzado para la satisfacción de Adrien, quien ignoró terminantemente la mirada inquieta de su esposa.

—Pasemos entonces, esposo —pidió Agatha para salvar el orgullo

de su marido—. Les deseo suerte.

Pridwen no pudo evitar pestañear un par de veces e incluso mover la cabeza hacia atrás en señal de sorpresa por el genuino comentario que la princesa Agatha le dirigió antes de marcharse.

—¿Escuchaste eso? —miró a su marido.

—Quien sabe, tal vez esté arrepentida.

—O embarazada —contrapuso—. Sólo algo así de grave podría hacer cambiar a esa mujer, quizá sean las hormonas que la hacen más humana.

—¿No te molestaría que estuviera embarazada?

Pridwen apretó los labios y trató de sonreír cuando negó.

—En realidad no —se volvió hacia él para que viera la sinceridad en su mirada—. Creo que no soy nadie para desear que un niño no venga al mundo únicamente porque no me es conveniente de momento.

—De todas formas, no amenaza tu nombramiento como heredera, eres joven y aún puedes dar hijos a la corona.

—Quizá, pero no dudaría que la reina se pondrá incisiva con el asunto, no dejará de recalcarle al rey lo sensato que sería que me quitara a mí la posición y se la brindara a alguien con hijos.

—Habría que ver si es varón, de lo contrario, sería más de lo mismo.

—Lo cual es terrible, ¿por qué las mujeres tenemos tan pocas probabilidades de ser alguien en esta vida?

—Dudo que tú tengas pocas probabilidades de ser alguien, ya sea que lleves una corona o no.

Pridwen levantó la mirada para enfocarla en él, pero Adrien ya estaba ocupado recibiendo a los siguientes invitados con una sonrisa extensa y perfecta. Sin duda alguna, él era un príncipe en toda la regla: apuesto, galante, educado, inteligente, elegante. Bajó la cabeza. A veces no podía evitar sentirse poca cosa cuando estaba parada a su lado, era un sentimiento incómodo que la hacía miserable. ¿Pensaría eso de ella? ¿Le seguiría pareciendo un estorbo en su libertad, en su vida?

—Padre, que bueno que lleguen —Adrien sonrió ampliamente—. Madre, me parece extraño que sean de los últimos en llegar.

Adrien se tomó la libertad de burlarse de su progenitora, quien solía jactarse de ser puntual pese a que era de conocimiento público que esa costumbre pertenecía más al duque que a su duquesa.

—Ni siquiera intentes molestarme que es culpa tuya.

—¿Mía? —el hombre frunció el ceño.

—Mamá buscó algo por todas las maletas —acusó Briseida—. Casi corre a la pobre Clotilde cuando pensó que se lo habían robado.

—¿Qué cosa? —presionó Adrien.

—Es algo que tengo que decirte a solas querido —miró hacia Pridwen, quién rápidamente quitó la sonrisa al sentirse excluida por la

duquesa. La mujer, sin embargo, le dirigió una mirada conciliadora, alargó su mano hacia las de ella y sonrió—. Felicidades por esto querida, parece que será un día interesante después de todo.

—Me alegra que le agrade, duquesa —Pridwen bajó la cabeza con respeto pese a que con su rango no era necesario—, espero que lo extraño de la misma la reconforte un poco.

—Seguro que así será —los ojos color zafiro de la mujer atraparon los de su hijo—. ¿Me acompañas querido? Supongo que ya acabaron aquí.

—En realidad, tengo que inaugurar junto con Pridwen.

—Agh, claro, claro —rodó los ojos—. Vamos, rápido, háganlo cuanto antes. Esto que tengo que darte está quemando mi mano.

La familia caminó por el jardín hacia la aglomeración de gente que esperaba las palabras de bienvenida por parte de la princesa y su consorte, quienes organizaran el evento en honor a la reunión y, aunque el rey estuviera presente, no haría acto de voz en esa ocasión.

—Eso que le quema y le tiene que dar con tanta urgencia —susurró Pridwen hacia Briseida—. No es veneno para mí ¿verdad?

La menor dejó salir una sonora carcajada que fue reprendida por su padre con una poderosa mirada que acallantaría hasta el rugido de un tigre.

—Lo siento —susurró a su padre, quien asintió y siguió con su camino junto a la madre de sus hijos—. No, no es nada que pueda ocasionarte un mal, de hecho, creo que es su propuesta de paz.

—¿Así que al fin me perdonó por hacer que su cachorro se casara?

—Mmm… creo que en estos días se dio cuenta del verdadero valor que tienes como persona y como mujer —asintió la joven y la empujó un poco hacia su hermano—. Anda, ve a inaugurar tu evento.

Adrien se volvió cuando sintió el ligero roce del cuerpo de su esposa y sonrió, tendiéndole el brazo para escoltarla hasta el centro de las personas. En conjunto dieron la bienvenida los miembros de la realeza, nobles y parlamentarios, haciendo una mención especial para los venidos desde las Islas Feroe y Groenlandia. Mucho antes de que los aplausos llegaran, los invitados ya se mostraban ansiosos por correr hacia algún toldo o establecimiento que les hubiera llamado la atención durante su recorrido.

Para sorpresa de todos, la idea de la princesa y su marido resultaba ser un éxito, había risas por doquier, los equipos se formaban incluso entre personas que jamás se llevaron del todo bien y pese a que la bebida fluía, nadie parecía especialmente interesado en perder sus sentidos, no cuando había tanto por lo que estar sobrio.

—Lo que más me reconforta de todo esto es que el dinero que están apostando y dando para los juegos será para caridad —Pridwen miró a su marido con una dulce sonrisa—. Eso fue una idea brillante y creo

que les encantó, están felices por participar.

—Tendrás que dar un reporte de lo que haces con el dinero —recordó Adrien—. Pero sí, creo que están disfrutándolo y la gente te lo agradecerá.

—Me alegra que hayas encontrado una buena causa junto con Cleo —Pridwen tomó la copa que le ofrecía un elegante mozo.

—Aún tendremos que ver si aceptas.

—Dudo mostrarme en desacuerdo si tú lo has aprobado —se llevó la copa a los labios con movimientos elegantes que le fueran naturales.

Él la miró con un brillo especial en sus ojos. Era en esos momentos cuando la veía tan satisfecha y confiada con sus logros que no podía evitar encontrarla irresistible. Para él no había nada más excitante que una mujer que sabía hacia donde iba, inteligente, bondadosa y con el carácter suficiente para salir adelante por su cuenta.

—¿Tanta confianza me tienes?

—Pues sí —asintió—. Eres quién me ha llevado ebria hasta una habitación y dejado dormir ahí. Si puedo confiarte mi vida, puedo confiarte una decisión de donación ¿no lo crees?

—No olvidemos la vez que colgaste desde un techo.

—Claro —ella cubrió su sonrisa con una mano—. Esa vez también. Cambiando de tema, ¿Qué era eso que quería darte tu madre?

—Oh, bueno —Adrien rodó los ojos—. Ven, hablemos en otro lugar.

Pridwen miró de un lado a otro y tomó la mano que se le ofrecía con una sonrisa traviesa. No era debido que los anfitriones de la fiesta se fueran a esconder, pero ninguno de ellos era apegado a las normas de etiqueta y tampoco era como si alguien fuese a notar su ausencia, estaban demasiado entretenidos para eso. Incluso el rey y la reina disfrutaban junto a su propio círculo social, lo cual era toda una victoria.

Ulrik por su parte era una de las personas que no podía quitarles los ojos de encima, le resultaba inaudito verla junto a ese extranjero, desplegando sonrisas cada vez que él abría la boca. Le parecía poco sincero cuando era obvio que Pridwen seguía teniendo sentimientos por él, lo notaba porque cada vez que hablaban o se topaban, ella no podía evitar esquivar la mirada y sonrojarse.

—¿Cariño? ¿Hay algo que te preocupe?

—No, para nada —lanzó una rápida mirada a su esposa—. ¿Me disculpas un momento? Creo que algo importante requiere mi atención.

El hombre se alejó sin esperar una respuesta.

—Seguro que sí —se quejó la joven, cruzándose de brazos.

—Es más que obvio que no te quiere nada —se burló Edna.

—¿Y a ti quien te preguntó? —se volvió hacia su hermana.

Edna estaba entretenida con una araña que caminaba por su mano.

—Nadie, pero me encontraba aburrida y los espié.

—Poco importa lo que digas, estamos casados.

—Eso lo sé, pero ¿se puede ser feliz con alguien que únicamente te soporta por la posición que le das? Es un poco triste, ¿no?

—Él me quiere.

—Sabes que no. —La miró con lástima—. Estaba enamorado de Pridwen y tú te empeñaste junto con mamá para que terminara comprometido contigo. Seguro que se arrepiente en estos momentos.

—¡Cállate! —se adelantó hacia ella con una mirada rabiosa—. Ella aún no es la reina. Puede que nunca lo sea.

—Malvado —entrecerró los ojos la hermana menor—. ¿Por qué lo dices con esa seguridad? Es escalofriante.

—¡Agh! ¡Aléjate de mí, bicho raro!

—Con gusto.

La chica sonrió, a veces se sorprendía de sí misma. Cada vez le era más sencillo molestar a sus hermanas, aunque solía enfocarse en Agatha, quien fuera la favorita de su madre y en Erin, que fuera la de su padre. A la pobre Cleo nadie la recordaba y se llevaba bien con ella, así que la dejaba tranquila en lo que podía, incluso la ayudaba a defenderse.

Se sentía feliz, era abrumador el aburrimiento que experimentaba en el palacio, pero con la llegada de Pridwen, las cosas comenzaban a ponerse interesantes y no sólo eso, sino que trajo a gente interesante con la que podría hacer enfurecer a otros tantos.

Capítulo 29

Muchos decían que la pareja real entre la princesa heredera y su consorte se había hecho en los cielos, puesto que no había matrimonio que se viera más feliz y unido que el de ellos. Como en esos momentos, cuando ambos conversaban un poco alejados de la sociedad, admirando la fuente de piso que estaba frente a ellos, dando su espectáculo de hilos de agua.

Recordar su pasado siempre ocasionaba la misma reacción entre ellos, escandalosas risas que salían sin control alguno, viéndose en la necesidad de cubrir sus labios para no ser tan obvios, aunque sus movimientos corporales terminaran por delatarlos.

—Ya, en serio Adrien, qué fue lo que te dio tu madre.

—Bueno —buscó algo en su bolsillo—. Me dio esto.

Pridwen abrió sus ojos con estupor para después dirigirlos hacia él.

—¿Qué es esto?

—Mi madre cree pertinente que lleves una joya de la familia, y ya que jamás te di un anillo de compromiso, quiso hacerme el favor de traer uno desde Inglaterra —le tomó la mano con delicadeza—, te darás cuenta que jamás te odió, pero puede ser una actriz convincente.

—Yo… no sé… —admiró la piedra que Adrien le colocó y sonrió divertida—. ¿Es acaso una esmeralda? No me digas, ¿por tus ojos?

—Algo así —asintió un tanto apenado—. Creo que ella lo usaba para recordar los de mi padre y pensó que tú sentirías el mismo anhelo.

—Muy considerada de su parte.

—Sin mencionar que si portas una joya proveniente de la casa Wellington dará un toque inglés sobre ti.

—Creo que fue su primera motivación —entrecerró los ojos con regodeo, admirando nuevamente la joya en su mano—. Gracias por dármelo, prometo regresarlo cuando sea el momento.

Todo estrago de sonrisa se borró de la faz de Adrien.

—Gracias por sacar el tema a la luz —se acercó a ella de forma un tanto intimidante—. ¿Me quisieras explicar lo que me dijiste en la habitación?

—¿Sobre qué?

—¿Cómo puedes pensar que quise usarte? —Se mostró herido—. Sobre todo, tratándose de ti.

—Oh, por favor Adrien, sabes lo que haces, tu cabeza es maquiavélica y jamás te has permitido sentir nada por nadie, porque te aterroriza pensar en lo que pasará si te enamoras.

—¿Eso crees? —La tomó por los hombros—. Yo me estaba dando una oportunidad ¿Quién es la que huye ahora? O más bien,

nuevamente.

—¡No me mientas! —se soltó—. No te atrevas a mentirme.

—Creo recordar que las mentiras son algo que no tolero, querida, no entiendo por qué me acusas de algo que sabes que no cometería.

—Te has hecho experto en engañar todo este tiempo ¿recuerdas? Fingiendo que somos la gran pareja.

—¡Somos una gran pareja! —dijo exasperado—. ¡Maldición! ¿Es que no te das cuenta? Funcionamos a la perfección, no es ningún engaño.

Pridwen sintió temblar su labio inferior a causa de las lágrimas que quería contener, motivo por el cual se volvió nuevamente hacia el agua que resplandecía con los rayos del sol. Normalmente sería una escena relajante, pero en esos momentos sólo deseaba entrar y ahogarse en la engañosa profundidad del agua.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso?

—Creo que lo estoy dejando bastante claro, Pridwen.

—Jamás te he gustado.

—¿Por qué no nos damos una oportunidad antes de decidirlo?

—Ahora eres tú el que se muestra desesperado —lo miró de soslayo —. ¿Te conformarás conmigo al no poder tener algo mejor?

—¿Es costumbre tuya insultarte a ti misma? ¿Tan poca cosa te crees?

—Nunca me has hecho sentir diferente.

—No, yo jamás te he hecho sentir inferior a nadie, te he querido y respetado como amiga mucho antes de que fueras mi esposa —señaló —. La que parece tener un problema de autoestima eres tú.

—Claro que lo tengo —admitió sin remordimientos—. Aunque debo decir que sé ocultarlo perfectamente, o quizá sólo eres tú quien me hace sentir realmente insegura.

—Tú también me haces sentir inseguro. —Ella regresó una mirada sorprendida—. Sí, aunque te dé risa.

—No digas tonterías por querer animarme.

—Eres imposible —gruñó.

—Entonces, ¿por qué le dijiste eso a los *Leones*?

—¿Decirles qué cosa?

—Erin escuchó una conversación en la que yo no quedaba nada bien parada, una en la que decías que me utilizarías para molestar al conde Rosensburg y debes admitirlo, lo haces todo el tiempo.

Adrien cerró los ojos, avergonzado por la verdad en su reclamo.

—Bien, lo dije, pero era una forma de justificar las inmensas ganas que tenía de tocarte, de estar cerca de ti, de ser cariñoso. —Le tomó la mano con cautela y se acercó cuando ella no la apartó—. Pridwen, es verdad que dije todo eso y sí, me da satisfacción molestar a ese idiota, pero no miento cuando te digo que me gusta tocarte, besarte y estar cerca de ti. De alguna forma debo hacerte entender que quiero probar

qué tan bien puede ir este matrimonio, porque sé que podría ser muy bueno.

En ella afloró un sentimiento de la más pura alegría, poco le faltó para dar un brinco, pero se contuvo lo suficiente como para no hacerlo, más nada pudo hacer para detener la sonrisa deslumbrante que le mostró.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —la tomó de la cintura y la jaló suavemente hacia él—. Muy en serio.

—Tú… no te arrepentirás ¿verdad? —colocó las manos en el pecho de su esposo, jugando con los botones—. ¿No estás bromeando o es un juego?

—Jamás he sido más sincero en toda mi vida.

Las pálidas mejillas de Pridwen se tornaron ligeramente rosadas, mientras que brillo en la mirada de Adrien rivalizaba a la perfección con la joya que le había dado a su esposa como muestra de su devoción hacia ella. Fueron esplendorosamente felices, al menos por los segundos que Erin tardó en llegar y aventarlos a la fuente sin remordimiento alguno, incluso se quedó a admirar los gritos y el desastre que provocó el vestido de Pridwen al momento de intentar salir.

—Pridwen, ¡Maldición! —se levantó empapado—. ¿Estás bien?

Adrien se acercó a ella para ayudarla, pensando que ese error terminaría por destruirla. Trabajó tan duro en ese día que no podía esperar más que perfección y caer en una fuente junto a su marido se alejaba bastante de lo que se esperaba de un comportamiento de personalidades de la realeza, sobre todo en un evento organizado por ellos.

Sin embargo, cuando ella salió del agua, una sonora carcajada terminó por llamar la atención de las pocas personas que no se habían percatado del suceso. Para cuando salieron de la fuente, los rodeaba una gran multitud que oscilaban entre el humor y la preocupación. Había bastantes testigos que presenciaron el infame comportamiento de la princesa Erin, pero la anterior reputación de Pridwen la hacía ser el centro de las voces viperinas que terminaron por adjudicarle la incidencia a ella.

A pesar de eso, la joven no perdió su buen humor, estrujó las telas de su hermoso vestido que ya estaba arruinado e ignoró su cabello que se convirtió de un elaborado peinado a un nido de pájaros.

—Bueno, supongo que eso fue refrescante —dijo sonriente y miró hacia la niña—. ¿Puedo saber la razón de tus acciones?

—¿Acusas a la princesa Erin? —se escandalizó la reina.

—Sería lo lógico, todos vimos como empujó a la princesa Pridwen y a lord Collingwood a la fuente —asintió Edna, quien acariciaba al

pajarillo que le hubiese regalado a Pridwen.

—¿Es eso cierto? —la voz severa del rey se enfocó en su hija menor.

La niña bajó la cabeza y comenzó a llorar con el conocimiento empírico de que con eso lograba librarse de casi cualquier situación, aunque dudaba que en esa ocasión fuera a ser tan sencillo.

—Es que iba a resbalarme y traté de sostenerme de ellos.

—Seguro que sí —negó Adrien y se adelantó hacia la gente—. Bien, damas y caballeros, no presten mayor atención al suceso, creo que lo indicado es que la princesa y yo vayamos a cambiarnos mientras ustedes siguen pasando un buen rato. Por favor, no permitan que esto arruine lo que su princesa organizó con tanto esmero durante semanas.

Con ayuda del rey y los duques de Wellington, las personas regresaron a la felicidad y disfrute anterior, permitiendo que la princesa y su marido se escabulleran de regreso al palacio en medio de risillas cómplices.

—Creo que sería mejor tomar habitaciones separadas para bañarnos —sugirió Pridwen—. Para estar listos al mismo tiempo.

Hubo un brillo maligno que se instaló en los ojos de Adrien cuando la acercó a su cuerpo con cariño.

—Podría no ser necesario separarse para estar listos al mismo tiempo.

Ella frunció el ceño pronunciadamente.

—Pero… —fue hasta ese momento que comprendió—. ¡Oh! Eres perverso Adrien, y pensaba que yo era la de la mente perturbada.

—Para nada, seguro tengo muchas más ideas sobre nosotros que tú.

—Ideas que justo ahora no tienen cabida, ¿de acuerdo?

—Bien, hablaremos de ellas después.

—Ve a la habitación contigua a la de nosotros, está vacía.

—Que sepas que no estoy nada conforme.

—Habla a tu ayuda de cámara —lo apuntó—. Que se lleve tu ropa de gala, bajaremos para cuando ellos estén entrando al salón.

Adrien siguió a su esposa hasta la habitación designada para su cambio de atuendo, viéndola continuar por el pasillo hasta internarse en la que ellos compartían, sólo entonces entró y se encerró en la habitación.

Por su parte, Pridwen sentía que estaba caminando sobre una nube. Le parecía todo tan irreal que se vio en la necesidad de pellizcarse un par de veces con tal de comprobar que estaba despierta y no soñando. Y es que era difícil de creer, ¿acaso Adrien se acababa de confesar? ¿Era posible?

—¿Fue usted quien llamó, princesa? —inquirió la voz dudosa de Alison.

—¡Alison! ¡Ven aquí, necesito urgentemente un baño!

—Ah, gracias a Dios, por unos momentos pensé que sería un fantasma —la mujer se encaminó hacia la habitación del baño—. Esas malvadas doncellas se la han pasado asustándome con eso, debo admitir que temí.

—No seas ilusa Alison, esas cosas no existen —sonrió la princesa al verla entrar a la habitación.

—Pero ¡qué le pasó! —se llevó una mano al pecho—. ¡Ha arruinado por completo el peinado que le hice!

—Sin mencionar que tengo frío Alison —elevó una ceja—. Un baño.

—Claro —la joven se movió con prisas para preparar la tina, sin embargo, no dejó de quejarse al respecto—. Mire nada más, metiéndose al agua en estas fechas, ni siquiera hace tanto calor.

—No fue a propósito, Alison, lo prometo —dijo Pridwen, comenzando a desvestirse sin su ayuda.

—Ya qué, no hay más que hacer, pero ese cabello tardará en secarse, eso seguro, no sé de qué métodos nos apañaremos, ojalá existiera una máquina para secar el cabello rápido.

—Creo que hubo un intento de ello, lo leí en una revista, era parecido a una aspiradora, pero al revés.

—¿Cómo es eso?

—Parecía funcionar, pero como es de esperar, nunca llegué a utilizarlo, era demasiado joven para ir a un salón de belleza.

—Pero claro, escuché de ello —asintió la muchacha—. En Francia.

—Como sea, no tenemos una aspiradora que trabaje al revés aquí, así que nos las ingeniaremos con lo que tenemos ¿de acuerdo?

—Mmm… tendré que traer más toallas, esperemos que si las restriego lo suficiente contra su cabeza mojada haya una mejoría.

—Anda, Alison, que tampoco tenemos tanto tiempo.

—Ah, no. No me vaya a echar la culpa a mí —apuntó la mujer antes de salir, haciendo sonreír a su señora.

Una de las mejores decisiones que había tomado era contratar a esa mujer, quien incluso en los momentos más oscuros, salía con una chispa de ingenio que traía de regreso la felicidad. Se miró en el espejo de cuerpo completo que había en el baño, moviéndose de un lado a otro para ver su figura enfundada únicamente con su ropa interior. Cuando la puerta de la entrada volvió a hacerse oír, Pridwen se volvió un tanto extrañada, puesto que Alison acababa de salir. La única razón plausible para su regreso sería que olvidó decirle o hacer algo.

—¿Qué sucedió Alison? —colocó su bata y abrió la puerta del baño —. Soy perfectamente capaz de meterme a una tina caliente yo sola…

La joven se quedó sin palabras al ver al conde Rosensburg parado a unos pasos de la puerta de entrada a la recámara. Instintivamente cerró con fuerza su bata cuando vio que los ojos del caballero

comenzaban a recorrerla con un brillo que le dio escalofríos.

—Lo lamento, creí oír que podía pasar.

—Dudo que sea verdad —dijo enojada—. Le pido que se marche.

—No lo haré hasta hablar contigo —se volvió hacia la puerta y cerró—. Tranquila, no te asustes por esto.

—¿Qué no me asuste? —rio nerviosa—. Creo que no sabes lo asustada que estoy de que un hombre entre a mi habitación, mientras estoy en bata y cierre la única vía de escape.

—No soy cualquier hombre y sólo quiero hablar.

—Abra esa puerta.

—Ese hombre, oí como te gritaba.

—¿De qué hablas? —lo miró con el ceño fruncido.

—No puedo tolerar que te mienta en la cara, y lo peor es que parece que has creído cada una de sus palabras.

—Sigo sin entenderte Ulrik, lo siento.

—Ustedes no hacen buena pareja, no se aman, ni siquiera querían casarse —se acercó unos pasos que ella retrocedió al momento—. Sé del trato que tienen para divorciarse y me parece buena idea.

—No haremos tal cosa, te has equivocado.

—¡Deja de mentir Pridwen! —explotó—. ¿Qué no ves? Si te divorcias…

—Tú seguirás casado con mi hermana —puntualizó—. Nosotros jamás podremos estar juntos. No después de todo lo que vivimos.

Los pasos siguientes que él dio hacia su persona le fueron totalmente imprevistos, se dio cuenta de lo que sucedía únicamente cuando la tenía sostenida por los hombros, zarandeándola ligeramente mientras hablaba.

—Jamás has sido una persona que deja pasar las cosas que tienen que ver con el corazón y nosotros nos seguimos amando.

—Yo no lo amo —negó, esta vez realmente asustada—. ¡Váyase!

—Pridwen, lo sé, puedo verlo en tus ojos, jamás has aprendido a mentir con ellos, tampoco con tu rostro, que delata tan fácilmente tu sonrojo.

—Estás confundiendo las cosas, sin mencionar que me asustas —hizo hincapié—. Te aseguro que gritaré si no me sueltas.

—Sé que no quieres que él y yo nos peleemos, sé que cuidas de mí.

—Adrien te matará Ulrik, ¿entiendes? Te matará, así que suéltame.

—No te ama.

—¡Cállate de una vez! —gritó—. ¡Y vete, vete de aquí!

—No me iré a ningún lado hasta que escuches lo que tengo que decir.

—Disculpa, pero no estoy obligada a oír.

Ella dobló la rodilla, buscando neutralizarlo con un buen golpe en la entrepierna, pero Ulrik logró preverlo y se escapó a tiempo, aunque se

descuidó lo suficiente como para que ella pudiera correr hacia el baño. Intentó cerrar la puerta, pero el hombre alcanzó a meter un pie antes y la abrió con fuerza, haciéndola retroceder.

—Me estás asustando Ulrik —quiso llorar—. Soy yo, ¿recuerdas? No puedes hacerme daño si me quieres al menos un poco.

—¡No quiero hacerte daño! —dijo exasperado—. ¡Quiero que me escuches! ¡Maldición!

—Bien —levantó unas trémulas manos, alejándose de él—, hablemos, hablemos tranquilos, pero no te acerques, puedo oírte desde donde estás.

—Deja de caminar hacia la puerta —la advirtió.

—Está bien —se detuvo con la barrera de la bañera —, no caminaré si tú tampoco lo haces, ¿de acuerdo?

El conde se detuvo, dudoso de que ella se prestara a ser acorralada de esa forma. Cuando la vio dar una rápida y nerviosa mirada hacia la puerta, supo que estaba a punto de correr hacia ella, así que la tomó justo a tiempo y se vio en la necesidad de llevarla al suelo, sentándose sobre ella quien pataleaba y lo golpeaba, gritando desesperada.

El exterior festivo del palacio atenuaba los gritos desesperados de la princesa; el sonido de la música, las risas, pláticas y los cubiertos tintineando contra los platos, eran fuertes y constantes. De alguna forma esperaba que Adrien la escuchara, pero sabía que el baño de la habitación que le había dado estaba justo del lado contrario que el suyo, lo que quería decir que había dos recámaras completas entre ella y el momento de relajación de su marido. Cerró los ojos. Quizá era lo mejor, que Adrien jamás se enterara de eso, de alguna forma se convenció de que le estaba salvando la vida. Aun así, no dejó de gritar, esperando que alguien más la salvara de esa situación por la que ninguna mujer debía pasar.

Pese a que Ulrik no parecía tener intensiones de desvestirla o siquiera besar alguna parte de ella, el sometimiento fue suficiente para hacerla sentir miserable, el tener sus manos reteniendo sus muñecas y el cuerpo de mayor volumen manteniéndola sobre el suelo provocó lágrimas que no paraban de fluir por sus mejillas.

—¡Basta, Pridwen! ¡No te haré daño! —Ella cerró los labios, pero el puchero para retener las lágrimas no se esfumó. Sus labios y cuerpo entero seguían temblando—. Me levantaré ahora, ¿entendido? Pero quiero que me escuches, ¿lo prometes?

Ella asintió asustada y el conde apartó primero las manos de las muñecas de la mujer, después, se alejó lentamente de ella hasta apartarse por completo. Por unos segundos ella siguió tendida en el mismo lugar, pero cuando su cerebro reaccionó, se arrastró hasta chocar con una pared cercana, cerrando con fuerza su bata y mirándolo con odio.

—Habla y lárgate —escupió.

—Él te está mintiendo, todo eso que te dijo en el jardín es mentira —ella lo miró dudosa—. Se jactó frente a mí, sé que me odia, pero jamás pensé que te usaría en mi contra. Sabe que te amo, sabe que deseo que regresemos a ser pareja algún día, de alguna forma —apretó los labios—. Le eché en cara lo que sabía, sobre su próximo divorcio ¿y sabes lo que me dijo —ella lo recorrió con la mirada—. Dijo que, si él quería, podía hacer que su matrimonio jamás terminara, porque era capaz de hacerte ceder.

—No te creo —escupió.

—Sabes que es verdad —levantó las manos—. ¿Por qué tendría un cambio tan repentino sino?

—No es cierto, intentas hacerme dudar de él y eso es muy bajo.

—Te amo más que a nadie en este mundo Pridwen, lo único que quiero es que no te lastimen y es lo que ese hombre desea —suspiró—. Por favor, no cedas ante él, no le permitas controlarte.

—Jamás lo ha intentado.

—¿No? —elevó una ceja—. Creo que el fingirse enamorado es una forma muy cruel con la cual chantajear a una persona.

—Él no lo haría jamás.

—Tan sólo quería decirte esto —se alejó aún más—. Lamento si te asusté, pero me desesperó enterarme de ello.

—Quiero que te vayas.

—Me iré —aceptó, levantando las manos—. No quiero perturbarte más.

El hombre dejó salir un profundo suspiro antes de tomar camino a la salida. Sólo hasta que Pridwen escuchó la puerta de la entrada cerrarse, lloró libremente en posición fetal, escondida entre sus rodillas. Se lo permitió tan sólo unos segundos, después se puso en pie, cerró la puerta del baño con seguro y fue a la bañera que seguía humeando. Se metió en ella e intentó lavar los recuerdos de su mente y también las manos del hombre que la sostuvo como una presa de cacería sobre el suelo.

—¿Su Alteza? —Alison tocó la puerta del baño cuando no pudo abrirla como normalmente lo hacía—. Encontré algo para secarle el pelo, es un peine con agua caliente, creo que funcionará.

—Muy bien, Alison. Me alegra. —trató de que su voz no se quebrara, pero no pudo evitarlo del todo.

—¿Se encuentra bien, princesa?

—Sí, por su puesto —ella limpió sus lágrimas, ya ni siquiera sabía por qué lloraba—. ¿Mi esposo ya está listo?

—Oh, mi lord bajó hace un buen rato, tengo entendido que se encerró con el resto de sus amigos en un salón —le informó con voz alta para que lograra oírla a través de la puerta—. Los sirvientes dicen

que no dejan de hacerle bromas con usted, parece que mi lord está muy feliz y sus amigos se alegran por él.

—Así que no había forma de que me salvara —susurró para sí.

—¿Qué fue lo que dijo, su alteza?

—Nada —meneó la cabeza—, todo está bien.

—No me diga que está ocultando su embarazo de mí —reclamó la doncella—. Eventualmente me daré cuenta, aunque claro que es normal que le dijera primero al señor, que está brincando de alegría.

—Tranquila Alison —Pridwen salió de la bañera y se miró en el espejo, notando lo apagada y sombría que se veía—. No es nada de eso.

—¿Por qué ha cerrado la puerta?

—Prevención —dijo débilmente—. Quiero hacerlo a partir de ahora.

—¿Segura que está bien?

Ella apartó la vista del espejo y fue hacia la puerta con una gran sonrisa fingida que la joven doncella notó en seguida.

—Estoy perfectamente —aseguró, sentándose frente al tocador—. Comencemos con esto o nunca acabaremos. Recuerda que siempre te quejas por lo largo que tengo el cabello y ahora que está mojado…

—Princesa —la interrumpió—, si gusta, puedo llamar a mi lord.

—¡No! —se volvió hacia ella, tomando su brazo—. No. Prefiero apurarme con esto y encontrarlo después.

Alison no era nadie para darle la contraria, pero en su interior sabía que la princesa no estaba como siempre, algo debió sucederle.

Capítulo 30

La notó extraña durante gran parte de la velada.

Aunque las cosas estaban saliendo a la perfección y recibieran felicitaciones por la forma original y astuta de recaudar fondos para efectos benéficos, Pridwen estaba distante, distraída y hasta podría decir que un tanto enojada. Fruncía el ceño con regularidad, como si pensara detenidamente en algo que le ocasionaba cierto malestar, pero en cuanto se hacía obvia su divagación, meneaba la cabeza y componía una sonrisa extraña que lo paralizaba.

En ese momento, Adrien se encontraba rodeado por sus amigos y familiares, viendo a lo lejos a la joven que los mantenía en un estado de profunda confusión. Hasta cierto punto, entendían que estuviera ocupada, interactuando entre los grupos sociales, pero resultaba extraño y casi insólito que evitara estar con Adrien cuando hace unas horas se mostraba alegre de tenerlo a su lado, dándole el crédito correspondiente.

—Está extraña —Adrien la apuntó con la cabeza.

—¿Tú crees? —lo miró Briseida—. ¿Qué fue lo que le hiciste ahora?

—Nada —se sorprendió el muchacho—. En serio, creía que estábamos bien, al menos antes de separarnos así era.

—Algo debió pasar —Lance mantenía un ceño fruncido—. Ella no es así, no preferiría estar lejos de nosotros.

—También deben pensar que es su obligación conocer a estas personas —les recordó Adam, tratando de entender a la joven.

—Ella usa el anillo —sonrió Kathe—, ¿he de entender que le gustó?

—¿A quién no le gustaría tener una joya similar, duquesa? —Nil se volvió hacia la madre de su amigo con una sonrisa divertida.

—¿Es que alguien te habló? —sonrió Kathe—. Muchacho entrometido.

—Deberías ir a hablar con ella —aconsejó Declan.

—Estoy de acuerdo —asintió North—. No es normal, algo le pasó.

—Si es así —Adrien apretó los puños—, pondré en orden la situación.

—Tampoco hagas tonterías —pidió Adam—. Recuerda que sigues siendo un extranjero para toda esta gente.

—Lo sé padre, pero no por ello permitiré que la dañen.

—Encuentra una manera inteligente de hacer que la respeten.

—Mmm… ¿Un Adrien enojado siendo inteligente? —Nil acarició su quijada—. Dudo que sea posible.

—Es verdad, Adrien golpea todo lo que le parece irritante —dijo Dec.

—A excepción de Pridwen, a quien aprendió a tolerar —sonrió

Lance.

—Iré a hablar con ella —anunció.

Los padres del muchacho se regodearon al ver a su hijo sinceramente interesado en una mujer por primera vez en su vida. Se dieron una cómplice mirada y siguieron disfrutando de la elegante velada, esperando que la felicidad de su hijo estuviera garantizada junto a esa insolente muchachita que conocieron mientras vagaba sola por el mundo.

Adrien se entremezcló entre las personas hasta llegar al círculo social donde su esposa era el centro de atención. Logró escuchar algunas de sus palabras, que se basaban en políticas y reformas, lo cual volvió a ocasionar una nueva oleada de orgullo, sobre todo cuando se vio en la libertad de deslizar su mano por la espalda de su esposa hasta dejarla firme sobre su cintura, acercándola un poco a él.

—Lo siento caballeros —miró a las personalidades que interrumpieron su conversación al verlo llegar—. ¿Podría privarlos de la presencia de la princesa por unos minutos?

—Por supuesto, mi lord. Creo que hemos sido nosotros quienes robamos demasiado de su tiempo —sonrió el señor Nielsen, aquel hombre que siguiera sin caerle en gracia a Adrien.

—Gracias, se las devuelvo en unos momentos.

Pridwen soslayó una mirada de ceño fruncido hacia su esposo, pero lo siguió sin protestar hasta el sitio alejado en el cual se les permitiría hablar sin que nadie escuchara o se entrometiera.

—¿Me puedes decir qué te sucedió en una hora de separación?

Ella se movió nerviosa, pero logró componer una sonrisa.

—Nada pasa Adrien, todo está perfecto —le acomodó el collar que representaba a la casa de Dinamarca—. Vamos. Tenemos que regresar.

—Creo que me conoces lo suficiente como para saber que no te dejaré ir con esta facilidad —la tomó de la mano, haciéndola volver.

—No creo que sea el momento de discutir, Adrien.

—¿Por qué habríamos de discutir?

—¿Hay algún problema, princesa?

La voz de Ulrik la hizo saltar junto a su esposo por mero instinto. Pero al notar su cobarde reacción, se mostró indignada y molesta consigo misma. En el pasado logró afrontar con entereza la situación estresante de casi ser estrangulada, no comprendía por qué se asustaba tanto en esa ocasión en la que otro hombre con poco cerebro la atacaba.

«Quizá porque era alguien a quien creías incapaz de dañarte» reclamó su cabeza y cerró los ojos. «Mi querida Daira, ahora entiendo lo que es tener miedo por una persona que se obsesionó con tu persona.»

—¿Pridwen?

Ella meneó la cabeza al escuchar su nombre. Hasta ese momento no había notado su ausencia mental, por lo cual se sorprendió cuando tuvo los ojos de ambos caballeros puestos sobre ella con preocupación.

—No pasa nada conde —aseguró la joven—. Mi esposo y yo teníamos una conversación normal, ¿se le ofrecía algo?

—Creí escuchar que tenían una discusión.

—No debería estar revoloteando entre las conversaciones ajenas —aconsejó Adrien, apretando la mandíbula.

Ulrik dio un paso al frente, pero Pridwen se interpuso.

—Vamos Adrien, quiero bailar.

Los ojos verdes no se despegaban del hombre frente a él, pero asintió tranquilo, tomando la mano de su esposa para dirigirla al centro de la pista, uniéndose a las parejas que tomaron la iniciativa mucho antes que ellos.

—Ese idiota va ocasionar que un día le rompa la cara.

—Se provocan mutuamente y de forma continua —acusó ella, apretando los dientes—. Parecen animales marcando su territorio.

—Vaya forma de referirte a tu esposo —la miró divertido—. ¿Es que acaso pretendes que no te defienda? ¿Por qué tendría que dejarlo meterse incesablemente entre nosotros?

—No es eso. Pero no quiero peleas.

—Me parece imposible con su actitud.

—Por favor Adrien, tienes que prometérmelo.

La miró por un largo momento, sabía que, si hacía esa promesa, la rompería, porque era justo lo que Ulrik deseaba.

—Su Alteza —se acercó Alison discretamente—. El rey la manda llamar.

—Oh, gracias Alison, por favor, dile al señor Clausen que lleve más vino a los parlamentarios y comida a sus esposas.

—Por supuesto, mi lady.

Pridwen regresó una mirada dulce hacia su marido, se acercó a él y elevó sus manos hasta posarlas cariñosas sobre las mejillas rasposas, deslizando suavemente sus pulgares contra la barba insipiente, sonrió un poco antes de provocar que se agachara para plantarle un beso en la mejilla como despedida. En cuanto ella desapareció, Adrien se volvió hacia la doncella, quien parecía tener algo atorado en la garganta y era la razón por la que no se marchaba.

—Supongo que tienes algo qué decir Alison.

—Sí, mi lord —bajó la cabeza—. Pero no quisiera ser escuchada o vista como una entrometida, sé que no me corresponde.

—Si algo le pasó a la princesa, es mi deseo saberlo.

—Fue muy extraño, mi lord, bajé por unas toallas para secarle el cabello —explicó rápidamente—, la dejé tranquila en la habitación del baño, pero cuando regresé, ella estaba encerrada en el interior y dijo

que a partir de ese momento quería tener esa precaución.

—¿Te dio alguna razón?

—No, mi lord, pero es raro, ella siempre dejaba la puerta abierta para que yo pudiera entrar y salir con facilidad.

—¿Alguna actitud extraña cuando salió?

—Parecía un tanto conmocionada, pero ya sabe, siempre pone una sonrisa y habla mucho para ocultar la verdad en su interior.

Adrien asintió, conociendo esa faceta a la perfección.

—Bien, gracias Alison, me encargaré de ella.

La doncella se marchó con una sonrisa aliviada y Adrien no pudo hacer otra cosa más que desear que toda esa faramalla acabara para poder estar a solas con su esposa. Quería hablar con ella, que le dijera lo que estaba mal y si era posible, quitarle la preocupación. Miró sobre su hombro hasta toparse con la reina y su séquito de arpías, preguntándose si quizá ellas lograron molestarla. No tenía sentido que la hubieran seguido hasta su habitación, aunque tampoco lo descartaría, incluso sus hermanas podían ir hasta ahí con la expresa determinación de molestarla.

Pridwen intentó alargar el momento de su retirada todo lo que le fue posible, pero cuando Adrien se mostró lo suficientemente terminante, no pudo más que ceder, él había aceptado todas sus peticiones sin rechistar y no podía negarle una tan simple como el irse a dormir.

Subieron las escaleras en medio de un silencio poco común entre ellos, Pridwen podía sentir la mirada de su marido sobre ella, pero intentó ignorarlo. Era una lástima que eventualmente llegarían a su habitación y ahí no habría lugar dónde esconderse de la conversación que seguramente él estaría planeando tener.

—Ve a dormir —aconsejó la joven—, acabo de recordar que tengo…

—No lo creo —la tomó suavemente de la cintura—. ¿Qué sucedió?

—Adrien, por favor —lo alejó—, estoy agotada, en serio.

Ella caminó por la habitación, quitando las horquillas que mantenían su largo cabello preso en aquel elaborado agarre. Adrien se mostró fascinado en ver como los mechones platinados caían lenta y pesadamente sobre la espalda, cubriendo aquel delicado cuello que lo hechizaba.

—De todas formas, tienes que desvestirte y lavarte, mientras lo haces puedes hablar, al menos hasta donde sé.

—Es que no hay nada qué explicar, es sólo cansancio. —Pidió piedad con su mirada, aun quitando horquillas—. ¿No crees que todo ha salido espectacular? Mañana mismo nos darán el resultado de la recaudación, de hecho, ya hay apuestas sobre el monto acumulado ¿puedes creerlo?

—Claro que puedo —fue hasta ella y detuvo sus manos, bajándolas

lentamente, obligándola a volverse—. Pridwen, creía que habíamos llegado a un entendimiento, dijimos que intentaríamos hacer funcionar este matrimonio, incluso parecía que te agradaba la idea.

—Nada ha cambiado —dijo despreocupada, tratando de liberarse.

—Creo que mucho ha cambiado —la atrapó de nuevo—. ¿Qué te vuelve tan renuente a mi toque? ¿Por qué estás tan enojada?

—¿Quién está enojada? —su mirada relampagueó.

—Pues tú, eso es más que obvio.

—No lo estoy —bajó la cabeza, acariciando sutilmente el pecho de su marido para compensar su mal humor—. Lo siento, es el cansancio.

No estaba enojada con él. Pese a que las palabras de Ulrik la hirieron por la simple idea de imaginarse en esa situación, en realidad no podía creerle. Conocía a Adrien y sabía que él jamás jugaría de esa manera con sus sentimientos, nunca lo hizo, ni siquiera engañaba a sus conquistas pasajeras, todas esas mujeres adúlteras o de moral débil sabían a qué se atenían al meterse en ese tipo de relación. Claro que comprendía que él no era mucho mejor que ellas, al final de cuentas, debería poderse alejar de esas mujeres incluso aunque estas se le propusieran.

Dio un pequeño brinquito cuando de pronto sintió un dulce beso en su frente, ocasionando que levantara la mirada, sintiendo un floreciente calor que crecía desde su vientre y se elevaba hasta invadirla por completo. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando Adrien le sonrió con dulzura, acomodando un mechón de cabello detrás de su oreja antes de ayudarle a deshacerse del resto de las horquillas.

Pridwen cerró los ojos ante la sensación de deliciosa liberación, sobre todo cuando él terminó de tirar los artefactos de ligero metal en el suelo y pasó sus manos por su cuero cabelludo. Ella entreabrió la boca y de su interior salió un dulce quejido de placer, oscilando hacia adelante y atrás cuando él seguía moviendo sus dedos entre su cabello.

—¿Se siente bien? —sonrió al verla adormecida con una cara de satisfacción—. No deberías usar esas cosas, parece que te hacen daño.

Los ojos color turquesa se abrieron con un brillo abrasador que provocó en el cuerpo de su marido un estremecimiento de anticipación y vigila ante los movimientos de la mujer que parecía segregar excitación de cada uno de sus poros, con una determinación en la mirada que lo dejaba de rodillas ante ella, fascinado por su temperamento pasional.

Tal parecía que ella pensaba tomar la iniciativa de la situación, al igual que lo hizo la vez anterior, ella se lanzó a sus brazos, tomando posesión de los labios desprevenidos que lograron continuar con el arrebato a la vez que los sostenía con fuerza para que no fueran a

parar al suelo. La pegó con fascinación a su cuerpo, necesitado y anhelante por sentir cada curva y prominencia en ella, deseando no tener que soltarla nunca más.

El desenfreno era tal, que no había forma de controlarse, pero era mucho más notorio en Pridwen, quien no pudiese mantener quietas las manos que trataban de desabrochar los botones de la camisa, apartando el chaleco y el estorboso frac que su esposo portaba. Adrien sólo podía sonreír, permitiéndole que experimentara con él, que apaciguara sus dudas y sobre todo, que se entusiasmara con la idea de hacer el amor.

Pridwen, por su parte, sabía perfectamente lo que hacía, imaginó ese momento durante años, no precisamente con Adrien en un inicio, pero siempre quiso experimentar estar con un hombre, la curiosidad la mataba y las pláticas que logró tener con Daira sobre el tema únicamente la alentaban al deseo de conocer por su propio cuerpo y no por la experiencia de alguien más. Además, le gustaba Adrien, era un espécimen de hombre perfecto, con un rostro hermoso, un cuerpo atlético y quizá algo más, pero no era relevante pensar en ello en ese preciso instante.

Adrien no tuvo la paciencia de ella para desabrochar los botones del vestido, así que los rompió, sorprendiéndola y haciéndola reír por unos instantes, después, volvió a atacarlo con sus besos, y al verse insatisfecha con la comisura de sus labios, pasó a besar el cuello varonil, los hombros, la clavícula, incluso su pecho bien formado que ya se encontraba al descubierto, gracias a que ella los desabrochó desde hacía tiempo y pasaba sus manos por los bordes trabajados sin ningún reparo ni vergüenza.

—Siempre tuve ganas de hacer esto —sonrió perversa, mirándolo con un brillo en la mirada mientras contorneaba su cuerpo.

Los ojos de Adrien se volvieron salvajes y su peligrosa sonrisa se hizo presente cuando la escuchó decir aquello. Esa mujer no dejaba de sorprenderlo, su incontrolable deseo provocaba que él tampoco pudiera mantener su cerebro estable y concentrado, aunque sabía que debía hacerlo. No importaba la emoción que Pridwen sintiera por tener una relación íntima, su cuerpo seguía siendo inocente, impoluto y como tal, debía cuidarse y respetarse.

Resultaba difícil recordárselo cuando ella se acercaba a propósito hasta su oído para que la escuchara suspirar, se retorcía contra él, tocaba, besaba y mordía todo a su paso como la más experta y anhelante mujer.

En un momento de desesperación por sus caricias atrevidas, Adrien arrancó el vestido hasta dejarlo a los pies de la joven, roto e irreparable, prosiguiendo con el resto de la indumentaria hasta dejarla en camisola y ropa interior. Ella pateó sus prendas como si se trataran

de trapos viejos, tiró las joyas en su cuerpo con ímpetu y una sonrisa provocativa, únicamente se quedó con los anillos que simbolizaban su matrimonio: la argolla simple de oro plateado y la esmeralda en el de su compromiso.

—Ven aquí, gran loca.

La tomó por la cintura y la levantó del suelo para llevarla hasta la cama. Pridwen no desperdició la oportunidad para rodear la cadera de su esposo con las piernas y volver a conectar sus labios con los de él.

—Quítame esto —pidió desesperada— y quita lo tuyo también.

—Tenemos tiempo —se recostó sobre ella y se burló un poco—: nadie vendrá a regañarte porque te acuestes con tu esposo, te lo prometo.

—Si no es por eso —se levantó un poco para intentar apartar la camisa de Adrien—. Siento algo aquí en el vientre y me está volviendo loca la sensación, sé que lo puedes remediar, quiero que lo hagas parar.

El hombre se mostró aturdido por unos instantes, para después echarse a reír. Sin dudas esa mujer no sabía lo que era la vergüenza, incluso en su noche de bodas quería llevar el mando y no se limitaba en sus deseos, seguía siendo tan insolente como la recordaba en Londres; se había visto un tanto opacada debido a su determinación por demostrar que podía ser una buena reina y Adrien no podía estar más de acuerdo.

—Pridwen ¿podrías intentar no tomar las cosas tan a la ligera? —pidió, tratando de contener su risa—. Me es difícil controlarme cuando dices y haces estas cosas atrabancadas.

—Me importa poco —elevó la nariz.

—Puede que sí —tomó su nariz entre sus dedos—, pero tenemos que ir despacio, ¿te parece horroroso disfrutar el momento?

—¿Cómo podría disfrutarlo más?

—¿Me permites? —sonrió sarcástico—. Si me dejas tomar las riendas del asunto, quizá pueda lograr que esa… sensación, se calme un poco sin necesidad de adelantarnos.

—Mmm… —lo tomó del cuello, jalándolo para que se recostara sobre ella, ocasionando que Adrien rodara los ojos al ser ignorado—. Tienes miedo de que me vaya a doler ¿verdad? —ella movió sus ojos de un lado a otro, pensativa—. ¿Es muy horrible?

—¿Ahora te preocupa? —dijo divertido, inclinándose a besar su mejilla—. Confía en mí, todo estará bien.

—Claro que confío en ti. Espero que toda la experiencia recaudada como maldito mujeriego pueda beneficiarme en este momento —le golpeó el hombro—. Al menos espero que sepas lo que haces. Esas mujeres decían que sí, así que exijo excelencia por aquí.

En esa ocasión no pudo evitar una carcajada, a la que Pridwen se

unió con facilidad. Adrien se dejó caer sobre su espalda mientras que ella se escurría hasta quedar sentada sobre el vientre trabajado, haciendo esto aún con una sonrisa que venía desde la risa. Él dejó que sus manos cayeran sobre los muslos de la atrevida mujer y le permitió seguir desperdigando besos por su rostro, cuello y torso.

—¿Te gusta? —lo miró.

—Ven aquí —la tomó de los codos, acercándola a sus labios—. ¿Está saciada tu curiosidad o aún hay más?

—¿Te terminarás de quitar la ropa?

—No por ahora, prefiero que tengas barreras antes de que enloquezcas. —Adrien volteó la situación con destreza—. Creo que es mi turno.

Pridwen sonrió con soltura, creyendo que lograría ser imperturbable cuando él intentara sacarla de control, pero se apenaba en decir que los rumores eran ciertos: Adrien era un amante dedicado y experto en hacer sentir placer, lograba desencadenar la locura en la mujer que estuviera entre sus brazos. De hecho, existía una especie de leyenda alrededor de él, sobre una mujer que se obsesionó tanto con ser su amante, que lo acosó y hasta llegó a atacarlo. Se decía que él tenía una cicatriz en lo que fue la puñalada que esa mujer le dio en su desesperación.

Así que mientras se retorcía, suspiraba y hasta gritaba, ella intentó buscar aquella cicatriz en el cuerpo perfecto que se cernía sobre ella. Adrien por supuesto era inconsciente de sus pensamientos, estaba enfocado en su tarea de hacerla disfrutar y Pridwen podía decir que incluso lograba distraerla en su búsqueda.

De un momento a otro y sin darse cuenta, se descubrió completamente desnuda entre sus brazos, siendo besada en cada segmento de piel disponible. Por increíble que pareciera, se avergonzó en ese momento e instintivamente buscó cubrirse los pechos.

—¿Qué ocurre? —le acarició la mejilla—. ¿Te molestó algo?

—No te gustan —susurró.

—¿De qué hablas?

—Mis… —apuntó hacia abajo con la mirada, hacia sus brazos que cubrían la parte superior de su cuerpo—. Mis pechos… dijiste que eran pequeños, que ni siquiera sabías que tenía.

—¿Quieres saber algo? —se acercó, entrelazando sus manos para apartar sus brazos y recostarse de nuevo sobre ella—. Siempre he preferido una figura estética y de discretas curvas, a una voluptuosa.

Ella entrecerró los ojos, dudando de sus palabras.

—¿Lo dices en serio o sólo por agradar?

Se acercó y su aliento llegó como un suave suspiro:

—Me encanta tu cuerpo, Pridwen —besó la delicada zona de su oreja—, es pequeño y precioso, incluyendo tus pechos.

—Qué bueno que así sea —dejó salir el aire con alivio—. Me temo que serán los únicos que verás a partir de ahora.

Adrien volvió a reír y desde ese momento, no quiso escuchar su voz si no era para dar muestras de su placer por medio de incomprensibles sonidos o cuando susurraba su nombre sin ser consciente de que lo hacía.

Las sensaciones que Pridwen tenía eran tantas y tan variadas, que no podía reaccionar a tiempo a todas ellas, era consciente de su felicidad, no sabía por qué se sentía tan feliz, también se sabía un poco avergonzada, sobre todo por todas las acciones que Adrien mencionaba como *pertinentes* para hacerle el proceso más sencillo. Para ella sólo eran sinónimos de un increíble goce y un descontrol en su cuerpo que la hacían sentir que su alma de alguna forma se fue a volar entre las estrellas y no planeaba regresar en algún tiempo, al menos hasta que su esposo lo encontrara pertinente.

Cerró los ojos con fuerza al sentir un tirón poderoso que la hizo retorcerse, lo cual no le fuera desconocido porque ya se lo había hecho sentir un par de veces antes, pero en esa ocasión, Adrien se movió para desprenderse de las últimas prendas de su ropa, aquellas que dejó en su lugar durante todo ese tiempo.

Verlo desnudo por primera vez fue extraño, incluso frunció el ceño y ladeó la cabeza, pero no hubo tiempo para preguntas, porque Adrien la abrazó de nuevo, tan fuerte que ella sintió un poco de miedo, pero sus besos la relajaron nuevamente, parecía no poder despegarse de sus labios, de sus hombros y hasta de sus párpados.

Juntó su frente con la de ella y entonces los unió de forma definitiva como matrimonio. Pridwen se sintió extraña por unos segundos, un tanto incómoda, pero sonrió un poco dubitativa cuando no lo encontró molesto, al menos no como algunas de sus amigas le comentaron. De hecho, se sentía bastante bien, quizá demasiado, por la forma impaciente en la que reclamó la falta de movimientos y se aferró a él.

A partir de ahí, no hubo más que gozo entre ellos, Adrien no podía dejar de besarla, sonreía todo el tiempo y la miraba con el encanto de cualquier enamorado viendo a su novia compartiendo la misma alegría. Rodaron en la cama, rieron, exigieron y se desmoronaron en las manos del otro, con la confianza en que resurgirían tranquilos y esplendorosos entre los cuidados y el cariño de la persona que los llevó al límite de las sensaciones humanas, entrando a lo más parecido de lo que sería el cielo.

Ya cuando el silencio se hizo presente en la habitación y su cuerpo se refrescó después de estar expuesto a las altas temperaturas junto a su marido, Pridwen no podía dejar de sentirse insegura y un tanto extraña, tenía ganas de gritar de felicidad al tiempo que quería llorar. Su corazón sentía una mezcla desagradable entre buenos y malos

sentimientos que le impidieron estar del todo tranquila después de aquella unión maravillosa, dulce y excitante que compartieron.

A pesar de que él seguía siendo tierno en esos instantes al propiciar lánguidos y tiernos besos para relajarse después de la locura compartida, Pridwen no pudo evitar removerse incómoda.

—Adrien… —ella levantó la mirada hacia el rostro sonriente de su esposo, quien suspiró tranquilo y la abrazó un poco más antes de mirarla a los ojos—. Creo que lo disfrutaste.

—No veo cómo podría negarlo.

Ella sonrió esplendorosa.

—Hiciste los sonidos —lo acusó.

—Por supuesto que los iba a hacer, está claro que me desquiciaste.

—¿Y eso es bueno?

—Más que bueno —le besó la frente—. Me encanta.

Adrien no podía sentirse más feliz o satisfecho, de hecho, podía decir que con ninguna mujer en el pasado sintió tanto como lo hizo con Pridwen. Su esposa estuvo a punto de llevarlo directamente a la locura y eso le fascinaba, de hecho, trataría de impulsar su comportamiento energético y lleno de curiosidad del que ahora se veía beneficiado.

Pridwen mordió sus labios, pasando su mano por el suave vello que crecía en el pecho varonil, extrañada de sentirse tan cómoda interactuando con su cuerpo, incluso había provocado que su pierna se enredara con la de él en un intento inconsciente de atraparlo, quizá temiendo a que despertara y él hubiese desaparecido. Quería estar segura que él estaba contento con lo sucedido, deseaba comprobar hasta dónde le permitiría llegar con sus acciones cariñosas después de la intimidad, dando como resultado que él no rechazaba ninguna imposición, por el contrario, las incrementaba, acariciándola para relajarla y que se pudiese dormir.

La princesa giró entre los brazos de su esposo para quedar de frente a él, quien ya estaba en un plácido sueño. Era tan apuesto que no pudo evitar alargar la mano y acariciar sus facciones, había olvidado lo mucho que lo deseó y amó cuando lo conoció. Hasta ese momento se enteró o quizá se recordó, que todas sus ilusiones y esperanzas relacionadas con un matrimonio se formularon alrededor de la hipotética idea de que se casara con él. De alguna forma cumplió su sueño, pero ¿por qué no podía sentirse del todo feliz o satisfecha? ¿Por qué dudaba tanto?

Capítulo 31

Adrien despertó después de unas pocas horas de descanso con una sensación de vacío. Aún con los ojos cerrados y reacio a que fuera su hora de levantarse, estiró una mano hacia el lado de la cama que solía ocupar Pridwen, notando que era ella lo que hacía falta entre sus brazos y era la razón por la cual despertó.

Miró hacia la ventana para comprobar que seguía oscuro, sería de madrugada, por lo tanto, no había razón alguna por la cual su esposa debiera estar fuera de la cama. El pensamiento de que Ulrik Rosensburg hubiera hecho de las suyas para hacerla salir lo hizo levantarse de golpe, se colocó una bata con presura y fue a la puerta con intenciones de salir a buscarla. Sin embargo, algo lo detuvo y le dio el indicio que no necesitaba salir de la habitación para encontrarla, porque la oía llorando en el baño.

Se formó un nudo en su estómago cuando pensó que podría haberle hecho daño y se apresuró a abrir la puerta, encontrándola sentada en la tina vacía, tratando de no hacer sonoros sus sollozos. Sus largos cabellos caían por uno de sus hombros, mantenía sus rodillas cerca para poder colocar ambos brazos sobre ellas, escondiendo su rostro.

—¿Pridwen? —le habló dulcemente—. ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

—Adrien —ella levantó la cabeza y limpió las lágrimas de sus mejillas—. ¿Qué haces despierto? Yo sólo estaba…

—Llorando en una tina —tomó la silla en la que siempre se sentaba cuando hablaba con ella mientras se bañaba y la colocó a su lado—. ¿Me dirás que te hizo llorar? ¿Fue algo que hice?

—No —ella hizo un puchero y bajó la cabeza para ocultar su nuevo lamento—. Todo está bien.

—Oh, cariño, ¿qué es lo que sucede? —se adelantó en la silla para lograr tocar sus cabellos—. Dime qué fue lo que hice, lo remediaré, lo prometo.

—Es que no hiciste nada mal, pero no sé por qué me siento tan triste.

—Dudo que no lo sepas —le acarició el hombro—. No quieres decírmelo. Jamás has tenido miedo de gritarme a la cara cuando te lastimo o hago alguna estupidez, ¿qué lo hace tan diferente ahora?

—No sé qué sentir.

—¿Por qué? ¿Por lo que pasó esta noche? —Ella asintió sin poder hablar. Adrien la recorrió con una mirada dubitativa y entrecerró sus ojos lentamente—. No sólo es por eso.

—¿De qué hablas? —levantó el rostro y sorbió su nariz.

—Alison me habló de lo que sucedió.

Ella se puso de pie inmediatamente, nerviosa y enfurecida en

igualdad. Caminó la longitud de la tina un par de veces antes de comenzar a hablar desde su corazón orgulloso, herido y pinchado con la traición de Alison.

—¡No tenía derecho a escuchar! —gritó molesta—. ¿Por qué fue a decirte algo así? ¿Quién le dio esas libertades?

—Tú se las diste y estaba preocupada.

—¿Qué te dijo? No espera, no me digas, ¿te sientes culpable porque me enteré de tu tonta forma de molestar a Ulrik? —le echó en cara y aplaudió—. Pues felicidades, tal y como lo pensabas, me tienes comiendo de tu mano. Apenas te enteraste de que Ulrik vino aquí a advertirme y actuaste para llevarme a la cama. Eres cruel, demasiado cruel.

—¿Qué él estuvo aquí contigo? —fue su turno de ponerse en pie.

—Ah… —ella abrió los ojos con impresión, poco le faltó para pegarse en la frente por su estupidez—. No lo sabías.

—Quiero que me lo cuentes ahora mismo. —La tomó de los hombros y la sacó de la tina de porcelana—. Ya que decidiste sentenciarme, creo que merezco saber todos los cargos.

—En realidad —bajó la cabeza—, no estoy triste por las dudas que él quiso implantarme, en las cuales no creí. Me duelen mis propias dudas, me rompe el corazón no permitirme estar feliz por miedo a que esto no sea más que una ilusión, que eventualmente vayas a dejarme.

—Muy bien, Pridwen, hablaré lo más claro que pueda con respecto a este tema —la seguía manteniendo de los hombros—. Jamás, escúchame bien, jamás me habría involucrado de esta forma contigo si no sintiera que estoy enamorado de ti ¿entendido? Porque si más no recuerdas, esto indica que estoy dejando todo lo que me liga a Londres para estar contigo.

—¿Enamorado?

—Sí, enamorado —recalcó—. Muy enamorado.

—Pero…

Pridwen bajó la cabeza. Sabía que decía la verdad. Ulrik se equivocó en su discurso a decirle que él sería capaz de acostarse con ella sólo para molestarlo. Adrien conocía las repercusiones que tendría si ellos se involucraran de esa forma, sabía que, si llegaban hasta ese punto, sería un camino sin retorno y él no abandonaría Inglaterra por algo menor que un verdadero enamoramiento, no arriesgaría su salida por algo menor.

—Ahora —la enfocó—, ¿Qué fue lo que te dijo el conde Rosensburg? Y quiero la verdad Pridwen, porque de no escucharla, las cosas serán peor.

—Tienes que prometer…

—No te prometeré nada —la interrumpió—. Dime.

Ella se cruzó de brazos.

—Entonces no te diré.

—Mira, Pridwen —cerró los ojos para recordarse que amaba a esa mujer y por el mismo motivo tenía que tenerle paciencia—, si no me dices, haré todo un escándalo, iré allá y le reclamaré.

—Harás lo mismo cuando te lo diga.

—Entonces hay un motivo para que lo haga.

—No te lo diré —señaló obstinada.

—Perfecto.

Adrien dio media vuelta y se fue hecho una furia hacia la habitación donde comenzó a cambiarse con movimientos rápidos, cortos y severos.

—¿Qué haces?

—¿Qué crees que hago?

—No, Adrien —se adelantó y lo tomó de las manos para que dejara de vestirse—. Por favor, no.

—Entonces dime.

—Esto no mejorará las cosas, no puedo decírtelo.

—Perfecto, entonces me iré sin la información, seguro que si le doy un poco de contexto él sabrá de lo que hablo, no será necesario decir nada —dijo furioso—, si tocó a mi mujer, creo que entenderá que debo matarlo.

—¿Matarlo? —negó—. ¡No, Adrien! No me tocó, eso no.

—¡Entonces qué hizo, maldita sea!

—Bien —tembló asustada—. Te diré ¿de acuerdo? Pero vamos a sentarnos, me tienes al punto del desmayo.

—No te desmayarías aun teniendo un arma en el cráneo —dijo irritado.

—Tienes un alto concepto de mis nervios —lo guío hasta el sofá—. Parece una broma que me declares tu amor y no pongamos atención a ello.

—No intentes distraerme.

—Imposible —dijo igualmente disgustada—. Bien, él sólo se presentó para decirme algunas tonterías sobre ti, tocó a la puerta y me pidió hablar.

—En serio —su voz mostraba una duda burlesca—. ¿Y qué te dijo?

—Ya te dije —bajó el rostro—. Tonterías.

—Qué clase de tonterías.

—Bueno, cosas para congraciarse conmigo y dejarte mal parado a ti —dijo incómoda, poniéndose en pie para alejarse de la mirada analizadora de su esposo—. Dijo que escuchó que le decías a tus amigos que me podrías hacer caer en tu cama cuando te diera la gana, que no era más que un juego para ti, que querías enfurecerlo a él —lo miró fastidiada—, en eso no mintió, te extralimitabas con tus cariños cuando estabas frente a él.

—Me daban celos —facilitó—, prosigue.

Le estaba costando trabajo procesar toda la información que él le facilitaba con tal simpleza. Él decía cosas como “te amo” o “estaba celoso” con tal desasosiego que incluso la irritaba un poco.

—Eso es todo —aseguró—. Fue lo que me dijo y se marchó.

Adrien la miró en medio de un prolongado silencio que logró ponerla cada vez más nerviosa. Los ojos penetrantes de color verdoso tenían la capacidad de analizar a la persona del que tuvieran interés, su adversario apenas tendría oportunidad de esconder algo que Adrien deseara encontrar y Pridwen resultaba transparente para él.

—Mientes.

—No lo hago.

—Estás excluyendo una parte importante —le hizo notar—. Alison mencionó que cuando regresó, estabas encerrada en el baño, lo cual nunca haces, sugeriste que fuera una medida a partir de ese momento…

—Lo cual debí haber aplicado ahora —asintió inconforme.

—Dijo que estabas extraña y yo mismo te noté distinta —prosiguió —. Pasó en el baño y dudo que haya tocado, entró sin más ¿me equivoco?

Pridwen lo maldijo a lo bajo, no tardó mucho en descubrir la verdad, de hecho, jamás pensó que podría engañarlo, tenía la esperanza, pero Adrien era un hombre demasiado inteligente para su propio bien.

—No, no —su voz tambaleó.

Él se puso en pie y la enfrentó, intimidándola.

—Lo que pasó fue que tú entraste al baño para tomar tu ducha, Alison te dejó todo preparado por lo que puedo deducir que estabas en bata, entonces entró y no te diste cuenta hasta que te tuvo acorralada.

—No, Adrien, no.

Por más que tratara de negarlo, él parecía tener el rompecabezas armado correctamente en su cabeza.

—Dime Pridwen, dudo que hayas cedido con facilidad estando en una posición comprometedora, ¿de qué métodos tuvo que hacerse para hacerte escuchar? ¿Cómo te amenazó? ¿De qué manera te retuvo?

—No me tocó Adrien, en serio.

—Sé que no te forzó, al menos sé eso —asintió, pero no parecía menos enojado—, pero noté algo en tu cuerpo, tienes moretes de caída.

Ella negaba con la cabeza continuamente, pero una traicionera lágrima terminó por dar la razón a la conjetura de Adrien.

—Lo mataré.

El hombre se puso en pie, metió su camisa en sus pantalones y salió

de la habitación con un aura destructiva que dejaba fuego a su paso.

—¡No! ¡Adrien, escucha!

Nada de lo que ella pudiese decirle lo haría detenerse. Había sido suficiente, tuvo paciencia con ese idiota, pero no más, no toleraría que entrara a su habitación, agrediera a su esposa y se saliera con la suya. Poco le importaron las horas tardías o el silencio que hacía evidentes los golpes que daba sobre la puerta, exigiendo con voz pesada y poderosa que la abrieran o la tumbaría a patadas.

—Adrien, esto es demasiado —Pridwen le tomó la mano con la que tocaba la puerta—. Todos te escucharán, estarán despertando.

—Me importa un bledo lo que piensen o si alguien se escandaliza —sus ojos no mostraban piedad—. Las cosas no se quedan así. Verán por primera vez lo que es faltarle el honor a un noble inglés, peor aún, a su mujer.

—Me insulta que me trates de esta forma, agradezco la preocupación, eres todo un galante caballero, enserio —ironizó—. ¿Podemos irnos ahora?

—¡Rosensburg! ¡Te lo advierto maldito cobarde! —gritó, ignorando a su esposa—. ¡Abre esta maldita puerta si tienes los suficientes…!

—¡Adrien! —reclamó Pridwen.

En ese momento la puerta se abrió y Pridwen maldijo al comprender que ese hombre la vería en bata de nuevo, así que la cerró con esmero, esperando que el enfrentamiento no fuera tan malo como lo imaginaba.

—¿Lord Collingwood? —. Pridwen bendijo a todos los cielos cuando vio a Agatha salir con un rostro sorprendido—. ¿Qué sucede?

—¿Dónde está el idiota de su marido, princesa?

Adrien entró a la habitación como si esta le perteneciera.

—¿Qué ocurre?

Pridwen llevó una mano hacia su frente en una pose pesarosa. Tenía que hacerse presente justo en ese momento. No le sorprendió ni un poco que Adrien se lanzara hacia él con una mirada salvaje y comenzara a golpearlo de forma tan descontrolada que era difícil de contemplar. Sin embargo, después del primer impacto, Ulrik contestó, provocando una altercado que parecía callejero, pero estaba sucediendo en un palacio, lo cual era una disonancia que ameritaba la contemplación. Al menos por parte de Pridwen, quien permanecía calmada, viendo cómo se desenvolvía la pelea, escuchando como Agatha gritaba asustada y las personas en las recámaras circundantes se acercaban para ver lo que sucedía.

—¿Por qué no haces nada? —reclamó Agatha.

—Déjalos que se peleen —le quitó importancia—, si alguna de nosotras trata de intervenir, saldremos lastimadas. Permite que se cansen un poco.

—¡Lo va a matar! —gritó la joven.

—No va a matar a nadie —dijo fastidiada, tomando asiento en una silla cercana—. Estaban deseando esto desde hace tiempo, eso es todo.

Las personas a las afueras de la habitación murmuraban y trataban de averiguar lo que pasaba, pero nadie se atrevería a entrar en la habitación de la princesa Agatha, claro, a excepción de la familia de la misma. El rey y la reina entraron presurosos, al igual que el resto de las hermanas y algunos adormilados sirvientes que el rey creyó pertinentes para la situación.

—¡Dios Santo! —gritó la reina, alejando a Erin del altercado.

—¡Vamos lord Collingwood! —gritó la menor.

—Mil coronas al londinense —susurró Edna a su hermana Cleo.

—Basta —pidió el regente—. Sepárenlos.

—Agh, papá, arruinas la diversión —se quejó Edna.

Se necesitaron tres hombres para controlarlos, uno para retener a Ulrik y dos para Adrien, quien no perdía su espíritu de lucha.

—Basta, muchacho, basta —reiteró el rey al notar que la fuerza de Adrien era desmedida por la ira—. ¿Se puede saber qué es lo que sucede?

—Le diré qué es lo que sucede —Adrien soltó sus brazos de los hombres que lo retenían—. Lo reto a duelo, conde. Y si tiene un poco de orgullo y el mínimo de decencia, aceptará sin que tenga que decir los motivos —lo miró con una fiera mirada—, para este momento sabrá que los tengo.

Ulrik también se soltó de su agarre y llevó una mano hacia la nariz sangrante. Le fastidiaba notar que apenas pudo hacer algo contra esa bestia que llegó a su habitación con ganas de asesinarlo. Era verdad cuando Pridwen le advirtió sobre él, estaba claro que no tenía control y contaba con una fuerza bruta que desconocía hasta el momento.

—Por supuesto que acepto.

—Rosensburg —se sorprendió el rey.

—Vaya, vaya —Edna sonrió—. Interesante.

—Basta —Cleo tomó su mano—. No es gracioso.

Pridwen dejó salir el aire de forma aburrida, se puso en pie con parsimonia y se acercó hasta quedar en medio de los hombres que seguían lanzándose miradas llenas de odio y rencor.

—No se hará nada —dijo con una pasmosa tranquilidad—. No permitiré que mi esposo mate al padre de mi sobrino, fin de la discusión.

Se volvieron hacia ella con un marcado desconcierto y el que fuera progenitor del supuesto bebé se volvió hacia su esposa para pedir una explicación. Pridwen hizo lo propio, pidiendo a Agatha con una severa mirada que mintiera, en caso de ser necesario.

—Sí —dijo en una pequeña voz—. Estoy esperando.

—¡Oh, hija! Es una excelente noticia —se adelantó la reina y luego miró a Pridwen y a su marido con odio—. Están perturbando su paz, ¿qué no saben que una embarazada no debe de tener emociones fuertes?

—Claro que lo sabemos —asintió Pridwen—. No hay nada qué ver y nada más qué hacer, así que recomiendo que todos vayamos a dormir.

—¿Así sin más? —saltó la reina en un quejido chillante.

—Así sin más. —Recalcó el rey—. Pridwen, quiero hablar contigo.

—Pero Adrien…

—Se encargarán de él.

El rey miró a unas doncellas, dando una orden silenciosa que rápidamente fue acatada. Entraron a la habitación, se posaron detrás del caballero que fuera el esposo de la princesa heredera, esperando a que decidiera dejar de mirar con amenaza al hombre que acababa de librarse de una bala entre las cejas para seguirlas fuera de la habitación.

Pridwen suspiró tranquila cuando lo vio marcharse, aunque sabía que ahí no terminaría el asunto, al menos esa noche no ocurrió una locura.

—Fue una manera muy inteligente de detener la crisis —dijo el rey.

—Adrien es incontrolable cuando está molesto, pero jamás podría llegar a ser cruel —respondió, volviéndose hacia su soberano con lentitud.

—He de suponer que tenía una razón para actuar así.

—Su ira jamás es injustificada.

—¿Tiene qué ver contigo?

—¿Acaso importa?

—Creo que sí —el rey dirigió su mirada hacia el resto de su familia y soltó un suspiro cansado—. Es mentira lo que dijiste, supongo.

—Quizá sea profético y se cumpla, quién sabe.

—Eres una buena chica, Pridwen, espero que lo sepas.

—Lo sé —lo miró—. Me sorprende que usted lo sepa.

—Lamento si en algún momento…

—No quiero sus disculpas —se volvió hacia otro lado para no mirarlo.

—Al menos permite que te diga lo orgulloso que estoy de ti.

—Pues gracias, no fue por su ayuda que logré algo.

—Sé que no y eso lo hace aún más meritorio.

—Naturalmente.

El rey sonrió y bajó el rostro.

—Eres tan parecida a tu madre.

—No diga eso —en esa ocasión lo enfrentó, la dureza en su mirada era equiparable a recibir pedradas—. Gracias a ese parecido es que usted me alejó toda su vida. Yo no quiero a mi madre, tampoco a

usted ni a nadie.

—Supongo que es lo justo, aunque no con tu madre, ella te amaba.

—Y usted lo arruinó. —Eran palabras duras, pero el rey no tenía formas de negarlas—. Me marcho, intente que su esposa no haga estupideces como ir a mi habitación a reclamarle a mi marido. En la condición en la que está, no hará distinción en asesinar a un hombre o a una mujer.

—¿A una reina?

—Debería saber que a Adrien no le interesa quién sea el que se ponga enfrente a insultarlo, si quieren pelea con él, peleará.

—Lo quieres mucho ¿verdad?

Ella dio un paso hacia atrás, mostrándose enojada por ser descubierta.

—No es asunto suyo.

Pridwen salió del lugar bajo la atenta mirada de la reina, quien sonreía para sus adentros y discretamente se acercaba hacia una persona escondida entre las sombras, siempre presentes.

—Creo que encontré la debilidad de Pridwen y del extranjero ese.

—Lo son el uno del otro —contestó con tranquilidad.

—Quiero que se vayan, ahora que mi hija…

—Su hija no está preñada, señora, la princesa Pridwen lo utilizó para que lord Collingwood no matara al conde Rosensburg.

—¿Qué?

—Fue bastante obvio, ¿cree acaso que su hija se lo confiaría a la princesa Pridwen antes que a usted?

—¿Por qué cedería entonces el extranjero?

—Porque la quiere a ella —simplificó—. A lo que sé, cuando se molesta se ciega, pese a que es muy inteligente, es una debilidad en su carácter.

—Que podemos aprovechar.

—Si sabemos mover las cartas, supongo que sí.

—Tenemos que echarlos de aquí y deshacernos de Pridwen. Creo que la forma más fácil de matar dos pájaros de un tiro es yendo en contra de ella —finalizó la reina—. Vete, pensaré en algo.

—No tendrá que ser obvia, su real majestad —se burló—. O podrían acusarla del resto de las muertes.

—Yo no tengo nada que ver en ello.

—¿Quién puede asegurarlo?

—No pensaba matar a Pridwen.

—Por como habla, es lo que me hace pensar.

—Será mejor que te largues de una vez.

La cínica sonrisa deformó los labios del cómplice de la reina y se retiró con aires de superioridad que comenzaban a asustar a la mujer.

Capítulo 32

Pridwen entró por la puerta abierta de su habitación, donde un total de tres doncellas rodeaban a su marido, regodeándose con la situación a pesar de ser ignoradas por el hombre que de vez en cuando se tensaba por las atenciones prestadas a sus heridas de pelea. La princesa se recostó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos, definitivamente ese hombre era una bestia contenida en un cuerpo de adonis, muy afortunado para él y peligroso para cualquier otra persona que ganara su coraje.

—Supongo que estarás contento —interrumpió los murmullos y risillas de las doncellas coquetas.

—¿Me veo contento? —levantó una mirada exacerbada.

—¿Nos disculpan, señoritas? No creo que quieran presenciar otra pelea en el mismo día —las jóvenes soltaron risillas avergonzadas y comenzaron a salir. Pridwen las miró divertida, alzando una ceja inquisidora a su marido—. O quizá si quisieran.

—Fue un mal truco lo que usaste.

Se puso en pie y cuando ella hubo cerrado la puerta se deshizo de su camisa ensangrentada, tirándola de camino al baño.

—No me dejaste otra alternativa —lo siguió.

—Admiro tu sagacidad para pensar en ello en ese momento —se volvió hacia ella—, pero se descubrirá y entonces lo mataré.

—Te llevarás una desilusión al saber que no permitiré tal cosa.

Pridwen se adelantó, tomó un paño y fue a mojarla con agua tibia.

—¿Podrías sentarte? No te alcanzo.

—Si piensas que me detendrás…

—Ah, de eso no tengo ni la menor duda —se acercó a él cuando tomó asiento en la silla, restregando la toalla contra la sangre y las heridas—. No puedes dejarme en este nido de víboras e ir a morir por una tontería.

—Lamento discrepar, pero a mí no me parece una tontería.

Ella suspiró en un falso entristecimiento.

—Debió ser un momento memorable —se lamentó—. Declaraste tu amor hacia mí de una forma tan insulsa…

—Si mal no recuerdo, me estabas insultando de jugar contigo.

—Bueno, tenía mis dudas, nunca me hiciste pensar lo contrario, en un punto hasta pensé que me odiabas.

Él le tomó las manos con firmeza, evitando que siguiera con su tarea.

—Jamás podría odiarte.

—Lo sé —guiñó el ojo—. Soy encantadora.

—Y un dolor de cabeza. Ven aquí —la sentó sobre una de sus

piernas, rodeándola con su brazo—. ¿Ya te sientes tranquila? —ella ladeó la cabeza sin comprender—. Me refiero a nuestra relación… con nosotros.

—Mmm… —colocó su codo sobre el hombro de su esposo y acarició su barbilla de forma pensativa—. Totalmente convencida no estoy, creo que tendremos que hacer el amor un par de veces para que lo sienta más real.

—¿Eso piensas? —sonrió con picardía—. ¿Te he dicho que me fascinas?

—No, de hecho, no. Pero podría acostumbrarme a oírlo.

Adrien levantó el rostro para alcanzar sus labios, pero Pridwen lo detuvo, colocando una mano sobre su pecho.

—Nosotros *hacíamos el amor*, ¿verdad Adrien?

—Y lo volveremos a hacer justo ahora.

La tomó de la cintura y se levantó de la silla con ella. Pridwen soltó un gritito asustado y se abrazó a su marido con una sonrisa divertida, aceptando esa respuesta con el corazón en proceso de derretirse.

—Estás todo sangrado, aunque casi no logró golpearte la cara.

—¿Quién demonios crees que soy? Ese idiota apenas y me rozó.

—Seguro que sí —rodó los ojos.

—Al menos quedé mejor que él.

—Eso sí —aceptó—. Pobre, seguro que no sabrá qué hacer con todos los acontecimientos de esta noche.

—¿Crees que Agatha se desdiga esta noche?

—Lo dudo. —Pridwen sintió las sábanas contra su espalda—. Quizá no lo haga nunca, no lo sé.

—Esas cosas se notan. —Posó una mano cálida y grande sobre el vientre plano de su mujer, quien lo miró extrañada—. De hecho, no me gustaría que un hijo nuestro creciera en un entorno como este.

—Lo arreglaremos a tiempo —colocó una mano sobre la de él—. Dudo que vaya a suceder de inmediato, pero de hacerlo… no lo digamos.

—Concuerdo contigo.

—Adrien… —ella sonrió dulcemente—. Mi amor, ¿podrías besarme?

Los ojos del hombre brillaron.

—Vuélveme a decir así —le susurró—, llámame siempre así.

—Mi amor —repitió apenada.

Adrien le acarició las mejillas y asintió conforme antes de besarla, y se mantuvo despierto entre sus brazos por el resto de la madrugada. Esa vez, ella amaneció acurrucada contra él y no cambió en las noches posteriores.

Copenhague, Dinamarca

Tres meses habían pasado haciendo notoria la mentira sobre el embarazo de la princesa Agatha, quien se vio sometida a ser amonestada constantemente por su madre, fuera en público o en privado, la reina no se limitaba a exponer su profundo disgusto hacia su hija, quien seguía sin poder concebir. Incluso había injuriosos rumores que se esparcían susurrantes entre el palacio; en ellos se decía que la reina obligaba a la princesa a cometer los actos más viles con tal de hacerla más fecunda. El más ponzoñoso que se sabía era aquel en el que se aseguraba que una noche, la reina obligó a la princesa Agatha a lo inimaginable, que era recurrir a los brazos de otro hombre para verificar su fertilidad.

Aquello no era comprobable, pero la infelicidad en la mirada de la princesa Agatha era algo que no se podía esconder, lo cual creaba más dudas que ella no se molestaba en desmentir, agregando que su esposo no parecía sentir empatía o siquiera lástima por la situación. Mayormente se le veía persiguiendo a la deslumbrante y alegre pareja que formaban la princesa heredera y su marido, usualmente discutiendo con ellos.

Tenían que agradecer que en esa ocasión lograran deshacerse de él para ir al pueblo en compañía de la circunspecta e inmutable princesa Cleo, quien permaneció sin mencionar palabra durante todo el camino. De hecho, ni siquiera dirigió ni una mirada a la pareja que no paraba de observarla con detenimiento y hasta algo de curiosidad.

—¿P-Pueden p-parar? —se volvió enojada—. Resulta molesto.

—Lo siento —Pridwen bajó la mirada y apretó la mano que ella mantenía entrelazada con la de su esposo—. ¿A dónde han ido los *Leones*?

Adrien lanzó una mirada rápida hacia la princesa Cleo, quien repentinamente mostró interés por ellos.

—Tuvieron algo qué hacer, volverán en unos días.

—Es una lástima, los echo mucho de menos —declaró con tristeza —. Incluso echo de menos las peleas con tu madre.

—Briseida estará llorando en casa.

—Pobre, es una lástima que no la dejaran quedar.

—Era lo mejor, estaba coqueteando demasiado con el pobre de North.

—¿Y te molesta? —se volvió hacia él.

—Es una niña fastidiosa molestando a mi mejor amigo, claro que me molesta —miró hacia la ventana—. Ella debería entender que…

—A North podría gustarle.

—Claro que no, ella es mi hermana.

—¿Y eso la hace horrible o algo así?

—Por supuesto que no, pero… —negó con la cabeza—. No. Ellos jamás podrían estar juntos, son muy diferentes, simplemente no.

—Te podrías llevar una sorpresa —canturreó.

—No la incites a hacer tonterías, las hace por su cuenta.

—Yo no le he dicho nada.

—Pero la apoyas —reclamó.

—Mmm, ¿por qué no?

—Pridwen…

—Hemos llegado —interrumpió la menor—. Estos son los llamados *guetos*, mayormente ocupados p-por inmigrantes que son despreciados p-por la p-población. Desde hace años quieren deshacerse de ellos y p-por eso mismo les han quitado ayudas, obligándolos a la delincuencia.

—Buscan sobrevivir. —El corazón de Pridwen se fracturó al asomarse por la ventana—. Esto es terrible, no puedo permitirlo. ¡Paren el carro!

—Pridwen, espera…

Los intentos de Adrien por detenerla fueron inútiles, puesto que la princesa ya tenía un pie afuera y era lo suficientemente atractiva como para ganarse las miradas desafiantes de aquellos hombres y mujeres que experimentaban hambre, frío y sed todos los días.

—¿Es usted…? —una pequeña niña se acercó—. Sí, es la *princesa fugitiva* de la que habla la Srta. Gilligan.

—¿Quién?

—Es una revista p-para mujeres.

—¡Cleo! —la niña corrió hasta ella y la abrazó—. ¿Es la princesa de verdad? No nos estás engañando ¿verdad? No harías eso.

—No. Ella es P-Pridwen.

—Hola. —Adrien vio a su esposa acuclillarse frente a la niña y sonreír amistosa—. Tienes mucha hambre, ¿cierto?

—No tanta, princesa —se sonrojó la pequeña.

—Claro que tiene hambre —se acercó una sucia mujer—. Todos la tenemos, pero a ustedes no les importa. Viven en el lujo y la abundancia de comida y agua. No saben lo que es necesidad.

—Creo que la pequeña lo mencionó, pero se lo voy a repetir —Pridwen se puso en pie y la enfrentó con frialdad—. Hace poco yo era una fugitiva, más bien, una exiliada. Vine aquí sin ganas de ser su reina, no quería volver a este lugar, aunque me pagaran por ello. Pero cambié de opinión, me di cuenta que puedo hacer algo para que las cosas mejoren para ustedes.

—¡Si, claro! —se quejó un hombre—. A nadie le interesamos desde que la reina Ailén murió.

—Yo soy la hija de Ailén —recordó con voz firme—, y creo que algo de su corazón debe haber entrado en mí, porque ustedes me importan, como supongo que le importaban a ella.

—El rey nos ayudaba cuando la reina vivía —se acercó más gente—. Desde que la reina murió, la vida ha sido dura para nosotros.

—Lo sé y quiero remediarlo ahora… si me dejan.

Los rostros dubitativos fueron a parar en la figura que les era conocida.

—P-Pueden confiar en ella —aseguró Cleo.

—Quiero saber cómo ayudarlos, pero para ello tenemos que ser claros, hablar de realidades que los haga tener una mejor calidad de vida a largo plazo —advirtió—. No pidan comida para una semana, sino la forma de obtenerla por ustedes mismos para el resto de su vida. Necesito propuestas, ¿con qué sueñan?

Las pobres personas se miraron entre sí, confusas por tener una esperanza después de años de carencia y dolor. Pridwen sabía que no podrían tomar solos esa decisión, pero deseaba saber lo que anhelaba su corazón y si tenían esperanzas de que fueran algo más que unos bandidos. Estaba segura que muchos de ahí tenían potencial que se estaba desperdiciando por la segregación de clases.

—¿Hay algún lugar donde nos podamos reunir? —se adelantó Adrien.

—La iglesia —apuntó un joven—. Por allá.

—De acuerdo.

Las personas comenzaron a avanzar por la calle, deteniéndose para llamar a las puertas de quienes no estuvieran enterados de la llegada de la princesa, congregando a un buen grupo de gente.

—Ten cuidado, mi amor —Adrien la tomó del brazo—. Esta gente está enojada y pueden reaccionar muy mal.

—Yo también estaría enojada, ellos tienen razón.

—Aun así, no han sido tus errores y no tienes por qué asumirlos poniendo en riesgo tu vida.

—Tranquilo —tocó su pecho de forma conciliadora—. Estaré bien.

Pridwen fue hasta el altar y enfrentó a la población marginada. Por un largo tiempo, lo único que obtuvo de ellos fueron quejas, reclamos, sentimientos de odio y hasta blasfemias. Pridwen afrontó la situación con paciencia, prudencia, amabilidad y empatía ante su situación, lo cual fue provocando que los corazones de las personas cedieran hasta llegar al punto esperado en el que aportaban ideas.

Mientras ella tomaba el liderazgo de la situación, Adrien la miraba desde una distancia prudencial, embelesado no sólo por su belleza, sino por su determinación, su corazón y la fuerza que presentaba. Sería una gran reina, nadie debía dudar de ello, su trabajo como consorte era básico para que no se derrumbara y tenía la determinación de ayudarla en todo lo que le fuera posible, la apoyaría en sus decisiones y la aconsejaría si se lo pedía, aunque lo hacía muy bien por su cuenta.

—Ha sido de lo más revigorizarte escucharlos —dijo satisfecha de camino hacia el palacio—. Creo que entre los tres sacaremos una buena idea ¿ustedes qué piensan?

Cleo levantó la mirada, mostrándose ofuscada.

—¿Me vas a incluir en esto?

—Por supuesto, si no fuera por ti, nosotros no sabríamos de estas personas —golpeó el pecho de su marido—. ¿Cierto, amor?

—Estoy de acuerdo con ella.

—Lo agradezco —la ilusión se hizo notar en la mirada de la joven —. Me encantará formar p-parte de esto.

—Sé que sí —sonrió Pridwen—. Pero se nos ha hecho tarde para la reunión con los gobernadores Adrien.

—¿Me culpas?

—Te estoy avisando.

Cuando llegaron al palacio real de Amalienborg se toparon con un gran alboroto entre las personas que caminaban por la plaza central. Los murmullos y los rostros curiosos se mostraron deleitados al momento de ver a la princesa heredera y a su marido descender del coche que los llevó a pasear por el pueblo. Claro que ellos pensaban que era por un motivo más superfluo que ayudar a los marginados, con lo cual muchos estarían en gran desacuerdo.

—¿Qué ocurre? —Cleo frunció el ceño.

—¡Cleo! —La princesa Erin corría hacia ellos—. ¡Cleo, tonta Cleo!

—¿Qué quieres? —dijo con fastidio.

—No sabes lo que pasó, no lo sabes —dijo horrorizada.

—¿Qué? ¿Quién murió? —se alteró Pridwen.

—¿Morir? —negó la niña—. ¡Peor!

—Entiendo, ahora exageras, como siempre lo haces Erin.

Su hermana le quitó importancia y quiso seguir caminando, pero la niña la tomó de la mano y la volvió.

—Cleo, mamá está embarazada otra vez.

Capítulo 33

Permanecía sentada frente a su tocador, sin observar su reflejo sonriente, puesto que estaba enfocada en el de Alison, con quien platicaba amenamente mientras le cepillaba en cabello y se lo trenzaba para la noche.

—Oh, sí princesa, ¿es que no vio que horrible se veía?

—Eres malvada Alison, no deberías criticar así a esa pobre mujer.

—Se lo merece, es horrible en verdad, aunque no tanto como la reina —Alison pasó el cepillo por los largos cabellos una vez más—. Sus pobres doncellas, tan sólo pueden soñar con la liberación.

—¿Qué ocurre con ellas?

—Amor —Adrien interrumpió la conversación.

Ambas mujeres giraron sus rostros para encontrarse con el hombre que permanecía acostado en la cama, leyendo un libro. No parecía estarles poniendo atención, pero las escuchaba y por eso encontró pertinente interrumpirlas. Pridwen sonrió dulcemente, miró a su amiga por el espejo y se puso en pie, recibiendo la crema de manos que ella le ofrecía y fue hacia la cama mientras se frotaba las palmas.

—Lo siento, ¿fue aburrido escuchar una plática de mujeres?

—No diría que las escuchaba, pero quería que vinieras a la cama.

La princesa levantó las sábanas con una sonrisa y se escurrió hasta quedar pegada al pecho cálido y cubierto en seda para que la rodeara con su brazo. Él sonrió, más no despegó la vista de la página abierta de su libro.

Inconforme con la reacción, Pridwen tomó con una mano el rostro de su marido y lo obligó a recibir un par de besos.

—Gracias por eso —Adrien besó la coronilla de su esposa cuando ella se acomodó de nuevo sobre él y volvió a su lectura.

—Princesa —la doncella tendió el libro que Pridwen hubiese olvidado en el tocador—. ¿Necesita algo más?

—No, gracias Alison, puedes irte a descansar.

La joven se recostó sobre el hombro de su marido y apartó el separador de su libro, decidida a leer pese a que sabía que Adrien quería hablar.

—¿Lo vas a ignorar?

—Contigo a mi lado, sería imposible pasar algo por alto.

—¿Qué piensas del anuncio de esta tarde?

Adrien dejó de lado su libro sobre la mesa de noche y apartó el de ella para dejarlo sobre el mismo lugar.

—¿Sobre el embarazo? —Pridwen suspiró tranquila—. Sabíamos que no se rendiría tan fácil con el asunto, nada podemos hacer con su suerte, ahora habrá que esperar a que sea un varón para

preocuparnos.

—¿Qué pasa si lo es?

—Bueno —ella se levantó para encararlo—. Supongo que no te lastimará que seamos simplemente unos futuros duques y no reyes.

—No me molestaría ni un poco.

—A mí tampoco —elevó un hombro.

—Creí que estabas decidida a demostrar lo buena regente que serías.

—Pues sí tontito —le tomó el rostro—, pero cuando me correspondía el cargo, ahora que está en duda, puedo relajarme.

—Recuerda que sigues siendo la heredera pese a esto, estamos a expectativas del género del bebé.

—Es horrible vivir en la incertidumbre ¿no lo crees?

—Supongo que sí —suspiró—. Pero no creo que te importe demasiado.

—No —lo obligó a abrazarla—, porque estoy feliz contigo, porque pase lo que pase al final, nosotros estaremos juntos ¿verdad?

—Por supuesto.

Pridwen se abrazó al cuerpo de su marido y sonrió abiertamente, pensando en las posibilidades que había de que regresara a Londres, de poder ver a Daira todos los días, de alejarse de esas personas que pasaban sus días queriendo hacer daño, en medio de conspiraciones en su contra, de dudas y malos tratos. No sonaba para nada mal que el bebé de la reina fuera varón, de hecho, muy en el fondo lo esperó.

—¿En qué piensas? —Adrien la reacomodó sobre él.

—Tengo muchas cosas en la cabeza, sobre todo en lo feliz que me haría regresar a Inglaterra.

Su marido levantó una ceja divertida.

—¿Pero?

—Me preocupan muchas cosas, temo que, si me voy, nadie ayudará a esas personas marginadas. Cleo volverá a ser excluida, Edna se desentenderá del mundo como siempre lo hace, Erin se hará malvada y caprichosa y la pobre Agatha…

—Se ve muy mal últimamente, ¿Crees que haya verdad en los rumores?

—Temo que todo sea cierto. ¿Has notado su estado decaído? Incluso parece enferma —entrelazó los dedos con los de Adrien, jugueteando un poco con su anillo—. No dudaría que la reina hiciera cosas descabelladas con tal de lograr sus objetivos.

—¿Provocar que violen a tu hija? —se horrorizó Adrien.

Pridwen cerró los ojos.

—No dudaría que ella misma se haya metido con otros muchos candidatos para formar esa última vida que lleva en el vientre.

—En realidad es una mujer detestable —negó Adrien.

—¿Escuchaste lo que dijo Alison? Parece que maltrata a sus doncellas.

—No te metas en problemas, mi amor, por favor.

—¿Me pides que no haga nada?

—Te pido —le tomó el rostro y la hizo mirarlo—, que seas prudente.

—Mmm… —ella rodó los ojos con una mueca divertida en su rostro —. ¿Prudente? ¿Yo? No me parece conjugable.

—Pridwen, por favor…

—¿Por qué no me dices a dónde has mandado a los *Leones* con tanta urgencia? Sé que no fueron de paseo, algo están haciendo.

—Eso no te concierne de momento —le tocó la nariz—. Vamos, tenemos qué descansar. Mañana se hará el anuncio del nuevo bebé y necesitarás fuerzas para todo lo que se avecinará después.

—¿Dormir? —ella negó con rotundidad—. No, dormir no. En primera porque no tengo nada de sueño y en segunda porque quiero estar contigo.

—Así que es eso —elevó ambas cejas.

—¿Qué te puedo decir? Soy adicta.

—Bien por mí.

La pareja se unió en una caricia tierna y mágica en la que se expresaban el cariño que sentían el uno por el otro. Cuando estaban juntos, nada parecía real, o quizá todo resultaba parte de un sueño, no existía mundo a excepción del que los rodeaba: de aquellos labios que expiraban sonidos embriagadores, los brazos con los que se anclaban a la tierra, los cuerpos que se fusionaban como si hubieran sido creados para estar juntos, todos los besos y cariños que terminaban siendo lánguidos al final de la entrega mutua, quedando dormido en los brazos del otro.

Desde hacía poco que su relación había pasado a ser algo físico, más que nada, que pasó a ser algo amoroso y real. Pero tal parecía que se encontraban en el lugar más inadecuado para vivir ese nuevo cariño, puesto que las eventualidades no dejaban de ocurrir y esa noche no iba a ser diferente, puesto que Alison entró a la habitación de forma presurosa, zarandeando el hombro de su señora entre los brazos de su marido.

—Princesa —susurraba nerviosa—. Princesa debe levantarse.

—¿Alison? —la mujer abrió los ojos—. ¿Qué sucede?

—Mi señora, parece que algo terrible pasó, todo el palacio está de pie.

—¿Pueden hablar por la mañana? —pidió Adrien, pegándose aún más al cuerpo de su esposa—. Esto roza con lo insoportable.

—Lo lamento mi lord, no era mi intensión interrumpir —habló en un nivel de voz normal al estar ambos despiertos—. Pero esto no se

puede postergar, usted debe estar ahí, princesa.

—¿Podrías decirme de qué se trata? —se levantó, cubriendo su cuerpo con la sábana que la rodeaba—. Pásame el negligé.

La doncella corrió presurosa, recogiendo el camisón y negligé de su señora para que se vistiera lo más adecuada que pudiera en esas circunstancias especiales.

—La princesa Agatha desapareció —explicó presurosa, acercando las zapatillas de noche hacia su señora—. Dicen que se escapó con un mozo.

—¿Cómo dices? —Pridwen la miró alterada—. Estás bromeando.

—Temo que no, mi lady.

—Adrien —se volvió hacia su marido y lo movió—. Despierta, en serio tenemos que estar presentes.

—Por favor amor, se habrá ido para acostarse con él —dijo cansado — por la mañana volverá y todo regresará a la normalidad.

—No, mi lord —aseguró Alison—. Le juro, los guardias de las puertas la vieron salir en uno de los coches. Nadie se atrevió a detenerla, pero tenía maletas y también iba con un hombre, uno de los mozos.

Adrien abrió los ojos con fastidio y miró a su esposa.

—¿Por qué es esencial que estemos presentes en esto?

—Porque ella es parte de esta familia de mierda, puede estar muy afectada y si más no recuerdas, el príncipe murió poco después de desaparecer de una forma parecida.

—¿Crees que hay conexión? —Adrien levantó su cuerpo—. ¿Cómo?

—No lo sé, tal parece que los orillaran a tomar esta decisión.

El hombre asintió despacio.

—Eso parece.

Pridwen se puso en pie y esperó a que su esposo se vistiera para salir junto a él hacia el desastre que era el palacio. Demasiadas personas se habían involucrado en la tarea de buscar a la princesa y eso ocasionaba el caos. Era obvio que ya no se encontraba en el palacio, sin embargo, había personas que subían y bajaban las escaleras corriendo, gritando el nombre de la desaparecida.

—¡Lord Collingwood! —Erin se aferró a las piernas de Adrien—. ¡Ha desaparecido Agatha! ¡Se la llevaron!

—O se fue por su cuenta —dijo Edna—. Yo me hubiera ido.

—No seas mala —Cleo empujó a su mayor—. Debió sentirse devastada después de todos esos rumores.

—Claro, la pobre chica perfecta que sufre por unas habladurías — Edna rodó los ojos—. No la enseñaron a ser fuerte.

—Tampoco es su culpa —se introdujo Pridwen—, es duro tener que soportar las críticas de la sociedad, sobre todo cuando se dicen cosas tan terribles como las que inventaron de ella.

—Nadie lo inventó —dijo Erin—. Mamá en serio la hizo hacer cosas feas.

—¿Y tú cómo lo sabes monstruito? —inquirió Adrien.

—Las escuché mientras hablaban —dijo la niña con una sonrisa satisfecha—. Agatha lloraba mucho y decía que no quería hacer algo así, pero mamá le insistía que era lo mejor si era su deseo tener bebés. Después Agatha gritó mucho y lloró mucho más, no sé qué pasó.

Los mayores se miraron con un rostro deformado en el horror, comprendiendo la situación que a la niña de ocho años se le escapó. Pese a que las hermanas no se llevaran bien, no podían imaginar la tortura que debió ser pasar por lo que la reina obligó a su hija predilecta. Todo indicaba que los rumores resultaron ser ciertos y eso terminó por destruir el corazón afectado de Agatha.

—Es horrible —Pridwen se refugió en su marido.

—¿Dónde está el conde Rosensburg? —inquirió Adrien.

—Parece un loco desesperado —dijo Edna—. Está por allá con papá.

—Vamos —indicó Pridwen—, será mejor informarnos. Con lo referente a ustedes tres, lo mejor sería que fueran a dormir.

—Pero queremos saber lo que pasó —Erin golpeó el suelo con el pie.

—Créeme, Erin —Cleo la rodeó con un brazo—. Mañana todo el mundo hablará de esto. Lo mejor es que dejemos de estorbar.

—Yo no estorbo —se indignó Edna.

La pareja se separó del grupo de hermanas cuando las vio subiendo por las escaleras. Confiaban en la prudencia de Cleo para obligar a sus hermanas a encerrarse en sus habitaciones hasta que la desgracia en el palacio llegara a su fin.

En base a indicaciones de los alterados sirvientes, Adrien y Pridwen lograron llegar hasta donde se conglomeraba la familia cercana de la princesa desaparecida. El rey miró con infinita tristeza a su hija mayor y por unos momentos, Pridwen sintió ganas de ir a reconfortarlo, después de todo, estaba perdiendo a otro hijo y ningún padre debía pasar por tanto dolor, ni siquiera podría deseárselo. Aunque para ella nunca hubiera ejercido ese papel, sabía que con el resto de sus hijos no había sido del todo malo, quizá un poco despreocupado de sus vidas, pero no malo.

—Ahí está Ulrik —susurró Adrien, trayéndola de regreso.

—Dios mío, parece un muerto en vida —regresó el rostro hacia su esposo—. Voy a ir con él, quizá sepa algo sobre lo ocurrido.

—¿Estás loca? No te dejaré sola con él.

—Adrien, sé que no es la mejor situación, pero hablará conmigo y si queremos saber lo que ocurre, tengo que ir sola. —Adrien gruñó a lo bajo, volteando la cara para no verla—. Además, estarás cerca.

—Iré a hablar con tu padre.

—Gracias —se levantó sobre las puntas de sus pies y besó sus labios —. Te amo más que a nadie en el mundo, ¿lo sabías?

—Tendrás que recordármelo cuando regresemos a la habitación.

Adrien dio media vuelta y fue hacia el rey, quien lo abrazó y por poco se desmorona sobre él. Pridwen contuvo una sonrisa cuando vio a su esposo conflictuado en aquel cariño, pero supo guardar la compostura y ayudó al rey a tomar asiento para comenzar a hablar con él.

Tomando una larga respiración, Pridwen se acercó hacia la esquina desolada donde el conde Rosensburg se encontraba sentado, con la cabeza presa entre sus manos y los codos sobre sus rodillas.

—Ulrik —le tocó el hombro—. ¿Te encuentras bien?

—Pridwen —levantó el rostro que se veía aún más pálido y demacrado de cerca—. Sabía que vendrías pese a que se trata de Agatha.

—No digas tonterías, ¿Qué fue lo que sucedió?

El hombre deformó sus facciones y volvió a esconder su rostro entre sus manos con desesperación.

—Es mi culpa, lo eché todo a perder.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—La noté extraña desde hace días —apretó sus párpados—. Lloraba todo el tiempo, no me permitía acercarme, de repente gritaba, de repente no se levantaba de la cama… no sé, comencé a enfadarme y dejé de intentar estar y de interesarme en ella. —La miró desolado—. Estaba demasiado ocupado intentando recuperarte a ti, ¡Por Dios! ¡Soy un idiota!

—Estoy de acuerdo en ello, pero ¿qué más pasó?

—No lo sé, un día cuando logré hacerla hablar después de un ataque de histeria, murmuró algo sobre un bebé —frunció la cara—. Algo sobre su madre y un hombre. Pero después tuvo otro episodio y sólo permitió que la abrazara hasta que se quedó dormida.

—¿Un hombre? ¿Mencionó a un hombre?

—Jamás creí en los rumores, lo juro —se justificó—. Sé que Agatha no me engañaría, me quería, lo sé. Ella estaba confundida, seguro por ello sacó el tema a la luz.

—No tuvo que ser una unión consensual —mencionó enojada, mirando hacia la reina—. ¿Dijo algo más?

—¿Te refieres…? —Ulrik se horrorizó—. ¿Una violación?

—Eso creo —asintió—. Lo siento tanto por ella…

—Siempre quiso tener un hijo, de hecho, estaba desesperada por tenerlo —negó con la cabeza—. Sabía que era cosa de la reina por la cual se presionaba de esa forma, quise complacerla, pero nosotros… no pudimos.

—Tampoco ayudó que te volvieras loco cuando llegó otra mujer —

señaló—. Una casada y enamorada de su esposo.

—Estás enamorada ahora —aceptó derrotado—. Pero no lo estabas en un principio. Sé que estuvo mal, pero cuando te vi, todo en mi enloqueció, no pude hacer nada para detenerme. No quería lastimarla.

—Ulrik, ¿la quieres? —le tomó una mano para llamar su atención—. Al menos un poco, ¿la quieres?

—La tengo en gran estima, su amor me reconfortaba y… sí, supongo que le llegué a tener algún cariño.

—Entonces ve a buscarla, deja de pensar por un momento en lo que tu padre quiere que seas, en tu carrera política, en ti mismo. Piensa en ella, sólo por esta única vez deja de lado tus aspiraciones y trata de salvarla, porque estoy segura que no se fue con la intensión de tener una vida mejor.

—¿Piensas que quiere quitarse la vida?

—La han denigrado y rechazado de todas las formas posibles, peor aún, estaba sola, sin nadie que la comprendiera o con quien pudiera hablar.

—Iré por ella —se puso en pie.

—Y Ulrik —ella siguió sus pasos—. Si no quiere volver, no la culparía.

—¿Qué he de hacer entonces?

—Creo que esa pregunta se la tienes que hacer a ella.

El hombre asintió y tomó camino hacia la salida, pero antes de hacerlo, volvió sobre sus pasos, enfrentándose una vez más a Pridwen.

—Tú también deberías tener cuidado, las intrigas de la reina son infinitas, pero no es la única que tiene una mente maquiavélica.

—¿A qué te refieres?

—Trato de advertirte, ten cuidado de ahora en más.

—¿Eso quiere decir que no volverás?

—Como dijiste, primero tengo que encontrar a Agatha —cerró los ojos—. Espero que esté bien.

—Entonces debes darte prisa.

Los ojos de los reyes de Dinamarca siguieron la apurada figura del conde cuando salió de la habitación. Se miraron entre sí con extrañeza y después observaron a la mujer con la que había estado hablando.

—¡Qué fue lo que hiciste insensata! —se acercó la reina.

—Creo que no es una insensatez que el conde vaya a buscar a su esposa —dijo segura—, es el único que podrá reconfortarla después de los traumas que tuvo que soportar.

—¿De qué hablas, Pridwen? —se adelantó el rey.

—Pregúnteselo a su esposa, majestad —entrelazó la mano con la de su marido, quien apareció a su lado al ver a los regentes acercarse a ella. Pridwen miró a la reina con desprecio—. Espero que esté muy feliz, a lo que haya orillado a hacer a Agatha, terminó por destruirla,

imploremos porque siga con vida cuando el señor Rosensburg la encuentre.

—¿De qué está hablando, Siena? —el rey miró a su mujer.

—No tengo idea —dijo a la defensiva—. Jamás haría algo para dañar a una de mis hijas, ¡Jamás! Quiero lo mejor para ellas.

—Es narcisista y ambiciosa, majestad —negó Pridwen—. Espero que no se enfoque en otra de las princesas, porque seguro las destruirá también.

—¡Cómo osas…! —La reina levantó la mano, pero esta fue detenida por el mismo rey—. ¿Cariño?

—Es suficiente por una noche —dijo enojado—. Nos concentraremos en encontrar a Agatha, en nada más.

—No puede hacerle esto a mis nervios, ¡ella quiere que pierda al hijo que llevo en el vientre para asegurar su futuro! —acusó.

—Por favor —Pridwen negó con asco—. Nada podría importarme menos que su hijo ¿comprendió? Me da lo mismo.

—Eso nadie lo cree, querida.

—Basta ya —Adrien tomó la cintura de su esposa y la hizo retroceder, temiendo que de un momento a otro se le echara encima a la reina—. Vamos amor, nada podemos hacer encerrados en una recámara.

—Tienen prohibido salir —ordenó el rey repentinamente.

—¿Disculpa? —Pridwen lo miró sorprendida.

—Lo siento, pero no perderé a otro de mis hijos de esta manera —la voz del rey denotaba una profunda tristeza—. Te encerraré en tu habitación de ser necesario Pridwen, lo siento.

—No puede hacer algo así.

—De hecho, puedo y temo que tendré que hacerlo, porque sé que Adrien te hará segunda en lo que sea que le pidas.

El muchacho asintió sin encontrar fallas en la lógica del rey.

—Puedo ayudar —negó la joven.

—Creo que hay suficientes personas involucradas en esto —volvió a negarse—. La reina necesita descanso y tú sigues siendo mi heredera hasta que algo cambie, así que necesitas protección, esas personas podrían beneficiarse de este desastre para atacarnos.

—El rey tiene razón —aceptó Adrien, tolerando la mirada indignada de su esposa—. Tampoco te lo permitiré Pridwen, lo siento.

—Quizá no me di cuenta, pero ¿en qué momento les pedí permiso?

—¡Guardias! —gritó el rey—. Escolten a la princesa hasta su alcoba. Cuidarán las puertas, ella no puede salir de ahí hasta nuevo aviso.

Pridwen apretó los puños, pero no le quedó otra opción más que obedecer, porque su marido la había traicionado y se mostraba de acuerdo con la imposición del rey. Salió molesta de esa habitación, incluso se obstinó a no hablar con su esposo, el cual parecía encontrar

su actitud como algo risible, puesto que no dejaba de sonreír.

—Te estás ganando un buen golpe, Adrien —advirtió.

—Me arriesgaré.

—Pridwen, Adrien —los interceptó el señor Nielsen—. Me alegra saber que ustedes están bien.

—¿Quién no lo está?

—¿Es que no lo saben? —el hombre los miró con extrañeza—. Pensé que esa era la razón de que estuvieran levantados.

—Agatha se escapó esta noche —informó Pridwen—. ¿Qué sucedió?

—Fue masivo en esta ocasión —dijo el hombre—. Por lo menos tres de ellos están muertos y dos más están siendo tratados.

—¿De qué habla señor Nielsen? —inquirió Adrien.

—De los envenenados —señaló con obviedad—. Estaban celebrando el embarazo de la reina en su salón privado cuando de pronto algunos invitados comenzaron a sentirse mal.

—¿La reina sabe de esto?

—Me temo que se había ido a recostar hace tiempo —negó Nielsen — y con esto que me dicen ustedes, supongo que no ha podido prestar atención, pero es obvio que la persona esperaba matarla a ella.

—¿A la reina? —Pridwen frunció el ceño en desconcierto—. ¿Por qué?

—Quizá porque piensan que tiene al heredero —comprendió Adrien —. Creo que de quien se quieren deshacer no es del rey, sino de la reina y toda su descendencia, pero ¿por qué?

—Son crueles serpientes —dijo el señor Nielsen—. No me sorprendería que los quisieran fuera de la jugada.

—La mayoría son sólo unas niñas —negó Pridwen—. Cleo incluso me parece alguien bondadosa y amigable.

—Eso no importa, porque el pueblo piensa que, al tener poder, se convertirán en su madre. Esa déspota y despilfarradora mujer.

Adrien elevó una ceja, sus ojos afilados fijos en el hombre frente a él.

—Tal parece que usted está de acuerdo.

El señor Nielsen lo miró por largos momentos, después dejó salir suaves y entrecortadas risas de incredulidad.

—¿Sospechas de mí?

—Para este momento, de cualquiera.

El hombre le quitó importancia a la acusación para enfocarse en la joven que permanecía callada, sumida en sus pensamientos, tratando de procesar la información que acababa de escuchar.

—En todo caso, es liberador saber que no están en contra tuya Pridwen, no sabes lo asustado que estaba de pensarlo, no podría permitirme que algo te pasara, no le podía hacer eso a tu madre.

—Señor Nielsen, creo que la reina necesitará un chequeo de

urgencia —ignoró el cariño en las palabras del señor Nielsen—. Si buscaban hacerle daño y pusieron algo en las bebidas o la comida, la reina debió ingerir algo mientras estuvo en compañía de los celebrantes.

—Tiene sentido —asintió el señor Nielsen—. Informaré en seguida.

Adrien siguió los pasos del hombre con una mirada llena de sospechas.

—No me agrada ese hombre.

—Es extraño, pero creo que también es sincero cuando habla de querer protegerme por una deuda con mi madre —suspiró—. Después de todo, es su hermano y no pudo protegerla a ella —miró a su esposo —. Creo que puedes comprender lo que siente, ¿verdad?

—No trates de voltearme la situación.

—Era justo mencionarlo —dijo divertida—. Vamos.

Se sentía como una niña, enviada a su habitación cuando se comportaba mal. En el pasado, a nadie le interesó su educación, mucho menos su seguridad y ahora, que era una mujer adulta, casada y con la posibilidad de llevar la corona de un país, repentinamente todos se sentían con derechos a amonestarla y encerrarla.

—No te molestes, mi amor.

—Claro que estoy molesta —caminaba de un lado a otro—. No puedo creer que tenga que estar aquí encerrada cuando están sucediendo tantas cosas, simplemente es inaudito.

—La situación es preocupante y no me puedo arriesgar a perderte.

Ella ladeó la cabeza hacia él. Sus palabras eran dulces, pero no reconfortantes, no cuando quería hacer tantas cosas.

—Adrien, no puedes mantenerme entre nubes todo el día —colocó una mano gentil en su mejilla y lo acarició con su pulgar—. Sólo por las noches.

—Es de noche —se inclinó de hombros.

—Sabes a lo que me refiero.

—¿No puedes ser paciente y esperar? —se exasperó—. Nada puedes hacer, no puedes ir gritando por Copenhague el nombre de tu hermana, porque es lo que ya están haciendo otros muchos.

—Quisiera sentirme útil.

—Entonces ponte a pensar en lo que está sucediendo y por qué.

—Sé por qué, parece que quieren deshacerse de la reina, hasta cierto punto lo comprendo, porque es una tirana, pero tiene que ser alguien demasiado confiado e inteligente como para no haber sido capturado —ella se llevó una mano a la barbilla—, sin mencionar lo cerca que está.

—Hemos rotado al personal de los palacios innumerables veces, incluso despidieron y contrataron gente y todo sigue igual.

—Si es alguien de la clase trabajadora, esto sólo habrá

incrementado su enojo hacia nosotros.

—¡Princesa! ¡Princesa! —se volvió a oír el grito de Alison, pero se detuvo y fue remplazado por un reclamo—. ¡Ay, dejen pasar! ¿Qué no ven que tengo noticias importantes para la princesa?

—Alison —Pridwen abrió la puerta—. Pasa por favor, ¿qué noticias hay?

—La encontraron, princesa —dijo emocionada—. La princesa Agatha regresó a palacio junto con el señor Ulrik.

—¡Oh! —Pridwen juntó sus manos y las colocó sobre sus labios con emoción—. ¿Escuchaste Adrien? Eso es muy bueno.

—Podrá decirnos lo que pasó —asintió el hombre.

—¡Eso no, desalmado! —la sonrisa iluminada de Pridwen se volvió hacia su doncella—. ¿Cómo se encuentra?

—Oh, princesa, ella no dice palabra, el señor Rosensburg ha pedido a todos que los dejen en paz, se encerraron en sus habitaciones y de ahí nadie sabe más nada.

—Por lo menos están bien —se tocó el pecho, aliviada.

—Ya puede descansar en paz, mi señora, es usted tan buena.

—No lo suficiente —le tomó las manos—. Mañana no vengas temprano, no creo que nadie sea capaz de despertarse.

—¿Segura, princesa?

—Tranquila, tampoco pienso levantarme.

Pridwen giró enérgicamente hacia su marido con una cara de súplica que él rechazó en seguida con un movimiento de cabeza.

—Ni siquiera lo pienses.

—Quiero saber cómo está.

—No. Ellos tienen que estar juntos y tú —le tocó la nariz—. A la cama.

—¿Cómo si fuera una niña pequeña?

—No, te necesito como una mujer adulta —sonrió malvado y la colocó sobre su hombro—. Vamos a la cama, maldita mujer testaruda.

—¡Ay! ¡Adrien! —soltó una carcajada—. ¡Basta!

Pese a que cayeron rendidos en cuanto tocaron la cama, Pridwen no pudo evitar sentirse feliz por el amor en el que vivía, pero también por la noticia de que habían recuperado a Agatha.

Capítulo 34

Desde aquella noche, la salud de la reina se deterioró notoriamente cuando se dio cuenta que su hija, pese a que regresó al palacio, su alma no lo hizo con ella. Para decepción de Adrien y tristeza de Pridwen, la princesa Agatha se negaba a hablar, su mente parecía perdida y sus ojos eran dos pozos vacíos sin sentimiento alguno. Pasaba sus días sentada frente a una ventana que daba al jardín con una expresión ausente, no respondía a ningún estímulo, no comía y apenas bebía.

Agatha rechazaba a todo ser viviente con el látigo de su silencio, al único que admitía a su lado era a su marido, quien a duras penas la mantenía con vida. Por primera vez se mostraba diligente con el cuidado de su esposa, era una lástima que tardara tanto tiempo en darse cuenta lo mucho que le importaba. Incluso se imponía y la protegía de la reina, a quien no soportaba y si se acercaba, Agatha gritaba y se retorcía, desesperada hasta que la hacían salir de la recámara.

—¿Cómo sigue?

Pridwen era otra de las personas que solía visitar constantemente a la mujer que todos daban por perdida desde hace tiempo.

—Amaneció tranquila. —La sonrisa de Ulrik era cansada—. Creo que puedo dejar que te acerques un poco, aunque dudo que consigas de ella lo que deseas oír Pridwen, lo siento.

—No vengo por eso.

—Sé que no, pero en tu interior quieres saber si hay algo de lo que sucedió ese día que pueda esclarecer la situación de las muertes que se han suscitado en el palacio.

No pudo evitar sentirse feliz, aunque fuera en una circunstancia tan desalentadora. Veía a Ulrik preocupado y hasta cierto punto, totalmente entregado en que su esposa recuperara la salud.

—Quizá lo mejor sería que ustedes se marcharan de palacio.

—Lo he pensado también, pero ella no me dice si lo desea o no.

—Alejarse de la reina le haría bien a cualquiera —bromeó Pridwen, tocando el hombro de su cuñado y entrando a la habitación de su hermana.

La princesa heredera tomó el camino conocido por la habitación hasta la silla frente a la ventana, dónde a su hermana le gustaba sentarse. Le tomó la mano y se acuclilló junto a ella, esperando llamarle la atención.

—Hola, Agatha —le apretó los dedos—. ¿Cómo te encuentras el día de hoy? Espero que mejor, te he traído tu postre favorito, al menos es lo que dicen en las cocinas que te gusta comer.

La entristecida mujer no se movió, ni siquiera hizo el intento por voltear o siquiera apartar la mano de la de Pridwen.

—Me enteré también que te gustaba dar paseos por el bosque, ¿no tienes ganas de que el señor Rosensburg te llevé a dar un paseo? —Ulrik se acercó en medio del silencio, quedándose a una distancia prudencial por si necesitaba intervenir para tranquilizar a su esposa—. Entiendo, a mí tampoco me ha apetecido vagar por ese lugar últimamente, sobre todo porque Edna mandó traer esos ruidosos animales nuevos y bueno, la verdad es que tengo que ir con Cleo a una reunión de los marginados, no sé qué le parecerá a la reina nuestra idea, pero sé que Edna está disfrutando molestarla y Erin la enloquece por sus berrinches ocasionados por los celos hacia el nuevo bebé.

Pridwen se sintió sobrecogida cuando de pronto la mirada afilada de la mujer se encontró sobre ella, apretándole la mano con energía.

—Ulrik… —Pridwen no volvió la vista hacia el hombre, pero sabía que se acercó lo suficiente para ver lo que ocurría—. ¿Qué sucede Agatha? ¿Qué te llamó la atención en lo que dije?

Ella permaneció en silencio por un largo rato, sus ojos del color del oro estaban clavados en la expresión sincera de la hermana que siempre despreció. El rostro que había permanecido sin expresión hasta entonces, frunció ligeramente el ceño y entreabrió los labios resecos.

—Yo también quiero molestarla —dijo al fin.

—Por Dios —Ulrik sonrió abiertamente y se adelantó hacia su esposa, tomando su rostro entre sus manos e inclinándola para besar su frente—. Agatha, ¿Quieres comer algo? ¿Qué quieres? Te traeré lo que quieras.

Ella negó suavemente y habló con voz rasposa.

—Sólo té. Comeré el postre que me trajo Pridwen.

—Bien, pediré el té —dijo ansioso, besándole nuevamente la cabeza —. Vuelvo en seguida, quédate tranquila.

El hombre salió con dirección al despacho real con intensión de pasar las buenas noticias al preocupado rey, quien creía que perdió a su hija porque ya no tenía fuerzas para vivir. Pero tras ese asombroso momento, Ulrik tenía la esperanza de que Agatha resurgiera, que de alguna parte volviera a nacer, de sus cenizas quizá, como un fénix.

La mirada entristecida de la *Princesa Perfecta* siguió los pasos de su marido con un brillo de extrañeza.

—¿Cuánto tiempo durará esta nueva actitud? —suspiró—. Me siento mal que se aferre a mí por la culpa. Al mismo tiempo, no creo que pueda dejarlo ir por mi cuenta, tendrá que irse él.

—Es su decisión, Agatha.

—¿Y si vuelve a lo de antes? Quizá ya se haya dado por vencido

contigo, pero se puede enamorar de otra y de otra, porque a mí no me quiere.

—Ahora no te concentres en esas cosas —negó Pridwen, tomando nuevamente sus manos—. Has despertado de tu letargo y él está feliz por ello. De hecho, desde que te trajo a casa, jamás se separó de ti, ni un segundo, tú… ¿lo recuerdas?

Ella meneó suavemente la cabeza.

—Nada. Es como si todos estos días estuvieran borrosos para mí.

—En realidad… fueron meses.

—¿Meses? —preguntó sorprendida—. El tiempo es algo relativo a la vida y creo que yo morí por un buen tiempo.

—¿Y qué me dices? —Pridwen ladeó la cabeza—. ¿Tienes algún propósito ahora que has renacido?

—No lo sé.

—Al menos sé que no te dejarás manejar por la reina nuevamente.

—Claro que no —la voz de Agatha se volvió dura y afilada—. Jamás le perdonaré lo que me hizo, la odio, quisiera que…

—No envenenes tu corazón con la venganza Agatha, enfócate en ti, en tu matrimonio, en hacer las cosas bien.

—Quiero hacer las cosas bien —asintió la mujer y se acomodó en la silla con una expresión de dolor, como si sus músculos se hubiesen atrofiado por permanecer en la misma posición—. La reina tiene un informante.

—¿Qué? —Pridwen se puso en pie—. ¿De qué hablas?

—Sí, los vigila a ustedes todo el tiempo.

—Pero… no puede ser, ¿qué es lo que quiere?

—Creo que es bastante obvio.

—Pero si quisiera hacerme daño, entonces ya lo habría hecho.

—No te has embarazado hasta ahora Pridwen —levantó las cejas—. En cuanto eso ocurra, todo su plan se arruina.

—Pero la reina está embarazada.

—Lo sé. —El cuerpo de Agatha se tensó y su voz se llenó de odio—. No puedo creer que a ella… mientras que yo…

—No pienses en eso, aún eres muy joven para afirmar algo.

—Deberías irte —aconsejó—. Gracias por venir, supongo que no es la primera vez que lo haces.

Pridwen bajó la cabeza.

—Me siento mal por no ser más unidas.

—No nos dieron mucha oportunidad de tomar esa decisión.

—¿Y qué me dices ahora?

—¿Por qué eres tan buena? —frunció el ceño con fastidio—. Te hice la vida imposible, te robé al amor de tu vida, provoqué que te desterraran.

—Éramos unas niñas —le quitó importancia—, ambas queríamos

agradar a las personas que eran nuestros padres. Pero creo que las mujeres debemos mantenernos unidas. Estoy cansada que me digan que siempre estamos unas contra otras, que nos odiamos o envidiamos. ¿No te gustaría cambiar la opinión general?

—¿Por eso me ayudas?

—Claro —le tomó los hombros—. Y porque somos hermanas.

—Eres una persona extraña.

—Todos tenemos rarezas que debemos potencializar —le guiñó un ojo. Se alejó, dispuesta a marcharse, pero antes de salir se giró—. ¡Ah! Y no te robaste al amor de mi vida, de hecho, me facilitaste encontrarlo.

Agatha no se volvió hacia su hermana, pero sonrió por ella. Quería pensar igual, quería ayudar a las mujeres que sufrieron alguna clase de abuso, ya fuera por un hombre o cualquier otra persona, en su caso, su propia madre la orilló a las mayores atrocidades de su vida.

—¿Agatha? —la voz de su marido la hizo volver el rostro.

—Ulrik —sonrió cansada—. Creo que es mi turno de dirigir mi vida.

—¿Estoy incluido en ese plan?

—No lo sé, supongo que no es mi decisión.

—Quiero arreglar las cosas —se acercó hasta ella y le tomó las manos, llevándoselas a los labios—. Sé que no he sido el mejor esposo, pero creo que el matrimonio es para toda la vida y, si queremos, puede funcionar.

—¿En serio lo crees? —ladeó la cabeza—. Amas a otra mujer.

—Cuando vi a Pridwen, fue como retroceder en el tiempo, sentí como si me hubieran quitado todas mis decisiones y de alguna forma me frustré y quise poner un remedio estúpido al sentimiento —negó —. No sé si se puede decir que la amo, le tengo un gran cariño y me parece una persona extraordinaria, pero creo que en gran parte sólo quería sentir que ella me quería, que no me olvidó. Un orgullo estúpido y malentendido.

—Es más de lo que sentiste conmigo.

—No. Cuando estaba contigo, sentía paz, tranquilidad y cariño. No son emociones muy relacionadas al amor acelerado y juvenil; pero creo que sí a la felicidad —la miró suplicante, apretando sus manos—. ¿Podemos darle una segunda oportunidad a nuestro matrimonio?

—¿Qué pasa si llega otra persona que te acelere el corazón?

—No lo hará.

—Me lo dirás si llega ¿verdad? Encontraremos una solución.

—También me gustaría saberlo si es que tú cambias de opinión o tu corazón se tambalea por otra persona, porque en parte yo fui un capricho al que te aferraste, tampoco se le puede llamar amor.

—Supongo que no —bajó la cabeza—. Es una relación demasiado catastrófica a mi parecer.

—Creo que puede funcionar —Ulrik entrecerró los ojos.

—Si lo crees posible —la mujer se volvió hacia la ventana.

—No permitiré que nadie te vuelva a hacer daño Agatha, lo prometo, jamás quise que sufrieras y creo que eso te consta.

—Pridwen corre peligro con mi madre.

—Dudo que su marido permita que algo le pase —quitó importancia —. Cada uno nos enfocaremos en nuestra propia vida.

—Quiero hacer algo de la mía. —Sus ojos mostraban determinación —. Es mi deseo ayudar a las personas que sufrieron lo mismo que yo.

—Encontraremos la forma.

—Algo me dice que tendré que irme lejos de este palacio para ser feliz.

Ulrik asintió sereno.

—Si ese es tu deseo, nos retiraremos de la corte —aseguró—. La propiedad de los Rosensburg suele estar desocupada, mi padre prefiere vivir en Helsinge, así que estaríamos solos.

—Supongo que vendrías de vez en cuando a palacio.

—Cuando me llamen —asintió—. Pero no es necesario que vengas.

—¿Qué pasa si no puedo tener hijos? —lo miró preocupada—. Mi madre… ella intentó que quedara embarazada de otras formas.

—No hablemos de eso —le quitó importancia—. Si es algo que nos tenga que suceder, será y si no, no pasa nada.

—¿No estarás decepcionado?

—Mmm… no, no lo estaré, encontraremos cosas en las qué ocuparnos.

Ella sonrió lánguidamente y estiró los brazos hacia él. Ulrik se acercó casi con prisa, rodeándola con sus brazos en medio de un suspiro de alivio de verla recuperar la consciencia, hablando, incluso sonriendo. Cerró los ojos con fuerza, se sentía tan culpable de haberla dejado sola, de orillarla a querer perderla vida. No podía permitirse dejarla a la deriva nuevamente, la haría feliz, lucharía cada día para que ella se recuperara.

Por su parte, Pridwen corrió hasta los jardines, lugar dónde le indicaron que se encontraba su marido. Ella lo vio desde lejos, aún sobre la montura del hermoso corcel que de vez en cuando tomaba prestado para dar largos paseos por el bosque, dónde solía encontrarse con Edna.

—¡Adrien! —le gritó aún en su carrera, levantando la mano para ser vista por él mientras que con la otra sostenía su sombrero—. ¡Adrien!

Asustado por la reacción de su esposa, el hombre se deslizó de su montura cuando el caballo seguía a trote, cayendo limpiamente sobre sus pies y tomándola en brazos cuando ella se le echó encima.

—¿Qué ocurre? —la revisó con la mirada—. ¿Estás bien?

—¡Despertó, Adrien, despertó!

—¿Quién despertó? —dijo ansioso—. Amor, será mejor que me expliques antes de que me dé un colapso mental.

—Todo está bien —tranquilizó divertida, tocando el pecho que seguía subiendo y bajando irregular—. Me refiero a Agatha, al fin despertó de su sopor, habló conmigo y todo.

—Me da gusto —parpadeó pasmado—. ¿Qué te dijo?

Ella quitó la sonrisa, convirtiendo su boca en una fina línea.

—Esto no te va a gustar.

—Supuse que no —la tomó por el codo para dirigirla hacia una banca en el jardín—. Dime lo que te dijo.

—Tal parece que la reina nos tiene vigilados, ella me habló de un espía. Creo que tiene comendado actuar si es que yo quedo embarazada.

—Ah —le quitó importancia—. Sí, ya lo sabía.

—Disculpa, ¿qué?

—Desde hace tiempo sospecho de una persona, más bien de varias —suspiró—. Aunque para el espía de la reina solo hay una posible opción.

—¿Y no lo compartiste conmigo?

—Quiero estar seguro antes de inculpar a alguien.

—Soy tu esposa, tengo derecho a saberlo.

—Por ahora no —le apretó la nariz—. ¿A qué hora te reunirás con Cleo?

Pridwen volvió la cabeza en un movimiento rápido y recriminatorio.

—Pensé que ambos lo haríamos.

—No puedo, tengo unas cosas qué hacer.

—¿Más secretos?

—Te los contaré cuando sea preciso hacerlo, por el momento, tienes cosas más importantes en las qué pensar —deslizó una mano por su cintura y la obligó a dar brinquitos para quedar más cerca de él—. Promete que te cuidarás, no hagas nada tonto o atrabancado.

—Pareciera que no me conoces de nada.

—Promételo.

—Lo intentaré —rodó los ojos—. Pero si quieres asegurarte de algo, lo mejor sería que vinieras conmigo.

—En serio no puedo, quisiera acompañarte, pero no puedo.

—Bien —se puso en pie—. Espero que esos asuntos importantes merezcan la pena para no estar junto a tu esposa.

—Imagina cuan importantes son para que sacrifique estar contigo.

Ella se inclinó hacia él para apretar sus labios con una mano.

—Deja de marearme con esas palabras dulces —lo soltó y después lo besó—. Nos vemos en un rato, avisa a Alison dónde estarás por si me desocupo antes de tiempo ¿de acuerdo?

—Te amo.

Pridwen se detuvo en seco, giró sobre sus pies, mirándolo con curiosidad en su rostro.

—También te amo, pero nunca me lo habías dicho así.

—Me pareció pertinente hacerlo.

—Adrien, si algo te preocupa…

Él meneó la cabeza en una negación.

—Todo está bien, anda.

La joven se mostró dubitativa, pero al final avanzó para alejarse de su marido. Algo en él parecía extraño, quizá más preocupado de lo normal. Era obvio que algo descubrió, algo además de la identidad del espía. Un extraño estremecimiento la hizo sentir un tanto enferma e instintivamente se volvió hacia dónde dejó a su marido, pero él ya no se encontraba ahí.

Quizá era parte de su imaginación, si Adrien tenía un problema, no tardaría en comunicárselo, estaba segura de ello o al menos era lo que esperaba. No quería que viviera infeliz y todo lo que podía hacer por él era tratar de escucharlo cuando no estuviera del todo cómodo. Adrien siempre estaba para ayudarla, pero se sentía totalmente inútil cuando se trataba de ayudarlo a él. Cerró los ojos. Le preguntaría al volver.

Palacio real de Amalienborg

Bosques circundantes El corcel que Adrien solía montar se había acostumbrado a los largos paseos que hacía ese hombre. Gustaba de internarse en las profundidades del bosque hasta encontrarse con la cabaña de Edna. En ocasiones estaba presente, en otras, las luces estaban apagadas y los animales inquietos, por alguna razón, cuando Edna no estaba, se volvían locos y formaban una orquesta insoportable de sonidos.

—Adrien.

El hombre se volvió con rapidez debido a la inseguridad del bosque.

—¿Alguien los vio?

—No hasta ahora —dijo Lance—. ¿Qué tal van las cosas en palacio?

—Empeorando —negó Adrien—. Temo por ella, ya van dos ocasiones en las que sentí que iba a perderla.

—¿A razón de qué? —North se cruzó de brazos.

—Esa muchacha, la tal Alison —negó—. No puedo creer que sea ella, pero ahora estoy seguro, todo parece encajar.

—¿Qué ha querido hacerle a Pridwen? —se alteró Nil.

—El té que le lleva contiene algo —negó Adrien—. No es veneno porque lo probé, pero ha de ser algún método para prevenir el embarazo.

—¿Desde hace cuánto te diste cuenta que se lo da? —Declan mostró su preocupación—. En dosis prolongadas el daño podría ser irreparable.

—Comenzó a dárselo cuando iniciamos una vida marital —explicó Adrien—. Antes de eso también la mantenía vigilada, nunca permití que Pridwen probara nada por las mañanas, lo tiraba antes de que despertara o la presionaba para salir para que no alcanzara a probar bocado.

—¿Qué lo confirmó? —preguntó Lance.

—La noche en la que Agatha se escapó de palacio la vi hablando con la reina. Desde antes tenía mis sospechas de que ella tramaba algo, aunque no sabía que estaba coludida con la reina.

—Al menos te percataste —North le tocó un hombro, tratando de reconfortarlo—. ¿Qué me dices de Pridwen?

—Seguro que ni siquiera lo sospecha —dijo Nil—, esa chica confiaría hasta en una gárgola si esta le dice que es buena.

—Pridwen tiene un buen corazón —asintió Lance—. ¿Qué es lo que harás? ¿Qué me dices de la información que recaudamos?

—Encontremos primero a esa mujer de la que escucharon —pidió Adrien a lo que sus amigos asintieron, tomando camino—. Yo me encargaré de Alison. Y chicos —los hombres se detuvieron para regresar la mirada hacia él—. Tengan cuidado.

—Tranquilo —Nil lo rodeó con su brazo—. Sabemos cuidarnos el trasero y si no, North nos sacará del aprieto.

—No siempre puedo hacer eso —negó el mencionado.

—¿Qué? —Lance saltó—. Si no me proteges, yo no voy.

—Déjense de tonterías —rio Declan—. Cuídate, Adrien y cuida de ella.

Adrien asintió y fue hasta el caballo que seguía pastando por el lugar, pero antes de subir, vio a la princesa Edna llegar, aunque en esa ocasión lo hizo de una forma extraña, casi como si se escondiera de algo o alguien. Frunció el ceño, amarró al caballo y caminó hacia la cabaña donde en tantas ocasiones la había visto cuidar de los animales, pero ahora que lo notaba, algunos de ellos habían desaparecido de un día para otro.

Caminó despacio, esperando escuchar algo en el interior, Edna solía hablar en voz alta, quizá lo hiciera con los animales, pero no dejaba de ser extraño. Por mucho que la visitaba, ella jamás lo había dejado entrar a su cabaña, ni siquiera asomarse por las ventanas, aunque estas estuvieran usualmente cubiertas por espesas cortinas; pero no lo estaban cuando ella estaba en el interior y por esa razón fue capaz de verla caminar de un lado a otro, moviendo frascos, tomando extraños animales rastreros con sus manos cubiertas por guantes protectores para encerrarlos en sus jaulas. Se veía en un estado enojado, quizá un poco frenético.

Adrien tocó la pared de madera un par de veces, anunciando así su llegada. La princesa dio un brinco y dejó caer un pomo de vidrio. Maldijo a lo bajo, pero no lo recogió, sino que salió de la cabaña para encontrarse con el caballero que le resultaba cada vez más familiar.

—Hola, lord Collingwood —limpió sus ojos con su brazo debido a que aún tenía los guantes puestos—. Lamento esto.

—¿Qué te ocurre?

—Lo siento —miró a su alrededor con tristeza—. Lo que pasa es que han desaparecido algunos de mis animales y eso me pone triste.

—Noté que faltaban, pero ¿tienes una idea de por qué?

—No lo sé —volvió a limpiar sus lágrimas—. Quizá sea mi madre, que intenta deshacerse de mi cabaña y mis animales desde hace años.

—Lo siento Edna, ¿Cómo puedo ayudar?

—No hay nada qué hacer —hizo un puchero y se dejó caer en el suelo con desesperación—. No se preocupe por mí, ya encontraré la forma de vengarme por esto, ¡Agh! ¡La odio!

—Seguro que la reina lo hace pensando en su bien.

—Ella sólo piensa en sí misma —rodó los ojos—. Ahora que está embarazada de nuevo, seguro estará conjurando al mismo diablo para que salga el heredero que tanto ansía para quedar en el poder. Quizá así nos deje de hacer la vida miserable a mí y a mis hermanas.

—Lamento que las haga sentir de esa manera.

—Me alegra que Pridwen y tú estén aquí —sinceró—. Serán buenos

para el trono, si es que llegan a ello, claro.

—No nos adelantemos.

—Con madre en el camino, no es bueno asegurar nada en lo absoluto.

—Claro, pero al menos no todo está perdido, supongo que escuchaste sobre la princesa Agatha, tal parece que recuperó la consciencia.

—Sí —Edna no mostró mucha felicidad—. Me enteré.

—Ustedes nunca se llevaron muy bien ¿verdad?

—Ahora resulta que todos se compadecen de ella —rodó los ojos—, parece que han olvidado que antes de ser una víctima era una maldita.

—Parece haber sufrido mucho.

—Y eso no la limitaba en arremeter contra nosotras.

—Ese tipo de presiones a veces son difíciles de sobrellevar.

—¿Ve? —apuntó hacia él—. Ya la compadece. Si yo le contara todo lo que le hizo a Pridwen vería como su enojo se encarnecía.

Adrien dejó salir una pequeña risa antes de tender su mano para ayudar a Edna a levantarse. Sin embargo, la chica miró la palma extendida, cerró los ojos y se puso en pie por sí misma.

—¿Está todo bien? —se extrañó el hombre.

—Claro, pero puedo levantarme sola del fango —sonrió divertida—. Deberías estar con Pridwen, no la confiaría tanto a Cleo.

—¿Y eso por qué?

—Es engañosa —dijo la muchacha—. Parece buena e indefensa al ser tartamuda, pero la verdad es que tiene una sombra parecida a la de madre.

—¿Dices que tiene malas intenciones?

—A saber, todos en este lugar tienen otras intensiones, no hay persona que no oculte algo detrás de sus caras bonitas y sonrisas amigables.

—Pareces despreciar este lugar.

—Estoy esperando el momento para irme, para poder ser libre.

—Espero que llegue pronto.

—Tranquilo —lo empujó con el codo—. Lo hará. Ahora vete, seguro que Pridwen estará esperando por ti, de hecho, creo que Alison te buscaba.

—¿Conoces a la doncella de mi mujer?

—Pues sí —dijo desinteresada—. Es muy comunicativa y me divierte que parece no entender del todo las normas del castillo, es refrescante.

—Seguro que sabe ganarse a la gente.

—Le es fácil —asintió—. Me agrada ¿y a ti?

—Me mete en problemas con mi esposa —sonrió—. Pero no está mal.

—Las doncellas son un poco intrigantes, aunque lo dudo en Alison.

—Sí —Adrien miró hacia el cielo—. Ese tipo de personas no suelen dar una mala impresión, pasan desapercibidas.

—Eso mismo digo yo —asintió la joven, acariciando un ave exótica.

—Bueno, princesa Edna, espero que encuentre sus animales.

—Y yo también.

Adrien tomó las riendas de su caballo, despidiéndose de la joven con una sonrisa antes de partir de regreso al palacio, con la intensión de enfrentar al espía de la reina.

Capítulo 35

Residencia de la Princesa Heredera **D**esmontó frente al palacio que fuera entregado a su esposa al momento de convertirse en heredera de las tierras de Dinamarca. No solían estar en esa residencia a petición del rey, pero si le preguntaban a Adrien, la prefería, no sólo porque le agradaba más la decoración de esa propiedad, sino por la soledad y autonomía que se lograba sentir al estar lejos de encontrarte con cualquier otro miembro de la realeza, a menos que fueran invitados especiales de ellos.

—¡Oh, mi lord! —una sonriente Alison se acercó con su usual montón de papeles que indicaban en dónde estaría Pridwen a cada hora del día—. Al fin llega, la princesa me advirtió que vendría eventualmente. Tome esto, le hará feliz que la ayude con la reunión, está llevándose a cabo en el salón que se parece a al color de un escarabajo.

Adrien leyó en silencio las notas de la doncella, se notaba que había puesto esmero en ellas y, si no se equivocaba, estaba seguro que le gustaba su trabajo, incluso que le agradaba Pridwen.

—Agradezco tu dedicación a la princesa —la miró con cautela—. Aunque me desagrada que jueguen con ella.

—¿De qué habla, mi lord? —inquirió distraída, rayando una parte de la hoja y colocando una nota al lado.

—Hablo de su amistad con la reina, señorita Alison de Estados Unidos.

—¿Qué? —la doncella levantó una mirada nerviosa—. ¿De qué habla?

—Supongo que no lo sabe, pero resulta que yo tengo una hermana que se casó con un hombre que creció en esas tierras —se acercó a la joven, intimidándola con su fiera mirada—, conozco muy bien el acento y resulta que el tuyo no se le parece ni un poco. ¿De dónde eres en verdad? Supongo que de los pueblos vecinos, porque estoy casi seguro de que eres danesa, aunque tu inglés es bastante bueno.

—No, mi lord, no sé de qué me habla —dio pasos preventivos hacia atrás—. Debo confesar que me está asustando.

—Para este momento sabrás lo suficiente sobre mí como para saber que soy muy poco tolerante, de hecho, no añadieron paciencia a mi carácter —dio otro paso hacia ella— y resulta que soy incontrolable cuando intentan tocar o amenazar a alguien a quien amo.

—Jamás haría nada en contra de ustedes.

—Supongo que me crees idiota, de hecho, es más que obvio que eso piensas, de otra forma por qué harías algo tan estúpido como envenenar a mi esposa para que no tuviera hijos —elevó una ceja—. ¿Miento?

—Mi lord —dijo sin aire—. Yo nunca…

—Será mejor que pares de mentir, y he de decirte que ella no

ingirió ninguno de tus tés —la recorrió con la mirada—. ¿Cómo te atreviste? Ella confiaba en ti, te protegió, incluso te quiere.

—Yo también la aprecio.

—Vaya forma de demostrarlo.

—Mi lord —cubrió su rostro con las manos—. Le juro que jamás quise… ni siquiera decía todo lo que sabía, nunca le informé la verdad. Sí, le serví el té un par de veces, pero me arrepentía y lo cambiaba, lo hacía, se lo juro.

—Son abortivos, imagino yo.

La muchacha asintió en silencio, con lágrimas en los ojos.

—Usted lo supo desde un principio —comprendió la joven—. Por eso decía tantas cosas importantes enfrente de mí, quería saber qué tanto decía a la reina ¿no es cierto?

—Te di el beneficio de la duda, supe que no eras norteamericana desde el inicio, pero tu mentira podía no ser tan retorcida, entiendo lo que es querer salir de la pobreza, pero esto… —negó—. Esto no lo acepto.

—Pero entonces sabrá que no los traicioné al completo —limpió sus lágrimas, adelantándose con un rayo de esperanza—. Sabe que no dije mucho de lo que ustedes hablaban pese a que lo escuchaba.

—Pero otro tanto si lo dijiste.

—Es verdad y me arrepiento, en serio lo hago —tembló de pies a cabeza cuando la mirada verdosa del caballero se endureció aún más —. ¿Le dirá a la princesa Pridwen?

—¿Tú qué crees?

—Por favor, no le dé ese disgusto —bajó la cabeza—. Ella no debe sufrir disgustos en estos momentos.

—Dudo que esto pueda remediarse, tienes que tener tu castigo.

—El tener que irme es un castigo enorme, mi lord —bajó la cabeza, desmoralizada—. Antes de esto yo era… no me justifica, es verdad, pero fui feliz junto a la princesa Pridwen, los quise mucho a ambos.

—Me cuesta creerlo.

—No le diga esto ahora, ella le tiene buenas noticias, no lo arruine.

—¿Y qué sugieres que haga?

—Permita que le dé una excusa tonta antes de irme, algo así como que me enamoré de alguien y me fugaré.

—No me parece que te vayas como si nada.

—Haré lo que usted me diga —negó—. Pero que ella piense eso.

—¿Qué fue lo último que le dijiste a la reina?

—Nada —dijo apenada—. Tonterías como que se llevaban bien con el resto de las princesas, ella está interesada en ponerlos a todos en su contra, pero las personas en las que confiaba son las que han estado muriendo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, la gente que ha salido envenenada con esa magia rara son los allegados a la reina, personas que la apoyaban.

—¿Todos ellos?

—Sí. Desde los sirvientes hasta los nobles.

—Los doctores han sido incapaces de saber el veneno que termina con sus vidas ¿no es cierto?

—La reina tiene mucho miedo —asintió Alison.

—Dime Alison, ¿sabes si la reina está realmente embarazada?

—Hasta donde sé, así es —asintió—. Aunque dudo que sea del rey.

—Sí, pienso lo mismo.

El hombre olvidó por unos momentos la molestia que sentía hacia la joven frente a él, ensimismándose en sus pensamientos.

—¿Mi lord? —Adrien volvió a clavar su mirada en ella—. ¿Qué he de hacer entonces? ¿Cuáles son sus órdenes?

—Dirás a la princesa lo que has dicho —ordenó—. Después irás al hotel Nimb, ¿sabes dónde es?

—Lo conozco —asintió.

—Preguntarás por el señor Dankworth, él te recibirá.

—¿Qué me harán?

—Por el momento, te mantendrán alejada de mi esposa. —La miró con dudas en sus ojos—. Lo que hagas a partir de ahora definirá tu futuro, te recomiendo que no desobedezcas.

—Comprendo bien, mi lord, iré a donde me ha mandado.

—Espero que así sea Alison, o me harás pensar aún peor de ti.

—Le aseguro, mi lord, que es lo último que quiero.

—¡Adrien!

Pridwen sonrió abiertamente cuando lo vio al final del pasillo junto con su asistente. Le hubiera encantado salir corriendo a su encuentro y echarse a sus brazos para besarlo, pero el séquito de personas especialmente entusiastas que venían detrás de ella la encadenaron a una buena conducta, en la cual no podía extralimitar su entusiasmo por ver al hombre con el que se había casado.

—Será mejor que te vayas —susurró hacia la doncella.

—Sí, mi lord, avisaré a la señora que me iré cuando la ayude para el cambio de ropas de la cena.

—Me parece bien. Ahora vete.

Alison se inclinó ante el indulgente hombre, escabulléndose de la presencia de su señora antes de que esta pudiese hacerle preguntas.

—¿A dónde va Alison? —levantó los brazos para rodear el cuello de su marido—. Parecía apurada, ¿la has reñido de nuevo?

—Hola, mi amor —ignoró Adrien, besando furtivamente los labios de su esposa—. Veo que la reunión ha salido tal y como esperabas.

Pridwen volvió el rostro hacia el grupo de personas que seguía discutiendo las generalidades de los puntos tratados en la reunión.

Reparando más que nada en Cleo, quien tenía una presencia y credibilidad no sólo entre las personas del pueblo, sino muchos nobles.

—Creo que mejor de lo que pensé —se volvió hacia él—, la verdad es que Cleo ha sido de mucha ayuda. Gracias a ti por encontrarla y traerla a mí.

—Fueron más casualidades que otra cosa.

Ella hizo un puchero que buscaba ser un rezongo, pero terminaba siendo algo muy dulce ante los ojos de su esposo. Parecía alegre, quizá un poco fuera de sí, notorio sobre todo por la forma en la que era incapaz de dejar de tocarlo, incluso parecía querer besarlo con desesperación, pero se limitaba debido a que las personas seguían aglomeradas a sus espaldas.

—Quiero hablar contigo cuanto antes —le susurró, jalando la piel bajo su barbilla con cariño—, es algo muy importante.

—¿En serio? —Adrien sonrió. Había podido dilucidar las noticias de su esposa por las palabras de Alison, desde hacía tiempo lo sospechaba, pero aquello fue la confirmación que necesitaba—. ¿Al menos puedo saber respecto a qué son estas noticias?

—No —ella bajó la cabeza un poco sonrojada—. Al menos, no aquí.

Hubiera querido besarla en ese mismo momento, hacerla sentir segura y partícipe de su propia felicidad, pero no podía, debía resistir un poco.

—¿Cuándo entonces?

—¿Tienes tiempo de ir a la habitación ahora?

—No veo por qué no.

Pridwen no logró contener un pequeño brinquito, lo tomó de la mano y lo encaminó hacia las escaleras. Estaba claro que pretendía decírselo ahí, en el palacio que jamás habían utilizado debido a las exigencias del rey.

—Lamento tener que retirarme —se excusó cuando las miradas se posaron en ella—, pero los dejo en las capaces manos de mi hermana, quien dirigirá el desayuno que se ha preparado para ustedes.

Los hombres y mujeres se mostraron agradecidos, pero el rostro de Cleo develó que no estaba tan contenta con aquella encomienda. Pridwen se vio en la forzosa necesidad de soltar la mano de su esposo para ir hacia ella y susurrar palabras alentadoras en el oído de la princesa más reservada que Adrien hubiese conocido. Cuando la vio sonreír, supo que su esposa había conseguido su objetivo.

—Vamos, amor —regresó hasta él—, no puedo contenerme más.

—Puedo notarlo —sonrió, permitiendo que lo jalara por las escaleras.

Pridwen prácticamente lo aventó al interior de una habitación, encerrándolos en el interior. Si no fuera porque conocía esa extraña

sonrisa que casi le abarcaba todo el rostro, Adrien podría haber pensado que su esposa era una lunática y quería hacerle daño.

—¡Oh, Adrien! —brincoteó en su lugar—. No sé cómo decírtelo.

—No me digas —se cruzó de brazos y se recostó en la pared con una sonrisa divertida—, descubriste que se te está cayendo el cabello.

—¡Qué! —ella se tocó la cabeza con preocupación.

—O quizá que esos vestidos te empiezan a dejar de quedar.

—¿Me veo mal? —bajó la mirada hacia sí misma.

—Probablemente sea por todas las golosinas que has querido comer últimamente antes de ir a dormir —elevó una ceja—. Comer en exceso es lo que te hace vomitar en las mañanas, eso seguro.

—¡Claro que no! ¡Es porque estoy embarazada, gran tonto!

Adrien la tomó en brazos y la besó.

—Lo sé, mi amor, lo sé.

—¿Lo sabías? —ella ladeó la cabeza, después, lo golpeó con las palmas abiertas sobre el pecho—. ¡Claro que lo sabías!

Adrien se echó a reír, jalándola de regreso cada vez que ella trataba de separarse de sus brazos, enfurecida momentáneamente. Sabía que no duraría eternamente, pero le causaba gracia que pudiera mantenerse cuando era notorio que lo único que quería hacer era demostrar el cariño que la inundaba y la enloquecía desde que confirmaron su estado.

—Ya, deja de fingir —la abrazó con fuerza—. ¿Ya te revisaron?

—Sí. El doctor Skov dice que estamos en perfecta salud.

—Nadie más lo sabe, ¿verdad? —la miró inquisitivo, con una ceja levantada—. Recuerda que fue lo que acordamos.

—Bueno… supongo que Alison se dio cuenta.

—De ahora en más, no quiero que digas nada sobre esto.

Adrien se preocupó, esa mujer bien pudo haberle dicho a la reina las noticias antes de que la enfrentara. Si así era, su esposa corría aún más peligro que antes. No quería arruinarle ese momento alegre, pero era su responsabilidad cuidar de ella.

—Es que… —ella agachó la cabeza— ¿no te agradó la noticia?

—Oh, mi vida, me has malentendido —la tomó de la cintura para pegarla a su cuerpo—. No puedo estar más feliz que en este momento, pero no puedo dejar de preocuparme por ustedes.

—Lo sé —asintió suavemente—, pero quisiera poderlo gritar a los cuatro vientos, brincar y llorar como sólo lo haría una pareja que se ama y ve ese amor dando frutos.

—Quizá tendremos que ser más discretos, pero las emociones no se irán por ello —le tomó el rostro con una ternura que sacó un suspiro de los labios de su esposa—. Te amo tanto, que creo enloquecer y el que tengas a nuestro hijo en el vientre, simplemente me derrite a tus pies.

—¿Qué vamos a hacer para protegerlo? —se tocó el vientre—. La verdad es que yo también tengo miedo.

—Tú no te preocupes por nada, me encargaré de ello.

—Me gustaría que me contaras —lo miró pesarosa—. Créeme que puedo deducir en lo que estás trabajando y no deja de preocuparme, no quiero que te arriesgues de más, te quiero a mi lado.

—Jamás haría algo que pudiera hacer que me separaran de ti.

—Dime entonces, ¿cómo puedo ayudarte?

—Mmm… —movió las manos que mantenía en las caderas de su esposa, haciéndola bailotear sin su consentimiento—. Quisiera que comieras bien y que durmieras aún mejor. También podrías descansar de vez en cuando y tratar de no estar con personas que te hagan enojar.

—Adrien —sonrió encantadora—, lo digo en serio.

—Y yo también —la besó—. Lo único que quiero es que lleves un embarazo tranquilo y feliz. Aunque dudo que sea sencillo en este lugar.

—Sí —bajó la cabeza—. A veces me gustaría que todo terminara, que regresáramos a Inglaterra y criáramos a nuestro bebé lejos de esto.

—Tranquila —le acarició la mejilla—. Todo estará bien.

Ella asintió un poco dubitativa, pero compuso una sonrisa.

—¿Podemos festejar?

—Creo que es lo que corresponde en un momento de felicidad.

—¿Me besarás?

—Naturalmente —asintió.

—¿Y haremos el amor?

—¿Ahora? —miró hacia la luz solar que dejaba pasar la ventana—. Creo que alguien podría notar nuestra ausencia, mi amor, ¿estás segura?

—Claro que lo estoy —lo envolvió con sus brazos—. Será la primera vez que lo haremos en nuestra casa, la que deberíamos ocupar al menos.

Los ojos de Adrien brillaron con entusiasmo ante la idea.

—Me parece bien.

Fue ella quien lo tomó de la mano, dirigiéndolo hacia la cama con dosel mientras sonreía, reía y coqueteaba con su esposo mientras se deshacía del peinado que Alison le había hecho para llevar durante el día. Se detuvo cuando sintió el colchón contra la parte de atrás de sus piernas, ocupándose en quitar la corbata de su marido, desabrochar sus botones y dejarlo al descubierto ante ella.

—Siempre me gustó verte sin camisa —se sonrojó—. Me gustaba imaginar que tenía la libertad de tocarte, aunque jamás lo creí posible.

Él mantenía los ojos cerrados, disfrutando de las revolturas de su

interior al escucharla decir esas palabras, aún más cuando sintió los dedos suaves acariciando su torso con tal devoción que le provocaba escalofríos. Cuando abrió los ojos, Pridwen se sintió debilitada por la abrasadora sensación de sentirse un conejillo frente a un experimentado cazador.

Adrien se agachó, tomó una de las piernas de su esposa y la hizo rodearle las caderas mientras él la mantenía estable con su otra mano, pegándola a su cuerpo, besando sus labios con necesidad, con agresividad.

—Recuerda… —ella suspiró contra sus labios—, el bebé.

—Lo sé, lo sé —Adrien cerró los ojos, tratando de controlarse—. No debiste provocarme de esa manera.

—Apenas y dije algo.

—Fue suficiente.

La recostó sobre la cama con cuidado, acomodándose sobre ella dulcemente mientras regaba besos por las partes expuestas de su cuerpo.

—¿No piensas quitarme la ropa?

—En serio Pridwen, me vas a volver loco si continúas así.

Ella soltó una vivaz carcajada, estiró sus brazos para lograr pasarlos alrededor del cuello de su marido, atrayéndolo hasta sus labios, desperdigando pequeños y dulces besos por su rostro.

—Lo siento, es que en serio quiero estar contigo.

—No creo que más que yo.

Adrien no podía imaginarse casado con otra persona, la forma en la que compaginaban, en la que se amaban y comprendían, era única y posiblemente no podría encontrarla en ninguna otra persona. No pensó que llegaría el día en el que agradecería la imposición que hizo en su vida. Prácticamente se metió en ella a la fuerza, ahora comprendía que había sido el destino jugando a su favor.

—Te amo Adrien, es algo que no puedo controlar —dijo abrazada a su cuerpo, relajada y feliz—. A veces pienso que estoy soñando, que en realidad no me amas, que sigues furioso conmigo.

El hombre sonrió dulcemente, apretando el cuerpo de su esposa con el brazo que la rodeaba, desperdigando besos en su coronilla.

—A veces, yo tampoco puedo creer lo mucho que te amo —bajó la cabeza para mirarla—, pero sólo hace falta que te vea caminando por algún lado o que me mires, o que sonrías para darme cuenta que de ti depende toda mi felicidad. Jamás creí que pudiera sentir algo así.

—Yo sabía que te terminarías enamorando de mí —dijo jactanciosa.

—Seguro que conjuraste a todas las divinidades para ello.

—No seas vanidoso, apenas tuve que chasquear los dedos y caíste redondito hasta mis pies.

—Seguro que sí —sonrió—. Ven, acomódate bien, me estás

encajando tus huesos en el costado.

—Durará poco tiempo, estos huesos serán remplazados por un vientre prominente, quizá no pueda ni acostarme sobre ti.

—Entonces, me libraré por un tiempo de tu saliva.

Los ojos de color turquesa se entrecerraron con molestia.

—¿Buscas hacerme enojar?

—Sólo un poco, me gusta ver tu cara compungida.

—Seguro que sí.

Se recostó sobre él, aunque lo hizo tomando en cuenta la petición de su marido y buscó la forma de no incomodarlo. Adrien cerró los ojos, relajándose al sentir el corazón de su esposa palpitando muy cerca del suyo. Acariciando su espalda suave y fresca con sus ásperos dedos, resultó ser uno de los placeres que descubrió a lo largo de las noches en las que se hizo rutina hacerle el amor.

—Adrien —levantó su cabeza para lograr mirar a su marido a los ojos—. ¿De qué discutías con Alison? No me ignores —le tomó el rostro cuando él trató de evadirla—. Sé que no era una charla alegre, lo noté por la forma en la que salió corriendo cuando me vio.

—Tenía cosas qué hacer.

—Siempre has sido un mal mentiroso Adrien.

—Cariño, ¿Podrías confiar en mí?

—Te podría hacer la misma pregunta. —Adrien dejó salir un profundo suspiro, incitándola a recostarse de nuevo sobre su pecho, esperando que la sesión de preguntas acabara—. No dejaré el tema, mi cabeza no lo olvidará, por mucho sueño que tenga ahora.

—Entonces duerme, el bebé lo necesita y tú también. —Ella abrió la boca para protestar, pero la interrumpió antes de que pudiera reclamarle de nuevo—. Por favor amor, dijiste que querías ayudarme y yo te dije la manera de hacerlo —la apretó contra sí—. Duerme.

—Adrien…

—En serio Pridwen, me vas a volver loco.

—No es de eso —ella mordió sus labios—. Tú eres mellizo, ¿cierto?

Al comprender la razón oculta tras la pregunta, Adrien no pudo más que echarse a reír descaradamente, provocando que su esposa lo golpeara.

—Esperemos que no sea en tu primer embarazo.

—¡Oh, no! —sufrió—. En serio no me agradaría que fueran dos por uno.

—Tranquila, lo harás bien de cualquier forma.

—Eso lo dices porque tú no vas a parirlos.

—De acuerdo, fui idiota por hablar, pero me temo que nada puedo hacer para remediar la situación en caso de que lo fueran.

—Tampoco es como que lo odie, pero me da miedo.

—Yo estoy en pánico sin importar que sean uno o dos.

—¿Por qué?

Adrien levantó la mirada hacia el techo, imaginando el día en que diera a luz a su hijo y que algo resultara mal.

—No soportaría perderte, Pridwen.

—¿Lo dices por los riesgos del parto? —Adrien no contestó, así que trató de tranquilizarlo—. Se nota que no sabes lo terca que soy. Soy como una mala hierba, no morimos fácilmente.

Adrien haría lo que fuera con tal de que no le pasara nada a su mujer, incluso si las cosas se complicaban... él no dudaría en elegir salvarla a ella.

Residencia del Rey Pasaban de las doce de la noche cuando la reina se sentó en su cama con un fuerte dolor en el vientre. Desesperada al comprender lo que sucedía, la mujer apretó los labios y cerró los ojos para intentar controlar el dolor que le producía estar perdiendo a su hijo. Era imposible, en todos sus años de casada jamás experimentó un aborto y ahora que esperaba por ello con un deseo desmedido, su cuerpo decidía expulsar voluntariamente al niño en su vientre.

Incapaz de contenerse por más tiempo, dejó salir un grito desolador que intentó contener, pero fue lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de sus doncellas, quienes dormían a escasos metros de la habitación a petición del rey. Se sabía que el embarazo de la reina era riesgoso debido a la edad y la salud que había estado manejando, por lo cual, cuando las doncellas entraron, encontrándola retorciéndose de dolor, no lo encontraron como algo sorprendente y simplemente actuaron en beneficio de hacer menos espantoso el proceso.

—No lo digan a nadie —suplicaba la reina mientras expulsaba al bebé de su vientre—. Por favor, no lo digan.

—Majestad, no debe preocuparse por eso.

Las mujeres se arremolinaron alrededor de la reina y tomaron el pequeño cadáver cuando este salió en su totalidad.

—¿Qué era? Díganme que era una niña, oh, por favor.

—Era un varón, majestad, cómo lo siento —dijo la mujer que había recibido al pequeño—. ¿Desea ponerle nombre?

La reina movió la mano con desprecio, deseando que la pesadilla terminara de una vez, que despertara y su estómago siguiera hinchándose con el pasar de los días, ahora con la certeza de tener un heredero en el vientre, podría deshacerse de esa horrible mujer que llegó a querer ocupar su lugar, que ponía a todos en su contra. La deseaba lejos y su hijo la ayudaría con sus propósitos.

—Se llamará Reginald —se escuchó la voz del rey—, que lo entierren a primera hora de la mañana, no deseo a nadie presente.

—Cómo usted ordene, su majestad —se inclinaron las doncellas.

—Oh, esposo —la reina lloró—. Tengo a su heredero, a fin lo tengo.

—Lo siento, Siena —el rey cerró los ojos—. No debes preocuparte por eso ahora, intenta descansar.

—¿Cómo podría descansar cuando me encuentro tan feliz?

El rey frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien Siena?

—Estará conmocionada, padre.

El hombre se volvió hacia la voz modulada de su hija. Agatha siempre fue una mujer ejemplar, clasificada como perfecta. Desde su niñez supo comportarse a la altura de una princesa, más que nada,

una adulta responsable, delicada y dedicada a sus tareas; pero era desdichada, el rey casi podía asegurar que nunca tuvo un momento de sincera felicidad.

Pese a que tenía la completa devoción de su madre, Agatha no disfrutaba de la vida, más bien, la veía como un constante combate en el cual tenía que salir vencedora. Sus hermanas pudieron tener menos atenciones, pero al menos el rey las escuchó reír en varias ocasiones, enfocándose en hacer lo que les placía, aunque eso tuviera consecuencias. Agatha jamás tuvo la oportunidad de equivocarse, siquiera de descubrirse.

—Hija mía —estiró un brazo—. ¿Cómo te sientes?

—Mejora ahora que nos has brindado el permiso para irnos.

—Ulrik se mostró intransigente en mi intento por disuadirlo.

—Me alegro que lo fuera —cerró los ojos tranquilamente—. Alejarme de este lugar me hará bien, ya verás.

—Lo que sea que necesites hija, yo lo proporcionaré.

—Por ahora sólo quiero paz —Agatha miró a la reina— y unos minutos con mi madre para despedirme.

—¿Estarás bien? —dudó el rey—. Me habían informado que reaccionabas muy mal cuando la veías.

—Tranquilo, me encuentro mejor que nunca.

El rey se acercó hasta su hija para colocarle un beso en la frente. Esperaba que esa separación fuera lo correcto y Ulrik lograra hacerla feliz como le aseguró mientras le pedía permiso para retirarse indefinidamente de la corte. Sólo él sabía lo mucho que podían beneficiarse dos almas en pena para sanar de alguna forma el vacío que ellos mismos dejaron.

Agatha esperó hasta que la puerta de la recámara estuvo cerrada para caminar hacia la cama, donde la reina seguía llorando sin prestar demasiada atención a la persona que le hacía compañía, abrumada y entristecida con la situación, pasó por alto que su hija más amada la había ido a visitar después de tanto tiempo en el que se negó a verla.

—Madre.

La reina apartó el pañuelo de sus ojos y se volvió hacia la figura estilizada que era su hija mayor. A pesar de que no se veía en las mejores condiciones de salud, su belleza seguía siendo resaltable.

—Oh, mi querida Agatha, has venido a verme en estos momentos de dolor —la miró con el ceño fruncido—. ¿Qué haces vestida así cuando es de noche? Deberías estar en camisón ¿dónde está tu marido?

—Nos vamos en unas horas, él está dormido, pero la emoción me impide continuar en la cama.

—¿Cómo que se van? ¿Qué no ves que es fundamental que te quedes? —la reina la miró sin comprender—. He perdido al hijo varón, lo cual quiere decir que esa mocosa es la línea directa otra vez.

—Y así debe ser —asintió—. Me alegra mucho por el pueblo, Pridwen será una buena reina cuando llegue su tiempo.

—No puedes estar hablando en serio.

—Más que nunca —dictaminó—. ¿Sabías que fue a visitarme todos los días? Fue diligente en mis cuidados y fue gracias a ella que desperté.

—¿Qué no ves que quiere quitarte a tu marido?

—Ella mandó a mi marido a rescatarme.

—Simplemente es increíble, mi propia hija traicionándome.

—Es tú culpa que todas las personas al final estén en tu contra madre —le dijo con dolor—. Nos utilizas a todos para tus fines egoístas. Yo ya me cansé, de hecho, jamás te perdonaré lo que me hiciste.

—Por favor, no me irás a decir que es por esa tontería que te has roto en mil pedazos —chasqueó la lengua con desprecio—. La historia está repleta de mujeres que tuvieron qué hacer lo mismo para darle un heredero a su marido infértil.

—Yo no tenía ninguna prisa por ello y creo que Ulrik tampoco.

—Eso dicen, pero la realidad es otra.

—¡Permitiste que me violara! —le gritó—. ¡Incluso lo presenciaste!

—No te dejaría sola con él, tampoco quería que te hiciera daño.

—¿Hacerme daño? —ella soltó una risa incrédula y limpió la lagrima que se resbaló por su mejilla—. Eres increíble.

—¿Por qué me reclamas? ¿Por querer asegurar tu futuro?

—Querías asegurar el tuyo —echó en cara—. Jamás me lo preguntaste.

—Eres una malagradecida, eso es lo que eres.

—Sabes mamá, creo que esto es un castigo para ambas —dijo después de un momento de reflexión—. El que yo no pueda darle hijos al hombre que le arrebaté a Pridwen y el que tú perdieras al tuyo es muestra de que todo en esta vida se paga, nosotras estamos pagando.

—Tonterías.

—Deberías reflexionarlo y quizá cambiar un poco.

—Espero que la que tome consciencia seas tú, es impensable que le dejes el camino despejado a esa… usurpadora.

—Con suerte madre, no volveré a verte la cara.

La reina la miró con dolor y por alguna razón, cuando su hija salió de esa habitación, supo que también la había perdido para siempre. No volvería a ver a Agatha, su tan adorada niña la abandonó, nuevamente a causa de la hija de esa mujer a la que todos amaban aún en su muerte.

Cuando la mayor de las hijas de la reina salió de la habitación de su madre, un gran peso se fue de su pecho, por primera vez en su vida se sintió libre, podía tomar las riendas de su propio destino ya fuera

junto a Ulrik o lejos de él. De lo que estaba segura era de que jamás volvería, no quería ser reina incluso aunque no hubiese nadie más para tomar su lugar.

—Agatha, por Dios —Ulrik corrió hacia ella y la abrazó con fuerza, casi temblando—. ¿Por qué sales de la cama sin avisar? ¿Estás bien?

—Tranquilo, no pasa nada.

—Deberías estar descansando, nos iremos en unas horas.

Agatha sonrió y por primera vez, se sintió un poco feliz.

Capítulo 36

Copenhague, Dinamarca

Palacio real de Amalienborg

Habían pasado un par de meses desde que se hizo el anuncio del aborto espontáneo de la reina, así como la partida de uno de los nobles más importantes del país junto con su esposa, la princesa Agatha. Pese a que la noticia de que un niño no naciera era causa de tristeza, los adeptos a que la princesa Pridwen subiera al trono se mostraron en paz al saber la noticia, sobre todo cuando su elegida no pudo esconder por más tiempo su embarazo, el cual muchos predecían como múltiple debido al crecimiento anormal del vientre.

Y es que la princesa hacía todo bien, con el tiempo logró ganarse no sólo a los nobles en la corte, quienes la encontraban divertida y refrescante, sino que también logró ganarse el favor de los parlamentarios y gobernadores, quienes aseguraban que su ingenio y entereza lograría llevarlos a un buen futuro y posición en Europa. Y como si fuera poco, sus constantes ayudas a los necesitados, la construcción de hospicios, hospitales y asilos, su dedicación hacia los despreciados de las zonas marginales, el decremento de impuestos y crecimiento de oportunidades de trabajo aseguraron su posición, así como el cariño que algún día le dieron a su madre, la reina Ailén.

—Parece que todo está saliendo conforme al plan —aseguró el señor Nielsen quien se encontraba sentado en el jardín, desde dónde podía contemplar a la princesa Pridwen en una reunión con su padre y su marido.

—Ella no se rendirá.

—¿Se refiere a la reina?

—Está más enojada que nunca y el hecho de que la princesa Pridwen está embarazada es aún peor.

—Tenemos precauciones con respecto a ello —aseguró el señor Nielsen—. Su marido tampoco deja cabos sueltos. Se la llevó a vivir al palacio que les correspondía y esos hombres que están siempre con ellos parecen perros guardianes en lugar de personas.

—Los he visto, están investigando.

—¿Cree que nos ponga en riesgo?

—Seguro que sí. De hecho, tengo entendido que al fin dieron con la dirección de esa mujer.

—¿En serio? —el hombre se volvió con impresión—. Vaya que son diligentes, nosotros lo intentamos por meses.

—Saben que está en peligro la vida de su amiga.

—¿Y usted piensa que la muerte del príncipe fue obra de la reina?

—No —cerró los ojos—. Pese a que es una mala persona, sus creencias no le permitirían una atrocidad parecida, quizá ni siquiera se le ocurriría por temor a ser condenada en la otra vida.

—¿Entonces?

—Tengo a alguien más en mente, aunque no puedo creerlo.

—¿Desea compartirlo?

—Me temo que no, es mejor que nadie sepa, últimamente no sé en quién confiar y creo que lord Collingwood y su grupo están igual.

—¿Es por eso que no ha revelado sus intenciones de ayudar?

—No confiarían en mí, sería un sospechoso más, de hecho, estoy seguro de que estoy en su lista de posibilidades.

—Seguro que cosas se esclarecerán cuando esa mujer sea encontrada.

—Si la encuentran primero —asintió—. Tienen que darse prisa.

El señor Nielsen asintió despacio, sintiendo el aire otoñal golpeando contra su rostro. Estaba llegando la hora de retirarse, pero prefería dejar todo afianzado antes de partir hacia un viaje largo y placentero en el cual esperaba que su vida se fuera lenta e indoloramente.

—¿Qué sabe sobre el despido de esta muchacha, la doncella de la princesa Pridwen? —inquirió el hombre.

—Sé que lord Collingwood la descubrió —dijo sin más—. Creo que la pobre Pridwen sufrió mucho cuando se enteró de la verdad, se le vio llorando por los rincones cuando de repente lo olvidaba y la llamaba.

—Es una mujer sensible, eso me preocupa.

—A mí no. Creo que eso la hará mejor para el trono, se necesita corazón además de cerebro para dirigir un país y no dejarse dominar por los hombres que la rodearán.

—La tiene en alta estima.

—Por esa razón la traje hasta aquí ¿o no?

—Fue arriesgado, he de aceptar.

—Su apoyo fue fundamental para lograrlo, así que lo agradezco.

—Siempre he confiado en sus instintos, aunque de repente me parecen un tanto temerarios, normalmente salen bien.

—Tomaré eso como un cumplido —dejó salir una risa entre dientes.

—Siempre lo es.

—Bien —se puso en pie—. Tengo cosas que hacer, espero que, si sabe algo sobre la mujer que llevamos buscando, me informe en seguida.

—Dudo que me entere antes que usted.

—Tendremos que tener vigilado el palacio de la princesa de ahora en más —indicó—. No debemos dejar pasar la oportunidad de hablar con ella antes de que ellos lo hagan.

—¿Por qué?

—Por si necesito salvar a alguien.

—¿Cree que se lo merecería? —el señor Nielsen se puso en pie—. Esa persona sería el asesino indirecto del príncipe.

—Eso es asunto mío, señor Nielsen.

—Sí, lo lamento —se inclinó.

En todos sus años de vida, el señor Nielsen no había conocido carácter parecido y que infundiera tanto miedo y respeto. Sin dudas no cuestionaría ni una palabra de esa boca terminante ni tampoco se atrevería a ser adversario de esos ojos afilados, curtidos con los golpes de la vida, haciéndolos duros e intransigentes.

Aunque en esa ocasión, el señor Nielsen se veía obligado a confiar ciegamente, pese a que no estuviera de acuerdo en la impunidad que deseaba darle al asesino del príncipe, no era nadie para ir en contra de tan inteligente planificador.

Cuando vio que la princesa Pridwen abandonaba el despacho del rey, el señor Nielsen vio su oportunidad de acercarse, aunque era un movimiento temerario, puesto que su marido estaría presente y sabía que, desde su primera conversación, él no había cambiado su percepción hacia su persona. En cierta parte le alegraba, porque quería decir que estaba en desacuerdo con lo que le pidió en aquella ocasión, pero le gustaría que no desconfiara tanto de él para poder acercarse a su sobrina.

—Princesa, ¿tiene un momento?

—Oh, señor Nielsen —la mujer se volvió con una sonrisa—. Por supuesto, supongo que es sobre el asunto de los impuestos ¿cierto?

En ese momento, Adrien se acercó hasta ellos, tomando con delicadeza el codo de su esposa para alejarla ligeramente del hombre.

—Pridwen, tengo que irme, preferiría…

—Tranquilo, lord Collingwood, no planeo quitarle mucho tiempo a la princesa, comprendo bien su preocupación frente a un embarazo.

—Mi esposo exagera, señor Nielsen, tengo muy pocos meses de embarazo y apenas recuerdo que lo estoy —sonrió, tocando el pecho de su marido para relajarlo—. Estaré con usted si me permite unos momentos.

El señor Nielsen dio unos pasos atrás, dando el espacio que la pareja necesitaba para tener su pequeña discusión en la que finalmente la princesa salió triunfal. Sin duda alguna había heredado el carácter de su hermana, siempre determinada a ganar y normalmente tenía la astucia o las artimañas para lograrlo. En ese caso, era obvio que controlaba a su esposo con el dedo meñique, le agradaba saber que había encontrado a alguien que la amara de esa forma incondicional.

—No puedes seguir haciendo esto Adrien, en serio.

—Me preocupo por ti, ya que tú no lo haces.

—Sería demasiada preocupación para una sola persona.

—Dos —puntualizó—. Son dos.

—O quizá tres, pero mientras este dentro de mí, todo estará bien ¿sí? —lo miró suplicante—. Vamos, promete no sobrepasarte.

—Lo haré si prometes lo mismo.

—Es un trato —se levantó en las puntas de sus pies y le besó la

mejilla, girándose rápidamente hacia el señor Nilsen quien la esperaba —. Vamos, señor, ¿sobre qué se ha quejado el parlamento en estos días?

Adrien vio marchar a su mujer con ese hombre que poco lo convencía de ser buena persona. No importaba qué tanto fingiera estar de su lado, tenía la sensación de que ocultaba algo, aunque siendo justo, todos en ese maldito palacio parecían esconder algo. Le gustaría poder tomar a su esposa y llevársela lejos, tal y como había hecho Ulrik con su mujer, de quienes Pridwen escuchó muy buenas noticias últimamente.

—Lord Collingwood —la voz del rey lo detuvo en su proceso de salida del palacio—. Espero que pueda concederme unos momentos.

Hubiera contestado que no a cualquier otra persona que no fuera el rey. Aunque la duda en sus movimientos corporales delató su verdadero sentir, el regente ignoró sus ojos y simplemente escuchó la afirmación que salió de los labios de su yerno.

Ingresaron al despacho nuevamente y el hombre de mayor edad cerró la puerta, esperando tener un poco de privacidad en ese palacio lleno de gente entrometida que complicaba las situaciones de por sí difíciles.

—Quiero hablarle sobre la reina y mi preocupación por mi hija.

—Supongo que habla de mi esposa, porque de tratarse de otra de las princesas, temo decirle que no es de mi mayor interés.

—Eres franco como siempre, un tanto insolente pero no deja de agradarme —sonrió el hombre—. Sí, hablo de Pridwen.

—Bien, porque siendo sincero, los intentos de la reina por molestarla me comienzan a fastidiar al punto de no poder contenerme, por más que la princesa me lo suplique.

—Sé que ha hecho gala de un gran acopio de paciencia, no es algo que lo caracterice, mi lord, y se lo agradezco —el rey miró hacia la ventana que daba a la plaza del palacio—. Mi esposa está perturbada, ensoñada con la idea de que alguno de sus hijos subirá al trono.

—Debería poder controlar sus deseos que la impulsan hacia el mal.

—Siena sería incapaz de matar, pese a lo que piense.

—Para este momento no confiaría en la cordura de nadie en este lugar.

El rey asintió levemente.

—Supongo que desearías poder llevártela de aquí.

—Por sobre todas las cosas, estoy cansado de verla sufrir ataques que llegan desde todos los frentes, al menos aquí en la corte.

—La reina aún tiene adeptos fieles, a pesar de los intentos de ese malhechor de asesinar a la gran mayoría.

—¿Por qué no ha movido ni un dedo en encontrarlo?

—De alguna forma me pareció una manera de expurgar el palacio.

—Es un riesgo demasiado grande, no sabe contra quién será el ataque final, a menos que sea usted quien los dirige.

—¿Incluso sospechas de mí?

—No descartaría ninguna posibilidad.

—Por mucho que lo dude, lord Collingwood, amo a mi hija.

—¿Desterrándola?

—Creo que fue lo mejor que pude hacer por su vida —asintió—. Para este momento, es obsoleto que mencione el odio de mi esposa hacia ella, conforme crecía en belleza y gracia, era más peligroso. —El hombre suspiró cansado—. Pridwen se parece demasiado a mi primera esposa, la mujer que en verdad amé. Es verdad que me era difícil verla, pero me fue más doloroso no verla, eso se lo aseguro.

—Nunca se lo hizo saber, se sintió despreciada.

—Soy consciente de ello, pero crecí con la educación de resguardar mis sentimientos, de mostrar entereza y ecuanimidad ante cualquier situación.

—Ella lo necesitaba.

—Y todo un país también. —Adrien cerró la boca al no poder refutar esa afirmación—. Sé que no lo comprendes, pero lo único que me interesaba era su bienestar, hice bien en mandarla lejos.

—¿Qué ocurría cuando ella estaba aquí?

—Era usualmente saboteada, pero comencé a preocuparme cuando caía enferma con regularidad.

—Supongo que no era de causas naturales.

—No —dijo en un susurro pesaroso—. Los médicos me lo advirtieron, no quería creerlo, mucho menos quería pensar que la reina era capaz de ello —cerró los ojos—. Me preocupa más ahora que está esperando, quisiera que estuviera segura en algún lugar, y dudo que sea el palacio.

—Podría llevármela a Londres, pero dudo que acepte cuando tiene tantos compromisos aquí.

—Sí, lo supuse.

—¿Ha hablado de ello con la reina?

—Por supuesto, le dejé en claro mi posición, la heredera será Pridwen a partir de ahora y pase lo que pase.

—Eso la habrá molestado.

—Creo que hasta cierto punto sabe que no podrá concebir, además perdió a su hija predilecta y con las demás no tiene relación. Está sola.

—La vuelve peligrosa.

—Por eso quería hablar con usted sobre ello, supongo que está tomando precauciones sobre su seguridad, pero quiero saber en qué puedo ayudar, ¿qué necesita?

—Siendo sincero, pese a que la reina no es alguien a quien le tenga mucho afecto, dudo que sea ella la culpable de los envenenamientos.

—¿Es que sabe algo?

—Tengo los ojos puestos en ello, por el momento podría ayudarme poniendo vigilancia a Pridwen, sobre todo cuando no esté yo con ella.

—Dalo por hecho, aunque no creo que le agrade.

—En estos momentos, poco me importa su opinión.

El rey asintió conforme, al menos tenía un hombre a su lado con el suficiente carácter como para imponérsele, aunque fuera ella una reina. Con eso solucionado, Adrien partió hacia su destino inicial, entrando al palacio Brockdorff para encontrarse con sus amigos.

—¡Adrien! Al fin llegas cabrón —se acercó Nil—. Sabemos dónde vive.

—Bien, vayamos allá.

—No sólo eso, Alison logró hacérsela amiga —informó Lance—. Pero me temo que no querrá hablar con nosotros, mucho menos contigo.

—¿Por qué no querría? —Adrien frunció el ceño—. Debería estar agradecida de que no la matara cuando me enteré de su traicionero actuar.

—No Alison, aunque está muy arrepentida —dijo Declan—. La que no quiere hablar del tema es la señorita Iversen, parece que tiene miedo.

—¿La tienen amenazada?

—Según parece, no saben que volvió —dijo North—. La persona que la ayudó a escapar con el príncipe no sabe que está de regreso en Dinamarca.

—Interesante —Adrien levantó una ceja—. Me preocupa dejar a Pridwen sola en palacio. Nil, Lance, ¿les molestaría quedarse con ella?

—Para nada, necesitaba un descanso —se alivió Lance.

—Nosotros cuidaremos a la princesita —tranquilizó Nil.

—Gracias —suspiró con alivio, mirando a sus otros dos amigos para tomar camino hacia la salida.

Tres de los cinco *Leones de Londres* se encaminaron a la casa de la señorita Iversen mientras que los otros dos los miraban partir desde la puerta del palacio que fuese de la princesa heredera. Cuando de pronto se vieron repentinamente emboscados por unos delgados brazos que se colgaron de ellos desde atrás, haciéndolos trastabillar.

—Ustedes dos me dirán todo lo que está pasando.

—¡Maldición! —Lance se apartó—. Casi me matas de un susto.

—Eso les pasa por mentirme —Pridwen se cruzó de brazos—. ¿Y bien?

—No tenemos permitido decirte nada, panzona, órdenes de tu marido —dijo Nil—. Así que ni siquiera lo intentes.

Ambos caballeros intentaron huir, pero ella los tomó de las orejas.

—¡Ay! ¡Suelta, suelta! —pidió Lance.

—Me van a decir todo lo que saben y si alguno vuelve a decir algo como: “ordenes de tu marido” lo van a la mentar en serio.

—Nos matará si te decimos.

—Vamos.

Pridwen se los llevó de esa manera a un salón, donde los encerró y probablemente para acosarlos hasta sacarles la verdad. No había nada que le molestara más que ser dejada atrás en un problema, como si fuera una debilucha que no sabía arreglárselas sola.

Antes de ser princesa o amiga de esos tipos, ella tuvo que verse con el mundo con la única compañía de Daira, quien, en lugar de ser fuente de paz, era otra de las razones por las que eran acosadas, afrontó demasiados peligros en su vida y un embarazo no representaba un impedimento para ella, ni lo era para nadie, al menos no al inicio.

Copenhague, Dinamarca
Propiedad de la Srta. Iversen.

Eran hombres que llamarían la atención por separado, pero al estar juntos, era casi imposible quitarles los ojos de encima. En algún momento fue un asunto jactancioso para ellos, pero no en ese instante, no cuando pensaban acorralar a una persona para obligarla a hablar con ellos pese a que demostró su falta de simpatía para hacerlo.

—Es una mala idea, sé que lo es —dijo Declan.

—Siempre tan pesimista —negó Adrien.

—Digo la verdad, no podemos obligar a alguien a hablar —los miró —. Esa pobre mujer está aterrada y que el consorte de la princesa esté enterado de su existencia le ocasionará un colapso.

—Te preocupas demasiado por alguien que acabas de conocer —puntualizó North—. Debería ser tu prioridad salvar a Pridwen.

—Lo es, pero no a costa de otras personas.

—Tranquilo Dec, en caso de que algo le pase, pesará en mi consciencia, no en la tuya —dijo Adrien.

—Sigue sin gustarme la idea —se quejó el caballero.

—Puedes quedarte aquí a vigilar la puerta —sugirió North—. Seguro que no somos los únicos que buscamos a esta mujer.

Declan dejó salir una pequeña risa entre dientes, apreciando el gesto de su amigo. North era esa clase de personas que no combatiría contra el escrúpulo o las ideas de otros, aunque estuviera en desacuerdo.

—Gracias, North.

Por el contrario, Adrien ya estaba tocando a la puerta de la modesta casa que fuera de la señorita Iversen.

—¿Quién es usted? —frunció el ceño la hermosa mujer.

—Lamento interrumpir señorita, pero me gustaría hablar con usted unos momentos —pidió Adrien.

Ella mantenía la puerta a medio cerrar, viéndolo sólo a través de la ligera abertura, temerosa del visitante que se presentó sin aviso a su casa. Aunque no le pareció anormal, todo lo contrario, los hombres solían importunarla y tomarse atribuciones con ella de forma habitual al ser considerada como una mujer sin decencia, abriendo de ese modo la posibilidad de dar paso a una vida donde subsistiera por su cuerpo, al final de cuentas, era una mujer hermosa, al punto de tentar a un príncipe.

—Yo no soy una de esas mujeres —intentó cerrar la puerta, pero Adrien se lo impidió justo a tiempo—. Llamaré a mi hermano, se lo aseguro.

—Vive sola, señorita Iversen y no pretendo hacerle daño, no quiero nada por lo que haya sido molestada en el pasado. De hecho, vengo aquí preocupado por mi propia esposa.

La mujer entrecerró los ojos dubitativa.

—¿Quién sería ella? ¿La conozco?

—Dudo que la conozca, pero a su hermano sí.

En cuanto pronunció esas palabras, la dama cerró de golpe la puerta.

—No me dirás que no esperabas esa reacción —se burló North.

—Deja de reír y ven a ayudarme.

—¿Y qué se supone que quieres qué haga? ¿Qué tumbe la puerta de una dama asustada? Sabes que no lo haré.

—¡Maldición!

Recostó la frente sobre la puerta, sintiéndose abatido ante su fracaso. Gracias a esa distracción fue tomado por sorpresa cuando la puerta se abrió de par en par, casi haciéndolo caer de bruces sobre el suelo limpio y de madera de la señorita Iversen, quien logró hacerse a un lado para que el cuerpo del caballero no la derribara.

—Pase, lord Collingwood —indicó Alison, quien fuera la que abrió —. He preparado el té.

—Pensé que no querría abrirnos —miró a la señorita Iversen.

—Yo no quiero —apartó la mirada del hombre.

—Habíamos hablado de esto Estefany, él puede ayudarte.

—Nadie puede —dijo pesarosa.

—Yo sí, además de ser esposo de la princesa, tengo poder por mi cuenta, puedo ayudarla en lo que usted quiera.

—No con esto.

La mujer entró en una habitación, dejándolo en el pequeño recibidor donde apenas cabía junto con sus amigos, quienes lanzaban miradas extrañadas a Alison, quien no decía nada. La señorita Iversen regresó con un bulto en sus brazos, un bebé que los dejó conmocionados al comprender las implicaciones que conllevaba.

—No me diga que es hijo del príncipe —apuntó Declan.

—Lo es —asintió la hermosa dama—, pero eso quién lo va a creer.

—Yo lo creo —dijo Alison, tocando el brazo de la mujer—. Mi lord, ella dice la verdad, pero como es obvio, no podrá ser reconocido como se lo merece al ser ella… bueno, clasificada como una dama sin pudor.

—Sé lo que implica todo esto —Adrien pestañó aturdido—. Créeme que si pudiera demostrar que es el hijo del príncipe lo haría con gusto.

—Pero no puede —afirmó la dama—. Por eso le pido que se marche. Yo no tengo deseos de una corona, tampoco lo quiero para mi hijo, sé lo que es ese palacio, lo horrible que es vivir en medio de conspiraciones y serpientes que quieren quitarte del camino. Ni siquiera el propio príncipe quería estar ahí, él también quería escapar de esa responsabilidad, por lo que de todas formas mi hijo no habría sido rey.

—Pero no estarían desprotegidos —dijo Adrien—. Puedo encargarme de ustedes, la princesa estará de acuerdo al saber la verdad.

La señorita Iversen lo miró con sorpresa al notar la verdad en sus ojos, sin embargo, se negó a dejarse ensoñar por palabras bonitas y siguió con su actitud poco cooperativa.

—No creo que todo esto venga sin que usted reciba algo a cambio —entrecerró los ojos—. En todo caso de ser verdad.

—Hablo con la verdad —Adrien se adelantó— y quiero algo muy simple.

—¿Y qué es?

—Quiero saber la verdad.

—¿Sobre qué? —la mujer miró hacia otro lado.

—Usted sabe sobre qué —se adelantó con sigilo que logró hacerla retroceder—. Quiero saber quién la ayudó a escapar con el príncipe.

La mujer negó ligeramente y fue a esconderse al salón de antes.

—Mi lord, ¿sería tan amable de no mostrarse tan aterrador? —pidió Alison—. La pobre mujer ha vivido en el temor por meses. Regresó aquí porque es lo único que conoce, pero incluso sus padres la despreciaron.

—Gracias, Alison —dijo sinceramente—. Por tu ayuda.

—Sería más fácil si el señor Chadburn es quien hace las preguntas —Alison miró hacia Declan—. Es más amable y paciente.

Adrien miró a su amigo con súplicas.

—No lo haré, Adrien.

—Vamos, intento ayudarla, eso tiene que servir de algo.

—Bien —dijo a duras penas—. Pero lo harás.

—¿Cuándo he incumplido a mi palabra?

—En eso lleva razón —asintió North.

—Lo sé —Declan cerró los ojos— ¡Maldición! Me molesta estar en medio de todo esto —suspiró—. Todo sea por Pridwen.

Sus amigos contestaron con un asentimiento de cabeza y lo siguieron al interior del pequeño pero acogedor salón de té donde la dama lloraba aferrada al bebé que dormitaba sin mayor problema.

—Señorita Iversen —incluso la voz de Declan la asustó—. ¿Cree que podamos sentarnos con usted?

La mujer sorbió su nariz, los miró temerosa, pero asintió. Alison y los caballeros tomaron asiento, North fue el único que permaneció en pie, alejado de la situación central pero presente en el salón.

—¿Le molesta que le haga algunas preguntas?

—Yo sabré si quiero contestarlas.

—De acuerdo —asintió Declan pese a que Adrien le reclamó con la mirada—. ¿Cómo es que mantiene esta casa?

—Me dan una mensualidad.

—¿Quién?

—Esa mujer —dijo despectiva—. Ella me lo manda, pero no sabe que estoy viviendo en Dinamarca, lo pone a mi nombre.

—Comprendo. Hablas con desprecio sobre ella ¿por qué?

—Al principio me pareció muy buena —se limpió una lágrima—, pero no lo es, tenía oculta una intensión, planificó todo para sacar a Walid del camino y si supiera que tuve un hijo, seguro haría lo mismo con él.

—¿Cómo la conoció?

—Por medio de Walid, él dijo que nos ayudaría.

—¿A razón de qué?

—Ella decía —sorbió su nariz de nuevo— que deseaba que alguien fuera feliz en el palacio y que creía en nuestro cariño.

—¿Por qué matar al príncipe Walid cuando él técnicamente estaba abandonando el trono?

—No lo sé —apretó sus labios, consumiendo sin querer sus lágrimas —. Supongo que para asegurarse de que no volviera.

Adrien se sorprendió por la habilidad con la que Declan manejaba la situación para que lentamente se dirigieran al tema que les interesaba. Había iniciado con una pregunta que parecía más circunstancial, relajante y mundana, siendo esto el preludio necesario y distractorio para lo que sería una larga sesión de preguntas que resultarían estresantes para la asustadiza señorita Iversen.

—¿Recuerda algo sobre esta mujer?

—Sí —la alterada mujer frunció el ceño, buscando recordar—. Tenía el pelo rubio, muy hermoso y largo. Ojos color oro, intensos e interesantes.

Era una descripción que se ajustaba básicamente a todas las hijas de la reina. Necesitaban algo más específico que el color de ojos o el cabello y Declan lo sabía sin siquiera mirar a su amigo.

—¿Algo más que recuerde?

—Ella hablaba raro.

—¿Raro? —se adelantó Adrien—. ¿Cómo qué raro?

—Sí, hablaba poco y como entrecortado, lento y repetía las letras.

—Tartamudeaba —comprendió North.

Alison abrió los ojos como platos y se dirigió hacia el caballero de iris verdes, quien se mostraba tan impresionado como la doncella. No necesitaban más de la señorita Iversen, pero tampoco podían dejarla ahí. Cleo era una mujer que conocía el pueblo y eventualmente la descubriría, de ser así, era peligroso, tenían que moverla cuanto antes.

—Declan, creo que eres el indicado para escoltarla.

El muchacho asintió severamente y se puso en pie.

—Partiremos a Londres en cuanto haya una oportunidad —anunció.

—¿Qué? —la señorita Iversen se puso en pie—. ¿Cómo que Londres?

—Es el mejor lugar donde podemos protegerla, señorita —tranquilizó Declan—. Estará bajo la protección de los Wellington a partir de ahora.

—Eso es bueno Estefany —se adelantó Alison, reconfortando a la abrumada mujer—. Tu hijo y tú podrán crecer sanos y salvos allá.

—Pero… yo no conozco nada de Londres, ni a nadie, ni siquiera sé hablar inglés —dijo nerviosa.

—Alison irá contigo —facilitó Adrien y miró a la doncella—. A menos que tengas otros planes para merodear a nuevas personas.

—No, mi lord —bajó la cabeza—. Estaré agradecida con su amabilidad.

—Bien —asintió con presura—. Dec, ten cuidado, déjalas en casa Wellington, informa a mi padre la situación. —Adrien miró a la mujer que parecía nerviosa, pero a su vez entusiasta, permanecía de pie con su pequeño hijo siendo mecido en sus brazos para calmar su llanto—. ¿Está usted segura que no quiere reclamar el trono para su hijo?

—Lo quiero lo más lejos que se pueda de esta gente, no me importa nada más —aseguró—. Lo sacaré adelante por mi cuenta, de todas formas, de no haber llegado ustedes, habría hecho lo mismo, ahora me han dado esperanzas y no saben cómo se los agradezco.

—Estarán bien —Adrien sonrió amablemente—. Veré que mis padres la acomoden en una posición que le sea reconfortante.

—Gracias, mi lord, muchas gracias.

Con eso resuelto, se despidieron de su amigo y partieron de regreso al palacio. Adrien simplemente no podía creer que Cleo hubiese podido engañarlo de esa forma. Ella parecía tan buena, tan interesada en las personas que la rodeaban, incluso podía decir que se veía indefensa, pero Edna se lo advirtió antes, era una mujer con una sombra tan perversa como la de su madre. Quería decir que Cleo deseaba el poder, había movido todos los hilos para eliminar al

heredero varón, incluso sobornó a su amante, manteniéndola al borde del terror, seguro con amenazas, quien sabe y la habría matado de haberla encontrado.

Además, Adrien notó el poder que tenía aquella silenciosa princesa no solo en la corte, sino con parlamentarios y más aún con el pueblo. Se supo mover entre el anonimato, oculta entre las sombras del olvido, era una mujer inteligente que se aprovechó de todos y que estaba dispuesta a todo con tal de conseguir sus objetivos.

Sin embargo, lo que le interesaba saber ahora, era su manera de matar a las personas, debía ser un método especial, porque los médicos seguían sin encontrar un veneno que provocara los síntomas que se vieron en las víctimas. Debía ser algo sutil pero sumamente agresivo.

De momento, lo más importante era llegar a palacio y encontrar a Pridwen. Desafortunadamente, ella había desarrollado plena confianza hacia su hermana menor, con la que estuviera trabajando para ayudar al pueblo. Si era el deseo de Cleo de deshacerse de la línea directa a la sucesión, entonces mataría a Pridwen cuando seguía en cinta, no después.

Capítulo 37

Debía admitir que, aunque era de su conocimiento el tipo de lealtad que existía entre su marido y sus amigos, jamás imaginó que Lance y Nil soportaran tanto tiempo sin decir palabra pese a su voz chirriante que hacía sangrar hasta sus propios oídos. No consiguió nada de ellos, incluso se ofendió cuando se percató que en realidad no formaba parte de su grupo, al menos no con las mismas condiciones.

Sintiéndose un tanto derrotada por no haber conseguido su objetivo y mucho más cansada de lo usual por su embarazo, decidió subir a su habitación a descansar. Quizá los amigos de Adrien no cedieron ante sus súplicas, pero sabía que él no podría tolerar mucho tiempo el remilgoso proceder con el que pensaba atacarlo en cuanto llegara.

Apenas se había recostado cuando tuvo que volver a sentarse de golpe, asustada al escuchar pronunciar su nombre a base de gritos desesperados por parte de su marido. Sin dudarlo se puso en pie y caminó hacia la puerta, intentó abrirla, pero Adrien hacía lo mismo, la recorrió con una mirada llena de preocupación, cerciorándose de su bienestar, para después tomarla en brazos, llenándola de besos furtivos y erráticos que iban desde su cuello hasta su rostro sin ningún orden.

—¿Qué pasa, Adrien? ¿Qué pasa? —dijo nerviosa.

—¿Estás bien? —la separó de sí—. ¿Cómo te sientes?

—Muy ansiosa, ahora que me lo preguntas —colocó las manos sobre los hombros de su esposo, separándolo de sí—. ¿Qué ocurre?

—Tengo demasiado qué contarte, pero antes, ¿dónde está Cleo?

—¿Cleo? —frunció el ceño—. Me pidió una habitación, dijo que deseaba descansar antes de la siguiente reunión.

—Seguro que sí —apretó los dientes, aplicando mayor fuerza en sus caderas—. ¿Has comido o bebido algo que ella te diera?

La sospechosa pregunta de su marido la sorprendió.

—¿Por qué preguntas eso?

—Nos ha engañado —dijo molesto—. Ella no es lo que parece.

Adrien besó la frente de su mujer y se dispuso a salir de la habitación en busca de esa asesina que no se limitaba en atormentar a una pobre mujer que no sólo perdió a su gran amor, sino que tenía la responsabilidad de cargar con un niño, al cual a duras penas podría sacar adelante.

—Amor —lo detuvo en su intento de marcharse—. Por favor, no me dejes con esta angustia, el bebé…

—Es muy bajo que utilices a nuestro hijo —apuntó, a sabiendas que Pridwen intentaba chantajearlo—. Precisamente por ello quiero que estés tranquila, supongo que Nil y Lance hicieron un buen trabajo cuidándote.

—No se separaron ni un segundo de mí.

—Al menos tengo esa paz.

—Si piensas que me volveré a quedar atrás, estás muy equivocado Adrien Collingwood —lo siguió por el pasillo—. Sin mencionar que ni siquiera sabes en qué habitación está Cleo.

—Regresa Pridwen, por favor.

—Ni hablar.

La joven tomó la delantera hasta la habitación que asignó para Cleo. Como era de esperarse, la pobre joven se encontraba recostada en la cama, relajándose antes de entrar a otra sesión de interminables preguntas por parte de los parlamentarios que no dejaban de sentir escepticismo ante dos mujeres escuchando y dando opiniones sobre los problemas de estado.

—¿Ves? —apuntó Pridwen—. Está dormida.

—No por mucho tiempo —se adelantó hasta la cama y movió con fuerza el hombro expuesto de la princesa—. Vamos, despierta Cleo.

—P-Pero ¡qué…! —la mujer se alejó del toque agresivo—. ¿Qué hace usted aquí, mi lord?

—Levántate ahora mismo —la tomó del brazo y prácticamente la puso en pie con un impulso.

—Adrien, por favor —se adelantó Pridwen con preocupación.

—¿Qué le p-pasa? —lo miró ofendida.

—Enséñame tú recámara —ordenó.

—No tengo p-por qué…

—Claro que tienes por qué —la zarandeó un poco—. Si tratabas de hacerle daño a mi esposa, entonces tengo todo el derecho de saber cómo pensabas matarla, o a mi hijo.

—Yo jamás…

—Oh, no vengas con más mentiras Cleo, la encontramos.

Los ojos de la joven brillaron con entendimiento, uno que Adrien notó en seguida. Ella sabía perfectamente de lo que hablaba, eso quería decir que era la culpable, era la persona detrás de los asesinatos. Aun así, debía comprobarlo, tener pruebas irrefutables contra ella para no ser acusado por levantarle falsos a una princesa de Dinamarca.

—¿A quién encontraste? —Pridwen los miró sin comprender.

—Vamos.

—Yo no tengo la culpa de nada —la princesa trató de liberarse.

—Eso lo veremos.

North vio salir a los tres individuos en lo que parecía una discusión que levantaría sospechas en seguida. Definitivamente Adrien estaba fuera de sí como para pensar que sería sensato llevar a una princesa de esa forma hasta el palacio del rey.

—Ey —lo detuvo con una mano firme en el pecho—. No puedes

hacer esto, te condenarán a ti de cualquier forma.

—Correrá si la dejo ir.

—No iré a ningún lado —dijo Cleo—. No tengo nada que esconder.

—¿Ves, Adrien? —suplicó Pridwen, tomando el brazo de su marido —. Suéltala, irá por su propia cuenta.

—¿Y si no?

—Creo que nos será fácil atraparla —sugirió North—. Vamos, Adrien.

Adrien dejó ir el brazo que la princesa apartó de un impulso. Lo miró con desagrado antes de llevar la delantera, siendo seguida por el escalofriante hombre que era North Dankworth y la pareja de su hermana.

El aire que se respiraba entre ellos era pesado, casi brumoso, como si estuviera lleno de humo que los hacía respirar con dificultad. Pridwen intentaba no quedarse atrás, desconocía gran parte de lo que sucedía, pero estaba claro que Cleo no estaba tan desconcertada como ella. Su marido tenía razón, algo en ella parecía ser consciente de lo que la inculpaban. Sin embargo, no parecía tener reparo en tratar de probar su inocencia.

Se alejaron de la zona principal de palacio, las habitaciones de Cleo eran alejadas de todo ojo público, o quizá sería más adecuado decir que de todo oído, puesto que su tartamudeo era causa de vergüenza para su madre, quien la encontraba defectuosa y hasta un adefesio a palabras de Erin. Entre la nobleza resultaba una práctica normal, pero sobre todo aberrante, el avergonzarse por tonterías, una de las más crueles era hacerlo por alguna imperfección o deficiencia por parte de los niños, los cuales llevaban una vida condenada al aislamiento y al rechazo.

Cuando la princesa Cleo al fin dio indicios de entrar a una habitación, sus acompañantes no pudieron más que sentir una profunda tristeza. Aquello no parecía más el palacio, era una zona descuidada, paralizada en el tiempo puesto que ni siquiera contaba con luz y las goteras eran parte del encanto horripilante de la zona.

—¿Aquí es dónde vives? —se sorprendió North.

La mujer asintió un par de veces y abrió la puerta de su habitación. Apenas había dado dos pasos al interior cuando de pronto soltó un respingo asustado y comenzó a retroceder hasta chocar con las personas que siguieron sus pasos para entrar detrás de ella.

—¡Dios mío! —la princesa se cubrió los labios con una mano.

Los caballeros dieron pasos hacia adelante, apartando el cuerpo que les estorbaba para ver el que yacía sin vida en el suelo.

—¿Qué sucede? —Pridwen intentó asomarse.

—No, amor.

Su esposo fue suficientemente rápido como para evitarle la

conmoción de ver al rey con ojos abiertos y un tono extraño en la piel. Ya no hacía falta comprobar nada en lo absoluto, cuando un cuerpo aparecía oculto en la recámara de alguien, no había mucho más que decir.

—Adrien —Pridwen pidió con firmeza—. ¿Qué ocurre?

—North, toca la campana y no dejes que se marche.

El hombre dio un asentimiento de cabeza, tomó a la conmocionada joven que seguía con una mano sobre sus labios, viendo el cadáver con ojos vidriosos en llanto, parecía jamás haber visto algo parecido. Quizá fuera cierto, ella jamás estuvo presente al momento en el que se recogían los cuerpos de las personas qué mataba.

Pero era extraño, ¿por qué hacerlo diferente en esa ocasión?

—Sabe que no tiene sentido —Cleo se volvió hacia él—. Es obvio que me están inculpando de la muerte del rey.

—¿El rey? —Pridwen se conmocionó y miró a su marido—. ¿Cómo que el rey? ¿Está muerto ahí dentro? ¿Es eso dicen?

—Tranquila. —Adrien la jaló hasta envolverla en sus brazos y miró con desagrado a Cleo—. Te agradezco por decirlo.

—Lo lamento —meneó la cabeza, pestañeando rápidamente al intentar salir de su conmoción—. Pero sabe que tengo razón, se está preguntando lo mismo que yo o que el señor Dankworth, es obvio que implantaron la evidencia para inculparme.

—Adrien, si el rey está ahí… —Pridwen cerró los ojos y se adelantó para ver a su padre fallecido en la habitación de su hermana—. No entiendo cómo es que pudo arrastrarlo hasta este lugar o por qué.

—No lo hizo —dijo North, agachándose para recoger una nota—. Lo mandaron llamar hasta aquí a nombre de la princesa.

—Yo no hice tal cosa —se volvió la joven, apenas logrando formular frases entendibles por su tartamudez.

—¿Cómo los matas, eh Cleo?

—¡Maldición! —North se levantó de golpe y se alejó del animal que lo había asustado. Lo observó con detenimiento por un rato antes de dirigir su mirada de regreso a su amigo—. Adrien, ¿sabes lo que…?

—Claro que lo sé.

—Una rana… —Pridwen frunció el ceño cuando la vio—. Es bonita.

—No —Adrien la tomó de la cintura y la hizo retroceder, pegándola a su cuerpo sin proponérselo en un inicio—. No las toques.

—Es venenosa —explicó North, aceptando que Pridwen se mostrara sorprendida y retrocediera, incluso lejos de los brazos de su marido, buscando su seguridad—. Su piel secreta una toxina que es peligrosa al contacto, mata casi en seguida.

—Fue inteligente, no necesitabas hacer que nadie ingiriera nada con este tipo de veneno, tan sólo que lo tocara —acusó Adrien.

—Yo jamás… no sabría cómo tomarlo.

—Por favor, es obvio que se escapó de algún lugar en esta pocilga.

—¿Cómo pudiste Cleo? —negó Pridwen—. Mataste a todas esas personas por resentimiento o porque…

—Yo… yo no… de-deseo el p-poder —dijo molesta, afectando su tartamudez—. E-Esto no es mío.

—Claro que no lo es —dijo Adrien—. Son los animales de Edna, los que desaparecían de vez en cuando. La vi furiosa hace poco y, de hecho, creo recordar una conversación en la que ella mencionó que usted se las regaló de cumpleaños. Pero claro, fue una estrategia para que alguien que supiera del tema las tuviera al punto para cuando las necesitaras.

—Yo no tengo idea dónde consiga Edna a sus animales, pero no tengo nada que ver en ello —dijo molesta y tartamudeando.

—¿Qué me dice de la señorita Iversen? —se adelantó—. Ella mencionó a una mujer igual a ti, con el mismo problema en el habla.

—Jamás he visto a esa mujer.

—Noté en tu mirada que sabías de quien hablaba cuando te lo mencioné en el otro palacio. —Adrien negó cada vez más furioso—. Deja de mentir de una vez, estás atrapada ¿Qué no ves?

—Sé quién es, la buscaba también, p-pero no p-por las razones que p-piensa. Quería ayudarla y quería saber.

—No me digas —negó con la cabeza—. Eres increíble, nos hiciste creer en ti, en que eras una buena persona y resulta que eres igual que toda esta gente. Sus ansias de poder los llevan a límites inhumanos.

—Jamás asesinaría a nadie —se adelantó a él—. Jamás.

Adrien apretó con fuerza la quijada al ver franqueza en los ojos de la princesa. Pero eso no tenía sentido, ¿Cómo podía estar diciendo la verdad cuando todo estaba en su contra?

—Entonces, trata de explicarte, porque justo ahora eres la culpable.

En ese momento, uno de los sirvientes que se encargaban de la princesa Cleo llegó con una cara de fastidio, pero al ver la escena no pudo evitar soltar un fuerte grito y correr de regreso, pidiendo ayuda inmediata.

—Me arrestarán —comprendió la mujer—. Tenemos que ir a otro lugar, o será demasiado tarde.

—¿De qué hablas? —la miró Adrien—. Es demasiado tarde, vendrán por ti y nosotros tendremos qué testificar.

—Les explicaré todo en el camino, p-pero tenemos que irnos. —Cleo detuvo sus pies, provocando que el resto volviera a chocar entre sí al detenerse—. Pridwen no puede ir con nosotros.

—¡Qué! —saltó la joven—. ¿Ahora tú también?

—No puedes —exigió—. Estás embarazada.

—Si apenas tengo unos meses —pegó el vestido a su vientre ligeramente abultado—. Miren, ni siquiera se nota.

—Es peligroso, si vas, no diré nada en lo absoluto.

Adrien se volvió hacia su esposa y después miró a North. Qué la misma sospechosa fuera quien pidiera que Pridwen se quedara los hacía desconfiar, incluso los preocupó dejarla. Notando la renuencia, Cleo rodó los ojos y se adelantó hacia su hermana, alertando a los dos hombres que flanqueaban sus lados.

—Tú confías en mí, lo sé.

—Yo… —miró a su marido con vergüenza—. Lo hago.

—Entonces quédate a salvo, ve con el señor Denson y Barbrow, estarás segura con ellos. Procura no tocar, beber o tomar nada, dile lo mismo a la reina y a Erin, por el momento todos están en peligro.

—¿Por qué?

—Porque creo que la que hizo todo esto fue Edna —aseguró.

—¿Edna? —Adrien se paró en seco—. ¿Por qué ella cuando todo parece estar en tu contra? No te acabo de decir que la señorita Iversen mencionó lo de tu dificultad para hablar.

—Lo oí —asintió la princesa—. Pero la única que se podía aprovechar de ello es Edna y ya que estoy segura de que yo no lo hice, entonces la única con una buena excusa para hacerlo tiene que ser ella.

—O nos lleva a un destino cruel y ruin —North elevó una ceja.

—Señor Dankworth —lo miró con ojos entrecerrados—. Conozco bien su fama y sé que es capaz de enfrentar situaciones en gran desventaja, creo que una mujer como yo no le será mucho problema.

—Podría ser una trampa —dijo Adrien—. Con su influencia, podría tener un ejército a las laderas del palacio.

—¡Oh! No vayas Adrien. —Una asustada Pridwen tomó entre sus puños las ropas de su esposo, presionando su frente contra él, intentando sonar convincente—. Por favor… al menos no vayas sin mí.

—Debí saberlo —el hombre rodó los ojos y la separó de sí—. Lamento que tengas que perderte de esta experiencia que te parece tan excitante, pero apoyo a tu hermana loca, te quedarás aquí.

—No hay tiempo —suplicó Cleo—. Me arrestarán pronto, Pridwen, tendrás que mentir, decir que el señor Dankworth y tu marido fueron detrás de mi cuando escapé.

—Eso también es una misión importante —trató de convencer North —. Sin mencionar que prácticamente te acabas de convertir en reina, es tu obligación preparar a tu padre para la otra vida.

Pridwen se mostró conflictuada cuando se volvió hacia el hombre por el cual no tenía ningún sentimiento, pero al verlo muerto, algo dentro de ella se agobió, al punto que tomó su estómago y liberó lágrimas que no sabía que seguía almacenando para ese hombre. Adrien no quería dejarla en un momento como ese, pero no había

opciones, sobre todo cuando la princesa comenzó a irse, siendo perseguida por North.

—Mi amor —la tomó de los hombros para girarla.

—No sé qué me pasa —apuntó su rostro—. Yo no lo quería.

—Sigue siendo tu padre y verlo así es… perturbador.

—Morir a manos de uno de tus hijos —negó la joven—. El ansia de poder hace cosas extraordinarias.

—Tiene que ver la forma en la que educas y amas.

—Adrien —se aferró a la camisa de su esposo—. No quiero.

Se miraron el uno al otro directamente a los ojos por un largo momento, comunicándose en medio del silencio, llegando a comprender el corazón del otro sin apenas dudas de equivocarse.

—Lo hablaremos cuando todo esté resuelto.

Ella asintió despacio, envolvió sus brazos alrededor del cuello de su esposo para atraerlo a un beso furtivo.

—Ten cuidado.

—Lo tendré. Ve a buscar a Nil y Lance cuanto antes.

Nunca pensó que le sería tan difícil separarse de ella, aunque lo atribuyó a que la estaba dejando atrás para manejar en soledad con una situación difícil, pero confiaba en ella, en su fortaleza y espíritu. Corrió lejos de las voces que se avecinaban por el pasillo, escurriéndose por pasadizos hasta salir del palacio. Cuando corría por los jardines, las campanas de la Iglesia de Mármol resonaron con estruendo, anunciando que algo terrible había pasado.

Adrien no necesitaba direcciones para llegar al lugar dónde la princesa Cleo estaría dirigiendo a su amigo, pero deseaba escuchar la historia que la princesa quería contar y con la que pensaba asegurar su inocencia aun contra de toda la evidencia.

Los alcanzó justo cuando entraban al bosque circundante y hasta el momento, Cleo no había dado indicios de querer engañarlos o escapar, aunque tenían el tiempo contado, porque los guardias de palacio estarían buscando al culpable, que en este caso llevaba nombre.

—¿Puede iniciar a explicarse, princesa Cleo? —gritó Adrien para hacer notar su presencia.

—Por supuesto —dijo con voz entrecortada por el ejercicio—. Creo que ambos saben en las condiciones en las que crecimos mis hermanas y yo.

—Bajo el dominio de la reina, claro.

—No. Esa era Agatha —volvió la cara hacia ellos—. Mi madre siempre quiso tener un varón, a la primera la aceptó, pensó que eventualmente llegaría lo que esperaba. Pero mientras íbamos naciendo, ella se enojaba más, en el mejor de los casos nos ignoraba, en el peor, nos regañaba.

—¿Es por eso que vives en esa horrible habitación? —preguntó North.

—No. Supongo que eso es por mi tartamudez, le doy vergüenza y el rey nunca se involucró demasiado. De hecho, dudo que jamás haya ido a mi recámara hasta el día de hoy, lo cual es desafortunado.

—Lamento lo triste de tu niñez, pero ¿a nosotros qué nos importa?

—Importa porque sabrán el resentimiento que se puede guardar, sobre todo para la segunda en nacer, quien entiende poco y crece por un tiempo siendo la única que nota las distinciones. Quizá por demasiado tiempo.

—Eso quiere decir que Edna tenía celos de Agatha —dijo North.

—Le tenía envidia —remarcó—. Que es mucho peor.

—Sugieres que decidió planificar todo esto porque tenía envidia de su hermana, ¿por qué matar al príncipe?

—Porque no sólo comenzó a anhelar el lugar de Agatha, sino que quiso el del príncipe en sí —ella se tomó de un árbol y se volvió hacia ellos—. Tenía que deshacerse de Agatha, pero no recordaba la existencia de Pridwen, seguramente no pensó que la mandarían llamar.

—¿Por qué la mandaron llamar? Dudo que fuera algo que el rey pensara —dijo Adrien—. Él mismo me lo dijo, no quería que volviera.

—Es verdad, pero yo sí quería. —Los hombres pararon en seco y al notarlo, ella lo hizo también—. Mi padre no era un buen gobernante, mi hermano no quería serlo, Agatha era la sombra de mi madre y no podía permitir que ninguno de ellos continuara azotando al pueblo que amo.

—Así que te metiste en las cabezas de los parlamentarios.

—En realidad, me enfoqué en el señor Nielsen, el tío de Pridwen —volvió a caminar—. Tiene una influencia increíble y supo hacer realidad mi encomienda en poco tiempo.

—¿Por qué ella? ¿Por qué la trajiste de regreso? —se adelantó Adrien.

—Pridwen fue exiliada, conoce lo que es sufrir. Ha visto a las personas muriendo de hambre o felices bailando en el fango. Sabe lo que es el amor de unos amigos, pero el dolor de una familia dura. Es más humana.

—¿Por qué tú no anhelas todo ese poder? —cuestionó North—. Es obvio que sabes ganarte a la gente, confían en ti, el pueblo te quiere, los parlamentarios te respetan, la corte te teme, creo que has hecho un buen trabajo en posicionarte.

Cleo sonrió, era obvio que seguían dudando de ella, de hecho, lo encontraba bastante sensato y de estar en otra posición, tendría las mismas dudas que el señor Dankworth y lord Collingwood.

—No deseo el poder porque he visto lo que hace con las personas —

dijo sin más—. Tengo esperanza en que Pridwen mantendrá los pies en la tierra debido su carácter noble, y también porque los tiene a ustedes junto a ella.

—¿Y qué pasaría si fallara el plan? —Adrien entrecerró los ojos—. ¿Seguiría haciendo justicia desde las sombras? De alguna forma sé que estás de acuerdo con las muertes qué se suscitaron en palacio.

—Es verdad, pese a que no le deseaba la muerte al rey ni a nadie, creo que todos los que murieron eran corruptos y unos lastres.

—Pensamiento peligroso, encaminado a hacer el mal —dijo North.

—Sigo asegurando que jamás asesinaría a nadie.

—Por ahora —los hombres se miraron entre sí al decir la misma frase.

Cleo sonrió un poco y siguió con su camino en silencio, llegando hasta la conocida cabaña de su hermana. Estaba sola, las luces estaban apagadas y los animales se movían inquietos, como siempre que no estaba Edna.

—Los droga —dijo la princesa—. Experimenta con ellos, lo sé desde hace tiempo, pero no pensé que era con fines tan perversos.

—Creo que se veía venir. Si no le causa dolor ver a un animal sufriendo, se puede esperar horrores de ella —Adrien frunció la nariz al ver a los desesperados ejemplares.

—Dudo que ella ame algo en verdad —suspiró Cleo—. No nos metíamos mucho en su vida porque cada que alguien lo hacía, salía dañado misteriosamente por alguna de sus alimañas. Le tenemos miedo.

—Quizá debieron tomar manos en el asunto cuando aún no era algo tan grave —dijo North—. En caso de ser cierta la historia, pudieron prevenir todas estas muertes.

Cleo se asomó por la ventana que no estaba cubierta por las cortinas, era un descuido extraño para alguien que siempre era meticulosa.

—Tenía prisa en irse, seguro escuchó las campanas —dijo Cleo.

—Habrá regresado al palacio —dijo Adrien—. Tengo que volver con Pridwen, seguro que irá tras ella ahora.

—P-Primero tenemos que ver si ella es la culpable, o estaremos dando vueltas en círculos sin saber a quién apuntar —dijo Cleo—. P-Pridwen estará bien, sus amigos no p-permitirán que le p-pase nada.

Adrien sintió la mano de su amigo sobre su hombro, acompañándolo de esa forma en su preocupación. Sin embargo, se adelantó hacia la princesa cuando esta intentó abrir la puerta a base de una patada demasiado débil para lograr el objetivo. Sólo fue cuestión de que North diera un buen golpe a la puerta para que esta cediera, dando paso a un olor repulsivo que los obligó a taparse la nariz, incluso a retroceder para lograr tomar aire que no estuviera

contaminado por lo que parecía ser algo en proceso de descomposición.

—¿Qué demonios es eso? —se quejó Adrien.

Cleo se movió para encender una vela, pero hubieran preferido que no lo hubiese hecho. Al tener la luz necesaria para ver, el horror del interior se develó con espantosa nitidez: había cuerpos de animales colgados o en proceso de ser disecados, pomos de vidrio con alimañas sumergidas en sustancias que los conservaban intactos en una posición anormal que mostraba la muerte de una forma espeluznante; los libros estaban desperdigados y abiertos en páginas diferentes, todos tachados, manchados con sustancias y con anotaciones a los márgenes.

—Aquí está el libro que habla sobre esas ranas —apuntó North.

—Y aquí hay uno de venenos indetectables —indicó Cleo.

—Esta casa es la muestra misma de su locura —Adrien giró sobre sí mismo—, pero no precisamente de su culpabilidad. Encuentren algo, si es tan meticulosa con las cosas y sus estudios, tendrá escrito su plan o al menos algún indicio de ello.

Comenzaron a buscar entre las hojas colgadas, los animales disecados y los libros extraños. Pasados tres minutos, ninguno se mostraba cauteloso en su hacer y simplemente lanzaban cosas, siendo cuidadosos de no tocar nada con las manos, se habían puesto como precaución los guantes que Edna tenía regados por doquier.

Estaban llegando al punto de la desesperación cuando de pronto Adrien abrió un cajón en donde se encontraba un único libro, forrado con piel exótica, escamosa y de colores brillantes.

—Eso es… —Cleo se sorprendió—. En serio que está loca.

—Está hecho con la piel de las ranas venenosas —asintió North—. Seguro que no es lo único que envenenó por el lugar, por eso usaba guantes. Es una mujer inteligente dentro de su demencia.

—Procura no admirarla o comenzarás a asustarme —indicó Adrien —. Dudo que el veneno permanezca cuando el animal muere.

—¿Tú te arriesgarías a saberlo? —apuntó Cleo.

—No, pero seguro que ella lo intentó con sus animales.

—Y de todas formas usa guantes —recordó North—. Esa mujer es capaz de volver a poner venenos sobre ello, sería una precaución que yo tomaría.

—Vale, ya. No pensaba quitármelos. —Adrien abrió el cuaderno con cuidado y comenzó a leerlo en silencio para desesperación de sus acompañantes—. Es una lista con las personas asesinadas.

—¿Y quién sigue?

—Cleo —dijo Adrien con normalidad—. No pensaba matarte, sino mandarte a la cárcel, parece que en serio te quiere.

—Reconfortante, aunque dudo que duraría mucho en la cárcel cuando de lo que me inculpó es de la muerte del rey.

—Tenemos que irnos —cerró la libreta—. En la lista obviamente está Pridwen, la reina, Erín, incluso están los *Leones*.

—Era de esperarse —dijo North.

—Pero por alguna razón no estoy yo —dijo Adrien—. Ahora que lo recuerdo, ella no quiso tomarme la mano cuando se la ofrecí un día que vine hasta aquí. Debía tener veneno y si quería deshacerse de mí sería el momento perfecto.

—¿Dices que se enamoró de ti? —indagó North.

—Me utilizó para implantar las ideas de la culpabilidad de Cleo —comprendió lentamente—. Pero no creo que deseé que siga rondando el palacio, no me querrá cerca, debe querer destruirme de alguna forma.

—Quizá sí se enamoró de ti, te tiene aprecio. Eras el único que venía a visitarla, le hablabas y escuchabas —dijo la princesa—. De ser así, serás al único que no querrá hacerle daño, sin mencionar que, si es su idea subir al trono, la mejor forma de asegurar su lugar es con la ayuda de un rico extranjero como lo eres tú.

—No es nada de eso —se alteró Adrien—. Me utilizó para matarla.

—¿Para matar a quién? —saltó North.

—Las aves —comprendió Cleo—. Las aves que les regaló.

—Sabe que Pridwen las ama —dijo alterado, corriendo de regreso al palacio—. Si algo repentinamente les pasó, Pridwen las tocará.

—¿Esa mujer tiene complejo de villana de cuento de hadas? —se quejó North, corriendo detrás de su amigo y junto a Cleo.

—No puedo imaginar durante cuánto tiempo pensó en todo esto.

Los tres corrieron a todas prisas hacia el palacio, olvidando por completo que Cleo era la principal sospechosa del asesinato del rey. Apenas tocaron los jardines reales, ella fue atrapada por guardias y North fue detenido con ella, aunque en realidad parecía que la perseguía.

Adrien se detuvo al darse cuenta de ello, pero North negó suavemente con la cabeza y con una mirada le indicó que siguiera. Quisieron retenerlo a él también, pero no hubo poder humano que lo lograra, se deshizo de todas las manos que intentaron detenerlo. Subió las escaleras de una carrera y entró a la habitación que compartía con su esposa. La jaula de las aves estaba vacía mientras que Pridwen mantenía la cara sobre un cojín, no se movía y permanecía en un silencio que le heló la sangre.

Capítulo 38

El corazón de Adrien se paralizó por unos segundos cuando la vio ahí tendida, sin movimientos, con el rostro sumergido en la almohada. Sus músculos se negaban a reaccionar pese a que su cerebro se lo suplicaba. De un momento a otro recuperó la movilidad, corrió hasta ella y la tomó de los hombros, provocando un fuerte quejido debido al repentino movimiento al que fue sometida. El alma de Adrien regresó a su cuerpo cuando los ojos color turquesa enfocaron en los de él, presa del pánico por unos segundos para después sonreír tranquilizadora.

—Oh, has vuelto Adrien —se tiró a sus brazos.

—Maldición, Pridwen —la abrazó con fuerza—. Pensé que estabas muerta. ¿Me puedes explicar la razón de que estuvieras dormida con la cara presionada contra una almohada?

—Lo siento, me dolía la cabeza, creo que me abrumé con todas las preguntas de los guardias y oficiales —Pridwen lo recorrió con la mirada, notando la profunda preocupación en sus facciones—. ¿Qué pasa, mi amor? ¿Por qué estás tan alterado?

—Los pájaros —el hombre se puso en pie y miró a las dos aves tiradas sin vida en el suelo de la jaula—. Supongo que no los viste.

—¡Oh, no! —se puso en pie y fue a abrir la reja.

—Ni siquiera lo pienses —le tomó la mano.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Edna debió envenenarlos antes de que llegaras —explicó—. Debo agradecer que eres una de las personas más distraídas que conozco, de lo contrario estarías en las mismas condiciones.

—¿Edna? —la joven alejó la mano con cautela.

—Sí y logró inculpar a Cleo —negó—. Pero tenemos pruebas, debemos ir a rescatarla, seguramente se la estarán llevando.

—No entiendo nada —dijo nerviosa.

—Bien, tranquila —la tomó de los hombros y volvió a sentarla en el sofá—. Se solucionará, salvaré a Cleo de una sentencia segura de muerte. Pero lo más importante ahora es saber dónde está Edna.

—Le dije que fuera con su madre, que tratara de calmarla.

—Perfecto, supongo que se estará jactando de sus hazañas con ella —negó—. No quiere matar a la reina, quiere volverla loca de dolor.

—¿Qué hago yo? —dijo asustada—. ¿Qué debo hacer?

—Necesito que me ayudes con algo —la tomó de la mano—. Tienes que mandar una carta a Declan, espero que aún no se hayan ido. La señorita Iversen tiene que regresar para que reconozca a Edna como la culpable.

—¿Quién es esta mujer?

—Es la persona con la que tu hermano se fugó —Pridwen abrió los

ojos en sorpresa, incluso levantó las cejas—. Y no es todo, tiene un hijo.

—¿Del príncipe?

—Es lo que ella dice.

—Nadie le creerá —dijo con tristeza—. No hay forma de comprobarlo.

—Y no quiere que se compruebe, aun así, necesitamos su testimonio para que Cleo tenga más oportunidades. La gente la conocía, hubo testigos que la vieron junto al príncipe en lo que pensaron era un romance furtivo —Pridwen frunció el ceño sin entender—. Sin amor, cortesano.

—Entiendo, entiendo —meneó la cabeza—. Yo busco a la mujer, tú sacas a Cleo. ¿Quién se encarga de Edna?

—Nosotros nos encargamos de la princesa tartamuda —dijo Nil—. North logró decirnos donde encontrar pruebas antes de que se lo llevaran.

—¿Quién lo diría? North tras las rejas —negó Lance con fascinación —. Es algo que jamás creí llegar a ver.

—¿Lo estás disfrutando? —Adrien entrecerró los ojos.

—¿Y tú qué crees? —sonrió Nil y levantó su mano como si estuviera anunciando un cartel—. El perfecto North en una cárcel de Dinamarca.

—No es gracioso —dijo Pridwen—. Tenemos que sacarlo.

—Tranquila, preciosa, no durará ni tres segundos ahí —le quitó importancia Lance—. Nosotros nos vamos a la cabaña esa.

—Yo iré por Edna —dijo Adrien.

—Supongo que yo tengo que mandar una nota —miró a su marido —. ¿A qué dirección debo enviarla?

—Si te atreves a ir por tu cuenta…—la amenazó con la mirada.

—Ajá, ajá —rodó los ojos—. Me irá mal y todo eso, dame la dirección.

Los amigos se separaron rápidamente, pese a que Nil y Lance se burlaran, jamás pensarían en dejar a su amigo más tiempo del debido en prisión. Adrien y Pridwen bajaron juntos las escaleras, los nobles de la corte estaban alterados, algunos tomando camino para abandonar el palacio que parecía no terminar con las tragedias.

—Ten cuidado —Adrien le tomó el rostro a su esposa y besó su frente con cariño—, recuerda que no estás sola ahora.

—Lo sé, te tengo a ti.

—Eh, sí —Adrien negó con una sonrisa—. Aunque me refería al bebé.

—¡Ah, cierto! —se sonrojó—. No me culpes por olvidarlo, apenas y da problemas, ni siquiera lo siento.

—Bien, ve al despacho de tu padre yo iré con la reina —el hombre

levantó la mirada—. ¡Guardias! Acompañen a la princesa, no quiero que nadie en lo absoluto la interrumpa mientras está en el despacho del rey, de hecho, quiero que revisen todo antes de dejarla entrar.

—Estás exagerando —Pridwen se cruzó de brazos.

—Acompáñenla hasta que yo regrese a su lado.

Los dos oficiales armados asintieron escuetamente y observaron al hombre marchar escaleras arriba. Pridwen sonrió hacia los elegantes hombres uniformados y elevó las cejas de forma maliciosa.

—No iremos a ningún despacho caballeros, pero si quieren seguir las órdenes de mi marido, será mejor que no se despeguen de mis talones.

Conocían lo suficiente a la princesa Pridwen como para saber que se meterían en problemas, pero al final, eran órdenes de la heredera al trono y no podían hacer nada más que obedecerla.

❦

Adrien abrió las puertas estilo barroco de la habitación de la reina sin esperar una invitación. Era increíblemente maleducado y podría ser merecedor de una sanción, pero en esos momentos, poco le importaba lo que pudiera pasarle. Suspiró aliviado al ver a Edna sentada junto a su madre quien lloraba desesperada mientras ella se mantenía en una pasmosa calma. Adrien agradeció que Edna tuviera en su sistema el deseo de un asesino por regodearse de sus actos.

—Lord Collingwood —la princesa se puso en pie y sonrió, disimulando su desilusión por no verlo hecho pedazos—. ¿Ha visitado ya a la princesa?

El hombre sonrió para sus adentros.

—No lo he hecho.

—Oh, entiendo —asintió—. Creo que debería ir con ella, la vi bastante afectada con la muerte del rey.

—Imagino que así es —Adrien se acercó a ellas—. Pero tenía ganas de atraparte antes de que pudieras escapar.

—Una mala decisión a mi parecer, mi lord —sonrió de lado—. Su esposa podría estar gravemente enferma en estos momentos.

—¿Por qué Edna? —la recorrió sin comprender—. Sé que la pasaste mal al igual que el resto de tus hermanas, pero qué te obligó hasta esto.

—En gran parte fue ella —apuntó a la reina con la mirada.

La mujer adulta lloraba y temblaba nerviosa. Adrien notó hasta ese momento que Edna tenía en sus manos enguantadas aquella especie venenosa de anfibio, lo acercaba y alejaba del cuerpo expuesto de su madre como una forma de tortura muy efectiva.

—Entiendo.

Adrien levantó las manos pese a que él no era el que estaba siendo

amenazado. En definitiva, asesinar por la toxina de una rana sería uno de los testimonios más absurdos que guardaría en su arsenal. Era una idea original para matar personas y esperaba no formar parte de ellas.

—Me despreció desde el momento qué nací, jamás se interesó por mí o veló por mi futuro —acercó al animal a su madre—. ¿No es cierto, su real majestad? En la única que pensabas era en Agatha ¿y qué sucedió? Terminó lejos de aquí, viviendo una vida desesperada con un hombre que no la ama, quizá nunca lo haga.

—Edna por favor… —las lágrimas de la reina fluían libremente.

—Después tenemos a Cleo, la pobre tonta que jamás se quejó por haber sido encerrada en un cuarto de servicio. La irritante Erin que gritaba cada vez más fuerte para llamar la atención —enunció con una voz cansada—. Y luego estaba yo, a la que criticabas por sus gustos, a la que hacías a un lado con los caballeros que sentían el mínimo interés en mí.

—No hice tal cosa.

—¡Te escuché madre! —dijo histérica—. Aunque debo admitir que me costó más trabajo del que pensé el deshacerme de cada uno de tus adeptos, el número era mayor al que pensé.

—Dios mío… por favor, piedad.

—Pensé que con la huida de Walid todo se me facilitaría, el idiota ingirió el veneno que le di en la comida, pero esa maldita prostituta no lo hizo, por lo que me vi en la necesidad de amenazarla —dijo con odio—. Después, otro giro inesperado llegó con Pridwen, debo admitir que no me cae del todo mal, pero no me arrepiento de lo que pasó.

—Ella está bien Edna —informó Adrien con calma—. Lamento decirte que tu plan falló y Cleo no morirá acusada por el asesinato de tu padre, encontramos tu cuaderno en la cabaña.

La mujer titubeó ligeramente, pero sus ojos enloquecidos recobraron la confianza casi de inmediato.

—No hay forma de probar que sea mía.

—Es tú letra, sin mencionar que encontramos a la mujer, ella te reconocerá delante de las personas.

—¿El testimonio de una aldeana con ganas de ser considerada la madre de un futuro rey? —se burló—. No me hagas reír, es una prostituta y todo el mundo lo sabe, sus palabras no tienen validez.

—Los venenos en tu cabaña, esos libros, los animales drogados —negó—. Todo te apunta a ti. Sin mencionar que soy testigo ocular de que quieres hacerle daño a la reina.

—No tienes por qué poder testificar —sonrió tranquila—. El veneno está en mis guantes ahora, si haces un movimiento para detenerme, te tocaré y será tu fin, así que estoy tan libre como si no estuvieras aquí.

—Sabes que estás atrapada —continuó intentando manejar su cerebro— y te estoy proponiendo una vía de escape.

—¿Por qué me ayudarías?

—Eres peligrosa y como dijiste, un toque de tus manos me mataría, así que no puedo retenerte.

—¿Quién dijo que sólo está en mis manos? Lo tengo por todas partes, no sabrás dónde tocar para no salir afectado.

La princesa se puso en pie de un salto, alejándose de su madre quien pudo volver a respirar con normalidad. Adrien se alejó de su acercamiento con ligeros pasos hacia atrás, sabía que no debía dejar que lo tocara, pero ella se podía mover de la forma que quisiese y él no podría predecirlo todo, en algún momento podría tocar alguna parte de su piel expuesta.

—Tiene miedo Lord Collingwood, seguro que no le gusta la idea de no ver nacer a tu hijo —sonrió—. Aunque bien podría encontrárselos en la otra vida, a su esposa y a su hijo.

—Edna… tienes que irte y lo sabes, no pierdas el tiempo conmigo.

—Lo siento, pero te interpones en mi camino.

—No soy el único.

—¿Qué?

La chica apenas tuvo tiempo de reaccionar, puesto que, desde debajo de la cama, una pequeña Erin salió al ataque, levantando las faldas de Edna y tomándola de los tobillos, haciéndola tropezar. La rana venenosa salió volando, pero eso no evitaba la posibilidad de que Edna lastimara a la menor con el veneno que quedó impregnado en el guante.

Adrien tomó rápidamente una cortina y la rasgó mientras corría hacia las hermanas, saltando sobre Edna, enredándola con la tela para que el veneno en sus manos no llegara a él o a Erin, quien gritaba y no dejaba libres las piernas descubiertas de su hermana, quien seguía intentando deshacerse del agarre de la menor.

—¡Suéltame! —gritaba la mujer que estaba bajo una gruesa cortina que se mantenía en el lugar gracias al peso de Adrien—. ¡Se arrepentirán! ¡Soy la reina que este lugar necesita! ¡Suéltenme!

—Erin, deja ir sus piernas, te lastimarás.

—Quería matar a mamá —dijo conmocionada—. Quería matar a mamá.

—Tranquila Erin, todo está bien —trató el hombre que seguía conteniendo a la fiera en la que se había convertido Edna—. Llama a los guardias, grita hasta que alguien te escuche.

—Mató a papá también y a Walid.

—Erin, necesito que seas valiente otra vez, tienes que ayudarme —habló con una voz más dura—. Ve por los guardias.

La niña pestañeó un par de veces y salió corriendo de la habitación hecha un grito. Adrien suspiró, era lo que necesitaba, aunque era terrible pensar que una niña tan pequeña haya tenido que afrontar

toda esa situación, agradecía su intervención, de no ser porque le gustaba esconderse debajo de las camas, no sabría lo que habría tenido que hacer para detener a Edna, pese a que se acercó estratégicamente para tomar la cortina, probablemente no hubiese podido maniobrar tan fácilmente y mucho menos de forma efectiva.

La princesa de menor edad regresó con guardias corriendo detrás de ella, relevando a Lord Collingwood en su tarea de llevarse a la mujer que gritaba como un animal salvaje que se sabía derrotado.

—¡Adrien!

El hombre sonrió, yendo a abrazar a su esposa, agradeciendo que la vio entrar junto al resto de sus amigos.

—¿Qué pasó con Cleo? —inquirió cuando se separó de ella.

—Esperemos que la dejen salir mañana —dijo North.

—¿Qué pasa con esa señora? —Nil apuntó hacia la reina.

Los seis pares de ojos se posaron en la mujer que parecía perdida en la inmensidad de su mente. Seguía derramando lágrimas, pero no decía nada, ni siquiera se movía, había perdido lo último que le quedaba de razón, lo cual era una tristeza para Erin, quien lloriqueaba a su lado.

—Erin, ven con nosotros —pidió Declan—. Hay una mujer con un bebé muy hermoso allá abajo, ¿crees que quieras verla?

—A mí —limpió sus lágrimas—… no me gustan los bebés.

—Ven, tu tío Lance te dará golosinas —el hombre estiró la mano.

—¿Mamá estará bien?

—Sí, dentro de poco lo estará —asintió Pridwen— y Cleo regresará y estarán juntas, ella te quiere ¿lo sabes?

—No es cierto —dijo triste—. Siempre la molesto.

—Deberías dejar de hacerlo —aconsejó Nil.

—Vamos —Adrien tomó la mano de la niña y se la dio a Lance—. Traten de calmarla, no estaría aquí si no fuera por ella.

Los *Leones* se llevaron a la pequeña, hablando con una voz tranquila y conciliadora, respetuosos y entristecidos hacia los posibles traumas con los que tendría que lidiar a partir de ese momento. Desgraciadamente no era tan pequeña como para olvidar lo sucedido y aunque pudiera reprimirlo por salud mental, eventualmente vendrían a su cabeza de forma desagradable por el resto de su vida.

Pridwen esperó a que las voces de los hombres y la niña se perdieran por el pasillo antes de acercarse a la reina, quien seguía sin mirar a nadie.

—Espero que pueda recuperarse, aún tiene una hija que la necesita.

—No me queda nada.

—Me importa poco lo que piense que le queda, pero lo hará por Erin y por Cleo, incluso por la mente perturbada de Edna —indicó—. Sus hijas siguen con vida, incluso Agatha ha continuado con su vida.

La reina negó suavemente.

—Ella no querrá verme, jamás regresará a Dinamarca, se ha ido.

—Fue lo mejor para ellos —indicó.

—Yo quiero irme de esta vida, ¿Es que no se me permite?

—Cuando se es madre, no se puede ser egoísta y usted lo fue bastante.

—Pridwen —Adrien la tomó de la cintura—, vámonos.

—Pero ella…

—Mi amor —la miró con severidad—, vámonos.

Ella apretó los labios y asintió lentamente, caminando junto a su marido en el final de un día que parecía no traer más que malas noticias. Se encerraron en sus habitaciones y ambos se dejaron caer sobre la cama con poco o nada de fuerzas para seguir adelante.

—Deberíamos cambiar de habitación —sugirió Adrien—. No sabemos lo que Edna pudo hacer aquí.

—Pedí que la limpiaran a conciencia —negó—. Además, no quiero cambiar de habitación en el último momento que pasaré en ella.

—¿Te cambiarás a las de tu padre?

—No —sonrió—. Me cambiaré a las tuyas.

—¿De qué hablas? —se enderezó para mirarla.

—Adrien —ella no hizo amagos de seguirlo, permitió que la mirara desde su posición elevada—. No quiero quedarme aquí, no quiero esto para mis hijos. Toda esta tensión, los celos y las constantes amenazas. No, no lo quiero, abdicaré.

—¿Estás segura de lo que dices Pridwen? —negó el hombre—. Seguro que esto no gustará al rey de Inglaterra.

—No me importa, es mi decisión, no tuya ¿cierto? No pueden hacerme nada más que excluirme de por vida de la corte.

—Con lo cual estarás agradecida.

—Prefiero estar en un mausoleo en lugar de en una corte.

—Pridwen… —tomó su cintura—. Es una decisión importante.

—No cambiaré de opinión —dijo resuelta—. Odié a cada instante estar aquí. Me gustó ayudar a las personas, pero no a costa de mi familia, de poner en riesgo a nuestros amigos, a mi bebé… a ti.

Debía admitir que esa noticia rebasó todas las expectativas que podía tener sobre ella. No quería obligarla a tomar una decisión apresurada pese a que le gustaba el rumbo en el que giraba su cabeza.

—Te apoyaré en lo que sea que quieras hacer.

—Sé que sí —le tomó la mano con cariño y se la llevó a los labios—. Mi amor, mi mejor amigo y mi confidente, ¿aceptarías a una princesa desterrada nuevamente en tu reino?

—Eres el amor de mi vida Pridwen, no podría estar en ningún lado donde tú no quisieras acompañarme.

—Me da gusto —suspiró, pasando sus manos por el cuello de Adrien

hasta acariciar el cabello que rosaba con su nuca—. Porque definitivamente no iré a vivir a casa de tus padres.

El hombre dejó salir una ligera carcajada.

—¿Demasiada rivalidad con mi madre?

—Dudo que me permita tomar la decisión de mis propios zapatos —negó—. Con la llegada del bebé, será peor.

—Seguro que sí —sonrió alegre, besando a su mujer antes de recostarse sobre su vientre para escuchar a su hijo—. Viviremos donde quieras.

—Mmm… en la casa del centro no —le acarició el cabello—. Demasiadas mujeres vieron tu cama en ese lugar.

—No digas tonterías, jamás llevé mujeres ahí.

—Me gustaría creerte —dijo divertida—. ¿Por qué no cerca de Daira? Sé que están viviendo en la propiedad cerca de Eaton Hall.

—Estaríamos demasiado cerca de Sophia —dijo horrorizado.

—Oh, la duquesa es agradable y el bebé tendrá con quién jugar.

—Este niño tendrá con quien jugar en más de tres países Pridwen.

—Sí, pero quiero vivir ahí.

—Ya lo veremos —la abrazó—. Recuerda que tengo que ayudar a mi padre, sobre todo si estoy en Inglaterra. Al final, cuando él…

—Lo sé —ella lo apretó contra su vientre—. No pensemos en eso.

Permanecieron en silencio por un largo momento, simplemente disfrutando de la paz que llega después de una tormenta.

—Si abdicas, Agatha subirá al trono —fue él quien rompió el silencio.

—No. Se lo sugerí por medio de una carta —contestó adormilada—. Me dijo que no quiere tener nada que ver con este lugar, no quiere regresar.

—Parece que es la intensión de todos los nacidos aquí.

Pridwen mordió sus labios, intentando no develar la noticia que se suponía era un secreto, pero al final la dijo:

—Están esperando —informó alegre—. Tendrán un hijo.

—Me alegro por ellos, espero que sea para bien.

—Sé que lo será —aseguró.

Adrien permaneció callado unos momentos.

—¿Rosensburg está de acuerdo con la decisión de su esposa?

—Creo que sí y se tendrá que aguantar de no estarlo.

—Es el destino de todo marido —dejó salir una risa—. Eso nos deja a Cleo como reina. No parece tan mala idea.

—Tendré que hablar con ella, no sé si lo quiera.

—No es como que tenga opciones, no todos pueden abdicar y creo que ella se ha logrado posicionar bastante bien entre la gente.

—Una reina con problemas del habla —sonrió entusiasmada—, me parece adecuado para un palacio tan disfuncional como este.

—Lo creo también.

Pridwen golpeó un par de veces el hombro de su marido para que este se levantara. En cuanto Adrien lo hizo, supo inmediatamente lo que quería de él y estaba dispuesto a cumplirlo sin remilgos. Al final, después de un día de pesadilla, lo único que lograría reconfortarlo era ella y el saber que dentro de poco se irían de ahí, dejando atrás ese lugar que les resguardaría algunas noches de pesadillas, pero, sobre todo, un recuerdo agridulce de lo que fue el inicio de su relación.

Epílogo

Londres, Inglaterra

Residencia Wellington Ya era usual escuchar a las damas de la casa discutir cada que se presentaba una oportunidad. Algunos incluso decían que lo disfrutaban, hasta que lo planificaban para hacer sufrir a sus maridos. Sin embargo, en esa ocasión, mientras ambas subían las escaleras, el enojo era perceptible, aunque no dejaba de ser risible.

—¡Pero claro que estoy segura que me lo dirá! ¿Cómo podría usted retener su boca cuando tiene una opinión tan dura de mí?

—¿Es que no te das cuenta que arriesgas a los hijos de mi hijo?

—Duquesa —Pridwen se volvió hacia su suegra—. Le aseguro que los hijos de su hijo estarán más a salvo de lo que estará su hijo ahora mismo.

—Querida, tan sólo me preocupo por ti.

—¡De más!

Padre y heredero tuvieron la inteligencia necesaria como para mantenerse fuera del alcance de sus mujeres. Ambas poseían un temperamento particular y desde que regresaron a Inglaterra, la madre de los Collingwood se mostró terminante en mostrarle a su nuera las formas de llevar el palacio Wellington en sus manos. Aunque ella jamás lo hubiese hecho del todo bien y hubiera reformulado más de una regla.

—Será mejor no topárnoslas en un buen rato —aconsejó Adam.

—No lo tendré tan fácil, quizá madre no venga a verte a ti, estará ocupada siguiendo a Pridwen —indicó el menor—. Pero estoy seguro de que mi esposa me está buscando desesperadamente.

—Entonces te recomiendo que te vayas de aquí.

—¿Por qué deseas que no te encuentren a ti?

—Precisamente.

Adrien dejó salir una carcajada y salió del escondite improvisado que su padre y él habían tomado como precaución al verlas pasar. Era mejor que enfrentara la situación ahora que estaba fresca y no cuando hubiera germinado en una locura de molestias.

—Hola, Adrien, ¿cómo está la panzona? —inquirió Nil, quien apenas entregaba su sombrero y guantes de montar al mayordomo.

—Irritable —informó—. Y madre no ayuda mucho.

—Era de suponerse, la pobre tiene una panza gigantesca —dijo Lance con una sonrisa—. Estoy apostando a dos varones, pero espero que no sean tan enojones como lo eres tú Adrien.

—Gracioso —se cruzó de brazos—. ¿Dónde está Declan?

—¿Dónde crees? — Nil rodó los ojos.

—En la biblioteca —respondió Adrien—. ¿Desde hace cuánto que entró a la casa? Ni siquiera saludó.

—No eres de su interés —dijo Lance, caminando hacia el jardín—. Pero el que seguro será de tu interés es North, ¿has notado lo mucho que suele pasear con nuestra querida Brisi?

—¿Briseida? —Adrien caminó hacia un ventanal cercano desde donde podía ver a su hermana persiguiendo el presuroso andar de su amigo—. Esa niña lo va a volver loco, no deja de acosarlo.

—Seguro que lo volverá loco —sonrió Nil—. Pero no creo que le desagrade demasiado.

—¿De qué hablas?

—Tu hermana es una mujer hermosa, rica y soltera.

—North no se fijaría en ella.

—¿Por qué no? ¿Por qué es tu hermana? —negó Lance—. Yo me he fijado en ella pese a tus celos incontrolables.

—Te partiría la cara de acercarte a ella con esas intenciones.

—Seguro North no lo haría, pero tendrás que hacer algo con la Brisi, ella parece decidida en su cometido.

Adrien apretó sus puños.

—Hablaré con ella.

—No hagas cosas que no te corresponden, querido —alegó la duquesa, bajando las escaleras—. Tu esposa te necesita, no tu hermana.

—¿Es que lo apruebas?

—El señor Dankworth es un hombre a la altura de tu hermana, todos estos muchachos lo son y eres el único que impide sus posibilidades.

—¿Por qué tienes qué querer emparejarla con mis amigos?

—Oh, hágalo duquesa, me ofrezco voluntario —se adelantó Nil.

—Soy mejor que él sin dudas —lo empujó Lance.

Los tres se echaron a reír cuando escucharon a Adrien blasfemar a lo bajo y subir las escaleras para alejarse de esos insoportables. Se detuvo a la mitad del camino sólo para verificar que North no despreciaba la compañía de su hermana. Quizá fuera porque era demasiado educado para hacer tan obvio su falta de cariño, pero algo en su interior le decía que North jamás había sido hombre de muchos reparos.

—¿Qué estás viendo Otelo?

Adrien se volvió.

—¿Sabías de esto?

La mujer estiró su cuello para observar a la pareja que caminaba en el jardín, aunque era bastante obvio que Briseida perseguía al hombre en cuestión, lo cual sucedía cada vez más a menudo.

—No tenía idea.

—Estás mintiendo.

—Puede ser —pujó, llevándose una mano al vientre.

—Lo siento —se adelantó para tomarla en brazos—. Vamos a recostarte.

—Se vuelve más difícil al acercarse la fecha —dijo entrecortada,

entre el cansancio y el dolor—. Tu madre dice que se sentía parecido cuando llevaba gemelos en el vientre.

—No nos adelantemos.

—Casi creo que es un hecho, pese a que tu madre sea una molestia, la condenada suele tener razón en todo.

—Tiene más años —sonrió— y pasó por esto en tres ocasiones.

Llegaron a su habitación, donde Pridwen corrió a la cama y se recostó, cerrando los ojos para controlar sus malestares mientras Adrien le quitaba los zapatos y el vestido, dejándola nuevamente en camisón.

—¿No saldré de la cama o por qué me desnudas?

—Tienes que descansar, no deberías empecinarte en seguirte levantando cuando te encuentras tan cansada.

—Me siento ociosa.

—Creí que tenías muchas cartas qué leer —le tomó los pies y comenzó a masajearla—. ¿Qué dijeron tus hermanas?

Ella suspiró agradecida por las atenciones de su marido, se recostó cómoda entre las almohadas y sonrió al comenzar a contarle.

—Parece que Agatha está feliz, muy embarazada y le gusta mucho Italia, me dijo que conoció a Micaela en su última visita, la describe como una persona incontrolable y muy inteligente.

—Era de esperarse que se encontrara con los Rinaldi, me da gusto que se hayan establecido tan bien.

—Dice que Ulrik está feliz, que nunca lo había visto sonreír tan sinceramente en toda su vida.

—Es otro que se liberó de sus ataduras, aunque me sigue debiendo unos cuantos dientes —aseguró.

—No lo volverás a ver jamás.

—Y me alegro por ello.

—También recibí carta de Cleo. —Su marido se mostró más interesado con esa mención—. Parece que aún esperarán un poco para la coronación, nos invita, pero me he negado en rotundo.

—El bebé estará recién nacido —asintió Adrien.

—No es por eso, no quiero que haya divisiones, el parlamento ya lo ha aceptado y el pueblo también, mi presencia no ayudará en nada.

En ese momento la puerta sonó y dio paso a una encantadora mujer que traía a su pequeño bebé amarrado a su espalda con un hermoso pedazo de tela que fuera regalo de Pridwen.

—Le he traído esto para las náuseas, excelencia —sonrió Estefany—. Me ayudó en demasía cuando estuve embarazada.

—Oh, eres un ángel —estiró las manos—. Aunque no deberías seguir haciendo esto, tu marido te regañará de seguir viniendo.

—Lo hago con gusto, no podría dejarla en estos momentos cuando ustedes fueron tan amables conmigo —la mirada de la mujer era dulce

y llena de esperanza—. Al menos quiero quedarme hasta que nazca el bebé.

—Yo no podría más que agradecértelo.

—Sin mencionar que me gusta sentirme útil, no estoy acostumbrada a no tener necesidad —sonrió divertida.

—Deberías acostumbrarte —aseguró Adrien.

—Gracias —asintió la dama—. Ah, excelencia, Alison le manda saludos.

Pridwen apretó los labios por unos segundos, pero agradeció con una sonrisa un tanto forzada.

—Espero que le esté yendo bien en la tienda con Daira y Archie.

—Muy bien, excelencia, está contenta.

La mujer inclinó su cabeza ante ellos antes de cerrar la puerta de la habitación para devolverles su intimidad. Estefany trabajó por muchos meses con ellos hasta que llegó el hombre al que no le importó la presencia de un hijo y se la llevó para tristeza de todos. Ella seguía visitando el hogar con constancia, cuidando de quienes la cuidaron, pero no era su trabajo, no tendría que hacerlo nunca más debido a su buen matrimonio.

Por el contrario de la confianza que le fue brindada a Estefany, su ahora amiga Alison también se vio beneficiada por la ayuda de los Collingwood, aunque no cerca de ellos, sino en la tienda de la mejor amiga de la princesa. Pese a que la habían perdonado debido a su difícil situación, Adrien se negó a confiar en ella como para estar cerca de su familia.

—¿Qué me dices de Edna? —se volvió hacia su esposa.

—Ya sabes dónde está —le acarició la mejilla—. Cleo dice que la ve más tranquila, igual que a Erin.

—¿Siempre fue a vivir con sus tíos?

—Ellos nunca tuvieron hijos y la recibieron gustosos.

—Me alegro, ella necesita cariño.

—¿Sabes quién necesita cariño?

—Te estoy masajeando los pies, ¿Qué más cariños necesitas?

—Quiero besos, besos por todas partes, y abrazos y que no te separes de mí en todo el día, toda la noche, quiero que estés aquí.

—Estás haciéndote demasiado dependiente —jugueteó.

—Deberías aprovecharlo, porque en cuanto tenga este bebé, te olvidaré por completo —amenazó.

—No esperaría menos de ti.

—Te lo estoy advirtiendo.

—Supongo que te lo agradezco.

Ella sonrió maliciosa y estiró los brazos para reclamar la distancia. Adrien dejó lo que estaba haciendo para acogerla en un abrazo que terminaría por hacerla dormir profundamente, provocando que sus

labios se entreabrieran y su saliva mojara gran parte de su camisa.

—¿Jamás podrás controlar tus babas?

—¿Algún día dejarás de roncar? —regresó.

—Supongo que no somos fáciles de cambiar.

—No, aunque es nuestra testarudez lo que nos llevó hasta aquí.

Adrien sonrió de lado, tomó su rostro con delicadeza y lo levantó para tener sus hermosos ojos sobre los de él.

—Te amo.

—Dudo que tanto como yo.

Se acurrucaron en la cama, escuchando como los inseparables *Leones de Londres* gritaban en los jardines, todos en espera de que el siguiente heredero de Wellington llegara a su hogar.

Copenhague, Dinamarca

Palacio real de Amalienborg El palacio era un mejor lugar desde que gran parte de la familia real se marchó para su propio bien. Después de enterrar al rey, los Wellington tomaron partida a Londres, asegurando nunca volver. La princesa Agatha anunció que no quería el trono, marchándose junto con su marido a quien por poco desheredan al no seguir las recomendaciones y exigencias de su ambicioso padre. La pobre princesa Edna fue encerrada por su propia salud mental, era visitada constantemente por su madre, quien de una forma milagrosa recuperó la cordura justo a tiempo para enfocarse en sus hijas, al menos en la que más la necesitaba, porque Erin era feliz junto a sus tíos, quienes le prestaban todas sus atenciones.

Y la más importante, al menos en Dinamarca. Cleo se convirtió en la nueva reina, una que era respetada y querida por todos. Aseguraba no querer casarse, pero era algo que sus consejeros desalentaban, sólo había uno que lo apoyaba sin rezongar y era precisamente el hombre que pretendía pedir una audiencia con ella.

—Su majestad —anunció el mayordomo—. El señor Nielsen está aquí.

—Hágalo p-pasar.

El hombre entró segundos después con una sonrisa resuelta y los brazos abiertos, como si estuviera a punto de abrazar a la reina.

—Mi reina, siempre es un placer verla.

—Sabe que es lo mismo p-para mí, señor Nielsen, me gustaría que no se fuera p-por mucho tiempo, suelo necesitar su consejo.

—Sólo hará falta una palabra suya para que deje de hacerlo.

La mujer levantó la mirada y se sonrojó notoriamente.

—Entonces lo hago.

—Mi reina…

—P-Pero será como mi consejero, siempre será así.

—Lo sé —asintió el hombre—. Jamás he pretendido algo más.

—Me alegra.

—La he admirado desde que la conocí y ahora lo hago aún más —sonrió con emoción—. Al final, consiguió lo que quería, majestad.

La reina miró de un lado a otro, cerciorándose de que estuvieran solos.

—No debería ser tan descuidado.

—Nunca lo sería, pero sabe usted que la adoro con lo cura y cuando me confió el plan en su cabeza, no pude más que soñar con el día en el que la vería coronada.

—Ese día llegó —asintió—. Pese a que no quería pasar por tantos altibajos, lo mejor era que las cosas sucedieran tal y como Dios lo quería. La suerte jugó en nuestro favor.

—Y su mente brillante, majestad.

—Sí. Aunque será el secreto que tendremos qué guardar para no desatar el caos nuevamente en el castillo.

—Dudo que alguien quiera regresar a reclamar el trono, usted fue lo suficientemente astuta como para no dejar cabos sueltos —el hombre hablaba con una total devoción—. Es la reina que se necesitaba.

Cleo suspiró y miró hacia la ventana. Definitivamente, había sabido maniobrar con las pruebas que le había impuesto Dios. Nadie se hubiera imaginado que *La Princesa Olvidada* sería algún día la regente del país, sobre todo cuando había una larga lista de posibilidades antes que ella.

Al final, la que juega de forma más inteligente es la que gana, aunque se alegraba de la buena relación que ahora tenía con sus hermanas.

Sofía Durán

A la Sombra de Archivald

A la sombra de Archivald

Los hijos de los Bermont XII

Sofía Durán

Derechos de autor © 2023 Sofía Durán

© A la Sombra de Archivald

Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán.
Copyrigth 2023 ©Sofía Durán
Código de registro: 2305264423953
Fecha de registro: 26/05/2023
ISBN: 9798396111592
Sello: Independently published

Primera edición.

¿Hasta dónde estamos dispuestos a llegar por una venganza? Cuanto estamos dispuestos a perder en el camino sin darnos cuenta en algún momento, nos perderemos a nosotros mismos.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
La sombra
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

La sombra

La historia de *La Sombra* inicia tan mal como la de todo antagonista. Es de esperar que su vida estuviera llena de desdichas, maltratos y abandonos. Sin embargo, todo lo anterior no fue lo que ocasionó la transformación de la persona merecedora de tan escalofriante apodo, ganando su renombre debido a su efectivo enfrentamiento con las afamadas *Águilas del Hombre Siniestro*.

Cualquier situación medianamente complicada en la vida de una persona resulta interesante cuando se lee en una historia. Tal parece que la miseria ajena es causa de interés para el lector que posiblemente sólo buscaba dejar de pensar en sus propios males para enfocarse en los de alguien más y poder decir: “vaya, él está peor que yo”. Y claro, siendo muchas veces ficción, aquello sólo quedaba en una distracción agradable, sin embargo, en el caso de *La Sombra*, su historia no tenía nada de invención y al saber esto, era más fácil compadecer, que agraviar sus acciones y pensamientos.

El tema causó revuelo cuando las hazañas de esta personalidad maliciosa lograron arrodillar a la famosa Cofradía, su apodo y misterio logró acaparar el ojo de la prensa y de más de un escritor ansioso por ser el primero en dilucidar la razón de ser de *La Sombra* y el odio que ésta tenía con los Hamilton.

Desde los inicios de su vida se veía un porvenir duro, dificultoso, pero seguramente nada comparado con lo que tuvo que presenciar y sufrir estando a manos de esos malnacidos que acosaron su pueblo. Aquel lugar que le cambió la vida. Que formó y destruyó al mismo tiempo. Y sí, fue el momento donde surgió el encarnecido odio por los Hamilton y sus seguidores.

A la temprana edad de quince años, *La Sombra* aprendió lo que era sufrir en verdad, lo que era odiar, lo que era quererse vengar y se ocultó efectivamente detrás de un manto de misterios que le daban la oportunidad de hacer lo que le placiera.

Aquella persona siempre fue reservada, grosera y hasta hostil cuando se preguntaba de su pasado, amén de una vida llena de dolor.

Esa era la razón principal por la que nadie sabía ni tampoco cuestionaba acerca de su odio por una Cofradía que era clasificada como “buena” para las ciudades en donde se inmiscuían, tratando de limpiar la corrupción y bandas criminales. Simplemente admiraban la forma en la que lograba ponerlos contra la pared, aunque muchos pensaban que su efectividad se debía a que el líder de la organización era ya un hombre mayor y a sus hijos aún les faltaba para estar a la altura de su padre o, en dado caso, de *La Sombra*.

Desde hacía tiempo que su objetivo había pasado de molestar directamente a Thomas Hamilton, para enfocarse en sus hijos. Con el

tiempo aprendió que era un dolor aún mayor cuando se apuntaba directamente a lo que más amaba su adversario. Era su plan hacer que ese hombre se revolcara de dolor, porque le hicieron lo mismo y jamás lo perdonaría por ello, no importaba el motivo detrás, tampoco que su intensión fuera buena, cuando el resultado fue perder a alguien que amaba tanto, simplemente no podía.

Esa pérdida fortaleció su mente al punto máximo, aprendió a ver el dolor como fuente de inspiración, almacenando ira suficiente para un futuro en el que pudiera dar la vuelta a la situación, porque no creía que la balanza se inclinaría eternamente hacia un lado, eventualmente lograría colocar suficientes granos de arena para que, al final, algo bueno le pasara.

Aunque la vida siempre le parecerá una injusticia que sólo se puede remediar por la mano de uno mismo. Nadie ayudará, nadie tenderá una mano, no les importa que duela, que lastimen. La única ayuda que se tenía siempre sería el cerebro, la habilidad y el engaño.

No había mejor forma de salir adelante, que vivir entre las sombras. Por esa razón le gustaba tanto el apodo que le asignaron. Debía admitir que ni siquiera lo pensó, jamás se hizo nombrar de esa forma, se lo regalaron como indicio de su relevancia en el mundo de lo oculto, uno que compartía junto a ese hombre y su Cofradía.

Sus comienzos, muy por el contrario de los del *Hombre Siniestro,* no fueron hechos por voluntad propia, todo lo contrario. Desde el inicio fue una necesidad que, de hacer lo contrario, era causa de muerte, la suya o la de alguien a quien amaba.

Por eso jamás se rendiría, jamás admitiría que ninguna persona que amara sufriera. Al menos, no lo volvería a permitir; aquel tiempo en el que no podía defenderse era historia antigua, pero la amargura de vivirlo jamás pasó y era el motivo por el cual no tenía miedo de seguir adelante, era su forma de existir, quizá no fuera clasificada como una buena persona, pero aquello, a su parecer, era relativo.

Al fin de cuentas, lo único que la sombra hacía, era aconsejar, cada quien era responsable de sus propias acciones.

Capítulo 1

El sol naciente entraba por los ventanales de la solariega propiedad de los Pemberton, dando la bienvenida al nuevo y esperado día que los acaudalados duques de Richmond llevaban esperando por ya demasiado tiempo. Y no era para menos, no era un asunto cotidiano el tener que recibir a la mujer que se convertiría en la próxima duquesa, una que, además, nadie conocía.

Llegada desde la lejana España y casada por poderes con el heredero de Robert Pemberton, la señorita Vivianne Ferreira era la mujer más esperada de Londres.

Aunque era un gran momento para la familia, la persona que se veía con un nivel incrementado de excitación era sin dudas la actual duquesa, Elizabeth Pemberton. Al estar encargada de la boda oficial entre la pareja, era su deseo que no existiera error alguno, por lo cual solía contradecirse todo el tiempo, su estado de humor era tan voluble como su cambio de opinión sobre prácticamente cualquier cosa, resultando un dolor de cabeza para aquellos sirvientes que tuviesen la tarea de satisfacer sus caprichos.

Y es que sus intenciones no podían ser más loables, puesto que ella comprendía a la perfección lo que era llegar a un país extranjero, donde se esperaba que se ciñera a las costumbres, los modales y las personas con las que se rodearía a partir de su llegada. Era demasiado para cualquiera, sobre todo para una chica española.

¡Sin mencionar a su hijo!

De hecho, consideraba que lo peor era su hijo. Siendo este tan parecido a su padre, a la joven le esperaba una tremenda bocanada de frialdad antes de comprender que el corazón de los Pemberton era cálido y lleno de vida. Archivald, pese a ser un hombre que se clasificaba como bueno y agradable, era taciturno, solía disimular su distanciamiento con bellas sonrisas que entumecían los sentidos y rellenaban los espacios vacíos cuando él callaba. El hijo mayor de los Pemberton meditaba sus palabras, no hablaba a menos que lo encontrara necesario o que pidieran su opinión. Era habilidoso e inteligente; sin mencionar que era un caballero apuesto que tenía a las damas colgando en suspiros.

Un hombre confiable, un hombre leal, un hombre recto, un hombre perfecto. Todos aquellos apelativos eran un peso que Archivald tuvo que soportar desde que pudo decir palabra, no porque los mereciera en ese momento, sino porque era lo que se esperaba de él al ser hijo de un hombre como su padre, además de su heredero.

Para ese momento, Archie estaba acostumbrado y superó las expectativas que se tenían de él en cuestión de muy poco tiempo.

El problema era que la perfección requería de una completa atención y dedicación, por lo cual, Archie podía ser el hombre que cualquier mujer crearía en su imaginación, pero tenía un único desperfecto, un detalle que nadie notó hasta que fue muy tarde.

A él poco le importaba el romance con tal de que se cumplieran sus cometidos, por llenar las expectativas de su familia, por atender una obligación. Jamás se le podría clasificar como un hombre cruel, frío o desalmado, pero si su deber se interponía, nada más importaba.

Esa fue la razón principal por la cual aceptó un matrimonio por poderes sin pensárselo dos veces, su desapego hacia las relaciones personales era la razón por la cual jamás tuvo un interés romántico y tampoco se dejó llevar por los placeres del cuerpo como sus primos, quienes lo respetaban de tal forma que eliminaba toda posibilidad de burlas hacia su persona.

En esos momentos, mientras su madre enloquecía con los preparativos para la llegada de su nuera, Archie se entretenía junto a su padre. Era común entre ellos batirse a duelos por mera diversión. Ambos disfrutaban sobremanera aquella actividad, donde la habilidad y una pequeña protección en el cuerpo era lo único que les impedía salir verdaderamente dañados.

—Te has superado desde la última vez Archie —sonrió Robert, evitando una estocada del sable de su hijo—. ¿Es que acaso tú tío sigue queriéndose aprovechar de tu habilidad?

—El tío Thomas se ha rendido hace tiempo en igualarme en el combate ambidiestro —Archie elevó ambas cejas e inclinó la cabeza con respeto—. Aunque debo admitir que eres formidable, padre.

—No esperaba menos respeto de quien fue mi discípulo.

—Deja de comportarte tan vehemente —dijo con burla el menor— y acepta tu derrota.

—Soy viejo, pero definitivamente aún no me superas.

Robert le dio una rápida estocada a su hijo, golpeándolo con precisión en el costado, mientras con la otra espada le pegó en el muslo, dando por terminado el encuentro.

—¡Maldición! —se quejó Archie, cayendo al suelo derrotado mientras veía los ligeros rasguños que comenzaban a sangrar.

—Sí. Aún sigo siendo tu padre.

Los ojos de Archivald brillaron con diversión mientras se inclinaba para ver los cortes que su padre había hecho sobre su cuerpo, limpiando la sangre con su pulgar y sonriendo.

—Buena técnica, apenas es un roce.

—Las armas de fuego llegaron a mis manos mucho después de saber utilizar una espada hijo, lo siento.

—Engreído —se burló y se puso en pie—. Creo que tengo que tomar una ducha. Si madre me ve…

—¡Ustedes dos! —gritó la voz imperativa de Elizabeth.

—Demasiado tarde.

Robert entregó las espadas a un mozo y observó a su esposa, quien llegaba con aquella mirada grisácea cargada en ira.

—¿En qué estaban pensando? —Miró de uno a otro—. ¿Qué no saben que los Ferreira llegarán en cualquier momento?

—Claro que lo sabemos, nos lo has recordado desde temprano —jugó su marido, quitando la protección de su cuerpo.

Elizabeth miró entonces a su hijo, quien seguía sangrando de la pierna y un costado. La mujer entornó los ojos e inmediatamente incriminó a su marido.

—¿Lo heriste? —Archivald sabía que su madre estaba por gritar, así que cerró un ojo y ladeó la cabeza para proteger su oído—. ¡Robert Pemberton! ¿Qué pensará su esposa cuando lo vea?

—Que es un hombre, sólo eso —Robert elevó ambas cejas y le dio a su hijo una mirada para que se marchara cuanto antes.

—¡Archivald! No te atrevas a irte, te lo advierto.

El heredero besó la mejilla de su madre y se marchó, dejándole a su padre la tarea de tranquilizar a la fiera que tenía como progenitora. Era en esos momentos cuando Archie ponía en duda el juicio de su padre a la hora de enamorarse de su madre. Eran tan diferentes que le parecía imposible creer que se llevaban bien, incluso dudaba de su capacidad para soportarse. Sin embargo, él era testigo del cariño verdadero que se tenían, creció rodeado de ello, lo cual agradecía, pero al ser tan parecido a su padre, él mejor que nadie sabía lo insoportable que le resultaba el carácter de su madre.

—¡Ey, Archie! —gritó su hermana en cuanto lo vio entrar en la propiedad que fuera de sus padres—. ¿Por qué he de organizar yo tu boda y no tú? ¿Sabes lo molesta que es mamá?

—Tú eres mujer.

—¿Y eso qué quiere decir? —entrecerró los ojos en advertencia.

—Paz, Sophia. No lo decía por eso. —Elevó ambas manos en rendición—. Simplemente ustedes ponen más atención a los detalles, son más creativas y cuidadosas.

—Tu pico de oro no sirve conmigo, Archivald Pemberton.

El hombre sonrió, porque sabía perfectamente que sí funcionaba, sobre todo cuando su hermana dio media vuelta y regresó a las actividades de la boda con una sonrisa. No era que la manipulara, pero desde el inicio de su vida se dio cuenta de lo poderoso y ventajoso que podía ser el saber hablar, encontrando una manera inteligente de decir las cosas, uno siempre podía hacer que la balanza se inclinara a su favor.

—Ey, Archie —saludó Jason, quien iba entrando a la casa—. ¿Cómo te va con todo esto? Me parece que estás un tanto… no sé.

—Tan bien como puede esperarse —se acercó—. Me sorprende que no estés tirado en una cama, muriendo por la resaca de alcohol.

—Desperté hace una hora —dijo en broma, se notaba que desde hacía tiempo que se había desperezado—. Vine a rescatarte.

—¿Rescatarme de qué?

—Falta poco para que llegue tu mujercita, ¿cierto?

—Me sorprende tu increíble perspicacia.

—Lindo, jamás me has caído del todo bien, pero ya qué, vamos.

—¿A dónde?

—Bueno, a divertirnos antes de que llegue.

—Jason —suspiró el mayor—. No puedo irme ahora, en verdad llegará muy pronto, si mi madre y Sophia se percatan…

—¿Tan pronto te dejas dominar por las mujeres?

Archie ladeó la cabeza con el ceño fruncido, temiendo que fuera una ofensa de parte de su primo hermano, pero al final, la dejó pasar y sonrió agradablemente, como siempre.

—Es de inteligentes actuar para mantenerlas felices en lugar de soportar los días que pasarán para que se les quite la molestia.

—Siempre te ha gustado ser mejor que el grueso de los hombres ¿no es verdad? —rodó los ojos—. Vamos, será divertido.

—¿Por qué no te quedas? —sugirió—. De todas formas, tendrás que venir al banquete y será mejor no tenerte que sacar de los brazos de una mujer o una cantina. Tu madre se disgustaría.

Jason soltó una sonrisa simplona y asintió.

—Siempre has actuado como un padre, me sorprende y me irrita, pero te quiero y no hay más qué hacer. —Lo miró detenidamente—. Vale, me quedaré y ayudaré a que soportes a tu madre y hermana.

—¿Cómo que soportar? —se quejó Sophia, saliendo a saludarlo.

—¡Ay! De saber que estabas tan cerca no me habría atrevido a decir todo lo anterior, ¡Acabaré atravesado por una pica!

Sophia se cruzó de brazos y gesticuló en desagrado.

—Ajá, mira qué risa me da. Hola a ti también Jason —lo inspeccionó con preocupación—. ¿Cómo has estado?

—Bien —manoteó el aire—. Deja de preocuparte, ¿quieres?

—Claro —meneó la cabeza—. John vendrá dentro de un rato.

—Era de esperarse que venga a cuidar de su fiera loca.

La reacción normal a ese insulto sería que Sophia enloqueciera, posiblemente hasta patearía a su primo. Sin embargo, los ojos de Sophia no podían ocultar el rastro de intranquilidad, logrando molestar sobremanera al hombre que intentaba actuar normal frente a una situación que era incómoda para todos.

—¡Basta Sophia! —gritó exasperado—. Dije que estoy bien.

—Sí —bajó la mirada—. Claro, lo siento.

La mujer balbuceó una excusa y se marchó presurosa, dejando a los dos hombres en soledad. Archivald sabía el conflicto que había entre la familia de su hermana y la de su primo, pero no por ello permitiría una actitud semejante en su casa y frente a él.

—No le vuelvas a gritar de esa manera. —Advirtió Archie.

—El hermano sobreprotector salió a la vista, ¿es que no sabes que esa mujer podría matar a cien hombres por su causa? No necesita protección de nadie.

—No me importa por qué mataría ella. Pero sé muy bien por qué lo haría yo, no la molestes, intenta ayudarte.

Jason levantó las manos en rendición.

La mujer que se casaría con su primo sería muy afortunada, no había mejor hombre en toda Inglaterra que él. Incluso le ahorraría la pena de saberlo un mujeriego, jugador o cualquier otro vicio del que los hombres normales fueran fanáticos en sus tiempos de libertad.

Nadie sabía la forma en la que Archie logró dominar de esa manera los impulsos que para la gran mayoría de los hombres eran naturales y solían dejarse llevar por ellos con la libertad que la sociedad les permitía. El hijo mayor de los Pemberton era un ejemplo a seguir de la rectitud, de la honradez y el carácter. Nadie se atrevería a burlarse de su inexperiencia en el campo femenino.

Su primo era respetado y todos lo sabían.

Donde fuese que Archie se plantaba, la gente tendía a bajar la mirada, en más de una ocasión se encontraron con la divertida situación en la que las personas se inclinaban varias veces ante él sin siquiera darse cuenta. Y no era que Archie fuera intimidante, o que sus ojos fueran inquietantes. Todo lo contrario. De hecho, era un hombre afable, grave pero agradable, amable y caritativo, pero tenía algo que provocaba irse con cuidado con él.

—Bien, ¿a dónde vamos ahora?

—Pensaba tomar una ducha y limpiarme esto —miró la herida de su costado, que era la que más le molestaba.

—¿Qué no saben que los duelos de espada pasaron de moda?

—Claro, tú eres el más informado en el tema ¿no es cierto?

—Debo admitir que no es placentero. —Lo siguió por las escaleras —. Pero es lo que se tiene que hacer.

—Deberías dejar de arriesgar tu vida, o al menos, si quieres perderla, no arriesgues la de alguien más.

—Veo cuanto te preocupo, en verdad muchas gracias.

—Me preocupas, por eso mismo te lo digo.

—Es cuestión de suerte.

—No es suerte que escojas a mujeres casadas.

—Lo lamento, no todos podemos ser tan honorables y tener la

fuerza de voluntad para no desear a una mujer.

Archie sonrió divertido.

—No es que no las desee, pero sé controlarme.

—¿Qué me dices de una mujerzuela? ¿No podría el honorable caballero intentar tener un poco de experiencia con una de ellas?

—¿Para qué? El cuerpo sabe qué hacer y yo conozco el de una mujer —se inclinó de hombros.

—¿En libros? —negó—. Eso no lo es todo, deberías saberlo, complacer a una mujer es una cuestión de experiencia.

—Creo entender que ambos seremos inexpertos en ese momento —dijo despreocupado—, así que aprenderé de ella lo que le gusta o disgusta. Al final, es lo único que en verdad importa.

—Agh, seguro que, si una mujer te escuchara, se enamoraría de ti en seguida —lo miró divertido—. ¿Qué tal si tú no lo disfrutas?

Archie dejó salir una carcajada y negó repetidamente.

—El hombre siempre disfruta, no requerimos demasiado para lograrlo. Pero una mujer necesita del cariño, las caricias; incluso el acercamiento posterior al sexo es importante para ellas.

—No sé si eres un romántico, o un loco calculador.

—Elige a pacer —dijo desinteresado.

—Bien Archie, veo que ni siquiera con temas en los que eres inexperto puedo molestarte, según tú, no hay nada que debas aprender para llevarte a una mujer a la cama, ¿o me equivoco?

—No diría eso.

—¿Eso qué quiere decir? —elevó una ceja, viendo a su primo partir—. ¡Ey! ¡Archie!

Archivald sonrió de lado y entró a su habitación sin dar respuesta a la pregunta de su primo, quien gruñó frustrado y lo siguió, tratando de sacarle aquella información valiosa.

Capítulo 2

Hubiese querido conocer un método efectivo en contra de los nervios que la acosaban desde el momento en el que partió de España, posiblemente para nunca volver. De hecho, de no lograr controlarse, se quedaría sin uñas, posiblemente sin palmas de tanto que las estrujaba para controlarse. Su corazón se colocó justo en la boca de su garganta, impidiéndole encontrar la comodidad a lo largo del viaje ¡Y qué decir de las revolturas de estómago! Parecía una guerra de sensaciones poco placenteras que terminaban siendo la expresión de ser la mujer de un desconocido, viajando hacia un lugar que parecía hecho de otro planeta, muy diferente a España.

—Cálmate Anne —le tomaron la mano con delicadeza—, verás que él lo aceptará, se habla muy bien de ese lord.

El cerebro de la nerviosa joven se negaba a escuchar palabras de aliento. Desde hacía horas que se había sumido en un profundo mar de pensamientos negativos que la mantenían alerta y sin lograr un estado de relajación.

—No lo sabes —la voz estaba cargada de preocupación.

—Ella tiene razón, no es fácil aceptar que una impedida vaya a ser la mujer con la que te acostarás y darás vida a tus hijos.

La voz irritante provenía de un apuesto caballero ubicado cerca de la ventana del coche que los llevaba hacia la casa Pemberton. Durante todo el trayecto se encargó de incomodar e incrementar la incertidumbre de su ya preocupada hermana.

—No hagas caso —Nancy frunció el ceño hacia el hombre y apretó más la mano que ahora sudaba en nerviosismo—. Tú tienes todo para ser aceptada, además, él es bueno, dicen que es bueno.

—Claramente padre se volvió loco —se quejó una mujer hermosa, completamente girada hacia una ventana para no ver a nadie en el interior de la carroza—. Tú ni siquiera serás capaz de disfrutar su rostro gallardo.

—Tú puedes ver de una forma completamente diferente Anne, lo sabes, de hecho, es mucho más especial.

Anne no pudo evitar curvear los labios ante las palabras dulces por parte de su amiga. Nancy logró convertirse en su persona de confianza en poco tiempo; de hecho, fueron sólo unos meses lo que su padre tardó en tomar la decisión de qué hacer con ella ahora que había alcanzado la mayoría de edad, pero fue tiempo suficiente para hacerlas inseparables, al punto en el que Vivianne prácticamente suplicó de rodillas a su padre para que fuera con ella hasta Londres.

La joven se acomodó en su asiento y tomó la mano de Nancy con firmeza, volviendo la cara hacia el sol que entraba por la ventana.

—¿Cómo es Londres, Nancy?

Los ojos tranquilos y soñadores de la simpática señorita Nancy volaron hacia la ventana con una sonrisa, tratando de encontrar la mejor forma de describirle a su amiga lo hermoso de la ciudad.

—Hay mucha gente caminando con sombrillas y grandes abrigos, probablemente va a llover, aunque yo no veo indicio de ello. También hay muchas tiendas con cintas y telas, parejas que caminan juntas por el parque y niños que corren hacia los cucuruchos.

—¿Se ven felices?

—Sí, seguro que es un lugar hermoso en el cual vivir, te enamorarás de todo Anne, de eso estoy segura.

Quería creerle, de hecho, lo mejor que podía hacer era tratar de darle la razón a la esperanzadora voz de Nancy.

—Este lugar es horrible, se encharca, llueve más de lo que sale el sol, hace frío, huele feo y la gente es poco amistosa —enlistó la hermana de Anne con la nariz fruncida.

—Entonces debemos agradecer que no vaya a ser usted quien viva aquí con el apuesto hombre con el que se casó Anne. Al menos tendrá un reconfortante regreso hasta España, señorita Beatriz.

—No cabe duda que eres impertinente.

La bella mujer que era Beatriz levantó el rostro en total indignación, Nancy incluso juraría que su nariz era capaz de tocar el techo del coche, lo cual la hacía sonreír conforme. Se volvió hacia su amiga, quien seguía esperando a que su voz le describiera con lujo de detalle lo que veía a través de la ventana que se lograba empañar por el frío ordinario en Londres.

—No debes escuchar a una sirvienta Beatriz, aún no está claro si Vivianne se quedará o no con los Pemberton —dijo Joaquín—. Veamos qué tan loable es el heredero de los Richmond.

Nancy odiaba por igual al padre y los hermanos de Anne, pero no podía hacer nada contra la sangre, en ocasiones no podía creer que estuvieran relacionados. Esos dos eran cabezas huecas, simplones, superficiales, vanidosos y groseros. Anne, por el contrario, era discreta, inteligente, profunda y dulce.

—Mis señores, nos acercamos a la propiedad de los Duques de Richmond —anunció el chofer con una afable sonrisa.

—Oh, por Dios. —Anne se mostró emocionada—. ¿Cómo es Nancy? ¿Cómo es todo?

Los ojos impresionados de Nancy develaban lo esplendorosa que le resultaba la propiedad. Pese a que el estilo gótico resultara extraño para los tiempos en los que vivían; el cuidado, la suntuosidad y lo hermoso de los jardines que abrazaban la propiedad logró quitar el

aliento incluso a los hermanos Ferreira.

—Es muy impresionante —dijo Nancy como toda contestación.

—Eso no me sirve mucho Nancy —rio Anne a lo bajo.

La mujer que acompañaba a la futura dueña de ese lugar se mostró avergonzada, era obvio que esas palabras de poco le servían a su amiga, quien también sería su señora, puesto que estaba llegando a esa casa como su dama de compañía, su escolta.

—Te costará aprendértelo, es enorme —trató Nancy—, pero tienes una buena memoria, así que tranquila.

—O morirás perdida entre las paredes, no hay diferencia —dijo la ponzoñosa voz de Beatriz.

—No creo que su marido lo permita —contraatacó Nancy y volvió la mirada al frente, jalando aire en cuanto notó una comitiva de bienvenida—. Anne, nos están esperando en la entrada.

—¿Está él ahí?

Nancy miró por la ventana, siendo incapaz de apartar la vista del hombre alto, rubio y de ojos azules que se mantenía con los brazos cruzados junto al resto de la familia Pemberton. En verdad que era un hombre apuesto, resaltaba fácilmente de los demás, incluso Beatriz se atrevió a dejar salir su asombro al abrir sus labios y jalar sorpresivamente el aire.

—Sí, él está ahí Anne.

—¿Cómo sabes que es él?

—No lo sé, me imagino que es él, aunque el otro hermano tampoco está nada mal, pero no es rubio.

—Nos dijeron que el heredero de Richmond era rubio.

—Así es.

Anne sintió que su corazón se estrujaba, ansiando bajar del coche y dar por terminada su agonía. Quería saber de una buena vez si la regresarían a casa o sería aceptada en una nueva familia. ¿Acaso Archivald la rechazaría? Seguro sería doloroso, pero lo prefería a toda una vida de sufrimientos o engaños. Sabía que su condición no era la ideal, cualquiera con un poco de cabeza la rechazaría, sobre todo porque él era inconsciente del defecto. Había sido engañado y tenía todas las leyes de su lado para negarse a cumplir con ella.

—Bien, señores —el chofer abrió la puerta para los invitados de la casa—. Bienvenidos a Richmond.

Los hermanos Ferreira bajaron antes que Anne y Nancy. Ellas no pudieron más que agradecerlo, necesitaban un momento para afrontar lo que sea que fuera a suceder después de que bajaran de la carroza y enfrentaran a su nueva familia o al rechazo de la misma.

—¿Estás lista?

Nancy trató de infundir valentía con su firme apretón de manos.

—Tengo miedo de que algo salga mal.

—Si acaso te rechaza, no lo bajaré de idiota.

—No me suelen clasificar como un idiota, señorita, pero es verdad, sólo un idiota rechazaría a una mujer por su apariencia.

La voz de Archie era agradable, firme, llena de convicción y fuerza. Había decidido acercarse al notar que la dama que llevaba esperando por meses, se dignaba a hacerlo esperar aún más. No es que pensara ir a amonestarla, pero se había impacientado y no pudo más que enternecerse cuando comprendió que todo se debía a los nervios normales de cualquier novia.

Sin embargo, las había asustado, lo cual no había estado en sus planes, como tampoco lo estaba el predicamento en el que las colocó.

Anne se sintió acorralada en aquel pequeño lugar, le hubiera gustado salir por la puerta del otro lado, pero seguro tardaría demasiado en encontrar la manija para lograr su cometido; sobre todo, si se tomaba en cuenta que la mano firme de Nancy la retenía en su lugar, infundiéndole tranquilidad y una cierta protección ante el hombre que apareció inesperadamente.

—¿Es usted lord Pemberton? —preguntó más segura de lo que el caballero esperaba que lo hiciera.

—Sería mejor que llamaran así a mi padre, yo soy Archivald.

—Usted es… ¿es mi prometido?

—En realidad, soy tu marido —dijo agradable y en un tono que aligeraba la tensión de ambas mujeres—. ¿Por qué no bajas de aquí y nos presentamos correctamente?

—Yo… estoy nerviosa.

—Es comprensible, pero te aseguro que mi familia es agradable.

—No es por eso —aseguró, manteniendo la mirada agachada.

—En ese caso, ¿de qué se trata?

—Tengo miedo de que me pueda regresar a España.

—¿Se puede saber por qué pensaría en regresarla cuando acaba de llegar a casa? —elevó una ceja, buscando su mirada.

—¿Puede subir y cerrar la puerta?

—¿Cerrar la puerta?

—Sí, por favor. De esa manera no sentiré vergüenza si acaso decide negarse a este matrimonio.

Archie se mostró extrañado, pero aceptó, subiendo a la carroza y cerrando la puerta tras de él.

—Espero que entienda que mi madre estará por tener un infarto —bromeó el rubio.

—Sí —dijo en un hilo de voz—. Aunque no hace ninguna diferencia, hubiese sido el mismo efecto si yo bajaba de aquí.

—¿Debido a qué? —frunció el ceño—. ¿De qué habla?

—Señor… —ella apretó la mano de su fiel Nancy y abrió los ojos que había mantenido cerrados— véame bien a la cara, por favor.

Archie atendió la súplica y recorrió el rostro de la mujer frente a él, aunque no le hacía falta prestar tanta atención para saber que le parecía preciosa. Su esposa era una mujer menuda, de rasgos dulces y respingados, su boca parecía un corazón pequeño y carnoso, sus largos cabellos eran color oro, el cual brillaba con intensidad al tener el sol cayendo sobre su espalda, enmarcando su silueta. Pero seguramente lo que más llamaba la atención eran esos ojos de un verde empalidecido, tan claro que parecía irreal.

—Eres muy hermosa, ¿es eso lo que querías que dijera?

—¿Lo notó, mi lord? —pidió incrédula—. ¿Es que no lo notó?

El heredero sonrió con amabilidad, alargó una de sus manos hasta posarla sobre las que ella mantenía sobre su regazo, firmemente apretadas sobre las de Nancy, quien fuera su ancla en la tierra para no caer en el nerviosismo total.

—No hay nada que me desagrade.

—Pero… ¿mi lord, es que no se da cuenta?

—Creo que él se da cuenta, Anne —sonrió Nancy—. Vamos, tenemos que bajar a saludar a los demás.

—No se preocupe, yo la ayudaré a bajar —insistió el hombre.

Archie abrió la puerta y salió del carruaje con una sonrisa que pretendía tranquilizar a su familia. Se volvió hacia su esposa y estiró los brazos para tomarla de la cintura y colocarla en el suelo con un movimiento caballeroso que revolvió el estómago sensible de una joven ilusionada con el hecho de no haber sido despreciada.

—Gracias —susurró Anne, sonrojada.

—Ven, te presentaré a la familia.

La mano de la joven fue tomada con seguridad para ser colocada en el antebrazo que parecía fortalecido debido a un uso constante, «quizá entrena algún deporte», pensó la joven quien gustosa apretó la zona, justificando su acción curiosa con una de nerviosismo. En realidad, en cuanto su marido aceptó su condición, todo atisbo de malestar se esfumó y poco le importaba que sus suegros estuvieran conmocionados con la realidad de su impedimento.

—Madre, padre —habló Archie—. Lady Vivianne Ferreira.

La joven se inclinó en cuanto comprendió que estaba frente a los duques. Por mero gusto, tardó más de la cuenta en levantar la cabeza, haciendo esperar a sus suegros para zacear la curiosidad que resonaba en sus almas desde que se percataron a lo lejos de la falta de visión de la que sería la futura duquesa de Richmond.

—Prefiero que me llamen Anne.

Finalmente tuvo que ceder y levantó el rostro.

—Oh… —Elizabeth contuvo el aliento—. Es… es un placer, soy Elizabeth Pemberton, madre de Archivald.

—Bienvenida, querida —se adelantó Robert, tomando la mano de

la muchacha para palmearla acogedoramente—. Espero que te sientas cómoda, trataremos de no abrumarte demasiado.

—Son muy amables —sonrió agradecida.

Por su parte, Elizabeth había perdido el habla, estaba pasmada. Situación inaudita si se tomaba en cuenta que jamás había pasado algo similar en todos los años que esa mujer llevaba con vida. Cuando el primer impacto pasó, la madre buscó la mirada de su hijo con tal determinación que dejó de lado la educación para mostrarse en desacuerdo con la unión. Al menos deseaba que Archivald se mostrara molesto por la omisión maliciosa del padre de la chica.

Sin embargo, su hijo la ignoraba y seguía presentando a la mujer como su nueva esposa. Poco le faltó a Elizabeth para tener un infarto. Incluso su marido y el resto de sus hijos se mostraron complicados en disimular su desconcierto.

Los únicos que parecían realmente complacidos, eran los hermanos Ferreira. Se mantenían a una distancia prudencial, lo suficientemente lejos como para que no se notaran sus sonrisas, pero cerca como para apreciarlas expresiones de la familia que su padre acababa de arruinar con esa unión infructuosa.

Una mujer como Vivianne no debía de salir de los conventos en donde eran colocadas para no avergonzar a sus familias, ella jamás debió casarse con un hombre tan importante como lo era un duque de Inglaterra. Llevar la carga de una impedida no era algo que ninguna familia del nivel económico y categoría de los Richmond aceptaría, mucho menos para ser la futura duquesa.

—Parece que no la rechazará —susurró Beatriz a su hermano.

—Lo esperaba así, es un Pemberton y ellos no suelen echarse para atrás cuando dan su palabra de caballero.

—Aun no comprendo por qué padre la eligió a ella… —Beatriz no tenía problema alguno en mostrar su molestia. Era una mujer consentida y que su padre le quitara la oportunidad de su vida no dejaba de molestarla—. ¿Es que no veía la oportunidad que yo tendría al ser su esposa? ¿La posición que ganaría? ¿El dinero?

—Padre nunca hace nada al azar, por algo no te entregó a ese hombre Beatriz, tiene que haber un defecto en él.

—Yo no le veo ninguno —se cruzó de brazos, indignada.

—Estará oculto, entonces.

—O quizá es una compensación por los años de miseria que su padre hizo pasar a Anne —dijo Nancy, parándose a su lado.

—¿Cómo te atreves a hablarnos?

—¿Por qué no hacerlo? No son superiores a mí, mucho menos aquí —sonrió alegre—. Adiós.

—¡Agh! Esa repugnante chiquilla —se quejó Joaquín—. Como me gustaría darle una buena lección para que dejase de sentirse la gran

cosa. No es más que una huérfana asquerosa.

—Deberías, incluso creo que te has tardado demasiado.

—Lo haré a su debido tiempo —sonrió malicioso—, deja que se sienta más segura para que se descuide.

—Eres malo.

Beatriz sonrió con perversidad y miró hacia la nueva pareja.

—No más que tú. Supongo que estarás pensando en algo para hacerle la vida imposible a Anne.

—Naturalmente. Esa idiota debió quedarse en el monasterio, no entiendo por qué papá recordó repentinamente que tenía una hija de la cual se avergonzaba. Incluso dándole mi lugar en este matrimonio.

—No debes cuestionar sus decisiones y lo sabes.

—Sí… Supongo que de nada sirve quejarse.

Beatriz dirigió su mirada hacia su hermana, envidiando lo que tenía. Pese a que su hermano quisiera hacerla sentir mejor con decir que su padre había pensado en ella al momento de cambiar de decisión, no podía estar de acuerdo con él. Archivald era un premio que incluso se debatía en otros países. Su primer atractivo era, por supuesto, el ser un rico heredero, un futuro duque; pero añadiendo a ello lo apuesto y agradable que resultaba ser…

Sí, era de esperarse que Beatriz estuviera sumamente celosa.

Sobre todo, cuando se denotaba lo atento y sonriente que estaba Lord Pemberton junto a su hermana. Era obvio que no fingía su expresión mientras vagaba por los pasillos, alejándose del resto de la familia que murmuraba a lo bajo sobre la situación que enfrentarían.

—Creo que sus padres no se encuentran tan de acuerdo como usted con que aceptara tenerme como esposa. —susurró Anne.

—Tranquila, es una primera impresión, son gente mayor, acostumbrados a que el mundo gire como a ellos les gusta. —Archie se corrigió—: más bien mi madre, padre jamás te haría un desplante.

—No creo que sean tan mayores —dejó salir una risilla—, tendrán entre cuarenta y cincuenta, ¿o no?

—Una deducción aceptable, pero mi padre pasa de los cincuenta.

Había escuchado sobre ello, sobre las formas en las que un incapacitado era capaz de remediar sus propias limitantes, sobre todo cuando se tomaba en cuenta lo difícil que podía ser calcular la edad de una persona, incluso cuando se tenía la capacidad de ver y, sin embargo, Vivianne parecía trabajar a la perfección con los sentidos que aún poseía y eso lo intrigaba.

—Tampoco es que pueda adivinar con exactitud —sonrió, pero inmediatamente volvió a la seriedad—. ¿Seguro que está bien con esto? Sé que es complicado y supongo que mi padre no se los dijo.

—No pienses en ello.

—Pero…

—En verdad, no te preocupes por tonterías, a mí no me afecta, eres la persona con la que estoy casado —le dijo tranquilo—. Y si estás pensando que lo veo como un castigo sin remedio, te vuelvo a decir que no es así, eres bonita, me pareces interesante y tengo la certeza de que eres perspicaz.

—¿Por qué piensas eso?

—Aprendiste a vivir de una forma diferente, seguramente te ha sido difícil. Aun así, eres sonriente y segura. Posiblemente sabes afrontar con entereza todo tipo de situaciones, no te amedrentas y eso me agrada más que cualquier otra cosa.

La joven bajó la cabeza, azorada con tales palabras halagadoras.

—Parece muy seguro de ello —dijo con fascinación—. Apenas me conoce, pero se ha hecho toda una idea de mí en la cabeza.

—Soy bueno analizando a las personas.

—Es en verdad una persona extraordinaria, mi lord, los rumores sobre usted son ciertos. Por primera vez me alegro de ello.

—En ese caso, lo agradezco.

—¿Es que se jacta de su apodo? ¿Cómo es que era? —la joven sonrió al oírlo suspirar con desagrado—. ¿*El Hombre Perfecto*?

—No podría jactarme por un apodo como ese.

—¿Pero no lo es? —elevó una ceja—. A mí me parece perfecto.

—No sería adecuado que yo afirmara ese cuestionamiento.

—Y uno humilde, al parecer.

De pronto se escuchó la agradable risa de Archivald, provocando que el corazón de Anne se derritiera agradablemente. Era como si alguien le hubiese puesto una manta cálida después de una larga noche en el frío cruel de diciembre. No podía creer que un hombre tan amable existiera en verdad. Seguro que debía tener un defecto terrible disimulado por esa fachada agradable.

Por su parte, el caballero estaba disfrutando sobremanera la conversación que se había establecido con su nueva esposa. En realidad, no tenía idea de cómo fue que ambos se alejaron de la comitiva que representaba el resto de su familia, pero consideró necesario pasar el tiempo con ella, al menos entablar unas palabras en soledad para conocerla, lo necesario para no sentirse incómodos al tener que celebrar una boda entre desconocidos.

Aunque Vivianne Ferreira no parecía la clase de mujer que se incomodaba con facilidad, ella no se conflictuaba por su incapacidad, parecía cómoda y hasta habilidosa para manejarse pese a ella. Incluso aceptaba las preguntas relacionadas a su ceguera.

La pareja estaba enfrascada en su propia conversación que fue repentinamente interrumpida cuando Archivald sintió una mano que tomaba con firmeza su muñeca. Los ojos sorprendidos del caballero fueron a toparse con los de su madre, quien parecía nerviosa,

seguramente ansiosa por hablar con él.

—Eh, querido, ¿Por qué no dejamos que nuestros invitados se refresquen en sus habitaciones mientras nosotros charlamos un rato?

—No hay nada de qué hablar —aseguró Archie.

—Hijo —la madre apremió con la mirada—, por favor.

El hombre suspiró derrotado, asintiendo hacia su madre antes de entregar la mano de su esposa a su dama de compañía. Nancy, prácticamente había corrido hasta ellos cuando vio a la duquesa acercándose a su hijo. Tomó con tal firmeza a su amiga que no hacía falta hablar para que Archie comprendiera que estaría a salvo con ella. Aun así, la mujer le sonrió agradablemente para puntualizar aún más la seguridad de Vivianne e inclinó ligeramente la cabeza antes de dirigir a su amiga por las escaleras, siguiendo a la doncella que obedecía las órdenes de la duquesa para que llevara a los Ferreira a sus respectivas habitaciones.

Elizabeth Pemberton esperó con paciencia mientras la familia desaparecía por las escaleras y entonces, tomó la mano de su hijo mayor y la de su marido, llevándoselos al despacho, donde los soltó y se mostró mortificada, haciéndolos partícipes de su interminable caminata por la habitación.

—¿Es que no piensan decir nada?

El duque se cruzó de brazos y sonrió, mirando a su hijo. Estaba claro que no pensaba meterse en el asunto, dejándole a Archivald el problema de lidiar con su madre.

—¿Sobre qué?

—Oh, Archie, no estarás hablando en serio.

—No. Hablo en serio —se adelantó—. No veo porqué incomodar de esa forma a nuestros invitados y a mi esposa.

—¡Ese es el problema! —levantó las manos—. ¿Es que no te das cuenta Archivald? ¡Ella es ciega, hijo, no puede ver!

—No es algo que se pueda pasar por alto, madre.

—Pero… ¿Es que piensas continuar con el matrimonio?

—Me niego a contestar a una pregunta basada en tal nivel de superficialidad, madre. Debo decir que me decepcionas.

—No se trata de frivolidad, esto es para toda la vida, no sabes lo que será cargar con esto, ella siempre seguirá igual.

—Naturalmente, no he escuchado de Publio o de tío Thomas que exista una cura para la ceguera.

—Archie… —su madre lo advirtió, mostrándose derrotada.

—Madre, no discutiré sobre el tema, esa mujer es mi esposa, se celebrará la boda que tanto has preparado y estaría agradecido si comenzaras a hacerte a la idea desde ahora, si no, me veré en la necesidad de irme de aquí.

—No puedes irte, lo sabes Archivad, necesito tu ayuda —dijo el

padre, oponiéndose terminantemente a esa opción y mirando a su esposa con una ceja levantada—. ¿Y bien?

—¿Por qué siempre he de quedar como la malvada? —colocó las manos en jarras—. No es por despreciarla…

—Claramente no —ironizó el hijo.

—Me encuentro preocupada, creo que no alcanzas a medir lo que es casarte con alguien como ella. Pero si estás determinado a hacerlo, no tengo motivos para evitarlo.

—Aprenderé a ayudarla en lo que necesite, pero algo me dice que Vivianne es una persona independiente, seguro sabrá sobrellevar la vida a su manera —dijo el hombre.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque en esta vida, querida madre, si algo es complicado, existen únicamente dos opciones para sobrellevarlo: o encuentras la manera de lidiar con ello o te dejas morir.

—Y ella vive —añadió el padre.

—¡Robert! —El hombre elevó las manos en rendición, la mirada de su esposa era amenazadora. Elizabeth suspiró—. Bien, como quieran, yo no les diré nada más a partir de este momento.

—Espero que sea verdad —Archie le besó la mejilla y salió.

Elizabeth bufó molesta y miró a su marido incriminatoriamente.

—Ni creas que te librarás de mí.

—Vamos, cariño —se acercó y la abrazó—. Deberías estar orgullosa de él, ha sido honorable, cumplió con su palabra.

—Poco me importa su honorabilidad, quiero que sea feliz.

—Lo hará. Estoy seguro que algo vio en ella, no suele expresarse tan bien de las personas, menos de una que apenas conoce.

—Lo sé, es que, a comparación de él, todos parecen inferiores —Elizabeth recostó la mejilla en el pecho de su marido—. Archie es tan perfecto, que a veces puedo ser dura juzgando a las personas que lo rodean, uno espera que la grandeza lo rodeé. Él mismo es duro en su crítica, no entiendo por qué opina tan bien de esa mujer.

—Te lo dije, algo debió interesarlo.

Elizabeth asintió más por inercia que por convencimiento.

No deseaba cometer el mismo error que con Sophia. En esa ocasión, gracias a su intromisión, su única hija estuvo a punto de perder la vida. Pero no podía evitarlo, era su anhelo que sus hijos fueran felices, que sus vidas fueran perfectas, que encontraran el amor. Era una lástima que sus tres vástagos tenían delegado los temas relacionados al corazón, en ocasiones le resultaban tan parecidos a su padre en su juventud, que provocaba su más ansiosa intrusión para que el romance fuera tomado en cuenta.

Su hijo mayor era su adoración, pese a que los amara a todos por igual, Archivald siempre fue un hijo cuidadoso, caballeroso e

interesado. Pese a que no eran del todo compatibles, se esforzaba por complacerla, por no hacerla enojar y jamás la dejaba sola.

Por esa razón quería lo mejor para él, un chico tan bueno merecía cosas buenas. Lo mínimo que esperaba de ese matrimonio era la perfección, porque era lo que Archivald entregaría.

Capítulo 3

Estaba oscuro, quizá demasiado para que una persona se sintiera tan cómoda en medio de ella. Aunque era de esperarse que los escenarios más escalofriantes rodearan a una personalidad tan compleja y misteriosa como lo era La Sombra. No era tampoco que escogiera específicamente encontrarse en situaciones similares, pero tal parecía que era fácil ubicar su figura en ambientes lúgubres y extraños, evocando toda clase de fantasías.

Aunque en ese momento, no se trataba de una persona, sino de dos. Ambas hablando a lo bajo, vigilando de un lado a otro para no ser vistos por nadie y, de ser así, sellar para siempre los labios del indiscreto que se atreviera a espiar esa conversación.

—Sí, parece que lo ha logrado, ya estamos dentro, ¿estaremos bien aquí? Estamos demasiado cerca de ellos, ¿no se lo parece?

—Estaremos bien —aseguró aquella voz firme—. Pero debemos tener cuidado, seguro que vendrán a la boda.

—¿Sospecharán?

—Posiblemente. Pero eso no les servirá de nada —sonrió de lado y se rio un poco—. Pueden sospechar todo lo que quieran, pero seguimos siendo intocables, me aseguraré de ello.

—Es peligroso, no sé por qué se le ha metido esta idea a la cabeza, ¿Una venganza? ¿En serio cree que sea lo más sensato?

—Jamás lo disculparé. Hice todo para proteger lo que amo y ahora… —negó—. Nada vale la pena ahora, nada me importa.

—Pero… ¿Es que piensa morir?

—¿Morir? —negó con rigidez y aventó una pequeña cuchilla con la que jugueteaba, la cual se encajó sobre un ropero—. No, morir no está en mis planes, eso te lo aseguro.

—¿Qué hará?

—Bueno —elevó una ceja—. Habrá que ver.

—Por favor, espero que no termine en… en lo de la última vez.

—Sabes bien que yo no hago nada, las acciones que cada persona toma al final de su desesperación no es culpa de nadie.

Los ojos del oyente se llenaron de temor, quizá las acciones finales de las personas no fueran culpa de La Sombra, pero la mano que orillaba hasta ese punto siempre sería la misma. Ahora que la ira, el dolor y la desesperación reinaba en el corazón de esa temible persona, no había nada que pudiera detener lo que proseguiría.

No había nadie que pudiera evitar la maestría con la que La Sombra dirigía y manipulaba a su antojo. Su voz era equiparable a un hechizo que

hacía creer en cada una de sus palabras. Resultaba sorprendente la forma en la que hacía que el más firme cambiara de opinión. Simplemente era infalible, con una mente fría, calculadora e inigualable. Siendo así, era imparable.

Se le debía de temer y, con suerte, jamás enfurecer.

∞

La boda entre Archivald Pemberton y Vivianne Ferreira se celebró en un atardecer de los primeros días del mes de abril. A pesar de que las nubes grises surcaban los cielos, la lluvia no se hizo presente, augurando un buen comienzo para la nueva pareja que se paseaba con tranquilidad por el palacio de los Richmond.

Debido a la importante ocasión, la duquesa se propuso no escatimar en gastos; el castillo de los Richmond estaba decorado con el buen gusto de las mujeres Bermont, había toda clase de entretenimientos, chefs de alta cocina, bebidas finas y las mejores orquestas. Elizabeth se había encargado de gobernar ese castillo con mano de general romano, pidiendo que la perfección fuera un requisito para la celebración de la boda de su primogénito y heredero del título de su marido.

Toda aquella dedicación quería dejar por asentado el hecho de que la familia aceptaba con gusto a la dama Ferreira pese a su condición. No cualquier hombre aceptaría con una sonrisa a una mujer de la que tendría que cuidar el resto de su vida; era un impedimento importante que dejaba en claro que siempre necesitaría de él.

Sin embargo, la sociedad la encontraba adorable, incluso encantadora. Nadie se atrevería a cuestionar su condición, ni siquiera a indagar sobre ella. Todo Londres sabía que no era del agrado de los Richmond que se metieran en sus vidas y la gente llegó a respetarlos. Más por miedo que por otra cosa.

Incluso los primos de Bermont se encontraban fascinados con la nueva esposa española. El único que se mostraba mortalmente distante era Publio Hamilton, aunque tampoco era una actitud extraña; el heredero de Sutherland siempre lo era. Su aguda mirada atravesaba con avidez a cualquier ser humano que se atreviera a entablar una conversación con él. Afortunadamente, en ese momento el temible hombre no apartaba la vista de la mujer que fuera esposa de su muy querido primo. Estaba claro que no se fiaba de ella, ni de esa tal Nancy, mucho menos de los hermanos Ferreira.

—¿Por qué miras de esa forma a la chiquilla ciega? —Terry se acercó a su hermano, sentándose a su lado con una copa en mano— ¿Acaso crees que ella es *La Sombra*? —se burló—. Déjame decirte que veo como una coincidencia su condición, no creo que el poema hablara de un impedimento real.

—Tiene algo raro, no sé qué es, tampoco le veo el instinto asesino, pero he llegado a comprender que la fragilidad no es sinónimo de debilidad. —Dio un cabeceo en dirección a la mujer que sonreía, tomada de la mano de su ayudante, entablando una alegre conversación con las primas de Bermont—. Tiene fuerza, la despide.

—Alguien con una discapacidad de esa magnitud tiene que ser lo suficientemente fuerte como para afrontar esta vida de mierda, llena de perjurios y malos deseos.

—Supongo que tienes razón. ¿Qué me dices de sus hermanos?

Los ojos avispados de Publio Hamilton pasaron discretamente hacia la pareja susurrante y alejada de la fiesta, su hermano siguió su dirección y afirmó brevemente.

—Raros, sin duda. Sospechosos.

—Tienen envidia —contrapuso el líder de las *Águilas*—. Seguro que la chica deseaba lo que ahora tiene la hermana.

—¿Por qué todos ven a Archie como un trofeo? —se quejó Terry.

—¿No lo es? —Publio sonrió de lado—. Es el prospecto perfecto.

—Sí, pero… No sé, siempre me ha parecido un tipo raro.

—Padre lo tiene en muy alta estima.

Terry rodó los ojos.

—Eso lo sé, habla con más felicidad de él que de cualquiera de nosotros —se quejó—, pareciese que fuera su hijo.

—No estés celoso por tonterías —dijo sin mirarlo y se puso en pie —. Es momento de que yo tenga una charla con nuestra nueva primita, ¿no te parece?

Terry dejó salir el aire de forma burlesca y negó.

—No la hagas llorar.

—Dudo que flaqueé con facilidad.

—Haz lo que quieras —elevó las manos—, te advierto que, si Archie nota tu aura de interrogador, se acercará y te amenazará. Sabes cómo es, ahora que es su esposa, no dudará.

—Lo sé. No pienso hacerlo notorio.

Publio se alejó de su hermano y se dirigió con presura hacia la esposa de su primo, quien estuvo sola por primera vez en toda la fiesta, ni siquiera su fiel Nancy estaba cerca.

—Vengo a felicitarla, señora.

La mujer se giró hacia la voz y sonrió, pero algo en su lenguaje corporal hacía entender a Publio que no se encontraba tan feliz como su sonrisa quería disimular, era claro que hallaba esa conversación incómoda y posiblemente desafortunada.

—Señor Hamilton, creo que se ha olvidado, pero ya me felicitó.

—Nunca olvido nada, señora.

—Anne será suficiente, somos familia ahora, ¿cierto?

—Eso me parece, agradezco que quite las formalidades.

La mujer se quedó en silencio, su hermosa mirada verde perdida en un punto alejado del hombre que la interceptó.

—¿A qué ha venido en realidad, señor Hamilton? Dudo que un hombre como usted se acerque a una novia sin motivo alguno.

—¿Por qué piensa que tengo algo más que decir?

—Lo encuentro extraño.

—La vi sola y quería hacerle compañía.

Ella volvió a quedarse callada.

—Sé… que no soy de su agrado. Nadie parece felicitar sinceramente por esta boda. Seguro que se piensa que es un desperdicio que el perfecto Archivald Pemberton se case con alguien como yo, pero le di la oportunidad y él decidió quedarse.

—Dudo que mi primo encuentre importante lo que alguien piense sobre él, mucho menos pondría atención a tales superficialidades y ciertamente, yo tampoco.

—Quisiera creerle, pero hay una ligera vacilación en su voz.

—Le aseguro que nada tiene que ver con que usted no pueda ver.

—¿Entonces? ¿A que le debo el desagrado?

—No es desagrado, es simple desconfianza.

—¿Desconfía de una impedida?

—Usted es todo menos una impedida.

Ella sonrió de lado.

—Le agradezco, soy fuerte y segura, pero eso no quita el hecho de que no puedo ver —pasó una mano frente a ella y se inclinó de hombros—. Aprendí a vivir con ello.

Publio observaba cada uno de sus movimientos, la forma en la que gesticulaba, sus ojos sin aparente vida, las sonrisas pequeñas y sutiles, el movimiento natural de sus manos al hablar con él, lo despreocupada que se mostró después de que se sintió cómoda.

—Eres una mujer singular, veo por qué a mi primo le has interesado. No es fácil que a Archivald le agrade alguien.

—Supongo que estaré en su lupa a partir de ahora.

—Era de esperarse —sonrió Publio.

—Aunque creo que ya no le caigo tan mal ¿O me equivoco señor? —Sonrió abiertamente, dando una imagen angelical.

—No, no tan mal —aceptó con voz relajada, hablando con la muchacha con naturalidad y hasta afabilidad.

En ese momento, la acompañante designada de esa mujer se acercó y colocó un vaso con agua en la mano de Anne. Ella lo agradeció con una sonrisa y se lo llevó a los labios.

—¿He de seguir en el interrogatorio, señor Hamilton? —inquirió después de remojar sus labios con el agua.

—Por el momento sería todo, mi lady.

—Con Anne estará bien —le recordó—, con su permiso.

La mujer tomó la mano de Nancy y se dispuso a marcharse, susurrando algo hacia la joven a su lado, haciéndola reír antes de que fuera llevada hacia otro grupo de personas, donde fue liberada de su agarre y comenzó a charlar con tranquilidad.

—¿Qué le preguntabas, eh Publio?

El Hamilton no necesitaba volverse para saber de quien se trataba. La voz indignada sólo podía venir de una persona.

—Quería saber si se encontraba bien, estaba sola.

—No eres dado a empatizar con las personas que no te importan.

—Es agradable —se volvió hacia su primo—, e inteligente.

—Sí, logré verlo también. —Archie se cruzó de brazos y miró hacia su nueva esposa—. ¿Por qué te interesa? ¿Es por el tema de España que me fuiste a preguntar hace tiempo?

—Supongo que quise ver coincidencias debido a mis ansias por resolver problemas —aceptó—. Lamento incomodar.

—Ella no parece afectada, así que no hay problema.

—Me parece que estás tranquilo con el asunto.

—¿Por qué no lo estaría?

—Tú madre está a punto de tener una apoplejía.

—Lo sé, era de esperarse, pero dijo que trataría de estar tranquila.

—Dudo que tía Elizabeth sepa lo que es eso.

Archivald sonrió de lado y lo miró divertido.

—Es verdad, pero…

—¡Mi señor! ¡Lord Pemberton! —llegó de pronto un hombre con cara de preocupación—. Mi señor, es urgente, parece que ocurrió un terrible accidente en York.

—¿Qué sucedió?

Archivald pasó toda su atención al informante.

—Un incendio, mi señor —dijo el hombre—, parece que hubo varios heridos y no saben cuánto daño en las propiedades de mi lord.

—Saldré en seguida.

—Te acompañaré. —Aseguró Publio.

—¿Por qué? —frunció el ceño el mayor de los primos.

—Para ayudarte, ¿qué más?

Archie entrecerró los ojos en sospecha, pero no había tiempo para averiguar lo que fuese que su primo estaba escondiendo tras su amabilidad. Siendo un Hamilton, le sería imposible ver a través de él, todos esos chicos estaban entrenados para mostrarse impenetrables, aún en medio de sus mentiras.

—Bien, gracias. Iré a hablar con mi esposa.

—Nos encontraremos en el frente de la propiedad —aseguró Publio, casi dictaminándolo.

El heredero al ducado de Richmond asintió y no se tomó a mal la reacción imperativa de su primo, Publio era un hombre que solía tener

el mando de la situación y era normal que su voz estuviera cargada con la misma determinación en todo momento. Archie lo vio partir rápidamente en dirección a su mujer, a quien susurró unas cuantas palabras y partió sin decir más. Seguro que apenas le habría dado explicación y Gwyneth parecía acostumbrada, incluso siguió charlando amenamente con Grace, indudablemente confabulando para quedarse en la fiesta por mucho más rato.

Ojalá fuera tan sencillo comunicarle lo mismo a su propia esposa. Era de esperarse que no obtuviera la misma respuesta y hasta resultaba entendible. Estaría dejando a su nueva esposa tras unas horas de haberse casado formalmente con ella. No conocía bien a Anne, pero cualquier persona se sentiría intimidada e insegura en un lugar que apenas conocía, con personas que eran recelosas desde el principio y hermanos que parecían no querer ayudarla a incorporarse en su nueva vida, más bien, estaban celosos de ella.

Se acercó con paso acelerado hacia la figura delicada y pequeña de Vivianne Ferreira. Ella reía y bebía junto a su hermana Sophia y su prima Blake, quien estuvo de casualidad por el lugar. Seguro era peligroso dejar a su esposa con tales compañías, tanto su hermana como su prima eran mujeres… diferentes, quizá demasiado alocadas.

—¿Entonces? ¿Qué dices Anne? —Sophia le tocó la mano con delicadeza—. ¿Te unirás a nosotras mañana?

—Sería un placer, me parece interesante su labor.

—Lastimosamente no estaré por mucho tiempo, pero en el que esté presente, me encantará ayudar —aseguró Blake.

—Gracias por incluirme.

La voz de Anne lograría enternecer a cualquiera, incluso al mismo Calder, quien sonreía doblegado.

—Es una dama interesante, señora —dijo Calder—. Lamento si soy atrevido, pero usted no es ciega de nacimiento, ¿me equivoco?

—¡Calder! —su esposa lo golpeó en el estómago.

—¿Qué? —se inclinó de hombros—. Es simple curiosidad.

Anne comenzó a reír, aligerando el ambiente tenso que se había creado entre las personas a su alrededor.

—Es verdad, Lord Hillemburg, no fui ciega de nacimiento, tuve un accidente y quedé de esta forma.

—Suena terrible. —Sinceró el hombre.

—Lo fue —aceptó la mujer, quitando la sonrisa, remplazándola con seriedad—, no hay nada peor que haber tenido algo y que se te arrebate de un momento a otro. Sobre todo, si no eres plenamente consciente de lo hermoso que era. —Levantó la cara hacia el cielo y respiró profundamente—. La cosa es, que nacemos llenos de bendiciones y no agradecemos por lo afortunados que hemos sido; cuando tuve el accidente y gradualmente perdía la vista, me propuse

memorizar todo lo que pudiera, al fin de al menos tener un recuerdo.

Las personas a su alrededor la miraban impresionados, reflexivos ante sus palabras y un poco apenados por la situación de la mujer. ¿Qué era más terrible que eso? Definitivamente se debía disfrutar y agradecer por las cosas grandes y pequeñas, hasta las que se piensan que se deben de tener por añadidura.

Archie, quien escuchó la conversación, se quedó paralizado, sin saber cómo proceder ante lo que había escuchado. Las miradas de sus parientes fueron a parar en su figura retraída y le sonrieron con un poco de tristeza. El hombre cerró los ojos ligeramente y deslizó suavemente una mano por la cintura de su esposa, quien volvió la cabeza hacia él y mostró sus dientes al dibujar una perfecta sonrisa, como si la conversación pasada no la afligiera en lo más mínimo.

—Hola —dijo tranquila—. ¿Qué ocurre?

—¿Cómo sabes que ocurre algo? —Apretó su agarre hacia ella.

—No lo sé, lo supuse.

—Tengo que marcharme, parece que algo sucedió en York.

—¿Necesitas ayuda? —inquirió John el esposo de Sophia.

Archie comprendió que tal vez la sugerencia de Publio había sido más normal de lo que pensó. Era fácil sospechar de las acciones de los Hamilton por el simple hecho de ser ellos. Claro que él desconocía que su cuñado fuera parte de la misma congregación.

—Nada de qué preocuparse, Publio irá conmigo.

—¿Publio? —se extrañó Sophia—. ¿Por qué iría Publio?

—¿Es que pasa algo? —sonrió Anne—. Conocí al señor Publio y me parece una buena persona, ¿Es que no lo es?

—No, no —Blake trató de enmendar la indiscreción de su prima—. Publio es excelente, tan sólo no es muy acomedido.

—Pero… —ella frunció el ceño—, creí que era un Hamilton.

—Sí —Sophia parecía desesperada por haber abierto la boca—. Lo que quería decir es que…

—Publio no se mete en cosas que no son de su interés —finalizó Calder—. Eso es todo.

—Ah, entonces sospechan que hay algo mal porque Publio se quiere involucrar en ello.

Archie dirigió una mirada cansada a sus primos, reclamándoles el que abrieran la boca, diciendo de más, como solían hacerlo. No es que fuera un secreto que Publio era una persona desapegada y en ocasiones hostil, pero esa información sólo lograría preocupar a Anne, sin mencionar que al Hamilton jamás le era placentero que hablaran de su persona o sus actitudes. Más que nada, por las posibilidades de que estuvieran revelándole a un enemigo la forma de actuar de la única persona que podía detenerlos.

—No. Publio tiene en alta estima a Archivald —dijo John—, si a

Publio le interesa alguien, hará lo que sea por ayudar.

—Mmm… parece una persona loable, creo que debí conversar con él durante más tiempo.

—¿Me permiten un momento? Necesito hablar con mi esposa.

Anne sintió la tensión a través del agarre de su marido y sonrió al pensar que todos desconfiaban de ella al punto de ponerse nerviosos para encubrir una supuesta indiscreción. Debía tener cuidado con el tal Publio al que todos parecían temer, al punto de decir tantas tonterías para corregir un error tan simple.

—Ese tal Publio debe ser atemorizante.

—Para nada —dijo Archie con voz calmada—. Tiene carácter, pero no es nada de qué preocuparse.

—¿Sigues queriendo encubrirlo?

—No soy dado a ello —aseguró—. Bien, lo que quería decirte…

—Sí, tienes que irte, te escuché.

—¿Estarás bien? Trataré de regresar en seguida.

—Tranquilo, he estado sola casi toda mi vida y creo que con la cantidad de familiares que tienes, jamás volveré a estarlo —quitó importancia con un movimiento de su mano, en realidad, parecía feliz —. De hecho, quería pedirte permiso.

—¿Permiso? —frunció el ceño. Por un momento olvidó que las mujeres solían pedir permiso a los maridos para hacer tal o cual cosa. En su familia no se practicaba del todo, por lo cual le pareció extraño, sin embargo, sacudió la cabeza y se concentró—. ¿Qué deseas?

—Bueno, tu hermana me ha invitado.

—No te recomiendo ir a ningún lugar que ella sugiera —dijo con una sonrisa que Vivianne alcanzaba a percibir en su voz.

—¡Oh! Yo creo que es una causa muy loable.

—Bien. No necesitas mi permiso, puedes hacer lo que gustes, pero me preocupa que vayas, a veces son hostiles con ellas.

—Entiendo, no me has visto en mi diario vivir, pero te aseguro que no hay de qué temer, sé cómo salir de una situación conflictiva.

Archie apretó los labios con poco convencimiento. Normalmente los eventos en los que Sophia estaba involucrada derivaban a encierros, golpes o incluso a guerrillas con los oficiales. No quería que su esposa -una mujer que parecía tan delicada-se viera envuelta en un conflicto del cual no fuera capaz de salir efectivamente.

—No quisiera prohibirte nada, pero…

—Estaré bien, lo prometo. Además, no creo que sea algo peligroso asistir a un evento teatral.

—¿Teatro? ¿Te invitó al teatro?

—Sí. ¿A qué pensabas tú?

El hombre se llevó una mano hasta la nuca y sonrió. Debía componer la imagen que tenía en su cerebro con relación a su

hermana. Aunque le impresionaba que no intentara reclutar a su esposa de inmediato, no dudaba que eventualmente el tema surgiría y, a juzgar por el carácter de Vivianne, no dudaría en aceptar.

—Claro, ve con ella, te hará bien conocer gente.

—Te lo agradezco.

—Trata de tutearme, recuerda que estamos casados.

—Lo sé, pero todo aquí parece lleno de reglas, por algún motivo me impide mi ordinario comportamiento —soltó una risa relajada y limpia—. Te advierto que, aunque tengo la educación de una dama de alcurnia, prefiero los modales relajados.

—No hay problema de mi parte.

—Veremos qué opina la Duquesa.

—Historia completamente diferente —asintió Archivald.

—Ve sin preocupaciones, sabré arreglármelas incluso con ella.

—Eso espero, trata de que no te desespere. Seguro Malcome irá conmigo, por lo cual te quedarás sola con ellos.

—Me dará tiempo de ganármelos.

—Cuídate —Archie se inclinó y besó con delicadeza la mejilla de su esposa—. Espero no tardar.

—Puedes mandar una carta avisándome lo que sucede o si piensas tardar más de lo previsto. —Ante el silencio que mostraba la duda de su marido, Vivianne esclareció—: Nancy puede leérmela.

—Claro. —Archie cerró los ojos con pesadez—. Lamento mi torpeza, es cuestión de que me acostumbre.

—No te preocupes tanto.

—Bien, he de irme, Publio estará esperando a que salga.

—Ve —asintió, pero antes de que se marchara, ella estiró la mano y tomó lo primero que alcanzó, siendo el brazo de su marido—. Espera, te daré la bendición.

Archie frunció el ceño. Pese a que la familia Bermont fuera más que nada anglicana, no eran especialmente practicantes. Sabía que en España la religión era algo importante, mucho más que un simple designio, era una forma de vida, pero le sorprendía que a pesar de lo que su esposa debió sufrir en su vida, siguiera siendo creyente.

Aun así, no se quejó y se acercó a ella, esperando a que con su mano dibujara una cruz, iniciando por su frente, corazón y cerrando con una línea de hombro izquierdo al derecho. Un lenguaje meramente católico. Cuando ella hubo terminado, Archivald tomó la mano de su mujer, la besó y se despidió entonces de sus padres y el resto de sus familiares, saliendo presuroso de la casa para encontrarse con su primo que ya estaba montado en su caballo, dispuesto a emprender el viaje y hasta un poco desesperado.

Vivianne cerró los ojos. Sabía que, sin la presencia de su marido, las personas dejarían de fingir simpatía hacia ella. Lograba sentir la

hostilidad sobre su espalda, seguramente la sociedad no estaría disimulando su desagrado debido a que ella no era capaz de verlos. Pero claro, era algo que se sentía, no había necesidad de otro sentido para saber que era su momento de retirarse.

No sabía la clase de rumores que correrían al día siguiente. Parecía que Archivald había huido de la noche de bodas, horrorizado al verse envuelto en un matrimonio con una mujer como ella.

Vivianne suspiró y estiró la mano. Era lo único que necesitaba para que Nancy acudiera a su encuentro y la sacara de ahí. Desafortunadamente, se vieron detenidas por la duquesa.

—Oh, querida, no te preocupes, volverá pronto. Mientras tanto, nosotras tenemos mucho qué hacer, te alistaré para enfrentarte a la exigente corte inglesa.

—Estoy bien educada, mi lady, lo aseguro.

—Pero qué tierna —Elizabeth sonrió forzadamente—. Hay mucho que aprender y yo te voy a enseñar. Ahora estás casada con mi hijo, un heredero a un ducado, por mucho que sepas, tendrás que aprender a llevar este hogar. Te aseguro que me lo agradecerás.

Aquello parecía más una amenaza que un acto de bondad.

—Entonces —dijo con una sonrisa de dientes apretados— aprenderé todo lo que tenga qué enseñarme.

—Así me gusta.

Capítulo 4

Los problemas en York eran interminables. Tal parecía que era el objetivo del destino mantenerlo alejado de su esposa. No era que estuviera especialmente preocupado por ella, pero no dejaba de parecerle cruel que enfrentara la dureza de la sociedad londinense ella sola. Sobre todo, cuando era su culpa lo que se pudiese decir de su reciente unión. Daba pie a muchas habladurías el que un hombre se marchara el mismo día de la boda.

—¡Oh! ¡Mi lord Pemberton! ¡Señor!

El caballero cerró los ojos y dejó salir el aire de sus pulmones. Conocía de sobra a la señorita que estaba por llegar a su lado. Ella se autoproclamó desde hacía mucho tiempo como "su mejor amiga" y al no tener verdaderos amigos, Archivald no tuvo corazón para quitarle la ilusión de sentir que había alguien de su lado en esa vida.

Su nombre era Tracy Dancler. Una mujer que había perdido todas sus temporadas para desposarse, destinada a ser una solterona con una fortuna que, algún día, lograría tentar a un noble empobrecido o algún sucio rufián que necesitara escalar socialmente. Mientras tanto, la pobre mujer se dedicaba día y noche a perseguir al heredero de los Pemberton, siendo la burla de muchas damas al encontrarla patética en sus esfuerzos por agradarle al futuro duque.

—Lady Tracy, podría decir que me sorprende verla, pero la realidad es que estoy acostumbrado a que me siga.

—Esta ocasión fue casualidad, lo aseguro.

Su cara redonda y ojos vivaces eran una combinación perfecta para una imagen inocente. Tenía los cabellos rizados, de un rojo electrizante, siempre vestida en colores inadecuados que la hacían parecer mucho más robusta de lo que en realidad era. Pero tenía una sonrisa encantadora y Archie la encontraba menos que inofensiva.

—¿Qué la trae por York?

—Tengo familiares aquí —aseguró presurosa—. Me llevé una sorpresa al escuchar que usted se hallaba aquí también. Creía que en estos días se estaría celebrando su boda.

—Y así fue —Archie siguió con su camino—. Pero no hubo cabida a discusión cuando un problema tan grande se presentó.

—Escuché del incendio, es una lástima. ¿Se perdió mucho?

—Siempre es una pérdida, pero espero que los arrendatarios no sufran demasiado. Estoy tratando de remediar la situación lo más pronto posible, pero aun así creo que no es suficiente.

Tracy sabía del buen corazón de aquel hombre, era una de las

razones por las cuales se había enamorado de él. Era una tristeza que ya no fuera uno de los solteros más codiciados, pero al menos llegaba a tener un poco de estatus como su amiga.

—Mmm… —la mujer bajó la cabeza—. ¿Y qué tal su nueva esposa? ¿Es tan bonita como se esperaba?

Archivald soslayó la mirada y suspiró.

No creía pertinente decirle a esa mujer nada relacionado con su esposa, sobre todo cuando estaba seguro que sus indagaciones iban dirigidas a encontrarle un defecto, uno que seguramente ya conocía, el impedimento de su mujer era el chisme principal de Londres y ese tipo de habladurías corren rápido.

—Creo que no beneficiaría en nada que yo le respondiera.

Aquella respuesta incierta forma dio esperanza a la joven. Ya desde hacía días se dejaba oír el rumor de que el heredero de Richmond despreció a su novia en el primer día de casados. Tracy no pudo creerlo, puesto que conocía a Archivald y no le parecía el tipo de hombre que heriría de esa forma el orgullo de una mujer. Sin embargo, parecía ser que era verdad y en realidad no gustaba de su esposa, lo cual seguía brindándole una oportunidad a ella.

—Se dice que huyó de ella, ¿es eso verdad?

—No.

Ella levantó la cabeza, mirándolo sorprendida.

—Siempre pensé que era un hombre bueno… —la mujer se mordió sus labios gruesos— pero considero que esto es demasiado.

—Lo lamento, pero carezco de ganas de discutirlo con usted.

—¿No se permite escuchar ni una opinión?

—No la he pedido, así que no.

—Le molesta que la insulte.

—Sobremanera —admitió con seriedad—. Esa mujer de la que habla es mi esposa y como tal voy a protegerla. Si me conoce al menos un poco sabrá cuanto me disgusta que hablen de los demás en mi presencia. Y me temo que he de arruinar sus ilusiones, puesto que ha de saber que no le queda ninguna esperanza para conmigo.

—Es por eso que me agrada estar con usted, siempre es honesto, pero jamás es grosero —bajó la voz—. Todos son groseros conmigo.

—Quizá si se enfocara en algo más que tratar de dilucidar chismes, sus relaciones serían más placenteras. A nadie le gusta que lo confronten con esta clase de comentarios poco agradables.

—Si usted me lo está diciendo, es porque es verdad —asintió.

—Trato de ayudarla.

—Y lo agradezco. ¿Le incomoda que lo acompañe en su camino?

—Aunque lo hiciera, dudo que usted deje de caminar a mi lado.

Lady Dancler mostró una sonrisa esplendorosa y apretó su paso para alcanzar las largas zancadas del caballero. Su sombrilla era un

estorbo para verle la cara a Archivald, pero nada la orillaría a estar bajo el sol y quemar su piel pálida como la nieve.

—¿Vino usted solo hasta aquí?

—Llegué con uno de mis primos, pero temo que sus propias obligaciones lo llevaron a abandonarme rápidamente.

—Es ese temible hombre, ¿cierto? —lo miró con precaución—. El hijo del *Hombre Siniestro.*

—Publio —asintió—. Así es.

—La verdad es que toda esa familia me causa cierta inquietud. No sé qué tienen que su presencia es intimidante.

—Hace bien en tenerles reservas, no son personas a las que debería enfrentar, sobre todo por su capacidad de ser hirientes.

—Su tía es agradable, muy buena.

—Ella es la excepción a la regla, supongo.

—¿Son muy unidos?

—Toda la familia Bermont lo es.

—Me gustaría tener una familia así. Digo, solía tenerla, pero sabe que desde el accidente estoy sola y en única compañía de mi dinero.

—Lo sé bien, lamento su pérdida.

—Me he hecho a la idea —se inclinó de hombros. La mujer apretó sus labios y lo miró—. ¿Cuándo piensa regresar a Londres?

—En unos días. Quizá dos.

—¿Sería inoportuno que viajara con usted?

—No sé lo que pensaría la sociedad, pero por mí no lo hay.

—Entonces queda arreglado. Aprovecharé para conocer a su esposa, sería bueno que tuviera una amiga en Londres.

—No estaría mal.

—Siempre tan parco de palabras, ¿es que acaso le desagrada hablar conmigo? Supongo que sí, pero es muy correcto para decirlo.

—No tome a pecho mi escueta conversación, suelo ser así.

—Trato de no hacerlo, como ha dicho, llevo bastante tiempo siguiéndolo como para que este tipo de cosas me desaliente.

Archivald consideraba relevante el mencionarle a esa mujer que, si alguien no gustaba de alargar una conversación, normalmente era por un buen motivo. Sin embargo, no era nadie para sermonearla, no contaba con ningún derecho moral sobre ella, sin mencionar que su buen corazón no le permitió ser desagradable.

El hombre suspiró y prosiguió con su camino, considerando agradable y hasta relajante el hecho de que Tracy rellenara los espacios que él solía dejar en silencio, incitándolo a sobre pensar.

—Mi señor, al fin llega.

Un hombre de mediana edad se acercó hasta ellos. Vestía como cualquier campesino, de brazos fuertes y espalda ancha, aunque resultaba un tanto gracioso el hecho de que careciera de altura. Tenía

un marcado acento pueblerino, pero fue educado al reverenciar al futuro duque de Richmond y a la mujer que lo acompañaba antes de seguir hablando:

—Parece que se ha llegado a la conclusión de que fue provocado.

—Lo esperaba. —Archie cruzó sus brazos—. Eran demasiadas coincidencias, pero temo que el evento quedará insoluble, nadie confesará la fechoría y lo único que queda es poner remedio.

—Nunca nos había pasado, mi lord. Los Pemberton siempre han sido buenos con sus arrendatarios, no hay motivos de odio.

—Dudo que tenga que ver con ustedes, señor Marcus, pero hablemos de los granos y las plantas, enfoquémonos en soluciones.

El hombre asintió con alivio y caminó junto al lord, explicando a grandes rasgos los problemas principales después del incendio. Tracy Dancler, mientras tanto, se dedicó a observar con soñadora mirada al hombre inteligente que hablaba con fluidez y grandes ademanes. Ella sabía perfectamente que era un conocido erudito en el tema de la botánica, pero no había tenido la suerte de escucharlo hablar de ello, debía admitir que era extraordinario.

—Bien, iré a Londres a hablar con mi padre sobre el tema —dijo Archivald—. Pero traeré una respuesta lo antes posible.

—Gracias, mi lord, sería de mucha ayuda para los afectados.

—Tranquilo Marcus —Archie colocó una firme mano sobre el hombro del campesino—, se solucionará, déjalo en mis manos.

El hombre asintió dubitativo. Aunque sabía que los Pemberton eran personas honorables, no tenían ninguna necesidad en ayudarlos, al final, rentaban sus tierras, el que hubiera siniestros en ellas no eran parte de sus responsabilidades, sobre todo cuando el incendio ni siquiera afectó tierras que estuvieran sembradas para ellos.

Definitivamente era un hombre admirable y no podía más que respetarlo. Por eso mismo se sintió un idiota cuando se percató de su gran error al fijar la vista en la dama que permanecía junto a su señor.

—Lo lamento, mi señora, no la he saludado como es pertinente.

—No se preocupe, señor Marcus —sonrió ella.

—Le debo más respeto a la mujer de mi señor, por eso lo siento.

—¡Oh! —la joven se avergonzó notoriamente.

—No es mi esposa, señor Marcus —sonrió Archie—. Es una buena amiga que quiso hacerme compañía.

—Claro, claro —el hombre sintió sus propios nervios—. No quería incomodar. Al verla aquí con usted simplemente pensé…

—Es un descuido de mi parte, puedo ver ahora la confusión que atraerá el hecho de que la señorita Tracy me acompañe —tranquilizó Archivald con una sonrisa afable—. Gracias por hacérmelo notar y despreocúpese, todo está bien.

El hombre de campo decidió emprender su huida, no deseaba

seguir diciendo sandeces que lo hicieran quedar peor con su señor.

—¿Descuido? —inquirió la mujer en cuanto tuvo oportunidad.

—No debí traerla —dijo él—, deriva a cuestionamientos. Es de esperarse que la mujer que me acompañe en estas circunstancias sea mi esposa, puede ser perjudicial para su reputación.

—¿De qué reputación habla? —rio la mujer—. Soy una solterona, ser vista como su amante me beneficia más de lo que me perjudica, eso se lo aseguro lord Pemberton.

—Pero a mí no. No quisiera que estos rumores llegaran hasta Londres, a oídos de mi esposa.

—Es usted tan fiel. Parece que lo ha hechizado —dijo con la mandíbula apretada en una sonrisa extraña—. Aunque por lo que sé, ni siquiera se ha consumado el matrimonio.

—No es un tema del cual debería de hablar, lady Tracy.

—¡Por favor! —chasqueó la lengua y rodó los ojos con ironía—. Una mujer de mi edad sabe todo eso y más.

—Aun así. No es correcto.

Tracy enfureció en su interior. Tenía muchas ganas de conocer a la susodicha, la mujer que logró quitarle al hombre que ella seleccionó como su amor platónico. Incluso imaginó que en algún momento llegarían a estar juntos, puesto que no se le veían ganas al caballero de acabar con su prolongada soltería.

∞

Una de las primeras cosas que Vivianne aprendió para sobrevivir en la casa Pemberton, fue a esconderse de su suegra. La duquesa resultaba una molestia en su manía por quererle enseñar modales y conductas aceptables para su nueva nacionalidad inglesa. Sin mencionar que su unión con el resto de las tías de su marido era sinónimo de locura que en ocasiones sobrepasaba los límites tolerables de su persona. Incluso las creía peores que sus hermanos y no porque le fueran más agradables, sino porque los encontraba mucho más manejables que las Bermont.

La forma más efectiva de no ser encontrada, era saliendo de la casa hacia el único lugar dónde esa familia no acudía con regularidad: la iglesia. Vivianne tenía la costumbre de acudir a la misa de siete debido a su larga estadía en un convento, pero ahora lo encontraba como un momento de relajación en el que únicamente era acompañada por Nancy.

Y aunque encontrar una iglesia católica había sido todo un reto, su espiritualidad no era algo que dejaría de lado sólo porque se había mudado a otro país, uno que no practicaba su fe en la mayor parte.

—Me parece extraordinario lo frío que es este país —se quejó Nancy por quinta vez—. Y no hablo únicamente del clima.

—Las personas de aquí son algo reservadas.

—¿Reservadas? ¡Ja! Son un témpano de hielo —negó la mujer de larga cabellera castaña—. Y ese hombre con el que te casaste es el peor. Nada lo justifica, es una locura que lleve tres semanas fuera cuando tiene una esposa que recién llegó de otro país.

—Ya sabes lo que sucedió, incluso leíste la carta que me mandó.

—Claro, justificaciones sin sentido.

—Nada se puede hacer Nancy, son hombres importantes y ellos viven su vida de viaje para cuidar de sus negocios.

—¡Pamplinas!

Vivianne se rio un poco. Agradecía que su amiga se mostrara tan molesta con el supuesto abandono de su marido, pero la realidad era que ella lo agradecía. El haber evitado su noche de bodas era un alivio que no se atrevería a confesar ni siquiera a Nancy; el que Archivald se marchara le dio unos días de paz que se extendieron para que lograra aclimatarse a esa nueva vida.

Incluso aunque volviera al día siguiente, no estaba segura de sentirse preparada para entregarse a un hombre que apenas había visto unas cuantas horas antes de pasar a ser su esposa.

—¡Nancy! ¡Vivianne! —gritó de pronto una eufórica voz—. ¡Es bueno verlas! ¡Más que nada, es afortunado!

—Es lady Sophia —susurró Nancy.

Vivianne era perfectamente capaz de identificar una voz con escucharla una única vez, por lo cual el susurro de Nancy era innecesario. No obstante, la joven acompañante solía tomarse esa molestia con gusto, esperando que su amiga no se equivocara o se mostrara conflictuada al olvidar a alguien.

Sophia llegó hasta su nueva cuñada y prácticamente invadió su espacio personal sin el menor interés en el hecho de que Vivianne parecía contrariada y un poco ofuscada por ser tocada sin permiso.

—Muy bien —dijo la alocada Sophia, con una mirada iluminada, colocando la banda sobre su cuñada—. Pónganse esto, así, cruzado desde un hombro, vendrán conmigo.

—¿Ir a dónde? —inquirió Nancy, recibiendo la banda.

—¡A luchar!

—Pero, ¿qué dices, Sophia? —sonrió Vivianne, tocando la banda que le colocó—. ¿Por qué estamos luchando?

—¡Por nosotras! ¡Por las mujeres!

—Ah, así que tú eres de esas —comprendió Nancy.

—Soy como todas las mujeres —enfatizó—. Esto es a beneficio de todas ¿es que no te das cuenta? Tenemos que luchar para lograr.

—Entiendo, ¿qué tenemos qué hacer? —inquirió Anne.

—Bueno, es una marcha, pero suele haber conflictos de vez en cuando —Sophia se llevó una mano a la barbilla, pensativa—. Sería

bueno que Nancy estuviera atenta por si necesitas salir de ahí Anne.

—Siempre lo está —quitó importancia la mujer—. No te preocupes por mí, sé cuidarme sola. ¿Sólo hay qué marchar?

—Sí. Iremos a la Cámara de Lores justo ahora, pero tenemos que darnos prisa si no queremos perdernos el discurso principal.

Vivianne fue arrastrada por su cuñada con entusiasmo que la joven era capaz de percibir mientras caminaba entre todas esas mujeres que charlaban y se movían de un lugar a otro, ansiosas por que comenzara la marcha. Nancy veía con el ceño muy fruncido la aglomeración de mujeres con expresiones de poder y excitación. El fuerte olor de los perfumes hacía que la dama de compañía sintiera que se ahogaba, sin mencionar que había pisado más de un vestido de tela elegante, aunque esto no parecía importarles a las damas que estaban concentradas en otras cosas.

—Es emocionante, ¿no lo crees Nancy? —inquirió Anne.

—No lo sé, yo no soy partidaria de estas cosas.

La mujer se hacía a un lado cuando alguna de las entusiastas *Sufragette* gritaba y se unía con alegría a otro grupo que terminaban elevando la voz hacia los hombres que las veían con desaprobación.

—No digas eso Nancy, todas las mujeres debemos tratar de poner nuestro granito de arena para el cambio —dijo Sophia—. Esta lucha es para que se tome en cuenta nuestra voz.

Por más que lo intentara, Anne sabía que nada lograría convencer a su amiga de que participara con entusiasmo en esa marcha. Ella estaba bien con las libertades que se le ofrecían y no planeaba esforzarse por obtener más, la conformidad había llegado a ella al encontrarse con una posición que pensó que jamás tendría. Siendo la dama de compañía de una impedida, le aseguraba el trabajo para toda su vida, sin mencionar que tenía la fortuna de que Vivianne era acomodada y su sueldo sería siempre generoso.

Aunque ese mismo trabajo la obligaba a participar en algo que no creía. Si su señora se obstinaba en permanecer en el lugar, era su trabajo mantenerla a salvo, aunque fuera para su propio veneficio.

—Sigo pensando que deberíamos irnos.

—No. Quiero saber de qué se trata todo esto —dijo Anne—. Además, se percibe una sensación increíble, no sé, como de poder.

—Es excitación de unas locas —Nancy retorció la cara.

—En ese caso, el día de hoy seremos unas locas.

Anne no podía sentirse más entusiasmada con la idea de hacer algo que la sociedad reprobaba, simplemente le fascinaba que las miradas maliciosas no estuvieran enfocadas en ella por una vez, porque era normal en esa horrorosa alta sociedad el rechazar a personas como ella, personas que no eran perfectas, que nacieron con una discapacidad y representaban una carga eterna para su familia.

Ahora comprendía la preocupación que Archivald mostró cuando le dijo que su hermana la había invitado a salir con ella, pero ahora que no estaba, no había motivo para no salir a marchar con esas mujeres. Debía admitir que estaba tan excitada como ellas.

—Vaya, vaya —la voz de Beatriz llegó desde su derecha—. Parece impresionante que una impedida venga a estos eventos.

—No dejo de ser mujer —dijo tranquila.

—Claro. Aunque quizá sea mejor decir que eres media mujer o nada en realidad, puesto que para ser mujer hay que haber estado con un hombre y a ti te dejaron plantada desde el primer día.

—¿Crees que una mujer se hace cuando tiene relaciones con un hombre? —Vivianne frunció el ceño—. Si ese es tu pensamiento, creo que esta marcha no es de tu incumbencia. La mujer es mujer, esté en compañía de un hombre o no.

Al notar su error y sentir tantas miradas desaprobatorias a su alrededor, Beatriz tomó la mano de su hermana y la jaló lejos de la protección de Nancy, quien por más que lo intentó, no logró agarrar de nuevo la mano de su amiga debido a que las mujeres seguían empujando hacia adelante, en progresión a la marcha.

Beatriz soltó la mano de su hermana en medio de un callejón vacío, lejos de las mujeres reformistas para que no se inmiscuyeran en su plática; suficiente vergüenza había pasado hace unos momentos, tal parecía que su hermana era perfectamente capaz de salir victoriosa en cualquier discusión con mucha facilidad.

—Mira, mocosa —la mujer se adelantó y tomó la mano de Anne con fuerza que la lastimaba—. No sé lo que estés pensando o por qué quieres dejarme en ridículo, pero…

—Tú te has dejado sola en ridículo —interrumpió.

—No sé por qué padre te ha dado a ti el beneficio de ser la esposa de este hombre, pero te aseguro que no te dejaré vencer. Eres una idiota si creíste que tu vida estaba solucionada al casarte con él, sigues siendo la miserable mocosa que encerraron en ese convento con tal de no verte y seguir pasando vergüenzas por ti.

—Parece que lo olvidas Beatriz, pero el ser ciega no me hace menos persona y Archivald piensa lo mismo.

—Cómo sea, eres una desgracia y no dejarás de serlo, ¿acaso crees que tu marido te habría dejado por tanto tiempo si fueras otra persona? Es obvio que le disgusta, ¡es lo que todos dicen!

—Él está ocupado, eso es todo.

—Más bien, está buscando en qué estar ocupado.

—En todo caso de ser cierto, no me importa, tengo mejores cosas qué hacer que estar mendigando el cariño de alguien.

—Claramente —se rio—. Por Dios, ¡No tienes nada! Deberías besar el camino por el que pisa por aceptarte.

—Lo siento Beatriz, pese a que para ti no valga nada, mi vanidad me impide vanagloriar a alguien además de mí misma. Sé lo que valgo y seguramente mi esposo también lo sabe.

—Por favor, tienes que estar bromeando. ¿En serio crees que a él le importas? Tu existencia es inútil y esta situación es perfecta para comprobarlo. —La voz de Beatriz se alejaba—. Espero que puedas regresar a casa sana y salva, querida hermana.

—¿Qué dices? —Anne saltó en su lugar y estiró las manos para tratar de impedir que su hermana se alejara—. Beatriz, si sabes que soy perfectamente capaz de comunicarme, ¿cierto? Puedo pedir ayuda para que me lleven de regreso a casa de los Pemberton.

—Por supuesto, sé que puedes comunicarte —sonrió divertida, mirando a su alrededor—. Aunque no te lo recomiendo, este lugar se ve terrible, seguramente podrían hacerte daño antes de ayudarte.

Beatriz se marchó con aquella mueca de satisfacción. Esperaba que su hermana se perdiera para siempre, que algún malvado la encontrara en aquel callejón y la desapareciera de su vida.

El lugar era idóneo para que algo malo le sucediese a una señorita como Vivianne. Era una de las zonas con peor reputación de todo Londres, el mal olor, las risas alcoholizadas y puertas desde donde salía el calor de los abarrotados establecimientos sólo eran un indicio de lo peligroso que podía ser para cualquier persona desconocida.

Debería estar asustada, sin embargo, no era la primera vez que alguien buscaba ser cruel con ella; con el tiempo aprendió a sobrellevar el miedo y descubrió que en la calma era mucho más fácil encontrar soluciones.

Extendió sus manos hasta tocar una de las paredes frescas de humedad y caminó pegada a ella hasta terminar el callejón. Desafortunadamente, fue en la dirección contraria a la que la llevaría a una de las calles céntricas de Londres, donde eventualmente podría encontrarse con algún caballero decente o al resto de las *Suffragete*.

Conforme caminaba, mayor era el peligro al que se enfrentaba, sobre todo cuando las personas a su alrededor se daban cuenta de su condición. Era fácil predecir lo que a una mujer de alcurnia le sucedería en esas calles, pero era aún más terrible lo que la imaginación evocaba cuando se trataba de una joven que además estaba incapacitada para defenderse.

Capítulo 5

La familia Pemberton llevaba horas buscando a Vivianne Ferreira, la nueva esposa del hijo mayor y heredero de los Richmond. La preocupación fue palpable mientras las horas proseguían y no había rastro de ella por ninguna parte y es que no alcanzaban a comprender cómo es que logró perderse cuando su fiel Nancy nunca le quitaba los ojos de encima, mucho menos se alejaba de ella; de hecho, no había nadie más alterado con la situación que la joven dama de compañía, quien iba de un lado a otro preguntando a todo ser viviente si acaso la habían visto pasar.

—Es imposible que desapareciera tan rápido —dijo una desesperada Nancy—. Comencé a buscarla en cuanto soltó mi mano.

—Tranquila Nancy, la vamos a encontrar —trató Sophia.

La mujer negó con pesadez y se dejó caer en una banca.

—No conoce el lugar y estos londinenses no son de los que se preocuparían por una persona en problemas.

—¿Disculpa? —saltó Malcome—. Todos los que estamos a tu alrededor, *ayudando*, somos nacidos aquí, ¿recuerdas?

—Sí, lo sé. —La mujer quitó importancia al asunto—. Lo lamento, estoy estresada. Son demasiadas horas.

—Tal parece que no haces muy bien tu trabajo, querida —la ponzoñosa voz de Beatriz llegó llena de alegría.

—Estaba hablando contigo antes de desaparecer —inculpó.

Beatriz levantó el rostro y se cruzó de brazos.

—Nada te obligó a soltarla.

—¡La muchedumbre!

—No discutan, es lo último que necesitamos en estos momentos de estrés —se quejó Sophia, buscando con la mirada a su cuñada—. ¿A dónde se pudo haber ido? No pudo haber… Oh, por Dios.

—¿Qué? ¿Es ella? —Nancy dio un salto y buscó a su amiga.

—No —Sophia abrió los ojos con terror—. Es Archivald.

Nancy compartió el mismo sentir de la duquesa de Westminster, sobre todo porque a esa distancia ya eran capaces de ver el rostro de aquel caballero, y parecía todo menos contento.

—¡Oh, Dios mío! —Nancy se agitó—. Me matará.

—Mujer —Sophia la tomó de los hombros y la agitó ligeramente para enfocarla—. Cálmate. Él seguramente irá contra mí.

—¡Sophia!

—Te lo dije —asintió la hermana y se volvió hacia él—: ¡Querido hermano! Al fin vuelves, ¿cómo te fue?

—No puedo creer que trajeras a mi esposa a una de estas cosas.

Los ojos de Archivald recorrieron a las personas que rodeaban a su hermana, dándose cuenta que faltaba justo la mujer que buscaba.

—¿Dónde está Vivianne?

—Bueno, ese es el tema —Malcome sonrió—. La perdimos.

Las cejas de Archivald se fruncieron hasta casi tocar sus pestañas. Miró de uno a uno hasta llegar a su hermana, quien intentaba por todos los medios esquivar la mirada analítica que fuera tan buena para descubrir cosas como lo eran los de su padre.

—¡No fue mi culpa! —levantó las manos—. Digo, yo la invité a venir con las *Suffragete,* pero de ahí en más no es mi culpa.

—Carece de importancia el saber quién tiene la culpa, quiero saber desde hace cuánto tiempo desapareció.

—Eso es lo divertido hermano —dijo Malcome, a sabiendas que Archie se molestaría aún más con Sophia—, lleva como cinco horas sin ser vista. De verdad que hemos buscado por todas partes.

—¿Cómo que cinco horas?

Archivald solía ser una persona bastante controlada, pero en esa ocasión sentía que la cabeza le explotaría, se encontraba al punto de la histeria. No podía creer la incompetencia compartida por tantas personas que, además, actuaban por la misma causa.

—No te alteres, tranquilo —Sophia levantó las manos.

—De nada serviría que me altere. Ahora —lanzó una mirada hacia Beatriz, era la única persona que no parecía realmente interesada en encontrar a su esposa, lo cual lo ponía a dudar—. ¿Qué fue lo que pasó? Supongo que estaba con ella, ¿no es así, Nancy?

—Sí, mi lord. Pero me distraje unos momentos cuando la señorita Beatriz comenzó a hablar con ella y de repente soltó mi mano.

—Así que la señorita Beatriz debió ver algo.

—No, yo no vi nada —se apuró a decir la susodicha.

El caballero levantó una incrédula ceja.

—Eso me parece imposible, por favor, trate de pensar.

—Claro, claro —la joven fingió hacer memoria.

Conociendo perfectamente el encanto que podía llegar a tener, Archivald se acercó a la presencia de su cuñada, mostrándose seductor con aquella mirada intensa y rasgos agradables a la vista. Funcionó, puesto que Beatriz se sonrojó rápidamente y los nervios la hicieron comenzar a sudar las palmas.

—No te alteres, nadie te culpa, trata de pensar.

—Es que… no recuerdo bien.

—¿Viste cuando Vivianne soltó la mano de Nancy?

—Sí, creo que sí.

—Bueno, ¿y después qué pasó?

—Ella… No sé, se fue hacia un lado y luego la perdí.

—¿En qué momento? —dijo Sophia—. ¿En qué calle?

—Creo que… no sé, una de las principales.

—¿Estás segura? —presionó Archie con tranquilidad.

—Bueno, quizá en una de las calles que conectan con lugares horribles, recuerdo que tenía miedo al pasar por ahí.

—¿Viste algo que llamara tu atención? —preguntó Malcome.

—Bueno… ahí se unieron mujeres muy extrañas, destapadas y con mucha pintura que las hacía ver como unas locas, creo que hasta tenían pelucas o se tiñeron el pelo.

Archivald volvió la vista hacia su hermano, quien se mostró igual de alterado que él. Sabía perfectamente qué calle sería.

—Tenemos que irnos cuanto antes —dijo el mayor.

—Claro, vamos —asintió Sophia, tomando sus faldas.

—¡No! —Archie y Malcome hablaron a la vez.

—¿Qué? ¿Por qué no? —se alteró Nancy, quien también se disponía a seguirlos para encontrar a Anne.

—Iremos nosotros solos —dijo el menor—. Créanos, será lo mejor, esos lugares no están hechos para damas como ustedes.

—¡Por favor! —Sophia chasqueó su lengua.

—Sí, sí. Sabemos que eres una desarrapada, pero no será de nuestro brazo que llegarás a esos lugares —dictaminó Archie—. Hagan favor de no retrasarnos y regresen a casa cuanto antes.

—No me quedaré tranquila —negó Nancy—. No podré.

—Vamos, vamos —Malcome la tomó de los hombros—. Su marido irá por ella, despreocúpate, la encontraremos.

Las mujeres vieron partir a los hermanos Pemberton con la esperanza de que todo saliera bien. Sophia los veía tan seguros que se despreocupó de inmediato. Si alguien podía resolver un problema, era Archivald, todos acudían a él cuando metían la pata y dudaba que no diera su máximo cuando se trataba de algo propio.

El paso que mantenían los caballeros era presuroso, no había duda que sabían perfectamente hacia dónde dirigirse, lo cual lograba sacar las burlas por parte del menor de los Pemberton, quien consideraba que su incorruptible y perfecto hermano desconocería cualquier establecimiento que involucrara prostitutas.

—No puedo dejar de sorprenderme.

—¿Quieres dejar para luego tus burlas?

—Dudo que tengan tanto efecto si dejo pasar el momento.

—Entonces hazlo rápido y deja de molestar.

—Mi objetivo *es* molestar.

Archivald rodó los ojos y asintió.

—Bien, puedes intentarlo.

—Puedo comenzar con el hecho de que, con unas cuantas palabras, lograste identificar la zona interesante de la ciudad.

—Todo Londres sabe sobre esos lugares Malcome, no es la gran cosa que yo también tuviera conocimiento de ellos.

—Pero si esa mujer apenas dijo *pio* y ¡listo! Lo sabías.

—Bien, sé dónde viven las cortesanas, ¿estás contento?

—Hasta para nombrarlas eres propio —negó Malcome—, ¿estás seguro que nunca te has dejado llevar por la belleza de alguna de esas hermosas mujeres?, pareces de los que las respetas y reverencias.

—No es de tu incumbencia.

—Oh, por favor, tienes que decirme, soy tu hermano.

—Apenas me voy enterando que nuestra consanguineidad conlleva conversaciones de con quién nos vamos a la cama.

—Eres una incógnita, imagina lo que dirían Adrien y Jason de saber que en realidad eres todo un vividor.

—No soy tal cosa.

—Lo sé. Eres tan inocente como cuando viniste al mundo —siguió con sus burlas—. La pregunta es, ¿por qué?

—Tengo otras ocupaciones, incluyendo preocupaciones por ti.

—Es un instinto natural, nadie puede huir de él.

—Ya ves que sí.

—¿Jamás te has sentido tentado?

—Naturalmente que sí.

—Y no has actuado.

—¿Cuánto tiempo, exactamente, durará esta conversación?

—El necesario para saber un poco de ti.

—Se te acabó el tiempo —dijo Archie al reconocer la calle—. Tenemos que comenzar a preguntar por ella.

—Eh… creo que no será necesario.

—¿De qué hablas?

—Bueno, la acabo de encontrar.

Malcome apuntaba al interior de un establecimiento, donde un grupo de mujeres estaban sentadas alrededor de Anne, quien parecía estarles contando algo de suma importancia. Era impresionante que las jovencitas estuviesen dejando pasar la noche y los posibles prospectos que les harían ganar su salario.

—¿Qué demonios les estará diciendo?

Archie frunció el ceño y entró al establecimiento, alterando a las mujeres que saltaron de sus lugares con una clara molestia, actuando agresivamente hacia los hombres que invadían lo que parecía ser una sesión espiritual o algo por el estilo.

—Vivianne, por Dios —Archie ignoró las fieras miradas—. ¿No sabes que llevamos buscándote horas?

—¡Oh! ¡Archivald! —la joven se puso en pie.

Hasta entonces comprendió la conmoción repentina en las mujeres. Naturalmente notó que le dejaron de prestar atención y algunas se

pusieron en pie y se movieron, pensó que las estaba aburriendo, pero ahora sabía que fue debido a su esposo y cuñado.

—Hola, señoritas —dijo un coqueto Malcome—. ¿Alguna razón en especial por el cual estén despreciándome el día de hoy?

—Estábamos ocupadas Malcome —se quejó una.

—Puedo notarlo.

—Además, todavía no es hora de abrir.

Archivald ignoró la conversación de su hermano con el resto de las mujeres y fue directo hacia la que era suya desde hace algunas semanas. Le tomó el rostro cuando estuvo lo suficientemente cerca, inspeccionándola para cerciorarse de que no había heridas.

—Estoy bien, mi lord.

—¿Se puede saber por qué no hiciste nada por volver?

—Bueno, para empezar, un hombre horrible no me dejó salir de aquí —apuntó la joven—, tal parece que no todas estas mujeres están en este lugar por voluntad.

El hombre miró a su alrededor y comprendió la situación.

—Bien, ¿por qué no le dijiste quien eras al proxeneta?

—No me hizo caso, no me creyó.

—Bien, lo siento —la abrazó—. No debió pasarte esto.

—Tranquilo, no tuve miedo, en realidad, estas mujeres son muy amables, me caen perfectamente.

Estaba sorprendido al darse cuenta que realmente ella parecía estar tranquila, incluso relajada. Tal parecía que jamás tuvo miedo.

—A pesar de que me agrada que no te asustaras, me parece raro.

—En realidad, sabía que terminarían encontrándome, al menos lo esperaba, ese hombre amenazó con llevarme a otro lado.

—No sé si alterarme o admirarte por tu falta de preocupación.

Ella sonrió dulcemente y colocó una mano en el pecho de su marido, sintiendo el palpitar regular de su corazón.

—Tengo fe en ti, no creí que permitirías que algo malo me pasara.

—Por supuesto que no.

—¿Ves? No había razón de preocuparme —se alejó unos pasos.

—Pero yo no estaba cerca.

—Te mandarían llamar —se inclinó de hombros.

Archivald negó suavemente con la cabeza y miró al grupo de mujeres que rodeaban a su hermano con coquetería.

—Pareces acostumbrada a esta clase de mujeres.

Ella asintió tranquilamente.

—Bueno, vivía en un convento, muchas de ellas llegan ahí con la idea de reformarse o simplemente huyendo de su vida —explicó—. Son buenas personas que se vieron orilladas a hacer cosas no muy placenteras. Debemos escucharlas y tratar de ayudarlas.

—Ese es un pensamiento muy loable y todo —Malcome se

inmiscuyó de pronto—, pero creo que debemos volver o Nancy morirá de un ataque al corazón.

—¡Oh, mi pobre Nancy! —ella se tapó los labios.

—Vamos.

Archivald tomó a su mujer por la cintura y se la llevó del lugar, esperando pacientemente a que ella se despidiera de las mujeres que parecían tenerla en una alta estima. No sabía lo que Vivianne hizo para adquirir tal cariño en tan corto tiempo, pero seguramente era algo a tomarse en cuenta.

—Quisiera volver en algún otro momento —pidió a su esposo.

—Espero que comprendas que no aceptaré eso.

—Oh, por favor —suplicó—. Me necesitan.

—No, Vivianne, ¿qué pasaría si ese hombre te atrapa de nuevo y en esta ocasión no te encuentro a tiempo?

—Quiero hacer algo por ellas.

—Entonces piensa en cómo hacerlo y me lo comentas. No hagas cosas atrabancadas por tu cuenta. —Ella bajó la cabeza, entristecida, razón por la cual Archie suspiró—. No te lo estoy prohibiendo, pero no quiero que tu vida corra peligro, no podría perdonármelo.

—¿Por qué?, usted no me quiere.

—Eres mi responsabilidad, desde que te convertiste en mi esposa es mi deber darte todo lo que necesites para ser feliz.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la joven.

—¿Es en serio?

—Jamás digo algo de lo que pueda retractarme.

—En eso lleva razón —asintió Malcome—. Este tipo es perfecto, si te lo está diciendo, princesa, es porque lo piensa cumplir.

—Pero no tiene sentido, usted apenas me conoce.

—Aun así, hará todo para hacerla feliz, doy fe de ello.

Vivianne sonrió dulcemente.

—Tiene en alta estima a su hermano, señor Malcome.

—El desgraciado no da opción a otra cosa.

Aceptaba que su cuñado llevaba razón, desde que conoció a su marido no pudo dejar de pensar que era una persona maravillosa por el simple hecho de que la aceptó como esposa. Estaba segura que cualquier persona podría enamorarse de él, de hecho, sabía de muchas que lo estaban, pero ella seguía siendo la única que estaba casada con él. Aun así, no podía tenerle la confianza que todos parecían depositarle. Había algo en su perfección que la hacía dudar.

Fue Malcome quien se encargó de conseguir una carroza para que los llevara de regreso a la propiedad de los Pemberton, dejando a la pareja en soledad por primera vez desde que se conocieron.

Un pesado silencio se instaló entre ellos.

Aunque para Archie fuera cómodo y hasta agradable debido a su

acostumbrada seriedad, para Anne no podía ser más inquietante. En esos momentos ya tenía más de tres temas de conversación en mente, aunque no muchas agallas para comenzarlos. Pese a que no era capaz de verlo, el resto de sus sentidos se encargaban de hacerla partícipe de la presencia imperiosa del hombre que se mantenía a su lado.

—Gracias por venir por mí —se animó a decir después de un buen rato en medio del mutismo.

—Por supuesto.

Ella apretó los labios.

—¿Estaba muy preocupada Nancy?

—Como era de esperarse.

—Lamento eso.

Nuevamente, el silencio reinó.

—¿Cómo le fue en su viaje?

—Tan bien como era posible en una situación desafortunada.

—¿Al menos se solucionó?

—Hay que arreglar algunas cosas, pero parece que existe solución, doy gracias de que tengo que hablar con mi padre, por eso regresé a tiempo para enterarme que estabas perdida.

—Afortunado, en verdad.

Archivald soslayó la mirada, notando hasta entonces que su mujer se encontraba nerviosa al estar con él en soledad.

—No tienes por qué intimidarte tanto Vivianne, no pareces de la clase de persona que permite que sus nervios la dominen.

—Es que… yo no solía hablar con muchos hombres.

—Claro —cerró los ojos—. Estuviste en un monasterio casi toda tu vida. Lo siento, fui insensible.

—No pasa nada, entiendo que sea extraño, pero el único contacto que tuve con varones era con los sacerdotes que me confesaban.

—Te acostumbrarás rápido, mis primos no te darán opción.

—Son agradables.

—De hecho, creo que hablas con mayor fluidez con ellos que conmigo, ¿es que hay algo en mí que te pone incómoda?

—¡No! —ella bajó la cabeza—. Quizá sí.

—¿Quieres decírmelo?

Vivianne levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Es que no me lo exige?

—No. Por supuesto que no, si no quieres decirlo, estás en tu derecho de no hacerlo, no soy nadie para obligarte a nada.

—Eres mi marido.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Bueno… el marido es quien manda, ¿qué no?

Archie dejó que una sonrisa torcida se mostrara en sus labios.

—Seguro que mis primas te harán cambiar de idea rápidamente.

Ella frunció el ceño y asintió un par de veces, tratando de asimilar la nueva información que se le brindaba.

—Entonces… mi opinión cuenta.

—Claro que cuenta —la enfrentó—. ¿Me dirás por qué me tienes tanto recelo? ¿O he de esperar por la respuesta?

—No, no. Puedo decirlo —aseguró—. Lo que pasa es que… bueno, hablo más fácil con los demás porque sé que con ellos no…

—Con ellos no tienes que consumar un matrimonio.

Los ojos de la joven se expandieron y su rostro se volvió hacia el sonido de la voz de su marido.

—¿Cómo lo supo?

—Por tu discurso —se inclinó de hombros—. Fue fácil llegar a esa conclusión. Y tampoco tienes qué preocuparte por ello.

—Pero… —apretó los labios—. Tengo qué cumplir.

—Se supone que yo también.

—Sí, pero… para usted es mucho más fácil el… el hacerlo.

—No estés tan segura de ello.

Ella frunció el ceño, pero la pregunta que quiso salir de su garganta se quedó encerrada en su boca, puesto que en ese momento Malcome regresaba con una carroza disponible.

Sería una conversación que seguramente se retomaría prontamente, incluso antes de lo pensado, porque Vivianne tenía una curiosidad infalible y las últimas palabras de su marido habían sido lo suficientemente impactantes como para abrir su deseo de preguntarle sobre ello.

Capítulo 6

Llegaron a la casa Pemberton a eso de las ocho de la noche, con el cielo oscurecido y las ansias incrementadas. Vivianne fue recibida por un fuerte abrazo de parte de su fiel Nancy, quien no paraba de disculparse una y otra vez, mientras que Beatriz, la verdadera culpable de la tragedia, se mantuvo rezagada, temerosa de que Vivianne hubiese dicho la verdad a su marido.

—Deja de esconderte —se acercó Joaquín hasta la esquina donde Beatriz se mantenía—, está claro que no te delató.

—¿A razón de qué se lo guardaría? —negó—. Está esperando el mejor momento para avergonzarme.

—Lo dudo. Seguro quiere congraciarse contigo, formular una paz. —Joaquín se cruzó de brazos—. No estaría mal que fingieras.

—¿Fingir qué me agrada y somos las mejores hermanas? —negó—. Nunca podría llegar a fingir tan bien.

—Lo único que sé, Beatriz, es que sería provechoso que ella sintiera que estamos de su lado.

La joven lo pensó detenidamente, le sería una tortura el tener que fingir algo así, pero su hermano tenía razón, si querían encajar y mantenerse en esa familia, debían tener a Vivianne de su lado. Sin dudas sería complicado después de lo sucedido, pero podía mostrarse terriblemente arrepentida, quizá fuera suficiente.

—Bien. Lo intentaré.

—¡Eso! —Joaquín tomó el rostro de su hermana y besó su coronilla —. Debes encontrar la forma de disculparte.

—¡Agh! Sólo de pensarlo me pongo de malas.

—En la vida hay que hacer sacrificios, querida hermana.

—Ah sí, claro. ¿Cuáles son los sacrificios que tú estás haciendo?

—Ya lo verás, incluso considero que el mío será mucho peor que el tuyo —Joaquín cerró los ojos y suspiró—. Mucho, mucho peor.

Beatriz frunció el ceño hacia su hermano, pero se inclinó de hombros, encontrando aburrido intentar indagar en sus palabras.

Del otro lado del salón, la familia Pemberton seguía cuestionando a Vivianne sobre su pequeña aventura entre las prostitutas. La joven pensaba que, si lograba capturar el tiempo suficiente la atención de esos nobles ricos, quizá se interesarían en ayudar a esas pobres mujeres. Le horrorizaba pensar cuántas de ellas estaban encerradas en esos lugares en contra de su voluntad.

El asunto hubiera salido bien si acaso la duquesa de Richmond no hubiese llegado de su cena junto con su marido. El padre de los

muchachos miró a cada uno de sus hijos, que en respuesta se enderezaron y cerraron la boca. Casi parecían soldados que daban sus respetos a su recién llegado general.

—¿Qué sucede aquí? —Elizabeth pasó sus ojos grises por cada uno de sus hijos—. Sophia, dime ahora mismo qué fue lo que hiciste.

—¿Por qué todo tengo qué ser yo? —se quejó la joven.

—Por experiencia —zanjó el padre.

—Qué sepan que ahora soy una mujer casada y madre responsable —se cruzó de brazos.

—Sí, claro, "madre responsable", ¿dónde están tus hijas?

—Bien cuidadas —le sacó la lengua a su hermano menor.

—Basta, no intenten distraernos —Elizabeth frunció el ceño cuando llegó a su nueva nuera—. ¡Cielo santo, querida! ¿Es que acaso decidiste revolcarte en el lodo?

—En realidad estuvo…

—¡Cállate, Malcome! —pidieron Archie y Sophia a la vez.

—Bueno, Elizabeth, creo que ellos se pueden hacer cargo de sus asuntos, son todos adultos y espero que sepan lo que es mantener el honor y buen nombre de nuestra familia.

—Lo sabemos, claro que lo sabemos —asintió Sophia, aceptando la salida fácil que les ponía su padre.

—Pero, Robert…

—Vamos, querida, deseo acostarme ya —pidió Robert—. Archivald, espero que tengas información que discutir conmigo. Te espero mañana temprano en mi despacho.

—Por supuesto, padre.

—En ese caso, espero que todos descansen —Robert miró a su única hija—. Deberías volver a casa pronto. Malcome, acompaña a tu hermana y asegúrate de que se quede ahí.

—¡Papá! Ya no soy una niña.

—Tu marido no está, por eso estás fuera de control —dijo Malcome con una sonrisa.

—Mi marido no me controla —replicó.

—Pero al menos te mantiene lejos de los problemas. Es una pesadilla para nosotros cuando se ausenta.

—Sé cuidarme sola.

—Ojalá convencieras a padre de ello.

Los Ferreira tomaron su oportunidad para acercarse a la pareja una vez los duques y los hermanos menores se hubiesen marchado. Los recién casados seguían en el salón, charlando en voz baja junto a una muy preocupada Nancy, quien no soltaba la mano de su señora, incluso parecía hacerle daño, pero Anne no daba signo de estar adolorida, o al menos, no se quejaba por ello.

—¡Oh, querida hermana! —la abrazó Beatriz—. ¡Lamento tanto lo

que te ha pasado! ¡Estuvimos toda la tarde buscándote!

—Ya me imagino que sí —Vivianne sonrió falsamente.

—¿Tuviste mucho miedo?

—En realidad no, me encontré con personas realmente interesantes —alargó la mano hasta tocar el cuerpo de su marido, recorriendo su brazo hasta que encontró su mano y la tomó con delicadeza—. Archivald, ¿me harías el favor de llevarme a la habitación?, aún suelo perderme en la casa.

—Claro, vamos.

Nancy, un tanto conflictuada con su hacer, tomó la mano libre de su señora y caminó a su lado. La verdad es que no había recibido órdenes de qué hacer cuando el señor estuviera presente, pero por el momento, encontraba pertinente acompañarlos para ayudar a Vivianne a cambiar sus ropas por unas cómodas para dormir, dudaba que el señor Pemberton estuviera al tanto de qué o cómo ayudar a una persona impedida de la vista.

—Dime, ¿qué habitación te han dado? —preguntó Archie.

—Creo que es la que usted ocupa, señor.

—¿Señor? —sonrió divertido—. Hace unos momentos me llamaste por mi nombre, ¿era a razón de que estaban tus hermanos?

—Bueno… quizá.

—¿Tienes algo qué decir con respecto a ellos?

—Son personas horribles, no las soporto —dijo Nancy—. Estoy más que segura que fue esa Beatriz quien la hizo perderse.

—Es una acusación fuerte —dijo Archivald.

—Conozco a las serpientes como la señorita Beatriz.

—Nancy, por favor —Vivianne le apretó la mano.

—Es la verdad, aunque tú no lo admitas. —Nancy miró hacia el caballero—. Ella es una buena católica, por eso no habla de sus hermanos, piensa que todos merecen perdón.

—Por favor, Nancy, ya basta.

—No tiene nada de malo ser una persona amable —Archivald miró a su esposa—, aunque tampoco es bueno sobrepasarse.

—De verdad que no lo hago, simplemente… son mis hermanos.

—Unos malvados.

Archivald abrió la puerta de su habitación y dejó a su esposa pasar primero junto con Nancy. Decidió que tomaría un baño, había hecho un largo viaje y tan solo llegar se vio en la necesidad de buscar a su esposa por un sucio callejón. Además, le daría tiempo a Nancy para que preparara a Vivianne para dormir, seguramente les sería incómodo si él se quedaba presente.

Esa mujer era su esposa y eventualmente tendría qué cumplir con ella, era un tema que no se había puesto a pensar, aunque no era fanático de sentimentalismos, sabía que para una mujer era

importante al menos sentirse cercana a la persona a la que se entregaría y eso requería tiempo, uno que no le había brindado o preocupado por darle.

No podía simplemente acostarse con ella porque era lo que se debía hacer, si esa fuera su filosofía de vida, entonces desde hacía mucho tiempo que podría haber saciado sus necesidades masculinas.

Él la respetaba y eso significaba no jugar con sus sentimientos.

Cuando abrió la puerta que conectaba con el cuarto de baño, se dio cuenta que la habitación estaba en completa oscuridad, eso quería decir que su esposa se había ido a dormir. La comprendía, tuvo un día demasiado ajetreado como para pensar en otra cosa y eso lo beneficiaba. El poder atrasar lo más que pudiera el evento de convertirse en pareja lo dejaba más tranquilo.

Archivald dejó de lado la toalla con la que secaba sus brazos y fue directamente a la cama, se metió en ella y durmió en seguida. Para él también fue un día pesado, viajó a caballo durante demasiadas horas, buscó a su esposa perdida y aún tenía en la cabeza los problemas de York.

Sin embargo, Vivianne no estaba dormida, por el contrario, le había estado esperando, pero la vergüenza la llevó a apagar las luces para no ser vista en camisón y, al parecer, eso terminó por confundir al hombre que sin más se metió a dormir junto a ella. Casi podía reír, no conocía a ese hombre, pero tendría que dormir en la misma cama.

Se acomodó lo mejor que pudo y sin una pizca de sueño, su cerebro comenzó a trabajar, buscando ansiosamente la manera de encajar en ese lugar sin llamar demasiado la atención. Claro que sería una petición imposible, al ser ciega, la atención siempre se volvía hacia ella, aunque no de una forma agradable.

Quizá su primer objetivo sería agradar a la Duquesa, quien no parecía nada conforme con la unión una vez que notó que su nuera era una impedida. Hasta cierto punto la comprendía, aunque no la conocían y no sabían lo independiente y fácil que era para ella sobrevivir. Lo hizo durante años sin ninguna ayuda, de hecho, era la clase de persona que cuidaba de otros.

—Pensé que estabas dormida —la voz cargada de sueño de Archivald le sacó un susto a la joven dama—. ¿En qué piensas?

—¿Lo desperté?

El hombre asintió, pero claramente ella no recibió esa respuesta.

—Estás demasiado cerca de mí, puedo sentir tu ansiedad.

—No sabía que alguien podía llegar a sentir eso.

—Creo que tú misma eres capaz de eso y mucho más.

—Quizá —aceptó—. Pero normalmente la gente que tiene todos sus sentidos no se pone a rebuscar la forma de comprender a las personas. Se conforman con lo básico, con lo que quieren saber.

—¿Me dirás el motivo de tus nervios o seguirás divagando?

—Pensaba divagar hasta que lo olvidara.

—¿Qué te preocupa?

—Bueno… es nuestra primera noche.

Archivald suspiró, estiró su mano y encendió la lámpara de su lado, volviéndose hacia su esposa con suaves movimientos que no llegaban a invadir el lado donde ella misma se enderezaba, dejando sus manos entrelazadas sobre sus piernas, con la cabeza gacha, claramente nerviosa por la conversación que ella misma había sacado a la luz.

—Sé que es importante el tema de la consumación, pero tengo algunas cosas qué decir al respecto —dijo la voz vehemente de Archivald, a lo que ella prestó atención en silencio—. La realidad es que no puedo concebir la idea de cumplir con ello simplemente porque es lo que se debe hacer. No te conozco y tú tampoco, sería forzar demasiado las cosas, sin mencionar que podrías estar realmente incómoda al entregarte a mí de esa manera.

Ella bajó la cabeza, entre avergonzada y enternecida.

—Estoy de acuerdo, mi lord —dijo segura—. No puedo creer que tenga tales pensamientos, es… reconfortante.

—Respeto mucho a las mujeres, tú, al ser mi esposa, tienes un lugar mucho más especial.

—Lo agradezco, pero… no es por otra razón, ¿verdad?

—¿Qué otra razón sería?

—Bueno…, no me desprecia usted por mi ceguera, ¿o sí?

—Vivianne, en serio —se molestó un poco por la mención consecutiva de ese hecho—, no soy un hombre superficial, quiero conocerte en todos los sentidos y el que no puedas ver no es un impedimento para hacer de una persona alguien extraordinaria.

—¿Puedo tocarlo, mi lord?

Archivald frunció el ceño, pero comprendió que era la forma en la que su esposa quería conocerlo, así que aceptó la extraña petición, observando como ella daba un brinquito en la cama para acercarse a su cuerpo, tanteando las sábanas hasta que encontró su pierna y de ahí, le fue rápido encontrar su rostro.

Ella sonrió abiertamente, sus ojos sin expresión de un precioso verde permanecían fijos en un punto a la distancia. Se sentó frente a él, sobre sus piernas y cerró los ojos. Inspeccionó el rostro de su marido con el ligero toque de sus manos, pasando por la fuerte quijada, los prominentes pómulos y la caída marcada hacia sus rasposas mejillas. Delineó la nariz, las cejas tupidas, las largas pestañas, los labios suaves, su frente e incluso su cabello, que era tan suave como pasarlos a través de la seda. Sus rasgos eran varoniles, hidalgas, pero ella sólo podía hacerse una idea de lo que era. Podía

decir que el hombre era atractivo, pero seguramente alguien que pudiese verlo se derretiría ante él. Quizá eso fuera positivo para ella, la alejaba del hechizo de Archivald.

—¿De qué color tiene los ojos?

Él la tomó de la cintura y la acercó hasta dejarla sentada sobre su regazo, con ambas piernas rodeándolo.

—Azules —susurró, cautivado por el toque de su esposa.

—¿En verdad? —ella no se mostró apenada por la posición—. El azul era mi color favorito, ¿qué tipo de azul?

—Uno muy intenso.

—¿Cómo zafiros?

—Más bien, cómo el mar.

—¡Me encanta el mar! —sonrió ella—. Lo llegué a ver una única vez, pero tengo el recuerdo guardado en mi cabeza…, ¿algún día podría llevarme? Aunque sea sólo para escucharlo.

—Te llevaré, lo prometo.

Ella asintió sin más y prosiguió escudriñando a su marido, ahora no sólo en su rostro, sino que pasó sus manos por los hombros anchos, el pecho fuerte, el abdomen trabajado. Frunció el ceño.

—¿Hace usted ejercicio?

—Un poco —dejó salir una risa—. Sólo un poco.

—No parece que sea sólo un poco.

Archie sonrió apenado, incluso sentía su cara arder, pero ella no podía verlo y por tal hecho, no se detuvo.

—¿De qué color tiene el cabello?

—Rubio.

—¿Su madre lo tiene rubio?

—Sí.

—¿Y los ojos de dónde los sacó?

—De mi padre.

—Mmm… así que fue una buena combinación.

—No sabría decirlo.

—Es usted demasiado modesto —frunció la nariz.

Ella bajó de la posición en la que su marido la colocó, pero no se alejó del todo de él. Simplemente se había hecho a un lado para seguir la conversación con mayor comodidad.

—No tienes por qué tenerme miedo.

Ella frunció el ceño y levantó el rostro con prisa.

—Es verdad que estoy nerviosa, pero no estoy asustada. Vivo en un mundo de eterna oscuridad, me da más miedo caer por las escaleras que su presencia en la habitación.

Archie dejó salir una varonil carcajada y asintió. Sí, posiblemente las escaleras pudieran hacerle más daño que él. Al parecer, su esposa ya había juzgado su carácter en ese pequeño tiempo.

—¿Cómo sabes que soy menos peligroso que las escaleras?

—He escuchado de usted y de su padre de boca de mis hermanos.

—¿Qué ha escuchado?

—Bueno… es usted un hombre honorable, bueno y recto. Tengo la esperanza de que con las mujeres sea igual.

—Mmm… claro. Aunque no debería confiarse de palabras, muchos hombres gozan de ser dichos con las mismas virtudes y son más peligrosos que el más vil de los canallas.

—Lo sé, pero no lo creo de usted —dijo segura.

—Se lo agradezco.

Fue en ese momento que se removió incómoda, ahora sí no sabía lo que debía hacer. Hasta ese momento estuvo durmiendo sola, en una recámara que sabía que no le pertenecía, pero ahora que él había regresado y que no consumarían el matrimonio, quizá debía irse.

—¿Qué he de hacer ahora?

—¿Con respecto a qué?

—Bueno, esta es su recámara, pero no la mía.

—Puedes tener tu propia recámara, hay una que conecta con esta habitación, pero si decides quedarte, no tendré problema con ello.

—Quizá una forma de familiarizarnos sería compartir habitación. ¿Qué piensa de ello?

—Bien, puedes ponerte cómoda.

—Necesitaré algunas cosas.

—Pídelas —aceptó—. Manda traer lo que necesites.

Ella sonrió.

—En serio que es un hombre… sin igual.

—Es mi deber complacerte Vivianne, eres mi esposa y este cambio radical lo has hecho por mí. Creo que puedo hacer algunas concesiones para tu comodidad.

Anne se sonrojó notoriamente, algo en su interior comenzaba a sentirse demasiado cálido, demasiado alegre, ni siquiera era capaz de identificarlo con precisión, pero sabía quién lo provocaba. Por su parte, Archivald sonreía enternecido al ver a su esposa en tal estado, no pudo evitarlo y se acercó a ella para lograr rodearla con los brazos, colocando un ligero beso sobre su coronilla.

—No estás acostumbrada a esto, ¿verdad?

—Nadie se había interesado en mí, jamás.

—Bueno, llegó alguien.

—Debo admitir que es… encantador.

—Entonces trata de dormir, sé que es difícil compartir una cama con un extraño, pero como has dicho, nos iremos acostumbrando.

—Por alguna razón, su presencia me da seguridad.

—Me alegro.

Archivald la soltó suavemente y fue a su lado de la cama,

recostándose de tal forma que le daba la espalda, con intención de darle un poco de intimidad aún en la misma cama. Vivianne suspiró fuertemente y sonrió, siguiendo los pasos de su marido para quedar recostada en la cama.

Sería muy fácil acostumbrarse a la amabilidad y comportamiento protector de su marido. No era dominante, pero sí decidido, quizá demasiado complaciente. Resultaba satisfactorio conocer a alguien que quisiera hacerla feliz por el simple hecho de tener un lazo que la conectaba ella.

Capítulo 7

Un mes de matrimonio, eso era el tiempo que tenía la nueva pareja siendo la comidilla de todo Londres gracias a que Archivald Pemberton era un codiciado partido que se esfumó de entre las manos de las decepcionadas señoritas que no podían más que sentirse destrozadas al ver que la mujer de aquel hombre no era perfecta como se esperaba que lo fuera.

Se debía admitir que fue una gran sorpresa para todos cuando la mujer se paseó por las calles con aquella deficiencia, nadie se atrevió a decir palabra, por supuesto, al menos no de frente a los Pemberton o a la propia mujer, quien pese a todo se mostraba tranquila ante una situación que le era menos que placentera.

La única que no era capaz de quedarse callada era, por supuesto, Elizabeth Pemberton, matriarca de la casa y madre sobreprotectora. La mujer no podía dejar de dar vueltas por toda su recámara mientras su marido permanecía tranquilo, aparentemente relajado sobre la cama, con la sábana a la mitad de su cuerpo, sosteniendo un libro con el cual se ayudaba para ignorar a su esposa.

—Esto no está bien, Robert.

—Elizabeth, ya lo hablamos.

—¿Es que simplemente hemos de aceptarlo? —negó—. Esto es un ultraje, ¿por qué ocultarlo? Al menos de esa forma Archie…

—Él jamás se negaría por algo así, no la rechazaría.

—Quizá no, pero al menos estaría preparado.

—Poco importa, él está bien y la mujer es bonita, educada, inteligente y recatada, ¿Qué más quieres para él?

—¡A alguien que vea!

—No dudaría que esa muchacha vea más que tú y yo juntos.

—¿Qué dices? ¡Está ciega!

—Pero no sorda, así que deja de gritar. —La miró con un poco de decepción—. No creí que fueras esa clase de persona.

Elizabeth soltó el aire de golpe y se mostró desmoralizada.

—Naturalmente que no la minimizo como persona, pero…

—Pero si como prospecta para tu hijo —negó y volvió la mirada a su libro—, al menos no seas hipócrita, Elizabeth.

—¡No lo soy! —se molestó—. Sólo quería que su matrimonio fuera perfecto. Debo admitir que en el caso de Sophia las cosas se me fueron un poco de las manos, pero al final, está casada con un buen hombre, ¿no es verdad?

—Eso no fue a causa tuya. Ella lo buscó por despecho y he de

recordarte que fue por mí que se dio cuenta de la mentira.

—Agh, no quieras llevarte todo el crédito de las cosas buenas.

—No te entrometas de nuevo Elizabeth, te lo advierto.

—Sí, sí —le quitó importancia—. Lo que tú digas.

—Ojalá me hicieras caso de vez en cuando.

Robert suspiró, quitó sus gafas y dejó el libro sobre la mesa de noche, preparado para ir a dormir, al menos intentarlo, porque sabía que su esposa no se lo pondría tan fácil. Claramente estaba preocupada, no sólo por su hijo, sino porque esa casa no era la más cómoda para alguien con la discapacidad de su nueva nuera. Sin embargo, ¿Qué casa lo estaba? Tendrían que adecuarse, era cosa de preguntarle sus necesidades y acoplarse a ellas.

—¿Sabes si ya han consumado el matrimonio?

—¿Eso qué quiere decir? —Robert levantó la cabeza, mirándola molesto—. ¿Qué es lo que te propones? Si estás pensando en regresarla a su casa, te digo que es una tontería y no lo permitiré.

—Era una idea únicamente.

—Deséchala.

—Agh, siempre te pones tan histérico con cosas pequeñas —la mujer quitó sus anillos y los dejó sobre la mesa de noche, siguiendo a su marido en la cama y acercándose lentamente hasta recostarse sobre su pecho—. No te molestes conmigo, Robert, lo siento.

—Nuestros hijos han crecido Elizabeth, es momento de que los dejes tomar sus propias decisiones y llevar su vida.

—Lo sé, pero soy su madre y no puedo evitarlo.

Robert suspiró y la abrazó.

—Sé que no lo haces con una mala intensión, pero quizá eso perjudique tu relación con ellos.

Elizabeth chistó y negó levemente.

—Todos tus hijos me encuentran irritante, pareciera que yo no hice nada al momento de formarlos en mi interior.

—Son tus hijos también —sonrió el hombre.

—Ninguno se parece mucho a mí.

—Puede que no, pero te siguen amando fervientemente, eres su madre y ese es un hecho que nadie puede negarte.

—Si no los hubiera dado a luz yo misma, dudaría de la veracidad de tus palabras —la mujer se alejó de su marido y se recostó sobre su almohada, durmiéndose casi de inmediato.

Robert sonrió y cubrió el cuerpo de su esposa con las sábanas que ella había dejado a mitad de su cuerpo. Amaba a esa mujer, pero en ocasiones lograba desquiciarlo y lo mismo sucedía con sus hijos. Ella tenía razón cuando decía que poco habían sacado de su carácter, pese a que claramente tenían una que otra cosa de su madre, en general eran más apegados a él, quizá por la tendencia de Elizabeth de

meterse en sus vidas para manejarlas a su antojo.

Suspiró. Esperaba que Archivald supiera lo que estaba haciendo.

ꕥ

Vivianne despertó en soledad, como lo llevaba haciendo desde hacía más de dos meses. Archivald tenía la costumbre de levantarse sin hacer el más mínimo sonido, incluso tenía la decencia de tender su lado de la cama. Ella se jactaba de tener el sueño ligero, pero las maneras de su marido eran tan sigilosas que incluso lograrían sorprender a alguien despierto.

Para Anne esto significaba que su marido buscaba las formas de no encontrarse con ella. Sabía que no faltaba por las noches, lo sentía meterse en la cama a su lado, normalmente ninguno se movía demasiado, por lo cual cuando él se levantaba, era como si en realidad no hubiese dormido ahí. No le parecía extraño para ese momento ni tampoco era algo que le doliera.

Estiró su cuerpo sobre la cama, moviéndose como un gusano y gimiendo como un gato, tratando de que su cuerpo recuperara la vitalidad en lo que Nancy llegaba para ayudar a vestirla. Ella sabía a la perfección sus horarios y seguramente para ese momento comprendería que no había problemas con su marido, puesto que éste desaparecía antes de que nadie despertara.

—Señora, buenos días.

—Nancy, quisiera tomar un baño el día de hoy.

—Claro, es pertinente debido a las visitas.

—¿Visitas?

—Oh, sí. Supongo que no lo sabe.

Anne ponía atención a los movimientos de su amiga mientras hacía sus labores ordinarias: la escuchó llenando la tina, abriendo puertas y gavetas, así como el frufrú de la tela de los vestidos contra los tapetes al ser arrastrados hacia la cama. Era una rutina que casi podía ver, pero que no era más que parte de su imaginación.

Al menos esperaba que Nancy tuviese un buen gusto, porque jamás sabía de qué color iba vestida, mucho menos si le favorecía o si era adecuado para la ocasión. Confiaba en ella, pero al final, Nancy tampoco conocía las costumbres de los ingleses y lo que para ella podría ser correcto, quizá fuera completamente errado.

—¿Cómo es el vestido, Nancy? —expuso su inquietud.

—Mmm… bonito, creo yo.

—¿Se parece al del resto de los invitados?

La doncella miró al vestido recatado que era del gusto de su amiga, parecido a los que utilizaba en los días de domingo para ir a misa en los monasterios de las consagradas en España. Era bonito, pero definitivamente no se asemejaba a los lujosos vestidos que vio portar a

las damas que esperaban en el comedor de los Pemberton, ni siquiera a los de la fastidiosa Beatriz.

El silencio de Nancy fue todo lo que Anne necesitaba para saber que no era adecuado y eso las dejaba en un dilema.

—¿Qué he de hacer? —finalizó la doncella personal.

—No hay qué hacer —dijo la joven—. Es lo que hay y es lo que usaré. Al menos no quiero llegar tarde, así que démonos prisa.

—Pero Anne, ¿no te será incómodo?

—Una de las mejores cosas de no ver, Nancy, es que poco te importa lo que digan los demás de ti, por no mencionar que eres incapaz de ver las miradas reprobatorias.

—Dudo que la duquesa se quede sólo en palabras.

—Entonces pondrá remedio a sus quejas —sonrió resuelta.

—Definitivamente me gustaría contar con tu confianza.

Apreciaba que su amiga pensara que la tenía. La realidad es que estaba nerviosa, pero no dejaría que esto se notara, jamás permitiría que esos nobles la colocaran en una posición inferior únicamente por su forma de vestir. Ella valía por lo que era y un vestido no debía hacer gran diferencia.

Hizo las cosas rápido. Contó en su cabeza los pasos necesarios para llegar al cuarto del baño, así como lo hizo para llegar al tocador. Su recámara estaba casi completamente esquematizada en su memoria, aunque aún solía tropezar con la estorbosa alfombra, la cual aprendió a evadir después de su tercera caída.

—Bien, quizá no tengas el vestido más hermoso, pero tienes el rostro y también el peinado.

—No exageres.

—Sólo lo necesario para una futura duquesa.

Salieron de la habitación tomadas de la mano, como lo hacían siempre, al menos, hasta que ella terminara de acostumbrarse a la propiedad. Lo cual era conflictivo debido a su exagerado tamaño. En ocasiones Anne se quejaba por ello, le gustaría vivir en un lugar más cómodo para alguien ciego, pero la vida jamás fue indulgente con ella y sería cuestión de acostumbrarse a ello.

—Dime, Nancy, ¿cómo cuantas personas hay ahí dentro?

—Mmm… difícil decirlo.

—¿Tantas?

—Bueno…

—¡Oh! ¡Al fin llegas! —unos brazos la atacaron por sorpresa, separándola de Nancy—. Te estábamos esperando Anne, ¡Dios! Mi hermano es un loco, ha salido con el alba, pero nosotros somos más normales y apenas vamos a desayunar.

—Sophia —Anne se relajó en cuanto olió su perfume—, ¿qué es lo que está pasando? Nancy me dijo que hay invitados.

—Sí qué los hay —aseguró la mujer—. Está mi marido, pero también llegaron las chicas Hamilton.

—Las chicas Hamilton… —la mujer frunció el ceño—. No sabía que Publio y Terry tenían más hermanos.

—Sí, dos mujeres, son agradables, no te pongas nerviosa.

«No estoy nerviosa. Estoy intrigada» se dijo a sí misma.

Entró al salón comedor de la mano de Sophia y no de Nancy. Era de esperarse que su amiga no estaría ahí para ayudarla, tendría que valerse por sí misma, pero nuevamente, estaba acostumbrada a ello.

—Así que ésta es la mujer de la que todos hablaban.

La voz femenina era segura, denotaba carácter, liderazgo, quizá estuviera acostumbrada al mando. No estaba cerca de ella, pero de alguna forma era como si resaltara un aura peligrosa desde las notas de su voz, no quería imaginar lo que sería estar cerca de ella.

—Me llamo Vivianne, aunque prefiero que me digan Anne.

—Me agrada, es más corto —asintió otra voz femenina.

En esa ocasión, más dulce, aunque igualmente segura.

—Vamos, vamos. No traten de amedrentarla tan pronto —pidió Sophia—. Ellas son mis primas, la primera que habló fue Aine y la segunda es Kayla.

—Es un placer.

Anne llevó una mano hasta su cuello, específicamente hacia la cruz que colgaba de su sencillo collar, quizá demasiado para ser la joya de una futura duquesa. Era una forma sutil y casi instintiva en la que buscaba protegerse de las personas con las que tomaría el desayuno. Había algo en ellos que la hacían sentir incómoda, al grado de ponerla a la defensiva.

—Ven, te llevaré a tu lugar.

Sophia era cuidadosa, mantenía la mirada sobre el suelo al tratar de no hacerla tropezar por accidente al llevarla hasta la silla dispuesta junto a su hermano, quien mantenía una mirada vigilante sobre su esposa, incluso mantenía los ojos entrecerrados.

Cuando ella estuvo lo suficientemente cerca, Archivald se puso en pie y le recorrió la silla que ocuparía. Anne sonrió, pensaba que su marido no estaba ahí, pero su olor…, tenía un olor tan suyo que le era imposible de ignorar. Dormía con él todos los días y toda su recámara parecía impregnada con su esencia, seguramente era porque había vivido en el lugar durante toda su vida.

—Gracias, Archivald.

No hubo contestación, pero escuchó la silla junto a ella recorrerse y el diálogo afloró rápidamente hasta tornarse en un tumulto de conversaciones a las cuales ella no era capaz de unirse al ser historias de la familia. Decidió comer, era lo único que podía hacer, pero sin la ayuda de Nancy, las cosas se complicaban un poco.

Apretó los labios ligeramente y alargó la mano, tentando los objetos en la mesa hasta alcanzar un vaso, lo llevó hasta su nariz y reconoció el cítrico del jugo de naranja. Sonrió y se lo llevó hasta los labios, saboreando el refrescante sabor.

Claro que ella no se percató que el resto de los comensales se enfocaron en su proceder cuando Archivald, al percatarse de la dificultad de su mujer, acercaba las cosas a ella en silencio y de forma discreta, tratando de facilitarle el trabajo.

—¿Descansaste bien? —inquirió de pronto su marido.

Ella dio un pequeño brinco en su lugar y dejó de lado su vaso, quedando este demasiado al borde, por lo cual Archie lo acomodó.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Te despertaste varias veces por la noche, parecías tener malos sueños, ¿te ocurre frecuentemente?

Ella bajó la cabeza.

—Supongo que ya lo ha de saber, mi lord.

—¿Quieres hablar de ello? —Anne negó con la cabeza—. Bien, me considero un hombre paciente, esperaré.

—¿Por qué salió tan temprano? —volvió el rostro hacia él.

—Ahora que mi padre es mayor, tengo como objetivo dejarle dormir y encargarme de las generalidades de las mañanas por mí mismo. Espero que no te moleste.

—No, no. Era simple curiosidad.

—¿Quisieras acompañarme?

—¿Lo dice en serio? —su expresión era de sorpresa—. ¡Me encantaría acompañarlo!

—Está hecho, después de acompañarte a misa, iremos a realizar algunos encargos. Servirá para que te conozcan como mi esposa.

—¿Sabe usted que voy a misa todos los días?

Archie hizo una cara de satisfacción que ella no pudo notar.

—Eres mi esposa, Vivianne.

—Lo sé. Pero pensé que no le importaba lo que hacía.

—Con el tiempo te darás cuenta que soy un hombre un tanto sobreprotector, espero no te disguste.

—No, en realidad, creo que podría gustarme un poco.

—¡Sobre protector es decir poco! —se quejó Sophia—. ¿No es así John, querido?, Archie se preocupa por todo y nada.

—Teniéndote a ti como hermana, mi vida, lo comprendo.

—Oh, no comiences conmigo John Ainsworth, te lo advierto.

El hombre levantó las manos con una sonrisa y siguió comiendo.

Las hermanas Hamilton se lanzaron miradas inquisitivas, llenas de desconfianza. Estaban más que informadas de la situación gracias a sus hermanos y ese era el motivo por el que planeaban quedarse en esa casa durante su visita. Por muy enojados que pudiesen mostrarse

sus maridos con la decisión, ellas no eran mujeres que pudiesen ser detenidas por una orden o la molestia de un hombre.

—Sabe, señora Pemberton…

—Con Anne será suficiente —corrigió la mujer con paciencia—. Pero dígame, lady Aine, ¿qué le preocupa?

—Oh, preocuparme nada —aseguró con firmeza—. Simplemente quería hacerle una invitación; mi hermana tendrá una exposición de arte en poco tiempo y nos encantaría que nos acompañara.

—¿Usted pinta, lady Kayla? —Anne no pudo ocultar su expresión sorpresiva, no era muy común que una mujer se dedicara al arte.

—Sí, un poco. Aunque debo aceptar que mi marido sigue sorprendiéndose cada vez que se encuentra a sí mismo retratado —rio dulcemente—, aunque no tiene más opción que el aceptarlo.

—Siendo el caso, admito que tengo interés. Aunque no seré capaz de admirar las obras, me gustará acompañarlas al evento.

Incluso las hermanas Hamilton se sintieron avergonzadas al percatarse que sus ansias por saber más de esa mujer las había hecho cometer una indiscreción. Archivald mostró su desagrado al dejar su taza de café con estruendoso sonar de porcelana que terminó por llamar la atención de toda la mesa. Se sentía ofendido, no sólo porque sus primas fueron imprudentes en su mesa, sino porque su mujer no tenía razón de soportar tales agravios.

—Siento haber hablado sin pensar —Aine se dirigió a su primo.

—Nada de eso —interrumpió Anne—, si me explican lo que veo, posiblemente podré sentir lo que quiso expresar en su arte, lady Kayla, he aprendido a apreciar estas cosas de manera diferente.

—Entonces, queda como una cita —asentó Aine—. ¿Estarás bien con eso Archivald? O habrá que encadenarte para llevarte.

—No dejaré a mi esposa en sus garras, por supuesto que iré.

—¡Perfecto! —aplaudió Kayla—. Me encanta la idea de que estén todos ahí, sobre todo porque Izek llegará un poco tarde.

Vivianne no pudo evitar sentirse abrumada con la situación. La estaban llevando a un lugar donde el objetivo principal era observar. Aunque, a lo que sabía, esos eventos sociales eran más para encontrarse con personalidades que para ver o comprar el arte que se exponía. Era una forma de conocer gente y hacer contactos, siendo el caso, para ella era de utilidad asistir, dejándose ver con su marido.

Sería bueno para su imagen de mujer rechazada. Suspiró larga y profusamente antes de volver el rostro con fuerza cuando sintió el toque suave de una mano cálida sobre su dorso; Archivald la apretaba ligeramente para llamar su atención.

—¿Estás segura de que quieres asistir? —habló en voz baja.

—Sí, no hay problema.

—Bien.

El reconfortante calor se alejó tan rápido como llegó, provocando un anhelante deseo para que siguiera mostrándole su preocupación. Notando que su marido volvía a enfocarse en otras cosas, ella se vio en la necesidad de hablar nuevamente:

—Señor, en realidad quisiera hacerle otra petición.

—Dime lo que necesitas y haré que te lo proporcionen.

—Es que… la verdad dudo que mis vestidos sean adecuados, sé que no lo son, mi pobre Nancy se delató esta mañana, pero yo no tengo idea de lo que es adecuado, ¿es que podría ayudarme?

—Por supuesto, pediré que venga la modista de la familia.

—Pero es que tampoco confiaré, creo que al único que le importa lo que lleve puesto es a usted, ya sabe, por ser mi marido.

—En eso te equivocas —sonrió—. Las modas femeninas son menos que importantes para mí, a mi gusto, siempre lucen preciosas.

—Es un comentario agradable, pero seguro que con su esposa se permitirá unas horas de sufrimiento para elegir unos vestidos —ella siguió comiendo solemne—. No me haga usar el arma de que soy ciega y no puedo hacerlo por mí misma. El chantaje siempre es el último de mis métodos, pero si me deja sin opciones…

—Sería demasiado bajo que lo hiciera. —Archie se mostró más que encantado—. Bien, aceptaré acompañarte, no me queda más opción que complacerte en esto.

—Es bueno que se diera cuenta por sí mismo, si gusta, podemos decir que usted galantemente se ofreció a hacerlo, eso lo dejará mejor parado —asintió la muchacha.

—Estas personas no creerán ni una palabra.

—Claro que lo harán —la chica levantó una ceja—, porque todos actuarían igual si una mujer como yo se los pidiera.

—Así que usas tu incapacidad como un arma a tu favor.

—Por supuesto, con el tiempo aprendes a sacar ventaja de los infortunios que te da la vida.

—Quisiera que un día me hablaras sobre ello.

Ella quitó la sonrisa de satisfacción y en su rostro se dibujó algo parecido a la desolación, pero también algo oculto: furia.

—Algún día.

—Parece que es más doloroso de lo que aparentas.

—Fue un evento traumático al final de cuentas.

Vivianne no pudo dejar de notar la ausencia de su suegra en el lugar. Aunque de repente se le concedía ese tipo de descansos, era extraño que la duquesa no se hiciera presente para ordenarle qué hacer hasta para agarrar un tenedor.

Aquella ausencia se debía a la falta de entusiasmo de los duques por escuchar malas noticias a esas horas tan tempranas, y eso siempre sucedía cuando había un Hamilton en la casa. Y aunque Anne

agradecía no estar siendo amonestada continuamente, hubiera preferido la presencia de su suegra a la de las recién llegadas.

Aine era la peor de las dos hermanas. Se notaba que era una mujer inteligente, pero demasiado insensata, no era de las que detenía su lengua, sobre todo cuando indagaba sobre la esposa de su primo.

Tal parecía que era su objetivo poner nerviosa a la nueva esposa y, al no lograrlo, sólo la hacía sospechar más de ella.

Seguramente Aine hubiera podido seguir en su interrogatorio si acaso la mirada aguda y penetrante de Archivald no la estuviese atravesando como un cuchillo.

—Me parece extraño que tus hermanos no estén aquí, Anne —observó Sophia después de un tiempo—. No suelen perderse el desayuno por nada del mundo.

—Han tenido que salir —sonrió la joven—. Creo que las Hamilton les parecieron lo suficientemente intimidantes como para escapar. Debo admitir que no es fácil soportar su inspección.

—No hacíamos tal cosa —se adelantó Kayla.

—Claro que lo hacían —sonrió tranquila— y espero que, al menos, mis respuestas les fueran satisfactorias.

—¿Cómo te llevas con tus hermanos? —prosiguió Aine, recibiendo tranquilamente el codazo de parte de Sophia.

—He de aceptar que no los conozco mucho, como he dicho, crecí dentro de un monasterio toda mi vida, así que ignoro como sean.

—Ellos parecen despreciarte —dijo Sophia con amabilidad.

—Beatriz, mi hermana, deseaba el lugar que tengo en este momento. Es entendible debido a que yo carezco de algo fundamental para ser la mujer perfecta para Archivald Pemberton.

—Muy bien, ya basta —Archie se puso de pie y tomó la mano de su mujer—. Su interrogatorio terminó, me están volviendo loco.

—Sólo queríamos conocerla —dijo Aine con inocencia.

—Basta —la apuntó—. En serio.

Archivald se puso en pie y ayudó a su esposa a hacerlo también. Vivianne se sonrojó ligeramente cuanto sintió que su marido entrelazó sus dedos con los suyos y salió de ahí con una sonrisa esplendorosa que fue eliminada con rapidez cuando se encontraron con la duquesa, quien venía con renovadas energías después de pasar una mañana en compañía de su tan adorado marido.

—¡Oh, Vivianne! Me da tanto gusto verte —los ojos grises de la duquesa inspeccionaron a su nuera— ¡Oh!, pero ese vestido…

—Justo pensábamos ir a misa, madre, quizá te ayude escuchar un sermón para que no seas tan fijada en estas cosas.

—¿Cómo no serlo? —siguió inspeccionando.

Vivianne sonrió y se volvió hacia su marido.

—¿Tan mal está?

—Mmm… yo no lo creo, a mí me parece bien.

—¿Piensan salir así? ¡Dios de mi vida! Ni siquiera el párroco estará de acuerdo con ese vestir.

—Era el que usábamos en el convento.

—Se entiende, se entiende. Es casi el de una monja.

—Madre, por favor…

—¡Ya! Lo siento, pero es necesario comprarle vestidos.

—Después de misa nos ocuparemos de eso —aseguró el muchacho —. Si nos disculpas, continuaremos con nuestra salida.

—Sí, sí. Cómprale todos los vestidos necesarios, no escatimes en gastos, ¡Por el amor de Dios! ¡Una futura duquesa que es monja!

Ambos chicos rieron con gracia, no podían creer que Elizabeth Pemberton perdiera los nervios por algo tan simple como un vestido.

—Tranquila, ella no es así todo el tiempo.

—La comprendo, quiere enseñarme lo que es ser una duquesa.

—Espero que no sea muy dura.

—Mmm… es una suegra celosa, no diré que no.

—Lamento eso.

—En realidad, yo no —le tomó la mano como él lo había hecho en el pasado—. Eso quiere decir que te adora con el alma y por eso desea que tu esposa sea perfecta. Aunque dudo que pueda alcanzar sus expectativas, has puesto la marca muy alta.

—Eso piensan todos, pero en realidad soy una persona normal.

—Sí, claro. Seguro que te gusta pensar eso.

Archivald tomaba con gracia las libertades que su mujer se tenía para clasificarlo como un hombre espectacular. Si era sincero, era un apelativo que le disgustaba un poco y lo encadenaba a un irremediable “debe ser” que cargó desde el inicio de su vida.

Aprendió a sobrellevarlo, a ser el hombre de confianza de todos, a ser un Pemberton del que se enorgullecieran, a ser el perfecto sucesor de un caballero del nivel de su padre. Era un trabajo arduo que en ocasiones lo fastidiaba, pero cuando estaba con Viviane, algo se aligeraba, era como si no tuviera que fingir, porque ella no era capaz de ver todas sus expresiones, aunque le era fácil descifrarlo.

Algo en la personalidad de esa mujer llamaba su atención de forma extraña. Su positivismo hacia la vida le era extraordinaria; le habían pasado cosas malas en la vida, eso era obvio, pero no parecía tener marca alguna en su persona o en su carácter, al menos que fuera una perfecta mentirosa, lo cual no dudaría ni un momento.

—¿Te has enterado? —. La voz de su esposa detuvo al instante sus pensamientos—. Parece que algunos negocios han sufrido desperfectos. Es una lástima.

Caminaban por una de las calles más concurridas de Londres. Habían salido de misa hacía más de una hora, enfocándose en la

segunda razón por la cual habían salido de casa. Las compras no era algo que entusiasmara a Archivald, pero por su esposa tendría que soportar pasearse entre las tiendas abarrotadas de mujeres que buscaban adquirir nuevas prendas para presumir en la próxima fiesta, teatros y demás eventos sociales que requerían la opulencia en cada encaje, abanico y pluma que formara parte de su vestuario.

—Sí. —Archivald pasó los ojos por las tiendas que habían sido consumidas por el fuego—. Hay una extraña coincidencia.

—¿Coincidencia?

—Sí. De hecho, se están metiendo con las personas equivocadas.

—No me digas, ¿los Hamilton?

—Ellos mismos.

—Creo que, si tienen las agallas para enfrentarlos, es porque no les tienen miedo, eso me parece a mí.

—O porque son idiotas.

—Parece que tienes a tus familiares en una alta estima.

—Bueno, me han dado una que otra lección.

—He oído de tus primos, pero sé poco de tu tío, ¿Es que ya se retiró por lo bueno? Digo, debe ser un hombre mayor.

—No tanto, y te aseguro que, a como están pasando las cosas, él mismo se involucrará en el asunto.

—Bueno, entonces sí que deberían tener miedo estos bárbaros.

—No lo sé. El tío es inteligente, pero esta persona…, no sé cómo decirlo, tiene algo, algo más que inteligencia.

—¿Cómo qué?

—Tiene sed, tiene ganas de venganza.

—Eso es peligroso.

—Más que peligroso, podría ser fatal.

—¿Podría pasarnos algo a nosotros?

—Me temo que hablas con alguien demasiado tranquilo como para formar parte de una cofradía justiciera.

—Yo creo que serías un excelente líder.

—Piensas demasiado bien de mí.

—Es parte de mi personalidad, podría sacar cosas positivas incluso de Beatriz, y vaya que es complicado.

—Hablando de ellos, no me dijiste a donde fueron.

—A lo que sé, visitaron a padre.

—¿Tú padre está aquí?

La joven asintió un par de veces y hociqueó el delicioso aroma del pan recién horneado.

—Sí, desde hace tiempo, creo que quiere vigilar que no me escape en algún momento, o quizá desea ver si estoy haciendo mi trabajo.

—¿Acaso escaparías?

—Si pudiera hacerlo, tal vez.

—¿Es que algo te disgusta?

—No demasiado.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte.

—Bueno, esas alfombras me hacen tropezar todo el tiempo, sin mencionar que la casa es grande y la conozco poco, no me puedo orientar sola y si en algún momento no me encuentras, será porque me he perdido irremediablemente.

Archie se llevó una mano hasta la frente, rascándose, mostrándose avergonzado por poner tan poca atención en la situación.

—Lo remediaré.

—Alguna parte de mí no quería quejarse de ello.

—Tengo que hacerte sentir cómoda, debiste decirlo.

—Lo hago ahora.

Vivianne hubiera querido decirle que su presencia ayudaría mucho para aclimatarse a la casa y a Londres, pero no lo haría, por el simple hecho de que pensaba que era una obviedad. Si Archivald no gustaba en hacerlo, era porque no quería o no le interesaba, ella no rogaría por atenciones jamás, prefería la soledad a la vergüenza.

—Bien, además de eso, ¿qué más necesitas?

—Nada más, es cuestión de tiempo para que me habitúe.

—Lamento no haber sido de ayuda, supongo que piensas que no es importante para mí el que te sientas cómoda, pero te aseguro que nada está más lejos de la realidad.

—Eres un hombre bueno, eso lo sé. Pero tienes otras prioridades.

Él la miró con el ceño fruncido, esperando a que viera su desconcierto ante tales palabras, olvidando el hecho de que ella no era capaz de verlo, por lo tanto, tendría que expresarlo.

—Al ser mi esposa, eres mi mayor prioridad.

—No tienes que mentir, Archivald.

—No estoy mintiendo, Vivianne.

La joven negó con una sonrisa incrédula y siguió caminando a su lado, esperando llegar pronto al establecimiento para poder regresar a casa y dejar de ser el centro de los chismes de los transeúntes.

Capítulo 8

Archivald se detuvo frente a uno de los lugares más concurridos de toda la avenida. Anne pudo dar crédito de ello debido a las muchas veces en las que fue empujada, apartada o que le pidieron disculpas debido a que le pisaban el pie. Desde ese momento quería dar marcha atrás y no entrar ahí, parecía peligroso para cualquier persona y seguramente su marido detestaría cada segundo en el interior de ese lugar que parecía un parque de diversiones femenino.

—Ven —la tomó de la mano, sorprendiéndola—. Llegamos.

—Espero que sepa escoger vestidos —retó con una sonrisa.

El ambiente en el interior del lugar era casi festivo. Las mujeres se paseaban de un lado a otro pidiendo a las intendentas los productos que eran de su necesidad. Era un entorno alegre entre mujeres que se acompañaban y recomendaban con alegría contagiosa.

—Parece que esto es todo un acontecimiento —dijo la joven.

—Era de esperarse, no sé si un hombre haga tan bien el trabajo.

—Oh, pero si son ustedes —la voz coqueta llegó de sus espaldas—. Te advierto, hermana, que los hombres sólo saben escoger vestidos que realcen los atributos que quieren ver.

—Lady Beatriz, no sabía que estaría aquí.

—Voy de salida, pero les deseo suerte, hay una mujer ahí que me es más que insoportable, no deja de cuestionarme.

La mujer salió de ahí después de dar esa advertencia.

Beatriz era de por sí una persona poco tolerante, Viviane descubrió ese hecho mientras la conocía a lo largo del viaje desde España. Sin embargo, desde que se conocieron hubo una cierta sensación de rivalidad de su parte, así como un injustificado odio; por esa razón resultaba tan extraño y hasta un poco dudoso que la hubiese advertido de esa manera. No debía ser un acto espontaneo de nobleza, algo más debía ocultar y tal parecía que Archie pensaba exactamente lo mismo, puesto que se adelantó a hablar.

—Será mejor enfrentar la situación lo antes posible —le dijo en modo juguetón—, conozco a la mujer insoportable.

—¿La conoce?

—Un poco más de lo que quisiera, pero sí.

Con esa segunda advertencia, Vivianne se engarbó y decidió tomar la situación lo mejor posible. Caminó del brazo de su marido porque no tenía otra opción al ser un lugar desconocido.

—¡Lord Pemberton!

Era una voz chillona, quizá por la exaltación que representó ver a

ese hombre en ese preciso lugar. Vivianne prestó atención al frufrú pesado del vestido de la dama, así como su caminar de pasos fuertes, demasiado para una mujer, lo cual la convertía en una persona robusta de cuerpo, pero de ahí en más, ella no podía saber nada.

—Buen día señorita Tracy, veo que escogimos un mal día para venir a la modistería, está abarrotado de personas.

—¡Y cómo no! Es cambio de temporada, mi lord, y es esencial sacar un nuevo arsenal de vestidos.

Los ojos azules de la dama recorrieron sin reparo el atuendo sombrío de la mujer que se colgaba del brazo del caballero que fuera dueño de sus afectos. Sin dudas era una mujer bonita, pero ese vestido estaba pasado de moda desde el renacimiento; por la cruz simple que colgaba de su cuello, se podía decir que no poseía joyas y, si las tenía, prefería la sobriedad de su crucifijo, tal vez le tenía un gran afecto o simplemente no se daba cuenta de lo inadecuado que resultaba al tener un tamaño tan prominente.

Aun así, la mujer era guapa, divina en verdad. Garbosa como una reina y ciega, totalmente ciega, lo cual permitía hacer una inspección de su persona con total comodidad. Pero claro, la mirada sagaz de su marido no aprobaría una extensa observación, puesto que su ceño se fruncía cada vez más y esto hacía notorio su fastidio.

—Es bueno conocerla al fin, ¡Todo el mundo habla sobre usted! Me alegra saber que asistirá a la inauguración de la galería. Estará usted ahí, ¿no es así? Todos dicen que sí.

—Recibí la cordial invitación de lady Hamilton —asintió la dama con una voz clara y modulada—. Así que iré.

—¡Claro! Lady Kayla estará presentando obras, es verdad. Qué fastidio será ver a su marido que tanto temor me da. ¿Sabe usted lo que se dice de él?, dicen que está maldito.

—No tiendo a oír rumores, lo lamento —sonrió la joven—. Normalmente no son indulgentes conmigo y detestaría influirme por ellos sobre otras personas, sobre todo si no las conozco.

—Claro, claro. Nadie lo hace, por su puesto —se excusó—. Su marido sabe que yo sólo paso los chismes, pero no los creo de nada. De hecho, a mí me parece que usted es una persona encantadora.

—¿Es que se decía lo contrario? —indagó.

—Bueno, el que nadie se presentara a saludarla en todo este tiempo da de qué hablar…

—Eso es suficiente. —Imploró Archie—. Venimos aquí a hacer otras cosas, lo lamento lady Tracy, pero nos hemos retrasado.

—¡Es verdad! Vamos, vamos. Los acompañaré, nadie mejor que yo para decirles lo que se pondrá a la moda.

Archie frunció el ceño sin querer. Si algo se sabía de esa mujer, era de su mal gusto, nunca estaba adecuadamente vestida, pero nadie

diría que era insegura, puesto que siempre se sentía la mujer más hermosa y al último grito de la moda.

De hecho, en más de una ocasión Archie había escuchado a su tía Giorgiana quejándose de ella, hablando de la forma en la que era capaz de convertir sus creaciones en aberraciones. Porque Tracy Dancler tenía el dinero suficiente como para usar las prendas exclusivas de GICH, aunque eso no quería decir que eligiera bien.

A pesar de que el caballero estuviera en desacuerdo, no pudo hacer nada para evitar que Tracy tomara la mano de su esposa y se la llevara al interior de GICH, parloteando sobre colores y diseños que las intendentas desaprobaban con el ceño fruncido, lanzando miradas inquisitivas hacia el caballero, tratando de verificar si deseaba que le confeccionaran esos horribles vestidos a su mujer.

Obteniendo su negativa, las intendentas dejaron de lado las opiniones de la señorita Dancler e hicieron su trabajo, sacando telas y diseños que iban a parar directamente a las manos del importante heredero, quien se mostró interesado en los diseños florales, que fueran su más grande pasión al ser él un hombre de plantas.

—Es muy bonito, mi lord, pero creo que es un vestido de noche y muy formal como para agregarle flores, ¿no lo cree? —dudó una de las preparadas damas de GICH.

—No. Lo quisiera en colores sobrios, quizá un azul o un rojo, con bordados de flores, pero que sean en oro o plata —dijo seguro—, eso resaltará el vestuario, confíe en mí.

—Hagan caso a lo que pide mi sobrino.

Vivianne volvió la cabeza en ese momento. Aquella voz era diferente a todas las que había escuchado en su vida. Dura, segura, dominante. Llena de una determinación que no conocía en una mujer. Estaba claro que era la que mandaba y su interés por conocerla aumentó al punto en el que se separó de la señorita Dancler y, a base de tocar los muebles y personas, llegó hasta ella, quien estiró las manos para que la tocara antes de que pudiera tropezar.

—Supongo que es usted la nueva mujer de Archivald.

—Soy Vivianne Ferreira.

—Por supuesto que lo es.

En esa ocasión, Vivianne sintió un escalofrío, pero fue uno de agrado, porque podía sentir la sonrisa en los labios de esa mujer.

—Mi esposo omitió la parte en la que me decía que esta era la prestigiosa tienda de su tía, la duquesa Giorgiana Charpentier. Es para mí todo un honor, aunque yo pensaba que estaría en París.

—Suelo visitar las tiendas por los diferentes países —sonrió—. Tal parece que estás informada sobre mí, pero sé poco de ti.

—Me temo que no hay mucho qué decir sobre mí, soy una simple admiradora de su vida y su trabajo.

—Dudo que tu vida sea tan poco interesante, al contrario.

Vivianne sintió una poderosa admiración en la fortaleza de la mujer, porque ella sabía lo que significaba vivir adversidades y presentía que Giorgiana las había experimentado también.

—Espero que mi esposo tenga el gusto a la altura de sus expectativas, mi lady, porque ha de saber para estos momentos que soy incapaz de conocer lo que está de moda o no.

—Su esposo es botánico, querida, así que quiere flores por doquier, pero he de aceptar que ha creado diseños que son de mi agrado, estaré al pendiente de ellos —aseguró—. Por el momento, sé que necesitará uno para esta noche. Archivald —se dirigió a su sobrino—. ¿Te importará que en esta ocasión no llevemos a cabo tus deseos y haga algo que esté listo para hoy?

—No tía, por supuesto que no.

—Bien. Entonces, por favor Ludan, trae una selección de telas, le confeccionaremos un vestido adecuado para una futura duquesa paseándose en una galería de arte.

Vivianne hubiera querido seguir a esa mujer, al menos palpar lo que ella estaría haciendo; pero Giorgiana se marchó sin decir otra palabra, por lo que le fue imposible saber hacia dónde se dirigía.

—Sé que te es interesante. —El aliento de su marido causó escalofríos en el oído de la joven, pero no se apartó—. Pero tiene que trabajar, ya encontrarás momento de hablar con ella.

—¡Debiste decirme a donde veníamos!

—Te dije que era la modista de la familia.

—¡Jamás pensé que se trataría de Giorgiana Charpentier!

—La admiras.

—Sí, es una mujer de admirarse.

—La verás después —aseguró—, pero con esto resuelto, me temo que tengo otras cosas qué hacer. Te llevaré de regreso a casa.

—¡Mi señor! —se adelantó una de las mujeres de la tienda—. Aún falta que le tomemos medidas a la señora.

—Claro —Archie cerró los ojos con pesadez.

—No hace falta que te quedes —dijo ella conciliadora—, sabré tomar mi camino a casa, te lo aseguro.

Archie ladeó la cabeza, la última vez que ella se quedó sola, terminó en una calle de mala muerte, casi siendo vendida como una prostituta, poco faltó para nunca volver a verla.

—¡Ey! ¿Y tú qué haces aquí, gran bastardo?

Archie sonrió de lado.

—Hago la misma pregunta, Jason.

—Bueno, es obvio, a las damas les gustan los regalos y vengo por algunos para mis conquistas.

—Eres incorregible.

—Lo soy. —Los ojos grises del caballero se posaron rápidamente en la mujer enfurruñada junto a su marido—. ¿Tan rápido te ha hecho enojar, preciosa? No te preocupes, es así con todo el mundo.

Vivianne ladeó ligeramente la cabeza y sonrió.

—Supongo que es uno de los primos a los que no conozco —dijo la mujer, frunciendo el ceño al acercarse a ese hombre—. Me pareció oír en su voz mucha tristeza, ¿algo le sucedió?

Jason se quedó sin palabras. Era imposible que esa mujer supiera algo sobre él. Su primo jamás contaría sus intimidades, lo conocía lo suficiente como para saberlo, sin embargo, la forma en la que hablaba la joven daba por hecho que conocía su dolor.

—¿De qué habla?

—No lo sé. Algo me dice que está usted muy triste, sobre todo por lo que ha dicho, eso no es felicidad, está escondiendo algo.

—Soy feliz.

—Es obvio que quiere serlo, pero le aseguro que no lo encontrará brincando de una mujer a otra. Eso debe solucionarse primero personalmente antes de querer compartir con alguien más —dijo tranquila—. Pero no soy nadie para incomodarlo, aunque creo que ya lo he hecho y me disculpo encarecidamente por eso. Pasa que, al ser impedida, percibo las cosas escondidas.

—Entonces hablaré poco con usted —rio sin ganas.

—Si lo hace sentir más cómodo, hágalo. Pero le aseguro que soy buena escuchando y una tumba al guardar secretos.

—Ya lo creo, ya lo creo.

El hombre comenzó a ponerse nervioso. No tenía idea de lo que sentiría si acaso la mirada de esa mujer tuviera la vivacidad de alguien que pudiese ver, seguro le atravesaría el alma y descubriría todo lo que hay oculto en ella. No tenía ganas de eso, así que con un movimiento involuntario se rascó la cabeza y puso la excusa más simple para marcharse de su lado.

Archivald sonrió y cerró los ojos.

—Creo que lo has asustado.

—No era mi intensión.

—Lo has leído con bastante precisión, pero creo que sería buena idea que no lo hicieras con todo el mundo.

—Lo lamento. Pero me preocupó su estado desolado.

—A todos nos preocupa.

—¡Mire, mi lord! —se acercó de nuevo la señorita Dancler—. Esta tela le quedará perfecta a su esposa.

Archie sonrió por cortesía y brindó la tela a una de las intendentas que rápidamente la despreció y desechó.

—Se lo agradezco, lady Tracy, es usted muy amable por ayudarme en esta tarea que claramente se me dificulta.

—No hay de qué, ¡Por eso somos mejores amigos!, y por esa misma razón lo seré con su esposa, ¿no es cierto?

—Me gustaría mucho —aceptó Vivianne.

—En ese caso, llámeme Tracy y yo la llamaré a usted Vivianne, ¿le parece bien o es demasiado?

—En realidad, yo preferiría que me llamara Anne.

—¡Me encanta! Así es más corto.

En ese momento, Archie comprendió que existía otra persona tan bondadosa como lo era él mismo. Su mujer, a pesar de que no parecía del todo complacida con "la nueva amistad", no reflejó en su rostro o cuerpo que no deseaba ser amiga de Tracy. Aunque cabía la posibilidad de que en realidad no le desagradara la idea, al final, sería la primera y quizá la única amiga que tendría además de sus primas.

Pero las Bermont eran dispersas, jamás se sabía dónde estarían o lo que harían, así que Tracy Dancler era una opción llevadera. Aunque eso significaba que tendría que verla más seguido, bueno, al menos cuando estuviera en Londres, porque solía viajar. Tal vez debía parar un poco, porque ahora era un hombre casado.

No lo sabía, sería algo que tendría que meditar en algún momento, pero no en ese.

∞

Estaban nerviosos, no podía ser de otra forma cuando estaban a punto de encontrarse con la temida Sombra. Cuando esa persona llamaba, simplemente tenían que acudir y no cuestionar nada. Eso era lo que les indicaron cuando llegaron a Londres, de hecho, ni siquiera sabían si la persona con la que se encontraban era la verdadera Sombra, en ocasiones acudían personas en su nombre, pero todos eran iguales en una cosa: eran mujeres y hombres intimidantes, con mirada penetrante, con cicatrices, con un aura que amenazaba con destruirlos a la primera apelación a las órdenes.

Nadie quería involucrarse con esa persona, pero cuando se era seleccionado, no se tenía opción, simplemente se debía hacer. Pese a todo, ellos no eran criminales, pero bajo el mando de la Sombra, era en lo que se convertían todos, al menos, en la visión pública o correctamente establecida.

A la que se la comían los nervios era a Beatriz, siempre fue una persona sensata, caprichosa, pero jamás malvada y desde que tuvo el primer contacto con La Sombra, ella se sentía un delincuente. Lloraba todo el tiempo y sólo su hermano la mantenía en la cordura, sólo por él seguía obedeciendo los mandatos.

Como era el caso de estar en ese lugar de mala muerte, solitario, mugriento, lleno de hombres y mujeres con los que jamás se toparía en su vida diaria. Ella ni siquiera habría aceptado ir a Londres si no fuera

porque no tuvo otra opción.

Era verdad que gustaba de Archivald Pemberton y odiaba a su hermana Vivianne, pero podría haber dejado las cosas en paz, poco le habría importado ir tras otro prospecto, pero eso no era lo que se requería y ella estaba incumpliendo. Esa cita era precisamente para eso, estaba esperando la reprimenda.

—Trata de calmarte ya, Beatriz.

—No puedo, simplemente no puedo —lloró la joven.

—Llevamos poco tiempo aquí, seguro comprenderá.

—Esa persona no entiende razones, quiere resultados, lo sabes.

—Quizá, pero hacemos lo mejor qué podemos.

—Yo no hablaría tan fácilmente sobre lo que han hecho bien o mal hasta el momento.

La voz a sus espaldas los hizo dar un brinco en su lugar, los hermanos se miraron entre sí con un rostro lleno de terror antes de volverse a la figura estilizada, completamente cubierta por una capa negra. Ni siquiera eran capaces de verle los ojos, puesto que traía una máscara, una terrorífica máscara características de los antiguos Samuráis. Aquellas que utilizaban para infundir miedo y debían aceptar que funcionaban a la perfección.

Los hermanos Ferreira no sabían si esa persona era La Sombra como tal, se sabía que tenía un gran número de asociados, pero no tenía importancia alguna, la brutalidad de todos ellos era la misma, fuera voz femenina o masculina, no durarían en asesinarlos si les era necesario y parecía que no estaba contento con la situación.

El enmascarado aventó la silla con el pie antes de tomar asiento y cruzarse de brazos. Guardó silencio, uno tan intimidante que ponía de nervios a los hermanos que no sabían discernir si debían comenzar a excusarse o esperar recibir la reprimenda.

—¿Cuáles son sus avances?

—Mi señor, estamos en la casa, pero el objetivo suele no estar.

—Calla —La voz hosca del enmascarado selló los labios de la joven como si los hubiera pegado con sus propias manos—. El objetivo de que vinieras era que sedujeras al Pemberton, y hasta el momento, no has tenido ni un acercamiento.

—¿Nos tiene vigilados? —se indignó Joaquín.

La cabeza del enmascarado se ladeó.

—¿Qué esperaban?

—Lo haré mejor, pero si informara a La Sombra…

—¿Informarle qué cosa?

—Bueno, el que esté poniendo tantos problemas en York provoca que lord Pemberton salga todo el tiempo.

—Son acciones necesarias.

—Lo sé, no lo dudo, pero complica mi intromisión en el asunto.

Además, parece que es un hombre fiel a mi hermana, mi padre actuó por su cuenta, yo me propuse en matrimonio, como me pidieron, pero al final fue entregada Vivianne en mi lugar.

—Eso no importa.

—Lo hará mejor —aseguró Joaquín—, mi hermana sabe cómo dominar a un hombre, se lo aseguro.

—Más les vale, La Sombra no es una persona paciente y francamente, este asunto está resultando desesperante.

—Tendré un avance para nuestra siguiente reunión, me acercaré a lord Pemberton a como dé lugar.

—El objetivo en sí no es él —dijo el enmascarado—, sino los Hamilton, ellos son a los que debemos conquistar.

—Varios integrantes de la familia llegaron a la casa Pemberton el día de hoy, eso facilita las cosas.

—Eso sólo significa que sospechan —negó la figura—. El que esté ahí esa mujer… Simplemente lo complica.

—¿Esa mujer?

—Aine Hamilton es parte activa de las Águilas. Ella es más inteligente que ustedes dos unidos —chasqueó la lengua—. Si acaso se atreven a meter la pata…

—¡No! —aseguró Joaquín—. Nunca, nunca haríamos nada para traicionarlos, se lo juro, lo aseguro.

—Sé que así es, porque de lo contrario, saben lo que pierden.

Beatriz bajó la cabeza, aterrorizada con la idea. Ellos conocían sus debilidades, sus secretos y harían daño a aquello que más amaban. Joaquín tenía mucho qué perder y por eso mismo no se permitiría fracasar. Ella, por el contrario, no tenía nada, pero podían matarla y no estaba preparada para ello.

—Hoy en la galería tienen que estar atentos, ¿entendido?

Los hermanos levantaron la mirada.

—La Sombra tiene preparado el primer mensaje para los Hamilton, ya que ellos se propusieron dar la primera agresión, trataremos de responder de la misma manera.

—¿Qué se hará? —se adelantó Joaquín.

—No es asunto suyo.

—Pero… —Beatriz bajó la mirada—, de no saberlo, podríamos resultar heridos, si acaso nos dijera…

—Dense por bien servidos que les estoy avisando.

—Claro, claro —el varón de los Ferreira levantó las manos—. Lo agradecemos, ha sido usted muy cordial.

—Me repugnan las falsedades —chasqueó los labios el enmascarado—. Así que déjense de lisonjas y pónganse a trabajar.

La figura encapuchada se puso en pie y se marchó, dejando a los hermanos confundidos, con la mala sensación de que esa noche, gracias a

los planes de La Sombra, podían correr un gran peligro.

—Esto me suena mal —negó Beatriz—. Quiero que termine.

—No podemos.

—Lo sé —lloró desconsolada—. Pero temo por ti, por mí y por todo lo que se le atraviese a esa persona.

—Terminemos el trabajo que nos encomendaron y vámonos antes de que nos veamos más involucrados.

Beatriz negó con la cabeza.

—No entiendes Joaquín, nosotros formamos parte del plan ahora y lo haremos siempre. No tenemos salida, estamos en contra de los Hamilton y si de alguna forma perdemos, entonces, nosotros seremos juzgados por igual.

—¿Qué propones? ¿Traicionar a La Sombra?

—¡Ni siquiera lo digas!

La mujer miró de un lado a otro, nerviosa, temerosa, embargada por la sensación de ser vigilada.

—Nadie puede traicionar a La Sombra, no sin salir herido.

—Podríamos tratar de descubrir quién es —dijo el hermano.

—Claro, como si los Hamilton no lo hubieran intentado ya.

—Sea quién sea, es demasiado inteligente, nos supera, supera a la gran mayoría de las personas.

—¡Lo maldigo! ¡Maldigo el momento en el que se te ocurrió acudir a ellos! ¡Te maldigo a ti Joaquín!

—¡Lo sé! —el hombre golpeó la mesa con fuerza, llamando la atención —. ¿Crees acaso que no me arrepiento?

—Sé que así es, pero ahora…

—Ahora tenemos que cumplir. Quizá no puedas hacer nada para que el Pemberton te haga caso, como dices, es demasiado recto. Pero han dicho que a los que quieren es a los Hamilton y nosotros tenemos a dos viviendo bajo el mismo techo.

—Son peligrosas, podrían hacerme daño, no me quieren.

—Si acaso fueras más agradable podrías hasta con el Pemberton.

—He intentado acercarme, pero sospechan de mí.

—Maldición —él apretó los labios—. No te preocupes, veremos la forma de cumplir con las peticiones.

Beatriz cubrió su bello rostro con las manos y lloró un poco más. Al final, ambos tuvieron la culpa de lo sucedido y por eso estaban en eso juntos. Se metieron a la cuna del lobo, resultaba imposible salir. La única esperanza era cumplir e irse de ahí.

Capítulo 9

Desde hacía ya mucho tiempo que no había una reunión parecida en casa de los Hamilton. Todos los hijos del *Hombre Siniestro* reunidos en un mismo lugar era augurio de que algo realmente malo estaba sucediendo.

Y no había duda de que así era.

Llevaban encerrados por más de dos horas en el despacho del dueño del lugar, vociferando como nunca antes se había visto. Incluso las *Águilas* optaron por darles su espacio y no interrumpir semejante reunión. Los sirvientes se alejaban presurosos, temerosos de que el más ínfimo sonido pudiera encolerizar a alguno de los personajes de carácter temerario del interior.

—Es francamente humillante que estemos en esta situación —se quejó Terry—. Todos aquí reunidos, temerosos por lo que una persona pueda hacer en contra de nosotros.

—¿Una? —Kayla rio—. Creo que te estás quedando corto, hermano, esto es toda una organización focalizada en destruirnos.

—No es coincidencia que nos orillaran a venir a Londres —dijo Aine—. Quiere tenernos en el mismo sitio para acabar con nosotros de una vez por todas. Siendo el caso, no veo porque nos mandaste llamar a mí y a Kayla, padre.

Thomas Hamilton se mantenía en silencio, uno meditabundo y tranquilo. Estaba claro que estaba analizando la situación, al igual que lo hacía su esposa y el hijo mayor de ambos.

—Lo hice porque eso incentivará sus agresiones y de esa forma podría delatarse —dijo Thomas al fin—. Separados tenemos ataques, pero estando en el mismo lugar, la locura podría reinar en su cabeza vengativa y actuar despreocupadamente.

—Dudo que sea tan fácil —negó Publio—. Esta persona es calculadora y paciente. Sus intervenciones fueron sutiles y en aumento, haciéndose presente paulatinamente hasta que no quedó duda de que estaba en nuestra contra. No tiene prisa alguna, se moverá como mejor le convenga y nosotros estamos sin pistas.

Thomas Hamilton apretó los labios.

—¿Informes?

—¿Sobre qué, padre? —Aine se adelantó con la valentía característica de su personalidad—. ¿Sobre las desapariciones de las *Águilas*? ¿Sobre las deserciones? ¿Traiciones? ¿Muertes?

—Nos quiere dejar sin adeptos —finalizó Terry—. Y lo logra.

—¿Qué me dices de la sospecha que tenías Publio? —se incluyó

Annabella—. De esa chica.

—No lo sé. Francamente lo dudo.

—Kayla y yo estamos en su casa, no me parece una persona que haría todo esto, aunque sus hermanos… —Kayla mordió sus labios con fuerza—. Ellos tienen algo.

—Sin dudas, ellos pueden trabajar para *La Sombra*, pero carece de sentido que la chica no —dijo Terry.

—Puede ser sólo un comodín que utilizaron para entrar —dijo Aine —. A lo que sé, el padre es un rufián.

—No tardará en tratar de venir a Londres —dijo Publio.

—Por el momento no ha habido ataques —dijo Thomas—, pero debemos esperarlo, seguro están planeando algo.

—Padre —Kayla se acercó a él—, yo no soy como ustedes, mi esposo y mis hijos…

—Lo sé hija, lo sé —asintió el hombre—. Pero esta vez todos debemos estar unidos, todos tenemos algo que perder aquí. No temas por tu seguridad, tengo a alguien con tus tíos que no permitirá que algo te suceda. Aine puede cuidarse, pero tú tienes que tener los ojos muy abiertos y dudar de todos.

—¿De qué hablas?

Publio frunció el ceño, esa era una información que incluso él desconocía. Su padre no era dado a ocultarle cosas, pero tal parecía que, en esa ocasión, no hablaría del tema, ni siquiera con su mano derecha y en cierta forma lo ofendió.

—Por el momento cuídense y si es posible, Terry y Publio, manden a sus familias a lugares seguros.

—Dudo que Grace se quiera ir sin mí —negó el primero.

—Gwyneth tampoco lo hará —concordó Publio.

—En ese caso, suerte a todos —dijo Thomas—. Tendremos que esperar, por primera vez, no podremos actuar antes, ha estado en silencio por demasiado tiempo y dudo que su regreso vaya a ser apacible. Por el momento, intentemos actuar natural, encontremos a nuestras *Águilas* perdidas, es nuestra prioridad.

—Bien —Terry se puso en pie—. Pero estoy casi seguro de que esto resultará mal. Esa maldita *Sombra* nos quiere muertos y ha demostrado que es lo suficientemente inteligente como para ponernos de rodillas.

Thomas Hamilton nunca había estado en una situación similar, debía aceptar que su contrincante le resultaba gratificante, era la primera vez que realmente se sentía acorralado. Pero ya no era un muchacho, ya no estaba para juegos. Esa persona tenía algo por lo que actuar, una razón que lo dejaba proceder con libertad a pesar de que sus acciones desencadenaban desastres y dolor.

Era primordial descubrir esa justificación, sobre todo, porque

parecía ser que los Hamilton tenían la culpa de ello.

—Tengo que salir —dijo el padre, interrumpiendo una acalorada conversación entre sus hijos y mujer—. Nos veremos esta noche para la apertura de la galería de Kayla.

—¿A dónde se supone que vas? —enfrentó Aine.

—Tengo que encontrarme con alguien.

—¿Y no nos dirás? —inquirió Terry.

—No, por el momento tiene que ser un secreto.

Los chicos miraron directamente a su madre, buscando una respuesta que terminó siendo una inclinación de hombros. Ni siquiera a ella le comunicó lo que haría o con quién se encontraría.

Thomas Hamilton tomó su abrigo y guantes de las manos de un respetuoso mozo que discretamente susurró las palabras esperadas por el dueño de la casa. El *Hombre Siniestro* asintió con gravedad y salió del lugar con prisa, no quería hacer esperar a su informante, porque de hacerlo, se sospecharía de su ausencia.

Desmontó a su caballo con cuidado, ya falto de su antigua agilidad como diestro jinete y miró con atención el lugar. Jamás pensaría en una iglesia para un encuentro, pero estaba alejada y solitaria, no muchas personas acudían a ella, por lo cual resultaba pertinente para una citación furtiva con alguien como él.

Al entrar por las enormes puertas dobles de madera, Thomas notó el cuidado en cada pintura, banca y mosaico. Era obvio que alguien atendía con diligencia la iglesia. El olor a limpio e incienso acosó sus fosas nasales y lo desorientó un poco en su objetivo, principalmente porque era incapaz de verlo.

Giró sobre sí mismo, tratando de encontrar la presencia de alguien, temiendo verse envuelto en una trampa, cuando de pronto, chistaron hacia él. Su refinado oído lo dirigió correctamente hacia un confesionario cerrado y con la luz apagada, símbolo de que no había sacerdote, pero que había alguien usurpando su lugar.

Se dirigió hacia la casilla de madera, sus pasos resonando con eco por la desolada iglesia y se hincó, Thomas Hamilton se hincó.

—He de suponer que esto te parece gracioso —se quejó el hombre mayor, acomodándose en su lugar.

—No vengo a reírme de nadie.

—Bien, di lo que tengas que decir.

—Los hermanos se reunieron con uno de los seguidores.

—Era de esperarse que estuvieran con ellos.

—Actuarán pronto, la mujer tiene que hacer algo, seguramente acercarse a uno de ustedes, seduciéndolos tal vez.

—Sería una estupidez de su parte.

—No tiene por qué saber que son fieles enamorados de sus

mujeres, quizá puede pensar que, al ser hombres, pueden flanquear.

—Quiero que los vigiles, acércate a ellos lo más que puedas.

—Lo haré.

—Investiga qué tanto saben de *La Sombra*, cómo se vieron envueltos con ellos y el miedo qué le tienen y la razón.

—Dudo que digan algo.

—Inténtalo, haz lo que tengas que hacer.

—Ya lo sé. Aunque me parece peligroso que metieras a tus hijas a la casa donde están esos dos.

—Ellas saben lo que hacen.

—¿Hay algún motivo?

—Quiero saber la razón detrás de *La Sombra*, su historia.

—No sabemos quién es la Sombra.

—Pero está cerca, demasiado cerca. Su plan está siendo minuciosamente vigilado por *La Sombra* en persona, de eso estoy seguro, quiere dar la estocada final, no pondrá a nadie en su lugar.

—Seguro lleva años pensando en esto.

—Temo que su rencor sea justificado.

—De serlo, ¿qué se hará?

—Nada. Crimen es crimen.

—Bien. Me acercaré más a Beatriz y Joaquín, no será difícil porque seguramente su objetivo es hacer alianzas en la casa, de momento son odiados y no les conviene rechazar a nadie.

—Aprovéchate de ello.

—Es afortunado que se avecine una fiesta a la que los Bermont piensan asistir y los Pemberton no tienen más opción que ir.

—Quizá mande a Terry, necesito a Publio lejos y vigilando.

—Bien. —Calló por un largo rato, pero Thomas sabía que algo más quería decirle, lo presentía—. El padre llegó hace poco.

—Ese criminal no tendrá nada bueno entre manos.

—No. Lo más seguro es que fuera la mente maestra que impulsó a sus hijos a involucrarse con *La Sombra*. Estará en un hotel ahora, pero no tardará en tratar de hospedarse en la casa Pemberton, su objetivo también debe ser estar cerca de los Hamilton.

—Estaré al pendiente —asintió pensativo.

Thomas se levantó del reclinatorio después de unos minutos de silencio y no esperó a que la persona saliera del interior. Sabía que gustaba de su anonimato y por ello su apodo era “El Cuervo”, porque era inteligente, sutil, no llamaba la atención ni tampoco la requería. No era parte de la cofradía como tal, pero si se le requería, siempre estaba dispuesto a brindar su ayuda.

Capítulo 10

Vivianne estaba lista, al menos, eso aseguraba Nancy. Decía que se veía preciosa, que el vestido era hermoso, que su cabello lucía bien, que su maquillaje era natural y delicado. Sí, le decían muchas cosas, pero jamás sabría si era del todo cierto. Si Nancy quisiera, podría disfrazarla como un mimo y decirle que estaba bien vestida y lo creería. Ser ciega se trataba de confianza en uno mismo, sí. Pero también en los que estaban a su alrededor.

Alguna vez alguien le dijo que era bonita y gracias a eso tenía un vago recuerdo de sí misma, aunque era tan viejo que quizá fuera un invento. Recordaba haber ido al espejo para ver sus facciones, en ese momento fue vanidad, jamás pensó que aquello sería un recuerdo que necesitaría para cuando no pudiese ver ni la luz del día.

Aunque estaba segura que desde entonces sufrió muchos cambios. Quizá tendría arrugas, ¿en dónde las tendría? ¿Se notarían mucho? Podría tener pecas, o no tener cejas, quién sabe y tendría mucho busto o quizá muy ancha la cadera. ¿Qué sería hermoso en la sociedad ahora? ¿Gustarían de las flacas o las rellenas? ¿Las rubias o las castañas? ¿Y por qué todo eso parecía ser tan importante?

Si todo el mundo fuera ciego como lo era ella, quizá las cosas serían más sencillas, porque se fijarían en lo que hay dentro del corazón y del cerebro de las personas. Sí, seguro que las personas serían más interesantes al enfocarse menos en su apariencia.

—¿Estás lista, Vivianne?

Era Archie, él jamás la llamaba con el diminutivo de su nombre pese a que ella mencionó que le agradaba más cuando le decían Anne. Toda la familia la llamaba así menos él, pero quizá fuera cosa de los hombres Pemberton, porque había escuchado a muchas personas llamando a la duquesa como *Lizzy* a excepción del duque, quien la llamaba Elizabeth a secas.

—Según Nancy, lo estoy.

—Luces muy hermosa, te lo aseguro.

Ella se inclinó de hombros con facilidad.

—Tendré que creerte —sonrió.

—Vamos, no queremos llegar tarde y todos están esperando por nosotros en el recibidor.

Archie se acercó hasta ella, tomó la mano que mantenía junto a su cuerpo y se la llevó a los labios, acomodándola después en su brazo para poder escoltarla. Anne se sonrojó, no entendía cómo podía un simple toque hacerla sentir tanto, pero se dio cuenta que su marido

tenía ese poder sobre ella. Quizá fuera que nunca había estado cerca de un hombre como él: un caballero.

Bajaron las escaleras en silencio, solían estar en silencio. Aunque no era del todo incómodo, Vivianne no comprendía cómo se llegarían a conocer si jamás se decían ni una palabra además de las de cortesía o cuando ya no había opción porque un tema se hizo presente y era inevitable hablar de ello.

Era como si en realidad no le interesara conocerla y ella tampoco pondría especial esfuerzo en que la mirara. Al final, si ambos podían llevar una vida tranquila, aunque fuera por separado, sería mucho mejor de lo que jamás esperó tener. Porque personas como ella no tenían muchas opciones.

—¡Al fin! ¡Tardan horas! ¡HORAS!

—Cálmate Kayla, vamos una hora antes —dijo Aine, recostada en una de las paredes con una apariencia segura.

—Lo sé, lo sé. Pero tengo que estar ahí ya, ¡de ya!

—Bien, bien. Sube al maldito coche antes de que nos dejes a todos sordos —pidió Malcome.

—Que los Ferreira se vengan conmigo —ordenó Aine—. Así les damos privacidad a la feliz pareja.

—En realidad, preferiría ir con mi hermana —Beatriz se acercó hasta Anne, dándole la mano—. Me sentiría más cómoda.

—Yo puedo acompañarlas a ustedes, lady Hamilton —Joaquín se inclinó ante ella—. A las dos Hamilton.

—Claro, si no hay opción está bien.

La intimidante mujer separó su espalda de la pared y caminó hacia la salida de la casa. Joaquín la encontraba preciosa, pero su carácter limitaba la posibilidad de encontrarla atractiva, ni siquiera podía creer que estuviera casada, debía alabar al hombre que pudiera soportar un carácter como el de ella.

—No le incomoda mi presencia, ¿verdad, lord Pemberton? —inquirió Beatriz, acercándose al marido de su hermana.

—Por supuesto que no —asintió amablemente—, hay suficiente espacio en el coche como para que vayan más de dos personas.

La mujer sonrió gustosa y siguió con su coqueto proceder.

—Gracias. Pero mi querida Anne, no puedo creer lo hermoso de tu vestido, debo decir que el color es maravilloso.

—Yo… Gracias.

Archie notó la forma en la que su esposa bajó la voz hasta convertirlo en un susurro. ¿Era acaso que se sentía insegura por su apariencia? No tenía sentido, le dijo que se veía bien, no creyó que no fuera suficiente como para darle confianza. Definitivamente debía ponerle más atención, ella no tenía la culpa de los problemas que estaban surgiendo a sus alrededores. Quizá se sintiera abandonada por

él y esa fue la razón de que acelerara el paso para quedar moderadamente alejados de su cuñada.

—Vivianne —bajó sus labios hasta tocar suavemente el oído de su esposa, susurrando—: ¿Qué ocurre?

—¿Qué? —ella levantó la cabeza ligeramente—. Nada.

—¿Querías que fuéramos solos en el coche?

—No, no. Está bien que venga Beatriz con nosotros, iban muchos en el carro de las Hamilton de todas formas.

—Noté que te sentiste incómoda cuanto acepté que tu hermana viajara con nosotros. Aún puedo decirle que se vaya con ellos.

—No estoy incómoda —se apuró a desmentir aquello—. Es sólo que me apena no poder ver lo que tu prima pintó y cuando Beatriz mencionó el color de mi vestido, recordé que no lo veré.

—¿Es eso lo que te acongoja?

—Bueno, voy a una inauguración de arte y ni siquiera podré apreciarlo, en ocasiones me es imposible decaer.

—No te preocupes —Archie le dio un beso en la sien—, me encargaré de describirte a detalle cada cuadro.

—¿Haría eso por mí? —lo miró ilusionada.

—Claro, lo haré gustoso.

—¿Le gusta mucho el arte?

—Mmm… lo suficiente. Prefiero las plantas.

—Sí. Eso ya lo sabía.

Archivald ayudó a su esposa a subir y después lo hizo con su cuñada, quien se movía de forma exagerada y sonreía más de la cuenta, de forma despampanante que le daba a su rostro una luminosidad que la hacía ver mucho más hermosa.

—¿Piensa comprar algo, mi lord? —inquirió Beatriz en cuanto el carro se puso en marcha y Archie tomó la mano de su esposa.

—No es algo que tenga en mente, pero soy de los que compro lo que me agrada, así que existe una buena posibilidad.

—Confía en las habilidades de su prima, aunque no creo que sea la única con dones en esa fiesta —Beatriz se inclinó hacia adelante, aplastando descaradamente su busto con el ajustado corsé—, seguro habrá muchas mujeres hermosas buscando su atención.

—Seguro que sí. Pero estaré concentrado en describir a mi esposa cuadro por cuadro, así que no tendré tiempo para nada más.

—Es usted muy considerado. —Beatriz se hizo hacia atrás con enfado en su mirar—. Aunque para eso está Nancy, creo que debiste traerla Anne, para que no ocupes todo el tiempo de mi lord. Además, estás acostumbrada a ella, ¿no te sentirías más cómoda?

—Seguro que Nancy aprecia el tiempo libre y nunca me ha molestado que alguien quiera ser amable conmigo.

—Sin mencionar que soy tu marido y no es un trabajo hacerlo.

Vivianne sonrió dulcemente y estiró la mano hacia la ventana que, al contacto, se sintió fría, casi congelada.

—¿Cómo se ve la ciudad?

Era una pregunta clásica en ella, la hacía todo el tiempo, cada vez que se le ocurría pensar en lo que se estaba perdiendo.

—Sólo hay gente caminando y carrozas, Vivianne —respondió Beatriz con cierto fastidio.

Archivald, en cambio, se inclinó sobre la ventana de su esposa para mirar lo que había afuera, atrapándola entre su cuerpo y la carroza. Se concentró en analizar con minucioso detalle cada persona, cada local, cada luz e incluso las constelaciones que había esa noche sobre el cielo, entonces sonrió.

—Bueno, siendo justos, es la noche más estrellada que haya visto en mucho tiempo, la luz de la luna es mínima, por lo que puedes ver mucho mejor las constelaciones. Hay algunas parejas caminando, aunque la que más atrae la atención es aquella que comparte los sombreros más horribles de todo Londres. —Anne llevó una mano hacia sus labios y dejó salir una risilla—. Las calles tienen un poco de neblina por el frío y a las mujeres se les levanta un poco el dobladillo, por lo que te advierto que tengas cuidado. Los locales están apagados, pero hay algunos que no pienso especificar que están abiertos. Las casas y chimeneas están encendidas y desde algunas esquinas se ven niños jugueteando a las escondidillas.

El corazón de Anne se derritió ante tan detallada descripción. Nancy era amable pero muy general con su forma de describir; su marido, sin embargo, se fue a los detalles, a las cosas graciosas, a todo aquello que ella hubiese querido ver, o que tal vez le hubiese llamado la atención para reír un poco.

—Creo que es bueno haciendo esto, mi lord.

—Me alegro que lo pienses.

Vivianne sintió la alegría brincando en el fondo de su corazón, a pesar de que la hostilidad de Beatriz era evidente, ni siquiera ella pudo encontrar la manera de romper aquel ambiente entre la nueva pareja, era obvio que, aunque el señor Pemberton no amaba a su hermana, la apreciaba lo suficiente como para hacerla sentir cómoda.

El caballero ayudó a ambas damas a bajar del coche y se hizo de la mano de su esposa nuevamente, caminando junto a ella hacia las escaleras del museo dónde se expondrían las nuevas obras de arte, incluyendo las de su prima Kayla Hamilton.

La gran mayoría de los Bermont aún permanecían afuera del establecimiento, esperando a reunirse antes de entrar y buscar a su prima para felicitarla. Archivald sonrió alegremente al notar que Jason estaba en el lugar, al igual que Adrien. Eran sus primos más allegados en edad y solían pasar el tiempo libre juntos, aunque ellos

salían más que él, jamás lo hacían a un lado cuando se les unía.

—¡Ey, Archie! —Adrien levantó la mano y la sacudió en el aire.

—Parece muy enérgico.

—Lo es —aceptó Archie—. No era necesario que nos gritara así, pero tal parece que es su especialidad llamar la atención.

—Es muy apuesto —admiró Beatriz—. Tal parece que toda su familia goza de esa característica en especial, mi lord.

Vivianne hubiera querido reír ante ese coqueteo tan imprudente, pero le fue imposible debido a que su marido ni siquiera le permitió pensarlo; siguió caminando como si la intervención de Beatriz jamás hubiese existido y en menos de dos segundos estaba saludando a los animosos Bermont. No hubo uno de ellos que no halagara su nuevo vestido o el peinado que tenía, estaba claro que querían hacerla sentir segura y la realidad era que Anne se sentía de esa manera. Eran una familia cálida, cualquiera quisiera formar parte de ellos.

—Ven Vivianne, entremos —pidió Archie—, no quiero verme envuelto en una aglomeración de personas.

—¿Es que le disgustan las multitudes?

—La vez pasada te perdiste en una multitud.

Ella sonrió de lado.

—Mi lord, puedo orientarme. Además, está atestado de sus familiares, dudo que alguno de ellos me dejaría irme de largo si me viera vagando por el lugar equivocado.

—Quizá no, pero, ¿para qué correr el riesgo?

—¿Es siempre de esta manera?

—¿De qué hablas?

—No sé, parece que se preocupa demasiado por las personas, cuida de ellas de una manera… No sé. Extrema.

—Supongo que es parte de mi carácter, soy el mayor de mi familia, pero también lo soy de todos mis primos, la responsabilidad solía caer sobre mí y eventualmente lo hice sin pensar.

—Debe ser un peso titánico.

—Me acostumbré, supongo.

—No tiene qué preocuparse por mí, sé cuidarme sola, lo hago desde una temprana edad y tengo más de lo que piensa siendo ciega.

Archie volvió la mirada hacia ella.

—¿Cómo fue qué pasó?

—Un accidente, uno sin sentido —bajó la cabeza—. Son cosas que se pudieron haber evitado, pero algunas personas no quisieron. Supongo que el ego es más grande que la cordura para algunos; hicieron daño y no les importó con tal de lograr sus objetivos.

—Parece que guardas rencor. Es normal, supongo, perdiste la vista en ese accidente.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—No es por mí por quién me molesto —dijo seria—. Yo perdí la vista, pero hubo gente que perdió la vida.

—¿Sucedió en el convento en el que vivías?

Anne cerró los ojos con fuerza, en una señal de disgusto. No le agradaba hablar de eso y pese a que su marido estuviera siendo comprensivo y quizá sería una forma de acercarse, su pasado era demasiado doloroso para sacarlo a la luz en ese momento.

—Lamento esto, pero cambiaré el tema ahora.

—Está bien —aceptó Archie—. Te dije que no te obligaría.

—Lo sé. Pero usted no suele tener mucho interés en mí y ahora que lo tiene, me veo en la necesidad de detenerlo, es frustrante.

—No es que no tenga interés.

—Tratar de fingir no ayudará, mi lord —sonrió tranquila—. No me afecta especialmente. Tengo una casa agradable, su familia es fabulosa y usted no es un monstruo, me considero afortunada.

—Creo recordarme diciendo que quería hacerte feliz.

Ella asintió ligeramente.

—Lo hace.

—¡Archivald Pemberton!

—Oh, no. —El hombre cerró los ojos—. No lo puedo creer.

—Es ella, ¿cierto? —Anne movió la cabeza de un lado a otro, intentando encontrar el sonido de la voz de lady Tracy—. En verdad le gustas mucho, quién sabe desde cuando está enamorada.

—Ni me lo digas, es un dolor de cabeza.

—Sé amable.

—Jamás haría lo contrario.

Sus bocas se cerraron justo en el momento en el que lady Tracy llegaba hasta ellos, saludándolos efusivamente antes de comenzar a parlotear sobre los exquisitos cuadros de Kayla y lo terrorífico que le resultaba su marido, el duque de Dalkeith.

El evento estaba saliendo a la perfección, los importantes invitados se paseaban frente a los cuadros con copas de vino o champaña en su mano. Se hacían compras, había risas moduladas y Archie describía a su mujer los cuadros frente a los que se paraban, incluso habían comprado uno que le llamó especialmente la atención a su mujer, quien estaba más que complacida por aquel detalle.

—No entiendo por qué te ha gustado ese, querida Anne, es tan feo —se quejaba Tracy—. Sin ofender, pero no tiene nada de especial, es tan oscuro y sombrío, ¿será porque no puedes verlo que te parece diferente a lo que es?

—¡Tracy! —se indignó Sophia, parada junto a su marido.

—¿Qué? ¿qué? —la impertinente mujer miró de un lado a otro.

—No pasa nada —tranquilizó Vivianne—. La verdad es que la señorita Tracy puede llevar razón, quizá me guste lo que sale de los

labios de Archie y en realidad no sea nada hermoso.

Los oyentes volvieron en rostro hacia el hombre que era toda brillantez. Con su cabello rubio, tez bronceada y ojos de un azul incandescente, la imagen de él era más parecida a la de un ángel que a la de un humano. Por tanto, no encontraban manera de que un hombre que parecía tan perfecto y más bien un rayo de sol, describiera de forma tan inspiradora un cuadro como aquel.

—En ese caso, quizá sea oportuno que nos lo describas a nosotros también Archivald —pidió Jason—. Para ver lo que tú ves.

El muchacho lanzó una fiera mirada hacia la sonrisa falsa de su primo, pero el resto de los Bermont se mostraron entusiasmados con la idea y prácticamente le suplicaron a base de irritantes chillidos que describiera lo mismo que le susurró a su esposa en su momento.

—No lo haré. No.

—Yo puedo decírselos —dijo Anne con tranquilidad.

Las miradas fueron a parar a ella. Su delgada composición, la delicadeza de sus facciones y el cabello rubio la hacían ver tierna, frágil y rozagante, era particularmente atrayente y había algo en su voz que resultaba relajante.

—Nos harías un gran favor, no creo que mi hermano se exponga de esa manera —pidió Sophia.

—Tengo interés en ver el ojo artístico de Archivald —asintió Kayla, tomando la mano de su escalofriante marido.

—Bueno —Anne se sonrojó, bajó por unos segundos la cabeza y levantó un rostro vivaz, lleno de ilusión y confianza—. Cuando nos detuvimos frente al cuadro, lo primero que me dijo fue que era grande, con un marco a base de oro.

—La mayoría de los cuadros están igual —dijo Aine—. ¿Por qué te llamó la atención esta obra?

—¿Por qué interrumpes? —se quejó Micaela con la nariz fruncida —. ¿No escuchas? Nos lo está contando.

—Quiero llegar al punto —Aine se cruzó de brazos.

—Lo siento, tiene razón, ustedes pueden ver lo grande que es —dijo Vivianne—, pero a mí, él tuvo que explicármelo.

Los primos se volvieron hacia Aine con desaprobación, pero la chica los ignoró con magistral alegría, acostumbrada a las réplicas constantes en relación a la dureza de su carácter. De hecho, se había casado con el único hombre que lo encontraba como algo simpático.

—Continúa Anne, esta chica tiene lengua de serpiente, pero no es mala, eso te lo aseguramos —dulcificó Grace.

—¿Quién tiene lengua de serpiente? —saltó la mujer.

—Pues tú, hermanita. —Terry abrazó a Grace por la espalda antes de susurrarle al oído—: aunque no deberías ser tan osada con ella, mi amor, porque puede lanzar su veneno.

—Los dos se están ganando una buena paliza.

—¿Podrían dejarla continuar? —reclamó Micaela—. Estoy a la mitad de la historia y eso me pone ansiosa, así que se callan y dejan que describa la maldita pintura de la misma forma que lo hizo Archivald o les juro que la que los golpea soy yo, ¿está claro?

Su esposo, Matteo Rinaldi, sonrió ante el arrebato de su mujer.

—No le quiten un chisme, la pone de malas —informó el hombre.

Los Hamilton levantaron las manos en rendición y dieron la aceptación para que una divertida Anne continuara con su descripción. Algo en esa familia era especial y resultaba fantástico para una persona que recién se incluía.

—Como iba diciendo —continuó—: me habló de la luz grisácea que cae a la tierra cuando el sol está siendo tenuemente apagado por las nubes oscurecidas de un día lluvioso. El viento que mueve las hojas en los árboles de forma que se inclinan hacia un lado mientras las flores que yacen certeras frente a la brisa, danzan en sus vestimentas amarillas que pierden de a poco, uniéndose sus pétalos a la mujer que baila en el centro del prado, cubierta por un largo velo negro transparentoso. Uno puede pensar que la mujer hace reverencia a su tristeza, pero hay algo que parece decir que está feliz y de acuerdo con tenerla. Es lo que se podría describir como un cuadro vivo, con movimiento y misterio mágico que indudablemente te hace sentir dentro del paisaje que, por alguna razón, no es triste.

Hubo un suspiro colectivo que no provino únicamente de los Bermont que escuchaban la voz hipnótica que Anne utilizaba al momento de relatar las palabras descriptivas de Archivald Pemberton. Sin saberlo, todo aquel que se detuvo a escuchar cerró los ojos, al igual que lo hicieron el resto de los familiares de Bermont. Tal parecía que era mucho más fácil ver el cuadro a través de las palabras que con los ojos.

—Ahora comprendo por qué te ha gustado —asintió Sophia.

—No sabía que tuvieras tal capacidad de contemplación Archie —sonrió Kayla—, ha sido precioso.

—Incluso envidio no tenerlo yo mismo —sonrió John.

—Parece que eres un buen crítico, Archivald —Anne apretó el brazo del cual se sostenía—. A lo que sé, lord Ainsworth es un apasionado en cuanto al arte.

Un tanto incómodo con los halagos, Archivald simuló una vaga sonrisa hacia su esposa y enfocó su atención en beber de su copa de vino. Anne, por supuesto, no pudo ver la sonrisa, pero sintió la incomodidad de su marido y dejó el tema, volviendo su atención hacia sus nuevos familiares que se mostraban entusiastas con el tema de la exposición y pasaron a felicitar a Kayla en lugar de a Archie.

Pero de un momento a otro, se dispersaron, quedando la pareja en

soledad, vagando sin hablar por entre la exposición que parecía tener un gran éxito a juzgar por las expresiones de entusiasmo de los compradores, así como los mismos conocedores de arte.

—Lamento haberte incomodado —habló Anne, cansada de no hablar durante tanto tiempo.

—No lo has hecho. Y no pensé que lo recordarías todo.

—¿Cómo olvidarlo? —sonrió—. Fueron palabras hermosas y para alguien que no ve, las palabras son inolvidables.

—Por supuesto.

—Es verdad que tienes una habilidad especial con las palabras, jamás creí que alguien pudiese hablar mejor que yo.

—Siendo honesto, creo que has hecho mejor trabajo.

—Supongo que es la emoción que evocaba de mi voz.

—Tendrá mucho que ver.

Anne abrió la boca para agregar algo más a su conversación, pero las palabras quedaron atrapadas en su garganta cuando de pronto una fuerte explosión engendró gritos desesperados que crearon una gran conmoción que desencadenó la locura.

—¿Qué ocurre? —inquirió asustada, girando el rostro de un lado a otro—. ¿Es fuego?, huele a fuego.

—Tenemos que salir de aquí —dijo él apresurado.

Archivald tomó con fuerza la mano de su esposa, quien parecía demasiado aturdida como para actuar por su cuenta, pero no sería la única, los gritos y empujones eran el claro inicio que diera pie a un despliegue de locura. El lugar se quemaba y los cuadros expuestos se consumían con la misma rapidez que el papel.

—No vayamos a la única salida —indicó Anne—. La gente estará aglomerándose ahí, busquemos una alternativa.

Era un pensamiento acertado y veloz que Archie ya estaba ejecutando, pero no dejaba de impresionarlo la tranquilidad con la que ella se manejaba a pesar de su clara desventaja en la situación. Aunque quizá ese mismo hecho le pusiera la cabeza fría.

—No hay otras salidas —informó—. Ni ventanas.

—¿Están cerradas las puertas?

—Eso parece —dijo desesperado.

Los ojos del caballero vagaban por el lugar, buscando al resto de sus familiares encerrados en el salón, pero no veía a nadie, no había rastro de los Bermont en el lugar, ni siquiera de los Hamilton.

—El humo está subiendo, tenemos que agacharnos —dijo la joven —, nos ahogaremos de lo contrario.

—Nos pisarán Vivianne, no podemos hacer eso.

—Es nuestra mejor opción, esto se comenzará a derrumbar.

—Seguramente mis primos…

—¿Quiénes? —negó la joven—. Nadie vendrá, todos se pondrán a

salvo primero y a sus seres queridos.

—Los Hamilton no.

—Te aseguro que sí —dijo la joven, tomando la mano de Archie—. Llévame a un lugar lejos de los cuadros, madera y las cortinas, busquemos agua ¿dónde están los baños?

—Vivianne, ¿por qué no me dejas dirigir esto?

—Porque seguramente nunca has estado en algo parecido —dijo la joven—. He pasado por esto, por favor, sé qué hacer.

—No lo dudo, pero ahora…

—No soy diferente a lo que era entonces.

—Está bien —suspiró rendido—. Vamos, alejémonos de la gente.

Ella asintió con firmeza.

—¿Hay algún lugar alto al que me puedas subir?

—¿Para qué quieres hacer eso?

—Vamos, una silla o cualquier otra cosa, necesito que puedan verme cuando les hable.

—¿Cómo piensas…?

—¿Seguirás discutiendo todo lo que diga?

Archivald cerró la boca y tomó la muñeca de su esposa, guiándola hasta una silla, rodeó su cintura con las manos y la colocó sobre el artefacto, sosteniéndola para que no tambaleara. No sabía lo que planeaba, pero parecía tan segura de lo que hacía que no se atrevió a seguirla cuestionando.

Francamente se sorprendió cuando ella se llevó unos dedos hasta los labios y tomó aire, dejando salir un fuerte silbido que se repitió un par de veces hasta atraer la atención de la mayoría de los hombres y mujeres que permanecían atrapados en el lugar, en medio del fuego que se acercaba a ellos y las explosiones que de repente resonaban en sus oídos, como si se encontraran en un campo de batalla.

—Muy bien todos, tenemos que actuar unidos en esto, si siguen pegándose a esa puerta se matarán por aplastamiento.

—¿¡Y tú quién eres!?

—Alguien que puede salvar tu trasero —dijo feroz, nuevamente sorprendiendo a su marido, quien no decía nada, pero seguía sosteniéndola—. Primero, aléjense de ventanales, las explosiones están reventando los vidrios y pueden caerles encima.

—¡Ni siquiera puedes ver!

—Y aun así, parece que el ciego es usted.

—Vivianne…

Archie quería bajarla de ahí antes de que la siguieran insultando.

—No, no —ella le tocó el hombro para tranquilizarlo—. Están asustados, es normal, no te preocupes.

—No van a hacerte caso.

—Claro que sí —ella levantó la cabeza. Ignorando si seguían

prestándole atención o no, siguió gritando—: ¿Quieren salvarse o no? Está claro que estamos en medio de un atentado, así que estamos en peligro. Esas bombas que escuchan están colocadas desde antes de que llegáramos, quieren matar a alguien de aquí y estoy segura que no tiene nada que ver con el resto de nosotros, así que lo menos que podemos hacer es sobrevivir.

—¿Qué tenemos qué hacer? —se acercó Tracy, la amiga auto-proclamada de Archivald.

—Bien —ella giró el rostro hacia la voz—. Vamos, síganme.

—¿Cómo te vamos a seguir si no ves? ¿Quién carajos es esta mujer? —se quejó otro hombre.

—Es mi esposa y yo seré los ojos que necesitan para confiar —dijo Archivald, provocando que las bocas se cerraran de inmediato. El hombre tomó la cintura de su mujer y la colocó en el suelo—. Bueno, tienes su atención ahora, espero a tus órdenes, señora.

—No te burles —ella parecía estar pensando en un millar de cosas a la vez—. Bien, tiene que haber una puerta trasera, un lugar por donde meten los cuadros.

—Seguramente, pero lo desconozco.

—Pero los guardias no —dijo la joven—. ¿¡Hay alguien aquí de la seguridad del edificio!?

—¡Yo, mi señora!

—Bien, indica las puertas traseras.

—Están todas cerradas, mi señora, ya lo revisé.

—¡Quieren matarnos a todos! —gritó una desesperada.

—Nos van a rostizar —continuó otro caballero.

Anne giró los ojos y negó.

—Si actuamos con inteligencia, estaremos bien —ella se giró hacia su marido—. Debe haber otra salida…

—¡Derrumbemos la puerta! —sugirió otro.

—El oxígeno extra hará que el fuego de aquí aumente —negó Anne —. No, debemos intentar…

El sonido de cristales rompiéndose interrumpió la voz de la joven, provocando que las personas se agacharan en un grito, buscando la protección de sus cuerpos ante lo inminente.

Habían lanzado una nueva bomba, en esa ocasión, cayendo sobre el grupo de personas aglomeradas en el salón. No hubo tiempo de reacción y, para los pocos que lo lograron, las heridas fueron aseguradas, aunque algunos no tuvieron tanta suerte.

La separación fue inevitable, el dolor humano, el fuego y la agonía formaron parte del interior de la galería y por unos momentos, la inconsciencia fue el reconforte de Archivald.

Capítulo 11

Su consciencia fue regresando de manera gradual, y mientras lo hacía, un ligero y agudo pitido se instalaba en sus oídos, el calor cercano a su rostro era abrumador, su cuerpo experimentaba una pesadez que le impedía moverse con libertad, pero cuando lo logró, descubrió que le dolía cada músculo de forma alarmante. Abrió los ojos lentamente, el descontrol pasando de un lado a otro, los cuerpos tirados a su alrededor iban desde los inertes hasta los que permanecían en un largo lamento.

La explosión prácticamente les había caído encima a la gran mayoría. Él estaba herido, tenía quemaduras, seguro algo roto y probablemente algo encajado, pero nada le resultaba más preocupante que no ver a su esposa junto a él.

Se levantó con dificultad de entre los escombros, tosiendo de vez en cuando, tratando de ver a través del humo, de la bruma, de los lamentos; el lugar era cada vez más peligroso, la estructura estaba cediendo, los candiles caían y el fuego se expandía como un río ardiente que acabaría con todo.

No supo en qué momento se apartó de ella, pero era prioritario encontrarla, su esposa era la más vulnerable, la que corría más peligro al ni siquiera saber hacia dónde dirigirse. Archie trastabilló un par de veces con personas que aparecían repentinamente entre el humo, tiradas sobre el suelo, gimiendo, gritando o llorando; otras, totalmente inmóviles o en una lenta y silenciosa angustia.

Archie hizo lo mejor que pudo para ayudarlos, aparatándolos del peligro o apagando el fuego que carcomía sus ropas hasta trasgredir contra sus cuerpos. Era aterrador lo frágil que parecía el humano.

—¡Mi lord! —una mano manchada por la pólvora de la explosión y las cenizas lo tomó por el tobillo—. ¡Archivald!

—¿Tracy? —se inclinó sobre la mujer que tosía y lloraba a la misma vez—. Te ayudaré, tranquila.

—Estoy atrapada —miró hacia su pierna—. ¿Perderé la pierna?

—No lo sé, no pienses en eso ahora —el hombre miró de un lado a otro—. No hay nadie que nos ayude, así que tendrás que hacer un esfuerzo y arrastrarte cuando levante la viga, ¿de acuerdo?

Ella asintió un par de veces, levantándose con ayuda de sus codos, mirando ansiosa hacia la pierna atrapada. Cuando Archivald le dio la señal, ella se arrastró con un grito hacia atrás, quejándose amargamente por el dolor que le resultaba insoportable.

—Dios, gracias, gracias —lo tomó con fuerza de la mano cuando él

volvió a ella—. Gracias por ayudarme.

—Tienes que quedarte aquí, la ayuda estará en camino.

—¡No me deje sola!

—Tengo qué, debo encontrar a mi esposa.

—¡Oh! —la mujer miró de un lado a otro, sorprendida—. ¡Dios mío! Corra a encontrarla, estará tan aturdida, tan perdida.

—Tranquila, Tracy —dijo, apartando toda formalidad, incluso le besó la frente—. Todo estará bien, ¿de acuerdo?

—Sí, sí. Le creo, le creo.

—Bien, tengo que irme.

Continuó con su búsqueda entre la gente, incluso gritó el nombre de su esposa con desesperación, anhelando escuchar un lamento de su parte en lugar del silencio que anunciaba la muerte. Pero por más que quisiera encontrarla, ella no respondía y él se veía obligado a detenerse para ayudar a las personas atrapadas tanto por escombros como por el fuego. Precisamente estaba ayudando a un hombre a ponerse a salvo, cuando de pronto escuchó su nombre salir como un grito de entre la multitud de heridos.

No se lo pensó ni un momento cuando se puso en pie y buscó entre la gente a la mujer que esperaba ver.

—¡Vivianne! —. El caballero regresó la mirada hacia el hombre que acababa de salvar y le tocó el hombro—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, mi lord. Gracias, gracias.

—¡Vivianne! ¿Dónde estás? —los iris azulados vagaban entre el horror del accidente—. ¿Estás herida?

—¡Archivald! —gritaba de regreso—. ¡Archie!

La encontró caminando sin sentido, con los brazos estirados frente a ella, parecía estar bien, naturalmente asustada, desorientada, seguramente tendría heridas en alguna parte, pero Archie lo pasó por alto cuando corrió hacia ella y la tomó en brazos, sintiendo un repentino alivio cuando al fin la tuvo a salvo contra su pecho.

—Lo siento, no sé en qué momento nos separamos.

—Estoy bien —lo tranquilizó—. No tengo heridas graves.

—¿Qué demonios está pasando? —Archie miró a su alrededor.

—No lo sé, pero hay tanta gente herida, no puedo ayudarlos Archie, ¿qué puedo hacer yo más que intentar calmarlos?

Él le tomó el rostro repentinamente, tratando de enfocarla.

—Hiciste bien antes, tenías su atención, los calmaste en la histeria y puedes hacerlo en la desolación. Tú misma lo dijiste, las palabras son poderosas, sobre todo cuando éstas tienen emoción.

—Muy bien, entonces iré…

—De eso nada —apretó sus manos—. No te apartarás de mí.

—Pero es obvio que te soy un estorbo, tú puedes ayudar, déjame junto a un grupo de personas heridas y veré qué puedo hacer.

—No.

—Archivald, en serio agradezco la preocupación, pero estoy bien, no tengo miedo, puedo con esto.

—Me alegra que no lo tengas, pero no pienso dejarte.

Ella suspiró un tanto desencantada con la idea. Comenzaba a formular su queja, esperando que él partiera con los demás heridos, cuando de pronto se oyó un estrépito que los hizo brincar. La puerta principal caía de forma estruendosa, llamando la atención de los aterrorizados sobrevivientes del atentado contra la galería.

Archivald estiró los brazos y envolvió lentamente a su esposa, casi esperando no ser visto mientras cometía la acción, pretendiendo protegerla de algo que ella no comprendía, incluso luchó ligeramente por que la soltara, pero sus réplicas se detuvieron cuando la voz masculina se apoderó del lugar, una voz vigorosa y amenazante que, enmudeció el dolor, puesto que parecía que la catástrofe reconfortaba y hasta agradaba a los intrusos.

—¡Han de saber todos ustedes, que los supuestos salvadores de Londres decidieron marcharse aun sabiendo de nuestra llegada! —anunció el hombre—. ¡Los Hamilton son unos cobardes que dejaron que esto les pasara! ¡Y si saben lo que es bueno, dejarán de privilegiarlos, porque ahora *La Sombra* ha regresado!

—¿De qué habla, Archivald? —Anne se aferró a la camisa de su esposo—. ¿Qué pasa? ¿Qué quiere decir con que nos dejaron?

—Ahora —continuó el hombre—, quiero que muevan todos sus cuerpecitos de este lugar, que aún necesitamos hacer algunas cosas.

—Archivald, ¿qué es eso de *La Sombra*?

—Mejor no hables Vivianne, es preferible que no nos reconozcan —Archie la tomó por los hombros para dirigirla—. Tenemos que irnos de aquí cuanto antes.

—Pero… ¡Oh! Mis hermanos, ¿mis hermanos dónde están?

—Lo siento, pero por el momento el peligro es con nosotros, si conocen a los Hamilton, seguro saben que somos familia, corremos más riesgo nosotros que ellos.

—Entiendo.

Ella seguía pareciendo preocupada, pero lo siguió sin más protestas. Se llevó la mano hacia el cristo que colgaba de su cuello y lo besó con cuidado al escuchar los quejidos que se hacían oír cuando pasaban junto a personas que suplicaban por su ayuda y Archie no se detenía a brindárselas.

Se arrastraron por el suelo, tratando de esconderse de los secuaces de *La Sombra* quienes se entretenían en destrozar el lugar mientras robaban las preciadas joyas y el dinero de los muertos o los heridos que se quejaban doloridos mientras esos malvados soltaban risotadas y griteríos propios de los excesos del alcohol o los alucinógenos.

Archie agradecía que su esposa no pudiera ver, seguro se horrorizaría si contemplara tal escoria humana.

—Profanarán los cuerpos de esos muertos —dijo con odio la joven, comprendiendo la situación al escuchar las súplicas y resistencia que algunas mujeres imponían cuando querían arrebatarles sus preciadas alhajas—. No tienen perdón de Dios.

—Llegarán los bomberos y los oficiales en cuestión de tiempo, están siendo tontos al quedarse, los reconocerán si los vuelven a ver.

—Están seguros de lo que hacen, ¿qué es eso de *La Sombra*?

—Hablaremos de esto después.

Muchas personas que se encontraban en buen estado estaban actuando de la misma forma que ellos. Trataban de salir en medio del sigilo, ayudando si se podía, pero más que nada tratando de salvarse de la situación y, en ocasiones, eso requería del egoísmo.

En su normalidad, Archie sería de las personas que se quedaba para ayudar a su prójimo, incluso enfrentando a los maleantes en medio de la desventaja; pero jamás lo haría si tenía consigo una responsabilidad, y Vivianne la representaba para él, aunque ella se enojara e insistiera en lo contrario.

Cuando al fin salieron del destrozado lugar y lograron alejarse lo suficiente, Archie se levantó y la tomó con fuerza del brazo, llevándola hasta el lugar donde se aglomeraban sus primos.

Fue sorprendente para Archie descubrir que los maleantes hablaron con la verdad y los Hamilton estaban afuera, en perfecto estado, todos y cada uno de ellos. Ni siquiera tenían manchas de hollín o daño en sus elegantes ropas de gala, y no pudo evitar mostrarse indignado por no haber sido puesto sobre aviso.

—Jamás me perdonaré dejarlos atrás —entristeció Vivianne.

—Te pondré a salvo y volveré —aseguró Archie con una voz que contenía su molestia—. Vamos, estarás bien.

—¿Por qué piensas que te seré inútil? ¡No lo soy!

—Escúchame Vivianne —la tomó de los hombros con cierta fuerza —. No podré actuar si estás por ahí rondando sin saber a dónde ir. Temeré que te pierdas o puedan hacerte daño, ¿entiendes?

—Si te dieras el tiempo de conocerme sabrías que puedo orientarme bastante bien y que soy…

—No es importante que tanto nos conocemos ahora, te lo estoy pidiendo como un favor, te mandaré de regreso a casa y si tienes un poco de consideración hacia mi persona, te quedarás ahí.

Ella se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Iré a la Iglesia.

—Bien. Ve a dónde tú quieras, pero te quiero lejos de aquí.

—Eres un mandón, ¿lo sabías?

—Normalmente no lo soy, pero la situación lo amerita.

Resultaba imposible discutir con él cuando actuaba de forma tan racional. Obviamente su objetivo era protegerla y no podía quejarse por ello, debía agradecerlo. Entendía que no la conocía lo suficiente como para saber que era una mujer independiente, sin mencionar que no tenía un buen historial al haberse perdido en Londres y terminar en una casa de prostitución. Sin embargo, era un error de novata, seguramente habría salido sola de la situación, las chicas la ayudarían si así se los pedía.

—Está bien, haré lo que me digas —cedió refunfuña.

Archie suspiró aliviado y plantó un dulce beso en la frente de su esposa, comprendiendo que lo obedecería.

—Vamos, te llevaré a una carroza, diles a donde quieres ir.

—Bien, ¿no has visto a nadie de tu familia? ¿A mis hermanos?

—Los buscaré a todos —mintió—, no te preocupes.

—¿He de avisar a tus padres cuando regrese a casa? —inquirió nerviosa—. Regresarás esta noche, ¿verdad?

Los ojos del caballero se volvieron con un ceño fruncido.

—Lo haré Vivianne, no he faltado en casa ni un día desde que volví de York —le recordó.

—Sí, pero quisiera esperarte despierta.

—Seguro estarás cansada, deberías dormir.

—Quiero hablar contigo.

—También llegaré cansado.

—Entonces tendrás que ceder un poco, así como yo lo estoy haciendo ahora, es lo justo y eres un hombre justo.

Archivald sonrió con ternura a su esposa, levantó una mano y tocó la mejilla suave. Notó como ella dio un pequeño brinco al no esperar la caricia, pero se acercó a su mano como si el toque le provocara felicidad, incluso lo incrementó al colocar su mano sobre él.

—Sí, es lo justo. Pero si me tardo más de la cuenta, promete que dormirás —siguió acariciándola con el pulgar.

—¿Me despertarás cuando llegues?

—Lo haré.

—Entonces tenemos un trato —estiró una mano firme.

Archie observó con lentitud la postura de su mujer. Los ojos de Vivianne podrían verse perdidos, o quizá estaban en una búsqueda constante, jamás temerosos, siempre firmes hacia dónde se enfocaran sin ver. Archivald, admiraba su fortaleza y su entereza ante la situación, se notaba que quería ayudar, pero estaba cediendo a la petición de su marido y eso la engrandecía también, porque comprendía que ayudaría más poniéndose segura, dejándolo actuar con la libertad de saberla lejos de ahí.

El caballero alargó la mano y tomó los dedos de su esposa con cariño, acariciándolos con vehemencia antes de llevárselos a los

labios, presionando la suave piel los segundos suficientes como para que ella sintiera un escalofrío recorrerle el cuerpo.

—Es un trato.

Capítulo 12

En cuanto la carroza de su esposa partió en dirección a alguna iglesia que de momento no le interesaba, Archie se acercó a los Hamilton con un claro reclamo en su mirada. Dudaba que ellos hubieran actuado de esa forma con consciencia, no eran de la clase de personas que dejarían a los inocentes a su suerte, pero *La Sombra* actuó inteligentemente y encontró la manera de hacerlos quedar como los culpables anexos de la situación.

—¿Qué demonios con todos ustedes? —inquirió con rudeza en cuanto estuvo cerca de sus primos.

—Archivald, perfecto. —Publio se volvió hacia él con una cara de seriedad—. ¿Qué demonios fue lo que sucedió?

—¿Me lo dices a mí? Esos tipos están incriminando a los Hamilton, están diciendo que sabían del ataque y por eso salieron antes de tiempo para protegerse.

—Maldición, esos malditos bastardos —se quejó Aine.

—No te alteres —pidió Publio—. Bien, pensemos en lo que podemos hacer ahora. *Las Águilas* ya están adentro resolviendo el asunto, aunque eso no quitará el hecho de que ha perjudicado nuestra imagen, seguro era lo que quería.

—Hablaron de *La Sombra* —continuó Archivald.

—Claro que lo aprovecharía —negó Terry—. Esto es grave.

—¿Por qué salieron?

—Recibimos un llamado urgente —negó Aine—. Requerían a todos los hijos del *Hombre Siniestro.*

—¿Cómo creyeron en ello?

—Tienen capturados a varias de nuestras *Águilas,* seguro que alguno ya dijo el código para comunicarse con nosotros.

Por primera vez en mucho tiempo, Archivald vio al actual líder de las águilas completamente fuera de sí. Aunque no era de los que demostraba sus emociones, sus feroces ojos parecían llenos de ideas que relampagueaban de un lado a otro sin encontrar una solución.

—Lo mejor que podemos hacer ahora es ayudar a estas personas —dijo Kayla—. Recibiremos molestia de su parte, pero ni modo, es lo único que podemos hacer para recordarles que estamos de su lado.

—¿De lado de quién, Kayla? —inquirió Archie con una negación de cabeza—. ¿De estas personas acomodadas y ricas?

—Sabes bien que ayudamos a todos —dijo Terry—. ¿Por qué nos cuestionas respecto a esto?

—Porque esas personas que se unen en su contra, están pensando

lo contrario, que los Hamilton actuarán únicamente a favor de los beneficiados, de los acomodados que al final son los que mejor les pueden pagar a sus conglomerados.

—Maldición Archivald, ¿es que sabes algo más? —lo enfrentó Aine con una actitud desafiante.

—Sé lo que se dice, eso es todo.

Publio caminó de un lado a otro.

—Jamás estuvo inactivo —dijo al terminar sus cavilaciones—. Estuvo actuando contra nosotros desde abajo, desde los poco beneficiados y ahora, tiene el poder suficiente para actuar.

Archie no podía más que darle la razón, en definitiva, esa persona era calculadora, los hizo pensar que estaba en una temporada de indolencia cuando la realidad era que jamás dejó de pensar en su siguiente plan. Los Hamilton estaban en peligro y, por lo tanto, la mayoría de la sociedad también, porque eran los únicos que podían ayudar y si de alguna forma desmantelaban su Congregación, no sabía lo que podía pasar con los inocentes que se atravesaran en el camino de *La Sombra*.

—¡Archivald!

El hombre se volvió sólo para recibir un fuerte abrazo por parte de su hermana, quien parecía intacta, era obvio que tampoco estuvo dentro de la galería cuando todo sucedió y eso le dio paz.

—Sophia, ¿dónde está tu marido?

—Adentro —apuntó con la cabeza—. Ayudando.

—Creo que tú tienes que irte a casa —pidió.

—De eso nada, pienso ayudar a estas personas —apuntó el lugar del atentado—. Mi esposo está de acuerdo con ello.

—¿Qué pasó con los maleantes? —preguntó Terry.

Sophia negó lentamente.

—Desaparecieron.

—Lograron su cometido —dijo Kayla—. Nos queda resolverlo.

Sophia tomó la mano de su prima y la jaló hacia el interior, dónde las personas seguían clamando por ayuda y los rescatistas no se daban a vasto con la liberación de los heridos.

Publio asintió una vez más, aclarando sus ideas.

—Aine, Terry —los llamó con fuerza—. Vayan con ellas, ayuden a Gwyneth lo más que se pueda.

—¿Tú qué harás?, necesitamos médicos, por si no te das cuenta.

—Tengo que ir con padre, seguro puedes hacer algo Terry.

—Trata de regresar lo antes posible —indicó Aine.

El heredero de Sutherland asintió y se marchó en medio de la oscuridad de la noche, desapareciendo como si de alguna forma formara parte de la negrura y el espesor de las sombras.

Archie miró al resto de sus primos y siguió con su camino, él

tampoco pensaba irse, quería ayudar en lo que estuviera en sus posibilidades, su esposa estaba bien, posiblemente en una iglesia, rezando para que las personas atrapadas salieran con vida.

Era una mujer buena, religiosa, pero no podía ayudar en esto, la quería a salvo y lejos de la situación que era obvio que la afectaba de una manera que no sabía sobrellevar. Esperaba regresar temprano para consolarla, aunque si lo recordaba adecuadamente, ella no estaba tan alterada como lo esperaba, todo lo contrario, supo actuar y más que nada, dijo que había estado en una situación similar.

¿A qué se refería ella con *similar*? ¿Tenía que ver con la forma en la que se quedó ciega? ¿O era algo diferente?

∞

Un cúmulo de personas llegó a ese horrible establecimiento en medio de risotadas y jactanciosas palabras que terminaron por irritar a la persona que estaba sentada en la oscuridad de la taberna en la que esperaba a sus estúpidos subordinados.

Su rostro estaba cubierto por una larga capa y la capucha ensombrecía los rasgos de su rostro hasta volverlos casi inexistentes. Pero por si las dudas, también tenía un velo sobre el rostro, demostrando que era su prioridad que nadie llegase a reconocer al líder del bando contrario a las Águilas de Thomas Hamilton. Lo único que hacía destacable a la Sombra, era el cigarro que se encendía en un rojo vivaz cada vez que le daba una calada.

Los hombres callaron de inmediato al ver la presencia en el lugar, el pavor los inundó, no esperaban que estuviera esperándolos. Se conocía de la falta de temperamento de aquel ser y habían tentado a su suerte con lo que hicieron esa noche. Tenían órdenes estrictas y se salieron de los lineamentos establecidos.

—Veo que están contentos, malditos bastardos.

Los hombres sudaron frío.

—Cumplimos sus órdenes al pie de la letra —se justificó uno.

La Sombra dio una calada a su cigarro para después apagarlo sobre la mesa sin ningún resentimiento.

—¿En serio?

—Los Hamilton quedaron mal parados, como lo quería.

—Claro, claro —se puso en pie—, eso lo sé. Pero que yo recuerde, nadie les dijo que robaran a esas personas.

—¡Eso fue idea de Ludo!

—¡Me importa un bledo quién haya tenido la idea! —Los hombres dieron un paso hacia atrás—. Bien, bien. No se asusten mis pequeños idiotas, de algo nos servirá lo que han recaudado. Pongan el botín sobre esta mesa, ahora.

Sin dudarlo ni un segundo, colocaron las joyas y el dinero adquirido de

los hombres y mujeres en la galería.

—Eso es todo, lo aseguro —dijo el hombre llamado Ludo.

—Por su bien, es lo que espero —dijo La Sombra—. Bien, cambiarán todas las joyas y lo entregarán a la gente empobrecida de Londres, asegúrense de mencionar que fue La Sombra quien hizo esa aportación después del acontecimiento de las galerías.

—Por supuesto, por su puesto —se inclinó Ludo.

—¡Beatriz! ¡Joaquín! —gritó La Sombra—. Tienen que volver al lugar cuanto antes, ustedes serán los encargados de cambiar las joyas, asegúrense de hacerlo en lugares dónde no los puedan reconocer. Después, volverán con los Pemberton.

—Pero… será sospechoso —dijo Beatriz.

—Entonces quémense un poco, ensúciense, rómpanse algo —dijo La Sombra sin mayores problemas—. Quiero que parezca que llevan ahí todo el rato desde que ocurrió el accidente.

—Los Hamilton tienen la mirada en nosotros —dijo Joaquín.

—Es lo que pretendo, idiotas.

—Podemos ir a uno de los refugios —sugirió Beatriz—. Así ellos no tendrán que encontrarnos como tal.

—Bien pensado, háganlo.

Los hermanos tomaron las joyas y salieron de ahí con la presura de alguien que no quiere recibir más órdenes.

—Ahora —prosiguió La Sombra—. Que esas malditas Águilas sigan cantando, necesitamos más información de ellos. Ludo, eres bueno con las torturas, prosigue con ellas.

—Iré en seguida.

—Yo tengo qué encargarme de otras cosas, puede que no me vean en un tiempo, pero recuerden malditos bastardos que jamás están sin supervisión y si alguno de ustedes me traiciona…

—¡Jamás! —exclamó otro—. Jamás, nadie nos ha ayudado como usted, nunca iremos en su contra.

—Entonces, pónganse a trabajar y si de casualidad vuelven a desobedecerme, se atendrán a las consecuencias.

Los hombres se hicieron a un lado cuando la sombría presencia de La Sombra tuvo intensiones de pasar entre ellos. El respeto que emanaba era gracias al terror, una deliciosa presencia que los hacía temer y admirar. Era uno de los suyos, pero mucho más listo y tenía por objetivo desmantelar lo único que los mantenía a raya, por ese motivo, nadie lo haría contrariarse.

Seguirían sus órdenes todo lo que necesitaran y cuando lograra su objetivo, entonces se desharían de su mandato, pero tenían que ser cuidadosos en que no descubriera su plan o podrían morir antes de siquiera intentar levantar un dedo.

Archie llegó a su casa entrada la madrugada. Estaba sucio, cansado y herido, no fue atendido por darle prioridad a las personas que realmente estaban en mal estado, pero de eso poco se habló o siquiera se tomó en cuenta.

Las personas estaban enojadas y los Hamilton resultaban los más perjudicados en el asunto. Era deprimente debido a que las dos hijas de su tío estaban quedándose en la casa Pemberton. Ellas, como todas unas guerreras, se enfocaban en la parte que podían resolver, pero era obvio el pesimismo que las embargaba al recibir tantos desplantes y comentarios desagradables.

Estaban acostumbrados a vanagloriarse entre la gente, pero por primera vez, las personas les daban la espalda a pesar de sus esfuerzos por hacerlos entender que jamás abandonarían a alguien, sobre todo, si sus servicios eran necesarios.

—Lo mejor que pueden hacer ahora es descansar —indicó Archivald—. Hicieron lo que podían.

—Jamás me había pasado esto —dijo Aine—. Fue vigorizante.

—¡Sólo tú encontrarías vigorizante algo así! —se quejó Kayla.

—Bueno, jamás me gustaron los halagos, princesa —dijo la mayor —. Las *Águilas* estamos acostumbradas al anonimato, pero supongo que, para ti, que eres un artista, esto debió consumirte.

—¡Eres insoportable!

Las hermanas siguieron su camino hacia sus respectivas habitaciones sin esperar a que su primo les diera el permiso o pie a que subieran las escaleras.

Él, por su parte, no tenía deseos de llegar a su habitación, dónde seguramente su esposa estaría esperando una explicación que no quería darle. Hablar de los Hamilton y sus tendencias era peligroso para cualquiera, pero Vivianne presenció una revuelta en la que sus nombres y el de *La Sombra* tomó lugar.

Era imposible que ella no tuviese preguntas.

Con poco o nada de entusiasmo, Archie subió las escaleras de su casa en penumbras. Daba gracias a que sus padres estuviesen dormidos y que Malcome se hubiese perdido en la galería desde mucho antes de que ésta comenzara, seguramente tendría una resaca horrible al día siguiente y una mujer llorando a sus pies, pero eso lo resolvería después.

Le alegraba haber encontrado a Tracy bien y el que Publio le asegurara que no perdería la pierna provocó que la mujer sonriera el resto del proceso de sanación. A decir verdad, comenzaba a agradarle que se hiciera llamar su amiga, era un tanto enfadosa y entrometida, pero era dulce y trató perfectamente a su esposa cuando la conoció.

Su esposa… nuevamente estaba el tema en su cabeza. Sobre todo, cuando vio la línea de luz bajo la puerta, indicando que las luces estaban encendidas y ella seguía en vela o quizá se quedó dormida en la espera. De todas formas, prometió despertarla, aunque no se veía capaz de hacer tal atrocidad cuando él se encontraba tan cansado y ella estaría en la misma situación.

Cuando abrió la puerta, se encontró con Viviane recostada en un sillón, había sido atendida de sus heridas, seguramente por Nancy, quien también estaba dormida a su lado, en el suelo, con una mano sobre la de ella, velando sus sueños.

Archivald se acercó con cuidado y tocó con delicadeza el hombro de la acompañante de su esposa para despertarla. La mujer abrió los ojos en seguida, echó un vistazo a la durmiente mujer y sonrió al caballero que tomaría su lugar en cuidarla.

—¿Cómo se encuentra? —inquirió Archie, ayudando a la joven a levantarse de su incómoda posición.

—Bien. Ella no suele reaccionar mal ante los problemas —informó Nancy, estirando su espalda adolorida—. Lo que la puso nerviosa fue la carta de su padre, parece que pretende visitarla.

—Era de esperarse. ¿Por qué la pone nerviosa ese hecho?

—El padre es un completo idiota, si me lo permite decir.

—No lo permito —elevó una ceja—, pero agradezco que me lo dijeras, me da una idea de la situación.

Nancy sonrió dulcemente.

—Trate de ser bueno con ella, está intentando ser una buena esposa, pero tal parece que usted la delega todo el tiempo.

—Cuido de ella.

—No necesita hacerlo tan encarecidamente —rodó los ojos—. Atrévase a conocerla un poco.

—Eres demasiado atrevida para ser una dama de compañía.

—Es que nunca lo había sido, me asignaron la posición por ser amiga de Anne, pero no tengo la educación, mi lord, lo siento.

—Puedo verlo —dijo tranquilo y sin reclamo—. Retírate Nancy, trata de descansar, seguro que esa posición no te ayudó a tener un sueño reconfortante.

—Ciertamente no, la prioridad era Anne.

La mujer salió de la habitación dando vistazos hacia su amiga, un tanto inconforme con tenerse que separar de ella cuando en el pasado dormían juntas todo el tiempo. Anne solía tener pesadillas, no tenía idea si continuaba con ellas, pero el señor Pemberton no se había quejado y Anne tampoco lo mencionó en todo ese tiempo.

Cuando la puerta se cerró, Archie se permitió contemplar a su esposa. Era una mujer que demostró tener un carácter dominante ante las adversidades, le agradaba eso en cualquier persona, aunque

resultaba un tanto disonante cuando se trataba de alguien tan pequeño y en apariencia indefenso como lo era su esposa.

Dormía con su cristo aferrado a la mano, aquel que estuviese sucio por el accidente y quizá un poco chamuscado debido a que era de una práctica y humilde madera.

—Vivianne —la removió un poco—. Vivianne, te llevaré a la cama, ¿está bien?

Ella no respondió, seguía completamente dormida, tal parecía que ni siquiera sentía que él seguía removiendo su hombro. Archie suspiró, pasó sus brazos debajo de ella y la levantó suavemente. Ella seguía sin mostrar signos de despertar, de hecho, su cabeza y cuerpo no hizo fuerza alguna, parecía muerta, pero respiraba.

—¿Te dieron un narcótico o algo? —pensó en voz alta.

Seguramente eso era, para el dolor de las quemaduras y quizá también para que pudiera dormir. De entre sus manos cayó un pedazo de papel que aterrizó en el suelo. Archivald lo observó, deteniendo su caminar, era más que seguro que se trataba de la nota enviada por su padre. Siguió con su camino y la acomodó en el lado de la cama que ella gustaba en utilizar.

De hecho, ella no preguntó por el lado de su preferencia, simplemente tomó el que más le convenía y a partir de ese momento, cada vez que él llegaba, Vivianne estaba dormida en el lado izquierdo de la cama, que fuese el que él solía utilizar con anterioridad. No era que tuviera una manía que lo obligara a que se cambiara de sitio, sería injusto pedirle algo así cuando se estaba acostumbrando a tantas otras cosas, pero le resultaba gracioso que ni siquiera se mostrara turbada por robarle su lugar.

Regresó sobre sus pies y tomó la nota entre sus manos, doblándola inmediatamente para no ver el contenido de la misma. Al igual que su padre, no era dado a meterse en los asuntos de los demás y esa nota no era dirigida hacia él, así que la dejó sobre el tocador que su esposa mandó traer y fue a tomar una ducha.

Para cuando salió, Vivianne estaba sentada en la cama, parecía abrumada y un tanto desubicada, seguramente aún bajo los efectos del narcótico que utilizaron para dormirla.

—¿Cómo te sientes? —inquirió Archie al ver la mueca de dolor en el rostro de su esposa.

Ella saltó en su lugar y volvió el rostro hacia él.

—Archie… no sabía que estabas aquí.

—¿No escuchaste el baño?

La cabeza de Vivianne se movió negativamente.

—Estoy algo aturdida, esa maldita de Nancy me habrá dado algo.

—¿Te duelen las heridas?

—Un poco —asintió—. ¿Te curaron a ti?

—No, pero no es nada grave.

—Te ayudaré.

Archivald elevó una ceja hacia ella, queriendo decirle que no era necesario, pero su esposa ya se había puesto en pie, tomándose con fuerza del dosel al sentir un repentino mareo que ignoró con rapidez al comenzar a caminar por la habitación.

La observó con curiosidad, puesto que parecía haberse aprendido de memoria los lugares donde había tapetes y muebles, evitándolos como si siguiera un camino marcado en su memoria hasta llegar a su tocador. Abrió los cajones y a tientas sacó los instrumentos que estaban ordenados de forma que ella pudiese identificarlos con rapidez con tan sólo sentir la forma. Nancy incluso ponía pequeñas marcas distintivas para que supiera los líquidos que había dentro de cada uno de los pomos ahí guardados.

—Bien, siéntate por favor.

—No es necesario.

—Por favor, no me hagas repetirlo, no seas un niño caprichoso.

Jamás en su vida lo habían llamado de esa forma, por lo cual aceptó hacerlo sin decir otra palabra.

—¿Te has sentado en el sillón cercano a la chimenea?

—Sí.

Ella reconoció los resortes, pero el peso de Archivald podría hacer sonar de la misma forma otras superficies acojinadas. Nuevamente caminó como si hubiera señalamientos, girando de forma brusca hasta llegar a él.

Se agachó hasta quedar en el suelo y dejó sus instrumentos cercanos a ella. Levantó las manos hasta que tocó las rodillas de su esposo, guiándose a través de ellas con un suave toque que provocaba escalofríos en el caballero que la observaba desde su posición sentada. Arrastrando sus rodillas se posó entre las piernas de su esposo y comenzó a curar las partes heridas que lograba sentir con sus manos o las que encontraba debido a los quejidos suaves y contenidos de su marido.

—¿Qué pasó con la gente?

—Varios heridos y algunos muertos.

Ella apretó los labios.

—Es terrible, no entiendo por qué hacer esto.

—Locuras de gente afectada.

Vivianne hacía su trabajo con diligencia, manteniendo un silencio pensativo mientras curaba las heridas.

—Dudo que sea una locura.

—¿Es que lo justificas?

Ella negó un par de veces, desabrochando los botones de camisa de dormir que su marido mantenía sobre su cuerpo.

—Me refiero a que vemos la realidad de una de las partes, pero muchas veces ignoramos la otra. ¿Qué es lo que en verdad querrá esa tal *Sombra*? ¿Y por qué quiere hacer quedar mal a los Hamilton?

—No lo sé, porque son gente que quiere destruir lo único que les puede impedir hacer lo que se les venga en gana.

—Mmm… puede ser —aceptó—. O algo pasó.

—¿Algo?

—Que provocaría que *La Sombra* comenzara a actuar, no creo que fuera desde un inicio o de la nada.

—Quizá le arruinaron un negocio.

—Los Hamilton han arruinado muchos negocios de gente horrible, pero a lo que sé, ninguno había tenido la inteligencia suficiente como para darles cara. Sólo esta supuesta persona.

—¿Habías escuchado de *La Sombra* antes?

Vivianne asintió, para después guardar un silencio nostálgico.

—¿Dónde?

—Atacaron el convento en el que yo vivía. Creo que fue porque los Hamilton tenían una pista al respecto de *La Sombra* y los seguidores de la misma quisieron dar la pantalla.

—Lo siento.

—Sí. Yo también. —Ella se levantó sobre sus rodillas y tocó el rostro de su marido con cuidado—. ¿No tienes heridas en la cara?

—En la frente.

—Oh —ella tocó hasta llegar a la zona—. Sí, es verdad.

Se agachó y recogió más de las pomadas y tónicos que estaba utilizando para desinfectar y tranquilizar el escozor.

—¿Qué fue lo que pasó?

—No me gusta hablar de ello. —Vivianne suspiró cuando sintió la mirada de su marido fija sobre ella. Era tan pesada e indudable que no tuvo más opción que continuar—: violaron, mataron y amenazaron a todo cuanto estuvo en el lugar. Muchas religiosas resultaron embarazadas y algunas mujeres que estaban ahí en espera del matrimonio se suicidaron después de que nos invadieron.

—¿Y a ti?

—¿A mí? —sonrió—. A mí me utilizaron para sacarle dinero a mi padre. Me salvó durante un tiempo de las torturas de las demás, pero eventualmente también fueron contra mí.

—Tú…

—¿Qué si fui abusada? —sonrió con lástima—. Claro que sí, no tendría que ser diferente cuando se dieron cuenta que no obtendrían nada de ese hombre que se hace llamar mi padre.

—No lo sabía…

—Sí, es otra de las razones por las cuales puedes reclamar a mi padre. No soy una mujer pura y que Dios los perdone, pero no fue mi

culpa que me pasara esto, no fue culpa de ninguna de nosotras. No siento vergüenza, ni tristeza. No les dejé las cosas fáciles, no me amedrenté, no tuve miedo. Les grité, les deseé la muerte, los maldije y jamás lloré. Supongo que esperaban que me aterrorizara cuando me dijeron que se acabaron mis beneficios y no sé por qué, pero no sentí pánico y tampoco lo tengo ahora, tal vez no lo tenga nunca.

—Te creo.

—Esos hombres son unos desgraciados —dijo con odio—. Pero tú no lo eres, eres bueno y amable. Tú familia también lo es.

—¿Es que pudiste perdonarlos?

Vivianne se puso en pie en ese momento y recogió las cosas para llevarlas de regreso a su lugar.

—Claro, los perdoné.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—De nada me servía el rencor, eran tontos enviados por alguien, no importa que fuera *La Sombra* o *Las Águilas*, que hicieran el bien o el mal. Es lo mismo, resultó gente herida y nadie nos puso atención.

—Dudo que si mis primos…

—Sí, quizá. Pero no pasó.

—No se escucha como que lo hayas perdonado todo.

—Es un proceso, ya dejé de pensar en los violadores, pero esos grupos, ambos… No me gustan, quieren hacerse con el poder, se quieren sentir importantes, dejando un rastro de gente inocente que simplemente tiene que sobrellevar su heroísmo o su maldad.

—Supongo… que se puede pensar así.

—Lo siento, sé que son tus primos y los quieres, pero no puedo estar de acuerdo con nada de esto, no apoyo a nadie, sólo quisiera que todo terminara. —Bajó el rostro y suspiró—. Hoy cuando estuve separada de ti, en medio del dolor y el fuego, me acordé de esa vez. Por eso estoy más tensa, no debes preocuparte, se me pasará.

—No tengo inconveniente en que te expreses Vivianne, gracias por contármelo. Y que sepas que no tengo nada qué reclamar a tu padre —él también se puso en pie—. Eres una mujer espectacular y nada del mundo haría que yo te regresara con él.

—Gracias, no quisiera volver.

—Ven, vayamos a dormir, ambos lo necesitamos.

—Padre dijo que llegaría hoy.

—Qué espere a que despertemos.

—Se molestará.

—Ni modo.

Ella sonrió. Le gustaba el poderío con el que contaba Archivald, ahora que estaba casada con él, tampoco le debía nada a su padre, podría escudarse detrás de la espalda de su marido, nadie lograría hacerle daño de nuevo. Le agradaba no tener que ser la fuerte todo el

tiempo, de hecho, podría acostumbrarse.

Fue hasta la cama y se metió entre las sábanas, sufriendo cada vez que le rozaba una de las quemaduras.

—Ugh —se quejó—. Será mejor que durmamos sin nada, es una pesadilla cada vez que me roza sin querer la tela.

—Estoy de acuerdo.

Ella se sentó sobre la cama y apartó las sábanas, pero, inesperadamente, se sacó también el camisón, dejándose en libertad frente a los ojos de su sorprendido marido.

—Listo, mucho mejor —se recostó dándole la espalda—. Buenas noches, espero que puedas descansar con todo y heridas.

—No crees… ¿Qué pasarás frío?

—Incluso aunque así fuera, creo que lo prefiero al dolor —ella se levantó, dando a su marido otro espectáculo de su cuerpo desnudo en movimiento—. ¿Crees que no podrás dormir? Puedo pedirle a Nancy uno de esos analgésicos, son maravillosos.

Él pensaba que, si no podía dormir, no tendría nada que ver con las heridas que ganó en el atentado contra la galería.

—No, estaré bien, no hace falta que pidas nada.

—De acuerdo, entonces acuéstate de una vez.

Archie pasó saliva con fuerza, enmudecido por la acción de su mujer. No se atrevió a decirle la locura que representaba lo que había hecho, al final de cuentas, ella era su esposa, pero aun así no podía salir de su asombro y le costó más de media hora ir a su lado y recostarse sobre la cama; dormir le fue prácticamente imposible, sobre todo cuando ella, en medio de su inconsciencia, iba tras él y lo tocaba en lo que era una mezcla de placer y dolor, puesto que de vez en cuando tocaba sus heridas o quemaduras.

Capítulo 13

Vivianne despertó sintiéndose mucho mejor en cuanto a sus heridas. Los remedios utilizados por Nancy eran realmente efectivos y esperaba que lo fueran para Archie, a quien supuso que ya no vería hasta esa noche, como todos los días desde que regresó de York. Era una rutina que se estableció sin darse cuenta, viéndose obligada a convivir con el resto de su familia sin estar él presente.

—¿Dormiste bien?

Ella regresó un rostro sorpresivo hacia la voz.

—Eres muy silencioso hasta para dormir.

—Lo lamento, para la próxima trataré de toser o algo.

—Normalmente no sería necesario, pero esta cama es muy grande y es imposible que sienta el calor de tu cuerpo… aunque debería sentir tu presencia al menos. —Ella apretó los labios y sonrió—. No sé, parece que tienes la capacidad de volverte invisible.

—Dudo que exista esa capacidad. Ven, deja que vea cómo van tus heridas —se acercó a ella y revisó el cuerpo desnudo de su esposa—. Parece que sanarán correctamente.

—Sí, Nancy es buena con esto.

—Ahora, por favor, ¿podías vestirte?

Ella soltó una carcajada y se sonrojó, cubriendo sus pechos con los brazos, aunque realmente no parecía tener inconveniente por estar desnuda frente a él. Archivald lo notó desde el día anterior, pero, aunque ella no se encontrara incómoda, la realidad era que él sí. Tomó el camisón del que ella se deshizo a mitad de la noche y la ayudó a colocarlo con el máximo cuidado.

Con la ventaja de tenerlo cerca, ella se pegó a su oído y susurró:

—¿Le incomoda verme desnuda?

—Un poco —aceptó—. Más que nada me impresionó.

—De todas formas, no creo que sea el primer cuerpo desnudo que haya visto en su vida.

—Mmm… quizá no. Pero es el primero con el que duermo.

Ella estaba sacando su cabello de entre el camisón cuando su marido pronunció esas palabras, quedando a la mitad del movimiento para mostrar su asombro.

—¿Es que siempre se retiraba después de la intimidad?

—No ha existido oportunidad para ello.

—Está queriéndome decir que usted… ¿jamás?

Archivald se divirtió por la incredulidad en el rostro de su esposa. Era de esperarse, no era común que un hombre acogiera el celibato de

forma voluntaria a menos que fuera cura. Pero hasta el momento, él no había necesitado de mujer para mantenerse feliz, aunque siendo sincero, el verla desnuda junto a él, durmiendo con tal confianza, le había resultado excitante, un poco atrayente, pero eso era todo.

—Vamos, tienes qué cambiarte para bajar a desayunar.

—¿Es que no saldrá el día de hoy?

—No. Tengo cosas qué hacer en la propiedad.

—¡Oh! —ella se levantó de un brinco de la cama—. Eso es emocionante, ¿podré acompañarle?

—Lo siento Vivianne, pero justo ahora estás herida.

—Igual que tú.

—Sin mencionar que tenemos visitas, ¿lo recuerdas?

—Pero tus primas pueden…

—No me refiero a ellas.

—Mis hermanos están bien —quitó importancia—. Llegaron de un hospital, parece que no sufrieron heridas graves.

—Recuerda que tu padre llegará el día de hoy.

El rostro de la joven se ensombreció.

—Ah… ¿Leyó la carta?

—Por supuesto que no, pero si quieres compartirla conmigo, estoy dispuesto a escucharte.

—No es nada. Ese hombre viene para atormentarme en persona, sabe que no lo soporto y es su objetivo molestar. Su preferida siempre fue Beatriz y lo notará porque todo el tiempo habla de ella como si se tratara de una reina.

—Si la quería tanto, ¿por qué no la entregó al matrimonio que parecía tan ventajoso? —se extrañó—. Sin mencionar que es notorio que su hermana tiene una fascinación abrumadora por estar cerca de mi persona, lo cual me irrita un poco.

El corazón de Anne tembló en su interior, sintiéndose frustrada y hasta un poco herida. Pese a que él mencionaba que el asedio de Beatriz lo incomodaba, podía estar mintiendo. Todos se referían a su hermana como alguien hermosa y ningún hombre que conociera se resistiría a una mujer del estilo, mucho menos cuando ésta se le estaba ofreciendo de forma tan obvia.

—No lo sé —dijo hosca—, podrá preguntárselo usted mismo.

Archie levantó la mirada y sonrió al verla molesta.

—Vivianne, como te dije, mi matrimonio está hecho y no tengo quejas con ello. Lo pregunté por curiosidad.

—Sigo sin tener la respuesta.

En ese momento, Nancy entró en la habitación en medio de una tonadita alegre, trayendo consigo ropas, vendas y otros ungüentos para la curación de su amiga. Pero al ver la actitud del interior, se detuvo y miró de uno a otro con un poco de incomodidad.

—¿Debo marcharme?

—No. —Archivald fue hacia el baño—. Ayuda a tu señora.

—Por supuesto —se inclinó ante él cuando pasó a su lado.

Nancy regresó la vista hacia su amiga, quien tenía los puños y la quijada apretada. Estaba molesta y era extraño verla molesta.

—¿Sucedió algo que quieras compartir?

—Nada. ¿Cómo se supone que me vestiré con todas estas heridas?

—No te preocupes, con mis ungüentos no sentirás nada.

—Claro, y si me duele, ¿a quién le importa?, tendré que aguantarme porque hay visitas y yo soy la señora de la casa, según esto lo soy, eso es lo que me dicen.

—¡Basta ya, Vivianne! —pidió Archie desde el cuarto del baño.

La joven chistó y estiró la mano hacia su amiga justo cuando una sonrisa se dibujaba en sus labios, desconcertando a la pobre Nancy.

—¿Por qué nos divertimos?

—Me gusta verlo salir de sus casillas, no es común en él gritar y mira, me ha gritado, al menos para que me callara.

Nancy negó un par de veces.

—Eres mala, ¿lo sabías?

—Juguetona, me gusta más pensar eso.

—¿Y? —Nancy comenzó a quitarle el camisón—. ¿Pasó algo interesante el día de ayer?

—¿Además de que me delataste con lo de mi padre?

—Lo siento.

—No lo haces —negó la joven—. Bueno, nada. Pero ahora creo saber la razón por la cual él no me toca.

—¿Qué? ¿Cómo es que lo averiguaste?

—Dormí desnuda junto a él.

—¿Y nada?

—Nada de nada.

—No puede ser posible, simplemente ningún hombre lo resistiría, eres una mujer hermosa, tu cuerpo es tentativo y…

—Sí, sí. Además, le dije que ya no era pura, por lo cual podía hacer despliegue de su pasión sin temer que yo me fuera a desflorar en sus brazos, pero aun así no lo hizo.

—¡Ya!, no le des vueltas y dime la razón.

—La razón es, que el virgen es él.

—¿¡Qué!? —Nancy saltó y dejó de hacer sus ocupaciones—. ¿En verdad? Mira que si me estás engañando…

—Te digo la verdad.

—Quizá no quiso tocarte porque ya no eres pura —trató.

—No, no es esa clase de persona.

—Entonces, la única otra opción es… —Nancy negó y volvió a negar—. No, no. No puede ser. No.

—¿Qué otra razón le das?, ni siquiera Beatriz con todos sus encantos y el asecho constante ha podido tentarlo.

—Dios mío —la mujer dejó salir una risilla—. No me lo puedo creer. ¡El gran lord Pemberton es…!

—¿Soy qué?, señorita Nancy.

La voz del hombre en cuestión cerró los labios de las jóvenes como si se los acabasen de remendar con hilo.

—Tan apuesto, mi lord, sólo eso —salvó Vivianne.

El silencio de Archivald las hizo entender que no les creía, pero ellas siguieron con sus tareas sin prestarle más atención.

El matrimonio salió de la habitación, ella no hizo por tomarlo del brazo; deseaba saber si ya se había logrado aprender el camino hacia el comedor, pero Archie tomó su mano y la colocó en el lugar indicado, escoltándola por las escaleras.

—A este paso no permitirás que me dé cuenta si caeré de las escaleras cuando no estés.

—Prefiero que, si no estoy, Nancy haga esto por ti.

—Me aprendí el camino, ahora puedo hacerlo sola.

—Prefiero no tentar al destino —finalizó—. Ahora, me gustaría saber cuál era la frase que Nancy no logró terminar.

—Ah, era una tontería.

—Una tontería que tenía que ver conmigo y por la cual reían.

Ella trató de ignorar el comentario y pasó a cambiar el tema.

—¿Me acompañará a misa hoy?

—Lo haré —aceptó.

—¿En verdad?

—Sí. Además, quiero ir a otro lugar contigo.

—Vaya, creí que dijiste que tenías ocupaciones.

—Las tengo, pero puedo posponerlas por unas horas antes de comenzar a hacerlas, ¿te parece bien después de desayunar?

—Claro, por mí está perfecto.

Entraron al comedor que ya resultaba una algarabía a esas tempranas horas de la mañana. Estaban todos, desde las Hamilton hasta el resto de los Ferreira y todos los Pemberton, hasta Sophia.

—¿Cómo amanecieron? —inquirió Sophia en cuanto los vio.

—Fue difícil dormir —aceptó Anne, tomando su lugar con ayuda de su marido—, afortunadamente Nancy es un genio con los ungüentos y el dolor se está yendo muy rápido.

—¿Saben ya el recuento de los heridos? —inquirió Archie.

—Mejor no hablar de temas tan sombríos a estas horas —recomendó Elizabeth—. Y pensar que pude estar ahí, con mi edad, habría muerto en segundos, ¡segundos!

—Tranquilízate, Elizabeth. Fue afortunada tu jaqueca y da gracias por ello —Robert alargó la mano hasta tocar la de su esposa—. Por

otro lado, hijo, ¿Cuál es tu estado de salud? ¿Qué tan mal estás?

—Puedo trabajar, padre, no te preocupes por ello.

Archie acercó a su esposa su vaso de agua y cuidó de su cabeza cuando ella se agachó a buscar la servilleta que se había caído de su regazo. Era claro que estaba total y completamente dedicado a ella y resultaba tierno para el resto de las personas que lo observaban, a excepción de Beatriz, quien tenía por objetivo seducir al hombre.

—En ese caso te pasaré los libros de contabilidad que quiero que revises, también vendrá de visita el notario, por lo cual…

—Claro padre, lo haré después de que acompaña a Vivianne a misa —interrumpió la larga lista que su padre pensaba darle.

—¿A misa? —Aine frunció el ceño—. Ni siquiera es domingo.

—Anne va diariamente —dijo Beatriz con burla—. No sé cuál sea el pecado que quiera expiar, pero parece que le sale debiendo a Dios.

—Ese —apuntó Malcome—, fue un comentario amargoso.

—Es la verdad —se defendió la joven.

—No deja de ser un poco excesivo —aceptó Kayla—, pero es honorable que sigas tus principios Anne, no importa qué tan en desacuerdo estén los demás con ello.

—Gracias, me funciona y me da paz, así que no lo dejaré de hacer.

—Dios Santo —negó Elizabeth—. Una futura duquesa de Richmond siendo una católica empedernida que, además, se expone.

—Mamá, por favor, cada quién puede creer lo que quiera —defendió Sophia—. Es libre de ello y de mucho más.

—No ahora. No quiero escuchar un despliegue del tema que esas mujeres quieren tratar, no y no, Sophia, advertida estás.

—En realidad, el día de hoy quiero pedir por las personas fallecidas en el accidente de ayer —interrumpió Anne—. Supongo que harán un servicio en su honor, así que no debe preocuparse lady Elizabeth, acudiré a una iglesia anglicana.

El silencio invadió el comedor. Sin dudas ninguno pensó en las personas que murieron en el atentado, se dieron por bien servidos de que sus familiares estuvieran bien. Incluso Aine, que era altruista y parte de las *Águilas,* se sintió cómoda con el trabajo realizado el día anterior, no pensaba hacer nada más.

Pero era obvio que las familias llorarían por sus muertos y que nadie les prestara atención era lo que daba ventaja a *La Sombra*, diciendo que en realidad no se preocupaban por la gente, porque eso era lo que parecía que hacían.

Vivianne se sintió bien con su intervención, pero fue una lástima que tirara una copa sobre la mesa. Archie no predijo ese movimiento y ella, pensando que había dejado su copa en otro lugar, simplemente se descuidó y tiró de ella.

—No puede ser Vivianne —se quejó Joaquín—. Pensé que tenías

dominado el tema de la comida, pero sigues tirando cosas.

—Es mi culpa —dijo Archie, ayudando a su esposa a secarse—. Moví la copa de lugar, lo siento.

—Está bien —negó la joven—. No es la primera vez que me pasa.

—Será mejor que tomemos el desayuno rápido para ir a misa.

—De acuerdo.

—Ya que mencionan que es por los pobres desafortunados del día de ayer, me gustaría incluirme en su plan, espero que no tengan problema con ello.

—Por supuesto que no, lady Beatriz, puede acompañarnos.

—¿Qué me dices tú, hermano?

—Lamento decir que tengo que atender otros asuntos y por ellos me refiero a padre que está en la ciudad.

—No tenía idea que el señor Ferreira estuviera aquí —dijo Robert, dejando de lado su desayuno.

—Llegó hace poco, mi lord, espera poder tener una comida con usted, si es que tiene tiempo en su agenda.

—Por supuesto —aceptó el duque—. Indique la hora y el lugar.

—Lo hablaré con él en nuestro encuentro —aceptó Joaquín.

Las hermanas Hamilton se lanzaron una rápida y cómplice mirada antes de ponerse en pie de forma abrupta.

—Lo lamento tíos, debemos retirarnos de inmediato —dijo Aine.

—Ya no me parece extraño en ustedes dos —refunfuñó Elizabeth —. Díganle a su madre que la veré para el té.

—Por supuesto tía, le avisaremos —asintió Kayla.

Las dos muchachas salieron hechas centellas, dejando con una mala sensación a los hermanos Ferreira. Tenían miedo que de un momento a otro la conversación fuera contra ellos, en un interrogatorio que ninguno estaba dispuesto a sufrir.

—En cuanto a ti, señorita —Elizabeth apuntó a su nuera, pero ella apenas se percató de esto, la duquesa bien le podía estar hablando a su propia hija—. Hablo de ti, Vivianne, por su puesto.

—¡Oh! —la joven volvió el rostro hacia la dama—. Lo siento, ¿me decía, duquesa?

—Creo que va siendo hora de que te tome bajo mi manto.

—Oh, no mamá —se quejó Malcome—. No la tortures.

—Es lo que una duquesa debe de hacer con su sucesora —dijo orgullosa—. Por el momento, espero que estés a tiempo para la hora del té que mencioné. Irás conmigo y conocerás al resto de las damas de alcurnia con las que convivirás.

—Ay mamá, esas viejas chismosas y locas no son lo que se dice “la mejor compañía para una duquesa” —dijo Sophia.

—Tus tías están ahí, jovencita —regañó la mujer.

—Por eso incluí lo de “locas” —sonrió.

—El caso es que irás Vivianne, ya he confirmado tu lugar.

La joven configuró una sonrisa en sus labios, desde ese momento estaba sufriendo el evento. Hubiera querido que Archie la salvara de alguna forma, pero estaba claro que no iría contra su propia madre, sin mencionar que no tenía nada de malo que quisiera incluirla en la sociedad de damas, por muy terrible que se escuchara.

—Gracias duquesa, estaré encantada de acompañarla.

Acabado el desayuno, los familiares comenzaron a dispersarse hacia sus propias obligaciones y así lo hizo la nueva pareja y la hermana de la futura duquesa, quien no se abstuvo de tratar de robar la atención durante todo el camino hacia la iglesia.

Vivianne se mantuvo al margen, acostumbrada a que Beatriz fuera de esa manera, aceptando el hecho de que sería opacada por ella y, de hecho, se sentía cómoda con que fuera así. Jamás fue de las que apreciara ser el centro de atención, en su momento, lo que más gustó hacer fue observar a las personas con lujo de detalle. Cuando perdió la vista, aprendió a hacerlo de formas diferentes, pero seguía prefiriendo el silencio a una vaga conversación que la hiciera ver tan simple y tonta como a su hermana.

—Detengámonos aquí —pidió Archie de pronto.

—¿Qué? ¿Por qué? —Anne giró la cabeza—. ¿Llegamos a la iglesia? Creo que se está haciendo tarde.

—Será por unos momentos, sólo quiero recoger algo.

Anne no protestó más y siguió a su esposo y hermana al interior.

—Buenos días, señor Harper.

—¡Oh! ¡Mi Lord Pemberton! —se adelantó y tomó la mano del lord, estrechándola continuamente y sin soltarla—. Es un gusto, un enorme gusto. Todo está listo, justo como lo quiso, todo perfecto.

La alegría del hombre provocó que ambas damas fruncieran el ceño profusamente. Para Vivianne, el timbre de voz era irritante y agudo, pero Beatriz tenía la imagen completa y no había conocido hombrecillo más patético que el que tenía enfrente: con ese bigote extraño, los ojos saltones y nariz que parecía más una patata.

—Perfecto, señor Harper —Archie apartó su mano lentamente y de forma cordial—. Enséñeme el resultado.

—¡Claro, por supuesto!

El hombrecillo echó una carrera y regresó en lo que parecieron segundos. Anne estaba impresionada, el hombre podría correr en las olimpiadas sin ningún problema.

—¡Mire, mire mi obra de arte! ¿No le encanta y le fascina?

—¡Dios mío! —Beatriz se llevó una mano a los labios.

—¿Qué pasa? —se quejó Anne—. ¿Alguien puede decirme?

Los ojos azules de Archie recorrieron con ojo crítico la joya frente a él, esperando que no tuviera que regresarlo por algún ínfimo detalle

que no le gustara. Si algo se sabía de Archivald Pemberton, era que le gustaba la perfección, actuaba de esa manera en su diario vivir y no permitiría otra cosa.

Cuando hizo el encargo para su esposa, no se limitó en los detalles que quería y esperaba que se hubiesen cumplido al pie de la letra. El señor Harper comenzaba a sudar frío mientras mantenía la cajita abierta frente al caballero. No entendía la razón de ser tan minucioso cuando era obvio que su esposa jamás podría ver el hermoso ejemplar que lord Pemberton había adquirido para ella.

—Creo que es perfecto, señor Harper.

—¡Oh, lo sabía, lo sabía! —dijo alegre y aliviado.

—Archivald, ¿puedes decirme lo que todos ven?

—En un momento lo haré.

Archie fue hacia la espalda de su esposa y deshizo el nudo del destrozado listón que mantenía sujeta la cruz de su esposa.

—¿Qué haces? —ella presionó el artefacto contra su pecho para que éste no se cayera—. ¿Archie?

—He comprado algo para ti.

—¿Algo?

—En un momento podrás sentirlo por ti misma, después podré describírtelo, si es lo que quieres.

—Me gustaría que lo hicieras.

Archie estiró la mano hacia el señor Harper para tomar de la caja la hermosa cruz de piedras preciosas que había mandado hacer casi desde el momento en el que se percató que su esposa tenía fascinación por la suya, aunque ésta estuviera ya bastante malgastada y se notara que jamás había sido remplazada por otra mejor.

La joven se llevó una mano hacia el pecho y tocó suavemente los bordes que formaban la figura de una cruz, sonrió dulcemente, el contacto frío contra su piel hablaba de la fineza de los elementos, las piedras que sobresalían tenían ángulos refinados, era de un tamaño considerable, bastante visible como el pasado, aunque seguramente sería mucho más hermoso.

—No tengo idea de cómo es —se volvió hacia él—, pero no necesito que me lo describas, ya me encanta.

Sin dudarlo ni un segundo, la joven se echó a los brazos de su esposo y lo besó dulcemente en los labios. Apenas sería un toque, pero para ellos era lo más lejos que habían llegado desde que el padre les indicó que lo hicieran frente al altar. Archivald sonrió y permitió el desplante de su esposa, mirando al avergonzado vendedor.

—Creo que has hecho un buen trabajo, Harper, te espera una buena recompensa —intentó remediar la vergüenza que pasó.

—Gracias, mi lord, me alegra que a su esposa le gustara.

Durante el resto del camino, la conversación volvió a girar en

torno a Beatriz, pero la atención de Archie estaba fija en su esposa y en la forma delicada y alegre con la que acariciaba la joya que ahora yacía contra su pecho. Anne levantó la cabeza cuando se supo objeto de la mirada de su esposo. A veces no sabía cómo era que se daba cuenta de esas cosas, pero su cuerpo se lo indicaba y con la reacción corporal de la persona a su lado, podía darse cuenta si se equivocaba.

—Parece que he acertado, ¿en serio te ha gustado tanto?

—Me fascina. Fue muy dulce de tu parte remplazar el pasado, me has dejado más que impresionada y… te lo agradezco mucho.

—Bueno, tampoco era tan difícil, nunca te quitabas el anterior.

—Y ahora nunca me quitaré éste —colocó su palma sobre la joya —, nadie me había dado algo tan hermoso en toda mi vida.

Sus palabras lograron enternecerlo. Para él, su mujer merecía eso y más, no podía creer que algo que para él era tan simple, fuera recibido por ella con tanto entusiasmo; esa actitud lo alentaba para llenarla de regalos, de dicha y situaciones que la hicieran sumamente feliz para el resto de su vida.

Llegaron a la iglesia caminando, siendo vistos por cuanto pasaba por el lugar. Se sabía que las tres personas que iban a la ceremonia habían presenciado el evento catastrófico y los juzgaron para bien, incluso se acercaron a preguntar por su salud y la del resto de su familia. La buena voluntad de Vivianne sirvió para realzar el nombre de los Pemberton, eso seguro agradaría al duque y padre del heredero quien no podía sentirse más orgulloso.

El servicio fue triste, como era de esperarse, pero la pareja Pemberton se mostró entera al momento de escuchar los sermones. Incluso se podía ver al heredero dando despliegues cariñosos a su muy entristecida mujer, quien de vez en cuando derramaba lágrimas y sonreía cuando él buscaba consolarla.

Tal parecía que la relación entre ellos comenzaba a prosperar.

Archivald remplazó a Nancy en la tarea de dirigir a su esposa, entrelazando sus manos para llevarla hasta la salida. Era su propósito volver a su casa lo antes posible, pero se vio retenido por los dolientes, pero más que nada, fue la presencia de aquel hombre con cigarro en mano y sombrero en la cabeza. Tenía una apariencia grave y ropas de calidad, aunque pasadas de la moda actual. Era notorio que en algún momento disfrutó del poder adquisitivo para mostrar su poderío, pero ya no más, seguramente había perdido su fortuna.

—Me alegra al fin encontrarlo, lord Pemberton.

Aquella voz tensó a Anne, provocando que detuviera su andar. Esa fue la clave que Archie necesitaba para saber que aquel hombre era el padre de su esposa, aquel al cual ella parecía odiar y, considerando el hecho de que la encerró desde su juventud, se entendía que el sentimiento era mutuo.

—Señor Ferreira. —Archie adelantó la mano—. Es un gusto conocerlo al fin. Mi padre recibió la invitación, espero que hayan acordado el lugar donde se citarán.

—Por supuesto. Pero sabía que mi hija, siendo tan noble, estaría aquí, en el servicio de las personas desafortunadas que murieron bajo el ataque de la galería de los Hamilton.

—No era su galería —apuntó Archie—. Mi prima exponía ahí.

—Claro, claro —sonrió—. La gente de Londres dice lo que quiere, procuraré no escuchar más rumores.

Fue en ese momento que Archie comprendió que el hombre se encontraba fascinado con el hecho de que los Hamilton se mostraran perjudicados con el tema. La sospecha creció en su interior y temió el tener que extender la invitación para que ese hombre se quedara en su casa, como era debido al ser el padre de su esposa.

—Es normal que la conmoción logre cierto desapego de la realidad, pero los Hamilton son buenas personas, lo comprobará usted mismo, ya que mis primas se hospedan con nosotros.

—Será un gran placer estar en presencia de semejantes personas. —El hombre dirigió su atención hacia la mujer que permanecía de pie junto al caballero—. Hija, pensaba que al menos recibiría un abrazo de tu parte después de tanto tiempo sin vernos.

—Es bueno tenerlo de visita, padre.

—Se dará cuenta que una de las virtudes de mi hija es hablar poco.

—En realidad no —sonrió Archie—, se ha mostrado de lo más comunicativa conmigo y eso me alegra.

—¿En verdad?

—La verdad es que Archivald tiene cosas qué hacer, padre —interrumpió—, por lo que hemos de irnos pronto, pero Beatriz está dentro, despidiéndose de algunas personas, quizá le agrade verla.

—Por supuesto, esperaré por ella aquí mismo.

—Perfecto.

Anne prácticamente jaló el cuerpo de su marido para que siguiera caminando, no tenía intenciones de seguir en el mismo lugar en el que estuviera ese hombre. Caminó sin rumbo, con la consecuente entrega de su marido, quien apenas puso queja por su actuar. No preguntó nada, lo cual ella agradeció enormemente.

El presuroso andar de la joven los llevó hasta una de las calles más concurridas de Londres, encontrándose con el ajetreo de un día cualquiera, eventualmente el gentío provocó que Anne aligerara su paso al punto en el que parecía que estaban dando un paseo.

—¡Ey! ¡Archie! —llamaron de pronto.

—Jason —saludó el hombre—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Huyendo de una casa ajena, por supuesto —admitió sin vergüenza—. Es temprano como para que estés fuera de tu propiedad,

supongo que se debe a la dama a tu lado.

—Fuimos a la ceremonia que dieron por los caídos en la gelería —asintió Anne sin esperar invitación a hablar.

—Claro, fue terrible, en verdad terrible.

—¿Por qué no asististe? —inquirió la joven.

—Tenía algunas… cosas, que hacer.

—Ya me imagino —Archivald entrecerró los ojos.

—Eso no es lo peor, querido primo, lo peor es que me han acorralado, lo han hecho por completo.

—Piensan llevarte a las festividades de los Lauderdale.

—¿Cómo es que pareces saberlo todo?

—Me informaron de ello, temo decir que quieren que yo también asista, pero dudo poder acompañarlos en esta ocasión.

—Es mi perdición, ¿por qué a ti nadie te obliga a hacer nada que no deseas?, tengo un hijo y no resulta una salvación.

—Quizá es lo que se proponen. Salvarte.

—Y una mierda —negó—. Nadie se los pidió.

—Son familia, es lo que hacen.

—Sería reconfortante saber que asistirás.

—Como dije, dudo acudir, pero te deseo suerte.

—Suerte mis polainas.

—¿Es que no le agradan las festividades, mi lord?

El hombre volvió su atención hacia la esposa de su primo, una que no era del todo de su agrado por la última conversación que tuvo con ella. Detestaba el hecho de que lo hubiera descubierto en medio de sus mentiras, de la falsedad de su felicidad.

—No es eso, mi lady, pero cuando uno es obligado…

—Lo hacen por su bien, Vivianne, te lo aseguro.

Jason elevó las cejas y lo apuntó mientras miraba a la mujer.

—No le creas ni una palabra.

Ella rio con simpleza y sonrió dulcemente, acercándose al hombre con paso lento que fue observado con detenimiento por el esposo que fuese dejado atrás. Anne alargó la mano y tocó el rostro del primo que por un momento se alejó de la caricia que le resultaba excesiva de alguien que no conocía y que, además, era mujer de alguien más.

Lanzó una mirada inquisitiva hacia Archivald, pero este se mostraba tranquilo con el proceder, así que no hizo más que adelantarse de nuevo y permitir que las manos suaves de la joven vagaran por su rostro hasta que una palma firme se acomodó en su corazón palpitante.

—Es un hombre tan triste. Siempre logra confundirme por su voz alegre, pero es obvio que sufre, tiene un gran peso en su interior.

Ante las palabras certeras, Jason no pudo hacer otra cosa más que alejarse del toque y hacer una extraña expresión.

—De nuevo hablando de ello.

—Lo lamento, mi lord, pero quisiera ayudarlo.

—Yo… soy un hombre feliz, le he dicho que tengo un hijo que me llena y completa mi vida.

—¿Es eso cierto?

—No mentiría con nada respecto a Jackson.

—Lamento haberlo incomodado de nuevo.

—No, no. —Jason recuperó su voz tranquila y su sonrisa—. Me ha impactado todo el toqueteo y eso.

—Suelo hacerlo, lo siento —regresó junto a su esposo—. En verdad espero que vaya a ese lugar, le hará bien. A veces cuando las personas que amamos nos dan un consejo, debemos prestarnos a escuchar, no harán nada que pueda lastimarnos, eso lo sé bien.

—Sí. Bueno, en realidad también tengo prisa, he de dejarlos.

—Que tenga un buen día, lord Seymour.

Con un caminar dubitativo al principio, Jason se alejó.

—Parece que tienes como misión dejarlo anonadado.

—Mmm… lo siento mucho por él, parece un hombre bueno.

—Sí, lo es. Afortunadamente tiene una familia que no lo dejará caer en la desolación —la incitó a caminar.

—Eso es magnífico, tener a alguien que se interese de esa forma por ti —negó con una cara de fascinación—, debe sentirse genial.

—Ahora tú también formas parte de esta familia, Vivianne.

—No creo que sea lo mismo cuando es alguien de sangre.

—Cuando uno se casa, su primera familia es la que forma con su cónyuge y es la que se pone por delante de todo.

Ella levantó la cabeza hacia el frente, era obvio que no observaba nada, pero sus ojos estaban tan abiertos y sus mejillas tan encendidas, que era claro que estaba entre la vergüenza y la sorpresa.

—Sí, aunque te de vergüenza, pienso en los hijos que algún día vamos a tener —asintió Archie, divirtiéndose con la situación.

—Se está adelantando mucho, mi señor.

—¿Te parece?, yo creo que vamos a un paso muy lento.

—Es que… ¿encuentra la espera insoportable?

—No diría que es insoportable, pero prolongada. De mí se espera un varón, mi hijo heredará Richmond después de todo, cuanto antes comience a aprender a llevarlo, mucho mejor.

—Lo que quiere decir que el niño nacerá y tendrá obligaciones.

—Como todos los Pemberton.

—Mejor dicho, como usted —apretó los labios para tratar de no seguir hablando, pero al final, le fue imposible refrenarse—. Puedo notar que fue una carga muy pesada, no quiero ni imaginarme lo que significa que todos esperen perfección de tu persona.

—Es cansado de vez en cuando, pero estoy acostumbrado.

—¿Y eres feliz con ello?

Archie lo pensó detenidamente. ¿Era feliz? ¿En realidad podía decir que fue feliz en algún momento de su vida?

—Supongo que lo soy.

—Ese *supongo* es lo que me hace dudar.

—Me sé afortunado, no tengo derecho a quejarme de nada.

A pesar del lógico argumento, Vivianne sabía de muchas personas que lo tenían todo y eran inmensamente infelices, mientras que algunos que no tenían nada, disfrutaban de la vida como nadie.

—¡Archie! ¡Dios mío, Archie!

—¿Gwyneth? —el hombre la tomó de los hombros para detener su corrida hacia él—. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

—Se la han llevado, ¡no está!, se la llevaron.

—¿A quién, Gwyneth?

—¡A Brina! —gritó—. ¡Esos malditos se llevaron a mi hija!, la quieren por esa condenada *Sombra*, no tiene piedad, mi pobre niña, ha sufrido tanto y aun así no les es suficiente.

—¿Por qué querrían a una niña? ¿Cómo estás tan segura de ello?

Gwyneth encontraba esas preguntas obsoletas cuando la preocupación invadía cada uno de sus músculos.

—Publio no está, tampoco Terry —dijo presurosa—. Aine está desaparecida y ahora mi pequeña Brina…

—¡Cálmate Gwyneth! —Archie volvió a tomar los hombros de la alterada mujer—. Nos movilizaremos para encontrarla.

—Sí, sí. Eso me agrada, estábamos aquí en el parque, quizá corrió. ¡No, no!, estoy segura que se la llevaron, ya habían amenazado, lo hicieron hace días y lo cumplieron.

—No hables más del tema Gwyneth —Archie miró de un lado a otro—. Por tu bien, debes callar.

—Lo sé, lo sé. Pero no puedo, no puedo.

—Vamos —Anne tomó su mano—. En este estado no sirves de mucho, recorreremos juntas los lugares donde Brina pudo haberse escondido, ¿qué edad tiene la niña?

—No se escondería de mí, jamás lo haría, lo tiene prohibido.

Las mujeres caminaron de regreso al parque, un poco más rápido de lo normal debido a que Gwyneth no podía estarse quieta por más tiempo. Era comprensible, no era la primera vez que la niña sufría un atentado por parte de esas terribles personas y aprovecharon el mejor momento al tener a su padre y tíos lejos.

Era obvio que *La Sombra* estaba determinada, quería aniquilar a los Hamilton o, al menos, hacerlos sufrir al punto de la locura. Archie sabía la locura que se desataría cuando Publio se diera cuenta que su pequeña hija había sido tomada prisionera, de nuevo.

La cosa era, que la pequeña era, en pocas palabras, un mapa que

trazaba la forma de encontrar a *La Sombra*, al menos, en algún momento lo fue, esa persona era demasiado inteligente como para quedarse en un mismo lugar, pero estaba cerca, cada vez más cerca y Archie comenzaba a sentir que algo tenía que ver con su nueva familia, puesto que las Hamilton no irían a hospedarse a su casa por nada. Sospechaban de alguien, quizá de los Ferreira, él tampoco les tenía plena confianza, pero desconocía las pistas de los Hamilton.

Fuese lo que fuese, quería poner a su esposa a salvo, dudaba que la niña siguiera ahí y buscarla encarecidamente no tenía sentido y sólo los retrasaría. Debían regresar y planificar, seguro que, si Publio estaba lejos, habría dejado *Águilas* para vigilar a su familia, siendo el caso, estarían haciendo lo necesario para encontrar a la niña.

Aunque sabía que hacerle entender esto a Gwyneth sería imposible, quizá lo mejor fuera que diera vueltas por el parque en compañía de Vivianne, quizá de esa forma eliminaría el estrés.

Capítulo 14

Era una mala idea, esos idiotas actuaron guiados por un instinto estúpido que los llevó esos problemas, que no eran pocos, no, no eran pocos. Secuestrar a la hija de Publio Hamilton traería consigo una revolución. Era lo que quería, sí, en cierta parte, pero esto lo aceleraba y no le permitiría disfrutarlo como quería. Ansiaba disfrutarlo, pero de esta forma… ¡Maldición!, se adelantaron, se adelantaron en los planes, pero, ¿qué podía esperar de unos idiotas?, nada, esa era la respuesta.

Como fuera, no podía ponerse a lamentar en esos momentos, cuando sus hombres miraban su figura ensombrecida con miedo, esperando órdenes, aunque éstas resultaran contraproducentes para ellos. Habían querido darle una sorpresa y resultó que se equivocaron, de nuevo. La niña Hamilton había estado en los planes de La Sombra desde el principio, pero no debieron adelantarse.

Sin embargo, vieron la oportunidad y la tomaron.

—Esto es lo que se hará —dijo finalmente—. Trasladaremos a la niña a un lugar más seguro. No faltará mucho para que los Hamilton entren en acción, no será bonito, pero podemos usarlo a nuestro favor. Lo más importante es que no sospechen de nadie en la casa Pemberton, tenemos demasiado en juego en ese lugar.

—Pero, sin ayuda directa de…

—Dije que se hará de esta forma, sé lo que hago, ¿acaso crees que no lo sé?, llevo años planificando esto y ustedes no hacen más que meter la pata una y otra vez, ¿crees que eso me hace feliz?

—No. Lo siento —se inclinó ante la persona encapuchada.

—Ustedes idiotas sólo piensan en los beneficios que pueden obtener con mi cabeza, pero si se adelantan a lo que les digo, pasa esto, no podemos actuar impulsivamente, es lo que buscan, ese desgraciado de Thomas Hamilton estará dando brincos porque pensará que es un error de mi parte, que lo es, es un maldito error tener subordinados idiotas.

—Era fácil, la niña estaba ahí y simplemente...

—¡No hables! ¿Quién demonios te dio permiso de hablar?

—Lo lamento, lo lamento —el hombre se lanzó al suelo y suplicó, como si en ese mismo instante pudiesen quitarle la vida.

—¡Levántate! —La Sombra lo pateó un poco—. No voy a matarte.

La sombra caminó por el lugar, su larga capa ondeando con cada poderosa pisada. Parecía una pantera negra, peligrosa, sigilosa y enjaulada después de haber disfrutado por mucho tiempo de su libertad sin condiciones. El ser más inteligente del lugar se encontraba en medio de una encrucijada, pero esta le duró apenas unos momentos, porque entonces

formó algo parecido a una sonrisa y sus ojos perversos se iluminaron lentamente.

—Necesito ver a la niña.

—¿Usted en persona?

—Sí, yo en persona.

—Pero… podría identificar algo característico en usted.

—No lo hará, llevo demasiado tiempo oculto entre las sombras, formo parte de ellas. Me mantendré lejos de su visión y en cuanto a la voz… habrá eco, fingiré como siempre lo hago

—La niña es condenadamente lista, en serio lo es.

—Ya sé que lo es, en primer lugar, yo fui quien se dio cuenta.

—Pero es peligroso, no debería…

—¡Está bien! —La Sombra se mostró frustrada—. Con un demonio. Llévenla a la fortaleza de Downshire Hill, ahí veré que hacer. Traten de no cometer más idioteces, manténganse ocultos.

—No haremos nada fuera de sus órdenes.

La Sombra estuvo por salir, cuando de pronto regresó sobre sus pasos y alzó una mano en dirección a los hombres.

—No quiero que le toque ni un pelo a esa niña, si me entero de algo, juro por mi maldita vida que los mataré de las formas más horripilantes que se puedan imaginar y el demonio sabe que digo la verdad. Escrúpulos no tengo y empatía por ustedes tampoco.

La Sombra salió de uno de sus refugios en medio de la noche, como gustaba hacer, entre menos gente hubiera y menos luz, mejor para que su presencia pasara desapercibida.

Sonrió.

Ahora resultaba que tenía un buen plan con respecto a esa pequeña niña que por casualidad había caído en sus manos.

∞

Gwyneth era incapaz de mantener sus nervios a raya. A pesar de que su esposo llegó y el resto de sus familiares volvieron con él, nada le aseguraba que su hija se encontrara en perfecto estado. Esa gente no se tentaría el corazón con una niña y Dios sabía que Brina no era de la clase de sumisa, ella se resistiría, gritaría y diría tonterías que enfurecerían a su enemigo.

Su hija había sufrido suficiente por esa gente y no quería que volviera a experimentar lo mismo, ese era su decreto. Ella por supuesto no era un *Águila*, pero eso no le impedía estar presente en la reunión que se llevó a cabo cuando se habló del rescate de su hija.

Incluso estaba Archivald y su mujer, quienes se mostraron más que cooperativos en la búsqueda, aunque para Gwyneth, todo esfuerzo estaba resultando en palabrerías sin acción.

—¡Por toda la ciencia! —gritó de pronto, interrumpiendo la

conversación—. ¡Qué es lo que se va a hacer! ¡Si saben los posibles lugares donde puede estar, entonces, tenemos que ir ya!

—Calma, Gwyneth, calma —trató Aine, a sabiendas de que, si fuera su propio hijo, estaría en las mismas condiciones—. Este caso es más grave de lo que piensas.

—¿Más grave? —rio con incredulidad—. Mi hija está allá afuera, sola, con un grupo de maleantes que la torturó desde temprana edad para que se aprendiera de memoria un estúpido mensaje. ¿Grave?, no me hables de cosas más graves.

Aine regresó una mirada hacia su hermano Publio, quién simplemente asintió y se acercó a su esposa.

—Te daré algo para los nervios.

—No. No quiero que me drogues, jamás te perdonaría.

—Estaría firmando mi sentencia de muerte —dijo negando con la cabeza—. Te acompañaré a la cocina por un té, eso es todo.

—Necesito tu cabeza aquí. Tengo a un conjunto de mentes brillantes en esta habitación y no considero coherente que a nadie se le ocurra qué hacer.

—Publio.

La voz del padre fue lo suficientemente grave y puntual como para que el resto de la familia le pusiera atención. Era una orden y todos lo sabían, hasta Gwyneth, quien bajó la cabeza y siguió a su marido sin dar más protestas.

Anne se sintió pésima por la situación de la mujer que apenas conocía, le haría falta ayuda femenina, ninguno de esos hombres comprendería lo que era estar en una situación igual. Debía admitir que ni ella misma, pero al menos podía ayudar a calmarla.

—Iré con ella —dijo la joven—. Así lord Hamilton se quedará aquí y yo haré algo de provecho.

Gwyneth asintió, tomó a la mujer y la guío hacia la salida más cercana. Por medio de la mano temblorosa de la madre, Anne sabía que no pensaba ir directamente a la cocina, como se le había ordenado hacer, actuaría y ella no tenía autoridad alguna para negárselo, aunque podía sugerirlo.

—Lady Hamilton…

—Llámame Gwyneth, somos familia —dijo presurosa.

—Sí. Sólo quería recordarle que tiene otro hijo.

—Uno custodiado y a salvo.

—Qué necesita a su madre —le recordó.

—Lo siento Anne, pero si piensas estorbar…

—No lo haré, pero es mi deber tratar de detenerla. Además, no entiendo cómo quiere que yo la ayude.

—Fingiendo por mí, claro está.

—¿Qué es lo que tengo qué hacer?

—Dirás que me has dado el té, iremos a mi habitación, te quedarás ahí por unos momentos y luego bajarás y dirás que estoy dormida.

—Pero, Gwyneth, eso es…

—Sé lo que hago.

—Ni siquiera sabe a dónde ir, es peligroso.

—Pero mi marido lo sabrá dentro de poco, quiero escuchar.

—Aun con el conocimiento de dónde se encuentra, ¿qué podría hacer usted?, estoy segura que ellos están planificando…

—¡Sí! ¡Planificando! —dijo histérica, bajando hacia la cocina del hogar—. Pero yo quiero actuar, ellos lo harán como *Águilas,* yo lo haré como madre.

—Esto me suena a locura.

—Quizá ahora no lo sepas Anne, pero cuando una es madre, las locuras quedan cortas, estamos dispuestas a todo por nuestros hijos.

—Serán dos personas a las cuales salvar.

—Entonces, ojalá que se den prisa con ese plan, mi bebé no sufrirá esto ella sola, no más, nunca más.

—¿Es qué ha pasado antes?

La mujer asintió pesadamente.

—Fue torturada, la niña ni siquiera hablaba cuando mi esposo la rescató de ese lugar, ¿usted cree que no le harán nada?

—¡Dios mío! ¿Torturar a una niña?

—Y todo por encontrar a la dichosa *Sombra*, quien parecía estar desaparecida pero ahora parece muy presente. Nuevamente contra mi familia, otra vez atormentando a mi pequeña Brina.

—Está bien, ayudaré.

—Gracias. De alguna forma sabía que lo entenderías.

Las mujeres hicieron obvia su intromisión en la cocina para dar crédito de que estuvieron ahí, como se los habían ordenado. Subieron hasta la habitación que fuera la de Gwyneth y estuvieron ahí varios minutos, unos en los que la madre jamás se sentó, seguía dando vueltas por la habitación, de un lado a otro, impaciente.

—¿Dónde podrán tenerla? ¿Dónde?

—Si quisieran hacerle daño a su esposo, entonces estaría muerta, se jactarían de ello, al menos tenemos eso de ventaja.

—Bien, está viva. ¿Qué más?

—Desean hacer lo mismo que la vez pasada, quieren mandarle un mensaje a su marido por medio de la niña.

—Sí, sí. Eso es evidente.

—Entonces, tendrás que recorrer los supuestos lugares que han mencionado como posibles prisiones de *La Sombra*.

—Son más de tres.

—Necesitarás ayuda que no provenga de una ciega.

—Grace le dirá a Terry si se lo cuento —la descartó—, Aine jamás

estará de acuerdo, a Kayla le dará miedo.

—Está claro que los Hamilton no son tu opción, ¿tienes a alguien más? ¿Alguien igual de atrevida?

Gwyneth apretó los ojos, como si temiera su respuesta.

—Tengo a dos.

—¿Quiénes?

—Sophia y Ashlyn.

—Seguro que la hermana de Archivald te ayudará, pero, ¿quién es la otra qué mencionas?

—Está loca, es todo lo que necesitas saber. Ella conoce todos esos sitios, de eso seguro, solía jugar cartas con maleantes.

—¿Por qué? —Anne se escandalizó.

—Te dije que estaba loca, siempre ha dado dolores de cabeza, sobre todo a su hermano Adrien.

—Entonces, contactémoslas primero a ellas.

—Sí.

El cuerpo de Gwyneth temblaba al momento de sacar el papel y la tinta que necesitaba para escribir las notas. No podía dejar de pensar en lo afortunado que sería que Anne pudiese ver, tenía una mente ágil, sobre todo en situaciones apremiantes como aquella, era una lástima, pero al menos le había dado un plan.

—Cítalas en un punto medio, no les digas la razón o podrían hablar, tal vez saben sobre tu hija, pero dudo que sospechen que quieres hacer algo por tu cuenta.

—Soy de la clase miedosa, así que tienes razón.

Las notas fueron rápidamente escritas y enviadas con una doncella de la completa confianza de la futura marquesa de Sutherland. No podía esperar por una respuesta, puesto que no la pedía, tan sólo le quedaba esperar que acudieran a su cita.

Anne tuvo que quedarse atrás, escuchando cómo la puerta se cerraba detrás de una madre preocupada y seguramente revestida para la ocasión que enfrentaría. Estaba loca. Pero de alguna forma, Anne sabía que esa mujer tenía la certeza de que su marido acudiría a ella para salvarla, que haría todo en su poder por traerlas de regreso, porque no amaba sólo a su hija, sino que adoraba a la madre de la misma, aquella que le dio otro hijo.

Sin pensarlo, se llevó una mano hacia su vientre plano. ¿Archivald haría lo mismo por ella?, quizá sí, aunque dudaba que fuera por los mismos motivos por los que lo haría Lord Hamilton. Archivald lo haría es lo que debe ser, porque ella era su “esposa”, por decirlo de alguna forma, porque la consumación no estaba hecha y eso indicaba que había manera de terminar con el matrimonio, ¿era acaso lo que quería? ¿Terminar con el matrimonio?

«Vendrás, sé qué vendrás. No lo podrás evitar y tratarás de salvar a esta niña, entonces serán míos, todos lo serán.»

No se esforzó mucho en cuanto al lugar donde tendrían a la niña, quería que la encontraran y por ello no hizo gran espaviento con ello. Dudaba que los Hamilton no lo supieran ya. Sin embargo, no habían actuado, estaban dejando pasar demasiado tiempo.

Los ojos se volvieron hacia la pequeña que yacía dormida en un mullido catre, se la había pasado llorando y gritando sin parar y al cabo de una hora, se dio por vencida y cayó en el letargo del sueño.

Era una niña sumamente inteligente, ya se lo habían dicho en el pasado, pero jamás creyó que tanto; prácticamente era una mujer encerrada en el cuerpo de una niña. No se mostraba desesperada, lloraba porque sabía que molestaba, gritaba que la salvarían, que su padre iría por ella, que las Águilas les "patearían el trasero a todos". No dejaba de ser graciosa, pero irritante.

Tomó aire y se alargó hasta tomar la caja de tabaco que tenía sobre la mesa de madera. Su trago estaba a medio beber, era el único que tomaría en la noche, puesto que esperaba estar espabilado para cuando llegaran.

No necesitaba ayuda, no requería muertes innecesarias, serían bajas que terminarían por perjudicar. Su idea era simplemente hacerse ver y desaparecer, justo cómo lo hacía siempre, como llevaba practicando desde que se colocó en ese papel.

Levantó la vista cuando de pronto escuchó un ruido fuera de lo común. Sonrió y dejó de lado su cigarro. Se acomodó sobre la incómoda silla de madera y esperó aún más, un poco más.

Si los cálculos no fallaban, alguien actuaría mucho antes de que las Águilas pudieran hacerlo, no tardarían en llegar.

La puerta se abrió de par en par de forma abrupta y repentina, dando paso a una jovencita con arma a resiste. Su mirada determinada mostraba sus intenciones de asesinar. No sería necesario, pero admiraba el valor que mostraba aquella pelirroja, quien fue la primera en poner el pie dentro de aquella casucha.

—Maldito, ¿cómo es posible que vayas contra una niña?

—Lo lamento tanto —la figura contestó con una sonrisa en la voz.

—¡Deme a mi hija! —Entró entonces la madre de la pequeña.

—¡Mami! ¡Mami! —. La niña se despertó de pronto, acercándose a los barrotes que la mantenían encerrada—. ¿Qué haces aquí? Debió venir papi por mí, tú no eres tan fuerte.

—Te sorprendería lo que una madre es capaz de hacer por sus hijos —dijo la voz fría del ser encapuchado—. No sabes hasta dónde puede llegar una persona por amor.

—Le dispararé si hace un movimiento —advirtió Ashlyn.

—No haré nada —el encapuchado levantó las manos—. Mi cometido está hecho, todas ustedes están aquí.

La puerta se cerró tras ellas, asustándolas lo suficiente como para que Ashlyn se distrajera y el encapuchado pudiera moverse a una velocidad impresionante, quitándole el arma con facilidad.

—¿Cree que una sola persona podrá retenernos?

—En realidad, no saben cuántos somos, digo, alguien debió cerrar la puerta. Además, las armas no serán necesarias.

La figura encapuchada caminó hasta la prisión de la niña y la dejó en libertad. Brina corrió directamente hacia su madre, siendo tomada en brazos a pesar de que era una pequeña bastante mayor y pesada para que la cargaran así.

—¿Cuál era su objetivo en ese caso? —inquirió Gwyneth.

—Oh, no se preocupe, están por llegar.

—¿Acaso piensa que las Águilas son tan estúpidas como para caer en su trampa? —negó Sophia—. No lo harán, es usted idiota.

—No, no. Las Águilas son pan comido ahora, lo que quiero es a La Sombra, quiero que venga en persona de una vez por todas.

Las mujeres se sorprendieron. Hasta ese momento, las tres pensaron que estaban hablando con La Sombra, pero tal parecía que en realidad era una trampa para que llegara. Significaba que seguía desaparecida y esos maleantes la buscaban con desesperación y ellas pusieron en bandeja de plata la situación.

—¿Por qué vendría por alguna de nosotras?

—¿Por ustedes? —el encapuchado dejó salir una carcajada—. A ustedes las dejaría morir sin pensarlo, no. La Sombra vendrá por esa niña, porque no soportaría la idea de que la dañaran.

—Ya antes la dañaron a causa de La Sombra.

—No, la dañamos porque sabía sobre La Sombra, pero la mocosa ha perdido el rastro y ahora la necesitamos de regreso.

—¡Es mala! ¡Mala! —acusó la niña.

—Todo de pende de lo que entiendas por maldad, mocosa. La Sombra solía estar de nuestro lado, cooperaba para hacerle la vida imposible a los Hamilton, pero de un momento a otro, se detuvo y enfocó en otras cosas, algunas que nada tenían que ver con destruir la Cofradía. Nosotros necesitamos detener la Cofradía.

—Son unos sin vergüenza todos ustedes.

—Quizá, pero sus familiares no son mejores.

—¡Qué quiere decir con eso! —gritó Sophia—. Ellos se dedican a hacer el bien, a ayudar a las personas.

—Ah sí, ayudar… claramente suena bien, pero, ¿durante cuánto tiempo dura esa supuesta "ayuda"?, ¿en lo que resuelven la misión?

Las mujeres se quedaron calladas momentáneamente.

—Siempre buscan seguir ayudando.

—Pero no lo logran todo el tiempo y el caso de La Sombra es una de esas ocasiones en las que fallaron.

—¿Quiere venganza?

—Oh, sí. Pero quiero saber quién demonios es y para eso tenía que hacer algo que provocara su presencia —el encapuchado sonrió para sus adentros—. Y acaba de llegar.

Un estrépito obligó a las mujeres a agacharse y cubrir su cuerpo para no ser víctimas de los vidrios que caían desde las ventanas hasta el suelo de madera. Gwyneth levantó la cabeza para observar cómo aquella persona entraba por la ventana rota y rodaba ágilmente sobre el suelo hasta lograr quedar de pie.

—Sabía que vendrías.

No hubo respuesta por parte del recién llegado.

La figura era de estatura mediana, usaba ropas negras que le cubrían el cuerpo entero hasta la cabeza; una horrible máscara japonesa cubría su rostro, con colmillos afilados, bordes macabros y negra, como el resto de su ropaje. Nada era destacable ni tampoco nada parecía especialmente mortífero en su cuerpo; más bien era delgado, potencializando su agilidad de la que hizo alarde, como cuando cayó por la ventana y se levantó.

La figura comenzó a caminar hacia su impostor con pasos lentos, sin prisas, pero sin dudas. Era tan intimidante que incluso las mujeres dieron un paso hacia atrás, temerosas a pesar de que era obvio que La Sombra no iba contra ellas.

El encapuchado de antes seguía sonriendo, tal parecía que estaba viviendo el sueño que tuvo desde que era un infante.

—Lo sabía, lo sabía. La Sombra. La Sombra en persona ha venido, ¡No le hice nada a la niña!, no desobedecí del todo, sólo quería conocer al ser detrás de la vestimenta negra, sólo eso.

La Sombra no habló, siguió su camino hasta él. Alargó sus manos enguantadas con pasmosa calma y las colocó sobre las mejillas del hombre, como si estuviera haciéndole una caricia antes de hacer un movimiento mortal que le quebró el cuello con un horroroso sonido que hizo gritar a las mujeres en el lugar.

La máscara Samurái se volvió hacia ellas, haciéndolas pensar que podía atacarlas en cualquier momento, sin embargo, miró a la pequeña que temblaba detrás de su madre y salió del lugar. Hubo un suspiro de alivio general, habían conocido a la némesis de las Águilas y podían asegurar que tenía la sangre fría y nada de piedad.

Capítulo 15

Vivianne llevaba sentada en aquel sillón desde hacía más de media hora. Había sido regañada no sólo por su esposo, sino por cuanto varón se le puso en frente. De hecho, desde hacía tiempo que dejó de identificar las voces y ahora era más parecido a un réquiem que a voces molestas con ella.

Sabía que obtendría problemas si las atrapaban, pero jamás creyó que Gwyneth y las chicas serían tan tontas como para contar por sí mismas su aventura y su supuesto encuentro con *La Sombra*. Por su puesto todos estallaron en cólera y Archivald no había dudado en tomarla del brazo y llevarla de esa forma hasta llegar a la casa Pemberton, subiendo las escaleras, incluso en su habitación, donde la sentó en la orilla de la cama en un completo silencio.

Por unos momentos pensó que estaba en soledad y creyó oportuno llamar a Nancy para que la ayudara a cambiar. Sin embargo, las manos frías de su marido lanzaron un escalofrío por todo su cuerpo cuando comenzó a desabrochar sus ropas.

—Fue una locura lo que hiciste, ¿lo sabes?

—Quería ayudar. Y prácticamente yo no hice nada, sólo me quedé en la habitación de lady Gwyneth.

—Haciéndonos pensar que estaba a salvo ahí.

—La idea fue de ella.

—Seguro que ella quería salir, pero algo me dice que fuiste tú quien tuvo la cabeza fría para idear el asunto.

—Piensas demasiado bien de mí.

Levantó las manos cuando le sacó la camisola, dejándola desnuda.

—Sé cómo actúas en momentos de necesidad, eres ágil y muy inteligente, mira que llamar a Sophia y a Ashlyn…

—En realidad, las sugirió Gwyneth, yo sólo acepté.

—¡Debiste decírmelo!

—Ellas lo lograron, ¿Qué no?, Brina está en casa y…

—Estuvieron frente a *La Sombra* —recalcó—, esa persona loca asesinó a un hombre a sangre fría ante los ojos de una niña.

—Pero las salvó, ¿no te parece extraño? Debe haber una razón.

—Quería que el mensaje llegara hasta mis primos y lo logró. La pequeña trae amenazas por todas partes, está asustada y seguro no podrá dormir en días, al igual que su madre y mis primas.

—¿Qué clase de amenazas?

—¿Es en lo que te enfocas?

—Es en lo que puedo ayudar, no soy la madre de esa niña.

Archivald se acercó y colocó un camisón sobre el cuerpo desnudo de su esposa. Era una mujer fría, sí. Pero perspicaz y debía admitir que, si no hubiesen actuado en ese momento, quizá la niña habría pasado a ser prisionera de la verdadera *Sombra* y eso sería un peligro.

—Seas la madre o no, deberías sentir empatía.

—Eso fue lo que tuve —se tocó el vientre plano—, por alguna razón, pensé en lo que haría yo si fuera mi hijo quien estuviera en esa situación, por eso mismo decidí ayudar.

Los ojos de Archivald bajaron hacia el acto inconsciente que hacía su esposa sobre su vientre. Fue ella quien pidió un tiempo, uno en el que tenían la esperanza de acostumbrarse el uno al otro; aunque debía admitir que no hubo mucho tiempo para hacerlo, desde el inicio del matrimonio se había desatado el caos y no había encontrado muchos momentos para pasarlos juntos.

—Bien, lo siento —se acuclilló frente a ella y colocó las manos sobre sus rodillas—. Sé que lo hiciste de buen corazón.

—Aun así, todos me regañaron —bajó la cabeza.

—Están asustados, jamás habían visto algo como *La Sombra*.

—Parece inteligente —asintió la joven.

—Lo es —aceptó el hombre.

—Seguro que la niña ya les ha pasado el mensaje de esa persona.

—Carece de sentido, ya que parece que la verdadera *Sombra* no fue quien mandó secuestrar a Brina.

—Pero puede decirles los siguientes movimientos de esos hombres —ella colocó sus manos en los hombros de su esposo.

—Puede que tengas razón —levantó la cabeza para mirarla.

Los ojos femeninos eran de un verde tan claro que parecía irreal, era imposible que el hombre no se encontrara hipnotizado por ellos a pesar de que sabía que esos ojos eran incapaces de verlo. Sus cabellos rubios caían sobre sus hombros por la posición inclinada; su rostro era iluminado ligeramente por la lámpara sobre la mesa de noche, delatando a las pecas que se salpicaban suavemente por su rostro, no creía que nadie se hubiese percatado de ellas, porque esperaba que nadie estuviera tan cerca como lo estaba él.

—¿En qué piensas? ¿Por qué te has quedado callado?

—Creo que eres muy hermosa.

—¿Lo dices porque me viste desnuda hace unos momentos? —jugueteó—. He de decir que es un alivio que le agrade mi cuerpo.

—No me refería a tu cuerpo.

—Mmm… así que ahora intenta seducirme.

—Algo así.

—¿Cómo logrará seducir a una ciega? —dijo divertida—. ¿Le digo una cosa? Usted está en desventaja, porque yo no puedo ver su hermoso rostro, por el cual todas las damas suspiran.

—Creo que has escuchado exageraciones.

—Dicen que es usted como un ángel, aunque yo nunca he visto uno, así que tampoco es gran referencia.

El hombre dejó salir una limpia carcajada justo en el momento en que Nancy entraba con lo necesario para limpiar el cuerpo de su señora con esponja y jabón. Estaban acostumbradas a llevar a cabo ese proceso en soledad, Archie siempre decidía salir de la habitación, pero en esa ocasión, se quedó y Vivianne pidió a su doncella que prosiguiera sin tomar mayor reparo en la presencia de su esposo.

—Espero que sepas lo disgustada que estará mi madre porque no asististe a su fiesta de té —Archie intentó actuar natural.

—Creo que comprenderá. Seguro encontrará otra oportunidad para llevarme con esas mujeres que planean destrozarme.

—Dudo que logren intimidarte, aunque se lo propusieran.

—Aunque no lo creas, en ocasiones ha pasado.

A pesar de que su señora no estaba desnuda, Nancy se sentía sumamente mortificada al estar exponiendo el cuerpo de Anne estando su marido presente. La doncella no dejaba de mandar miradas inquisitivas, pidiendo que detuvieran el proceso, pero la mujer hacía caso omiso y simplemente extendía extremidades sobre el balde con agua cálida que iba limpiando su cuerpo.

—Me encantaría escuchar una historia dónde hayas estado intimidada, pero por ahora preferiría seguir con el tema de la seducción, eso me resulta más interesante.

En esa ocasión, Nancy no pudo evitar ser obvia, hipando cuando escuchó tal proposición por parte del heredero de los Pemberton. Era obvio que su rostro aterrorizado iba dirigido a su señora, olvidando por completo que ella no era capaz de verla. Nancy era otra de las jóvenes que sufrió de los abusos de los bárbaros que invadieron el convento, por esa razón, encontraba repugnante las proposiciones masculinas, había jurado nunca ser tocada por un hombre de nuevo.

—Así que Archivald Pemberton quiere ceder ante el deseo o ante el deber, difícil de saber. De igual forma me encuentro complacida.

—Mi señora…

—Nancy, por favor retírate, todo está en orden.

—Pero, si lo desea, puedo colocarle un camisón más cálido, está comenzando el frío y no quisiera…

—Estaré bien Nancy —la tomó del rostro—. Te lo prometo.

—Pero… —la doncella miró hacia el hombre que elevaba una ceja de forma inquisitiva—. ¿Qué hay de lo que hablamos?

—Creo que lo comprobaré justo ahora.

—¿Y si la lastima?

—No sería la primera vez que lidiamos con algo así.

Nancy apretó los labios y asintió inconforme. Dispondría de agua

caliente y paños por si era necesario tranquilizar el dolor de su señora después de que ese hombre hiciera despliegue de su inexperiencia o sobreexcitación. Tan sólo deseaba que Anne supiera lo que hacía.

Cuando la doncella salió, fue la oportunidad de Archie para volver a acercarse a su esposa, quien terminaba de secar sus pies perfumados sobre la alfombra de su lado de la cama.

—¿Quieres hacer esto?

—La verdad es que, por una vez, me gustaría experimentarlo siendo algo consensual, que ambos lo deseemos.

—Claro —cerró los ojos—. Lo siento, olvidé por completo…

—Tampoco quiero que lo recuerdes por siempre —suspiró decaída —. No pensemos en ello, enfoquémonos en esta noche. Aunque creo que en esta ocasión será para ti, Archivald.

—Y… ¿Por qué no hacemos que sea de los dos?

Ella sonrió dulcemente y bajó la cabeza, escondiendo su sonrojo.

—Creo que eso me agradaría —asintió—. Sólo he sido tomada con brutalidad, espero que no pienses hacer lo mismo.

—Siendo honesto, pienso dejarme llevar por mis instintos —se acercó a ella—, pero no es mi intensión tomar ni hacerte daño.

—Encontremos una forma en la que ambos disfrutemos de esto.

Archivald conocía las generalidades de lo que tenía que ser la unión, pero sabía que lo más importante era hacer sentir a su esposa tan deseosa como lo estaba él. El preludio era lo más importante para una mujer, debían sentir conexión y algo especial; eso era lo que planeaba darle a Vivianne. Aunque no fuera la primera vez que ella experimentara una unión corporal, quería que recordara por siempre esa primera vez con él y que eliminara los recuerdos anteriores.

Le tomó los pies con delicadeza y los besó, sintiendo la suavidad, la calidez e incluso los aromas que Nancy había puesto en el agua para lavarlos. Ella se estremeció un poco, pero sonrió cuando percibió las manos rugosas subir por sus pantorrillas, dedicando besos a su piel que iba siendo expuesta al apartar la tela del camisón.

—Me gusta —dijo ella—. Tus labios son suaves.

—Tu piel también lo es.

Anne levantó los brazos para que Archivald sacara el camisón con facilidad y se recostó sobre la cama, desplomándose como si no tuviera más fuerza en el cuerpo. Temblaba internamente como jamás lo había hecho, se sentía fantástico tener unas manos tan tiernas acariciando su cuerpo, era obvio que Archivald lo hacía por primera vez y la experiencia resultaba exquisita para ella.

—¿Te gusta? —preguntó nerviosa. Tenía algunas marcas de las cuales debía avergonzarse, pero no sabía qué tan horribles podían llegar a ser a la vista—. Son… me quemé un poco.

—Eres muy, muy hermosa Vivianne, de eso no dudes.

—En realidad, mi mente sólo puede pensar que soy encantadora.

—Me agrada que sea así.

—¿Me prestarías tus manos?

Vivianne estiró las manos con las palmas hacia arriba, esperando a que él las colocara encima. Cuando tuvo en su poder las manos fuertes y cálidas de su marido, se dedicó a pasearlas por su cuerpo más íntimo, mostrando una total entrega cuando su marido tocó -guiado por ella-sus senos, la cintura pequeña, sus caderas anchas hasta hacerlo tocar los sitios que todo hombre soñaba y de los cuales Archivald se abstenía por su personalidad digna y respetuosa.

—No es como si no supiera tocar a una mujer, Vivianne —se rio el hombre, permitiendo que ella siguiera paseando sus manos por su cuerpo—. Lo he imaginado en muchas ocasiones.

—Sí, pero… quería ser yo quien te guiara en esto.

—¿Quieres ser tú quien dirija?

—¿Me lo permitirías? —no pudo evitar sentirse impactada.

—Si es tu deseo —se inclinó de hombros—, lo que te haga sentir más segura con la situación, sé que es difícil después de lo que pasó.

—Pero tú eres diferente a los demás, yo lo sé.

—Apenas me conoces, Vivianne.

—He hablado con tanta gente que te admira, que te respeta y te ama, que se me hace imposible pensar que serías diferente conmigo, sobre todo cuando has hecho todo para hacerme sentir cómoda.

—En todo caso, puedes hacer todo lo que quieras, seguiré tus órdenes al pie de la letra, al final, soy inexperto en esto.

La joven sonrió con ternura. Archivald era un hombre único, no sólo no le incomodaba ser guiado por su mujer en el acto amoroso, sino que tampoco le importaba que ella no fuera impoluta. Muchos hombres habrían renegado de ella al instante de saberlo, importando poco el hecho de que ella se vio obligada a perder la virginidad, y lo hizo de forma brutal, siendo abusada reiteradas veces por maleantes que le dejaron una marca en el interior de su alma.

Cerró los ojos con fuerza, sintiendo la presión de sus párpados.

Archie era diferente a todos los hombres, lo era. Su esposo era el hombre perfecto, siempre cortés, amable, recto, dulce y cuidadoso. No había persona que desconfiara de él, así que lo mejor que podía hacer ella, era entregarse con tranquilidad, esperando que fuera el caballero a la altura de los rumores que lo rodeaban.

—Creo que lo primero será descubrir lo que te gusta.

—¿A mí? —Archie sonrió—. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo lo sabré?

—Vamos, recuéstate en la cama… dijiste qué harías lo que dijera.

La esponjosa colcha pareció desinflarse al momento en el que recibió el pesado cuerpo de Archivald. El hombre permaneció inmóvil mientras veía a su esposa buscarlo por la cama, a tientas, acercándose

a él en completa desnudez. Era un juego de seducción que no tenía en mente, pero debía admitir que no estaba nada mal. Seguro que sus primos o amigos desconocerían tales modos, porque dudaba que alguno hubiese estado con alguien como Vivianne.

—Me subiré a ti, ¿está bien?

—No tienes que pedir mi permiso Vivianne. Dije que te dejaría hacer lo que quisieras y cumpliré; no pondré ninguna queja, aunque conozca lo que tengo que hacer, me resistiré en todo momento.

—Es fácil estar contigo —se inclinó y besó su cuello.

—Me alegra que lo sientas así —ladeó el rostro para darle acceso a su piel—, algunas personas sufren mucho a mi alrededor.

—¿En verdad? —. Ella se sentó a horcajadas sobre él, pasando sus manos por la camisa abotonada—. A mí no me haces sufrir.

—Porque eres mi esposa.

—Que fortuna la mía.

Ella comenzó a desabrochar los botones de la camisa, develando poco a poco el cuerpo de su marido. Resultaba abrumador el calor que emanaba contra sus palmas frías. Era un pecho fuerte, sin bello, pero sí músculo; se entretuvo especialmente con su clavícula, disfrutando cuando colocó delicados besos en la zona.

—¿Me la quito? —inquirió Archie, incómodo con la tela.

—Sí, quítate todo lo que estorbe.

El hombre la tomó por la espalda para quedar sentado junto a ella, con su cuerpo pegado al de él mientras se deshacía del resto de sus ropas y las dejaba tiradas a un lado de la cama. La sintió colocar su palma sobre él, obligándolo a recostarse de nuevo y llenarlo de besos en todas las zonas que tuvo disponibles; desde sus brazos, hombros, cuello, rostro y hasta el torso, incluso un poco más abajo.

—Los pantalones —ordenó.

Para hacer eso, Archie tuvo que quitársela de encima, apartó la tela que ocultaba su masculinidad, resultando natural cuando ella era incapaz de verlo; sin embargo, ella tenía otras formas de conocerlo, como lo era tocándolo sin reparo alguno, obligándolo a cerrar los ojos y contener quejidos de placer.

—Archivald…

—Puedes decirme Archie —susurró enronquecido.

—Quiero besar tus labios.

Hasta ese momento, Archie no se había percatado que su esposa evitó estratégicamente esa zona. Prácticamente le había besado todo el cuerpo, pero sus labios no, era como si tuviera alguna clase de reserva con respecto a esa zona.

—¿Por qué no lo hacías?

—No lo sé, los labios son lo más íntimo que hay, cuando uno besa los labios de otra persona es porque existe algo más que sólo

atracción. En las otras ocasiones… No, ellos no me besaban.

—Entonces bésame, Vivianne, bésame todo lo que quieras.

Ella palpó con sus manos hasta delinear suavemente los labios de su esposo, era parecido a tocar un gran tesoro y cuando lo besó, Archie supo lo que era la gloria. Ella sabía besar, así como sabía hacer todo lo demás. Sus ansias aumentaban y estaba al límite de la cordura. Sin embargo, ella no había hecho ningún movimiento que indicara que era el momento de su unión, así que no dijo nada y disfrutó del resto de sus caricias con el autocontrol del que se jactó toda su vida y que Vivianne admiraba en ese momento.

—Estoy lista —dijo a su oído, besándolo después.

—¿Quieres que yo…?

—No. Quiero hacerlo yo —dijo segura—. Desde mi posición, a mi propio ritmo, ¿te molesta?

—Te había dicho que no, así que hazlo a tu manera.

—Y si… ¿Si me da miedo y quiero parar?

—Lo haremos, tú tienes el control.

Ella sonrió.

—A veces me duele tanto no poder verte Archie, me imagino que eres el hombre perfecto, que a tu lado no soy nadie… Me gustas.

—Lo eres todo Vivianne, a mí también me gustas.

—¿Por qué no me dices Anne, como todos los demás?

—No lo sé —se inclinó de hombros, tomándola de la cintura para pegarla a su cuerpo—, porque no quiero ser igual que los demás.

Lo decidió en ese momento, se uniría a ese hombre perfecto, fue ella quien hizo todos los movimientos para estar unida a él y se sintió feliz y completa por primera vez desde aquel horror que tuvo que vivir junto con otras muchas chicas. Nada la hacía especial a las demás; pero en ese momento, sí que se sentía especial, lo era, Archie logró hacerla sentir de esa manera.

A pesar de que era un hombre inexperto y la euforia pudo con él, Vivianne no se arrepentía de nada. Mejorarían con el tiempo, había sido magnifico, aunque no perfecto, pero no podía imaginar lo que sería una vez que él tomara experiencia.

El hecho era que, el saberlo suyo, nada más de ella, la hacía sentir especial, ella no había sido únicamente de él, pero invertir la situación tampoco estaba nada mal.

—Creo que no fue lo que esperabas, lo siento.

Archie recuperaba el aliento, pero se las arregló para hablar.

—No —Anne se acercó a él—. Fue más de lo que esperaba.

—Pero…

—En serio Archie, jamás me había sentido más feliz que en este momento en tus brazos. El acto como tal no importa, pero esto —lo abrazó—, esta protección que me transmites y lo que me hiciste sentir

mientras estábamos juntos… eso no tiene comparación.

—No puedo dejar de sentirme un poco avergonzado.

—Es lo último que quiero, soy feliz, nunca lo había sido tanto.

—Bien, mejoraré, lo prometo.

—Oh, créeme, fue grandioso, pero practicaremos por si las dudas.

—¿Quieres que te abrace?

—Sí, quiero que lo hagas, quiero sentir que me quieres, que soy tuya a pesar de que sabes lo que pasó.

—Nada que haya ocurrido en el pasado me importa, Vivianne.

—¿Puedes ser más perfecto?

Archie dejó salir una carcajada.

—Si mejoro un poco en esto, puede que lo sea.

Fue el turno de la muchacha de dejar salir una sonora carcajada, se acurrucó contra él y se dijo a sí misma que no había mejor día que ese, en el que Archie se mostraba tan tranquilo, tan humilde con el tema, sin preocuparse por su hombría o porque ella supiera más que él sobre temas de cama, aunque fuera por razones no tan divertidas.

Tenía miedo.

Corría un gran peligro de enamorarse perdidamente del hombre que la abrazaba y llenaba de besos su cuerpo después de hacerle el amor. Y le decía peligro porque sabía perfectamente que Archivald no se enamoraría de ella, no, él sólo era cortés y amable, trataba de hacerla sentir especial, era correcto en todo su actuar, incluso en el que tenía que ver con la cama.

Anne se giró para quedar frente a él. Sentía su respiración cayendo en su rostro, el olor de su cuerpo resultaba embriagador, atrayente. Ella se adelantó a besar el pecho descubierto que subía y bajaba con la tranquilidad de los sueños y dejó su mano ahí.

¿Podría llegar a amarla?

Quizá era una ilusión que debía olvidar y agradecer el hecho de que le hiciera el amor. Debía estar feliz por tener sus atenciones y amabilidad, no debía soñar con nada más, no podía exigirle algo más, aunque dudaba que su cabeza lo aceptara, porque ella era orgullosa y jamás había pensado menos de sí misma.

Capítulo 16

Despertó sintiéndose renovada, su cuerpo se sentía exquisitamente aletargado. Fue una noche maravillosa y tal parecía que todo a su alrededor opinaba lo mismo, puesto que era muy capaz de oír a los pajarillos cantando, el calor del sol entrando por las ventanas y el olor dulzón que por alguna razón siempre envolvía la habitación. Estiró un brazo, en busca de la persona que durmió a su lado y provocó tal felicidad, sintiendo una extraña opresión en su corazón cuando no encontró nada más que un recuerdo de lo que fue y parecía ya no existir.

¿Acaso la ternura existió? ¿Fue sólo un sueño cruel que inventó su cabeza? O más importante aún, ¿su corazón?

Su cerebro se debatía constantemente entre la fuerza que la caracterizaba y el extraño sentir de añorar a un hombre que era naturalmente frío. ¿Debía sentirse mal por estar con alguien que era en practicidad igual que ella? ¿Estaba mal anhelar algo más?

De momento, era algo que no sabía.

Lo único que podía hacer era levantarse de esa cama y proseguir con su día, como lo haría siempre desde que se supo sola en la vida. Nancy no tardaría en llegar y no había tiempo para sentimentalismos, no había tiempo para nada más que no fueran sus ocupaciones, unas que ella misma se había marcado.

Para cuando Nancy llegó, había hecho la mayor parte del trabajo en cuanto a su arreglo personal, era incapaz de escoger su propia ropa y peinarse, pero en lo demás, era bastante eficiente y su doncella personal y amiga lo sabía a la perfección. Su amiga no dijo palabra cuando comenzó a cambiar las sábanas, aunque no había necesidad, puesto que no había ninguna mancha de pureza, pero era una táctica aceptable, puesto que esa debía ser su primera noche y como tal, debió manchar la cama como toda mujer virginal.

—Dejaré las cosas sobre la cama Anne, me ocuparé de las sábanas para que la duquesa no enloquezca con el tema.

—Te lo agradezco.

—¿Estás bien?

—Perfecta.

—Sabes que los hombres son así Anne, no debes…

—Necesito lo que ya sabes.

Nancy cerró los labios. Los apretó con tanta fuerza que incluso perdieron color. Sin embargo, tomó las sábanas y salió de la habitación, dejando en soledad a la mujer a la cual servía.

Por su parte, Anne se acercó hasta la cama y tocó la tela de su vestido, era sencillo, lo que necesitaba para ir a la iglesia por las mañanas. Siguió palpando hasta que encontró el collar que fuera regalo de su marido y lo acarició como si de pronto pudiese sentirlo a él. Archie tenía las manos tan frías como la joya misma.

Se colocó las ropas con presura ensayada, dejando el collar al último, asegurándolo en su cuello y acariciándolo cuando estuvo en su pecho. Ahora podía decir que era la mujer de ese hombre, así como ese hombre era de ella, nadie lo pondría en duda nunca más, ni su propia cabeza podría negarlo, mucho menos su cuerpo.

Abrió la puerta de su recámara y logró llegar hasta las escaleras gracias a que había memorizado los pasillos. Bajó con ayuda del barandal, escuchando el murmullo proveniente del comedor. Las Hamilton estaban en casa, al menos, las que hospedaban desde el día que llegaron. Reconocía la voz firme de Aine y la tranquila de Kayla. También estaba la duquesa, que era imposible de ignorar, al igual que su hijo menor, Malcome.

Era normal que el padre y su hijo mayor se mantuvieran callados durante el desayuno, por lo que no podía saber si estaban ahí o no. Aunque lo más probable era que sí.

Los Ferreira estaban también, solían entablar conversaciones más que nada con la duquesa o con el hijo menor de los Pemberton, quienes fueran los que les hacían el placer, aunque en esa ocasión, una voz nueva se hacía escuchar, más bien, resonar: era la voz de su padre, aquel que hubiera querido evitar por siempre.

Así que, aprovechando su usual ayuno mañanero, decidió saltarse el pequeño ritual en el que acompañaba a la familia bebiendo un jugo de naranja y tomó camino hacia la salida, siendo interceptada por su fiel Nancy, quien le tendió un vaso que ella empinó sin cuestionar y después, ambas planearon ir juntas a la iglesia.

—¿No piensas avisar? —inquirió la joven doncella.

—Sabrán a dónde he ido.

—De todas formas, dejaré el informe, si no te molesta.

—No, de hecho, te lo agradecería.

Anne esperó junto a la carroza mientras su amiga informaba fugazmente a uno de los mayordomos que se paseaba por el lugar. Cuando tuvo la mano de su confiable Nancy entre las suyas, ambas subieron a al coche y se acomodaron para partir.

Pasaron un agradable trayecto en el cual Nancy hacía la labor de describir a su amiga lo que veía por la ventana. Aunque Anne intentara prestarle atención, las palabras de su amiga no eran comparables con las apasionadas y llenas de detalles que Archie le brindaba cuando estaban juntos; simplemente echaba de menos la voz de su marido, sus modos, su toque, su sincera preocupación.

Suspiró.

Pero no estaba, de hecho, se había ido lo más pronto que pudo.

Nancy la ayudó a bajar del carro y la dirigió hacia la iglesia, donde los adeptos entraban en sus trajes elegantes. No todos iban a diario, como lo hacía Vivianne, pero había gente que, por mero placer, pasaba por el centro del Dios cristiano, en ocasiones, las mujeres se juntaban ahí para después ir a desayunar en un perfecto espectáculo de damas de alta sociedad.

—Te noto distinta esta mañana.

—No lo sé, quizá estoy un poco distinta.

—Sé que te acostaste con él anoche, ¿estuvo tan mal?

—Para nada.

—¿Entonces?

—No lo sé, lo sentí… diferente.

—¿Diferente? —Nancy se encontraba perdida.

—Sí. Él fue… diferente.

—Eso quiere decir que te gustó.

—Me gustó.

—Vaya, vaya. A la linda niñita le gustó tener sexo con su marido que, al parecer, gusta de las mujeres y no lo que pensábamos.

—Créeme, gusta de las mujeres.

—¿Y era bueno?

Vivianne lo pensó por un momento.

—No se trató de eso.

—¿De qué se trata entonces?

La joven negó con rotundidad, subiendo los escalones que la llevarían hacia la iglesia.

—No es lugar para hablar de esto.

—Claro. Buena forma de escaparte.

Para esos momentos, Vivianne tenía una banca predilecta y gracias a su incapacidad, las personas la respetaban y jamás la ocupaban. Sin embargo, en esa ocasión, alguien estaba sentado ahí, con el rostro relajado, viendo hacia el altar en espera de que comenzara la misa matutina, la primera misa del día.

Nancy se vio en la necesidad de detenerse en seco, ocasionando que Vivianne le mostrara su ceño fruncido antes de jalarla un poco para que terminaran de recorrer el pasillo hacia su lugar.

—No imaginas quién está a aquí.

—Si me dices que mi padre, podemos dar media vuelta ahora.

—No es tu padre.

No hubo más información, Nancy simplemente la llevó hasta la banca y la sentó, pero ella no ocupó el lugar a su lado, como lo haría siempre, sino que se sentó atrás, con una sonrisa de lado a lado.

—¿Nancy? —rebuscó Anne al no sentirla cerca.

—Creo que encontró pertinente que te sentaras con tu esposo.

—¡Archivald!

—No grites —dijo sonriente—, estás en una iglesia.

—¿Qué haces aquí?

Era difícil para ella ocultar su felicidad.

—Sabía que vendrías aquí, así que quise encontrarme contigo.

—Pensé que estarías desayunando con los demás.

—Así que ni siquiera te diste el tiempo de ir a informarme —comprendió—. ¿Tratabas de escapar de mí?

—Creí que tú lo hacías.

—Para nada. Salí temprano por negocios y después vine aquí.

—Pensé… que te arrepentías de lo que pasó.

—Jamás me arrepentiría, por no decir que me pareció fascinante.

—¿No más celibato?

—Por Dios, no. Creo que mi mujer tiene mucho qué enseñarme.

—Esa mujer debe ser una sinvergüenza.

—Quizá me gustan las sinvergüenzas.

La sonrisa de Anne creció en sus labios.

—No debes hablar de esto durante el día, menos aquí.

—¿Qué dices? Vengo a dar testimonio de que al fin eres mi esposa, es lo que se debe hacer.

—En la época de las cavernas quizá, pero ahora es suficiente con que nosotros sepamos lo que sucedió.

—Vaya que lo sabemos.

—¡Archie!

—Sshh, el padre va a empezar a hablar.

Apenas pudo poner atención a las palabras que el padre decía. Su marido se dedicó a hacerle la misa insufrible: la hacía reír o sonrojar, le decía comentarios fuera de tono y parecía disfrutar el hecho de que los creyentes a sus alrededores se dieran cuenta de su felicidad.

—¿Qué te parece ir a desayunar? —inquirió al salir.

—Me parece bien —aceptó—. Aunque tu madre mandó decirme desde ayer que no podré librarme del té, parece que organizó uno en la casa para que no tuviera escapatoria.

—Lamento oír eso. Por otra parte, tenemos un poco de suerte, la mayor parte de la sociedad partió a las festividades de los Lauderdale, por lo que entrar a Le Rouse no nos será tan difícil.

—¿Esa festividad no es a dónde querían llevar a tu primo Jason?

—Precisamente —asintió—. Por eso mismo Londres está solo y nosotros podremos entrar a Le Rouse con facilidad.

—Oh, es ese restaurante de moda, ¿cierto?

—Es de una prima y su marido —aceptó—, aun así, es complicado encontrar un lugar.

—Tal parece que tienen conquistado medio Londres.

—Los Bermont somos como la mala hierba, somos muchos, crecemos en todas partes y nos regamos por muchas más.

—¿Qué ha pasado con Nancy?

—Regresó a casa, supongo. Ya no la vi al salir.

—Espero que no se sintiera mal.

—Lo dudo, estaba más que feliz cuando la vi ir a comulgar.

—Seguro que sí.

El parque por el que caminaban para llegar a Le Rouse era conocido por ser el lugar de paseo de las futuras parejas o las ya establecidas. El que Archivald llevara ahí a su esposa era una forma bastante obvia de querer hacer notar lo feliz que estaba con ella y lo mucho que le molestaba que murmuraran acerca de su condición.

Teniendo ella esa discapacidad, las personas no se limitaban a apuntar o murmullar abiertamente, pero Anne lograba sentirlo de todas formas y era dada a ir directamente hacia los grupos que la criticaban para decirles a la cara algo como: “sí, soy ciega, ¿Cuál es su excusa para su estupidez?

—Parece que te divierte más de lo que debería el ser ciega.

—Uno saca sus ventajas.

—¿Cómo es que sabes cuándo están hablando de ti?

—Vas aprendiendo cosas, desde identificar las formas de caminar hasta los sentimientos que te dirigen con la mirada. Es extraño, lo sé.

—¿Sentimientos?

—Emociones, malas intenciones, todo, aunque a veces me puedo equivocar, como cualquier persona.

—¿Y qué sientes al estar junto a mí?

—Que me quieres llevar a la cama —sonrió alegre—, pero no se puede y justo ahora vamos a desayunar, ¿qué no?

—En verdad que puedes sentirlo, es asombroso.

—¿No será que es usted muy obvio? ¿Quizá muy descarado?

—Tal vez.

Entraron al restaurante atiborrado de personas que nuevamente volvieron la vista, en esa ocasión, la pareja no hizo mucho caso; aceptaron la mesa que el mesero les presentó y comenzaron con un desayuno en el cual Anne sintió por primera vez que estaba comunicándose con su marido.

Fue entonces cuando se enteró lo que significaba ser botánico, lo mucho que Archivald disfrutaba del jardín y ayudar a las personas a tener mejores cosechas. Era su pasión todo aquello que tuviera vida y Anne podía decir que oírlo hablar era comparable a lo que ella recordaba como luz.

Su corazón se sintió pleno y por mucho tiempo no habló, solo escuchó, porque incluso su voz era algo que parecía extraordinario, porque Archivald Pemberton no era hombre de hablar, era raro oírlo

expresarse con tal fluidez y animosidad, atrayendo, por supuesto, a una intrusa que quitó la sonrisa de los labios de Anne Ferreira.

—¡Archivald! ¡Oh! ¡Hace tanto que no te veo!

Los ojos del hombre fueron a parar en la figura robusta de su amiga Tracy, quien parecía estar bien a pesar de que fue una de las personas que sufrieron heridas el día de la galería.

—Me alegra verte tan bien, Tracy —saludó el hombre.

—Se lo debo sólo a usted. —La mujer dirigió su mirada hacia Anne, quien parecía más que disgustada con su presencia—. Lamento interrumpir, no debí llegar si una anunciación.

—No hay problema —contestó Anne, dándose cuenta hasta ese momento que su rostro la delataba—. ¿Gusta sentarse con nosotros?

—Oh, no. Ya he terminado, era mi intensión saludar y agradecer a su esposo, lady Pemberton, eso era todo.

—Por supuesto, Archivald, es todo un héroe.

El rubio ladeó una sonrisa divertida y se estiró hasta tomar la mano que su esposa descansaba sobre la mesa.

—Me da gusto que estés bien Tracy, supongo que acudirás a la fiesta de té que mi madre organizó en la casa.

—¡Por supuesto! La presentación de una dama casada es un acontecimiento que no puedo perderme.

—¿Presentación de qué? —inquirió Anne.

—¡Es que no lo sabes! —Tracy se llevó una mano a los labios con modestia—. La fiesta que la duquesa ha organizado en tu honor es para presentarte como su nuera, es algo importante, muy importante.

—Yo… —Anne se mostró frustrada— no tenía ni idea.

—No debes preocuparte, no te preocupes —insistió Tracy—, lo harás bien, es sólo una fiesta de té, nada más y nada menos.

—Pero yo no sé sus costumbres.

—Tranquila, no te dejaré sola en ningún momento, seré el poste que necesitas para no caer —aseguró, feliz con su importancia—, nadie te tratará mal mientras estés bajo mi ala, eso te lo prometo.

—Entonces me quedaré tranquilo —le sonrió Archivald—. Te lo agradecería mucho Tracy, ya sabes cómo pueden ser esas mujeres.

—Sí —Tracy se sonrojó—, sabes que somos amigos y, por ende, también lo soy de tu esposa. Bueno, tengo que irme, hay mucho qué hacer, nos veremos en un rato de todas formas, ¡Adiós!

Vivianne no pudo evitar sonreír divertida. Sin dudas era una mujer interesante, dulce y un poco atrabancada. Dejando de lado que estaba enamorada de su esposo, era una chica agradable.

—Ella es todo un personaje, ¿Cómo se hicieron amigos?

—Digamos que… no tuve opción.

—Sí, eso me parece.

—Pero es realmente amigable, dale una oportunidad.

—Oh, lo haré, ha prometido protegerme.

—Mi madre no es un monstruo —se rio Archie.

—No es lo que dice Sophia —le hizo notar.

—Claro, ellas tienen su historia, pero te aseguro que madre hace las cosas con las mejores intenciones.

—No lo dudo, pero es un poco intimidante.

—¿Mi madre?

Era algo que Archivald no podía creer.

—Sí. Ella tiene muchas ideas de lo que debe ser tu esposa y yo… ¡Dios! Parece que jamás daré la talla.

—No te preocupes por eso —apretó la mano que jamás soltó—. Eres una buena esposa, me gustas más de lo que imaginas.

—¿Por qué te gustaría? Apenas me conoces.

—Pero tengo la intención de hacerlo.

El desayuno prosiguió en medio de conversaciones que derivaron a risas fáciles y compartidas. Archie se sentía extrañamente cómodo con su mujer, era fácil hablar con ella, sobre todo porque parecía escuchar con atención a cada una de sus palabras.

Sin embargo, parecía su destino el ser interrumpidos, aunque en esa ocasión, requirieron hacer a un lado a Archivald, llevándoselo por unos momentos lejos de la mesa con su esposa quien se quedó bebiendo un exquisito café después de un desayuno delicioso.

Estaba tranquila en su espera, poniendo poca atención al retorno de su marido, pero cuando alguien tomó lugar en la silla frente a ella, supo inmediatamente que no se trataba de Archivald. El ambiente había cambiado a uno amenazador y esto la puso nerviosa, haciendo el intento por ponerse de pie, pero quedando paralizada cuando la tomaron del brazo y la retuvieron en la silla.

—Tal parece que eres más rápida que tu hermanita, mi niña.

Anne apartó su brazo y se alejó de la persona que la intimidaba.

—¿Qué es lo que quieres?

—Vengo a felicitarte por tus avances, ahora tus hermanos son obsoletos, aunque supongo que no puedo deshacerme de ellos… aún.

—No tengo interés en ellos, así como no lo tienen en mí.

Una brutal carcajada resonó por todo el restaurante.

—Vaya, qué fría. Ojalá tu marido pudiera ver esta parte de ti.

—Deberías saber que no puedes amenazarme con lazos sentimentales y tus intentos llegan a parecerme patéticos.

—Quizá. —Sonrió con maldad—. Pero no quieres que descubran tu mentira, ¿cierto?, te he ayudado hasta el momento, hiciste lo que quisiste, pero tiene un costo y sabes lo que quiero.

—Información.

—Te saqué de ese maldito lugar, pero tengo que obtener algo.

—Es lo que intento, pero son herméticos, no confían en mí.

—Justo ahora las Hamilton viven contigo, ¿no es verdad?

—Estás ahí también y sabes perfectamente que no es fácil sacarles palabra, es más, creo que están ahí porque sospechan de nosotros.

—Quizá de Beatriz y de Joaquín, pero no de ti, no de la pobre ciega que apenas puede valerse por sí misma.

—Aun así, dudo que vayan a decirme sus planes.

—Pero sabrás sus movimientos —apuntó—. Además, hoy habrá una reunión en tu honor y ahí estarán todas las damas de importancia, incluida la esposa del *Hombre Siniestro*.

Vivianne rio sin poder evitarlo, creyéndolo un idiota.

—Seguro que será una maestra para guardar secretos.

—Pero tiene un corazón de oro.

—Quieres que la engañe.

—Al final, eres experta en hacerlo, ¿no es así?

Vivianne bajó la cabeza y asintió. Era verdad, era una experta mentirosa, creció actuando de esa forma y no lo dejaría de hacer mientras le fuera conveniente, mientras tuviera algo que perder.

—Intentaré sacar información.

—Por tu bien, es lo que espero.

En ese momento, Archivald regresaba a la mesa, mostrando su extrañeza al ver la tensión y la seriedad adquirida en su esposa. Era de su conocimiento que no se llevaba del todo bien con su padre, pero aquello era más bien sospechoso. En la faz de Vivianne había algo parecido al rencor, a uno puro e intenso que podía derivar a cosas peores, como el odio o quizá, la venganza.

—Señor Ferreira, no tenía idea de que estuviera aquí.

—Me gustó mucho este lugar —se puso en pie y saludó a su yerno —. Me acerqué al verla sola, pero veo que no lo está.

—¿Gusta acompañarnos?

—No, no. —El hombre meneó la cabeza—. Le hacía compañía mientras usted llegaba, pero ahora, tengo cosas qué hacer.

—¿Puedo ayudarlo en algo? Londres puede ser una ciudad difícil de llevar y comprender, sobre todo la gente, si es que quiere hacer negocios con alguien de por aquí.

—No es mi primera vez en Londres, muchacho, pero agradezco la amabilidad que muestras hacia este pobre anciano.

Anne no pudo evitar hacer un gesto de desagrado y volvió el rostro lejos de la voz de su padre, llamando la atención de los dos caballeros. Uno simplemente sonrió, mientras que el otro mostró aún más su desconcierto ante la situación.

—Entonces, espero verlo a la hora de la comida.

—Me temo que he de aprovechar este momento para informarles que he de salir de inmediato, ¿será posible que usted me excuse con sus padres por mi ausencia?

—No habrá problema alguno.

—Bien. Con eso dicho, me retiro.

El hombre se acercó a su hija y besó suavemente su mejilla.

—Espero no me decepciones hoy, mi querida Anne.

—No lo haré, padre.

El caminar del señor Ferreira era como el de cualquier aristócrata: altivo, seguro, con zancadas largas y prominentes que llamaban la atención, sobre todo al ser un extranjero que, pese a la edad, conservaba gran parte de su atractivo juvenil.

Archie volvió a tomar asiento junto a su esposa, vigilando sus expresiones que lentamente se relajaron hasta posar una sonrisa tranquila, quizá ensayada cuando se dirigía hacia él.

—¿Y bien?

El hombre tomó su taza de té que había sido intercambiado por uno que estuviera caliente.

—Y bien, ¿qué?

—Bueno, qué te han dicho, ¿por qué te has parado?

—Parece que alguien está cortando los suministros de agua a los arrendatarios de Richmond, tendré que ir cuanto antes.

Ella decayó notablemente.

—Comprendo, ¿Cuándo has de partir?

—Supongo que no puedes quedarle mal a mi madre de nuevo, así que esperaremos a que su fiesta pase para irnos.

No quiso mostrar tanta impresión, pero cuando levantó la cabeza, Archivald no pudo evitar sonreír de lado.

—¿Pensaste qué te dejaría?

—A decir verdad, sí.

—No lo creo, por ahora prefiero tenerte cerca.

—Vaya, no me imagino la razón.

El sarcasmo en la voz de su mujer causó cierta diversión en él. Era gracioso que alguien que estuviera tan íntimamente unido a su persona, lo conociera tan poco.

—Tranquila Vivianne, no soy tan superficial como para desear llevarte únicamente porque te quiero en mi cama. No, en realidad quiero conocerte y la única forma de hacerlo, es estando juntos.

Ella guardó silencio por unos momentos.

—Eres muy capaz de dejar sin palabras a las personas.

—Con el tiempo aprenderás a contestarme, pero por ahora, debemos volver a casa. Madre estará buscándote.

Anne dejó salir un suspiro cansado.

—Sí. Seguro que sí —se resbaló en su silla, mostrando su falta de entusiasmo—. ¿Está mal que quiera huir?

—Es muy inteligente de tu parte, pero no puedes hacerlo.

—Sin mencionar que tengo que preparar todo para el viaje ¿cierto?

—sonrió, un poco más feliz por esa parte.

—Así es.

—¡Bien! —ella se puso en pie—. ¿A qué esperamos entonces?

—A que acabes tu té.

—Era café —apuntó—. No me gusta el té.

—Ahora entiendo por qué parece que siempre estás alterada.

—Y tú tan tranquilo —contrapunteó.

—Prefiero la tranquilidad.

—Y yo la actividad.

Archivald sonrió y se puso en pie. La tomó de la mano con delicadeza y la dirigió hasta posarla suavemente sobre su brazo, como lo hacía siempre, con una galantería que sacaba suspiros en la joven que no podía más que imaginar lo atractivo que se vería al hacerlo. Su marido era sin dudas un hombre elegante, seguramente sería muy apuesto, ella moriría por poderlo ver a todo color y en medio de sus acciones varoniles, pero lo único que le quedaba era la imaginación y, en ocasiones, tener una idea utópica de las cosas era mucho mejor que ver una realidad que no deseaba.

Capítulo 17

No se esperaba que ese día se nublara, pero al ser Londres de tendencia lluviosa, los habitantes no se mostraron tan desconcertados como los visitantes, quienes no tuvieron más opción que encontrar un refugio debajo de algún establecimiento respetable.

Por supuesto, ese no era el caso de Thomas Hamilton, quien solía caminar bajo la lluvia con la mirada en alto, como si ésta no hiciera mella en su persona, como si apenas le molestara, le dificultara el trayecto o la vista.

Entró a la iglesia que parecía abandonada, con las paredes hechas de piedra antigua que lograron humedecerse por el paso del tiempo; las torres estaban ligeramente inclinadas, como si apenas soportaran el peso de los años, y las campanas, más que sonar, parecían anunciar la muerte de alguien por temor a que una se quebrara y saliera volando hacia algún transeúnte desafortunado.

Sin embargo, el interior se conservaba en una pulcra limpieza, bancas nuevas, pisos solidos de mármol, candiles recién pulidos, pinturas y bustos de los santos que se enfilaban a cada lado hasta llegar a un altar modesto pero elegante.

Thomas no era afecto a ninguna religión, pero era respetuoso, por lo tanto, inclinó la cabeza hacia el altar y siguió directo hacia el confesionario que tenía la luz encendida, anunciando que alguien esperaba en el interior y él sabía que no era un sacerdote.

—Llegas tarde.

—Lo lamento, la lluvia es algo que no puedo predecir —dijo Thomas con simpleza, aunque siendo honesto, llegaba tarde porque en realidad se le hizo tarde—. ¿Qué tienes para mí?

—Los hermanos Ferreira están entrando en pánico.

—Normal cuando es más que obvio que se consumó la unión de su hermana, seguro que el padre estaba ansioso porque alguna de las hijas asegurara la posición en Pemberton.

—¿Lo crees capaz de matar a sus propios hijos?

—No sé a qué esté dispuesto ese hombre, pero es de cuidado.

—Hay problemas en Richmond, parece que están desesperados por encontrar a *La Sombra*, estos son avisos para ustedes.

—Lo sé. Pero no podemos reaccionar con facilidad a ellos, además, tenemos algo importante entre manos.

—¿Lo que vieron las mujeres? —la voz dejó salir su burla—. Temo decirte que su visión es cuestionable, estaban asustadas y todo lo que vieron será puesto en duda.

—Quizá, pero no importa el cómo se veía sino al qué reaccionó.

El silencio invadió la desolada iglesia, pero se sentía aún más pesado en el interior del confesionario.

—¿Al ataque de un inocente?

—No soportó que mi nieta fuera puesta en una situación dolorosa nuevamente, todo por dar con su paradero.

—Quiere decir que… ¿es una buena persona?

—No sé decir lo que es una buena o mala persona, pero al menos sé que no soportaría que le hicieran algo a una niña.

—¿Qué sugieres? ¿Volver a poner a alguien en peligro?

—No. Pero eso se presentará eventualmente y si lo podemos propiciar nosotros de una forma segura, ¿qué mejor?

Nuevamente hubo un grave silencio.

—Parece peligroso, estamos siendo vigilados, todos nosotros. Quieren dar con *La Sombra* a como dé lugar y el que tus hijas estén en la casa Pemberton da qué pensar.

—Saben lo que hacen.

—Es lo que repites, pero son un estorbo, al menos Kayla lo es.

—Pienso moverla pronto, su marido saldrá de viaje y se la llevará con él. Ese duque detesta todo lo que tiene que ver con Londres, pero sobre todo, con las andanzas de los Hamilton.

—¿Sospechas de él?

—No, no en realidad. He tenido tiempo de conocerlo y lo único que quiere es distanciarse de nosotros, poner a su familia lo más alejado posible de los problemas.

—Parece sensato.

—He pensado en qué hacer para que *La Sombra* reaccione, al mismo tiempo que los Ferreira y el séquito que persigue a este bandido. —Thomas cambió drásticamente el tema.

—Bien, dime qué hacer.

∞

Nunca pensó que existiría algo más aburrido que uno de los sermones que las religiosas quisiesen darle por su comportamiento dentro del monasterio; pero francamente la “plática de mujeres” resultaba ser lo más monótono y fastidioso que hubiera sido obligada a escuchar hasta el momento.

Esas mujeres basaban su vida en nimiedades que a ella poco le importaban porque en su generalidad eran cosas que requerían de la vista: como la moda, lo guapo o feo de una persona, los arreglos florales de la velada de la señora Loren o el peinado tan desagradable que llevaba la nueva debutante estrella de este año.

A ella le gustaba aprender y, como no podía hacerlo leyendo, solía acercarse a las personas que tuvieran un tema de conversación que le

fuera a ser fructífero a su mente, para absorber algo de valía, algo que sirviera para el futuro. Su plática de esa mañana con su marido lo fue y seguramente alguna de las Bermont tendría mucho qué decir sobre temas intrigantes y llenos de emoción; pero ellas mismas se atenían al plan de sus madres y se comportaban a la altura, incluso lady Sophia, quien seguro fue amenazada por su madre.

—Creo que es un buen momento para alabar los modales de tu nueva nuera, mi querida Elizabeth —dijo una voz pomposa—. Es una chica encantadora, recatada y con la virtud de la prudencia.

«Si para ustedes prudencia es sinónimo de silencio, entonces estoy siendo totalmente prudente» pensó Anne.

—Y yo creo que ésta charla es de lo más aburrida —dijo por fin Sophia—. ¿Es que no podemos hablar de algo más interesante?

—Hija, por favor.

—Mamá, en serio, no podemos estar tan serenas cuando se experimenta tal intranquilidad en el mundo, se acerca una guerra, es lo que comentan los hombres y…

—¡Una guerra! —explotó en carcajadas una mujer—. ¡Por Dios niña!, siempre te has caracterizado por tu imaginación y mente soñadora, pero una guerra es imposible.

—¿Imposible? —se sorprendió Micaela—. Desde tiempos memorables las guerras no son algo *imposible*. Creo que Sophia tiene razón y deberíamos enfocarnos en informarnos.

—¿A quienes pretenden que le preguntemos? —dijo otra, que se escuchaba más joven pero igual de intransigente—. ¿A nuestros maridos?, ellos no hablan con nosotras, hablan con sus amantes.

—Quizá sea porque parece que a nosotras no nos importa —dijo Ashlyn—. Por mi parte, mi marido habla conmigo.

—Claro, al no tener hijos, no tienen otra cosa qué hacer.

Anne elevó las cejas con sorpresa, no sabía si insultar estaba permitido en esas reuniones, pero comenzaba a ponerse interesante.

—Que lengua tan larga, lady Marlet —dijo la voz cautelosa de Katherine Collingwood—. Creo que es preferible tener el amor incondicional de tu pareja en lugar de tener que llevar la cuenta de los hijos bastardos que el marido tenga regados.

—Muy bien, señoras —se levantó Kayla—. Creo que esto se está saliendo de control, estábamos hablando de Anne, la nueva mujer casada, ¿recuerdan?, dejemos los insultos para después.

Anne se deprimió, odiaba a Kayla.

—Claro, claro.

Las mujeres se enfocaron y los ánimos bajaron.

—Cuéntenos, lady Vivianne, ¿cómo lleva la vida de casada?

—Supongo que el tema de la guerra queda totalmente descartado —entristeció, a lo que Sophia y el resto de las Bermont rieron.

—Naturalmente. —Sentenció una mujer.

—Entonces sólo puedo agradecer la hospitalidad de la duquesa, quien me recibió con brazos abiertos y ha facilitado mi estadía. He de decir que como española me ha costado, pero ya voy entendiendo.

—Oh, claro, claro. ¿Es muy diferente en España?

—Bueno, un poco, sobre todo el clima.

—Hace un calor insoportable en España, si me permites decirlo.

—A mí me parece muy frío aquí, hasta un poco triste.

—¡Preferible a un sol que quema la piel!

—Cuestión de gustos —medió Aine—. Nada del otro mundo. Además, mi primo facilitará mucho las cosas, supe que se irán mañana mismo hacia Richmond.

—Sí —la joven bajó la cabeza, mostrándose avergonzada y feliz—. Me ha pedido que lo acompañe en esta ocasión.

—¿A resolver problemas? —Elizabeth frunció el ceño—. Creo que deberías quedarte, es lo mejor por si estás esperando.

—Creo que es muy pronto para eso, duquesa.

—Nada de eso —estalló otra de las mujeres—. Puede ser más pronto de lo que te imaginas, es mejor hacer lo que dice la duquesa y estar tranquila. Es responsabilidad de los esposos mantener las cosas en orden y el de nosotras cuidar de sus herederos.

Ante lo dicho, varias Bermont apretaron los puños, pero lograron apaciguar sus lenguas cuando Anne siguió con la conversación.

—Creo que será mejor acompañarlo, no quiero desanimarlo cuando es la primera vez que me invita, por alguna razón será.

—¿Y qué es lo que ocurrió? —inquirió una mujer.

—A lo que sé, parece que los suministros de agua fueron repentinamente cortados para los arrendatarios —informó.

Las Hamilton soslayaron la mirada lentamente hasta encontrarse las unas con las otras, intentando comunicarse entre ellas. Sus conjeturas eran tan poderosas, que incluso Anne notó que algo pasaba entre ellas. Lo había estado esperando, puesto que era su objetivo el que reaccionaran de esa forma, era lo que necesitaba para sacar información para el odioso de su padre, quien la presionaba.

—Por cierto, no he visto a su hermana Beatriz —dijo Tracy.

Oh, seguramente se estará paseando por Londres, mis hermanos no conocían la ciudad hasta este viaje y lo estarán aprovechando.

—Seguro que así es, Londres es entretenido —apuntó Kayla.

—Aunque creo que disfrutaban más cuando padre no estaba aquí.

—¿En serio? —Aine giró su completa atención hacia ella—. ¿Debido a qué? ¿Es que no se llevan bien con él?

—Es un hombre difícil de tratar —asintió sin entusiasmo.

—He oído sobre él —Tracy se unió a la conversación, pero mordió sus labios como castigo—. Pero sólo un poco, no mucho.

—Es muy probable que los chismes tengan razón en esta ocasión —dijo Anne con serenidad—. Yo estuve en un convento casi toda mi vida, no se le puede clasificar como el mejor padre del mundo.

—Es comprensible, creo yo. No es fácil sobrellevar una condición como la suya, lady Pemberton —dijo otra mujer, una de voz chillona y risa insoportable—. La verdad es que tuvo mucha suerte en su matrimonio con una familia como los Pemberton.

Anne se volvió con presura hacia la mujer, su rostro era duro, juzgador, casi agresivo.

—Naturalmente. Cualquier niño con defecto y que no entre en su pulcra idea de lo idóneo está destinado al destierro, la desolación y el maltrato; es un pensamiento de lo más conveniente para una aristocracia llena de superficialidades y falta de comprensión e intelecto. Es de los comentarios más horrorosos que he escuchado.

—Pero no se ofenda, querida, sólo quería opinar —se burló.

—Cuando se es tan obvia en sus deseos de ofender, no me deja otra alternativa más que defenderme, mi lady. —La voz de Anne era fría, nadie había escuchado en ella ese tipo de agresividad—. Si me permiten opinar, creo que los que deberían estar recluidos son las personas que no tienen la capacidad de comprender las diferencias en los demás y los beneficios que se obtienen al explorarlos.

—Parece que sufriste mucho en ese lugar —observó Kayla—. ¿Era tan malo vivir entre las consagradas?

Anne dejó salir el aire abruptamente al notar que la pasión en sus palabras se desbordó al punto en el que lograron hacer otra pregunta referente al tema, cuando lo que quería era terminar con él.

—Creo que puede imaginarlo, lady Hamilton —dijo la joven—. Al igual que las damas presentes, ellas pensaban que estábamos siendo castigadas por Dios. Pero no, no eran malas, sólo ignorantes.

—Si la sobajaron toda su vida, entonces, ¿por qué es usted tan apegada a la iglesia y el catolicismo? —asestó Aine.

Eran inteligentes, sin duda lo eran, pero Anne también podía jugar sus cartas igual de bien que las Hamilton.

—Porque, Dios no tiene nada que ver con el hombre o sus prejuicios, aprendí de otras personas que él nos ama pese a todo.

—¿Qué me dice si se obra mal? —cuestionó Sophia.

—¿Quién puede decir lo que es el bien o el mal?

—Creo que hay una definición bastante concreta respecto a eso —dijo Ashlyn—. Y su pregunta resulta extraña.

—Creo que es normal cuestionar la vida cuando uno no ve nada de ella —se inclinó de hombros—. Creo que todos tenemos bondad y maldad, de vez en cuando pensamos que estamos del lado positivo cuando en realidad estamos en el negativo y viceversa.

—Me agradan las pláticas filosóficas —dijo Katherine—, pero creo

que nos han dejado fuera de la conversación, señoritas.

Las menores volvieron la cara hacia las Bermont de mayor edad, quienes parecían verdaderamente interesadas en el discurso, aunque no por las razones que el resto pensaría, al igual que las Hamilton, sospechaban de los Ferreira, aunque no expresamente de Anne, su familia resultaba un tanto extravagante al punto de quererlos asociar con las cosas malas que ocurrían desde su llegada.

—Aligerando un poco el ambiente —se introdujo entonces Annabella Hamilton, hablando por primera vez después de una larga pausa—, mi esposo me pidió que hiciera la invitación formal para nuestro gran baile en celebración a su cumpleaños.

—¡Oh! Así que este año también se hará.

—No le permito lo contrario, fueron demasiados años de ignorarse a sí mismo como para dejarlo pasar.

—Su marido siempre me pareció tan apuesto y cordial.

—A mí siempre me atemorizó —dijo Tracy—. Aun lo hace.

—Es normal —dijo Ashlyn entre risas—, soy su sobrina y de repente corro de su mirada.

A partir de ese momento, la conversación se basó en los esposos de las damas presentes, en sus inconvenientes con ellos, en sus virtudes y demás situaciones maritales. El tema de Anne quedó en el olvido, al menos en la cabeza de la gran mayoría, pero no el de las Hamilton, tampoco en el resto de las Bermont. Al final, era obvio que sentía un gran desprecio por las personas que opinaban mal sobre su incapacidad, que era normal, pero existía en ella cierta… rabia.

Y algo les decía que no era precisamente por ella, Vivianne era una mujer fuerte, independiente, acostumbrada a la dureza de la vida, si algo la molestaba, no sería por una situación que le sucediera a ella, sino a alguien más, ¿quién le interesaba lo suficiente?

Capítulo 18

Esa noche, Archivald fue capaz de percibir la molestia de su mujer. Aunque su instinto le exigiera que no preguntara nada al respecto, algo le decía que era su deber como marido estar informado de aquello que la ponía en mal estado. Aunque resultaba fácil deducir la fuente de tal actitud, puesto que su esposa asistió a una fiesta de té con mujeres poco racionales, sin embargo, era parte de sus funciones tratar de entenderla y, sobre todo, calmarla.

—¿Está todo bien, Vivianne?

—Ahora que lo preguntas, no, no está todo bien.

Archie cerró los ojos y maldijo su suerte.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Para empezar, no asistiré a otra horrible reunión organizada por tu madre, me fue simplemente insoportable.

—Lo supuse.

—¿Sabías que sería tan horrible?

—Sé cuáles son los temas de interés de esas damas —asintió.

—Una advertencia hubiera estado bien —dijo molesta. Después, tocó las manos de la doncella que le peinaba los cabellos con sumo cuidado—. Gracias Nancy, puedo sola a partir de ahora.

La mujer dejó el cepillo sobre el tocador y salió en silencio, con una sonrisa que Archivald logró notar, pronosticando así su mala fortuna ante el despotrico de su mujer.

—¿Qué fue lo que te dijeron para disgustarte de esta manera?

Archivald ya se encontraba recostado en la cama desde hacía un buen rato, por lo que se tuvo que inclinar un poco para abrirle las mantas a su esposa cuando la vio con intenciones de sentarse en el borde de la cama, dejándola preparada para que ella simplemente se recostara y deslizara los pies debajo de las cobijas.

—No hubo algo que saliera de sus labios que no me molestara —dijo, inclinándose sobre sus piernas para alcanzar las mantas—. Prácticamente estaban compadeciéndote por casarte conmigo.

—Simplemente ignóralas, sabes que no es lo que siento ¿para qué enojarse por tonterías del estilo?

Archivald mantenía frente a sus ojos un libro, deslizando las páginas silenciosamente para que su esposa no se diera cuenta que leía mientras ella se quejaba sobre su tarde. Pensaba escucharla, claro; pero no tenía que ser lo único que hiciera, la realidad era que su esposa quería hablar y enfurecerse de nuevo, apenas y escucharía palabra que saliera de sus labios, quería unos oídos que se prestaran a

sus reclamos y le dieran la razón en el momento correcto.

—¡Hablan como si las personas que nacen con una discapacidad fueran parias que se deben mantener recluidos u ocultos!

—No tienen mucha inteligencia, no debes prestar tus oídos a las lenguas viperinas de damas sin mucho qué hacer.

—Son tan injustas… ¿cómo alguien puede ser tan cruel con su propio hijo? Digo, ¿qué no se aman a esas cosas o algo así?

—¿Esas *cosas*? —Archie bajó el libro y la miró divertido.

—Los hijos, a eso me refiero.

—¿Y les dices *cosas*?

—Nunca he sido especialmente buena con los niños.

—Aun así, te molesta que los traten mal.

—Como a cualquiera, es por simple humanidad.

—Muy bien, no debes preocuparte porque alguien de mi familia maltrate a sus hijos… —Archie soslayó la mirada— o a los tuyos.

Anne volvió el rostro hacia su marido con rapidez. El espanto se entremezclaba de forma fantástica con el repugno, era una danza que ella intentaba interrumpir y más que nada, disimular; sin embargo, Archivald fue capaz de notarlo, era obvio lo que sentía.

—¿H-Hijos?

—Eso si los deseas, claro.

—Es…, ¿existe esa posibilidad?

El hombre se inclinó de hombros, volviendo la mirada a su libro de forma despreocupada. Anne era joven, le parecía normal que la idea de tener un bebé le fuera menos que espantosa. Si algo tenían, era tiempo para pensar en ello y Archivald no llevaba prisa alguna. Incluso no veía como algo abominable el dejar su título en manos de los hijos de su hermano Malcome, si es que algún día los tenía.

—No debes preocuparte por eso —trató de quitarle importancia, pero entonces recapacitó—: no, de hecho, si no lo quieres, deberías prevenirte de alguna forma, porque supongo que no dejaremos de lado la intimidad por no tener un embarazo.

—No, claro que no —ella se avergonzó—, yo puedo tomar esas precauciones que dices, pero, ¿estás seguro?

—Por supuesto —dijo sin más, entretenido con el libro de botánica que leía—, será como tú lo quieras.

—¿Qué hay de tu título?

—Tengo un hermano.

—Esto no puede ser posible, ¿lo dices en serio?

Anne se levantó de la pila de almohadas en las que se recostaba cuando él dio nuevamente su aceptación al asunto. Claramente no sabía lo que decía y eso la molestó al punto que se vio obligada a arrebatarle el libro tras el que se ocultaba y se sentó sobre él, tomando sus muñecas para colocarlas contra la cama, ignorando por completo

el ceño fruncido que su marido le dirigía.

—Me acabas de perder la página —se quejó, para después verla con sorpresa—. ¿Sabías que leía mientras hablabas?

—¡Por supuesto que lo sabía!

—Impresionante.

—Lo impresionante es que digas tantos disparates, eso te pasa por estar distraído, ahora no podrás retractarte.

—¿Crees que no sé lo que dije? —sonrió de lado, totalmente galante, totalmente inútil con su mujer.

—Creo que no, al menos, no completamente.

—Te dije que, si no quieres tener hijos, entonces debemos encontrar una forma de cuidarnos, porque no pienso dejar de hacerte el amor, ¿me perdí de alguna parte?

—No —dijo dubitativa—. ¿En serio no te importa lo de los hijos?

—¿Seguirás mucho tiempo con esto? —recuperó su libro de dónde había sido aventado—. No, Vivianne, en realidad no me importa si quieres tener hijos, eres joven, demasiado, diría yo. Comprendo que no te atraiga el quedar embarazada. Si en algún momento cambias de opinión, me encantará saberlo, pero por ahora, si es todo, me fascinaría que dejaras de hablar para que pueda leer.

La joven permaneció callada por unos momentos, pasmada por la tranquilidad de su marido ante un tema que era tan importante. Archivald pensó que eso significaba su victoria, y en cierta parte lo fue, al menos así lo sintió cuando ella volvió a quitarle el libro y sin bajarse de su regazo, se inclinó para besarlo.

—Eres en realidad el hombre perfecto, Archivald Pemberton, pero te diré algo en lo que te equivocas.

—¿En qué? —Archivald deslizó sus manos por las piernas suaves de su esposa, levantando su camisón hasta su cadera.

Ella se inclinó hasta susurrar al oído de su marido.

—Jamás le digas a una mujer que se calle, mucho menos porque quieres leer, cuando en su lugar podrías hacer otras cosas.

Los dedos de Anne delinearon sugerentemente los labios de su marido, sintiendo su suavidad antes de atacarlos en un beso lleno de necesidad. Se pegó por completo a él, maniobrando para desabrochar la estorbosa camisa de dormir que su marido llevaba puesta.

—Hasta ahora me ha funcionado bien.

—No siempre será así —besó detrás de su oído—, habrá días en los que tendrás que convencerme.

—Jamás trataría de obligarte a hacer absolutamente nada.

—No es obligar, es seducir.

—Si te tengo que convencer, es porque no lo quieres.

—¡Agh! —ella le tomó el rostro y lo besó por doquier—. ¡Eres malditamente perfecto! ¡Y eso que yo no maldigo!

Archie sonrió con suficiencia, tomó una de las piernas de su mujer y se impulsó para invertir la situación, dejándola contra el colchón.

—¿Te puedes callar ya, Vivianne?

Ella soltó una suave risilla.

—Mmm… puede ser, encuentra la forma de hacerlo.

Archivald reclamó los labios de su esposa, esperando que de esa forma no hubiera más quejas de su parte.

Definitivamente, prefería hacerle el amor a su mujer en lugar de leer un libro. Seguía siendo nuevo en todo lo que tuviera que ver con asuntos maritales y le resultaba fascinante y embriagador, casi adictivo. Comprendía bien la locura masculina, ahora más que nunca pensaba que hizo bien en no caer en los deseos corporales con antelación, era difícil concentrarse en cualquier otra cosa cuando se conocía algo tan placentero y perfecto como unirse al cuerpo de una mujer tan hermosa, inteligente y seductora como lo era Vivianne.

Su esposa era de la clase de personas que sabía lo que quería e iba a buscarlo con determinación, ella buscaba complacerlo, siendo su única meta la satisfacción de ambos. Archivald podía darle el crédito de la locura que se desataba en esa cama, porque pese a que participaba activamente, era ella quien gustaba llevar el mando y, si se le arrebataba en algún momento, luchaba por ello; así que Archie la complacía y la dejaba dirigir en lo que quisiera y, cuando deseaba ceder, entonces él hacía el trabajo, tan simple como eso.

Estaban en la calma después de la tomentosa excitación, ambos relajados en los brazos del otro, esparciendo besos cálidos y dulces.

—Lo siento —ella delineó con sus dedos las marcas de sus uñas sobre la espalda de su marido—, creo que soy un tanto…

—Agresiva, diría yo —se rio y besó su cuello—. No me molesta.

—Parece que nada lo hace.

Anne mantenía a su marido sobre ella, abrazándolo con tal empeño que él no era capaz de hacer otra cosa más que besarla y sostenerse con los codos para no aplastarla. Se volvió una costumbre que ella buscase la calidez del cuerpo de su esposo para sentirse protegida de todo aquello que era incapaz de ver.

—Es raro que algo me moleste.

—¿Sabes algo? —deslizó sus dedos por los cabellos suaves de su marido—, a veces me gustaría tanto poder ver tu rostro, que en ocasiones me duele el no poder hacerlo.

—Lo prefiero así.

Ella ladeó la cabeza, acomodándose debajo de él para encontrar una posición que le fuera más cómoda entre sus brazos.

—¿Por qué dices eso? La gente dice que eres hermoso, dudo que tengas algo por lo qué avergonzarte.

—Me parece mucho más interesante lo que puedes pensar de mí al

no ver mi rostro. Descubrirás cosas que otros ignoran o pasan por alto por la simple superficialidad del físico.

—Archie, tu rostro sólo me deleitaría, porque estoy bastante interesada en todo lo que se refiere a ti.

—Me alegra.

—Y… —. Se removió incómoda—. ¿Qué hay de mí?

Los ojos del hombre se enternecieron ante la falta de confianza que Vivianne parecía experimentar, era extraño, porque hacía unos segundos actuaba como la diosa del universo.

—¿Quieres que te diga cómo eres?

—Sí… —susurró—. Pero di la verdad.

—Jamás haría lo contrario —acarició su mejilla—. Bueno…

—¡Espera!

—¿Qué sucede?

—Primero dime… ¿te agrada lo que ves?

Los dedos del hombre siguieron acariciando dulcemente aquel rostro antes de inclinarse hasta besar su frente, permaneciendo los momentos suficientes para que ella sintiera una revoltura placentera.

—Me encanta.

—Perfecto, entonces dime.

—Bien… tienes una nariz larga y puntiaguda, una o dos verrugas, ah y tus cejas se juntan con tus pestañas, así que casi no se nota si tienes los ojos abiertos o cerrados.

—¡Oh! ¡Eres terrible! —se rio la joven.

—No importa cómo te ves Vivianne, no es lo que me gusta de ti.

—El físico es importante.

—Tú no puedes verme y te gusto.

—Puedo sentirte —lo acarició.

—Igual que yo.

—Insufrible —le tomó el rostro y lo besó con necesidad—. ¿Qué tan recuperado te encuentras ahora?

—Digamos que soy un joven en su plena pubertad —sonrió abiertamente—. Recuerdas que soy nuevo en esto, ¿verdad?

—Pero qué afortunada soy.

La pareja se unió todavía un par de veces más esa noche antes de caer dormidos en los brazos del otro, disfrutando del calor y del cansancio compartido.

Vivianne no podía sentirse más feliz, estando con él era fácil olvidar todos los problemas que se avecinaban con la llegada de su padre, quien exigía información sobre la familia de ese hombre de quien comenzaba a enamorarse perdidamente. Era fácil caer en el amor cuando alguien como Archivald Pemberton era tu pareja. Él era prácticamente el hombre ideal, era bueno y atento, considerado y complaciente, siempre preocupado por su bienestar, quizá era un poco

frío y distante, pero había demostrado que con ella podía evitar serlo, podía evadir esa parte de su personalidad.

Y eso le encantaba y no lo dejaría ir por nada del mundo.

ꕥ

El olor a tabaco era lo que guiaba con facilidad por medio de la oscuridad de aquella noche cerrada en Inglaterra. Las nubes impedían el paso de cualquier luz lunar, las estrellas estaban ocultas y La Sombra aprovechaba esa ocasión para llegar a ser casi invisible, sobre todo estando tan cerca de su objetivo, uno que, a su vez, buscaba con ansias encontrarle.

Era un juego que estaba resultando más divertido de lo que pensó, porque podía sentir su desesperación. El increíble Thomas Hamilton, sus hijos y toda su Cofradía estaban a expensas de lo que hiciera o deshiciera La Sombra. Era deleitante y le subía el ego a un punto desmedido, pero sabía cómo bajar, era cuestión de recordar.

Su vida nunca fue sencilla, nació en una zona empobrecida, aquellos acostumbrados a luchar por el pan de cada día, por techo, por calor, hasta por algo de humanidad. Aprendió a robar cuando apenas tenía seis años y jamás conoció el significado de la palabra "padres", no tenía idea si fue por abandono o simplemente murieron. Tampoco lo investigó, ¿para qué?, de nada servía esa información. Aprendió que la soledad formaría parte de su vida y se aferró a ella con todo lo que tenía.

Creció en las calles en conjunto con otros tantos en sus mismas circunstancias, llegando a liderarlos en cuestión de tiempo, porque si había algo que La Sombra sabía, era sobre su inteligencia. Idear planes era su aporte hacia la comunidad que formó y en poco tiempo, dependían de sus decisiones al completo.

Dar órdenes estaba en su sangre, quizá fuera producto del adulterio de un gran mandamás, quizá era su personalidad, o fueron las circunstancias lo que hicieron de La Sombra un ser decidido, de cabeza fría, calculadora y sí, en cierta parte, sin sentimientos.

No había cabida para tentarse el corazón cuando no existía para ellos ni el más mínimo interés.

No siempre fue su objetivo destruir a una familia, ni a la Cofradía de las Águilas. Eso llegó con el tiempo y debido a otras circunstancias que no deseaba rememorar de momento. Una nueva calada al cigarro que sostenía iluminó ligeramente el rostro escondido de aquel ser oscuro y el humo que expulsó volvió a borrar sus facciones al quedar envuelto sobre su rostro.

Se aferró a la paz momentánea que sentía, una que desde hacía tiempo no experimentaba. Quería recordarla a ella, a esa única persona que encontró en La Sombra algo más que una forma de sobrevivir, que vio a través de la oscuridad que crecía latente en su alma, brindándole la serenidad de un hogar.

La recordaba tan pequeña, tan indefensa pese a que estaba protegida en todos los sentidos necesarios. Parecía tener tanta luz que, de alguna forma, lograba compartirla y agrandarla. Fue gracias a ella que se instruyó, que conoció a las personas adecuadas para hacer de La Sombra alguien imparable, con educación, con fundamentos para dirigir, para mandar, para planear, para idear.

El inicio fue simplemente para sacar dinero, una cantidad mucho mayor a la que necesitaría para toda su vida y que era utilizada para aquellos a los que La Sombra llamaba familia.

No representaba mayor dolor en La sombra el ayudar a rufianes, o idear la forma de molestar a aquellos que ignoraban con tal facilidad a los de su clase, el que cedieran un poco de lo mucho que tenían no le parecía una acción ruin, por el contrario, era lo justo, que tuvieran todos por igual, al menos en alguna medida.

La Sombra comenzó a hacerse conocida por el lado negativo, pero poco le importaba cuando sus acciones eran positivas.

Y entonces sucedió, aquel día en el que todo terminó y ella se fue para siempre, le arrebataron lo único que le daba esperezas, lo único que amaba y a lo que se aferraba para el bien.

No conocía otra cosa, no sabía de qué otra forma reaccionar más que enemistándose con las personas culpables de tal atrocidad. La venganza parecía su única alternativa, la mejor opción y hasta el momento, supo dar dolores de cabeza, pero ya no quería juegos, quería la destrucción total, quería que sufrieran tanto como llegó a sufrir. Toda esa clase opresora, llena de prejuicios, de tranquilidad, de satisfacción, merecía un poco de angustia, de amargura.

Tiró al césped lo que quedaba de cigarro y chasqueó la lengua con molestia. Comenzaba a desesperarse, pero sabía que en esa ocasión tendría que ser paciente y cuando escuchó los primeros sonidos de alguien acercándose a su persona, sus instintos se alteraron, su cómodo sentado se convirtió en una amenazadora posición de cuchilla en mano e instintos veloces.

—¡Soy yo! ¡Soy yo!

El cuerpo de La Sombra se relajó y el cuchillo fue guardado ágilmente entre los pliegues de su larga túnica negra. Ver aquella figura era parecido a estar cerca de un felino en espera de cazar. Tenía una actitud serenamente alerta, con una fuerza lista para explotar si se ameritaba la situación.

—Tardaste.

El cuerpo de La Sombra entró en una serenidad casi relajada, pero se sabía bien que aquella persona se movía con una seguridad casi planeada, como si cada pisada hubiese sido anteriormente anticipada y, si la persona con la que hablaba se movía de una manera inadecuada, entonces no habría oportunidad alguna para que saliera ilesa, puesto que sería atacada

al instante y quizá de forma mortal, como si fuera consciente de todo lo que pasaba a su alrededor con una antelación casi atemorizante.

—Lo lamento, tuve inconvenientes para salir.

La Sombra se levantó lentamente, poseedor del tiempo de la persona a la que requirió a esas horas de la madrugada.

—Tenemos que deshacernos de los Ferreira, están volviéndose un problema en lugar de un comodín.

—Lo sé.

—Los hijos están que se mueren de angustia y jamás se han topado conmigo en persona —se burló—. Por todo lo bueno, qué daría yo por darles el impacto de verme.

—Sería mejor que siguiera en el anonimato por ahora.

—Por supuesto que será así, no puedo correr ningún riesgo. —La sombra guardó silencio por unos momentos—. El Hamilton se está moviendo, tiene un informante, ¿sabes quién puede ser?

—No.

—¿En dónde se encuentran?

—Tampoco, el viejo está custodiado todo el tiempo, no lo dejarán desprotegido, sus Águilas le siguen siendo fieles.

—Pero disminuyen.

—Puede ser, pero siguen siendo demasiados —la incomodidad era palpable en la persona frente a La Sombra—. ¿Ha sido usted quien quitó el agua a los arrendatarios de Richmond?

—Sí.

—Pero, pensé que…

—Tiene una razón de ser, necesito al Pemberton fuera para comprobar algo y ésta era la única forma de lograrlo.

—Comprendo. Pero a lo que sé, no irá solo, algunos de sus primos irán con él, incluyendo a los Hamilton.

La Sombra volvió el rostro y sonrió extrañamente.

—Así que también lo pensaron.

—¿Pensar qué?

—Nada. —La Sombra movió la mano frente al rostro de su oyente—. Nada, simplemente no son tontos, nada tontos.

—¿Es que sospecha del Pemberton?

—Sospecharía incluso de ti —dijo sin más—, pero tienes miedo y eso me agrada, debes tenérmelo.

—Jamás lo dudaría.

Un asentimiento de cabeza fue todo lo que La Sombra regaló.

—¿Qué ha dicho la niña secuestrada del Hamilton?

—Sólo sé que se dijo algo relacionado con usted, que ha vuelto, que está en Londres y que pretende matarlos.

—Esos idiotas.

—También —continuó—, habló de un supuesto plan de usted.

—¿Un plan?

—Creo que algo en contra de los más allegados a los Hamilton, a lo que más aman.

—Así que eso dijeron…. Bueno, tan equivocados no están, aunque no he dicho ningún plan, será bueno tenerlos nerviosos, eso hará que quieran mover a sus mujeres y niños.

—Dudo que las Hamilton sean señoras que tengan el miedo en sus venas, parecen tener nervios de acero.

—Pero no es verdad —dijo tranquilamente—. Sé que no, simplemente esa tal Gwyneth actuó impulsivamente, esos tontos sentimientos es lo que los hace tan débiles, lo que los deja en mis manos, si no fuera por mí, esos bandidos las tendrían a todas.

—¿No sería beneficioso que así fuera?

—Nadie puede actuar sin mi permiso, espero que sepas eso.

—Lo dejó en claro.

—Por el momento, nuestra pequeña ciega está haciendo un buen trabajo al acercarse al Pemberton y debe seguir así.

—Él no muestra acercamiento alguno con los Hamilton, ese hombre vive en su propia realidad.

—Pero justo ahora acaba de entrar en algo muy peligroso.

—¿El haberse iniciado en la vida sexual?

—Es un arma que ansiaba tener en mi poder, los hombres son fáciles de manejar desde la cama, hablan con mayor facilidad y es lo que quiero, alguien que me diga lo que sucede.

—Los Pemberton son famosos por no meterse en la vida de los demás y por lo que veo, el hijo es igual al padre.

—Quizá, pero con su mujer… —sonrió—, con sus mujeres no pueden serlo, porque ellas preguntan y no hay forma de hacerlas callar cuando tienen curiosidad.

—Puede ser…

—Seguiremos ceñidos al plan. Diga lo que diga, Archivald Pemberton es prioridad, recurren a él, lo sé, cuando los Hamilton descubrieron el código, fueron a preguntarle, confían en su persona, en su sensatez y puede que eso nos beneficie.

—¿Así que el casamiento también formaba parte de su plan inicial? —inquirió con voz de sorpresa—. Pensé que eso era obra del maldito Ferreira, que tan sobrado está con el tema.

—Todos aquí son peones —dijo sin más—. Vuelve, o se darán cuenta que faltas.

—¿Y usted qué hará?

—Tengo algunos movimientos qué formular, tratemos de que nadie se percate de que falto yo.

—Lo haré, nadie se percatará.

La Sombra vio partir a otro elemento de su plan, no confiaba

plenamente en nadie que lo rodeara, pero ciertamente, dudaba más de esa persona. Maldijo su suerte, esperando que el miedo que evocaba fuera suficiente para no recibir traiciones, de lo contrario, tendría que comenzar a hacer lo único que le disgustaba: matar.

Era un mal mayor al que recurrió en pocas ocasiones, como cuando tuvo que salvar a la niña Hamilton. No lo hizo precisamente por ella, ni por la madre, sino por mostrar su poderío, debía hacerlo con esos idiotas que pretendieron atraer su presencia de una forma tan desesperada.

Resultaba cansado estar huyendo de los dos bandos, pero por primera vez, su prioridad no era otra más que la suya, lo que deseaba, lo que quería lograr a pesar de los demás.

Tenía qué moverse, debía arreglar nuevas situaciones para la ausencia de los Pemberton en Londres. Su llegada no sería tranquila, por supuesto que no lo sería. De hecho, su ausencia ayudaría bastante a concentrarse en los Hamilton, quizá sufrirían un poco más de lo usual ahora que no tenía qué pensar en los movimientos de los Ferreira.

De hecho, no tenía idea lo que estuvieran haciendo Beatriz y Joaquín en esos momentos, esperaba que no hubiesen flanqueado al punto de recurrir a las Águilas para hacerlos saber de su acoso. De ser así, se estarían adelantando.

Capítulo 19

Richmond resultaba en extremo placentero para los sentidos de Vivianne. Disfrutaba la tranquilidad, las calles poco abarrotadas, la falta de carruajes, el clima e incluso el olor era diferente al de Londres. Todo parecía más limpio y hasta un poco costero debido a que estaban cerca del Río Támesis.

La gente era amable, menos pretenciosa y mucho más ocupada que en la gran capital. Ahí las personas estaban acostumbradas a trabajar, a despertar con el alba y dormir cuando la luz solar se acababa. No había muchas festividades y cuando las había, se celebraba con la clase alta y baja conviviendo tranquilamente.

Aunque la humildad era característica en los hombres Pemberton, sus mansiones y castillos seguían teniendo la lujosa opulencia de sus antepasados, por lo cual, su casa en Richmond, el lugar de su ducado no era inferior a la que tenían en Londres. De hecho, Anne la encontraba igual de grande y conflictiva, aunque Nancy aseguraba que esa mansión era mucho más cálida y reconfortante para vivir que el castillo de estilo gótico que había en la capital.

Aunque todo parecía más agradable que en Londres, Vivianne había cometido el error de pensar que sería un viaje de pareja. Creyó que Archivald lo planeó para pasar mayor tiempo con ella, como lo dijo en su momento. La realidad era que varios de los primos Bermont estaban hospedados en su casa, incluso antes de que ellos llegaran. No era que le incomodara su presencia, pero sí, sufrió una desilusión cuando se dio cuenta que su marido ni siquiera planeaba pasar mucho tiempo con ella.

—Es precioso Vivianne, el puente es exquisito.

—Sí —suspiró—, me imagino que sí.

—¿Se te antoja algo de comer? Hay un lugar para tomar el té por aquí, me lo han recomendado mucho —dijo Nancy.

—Si tú quieres ir, puedo acompañarte.

—Te ves decaída, ¿qué es lo que te sucede? —Nancy la miró de soslayo—. ¿Te ha hecho algo lord Pemberton?

—No es nada en especial, no me hagas caso.

—Anne, por favor, soy yo.

—Es solo… que esperaba otra cosa.

—Así que esperabas que Lord Pemberton estuviera totalmente al pendiente de ti —comprendió Nancy.

—No. No. Sabía que él venía por trabajo, lo que me desconcierta es que vinieran todos los demás.

—Esta familia es así, son como muéganos o algo parecido.

—Me agradan, no me malentiendas.

—Pero te gustaría que no estuvieran aquí —sonrió Nancy—. ¿Y por qué no vas con él? Seguro que si se lo pides aceptará.

—Supongo que no me lo pide porque piensa que le estorbaría.

—Vamos Anne, tú eres inteligente, sabrás hacerte valer.

—Claro que lo sabría, pero él piensa que soy una flor delicada.

—Entonces hazlo darse cuenta que comete un error.

—Sí, supongo que eso haré, mañana iré con él.

—Eso. Ahora, ¿puedes dejar de suspirar y seguir con el paseo?

Las mujeres caminaron a solas por un largo momento, disfrutando de su mutua compañía hasta que de pronto ambas se vieron en la necesidad de gritar, puesto que un desconocido había tomado a Vivianne sorpresivamente y le plantó un beso en cada mejilla.

—Lo siento preciosa, pero tenía que saludarte.

—¿Quién es usted? —Nancy alejó protectoramente a su amiga.

—Soy primo de Archie —dijo tranquilo—. Adrien.

—Ah —la joven doncella lo recorrió con la mirada—, sí, he escuchado hablar sobre usted.

—Eso me suena mal, pero bueno. —Apartó la mirada de Nancy y se enfocó en su prima política—. Ya sé que nos conocimos con anterioridad, pero yo no sabía que tenías superpoderes, Jason me platicó algo, dime, ¿qué te dice mi presencia? ¿O es más por la voz?

Anne se alejó unos pasos, quebrantando el toque de sus manos.

—Tan sólo me dice que es una persona de lo más enfadosa.

—¡Acertaste! Eres increíble.

—¡Adrien! —la voz potente y conocida de Archie tranquilizó a ambas jóvenes—. Por el amor de Dios, ¿tenías qué correr?

—Pero claro, de lo contrario no habría podido desconcertar a tu esposa de la forma en la que lo hice —dijo simpático y se acercó al oído de la joven—: dime preciosa, ¿cómo le hiciste para que este monje cediera a tus encantos?

Las mejillas de la joven se colorearon ante la pregunta, no podía creer que Archivald hablara con su primo sobre su vida amorosa; de hecho, lo dudaba mucho, era más probable que ese hombre estuviera tratando de sacar información y ella acababa de responderle.

—Déjala en paz —Archie alejó a su primo de su mujer.

—Es usted un descarado —dijo una indignada Nancy—, ¿cómo ha podido preguntarle algo así?

—Tranquilízate santurrona —Adrien le quitó importancia con un movimiento de mano—, no es nada que ella desconozca ahora que es una mujer casada… ¿o me equivoco?

—No respondas —pidió Archie a su esposa—. Basta, Adrien.

—Sí, sí. De todas formas, su rostro me contestó, se puso tan

colorada como un tomate, por cierto, ¿te hablé de esa chica loca que conocimos en la fiesta de los Lauderdale? Es fascinante, no se avergüenza con nada, se llama Pridwen, creo.

—Creo que los primos se han enfocado más en el tema de la chica que llamó la atención de Jason —dijo Archie.

—¡Bah! Conoces a ese loco, la evitará en todo lo que le sea posible, dudo que se vuelvan a ver y si lo hacen, no se tomarán en cuenta. —Adrien se tocó la barbilla de forma pensativa—. Aunque se llevaban bastante bien y Jack la adora. Sin mencionar que la mujer es preciosa, en verdad preciosa.

—¿Quién es este tal Jason? —cuestionó Nancy sin reparos.

—Ah, otro primo —dijo Adrien—. Como sea, oí que el pueblo dará una fiesta, seguro que será interesante.

—Se deberá advertir a las jovencitas sobre usted.

—¿Es que quisiera tener usted toda mi atención?

—¡Ni loca!

Nancy se alejó de Adrien con la nariz levantada, adelantándose por el camino ahora que Anne estaba a salvo con su marido. El juguetón caballero elevó ambas cejas y siguió a la pomposa mujer con una sonrisa peligrosa en sus labios, una que Archie conocía de sobra y temió en seguida. Nancy estaba en un gran peligro al estar bajo la atención de su primo, quien fuese encantador y podría hacer que cualquier mujer cayera a sus pies si este era su deseo.

—¿Debo preocuparme por esto? —inquirió Anne.

—Un poco, Adrien es peligroso y Nancy parece querer tener su interés —dijo su marido, aun mirando hacia la pareja que se alejaba —. En todo caso, dudo mucho que tu amiga no sepa defenderse de hombres como él.

—A Nancy no le gusta ser… perseguida por hombres.

—¿Debido a qué? —Archie la miró con el ceño fruncido.

No había razón alguna para que Nancy rechazara las atenciones de un hombre como Adrien, claro que su reputación lo precedía, pero tampoco era como si tuviera que acostarse con él si no quería. Para su primo era un juego y podía serlo para Nancy también. Sin embargo, no obtuvo respuesta, ya que su esposa colocó su mano entre su brazo y lo incitó a caminar.

—¿Cómo van las cosas? Me parece extraño que te encontrara vagando por el pueblo, te pensé sumamente ocupado.

—Lo estoy, pero comienzo a relajarme ahora que los pozos están siendo desovados. No entiendo por qué alguien atentaría contra algo tan fundamental como el suministro de agua.

—Parece que quieren tenerte ocupado, o lejos de Londres.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, no es la primera vez que tienes que salir porque hay un

“problema”, creo entender que no pasa normalmente.

—Tienes razón. Aunque no entiendo el porqué.

—¿Qué me dices de esa tal *Sombra* de la que todos hablan?

—¿Quién habla de eso?

—Bueno, tus primos, sobre todo los Hamilton. Sin mencionar que ayudé a Gwyneth a rescatar a su hija de esa persona horrible.

—Claro —Archie pasó su mano entre sus dorados cabellos—. En realidad, sé poco sobre eso. Pero parece ser un maldito que está dispuesto a todo con tal de conseguir sus objetivos.

—¿El cual sería?

—Los Hamilton.

—¿Los Hamilton? —Anne frunció el ceño—. ¿Es que le hicieron algo a esa persona? ¿Por qué ir contra ellos?

—Es lo que no saben. De la nada empezó a actuar en su contra.

—Dudo que alguien actúe por nada.

—Supongo que habrá una razón, pero no lo conocemos como para decirla. De hecho, ayudaría mucho que al fin lo capturaran y todo acabara de una vez, detesto ver a mi familia en problemas.

—Pero ellos no son tu familia, al menos no cercana.

—Lo son. Crecimos casi como hermanos, me duele saber que están sufriendo y si puedo ayudarlos…

—¿Te pondrías en peligro por ello? —se impresionó la joven.

—Por supuesto, lo haría por cualquiera que tuviera un problema.

Anne apretó los labios. La forma noble de actuar de su marido resultaba contraproducente, sobre todo cuando su padre estaba tan ansioso en conseguir información sobre él. Estaba claro que, en su condición de esposa, sería fácil averiguar más sobre él y su familia, aunque no sabía en qué beneficiaría en la búsqueda exhaustiva que el señor Ferreira mantenía en contra de *La Sombra*.

—¿Es verdad lo que dijo tu primo sobre la fiesta del pueblo?

—Sí. Parece que a esta gente nada le quita el entusiasmo, ni si quiera el problema del agua.

—Están acostumbrados a vivir con dolor, por lo que no es tan fácil robarles la felicidad porque la encuentran en las cosas más pequeñas.

—Supongo que tenemos mucho que aprender de ellos —asintió Archivald—, aunque me gustaría poder hacer algo para que no tuvieran que sufrir. Al menos es lo que intento.

Ella se recostó en su hombro, enternecida por sus palabras.

—Eso es suficiente. Con que uno de nosotros quiera ayudarles a vivir mejor, estas personas tendrán esperanza.

—Quisiera hacer más, aunque no sé cómo. —La miró de lado—. Tú pareces empatizar bastante bien con ellos, tu alma caritativa puede ayudarme, ¿Por qué no planeas algo y me lo propones?

—¿En verdad? —ella lo detuvo—. ¿Me confiarías algo así?

—Claro, ¿por qué no habría de hacerlo?

Bajó la cabeza, un tanto apenada por creerlo otra clase de persona.

—Tenía la sensación de que me creías una inútil, una de la que tendrías que cuidar el resto de tu vida.

—Tengo que cuidarte para toda la vida —acarició su mejilla—, pero eso no me hace pensar que seas una inútil, solo que no se había dado la ocasión de hablar sobre un tema que te interesara.

—¿Cómo sabes lo que me interesa?

—Te vi con las cortesanas, con las personas que salieron heridas en el altercado de la galería, por esta gente que sufre. Era obvio.

Ella agachó la cabeza y asintió.

—Parece que eres meticuloso en conocer a las personas en medio del silencio, pensaba que ni siquiera me ponías atención.

—Vaya, eso parece un reclamo. —Le tomó el rostro y, al estar en la calle, besó su frente rápidamente—. Te presto atención, Vivianne.

Ella le regaló una de las sonrisas más esplendorosas que Archie hubiese visto, podría hechizar a cualquier caballero. Tomó su mano y la llevó hasta el carruaje en el que había recogido a su primo. No tenía en mente encontrársela por la calle, pero Adrien tenía una habilidad especial para encontrar personas que deseaba molestar.

—¿Regresarás a las tierras?

—Después de la comida, esperando a que el sol esté menos abrasador. Lo que estamos haciendo es distribuir pipas de agua para abastecer las necesidades básicas de las casas.

—¿Puedo acompañarte?

Archie se volvió hacia ella con un rostro lleno de sorpresa.

—¿Estás segura?

—Sí, ¿por qué no?

—En algunos lugares, las situaciones están algo complicadas.

—Quiero ir y si puedo ayudar, lo haré, ¿no habías dicho que es conocida mi caridad cristiana? Bueno, es ahora o nunca.

El hombre sonrió limpia y abiertamente.

—Entonces, espero que te pongas un vestido más cómodo para ir al campo, dudo que puedas caminar con lo que traes puesto.

—¿Bromeas? Quitarme todas estas telas será lo mejor de mi día.

—Regresemos a la casa, seguro que mi familia ya estará preparándose para el festival del pueblo.

—Sí, es algo que ellos no se perderían.

—Nosotros también tenemos que estar presentes, el pueblo está emocionado por tenernos aquí, por conocer a su nueva señora.

—¡Oh!, eso es un peso demasiado grande.

—A mí me parece que te gusta este lugar.

—Lo prefiero —aceptó—, me agrada que sea más… pueblo y no tan ciudad. Londres me parece demasiado ajetreado.

—Es la capital al final de cuentas, pero si te gusta más Richmond, bien podríamos vivir aquí, ciertamente me facilitaría algunas cosas.

—Pero creí que tu padre te necesitaba en Londres.

—De vez en cuando puedo ir, pero a mí también me gusta el campo, el aire libre, ya sabes que me encantan las plantas, la naturaleza —dijo con añoranza—, si por mi fuera, no regresaría jamás a Londres, pero como dices, mi padre necesita de mí.

—Tal parece que eres prisionero de la ciudad.

—Por decirlo de alguna forma.

—En ocasiones yo me siento prisionera de todo. —Anne hablaba en medio de una completa desolación—. Es como si jamás pudiese ser completamente libre.

—¿Debido a que? ¿Es que mi familia te lo hace sentir?

—No, lo siento —dibujó una dulce sonrisa—, es algo mío, no tiene nada que ver con nosotros o tu familia, me siento tranquila aquí.

—Entonces es con tu familia, ¿es acaso que tu padre te hace sentir incómoda? —la recorrió con una mirada escrutiñadora—, lo noté ese día, cuando fuimos a desayunar, él te pidió algo, ¿qué fue?

—¡Nada!

—No hace falta que me mientas, Vivianne. Ten confianza en mí. Si de alguna forma está acosándote, puedo ayudarte.

Ella bajó la mirada y mordió suavemente sus labios.

—Ese hombre no puede hacerse llamar padre de nadie. Ahora le soy conveniente, pero cuando me abandonó en aquel convento no pensó en mí, tan sólo quería deshacerse de su carga, de su vergüenza.

—Entonces no hay razón para que lo defiendas.

—No lo hago. —Ella pensó con rapidez y decidió delatar a su padre—: quiere que le informe todo sobre ti, supongo que desea saber qué tanto dinero puede obtener si es que me lo pide.

—¿Por qué se lo darías? Acabas de decir que lo desprecias.

—Es mi padre.

—Si quieres ayudar a tu familia, lo aceptaré, pero si no sientes ese cariño hacia ellos, no tienes por qué hacerlo.

—Soy su hija, es mi responsabilidad cuidar de él.

—No me digas, ¿es lo que te dice tu fe cristiana?

—Por favor, no te burles.

—Vivianne, ninguna religión me parece risible, simplemente lo encuentro ilógico. La bondad puede ser selectiva.

—Dios nos enseña sobre el perdón, ya lo he perdonado.

Archivald la recorrió con la mirada.

—Mientes, sé que mientes.

—Quizá, pero intento hacerlo.

—Bien, no lo entiendo —aceptó—, pero si te está molestando, me gustaría que al menos me lo dijeras.

Ella sonrió, soltó el brazo que la escoltaba y se interpuso en el camino de su esposo con un movimiento dulce, un tanto gracioso. Archivald elevó una ceja cuando ella le colocó las manos sobre el pecho y después las deslizó hasta envolver sus brazos alrededor de su cuello y ahí mismo lo besó. No parecía importarle que estuviesen en medio de una concurrida calle y que las personas se detuvieran para verlos con un claro reproche en la mirada. Ella simplemente quería disfrutar de él, de su marido, a quien admiraba cada vez más.

Él no estaba acostumbrado a tales desplantes de cariño, pero tampoco se negó a los deseos de su esposa, la abrazó con cariño y la acercó a sí; era obvio que a ella poco le importaba lo que se dijese o que la vieran exponiéndose de esa forma, tenía la ventaja de ser ajena a todas las miradas que se clavaban en su persona, aunque dudaba que el murmullo fuera inmune a su muy desarrollada audición.

Cuando se separaron de aquel beso, hubo un sonido estridente que sacó otro nuevo susurro colectivo que parecía satisfacer a Vivianne de una forma que su marido no comprendía. Ella le acariciaba el rostro varonil con vehemencia, con dedos suaves que delineaban los bordes que conformaban sus facciones.

—¿Qué ha sido eso?

—Un beso, uno muy sonoro.

—Me di cuenta, y creo que toda la sociedad también.

—¿Te molesta?

—No soy dado al espectáculo, pero si sentiste que debías besarme, tampoco me encuentro en desacuerdo.

—Eres increíble, un hombre fascinante, no hay muchos como tú en el mundo —ella continuaba acariciando su rostro, deteniéndose en los labios entreabiertos por sus dedos—. Tú jamás deberías ser lastimado por nadie, al contrario, se te debe resguardar.

—Nadie me va a lastimar y tampoco necesito protección.

—Parece que eso intentan, no me gusta que te ataquen.

—Vivianne, nadie me ataca, han sido coincidencias.

—No lo sé, esa tal *Sombra* me pone nerviosa.

—Eso es asunto de los Hamilton, déjaselo a ellos y no te preocupes, que nada tenemos que ver en el asunto.

—¿Por qué las hijas de tu tío se quedan con nosotros?

—Son mis primas.

—A lo que sé, tienen su propia casa en Londres.

—Me pidieron de favor el recibirlas y mi madre las adora.

—Sí, pero…

—Vivianne, no hay nada qué pensar, son mi familia, hagan lo que hagan de sus vidas, para mí tan sólo son Aine y Kayla, mis primas, a las cuales quiero igual que a las demás.

—Lo siento. Me dio curiosidad que te expongan de esa forma.

—No creo que lo hagan a propósito.

—Si tú lo dices. —Se inclinó de hombros—. Me preocupa nuestra seguridad, eso es todo, con ellas en casa, nosotros somos objetivos también y tú no pareces preocuparte por ello.

—Me preocupo, Vivianne, no pienses que no, siempre pienso en ello —suspiró—. Pero te recomiendo que no te metas con ellas, mucho menos en estos momentos que están tan susceptibles.

—¿Susceptibles? ¿Es que esa *Sombra* las pone nerviosas?

—Creo que a cualquiera le alteraría los nervios ser el objetivo de la obsesión de una persona demente. No tengo idea lo que busque *La Sombra*, pero creo que nada justifica su comportamiento.

—Supongo que no, pone en peligro a la gente.

—Eso es lo que me parece inaceptable, por querer llegar a los Hamilton está haciendo cosas que… simplemente no.

—Ojalá que todo esto acabe pronto.

Archivald no dijo nada más, a veces las reacciones de Vivianne lo desconcertaban. Entendía muy poco el pensamiento que la conducía. Desde su extremo catolicismo, el querer amar a su padre a pesar de que éste la tratara mal y la extraña forma en la que parecía no estar en completo desacuerdo con *La Sombra*.

Sabía que las Hamilton estaban en su casa por una razón, sospechaban de los Ferreira y Vivianne lo sabía, se sabía objeto de su atención. Quizá era el motivo principal por el cual se mostrara molesta; seguro que la hacía sentir poco bienvenida a la familia, a su nuevo hogar, incluso a Inglaterra. Había llegado en un momento en el que los Bermont mostraban más hostilidad que amabilidad.

Tendría que hablar con las Hamilton, saber qué demonios querían obtener al cuestionar tanto a su esposa, porque las había escuchado en más de una ocasión tratando de acorralarla, queriendo que dijera algo sobre su propia familia, como si de pronto Vivianne fuera la única solución para encontrar la clave que resolvería el enigma de *La Sombra*. Y siendo sincero, lo dudaba, no creía que su esposa estuviera al tanto del paradero de esa persona, ni tampoco los Ferreira, al contrario, seguro que querían encontrarla.

Capítulo 20

Era una noche tranquila. Después de un excitante momento entre la gente del pueblo de Richmond, los invitados de la casa Pemberton se quedaron un buen rato charlando en el salón principal. Por primera vez, Anne se sintió integrada, feliz, de hecho, no recordaba haber reído tanto desde sus tiempos en el convento, cuando compartía travesuras con otras niñas en su misma condición.

Celebraron el hecho de que el flujo de agua regresó, que las festividades del pueblo fueron alegres y prósperas, sobre todo, se hizo hincapié el hecho de que tenían tan importantes invitados como lo eran varios integrantes de la familia Bermont.

Era en esos momentos cuando Anne comprendía por qué todos querían a los extravagantes miembros de ese linaje; eran personas que ayudaban a sentirte cómodo entre ellos, te acogían como uno más de su familia casi de inmediato; eran amables, atentos y contaban sus vivencias con humildad y entre risas.

La joven esposa no podía estar más feliz y cuando se retiraron a sus habitaciones, Anne no se contuvo en contarle a su marido lo bien que se sentía al formar parte de su familia. Aquella sonrisa despampanante fue lo que desencadenó una inesperada pasión en su marido, dejándolos desnudos y tranquilos sobre la cama en la que ahora dormían abrazados el uno al otro.

Fue Archivald quien despertó de pronto, frunciendo el ceño y mirando de un lado a otro con extrañeza. Era anormal que se despertara por las noches, a no ser que su esposa estuviera teniendo una de sus más horribles pesadillas, él no abriría los ojos hasta las seis de la mañana, su hora normal de levantarse.

Había algo extraño, podía sentirlo en las entrañas.

Miró a su esposa, quien seguía plácidamente dormida entre sus brazos. Sabía que, si hacía movimientos por salir de la cama, ella despertaría y lo cuestionaría. No quería asustarla si no había nada por qué estarlo. La abrazó con un poco más de fuerza, besando su hombro descubierto y recostando su cabeza sobre la de ella. Intentaría volver a dormir, quizá no fuera nada.

Pero entonces, un grito atronador lo hizo sentarse sobre la cama, al igual que a su esposa, quien no mostraba miedo, tan sólo estaba atenta. Intentaron salir de la cama al mismo tiempo, aunque su estado inconveniente los retrasó lo suficiente como para volverlos torpes al querer salir tan aprisa.

—No, Vivianne, espera aquí.

—Al menos dame mi camisón —pidió la mujer, quien seguía con la

sábana aprisionada contra su cuerpo.

Archivald buscó la tela que había sido aventada hacia algún lado en la habitación y cuando la tuvo en las manos, fue y se la colocó con cuidado a su esposa, saliendo de la habitación segundos después. Anne no podía sentirse más nerviosa, algo realmente malo debió ocurrir, sobre todo si se tomaba en cuenta la hora que era.

Al no tener otra cosa qué hacer, Vivianne se dedicó a pasearse por la habitación, tocando los muebles y chocando con los elementos que aún le eran desconocidos. Le era difícil acostumbrarse a nuevas localidades y la propiedad de Richmond era igual de grande que la de Londres, tardaría un tiempo en aprenderse de memoria los caminos que no le proporcionarían un golpe o herida en las piernas.

En ese momento no pudo evitar sonreír al recordar el empeño de Archivald por querer ayudarla a aprenderse su entorno. Incluso sabía que él tenía la orden de quitar todo aquello que no fuera esencial en la habitación, como lo fueran los tapetes o los adornos adicionales. Seguro que sus cámaras se habrían convertido en lugares muy austeros con tal de que a ella no se le conflictuara caminar.

Las acciones que Archie tomaba por cuidarla la enternecían, al punto en el que sentía que su corazón se derretiría. Era un hombre peculiar, gustaba actuar en silencio, cuidaba de ella sin pretender que se percatara de sus actos de caballerosidad, que más que otra cosa, parecían actos amorosos; los cuales agradecía.

Pero no había cabida para sentimentalismos en esos momentos, sobre todo cuando el tiempo pasaba y Archivald no regresaba. Eso comenzaba a desquiciarla hasta llegar al punto de querer salir de la habitación. De hecho, había encontrado su camino cuando de pronto escuchó a las afueras unos pasos presurosos que la hicieron retroceder para ponerse a salvo de un golpe de la puerta.

La intromisión de Nancy evitó una segura búsqueda, porque si Anne hubiese logrado salir, seguramente se habría perdido.

—¡Es horrible, Anne, es horrible!

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Es lady Annabella. Oh, pero ¡qué terrible!

—¿De qué hablas, Nancy? ¡Por el amor de Dios, explícate!

—¡Está herida! ¡Gravemente herida! Dicen que podría morir.

—¡Qué! —saltó la joven—. Vamos, ayúdame a vestir, tenemos que irnos cuanto antes, debemos llegar a la casa Hamilton.

—Lo sé, lo sé.

Nancy no necesitaba aquella indicación, desde que entró se movilizó para sacar las ropas simples que Anne ocuparía en el viaje.

—¿Qué fue lo que sucedió? ¿Dijeron algo?

—Dicen que la atacaron sin razón, ¡en medio de una velada! Incluso dicen que estaba ahí con su marido.

—Menos mal, menos mal. El señor Hamilton es doctor, entonces fue atendida con prontitud, ¿no es cierto?

—Dicen que está muy mal —negó la joven—. Por eso mandaron llamar a las hijas de ese hombre. Puede morir, Anne, puede morir.

—No pasará, estoy segura de que no.

—Ojalá que así sea —asintió la joven, vistiendo a su amiga—. ¡Pero qué tortura! Estando nosotros tan lejos y con esta calamidad.

—Estará bien, ya verás —aseguró, tratando de convencerse.

—Es una mujer buena —siguió Nancy—. Todo por estar casada con alguien peligroso, ¿es que no se da cuenta de lo que ocasiona?

—Seguro que es el que más se arrepiente, Nancy, la ama.

—Aun así, mira lo que sus actos ocasionaron.

—¿Dónde está mi marido?

—Abajo, tratando de tranquilizar a Kayla.

—Me imagino cómo están.

—Está. La señorita Aine se ha ido en cuanto escuchó la noticia.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Ella sola? ¿A estas horas?

—Sí. Tomó un caballo y se marchó.

—¡Dios Santo! Pero qué locura ha hecho.

—No debes preocuparte por ella Anne, ya sabes lo que es.

—Eso no importa, es peligroso, demasiado peligroso, las cosas no están como para que se arriesgue así, ¿Ningún primo ha ido con ella?

—Creo que el señor Adrien la ha seguido, pero dudo que la alcance, cabalgaba como una desquiciada.

—¡Date prisa por favor Nancy! ¡De prisa!

Las manos temblorosas de la ayudante hacían todo lo que podían para colocar las ropas correctamente a su señora, pero la impaciencia de ambas era perceptible, Anne incluso daba brinquitos mientras le amarraban una falda simple a la cintura.

—Vivianne —Archie entró con palpable presura—. Irás en carroza, me adelantaré con los demás a caballo.

—Iré con ustedes.

—No. No puedes montar, tenemos que hacer esto rápido.

—Pero de ser así, tardaré mucho en llegar.

—No estás entendiendo, irás en carroza mañana, al amanecer.

—¿Qué? ¿Piensas dejarme en estos momentos?

—Sí, es lo mejor.

—Pero…

—No hay algo que puedas decir que me convenza de lo contrario, irás con escolta mañana y es mi palabra final.

Anne cerró la boca en seguida, acostumbrada a que le dieran esa clase de orden terminante desde una temprana edad. Ella aprendió que al marido hay que respetársele, y cuando este decía algo, en teoría, ella no debía cuestionar, aunque quisiera hacerlo.

—Está bien, si es tu decisión, la acataré.

—Lo agradezco.

Archivald se apresuró a cambiarse a pesar de estar Nancy presente. La doncella trató de ser profesional y no ver al esposo de su amiga mientras se cambiaba, pero su curiosidad aumentaba cuando de repente lanzaba una mirada hacia el cuerpo elegante que colocaba camisa y pantalones frente a ella.

—Nancy.

—¡Sí! —la joven meneó la cabeza—. ¿Si, mi lord?

—Cuida de mi esposa, que no haga locuras. Es en serio cuando digo que no espero verlas hasta dentro de muchas horas, lo que lleve hacer un camino tranquilo y sin recorrer distancias en la noche.

—Como usted ordene, mi señor.

Archivald asintió hacia la doncella y siguió tomando cosas y vistiéndose, sabiendo que su esposa no estaría contenta con la situación, se acercó a ella, tomando su rostro compungido entre sus manos. A comparación de la piel suave de su esposa, sus palmas eran duras, rugosas y fuertes, dignas de cualquier trabajador del campo.

Ella intentó bajar la cabeza, pero esto fue evitado por Archie, quien siguió acariciando las mejillas de su mujer antes de plantarle un beso en la frente, depositando ahí sus disculpas y cariño por ella.

—Todo estará bien, nos veremos dentro de poco.

Seguía enojada, pero eso no evitó que se lanzara a sus brazos para darle la correcta despedida a aquel que iba directo hacia el peligro.

—Por favor, ten mucho cuidado —sus labios se movían contra el cuello de su marido, acariciándolo—, ahora más que nunca.

—Lo tendré.

—Promete que no harás nada que comprometa tu vida.

El hombre calló por unos momentos.

—Tendré cuidado.

—No, Archie, quiero que prometas que nada te pasará.

—Vivianne, sé cuidarme —la separó de sí y sonrió.

—Pero yo…

—Estaré bien y te veré pronto, pero he de irme ahora.

—Lo sé —bajó la cabeza—. Bésame, pero esta vez en los labios.

Acatando la orden de su esposa, Archie delineó con sus dedos las comisuras suaves y entreabiertas que ansiaban los suyos. Esperó hasta que ella soltó un ligero suspiro para tomar sus labios con cariño y desesperación. Era un beso colmado de añoranza y un cariño sutil que provocó que ella se abrazara aún más a él, deseando no soltarlo jamás, puesto que lo sabía demasiado importante en su vida como para correr el riesgo de perderlo.

De alguna manera, Archie logró meterse en lo profundo de su corazón, floreciendo en ella sentimientos de añoranza y de temor

porque algo le sucediera. Se dedicó a acariciar su rostro, tratando de recordar las facciones que pronto se separaron de ella.

Anne se sintió sobrecogida cuando se apartó de su abrazo y pese a que le colocó otro dulce beso en la frente, para ella fue amargoso, puesto que sabía que era el preludio a su partida. La joven cerró los ojos a pesar de que era incapaz de ver y rezó en silencio por el bienestar de su marido.

Lo volvería a ver. Tenía que pensar y creer en eso.

Por su parte, Archie bajó las escaleras a sabiendas de que no habría nadie esperándole, él mismo pidió que se le adelantaran, quería despedirse de su esposa y los demás debían partir a donde se les necesitaba. Simplemente no podía creer que alguien se atreviera a atacar a su tía, aun estando su tío presente en el lugar.

Nadie en su sano juicio haría tal cosa y lo impactante resultaba en que lo lograron. Peor aún, puesto que el culpable ni siquiera había sido encontrado, entró y salió como si nada, haciendo alarde de que *La Sombra* era intocable, y al mismo tiempo hacía énfasis en que podía estar y entrar a cualquier sitio con la simpleza de desearlo.

Quizá ni siquiera hubiese tenido que acudir en persona, alguno de sus subordinados podía haber hecho el trabajo, nadie sabía la expansión de su séquito, dado el caso, podría tener partidarios entre los nobles. Tendrían qué revisar a los invitados de la noche y aun así, no podrían estar seguros de a quién culpar.

Archie montó al caballo que uno de los mozos ensilló para él y tomó camino a Londres. Sabía que el resto de sus primos le llevaban ventaja, pero lo mejor que podía hacer era tratar de darles alcance para ofrecer sus servicios, ayudar en lo que le fuera posible, aunque fuera para tranquilizar a sus tías, primas y cualquier otro agregado.

Iba a medio camino, cuando de pronto un caballo desbocado corrió a su dirección. Conocía a esa bestia, puesto que era suya. No lo siguió o trató de detener su andar, el animal sabía regresar hasta la caballeriza y tenía mayor interés en conocer el paradero de su jinete, más importante aún, si se encontraba bien.

Azuzó el caballo con esmero, llegando al punto en el que la velocidad era tanta, que el más mínimo movimiento en el que no estuviera en sintonía con su caballo, lo mandaría a volar.

—¡Archie! —gritaron de pronto desde un lado del camino.

Fue suerte que lo escuchara y más aún que no cayera de su montura cuando frenó de pronto.

—Necesito ayuda, vamos, ayuda —dijo un muy estresado Adrien.

Archie vio a su primo sosteniendo el cuerpo inconsciente de una persona que parecía sangrar sin piedad de la cabeza. La mano de Adrien hacía la tarea de cubrir la mayor parte de la herida, y el que la

mantuviera recostada sobre su pecho la hacía parecer dormida, cuando en realidad su vida corría peligro. Archivald miró de un lado a otro. No había señales de los malhechores, ni tampoco de la otra persona que debía estar presente en estas circunstancias.

—¿Dónde está Aine?

—No sé, no sé —repitió sin darse cuenta, acomodando su mano para detener el flujo de sangre que provenía de la cabeza de Kayla.

—Creí que ella no se iría contigo —recordó Archie, más sereno y controlado, remplazando al histérico Adrien en mantener con vida a su prima—. ¿Qué te hizo cambiar de parecer?

—¡Maldición! Hicieron lo que quisieron. —El muchacho pasó sus manos ensangrentadas entre sus cabellos—. Primero salió Aine, me subí a ese caballo y en menos de lo que pensé, la otra nos estaba siguiendo, ¡Ni siquiera sabe montar! Y llegó en mal momento, estaban atacando a Aine. Cuando llegué yo, las cosas se complicaron y cuando llegó Kayla, simplemente no pudimos.

—¿Qué pasó con Aine? ¿Siguió hacia Londres?

—No. —Adrien cerró los ojos—. Se la llevaron inconsciente.

—¿Quiénes se la llevaron? —la gravedad en el rostro de Archie incrementaba conforme la información llegaba—. ¿Los atacantes?

—Creo que son parte de *La Sombra* esa.

—No podemos mover a Kayla en este estado, está desangrándose.

—Tampoco podemos quedarnos aquí —dijo Adrien.

—No lo haremos, ve por ayuda, no falta mucho para Londres, tendrás que informar a alguien que no sea Hamilton.

—Tratemos de moverla —dijo Adrien con desesperación, sin ganas aparentes de dejarlos sin protección alguna.

—No puede montar —negó Archie—. Haz lo que te digo y vete, trae ayuda lo antes posible.

Adrien ya no se quejó más y fue hacia su caballo, saliendo en una carrera para llegar a Londres lo antes posible. Ahora lo importante era mantener con vida a Kayla. Cerró los ojos. No quería ni pensar en lo que le sucedería a la mayor de los Hamilton al haber sido tomada como prisionera. Era obvio que sabían quién era, lo que era y lo que su padre podría hacer por recuperarla.

Se llevaron a aquella que tenía información que revelar, y a la otra, la dejaron a medio morir en un camino.

—Vamos Kayla, no hagas esto, tienes qué resistir.

Ella movió la cabeza un poco y apretó los ojos, parecía tomar consciencia. Para ese momento, Archie sabía que era una herida fea, pero no era tan grave para matarla, a menos que siguiera derramando esas cantidades de sangre.

—Archie… —susurró—. Aine.

—No te preocupes por nada, tienes una herida en la cabeza.

—No es… la primera vez que…

—Trata de estar despierta, ¿de acuerdo? —suplicó—. Adrien ya fue por ayuda, será cuestión de tiempo para que estés en un hospital.

—Aine… —apretó los ojos—. Aine.

—La encontraremos Kayla, no te preocupes.

Sabía que no había pasado tanto tiempo, pero para Archie aquellos minutos fueron eternos, sobre todo al escuchar desvariar a su prima, quien seguro entraba en calentura y eso no podía ser bueno. Era en esos momentos cuando le hubiera gustado mostrar su dedicación hacia la medicina y no la botánica.

—¡Archie!

—¡Al fin! Maldición, al fin.

—Viene la mejor ayuda —apuntó a los hombres grandes, fuertes y temibles que venían con él—. No sé cómo lo hicieron, pero ellos me encontraron a mí.

—Nos encargaremos de lady Kayla —dijo uno con voz grave.

—Regresen a Londres y avisen al *Águila Real*.

—¿Qué? —Adrien frunció el ceño.

—Vamos —el mayor tomó la camisa de su primo para jalarlo lejos de la escena—, hablan de tío Thomas.

—Ah, claro. —El muchacho rodó los ojos—. ¿Por qué sabes su lenguaje? ¿Es que acaso eres uno de ellos?

—No, no lo soy.

—¿Entonces?

—Vamos Adrien, te aseguro qué si le preguntas a Jason, él también sabe el código del tío Thomas, ¿sabes por qué? —el muchacho negó con la cabeza—. Porque nos lo enseñaron en caso de una emergencia, como en la que estamos.

—¿Y a mí también me la dijeron?

—Sí.

Archie subió a su montura y esperó a que Adrien subiera a la suya antes de emprender la marcha de regreso a Londres. No volvieron la mirada hacia su prima ni una vez más, sabían que estaba en las manos adecuadas, seguramente alguna de *Las Águilas* sería médico y estaría tratándola en ese preciso instante. La verdadera preocupación resultaba ser Aine y los únicos que podían encontrarla eran los de su propia familia, aunque ésta estuviera sumida en el caos.

Llegaron a la casa Sutherland esperando que las personas vagaran desesperadas de un lado a otro, que hubiese gritos, órdenes, personas haciendo planes, ejecutándolos incluso. Pero cuando su recibimiento fue el silencio, las malas noticias tan sólo se veían venir.

Los primos se miraron entre sí antes de desmontar, resintiendo quebrantar el solemne silencio al caminar sobre la grava para llegar a la fachada de la mansión. La puerta no estaba cerrada, de hecho, tal

parecía que la habían dejado a posta de esa manera, quizá nadie se había percatado del descuido.

Nada parecía fuera de lugar cuando entraron. Los largos tapetes estaban limpios, los candiles encendidos, las pinturas colgadas; no había un indicio que hiciera saber que algo andaba mal, tan sólo se pensaría que la casa estaba vacía de momento. Que los dueños salieron a una velada y los sirvientes aprovecharon para ir a dormir.

—¿Qué demonios está pasando? —Adrien recorrió el lugar con la mirada—. ¿Es que la tía murió?

—No digas tonterías —pidió Archie—, al menos no las digas en voz alta todavía. Algo anda mal.

—Salgamos de aquí, me da escalofríos.

—Dudo que el tío dejara la casa —negó el rubio—. Deben seguir por aquí, lo que no entiendo es este silencio.

—Es anuncio de muerte desprevenida —dijo Adrien, dando pasos hacia atrás—, es casa de tío Thomas, quizá pisar o tocar algo haga que se accionen trampas mortíferas.

—Lees demasiadas historias.

Archie caminó por la propiedad, subiendo las escaleras a trote con su primo detrás, a pesar de que Archie sabía que no estaba del todo convencido de continuar en la casa. Siendo sincero, él tampoco estaba del todo confiado, pero algo le decía que aquel silencio tenía un significado, en ningún caso era positivo, pero habían ido hasta ahí para ayudar y también para informar la situación actual con Kayla y más importante aún, con Aine.

—Yo sigo pensando que estás loco y aquí no hay nadie.

—Sshh —pidió el mayor, mirando hacia todos lados—. ¿Oíste? Viene de allá, vamos, pueden necesitar ayuda.

—¿Acaso me estás escuchando?

Como toda respuesta, Archie siguió caminando, internándose en los largos pasillos con pasadizos ocultos. En su tierna infancia, todo primo Bermont experimentó la aterradora situación de verse perdido entre las paredes del castillo de Sutherland, era algo así como una iniciación a la vida y la primera vez que aprendían a temer a su tío Thomas, puesto que jamás se molestaba, a menos que un niño se perdiera entre las paredes de su casa.

—Archie…, ya deja de hacerte el valiente.

—Espera. —El hombre levantó su brazo para frenar el avance de su primo, quién simplemente lo miró mal—. ¡Hazte a un lado!

Adrien prácticamente fue aventado, golpeándose con fuerza contra una pared antes de comprender lo que pasaba; Archie había salido corriendo detrás de alguien dispuesto a tirarse de lo alto del segundo piso para caer sin remedio sobre la antesala.

—¡No! ¡Suélteme! ¡Suélteme!

Con dolor y algo de esfuerzo, Adrien se acercó a la pareja que luchaba entre sí. Uno pretendiendo salvarle la vida y la otra ansiando perderla de forma trágica y quizá algo dramática.

—Bien hace mi primo en detenerla, ¿si sabe que a esta altura no moriría?, lo máximo a lo que llegaría es a varios huesos rotos —dijo Adrien, arreglando su atuendo y mirando con reproche a Archie—. Gracias por el aventón, no es como si ella pudiera haberme hecho daño de no apartarme de su camino.

—Claro que te lo habría hecho —dijo el mayor, quitando un cuchillo en el forcejeo con la joven—. Iba directa hacia ti.

—O hacia ti.

—Cállate y ayúdame.

Mientras ellos hablaban, la joven no dejó de luchar, quería liberarse, recuperar su cuchillo, cortarse la garganta y saltar para que nadie pudiera hacer el intento de salvarle la vida.

—¡Estoy muerta! ¡De todas formas ahora estoy muerta!

—¿De qué demonios hablas? —se quejó Adrien, ayudando a Archie a llevarla lejos del peligro—. Te salvaron de la muerte.

—No. Están ocasionando que mi muerte sea espantosa.

—Eres de los ayudantes de *La Sombra* —comprendió Archie.

—Yo no diría que es algo por voluntad.

—¿Por qué temes? ¿Qué has hecho? —inquirió Adrien—. No me digas… le has dicho a mi tío y primos.

La mujer bajó la cabeza.

—Mi hermano quizá esté muerto y yo lo estaré también, quería asegurarme protección y miren lo que pasó, la señora Annabella…

—¿Dónde están? —saltó Archie—. Es primordial que los vea.

—No lo sé, no lo sé —dijo asustada—, me han dejado aquí, pero todos se movieron y tengo miedo.

—¿Se movieron? —Archie miró a su primo—. ¿Alguna razón?

—No lo sé, parecían alterados de nuevo —negó la joven—, creo que algo pasó y gritaron mucho y salieron todos.

—Creo que ya se enteraron de lo de Aine —dijo Adrien.

—La realidad es que me lo esperaba —asintió el mayor—. ¿Dónde está la tía Annabella? ¿Qué pasó con ella?

—Esa grosera y loca mujer la está cuidando.

—Gwyneth —dijeron los primos a la vez.

—¿En sus cámaras?

—No, en uno de esos cuartos escondidos, ni siquiera sé cómo volver, por eso mismo me llené de angustia y…

—Sí, sí. —Adrien le quitó importancia—. Nadie sabe cómo manejar los pasadizos Sutherland a menos que seas un Hamilton.

—De todas formas, si te dejaron abajo, debiste quedarte ahí.

Archie la tomó de la mano y la jaló hacia una pared que en

apariencia no tenía nada de especial, pero con un ligero toque en el borde de una pintura, ésta se abrió sin más, dando la bienvenida a un pasadizo que escupió una helada ráfaga de viento.

—¿Qué pasa si esta mujer miente y la estamos llevando sin querer hacia la tía o alguien más de los Hamilton?

—No miente —dijo Archie—, sus emociones son reales y si piensa que puede matar a alguien ahí abajo y salir viva, entonces en realidad es muy tonta. No eres tonta, ¿o sí Beatriz?

—Yo no intento matar a nadie, quiero vivir —se quejó.

—No confío en ella.

—Haces bien —asintió Archie—, vamos.

Él se internó primero, ayudó a Beatriz y esperó a que Adrien los siguiera y cerrara la puerta secreta detrás de la pintura.

—Agh, no recordaba lo terrorífico que es esto —negó el hijo de Adam Collingwood, tomando el brazo de la mujer de la cual desconfiaba—. Vamos, toma la maldita linterna y guía.

Los pasadizos de la casa se encontraban entre pared y pared, por lo cual eran estrechos, frescos, en apartes húmedas, sin luz y con animalejos que corrían a través del cuerpo sin el menor temor.

Sólo alguien que los conociera muy bien podría guiarse en su interior y Adrien sabía que su primo era uno de ellos. Desde que tuvieron uso de razón, los pasadizos fueron un fuerte atractivo para unos niños con exceso de imaginación, pero para Archie siempre fue diferente, Adrien lo recordaba en esa casa más tiempo que en la suya misma, y es que resultaba ser que a su primo mayor le fascinaba el misterio tanto como las plantas, por lo cual los tíos Hamilton eran la combinación perfecta de sus gustos.

—Estamos por llegar a una de las habitaciones, espero que tía Annabella esté en ésta, es una de las más condicionadas para una situación en la que ella está.

—¿Quiere decir que hay recámaras y todo?

—Claro.

—Por Dios, el tío está loco, en verdad.

—Es precavido.

—Y mira de qué le sirvió —se quejó Beatriz—, para usarla con su propia esposa, la cual agoniza entre la vida y la muerte.

—Es mejor a no tener lugar dónde ayudarla —dijo Adrien.

—Callados los dos —pidió Archie—. Creo que escucho algo.

—Estarán guardando silencio para no alertar a lo que piensan que son intrusos —razonó Adrien.

—Sí. —Archivald colocó su oído contra la puerta cerrada—. Tratemos de no asustar cuando pasemos.

—¿Entonces es aquí? —Beatriz miró de un lado a otro—. No reconozco nada, todo es igual en estos horribles pasadizos.

Archie dio dos toques a la puerta y la abrió sin esperar contestación. Gwyneth les dirigió una mirada cansada, su cuerpo daba claros signos de fatiga, el vestido que portaba estaba sucio, lleno de sangre y lo que parecían ser extractos herbales. Había un fuerte olor a hospital en aquella habitación que en nada se parecía a los horrendos y descoloridos pasillos por los que vagaron.

Todo lo contrario.

Era una habitación limpia, simple, con los elementos esenciales para atender a varios heridos. Pero, de momento, la única camilla ocupada era la de Annabella Hamilton, esposa del conocido *Hombre Siniestro* y antigua cabecilla de las *Águilas*.

—¿Cómo está la tía? —se adelantó Adrien, aún con Beatriz tomada del brazo, renuente a dejar de vigilarla.

La mujer negó suavemente.

—No muy bien.

—¿Dónde están los demás? —Archie paseó sus ojos por la inmensidad de la habitación—. ¿Saben ya lo de Aine?

—¿Qué pasó con Aine? —Gwyneth se alteró al instante.

—Creo que no lo saben —dijo Adrien, para después hablarse a sí mismo—: ¿Por qué no se los dije a las *Águilas* cuando tuve la oportunidad? Aunque siendo honesto, me sorprendieron.

—Eso no importa, es primordial que les demos aviso —dijo Archie —. Kayla estará por llegar en cualquier momento, está herida también, aunque no creo que sea algo de gravedad, fue un roce de bala, pero sangra en demasía.

—¿En dónde fue?

—La cabeza.

Gwyneth hizo una expresión que mostraba la preocupación por la zona en dónde había sido herida. La cabeza siempre era sinónimo de problemas, esperaba que fuera como Archie dijo y fuera una herida aparatosa, mas no peligrosa.

—Esperaré por ella, me gustaría que alguien se quedara conmigo —miró a Adrien—. Creo que tú estarás bien y sí, cuida de esa.

—¡No me llames *esa*!

—Actuabas en contra de mi familia, ¿esperabas el tratamiento de una reina? —se quejó la mujer de desorganizada cabellera café.

—Me parece bien que te quedes Adrien —asintió Archivald—. Cuida que Beatriz y Gwyneth no se asesinen.

—Tomaré como prioridad no dejar morir a Gwyneth, porque no tengo idea de qué hacer si tía Annabella se pone peor.

Los ojos de los presentes fueron a parar en el cuerpo estático de la mujer que parecía reposar en un sueño profundo, pero no plácido, su expresión seguía reflejando sufrimiento.

—Estará bien —trató de asegurar la joven médica—. Es fuerte,

tiene que poder con esto, yo lo sé.

—Supongo que mi tío está desesperado.

—Naturalmente. Su mundo se vino abajo con esto —apuntó con la mirada hacia su suegra—. No sé qué decir con lo de Kayla y Aine. Siendo franca, esta *Sombra* es lo peor que le pudo pasar a esta familia, daría todo con tal de que acabara.

—Te aseguro que están poniendo todo su empeño en ello —dijo Archie—. No soportarán más tiempo esta situación, los conozco.

—No sé qué dirán Izek y Harsen cuando lleguen. Una de sus mujeres está herida y la otra desaparecida.

—Ellos saben con quienes se casaron —dijo Adrien.

—Pero ahora son madres —negó Gwyneth—, tienen una familia. Ellas no deberían estar en estos peligros.

—Supongo que lo dices también por ti —comprendió Archie—. Por cierto, ¿dónde está Brina?

—Publio la puso en otra habitación por seguridad.

—Comprendo —Archie se acercó a su tía, le dio un beso en la mejilla y se agachó a susurrar—. Tranquila, lo solucionaré.

Dicho esto, el mayor de los primos Bermont salió de la habitación, esperando que las cosas no se complicaran aún más. Ahora que lo pensaba, le gustaría que su esposa no llegara jamás, aunque dudaba que fuera una posibilidad, Anne subiría en esa carroza en cuanto la primera luz solar saliera desde el Este.

ꙮ

Abrió los ojos debido a la punzada dolorosa que recibió su cabeza. Sabía que estaba en peligro al no reconocer el ambiente en el que se encontraba, ni tampoco a las personas que hablaban a su alrededor, descuidados, seguramente pensando que no despertaría dentro de mucho tiempo, desconociendo por completo la gran fortaleza corporal de la que gozaba Aine Hamilton.

Cerró los ojos con presura cuando uno de ellos dirigió una mirada hacia su persona "inconsciente", era primordial que no notaran que estaba despierta, al menos por un tiempo. Necesitaba encontrar la forma de salir de ahí lo más rápido posible y pensaba aprovecharse de que los hombres parecían no prestarle mayor atención debido al terror que sentían por sí mismos.

Debía reconocer que esos tontos merecían respeto por lograr atraparla, pero por lo que decían, se debía al plan de alguien más y no precisamente de su líder, sino de un aparente suplente que los hacía actuar como si La Sombra se los ordenara.

—¡No puedo creer que la atrapamos y estuvo mal!

—Estamos en problemas, esto sólo causará problemas.

—Tenemos que mantenerla escondida aquí. Nadie sabe de este lugar —

dijo el cabecilla—. ¡Maldición!, pensé que la orden venía de La Sombra, pero parece ser que nuevamente hemos sido engañados, ahora vendrá y mostrará su molestia.

—Nos matará —dijo otro, lleno de terror—. Eso hizo la vez pasada y no dudará en hacerlo ahora.

—No, no. Lo verá como algo bueno, es la hija del Hombre Siniestro, le sacará provecho, lo sé.

—¡Nos matará!

—¡Deja de decir eso y ponte a trabajar!

Aine sentía que su corazón latía con fuerza contra su pecho. La Sombra vendría, estaría en presencia del mayor enemigo de su familia. Era su oportunidad de terminar con todo, la vida la colocó ahí por una razón, una mortífera Águila estaba en plena consciencia y forma, en espera de clavar su daga en el cuello de esa maldita persona que les ha hecho la vida imposible.

Aunque de momento estaba desarmada, una extraña sensación de excitación y felicidad la invadió. Tenía que hacerlo por los Hamilton, por ella misma, por su esposo y los hijos que tenía con él. Debía acabar con todo ese drama en el que esta persona los sometió, planeando una venganza que parecía no tener fin y de la cual desconocían la razón.

—¡Ya viene! —abrieron la puerta de pronto.

Aine tuvo que luchar para no saltar sobre su cama ante tan abrupta interrupción, sobre todo porque le estaba dando la espalda.

—¡Vamos! ¡Preparen todo!

—¡Traigan a la chica!

—¿Para qué?, déjela ahí, de todas formas, no se puede mover.

—Bien, bien. Todos callados, no interrumpan y… suerte.

—La necesitaremos.

Hablaban con tanto pavor, que incluso el cerebro de Aine fue traicionero y lidió la batalla por querer huir en ese preciso instante. Se convenció a sí misma de mantenerse quieta, con la respiración tranquila, inmóvil, tratando de encontrar el momento adecuado para darles el susto de su vida a esos hombres.

Apretó los párpados cuando la puerta se abrió de forma que golpeó la pared con un estruendo. Las entradas dramáticas también estaban en el arsenal de La Sombra, claramente era alguien a quien le gustaba llamar la atención, disfrutaba que le temiesen, que le respetasen por ser un asesino.

—¡La Sombra! —dijo uno de los hombres, inclinándose ante lo que parecía un espectro de la noche—. ¡Recibimos sus órdenes!

«Miente» pensó Aine. Aunque le parecía lo más sensato el que lo hicieran, tal parecía que La Sombra los mataría por desobedecer, o más bien, por obedecer a alguien más.

Aine ansiaba oír su voz, quería identificar a la perfección a esa persona, debía averiguar si era alguien conocido o no lo era. Sin embargo,

la habitación permaneció en un silencio pesado, alargando el momento hasta que resultó inquietante. Aine ni siquiera escuchaba las voces o respiraciones de los hombres hasta que de pronto, salieron todos de la habitación.

Bueno, no todos.

Sentía su presencia cercana y amenazante.

La Sombra seguía ahí, la observaba.

Podía sentir su mirada sobre su espalda, analizándola, quizá buscando un punto sensible para matarla o decidiendo lo que haría con ella a futuro. Como fuere, estaba en peligro, podía sentir el aura asesina que provenía de la figura a sus espaldas.

Totalmente desprevenida de las acciones silenciosas e imperceptibles de La Sombra, la chica no pudo más que gritar cuando la tomaron con brutalidad del hombro, obligándola a abrir los ojos y sentarse de golpe, topándose de frente con aquella fea máscara Samurái, con los dientes picudos y la lengua de fuera. Era la imagen de un demonio y lo parecía aún más cuando el cuerpo estaba cubierto por aquellas ropas negras y enorme túnica.

Estaba claro que La Sombra jamás cayó en el juego de que Aine estaba dormida, aquel movimiento dejaba en claro un reclamo. Por un largo momento, no hablaron, la joven se vio en la necesidad de mostrarse impenetrable estando frente a una máscara que buscaba cubrir el rostro del atacante de los Hamilton.

—¿Piensas mirarme por mucho rato? —cuestionó Aine después de lo que pareció una eternidad, fiel a su carácter arisco—. Espero que sepas que no tienes mucho tiempo antes de que te encuentren.

La mano enguantada de La Sombra dejó de aplicar presión en el hombro de la joven, alejándose lentamente, dándole la espalda a pesar de que muchos no lo harían, puesto que Aine era una reconocida Águila mortal. Eso dejaba en claro que La Sombra no le temía ni a ella ni tampoco a los Hamilton, puesto que no tuvo reparo en mostrar su calmo caminar, vagando de un lado a otro, tomando cosas de las viejas gavetas.

—¿Qué haces? —Aine se puso en pie, alejándose de la figura que se arrastraba por las sombras—. ¡No podrás retenerme!

La Sombra siguió dejando utensilios sobre los viejos muebles, no hacía movimiento alguno hacia ella, pero era claro que la mantenía en alguna clase de vigilancia que sobrepasaba los sentidos de Aine, puesto que cuando ella se movía de forma diferente, La Sombra ladeaba ligeramente la cabeza antes de volver un poco el rostro enmascarado, amenazando con esa simple acción.

—¿No piensas hablar?

En ese momento, La Sombra parecía haber terminado con lo que sea que hubiese estado preparando. Se volvió con una jeringa entre los dedos enguantados, lo cual hizo que Aine enloqueciera y comenzara a correr por

la habitación, lanzando lo que podía contra la figura que ni siquiera se movía más que para evitar las cosas, en ocasiones, siendo golpeado por lo que le lanzaban.

—¡No! ¡No! ¡Aléjate!

La puerta fue abierta y Aine corrió hacia ella; pero en vez de que fuera una oportunidad de escapar, fue la causa de su fin. Dos hombres la tomaron con fuerza de los brazos, regresándola a la habitación con brutalidad, haciéndola caer al suelo antes de levantarla y atarla con esfuerzo a una silla.

La Sombra hizo un movimiento con su cabeza hacia la puerta, pidiendo que salieran nuevamente. Esos hombres estarían cerca, seguramente postrados en la puerta con la intensión de cuidar a la persona a la que tanto admiraban y buscaban.

Aine se removía, intentando deshacerse de los firmes nudos que le lastimaban las extremidades amarradas. Se alejó de la jeringa que lentamente se acercaba hasta sus venas y cerró los ojos cuando sintió el dolor del inminente piquete.

—¿Qué es eso? ¿Qué me has puesto?

La Sombra siguió sin articular palabra, tomó una silla vacía y la puso enfrente a la de Aine, esperando a que lentamente la inyección surtiera efecto en la hija de su enemigo.

Aine dio muestras de estar relajada, debilitándose al punto en el que se recostaba en la silla y sus ojos se cerraban. Su consciencia iba y venía, se sentía un poco mareada y tenía ganas de gritar de emoción a la vez que sentía un miedo abrumador. Estaba a merced de lo que quisieran hacerle, en ese estado, no podría evitar absolutamente ningún movimiento.

—Ahora, podemos hablar.

Aine trató de levantar la cabeza, pero se sentía tan pesada, que mejor la dejó sobre la silla y su hombro.

—Eres… yo sé quién eres.

—Sí, supongo que lo sabes —asintió—. Me preocuparía de lo contrario, se supone que las Águilas tienen toda clase de habilidades, esperaba que pudieras grabarte una voz.

—¿Por qué…? —soltó con esfuerzo.

—Mmm… sencillo, creo que porque se lo merecen. Porque se creen los salvadores del mundo cuando en realidad arruinan la vida de las personas y era tiempo de que alguien arruinara la suya.

—Pero…

—No, no es tu tiempo de hablar, es el mío.

—Yo no… no diré nada, jamás te ayudaré.

—Sé que no. En realidad, yo no te quería aquí, eres más un estorbo que algo beneficioso, pero ahora tendré que protegerme, eres demasiado inteligente y tendré que usar métodos que no son de mi total agrado para mantenerte callada.

—Mi padre…

—Sí, se metió con la persona equivocada —sonrió—. Pienso exactamente lo mismo, ahora cállate, tenemos que hacer varias cosas antes de que estos idiotas se impacienten.

Capítulo 21

Archivald regresó a su casa sintiéndose un completo inútil. Jamás le había pasado algo parecido en su vida. Llevaban más de una semana buscando a Aine sin tener éxito, era como si la tierra se la hubiese tragado o jamás hubiese existido.

Para esos momentos, la familia Hamilton esperaba lo peor. No habían tenido la mejor de las suertes últimamente. Primero la tía Annabella estuvo a punto de morir, seguía viva, pero con lesiones tan graves que continuaba vagando en la inconsciencia. Kayla fue la mejor parada, puesto que, a pesar de haber recibido un disparo en la cabeza, únicamente fue un roce aparatoso.

Lo que no estuvo tan bien fue la furia incontenible del duque de Buccleuch, esposo de Kayla, quien en la primera oportunidad la tomó y se la llevó lejos y sin decirle a nadie dónde sería su paradero, lo cual era lo mejor dadas las circunstancias.

A quien no calentaba ni el sol era a Harsen Svensson, el marido de Aine. Él prácticamente no detenía la búsqueda ni por un segundo, era incansable y su preocupación lo llevaba a tener largas noches en vela que seguía aprovechando para buscar a su mujer.

La familia Hamilton estaba desmoralizada, perdida. Archie jamás los había visto en tales condiciones, incluso le dolía ver a su tío, quien parecía haber envejecido cien años en cuestión de días. Él seguía mostrándose concentrado, positivo en encontrar a su hija, actitud que el resto de su familia no compartía, pero mantenían en un completo secreto. Publio y Terry hacían lo posible por ayudar a su padre a no caer en la demencia; sin embargo, resultaba increíble el pensar que *La Sombra* tuvo a Aine en su poder y no hizo nada para acabar con su vida, sobre todo porque sabían que su hermana seguramente se defendió hasta el último aliento, porque así era ella.

Archie quería a su prima tanto como quería a su hermana, le dolía pensar en que la estuvieran torturando; imaginarse su muerte era impensable. Simplemente quería encontrarla, entre antes lo hicieran mejor, fuera de la forma que fuera, la agonía de la espera era peor que saber por lo que uno está sufriendo.

—¡Archivald!

Los ligeros brazos de mujer lo envolvieron con suavidad en cuanto entró a la habitación. A veces le sorprendía la habilidad que tenía Vivianne para reconocer su forma de caminar. Ella lo esperaba despierta en cada ocasión, ansiosa por cometer la misma acción cada vez que lo escuchaba pasar por esa puerta.

—Hola —la besó rápidamente en los labios—. ¿Cómo has estado? ¿Nancy no estaba esperando contigo?

—No, ella salió.

—Mmm… ¿A dónde?

—No lo sé, no lo dijo —se inclinó de hombros la joven—. ¿Por qué? ¿Qué tiene de interesante lo que pueda hacer Nancy?

—Nada en particular, fue simple curiosidad.

—Tú no eres curioso por este tipo de cosas.

—Ya ves que sí. Es normal, ella cuida de ti, no me gusta que te quedes sola en la casa, sin nadie quien te ayude.

—No la necesito todo el tiempo, Archie —sonrió la joven, ayudándolo a quitarse la ropa—. Ella tiene que tener una vida.

—Claro.

—¿Cómo van las cosas? —pasó rápidamente al tema de su interés —. ¿Sigue sin haber señales de tu prima?

—Me temo que así es.

—Es terrible…, ¿cómo está su familia?

—Desesperada. No puede ser diferente cuando sabemos que la tiene ese… ¡demente! ¡Es un maldito demente!

Vivianne elevó las cejas al escuchar a su marido maldecir, cuando lo usual es que no lo hiciera. Archivald era demasiado perfecto incluso para rebajarse a decir peladeces, era prácticamente el único hombre que conocía que no las decía.

—Lamento que te ponga en este estado —apretó los labios, masajeando como pudo los hombros que se le ponían enfrente—. ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—Encontrar la forma de traer de regreso a Aine con vida, sana y salva —rodó los ojos con una sonrisa decaída. Sabía que era una petición imposible, pero de alguna forma tuvo que hacerla para sacarla de su interior. Dejó salir el aire un tanto cansado y se volvió hacia ella para tomarla con dulzura de la cintura y besarla de nuevo en los labios—. Iré a tomar un baño, entra a la cama, no tardo.

—Puedo ayudarte.

—No. Quiero estar solo, necesito pensar.

—Oh… claro, entiendo.

Anne bajó la cabeza, desde hacía días que sentía que su marido la alejaba, cada día un poco más. Le dolía más de lo que pensó y las ganas de llorar la atormentaron por unos segundos, al menos hasta que sintió los dedos firmes que de pronto tomaron su barbilla, levantándola hasta hacer accesibles sus labios para su marido.

—No quiero parecer brusco, estaré contigo en un momento.

—Está bien —posó sus manos en el pecho de su marido, acariciando la zona—. Te esperaré, ¿quieres algo de comer?

—No tengo hambre, pero gracias.

Archivald desapareció en la habitación contigua, cerrando la puerta como precaución para que su esposa no entrara. Tal parecía que pensaba que sus palabras no habían sido lo suficientemente terminantes como para alejarla de él. Vivianne sabía que no lo hacía para herirla, él lucía abrumado todo el tiempo y comprendía que necesitara unos momentos de soledad, aunque fuera en el baño; sin embargo, eso seguía hiriéndola; el que no compartiera con ella sus preocupaciones marcaba la distancia que existía.

Regresó sobre sus pasos, esa habitación la tenía completamente dominada, básicamente porque solía pasar la mayor parte del tiempo en ella. Sobre todo, desde que volvieron de Richmond, ya que Archivald prefería dejarla ahí, en una supuesta *seguridad*.

—Vivianne, me alegra verte sola.

Ella se volvió rápidamente hacia la puerta.

—No estoy sola, mi esposo está…

—Seguramente se alejó lo más rápido posible de ti.

La joven sintió una puñalada en el corazón, pero de ello no mostró señales, trató de mostrarse imperturbable, de no mover el rostro. Ser ciega la hacía extrañamente consciente de lo que sucedía en su cuerpo y le permitía controlar de forma magistral sus facciones.

—Está en el baño —admitió.

—Bien, te espero en donde siempre.

—Esperará verme cuando salga.

—Tardará, tiene razones para estar preocupado.

Ella cerró los ojos lentamente, aceptando salir junto a ese hombre, más a regañadientes que por gusto, permitió que la tomara del brazo para guiarla con rapidez por los pasillos desolados. Era normal que no hubiese nadie, puesto que todos los de la familia Pemberton ponían su mayor empeño en ayudar en lo que podían a sus parientes. Su suegra pasaba la mayor parte del tiempo con su prima, ayudando a la familia en esa parte, su suegro estaba al total servicio de su amigo Thomas Hamilton; su propio esposo y cuñado tampoco daban luces de abandonar la búsqueda, solían regresar a horas tardías o, en el caso de Malcome, simplemente no lo hacían.

Los únicos que vagaban libremente por esa casa eran los Ferreira, más que nada el padre, puesto que los hermanos, Beatriz y Joaquín, apenas y daban señal de vida en la casa y cuando lo hacían era para hacer gala de que disfrutaban de una vida que no les correspondía. La familia debió irse hacía tiempo, pero con tal conmoción, ni siquiera se había hecho notorio la imposición incómoda de la visita.

El señor Ferreira soltó a la joven con desdén, empujándola un poco para que quedara frente a él.

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho?

—Lo normal, está angustiado por su prima, eso es todo.

—¿Siguen sin tener idea de dónde está?

—De saberlo, creo que ya habrían hecho algo para rescatarla.

—Si es que sigue con vida, quizá no la encuentren porque ya está tres metros bajo tierra —rio con malicia, casi deseándolo.

Vivianne frunció el ceño con desagrado.

—Parece que lo disfrutas.

—En parte. Recuerda que gracias a los Hamilton yo me vi arruinado, sólo *La Sombra* ha podido traer paz a corazones como el mío, por eso es preciso que encontremos primero el escondite.

—¿Cómo sabes que esa persona está ahí?

—Lo sé, seguro está disfrutando del momento, de su triunfo.

—Fue un movimiento estúpido a mi parecer.

—Estarás bromeando.

—No. Está llamando demasiado la atención, todas las *Águilas* y los Hamilton la están buscando sin descanso, eventualmente darán con su paradero y entonces espero que tenga un buen plan.

—Lo tendrá. Lo más seguro es que esté intentando salir del país, por eso quiero encontrarla antes de que se marche para siempre.

—Deberías de darte por vencido de una vez y dejarme en paz. Si *La Sombra* planea irse, entonces Archivald no lo sabe ni tampoco los Hamilton, no puedo sacar más información.

—Mira mocosa —la tomó con fuerza por los brazos—. Recuerda que yo sé tú secreto, yo te saqué de ese maldito lugar y te di esta vida de lujos, sin preocupaciones, con una posición de reina.

—No te lo pedí, me lo impusiste, como otras tantas cosas.

—¿Te quejas?, es lo peor que puedes hacer, ¿qué no te das cuenta lo que has ganado a cambio de nada? Porque quiero que sepas que no me has servido en lo más mínimo.

—¿Entonces por qué no me delatas de una vez por todas? —instigó —. A él no le importó que yo fuera… impura, tampoco le importará lo demás, lo sé, lo conozco.

—Oh, querida, claro que le importará. Eso no es nada, eso que te guardas es algo grande, relevante. ¿Cómo se podría cimentar una relación cuando se empieza con un secreto de ese tamaño?

Ella apartó las manos de su padre y se alejó con un rostro lleno de reclamo. Jamás pidió esa unión, pero ahora que conocía a su esposo, no deseaba dejarle, odiaría perderlo. Era un hombre lleno de luz, tan bueno, tan amable y dedicado, que no hacía un mundo sin él. Era inquietante el sentimiento de posesión que se infiltraba en su corazón, lo feliz que se ponía cuando llegaba y las horas que podía pasar escuchándolo. Jamás se había enamorado, pero tuvo personas cercanas, a gente a la que amó allá en el convento, pero Archie… él era diferente y en definitiva, no haría nada para perderlo.

—Así que eso te molestaría… —comprendió el hombre,

encontrando esa revelación a su favor—. Entonces has tu trabajo.

Ella juntó las cejas, pensando detenidamente.

—No.

—¿No?

—No. No seré tu marioneta, si quieres información, entonces usa a Beatriz y a Joaquín, que por una razón los has traído.

—Son igual de inservibles que tú, de hecho, a Joaquín no lo he visto en un largo tiempo, seguro está holgazaneando por ahí.

—Beatriz dijo que era probable que lo mataran —recordó una conversación con su marido—. Ella quiso suicidarse, ¿ no lo supiste?

—Esa chica siempre ha sido una dramática.

—Se trató de aventar de las escaleras, eso fue lo que me dijo Archie, la salvó de la muerte o una aparatosa recuperación.

—Bueno, ahora sabemos que está bien.

—Quizá se marchó —dijo la joven y se acercó suave e insinuantemente hacia el lugar desde dónde provenía la voz—. Porque ella habló, dijo todo a los Hamilton, todo sobre ustedes.

—¿¡Qué!?

El hombre brincó hacia atrás. La voz de esa mujer estaba llena de seguridad y la sonrisa retorcida era escalofriante para un rostro tan bello, con una angelical fragilidad.

—Ella les dijo todo a los Hamilton, saben que buscas a *La Sombra*, saben por qué viniste, saben quizá hasta por qué me trajiste aquí contigo. Pero Archie no me rechaza a mí, pero a ustedes…

—No me han dicho nada. ¡Eres una maldita mentirosa!

—¿Por qué le pondrían atención a algo tan estúpido como esto? Cuando tienen a una hija, hermana y prima perdida.

—Estás mintiendo —negó el hombre—. No, quieres asustarme.

—Oh, ¿en serio? —ladeó la cabeza—. ¿Te asusta una ciega?

—Diré tu maldito secreto.

—Se verá como una patada de ahogado, nadie te creerá, querido padre, porque obviamente no confiarán en ti. Es más, plántales cara —alentó—, entonces recordarán que tienen que ponerte atención, que tienen que deshacerte de ti.

El hombre mostró un terror en su rostro que ella no tuvo la capacidad de disfrutar, pero podía sentirlo, era algo que se expandía alrededor del cuerpo, mostrando la inseguridad que ella anhelaba poner en el alma de aquel hombre.

—Iré ahora mismo con tu marido y diré todo.

—Puede ser que piensas que Archie es un hombre tranquilo, pero te aseguro que sabe sobre los Ferreira y no estará más feliz que los demás, se sentirá engañado por ti, pero no por mí, una indefensa ciega que apenas tiene control de sí misma.

—¡Eres una maldita bruja!

El hombre levantó la mano y ella permitió que ésta se estampara sonoramente contra su mejilla. El dolor se extendió como una quemadura que dejó una sensación de ardor punzante.

—¿Satisfecho? Ahora tendré que explicarle esto a mi esposo.

—Maldita, maldita mujer.

—Será mejor que se vaya ahora que tiene oportunidad de hacerlo sin ningún rasguño. En cuanto Archivald vea esto, no estará feliz.

«Al menos, eso quiero pensar.»

El señor Ferreira tomó la oportunidad que le brindaba la vida y prácticamente corrió por las escaleras, lo cual hizo sonreír a Anne, quien por fin pudo llevarse la mano a la mejilla y quejarse por el golpe. Seguía doliendo cómo si lo acabara de recibir.

Repentinamente se sintió desorientada, perdió la pista de hacia dónde fue al ser jaloneada por el pasillo, pero seguramente reconocería algo por medio del tacto, debía ser así, tampoco sentía que estuviera tan lejos.

—¡Vivianne!

La voz de su marido la guío hacia la dirección correcta, de hecho, estaba yendo justo hacia el otro lado. Tal parecía que Archivald siempre llegaba en el momento adecuado, cómo si tuviera alguna clase de sensor interno que le avisaba cuando ella lo necesitaba.

—¡Vivianne! —Archivald la tomó en brazos—. Por Dios, si vas a salir de la habitación, debes avisarme. Sentí que me daba un infarto.

—Lo siento, no creí tardar tanto.

—¿Qué requería tu atención a estas horas?

La observó detenidamente, pero gracias a la oscuridad del pasillo, no pudo notar el enrojecimiento en la mejilla de su esposa. Sin embargo, ella no sabía esto y pensó que él decidió pasar por alto el golpe debido a que poco le interesaba. ¿Ella cómo podía saber que esa casa, por las noches, era dada a la penumbra más absoluta? Anne vivía en esa penumbra fuera día o de noche.

—Nada —bajó la cabeza—. Nada importante, ¿vamos a dormir?

—¿Entonces a qué saliste?

—Quería pasear.

—Parecías desorientada cuando te llamé.

—Un poco, me perdí.

—Te sabes estos pasillos a la perfección, si caminaste por tu cuenta, sabías cómo regresar. Dime lo que en verdad pasó.

—Mi padre pidió una rápida audiencia conmigo.

Anne se vio en la necesidad de tocar el cuerpo de Archie para orientarse, pero en cuanto logró saber hacia dónde iba, lo dejó atrás, continuando por su cuenta hasta la habitación que compartían.

—No me gusta que estés con él. Te conté lo que dijo Beatriz a mis primos, no es una buena persona.

—Lo sé.

—Te obligó a todo esto, ¿cierto? Al matrimonio y lo demás.

—Lo hizo.

—¿Por qué no dijiste nada?

—¿Y qué se supone que podía decir? —se volvió hacia él—. Me consideré afortunada, no diré que no. Soy ciega, y por si no lo sabías, despreciada. Pensé que jamás me casaría, que no lograría encontrar a alguien bueno que al menos quisiera cuidar de mí. Así que cuando te conocí y me aceptaste… de alguna manera sentí esperanza —ella bajó la cabeza y negó—. No quise dejarte ir, no quise soltarte.

Archivald guardó silencio, observando atentamente los rasgos dulces de su esposa hasta toparse con lo único que desconocía: el enrojecimiento que parecía dolerle debido a la forma en la que inconscientemente retraía la zona.

—¿Qué te pasó en la mejilla?

Anne se llevó la mano al rostro y se quejó al contacto. Ahora no sólo ardía, sino que estaba caliente, hasta parecía palpitar, fue un golpe fuerte al final de cuentas.

—Nada. Mi padre estaba enojado.

—¿Fue él quien te golpeó?

Ella asintió sin darle demasiada importancia.

—Antes de marcharse.

—¿Por qué no gritaste? ¿Por qué no me pediste ayuda?

—Me avergüenza —aceptó—. No quería que lo supieras.

—Creo que es un poco difícil de encubrir —se adelantó y tocó la mejilla sana de su mujer—. Traeré algo para el golpe.

—Gracias.

Cuando lo escuchó salir, Anne perdió todas sus fuerzas. Reveló algo increíblemente personal y profundo a su esposo y no obtuvo respuesta alguna de su parte. La razón era obvia, no se atrevía a decirle que no sentía lo mismo, estaba claro que ella sentía amor hacia él, mientras que Archie sólo se preocupaba por hacerla sentir feliz, por su bienestar, pero eso no quería decir que la amaba, porque así era él, lo hacía con todos a su alrededor, por eso resultaba tan cómodo estar a su lado, acudir a él era garantía de ayuda.

—¿Vivianne?

Ella saltó en su lugar, nuevamente parecía traído por el viento. Tenía unos pasos tan ligeros que ni su oído -mucho más desarrollado que el de la mayoría-podía captarlo cuando se acercaba a ella.

—¿Encontraste las cosas?

—Parecías pensar en algo.

—Nada importante —negó simplemente—. ¿Qué me…? ¡Oh!

El frescor del paño con hielos que él colocó sobre su mejilla fue sorpresivo, pero alivió el dolor con presura. Ella elevó la mano y la

colocó sobre la de él, indicando que podía tomarlo por sí misma; sin embargo, Archivald no lo soltó, así que Anne regresó a su antigua posición, pensando que el toque era innecesario.

—Traje algunos ungüentos que me recomendó una doncella, parece que con esto mañana no te dolerá nada.

—Espero que sea verdad.

—¿Duele mucho?

—Mucho menos que la vergüenza que siento.

—No debes sentirla, no has hecho nada malo.

Archie apartó el hielo y colocó el ungüento a pesar de que ella se quejaba del roce de sus dedos contra su sensible piel.

—No puedo creer que te golpeara —dijo el hombre con enfado— ¡Y bajo mi propio techo!

—Tranquilo, no es la gran cosa.

—Claro que lo es, no importa quién sea él para ti Vivianne, eres mi mujer ahora, como tal, es una ofensa para mí que te golpeara.

—Me alegra que te lo tomes tan personal, pero ya pasó, él se marchó gracias a Dios, probablemente no lo veamos más.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo puedes estar tan segura de ello?

—Bueno… digamos que lo asusté un poco.

—¿Diciendo qué cosa?

Ella se alejó del toque insistente sobre su mejilla herida, quiso ponerse en pie, pero Archivald colocó sus manos sobre las piernas de su esposa, reteniéndola en el lugar; pero las apartó cuando ella colocó las suyas sobre las muñecas varoniles, empujándolas con suavidad hasta lograr apartar no sólo sus manos, sino el cuerpo que le impedía ponerse en pie.

La observó caminando por la habitación desde su posición acuclillada, demasiado cansado como para ponerse en pie y seguirla, incluso para sentarse en la silla que ella abandonó.

—No quiero decirlo.

—¿Por qué? —en ese momento, él tomó asiento.

—Te puedes enfadar.

—Puedes relajarte, no suelo enojarme con facilidad.

—Es que… no sé si hice mal al decirlo, facilité su huida.

—Si no me dices de qué se trata, poco podré hacer.

—¡Está bien! —ella se volvió hacia dónde sabía que estaba él—. Sólo quiero que comprendas que estaba muy enojada cuando lo dije.

Archivald no contestó, solía hacer eso cuando esperaba que ella siguiera hablando, como si no quisiera interrumpirla.

—¿Si me entiendes? —ella quería una respuesta en esa ocasión.

—Está bien, Vivianne.

—Le dije lo que me contaste sobre… ¡Sobre lo que dijo Beatriz! —se cubrió el rostro—. Lo que contó a los Hamilton sobre mi familia y

que ya no podía amenazarme.

—¿Con qué te amenazaba? ¿Cuáles eran las condiciones que debías cumplir para que no te delatara?

—Quería que le informara sobre sus movimientos.

—¿Los de mi familia? —Archie frunció el ceño.

—No, no. Sobre los Hamilton, como dijo Beatriz, él está obsesionado con encontrar a *La Sombra*, quiere vengarse porque la familia de tus primos lo mandó a la ruina.

—¿Con qué te amenazaba?

—Con llevarme lejos. Contigo —agachó la cabeza—. Me dijo que, así como me entregó a ti, podía llevarme.

—Sabes que eso no es verdad.

Ella negó con suavidad.

—Si mi padre me lo ordenaba…

—Entonces, según lo que dices, contaste a tu padre de mis primos.

—¿Cómo podría? Nosotros apenas y hablábamos, jamás has sido de los que me cuentas muchas cosas, al menos, no todo.

—Quiere decir que huyó debido al miedo de que los Hamilton recuerden su presencia en Londres y quieran hacer algo en su contra.

—No representa una gran amenaza. No es más que otro seguidor en busca de *La Sombra*, quiere pedir su favor.

—Dudo que se detenga. A veces, las ganas de venganza carcomen el alma y es de lo único a lo que una persona se puede aferrar.

—Sí, supongo —ella apretó los labios—. ¿Estás molesto?

—¿Por qué te defendieras? —Archivald se puso en pie—. ¿O porque tuvieras miedo de que te alejaran de mí?

—Lo siento —bajó la cabeza—, lo siento tanto.

—Tranquila —la tomó de la mandíbula, evitando las mejillas—. No estoy molesto, ¿de acuerdo?, lo único que quiero es dormir.

—¡Oh, Archie! —se aventó a sus brazos—. ¡Gracias, gracias!, pensé que querrías mandarme de regreso, que estarías tan enojado que me alejarías y me mandarías a España, al convento.

—Claro que no Vivianne, deja de tener esos miedos, ahora eres mi esposa, ¿comprendes?, nada ni nadie va a llevarte.

Ella asintió contra el cuerpo de su esposo, disfrutando de su aroma, del torso curtido, del cálido aliento que salía de su boca cuando hablaba, al igual que el de su nariz cuando respiraba cerca de su coronilla antes de darle un beso.

—Está bien. Entonces, ya no tendré miedo de ello.

—Vamos a dormir.

Vivianne gritó y se rio cuando de pronto Archie la tomó en brazos, llevándola a la cama, desesperado por ir a descansar, aunque preocupado porque su esposa siguiera dándole vueltas a las cosas. Ella sonrió cuando de pronto ambos se encontraron en la cama y no dudó

en acercarse al cuerpo a su lado, tocando con su espalda el costado de su marido, empujándolo un poco.

—¿Puedes abrazarme? —pidió al fin.

Archie se volvió hacia ella, envolviéndola con sus brazos.

—¿Te sigue doliendo la mejilla?

—No. Ahora lo único de lo que soy consciente es de ti.

—Lo siento, Vivianne, pero de lo único que me creo capaz esta noche es de abrazarte hasta que te duermas.

—¡No lo decía por eso! —dijo divertida.

Archivald dejó salir una ligera carcajada que parecía venir desde el más profundo de los sueños. Él cayó dormido prácticamente en seguida, permitiéndole a Vivianne moverse con libertad hasta tenerlo de frente, aunque sin poder verlo, era reconfortante para ella pasar sus dedos por las facciones relajadas de su esposo, incluso dándole besos en los labios que no le responderían.

Ahora que su padre se había ido, ella estaba segura, al igual que su secreto. Podría quedarse junto a su marido. Era afortunada de estar casada con él, no cualquier hombre aceptaría su condición y, sin embargo, él la aceptó desde el primer momento.

Le hacía el amor, la besaba y la abrazaba.

¿Quién en su sano juicio dejaría ir a alguien así?

Capítulo 22

La pareja despertó naturalmente esa mañana, sin ser molestados por nadie, por lo que les fue fácil seguir dormidos hasta las diez de la mañana, lo cual resultaba anormal en ambos. Vivianne solía levantarse para ir a la primera misa del día y Archie lo hacía para cumplir con su deber. Sin embargo, cuando bajaron al comedor, lo hicieron con tal calma que los sirvientes se sintieron extrañados, puesto que no eran tiempo para experimentar tal tranquilidad.

—¡Mi señor! ¡Mi señor, Pemberton!

Archie regresó la mirada hacia el hombre que corría con un sobre entre su mano levantada, agitándola con desesperación.

—¿Se puede saber la razón de tanto griterío? —dijo el hombre.

—¡Mi señor! —el hombre tomó una bocanada de aire—. ¡Viene desde la casa Sutherland, mi señor!

Más tardó el hombre en entregar la nota de lo que Archie hizo en abrirla. Vivianne se adelantó hacia su esposo, ansiando recibir las noticias de las que hablaba la nota, pero él seguía en silencio, seguramente pasando sus ojos una y otra vez por las líneas que sus primos le mandaron para informarle.

—¿Es algo malo? ¿Qué sucede?

—No. De hecho, es… no sé cómo ponerlo.

—¿Encontraron a Aine? ¿Es eso?

—Sí, algo así.

—¿Cómo que algo así? —se horrorizó la mujer—. ¿Eso quiere decir que… está muerta?

—¡No, por Dios, no! —se apuró a rechazar la idea al ver la cara de horror de los preocupados empleados—. Está… ella parece ser otra, parece que tiene amnesia.

—¿Qué es eso?

—No recuerda bien las cosas, parece que está muy mal, enferma, algo debieron darle mientras la tuvieron cautiva.

—Imagino que irás con ellos.

—No sé si sea lo indicado de momento. Creo que deben pasar esto como familia —negó el hombre—. Mandaré una carta en respuesta, esperaré a que me digan si necesitan algo.

—De todas formas, tus padres están allá, pronto volverán con noticias sobre lo que ocurre y te dejará más tranquilo.

—Nada podría dejarme tranquilo.

Archivald suspiró, se acercó a su esposa y besó su frente antes de marcharse presuroso, seguramente a responder la misiva. Anne,

perpleja y sin saber qué hacer, se quedó parada en el lugar dónde fue abandonada. Nancy no había aparecido en todo ese tiempo y comenzaba a preocuparle que algo malo le hubiese pasado mientras tomaba su paseo en sus horas libres.

—Señora Linden. —Anne ladeó la cara, sin importarle si estaba volviéndose hacia el lugar dónde se encontraría el ama de llaves, siempre presente y servicial—. ¿Ha visto por alguna parte a Nancy?

—No señora, me temo que no ha regresado desde anoche.

—¿Desde anoche?

—En realidad, mi lady, esa muchacha suele escabullirse a todas horas, pero sobre todo en medio de la oscuridad. —La voz de la mujer era de un claro desagrado, incluso había reclamo no dirigido hacia Anne, sino hacia la misma doncella—. No quisiera hablar de más, mi lady, sé que le agrada, pero en lo que a mí concierne, hay personas mejor capacitadas para ser su compañía.

—Entiendo que le desagrade Nancy, señora Linden —dijo la joven con frescura y sin molestia—. Ella en realidad no es una doncella, no fue preparada para serlo, es por eso que de vez en cuando desconcierta su actitud; pero le tengo en gran estima, en serio la quiero y me ayuda y es paciente.

—Comprendo, no volveré a mencionarlo.

Anne negó levemente.

—Agradezco su preocupación, señora Linden.

—Le diré a Nancy que la busque en cuanto vuelva a hacer acto de presencia en la casa.

—Aunque mi favoritismo no le quita autoridad a usted, señora Linden, si usted cree que es merecedora de un castigo, no seré yo quien la contradiga, jamás haría algo así.

—Lo agradezco mucho.

La señora Linden, quien fuera recatada, hosca y poco amistosa, logró sonreír un poco con aquella concesión de autoridad, sobre todo porque se la estaban dando frente a otros que podían dar crédito a sus palabras después, cuando esa muchachita recibiera el castigo pertinente por salir de la casa, ¡y peor aún!, por no volver. Era una falta de recato que en ninguna casa Pemberton se permitiría, al menos no en las que ella dirigiese. No podía imaginar lo que diría el duque de enterarse de tales comportamientos entre su personal, seguro que no sería tan tolerante como lo era la señora Anne o el mismo señor Archivald.

—Pero mientras el regaño llega, necesito que me haga un favor.

—Sí, señora, dígame.

—Quisiera ir a dónde mi esposo, pero me temo que la dirección hacia su despacho yo no la sé, ¿podría llevarme?

—Por supuesto, mi lady —la mujer elevó su nariz con aplomo y

orgullo por ser quien llevaría a cabo tal tarea—. ¿Puedo tomar su mano para dirigirla?

—Naturalmente, señora Linden, no creo que haya otra forma en la que pudiera llevarme —dijo risueña, levantando su mano al aire para que la mujer la tomara desde donde quiera que estuviese.

—Iremos por aquí, sé que Nancy la lleva lentamente para que usted cuente los pasos, así que eso haré. Justo ahora estamos saliendo del comedor —indicó para facilitarle el proceso.

—Es usted muy amable, ahora veo por qué Archivald la tiene en tanto aprecio, es usted una persona dedicada, que se fija en las simplezas de sus señores. Le interesa y eso es admirable.

—Me sonroja, señora. Sólo hago mi deber.

Anne lo sabía, pero también era de su conocimiento el enorme ego con el que la señora Linden vivía y esa era la razón principal de estar dando todo su arsenal de lisonjas. Era prioritario que esa mujer estuviera de su lado, sobre todo si sería la señora del lugar algún día.

—Dígame, señora Linden, ¿qué es lo que hacen los señores Hamilton que a todos tienen tan preocupados?

Anne logró sentir a través de su mano la forma en la que los músculos del cuerpo de su guía se tensaban.

—Yo… no lo sé, mi señora.

—Oh, no te preocupes, tengo una idea, pero tal parece que la familia entera se ha desesperado porque algo les sucede.

—Así es toda la familia Bermont, actuarían igual con cualquier integrante que se viera afectado.

—Mmm… ya veo. —Anne permitió que la mujer se relajara un poco de su pregunta anterior, antes de volver al ataque—: Mi esposo es muy unido a ellos, ¿no es verdad?

—Desde muy chico el señor Archivald gustaba de ir a casa de los Sutherland, por lo que se puede decir que sí, son unidos.

—Es terrible, todo lo que está sucediendo lo es —aceptó la joven —. ¿Qué se dice en las calles de la situación?

—¡Oh!, no debe hacer caso a esas tonterías.

—Y, sin embargo, es importante conocerlas.

La mujer apretó los labios y hasta cerró un poco los ojos. Debía aceptar que se aprovechaba de que su señora no la veía para poder hacer todas las muecas que gustara. Sin embargo, la futura duquesa parecía tener desarrollado algún extraño poder, puesto que volvió la cara hacia ella y frunció el ceño lentamente; uno podría pensar que la contemplaba, pero sus ojos perdidos decían lo contrario.

—No se habla bien de los Hamilton —aceptó al fin—. Siempre fueron muy queridos y respetados, pero ahora…. La gente parece sentirse bien de que estén sufriendo, olvidando por completo en todas las ocasiones que actuaron para nuestro bien.

—Un solo error provoca la más dura crítica, aunque detrás de aquel tropiezo no haya más que una montaña de aciertos.

—Es verdad, la gente es rápida para juzgar, para olvidar.

—Olvidan a placer. Así como odian, aman después. La gente es voluble y cambian de parecer rápido, siempre actuando a su favor.

—Habla usted con la determinación con la que un verdugo sostiene su hacha antes de dejarla caer.

Anne dejó salir una dulce carcajada y asintió.

—Es verdad, ¿dónde ha quedado ahora mi caridad cristiana?

—No se preocupe señora, es normal empatizar en situaciones tan terribles como las que estamos enfrentando. Al final, ahora los Hamilton también son su familia.

La joven guardó silencio tras esa sentencia. En ese segundo comprendió que la señora Linden tenía razón, ahora todos los familiares de su marido se habían convertido en los suyos… en realidad, en los únicos que tenía, porque ni sus hermanos ni su padre podrían considerarse su familia. Ella siempre estuvo sola y ahora tenía todo un clan lleno de personalidades extrañas y puestos importantes siendo parte de su familia. Era extraño.

—Es aquí, mi lady.

Con un movimiento de cabeza, la joven logró traerse de regreso hasta el momento en el que se encontraba, junto a la dama que la escoltó hasta las habitaciones privadas de su marido.

—Gracias… Mmm, ¿he de tocar?

—Creo que sería lo indicado, mi lady.

Vivianne levantó lentamente su mano hasta deslizar las yemas de sus dedos en la fresca madera, después, tocó dos veces. La voz firme de su marido respondió para dejarla pasar. Antes de que la joven soltara la mano del ama de llaves, le dio un apretón y sonrió en agradecimiento que no expresó con palabras.

—Archivald... —ella apretó los labios—. ¿Tienes un momento?

Los ojos azules del caballero se levantaron gradualmente hasta toparse con la presencia de su esposa. Parecía avergonzada por estarlo interrumpiendo, al menos eso decía su lenguaje corporal, puesto que permanecía muy cerca a la puerta ya cerrada, se había tomado las manos por enfrente de su cuerpo y mantenía la cabeza gacha, como si estuviera disculpándose con él.

—Claro. —El hombre dejó de lado lo que hacía y se puso en pie para ir por ella—. Ven, tomemos asiento, ¿qué sucede?

—Me di cuenta de algo importante —le dijo mientras era guiada hacia un cómodo sillón.

—¿De qué te diste cuenta? —preguntó por cortesía al verla tan nerviosa cuando se sentó a su lado.

—Bueno, me di cuenta que ahora soy parte de tu familia.

Archie mantuvo el silencio por unos momentos.

—¿Apenas te percataste de eso?

—No, no. Digo sí. Algo así —asintió confusa—. Lo que digo es que ahora tus preocupaciones sobre ellos, deben ser también las mías, los querré y ayudaré tanto como me sea posible.

El caballero sonrió tiernamente ante la resolución de su mujer. Vivianne jamás le pareció alguien endeble, mucho menos alguien manejable o sin carácter. Todo lo contrario, ella siempre mostraba esa altiveza y tranquilidad consigo misma que resultaba hipnótica. Pero después de hacer esa declaración, Archie no pudo evitar dejar salir un suspiro por la nariz y se acercó hasta colocarle un beso en la frente, en un acto que se volvía cada vez más normal.

—Te lo agradezco.

—Con eso dicho —prosiguió—: quiero saber con qué puedo ayudarte. Estoy harta de ser dejada atrás, estoy segura que puedo servir de algo, quiero ir con Aine, quiero estar con la tía Annabella, relevar a tu madre para que descanse un poco.

—La tía está siendo cuidada por sus primas, no solamente por mi madre, así que no debes preocuparte por ello.

—Aun así, quiero estar presente.

—Bien. Cuando vaya a visitar a Aine, podrás ir conmigo.

—¿En verdad? —sonrió esplendorosa.

—Sí. En verdad.

—¡Oh, gracias! —estiró los brazos, pero al notar que él no se encontraba tan cerca como lo esperaba, dio unos brinquitos sobre el sofá, alargó las manos hasta tocar su cara y ya entonces lo envolvió en un abrazo—. Espero que tus primos contesten pronto.

—¿Eso era todo lo que sucedía?

—Me quedé preocupada, te marchaste tan aprisa que ni siquiera me dejaste reaccionar, no entiendo como pudiste pensar que podría desayunar después de algo así.

—Lo lamento —se acercó y la besó suavemente, tratando de reconfortarla ante su desplante—. Te acompañaré, vamos.

La pareja salió del despacho en medio de una plática relajada, casi amena, lejos de los problemas que rodeaban a la familia desde que *La Sombra* llegó a la vida de los Hamilton.

Quien los viera, no dudaría de la extrema devoción que tenían el uno por el otro; incluso Lord Archivald, quien se caracterizaba por ser reservado y poco expresivo, se mostraba cálido y dulce con su esposa; era atento, incluso cariñoso. Se le podía ver ayudándola hasta en la más sencilla de las tareas, aunque ella no se diera cuenta.

Beatriz, quien observó todo desde una distancia prudencial, no pudo más que sentirse ligeramente celosa de la fortuna de su hermana, aunque por primera vez, no deseaba para ella lo que otra persona

tenía. Se dio cuenta que eso no le brindaría la felicidad que estaba buscando y que ella y su hermano parecían nunca encontrar, aunque creía que eso se debía a su padre.

De hecho, ella seguía ahí con el único propósito de informarle a Lord Pemberton lo que sabía, lo que no dijo a los Hamilton.

∞

Caminaba de un lado a otro con un paso trémulo, ansioso y enloquecido. Sus ojos orbitaban intranquilos, como si buscaran liberarse de las cadenas que resultaban ser sus pensamientos, cada vez más extraños y turbulentos, la mayoría sin sentido. Susurraba como una desquiciada, tratando de dar coherencia a sus recuerdos distorsionados, aglomerándose en su cabeza como una estampida de animales erráticos y sin control.

Una necesidad creciente en su persona la hacía querer morderse las uñas hasta las cutículas y su desesperación era tanta, que de vez en cuando gritaba o se golpeaba la cabeza desenfrenada, buscando que de alguna forma el dolor de cabeza terminara y las voces dándole indicaciones al fin se detuvieran.

—¿Me pueden decir qué es lo que le sucede?

Estaban a fuera de la habitación por la cual podían ver el comportamiento irregular de la mujer que normalmente se mostraba segura y altiva en todo momento. Una puerta era lo único que los separaba, la ventana en ella era lo que les permitía ver la actitud que Aine Hamilton conservaba desde que la encontraron deambulando sin rumbo por las zonas bajas de Londres.

—Parece que la estuvieron drogando continuamente durante estos días —dijo Publio, tratando de mostrarse profesional y poco afectado ante la situación de su hermana—. Seguramente la torturaron con ello. Lo siento Harsen, sufrirá abstinencia dentro de poco.

—Lo sé, lo sé —el hombre cubrió sus ojos violetas con sus cansados párpados—. Ella… ¿se recuperará?

—Es una mujer fuerte —Gwyneth colocó una mano sobre el hombro del esposo de su cuñada—, está así porque tiene algo qué decir, pero su cabeza no sabe discernir lo que es real o no.

—¿Se los dijo? —se sorprendió el caballero.

—Lo sabemos por lo que murmulla —dijo Terry—, nos ve a nosotros y quiere decirnos algo, pero no sabe qué.

—¿Qué pasa si entro yo? —inquirió el hombre—. Deseo estar con ella, quizá si ve a nuestro hijo se sienta más tranquila.

Gwyneth apretó los labios y lanzó una mirada a su marido, pidiendo que fuera él quien continuara con esa conversación.

—Por el momento no es lo mejor que le traigas al niño, no sabemos cómo pueda responder. —Publio escribió algo en sus notas—,

pero queremos conocer su reacción cuando te vea a ti.

—Bien, entonces, iré con ella ahora.

Harsen abrió la puerta con cuidado, siendo consciente que su mujer se volvió hacia él en cuanto escuchó el suave sonido que hizo al tomar el pomo de la puerta. Eso quería decir que sus sentidos seguían tan desarrollados como siempre y en ese estado, era peligrosa, podía atacarlo si acaso no lo reconocía o se confundía.

—Mi amor —levantó las palmas hacia ella, tratando de calmar sus ojos filosos, llenos de desconocimiento—. Amor, soy Harsen, ¿me recuerdas?, soy tu esposo.

—Harsen… —ella pestañeó un poco—, ¿El niño mimado?

—Sí, amor, así me decías.

—Mmm. Y tú me decías… —ella lo miró con detenimiento—, la mujer bestia, ¿no es así?

—En mi defensa, te lo merecías.

—Tú y yo… ¿estamos juntos?

—En realidad, estamos casados.

—¿Y nos queremos?

—Muchísimo.

Ella reflexionó un poco, incluso frunció el ceño al tratar de decidir si ese recuerdo podía ser real u otro invento de su cabeza alborotada.

—¿Tenemos un hijo?

—Sí, lo tenemos. Es un niño precioso y lo adoras con el alma.

—¿Por qué lo dejé? —negó sin comprender—. ¿Por qué lo dejé si lo quiero tanto?

—Lo querías defender.

—¿De qué?

Harsen volvió una mirada hacia la ventana de la puerta, desde donde los hermanos de su esposa negaban con suavidad, tratando de que no la presionara demasiado, mucho menos con ese tema; pero él conocía a su esposa, debía ayudarla a liberarse de lo que fuera que tuviera atorado en la cabeza, manteniéndola en vilo. Aine no descansaría hasta poder pasar el mensaje.

—De alguien —dijo Harsen con cuidado, escuchando que la puerta se abría inmediatamente—. De una persona.

Aine entrecerró los ojos, encajándolos sobre los de su marido, tratando de comprender sus palabras susurrantes. Verlo a él era como verse a sí misma, no comprendía cómo podía sentir tanto amor por alguien a quien tenía traspapelado en sus recuerdos; y, al mismo tiempo, sus ojos eran revelaciones de sí misma, de su identidad, era como si fueran parte de la misma persona, de la misma alma.

—*La Sombra* —comprendió, aunque seguía con el ceño fruncido—. Quería protegerlo de *La Sombra*.

Publio detuvo sus pasos decididos y miró sorprendido a su

hermana y cuñado. No podía creer que ella hubiese dicho ese nombre sin enloquecer como en las ocasiones pasadas.

—Sí, ese era tu plan y nadie pudo disuadirte, eres terca como una mula —dijo el hombre—, pero te llevaron y te hicieron daño.

—Me llevaron —asintió despacio—. Mamá. ¿Dónde está mamá?

—Está bien —respondió Publio—. Está descansando.

Los ojos de Aine se llenaron de angustia en cuanto tuvo enfrente a su hermano. De pronto no pudo contener el dolor de cabeza y la desesperación la hizo gritar. Se tomó con fuerza del cabello, acuclillándose y llorando enojada.

—¡Publio, sal de aquí ahora! —pidió Harsen, agachado junto al ovillo en el que se había convertido su esposa—. Yo seguiré hablando con ella, pero por favor, que no entre ningún Hamilton.

—¡No! ¡No! —se cubrió los oídos—. ¡Ninguno de ellos!

—Tranquila, mi amor, soy yo, únicamente yo —la acogió su marido, acunándola sobre su pecho.

—No, no. Archi… —susurró la joven, presionada contra Harsen, aferrada a su camisa—. Tengo que ver a Archie, quiero a Archie.

—¿Archie? —Harsen frunció el ceño.

—Sí, sí. Archivald, Archie.

Publio frunció el ceño y lanzó una mirada hacia Terry, quien parecía tan extrañado como él. ¿Por qué querría ver a su primo de entre todas las personas? Era verdad que siempre se llevaron bien, Aine lo quería y sabían que era recíproco, pero era un sinsentido que lo mandara llamar en esos momentos.

A menos que tuviera información de Joaquín, el nuevo cuñado del Pemberton, a quien, según aseveraciones de su hermana, *La Sombra* había asesinado. Aun así, era extraño, el cerebro de su hermana estaba confuso y convulso, pero si pedía que Archivald viniera y estuviese con ella, no se lo negarían. No le negarían nada.

Publio, entonces, dirigió los ojos hacia su esposa, quien en seguida asintió y fue a mandar la misiva al primo de su esposo, esperando que pudiera acudir lo antes posible para que su pobre hermana recuperara un poco de tranquilidad.

Capítulo 23

Hasta donde los conocía, los Hamilton jamás habían sido de la clase de personas que eran explícitos cuando mandaban misivas. A pesar de que no estuvieran codificados, sus palabras resultaban un enigma mayor que si hubiera símbolos en lugar de letras. No solía importar, puesto que lo importante no era comprender, sino atender al llamado.

Archie ni siquiera se lo pensó, no le importó que la misiva llegó a deshoras, se levantó de la cama y comenzó a vestirse con presura, viendo cómo su esposa lo escuchaba, sentándose en la cama con las sábanas pegadas a su cuerpo desprovisto de ropas.

—¿Qué ocurre? —frunció el ceño—. Dudo que sea de día.

—No lo es.

—Entonces, ¿por qué te levantas de madrugada?

—Llegó misiva de los Hamilton.

—Ah, ¿sí?, ¿Qué es lo que dicen?

—Quieren verme cuanto antes, más bien Aine quiere verme.

—¿Aine? —La mujer se mostró confundida—. Pensé que estaba afectada por las drogas, que no estaba pensando claramente.

—Tal parece que me mencionó, así que iré.

—Entonces —ella apartó las sábanas—, voy contigo, dijiste que me llevarías, que no me dejarías atrás.

—Es de noche, Vivianne, ¿no preferirías…?

—No. No lo preferiría.

—No seas terca, entiende que lo mejor es que te quedes.

—¿Por qué siempre es lo mejor?

—Quiero protegerte.

—¿De qué? Estaremos en la casa de tus primos, únicamente iremos a ver a un enfermo, ¿o es que planeas hacer algo más?

—De momento, no.

—Entonces, iré.

La joven caminó por la recámara en una completa desnudez. Archie no pudo evitar apretar los labios y elevar las cejas, tratando de contener una risotada que ansiaba salir vigorosa y resonante ante la sinvergüenzada de su mujer. Era verdad que conocía su cuerpo, pero ninguna dama que él conociera se sentiría tan tranquila de vagar en ese estado por una habitación.

No le puso más réplicas, encontrando inútil tratar de convencerla de lo contrario. Siguió colocando sus propias ropas, vigilando que Vivianne pudiera con las suyas. Se sorprendió al darse cuenta que su

esposa era perfectamente capaz de vestirse a sí misma de una forma eficiente y rápida, de hecho, estuvo lista al tiempo que él.

Bajaron las escaleras de forma presurosa, ella tomada firmemente de su mano para seguir el paso de su marido y en lo que fue un pestañar, ya la había montado a un caballo para después subir detrás de ella, abrazándola para mantenerla firme junto a él.

—¿Te da miedo?

—No, no. —Aseguró temblorosa, tomándose con fuerza de la montura del caballo—. Bueno, he de admitir que tener los pies lejos de la tierra es un poco escalofriante para una ciega.

—Lo lamento, pero en esta ocasión, necesitamos rapidez.

—Entiendo, tampoco es que me esté quejando.

Archie espoleó el caballo, asegurándose de que su esposa sintiera su brazo alrededor de ella para incrementar su seguridad. Sin embargo, Anne se sentía mareada, cerró los ojos como mero instinto y apretó las piernas de su marido, buscando no gritar para que él no pusiera como excusa su miedo para dejarla atrás.

La joven sintió un alivio inmenso cuando el caballo comenzó a disminuir la velocidad, lo cual quería decir que estarían por llegar. Cuando Archie se bajó del corcel, fue su turno de esperar a que él pasara sus manos por la cintura esvelta y la depositara de nuevo en el suelo, tomándola de la mano para dirigirla a la entrada.

—¡Archie! —exclamó Terry—. Al fin llegas.

—Vine lo más rápido que pude.

—Y veo que no lo hiciste solo.

—No quería dejarlo ir, lo siento si soy inoportuna.

—Lo único que debo hacer es advertirte que Aine no verá a nadie además de Archie, no pensamos alterarla con ello. Tendrás que quedarte afuera, ¿de acuerdo?

—Sí, está bien.

—Bien, pasen por favor.

Anne sintió que la mano de su marido la apretaba un poco más al momento de jalarla hacia el interior de la casa. De alguna forma, el cambio en el ambiente fue palpable en cuanto entraron a la propiedad. A pesar de que estaba en silencio, el lugar parecía estar abarrotado de gente que permanecía muda ante sus pasos.

Era un sentimiento amenazador que la dejaba frágil y la hacía pegarse al cuerpo vigoroso que caminaba sin apenas mostrar incomodidad ante las miradas que ella sentía que venían como municiones desde cada punto de la casa. Era como si esos ojos vigilantes tuvieran cómo propósito hacerle saber a cualquier invitado que no era del todo bienvenido y debían sentirse incómodos.

Anne tropezó con el doblez una alfombra, haciendo un mayor agarre en la mano que la sostenía para no caer de bruces delante de

tantas personas. Archivald simplemente se volvió para estabilizarla y cuando lo hizo, regresó a la conversación que mantenía con el menor de los hijos Hamilton.

—Bien, puedes quedarte aquí con Grace —indicó Terry—. Vamos Archie, entremos.

La joven sintió el beso de su marido sobre la frente y después escuchó la puerta cerrarse a escasos pasos de ella. Estiró las manos para verificar si estaba a su alcance y cuando comprobó que así era, sonrió y pegó el oído sobre la superficie.

—Es de mala educación hacer eso, querida.

La voz le fue conocida, pero no de la esposa de Terry, sino de su suegra, quien de alguna forma se materializó a sus espaldas.

—Lady Pemberton.

—Hola, linda. Parece que no te veo hace años.

—Sí… ¿cómo está lady Hamilton?

—Físicamente se encuentra mejor —dijo la mujer—, pero en lo demás está mal, es normal cuando se sabe que tu familia corre peligro. Que una de tus hijas fue herida y la otra quedó loquita.

—¡Tía Elizabeth! —se quejó Grace, quien llegaba a paso presuroso con algo en las manos—. No debería decir cosas así.

—¿No es la verdad? —dijo con un timbre de voz airado y chirriante—. ¡Santo Cielo! Ese hombre siempre trajo problemas.

—¿Se refiere a *La Sombra?* —inquirió Anne.

—¡Qué *Sombra* ni qué nada! —chistó la mujer—. ¡Hablo del marido de mi querida Annabella! Siempre lo mismo, siempre.

—Tía, por favor —repitió Grace—, no es momento para esto.

—Bueno, ¿no es la verdad?

—Creo que Lord Hamilton no tiene la culpa—dijo Anne—, seguro que no quería que nada de esto pasara.

—¡Oh, pamplinas! —Elizabeth negaba insatisfecha—. Las mujeres siempre se han dejado hipnotizar por él, pero yo logro verlo detrás de su rostro apuesto que ha envejecido agraciadamente.

—Veo que el tiempo te ha hecho más indiscreta Lizzy —dijo una voz potente—, aunque supongo que no puedo correrte, Annabella me mataría después de todo lo que has hecho por ella.

—¡Anda! ¡Atrévete a correrme, maldito!

Thomas negó con simpleza, posicionándose cerca de su nuera para susurrar algo a su oído. Ella respondió negativamente, con apenas un movimiento de cabeza y un pequeño susurro.

—¿Has venido con Archivald? —la pregunta fue sorpresiva, pero era obvio para quien iba dirigida.

—Esa pregunta no tiene sentido, Hamilton —contestó Elizabeth.

—Sí, mi lord, me aferré a venir con él.

—¿Por qué razón?

—Estaba cansada de ser dejada atrás para mi *protección*.

—Tal parece que te disgusta.

—Únicamente no quiero seguir siendo inútil, sobre todo cuando sé que puedo ayudar en algo.

—¿En qué vas a ayudar?

—Lo que sea, lo que ustedes me pidan.

Thomas Hamilton era bueno juzgando el carácter, pero esa muchachita parecía esconderse a la perfección entre una muy bien construida personalidad. Pero al final de cuentas era eso "construido" lo cual era extraño y peligroso. Se denotaba que era una mujer buena, pero ¿qué era lo que ocultaba con tanto esmero?

—¿Podría acompañarme en estos momentos de desolación?

—¿Acompañarlo a dónde? —dijo nerviosa y avergonzada.

La cabeza de la joven había desviado la propuesta a una malsana, impura, poco aceptable para un lord casado y peor aún si se tomaba en cuenta que ella era la esposa de su sobrino.

—Creo que me he malentendido.

—¡Y así se ha escuchado! —se quejó Elizabeth—. Incluso yo me quedé muda ante tal proposición.

—¡Tía! —se quejó Grace.

—Sólo compañía —puntualizó Thomas con voz firme y mirando mal hacia la prima de su mujer—, quizá un trago, ¿le parece, señora?

Anne se mostró nerviosa, por mucho que quisiera encontrar una excusa para zafarse de esa situación, sabía a la perfección que el dueño de la casa no le estaba dando opción. Quería hablar con ella sobre algo en específico, de hecho, aquello no sería una conversación, sería un interrogatorio.

—Mmm… bueno, por supuesto, sería un honor.

Thomas Hamilton estiró la mano hacia la mujer, pero no hizo sonido alguno o hizo nada que indicara que lo había hecho, sin embargo, Anne de alguna forma sabía lo que le proponía, así que alargó la mano y ésta fue atrapada por la del caballero.

—No debe estar nerviosa, no muerdo. Sin mencionar que tiene una ventaja enorme, puesto que no puedo atemorizarla con mis ojos.

—¿Es que tiene ojos atemorizantes? —Ella no se mostraba perturbada—. ¿Son rojos como los de las criaturas mitológicas?

—Me temo que no me es necesario tener los ojos de un color extravagante —soslayó la mirada—. No parece inquieta.

—Dudo que quiera hacerme daño.

—No, eso no.

Anne asintió, pero se sabía en análisis desde ese momento.

∞

Por poco no reconoce a su propia prima, era extraño ver hecha

pedazos a alguien a quien se consideraba como símbolo de fortaleza. Sabía que, con suerte, las cosas volverían a la normalidad cuando el resto de los alucinógenos salieran por completo de su sistema. Pero por el momento, Aine resultaba un despojo de lo que era en realidad.

Era una muchacha temblorosa, su cabello negro estaba despeinado y pegado al sudor de su cuerpo, sus ropas estaban mal colocadas, sus labios estaban resecos a pesar de que ella seguía mojándolos continuamente con su lengua. Miraba hacia la nada, pero al mismo tiempo, parecía estar concentrada en algo, quizá estaría meditando o decidiendo qué creer y qué no.

—Aine… —susurró el hombre, tratando de no espantarla.

—¿Archie? —se volvió pesadamente hacia ella—. Archie…

—Soy yo Aine, ¿te acuerdas de mí?

Ella entrecerró los ojos y ladeando la cabeza los frunció.

—¿Lo eres?

—Sí, en serio.

—Mmm… no eres feo, tenía razón, eres guapo —asintió amargosa —. Bien, entonces eres tú el que tiene la culpa de todo esto.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Aine, ¿qué se supone que hice?

—Los trajiste aquí, es tu culpa y lo sabes.

—¿Traje a quienes? ¿A los Ferreira?

—No, ellos no.

—¿Entonces a quién? ¿De qué hablas?

—No es Ferreira.

—No te entiendo. Explícate —Archie recorrió a su prima con una mirada indecisa—. ¿De *La Sombra*? ¿Es eso?

Ella asintió suavemente.

—Es inteligente, muy inteligente, quizá más que cualquiera que conozca, en serio, mucho muy inteligente.

—Está bien Aine, ¿te acuerdas de algo más?

—Sí, sí. Habla despacio y camina lento.

—Me refiero a algo físico, su rostro quizá.

—Su rostro… —ella parecía esculcar entre las ideas en su cabeza —. Sí, vi su rostro una vez.

—¿Cómo era?

—Tenía una máscara muy fea —simuló aquello con sus manos, pasándola por enfrente de su rostro—, pero después esos hombres me agarraron y me pusieron esa cosa.

—¿Te lastimaron?

Ella negó.

—Sólo querían confundirme, deseaban hacerme sentir así.

—Pero dijiste que viste su rostro.

—Se quitó la máscara —asintió de nuevo, como si lo hubiese olvidado—. Y vi su rostro, pero había tantos rostros.

—Bien, lo recordarás en su momento —le quitó importancia al ver que ella comenzaba a frustrarse—. ¿Por qué no volvemos al tema? Dijiste que era mi culpa, que no era a causa de los Ferreira, pero es alguien que yo traje.

—Sí, sí. Los Ferreira, ese Ferreira quería venganza, pero *La Sombra* es mucho más lista y jugó con ellos a su favor.

Archie meditó por varios momentos las palabras de su prima. No las comprendía del todo, pero parecía ser la pieza clave de lo que su prima creía pondría final al misterio. Pero no debía presionarla demasiado, estaba claro que requirió de toda su concentración el poder decir aquellas palabras que salieron dubitativas, sin mucha convicción cuando fueron dichas.

—De acuerdo Aine, yo resolveré esto, tú tienes qué concentrarte en mejorar, serán días duros para ti.

—Me duele todo y tengo sed.

Archivald le acercó un vaso de agua y ella, sin dudar, lo empinó.

—¿Quieres que haga algo más?

—Sí, llama al hombre de ojos violáceos, lo quiero.

—¿Harsen? —. Ella asintió un par de veces—. Está bien, lo llamaré, trata de descansar un poco.

—Estoy descansando, pero quiero que él venga, que venga ya.

Archie salió de la habitación, encontrándose de frente con el hombre que su prima llamaba. Harsen sonrió con tristeza antes de entrar sin darse un minuto para hablar con él. Era como si marido y mujer fueran uno mismo…. Eso lo hizo recordar a Vivianne.

ꕥ

Vivianne se permitió ser guiada por el marqués de Sutherland en medio de un silencio que no le resultaba incómodo a pesar de que era consciente y podía sentir la mirada abrasadora que de cuando en cuando se fijaba en ella, deseando atravesar su alma, aunque ésta estuviera resguardada bajo varias capas de acero. El hombre la llevó hasta una silla y le permitió sentarse primero antes de ponerse cómodo en el sillón frente a ella.

Resultaba pasmoso para muchos el verla sentada con aquella serenidad teniendo a un hombre tan temido como Thomas Hamilton enfrente. Aquel que era llamado *Siniestro* por la gran mayoría, respetado por sus superiores e inferiores, conocido por varios países y un experto en quitar vidas, aunque también en salvarlas.

—Mi lord, lamento informarle que no puede intimidarme sin utilizar palabras. —La joven irrumpió el silencio—. Debe recordar que no veo, así que lo mejor sería ir al punto. Tiene algo qué decirme.

—No eres una chica frágil, eso es más que obvio.

—Jamás he pretendido serlo.

—Es verdad, pero mi sobrino te trata y habla de ti como si fueras una pobre mujer que apenas se puede mover.

—Me cuida demasiado —asintió.

—No creo que te desagrade en lo más mínimo.

—En ocasiones, me gustaría que él comprendiera que soy capaz de hacer más de lo que piensa —admitió—. Pero no, no me molesta en lo más mínimo, jamás recibí tal cariño de nadie.

—¿Qué me dice de sus padres?

Anne bajó la cabeza y sonrió con tristeza.

—Creo que sabe perfectamente lo que fue mi vida. Siendo usted quién es, no dudaría que tuviera toda mi información guardada en la gaveta de su despacho —dijo la joven con tranquilidad.

—Quizá quiero corroborar.

—¿En serio? —. La joven se recostó en el sillón, con ambos brazos estirados en las reposaderas—. Corroboremos, entonces.

Thomas lograba percibir irritación en la voz de aquella muchacha; pero su presencia era controlada, serena, manejaba a la perfección sus emociones, tanto o más que él.

—Sé que vivió en un monasterio.

—La mayor parte de mi vida.

—¿Fue feliz?

—Tan feliz como puede ser alguien que sabe que sus padres la desprecian y por eso fue a parar ahí.

—¿Fue ciega de nacimiento?

—No, no lo fui, pero la perdí a una temprana edad, fue gradual.

—¿Debido a qué?

—Un golpe en la cabeza.

—¿Cómo sucedió?

Ella apretó las manos, tomando con fuerza la silla.

—Mencioné que jamás tuve una buena relación con mis padres.

—Lamento que perdiera un sentido vital debido a ellos.

—No debe preocuparse. —Apretó la quijada al punto de que el músculo se hizo presente—. Es normal que digamos cosas que hieren cuando se desconoce la situación de las personas. Aunque me agradaría que esto quede en secreto, no toleraría recibir lástima.

—No quería herirla.

—Y no lo hizo —aseguró.

—En su discurso parecía dar a entender eso.

—Pero no es así. —Ella mordió sus labios e insistió—: ¿Guardará el secreto que le he contado, mi lord?

—No tengo mayor problema con ello —concedió Thomas—. Pero ahora tengo más intriga en saber por qué fue seleccionada usted

cuando era más que obvio que su padre tenía una hija predilecta que actuaba según lo que él comandaba.

Anne negó despacio.

—Pese a que mi padre prefería a Beatriz sobre mí, en realidad no tiene aprecio por ninguno de sus hijos. Me escogió a mí porque podía amenazarme con regresarme al monasterio, me ofreció la vida con la que alguien como yo sólo puede soñar, sabía que obedecería.

—Una vez casada ya no podría hacer nada.

—No es tan fácil para mí contravenir como lo es para cualquiera de ustedes. Con las consagradas aprendí obediencia, sobre todo con el padre y el marido. ¿Cómo podía negarle algo a padre?

—Quizá porque en realidad no lo sientes como tu padre.

—Pero lo es.

Thomas entrecerró los ojos, observando minuciosamente las expresiones de la dama en un silencio que la hizo ladear la cabeza.

—No sé por qué —dijo el hombre—, pero no creo que seas de las que obedece únicamente por la consanguineidad.

—Si no me cree, ha de preguntar en cuantas ocasiones le pedí a mi esposo que me llevara con él y la petición fue negada y obedecí.

—¿Qué me dice de su sirvienta?

—¿Nancy? —. La mujer elevó la cara y frunció el ceño—. No es sirvienta, es mi amiga, me ayuda porque me quiere.

—Claro. Sé que desapareció desde hace algunos días.

—Estará bien, le gusta vagar y conocer.

—Me parece coincidente que desaparezca en estos momentos.

—¿Está sugiriendo algo?

—Estoy armando el rompecabezas. —El hombre se puso en pie y fue hasta la ventana y miró el exterior con indiferencia—. “Quien ve, sin poder; quien dirige sin querer”, “escondida entre los prados de un convento abandonado…” —recitó despacio y se volvió hacia ella. Anne seguía con su rostro hacia el frente; únicamente cuando lo escuchó hablar se volvió a su nueva dirección—. ¿Te suena algo?

Entonces sonrió de lado, sin creer la acusación que le hacía.

—No. Para nada —elevó una ceja—. Si me está relacionando con su famosa *Sombra*, le dejaré en claro que mi monasterio no estaba abandonado y lo puede comprobar, si es que no lo ha hecho ya.

—Sé en qué monasterio estaba, pero eso no quiere decir que no saliera de ahí y vagara por otros.

—¿En serio cree que yo soy *La Sombra*?

—Al menos sabe perfectamente quién lo es.

—No, no lo sé —dijo enojada—, no puedo creer que pensé en venir para ayudarlos y esto es lo que gano.

—Las cosas parecen encajar, mi lady, lo lamento.

—Entonces le recomiendo que reconsidere, está claro que está

tomando la salida rápida y desesperada —ella se levantó, pero no se movió al no saber cómo salir—. Entiendo a la perfección lo que siente, la desesperación por encontrar a quien hace daño a los seres que más ama en el mundo, pero no por ello levante falsos.

—Jamás lo haría.

—Es lo que hace.

—No recuerdo haberla acusado de nada en lo absoluto.

—¿Cree que si no supiera quién es la dichosa *Sombra*, no se lo diría? —dijo en un tono más alto—. Si no lo ha notado, a causa de sus desastres, mi marido está poco tiempo a mi lado, al menos eso es lo que me dice cuándo se aparta de mi lado.

—¿Archivald se va? —frunció el ceño Thomas.

—¡Sí! Todo el tiempo lo hace, ¡es frustrante saber que compito con el resto de su familia y la mayor parte del tiempo pierdo!

—Él es así… —dijo confuso—. No debe sentirse desolada.

—Entiendo que sea bondadoso y guste de ayudar, pero… a veces pienso que quizá se va porque no quiere estar conmigo y no se atreve a decírmelo. Es una forma suave de dejar las cosas en claro… —cerró los ojos con fuerza—, pero yo no quiero creerlo.

—Te enamoraste de él —dijo sin sorpresa—. Lo amas.

—¡Claro que lo amo! —levantó los brazos—. Es un hombre fantástico, sólo un tonto no lo haría.

Thomas Hamilton ya no parecía interesado en los despliegues de amor de la mujer a la que interrogaba. Ahora la intriga iba dirigida hacia su sobrino, quien parecía "desaparecer" de con su esposa.

—Entiendo, la llevaré de regreso con él.

—¿Es que desistió de su tonta idea, mi lord?

—Lo dejaré estar, por el momento.

—Eso quiere decir que no.

—¿Me informará cuando regrese su sirvienta, amiga, doncella?

Ella mostró molestia ante la burla.

—Lo haré.

—Bien, se lo agradezco.

Thomas Hamilton se puso en pie lentamente y se acercó a la mujer para escoltarla de regreso, encontrándose de frente con su sobrino, quien parecía decidido a ir a salvarla de sus preguntas. De hecho, nunca había visto a Archivald con una expresión tan disgustada.

—Tío —entrecerró los ojos—, no recordaba que fueras dado a tener una plática con las mujeres de tus sobrinos.

—Lo lamento muchacho —sonrió calmoso—. Tenía que hablar con ella y vi la oportunidad.

—Me imagino que sí —apretó la quijada y miró a su mujer—, vamos Vivianne, es hora de volver a casa.

—Pero creí…

—Hablé con Aine —la interrumpió—, es hora de volver.

Ella asintió sin más, poniéndose en pie.

—Cómo tú digas.

Archie tomó la cintura de su esposa para guiarla, mirando a su tío con cierto recelo. Estaba seguro que buscó sacar información de Vivianne, pero le disgustaba el hecho de que lo hiciera a sus espaldas, como si fuera él un ajeno, más aún sabiendo que siempre tuvieron una relación tan estrecha.

Quizá era su forma de decirle que sospechaba de la familia de su esposa, quizá hasta de la misma Vivianne. No lo culpaba, para esos momentos, era de inteligentes sospechar de cualquier persona. Sin embargo, para la siguiente ocasión, le haría saber que no tenía permitido hablar con Vivianne sin él. Por más que fuera su tío, debía existir algún respeto entre ellos.

Sin mencionar que era claro que fue una charla que logró alterar a Vivianne, puesto que lo apretaba con fuerza y su sonrisa temblaba cuando se despidió del hombre que los siguió para verlos marchar.

Capítulo 24

Vivianne permaneció en silencio mientras viajaban de regreso. Más que nada porque estaba aterrorizada de ir montada a caballo. Sin embargo, no pudo evitar darse cuenta que el camino de regreso estaba resultando más largo que el de ida. Claro que no iban a la misma velocidad que antes, aun así, parecían estar yendo en otra dirección, y sólo lo comprobó cuando Archie se lo hizo saber.

—Visitaremos a alguien.

—¿Quién?

—Otro de mis primos, Jason —dijo sin más—. Parece que quiere hablar conmigo sobre unos negocios.

—Está bien —lo tomó de la mano—. ¿No importa que esté yo aquí? Tal parece que lo único que hago es incomodar.

Archivald la guío hacia la fachada de la bonita casa que su primo tenía en la ciudad. Era céntrica y bastante cómoda para un soltero que vivía con su hijo. Pero claro, soltero ya no estaba y era el motivo por el que parecía haber sido invitado.

—Si te refieres a lo de mi tío… cuidado, hay escalones —advirtió y la miró de soslayo, viéndola levantar el pie con tiento para encontrar el escalón antes de subirlo.—: él ha estado mal, no debió llevarte sin que yo estuviera presente, ¿qué fue lo que te dijo?

—Quiere saber sobre Nancy, sin mencionar que dejó a entrever que sospecha de mí también para ser *La Sombra*.

—Comienza a ponerse paranoico —asintió Archie—, supongo que es normal tomando en cuenta lo que ha pasado.

—Sí… —bajó la cabeza—. Es horrible, ¿cómo viste a tu prima?

—Mal —aceptó—. Pero te lo contaré después. Hemos llegado.

La puerta fue abierta por uno de los mayordomos y, desde atrás, salió un pequeño que no dudó en tirarse a las piernas de su tío, quien lo acogió en seguida, extrañado ante la interacción tan abierta y esplendorosa del niño que usualmente era introvertido y taciturno.

—Jackson —se escuchó la voz apremiante del padre—. ¿Qué te he dicho de salir de la casa?

—Es tío Archie.

—Lo sé, pero si no hubiera sido él, ¿entonces qué?

—No lo abrazaba.

—Pasa y ve a llamar a tu madre.

El niño corrió hacia las escaleras, subiéndolas estrepitosamente. Jason cerró un ojo, como si hubiera previsto la caída que su hijo tuvo, pero de la cual apenas se quejó y siguió con su camino.

—Pasen por favor, es un gusto verte de nuevo Vivianne.

—Gracias. Me he enterado que se ha vuelto a casar.

—Sí —Jason se llevó una mano a la nuca—. Fue un poco presuroso e inesperado, pero vamos, vayamos a un salón.

—¿Para qué me querías?

Jason se sorprendió y regresó una mirada divertida a su primo mientras los conducía hacia el salón donde tendrían la conversación.

—No es usual verte de mal humor.

—Venimos de con los Hamilton —explicó Vivianne.

—Ah —asintió—. Con tantas cosas no he podido ir, ¿cómo están todos? ¿La tía y Aine?

—Mejor, ambas se están recuperando —dijo Archie—. Y supongo que Kayla tendrá de los mejores cuidados con el duque.

—Eso no lo dudo. No puedo imaginar cómo se encuentra Harsen con esta situación, sobre todo porque no puede hacer nada.

—Nadie puede y resulta frustrante.

—Sé que siempre has sido unido a ellos, pero creo que en esta ocasión no deberías meterte tanto en el asunto —Jason hizo una seña a su primo con los ojos, señalando a la mujer que no podía ver el movimiento—. Es peligroso para quienes te rodean Archie, lo sabes.

—No la pondría en peligro —acercó a su esposa—. Pero no puedo simplemente ignorarlos, sobre todo cuando me lo piden.

—Supongo que no. —Jason estiró las manos—. Por favor, tomen asiento, ¿qué les puedo ofrecer de beber?

—Algo fuerte —pidieron a la vez.

Jason asintió con diversión y fue hasta la licorera. Justo estaba entregando los vasos a sus invitados cuando la presencia hermosa de Daria entró por la puerta con una sonrisa tranquila, relajada y dulce.

—Lamento haberlos hecho venir con tan poco aviso.

—No te preocupes —Archie se puso en pie para recibir a la recién llegada—. Aunque supongo que he de felicitarlos por muchas cosas, me perdí su boda y ahora veo que están esperando.

La joven se sonrojó notoriamente y miró a su marido con ilusión.

—Se lo agradezco, lord Pemberton.

Daira entonces dirigió su mirada en la joven que permanecía sentada, pero con una gran sonrisa. No estaba volteada hacia ella, pero parecía escuchar atentamente. Conocía el impedimento de esa joven gracias a su marido, pero eso no la exentaba de no saber cómo actuar ahora que estaba frente a ella.

—Lady Pemberton, un gusto conocerla.

—Igualmente —Vivianne asintió condescendiente—, me alegro por la noticia de tu segundo hijo, dime, ¿ha sido agradable tu proceso? O has tenido dificultades.

—No, no. Un poco de mareos, pero estoy bien, no es nada

extraordinario —Daira miró hacia el hombre que seguía de pie, siendo cortés para con ella—, supongo que es un camino que ustedes no tardarán en recorrer.

Archivald tomó asiento cuando Daira y Jason lo hicieron, pero no respondió a la pregunta, porque simplemente pensó que no le correspondía la respuesta. Cómo le había dicho a su mujer, terminaba siendo decisión de ella el querer embarazarse o no; aunque la respuesta era obvia, él sabía que Vivianne llevaba tomando bastante tiempo un tónico que era llevado todas las mañanas por Nancy, lo cual quería decir que no se sentía preparada para dar ese paso.

—Por el momento no hemos tenido la suerte de ustedes —respondió la joven, comprendiendo que su marido no lo haría.

—No te desalientes, pronto sucederá —contestó Daira con aquella voz angelical—, será en el momento adecuado.

—Seguro que sí.

Vivianne no podía evitar sentirse incómoda, porque ella era la causante de que el famoso *milagro* no ocurriera.

—No quiero ser impertinente —interrumpió Archivald, pasando su brazo sobre el sillón, rodeando a su mujer—, pero me gustaría saber sobre el negocio que me propones en la carta.

—En realidad, es cosa de Daira —sonrió Jason—, ¿no, mi amor?

—Bueno —la joven se adelantó en el sofá hasta quedar sentada derecha y casi al límite del cojín—, tengo una idea fantástica y Jason me ha dicho de su habilidad con las plantas.

—Soy botánico —asintió.

—Exactamente —dijo alegre—, sabrá cómo cuidarlas mientras yo me encargo de venderlas.

—Creo que no estoy entendiendo.

—¡Claro! —Daira negó para enfocarse—. Quiero abrir una tienda, un vivero y una floristería. Me gustaría que fuéramos socios.

La ceja rubia del hombre se elevó lentamente antes de lanzar una mirada hacia su primo, quien permaneció callado, dando lugar a su mujer como la negociante.

—Supongo que sabrá que es una inversión arriesgada.

—Y, sin embargo, sé que funcionará.

Archivald asintió, pero seguía pensativo, meditabundo.

—Bien, creo que podría analizar su propuesta si me la entrega.

Daira sintió que su corazón brincaba de emoción por unos momentos. Su esposo le advirtió sobre la seriedad con la que su primo manejaba todos sus negocios, por lo cual una propuesta no le pareció descabellada, tendría que prepararla, claro, pero era un avance que no esperaba en el primer encuentro.

—Por supuesto que sí, tendré todo listo en poco tiempo. Por supuesto que podrá ayudarnos en todo, lady Pemberton.

Vivianne sonrió sin abrir los labios, más bien, los apretaba.

—Me temo que no puedo ayudar mucho.

—Oh, pero seguro que sería bueno que esté cerca de su esposo.

—Claro. Aun así, dudo que sea un lugar para mí.

Si Daira no se equivocaba, lady Vivianne no parecía contenta con la propuesta y tenía razón. Para la joven española, aquello quería decir que ese nuevo negocio requeriría más tiempo de Archie, tiempo que ella perdería y eso que el hombre solía vagar bastante.

Era conflictivo que la mujer de Archie se mostrara tan poco complacida, se sabía bien que una esposa podía hacer desistir a su marido de cualquier idea si ésta se lo proponía. Claro, eso si gozaba del amor o al menos del respeto de su marido, en el caso de los nuevos Pemberton, eso seguía en duda.

Vivianne decidió mostrar molestia con un eterno silencio por el resto de la conversación. Trató de no hacer gestos y se dedicó a beber y comer lo que les ofrecían sus anfitriones, teniendo como excusa que ella no tenía aportaciones que hacer en algo en lo que no podía intervenir, así como lo hacía el mismo Jason Seymour.

Para cuando llegaron a la propiedad Pemberton, Vivianne estaba cansada y sabía orientarse en esa casa a la perfección y sin ayuda de nadie, así que simplemente caminó hacia las escaleras, dirigiéndose en silencio hacia su habitación, donde esperaba encontrar a la desaparecida Nancy, quien ya se había sobrepasado al tomarse tantas atribuciones al desaparecer durante tanto tiempo.

Sin embargo, al entrar a la habitación, no había Nancy y ella seguía tan molesta como cuando salió de la casa Seymour. De hecho, no comprendía la extrema posesividad que experimentaba con su marido, era como si temiera perderlo y su cabeza enloquecía de cuando en cuando con ese tipo de desplantes de celos sin sentido.

—¿Me puedes decir qué es lo que ocurre?

Vivianne no se asustó, porque había escuchado su caminar por el pasillo. No sabía a qué se debía que en ocasiones sus pasos fueran sonoros y en otros tan ligeros que escapaban a su audición, pero no dejaba de ser un enigma que no le interesaba descubrir.

—Nada.

—Entonces no quieres decírmelo.

—No quiero decírtelo —aceptó.

—Bien, entonces seguirás enojada y yo no sabré la manera de hacer que dejes de estarlo.

—Ajá.

Archivald asintió. Tuvo suficientes mujeres a su alrededor a lo largo de su vida como para no comprenderlas al menos un poco. De hecho, por mucho tiempo se dedicó únicamente a observarlas y comprenderlas, esperando obtener armas para usarlas a su favor.

Resultaba ser que cada mujer era un enigma diferente y por más que se les estudiase, siempre existía un punto que las hacía un mundo completamente diferente al de otra fémina. Archie lo encontraba fascinante al tiempo que frustrante al no saber qué hacer.

Se cambió de ropas con la mirada puesta en ella, notando las dificultades que tenía para desabrochar los botones del vestido que traía puesto, resultaba divertido que cuando se lo colocó, lo hizo con una maestría excepcional; era de suponer que sus dificultades venían en compañía de su molestia actual.

Caminó hacia ella con paso ligero que ella no escuchó, porque cuando comenzó a desabrocharle el vestido, brincó exaltada pero no se apartó, permitió en medio de un agresivo silencio que le ayudara.

—¿Seguirá por mucho tiempo esta actitud?

—No me agrada.

—¿Qué cosa?

—Que trabajes con ella, no me agrada.

—¿Hablas de Daira? —frunció el ceño—. ¿Qué te ha hecho para que no te agrade su persona?, apenas la conoces.

—No ha hecho nada, sólo no me agrada.

—Carece de sentido.

Vivianne apretó los dientes con fuerza.

—Ella… seguro que es muy hermosa.

Archie pensó en ello.

La mayoría de las personas que conocían a Daira Seymour la clasificaban como la mujer más hermosa que jamás haya pisado Londres. Sin dudas su belleza, acompañada de sus gráciles movimientos y refinado comportamiento, la convertían en allegada de la perfección, por lo tanto, una mujer deseada.

—¿Qué tendría que ver su aspecto con los negocios?

Para ese momento, Anne pensaba que su marido se burlaba de ella o que simplemente buscaba hacerse el tonto con el tema.

—Es una tentación muy grande.

Entonces lo comprendió todo. Archivald tuvo que luchar por no reír al darse cuenta que su esposa estaba celosa. Claramente le hacía falta conocerlo, además, por muy hermosa y perfecta que fuera Daira, no era su estilo de mujer, los apelativos de excelencia le eran aburridos, porque normalmente eran atribuidos a él.

—Parece que me crees muy débil de carácter como para faltar a un muy querido primo y a mi esposa a la vez, ¿qué digo falta de carácter? Me crees un sinvergüenza.

—¡Claro que no!

—No comprendo otra cosa.

—Es que… —apretó los labios, dudando si seguir hablando—. De por sí casi no estás en casa y ahora con un nuevo negocio…

— No es que quiera ausentarme más, pero se me hace una buena idea. —Suspiró—. Y Daria trató de inmiscuirte, pero te negaste.

—¿¡Cómo se supone que ayude en algo así!? —dijo enojada, incluso gritando—. ¿Cómo podré ayudar a hacer un arreglo o cerciorarme del crecimiento de las plantas? ¿Cómo podré hacer cuentas o enseñar a los clientes lo que quieren? ¡No veo! ¡No veo nada! No distingo belleza de fealdad, no distingo una rosa de un lirio, todo es oscuridad y lo máximo a lo que puedo llegar a soñar es con imaginar lo que podría ser… lo que podría ver.

Un nudo se había instalado en la garganta de Archie cuando comprendió su imprudencia. Era verdad, los arreglos florales, las plantas y llevar una tienda requería de la vista y Vivianne carecía de ella. Se sintió culpable de hacerla sentir de esa forma cuando ella siempre se mostraba tan positiva pese a su incapacidad de ver.

—Lo siento —la tomó del brazo y la jaló hasta acogerla en un abrazo—. Lo lamento, no quise ser insensible con el tema.

—¡No me tengas lástima! —lo apartó de golpe—. No la quiero ni la necesito. Sé sobrellevar esto, tan sólo… no sé, me puse celosa.

—Vivianne, no tienes motivos, confía en mí.

—Es fácil engañar a un ciego.

—Tonterías. Tú podrías descubrir una mentira sin siquiera escuchar la excusa —dijo, creyéndolo en serio—. Eres muy perceptiva Vivianne, lo sé por experiencia.

Ella cerró los ojos con pesimismo.

—Sólo quiero ir a dormir.

—Hablemos de esto, no estaremos tranquilos hasta que esto quede resuelto de una vez por todas.

—Se hará lo que tú digas, si te estás empeñando en esto, es porque quieres hacerlo, has tomado tu decisión, así que no hay de qué hablar.

—Claro que no. Tu opinión es importante para mí y si te desagrada tanto, entonces no se hará la sociedad y punto.

Ella se volvió impresionada.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Eres mi esposa, las decisiones se toman en conjunto.

—No fue así con los hijos —ella frunció el ceño—. Ni siquiera diste tu opinión al respecto, me lo dejaste a mí porque es mi cuerpo y ahora se trata de tu dinero, yo no tengo jurisdicción en ello.

—Claro que la tienes, todo lo mío es tuyo.

—Pero…

—Mira, Vivianne —le tomó las manos—, si tanto te desagrada, entonces no lo haré, jamás pondría nuestra relación en juego, mucho menos por un negocio, no me conviene.

—Yo… no sé qué decir, ¿esto es en serio?

—Muy en serio.

Ella bajó la cabeza con una disimulada sonrisa. Era imposible estar enojada con él, siempre encontraba la manera de contentarla.

—Dame tiempo —pidió al fin—. Quizá iré un día o dos.

—Los que quieras.

—Bien. —Apretó los labios—. Supongo que no puedo quitarte esto, pareces muy entusiasmado con ello.

—Me agrada la idea, no lo negaré.

Vivianne suspiró derrotada.

—Hazlo, entonces.

—¿Estarás bien con eso? —le acarició la mejilla.

—Tendrás que compensármelo.

—Ah, ¿sí? —sonrió, tomando la cintura delgada para acercarla a él lentamente hasta fundirla en un abrazo—. ¿Cómo he de hacerlo?

—De todas las formas que encuentres pertinentes.

—Me agrada, ¿deseas algo en particular?

—Mmm… —Anne sonrió coqueta—, un beso, por ahora.

Archivald se agachó y besó fugazmente los labios de su esposa.

—¿Y ahora?

—Quiero todo, todo lo que puedas darme.

—Muy bien. —Archie se agachó y la tomó en brazos, sacando un gritito divertido por parte de su esposa—. Entonces callemos.

Archivald llevó a su esposa a la cama, sintiendo como ella se empeñaba en besar sus labios y cuello en el proceso. Estaba siendo más tierna que de costumbre, tal vez porque eso era lo que quería recibir de él. La recostó con cuidado sobre la cama y se unió a ella en lo que fue un beso largo, demandante y profundo.

Viviane ansiaba tener el mayor contacto con él, no le permitía separarse de su cuerpo, incluso le brindó el control de la situación y ni siquiera luchó por quitárselo, como era su costumbre. Quería sentir que Archie deseaba estar ahí en lugar de cualquier otro sitio. Le resultaba imposible no estar insegura, cuando una dama tan hermosa y admirada de Londres pasaría sus días junto a su marido, quien era un encanto y la perfección convertida en hombre.

Simplemente no. No lo podía soportar con facilidad.

Ahora que consiguió ser feliz, no se permitiría perderlo por un descuido, pondría todo su empeño para que Archie no se distrajera de su persona, deseaba que la quisiera, que se enamorara de ella, porque así serían más felices, porque Anne ya lo amaba.

Desde que se dio cuenta de esos sentimientos, Vivianne se supo atrapada, puesto que cuando ella amaba, entregaba todo, haría cualquier cosa por esa persona, por hacerla feliz, por tenerla a su lado. Estaba necesitada de cariño, eso lo sabía, pero Archie se lo entregaba con tal facilidad, que simplemente le parecía una fuente inagotable que no deseaba compartir con nadie.

—Vivianne —Archie la separó de sí, esperando poder respirar en algún momento—, ¿qué ocurre? ¿Por qué estás tan…?

—Lo siento.

Ella se levantó, quedando sentada sobre él, notando hasta entonces que sus posiciones se habían invertido y ahora era ella quien estaba arriba, tratando de asfixiarlo. Quiso apartarse, pero las manos de Archie volaron hasta su espalda desnuda, deslizándolas suavemente hasta pegarla de nuevo a su cuerpo, más no a sus labios para poder seguir hablando con ella.

—¿Aún tienes dudas sobre mí?

—No, no. —Cerró los ojos—. De ti no.

—Creo que no es posible que una traición ocurra sin haber dos involucrados, Vivianne; si desconfías de Daira, desconfías de mí.

—¡Es que no es eso! —ella levantó las manos y acarició suavemente el rostro de su esposo—. Estoy un poco ansiosa, es todo.

—¿A razón de qué? ¿De la conversación con mi tío? —la inspeccionó con la mirada—. No me has hablado a fondo sobre ello.

—Te lo dije, por alguna razón piensa que yo sé sobre *La Sombra*.

—¿Y tiene algún sentido?

—Supongo que lo tiene, porque ahora saben sobre mis hermanos y padre por la boca de la misma Beatriz.

—Y eso te pone tensa.

—Quería llevarme bien con tu familia, sentirme parte de ella —mordió sus labios—, pero supongo que eso será imposible gracias a las tendencias de mi familia. Los Hamilton no me aprueban.

Archie acarició la espalda de su mujer y la unió en un suave y dulce beso que acabó más pronto de lo que Anne hubiese querido.

—Eres parte de la familia, están pasando cosas extraordinarias que nos hacen estar a la defensiva, pero pronto pasará.

—¿Qué pasa si no? ¿Qué sucede si nunca encuentran a *La Sombra*? ¿Seré siempre una sospechosa?

—No —él dejó salir una risilla por su nariz—, pronto se darán cuenta que no tienes nada que ver con tu familia.

—Eso espero —rozó su nariz contra la mejilla de su marido—, porque quiero formar parte de ella, quiero quererlos y viceversa.

—Lo harán —se levantó y besó su hombro—. Ahora, ¿podríamos continuar sin que tu cabeza enloquezca?

—Sí —ella rio con libertad y un tanto apenada.

En ese momento Anne sintió como era aprisionada contra el colchón y atacada por los labios de su marido, remplazándola en su actuar descontrolado. Su esposo era un dedicado y rápido aprendiz, por lo que hacer el amor se convirtió en su nueva obsesión, convirtiéndolo en un buen amante en cuestión de poco tiempo. Aprendieron juntos lo que les gustaba, lo que no, tanto para ella como

para él fue una experiencia nueva que compartieron hasta convertirlo en un acto que fuera único y meramente de ellos.

Sin embargo, para Anne, su parte favorita no era cuando estaban en medio de la excitación del momento, sino el después, cuando aquellos brazos tiernos la envolvían; sentir su respiración continua al estar recostada sobre él, escuchar el corazón calmoso mientras se iba quedando dormido en medio de suspiros suaves y satisfechos, acompañados siempre de ligeros besos que aterrizaban en la frente y la coronilla de la mujer que sonreía sin parar.

Lo quería tanto, que le era imposible imaginarse con alguien más. Era como si al llegar a él, todo su pasado hubiese desaparecido, aquellas manos agresivas y hombres brutales se eliminaron de una vez por todas, siendo remplazados por el armonioso y amoroso proceder de su marido. Siempre atento, siempre cuidadoso, siempre al pendiente de que ella estuviera bien.

Suspiró, reacomodando su posición sobre la cama antes de cerrar los ojos e ir a dormir tranquila.

Despertó gracias al sonido de la puerta. Por unos segundos pensó que Archie estaría abandonando la habitación en medio de su usual mutismo con la intención de no despertarla. Pero al sentir los brazos que la rodeaban, descartó rápidamente la idea y levantó la cabeza de la almohada, un tanto confundida porque alguien hiciera intromisión y, más importante aún, porque eso no despertara a su marido, quien tenía un oído tan afilado como el suyo.

—¿Quién anda ahí?

—Anne… —la voz compungida de Nancy la alteró—. Anne…

—¿Nancy?

Apartó los brazos de su esposo con cuidado para lograr salir. El suelo frío recibió sus pies descalzos y la manta fue lo único que encontró disponible para cubrir la desnudez que compartía con el hombre que permanecía dormido sobre el colchón.

—Ayuda… necesito ayuda —dijo en un susurro dolorido.

—¿Qué sucedió?

Anne logró llegar hasta la puerta, pero al extender los brazos, no se encontró con la presencia de su amiga, eso lo hizo agacharse paulatinamente hasta que la encontró arrodillada junto a la puerta, aún tomada de la manija de la misma, como si soltarla significara perder todas sus fuerzas.

—Está todo mal, nada salió bien.

—¿Quién te hizo esto? —susurró, dándose cuenta de que sus manos tocaban un líquido cálido que identificó como sangre—. Vamos, tenemos que salir de aquí o lo despertaremos.

—Lo sé, lo sé —Nancy intentaba mantener la voz baja, pero el dolor era indescriptible—, pero necesitamos a alguien que pueda curar

mi herida y esa persona no eres tú Anne, lo sabes.

—¿Quieres que despierte a mi marido?

—Muchas preguntas.

—Finge desmayarte y listo.

A veces, Nancy se sorprendía por la agilidad mental que Anne tenía incluso en los momentos de mayor tensión. Si bien el desmayo no le ayudaría para los cuestionamientos futuros, por el momento sería una salida a un asunto conflictivo. Le daría tiempo para pensar, a la vez que le ayudarían con la herida que no dejaba de sangrar.

—De acuerdo… —pujó dolorida— me quedaré aquí.

Anne se puso en pie y se alejó. Sabía que la sangre que había sobre su persona la delataría si volvía a la cama y fingía demencia, así que decidió soltar un grito asustado, alejándose de la puerta a base de trompicones que terminaron por tirar un florero, despertando a su marido, quien, al notar que ella no estaba a, no pudo más que sobresaltarse y sentarse de golpe en la cama.

—¿Vivianne? ¿Dónde estás? —dijo alterado—. ¿Qué ocurre?

—¡Escuché pasos! —contestó, vagando por la habitación hasta llegar a la puerta—. ¡Hay alguien tirado en la puerta!

Archivald alargó el brazo y encendió la luz, develando a la mujer tirada al umbral de la puerta, aparentemente inconsciente y lastimada de gravedad a consideración de la sangre que se regaba por doquier. Su mujer estaba inclinada, palpando el desastre, llenándose del líquido carmesí que brotaba de la que era su amiga.

—Espera, Vivianne —se levantó en seguida, colocó una bata y alejó a su mujer del cuerpo, intentando que dejara de tocar desesperada, seguramente intentando averiguar quién era el intruso a su habitación—. Ven, deja que yo lo vea.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es?

—Tranquila, tira del cordón, necesitaré ayuda.

—¿Es sangre?

—Tira del cordón, Vivianne.

Ella obedeció, caminó hasta el lado de su cama y jaló del cordón que llamaría a la servidumbre. Estaban a deshoras, pero sabía que siempre había gente despierta rondando por la casa.

—¿Qué hago?

—Vístete.

Anne seguía cubierta únicamente por una manta, por lo cual la petición tenía mucho sentido; pero le era irrelevante en esos momentos, cuando la persona que normalmente le ayudaba estaba entre la vida y la muerte. Sin embargo, hizo caso a lo mandado y fue hasta su armario, sacando lo que parecía una bata, colocándosela a todas prisas para regresar junto a su marido, quien había tomado en brazos a su amiga y la había puesto sobre la cama que fuese de ellos.

—Vivianne, ven, dame tu mano, necesito que la mantengas aquí.

Ella estiró la mano para que su esposo la guiara hasta el lugar. Nancy no reaccionaba a su toque que debía ser doloroso a juzgar por la forma en la que sentía que la sangre brotaba. Tal parecía que en realidad se había desmayado y eso era positivo, porque de no ser así, estaría en un grito de dolor.

—¿Quién es?

—Lo siento, Vivianne, pero es Nancy.

—¡Nancy! ¿Mi Nancy?

—Sí.

—¡Dios Santo! ¿Dónde está la servidumbre? ¿Por qué nadie viene a socorrernos? —dijo temblorosa.

Sabía que estaba mal mentirle, pero de momento, estaba protegiendo a su amiga, así como Archie protegía a su familia y le guardaba secretos, ella podía hacer lo mismo por Nancy.

—Iré a buscarlos en persona, mantén la mano ahí y si despierta, habla con ella, que te diga que pasó, no la dejes dormir.

Anne se acercó a su amiga e intentó despertarla, hablar con ella. Pero fue inútil, simplemente no le contestó y eso la alteraba, porque no podía saber que aspecto tenía su rostro, o que tan mal se veía la herida o si estaba perdiendo la vida frente a ella.

Su marido regresó con un séquito de personas que parecían saber qué hacer, porque la apartaron en seguida y la dieron a los brazos de su marido, quien también se hizo para atrás, tratando de estorbar lo menos posible a los que podían salvar la vida de esa mujer que seguramente tendría algo importante qué decir.

No cualquiera recibía una bala, de eso estaba seguro.

Capítulo 25

La ansiedad era palpable en la joven pareja que daba vueltas alrededor de la habitación en donde se habían refugiado debido al hecho de que una mujer hizo posesión involuntaria de sus cámaras. Por las horas que llevaban los médicos tratando de curar la herida de Nancy, tan sólo se podían pronosticar malas noticias, lo cual ponía a Anne en un estado de completa desesperación.

Llevaban horas sin hablar el uno con el otro, sus conjeturas los distanciaban, aunque de cuando en cuando, sus cuerpos pasaran tan cerca del otro que casi podrían rozarse.

—¡Pero cuanto tardan! ¡Por el amor de Dios! —expiró la joven.

Archivald regresó la mirada a su mujer, recordando hasta ese momento que ella estaba en la habitación, tan nerviosa como él, pero por diferentes situaciones. A diferencia de sus fines egoístas, para Anne la salvación de Nancy no significaba respuestas, sino la recuperación de una amiga, la única que tenía.

Cerró los ojos por unos segundos antes de ir a interceptarla en su caminar, acogiéndola en sus brazos y besó su coronilla, tratando de tranquilizarla en lo que le fuera posible.

—Tranquila, todo saldrá bien.

—Es que no lo parece —dijo desesperada—. Llevan horas allá arriba, al menos se siente como si fueran horas.

—No ha pasado tanto, te lo aseguro.

—¿No? —lo preguntaba en serio—. Dios santo, esta ceguera no me permite ni siquiera saber el tiempo en el que vivo.

—Yo te diré el tiempo, no te preocupes por eso.

Ella apenas logró componer una sonrisa y se abrazó a él.

—¿Crees que se recuperará? —inquirió nerviosa—. Tú viste su herida, dime qué tan grave era.

—El médico podrá con ello, estoy seguro.

—Dios santo, ¿por qué alguien le haría daño a Nancy?

Eso mismo quería saber Archivald, sin embargo, mantuvo el silencio, dedicándose únicamente a tranquilizar a su esposa.

—Deberías ir a una habitación —aconsejó, apretando sus hombros —, debajo de ese camisón no traes nada, te resfriarás.

—Tú tampoco tuviste tiempo de vestirte, estamos igual.

—Vivianne, de nada servirá que estés en vela.

—Pero no podré dormir aun estando en la comodidad de una cama, no sin saber que Nancy está bien.

—Está bien —suspiró—, te pediré un té.

—¡No! —tomó su mano cuando sintió que la soltaba—. No. No te vayas, por favor, quédate conmigo.

—Si no pensaba irme.

—Es que… —ella bajó la cabeza—, por ahora, me reconforta más tu presencia que el calor de un té… sin mencionar que no me gusta.

—Es verdad —sonrió Archie—, no tomas té, lo olvidé.

—De nada me serviría, aunque me lo tomara.

—Sé que es tu amiga, pero… ¿acaso sabías si ella se estaba viendo con alguien peligroso?

—¿Peligroso? —ella negó—. Pues no, ella no dijo nada.

—Pero se encontraba con alguien.

—No lo creo, Nancy no puede… más bien, ella no quiere volver a ser tocada por un hombre, se pone muy tensa y, no sé, le disgusta.

—Comprendo. Aunque no tendría que llegar a costarse con él —dijo pensativo—. Quizá sólo rondaba por lugares mal habidos.

—Lo dudo, se presta a que alguien abusara de ella, así que no.

—Detesto tener que hacerte esta pregunta, Vivianne —suspiró, alejándola un poco de él—, pero a partir de lo que sucedió, quizá Nancy prefirió la compañía femenina, ¿podría ser?

—Claro, le gusta estar conmigo, con las mujeres.

—No, amor, no me refiero… —Archie se mostró frustrado—. Digo que si ella prefiere tener la compañía íntima de una mujer.

—Pero… ¿eso es posible? —Anne negó—. No, eso es pecado, lo es con los hombres, así que debe serlo con las mujeres.

Archie cerró los ojos y asintió despacio. Estaba claro que, si Nancy tenía esas preferencias, entonces lo ocultaría de Vivianne. Siendo su esposa tan religiosa y apegada a los mandatos de la iglesia, una relación como esa sería vista por su mujer como un delito, o más bien, justo como lo había dicho: como un pecado.

—Está bien, no quise alterarte.

—¿Por qué dices esas cosas? —parecía disgustada—. No debes pensar tan mal de ella sólo porque tiene un trauma.

—Si no es eso, no tiene nada que ver con eso.

—Has dicho algo horrible en su contra.

—No es horrible —se apuró a decir—. Pero no hablemos de ese tema por el momento, que no sirve de nada y no influye ahora mismo.

Ella seguía molesta, aunque más que por otra cosa, Archie lo atribuía a que ella juzgaba que se le estaba levantando un falso a su amiga moribunda, y sólo por eso Archie la respetaba.

—Mi lord —la interrupción llegó de la voz de un mozo—, mi señor, el médico ya se va, pide verlo.

—Por supuesto, que pase.

El hombre se hizo a un lado para dejar pasar al erudito, quien lucía tan impecable como cuando había llegado, sin embargo, seguía

limpiando sus manos ensangrentadas con afán innecesario.

—¿Cómo está Nancy? —se adelantó Vivianne.

—Logramos sacarle la bala, mi lady —contestó el médico—. Tiene una fuerte infección, no sé por cuanto tiempo estuvo vagando con la herida. Si pasa la noche, puede que lo logre.

Vivianne se llevó las manos a los labios, su rostro se compunjo de tal forma que parecía a punto de llorar; sin embargo, no lo hizo, de hecho, Archivald no recordaba haber visto a su mujer llorar ni una vez, aunque era notorio por el temblor de su cuerpo que le estaba requiriendo un gran esfuerzo no hacerlo.

—¿Qué es lo que tenemos qué hacer para mantenerla con vida?

—He dejado a mi ayudante a su cargo, no debe preocuparse por nada mi lord, él sabe lo que tiene qué hacer.

—Le estoy agradecido.

—No se preocupe, mi lord, su padre es de mi gran estima, es para mí un honor servirle a la familia Pemberton.

—Pasaré a él sus buenas intenciones.

El hombre asintió satisfecho y salió sin decir nada más, dejando a la joven pareja en soledad. La realidad era que le había costado demasiado aparentar tranquilidad estando frente a la que sería la futura señora de esa casa. Parecía ser que los rumores eran ciertos y en verdad la mujer no podía ver, sin embargo, estaba claro que el futuro duque la tenía en gran estima y por eso mismo, no sería él quien le faltara el respeto, probablemente nadie lo haría.

—Tengo que ir a verla.

Archie la tomó del brazo, deteniendo su salida.

—Has escuchado al médico, está bajo buenos cuidados, mañana podrás verla si gustas, por ahora, quiero que regreses a la cama.

—Pero… ¿y tú?

—Fue un largo trayecto el que hizo, seguramente alguien la vio. De ser así, quisiera investigar al respecto.

—Preferiría que te quedaras, si acaso ella se vio envuelta en una pelea, quizá los maleantes siguen por aquí, podrían herirte.

—Dudo que sea algo como eso.

—¿Sigues desconfiando de ella?

—¿Es que tú no lo haces?

—No. No lo hago —dijo hosca—. Francamente me parece…

—Es razonable, Vivianne, lo sabes.

—¿Ahora ella también será acusada de ser *La Sombra*?

—Mi tío quería saber cuándo volviera, ¿no es así?

Ella apretó los dientes.

—Sí.

—En ese caso le avisaré. Es lo mejor, incluso para Nancy, mi tío es un excelente médico, te lo aseguro.

—Oh, por favor —chasqueó la lengua—. Como si te importara. Lo único que quieren es que abra los ojos para interrogarla.

—Sigue siendo algo positivo para ella, sobrevivirá.

La mujer negó ligeramente antes de girarse para darle la espalda.

—Bien. Has lo que se te venga en gana —se cruzó de brazos.

—Vivianne…

—Mejor vete.

Archie intentó acercarse para abrazarla y hacerla comprender sus acciones, pero se detuvo en seco cuando ella se tensó, envolviéndose entre sus propios brazos para protegerse de él.

—Volveré en seguida.

—Seguro que sí.

Archie hubiera querido despedirse de su esposa de una forma más amigable, pero ella mantuvo su postura distante durante toda su progresión a la salida. Sólo hasta que Aine escuchó los cascos de un caballo alejándose, pudo relajarse, dejando salir el aire contenido y llevó su mano hasta su cabeza, la cual le dolía como jamás en su vida.

—Mi señora, ¿se encuentra bien?

—No —se quejó con fuerza—, necesito algo para la cabeza.

—Le traeré un remedio de inmediato.

—Y también necesito un palanganero, Cata, de prisa.

—¿Un palanganero?

Vivianne no se vio capaz de reiterar la petición, puesto que su estómago cedió y simplemente vomitó en la alfombra, lo hizo una y otra vez, de forma descontrolada, dejándola temblorosa en el suelo, debilitada y sudorosa por el esfuerzo.

La pobre muchacha que había presenciado la enfermedad de su señora se movía nerviosa sin saber qué hacer más que sostener la larga cabellera dorada para que ésta no se manchara.

—Pide ayuda, Catita —dijo en medio de arcadas—, que alguien me lleve a una habitación, en seguida.

—Sí, mi señora.

Tan sólo recibir esa respuesta, Vivianne volvió a las arcadas y posteriormente vomitó de nuevo. Ya ni siquiera sabía lo que estaba expulsando, no recordaba haber cenado tanto.

Con ayuda de un apenado mozo fue llevada hasta una habitación cercana, donde su enfermedad se detuvo y la dejó tan debilitada que, en cuanto tocó la cama, se quedó profundamente dormida.

Archivald llegó una hora más tarde en compañía de su tío. Montaron vertiginosamente durante todo el camino con la intensión de salvar a la moribunda. Sin embargo, se vieron interrumpidos cuando una doncella los interceptó, mostrándose nerviosa y asustada al momento de truncar tan acelerado caminar.

—¿Qué ocurre, Cata?

—Es la señora, mi lord —dijo temblorosa—. Se puso muy mala.

—¿Enfermó? —Archie frunció el ceño.

—Sí, mi señor, nunca había visto a nadie devolver el estómago de esa manera, yo creo que es algo grave.

Archivald miró hacia su tío, quien tenía los pies en la escalera, pero se detuvo por mera cordialidad y en espera de indicaciones.

—Siga usted, tío —asintió el hombre—. Está en mi habitación, Cata lo llevará hasta allá.

—Yo llevaré a mi lord —asintió la doncella y se volvió hacia su señor—. La niña fue colocada en la habitación de huéspedes que está al fondo del pasillo. La señora Pugh está ahí con ella.

—Gracias, Cata.

Los hombres tomaron caminos separados, ambos presurosos por cerciorarse de la situación de una mujer diferente.

Archivald entró a la habitación indicada, su mujer estaba recostada en la cama boca arriba, ella no solía dormir así, pero suponía que le era más cómodo para controlar los mareos que aparentemente volvieron, porque el palanganero junto a la cama parecía haber recibido una nueva oleada de malestar.

—Mi lord. —La señora Pugh abandonó la silla en la que había estado sentada, velando el sueño de Vivianne—. Oh, que bueno que llega, esta pobre niña parece sufrir de nervios o algo.

—Gracias señora Pugh, me encargaré de ella ahora.

La mujer se inclinó y salió rápidamente de la habitación, cerrando despacio para verificar que la muchacha se encontrara bien o tendría que volver sobre sus pasos para darle otro tónico contra las náuseas.

—Vivianne.

Ella abrió los ojos con pesadez, su rostro era de resentimiento. Archie esperaba esa reacción y esa era la razón por la cual se acercaba con tiento, sobre todo al notar su perturbadora palidez y aquellos sudores que le pegaban el cabello al cuerpo.

—Volviste pronto —dijo con la garganta seca.

—¿Qué fue lo que sucedió? —se acercó unos pasos.

—No lo sé, me encuentro mal, eso es todo.

—¿Enfermaste en cuestión de una hora?

—Tal parece que así es. —Archie frunció el ceño y guardó silencio, permitiendo que su esposa retomara la conversación—. Es obvio que no es enfermedad como tal, he visto el síntoma antes.

—¿Síntoma?

—Sí —ella intentó incorporarse—, de embarazo.

Ante tal revelación, Archivald no pudo más que palidecer y cerrar la boca que se abrió por la impresión. No sabía la forma en la que debía reaccionar, sobre todo cuando ella le había dejado tan en claro sus pocas ganas de quedar embarazada, incluso creía que tomó sus

precauciones para no hacerlo. Sin embargo, ahí estaban, con un hijo en el vientre de su madre y un padre que no sabía lo que su mujer querría hacer con el fruto de su interacción.

Fueron sus pies los que reaccionaron antes que su cabeza, puesto que, sin darse cuenta, estaba sentado junto a ella, en el borde de la cama, esperando a que fuera su esposa quien hablara de nuevo, al menos que le diera un indicio de lo que debía hacer o cómo sentirse; pero ella guardó silencio, uno que se prolongó, volviéndose casi insoportable para ambos.

Fue Archivald quien se rindió primero y preguntó:

—¿Y qué es lo que piensas al respecto?

—¿Qué pienso? —rio—. Que es una lata, eso pienso.

—Vivianne —se acercó un poco más a ella, buscando tomarle la mano, pero sin atreverse a hacerlo—, sé que no es lo que querías, pero no puedo… es duro para mí pensar en que lo pierdas.

Ella elevó una ceja lentamente.

—¿Insinúas que haría algo en contra de mi hijo?

—No sé qué es lo que quieras hacer —apretó los labios y cerró los ojos—, pero trataré de apoyarte con lo que decidas.

—Dijiste que era duro para ti pensar en que quiera perderlo.

—No por eso tengo derecho a obligarte a nada.

Archie sabía muy bien lo que podía ocurrir cuando una mujer no deseaba al hijo que tenía dentro. Lo experimentó como un tercero, viendo desde lejos sufrir a su primo. Fue capaz de ver el deterioro del hombre, la amargura de la mujer y la destrucción de un matrimonio que quizá hubiera sido feliz.

—Tienes todo el derecho sobre mí —dijo ella con amargura.

—Pero no es mi deseo hacerte infeliz.

Ella apretó una sonrisa. Esas palabras fueron lo que necesitaba para saber que estaba bien tener al hijo de ese hombre, porque no podía pensar en un compañero de vida que fuera tan atento y considerado como lo era Archivald Pemberton. Separó su espalda de las almohadas y tocó la mano que él mantenía sobre una de sus piernas, reconfortándola, recordándole que la acompañaba.

—Pienso, señor, que este niño es más terco que usted y yo juntos, por eso está aquí y estoy impaciente por ver qué hará de su vida.

Un gran alivio invadió el interior del hombre hasta calentarlo por completo. Al fin pudo sonreír con libertad ante la noticia, siéndole imposible no acercarse a su mujer para besar sus labios, tratando de mostrar el agradecimiento que sentía por que fuera a darle un hijo. Aquel beso que inició siendo sólo un cariño, se volvió intenso y pasional, como los sentimientos que los colmaban.

—Lo quieres tener —susurró contento, tratando de comprenderlo.

—La vida me lo ha mandado, así que lo aceptaré.

Ella rozó el rostro de su esposo con su nariz y él la besó de nuevo.

—¿Te sientes muy mal?

—Sí, no mentiré diciendo que no —dijo sonriente—. Llevo vomitando una hora y aun así me has besado, lo lamento.

—Eso no importa, ¿puedo hacer algo para ayudar?

—Por supuesto que no —rio dulcemente—, a menos que encuentres la forma de llevar tú el embarazo y no yo.

—Lamento decepcionarte.

—Sí, ya decía yo —se reacomodó en la cama con cansancio, sintiendo que la cabeza le estallaría—. ¿Ha venido tú tío?

—Estará con Nancy ahora mismo.

—Qué alivio… —sus ojos se cerraban sin desearlo—, has dicho que está en buenas manos con él, ¿verdad?

—Despreocúpate, él sabrá curar a tu amiga.

—No puedo —admitió—, pero me siento tan cansada…

—Entonces descansa —le acarició la mejilla—. Lo necesitas.

—Lo sé, pero me duele tanto la cabeza que dudo que pueda conciliar el sueño. Ni siquiera los tónicos me ayudaron.

Archivald dio unos brinquitos en la cama hasta quedar más cerca de ella, levantó ambas manos y comenzó a masajear las sienes de su esposa, escuchándola gemir agradecida por la acción. En verdad que era un dolor fuerte, el hombre incluso podía sentir las venas de su mujer palpitando ligeramente contra sus dedos.

—Es fuerte, incluso te ha mandado a la cama —sonrió Archie.

—Sí, supongo que conoce a su madre, de no haberse hecho presente de esta forma, no me habría dado cuenta hasta su nacimiento —ella tenía la cabeza ladeada en la almohada y sus ojos permanecían cerrados—, soy bastante irregular con mis ciclos femeninos.

—Duerme, Vivianne, trata de descansar un poco.

—¿Te quedarás conmigo?

—Sí, lo haré.

—¿Me lo prometes?

—Me acabas de dar una noticia asombrosa, Vivianne —le acarició los ojos para que los cerrara—. No quisiera estar en ningún otro lado más que aquí, tratando de aliviar tu dolor.

Ella sonrió, relajándose poco a poco, pero seguía atenta a cualquier movimiento que él hiciera, incluso parecía despertar alterada cuando lo sentía moverse en la cama, aunque siguiera sintiendo su toque sobre sus sienes adoloridas.

—Vivianne —susurró a su oído—, duérmete.

—No… —dijo cansada—, te irás.

Archivald suspiró, era su culpa que su esposa pensara que todo era más importante que ella. Era increíble que en serio creyera que se iría en cuanto lograra dormirla, sobre todo siendo consciente de que se

sentía mal y era a causa de su hijo, el de ambos.

La hizo a un lado con cuidado y la colocó sobre su pecho, acariciando su espalda de forma reconfortante para que lograra dormirse. Estando en esa posición, era imposible que dudara que no se quedaría, si intentaba salir, ella se despertaría, tenía el sueño demasiado ligero como para no percatarse de su huida.

—¿Qué pasa si te vómito encima?

—Por menores, por el momento quiero que estés tranquila.

—Gracias —se abrazó a él—, ahora lo estoy.

Archie besó la coronilla de su mujer, continuando con su tarea de masajearle la cabeza. Y cuando ella lanzó un suspiro cansado, supo que al fin había caído dormida, no podía mentir, lo agradeció, porque ahora tenía tiempo de pensar las cosas. Se había hecho a la idea de no tener hijos próximamente, la noticia de su mujer lo tomó por sorpresa. Pese a que estaba contento, no podía dejar de pensar que era momento de tomar precauciones, debía enfocarse en que ella fuera su prioridad en todo momento.

Por muchas ganas que tuviera por ir con su tío y averiguar lo que sucedía con Nancy, era su deber como marido quedarse ahí, cuidando de ella mientras dormía, porque eso le daba tranquilidad.

No obstante, no fue necesario que se moviera de su lugar, puesto que su tío en persona se presentó en la recámara.

Entró de forma sigilosa, como si supiera que alguien en el interior no debía ser perturbado. Al ver a su sobrino en la cama, preso por los brazos de la joven dama dormida, Thomas Hamilton no pudo evitar sonreír, cruzándose de brazos y recostándose en uno de los doseles de la cama. Su sonrisa era tranquila, pero sus ojos bailaban entre una burla y la absoluta comprensión.

—¿Está embarazada?

—Lo está.

Para esos momentos, a Archie no le preocupaba la forma en la que su tío solía descubrir todo, aún sin indicios.

—Te felicito —dijo sincero, inclinando la cabeza como acto de respeto—. Supongo que no es buen momento para interrumpirte.

—No quiero dejarla, está muy alterada.

—Lo supe por esa muchacha Cata —elevó una ceja—. Has de saber que no le para la boca.

—Lo sé. Pero es leal, jamás haría algo contra la familia.

—Eso lo sé, nadie traicionaría a tu padre, muchacho —dijo Thomas, quien admiraba a Robert desde temprana edad—. En realidad, Cata estaba preocupada por ella.

—Tuvo mucho malestar, le costó dormir.

—Será por unos meses —aligeró—, mientras tanto, tendrás que aguantar un poco el sentirte un inútil.

—Debo admitir que es frustrante.

—E irá en aumento —advirtió—. Dar a luz no es fácil.

Archie entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—No creo que estés aquí para hablarme del dolor de parto.

—Es verdad —el hombre rio a lo bajo—, pero me acabas de decir que no deseas dejar a tu esposa sola y lo comprendo.

—Es verdad que no quiero dejarla, pero si hay peligro, entonces…

—Ve mañana temprano a la casa —interrumpió.

—No creo que sea posible, Vivianne no querrá que yo…

—Lo sé. Pero, o es ahora, o es mañana.

—Bien, ¿tiene que ver con Nancy?

—Sí, creo que es a lo que Aine se refiere.

Archie cerró los ojos con pesadez y asintió. No quería dejar a su mujer, pero ahora resultaba peligroso para ella que Nancy estuviese involucrada con *La Sombra*, por tal motivo, era prioritario que escuchara lo que su tío tenía que decir.

—Mejor que sea ahora —aceptó—. Iré en un momento.

—Te espero en el salón de tu madre. —El muchacho frunció el ceño, por lo que su tío se esclareció con una sonrisa—: le molesta sobremanera qué entre ahí, así que no puedo evitarlo.

No sabía desde cuándo, pero su madre y su tío Thomas tenían una rivalidad que rozaba con lo ridículo.

—Te veré ahí, entonces.

Su tío salió con el mismo cuidado y silencio que cuando entró. Aunque eso no afectaba el hecho de que Archie sabía que su mujer se había despertado en algún momento de la conversación, muestra de ello fue cuando se apartó de su cuerpo, dándole la espalda.

—Vivianne…

—Mejor vete.

—Quiero que entiendas que esto es por ti, me preocupa que Nancy esté involucrada en algo que pueda hacerte daño.

—Ajá, lo que digas.

—No quiero irme, lo digo en serio.

—Archie, sólo quiero que te vayas.

—¿Tendré la puerta cerrada cuando vuelva?

Ella suspiró.

—No.

—¿En verdad?

—Por supuesto que estará cerrada, ¿qué creías?

El hombre sonrió a lo bajo y asintió.

—La abriré.

—No te atrevas a hacerlo.

Sabía que se enojaría, pero de momento, poco importaba, necesitaba mantenerla a salvo, a los dos, a su hijo y a ella. Si Nancy

tenía alguna implicación con *La Sombra*, entonces era prioritario alejarlas, que la doncella recibiera su condena y ya se encargaría él de hacer entender a su mujer la razón de su desaparición.

Besó la renuente mejilla de Vivianne y se apuró a salir de la habitación, sonriendo cuando la escuchó ponerse en pie detrás de él y cerrar la puerta en cuanto estuvo fuera. Sí, definitivamente tendría que abrir a la fuerza para estar a su lado el resto de la noche.

Su tío lo esperaba con esa actitud solemne con la que usualmente se manejaba. Era un hombre mayor, pero jamás perdió la forma ni tampoco su imponente presencia. A pesar de que estaba parado de frente al fuego que crepitaba en la chimenea, Archie podía sentirse vigilado, cualquiera que no fuera de su familia, caminaría con cuidado a su alrededor por el temor de ser atacado sin aviso.

—Supongo que estará molesta.

—No me esperaba menos.

—Me agrada saber que tomes como prioridad este asunto, porque parece que lo es. —Su tío se giró lentamente—. Esa muchacha sabe algo, en cuanto abrió los ojos y me vio, el horror se formó en su rostro y creo que fue lo que la hizo desmayarse de nuevo.

—Supongo que quieres que la vigile.

—Como prioridad —asintió.

—Me impresiona que no dejes a alguien de la cofradía para que lo haga. —Su tío elevó una ceja y ladeó la cabeza—. Claro que lo hiciste. Dime, ¿dónde está?

—Es mejor que se mantenga oculto, pero quería advertirte. Si es cierto que esta chica tiene que ver con *La Sombra*, entonces hay una gran posibilidad de que…

—De que mi mujer también lo esté.

—No quiero pensar mal de ella, en serio, pero son demasiado cercanas, dudo que no se contaran confidencias.

—Entenderás que me desagrada la sospecha —suspiró—. Pero le preguntaré al respecto si insistes en ello.

—Insisto y lo lamento —Thomas se acercó hasta su sobrino, colocando sus manos en los hombros fuertes y juveniles—. Lamento que el anuncio de tu primogénito esté rodeado de esta mugre.

—Nada opacará mi alegría tío, ni siquiera esto.

—Bien, tan sólo ten cuidado, sabes que… —el hombre apretó la mandíbula—, sabes cuanto te aprecio.

—Haré lo que pueda para que Vivianne me diga lo que sabe.

—Gracias.

Archie vio a su tío desaparecer por el salón, siendo muy consciente de que había un intruso en el lugar casi desde el momento en el que la conversación tuvo lugar.

—Acércate, Vivianne.

Las puertas contiguas por las que Thomas Hamilton salió se abrieron con el ímpetu de a quien no le interesa haber sido descubierta en una fechoría como lo es escuchar una conversación ajena. La joven caminaba con fuerza, en su rostro se dibujaba la furia y todo su cuerpo estaba siendo preso de un calor que invadía y subía desde su estómago hasta su garganta, por lo que todo lo que saliera de sus labios estaría convertido en fuego.

—Así que soy sospechosa y tú lo apruebas sin más.

—No he dicho eso.

—Dijiste que investigarías por él —señaló disgustada—. ¿Es eso a lo que me rebajas? ¿A una sospechosa?

—Me parece pertinente que te pregunte al respecto —se volvió hacia ella—. ¿Qué esperabas? Es tu doncella, tu *amiga* según dices.

—¿Y eso me hace ser la misma persona? ¿He de juzgarte de la misma manera? Porque los Hamilton tienen mucho lodo también.

—Bien —asintió molesto—. No es la primera vez que muestras tu descontento hacia esa familia, ¿por qué?

—¡Porque te apartan de mí! —gritó de regreso.

—Por supuesto que no, ninguno de ellos me aleja de ti, mi amor, comprende, si desaparezco no es por los Hamilton, sino por mí, quiero ponerte a salvo, si estoy involucrado en lo de *La Sombra*, es para que tú estés bien, tú y ahora también nuestro bebé.

—¡Por favor! No quieras engañarme con tonterías —gritó—. Te marchaste de mi lado, ¿Es que no lo ves? Incluso cuando te doy la noticia de que te daré un hijo, tú prefieres…

Ella cerró los ojos, comenzaba a tener dolor de cabeza nuevamente y las oleadas de malestar se acentuaron en su estómago. No quería mostrar debilidad, no cuando estaba tan furiosa. Quería gritar, quería golpearlo, lastimarlo, podría escupirle si se acercaba lo suficiente a ella, con suerte lo haría por preocupación, aunque si era listo, mantendría sus distancias.

—Respira profundo —recomendó preocupado, tratando de acercarse—. Volverás a desmejorarte del estómago.

—¡Cállate! —pidió enojada, tocando su vientre para tratar de calmar sus ganas de volver a ensuciar el tapete—. ¡Maldita sea!

—Te llevaré a la habitación.

—Si te me acercas… —su voz era amenazante—, juro por Dios que te mataré, al menos lo intentaré.

—No lo dudo, pero estás por desvanecerte.

—¡Por supuesto que no! —se enderezó—. Estoy perfecta.

—Estás pálida.

—¡Déjame en paz!

Anne tomó una profunda respiración, tratando de controlar el disgusto que le provocaban las náuseas, pero al final tuvo que correr,

ingresando a una habitación que posiblemente no era la que había ocupado con anterioridad y volvió a vomitar.

Tenía que hablar en seguida con Nancy, debía descubrir lo que ocurrió antes de que alguien más lo hiciera.

Capítulo 26

Debía recordar que no había nadie tan testaruda y orgullosa como su mujer. Incluso la consideraba fuera de todo límite conocido, lo cual daba como resultado una peligrosa combinación en cualquier persona, sobre todo en una dama que estaba claramente disgustada, agregando como factor contraproducente su embarazo, que hacía aún más volubles sus estados de ánimo.

Por mucho que su tío anhelara y recalcara la importancia de saber la información que Anne pudiera brindarle, Archivald no había sido capaz de acercarse a su esposa sin ser herido verbalmente con cuanto insulto se le ocurriese. Tampoco se podía hacer nada con el tema de Nancy, puesto que seguía pendiendo entre la vida y la muerte.

La situación se volvía cada vez más frustrante y demandante.

—Mi lord.

Archie levantó la cabeza de los papeles que revisaba para mirar a Cata, la doncella que se ocupaba de su esposa desde que Nancy llegó con una herida de bala. Era una mujer leal a él y su esposa lo sabía, por la misma razón, no la volvía su confidente, tan sólo mandaba mensajes con ella, pero eran cosas simples, tácticas para su manejo personal o disposiciones rutinarias.

—¿Cómo se encuentra esta mañana?

—Nada bien, mi lord —admitió—. Lleva demasiado tiempo volviendo el estómago, nuevamente nos tiene preocupados.

El hombre suspiró.

—¿Mi madre?

—Dice que ella jamás sufrió tanto en sus embarazos —informó nerviosa—. Aunque asegura que es debido al estrés que experimenta, la duquesa recomienda que sea llevada al campo para que se relaje.

Archie dudaba que Vivianne quisiera irse sin saber que Nancy estaba en plena forma, despierta y totalmente recuperada.

—¿Está en sus habitaciones?

—Sí, mi lord.

El hombre dejó de lado sus papeles y se puso en pie, agradeciendo a la doncella quien simplemente sonrió ligeramente, inclinándose cuando el próximo duque pasó a su lado. Archivald subió las escaleras de su casa de dos en dos, tratando de evitar en todo lo que fuera posible a su madre, quien regresó con renovadas energías desde que no hizo falta su presencia junto a tía Annabella.

Mucho antes de siquiera intentar tocar la puerta, logró escuchar la enfermedad de su esposa, acompañado de las lágrimas de la misma y

los regaños por parte de su madre, quien no paraba de decir que, a ese paso, el niño se le saldría por la garganta si seguía sin controlar las arcadas. Cerró los ojos y suspiró. Seguramente el constante regaño de la duquesa sólo haría que su esposa se pusiera aún peor. Al menos le haría el favor de quitarle a su madre de encima.

—Madre —abrió la puerta, encontrando a su esposa con la cabeza metida en el artefacto de porcelana—, creo que padre te está buscando, lleva horas pidiendo tu presencia.

Elizabeth entrecerró los ojos.

—Seguro que no es más que una forma cordial de deshacerte de mí, Archivald, pero te aseguro que esta niña no llegará al final del embarazo si sigue preocupándose por tonterías.

—Madre, por favor —inclinó la cabeza para acentuar su petición.

—Está bien, si lo que quieres es quedarte a solas con ella, tan sólo hacía falta decirlo. Espero que al menos tú la hagas entrar en razón.

—Dudo que lo logre —miró a su esposa, quien limpiaba sus labios con el dorso de la mano—. Pero lo intentaré.

La duquesa chasqueó la lengua y negó un par de veces.

—Esta muchacha testaruda, ¡Dios me bendiga con la unión de Malcome! Espero que tenga un carácter más dócil.

Vivianne logró enderezarse paulatinamente, lanzando un rostro fastidiado y hostil hacia la mujer que salía de la habitación.

—Seguro que será alguien peor que yo, al menos no le respondo y vaya que tengo mucho qué decir.

Archie se acercó y la tomó en brazos cuando vio debilidad en ella.

—Por favor, no trates de golpearme, te llevaré a la cama.

—Carezco de fuerzas para hacerlo —se recostó en su hombro.

—¿Has pedido algo para las náuseas?

—Nada me las quita, eventualmente pasan solas.

La recostó con suavidad sobre la cama, lo suficientemente lejos de la orilla como para que él pudiera acomodarse a su lado. Sabía que la estaría obligando a esa cercanía, pero prefería aprovechar su instantánea debilidad para tenerla cerca unos momentos.

—Sabes que no te quiero cerca.

—Lo sé, pero no puedes moverte demasiado si no quieres volver a tener la cabeza dentro de ese lavabo.

—Muy gracioso.

—Vivianne, ¿Cuándo se te pasará la molestia?

—No lo sé, aunque agradezco que me mandaras flores todos los días, es un buen detalle para cortejar a una mujer.

—Mi mujer, ¿Quién diría que no me deja entrar a mi propia habitación para hacerle compañía y a mi hijo?

—¿Crees que lo mereces?

—Intento protegerlos.

Ella suspiró.

—Lo sé. Lo que me enfada es que me apartes, como si yo fuera una persona de la cual debes sospechar.

—Sólo quiero saber lo que sucede, eso es todo.

—¿Nancy?

—Sigue divagando, tiene infección, pero no te preocupes, está siendo tratada por los mejores.

—No me digas; los Hamilton.

—Aunque te desagrade, son excelentes médicos.

—No me desagrada, agradezco que quieran salvarle la vida, aunque sus motivos no sean del todo honorables.

—Son honorables cuando intentan salvar a su familia.

—Y destruir la mía, por supuesto.

Archie sonrió y la abrazó un poco más a sí.

—Nadie destruirá nada que creas tuyo, no mientras esté yo para impedirlo, Vivianne, ¿puedes confiar un poco en mí?

—No lo sé. ¿Confías tú en mí?

—Un poco menos cada día, me pareces sumamente peligrosa y vengativa, sobre todo conmigo —él se acomodó sobre ella—. Dime, ¿Cómo van las náuseas?

—¿Lo preguntas para saber si puedes acostarte conmigo?

—Me has mantenido lejos mucho tiempo.

—Han sido sólo unos días.

—Demasiados.

Las manos suaves acariciaban tiernamente el rostro de su marido.

—No pensé que me extrañarías —ella ladeó la cabeza—, o es sólo el hecho de que añoras tener sexo.

Archie cerró un ojo ante la expresión.

—Preferiría que no fueras burda con el tema.

—¿Te molesta? Es lo que quieres, ¿no? —ella tomó su camisa con fuerza, acercándolo un poco—: quieres sexo, es por lo que has venido y es lo que extrañas de estar en mi cama.

Archie la recorrió con la mirada, sorprendido pero relajado, incluso ligeramente divertido.

—Extraño muchas cosas de estar en tu cama —se agachó y besó el cuello perfumado—, como tu olor, o tus cabellos acariciando mi rostro, la forma en la que suspiras al dormir o la calidez que siento cuando te abrazas contra mi cuerpo.

Ella se removió entre sus brazos cuando él siguió besando la piel expuesta que mostraba su camisón. No recordaba la última vez que había usado un vestido, por el simple hecho de que prefería permanecer en la cama la mayor parte del tiempo o, en su defecto, lo manchaba cuando las náuseas eran más fuertes que su voluntad.

—No funcionará conmigo.

—Jamás lo he intentado con nadie más —le recordó.

—¿De convencer a las personas de hacer lo que deseas? —entrecerró los ojos—. Lo dudo mucho.

—Bueno, quizá eso sí —sonrió, deteniendo los besos que recorrían su cuerpo para regresar a sus labios—. ¿Te molesta?

—¿Tú qué crees?

—Que no —le besó el cuello—. Sé que no.

Ella pasó las manos por los hombros de su marido, acercándose a él, necesitada y ansiosa por sus toques tiernos, temerarios y sedantes que dejaban un rastro de fuego por donde pasaban.

—No pensé que te volverías tan presuntuoso con esta rapidez.

—Tengo una buena maestra.

—Sí, debe ser eso.

Ella volteó la posición, quedando sentada sobre su marido, pero en cuanto lo hizo, un fuerte mareo provocó que se llevara ambas manos a la boca, temiendo que su estómago se debilitara de repente.

—Sigues mal.

Archie se sentó, acariciándole la espalda, tratando de hacerla sentir acompañada, que era lo único que él podía hacer para ayudarle. Su tío llevaba razón, se sentía un completo inútil estando junto a su esposa en mal estado sin poder hacer nada para mejorar su dolencia.

—Esto es terrible —admitió con un gesto de asco—. En serio, no sé por qué me dan con esta fuerza.

—¿Quieres que mande llamar al médico?

—No, no. Sería un total desperdicio —negó la joven, recostándose nuevamente sobre la cama, boca arriba, respirando profundamente para apaciguar el malestar.

—Te traeré algo de la cocina.

—Mejor manda llamar a Catita, ella ya sabe qué hacer.

—¿Por qué no me dices qué hacer y te ayudo?

Ella se sonrojó y se volvió hacia él con ilusión, pero aun así se estiró hasta el cordón, tirando un par de veces.

—Me gustaría tomar un baño, por eso te digo que llames a Catita, ella sabe perfectamente cómo tranquilizarme.

—Y yo puedo aprender —se acercó a ella y la tomó en brazos con delicadeza, besándole la cabeza cuando sintió que se recostaba sobre su hombro—. ¿Para qué te sirve el baño?

—No lo sé, me relaja.

—Ya me imagino que sí. —La miró de reojo—. Me ha dicho la señora Linden que no has dejado de mandar cartas, ¿se puede saber a quién le escribes con tanto afán?

—Bueno, he recibido cartas de mis amigas cortesanas, ¿las recuerdas? De la vez que me perdí.

—Lo recuerdo —la dejó sobre sus pies y fue hacia la tina—. ¿Qué

es lo que te están pidiendo?

—No me piden nada, tan sólo querían saber de mí.

—¿Cómo es que saben de ti?

—Mandé a Nancy a ese lugar para darles dinero y ella les dijo dónde podían encontrarme. Lastimosamente, tardé mucho en contestar, se me acumularon.

—No me agrada del todo lo que haces, pero está bien, lo único que te pido es que no vayas en persona.

—Sí, sí. No debes preocuparte, no iré, además, justo ahora no tengo muchas energías como para caminar tanto tiempo.

—Algo me dice que estás mintiendo —Archie tocó el agua que una silenciosa doncella colocaba en la tina de porcelana—. Vamos, métete al agua antes de que se enfríe.

La joven se acercó, quitando su camisón para después entregarlo a su marido. Tocó el agua, comprobando el calor que emanaba y suspiró complacida cuando estuvo dentro, sintiendo como poco a poco sus músculos se iban relajando hasta dejarla adormilada y feliz.

—¿Mejor? —Archie tomó el jabón y comenzó a acariciar su piel suave con la barra aromática—. ¿Más relajada?

—No tengo ganas de vomitar ahora —sonrió—. Pero creo que te encuentras muy lejos de mí, no alcanzarás a limpiar bien.

Archie elevó una ceja.

—¿Eso crees?

—¿Podríamos continuar aquí lo que ansiabas en la cama?

—Si aseguras que te sientes mejor.

—Mucho mejor —asintió ansiosa—. Además, sé que pronto tendrás que salir y quisiera aprovechar que estoy de buenas y aceptando tu presencia después de tanto tiempo.

—Tu obstinación me parece encantadora, aunque desesperante.

—La espera terminó y has de admitir que es menos de lo que en realidad mereces —lo advirtió, ayudándolo a quitarse la camisa al notar que él no se movía—. Vamos, entra conmigo.

Archie no podía darse el lujo de rechazar a su esposa de nuevo, sabía que su humor era caprichoso en esos días y era mejor complacerla. Por tanto, se puso en pie con rapidez, apartó sus ropas y se metió en la tina, donde fue envuelto rápidamente por brazos delegados, pegándolo al cuerpo pequeño de su esposa.

—Estás loca, mujer —sonrió contra sus labios.

—Un poco, o quizá demasiado cuando se trata de ti.

—No me estoy quejando, por el contrario.

—Qué bueno, porque pienso seguir así por un buen rato.

—Pero, ¿te sientes bien? El bebé…

—Está tranquilo y relajado, igual que su madre —asintió—. Vamos, hazme el amor Archivald.

Los labios masculinos tomaron con rapidez aquellos que se encontraban entreabiertos, en espera del beso que tuvo lugar momentos después. La necesidad que ambos experimentaban desató aquel caótico desenlace en el que luchaban por tener el control para saciar la necesidad del otro.

—¡Mi lord! —se escuchó una voz en la habitación—. ¿Mi lady?

—No, no —lloriqueó la joven—. No puede ser, ¿ahora qué?

Archivald sonrió, girando su cabeza hacia la puerta cerrada.

—¿Qué sucede, Cata?

—¡Mi lord! ¡La muchacha despertó! —gritó para ser escuchada correctamente—. ¡Nancy, mi lord!

Los ojos de Archie se clavaron en la expresión sorprendida de su esposa, quien en cuestión de segundos se había puesto en pie y salía de la tina casi de un brinco. Palpó por doquier hasta encontrar el lugar donde su marido dejó su camisón y se lo colocó con prisas, resultando que estaba al revés, asunto que no le importó.

—Espera, Vivianne —pidió—. Iremos juntos.

—Pero es que…

El chapotear del agua dio el indicio a la joven de la salida de su marido, pero parecía hacerlo lo suficientemente lento como para desquiciarla. Poco le faltó brincar de desesperación, pidiendo de esa forma que se diera prisa en arreglarse.

—¿Es que piensas salir así?

Los ojos de Archie la recorrieron. Aunque traía puesto el camisón, era tan ligero y tan transparente, que dejaba poco a la imaginación. Definitivamente no estaba en sus planes dejarla salir de ese modo.

—¿Qué tiene? Estamos en nuestra casa, nadie podría…

—Los sirvientes tienen ojos y no pretendo pasear a mi mujer con una tela que parece otra piel en lugar de un cobertor.

Ella bajó la cabeza y tocó la tela mojada sobre ella.

—¿Es que se me ve algo que no debiera?

—Digamos que no oculta demasiado. —Ella se llevó los brazos hasta sus pechos, cubriéndolo de él—. Así es, esa zona en específico está especialmente expuesta.

—¡Y por qué no me lo habías dicho! —Se mostró molesta y avergonzada—. Me he paseado de esta forma durante días.

—Es que antes no me molestaba —sonrió—, era gratificante verte después de un día sufriendo tu desprecio.

—¡En verdad eres un descarado!

—Pero soy tu marido —la tomó de la cintura, pegándole a él—. Tengo derecho a verte, pero otro no, definitivamente no.

—Iré ahora mismo a ponerme algo encima —se quejó, intentando liberarse—. Que Dios me perdone, estaba siendo exhibicionista.

Archivald dejó salir una limpia y sonora carcajada que la hizo

enfurecer, pero no detuvo sus pasos hacia la salida del cuarto de baño, esperando encontrar rápidamente su bata para después ir a la habitación de Nancy, su querida Nancy que estuvo a punto de morir.

—Deja de brincotear, desesperada, me estás poniendo nervioso.

—¡Nerviosa estoy yo! —se volvió hacia él—. Debería estar con mi Nancy, en cambio me haces esperar a que te pongas presentable.

—¿Me prefieres recorriendo los pasillos en total desnudez?

—En caso de emergencia…

—¿Hablas en serio?

—Por favor, no es como si yo lo pudiera ver, da igual.

—No creo que a los demás les dé igual.

—Seguro que más de una dama estaría agradecida por mi falta de interés en cubrir tu cuerpo, seguro es bastante agradable a la vista.

—¿Celos? —elevó la ceja.

—No, no en realidad —dijo sincera.

—Eso creía yo —suspiró—. Listo, podemos ir.

—¡Al fin! —expiró aliviada, levantando la mano para que él la guiara hacia la habitación de Nancy.

Aunque no era que lo necesitara, desde el día en el que su amiga llegó malherida, dejaron que se ocuparan de ella en las habitaciones principales, las que fueran destinadas a ser del matrimonio. Ninguno de los dos mostró queja en moverse de lugar, ni siquiera discutieron el asunto, simplemente sea sumió la situación en silencio.

Aunque posiblemente Archivald hubiera querido ocupar la misma cama que su mujer, gracias a su testarudez, ella no se lo había permitido hasta ese momento. La visitaba diariamente e intentaba hablar con ella, pero Vivianne era una maestra del orgullo desmedido y simplemente lo ignoró en la mayoría de ocasiones.

No obstante, siempre recibía de buen agrado las flores que él llevase para ella. Era una costumbre que Archie lo hiciera y le agradaba saber que siempre escogía flores aromáticas. Ya que ella no podía verlas, su marido se entusiasmaba en hacer que conociera al menos los olores que las caracterizaban. Era una forma muy linda en la que él la incluía en su vida, en sus gustos y pasiones.

—Sabes que necesito hablar con ella.

—Oh, no la atosigues de inmediato con el tema, estará agotada.

—Lo lamento, pero he esperado suficiente por su despertar.

—Lo sé —bajó la cabeza—, me gustaría pensar que te interesa únicamente porque es un ser humano, aunque supongo que no es así.

—Quisiera decir algo que te resultara más agradable, pero me temo que estoy enfocado en saber la razón de su herida.

—Bien, pero si se muestra muy cansada, la dejarás en paz.

—Si ese es el caso, esperaré a su lado.

—¿Es tan urgente que has de acosar a un herido?

—Sí.

Ella suspiró desmoralizada, dando por perdida la batalla. Archie acosaría a su amiga hasta develar la verdad y no había nada que ella pudiese hacer para salvar a Nancy del interrogatorio. Aunque si lo pensaba bien, prefería que fuera su marido y no lord Hamilton padre quien se ocupara del asunto.

—¡Vivianne! —se escuchó la voz cansada y rasposa de Nancy.

—¡Mi querida amiga! —Vivianne soltó la mano de su marido y fue directa hacia la que fuera su cama—. ¡Mi pobre amiga! ¿Qué fue lo que te sucedió? ¿Cómo te encuentras ahora?

—Mucho mejor, las atenciones que me han brindado son excepcionales y lo agradezco sobremanera.

—Es lo menos que podía hacer por alguien tan querido para mí.

Nancy sonrió hacia su amiga, quien no soltaba su mano. Sin embargo, por mucho que quisiera ignorarlo, la mirada del lord parado a espadas de Anne era tan intensa y desgarradora, que simplemente le daba una idea de lo que estaba imaginando y las muchas dudas que él desataría sobre ella. El temor la recorrió en forma de escalofrío, bajó la cabeza y esperó impacientemente a que comenzara a interrogarla. Sin embargo, el hombre parecía contenido, escuchando con paciencia la preocupación que su esposa, la dulce Anne, desperdigaba sobre la convaleciente.

—Me encuentro bien Anne —aseguró la mujer—. En realidad, me gustaría acabar con esto lo más rápido posible, así que, mi lord, comience a preguntar, por favor.

La joven esposa frunció el ceño con molestia y se volvió hacia su marido. Era obvio que deseaba reclamarle, pero Archie no tenía los ojos puestos en la expresión de su mujer, sino en la de Nancy, quien parecía culpable y por esa misma razón, pedía que la interrogara, quizá ansiaba confesar. Siendo el caso, era mejor aprovechar el momento, por mucho que eso pudiera molestar a Vivianne.

—Entonces, comencemos con esto.

—¡Archie! —la joven tomó la camisa de su marido por la zona de su abdomen—. Apenas está despertando, debe seguir descansando.

El hombre tomó la cintura de su esposa para alejarla un poco de él, fue por una silla y la colocó a escasos pasos de la cama donde Nancy estaba sentada, aún con la mirada agachada y una palidez que nada tenía que ver con su pasado estado crítico.

—¿Cómo fue que te hirieron? —Archie entrecerró los ojos—. ¿En qué lugar te divertías para ganarte algo así?

—¡Archivald! —gritó molesta la joven.

El hombre volvió su mirada azulada hacia su esposa. Sería difícil enfrentar esa situación con ella presente, pero sabía que no había forma de hacerla desertar, así que simplemente la tomó de la cintura,

acercándola hasta hacerla sentar sobre una de sus piernas, levantando la mirada para quedar atrapado en la dulzura de su rostro.

—Vivianne, tenemos qué hacer esto, incluso ella lo sabe —explicó —, ¿puedes entenderlo?

—Pero…

—Está bien, Anne —asintió la misma Nancy—. Es aceptable que tenga dudas sobe mí, no es normal lo que ocurrió, lo comprendo.

—Nancy… —la joven negó—, no tienes que…

—Haga sus preguntas, lord Pemberton, las responderé todas.

Archie reacomodó su enfoque, la disposición de la mujer le creaba más dudas. Colocó su brazo alrededor de la mujer que decidió quedarse sentada sobre él, quizá para lograr golpearlo cuando sintiera que estaba sobrepasando las fuerzas de Nancy o estuviera siendo demasiado severo con sus preguntas.

—¿Desea que reitere las preguntas?

—No —Nancy bajó la cabeza—, las recuerdo bien. Es obvio que esto fue una herida de bala, más que nada fue un ajuste de cuentas, me atraparon de camino a Pemberton, pero tiene razón, yo estaba en un lugar equivocado para mi seguridad.

—¿Qué lugar era este?

—Un prostíbulo —cerró los ojos con vergüenza al notar el impacto en el rostro de su puritana amiga.

—¿De qué clase?

—Alta, muy alta.

—¿Cómo conseguiste el dinero para entrar ahí?

—Lo robé.

—¿A quién lo robaste?

Los brazos de Archie se envolvieron con fuerza sobre el cuerpo de su esposa. Podía deducir la respuesta y, por tal motivo, deseaba que Vivianne supiera que la apoyaba.

—Vendí unas joyas… de la señora.

—Nancy… —negó la joven—. ¿Qué joyas? Ni siquiera tengo.

—Si tiene —dijo la joven con pesar—. El señor le mandaba una joya cada semana, cada tercer día cuando estaba fuera de casa.

—Ahora entiendo por qué no las usabas —Archie negó con una sonrisa divertida—. Pensé que era por tu extrema modestia.

Anne llevó su mano hacia el collar que su marido le regaló, aquel que adoraba con el alma debido a que nadie se había preocupado por comprender sus gustos y menos aún por comprarle algo de tanto valor. No podía creer que él hubiese gastado mucho más y que ella no tuvo la oportunidad de agradecérselo porque su ceguera facilitó el que pudieran robarle.

No podía creerlo, confió en Nancy y ella la traicionó sin pensar, le robó frente a sus narices, aun sabiendo lo desolada que se sentía

cuando Archivald se iba de casa, siendo consciente de lo mucho que le hubiese gustado saber que él pensaba en ella, al menos como para mandarle joyas, tratando de ganar su misericordia tras sus ausencias.

—Por Dios, Nancy, si ocupabas dinero, bien podías pedírmelo.

—Lo lamento tanto —unas lágrimas resbalaron por sus mejillas cuando la vio ponerse en pie—, pero no lo hice por gusto, juro que jamás te traicionaría si no sintiera que mi vida corría peligro.

—¿Por qué corría peligro? —inquirió Archie.

Nancy lanzó un vistazo a su amiga, quien parecía conmocionada, dando vueltas con un puño presionado sobre sus labios.

—*La Sombra*.

Anne levantó la cabeza y frunció el ceño, volviéndose hacia ella con una clara sorpresa.

—¿Es que la conoces? —se acercó la joven—. ¿Quiere decir que estás ligada con esa persona?

—Amor —Archivald tomó su brazo y la hizo retroceder, temiendo que de pronto se le echara al cuello—. Deja que hable.

—Yo no lo elegí, me eligió a mí.

—¿Qué te pedía que hicieras?

Nancy negó un poco, apretando los labios.

—Cosas simples, estar al pendiente de sus movimientos, de los de los Ferreira, de los Hamilton —explicó rápidamente, hipando, con miedo en cada palabra—. Quería saber sobre usted, mi lord.

—¿Por qué? —Anne se volvió—. ¿Qué interés tienen en mi esposo? No es un Hamilton, sólo es su primo. ¿Es que persiguen de la misma forma al resto de los Bermont?

—No.

Nancy lanzó una mirada furtiva hacia el marido de su amiga, quien en medio del silencio pedía que no dijese nada si es que sabía algo más sobre él. La joven comprendió el mensaje y bajó la cabeza, de todas formas, no sería la primera vez que le mintiera a Anne y creía que, en esa ocasión, era por su seguridad.

—¿Entonces?

—No sé por qué tuviera interés en lord Pemberton, seguramente porque es muy allegado a los Hamilton y estaban hospedando a las dos mujeres de la familia.

—¿Quiere hacernos daño?

—No sé qué sea lo que piense ahora —negó la joven—, pero creo que es peligroso, de hecho, recibí esta advertencia debido a que insistí en no querer seguir actuando a su favor.

—Dios mío Nancy —negó Anne—. ¿Desde que llegamos aquí estabas en contacto con *La Sombra*?

—Sí.

—¿Sabes quién es? —intervino Archivald.

—No. Siempre tiene la cara tapada con una máscara horrible.

—¿Cómo era que se encontraban? —pidió Anne.

Los ojos de Archie estaban fijos en cualquier cambio de expresión que pudiera mostrar Nancy, deseando atrapar sus mentiras.

—Solía mandarme mensajes para citarme —confesó—. No tengo ninguno, claro, tenía que quemarlos de inmediato.

—¿Dónde se veían?

—Podía ser aquí mismo en la casa o en algún otro lugar.

—¿Adentro de la casa? —se sorprendió el hombre.

—No. Adentro no.

—Así que en los jardines.

Estaba impresionado, no podía creer que hubiese estado tan cerca de ellos, con la posibilidad de asesinarlos y aun así, *La Sombra* prefería mantener su distancia, sacar información era más importante que apartarlos de su camino, quizá porque en realidad eso le sería una acción sencilla de cometer.

—Lo lamento, mi señor, jamás fue mi intensión dañarlos.

—Al final, la única que salió dañada fuiste tú —dijo Anne.

—Cálmate, Vivianne, de nada servirá que te molestes. —Archie colocó una mano sobre la cintura de su esposa y no la apartó pese a que no era muy cómodo para él, quien seguía sentado—. Bien, Nancy, ¿qué pasó el día en el que te lastimaste?

—Me fui por motivos de diversión, pero me retuvieron debido a mi falta de cooperación con *La Sombra*. Querían que les diera la información que llevaba resguardando, ellos tienen métodos de tortura que no pueden imaginar.

—Mi prima estuvo capturada por ellos, sé lo que son capaces.

—No. Descubrí algo en este tiempo que me tuvieron encerrada.

Archivald la recorrió con una mirada extrañada, no sabía si debía confiar en ella, bien podría actuar como una doble espía, pero sacarle información era la misión que le encomendó su tío y sería lo que haría. Era responsabilidad de los Hamilton dilucidar si había verdad o mentira en lo que les dijera.

—¿Qué fue lo que descubriste?

Nancy inclinó su torso hacia adelante, acercándose a la persona que era el futuro duque de Richmond. Debía admitir que era un hombre impresionante, era una verdadera lástima que su amiga no tuviese la capacidad de verlo, de disfrutarlo con los ojos como ella.

—Que hay más de una *Sombra*.

—¿De qué hablas?

—Claro que hay una de las que todos temen, la verdadera —se inclinó de hombros—, aunque claro, para este momento, no se sabe bien cuál es la verdadera, al menos no hasta que te rompe el cuello.

—Como ocurrió cuando secuestraron a mi sobrina Brina.

—Sí, es un movimiento muy de *La Sombra,* la real.

—¿Cómo sabes que hay más de una? —inquirió Archie, cada vez más interesado en las palabras de esa embaucadora.

—Me di cuenta cuando estuve encerrada, la complexión e incluso la voz fingida era diferente.

—¿Voz femenina o masculina?

—No sabría decirlo, he dicho que la finge, la cambia.

—Bien, además de eso, ¿te pedía hacer algo diferente?

—Lo que pasa es que creo que yo jamás estuve al servicio de la verdadera *Sombra*, es por eso que fui retenida y castigada.

—¡Esto es una locura! —intervino Anne—. Simplemente me parece una gran y espantosa mentira. Ahora resulta que hay más de un ser enloquecido que quiere destruirnos, ¿no es cierto?

—*La Sombra* no está enloquecida —Nancy apretaba los dientes, como si acabasen de insultarla—. Sabe perfectamente lo que hace para darle su merecido a toda esta clase opresora.

—¡Gente inocente ha muerto por los mandatos de esta supuesta gran *Sombra*! —apuntó Anne con potencia—. ¿Es que has olvidado lo que es estar en medio del horror? ¿Lo olvidaste?

—No —escupió—, por eso mismo no pienso que haya enloquecido, es justicia, esos Hamilton merecen lo que les pasó.

—¿Qué tenía que ver la niña? —negó Anne—. ¿O la hija del *Hombre Siniestro*? Ella no estuvo involucrada en…

—¡Es una de ellos!

—Pero no te ha hecho ningún daño, Nancy.

La joven apretó los labios y miró hacia otro lado.

—Parece que la que ha olvidado eres tú, Anne.

—No, es muy diferente olvidar a perdonar.

—¿De qué te sirve? —dijo en medio de una risa burlesca—. Esas personas siguen apartándote de lo que más amas, ¿o es acaso que tu marido de repente te ha colocado en un lugar preferencial?

Anne sintió que el corazón se le oprimía, al igual que su estómago; fue un golpe bajo por parte de Nancy, pero lo aceptaba, estaba defendiendo su pensar y de alguna forma, la hizo recordar su verdadera enemistad con los Hamilton. Aún ahora, sabía que Thomas Hamilton mandaría llamar a su esposo y él acudiría de inmediato, importando poco la situación en la que ella se encontrara.

—No hablamos de eso.

Archie miró la cara dolorida de su esposa, comprendiendo que Nancy había dado en el blanco. Su esposa odiaba a los Hamilton porque la hacían sentir que no era su prioridad.

—Es verdad, quiere saber quién es *La Sombra* y piensa que yo lo sé, pero no. Lo único que puedo decir es que una de esas *Sombras* está cansada y quiere ponerle fin a esto, mientras que la otra desea

venganza, quiere acabar con todo lo que le hizo daño. Incluso podría haber una tercera, en la que sólo saca provecho de la situación.

—Sus hombres deberían poder diferenciarlos.

—¿A hombres o mujeres especialistas en esconderse? —Nancy negó—. No, saben muy bien lo que hacen, quizá unos sean más idiotas que otros, pero *La Sombra* original jamás se ha dejado ver, por lo que cualquiera puede tomar su lugar.

—Ahora entiendo por qué algunos de sus planes son más estúpidos que de costumbre.

—Es verdad, sólo la original tiene la verdadera inteligencia para enfrentarse al *Hombre Siniestro*, pero debe admitir que las demás le dan la suficiente guerra como para tenerlos en desesperación.

—¿Por qué parece que te jactas del hecho?

—No puedo negar que me alegra, mi lord, cuando son los culpables de que nos pasara esto, tanto a Anne, como a mí y a todas las que estuvimos ahí, en ese infierno.

Archie soslayó la mirada para ver la actitud de su esposa; mostraba molestia, mantenía la cabeza baja y la mandíbula apretada. Era un recuerdo que la seguiría hasta el final de sus días y él no podía hacer nada para evitarlo. Comprendía el odio que podían tener hacia el grupo que consideraban el culpable de su dolor. Tenían cierta razón, aunque indirectamente, la Cofradía de su tío era causante de que se desatara ese descontrol, aunque no dudaba tampoco que hubieran puesto remedio contra esos maleantes y ellas jamás se hubieran percatado de ese hecho, simplemente los aborrecieron.

—Es suficiente por ahora —intervino Anne, tomando el dosel de la cama con tal fuerza que mostraba el empeño que ponía por no demostrar el coraje que la hacía temblar hasta las venas—, debe descansar, su respiración se está acelerando, está débil, ¿puede su interrogatorio seguir después?

—Oh, Anne, creo que la que se ha debilitado eres tú, porque has recordado el odio que sé que te consume día y noche —dijo Nancy con rencor—. Ahora eres su familia y quieres convencerte de que no son malos, de que formas parte de algo, pero no es verdad, sabes que en cuanto dejen de sospechar de mí y de ti, serás despreciada por tu querido esposo, te dejará aún más de lo que ya lo hace, te traicionará.

—La que me ha traicionado en primera instancia fuiste tú —dijo con cierto dolor—. ¿Cómo pudiste robarme? ¿Cómo pudiste mentirme en la cara sin sentir remordimiento? Sabes perfectamente lo afectada que me siento de no tener confianza en las personas que me rodean por el simple hecho de ser ciega.

—Lamento haberlo hecho, pero era en beneficio de algo mayor.

—¿Beneficio? —negó—. No, es en tú propio beneficio.

—¡Jamás! Busco protegernos, estoy comprando nuestra libertad.

—¿A quién? —dijo con tristeza—. ¿A una de tus tres *Sombras*? ¿Qué no te das cuenta que caminas en arenas movedizas.

Nancy la miró con desprecio.

—Has cambiado. Eres débil y tonta porque te has enamorado de una ilusión, ¿Qué más hace falta que haga él para que entiendas que no le importas? Qué te odia o quizá menos, no te hace en el mundo.

—Creo que mi esposa tiene razón —se puso en pie—, comienzas a desvariar, es obvio que quieres sembrar en ella una duda que debería ser inexistente, porque jamás despreciaría a la mujer que lleva un hijo mío en el vientre.

La impresión de Nancy fue notoria.

—Eso… no es cierto.

—Lo es, ella está embarazada.

—Pero, ¿cómo…? —Nancy miró a su amiga—. Dime que no.

Anne apretó con fuerza los ojos y paseó su lengua por sus labios que se habían resecado de un momento a otro.

—Es verdad.

—Oh, Anne, lo siento tanto —negó Nancy—, ahora estás atrapada, jamás podrás irte, aunque te desprecien. Bueno, la solución sería que te marcharas sin tu hijo, seguro los pondrá felices.

—Basta —pidió Archivald—. No tiene razón para querer irse.

—¿Estar en constante sospecha de todos cuanto la rodean no es motivo suficiente para anhelar irse de aquí?

—Supongo que sí —dijo Anne—. Si me disculpan, tengo algo qué hacer. Pueden seguir charlando sin mí.

—Vivianne…

Sin embargo, Anne salió con una rapidez impresionante al estar en un ambiente tan conocido como lo era su propia habitación. Archivald suspiró disgustado cuando su esposa cerró la puerta. Regresó una mirada fiera hacia la mujer que sonreía en la cama.

—Eso sólo logrará perjudicarla, ¿es que no la aprecias?

—La adoro —afirmó la mujer—. Por eso mismo le recordé lo que es para usted, lo que es para toda esta familia.

—¿Y qué se supone que es?

Nancy sonrió de lado y se recostó suavemente sobre la cama, cerrando los ojos con lentitud, como si careciera de fuerza para responder a otra pregunta, cuando Archivald sabía que no era verdad.

Capítulo 27

Estaba de mal humor, aunque tampoco era como si acostumbrara estar de buenas muy a menudo. Aunque ahora lo creía justificado, estaba cansándose de que los imitadores mandaran a los hombres que le eran fieles. Esos idiotas que con la sola mención de su apodo se volvían locos y hacían lo que les ordenaran sin siquiera cuestionar si era realmente La Sombra.

Chasqueó con fuerza la lengua y lanzó al suelo lo primero que tuvo en frente. Debía hacer algo para hacer notoria la diferencia, para que dejaran de perjudicar con acciones estúpidas.

—¡Ven aquí ahora! —masculló con fuerza hacia un hombre que saltó ante la voz de su dirigente—. Maldita sea, idiota, ¿por qué hiciste algo tan estúpido?

—Usted…

—No me vengas con idioteces, sabes perfectamente que ese no era yo, jamás ordenaría algo tan simple, tan fuera de éxito.

—Pero tuvo éxito, los Hamilton están destruidos.

—¿Destruidos? —negó con furia—. En verdad son idiotas.

—Usted… creo que ha perdido las fuerzas para luchar. Esta nueva Sombra viene con energías, quiere hacerlos pagar…

—Creo que has olvidado quien soy yo. —La sombra se acercaba peligrosamente al hombre, con sigilo, calculando sus pasos como una pantera en asecho—. Mas valdría que te lo recordara.

—¡No! —el hombre dio un salto para atrás, desenfundando su pistola —. Le sigo siendo fiel, lo juro, tan sólo quiero saber…

—Tú no estás aquí para saber nada en lo absoluto.

—Lo sé —bajó la cabeza—, lo sé, no volveré a cuestionar.

—Más te vale. —La Sombra se alejó, meditando la situación, pensando en una solución—. Quiero que la próxima vez que esta supuesta Sombra con "energías renovadas" vuelva aquí, lo atrapen para mí y si no lo hacen, me enteraré de ello y los mataré.

—Lo haremos, lo atraparemos para usted.

—Bien. —Apretó los dientes—. Ahora, lárgate.

La Sombra se quedó en soledad, caminando de un lado a otro, el disgusto era notorio en cada una de las alargadas zancadas que daba al momento de recorrer la habitación.

Definitivamente debía poner solución a la situación, esos hombres estaban perdiendo el miedo, cumplían órdenes de otro a pesar de estar conscientes de que no era La Sombra original. Se estaban desesperando de su tranquilidad y lo comprendía, estaban ahí con el único propósito de

arruinar a quienes los arruinaron.

Conocía la sensación, pero comenzaba a perder las fuerzas para seguir luchando contra ellos, quería perderse en el olvido, irse lejos y jamás volver. Pero esos hombres buscaban hasta encontrar, así había sido la vez pasada, acosarían hasta que cumpliera con su palabra original, en la cual prometía hacer que los Hamilton se arrepintieran de vivir.

∞

Pasaba de la media noche cuando Archivald entró a la recámara que ocupaba su esposa. Después de la conversación que tuvo con la supuesta amiga de Vivianne, tuvo que ir a hablar con su tío. No tanto porque él fuera a buscarlo, sino porque su tío vino hasta la casa Pemberton para enterarse de lo sucedido. Archie sabía que su casa estaba bajo su vigilancia y ahora que Nancy despertó, lo encontraba pertinente, aunque no menos inoportuno.

La oscuridad persistente lo recibió, a pesar de que no podía verla, era más que obvio que su esposa estaba en el lugar, algo en el interior de Archie lograba sentirla aún a la distancia. Caminó en silencio, esperando no despertarla para que no tuviera oportunidad de correrlo de la habitación, porque era lo que haría de tener oportunidad.

Se metió a la cama, cubriéndose con la manta y acercándose a la presencia que seguramente estaba despierta para esos momentos, pero fingía con la idea de no discutir a esas horas, cuando ambos estaban exhaustos del día y lo único que anhelaban era dormir.

Dudó un poco, pero al final pasó sus brazos alrededor de la cintura de su esposa, reconfortándose cuando ella soltó un suspiro placentero y acercó su cuerpo al de él, aceptando el toque.

—¿Estás molesta conmigo?

—No.

—Espero que no creyeras lo que dijo Nancy. —El silencio se prolongó hasta que Archie comprendió que era una respuesta—. Vivianne, no debes creerlo, no eres un objeto del cual puedo prescindir cuando no me sea de utilidad. Eres mi esposa.

—El problema es, que yo también lo pienso así.

—¿Me crees esa clase de hombre?

—Ojalá pudiera estar segura de algo.

Archivald suspiró y se acercó a ella, besando sus hombros, su cuello, sus brazos, incluso el inicio de sus pechos.

—Jamás me hubiera atrevido a entrar a una cama contigo si no quisiera que te quedaras a mi lado por siempre.

—¿Lo dices en serio? —volvió la cabeza.

—No suelo afirmar algo de lo que me pueda arrepentir después, creo que te lo dije en alguna ocasión —le besó la mejilla y colocó una mano sobre el vientre que pronto se abultaría—. Este niño sólo debe

darte mayor seguridad, pero no dependes de él para estar aquí.

—Puede ser una niña.

—Sí —dejó salir aire de su nariz a modo de risa, acercándola más a él—. Es verdad, puede ser una niña.

—¿Te decepcionaría?

—No, por supuesto que no.

Ella se volvió entre los brazos de su esposo, quedando frente a él para poder alcanzar su rostro, atrayéndolo a un beso profundo que rápidamente pasó a ser pasional. Anne tomó la iniciativa, recostando sobre la cama a su esposo para lograr subirse a él, sintiendo cómo los brazos de su marido la recorrían con cariño, despacio, sacando escalofríos por donde pasaba.

—Estás decidida a no darte por vencida, ¿cierto?

—Jamás he sido de ese tipo de mujer.

—Bien —Archie tomó la pierna de su esposa para usarla como ancla al momento de darle la vuelta para colocarla contra el colchón —. Me gustan las mujeres con voluntad propia.

—¿Mujeres?

—Una. Una sola.

—Bésame ya.

Archivald agradeció que al menos esa noche no estuviese molesta con él, porque siendo sincero, extrañaba su toque, sus labios, su voz, la forma en la que le gustaba dirigir; en síntesis, extrañaba hacerle el amor y lo demostró en cada momento que estuvo contra su piel, ya fuera con besos, palabras dulces o caricias tiernas, Archie estaba determinado a demostrarle a su esposa lo mucho que le hacía falta.

—¿Qué te ha dicho tu tío?

El hombre levantó la vista, seguía besando el abdomen de su esposa cuando ella decidió sacar el tema a la luz.

—No hablemos de eso ahora.

—Creo que es un buen momento, estamos relajados, seguramente menos propensos a molestarnos con el otro.

—¿Lo dices por ti?

—Por supuesto.

Archivald siguió esparciendo besos por el cuerpo de su esposa, subiendo hasta alcanzar los labios sonrientes.

—Como es obvio, no ha quedado tranquilo con lo que le conté.

—Sospechan de ella.

—Lo lamento, pero sí.

—No, no. Era de esperar, Nancy dijo cosas que la hacen un blanco simple para los Hamilton. Supongo que la tienen vigilada.

—Prácticamente desde que llegó.

—No creo que pueda irse corriendo en esa condición.

—Quizá no, pero alguien podría entrar para silenciarla.

—¿En serio lo crees?

—Sí. Me dejó bastante inquieto el saber que se encontraba con *La Sombra* en nuestros jardines. El resto de mi familia vive aquí, no quisiera que mis padres, hermano o tú salgan heridos por esto.

—Supongo que tienes razón.

—¿Te preocupa tu amiga?

—Claro —apretó los labios, acariciando la mejilla de su marido, quien seguía entretenido en besarle el cuello—. Sé que el rencor ha amargado su alma hasta llevarla a tal punto y no quiero terminar igual, quiero sanar esa parte de mi vida.

—¿Los sigues culpando?

Ella ladeó la cabeza hacia un lado.

—Es difícil, pero creo que me hago a la idea de que fue algo que se salió de sus manos. Luchan por hacer el bien y es lo que se debe tomar en cuenta, supongo.

Una sonrisa dulce salió desde los labios del hombre, subiendo su rostro para encontrarse con los labios de su esposa.

—Te ayudaré a olvidar.

—Ya lo haces —le acarició el rostro—, vamos por buen camino. Además, pronto tendremos un bebé, seguramente cambiará mi perspectiva de la vida por completo.

—Estoy seguro de que así será —acarició su abdomen—. ¿Estás contenta? Sé que no era lo que querías, incluso Nancy parecía sinceramente sorprendida por ello.

—Bueno, supongo que era porque sabía que lo estábamos evitando, pero claro, estas cosas no siempre funcionan.

—No, no funcionan del todo.

—Pero bueno —le tomó el rostro—, me alegro que tú estés tan feliz con la noticia, puedo notarlo incluso sin verlo.

—Tú eres capaz de notar demasiadas cosas —la abrazó, colocándola sobre su pecho para que durmiera ahí—. Vamos, descansa un poco, duerme tranquila, y que las palabras de tu amiga no impidan tu felicidad.

—Lo intentaré —lo abrazó sonriente y adormilada—. Te quiero.

Archivald paralizó su respiración al escuchar esa declaración dicha por su esposa antes de caer dormida. No pudo evitar sentirse un tanto incómodo, a la vez que enternecido. Resultaba una obviedad lo trabajoso que debió resultar para ella revelar sus sentimientos, tan era así, que ni siquiera lo hizo a plena consciencia, sino cuando se podía salvar entre la profundidad de los sueños.

Intentó acomodarla, tratando de maximizar su tranquilidad, debía ser su prioridad que estuviera a salvo, en paz, llevando un embarazo relajado, lleno de alegrías, alejando en todo lo posible sus problemas.

Se durmió pensando en el bebé que venía en camino, en su

matrimonio, en su esposa, sobre todo, en la mujer que llegó junto a ella. Nancy demostró tener un cinismo característico de una persona cegada por el resentimiento.

Era imposible descansar con tranquilidad cuando se tenía un alma perturbada bajo el mismo techo, donde podían dañar a su familia, ya fuera a sus padres o a su esposa, porque en las condiciones que veía a Nancy, cabía la posibilidad de que dañara incluso a Vivianne.

La pareja durmió en lo que parecía ser una noche tranquila, en dónde sólo se escuchaba el suave murmullo de los animales nocturnos y el viento que soplaba a través de las ventanas. Fue gracias a esa tranquilidad que fue tan fácil escuchar una disputa no muy lejos de la habitación que compartía Vivianne y Archivald.

Fue ella quien se dio cuenta de la situación, levantando su cabeza hasta separarse por completo del pecho cálido que usaba como almohada. Salió con cuidado, colocando su bata y zapatillas antes de salir de la habitación en dirección a dónde se encontraba su amiga convaleciente, quien quizá hizo un intento por escapar.

—¡Suélteme! —gritaba Nancy, parecía forcejear—. ¡Anne, por favor, diles a estos papanatas que me suelten!

—Por favor, suéltenla.

—Tenemos órdenes directas, lady Pemberton, esta mujer no puede levantarse de la cama, mucho menos salir de la habitación.

—Estoy de acuerdo con ello, pero si sigue forcejeando de esa manera, sus heridas se abrirán de nuevo.

Nancy sonrió con suficiencia cuando la soltaron, lanzó una mirada a *Las Águilas*, quienes no se veían nada complacidos por tener que obedecer a alguien que consideraban sospechosa de todas las miserias que *La Sombra* ocasionaba. Sin embargo, esa mujer era la señora de Pemberton, era su casa y le debían un respeto.

—Lo lamento, lady Pemberton, la recostaremos en la cama y saldremos de inmediato de la habitación.

—Gracias caballeros, se los agradezco.

La convaleciente se quejó todavía un poco más por ser tocada por esos hombres, aunque Vivianne sabía que lo haría con cualquiera que se clasificara como un varón, puesto que ella no soportaba su toque. Vivianne se acercó cuando escuchó el quejido de los resortes bajo el cuerpo de Nancy, ella subió las sábanas para cubrir sus piernas y se recostó en la montaña de almohadas, pujando, cansada por el esfuerzo que le requirió salir de la habitación, intentando huir.

—¿Por qué lo hiciste?

—Sabía que estas personas me estaban vigilando, pero jamás pensé que intervendrían para impedir mi paseo.

—Sabes que no estabas de paseo, estabas queriendo escapar.

—Quizá.

—¿Por qué?

—Porque ellos me culpan, piensan que soy *La Sombra*, no me dejarán en paz nunca, se aferrarán a esa respuesta, aunque sea falsa.

—¿Eso quiere decir que no lo eres?

Nancy lanzó una mirada divertida hacia su amiga, pero ella no fue capaz de apreciarla, en cambio esperaba una respuesta audible.

—Al menos, no soy la verdadera.

—¡Por Dios, Nancy! —se quejó la joven—. ¿Sabes lo que podrían hacerte estas personas de enterarse?

—Sí, seguro que estás muy preocupada, porque fuiste tú la que nos trajo aquí, al menos a los dos farsantes.

—¿Sabes quién es la otra persona?

—Tus hermanos y padre son muy activos.

—Pero, ¿qué dices?

—La verdad, lo sabes.

Vivianne cerró los ojos con pesadez. Lo sabía, tenía el conocimiento de que su padre era quien pretendía dirigir a los ineptos que perseguían como corderos a esa famosa *Sombra*. Sabía que lo correcto hubiera sido que se lo dijera a su marido cuando tuvo la sospecha de lo que sucedía; pero tenía miedo, no quería que Archie la alejara, mucho menos cuando comenzaban a tener una relación que se asemejaba mucho a lo que siempre soñó.

—Sigue sin ser mi culpa lo que ellos hagan o dejen de hacer.

—Tu hermano fue una buena *Sombra* por algún tiempo, pero repentinamente desapareció. Beatriz se moría de nervios, pero siempre seguía a tu padre y hermano cuando entraban en papel.

—¿Cómo es que les creían?

—No sé, supongo que todos estábamos demasiado ansiosos por que fuera real, que simplemente nos cegábamos a ello.

—Nancy… esto no soluciona nada.

—¡No puedo creer que hayas cambiado tanto! —gritó—. Recuerdo bien que hubo un tiempo en el que estabas más que de acuerdo con las acciones y pensamientos de *La Sombra*. ¿Qué pasó? ¿Acaso todo cambió porque tu marido es pariente de los Hamilton?

—No lo sé —apretó los ojos—. Quizá sea eso.

—Me decepcionas, venías aquí con la misma idea que yo —negó, volteando el rostro hacia otra parte—. Ahora eres tan ajena a mí.

—Lamento que te sientas así, pero si quieres salvarte de alguna manera, entonces tienes que decir todo lo que han planeado en contra de esta familia. Beatriz logró algo al decirlo.

—¡Por favor, Anne! —Nancy rio—. Ella sólo dijo e hizo lo que *La Sombra* quería que dijera.

—Pero mi padre parecía realmente asustado cuando…

—Supongo que fingió también.

—No, eso no puede ser, él… dejó de molestarme.

—Quizá porque ya no eres relevante para él.

—Lo dudo, jamás dejaría de ejercer su poder sobre mí si tuviera la oportunidad. ¿Acaso lo has visto últimamente?

—Debo confesar que no. Algo ocurrió con él desde hace tiempo, tal parece que desapareció, fue cuando tu hermano tomó su lugar, pero él es un verdadero idiota, entonces… lo intenté yo.

—¿Es que no pueden detenerse? Quizá *La Sombra* desapareció por una razón y sin ella, nada les funcionará. Ocasionarán problemas, sí, pero únicamente se estarán descubriendo.

Nancy permaneció en silencio, mirando a su amiga con una clara molestia y decepción. Anne lo sabía, podía sentir el odio proveniente desde el cuerpo de la mujer a la que enfrentaba.

—¿Te has ablandado por tu adorable bebé en el vientre?

—Basta, Nancy —pidió Anne, exasperada—. No quiero oír ni una palabra más. Tal parece que no piensas entrar en razón.

Nancy miró en silencio a su amiga, cerró los ojos y suspiró.

—Será mejor que se vaya a descansar, mi lady, en su frágil estado, permanecer despierta es contraproducente.

Anne apretó su cuerpo entero, sentía un gran desprecio por lo que escuchaba y también por lo que se había convertido la que consideraba su amiga, su única amiga. Sin decir otra palabra, salió de la habitación cerrando la puerta con cuidado y levantando la cabeza hacia los hombres que parecían esperar en la oscuridad.

—¿Deseaban algo, caballeros?

—Mi lady, pedimos por favor que nos brinde la información que ha obtenido de la mujer que se hospeda bajo su techo.

—No lo haré —dijo segura—. Se la diré a mi esposo y será él quien hable con ustedes, no está bien que me intercepten en medio de la madrugada y en un pasillo seguramente poco iluminado.

Las Águilas soslayaron sus miradas, interceptando con habilidad sus pensamientos que concluyeron en apartarse del camino de la determinada mujer. Tampoco era que desearan enfrentar al marido de la misma, quien era reconocido por sus muchas habilidades de combate, no era su intención, de momento, ofenderle.

Anne caminó airosa por el pasillo hasta llegar a la habitación que compartía con su marido. Tenía la esperanza de que siguiera durmiendo, pero en cuanto cruzó la puerta, se vio acorralada por la sensación abrumadora de una mirada intensa sobre ella.

—Archivald…

—Supongo que Nancy se encontrará bien.

—Mejor de lo que se pensaría, intentó escapar.

—Era de esperarse.

—No lo logró, las *Águilas* la interceptaron en seguida.

—Supongo que sí, pero tardaste demasiado como para que únicamente observaras como era llevada hasta su habitación.

Anne bajó la cabeza y asintió.

—Sabrás que hablé con ella.

—Hace alusiones a que tú estabas de acuerdo con lo que sucedía, por alguna razón me hace sentir que estabas al tanto del plan de tu padre contra los Hamilton.

—La realidad era que no me interesaba en lo más mínimo si ellos salían perjudicados de alguna manera —aceptó—, no eran santos de mi devoción en ese momento.

—Ni lo son ahora tampoco.

—Pero son familia, comprendí que lo eran.

—Dime ahora, Vivianne, háblame sobre esos planes.

—Yo no estoy tan al tanto como lo está Nancy.

—¿Qué fue lo que te dijo en esta visita que le has hecho?

Anne caminó hasta la cama y se sentó en el borde de la misma, esperando a que su esposo hiciera lo mismo. Le platicó lo que Nancy le dijo, desde sus acusaciones hasta el hecho de que en ocasiones suplantaba a *La Sombra* para mantener viva la imagen, aunque la verdadera persona tras la máscara estuviera desaparecida, era su prioridad hacer creer a sus seguidores que aún eran liderados por alguien que los guiaría a la venganza prometida.

Archivald se quedó sin habla por un largo momento, meditando las palabras cubiertas de rencor, de odio. Estaba claro que esas personas harían todo con tal de ver derrotados a los Hamilton.

—Esto es grave, tengo que ver a mi prima —dijo Archie—. Creo que ahora entiendo lo que me quería decir. Dijo que *La Sombra* vino debido a mí, pero que no era uno de los Ferreira, quiere decir que la persona que torturó a Aine debió ser Nancy.

Anne había llegado a la misma conclusión, por esa razón mantenía una actitud cabizbaja y los ojos cerrados, deseando que todo aquello no fuera más que un sueño del que eventualmente despertaría. En cuanto su esposo se los dijera a los Hamilton, su pobre y perturbada amiga sería interrogada y no quería averiguar los métodos de las *Águilas* para lograr sus objetivos, dudaba que fueran menos agresivos que los de *La Sombra.*

—Has de ir ahora mismo —asintió la mujer—. Estará llegando el amanecer, al menos es lo que el frío me indica.

—Estará por amanecer —asintió el hombre.

—Ve, entonces —lo incitó—. Tus tíos y primos deben saber sobre esto, Aine estará tranquila en cuanto sepa que al fin la has entendido, que descubriste a Nancy.

—Eso no deja de ser preocupante, porque ahora sabrán que están detrás de más de una *Sombra*. Esto parece interminable.

—Sí, lo parece —Anne mordió sus labios—. Lo que no entiendo es por qué tenemos que estar tan ligados con el problema.

—Prácticamente yo los traje hasta su puerta, me siento culpable.

—No es verdad, lo sabes —Anne se acercó, hasta tocar la pierna de su marido—. *La Sombra* y todos sus seguidores habrían llegado a Londres eventualmente, persiguiendo los sueños que los rigen ahora.

—Pero les facilité las cosas.

—Oh, Archie, ojalá me dijeras la verdad —negó la mujer—. Está bien, yo también he guardado secretos y comprendo que tengas reserva con aquella que sientes que está en tú contra.

—Esto no es contra ti, Vivianne.

—Lo es, dudas de mí y está bien, es inteligente que lo hagas.

Archivald soslayó la mirada, alejándola por completo de su mujer.

—Iré con mi tío a primera hora.

—Bien —dijo cabizbaja.

—¿Te sientes bien ahora?

Se levantó de la cama para comenzar a arreglarse.

—No tengo mareos por el momento, ve tranquilo.

—Daira me mostró su interés en charlar contigo, deberías ir a verla, socializar con ella, ahora que abriremos un negocio juntos, lo mejor sería que fueran amigas.

—La visitaré —aceptó—, me encantaría tener una amiga.

Archie volvió su rostro hacia su esposa. Seguía sentada en el mismo lugar, con los cabellos largos y rubios despeinados, sus verdosos ojos fijos en un punto a la distancia, su espalda tan recta como una tabla de madera y en sus delicadas facciones no había expresión alguna, quizá calma, una que seguramente no sentía.

—Se harán buenas amigas, Daira es una buena persona.

Ella asintió con vehemencia.

—Por como hablas de ella, así debe ser.

—Siempre se expresa bien de ti.

—Tendré que conocerla para poder devolverle el cumplido.

Archie se acercó hasta tocarle la mejilla.

—Habrá mucho tiempo para ello.

—Seguro que sí.

Aquella afirmación fue dicha con una falta de convencimiento, incluso Archie dudó de sus propias palabras. El hombre suspiró, dejando salir el aire tan despacio y sonoramente que llamó la atención de la joven, quien levantó la cara.

—Volveré pronto, deberías descansar un poco, tú y el bebé lo necesitan —sonrió y se agachó para besar su frente—. Anda, vuelve a la cama, traeré ese pan que tanto te gusta.

—Gracias.

Archie la vio metiéndose entre las sábanas, tomando una postura

cómoda y cerrando los ojos, intentando recuperar el sueño que perdió al ir tras su amiga y charlar con ella durante el resto de la madrugada. Se acercó a ella, la arropó cuidadosamente y salió de la habitación, esperando que se quedara dormida en esa ocasión.

Caminó hacia la habitación que ocupaba Nancy, no importaba el estado en el que estuviera, tenía que llevar a esa chica frente a su tío, porque de todas formas la requeriría en cuanto supiera lo que su mujer le reveló hacía unos momentos.

—Mi lord —una de las *Águilas* se inclinó ante él—. La chica está despierta y quejándose por la herida.

—Tenemos que llevárnosla, ahora mismo.

—¿A dónde la llevaremos? —dijo otro—. No es que se pueda mover demasiado y seguramente fingirá un desmayo.

—Debemos llevarla con mi tío en seguida.

Las *Águilas* asintieron, tomando camino hacia la habitación. Archie escuchó las quejas de Nancy, quien seguramente ya podía predecir su destino y por eso venía la resistencia a ir con ellos. Aunque no sabía qué era peor, ser llevada ante los Hamilton o recuperada por los seguidores de *La Sombra*.

Capítulo 28

Aveces le sorprendía su falta de miedo a los peligros. Estaba claro que se estaba poniendo en uno cuando decidió atender a la cita que se estipulaba en la carta que le fue entregada a manos de esa mujer, de la tal Nancy, quien parecía más que fastidiada mientras era interrogada y lo fue aún más cuando tuvo que tenderle la nota. Sabía que podía estar cayendo en una trampa, pero jamás se había acobardado en situaciones similares y ese tampoco sería el día.

Entendía la preocupación de sus allegados y sus *Águilas*. Su terquedad lo llevó a no escuchar súplicas y salir presuroso al encuentro con *La Sombra,* quien tenía el honor de ser la persona que más dolores de cabeza le causó en toda su vida.

Thomas Hamilton se persignó ante el altar de la desolada iglesia que ese día se encontraba particularmente fría y el olor a incienso era más atosigante que de costumbre. Miró hacia el confesionario que solía utilizar con su informante y caminó despacio, esperando no ser recibido por una emboscada que lo inmortalizara en la casa de Dios.

Abrió la cortina con un rápido movimiento, temiendo que alguien fuese a saltar a su cuello. Sin embargo, se encontró con el usual reclinatorio acolchado frente a la rejilla que lo separaba de la persona que se encontraba dentro del confesionario, en espera de escucharlo.

Thomas cerró los ojos y se arrodilló, observando la figura que terminaba siendo una imagen apenas perceptible detrás de aquella tela que lograba cubrirlo. El Hamilton no recordaba la última vez que sintió tanta curiosidad por ver el rostro de una persona.

—No me descubrirá de esa forma, señor Hamilton.

—Ah, veo que hablas, pensé que lo evitarías.

—Lo cité por una razón.

—Sí, supongo que no es para entregarse.

—Vengo a ayudarle.

—¿Ayudarme? —Thomas frunció el ceño—. No lo veo posible, estoy pensando que esto no es más que una trampa.

—En todo caso, sería una trampa para mí —dijo *La Sombra*—. Usted viene protegido, mientras que yo no cuento con nadie.

—Seguro que no le es necesario.

Thomas escuchó la característica expulsión de aire que provenía de una risa jactanciosa. Era obvio que esa *Sombra* tenía un método de escape para burlarlo a él e incluso a las *Águilas* que esperaban afuera, velando la seguridad de su líder.

—Me gusta trabajar por mi cuenta.

—¿Por qué quiere ayudarme?

—Me desagrada que se hagan pasar por mí.

—Ya antes nos había ayudado.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió con sorpresa.

—Mi nieta fue salvada por usted, así como mi hija Aine —dijo sin más—, intervención directa de *La Sombra* verdadera, a lo que me ha dicho su pequeña Nancy.

—¿La ha matado?

Era escalofriante la frialdad con la que *La Sombra* hablaba sobre el deceso de una seguidora tan fiel, incluso para un hombre que había visto tantas atrocidades como Thomas Hamilton.

—No, no ha muerto.

—Deberían hacerlo si quieren librarse de una conspiradora —aconsejó—, no se rendirá, en serio los odia.

—Me gustaría saber la razón.

—Pregúnteselo a ella.

—No habla conmigo ni con nadie. Dijo lo mismo que expuso ante la esposa de mi sobrino, nada más y nada menos.

—Lástima, sé algunos métodos que la harían cantar y no sólo hablar —la voz era despiadada, pero no agresiva.

—Seguro que los sabe.

—¿Me va a decir que usted no?

Thomas guardó silencio.

—¿A qué he venido?

—Supongo que vino porque tiene curiosidad de saber quién soy.

—Lo cual no pasará.

—No.

—¿Entonces?, si no quiere entregarse, ¿qué desea?

—Le ayudaré si usted me ayuda a mí.

—¿Por qué haría eso?

—Me debe dos favores, ¿no los acaba de enlistar anteriormente?

—Claro —Thomas sonrió—. ¿Cómo se supone que he de ayudar?

—Quiero que se deshaga de todos esos farsantes, son una piedra en mi camino, al igual que lo son para usted.

—¿No le hace daño fingir esa voz?, suena peligroso para su garganta, está claro que no es natural.

—Lo lamento, lord Hamilton, no encontrará forma de saber quién soy, ¿entiende? Ahora dígame, ¿hará lo que le pido?

—Debido a que me afectan también, lo haré.

—Bien, aquí está la información que necesita —la puertilla del confesionario se abrió lo suficiente para pasar una nota hasta las manos del hombre arrodillado—. Tiene todo lo que debe saber sobre sus últimos movimientos.

Thomas pasó sus ojos por las letras que detallaban los lugares en

los que se habían tenido avistamientos de los Ferreira, Nancy e incluso otras personas sospechosas. Detallaba planes futuros marcados por estas personas e incluso las que había ordenado *La Sombra* original; dejando en claro de esa forma que deseaba que la Cofradía de las Águilas atrapara a todo cuanto estuviera de su lado.

—¿Sabe que se quedará sin adeptos?

—Siempre sé lo que hago.

—¿Es una forma de decir que quiere retirarse?

—Hasta que vuelva a hacer alguna estupidez.

—¿Disculpe?

—Creo que lo dejé muy claro, ¿acaso piensa que esto comenzó porque usted me desagrada?

—¿Así que decidiste poner tu inteligencia en molestarme?

—Digamos que consideré que usted necesitaba recibir un poco de preocupación en su vida.

—Vivo en la intranquilidad.

—Por gusto.

—¿Y usted no pasa por lo mismo?

—Nadie sabe quién soy —dijo con voz risueña—. Por lo tanto, en mi cotidianidad, nadie puede molestarme.

—Era mi idea también.

—Creo que su vanidad se lo impedía, le era necesario que las personas supieran quien era usted y por ello su familia corre peligro.

—No hablaremos de nuestras vanidades, claramente usted tiene la suya y la considero desmedida.

La Sombra parecía sonreír mientras asentía lentamente, Thomas podía ver lo conforme y jactancioso que estaba con su persona. Cuando levantó los brazos y se tomó del techo, el caballero arrodillado se puso en pie, pensando que era un ataque, cuando la realidad era que esa persona acababa de desaparecer de su vista.

No le había dicho si alguna vez se volverían a ver, pero casi estaba seguro que encontraría la forma de hacérselo saber. De alguna forma, Thomas sentía un gran respeto por ese individuo, no sólo era la única persona que logró arrodillarlo, dejándolo sin opciones, sino que su inteligencia y su forma de manejarse le eran gratificantes, encontraba su personalidad demasiado particular y extraordinaria. Estaba claro que hizo algo para provocarla y quisiera saber qué fue.

ꕥ

La voz de la duquesa se podía oír por toda la propiedad, incluso Archivald logró escucharla mucho antes de siquiera tocar los escalones de la fachada. Su normal actuar hubiera sido dar media vuelta, alejándose en lo que le fuera posible del drama que seguramente su madre se estaba inventando a causa de nada.

Sin embargo, su mujer estaba ahí dentro, seguramente sufriendo el ataque de su madre. Sólo por eso debía entrar a la casa, salvarla del griterío y posiblemente apoyarse con su padre para alejar a su madre en lo que fuera posible de su esposa embarazada.

—Oh, mi lord, que bueno que llegó —se acercó Cata, la nueva doncella de su esposa—. Dios mío, la duquesa está…

—¿Qué le pasó a mi madre? ¿Qué desastre se ha inventado?

La doncella iba a contestar cuando una voz más potente e imperiosa tomó su lugar.

—Digamos que se salió de control cuando se enteró que tu mujer salió de casa para encontrarse con Daira aun estando embarazada —informó Malcome, quien tenía un ojo cerrado y fruncía el ceño ante los gritos agudos de su madre—. Sin mencionar que le truncó sus planes de acosarla hasta el cansancio con temas relacionados a su nuevo estado y futuro parto.

—Entiendo que quisiera irse —sonrió Archie, dirigiendo la mirada hacia Cata—. ¿Se encontraba bien de salud?

—Realmente no, pero creo que mi señora hizo bien en salir, se pondría más nerviosa si escuchara a la duquesa gritar.

—¿Estaba nerviosa?

—Sí, vomitó un par de veces, pero cuando llegó la nota de lady Seymour, ella se puso en pie y decidió salir.

—Esos malestares parecen terribles, no recuerdo que alguien sufriera tanto en su embarazo como tu mujer —dijo Malcome.

—La falta de tranquilidad —dijo la doncella sin pensar—, es eso.

Los caballeros lanzaron una mirada hacia Cata, quien al darse cuenta que habló de más y sin permiso, agachó la cabeza y se sonrojó de tal forma que parecía una adorable manzana del jardín.

—Está bien Cata —Malcome la tomó de los hombros—. Tienes razón, ha tenido muy poca paz desde que llegó.

—Me siento mal por ello —suspiró Archie—. ¿Mencionó dónde se encontraría con lady Seymour, Cata?

—Dijo que irían a un restaurante famoso, uno de esos que sirven comida rica y té. Aunque a mi señora no le gusta el té.

—Seguro fueron a Le Rouse —dijo Malcome.

—Naturalmente. Aunque no sé si sea indicado que las siga.

—Creo que debería ir, mi lord —intervino Cata—. La señora lo extraña mucho, en su estado tan delicado, necesita de cariño y atenciones. Se siente un tanto desolada.

—¿Te lo ha dicho ella? —se sorprendió Archie.

—Por favor hermano, todos podemos verlo.

Archivald hubiera deseado poder negar esas afirmaciones, pero sabía perfectamente que no tenía forma de hacerlo. Desde que se casó, su esposa permanecía la mayor parte del tiempo en soledad, no

porque eso era lo que él quisiese, sino porque las circunstancias parecían estar en su contra, simplemente le fue difícil compaginar su nueva vida de casado con sus usuales ocupaciones.

—Iré a verla a Le Rouse, gracias Cata.

—¡Ey! —Malcome lo tomó del brazo—. ¿Es que piensas dejarnos con el problema de mamá? No me parece justo.

—Es tu turno de sobrellevarlo, normalmente soy yo quien lidia con ella, sobre todo cuando desapareces por meses.

—Bien, te devolveré el favor.

Archie le dio una palmada en el hombro a su hermano antes de dar media vuelta, dirigiéndose al caballo del que apenas hace unos minutos desmontó. La verdad, ansiaba contarle a su esposa lo que habló con una Aine mucho más enfocada y serena que logró procesar la información que se le dio acerca de Nancy.

El personal del restaurante lo reconoció en cuanto puso un pie en el interior. Archivald solía visitar el lugar tanto para asuntos de negocios como por ocio, normalmente lo hacía en soledad, pero supuso que los meseros sabían la razón de su ingreso, porque no dijeron nada en lo absoluto y simplemente lo dejaron pasar, indicando la mesa a la que debía dirigirse.

Aligeró el paso con la intensión de que las damas a las que interrumpiría no se dieran cuenta de inmediato de su presencia. Quería saber si Vivianne estaba llevándose bien con su nueva socia, una que, además, le caía de maravilla y pensaba tener una relación de duradera amistad con ella.

Suspiró aliviado cuando las escuchó reír amenamente, parecía ser que se llevaban bien y eso fue lo que necesitó para terminar de acercarse, tomando el hombro de su esposa con suavidad.

Ella se sorprendió un poco, pero reconoció el toque de su marido en seguida. Sonrió dulcemente y regresó lentamente el rostro hacia él, colocando una mano sobre la de él.

—Veo que se llevan bien —Archie se sentó en la silla junto a la de su esposa—. Espero que sepas que mi madre está volviéndose loca porque saliste a la calle en tu condición.

—Oh —bajó la cabeza, acariciando su vientre plano—. Pero si no corro ningún riesgo al venir aquí, incluso es bueno para mí estar distraída y lejos de esa recámara.

—Es verdad, recuerdo cuando estaba embarazada —negó Daira—, yo también sufrí mucho de mareos y vómitos matutinos, el distraerme era lo único que me hacía las cosas más fáciles.

—Sí, recuerdo tus muchas idas al baño —Archie elevó una ceja sarcástica—. No creo que sirviera esa distracción de la que hablas.

—¿Ya tan avanzado tu embarazo y seguías vomitando? —inquirió asustada la futura madre.

—Bueno, digamos que fue un caso especial —sonrió lastimera, lanzando una mirada a su amigo—. Esperemos que no sea tu caso, normalmente se quitan en el tercer trimestre.

—Dios mío, eso espero yo.

—Me alegra que se llevaran bien —dijo Archie, tomando la mano que su esposa mantenía sobre la mesa—, es importante ya que pasaremos mucho tiempo juntos.

—Creo que Vivianne y yo hemos resuelto el recelo inicial.

—Yo jamás tuve recelo —elevó la cabeza en una pose orgullosa.

Daira sonrió dulcemente, mirando a su amigo quien hacía exactamente lo mismo. Era de esperarse que Vivianne no se encontrara del todo contenta con el arreglo, al final de cuentas, era de esperarse que sintiera un poco de celos, sobre todo porque no era capaz de observar la actitud amistosa y casi fraternal con la que se llevaban. Por eso insistió en conocerla, para que se diera cuenta que no tenía nada que temer con ella como la socia de su marido.

Sin mencionar que Daira amaba a su esposo y Archivald era primo del mismo. La posibilidad de que decidieran tener una aventura era mínima, aunque no descartable, al menos no para Anne, quien expuso sus miedos en cuanto se sentó en esa mesa.

—Bueno, creo que he estado demasiado tiempo lejos de casa, con dos niños pequeños, no puedo permitirme tales libertades.

—Por supuesto, le agradezco en demasía el haber venido.

—No digas eso Anne, para mí ha sido un placer conocerte a fondo —sonrió la hermosa mujer—. Espero que se repita.

—Iré a tu casa a visitarte pronto, me gustaría conocer a tus hijos.

—Eres totalmente bienvenida.

La estética figura de Daira Seymour salió del restaurante, atrayendo la mirada de todos los caballeros que pasaban por el lugar. Archie no pudo evitar sonreír, con lo celoso que podía ser su primo, tener una mujer de esa inmensurable belleza le sería un suplicio.

—Es agradable.

—Te dije que lo era.

—Es fastidioso que incluso su voz sea tan hermosa —negó la mujer —, dime, ¿cómo es ella?

—Digamos que es la clase de mujer que desquiciaría a cualquier hombre normal —dijo Archie—, sobre todo a mi primo.

—¿Tan hermosa?

—Supongo que sí.

—No seas modesto.

—Como te dije antes, no es mi clase de mujer.

—¿Por ser tan perfecta? —Anne sonrió—. ¿Acaso la perfección se repele entre sí? ¿Los hace incompatibles?

Archivald dejó salir una carcajada a pesar de estar en un lugar

público, en donde se apreciaba la modestia en el habla y actos.

—Tengo noticias.

—¿Sobre Nancy? —se adelantó en la mesa—. Dime que no le han hecho nada los Hamilton, ella… no sabe lo que hace.

—Sé lo que la llevó a ese comportamiento, es algo que también te carcome a ti; pero no es justificación para lo que ha hecho.

—¿Y qué me dices de lo que han hecho ellos?

—¿Ves? —la tomó de la mano—. ¿Qué es lo que no me has dicho? ¿Qué ocultas en tu corazón?

Ella apartó la mano y bajó la cabeza.

—Me parece injusto, eso es todo. Ella sólo es un alma perturbada, merece el perdón, así como tú dices que lo merecen tus familiares.

—Trataré de salvarla, hablaré con ellos —intentó tranquilizarla.

Anne asintió, pero no parecía muy convencida de que con eso fuera a ser suficiente para convencer a los Hamilton para que no actuaran en contra de Nancy.

—Espero que te escuchen, sé que Nancy tiene solución.

—Prometo que haré lo que pueda —Archie deslizó su mano por el cuello blanquecino de su esposa hasta que sus dedos se entremezclaron con el cabello rubio, acariciando el cuero cabelludo, relajándola—. Ahora, ¿quieres saber lo que dijo Aine?

—Sí, ¿tu prima reconoció a Nancy cuando la vio?

—Lo hizo —asintió—, aunque está confusa, cree que vio a alguien más, parece ser que eran demasiadas personas las que estaban a su alrededor mientras estuvo ahí.

—¿Recuerda cómo es que escapó?

—No es capó, la dejaron ir, dice que *La Sombra* real fue quien ordenó que la dejaran en libertad.

—Así que es verdad, hay una “original”.

—Eso es lo que concluimos.

—Pero el que existan estafadores quiere decir que la “original” no quiere cooperar más con ellos, ¿no le agrada eso a tu tío?

—Mientras se encuentre en libertad, será un peligro. Lo correcto sería que la encontraran y terminaran con el capítulo de terror.

Anne bajó la cabeza, asintiendo meditabunda.

—Claro, tiene sentido, así que no se darán por vencidos.

—No lo creo.

—Ni tampoco sus seguidores. Quiere decir que mientras *La Sombra* siga con vida, esto jamás acabará.

—No tiene que morir, tan sólo ser capturada por los Hamilton.

—Que viene siendo lo mismo.

—Ignoro lo que haría la Cofradía, pero seguro que lo necesario para que este desastre no vuelva a ocurrir.

Anne apretó los labios.

—Espero que así sea, de esa forma serás libre y dejarás de sentirte culpable por tu supuesta participación al traernos aquí.

—No debes preocuparte por eso. —Archie apretó la nariz de la joven con cariño—. Ahora, creo que debemos ir a casa para que descansen un rato, te ves agotada.

—¿Tengo mal aspecto?

—No. Resplandeces como nunca antes, pero sé que el embarazo es cansino, sobre todo para ti, que apenas puedes retener comida.

—Gracias por preocuparte.

—No es algo que debas agradecer.

Archie se puso en pie y tomó la mano de su esposa, pero ella no parecía del todo decidida a irse.

—No quiero enfrentar a tu madre aún.

El hombre soltó una risilla por la nariz.

—Sí, eso será un tanto tedioso, pero te dejará en paz pronto, al final, quiere proteger al niño que tienes dentro.

—Gracias a Dios —suspiró la muchacha—. Vamos.

La pareja salió del restaurante en medio de una charla que sacaba sonrisas encantadoras por parte de la joven. Archie se sentía pleno a su lado, verla tranquila y feliz era lo único que necesitaba para sentir que estaba haciendo las cosas bien, se recordó que debía hacerla sentir así todo el tiempo y no dejarla en la desolación.

—¿No irás al negocio? A lo que entendí, Daira no irá.

—Me gustaría hacerlo, pero de momento estoy enfocado en ti.

—¿Soy un estorbo? —ella sonrió estupefacta, hablando más en broma que en serio—. Vamos, te acompañaré.

—¿Estás segura?

—Sí. Supongo que tendrás una silla en algún lado.

—Por supuesto.

Caminaron del brazo ante la vista de la sociedad inglesa, quienes murmuraban e indagaban sobre el supuesto embarazo de la mujer de Archivald Pemberton. Aunque ellos no habían dado la noticia, era notorio por la cuidadosa actitud del caballero con respecto al caminar de su mujer, aunque se desconocía que era así desde que la conoció.

La joven se vio envuelta en un ambiente totalmente acogedor cuando entró a la tienda que su marido compartía con lady Seymour. La frescura y el olor de las plantas era embriagador. Era parecido a salir de la bruma de Londres para entrar a una jungla mágica que renovaba el alma y hechizaba el corazón.

Jamás imaginó que le fuera a ser tan placentero estar ahí mientras su marido se encontraba afanado con alguna planta, verificando su crecimiento o el mantenimiento que debían darle sus ayudantes. Ella no hacía nada en concreto, se hizo de un asiento casi desde que llegó y simplemente cerró los ojos y disfrutó, apreciando el sol que entraba de

entre los vidrios del invernadero que tenía lugar en la parte de atrás de la tienda, lejos de dónde se hacían los arreglos y pedidos.

—¿Estás bien? —la voz de Archie la sacó de su ensoñación—. ¿Necesitas que te traigan algo?

—No, me encuentro perfectamente, me gusta más de lo que pude haber imaginado. Es como entrar en un cuento, casi puedo imaginarme lo que está a mi alrededor.

—Seguro que en tu imaginación es mucho más hermoso de lo que realmente es —le acarició la mejilla—. Tengo que ir a atender a unas personas, ¿te molesta quedarte aquí?

—No, por supuesto que no.

—Bien, volveré en unos momentos.

Vivianne asintió suavemente, aceptó el beso que su marido colocó sobre su frente y volvió a su posición en la que se relajaba bajo el sol cálido que entraba para hacer florecer las plantas y flores que su marido y Daira Seymour cuidaban con esmero.

No se alteró al escuchar el sonido de la puerta, más que nada lo ignoró, al menos lo hizo hasta que de pronto, la persona que entró se acercó hasta ella, acuclillándose para tocar las manos que Anne mantenía estáticas sobre sus piernas.

Naturalmente se sobresaltó, no pensó que la persona que ingresó al establecimiento iría a perturbarla a ella. Alejó las manos de las varoniles que la atraparon repentinamente, frunciendo el ceño con marcada extrañeza por tales impertinencias.

—Anne, necesito de tu ayuda.

—¿Joaquín? —la joven se adelantó—. ¿Qué…? Pensé que estabas muerto, Beatriz dijo que *La Sombra*...

—No estoy muerto —interrumpió—, pero casi.

Vivianne frunció el ceño, volviendo el rostro hacia su mano, frotando sus dedos al sentir liquido en ellos.

—¿Estás herido? —comprendió.

—En más de una forma —asintió el hombre, quien miraba hacia todos lados, tratando de no ser descubierto—. Vivianne, esto es peligroso, tengo que esconderme, si alguien te ve conmigo.

—Joaquín, ¿se puede saber qué hiciste? —Vivianne se puso en pie, tomando la mano de su hermano para dirigirlo por el lugar, aunque en realidad no sabía a dónde ir—. Beatriz los vendió a ti y a su padre, pero parece que era una mentira para salvarse y meterme a mí en más conflictos con los Hamilton y mi marido.

—Lo lamento, hacemos lo que podemos para sobrevivir.

—¿Quién los tiene amenazados?

—¿Sabes hacia dónde vamos?

—Claro que no, quería alejarte de dónde pudieran verte.

—Bien, vamos —Joaquín reforzó el agarre y la llevó con él, pero

Anne dudó, apartando la mano. El hombre la miró—. ¿Qué pasa?

—No confío en ti.

—¿Es en serio?

—Hice mal en confiar en cualquiera de ustedes, sé que padre es uno de los que finge ser *La Sombra* y tú estabas con él, igual que Beatriz. No sé qué pretendas ahora, pero no iré contigo.

—Vivianne, somos hermanos.

—En realidad no.

—Sé que nunca estuvimos juntos, pero lo somos.

—Joaquín, ¿Qué es lo que pretendes? ¿Qué mi marido te siga y se meta en problemas con padre? —negó—. ¿Qué los Hamilton vengan detrás de mí para salvarme? Nada de eso ocurrirá.

—¿Es que en tan poca estima te tienen?

—Creo que no es poca estima, es sospecha, ellos creen que estoy involucrada con todos ustedes —apartó su mano— y no dejo de darle buenas razones para que las dudas aumenten.

Vivianne sentía que la tensión aumentaba entre ellos, Joaquín prorrumpía nerviosismo, casi podía sentir su cuerpo temblar a su lado, esperando a una reacción de parte de la joven, quizá temiendo que gritara, alertando a su marido o alguno de los empleados.

—Lo siento tanto Anne, en serio lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

Joaquín cerró los ojos.

—Por lo que tengo qué hacer.

Viviane dio unos pasos hacia atrás, comprendiendo la amenaza.

—Pero, ¿qué dices? —dijo con nerviosismo.

Sin embargo, apenas alcanzó a chillar antes de sentir cómo ese hombre se abalanzó hacia ella, envolviendo sus brazos fuertes en la cabeza pequeña, enredándose en los largos cabellos rubios, luchando para colocar un pedazo de tela sobre su nariz y boca, impidiéndole gritar, pero no forcejear. Sin embargo, pese a que intentaba liberarse, sentía que sus extremidades pesaban más conforme los minutos pasaban, sus ojos se cerraban sin su consentimiento y la asustaba la relajación de su cerebro en un momento de tensión y terror.

Comprendía, se estaba quedando dormida, su hermano planeaba secuestrarla y lo logró, porque no tuvo forma de seguir luchando y simplemente cayó en sus brazos.

—Lo lamento Vivianne, pero te necesitamos.

La joven seguía a media consciencia, aún con el paño en la boca y la nariz, se dio cuenta de que pasaba de unos brazos a otros, hasta estar dispuesta en una carroza y ahí fue donde perdió toda fuerza o consciencia, estaba a su merced.

Debía admitir que la indignación subió por su cuerpo cuando se dio cuenta que la usarían como carnada, un poco de miedo al

sospechar que los Hamilton no reaccionarían ante su secuestro, la tranquilidad con la que Archie se manejaría porque ella simplemente no era de su mayor interés.

De pronto se sintió deprimida… eso, hasta que repentinamente recordó que había una razón por la cual no la dejarían ahí, por la que lucharían por rescatarla. Porque no estaba sola, tenía el heredero de Pemberton, al hijo de Archivald y eso los haría actuar.

Capítulo 29

Regresó a la consciencia en medio de un grito contenido y un impuso que la sentó sobre la mullida cama donde la habían dejado. Estaba sola, podía sentirlo, no había miradas sobre ella, lo que le dio la libertad de ponerse en pie, y con manos estiradas, palpó el lugar en el que estaba encerrada.

Era austero, con apenas lo esencial para la existencia humana: una cama pequeña que rechinaba, una mesa de madera, una silla a punto de romperse, algo parecido a una letrina y eso era todo. No había ventanas, la puerta parecía ser de metal y las paredes estaban húmedas, en señal de que era un lugar viejo y abandonado.

—Maldición —masculló.

Debió prever que algo así podía suceder. La aparición de Joaquín debió darle indicios de que algo malo estaba por pasar. Anne movió la cabeza de un lado a otro, tratando de escuchar algo, un indicio al menos de hacia dónde caminar para salir de ahí.

Sabía que todo recaía en ella, los Hamilton no moverían un dedo para rescatarla, por el contrario, pensarían que estaba de lado de los Ferreira. No importaba, nunca se creyó una dama en apuros y con el tiempo aprendió que no podía esperar a ser rescatada, porque era posible que nadie acudiera, así que aprendió a hacerlo por sí misma.

«Quizá las ventanas están más arriba» pensó, buscando la silla a punto de romperse para subirse.

Consideró que era mala suerte que en ese momento la puerta de metal se abriera, haciéndola saltar de regreso a la cama, tratando de poner distancia con la persona que estaba por entrar, seguramente a intentar amenazarla o asustarla.

—Vaya, vaya, mi pequeña hija.

—Yo no soy su hija —escupió.

—Eso lo sé perfectamente.

Anne colocó una postura amenazadora, no parecía amedrentada a pesar de que se encontrara pegada a la pared húmeda, sentada en una cama vieja; en su rostro había una expresión de altiveza, digna de cualquier fiera orgullosa, aunque estuviera acorralada.

—¿Qué pretende al traerme aquí?

—Nada, simplemente atraer a una de las presas más jugosas.

—Poco le importará a los Hamilton lo que pase conmigo.

—Eso lo sé, querida, no es en ellos donde tengo la mira.

—¿Mi marido? —elevó una ceja—. ¿Qué tiene que ver mi marido con todo esto? Con *La Sombra*.

—Oh, querida —sonrió el hombre—, tiene todo qué ver.

—¿Mi marido? —ella negó—. Por Dios, está usted loco, mi esposo no sabe nada en lo absoluto, nada relacionado con su locura y obsesión por esa persona.

—Archivald Pemberton está involucrado en todos y cada uno de los movimientos concernientes con nuestra esperanza.

—¡Archivald jamás iría en contra de su familia!

—Quizá. Pero cabe la posibilidad de que no sea tan loable como tú crees. Y aunque lo fuera, vendrá por ti con ayuda.

—Está atrayendo a los Hamilton a usted, y eso es estúpido.

Aquello pareció perturbar la confianza en el señor Ferreira, tomando las palabras de esa muchacha como ciertas. Estaba cometiendo un grave error al mantenerla ahí, los Hamilton la rastrearían con facilidad puesto que la sacaron a la calle cuando los ojos de medio Londres estaban despiertos y paseando.

—Maldita mocosa.

—¿Se molesta porque soy más inteligente que usted?

El señor Ferreira no quería admitirlo, pero debía aceptar que la mocosa era inteligente. Desde que la sacó de ese convento se dio cuenta que era de la clase de persona que iba tres pasos por delante que la gran mayoría. Muchas veces lo hacía creer una cosa, cuando realmente lo estaba dirigiendo hacia otra dirección, a la que ella quería tomar. Era una mujer peligrosa por esa razón.

—Nadie logró encontrarnos cuando tuvimos a tu linda prima política —le recordó el hombre—. Así que no me preocupo.

—En verdad es muy tonto, ¿no recuerda que Aine está libre? —elevó una ceja—. Tiene una memoria perfecta, seguro podrá recordar este lugar y eventualmente vendrán por mí y por todos ustedes.

—Deja de intentar meter cosas en mi cabeza, pequeña víbora, justo ahora tú no tienes ventaja.

—¿No? —ella dejó salir una risilla—. Yo considero que sus movimientos tontos me están dando toda la ventaja que necesito.

El hombre entrecerró los ojos, observando el rostro suave y dulce de la mujer que parecía más feroz que una leona en la sabana. Pero seguía siendo eso: una mujer. Por ende, mucho más débil, quizá debería recordárselo, quizá hiciera que cerrara la boca y esa actitud petulante se quitara de una vez por todas.

—¿Sabes, querida niña? —se acercó a ella—. No me había fijado en lo bonita que eres. Aunque seguro tú no sabes cómo luces.

—¿De qué habla? —ella titubeó por primera vez—. ¿Qué hace?

—Eres una mujer muy irritable, ¿lo sabías? —Ella se alejaba de la voz cada vez más cercana—. Pero eres lo suficientemente bonita para que ese defecto se pase por alto.

—Mi esposo opinará lo mismo.

—Sí, tu esposo y cualquier otro hombre a tu alrededor.

—¡Aléjese! —ordenó—. Si usted me toca un cabello…

—¿Qué? ¿Tu maridito vendrá en tu defensa?

Para ese momento, el señor Ferreira la tenía acorralada contra la pared, aún no la tocaba de ninguna forma, pero Anne sentía ganas de vomitar con tener la respiración de ese hombre tan cerca de su cuerpo, contorneando su cuello, su hombro, buscando que lo sintiera, deleitándose con lo que su cabeza planeaba hacerle.

—No necesito a ningún hombre para quitármelo de encima —advirtió—. Así que hágalo ahora, apártese.

—¿Es una amenaza?

—Mejor que no lo descubra.

—Por favor, pequeña ramera —se rio el hombre—, eres una chica indefensa, más que las demás. Eres ciega, débil, frágil.

—No querrá descubrir qué tan equivocado está.

La puerta se abrió para la salvación de la joven, quien mostraba una actitud muy alejada del terror, por el contrario, en ella aún era palpable la amenaza que acababa de lanzar hacia aquel hombre.

—Padre… —Joaquín frunció el ceño al contemplar la escena—. ¿Está todo bien… Anne?

—Sí —ella empujó al hombre que se cernía sobre ella—. Sí, tan sólo llévate a este depravado de aquí.

—Padre —Joaquín miró al hombre mayor—, vengo a buscarte, tal parece que no han entendido alguna parte del plan.

—¿Qué han hecho mal esos inútiles?

El hombre se levantó con energía renovada, arregló sus ropas y salió de la habitación con largas y seguras zancadas.

—¿Estás bien?

Anne se abrazaba a sí misma, apretando los ojos con fuerza.

—¿Es que piensas remplazar su hacer?

—No. No quiero hacerte daño, Anne.

—Permíteme dudarlo, fuiste tú quien me trajo aquí.

—Lo lamento —se acercó a ella con cuidado—. Mi vida también corre peligro en estos momentos, ¿comprendes?

—¿Hablas de que tu padre te…?

—No, no —el hombre negó con nerviosismo—. No, él no.

—¿Entonces quién? Nancy está encerrada en casa de los Hamilton y no me vas a decir que Beatriz es la *Sombra.* A lo que sé, la original ha desaparecido, por eso tu padre ha tomado su lugar.

—Volvió, hace unos días volvió —dijo temeroso—. Asesinó a cuanto se le puso en frente, bueno, a los que dudaron.

—Entonces, ¿Sabes quién es?

—No, por supuesto que no, pero todos tenemos miedo.

—Sigo sin comprender por qué me trajeron a mí —Anne se

mostraba cada vez más preocupada—. Tú padre mencionó algo sobre mi marido, ¿es que sabes algo?

—Sólo sé que tu marido es importante en todo el plan, no sé por qué razón *La Sombra* te seleccionó a ti, pero lo hizo como gancho para atraer al Pemberton, eso lo sé bien.

—Joaquín —cerró los ojos—, eres bueno, debes dejarme salir.

—No puedo.

—Por caridad, por Dios, por lo que tú quieras, ayúdame, yo te aseguraré la vida, haré lo que sea con tal de que los Hamilton y mi esposo te protejan, lo harán si se los pido.

—Esto no funciona así, si *La Sombra* descubre…

—Joaquín, por favor, estoy embarazada.

—¿Lo estás?

—Sí, lo estoy.

El hombre odió saber esa noticia, ver a su hermana en tal estado le dolía, era verdad que jamás fueron cercanos, por no decir que no se conocían, pero una sensación protectora nació en él desde el momento en el que la conoció, aunque no siempre lo demostró, por el simple hecho de que su padre lo juzgaría de idiota y Beatriz se pondría celosa, como se ponía por cualquier cosa.

Cerró los ojos y negó levemente.

—Lo siento tanto, Anne, en serio.

—No lo harás —mostró su decepción—. Bien, lo entiendo, porque la supervivencia supera cualquier moralidad o cariño.

—Por favor, Anne, trata de…

—Será mejor que te vayas —extendió una mano hacia dónde no se encontraba la puerta, pero se entendía lo que quería decir. Joaquín no podía hacerlo, estaba sorprendido con aquella actitud altiva y en apariencia dominada de su hermana—. ¡Vete!

El hombre dio un salto en su lugar ante el grito y se apuró a tomar camino hacia la puerta. Por unos segundos, aquella orden fue tan dura, tan fría y llena de rencor, que no pudo más que sentir odio por sí mismo. Estaba dándole la espalda a una dama en apuros, a una mujer embarazada, a su propia hermana. Era una decepción.

Sin embargo, su cobardía ganó y acató la orden.

Vivianne cerró los ojos y suspiró aliviada de estar en soledad, lejos de las manos de esos hombres que pudieran hacerle daño. No podía creer que ese horrible anciano… Negó con la cabeza. No valía la pena pensar en ello. En ese momento debía encontrar la forma de escapar de ahí. Retomó su antiguo hacer, tomando la silla que había quedado a mitad de camino hacia la pared y subió a ella, buscando con las manos una ventana por la que pudiera salir.

—Siempre supe que eras de armas tomar.

Vivianne se asustó lo suficiente para tambalearse sobre la silla y

caer de la misma con un estrepitoso sonido de madera y quejido humano. Debía agradecer que no se golpeó el estómago con nada, o podría estar perdiendo a su hijo en ese momento.

—¡Agh! ¡Beatriz!

—Hola hermanita, ¿cómo estás?

—¡De maravilla! —dijo sarcástica, poniéndose en pie con dificultad y un poco de quejas—. ¡Encantada con el lugar! No sabes lo mucho que me gusta el secuestro.

—Supongo que no estás nada contenta.

—¿Por qué les mentiste?

—Era lo que tenía qué hacer, es lo que me ordenaron.

—Tal parece que nadie tiene voluntad por aquí, ¿acaso vienes a disculparte como Joaquín? Te advierto que no quiero lamentos.

—No vengo a disculparme.

—Me imaginaba que no, ese no es tu estilo.

—Sólo quería ver cómo estabas, me enteré que estás de encargo.

—Quién sabe si mi hijo soporte algo así.

—No seas fría, hablas con tanta naturalidad de su muerte.

—¿Crees que esto es lo peor que me ha pasado Beatriz? —sonrió irónica—. Oh, no. Esto no me da miedo, te lo aseguro, he estado en el mismísimo infierno y todavía está lejos de este cuarto.

—Sé que viviste cosas duras.

—Eso es decir poco, ¿has tenido amores, Beatriz?

La mujer se avergonzó.

—Sí… claro.

—Supongo que no ha sido algo forzado.

—Por supuesto que no.

—Y de todas formas te dolió en un inicio.

—Un poco.

—Aumenta ese dolor al millón, multiplícalo por veinte y adórnalo con que no lo deseabas, entonces comprenderás lo que es el infierno.

Beatriz cerró los ojos, imaginarlo era nauseabundo, la actitud de su hermana ante la vida le pareció extraña desde que la conoció, pero conforme fue enterándose de los horrores que tuvo que enfrentar en sus días en el convento, las cosas iban siendo cada vez más claras para ella. Era por eso que no se asustaba, que no se intimidaba o amedrentaba ante nadie, había experimentado cosas peores.

—Lamento lo que te pasó.

—Nunca me hiciste sentir eso en el pasado —dijo enojada, para después suspirar—. Aunque te lo agradezco, he de suponer que la vida te ha golpeado lo suficiente como para que reaccionaras y vinieras de esta forma a mí.

—Imagino que has de creer que no es suficiente.

—No soy nadie para juzgar, si la vida ha marcado que para ti, ese

dolor es suficiente, entonces así debe ser.

—¿Cómo es que no perdiste la fe?

—Me aferré a ello, no sé decir si es bueno o malo.

—Te mantiene en pie.

—De alguna manera lo hace —aceptó, acercándose a la presencia de la joven—. Beatriz, me alegra que la vida te haya puesto en encrucijadas que te hicieran madurar, pero por ahora, he de aprovecharme de tu debilidad para escapar de aquí.

—¿Cómo dices?

Anne se acercó a su hermana e hizo ensayados movimientos que la dejaron inconsciente. La joven atrapó el cuerpo antes de que este cayera al suelo, colocándola suavemente sobre el catre mullido para después rebuscar en su cuerpo, anhelando que ella tuviese consigo la llave que le daría su salida de esa horrible habitación.

El tintinear metálico se hizo presente cuando Anne rozó uno de los muslos de su hermana. Sonrió. Seguro traería las llaves debajo del vestido, colgadas de forma segura en sus enaguas. Se apuró a sacarlas del escondite y se acercó a tientas hasta la puerta, alcanzando el picaporte, metiendo una y otra llave, temblando por nervios y el anhelo por salir de ahí.

Aunque sabía a la perfección que escapar de esa habitación era apenas el inicio de su travesía. Quizá saldría, pero lo difícil sería mantenerse fuera y para eso, no tenía que ser vista.

Capítulo 30

Tenían el tiempo contado, según lo que su tío le había dicho, *La Sombra* creó todo ese plan con la intensión de que todos sus adeptos estuvieran reunidos en el mismo lugar, facilitando la tarea para los Hamilton de capturarlos. No sabía por qué les resultó importante llevar a su esposa, pero el simple hecho de saberla con esa urda de bandoleros lo ponía nervioso y lo provocaba a actuar fuera de tiempo y orden.

—Tranquilo, Pemberton —se acercó una de las *Águilas,* tocando su hombro—. Su esposa estará bien, buscan atraernos.

—No entiendo por qué ella formó parte del conflicto.

—El *Hombre Siniestro* ha dicho que la presencia de la dama no significará un problema.

—Claro que no significa problema —apretó la quijada—, para él.

—Sabes que mi padre te tiene un gran aprecio, Archie.

Ante la voz de Publio Hamilton, el *Águila* de menor rango hizo una reverencia y se marchó del lugar, dando espacio a los primos para que charlaran con libertad.

—Es mi esposa la que está ahí dentro mientras nosotros esperamos tranquilamente a que algo suceda.

—Nos darán la señal, mi padre está seguro de eso.

—¿Cómo puede confiar en la persona que ha luchado contra él durante tantos años? —negó Archie.

—No lo sé, pero padre no suele equivocarse, si lo está aceptando, es por una buena razón, debe tener alguna clase de seguridad para esperar, aun estando tu esposa ahí.

Archie dudaba que fuera por esa razón, su tío era de la clase de persona que calculaba los riesgos y quizá su esposa, a la que consideraba una posible traidora, no era alguien que perturbara su paz mental al momento de ponerla en riesgo.

—Creo que no puedo esperar más por los planes que tiene tu padre, no cuando ella está adentro, no sólo es mi esposa, sino que también está mi hijo en riesgo.

—Archivald —su primo le tomó el brazo—, lo siento, pero no puedo dejar que arruines esto.

—No te estoy pidiendo permiso, Publio —se apartó—. Iré por ella y ustedes pueden hacer lo que les venga en gana.

El mayor de los Hamilton se interpuso en el camino de su primo.

—Puedes morir, no hagas estupideces.

—Déjame en paz, Publio.

—Archivald.

Poco les faltó a los dos muchachos para ponerse firmes como en el ejército. La voz de su tío demandaba atención sin necesidad de gritar o siquiera repetir lo que decía. Era esa clase de personas que intimidaba, en ocasiones sin siquiera proponérselo.

—Tío —Archie apretó las manos y la mandíbula—. No quiero discutir contigo ahora, no llegaremos a ningún acuerdo.

—Sé que estás desesperado, lo comprendo.

—¿En serio? —rio sin gracia—. No sé qué es lo que pides de mí, no puedo imaginar lo que harías tú si en lugar de mi esposa, estuviera alguna de tus hijas, nietas o mi tía.

—Esperaría a tener la mejor oportunidad para rescatarla y no arriesgar a nadie en el intento.

—Quiero saber a qué esperamos, porque pareces seguro de que algo sucederá, pero, ¿cómo puedes confiar en *La Sombra* después de todo lo que ha hecho a tu familia? —Archie lo enfrentó—. Es más, quiero saber cómo es que se pusieron en contacto.

—Digamos que el contacto lo provocó *La Sombra*.

—¿Estás seguro que está de tu lado?

—Cada vez lo estoy más.

—¿Debido a qué?

—Tengo mis razones, ¿confiarás en mí o no?

—¿Cómo hacerlo cuando me das tan poca información?

—Todos mis hijos y adeptos están igual que tú.

—Es mi mujer embarazada la que está allí dentro —apuntó.

—Con mayor razón deberías confiar en mí —le tomó un hombro—, soy tu mejor opción en este momento, aunque te moleste.

Archie seguía mostrando su desacuerdo en los músculos de su rostro, sobre todo en el de su quijada.

—¡Mi señor! ¡La señal, mi señor! —gritó un *Águila*, apuntando hacia la casucha envejecida.

Los ojos del hombre mayor y los de Archie fueron a parar en el largo lazo color escarlata que ondeaba desde una de las ventanas. Thomas sonrió abiertamente y ni siquiera se despidió cuando comenzó a dar órdenes a sus hombres; parecía ansioso, lleno de vida y hasta felicidad. Entendible cuando estaba a punto de encontrarse cara a cara con uno de sus enemigos, aunque todo esto hubiera sido planeado por *La Sombra* en persona.

Bien podía ser una trampa, pero Thomas Hamilton iba a actuar según lo acordado con *La Sombra*, así que nadie se atrevió a dar la contraria a sus mandatos.

Archie no lo comprendía del todo, pero agradecía que al fin estuvieran poniéndose en acción, de seguir en la inmovilidad, le saldría urticaria. Sabía cuál era su parte en la acción y como era su

costumbre, se ocultó en la oscuridad, alejándose del resto de las *Águilas*, mirando a su tío por última vez, recibiendo un asentimiento de su parte antes de perderse de vista.

∞

Después de colocar aquella bandera que indicaba el comienzo del desastre, La Sombra dio unos pasos atrás, alejándose a la ventana cuando vio como los hombres del Hombre Siniestro se acercaban como hormigas hacia el escondite de sus adeptos, quienes serían capturados o asesinados en cuestión de momentos.

Sabía que era cruel, quizá un poco traicionero, pero jamás dijo que era guiado por un impecable pundonor, eran ellos quienes, en un afán por adquirir sus conocimientos, planeación y estrategia; acorralaron su cuerpo y no le dieron más opción que delatarlos.

Tenía que salir de ahí, no confiaba lo suficiente en Thomas Hamilton como para quedarse y caer junto a esos hombres, ateniéndose a la misericordia de las Águilas por que dejaran en libertad a quien les ayudó a acabar con los principales integrantes y líderes de los seguidores de La Sombra.

—¡Líder! —se acercó un hombre—. La mujer está en su lugar.

—Bien, ahí debe seguir.

—Si no es molestia, ¿en qué momento empezará la reunión? Los cabecillas están impacientes por ver en persona a La Sombra.

—Seguro que sí —asintió aquella figura cubierta en negro, con una gran capa y una máscara protegiendo su rostro—. ¿Está el Ferreira ahí? ¿El hijo también?

—Sí, ambos están en el lugar.

—¿Y la mujer?

—En el cuarto, con la otra, la dejaron entrar hace un rato y a lo que sé, siguen ahí, no hacen mucho ruido, creo que susurran.

—Bien, bien. Tengan vigilada esa puerta de ahora en más.

—Por supuesto. De hecho, logramos entrar en la habitación antes de que Ferreira abusara de la chica.

—¿Abusar de ella? Pensé que era su hija.

—Tal parece que no le importa.

—Maldito psicópata —negó—. Que no vuelva a entrar, no quiero que nadie lo haga a partir de ahora, dejen adentro a Beatriz.

—Sí, como usted ordene.

—Avisa que llegaré en unos minutos, no quiero que nadie se levante de ese maldito lugar hasta que lo haga, aún tengo que verificar los últimos movimientos —volvió la vista a la ventana.

—Por supuesto, nadie se irá.

El hombre se marchó cuando vio un asentimiento por parte de La Sombra. No podía evitar sentirse afortunado de estar alrededor de la figura

atemorizante del que fuese su líder. Debía admitir que tener a La Sombra original de frente era mucho más atemorizante, a la vez que vigorizante. Ninguno de los fanáticos que intentaron suplantarlo lograron crear esa sensación en los adeptos.

Un largo suspiro surgió del cuerpo enigmático cuando vio a los primeros escaladores subir por una de las paredes. Era su momento de retirarse, cuanto antes mejor, los demás ya no tenían escapatoria, pero aún existía una posibilidad de caer en manos de las Águilas, y lo primero que harían sería develar su identidad y era todo lo que ansiaba proteger, con lo único que no podía ceder.

Cerró los ojos, tomó un largo suspiro y simplemente huyó.

∞

No sabía cuánto tiempo llevaba escondida aquella pequeña habitación que olía tan mal que la enfermaba. Pero había dos cosas positivas, la primera era que Beatriz seguía sin dar la alarma de su escape, lo cual quería decir que seguía desmayada y lo segundo era que los hombres parecían estarse reuniendo en un salón, dejándole el camino libre para escapar de una vez por todas.

Escuchó con atención hacia donde se dirigían las voces, con la intensión de correr en la dirección contraria.

Abrió la puerta lenta y gradualmente, esperando que no hubiese un vigía silencioso que le truncara su huida. Prácticamente se escurrió por la puerta, pegándose a la pared para lograr sentir cuando hubiera un pasillo aledaño que la llevara a otro sitio.

Lo logró, aunque casi estuvo a punto de morir al encontrarse de pronto con la escalera, aunque lo agradecía, eso significaba que estaba cerca de la salida, las bajó silenciosamente, esperando encontrar una ventana para salir por ella, porque no creía que la puerta no fuese a estar vigilada.

—¡Ey! —Ella se volvió asustada hacia la voz—. ¡Está escapando!

Era su fin, lo sabía. Anne no pudo evitarlo y subió de una carrera, como si en realidad pudiera hacer algo por escapar cuando era ciega y estaba desorientada. Era una maldición no poder hacer nada para ayudarse a sí misma, ojalá supiera dónde había una ventana, no le importaría aventarse desde un segundo piso con tal de estar lejos de esos hombres, con tal de ser libre.

—¡Te tengo maldita arpía! —la tomaron con fuerza—. ¿Cómo se supone que saliste de tu confinamiento?

—¡Suélteme! ¡Suélteme maldito idiota!

—Ah, pero si sabe maldecir la linda ciega, qué tierna.

—¡No me toque! ¡Deje de tocarme!

—En realidad, no pensé que estarías tan… bien —sonrió el hombre, acercando su nariz al hombro de la mujer—. Eres más

hermosa de lo que mencionaron los otros.

—¡Si se atreve a tocarme…!

—¿Qué pasará, princesa? ¿Qué harás?

—Lo que hice para salir de la habitación, ¿usted piensa que lo hice por arte de magia o algo así?

—Admito que es impresionante, pero no soy un hombre curioso, sin embargo, sí que tengo necesidades, y una mujer satisface una de ellas, una muy importante.

—Estará muerto antes de intentar violarme.

—Oh, querida, no lo creo.

El hombre la tiró al suelo con fuerza, tomó sus piernas y la arrastró por el pasillo mientras ella gritaba, buscando detenerse con cualquier cosa que estuviera a su alcance, complicando su camino.

—Maldita perra, eres un dolor de cabeza, pensaba tenerte el respeto de llevarte a una habitación, pero ahora tendré que tomarte aquí, en el pasillo, donde cualquiera pueda verte y querer lo mismo.

—¡Inténtelo! ¡Inténtelo, gran imbécil!

—¿Es que no tienes miedo? —se acercó a ella, inmovilizando sus brazos—. ¿No sabes lo que pasará?

—Un mequetrefe como usted jamás me daría miedo.

El hombre se molestaba cada vez que ella le contestaba sin un atisbo de temor, era como si esa mujer fuera inmune o quizá estuviera acostumbrada al dolor. El hecho era que le desagradaba, quería que gritara asustada, que llorara, suplicara y sin embargo lo que hacía era insultarlo, pelear y mostrarse fiera, casi orgullosa.

—¡Hazlo ya, hijo de perra! ¡Vamos! ¡Hazlo!

—Maldita zorra —el hombre golpeó con fuerza la mejilla de la mujer, se quejó poco, y eso le dio la tranquilidad de repetir la acción —. ¿Qué piensas ahora?

—No me sorprende que un cobarde reaccione de esta forma —dijo la joven, tocando la sangre que salía de su nariz.

Estaba acorralada, pero no derrotada, al menos no le dejaría las cosas fáciles, eso lo había aprendido a la mala. A los violadores les desagradaba cuando una mujer era fuerte y no temía de las acciones de un cobarde, incluso aunque se supiera en desventaja.

El hombre tomó el cabello de la mujer, se levantó y comenzó a arrastrarla de esa forma por el pasillo, acercándose a la escalera por donde pensaba hacerla rodar. Seguro que cuando esa mujer perdiera a su hijo, no se mostraría tan valiente como hasta el momento.

Anne intentaba liberarse, encajaba las uñas en las manos que aprisionaban su cabello; las lágrimas se derramaban por sus mejillas, el dolor era indescriptible, sentía que de un momento a otro le arrancaría el cuero cabelludo.

Estaba a punto de suplicar, cuando de pronto el estruendo de una

ventana la hizo gritar y cubrir su rostro al encontrarse en una lluvia de vidrio que hería su rostro, manos y brazos. No sabía lo que ocurría, pero al menos la habían liberado.

Se arrastró lejos de la zona de peligro, cuidando no caer por las escaleras, olvidando por completo el dolor al momento de ponerse en pie para intentar escapar; sin embargo, alguien la tomó de pronto, acercándola hasta envolverla en un abrazo.

—¡Suélteme! ¡Suélteme!

—Vivianne, soy yo. —No la soltó a pesar de que ella siguiera luchando—. Mi amor, soy yo, escúchame.

—¿Archie?

—Sí —la abrazó con más fuerza—. ¿Estás bien?

—Viniste por mí —se fundió a él y sin pensarlo, comenzó a llorar, sintiéndose aliviada entre sus brazos—. Viniste.

—Por supuesto mi amor, vamos, tenemos qué sacarte de aquí.

—Pero…

—Los Hamilton y las *Águilas* se harán cargo de ellos.

—¿Estás con ellos?

—No. Únicamente quería entrar en persona para sacarte de aquí.

—¿Se acabó? ¿Al fin se acabó?

—No te preocupes más por esto, vámonos.

—¡Archivald! —el nombrado volvió la mirada hacia la voz de su primo—. ¡Salgan de aquí ahora!

Era una indicación coherente, puesto que la auténtica guerra se había desatado apenas unos segundos después de que Archivald salvó a su esposa de aquel abusador, el cual seguía inconsciente en el suelo. Anne entendía por qué deseaban sacarla de ahí sin pensar en que su marido podía ayudar en algo más, al final de cuentas, ella era ciega y cualquier lugar en dónde la dejaran significaría peligro.

Archivald llevó a su esposa fuera del desastre, dejándola en manos de su tío, quien viera todo desde una distancia prudencial para su edad avanzada. Desde hacía tiempo que *El Hombre Siniestro* no se involucraba en las misiones, sin embargo, era la mente maestra detrás de todos los movimientos.

—Tío, por favor…

—No te preocupes, estará bien conmigo.

—Archie… —ella suplicó.

—Tranquila, todo estará bien —Archie tomó la cara de su mujer y plantó un dulce beso en su frente.

Anne no pudo evitar sentir ansiedad en cuanto lo escuchó alejarse de ella, dejándola en manos de aquel hombre. Pese a que no le tuviera miedo, no dejaba de parecerle incómodo sus largos silencios. Agradecía que estuviera tan entretenido con lo que ocurría en el interior de aquella casa, seguramente preocupado por sus hijos y el

resto de su fiel Cofradía.

—Gracias por venir a rescatarme.

—A lo que sé, usted había hecho un buen trabajo, se liberó sola de la habitación en donde la confinaron.

—Sé cómo defenderme.

—Mejor de lo que imaginé, sobre todo en su condición.

—Es más una ventaja —ella se cruzó de brazos—. Es fácil cuando eres visto como alguien frágil y sin esperanzas.

—Hay que ser inteligente para encontrar luz en medio de la oscuridad —dijo el hombre—. Lo noté casi desde que la conocí.

—Creo que Archie y usted son las únicas personas que no han sentido lástima en el momento de conocerme.

—Mi sobrino es un hombre listo, sin duda alguna.

—Usted le tiene una gran predilección pese a que tiene una gran familia llena de sobrinos.

—Él y Blake fueron especialmente unidos a mí —aceptó—. Son personas a las que aprecio, es verdad, pero a juzgar por su voz, no parece complacida con ese hecho.

—Lamento que así sea, sin embargo, no puedo evitar pensar que todos estos problemas surgen por su relación con usted.

El perfil blanquecino de la dama estaba vuelto hacia la casa desde donde se escuchaba la batalla. Anne no parecía especialmente nerviosa por el hecho de que su marido estuviera allí dentro, luchando junto al resto de las *Águilas,* como una más de ellos.

—Sé lo que está pensando.

—Lo dudo —negó la joven.

—Piensa que Archivald forma parte de la Cofradía. —Ella regresó el rostro hacia el caballero, quien sonreía—. No es así.

—No tiene por qué mentirme, Lord Hamilton, sé guardar un secreto —dijo molesta—. Sé perfectamente que Archivald tiene algo que ver con su Cofradía, aunque no sé en qué medida o por qué. En realidad, carece de importancia; pero seguro se sentirá satisfecho al comprobar que no me tiene confianza como para contármelo.

—Lady Pemberton es una mujer perspicaz que, además, ha llegado a sus propias conclusiones, pero resulta que yo también lo hecho y hoy es el día que termina este largo sufrimiento.

—¿Es que piensa que capturará a *La Sombra*?

Thomas negó suavemente.

—No, dudo que se quedara, seguro que no confió en mi palabra.

—¿Qué fue lo que le prometió?

—Dejar que fuera libre sin intentar intervenir.

—¿Y lo hubiera hecho?

—Quizá —se cruzó de brazos lentamente.

—Entonces, *La Sombra* hizo bien en huir.

—Si algo caracteriza a esa persona, es la astucia.

—Pareciera que la admira.

—Ganó mi atención a la mala, pero he de admitir que me tiene cautivado la forma en la que se maneja.

Vivianne asintió levemente, abrazándose a sí misma cuando escuchó gritos acompañados por los estallidos de las armas de fuego que terminaban con la vida de alguien o los herían de gravedad. La joven sólo podía esperar a que su marido volviera su lado, sin embargo, una extraña paz la invadía, como si confiara ciegamente en que él regresaría a su lado sano y salvo.

—¿Cómo se encuentra con su embarazo?

—Sigue dentro de mí, supongo que es alentador, sobre todo si tomamos en cuenta lo que tuvo que pasar mi pobre bebé.

—Debe estar preparada, sobre todo en el momento que llegue la calma, es ahí cuando puede sufrir un percance.

—Es usted muy frío para decirle a una madre que puede perder a su bebé cuando se sienta más relajada.

—Prefiero advertirla. Además, no creo que sea una mujer que busque que le endulcen las noticias.

—Tiene usted razón.

Guardaron silencio por un momento, ambos en sus propios pensamientos, sin sentirse incómodo con la presencia del otro, escuchando como un cántico de los ángeles los gritos imperativos que las *Águilas* daban hacia los cabecillas que caían capturados bajo sus expertas manos, llevándolos consigo para interrogarlos.

—¿Qué hará con mi familia?

—Tendrán el mismo destino que los demás.

—¿Y mi Nancy?

—Archivald me habló de su petición —asintió—. Necesita ayuda.

—Lo sé, puedo hacerme cargo de ella.

—No lo creo, la mandaré a un hospital psiquiátrico.

—¡No!, esos lugares son terribles, horrorosos para cualquier ser humano —negó con fuerza—, por favor, no.

—¿Qué le parece que la regrese a un convento?

—La entristecería enormemente ser encerrada.

—Dudo que haya otra solución, señora Pemberton, su amiga no muestra arrepentimiento por los asesinatos que se cometieron en su nombre, así como no duda en afirmar que lo haría de nuevo de tener la oportunidad. Su odio no para y temo de su sed de venganza.

—Si yo hablara con ella…

—*La Sombra* mostró gran desinterés en lo que pasara con ella, incluso sugirió que debía matarla.

Vivianne no cambió la expresión, seguía estando seria, con los ojos clavados en algún sitio, perdidos pero abiertos y relajados, dejando a

la vista el hermoso color verdoso, tan claro como la más joven de las plantas en crecimiento.

—Es desalmada, ya lo habían dicho.

—Pero usted no.

—No. Yo creo que puede tener una salvación.

—Interesante.

—¿Qué lo es?

—Su corazón la obliga a decir eso, aunque su cabeza sabe perfectamente que no podrá cuidar de alguien como Nancy.

Anne apretó los labios y trató de sonreír.

—Trato de ser la mejor versión de mí misma.

—Lo hace por mi sobrino, eso está claro y es de admirarse.

—¿No lo hacen todas las esposas?

—Supongo, aunque no todas guardan tantos secretos.

La sorpresa se posó en el rostro de la joven.

—¿De qué habla?

—Creo que entiende lo que digo —se volvió hacia ella—. Si sabes lo que te conviene, nos encontraremos dónde ya sabes. Hemos ganado, los bárbaros están en manos de la Cofradía y tu esposo estará ocupado con ello por un tiempo, así que vamos.

—No sé de lo que me habla.

—Me adelantaré.

Vivianne estaba paralizada, pestañeaba más de la cuenta porque sentía que sus ojos se resecaban continuamente. No había soltado el agarre que mantenía sobre sí misma. Su cuerpo se sentía extraño, pesado, como si no reaccionara a lo que su cabeza le ordenaba, que era seguir a ese hombre que tan abiertamente había dejado en claro sus intenciones de encontrarse con ella.

Cerró los ojos.

No sabía cómo lo había hecho, pero Thomas Hamilton la había descubierto. De ser así, su vida había terminado, ya no había nada más por lo que luchar, por lo que seguir ahí.

Apretó los labios con fuerza, apretó los puños y siguió al hombre hasta la iglesia donde estaría esperando encontrarse con su peor enemigo, con la afamada, temible y escurridiza *Sombra*.

Ella. Vivianne Ferreira.

Al menos, en alguna medida lo era.

Capítulo 31

Debía admitir que estaba entusiasmado por toparse de nuevo con ella, desde hacía mucho tiempo que los nervios de anticipación no lo invadían como lo hacían en ese momento, cuando estaba sentado en aquel confesionario, en espera de que Vivianne, la esposa de su muy querido sobrino, entrara por esas grandes puertas y se encaminara hasta él, con la única diferencia de que sería ella la que se arrodillaría, porque era su turno de hacer algunas confesiones.

Tardó más de la cuenta, Thomas incluso incursionó en la posibilidad de que se hubiera escapado; sin embargo, y como previó, ella no podía dejarlo todo con la facilidad de antes, porque tenía mucho qué perder en esa ocasión.

La joven apartó la cortina y entró en el pequeño espacio, arrodillándose con cuidado, esperando a que Thomas Hamilton se dignara a abrir la puertilla que les permitiría tener la plática que tanto ansiaba, seguramente tendría muchas preguntas.

—¿Cómo supiste dónde citarme?

—Me di cuenta que Archivald venía aquí de vez en cuando.

—¿Cómo lograste descifrarlo?

—Nancy siguió a Archie y me lo dijo —se inclinó de hombros.

—¿Ella sabe quién es la verdadera *Sombra*?

—No. Aunque no dudo que lo sospeche.

—¿Por qué eres *La Sombra*?

—Al inicio, no fue voluntario, después se convirtió en una forma de vida, de subsistir y al último, un método de venganza.

—Debí hacerte algo muy grave como para que me odies tanto.

—Me enerva pensar que ni siquiera lo sabe.

—Lamento no ser consciente de todo lo que ocurre en el mundo.

—Al menos me gustaría que lo supiera cuando hace que sus hombres metan sus narices en donde no los llaman.

—¿Prefiere la corrupción? ¿El tráfico de personas, drogas y alcohol? —Thomas se había enervado—. Tratamos de mejorar este mundo de mierda en el que vivimos.

—Usted no es Dios para decidir lo que se debe hacer.

—Me veo a mí mismo como un brazo de Dios.

—No sea engreído.

—Lo lamento, no quiero molestarla con su fe.

Ella se mostró incómoda, moviendo una rodilla y otra en el lugar en el que estaba reclinada.

—¿Podemos irnos de aquí? La historia es larga y no pienso

relatarla en esta posición, y usted no merece que me arrodille.

—Usted me hizo hacerlo.

—Y creo que su sacrificio tuvo recompensa, ¿o no?, todos los secuaces de *La Sombra* han sido capturados, aunque eso no quita que puedan aparecer muchos más —se inclinó de hombros—. Es lo que suele ocurrir cuando eliminas un cabecilla.

—¿Y qué me dices de *La Sombra*?

—No habrá dos como ese ser mítico —dijo orgullosa—. Seguro lo intentarán, pero fracasarán, sólo conmigo al mando esos idiotas tuvieron algo de éxito frente a su Cofradía.

—Lo sé, aunque pueden ser un fastidio.

—No puedo hacer nada al respecto.

—¿Qué me dices de ti? ¿Qué piensas hacer ahora que ya sé quién eres y le puedo decir al mundo lo que hiciste?

Ella se adelantó, acercando sus labios a la rejilla de madera.

—¿Y qué me dice de lo que hizo usted?

—Bien, cuéntame, quiero saberlo.

—Lo haré, pero no de rodillas.

La mujer apartó la pesada cortina de un solo tirón, se puso en pie y fue hasta una de las desoladas bancas de la iglesia, las cuales mantenían una limpieza impecable que las hacía ver brillantes.

Tomó asiento y esperó a que el hombre fuera hasta ella.

—No hace falta que verifique su arma, señora, sé perfectamente que no la necesita para lastimarme.

—Al igual que usted, mi lord —ella soltó la daga que mantenía escondida entre los pliegues de su vestido—. Aunque me halaga el hecho de que sea consciente de que podría asesinar sin necesidad de hacer otra cosa además de mover las manos.

—No deja de impresionarme que conozca la técnica, sobre todo que pueda aplicarla siendo usted totalmente ciega —elevó una ceja.

—Supongo que sabrá que no soy completamente ciega.

—¿Qué tanto es capaz de ver?

Ella sonrió con gracia.

—Veo sombras.

—Ah, ya veo. —Thomas dejó salir una carcajada—. Así que el apodo le queda como anillo al dedo.

—No me lo puse yo, pero debo admitir que las coincidencias existen —aceptó divertida—. ¿Y bien? ¿Qué quiere saber?

—Todo, lo quiero todo.

La joven cerró los ojos, tratando de recordar el tiempo en el que no fuera *La Sombra*, donde nada era tan complicado y su vida dependía de su astucia, de su ingenio, de su valentía. Cuando no tenía que preocuparse por nadie a su alrededor además de sí misma.

Comenzó a relatarle al *Hombre Siniestro,* su peor enemigo, los

inicios de su vida, que la fueron encaminando lentamente hasta ser lo que era en ese momento, la temible amenaza que azotaba contra su familia de forma despiadada.

Según lo que le habían dicho, ella nació en una familia empobrecida, con muchos hermanos, por lo cual sus padres decidieron que eran incapaces de cuidar de ella y la dejaron en un orfelinato apenas siendo un bebé. Claro que cabía la posibilidad de que no fuera más que una maliciosa mentira inventada por una de esas horribles cuidadoras al momento de desear reprenderla por una de sus muchas y elaboradas travesuras.

Sin embargo, para una niña pequeña, el impacto de no saberse querida ni por sus propios padres fue brutal y doloroso.

Fracasaron inmensamente si lo que pretendían era que fuera más tranquila y obediente. De hecho, ocurrió todo lo contrario, ella se hizo cada vez más rebelde, más intrépida y se volvió su prioridad escapar de ese lugar lo antes posible.

Y lo logró con apenas nueve años de edad.

Con ayuda de algunos niños y uno que otro soborno, una *Sombra* de nueve años escapaba de la prisión que representaba ese orfelinato, libre por primera vez por las calles de Cáceres, España.

Estaba claro que no sabía a lo que se enfrentaría al estar desprotegida y sola en las calles, no obstante, supo sobrellevar las cosas con bastante entereza, acercándose a casas acaudaladas donde era bien remunerada por limpiar las vajillas de plata o juntar las hojas muertas de los árboles. Si bien no le pagaban lo necesario para subsistir, era lo suficiente para comprar al menos una comida, en ocasiones, incluso podía compartir con algún otro niño de la calle.

Fue en una de esas hermosas mansiones donde conoció a la que se convertiría en su mejor amiga y gracias a ella podía decir que era una persona educada en varios artes, puesto que puso a sus propios instructores a que le dieran clases.

Aún recordaba lo descontentos que se mostraban esos estirados tutores cuando se plantó delante de ellos. En retrospectiva, le parecía normal que se mostraran extrañados al tener que enseñarle a una fiera de la calle, con ropa mullida, aspecto salvaje y ojos enervados. Sin embargo, con el tiempo, esos mismos maestros se mostraron más que entusiasmados, puesto que aseguraban que tenía una inteligencia que rebasaba a la media y aprendía con facilidad y rapidez.

Pasaron cinco años antes de que llegara la terrible noticia de que el horroroso padre de su amiga la mandaría encerrar de por vida en un monasterio. El horror se apoderó de las niñas que prácticamente se hicieron inseparables, *La Sombra* vivía con ella, en la misma casa, incluso dormían en la misma cama.

No concebían una vida sin la otra, lloraron desesperadas con

horror encarnado al comprender que tendrían que separarse. Pero desde entonces *La Sombra* mostró su capacidad de planeación, puesto que, en conjunto con varios maestros y empleados, idearon la manera de hacerla entrar como doncella de la distinguida señorita, quien no podría soportar una vida sin tener a su fiel amiga a su lado.

Ni las religiosas ni el padre de la niña pusieron gran apelación a dicha súplica, al fin y al cabo, era un trabajo menos para las hermanas y al padre poco le importaba tener que mantener otra boca con tal de no seguir viendo a su hija en su casa de campo.

El monasterio fue para *La Sombra* otra gran escuela donde pudo aprender toda clase de habilidades, no sólo intelectuales, puesto que los franciscanos eran dados a compartir su conocimiento de filosofía, arte, música, economía, ciencia y teología; sino que también existían toda clase de personalidades que visitaban o se refugiaban en el lugar. Fue ahí donde gracias a su curiosidad innata, *La Sombra* pudo aprender artes marciales, uso de armas de fuego, incluso era bastante buena con artefactos letales como lo eran el cuchillo o la espada.

Hasta ese momento, todo iba bien, ella seguía cultivándose en todo lo que podía, era una esponja que preguntaba y absorbía todo lo que escuchaba, de quien fuera que interceptara.

Las consagradas comenzaron a tomarle gran estima y en poco tiempo, había más sonrisas a su alrededor que miradas de desaprobación, porque ella jamás cambió, seguía siendo tan rebelde e impertinente como lo había sido siempre.

Pero los años de paz se terminaron de forma abrupta gracias al establecimiento de un grupo de maleantes en Cáceres. El pueblo entero estaba en conmoción y no podían creer que ese grupo decidiera quedarse en un lugar tan pequeño y con poco crecimiento como Cáceres. Sin embargo, se estaban escondiendo y encontraron pertinente permanecer a las lejanías de las ciudades principales.

En un inicio, parecían ser sólo visitantes incómodos, pero con el tiempo, se convirtieron en molestia: hacían desastres públicos, asaltaban, amedrentaban y había rumores de que se aprovechaban de cuanta mujer se le pusiera enfrente. Muchos ciudadanos comenzaron a dejar el pueblo, pero el monasterio era un lugar sagrado y, en apariencia, intocable. Al menos eso era lo que querían pensar.

Ese primer día de asalto, los padres y monjas dejaron que hicieran y llevaran lo que quisieran, incapaces de luchar contra esos fornidos hombres, los vieron llevarse sus más preciados aditamentos de oro con la condición de que no se llevaran vidas o integridad cristiana.

Aunque era perceptible que las cosas cambiarían de un momento a otro, sobre todo cuando supieron que jovencitas de buena familia estaban siendo resguardadas en ese lugar hasta el día de su futuro matrimonio, hecho por conveniencia en la mayoría de las veces.

Fue entonces cuando la inteligencia de *La Sombra* fue lo único que logró frenar un abuso generalizado de jovencitas. Gracias a que ella ideaba y planificaba para ellos, los rufianes aumentaron su economía, su posición mejoró entre las otras bandas criminales y su relación con la mujer llamada *La Sombra* se volvió de dependencia total, al punto en el que parecía su líder, lo era, aunque no de nombre.

Lo único que tenían qué hacer para mantener el acuerdo, era no tocar el monasterio en el que se encontraba, a ninguna de las personas que estuvieran resguardadas en el interior, en ocasiones también se expandía a ciudadanos del pueblo que iban a rogarle piedad.

Poco a poco fue volviéndose un tipo de gobierno, en dónde *La Sombra* protegía al pueblo, ayudando a que los criminales atacaran otras ciudades, subsidiando sus necesidades en las lejanías mientras protegían con un escudo invisible a Cáceres.

—El grupo de Cáceres —interrumpió Thomas de pronto—. Lo recuerdo bien. España estaba aterrorizada por no poder desmantelar ese grupo criminal, parecían infalibles.

—Lo eran —asintió ella—. Hasta que llegaron ustedes.

—Supongo que nunca te habías enfrentado a alguien como nosotros —Thomas elevó una ceja—. Te habrás sorprendido.

—En realidad, cuando escuché de ustedes, me sentí aliviada, demasiado. Pensé que al fin me libraría de esa bola de inútiles, que nos dejarían en paz, que al fin seriamos libres.

—¿No te gustó el poder que se te brindó?

—¿Cree en serio que me gustaba lo que hacía? —ella volvió el rostro con fastidio—. No pensará que me sentía feliz con ayudar a esa bola de rufianes a hacer daño a otros lugares.

—Logró que dejaran en paz Cáceres, para muchos podría ser suficiente, incluso el poder podría nublarle la mente.

—Para mí no era poder, era estar siendo obligada a hacer algo con tal de proteger a aquellos a los que amaba.

—Así que todo fue por eso, ahora la canción tiene mucho sentido.

—Es una tontería —negó la joven—. Esos idiotas la cantaban todo el tiempo con tanta alegría y gloria.

—Se la enseñaron a una niña sin mucha alegría y gloria.

—Sé lo que le hicieron a su nieta, aunque yo no lo ordené ni tampoco lo sabía. No es como si a mí se me pudiera ocurrir una locura tan atroz. Lo que quería era proteger, no herir.

—Comprendo que en un inicio estuviera obligada a hacerlo, sin embargo, algo la hizo cambiar, ¿o me equivoco?

—Algo me dice que no suele equivocarse.

—Ni usted tampoco.

—Es verdad —sonrió—, somos esa clase de persona.

—Ordené a la Cofradía que interviniera en Cáceres para que

acabara con el grupo criminal, ¿qué fue lo que pasó en ese día?

—No fue ese día en específico, sino al siguiente.

—¿Tomaron represalias por no haber previsto el ataque contra ellos? —elevó una ceja—. No parece muy racional.

—Esta gente no lo es, pensaron que yo los mandé llamar, sin mencionar que atraparon al hombre que era el cabecilla anterior y con el cual yo tenía el tratado.

—La dejamos desprotegida —comprendió Thomas.

—Mataron, torturaron, quemaron e hicieron lo impensable con las mujeres, una y otra vez, sin importar las súplicas, el dolor.

—Yo…

—No dejaban de mencionarlos a ustedes, a su generosidad por la cual estábamos nosotras en esa situación horripilante, porque a ustedes no les interesábamos.

—Eso no es verdad.

—Mi amiga murió en las peores circunstancias y yo perdí mi vista gracias a ellos, a su brutalidad y maldad. —La joven cerró los ojos, permitiendo que unas lágrimas se dispararan por sus mejillas—. Tuve que ver a mi amiga morir a sólo unos pasos de mí, sin poder tocarla, consolarla o decirle una palabra amable. Ambas siendo torturadas en las formas que un hombre se puede sentir poderoso.

—¿Cómo fue que se salvó?

—Me cansé. Estaba muriendo de inanición, de sed, de todo. Quería morir, deseaba hacerlo, no tenía nada más por lo que seguir, había perdido todo, incluso la vista.

—Alguien llegó.

—Sí. No sé bien por qué, o quien sería, pero alguien llegó al monasterio, me salvó a mí y a las demás. Ningún sacerdote sobrevivió, tampoco las consagradas; a nosotras nos mantenían con vida porque éramos fuente de su placer y nos obligaban a servirles. —Sonrió tristemente—. Todo por lo que había trabajado, todo por lo que luché fue profanado, perdí a la única familia que llegué a conocer. Me sentía derrotada.

—Esta persona que las rescató, ¿dijo algo?

—No. Tan sólo se mostró horrorizado y ordenó que fuéramos llevadas a hospitales. Recuerdo la forma amable en la que me tocó, para ese momento despreciaba a los hombres, pero él fue tan amable y yo tenía tan poca fuerza, que simplemente me desmayé.

—¿Qué pasó después?

—Nada. Desperté en un hospital religioso. Era cuidada por consagradas que no hablaban, en serio, no decían ni una palabra.

—Tenían un voto monástico.

—Era horrible, ellas no podían dar información, no sabía quién era ese hombre que nos salvó, no sabía dónde estaban las demás o qué

sucedió con el resto de los criminales.

—¿Seguías estando en Cáceres?

—No, estaba en Madrid.

Thomas asintió lentamente, en sus ojos analíticos parecía armarse el rompecabezas que había intentado descifrar por años.

—Pero sabía un nombre.

—Sí. Los Hamilton.

—Y desde ahí se propuso destruirnos.

—Quería darles un poco de su merecido —aceptó—. ¿Qué pensaban que pasaría si destituían a uno de los cabecillas? Muere uno y sube otro. Nos dejaron a la deriva, al menos con el otro estábamos acostumbrados y sabíamos manejarlo.

—¿Prefiere vivir en la corrupción?

—Esa no se acaba con atrapar a uno de ellos y matar a unos cuantos de sus secuaces —informó con obviedad.

—Prefiero pensar que pongo mi grano de arena en terminar con todas las injusticias del mundo.

—Nadie lo llamó a ser el guerrero de las masas. No quiero pensar cuantas historias como la mía existen en el mundo gracias a usted.

—¿Y no ha pensado que ese hombre que la salvó puede ser parte de nuestra Cofradía? Solemos hacer rondas, verificando que se haya hecho la paz en los lugares donde hemos intervenido.

Ella echó su cabeza hacia atrás, claramente en sorpresa.

—No lo mencionó.

—¿Por qué lo haría? —Thomas dejó salir el aire y asintió—. Bien, admito que fue nuestra culpa, lo que sucedió en el monasterio… fue algo que no debió ocurrir jamás.

—Eso es verdad.

—Pero debe admitir que usted se sobrepasó con mi familia.

—No lo creo.

—Quiere decir que no se arrepiente.

—Un poco, sí. Supongo que afecté a algunos que no lo merecían, quería hacerlo sufrir a usted y simplemente me cegué, lamento eso.

—He de suponer que en realidad no es católica.

Ella dejó salir una suave risilla, más en mofa que en alegría.

—Por supuesto que no.

—¿Qué hará ahora que la he descubierto?

—¿Qué haré? —sonrió y negó con la cabeza, deslizándose en el asiento—. Me iré de aquí, ¿qué más puedo hacer?

—¿Piensa que Archivald se quedará de brazos cruzados?

—Supongo que en un inicio no, pero soy buena ocultándome.

—Tiene a su hijo, dudo que se rinda.

—Diré que lo perdí, como usted ha dicho, es una probabilidad.

—¿Es que tiene que permanecer oculta esta parte de su vida a toda

costa? ¿Prefiere huir a decir la verdad?

—Quiero seguir pensando que él me aprecia, aunque sea mentira. Si lo confronto, tendré la realidad, que no será más que una.

—¿Está segura de eso?

—Sí. Más que segura, no puedo imaginar el horror que sentirá cuando usted le diga todo lo que sabe.

—Y qué pasaría si le dijera que esto no tiene que salir de aquí.

Ella frunció el ceño y volvió el rostro hacia él.

—¿Por qué lo haría?

—Porque me equivoqué, usted tiene razón. Fui por el mundo actuando como un salvador, sin pensar que detrás del golpe queda una estela de dolor, jamás imaginé algo más terrible que lo que me acaba de relatar. Así que lo siento y comprendo su venganza.

—Pero le hice daño.

—Sí. Pero creo que recapacitó.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Bueno, son indicios. Por ejemplo, cuando salvó a mi nieta, nuera y sobrina cuando fueron capturadas. También cuando intervino para que soltaran a Aine. Esas cartas que me llegaban por medio de extrañas jovencitas en la calle o hace unos días, cuando decidió entregarme a los cabecillas de los seguidores de *La Sombra.* —Thomas se volvió hacia la muchacha—. Quieres que todo acabe, por eso estás poniendo un remedio y yo te estoy dando la salida.

—¿No lo sabrá nadie?

—Ni siquiera mis hijos.

—Pero… —bajó la cabeza—. Supongo que siempre seré vigilada por ustedes, jamás me tendrán confianza.

—Así como tú no nos la tendrás a nosotros. Será con tiempo y paciencia que crearemos el lazo que tanto anhelas.

—¿No será que prefiere tenerme de amiga en lugar de enemiga?

—En gran parte —aceptó Thomas—. He comprobado que eres peligrosa, incluso me gustaría tenerte de mi lado.

—¿Lo dice en serio? —entrecerró los ojos—. Podría matarme.

—Sí. Pero no lo haré. Y lo otro no es importante ahora mismo.

—Me parece muy importante, me encantaría seguir siendo de utilidad, porque jamás dejaré de ser *La Sombra*, si usted quisiera, podría jugar a su favor. Claro que para ello tiene que correr el rumor de que morí o me atraparon, de esa forma dejarán de buscarme.

Thomas dejó salir una carcajada agradable.

—Ya. Supongo que te gusta sentirte útil. Haré lo que has dicho, montaremos todo un acto para hacer creer que *La Sombra* murió.

—Eso… eso será liberador, ya no tendré que ser la Sombra, al menos no para ellos, al fin podré hacer lo que quiera.

—Pero antes, tienes que hablar con Archivald.

—Pero si usted me ha dicho que no lo diría a nadie —recriminó.

—Es verdad, no lo diré yo. Pero si quieres que tu relación aflore, entonces tienes que decirle la verdad.

—Pero… ¿y si él me rechaza?

—Sabrás en donde estás parada, sin ninguna duda y entonces decidirás lo que quieres hacer con el resto de tu vida.

—No se escucha muy atractivo.

—Quizá no, pero, ¿no estás cansada de estar escondida?

Ella levantó el rostro y, dibujada en cada una de sus facciones, había un anhelo y esperanza que lanzó escalofríos por todo el cuerpo de Thomas. Esa muchacha había sufrido demasiado, vio horrores y toleró pérdidas desde una temprana edad.

No tenía duda de que era una buena persona, lo sabía, había hecho todo lo que podía para proteger a quienes amaba, y estaba seguro que habría actuado igual, todo cuanto conocía lo habría hecho.

Ahora la muchacha se enfrentaba a la decisión más difícil de su vida, porque su felicidad dependía de ello. Podría decirle a Archivald y ser aceptada o despreciada por él; o podía escaparse y jamás volver a verle. Lo único que sabía era que, con una de las opciones, la infelicidad estaba garantizada y con la otra, había una posibilidad.

Capítulo 32

Meditó por demasiado tiempo lo que haría a partir de ese momento. Thomas Hamilton le había dejado la vía libre para que ella lo decidiera, y eso era algo nuevo. Por primera vez no dependía de lo que nadie deseara obtener de su persona, únicamente debía preocuparse por sí misma y por el hijo que tenía en el vientre.

Era obvio que, para Thomas Hamilton, el camino acertado era el de ir con su esposo y confesarle la verdad; decirle que ella era *La Sombra*. Pero no era todo lo que tendría que contarle. Al *Hombre Siniestro* le dijo lo que era relevante para él, o que le concernía. Pero a su esposo debía revelarle una realidad que no deseaba recordar, porque era dolorosa y porque significaría que toda su vida juntos era una sarta de mentiras interminables.

Aun cuando se quedó sola en aquella iglesia de apariencia abandonada, se sintió como en casa, el monasterio era igual: callado, solitario, pacífico, con un olor exquisito a incienso y jabón para el suelo. Siempre le gustó ir a las capillas o iglesias para pensar, era la razón de que siguiera sintiéndose un poco unida a la religión.

—Oh, niña, no pensé que hubiera alguien.

La joven levantó el rostro, pero no reconoció la voz.

—¿Quién es usted?

—El sacerdote de esta iglesia, claro.

Era un hombre mayor a juzgar por su voz, parecía ser alguien amable, pacífico y sonriente. Seguramente tendría una cara bondadosa, cabello canoso y sandalias de cuero en los pies. Algo así se imaginaba Vivianne al oírlo hablar, sobre todo cuando se sentó a su lado y su olor a almizcle llegó hasta su nariz.

—Lo lamento, jamás me había encontrado con usted.

—Ni yo con usted, joven dama, pero parece que algo la atribula —la miró de reojo—. Si lo desea, puede contarme.

—No comparto su fe, padre.

—Eso no importa, soy bueno escuchando y, como verás, no tengo mucho más qué hacer.

—¿Por qué cuida una iglesia que parece abandonada? A lo que he notado, nadie acude aquí.

—De vez en cuando, una que otra alma perdida pasa sus ratos entre estas desoladas paredes, para muchos es un reconforte oculto.

—Admito que es pacífico.

—Lo es —sonrió amistoso, arrugando los ojos detrás de los vidrios de sus lentes—. ¿Entonces…?

—Tengo que tomar una decisión —dijo confusa—. Pero tengo miedo, no quiero darme cuenta de que la persona que amo… me terminará odiando. Preferiría marcharme sin saberlo.

—La falta de conocimiento es el elíxir de la felicidad —Ella se sorprendió—, la felicidad de los tontos. No creo que seas tonta. Más bien, pienso que te torturarías con una suposición el resto de tu vida.

Ella asintió despacio.

—Siempre he pensado que los sacerdotes son muy inteligentes.

—Muchos años de estudio y quizá, demasiada soledad —levantó los brazos, señalando la iglesia vacía.

—¿Se arrepiente?

—Mmm… no, creo que no. Me gusta lo que he hecho de mi vida, incluso aunque eso signifique hablar con una joven dama en un momento de angustia y necesidad.

Ella sonrió dulcemente.

—Creo que me sería suficiente con tener esa satisfacción.

—Algo me dice que estás destinada a hacer cosas mucho más grandes que sólo hablar con un alma confundida.

—Quizá, pero fue usted quien me dio el último empujón, ¿no lo convierte a usted en el fuego que encendió la mecha?

—Me gustaría creer eso.

—Gracias, Padre —le tomó la mano y se la besó, como hacía en sus tiempos en el convento—. Muchas gracias.

El hombre la miró levantarse y se extrañó de que pudiera caminar con tanta facilidad a pesar de que era obvio que un mal acogía sus ojos. A veces los feligreses podían sorprenderlo mucho.

Vivianne logró llegar a casa de los Pemberton por sus propios medios, sabía que Archivald no estaría en casa, no lo estaría hasta dejar todo en orden con la situación de *La Sombra*, a la que seguramente seguirían buscando sin éxito. Tan solo esperaba que Thomas Hamilton fuera un hombre de palabra, porque, de no ser así, su marido podría no regresar nunca. Tal vez para ese momento ya la estaría odiando, repudiando o simplemente querría abandonarla.

El alivio llegó a su cuerpo cuando escuchó a su esposo hablando con su padre. Al menos había regresado, quizá ni siquiera tuvo la oportunidad de ver a su tío, por tanto, sería su prerrogativa el decirle la verdad o no. Aunque sabía cuál era la opinión general.

Se hizo presente en el salón desde donde venían las voces, y en cuanto lo hizo, recibió el abrazo acogedor por parte de su suegra. No pudo evitar sentirse un tanto extrañada, pero la envolvió con sus brazos y aceptó los besos que ella le dio en cada una de sus mejillas.

—¡Oh, mi querida niña! —la separó, tomándola por los hombros—. ¡No me imagino lo que has tenido que vivir!

—No se preocupe, duquesa, me encuentro bien.

—¿Qué hay del bebé? —tocó el vientre plano de la joven—. Me ha dicho Archivald que estuviste con Thomas, ¿te revisó?

—Lo hizo —asintió y bajó la cabeza—. Aunque me previno de un posible aborto por las emociones del día.

Elizabeth se llevó las manos a la boca.

—Dios mío, ¡Oh, querida niña!

—Tengo confianza en que no suceda.

—Será mejor que la lleves a recostar, Archivald.

El hombre se adelantó, la abrazó y se la llevó suavemente hacia las escaleras. No intercambiaron una palabra, se había establecido una perturbadora paz antes de la conocida tormenta. Porque Archie sabía que algo se avecinaba, era notorio que ella estaba nerviosa.

—¿Cómo te ha ido con mi tío?

—Fue… interesante.

—¿En serio? Pensé que estarías molesta porque gracias a él estuviste secuestrada en ese lugar.

—No. En realidad, no podría estar enojada.

—¿Y eso por qué?

—No soy de las que sabe estar enojada, no por mucho tiempo.

—Eso parece una buena mentira.

—Digamos que tengo que hablar contigo para que entiendas todo lo que pasó con tu tío Thomas.

—¿Te molestó?

—Lo hizo… de alguna manera.

—No te estoy entendiendo.

—Eso lo sé —la joven pasó su lengua por sus labios secos—. Vamos, entremos a la habitación.

Archie aceptó que ella lo tomara de la mano, llevándolo hasta la sala que tenían en su habitación. Afortunadamente ya no había tapete que la hiciera tropezar, ni tampoco muebles en exceso. Sabía que Archivald los mandó quitar a favor de ella y todos esos detalles fueron los que la hicieron enamorarse perdidamente de él.

Se sentaron en el mismo alargado sofá, ladeando su cuerpo para quedar uno frente al otro. Archie la recorría con la mirada, esperando a que empezara a hablar, pero ella seguía sin atreverse a hacerlo, simplemente no sabía por dónde comenzar. Era la segunda vez que tendría que recordar su doloroso pasado.

—Desde que tengo uso de memoria, tuve dificultades. Mi vida entera fue de esa manera —comenzó—. Crecí en un orfelinato debido a que mis padres me abandonaron ahí por no poder o querer cuidarme junto a sus otros ocho hijos.

Archie pestañó como toda respuesta, se movió sobre el sillón, acomodando su posición, mostrando seriedad ante las palabras de su

esposa, tratando de agudizar su atención sin interrumpirla con preguntas que seguramente se responderían más adelante.

Ella agradeció la nobleza de su marido, puesto que sabía que con esa introducción quedaba en claro que ella no era quién decía ser, que había mentido desde el momento en el que llegó a esa casa, queriendo ser su esposa, fingiendo serlo.

—Me escapé del orfelinato y vagué por las calles un tiempo. Robé, engañé y sobreviví, hasta que encontré un trabajo en algunas casas grandes que me recibían de buena gana por ser yo "bonita".

» Ahí fue donde conocí a la primera persona que realmente quise en la vida. Ella era tan dulce, tan linda, tan amable y… perfecta. Gracias a su bondad aprendí a leer, a escribir, me instruyeron los mismos maestros que le enseñaban a ella. Fue particularmente linda conmigo, parecía que me adoptó de un momento a otro. Ella estaba sola, yo estaba sola… todo parecía perfecto. Hacíamos todo juntas y cuando su padre decidió mandarla a un monasterio, yo fui con ella.

—Así que ella es la verdadera hija de Ferreira, dime, ¿al menos te llamas Vivianne? O también es el nombre de otra persona.

—Mi nombre es Carol.

—¿Por qué la suplantaste?

—Sé que has de estar enojado —ella tembló. La voz de Archie no daba muestras de enojo, pero estaba serio y quizá para sus oídos fue más duro de lo usual—. Te pido que me dejes terminar, aceptaré cualquier cosa que decidas después de que me escuches.

Como era la costumbre de Archivald, no habló, concediendo de esa forma la palabra a la otra persona.

—Estuvimos mucho tiempo en el convento, alcanzamos la edad adulta en ese lugar. No entramos a sociedad, como has de esperar, pero éramos felices, los frailes, los sacerdotes y las consagradas eran buenos con nosotras, el resto de las niñas no eran malas, no todas. Yo aprendía de los visitantes, de los heridos, absorbí todo lo que pude de cualquier persona que pasara por el monasterio.

—Supongo que aquí es cuando entra tu odio por los Hamilton.

—Sí —ella se adelantó y le tomó la mano—. Ya le he dicho todo esto a tu tío, pero te lo diré a ti, al menos lo general. Sabes que fui violentada por hombres, pero no sabes que eso fue debido a que la Cofradía de tu tío hizo una intervención en mi pueblo contra la banda criminal que se asentó en ese lugar. —La joven mordió sus labios en ese momento, delineando su comisura inferior con la lengua—. Gracias a mi inteligencia, logré hacer un trato con el cabecilla. Yo los dirigía, les decía qué hacer, con la única condición que no tocaran a nadie en el convento y, después, a nadie en el pueblo.

—Una paz para ustedes, pero no para el resto.

—No podía hacerlo todo.

—Es lo que intenta mi tío.

—Y, de todas formas, le salió mal. —Archivald calló—. Mataron al hombre con el que yo tenía el trato, en su lugar, subió alguien que no me tenía tantas consideraciones. Invadieron el que yo consideraba mi hogar. Tomaron, ultrajaron y mataron todo lo que pudieron y cuantas veces quisieron.

El hombre cerró los ojos con horror, haciendo una expresión de dolor, incluso alejando el rostro del de su esposa, siendo incapaz de imaginarla en medio de ese infierno.

—A pesar de todo lo que había aprendido a lo largo de mi vida, aunque sabía defenderme e incluso matar, nunca lo había hecho y dar el primer paso es siempre…

—Lo más difícil —asintió Archie.

—Sí. Fue hasta que vi morir a Vivianne, a mi adorada y querida amiga frente a mis ojos, que el instinto salió. A ellos no les importaba nada, no tenían interés en nuestras vidas, así que yo tampoco la tendría en ellos. Así que después de que ese hombre terminó de ultrajar el cuerpo de Vivianne y que ella no lloró más, ni tampoco cerró los ojos, mi corazón se paralizó, creo que mi cabeza lo hizo también, porque cuando volví a ser consciente de algo, lo había matado. Acabé con la vida de alguien, pero eso no me importó.

Archie sentía un profundo asco y verdadera repulsión por imaginarse un escenario donde él tuviera que presenciar el ultraje y la muerte de alguien que le era querido.

—¿Cómo saliste de ahí?

—¿Salir? —negó con crueldad—. No salí. Alguien me rescató, aunque no lo suficientemente rápido como para salvarme de dividir mi alma al matar a alguien con mis propias manos.

Archie entonces comprendió algo importante.

—Aine dijo que *La Sombra* no era Ferreira, que la traje a Londres pero que no era de esa familia. Pensamos que era Nancy, pero… —Archie frunció el ceño y pestañó extrañado—. *La Sombra* tiene una habilidad especial para matar con las manos.

—Sé romper el cuello con un movimiento —asintió avergonzada.

—Así que tú…

—Sí. —Cerró los ojos—. Sí.

No parecía tan sorprendido como Carol lo hubiera imaginado, tal vez sospechaba de ella desde hacía mucho tiempo, pero no quiso admitirlo, no hasta el momento en el que ella se lo confesó.

—Me salvó un hombre de voz amable, fue tan tierno para hacerme entender que no pensaba lastimarme. Me desmayé en sus brazos, no supe nada más de él, porque desperté en un hospital, con una venda en los ojos; porque como dije, gradualmente perdí la visión debido a que esos bastardos no paraban de jactarse de que la famosa *Sombra* se

quedaría ciega por el resto de su vida.

» El señor Ferreira llegó al hospital y me reclamó como su hija. ¡Claro! Él no podría reconocer a Vivianne, aunque se la pusieran en frente, porque jamás la vio, porque le daba vergüenza. Ella sí nació ciega y eso es una deshonra para los de su clase. Así que cuando me vio desvalida en ese lugar, con una venda en los ojos, el cabello, la edad y la complexión igual a la de Vivianne, pensó que era su hija.

—¿Jamás se dio cuenta?

—Por supuesto que lo hizo, pero aproveché de su bondad el tiempo que duró, pero vamos, dime, ¿qué tienen de diferente el resto de los hijos Ferreira conmigo?

Archivald lo pensó por un largo momento.

—Los ojos.

—Ajá, los ojos. Mis ojos no son de la familia Ferreira, así que supo que yo era alguien más y vaya que lo aprovechó cuando se enteró de la verdad. No creas que fue por su hija al hospital simplemente porque se preocupó por ella, no, él la necesitaba.

—Quería casarla conmigo.

—En realidad no. Quería casarla con uno de los Hamilton, pero ellos fueron una presa que se le escapó de las manos, así que optó por el segundo mejor prospecto.

—¿Por qué yo?

—Eres muy apegado a ellos, así que te vio como una oportunidad.

—¿Qué fue lo que le creó ese odio hacia los Hamilton?

—Lo arruinaron, encontraron sus muchos negocios turbios y los desmantelaron uno a uno hasta dejarlo en la más vil pobreza. El señor Ferreira está acostumbrado a los excesos y quería encontrarse con *La Sombra* desde hacía mucho tiempo, aunque sin éxito.

—¿Por qué no lo ayudaste a él?

—Mi amiga.

—¿No quería que ayudaras a su padre?

—Por favor —chistó Carol—. Ella ayudaría incluso a su violador. No, lo hice porque no se lo merecía.

—Pero cuando se enteró de quién eras, entonces se aprovechó de ti, ¿cómo fue que alguien como tú se dejó sobajar?

—Estaba ciega, indefensa, tenía miedo. Estaba a su completa disposición y lo único que podía hacer para liberarme de él era fingir que aceptaba sus condiciones, aunque no fueran ciertas.

—Jamás decepcionas.

—Creo que lo hice, al menos contigo, sé que estás decepcionado.

—No diría eso. *La Sombra* siempre fue alguien a quien admiré, aunque no compartía sus ideas contra mi familia.

—Los odié por tanto tiempo… —susurró—. Pero todo cambió cuando te conocí Archie, todo.

—¿En serio? —se puso en pie—. ¿Y eso por qué?

—Tú eres… todo lo que una mujer necesita para ser feliz.

—Por eso decidiste mentirme.

—No. Te mentí cuando no te conocía y cuando lo hice… tenía miedo de perderte, no podía soportarlo.

—Así que con eso te amenazaba tu "padre", con revelar la verdad, que no eras su hija, que siempre me engañaste y que eras *La Sombra.*

—En realidad, jamás estuvo seguro que yo lo fuera, nadie lo sabía. Digo, es difícil sospechar de una mujer que no puede ver.

—Y aun así eres perfectamente capaz de matar.

—Creo que todos lo son.

—Tú con mayor facilidad.

—Hice lo que tenía qué hacer para sobrevivir.

—Eso lo sé.

—Las cosas cambiaron, estoy cansada de ser perseguida y tu tío me aseguró que no tendría problemas, fue por eso que no escapé.

—¿Pensabas abandonarme?

—No quiero saber que me desprecias, me dolería en el alma, pero ese hombre tenía razón, la parte en la que perdía ya la conocía, quiero saber si tengo una oportunidad a tu lado.

Archie caminó por la habitación, en silencio, tratando de no hacer ruido, aunque eso no era gran problema para su esposa, quien lo seguía con el rostro a pesar de no verlo con exactitud.

—¿Qué me dices de ese hombre que te rescató? ¿No pensaste que podía ser de la Cofradía de mi tío? Suelen regresar para ver que todo vaya bien en el pueblo, precisamente por estas situaciones.

—No supe nada de él y aunque formara parte de la organización, llegaron bastante tarde. Murieron demasiados, violaron a diestra y siniestra, robaron, intimidaron e hicieron lo que quisieron por lo que parecieron años.

—No fueron años.

—Así se sintieron.

Carol frunció el ceño y levantó la cabeza.

—¿Cómo sabes que no fueron años?

—Porque el hombre que te salvó, fui yo.

Ella frunció el ceño y abrió la boca, incapaz de procesar la información, deseando hablar, pero sin poder hacerlo.

—No… No. Tu tío dijo que tú no formas parte de la Cofradía.

—Así es.

—¿Entonces…?

—Mi tío me pidió ayuda con este tema en concreto.

—¿Casarte conmigo? —se indignó.

—No. Con *La Sombra*. Obviamente su familia estaba siendo la más afectada y eran los más perseguidos, así que yo pasaría inadvertido en

una situación así.

—¿Te ofreciste sabiendo lo qué podía pasarte?

—¿Qué podía pasarme, exactamente?

—Morir, para empezar —lo enfrentó.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

Para ese momento, ella se mostraba amenazadora, tan cerca del rostro de su marido que por poco rozaban sus narices.

—Porque te conozco Carol.

Ella frunció el ceño y dio un paso para atrás.

—Conoces lo que yo quise que conocieras.

—No. En serio te conozco, de hecho, jugamos juntos cuando apenas éramos unos niños.

—¿Qué? —ella negó—. ¿De qué hablas? Yo no tenía tiempo de jugar con nadie, era pobre, luchaba por sobrevivir.

—Y aun así, te tomaste el tiempo para ponerme una paliza jugando con el resto de los vándalos a los que llamabas amigos.

Ella se mostraba cada vez más impactada.

—No te creo.

—Su grupo tenía un nombre raro, algo relacionado a una fruta.

—Los Chirimoya.

—Eso mismo. Eran seis o siete malditos que lucraban con apuestas malversadas, tú eras la líder, si más no recuerdo.

—Vaya, creo que sí nos conocías.

—Claro que sí.

—¿Qué edad tenías?

—No más de quince años.

—Yo… yo ya estaba en el monasterio para entonces.

—Te escapaste para ir con tus amigos, lo mencionaste.

—Así que me conocías, ¿y eso qué?

—Siempre supe que eras tu. Debo admitir que me enamoré de ti desde que te conocí, te busqué por mucho tiempo, pero cuando volví a España nadie parecía recordarte y yo perdí las esperanzas.

—Estaba con los Ferreira.

—Nadie lo sabía en ese momento.

—Los Chirimoya sí —bajó la cabeza—, pero era un secreto, era normal que no te lo dijesen.

—Te fueron leales siempre.

—Ayudaron mucho a *La Sombra* en su tiempo.

—Comprendo perfectamente, así como las prostitutas de las que te hiciste amigas después. Sabía que nada era casualidad contigo Carol, aunque me sorprende tu nivel de cinismo.

—No soy cínica, únicamente hice lo que tenía que hacer.

—¿Mentirme?

—¿Qué esperabas qué hiciera? Jamás pensé que tú… espera, ¿dijiste que estabas enamorado de mí?

—Sí. En realidad, siempre lo estuve y cuando te encontré en esas condiciones en aquel monasterio, no pude más que proponerme al señor Ferreira, tu padre me había ofrecido a Beatriz, pero me negué y pedí a su hija Anne a sabiendas que te utilizaría como pantalla para entregarte en matrimonio a mí.

—¿Te crees muy listo?

—Lo suficiente.

—¿Por qué no me dijiste tus planes?

—Porque tú tampoco revelaste los tuyos “Vivianne”.

Ella negó con fastidio.

—Así que esa era la razón por la cual me llamabas de esa forma, porque sabías que me dolía, sabías que era un recordatorio constante de mi mentira y de la amiga muerta a la que suplantaba.

—Quería saber si en algún momento colapsarías y me dirías la verdad —dijo desesperado.

—¡Llevo toda una vida mintiendo Archivald! ¿Crees que por salvar mi vida dejaría de hacerlo?

—Supongo que no, pero ya no tienes que temer por ello, no más.

—Nunca me llegaré a sentir segura.

—¿Ni estando entre mis brazos? —le tomó los hombros—. ¿Ni siquiera cuando te susurre al oído que estás a salvo?

—No… —cerró los ojos, mordiendo sus labios.

—¿Aunque durmamos abrazados con nuestro hijo creciendo entre nosotros? ¿Con un futuro asegurado de por vida?

—Sería mejor que me fuera, lo sería para ti también.

—Mi tío dijo que todo estaba bien entre ustedes ¿o no? Declararon una tregua entre la Cofradía y *La Sombra*.

—Me propuso formar parte de ellos… No estaría nada mal.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Archie—, creo que te mereces vivir en paz de ahora en más, haciendo algo que te apasione, pero no en medio de más peligros.

—¿Y quién te dijo que no me gusta vivir en el extremo? —sonrió.

—Serás madre, te aseguro que estarás en medio de todos los límites existentes, ese bebé te va a dar mucha guerra, pero si insistes, podrías ser su asesora, sin involucrarte.

—Asesora de la Cofradía, suena bien.

—Es verdad, suena bien.

—¿Qué me dices de ti?

—Yo estuve dentro de este caso únicamente por ti.

—Entonces… ¿estás enamorado de Carol?

Archie sonrió, tomando la cintura de su esposa.

—Estoy enamorado de todas las versiones que tengas.

—Tú… ¿no me desprecias?

—¿Por qué lo haría? Si mi tío te ha perdonado, no veo el caso de que yo guarde rencor.

—Pero te mentí.

—Sí y yo también.

Ella dejó salir una carcajada dulce y pequeña.

—¿Cómo se supone que va a funcionar una relación que comenzó llena de mentiras? No parece un inicio prometedor.

—Digamos que ambas *Sombras* tendremos que sobrellevar nuestras mentiras —Archie besó el cuello de su esposa.

—Esperemos que no haya más.

—No, desde ahora, lo mejor sería que ninguno tuviera mentiras.

—¿No hay nada más que tengas escondido?

—Nada —la miró—. ¿Y tú?

—Sólo… que te amo.

—Es un buen inicio —sonrió—. Esperemos que sea suficiente.

Epílogo

Archivald caminaba de un lado a otro a las afueras de esa habitación, escuchando gritos desgarradores que venían del interior. Era frustrante que no pudiese entrar y acompañar a su esposa en su dolor. Sonrió. Ahora que lo pensaba, él no logró estar presente en ninguna ocasión que ella sufriera dolor.

Se enamoró de ella casi en el instante que la conoció. Su seguridad y aplomo para manejarse le fueron hipnóticos, sin mencionar su falta de ganas por hacer las cosas cómo se las mandaban. Era lo opuesto a lo que la gente dictaminaba como perfecto, aunque eso no quería decir que no lo fuera a su manera. En realidad, para Archie era lo más hermoso que jamás hubiese visto.

Aunque al inicio de su relación no pudo hacerlo notorio, por el simple hecho de que le era doloroso saber que ella le mentía en la cara con tal facilidad que resultaba risible. Llamarla por otro nombre, hacerla su mujer en medio de una mentira le carcomió el alma por mucho tiempo y, sin embargo, volvió a caer enamorado de esa nueva versión de la que antiguamente era Carol.

Ese nombre se perdería en el olvido a partir de que el tío Thomas descubrió la verdad y juró guardar el secreto. Porque no podían cambiar de la noche a la mañana el nombre de una persona, tendrían que seguir bajo la mentira que ella se inventó y llamarla Vivianne por el resto de su vida. Pero ya no era doloroso, de hecho, la joven lo encontraba como una forma de honrar a su amiga.

Al escuchar un nuevo grito por parte de su esposa, Archie detuvo su caminar, pero al no proseguir un llanto, siguió en su paseo nervioso por la propiedad que tenían en Richmond, a dónde decidieron mudarse después de aquel inicio tan turbulento.

El pueblo hizo bien en Vivianne y también en su relación. Pasaban la mayor parte del tiempo juntos, se hacían preguntas hasta que no hubo más secretos y pudieron conocerse a fondo al tiempo que esperaban la llegada de su bebé.

Habían sido meses llenos de una armoniosa calma, no había visto a los Hamilton desde que se hizo conocida la noticia de que *La Sombra* murió. Vivianne incluso brindó su máscara y demás armamento para que los seguidores que aún quedaran regados por el mundo creyeran la historia dicha por las *Águilas*. Al fin era libre, podría hacer de su vida lo que quisiese y, por el momento, se quería dedicar a su familia y a nada más.

El llanto atronador de un infante sano llenó de alivio al hombre que de pronto se dejó caer sobre una silla cercana. No había nadie acompañándole, lo prefirieron de esa manera, así que cuando el médico salió de la habitación, Archivald fue el único que recibió las noticias que todo Richmond y los Bermont esperaban ansiosos.

—Mi lord —el hombre se inclinó ante él—, felicidades, su esposa ha traído al mundo a su heredero.

Los ojos de Archie se iluminaron cuando estrechó la mano del médico e inmediatamente se introdujo a la habitación, sonriendo hacia la mujer que sostenía el pequeño bulto en sus brazos.

Cuando levantó la mirada, el mundo de Archivald giró a su dirección y no pudo más que corresponderle agradecido. Se acercó a ella y pasó un brazo por sus hombros, recostándola sobre él.

—¿Cómo es Archie? —preguntó ansiosa—. Describe todo de él.

—Anne, dudo que justo ahora tenga mucho qué describir, aunque puedo decir que es el bebé más precioso que haya visto. No tiene cabello y es regordete y de buen tamaño. Tiene los ojos cerrados por ahora, pero se ve tranquilo, seguro no causará problemas.

—¿Es perfecto?

—Oh, yo espero que no —sonrió, tocando la mejilla de su hijo.

El niño comenzó a moverse en los brazos de su madre, primero en silencio y después comenzó a llorar ansioso.

—Creo que sé lo que quiere —sonrió Anne—. Aunque me encuentro un poco nerviosa, para ser honesta, jamás pensé en tener un hijo y ahora…

—Lo harás bien —Archie ayudó a su esposa a bajar el camisón de uno de sus hombros—, serás una buena madre.

—Eso espero… ¡Oh, pero qué sensación tan extraña! —admitió con el ceño fruncido una vez que el bebé encontró su camino.

Archivald no pudo evitar soltar una carcajada y mirar a su familia con cariño. Era todo lo que necesitaba, nada más. Estaría feliz ahí, lejos de la capital, entre plantas, una casa agradable, el pueblo, su mujer y su hijo, eso era todo lo que quería para el resto de su vida.

—Archie —Anne permanecía recostada en su hombro—. ¿Qué sucedió con Nancy? ¿Con los hermanos Ferreira?

Archie suspiró, acogiendo con más fuerza a su mujer.

—¿Quieres saberlo?

—Por algo lo estoy preguntando —asintió con determinación—. Lo último que supe de Nancy es que seguía en manos de los Hamilton, sin saber qué le deparaba el destino.

—Intentaron ayudarla, hacerla superar su pasado, pero ella no quiere amor, no desea olvidad, se aferra a ello con el alma.

—Así que… les sigue pareciendo peligrosa.

—Es peligrosa.

—¿Qué han hecho con ella?

—Lo siento Anne, pero está encerrada en un hospital.

—Creí decir que no quería que fuera a manicomios, esos lugares son horribles, la gente es maltratada y denigrada.

—Está bajo el cuidado de la misma Gwyneth, no le harán daño.

—¿Por qué estaría protegida por ella?

—Gwyneth tiene a su madre en el mismo lugar, ella se dedica a la investigación neurológica y estudió algo de Psicología. Quiere ayudar a su madre y ahora se encargará también de Nancy.

—¿Psicología? —ella frunció el ceño sin creer en esas cosas—. Si tú dices que funcionará… ¿Podré visitarla?

—Podrás, con el tiempo.

Ella asintió un poco más conforme.

—¿Mis hermanos?

—Regresaron a España, probablemente nunca los vuelvas a ver, sobre todo porque su padre ha sido encarcelado, ahora ellos también son libres de hacer lo que quieran.

—Supongo que estarán bajo vigilancia.

—Lo estuvieron —asintió—. Beatriz se casó casi de inmediato con un viejo de buena posición y Joaquín se fue del continente.

—Así que… ya no están.

—No, ya no están.

—¿Qué hay de mí? —Archie la miró sin comprender—. Ya sabes, ¿Cuándo me quitarán la vigilancia?

—Es normal que tengan un tanto de recelo hacia ti, ¿no crees?

—Claro, casi los destruyo. —Archivald rodó los ojos ante la vanidad de su esposa—. Pero creo que el que tú me vigiles debería de serles suficiente, no me gusta que me sigan esos hombres.

—No te harán daño.

—Si eso no es lo que me preocupa —sonrió maliciosa.

—Tú tampoco les harás daño.

—Vale —dijo refunfuña—, pero si se atreven a volver a interferir para que entre a un lugar, juro que lo haré, los dañaré.

—Anne, por favor…

—Lo sé, lo sé —bajó la cabeza y acercó a su bebé para poder olerlo, sintiendo su calor, escuchando su murmullo y memorizando su suave piel—. Tú no tendrás que preocuparte por nada, serás el bebé más feliz de esta tierra y nadie te hará daño jamás.

—A ninguno de ustedes —Archivald besó la sien de su mujer—. No lo permitiré jamás.

—Lo sé —elevó una mano y tocó su mejilla—, gracias por aceptarme después de toda esta locura.

—Mmm… ya sabes que me gusta todo aquello que se sale de control —sonrió divertido—, creo que va perfecto conmigo.

—Claro, puse emoción a tu vida.

—Un poco más de la deseada, pero sí.

Ella soltó una limpia y sonora carcajada que terminó por despertar al bebé que mostró su molestia con un escándalo.

—Creo que él no se parece a ti —dijo la joven.

—Mejor, ya hacía falta un Pemberton del que no se esperaran milagros —acarició la mejilla del regordete bebé.

—Archie —llamó su atención al saberlo distraído con su hijo.

—¿Qué ocurre?

Ella sonrió ampliamente y se acercó para besarlo. Archivald atendió al llamado, presionando sus labios contra los de ella.

—Gracias por ser la luz en mi eterna oscuridad —susurró.

Archivald abrió los ojos y la observó, terminando con una sonrisa.

—Eres lo mejor que me ha pasado, no puedo más que agradecer haberte encontrado de nuevo. Incluso me encanta que fueras aquella piedra que brindó exaltación en mi vida.

—Y así será siempre.

—Y es lo que espero.